

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

TOMO TRIGÉSIMOCUARTO.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

JUNTAS EN COLECCION Y ORDENADAS

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA—EDITOR.
ADMINISTRACION: MADERA BAJA, NÚM. 8.
1881.

BIBLIOTECA

DE

TORES ESPAÑOLES.

(TOMO XXXIV DE LA COLECCION.)

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

JUNTAS EN COLECCION Y ORDENADAS

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1872.

LA DOROTEA,

ACCION EN PROSA.

AL TEATRO.

DE DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR.

Como nuestra alma en el canto y música con tan suave afecto se deleita, que algunos la llamaron armonía, inventaron los antiguos poetas el modo de los metros y los piés para los números, á efeto de que con mas dulzura pudiesen inclinar á la virtud y buenas costumbres los ánimos de los hombres, de que se colige cuán agreste y bárbaro es quien este arte, que todos los incluye, desestima, respetado de los antiguos teólogos, que con él alabaron y engrandecieron, aunque engañados, sus fingidos dioses, hasta los nuestros con sagrados himnos el verdadero y solo. Pero puede asimismo el poeta usar de su argumento sin verso, discurriendo por algunas decentes semejanzas; porque esta manera de piés y números son en el arte poética como la hermosura en la juventud y las galas en la disposicion de los cuerpos bien proporcionados; que el ornamento de la armonía está allí como accidente, y no como real sustancia: de suerte que si alguno pensase que consistia en los números y consonancias, negaria que fuese ciencia la poesía. *La Dorotea* de Lope lo es, aunque escrita en prosa; porque, siendo tan cierta imitacion de la verdad, le pareció que no lo seria hablando las personas en verso como las demás que ha escrito; si bien ha puesto algunos que ellas refieren, porque descanse quien leyere en ellos de la continuacion de la prosa, y porque no le falte á *La Dorotea* la variedad, con el deseo de que salga hermosa, aunque esto pocas veces se vea en las griegas, latinas y toscanas. Consiguió, á mi juicio, su intento, aventajando á muchas de las antiguas y modernas (sea dicho con paz de los apasionados de sus autores), como lo podrá ver quien la leyere; que el papel es mas libre teatro que aquel donde tiene licencia el vulgo de graduar, la amistad de aplaudir y la envidia de morder. Pareceránle vivos los afectos de dos amantes, la codicia y trazas de una tercera, la hipocresía de una madre interesable, la pretension de un rico, la fuerza del oro, el estilo de los criados; y para el justo ejemplo, la fatiga de todos en la diversidad de sus pensamientos; porque conozcan los que aman con el apetito, y no con la razon, qué fin tiene la vanidad de sus deleites y la vilísima ocupacion de sus engaños. Lo que resulta dellos dijeron lepidísimamente Plauto en su *Mercader* y Terencio en *El Eunuco;* porque cuantos escriben de amor enseñan cómo se ha de huir, no cómo se ha de imitar; porque este género de voluntad, como Bernardo siente, ni tiene modo ni modestia ni consejo. Si algun defeto hubiere en el arte, por ofrecerse precisamente la distancia del tiempo de una ausencia, sea la disculpa la verdad; que mas quiso el poeta seguirla, que estrecharse á las impertinentes leyes de la fábula; porque el asunto fué historia, y aun pienso que la causa de haberse con tanta propiedad escrito. Yo lo he sido de que salga á luz, aficionado al argumento y al estilo: al que le pareciere que me engaño, tome la pluma, y lo que habia de gastar en reprender ocupe en enseñar que sabe hacer otra imitacion mas perfeta, otra verdad afeitada de mas donaires y colores retóricos, la erudicion mas ajustada á su lugar, lo festivo mas aplausible y lo sentencioso mas grave, con tantas partes de filosofía natural y moral, que admira cómo haya podido tratarlas con tanta claridad en tal sugeto.

Si reparare alguno en las personas que se tocan de paso, sepa que los del tiempo en que se escribió eran aquellos, y los trajes con tanta diferencia de los de ahora, que hasta en mudar la lengua es otra nacion la nuestra de lo que solia ser la española. Aquello se usaba entonces y esto ahora; que así lo dijo Horacio, con haber nacido dos años antes que fuese la conjuracion de Catilina. Y mas antiguas son las comedias de Aristófanes, Terencio y Plauto, y se leen con lo que usaban entonces Grecia y Roma; y entre las nuestras, mas cerca de nuestros tiempos, *La Celestina* castellana y la *Eufrosina* portuguesa. Demás que en *La Dorotea* no se ven las personas vestidas, sino las acciones imitadas.

Tambien ha obligado á Lope á dar á la luz pública esta fábula el ver la libertad con que los libreros de Sevilla, Cádiz y otros lugares del Andalucía, con la capa de que se imprimen en Zaragoza y Barcelona, y poniendo los nombres de aquellos impresores, sacan diversos tomos en el suyo, poniendo en ellos comedias de hombres ignorantes, que él jamás vió ni imaginó; que es harta lástima y poca conciencia quitarle la opinion con desatinos. Y así, suplica á los ingenios bien nacidos y bien hablados, en cuyas lenguas vive la alabanza y cuya pluma jamás se vió manchada del vituperio, que no crean á estos hombres, á quien la codicia obliga á tanta insolencia, y solo lean á *Dorotea* por suya, sin reparar asimismo en aquellos ignorantes que trasladan sátiras de sus costumbres, no perdonando edades, noblezas, religiones, honras ni lugares altos: hombres que no saben de los libros mas de los títulos, y que al fin los dejan como cosa que compraron para engañar, y la venden porque no la han menester; aborrecidos del mundo, la escoria de él, la envidia de la virtud, émulos carcomidos de la gloria de los estudios ajenos; á quien compara san Agustin á las lagunas, en cuyo cieno se crian serpientes y animales inmundos; de quien ya queda esperando que entretengan la risa de los príncipes soberanos con las lágrimas de la honra; aunque no es posible que sus divinos entendimientos crean, en agravio de los estudios de la virtud, la bárbara lengua y pluma de la ignorante envidia; fiera á quien doran los dientes las heridas de la gloriosa fama cuando piensan que los tiñen en la inocente sangre.

LA DOROTEA.

PERSONAS.

DOROTEA, *dama*.
TEODORA, *su madre*.
GERARDA, *su amiga*.
DON FERNANDO, *caballero*.
JULIO, *su ayo*.
CELIA, *criada de Dorotea*.
FELIPA, *hija de Gerarda*.
CÉSAR, *astrólogo*.
LUDOVICO, *su amigo, y de don Fernando*.
DON BELA, *indiano*.
LAURENCIO, *criado suyo*.
MARFISA, *dama*.
CLARA, *criada*.
LA FAMA.
CORO DE AMOR.
CORO DE INTERÉS.
CORO DE CELOS.
CORO DE VENGANZA.
CORO DE EJEMPLO.

La accion pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Teodora.

SCENA PRIMERA [1].

TEODORA, GERARDA.

GERARDA.

El amor y la obligacion, no solo me mandan, pero portiadamente me fuerzan, amiga Teodora, á que os diga mi sentimiento.

TEODORA.

¿En qué materia, Gerarda?

GERARDA.

De Dorotea, vuestra hija.

TEODORA.

No es tanto que ella yerre como que vos me lo advirtais.

GERARDA.

Como eso puede nuestra amistad antigua y el amor que la tengo.

TEODORA.

Bien se conoce del afecto con que desde el principio de nuestra plática me le habeis encarecido.

GERARDA.

La mayor desdicha de los hijos es tener padres olvidados de su obligacion, ó por el grande amor que les tienen, ó por el poco cuidado con que los crian.

TEODORA.

¿Puédese negar á la naturaleza el amor de la sangre, ni el de la crianza á sus gracias, desde la lengua balbuciente hasta el discurso de la razon?

GERARDA.

Puede, cuando el castigo importa.

TEODORA.

En la parte de la naturaleza seria quebrar un hombre su espejo porque le retrata, pues el inocente cristal, lo que le dan, eso vuelve; y en la de la crianza, lo que sucede á los animales y aves, que se crian todo el año para matarlos un dia.

GERARDA.

Si el hijo retrata al padre en las costumbres, perdónele, porque le parece; si no, bien puede quebrar el espejo, pues que no le retrata; que cuando vos érades moza, lo mismo haciades con el cristal que no os hacia buena cara.

TEODORA.

Eso de *cuando érades moza* pudiérades haber excusado; que ahora tambien lo soy.

GERARDA.

Desconfio de persuadiros á lo que vengo, porque si vos os dais á entender que sois moza, mejor perdonaréis á vuestra hija sus defetos; que ningun juez sentencia animosamente si es culpado en el mismo delito, y en vuestra edad seria poca prudencia acercarse á morir y comenzar á vivir.

TEODORA.

¿Tanta edad os parece que tengo?

GERARDA.

En buena fe, que es punto el de vuestros años, que cualquiera jugador le quisiera mas que la mejor primera.

TEODORA.

La tema deste mundo mas general es quitarse años á sí y ponerlos á los otros, y es necedad inútil, porque lo mismo piensa á un tiempo el otro del que se los pone, y cada uno se los quita.

GERARDA.

Pues yo ¿qué me quito?

TEODORA.

Gerarda, Gerarda, si vos quereis haceros odiosa y que huyan de vos vuestras amigas, no hallaréis mejor invencion que andar calificando las edades, porque no hay secreto que mas se sienta descubrir que el de los años; y yo sé que hay personas tan curiosas desta impertinencia, que por su gusto buscan los libros del bautismo de los otros, y encubren con invencion la parroquia donde se bautizaron: yo tengo, gracias á Dios, todos mis dientes cabales; que si no son tres, no me falta ninguno.

GERARDA.

Galana es mi comadre, si no tuviera aquel Dios os salve.

TEODORA.

Mi brio suple cualquier defeto.

GERARDA.

La casa quemada, acudir con el agua.

TEODORA.

Yo sé que envidian mis amigas la tez de mi rostro...

GERARDA.

Como esas necedades hará la envidia.

TEODORA.

Que como nunca me afeité, no me la quebraron los aderezos fuertes, tan opuestos á la verdad, que adelgazan y quiebran.

GERARDA.

Harto es que el tiempo no haya echado sulcos por tierra tan suya.

TEODORA.

Lo que no puedo negaros es que estoy un poco mas fresca de lo que solia; pero por eso gozaré de dos mocedades.

GERARDA.

La mula buena, como la viuda, gorda y andariega.

TEODORA.

Las canas aun se dejan entresacar de los demas cabellos, y yo siempre tuve lunares; demás de ser indicio de poco sentimiento no tener canas á su debido tiempo.

GERARDA.

Siempre fuistes muy sentida.

TEODORA.

Cuando estas sean canas, la luna tiene manchas. Y ¿por qué no ha de valer á las mujeres lo que se permite á los hombres? Y en verdad que creo que no sois vos tan niña; que, si no me acuerdo mal, me trujistes de las andaderas en casa de mis padres.

GERARDA.

¡Nunca yo hubiera dicho aquello de *cuando érades moza*, que tan fuertemente me habeis castigado! Si así riñérades á Dorotea, no os murmuraran vuestras vecinas y tuviérades mejor opinion en la corte. Pero diréisme vos que quien tunde el paño, quita la cresta al gallo.

TEODORA.

Pues ¿qué hace Dorotea, que merezca mi indignacion?

GERARDA.

¿Para qué fingis ignorancia, pues no sois marido bien acondicionado? ¿Pensais persuadirme que no lo sabeis, como aquello de los años?

TEODORA.

Diréis que la festeja don Fernando: ¡qué gran delito! Y ¿para eso, Gerarda, veniades tan armada de sentencias y tan prevenida de advertimientos?

GERARDA.

Hoy es dia de *echad aquí, tia*. Yo, amiga, no soy de aquellas que lo son de la merienda, del presente, del juego y del coche al rio, ni me ha conocido nadie por sumillera del ajeno gusto. ¿Qué ropas ni basquiñas tengo por eso? ¿Qué moza he conducido? en qué sala he estado mirando los retratos ó hablando con los pajes? A lo que venia me movieron

[1] Esta obra dramática está dividida en escenas ó *scenas* por LOPE: se reimprime en la misma forma en que fué publicada por él, año de 1632.

dos cosas, el servicio de Dios y vuestra honra.

TEODORA.

Diréis que no la tengo, porque aquel señor extranjero regaló á mi hija; eso fué con mucha honra y con palabra de casamiento.

GERARDA.

Robles y pinos todos son mis primos.

TEODORA.

Fuése á su tierra: ¡qué milagro! También se fué Enéas de la reina Dido, y el rey don Rodrigo forzó á la Cava.

GERARDA.

Que no me espanto deso, Teodora; que ya se sabe que libro cerrado no saca letrado.

TEODORA.

Siempre fué la cartilla de los maldicientes la hipocresía; no veréis memorial que no comience diciendo que es por excusar la ofensa de Dios, y es por enemistad ó celos. ¡Ay, Gerarda, Gerarda! pareceis al negrillo de Lazarillo de Tórmes, que cuando entraba su padre decia muy espantado: «Madre, coco!»

GERARDA.

Pues ¿qué tengo yo para que me parezcan los otros negros porque no me veo? Mi hija Felipa ya está casada, y cuando no fuera mujer de bien, como lo es, ¿corre eso por mi cuenta, ó por la de su marido?

TEODORA.

Quien al asno alaba, tal hijo le nazca.

GERARDA.

Los padres, Teodora, somos como las aves: en sabiendo volar el pájaro, ayúdele el aire y válgale el pico; pero Dorotea, que no está fuera de vuestras alas, y que cada dia vuelve á reconocer el nido, y que há cinco años que este mozo la tiene perdida, sin alma, sin remedio, y tan pobre (por no darle disgusto ó por miedo que le ha cobrado) que ayer vendió un manteo á una amiga suya, y dice que por devocion y promesa trae un hábito de picote, la que solia arrastrar Milanes y Nápoles en pasamanos y telas; ¿para qué será bueno que ande de recoleta por un lindo, que todo su caudal son sus calcillas de obra y sus cueras de ámbar (esto de dia, y de noche broqueletes y espadas, y todo virgen), capita untada con oro, plumillas, banditas, guitarra, versos lascivos y papeles desatinados? Y ella muy desvanecida de que se canten por el lugar, á vueltas de sus gracias, sus flaquezas. ¡Qué gentil Petrarca para hacella Laura! Qué don Diego de Mendoza para celebralla Filis! ¡Ay, Teodora, Teodora! La hermosura ¿es pilar de iglesia ó solar de la montaña, que se resiste al tiempo, para cuyas injurias ninguna cosa mortal tiene defensa? ó ¿es una primavera alegre de quince á veinte y cinco, un verano agradable de veinte y cinco á treinta y cinco, un estío seco de treinta y cinco hasta cuarenta y cinco? Pues desde allí, ¿para qué será bueno el invierno? Que ya sabeis que las mujeres no duran como los hombres.

TEODORA.

Mas cincos habeis dado que un juego de bolos.

GERARDA.

Pues sabed que todos son de largo, y que se pierde el juego. Los hombres en cualquiera edad hallan sus gustos, y son buenos para los oficios y para las dignidades: tienen entonces mas hacienda y son mas estimados; pero como las mujeres solo servimos de materia al edificio de sus hijos, en no siendo para esto, ¿qué oficio adquirimos en la república? Qué gobierno en la paz? Qué baston en la guerra? Volved, volved en vos, Teodora, no acabe este mozuelo la hermosura de Dorotea manoseándola; que ya sabeis con qué olor dejan las flores el agua del vaso en que estuvieron. Yo he sabido que un caballero indiano bebe los vientos desde que la vió en los toros las fiestas pasadas, que estaba en un balcon vecino al suyo, y sé yo á quién ha dicho, que me lo dijo á mí, que le daria una cadena de mil escudos con una joya, y otros mil para su plato, y le adornaria la casa de una rica tapicería de Lóndres, y le daria mas dos esclavas mulatas, conserveras y laboreras, que las puede tener el Rey en su palacio. Es hombre de hasta treinta y siete años, poco mas ó menos; que unas pocas de canas que tiene son de los trabajos de la mar, que luego se le quitarán con los aires de la corte; y yo vi el otro dia un rétulo en una calle que decia: «Aquí se vende el agua para las canas.» Tiene linda presencia, alegre de ojos, dientes blancos, que lucen con el bigote negro, como sarta de perlas en terciopelo liso; muy entendido, despejado y gracioso, y finalmente, hombre de disculpa; y no mocitos cansados, que se llevan la flor de la harina y dejan una mujer en el puro salvado, que ya entendeis para lo que será buena.

TEODORA.

Gritá, niños, que baja el vino: hoy á cuatro, mañana á cinco. Si traiades, Gerarda, esa correduría, ¿para qué era menester tanta retórica? ¿Veis cómo os dije yo que el memorial comenzaba por el servicio de Dios y acababa en el del diablo?

GERARDA.

Yo, amiga, vuestro bien miro, vuestra honra y la desa pobre muchacha, que mañana se marchitará como rosa, y buscaréis dineros para curarla; que esto le dejará don Fernandillo, y no los juros y regalos del indiano. Para todo acontecimiento, Teodora, hombres, hombres, y no rapaces, que con la saliva de las mujeres les sale el bozo. Con esto me voy á rezar á la Merced; que en verdad que no me iré á casa sin encomendar á Dios vuestros negocios. (*Vase.*)

SCENA II.

DOROTEA Y TEODORA.

DOROTEA.

¡Brava conversacion has tenido con la bendita Gerarda! ¿Piensas que no lo he oido? Pues aunque me estaba tocando, mas tenia los oidos en su plática que los ojos en mi espejo. ¿Esto quieres tú oir, y que se te atreva una vil mujer, por el interés que le han dado, á decirte en tu cara que dés lugar á un hombre para que yo le admita?

TEODORA.

Quedo, señora dama, quedo; que si á mí me pierden el respeto, ella ha dado la causa.

DOROTEA.

¡Yo la causa! Gracia tienes. ¿Cuándo tuve yo mas dicha contigo? ¡Qué presto diste crédito á Gerarda! ¡Qué presto pudo persuadirte lo que deseabas! Buena eras para juez: dichosa contigo la primera informacion, desdichada la segunda.

TEODORA.

¿Puedes tú negar cosa alguna de cuanto ha dicho, ni poner falta en una mujer honrada, que solo pretende el servicio de Dios y nuestra honra? ¿Debe de ir ahora á que la premie por ventura el indiano? Pues en verdad que fué á rezar á la Merced por nosotras, y que es mujer que le encargan lo mismo enfermos, necesitados y presos.

DOROTEA.

Enfermos de amor, necesitados de remedio para sus deseos, y presos de su apetito.

TEODORA.

En esta mujer ¡pones falta! ¡Buena lengua se te ha hecho! ¡Qué cierto es perder la vergüenza tras la honra! ¿Qué dia se fué á comer Gerarda, sin haber visitado todas las devociones de la corte? ¿En qué jubileo no la hallarán devota? ¿Qué sábado no fué descalza á Atocha? Qué doncella no ha casado? Qué casada no ha puesto en paz con su marido? Qué viuda no ha consolado? Qué niño no ha curado de ojo? Qué criatura no se ha logrado, si ella le bendice las primeras mantillas? Qué oraciones no sabe? Qué remedios como los suyos para nuestros achaques? Qué yerba no conoce? Qué opilacion no quita? A qué partos secretos no la llaman? Finalmente, para la dicha de una casa, no es menester mas de que ella la perfume.

DOROTEA.

No te desvanezcas en su alabanza; que todas esas gracias tienen diversos sentidos, y si no son ironías, no se han de entender literalmente.

TEODORA.

La bachillera ya comienza á habla[r] en el lenguaje de su galan: aprovechad[o] está de parola. ¿Es eso lo que le enseña? De ironías quedará rica literalmente. ¿Sacólas de los sonetos? Pierda la ignorante la flor de su juventud en esas bo[o]berías; que cuando mas medrada salga quedará celebrada en un libro de pastores, ó la cantarán en algun romance, si de cristianos, Amarílis; si de moros, Jarifa, y el galan Zulema.

DOROTEA.

¡Notable batería hizo en el muro de t[u] entendimiento la fisionomía liberal de[l] rico indiano! ¡Así suelen ser ellos, com[o] te le pintó la Circe! Y ¡qué bien sup[o] apocar y disminuir las partes de do[n] Fernando! Qué bien la pagas en elogio[s] el gusto que te ha hecho! Con esa informacion, ¿quién no la tendrá por santa, sus devociones por verdaderas, y sus medicinas por milagros? Añade á las yerbas que conoce, las habas que ejercita, en vez de las bendiciones, los conjuro[s] que sabe. Pues si hablas en el mal d[e] ojo, ten por cierto que son mas los qu[e] contenta que los que quita. Ella fué po[r] quien conociste al Conde: ponga falta á don Fernando; que no podrá decir co[n] verdad ninguna mas de que es pobre, pero ¿qué riqueza como la de su entendimiento, persona y gracias?

TEODORA.

¡Oh loca, desdichada, perdida, enga

lida de otro loco! ¡Qué gracias, qué persona, qué entendimiento tiene, si le confiesas pobre? ¿Cuándo has visto sobre sayal pasamanos de oro? Estarás muy desvanecida con que te llama la divina Dorotea... Yo visitaré tus escritorios, yo te quemaré los papeles en que idolatras y esas locuras en que estudias vocablos que no nacieron contigo; no te quedará señal de este mozo si yo puedo, y ¡ojalá te le pudiera sacar del alma! ¿Qué me miras? ¿Gestos me haces? Por el siglo de tu padre, que si te doy una vuelta de cabellos, que no has de haber menester rizos; y dile á don Fernando que haga versos á este sugeto, y que me llame Nerona, sacrílega, atrevida á la cabeza del sol, y que cuantas hebras te quite se me vuelvan rayos.

DOROTEA.

Haz burla, no importa, afea mis pensamientos, infama mis costumbres. ¿Qué muertes de hombres has visto á nuestra puerta por vanidades mias? Qué casada se ha quejado de la mala vida que le ha dado su marido por mi causa? ¿A qué fiesta voy? ¿De qué ventana me quitas? ¿Qué galas me murmuran adonde voy á misa?

TEODORA.

¡Eso que no es nada! Pues ¡triste de ti! ¿por quién haces esa penitencia? Di que eres virtuosa, porque ese mozo te tiene hechizada, por darle gusto, porque ya debe de amenazarte, que es lo último del trato de semejantes hombres. Pues desengáñate, Dorotea, que no le has de ver ni hablar mas en tu vida. ¡Tú pobre, yo sin honra! Tú con hábito de picote todo un año, y yo molestada de mis amigas todos los dias! Resuélvete; que te tengo de cortar el cabello y encerrarte donde aun el sol tenga asco de entrar á verte, ó has de dejar esa perdicion, esa locura, esa costumbre, ese trato infame. (*Ásela de los cabellos y la maltrae.*) ¿Lloras? Bien haces; pero no pienses enternecerme; que no hago yo aquí papel de galan celoso, sino de madre honrada. (*Vase.*)

SCENA III.

DOROTEA.

¡Ay infeliz de mí! ¿Para qué vivo? Para qué solicito conservar la mas triste vida que se ha dado á esclava? ¿Cuál mujer de mis años la pasa con tantos sobresaltos y desdichas? ¿Dónde me lleva este amor desatinado mio? ¿Qué fin me promete tan desigual locura de lo que pudieran haber merecido las partes de que me ha dotado el cielo? Cuando haya pasado lo mejor de mis años en este labirinto amoroso, ¿qué tengo de hallar en mí, sino arrepentimiento para los que me quedaren, cuando á los que desprecio les dé venganza? Fernando mio, no querria que mi alma, que allá tienes, te dijese lo que está pensando: cosa tan nueva, que jamás pensé que llegara á mi pensamiento. No puedo mas; que me veo cercada de tantos enemigos, que no podré escapar la vida si no es perdiendo el seso; pero si allá te dijere esta novedad en tu agravio, consulta con prudencia tu entendimiento, no con tu amor tus años. Pero ¿cómo es posible que el primero movimiento de lo que digo haya llegado á mi imaginacion? ¿Qué puedo querer sino quererte? En qué puedo emplear mis años sino en servirte? Qué puedo yo desear como agradarte? Qué riqueza como oirte? Qué tiempo mas bien empleado que en tus brazos? ¿Cómo viviré yo sin tí? Menos falta me puede hacer la vida que tus ojos. ¿Quién me consolará de no verte, después de tantos años de gozarte? Ese agrado tuyo, ese brio, ese galan despejo, esos regalos de tu boca, cuyo primero bozo nació en mi aliento, ¿qué Indias los podrán suplir? qué oro, qué diamantes? Mas ¡ay triste! que desta amistad nuestra está ofendido el cielo, mi casa, mi opinion y mis deudos: mi madre me persigue, las amigas me riñen, los vecinos me murmuran, las envidias me reprehenden, mi necesidad ha llegado á lo último. Fernando no tiene mas que para sus galas; mira las otras mujeres con ellas: ya le parecerán mejor; que el adorno y la riqueza añaden hermosura y estimacion, y la pobreza del traje descuida los ojos y hace que una mujer cada dia parezca la misma, y la diferencia causa novedad y despierta al deseo. Esto no podrá durar para siempre; y como no hay cosa mas pública que el amor, aunque jamás lo crean los amantes, será imposible librarle de algun fin desdichado ó en la vida ó en la honra, y lo que mas se debe temer, en el alma. ¿Para qué quiero aguardar á que te canses y me aborrezcas, á que te agraden las galas de otras, y este sayal que visto sea silicio de tus brazos y penitencia de tus ojos? No quiero aguardar al fin que tienen todos los amores, pues es cierto que paran en mayor enemistad cuanto fueron mas grandes. Si habemos de ser enemigos después, mas vale que ahora nos concertemos con amistad; que cuando el trato cesa sin agravio, bien se puede conservar en llaneza sin reprehension y en voluntad sin miedo.—Celia, Celia, dame el manto, y dí á mi madre que voy á misa.—Resuelta estoy. ¿Qué aguardo? ¡Jesus! parece que tropecé en mi amor. ¡Oh amor! no te pongas delante, déjame ir, pues me dejaste determinar; que en las mujeres la resolucion es difícil, la ejecucion es fácil. (*Vase.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

SCENA IV.

DON FERNANDO, JULIO.

JULIO.

Con poca gracia te levantas.

DON FERNANDO.

Mil desasosiegos he tenido esta noche.

JULIO.

¿No has dormido?

DON FERNANDO.

Poco, y con mil congojas.

JULIO.

Del calor serian.

DON FERNANDO.

No, sino del primer sueño.

JULIO.

¿Qué soñabas?

DON FERNANDO.

Una confusion de cosas.

JULIO.

¿Qué sueño hay tan claro, que no sea confuso? Los que grave y suavemente duermen, dice el filósofo que no sueñan; pues soñaste y con fatiga, no tenias quieto el ánimo. Los que sueñan, no por otra causa piensan que ven lo que sueñan, que porque la inteligencia está constante y sosegada; lo que acontece al ligero sueño, no al que por mucha calor se recoge á la parte interior. Soñamos lo que habemos hecho ó queremos hacer, y tambien de lo que deseamos nacen tales imaginaciones y pensamientos; por eso es opinion del mismo que los virtuosos sueñan mejores cosas que los malos, viciosos y de perversas costumbres.

DON FERNANDO.

Ya comienzas á cansarme con tus filosofías. Déjame, Julio.

JULIO.

Dime por tu vida el sueño.

DON FERNANDO.

Ya te digo que me dejes, Julio; ¿por ventura presumes interpretarle? ¡Qué gentil Josef estaba preso conmigo!

JULIO.

Anfitrion fué el primero que interpretó los sueños; y porque esto es de Plinio, él mismo dice que poniéndose la parte siniestra del camaleon al pecho, sueña un hombre lo que quiere ó lo hace soñar á quien quiere.

DON FERNANDO.

Como eso dirá Plinio.

JULIO.

Cornelio Rufo soñó que perdia la vista, y despertando se halló ciego.

DON FERNANDO.

¡Maldito seas, bachiller histórico, que así me quieres dar pena, entendiendo por conjeturas la causa por que la tengo! Soñaba, oh Julio, que habia llegado el mar hasta Madrid desde las Indias.

JULIO.

Ahorrárase mucho porte desde Sevilla á Madrid. Di adelante.

DON FERNANDO.

Llegaba furioso hasta la puente.

JULIO.

¡Pobre de Illéscas!

DON FERNANDO.

En una famosa nave enramada de jarcias y vestida de velas venia un hombre solo, que desde el corredor de popa arrojaba á una barca barras de plata y tejos de oro.

JULIO.

¡Quién estuviera en la barca!

DON FERNANDO.

Estaba, ¡ay de mí!...

JULIO.

Dilo, ¿qué tiemblas?

DON FERNANDO.

Estaba Dorotea.

JULIO.

Y ¿tomaba el oro?

DON FERNANDO.

Con las dos manos.

JULIO.

Hacia muy bien, y ¡pluguiera á Dios que yo estuviera con ella! que aun durmiendo no tuve tanta dicha en mi vida. ¡Oh! si fuera verdad eso que soñaste, ¡qué salieran de mujeres á la mar de

Madrid! Y mas si arrojaban oro.

DON FERNANDO.

¿Salieran muchas?

JULIO.

Mas que al Prado. Pero ¿en qué paró la mar? Que estás mas triste que si temieras anegarte en ella.

DON FERNANDO.

En que al salir de la barca Dorotea y Celia cargada de oro, llegué yo á hablarla y se pasó de largo sin conocerme.

JULIO.

Y ¿deso estás triste?

DON FERNANDO.

¿Es poca la causa?

JULIO.

Pues ¿qué querias? ¿Que te diese del oro?

DON FERNANDO.

No, sino que me hablase.

JULIO.

¿Soñando pides correspondencias?

DON FERNANDO.

¿Por qué no? Pues, como yo me quejé de su desprecio, tambien podia Dorotea hablarme.

JULIO.

Quiero interpretar el sueño.

DON FERNANDO.

Habrás leido á Artemidoro.

JULIO.

Como deseas dar á Dorotea lo que no tienes, del pensamiento y solicitud ha nacido que la soñases rica.

DON FERNANDO.

Amor quiera que esa sea la interpretacion legítima.

JULIO.

Dichoso eres, pues la enriqueces.

DON FERNANDO.

No creas en sueños.

JULIO.

No sé lo que te responda, pues siempre sueño que soy pobre, y despierto soy lo mismo.

DON FERNANDO.

Con oro ¿han de vencer á Dorotea?

JULIO.

Tendrá disculpa.

DON FERNANDO.

Ovidio dijo que mas daño habia hecho el oro que el hierro.

JULIO.

Estaria mal con el oro, cuyas virtudes no digo porque le temes; pero ¿qué muerte se ha dado con él, sino es la de Creso, que por su codicia se le dieron derretido? Y sabemos que hay oro potable que conserva la vida y al fin entra en la confeccion de Alquérmes.

DON FERNANDO.

Si yo tuviera oro, no le comiera aunque me diera mil vidas.

JULIO.

Pues ¿qué le hicieras?

DON FERNANDO.

Diérale á Dorotea.

JULIO.

Basta el que le ha venido de las Indias; pero pídele hoy algunos tejos, y harémos el potable, que es de esta suerte, segun doctrina de Leon Suavio. Toman en hoja ó en polvos una onza y resuélvenla en humor, añadiendo de vinagre destilado lo que basta; destílase despues á veces separado, hasta que no queda sabor de los dos juntos; échase luego en cinco onzas de aguardiente, y conservado un mes y reposado, se toma poco á poco.

DON FERNANDO.

No hay cosa de que no quieras saber algo, y de todo no sabes nada. ¿Qué filósofo antiguo ó moderno no ha dicho mal del oro?

JULIO.

El oro es como las mujeres, que todos dicen mal dellas y todos las desean; y al fin es hijo del sol, retrato de su resplandor y vivifica naturaleza.

DON FERNANDO.

No es por eso amarillo.

JULIO.

Pues ¿por qué?

DON FERNANDO.

Por el miedo que tiene de que le busquen tantos.

JULIO.

¡Qué cosa tan trivial y vieja! Perdóneme Diógenes.

DON FERNANDO.

Mas viejo es el oro.

JULIO.

Es verdad, y sus canas son la plata.

DON FERNANDO.

Ni la cama dorada alivia al enfermo, ni la buena fortuna hace al necio sabio.

JULIO.

Tambien te puede perdonar Sócrates.

DON FERNANDO.

Dame aquel instrumento, estudiante de pesadumbres.

JULIO.

Dellas y de filosofía estoy graduado.

DON FERNANDO.

Saltó la prima.

JULIO.

Seria de la puente, aunque no hay rio.

DON FERNANDO.

Yo la oí esta noche.

JULIO.

Desvelado estabas.

DON FERNANDO.

En Dorotea.

JULIO.

Yo pensé que en ir á la mar á buscarla.

DON FERNANDO.

El que dijo que fuera comodidad hallar á comprar cartas y barbas hechas, ¿por qué no dijo instrumentos templados?

JULIO.

Porque fuera imposible, siendo las cuerdas de la materia que ves, porque con la humedad bajan y con mucha calor suben. Finalmente, son como algunas mujeres, que siempre es menester templarlas.

DON FERNANDO.

Por eso tiran de su condicion para que alcancen al punto del que las templa.

JULIO.

Muchas quiebran.

DON FERNANDO.

Buscar las finas y arrojar las falsas; que así hacen los músicos.

JULIO.

Una curiosidad hace á ese propósito.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

JULIO.

Que cuando desatan la madeja la dan con el dedo, teniendo en la boca el cabo de la cuerda; y si hace dos sombras la dejan por falsa y pasan á otro tercio; así se ha de probar la mujer, y en haciendo dos sombras á cada parte, mudarse al tercio de otra.

DON FERNANDO.

Yo he templado.

JULIO.

A mi costa, que lo he oido.

DON FERNANDO.

Oye un romance de Lope.

JULIO.

Ya te escucho.

DON FERNANDO. (*Canta.*)

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo,
No puedo venir mas léjos.
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento;
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo,
O tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
«Solo sé que no sé nada,»
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del júicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los proprios y los ajenos;
La de plata los extraños
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo,

Y el valor á lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
Y quéjanse de los precios,
De medio arriba romanos,
De medio abajo romeros.
Dijo Dios que comeria
Su pan el hombre primero
En el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos, inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos,
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia;
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quién vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados
Ni pretensiones ni pleitos.
Ni murmuraron del grande
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca, como yo, firmaron
Parabien, ni pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

JULIO.

¿Cómo no has cantado alguna cosa de Dorotea?

DON FERNANDO.

Por la pesadumbre que me ha dado aquello del oro.

JULIO.

Pues ¿por qué no habia de tomarlo?

DON FERNANDO.

Porque, como la perdiz conoce el halcon que la ha de matar, conozco yo que me ha de matar el oro.

JULIO.

Tienen oro y mujer correspondencia y simpatía; ni hay requiebro que las agrade como decirles que son como un pino de oro; y esto, no porque son altas, sino porque es el árbol mas grande, para que sea mas el oro.

DON FERNANDO.

Paréceme que siento chapines.

JULIO.

Ese ruido y el de las cantimploras dicen que es el mejor.

SCENA V.

DOROTEA, CELIA, DON FERNANDO, JULIO.

DOROTEA. (*En la calle.*)

Llama recio, si no te duele la mano.

CELIA. (*En la calle.*)

Si ha rondado don Fernando, dormirá, como se usa, haciendo noche lo mejor del dia.

DON FERNANDO.

Mira, Julio, quién nos quiebra la puerta.

JULIO.

Alguno habrá rodado desde el cuarto de arriba, ó es pobre y sordo. ¿Quién está ahí?

CELIA. (*En la calle.*)

Abre, asaeteado.

JULIO.

Celia, Señor, Celia: papelito tendrémos.

DON FERNANDO.

¿De esa manera lo dices, hombre sin alma?

JULIO.

¿Dónde vas, que has quebrado la guitarra por salir de prisa?

DON FERNANDO.

A recibir el arco embajador de los dioses, la aurora de mi sol, la primavera de mis años y el ruiseñor del dia, á cuya dulce voz despiertan las flores, y como si tuviesen ojos, abren las hojas. (*Abre y vuelve con Celia.*)

CELIA.

No vengo sola.

DON FERNANDO.

¿Quién viene contigo? que me has turbado. ¡Jesus! (*Sale Dorotea.*) ¿es Dorotea? Bien mio, ¡el manto sobre los ojos! Entra, entra. ¿Qué traes, que tropiezas? ¡Ni Celia alegre ni tú descubierta! Cometa hay en el cielo: el príncipe Amor debe de estar enfermo. ¿Aun no hablas? Siéntate, mi señora, siéntate; la escalera te ha desalentado. — Un poco de agua, Julio.

JULIO.

¿Traeré con ella otra cosa?

DON FERNANDO.

Pensé que habias venido. (*Vase Julio.*) — Señora, ¿qué es esto? ¿Por qué me matas? ¿Hante dicho algo de mí? Tu madre me habrá levantado algun testimonio porque me dejes. Pues ¡plegue al cielo, que si he mirado, visto, oido ni imaginado otra cosa de cuantas él ha hecho, fuera de tu hermosura, que la mar que esta noche he soñado, me anegue y me sepulte, y el oro que te daban te conquiste! (*Vuelve Julio.*)

JULIO.

Aquí está un búcaro y unas alcorzas.

DON FERNANDO.

Come, bebe, ó aquí tienes mi corazon y mi sangre. ¿Qué tienes? Desmayóse. —¿Qué es esto, Celia? — Muerto soy, acabóse mi vida.—¡Ah mi señora! Ah mi Dorotea! Ah última esperanza mia! — Amor, tus flechas se quiebran; sol, tu luz se eclipsa; primavera, tus flores se marchitan; á escuras queda el mundo.

JULIO.

Celia, encender quiero una hacha.

CELIA.

Calla, pícaro; que no estás en la comedia.

JULIO.

Tenle bien esa mano; que se araña el rostro.

DON FERNANDO.

¡Oh Vénus de alabastro! Oh aurora de jazmines, que aun no tienes toda la color del dia! Oh mármol de Lucrecia, escultura de Micael Angel!

JULIO.

Ahora yo juraré que es casta.

DON FERNANDO.

¡Oh Andrómeda del famoso Ticiano! —Mira, Julio, ¡qué lágrimas! parece azucena con las perlas del alba.—Desvíale los cabellos, Celia; veámosle los ojos, pues se deja mirar el sol por la nube de tan mortal desmayo.

DOROTEA.

¡Ay Dios! Ay muerte!

DON FERNANDO.

Ya volvió á concertarse cuanto habias dejado descompuesto; ya el amor mata, ya el sol alumbra, ya la primavera se esmalta, y yo estoy vivo. Pero ¿cómo las primeras palabras han sido las dos cosas mas poderosas, Dios y la muerte?

DOROTEA.

Porque Dios me libre de mí misma, y la muerte ponga fin á tantas desventuras como cercan mi afligido corazon y flaco espíritu; que la mujer mas fuerte al fin es obra imperfecta de la naturaleza, sugeto del temor y depósito de las lágrimas.

DON FERNANDO.

Cuando naturaleza, atendiendo á lo mas perfecto, por falta de la materia no hizo lo que pretendia, que es el hombre, sacó muchas excepciones de la comun flaqueza.

JULIO.

Dice muy bien Fernando; y así vemos Artemisias para la memoria, Carmentas para las letras, Penélopes para la constancia, Leenas para los secretos, Porcias para las brasas, Déboras para el gobierno, Neeras para la lealtad, Laudomias para el amor, Cloelias para el valor, y Semíramis para las armas, que con el peine en los cabellos salió á ganar vitorias, mejor que Alejandro con la fuerte celada.

DON FERNANDO.

Y entre ellas, Julio, cuenta la perfeccion de la hermosura de Dorotea, la limpieza de su aseo, la gala de su donaire, la excelencia de su entendimiento, en que fué superior á todas; y esto no lo digan mis ojos, no mi amor, no mi conocimiento. Calle mi voluntad, y hable la envidia; que no hay mayor satisfacion que remitirle las alabanzas.

DOROTEA.

¡Ay, Fernando, que no hay en la desdicha letras, en la fortuna gobierno, aunque fuese próspera, lealtad en los imposibles, brasas en la influencia, valor con las estrellas, amor en las violencias, secreto en las tiranías, constancia en las envidias, y armas en las traiciones!

DON FERNANDO.

¿Qué es esto, mi bien? ¿Por qué me sangras á pausas? Dime: «Fernando, muerto eres;» irá Julio á que vengan por mí; y no me suspendas el dolor en la

duda; que es mas fuerte de sufrir el temor que el mal suceso, porque, imaginado, se piensa en que ha de venir, y venido, en que se ha de remediar.

DOROTEA.

¿Qué quieres saber de mí, Fernando mío, mas de que ya no soy tuya?

DON FERNANDO.

¿Cómo? ¿Ha venido alguna carta de Lima?

DOROTEA.

No, señor mio.

DON FERNANDO.

Pues ¿quién tiene poder para sacarte de mis brazos?

DOROTEA.

Esa tirana, esa tigre que me engendró (si yo puedo ser sangre de quien no te adora); ese crocodrilo gitano, que llora y mata; esa serpiente, que imita la voz de los pastores, para que, llamando sus nombres, los devore vivos; esa hipócrita, siempre las cuentas en la mano, y ninguna con su vida. Hoy me ha reñido, hoy me ha infamado, hoy me ha dicho que me tienes perdida, sin honra, sin hacienda y sin remedio, y que mañana me dejarás por otra. Respondíle; pagáronlo mis cabellos... Ves aquí los que estimabas, los que decias que eran los rayos del sol, de quien hizo amor la cadena que te prendió el alma, los que llamaban red de amor tus versos, esta color, que tú decias que deseabas tener en la barba antes que te apuntase el bozo. Estos, en fin, mi Fernando, lo pagaron: aquí te traigo los que me quitó; que los que quedan ya no serán tuyos, de otro quiere que sean; á un indiano me entrega: el oro la ha vencido, Gerarda lo ha tratado, entre las dos se consultó mi muerte. ¡Oh cruel sentencia! Supo que habia vendido los pasamanos del manteo de tela el mes pasado, y antiyer el de primavera de flores: dice que es para darte el dinero que juegues, como si tú jugases, siendo tu mayor vicio libros de tantas lenguas; y que con versos me engañas, y con tu voz, como sirena, me llevas dulcemente al mar de la vejez, donde los desengaños me sirvan de túmulo y el arrepentimiento de castigo. ¡Ay Dios! Ay de mí! Déjame deshacer estos ojos; pues ya no son tuyos, no hay que respetarlos, no me ha de gozar con ellos quien ella piensa, porque verá en sus niñas tu retrato, que sabrá defenderlos. ¡Ay Dios! Ay muerte!

JULIO.

Volvió al estribo.

DON FERNANDO.

Pues para ocasion de tan poca importancia, ¡tanto sentimiento, Dorotea! Vuelve á serenar los ojos, suspende las perlas, que ya parecian arracadas de sus niñas, no marchites las rosas ni desfigures la armonía de las facciones de tu rostro con descompuestos afectos; que te aseguro, por el amor que te he tenido, que me habias dejado sin alma.

DOROTEA.

¡Tenido, Fernando!

DON FERNANDO.

Tenido y tengo; que no es amor sombra, que se desvanece en faltando el cuerpo. Pensé que te desterraba algun memorial celoso, ó que se habia tu madre muerto súbito del mal del mismo nombre con los achaques de cosas agrias, ó que venia tu dueño de las Indias. Para tan débil causa, ¡tan fuerte sentimiento! Restitúyeme al corazon el alegría de verte, que me habia quitado la tristeza de escucharte... y véte en buen hora; que aguardo un amigo para un negocio, y no es justo que te vea; que las damas, y tan hermosas, solo pueden estar sin sospecha en casa de jueces y de letrados; no en aposentos de mozos, donde solo hay espadas de esgrima, baules de vestidos y instrumentos de música.

DOROTEA.

Pienso que no me has entendido.

DON FERNANDO.

¿Tan mal he repetido la licion, que te parece que no hice della concepto?

DOROTEA.

Pues ¿cómo, si te digo que se acaba nuestra amistad, tan facilmente te has consolado?

DON FERNANDO.

Como tú lo estuviste para decírmelo.

DOROTEA.

Yo vengo muerta.

DON FERNANDO.

Si lo estuvieras en tu casa, no hubieras llegado á la mia.

DOROTEA.

Mas ¿que piensas que te he burlado?

DON FERNANDO.

¿Cómo lo puedo pensar, si estas veras vienen desde las Indias? Véte, mi bien, que es tarde.

DOROTEA.

¿Aun quieres echarme de tu casa?

DON FERNANDO.

Pues ¿para qué quieres estar en ella, si no piensas volver á verla, como dices?

DOROTEA.

¿Por qué no volveré á verla?

DON FERNANDO.

Porque te vas á las Indias, y hay mar en medio.

DOROTEA.

El de mis lágrimas.

DON FERNANDO.

Las de las mujeres son entretelas de la risa; no hay tempestad en verano que mas presto se sosiegue.

DOROTEA.

¿Qué has hecho tú por mí en tantos años, que me obligue á fingir el amor que te he tenido?

DON FERNANDO.

¿Tambien tú dices, *que te he tenido?*

DOROTEA.

Y estará bien dicho; que no lo merece quien no siente perderme.

DON FERNANDO.

Engáñaste; que tú sola te pierdes.

DOROTEA.

Extraños sois los hombres.

DON FERNANDO.

Antes muy proprios; que nuestra primera patria sois las mujeres, y nunca salimos de vosotras.

DOROTEA.

Vámonos, Celia; que este caballero debe de haber hallado estos dias lo que decia Gerarda.

DON FERNANDO.

Antes tú has hallado lo que Gerarda decia; que, si no fuera por ti, yo pudiera estar casado con mas oro que el que te han traido. Pero aun no he cumplido veinte y dos años.

DOROTEA.

Y yo ¿tendré quinientos?

DON FERNANDO.

¿Dígolo yo por eso, ó porque si Dios quiere, me queda vida para valerme della? Que de diez y siete llegué á tus ojos, y Julio y yo dejamos los estudios, mas olvidados de Alcalá que lo estuvieron de Grecia los soldados de Ulises.

CELIA.

¡Qué sequedad de hombre! Dios me libre: ¿ahora cuenta fábulas?

DOROTEA.

Déjale, Celia; que no es sin causa. Bien decia yo que andaba divertido: ya tendrá dueño; que á no ser esta la causa, no estuviera tan bravo de corazon y tan valiente de ojos. *(Vase.)*

JULIO.

¡Ah Celia, Celia!

CELIA.

¿Qué quieres, Julio?

JULIO.

Háblame tú á mí, y no me niegues el último abrazo, si no es que te ha venido alguna carta de las Indias con los criados del indiano.

CELIA.

Déjame bajar; que se va mi señora sola. *(Vase.)*

DON FERNANDO.

Cierra esa puerta, necio, y mira desde esa ventana si vuelve la cabeza Dorotea.

JULIO.

Ni le pasa por el pensamiento.

DON FERNANDO.

Muerto soy, Julio. Cierra todas las ventanas, no entre luz á mis ojos, pues se va para siempre la que lo fué de mi alma. Quita de ahí esa daga; que el trato es demonio, la costumbre infierno, el amor locura, y todos me dicen que me mate con ella.

JULIO.

Quedo, Señor, detente. ¿Qué ceguedad es esta?

DON FERNANDO.

Déjame; que, como estanque detenido, rompe la presa el alma, y quiere salir la furia por los ojos. ¡Ay de mi vida! Ay de mis esperanzas! Julio, déjame; y pues á los principios de este amor no fuiste prudente maestro, no seas ahora molesto amigo.

JULIO.

Por el balcon no se baja bien á la calle; mejor irás por la puerta.

DON FERNANDO.

Abrala el alma por el pecho á mis desdichas. ¿Qué tomaré para matarme? Qué veneno será mas breve? Soliman es de esclavos; yo, que lo fuí de Dorotea, me mataré con él bajamente; que los venenos honrosos son para Césares.

JULIO.

Leamos á Nicandro; que él nos dará venenos.

DON FERNANDO.

¡Qué falsa risa!

JULIO.

¡Qué fina locura!

DON FERNANDO.

Llámame un barbero presto; sangraréme de la vena del corazon, y luego que

se haya ido, me quitaré la venda; que si el amor á los principios pasa por aquellos espíritus sútiles de átomo en átomo á inficionar la sangre, y en la mas pura tiene asiento, sacándola saldrá tambien con ella; que si hasta los desmayos del ánimo, es aforismo físico que en casos lo piden, ¿cuál se puede ofrecer como este?

JULIO.

No me agrada el argumento; porque si amor es lo mismo que la sangre, ningun semejante puede expugnar su semejante, que es imposible, como el calor al calor, el frio al frio.

DON FERNANDO.

Bestia, eso es por sí, pero no por accidente. ¡Qué gentil filósofo! sabiendo que por el mio ya son contrarios.

JULIO.

Lo que yo sé es que aquel gran médico Triverio dijo en su *Método*, que la buena figura de la cabeza indicaba el temperamento del cerebro; nunca me pareció que la tenias bien hecha; fuera de que un excedente calor vicia las operaciones, y este tu amor desatinado no te deja conocer la razon con la templanza, que en tales ocasiones tienen los hombres cuerdos. Si no te vales de la prudencia, mortal te juzgo, sin ir á los pronósticos de la nosomántica de Monteio; que para esto yo sé mas que Hipócrates. ¿Qué andas en ese escritorio? Qué buscas? Qué rasgas? Deja los papeles, deja el retrato: ¿qué te ha hecho esa divina pintura? Respeta en ese naipe los pinceles del famoso Felipe de Liaño; que no es justo que prives al arte deste milagro suyo, ni deste gusto á la envidia de la naturaleza, celosa de que pudiese, no solo ser imitada en sus perfecciones, sino corregida en sus defectos.

DON FERNANDO.

¡Vive Dios, que te mate!

JULIO.

Mátame; pero no has de tocar al retrato, que está inocente.

DON FERNANDO.

Pues yo tengo de irme.

JULIO.

¿Adónde?

DON FERNANDO.

A Sevilla; porque estar adonde vea mi muerte, es sufrir tantas cuantos instantes tuviere el dia.

JULIO.

¿No es mejor no ver la causa?

DON FERNANDO.

Es imposible, no habiendo tierra en medio.

JULIO.

No me desagrada que te ausentes; pero ¿con qué dinero?

DON FERNANDO.

Marfisa, á quien siempre he despreciado, aunque nos habemos criado juntos, y que la dejé injustamente por esta ingrata, socorrerá nuestra necesidad liberalmente.

JULIO.

¿Con qué achaque?

DON FERNANDO.

Con algun engaño.

JULIO.

Bien dices: vamos á verla.

DON FERNANDO.

Guarda esos papeles y ese retrato, pero de suerte que no le vea.

JULIO. (*Aparte.*)

¡Pobre mancebo! perderá el seso; pero ¿cómo puede perder lo que no tiene?

DON FERNANDO.

¿Qué dijiste?

JULIO.

Que no tiene que perder quien ha perdido á Dorotea.

DON FERNANDO.

¡Ay, Julio, qué bien dices! Pues ¡si vieras el entendimiento que tiene sobre tanta hermosura!

JULIO.

El entendimiento no se ve, antes bien se diferencia del sentido en que aquel es una potencia aprehensiva de las cosas exteriores, sin real suscepcion, sino por sola recepcion de las especies; y el entendimiento, por quien el hombre aprende, no la misma cosa ni sus partes, ó alguna corporal calidad de ella, sino recibiendo dentro de sí la especie de aquello que aprende.

DON FERNANDO.

Bestia escolástica, ¿ahora me repites las palabras? Estoy yo para sentir lo que digo? Méteme por tu vida en la opinion con que Aristóteles disentia de Platon en las especies, que pensó que se criaban con el entendimiento. Lo que yo quiero decir, bien lo entiendes; que por lo que se habla ó se escribe, se conoce el que los hombres tienen, y en esos papeles se puede ver y conocer el entendimiento de Dorotea, como en sus rimas el de Laura Terracina ó la marquesa de Pescara; y por eso que has dicho, muestra esos papeles.

JULIO.

¿Ahora los descoges? No tienes tú mucha gana de ir á Sevilla.

DON FERNANDO.

Escucha este. (*Lee.*) «Fernando mio, »¿para qué son buenas tantas satisfacio»nes? Las que me diste anoche fueron »bastantes; que mas me desenojaron tus »lágrimas entonces que ahora tus pala»bras; que no hay retórica para persua»dir corazones airados, como efectos »tan humildes; solo me deja cuidadosa »tu poca edad; no sea que el haberte »enternecido naciese de tus años, y no »de tus sentimientos. Si yo alabé á Ale»jandro de airoso y gentil hombre, no »fué en comparacion de tu persona, sino »en descuido de mi ignorancia. Pusis»teme la mano en el rostro: el agravio »consiste en ser por celos, que por amor »no importara. Dirás tú que dél nacie»ron ellos, y estarános bien el creerlo á »mí y al rostro. Si querias herrarme »para que supiesen que era esclava tu»ya, ¿de dónde has imaginado que yo »reparo en que todos lo sepan? Pero »puedo asegurarte que cuando del golpe »del rostro sonó el eco en el alma, dijo »ella humilde: Sufre, Dorotea; que el »mismo que te ha ofendido, te ha ven»gado, pues mayor que tu dolor será su »sentimiento. Pero entre estas amorosas »humildades, advierte que en las muje»res de bien no es burla para tomar ejem»plo; que si con esto habemos los dos »sabido á lo que llega la llaneza del tra»to, no hay que aguardar á segunda ex»periencia; porque, aunque dicen que »la mujer es animal que gusta del cas»tigo, no todas son tan seguras, que no »derriben al dueño, y se le vayan donde »no las alcance. Lo que ahora te pido »es que vengas á ver el rostro que ofen»diste, para saber cuál está mas encen»dido, ó el tuyo con la vergüenza de lo »que hiciste, ó el mio con las señales »que me dejaste.»

JULIO.

Yo me acuerdo de esa noche y de esas locuras tuyas.

DON FERNANDO.

¡Oh, quién la hubiera muerto!

JULIO.

Señor, mira que es tarde para hablar á Marfisa.

DON FERNANDO.

Este papel es de mi letra. Versos son... Ya me acuerdo; que me los volvió para que se los cantase. Quiero leerlos.

(*Lee.*) «Zagala, así Dios te guarde,
Que me digas si me quieres;
Que aunque no pienso olvidarte,
Impórtame no perderme.
A tus ojos me subiste;
En ellos vi cómo llueven,
Cuando quieren, perlas vivas,
Y rayos cuando aborrecen.
Si fué verdad, tú lo sabes:
Mis desconfianzas temen
Que, como hay gustos que engañan,
Habrá lágrimas que mienten.
Los hechizos de tu llanto
Divinamente me prenden,
Pues mis ojos de los tuyos
Veneno de perlas beben.
Tus lágrimas me aseguran,
Tus regalos me entretienen,
Tus favores me confian
Y tus celos me enloquecen.
Mas en medio destas cosas,
Por cualquiera enojo leve,
Si quieres, ¿cómo es posible
Que te vayas y me dejes?
Tres dias há que te fuiste
A los prados y á las fuentes,
Dejando las de mis ojos,
Adonde pudieras verte.
¿En qué mejores cristales
Quien ama mirarse puede,
Si espejos del alma vivos
Fueron las lágrimas siempre?
O me quieres, ó me olvidas:
Si me olvidas, ¿cómo vuelves?
Y si me quieres, zagala,
¿Cómo gustas de mi muerte?
Por hablar con las serranas
Acaso y sin detenerme,
¡Ay Dios, qué duras venganzas
De culpas que no te ofenden!
Traen del baile á tu choza
Mil almas tus ojos verdes,
Y no los riño celoso
(Dios sabe si culpa tienen);
Y tú me matas á mí,
Que si he pensado ofenderte,
Antes que mire otros ojos,
Los mios llorando cieguen.
Zagala del alma mia,
Vuelve por tu vida á verme;
Mas ninguna obligacion
Te traiga si me aborreces;
Que yo me sabré morir
Desesperado y ausente,
Porque me debas matarme,
Porque no te canse el verme.»

JULIO.

Pues bien, ¿qué habemos de hacer con repetir ternuras? Si estás arrepentido de partirte, conmigo no hay para qué hacerte valiente.

DON FERNANDO.

¡Ay, Julio! qué bien dijo Séneca, que mientras el ánimo está dudoso, por instantes se muda, impelido á diversas partes de varios pensamientos! ¿Soy yo quien se determina de no ver á Dorotea? No es posible. Pero ¿cómo puedo verla con este agravio? Mayor desdicha seria quedarme á verle. Animo, corazon desesperado; que nadie le puso en tanto mal, que no le pudiese sufrir.

JULIO.

¿Ataré los papeles?

DON FERNANDO.

Aguarda, veamos este. ¿Qué piensas que dice? ¿No te acuerdas cuando fuimos al arroyo?

JULIO.

Como si ahora fuera.

DON FERNANDO.

Respóndeme á unos versos que le hice al brio y gracia con que anduvo aquel dia, que fué el de mayor perdicion para mis ojos.

JULIO.

De los versos me acuerdo yo, y podria decírtelos.

DON FERNANDO.

Dímelos, Julio; hagamos con toda solemnidad las honras á esta ausencia.

JULIO.

«Unas doradas chinelas,
Presas de un blanco liston,
Engastaban unos piés,
Que fueran manos de amor.
Unos blancos zapatillos,
De quien dijera mejor
Que eran guantes de sus piés,
Justa, aunque breve prision;
Descubriendo medias blancas
Poco espacio, de temor
De que no pudieran serlo
Sin esta justa atencion;
Asiendo las blancas manos
Un faldellin de color,
Alfileres de marfil,
Que dieron uñas al sol,
Me enamoraron un dia,
Que con esta misma accion
La bellísima Amarilis
Un arroyuelo saltó.
Riyéronse los cristales;
¡Ojalá tuvieran voz,
Porque dijeran su dicha,
Sin murmurar la ocasion!
Bien hayas tú, la serrana,
Mil años te guarde Dios;
Que aun para saltar arroyos
Tienes brio y perfeccion.
Tu gusto goce otros tantos
El venturoso pastor
A quien amorosa has dado
De tus brazos posesion.
Cuando sales en chinelas,
Me ha dicho mas de una flor
Que las pisas sin quebrarlas:
Tus piés tan ligeros son.
No suele pasar la aurora
Por los prados tan veloz,
Aunque en no dejar estampas
Se quejan de tu rigor.
Mas la que en ellas no dejas,
Les dará mi corazon,
Que, envidioso de las flores,
A recibirte salió.
Años há, bella Amarilis,
Que el alma á tus ojos doy,
Mas no á tus piés, que aun apenas
Los vió mi imaginacion.
Cuando te calzas, sospecho
Que es dificultad mayor
El hallar tus piés tus manos,
Que el encarecerlos yo.
Tus zapatillos un dia
Han de pensar, y es razon,
Que se te han ido los piés,
O que son un pié los dos.
Solo me ha dado cuidado
(Quiero bien, temiendo estoy)
Que puedan tener firmeza
Piés que tan ligeros son.
¡Ay, serrana! quién pensara
(Mas no digas que yo soy)
Que de unos piés tan ligeros
Hiciera flechas de amor!—
Esto le dijo á Amarilis
Un villano que la vió
Que saltaba un arroyuelo,
Que lo demás murmuró.»

DON FERNANDO.

Estaba por alabarte la hermosura, la gracia, el brio, el gusto, la alegría, que es una de las partes que constituyen una mujer hermosa, que tuvo aquel dia Dorotea; mas ¡ay, Julio, que es poner imposibles á mi partida! Mejor es imaginar que soy muerto, y que mi alma sola es la que va á Sevilla. Ea, Julio, buen ánimo.

JULIO.

No te he oido en todos estos amores tan gracioso disparate. ¿Quién te ha dicho que las almas de los amantes ausentes van á Sevilla?

DON FERNANDO.

La mia digo, Julio.

JULIO.

Los que aman y se ausentan, suelen decir por encarecimiento que dejan el alma á lo que aman, porque está mas donde ama que donde anima; que apartada del cuerpo no perece ni se saca de la potencia de la materia; y así, les parece á los amantes que no la llevan, pues que no viven, y que ella asiste como inmortal donde la dejan.

DON FERNANDO.

Estoy por tenerlo por cierto.

JULIO.

Esa razon solo se puede perdonar á un loco, y en este propósito te quiero decir lo que siento de algunos melindrosos Catones, que en viendo en las comedias un galan muy tierno, presumen que el poeta imita sus costumbres mismas: censura indigna de hombres cuerdos, que de las cosas naturales hacen milagros; porque allí solo se imita un mozo desatinado que sigue á rienda suelta su apetito, y mientras mejor fuere el poeta que le pinta, mas vivos serán los afectos, y mas verdaderas las acciones. Dijo Catulo que si sus escritos eran lascivos, su vida era honesta; mas, respondiendo á tu pensamiento, que imagina bárbaramente que deja á Dorotea el alma (aunque bien sé que no lo entiendes así, por loco que te tiene la fuerza desta pasion invencible), digo que sucede á los amantes lo que á las brujas, que piensan que van con el cuerpo donde las llevan imaginariamente, y así suelen ellos ver las acciones de sus damas y dar crédito á sus celos.

DON FERNANDO.

Yo te confieso, Julio, que en mi tierno y amoroso natural tiene esta pasion mas fuerza.

JULIO.

Toda causa de limitada virtud puede producir efecto mas intenso en la materia dispuesta que en la que no lo está.

DON FERNANDO.

Y ¿qué hará donde la virtud es grande?

JULIO.

Lo que se ve en esta precipitada locura.

DON FERNANDO.

Yo hago lo que me manda mi honra.

JULIO.

¡Qué amor tan honrado, para ser libre!

DON FERNANDO.

No toda la honra está sujeta á leyes.

JULIO.

La que no está sujeta á ellas no es honra.

DON FERNANDO.

Los hombres hacen honra de lo que quieren.

JULIO.

Un hombre ha de querer lo que es justo para ser honra.

DON FERNANDO.

Justo es huir de perderla.

JULIO.

No la perdieras si huyeras dentro de Madrid de Dorotea.

DON FERNANDO.

Las ocasiones cerca, el peligro es cierto; á la ausencia me remito, si bien con desconfianza.

JULIO.

Siguiéndote cumpliré con tu amistad, no con mi obligacion.

DON FERNANDO.

Yo vi, yo amé, este error vive en mí, como dijo el Damon de Virgilio.

JULIO.

La raíz de todas las pasiones es el amor: dél nace la tristeza, el gozo, la alegría y la desesperacion.

DON FERNANDO.

Esa me lleva, no sé si dejando el alma.

JULIO.

Amor tiene fácil la entrada y difícil la salida.

DON FERNANDO.

Mucho me ha de costar el deshacerme de la tenacidad de la costumbre.

JULIO.

Así dijo un poeta:
«Pintarle de colores como á loco,
Y no llamarle amor, sino costumbre.»

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Marfisa.

SCENA VI.

MARFISA, CLARA, DON FERNANDO, JULIO.

MARFISA.

¡Clara!...

CLARA.

Señora...

MARFISA.

¿A qué hora vino á acostarse don Fernando?

CLARA.

Sentí la puerta, y despertóme mas el cuidado que el ruido, y antes que me

volviese á dormir, dieron las cuatro.

MARFISA.

¡Qué perdicion de hombre!

CLARA.

Los años le disculpan.

MARFISA.

¿Sabes lo que pienso?

CLARA.

Ya sé yo lo que siempre estás pensando.

MARFISA.

Que le tiene hechizado Dorotea.

CLARA.

¿Hechizos llamas cinco años de trato?

MARFISA.

Esos habian de cansarle.

CLARA.

Si estuviera casado; que aun no quiso la lengua castellana que de casado á cansado hubiese mas de una letra de diferencia.

MARFISA.

No es tan hermosa como dicen.

CLARA.

¿Dónde la viste?

MARFISA.

En la Merced un dia.

CLARA.

Pues no tienes razon; que es linda moza, de gentil disposicion, buen aire y talle; los ojos son bellísimos, aunque algo desvergonzados.

MARFISA.

Eso quieren los hombres.

CLARA.

Mientras que no los tienen; que después mas los querrian honestos.

MARFISA.

Eso es donaire; que cuando conquistan las mujeres las querrian libres, y después santas.

CLARA.

Son unos ojos que antes que los envidien quieren.

MARFISA.

¿Por naturaleza ó por artificio?

CLARA.

Lo uno y lo otro, como respondió el convidado al paje que le preguntó si lo queria tinto ó blanco. La boca es graciosa, y no le pesa de reirse aunque no le dén causa. Pica en flaca, pero no de rostro.

MARFISA.

Es muy de caras redondas. ¿Cómo le va de color?

CLARA.

Trigueño claro.

MARFISA.

¿El cabello?

CLARA.

Algo crespo, efecto de aquel color.

MARFISA.

Si fuera hombre, fuera atrevida y cobarde.

CLARA.

¿Quién te lo ha dicho?

MARFISA.

Yo lo he leido.

CLARA.

Lo que es el entendimiento es notable, la condicion amorosa, el despejo desenfadado, el hablar suave con un poco de ceceo, con que guarnece de oro cuanto dice, como si no bastara de las perlas de los dientes.

MARFISA.

¡Maldita seas, pinta-mentiras! ¡Qué pesadumbre me has dado! ¿Qué mas hiciera don Fernando en sus versos?

CLARA.

Dellos lo he sabido mas que de mis ojos.

MARFISA.

¡Nunca tengas dicha! Aunque por ser tan necia, no te alcanzará esta maldicion.

CLARA.

Pues aun no te he dicho cómo canta y danza.

MARFISA.

Ya se emienda la ignorante, grosera, descortés y bachillera, que por hablar dice lo que no sabe. ¡Qué de parte está la tonta de su don Fernando!

CLARA.

Mas es tuyo que mio.

MARFISA.

¿Cuándo fué mio? Pues con habernos criado juntos, aun no he merecido mas amor que la llaneza de tratarnos sin cumplimiento.

CLARA.

Él y Julio, su ayo, ó su perdicion, vienen muy aprisa, y á la puerta se queda su amigo Ludovico.

(*Salen don Fernando y Julio.*)

MARFISA.

¿Cómo vienes desta suerte?

DON FERNANDO.

No sé cómo te lo diga. Ponte, Clara, á la reja y mira si viene alguna justicia.

(*Vase Clara.*)

MARFISA.

¿Qué has hecho? ¡Triste de mí!

DON FERNANDO.

Anoche...

MARFISA.

Di, adelante.

DON FERNANDO.

Anoche, entre la una y las dos, estaba hablando... no sé cómo la nombre.

MARFISA.

Yo lo diré por tí si se te ha olvidado. Hablabas con Dorotea.

DON FERNANDO.

Con ese demonio, Marfisa.

MARFISA.

¿Ella ó yo? Que juntas el demonio con mi nombre, y siempre te lo parezco.

DON FERNANDO.

Déjame, por Dios te lo suplico; que no es tiempo de quejas. Hablaba en fin con ella, contándole que habia soñado mil disparates de la mar, de las Indias, de los galeones y de la plata; pasaron dos hombres, amo y criado; deteníanse mas de lo que pueden dar licencia aquellas horas; desviéme de la reja, díjela que cerrase la ventana, y sentéme en una piedra que sirve á los caballos y á los amantes de la calle, que todo es uno; volvieron tan descorteses, que quisieron reconocerme, metiendo los embozos de sus capas en la mia, mayormente el que la traia con oro; púseme en pié ligero, no de otra suerte que el toro que cerca de la vaca estaba echado, cuando por la senda que divide el prado siente latir los perros del cazador, que en confianza del plomo no le teme. «¿Qué quieren?» dije...

MARFISA.

Eso no dijera el toro.

DON FERNANDO.

Parece que te burlas.

MARFISA.

Pues ¿qué he de hacer, sabiendo cuán mal se juntan una comparacion y un sobresalto? Pero eso te ha quedado del curso de los versos.

JULIO.

Señor, mira el peligro.

DON FERNANDO.

Ya lo veo, Julio. — Marfisa, escucha. Respondiéronme: «Saber lo que hace en aquella reja.» «Estaba, le dije, preguntando si habia de venir á aquellas horas algun hombre tan necio, que me lo preguntase.» Puse el broquel al pecho, porque es grande y hace mas daño que provecho, quitando la vista; y sacando las espadas, se la puse al uno de los dos con gentil aire.

JULIO.

Y yo ¿no era nada entonces?

MARFISA.

No hagas mas efectos, por Dios; que temo lo que queda. Di presto; que bien puedes, pues vienes vivo.

DON FERNANDO.

Maté al uno y herí al otro.

JULIO.

Y yo ¿mondaba nísperos?

DON FERNANDO.

No se ha visto en el mundo valor como el que tuve.

JULIO.

Y yo ¿quedéme en casa?

DON FERNANDO.

Bien lo hizo Julio. — ¿Qué tienes? ¿Lloras por mí ó por el muerto?

MARFISA.

Lloro por entrambos.

DON FERNANDO.

Mira si tienes qué darme; que me voy á Sevilla mientras pasa esta furia; porque temo que han de saber quién lo ha hecho, ó me conozca el que ha quedado vivo.

MARFISA.

¡Triste de mí! Que si no es mis joyuelas no tengo otra cosa que darte; pero piérdanse, pues te pierdo, que eras mi mejor joya. Estas arracadas tienen diez diamantes...

DON FERNANDO.

No te las quites, Marfisa.

MARFISA.

Quien no ha de oir tus palabras, ¿para qué quiere galas en los oidos? Voy por mis cadenas y lo demás que tenga algun valor. (*Vase.*)

JULIO.

Gran ceguedad es la tuya, pues esto no te obliga.

DON FERNANDO.

No puedo mas; que no hay fuerzas contra la influencia del cielo y el albedrío del alma. Mas ¡cómo lo ha creido!

JULIO.

Es uno de los defectos de las mujeres.

DON FERNANDO.

¿Quedaron las mulas á punto?

JULIO.

Con sus maletas y cojines.

DON FERNANDO.

¿Qué pusiste en la mia?

JULIO.

Un vestido negro y alguna ropa blanca en una manga verde que me prestó Ludovico.

DON FERNANDO.

¿Tienes botas?

JULIO.

Una sola.

DON FERNANDO.

De cuero digo.

JULIO.

De lo mismo la llevo; pero destas botas la sed son las espuelas.

DON FERNANDO.

Por la calle de Dorotea habemos de pasar; que quiero que vea con sus ojos mi sentimiento; tú harás ruido para que se ponga á la ventana.

JULIO.

No será menester; que en sintiendo qué mirar, ella se tendrá el cuidado.

DON FERNANDO.

¡Válgame Dios! ¡Y lo que ha pasado por mí desde las nueve á las doce!

JULIO.

La comida me holgara yo que hubiera pasado.

DON FERNANDO.

En Getafe comerémos.

JULIO.

No saldré yo de Madrid en confianza de Getafe.

DON FERNANDO.

¿Qué te parece si fué verdadero el sueño?

JULIO.

Calla; que viene.

(*Vuelve Marfisa con Clara.*)

MARFISA.

Mis cofres he revuelto, y cuánto he hallado que sea oro llevas en este lienzo.

DON FERNANDO.

Mi alma sale á la fianza, y en prendas de esta liberalidad te dejo mi memoria. Escribiré en llegando, y escribiré en mi corazon la escritura deste recibo, para que te cobres dél, si Dios me deja volver á verte, testigos tus ojos. Mira con qué quieres que la firme.

MARFISA.

¿Qué firma como tus brazos?

DON FERNANDO.

No llores, Marfisa mia; que no acertaré á partirme; porque no hay rémoras para detener una alma como las lágrimas de lo que se adora.

MARFISA.

En tu rostro las estampo, á efecto de que te acuerdes que las lloraron mis ojos casi en los tuyos, por engañarme de que eran tuyas.

DON FERNANDO.

Alguna mia se ha mezclado en ellas, y yo te juro que las que me has puesto, han hecho en mi rostro las letras de tu nombre; pero ¿qué esclavo trujo en el mundo hierros de diamantes? Yo me parto

MARFISA.

Yo me quedo muriendo.

(*Vanse don Fernando y Marfisa.*)

JULIO.

¡Ah, señora Clara! ¿qué manda para Sevilla?

CLARA.

Que saludes en mi nombre la Giralda.

JULIO.

¿No me das algo para el camino?

CLARA.

Esta sortija de azabache.

JULIO.

Cosa de precio, digo.

CLARA.

La fineza de los amores es estimar las cosas de poco precio; que las que le tienen, sin amor se estiman.

JULIO.

Tambien el amor se prueba en socorrer la necesidad de lo que ama.

CLARA.

¿Quién te ha dicho que te amo yo, para socorrerte?

JULIO.

Dame esa gargantilla; que ¡por vida tuya, que estás mejor sin ella! Porque esa nieve no ha menester mas adorno que su hermosura.

CLARA.

Resfriaréme si me la quito.

JULIO.

Yo te daré una liga.

CLARA.

Pareceré caballo con banda al cuello.

JULIO.

¿Qué traes en esta bolsilla?

CLARA.

Unos pedazos de búcaro que come mi señora; bien los puedes comer, que tienen ámbar.

JULIO.

No los gasto de Portugal; mejor como búcaros de Garrovillas.

CLARA.

Mi ama llora; voy á consolarla.

JULIO.

No lo voy yo de ti; pero algun dia...

CLARA.

Pues ¿qué pensabas? ¿Que era yo la mentecata de Marfisa, que paga los celos de Dorotea con sus joyas? Véte, Julio; que no es nobleza comprar caro y vender barato, vestir locos y no pagar criados, y dar una mujer á un hombre lo que ha menester para sí misma; si no es que ya con lo que nos hurtan del traje tambien quieran que les valga el privilegio de nuestras condiciones. Pero en llegando á esto, tómense nuestros aliños, nuestros rizos, nuestros moldes y nuestros espejos; pero al pedir no toquen, porque lo tenemos ejecutoriado desde el principio del mundo, revalidando esa exencion cuantos siglos hasta el presente han presidido al tiempo.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Teodora.

SCENA VII.

TEODORA, GERARDA, CELIA, DOROTEA.

GERARDA.

Esté en buen hora la honra de las viudas, el ejemplo de las madres, la maestra primorosa de las cortesías, la caritativa huéspeda de las desamparadas, magüer con poca dicha, que merecia ser princesa de Transilvania.

TEODORA.

Notable vienes, Gerarda, hablando á lo moderno y á lo antiguo. ¿Cómo has casado el *Magüer* y la *Primorosa*, esta moza y aquel viejo?

GERARDA.

Ya, Teodora, nuestra lengua es una calabriada de blanco y tinto.

TEODORA.

Con eso la hablas de tan buena gana.

GERARDA.

Un asno entre muchas monas cócanle todas.

TEODORA.

No te enojes, por mi vida. ¿De dónde vienes?

GERARDA.

Vengo de donde nací, y voy adonde tengo de morir. En la Merced he cumplido con algunas de mis devociones.

TEODORA.

¿Tose el padre prior? Bueno será el sermon.

GERARDA.

Pues en verdad que no vengo á predicar, sino á tomar doctrina de vuestra virtud.

TEODORA.

Tal sea mi vida cual es la perdiz con lima. Ya, Gerarda, no querria mas de que saliese esta moza bien morigerada de mi educacion.

GERARDA.

Y esas dos palabritas ¿de dónde son, Teodora? Bien digo yo que se pega la habla como la sarna.

TEODORA.

Comer á gusto, y hablar y vestir al uso. ¿Rezaste por nosotras, como lo prometiste?

GERARDA.

A los cinco rosarios me deparó mi dicha... ¿quién dirás, Teodora? Mas ¿que no lo adivinas?

TEODORA.

¿Era aquella beata mortificada, que anda enseñando las cadenillas de hierro en las muñecas?

GERARDA.

¡Sí por cierto! viene de la huesa y pregunta por la muerta. No, sino aquel caballero indiano, que os dije esta mañana que miraba con buenos ojos á Dorotea. Allí estaba rezando como un cordero. Debe de ser un bendito; que mirad, amiga, no todos los hombres comen la caza que matan: amores hay honestos que se causan naturalmente por no sé qué sinfonía ó simpatonía, que dicen estos que saben poco latin y mucho griego.

TEODORA.

Vieja que baila, mucho polvo levanta.

GERARDA.

Por mi vida, que no seais aguda, sino discreta. ¿Es mejor la perdicion de Dorotea por Fernandillo? A peso de oro habíades vos de comprar un hombron de hecho y de pelo en pecho, que la desapasionase destos sonetos y destas nuevas décimas ó espinelas que se usan; perdóneselo Dios á Vicente Espinel, que nos trajo esta novedad y las cinco cuerdas de la guitarra, con que ya se van olvidando los instrumentos nobles, como las danzas antiguas, con estas acciones gesticulares y movimientos lascivos de las chaconas, en tanta

ofensa de la virtud, de la castidad y el decoroso silencio de las damas. ¡Ay de ti, Alemana y Pié de Gibao, que tantos años estuvistes honrando los saraos! ¡Oh poderosa fuerza de las novedades! Pero, volviendo al señor don Bela, me dijo que no era su intento enamorar las rejas y dar materia de nota á las vecinas, sino con todo recato y decencia servir á Dorotea, y regalarla magnífica y espléndidamente; y dígolo como él lo dijo.

TEODORA.

Temas hay de gavilan, que está cocido y quiere volar. Mirad, Gerarda, no es buena razon de estado que para sacar á mi hija deste lodo la metiésemos en otro. Confieso la necesidad desta casa y las obligaciones della; pero, aunque sean mayores, no es bueno romper la seda por sacar la mancha. Bien creo que ese caballero indiano fuera remedio de Dorotea, pero es muy costoso.

GERARDA.

Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia y mar y casa real. Comadre, comadre, este mar no le navegais vos, ya le pasó el indiano; deshonor por deshonor, troquemos el perdido por el que trae provecho. Discreta sois, miraldo bien, y consultad esta noche las almohadas; que podria ser que este caballero se casase con Dorotea, como lo han hecho otros muchos de mejor calidad, aunque la suya es grande, con personas mas desiguales y de menores méritos.

TEODORA.

Eso es cuando se brindan el amor y la fortuna, y hechos unos zaques, levantan caidos y derriban levantados; pero cuando esto llegase á casamiento; que ya tenemos verdadera noticia de que su esposo Ricardo es muerto en Lima (¡bien haya Lima que deshizo y rompió tales prisiones!), ¿cómo se ha de remediar Dorotea para el honesto tálamo?

GERARDA.

En verdad que la dificultad há menester á Hipócrates. ¡Miren qué cadeneta en el aire para ponerse antojos! como si los de un novio fuesen de larga vista, donde la mentira hace el papel del melindre, y la confianza el del engaño. En verdad que pienso que destas desgracias han pasado por estas manos mas de sesenta y cinco, y que ninguno hasta ahora se ha quejado. No es tan boba Dorotea, que no sabrá llevar lo blanco de la pluma de un palomino entre el cabello para teñir á su tiempo con arte lo que ya era imposible por naturaleza.

TEODORA.

Gerarda, no paseis adelante; que ella y Celia están fuera, y pienso que vienen.

GERARDA.

Voyme por esotra puerta. (*Vase.*)

SCENA VIII.

TEODORA, DOROTEA, CELIA.

TEODORA.

¿De dónde vienes á las dos de la tarde, Dorotea? ¿Qué templo hay ahora abierto? Qué devocion te excusa? Así se harán las haciendas de casa. Dos meses há que comenzaste ese cañamazo para los taburetes. Quien no há mesura, toda la villa es suya. Habráse comunicado mi enojo con el caballero de la Ardiente Espada: ¡cuál me habrá puesto! ¿Qué don Diego Ordoñez diria tales retos sobre Zamora la bien cercada? Miren allí cómo viene: ¡qué encendida! qué descompuesta! ¡Plegue á Dios que yo mienta!

DOROTEA.

Esto es lo que yo habia menester.

CELIA. (*Ap. á Dorotea.*)

Ten paciencia; que importa.

DOROTEA.

Mas me importa acabar de todo punto mis desdichas que tener paciencia.

TEODORA.

¿Qué estáis hablando las dos? Haréis burla de mí á coros: ríñeme mi madre, y yo trómposelas. Dame de comer, Bernarda; que esta señora no vendrá en ayunas; que pasteles y fruta no habrán faltado á aquel pobre hidalgo; que hasta regalos hechos bien alcanza su renta. —¿Qué hace esa negra? ¿Por qué no sale de la cocina? Yo lo habré de hacer todo; que estas damas querrán recogerse á contemplar en algun soneto. (*Vase.*)

CELIA.

Déjala ir, no la repliques.

DOROTEA.

¿Qué ruido es ése que hay en la calle?

CELIA.

Unos caballeros que van de camino, y en el habla me parece que he conocido á Julio.

DOROTEA.

El alma me has turbado; voy á verle. ¡Ay triste! Aquel de las plumas y la cadena ¿no es don Fernando?

CELIA.

Ahora vuelve el rostro.

DOROTEA.

Él es sin duda, él se va por lo que le dije: ¿cómo podré llamarle?

CELIA.

No es posible; que va muy aprisa.

DOROTEA.

¡Qué coléricos son los celos! Muerta soy; ¡oh qué mal hice! Mi Fernando se va, no quiero vida.

CELIA.

¿Qué haces, Señora? Qué has metido en la boca? ¡Jesus! La sortija de los diamantes se ha tragado para matarse. ¡Señora!... Señora!...

(*Vuelve Teodora.*)

TEODORA.

¿Qué quieres, Celia?

CELIA.

Dorotea se muere.

TEODORA.

¡Ah niña! Ah mis ojos! ¡Dorotea, Dorotea! ¿Cómo ha sido esta desgracia?

CELIA.

No lo será pequeña si se muere. ¡Oh mas firme que Porcia y con mas noble muerte! que la de Roma se mató con brasas, y con diamantes esta.

CORO DE AMOR.

(*Sáficos adónicos.*)

Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡Oh, cuántos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.
Tirano violento de tiernas edades,
El bien persüades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres:
Tan bárbaro eres.
Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia, oh locos amantes;
Que son semejantes al áspid en flores
Sus vanos favores.
Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido de iguales extremos,
Porque cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Bela.

SCENA PRIMERA.

GERARDA, DON BELA, LAURENCIO.

DON BELA.

No digo yo lo prometido, pero todo el oro que el sol engendra en las dos Indias me parece poco, y aunque se añadieran los diamantes de la China, las perlas del mar del Sur y los rubíes de Ceilan; y á tí, discreta Gerarda, á cuyo entendimiento se debe esta vitoria, quiero servir por ahora con estos escudos.

GERARDA.

El cielo te dé la vida que tus liberales manos merecen No sé qué se dice de los indianos, ó tú eres excepcion de la generalidad con que se habla en ellos, ó por algun miserable quedaron con mal nombre, como los calabreses nobles, porque se dice que aquella tierra fué la patria del hombre mas infame.

DON BELA.

Laurencio...

LAURENCIO.

Señor...

DON BELA.

Dale á Gerarda aquella tembladera de plata para que haga chocolate, y una de las dos cajas.

LAURENCIO.

(*Ap.* ¡Qué presto dejarán en cueros á mi amo estas bellacas! Mas ¿que volvemos á las Indias en calzas y en jubon?) Tome, madre.

GERARDA.

La tembladera tomo, las cajas guarda; que el chocolate que yo bebo, por acá se hace en San Martin y en Coca.

LAURENCIO.

Coca y Mona son dos lugares que caen juntos, como Manzanares y la Membrilla.

GERARDA.

¡Qué delgada es esta tembladera!

DON BELA.

No se repara en el peso, sino en la capacidad.

GERARDA.

Ninguna cosa de plata perdió por el peso.

DON BELA.

Así es verdad; pero pon la voluntad dentro y será pesada.

GERARDA.

Dársela quiero á Dorotea.

DON BELA.

No por Dios, Gerarda; que es destruirme. —¡Hola, Laurencio!...

LAURENCIO.

Señor...

DON BELA.

Dame aquel búcaro dorado, que tiene el Cupido tirando al dios marino.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡No lo digo yo! Me quemen si no andan los conjuros.

GERARDA. (*Ap.*)

Este pícaro murmura; menester he contentarle.

LAURENCIO.

Este es el búcaro.

DON BELA.

Toma y dale á Dorotea; que si pone en él los rubíes de la boca, le volverá diamante, digno de la ambrosía de los dioses; y si quieres alegorizarle estas figuras, di que el Cupido es ella, y yo el dios marino, pues vine por la mar á que me tirase las flechas de sus ojos.

GERARDA.

¡Qué discrecion! ¡Qué gracia! ¡Qué aplicacion tan linda! ¡Oh entendimiento, dulce parte del alma! Moriráse por tí Dorotea; que está desvanecida de discreta, y no hay regalos que la enamoren como conceptos, ni tesoros que la obliguen como estas aplicaciones. ¿Qué dicen estas letras?

DON BELA.

Omnia vincit amor, que es un hemistiquio de un poeta latino.

GERARDA.

¡Jesus, don Bela! Concertados estáis los dos; que es muerta por hemistiquios.

LAURENCIO.

Deben de ser en oro. (*Ap.* ¡Oh taimada vieja!)

GERARDA.

Si tú tienes algo de poeta, ganarásle el alma; porque, como las mujeres son desvanecidas porque las alaben, esto hacen los versos con tanta bizarría, que las vuelven locas.

DON BELA.

Yo le diré tales hipérboles y energías, que no me igualen cuantos ahora escriben en España.

GERARDA.

Acabóse: si ella te oye eso de hipérboles y energías, como suele un niño ir los brazos abiertos á quien le regala, se irá á los tuyos; que en oyendo un vocablo exquisito, le escribe en un librillo de memoria, y que venga ó no venga, le encaja en cuanto habla. ¿Cómo dijiste esas dos voces?

DON BELA.

Hipérboles y energías.

GERARDA.

Parecen frutas de las Indias, como plátanos y aguacates. Ahora bien; voy á darle este búcaro, y á comprarle de estos escudos algunas tocas; que, como la moza es virtuosa y su madre miserable, ándase todo el año en cabello, y ¡qué cabello! Cuando le peina y tiende, parece una Madalena en el desierto; apenas le puedo coger con entrambas manos.

DON BELA.

No, Gerarda, eso no; guarda tus escudos, y llévale estos doblones para que ella los compre.

GERARDA.

¡Oh generoso caballero! ¡Oh hidalgo pecho! Dame esas manos; que te las quiero comer á besos.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Como eso le habeis de comer tú y la doncella. ¡Hay tan grande invencion como la desta hechicera!

GERARDA.

Compraréle de camino medias y zapatos. ¿Zapatos dije? Zapatillos, y aun no es bastante diminutivo. Si la vieses... No tiene tres puntos de pié, con ser la pantorrilla bizarra cosa; y esto efectivo, efectivo; que no comprado.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Los diablos tiene en el cuerpo esta hechicera. Mas ¿que le da mas oro?

DON BELA.

No compres las medias, Gerarda; que yo se las enviaré hoy, con pasamanos y tabí para un manteo.

GERARDA.

Pues si vas á la puerta de Guadalajara...

LAURENCIO. (*Ap.*)

Mala jara te pase.

GERARDA.

No se te olvide la pobre vieja; que traigo este monjil mas hecho andrajos que el sayo del hijo pródigo.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Ese será mi amo.

DON BELA.

Yo te sacaré monjil y manto.

GERARDA.

Mas ¿que se te olvida algun manteo de frisa ó de palmilla? Allí los hallarás colgados; no es menester aguardar la lista de los sastres: daca para el angeo, no hay harta seda, y otras impertinencias y socaliñas.

DON BELA.

¿De qué color eres amiga?

GERARDA.

De todas, Príncipe; que cuando era moza, me inclinaba á verde; porque quien se viste de verde, á su rostro se atreve; pero ya ¡mal pecado! no hay color para mí como el abrigo, y mas cuando veo que se aderezan los tejados, que es la mayor señal del invierno. Y espántome de los poetas, que cuando le pintan, diciendo que ya braman los aires, las fuentes se quejan, las aves hacen defensa á los futuros hielos, no hayan dicho: «Ya se aderezan los tejados y se limpian los braseros.»

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Oh vieja futurada! ¡Qué de parola mete!

DON BELA.

Tendrás manteo, Gerarda, que será el tejado de tu invierno.

GERARDA.

Dios te cubra de su gracia y te abrigue de su gloria.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Debe de acabar el sermon.

GERARDA.

En los ojos te veo que me le has de dar guarnecido...

LAURENCIO. (*Ap.*)

Y pedíale de frisa.

GERARDA.

Que, aunque vieja, no me pesa de que me digan que llevo buenos bajos, que dan autoridad á la persona y buena opinion á la limpieza. Un poeta dijo que los pajes y lacayos eran los bajos de los señores, que si van mal puestos, le desautorizan. No hay galan con mal pié y pierna; no hay cosa firme sin buen cimiento; el lodo respeta las cosas nuevas, y no se pega tanto; finalmente, de tres jornadas que tiene la mujer, conviene á saber, la cara, la cintura y la planta, los bajos son el acto tercero. La mayor gracia en ellas y en los hombres es el andar bien: quien no está bien calzado, ha de andar mal por fuerza, y apenas se ha mirado la cara del que pasa, cuando los ojos bajan á registrar los piés, y si no van tales, no hay pavon tan lindo, que no deshaga la rueda. Quédate con Dios, y á la tarde podrás ver á Dorotea, que ya está levantada.

DON BELA.

Madre, ¿qué fué aquello de la sortija?

GERARDA.

Un testimonio, celos de casadas, envidia de doncellas, malas lenguas de mujeres libres. ¡Pobre de la hermosura! A nadie sin pension la ha dado el cielo.

DON BELA.

No sé qué me dijeron de un caballero que se iba, y que quiso matarse.

GERARDA.

¡Matarse! Para eso está el tiempo. Como si no hubiese alma, y se hubiese de dar cuenta á aquel justo Juez de muertos y de vivos.

DON BELA.

¿Por eso lloras?

GERARDA.

Soy tan devota, que en hablando en el Señor no puedo contener las lágrimas.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Todo aquello es vino.

DON BELA.

No llores, madre.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Sálese el cuero.

GERARDA.

Voyme á rezar un poco; que tengo no sé qué devociones; que no me dejan doncellas para casarse, ni enfermos para tener salud.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Hará milagros.

DON BELA.

Mira que estaré á las tres á la puerta de Dorotea.

GERARDA.

Y yo esperándote. (*Vase.*)

LAURENCIO.

Señor, ¿tienes juicio? ¿De esa manera gastas?

DON BELA.

Necio, las entradas de amor son estas; en ganando la plaza, retiraré la artillería.

LAURENCIO.

¿Qué importa, si has gastado la municion, y no puedes cuando quieras?

DON BELA.

Yo me conozco.

LAURENCIO.

Y yo la corte.

DON BELA.

Ya es tarde para persuadirme: sirve y calla, Laurencio; que no te truje para consejero, sino para criado.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Teodora.

SCENA II.

DOROTEA, CELIA.

CELIA.

¡Qué hermosa te hace el hábito de convaleciente! Que, fuera de la compuesta armonía de tus facciones, como á otras lo macilento desmaya, á tí te adquiere gracia lo descolorida.

DOROTEA.

Pienso que estoy muy fea; que la perfecta lisonja siempre tuvo fundamento sobre defectos.

CELIA.

En tí es imposible; que yo he oido decir que el cielo no admite peregrinas impresiones, ni tu rostro cosa indigna por lo mismo.

DOROTEA.

¡Qué docta te dejó el buen Julio, maestro ó ayo de aquel caballero ausente!

CELIA.

Para esto no he menester yo sus libros: bien conozco que ellos sabian; pero mas he aprendido yo de tí que dellos, que sabes mas que entrambos.

DOROTEA.

En lo que mas presumo que no estoy como dices, es en lo que me encareces; que los encarecimientos mentirosos mas son consuelo de las partes defectuosas que alabanzas; como cuando á una persona de mayor edad le dicen que no pasa dia por él; y dicen bien, porque parece que ya los dias le han dejado, y que él se pasa sin ellos.

CELIA.

No le has tenido mejor en tu vida, di lo que quisieres; porque, fuera del escapulario azul sobre el hábito blanco, miras, por lo condolido, con tan garabatosa suavidad, que provocas á amor y á lástima; dos efectos que atraen la voluntad entre la piedad y el gusto.

DOROTEA.

Yo me contento con haber quedado viva. Dame un espejo; que las mujeres, en viendo que nos alaban, deseamos ver lo que alaban, no porque no lo creemos, sino por vanagloria de gozarlo.

CELIA.

Este es el que tú llamas Felipe Liaño, porque retrata divinamente; pregúntaselo, y verás si no te dice lo mismo.

DOROTEA.

El dice verdad, y tú mientes. Toma, toma, cuélgale; que ni esta mañana ni ahora me ha engañado. Bien muestra mi rostro, como espejo de las facciones del alma, lo que tengo en ella; que yo no enfermé de destemplanzas de la sangre, sino de accidentes del espíritu. ¡Ay de mí! ¡Que tan necia resolucion tomé, cuando, tan atrevida á mi amor, dije tales locuras á Fernando?

CELIA.

No comencemos esta plática por Dios; que volverémos á los desmayos pasados, y si el primero mal te ha perdonado porque te halló robusta, no lo hará el que le sucediere, porque te hallará débil.

DOROTEA.

¿Qué hará mi bien ahora?

CELIA.

Estará en aquella gran ciudad, Babilonia de España, divertido por ventura en otro gusto; que quien tuvo ánimo para irse, le habrá tenido para mudarse. Mal conoces la inconstante naturaleza de los hombres.

DOROTEA.

De nosotras la tomaron.

CELIA.

Primero fueron ellos.

DOROTEA.

Nosotras salimos de sus espaldas.

CELIA.

Con eso nos tienen en poco.

DOROTEA.

Eso es por dos cosas que no caen en su culpa.

CELIA.

¿Cuáles son?

DOROTEA.

Guardarles poca lealtad, ó nacer desdichadas.

CELIA.

Y ¿qué lealtad nos guardan ellos?

DOROTEA.

Tú ¿no ves que son hombres?

CELIA.

¿Que son hombres? Yo me holgara de ver el privilegio de la naturaleza, por donde consta la libertad de que usan.

DOROTEA.

¿Piensas tú que se les dió de balde?

CELIA.

¡Y cómo si lo pienso, pues nacen como nosotras!

DOROTEA.

¿No ves que está á su cargo nuestro sustento y vestido, y que corre por su cuenta nuestro amparo?

CELIA.

Y ¿qué no padecen las mujeres con su crianza? ¡Eso que no es nada! Fuera de los dolores que les cuestan. ¡Quien los ve tan humildes, diciendo taita y mama, jugando con los pezones de los pechos, y á las pobres madres llamándolos reyes, emperadores y papas, y haciéndolos reir con las cosquillas! y después, hechos unos leones, con tan malas palabras, con tan crueles obras, y lo que es mas de llorar, ensangrentando á veces esos mismos pechos que los criaron.

DOROTEA.

Yo, Celia, no quiero defendellos; que soy mujer; pero, así como entre nosotras hay buenas y malas, hay tambien entre ellos malos y buenos. No es lo que yo siento ahora ni su bondad ni su malicia; la ausencia de uno que quise me atormenta. Este bien sé yo que era bueno para mí.

CELIA.

Ya lo será para otra.

DOROTEA.

No me dés celos; que rodea con ellos el amor para el olvido. Dime que piensa en mí, revolviendo la memoria de nuestras cosas pasadas, sin descanso de noche, sin gusto de dia; que le enfadan los amigos, que le parecen las mujeres feas, que va y viene desde Sevilla á Madrid mas veces su imaginacion que tiene el tiempo instantes; que con las desconfianzas despierta la voluntad, y el olvido duerme. Verdad es que yo no tengo esperanza, porque solicité conmigo estos engaños, y podria decir lo que Luis de Camoes con tanta gracia, como otras muchas cosas, en su lengua portuguesa, quejándose de amor:

Que naon pode tirarme as esperanzas,
Que mal me tirará o que eu naon tenho.

CELIA.

¡Con qué gracia hablaste la lengua portuguesa! ¿Para qué no la tendrá tu donaire?

DOROTEA.

Ella es dulcísima, y para los versos la mas suave.

CELIA.

Por tu vida, que con tu raro juicio arrojes de tí este pensamiento; y pues dices que estás sin esperanza, que te esfuerces á estar sin memoria, ó que la tengas de las ofensas que ahora te hace con la ira ó con la condicion este sugeto de tu injusta tristeza.

DOROTEA.

No lo creas, Celia; que los hombres nunca están mas inhábiles para ofendernos que cuando maltratados; que mejor les va de ánimo cuando están satisfechos de que los queremos.

CELIA.

Sí, en verdad. Sevilla es para eso; eso dicen de la hermosura de sus damas y aquellas bocas desenfadadas, donde tan lindos dientes brillan, que, como de las Indias traen perlas á España, pueden ellas enviar perlas á las Indias. Pues el rio ¡es bobo para no ser del olvido! ¿No ves que entra en él Guadalete, aquel rio del romance de la estrella de Vénus? Que, preguntándole yo á Julio qué rio era este, que se cantaba mas que nuestro Manzanares, me dijo que los antiguos pusieron allí el Leteo, que eso es *Lete*, porque *Guada* es *rio*, nombre arábigo, como Guadarrama, Guadalquivir, Guadalajara. Pues ¡lo que cuenta de sus barcos, con los tendales de ramos de naranjos, en que pasan á Triana y al Remedio!

DOROTEA.

Nunca Dios te le dé, necia. ¡Qué alivio el mio, cuando pudiera decir mi amor aquellos famosos versos:

«Que ya mis desventuras han hallado
El término que tiene el sufrimiento»!

CELIA.

Ves ahí lo que te ha dejado don Fernando: versos, acotaciones y vocablos nuevos, destos que no se precian de hablar como los otros.

DOROTEA.

¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mira sin ella cree que la tuvo; y los versos de su alabanza son eternos testigos, que viven con su nombre. La Diana de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á Leon, y Ezla, su rio, y ella serán eternos por su pluma. Así la Filida de Montalvo y la Galatea de Cervántes, la Camila de Garcilaso, la Violante del Camoes, la Silvia de Bernaldes, la Filis de Figueroa, la Leonor de Corte-Real. Amor no es margarita para bestias: quiere entendimientos sútiles, aborrece el interés, anda desnudo, no es para sugetos bajos; después de muerta, quiso y celebró el Petrarca su bella Laura. Fernando me quiso en Madrid y me querrá en Sevilla; y si se le olvidare, yo le enviaré allá mi alma, que se lo acuerde.

CELIA.

Yo, Señora, deseo divertirte: no juzgues á malicia esta pintura breve del lienzo de Sevilla, puesto en plática. ¿Pensabas que era el Bétis, como nuestro Manzanares, rio con mal de piedra, todo arenas, por quien dijo don Luis de Góngora, aquel famoso cordobés, que un jumento le orinó el invierno, y otro se le bebió el verano?

DOROTEA.

Manzanares no se precia de profundo; que es, como ingenio cortesano, oropel y ruido; de orillas sí y de seguridades: no es traidor como otros rios, que han menester cada verano treinta ahogados, como aquel Minotauro que se comia los hombres; y mas vale una noche de San Juan suya entre verbenas, álamos y mastranzos, que los dias que dices de barcos enramados. Demás que, si por el Bétis vienen barcos de plata á la Torre del Oro, por Manzanares vienen coches de perlas y diamantes en mil hermosas damas, adonde para cuanto crian las Indias.

CELIA.

Sí; pero ¿cómo puedes negar la culpa que tiene en que, siendo los veranos tan humilde, se deja entrar de mil géneros de hombres y mujeres, hecho un valle de Josafat? Lastimosa libertad de la corte, no poco murmurada de los que saben cuánto importa en las mujeres la honestidad, y en los hombres el recatarla de tantos ojos. Liñan de Riaza, ingenio ilustre, habló en los paños que lava, cuando dijo que era Manzanares

«Rico de plantas de piés,
Y de agua menguado y pobre.»

Pero mas satírico fué el otro poeta que dijo por el mismo:

«Que no son álamos todos
Los que en el agua se ven.»

DOROTEA.

Déjame, Celia, véte á tu labor; que mas me quiero estar sola que con quien me pone en las heridas cáusticos para matarme.

SCENA III.

MARFISA, CLARA, DOROTEA, CELIA.

MARFISA. (*A Clara, dentro.*)

Abierta está la puerta y el estrado en frente.

CLARA. (*Dentro.*)

Esta es la falsa; que la principal cae en otra calle que corresponde á esta, aunque todas deben de ser falsas.

(*Salen Marfisa y Clara.*)

MARFISA.

¿Habrá, señoras mias, un jarro de agua para una mujer que viene del campo, y fatigada de poca salud?

DOROTEA.

Désela Dios á tan gentil disposicion, bizarro talle, gallardo aseo y hermosa cara. Entre, y siéntese para beberla; descansará tambien, y si es servida, enviaré por una silla para que vuelva á su casa.

MARFISA.

¡Qué conformes palabras con la hermosura del dueño! Conformáronse el cuerpo y el alma: tal licor para tal vaso.

CELIA.

El agua está aquí, no sé si fresca; que ya no enfrian las cuevas.

DOROTEA.

No bebais, que os hará mal, sin comer algo. Trae una caja, Celia, ó mira si ha quedado algun bizcocho de los que me envió mi confesor.

MARFISA.

Bésoos las manos; el agua quiero sola.

DOROTEA.

No bebais tanto.

MARFISA.

Buena está, y no pierde por el olor del búcaro.

DOROTEA.

Lleváosle, con otros dos que son de la misma tierra.

MARFISA.

¡Tantas mercedes! Este solo llevo por vuestro. Toma, muchacha; que es grande para la manga, donde le llevara por estimarle, y si fuera menor, le colgara al pecho.

DOROTEA.

Mas habeis dado que recibis, aunque fuera de oro.

MARFISA.

Cuanto hay en vuestra casa lo es. ¡Qué aseo, qué limpieza! Un nácar parece toda la casa, y vos la perla.

DOROTEA.

Después que estáis vos en ella, podrá parecerlo.

MARFISA.

Dejando la respuesta á vuestra cortesía, ¿qué contiene este hábito?

DOROTEA.

Una promesa.

MARFISA.

¿Habeis estado indispuesta?

DOROTEA.

Y con gran peligro.

MARFISA.

No se os parece. ¿Qué mal tuvisteis?

DOROTEA.

Un castigo.

MARFISA.

¿De qué?

DOROTEA.

De un atrevimiento.

MARFISA.

Parecen males de amor, y en vos no pueden ser otros.

DOROTEA.

Dije lo que no pensaba. y pensando en lo que dije, solicité mi muerte.

MARFISA.

Creo que he oido que á vuestra puerta mató un don Fernando á otro caballero.

DOROTEA.

¿Quién os dijo tan gran méntira? Mas pienso que debió de ser él mismo.

MARFISA.

No le conozco; mas sí á una dama muy suya, á quien él lo dijo.

TEODORA.

¿Dama muy suya?

MARFISA.

Ella se alaba deso.

DOROTEA.

Celia...

CELIA.

Señora...

DOROTEA.

¿No escuchas esto?

CELIA.

Habrán engañado á esta dama.

MARFISA.

Tambien pudo ser posible: perdonad mi desalumbramiento, si este caballero os importa, ó es acaso el dueño de vuestra casa.

DOROTEA.

Ni me importa ni es el dueño; pero tengo una amiga á quien él engañaba, y por ella me pesa.

MARFISA.

¿Con qué la engañaba?

DOROTEA.

Con amores, con caricias, con idolatrías, con papeles discretos, con versos amorosos, con amanecer á su puerta, con celos y con lágrimas.

MARFISA.

¿Lloran los hombres?

DOROTEA.

Este era tan lisonjero, que decia que ya él no era hombre, porque, transformado en su dama, habia perdido el ser, y podia tener con disculpa esta condicion, que en las mujeres la tiene, en quien las lágrimas son piedad, hermosura y consuelo, como mayorazgo de su imperfeccion.

MARFISA.

Si él las llorara por vos, disculpado estaba, que sois un ángel, y mas ahora, que el vestido blanco os sirve de alba y el hábito azul de estola.

DOROTEA.

No era yo. cierto; que si lo fuera, no le hubiera dado causa para que se partiera.

MARFISA.

Luego ¿no está en Madrid?

DOROTEA.

Fuése á Sevilla. Pero cierto que me hacen sospecha vuestras preguntas, y si es que venis á informaros, ¿para qué tomastes agua? Que mejor era para mí, pues vos sois el juez deste tormento.

MARFISA.

Ni vengo á darle, ni vos lo mereceis; pasé acaso, y las conversaciones nuevas traen mil despropósitos y hacen caer en semejantes yerros; mas no debeis de maravillaros; que, como es ordinario en los hombres, en sacando una espada para ver los filos, sacarlas todos los que están presentes; así en nosotras, en sacando una sus pensamientos, las demás desenvainan los que tienen por mejores. Aseguraros puedo que en mi vida vi á don Fernando.

DOROTEA.

Pues, si quereis verle, podréis presto. Dame, Celia, el escritorillo de los embustes. No os haga escrúpulo el nombre; que en verdad que no soy hechicera; que le llamo así por las bagatelas que tiene: vocablo de un señor italiano, que me le ferió á un instrumento que yo tenia y que él codiciaba.

MARFISA.

Debíades de ser vos el instrumento; porque el escritorio es el mejor que vi en mi vida, y tengo dos muy buenos.

DOROTEA.

No seré galan con vos, aunque le alabeis, porque le estimo en mucho.

MARFISA.

¿Qué tiene esta naveta?

DOROTEA.

Papeles son.

MARFISA.

¿Podré ver la letra?

DOROTEA.

Parece que venis celosa.

MARFISA.

Díjelo pensando que era vuestra, para ver cómo escribis; que para todo teneis gracia, y si es como hablais, escribiréis altamente.

DOROTEA.

Lo uno y lo otro hago mal. Este es el retrato.

MARFISA.

¿Tan mozo es este caballero?

DOROTEA.

Hízose cuando le apuntaba el bozo; ya le tiene, aunque poco.

MARFISA.

¡Buena cara!

DOROTEA.

No es lindo, pero todo junto es gentil hombre.

MARFISA.

Perdonad que os pregunte cómo le teneis vos, si no es vuestro.

DOROTEA.

Por la buena mano de Felipe, que todos estiman tanto.

MARFISA.

¿Queréismele feriar, si no os importa?

DOROTEA.

Si vos decis que no le habeis visto, ¿para qué quereis su retrato?

MARFISA.

Por saber si os importaba.

DOROTEA.

Ya os dije al principio que este era el escritorio de los embustes.

MARFISA.

Disculpa bastante.

DOROTEA.

No la teneis vos de pedírmele.

MARFISA.

Ya os dije la causa por que he codiciado ser amiga vuestra, y quisiera que desde luego no me encubriérades nada.

DOROTEA.

¿Sobre qué trato quereis vos tan aprisa mis pensamientos? Lo cierto es que, aunque mas lo encubrais, se os ven los vuestros.

MARFISA.

Soy agente de la amiga que os dije, y solicito su pleito. ¿Habeis tenido cartas de este caballero?

DOROTEA.

Mas pareceis juez que solicitador: examinad la libertad; que, como tengo pocas fuerzas y me llevais cuesta arriba, me voy cansando.

MARFISA.

¿Es clavicordio aquel?

DOROTEA.

Es clavicordio.

MARFISA.

¿Tambien teneis arpa?

L—M.

DOROTEA.

Si la tañeis, holgaré de oiros.

MARFISA.

Nunca tuve mas gracias que el desearlas. Ya soy vuestra amiga; cuando estéis mas fuerte y de mejor humor, vendré á oiros.

DOROTEA.

Vos me le dejais tal, que no acertaré á serviros.

MARFISA.

No ha sido mia la culpa, sino del mal que teneis. — Vamos, Clara, y no quiebres el búcaro.

CLARA. (*Ap. á su ama.*)

¡Qué bueno estaba don Fernando!

MARFISA.

Tal es el pintor que le hizo. ¡Quién pudiera tomársele!

CLARA.

Perdida queda. ¡Qué discreta has andado!

MARFISA.

Pocas veces lo suelen ser los celos.

(*Vanse Marfisa y Clara.*)

DOROTEA.

¿Qué te parece desta visita, Celia?

CELIA.

Que nos engañó al principio.

DOROTEA.

¡Dama Fernando, y mas si es esta! No sin causa se le dió tan poco de lo que yo le dije.

CELIA.

Pues ¿cómo se fué tan aprisa?

DOROTEA.

Porque ya debia de tener prevenida su jornada. ¿Así, traidor?... — Pues está cierta, Celia, que no he tenido primero movimiento de rendirme ni al indiano ni á las Indias hasta este punto en que he oido de la boca desta dama traicion tan grande. ¡Oh fementido, oh falso, oh caballero indigno deste nombre! ¡A una mujer de mis prendas ingrato, y que ha dejado por ti cuanto puede atraer la hermosura, la gracia y el entendimiento en la corte! ¿Esto merecia mi verdad? ¿Esto mis brazos? Esto lo que he padecido con mi madre y deudos, las necesidades que me han combatido, y que vencí con honrada resistencia? ¿Qué Penélope fué mas perseguida? Qué Lucrecia mas rogada? Qué Porcia mas firme? ¡Por ti me mataba yo con espada de diamante, que no pudiera labrarse mi firmeza con muerte ménos firme! ¿Aquel valiente ánimo pagabas con traiciones? ¿Gustos ajenos ocupaban tus brazos, cuando mis ojos lágrimas en las violencias de una madre airada? No mas, injustísimo amor, no mas; hoy sale Fernando de mi pecho, como espíritu, á los conjuros de esta mujer. Bien se ve que es ella, claro está; en sus razones se conoce, en sus preguntas se confirma. ¡Qué confiada hablaba! ¡El retrato me pedia! Mal hice en no dársele; pero mejor será el del alma, pues hoy le saca de ella la justicia de mi verdad y el delito de su mentira; quédese aquí esotro para sacarle cada dia á la vergüenza, dándole mil golpes.

CELIA.

Temo que sean con la boca.

DOROTEA.

¿Yo habia de poner allí mis labios? Yo, Celia? Plega á Dios que cuando tal haga se me peguen y junten.

CELIA.

Al naipe.

DOROTEA.

Sí, sí, muy tierna me dejan estos celos; no celos, que son de lo que se imagina, sino de lo que se prueba. Tú verás lo que pasa: con una aguja le tengo de picar los ojos.

CELIA.

Quejáranse los tuyos.

DOROTEA.

No le miraré entonces.

CELIA.

Pues ¿cómo verás dónde le picas?

DOROTEA.

Un pintor tengo de llamar, que le pinte una soga al cuello.

CELIA.

¡Pobre Fernando! Mira que los caballeros no llevan soga; que el suplicio de su nacimiento es el acero, por lo que tiene de espada, que es la profesion de la nobleza. Pero hazme una merced.

DOROTEA.

¿Qué quieres?

CELIA.

Que no le mates sin confesarle. Déjale venir y pregúntale.

DOROTEA.

Dirá mil mentiras. Ea, vuélveme á dar el escritorio; que hoy soy Julia con la cabeza del orador de Roma.

CELIA.

¿Eras tú la que volvias por los hombres? Escarbó el gallo, y descubrió el cuchillo.

DOROTEA.

Nunca pensé hallarle en tan hermosa vaina.

CELIA.

Con celos todo parece mejor; que por eso los llamaron antojos de larga vista.

DOROTEA.

Ahora por mí mal creo sus alabanzas.

CELIA.

En verdad, que no es tan linda, y para dama con demasiada frescura.

DOROTEA.

Si es hermosa, ¿qué importa fresca?

CELIA.

Ser ganapan de leche.

DOROTEA.

Mas sientes de lo que dices.

CELIA.

No lo hago por consolarte; pues ya lo estás de suerte, que quieres rendir tu rebeldía á un hombre extraño.

DOROTEA.

Ningun español lo es, aunque viva en la China.

CELIA.

A mí me parece demasiado hombre para la delicadeza de aquel tu ausente.

DOROTEA.

La indignacion facilita lo imposible.

CELIA.

Debes de imaginar que al amor de Fernando le han crecido los bigotes con el tiempo, y nuestro don Bela se precia tanto de ellos, que los trae con sotacola los unos á la sombra de los otros.

DOROTEA.

Cierto que es gentil hombre don Bela.

CELIA.

Eso no lo oye don Fernando ni yo puedo decírselo.

DOROTEA.

Escríbeselo, Celia.

CELIA.

¿Para qué? Pues de la primera dama que se le ofrezca dirá lo mismo.

DOROTEA.

¿Tan presto ha de hallar dama?

CELIA.

En Toledo el abad á huevo, y en Salamanca á blanca.

DOROTEA.

Yo tendré quien me lo diga.

CELIA.

¿Para qué, si has de querer á don Bela?

DOROTEA.

Dios lo sabe; yo te digo que vuelvan presto, y que Julio me diga cuanto ha pasado en mi ausencia.

CELIA.

El callará por mí lo que Fernando hiciere contra tí.

DOROTEA.

Yo le sabré obligar.

CELIA.

¿No has oido aquel refran que se hizo para los malos jueces? Pues encomiéndale á la memoria.

DOROTEA.

¿Cómo dice?

CELIA.

Beba la picota de lo puro; que el tabernero medirá seguro.

DOROTEA.

Ya no se me da nada de don Fernando.

CELIA.

Pareces loca.

DOROTEA.

Al clavicordio me llego á divertirme.

CELIA.

Y yo á escucharte.

DOROTEA. (*Canta.*)

Al son de los arroyuelos
Cantan las aves de flor en flor
Que no hay mas gloria que amor
Ni mayor pena que celos.
Por estas selvas amenas
Al son de arroyos sonoros
Cantan las aves á coros
De celos y amor las penas.
Suenan del agua las venas,
Instrumento natural,
Y como el dulce cristal
Va desatando los hielos,
Al son, etc.
De amor las glorias celebran
Los narcisos y claveles,
Las violetas y penseles,
De celos, no se requiebran:
Unas en otras se quiebran
Las ondas por las orillas,
Y como las arenillas
Ven por cristalinos velos,
Al son, etc.
Arroyos, murmuradores
De la fe de amor perjura,
Por hilos de plata pura
Ensartan perlas en flores:
Todo es celos, todo amores;
Y mientras que lloro yo
Las penas que amor me dió
Con sus celosos desvelos,
Al son de los arroyuelos
Cantan las aves de flor en flor
Que no hay mas gloria que amor
Ni mayor pena que celos.

SCENA IV.

GERARDA, DOROTEA, CELIA.

GERARDA. (*Dentro.*)

Paz sea en esta casa, *et omnibus bitantibus in ea.*

CELIA.

En los latines conozco á Gerarda; el demonio es esta vieja.

(*Sale Gerarda.*)

DOROTEA.

Seas bien venida, madre..

GERARDA.

Buena sea tu vida, angelito, ramillete de flores, retrato de la limpieza, estanco del aseo, cifra de la hermosura.

DOROTEA.

¡Tantos requiebros! Tantos!

GERARDA.

Pues ¿qué quieres que te diga, si no he oido jamás tales palabras en tu boca? Que siempre me has recibido con otra cara de la que Dios te ha dado; y ¡qué cara! El te bendiga: toma, toma; que quisiera ser higuera para darte dos mil en cada rama. ¡Qué niña de los ojos de amor! Qué rapaza para quitarle el arco, y con la cuerda de la flecha darle dos mil azotes! Que como le pintan desnudo, no fuera menester quitalle los gregüescos. ¿De qué te ries? Niño es, no le imagines hombre como unos bellaconazos que se van al rio, y delante de todo el mundo están en cueros, que parecen ristra de azotados. Cuando yo tenia marido, nunca me dejaba ir á esas fiestas; desde allí quedé tan bien enseñada: á los hospitales me voy, y les llevo mi jarrillo de vino y mis bizcochos. Verdad es que se lo pruebo en el portal, porque no les haga mal si es nuevo. Siempre que oigo cantar aquel romance que comienza: «Dejóme amor de su mano,» me acuerdo del rio de Madrid y de sus aventuras el mes de julio, en cuyos baños se pudiera echar un arbitrio; que no le pagaran de mala gana los poco honestos ojos.

DOROTEA.

Madre, bien se puede ir á parte que no se vean hombres, ó pasar con tanta honestidad que no los vean las mujeres.

GERARDA.

¡Ay, hija, que no sé qué tenemos en la imaginacion, que parece que siempre nos está diciendo, cuando no queremos mirar: «Míralo, míralo!» Otra vez te vuelvo á dar higas; que por muchas que te dé, mas hermosura tienes donde quepan. ¡Qué bizarra te hace el hábito! En esa religion cualquiera se fuera fraile: á fe que no dijera Cupido, si te viera, lo que dijo á Vénus cuando se queria meter monja en Roma en el templo de la diosa Vesta: «Cuando yo fuere fraile, madre; madre, cuando yo fuere fraile.»

DOROTEA.

Gerarda mia, estoy muy triste.

GERARDA.

Calla, bobilla, desconfiadilla, que estás abrasando el mundo con la nieve dese hábito, partido dese escapulario azul, como miran los astrólogos el cielo con la banda de los signos. ¿Qué piensas que te traigo? Mira, mira ¡qué búcaro tan lindo! Aquí está Cupidillo, aquel de tu edad, aquel dulce matadorcillo. Toma, azótale por el mal que te ha hecho: bien lo merece. Pero no, por el siglo de mi confesor; que primero me has de dar algo.

DOROTEA.

¡Qué lindo es!

CELIA.

A ver, Señora.

DOROTEA.

Déjale; que le ensucias, Celia.—Pero ¿qué quieres que te dé, madre?

GERARDA.

No mas de recibirle. Di: «Yo le recibo.»

DOROTEA.

¿Es casamiento?

GERARDA.

Pues á fe que me dieron á mí una tembladera de plata, que me ha hecho temblar hoy á la comida, porque hace tres cuartillos, aunque si digo verdad, ya estaban hechos.

CELIA.

Serian seis, madre.

GERARDA.

Contigo me entierren, que sabes de cuentas. Pedí para tí medias y zapatos, y están sacando un manteo de tabí y unos pasamanos escarchados, que no se los puso Cleopatra tales, aquella que molia perlas para brindar á Marco Antonio; en que verás las necedades de los antiguos, pues era mas á propósito brindalle con un torrezno.

CELIA.

Madre, ¿no caen en Egipto las Garrovillas?

GERARDA.

Anda, ignorante; que los que salieron dél suspiraban por las ollas que dejaban, y no hay olla sin tocino.

CELIA.

Si pruebas con la Escritura, ¿quién puede contradecirte?

GERARDA.

En mi tiempo la habia en romance, y estuvo muy bien quitada y con santo acuerdo; porque somos muy bachilleras las mujeres, y no hay pocos ignorantes hombres.

DOROTEA.

Y ¿cómo sabes tú que tomaré ese manteo?

GERARDA.

Como has tomado ese búcaro.

DOROTEA.

Este es niñería, y está aquí amor presente; y siendo suyo el agravio, no me dice que no le tome.

GERARDA. (*Ap.*)

Bueno va esto; no me engañaron el chapin y las tijeras: diferente está Dorotea de lo que solia.

DOROTEA.

¿Qué dices entre dientes?

GERARDA.

Que me dan envidia tus años y tus gracias. ¡Qué piedra iman tan atractiva de voluntades y de oro tienes en esos ojos, y mas después que se están riendo sus niñas de verse con el manteo! No dejó mayorazgo la naturaleza á las mujeres como la hermosura; sacarás á este in-

diano el corazon y los escudos. Las navetas de los escritorios tiene llenas dellos: á la fe, niña, que me dió no sé cuántos; que no te los enseño porque los dejo guardados para mi entierro: allí estarán con el hábito pardo; no he de tocar á ellos, porque, hija, lo que importa es pensar en el fin y temer la muerte; que nos ha de pedir cuenta estrecha aquel Señor que sabe hasta los pensamientos, y no hay cabello de que no se la habemos de dar cuando en el valle de Josafat nos veamos todos.

DOROTEA.

¡Qué presto te enterneces!

GERARDA.

Soy pecadora, Dorotea, y temo que no hay dónde huir aquel tremendo dia. Tú, como eres moza, estás pensando en tus galas; que aunque dicen que el mozo puede morir y el viejo no puede vivir, lo cierto es ir con las leyes de la naturaleza; y es ignorante el que se persuade que puede vivir, siendo viejo, mas que los que mira mozos; que si esto fuera, no hubiera él llegado á la edad en que está.

DOROTEA.

¿Qué es eso, tia, que te suena en la manga?

GERARDA.

Un papelillo que estaba encima de la mesa de este caballero magnífico: pareciéronme versos; y aunque es verdad que soy mas aficionada á una bota de Alaejos que á las *Trescientas* de Juan de Mena, por si es cosa que puede aprovecharte, me le puse en la manga: leémele, por tu vida.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Receta para dar sueño á un marido fantástico.»

GERARDA.

¡Ah que no es ese, rapaza! Muestra; que le he trocado. Este debe de ser

DOROTEA. (*Lee.*)

«Jarabe famoso para desopilar una preñada dentro de nueve meses, sin que lo entiendan en su casa.»

GERARDA.

Tampoco es ese. Este pienso que es.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Oracion para la noche de San Juan.»

GERARDA.

Creo que lo haces adrede.

DOROTEA.

Tia, yo leo lo que tú me das; que traes en esa manga tantos papeles, que no se pueden buscar sin tabla.

GERARDA.

Solos estos dos me quedan; que esta bolsilla era de una abuela mia, con no sé qué cosas en latin, que debian de ser de sus devociones.

CELIA.

Heredada tienes la virtud, Gerarda.

GERARDA.

Si yo fuera como ella, ¿qué me faltaba? Aconteciale estar tres dias elevada.

CELIA.

¿En pié, madre?

GERARDA.

No, sino dormida.

CELIA.

¡Qué pura virtud!

DOROTEA. (*Lee.*)

«Arancel con que ha de andar un caballero indiano en la corte.

»Primeramente se acomodará en posada limpia, y tendrá cuidado de que nadie la sepa.

»Dirá en todas las conversaciones que posa en casa de un amigo.

»No convidará á nadie por ningun caso.

»No tendrá coche, por no obligarse á prestarle.

»Dará racion á sus criados.

»Haráse pobre, contando siempre que se le hundió su plata en los galeones, ó que le robaron los navíos de la reina de Inglaterra.

»Su plato una gallina para dos dias, y su olla, en que haya para él y dos pajes.

»No tenga ama; que acechan mucho y callan poco.

»No haga estrecha amistad con señores, porque no le pidan prestado.

»Con las damas sea liberal de palabras, sin ponerse á peligro de gastos impertinentes. No se enamore; que en la corte lo que se alcanza, nunca fué de uno solo, y engáñase el que lo piensa.

»En viendo que murmuran, diga que tiene qué hacer y váyase.

»Su traje sea honesto y limpio, y procure hablar poco, aunque parezca imposible.

»No se acueste sin haber dicho ó hecho alguna lisonja donde pretende, que es la doctrina cortesana, ni se levante sin haber pensado cómo guardará lo que tiene.

»De noche ha de salir los inviernos, por lo que es perjudicial á la cabeza el sereno de Madrid, con el aderezo de orejas que llaman bonete de Roma.

»Y si quiere parecer señor, no pague lo que debiere, ó por lo menos lo dilate tanto, que se muera de pesadumbre el que lo pide.»

¿Este hombre me alabas, tia? Lo que habia menester un vidriero era un gato que le anduviese retozando con los vidrios.

GERARDA.

Mira, Dorotea, ese papel le ha dado algun trajinante cosario destos que andan á enseñar bisoños, imponer moscateles, y enviar gacetas y relaciones por todo el mundo. Son los primeros que saben á qué hora murió el Turco en Constantinopla, cuándo hay estafeta para el Cairo, cómo se dará un arbitrio para que Madrid sea tan grande como Paris, juntándole con Getafe, qué nuevas hay de la China, y otras impertinencias á este tono.

CELIA.

Tia, ¿nunca tú has dado algun arbitrio?

GERARDA.

Uno famoso para que un soldado solo pudiese defender la entrada en la Florida ó en otro puerto indiano, desde su fortaleza, á los holandeses.

CELIA.

¡Solo un soldado! ¿Cómo?

GERARDA.

Mira, Celia, este habia de tener una tinaja de aceite y una jeringa, y en viendo desembarcar los holandeses, y que venian marchando por la playa, no habia de hacer mas de tomar aceite y disparar á los primeros; pues claro está que por no verse manchar habian de retirarse, y advertir á los otros de que tiraban aceite: con que volviéndose á embarcar, se irian á su tierra.

CELIA.

Buena estaba tu lámpara cuando soñaste aceite.

GERARDA.

Lee esotro papel, Dorotea; que bien se ve que es de versos.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Así Fabio cantaba
Del Tajo en las orillas,
Oyéndole las aguas
Llorándole las ninfas.
La perezosa tarde
Con sombras fugitivas
Bajaba de los montes
En brazos de sí misma.
Las aves vagarosas
Callaban recogidas,
En tanto que la noche
Se rebelaba al dia.
Las ruedas sonorosas
El silencio rompian,
Haciendo á rayos de agua
Esferas cristalinas.
Juntando las ovejas
Tuerce la honda y silba,
Porque el redil ñudoso
Temprano las reciba.
Tendido yace Fabio
En su choza pajiza;
No habla, que está solo;
No duerme, que suspira;
No sosiega, que piensa;
No engaña, que imagina;
No muere, que está muerto
Entre memorias vivas.
Ya lloraba el aurora,
Y abriendo clavellinas,
Como miraban perlas,
Pensaban que era risa;
Cuando á las solas peñas,
Que el eco repetian,
Cantó, pasando el arco
A la sonora lira:
—Amar tu hermosura,
Gracia y discrecion,
No quiero, Amarilis,
Que se llame amor.
Méritos del alma,
Justicia y razon,
Quiere amor que sea
El amarte yo.
No quieren mis ojos
Querer por favor;
Rendirme á los tuyos
Es obligacion.
No tengo esperanza,
Toda me dejó;
Que en amar sin ella
Peregrino soy.
Del amor me dicen
Que es difinicion
Desear lo hermoso;
Pónenme temor;
Que si tú lo eres,
Es contradicion;
Que amor y deseo
Uno son los dos.
Si de la belleza
Los efetos son,
Parece imposible,
Pero al alma no.
Negar tu hermosura
Es notable error,
Y no desealla
Parece mayor.
Pero dice el alma
Que ella se obligó
A vencer deseos
Y amar tu valor.
Para no perderte,

Si en tu gracia estoy,
Traigo tan rendida
La imaginacion.
Afréntase el alma
Que amase mi amor
Cosa tan perfecta
Sin gran perfeccion.
Por eso, Amarilis,
A mis penas hoy,
Para mas fineza,
Hice esta cancion:
Que no quiero favores
Para mis penas,
Pues me basta la causa
De padecellas.
De mi amor la esencia
Amor solo es;
Que aun es interés
La correspondencia.
Con tal diferencia,
Mi propria pasion
Llama galardon
Del penar las penas;
Pues me basta, etc.»

GERARDA.

¿Qué te parece?

DOROTEA.

Extremadamente.

GERARDA.

Yo te prometo que no es de los poetas que andan en cuadrilla nuestro don Bela; ya puede andar aparte.

DOROTEA.

Llámale tuyo, madre; que no es religion este conocimiento, para que sean todas las cosas comunes.

GERARDA.

No lo digo yo por eso, sino por encarecer su ingenio; que los entendimientos son como los instrumentos, que es menester tocarlos para saber qué consonancias tienen; y si el divino tuyo pusiese las manos en este chapeton de la corte (que así llaman ellos á los modernos), yo te aseguro que él descubriese el oro oculto.

CELIA.

Eso es lo que tú deseas.

GERARDA.

De su entendimiento digo.

CELIA.

Y yo de sus cofres.

DOROTEA.

Mucho se precia en estos versos de amante casto; pero todos los hombres tienen esta traza. Entran diciendo que quieren ver; ven, y dicen que quieren oir; oyen, y dicen que quieren gozar; y al fin los habemos de querer, si no los arrojamos al principio.

GERARDA.

Dorotea, Dorotea, mientras eres niña, toma como vieja; que cuando seas vieja, no te darán como á niña. Deja de pensar en tus locuras, piensa en tu manteo; que ya me parece que te veo con él tan resplandeciente como estaba armado el señor don Juan de Austria en la batalla naval entre aquellos capitanazos honradores de su nacion.

CELIA. (*Ap. á Dorotea.*)

Extraña es esta vieja. Mira á los despropósitos que salta.

GERARDA.

Entonces sí que se buscaban las espadas de filos negros para robustas manos, y no moldes vergonzosos para cabellos viles.

DOROTEA.

No emiendes el mundo, madre; que te harás malquista; que á los españoles no los afemina el traje; que el valor de las almas siempre es uno. Pero dime, ¿hallástete tú en la batalla naval?

GERARDA.

No lo digais á nadie: allá fuimos tres amigas por nuestro gusto.

CELIA.

¿En coche ó por el aire?

GERARDA.

Malicias nunca faltan.

CELIA.

Pues ¿cómo fuiste?

GERARDA.

Unos capitanes nos llevaron entonces.

CELIA.

¿Con piés de gallo?

GERARDA.

¿Qué dices de gallo, Celia?

CELIA.

Que debias de ser polla, cuando te llevaba el gallo.

GERARDA.

Y ¡qué tal polla! No habia en Italia española de mas lindo brio.

CELIA.

Y ¿desde dónde viste la batalla? ¿Qué ventana alquilaste? O andarias, como Santelmo, de gavia en gavia.

GERARDA.

Ese Santelmo es una estrellica como un diamante.

CELIA.

Tú, Gerarda, bien conocerias entonces al Uchalí y á Barbaroja.

GERARDA.

¿Búrlaste, Celia? Déjate de preguntas y mira quién llama; que parece galan, en lo temeroso que bate la puerta.

CELIA.

¡Ay Dios, Señora! El señor don Bela.

DOROTEA.

¿El indiano?

CELIA.

El mismo.

DOROTEA.

Pues ¿quién le ha dado esa licencia? Di que no estoy en casa.

GERARDA.

¡Ay, niña, qué término tan cruel para un caballero de tales prendas!

DOROTEA.

Esta visita tú la trazaste, Gerarda.

GERARDA.

¿Qué preguntas? ¿Si trae el manteo? Y ¡cómo! ¡Hombre es de los que se descuidan!

DOROTEA.

No digo sino que estáis concertados.

GERARDA.

¿Si son los pasamanos escarchados? Y ¡cómo si lo son! Un dedo de alto tienen de oro.

DOROTEA.

Que no te digo eso.

GERARDA.

¡Ay, hija, que con la edad estoy de estos oidos perdida! Anoche me puse en ellos unto de conejo.

CELIA.

Bien oye cuando le dan algo.

GERARDA.

Mira, Celia, ya estoy como los perros; que cuando ven alargar la man se llegan, y cuando la ven alzar se apar tan, porque conocen que lo uno es pa y lo otro es palo; pero no tengas, mi ojos, en la calle descortesmente á quie ya llegó á tu puerta; que no te ha d comer este caballero á la primera vi sita.

DOROTEA.

Tú harás que mi madre riña si l halla aquí cuando venga.

GERARDA.

Ella me ha dado licencia.—Entre, se ñor don Bela, entre; que no está ho do. ¿De qué tiene miedo? Aquí est mos tres mujeres, que entre todas tr tenemos ciento y veinte y cinco año pero yo sola me tengo los ochenta.

SCENA V.

DON BELA, LAURENCIO, GERARD DOROTEA, CELIA.

DON BELA.

No me tire de la capa, señora Gera da; que á quien trae su voluntad no menester hacelle fuerza.—Dios guar tanta hermosura para testigo de su p der, aunque á costa de cuantas vid mata.

DOROTEA.

Llega una silla, Celia.

DON BELA.

No dejeis el estrado, señora Dorot que no soy tan gran señor, que mer ca que salgais de la tarima: tomad almohada.

DOROTEA.

Cuando estéis sentado; y perdonad no haber salido mas pasos; que me cogido vuestra venida tan de súbi que no halla el corazon lugar donde afirme.

DON BELA.

Mientras es vuestro padecerá inqu tud con la imaginacion de emplearse quien le merezca.

DOROTEA.

Siempre querria que fuese mio.

DON BELA.

Puertas tiene el corazon, por do suelen robarle.

DOROTEA.

Si él las tiene con guarda, estará guro.

DON BELA.

Los ojos no la tienen.

DOROTEA.

Antes muchas, como son la hone dad, el recato y la obligacion á la ho

DON BELA.

Cuando esas guardas vienen des corazon á los ojos, ya suelen ellos ber mirado. Cien ojos tenia aquel tor de Ovidio, y todos se los durmió su encantada música Mercurio; y eso agora los pavones, en cuyas plu los puso Juno, tienden la rueda, c solicitando que esten despiertos, oyendo cantar, se alteran; que pie que vienen á matarlos.

DOROTEA.

Con vos á lo menos ya no impor guardar los ojos, si podeis robar corazones por los oidos.

DON BELA.

No es mi entendimiento capaz de tanta dicha, que halle vuestra atencion puesta á la música de mis palabras.

GERARDA.

¿Quereis que me ponga en medio, aunque lleve la peor parte? Paz, señores, y démoslos por entendidos.—¿Qué trae Laurencio, que está mas cargado que sardesco de convento?

DON BELA.

Un poco de tela y unos pasamanillos.

GERARDA.

Descoge, descoge, muestra, desémbozate. ¡Qué atado estás! Mas difícil es de sacar esta tela de tus brazos que de la tienda del mercader. ¡Qué cosa tan linda! ¿Es Milan esto? ¡Bien hayan las manos que te labraron!

DOROTEA.

Por cierto que es bellísima.

GERARDA.

¿Pintó la primavera un prado ni le imitó un poeta con mas flores?

DOROTEA.

¡Qué bien asientan estas clavellinas de nácar sobre lo verde!

DON BELA.

Así se casaran dos voluntades como estas dos colores.

DOROTEA.

Lo verde es esperanza y lo encarnado crueldad.

DON BELA.

La crueldad será vuestra color, y la esperanza la mia; pero ¿quién las podrá casar, siendo contrarias?

DOROTEA.

Contrarias sí, pero no enemigas.

DON BELA.

Decis bien; que una cosa es la enemistad y otra la oposicion.

DOROTEA.

Tiene mas esta esperanza, que está esmaltada de flores, que son mas que principios de la ejecucion del fruto.

GERARDA.

No has dicho cosa mas á propósito.

DOROTEA.

No tan aprisa, Gerarda; que muchos almendros se han perdido por haber tenido flores sin tiempo.

GERARDA.

Echástelo á perder, hija; mejor lo habias dicho, porque la produccion de las flores puede ser serenidad del tiempo, y no atrevimiento del árbol, para merecer el castigo del cielo.

DON BELA.

El hielo siempre fué inclemencia del cielo, y no hazaña del aire desnudar un pobre almendro, que en confianza del cual se vistió de flores; mas valentía fuera despojar un moral robusto.

DOROTEA.

Al moral llaman discreto, porque de todos los árboles florece el último.

DON BELA.

Yo le llamara desdichado, pues fué tan poco favorecido del sol.

DOROTEA.

No es desdicha asegurar el bien que se pretende.

DON BELA.

No es bien el que llega tarde; porque tanta puede ser la dilacion, que la esperanza se vuelva desesperacion.

DOROTEA.

La esperanza tanto tiene de mérito cuanto de paciencia; y es tan galante efecto de amor el no tenerla, que há muchos dias que este nombre anda desterrado de los palacios.

DON BELA.

El amor platónico siempre le tuve por quimera en agravio de la naturaleza, porque se hubiera acabado el mundo. Mal amante llama Platon el que ama el cuerpo mas que el alma, haciendo argumento de que ama cosa instable; porque la hermosura falta y se desflora por edad ó enfermedad, y es fuerza que falte el amor ó se disminuya, lo que no haria amando el alma.

CELIA. (*Ap.*)

¡A Platon encaja este majadero! Él ha oido decir que Dorotea es perdida porque la tengan por sabia.

DON BELA.

Mas yo respondo que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo invisible se conoce, cada uno de estos dos individuos se ha de gozar amando, el uno por los brazos y el otro por los oidos.

CELIA. (*Ap.*)

Siempre oí decir que los indianos hablan mucho, si bien todo es bueno, porque aquel clima produce raros y sútiles ingenios; pero ¿qué tiene que ver aquí Platon, sino hacer á Dorotea el plato?

DON BELA.

¿Qué respondeis á esto?

DOROTEA.

Estoy en extremo triste.

DON BELA.

En Grecia reinó un humor en las doncellas, que se mataban todas con sus manos: así lo escribe Plutarco.

CELIA. (*Ap.*)

Otro filósofo.

DON BELA.

Para remediar esto el Senado, mandó que á la que se matase la sacasen desnuda á la plaza, y la tuviesen todo el dia en público descubierta; con que cesó el matarse, por el temor de la vergüenza de ser de todos vistas.

GERARDA.

Medrará la pobre Gerarda con esas sofisterías.—Mira, rapaza, estos pasamanos, de que pudiera el sol guarnecer los hábitos de sus planetas.

DOROTEA.

Son mas ricos que de buen gusto.

GERARDA.

Hasta con los pasamanos eres ingrata por lo que tienen de manos; hasta ahora ¿quién te las pide? Y ¡qué tales son ellas para pedirlas, para dejarlas y para encarecerlas! Como estás convaleciente, las traes sin adorno. Por vida de don Bela (*á él*), que le prestes esas dos sortijas por un instante, verás lo que parecen en aquella nieve.

DOROTEA.

Necia estás, Gerarda. ¡Jesus! ¡Qué necia!—Tened, Señor, las manos.

DON BELA.

No desfavorezcais, os suplico, estos diamantes, siquiera por lo que os parecen, y permitidme que yo os los ponga.

GERARDA.

Acaba, muchacha. ¿Qué rehuyes los dedos? ¡Qué descortesía! ¿Tú naciste en la corte?

DON BELA.

En este no vienen bien, aquí están mejor. Dadme esotra mano.

DOROTEA.

Basta que honreis la una.

DON BELA.

Quejaráse la otra si no la igualo, y no quiero yo que haya cosa en vos que se queje de mí.

DOROTEA.

Ya las rindo á vuestro favor; que no quiero que me riña Gerarda.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Bueno anda mi amo! Él ha dado entre Caribdis y Scila: estas dos deben de ser los Euripos de la corte. Esto es adquirir con trabajo y gastar con desprecio.

DON BELA.

¡Qué buenas están las sortijas! Parecen estrellas los diamantes en vuestras manos.

DOROTEA.

Decis muy bien, siendo las manos noche.

DON BELA.

¡Noche, Señora! ¿Cuándo fueron las del aurora tan cristalinas? Yo os confieso que nunca pensé ver estrellas á mediodía hasta que vi estos diamantes en vuestras manos.

DOROTEA.

Ya es mucho tenerlos en ellas; basta para que las hayais visto con adorno. Tomad vuestras sortijas.

DON BELA.

¡Oh injusto agravio! No os las quiteis, hermosa Dorotea; que no hay en el mundo manos tan atrevidas, después de haber estado en las vuestras, ni querrán ellas sufrirlo; que el caballo Bucéfalo de Alejandro de nadie se dejó sujetar sino de solo su dueño.

LAURENCIO. (*A Celia.*)

¡Oh, si tuvieran esa condicion las mujeres! Pero ¿dijera una bestia lo que dijo mi amo? ¿Qué tiene que ver el caballo de Alejandro con los diamantes de Dorotea? Parécese esto á lo que dijo cierto escritor, que la carne era como el Cid Rui Diaz; y en verdad que anda impreso.

CELIA.

Como esas cosas andan impresas.

LAURENCIO.

Y no son de las que peor se venden.

CELIA.

Lo que todos entienden, todos lo compran.

LAURENCIO.

Quien no se deja entender ¿para qué escribe? Si es para los que saben, no han menester lo que él sabe.

CELIA.

Siempre hay mas que saber que lo que un hombre sabe.

LAURENCIO.

Tienes razon; y te aseguro que, como las ciencias son infinitas y la vida es breve, quien mas sabe no sabe nada.

CELIA.

Este tu amo ¿ha estudiado?

LAURENCIO.

Lo que basta para ser bachiller, que es el peor linaje de cortesanos para tratado; porque si habla con hombres que saben, conocen lo que no sabe y se cansan de que piense que sabe: si habla con los que ignoran, huyen de él porque los tiene en poco y presume mucho. Y esto del magisterio es para las escuelas, no para las conversaciones.

CELIA.

¿Eso conoces, y comes su pan?

LAURENCIO.

Tambien él me come mi servicio.

CELIA.

Enojadillo estás por lo que presumes del amor de Dorotea; que todos los que servimos somos celosos, y mas cuanto mas privados.

LAURENCIO.

Yo no lo soy de su amor, sino de su hacienda.

CELIA.

Pienso que no ha menester tutor, demás de ser indiano.

LAURENCIO.

Mi señor es liberalísimo.

CELIA.

Ya habemos visto el arancel con que pensó vivir en la corte.

LAURENCIO.

Como eso sabréis por la madre Cerbatana, que ya le ha quitado las sortijas, y temo que las calzas.

CELIA.

Desenfádate, bobo.

LAURENCIO.

No me lo digas con la mano, discreta.

CELIA.

Luego ¿no es favor?

LAURENCIO.

Para andar en el rostro solo tienen licencia las damas y los barberos.

CELIA.

¿Qué sabes tú si lo quiero yo ser tuya?

LAURENCIO.

Si yo no lo sé, ¿cómo quieres serlo?

CELIA.

¿Trujiste mucha plata?

LAURENCIO.

Si leiste el arancel, ¿cómo no sabes que nos habemos de hacer pobres?

DOROTEA.

Hacedme placer, señor don Bela, que tomeis las sortijas.

DON BELA.

No tomo lo que he dado; que esto tiene malo el mar, entre otras condiciones, que vuelve á recibir los rios que salieron dél.

DOROTEA.

Si los anillos fueron prision antiguamente, presas estarán mis manos de vuestra liberalidad.

DON BELA.

Es imposible que lo sean de quien tiene en ellas mi libertad; pero mil veces las beso por favor tan grande, que parece que le disminuyo si no me vuelvo loco.—Muestra esas medias, Laurencio.—Estos son algunos pares, porque no me dijo la color Gerarda que priva mas con vuestro gusto.

DOROTEA.

Estas de nácar son excelentes.

GERARDA.

Llama este color los ojos.

DOROTEA.

Los ojos no, sino el gusto; que de la vista mejor objeto es lo verde, y mas la conserva.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Qué bachillería!

GERARDA.

Dirán mejor con el manteo.

DOROTEA.

Necia, lo que no se ve no se conforma.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Cuál es la ninfa! Este sí que es arte de amar, que no el de Ovidio. ¡Ay de los cascos de don Bela!

CELIA.

Estas blancas son muy lindas.

GERARDA.

No para damas, que las hacen piernas de difuntos, y desde Juan de las Calzas-Blancas son contra la premática del buen gusto.

CELIA.

Sí, pero hacen las piernas mas gruesas.

GERARDA.

Para quien las ha menester, no para esta niña, que no las compra ni se las debe al algodon, sino á la bizarra naturaleza.

DOROTEA.

Estas moradas pudiérades excusar.

GERARDA.

Buenas son para un obispo.

DOROTEA.

Y ¿estas doradas, tia?

CELIA.

Para un soldado de la guarda.

GERARDA.

Tómalas tú, Laurencio.

LAURENCIO.

Ya no soy de guarda.

GERARDA.

Las moradillas serán para mí, pues que no las quiere nadie.

DON BELA.

Los zapatos no truje, que no los habia tan pequeños, ni se ha de calzar en tienda pié que lo habia de estar del sol.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Vé aquí el sol con suelas: ¡qué hermoso desatino!

GERARDA.

No gastarán mucho ámbar en las zapatillas, que en verdad que la pueden calzar el pié con una azucena.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Cuál es la vieja! Y tendrá la niña sus trece puntos como cualquiera hijo de vecino, aunque entren los gigantes.

DON BELA.

Pues, madre, ¿has visto tú el pié de la señora Dorotea?

GERARDA.

¡Qué pregunta! Criéla en estos brazos, nadie como yo es testigo de sus perfecciones: á fe que aunque se pare colorada, que la he dado algunos azotes en esta vida. Pero, señor don Bela, ¿y la pobre vieja? ¿No reza de ella esta provision? No entran aquí los oficiales y hombres buenos?

DON BELA.

Ya te llevaron á tu casa para monjil anascote, y el manteo se compró hecho porque tú quisiste.

CELIA.

Mas ¿que se te olvidó lo guarnecido?

DON BELA.

No soy tan descuidado con mis amigas: de terciopelo labrado tiene tres guarniciones.

GERARDA.

La color me adivinaste: ¿qué no acertará un discreto? Dale tú las gracias, Dorotica, pues que por tí me abriga este liberalísimo príncipe; Dios le abrigue con su piadosa mano. ¡Qué gran obra de misericordia vestir al desnudo!

LAURENCIO. (*Ap.*)

Tambien lo es dar consejo al que lo ha menester.

GERARDA.

¡Qué buena cuenta, qué cabal, qué entera que darás el dia del juicio cuando se ponga en un peso este monjil y este manteo! No le perderá de mí don Bela: desde ahora le prometo cada dia un rosario por él y por las ánimas de sus difuntos; que soy yo muy devota del purgatorio.

LAURENCIO. (*Ap.*)

De las bolsas.

DON BELA.

Hermosa Dorotea, desde que entré aquí puse los ojos en aquel arpa; de vuestras muchas gracias me dicen que es una la voz y la destreza: no os tengais por deservida de que os suplique me favorezcais con dos versos de lo que vos tuviéredes mas gusto.

DOROTEA.

Solo tengo de música el no excusarme, porque me falte todo.—Dame aquella arpa, Celia. ¿De qué estás rostrituerta?

GERARDA.

Y tiene razon, que no le han dado medias.

CELIA.

¿Nací yo en las malvas?

DOROTEA.

Toma estas blancas.

CELIA.

La voluntad, no las medias, te agradezco.

DON BELA.

De todas maneras quereis honrarme. ¡Qué bien parecen las manos en las cuerdas!

GERARDA.

Como los diamantes, hacen diversas luces.

LAURENCIO.

Nosotros quedarémos á escuras.

DOROTEA.

Perdonad el afinarla; que es notable el gobierno desta república de cuerdas.

DON BELA.

Las dos órdenes hacen mas fáciles los bemoles.

DOROTEA.

Debeis de saber música.

DON BELA.

Aficion la tengo.

DOROTEA. (*Canta.*)

Cautivo el Abindarráez
Del alcaide de Antequera,
Suspiraba en la prision;
¡Cuán dulcemente se queja!
Don Rodrigo le pregunta

La causa de su tristeza,
Porque el valor de los hombres
En las desdichas se muestra.
«¡Ay! dice el Abencerraje,
Valiente Narvaez, si fueran
Mis suspiros mi prision,
Vuestra vitoria mis quejas,
Agraviara mi fortuna,
Pues me dan menos nobleza,
Que ser vuestro esclavo alcaide,
Ser Bencerraje y Vanégas.
Hoy cumplo veinte y dos años;
Esos mismos há que reina
Una mora en mis sentidos,
Por alma que los gobierna.
Nació conmigo Jarifa;
Bien debeis de conocerla,
Porque tienen igual fama
Vuestra espada y su belleza.
Mal dije veinte y dos años,
Pues cuando estaba en su idea,
A quererla antes de ser
Me enseñó naturaleza.
Ni por estrella la quise;
Que fuera del cielo ofensa
Si para amar su hermosura
Fueran menester estrellas.»

DON BELA.

¡Excelentes ocho versos! ¿Cúyo es este romance?

DOROTEA.

De un caballero que está agora en Sevilla.

DON BELA.

¿Cómo se llama?

DOROTEA.

Oid lo que queda.

(*Canta.*) *«El criarnos como hermanos*
Hizo imposible mi pena,
Desesperó mi esperanza
Y entretuvo mi paciencia.
Declaróse nuestro engaño
En una pequeña ausencia,
Si bien la de sola un hora
Era en mis ojos eterna.
Por cartas nos concertamos
Que fuese esta noche á verla:
Salí galan para bodas,
Que no fuerte para guerras.
Cuando llegastes, Rodrigo,
Iba cantando una letra
Que compuse á mi ventura,
Que á mis desdichas pudiera.
Resistíme cuanto pude;
Mas no valen resistencias
Para contrarias fortunas:
Preso yo, Jarifa espera.
¡Qué bien dicen que hay peligro
Desde la mano á la lengua!
Pensé dormir en sus brazos,
Y estoy preso en Antequera.»
Oyendo el piadoso alcaide
Su historia amorosa y tierna,
Para volver á Jarifa
Liberal le dió licencia.
Llegó el moro, y el suceso
Despues del alba le cuenta;
Que no son historias largas,
Antes de los brazos buenas.

DON BELA.

¡Dichoso moro! pues aun hasta agora lo es en cantar sus dichas esa voz celestial, que me ha tenido abstracto de mí mismo todo este tiempo.

GERARDA.

¡Qué te parece, Dorotea, de aquello de abstracto? ¿No te dije yo que era muy discreto?

DOROTEA.

Tia, yo vivo tan sola y recatada, que siempre seré necia; el señor don Bela ha visto mucho mundo.

DON BELA.

Sí, pero en todo él ninguna cosa como vos.

DOROTEA.

Toma, Celia, el arpa; que me obliga á mucho esta respuesta.

GERARDA.

No, por tu vida, niña, no lo dejes tan presto.—Rogadle, señor don Bela, que vuelva á cantar otra cosa; que si tuviera con qué obligarla, ya la hubiera premiado el gusto con que os ha favorecido; que no suele ser tan liberal desta gracia; pero ¿qué no se debe á vuestra gentileza?

DON BELA.

Con este maridaje de rubí y diamante puedo servirla.

GERARDA.

Arador de palma no le saca toda barba.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Qué astuta vieja!

DOROTEA. (*Canta.*)

Corria un manso arroyuelo
Entre dos valles al alba,
Que sobre prendas de aljófar
Le prestaban esmeraldas.
Las blancas y rojas flores
Que por las márgenes baña,
Dos veces eran Narcisos
En el espejo del agua.
Ya se volvia el aurora,
Y en los prados imitaban
Celosos lirios sus ojos,
Jazmines sus manos blancas.
Las rosas en verdes lazos
Vestidas de blanco y nácar,
Con hermosura de un dia
Daban envidia y venganza.
Ya no bajaban las aves
Al agua, porque pensaban,
Como daba el sol en ella,
Que eran pedazos de plata.
En esta sazon Lisardo
Salia de su cabaña,
¿Quién pensara que á estar triste,
Donde todos se alegraban?
Por las mal enjutas sendas
Delante el ganado baja,
Que á un mismo tiempo paciendo,
Come hielo y bebe escarcha.
Por otra parte venia
De sus tristezas la causa,
Hermosa como ella misma,
Pues ella sola se iguala.
Leyendo viene una letra
Que á sus estrellas con alma
Compuso Lisardo un dia,
Con mas amor que esperanza.
Vióle, admirado de verla,
Y de unas cintas moradas,
Para matalle á lisonjas,
El instrumento desata.
Y por dos hilos de perlas,
Que dos claveles guardaban,
Dió la voz al manso viento,
Y repitió las palabras:
«Madre, unos ojuelos vi,
Verdes, alegres y bellos:
¡Ay, que me muero por ellos,
Y ellos se burlan de mí!»

GERARDA.

A tí sola te sufriera villancico que entrara con madre, porque en fin la tienes y eres tan niña; pero no á unos barbados cuando comienzan:

«Madre mia, mis cabellos...»

Aunque ya mejor lo pueden decir los hombres que las mujeres.

DOROTEA. (*Canta.*)

«Las dos niñas de sus cielos
Han hecho tanta mudanza,
Que la color de esperanza
Se me ha convertido en celos:
Yo pienso, madre, que vi
Mi vida y mi muerte en vellos.
¡Ay, que me muero por ellos,
Y ellos se burlan de mí!»

DON BELA.

¡Qué graciosa repeticion! ¿Cúyo es el tono?

GERARDA.

De la misma que lo canta: ¿eso preguntas?

DON BELA.

¡Oh, qué mal pregunté! Que no faltará habilidad ninguna á quien el cielo dotó de tantas gracias.

GERARDA.

Pues si la viésedes poner las manos en un clavicordio, pensarais que anda una araña de cristal por las teclas; pues ¡escribir un papel de letra asentada! Puede trasladar privilegios; y si es de prisa, copiar al vuelo sermones.

DOROTEA. (*Canta.*)

«¿Quién pensara que el color
De tal suerte me engañara?
Pero ¿quién no lo pensara
Como no tuviera amor?
Madre, en ellos me perdí,
Y es fuerza buscarme en ellos.
¡Ay, que me muero por ellos,
Y ellos se burlan de mí!»

DON BELA.

Es excelente; pero yo me atengo al moro.

DOROTEA.

¿Por qué, señor don Bela?

DON BELA.

Porque esto de pastores todo es arroyuelos y márgenes, y siempre cantan ellos ó sus pastoras: deseo ver un dia un pastor que esté asentado en banco, y no siempre en una peña ó junto á una fuente.

GERARDA.

¡Jesus, qué gracia!

DON BELA.

Sea verdad que Teócrito y Virgilio, uno griego y otro latino, escribieron bucólicas.

GERARDA.

¿No te lo dije yo, niña? ¡Mira qué sabiduría con aquel talle! Entendimiento tiene que podia ser feo.

DON BELA.

El romance de Abindarráez me habeis de hacer merced de darme; que quiero ver vuestra letra.

DOROTEA.

Yo haré lo que me mandais, y os serviré con volver á cantar; por ventura no os parecerá tan bien.

DON BELA.

¿Qué haces, madre? ¿Para qué me andas en las faldriqueras?

GERARDA.

Como te vi tan elevado en la voz de Dorotea, quise hacerte una burla.

DON BELA.

Bien pudieras, porque he estado en éxtasis escuchando al mismo Orfeo.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Y échasele de ver en que lleva tras sí las bestias.

DON BELA.

¡Oh, moro, mas dichoso por celebralle vuestra boca que por la liberalidad del alcaide en dejarle volver á su Jarifa! Sútil anduvo el poeta en decir que antes de nacer la quiso Abindarráez en la ideal fantasía de la naturaleza.

DOROTEA.

Los poetas son hombres despeñados; toda su tienda es de imposibles.

DON BELA.

Y de sentencias graves cuando escriben cosas serias: valerme quiero de aquel concepto, y decir que os quise antes que tuviese ser.

DOROTEA.

Si os valeis de eso pensaré que vuestro amor es poesía.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Presto será historia, y plegue á Dios que no sea trágica.

DOROTEA.

Mi madre llama por la puerta principal, salid por esta; y tú quita de aquí todo esto, no lo vea; que no tendré remedio de volver á veros.

DON BELA.

Y ¿cuándo será, señora mia?

DOROTEA.

Gerarda os lo dirá; que ahora no puedo.

(*Vanse don Bela y Laurencio.*)

GERARDA.

No tiene mala traza el indiano.

CELIA.

De darte su hacienda.

DOROTEA.

En efecto he tomado lo que no pensaba.

GERARDA.

Piensa en lo que has de tomar; que esto ya lo tienes.

SCENA VI.

TEODORA, DOROTEA, GERARDA, CELIA.

TEODORA.

¿Qué hacias, Dorotea?

DOROTEA.

Aquí estaba con Gerarda.

TEODORA.

¡Con Gerarda! Milagro.

DOROTEA.

¿Por qué, milagro?

TEODORA.

Porque nunca te he visto muy deseosa de su conversacion.

GERARDA.

Estábale diciendo que en el repartimiento de mis monjas de los santos de este año me habia cabido santa Inés, y habíame enternecido con su martirio, y contábale su vida. ¿De dónde vienes?

TEODORA.

De ver una amiga que estaba de parto.

GERARDA.

¿Por qué no me llevaste contigo? Pusiérale la rosa de Jericó y mi nómina de reliquias.

TEODORA.

Ya parió una muchacha como unas flores; pero no se parece á su padre.

GERARDA.

Imaginaria esa mujer en otro; que no todos los sucesos han de ser culpas.

TEODORA.

Un lunar tenia que se le he visto yo á un amigo de su marido.

GERARDA.

Ves ahí lo que yo digo: estaríasele mirando aquel dia, y la imaginacion hizo efecto; tan inocente está esa mujer como yo misma, que no he dado paso hoy que no sea en mis devociones.

DOROTEA.

Madre, lleno traes de lodo el manteo.

TEODORA.

Salpicóme un caballero destos que van deshollinando las ventanas.—Ponle al sol en ese huerto, Celia.

DOROTEA.

Nunca sales que no te suceda algo.

TEODORA.

El otro dia caí en una cueva.

DOROTEA.

¿Por qué sales sin báculo?

TEODORA.

Porque tú eres el de mi vejez y no quieres andar conmigo.

DOROTEA.

Vas muy despacio.

GERARDA.

Cansada vienes, Teodora; di que te dén un traguecito si dura aquello del otro dia.

CELIA.

Pide el goloso para el deseoso.

DOROTEA.

Madre, mejor es que se quede á comer con nosotras Gerarda.

TEODORA.

¿Qué novedad es esta?

GERARDA.

Dios te lo pague, niña, y quedaráse mi puchero para la noche; que en verdad que no le habia echado garbanzos por ir de presto á misa.

TEODORA.

¡Ay! ¿Qué búcaro es este?

DOROTEA.

Una amiga me le ha feriado al manteo que tú decias que habia vendido, y de rabia no he querido enseñártele.

TEODORA.

Aunque te dije aquellas cosas, bien sé yo tu virtud y honestidad, Dorotea. ¡Qué lindo es el búcaro!

GERARDA.

Si hablas en su virtud desta niña, será nunca acabar: si fuera en el tiempo de las fábulas, ya fuera piedra, como Anaxarte.

CELIA.

Ya está aquí la comida.

TEODORA.

Siéntate, Gerarda.

GERARDA.

De capellana os tengo de servir: *Benedicite...*

DOROTEA.

Dominus...

GERARDA.

Nos et ea que comituri somos, benedicat Deus in corporibus nostros.

TEODORA.

No tanta fruta, Dorotea; que estás muy convaleciente. Deja las uvas.

DOROTEA.

¿Qué me han de hacer? Que ya estoy buena.

TEODORA.

Toma estos higos, Gerarda.

GERARDA.

Por ti tomaré uno, que no lo hiciera por el padre que me engendró; pero es menester que sepas que con un higo se bebe tres veces.

TEODORA.

¿Quién lo escribe?

GERARDA.

El filósofo Alaéjos: ¿pensaste que era Plutarco? Ábrole por medio.—Dame, Celia, la primera.

TEODORA.

¿Sin comerle bebes?

GERARDA.

Agora le echo un poco de sal. Dame la segunda.

TEODORA.

Ya tienes las dos aparte; ¿qué harás agora?

GERARDA.

Cerrar el higo. Dame la tercera.

CELIA.

Bebe y buen provecho; pero mira que es fuerte.

GERARDA.

Mas fuerte era Sanson, y le venció el amor. ¡Bien haya quien te crió!

TEODORA.

¿El higo echas por la ventana, después de tantas prevenciones?

GERARDA.

Pues ¿él habia de entrar acá? No se verá en ese gozo.

TEODORA.

Deja el tocino, Dorotea; come tu pollo, que no estás para eso.

DOROTEA.

Todo lo tengo de dejar. ¡Pollo, pollo! ya me tienen mas cansada que castañas en cuaresma.

GERARDA.

¡Cuál está el tocinillo! Dame á beber, Celia, que te descuidas de mí: y á fe que no me lo debes; que cuando estás haciendo tu labor, olvidada de mí, estoy yo estudiando los nominativos de tu casamiento; y la noche de San Juan vi grandes cosas en un orinal de vidrio, y á fe que quien pasó á tales horas, que no venia á burlar. Toribio dijo: «Montañés será tu marido.»

CELIA.

¿Cosa que sea destos que venden agua?

GERARDA.

Pues ¿qué querias? ¿Que tuviese solar, pendon y caldera? Dame de beber; que me ahogo.

CELIA.

¿Tan presto, tia?

GERARDA.

¿Esto es presto? Bueno por mi salud. Esto y nada lleváoslo en la halda.

TEODORA.

Come desa gallina, muchacha.

DOROTEA.

No puedo mas, Señora; que cocida me hace asco.

GERARDA.

Come, Dorotea; que cara sin dientes hace á los muertos vivientes.

DOROTEA.

Y ¿quién es la cara sin dientes?

GERARDA.

Las gallinas, hija, que crian linda carne.

CELIA. (*Ap.*)

Cuando la vieja anda por refranes, buena está su alma.

TEODORA.

Tú me agradas, Gerarda, que hablas y comes.

GERARDA.

Ese niño me alaba, que come y mama.

CELIA. (*Ap.*)

Otro refrancito. ¡Qué colorada está la madre! Parece madroño y la nariz zanahoria.

GERARDA.

Cuando yo me acuerdo de mi Nuño Rodriguez á la mesa... ¡Qué decia él de cosas! Qué gracias! Qué cuentos! Dél aprendí las oraciones que sé. Era un bendito, no hizo en su vida mal á un gato; que cuando le sacaron á la vergüenza fué por ser tan hombre de bien, que nunca quiso decir quien habia tomado los platos del canónigo. Ahora parece que le veo por esa calle Mayor; ¡qué cara llevaba en aquel pollino! No dijeran sino que iba á casarse. Y como él tenia tan linda barba, agraciábale mucho el desenfado con que picaba aquella bestia lerda. Ya le decia yo que no saliera sin acicates.

TEODORA.

Gerarda, no bebas mas; que dices desatinos, y en otra parte pensaran que era verdad lo que dices. ¿Para qué lloras?

GERARDA.

Porque fué crueldad llevarle á galeras.

CELIA.

Ya lo enmienda.

GERARDA.

Dios manda que se digan las verdades.

TEODORA.

No en daño del prójimo.

GERARDA.

¡Qué daño es contar sus alabanzas, Teodora, ni refrescar la memoria del bien que se ha perdido?

CELIA.

A lo menos refrescar lo bien que se ha bebido.

GERARDA.

La primera vez que me halló en aquella niñería del estudiante, fué notable su paciencia. Era invierno, y echónos á mí y á él un jarro de agua en la cama, diciendo con aquella bondad de que él se preciaba mucho: «A los bellacos mojallos.»

TEODORA.

¿No adviertes, Dorotea, la condicion del vino?

DOROTEA.

Fiale tus secretos; que esa es la primera de sus faltas.

TEODORA.

¡Oh infame vicio, tan opuesto á la honra como aborrecido de la templanza!

DOROTEA.

Cuanto vino entra, tantos secretos salen.

TEODORA.

Desde que le pisaron, por huir de los piés, se sube á la cabeza.

CELIA.

¿Para qué me haces señas, tia?

GERARDA.

¿Para qué me lo preguntas, necia? ¿Cuánto va que me levanto, pues no me entiendes?

CELIA.

Ha caido un mosquito.

GERARDA.

No hayais miedo que se descalabre; no le saques, Celia, que son los espíritus deste licor, como los átomos del aire; el vino los engendra, y á nadie le parecieron sus hijos feos. Y cuando dieres vino á tu señor, no le mires al sol.

CELIA.

Que quiera, que no quiera, el asno ha de ir á la feria.

GERARDA.

Pesa presto, María, cuarteron por media libra.

CELIA.

No cabe mas la taza, que no es saca de lana.

GERARDA.

La leche de los viejos es el vino: no sé si lo dice Ciceron ó el obispo de Mondoñedo. ¡Ay mi buen Nuño Rodriguez!

TEODORA.

A la tema vuelve.

GERARDA.

En su vida reparó en mosquito, todo cuanto venia colaba, que era una bendicion. Llamaba grosera al agua, porque criaba ranas; y una de las cosas con que me venció para que no la bebiese, cuando me casé con él, fué decirme que habian de cantar en el estómago; y púsome tanto miedo, que desde entonces, sea Dios bendito, no la he probado. Pues ya, para lo que me queda, con su ayuda bien sabré salir deste peligro.

CELIA.

Mire que se duerme, tia.

GERARDA.

Viéneme el mal que me suele venir; que después de harto me suelo dormir.

CELIA.

Pues si sabe la falta, deje la causa.

GERARDA.

Un cuchillo mismo me parte el pan y me corta el dedo.

CELIA.

Labrar y hacer albardas, todo es dar puntadas.

GERARDA.

La primera vez que yo me fui de con mi Nuño, no estuve mas de cinco meses fuera de su casa. Aun ahora se me acuerda, con qué gracia que me dijo, cuando volví: «Aguardaria la señora á que fuese por ella.»

TEODORA.

Madre Gerarda, come mas y bebe menos; que con la sal de tus gracias te brindas á tí misma.

DOROTEA.

Ya me pesa de que la hayas convidado.

GERARDA.

¡Ay Dorotea! Como eres niña, no has menester al vino ni sabes sus virtudes.

DOROTEA.

Querrás ahora ser su coronista.

GERARDA.

Díjome mi doctor que el vino viejo que pasa de cuatro años es caliente y seco en el tercero grado.

DOROTEA.

¿Qué son grados, tia?

GERARDA.

Hija, ¿todo lo ha de saber quien vive en este mundo? Digo yo que serán mas ó menos cantidades; finalmente, el vino, mientras mas se envejece, mas calor tiene; al contrario de nuestra naturaleza, que mientras mas vive, mas se va enfriando; es mejor el mas oloroso, mas poderoso y espiritoso, no amargo ni con punta de vinagre, porque ha de ser agradable á todos los sentidos, y el que danza en la capa, tenle por mas gallardo.

TEODORA.

El pan con ojos, el queso sin ojos, el vino que salte á los ojos.

GERARDA.

Este que digo, ayuda á la virtud expulsiva, resuelve los malos humores y quita las ventosidades; es bueno para los que tienen crudezas en las venas y en otras partes.

TEODORA.

Ese vino no es para gente moza, y el verano seria veneno; el invierno será para viejos y flemáticos. Este es razonable; pero ha de beberse con templanza; que de esa manera alegra el corazon y fortalece los espíritus.

DOROTEA.

Para huir las ofensas del vino, no se han de comer cosas dulces y apetitivas.

GERARDA.

¡Qué segura estoy de ese cuidado!

TEODORA.

Si hubieras tomado antes del mantenimiento siete almendras amargas ó de otras cosas astringentes, no te ofendiera el vino.

GERARDA.

¡Ay Teodora! déjate de esas invenciones; no hay cosa como siete torreznos. ¡Yo siete almendras! Dáselas á los siete infantes de Lara; que ya soy mayor de veinte y cinco años, y sé lo que me cumple.

CELIA.

Perdida está la vieja.

DOROTEA.

Tia, ¿cuál es la mejor agua?

GERARDA.

Niña, la que cae del cielo, porque no la bebe nadie.

DOROTEA.

Dicen que la clara sútil, que nace al oriente y corre por la tierra, no sobre piedras.

GERARDA.

Corra por donde quisiere, no haya miedo que yo me fatigue por alcanzarla.

DOROTEA.

No sé cómo dicen que el vino da buena lengua, y que algunos, para hablar con osadía á los grandes príncipes, se valen de su favor; porque yo veo, Gerarda, que no hablas claro.

GERARDA.

Eso no nace del vino, sino del sueño.

DOROTEA.

Y el sueño ¿de quién nace?

GERARDA.

De estar confortadas las partes intrínsecas.

DOROTEA.

Mucho te costó salir de esa palabra.

GERARDA.

¿Cómo há tanto que no viene Celia á refrescarme? Dame tú de beber, negra; que esta moza me quiere mal porque la riñen sus travesuras.

CELIA.

La negra está en la cocina.

GERARDA.

Pues dame tú de beber, doncella de la Vera, y perdona; que ya sé que te traigo hecha pedazos.

CELIA.

No quiero, Señora.

GERARDA.

Este tu hijo don Lope, ni es miel ni es hiel, ni vinagre ni arrope.

CELIA.

En los ojos tienes eso postrero, como has llorado.

GERARDA.

Cuando dan por los aladares, canas son, que no lunares. Dame sin que lo vean.

CELIA.

Nueve veces has bebido.

GERARDA.

Escuderos de Hernan Daza, nueve debajo de una manta.

CELIA.

No la habrás menester esta noche.

GERARDA.

No tiene mas frio nadie que la ropa que trae.

TEODORA.

Mira, Gerarda, que te hará mal, y que Celia y la negra se están riendo, y con ser tu amiga Dorotica, no te la perdona.

GERARDA.

Cuando el guardian juega á los naipes, ¿qué harán los frailes?

TEODORA.

Quítale esas aceitunas, negra.

GERARDA.

Bien puede; que una hora habrá que estoy con el hueso de una, pidiendo una consolacion.

TEODORA.

Alza esta mesa, y dale, niña, un poco desa grajea á Gerarda.

GERARDA.

Grajea á Guinea: reventado sea mi cuerpo, si en él entraré. No se hallará en todo mi linaje persona que haya comido dulce; en mi vida fuí á bautismo, por no ver el mazapan y los almendrones, cuando voy por las calles, me voy arrimando á las tabernas y huyendo de las confiterías, y en viendo un hombre que come cascos de naranja, le miro si tiene ojos azules. Pues ¿pasas? maldito sea el corazon que las pasó ni al sol ni á la lejía.

CELIA.

Ande acá tia, que no está para firmar.

GERARDA.

Si como tiene orejas, tuviera boca, á muchos llamara la picota.

CELIA.

Con buenas oraciones se alza la mesa.

GERARDA.

No quite los manteles; daré gracias, pues eché la bendicion.

TEODORA.

Di; veamos.

GERARDA.

Quod habemus comido, de Dominus Domini sea benedito, y á micos y á vobis nunca faltetur, y agora dicamus el santificetur.

DOROTEA.

No se le puede negar que tiene gracia, y yo conozco muchos presumidos de ciencias que saben menos latin.

GERARDA.

Después de comer siempre tengo yo mis devociones.—Llévame al oratorio, Celia.

CELIA.

Tia, mejor es á la cama. No te cargues tanto, que pesas mucho.

GERARDA.

La puerta pesada, puesta en el quicio no pesa nada.

CELIA.

Topaste en la silla. Por acá, tia.

TEODORA.

¡Qué golpe que se ha dado! Llévala con tiento, ignorante.

CELIA.

¿Qué tiento, si no le tiene?

(*Vanse.*)

CORO DE INTERÉS.

(*Dímetros yámbicos.*)

Amor, tus fuerzas rígidas
Cobardes son y débiles
Para sugetos ínclitos
De conquistar difíciles.
Al interés espléndido
Son las empresas fáciles,
Con el oro dalmático
Y los diamantes scíticos.
El dar, pródigo artífice,
Constantes hizo adúlteras;
No todas son Eurídices,
Evadnes y Penélopes.
Ya no se mata Píramo,
Ni son las Dafnes árboles
Para la sacra púrpura
De las doradas águilas.
¿Qué Cáucaso, qué Ródope,
Qué mármoles ligústicos,
No vuelve en cera líquida
Este metal ducísono?
Amor á Vénus cándida,
Porque en los brazos hórridos
La vió de un feo sátiro,
Lloró con tiernas lágrimas.
Al fiero Marte indómito
Y al claro Apolo Délfico,
Por un Fauno ridículo
Trocó la diosa impúdica.
No piense amor solícito
Por las vitorias de Hércules,
Que sus historias trágicas
Ha de escribir en pórfidos;
Que mis pomas hespérides
Han de vencer sus máquinas
Y los mayores triunfos
De los romanos Césares.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO, JULIO.

DON FERNANDO.

Apenas ¡oh Julio! he llegado, cuando quisiera no haber venido. Bien dijo aquel poeta:

«¡Oh gustos de amor traidores,
Sueños ligeros y vanos,
Gozados siempre pequeños,
Y grandes imaginados!»

JULIO.

Pues ¿qué es lo que agora te da pena? ¿Esta era la prisa? Esto decir que se habia parado el tiempo? Esto hacerme levantar antes que supiesen los pájaros que amanecia? Para esto prometias tanto dinero á los mozos del camino, porque te pusiesen en la corte el dia que señalabas?

DON FERNANDO.

¿De qué te admiras, Julio? ¿No sabes que se esfuerza mas el deseo cuando tiene mas cerca la causa? Otros que vienen de ausencias largas descansan de sus cuidados con ver el dueño de ellos; pero ¡infeliz de mí! ¿á qué he venido, si no tengo de ver á Dorotea?

JULIO.

¿Quién te lo quita?

DON FERNANDO.

El mismo amor, que me lo manda.

JULIO.

No pienses en lo que piensas.

DON FERNANDO.

¿Cómo puedo no pensar en lo que pienso?

JULIO.

Divirtiendo el pensamiento.

DON FERNANDO.

Dame un libro.

JULIO.

¿Latino, francés ó toscano?

DON FERNANDO.

Dame á Heliodoro en nuestra lengua.

JULIO.

¡Gentil devocionario! Toma.

DON FERNANDO.

Aquí dice: (*Lee.*) «Teágenes y Clariquea quedaron solos en la cueva, juzgando por gran bien la dilacion de los trabajos que esperaban; porque, hallándose libres, se dieron los brazos amorosamente.» ¿Esto quieres que lea?

JULIO.

Yo no; que tú lo pides.

DON FERNANDO.

Esto mas enciende que entretiene. ¡Ay de mí, Julio! ¿Qué hará la cruel Dorotea?

JULIO.

Deja por Dios esa imaginacion que te atormenta.

DON FERNANDO.

Muestra el ajedrez; jugarémos un poco.

JULIO.

Bien dices. Pongo las piezas.

DON FERNANDO.

¿Están puestas?

JULIO.

Pues ¿no lo ves? Comienza. ¿Qué has hecho?

DON FERNANDO.

Derribélas todas, por no ponerme á peligro de perder la dama. Muestra las espadas negras.

JULIO.

Quitaréles el polvo de nuestra ausencia.

DON FERNANDO.

De la postura angular; dice Carranza que salen todas las heridas. ¿Qué postura tendria el amor cuando me dió las mias?

JULIO.

Pregúntalo á Dorotea, que le dió el arco.

DON FERNANDO.

Bien hiciste esta treta; que del fin del tajo salen todas las estocadas. ¡Ay, Dorotea, que no me bastan reparos contra las tuyas!

JULIO.

¿Por qué arrojas la espada?

DON FERNANDO.

Porque no diga Alciato que está en manos del loco.

JULIO.

A un gentilhombre, que tú conoces, se le ha muerto su dama, yo quiero entretenerte con unos versos suyos, á manera de edilios piscatorios.

DON FERNANDO.

Yo tengo dos del mismo, y los he puesto en famosos tonos.

JULIO.

Pues escucha estos, que no son menos buenos que los que dices.

DON FERNANDO.

Di, si te acuerdas de ellos.

JULIO. (*Lee.*)

«¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas;
Las otras que bramando,
Ya tiemplan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena,
O cómo espero el dia,
Si está mi aurora muerta?
O ¿pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que, pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella;
Que, aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Vénus, divina,
Que dia y noche muestras
La senda del aurora
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia,
Pues sabes que te iguala
Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa,
Tus jarcias y tus velas.
No ya tendal te vistan
Ni te coronen fiestas,
Marítimos hinojos;
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas
Que de aquestas riberas,
Con sus dorados lirios,
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes,
Secos tarayes sean;
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada,
Que los pastores dejan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,
De tafetan cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas ninfas,
Cuando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan,
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ¡oh barqueros!
Que en aquestas aldeas
Dejais vuestras esposas
Hermosas y discretas;
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga ni me vea;
Que volverá, de verme,
Con inmortal tristeza.
Cortad ciprés funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elégias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dáfnes
Y la amorosa Leda:
Aquella verde lauro,
Y con las plumas esta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena;
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Driadas y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.—
«Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarilis,
Honor y gloria vuestra;
Aquella cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales,
Orfeos de almas eran;
Cuyas hermosas niñas
Tenian, como reinas,
Doseles de su frente
Con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
Daba licion risueña,
Al mar de hacer corales,
Al alba de hacer perlas;
Aquella que no dijo
Palabras extranjeras
De la virtud humilde
Y la verdad honesta;
Aquella cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura,
Cristal en trasparencia;
Cuyos piés parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas,
Nacieran tan pequeñas;
La que en la voz divina
Desafió sirenas,
Para quien nunca Ulíses
Pudiera hallar cautela;
La que añadió al Parnaso
La musa mas perfecta,
La virtud y el ingenio,
La gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.»
Venid á consolarme,
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla;
Que si mi vida dura,
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia,
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha;
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.
Mi propria voz me engaña;
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema,
Lo que imagino, abrazo,
Por ver si efecto engendra.
Pero en desdicha tanta
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba,
Desengañados quedan.
¡Qué alegre, respondia,
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce, amada prenda;
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias

En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
¡Qué locura tan nueva!
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace y pida
La sombra que me niega.
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,
Y muérome por verla;
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo, huyo;
Porque de ver me pesa
Que dure mas el arto
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo
(Como me mira atenta)
Que, pues que no me habla,
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise;
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre;
Mas ¡qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan;
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta,
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,
Olvidan y se alegran;
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
A su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dejo de tenerla.»
Así lloraba Fabio
Del mar en las riberas,
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia.
Cuando atajaron juntas
Con desmayada fuerza,
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor, que le escuchaba,
Dijo: «La edad es esta
De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra;
Que no son destos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.»

DON FERNANDO.

Con tanta accion has leido, Julio, esos versos, que me has traido las lágrimas á los ojos.

JULIO.

Debe de ser como te halla flaco de la voluntad.

DON FERNANDO.

¡Oh, cuánto me agradan las cosas tristes! Y ¡bien haya hombre tan firme y tan dichoso!

JULIO.

¿Dichoso puede ser quien pierde lo que los versos dicen?

DON FERNANDO.

¡Pluguiera á Dios que yo llorara á Dorotea!

JULIO.

Parece tu deseo el de aquel tirano que, partiéndose á Roma, donde le llamaba César, encargó á un amigo que matase á Mariana, su esposa, si el César le matase á él, porque lo que tanto amaba no fuese de otro; y fué después del mismo amigo, que le descubrió el secreto.

DON FERNANDO.

Mejor estado, Julio, es el de ese amante que el que yo tengo. ¡Oh, si pudiéramos trocar tristezas! Que él llora lo que le falta, y yo lo que tiene otro.

JULIO.

No digas tal; que no es posible.

DON FERNANDO.

Si ello es, como es, posible, ¿para qué lo dudas?

JULIO.

O quieres ó no quieres á Dorotea: si la quieres, piensa bien de lo que quieres; si no la quieres, no pienses tanto en cosa que no quieres.

DON FERNANDO.

Yo la quiero y la aborrezco.

JULIO.

Es imposible.

DON FERNANDO.

Aristóteles escribe que la hermosa Hélide tuvo amores con un etiope y parió una hija blanca; pero que el hijo de la hija nació negro; y así, de la hermosura de Dorotea nace mi amor blanco, pero deste mismo después mi aborrecimiento negro.

JULIO.

¿Da la razon el filósofo?

DON FERNANDO.

No mas de que vuelve después de muchos géneros la semejanza. Consúltale en el libro primero de la *Generacion de los animales*.

JULIO.

Pienso que te contradices; porque si de la hermosura de Dorotea nació tu amor blanco, ¿quién de los dos fué el etiope, para que saliese negro el aborrecimiento?

DON FERNANDO.

Los celos, Julio; que nunca amor se engendró sin ellos.

JULIO.

Graciosa respuesta.

DON FERNANDO.

Si de la posicion del antecedente se infiere la consecuencia, perfecto es el silogismo.

JULIO.

¿Por qué amas á Dorotea?

DON FERNANDO.

Porque es digna de ser amada.

JULIO.

Es fuerza que sea bien para que se ame.

DON FERNANDO.

Hay distancia de bien á bueno; que ya sé yo del filósofo en las *Éticas*, donde trata de los amigos, que lo que es absolutamente bueno es amable y apetecible; pero dice que el amor es semejante al afecto, y la amistad al hábito.

JULIO.

Holgárame que hubieras leido en el libro primero de los *Retóricos* la causa por que los amantes en medio de sus tristezas están alegres.

DON FERNANDO.

¿A qué propósito?

JULIO.

Dice que como los enfermos se alegran en la furia de la calentura, pensando en que han de beber, así los que aman, cuando están ausentes, cuando escriben y cuando desean, se alegran imaginando en el efecto del bien que esperan.

DON FERNANDO.

Ya te entiendo, Julio: quieres decir que espero ver á Dorotea; pues ¿cómo se ajusta ese pensamiento al mio, si la quiero porque es hermosa, y no la veo porque la aborrezco?

JULIO.

No quiero responderte, sino divertirte. Oye el segundo discurso del mismo amante:

«Para que no te vayas,
Pobre barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
Pero tan grave peso
¿Cómo podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil.
De viento fueron todas,
Para que no te fies
De grandes oceanos,
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles.
Serenas de semblante,
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine
Al cielo mas gigante,
Adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguno se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gavias permiten,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas
Por Scilas y Caribdis,
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco,
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas
Ni el viento desafíes;
Que rüinas del tiempo
Ninguna emienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo,
Vitorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas

Airado el viento silbe.
No mires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen jarcias
Y velas le entapicen.
A climas diferentes
La herrada proa inclinen
Las poderosas naves
De césares Felipes.
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes.
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
Y tú, de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquiles
Enéas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Cuando tu dueño y mio
En esta orilla viste
Saliendo de las aguas
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el alba
Sus cándidos perfiles,
Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes,
Cuando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite.
Ni temias tormentas
Ni encantadoras Circes;
Que ya para sirenas
Era mi amor Ulises.
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
Y de los peces lince.
¡Qué pesca no le truje
Cuando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Si no en luciente plata,
Vino en tejidas mimbres;
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida Parca,
Que con igual pié mide
Los edificios altos
Y las chozas humildes,
Se la robó á la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos íris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten:
Aquellos que tuvieron,
Riyéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre.
Ya de su voz no tienen
Que dulcemente imiten
Los arroyos pasajes,
Los ruiseñores tiples.
No sé cuál fué de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quién murió primero
Ni quién ahora vive.
Presumo que trocamos
Las almas al partirte;
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan;
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
Las focas y delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre
Que alegre conocistes;
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas,
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide;
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice;
Supiéronlo barqueros,
Enojados me riñen.
Cuál toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero, difunto el dueño,
Las cuerdas ¿de qué sirven?
Cuál le compone versos;
Cuál, porque no le pisen,
Le cuelga de las ramas,
Trasformacion de Tisbe;
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijeron
Llorando satisfice:
«Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia
Y el Tajo con el Tiber;
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia que la sigue;
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique;
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán después fenices.
En bronce sus memorias
Con eternos buriles
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡Oh luz, que me dejaste!
¿Cuándo será posible
Que vuelva á verte el alma
Y que esta vida animes?
Mis soledades siente...
—Mas ¡ay! que donde vives,
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.»

DON FERNANDO.

Dame un traslado destas endechas, Julio; que si fueran breves, las estudiara para cantarlas.

JULIO.

Las otras dos que tienes son mas á propósito.

DON FERNANDO.

¡Qué amor! Qué fineza! Qué verdad! Qué soledad! No le ha faltado á ese amante sino beberse las cenizas de su Amarilis.

JULIO.

En los piés de los ídolos de la India he visto unas urnas de oro; y preguntando lo que habia en ellas, me dijeron que las cenizas de algun indio, que porque las pusiesen al pié del ídolo, se dejaban quemar de sus ministros. Paréceme que quisieras ocupar una de estas á los piés de Dorotea.

DON FERNANDO.

No lo creas, Julio, sino advierte cómo parece que se hicieron los versos para descansar los que aman.

JULIO.

Y para desechar las tristezas y el temor del ánimo, como en Horacio habrás visto, donde dice que con las musas no temia el rigor de los cuidados.

DON FERNANDO.

Remedio del amor las llama Teócrito en su *Ciclope;* y debe ser porque alivian sus tristezas quejándose, que no porque le curen; y son ejemplo los versos referidos. ¡Quién pudiera dar las suyas al aura! como dijo Anacreonte. Pero ni el escribirlos ni el cantarlos sosegará las tempestades del mar de mis pensamientos.

JULIO.

Pues el huir no fué remedio, ¿cómo lo será el acercarte? Mejor lo pasabas en Sevilla: yo pensé que te enamorabas ya de aquella de los ojos negros.

DON FERNANDO.

¡Ay, Julio, que son heridas que se curan sobre falso!

JULIO.

No le faltaba hermosura.

DON FERNANDO.

Ni entendimiento.

JULIO.

Pues ¿qué le faltaba?

DON FERNANDO.

¿No has visto un hombre que escribe mal y quiere que un maestro le enseñe á escribir bien, que pasa mas trabajo en quitarle la primera forma que en enseñarle la segunda? Pues desa suerte no puede el segundo amor enseñar hasta que el primero olvide.

JULIO.

Quiero decirte unos versos que oí en una comedia, á propósito de tus celos, de tus jornadas y deste indiano que te atormenta; que, segun imagino, ese despertador desvela mas tu pensamiento que las gracias y hermosura de Dorotea.

«Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto el cazador, que con desvelo
Le está escuchando, la ballesta armada.
»Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico, trasformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

»Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los celos que recela
Le tiran flechas de temor de olvido,
»Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.»

DON FERNANDO.

Julio, ya habemos venido; no hay sino tener paciencia y divertirnos por esos campos.

JULIO.

Mejor fuera por esas conversaciones, y mirando otras cosas que tuvieran hermosura.

DON FERNANDO.

Y ¿adónde ha de haber hermosura fuera de Dorotea?

JULIO.

En todo aquello que tuviere proporcion, que eso es hermosura; porque, como dijo en su *Filografía* Leon Hebreo, la forma que mejor informa la materia hace las partes del cuerpo entre sí mismas mas iguales con el todo, unificando el todo con las partes.

DON FERNANDO.

Y ¿dónde se hallará esa union y correspondencia?

JULIO.

En muchas; que no se abrevió la mano de la naturaleza en Dorotea.

DON FERNANDO.

Mil veces he pensado que de lo que le sobró de la materia de que la compuso hizo después las rosas y los jazmines.

JULIO.

A esa cuenta, ¿primero fué Dorotea que las rosas?

DON FERNANDO.

No, Julio; sino que aquello cándido y purpúreo de jazmines y rosas estaba ya gastado con el tiempo, y renovóse con las sombras de los colores de Dorotea.

JULIO.

¡Pobre juicio! Mejor será dejarte que persuadirte.

DON FERNANDO.

Julio, trátame bien hasta que estés enamorado.

JULIO.

Enviaba un villano un rocin de caza que codiciaba un grande, y decia la carta: «Ahí llevan el rocin, mas flaco que cuando le vió vuestra señoría, porque está enamorado; y así, le suplico que le trate como vuestra señoría quisiera que le trataran si fuera rocin.»

DON FERNANDO.

Pesado estás, sobre necio.

JULIO.

Yo te digo lo que te importa.

DON FERNANDO.

Y yo, con Ovidio, que ninguno que ama lo conoce; y con Séneca, en su *Hipólito*, lo que tomó dél Garcilaso cuando dijo:

«Conozco lo mejor, lo peor apruebo.»

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Bela.

ESCENA II.

DON BELA, LAURENCIO.

DON BELA.

Estoy contento, Laurencio, de haber conquistado la gracia de su madre de Dorotea; porque hasta tenerla, todo era inquietud y desasosiego de entrambos, y era fuerza que fuese mayor el mio.

LAURENCIO.

¿Qué no quieres conquistar, si el general es de diamante y los soldados de oro? Haz cuenta que tú estabas en Madrid y que ellas fueron á las Indias.

DON BELA.

Cuanto se gasta es poco, respeto de lo que merece Dorotea.

LAURENCIO.

Mucho merece; pero mucho se gasta. Notable oficio es la hermosura: á quien le dió naturaleza, no busque otro.

DON BELA.

No es oficio, sino dignidad.

LAURENCIO.

Tambien las dignidades son oficios.

DON BELA.

Bienes de naturaleza se llaman, á diferencia de los de fortuna.

LAURENCIO.

Los de tu fortuna poco á poco se van á los que le dió la naturaleza á Dorotea, y tendrálos entrambos: mira si son oficio y si digo yo bien que no han menester ir á las Indias.

DON BELA.

A los que no la pueden gozar, pésales que haya hermosura.

LAURENCIO.

Y á los que la gozaron á tanta costa, les pesa después de haberla gozado.

DON BELA.

Nunca puede pesar tanto placer.

LAURENCIO.

No hay placer que no tenga por límite el pesar; que, con ser el dia la cosa mas hermosa y agradable, tiene por fin la noche.

DON BELA.

Nunca estuve yo mas en las Indias que mereciendo ver á Dorotea.

LAURENCIO.

Ni ella mejor que cuando te las va quitando; y acuérdome de haber leido en la *Historia de los Jarifes* que le dijeron á aquel discreto moro que se habian descubierto algunas minas de oro en los Montes Claros, que están de aquella parte de Marruécos, y mandólas cegar apriesa y que nadie sacase oro, pena de la vida; porque si lo sabian los cristianos, no las irian á buscar á las Indias, sino á su tierra.

DON BELA.

Si alguna tengo, no me ha hecho daño el descubrirla; que Dorotea no me la quita con armas, sí con hermosura.

LAURENCIO.

Siempre fueron las mas fuertes; pues á los que mas lo fueron vencieron tanto. Omfale rindió á Hércules, Briseida á Aquíles; pues en llegando á sabios, Aristóteles adoraba á Hermia, y le compuso himnos, como usaban los griegos á los dioses, tanto, que, acusado de Demofilo ó de Eurimedonte, se desterró de Aténas.

DON BELA.

Luego ¿tendré disculpa?

LAURENCIO.

De amarla sí; de darla no.

DON BELA.

No se puede amar sin dar.

LAURENCIO.

Ni dar sin empobrecer.

DON BELA.

¿Por qué da Dios á los hombres?

LAURENCIO.

Porque los ama.

DON BELA.

Luego ha de dar quien ama.

LAURENCIO.

Dios no puede empobrecer; que si fuera posible, dijéramos que cuando no tuvo qué dar, se dió á sí mismo.

DON BELA.

Dime, Laurencio: Platon ¿fué sabio?

LAURENCIO

Llamáronle divino.

DON BELA

Pues él dijo que todo lo bueno era hermoso; luego consecuencia es que todo lo hermoso es bueno, y lo que es bueno, digno es de ser amado, ni puede ser reprehendido quien ama lo que es bueno.

LAURENCIO.

¡Extremados convertibles! Pero paréceme, Señor, que á tí y á mí nos hace mucho daño eso poco que habemos estudiado; pero mira, así Dios te guarde, de qué manera declaró Marsilio Ficino el pintar los antiguos al dios Pan medio hombre y medio bestia.

DON BELA.

¿Qué fué la causa?

LAURENCIO.

Como era hijo de Mercurio, significaron las dos maneras de hablar en sus dos formas, cuando verdadera, hombre, y cuando falsa, bestia.

DON BELA.

Por buen camino me lo llamas.

LAURENCIO.

No digo tal, sino que te aprovechas mal de la parte superior en tus argumentos.

DON BELA.

No ha menester la hermosura de Dorotea mi defensa.

LAURENCIO.

No, sino tu dinero.

DON BELA.

Frínes fué una mujer de Beocia que, acusada al magistrado por la hacienda que habia adquirido, se desnudó delante de aquellos senadores, que, viendo la perfeccion de su cuerpo, la dieron por libre; y dijo Quintiliano que mas que la accion y patrocinio de los letrados, le habia valido la hermosura.

LAURENCIO.

No la miraron los jueces con las leyes, sino con los deseos: mejor ejemplo les diera Octaviano, que oyó á Cleopatra sin mirarla al rostro; pero, pues tú estás contento, yo pagado.

DON BELA.

¿No lo he de estar, teniendo ya de mi parte á Teodora, madre de mi Dorotea?

LAURENCIO.

No por cierto; porque, si antes tenias una sanguijuela, ahora tienes dos que te chupen la sangre; y te figuro como suele un toro en el coso, á quien han echado un alano; que con la parte que le queda libre se va defendiendo; pero,

echándole otro, se rinde, y con igual fatiga los lleva á entrambos colgados de las orejas como arracadas.

SCENA III.

GERARDA, DON BELA, LAURENCIO.

GERARDA.

Adonde hay voluntad, mejor es entrarse que llamar.

DON BELA.

¡Oh, madre mia, y qué segura la tienes!

LAURENCIO. (*Ap.*)

No la mia.

DON BELA.

¿Cómo está mi Dorotea? Lo primero.

GERARDA.

No se ha levantado, con achaques de la mala semana.

DON BELA.

Si se la quieres quitar, ponle una calabaza en los pechos; que no lo digo yo, sino Hipócrates.

GERARDA.

¡En eso se metió aquel de los *Aforismos*! La vida nos diera. Aun si fuera para mí, ya no importara; pero mejor lo hizo la naturaleza. De eso estoy libre, gracias á Dios, y de dolor de muelas.

LAURENCIO.

¿Cómo te han de doler, si no las tienes?

GERARDA.

¿Cómo no riñe tu amo? Porque no es casado. Laurencio, Laurencio, esto que agora no es, fué perlas algun dia, y yo vi mas de un soneto á mis dientes. ¿Pensaste que habia de ser como el moro que hubo en la India, que vivió trecientos años, y de ciento en ciento le nacian dientes y se le mudaba el cabello de blanco en negro?

LAURENCIO.

Todo eso hay por acá tambien, sin que lo haga la naturaleza; pero no se vive tanto.

GERARDA.

Prestado lo da todo la naturaleza.

LAURENCIO.

Por poco tiempo lo fia.

GERARDA.

Cochino fiado, buen invierno y mal verano. Las que tuvimos primavera con gusto, pasarémos el otoño con trabajo.

DON BELA.

Pues buena estás, madre, y bien te portas.

GERARDA.

Campana cascada nunca sana. No hayas miedo que yo sea como el moro.

LAURENCIO.

Pues harto tienes de eso.

GERARDA.

Casaron á Pedro con Marigüela; si ruin es él, ruin es ella.

DON BELA.

Madre, quiérote decir un secreto para confirmar las facultades nativas, que en cualquiera parte afecta y mórbida pone vigor y fuerza, aunque tú no la habrás menester para los desmayos de Vénus.

GERARDA.

Y ¿qué es el secreto? Que sois demonios los indianos.

DON BELA.

Toma un pedazo de oro y mételo ardiendo en vino, que es pocion milagrosa.

GERARDA.

Ya se te ha pegado lo crespo de la lengua: *pocion*, *nativa*, *afecta* y *mórbida*.

DON BELA.

¿No ves que son los proprios términos? Haz lo que te digo del oro, y bébete el vino.

GERARDA.

Para comprar el vino me holgaré de tener el oro; que este licor saludable no ha menester quien le ayude; poderoso es solo.

LAURENCIO.

Bien puedes hacer la experiencia con alguno de los doblones que tienes.

GERARDA.

Un ojo á la sarten y otro á la gata. Eso que me ha dado don Bela, hermano, está para mi entierro; que no quiero ir al cimenterio de la parroquia con un *kirieleison* desentonado de un sacristan solo, que parece que pregona algun borrico perdido: mis cofradías tengo de llevar, y la mejor sepultura ha de ser la mia; que no quiero que me dé el agua á cielo abierto.

LAURENCIO.

¿Aun muerta aborreces el agua?

GERARDA.

No estoy muy bien con ella.

DON BELA.

Hay aversiones y contrariedades naturales, como hay simpatías y antipatías así entre los animales como entre los hombres, y aun entre los planetas, para los aspectos infortunados ó benévolos. El ciervo y la culebra se aborrecen, los cisnes y las águilas, los toros y lobos, la perdiz y el cuervo; y entre los hombres, aborrecen los que saben menos á los que saben mas; los discípulos que salen á volar, á los maestros que los enseñaron; y de la misma suerte hay amistades por secreta naturaleza, de que muchos filósofos escriben la causa.

GERARDA.

Yo no sé para qué os vais conmigo á las retóricas y habladurías; que es vender miel al colmenero: dadme para el vino, ya que no me dais el oro.

DON BELA.

¿Con cuánto te contentas?

GERARDA.

Con lo que el refran dice: «Un cuartillo presto es ido, una azumbre tambien se sume, el arroba es la que abonda.»

DON BELA.

Dale ocho reales.

GERARDA.

Ya se van bajando las cuerdas al instrumento: no me espanto; que de los amores y las cañas las entradas. Pues en verdad que pienso mortificarme en esto de la sed; que el primero dia que visitaste á Dorotea comí con madre y hija, y si no lo has por enojo, anduve tan liberal de la taza, como de la mano á la boca hay tan pocos atolladeros, que no salí en dos dias de una cocina, aunque yo pensé que estaba en el oratorio.

LAURENCIO.

Soñarias la gloria.

DON BELA.

Ahora bien; ¿á qué vienes, Gerarda? ¿Es tuya esta visita, ó de Dorotea por paraninfo?

GERARDA.

De Dorotea; que yo no vengo acá por mí sola, por no cansarte con mis impertinencias. Esta memoria trujo el sastre de lo que es necesario sacar para el hábito leonado.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Leones te despedacen.

DON BELA.

¿Ha de haber oro?

GERARDA.

No hay buena olla con agua sola. Unos galones no mas, y en el jubon trencillas.

LAURENCIO. (*Ap.*)

De azotes le merecen madre, hija y tercera.

GERARDA.

¿Qué dices de su madre entre dientes, Laurencio? ¿No es muy honrada y virtuosa?

LAURENCIO.

No lo digo yo sino por la libertad de su casa.

GERARDA.

¿Eso te admira, bobo? ¿No sabes que no hay casa donde no haya su chiticalla?

DON BELA.

Yo he leido este papel, y se sacará todo como Dorotea lo manda; que todo es poco para servilla.

GERARDA.

Este tu Laurencio, mayordomo impertinente, anda siempre rostrituerto, y debe de ser porque Celia no le ha respondido como él quisiera.

LAURENCIO.

¡Yo la he mirado con esos ojos! Sí, sí; halládose habia el enamorado, tierno es el mozo. No seais hornera si teneis la cabeza de manteca; que tambien yo sé refranes. ¡Cierto es que es Celia muy linda para decirle amores! Buena era para alazan tostado... y llena de pecas.

GERARDA.

Así la quieren mas de cuatro; que no hay olla tan fea que no tenga su cobertera. Nuestro yerno, si es bueno, harto es luengo. Pues nadie diga de esta agua no beberé; que suelen mudarse los tiempos.

LAURENCIO.

Mudanza de tiempos, bordon de necios.

GERARDA.

Así es redonda y así es blanca la luna de Salamanca.

LAURENCIO.

Gerarda, Gerarda, la mujer y el huerto no quieren mas de un dueño; que la doncella y el azor las espaldas al sol.

GERARDA.

Pues ¿qué se puede presumir de Celia y de su recogimiento? Desde la desgracia primera ya soy doncella.

LAURENCIO.

Haga quien hiciere, calle quien lo viere, mal haya quien lo dijere.

GERARDA.

El dicho apruebo, y el propósito no entiendo; que el golpe de la sarten, aunque no duele, tizna.

DON BELA.

Yo he escrito, madre, debajo de esta

lista estos renglones. Mejor es que Dorotea vaya á sacar los recados, llevaránle el coche.

GERARDA.

¡Qué astuto eres! Por no me dar algo, quieres que lo saque Dorotea.

DON BELA.

¿Qué has de menester?

GERARDA.

Un manto.

DON BELA.

Ya le escribo.

LAURENCIO.

Gota á gota la mar se apoca.

GERARDA.

Gavilan de Alcaraz, mujeres, no tiene cascabeles. Laurencio amigo, si quieres que te siga el can, dale pan.

LAURENCIO.

Tambien, madre, dicen que quien te gobernó, ese te enriqueció; y debes advertir que á quien en un año quiere ser rico, al medio le ahorcan.

DON BELA.

Ya está puesto el manto.

GERARDA.

Póngate el Rey en ese pecho un lagarto colorado.

LAURENCIO.

No se le ha puesto malo tu diligencia.

GERARDA.

Voyme á visitar de camino á una doncella que tiene necesidad de mí.

LAURENCIO.

No debe de estar satisfecha de que lo es.

GERARDA.

Hermano Laurencio, hacer bien nunca se pierde. Está afligida la pobrecita; que es mañana la boda, y creo que se descuidó con un paje.

LAURENCIO.

¡Qué de descuidos de esos hay en el mundo!

GERARDA.

Es como un oro. No seria mala para tí, pues no te agrada Celia; que á dos dias de la boda, bien puede salir de casa.

LAURENCIO.

La flaca baila en la boda; que no la gorda.

GERARDA.

Eso me debes, que te he enseñado á hablar.—Adios, don Bela.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA IV.

LUDOVICO, DON FERNANDO, JULIO.

LUDOVICO.

Ya pensé que os quedábades en Sevilla.

DON FERNANDO.

¡Oh, Ludovico! Cuán agradables son á mi deseo vuestros brazos!

LUDOVICO.

Permitid que dellos me traslade á los de Julio.

JULIO.

Tanto estimo los vuestros como los que dejais par ahonrar los mios.

LUDOVICO.

Nunca pensé que os hubiérades detenido tanto.

DON FERNANDO.

Dios sabe lo que me cuesta de ansias, deseos y desesperaciones.

LUDOVICO.

De esa suerte mal probará con vos la ausencia ser el verdadero Galeno de los amantes.

JULIO.

Tres meses há que salimos de Madrid; y si los amores de don Fernando fueran en alguna comedia, dado habiamos en tierra con los preceptos del arte, que no dan mas de veinte y cuatro horas, y salir del lugar es absurdo indisculpable.

DON FERNANDO.

Por eso es historia verdadera la mia; y mas delito fué introducir las ranas Aristófanes, y en sus Anfitriones los dioses Plauto.

LUDOVICO.

Yo hice lo que me mandastes el dia que sucedió al que os partistes.

DON FERNANDO.

¿Distes la cuchillada á Gerarda?

LUDOVICO.

No; porque sabia que os habíades de arrepentir de haberlo mandado, como en el semblante mostrais ahora, y porque una noche que la esperaba á que pasase en casa de una vecina suya, de la misma facultad, se asomó á una ventana y me dijo: «Váyase á su casa, caballero el del rebozo; que no he de salir de la mia hasta que el sol me lo mande y la gente me defienda.»

DON FERNANDO.

¿Qué me decis, Ludovico?

LUDOVICO.

Lo que me pasó con ella.

JULIO.

¿Ahora sabes que es hechicera y sortílega?

LUDOVICO.

No hay delito por que merezca una mujer herirla el rostro, porque es todo el caudal y mayorazgo que les dejó naturaleza.

JULIO.

Si el vínculo fuera firme...

DON FERNANDO.

Mejor es que no lo sea, porque tenga lugar nuestra venganza.

JULIO.

No la pueden dar mayor á los que hicieron tiros.

LUDOVICO.

Luego ¿vos la tomárades con eso de Dorotea?

DON FERNANDO.

Nunca la podré aborrecer tanto que desee verla fea: tan dulce me será siempre la memoria de su hermosura. Ni sufrirá mi alma que el tiempo saque una Dorotea tan hermosa y me la ponga tan fea, ni me persuado que los años se atrevan á deslucir tanto milagro de la naturaleza.

JULIO.

Muchas conservan la hermosura largo tiempo.

DON FERNANDO.

La reina de Ródas hizo matar á la troyana Helena, de celos de su marido, teniendo sesenta años.

LUDOVICO.

Lo demás que me mandastes ejecuté; y pues no habeis recibido mis cartas, por haberos ido á Cádiz y á Sanlúcar, causa de que se perdiesen, sabed, Fernando, que yo llevé vuestros papeles (digo, los que me distes) á Dorotea. Halléla en la cama, y no sin peligro, porque se habia querido matar con un diamante la noche que os partistes. Tomólos su criada Celia, habló poco, pero eso de vuestra determinacion injusta, y no sin alguna lágrima, que por mas que la escondia no podia negármela, porque le sucedia como al sol cuando llueve con él, que como no se ve la nube, se ven el sol y el agua. Despedíme, y de allí á muchos dias volví á verla, ya fuera de algunas calenturas, de cuyos crecimientos estaba flaca. Nunca yo me espanté que las pasiones del alma se comunicasen al cuerpo; que son muy vecinos y muy amigos. Convaleció Dorotea, hubo muletilla, tocado bajo, punto de toca los primeros dias, y después algo del cabello descubierto, como que era descuido; desta transformacion resultó un hábito azul y blanco. Así yo la vi un dia... No queria renovaros las llagas.

DON FERNANDO.

¿No sabeis que se están frescas?

LUDOVICO.

Mas hermosa mujer no la pintó el Ticiano, aunque entre Rosa Solimana, la favorecida del Turco.

DON FERNANDO.

¿No pudiérades decir Sofonisba, Atalanta ó Cleopatra?

LUDOVICO.

Esas no las pintó el Ticiano.

DON FERNANDO.

Bien decis; que este retrato le habemos todos visto.

LUDOVICO.

Suelen traer las labradoras en las tejidas encellas los naterones cándidos, y caerse algunas hojas de rosa encima de los ramilletes, que tambien llevan: así habeis de imaginar en su rostro sobre la nieve legítima la color bastarda.

DON FERNANDO.

Parece que escribis versos, cuya costumbre os presta el mismo estilo para la prosa, ó quereis volverme loco.

LUDOVICO.

No vais apriesa al gusto; que presto le perderéis con lo que se sigue.

DON FERNANDO.

Haréisme grande favor, porque me va la vida en aborrecerla.

LUDOVICO.

Yo acudí algunas noches á ver si habia moros en la costa, y vi algunos embozados, como criados que esperaban amante dueño. No fué engaño; que ¡ojalá lo fuera! En la reja estaba un hombre: conocióme Dorotea y rióse mucho; diéronme pensamientos de acuchillarlos, y parecióme después que cerrar luego la ventana habia sido respeto. Ultimamente, yo fuí á visitarla ocho dias antes que vos viniésedes (que por estar en Illéscas á una novena hasta hoy no os he visto); hallé una rica tapicería y estrado nuevo; pedí agua para pasar este susto; y vi diferente plata, y dos mulatas de buena gracia, una con una salvilla y otra con un paño de manos labrado, que con extraordinario olor de pastillas de flores

no se habia contentado de la limpieza sola: bebí un áspid en un búcaro de oro. No osé preguntar nada, porque decir á una mujer hermosa y moza que de qué tiene las galas y el adorno de su casa, es negarle la hermosura y ofenderla descortesmente en la honra.

DON FERNANDO.

¿No os preguntó por mí?

LUDOVICO.

Esta vez no me dijo nada.

DON FERNANDO.

Pues en eso echaréis de ver la resolucion de lo que no preguntastes, y descifraréis el milagro de la riqueza que vistes.

LUDOVICO.

Hermano, yo os tengo de decir la verdad. No sé qué dicen de un indiano.

DON FERNANDO.

Acabóse. ¿Para qué pintó la antigüedad al amor con un pez en la mano, y en la otra flores?

LUDOVICO.

Porque es igual señor de mar y tierra.

DON FERNANDO.

Mejor fuera pintarle con una barra de oro.

LUDOVICO.

¡Oh, gran virtud la del oro!

DON FERNANDO.

Preguntaldo á mis desdichas.

LUDOVICO.

No, sino á Arnaldo Villanovano en el libro de conservar la juventud y retardar la vejez. La renovacion y confortacion desta piel que nos viste, escribe que se hace con la bebida del oro purísimo preparado. No humedece ni deseca; antes se casa con el temperamento nuestro dulcemente. Conviene á la complexion humana, y todo aquello en que va faltando, reduce á perenidad y templanza; ayuda al estómago frio, hace valiente al cobarde, conforma la sustancia del corazon y expele dél toda impresion maliciosa.

DON FERNANDO.

No paseis adelante en sus virtudes; que si esa tiene, me sacará del corazon este vicioso amor; con que podrá restituirme lo que me ha quitado, si por él he perdido á Dorotea.

LUDOVICO.

Dejaron los antiguos tan oculta la manera de hacerle con perfeccion, que no sé que haya en España quien le prepare.

JULIO.

Basta que haya quien le tenga.

DON FERNANDO.

Con ejemplo infalible se confirma la excelencia del oro, pues estando yo en el corazon de Dorotea, donde la causaba quietud, me arrojó dél ese caballero en dársele tomable, si no potable; que del pez pólipo se escribe que desde el anzuelo pasa por el sedal á la mano del pescador, y desde ella al corazon y le mata.

LUDOVICO.

Mucho le habrá costado.

DON FERNANDO.

Mas á mí de mi sangre que á él del oro, y no hay oro como la sangre.

JULIO.

Que los metales tienen espíritu fué opinion platónica, y de él lo tomó Virgilio en el sexto de la *Eneida*, y lo refiere Leon Suavio.

DON FERNANDO.

Espíritu debe de tener, y aun espíritus; que tales efectos hace.

LUDOVICO.

Dos principios están constituidos en la naturaleza de las cosas; de los cuales se engendran todos los géneros de metales, segun Levinio Lemno, en las íntimas entrañas de la tierra, que son el azufre y el azogue; aquel como padre, y este haciendo oficio de madre, produce primeramente el oro, luego la plata, menos noble, y después los demás metales; y así, no debeis admiraros, Fernando, que el príncipe de ellos sea tan poderoso.

DON FERNANDO.

¡Maldito sea, que tanto mal me ha hecho, pues por él, siendo tan frio, se engendra el oro, por quien me abraso! Ya me acuerdo de su inquietud y inconstancia, y juntamente de su provecho; en que es parecido á la naturaleza mudable y bulliciosa de las mujeres, y en lo que son importantes y necesarias.

JULIO.

Del azogue se ha visto que, sangrando á un hombre que con él le habian curado del mal de Francia, salió por la vena abierta, mezclando sangre y plata en aquellos pequeños globos que parecen perlas.

DON FERNANDO.

¡Ay, Julio, que tengo á Dorotea de suerte en las médulas de los huesos, después que adolecí de su contacto, que creo que si me sangrasen de la vena del corazon, saldria como azogue por la cisura de ella!

JULIO.

Mas habias menester sangrarte de la vena de la cabeza, para que el viento y Dorotea saliesen juntos.

LUDOVICO.

Yo pienso que esta rabia de Fernando no es amor, ni este contemplar en Dorotea efecto suyo, sino que, como tocando la iman á la aguja de marear siempre mira al norte, así la pasada voluntad, tocada en celos deste indiano, le fuerza á que con viva imaginacion la contemple siempre.

JULIO.

De esa manera le habrá sucedido lo que suele con los espejos cóncavos, que, opuestos al sol, por reflexion arrojan fuego, que abrasa fácilmente la materia dispuesta que se aplica, como cuentan del espejo de Arquímedes, con que abrasó las naves enemigas; porque, reducidos los rayos solares á un punto solo, resulta de ellos este ardiente efecto.

LUDOVICO.

De suerte, Julio, que el sol es Dorotea, el espejo el indiano y don Fernando la materia opuesta.

JULIO.

La hermosura de Dorotea pasa por el cristal de los celos al amor de don Fernando; que no fuera tan ardiente si no pasara por ellos.

LUDOVICO.

Aciertas, Julio, en ese pensamiento; porque todo amor, reducido á un punto de celos, abrasará la mas helada Scitia.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí! Mal me fué ausente, peor presente; no durará mucho mi vida.

LUDOVICO.

Y ¿en qué la pasais después que venistes?

DON FERNANDO.

De noche leo alguna historia ó algun poeta, acuéstome con mucho miedo de que no tengo de dormir, y sáleme tan cierto, que como á cualquiera reloj me pueden preguntar las horas; y si de cansado de la batalla de mis pensamientos, como el Petrarca dijo, me duermo un poco, sueño tan prodigiosas invenciones de sombras, que me valiera mas estar despierto.

LUDOVICO.

Efectos son de la melancolía.

DON FERNANDO.

Al alba salgo al Prado ó me voy al rio, donde sentado en su orilla estoy mirando el agua, dándole imaginaciones que lleve, para que nunca vuelvan.

LUDOVICO.

¡Qué necia jornada!

JULIO.

Habeis de entender, Ludovico, que es esto con tanta tristeza, que muchas veces se me queda casi muerto de estos amorosos deliquios entre los brazos; yo le digo que, pues él sustenta, que son penas bien empleadas, como lo ha dicho en un romance que canta, que no es justo que se entristezca. Ayer estábamos en el Soto, y á este propósito le escribí un epigrama en un libro de memoria.

LUDOVICO.

¿Latino ó castellano?

JULIO.

No, sino castellano; que latino ya no hay quien lo agradezca, que es harta lástima.

LUDOVICO.

No es por cierto, porque el poeta, á mi juicio, ha de escribir en su lengua natural; que Homero no escribió en latin ni Virgilio en griego, y cada uno está obligado á honrar su lengua, y así lo hicieron el Camoens en Portugal, y en Italia el Tasso.

DON FERNANDO.

Sanazaro escribió en latin poema y églogas.

LUDOVICO.

Tambien escribió la *Arcadia* y otras obras, como el Bembo, el Ariosto y el Petrarca.

DON FERNANDO.

El Ariosto ¿escribió versos latinos?

LUDOVICO.

Mucio Justinopolitano cita un epitafio suyo al marqués de Pescara, que se opone diametralmente á cuantos hay escritos.

DON FERNANDO.

Di, Julio, tu soneto; no se nos olvide.

JULIO.

«No es fineza de amor entristecerse,
Antes deben las penas desearse;
Porque quien es discreto en emplearse,
Tendrá por gloria el gusto de perderse.
»Amor en posesion no ha de entender-[se;
Que es honra del sugeto recelarse,
Y puede en esperanza aventurarse
Lo que con el silencio merecerse.
»Triste estará de su celoso estado
Quien con amor indigno se entretiene,
Pues no hay seguridad donde hay cuida-[do.
»Del mal empleo la tristeza viene;

Que cuando es el amor bien empleado,
No puede entristecer al que le tiene.»

LUDOVICO.

Tú le acabaste felizmente; no como algunos, que comienzan el soneto y van bajando en estilo y pensamiento, hasta que no dicen nada. Y vos ¿no habeis hecho alguna cosa á esta ausencia?

DON FERNANDO.

Estos versos:
«¡Ay riguroso estado,
Ausencia fementida,
Que dividiendo el alma,
Puedes dejar la vida!
¡Cuán bien por tus efectos
Te llaman muerte viva,
Pues das vida al deseo
Y matas á la vista!
¡Oh, cuán piadosa fueras
Si en aquesta partida
La vida me quitaras
Como el alma me quitas!
Humilde Manzanares,
En tus verdes orillas,
Que de olmos te coronan,
De hiedras te entapizan,
Una pastora vive
De partes tan divinas,
Que es honra de la corte
Y gloria de la villa.
Sus alabanzas cantan
Las aguas fugitivas,
Las aves que la escuchan,
Las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
Envidia de sí misma,
Pudiendo estar segura
Que el mismo sol la envidia;
Que no la ve mas bella
Por su dorada cinta,
Ni cuando viene á España,
Ni cuando va á las Indias.
A no quererme, pienso
Que al tiempo que se mira,
La hicieran sus espejos
De su cristal Narcisa.
Yo merecí quererla,
¡Dichosa mi osadía!
Que es merecer sus penas
Calificar mis dichas.
Cuando seguro estaba
De verla y de servirla,
La poderosa fuerza
De tanto bien me priva.
Ajenos intereses
Mi muerte solicitan,
Cuando mis esperanzas
Mas verdes florecian.
Así la flor de Apolo,
Al tiempo que declina,
Sepulta el rojo cerco
Entre sus hojas mismas;
Así desmaya el ámbar
La rubia clavellina,
Que el animal que pace
Con pié grosero pisa;
Así del duro golpe
Que el álamo derriba,
La parra que le abraza
Con frágiles caricias,
Desmaya la firmeza,
Y el alma desasida
Las rúbricas desata,
Los pámpanos marchita.
A diferente cielo
El cuerpo solo obligan
Qué parta sin el alma,
¡Ay Dios, qué gran desdicha!
Cuando mi amor no fuera
De fe tan pura y limpia,
Su sentimiento solo
Mi muerte solicita.
Quitar que no lo sienta
Quererme mal seria,
Pues lo que della quiero,
Lo mismo me lastima.
¡Oh, sierras, que de nieve
Tocadas y vestidas,
Y cuyas frentes altas
Las nubes desafian!
Cuando mi amor os pase,
¿Cuáles serán vencidas?
¿Mis encendidas llamas
Ó vuestras nieves frias?
Saldré yo vitorioso,
Y á la pastora mia
Dirá mi voz turbada
Que por cantar suspira:
—Dulces pensamientos
Que vais conmigo,
Volveréis en el aire
De mis suspiros.
Si me acompañais,
Dejarme teneis,
Porque volveréis
Mas presto que vais.
Aunque porfiais
En acompañarme,
¿Por qué de matarme
Vivis contentos?
Dulces pensamientos, etc.»

JULIO.

Menester es, señor Ludovico, que busqueis algun entretenimiento á don Fernando, que por los pasos que va furioso, llegará presto á acabar con todo; que esto debe de ser lo que él desea.

DON FERNANDO.

Antes ni temo mayor mal ni deseo salir del que tengo.
«El esquivo dolor no es el que hace
La guerra, que padezco, de mi daño;
Que el mal no espanta al que le tiene en uso.»

Esto dijo en un soneto aquel ilustre andaluz Fernando de Herrera, y verdaderamente que, aunque le parece á Julio que puede esta imaginacion mia conducirme á mas desesperados términos, recibe engaño, porque mas seguro estoy de no enloquecer sin Dorotea que con ella.

LUDOVICO.

Encareció su hermosura.

JULIO.

Yo sé que si la tuviera no la quisiera tanto.

DON FERNANDO.

Aquí la privacion es necio argumento.

JULIO.

Cuando ella no sea, los celos bastan.

DON FERNANDO.

¿Cómo la puedo yo querer por lo que la aborrezco?

JULIO.

No la aborreces, sino que temes que te aborrezca.

DON FERNANDO.

Bien sabes tú que he deseado su muerte.

JULIO.

Una cosa hallé leyendo el libro tercero de Jenofonte, que me causó admiracion, no léjos deste propósito.

LUDOVICO.

Pues que tú la encareces, será notable.

JULIO.

Díjole Armenio á Ciro que no mataban los maridos á sus mujeres cuando las hallaban con los adúlteros, por la culpa de la ofensa, sino por la rabia de que les hubiesen quitado el amor y puéstole en otro.

LUDOVICO.

¡Extraño pensamiento! Y que, mirado bien, debe de ser el primero movimiento para matarlas, como se ha visto en muchos, que han sufrido la ofensa mientras ellas no estaban enamoradas.

JULIO.

Prueba infalible.

DON FERNANDO.

De amar y de aborrecer, preguntad al mismo; porque me respondió Ciro que tenia dos ánimos cuando juzgaban por imposible que dejase á Pantea; y veréis que el uno era de amor y el otro de aborrecimiento.

JULIO.

Eso es por lo que yo temo tu juicio, y mas quisiera que amaras ó aborrecieras determinadamente.

LUDOVICO.

Esta enfermedad melancólica por amorosa inclinacion ó por la posesion perdida del bien que se gozaba, llaman los médicos *erótes;* cúrase con baños, música, vino y espectáculos.

JULIO.

Vino, Fernando no le bebe; música, él canta y le causa mayor tristeza; porque es como el camaleon, que sobre la color que le ponen, de aquella parece; si en tristes, triste; si en alegres, alegre.

LUDOVICO.

La razon da Plinio, y no me agrada, porque dice que, por ser el mas temeroso de todos los animales del mundo, pierde el color tan presto; debiéndose atribuir á la transparencia, como sucede al vidrio.

JULIO.

Hay una yerba que los latinos llaman *centum capita.*

LUDOVICO.

Ese nombre le viniera bien al vulgo. ¡Desdichado del que pone la tabla de sus estudios á su depravado juicio y ignorante gusto!

JULIO.

Tiene la yerba que digo la raíz hermafrodita, y como cae la diferencia á hombre ó mujer, así hace el efecto; pero vaya esta mentira con las demás fábulas.

LUDOVICO.

El mismo autor afirma que, por tener esa raíz Safo, aquella gran poetisa, quiso tanto á Faon Lesbio, que fué sugeto de una de las epístolas de Ovidio.

JULIO.

Si Gerarda ha descubierto esta yerba, que las tales llaman *mandragora*, y la tiene Dorotea, ¿qué espectáculo, qué música, qué vino como ella misma, para que descanse mi amado preso, como dice la letrilla que ahora cantan?

DON FERNANDO.

Antes me dejaré morir mil veces.

LUDOVICO.

Luego ¿no pensais verla?

DON FERNANDO.

Ese dia sea el último de mi vida.

LUDOVICO.

En su *Convite de amor* dijo Platon que solamente se reian los dioses de los amantes perjuros.

JULIO.

Alguna vez se rieron de la música de Pálas, por la fealdad con que tañia.

DON FERNANDO.

Yo pude ver á Dorotea muchas veces después que vine, y contra todos mis deseos, salieron con vitoria mis desengaños; que siempre fué valiente la honra.

LUDOVICO.

Pues tomad alguna honesta ocupacion.

DON FERNANDO.

No soy inclinado á la caza ni jugué en mi vida.

LUDOVICO.

Escribid un poema, pues sabeis que os divertirá mucho.

DON FERNANDO.

Hame quitado amor el ingenio.

LUDOVICO.

Amor le ha dado á muchos que no le tenian.

DON FERNANDO.

Y á los que le tenian le ha quitado. ¿Qué os parece que escriba?

LUDOVICO.

Un sugeto grave, pues tantos capitanes españoles os darán el asunto. Poned los ojos en aquel excelentísimo soldado, duque de Alba, por la tierra, ó el felicísimo marqués de Santa Cruz por la mar; este Toledo invencible, y aquel Bazan famoso; á aquel obedeció la campaña y á este el agua; y dedicadle á alguno de sus hijos.

DON FERNANDO.

Soy mozo para tanta empresa.

LUDOVICO.

Cuando le hayais acabado, no lo seréis; que hay mucho intervalo desde el primer diseño á la postrera lima.

DON FERNANDO.

Mas á propósito era para mis hombros débiles un sugeto amoroso, como *La hermosura de Angélica*.

LUDOVICO.

Eso no podrá divertiros, que es lo que deseo; sea cosa grave.

DON FERNANDO.

Comenzaré mañana.

LUDOVICO.

Tendréis la mitad del hecho.

DON FERNANDO.

Todos los principios son difíciles.

LUDOVICO.

El fin prueba los actos; porque el fin, solo es á quien todo se refiere, pero mejor de todo, segun el filósofo en sus Éticas.

DON FERNANDO.

Claro está que tengo de proponer el fin en el principio; mas ¿por qué me canso, sabiendo claramente que para que algunas endechas tristes que yo escriba, no me ha de dar lugar esta pasion mia, que como una cortina de nube se pone á toda la luz de mi entendimiento?

LUDOVICO.

Yo os veré mañana, y os traeré de mi ingenio un sugeto que escribais, que el vestido de vuestros versos será admirable. Quedad con Dios. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

¿Qué te parece, Julio, de mis fortunas? Juré á Ludovico que no veria en mi vida á Dorotea, y muérome por quebrar el juramento.

JULIO.

¿Ya se te olvida lo que te dijo de la risa de los dioses?

DON FERNANDO.

Por eso mismo me parece que no saldré con ello; pero sí con no hablarla.

JULIO.

Si la ves, tú la hablarás.

DON FERNANDO.

No lo creas.

JULIO.

No haré; que ya lo tengo creido.

DON FERNANDO.

¿Qué se perderá en que vamos esta noche á ver las puertas por donde yo entraba á tanta gloria? Esto no es ver á Dorotea; que Dorotea no es puerta.

JULIO.

Y es fácil silogismo.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

JULIO.

Toda puerta es de madera, toda mujer es de carne; luego la mujer no es puerta.

DON FERNANDO.

Maldito seas, que en tanta tristeza me has movido á risa: ¡qué gracioso silogismo!

JULIO.

A lo menos el que el indiano hace con Dorotea está en *Dari*, y si hubiera en su lógica *Tomari*, allí estuviera el suyo, infiriéndose la conclusion de dos pronunciados, que son, el amor dando y el interés pidiendo.

DON FERNANDO.

Ahora bien, tomarémos, por lo que sucediere, dos broqueles y dos jacos, por si fueren menester las liciones de Paredes.

JULIO.

¡Galan maestro, aunque siempre trae luto!

DON FERNANDO.

Veamos siquiera esta noche la caja de aquella joya.

JULIO.

¿Llevaré el instrumento?

DON FERNANDO.

Llévale; que si se ofreciere sacar la espada, poco importará perderle.

JULIO.

¿Qué mas perdido que tú?

DON FERNANDO.

Calla, Julio; que algun ingenio sagrado dijo que la lengua del amor es bárbara para quien no le tiene.

(*Vanse.*)

—

Calle.—Es de noche.

SCENA V.

DON BELA, LAURENCIO, FELIPA.

DON BELA.

En entrando por esta calle, me parece que por abril estoy en alguna de la insigne Valencia.

LAURENCIO.

¿De qué suerte?

DON BELA.

Tiene diferente olor que las otras.

LAURENCIO.

Téngolo por imposible, si reparases en los naranjos, de donde sale azahar tan diferente á estas horas.

DON BELA.

¡Oh, Laurencio! acuérdate de Plauto donde dijo que hasta los perros de sus damas lisonjeaban los amantes.

LAURENCIO.

Traes en la imaginacion el buen olor de Dorotea, y está mas viva cuanto mas te acercas á su casa; que los que aman tienen todos los sentidos en la imaginacion.

DON BELA.

Esta es la reja: de dia me agrada esta celosía, y de noche me enfada.

LAURENCIO.

¿Por qué causa?

DON BELA.

Porque de dia impide que vean á Dorotea, que es lo que yo deseo, y de noche no me deja verla como yo querria, que es á lo que vengo.

LAURENCIO.

¡Qué de requiebros habrán entrado por estos hierros!

DON BELA.

¿Habrá con qué compararlos?

LAURENCIO.

Pues ¿no?

DON BELA.

¿Con qué, Laurencio?

LAURENCIO.

Con las mismas necedades que le habrán dicho.

DON BELA.

Yo no, sino locuras. ¿Qué hará Dorotea?

LAURENCIO.

Estará pensando qué pedirte.

DON BELA.

¡Qué palabra tan de criado!

LAURENCIO.

El mercader lo diga.

DON BELA.

Yo te digo que para lo que merece, todo es poco.

LAURENCIO.

Algun dia te ha de parecer mucho.

DON BELA.

Por linda que fuera, no valiera un real, si no costara.

LAURENCIO.

Eso es verdad, porque los hombres mas asisten por lo que dan, que por las gracias que sus damas tienen.

DON BELA.

¿Por qué razon?

LAURENCIO.

Porque, como los jugadores, piensan desquitarse de lo que han perdido.

DON BELA.

Una ventana han abierto.

FELIPA. (*A la ventana.*)

¿Es el señor don Bela?

DON BELA.

Yo soy, Felipa.

FELIPA.

Aun no está recogida Teodora.

DON BELA.

¿Qué hace?

FELIPA.

Allí está con el rosario, dando mas cabezadas que reza cuentas.

LAURENCIO.

Y ¿son de la jineta ó de la brida?

DON BELA.

¿Y mi Dorotea?

FELIPA.

Compone un romance que quiere enviarte.

LAURENCIO.

¿No lo dije yo? ¿Cuánto va que es el romance para el mercader y el estribo para tu dinero?

DON BELA.

Habla bajo, ignorante.

FELIPA.

¡Si la vieses con qué gracia está haciendo gestillos á los conceptos, compitiendo con el papel la mano de la pluma, haciéndola mas blanca la negra que está sirviéndola!

DON BELA.

¿De tintero, Felipa?

LAURENCIO.

¡Qué buen requiebro! Dile que moje en la negra.

FELIPA.

Roldan anda suelto; quiero hacer que le recojan. Tú en tanto da una vuelta, y tendré avisada á Dorotea.

DON BELA.

Dale este papel; que tambien á mí me hace el amor poeta.

FELIPA.

¿Para qué traes guantes de ámbar, que hacen sospecha cuando pasas?

DON BELA.

Tómalos tú, porque no la tengan.

(*Quítase Felipa de la ventana.*)

LAURENCIO.

Verdadero ha salido mi pronóstico.

DON BELA.

¿De qué suerte?

LAURENCIO.

Siempre dije que estas damas te habian de quitar hasta el pellejo; mira si ha sido engaño, pues ya te quitan los guantes, que lo parecen.

DON BELA.

Debes de pensar que es el de Alejandro, de quien se escribe que el sudor era puro ámbar.

LAURENCIO.

Fué lisonja de los escritores.

DON BELA.

Ya sé yo que en su pluma consiste la fama de los príncipes, ó buena ó mala.

LAURENCIO.

Cuando sea verdad, gracia es la de Alejandro, que la dió la naturaleza á algunos animales; que los micos orientales huelen á almizcle, y de los gatos se saca el algalia.

DON BELA.

Dorotea huele bien naturalmente.

LAURENCIO.

Por lo que tiene de gato, y al fin lo vendrá á ser de tus doblones.

DON BELA.

¡Qué desagradable necio!

LAURENCIO.

Porque no sé decir lisonjas.

DON BELA.

¿Quieres ver el engaño en que estás?

LAURENCIO.

Mas quisiera no ver el tuyo.

DON BELA.

Dorotea ¿es hermosa?

LAURENCIO.

No puedo negarlo.

DON BELA.

¿Es entendida?

LAURENCIO.

Por todo extremo.

DON BELA.

¿Tiene gracias naturales?

LAURENCIO.

En cuanto dice y hace.

DON BELA.

¿Has visto que entre en su casa persona sospechosa?

LAURENCIO.

Ninguna.

DON BELA.

¿Muéstrame amor?

LAURENCIO.

Tú lo sabes.

DON BELA.

¿Es limpia?

LAURENCIO.

¿A qué propósito?

DON BELA.

A la salud importa.

LAURENCIO.

Todo lo confieso.

DON BELA.

¿Merece ser querida?

LAURENCIO.

Merece.

DON BELA.

Pues ¿qué delito es el mio?

LAURENCIO.

Lo que gastas.

DON BELA.

¿Qué es lo que gasto?

LAURENCIO.

Tiempo y dineros.

DON BELA.

Todo es mio.

LAURENCIO.

Los dineros sí, el tiempo no.

DON BELA.

Pues ¿cúyo?

LAURENCIO.

De tus negocios.

DON BELA.

¿Qué me estorba á mí Dorotea?

LAURENCIO.

El acudir á tus pretensiones.

DON BELA.

Antes me alivia del cansancio insufrible de las respuestas, oyendo siempre una cosa misma.

LAURENCIO.

Quien pretende sin paciencia ¿para qué pretende?

DON BELA.

¿Tambien te cansa que pretenda?

LAURENCIO.

No por cierto; pero no se encaminan bien los negocios con viciosos entretenimientos.

DON BELA

¿Ya me predicas?

LAURENCIO.

Señor, Señor, á pretensiones humanas diligencias divinas.

DON BELA.

Yo hago las que puedo.

LAURENCIO.

La primera se te olvida.

DON BELA.

¿Dirás que dejar á Dorotea?

LAURENCIO.

La razon lo dice.

DON BELA.

Habiendo leal correspondencia de su parte, y tanto amor de la mia, ¿cómo es posible?

LAURENCIO.

Considerando que ella te dejara á ti si se le ofreciera mejor ocasion.

DON BELA.

No hiciera; que es mujer principal.

LAURENCIO.

Sí, pero es mujer.

DON BELA.

Las de tan altas prendas no se comprenden con ese nombre.

LAURENCIO.

¿Qué prendas?

DON BELA.

Su nacimiento noble y otras obligaciones.

LAURENCIO.

Di que es señora de la casa de Dorotea, como ahora se usa.

DON BELA.

Pues ¿no hay señores de casas y solares?

LAURENCIO.

Muchos; pero algunos con desollado atrevimiento se ponen ese título de los apellidos que tienen, y como nadie sale á la causa, sálense con ello; que el que es varon legítimo de su apellido, debe honrarse y debe ser honrado por su clara limpieza; pero fingir lugares y vasallos hombres comunes sin dignidad ni oficio provoca á risa y á escándalo.

DON BELA.

Toda hermosura es señora de vasallos.

LAURENCIO.

Y mas si tiene tantos cuantos la pretenden.

DON BELA.

¿Qué importa que pretendan, si no alcanzan?

LAURENCIO.

¿Acuérdaste de que la pretendiste?

DON BELA.

¿Cómo puedo olvidarme?

LAURENCIO.

¿Qué medios pusiste?

DON BELA.

Oro y Gerarda.

LAURENCIO.

¿Hate favorecido?

DON BELA.

¿Eso preguntas?

LAURENCIO.

Y si otro la pretendiese, ¿no haria lo mismo?

DON BELA.

No, porque estoy yo de por medio.

LAURENCIO.

Tambien lo estaba el que tú venciste.

DON BELA.

Las leyes dicen que la posesion y propriedad son cosas diversas y separadas.

LAURENCIO.

Pues ¿qué propriedad es la tuya en lo que posees con mala fe?

DON BELA.

Yo sé que todo el oro del mundo no es ya poderoso, Laurencio, para conquistar á Dorotea.

LAURENCIO.

No hablo en lo que tú mereces y ella conoce; pero el oro siempre fué oro y Gerarda siempre será Gerarda.

DON BELA.

Contra el oro mas oro, contra Gerarda acero.

LAURENCIO.

No es remedio el que trae mas daño.

DON BELA.

¡Qué daño?

LAURENCIO.

Poner las manos en una mujer miserable.

DON BELA.

Por lo menos quitara una embustera del mundo.

LAURENCIO.

Y ¿qué importara donde quedan tantos cuya pluma y lengua andan quitando á todos con cartas fingidas y con palabras feas la honra que ellos no tienen?

DON BELA.

Paréceme que vienes esta noche de mala gana: vuélvete, Laurencio; que estás impertinente.

LAURENCIO.

No podré obedecerte; que no es justo que te deje solo.

DON BELA.

Pues si has de estar conmigo, calla.

LAURENCIO.

Mal hice en hablar como amigo, habiendo de callar como criado.

—

Habitacion de Dorotea.

SCENA VI.

DOROTEA, FELIPA.

DOROTEA.

¡Con quién hablabas, Felipa?

FELIPA.

Con el señor don Bela.

DOROTEA.

¡Fuése?

FELIPA.

Díjele que estaba Teodora cuidadosa, rezando, mirando y gruñendo.

DOROTEA.

Y de mí ¿qué le dijiste?

FELIPA.

Que estabas escribiéndole un romance; y murmuraba Laurencio.

DOROTEA.

¡Qué murmuraba?

FELIPA.

Que seria alguna prosa dedicada á tus gracias.

DOROTEA.

Todos os habeis engañado.

FELIPA.

¡Cómo?

DOROTEA.

Es imposible que lo adivines.

FELIPA.

¿Cosa que fuese alguna carta?

DOROTEA.

No he podido sufrir mas tiempo la esperanza de que Fernando se acordaria de mí.

FELIPA.

Ni yo lo creyera del grande amor que te tuvo y que tú le mereciste.

DOROTEA.

¡Fuertes son los hombres!

FELIPA.

Con el agravio, mucho.

DOROTEA.

Yo no le hice agravio.

FELIPA.

Dijístele que querias agraviarle.

DOROTEA.

Presente, no lo hiciera.

FELIPA.

¿Qué puedes escribirle que venga á propósito en tan pacífica posesion de Don Bela?

DOROTEA.

Llega esa luz y escucha.

FELIPA.

Celosa está Celia de mi privanza.

DOROTEA.

Todo lo ha menester para que no se entone y desvanezca; que es discrecion de los señores descuidarse algunos dias de los criados que quieren bien, para que teman que pueden olvidarlos; que tratarlos siempre con igualdad no es servirse de ellos, sino servirlos.

FELIPA.

Bien haces en barajarnos como fueren las ocasiones de habernos menester; que salir siempre uno es fullería de la condicion y desprecio de la voluntad.

DOROTEA.

Escucha unas necedades tiernas.

FELIPA.

En siendo tiernas, no pueden ser necedades.

DOROTEA. (*Lee.*)

«¿Quién dijera, Fernando mio, la noche antes del dia que te partiste, que á los dos nos sucediera tan gran desdicha, que á mí me obligaran á darte causa, y tú la tuvieras para partirte? Crueles fuimos entrambos, pero tú mas conmigo, como quien tenia mas valor y entendimiento. Es la condicion de las mujeres tan temerosa, y imprímese en su cobardía tan fácilmente la mas mínima amenaza, que ella tuvo la culpa de mi atrevimiento. Dirás que ¿cómo no pudo mi amor aconsejarme que nos estaba mejor á los dos morir que dividirnos, y que mi madre no podia ser tan riguroso juez como yo lo fui de mí misma? Aquí no sé qué disculpa darte, mas de que parece que me quitó con los cabellos el entendimiento. Toda fui lágrimas hasta tu casa, tan desatinada y ciega, que entre cuantas cosas imaginé, ninguna fué tu ausencia; que si pensara que tenias amor, que te dejara libre para elegir mas el remedio de la desdicha que el rigor de la venganza, antes volviera á dar á mi madre los cabellos que me quedaban, que ir á llevarte los que me habia quitado. Pensaba por el camino que hallaria consuelo en tu sentimiento, y hallé mayor crueldad en tus manos que en las suyas, pues ella me castigaba por tí, y tú á mí por ella. Respondísteme con tanta severidad y aspereza, que le fué forzoso al alma esforzar mi natural flaqueza, para no perder su honra; que no hay cosa que mas se la quite que los desprecios de lo que ama. Esto no puedes negar; que estuvieron presentes Julio y Celia, mas admirados de tu respuesta que de la novedad del suceso que yo te referia. ¿Qué corazon de fiera con tan animosa determinacion en un instante ejecutara, con cinco años de amor, tan gran castigo? Los antiguos que escribieron ingratitudes de hombres, ¿qué memoria dejaran de tu crueldad si fueras de aquel tiempo? Lo mas que me dijiste para consolar mis lágrimas, fué hacerme cargo de que por mí no estabas casado, sin acordarte que ahora tienes veinte y dos años; mira, cruel, si te queda bastante tiempo para casarte, y si por lo mismo me estás en obligacion, pues los cinco años de nuestro conocimiento te he quitado de arrepentirte. Secásteme con tu sequedad las lágrimas, con tu aspereza el corazon y con tus palabras la voluntad; que las respuestas injustas enfurecen la humildad, escurecen el entendimiento y alteran con tempestades de ira la serenidad del alma. Finalmente, la tuviste para partirte; pues no es esa la mayor crueldad si la comparo á tres meses de olvido, donde te habrá parecido que seria bajeza darme á entender que te acordabas de mí con escribirme. ¿Qué hubieras perdido de quien eres por saber de un cuerpo á quien llevaste el alma, dejándome en estado que aquella noche, como no tuve espada para matarme, la hice de una sortija que me diste, porque lo fuese el veneno de su diamante? Pero no quiso ejecutar mi muerte, respetando el corazon en que estabas; que, como siempre fué de cera para tu gusto, no se preció de rendir cosa tan débil, á imitacion del rayo. ¡Oh qué bien me has animado para sufrir tan desesperada ausencia sin ofensa tuya! ¡Oh cómo me has entretenido con la esperanza de verte, para no dar en las ocasiones de olvidarte! Pero bien has hecho, porque desengañándome de tu amor no me atormente el mio. No te hago cargo de los trabajos que he pasado por estimarte, en la salud, en la opinion y en la hacienda; de las necesidades sí, hasta ponerme en ocasion de parecerte mal por no tener qué vestirme. Mas ¿para qué te hago cargo destas cosas, cuando has de ponerme en ocasion de parecerte mal, pensar que te aparté de mí para tenerlas? Y por ventura en ocasion que si esta llega á tus manos, se la comunicarás con risa á quien se estará burlando de mis lágrimas, gloriosa de que te ha desenamorado de mí; y mentiréis entrambos, porque ni tú lo estarás, ni ella me ha vencido; y esto, no por arrogancia, sino porque es fácil consecuencia que tú no me puedes haber olvidado á mí, pues yo no te he olvidado á tí; que conforme á lo que los hombres sentís, decis y escribís de nosotras, con mas facilidad os olvidamos. Y pues que yo, con tantas razones para aborrecerte y con ser mujer, te quiero todavía, claro está que quien es hombre me tendrá el mismo amor ahora que solia tenerme; fuera de tener mas que olvidar los hombres en las mujeres que nosotras en ellos,

»porque siempre son mayores nuestras »perfecciones y gracias, acompañadas »de aquella blandura natural, cariño y »dulzura que mueve vuestra inclinacion á nuestro deseo. No te digo que me »respondas ni que te acuerdes de mí; »que esto no se hace rogando, sino sintiendo; sino solo te suplico que no te »quejes de mí en tus versos, porque si »me quitaron alguna opinion alabándome, no me acaben de destruir ofendiéndome. —*La misma.*»

FELIPA.

No has dicho cosa en la carta como la firma.

DOROTEA.

¿Qué te parece?

FELIPA.

De tu amor y de tu entendimiento.

DOROTEA.

El uno suple lo que al otro falta.

(*Sale Celia.*)

CELIA.

Si has leido, llegaré á hablarte.

DOROTEA.

Con menos ceño, Celia; que yo no tengo causa para guardarme de tí. Esta es una carta.

CELIA.

Querria preguntarte para quién es, por ser yo la estafeta.

DOROTEA.

Llévate el enojo á Sevilla, por parecerte á don Fernando.

CELIA.

No, Señora; mas impórtame saber si le escribes; que puede ser que te hayas cansado sin causa.

DOROTEA.

¡Ay Dios, Celia! ¿Es muerto aquel loco, ó se ha pasado á las Indias?

CELIA.

No, Señora, ni Dios lo quiera; mas porque pienso que está en Madrid.

DOROTEA.

¿Qué dices, necia?

CELIA.

Que le han visto Bernarda y la negra bajar rebozado por nuestra calle, y á su meritísimo ayo y consejero Julio. Dijéronmelo en secreto, quise certificarme, y es sin duda.

FELIPA.

¿De qué te alteras? ¿Adónde vas? Detente; que anda don Bela por la calle. Déjame á mí; que si fuere necesario, yo sabré hablarle.

DOROTEA.

Detenme, amor; que pues Fernando se viene, mejor es fingir descuido que mostrar cuidado.

—

Calle.

SCENA VII.

DON FERNANDO, JULIO.

DON FERNANDO.

Escura noche.

JULIO.

A propósito de tu intento.

DON FERNANDO.

Deseo que me ayude su obscuridad.

JULIO.

Virgilio dijo que arrojaba Caco de la boca una fumífera noche: ¿qué dijera de esta calle?

DON FERNANDO.

A mí me parece el rocío idalio que dijo Pontano, la mirra del Oróntes y todas las yerbas aromáticas, sabeas, arabias, armenias y pancayas.

JULIO.

El polvo de la oveja alcohol es para el lobo; pero dijo don Luis de Góngora de las calles de Madrid, que eran lodos con perejil y yerba buena.

DON FERNANDO.

Mejor durmiera yo en esta que en los jardines de Chipre ó entre las rosas del monte Pangeo, hibleas ó elísias flores.

JULIO.

Ebrios de amor llamó Filostrato en la imágen de Ariadna á los que, amando con exceso, no tienen modo ni límite en el amor.

DON FERNANDO.

Dime, Julio: en la juventud ¿no es la sangre mas sútil, clara, cálida y dulce?

JULIO.

El discreto filósofo considera el sentido de la proposicion, para prevenir lo que ha de responder, conceder ó negar. Apostaré que quieres decir que, resueltas con la edad aquellas partes sútiles, se hace mas crasa y densa, y procediendo los años se muda en sequedad y frialdad. Pues no te llevo diez años; que si te reprehendo, no es como viejo, sino como amigo.

DON FERNANDO.

Parece que respondes antes que te pregunten.

JULIO.

Yo no me canso de que ames, sino de que no descanses.

DON FERNANDO.

Como el sol, corazon del mundo, con su circular movimiento forma la luz, y ella se difunde á las cosas inferiores, así mi corazon, con perpetuo movimiento agitando la sangre, tales espíritus derrama á todo el sugeto, que salen como centellas á los ojos, como suspiros á la boca y amorosos conceptos á la lengua.

JULIO.

Conozco que tienes en las venas infusa la sangre delicadísima de Dorotea, como en el Marsilio Platónico Lísias la de Fedro; pero todos los antiguos filósofos dijeron que la ley no era otra cosa que una razon derivada de la deidad de los dioses, que manda las cosas honestas y prohibe las contrarias.

DON FERNANDO.

¿Amo yo por ventura el mármol del otro jóven, que le coronaba de rosas, y le quiso comprar al magistrado de Aténas, y porque no se le vendió se murió con lastimosas ansias? Amo yo la pintura de Elena como el legado de Cayo César, ó una mujer con alma y tantas gracias, que fué cuidado y particular estudio de la naturaleza su hermosa fábrica?

JULIO.

Ahora bien, estos son males que solo el tiempo tienen por Avicena.

DON FERNANDO.

¿Por fuerza habia de ser moro? ¿No hallaste otro médico?

JULIO.

No, porque ¿quién puede curar un loco sino un bárbaro?

DON FERNANDO.

¡Ay paredes! Ay puertas! Ay rejas [...] la cárcel hermosa de mi libertad! Qui[...]ro besaros mil veces.

JULIO.

¿Los hierros besas?

DON FERNANDO.

Aquí solia poner la mano Doro[...] cuando sus yerros eran eslabones de [...] cadena, y su mano argolla de cristal [...] los ceñia.

JULIO.

Ya los puede hacer de oro, segun no[...] dicen.

DON FERNANDO.

¿Qué no podrá el oro, como materi[...] prestantísima del elemento terrestre?

JULIO.

Todos los cuerpos elementares, dij[...] Paracelso que se resolvian en su ele[...]mento: el hombre en tierra; y usand[...] filosóficamente de la fábula de las nin[...]fas, las resolvió en el agua, y no sé qu[...] se dijo de Melusinas, que las dió al aire[...]

DON FERNANDO.

Eso Julio ¿á qué propósito?

JULIO.

A que se dejó al reino de amor.

DON FERNANDO.

¿Quién es su reino?

JULIO.

El elemento del fuego.

DON FERNANDO.

Dejóle ¡ay de mí! para la salamandr[...] de mi corazon.

JULIO.

Eliano y Plinio dicen que un anima[...] llamado pirigono se engendra del fueg[...]

DON FERNANDO.

Ese soy, Julio, que vivo y muero tem[...]plando con mis lágrimas este vivo ard[...] que me consume.

JULIO.

Allá dijo el poeta Hesiodo que tenia[...] larga vida las náyades: debe de serlo y[...] tu espíritu; y la anfibia es un animal qu[...] vive la mitad en la tierra y la mitad e[...] el agua.

DON FERNANDO.

Todas esas fábulas son moralidade[...] de mis penas.

JULIO.

Verdaderas quieren que sean, y da[...] testigos, pues Draconeto Bonifacio vi[...] tritones y Teodoro Gaza nereidas, y e[...] estas navegaciones y descubrimient[...] de las Indias vieron unos pilotos un vie[...] desnudo en unos riscos; y llegando [...] preguntarle qué tierra era aquella, sú[...]bitamente se arrojó desde la peña [...] mar, y entre esferas de espuma se z[...]bulló en ondas.

DON FERNANDO.

Mejor se dice *sumergirse.*

JULIO.

Tambien dice el castellano *zamorg[...]jarse*, y aunque es significativo, es á[...]pero.

DON FERNANDO.

¡Qué neciamente me entretienes! ¿Q[...] hará ahora Dorotea?

JULIO.

Estará con dos velas á tu retrato, h[...]ciendo oracion porque su dueño vuelv[...]

DON FERNANDO.

¡Oh enemigo mio! ¿No bastaba

burla, sino tambien con don Bela? ¿Piensas que no entiendo el equívoco?

JULIO.

De ninguna manera fué con malicia lo de las velas; que fuera demasiada sutileza, y en esto debes creer que me sucedió como á los poetas, que dicen muchas veces por el consonante lo que no pensaron por el ingenio, y mas cuando son legos, que es lo que llaman donados del Parnaso.

DON FERNANDO.

¡Qué mal empleada mujer!

JULIO.

Antes dicen que bien, porque el indiano, si no es muy mozo, es muy entendido; y en los diálogos del Guazo hallarás que las mujeres ignorantes aman el cuerpo y las discretas el alma; y el Ariosto en un canto de su *Orlando* las aconseja que quieran hombres de edad, como no sean *troppo maturi*.

DON FERNANDO.

¡Ay de mis veinte y dos años y de mis veinte y dos mil tormentos! ¿Cuándo se han de acabar ellos ó esta miserable vida?

JULIO.

¡Ahora sales con eso?

DON FERNANDO.

¡Oh mi bien! Oh mi primero amor! Oh mi esperanza! Oh mi señora! Oh mi Dorotea! ¿Cómo pudiste ser tan cruel conmigo? Cómo me dijiste tales palabras, que fué forzosa obligacion de mi honra perderte para siempre?

JULIO.

Señor, deja por Dios esos desatinos; toma el instrumento y canta, siquiera porque diviertas tanta tristeza; que yo pienso que sabe que estás aquí, y por ventura echarás de ver si ha quedado alguna centella en las cenizas de aquel fuego, para que el fénix amor salga á segunda vida, como le pinta Lactancio, antistite de los bosques y venerable sacerdote de la luz, después que ha hecho su sepulcro ó nido sobre las lágrimas de mirra, el espirante amomo, acanto y casia.

DON FERNANDO.

Por mas que haces, no puedes divertirme. Sepa ó no sepa Dorotea que estoy aquí, yo le quiero decir mis locuras con estas cuerdas; y cuando no me escuche, no importa; que el alma se deleita con la música naturalmente.

JULIO.

Así lo dijo el filósofo.

DON FERNANDO.

¡Ay, sol mio! sal á oirme, aunque me abrases, pues eres el mismo fuego.

JULIO.

Los cuerpos celestes calientan, no porque son cálidos, sino en cuanto son de veloz movimiento y luminosos.

DON FERNANDO.

Pero ¿cómo saldrás á oirme, aunque tengas allá mi alma que te lo advierta, si tienes tambien la de don Bela, que no te deje?

JULIO.

Imposible es que un sugeto tenga mas de una forma: si el amor de Dorotea ocupa el alma de don Bela, ¿dónde ha de estar la tuya?

DON FERNANDO.

Allí; mto á Dorotea.

JULIO.

Tambien es imposible estar la forma sin la materia.

DON FERNANDO.

¿Quién te lo dijo?

JULIO.

Averróes cuando menos.

DON FERNANDO.

Pues tú y Averróes os id noramala; que me teneis quebrada la cabeza.

JULIO.

Canta, canta, pues has templado; no venga quien lo estorbe.

DON FERNANDO.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola:
¿Adónde vas perdida?
Adónde, di, te engólfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas;
Que por la tierra propria
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estimó la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan;
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
Qué ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres,
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando, perdido el rumbo,
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
Por tu soberbia pompa
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que, salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la Vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la aurora,
Mas peces te llenaban
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas;
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡Oh dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al Bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve,
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue;
Que no es digna vitoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
Mas ¡ay, que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
Viviendo, todo falta;
Muriendo, todo sobra.

JULIO.

Paréceme, Señor, que han abierto un poco la ventana; sombra hace la luz. ¿Si está allí Dorotea?

DON FERNANDO.

Necio, ¿cómo puede ser que el sol no hiciera sombra con otra luz, sino mediante el cuerpo opuesto?

JULIO.

Dará en Celia, y ella formará la sombra.

DON FERNANDO.

Creo que he cantado mal, porque me temblaba la voz.

JULIO.

Antes no te he oido en mi vida contan excelentes pasos y cromáticos; divinamente pasabas en las octavas de la voz al falsete.

DON FERNANDO.

Debes de consolarme; que mal puede tener la voz segura quien tiene el corazon temblando. Cantaré otra cosa, ya que voy perdiendo el miedo.

JULIO.

A lo menos porque te escuchan.

DON FERNANDO.

¿Qué me quereis, alegrías,
Si me venis á alegrar,
Pues solo podeis durar
Hasta saber que sois mias?
¿De qué sirve persuadirme
Que tenga gusto y placer,
Pues ya no puedo tener
De donde pueda venirme?
¿Para qué quiero alegrías
Después de tanto pesar,
Pues solo podeis durar
Hasta saber que sois mias?
Quien alegra sus tristezas,
Arguye poco valor;
Que son tristezas de amor
Las mas honradas finezas.
Ni yo me quiero, alegrías,
De vuestro gusto fiar,
Pues solo, etc.
Entretuviera las penas
De mi cansado vivir,
Si pudiérades venir
Diciendo que sois ajenas.
Decid que sois, alegrías,
De quien podais alegrar,
Pues solo, etc.
Un tiempo alegre me vi,
Que á ser triste me enseñó,
Porque tan poco duró,
Que apenas le conocí.
Cometas sois, alegrías;
Yo donde vais á parar.
Pues solo, etc.

JULIO.

No hacen señal ni de hablarte ni de llamarte; solo pasan sombras de una parte á otra por lo que se ve abierto de la ventana.

DON FERNANDO.

Deben de ser mis dichas, que en esta casa siempre fueron sombras. Vámonos, Julio.

SCENA VIII.

FELIPA, FERNANDO, JULIO, DOROTEA.

FELIPA. (*A la ventana.*)

¡Ah, caballero!

JULIO.

Vuelve, que te llaman.

DON FERNANDO.

La voz desconozco.

JULIO.

Ya todo será diferente.

DON FERNANDO.

Y todo será en daño mio.

JULIO.

Como hay nuevo corregidor, habrán mudado las varas.

DON FERNANDO.

¿Quién me llama, y qué es lo que me manda?

FELIPA.

Una dama, que se ha alegrado mucho de oiros, os suplica que canteis otra vez aquello de la pobre barquilla.

DON FERNANDO.

No querrá el dueño, porque no ha tenido tanto peligro en alta mar como llegando al puerto; pero cantaré, por serviros, el estado en que se halla, que no es muy dichoso, porque debí á esta casa el que tuve alegre; que aquí vivia una dama, tan dulce sugeto de mis pensamientos, cuanto ahora triste.

FELIPA.

Y vive agora, porque nació en ella y no ha tenido otra.

DON FERNANDO.

Dijéronme que se habia pasado á las Indias.

JULIO.

¡Qué bien dicho, aunque no para en la calle!

FELIPA.

¡A las Indias! Pues ¿á qué efecto?

DON FERNANDO.

Como eso muda el tiempo y puede el oro.

FELIPA.

Los cuerpos muda la fuerza y violencia de la fortuna, no las almas.

DON FERNANDO.

Es imposible que sin el alma se mude el cuerpo.

FELIPA.

Estáis engañado; porque donde no va la voluntad va el cuerpo solo, como quien lleva luz en una linterna, que alumbra la calle y escurece la persona.

JULIO.

No he oido cosa tan aguda.

DON FERNANDO.

Esa razon me ha muerto.

FELIPA.

Pues yo, ¿qué os he dicho?

DON FERNANDO.

La luz que pasa por la linterna es por medio de la puerta, que es hecha de materia tan indigna, que por ella se significa el mayor agravio de la honra.

JULIO. (*Ap.*)

¡Qué bien dijo la madera de que se hacen linternas y tinteros!

DON FERNANDO.

Pero quiero hacer lo que me mandais; que me ha deslumbrado mucho la linterna, porque no hay cosa que ofenda mas los ojos, si es descortés el que la lleva.

Gigante cristalino,
Al cielo se oponia
El mar con blancas torres
De espumas fugitivas,
Cuando de un tronco inútil
Cuyas ramas solian
Hacer dosel á un prado,
Que fué de un rayo envidia,
Tenia Fabio atada
Su mísera barquilla,
Los remos en la arena,
La red al sol tendida.
Ya no repara en nada;
Que quien de sí se olvida,
Grandes memorias tiene,
Que á tanto mal le obligan.
Baja fortuna corre,
Poco la vida estima
Quien todo lo desprecia
Y á todo se retira.
Que despreciarlo todo
Es humildad altiva,
Accion desesperada;
Que no filosofía.
Mas tanto pueden tristezas
De pasadas alegrías,
Que obligan, si porfian,
A no estimar la muerte ni la vida.
Las atrevidas ondas
Que á conquistar subian
Por escalas de vidro
Las almenas divinas,
Abrieron una nave
Desde el tope á la quilla,
Sembrando por las aguas
Velas, jarcias y vidas.
Y dijo: «Si estuvieras
Atada á las orillas,
Como mi barca pobre,
Vivieras largos dias.»
¡Dichoso yo, que puedo
Gozar pobreza rica,
Sin que del puerto amado
Me aparte la codicia!
La soledad me mata
De un bien que yo tenia,
No los palacios altos
Ni el oro de las Indias.
Cuando anegarse veo
Las naves y las dichas,
Consuelo en las ajenas
La pena de las mias.
Mas tanto pueden, etc.
Memorias solamente
Mi muerte solicitan,
Que las memorias hacen
Mayores las desdichas.
Para regalo tuyo,
Amarílis divina,
Cuando el aurora rayos,
Redes al mar tendia.
Sacaba yo corales,
Que, como se corrian
De verse con tus labios,
Mas finos parecian.
A tus hermosas manos
Llevar tambien solia
Los peces y las perlas
En una concha misma.
De mi cabaña humilde
Las paredes suspiran,
Adonde yo gozaba
Tu dulce compañía.
Y en tantos desconsuelos
Quiere el amor que sirvan
En esperanzas muertas
Estas memorias vivas.
Mas tanto, etc.

DOROTEA. (*Ap. á Felipa, desde dentro.*)

¡Ay Felipa! ¿Quién será esta dama? Que me abraso de celos.

FELIPA.

Mira que puede oirte.

DOROTEA.

Temblando me está el corazon; estoy por llamarle.

FELIPA.

Tu madre ha conocido la voz, y está mirando, aunque finge desatencion, la inquietud de tus acciones y el desasosiego de tus movimientos.

DOROTEA.

¡Ay, Felipa, que somos Fernando y yo como la voz y el eco! Él canta, y yo repito los últimos acentos.

FELIPA.

Creo que andas porque te vea.

DOROTEA.

¿Puede ignorar su alma que la mia le escucha?

FELIPA.

La prima, que se le quebró, ha puesto, y á cantar vuelve.

DON FERNANDO.

Tan vivo está en mi alma
De tu partida el dia,

Que vive ya mi muerte,
No vive ya mi vida.
Nunca del pensamiento
Un átomo se quitan
Las luces eclipsadas
De tu postrera vista.
Así las azucenas
Por la calor estiva
Entre las hojas verdes
Las cándidas marchitan.
Así la pura rosa
Que vió la dulce risa
Del alba, con la noche
La púrpura retira.
Trocado muerte habemos,
Siendo en mis ansias vivas
Tu vida la que muere,
Mi alma la que espira.
Intento consolarme
Con ver que, fugitiva,
Parece que me llamas,
Y que á partir me animas.
Mas tanto pueden desdichas,
Que obligan, si porfian,
A no estimar la muerte ni la vida.

FELIPA.

Yo os prometo, caballero, que el poeta de esas endechas escribe de lo mas crespo.

DON FERNANDO.

Antes de lo mas peinado.

FELIPA.

Levantan ahora los nuevos términos á la lengua.

DON FERNANDO.

Testimonios.

FELIPA.

Bien parece lo realzado.

DON FERNANDO.

Si se entendiese.

FELIPA.

O se escribe verso ó prosa.

DON FERNANDO.

Sentencia y belleza bien pueden estar juntas; que son como discrecion y hermosura.

FELIPA.

Yo no quiero argüir con vos; que seria descortesía y atrevimiento.

DON FERNANDO.

Yo no os he visto en esta casa; pero me persuado que cuanto hay en ella es entendimiento.

FELIPA.

Favoreceis al dueño; pero decidme cómo.

DON FERNANDO.

Porque son tantos los que aquí le han perdido, que le tendrán hasta las esclavas que le hubieren hallado.

FELIPA.

No será á lo menos el vuestro, pues le mostrais tan grande.

DON FERNANDO.

No habla aquí mi entendimiento, sino mi desdicha, y todos los desdichados son discretos.

FELIPA.

Yo he visto necios desdichados.

DON FERNANDO.

Serán dos veces necios.

FELIPA.

Con las gracias que vos mostrais aquí, aunque no os veo bien el talle, por la sombra de la noche, tengo por imposible que á lo menos en una cosa dejeis de ser dichoso.

DON FERNANDO.

¿En qué, por vida vuestra?

FELIPA.

En ser querido.

DON FERNANDO.

Cuando fuera ansí que yo tuviera algunas gracias, ¿qué cosa mas contra mí para ser correspondido?

FELIPA.

Pues los méritos, ¿no son el fundamento del amor?

DON FERNANDO.

Como quisiere la fortuna.

FELIPA.

La fortuna ¿no compite con la naturaleza?

DON FERNANDO.

No, porque siempre la derriba.

FELIPA.

¿Qué llamais fortuna

DON FERNANDO.

Riqueza.

FELIPA.

Méritos conquistan.

DON FERNANDO.

Sí, pero no conservan.

FELIPA.

Quien deja lo que tiene por su gusto, quéjese de sí mismo.

DON FERNANDO.

Así lo hago yo, que por eso canto cosas tristes; pero yo os prometo que no pude dejar de dejarlo. Pero ¿qué me importa, si lo que dejé no me deja?

FELIPA.

Si otra noche venis por aquí, no traigais lamentaciones.

DON FERNANDO.

Acabadlo vos con mi tristeza; que por hacerla mayor, he buscado entre los versos que sé de memoria los que mejor se aplican á las que tengo.

FELIPA.

Paréceme que ese pescador lamentaba alguna prenda muerta: ¿por dónde se aplica á sentimiento vuestro, pues la teneis viva?

DON FERNANDO.

Porque lo mismo es tenerla ausente, aunque se diferencian en que los ausentes pueden ofender y los muertos no; y este pescador lloraba la mas hermosa mujer que tuvo la ribera donde nació, mas firme, mas constante y de mas limpia fe y costumbres.

FELIPA.

Parece aprobacion de libro.

JULIO.

Tres hombres rebozados te han escuchado en la esquina con alguna inquietud, y pienso que, pues suenan los broqueles, tocan á pesadumbre.

DON FERNANDO.

Pues dame el mio, y arrima esta guitarra á esa reja.

SCENA IX.

DON BELA, DON FERNANDO, JULIO, FELIPA, LAURENCIO, DOROTEA.

DON BELA.

Este debe de ser el sevillano de quien siempre nos cuenta Dorotea tantas gracias.

LAURENCIO.

Si las demás lo son como la voz, será perfecto en todas.

DON BELA.

Dame, por tu vida, mas celos de los que tengo.

LAURENCIO.

Esto no es para darte celos, sino para quitártelos.

DON BELA.

Si los celos nacen de las gracias ajenas, ¿cómo se han de quitar encareciéndolas?

LAURENCIO.

Sabiendo un hombre dejar el campo libre al que las tiene, pues le dan lugar para que las ejecute.

DON BELA.

¡Hermosa cobardía! Reconocerle quiero; porque, si la cara y el talle desdicen de la voz, ese es el mejor camino para perder los celos.

DON FERNANDO.

¿Qué es lo que miran? ¿No pueden pasar sin reconocer? ¡Qué gentil cortesía!

DON BELA.

No vengo á ser cortés, sino á echarle de esa puerta.

DON FERNANDO.

Si trae esa determinacion, á buen tiempo viene.

FELIPA.

¡Ay, Señora, que se matan!

DOROTEA.

Don Bela y don Fernando son.

FELIPA.

Y Julio y Laurencio.

DOROTEA.

Saca una luz á esa ventana; que el corazon se me sale del pecho por ayudar á Fernando.

FELIPA.

¡Oh qué mal dicho!

DOROTEA.

¡Oh qué bien hecho! Ayudadle, corazon animoso, ó no digais que sois mio.

CORO DE CELOS.

(*Dicolos distrofos.*)

¡Oh celos, rey tirano!
Oh bastardos de amor! Oh amor villano!
Oh guerra del sentido!
Oh engaño á la verdad, puerta al olvido!
Oh poderosa ira,
Que en sombra amor por accidentes mira
Con miedo del agravio,
Furia del necio y necedad del sabio,
Que con tu proprio daño
Presumes engendrar el desengaño;
Cuerpo que el aire finge,
Enigma que propone fiera esfinge,
Substancia y diferencia,
Que resultas del acto y la potencia,
De amor que desconfía,
Fuego abrasado y calentura fria!
Por tí la bella Elena
Suspensa puso fin á tanta pena.
Antíope por Dirce
Y en las ondas del mar Scila por Circe.
Por Céfalo gallardo,
La esposa que mató sangriento dardo,
Por quien la blanca aurora
Tierno maná sobre las flores llora.
Tu imágen formidable
Sin causa en mil tragedias fué culpable.
No pases de recelos;
Que si llegas á ofensa no eres celos.

ACTO CUARTO.

El Prado de San Jerónimo.

ESCENA PRIMERA.

MARFISA, CLARA, FELIPA, DOROTEA, DON FERNANDO, JULIO.

MARFISA.

¡Qué solo está el Prado!

CLARA.

¿Cómo no quieres que lo esté, si apenas le acompaña el dia?

MARFISA.

¡Qué bien pintara esta mañana Fernando!

CLARA.

Mejor supo despintar el oro de tus joyas.

MARFISA.

El oro se halla en la fortuna, y el buen ingenio en la naturaleza.

CLARA.

Ganado habemos la palmatoria en esta escuela de las damas que toman el acero.

MARFISA.

Allí vienen dos pisando de valentía.

CLARA.

Como si hubiera galanes que las miraran.

MARFISA.

Cuando la bizarría es natural, no ha menester cuidado.

CLARA.

Hácia nosotras vienen.

(*Salen Dorotea y Felipa.*)

MARFISA.

Señora Dorotea, ¿tomais acero ó venis á florecer el campo?

FELIPA.

Parece que lo sacais las dos en desafío.

DOROTEA.

Ya le tendréis florido, pues venistes primero. No os he pagado la visita de aquel dia, porque no supe vuestra casa, y porque no me obligastes con decirme que veniades á visitarme, sino que fué acaso y por accidente el verme.

MARFISA.

Buena estáis ya del todo, Dios os bendiga. ¡Qué cara! Qué colores! Qué nácar!

DOROTEA.

No os pago con la misma lisonja, porque se ve en vos con verdad lo que en mí por favor; que yo como me acosté anoche, vengo esta mañana.

MARFISA.

Por eso dicen unos versos:

« Para amar, es la cosa mas segura
Buen trato, breve edad, limpia hermosura.»

Y en otros que escribieron á una dama que consultaba astrólogos para saber si la queria á quien ella amaba:

« Toma un espejo al apuntar del dia;
Y si no has menester jazmin ni rosa,
No quieras mas segura astrología.»

DOROTEA.

En verdad que no pude tomarle, porque no habia luz para verle.

MARFISA.

Vos sois espejo de vos misma.

DOROTEA.

Y vos del mismo sol, que sale mas apriesa por ver en vuestra cara si amanece mas aliñado en España que en las Indias.

MARFISA.

Vos lo sabréis mejor, que amaneceis en entrambas.

DOROTEA.

Mucho sabeis de mí: debe de decíroslo don Fernando.

MARFISA.

¿Cómo lo puede saber ese caballero, que há tanto que está en Sevilla?

DOROTEA.

¿Fingis ignorancia? Dias há que está en Madrid, y no pocos dias.

MARFISA.

No hay que fiar en amistades celosas: no me lo ha dicho aquella amiga que le quiere bien; que debe de guardarse de mí.

DOROTEA.

Ahora creo que no sois vos, pues no lo sabeis.

MARFISA.

Debeis de engañarme, pensando que puedo yo daros nuevas dél; con que vengo á estar engañada entre dos celosas.

DOROTEA.

Yo no le he visto; pero le he oido hablar y cantar en mi calle, y aun acuchillar unos hombres, de los cuales el uno está herido, aunque ya sin peligro.

MARFISA.

Habráos engañado; que sabe fingir una muerte con gran donaire.

DOROTEA.

Yo me holgara que no fuera tan cierto.

MARFISA.

Y yo de acompañaros; pero voy á Atocha, y temo al sol si vuelvo tarde.

DOROTEA.

Encomendadme á ella.

(*Vanse Marfisa y Clara.*)

FELIPA.

Bizarra es esta dama, Dorotea, aunque pica un poco en gruesa, que no la hace tan gentil como lo fuera con menos bulto.

DOROTEA.

Las manos son bellísimas, y las sacó del guante, como si me hubiera yo de enamorar de ellas.

FELIPA.

Es falta de buenas manos y buenos dientes enseñarse á todos, y la de los dientes mayor; porque hacen gestos para que se los vean, no sin fealdad y nota de liviandad.

DOROTEA.

Alababa Octavio á doña Inés las manos de una dama, que las llevaba asidas á la cortina del coche, como vestido en tienda, que solo le faltaba decir: ¿quién quiere manos? Y ella, celosa, sacó las suyas del guante, y dándole un bofeton, le dijo: «¿Eran como estas?»

FELIPA.

¡Ay, Dorotea! Cúbrete, que yo no importa, pues no me conoce don Fernando; que él y Julio son sin duda los que entran por la Carrera.

DOROTEA.

Aséntemonos cerca de esta fuente; que me he turbado: fuera de que, sentada, seré menos conocida.

FELIPA.

Toma esta alcorza, y si quieres agua, aquí tengo un búcaro de los que llaman de la Maya.

DOROTEA.

Por encarecimiento solía decir Fernando que debia de ser esta tierra del Paraíso, donde fué la fábrica del primer hombre.

FELIPA.

Él llega; cúbrete bien.

(*Cúbrese Dorotea, y salen don Fernando y Julio.*)

DOROTEA.

Sin mirarnos pasó de largo.

FELIPA.

¡Qué extraña melancolía!

DOROTEA.

Yo pensé que iba siguiendo aquella dama; pero va la Carrera arriba. Llámale, pues no te conoce: veamos qué nos dice; que yo no hablaré palabra.

FELIPA.

¡Ah, caballero! Ah, gentilhombre!

JULIO.

Mira que te llaman aquellas mujeres.

DON FERNANDO.

Déjalas, necio; que no es ese el remedio de mis tristezas.

FELIPA.

No seais descortés, caballero.

JULIO. (*A don Fernando.*)

De mañana salen á buscar la vida... Aunque no parece ropa desocupada. Llega á ver lo que te quieren.

DON FERNANDO.

¿No sabes que no hablo con mujeres?

JULIO.

No sanarás del mal que tienes; y si no, pregúntalo al Petrarca en el *Triunfo de amor*, si no te acuerdas del rey Asuero. —(*A Felipa.*) Dice mi amo que no habla con mujeres.

FELIPA.

¿Mas que si voy por él, que le quito la capa, y le hago sentar aquí, aunque le pese?

JULIO.

Señor, aquella dama está determinada á llevarte allí por fuerza; advierte que las mujeres siguen á quien las huye, y se vendrá tras tí no mas de porque no la quieres.

DON FERNANDO.

¿Qué es, Señora, lo que me mandais? Y agradecedme que sois la primera mujer con quien he hablado mas há de cuatro meses.

FELIPA.

¿Por qué, rey mio? ¿Qué le habemos hecho?

DON FERNANDO. (*A Felipa.*)

Los agravios y traiciones de una han sido causa para aborrecerlas todas.

FELIPA.

¡Oh qué historia tan linda me prometo! Sentáos junto á las dos, y haréis dos cosas justas; que descansaréis vos y nos entretendréis á nosotras.

DON FERNANDO.

¿Por qué no habla esa dama?

FELIPA.

Porque está mal con los hombres, como vos con las mujeres.

DON FERNANDO.

Si ella los aborrece tanto como yo á ellas, bien se podrá hacer de los dos un veneno para acabar el mundo. Ya estoy sentado.

FELIPA.

¿Cómo venis al campo tan de mañana, pues no venis á ver zapatillos y plumas?

DON FERNANDO.

No duermo en toda la noche, peleando con el mas necio amor y mas desengañado que ha tenido la porfía sin la esperanza desde que hay locos desta tema en el mundo.

FELIPA.

Ya que nos habeis hecho merced de sentaros, y estamos ciertas, pues aborreceis mujeres, que no nos diréis amores, entretenéos á vos mismo con referir la historia de que os quejais; que los enfermos de vuestro mal darán dineros porque los escuchen.

JULIO.

¡Cuál es la hermana compañera! Pero, Señora, esa que lo es suya ¿es mujer ó piedra? Porque la pondrémos en la fuente. Siéntome junto á ella como quien se arrima á un poste. ¡Pesia tal, y qué buen olor que tiene! No es de mala casta lo rollizo del brazo. Aun no me ha dicho: «¿Quién está ahí?»

FELIPA.

Guardáos no os lo diga con el cuchillo del estuche; pero dad silencio, que tose vuestro amo, y es señal que quiere comenzar la obra.

DON FERNANDO.

Yo, señoras, la que habla y la que no habla, nací de padres nobles en este lugar, á quien dejaron los suyos poca renta: mi educacion no fué como de príncipe; pero con todo eso quisieron que aprendiese virtudes y letras: enviáronme á Alcalá de diez años con el que está presente, que tendria entonces veinte, para que me sirviese de ayo y de amigo, como lo ha hecho con singular amor y lealtad.

JULIO.

¿Quién como tú le merece?

DON FERNANDO.

Para con tu doctrina, Julio, tengo por ignorante al Quiron de Aquiles; pues por lo que toca á la verdadera amistad, ¡así fuera yo Alejandro como tú Efestion!

JULIO.

No quiero responderte por no interrumpir el hilo de tu amorosa historia.

DON FERNANDO.

De la edad que digo, ya sabia yo la gramática y no ignoraba la retórica; descubrí razonable ingenio, prontitud y docilidad para cualquiera ciencia; pero para lo que mayor le tenia era para versos[1]; de suerte que los cartapacios de las liciones me servian de borradores para mis pensamientos, y muchas veces las escribia en versos latinos ó castellanos. Comencé á juntar libros de todas letras y lenguas; que después de los principios de la griega y ejercicio grande de la latina, supe bien la toscana, y de la francesa tuve noticia.

JULIO.

Parece que informas esta dama para algun oficio.

FELIPA.

No me tengais por tan ignorante, que no escuche con tanto gusto la materia de las letras como las de los amores; que las mujeres, cuando no esperamos interés, cualquiera cosa nos entretiene.

DON FERNANDO.

Murieron mis padres, y un solicitador de su hacienda cobró la que pudo y pasóse á las Indias, dejándome pobre; que siempre fuí desdichado en las Indias; pues como otros traen dellas hacienda, me llevaron allá la mia.

JULIO.

Parece que se rie esta dama de que dijeses que eras desdichado en Indias.

DON FERNANDO.

No puede ella entender por lo que yo lo digo.

FELIPA.

Teneis razon; que el reírme procedió del donaire con que lo dijo, que no de la causa por que lo siente.

DON FERNANDO.

Y ¡cómo si lo siento! ¡Pluguiera al cielo que nunca se hubieran descubierto, ni Colon hubiera nacido en el mundo!

FELIPA.

¿Tan poco ánimo teneis, que porque os llevaron vuestra hacienda no quisiérades que España se hubiera hecho con ellas tan rica y poderosa, y nuestra fe se hubiera dilatado tanto?

DON FERNANDO.

Muy léjos vais de mi pensamiento: no me admiro, siendo imposible penetrarle.

FELIPA.

Volved á engarzar la cadena de vuestro cuento; no se os pierdan algunos eslabones.

DON FERNANDO.

Volví á la corte, y á su casa de una señora, deuda mia, rica y liberal, que tuvo gusto de favorecerme.

FELIPA.

Tuvo muy buen gusto.

DON FERNANDO.

Tenia una hija de quince años cuando yo tenia diez y siete, y una sobrina de poco menos que los mios: con cualquiera de las dos pudiera estar casado; pero guardábame mi desdicha para diferente fortuna. Las galas y la ociosidad, cuchillo de la virtud y noche del entendimiento, me divirtieron luego de mis primeros estudios, siendo no pequeña causa poner los ojos en Marfisa: así se llamaba la sobrina de esta señora, y ella Lisarda. Este amor aumentaba el trato, como siempre; mas en medio de esta voluntad, que por mi cortesía y poca malicia no dió fuego, la casaron con un hombre mayor y letrado, aunque no el mayor letrado, pero muy rico. El dia que el referido jurisconsulto la llevó á su casa hice la salva á su boca, porque no le matase el veneno que llevaba en ella con el disgusto de la violencia, y lloramos los dos detrás de una puerta, mezclando las palabras con las lágrimas; tanto, que apenas supiera quien nos mirara cuáles eran las lágrimas ó las palabras.

FELIPA.

Gran llorador debeis de ser.

DON FERNANDO.

Tengo los ojos niños y portuguesa el alma; pero creed que quien no nace tierno de corazon, bien puede ser poeta, pero no será dulce.

FELIPA.

¡Qué presto os vais á la profesion!

DON FERNANDO.

Amor tiene la culpa.

FELIPA.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque amar y hacer versos todo es uno; que los mejores poetas que ha tenido el mundo, al amor se los debe.

JULIO.

Eso es cierto; y que ningun hombre amó, que, ó bien ó mal, no los hiciese.

FELIPA.

¿En qué paró la señora novia?

DON FERNANDO.

En qué el negro esposo se olvidó de la edad y se acordó de la hermosura, y ayudando su flaqueza con artificio, perdió la vida en la empresa como buen caballero.

FELIPA.

La vida del puerco, corta y gorda.

DON FERNANDO.

Volvieron á Marfisa á casa, y no el dote, porque sin él la quiso; que hay muertes que se quieren de balde mas que vidas por dineros.

FELIPA.

Bravas fiestas hariades á su venida.

DON FERNANDO.

Ningunas, cierto; que el dia de su boda me trujo un grande amigo un recado de una dama desta corte. No sé cómo la nombre; que me cubre un hielo toda la sangre. Finalmente se llama...

FELIPA.

No os quedeis en finalmente.

DON FERNANDO.

Leona, Tigre, Serpiente, Áspid, Sirena, Euripo, Circe, Medea, Pena, Gloria, Cielo, Infierno y Dorotea.

FELIPA.

¡Con qué de injuriosos nombres desembarca esa pobre mujer del mar de vuestra ira!

DON FERNANDO.

No los he dicho todos; pero sí, que ya dije Dorotea.

FELIPA.

Los hombres querrian las mujeres como vasallos de Aragon, á bien y á mal tratar.

DON FERNANDO.

Peor lo hacen ellas, pues nunca nos tratan bien.

JULIO.

Esa pendencia, señores, comenzó en las calendas de la edad de plata; solo me admira que, no habiendo en el mundo tercera diferencia de hombres y mujeres, nunca estemos en paz.

DON FERNANDO.

Esa discordia nace de quererlas.

FELIPA.

No, sino de querer tantas.

[1] Es imposible desconocer que LOPE habla aquí de sí mismo. No sin razon don Francisco Lopez de Aguilar dijo en el prólogo de *Dorotea:* «El asunto fué historia, y aun pienso que la causa de haberse con tanta propiedad escrito.» En el acto anterior, escena 4.ª, puso LOPE estas terminantes palabras en boca de don Fernando: «Por eso es historia *verdadera* la mia.»

DON FERNANDO.

Tambien hay tantos.

JULIO.

Bien dicho.

FELIPA.

A vos, claro está que os lo ha de parecer, por hombre, por ayo y por amigo.

DON FERNANDO.

Si fuera menos aficionado á la defensa de las mujeres Julio, no estuviera yo perdido.

FELIPA.

Luego ¿nunca os riñe?

DON FERNANDO.

Si yo tuviera lo dócil de Alcibiades, topado habia con Sócrates.

FELIPA.

Dejad historias y venid á la vuestra. ¿Qué recado os trujo aquel amigo?

DON FERNANDO.

Que fuese á ver á Dorotea, porque en ciertas conversaciones en que los dos nos habiamos hallado le habia caido en gracia ó mi persona ó mi donaire, ó todo junto; y fué gracia con que he caido en estas desgracias, que faltan estrellas al cielo para conferirlas.

FELIPA.

¿Fuistes en efecto á verla el mismo dia de la boda de Marfisa?

DON FERNANDO.

Púseme lo mejor que tuve y lo mas galan que supe, y fuí á verla con todas las circunstancias de pretendiente, mesura, olor y aseo.

FELIPA.

Habria calzas largas, cuera de ámbar y su poquito de cadena, ensayando la habla para lo tierno y los ojos para lo elevado.

JULIO.

Pues así es la que habla, ¿cuál debe de ser la que calla?

FELIPA.

Ya os digo que no la toqueis; que no está madura y os dará dentera.

JULIO.

Las mujeres nunca son mejores que por madurar.

FELIPA.

Gusto teneis de ayo... que estuve por decir de pedagogo.

JULIO.

¿Latin sabeis?

FELIPA.

Tengo un hermano estudiante, y dame, cuando corta latin, estos retales. Decidme, por vida vuestra, ¿qué tal será una mujer cuando huele al nido?

JULIO.

Peor es á corral de ovejas, y no me podeis negar que son mejores dos de á veinte que una de cuarenta.

DON FERNANDO.

Este dia de la boda de Marfisa fuí galan, como dije; tanto, que se trocaron los efectos, porque yo parecia el desposado y el novio el suegro.

JULIO.

Solo os diferenciaríades en que todos los desposados se hacen la barba, porque vos no la tendríades. Pero ¡qué gentil sentimiento de la dama que se casaba! ¡Ay hombres! ¡Que presto se le enjugaron las lágrimas y se le olvidó la salva de la boca á la sombra de la puerta!

DON FERNANDO.

Pues ¿qué queríades? ¡Qué gentil necedad fuera matarme yo cuando ella estaba en brazos de su marido!

FELIPA.

Tenedla lástima; que es milagro del cielo haber conformidad en edades desiguales, de que han nacido muchas veces tristes sucesos.

DON FERNANDO.

Para tristes sucesos no es menester la desigualdad de las edades, sino de las condiciones.

FELIPA.

En fin vistes esa Dorotea: ¿era muy hermosa?

DON FERNANDO.

Eso quisiera que no me preguntárades, porque parece que la naturaleza destiló todas las flores, todas las yerbas aromáticas, todos los rubíes, corales, perlas, jacintos y diamantes, para confeccionar esta bebida de los ojos y este veneno de los oidos.

JULIO.

Debia de ser entonces boticaria la naturaleza; no te faltó sino mezclar ahí esos simples con el tártaro.

DON FERNANDO.

No sé qué estrella tan propicia á los amantes reinaba entonces, que apenas nos vimos y hablamos, cuando quedamos rendidos el uno al otro.

FELIPA.

¿Y Marfisa?

DON FERNANDO.

Era amor venial, y fué menester poca diligencia, y menos para Dorotea, pues yo pudiera decir lo que el excelente poeta Vicente Espinel dijo por la facilidad de la hermosa Hero:

«De Hero murmurais, yo lo sé cierto,
Que fué muy blanda en el primer concierto.»

FELIPA.

¡Qué falta en los hombres! ¡Mal hayan las mujeres porque no los hacen rabiar! Pero decidme, ¿tan hermosa es esa Dorotea?

DON FERNANDO.

Esto es cuanto al paramento visible; que el talle, el brio, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, me cuesta dos mil versos; y es tan amiga de todo género de habilidades, que me permitia apartar de su lado para tomar licion de danzar, de esgrimir y de las matemáticas, y otras curiosas ciencias; que en entrambos era virtud, estando tan ciegos. Estaba en esta sazon ausente el esposo desta dama, donde no se tenia esperanza de su vuelta; en cuyo medio la habia conquistado un príncipe extranjero, á quien ella entretenia poderosas esperanzas con remisas dilaciones, y ardientes deseos con favores tibios, que hallé en la posesion deste pensamiento, cuando nos vimos Dorotea y yo tan conformes de estrellas, que parece que toda nuestra vida nos habiamos tratado y conocido. Con este gran señor que os digo, me sucedieron grandes aventuras, no por soberbia de mi condicion; que bien sabia que el que se opone al poderoso con flacas fuerzas, es fuerza que alguna vez caiga en sus manos. Y así, una noche que llamé con mas amor que discrecion á su puerta de Dorotea, salió él proprio á abrirme, sin que ella ni su madre pudiesen con ruegos detenerle; y como habia conocido mi voz, traia la daga en la mano, y tirándome una puñalada de las que llaman de resolucion, por encoger el cuerpo ó por mi buena fortuna me clavó por las cuchilladas de una cuera blanca, que traia suelta, en la misma puerta que me abria, cerrándola de golpe: y esto no os parezca imposible; porque, como yo pensaba que era criada la que me abria, fuí á entrar con el deseo donde los celos me esperaban con la traicion; y habiendo de bajar un paso, porque la sala de aquella puerta no estaba igual con la calle, bajé el cuerpo y quedó la cuera en el aire.

FELIPA.

Turbada os escucho, imaginando en tal ocasion esa vuestra Dorotea qué noche pasaria si os imaginaba herido de tan fuerte determinacion.

DON FERNANDO.

Yo no pude avisarla; y así, partimos entre los dos la pena.

FELIPA.

¿Cómo salistes del peligro de competidor tan poderoso? Que me teneis suspensa.

DON FERNANDO.

Tengo por cierto que me hubiera quitado la vida, porque yo habia perdido el temor á su poder y á mi muerte, si el Rey entonces no le enviara con un cargo conforme á su grandeza y á mi dicha; que no pudiera trazar mi imaginacion tan eficaz remedio; pero fué gracia, que hizo grandes diligencias para llevarme por secretario suyo, no porque me habia menester ni mi edad era suficiente, sino por apartarme de Dorotea, que antes que saliese el alba habia enviado una criada suya á saber de mi vida, que celebramos los dos, siendo los abrazos parabienes de la felicidad deste suceso, en el primer hurto que se pudo hacer á los desvelados celos de tan poderoso amante, tomando venganza dél en amorosas ofensas con el aumento que hacen á dos conformes voluntades las resistencias y privaciones. Ausentóse finalmente, y quedé señor pacífico de tan rica posesion, que me parecia que Creso, que se llamó entre los mortales felicísimo, era pobre para conmigo, y que el resplandeciente ejército de Antioco Magno con los arneses y celadas de plata y oro era menos lustroso que mis galas y menos soberbio que mis pensamientos. Pero con toda esta riqueza, en breves dias me comenzaron á afligir y atormentar cuidados de verme pobre, y que no estaba seguro, por serlo, de alguna ofensa merecida de mi necesidad, no de mi culpa, y que no se podia conservar nuestra amistad dentro de las esferas de la actividad de amor. En estos miedos, y entre tanta copia de competidores y deudos, no habiendo yo nacido con aquel linaje de sufrimiento que está, segun dicen, los que le han leido, en el capítulo primero del libro de la infamia, que con poca distincion comprende la opinion de los galanes y la honra de los maridos, entendió Dorotea este pensamiento; que fácilmente se asoma al rostro en la tristeza de los amantes, donde parece que quieren que les pregunten lo que no quieren que sepan; y me aseguró que seria tan mia, que quitándose las galas y las joyas con la plata de su servicio, me las envió en dos cofres.

FELIPA.

Hazaña fué por cierto de mujer de valor.

DON FERNANDO.

Con esto duró nuestra amistad cinco años, en los cuales quedó casi desnuda, aprendiendo labor, que no sabia, para sustentar las cosas mas domésticas.

FELIPA.

¡Oh singular fineza en tanta hermosura, en tal edad y en la corte!

DON FERNANDO.

Yo la confieso, y que me vi mil veces con tal vergüenza y lástima, que no pudiendo cubrir aquellas hermosas manos con diamantes, las bañaba en lágrimas, que ella tenia por mejores piedras para sortijas que las que habia vendido y despreciado.

FELIPA.

Y ¿qué hacian vuestros competidores entonces?

DON FERNANDO.

No reparaban tanto en Dorotea, porque donde las galas no llaman los ojos de los hombres, parece que está cobarde la hermosura. Finalmente la vi de suerte, que cuando considero su necesidad la disculpo; mas cuando mi amorosa perdicion, me vuelvo loco.

FELIPA.

Pues ¿qué hizo?

DON FERNANDO.

Díjome un dia con resolucion que se acababa nuestra amistad, porque su madre y deudos la afrentaban, y que los dos éramos ya fábula de la corte, teniendo yo no poca culpa, que con mis versos publicaba lo que sin ellos no lo fuera tanto.

JULIO.

Eso es cierto; y crean las damas que siéndolo de poetas, serán celebradas, pero no secretas.

FELIPA.

Y vos ¿qué hicistes en tan súbita mudanza?

DON FERNANDO.

Fingí en mi casa que habia la noche antes muerto un hombre (y decia verdad si era yo el muerto), y que era fuerza ausentarme ó caer en manos de la justicia: dióme Marfisa el oro que tenia y las perlas de sus lágrimas, y con él me partí á Sevilla.

FELIPA.

¡Brava resolucion!

DON FERNANDO.

De hombre de bien.

FELIPA.

Y ¿cómo lo pasastes?

DON FERNANDO.

Tristemente: á cada legua que andaba me volvia; pero pudiendo mas la honra que el amor, que la cosa mas fuerte siempre fué la honra (perdone aquel antiguo problema del vino, la verdad y la mujer), proseguia mi camino, hasta que cayendo y levantando llegué á Sevilla.

FELIPA.

Allí presto se olvidaria Madrid y la dicha Dorotea con la hermosa variedad del trato, damas, caballeros, extranjeros, naves de las Indias, rio, barcos y Triana.

DON FERNANDO.

Y ¡cómo si se olvidó! Luego en llegando fué ese milagro: el rio me parecia el Leteo, las barcas almas, las damas sus ministros, las naves montes flamígeros, como el Etna de Sicilia; su trato la confusion de sus voces; finalmente, la mas bella y populosa ciudad un infierno soñado. No pensé amanecer vivo aquella noche, porque la felicidad y la desesperacion son los últimos términos de los amantes; y habiendo perdido el primero, era fuerza que diese en el segundo. Partíme á ver el mar, que esto solo fué deseo mio entonces, después de mi muerte; vile en Sanlúcar, y díjele lo que habia oido á un poeta:

«Bebérmele quisiera
Por volverle á llorar, si yo pudiera,
Porque para mi fuego no presuma
Que el golfo es mas que la menor espuma.»

De allí fui á Cádiz, donde tenia un deudo, dignidad de aquella iglesia, y como me pareció que no podia huir mas que hasta donde se acaba la tierra, que dió sugeto al heróico blason de Cárlos V, hice algunos versos, de los cuales estos tengo en la memoria:

«Si vas conmigo, Amarílis,
¿Para qué se llama ausencia
Querer apartar los ojos
De dónde el alma se queda?
¡Oh, qué discreta ignorancia!
¡Oh, qué necia diligencia,
Huir del arco, llevando
Atravesada la flecha!
¿De qué sirve á mis desdichas
Mudar de cielo y de tierra,
Si en la tierra está la envidia,
Y en el cielo mis estrellas?
Ni la muerte ni la vida
Vienen bien á mi tristeza:
La vida porque me mata,
La muerte porque me alegra.
O ya de sentir no siento,
O no son penas mis penas,
O naturaleza hizo
Peñas hombres y hombres peñas.
No tengo, si no me miro,
Ejemplo que me parezca,
Porque, si no fuera yo,
Ninguno me pareciera.»

FELIPA.

Holgárame de tener entendimiento para alabar vuestros versos; solo os diré, por no ofender vuestra modestia, que son castos, limpios y libres de la congoja que algunos causan.

JULIO.

Bien le habeis conocido, y habeisle hecho particular lisonja en respetar su modestia; porque hallaréis hombres desta profesion que se alaban á sí mismos tan neciamente, que no dan lugar á que los otros los alaben. Estos pasan por locos; pero otros veréis que si les leyese Virgilio sus versos, no saben abrir la boca para alabárselos, que es un linaje de descortesía que, si no toca en arrogancia, descubre envidia.

DON FERNANDO.

Con lo que allá descansaba descanso ahora; porque no tenia mas alivio que escribir mis pensamientos, como ahora le siento en repetirlos.

FELIPA.

Pues no os acobarde mi ignorancia para entenderlos ni mi ánimo para celebrarlos; que esta dama cubierta los hace y los entiende.

DON FERNANDO.

Pues á ella le suplico que, ya que no merezco que me hable, merezca que me escuche.

JULIO.

Bajó la cabeza: si todas fueran así, concedieran y no cansaran.

DON FERNANDO.

«Cuidados, ¿qué me quereis?
Tened un poco la rienda;
Que no podréis derribar
Lo menos de mi firmeza.
Entre el amor y vosotros
Hay notable diferencia;
Que el amor tiene por gloria
Lo que vosotros por pena.
Pensaréis que me obligais
En hacer que no la tenga:
¿Quién os engaña, cuidados,
Si descanso en padecerla?
Para cuidados os quiero;
Que no puede ser que os quiera
Para descansos quien ama,
Para descuidos quien cela.
Cuando contemplo, Amarílis,
En tu divina belleza,
Tanto gusto de los males,
Que de los bienes me pesa.
Los desdenes de tus ojos
Agradezco por fineza:
¡Que nueva invencion de amor,
Que los disgustos se deban!
A tal extremo he llegado,
Que estimo que me aborrezcas,
Por ver si puede mi amor
Satisfacerse de penas.
Y con pensar que te obligo,
Aun no quiero que lo sepas;
Porque el verdadero amante
Solo de su amor se premia.
Pero mira ¡qué desdicha!
Que tal vez en esta ausencia
No me alivia tu hermosura,
Por imaginar mi ofensa.»

FELIPA.

Por vuestros versos he creido que os acordais de Dorotea.

DON FERNANDO.

¡Oh, quisiera el cielo que no fuera tanto! En el lugar que digo, Señora, estuve algunos dias (mejor dijera estuve muchos años), uno de los cuales, solicitado de mi profunda imaginacion, me subí por aquellos riscos, llevándole mayor al hombro que entre las eternas penas pintan á Sísifo; y creo que, si no fuera por Julio, me hubiera precipitado de ellos: obedecí su imperio, y en un libro de memoria escribí estos versos, trasladando de los efectos de la mia sus pensamientos:

«En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua,
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Cómo la playa las hurta,
A las que vienen la plata,
Y á las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas:
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan;
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,

Porque nunca está mas firme
Que pensando que se muda.
Mas daña á quien solicita
Cuidado á quien se descuida,
Cuando la ventura es poca,
Ser la diligencia mucha.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras;
Pero cuando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dijo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.»

FELIPA.

¿Qué dijo?

DON FERNANDO.

No lo escribí; pero quiero deciros un desatino que hice.

FELIPA.

¿Cómo?

DON FERNANDO.

Saqué el retrato desta dama, que envuelto en un tafetan traia en un naipe; con que pude decir mejor que los jugadores desdichados, que perdí mi hacienda al naipe.

FELIPA.

Pues ¿cómo habeis dicho que érades pobre y que ella perdió la suya?

DON FERNANDO.

¿Qué tienen que ver la libertad, la vida y el alma con el oro?

JULIO.

Pues no solo traia esa prenda este caballero; pero, entre otras devociones, una zapatilla de ámbar sobre el corazon, como madeja de seda carmesí para alegrarle.

DON FERNANDO.

Julio, ¿para qué dices de ámbar siendo del pié de Dorotea? Excusado pudiera estar lo que ya estaba entendido.

JULIO.

Dirás que es redundancia ó amplificacion, como figura retórica; pero todavía ayudaria el ámbar á confortar el corazon, y era donaire que le dejaba en la camisa al lado izquierdo señalada la suela, y llamábale yo el comendador Zapata; que, segun los puntos, pienso que pudiera ser trece de su órden.

FELIPA.

Diréislo porque seria pequeña.

JULIO.

Bien cubria todo el corazon.

FELIPA.

¿Tan gran corazon tiene este caballero?

JULIO.

No, porque es muy valiente, y los que lo son tienen el corazon pequeño, como se ve en los leones, que le tienen menor que los demás animales.

FELIPA.

Mal hacia si le traia por remedio para sosegar el corazon, porque los piés están enseñados á andar, y las zapatillas con ellos, y se le traeria mas inquieto.

DON FERNANDO.

No lo habia menester mi corazon; porque solo en él se halló con verdad el movimiento perpetuo. Finalmente determiné de quitarme la ocasion de tantas penas, porque ya no me servia de consuelo, sino de desesperacion; y sacando la daga...

FELIPA.

¡Jesus! ¿Matastes á Dorotea?

DON FERNANDO.

Cavé la poca tierra que en el espacio de dos peñas estaba ociosa, y enterré el retrato, habiendo hecho primero estos versos:

«Aquí, donde jamás tu rostro hermo- [so
Planta mortal, divina Dorotea,
Toque atrevida, tu sepulcro sea,
Sin colunas de pórfido lustroso.

»El fénix yace en inmortal reposo;
No vuelva á renacer ni el sol le vea,
Construyéndole, en vez de urna sabea,
Mis lágrimas pirámide oloroso.

»Mas ¿qué importa, si amor inmorta- [liza
El único milagro que deshace,
Y á mas eterno sol la pluma enriza?

»Remedio inútil entre peñas yace,
Si del alma que abrasa en la ceniza
Infante fénix del difunto nace.»

JULIO.

En tiempo de Claudio, si no miente Plinio, trujeron á Roma un fénix, y dicen que era de la grandeza y proporcion de una águila; el cuello dorado y resplandeciente, el cuerpo purpúreo, la cola cerúlea, distinta de rosadas plumas, ó que en ellas estaban formadas rosas, como en la cola del pavon los ojos, y coronado de diversos rayos de otras mas sútiles de varios cambiantes y tornasoles. Mas quisiera yo ahora preguntar á Plinio: si no habia mas de aquella fénix en el mundo, ¿de qué se engendraron las que le sucedieron?

DON FERNANDO.

Julio, yo no sé mas de que viven seiscientos años, y que para la mia son pocos. ¡Ay de mí! No sé cómo pude volver á Cádiz después que hice tan grande, aunque amorosa, locura. ¡Oh si fuera mi sepultura el mar, como de Dorotea lo fué la tierra!

FELIPA.

Mucho me admiro de que sintais tanto la pena de dejar un retrato, habiendo tenido ánimo para dejar el dueño.

DON FERNANDO.

Al dueño no le dejé yo, que le truje conmigo.

FELIPA.

Si le trujérades con vos, hubiérades hecho diligencia para saber dél, y en toda vuestra relacion no hay tal memoria.

DON FERNANDO.

Muchas veces tuve ese pensamiento.

FELIPA.

¿Por qué no le ejecutastes?

DON FERNANDO.

Por no darle mas venganza.

FELIPA.

Quien ama no la da amando.

DON FERNANDO.

Pues ¿cómo?

FELIPA.

Aborreciendo.

DON FERNANDO.

Pues eso pretendia yo que Dorotea pensase de mí, lo que no hiciera escribiéndola.

FELIPA.

Pues ¿no es mejor que piense que la quereis?

DON FERNANDO.

No, porque me ha olvidado.

FELIPA.

¿De qué lo sabeis?

DON FERNANDO.

De que es mujer.

FELIPA.

Esa no es palabra de hombre discreto; que no todas las mujeres son mudables ni todos los hombres son firmes.

DON FERNANDO.

Yo solo tengo firmeza para abonar los hombres.

FELIPA.

Y Dorotea para que en fe de su lealtad ninguna pierda el crédito.

DON FERNANDO.

Eso ¿cómo lo puede saber quien no la conoce?

FELIPA.

Por las señas que me habeis dado, tengo por cierto que es la misma de quien me contó una amiga que la noche del dia que se partió un caballero, por quien os tengo, quiso matarse desesperadamente, de que estuvo muchos dias con gran peligro.

JULIO.

Señor, bien puedes creerlo; que no era Dorotea de mármol para no sentir la crueldad con que te partiste. Acuérdate de lo mucho que le cuestas de alma, vida y honra; que esto que se ejecuta con amor, no se pierde con entendimiento; que entre los que le tienen y aquellos á quien falta hay esa diferencia, que los unos quieren por razon y los otros por costumbre.

DON FERNANDO.

Bien dices, Julio. Yo erré con pocos años; yo pudiera ser causa de la muerte de Dorotea, yo privara á la naturaleza de su mayor milagro y al mundo de su hermosura. Suplícoos, Señora mia, que me perdoneis; que se me ha cubierto el corazon y los ojos de agua.

JULIO.

¡Hay tal desdicha de hombre! Tenedle, Señora; que se hará pedazos.

FELIPA.

¡Pobre mancebo! ¿Dale otras veces este mal?

DOROTEA.

No lo puedo sufrir, Felipa.

FELIPA.

Pues descúbrete, Dorotea.

DOROTEA.

¡Ay, mi bien! Ay, mi Fernando! Ay, mi primero amor! ¡Nunca yo hubiera nacido, para ser causa de tantas desdichas! ¡Oh, tirana madre! Oh, bárbara mujer! Que tú me forzaste, tú me engañaste, tú me has dado la muerte. No me gozarás; yo me quitaré la vida, yo me volveré loca.

FELIPA.

Quedo, que ya lo estás, Dorotea; deja el cabello, deja las manos. ¿Para eso callabas tanto? ¡Oh, amor, terrible mal entre discretos! Mira que ya vuelve Fernando con la bebida de tus amorosas lágrimas.

DOROTEA.

¿De qué sirve engañarme, Felipa? Mi bien es muerto.

JULIO.

¡Qué naturaleza de amor tan propria! Tengo para mí que el amor y el temor nacieron de un parto.

DOROTEA.

Ponle la cabeza en mi regazo; seré

leona, que con bramidos le infunda vida.

FELIPA.

Mírale el pulso, Julio.

JULIO.

La mudanza de los accidentes siempre fué presagio de grandes males.

FELIPA.

Tienes razon en lo primero, porque el color ya es pálido y ya es rojo, y ya tiene la mano fria y ya caliente.

JULIO.

De una causa bien pueden proceder dos efectos contrarios: ejemplo el sol, que con un mismo calor unas cosas ablanda y otras endurece.

FELIPA.

Trae este búcaro de agua.

DOROTEA.

¡Para qué, Felipa, donde están mis lágrimas?

JULIO.

Espántome, siendo este desmayo de amor, que no vuelva con ellas.

FELIPA.

¿Qué harémos, que va muy adelante y temo la gente?

JULIO.

Recetarle quiero un remedio.

FELIPA.

¿Cómo?

JULIO.

Recipe la yerba Dorotea, y quitadas todas las hojas de las Indias, lavada muy bien en tres aguas, de amor, de nueva amistad y de confianza segura, cocida con arrepentimiento de lo pasado á fuego lento de perdonar injurias, y puesta en el pecho de don Fernando todas las mañanas de este mes sin que lo sepa su madre, volverá en sí, segun doctrina de confirmar voluntades, en el libro primero de amistades sobrecelos.

DOROTEA.

¡Pluguiera á amor que esa receta fuera segura! que yo la ejecutara con tantas veras como tú la dices de burlas.

JULIO.

Pues mira si comienzan los efectos deste eclipse, que ya dió el alma la llave á don Fernando para abrir los ojos.

DOROTEA.

¿Vives, mi bien? Habla, ó no me hallarás con vida, si te detienes.

DON FERNANDO.

Vivo estoy, Dorotea; que, como estuvo en tu mano mi muerte, pudo tambien mi vida.

JULIO.

Así la dan en los pechos á los gusanos de seda las damas de Valencia.

DOROTEA.

Cuando yo te hubiera hecho cuantos agravios has imaginado (que sobre haberte avisado, ninguno pudo serlo), con el susto que me has dado, era mayor la venganza que la ofensa.

DON FERNANDO.

Yo no he deseado tenerla de ti.

DOROTEA.

Ni yo ofenderte.

DON FERNANDO.

Yo me fuí porque tú quisiste.

DOROTEA.

Antes por no quererme.

DON FERNANDO.

En mí fué amor dejarte.

DOROTEA.

No fué sino cobardía.

DON FERNANDO.

¿A qué habia de esperar con tal desengaño?

DOROTEA.

A que intentaran quitarme de tus ojos.

DON FERNANDO.

¿Para qué, Dorotea?

DOROTEA.

Para matar á quien lo intentara.

DON FERNANDO.

No sabia yo tu gusto.

DOROTEA.

Con él y sin él era honra; que amor bastaba.

DON FERNANDO.

Tarde me aconsejas.

DOROTEA.

El amor y la honra no quieren consejo.

DON FERNANDO.

En no competir con el oro pienso que fuí cuerdo.

DOROTEA.

Las espadas son de acero, y el amor es loco.

DON FERNANDO.

Contra oro no hay acero, porque yo no habia de matar á quien le tomaba.

DOROTEA.

Si no hubiera quien le diera, no hubiera quien le tomara.

DON FERNANDO.

Yo no vi á quien le daba, porque me fuí antes que le diese.

DOROTEA.

Los amantes finos son como tudescos, que de donde ponen el pié nadie los quita.

DON FERNANDO.

Y las finas damas son como los catalanes, que perderán mil vidas por guardar sus fueros.

DOROTEA.

Leí en un libro de fábulas que luchaban Hércules y Anteo, que era hijo de la tierra, y que con sus grandes fuerzas Hércules le alzaba en alto; pero que cuando volvia á poner el pié en ella, cobraba mayores fuerzas cuando mas rendido.

DON FERNANDO.

¿Qué quieres decir en eso?

DOROTEA.

Que luchando amor y interés, que es invencible gigante, si estuvieras presente, todas las veces que pusiera en ti los ojos cobrara nuevas fuerzas para defenderme; pero si te fuiste y me dejaste en los brazos de Hércules sin querer ayudarme con asistirme, ¿quién ha tenido la culpa?

DON FERNANDO.

Esto teneis bueno las mujeres, que no os contentais con agraviarnos, sino que nos dais la culpa de los mismos agravios que nos haceis.

DOROTEA.

Mi amor no te ha ofendido.

DON FERNANDO.

Obras son amores.

DOROTEA.

Yo fuí forzada.

DON FERNANDO.

No era rey don Bela.

DOROTEA.

Fuerzas hay sin reyes.

DON FERNANDO.

¿Dirás que tu madre?

DOROTEA.

Pues ¿qué mayores?

DON FERNANDO.

¡Gentil obediencia!

DOROTEA.

Tú sabes que comenzó la fuerza por mis cabellos y que todos fuistes contra mí: ella con injurias, Gerarda con hechizos, tú con dejarme, y un caballero discreto con persuadirme.

DON FERNANDO.

¿Discreto, Dorotea? — Vámonos, Julio; que nos dirá sus gracias.

JULIO.

No te levantes furioso; que no te ha dado causa.

DON FERNANDO.

Yo sé que es don Bela un necio.

FELIPA.

Todo lo has echado á perder. ¿Por qué le dijiste que era discreto?

DOROTEA.

Por disculpar mi yerro con lo que le podia dar menos celos, que yo no alabé su talle.

FELIPA.

Ea, señor don Fernando, que algo bueno ha de tener don Bela.

DON FERNANDO.

Tenga plata, tenga oro, tenga diamantes, sea bien nacido; pero no sea entendido ni de buen talle.

DOROTEA.

Digo que es un necio y de la mas fea persona que hay en el mundo.

DON FERNANDO.

No tanto, Dorotea; que parece cumplimiento.

JULIO.

Gente viene al Prado: mejor es que nos vamos juntos; que en nuestra casa podeis hablar sin que os juzguen, y averiguar estas quejas sin testigos.

DOROTEA.

Si Fernando me da la mano yo iré con él; si no, ten por sin remedio que tengo de dar mil voces y hacer mil locuras en este Prado.

JULIO.

Ea, reyes mios, que en el prado y por abril solo tienen licencia los rocines.

DON FERNANDO.

¿Que tú me escuchabas, Dorotea?

JULIO.

¡Con qué bostezo tan moscatel despiertas del enojo!

DOROTEA.

En el alma me imprimias tus razones. ¿Qué dudas de darme la mano? Dámela, y te perdonaré un bofeton de un caballero mozo tan bizarro en la plaza como valiente con los toros; que no fué el de Teágenes á Clariquea sin conocerla: agravio que tú lloraste mucho tiempo, y que la misma noche me dabas tu daga para que yo me vengase de la agresora de tan injusto delito.

JULIO.

¡Qué disparates hacen y dicen los que aman! Cierto estoy que la dió porque él lo estaba de que no se la habias de cortar; que con amor tan imitador de Mucio Scévola ¿quién fuera persona?

DON FERNANDO.

¿Qué te podrá negar quien te debe la vida?

FELIPA.

Id vosotros delante; que ya nos miran.

JULIO.

¿Eres tú el que no habias de hablar á Dorotea?

DON FERNANDO.

¿No ves que tengo mi horóscopo en cuadrado y en oposicion de Vénus, y que hoy la miré á ella en el Tauro y en la Libra?

JULIO.

¡Qué cierto es culpar los hombres á la influencia, como si las estrellas hicieran fuerza, siendo la resistencia efecto de la virtud de nuestro albedrío, como lo hicieron el divino Platon y Escipion el Africano!

DON FERNANDO.

Ni yo soy divino ni romano; pero no sé lo que hicieran, uno filósofo y otro capitan, si vieran á Dorotea.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Ludovico.

SCENA II.

LUDOVICO, CÉSAR.

CÉSAR.

No vendrá esta mañana á nuestra junta don Fernando.

LUDOVICO.

Debe de andar con los pensamientos de su poema; que desvela mucho la dificultad de un principio.

CÉSAR.

No sea el poema Dorotea.

LUDOVICO.

El ha puesto la honra en no rendirse. Mostradme el soneto que le traiades.

CÉSAR.

Es en la nueva lengua.

LUDOVICO.

No importa: yo sé un poco de griego.

CÉSAR.

Algunos grandes ingenios adornan y visten la lengua castellana, hablando y escribiendo, orando y enseñando, de nuevas frases y figuras retóricas que la embellecen y esmaltan con admirable propriedad, á quien como á maestros (y mas á alguno que yo conozco) se debe toda veneracion, porque la han honrado, acrecentado, ilustrado y enriquecido con hermosos y no vulgares términos, cuya riqueza, aumento y hermosura reconoce el aplauso de los bien entendidos; pero la mala imitacion de otros, por quererse atrever con desordenada ambicion á lo que no les es lícito, pare monstros disformes y ridículos. El soneto es burlesco, y dice:

«Pululando de culto, Claudio amigo,
Minotaurista soy desde mañana,
Derelinquo la frasi castellana,
Vayan las *Solitúdines* conmigo. [obligo
»Por precursora, desde hoy mas me
A la aurora llamar Bautista ó Juana,
Chamelote la mar, la ronca rana
Mosca del agua, y sarna de oro al trigo.
»Mal afecto de mí, con odio y murrio,
Cáligas diré ya; que no grigüescos,
Como en el tiempo del pastor Bandurrio.
»Estos versos ¿son turcos ó tudescos?
Tú, lector Garibay, si eres bamburrio,
Apláudelos; que son cultidiablescos.»

LUDOVICO.

¿Quereis que le comentemos mientras viene Fernando?

CÉSAR.

A mí me parece que el argumento deste soneto (Dios vaya conmigo) es emprender esta nueva religion poética algun ingenio arrepentido de su misma patria; mas no querria que nos dijesen que parecemos á los trastejadores, que desde el tejado ajeno van echando á la calle cuanto hallan: allá va una pelota, alla vá una bola, allá unas calzas viejas ó algun cadáver gato, á quien dieron la muerte los perdigones, y las tejas sepultura.

LUDOVICO.

Así son muchos, que cuanto hallan en *Estobeo*, la *Polianlea* y *Conrado Gesnero* y otros librotes de lugares comunes, todo lo echan abajo, venga ó no venga á propósito.

CÉSAR.

Sin pasion digo que muchos dellos no son dignos de alabanza, aunque yo lo quiero ser de este soneto, porque como la invencion es la parte principal del poeta, si no el todo, y invencion y imitacion sean tambien una misma cosa, ni lo uno ni lo otro se halla en el que comenta; antes parecen á los horcones de los árboles, que aunque están arrimados á las ramas, no tienen hojas ni fruto, sino solo sirven de puntales á la fertilidad ajena, y como si no lo viésemos, nos están diciendo: «Esta es pera, este es durazno y este es membrillo;» como el otro pintor, que puso á un leon trasquilado: «Este es leon rapante.»

LUDOVICO.

Los que comentan y declaran á los poetas griegos y latinos merecen alabanza y premio, así por las canas de la antigüedad, que los ha hecho inaccesibles, como porque se muestra mejor la erudicion de autores y de varias lenguas. Deseo quien escriba sobre Garcilaso; que hasta ahora no le tenemos.

CÉSAR.

Grandes poetas son los de esta edad; pero mas querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las ajenas: Diego de Mendoza, Vicente Espinel, Marco Antonio de la Vega, Pedro Lainez, el doctor Garay, Fernando de Herrera, los dos Lupercios, don Luis de Góngora, Luis Galvez Montalvo, el marqués de Auñon, el de Montes-Claros, el duque de Francavila, el canónigo Tarraga, el marqués de Peñafiel, que tanta gracia tuvo para los versos castellanos, como se ve en aquellas endechas:

«En tiempo de agravios
¿De qué sirven quejas?
Que pues no hay orejas,
¿Para qué son labios?»

Francisco de Figueroa y Fernando de Herrera, que entrambos han merecido nombres de divinos; Pedro Padilla, el doctor Campuzano, Lopez Maldonado, Miguel de Cervántes, el jurado Juan Rufo, el doctor Soto, don Alonso de Ercilla, Liñan de Riaza, don Luis de Vargas Manrique, don Francisco de la Cueva y el licenciado Berrio, y este Lope de Vega, que comienza ahora.

LUDOVICO.

¿Esos son todos los que hay ahora en España?

CÉSAR.

Destos tengo noticia, y de Bautista de Vivar, monstro de naturaleza en decir versos de improviso con admirable impulso de las musas, y aquel furor poético que en su *Platon* divide Marsilio Ficino en cuatro partes.

LUDOVICO.

¿Cómo?

CÉSAR.

El primero es el poético, el segundo el misterioso, el tercero el vaticinio, y el cuarto el amatorio: de las musas es la poesía, el misterio de Dionisio, el vaticinio de Apolo y el amor de Vénus. Cómo esto suceda hallaréis en el mismo discurso.

LUDOVICO.

Paréceme que destos poetas se han de venir á engendrar tantos, que en sola una calle de Madrid haya mas que los que ahora decis que escriben en toda España.

CÉSAR.

Tal nos podrémos prometer de la fertilidad de sus ingenios.

LUDOVICO.

¿Qué han impreso hasta ahora?

CÉSAR.

Austriadas, *Araucanas*, *Galateas*, *Fílidas* y varias *Rimas*. Don Francisco de la Cueva, y Berrio, jurisconsultos gravísimos, de quien pudiéramos decir lo que de Dino y Alciato, intérpretes consultísimos de las leyes y poetas dulcísimos, escribieron comedias que se representaron con general aplauso.

LUDOVICO.

¿En qué ha parado el exámen de las comedias?

CÉSAR.

Su majestad, que Dios guarde, por descargo de su real conciencia, hizo que ventilasen su decencia ó indecencia, y han salido por último escrutinio indiferentes, siguiendo á los doctores sagrados que las dan por lícitas, porque adelante no las calumnien y impugnen, aunque se debe advertir que sea con todas las condiciones que tocan á nuestra santa fe y buenas costumbres.

LUDOVICO.

Para eso las censura un secretario, y las aprueba el real Consejo.—Volviendo á nuestro soneto, de que nos habemos divertido, decid algo de este nombre *culto;* que yo no entiendo su etimología.

CÉSAR.

Con deciros que lo fué Garcilaso, queda entendido.

LUDOVICO.

Garcilaso ¿fué culto?

CÉSAR.

Aquel poeta es culto, que cultiva de suerte su poema, que no deja cosa áspera ni escura, como un labrador un campo; que eso es cultura, aunque ellos dirán que lo toman por ornamento.

LUDOVICO.

La ley segunda de las cosas que no se tienen por escritas, dice que son iguales lo no entendido y lo que no fué escrito.

CÉSAR.

A mí me parece que al nombre *culto* no puede haber etimología que mejor le venga que la limpieza y el despejo de la sentencia libre de la escuridad; que no es ornamento de la oracion la confusion de los términos mal colocados, y la bárbara frasi traida de los cabellos con metáfora sobre metáfora.

LUDOVICO.

Viciosa es la oracion en buena lógica, que se saca por términos escuros y impropios, y que mas escurece que declara la naturaleza de la cosa definida; y si las que entre sí tienen esencial correspondencia no se pueden difinir la una sin la otra, ¿qué relacion hará *velera paloma* á las naves para difinirlas ó describirlas por este término, pues que lo mismo fuera velero cernícalo á un galeon, ó velera cigüeña á una fragata?

CÉSAR.

¡Qué bien llamó Virgilio á la saeta *volador hierro!*

LUDOVICO.

Era Virgilio.

CÉSAR.

Pues con todo eso, cuando dijo *líquido fuego* por puro ó lúcido, dijo Macrobio que habia sido atrevimiento, y le disculpa con que primero lo habia dicho Lucrecio.

LUDOVICO.

Arato, traducido por Germánico César, llamó á las lluvias del cielo *linfas tenues*, y el gran poeta *alegres* á las espigas fértiles.

CÉSAR.

¡Qué traslacion tan propria! Que es como decir que el agua se va riendo.

LUDOVICO.

Los términos que difinen mal la etimología de los nombres, son de todo punto bárbaros, como el que llamó *pecadores* á los herradores, trasladando los yerros de las costumbres al herrar las mulas.

CÉSAR.

Un estudiante comia moras, y respondió al que le preguntaba qué hacia: «Manduco sarracenas;» trasladando la fruta á la nacion del África.

LUDOVICO.

No se entienden aquí los que dice Pico Mirandulano, aquel milagro florentin, como lo son todos los ingenios de aquella patria, en su *Heptaplo*, que disfrazan la filosofía con el ornamento de las palabras; porque en los que yo digo falta toda la razon de lo bueno, que consiste en el modo, en la especie y en el órden.

CÉSAR.

La demostracion, como dice el filósofo, es de las cosas verdaderas; porque de las falsas se puede inferir lo falso y lo verdadero; pero de las verdaderas solo aquello que es verdadero.

LUDOVICO.

César, la prueba se ha de hacer por las cosas mas conocidas; que de otra suerte seria confusion, y no prueba; porque ha de manifestar el entendimiento, y no confundir el entendimiento.

CÉSAR.

Parecen proposiciones hipotéticas, que pueden ser y no ser, con cierta condicion que las denuncia.

LUDOVICO.

Mejor dijérades enigmas; que si Platon envolvió su filosofía en escuros términos, los poetas, para declarar sus conceptos, deben usar los mas fáciles, y para esto pensaba yo que se borraban los primeros delineamientos, que es lo que llaman lima.

CÉSAR.

No les parece que se puede levantar la lengua sin frásis bárbaras, y es engaño ó falta de ingenio, pues lo vemos en otros.

LUDOVICO.

Dirán ellos que tienen de su opinion muchos hombres científicos, y que el problema dialéctico es proposicion que se propone por entrambas partes de la contradicion.

CÉSAR.

Desto quisiera yo que trataran en sus juntas los que en este lugar se llaman ingenios, como lo hacen en Italia en aquellas floridísimas academias; pero juntarse á murmurar los unos de los otros debe de traer gusto; pero parece envidia, y en muchos ignorancia.

LUDOVICO.

Allí ninguno enseña y todos hablan, por lo que fuera bueno poner en una tablilla: «Aquí se juntan los ingenios;» como: «Esta es casa de posadas.»

CÉSAR.

¿No habeis visto aquel instrumento con que los libreros cortan los libros que encuadernan? Pues ese se llama *ingenio*, y debe de ser por estos que tambien cortan papel; pero es la dicha de lo escrito, que no pasan de las márgenes.

LUDOVICO.

Dicen algunos que basta la lógica natural para argüir y responder; y que así tambien para los versos la naturaleza sola, sin estar á los preceptos del arte.

CÉSAR.

El arte poética es parte de la filosofía racional, y por eso se cuenta entre las liberales; pero aunque es verdad que tiene principio de la naturaleza, ¿qué bárbaro no sabe que el arte la perficiona? Verdad es que sin letras habemos visto ingenios, pero dentro de las esferas de su actividad; porque en saliendo de aquel pequeño ámbito, dónde dan vueltas, es fuerza que se pierdan y que deliren. Pero ya que esta digresion ha sido inexcusable, volvamos á los versos.

LUDOVICO.

«Pululando de culto, Claudio amigo.»

CÉSAR.

Columela nos dirá lo que es *pulular*, por ser proprio de los árboles.

LUDOVICO.

Así las musas os favorezcan, César, que no hablemos de veras, pues el soneto es de burlas. Dejad á Columela y los lugares comunes, ¡malditos ellos sean! que ya no tengo cabeza para sufrirlos.

CÉSAR.

Sea como quisiéredes; pero si se ofrece alguna cosa seria ó científica, habeisme de perdonar; y ahora digo que pulular de culto es como ser catecúmeno desta secta, y que es hispanismo muy frecuentado de todos, como por ejemplo: zabullome de pato, anda de rebozo, vive de milagro, viste de verde, habla de enfermo, sale de juicio, y otras cosas á este propósito, porque no digais que os quiero cansar con el tal Columela. Pero mirad ¡qué divinísima traslacion de pulular hizo el *Eclesiástico!* Hablando de Caleb y de aquellos jueces israelitas, dice que sus huesos pululaban en los sepulcros, como que de ellos nacian siempre nuevas memorias y descendencias.

SCENA III.

JULIO, LUDOVICO, CÉSAR.

JULIO.

Estén en buen hora Niso y Eurialo, Pílades y Oréstes, Damon y Pitias, Scipion y Lelio.

LUDOVICO.

¡Oh, Julio amigo, seas bien venido! ¿Dónde sin don Fernando?

JULIO.

Queda en casa en una ocupacion notable. Envióme á que os dijese que vendria lo mas presto que le fuese posible.

CÉSAR.

Yo aseguro que le han ocupado las musas.

JULIO.

No, sino la musa.

CÉSAR.

¿Cómo es posible?

JULIO.

Así lo fuera decirlo.

CÉSAR.

La musa que él invocaba anda fuera del Parnaso con otros pensamientos.

JULIO.

Preguntábale Virgilio á la suya que ¿por qué causa habia venido Enéas de Troya á Italia? Que esta figura en la retórica es como apóstrofe ó antipófora.

CÉSAR.

Respondes á tu propósito, y no al mio.

JULIO.

Tú quisieras saber quién es la musa; y yo digo que se lo preguntes á ella; que, fuera de ser necesario el secreto, seria larga de contar la historia.

LUDOVICO.

Pues haz una brachilogia como aquel verso:

«Abrasa á Páris amor,
Roba á Helena, el griego se arma.»

JULIO.

Pues digo en esa imitacion:

«Ausentóse Fernando,
Juró, mintió, volvió, rogó llorando.»

LUDOVICO.

Tú lo has dicho con tu ingenio.

JULIO.

A lo menos es induccion por quien de los particulares se puede hacer progreso á los universales.

CÉSAR.

Julio, no vienes mal templado para lo que tratamos, aunque á tí nunca te olvidó la corte de aquellos buenos estudios.

JULIO.

¿En qué pasábades el tiempo?

LUDOVICO.

Mientras venia Fernando, intentábamos entender un soneto.

JULIO.

¿Entenderle?

CÉSAR.

¿De qué te admiras?

JULIO.

¡Tales ingenios!

LUDOVICO.

Toma y lee para tí, y luego nos ayudarás á comentarle.

JULIO.

Sin arrogancia leo.

CÉSAR.

Extremado ingenio tiene Julio; él y su amo son perpetuos estudiantes.

LUDOVICO.

No sé cómo puede Fernando amar y estudiar á un tiempo.

CÉSAR.

Parece esa duda al problema del filósofo: ¿Cómo se engendran los hermafroditos?

LUDOVICO.

Ovidio lo intentó con la fábula del trueco de Salmacis.

CÉSAR.

El orador romano dijo en sus *Tusculanas* que ninguna de las perturbaciones del ánimo era mas vehemente que el furor de amor; pues ¿cómo puede aplicarse el ánimo turbado á los estudios, que requieren estado tan pacífico?

JULIO.

Yo he leido y considerado esta bizarra macarronea: ¡mal año para Merlin Cocayo!

CÉSAR.

Aunque llegábamos al segundo verso, ¿qué te parece del primero?

JULIO.

Que habla con un amigo suyo.

LUDOVICO.

En razon de comentarle, no se excusaban en la palabra *amigo* Luciano y Tulio.

JULIO.

Si algo me tocare á mí, no lo pienso probar con la ilustre cáfila de la antigüedad, sino con poetas exquisitos, como los autores modernos, que piensan que es erudicion ensartar nombres sin leer los libros.

CÉSAR.

¿Cómo dice el segundo verso?

JULIO.

«Minotaurista soy desde mañana.»

CÉSAR.

Bien se ve claramente que se burlaba, si confiesa que esta poesía es labirinto, pues él se hace minotauro.

JULIO.

Mal compuesto para de toro y hombre.

LUDOVICO.

Esta voz lo es de Minos y Tauro; así se llamaba el hijo de Pasifae, á quien levantó Ovidio que se enamoró de un toro; que entre las fábulas y apólogos de los poetas ninguna agravió tanto á las mujeres como esta bestialidad y el caballo de Semíramis; porque el cisne de la hermosa Leda y la lluvia de oro de la imposible Dánae ya fueron hombres; si bien por alegoría debieron de querer decir que el poder, la fuerza, el interés y la ocasion vencieron á muchas.

CÉSAR.

Valientemente la pintó Ausonio.

JULIO.

En fin, dice que desde mañana será minotauro.

CÉSAR.

Del labirinto de los cultos.

LUDOVICO.

Ayúdele el hilo de oro, tan celebrado del epigrama de Estigelio.

CÉSAR.

El minotauro traian los romanos en sus banderas por símbolo del secreto.

JULIO.

Y aquí tambien pudiéran; que para muchos lo es este género de lengua.

CÉSAR.

De la mañana ¿no dirémos algo? Que los comentos no perdonarán cosa tan clara.

LUDOVICO.

Pues decid que es la sucesora de la noche, como ella la máscara del dia; y si la quereis muy rústica, trasladad el Mureto de Virgilio.

JULIO.

¡Qué fuera estaba de pintarla Rebotin de Marsella cuando dijo en sus estrambotes:
«Lo primero que hago con la aurora,
Ya lo he dicho quitándole dos letras»!

LUDOVICO.

¿Dónde hallaste ese poeta, Julio?

JULIO.

No os metais en averiguarlo, porque sabed que califican mucho á los que escriben, autores extraordinarios.

LUDOVICO.

Y aunque sean clásicos, fuera mejor que dijeran ellos lo que dijeron los autores.

CÉSAR.

No tuviera tanta autoridad; que muchas cosas se respetan por antiguas, que no igualan con las que ahora vemos.

JULIO.

Esa desdicha no la padecen las mujeres; que mas las respetan mozas.

LUDOVICO.

Dicen que se enfadaba Micael Angel, aquel escultor romano que dejó igual memoria con sus estatuas que con sus originales tiene la misma naturaleza...

JULIO.

¿De qué se enfadaba?

LUDOVICO.

De que anduviesen celebrando los estatuarios antiguos Fidias, Eufranores y Policletos, y que él no tuviese el nombre que merecía, porque no era de aquellos tiempos, haciéndoles ventaja conocida; y para burlarse de la envidia, que es la que siempre sigue á los vivos...

JULIO.

Y á veces á los muertos.

LUDOVICO.

Hizo una famosa estatua, y acabada con suma perfeccion y estudio, quitóle un pié, y enterróla de noche en una villa de un cardenal (así llaman allá los jardines) que á la sazon se edificaba. Halláronla á pocos dias los ministros de la fábrica, y acudiendo al espectáculo toda Roma, unos decian que era de Mentor, el que hizo el Júpiter Capitolino, y la Diana Efesia, y otros, que de Miron, el que hizo la Minerva y el Sátiro, de quien Juvenal se acuerda, y algunos que de Telécles y Teodoro; finalmente los escultores decian que ninguno se podia atrever á hacerle el pié que le faltaba, en todo el mundo. Entonces Micael hizo traer el pié, y poniéndole á la estatua, les dijo: «Romanos, yo la hice.»

JULIO.

Ahora viene
«Derelincuo la frasi castellana».

CÉSAR.

Derelinquo es mas que *linquo*, porque es dejar de todo punto.

JULIO.

Así es verdad, y por eso dijo con propriedad grande Cosme Pajarote, poeta manchego, en su *Zarambaina:*
«En viendo que el estío está propincuo,
Por mi salud las damas derelincuo.»
Y porque tan gran mudanza no se podia hacer sin gran favor, remata el cuarteto diciendo:
«Vayan las *Solitúdines* conmigo.»

CÉSAR.

Digo yo que estuvieran allí mejor *las Soledades.*

LUDOVICO.

Eso no, porque las voces esdrújulas son hinchazon del verso.

JULIO.

No, sino lobanillo.

LUDOVICO.

Fuera de ser mas culto, está mas crespo.

JULIO.

El poeta Bartolino de Cordellate usaba mucho estos esdrújulos; y así, dijo en su *Merendona:*
«No quiero más ventura
Que tener la bucólica segura.»
Pero mejor Carrasco en las *Cadencias*:
«Y tiene una carátula, [la.»
Que no la haréis mejor con una espátu-

CÉSAR.

El segundo cuarteto ¿cómo dice?

JULIO.

«Por precursora, desde hoy mas me obli- [go
A la aurora llamar Bautista ó Juana.»
Y es bellísima figura, tomando desde el rio Jordan la metáfora, y si fuere menester, desde el rio Marañon.

LUDOVICO.

Hame hecho Julio reir y acordar de una comedia de San Cristóbal, donde describiendo una procesion el poeta, hizo uno de los gigantes al Santo, y la tarasca al demonio, cuyos dos versos paralelos de una estancia, decian:
«Y con estos aceros
Tragaré querubines por sombreros.»

CÉSAR.

¡Valiente hipérbole!

LUDOVICO.

Pero mirad qué culteria esta del mismo poeta:
«Que ya sangre coral, ya carne nieve.»
O mirad esta por el mismo estilo:
«Deja sangre cristal, vidro embeleco.»

CÉSAR.

Prosigue, Julio, para acabar el cuarteto.

JULIO.

«Chamelote la mar, la ronca rana
Mosca del agua, y sarna de oro al trigo.»

CÉSAR.

¡Notable cosa!

LUDOVICO.

Ya sabeis que hay chamelote de flores y chamelote de aguas.

CÉSAR.

Los dos he visto.

LUDOVICO.

Pues sabed que la tierra es entre cultos chamelote de flores, y la mar chamelote de aguas.

JULIO.

No estaba mal dicho, si la voz chamelote no fuera tan áspera.

CÉSAR.

Así es verdad, porque muchas cosas de los cultos agradan por la hermosura de las voces, como llamando al ruiseñor *cítara de pluma;* que por la misma razon se habia de llamar la cítara *ruiseñor de palo;* pero la bajeza del sonido de estas dos voces no sufre que se diga trocando lo mismo: de suerte que la hermosura de cítara y pluma hace que no se repare en la conveniencia.

JULIO.

Y ¿si tuviera lo uno y lo otro?

LUDOVICO.

Fuera perfeto, poseyendo la forma esencial del conceto mejor materia en las voces, como para la perfeccion de la hermosura es opinion de Leon Hebreo en sus *Diálogos.*

JULIO.

Las licencias claro está que son permitidas, y como dijo un poeta: «Que los trabajos obligan á lo que un hombre no piensa;» lo mismo tambien se ha de entender de los consonantes, que aun de las cosas que se engendran, unas son por contingencia y otras por necesidad, como quiere el filósofo; y Quintiliano llamó á esta permision *fuerza del verso.*

LUDOVICO.

Ninguna cosa debe disculpar al buen poeta: piense, borre, advierta, elija y lea mil veces lo que escribe; que rimas se llamaron de *rimar*, que es inquirir y buscar con diligencia: así le usó Ciceron, así Estacio.

CÉSAR.

De suerte que no es alabanza no borrar.

JULIO.

Oid lo que respondia en una comedia un poeta á un príncipe que le preguntaba cómo componia, y veréis con qué facilidad le dijo todo.

«¿Cómo compones? Leyendo,
Y lo que leo imitando,
Y lo que imito escribiendo,
Y lo que escribo borrando:
De lo borrado escogiendo.»

CÉSAR.

Oid una curiosidad de Suetonio Tranquilo, que, hablando de que Neron era poeta, y que muchos creian que eran ajenos los versos y que los vendia por suyos, dice que después de muerto hallaron los cartapacios borrados y los versos sobrescritos; con que se certificaron de que eran suyos: luego en lo borrado se conoce lo que se piensa; que quien no piensa no borra; y así, el que busca hallará lo mas perfecto; que de aquí se llamaron los versos *trovas;* y por eso dijo el otro poeta:

«Dios perdone á Castillejo,
Que bien habló de estas *trovas.*»

LUDOVICO.

De ese poeta aun viven sus obras: fué secretario del Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos, aunque mayor la mereció otro del mismo oficio, que fué Gonzalo Perez, excelente traductor de Homero, como Gregorio Hernandez de Virgilio. Estos eran hombres de veras, que no aguardaron á que los pasase á su lengua Italia; que primero que los viésemos en ella, fué su version del griego y del latino.

JULIO.

Tocado habeis un punto que no ha causado poca risa entre los hombres de buenas letras, digo humanas, que ahora llaman pulidas, si bien no sé la causa.

CÉSAR.

¿Qué punto, Julio?

LUDOVICO.

Algunas versiones del latino, francés y griego, que, sacándolas del toscano, nos las venden por legítimas.

CÉSAR.

Tan malo es eso como vender por proprios los estudios ajenos, y los libros que hurtaron á quien los escribió. Pero volviendo al *rimar* ó hallar, que es lo mismo que inventar, y de quien agora en Italia y en España se llaman *rimas* las obras sueltas, la misma voz manifiesta lo que se debe pensar; y así llamó Ciceron á aquella fuerza oculta de investigar *invencion* y *pensamiento:* mirad si es menester cuidado, que aun para la oracion suelta no quiso Aristóteles que se frecuentasen el yambo y el troqueo, y le cita él mismo.

LUDOVICO.

La causa de que los poetas escribiendo prosa mezclen en ella versos medidos, es el uso de escribirlos; de que se enfadan los dos filósofos, y con mucha razon; pero el que fuere poeta natural no podrá remediar este defeto, sino es con mucho cuidado.

JULIO.

Lascivamente trujo el rimar el poeta Simaco. Pero ¿cómo os olvidais del mar, á quien nuestro soneto llama *chamelote?*

CÉSAR.

Aunque esa voz fuera dulce, era la traslacion durísima.

LUDOVICO.

Mirandulano dijo que la materia estaba en una cama del mar, en esta esfera de las cosas generables y corruptibles.

JULIO.

Sí; pero no dijo si habia de ser de grana ó de chamelote.

LUDOVICO.

Salomon aplicó divinamente á las generaciones que van y vienen, el flujo y reflujo de las ondas.

JULIO.

Yo aseguro que no las hizo de paño de rey ni de picote de Górdoba.

CÉSAR.

Desagradaron á Antonio Espeita en su *Retórica* las cosas duramente traidas desde léjos, y en una palabra difinió Quintiliano la metáfora, *hermosa y clara;* ¿qué hará lo que no tiene conveniencia, de que acusa á Licofronte, Górgias y Alcidamántes en los epítetos y adjetivos?

JULIO.

Oid la *ronca rana* del sétimo verso.

CÉSAR.

¿Cómo la llama?

JULIO.

Mosca del agua.

CÉSAR.

¿Porqué causa de conveniencia?

LUDOVICO.

Porque es importuna.

CÉSAR.

Luego un carro de bueyes, la tolva de un molino, un órgano cuando le templan, y una pulga cuando porfía, ¿serán moscas?

LUDOVICO.

Por eso puso *ronca*, porque por su atributo se conociese su importunidad; pero no advirtió cómo Virgilio llamó á los cisnes roncos, y le disculpa Ambrosio Calepino, dando la culpa al estrépito de las alas.

JULIO.

In verbo *pulga*, ya que la habeis nombrado, quisiera deciros una cancion que hizo el maestro Burguillos á cierta pulga.

CÉSAR.

Dila por tu vida, Julio, para que nos descanses de este inexorable soneto, pues ya no vendrá Fernando.

JULIO.

«Espíritu lascivo,
De los reinos de amor libre tirano,
Sutil átomo vivo,
En picar y color, mostaza en grano;
Para en alguna parte;
Que mal podré, saltando, retratarte.
»Pues la noche defiende
Tu vida á tantos dedos alguaciles,
No huyas, dulce duende;
Que en tus heridas á traicion sutiles,
Como los celos eres,
Que picas y te vas por donde quieres.
»En la tórrida zona
Los bárbaros respetan la hermosura,
Que aun la muerte perdona;
Y tú, crüel, inexorable y dura,
Mas turca que Amurátes,
Campos de aljófar siembras de granates.
»¡Oh punto indivisible
De la circunferencia de tu dueño,
Arador invisible,
Homicida frenética del sueño,
Que como delincuente
Te pasas á Aragon tan fácilmente!
»¿Qué gravedad no encuentras?
Qué hermosura no asustas? Qué clausura
Sacrílega no entras?
Qué estrado, qué valor, qué compostura
No saltas ni sarpulles,
Y cuando mas te agarran te escabulles?
»Corrido un elefante,
Dijo á una pulga: «¡Oh gran naturaleza!
¡Mi envidia no te espante!
¿Para qué quiero yo tanta grandeza,
Si duermo en la campaña,
Y esta en la Holanda, que en azar se baña?
»De yerba me sustento,
Y tú de la mas pura sangre humana:
En tierra, en agua, en viento
Vive todo animal, tú en oro y grana,
De donde miras sola
Cuanto circunda la terrestre bola.»
»Verdad dijo la fiera,
Pues nunca vió Colon, si se compara,
En una y otra esfera,
Y aunque por nuevos climas navegara,
A tanta hidrografía
Como suele mirar tu fantasía.
»Si la pluma describe
Tu cantidad, ¿cuál hombre, aunque rey sea,

Tantos palacios vive,
Ni en tantas galerías se pasea?
Pero en efeto eres
Mala justicia, de torcida mueres.
»Hazaña fué de Alcides
Flechalle las arpías á Fineo;
Tú, pulga, que resides
En la mesa mayor de mi deseo,
Mira que no te inclines
Donde te maten flechas de jazmines.
»Pero, pimienta viva,
Que naces en los reinos orientales;
Tenaza fugitiva,
Que tienes los candiles por fiscales;
Avispa, que sin pena
Vagas ociosa entre la miel ajena;
»¡Qué venganzas iguales
Como hallarte en el hurto, y retorcerte
En yemas de cristales,
Porque parezcas en la dulce muerte
A los enamorados,
Que mueren retorcidos y estrujados?
»No andes por las ramas
Poniendo en nieve cándida lunares,
Si bien pulga te llamas
Porque sueles morir entre pulgares,
Aunque te puso un dia
Hernando del Pulgar su valentía.
»¡Qué necios anduvieron
En sus transformaciones fabulosas
Los dioses que se hicieron
Cisnes, toros, caballos, fuentes, rosas!
Pues si en tí se volvieran,
¿Qué linces Argos sus engaños vieran?
»Filis está enojada
Porque eres, pulga, cazador sin miedo
De la legua vedada:
Guárdate, pulga, del puñal de un dedo;
Mas ¡ojalá yo fuera
Quien entre puertas de marfil muriera!
»Pulga, á los dos nos falta,
A tí mi humano ser, y á mí tu dicha;
Pica, repica, salta,
Y si morir tuvieres por desdicha,
Troquemos el empleo,
Yo seré pulga y tú serás deseo.
»Mas ya que el diente aplicas,
Purpúreo estamparás círculo breve;
Serémos si la picas,
Saltando por el arco de su nieve,
Aunque á mis ojos fuego,
Tú el perro, yo el que paga, amor el ciego.»

LUDOVICO.

¡Qué cosa tan propria de su condicion!

CÉSAR.

Nunca el maestro Burguillos hizo eleccion para sus musas de mas elevados asuntos.

LUDOVICO.

Si aquí le tuviéramos, él nos sacara de muchas dudas en la tremenda esfinge de este soneto.

CÉSAR.

¿En qué le dejamos?

JULIO.

En que Virgilio llamó á los cisnes *roncos*, y os prometo que me holgué en extremo, porque estoy cansado desta dulzura y suavidad con que dicen que cantan.

LUDOVICO.

De ahí le viene esto de *canoro* y *sonoro*, tan ordinarios atributos suyos, como lo veréis en Propercio y otros.

JULIO.

Y de todas las aves; que por eso dijo el poeta Filondango Mocuseo...

LUDOVICO.

Prodigioso poeta.

JULIO.

En su *Lucifereida*, aunque tomado del griego *Calipodio*...

CÉSAR.

¡Qué bien se burla!

JULIO.

«Cántenme buhos, no sonoras aves,
Endechas tristes, no canciones graves.»

LUDOVICO.

Lo único, lo aplaudido, lo grande, aunque yerre sin disculpa, se ha de venerar por acierto.

CÉSAR.

La voz de las ranas, ó los villanos de Licia que transformó Latona, llamó ronca Ovidio, y las pintó gallardamente, pero no las llamó moscas.

JULIO.

Agudamente dijo Zanahorio Caracola en un soneto á una dama gruesa de rostro y flaca de piernas.

«Tirsi, como yo soy grosero amante,
Mas te quisiera rana que gigante.»

Luego dice, *sarna de oro* al trigo.

CÉSAR.

Eso ¿quién puede entenderlo?

JULIO.

Antes es fácil; porque, como la sarna tiene granos, así el trigo, y añadióles *de oro*; que las comparaciones no se entienden *in omnimodam rationem*; pero debiólo de tomar el poeta deste soneto de la Sarneida que escribió Trancon Gerundio en el libro intitulado *Pupiloje*:

«¡Qué dulce almíbar masco,
Cuando lleno de cólera me rasco!
Porque parece, aunque después lo lloro,
Que ensarto por las uñas granos de oro.»

LUDOVICO.

La metáfora ha de ser segun la proporcion, como el vestido.

CÉSAR.

De Górgias se rió Aristóteles porque llamó *verdes cosas* á las *semillas*; ¿qué hiciera si hubiera visto lo que ahora pasa?

LUDOVICO.

Céres llamó Virgilio al trigo por metonimia.

CÉSAR.

Destos tropos leed á Quintiliano, aunque Cipriano los reduce á once.

JULIO.

El primer verso de los tercetos dice:
«Mal afecto de mí, con tedio y murrio.»

LUDOVICO.

Dice que está mal consigo mismo, por no haber seguido siempre esta novedad, porque vivir con las costumbres pasadas y hablar con las palabras presentes le pareció consejo saludable. *Tedio* ya sabeis que es fastidio, de quien dijo aquel sagrado vate Betlehemita, que dormitaba su alma por el gran tedio, y casi lo mismo el varon de Hus, grande entre los príncipes orientales; y Ciceron, que hay hombres á quien no causa tedio su grande infamia. *Murrio* es una voz castellana no poco significativa, si bien no usada; es finalmente una manera de tristeza que obliga á traer á un hombre siempre descontento el rostro, como si dijésemos de los enamorados ó maridos, que por no declarar sus celos andan murrios.

JULIO.

Eso es tomado del poeta Magalon de Pestináquis, en su comento á la *Gaticida* de Gusarapo Magurnio:

«La cara traigo murria
De sufrir tu celosa cancamurria.»

Y en la comedia llamada *La bella Zaragatona*:

«Ninguna cosa tanto me desmurria
Como mirar damazas de fanfurria.»

Porque estas *rr* son muy significativas y sonoras en nuestra lengua, y de excelente boato, como *sarria*, *angurria*, *tirria* y otras semejantes. Y *tedio* me ha hecho acordar de un papel de una dama, cuyo principio podré deciros:

«Estoy con tan inusitado tedio, que parece que me extrangulan el corazon los anhélitos de carecer de vuestro amabilísimo consorcio y primoroso gusto.»

LUDOVICO.

Competir podia seguramente con lo que decia un preceptor de gramática á un pupilo que azotaba: «Numera, pic... ro, flagelos; que si me provocas á ira... cundia, reiterando las líneas en el póde... te las haré solfa de antífonas, aunq... esmaltes de púrpura las cáligas.»

JULIO.

Ahí viene bien el verso que se sigue:
«Cáligas diré ya; que no grigiescos.»

Los griguiescos se llamaron así ... *grex gregis* y la lana del ganado; si ... es que vinieron de Grecia: son háb... descansado, aunque las calzas son m... jores para las armas, y tengo para ... que las calzas españolas no eran las q... se llamaron *cáligas*, sino todo gé... de medias, como las traian de acero ... soldados romanos, y las llaman los fr... ceses *chausse de guerre*.

CÉSAR.

Ciceron en la epístola quinta á su a... go Atico muestra no agradarse dell...

LUDOVICO.

Los cultos deste tiempo sabrán m... cho de calzas, porque todo es calzar ... trellas, calzar flores, nubes, noches, ... les, y aun ponelle chapines á la luna, ... mo si fueran á propósito para andar ... cando á Endimion por el monte Lat...

JULIO.

Extremadamente dijo Macario de V... dolaga, habiéndole hurtado unas ... dias y zapatos á su dama, que ba... dose en el rio, pudo desde unas zar...

«Tan medias las medias eran,
Que las medias calzas son,
Y tuvieran mas razon
Si fundas de flautas fueran
De los zapatos no siento
Cómo diga su primor:
Por Dios que tengo temor
Que les echen aposento.»

LUDOVICO.

Prosigue el soneto.

JULIO.

«Como en el tiempo del pastor [dur...

CÉSAR.

Ese pastor no he oido ni leído ... haber pasado algunos poetas grieg... tinos, franceses y toscanos.

JULIO.

Bandurrio es muy antiguo: fu... primer inventor de las bandurrias, ... hoy se llaman de su nombre; es in... mento pequeño, que á guisa de lo... lo son, en subiéndosele el hume... narices, tapará un órgano. Fué Ba... rio llamado rústico Orfeo, porq... biéndosele muerto su dama, inten...

los campos Elisios; y habiendo llegado con esta locura una noche á las dehesas Gamenosas, junto á Córdoba, se le antojó que unas yeguas blancas eran las almas; sacó su bandurria, y espantó de manera los ganados, que los yegüeros ignorantes, como si fueran las Bacantes de Tracia, le mataron á palos; y aunque no se lamentó á la traza de Orfeo con el gentil epigrama de Fausto Sabeo, no faltó quien le hizo este epitafio:

AQUI YACE BANDURRIO; ¡OH CAMINANTE! DETEN EL PASO.

LUDOVICO.

Detenedle vos; que estoy tan podrido de ver que en todos los epitafios ha de entrar el caminante, que he jurado no leer ni oir alguno que le tenga.

JULIO.

Teneis mucha razon: porque, fuera de ser cosa tan trivial y ordinaria, es fuerte caso que quiera un poeta que se detenga un caminante que va á sus negocios, á leer lo que á él se le antojó escribir, ó en alabanza ó en vituperio de aquel difunto. Si va á caballo, ¿cómo se ha de apear, ó quién le ha de tener la mula? Y si la sepultura está en iglesia, claro está que no se ha hecho el epitafio para los que van en coche. Si el tal caminante va á pié, ¿para qué se ha de detener á lo que no le importa, para llegar mas tarde á la posada?

CÉSAR.

Eso y lo de los antiguos «séale la tierra leve» me tiene tambien cansado; pues al difunto no se le puede dar nada de que le echen encima un monte ó un necio, que es la cosa mas pesada.

LUDOVICO.

Así dijo aquel filósofo que se mandó enterrar en el campo, diciéndole sus discípulos que le comerian las aves: á quien replicó que le pusiesen en la mano el báculo; y ellos entonces á él, que si no tenia sentido para apartarlas, que ¿de qué serviria el báculo? á quien dijo: «Pues si no tendré sentido, ¿qué importa que las aves me molesten?»

CÉSAR.

¡Qué poco se acordó del caminante aquel valiente, que puso en su sepultura: «Aquí yace Vasco Fernandez, que nunca tuvo miedo!» Y respondió el gran duque de Alba á quien se lo contaba: «Ese hombre nunca llegó á despabilar una vela con las manos.»

LUDOVICO.

¡Sutil sentencia para dar á entender que nunca se habia puesto en las ocasiones de tenerle!

JULIO.

El poeta Serpentonio Proculdubio hizo un epitafio á Bonamí, un criado de su majestad, monstruo hermoso de la naturaleza, pues en la mayor pequeñez que puede alcanzar el pensamiento, era perfectísimo, como la nuez de aquel escritor raro en que puso toda la *Iliada* de Homero.

CÉSAR.

Dí, Julio, el epitafio.

JULIO.

«Ten el paso caminante
A ver lo que no has de ver,
Aunque si tienes qué hacer,
Puedes pasar adelante.
Y eso si verlo te place,
Tan pequeño yace aquí
El átomo Bonamí,
Que no se sabe si yace.»

Pero sin detener los caminantes, al sepulcro de una dama muy alta y muy flaca dijo el maestro Burguillos:

Doña Madama Roanza
Tan alta y flaca vivia,
Que mandó su señoría
Enterrarse en una lanza.
Y aun hubo dificultad,
Porque lo alto faltó,
Y de lo ancho sobró
La mitad de la mitad.

LUDOVICO.

Esto basta para digresion. Vamos al verso duodécimo.

CÉSAR.

¿Cómo dice?

JULIO.

«Estos versos ¿son turcos ó tudescos?»

LUDOVICO.

Pregunta el autor, haciendo un apóstrofe á sí mismo, si están en lengua turca ó tudesca.

JULIO.

De los turcos no teneis que decir mas de que está llena dellos Constantinopla.

CÉSAR.

¡Novedad extraña! Perdóneselo Dios á Constantino.

LUDOVICO.

Leed al Jovio.

CÉSAR.

Leedle vos; que los españoles no le debemos nada, si no son deudas las injurias.

LUDOVICO.

Ese escribia por dineros, y los tomó del turco.

JULIO.

Los tudescos, ya sabeis que viven en aquellas partes de Alemania que vos fuéredes servido; que á fe que aquí algun escritor trujera fuera de propósito la eleccion de los emperadores por incidencia. El soneto finalmente acaba:

«Tú, lector Garibay, si eres Bamburrio,
Apláudelos; que son cultidiablescos.»

CÉSAR.

Garibay se toma aquí por vizcaíno, como *Roma pro Romanis*, y *Céres* por el trigo.

JULIO.

Cultidiablescos es un compuesto de diablo y culto.

LUDOVICO.

Di que es identidad. Pero Fernando viene.

SCENA IV.

DON FERNANDO.—LUDOVICO, CÉSAR, JULIO.

DON FERNANDO.

Nadie me culpe; que mas fácil me fuera dejar la vida que la ocasion que me ha ocupado.

LUDOVICO.

¿De qué es tanta alegría, que pareceis otro?

CÉSAR.

¿Qué os puede haber sucedido, que de un Heráclito venis hecho un Demócrito?

DON FERNANDO.

No es para dicho aprisa: vitorias son de amor, milagros son de la firmeza, portentos de la voluntad, prodigios de las estrellas, mudanzas de la fortuna, condiciones de los tiempos, efetos de la paciencia, vitorias del sufrimiento, y dichas de un desdichado, que suelen venir juntas. Entrad conmigo en mi estudio; que no será mal principio de poema leeros mi suceso.

CÉSAR.

¿Qué tiene este hombre, Julio?

JULIO.

Lo mismo que antes, mejorado de mayor locura: él os lo dirá todo, aunque por los ojos y las acciones ya os ha dicho la causa.

LUDOVICO.

Yo he leido en Aristóteles que una mujer llamada Policrata, de un súbito contento perdió la vida.

CÉSAR.

Lo mismo sucedió á Filípides, aquel gran escritor de comedias, que llama *varon nobilísimo* Guidon Bituricense, habiendo vencido en un certámen de poetas, como refiere Aulo Gelio.

LUDOVICO.

Y Sócrates el trágico, á quien llama Ciceron *divino*, tuvo la misma muerte.

DON FERNANDO.

El mismo Ciceron dice, en el libro quinto de sus *Tusculanas*, que vivió Demócrito Gelasino, riéndose siempre, ciento y nueve años: luego no á todos mató el contento.

JULIO.

Sin duda que quieres ser como Juan de los Tiempos, que vivió trescientos y sesenta y un años, como refiere Gaguino, pues nació reinando Carlo-Magno, y murió en el cetro de Ludovico el Mozo.

DON FERNANDO.

Todo lo puede hacer una felicidad no esperada.

JULIO.

De ese Juan de los Tiempos debió de tener principio en España la fábula de Juan de Espera-en-Dios y sus cinco blancas.

LUDOVICO.

Sosiégate, loco, y di, si puedes, lo que te ha sucedido.

DON FERNANDO.

¿No alaban la religion de Pompilio, la constancia de Régulo, la fortaleza de Caton, la justicia de Arístides, la sabiduría de Sócrates, la piedad de Scipion, la clemencia de Lelio, la perseverancia de Fabio, el brio de Rómulo, la equidad de Seleuco, la continencia de Curcio, la modestia de Camilo, la humanidad de Pirro, la fortuna de Alejandro, la caridad de Mucio, la audacia de Bruto, la elocuencia de Tulio, la magnificencia de Anco Marcio, el aviso de Tarquino y la prudencia de Servio? Pues añadan las historias á estos títulos el contento de don Fernando.

JULIO.

¡Notable sarta de romanos y griegos!

DON FERNANDO.

¿No llamaron á Scipion *el Africano*, porque venció aquella parte mundo?

LUDOVICO.

Por lo mismo llamaron *germánicos* ó *británicos* á los Césares.

DON FERNANDO.

Pues ¿cómo se llamará quien ha vencido los desdenes de Dorotea?

LUDOVICO.

Fernando el *Doroteánico*.

DON FERNANDO.

Pues ese es mi nombre, mi dicha y mi historia. Sentáos, y sabréis cuán secretos caminos tiene la fortuna, y cuánta obligacion tengo de escribir en su alabanza.

LUDOVICO.

No lo hagais; que dijo Tulio que alabar la fortuna era necedad, y vituperalla soberbia.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Teodora.

SCENA V.

GERARDA, TEODORA.

TEODORA.

No ha vuelto esa muchacha desde esta mañana, que fué con vuestra hija Felipa á pasear el acero, y temo que le ha sucedido alguna cosa.

GERARDA.

Ya tiene edad para no perderse, no tengais pena; que niña es Marina, cuando la llevan por el diente á Misa.

TEODORA.

No sé qué me da el corazon, después que está aquí Fernandillo; que, fuera de haber herido á don Bela y sus criados, de que temo que nos resulte algun trabajo, no sé qué mayor que sufrir sus músicas.

GERARDA.

Ya os dije lo que sentia y lo que habiades de hacer; pero no dés consejo á viejo, ni espalgues zamarro prieto. ¿Para qué la dejais salir con cuanto quiere?

TEODORA.

Por no enojarme de una vez.

GERARDA.

Ni tan yus ni tan sus, ni tu pan en tortas ni tu vino en botas.

TEODORA.

Celia me ha traido engañada.

GERARDA.

Ni perro negro ni mozó gallego.

TEODORA.

Ella está rica de lisonjas de su ama y necedades de don Bela.

GERARDA.

El rocin en mayo vuélvese caballo.

TEODORA.

Si Fernandillo vuelve, perdidas somos.

GERARDA.

Consoláos dese miedo con que va con ella Felipa.

TEODORA.

Cuando los Pedros están á una, mal para Alvaro de Luna.

GERARDA.

Pues ¿en qué opinion teneis á Felipa?

TEODORA.

De amiga, de mujer y de moza.

GERARDA.

Amiga lo es vuestra, mujer casada, y moza es entendida.

TEODORA.

¿A quién quereis que se parezca un huevo?

GERARDA.

Diréis que á otro.

TEODORA.

No, sino el alba.

GERARDA.

¿Tan mala opinion teneis de mí?

TEODORA.

No es opinion, sino cierta ciencia.

GERARDA.

Comadre, sabed que al rey don Juan de Portugal le trujo una labradora, que le pedia que le perdonase una muerte que su marido habia hecho, una cantidad de natas, estando allí la Reina, que sentada con él á la mesa, comió muchas. Echóse á sus piés la labradora, pidiendo la vida de su marido á entrambos: el Rey perdonaba, la Reina no queria; á quien él dijo, viéndola tan airada: «Paso, Señora; que habeis comido muchas natas.»

TEODORA.

Ya os entiendo, Gerarda. Callad, que vienen.

SCENA VI.

DOROTEA, FELIPA.—GERARDA, TEODORA.

DOROTEA.

¿Mas que me preguntas de dónde vengo?

TEODORA.

¿Para qué, viniendo tan colorada?

DOROTEA.

Mal si estoy colorada, mal si estoy descolorida; ¿con qué tengo de contentarte?

TEODORA.

Con venir á la una.

FELIPA.

¡Oh qué sermon habemos oido!

TEODORA.

Predicaria el padre don Fernando.

FELIPA.

No en buena fe, sino un descalzo famoso.

TEODORA.

¿Qué mas descalzo que ese caballero?

DOROTEA.

¡Oh madre! si le hubieras oido, no pudieras detener las lágrimas.

TEODORA.

Como esas he llorado yo por su paternidad de ese bendito predicador.

GERARDA.

Por el cabo de la cuchara sube el gato á la olla.

DOROTEA.

¡Tú tambien, Gerarda! ¿No te parece que vengo de donde digo?

GERARDA.

Ida y venida por en casa de mi tia.

DOROTEA.

¡Qué proprias virtudes de los años mayores, la malicia y la envidia!

GERARDA.

Yo con Felipa hablo, que no contigo, Dorotea: Felipa es mi hija, y la coz de la yegua no hace mal al potro.

DOROTEA.

Todas sabemos adagios, Gerarda; y aunque la lima muerde, alguna vez se le quiebra el diente.

GERARDA.

¿Métome yo contigo?

DOROTEA.

Dobla, Celia, ese manto; que están de pavana las dos señoras.

GERARDA.

Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis devociones.

DOROTEA.

¡Gerarda, Gerarda! A carne de lobo diente de perro.

GERARDA.

No tienes razon; que harto he procurado sosegar á tu madre.

DOROTEA.

Mi madre no se cansa de levantarme testimonios; por mí no me pesa, sino por tu hija Felipa, que es una santa.

TEODORA.

Berzas y nabos para en uno son entrambos. Negra, pon aquí la mesa.

DOROTEA.

No quiero comer.

TEODORA.

¿Para qué, si has comido?

DOROTEA.

El veneno que me has dado.

TEODORA.

Uñas de gato, hábito de beato. Haz pucheros por vida mia.

FELIPA. (*Ap. á Dorotea.*)

Calla, Dorotea; no levantemos alguna polvareda, que no se vea don Beltran.

DOROTEA.

Hoy, Felipa, ni pienso llorar ni reñir; que, aunque los extremos del placer suelen ser los principios del pesar, haré agravio á mi alma, si con la memoria de tanto bien estoy triste en mi vida.

FELIPA.

Nadie se acuerda de la mocedad que pasó, sino de la vejez que pasa.

TEODORA. (*Ap. á Gerarda.*)

No me agrada esta nueva compañía.

GERARDA.

Tocóse Marigüela, y dejóse el colodrillo de fuera.

TEODORA.

Plegue á Dios, Gerarda, que sea *agua limpia*.

GERARDA.

Obispo por obispo, séalo don Domingo.

TEODORA.

Las malas tijeras hicieron á mi padre tuerto.

GERARDA.

Si Dorotea tiene buen natural, Felipa no será parte para estragar sus costumbres.

TEODORA.

¿Qué tienen que hacer las bragas con el alcabala de las habas?

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Oh, felicísima mujer, con qué dicha te levantaste hoy! Ya tus deseos se cumplieron, ya viste el sugeto de tus ansias, el centro de tus pensamientos, cierta de que te adora, cierta de que te estima. Yo vi lágrimas en Fernando cuando mas desconfiaba de su memoria; será mio, aunque pese á esta vieja de mi madre y á la hechicera que la aconseja. No quiero Indias ni cautivar mis años; ¡qué oro, qué diamantes como mi gusto? ¡Oh mujer felicísima! Yo no me hallé en las mocedades de mi madre; viuda es, y no

la pena de parecer bien. La mujer del ciego ¿para quién se afeita?

TEODORA.

¿Qué murmuran estas damas?

GERARDA.

Murmuren lo que quisieren; que solo pueden poner falta en nuestros años, siendo lo que nos sobra.

TEODORA. (*Ap. á Gerarda.*)

Vuestra Felipa destruye á Dorotea.

GERARDA.

Quien tiene hijo varon no dé voces al ladron.

TEODORA.

Salíme al sol; dije mal y oí peor.

GERARDA.

Dorotea es discreta, Felipa es boba; ¿cuál puede engañar á cuál?

TEODORA.

¡De sermon dicen que vienen!

GERARDA.

Las truchas y las mentiras, cuanto mayores tanto mejores.

TEODORA.

Temo, Gerarda, temo que no se haya vuelto Dorotea á la amistad de don Fernando; que este mozo tiene gracias de padre, y ella desvanecimientos de linda.

GERARDA.

Anillo en dedo honra sin provecho. Pero si vos temeis la reconciliacion de estos dos amantes, yo que llegue á noticia de don Bela, con que nos amenaza á todas fatal ruina.

TEODORA.

Quitósele el suelo al cesto, y perdimos el parentesco.

GERARDA.

Pues eso no lo dudeis; que no es hombre que sufrirá tan necio agravio; que amor y señorío no quieren compañía.

TEODORA.

¡Ay Gerarda! ¡Dorotea contenta, sin venir de la puerta de Guadalajara con telas ó joyas, y á la una! Vuelto se han á encuadernar las voluntades pasadas; muerta soy.

GERARDA.

Romería de cerca, mucho vino y poca cera. Examinalda, Teodora; que la dejais salir con cuanto quiere; y si vuelve á lo que solia, perdióse vuestra casa, rematóse vuestra hacienda; que costumbres y dineros hacen los hijos caballeros.

TEODORA.

Las llaves en la cinta, y el perro en la cocina. ¿Qué me importa á mí reñir á Dorotea, si anda con ella Felipa?

GERARDA.

Ponte buen nombre, Isabel, y casarte has bien. ¡Ay Teodora, Teodora! Felipa no la pierde, sino el amor que tiene á don Fernando.

TEODORA.

Fuíme á palacio, fuí bestia, y vine asno. Vos me entendeis, Gerarda: amigos tiene Fernandillo, y vuestra hija doncella.

GERARDA.

¡Qué podeis decir desta moza, que abunda su virtud y recogimiento? Lo que le sucedió antes de casarse ha sucedido á muchas, y para eso estaba yo en el mundo; que en verdad que no lo echó de ver su marido, aunque no era bobo. ¡Moza es por cierto de malos consejos! ¿Qué sermon oye donde no lloré? Esta cuaresma ayunó al traspaso, que la tuve por muerta. Un rosario ha hecho de nudos de cordel, para cuando la entierren, que llegará desde aquí á Roma; por cierto que la noche del desposorio no la podíamos conducir al tálamo entre seis vecinas: mirad vos ¡qué vergüenza! Así la tuviera Dorotea.

TEODORA.

Lo mas fácil es negar y lo mas difícil defender; tomado me habeis lo fácil y dejádome lo difícil.

GERARDA.

Callad, que escuchan.

(*Vanse.*)

Calle.

SCENA VII.

MARFISA, CLARA.

MARFISA.

Pues no pierdo el juicio, no le tengo.

CLARA.

La traicion es de suerte, que no me permite consolarte; antes bien quisiera añadir sentimientos á los que tienes: accion mas desesperada que justa.

MARFISA.

¡Don Fernando en Madrid, Clara, y tantos dias sin verme! ¿Quién duda que le tendrá ocupado y divertido aquella famosa Circe, donde ha comido sueño su entendimiento? No he de quitarme desta puerta, aunque me lo mande la noche, por mas que me afrenten la vecindad y el dia. Aquel gentilhombre que hablé, es uno de los amigos de don Fernando; que el servir á Lisena, su vecina de Dorotea, los hizo iguales, como en el amor, en la confianza. Preguntóme cómo me iba con él después que habia venido de Sevilla; yo le respondí que don Fernando no habia venido; y él entonces, como en la corte se usa, me refirió la causa por que se habia partido, que eran los celos de un caballero indiano, no mal admitido de su casa, aunque con poco gusto de Dorotea; que no habia muerto á nadie; en que conocí que fué invencion para sacarme lo que sabes que le dí para que se fuese; que en mi vida compré tan barato el gusto de apartalle de aquella ninfa, por cuya ausencia alguna promesa la obliga á un hábito, casto por ironía; solo el escapulario azul será verdadero, por lo celoso. No sé qué pretendió en esta conversacion Fabricio (este es su nombre); pero ¿para qué lo dudo? Lo que todos los hombres, que cuanto ven codician: debió de querer apartarme del amor de Fernando, porque me dió esta carta que desde el camino le habia escrito, con unos versos que á su partida compuso, que todo dice así.

CLARA.

Servirá de entretener la pena de esperarle.

MARFISA. (*Lee.*)

«Yo voy, amigo Fabricio, sin alma porque la dejé, y sin vida porque me quiere dejar, y tan acompañado de pensamientos, que, como venenos diferentes, compitiendo unos con otros, me sustentan vivo. No he dormido, aunque lo he deseado; principios son de loco, y que ya no soy parte á resistirlos. Más vamos Julio y yo en Dorotea, que en el camino; no hablamos en otra cosa desde que amanece, y estoy cierto que no le sucede lo mismo. ¡Gran fortuna de las mujeres, que al primero desaire de sus galanes, hallan quien las sirva, ruegue, divierta, regale y enriquezca! ¡Ay de los hombres! para quien no hay mas remedio que no esperarle. Esos versos os dirán mas de mí que lo que yo sabia cuando los hice; si hay quien los cante, no me pesará que los oiga Dorotea.»

¿Adónde vais, pensamiento,
Con pasos tan engañados?
Que no puede bien huir
Quien lleva hierros de esclavo.
Si os han de volver por ellos,
¿De qué servirá alejaros?
Que es dar ocasion al dueño
Para mayores agravios.
Miráradeslo primero;
Que fué pensamiento vano
Querer librar en un dia
La prision de tantos años.
Si es imposible vivir,
Mirad que fué necio engaño
Ir huyendo de la vida,
Pues la dejais en sus brazos.
Si en lágrimas os flasteis,
Presumid que no fué llanto,
Sino escribir en el agua
La fe del amor pasado.
Si pensais hallar remedio
Donde se han perdido tantos,
O sois cuerdo, pensamiento,
O somos locos entrambos.
Llevais con vos la memoria
De tantos bienes pasados,
Y ¿quereis que se os olvide
Lo mismo que vais pensando?
Si yo fuera mas discreto,
Y vos menos arrojado,
No estuviéramos agora
Yo confuso y vos volando.
Diréis que puedo volver,
Pues que no há tanto que falto,
Sin ver que con tal flaqueza
Mayor venganza le damos.
Y mas quiero yo morir
Que no verme despreciado,
Pues nunca amor al rendido
Trató bien, aunque es hidalgo.
El ver que rendido vuelve
El que se despide airado,
Cuando no hiele, asegura,
Que es en amor grave daño.
Amor, pensamiento, es miedo,
Y una vez asegurado,
Bien puede ser que se quiera,
Mas no que se quiera tanto.
Pues andar con invenciones
No me parece acertado;
Que no se llama cautela
Lo que saben los contrarios.
Nunca de vos me fiara,
Pues que me habeis engañado,
Sin ver lo que puede amor
Favorecido del trato.
Si no pensais, pensamiento,
Otro remedio mas sano,
Los dos nos hemos perdido,
Y Amarilis se ha vengado.

CLARA.

El está muy bien escrito: ¡así estuviera bien empleado!

MARFISA.

¡Qué cortesano estilo!

CLARA.

Y ¡qué descortés contigo! Pero dime, señora: ¿de cuándo acá se llama esta señora Amarilis? Dorotilis habia de decir; que á tí, como á Marfisa, te tocó siempre ese nombre.

MARFISA.

¡Ay, Clara! Por engañarnos á entrambas; que los poetas tienen versos á dos luces, como los cantores villancicos, que con poco que les muden, sirven á muchas fiestas.

CLARA.

Guarda la carta; que él y Julio, su postillon, vienen hablando.

SCENA VIII.

DON FERNANDO, JULIO.—MARFISA, CLARA.

JULIO.

¡Mujeres tapadas á nuestra puerta!

DON FERNANDO.

Será algun recado de Dorotea.

JULIO.

Habrá reñido su madre la tardanza; que después que has venido, andará el palomar alborotado.

DON FERNANDO.

¿Mandan vuesas mercedes alguna cosa de su servicio? Si quieren descansar, casa es de hombre mozo.

MARFISA.

Y tan mozo, que aun no ha llegado la vergüenza á componer el desenfado de la cara.

DON FERNANDO.

¡Jesus! Marfisa, mi bien, mi señora, ¡tú á mi puerta! ¿Cómo habia yo de hallarte? Que apenas nos quitamos las espuelas, cuando fuimos á verte. —¿No es verdad, Julio?

JULIO.

Para esa obligacion ¿eran menester testigos?

CLARA.

No por cierto; que ¡cara tienes tú de jurar falso!

JULIO.

Pues, Clara, ¡á tu querido y deseado Julio!...

CLARA.

Pues, Julio, ¡á tu aborrecida y olvidada Clara!...

MARFISA.

Ocho dias há que estás en Madrid, no sé si diga ochenta.

DON FERNANDO.

¡Qué disparate! Lo que há que vine, he andado huyendo de la justicia

JULIO.

Y siempre por los arrabales recónditos.

MARFISA.

¿Comienza ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias, el mercurio de tus embajadas, la capa de tus traiciones, á echarnos bernardinas?

JULIO.

Eso merezco yo por los consejos saludables que le he dado, para que se te muestre agradecido, y el haber venido todo el camino hablando á don Fernando en tu hermosura, entendimiento y gracia; tanto, que una noche le hice componer unos versos al sentimiento de tu partida.

MARFISA.

Infame, esos versos para Dorotea, su lindísima dama, se escribieron; la del hábito cándido y el escapulario celeste, la del indiano rico, por quien le ha dejado como merece. Esa sí es digna destos encarecimientos, por firme, por leal, por desinteresada! Para sus celos di yo mi oro, como verdadera y necia, como mujer de bien, que se crió contigo, martirio de mi inocencia. ¡Oh mujeres honradas! qué poco mereceis el amor de tales hombres! A estos no les obliga la virtud ni el recogimiento, sino los tiros, los agravios, los celos, las competencias, las temas y los desprecios; esto los enamora, y así tienen los fines, los sucesos, las desgracias y el matar los hombres, como aquel por quien te fuiste á Sevilla, Dios le perdone. ¡Qué estocada le diste! Valiente eres de palabra. ¡Mal hayan mis pensamientos, mis firmezas, y cuanto he padecido por ti con mis tios y con mis!....

JULIO.

No le dejaron acabar las lágrimas. ¿Qué la miras? Por qué no hablas? Porqué no la consuelas? Tambien llora Clara, y yo estoy consultando los pucheros, si me estarán bien con tantas barbas.

DON FERNANDO.

Marfisa, yo veo claramente la razon que tienes. Corrido, confuso y arrepentido me pusiera á tus piés, y te diera esta daga para que me pasaras mil veces el pecho, si no estuviéramos en la calle. Entra, mi solo bien; que has de ser mi verdadero amor á pesar de mis mal empleadas locuras, ó no he de tener honra ni ser hijo de mis padres. Entra.

MARFISA.

No lo verán tus ojos, no mas burlas. Muchas lágrimas me cuestas, Fernando, muchos trabajos, dulce enemigo mio: ya no puede mi sufrimiento hallar disculpa á tantas sinrazones; solo te suplico por nuestra crianza y por aquella ternura con que nos prometimos la fe, que tan mal han logrado mis desdichas y tus mal empleadas imaginaciones, que si hallares nuevas de aquella prenda tuya, expósito del furor de mis parientes, me dés aviso y licencia para poder cobralle.

DON FERNANDO.

Espera, Señora, espera; por lo menos no te vayas llorando.

MARFISA.

Suéltame; que daré voces.

JULIO.

Adios, Clara.

CLARA.

Julio, poco teneis de César: no seré yo vuestra Roma, aunque no soy aguileña.

(*Vanse las dos.*)

DON FERNANDO.

¿Qué te parece desta desdicha?

JULIO.

Que tengo lástima al desprecio que has hecho de tantos méritos. Conozco el amor que Dorotea te ha tenido y dice que te tiene; pero en fin es de otro, y no siendo marido (que se debe sufrir por fuerza), es grande infamia hacer papel de segundo galan, y guardar el respeto á quien no se debe.

DON FERNANDO.

Julio, hago testigo al cielo, á cuanto ha criado, á tí, á mi honra, á este poco entendimiento mio, de solicitar con todos la venganza de Dorotea, que al fin vino á despedirme, y pagar á Marfisa tan justa deuda.

JULIO.

Pues, Señor, no sea de súbito; que yo te daré la traza con que el amor de Marfisa te vaya quitando el de Dorotea.

DON FERNANDO.

Con verla rendida se me ha quitado.

JULIO.

Templado basta.

DON FERNANDO.

Quitado digo, Julio.

JULIO.

Pareceráte á tí con la satisfacion de los brazos; pero es imposible que tan grande amor haya muerto á manos del mismo deseo que habia de aumentarle.

DON FERNANDO.

No me pareció que era Dorotea la que yo imaginaba ausente, no tan hermosa, no tan graciosa, no tan entendida; y como quien, para que una cosa se limpie, la baña en agua, así lo quedé yo en sus lágrimas, de mis deseos. Lo que me abrasaba era pensar que estaba enamorada de don Bela; lo que me quitaba el juicio era imaginar la conformidad de sus voluntades; pero en viendo que estaba forzada, violentada, afligida, que le afeaba, que le ponia defetos, que maldecia á su madre, que infamaba á Gerarda, que queria mal á Celia, y que me llamaba su verdad, su pensamiento, su dueño y su amor primero, así se me quitó del alma aquel grave peso que me oprimia, que vian otras cosas mis ojos, y escuchaban otras palabras mis oidos: de suerte que cuando llegó la hora de partirse, no solo no me pesó, pero ya lo deseaba.

JULIO.

Harás que me vuelva loco, y que diga que la filosofía de amor no está entendida en el mundo, pues tantos amorosos afectos, desmayos, ansias, locuras, desesperaciones, celos, deseos y lágrimas han tenido templanza en su mismo centro; lo que parece imposible.

DON FERNANDO.

Si entre los remedios del amor pone Ovidio la consideracion de las traiciones de lo que se ama, y los daños que resultan, y yo los miro, ¿de qué te admiras?

JULIO.

Ya no me admiro; pero deseo que no te engañes; que amor contento huye, y receloso vuelve.

DON FERNANDO.

Yo sé que he topado la rosa de Apuleyo.

JULIO.

¿Dónde?

DON FERNANDO.

En Marfisa.

JULIO.

Esa merece amor por firme y por sola; que no puede nadie amar con verdad ni tratar con honra, sustituyendo ausencias; que de galan á galan es el sufrimiento miedo, y el respeto infamia.

DON FERNANDO.

Por lo menos diré ahora lo que Catulo á Lesbia:

«De amor y aborrecimiento
Tan igual veneno tomo,
Que si me preguntan cómo,
No sé mas de que lo siento.»

CORO DE VENGANZA.

(*Endecasílabos faleucios.*)

Amor de ser amado satisfecho,
Cuando agraviado imaginó vengarse,
Templado el fuego, y el furor deshecho

Adonde pudo arderse, pudo helarse.
Quien ama y agravió, no vuelva y diga
Que fué violencia ajena la mudanza,
Pues cuando piensa que rendido obliga,
El agraviado intenta la venganza.
Quien ofendido vuelve á ser amado,
¡Cuán fácilmente lo que quiso olvida,
Fingiendo que ama hasta quedar vengado,
Con falso gusto y voluntad fingida!
Tenga quien agravió justos recelos,
Y nunca mire el alma por los labios;
Que amistades son dulces sobre celos,
Pero siempre fingidas sobre agravios.

ACTO QUINTO.

Sala en casa de don Bela.

SCENA PRIMERA.

DON BELA, LAURENCIO.

DON BELA.

Mira qué quiere ese criado del Conde, Laurencio.

LAURENCIO.

Viene por el caballo que le mandaste para las cañas destas fiestas; que tiene puestos en él los ojos para salir lucido.

DON BELA.

¿Por qué no le dijiste que estaba clavado?

LAURENCIO.

Ya se lo dije, y que te pesaba en extremo.

DON BELA.

Perdido estoy de triste; no sé qué tengo estos dias, que no puedo alegrarme.

LAURENCIO.

De la tristeza de Dorotea nace la tuya.

DON BELA.

Pensé que la enterneciera el haberme herido por su causa, y desde entonces pienso que me aborrece.

LAURENCIO.

Si este amor se acabase, muchos te desengañarian.

DON BELA.

Pues tú ¿sospechas algo?

LAURENCIO.

No lo sé de cierto.

DON BELA.

Después que te pasé de criado á amigo, has perdido la condicion de los que sirven, que parlan cuanto saben; pero, pues ya eres amigo, como tienes licencia de reprehenderme, tenla de desengañarme.

LAURENCIO.

Examina la tristeza de Dorotea, que ella te dirá la causa; porque si hay algun peligro, debe de ser con gran secreto; si bien há dias que ni aun sombra de sospecha entra en su casa.

DON BELA.

Pues desa manera ¿qué me quereis, tristezas? Qué me afligis, celos? Laurencio es mi criado y mi amigo, y por la una parte no parla, y por la otra no desengaña: luego Dorotea no tiene culpa de mis sospechas.—Dame aquellos papeles; que con la memoria de los estudios de mis primeros años he hecho un epigrama esta noche, y querria sacarle en limpio.

LAURENCIO.

Estos son los papeles. Mucho has borrado.

DON BELA.

Yo conocí un poeta de maravilloso natural, y borraba tanto, que solo él entendia sus escritos, y era imposible copiarlos; y ríete, Laurencio, de poeta que no borra. El epigrama dice:

«Miré, Señora, la ideal belleza,
Guiándome el amor por vagarosas
Sendas de nueve cielos;
Y absorto en su grandeza,
Las ejemplares formas de las cosas
Bajé á mirar en los humanos velos;
Y en la vuestra sensible
Contemplé la divina inteligible;
Y viendo que conforma
Tanto el retrato á su primera forma,
Amé vuestra hermosura,
Imágen de su luz divina y pura,
Haciendo, cuando os veo,
Que pueda la razon mas que el deseo;
Que si por ella sola me gobierno,
Amor, que todo es alma, será eterno.

LAURENCIO.

Está muy bien escrito; pero yo te confieso que no le entiendo, y aun lo dudo del sutil ingenio de Dorotea.

DON BELA.

Mira, Laurencio, lo que ha de entender Dorotea de mi pluma son las libranzas de los mercaderes para sus galas: esto, basta que yo lo entienda.

LAURENCIO.

Y yo querria.

DON BELA.

Así como la divina belleza, que con eterna é incomprehensible luz resplandece en aquel soberano Artífice, esparce sus rayos, que, descendiendo por todos los cuerpos, ilustra las mentes angélicas, hermosea el alma del universo, y finalmente desciende á la materia de los cuerpos, donde se resuelven con suave armonía los cielos, resplandece el sol, centellean las estrellas, consérvase puro el fuego, alégrase el aire sereno, gozan su perpetuo curso las instables corrientes de las aguas, la tierra se adorna de diversas flores, árboles y plantas, y últimamente el hombre se admira en los rayos de esta divina belleza, que en la hermosura de las mujeres sobre todas las inferiores criaturas resplandece; así el amor enseña de grado en grado (cuanto es capaz nuestro entendimiento, aspirando á tan alta contemplacion) á formar una idea particular, que ama sin divertir el pensamiento fuera de los límites de la razon.

LAURENCIO.

¿Qué tienes por idea?

DON BELA.

La noticia ejemplar de las cosas.

LAURENCIO.

De manera que tú me das á entender que amas á Dorotea tan platónicamente, que de la belleza ideal suprema has sacado la contemplacion de su hermosura.

DON BELA.

Querria á lo menos quererla con este propósito; que no sé si he leido en el filósofo, que amor puede ser de entrambas maneras; y quererla con sola el alma es el mas verdadero, y para ella lo mas seguro.

LAURENCIO.

No sé qué traes de ocho dias á esta parte, que no pareces el que solias. ¡Tú devoto! Tú contrito! Tú meláncolico! Si es divino impulso (quiéralo el cielo, daré de albricias cuanto me ha valido el ir y venir en casa de Dorotea; si es melancolía forzosa, guárdate de dar en hipocondríaco, que perderás el seso y los amigos.

DON BELA.

¡Ay, Laurencio! ¿Quién hay que tenga entendimiento, que no conozca que es mortal? Traen consigo los deleites por sombra la conciencia, como suelen decir los que han muerto algun hombre á sangre fria, que le traen siempre á cuestas. Dorotea es hermosa únicamente, entendida, y con tantas gracias, que si el hilo de oro de la razon no me saca de este laberinto, creo que habemos de decir al fin de la vida, como aquel rey de la Gran Bretaña: «Todo lo perdimos.»

LAURENCIO.

No te entristezcas, por Dios; que no estás en mal estado de enmendarte, pues lo conoces. A buen tiempo viene Gerarda: ella te desenfadará con sus vejeces y aun con sus astucias.

SCENA II.

GERARDA. — DON BELA, LAURENCIO.

GERARDA.

Donde no está el Rey, no le hallan.

DON BELA.

¿Hasme buscado, madre?

GERARDA.

Y ¡cómo! Díganlo todos esos criados que no salen contigo: al despensero le quité ayer un dolor de muelas, que rabiaba como un perro por la canícula.

LAURENCIO.

Pensé que las muelas.

GERARDA.

¿Qué dioes, Laurencio? Aun no he entrado, y ¡ya me persignes! ¿Saco yo muelas por ventura?

LAURENCIO.

No, tia; pero dicen algunas ignorantes que aprovechan para sus mentiras.

GERARDA.

Esa, don Vasco, rapáosla del casco; que en verdad, en verdad, que nunca creí que podian hacer dichosos las alhajas de hombres tan desdichados, que predican en la horca, echando la bendicion al pueblo con los talones.

LAURENCIO.

Mira, madre, cuando mas piensas que yo me burlo, mas alabo tus habilidades; y tú tambien me dices á mí las mias cuando sacamos galas á Dorotea, levantándome que me aprovecho, y que voy horro con el mercader.

GERARDA.

Está el mono en la pared, dice de todos y todos dél. Hijo Laurencio, con un lobo no se mata otro. ¿Cómo calla don Bela, viendo tratar mis tocas honradas con este desafuero? Estoy por decir de tí, que en casa del ruin la mujer es alguacil.

DON BELA.

Madre, luego lloras; no he visto ojos tan tiernos. Dale cuatro reales, Laurencio.

GERARDA.

Mucho os quiero, Pedro; no os digo lo medio. No hay aquí para la olla; que hoy come una amiga conmigo.

DON BELA.

¿Es moza?

GERARDA.

Entre las dos tenemos tres dientes y ciento y cuarenta y cinco años. ¿Pensabas hacer algun peso falso á Dorotea? Dios me libre de tus mañas; siempre la matas á celos. Pues ¡el bellaco de Laurencio, que te encubre, y siempre la anda engañando!

LAURENCIO.

¡Yo, tia! ¿Quién te lo ha dicho, si don Bela, mi señor, es tan retirado, y yo tan encogido?

GERARDA.

Entre pupa y burujon Dios escoja lo mejor. Todo se sabe, comadre. Pero, volviendo á mi convidada, hé aquí la olla. Una libra de carnero, catorce maravedís. Media de vaca, seis: son veinte. De tocino un cuarto, otro de carbon, de perejil y cebollas dos maravedís, y cuatro de aceitunas, es un real cabal. Pues tres reales de vino entre dos mujeres de bien es muy poca manifatura: no hay para dos sorbos. Añade, así Dios te añada los dias de tu vida.

LAURENCIO.

¡Tres reales de vino, valiendo á doce maravedís la azumbre!

GERARDA.

Hermano Laurencio, en año caro, harnero espeso y cedazo claro.

DON BELA.

Dale otros cuatro reales.

GERARDA.

De la vaca flaca, la lengua y la pata.

DON BELA.

Madre, ¿dónde aprendiste tantos refranes?

GERARDA.

Hijo, estos son todos los libros del mundo en quinta esencia, compúsolos el uso y confirmólos la experiencia.

DON BELA.

Cierto que muchos dellos son tan verdaderos y sentenciosos, que enseñan mas en aquel modo lacónico que muchos libros de filósofos antiguos en dilatados discursos. Pero dime, Gerarda, ¿á qué venias?

GERARDA.

Dice Dorotea que no quiere ventana para los toros, porque está de mala gana, como dicen en Valencia, y porque ella no se quiere holgar cuando se huelgan todos.

LAURENCIO.

Buen remedio.

GERARDA.

¿Cómo?

LAURENCIO.

Correlle un toro en su aposento.

GERARDA.

¡Oh qué gracia! Dios te bendiga. Toma.

LAURENCIO.

¿No te agrada el arbitrio?

GERARDA.

Dijo mayo á abril: Aunque te pese, me he de reir.

DON BELA.

Estar triste Dorotea y no ir á los toros... Algo tiene en el campo que le duele.

GERARDA.

¿Qué ha de tener sino los celos que le das, Miralo-todo? ¿Piensas que no te vió mirar á las escultoras en la Merced? ¡Por cierto que son muy lindas! No diera yo por ellas para mi traer, si fuera persona de calzas atacadas, una cinta de seda: afeitadillas, bachillerillas, bailadorcillas...

DON BELA.

¿Aquellas se afeitan, madre?

GERARDA.

No, sino el alba. Ninguna lo deja en el arca: las blancas para serlo mas; que las negras ya está dicho.

DON BELA.

Yerran mucho, porque mas vale ser moza mucho tiempo que hermosa poco; efecto del soliman, que les quita los dientes y les arruga la tez del rostro; sino que el afeite es como el tiempo, que, como quita cada dia tan poco, no se siente. Y á la cuenta tambien se lo pondrá Dorotea.

GERARDA.

No hay regla sin excepcion, don Bela; que no se entiende que generalmente se le ponen todas, y no es el afeite cosa que se puede encubrir; que si se acuesta una mujer y amanece otra, ¿cómo lo puede ignorar el que la tiene al lado? Pero volviendo á las ninfas que mirabas, ¡qué mujeres para competir con el reposo de Dorotea! ¡Con aquella gravedad patricia, que parece un clarísimo veneciano; aquella honra del estrado, aquella honestidad por la calle, aquella devocion en la iglesia, aquella libertad en el campo, y á su tiempo nabos en adviento! Si la vieras ahora de sirena con el arpa, trayendo aquellos dedos de cuerda en cuerda, que parece que se reian como que les hacia cosquillas; los cabellos sueltos, que á veces sobre el arpa, envidiosos de las cuerdas, querian serlo, porque los tocase tambien á ellos; y aun pienso que las cuerdas decian, en lo que sonaban, que les dejasen hacer su oficio, pues ellas no los iban á estorbar cuando se tocaba Dorotea.

DON BELA.

Madre, muy poética vienes esta mañana.

GERARDA.

Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis devociones, porque fui á consolar una moza que ha parido y no sabe á quién darlo: pedíame consejo, y de cuatro le dije que al mas bobo.

DON BELA.

¡En buenos pasos andas!

GERARDA.

Hijo, dar consejo al que le ha menester es obra de misericordia.

DON BELA.

¿Qué cantaba Dorotea?

GERARDA.

«Velador que el castillo velas,
Vélale bien, y mira por tí;
Que velando en él me perdí.»

¿Qué te parece cómo alude á tu nombre? Pues ella ha hecho las coplas, mira lo que canta, mira lo que entiende, mira lo que le debes.

DON BELA.

Dale otros cuatro reales.

GERARDA.

¡Ay, amigo! sois galan viejo. El mozo y el gallo un año: todos sois liberales á los principios; despues quereis comer sobre tarja.

DON BELA.

Gerarda, Gerarda, si hablamos de veras, no soy tan simple que no me haya reportado la mala correspondencia de Dorotea.

GERARDA.

¿Hate traido Laurencio esos chismes? ¡Pobre Dorotea! todo el dia atada á la labor para hacerte camisas... Ella se lo merece.

DON BELA.

Perdona; que no lo digo porque te enternezcas.—Dale otros cuatro reales.

GERARDA.

Ya son doce: ¡qué lindo número! Soy yo devotísima de los doce apóstoles.

LAURENCIO.

Pensé que de los doce pares.

GERARDA.

Llégamelos á los veinte y cuatro, así lo seas de Sevilla; que tengo empeñada una saya en diez y seis reales.

DON BELA.

Dáselos, Laurencio, si me dice quién de los galanes que pasean á Dorotea, es el mas favorecido.

GERARDA.

Tú, bobillo.

DON BELA.

¿En qué lo ves, madre?

GERARDA.

En que ese es de la boda, que duerme con la novia.

DON BELA.

Advierte que no le digas nada á Dorotea.

GERARDA.

Pues dame otros seis reales.

DON BELA.

Dáselos, y adios; que me voy á misa.
(Vase.)

LAURENCIO.

Veinte y seis llevas, madre.

GERARDA.

Pues algo has de hacer tú: llégamelos á treinta, y te daré diez y siete años sin afeite, sin pedir, sin malicia, y con una cara como una manzana de Nájera.

LAURENCIO.

Bien dices, tia; que la mujer ha de ser como la muleta, la boca sangrineta.

GERARDA.

Tú verás que yo soy agradecida.

LAURENCIO.

Y ¿cómo sabes que ha de querer esa moza que dices?

GERARDA.

Porque es de las que tengo en administracion, y ¿no reparas en que me ha menester?

LAURENCIO.

Y ¿es sin duda de diez y siete años?

GERARDA.

Extraño eres: ¿tengo de traerte fe del bautismo? Todas son de la edad que parecen; que á fe que andan por ahí mujeres en zapatos, haciendo melindres con el manto, que há mas de cuarenta que dijeron taita; pero aquel círculo de una toca bien puesta, encubridora de ladrones pliegues, y los cabellos de la que tuvo tabardillo, pollera en arco y lo resplandeciente del Gran Turco, las hacen niñas y pasan plaza de novedad

á fuerza del desenfado y en gracia de la bachillería.

LAURENCIO.

Dame pena que sea casada esa moza.

GERARDA.

Pues no eres tú el que pierde, sino su marido.

LAURENCIO.

Si dura la amistad, forzoso es el peligro.

GERARDA.

La casada y la ensalada, dos bocados y dejalla.

LAURENCIO.

Y ¿si me enamoro?

GERARDA.

Andar á hurtar los ratos que se ocupare el dueño fuera de casa.

LAURENCIO.

El hurtar es cosa linda, si colgasen por la pretina.

GERARDA.

Hombres tan mirados no jueguen á los dados.

LAURENCIO.

Siempre tuve respeto al matrimonio.

GERARDA.

Paréceme de perlas, y mas si te has de casar, porque muchos que han ofendido casados, lo pagan cuando lo son.

LAURENCIO.

Si el que mata con hierro muère á hierro, el que mata con la madera que sabes, bien puede temer lo mismo. Quisiera yo un entretenimiento á medio traer, libre de polvo y paja y de toda fullería.

GERARDA.

Pareces hábito, que informas de limpieza.

LAURENCIO.

Hojea tu catálogo y mira á cuántas hojas está alguna desocupada de riesgos, humilde de rostro, novicia de semblante, y sobre bisoña de pedir, diestra de guardar decoro.

GERARDA.

Pensé que solo eras indiano en el dar, y tambien lo eres en el pedir.

LAURENCIO.

¿Por qué piensas que los indianos son tan recatados?

GERARDA.

Por lo que les cuesta.

LAURENCIO.

No por cierto; sino porque son discretos.

GERARDA.

Ahora bien, yo quiero contentarte.

LAURENCIO.

Habrás recorrido el manual de tus cuentas.

GERARDA.

En la Casa del Campo hay una fuente del dios de las aguas, á cuyos lados están dos nichos y dos ninfas en ellos de mármol blanco; vamos allá esta tarde, y escogerás la que te agradare.

LAURENCIO.

Si no te hubiera dado los cuatro reales, no te los diera.

GERARDA.

Si eso te pesa, tómalos.

LAURENCIO.

¡Digas á mí!

GERARDA.

Pues ¿qué pensabas, escuderazo?

LAURENCIO.

¡Oh, vieja desollada!

GERARDA.

Cuando se acaben estos amores, sabrémos quién lo queda.

LAURENCIO.

Sí; pero estás á peligro.

GERARDA.

¿De qué, mis ojos?

LAURENCIO.

De obispar, mi alma.

GERARDA.

Si eso fuera peligro, no lo pretendieran tantos.

LAURENCIO.

Hazte boba, Séneca de Segovia.

GERARDA.

Laurencio, poco á poco; que tambien hay de mi oficio entre vosotros.

LAURENCIO.

El que sirve no es tercero, sino criado.

GERARDA.

Yo conozco alguno que tiene recetas de remendar doncellas de la Vera, con otros embustes, destilaciones y yerbas.

LAURENCIO.

Habrásle tú enseñado.

GERARDA.

Hombre compuesto de lacayo y mayordomo, respeta mis tocas, ó si no...

LAURENCIO.

Gerarda, ya soy duro para chupado.

GERARDA.

Pícaro, con torreznos me unto; que soy de las montañas de Búrgos.

LAURENCIO.

Ahí es donde andan ellas.

GERARDA.

Y vos en las de Judea, mal nacido.

LAURENCIO.

Vieja centésima, mira que soy tataranieto de un embajador de Persia.

GERARDA.

Pues ponéos el turbante de vuestro abuelo.

LAURENCIO.

Con letras de oro tengo un privilegio rodado.

GERARDA.

Ya sé yo que si no rodara, no le alcanzárades.

LAURENCIO.

Yo no soy de los que se ponen nombres que no tienen.

GERARDA.

En siendo un hombre hijo de padre extranjero, se gradúa de caballero, y lo sustenta hasta que le descubre por quien es la infamia de las costumbres.

LAURENCIO.

De tal lengua tales palabras. Estoy...

GERARDA.

Quedo; que tengo un conocido poeta de mal hacer, que en granizando consonantes, no teme vivos ni perdona muertos.

LAURENCIO.

Y yo una conocida de tanta habilidad, que te dará lo empatado, aunque te digan doscientos á las espaldas.

GERARDA.

No llegues á mis dias.

LAURENCIO.

Aunque los eches en la calle, nadie llegará á ellos.

GERARDA.

Bien sé por qué me aborreces.

LAURENCIO.

¿Por qué?

GERARDA.

Porque los criados como tú son como los perros, que muerden á los pobres, porque piensan que les vienen á quitar lo que les toca á ellos. A fe que no te me atrevias tú cuando me habia menester don Bela.

LAURENCIO.

Tambien quiero que sepas que los terceros son como los ochos y nueves, que vienen atados y iguales en la baraja, y en queriendo jugar, los echan en la calle.

GERARDA.

Ya lo sé yo, Laurencio, y que siempre son tantas las ingratitudes después del recibir como fueron las reverencias antes del alcanzar y las sumisiones al pretender.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

SCENA III.

CÉSAR, DON FERNANDO, JULIO.

CÉSAR. (*Ap.*)

Templando está su instrumento don Fernando: desde aquí, porque no le deje, quiero escuchar lo que canta.

DON FERNANDO. (*Sin ver á César.*)

Malas primas.

JULIO.

No hay cuerda buena.

DON FERNANDO.

Mira lo que dices, que no es cuerda la que es mala.

JULIO.

¿Desto sacas alegorías?

DON FERNANDO.

Dorotea fué la causa.

JULIO.

¿Ya es mala Dorotea?

DON FERNANDO.

Tú lo sabes.

JULIO.

Hasta que no digas mal de Dorotea, no tengo de creer que la has olvidado.

DON FERNANDO.

Pues digo que es un ángel.

JULIO.

Tampoco.

DON FERNANDO.

Pues ¿cómo ha de ser?

JULIO.

No decir bien ni mal de Dorotea; que el que ha olvidado lo que amaba, no dice mal ni bien de lo que olvida: bien, porque ya no ama, y mal, porque no se venga.

DON FERNANDO.

Pues vengarse ¿es amor?

JULIO.

No, sino desesperacion amorosa, y acuérdate de lo que de Medea escribe Ovidio, que habiéndose casado Jason con otra, se la mató con dos hijos y puso fuego á sus casas.

DON FERNANDO. (*Canta.*)

Si tuvieras, aldeana,
La condicion como el talle,

Fueras reina de tu aldea,
Tuvieras vasallos grandes.
Opuesta al sol de tus ojos
La luna de tu donaire,
La tierra de tu aspereza
Forma eclipses, sombras hace.
¿Eres tú la bien prendida,
Aunque es mejor que te llamen
La que cuanto mira prende,
Y tienes celos del aire?
Si no puede tu belleza
De tí misma asegurarte,
¿Qué hará mi amor, Amarilis,
Que para tus celos baste?
El dia, aldeana bella,
Que bajas del monte al valle,
¿Qué envidias no te aseguran
Tu hermosura y mis verdades?
Las zagalas que te miran,
Apenas dicen que saben
Adónde pones los piés;
Tan breves estampas hacen.
Todas envidian tu brio,
Y en tus galas, siempre iguales,
Aprenden cuidados todas
De los descuidos que traes.
Pareces la primavera,
Que las flores y las aves
Todas despiertan á verte,
Y al sol de tus ojos salen.
Mal hayan los arroyuelos;
Si cuando por ellos pases,
No murmuraren alegres,
Que tengas celos de nadie.
Siendo ansí, ¿por qué te ofendes
En presumir que me agrade
Quien tiene envidia de tí,
Y se precia de mirarte?
No gastes mal tantas perlas,
No llores mas, no me mates;
Que pienso que tus estrellas
Se están dividiendo en partes.
Baste el enojo, Amarilis,
Sal por tu vida á escucharme;
Que á las niñas de tus ojos
Quiero cantar, porque callen.
«No lloreis ojuelos,
Porque no es razon
Que llore de celos
Quien mata de amor.»
Quien puede matar
No intente morir,
Si hace con reir
Mas que con llorar.
Si quereis vengar
Los que muerto habeis,
¿Por qué no teneis
De mí compasion?
«No lloréis, etc.»

CÉSAR.

No dejeis el instrumento, Fernando, por mi vida.

DON FERNANDO.

Ya les habian dado licencia los versos á las cuerdas para que descansasen.

CÉSAR.

Está tan bien cantado como escrito.

DON FERNANDO.

No son jueces los gustos en las habilidades de los amigos.

CÉSAR.

Haced cuenta que no lo soy para las vuestras.

DON FERNANDO.

Arte divino es la música.

CÉSAR.

Danle por inventor á Mercurio, y otros á Aristógeno; pero lo cierto es que lo fué amor, porque la armonía es concento, el concento es concordia del son grave y del agudo, y la concordia fué instituida de amor, porque con aquella recíproca benevolencia se sigue el efecto de la música, que es el deleite. Esta union amorosa llamó Marsilio Ficino ministra suya: así la bella Lamia enloqueció de amor al gran Demetrio.

DON FERNANDO.

¿Qué os habeis hecho estos dias?

CÉSAR.

He estado ausente y cuidadoso de vuestros sucesos. ¿Cómo os va de las fortunas de Dorotea? Que en este tiempo que he faltado de la corte, deben de haber sido para los dos notables, si no me han engañado las estrellas.

DON FERNANDO.

Luego ¿remitís vuestras conjeturas á los planetas? Nunca me ha persuadido esta ciencia á su crédito.

CÉSAR.

Por lo menos es mas fácil saberlo de vuestra boca.

DON FERNANDO.

Ya no hay amor de Dorotea.

CÉSAR.

Antes me persuadiré que no hay movimiento en aquellos dos luminosos presidentes del dia y de la noche; porque vos y Dorotea teneis la Luna en la duodécima parte de los Peces, en dignidad de Vénus; como por lo contrario, si sucediese Vénus al tardo y frígido Saturno, y le tuviesen dos en un mismo grado.

DON FERNANDO.

Pues debe de haber sucedido, y vos no lo habeis mirado bien. Para la inteligencia de lo cual os suplico no os tengais por deservido de estarme atento; por ventura daréis por bien empleado el silencio. Por vuestra curiosidad y estudio en todas materias, veréis los admirables efectos de las condiciones de nuestra naturaleza, y por qué caminos tan extraños tiene imperio sobre nuestra mayor firmeza la inconstancia.

CÉSAR.

No solo tendré gusto de estar atento, pero os rendiré por el favor infinitas gracias.

DON FERNANDO.

Advierte, Julio, que para todos los amigos estoy fuera de casa, excepto Ludovico.

JULIO.

Mejor es que tú salgas á la ventana, y se lo digas, como el otro filósofo. Pero llamen y vuélvanse; que responder y no estar yo contigo, dará sospecha de que te has negado.

DON FERNANDO.

Ya supistes, señor César, antes de vuestra partida á la Montaña, lo que os referí á vos y á Ludovico, que me habia sucedido en el Prado una mañana del abril pasado con Dorotea.

JULIO.

Con ese tiempo vuelves á errar las leyes de la tragedia.

DON FERNANDO.

Perdóneme la fábula, pues por su gusto en esta ocasion se casó con la historia.

CÉSAR.

Bien me acuerdo del regocijo con que veniades de tan alegre triunfo, como si en el carro de amor fuérades vos el cónsul, y los desdenes fingidos de Dorotea los despojos de la vitoria.

DON FERNANDO.

¡Oh amor! Si en alguna ocasion has parecido niño, como te pintan, esta se aventaja á todas con exceso jamás oido. Apenas, César, conocí que Dorotea me tenia el mismo amor que antes que me partiese á Sevilla, cuando comenzó mi espíritu á sosegarse, mi corazon á suspenderse, y todas las acciones de hombre cuerdo y prudente volvieron á la patria del entendimiento, de donde las habia desterrado la inquietud de imaginarme aborrecido; porque estaban de la manera que suelen los hierros de un reloj deshecho, que, volviendo á poner cada uno en su lugar, obra acertadamente su armonía.

CÉSAR.

¡Extraña condicion de amor! ¡Que quiera mal tratado, y con la seguridad olvide!

DON FERNANDO.

Al paso finalmente que Dorotea me iba descubriendo su pecho, iba yo sosegando el mio; y como se abrasaba en mis brazos de aquellos antiguos deseos, yo me helaba en los suyos.

CÉSAR.

De dos maneras dice Marsilio Ficino, sobre Platon, que se cura amor, una por naturaleza y otra por diligencia: la que es por naturaleza, se hace por ciertos intervalos de tiempo, lo que conviene tambien á todas las enfermedades; la que por diligencia, consiste en la diversion del entendimiento ó en otras ocupaciones ó en otros sugetos. La inquietud de los amantes tanto persevera cuanto dura aquella infeccion de la sangre, que, como por fascinacion metida en las entrañas, permanece oprimiendo el corazon con aquel grave cuidado; porque dél pasa á las venas, de las venas á los miembros, y hasta que del todo se templa, es imposible que cese la inquietud en que viven. Todo esto quiere espacio de tiempo, y en los hombres melancólicos mayor que en los joviales y alegres, y mas si tienen á Saturno con Marte retrógado, ó al Sol opuesto.

DON FERNANDO.

¡Qué presto os vais á la profesion!

CÉSAR.

Quien tuviere en su nacimiento á Vénus en la casa de Saturno, ó mirare la Luna vehementísimamente, tarde sanará de la enfermedad de amor.

JULIO.

Holgárame de saber cómo se hace esa sangría, aunque no estoy enamorado de Celia.

CÉSAR.

Lee todo aquel capítulo, Julio, que es de lo mas curioso que vi en mi vida, y verás entre aquellos consejos cómo se han de pensar los defectos de lo que se ama, cómo se ha de guardar de que se acerquen mucho las luces de los ojos, cómo se ha de aplicar el ánimo á muchos y graves negocios, cómo se ha de procurar disminuir la sangre, cómo se ha de usar del vino para que se crie nueva y nuevos espíritus, cómo se ha de hacer ejercicio hasta llegar á sudar para abrir los poros; y sobre todo, lo que los médicos aconsejan para presidio del corazon y alimento del celebro; que to-

do lo dijo Lucrecio en cuatro versos.

DON FERNANDO.

Yo no quise esperar á la naturaleza, por desconfianza de la costumbre; y así, me puse en manos de la diligencia.

CÉSAR.

¿De qué suerte?

DON FERNANDO.

Un dia, César, estaba mi honra considerando la bajeza de mi pensamiento en hablar y querer á Dorotea, como los hombres viles, que, por aprovecharse del interés de las mujeres, sufren la posesion de los otros, ocupando aquel tiempo que les dejan, y guardándose de que no los conozcan; y fué tanto el corrimiento, que me pareció que todos me miraban y que todos me tenian en poco, como acontece al que ha hecho algun delito secretamente, que siempre imagina que hablan dél, aunque sea diferente la materia; y afrentado de mí mismo (que el que es hombre de bien no ha menester que le digan lo que hace mal para que le salgan colores cuando esté mas solo), determiné dos cosas: tomar venganza de la libertad de Dorotea, y curarme en salud, para que no me hallase el mal desapercebido; todo lo cual ejecuté fácilmente.

CÉSAR.

¡Fácilmente cosa tan difícil!

DON FERNANDO.

Criámonos juntos Marfisa y yo, como otras veces habeis oido; y aunque es verdad que fué el primer sugeto de mi amor en la primavera de mis años, su malogrado casamiento y la hermosura de Dorotea me olvidaron á un tiempo de sus méritos, como si jamás la hubieran visto mis ojos.

CÉSAR.

¡Qué inconstancia!

DON FERNANDO.

Sea verdad que, volviendo á nuestra casa por la intempestiva muerte de su marido, volvió á mirarme, pero sin efecto alguno de los que presumia el amor pasado, porque un sugeto es imposible que tenga mas de una forma, y no puede obrar accion alguna faltando la potencia.

CÉSAR.

Todo lo creo de la bizarría y gracia de Dorotea.

DON FERNANDO.

Entretenia yo á Marfisa; pero vanamente, porque luego conoció mi engaño, si bien lo toleraba cuerda, por no darme á entender que la desestimaba: de suerte que entre los dos vivia el amistad por cuenta de la llaneza y de la crianza.

CÉSAR.

¡Qué prudente mujer! ó no estaba celosa.

DON FERNANDO.

Yo, César, después de lo referido, como el arte se hace de muchas experiencias, y la tenia tan grande por cinco cursos en la universidad de amor, peregrino estudiante, hice resolucion de amar á Marfisa sin dejar á Dorotea, hasta que con el trato y el favor de mi buen deseo convaleciese de todo punto.

CÉSAR.

¡Extraña industria para mitigar el amor repartiendo el gusto!

DON FERNANDO.

Conocia Dorotea menos vivos mis afectos, y con serena templanza aquellas ansias de verla por instantes.

CÉSAR.

Nacidas por ventura de aquella larga fábula que en su *Convite de amor* Platon escribe; pues, divididos los que primero fueron unos, ahora buscan sus mitades.

DON FERNANDO.

Como Dorotea no penetraba la causa, dormian los celos, engañados del agravio que resultaba en mi honor de la amistad injusta de don Bela; y no se engañaba en parte, pues era la ocasion por que yo intentaba aborrecerla, con las prevenciones de los remedios, fundados en la asistencia á la hermosura y entendimiento de Marfisa, que, aunque no era con las gracias de Dorotea, tenia mas de señora y de recatada. Bien quisiera Dorotea quererme solo; pero ya no podia ser, ni el interés la dejaba.

JULIO.

Y mas con los dos alanos de Gerarda y Felipa; que las mujeres mas yerran por los consejos de las amigas, que por sus proprias flaquezas.

DON FERNANDO.

De Teodora, su madre, no quiero quejarme, pues solo fué culpada en la permision; pero las otras en la solicitud.

JULIO.

Es Gerarda, si no lo sabeis, la quinta esencia de la astucia, el término de la invencion, y la mayor maestra del concierto que ha tenido el imposible gusto de la vejez después de la lasciva mocedad. Felipa es su hija, pollo desta lechuza, cuyos actos y quodlibetos la prometen el mismo grado.

DON FERNANDO.

A espaldas de esta gente que refiere Julio, me via Dorotea, fiándose de Celia, moza de buena intencion, y que tomaba con suavidad humana, y no con grifo desalumbramiento.

JULIO.

Harto comedida era de lo que no le daban.

DON FERNANDO.

Parecióle á Dorotea ayudar á mis galas por modo de sufragio, y alcancé bajamente una cadena y algunos escudos naturales de Méjico, como si ya fuéramos á la parte del desollamiento indiano, ó por lo menos, horros.

JULIO.

Medio tomó, que ha vencido maridos, cuanto mas galanes; no diré yo jueces, que mentiria.

DON FERNANDO.

Como el vernos tenia intercadencias, era forzoso escribirnos, y que fuese sin advertimiento de don Bela, á quien yo habia herido una noche que tuvo celos de mi voz, como yo de sus manos, y se quiso acreditar de la espada con Dorotea, tan enemiga de ella, que solia cantar al arpa:

Dadivoso le quiero yo,
Que valiente no;

Para lo cual (que en fin era necesario para conservar nuestra amistad y excusar los efectos de la venganza de su herida) yo llegaba á su puerta en hábito de pobre á las diez horas todas las noches. Salia Celia (la criada que os he referido) á darme limosna; y en el pan ó el dinero traia el papel, que me daba, y le llevaba el que yo traia. Era esto con beneplácito de Teodora; tanto, que me llamaban el pobre de casa: y tenian razon, que don Bela era rico; que así estaba repartido aquel encantamiento.

CÉSAR.

¡Oh, si hubiérades empleado ese cuidado en aquel amor de la divina belleza que en nuestra mente asiste, por cuya gracia seguimos los oficios de la piedad y los estudios de la filosofía y justicia!

DON FERNANDO.

¡Qué metido estáis en el amor socrático! Ya de los platónicos me cupo el ínfimo; pero si cuanto vive ama, y lo que mas parece que repugna, es por amor naturalmente, y no por odio, ¿qué os admirais desta fuerza que el mismo filósofo llamó demonio? Amor es nudo perpetuo y cópula del mundo, inmoble sustento de sus partes y firme fundamento de su máquina. El fuego no huye del agua por odio que la tiene, antes por amor proprio, rehusando que no le mate con su frialdad; ni ella le apaga porque le aborrece, sino que por acrecentarse á sí, solicita convertirle en su materia misma.

JULIO.

Dejad por Dios paradojas y impertinencias; que ya sabe don Fernando que el tacto no es parte del amor ni afecto del amante, sino un deseo de la hermosura y una servil perturbacion del hombre.

CÉSAR.

Prosigue el suceso, y perdona el haberte divertido.

DON FERNANDO.

Hacer yo el disfraz del pobre, y no Julio, debe de ser ya objecion que tácitamente me pone vuestro entendimiento; pero respondo que muchas veces podia hablarla, echándome en el suelo debajo de la reja de su ventana, que confinaba con la tierra lo que podia ocupar tendido en ella un hombre; y así lo estaba yo, fingiéndome dormido. Salia Dorotea, y ocupando en pié toda la reja, me hablaba, levantando yo el rostro al resplandor de su hermosura.

JULIO.

Así pintan al enemigo comun á los piés del ángel.

DON FERNANDO.

En este sitio me hallaba don Bela algunas noches, y sin hacer caso de mí, llamaba seguro y entraba confiado. ¡Mirad á lo que me habia traido mi fortuna, que en una casa donde habia sido señor absoluto cinco años, apenas me concedian lugar para reclinar el cuerpo las piedras de la calle, donde me servia de dosel la reja!

CÉSAR.

¡Qué vitoria de Dorotea, teneros á los piés mas humilde, mas pobre y mas afligido que el Tamorlan á Bayaceto!

JULIO.

Y la jaula seria la reja, pues tenia Dorotea los piés sobre ella.

DON FERNANDO.

Era esto con tanto peligro de la vida y de otros sucesos, que pasando por allí la justicia una de aquellas noches, me hicieron levantar y llevaron á la cárcel, por mas que Dorotea afirmaba que era

un pobre que en aquella casa favorecian, acreditando lo mismo Teodora y Celia, Felipa y las esclavas, que salieron á las voces. Mas los crueles ministros (que pocos dejan de serlo, porque desde que las telas de las arañas cogen las moscas viles, dejándose romper de los animales mayores, algunos de los que digo, que no todos, ejercitan el imperio en miserables, y se humillan y rinden á los poderosos; y así, no hubo remedio de darles crédito, porque no les dieron oro) á título en efeto de ladron me llevaron hasta la calle de Toledo; porque, quitándome un sombrero viejo y un paño con que parecia pobre, descubrí el cabello de que era rico, por mas que lo negaba el hábito; mas, como se divirtiesen en una alojería, y dos corchetes quedasen á la puerta, al tiempo que ellos quisieron beber, encomendé á mis piés el peligro y al beneficio de mi aliento la reputacion.

CÉSAR.

¡Fuerte suceso para un hombre conocido y que deseaba guardarse de don Bela!

DON FERNANDO.

Aliento y piés lo hicieron tan valerosamente, que, como el perro de Ganimédes, se quedaron los esbirros mirando el águila. Pero, volviendo desta digresion á la historia (que ninguna deja de tener sus episodios, ni se ofende la buena retórica como no sean largos), sabed, César, que Marfisa tuvo gusto de hacerme una camisa, que fué como aquella de la hermosa Deyanira con la sangre del centauro, aunque faltó en mi suceso la imitacion de Alcídes.

CÉSAR.

Pues ¿á qué propósito?

DON FERNANDO.

Para que saliese galan de randas amarillas ó amacigadas, uso nuevo, como habeis visto. Esto me previno con un papel que decia así:

«Si no temes que te pida cuenta la señora Dorotea de la novedad de una camisa que te estoy acabando, dame licencia, Fernando, que te la envíe; que bien merezco que me des este gusto por la sangre que me han sacado las agujas, divertida en que te la has de poner; pero, si ha de ser para descomponer vuestra paz, dejaréla comenzada; que no quiero ser causa de que riña contigo, envidiosa de las diligencias que has de hacer para desenojarla.»

Replicaba yo á estos celos y á esta novedad de traje por modestia; que, aunque me visto bien, no querria que fuese con nota, puesto que todo tiene disculpa en los pocos años; mas no para la envidia, que tan bien muerde un vestido como un entendimiento: á cuya desdicha están infelizmente sujetos los hombres que tienen alguna gracia, si los acompaña buena persona, porque no puede sufrir este enemigo de sí mismo que los que tienen ingenio tengan buen talle, ni los que tienen buen talle tengan ingenio.

CÉSAR.

Eso es certísimo, y que los querrian desproporcionados y mal hechos, como si la naturaleza de las almas obrase con perfeccion por instrumentos imperfectos.

JULIO.

Harán argumento de que la armonía, como dice el filósofo, se compone de contrarios.

DON FERNANDO.

El mismo afirma que conocer la naturaleza del alma, la substancia y los accidentes es muy difícil; y así, no sabrémos con certidumbre la condicion de sus operaciones.

CÉSAR.

Si donde llama perfeccion del alma la filosofía, nos dijera cómo habia de ser el cuerpo, supiéramos en cuáles obraba con mas virtud, porque la unida es mas fuerte.

DON FERNANDO.

No se habla de la cantidad, sino de la proporcion.

CÉSAR.

Proseguid vuestro suceso.

DON FERNANDO.

En la porfía de no tomar el presente, venció Marfisa; y acabada la camisa por sus manos, cuya labor competia con la hermosura, envióme la con una esclava y con un papel, que, habiéndole leido y respondido, puse en la faltriquera con descuido. ¡Oh, cuánto cuidado quieren papeles!

CÉSAR.

En ellos suele consistir la perdicion de los hombres.

JULIO.

Por eso dice el adagio castellano: «Médicos errados, papeles mal guardados y mujeres atrevidas quitan las vidas.»

DON FERNANDO.

Llegó la noche de aquel dia; y escribiendo á Dorotea, puse el papel en el mismo lugar que estaba el de Marfisa, y al darle á Celia se trocaron de suerte, que le dí el de Marfisa y me volví con el de Dorotea.

CÉSAR.

Perdonadme; que fué extraña ignorancia llevarlos juntos.

DON FERNANDO.

Nunca yo me he puesto en el número de los que saben.

JULIO.

Eso es decir que sabes; porque, si no supieras, creyeras que sabias.

CÉSAR.

Los dias pasados ví un libro en el estudio de un amigo, que se llamaba *Verdades averiguadas*; abríle, y decia la segunda hoja:

«Catálogo de los que no saben.
Muchos.
Memoria de los que saben.
Pocos».

Y á esta traza lacónica diversas verdades.

DON FERNANDO.

Aunque confieso el yerro, agradezco á mi fortuna el haber errado; porque, como el corazon es lo primero que vive y lo último que muere, así en el amor lo primero es el deseo y lo último la venganza.

CÉSAR.

Pensé que queriades decir con el discreto Boscan:

«Justa fué mi perdicion,
De mis males soy contento.»

DON FERNANDO.

Ahora veréis, César, si fué acertar por yerro. No bien me acostaba para esperar la mañana, en que Dorotea, por el que me dieron suyo cuando dí á Celia el papel de Marfisa, prometia verme, cuando los golpes de la ventana y Julio me advirtieron de que estaban allí Felipa y Celia. Pensé que se me habia pasado la noche en esta imaginacion, y que venia Dorotea al concierto; lo que fué tan al contrario, que entrando las dos que digo, me enseñaron el papel de Marfisa, y me dijeron que no habia sido en mi descuido sino desprecio, añadiendo todas las injurias que las enseñó la ira y las permitió mi modestia.

JULIO.

¡Oh, si nos hubiera hecho la naturaleza como á las cigarras, que no cantan jamás las hembras!

DON FERNANDO.

¿Quién lo dice?

JULIO.

Aristóteles por lo menos.

CÉSAR.

Y ¿qué habíamos de hacer los hombres, si solos nosotros habláramos, y siempre callaran ellas?

JULIO.

Entenderlas por señas.

CÉSAR.

Peor fuera eso; porque, enojadas, nos sacaran los ojos.

DON FERNANDO.

Yo disculpaba, César, el descuido, pero no el delito; mas, no pudiendo satisfacerlas, me hallé consolado, y dí gracias á mi fortuna que por tan extraño camino me habia dado venganza de Dorotea.

CÉSAR.

Pues ¿qué teníades por venganza?

JULIO.

Parece esta pregunta al problema de Aristóteles, que ¿por qué los hombres no nacian con cola? y responde que porque son animales que se asientan.

CÉSAR.

¿Quién dirá que es respuesta de Aristóteles?

DON FERNANDO.

Fueron y vinieron papeles de una parte á otra, y llegó á extremo lo abrasado de Dorotea, que se contentaba para las paces con que le diese la camisa ó la rasgase á sus ojos. Esta satisfacion me pareció indigna de mi obligacion á mujer tan principal como Marfisa, y no habiendo remedio de otra suerte para confirmar las paces, de que á mí ya se me daba menos..... ¡Oh tiempo! Oh amor vengado! Oh mudanzas de fortuna! Oh condicion natural! Donde viene tan bien lo que dijo en aquel soneto el ilustre portugués, Luis de Camoes:

«Mudanse os tempos, mudanse as vontades,
Mudase o ser, mudase a confianza;
Todo mundo he composto da mudanza,
Tomando sempre novas qualidades.»

Púseme, en fin, la camisa en el mas festivo dia que tiene el año. No podia determinar Dorotea, desde una ventana donde estaba, la color de las randas; y con súbita pasion de celos, bajó á la calle, y entre la confusion de la gente, que iba mirando las telas y imágenes de que estaba adornada, llegó adonde yo iba con otros amigos, siguiendo á Marfisa y olvidando á Dorotea. Referiros el coloquio fuera cansaros. Habló con celos, respondí sin amor; fuése corrida y quedé vengado, y mas cuando vi las lagrimillas, ya no perlas, que pedian favor á las pestañas para que no las dejasen

cer al rostro, ya no jazmines, ya no claveles.

CÉSAR.

No lo creyera menos que de vuestra boca. Y ¿continuais el amor de Marfisa?

DON FERNANDO.

Con el mayor que puedo le agradezco haber sido el templo de mi remedio, la imágen de mi salud y el último asilo de mis desgracias.

CÉSAR.

¿Es posible que no hay en vos reliquias del amor de Dorotea?

DON FERNANDO.

Ni apenas las señales que suelen quedar de las heridas.

CÉSAR.

Guardáos no os engañe el gusto de la venganza, y la mal curada herida reverdezca; que si volveis, no ha de haber estrago que no haga en vos. Seréis su Troya, seréis Numancia, seréis Sagunto; no ha de quedar en el edificio de vuestra vida piedra sobre piedra.

DON FERNANDO.

Yo me guardaré de eso; ni creo que ella fuera tan cruel cuando yo pudiera llegar á estado tan humilde.

CÉSAR.

Sola una cosa dijo Eurípides que creia de las mujeres.

DON FERNANDO.

Y ¿cuál era, César?

CÉSAR.

Que una vez muertas no podian volver á resucitar.

DON FERNANDO.

No dejará Dorotea sus Indias, ni yo la pudo servir con ellas; que ya sabeis que Aristófanes las llama género avaro.

CÉSAR.

No le pongais faltas; que pensaré que la quereis.

DON FERNANDO.

Teneis razon, y mas por el dicho vulgar, que las iras de los amantes son reintegracion del amor; pero yo os aseguro de ese peligro.

CÉSAR.

¿No ha hecho Dorotea mas diligencia?

DON FERNANDO.

El cerco de Pompilio.

CÉSAR.

¿Qué respondistes?

DON FERNANDO.

Un papel con mas tinieblas que los versos de Licofronte, para que le leyese y no le entendiese, como la poesía de los tiempos, que los que la escriben son los que menos la entienden. Pero hacedme una merced, así tengais mas dicha con Felisarda, que yo he tenido con Dorotea.

CÉSAR.

Yo soy amigo vuestro hasta las aras. ¿En qué os sirvo?

DON FERNANDO.

Alzad una figura para que veamos qué prometen estos sucesos.

CÉSAR.

Interrogaciones no se pueden hacer, y es muy justo prohibirlas; pero yo tenia hecha una figura de vuestro nacimiento, y solo me faltaba juzgarla. A mi casa voy, y si no viniere á la tarde á veros, vendré mañana, porque tengo que llevar un epigrama que he escrito á los felicísimos casamientos de la excelentísima señora doña Vitoria Colona y el conde de Melgar, hijo del gran almirante de Castilla don Luis Enriquez de Cabrera, que, como sabeis, entró ayer en esta corte, donde fué recibida con tanto aplauso, que no se ha visto en Madrid mas alegre dia ni mas lucido de galas. Era el Prado un jardin de caballeros y damas, donde fué notable la bizarría del duque de Pastrana, príncipe de Asculi y conde de Castañeda; y entre las señoras, la marquesa de Auñon, doña Antonia de Bolaños y doña Isabel Manrique.

DON FERNANDO.

Habeis nombrado las tres Gracias, hijas de Júpiter y compañeras de Vénus; y si se hubiera de añadir la cuarta, como lo hicieron Homero y Estacio, poned á Marfisa en lugar de Pasitea. Estas son las tres diosas de la competencia de Páris.

CÉSAR.

A Marfisa darémos tambien el premio; que ya no me parece que gustaréis de que le tenga Dorotea.

DON FERNANDO.

Yo os aseguro que no faltó ese dia del Prado; que, fuera de la primera jerarquía de las damas, no cederia ventaja á Lucrecia romana ni á la troyana Helena.

CÉSAR.

Allí anduvo, á lo que yo sospecho, deseosa de daros celos con nuevas galas.

DON FERNANDO.

Ya es tarde, César. Pero, volviendo á la señora doña Vitoria, ¿por dónde os ha tocado celebrarla?

CÉSAR.

Dejando aparte su generosa grandeza, que como sol hermoso reverbera en el espejo de toda Italia, el ilustrísimo cardenal Ascanio Colona, su hermano, estudiando en Alcalá, favorecia los ingenios y estimaba mi ignorancia.

DON FERNANDO.

Campo dilatado se os ofrecia, si hubiérades de tratar de las grandezas de su excelentísimo padre Marco Antonio Colona, y de la señora doña Juana de Aragon, su madre; cuyo valor tanto se ha mostrado en los enojos del Pontífice, de donde resultaron por su defensa los de nuestro Rey Católico, y ver Roma en sus muros las banderas del duque de Alba, pacíficas en el sagrado respeto, y vitoriosas sin ejecucion en la fuerza del agravio. Decid el epigrama.

CÉSAR.

«La siempre excelsa, grave y gran coluna,
Sobre cuya cerviz tan firme estuvo [luna,
La gloria de los Césares, que tuvo
En siete montes su primera cuna;
»Contra la envidia opuesta á la fortuna,
Que su rueda magnánima detuvo,
Cuando del sol la línea de oro anduvo,
Hizo de todas sus vitorias una.
»Esta, que fué de la ciudad sagrada
Gloria y honor, para mayor memoria
A la casa de Enriquez se traslada;
»Que, sustentando en sucesiva gloria
Los arcos de su máquina dorada,
Será coluna de inmortal vitoria.»

Y voyme porque no me digais lo que os parece. (*Vase.*)

JULIO.

Ya que se fué César, ¿para qué quieres andar en pronósticos? Que si bien esta ciencia fué tan estimada de los antiguos, otros muchos la despreciaron por temeraria, como lo es todo lo que trata de futuros contingentes.

DON FERNANDO.

La fe que el vulgo ignorante pone en ella, como si fuese hablando con el Ángel del Apocalipsi, piensa que no puede faltar lo que por la mayor parte sucede tan al contrario de lo que los hombres piensan; y así lo verás en Cornelio Tácito, que llama á los adivinos engañadores y infieles, de quien son innumerables los ejemplos, como indignos de crédito sus sentidos equívocos; si bien Séneca, hablando de los años de Claudio, no los desprecia, como prolijamente Favorino en Gelio. O cosas adversas ó prósperas, dicen los astrólogos; si prosperas y salen falsas, ¿qué mayor desdicha que estarlas esperando? Si adversas, y mienten, ¿qué mayor miseria que estarlas mirando? Porque si son ambiguas y dudosas, valiéndose desta invencion para interpretarlas después de los sucesos, es como no haberlas dicho.

JULIO.

Cuanto me vas diciendo, y otras infinitas autoridades, he visto en Levinio Lemno, libro *De verdadera y falsa astrología*; y siendo así que conoces que es fábula, ¿por qué la preguntas?

DON FERNANDO.

Por ir con el infinito número de los que desean saber, vicio ó virtud de nuestra naturaleza.

JULIO.

Por las ciencias lo dijo el filósofo, que no por las fábulas.

DON FERNANDO.

Si te digo que no lo creo, ¿qué mas quieres?

JULIO.

Que no quieras lo que no crees; que en razon de lo que tú mismo propones, me holgaré que leas lo que siente Ciceron en el libro 11 de *Adivinacion*, acerca de la obscuridad con que estos hombres predicen los futuros contingentes, para acomodarlos después con artificio á lo que dijeron con ignorancia; y por eso tambien diria de la sibila Virgilio que dejó sus versos escondidos en una cueva.

DON FERNANDO.

¿Qué tienen que ver, Julio, con los astrólogos los que Ambrosio llama fanáticos ó pitones, de quien Amiano Marcelino dijo que el sol, alma del mundo, difundia en las suyas aquellas centellas vehementes con que pronosticaban? Yo solo creo la Verdad Divina, á quien siempre fueron desagradables.

JULIO.

Eso es prudencia, y lo demás engaño; que ya no es el tiempo de la sibila que respondia en Délfos, como Diodoro escribe; de quien el poeta Homero hurtó para sus libros tantos versos.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Teodora.

SCENA IV.

GERARDA, DOROTEA.

GERARDA.

¿Tienes juicio, Dorotea? ¿Qué es esto? ¡Tú llorando todo el dia! ¡Tú inquieta toda la noche! ¿Qué novedad te obliga? ¿Qué suceso tan triste marchita po-

deroso la flor de tu juventud y la alegría de tu conversacion, que lo era de tu casa y de tus amigas? ¡Tú descompuesta! Tú los cabellos desordenados! Tú por lavar la cara!

DOROTEA.

Déjame, tia; que no hay agua de rostro como las lágrimas.

GERARDA.

Por los pecados, hija; pero no por los sucesos humanos.

DOROTEA.

Esos son los pecados.

GERARDA.

Es verdad; pero bien sé yo que no lloras por penitencia, sino por no haberla hecho.

DOROTEA.

Y eso ¿no es arrepentimiento?

GERARDA.

Bien sé yo de qué le tienes.

DOROTEA.

¿De qué, Gerarda?

GERARDA.

De haber empleado mal tanta hermosura, tan rico entendimiento y tantas gracias; pero dalas á Dios de que te ha traido á tiempo que lo conoces.

DOROTEA.

No fueran ellas mal empleadas si fueran bien agradecidas.

GERARDA.

¡Por cierto que se acabaron en él los hombres! Sí, sí: manca le quedó la mano á la naturaleza. ¿Hízole con modelo? costóle estudio? ¡Gentil Narciso! Miráraslo tú con mis ojos. ¿Qué tenia bueno?

DOROTEA.

Luego ¿no es don Fernando gentil hombre?

GERARDA.

No por cierto, niña, mirado á partes; sino que á vosotras la invencion os engaña, el embeleco y la elevacion, las lagrimillas mujeriles, los suspiros á medio puchero, como muchacho acabado de azotar, que ha perdido la habla.

DOROTEA.

Mientras un hombre no tiene bozo, no le están mal las lágrimas; que los hombres no lloran descompuestos, sino con dulce embuste.

GERARDA.

De cualquiera manera es de mujeres.

DOROTEA.

Las almas ni son mujeres ni hombres. Y ¿por qué lloró Jacob cuando vió á Raquel?

GERARDA.

Niña, niña, las mujeres no han de saber de historias ni de lágrimas, sino de hacer vainillas.

DOROTEA.

Nunca he visto las que tú haces.

GERARDA.

¿En qué andas? ¿Qué sacas de ese escritorio? Parece retrato. ¿Mas que sé de quién es? Muestra, muestra.

DOROTEA.

Luego le verás, Gerarda; vé agora, por tu vida, y consuela á mi madre, que está llorando de verme triste, y entretenla mientras escribo dos palabras.

GERARDA.

Voy á obedecerte; que á lo que yo imagino, entrambas habeis menester consuelo. *(Vase.)*

DOROTEA.

Salid, salid, verdadero traslado del hombre mas traidor que tiene el mundo; salid, que quiero hacer justicia de vos, como el toro, que se venga en la capa cuando se le huye el hombre. ¿Sois vos el que me engañastes con los tiernos años que aquí teneis, no presumiendo yo que se mudara vuestro dueño cuando fueran mayores? ¿Qué me mirais con aquella falsa risa que os puso Felipe en esos ojos? Qué decis? ¿Por qué no hablais? Por qué no respondeis? Que quien sabe mirar, bien puede responder. Con estos ojos mirais á Marfisa, y con esta boca me engañais á mí: ¡qué mucho que ella os quiera y que padezca yo! Aquí dice: «Esclavo de Dorotea.» Esclavo no, fugitivo sí. ¿Qué leo? Qué miro? Qué dilato la venganza justa destos engaños, destas traiciones, destas crueldades, destos dulces venenos de mis sentidos? ¿Adónde estaba mi entendimiento cuando me fié de diez y siete años? ¿Para qué criaba yo un áspid en mi pecho? Para que cuando grande me sirviese de lo mismo que á la reina de Egipto por Antonio. Aquel bozo que nació en mis labios con el enamorado anhélito de mis suspiros, sirve á los de Marfisa de lisonja, entre los requiebros de sus amores y la burla de mis verdades. ¡A este llevé yo los cabellos que por su causa me quitó mi madre! ¡Oh, madre, qué bien hacias! Tú aquellos y yo estos, no quedarán en mi frente porque te agradaron, porque decias que nunca cosa ponia en paz tus deseos como verlos revueltos; y llamándome tu aurora, al salir la del cielo, con amorosos requiebros, como los pajarillos á la puerta de sus nidos, me dabas á imitacion de sus voces, los buenos dias. ¡Triste de mí! ¿Cómo pienso en esto? Por ventura ¿imagina que su retrato será la espada de Enéas para la reina Dido? ¿Quién fué tan necio en el mundo que se entretuvo con la copa en que le dieron veneno? ¿Este hablaba desta suerte? Este con tales humildades ganó dichoso el imperio de una voluntad tan libre? ¡Ay, infeliz de mí! Que solo parezco hermosa en ser desdichada, como Marfisa parece que no lo es en ser dichosa. Mas ¿para qué llamo yo dichosa á quien tan presto mudará de fortuna la inconstante naturaleza de los hombres? Porque si ahora esta vitoria la provoca á risa, desde los acentos della la convido á las mismas lágrimas. ¡Oh quién pudiera, como romper este retrato, hacer en el del alma el mismo castigo! ¡Jesus! ¡qué fuerte se hace! Pues, perro, ¿tú te resistes? Pero no; que mi flaqueza es la que no tiene fuerza para romperle, porque lo intento con las manos de amor, y amor es niño. Desta vez le rompo: quiero volver los ojos á otra parte. Rompíle. ¡Vitoria! Lo mismo haré con su ejemplo del que tengo en el alma.—Celia, Celia...

SCENA V.

CELIA.—DOROTEA.

CELIA.

Señora, Señora...

DOROTEA.

¡Vitoria, vitoria! Rompí el retrato de don Fernando.

CELIA.

Mataste el moro de Cárlos V, cuando tenia entre los piés aquel hidalgo sevillano.

DOROTEA.

Luego ¿te parece poco?

CELIA.

Romper un naipe ¿es mucho? ¡Mire qué valiente Céspedes, que rompia juntas las cuatro barajas!

DOROTEA.

Luego ¿no es mas un hombre?

CELIA.

Tirar puedes la barra con don Jerónimo de Ayanza ó con el valiente don Félix Arias.

DOROTEA.

Pues yo he pensado que Hércules no hizo mas desquijarando el leon Nem[illegible] á toda aquella tierra formidoloso, [illegible] Sanson en romper las cuerdas con q[illegible] estaba atado, ó en derribar á brazos [illegible] aquel famoso templo las dóricas col[illegible]nas, que entre basas de pórfido y cap[illegible]teles de bronce pensaban competir co[illegible] la eternidad de los celestes polos.

CELIA.

De una puñada, he leido yo que der[illegible]ribó Milon un toro.

DOROTEA.

Mas hice yo en romper este naipe. [illegible] leon de Lisímaco saqué la lengua; mue[illegible]ta me han de hallar el corazon de Ari[illegible]tómenes.

CELIA.

¿Dónde has leido tantas historias? E[illegible]tas medras nos dejará don Fernando.

DOROTEA.

¿Qué miras? Qué tanteas?

CELIA.

Aun se pueden juntar estas mitades[illegible]

DOROTEA.

Para juntarlas, mejor fuera no habe[illegible]las apartado.

CELIA.

¿Para qué rasgas esos papeles?

DOROTEA.

Bien dices. Trae una vela.

CELIA.

Encenderé una bujía.

(Vase y vuel[illegible]

DOROTEA.

¡Oh falsos papeles, oh mentiras d[illegible]cretas, oh engaños disfrazados, oh p[illegible]labras venenosas, áspides en flor[illegible] cédulas falsas, donde no habia crédi[illegible] estelionatos de amor, que obligába[illegible] la voluntad que no teniades! ¿Por q[illegible] me engañastes? Por que me adorme[illegible]tes? Por qué fuistes los terceros de [illegible] perdicion? Aquí me pagaréis lo que [illegible]beis mentido, lo que me habeis en[illegible]ñado, quedando hechos cenizas p[illegible] que no quede memoria de mi fueg[illegible] reliquia de vuestro engaño. Llega, C[illegible]lia, la bujía.

CELIA.

Ponlos presto. ¿Para qué los mira[illegible]

DOROTEA.

Oye este solo.

(Lee.) «Tu papel me ha dado Celia, [illegible]
»que me culpas y me disculpas: cúlp[illegible]
»me de no verte, y discúlpasme co[illegible]
»aspereza de la noche. Yo fuí, Doro[illegible]
»á verte; que para mi amoroso fueg[illegible]
»hay en los Alpes nieve; sentém[illegible]
»aquella piedra que otras veces; s[illegible]
»Celia á la ventana, y cuando pensé q[illegible]

»me abria, debia decirte que no me hallaba: tanta era la nieve que me cubria. »Con todo eso, esperé dudoso, mas por »padecer por ti que porque esperase »que volveria; y porque creas que esto »es verdad, mira el cuadro alto de tu »ventana, en que hallarás tu nombre; »que con un yeso, que quité de la pared »con la daga, pude escribirle. Notable »fué el frio; mi amor y él compitieron; »pero venció mi amor, y esperé tanto, »que porque no me perdieses, no pensé »morirme. Volví á casa, donde me riñó »Julio, que estaba durmiendo al fuego, »como si él trujera la nieve y yo fuera »el dormido. Para que volviese en mí, »fueron muchos remedios necesarios, y »si no fuera por no haberte visto, tuviera por mejor haberte obligado. Roldan »estuvo conmigo toda la noche, págale »la lealtad en algun regalo, aunque me »costó su compañía ocuparme harta parte de la capa. ¡Oh, si me vieras mejor »que suelo pintarme en los versos, pastor cubierto de nieve con el ganado de »mis pensamientos y el perro al lado!» ¿Esto pasaba este hombre por mí?

CELIA.

No te eleves, por Dios; que estoy de prisa.

DOROTEA.

¡Oh si tuviérades vida para que sintiérades el justo efecto de mi venganza! Llega, Celia, la bujía; tendrásla tú y yo los iré quemando.

CELIA.

Aunque es papel de nieve, vaya al fuego.

DOROTEA.

Vaya; pero escucha.

CELIA.

Si te paras á leerlos, á la noche no habrémos quemado la quinta parte.

DOROTEA.

No será mas deste principio.

CELIA.

¿Cómo dice?

DOROTEA. (*Lee.*)

«¡Qué gallarda saliste hoy, divina Dorotea, á matar hombres y mujeres; unos »de amor y otros de envidia! Y para que »hubiese muerte para mí, disteme celos, »y tales celos, que me pesó de verte tan »hermosa.»

Vaya al fuego.

CELIA.

Vaya. ¿Otro lees? ¿Cuándo acabarémos?

DOROTEA.

¡Fiad en hombres!

CELIA.

Lo mismo dicen ellos, y los unos y los otros tienen razon. Pero ¿qué fin te prometias de amor, que no le tiene en el casamiento, donde la posesion acaba con él ó con la vida?

DOROTEA.

Este parece soneto.

CELIA.

Quémale por eso solo.

DOROTEA.

Mal estás con los poetas.

CELIA.

Con los de infame lengua y pluma; no con los bien nacidos y doctos.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Quejosas, Dorotea, están las flores,
Que las colores las habeis hurtado;
Y la frígida nieve se ha quejado
De que mayores son vuestros rigores.
»Quejoso está el amor, que los amores
Se han remitido á vuestro pecho helado,
Y el sol, que en vuestros ojos abrasado,
Desprecia los laureles vencedores.
»Quejosa está de vos naturaleza
Por vuestra condicion áspera y dura,
Que para humana os dió tanta belleza.
»O menos perfeccion ó mas blandura;
Que, á presumir de vos tanta dureza,
¿Cómo os pudiera dar tanta hermosura?»

CELIA.

¡Qué bien escrito y qué claro! Pero esto poeta no era bueno para mujer.

DOROTEA.

¿Por qué?

CELIA.

Porque tenia mucha facilidad. Pero ¿cómo, queriéndole tanto, se quejaba de tu condicion?

DOROTEA.

Estaba enojado entonces.

CELIA.

Y enojado ¡te alababa y encarecia! Ese sí que es poeta, y no unos satíricos ignorantes y fantásticos, que á los mismos que los alaban deshonoran.

DOROTEA.

Los honrados, Celia, son espejos de los infames, y como en su cristal se ven tan feos, manchan con aliento sucio la claridad que los ofende. Pero oye aqueste.

CELIA.

Despacio lo has tomado. ¡Oh amantes locos! aun en la misma pena se deleitan.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Plegue á Dios, mi bien, que si conozco esa mujer que dices...»

CELIA.

¿Celitos?

DOROTEA.

No me quejaba yo de balde. Vaya al fuego.

CELIA.

Vaya.

DOROTEA.

Este solo, este solo.

CELIA.

Mas parece que te quemas tú que los papeles.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Amaneció el alba, y no á mis ojos, y dijele yo que para qué salia.»

CELIA.

No leas esas boberías, por tu vida; que tambien hay amores rancios como perniles.

DOROTEA.

Vaya al fuego.

CELIA.

Vaya; pero mira que se acaba la bujía.

DOROTEA. (*Lee.*)

«Hoy dice Felipe de Liaño que irá á retratarte, y yo le digo que ¿dónde ha de hallar colores? No hay para qué avisarte que estés hermosa; que á todas horas está eso negociado; pésame que este pintor sea tan gentil hombre, que os retrateis el uno al otro.»

¡Ay, Celia! esto me parecia bien entonces. ¡Qué extrañas necedades! Vaya al fuego.

CELIA.

Vaya; pero está cierta, Señora, que no hay cosa que mas necia parezca que un papel de amores fuera de la ocasion ó acabado el juego. Mas así Dios te guarde, que los quememos juntos; que tengo que almidonar tres ó cuatro abaninos de cadeneta, y me reñirá tu madre. (*Vase.*)

SCENA VI.

GERARDA.—DOROTEA.

GERARDA.

¡Agua, agua! Jesus! ¿qué incendio es este?

DOROTEA.

¡Tú pides agua, tia! ¿Qué novedad es esta?

GERARDA.

¡Papeles! Juráralo yo, muchacha.

DOROTEA.

Ardese Troya.

GERARDA.

¡Fuego, fuego! dan voces, ¡fuego! suena,
Y solo Páris dice: Abrase á Elena.

DOROTEA.

¿Es cancion nueva?

GERARDA.

Esto cantan ahora los músicos del duque de Alba.

DOROTEA.

Arded, mentiras, arded;
Que yo no os puedo valer.

GERARDA.

Ya entiendo lo que castigas.

DOROTEA.

Aquí dió fin la historia.

GERARDA.

Contra peon hecho dama no pára pieza en la tabla.

DOROTEA.

Pues que rompí el retrato, ¿qué mucho que quemase los papeles?

GERARDA.

Coscorron de la hornera no tiene pena. ¿Cuánto va que te arrepientes?

DOROTEA.

Estoy ya muy consolada.

GERARDA.

Colorada, mas no de suyo, que de la costanilla lo trujo.

DOROTEA.

Tia, contigo yo no he menester invenciones, que fuera muy ocioso desaire. Confieso que me muero; pero ¿qué tengo de hacer, si un traidor me ha engañado, y me hablaba y enamoraba con falsedad, hasta hallar ocasion para vengarse de mí por lo que sabes de don Bela?

GERARDA.

Cojo, y no de espina, calvo, y no de tiña, ciego, y no de nube, no hay maldad que no encubre. Pero ¿qué puedes echar menos, siendo tan pobre don Fernando?

DOROTEA.

Su talle, su entendimiento, sus caricias, sus amores; que de todos estos actos se hace al alma un hábito tan estrecho, que es imposible quitarle sin romperle.

GERARDA.

¡Qué de bachillerías que te ha enseñado! Pero si te hallas, hija, en el estado que dices, intenta tu remedio y tu venganza.

DOROTEA.

Yo ¿cómo puedo?

GERARDA.

¿Qué me darás, y le haré venir á tu casa como un cordero?

DOROTEA.

Gerarda, si es por mal camino, Dios me libre de que tal intente. Fuera de que yo no sé qué mujer de juicio se vale de hechicerías; que es afrenta grande que lo que no pudieron los méritos lo puedan las violencias.

GERARDA.

Hija Dorotea, hágase el milagro, y... ecétera.

DOROTEA.

Arda eso ecétera en el infierno; y ya te digo, tia, si quieres entenderlo, que, fuera de la ofensa de Dios, que esto es en primer lugar, no me quiero tener en tan poco que afrente con esas bajezas mi cara, mi entendimiento, mis gracias y mis pocos años; y de los dos remedios, mejor fuera rogalle que forzalle: ni hallo cosa que se le pueda decir á una mujer mas afrentosa que llamarla hechicera.

GERARDA.

Mira que te oigo.

DOROTEA.

Pues, tia, ¿éreslo tú?

GERARDA.

Por curiosidad supe algo; pero ya ni por el pensamiento: y te puedo jurar con verdad que há mas de seis dias que no he tomado las habas en la mano.

DOROTEA.

No lo hagas, Gerarda; escarmienta en el castigo de alguna que tú conoces.

GERARDA.

Mira, niña, bien se puede atraer la voluntad con yerbas y piedras naturalmente.

DOROTEA.

¡Ay, tia! ¡qué grande engaño querer que la virtud de las cosas que tienen cuerpo se imprima en las potencias del alma! Con eso engañan los que os enseñan á las mujeres ignorantes para sus intereses y mentiras, y para tanta desventura de los hombres.

GERARDA.

¡Ay, niña, niña! no harás casa con azulejos; ándate á amor por amor y á pelo por pelo, y al cabo, al cabo morir fea y nacer hermosa. Mas vale rostro bermejo, que corazon negro. No te manques en el establo; que mejor es dejar á los enemigos que pedir á los amigos. Don Bela está celoso; no sé qué le han dicho, y él lo ha visto en tu tristeza; si él te deja, y Fernandillo se está con su Marfisa, ¿qué has de hacer, mano sobre mano, como mujer de escribano? Cuando yo era moza leí en Garcilaso aquello de: «En tanto que de rosa y azucena...» ¿Piensas que el tiempo duerme cuando nosotros? Pues engañaste, niña; que tres cosas no durmieron eternamente.

DOROTEA.

¿Cuáles, Gerarda?

GERARDA.

Los dias, los censos y los agravios.

DOROTEA.

Calla, madre; que viene Laurencio con algun recado de don Bela.

GERARDA.

Malo Medellin, bueno Medellin, héle aquí viene Lázaro Martin.

DOROTEA.

Traeráme algun papel de desafío.

SCENA VII.

LAURENCIO.—DOROTEA, GERARDA.

LAURENCIO.

¿Qué humo es este? ¡Qué gentil pastilla! ¡Esto en vuestra casa, señora Dorotea, donde dice mi amo que se retrató el paraíso, los olores de la India Oriental, donde nacen el clavo y la canela, y espira mas fino el ámbar que en los mares de la Florida!

GERARDA.

Hermano Laurencio, habemos quemado una poca de tela vieja para sacalle la plata.

LAURENCIO.

Creo, Gerarda, que has leido la *Alquimia* del Trevisano; pero, si te digo la verdad, yo pensé que chamuscabas algun vasallo del hijo pródigo; que para lo que bebes, esa es tu *Alquimia*.

GERARDA.

Laurencio, Laurencio, mas vale dar buen trueno que dinero á mase Pedro. Dén gracias á Dios los hombres, que no nacieron con nuestros achaques.

LAURENCIO.

Tambien tenemos algunos.

GERARDA.

¿Los hombres? ¿Cuáles?

LAURENCIO.

Sufrir los vuestros cuando estáis con ellos. ¿Hay cosa mas cruel que veros desmayadas, haciendo mas ruido con la garganta que un pavo cuando se eriza, el ver la confusion de las criadas, la solicitud de las vecinas, las plumas de perdiz quemadas y el andar buscando ruda, y mas si es á media noche?

GERARDA.

Y eso ¿de qué nace, bellacos, insolentes y arrogantes, sino de las pesadumbres que nos dais cuando venis de la casa del juego y de la otra, el sombrero hasta las narices, como celada borgoñona; y luego, sobre si está bien guisado ó mal guisado, echar la mesa en el suelo, tornar á tomar la capa y volverse á la querencia? Pero no averigüemos culpas: dinos ahora á lo que vienes, y si está tu amo todavía enojadito. ¡Qué gran ofensa, hablar Dorotica una palabra con un conocido! No, sino dar ocasion á que la tengan por descortés, le digan una libertad ó le hagan una sátira.

LAURENCIO.

Mi amo no está enojado, sino que anda con pesadumbre.

DOROTEA.

Y ¿de qué es la pesadumbre?

LAURENCIO.

Habia prometido á ciertos señores á Pié de Hierro para el juego de cañas de mañana, y hale clavado el herrador; y como se ha disculpado, le han escrito un papel tan atrevido, que está perdiendo el seso. Este te traigo, y tengo que hablarte.

DOROTEA.

Muestra; que con dificultad serémos amigos.

GERARDA.

Paz de gallego, tenla por agüero. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

SCENA VIII.

DON FERNANDO, CÉSAR, JULIO.

DON FERNANDO.

¿Tan infaustas cosas pronostica esa figura, que no quereis decírmelas?

CÉSAR.

Tan infaustas.

JULIO.

Bien sabe don Fernando que no ha de creerlas.

DON FERNANDO.

Miradlo en aquel lugar de Jeremías: «No seais como los gentiles, ni aprendais sus caminos, ni temais las señales del cielo; porque las leyes de los pueblos son vanidades.»

JULIO.

Lo mismo dice Isaías por los que se daban á la curiosa observacion de las estrellas: «Sálvente los adivinos del cielo, que contemplan las estrellas para anunciar las cosas futuras, porque ya, como si fueran aristas, los ha consumido el fuego.»

CÉSAR.

Bien lo veo, Julio; bien conozco y sé que la misma Verdad dijo que no fuésemos solícitos en inquirir la observa[illegible] cion de las cosas futuras; y os asegu[illegible] que siempre me desagradaron y pare[illegible] cieron temerarias las predicciones de lo que Dios inescrutable tiene prescrip[illegible] en su mente eterna. Esto estudié en [illegible] tierna edad del doctísimo portugués [illegible] Bautista de Labaña, y solo tal vez ju[illegible] por curiosidad, y no de otra suerte, [illegible] gun nacimiento; pero no respondo á [illegible] interrogaciones por ningun caso. [illegible] hombre no se hizo por las estrellas, [illegible] el libre albedrío les puede estar sujeto[illegible]

DON FERNANDO.

La astrología y tales ciencias, [illegible] Agustino que eran mas para ejercit[illegible] los ingenios que para iluminar las men[illegible] tes de los hombres á la verdadera sa[illegible] biduría.

JULIO.

Su detestacion hallaréis en él mis[illegible] en el tomo primero, y en el octavo c[illegible] tra los vanos astrólogos una invecti[illegible]

CÉSAR.

Pues con ese advertimiento diré, [illegible] sola curiosidad, lo que en este juicio [illegible] parece, dejando en su lugar todo lo [illegible] toca al divino respeto. Vos, don Fern[illegible] do, seréis notablemente perseguido [illegible] Dorotea y de su madre en la cár[illegible] donde os han de tener preso; el fin de [illegible] prision os promete destierro del rei[illegible] poco antes de lo cual serviréis una do[illegible] cella, que se ha de inclinar á vuestra [illegible] ma y persona, con quien os casaréis [illegible] poco gusto de vuestros deudos y los s[illegible] yos. Esta acompañará vuestros desti[illegible] ros y cuidades con gran lealtad, y áni[illegible] para toda adversidad constante; mor[illegible] á siete años deste suceso, y con exce[illegible] sivo sentimiento vuestro daréis la vu[illegible] á la corte, viuda va Dorotea, que os [illegible] licitará por marido; pero no saldrá c[illegible] ello, porque podrá mas que su riqu[illegible]

vuestra honra, y que sus amores y caricias vuestra venganza.

DON FERNANDO.

¡Extraños desatinos!

CÉSAR.

Vos teneis muy desdichada la parte de la fortuna en los amores: sabed que os esperan inmensos trabajos por su causa. Guardáos de alguna que os ha de dar hechizos; si bien saldréis de todo con oraciones á Dios, en otro estado del que ahora teneis.

DON FERNANDO.

Cuando eso llegase á ser, siendo como es tan dudoso, me valdré dese remedio, porque es el verdadero, y vanos los de los hombres, en quien no se ha de tener confianza; porque, segun la Verdad Divina, ni aun en los príncipes se ha de hallar salud.

CÉSAR.

Uno os ha de estimar y favorecer mucho, cuyo amor conservaréis hasta el fin de vuestra vida, que aquí parece larga.

DON FERNANDO.

¡Qué vida con trabajos fué breve!

JULIO.

El fin de la ciencia especulativa es la verdad, y de la práctica la obra.

DON FERNANDO.

Así lo enseña el filósofo en su *Metafísica.*

JULIO.

César dice lo que contiene el juicio de esta figura, y don Fernando pondrá en ejecucion con su albedrío el remedio de un cruel pronóstico.

DON FERNANDO.

Dice una ley que cuando la verdad y la ficcion concurren juntas (y aunque no lo dijera), se ha de guardar á la verdad el decoro que de derecho divino y humano se le debe; y otra dice que es imposible que sea infinito el efecto donde es finita la causa. Bien creo que me habeis entendido.

CÉSAR.

Yo os responderé lo que en otra parte dice.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

CÉSAR.

Que aquello que tácitamente puede ser entendido se tiene por declarado. Ya sé que teneis verdadero ánimo de poneros en salvo de todos los pensamientos de Dorotea, con que me satisfaceis que cesando la causa cesará el efecto; pero en los *Físicos* dijo Aristóteles que el fin es lo primero en la intencion y lo último en la ejecucion. ¡Plega á Dios, Fernando, que os porteis de suerte que se dén por vencidas vuestras estrellas de la virtud de vuestro albedrío, contra el cual ninguna cosa es fuerte sino él mismo! que no hay retórica de planetas contra la virtud invencible, freno poderoso de las invasiones molestas del apetito, cuyos efectos vencieron con ella tantos filósofos. Pero si este sagrado se llama la señora Marfisa, y la virtud desta determina dar ocasion á Dorotea para desesperados celos, nunca os tendré por seguro; que, aunque no lo advirtiera Juvenal, es infalible que ningun animal, por fiero que sea, gusta mas de la venganza que la mujer.

DON FERNANDO.

Bien sé que consiste la paz de mis pensamientos en dejar por algun tiempo la patria; y así, pienso trocar las letras por las armas en esta jornada que nuestro rey intenta á Inglaterra. Pero, ya que os acordastes de Marfisa, ¿cómo no me decís algo en el juicio deste pronóstico?

CÉSAR.

Admírome de que pregunteis curioso aquello á que no habeis de dar crédito, desengañado.

DON FERNANDO.

Ya vamos advertidos de que todo cuanto podeis hallar en las estrellas, se remite á la primera causa de las causas; que lo que es primero, ninguna cosa puede tener delante de sí, como dice el proemio de los *Digestos.* Hablad de Marfisa, reservando, como nos manda la verdadera ley que profesamos, á la divina Sabiduría lo futuro, y á la Omnipotencia la disposicion.

CÉSAR.

Con ese advertimiento digo, Fernando, que Marfisa se casará con un hombre de letras segunda vez, que con un honroso oficio saldrá fuera de estos reinos; enviudará presto, y casándose con un soldado de nuestra patria, será muy desdichada.

DON FERNANDO.

¿De qué forma?

CÉSAR.

Que la ha de matar de celos de un amigo suyo.

DON FERNANDO.

¡Qué trágico estáis y qué sangriento! qué rigurosamente habeis puesto los aspectos de este cuadrángulo! ¿Ninguno impide tales sucesos? Ninguno se mira benévolo de trino? No os preguntaré mas en mi vida. ¡Jesus! qué tristeza me habeis causado! ¡Marfisa muerta y fuera de la patria!

CÉSAR.

Ahora veréis que el humano deseo abraza mejor la lisonja mentirosa que la verdad segura; no porque esto lo sea, pero porque si yo os dijera que vos habíades de heredar cien mil ducados, y Marfisa un título, aunque lo tuviérades por mentira, me lo agradeciérades.

JULIO.

Conocí yo un caballero, hombre ya de muchos años, que, saliendo un dia galan á su parecer, porque fué de los que deseaban encubrirlos, preguntó á un pajecillo que tenia, si le parecia iba bien puesto. El tal paje, como se usa, y porque el pan de los señores cria lisonjas en los criados, como lombrices en los niños, le dijo: «Prometo á vuestra merced que va tan gallardo, que parece de veinte y dos años.» A quien respondió el caballero: «Juanico, bien sé que mientes; pero por vida del Rey, que me huelgo de oírtelo decir.»

CÉSAR.

Dice Julio muy bien, y bien hayan los gitanos que no han dicho á hombre mal suceso; todos han de ser ricos, todos bien queridos de sus damas, todos venturosos, á todos ha de venir cierta cantidad de plata de las Indias, y todos han de vivir infinitos años.

JULIO.

Añadid á eso la gracia de los astrólogos de almanaques, que juzgan los temporales por los días, que en diciendo que ha de llover, hace sol, y en prometiendo serenidad, hay un diluvio de agua; y después de decir que habrá muchas enfermedades y pendencias por mujeres, como si fuese novedad lo uno y lo otro, y que será buen año de lentejas y de cañas de azúcar, y que ha de morir un turco, donde hay infinito número, ponen muy descansados: «Dios sobre todo;» que si en lo demás dijesen la verdad que en esto, era cargo de conciencia que no valiese un pronóstico mil ducados.

DON FERNANDO.

No puedo volver en mí, con saber que esto es incierto, de la tragedia que César promete á Marfisa: así es el corazon cobarde, cuando ama, y la duda poderosa para temer la desdicha. ¡Yo preso! Yo desterrado! ¡Marfisa muerta!

CÉSAR.

Dejad, Fernando, esas necias imaginaciones, y vamos á oir misa, donde pidais á Dios su divino auxilio para reformar vuestros pasos, con que os libraréis de todo; y agradecedle el entendimiento que os ha dado con amarle y temerle; que la corona de la sabiduría es el temor de Dios. Volved los ojos á tantos amigos muertos, y muchos de vuestros años; y para que no volvais á Dorotea, no os enlaceis con Marfisa; que no sale del peligro el que entra en mayor peligro; y para que sepais lo que la una y la otra pretenden de vos, leed con atencion el capítulo séptimo de los *Proverbios.*

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Teodora.

SCENA IX.

DOROTEA, CELIA.

DOROTEA.

Dame aquel arpa, Celia.

CELIA.

De buen humor te levantas: no querría que te sucediese lo que al tiempo; que arreboles de la mañana, á la noche son de agua.

DOROTEA.

Segurísima estoy de que por culpa mia se mude el tiempo. Mi amor paró en celos, mis celos en furia, mi furia en locura, mi locura en rabia, mi rabia en deseos de venganza, mi venganza en lágrimas, y mis lágrimas en arrojar por los ojos el veneno del corazon. Quédese aquel ingrato con su Marfisa; que si don Bela quisiere favorecerme, pues ya es cierta la nueva de que Calidonio, mi marido, es muerto en Lima, trocaré estas galas á un hábito, y daré con prudencia esto que los hombres llaman gracias al Autor dellas, que ni puede engañar ni faltar, ni dejar de agradecer; que, volviendo los ojos á lo pasado, ¿qué tengo yo, Celia, de la amistad de Fernando, sino el arrepentimiento de mi ignorancia, aquellos papeles, cuyas letras quemadas, blancas entre lo negro del papel, me ponian miedo, y haber echado cinco años por la ventana de mi apetito en la calle de mi deshonra? La hermosura no vuelve, la edad siempre pasa; posada es nuestra vida, correo el tiempo, flor la juventud, el nacer deuda; el dueño pide, la enfermedad ejecuta, la muerte cobra.

CELIA.

Dicen que los sucesos adversos son muchas veces causa de la enmienda de las costumbres; en que se ve lucir la

providencia del cielo, y cuánto desea su divino Autor la reduccion de nuestros pasos á su servicio. ¡Ay, Señora! qué grande es el engaño de la hermosura! Mas mujeres se han perdido por los oidos que por los ojos; mas daño les ha hecho siempre el oir alabanzas que el mirar gentilezas. ¡Dichosa la que, como tú agora, en el principio de su vida previene los cuidados de su muerte! Ya me parece que te veo toca sobre toca, guarnecida esa cara del resplandor de tus virtudes, tan léjos del mundo como has estado dentro.

DOROTEA.

Notables sois las que servis: todo lo aprobais. ¡Qué hechas teneis las lisonjas para todo, aplicando el ánimo indiferente á lo bueno ó á lo malo que se os propone! ¡Extraño caso, que tambien hay lisonjas á lo divino! Si te dijera que fuéramos á inquietar á Fernando, ya te hubieras bajado el enfaldo, puesto el manto en los hombros, y con zapatos de huir y alcanzar, puesto en la calle la obediencia.

CELIA.

Si quieres que vamos, ¿para qué me lo dices con invenciones?

DOROTEA.

¡Yo, Celia! ¡plegue á Dios!....

CELIA.

No pliegues ni jures si quieres que te crea; que há una hora que estás martillando esas clavijas, templando, mas que las cuerdas del arpa, las locuras del pensamiento.

DOROTEA.

He quitado dos ó tres, porque falseaban en los bemoles.

CELIA.

Esos debian de ser los pensamientos de don Fernando.

DOROTEA.

Bien dices, Celia; que la ciencia de la música, como me decia mi maestro Enrique, no está en la facilidad de los dedos ni en la voz entonada, sino en el alma, que es lo que llaman teórica. Pero dime, ¿qué hace mi madre?

CELIA.

Allá está tratando con Felipa de vender estas esclavas; que dice que son buenas y extremadas; pero que para su casa es mucho toldo.

DOROTEA.

Y ¿qué le aconseja Felipa?

CELIA.

Que no lo haga, que se enojará don Bela.

DOROTEA.

Ya he templado.

CELIA.

Que tú lo estés deseo.

DOROTEA. (*Canta.*)

«Si todo lo acaba el tiempo,
¿Cómo dura mi tormento?»
Si tantas dificultades
Como mi amor ha tenido,
No solicitan olvido
A la fe de mis verdades;
Si penas, si soledades,
Ha burlado mi porfía,
Si toda esperanza mia
Nace monte y muere viento,
«¿Cómo dura mi tormento?»
Mis penas y mi valor
Hacen honra el porfiar
Quién antes se ha de acabar,
O mi tormento ó mi amor.
Piden al tiempo favor,
Y él, que todo lo consume,
Se espanta cuando presume
De inmortal mi pensamiento:
«¿Cómo dura mi tormento?»
Puesto que tan mal me trata,
Estimo tanto mi mal,
Que apelo al alma inmortal,
Si mi tormento me mata;
Que fuera á mi pena ingrata
Si menos gloria me fuera,
Ni quisiera, si quisiera
Saber de mi pensamiento
«¿Cómo dura mi tormento?
Para el mal que estoy sufriendo,
¿Qué podrá el tiempo pasando,
Si cuando pasa volando,
Mi amor le va deteniendo?
Pues si viviendo ó muriendo
Doy ocasion á mi mal
Para que viva inmortal,
En vano saber intento
«Cómo dura mi tormento.»

CELIA.

Aquí sí que entraba como nacido aquello de los libros de los pastores, que se paró el aire, que abrieron las flores los pimpollos de las hojas, y que se desató el nácar de la verde cárcel de los botones, aromatizando el aire; que callaron los sonoros cristales de los arroyos, que aprendieron las filomenas de las selvas dulces pasos. Pero, Señora, nunca te he oido estos versos ni este tono. ¿Quién los hizo?

DOROTEA.

Los versos, Celia, yo, y el tono aquel excelente músico Juan de Palomares, competidor insigne del famoso Juan Blas de Castro, que dividieron entre los dos la lira, árbitro Apolo.

CELIA.

¿Tú hiciste estos versos?

DOROTEA.

Pues ¿no vés cómo hablan en nombre de mujer?

CELIA.

Ahora creo que amor fué el primero inventor de la poesía.

DOROTEA.

La ira y el amor son nuestras dos pasiones principales; pues dime, Celia, si dijeron los antiguos que la ira los hacia, ¿por qué no serán mas fáciles al amor, que se queja de lo que padece en dulcísimas consonancias?

SCENA X.

GERARDA.—DOROTEA, CELIA.

¡Tú cantando, tú alegre, tú vestida de gala, Dorotea! tú tocada con cintas verdes! tú cadena y joyas! ¿Qué novedad es esta! Qué te ha sucedido? Qué te has hallado, niña? ¡Qué diferente que estás de lo que estos dias! Lucido se te ha el regalo. Bien haya pan que presta y moza que le come.

DOROTEA.

Tia, no son todos los tiempos unos: de los nublados sale el sol, y de las tormentas la bonanza.

GERARDA.

¿Tienes algun papel humilde de don Fernando? ¿Quiere venir á verte? ¿Date satisfacion de los agravios de Marfisa? ¿Hay décimas conceptiles, soneto relevante, ó romance brillador con su villancico á la postre, ó lamentable estribillo, como aquello de *Filis me ha muerto?* Que te dará mucha honra.

DOROTEA.

De rua traes el gusto, madre Gerarda. Siéntate, siéntate, y dime de dónde vienes.

GERARDA.

Sácasme del propósito. Yo, hija de mis ojos, me levanté buena, dí gracias al Señor de la salud y de haber nacido en tierra de cristianos. Mira tú si yo fuera ahora Jarifa Rodriguez ó Daraja Gonzalez, mujer de Zulema Perez ó de Zacatin Hernandez, ¿qué fuera de mí? Pues era cierto que me habia de llevar esta desdicha al infierno envuelta en una almalafa. Luego me puse el manto y fuí á misa; no la he perdido dia con salud, desde que tengo uso de razon. Fuíme desde allí en casa de la Marina, que es buena mujer, de rudo y menudo, por ahorrar de poner la olla: halléla que estaba sembrando unas valerianas para unas amigas, atando en la raiz un hilo de oro con unas perlas.

DOROTEA.

¡Qué extraños embelecos y necedades!

GERARDA.

Lavóse las manos, hizo unos torreznillos de á cuatro en libra, y en verdad que comenzó el almuerzo á las siete, y que vengo ahora, porque tenia una botilla de tres azumbres, y como no habia agua en casa, fué menester toda.

DOROTEA.

¿Toda, toda?

GERARDA.

Mas estrujada la dejamos que cuer[illegible] que aprietan con sogas para sacalle [illegible] trementina; y aun, si no me acuerd[illegible] mal, enviamos en frente por otro tra[illegible]guillo, que llaman de refaccion, porqu[illegible] siempre la Marina vive cerca, no d[illegible] quien mire, sino de quien mida; qu[illegible] nunca en las tabernas hay ventanas, [illegible] cuantos salen de allí salen sin ojos. [illegible]jele que te guardase un gato negro qu[illegible] ha parido la Moronda; que no hay e[illegible] Madrid animal de tanto precio: [illegible] vale que si fuera de algalia.

DOROTEA.

No me traigas esas cosas, tia; q[illegible] hacen sospechosas las casas con ga[illegible] negros, y son muy sucios.

GERARDA.

¡Qué melindrosita eres, rapacilla! [illegible] verdad que hay mil amigas que esper[illegible]ban el parto de la gata.

DOROTEA.

Contaríanle las faltas.

GERARDA.

Ahora bien, volvamos á coger el hi[illegible] de nuestro cuento; que nos habem[illegible] detenido mas que los tejedores en da[illegible] el nudo. Cuéntame lo que hay de Fe[illegible]nando; dime todo lo que pasa; que [illegible] ventura me debes algunas palabras [illegible] tu favor. ¡Qué! ¿me miras y te rí[illegible] Bueno, bueno: deja el arpa, y da[illegible] parte de tu alegría; que, como tú es[illegible] contenta, mas que se ahorque don Be[illegible] que mas vale aceña parada que am[illegible] molinero; y yo apostaré que dice aqu[illegible] bobillo, polligallo, quiérelo todo: «[illegible] el alabado dejé el conocido, y víme[illegible] repentido.»

DOROTEA.

¡Piensas, tia, sacarme con invencion lo que tengo en el pensamiento?

GERARDA.

No, hija, sino aconsejarte que vivas y te goces; que la mayor discrecion es poner la capa como viniere el viento. Quiere lo que quisieres, y no repares en intereses; que mi hija hermosa, el lúnes á Toro y el mártes á Zamora.

DOROTEA.

No te desveles, tia; que no he tenido papel de Fernando, ni le quiero. Véte con Dios y déjame; que esta alegría exterior es el oro de las píldoras y el membrillo de los jarabes.

GERARDA.

No te lo digo yo porque te enojes; que bien puedes agradar á don Bela y querer á Fernando; que un rico es muy á propósito para no saber lo que pasa; y un pobre para sufrir lo que pasare; que por eso se vende la vaca, porque unos quieren la pierna y otros la falda.

DOROTEA.

Para eso, Gerarda, es menester nacer á propósito.

GERARDA.

Que todo se aprende, hija; y no hay cosa que nos sea mas fácil que engañar á los hombres: de que tienen ellos la culpa; porque, como nos han privado el estudio de las ciencias, en que pudiéramos divertir nuestros ingenios sutiles, solo estudiamos una, que es la de engañarlos; y como no hay mas de un libro, todas le sabemos de memoria.

DOROTEA.

Nunca yo le he visto.

GERARDA.

Pues es excelente letura y de famosos capítulos.

DOROTEA.

Dime los títulos siquiera.

GERARDA.

De fingir amor al rico y no disgustar al pobre.

De desmayarse á su tiempo y llorar sin causa.

De pedir, alabando lo que no se pide.

De alabar feos y de desvanecer lindos.

De presentar poco para sacar mucho.

De dar celos al libre, y al colérico satisfaciones.

De tener dos puertas á diferentes calles.

De la exhortacion á las criadas en el secreto de los agravios.

De encubrir defectos y descubrir perfecciones.

De instruir una tia para que estorbe entrando.

De hacer que no sabe nada una madre, y fingir temerla.

De negar ofensas y levantar que se las hacen.

De tener amigos poderosos y agradar maldicientes.

De mudar el nombre y huir poetas.

De entretener la esperanza con los principios.

De dilatar los postres hasta que nadie se alabe de la costa.

De dotrinar mulatas y gastar olores.

De mirar dormido y reir con donaire.

De estudiar vocablos y aprender bailes.

De encajar cuentos y hacerse de los godos.

Del hábito provocativo y limpieza cuidadosa.

Del andar en coche y parecer señora.

Y de no enamorarse por ningun acontecimiento, porque todo va perdido; sin otros muchos capítulos de mayor importancia.

DOROTEA.

Te prometo que me has hecho reir de todo gusto, aunque estoy tan triste, que me pongo cosas alegres por huir de mí misma.

GERARDA.

Pues no se dirá por tí que la mujer y la camuesa por su mal se afeitan.

DOROTEA.

¡Ay Gerarda! si hablamos de veras, ¿qué viene á ser esta vida, sino un breve camino para la muerte? Si don Bela quiere, tú verás estos piés que celebrabas, trocar las zapatillas de ámbar en groseras sandalias de cordeles; estos rizos cortados, y estas colores y guarniciones de oro, en sayal pardo. ¿Quién hay que sepa si ha de anochecer la mañana que se levanta? Toda la vida es un dia: ayer fuiste moza, y hoy no te atreves á tomar el espejo, por no ser la primera que te aborrezcas; mas justo es agradecer los desengaños que la hermosura. Todo llega, todo cansa, todo se acaba.

GERARDA.

¡Ay, hija Dorotea! conmigo hablas, que no sé si amaneceré viva. Las lágrimas me has traido del corazon á los ojos. Conozco, aunque tarde, mis engaños; Dios te ha puesto las palabras en la boca.

SCENA XI.

LAURENCIO.-DOROTEA, GERARDA, CELIA.

LAURENCIO.

No sé cómo tendré ojos para mirarte en tan lastimosa tragedia, ánimo para hablarte en tan miserable suceso, ni aliento para decirte, Dorotea, la mayor desgracia que ha sucedido á hombre de cuantos ha tenido desdichados el mundo, desde que la resolucion soberbia de la ira ejecutó las armas en la inocencia, el poder en la humildad, y quedó la injusta venganza introducida en la honra.

DOROTEA.

¡Ay Dios! Laurencio, si no te viera las lágrimas en los ojos, que traes mas sangrientos que la mas fina púrpura, no pudiera persuadirme á que no me engañaban tus palabras; pero ¿qué palabras con lágrimas no fueron verdaderas en los hombres? Quita el lienzo del rostro, esfuerza el aliento; que en tanto que nos hablas, Gerarda y yo lloramos por tí.

GERARDA.

Y ¡cómo si lloraremos! Habla, hijo; que tienes nuestras vidas colgadas en el hilo del agua de tus lágrimas.

LAURENCIO.

¡Ay, Dorotea! ¡Ay, Gerarda! Acábese mi vida en acabando de referiros la causa de que soy trágico y desdichado nuncio, mas lloroso y con mas razon de dolor que en el *Hipólito* de Séneca. Ya os habia dicho que mi señor don Bela habia prometido á ciertos señores graves á Pie de Hierro, mas desdichado caballo que el de Seyano: clavóle el herrador, que fué el primero yerro deste suceso; no pudo por esta causa servir á la fiesta; escribiéronle que lo habia hecho de industria, por no prestarle, en desprecio de quien le habia pedido y con infamia de su palabra, que es la mayor de todas entre españoles; á cuyo papel respondió la modestia y calló la honra, que consultando con el temor el agravio, erró el consejo; porque, no contentándose la ira de la satisfacion de la inocencia, vinieron á nuestra casa dos hermanos y le llamaron con un paje. Bajó al patio don Bela con sola una ropa de levantar que tenia puesta, y sin otra defensa de su persona mas que la verdad del caso. ¡Oh cuánto yerra quien se fia de la soberbia de la ira en confianza de la razon! No porque no es justo, mas por la temeraria violencia de la condicion humana. A pocas palabras finalmente que le dijeron... No sé cómo ahora pasen adelante las mias, si no desocupa el camino á la lengua para formarlas el confuso tropel de los sollozos y el espeso diluvio de las lágrimas. Pero ¿qué me detengo mirando vuestro sentimiento?

DOROTEA.

Habla, Laurencio; que me matas.

LAURENCIO.

Sacaron las espadas, y entre los dos le han muerto.

DOROTEA.

¡Jesus! qué crueles hombres!

GERARDA.

¡Ay, Laurencio! bien pudieras excusar tan encarecido estilo de contar una desgracia; que bastaban las palabras sin las lágrimas, y los sentimientos sin los sollozos. Tenla esa mano; que le ha dado mal de corazon. Tenla, que se hará pedazos, mientras voy por agua. (*Vase.*)

LAURENCIO.

Si con agua ha de volver, ¿qué mas viva que la que de mis ojos cae sobre los suyos? ¡Ah, señora Dorotea!

SCENA XII.

TEODORA, FELIPA.—DOROTEA, *desmayada;* CELIA, LAURENCIO, LA FAMA.

TEODORA.

¿Qué voces son aquellas, Felipa, y qué ruido? ¿Quién ha caido en la cueva?

FELIPA.

¡Ay, Señora! en la voz es mi madre, que iba por agua para Dorotea, que se ha desmayado.

TEODORA.

¿No habia de donde mas cerca pudiera traerla? ¡Qué buena diligencia para un desmayo!

FELIPA.

Baja, Celia; que me ha faltado el ánimo.

CELIA.

Tampoco yo le tengo.—¡Oh miserable espectáculo! Gerarda es muerta; mas ¿quién dijera que buscando agua?

FELIPA.

¿Donaires, Celia? Pues no se los debias.

CELIA.

Dios sabe que lo siento. Reposa en paz, catedrática de amor, Séneca del concierto, consejera del pedir, consul-

tora del dar, y la que mejor ha entendido en el mundo la práctica de las mujeres y el desuello de los hombres.

FELIPA.

¿Qué vas diciendo por la escalera, mujer sin alma? En otra cantes lo que en esta rezas. ¡Ay, dulce madre mia!

CELIA.

Antes era salada.

FELIPA.

¡Cómo han quedado aquellas honradas tocas!

CELIA.

Las tocas sanas: ¡así lo estuviera la cabeza! Pero puédeste consolar, que murió cayendo, como aquellos á quien levanta la fortuna.

FELIPA.

Sentenciada te veas. ¡Ahora sentencias!

CELIA.

Nunca creí, como ahora, la santidad de Gerarda: el jarro en que iba por el agua, no se ha quebrado.

TEODORA.

Tan afligida me veo, que no acierto á preguntarte, Laurencio, la causa deste desmayo. — ¡Niña, niña!

DOROTEA.

¡Ay Dios, qué desdicha!

CELIA.

¿A qué mujer llamaran niña, que no volviera del otro mundo?

DOROTEA.

Madre, ¿qué quiere? Mire ese afligido mozo llorando, y sabrá que su señor don Bela es muerto.

CELIA.

Y que Gerarda le fué á buscar, para saber si le dejaba algun dinero.

TEODORA.

¡Tu señor muerto, Laurencio! ¿Aquel Alejandro Indiano, aquel caballero dadivoso, aquel galan lucido, aquel entendidísimo cortesano?

LAURENCIO.

Ese mismo, Teodora, para que veas qué se puede fiar de esto que llaman vida; pues ninguno, como dijo un sabio, la imaginó tan breve, que pensase morir el dia que lo estaba imaginando.

No hay cosa mas incierta que saber el lugar donde nos ha de hallar la muerte, ni mas discreta que esperarla en todos.

LA FAMA.

Senado, esta es la DOROTEA, este fin tuvieron don Bela, Marfisa y Gerarda: lo que resta fueron trabajos de don Fernando. No quiso el poeta faltar á la verdad, porque lo fué la historia. Si ha cumplido con el nombre, advertid el ejemplo á cuyo efecto se ha escrito, y dadle aplauso.

CORO DEL EJEMPLO.

(*Alcmanios euripideos.*)

Este fin á tus desvelos,
Loca juventud, alcanza,
Porque amor engendra celos,
Celos envidia y venganza;
Así marchitan los cielos
La mas florida esperanza.
Cuanto el ejemplo es mayor,
Provoca á mas escarmiento;
Todo deleite es dolor,
Y todo placer tormento;
Que el mas verdadero amor
Se vuelve aborrecimiento.
Cuando del amor lascivo
El trágico fin contemplo,
No solo al deleite escribo,
Pero sentencioso templo
La doctrina en lo festivo,
Y en el engaño el ejemplo.

Lectionem sine ulla delectatione negligo.
CIC. 2.ª Tusc.

Todo lo que contiene LA DOROTEA, se sujeta á la correccion de la Santa Católica Romana Iglesia y á la censura de los mayores, desde la primera hasta la última letra.

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

EL MAESTRO DE DANZAR.

PERSONAS.

ALDEMARO, *galan*.
BELARDO, *su criado*.
RICAREDO, *primo suyo*.
ALBERIGO, *viejo*.
FLORELA, *dama*.
FELICIANA, *su hermana*.
TEBANO, *galan*.
VANDALINO, *galan*.
JULIO, *su criado*.
CORNEJO, *escudero*.
LISENA, *criada*.
ANDRONIO, *criado*.

La accion pasa en Tudela.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de Aldemaro.

ESCENA PRIMERA.

ALDEMARO, *con un vestido de sortija;* BELARDO.

ALDEMARO.
A desnudarme comienza;
Que, segun me abraso y ardo,
No pongas duda, Belardo,
Que á mil salamandras venza.
Quítame esta ropa luego;
Que no ha menester vestido
Quien desde el alma al sentido
Es todo rayos de fuego,
Por cuyos caminos van
Dos mil locos pensamientos,
Que abrasados y contentos
Materia á las llamas dan.
Quita presto. ¿Qué me miras?

BELARDO.
Miro el humo y no le veo.

ALDEMARO.
Que juzgas, villano, creo
Mis verdades por mentiras.

BELARDO.
Pues tanto fuego, Señor,
Comenzando agora á arder,
¿Sin humo se puede hacer?

ALDEMARO.
Es fuego invisible amor,
Es la esfera elementar
A nuestra vista invisible,
Donde llegar no es posible,
Menos que sabiendo amar.

BELARDO.
Y eso basta á persuadirme.

ALDEMARO.
Tú ¿no ves que es luz secreta,
Que en algunos es cometa,
Y en otros estrella firme?

BELARDO.
¿Cómo?

ALDEMARO.
Que en unos se acaba,
Y en otros dura en eterno.

BELARDO.
Tierno vienes.

ALDEMARO.
Y mas tierno
Que en Lerin rebelde estaba.
El fuego en que me consumo,
Aunque me mata en secreto,
Tiene en su exterior efeto
Luz, sonido, aumento y humo.
Luz en los ojos, que informan
Con otra luz y reflejos
Del alma, que, aunque está léjos,
Como espejos del sol forman;
Sonido en la voz, que cuenta
Sus quejas; y aumento en agua
De los ojos, porque es fragua
Que si se mata, se aumenta;
Y el humo, que no se via,
En los suspiros le vierto.

BELARDO.
Digna es de saber, por cierto,
Tan nueva filosofía;
Pero estás muy adelante
Para primera licion.

ALDEMARO.
Es ciencia infusa, y pasion
A milagro semejante.
Hoy en la sortija y fiesta
Vi á Florela con su hermana,
Como suele la mañana
De varias nubes compuesta;
Y entre uno y otro arrebol,
Blanco, azul y carmesí,
La estrella de Vénus vi...
Mas ¿qué digo? El mismo sol.

BELARDO.
Aunque tu amor me perdone,
Como el alba ser podia,
Que oí cantar que salia
Al tiempo que el sol se pone.

ALDEMARO.
¿No ves que son los luceros
De la mañana y la tarde?

BELARDO.
¿Cuál dellos te abrasa y arde
Con rayos de amor tan fieros?

ALDEMARO.
¿No te digo que Florela
Me ha robado el corazon?

BELARDO.
Aunque es loca tu pasion,
Ser posible me consuela;
Que la otra hermana hoy se casa,
Por quien la fiesta se ha hecho.

ALDEMARO.
El alma, el sentido, el pecho,
Amor por Florela abrasa.
Mas dime, ¿dónde quedó
Ricaredo?

BELARDO.
Vesle aquí.

ESCENA II.

RICARDO, *con una máscara en la mano, botas y espuelas de brida.* — DICHOS.

RICAREDO.
¡Buen ahijado llevo en ti!

ALDEMARO.
Y en tí buen padrino yo.

RICAREDO.
Perdíte, por Dios, de vista
Entre caballos y gente.

ALDEMARO.
Yo me perdí juntamente
De vista por otra vista.

RICAREDO.
Pues ¿por qué no me buscabas,
Si de la fiesta salias?

ALDEMARO.
Porque cuando te perdias,
Mas perdido me dejabas.
¿Qué hubo?

RICAREDO.
Fué largo cuento.

ALDEMARO.
¿Cómo?

RICAREDO.
Premios y invencion...

ALDEMARO.
De fuera

RICAREDO.
Los mas lo son.

ALDEMARO.
¿Quién eran?

RICAREDO.
Escucha atento.
Luego, famoso Aldemaro,
Que diste el precio á Florela,
Hermana de Feliciana,
Y del firmamento estrella;
Aquella Florela en flor,
Que en la primavera bella
De sus años, hace al mundo
Rico del fruto que espera;
Un tropel de aventureros
A entrar por órden comienza,
Hurtando á las aves plumas,
Y al pensamiento libreas.
El hijo del Condestable
Bizarro á las fiestas entra
En un overo andaluz,
Larga cola y clines crespas.
Sobre un húngaro pajizo
Claveles de nácar siembra,
Con unas muertes de plata
Que los claveles enredan.
Las letras que arroja al vulgo,
Ansí declaran su pena:
«Tal fruto da la esperanza,
Que de tal campo se espera.»
Presentóse á los jüeces;
Y dando vuelta á la tela,
Se conciertan los padrinos
Y corre un hilo de perlas.
Bien pasa el mantenedor;
Pero con mayor destreza
Sale de Lerin el conde,
Lindo bridon, lanza y fuerza.

Saca el brazo al requerilla,
Y ansí la punta derecha,
Que al poner la lanza en cuja,
Halló la sortija en ella.
Pasaron las otras dos
O tocadas ó tan cerca,
Que ya le daban el precio;
Pero faltóle una espuela;
Que á la fuerza del picar,
En medio de la carrera
Cayó á los piés del caballo,
Rota una blanca correa.
Dió el precio el mantenedor
A una dama aragonesa,
Y sosegóse el aplauso;
Y entrando gente á las fiestas,
Eran dos santas viudas,
Blancas tocas, sayas negras,
Con dos ramos que salian
De en medio de las cabezas.
La letra que traen dice,
Y la que el padrino muestra:
«Verde está de dentro el alma,
Aunque la corteza seca.»
Entró un galan peregrino
Con su túnica de jerga,
Y en un sombrero francés
Imágenes y veneras.
Diez lacayos peregrinos
Por padrinos, dan por letra:
«A ofrecer voy á un milagro
Estas rompidas cadenas.»
Luego entraron dos pastores,
Y estos por padrinos llevan
Al amor flechando el arco
Á una pastora de piedra.
«De allí vuelven á nosotros,
Dice la letra, sus flechas,»
Que por el pecho traian
Con un artificio puestas.
Un alférez de Pamplona
Entró sobre una alta peña,
Vestido de verde todo,
Ropilla y calza tudesca.
Asido á un laurel venia,
Con una letra discreta:
«De aquí tengo de caer,
Si esta esperanza se quiebra.»
Entró luego un arriero,
Que en un macho de su recua
Traia el amor por carga
Con sus alas, arco y venda.
La letra deste decia:
«Tanto aquesta carga pesa,
Que vengo á correr aquí,
Por ver si puedo perdella.»
Corrieron todos, en fin;
Y por remate de fiesta
Seis moros entran, gallardos,
De morado, á la jineta:
Lanzas de juegos de cañas,
Con encarnadas banderas,
Como si fueran de mimbres,
Juntan, levantan y juegan.
Corrieron de en dos en dos,
Dieron sus letras y empresas,
Y mudándose á la brida,
Al mantenedor esperan.
Corrieron bien, y entre todos,
En gala, destreza y fuerza
Se señaló Vandalino,
Como galan de Florela.
De la letra dieron premio
Al alférez de la *Peña;*
Que así dicen que era el nombre
De su dama y de su empresa.
Al hijo del Condestable
De galan con razon premian,
Y de mejor hombre de armas
El mantenedor le lleva.
Con esto queda el palenque
Solo, y las ventanas quedan,
Sin Florela y Feliciana,
Llorando del sol la ausencia.

ALDEMARO.

Hubiera holgado de verlo.

RICAREDO.

Pudieras, aunque vestido.

ALDEMARO.

Mal pude, estando perdido,
No procurar conocerlo.
Salí por ver si en ausencia
De ese sol me resfriaba;
Pero hallé que me abrasaba
Con mas rigor que en presencia.

RICAREDO.

¿Qué sol?

ALDEMARO.

Ese que tú nombras.

RICAREDO.

¿Florela?

ALDEMARO.

Florela pues.

RICAREDO.

Luego ¿para tí lo es?

ALDEMARO.

Y entre mil noches y sombras.

RICAREDO.

¿Haste enamorado?

ALDEMARO.

Sí.

RICAREDO.

¿Agora?

ALDEMARO.

En este momento.

RICAREDO.

Y ¿es mucho?

ALDEMARO.

Un gran pensamiento,
Que ha de dar cabo de mí.

RICAREDO.

Ahora bien, Belardo, ensilla,
Y volvamos á Lerin;
Quizá su amor tendrá fin.

BELARDO.

Y no será maravilla;
Que de años suele olvidarse.
¿Tengo de quedar yo aquí
Con los caballos?

RICAREDO.

Tú sí,
Y Andronio puede quedarse,
Que bien será menester,
Y al regalo tengo miedo.

ALDEMARO.

Ensíllale á Ricaredo
Aquel cuartago de ayer,
Y váyase norabuena;
Que yo aquí me he de quedar.

RICAREDO.

¿Es eso gana de hablar?

ALDEMARO.

No, sino de andar en pena.

RICAREDO.

No demos en disparates,
Sino vámonos de aquí.

ALDEMARO.

¿He de resolverme?

RICAREDO.

Sí.

ALDEMARO.

Pues no saldré aunque me mates.

RICAREDO.

¿Qué harás?

ALDEMARO.

Servir á Florela;
Que aquí me ha de hacer amor
Mas vecino y morador,
Que si naciera en Tudela.

RICAREDO.

¿No ves que eres pobre hidalgo,
Señor de un pobre solar?

ALDEMARO.

No me quiero yo casar.

RICAREDO.

¿No? ¿Pues qué?

ALDEMARO.

Servirla en algo.

RICAREDO.

¿Cómo vivirás aquí,
Si apenas en Lerin puedes?

ALDEMARO.

Amor suele hacer mercedes,
Y es buen señor para mí.

RICAREDO.

Veniste ayer de la guerra
Con un arcabuz quebrado
Y un calzon acuchillado,
Y no al uso desta tierra,
Una pluma y una espada,
Cubierto el oro de orin,
Una viento y otra, en fin,
Que fué de oro, y ya no es nada;
Y viniendo á aquesta fiesta
Con caballos emprestados,
¿Quieres sustentar cuidados
De una dama como esta?
Volvámonos á Lerin;
Que vienes mal enseñado
De Flándes, al regalado
Convite, paseo y festin.

ALDEMARO.

¿Que nos volvamos? Ya digo
Que no saldré de Tudela
Hasta que goce á Florela.

RICAREDO.

¿Quién es su padre?

ALDEMARO.

Alberigo,
Caballero rico y noble.

RICAREDO.

Y ¿cómo la gozarás?

ALDEMARO.

El ingenio puede mas
Que no la riqueza, al doble.
Industria me ha de ayudar.

RICAREDO.

¿Qué industria?

ALDEMARO.

Sabrásla agora.

RICAREDO.

Si hablando el mal se mejora,
Habla y no ceses de hablar.

ALDEMARO.

Cuando en Nápoles estuve,
Aprendí á danzar.

RICAREDO.

Pues bien...

ALDEMARO.

Fué con extremo, y tan bien
Que, aunque español, fama tuve.

RICAREDO.

¿Qué tiene aqueso que ver?...

ALDEMARO.

Poder en su casa entrar
Para enseñar á danzar.

RICAREDO.

Demonio debes de ser.

ALDEMARO.

No siendo aquí conocido,
¿Qué dificultas?

RICARDO.
Que dés
Mas ocasion, si eso es,
A ser menos bien nacido;
Que si ese oficio ejercitas,
Ya pierdes de tu nobleza.
ALDEMARO.
Antes á la gentileza
La mayor nobleza quitas.
¿Qué pluma, aguja ó pincel
Me ves tomar en la mano?
RICARDO.
Que es oficio es caso llano.
ALDEMARO.
Ni aun tiene que ver con él.
¿Sabe el Rey, sabe la dama
Pintar, vestir ó coser,
Sabe cortar ó tejer
O cuanto oficio se llama?
RICARDO.
No lo sabe.
ALDEMARO.
Pues advierte
Que todos saben danzar:
Luego no se ha de llamar
Quien lo enseña, de esa suerte.
Lo que han de saber por fuerza
Cuantos nacen, no es oficio
Ni mecánico ejercicio.
RICARDO.
Amor tu disculpa esfuerza;
Y pues estás obstinado,
No quiero contradecirte,
Porque es querer persuadirte
Predicar en despoblado.
Vea, intentarás tu ofensa;
Que tu amigo y primo soy.
ALDEMARO.
Agora sí que te doy
Mis brazos en recompensa.
BELARDO.
¿Qué haré de aquestos caballos?
ALDEMARO.
Véte; que apenas sé de mí.
BELARDO.
Si no han de danzar aquí,
Podrás conmigo enviallos.
ALDEMARO.
Pues con alas mas pesadas
Ha de danzar mi esperanza.
BELARDO.
Pues ¡plegue á Dios que esta danza
No venga á serlo de espadas!
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Alberigo.

ESCENA III.

FELICIANA, FLORELA, TEBANO.

FELICIANA.
Muy tierno me requebrais;
No sé si ansí lo sentís.
TEBANO.
Si eso de veras decis,
Advertid que me agraviais;
Que desposado de ayer,
Y de hoy casado, no es justo
Que pongais duda en mi gusto,
Si en vos no la puede haber.
Quien oyere que no siento,
Dirá que no he conocido
El mucho bien que he tenido,
Por falta de entendimiento;
Y desto testigo es Dios,
Mi alma y único bien,
Que no os conoceis tan bien
Como yo os conozco á vos;
Porque en mí os podréis mirar,
Libre de veros con mengua;
Que soy espejo con lengua
A quien podeis preguntar.
Preguntad si estáis hermosa,
Si teneis gracia y donaire,
Brio, gentileza y aire,
Si estáis de mí sospechosa;
Que veréis como os responde
El espejo del sentido.
FLORELA.
Tierno estás para marido;
Eso á galan corresponde.
Ya me tiene Feliciana
De vuestro amor envidiosa.
FELICIANA.
Y á mí de que estés hermosa
Por tan gran extremo, hermana,
Cuyas bodas querrá Dios
Que las veamos muy presto.
FLORELA.
Mil deseos me habeis puesto,
De veros querer los dos;
Mas por agora bien basta
Lo que á mi padre le cuestas.
FELICIANA.
¡Qué palabras tan honestas!
Presume agora de casta.
Ea, que bien lo deseas.

ESCENA IV

ALBERIGO.—DICHOS.

ALBERIGO.
¡Bien habeis entretenido
Los que á veros han venido!
TEBANO.
Que me han enfadado creas.
ALBERIGO.
Como no hubo quien danzase,
Cesaron los instrumentos.
TEBANO.
Cuando no partan contentos,
Basta que yo lo quedase.
¡Extraña ley de las bodas,
Bien fuera de justa ley,
Que la del villano y rey
Por fuerza se bailan todas!
Muérese ya el desposado
Solo por irse á acostar,
¡Y quiere el otro bailar,
Muy necio y regocijado!
Baila y danza allá en tu casa
Hasta que el suelo se hunda.
ALBERIGO.
De la costumbre redunda,
Por quien todo el mundo pasa;
Que, como es acto festivo,
No se puede celebrar
Sin bailar y sin danzar.
TEBANO.
Gusto de verlo recibo;
Pero no se ha de estorbar
De mayor gusto el efeto.
FELICIANA.
Como es Tebano discreto,
Quiere á las dos disculpar,
Que por tu recogimiento
No lo habemos aprendido.
ALBERIGO.
Falta de maestro ha sido,
Y sobra de encogimiento.
Hoy he visto que era justo,
Y harto arrepentido estoy;
Que os juro, á fe de quien soy,
Que me diera extraño gusto;
Que á las demás damas vi
Con el brio y la destreza
Acreditar su belleza,
Y hacerla mayor ansí.
TEBANO.
Verdad es que es el danzar
El alma de la hermosura,
Que mas que el rostro procura
Persuadir y enamorar.
Que aquel ágil movimiento
Muestra con mayor afeto
Un sentimiento secreto
Que nos muestra sentimiento.
FELICIANA.
Tiene Tebano razon,
Porque hace hermosa la fea,
Y á la hermosa, que lo sea
Con mucha mas perfeccion.
¡Buenas estamos las dos,
Muy feas, y sin sabello!
FLORELA.
No es tarde para aprendello,
Mi señor, si quereis vos.
ALBERIGO.
A tus bodas, mi Florela,
No les pondrán esa falta.
Por lo menos, baja y alta
Aprenderás.
FLORELA.
Danzaréla,
Y lo demás que quisieres;
Porque, sin conversacion,
Son las que no danzan... son
Retratos, y no mujeres;
Y ansí, cuando en estas fiestas
No salen luego á danzar,
Colgadas habian de estar,
Que no en el estrado puestas.
FELICIANA.
De mí te sé yo decir
Que estoy corrida en extremo.
FLORELA.
Aquí los que danzan temo,
Y que me han de hacer salir;
Y ansí me transformo en esto,
Que me han salido colores.
ALBERIGO.
Y ¿qué importa que lo ignores,
Si lo has de saber tan presto?

ESCENA V.

CORNEJO, *á lo escudero gracioso.*—
DICHOS.

CORNEJO.
Si acaso quereis cenar,
Ya está todo apercebido.
TEBANO.
Toda la gente ¿se ha ido?
CORNEJO.
Poca debe de quedar.
Ya el conde Albanio se fué.
ALBERIGO.
¿Cuándo se piensa partir?
CORNEJO.
Mañana entreoí decir.
TEBANO.
Bien corrió.
FELICIANA.
Gallardo, á fe.
ALBERIGO.
Perdió precio.
FLORELA.
Por la espuela;
Pero el de hombre de armas tuvo.

CORNEJO.
Basta que en tu dicha estuvo.

ALBERIGO.
¿Cómo?

CORNEJO.
Dióselo á Florela.

ALBERIGO.
¿Quién queda en la sala?

CORNEJO.
Pocos,
Y esos ya se hubieran ido;
Pero dicen que ha venido
Un emponedor de locos.

ALBERIGO.
¿Cómo emponedor?

CORNEJO.
Maestro
Destos que dan en danzar,
Que hasta allí puede llegar
En galan airoso y diestro.

ALBERIGO.
¿De dónde dicen que vino?

CORNEJO.
De Aragon.

ALBERIGO.
¿A qué?

CORNEJO.
A estas fiestas.

TEBANO.
A no estar las mesas puestas,
Te pidiera un desatino.

ALBERIGO.
¿Querrásle ver?

TEBANO.
Si te agrada.

CORNEJO.
Haz las locuras que sueles.—
Que se enojan los manteles
Y se enfria la ensalada.
Cenad, y veréisle luego.

FELICIANA.
Por mi vida que ha de entrar.

CORNEJO.
¿Querrás agora danzar
Con mucho espacio y sosiego?
¡Oh, lleve el diablo el borracho!
(*Vase.*)

FLORELA.
Llamalde presto.

TEBANO.
Ya fué.

FELICIANA.
Parece que le envié
Con mi vergüenza un despacho.

FLORELA.
A lo menos con la mia,
De que tan corrida estoy..

ESCENA VI.

ALDEMARO, BELARDO, CORNEJO.—ALBERIGO, FELICIANA, FLORELA, TEBANO.

ALDEMARO. (*A Cornejo.*)
¿Saben ya, amigo, quién soy?

CORNEJO.
Y que la cena se enfria.

ALDEMARO. (*A los señores.*)
Si para serviros valgo,
A serviros he venido.

TEBANO.
¡Galan!

FLORELA.
¡Bizarro!

FELICIANA.
¡Escogido!

ALBERIGO.
Y presencia de hombre hidalgo.

FLORELA.
Extremado, aunque pequeño.

FELICIANA.
¡Qué diestro debe de ser!

ALDEMARO. (*Ap.*)
¡He de hablar, he de saber
En presencia de mi dueño?

ALBERIGO.
¿De dónde sois?

ALDEMARO.
De Aragon.

ALBERIGO.
¿De qué lugar?

ALDEMARO.
Del que goza
Mayor fama.

ALBERIGO.
Es Zaragoza.

ALDEMARO.
De allí mis abuelos son.

ALBERIGO.
Y ¿dónde habeis residido?

ALDEMARO.
En Italia, adonde fuí
Muy niño, y esto aprendí,
Que por oficio he tenido,
Bien que á todos diferente,
Y de muchos desigual,
Porque á gente principal
Doy yo licion solamente.

TEBANO.
Muy bien se le echa de ver.

FLORELA.
Cierto que parece noble.

ALDEMARO. (*Ap.*)
Y vos á mí hermosa al doble,
Y mas ángel que mujer.

FELICIANA.
¿Qué danzas sabeis?

ALDEMARO.
Muy muchas.
Sé una francesa nizarda
Y sé una buena gallarda,
(*Ap.* Menos que tú que me escuchas.)

FELICIANA.
¡Nizarda! ¿Qué danza es esa?

ALDEMARO.
Del instrumento estoy falto.
Cabriola, abrazo y salto.

FELICIANA.
¿Cómo abrazo?

ALDEMARO.
A la francesa.
(*Ap.* ¡Y cuál os le diera yo
A la española, mi bien!)

FLORELA.
Y esa gallarda ¿es tambien
Francesa?

ALDEMARO.
Señora, no,
Es Navarra y de Tudela;
Que así la suelo llamar,
(*Ap.* Y aun estuve por nombrar
Que es la gallarda Florela.)

FLORELA.
¿De aquí es?

ALDEMARO.
Digo que sí,
Y yo soy de aquí tambien,
(*Ap.* Aunque el temor de un desden
Me tiene fuera de mí.)
Traigo una buena pavana,
Que en mudanzas y tañido
Nueva y diferente ha sido.

FLORELA.
¿De dónde es?

ALDEMARO.
Napolitana.
Danzo tambien un furioso,
Cuando me dan ocasion,
(*Ap.* Y mas si los celos son
El instrumento forzoso.)

ALBERIGO.
Valenciana es esa danza.

ALDEMARO.
Verdad, dánzase en Valencia.
Pero es danza sin paciencia...
(*Ap.* Cuando falta la esperanza.)

CORNEJO.
Porque le faltaba á Orlando,
Le llamaron el Furioso.

TEBANO.
¿Leísteslo?

CORNEJO.
Y que celoso
La fué desnudo buscando...

TEBANO.
¿A quién?

CORNEJO.
¿A quién? A Marfisa;
Que estaba loco por ella.

TEBANO.
Era Angélica la Bella.

FELICIANA.
Dejalde: es cosa de risa.

CORNEJO.
¡Angélica! No, señor;
Que esa á Leandro esperaba,
Cuando por el mar buscaba
Templanza á su fiero ardor...
—Aunque pienso que esta fué,
Semíramis... ó Lucrecia,
La que se mató en Venecia.

TEBANO.
¡Bien sabe la historia á fe!

FELICIANA.
¿Danzais torneo?

ALDEMARO.
Y sortija.
(*Ap.* Y aun en la de hoy, por mi mal.
Mas premio tan celestial
Bien es que me anime y rija.)

FLORELA.
Eso habemos de aprender.

ALDEMARO.
Y ese os quiero yo enseñar,
Porque en solo el tornear
Consiste el mayor placer.
Una alemana es muy buena,
Y un pié de jibao sin falta,
Y una alta, porque es muy alta...

FLORELA.
¿Quién?

ALDEMARO.
La ocasion de mi pena...
De quien suena, iba á decir;
Que el *tañer* llamar *sonar*
En Italia.

CORNEJO.
Y al cenar,
Tener qué, y saber pedir.

TEBANO.
Eso del pié de jibao

...es extremado.

ALBERIGO.

¿A qué fin?

TEBANO.

...ra cualquiera festin,
...nversacion y sarao.

FLORELA.

...a baja le hace ventaja.

ALDEMARO.

...a baja os enseñaré.
(Ap. Aunque no sufre mi fe
...aginar cosa baja.)
...ailes hay mil, y entre todos,
...a morisca, y mil tocados.

FELICIANA.

¿Y en la cerdana?

ALDEMARO.

Extremados,
...on lazos de varios modos.

CORNEJO.

...ad que ya vuelve gente,
...ensando que habeis cenado.

ALBERIGO.

...aestro, seais bien llegado.
...a casa y trato os contente;
...e, como en ella os halleis,
...o os pesará del partido.

ALDEMARO.

...e vos quedeis bien servido
...r galardon me daréis.

ALBERIGO.

...ntremos.

FELICIANA.

Vamos, Florela.

FLORELA.

...le la mano á Tebano.

FELICIANA.

...a derecha es su mano.

CORNEJO.

...la! Un hacha.

ALBERIGO.

Anda.

CORNEJO.

Traeréla.

(...nse Alberigo, las damas, Tebano y Cornejo.)

ESCENA VII.

ALDEMARO, BELARDO.

ALDEMARO.

...lé, vi, gocé, sentí,
...ve, miré, llegué;
...ronme, habláronme, fué
...ad que gocé y que vi.
...rdo, ¿qué te detienes,
...e albricias no me has pedido?

BELARDO.

...e qué Indias has venido,
...qué cambio en Madrid tienes?

ALDEMARO.

...o hasta esta gloria sola?

BELARDO.

...maestro de danzar,
...é albricias me puedes dar,
...o es una cabriola?
...e, que no es tanto el bien
...e tanta fiesta merezca.

ALDEMARO.

...do no te lo parezca,
...s bien que culpa te dén;
...no son ojos humanos
...es de ver y entender.

La inmensidad del placer
Que ha puesto amor en mis manos.
¡Oh venturosa pasion,
Que al primer dolor alcanza
Un género de esperanza
Que parece posesion!
Ya estoy en casa, Belardo,
Ya sirvo, ya vivo aquí:
¿No es alto principio?

BELARDO.

Sí;
Pero al fin, Señor, aguardo;
Que la bienaventuranza
Nunca se sabe hasta el fin.

ESCENA VIII.

VANDALINO, *embozado*, Y JULIO, *sin reparar en* — ALDEMARO Y BELARDO.

JULIO.

Junto al huerto, en el patin,
Que mas fresco viento alcanza.

VANDALINO.

¿Que allí las mesas pusieron?

JULIO.

Allí cenan y allí están.

ALDEMARO. (*Ap. á Belardo.*)

¿Qué gente es esta?

BELARDO.

Serán
Los que á las fiestas vinieron.

ALDEMARO.

¡Galan es el embozado!
¡Bravo brio y talle! ¡Oh cielos!

BELARDO.

¿Ya tocan al arma celos?

ALDEMARO.

Soy de amor nuevo soldado,
Y como nuevo en amor,
Y á quien tanto honor obliga,
Cualquiera sombra enemiga
Me aflige y causa temor.

JULIO.

Gente, Señor, está aquí.

VANDALINO.

¿Podrémos saber quién pasa?

ALDEMARO.

Criados somos de casa.

VANDALINO.

¿Criado vos?

ALDEMARO.

Señor, sí.

VANDALINO.

¿Quién?

ALDEMARO.

Un nuevo recibido,
Que hoy ha llegado al lugar.
Soy maestro de danzar.

VANDALINO.

Vos seais muy bien venido;
Que habeis sido deseado.
En efeto, ¿en casa estáis?

ALDEMARO.

Para que de mí os sirvais,
Soy desta casa criado.

VANDALINO.

Yo os serviré con los ojos
Por solo que en ella os viera,
Cuando otra ocasion no hubiera.

ALDEMARO. (*Ap.*)

Ya son ciertos mis enojos.
O yo soy mal adivino,
O tiene en casa aficion.

VANDALINO.

¿De dónde sois?

ALDEMARO.

De Aragon.

VANDALINO.

Para mi bien, Julio, vino.
Este será mi remedio.

ALDEMARO. (*Ap.*)

Y este será mi dolor.

VANDALINO.

Ya de mi amor y temor
Está la esperanza en medio.

ALDEMARO.

Ya, Señor, que habeis sabido
Quién soy, suplicoos digais
Quién sois vos, porque seais
De mi persona servido;
Y si sois deudo de casa,
Será justa obligacion.

VANDALINO.

Deudo soy por aficion,
Que hasta la sangre me abrasa;
Y pues que su fuego vivo
Con mi sangre se ha mezclado,
Parentesco hemos firmado:
Sangre doy, fuego recibo.

ALDEMARO.

Siendo de amor, es sin duda
Que la mas pura que tiene
Vuelta en espíritus viene,
Que la sangre en fuego muda.
Pero si amais, cerca estáis
De parentesco seguro.

VANDALINO.

Eso, maestro, procuro,
En mi pensamiento hablais.
Discreto me pareceis;
Vení acá, llegáos aquí,
Si quereis saber de mí
Lo que del alma sabeis.
Bien pareceis cortesano,
Y que el mundo habeis corrido:
Quiero hablar como el herido
Con el diestro cirujano.
Y no tengais á locura
Que os descubra mi dolor,
Porque la llaga de amor
Hablando en ella se cura.
No á vos, que así me entendeis,
Pero á las piedras querria
Decir esta pena mia.

ALDEMARO.

Hablar seguro podeis;
Que os certifico, Señor,
Que siento vuestra fatiga
Como la propia, y me obliga
No menos celoso amor.
Habla muy bien el soldado
Con el soldado tambien,
Y no menos habla bien
Con el pasante el letrado.
El esclavo y el cautivo,
El navegante, el piloto
Hablan bien, cumpliendo el voto
De Argel y del mar esquivo.
El que ha tenido algun mal,
Al que el mismo tuvo ó tiene,
A hablar con mas gusto viene,
Y al fin igual con igual.
Amo si amais, lloro y muero
Si vos llorais y moris,
Siento lo que vos sentis,
Y lo que esperais espero.
Decí el estado en que estáis,
Como á quien le pesa dél.

VANDALINO.

¿Quién duda, penando en él?
Mas bien es que me digais
Vuestro nombre.

ALDEMARO.
Yo me llamo
Alberto.

VANDALINO.
Pues, maestro Alberto,
Desde este punto os advierto
Que á Florela adoro y amo.

ALDEMARO.
¿Ansí, á Florela? ¿No es
La dama que hoy se casó?

VANDALINO.
Que no, Alberto.

ALDEMARO.
¿Cómo no?
(*Ap.* Yo os pondré el lazo á los piés.)

VANDALINO.
La casada es Feliciana.

ALDEMARO.
¿Ansí, Feliciana? Erréla.
¿Que á estotra llaman Florela,
Y es de Feliciana hermana?
Y aun con eso viene bien
Quereros casar con ella.

VANDALINO.
¡Quién pudiese merecella,
Y ser su esclavo tambien!

ALDEMARO.
Ansí que ¿eso pretendeis?
¿Cómo os llamais?

VANDALINO.
Vandalino.

ALDEMARO.
Sois muy noble y sois muy dino
Del ángel que pretendeis.

VANDALINO.
Si no es saber bien querer
Subir, Alberto, á su cielo,
Esa es mi fe, temo el suelo
Si me dejase caer.
¿Vístela esta tarde?

ALDEMARO.
Sí.

VANDALINO.
¿No estaba hermosa?

ALDEMARO.
De suerte,
Que de los hombres la muerte
Transformada en ángel vi.
Era adelfa venenosa,
Era acíbar con veneno,
Era en la mar sol sereno,
Y una sirena engañosa.

VANDALINO.
Alberto, un precio la dí
Por diosa de la hermosura;
Si soy Páris en ventura,
Ya en premiarla Páris fuí.
Déme Dios, pues se lo ruega
Un alma tan amorosa,
Por premio la misma diosa;
Que no quiero reina griega.

ALDEMARO.
Pues agora ¿vuestro intento?...

VANDALINO.
Servirla.

ALDEMARO.
¿No mas?

VANDALINO.
¿No sobra
Poner un hombre por obra
Tan altivo pensamiento?

ALDEMARO.
Luego antes que la pidais
Por mujer, ¿quereis servilla?

VANDALINO.
Quiero obligalla y rendilla.

ALDEMARO.
Vuestro pleito asegurais;
Que sabiendo que es su gusto,
No dudo que al vuestro cuadre
Cuando la pidais al padre,
Y que corresponda es justo.
Yerra el hombre que se casa
En duda de ser querido,
Y de quien no es conocido
Quiere que mande su casa.
Mas ¿qué habeis hecho ó haceis?
¿Conóceos?

VANDALINO.
Mi pena sabe.

ALDEMARO.
¿De qué?

VANDALINO.
De un mirar süave.

ALDEMARO.
Luego ¿hablais cuando la veis?

VANDALINO.
Los ojos, que son parleros
De los secretos del alma,
Con una suspensa calma
Le dicen mis males fieros.

ALDEMARO.
Luego ¿no ha habido papel,
Ni hablar de noche?

VANDALINO.
Así así.

ALDEMARO.
¿Qué es así?

VANDALINO.
Que hoy la escribí,
Y dije mi pena en él.

ALDEMARO.
¿Hoy? ¿Cómo?

VANDALINO.
Gané un estuche,
Y donde van las tijeras,
Metí un papel...

ALDEMARO. (*Ap.*)
¿Que esto quieras,
Amor, que penando escuche?

VANDALINO.
Y ansí en la lanza le dí.

ALDEMARO.
(*Ap.* En igual extremo siento
Invencion y atrevimiento.)
Y ¿esperais respuesta?

VANDALINO.
Sí;
Que no me ha mirado mal
En la sortija esta tarde.

ALDEMARO. (*Ap.*)
Pues aquí el alma no arde,
Perezca lo que es mortal.
Bien parece incorruptible
Y hecha á imágen de los cielos,
Pues el fuego destos celos
No la acaba, ni es posible.

VANDALINO.
Tambien hoy, Alberto, en misa,
Entre otras damas bizarras,
Tomando el preste las arras,
Me volvió á mirar con risa.
Como quien dice: ¡Ojalá
Que á los dos tambien sirvieran!

ALDEMARO. (*Ap.*)
Y que la muerte me dieran
Que á Craso infamando está;
No por codicia del oro,
Mas por envidia del bien.
Ojos, no lloreis por quien
Injustas lágrimas lloro.
Florela está enamorada,
Vandalino está escogido;
Tarde, amor, hemos venido;
Tomada está la posada.
No estaba el oro en la mina
Aguardando mi azadon,
La libre garza el alcon,
Ni á un pastor piedra tan fina,
Ni al mas humilde del suelo
Cielo tan alto y divino;
Que ya son de Vandalino
Oro, garza, piedra y cielo.

BELARDO.
Señor, ya se alzan las mesas.
Mira si hemos de cenar.

ALDEMARO.
Tú lo puedes procurar,
Que son tus bajas impresas;
Y déjame solo aquí.

VANDALINO.
Alberto, ¿de qué estás triste?

ALDEMARO.
Desto que aquí me dijiste,
Pensando qué haré por tí.
¿Seria bueno traer
De ese papel la respuesta?

VANDALINO.
¡Cómo, la respuesta! Desta
Podrás mi gloria entender.
(*Saca una carta.*)
Si el mundo que el Macedon
Ganó por llamarse Magno,
Tuviera agora en la mano,
Te diera en esta ocasion.
Haz eso, y desta que doy
Me trae respuesta.

ALDEMARO.
Ellos salen.
(*Ap.* Si aquí celos no me valen
Cuanto el amor, muerto soy.)
(*Vanse.*)

ESCENA IX.

FELICIANA, FLORELA, LISENA.

FELICIANA.
Fuése en efeto á acostar
Nuestro galan, de hoy casado.

FLORELA.
O es cansancio, ó es cuidado.

FELICIANA.
Quiso á mi padre imitar.

FLORELA.
Y ¿no te pidió consejo,
O por lo menos, licencia?

FELICIANA.
¿Piensas tú que hay diferencia
De un hombre casado á un viejo?

FLORELA.
Es muy nuevo para ser
Tan viejo como le pintas.

FELICIANA.
Dame, Lisena, esas cintas.

FLORELA.
¿Cintas? ¿Qué quieres hacer?

FELICIANA.
De la pesadumbre y gente,
Si no es del tocado y rizo,
Me deshago y martirizo,
Y quiérome atar la frente.

LISENA.
Ves aquí las cintas.

FELICIANA.
Muestra.
Muy largas han de quedar.
Tráeme con qué las cortar.

FLORELA.

No estás en lazadas diestra.

FELICIANA.

Es mucho para lazada.

FLORELA.

Ansí Dios me guarde, amén,
Que no me acordaba bien.
Ó estoy dormida ó turbada;
Que el estuche traigo aquí
Que Vandalino me dió.

FELICIANA.

Ya vi que él mismo le ató,
Y que habló al padrino vi.
Saca las tijeras.

FLORELA.

¡Ay!

FELICIANA.

¿Haste cortado con ellas?

FLORELA.

No; pero en su lugar dellas
Me ha cortado lo que hay.

FELICIANA.

¿Qué hay?

FLORELA.

Salte allá, Lisena.

LISENA.

¿Ya no te fias de mí?

FLORELA.

Mas bien puede estar aquí;
Que esto ni es culpa ni es pena.

FELICIANA.

¿Es papel?

FLORELA.

Pues ¿no le ves?

FELICIANA.

¡Buena invencion de escribir!

FLORELA.

Sí, pero no la advertir
Mucho atrevimiento es.
¿He de leelle ó rasgalle?

FELICIANA.

¿Para conmigo invencion?
Aprendiste la licion.

FLORELA.

¿Piensas que debo de amalle?

FELICIANA.

Piénsolo, y pienso verdad.

FLORELA.

Mejor Dios me guarde, amén.

FELICIANA.

Luego ¿no le quieres bien?

FLORELA.

No, pues tengo libertad.

FELICIANA.

Anda; que principios son.
¡Así amara yo á Tebano,
Que hoy le dí el alma y la mano,
Y ayer vino de Leon!
¿Cuánto es mejor que te cases
Con quien amas desde agora?
Y mas que el hombre te adora,
Y no es razon que le abrases.

FLORELA.

¿Qué te han dado por hurtar
El oficio á Celestina?

FELICIANA.

Tú, Florela, lo adivina.
Quisiera estar por casar.

FLORELA.

No hables delante desta,
Que es por extremo chismosa.

FELICIANA.

Ya es la desdicha forzosa
Y la verdad manifiesta.
A Tebano, que no amé,
¿Qué amor tendré, de hoy casada?

FLORELA.

No mas de estar obligada
Al yugo con firme fe.
Casamiento por concierto
Todos dicen que es mejor,
Porque en siendo por amor,
Dicen que el dolor es cierto.

FELICIANA.

Es mentira conocida,
De que por mi mal te aviso;
Que lo que una vez se quiso,
Agrada toda la vida.
Y al fin es cumplir un gusto,
Que solo el verle llegar
Hará que cualquier pesar
Se tenga después por gusto.

FLORELA.

Confieso que hoy agradezco
A Vandalino el amor;
Mas paréceme mejor
Otro á quien peor parezco,
Y aun creo que decir puedo
Que ni bien ni mal.

FELICIANA.

¿Por qué?

FLORELA.

No sé si lo diga á fe.

FELICIANA.

¿Qué es la causa?

FLORELA.

Tengo miedo.
Pero esto no te lo digo
Porque es amor ni ha de ser;
Que es solo un buen parecer.

FELICIANA.

¿Enigmas hablas conmigo?

FLORELA.

Que me parece mejor
Que Vandalino, he querido
Decir; pero no he sabido.

FELICIANA.

¿Que esto no es tener amor?
¿Quién es? Acaba de hablar.

FLORELA.

¡Oh, qué risa se me ofrece!

FELICIANA.

Y ¿quién mejor te parece?

FLORELA.

El maestro de danzar.

FELICIANA.

¿Quién?

FLORELA.

Aqueste aragonés
Que vino agora.

FELICIANA.

¿Estás loca?

FLORELA.

No erró el alma, habló la boca.
Castigo es bien que me dés.

FELICIANA.

No digas ya desatinos,
Sino responde al papel.

FLORELA.

Leeré lo que dice en él.

FELICIANA.

Veamos.

FLORELA.

(*Lee.*) «Ojos divinos...»
¿Que tengo divinos ojos?

FELICIANA.

Di adelante.

FLORELA.

(*Lee.*) «Si esto ha sido
»Atrevimiento, yo os pido
»Que no venguéis los enojos;
»Sino mirad con piedad
»El alma pura y sencilla.»

FELICIANA.

Quien ama ¡cómo se humilla!

FLORELA.

Eso es si dice verdad.

FELICIANA.

Todo aquesto me perdí
Por no casar por amores.

FLORELA.

Excusarás los dolores
De la que se casa ansí.

FELICIANA.

Ya te tengo respondido
Que no hay contento perfeto
Sin deseo, cuyo efeto
Larga esperanza ha tenido.
De golpe, no tiene gusto
Ningun bien ni sentimiento,
Y mas el de casamiento,
Y este, que fué con disgusto...
—Dí mas.

FLORELA.

(*Lee.*) «Y merezca yo
»Que aquesta noche me hableis;
»Que en la reja que sabeis,
»Anoche me amaneció.»
Aunque adorando secreta
De mi sol la luz y ardor,
Cierto que es buen amador,
Pero maldito poeta.

FELICIANA.

Háblale, por vida mia.

FLORELA.

¿Das tú licencia?

FELICIANA.

Sí á fe;
Que como ansí me casé,
Ser dama agora querría.
Fuera de que lo merece
Su talle.

FLORELA.

A pensar me das
Que te agrada.

FELICIANA.

¿En esto estás?
(*Ap.* Mejor que á tí me parece.
Con él me pensé casar,
Si este avariento quisiera.
Y aun agora...) Si pudiera,
Quisiera....

FLORELA.

¿Qué?

FELICIANA.

Solo hablar.

FLORELA.

Yo te le cargo por cierto.
Ten este papel, y haz cuenta
Que es tuyo.

FELICIANA.

Ansí me contenta,
Y aun quiero hacer un concierto.

FLORELA.

¿Y es?

FELICIANA.

Ir á la reja á hablalle
Con tu nombre.

FLORELA.

Eso es engaño...
Mas ¿qué importa?

FELICIANA.

Poco daño.

FLORELA.

Vé pues; que andará en la calle.

FELICIANA.

Tu voz fingiré.

FLORELA.

Yo quiero
Verte hablar.

FELICIANA.

Pues vén conmigo.

FLORELA. (*A Lisena.*)

Ve y mira si ese enemigo
Duerme.

LISENA.

Voy.

FELICIANA.

Arriba espero.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA X.

VANDALINO, JULIO.

VANDALINO.

Rebózate muy bien.

JULIO.

Voilo en extremo.

VANDALINO.

¿Qué hora será?

JULIO.

Ya el carro y la bocina
Señalan media noche.

VANDALINO.

Y yo me quemo
Por otro norte y otra luz divina.
¿Qué te parece Alberto?

JULIO.

Que le temo,
Si no es lo que ordinario se adivina.

VANDALINO.

¿Cómo?

JULIO.

Que hablando mucho, tan bien hable.
Aunque es la tuya condicion notable.
¡Pesar de mí! ¡tan presto á un extranjero
Se dice el propio mal?

VANDALINO.

Ansí descanso
Deste martirio doloroso y fiero,
Que es á mi vivo fuego viento manso.

JULIO.

¿Si habrá visto el papel?

VANDALINO.

Respuesta espero,
Aunque ya, Julio, de esperar me canso,
Porque un incierto bien mil males deja.

JULIO.

Llégate mas; que siento abrir la reja.

ESCENA XI.

ALDEMARO Y BELARDO, *sin ver á*— VANDALINO Y JULIO.

ALDEMARO.

Desde mañana dormiré en su casa..
Y dijera mejor, velaré en ella;
Que mal podrá dormir el que se abrasa.

BELARDO.

Florela, por mi fe, Señor, es bella:
Justo dolor tu herido pecho pasa.
¡Bendito el punto que veniste á vella!
¡Oh, cómo amor es cosa de los cielos,
Si no tuviera esta pension de celos!

ALDEMARO.

Déjame hacer á mí; que yo te juro
Que presto salga del celoso infierno,
Si salgo con la industria que procuro;
Que es temporal, y no tormento eterno.

BELARDO. (*Ap. á su amo.*)

O veo mal, ó hay gente junto al muro.

ALDEMARO.

¿Si fuese acaso aquel Adónis tierno?

BELARDO.

El mismo.

ALDEMARO.

Escucha un poco, ponte en vela.

ESCENA XII.

FELICIANA, *á una ventana.*—ALDEMARO Y BELARDO *á un lado*, VANDALINO Y JULIO *al otro. Al fin*, LISENA.

BELARDO.

Háblanle.

FELICIANA.

Ce.

VANDALINO.

¿Quién es?

FELICIANA.

Yo soy, Florèla.

BELARDO. (*Ap. á Aldemaro.*)

Florela, dijo: mira si responde.

FELICIANA.

Vandalino, yo soy.

VANDALINO.

¡Oh estrella mia!
¿Cómo la noche vuestra luz esconde,
Pudiendo vos hacer afrenta al dia?

FELICIANA.

¿Amaisme mucho?

VANDALINO.

Vos estáis adonde
Os lo dirán mejor que yo podria:
Digaoslo el alma, á falta de la boca,
Muda de veros, y de amaros loca.
Fuí atrevido, Señora, en escribiros;
Que no lo pude ser para adoraros;
Que al poder merecer veros y oiros
Se sigue luego justamente amaros.
Por lo que les debeis á mis suspiros,
Ojos dulces, süaves, bellos, claros,
Que no me desterreis, por atrevido,
De vuestro cielo hermoso á vuestro ol- [vido.

FELICIANA.

Debo amarte, y lo cumplo justamente;
Y á no estorballo mi enemiga estrella...
—Y agora el alboroto desta gente.—
Vieras toda mi alma... ó parte della...
Pero si acaso hay ocasion decente,
Ya que mi amor por muchos atropella,
Procuraré escribirte, porque hablarte,
Ni puedo, ni tendré segura parte.
Si puedes escribirme, digo, darme
Algun papel, seráme gran consuelo.

ALDEMARO. (*Ap. á Belardo.*)

Entraba agora bien desesperarme.

BELARDO.

Calla, perdido.

ALDEMARO.

Reventar recelo.

VANDALINO.

¿Quieres, Florela hermosa, levantarme
No menos alto que del suelo al cielo?
¿Quereis llegarme al sol de vuestros ojos,
Siendo de mariposa mis despojos?
¿Conoceis un maestro que ha venido
Para enseñaros á danzar, Señora?

FELICIANA.

Ya mi padre le da casa y partido.

ALDEMARO. (*Ap.*)

Partido dice, y parte el alma agora.

VANDALINO.

Pues ese ya mi secretario ha sido
Y de este pecho que á Florela adora,
Y se ha ofrecido á procurar mi gusto.

FELICIANA.

Con él me escribiréis.

ALDEMARO. (*Ap.*)

Callar es justo.
¡Triste de mí!

FELICIANA.

Pues yo me voy con esto.
Adios.

VANDALINO.

Alberto os hablará mañana.

ALDEMARO. (*Ap.*)

¿Mañana dice? Moriré mas presto.

FELICIANA.

La letra de hoy me enviad.

VANDALINO.

De buena ga

FELICIANA.

Bizarro entrastes, y galan dispuesto.
Mucho os alaba y quiere Feliciana.

VANDALINO.

Dalde mil besamanos de mi parte.

FELICIANA. (*Ap.*)

Por engañarme, engaño.

(*Acércase Lisena á la ventana.*)

LISENA.

Entra á acostarte.

(*Quitanse de la ventana las dos.*)

ESCENA XIII.

VANDALINO, JULIO, ALDEMARO, BELARDO.

VANDALINO.

Julio, ¿qué es esto? Julio de mi vida...

JULIO.

¿Qué hay?

VANDALINO.

Julio mio, dame aquesos brazo

JULIO.

Ya el ronco gallo al labrador convi
Y estoy de trasnochar hecho pedazo
Pues has cobrado la salud perdida.
Descansen, si es razon, mis tristes br
A quien esta rodela muele tanto, [
Que otro Sisifo soy, y ella otro canto.

VANDALINO.

Pues ¿no me he de alegrar aquí con

JULIO.

En casa habrá lugar.

VANDALINO. (*Reparando en Aldemar*

¿Quién va? ¿Quién pas

ALDEMARO.

¿Quién lo pregunta?

VANDALINO.

Yo.

ALDEMARO.

¿Quién es?

VANDALINO.

Yo, dig

ALDEMARO.

¿De cuando acá por esta calle y casa?

VANDALINO.

¿Impórtaos eso á vos?

ALDEMARO.

Pues ¿no, enemig
Si el corazon de celos se me abrasa?

VANDALINO.
De celos muera.

ALDEMARO.
Paso; que es Alberto.

VANDALINO.
¡Alberto!

ALDEMARO.
Sí, por Dios.

VANDALINO.
¿Alberto?

ALDEMARO.
Cierto.

VANDALINO.
¿Dónde ibas?

ALDEMARO.
A dormir.

VANDALINO.
¿Qué fué tu intento?

ALDEMARO.
Probarte solamente con un fiero,
Porque te conocí, y estoy contento
De que eres un valiente caballero.

VANDALINO.
Téngote que decir un largo cuento.
De Florela un papel mañana espero.

ALDEMARO.
De aquí á tu casa me dirás la historia.

VANDALINO.
Vencí á Florela.

ALDEMARO.
¡Bien, por Dios!

VANDALINO.
¡Vitoria!

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Alberigo.

ESCENA PRIMERA.

ALDEMARO, FLORELA, BELARDO.

ALDEMARO.
No reparo en el partido,
Sino en que os sirvo.

FLORELA.
Quisiera
Que cuanto pedis os diera.

ALDEMARO.
Es mucho precio el que pido.

FLORELA.
¿Qué pedis?

ALDEMARO.
No es interés.

FLORELA.
¿Pues qué?

ALDEMARO.
Sola voluntad.

FLORELA.
Mi padre os hará amistad,
Y yo os serviré después.

ALDEMARO.
Esa esperanza me anima,
Que merced me habeis de hacer,
Aunque está por entender
El sentido desta enima;
Mas ¿qué esperanza me queda,
Ya que estoy desesperado?

FLORELA.
¿De qué?

ALDEMARO.
De no haber llegado
A tiempo que servir pueda.

FLORELA.
Pues ¿no me habeis de enseñar?

ALDEMARO.
Aunque anduve muy ligero,
Otro ha venido primero
A enseñaros á danzar.

FLORELA.
¿Otro? No he sabido tal.

ALDEMARO.
Pues anoche le vi yo.

FLORELA.
¿Anoche?

ALDEMARO.
Anoche danzó,
Por su bien y por mi mal.
Y mirad si tendré queja
De aquesta mudanza sola,
Pues con una cabriola
Alcanzó un sí de una reja;
Y es este sí del partido
Que hoy espera en un papel,
Que, si vos firmais en él,
Yo quedo loco y perdido.

FLORELA.
¡Yo papel!

ALDEMARO.
Vos, y respuesta
Del que en la sortija os dieron.

FLORELA.
Los ojos que tanto vieron...
Algun interés les cuesta.
¿Sois noble?

ALDEMARO.
Soy el que veis.

FLORELA.
¿Que no sois mas?

ALDEMARO.
No, por Dios.

FLORELA.
Pues ¿cómo supistes vos
Todo lo que dicho habeis?

ALDEMARO.
Vilo ayer, y anoche vi,
Señora, lo que pasó;
Que Vandalino os habló
Y se ha descubierto á mí.
Si le quereis responder,
Aquí teneis ocasion.

FLORELA.
(*Ap.* ¡Qué notable confusion!
¿Qué puedo decir ó hacer?
La locura de mi hermana
Hace este engaño por mí.)
¿Respuesta esperaba?

ALDEMARO.
Sí.

FLORELA.
Pues... hablaré á Feliciana...
Que ha de notar el papel.

ALDEMARO.
En fin, ¿le amais?

FLORELA.
No sé agora.

ALDEMARO.
Pues yo ¿no he visto, Señora,
Que anoche hablastes con él?

FLORELA.
No hablemos agora en esto,
Que es cuento largo.

ALDEMARO.
No creas
Que de mí ofendida seas.

FLORELA.
Nunca, Alberto, me hables desto,
Porque á mí me importa poco,
Y el por qué sabrás después.

ALDEMARO.
Soy noble, aunque ansí me ves,
Y cuerdo en traje de loco.
Fia, Señora, de mí.

FLORELA.
Si es que me has de dar licion,
Alberto, comienza el son,
Y dejemos esto ansí.

ALDEMARO.
Basta, señora Florela:
Yo moriré y callaré.

FLORELA.
¡Tú morir! ¿Por quién? Por qué?

ALDEMARO. (*A Belardo.*)
¡Hola! dame esa vihuela;
Que esta plática bien basta
Para lo que se ha de hacer.

BELARDO.
Quebróse la prima ayer.

ALDEMARO.
Un loco mil cuerdas gasta.

BELARDO.
Pon este tercio que cuelga.

ALDEMARO.
Ten.

BELARDO.
Pruébale.

ALDEMARO.
Ya lo está.—
¡Qué falsa cuerda!

FLORELA.
Será
Porque de serlo se huelga.—
No he visto yo tañedor
Con tantos sentidos juntos.

ALDEMARO.
Es muy diferente en puntos
Un instrumento de amor.
Por falsa que es, la acomodo;
Porque, á la necesidad,
Es la mentira verdad.

FLORELA.
Y el músico es falso todo.

ALDEMARO.
¿Falso? Ansí pluguiera Dios
Que la que danza lo fuera.

FLORELA.
¡Buena consonancia hiciera,
A ser iguales los dos!

ALDEMARO.
El amor todo lo iguala.
Bien falsa debeis de ser;
Mas la falsa en el tañer
No hace consonancia mala.
Hacé cuenta que mi fe
Es instrumento divino,
Y que amor á tañer vino
Luego que á su mano fué.
Cinco órdenes veis aquí,
Y todas desordenadas;
Que mal estarán templadas
Siendo vos la falsa en mí.
Son las cuerdas los sentidos,
Que cinco sin órden son,
Y es el lazo el corazon
Que los prende y trae perdidos.
La tapa imagino el pecho
En que esta amonía se queja;
De la puente hasta la ceja,
Camino del alma estrecho;
Que por trastes, como escalas,
Van los suspiros y vienen

A las clavijas, que tienen
Las cuerdas buenas ó malas:
De las cuales es la prima
El ver, que fué la primera;
Que no amara, si no viera
El premio que el alma estima.
El oir fué la segunda,
Que se templa con el ver,
Que es la prima, y suele ser
En lo que el amor se funda.
Y pues llaman buen olor
A la opinion, nombre y fama,
Este sentido se llama
La tercera del amor.
La cuarta, que es el tocar,
Por ser cuerda mas grosera,
Se requinta con tercera,
Que es el temor del llegar.
Y si es el bordon la quinta,
Que del tocar gusto saca,
Con sobresalto se aplaca,
Que le sirve de requinta.
Tocó este instrumento amor,
Y sonaba por los cielos;
Pero tocaron los celos,
Y destemplóle el dolor.

FLORELA.

Habeis hecho en un momento
Tan alta filosofía,
Que labrastes de ataujía,
Alberto, vuestro instrumento.
¡Qué cuerdas tan delicadas,
Y qué dedos tan sutiles!

ALDEMARO.

Por mas que las aniquiles,
Las tiene el amor templadas.
Danza; que mejor lo hicieras
Si tañera Vandalino.

FLORELA.

Ni el mismo Apolo divino,
Sino es que tú el mismo fueras.

ALDEMARO.

Luego ¿ya mi amor te obliga?

FLORELA.

Pues ¿tiénesme algun amor?

ALDEMARO.

Por mí se dirá mejor:
«La guitarra te lo diga.»

FLORELA.

Pues ¡qué! ¿no es tu profesion
El ganar tu vida ansí?

ALDEMARO.

Sola esta vez la tañí
Para hacer á nadie el son;
Que el verte, dulce enemiga,
Me obliga á perderme al doble.

FLORELA.

Alberto, ¿eres hombre noble?

ALDEMARO.

La guitarra te lo diga.
Soy caballero, Señora;
Y para perderme ansí,
Desde Italia vine aquí;
Que vengo de Italia agora.
A la fama destas fiestas,
De Lerin vine á correr,
Donde me abrasaste ayer,
Y toda el alma me cuestas.
Dite en premio aqueste espejo,
Que te ha servido de aviso,
Como la fuente á Narciso,
Aunque con mejor consejo.
Para entrar aquí he tenido
La industria que viste ayer;
Que un soldado habia de hacer
Un hecho tan atrevido.
Ya estoy, Florela, en tu mano,
Puesto que á tus piés me inclino,
Y sé que por Vandalino
Es mi pensamiento vano.
¿Qué piensas hacer de mí?

FLORELA.

Castigar tu atrevimiento
Fuera necio pensamiento,
Pues que yo la causa fuí.
Tú eres noble; y si te digo
Verdad, me agradas, y baste
Que entrada en mi pecho hallaste,
Y que á pagarte me obligo.
Que si por soldado has hecho
Lo que nadie pudo hacer,
Yo sé que hallaste mujer
De tanto valor y pecho.
Sigue tu intento adelante,
Y de mi buena opinion
Te dará satisfacion
Otro engaño semejante.
No te aflija Vandalino;
Que hay en eso cierto enredo,
Que, si decillo no puedo,
Remediallo determino.
Mas ¡ay! mi padre es aquel.
Toca y enséñame.

ALDEMARO.

Toco;
Mas ¿qué ha de acertar un loco
Delante de vos y dél?
¿Qué quieres?

FLORELA.

Pavana toca.

ALDEMARO.

Ya va.

FLORELA.

Mira que es gallarda.

ALDEMARO.

Como lo es la que me aguarda,
El mismo son me provoca.

FLORELA.

No te burles.

ALDEMARO.

¿Cómo puedo?
Ponte en el puesto.

FLORELA.

¿Estoy bien?

ESCENA II.

ALBERIGO, FELICIANA, TEBANO. —DICHOS.

TEBANO. (*A Feliciana.*)

Aprenderé yo tambien,
Mi bien, por quitarte el miedo.

ALBERIGO.

Ya está danzando Florela.

FELICIANA.

Mas ya quiere comenzar.

ALDEMARO.

Con reverencia ha de entrar.

FLORELA.

¿Basta ansí?

ALDEMARO.

Mas baja.

FLORELA.

Haréla.

ALDEMARO.

Enderece el cuerpo mas.

FLORELA.

¿Voy bien?

ALDEMARO.

Y ese rostro un poco.

FLORELA.

Tocad, y despacio.

ALDEMARO.

Toco.
Entrar, y pasos atrás.
—Deje eso agora, que son
Principios mal enseñados;
Que ha de perder los cuidados
De la primera licion.
Todo lo que ha de saber
Es lo que le he enseñar:
Lo pasado ha de olvidar,
Y lo presente aprender.
Mas quisiera yo enseñalla
Desde el principio, Señora,
Lo que yo sé, que no agora
De lo que sabe olvidalla.
Mas ya palabra me ha dado
Que no lo danzará mas.

FLORELA.

¡Qué poco seguro estás
Que de tu licion me agrado!
Todo aquello que aprendí,
Te he de decir cómo fué.

ALDEMARO.

Y yo despacio os diré
Lo que aprenderéis de mí.
La señora Feliciana
¿Qué sabe?

FELICIANA.

Ninguna cosa.

TEBANO.

Ponte, por tu vida, hermosa,
Y vuelve la nieve en grana.

FELICIANA.

Pues ¿no es vergüenza decir
Que no sé nada?

FLORELA.

Sí sabe;
Que en una danza bien grave
Me mete, y quiere fingir.

TEBANO.

Pues ¿qué quiere hacer?

ALDEMARO.

¿Si empieza
A trazar algun sarao?

FLORELA.

Aprende el pié de jibao
A costa de tu cabeza.

TEBANO.

No pueden tan bellos piés
Hacer que á su son me duela.

FELICIANA.

Basta; que burla Florela,
Como ya tan diestra es.

FLORELA.

Anoche danzaba ella,
Y mi maestro pensó
Que era quien danzaba yo.

TEBANO.

Pues ¿vino alguno á tañella?

FLORELA.

Vino, y hallóse engañado;
Que pensó que me tañia.

ALDEMARO.

Mi engañada fantasía,
Señora, habeis sosegado;
Que pensé que érades, cierto,
La que á tal hora danzaba.

FLORELA.

Durmiendo entonces estaba;
Que solo me enseña Alberto.

ALDEMARO.

Con este favor, Señora,
Es mi pena incierta y vana.
Si otro enseña á Feliciana,
Que dance muy en buen hora;
Que yo á vos pienso enseñaros.

Respuesta digo que aguarde.

FELICIANA.

Yo la vengo de escribir.
Toma este papel, y di
Que le has escrito y le lleve.

FLORELA.

A mucho tu amor se atreve.

FELICIANA.

Florela, haz esto por mí;
Que pues estás por casar,
A tí te estará mejor,
Que no pierdes el honor
Que yo puedo aventurar.
Porque al fin con este enredo,
Gozar segura imagino
Del amor de Vandalino.

FLORELA.

¡Buena, por mi vida, quedo!
Pues ¿qué remedio tendré
Si él entiende que yo soy?

FELICIANA.

Después, palabra te doy,
Que desengañado esté.

FLORELA. (*A Aldemaro.*)

Alberto...

ALDEMARO.

Señora...

FLORELA.

Dale
A ese hidalgo ese papel...
(*Ap. á él.* Que cuanto llevas en él
De ajena memoria sale.)
Y parte luego, seguro
De que no has de perder nada.

ALDEMARO.

Mi esperanza bien fundada
Me dará el bien que procuro,
Que no tengo yo recelo
De perder el galardon,
Ya que entiendo la ocasion
De vuestro seguro celo.
Voy á hablar á Vandalino,
Que este bien espera ausente,
Como el enfermo la fuente
Y la patria el peregrino.
Ved qué quereis que le diga.

FELICIANA.

Dile que responda luego.

FLORELA. (*A Aldemaro.*)

Que me responda le ruego.

ALDEMARO.

Eso, la razon le obliga.
Yo voy. Adios.

FLORELA.

Vé con él.

ALDEMARO.

Belardo, vamos de aquí.

BELARDO.

¿Dónde vas fuera de tí?

ALDEMARO.

A dar voy este papel,
Y tengo que te decir
Mil cosas.

BELARDO.

Comienza á hablar.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA IV.

FELICIANA, FLORELA.

FLORELA.

En fin, ¿que le has de engañar?

FELICIANA.

Esto y mas he de fingir.

FLORELA.

¿Qué le escribes?

FELICIANA.

Disparates
De una mujer muy perdida.

FLORELA.

Yo no te diré en mi vida
Que lo dejes ó lo trates.
Mira, por Dios, por mi honor,
Y en lo demás haz tu gusto.

FELICIANA.

Ya entiendo yo tu disgusto.
Todo procede de amor.

FLORELA.

¿De amor?

FELICIANA.

Sí.

FLORELA.

¿Cómo ó por quién?

FELICIANA.

A Alberto miras.

FLORELA.

¡Yo á Alberto!

FELICIANA.

Tú á Alberto, y tengo por cierto...

FLORELA.

¿Qué?

FELICIANA.

Que á Alberto quieres bien.

FLORELA.

¡Yo á un hombre bajo! ¿No sabes
Que desprecio á Vandalino,
A quien tú, como á divino,
Rindes pensamientos graves?

FELICIANA.

Dime la verdad.

FLORELA.

Verdad
Esta es sola, y lo contrario
Mentira, y si es necesario,
Hoy haré una libertad.

FELICIANA.

¿Qué?

FLORELA.

Que á mi padre diré
Que de casa le despida.

FELICIANA.

Ya estoy cierta.

FLORELA.

Y yo corrida
De tu crédito y mi fe.

FELICIANA.

No te enojes: vén conmigo
Al jardin; que quiero hablarte.

FLORELA.

Ninguna ocasion es parte
Para enojarme contigo.

(*Vanse.*)

Habitacion de Vandalino.

ESCENA V.

VANDALINO, JULIO.

JULIO.

Sosiega un poco.

VANDALINO.

No puedo
Hasta ver esta respuesta.

JULIO.

Mas una esperanza cuesta
Algunas veces, que un miedo.

VANDALINO.

¡Cómo tarda Alberto, ó tarda
Mi Florela!

JULIO.

Quizá aguarda
Ocasion mas conviniente.

VANDALINO.

¿Si de escribir se arrepiente?
Que el honor mucho acobarda.

JULIO.

No te estés desvaneciendo.

VANDALINO.

Pues ¿cómo podré esperar
El tiempo que ha de tardar
El bien que espero muriendo?

JULIO.

Esgrimamos.

VANDALINO.

¡Bien me alegras!
Deja las espadas negras,
Que ya por vanas recelo,
Cuando estoy poniendo al cielo
Sobre un Olimpo mil Flegras.

JULIO.

¿Ya te metes en poesías?

VANDALINO.

Y ¿no es tratallas mejor,
Si las mas hablan de amor
Con altas filosofías?

JULIO.

Si eso quieres, bien podrás,
Ya que tan perdido estás,
Con un libro entretenerte.

VANDALINO.

¿Es de amor?

JULIO.

Sí.

VANDALINO.

Aun desa suerte
Algun consuelo me das.
¿Quién es? que yo te aseguro
Que no vence á mi deseo.

JULIO.

Traeréte á Leon Hebreo.

VANDALINO.

Dale á Dios, que es muy escuro.

JULIO.

Mario ¿es bueno?

VANDALINO.

Ese es mejor;
Mas para tratar de amor,
Bien dice Ovidio, aunque dure,
Lentescunt tempore curæ.

JULIO.

¿Ya hablas latin, señor?

VANDALINO.

¡Oh, Alberto! que amor pagado,
Con el tiempo no se mengua.

JULIO.

Deten un poco esa lengua.

VANDALINO.

Detenme, Julio, el cuidado,
Que así mi lengua apresura,
Mientras este tiempo dura,
Como al enfermo sediento
El fogoso crecimiento
De la ardiente calentura.

JULIO.

Ya el médico á verte viene.

ESCENA VI.

ALDEMARO, BELARDO.—DICHOS.

ALDEMARO.

¿Tiene alguna ocupacion?

VANDALINO.

Viene el que mi corazon
Agora en sus manos tiene,
Viene el que vida me ha dado.
No estoy, Alberto, ocupado,
Sino esperándote á tí;
Que aun el alma no está aquí
Para causarme cuidado.
¿Qué me traes? Qué me dices
De mi bien? ¿Cómo quedó?

ALDEMARO.

De lo que conmigo habló,
Hay muy bien que solenices

VANDALINO.

¿Cómo en hablar te detienes?

ALDEMARO.

Díjome de tí mil bienes.
Tu nobleza y condicion
Alabó, tu discrecion
Y ese buen talle que tienes;
Pero no te ha escrito.

VANDALINO.

¿No?
Pues ¿cómo?

ALDEMARO.

Porque su hermana...

VANDALINO.

¿Cuál hermana?

ALDEMARO.

Feliciana
La entretuvo y ocupó.

VANDALINO.

¿Esa es hermana? Es demonio,
Y baste por testimonio
Que mi gloria me ha quitado.

ALDEMARO.

Todo está agora turbado
Con el nuevo matrimonio.

VANDALINO.

¡Oh fiera hermana de Alecto,
Y no de aquel ángel sacro,
A quien, como á simulacro,
No se humillar es defecto!
Dame, Julio, espada y capa;
Que quiero ver si se escapa.

ALDEMARO.

Ahora bien, sierpe cruel,
Al encanto de un papel
Los oidos cierra y tapa.
Este escribió de su mano.

VANDALINO.

Déjame echar á tus plantas,
Y dame esas manos santas.

JULIO.

¿Santas? Calla, mal cristiano.

VANDALINO.

Como provision real,
En la parte principal
Del cuerpo, que son los ojos,
Pongo estos ricos despojos
De aquel ángel celestial.
Mientras leo, Julio amigo,
Trae á Alberto en qué se siente.

ALDEMARO.

¡Qué! Bien estoy.

VANDALINO.

¡Oh alma, siente
El bien que tienes contigo!
(*Lee entre sí.*)

BELARDO. (*Ap. á su amo.*)

Mientras lee, te querria
Preguntar un disparate.

ALDEMARO.

Di presto, y perdonaráte
Tu inocencia la osadía.

BELARDO.

¿Cómo este papel le escribe,
Si es que por tí muere y vive,
A Vandalino Florela?

ALDEMARO.

¿Que no entiendes la cautela
Y el engaño que recibe?

BELARDO.

¿Qué engaño?

ALDEMARO.

Que este papel
Es de mano de su hermana.

BELARDO.

Pues ¿qué le va á Feliciana?...

ALDEMARO.

¡Bueno! Piérdese por él.

BELARDO.

Y ¿da á entender que Florela
Es quien por él se desvela?

ALDEMARO.

Con esa máscara quiere
Gozar dél; que por él muere.

BELARDO.

¡Qué temeraria cautela!
De manera que este loco
Piensa que á Florela habló.

ALDEMARO.

Deste engaño pienso yo
Sacar provecho, y no poco.

VANDALINO.

Para tan alto favor
No hay en mi pecho valor.
Basta, que Florela es mia.

ALDEMARO.

Otro decirlo podria.

VANDALINO.

¡Cómo otro!

ALDEMARO.

Y mucho mejor;
Que la he visto hablar en tí.

VANDALINO.

Pensé que otro mejor dueño.

ALDEMARO.

Eso, Vandalino, es sueño.
Díceme que adora á mí,
Y he entendido su cuidado.

VANDALINO.

Esta noche me ha mandado
Que entre á hablarla en el jardin.

ALDEMARO.

Tendrán tus deseos fin.

VANDALINO.

Mas crecerá mi cuidado;
Que no soy tan atrevido,
Ya que tan dichoso sea.

ALDEMARO.

Mas diosa fué Melibea,
Y Calisto mas perdido,
Y un jardin les enseñó
A perder el miedo.

VANDALINO.

Yo
Bien creo de ella contenta
Que, como el papel no mienta,
No dirá á mis ruegos no.

ALDEMARO.

Pues ¿qué dice?

VANDALINO.

Que la dé,
Como en este lo confirma,
De ser su esposo una firma,
Y esta noche mano y fe.
Y pues que se ha contentado
Con solo un papel firmado,
Vén, y escribiréle luego;

...si hasta la noche llego,
...drá á ser desesperado.
...varás de camino
...escudillos, Alberto;
...se cumple el concierto,
...doblados determino.

ALDEMARO.

...s un siglo.

VANDALINO.

¡Oh jardin,
...mis esperanzas fin!

ALDEMARO.

...rdin? Viña, y vendimiada

VANDALINO.

...e, sol; vén, noche amada;
...me aguarda un serafin.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

RICAREDO, ANDRONIO.

RICAREDO.

...hace esas bravezas Pomarino?

ANDRONIO.

...biendo que truje los caballos,
...Aldemaro se quedó en Tudela,
...aginado todo lo que pasa;
...no lo remedias, no lo dudes
...de Lerin se partirá mañana.

RICAREDO.

...nio, no me espanto; que le cuesta
...trabajo aqueste jóven loco,
...es padre, y padre que no tiene
...ojos en quien poner los suyos.
...dado mil penas este mozo:
...el estudio, y fuése á Italia alférez;
...á Flándes después con el gran Du- [que,
...del Condestable desta tierra;
...abo de la ausencia que tú sabes,
...enas le ha gozado cuatro dias,
...á Tudela, y quédase en Tudela,
...r razon por qué se quedó solo.
...que sepas de raíz el caso,
...en una palabra que él adora
...ela, la hija de Alberigo;
...para poder hablarla, ha dado
...nzar y tañer, por cuya industria
...á las dos hermanas de maestro.
...partí después que te partiste;
...lvióme la forzosa pena
...rimer jornada del camino;
..., agora imagino de qué modo
...ediase todo.

ANDRONIO.

¡Extraño efeto!
...stá de amor sujeto á tal bajeza?

RICAREDO.

...gran belleza desta dama
...on le inflama, el alma vence.

ANDRONIO.

...no se avergüence dese traje,
...r á su linaje tal afrenta?

RICAREDO.

...dido le cuenta.

ANDRONIO.

¿No pudieras
...enazas fieras reprimille?

RICAREDO.

...puede resistille? Amor le engaña.

ANDRONIO.

...le desengaña, Ricaredo, [ra;
...perdido el miedo á lo que es hon-
Que desta gran deshonra que hoy alcan- [za,
Ha de tomar venganza el padre airado.

RICAREDO.

Está muy obstinado; es imposible.

ANDRONIO.

Pues medio convenible nos importa;
Que la jornada es corta, y ser podria
Que si la sangre fria le calienta
Al viejo, aquesta afrenta le matase.

RICAREDO.

No sé dónde le hallase, ó con qué acha- [que
De su casa le saque de Alberigo.

ANDRONIO.

A llamarle me obligo.

RICAREDO.

Este es que viene.

ESCENA VIII.

ALDEMARO, BELARDO.—DICHOS.

ALDEMARO.

Mira si cuerdas tiene ese instrumento.

BELARDO.

Habla, Señor, con tiento.

RICAREDO.

Seor maestro,
¿Ya del oficio vuestro andais cargado?

ALDEMARO. (*Desentendiéndose.*)

Sabes que tu criado soy, Andronio.

ANDRONIO.

¿Es este el testimonio de esos grandes
Que trujiste de Flándes? Es aquesta
La historia manifiesta de tus hechos,
Ó quedan ya deshechos con tu nombre?
¡Qué cosa digna de hombre de Navarra,
Andar con la guitarra por la calle, [das!
Y un hombre de tu talle, ingenio y pren-

ALDEMARO. [breve,

Cuanto aquí me encomiendas haré en
Sin que otro precio lleve, que el mas jus- [to.

ANDRONIO.

¿Qué dices?

ALDEMARO.

Que á tu gusto me acomodo.
Como enseñarte espero en cuatro dias,
Con seis liciones mias, ó dos solas,
Harás las cabriolas hasta el techo.

ANDRONIO. [tiendes?

¿Que ya sordo te has hecho? ¿No me en-
Que á tus padres ofendes, y á tus deu- [dos,
Que á nadie pagan feudos ni tributos,
Por nobles estatutos que ha tenido
Su solar conocido en esta tierra.

ALDEMARO. [sa;

Todo lo entiendo, y yerra quien lo pien-
Que el danzar no es ofensa, y amor me- [nos;
Que están los libros llenos, las historias,
De las grandes vitorias de su mano.

BELARDO.

Yo os enseñaré, hermano, dos mudanzas
En dos ó cuatro danzas escogidas.

ANDRONIO.

Bien es que aquesto impidas, Ricaredo.

RICAREDO. [loco.—

¿Qué quieres? Tengo miedo, que está
¿Podréle hablar un poco? Dí, Aldemaro.
Mira que sé muy claro que has fingido
Que pierdes el sentido. Óyeme, escucha.

ALDEMARO.

No es la mudanza mucha cuando es bue- [na,
Y se traba y ordena con donaire.
Entra este pié con aire á dos carreras,
Tras estas, bien ligeras, se deshacen,
Y luego en las que hacen, el derecho
Se pone, y esto hecho, se da un salto
Con media vuelta en alto y campanela,
Y luego desharéla deste modo.

RICAREDO.

¡Cómo! ¡A tu primo, y todo!

BELARDO. (*A su amo.*)

Aquesta gente
No entiende fácilmente tus liciones.
Déjate de razones, vén á casa.

RICAREDO. [niegas!

¡Cómo! ¿que aquesto pasa? ¡A mí me

ALDEMARO.

Haré lo que me ruegas, como amigo.
Aquí en cás de Alberigo es mi posada.

RICAREDO.

Si cortara mi espada en sangre mia,
Te diera...

BELARDO.

Vamos.

ALDEMARO.

Guia.

BELARDO.

Adios, señores.

(*Vanse Aldemaro y Belardo.*)

ESCENA IX.

RICAREDO, ANDRONIO.

RICAREDO.

Corrido quedo.

ANDRONIO.

Y yo, porque esto es burla.

RICAREDO.

No es posible, por Dios; gran mal es este.
Ya se perdió lo mas, perdió el jüicio.
Andronio, ¿qué he de hacer?

ANDRONIO.

¿Que ansí te ciegas?

RICAREDO. [loco,

Luego ¿no he de creer que un hombre es
Que á su primo responde desta suerte?

ANDRONIO.

¿No ves que lo ha fingido por librarse?

RICAREDO.

Eso quiero saber; ¡y vive el cielo, [nos,
Que, aunque sepa matalle con mis ma-
A Lerin esta noche he de volverle!

ANDRONIO.

¡Oh, maldígate Dios, amor tirano!
Pues el que viene á dar en tu Argel preso,
Pierde la libertad y pierde el seso.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Alberigo.

ESCENA X.

FLORELA, LISENA.

FLORELA.

¿Eso tiene concertado?

LISENA.

Verle quiere en el jardin,
Donde vendrá disfrazado.

FLORELA.

¿Y gozará della al fin
Para darle á su cuidado?

LISENA.

Ese pienso que es su intento.

FLORELA.

¡Qué villano pensamiento
Para una mujer tan noble!

LISENA.
Y el engaño crece al doble
Su lascivo atrevimiento.

FLORELA.
¿Ansí que será gozada
De Vandalino en mi nombre,
Y quedaré deshonrada?

LISENA.
¿Quién duda que piensa el hombre
Que eres tú la enamorada?

FLORELA.
¡Cobraré yo buena fama,
Si en el lugar se derrama
Que me goza Vandalino!
Dime, ¿y la respuesta vino,
O aguarda á Alberto la dama?

LISENA.
No ha venido; que le aguarda.

FLORELA.
Que no me puedo casar,
Si él la goza, me acobarda.

LISENA.
Tu honra quiere culpar:
Con esto la suya guarda.

FLORELA.
Pues no creas que le goce:
Mal mi hermana me conoce.
¿Cuando se verá con él?

LISENA.
Pienso que dice el papel
Entre las once y las doce.

FLORELA.
Véte adentro y disimula,
Y fíame el galardon.

LISENA.
Solo tu amor me estimula.

FLORELA.
Eso y mi buena opinion
Me congoja y atribula.
(*Vase Lisena.*)

ESCENA XI.

FLORELA.

No es muerto aquel que muere, si en [la vida
Dejó buena opinion; solo es el muerto
El que viviendo mata el desconcierto
De la deshonra al apetito asida.
No es esclavo el que corta la extendida
Plaza del mar con remo al golfo ó puer- [to,
Ni es triste el solitario en el desierto,
Ni el labrador que busca la comida.
Que el muerto, esclavo, solo y el vi- [llano,
Es vivo, es libre, alegre, y rey, si tiene
Esto que llaman honra los mortales;
Que si le falta, muerto ó vivo, es llano
Que es muerto, esclavo, triste y vil, pues [viene
A dar por breve bien tan largos males.

ESCENA XII.

ALDEMARO.—FLORELA.

ALDEMARO.
Si de hallarte sola aquí
He recibido contento,
A tu mismo pensamiento
Se lo pregunta, y no á mí.
Llevé, Florela, el papel,
Y traigo aquesta respuesta.

FLORELA.
Estoy muy triste y dispuesta
A tomar venganza en él;
Y ansí, le hago pedazos.
(*Rómpelo y tira los pedazos.*)

ALDEMARO.
¿Cómo?

FLORELA.
Ya habrás entendido
Que mi hermana ha pretendido
Verse esta noche en sus brazos.

ALDEMARO.
Ansí es verdad.

FLORELA.
Pues ¿es bien
Que se piense que soy yo?

ALDEMARO.
Yo imaginaba que no,
Y era la verdad tambien;
Porque, después de gozada,
El desengaño vendria.

FLORELA.
No es bien que la honra mia
Esté con nadie engañada;
Y si tú, como ya dueño,
No vuelves por su opinion,
Lloraré tu condicion,
Y tendré tu amor por sueño.

ALDEMARO.
Señora, yo soy hidalgo,
Y Aldemaro de Lerin,
De cuyo solar en fin,
Como Fénix, vivo y salgo.
Es mi padre Pomarino,
Alcaide del Condestable,
Pobre y en valor notable,
Y de vuestra sangre dino.
Defenderé vuestro honor
Por lo que le toca al mio,
Contra el mundo en desafío.

FLORELA.
Ya conozco tu valor;
Y pues á tu cuenta está,
Tratemos de defendelle.

ALDEMARO.
Un engaño pienso hacelle.

FLORELA.
Dile.

ALDEMARO.
Escucha.

FLORELA.
Dile ya.

ALDEMARO.
Su letra quiero imitar,
Y otra respuesta escribir,
En que le pienso decir
Que tiene temor de entrar;
Porque este papel decia
Que, estando del huerto junto,
En siendo las doce en punto,
Cerca y pared saltaria.

FLORELA.
Bien dices: véte á escribir.

ALDEMARO.
Adios. (*Vase.*)

FLORELA.
En casos de honor,
Ser á la sangre traidor
Es á la sangre acudir.
Yo estorbaré su intencion,
Si salgo con esta traza.

ESCENA XIII.

ALBERIGO, TEBANO.—FLORELA.

TEBANO.
Irémos mañana á caza,
Si tienes tanta aficion.

ALBERIGO.
Está el campo de manera
Que obliga á no salir dél.

FLORELA.
¿Qué hay, Señor, de nuevo en él?

TEBANO.
Una hermosa primavera,
Aunque para la presente
No tenga comparacion.

FLORELA.
Galan sois de corazon,
Estando mi hermana ausente;
Pero yo os la iré á llamar
Y diréiselo mejor. (*Va*

ESCENA XIV.

ALBERIGO, TEBANO.

TEBANO.
(*Ap.* No hay sin celos cierto amor;
Pues me dan, debo de amar.
¿No es bueno que aquestos rotos
Papeles por estos suelos,
Me dan al alma mil celos,
Y al pecho mil alborotos?
No porque es justo pensar
Que á mi esposa se han escrito;
Pero amor tan infinito
Celos comienza á engendrar.
Porque, como el amor es
Ligera imaginacion,
Forma una vana ilusion
Que es viento y sombra después.
¿Cómo podré yo cogellos
Sin que mi suegro lo entienda,
Porque después no se ofenda
La imaginacion con ellos?
Ahora bien, válgame amor.)
¿Sabeis, Señor, qué he notado
Mientras por el campo he andado?

ALBERIGO.
¿Qué habeis notado, Señor?

TEBANO.
Mirando el sereno cielo,
Cuando ya el sol se ponia,
Ví que una estrella salia
De un rojo y sangriento velo,
Y presumo que es cometa.

ALBERIGO.
¿Qué señas tiene?

TEBANO.
Eso miro.
(*Dirígese á una ventana.*)
Su naturaleza admiro
Y mi ignorancia secreta;
Que diz que son los efectos
Como la forma.

ALBERIGO.
Es verdad,
Conforme á la calidad
De sus contrarios aspectos.
Tres en la filosofía
Cuentan, aunque Plinio nueve,
Y los de Arabia, á quien debe
Tanto honor la astrología.
(*Mientras el viejo discurre mira*
cielo, va Tebano cogiendo los
les disimuladamente del suelo.

TEBANO.
Y ¿qué tres números son?

ALBERIGO.
La comata y la barbata,
Con la que llaman caudata.

TEBANO. (*Ap.*)
Bien acude á mi intencion.

ALBERIGO.
La comata es la que tiene
Rayos como cabellera;
La barbata, considera
Que forma de barba tiene.

FLORELA.
Poco; que cuando se entienda,
Debo defender mi honor;
Que soy prenda de tu amor.

ALDEMARO.
¡Tú, mi bien!

FLORELA.
Yo soy tu prenda.

ALDEMARO.
No has aprendido, á fe mia,
Mal á hacer esta mudanza.

FLORELA.
Aficionóme la danza,
Y aprendila en solo un dia.

ALDEMARO.
Lleno estoy de mil deseos,
Y todos de tu hermosura.
Y no pienses por ventura
Que son, por lo hermoso, feos;
Que castamente me inflaman
A ser tuyo hasta la muerte;
Y deseos desta suerte
Justa esperanza se llaman.
Esta tengo justamente
De merecer...

FLORELA.
Di adelante.

ALDEMARO.
Que me turbe no te espante;
Que amo bien y hablo altamente.
Pero cuando te pidiera,
Y aquestas alturas baje
A mas humilde lenguaje,
Tus brazos, ¿qué te ofendiera?

FLORELA.
Bien ó mal, ya lo dijiste.

ALDEMARO.
Si te ofendí, ya lo pago
Con el amoroso estrago
Que en mis entrañas hiciste,
Y mas con no merecellos.

FLORELA.
Pues ¡tan presto brazos mios!

ALDEMARO.
Castiga mis desvaríos
Y enoja tus ojos bellos.
Mal dije, en tu ofensa hablé:
Al sol el carro pedí,
Gigante al cielo subí,
Pigmeo al suelo bajé.
Ya de rodillas estoy,
Y no me alzaré del suelo
Sin tu perdon, claro cielo.

FLORELA.
Álzate, ya te le doy;
Mas para alzarte no mas.

ALDEMARO. (*Abrazándola.*)
¡Bien te engañé!

FLORELA.
No me aprietes;
Basta que ansí me sujetes.

ALDEMARO.
Agora en mi pecho estás.

ESCENA XVII.

FELICIANA. — DICHOS.

FELICIANA.
¡Bien por mi fe! ¿Así le abrazas?

FLORELA. (*Ap. á Aldemaro.*)
Visto nos han.

ALDEMARO.
(*Ap. á Florela.* No hayas pena.)
Tambien esta vuelta es buena
Cuando los brazos enlazas,
Y el saltillo en ocasion
Da al abrazo buen donaire.

FLORELA.
¿Hícelo yo con buen aire?

ALDEMARO.
Muy bien tomas la licion.

FELICIANA.
¿Qué es aquesto?

FLORELA.
¡Oh, Feliciana!

ALDEMARO.
¡Oh, si antes venido hubieras,
Qué danza ensayar me vieras!

FELICIANA.
¿Qué danzabas?

ALDEMARO.
La cerdana.

FELICIANA.
Para mujeres ¿es buena?

ALDEMARO.
Para máscara, escogida,
Y esta de agora fingida
Está de remedios llena.

FELICIANA.
¿Por qué dices de remedio?
¿Respondieron al papel?

ALDEMARO.
Respuesta te traigo dél.

FELICIANA.
¿Es larga?

ALDEMARO.
De pliego y medio.

FELICIANA.
¿Hasla leido?

FLORELA.
Yo sí;
Mas no he dicho nada á Alberto,
Porque es un gran desconcierto
Todo cuanto escribe aquí.

FELICIANA.
Muestra á ver.

FLORELA.
Sin duda es loco,
O lo estaba en este punto.

ALDEMARO.
Amor y locura junto,
¡Ay del alma!

FELICIANA.
Aguarda un poco.

(*Lee.*) «Agradecido estoy á la merced »que me haces, mas no al atrevimiento »con que me das en un dia lo que en mil »años me pareciera milagro; y pues te »quiero para mi mujer, y no para mi »amiga, no me aguardes en el huerto, »sino á tu reja, donde, como la noche pa»sada, te hablaré. Nuestro Señor, etc.»

FLORELA.
¿Esto te han escrito á tí
Con aquese desamor?

FELICIANA.
Esto me ha escrito un traidor
Luego que el alma le dí.

FLORELA.
El es lindo majadero.
En tu vida le hables mas.
Espera, ¿adónde te vas?

FELICIANA.
Hablalle en la reja quiero;
Que ya andará por la calle. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

ALDEMARO, FLORELA.

FLORELA.
Bramando va.

ALDEMARO.
Ya lo veo.

FLORELA.
Que le maltrate deseo.

ALDEMARO.
No hayais miedo que le halle;
Que él en el huerto ha de entrar.

FLORELA.
¿Cómo le echaré de allí?

ALDEMARO.
Háblale tú, y fia de mí
Que yo le sepa espantar.

FLORELA.
¿Cómo?

ALDEMARO.
Cuando hablando estés,
Con Belardo y tu escudero
Entrar de repente quiero.

FLORELA.
¿Si acomete?

ALDEMARO.
¿Cómo á tres?

FLORELA.
Pues con eso, á hablarle voy.

ALDEMARO.
Y yo á armarme antes que acuda.
¿Soy tuyo?

FLORELA.
Pues ¿quién lo duda?

ALDEMARO.
¿Serás mia?

FLORELA.
Tuya soy.
(*Vanse.*)

—

Jardín.

ESCENA XIX.

TEBANO, *de noche.*

Mirando queda el viejo la cometa
En un balcon del corredor atento
Con sus antojos de cristales claros;
Y yo con los escuros de mis celos
Vengo á mirar el cuerno de la luna,
Si acaso crece ó mengua en mi sospecha.
Bien pintaba el amor un hombre docto
Con una manchezuela en medio el pe-
Y una letra sobre ella que decia: [cho
«Faltó la *i* para que fuesen *cielos*,»
Y sin ella el amor, llamóse celos.

ESCENA XX.

VANDALINO, *de noche.*—TEBANO.

VANDALINO.
Por la pared del huerto venturoso,
O á lo menos que tiene mi ventura,
He descendido hasta la hermosa fuente
Donde me aguarda mi Florela hermosa.
Flores, reverdeced, espirad ámbar,
Si ha puesto en vos sus plantas la flor mia,
Mas bella que la misma primavera.

TEBANO. (*Ap.*)
¡Ah cielo! no son vanas mis sospechas.
Ya el pez acude al cebo.

VANDALINO.
Verdes árboles,
Agora á dicha sois callados huéspedes
De mil pintados y dormidos pájaros;
¿Qué nuevas me traeis de mi Florela?

TEBANO. (*Ap.*)
Florela dijo: alégrense mis ojos...
Mas no, si no los engañan mis oidos.
Quiero aguardar. Mas ya las hojas sue-
Sin duda es de mujer este rüido. [nan.

ESCENA XXI.

FLORELA.—VANDALINO; TEBANO, *observándolos.*

FLORELA.
¿Es Vandalino?

VANDALINO.
Soy el que te adora.

FLORELA.
¿Cómo has tenido tanto atrevimiento?

VANDALINO.
¡Atrevimiento! Tú ¿no me escribiste
Que te viniese á ver en este punto?

FLORELA.
Hante engañado, y no era letra mia;
Y no soy yo mujer que libremente [bre.
Puede entregar su voluntad á un hom-

VANDALINO.
¿Qué dices? ¿No me hablaste anoche?

FLORELA.
¡Anoche!
Mira no fuese algun engaño.

VANDALINO.
¿Cómo?

FLORELA.
Que alguna dueña de las que hay en casa
Por algun interés te desvanezca.

TEBANO. (*Ap.*)
¡Oh celos, duro azote de los cielos!
¿Por qué de Feliciana me ofendistes?

VANDALINO.
¿Es esto, mi Señora, por probarme?

FLORELA.
¿Probarte? Mal conoces tú mi acero.
Eso es mi pecho, y mis ternezas már-
Si no mirara que el amor te ciega, [mol.
Hiciera que te hicieran mil pedazos.
(*Retírase.*)

TEBANO. (*Ap.*) [ma?
¿Que aun hasta mi cuñada es honradísi-

VANDALINO.
¡Maldiga el cielo firmas y papeles,
Criadas, familiares, puertas, rejas,
Suspiros tristes, amorosas quejas,
Arboles, plantas, fuentes y verjeles,
Mis esperanzas y servicios fieles,
De cuyo justo galardon te alejas!
Solo bendiga aquí donde me dejas,
Ramas, paredes, dagas y cordeles.
¡Maldiga mi locura por tu engaño,
Y maldiga esta hora y el momento
Con que se acaba de servirte un año!
Maldiga mi maldito atrevimiento,
Y bendiga tu santo desengaño;
Por quien agora moriré contento.
(*Vase.*)

FLORELA.
Él es ido en efeto, y va de suerte
Que no se ha de acordar de lo pasado.
Quiérome entrar, pues que mi Alberto
(*Vase*). [tarda.

ESCENA XXII.

TEBANO.

¿Hase visto mas alto desengaño? [sa?
¿Tiene honra el mundo como en esta ca-
Aquí aprendan doncellas virtuosas,
Y las casadas por dechado tengan...
—Gente suena: escondedme, amigos
[árboles.

ESCENA XXIII.

ALDEMARO, BELARDO, CORNEJO, *armado á lo gracioso.* — TEBANO, *oculto.*

CORNEJO.
¿Que ladrones decís que anoche and[...]

ALDEMARO. [ba[...]
Digo que el alboroto de la boda [...]
Dió causa á que se entrasen por el hu[...]

BELARDO.
Con eso faltan cosas de importancia.
Cornejo, haced buen ánimo, y á ellos

CORNEJO. [...]
Por Dios que triago un miedo penetra[...]
Que no me deja hueso sin tembloque.

BELARDO.
¿No venís vos armado?

CORNEJO.
Pues ¿qué impo[...]
Que hay ladron destos que entra en [...]
[...]
Con un montante y cuatro arcabuce[...]

ALDEMARO. (*Reparando en Teba[...]*)
Aquí está uno.

BELARDO.
Aquí.

ALDEMARO.
Dale, Belard[...]

BELARDO.
Buen palo truje.— Dale.
(*Apalean á Tebano.*)

TEBANO.
Paso, necio[...]
Paso, paso, por Dios.

CORNEJO.
¡Santa María!
Yo soy muerto sin duda.

ALDEMARO. (*A Tebano.*)
Di quién e[...]

TEBANO.
Tebano soy, borrachos.

ALDEMARO.
Pues perd[...]
Que por ladron pasaste agora plaz[...]

TEBANO.
La plaza fuera mucho en hora bue[...]
Pero la paga ha sido de contado.

BELARDO.
Cornejo, no temais.

CORNEJO.
¿Quién es ese hom[...]

BELARDO.
Tebano el desposado.

CORNEJO.
¡Oh, señor mi[...]
¿Qué te parece destos brazos de Hé[...]
¿No vengo bueno á caza de ladrones[...]

TEBANO.
La casa se alborota: haya silencio,
Y cada cual se vaya por su parte.
(*Ap.* ¿Que estos palos me cuesta un [...]
[eng[...]
Mas yo me huelgo de que pare en pal[...]

BELARDO.
Venid, Cornejo, harémos media noch[...]

CORNEJO.
Para otra noche traigo una escope[...]

ALDEMARO. (*Ap.*)
¡Ah Florela divina, y cuánto sabes[...]

CORNEJO.
¿Habrá pernil?

Señor Vandalino, ansí,
Porque si matais á Alberto
O le decis lo que pasa,
Se deshonra nuestra casa
Y se descubre el concierto.
Mejor es disimular,
Y dar traza en vuestro gusto.

VANDALINO.

Por quererlo vos es justo.

FELICIANA.

Yo le sabré castigar
Con dar órden que no quede
Solo un dia en nuestra casa,
Porque entender lo que pasa
Mi padre, al contrario, puede.

VANDALINO.

Pues como vos le echeis della,
No quiero yo mas venganza.

FELICIANA.

Yo le ordenaré una danza,
Que no acierte paso en ella.
Salga el danzador villano
Que tan malas vueltas tiene,
Y á lo que á vos os conviene
Pondré yo misma la mano;
Que quiero seros tercera
Por el gusto de mi hermana.

VANDALINO.

¡Qué menos bien, Feliciana,
De vuestro nombre se espera?
Siendo dichosa, dais dicha
Al hombre mas desdichado
De cuantos Dios ha criado,
Pues soy la misma desdicha.
¡Quién pensara que el papel
Aquel villano trocara,
Que mi letra falseara
Y me disfamara en él?
Mas ya es hecho: ved, señora,
Cómo haré yo que Florela
De mis agravios se duela,
Y vuelva en su gracia agora.

FELICIANA.

Con que solo le escribais
Una cédula firmada,
Queda contenta y pagada,
Que esta noche lo veais.
Y porque entendais que es cierto,
Yo os traeré papel aquí,
En que ella confirme el sí
Deste amoroso concierto.
Dirá que es vuestra mujer,
Quedando á serlo obligada.

VANDALINO.

Por la tiniebla pasada
Nuevo sol comienzo á ver.
Merezca yo vuestras manos.

FELICIANA.

Bueno, y mis brazos tambien;
Que es muy justo que se os dén,
Que en fin ya somos hermanos.
¡Con cuánto gusto los doy!

VANDALINO.

Ya que os vais, ¿qué diré aquí
Si alguien me viere?

FELICIANA.

Decí
Que sois...

VANDALINO.

¿Quién diré que soy?
¿No veis que soy conocido?

FELICIANA.

Decid que buscais á Alberto;
Que teneis hecho concierto
De recorrer lo aprendido.

VANDALINO.

Basta; yo lo fingiré.

FELICIANA.

Pues por la cédula voy. *(Vase.)*

ESCENA II.

VANDALINO.

De extremo en extremo doy;
Que nunca al medio llegué.
Dichoso en extremo fuí
En el concierto del huerto,
En extremo en el concierto
De desdichado me ví.
Agora vuelvo tambien
Á ser dichoso en extremo,
Y á tantos extremos temo,
Porque está en el medio el bien.
Pero, como llegue al medio
Desta virtud que me anima,
En poco el dolor estima
La esperanza del remedio.
Tebano es este sin duda,
Que en fin me vino á encontrar.

ESCENA III.

TEBANO.—VANDALINO.

TEBANO. *(Dentro.)*

Harás el bayo ensillar,
Y el freno de ayer le muda;
Que va con poco sosiego
Y le lastima la boca. *(Sale.)*

VANDALINO. *(Ap.)*

¡Á cuánto el amor provoca!
Necio y demudado allego.

TEBANO. *(Ap.)*

¡Qué quiere aquí Vandalino?

VANDALINO.

Guárdeos Dios.

TEBANO.

Él mismo os guarde.

VANDALINO.

Por importarme esta tarde,
Y que á propósito vino,
Á buscar á Alberto entré:
Tened por bien que le hablo.

TEBANO.

¡Servicio en verdad notable!
Yo propio os le llamaré.

VANDALINO.

¡Jesus! ¿Tanta cortesía?

TEBANO.

Para serviros es corta.

VANDALINO.

Cuando no salga no importa,
Y esa obligacion es mia.
Pero Alberto viene aquí.

ESCENA IV.

ALDEMARO.—DICHOS.

VANDALINO.

¡Oh amigo Alberto!

ALDEMARO.

¡Oh señor!
Yo soy vuestro servidor.

VANDALINO.

Á buscarte vengo.

ALDEMARO.

¿Ansí?

VANDALINO.

Ayer, cuando en mi posada
Me mostraste una licion,
Vi que la vuelta á traicion
Era mudanza engañada.
Después, probando en un huerto

A hacer la licion, hallé
Que no estaba firme el pié
De aquella gallarda, Alberto.
Y deshecha la mudanza,
Ya que del huerto salí,
Esta mañana entendí
Que viene errada la danza;
Que, mi licion contrahecha,
Y muy diferente dada,
De tu ciencia mal pensada
Averigué la sospecha.
Mirarás de aquí adelante
Cómo enseñas, porque entienda
Que hay en tu licion enmienda.

ALDEMARO.

Descuido fué: no te espante,
Y de mi buena opinion
No formes esas quimeras;
Que de burlas ni de veras
Jamás di errada licion.
La tuya lo pudo ser,
Porque fué de mano en mano.

VANDALINO.

Si eso es así, Alberto hermano,
Vénme por tu vida á ver,
Porque entienda cómo ha sido.

ALDEMARO.

Yo os dejaré satisfecho
De mi ciencia y de mi pecho.

TEBANO.

Yo lo tengo ansí entendido;
Que Alberto es hombre de bien,
Y vuestro favor merece.

VANDALINO.

A mí ansí me lo parece.

ESCENA V.

FELICIANA.—DICHOS.

FELICIANA. (*Ap.*)

¿Que Tebano entró tambien?
Digo que soy desdichada.
¿Cómo le daré el papel?

TEBANO.

Tenelde por muy fiel;
Que es hijo de gente honrada,
Y muy soldado, por Dios.

ALDEMARO.

Mi señora viene aquí.

FELICIANA.

A veros partir salí,
Y á veros, Señor, á vos;
Que á vuestras hermanas debo
Una muy justa visita.

VANDALINO.

Ya dese cuidado os quita
El que de serviros llevo.
Toda mi casa tened
Por vuestra.

FELICIANA.

Y esta, Señor,
Por este nuevo favor
Recibe de vos merced.
(*Deja caer un papel al descuido en el suelo, y luego álzalo.*)
¿Es este papel acaso
Vuestro?

VANDALINO.

Aquí se me cayó...—
Dejad... Manos tengo yo.

FELICIANA.

¡Jesus! Tomad. (*Dásele.*)

VANDALINO.

¡Bravo caso!
No era de poca importancia.

FELICIANA.

¿Es de alguna dama hermosa?

VANDALINO.

De la que ha de ser mi esposa.

ALDEMARO. (*Ap.*)

Y han de ser pueblos en Francia.

VANDALINO.

Si salis fuera, iré yo,
Mi señora, á acompañaros.

TEBANO.

Yo á serviros y á dejaros
En vuestra casa.

VANDALINO.

Eso no.
Vámonos á pasear
Y á ver damas, con licencia
De vuestra esposa.

FELICIANA.

En mi ausencia,
A vos no os la quiero dar.

TEBANO.

Ensillen otro caballo.

VANDALINO.

Caballo tengo á la puerta.

TEBANO.

Pues vamos.

VANDALINO.

Quedad muy cierta
Que sabré bien empleallo.

FELICIANA.

Llevándole vos, Señor,
Yo sé que irá bien seguro.

VANDALINO.

Ponelle en el alma os juro.
(*Ap.* ¡Oh papel!)
(*Vanse Vandalino y Tebano.*)

ESCENA VI.

ALDEMARO, FELICIANA.

ALDEMARO. (*Ap.*)

¡Oh injusto amor!
¡Qué sin razon me das celos,
Bajando entre mil mudanzas
Mis seguras esperanzas
De dos bellísimos cielos!

FELICIANA.

Alberto...

ALDEMARO.

Señora mia...

FELICIANA.

Vé y llámame al escudero.

ALDEMARO.

¿Dónde esperas?

FELICIANA.

Aquí espero...
(*Vase Aldemaro.*)
Y espero que pase el dia.
Pasa, importuno: ¿qué tardas
Con tu sol muy claro y puro?
Y cubra el silencio obscuro
La tierra de nubes pardas;
Porque esta noche ha de ser
El fin de mis males cierto.

ESCENA VII.

CORNEJO.—FELICIANA.

CORNEJO.

Agora me dijo Alberto
Que me habias menester.

FELICIANA.

Y ¿dónde queda?

CORNEJO.

En la sala.

FELICIANA.

Pues Cornejo ¿en qué entendia?

CORNEJO.

Un remendillo ponia
A una vieja martingala.

FELICIANA.

Porque es hombre de secreto
Le quiero encomendar uno;
Mas no ha de saber ninguno
Cómo, cuándo, ni á qué efeto.

CORNEJO.

¡Jesus! ¿En mí pones duda,
Que soy Cornejo derecho?

FELICIANA.

Yo conozco tu buen pecho.

CORNEJO.

¿Dudas que á quien soy acuda?
Mas antiguo es mi linaje
Que Matusalen, por Dios.

FELICIANA.

Hoy hemos de hacer los dos
Que Alberto la furia abaje;
Que ha entrado muy necio en casa.

CORNEJO.

Es villano de Aragon:
Nació ayer en un rincon,
Y es mas antiguo Ganasa.
A mí me enseñaba ayer
A danzar un estrambote,
Y hago voto á Lanzarote
Que apenas le sabe hacer.

FELICIANA.

Estas joyas que aquí van
Llevarás á su aposento.

CORNEJO.

Las joyas ¿para qué intento?

FELICIANA.

(*Ap.* Estas el engaño harán.)
Debajo del almohada
De su cama las pondrás,
Y deja hacer lo demás,
Como que no entiendes nada.

CORNEJO.

Por la mula del pesebre,
Que os calo el engaño ya.

FELICIANA.

Vé con Dios.

CORNEJO.

Canto será
En que los ojos se quiebre. (*Vase.*)

FELICIANA.

Del engaño que me hizo,
La justa venganza llega;
Que la mujer no sosiega
Cuando no la satisfizo.
Él saldrá de casa, y creo
Que del lugar será poco.

ESCENA VIII.

ALDEMARO Y FLORELA, *sin ver á* FELICIANA.

ALDEMARO.

Estoy, mi Florela, loco
Deste imposible deseo...
Digo, imposible, insufrible;
Que mientras que se dilata,
Como imposible me mata.

FLORELA.

En mi amor todo es posible.
Yo seré tuya á pesar
De mil imposibles vanos.

ALDEMARO. (*Cambiando de tono.*)

Dame tus manos.

FLORELA.

¿Mis manos?

FELICIANA.

¡Ah Florela!

ALDEMARO.

Así has de entrar.
Y si la mano le niegas
Por vergüenza ó calidad,
No pierdes autoridad
Si á asir de su lienzo llegas;
Que, asidos de un pañizuelo,
No parece mal la danza.

FLORELA.

¿Y al hacer de la mudanza?

ALDEMARO.

Si hay vuelta, suéltale.

FLORELA.

Harélo.

FELICIANA. (*Ap.*)

¡Que siempre aqueste me engañe,
Y busque alguna invencion?

ALDEMARO.

¿Entendiste la licion?

FLORELA.

No te espantes que la extrañe.

FELICIANA.

¿Que la noche y todo el dia
Nunca te canse el danzar?

FLORELA.

¡Cómo me puede cansar
Lo que es inclinacion mia?

FELICIANA.

¿Que en fin es inclinacion?

FLORELA.

Inclinacion y albedrío;
Que usando dél como mio,
Tengo á quien danza aficion;
Y mas á Alberto, que enseña
Unas liciones süaves,
Con que rinde las mas graves
Y se enternece una peña.

ALDEMARO.

Una máscara en tu nombre
Hemos de hacer.

FLORELA.

Es muy buena.

FELICIANA.

Mejor máscara te ordena...

ALDEMARO.

¿Quién?

FELICIANA.

Una mujer y un hombre.

ALDEMARO.

¿A mí?

FELICIANA.

A ti.

ALDEMARO.

¿Cómo?

FELICIANA.

Burlaba:
Mas ¿cómo es esa que dices?

ALDEMARO.

A fe que la solenices,
Si, como yo pienso, alaba.
Hase de hacer entre tres.

FELICIANA.

Luego ¿yo he de entrar allá?

ALDEMARO.

Si quieres.

FELICIANA.

Sí haré.

ALDEMARO.

Ya va.

FELICIANA.

Di: veamos cómo es.

ALDEMARO.

Aquí traigo el instrumento.
Entráos las dos, y saldréis
Cuando os llame, y entraréis
Al compás del son que invento.

FLORELA.

¿Que en fin nos hemos de entrar?

ALDEMARO.

Sí, porque habeis de entender
Que en esta sala ha de ser,
Y que vengo á comenzar.

FLORELA.

Vamos, Feliciana.

FELICIANA.

Entremos.

ALDEMARO.

Si os entrais, comenzaré.
(*Vanse las dos.*)

ESCEÑA IX.

ALDEMARO.

¡Cielos! ¿qué mudanza haré
Metido entre dos extremos?
El uno en extremo adoro,
Y otro en extremo aborrezco;
Cuanto á la virtud parezco,
Tanto la virtud ignoro.
Quiero empezar á tañer,
Y la morisca será.
¡Válgame Dios! ¿Quién saldrá?
Pero Florela ha de ser.
(*Alto.*) Salga Florela.

ESCENA X.

FLORELA.—ALDEMARO.

FLORELA.

Ya vengo.
¿Qué he de hacer?

ALDEMARO.

Darme tus brazos;
Que son los mejores lazos
Que para esta danza tengo.

FLORELA.

Por mucho que aquesta sabe,
La engañas á vista de ojos.

ALDEMARO.

¡Oh, qué gloria de mis ojos,
Y cuando pena, süave!
¿Qué remedio han de tener
Mis atrevidas pasiones?

FLORELA.

Mudando en obras razones,
Esa mudanza he de hacer;
Que te quiero mas que á mí,
Y es poco encarecimiento.

ALDEMARO. (*Alzando la voz.*)

Da otro paso... Vé con tiento...
Floretas... Atrás... Ansí.
Bien vas.

FLORELA.

Y ¿cómo si voy,
Pues voy á un fin tan dichoso?

ALDEMARO.

Alza el cuerpo con reposo.
Por diestra en todo te doy.
Contenencia... Un voladico...
Media vuelta... ¡Oh qué bien!

FLORELA.

Creo
Que aprendo bien tu deseo
Y á tus liciones me aplico.
Bien piensa agora esta necia
Que estoy danzando contigo.

ALDEMARO.

Que me dés tus brazos digo,
Prendas que mi alma precia [1].

ESCENA XI.

FELICIANA.—DICHOS.

FELICIANA. (*Dentro.*)

¿Saldré?

ALDEMARO.

No tan presto: espera.
(*Sale Feliciana.*)

FELICIANA.

¡Buenos, por mi vida, estáis!
¿Sin instrumento danzais?
Si os esperara, ¿qué hiciera?

ALDEMARO.

Ya te queria llamar,
Y aunque danzamos sin son,
Para decir la licion
El tañer suele estorbar.
Advierte lo que has de hacer.

ESCENA XII.

CORNEJO.—DICHOS.

CORNEJO.

Señor ha venido ya.

FELICIANA.

¿Cuál?

CORNEJO.

Tu esposo.

FELICIANA.

No podrá
Agora esta danza ser.
¿Qué hacia?

CORNEJO.

Con mi señor
Se sentaba ya á cenar,
Y os enviaba á llamar.

FLORELA.

¿Dónde está?

CORNEJO.

En el corredor.
Tambien está ahí un criado
De Leonora, tu cuñada.

FELICIANA.

¿Qué pide?

CORNEJO.

P[illegible]de prestada
Cadena, c[illegible]ta y tocado;
Que ha de ir mañana á una fiesta.

FELICIANA.

Vé á Lisena que lo dé
Con esta llave.

CORNEJO.

Yo iré.

FELICIANA.

Cuantas joyas hay le presta.
(*Vase Cornejo.*)

ESCENA XIII

FELICIANA, FLORELA, ALDEMARO.

FLORELA.

Cansado vendrá Tebano
De escuchar á Vandalino.

FELICIANA.

¡Qué gracioso desatino!

FLORELA.

No es otra cosa en mi mano.

[1] Esto que se ha dicho de danza, ha sido fingido, sin danzar.

FELICIANA.
¿De manera que te enfada
Su talle y entendimiento?

FLORELA.
Sin mucho encarecimiento.

FELICIANA.
Di lo demás.

FLORELA.
No me agrada.

FELICIANA.
Mal gusto tienes.

FLORELA.
Perdido.

FELICIANA.
Pues no lo digas burlando.

ESCENA XIV.

LISENA, CORNEJO.—DICHOS.

LISENA. (*Dentro.*)
¿Qué tengo de andar buscando,
El escritorio rompido?

CORNEJO. (*Dentro.*)
Míralo, Lisena, bien.

(*Salen Lisena y Cornejo.*)

FELICIANA.
¿Qué es eso?

LISENA.
¿Has tú por ventura
Rompido la cerradura
Y el escritorio tambien?

FELICIANA.
¿Cómo rompido?

LISENA.
Que está
Rota.

FELICIANA.
¿Cómo?

LISENA.
Agora entro...

FELICIANA.
¿Las joyas?...

LISENA.
No hay nada dentro;
Que tú lo has sacado ya.

FELICIANA.
¿Yo, perra? ¿Qué dices?

LISENA.
Digo
Que está vacío y quebrado.

FELICIANA.
Pues alto, á mí me han robado.
Entra adentro, Alberto amigo.

ALDEMARO.
¿Hay tan gran bellaquería?
Bien digo yo que en el huerto
Anda un ladron.

FELICIANA.
Entra, Alberto.

ALDEMARO.
No llores, Señora mia;
Que las haré parecer,
O la tierra se ha de hundir. (*Vase.*)

FELICIANA. (*Ap.*)
¡Qué bien lo supe fingir!

CORNEJO.
Él las debe de tener.

(*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA XV.

VANDALINO Y JULIO, *de noche.*

VANDALINO.
Dame, Julio, esa rodela,
Y volveráste á salir.

JULIO.
¿Cuándo me mandas venir?

VANDALINO.
Cuando quisiere Florela;
Que hasta que de aquí se vaya,
No pienso salir de aquí.

JULIO.
Luego ¿no vendré por tí?

VANDALINO.
¿Tanto el temor te desmaya?
Detrás de aquestas paredes,
Y adonde puedas oir,
Por lo que puede venir,
Estarte durmiendo puedes.

JULIO.
Mejor será estar en vela
Con la piedra, como grulla,
Porque si acudiere trulla,
Poco importa la rodela;
Y en efeto, siendo dos,
Mejor te defenderás.

VANDALINO.
Julio, como amigo harás.

JULIO.
Tu criado soy.

VANDALINO.
Adios.

JULIO.
Recuéstate en esa malva.

VANDALINO.
Bien te puedes ya salir.

JULIO. (*Ap.*)
Y aun me pienso ir á dormir
Hasta que esclarezca el alba.
Goce á su dama Florela,
Mientras gozo de la cama;
Que otra pobreta me llama,
Recado de pieza y suela. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

VANDALINO.

Cuando en la mar el bello sol se ascon-[de,
Y queda el aire escurecido en torno,
Y aquel planeta que es del cielo adorno,
Al rayo de oro plata corresponde;
Yo, á quien con tanto engaño amor [responde,
A nuevo llanto suspirando torno,
Y estas flores de lágrimas adorno,
Que antes del alba, no imaginan dónde.
Hallo á la noche en el llorar reposo;
Que amor me enseña á desfogar llorando
Eso que de vergüenza callo el dia.
De mí tengo piedad, imaginando
Mi estado miserable y doloroso,
Si aquí me falta la enemiga mia.

ESCENA XVII.

ALDEMARO, TEBANO, ALBERIGO, CORNEJO Y BELARDO, *puestos en armas,* FLORELA Y FELICIANA.—VANDALINO.

ALDEMARO.
Digo que por el huerto habrán entrado,
Si agora acaban de faltar las joyas.

TEBANO.
¿Será posible entrar por las paredes?

ALBERIGO.
Irse derecho al escritorio es cosa
Que da sospecha á imaginar que sea
Ladron de casa y familiar amigo
El fiero autor de aqueste insulto infame.

CORNEJO.
¿Será bueno llamar á la justicia?

VANDALINO. (*Ap.*)
Perdido soy, huir es imposible.
Si salto la pared, han de seguirme.
Mas vale que me esconda entre estos ár-[boles.

BELARDO.
Aquí, Señor, aquí siento rüido.

ALDEMARO.
Bien dice. Aquí, Señor.

ALBERIGO.
Tenelde, muera.

VANDALINO.
Paso. Ninguno llegue, ó vive el cielo
Que le atraviese con aquesta espada;
Que yo no soy ladron.

ALBERIGO.
¿Pues quién?

VANDALINO.
Un hombre.

TEBANO.
Diga quién es, ó... Dame una escopeta.

VANDALINO.
No hay que encubrir quién soy. Soy Van-[dalino.

TEBANO.
¡Vandalino! ¿Qué es esto?

ALBERIGO.
¿Y es buen término
Entrar en casa de los hombres nobles
Con esta libertad?

VANDALINO.
Si la he tenido,
Amor, Señor, ha sido y es la causa.

TEBANO.
¡Amor! ¿De quién?

VANDALINO.
Sosiéguese Tebano;
Que si yerros de amor perdon merecen,
Florela es mi mujer.

ALBERIGO.
¡Florela! Hija,
¿Es este por ventura el honor mio,
Puesto en las manos de tu honesto cré-[dito?

FLORELA. (*Ap. á su hermana.*)
¿Qué quieres que responda, Feliciana?

FELICIANA. (*Ap. á Florela.*)
¿Qué puedes responder en este punto,
Que aquí me va la honra con la vida?
Dile á todo que sí.

FLORELA. (*Ap.*)
¡Maldito engaño!

VANDALINO.
Fuera deso, yo tengo aquesta cédula
Escrita de su letra y con su firma.

ALBERIGO.
Mostrad. ¡Extraño caso!

ALDEMARO. (*Ap.*)
¡Santo cielo!
¿En qué ha de parar esto? ¿Por ventura
Consentirá Florela en este engaño,
Por el peligro de su hermana loca?
¿Quién duda que consiente, y que yo [triste,
Por mi culpa me quedo sin Florela?
Pero cuando mi mal llegue á este punto,
Acero tiene aquesta espada, y tienen
Valor para matarme aquestas manos:

De un soldado de amor galardon justo.

ALBERIGO.

Aquí confiesa y dice que es su esposa;
Y aunque el honor me obligue á la ven-
[ganza,
Por ser mi casa ilustre y conocida,
Puesta por vos en la presente infamia,
Volviendo por mi honor, y conociendo
Que de mi sangre sois igual y digno,
Dalde esa mano y quedará por vuestra.

FLORELA.

Señor, espera.

ALBERIGO.

¿Qué he de esperar, loca,
Infamia y vituperio de mi casa?
Dale la mano.

FLORELA.

La palabra basta;
Que quiero hablarte yo despacio en esto.

ALBERIGO.

Una por una, crea Vandalino
Que un punto no saldrá de aquesta casa
Menos de que se case con Florela.

ALDEMARO.

Yo digo que me pongas mil prisiones,
Porque casarme es solo mi deseo.

TEBANO.

Vandalino es honrado, y yo le fio.

ALDEMARO. (*Ap.*)

¡Qué bueno quedo! ¡Ah triste engaño
[mio!

ESCENA XVIII.

LISENA, *con las joyas*.—DICHOS.

LISENA.

Albricias, Señora mia.

FELICIANA.

¡Oh Lisena! ¿De qué son?

LISENA.

Ya ha parecido el ladron
Que el oro hurtado tenia.

ALBERIGO.

¿Adónde?

LISENA.

Dentro de casa.
¿Ves aquí las joyas?

ALBERIGO.

Muestra.

LISENA.

Y para disculpa nuestra,
Pienso decir lo que pasa.

ALBERIGO.

Dilo todo; que imagino
Que es mi pensamiento cierto.

LISENA.

El ladron ha sido Alberto.

ALDEMARO.

¡Qué notable desatino!
¡Qué dices, loca?

LISENA.

¿Qué digo?
Que eres ladron muy notorio.
Tú rompiste el escritorio.

ALBERIGO.

¡Oh danzador enemigo!
¿Ansí que, en son de danzante,
Sois ladron?

ALDEMARO.

Soy bien nacido,
Y en mi vida he cometido
Una maldad semejante.
Tratadme bien; que podré
Dar informacion honrada.

LISENA.

Debajo del almohada
De su cama las hallé.

TEBANO.

Pues ¿cómo lo has de negar?

BELARDO. (*Ap.*)

Quiero partirme ¡ay de mi!
Y de lo que pasa aquí
A Ricaredo avisar. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

ALBERIGO, ALDEMARO, FELICIANA, FLORELA, VANDALINO, TEBANO, CORNEJO, LISENA.

CORNEJO.

El mozo, Señor, se ha ido.

ALBERIGO.

¿No le asieras, majadero?

TEBANO.

¿Qué indicio mas verdadero
De que este el ladron ha sido?

FLORELA.

No es posible, mi Señor,
Que Alberto hiciese tal cosa.

ALBERIGO.

¡Muéstrate muy piadosa
Agora con un traidor!
¡Vive Dios que ha de morir
En una horca!

ALDEMARO. (*Ap.*)

Yo he hallado
Muy buen puerto á mi cuidado.

ALBERIGO.

¿Que al otro dejastes ir?

CORNEJO.

Si no me mandaste asille.

ALBERIGO.

¿No basta ver lo que pasa?

FELICIANA.

Por ser criado de casa,
Basta, Señor, despedille.

ALBERIGO.

¡Despedille! ¡Bien lo entiendes!
Al otro he de hacer buscar.

CORNEJO.

¿Quién se habia de llegar
A hacer lo que tú pretendes?
Que traia el ladroncillo
Una dagaza de ganchos,
Con unos filos mas anchos
Que una espada del perrillo.

ALBERIGO.

¿Estas eran las lisonjas?

CORNEJO.

La guarnicion... ¡no era nada!
Mas fuerte y mas enrejada
Que un locutorio de monjas.

ALBERIGO.

¿Esta es la danza? ¿Esta es?...—
¡Oh ladrones inhumanos!

CORNEJO.

Mejor danzaban de manos,
Aunque eran diestros de piés.

ALBERIGO.

Suelta, traidor, esa espada;
Que por lo que á hidalgo debo,
A la cárcel no te llevo.

ALDEMARO. (*Ap.*)

¿Qué haré, Florela casada?

ALBERIGO.

Asilde, y en el mas fuerte
Aposento le encerrad,
Y una cadena le echad
Mientras procuro su muerte.

FLORELA. (*Ap.*)

¿Que no se defiende en nada,
Viendo el peligro tan cierto?
¡Cielos! ¿Es ladron Alberto?

ALDEMARO. (*Ap.*)

¿Qué haré, Florela casada?

ALBERIGO.

Llevalde luego de aquí;
Que yo haré en dos horas solas
Que haga dos mil cabriolas
En una horca.

FLORELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Pues que así dejó la espada,
¿Qué mas cierta confesion?

CORNEJO.

Andad, danzante ladron.

ALDEMARO. (*Ap.*)

¿Qué haré, Florela casada?
(*Llévase Cornejo á Aldemaro, y síguenle Feliciana y Lisena.*)

ESCENA XX.

ALBERIGO, FLORELA, VANDALINO, TEBANO.

ALBERIGO.

¡Con qué fingido semblante
Al huerto á buscar venia
Lo que él mismo hurtado habia
Con máscara de danzante!

TEBANO.

Suspenso estoy y admirado
De que en tal bajeza se halle
Un hombre de tan buen talle,
Y en algun tiempo soldado.
Pero pues ha parecido,
Se le agradezca al ladron
Que por su misma ocasion
Aquesta noche has cogido;
El cual, con licencia tuya,
Llevaré con mi fianza.

ALBERIGO.

Esa es, Tebano, otra danza,
Y es razon que se concluya.
Vamos.

VANDALINO.

En esta ocasion
Que no puedo huir os fio.

TEBANO.

Vén pues.

FLORELA. (*Ap.*)

¡Ay Alberto mio!
¿Posible es que eres ladron? (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XXI.

RICAREDO, ANDRONIO, BELARDO.

RICAREDO.

¿Que las joyas hallaron en su cama?

BELARDO.

Y queda por ladron preso y rendido;
Pero es tanto el amor y la locura,
Que apenas hace cuenta de la infamia.

RICAREDO.

¿Qué hombre en este punto, que hombre [fuera,
No metiera á la espada mano?

BELARDO.

¡Bueno!
Así se acuerda el otro de la espada,

sangre y honra;
ıi la tiene,

i, Belardo,
aquestas joyas?

vo hurtadas,
mor del hurto,
ro pobre.

a el desdichado
eso, ó cerca
rcel pública.
scar remedio;
ı vida y honra:
ra caso,
ño la desprecia;
la estime en po-
[co,
amigo y primo.
oy he de libralle,
é la vida.

a su padre.

r esos avisos;
le la honra.

Vamos;
eré la vida.

a estás sujeto!

nos con secreto.
)

Alberigo.

XXII.

LORELA.

e miento.

o?

ié querido.

i?

Es contrahecha.
[cha.
ste amor sospe-
stá engañado?

abrir la ofensa
n casarte?

ique ignorante,
[darte.
Feliciana

echo,

Que disimulo con paterno pecho; [za,
Y que cuando su honor se ofenda ó tuer-
Con Vandalino casarás por fuerza.

FLORELA.

Ella pensó casar con Vandalino.

ALBERIGO.

Pues fué gran desatino;
Que si me lo dijera,
Tan bien como á Tebano se la diera.

FLORELA.

Escucha mi remedio.

ALBERIGO.

Di el consejo;
Que vale de mujer mas que de un viejo.

FLORELA.

Tú has de llamarle, y como en gran se-
Decirle que en efeto [creto,
Quieres que sea su esposa;
Pero que hay de por medio cierta cosa.

ALBERIGO.

¿Cuál es?

FLORELA.

Llega el oido.

ALBERIGO.

Di, veamos.

(*Habla Florela bajo á su padre.*)

ESCENA XXIII.

VANDALINO.—ALBERIGO y FLORELA, *hablando en secreto.*

VANDALINO. (*Ap.*) [mos;
Ya cerca, dulce amor, del puerto esta-
Ya puedes amainar las blancas velas;
Que un tiempo desplegué las
Contra tu golfo vario,
Ya con viento en favor, y ya contrario.
Echa el ferro y el áncora en la playa;
Que no hay mar que no tenga fin y raya.
Llegué, vi el sol, vencí su rayo ardiente,
Tan firme y asistente,
Que veo cara á cara
Mi hidalgo sufrimiento y su luz clara.
Águila soy, pues sin trabajo veo
El resplandor del fin de mi deseo.

ALBERIGO. (*A Florela.*)

Véte; que ya lo entiendo.

FLORELA.

Y ¿no te agrada?

ALBERIGO.

Es industria extremada.

(*Vase Florela.*)

ESCENA XXIV.

ALBERIGO, VANDALINO.

VANDALINO. (*Ap.*)

¿Por qué se fué Florela?

ALBERIGO.

(*Ap.* Del odio es hija siempre la cautela.
¡Qué bien que la ha trazado!) ¡Oh Van-

VANDALINO. [dalino!

Dame esos piés, si soy de esos piés dino.

ALBERIGO.

Alza. El honor, que aumenta los linajes,
Sin prólogos ni ambajes
Me fuerza que te diga
Una verdad, á que quien soy me obliga;
Porque después, si á tu noticia llega,
No pague un viejo lo que un niño ciega.
Florela, aunque Dios sabe si lo siento,
Con fácil movimiento
De muchacha liviana,
Por ventura envidiosa de su hermana,
Casarse de secreto pretendia
Contra la voluntad paterna mia;
Y no digo con vos, que eso sufriera...

VANDALINO.

¿Cómo? ¿De qué manera?

ALBERIGO.

Con aqueste danzante
Quiso casar.

VANDALINO.

¿Hay caso semejante?

ALBERIGO.

Y para que entendais bien lo que pasa,
Con esta industria le ha metido en casa,
Que es noble y caballero; aunque ella
Que ya se contradice [dice
Deste primero intento,
Y quiere hacer con vos el casamiento.

VANDALINO.

¡Palabras caben en tu amor tan malas!
¿Cómo, Señor, con un ladron me igua-

ALBERIGO. [las?

Que no es ladron.

VANDALINO.

Pues ¿cómo, si es honrado,
Las joyas le han hallado?

ALBERIGO.

Florela se las puso,
Porque, como muchacha, se dispuso
A partirse con él. Si así os agrada,
Esta noche os la doy.

VANDALINO.

Por cierto, ¡honrada!
La mujer que ha de ser mujer de un no-
Halo de ser al doble, [ble,
Y á solo su marido
Ha de haber con amor correspondido;
Que la mujer que á otro amó primero,
Jamás le tiene casto y verdadero.
Favores y regalos que le ha hecho,
Desde aquí los sospecho;
Los papeles y cartas,
Que deben de ser hartos y ellas hartas;
Y por dicha tambien algun abrazo,
Carta de espera mientras llega el plazo.
La que ha de ser de Vandalino esposa,
Y suceder dichosa
A mi sangre y nobleza,
Ha de tener igual alma y belleza;
Y en esto me resuelvo, y agradezco
El desengaño, que pagar ofrezco.
Rasgaré este papel, y eternamente,
Ausente ni presente,
Aunque amor me desvela,
Me acordaré de vos ni de Florela;
Que á un simple amor, tan grandes des-
[engaños
Agravios son que durarán mil años.

(*Vase.*)

ESCENA XXV.

ALBERIGO.

¡Qué bien salió la industria! Bien se ha
¡Oh, hija, en cuánto estrecho [hecho.
Has puesto á un padre honrado!
Mas huélgome que estoy de ti avisado;
Que con mi reprehension y tu vergüenza,
Harémos cuenta que el amor comienza.

ESCENA XXVI.

RICAREDO, ANDRONIO y BELARDO, *con sayos y máscaras;* TEBANO, *detrás, con la espada desnuda;* FELICIANA, *deteniéndole.*—ALBERIGO.

TEBANO.

Aquí moriréis los tres.

FELICIANA.

Tenéos, por Dios, Señor.

RICAREDO.

Danos á Alberto, traidor.

ALBERIGO.
¡Qué es esto?

TEBANO.
Pues ¿no lo ves?
Por el ladron que prendimos
Vienen otros semejantes.

RICAREDO.
No somos sino danzantes,
Que por Alberto venimos.
Dadnos á nuestro maestro,
Que está preso sin razon.

ALBERIGO.
Paso; que ya no es ladron.

TEBANO.
Pues ¿quién es?

ALBERIGO.
Tu deudo y nuestro.

ESCENA XXVII.

CORNEJO.—DICHOS.

CORNEJO.
Acude presto, Señor;
Que al ladron Florela quita
La cadena.

RICAREDO.
En eso imita
De mujer noble el valor.

TEBANO.
¡Quieres que yo vaya allá,
Y no le deje salir?

ESCENA XXVIII.

ALDEMARO, FLORELA.—DICHOS.

ALDEMARO.
Por aquí podrémos ir...
—Tomada la puerta está.
¡Que no tuviera una espada!

ALBERIGO.
Ya no la habrás menester;
Que hoy su fin ha de tener
La máscara disfrazada.
Ya sé que eres Aldemaro,
De los nobles de Lerin;
Y aunque pobre, eres, en fin,
En antigua sangre claro.
Conozco tu parentela
Y aquesta invencion de fama,
Que ya se esparce y derrama
Por hecho insigne en Tudela.
De aquí se fué Vandalino,
Sabiendo tu casamiento,
Que quiero, esfuerzo y consiento.

ALDEMARO.
Yo soy vuestro esclavo indino.
Viéndome pobre, intenté,
Cuando vine á la sortija,
Conquistar á vuestra hija;
Con sola nobleza y fe.
Suplícoos me deis perdon.

ALBERIGO.
De todo estáis perdonado.

TEBANO.
¡Buena joya habeis hurtado!

ALDEMARO.
Soy un dichoso ladron.
Sepamos quién son los tres.

RICAREDO.
Tres danzantes desta boda,
Que, pues tan bien se acomoda,
Luego necesaria es.
(*Quítase la máscara.*)

ALDEMARO.
¡Ricaredo!

RICAREDO.
Primo mio,
Esto hice por librarte;
Que me tocaba gran parte.

ALDEMARO.
Que tendrás perdon confío.
(*Descúbrense Andronio y Belardo.*)

ANDRONIO.
Andronio soy.

BELARDO.
Yo Belardo.

ALDEMARO.
¡Qué criados tan fieles!

BELARDO.
Tú has danzado como sueles;
Pero yo, ¿qué premio aguardo?

ALBERIGO.
Yo quiero darle á Lisena,
Y con quinientos ducados;
Que á criados tan honrados
Sola aquesta paga es buena.

BELARDO.
Yo os beso los piés, Señor;
Que grande favor ha sido
Para no haberle servido.

FELICIANA. (*Ap.*)
¡Muera amor! ¡Viva mi honor!
Salga Vandalino, en fin,
De mi alma y corazon.

ALBERIGO.
Lo que ha pasado es razon
Que escribais luego á Lerin.

ANDRONIO.
Las nuevas he de llevar.

ALBERIGO.
Aquí acabó su mudanza,
Su amor, su enredo, su danza
El Maestro de danzar.

NOTA.—Se ha impreso el diálogo de esta comedia teniendo á la vista el original de ella, escrito de la mano propia del autor. Posee esta joya, y nos la ha franqueado generosamente, el Sr. D. Cipriano Alberto de la Barrera. Al pié de los versos que acaban de leerse, hay en el autógrafo la siguiente quintilla, debajo el año de la fecha, y despues la firma de LOPE.

Hice esta comedia en Alba
Para Melchor de Villalba,
Y porque es verdad, firmélo,
El mes que es mayor el hielo
Y el año que Dios nos salva,
1594.

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA HERMOSURA ABORRECIDA.

PERSONAS.

DON SANCHO.	DON LOPE.	UN VIEJO.	EL REGIDOR.
DOÑA JUANA.	GUZMAN.	MATEO, *villanos.*	EL CHANCILLER.
LA REINA DOÑA ISABEL.	DON LUIS DE NARVAEZ.	CRISPIN, *villanos.*	MAURICIO.
EL REY DON FERNANDO.	VARGAS, *montero.*	FLORA, *villanos.*	FABRICIO.
GARCILASO DE LA VEGA.	URBANO, *criado*	COSTANZA, *villanos.*	FÉLIX.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.	RICARDO.	BARTOLO, *villanos.*	MÚSICOS.
EL DE CALATRAVA.	UN PORTERO.	ENIO, *villanos.*	CABALLEROS.
TELLO, *soldado.*	ARNALDO, *viejo.*	BELARDO.	SOLDADOS.
LEONARDO.	UNA MUJER.	EL BENEFICIADO.	ACOMPAÑAMIENTO.
	UN SOLDADO.	EL BARBERO	CRIADOS. — GUARDIA.

La accion pasa en las inmediaciones de Granada, en Pamplona, en Barcelona y otros parajes.

ACTO PRIMERO.

Acampamento de los Reyes Católicos sobre Granada.

ESCENA PRIMERA.

DON SANCHO, *de camino;* DOÑA JUANA, *deteniéndole.*

DOÑA JUANA.
No me has de dejar.

DON SANCHO.
Advierte
Que eres tú quien no me dejas.

DOÑA JUANA.
Daré mil voces.

DON SANCHO.
Tus quejas
Serán causa de tu muerte.

DOÑA JUANA.
Ya me has traido hasta aquí:
¿Por qué me quieres dejar?

DON SANCHO.
Dejarte no; que á buscar
Voy algun bien para tí.

DOÑA JUANA.
Y para mí buscar bien
En tí solo está cifrado,
Mientras estás á mi lado
No hay mayor bien que me dén.

DON SANCHO.
La grande necesidad
Me ha obligado á huir de tí.

DOÑA JUANA.
Y para buscarte, á mí
Me obliga mi voluntad.

DON SANCHO.
Yo me vine á ser soldado,
Porque tan pobre me vi.

DOÑA JUANA.
Yo lo soy tanto sin tí,
Que te he seguido y buscado.
Si yo soy tu mujer,
¿Cuál te parece mejor?
Ser pobre de oro, ó de honor?

DON SANCHO.
Quisiérate responder
Haciendo lengua esta daga.

DOÑA JUANA.
Pues si tan pobre me dejas,
¿Qué te espantas que en mis quejas
Estos disparates haga?

DON SANCHO.
Mujer que desde Navarra
Hasta Granada ha venido,
Y con tan pobre marido
Viene tan loca y bizarra,
Siendo, aunque hidalga, mujer
De humildes padres, sospecho
Que responde lo que ha hecho,
O dice lo que ha de hacer.
¡Vive Dios, que estoy por darte
Lo que tu infamia merece!

DOÑA JUANA.
¡Buen premio tu amor me ofrece
De seguirte y de buscarte!
Yo soy quien soy, y por mí
No estás pobre; mas bien sé
Que el aborrecerme fué
Causa de dejarme ansí.
Gastaste mi rica hacienda
En tus vicios, juego y damas,
Y ¡ agora, don Sancho, infamas
Que por seguirte me venda!
Si yo quien tú dices fuera,
En Navarra me quedara,
Donde mi vida empleara
En quien amor me tuviera.
Pero bien se echa de ver
Lo que por dejarme intentas,
Pues ya llegan tus afrentas
A llamarme vil mujer.
Siempre me has aborrecido,
Siempre olvidado y dejado,
Y agora piensas, soldado,
Remediar lo que has perdido.
Vuelve; que yo tengo aquí
Una joya que vender,
Con que te podrás volver.

DON SANCHO.
¡Yo contigo!

DOÑA JUANA.
Mi bien, sí.
Si guerra quieres tener
Y gustas de pelear,
¿Qué guerra puedes buscar
Como la propia mujer?

DON SANCHO.
No eres guerra, infierno eres.

DOÑA JUANA.
Luego dan en ser soldados
Todos los hombres casados
Que aborrecen sus mujeres.

DON SANCHO.
Pues si lo sabes, yo soy
Uno dellos.

DOÑA JUANA.
Tente, espera.

DON SANCHO.
Antes á las manos muera
De un moro; que á morir voy. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA JUANA.

Espera, ingrato, y mira lo que debes
A quien te ha dado el alma que despre- [cias.
¡Oh! cómo somos las mujeres necias,
Y en resolvernos al peligro breves!
¿Qué ejércitos, qué mar, qué heladas [nieves,
Si precias el honor, si el amor precias,
Hierro y fuego de Porcias y Lucrecias,
Defenderán, que mi constancia pruebes?
Si me aborreces, ¿quién habrá que [crea
Que al paso que tu ingrato desden cre- [ce,
Crezca mi amor, sin que locura sea?
Mucho á la muerte la mujer parece;
Que huye de quien la busca y la desea,
Y se cansa en buscar quien la aborrece.

ESCENA III.

LA REINA DOÑA ISABEL, GARCILASO DE LA VEGA, SOLDADOS. — DOÑA JUANA.

REINA.
De mujer fueron las voces.
Si es fuerza de algun soldado,
¡Por vida del Rey!...

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Yo he dado
En mi muerte.

GARCILASO. (*A doña Juana.*)
¿No conoces
Que está aquí su majestad
De la Reina mi señora?

DOÑA JUANA.
No pudiera el cielo agora,
En tanta necesidad,
Darme consuelo mayor.

REINA.
Levanta, amiga, del suelo.

DOÑA JUANA.
Temo que se enoje el cielo,
Que te dió tanto valor.

REINA.
Levanta, y quién eres di,
En este traje.

DOÑA JUANA.
No sé,
Mi Señora, si podré
Decir quién soy y quién fuí.

REINA.
Bien podrás; que tu belleza
Y tu dolor harto obligan
A escucharte.

DOÑA JUANA.
Cuando digan
Mis desdichas su firmeza,
De veras lastimarán
Tus generosos oidos.

REINA.
Di; que todos mis sentidos
Atentos contigo están.

DOÑA JUANA.
Nací de padres hidalgos,
Aunque en calidad humildes,
¡Oh cristiana y sacra Astrea,
Que laurel y espada ciñes!
En un lugar de Navarra
Que los dos reinos divide:
Humildes en calidad,
Como lo son los que viven
De las haciendas del campo
Teniendo quien las cultive,
Pero, como digo, hidalgos,
De pecho exentos y libres.
Es mi nombre doña Juana
De Navarra, aunque de Enriquez
Algo tuve por mi madre,
Porque á escucharme te inclines.
Tuve en tierna edad belleza,
Por todo aquel reino, insigne,
Cuya fama me ofrecia
Mil casamientos felices.
A mis padres, entre algunos
Menos ilustres, me pide
Un don Sancho de Guevara,
Sangre de aquel que dió origen
A los Ladrones, de quien
Tantas hazañas se escriben.
Era don Sancho segundo
De su casa; al fin eligen
A don Sancho, á cuyas manos
Para mis desdichas vine.
No pasaron cuatro meses
Cuando comenzó á sentirse
El curso desenfrenado
De sus años juveniles.
Gastó la suya y mi hacienda,
Porque ni pude ni quise
(Temiendo que me dejase)
Rogarle ni resistirle.
Comenzóme á aborrecer...
¿Aborrecer? ¡Qué mal dije!
Que lo que nunca se amó,
No puede ser que se olvide.
Llamábanme entonces todos,
Viendo su rigor terrible,
La hermosura aborrecida
Y la desdichada firme.
Como le desvanecian
Tantas Medeas y Circes,
Sus palabas y sus obras
Trataron de perseguirme.
Si á verle alzaba los ojos,
No hay víbora, que la pise
Pié de labrador en yerba,
Que tanto la lengua vibre.
Si me llegaba de noche
Por las espaldas á asirle,
Aunque estuviese dormido,
Bramaba por desasirse.
Si le hacia algun regalo
(Si regalos hay que obliguen
A un hombre cuando aborrece),
No podia reducirle
A que solo le mirase,
Cuanto mas á que le estime.
Camisa le dí una vez,
Que acabando de vestirse,
Se la volvió á desnudar
Porque supo que la hice.
Su mejor edad y hacienda
El juego y mujeres viles
Finalmente consumieron,
Como al principio te dije;
Y para que en mis exequias
Cantase amor como cisne,
Cuando de la dulce vida
Tiernamente se despide;
Una mañana que el alba,
En vez de rosa y jazmines,
Furiosamente arrojaba
Truenos y rayos horribles,
Salió [1] como quien de Argel,
Temiendo el dueño que sirve,
Huye con ansias y miedos
De que otra vez le cautive.
Lo que mis ojos hicieron,
Pienso que aun aquí lo dicen...
—¡Cuántas veces envidié
Las almas de los gentiles! [2] —
Él se procuró esconder;
Pero, como amor es lince,
Luego supe el blanco honroso
Donde sus pasos dirige.
A la Granada, que presto
Tu gran Fernando conquiste,
Y de sus granos de nácar
Su escudo real matice,
Viene Sancho á ser soldado;
Que pretende ser Aquiles
Con los moros quien ha sido
Con los cristianos Ulises.
Seguíle, alcancéle, halléle,
Y hoy, cuando el alba se rie,
Lloré á sus piés, que pudieran
Las mismas piedras oirme;
Pero sacando la daga,
A matarme se apercibe;
Y ¡ojalá, pues no hay distancia
Desde matarme á morirme!
Fuése, jurando arrojarse
Entre los que el muro embisten [3],
Por morir y por librarse
De una mujer que le sigue.
En esta sazon me hallaste:
No tengo mas que decirte
De que sola tú pudieras
Ser sol de mi noche triste.
Esta, Señora, es la historia
Y la conquista imposible,
De la aborrecida amante
Y la desdichada firme.

REINA.
Bien creerás que me has movido,
Doña Juana, a compasion.

[1] [2] [3] Dice aquí doña Juana que don Sancho *salió*, y no expresa de dónde; dice que *envidia las almas de los gentiles*, y tampoco manifiesta por qué; dice en fin que don Sancho *juró arrojarse entre los que embestian los muros* de Granada, y las palabras últimas de don Sancho en la escena 1.ª son estas: *Antes á las manos muera de un moro; que á morir voy*. Sospechamos, en vista de estas faltas de coherencia ó claridad, que Lope escribió mas extensa esta relacion y la primera escena, y que han sido despues cercenadas.

DOÑA JUANA.
Efectos, Señora, son
De tu generoso oido.

REINA.
El Rey asalta una torre,
Y yo estoy con gran cuidado.
Si sabes que me has hallado,
Sabes que amor te socorre.
A mí me es fuerza volver
Donde mi Fernando está.
Si está tu marido allá,
Será fácil de saber.
Quedarás en mi servicio
Mientras eres mas dichosa.

DOÑA JUANA.
De tu mano generosa
Será ilustre beneficio
Amparar mi soledad.

REINA.
Sígueme, y no tengas pena.

DOÑA JUANA.
Tu sol divino serena
El mar de mi tempestad.
¡Plegue á los cielos que veas
Esta ciudad á tus piés,
Que sé, gran Señora, que es
La cosa que mas deseas!

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

EL REY DON FERNANDO, EL MAES-TRE DE SANTIAGO, EL MAESTR[E] DE CALATRAVA, DON SANCHO [y] SOLDADOS, *con espadas desnudas.*

REY.
Habeislo hecho todos como buenos;
No menos prometia la nobleza
De quien tanta virtud tuvo principio.
Pero acercadme presto aquel soldado
Que á un tiempo limpia el rostro y [acer...]
De aquel sudor y de la roja sangre.

SANTIAGO. (*A don Sancho.*)
¡Hola, soldado!

DON SANCHO.
Gran señor, ¿qué mandas[?]

SANTIAGO.
Su majestad te llama.

DON SANCHO.
Invicto princip[e],
¿En qué te sirvo? ¿Por ventura quie[res]
Que reconozca el muro? ¿Qué me ma[n]... [d...]
En que pueda mostrar mi buen dese[o]...

REY.
No quiero agora mas de conocerte,
Porque te he visto con valor notable
Entre los moros del presente asalto;
Tanto, que si igualara con tu ánimo
Mi fortuna, este dia fuera el último
Que esta Granada fuerte conquistara
Como el primero que su muro entrar[a].

DON SANCHO.
Fernando insigne, á quien darán los ci[...]
Deste bárbaro imperio la corona [...]
Porque te deba España su limpieza,
Yo soy un caballero de Navarra
Que he venido á servirte por mi gust[o]
Sin otro sueldo ni ocasion: mi nombr[e]
Es el mismo que tuvo el padre mio.
Don Sancho de Guevara me apellido,
Sangre de los Ladrones, á quien deb[e]
España ilustre las abarcas de oro
Con que ha pisado la cerviz al moro.

REY.
Mucho huelgo de haberte conocido,

Le puede premiar y honrar?

(*Hace don Sancho á doña Juana con el dedo señas de que calle.*)

REY.

Mi gentilhombre le hice.

REINA.

Su persona lo merece.

DON SANCHO.

Poco, Señor, os ofrece
Quien su patria y nombre os dice.
Podrá ser que en ocasion
Os tengais por bien servido.

REY.

Cartas, Señora, he tenido
De los nobles de Aragon,
Y un negocio de importancia
Que comunicar con vos.

REINA.

Y yo, Señor, otros dos
Bien graves de Italia y Francia.

REY.

Venid, Señora, á mi tienda.

REINA.

Mil años el cielo os guarde.

(*Vanse los Reyes, los maestres, el acompañamiento y soldados.*)

ESCENA VI.

DON SANCHO, DOÑA JUANA.

DON SANCHO.

(*Ap.* Basta, que al miedo cobarde
Tuve con valor la rienda.)
Doña Juana... Ce... ¿Qué digo?
Escucha.

DOÑA JUANA.

¿Por qué razon
Quieres que en esta ocasion
Calle tu nombre, enemigo?
¿De qué sirve hacerme señas
Que quién eras no dijese?
¿Es posible que te pese?
Es posible que me enseñas
Caminos de aborrecerte,
Y que este mi loco amor
No saque de tu rigor
Ocasiones de tu muerte?
¿Qué quieres agora hacer?
¿Encubrir, don Sancho, quieres
Que tú mi marido eres,
Y que yo soy tu mujer?
La Reina me halló vencida
Del dolor: dije turbada
Que vine á verte á Granada,
Siguiéndote aborrecida.
¿Qué puedo agora decir,
Si he de negar conocerte?

DON SANCHO.

Que te va la vida, advierte,
En que me dejes vivir.
Guárdate que á nadie digas
Quien soy, y á los reyes menos;
Que puesto que son tan buenos
Y á juntarnos los obligas,
Han de hacer un grande error,
Pues la vida he de quitarte;
Que ya solo el cielo es parte
Para que te tenga amor.
Sirve á la Reina entre tanto
Que sirvo al Rey, y algun dia
Querrá tu suerte ó la mia
Poner límite á tu llanto.
Pero por agora, fuera
Decir que soy tu marido
Darme ocasion que el sentido
De puro dolor perdiera.
Yo sé la causa, y ya digo
Que algun dia la sabrás;
Advierte pues que de hoy mas
No hables de mí ni conmigo;
Que llegará la ocasion
Que, de este enojo olvidado,
Vuelva á ponerme en cuidado
Tu amor y mi obligacion.

DOÑA JUANA.

¿Es posible que yo sea
Tan de piedra á tus maldades?
¿Que calle me persuades?
¿Que no te hable y te vea?
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Qué vida podrá durar?

DON SANCHO.

Ya es tarde para llorar.
Repara en que estoy dispuesto
Para quitarte la vida.

DOÑA JUANA.

Tus amenazas no temo,
Sino amarte en el extremo
Que me siento aborrecida;
Que si no me reportara
Tan desatinado amor,
Ya, Sancho, de tu rigor
Justa venganza tomara.
Véte; que yo callaré.

DON SANCHO.

Pues mas has de hacer por mí.

DOÑA JUANA.

¡Ojalá cupiese en ti
Que yo la muerte me dé!

DON SANCHO.

No; pero quiero que digas
A la Reina que has sabido
Que ya es muerto tu marido.

DOÑA JUANA.

¿No echas de ver que me obligas
Á dar voces como loca?

DON SANCHO.

¡Vive el cielo, si no cuentas
Que soy muerto!...

DOÑA JUANA.

Pues ¿qué intentas,
O qué ocasion te provoca?
Qué pensamiento te ha dado?
Si piensas que te he ofendido,
Mátame, porque un marido
Ya lo está si lo ha pensado.

DON SANCHO.

No tengo tal pensamiento;
Pero conviéneme á mí
Digas que me hallaste aquí
Muerto, y muerto el sentimiento.

DOÑA JUANA.

Después de lo que has perdido,
¿Qué te queda que perder
Sino el seso?

DON SANCHO.

Esto has de hacer,
Esto por tu amor te pido.

DOÑA JUANA.

Por quien lo pides lo haré,
Porque veas la grandeza
De mi amor.

DON SANCHO.

Dile á su alteza
Que en el asalto quedé
Muerto á manos de los moros.

DOÑA JUANA.

Ya que en eso te obedezco,
Pues yo, mi bien, no apetezco
Otros bienes y tesoros,
Y tú mueres para mí,
De enfermo de aborrecerme,
Una merced has de hacerme
Antes de tu muerte.

DON SANCHO.

Di.

DOÑA JUANA.

Que se despidan mis brazos
De los tuyos, amor mio.

DON SANCHO.

Pídesme un gran desvarío.
¿Qué importan tibios abrazos
Entre pechos disconformes?
¿Cómo no te persüades
Que brazos y voluntades
Conviene que estén conformes?

DOÑA JUANA.

Dame este gusto no mas.

DON SANCHO.

Ea, que es cosa indecente,
Y anda por el campo gente.
Queda adios.

DOÑA JUANA.

En fin, ¿te vas?

DON SANCHO.

Como no te quieres ir,
Seráme fuerza el dejarte.

DOÑA JUANA.

Yo quiero, Sancho, agradarte,
Solicitando morir.
El cielo quede contigo,
Aunque temo que le obligue
Tu rigor á que castigue
El que has usado conmigo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON SANCHO.

A amor le dan diversos atributos
Los que le siguen, aman ó desaman:
Dolor alegre su accidente llaman,
Y dulce campo con amargos frutos,
Sabrosa posesion con mil tributos,
Quien cogen viento, y lágrimas derra-[man;
Otros por desleal su trato infaman,
Las pocas Porcias y los muchos Brutos.
Los que amando se quejan de olvida-[dos,
Bárbaro alarbe, sin respeto alguno,
A cuyo Argel la libertad entregan; [dos
Mas los que aborrecieron siendo ama-
Llamaron al amor pobre importuno,
Que á quien mas los despide mas le rue-[gan.

ESCENA VIII.

EL REY, EL MAESTRE DE SANTIAGO, GARCILASO.—DON SANCHO.

REY.

En el alma me ha pesado.

GARCILASO.

Esto acaban de decir.

REY.

Bien pueden llamar vivir,
Laso, un morir tan honrado.
Querránle enterrar aquí.

GARCILASO.

A Madrid le llevarán;
Que el comendador Lujan
Era natural de allí.

REY.

¿A quién, Maestre, os parece
Nombremos en su lugar?

SANTIAGO.

Bien sé á quién puedes nombrar,
Que el cargo y la cruz merece,
Porque tu alteza le ampara,
Y él nos obliga á tos dos.

REY.

Pensando estaba por Dios
En don Sancho de Guevara.

GARCILASO.

Señor, don Sancho está aquí:
Hazle de esa cruz merced.

REY.

Que le quiero bien creed.

SANTIAGO.

Don Sancho, llegáos allí:
Besad los piés á su alteza.

DON SANCHO.

Si os sirvo, invicto Señor,
Los piés de vuestro valor
Levantarán mi bajeza.

REY.

Levanta, Sancho, del suelo.
Al comendador Lujan
Me han muerto en Rivialmazan;
Ya goza Lujan el cielo.
Tal lugar nadie podia,
Sancho, ocuparle mejor
Que tu valor.

DON SANCHO.

Mi valor
Es la buena suerte mia.
¿Daisme, Señor, la jineta,
O la cruz?

REY.

Todo; que todo
Se emplea en tí de tal modo,
Que está la envidia sujeta.
Ponte la cruz y recoge
Sus soldados.

DON SANCHO.

Si me pones
En tantas obligaciones,
Cuando mil moros despoje,
Cuando mil torres asalte,
Cuando mil Granadas entre,
Y en mil celadas que encuentre
Nunca vitoria me falte,
No lo tendré por valor,
Sino por amparo tuyo.

REY.

De tu humildad, Sancho, arguyo
Tu pensamientos mejor.
Honra á Lujan, y conoce
Tus soldados.

DON SANCHO.

Capitan
Bien diferente les dan.
Su virtud del cielo goce;
Y á ti te guarde y te dé
Esta ciudad que deseas.

GARCILASO.

Ve presto porque le veas.

DON SANCHO.

¿Dónde queda?

GARCILASO.

En Santa Fe.

(*Tocan dentro cajas.*)

REY.

Caja han tocado, Maestre,
Id á ver lo que es.

SANTIAGO.

Yo voy.

GARCILASO.

Y yo tambien.

(*Vanse el maestre de Santiago, Garcilaso y don Sancho.*)

ESCENA IX.

EL REY.

Solo estoy.
Agora es tiempo que muestre
A esta campaña, á estas fuentes,
Que entre las armas, amor
Puede mostrar su rigor
Y aumentar sus accidentes.
Cuando pintan al dios Marte
Con Vénus, y que amor juega
Con las armas, y despliega
Al suelo el rojo estandarte,
Quisieron significar
Que amor las armas sujeta,
Que se enciende por cometa,
Y en rayo suele parar.
Yo vi la sin par belleza
Desta navarra mujer,
Donde mostró su poder
La rica naturaleza.
Confieso que le rendí
Las armas y las banderas,
Que en naciones extranjeras
Tiemblan dellas y de mí;
Pero aunque no suele amor
Las resistencias sufrir
(Que en viéndose resistir
Hace su fuerza mayor),
Yo con alguna prudencia
Resolucion he tomado
De andar siempre con cuidado
Y hacer al amor violencia.
Que fuera de que á los cielos
Tanto debo el ser fiel,
La condicion de Isabel
No sufre burlas de celos.
Suspenda pues el amor
Entre las armas la furia;
Que no se ha de hacer injuria
A la obligacion mayor.

ESCENA X.

DOÑA JUANA.—EL REY.

DOÑA JUANA. (*Sin ver al Rey.*)
No sé, amor, si amor te nombre,
Viendo en tan extraño caso
Que crezca mi amor, al paso
Que crece el desden de un hombre.
Y no solo su desden
Me es forzoso resistir,
Que ya me manda sufrir
Sus invenciones tambien.
Llorad, ojos desdichados,
La desventura en que os veis,
Hasta que ciegos quedeis
O por lo menos cansados;
Que ciegos estáis mejor,
Pues me mandan que no vea
Lo mismo que ver desea
Un alma llena de amor.
Pero quiero reportarme;
Que el Rey me puede entender.

REY.

(*Ap.* Esta es aquella mujer
De quien me importa guardarme.
Irme será bien. Mas, bien
¿Qué me puede resultar
De huirla? Mucho; que hablar
Enciende el amor tambien.
Pero si resuelto estoy,
Mejor es perderle el miedo.
Cuantas veces voy, me quedo,
Y cuantas me quedo, voy.)
¿De qué lloras, doña Juana?

DOÑA JUANA.

Tengo, Señor, ocasion,
Tales las desdichas son
De mi fortuna inhumana.
Hoy he sabido por cierto
Que en aquella escaramuza,
Del de Calatrava y Muza,
A mi marido me han muerto.

REY.
Razon tienes de sentir
Tan grande pena de amor;
Pero el morir con valor
Consuela mucho el morir.
Doyte el pésame, y te ofrezco
Mi amparo.

DOÑA JUANA.
Beso tus piés.

REY.
Bueno es eso; pero es
Lo menos que yo merezco.

ESCENA XI.

LA REINA.—DICHOS.

REINA.
¡Qué haceis, Señor?

REY.
¡Oh Señora!
A doña Juana le daba
El pésame, que lloraba
Su marido, muerto agora.
Mi amparo le prometía,
Eso mismo os pido á vos.
Y guárdeos Dios.

(Vase el Rey.)

REINA.
Guárdeos Dios.

ESCENA XII.

LA REINA, DOÑA JUANA.

REINA.
¿Qué es esto?

DOÑA JUANA.
Desdicha mia.
He sabido por muy cierto
Que han muerto á mi amado esposo.

REINA.
Retírate, que es forzoso
Por padre ó marido muerto;
Y no andes mas por aquí.

DOÑA JUANA.
Mi amparo pongo en tus manos. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

LA REINA.

No eran mis recelos vanos,
Temí, busqué, llegué y ví.
Envidia tengo á la gente,
Que con poca calidad
Procede con libertad
En los pesares que siente.
La modestia de mi estado
Me pone en obligacion
De no decir mi pasion,
Ni publicar mi cuidado.
Mas, pues á buen tiempo viene
La muerte de su marido
Desta mujer; ni hay olvido
Que tanto el amor condene
Como darle dueño, y luego
Ausentarla de sus ojos;
Con esto á dos mil enojos
Hoy cuerdamente sosiego;
Que no he visto en paz ni en guerra
Mujer que al Rey agradase,
Que luego no la enviase
Con su marido á su tierra.
Esta es bella y libre ya;
El Rey la mira: el remedio
Es ponerle tierra en medio.
Bueno al caso ¿quién será?
Mil caballeros honrados
Se me ofrecen.

ESCENA XIV.

DON SANCHO, *sin ver á*—LA REINA.

DON SANCHO.
¡Oh cuán bien
Junto á los reyes se ven
Fuerzas que tienen los hados!
Como no puede llevar
La palma, aunque de alta admire,
Su fruto, si no es que mire
Palma que le ayude á dar;
Como la parra no puede
Sin arrimo mejorarse,
Ni el lúpulo levantarse,
Si no es que el cordel le enrede;
Como sin agua no medra
El trigo, ó se ha de secar,
Ni se puede sustentar
Sin las paredes la hiedra;
Como pierde el campo el brío
Si abril no le reverdece;
Como la perla no crece
Si no la cubre el rocío;
Como no puede volar
Sin alas y pluma el ave;
Como sin velas la nave
No puede romper la mar;
Parece en el mundo ley
Que aunque tenga suerte honrada,
No puede un hombre ser nada
Si no le levanta un rey.
¡Oh cuánto en aquestos dos
Se miraron estas leyes;
Que en hacer hombres los reyes
Se parecen mucho á Dios!
Al lado del gran Fernando
Hoy comienzo á tener ser...

REINA.
¡Hola!

DON SANCHO. *(Ap.)*
Cegóme el placer.

REINA.
¿Qué vienes, Guevara, hablando?

DON SANCHO.
Vengo á besarte los piés,
Por mil mercedes, Señora,
Que me hace de hora en hora
El Rey, mi señor.

REINA.
Bien es
Que tus servicios estime.

DON SANCHO.
La cruz, y la compañía
De Lujan me dió.

REINA.
Querría
Que tanto á servir te anime
El favor, cuanto mayor
Se debe á méritos tantos.

DON SANCHO.
Ya pido á los cielos santos
Vida que pague el favor.

REINA.
¿Eres, Guevara, casado?

DON SANCHO.
(Ap. ¡Ay de mí! que mi mujer
Algo le debe de haber
De mis secretos contado.
No me conviene negar.)
Casado, Señora, soy.

REINA.
¿Adónde?

DON SANCHO.
(Ap. Perdido voy.
Hoy la tengo de matar.)
Señora, en Navarra.

REINA.
¿Ansí?
¿Con quién?

DON SANCHO.
(Ap. ¡Ay cielo!) ¿Qué es esto?
Acude, Señora, presto;
Que tocan al arma allí,
Y no está el Rey, mi señor,
En el campo ni en la tienda.

REINA.
Antes parece contienda
De nuestra gente el rumor.
Recoge la tuya y ven,
Si por dicha el moro sale. *(Vase.)*

ESCENA XV.

DON SANCHO.

¡Oh cuánto la industria vale!
Mil cosas remedia bien.
Pero ¿de qué me ha servido
Escapar desta ocasion,
Si mi engaño y sinrazon
Tiene la Reina entendido?
¿Cómo me podré librar
De su enojo y su castigo,
Y de que vuelva conmigo
Mujer que me ha de matar?
¡Qué poco miedo me tuvo!
¡Vive Dios, que me ha quitado
El llegar á un alto estado!
¡Qué fácil mi dicha estuvo
En los principios del bien!
Engáñase el que se fia
Del sol hasta el fin del dia;
Que puede llover tambien.

ESCENA XVI.

DON LOPE, GUZMAN, TELLO, *de mal tragillo;* LEONARDO, *y* OTROS SOLDADOS.—DON SANCHO.

LEONARDO.
Buen capitan perdimos.

DON LOPE.
No hallarémos
Otro Lujan como él en todo el mundo.

GUZMAN.
Siempre las cosas buenas duran poco.

TELLO.
Dígalo mi dinero y mis vestidos.

LEONARDO. *(Ap. á los soldados.)*
Hablemos quedo; que está aquí don Sancho.

DON SANCHO.
¿Murmuraban de mí vuesas mercedes?

LEONARDO.
Ninguno puede de tu sangre y ánimo;
Que eres Guevara en ella, y en él César.
Del capitan hablamos que perdimos,
Porque las alabanzas y las honras
A nadie vienen bien como á los muertos.

TELLO.
Yo soy tan enemigo que me alaben,
Que por eso me guardo de morirme.

DON SANCHO.
¿Quién es este soldado?

GUZMAN.
No le tienes
En esta compañía de mas bríos.

TELLO.
Vuesa merced conozca á Tello, un hombre
Que no tuvo dineros en su vida.
Verdad es que nací para poeta;
Mas, viendo que era oficio trabajoso,
Troqué la pluma en la que ves ceñida.

DON SANCHO.
No vienen mal las plumas y la espada,
Porque dicen que César escribia
Toda la noche lo que obraba el dia.

TELLO.
Y ¿á qué sazon dormia el señor César?

DON SANCHO.
No lo he visto en su historia, señor Tello;
Pero holgaréme de saber la vuestra;
Que pareceis persona en quien fortuna
Ha hecho sus mudanzas y floretas.

TELLO.
Requiere soledad y tiempo alegre.

DON SANCHO.
¿Cuál será para vos alegre tiempo?

TELLO.
Aquel en que tuviere algun dinero;
Pero si esto aguardamos, estad cierto
Que es aguardar la vida perdurable.

DON SANCHO.
Los dos hemos de ser grandes amigos.

TELLO.
Y yo morir por vos y á vuestro lado.

DON LOPE.
Es Tello muy honrado.

TELLO.
Soy honrado.
Yo vivo, Capitan, naturalmente.
De una vez me vistió naturaleza
Como á los animales y á las aves.
Yo no he visto leon, tigre ni lobo
Con calzas atacadas en mi vida.
¿Qué mula, aunque lo fuese de un canónigo,
Se puso verdugado ni alzacuello?
Solamente las monas y los hombres
Se ponen invenciones de vestidos.
Por mi cuenta, los indios es la gente
Que vive con mayor descanso y gusto:
Cubren aquello solo que es forzoso,
Y lo demás como lo viste el cielo.
¿Qué es ver un hombre mártir de unas calzas,
En un plato de holanda la cabeza;
Y un pié de una mujer en cinco puntos,
A quien naturaleza dió catorce?
Puntos parecen ya de cuchilladas;
Que cada uno los que puede encubre.
Si por vestido bien me has de hacer honra,
En tu vida podrás favorecerme.

DON SANCHO.
Tello, nunca yo miro en el soldado
Las galas, sino el ánimo y las obras.
Este importa que tenga, y buena espada.

TELLO.
¡Buena espada! En llegando á lo que eso,
No me la gana el mismo Cid Ruy Diaz.
(*Saca una espadilla mohosa.*)
Esta es tizona, porque tizna pechos,
Y esta es colada, porque cuela vidas.
Con esta he hecho cosas nunca oidas.

DON SANCHO.
Vestida bien, que está desadornada.

TELLO.
Déme vuesa merced algun dinero.

DON SANCHO.
Repartan entre todos esa bolsa;
Que cada escudo y cada real quisiera
Que mil ciudades y mil reinos fuera.

LEONARDO.
¡Víctor el capitan!

DON LOPE.
Víctor mil veces.

DON SANCHO.
Tello, venidme á ver.

TELLO.
Digo que sea,
Y vivas mas que un rollo de una aldea.
(*Vanse los soldados.*)

ESCENA XVII.

EL REY.—DON SANCHO.

REY.
Don Sancho...

DON SANCHO.
Señor...

REY.
¿Qué haces?

DON SANCHO.
Trazaba, con tu licencia,
De hacer una breve ausencia,
Si della te satisfaces.

REY.
¿Ausencia en esta ocasion?

DON SANCHO.
Con la nueva compañía
Intento una correría
Por ver para lo que son;
Que los quiero conocer,
Y que me conozcan quiero.

REY.
Hoy te quiero consejero,
Si capitan quise ayer.
Escucha, y estima en mucho
Darte de mis cosas parte.

DON SANCHO.
Los piés me deja besarte.
Ya con el alma te escucho.

REY.
La Reina ha tenido celos
Desta mujer vizcaína,
Que trujeron peregrina
A nuestro campo los cielos.
Que me agrada es verdad clara;
Mas no que he dado ocasion
Para sus celos, que son
Donde su sospecha para.
Tiene la Reina un remedio,
Siempre que me ve en los ojos
Algunos tiernos antojos,
Que es ponerme tierra en medio.
Esta, don Sancho, es su ciencia;
Porque luego me la casa,
Y con esto el amor pasa
A los olvidos de ausencia.
Querria esta vez hacer
Que este pesar no me hiciese,
Trazando que se escondiese
Por tu mano esta mujer;
Que me han venido á decir
Que á un hidalgo sevillano
La ha mandado dar la mano
Sin poderla resistir;
Aunque ella dicen que llora
Y hace extremos de dolor.

DON SANCHO.
¡Casarla! ¡Extraño rigor!
(*Ap.* Todo se descubre agora.)
Señor, ¿cómo puede ser
Esconderla de sus ojos,
Sin darle muchos enojos?

REY.
Desta suerte se ha de hacer.
Yo haré que vaya á la fuente
De Dinadamar, Guevara,
Hoy doña Juana: repara
En que tú y la mejor gente
De tu compañía os vistais
De moros, y la robeis,
Y en la tienda la tendréis
Todo el tiempo que querais,
Donde yo la podré ver,
Mientras la Reina, engañada,
Pensare que está en Granada.

DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Triste! ¿qué tengo de hacer?
Por mi mal quise encubrirme.

REY.
¿Parécete bien ansí?

DON SANCHO.
(*Ap.* ¿Qué he de hacer? ¡Triste de mí!)
Digo que voy á vestirme;
Que es una rara invencion,
Para que tengas tú gusto.

REY.
De tí le fio. (*Vase.*)

DON SANCHO.
Y es justo.

ESCENA XVIII.

DON SANCHO.

¿Quién vió mayor confusion?
¿A quién suceder pudiera
Tanta desdicha en un hora?
Faltóme la industria agora;
Pero ¿en qué ingenio la hubiera?
Mas ¿cómo podré llevar
A mi tienda á mi mujer,
Si allí el Rey la quiere ver?
¿Cómo lo puedo estorbar?
Pues estorbarlo es forzoso.
Mal hice en no declararme.

ESCENA XIX.

LA REINA, DON LUIS DE NARVAEZ.—DON SANCHO.

DON LUIS.
Puesto que ha sido obligarme,
En tu pecho generoso
Es virtud tan natural,
Gran señora, el hacer bien,
Que aun favoreces á quien,
Como yo, te sirve mal.

REINA.
Ya, don Luis, á tu apellido
Se debe todo favor;
Que el Narvaez es valor
Que le tiene merecido.
Yo te caso con mujer
Que al de tu sangre es igual.

DON LUIS.
Bastaba para ser tal
Tener de tu mano el ser.

REINA.
Ve á llamar á doña Juana;
Que os quiero casar aquí.

DON LUIS.
Voy.

REINA.
Que la llamo la di.
(*Vase don Luis.*)

ESCENA XX.

LA REINA, DON SANCHO.

REINA.
(*Ap.* Así mi temor se allana.
Con esto queda deshecho.)
Guevara, ¿aquí estás?

DON SANCHO.
Quedé
Tan triste, que no pensé
Hallar el alma en el pecho.
Pero ¿con cuál ocasion
Vuestra alteza me decia
Sí era casado?

REINA.
Queria

Ponerte en obligacion
De que tomaras estado;
Pero no me resolví
Porque de tu boca oí
Que eras, don Sancho, casado.
Y así, he dado la mujer
Con que á ti honrarte pensaba
Al de Narvaez, que andaba
Della cuidadoso ayer.

DON SANCHO.

Don Luis de Narvaez merece
Bien el honor que le has dado.
Pero ¿con quién le has casado?

REINA.

Con quien tan bien le parece
Al Rey, que á buscarme obliga
El remedio por aquí.

DON SANCHO.

¿Es la de Navarra?

REINA.

Sí.

DON SANCHO.

(Ap. Ya no sé, cielos, qué diga.)
¡A doña Juana has casado!

REINA.

Agora á llamarla van.

DON SANCHO.

Prisa los celos te dan.

REINA.

Prisa los celos me han dado.

DON SANCHO.

Bien harás; que el Rey podria
Vencerla con su valor.

ESCENA XXI.

DON LUIS.—DICHOS.

DON LUIS.

Basta, que el Rey mi señor
A Dinadamar la envia,
Y va con un escudero.

REINA.

¡El Rey! ¿Para qué?

DON LUIS.

Esto dicen.

REINA. (*Ap.*)

Mal los celos se desdicen.
Todo ha sido verdadero.

DON SANCHO.

¿Quieres, Señora, que vaya
A detenerla?

REINA.

Camina.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Perdido soy. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

LA REINA, DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué imagina
Tu alteza?

REINA.

Que antes que haya
Ocasion para mas mal...
(Ap. Mas ¿qué digo? Que es perder
Con celos desta mujer
Mi modestia natural.
Pero tampoco es razon
Que por mi culpa suceda
Lo que remediar no pueda
Con declarada pasion.)
Ven conmigo.

DON LUIS.

¿Dónde vas?

REINA.

A Dinadamar.

DON LUIS. (*Ap.*)

Los cielos
Me falten si no son celos.

REINA.

¿Qué dices?

DON LUIS.

Que triste estás.

REINA. (*Ap.*)

Para sospechas no hay ley.
Toda la prudencia acaba.

DON LUIS. (*Ap.*)

Juraré que la casaba
Para librarla del Rey.
(*Vanse.*)

—

Fuente de Dinadamar.

ESCENA XXIII.

DOÑA JUANA.—VARGAS.

DOÑA JUANA.

La fuente es notable, Vargas.

VARGAS.

Muy gentil sangre nos cuesta
Ganar las aguas que vierte.

DOÑA JUANA.

¡Qué claras, dulces y frescas!
Aquí pudiera Narciso,
Si en sus espejos se viera,
Volverse loco otra vez.

VARGAS.

Guarda que no te suceda
Lo que de aquese mancebo
Fábulas y historias cuentan.

DOÑA JUANA.

¿Para qué me manda el Rey,
Si sabeis, venir á verla?

VARGAS.

Yo, si la verdad te digo,
No tengo buenas sospechas.

DOÑA JUANA.

Pues ¿qué me puede querer?

ESCENA XXIV.

DON SANCHO, LEONARDO *y* OTROS SOLDADOS, *vestidos de moros.*—DICHOS.

DON SANCHO.

No se escapará la presa
Por diligencia esta vez.

LEONARDO. (*Ap.*)

Buena fué la diligencia.

VARGAS.

Perdidos somos.

DOÑA JUANA.

¿Qué es esto?

VARGAS.

Celada de moros puesta
Entre estos árboles verdes.

DOÑA JUANA.

¡Moros, Vargas! Yo soy muerta.

DON SANCHO.

Dáos á prision.

DOÑA JUANA.

¡Ay de mí!

ESCENA XXV.

LA REINA, DON LUIS.—DICHOS.
Después, EL REY.

DON LUIS.

Señora, mira que llegas
A tiempo que la cautivan.

REINA.

¿Moros?

DON LUIS.

Y está sin defensa.

REINA.

Pues defiéndela, Narvaez.

DON LUIS.

Con mil vidas que tuviera.
(*Sale el Rey.*)

REY. (*Ap.*)

Con sospechas de sus celos
Vengo siguiendo á la Reina.

DON LUIS.

Soltad la presa, villanos.

DON SANCHO.

¿Quién eres tú que lo intentas?

DON LUIS.

Don Luis de Narvaez soy.

DON SANCHO.

Granada el nombre respeta.

REINA.

La Reina está aquí.

REY.

Y el Rey.

REINA.

Señor...

REY.

Señora...

DON SANCHO. (*Ap.*)

Aquí cesa
Mi cautela, ó por lo menos
Viene á quedar descubierta.

REY.

¿A qué habeis venido aquí?

REINA.

A doña Juana quisiera
Casar con don Luis, y supe
Que la mandó vuestra alteza
Que fuese á Dinadamar;
Supe que habia en la Vega
Moros, y á librarla vine.

REY.

Yo que venistes por ella,
Y porque no sucediese
Lo que suceder pudiera,
Vine, como veis, dejando
Cien hidalgos aquí cerca.

REINA.

Yo os lo agradezco.

REY.

Y á vos
Doña Juana lo agradezca.

REINA.

Moro...

DON SANCHO.

Señora...

REINA.

¿Quién eres?

DON SANCHO.

Quien tú quisieres que sea.

REINA.

Este ¿no es Guevara?

DON SANCHO.

El mismo;
Que para que vuestra alteza

No casase á doña Juana,
Me vestí desta manera.

REINA.

Pues ¿no eres casado tú?

DON SANCHO.

Sí.

REINA.

Pues ¿qué quieres?

DON SANCHO.

Que sepas
Que estoy con ella casado.

REINA.

¡Tú estás casado con ella!

DON SANCHO.

Ella lo diga.

DOÑA JUANA.

Ansí es,
Y él me mandó que fingiera,
Para que no le obligaras
Que me volviera á su tierra,
Que era muerto en este asalto.

REY.

No hay premio que no merezca
Quien por servirme dejaba
Dama de tan altas prendas.
Honraldos, Reina, á los dos.

REINA.

Pláceme, mas no en la guerra;
Que no quiero yo apartar
Los que ha juntado la Iglesia.
Navarra está sin virey:
Ya que por mi diligencia
No fué reina doña Juana,
Vuelva á Navarra vireina.

REY.

Virey eres de Navarra,
Don Sancho: á partir te apresta.
No estés en la Vega un hora.

DON SANCHO.

Luego me voy de la Vega.

DOÑA JUANA.

Bien puedes con este oficio
Volverme á tu gracia.

DON SANCHO.

Fuera
Ingratitud. Ven conmigo.

DOÑA JUANA.

Haz que tu mano merezca.

DON SANCHO.

Soldados, adios.

LEONARDO.

Adios.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

¿Hay tal dicha?

DON SANCHO. (*Ap.*)

Mas quisiera
Ser sin ella un hombre pobre,
Que rey del mundo con ella.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio del Virey, en Pamplona.

ESCENA PRIMERA.

ARNALDO, UN PORTERO.

PORTERO.

Ea pues, no repliqueis.

ARNALDO.

Tened respeto á mis canas.

PORTERO.

Si son canas, no sean vanas
Para que ocasion me déis.
Cuanto mas que ya en el mundo
No hay cosa mas despreciada.

ARNALDO.

Pues yo en ella por honrada
Todos mis respetos fundo.

PORTERO.

¿Cómo puede ser honor
Lo que se intenta encubrir?

ARNALDO.

Yo no he venido á argüir,
Sino á que me hagais favor.

PORTERO.

No os puedo dejar entrar;
Que lo ha mandado el Virey.

ARNALDO.

Ejecutad vos la ley
Como se ha de ejecutar,
Que es con hacer excepcion.

PORTERO.

Andá, que sois importuno.

ARNALDO.

Soy pobre.

PORTERO.

Yo he visto alguno
Humilde.

ARNALDO.

Pocos lo son;
Mas yo no he visto portero
En mi vida bien criado.

PORTERO.

Hace lo que le han mandado,
Señor hidalgo escudero.
¿Cómo puede ser bien quisto
Oficio de no dar gusto?
Porque haciendo lo que es justo,
Con los necios me enemisto.
Al que en su casa estuviera
Y por la ajena no entrara,
Ni el portero le cansara
Ni su condicion sufriera.

ARNALDO.

El portero del infierno,
La antigüedad le pintó
Como perro.

PORTERO.

Aun bien que yo
No estoy en su fuego eterno.
Portero soy del virey
De Navarra.

ARNALDO.

Y el palacio
¿Es gloria?

PORTERO.

Hablemos despacio.

ARNALDO.

Si su voluntad es ley,
Y él es rey, al cielo apelo.

PORTERO.

Para que honreis con razon
A los que porteros son,
Mirad al que lo es del cielo.

ARNALDO.

Si vos fuérades ansí,
Dejárais entrar los buenos.

PORTERO.

No lo sois vos á lo menos,
Pues que tan soberbio os vi;
Que la soberbia no entró
En el cielo desde el dia
Que del trono que tenia
Hasta el infierno bajó.
Y ya me cansáis de suerte,
Que si replicais palabra,
Haré que la puerta os abra
El portero de la muerte.

ARNALDO.

Dejadme estar en la sala.

PORTERO.

Ni aun aquí quiero que estéis.
¿Cosa, viejo, que bajeis
La escalera noramala?

ESCENA II.

DON SANCHO, CRIADOS.—DICHOS.

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

PORTERO.

Un necio escudero,
Que porfia que ha de entrar
Y á mi señora ha de hablar.

DON SANCHO.

¿Sabeis que está aquí el portero
Para solo detener
A quien sin licencia llega?

ARNALDO.

Cuando el dueño no la niega,
Agravio suelen hacer.

DON SANCHO.

¿Quién es el dueño de quien
La teneis?

ARNALDO.

Es mi señora
La Vireina.

DON SANCHO.

Entrad agora.
¡Hola! la puerta le dén.
Mas venid acá, buen hombre.
¿Quién sois, ó qué la quereis?

ARNALDO.

Ya no me conoceréis,
Aunque os dijese mi nombre.
Pariente soy, gran Señor,
De vuestra mujer.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Ah cielo!

ARNALDO.

Hallo en su rostro consuelo,
Y en su limosna favor;
Que después que vino aquí,
Deste bien quiere que goce.

DON SANCHO.

¿Y ella por deudo os conoce,
Tan pobre?

ARNALDO.

Mi señor, sí;
Que no hay linaje en el mundo,
Por mas alto y eminente,
Sin algun pobre pariente.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué mal mi esperanza fundo
Sobre tanta vil bajeza!
Aun en esto doña Juana
Me es contraria.

ARNALDO.

El ser tan llana
Hace mayor su nobleza.
Bien sabeis que es bien nacida,
Pero de pobres parientes.

DON SANCHO.

(*Ap.* ¿Qué, aun hay mas inconvenientes
Con que mi esperanza impida?)
Andad, buen viejo, y no entreis
En palacio eternamente,
Ni digais que sois pariente
De la Vireina; que haréis
Que os castigue.

ARNALDO.

A Dios remito
La verdad.

DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Tanta bajeza!
ARNALDO.
¿Ya destierran por pobreza?
Mas debe de ser delito.
DON SANCHO.
Oid. Ni entreis en PampIona
En vuestra vida.
ARNALDO.
No haré;
Que bien poco viviré.
¡Buen deudo, gentil persona! (*Vase.*)

ESCENA III.

UNA MUJER Y UN SOLDADO, *con memoriales.* — DON SANCHO, EL PORTERO, CRIADOS.

MUJER.
Suplico á vueseñoría
Que me mande despachar.
DON SANCHO.
No ha habido hasta aquí lugar;
Volved, Señora, otro dia.
(*Vase la mujer.*)
SOLDADO.
Otras veces he cansado
Esas manos con papeles;
Con dejar de ser crueles
Se librarán de este enfado.
¡Por vida del Rey!...
DON SANCHO.
Teneos.
SOLDADO.
Que he de pasarme al de Francia.
DON SANCHO.
Presto seréis de importancia.
SOLDADO.
Con sortijas y torneos
Reciben un español
Adonde quiera que va,
Porque donde el sol le da
Sale el mas vil caracol.
DON SANCHO.
El que sale de su tierra
Prueba bien el corazon;
Que la guerra es religion
Y ha de morir en la guerra.
SOLDADO.
Eso á los que tienen cruces,
Y les sobran las de plata.
DON SANCHO.
Ya de pagaros se trata.
SOLDADO.
Bien hayan los andaluces
Que se cobran de los moros
Cuando no les paga el Rey.
DON SANCHO.
Id vos allá; que el Virey
De allá trujo estos tesoros.
(*Vase el soldado.*)

ESCENA IV.

UN VIEJO, *y después*, MATEO Y CRISPIN.—DON SANCHO, EL PORTERO, CRIADOS.

VIEJO.
Por ser hijo y preso, en fin,
A importunaros me atrevo.
DON SANCHO.
Es muy loco ese mancebo.
(*Salen Mateo y Crispin con unas cestas.*)
MATEO.
Llegad sin miedo, Crispin.
CRISPIN.
Par Dios, que nos ha cogido
Entre puertas el Virey.
MATEO.
Habralde igual con el Rey.
PORTERO.
¡Hola! con menos rüido.
MATEO.
Dénos los piés su esquinencia.
DON SANCHO.
¿Qué es lo que quereis?
MATEO.
Señor,
Mandadnos hacer favor,
Que á los dos nos den licencia
Para entrar á presentar
A vuestra mujer diez truchas;
Que aunque hayais comido muchas,
Éstas me atrevo á jurar
Que no las habeis comido.
DON SANCHO.
¡Qué inocencia!
CRISPIN.
Son tan grandes,
Que no las hay de aquí á Flándes
De tamaño mas cumplido.
MATEO.
Trucha viene en la chistera
Que pudiera ser salmon.
DON SANCHO.
¿Teneis pleito ó pretension?
CRISPIN.
Si el concejo lo supiera,
Algun pleito procurara,
O yo hiciera algun delito.
DON SANCHO.
Pues ¿qué quereis?
MATEO.
Han escrito
Que sois Sancho de Guevara,
El que casó con Juanica,
La hija de don Vicente,
El rico y nuestro pariente;
Dióme un buey y una borrica
Su padre, que Dios perdone,
El dia que me casé;
Y yo como me acordé,
Aunque el oficio la entone,
Pardiez, la traigo un presente,
Porque sepa lo que estimo
Que me conozca por primo.
DON SANCHO.
¡Hola! Echad de aquí esa gente.
¡Hay locura tan extraña!
(*Ap.* ¡Oh cuánta verdad encierra
Que nadie es nada en su tierra,
Y el nada es algo en la extraña!)
PORTERO.
Ea, despejad la sala.
MATEO.
¡Ah Señor! Mire que soy
Su primo.
DON SANCHO. (*Ap.*)
Corrido estoy.
PORTERO.
Salid allá noramala.
CRISPIN.
Para él vienen tambien truchas.
PORTERO.
Salgan, noramala, fuera.
MATEO.
Tome las cuatro siquiera;
Mire que traemos muchas.
DON SANCHO.
¿Cosa que os haga azotar?
CRISPIN.
¿Por traer truchas?
PORTERO.
Salid presto.
DON SANCHO.
Azotaldos.
MATEO.
¡Guarda el cesto!
Nunca mas vuelvo á pescar.
DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Ay honra! ¡qué extrañas leyes
Has puesto en un pecho honrado!
MATEO.
Sin duda que es gran pecado
Traer truchas á vireyes.
. . . . [1]
CRISPIN.
Mire que son salmonadas.
DON SANCHO.
¿Qué haceis con esas espadas?
PORTERO.
Huid, hombres, no aguardeis.
MATEO.
Huye, Crispin: ¿no lo escuchas?
CRISPIN.
Yo llevo lindo despacho.
DON SANCHO.
¡Ay Dios!
MATEO.
¿Han visto el borracho,
Cómo no quiso las truchas?
(*Vanse los villanos huyendo y el viejo.*)
DON SANCHO.
A doña Juana llamad.
PORTERO.
Ella, Señor, viene á verte.
DON SANCHO. (*Ap.*)
Hoy pienso darla la muerte.
Cielo, el rigor perdonad.

ESCENA V.

DOÑA JUANA.—DON SANCHO, EL PORTERO, CRIADOS.

DOÑA JUANA.
Como no me entrais á ver,
A veros quiero salir.
DON SANCHO.
(*Ap.* ¡Vive Dios que ha de morir
Tan deshonrosa mujer!)
Salíos todos allá,
Y tú, Fernando, está alerta,
Que nadie llegue á la puerta.
PORTERO.
Nadie, Señor, llegará.
(*Vanse el portero y los criados.*)

ESCENA VI.

DON SANCHO, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.
¿Para qué es la prevencion
De la puerta y de la gente?
¿Tienes algun accidente?
¿Cánsate la ocupacion?
Los negocios del gobierno
Son las canas de los años;
Porque entre dulces engaños
Envuelven cuidado eterno.
¡Bienaventurado el rey
Que tiene ministro sabio!

[1] Falta un verso.

DON SANCHO.

Ni de negocios me agravio
Por el cargo de virey,
Ni me da pena el cuidado;
Tú sola pena me das.

DOÑA JUANA.

¡Yo, mi Señor!

DON SANCHO.

Pues ¿quién mas
En este dichoso estado?
Ya, doña Juana, no puedo
Sufrir los deudos que tienes;
Porque en el lugar que estoy,
Me humillan notablemente.
¿Es posible que tenias
Deudos tan pobres?

DOÑA JUANA.

Pareces
Hombre que salió del mar,
Que mirando sus crecientes
Dice: ¿Es posible que yo
Pasé por golfo tan fuerte?
Cuando éramos los dos pobres,
No reparaste en parientes;
Pero, cuando somos ricos,
Gente baja te parecen.
Bien sabes tú que mi padre
Nada en nobleza te debe:
El tener parientes pobres
En toda sangre acontece.

DON SANCHO.

Sí; pero bien sabes tú
Que en oficios prèminentes
Deslustran mucho los deudos
Pobres, y mas si pretende
El dueño mayor lugar.

DOÑA JUANA.

Al pensamiento me ofreces
Una fábula de Isopo.

DON SANCHO.

¿Con fábulas me entretienes?

DOÑA JUANA.

Bebia un cordero humilde
De un arroyo en la corriente
Por lo bajo, y en lo alto
Un lobo voraz y aleve;
Y como matar queria
El corderillo inocente,
«Mira que me enturbias (dijo)
El agua; tan recio bebes.»
El cordero respondió:
«Lobo amigo, pleito quieres.
Si estoy en bajo, y tú en alto,
Tú la enturbias, tú me ofendes.»
¿Qué tienen que ver mis deudos,
Que el agua en lo bajo beben,
Contigo que estás en alto,
Si no es que pleito pretendes?

DON SANCHO.

De suerte que soy el lobo.
Entre mil virtudes, tiene
Esta de honrarme tu lengua.
Pues mal tu causa defiendes;
Que aunque mas por lo sutil
De ser discreta te precies,
No me has de satisfacer,
Ni tú lo estás; que bien sientes
Que para mis pretensiones
Tus deudos pobres detienen
El curso de mi ventura,
Porque no querrán los Reyes
Levantarme á mas lugar.

DOÑA JUANA.

Pues bien, ¿á qué te resuelves?
¿Puedo yo remediar esto?

DON SANCHO.

No quiero que lo remedies,
Que son muchos, doña Juana,
Sino que á Dios te encomiendes,
Porque no le puede haber
Mas eficaz que tu muerte,
Para que los Reyes me honren
Y me casen altamente.
Dias há que lo he pensado.
No repliques; que no puedes
Excusar tu muerte.

DOÑA JUANA.

Mira
Que tu mismo daño emprendes;
Que no será tan secreta
Mi muerte, que no te cueste
La vida luego que sepan
Los Reyes que fuí inocente.
Yo te daré mejor modo.

DON SANCHO.

¿Cómo? Dirás que destierre
Tus deudos.

DOÑA JUANA.

No digo tal,
Sino que en su paz los dejes.
Finge que me has enviado
A Vizcaya, y vuelva en breve
Quien diga que muerta soy;
Porque yo secretamente
Con pobre traje me iré
A esas sierras, cuyas nieves
Me sepulten mientras viva,
Pues la tierra no me quiere.

DON SANCHO.

En escapando de aquí,
Te quejarás á los Reyes.

DOÑA JUANA.

Yo te doy licencia entonces
Que en el mismo honor me afrentes.
Di que te fuí desleal:
Bien habrá con quien lo pruebes;
Y lo escrito, aunque sea falso...
Por eso juzgan los jueces.
Pues testigos, á hombre rico
No han faltado eternamente,
Ni para pobre desdichas,
Ni para desdichas muerte.

DON SANCHO.

Ahora bien, tú sabes bien
Que mi alma te aborrece;
Si lo sabes, ¿qué me buscas?
Si me buscas, ¿qué me quieres?
Yo no querria matarte;
Que no es justo que ensangriente
Un hombre tan valeroso
La espada en mujer tan débil.
Si ves que resuelto estoy,
Vete, doña Juana, vete,
Adonde en secreto goces
La vida que Dios te diere.
Guárdate de descubrirte,
Porque si á mis manos vienes,
En mil vidas tienes poca.

DOÑA JUANA.

Bien mis ejemplos te pueden
Asegurar del valor
Que me esfuerza y fortalece.
En Granada ¿no les dije
Que ya eras muerto á los Reyes,
Porque tú me lo mandaste,
Sufriendo hasta ver que vieses
Que me casaban con otro?
Luego razon es que pienses
Que agora sabré mejor
Que entonces obedecerte.

DON SANCHO.

Eso te debo no mas,
Que es el ser tan obediente.

DOÑA JUANA.

Del amor ¿no dices nada?

DON SANCHO.

Eso de amor no lo cuentes.
Toma, Juana, un pobre traje;
Desnuda el rico que tienes;
Y por el jardin, de noche
Vete donde mas quisieres,
Con condicion que ninguno
Te conozca.

DOÑA JUANA.

Sancho, advierte
Que hoy me muero para tí.

DON SANCHO.

Pues ¿qué quieres si te mueres?

DOÑA JUANA.

Que siquiera con tus brazos
Esta garganta consueles.

DON SANCHO.

No te fies de mi enojo;
Que podrá ser que te aprieten
De forma, que pidas brazos
Y se te vuelvan cordeles.

DOÑA JUANA.

¡Ojalá!

DON SANCHO.

Déjate deso.

DOÑA JUANA.

¿Qué traje quieres que lleve?

DON SANCHO.

Porque vayas mas oculta,
El mas pobre que pudieres.

DOÑA JUANA.

¡De vireina de Navarra,
Vengo á morir pobremente!
Ejemplo soy de fortuna. —
Adios, cubiertas paredes
De telas de oro y brocados
Y de bordados doseles;
Góceos don Sancho con otra.

DON SANCHO.

¡Qué necia y prolija eres!

DOÑA JUANA.

Como soy aborrecida,
Parezco necia; y advierte
Que hablaba con estas piedras,
Para ver si te enterneces;
Pero eres piedra mas dura,
Y yo eslabon que no enciende.

DON SANCHO.

Acaba.

DOÑA JUANA.

Ya voy, mi bien;
Que esto es detenerme á verte.
Adios, mi don Sancho amado.

DON SANCHO.

No con eso me enterneces.

(*Vanse.*)

—

Campo. Un olmo con gradas al rededor.

ESCENA VII.

FLORA y COSTANZA, *con panderos*; BARTOLO, ENIO, VILLANOS, MÚSICOS.

MÚSICOS.

La mañana de San Juan, mozas,
Vámonos á coger rosas.

UNO SOLO.

Pues que tan clara amanece...

TODOS.

Vamos á coger rosas.

UNO.

Y todo el campo florece...

TODOS.

Vamos á coger rosas.

BARTOLO.
Es ansí.
ENIO.
Luego bien dice Costanza.
BARTOLO.
Pardiez, Enio, que es verdad.
COSTANZA.
Si fueres á la ciudad,
Y á la volundad alcanza
El dinero, por razon
Deste primer desengaño
Cómprame un poco de paño.
ENIO.
¿Qué color?
COSTANZA.
Satisfacion.
ENIO.
Pardiez, Costanza, no sé
Qué color es.
COSTANZA.
Naranjada.
ENIO.
Color y nombre me agrada;
Mas ¿tendréla de tu fe?
COSTANZA.
Si lo traes, bien podrás,
Y tendréla yo de ti.
ENIO.
¿Quieres mas?
COSTANZA.
Mas quiero.
ENIO.
Di.
COSTANZA.
Mas la guarnicion no es mas.
ENIO.
¿Qué ha de ser?
COSTANZA.
Oro quisiera;
Pero terciopelo basta.
ENIO.
Y ¡dirán que no se gasta!
COSTANZA.
El aforro te pidiera;
Pero acá no faltará.
ENIO.
Este ha sido lindo ahorro.
¡Reparar en el aforro
Donde lo demás está!
COSTANZA.
Si hallares una patena,
Bien será que me regales.
ENIO.
Yo te la vi en los corales.
COSTANZA.
No la pidiera á ser buena.
ENIO.
Costanza, detente ahí,
Si no quieres que me venda,
O tómate tú el hacienda,
Y dame que vista á mi.

ESCENA VIII.

EL ALCALDE, EL BENEFICIADO.—Dichos.

BELARDO.
A la fe, Beneficiado,
No hay fiesta sin tamboril.
BENEFICIADO.
Callad; que ya viene Gil,
Que fué esta mañana al prado.
BELARDO.
Sentáos pues, y tratarémos
Lo de las fiestas de Dios.
BENEFICIADO.
¿Habló el Regidor con vos?
BELARDO.
Mañana nos juntarémos.
BENEFICIADO.
¿Ha de haber danza con dichos?
BELARDO.
Compóngala el escribano,
Que siempre trae en la mano
Los dichos y sobredichos.
BENEFICIADO.
Hela donde vienen, Belardo,
El Barbero y Regidor.

ESCENA IX.

EL BARBERO, EL REGIDOR.—Dichos.

REGIDOR.
Dios guarde al señor Doctor.
BELARDO.
A la he que andais gallardo.
Creo que os quereis casar.
BARBERO.
No me lo diréis á mí.
¡Qué buena mujer perdí!
BELARDO.
Sancho, si quereis llorar,
Ios mucho en hora mala
Al rollo que está en las eras.
BARBERO.
Nunca habeis de hablar de veras.
BELARDO.
¿Paréceos á vos que es gala
Llorar un viudo rico
En toda conversacion?
BARBERO.
¿No os parece que es razon
El dolor que senifico?
BELARDO.
Resucitárala Dios,
Aunque mas me conteis della,
Que yo acabara con ella
Que no llorara por vos.
De buena gana os casara
Con mi hermana; mas no quiero,
Que en efeto sois barbero.
REGIDOR.
¡Mirad en lo que repara!
Pero ¿por qué os da cuidado?
BELARDO.
Porque soy hombre de vena,
Y me diera mucha pena
Tener el barbero al lado.
BENEFICIADO.
¿Jugarémos un rentoy?
REGIDOR.
¿Quién á quién?
BELARDO.
El Doctor sea
Con el Barbero.
BARBERO.
No crea
Que en tal propósito estoy;
Que el Regidor juega mucho.
BELARDO.
Pardiez en vano temeis;
Ganaréis cuanto jugueis.
BARBERO.
Como por burla os escucho.

Se tiene por blason pelar los hombres.
Luego á la noble dicen: «Fácil eres»,
Y desde boba á necia, dos mil nombres.
¿Saber con opinion, Mauricio, quieres
Mujer entre mujeres? No te asombres;
Que la que pesca con mayor guadaña,
Esa tienen en mas.

MAURICIO.

¡Guarda la caña!

FABRICIO.

Aquí vive una moza recatada,
Que guarda á cierto penitente el rostro.

DON SANCHO.

¿Vive con él honrada?

FABRICIO.

Y muy honrada.

DON SANCHO.

Pues á su puerta y su balcon me postro.

MÚSICO 2.°

Yo conozco una fea bien hablada,
A escuras ángel, y con luces mostro.

DON SANCHO.

Excomunion parece que recelas,
Pues no es mujer hasta matar candelas.

TELLO.

Una viuda he visto yo esta tarde;
Mas no dará licencia al mismo Apolo.

DON SANCHO.

Rompámosla la puerta.

TELLO.

Dios me guarde.

DON SANCHO.

Dime la casa, y llamaré yo solo.

TELLO.

Bien dices; que si vas con este alarde,
Primero te abrirá su quicio el polo.

DON SANCHO.

Ve delante.

TELLO.

No vayas sin sosiego.

DON SANCHO.

Si tengo de callar, vuélvome luego.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Belardo.

ESCENA XV.

BELARDO, COSTANZA.

BELARDO.

¿Qué tienes? Duelos te dén.

COSTANZA.

¡Mirad qué traza de padre!
A fe, que á vivir mi madre,
Que me tratara mas bien.

BELARDO.

Pues ¿cómo puedo tratarte
Si no te entiendo, Costanza?

COSTANZA.

Mas pienso que se os alcanza.

BELARDO.

¿Qué puedo mas que curarte?

COSTANZA.

¡Bien me curais por mi fe!

BELARDO.

¿Qué tienes?

COSTANZA.

Opilaciones.

BELARDO.

Si tuvieras sabañones
En la mano ó en el pié,
Si tuvieras tiña ó sarna,
O enfermedad conocida...

COSTANZA.

Esta me toca en la vida,
Y así el alma me descarna.

BELARDO.

Pues ¿qué es estar opilada?

COSTANZA.

Es un cierto no sé qué,
Que se ve y que no se ve.

BELARDO.

Pues pon, y no pongas, nada.

COSTANZA.

Siento yo mucho dolor.

BELARDO.

Por Dios que yo no le siento.

COSTANZA.

Es mal del entendimiento.

BELARDO.

Pues, hija, parece amor.

COSTANZA.

¡Amor! ¡Jesus! Dios me guarde.
No me le nombreis.

BELARDO.

No haré;
Pero si es amor, á fe
Que nunca en saberse tarde.

COSTANZA.

Yo me querria sangrar.

BELARDO.

Eso juráralo yo,
Y mas si el Barbero os dió
La causa.

COSTANZA.

¿Iránle á llamar?

BELARDO.

Yo propio.

COSTANZA.

Vame la vida
En que me pique y me saque
Tanta sangre, que me aplaque
Todo este mal por la herida;
Que de abundancia, sospecho
Que todo mi daño ha sido.

BELARDO.

Caracoles habeis comido,
Y mal os han hecho;
Menesteros habeis sangrar
De la vena del pecho.

COSTANZA.

Id, que me siento morir.

BELARDO.

Voy; que sé bien que en mujer
Para mas daño ha de ser
El quererla resistir. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

COSTANZA.

Hermoso sangrador, dulce barbero,
Venido por mi mal á ser bien mio;
La sangre que me alteras te confío,
Y de tu herida mi remedio espero.
Decirte quiero que por tí me muero
Mejor que con las quejas que te envio;
Aunque tengas mi mal por desvarío,
Por lo menos sabrás lo que te quiero.
Si la sangre contigo me enemista,
Los sabios dicen que el amor se causa
De sangre que entra en rayos por la vista.
Si quieres que se temple y ponga pausa,
Sángrame tú; que como amor resista,
Cesarán los efetos con la causa.

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA.—COSTANZA.

DOÑA JUANA. (*Dentro.*)

Dias ha que sé la casa,
No tiene que me prevenga,
(*Sale en hábito de barbero aldea con su cinta y estuche.*)
¡Oh hermosa! Guárdela Dios.
Diga: ¿dónde está la enferma?

COSTANZA.

¿Por la enferma me pregunta?

DOÑA JUANA.

¿No he de preguntar por ella?
¿He de sangrar al primero
Que me topare á la puerta?

COSTANZA.

Si él fuera buen cirujano,
Si él buen cirujano fuera,
Conociera que era yo
La enferma.

DOÑA JUANA.

¡Oh qué linda enferma!
¡Ella es la enferma que dice,
Y con boca tan risueña,
Que se comerá una hogaza,
Y tendrá esta casa á cuestas?
¿En qué quiere que adivine,
Por las referidas señas
Y otras tales, que ella es
La enferma?

COSTANZA.

¡Oh qué linda flema!
Tome ese pulso, y verá
De qué lado estoy enferma;
Que á fe que tengo hartos males
Si decírselos supiera.

DOÑA JUANA.

Si enfermó de socarrona,
Que la sangre una ballesta.
Si es mal que tiene secreto,
¿A qué astrólogo lo cuenta?
Este pulso está muy bueno.

COSTANZA.

Miento.

DOÑA JUANA.

Seis letras son ésas,
Que á ser igual la salud,
Le diera con la lanceta.

COSTANZA.

Mírele bien.

DOÑA JUANA.

Ya le miro.
(*Ap.* Aquestas intercadencias
Son fina bellaquería.)

COSTANZA.

¡Ay Jesus! cómo me aprieta!

DOÑA JUANA.

Mal me haga Dios si tal hago,
Y ¡qué de vicio se queja!

COSTANZA. (*Ap.*)

El puede ser buen barbero,
Pero mal entiende tretas.

DOÑA JUANA.

(*Ap.* Esta moza se derrite,
Y procura que la entienda;
Pues sepa que el oficial,
Aunque diestro le parezca,
No tiene carta de exámen,
Y que ha de quedar muy fea.)
Ahora bien, este su mal
¿A qué términos le llega?
Porque si son de sangría,
Haré que el maestro venga;
Que yo en cosas de peligro,

...no curo con licencia.

COSTANZA.

...odrigo!...

DOÑA JUANA.

Señora mia...

COSTANZA.

...odrigo de mi alma...

DOÑA JUANA.

Reina...

COSTANZA.

...odrigo mio...

DOÑA JUANA.

¿Qué quiere?

COSTANZA.

...e me entienda.

DOÑA JUANA.

¿Que la entienda?
...ómo puedo, si ninguna
...uede ganarla á traviesa?

COSTANZA.

...tú lo fueras, Rodrigo...

DOÑA JUANA.

...ues bien, ¿de qué me sirviera?

COSTANZA.

...hora bien, dame un abrazo.

DOÑA JUANA.

...cuatro. Mis ojos, llega.

COSTANZA.

...y barbero desbarbado!

DOÑA JUANA.

...y enferma desenferma!

ESCENA XVIII.

BELARDO. — DICHOS.

BELARDO.

...le que para sangrarla,
...le poneis mal la venda!

DOÑA JUANA.

...estra merced mande luego
...er diez onzas de estrellas,
...libras de humo de estopas
...os de pelos de piedra;
...plicado á la barriga
...un pedazo de estera
...a que no la lastime,
...le dolerán las muelas. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

BELARDO, COSTANZA.

BELARDO.

...ué es esto, Costanza?

COSTANZA.

Yo...

BELARDO.

...s buena aquesta receta?

COSTANZA.

...dirá que es mucha costa,
...e le gasto su hacienda.
...a, padre, lo que dicen,
...no quiere que me muera;
...el barbero es hombre sabio,
...abe que si no llega
...torbar la medicina,
...daré del todo buena. (*Vase.*)

BELARDO.

...suerte me han persuadido,
...será bien que lo crea;
...¿dónde tengo de hallar
...s de piedra y estrellas?
...y á coger un garrote

De cosa de vara y media;
Que yo le daré salud
En saltando la corteza.

ACTO TERCERO.

Salon de un palacio en Barcelona.

ESCENA PRIMERA.

ARNALDO, URBANO.

ARNALDO.

A los forasteros causa
Mayor congoja y dolor.

URBANO.

Sentirán que su rigor
Pone á sus negocios pausa;
Que la Reina, con la pena,
Está retirada.

ARNALDO.

El cielo
La dé en tanto mal consuelo.
Y ¿es tanto como se suena?

URBANO.

Tengo por cierto que es mas;
Mas va de bien en mejor,
Por un famoso doctor
Navarro.

ARNALDO.

¿No me dirás,
Pues que tú tambien lo eres,
Cómo el caso sucedió?
Que con ser que aquí pasó,
Hay diversos pareceres.

URBANO.

Por la patria, y porque siento
Tu buen deseo, me animo.

ARNALDO.

Mucho la verdad estimo.

URBANO.

Oye atento.

ARNALDO.

Estoy atento.

URBANO.

Viérnes siete de diciembre,
Bien digno de nombre eterno,
Año de noventa y dos
Sobre mil y cuatrocientos,
Los dos Católicos Reyes
A sus nobles plantas vieron
La gran ciudad de Granada,
Fin del africano imperio.
Dejando al santo arzobispo,
Que fué su padre primero,
Fernando de Talavera,
Para su amparo y gobierno,
A esta famosa ciudad
De Barcelona partieron
Con ánimo de hacer cortes;
Aunque en su ausencia, bien presto
Los moros se rebelaron,
Y al Albaicin se subieron
Con las armas escondidas,
Y haciendo muchas de nuevo
De las azadas y rejas,
Que en gran cuidado pusieron
A España; mas fray Fernando,
De sus armas puesto en medio,
Milagrosamente hizo
Que las armas suspendieron,
Y humildemente besaron
Los sagrados ornamentos.
Don Iñigo de Mendoza,
General de todo el reino,
Que era alcaide de su Alhambra,
Hizo un hecho en este tiempo,
Digno de su sangre y casa;
Que viendo el prometimiento
Que el Arzobispo les hizo,
Para asegurar su miedo
De alcanzarlos el perdon,
Por sosegarlos de nuevo,
A la Condesa y sus hijos
Les dió en rehenes.

ARNALDO.

Confieso
Que fué valerosa hazaña
De su generoso pecho.

URBANO.

Estando pues los dos Reyes
En Barcelona, contentos
De ver á Granada en paz,
Y amados por todo extremo,
Saliendo Fernando un dia
Con grande acompañamiento,
Un hombre desatinado,
Que yo por loco le tengo,
Metiendo mano á la espada
Con furioso atrevimiento,
Dió una cuchillada al Rey,
Que le cortó casi el cuello;
Y á no ser por un collar,
Cuyas piezas resistieron
El golpe, diera sin duda
Con la cabeza en el suelo,
Porque por alguna parte
Entró mas de cuatro dedos.
Mas quiso Dios que salvase
Las cuerdas y todo el grueso
De la nuca, de manera
Que dió lugar al remedio.
Las diligencias, Arnaldo,
Que en esta herida se hicieron,
Como los Reyes son santos,
No fueron de humanos medios;
Que se acudió á los divinos
Con gran devocion primero.
Vieras toda la ciudad
En un confuso silencio
Hasta que rompió en el llanto
La suspension de los pechos.
Ni oficiales trabajaban,
Ni á las cosas del sustento
Habia quien acudiese.
El trato estaba suspenso;
Toda la gente acudia
A iglesias y monasterios,
Pidiendo piedad á Dios,
Niños, mujeres y viejos.
El, finalmente, movido
A lástima de su pueblo,
Dió al Rey salud.

ARNALDO.

Dénle gracias
Las virtudes de los cielos.

URBANO.

La cura de aquesta herida
Atribuyen, después dellos,
A un doctor de nuestra tierra,
A un cirujano, mancebo
De lindo talle y persona;
Tanto, que á no haberse puesto
Con la generosa Reina
En pretensiones del premio,
Fuera tenido por ángel.

ARNALDO.

¿Qué nombre?

URBANO.

Rodrigo: pienso
Que es natural de Pamplona.

ARNALDO.

Noticia de todos tengo;
Mas no hay tal dotor Rodrigo.

URBANO.

Si desde niño pequeño
Fué á estudiar á Salamanca,
No es mucho no conocello.
Pero quiérote advertir
Que por la cura que ha hecho
Priva con los Reyes tanto,
Que si le dices tu intento,
Lo que contra el Virey pides
Hará que despachen luego.

ARNALDO.

Si el navarro es de Pamplona,
A sus padres ó á sus deudos
Conocerémos sin duda.

URBANO.

Basta para enternecello
La patria, y lo que les pides
A los Reyes, porque creo
Que á haber tenido salud,
Bastaba todo el suceso.
Pero ventura has tenido,
Que este gallardo mancebo
Es el dotor que te digo.

ARNALDO.

¡Ay cielos! ¡Qué es lo que veo!

ESCENA II.

DOÑA JUANA, *con herreruelo, gorra, vaquero negro y guantes de médico*, FÉLIX.—DICHOS.

FÉLIX.

Todos han parado en mal
Cuantos fueron en tu daño.

DOÑA JUANA.

Félix, yo entendí el engaño.

FÉLIX.

No he visto castigo igual.

DOÑA JUANA.

Gané de aquel labrador,
Barbero de aquella aldea,
O que por ventura sea
O por mi propio valor,
De suerte la voluntad,
Los años que le serví,
(Y tambien porque le dí
Hacienda en gran cantidad;
Que, como sabes, curaba
De suerte, que todo el mundo
Como á Hipócrates segundo
De mil partes me buscaba);
Que me hizo su heredero;
Pero sus deudos villanos,
Envidiosos y tiranos,
Juntos con intento fiero,
Me procuraron matar;
Mas dejándoles la hacienda,
Escapé la mejor prenda,
Y me salí del lugar.
Vine á tiempo á Barcelona
Que hallé al Rey con esta herida,
Que, después de Dios, la vida
Me debe.

ARNALDO.

Urbano, perdona;
Que quiero llegarle á hablar,
Ya no porque me haga bien,
Mas porque quiero tambien
Mis desdichas consolar
Con ver en él un retrato
De mi difunta sobrina.

URBANO.

Eso el dolor lo imagina.

ARNALDO.

No soy á su amor ingrato.

URBANO.

Negocia, y venme á contar
Lo que con él te sucede,
Porque si quiere, bien puede
Darte con el Rey lugar. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA JUANA, ARNALDO, FÉLIX.

ARNALDO.

Prospere el cielo tus felices años.

DOÑA JUANA.

Y á vos os guarde, padre, y dé consuelo.

ARNALDO.

Harto, Señor, me importa en tantos da- [ños.
He sabido, Señor, que os trujo el cielo
A dar al Rey salud, causa bastante
Para estimaros el mejor del suelo.
Yo, en fin, en estas cortes negociante...
(*Ap.* ¡Ay Dios! ¡Cuánto parece á mi so- [brina!
Su rostro es en extremo semejante.)
Viendo que vos por la virtud divina
Que os dió tal gracia, habeis al Rey y á [España
Puesto en obligacion tan peregrina...
(*Ap.* ¡Oh cuánto el bien imaginado en- [gaña!)
Sabiendo que nacistes en Pamplona,
Y que ver su rüina tan extraña
Ha de obligar, Señor, vuestra persona,
Quiero valerme del amparo vuestro,
Pues que la patria y la piedad me abona.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

¡Cielos! Con qué temor el rostro mues- [tro
A un deudo tan cercano! Mas no importa;
Ya corre la fortuna en favor nuestro.

URBANO.

¿Quién fueron vuestros padres?

DOÑA JUANA.

Fué muy corta
En eso mi ventura: si os parece,
Pues que mi humilde casa me reporta,
Y el Rey, por ser quien es, me favorece,
Decid ¿qué pretendeis?

URBANO.

(*Ap.* La misma cara
De la difunta al pensamiento ofrece.)
Los Reyes á don Sancho de Guevara...

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

Mi muerte debe de pedir mi tio,
Y está conmigo hablando, cosa rara.

ARNALDO.

Por sus servicios y gallardo brío
En la conquista de Granada hicieron
De Navarra Virey.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

¡Ay Sancho mio!

ARNALDO.

Él en efeto y su mujer vinieron
A su gobierno; pero apénas, hijo,
En Pamplona dos meses estuvieron,
Cuando don Sancho que era muerta, di- [jo,
Su mal lograda esposa, y aquel dia
Trocó su patria en luto el regocijo.
Mas como toda la ciudad sabia
Que por sus vicios y altivez don Sancho
A su santa mujer aborrecia,
Y que para vivir á lo mas ancho
Procuraba matarla... ¡Oh cuánto en ve- [ros
El lazo estrecho al corazon ensancho!...
Bien conoció que á sus criados fieros
Matarla hizo, y que fingió que un rio
La sepultó.

DOÑA JUANA.

¿Qué indicios verdaderos?...

ARNALDO.

El cuerpo no parece.

DOÑA JUANA.

Es desvarío
Buscar el cuerpo.

ARNALDO.

Yo, si amor me abo[...]
(Que soy en fin de doña Juana tio),
Tras tanto tiempo vengo á Barcelona,
No á pedir mi sobrina solamente,
Pero todo el remedio de Pamplona;
Porque ha llegado á ser tan insolente
Que no queda doncella ni casada
Que no se queje, hasta la noble gen[te]
Vengo á pedir al Rey vara ó espada
Contra el tirano de Navarra, y quier[o]
Hijo, que ampares hoy tu patria ama[da]

DOÑA JUANA.

¿Que es tan vicioso, padre, un caballe[ro]
Tan noble?

ARNALDO.

Tanto, que hace virtuos[os]
A Diocleciano, Tigelino y Nero.

DOÑA JUANA.

Pues yo hablaré á los Reyes generos[os]
Y pediré de tanto mal castigo.

FÉLIX.

La Reina es esta.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

¡Ay cielos rigur[osos]
¿Que toda esta crueldad usais conmi[go]

ESCENA IV.

LA REINA, EL REY, ACOMPAÑAMIEN[TO] —DICHOS.

REY.

Notable es el alegría
Que ha mostrado Barcelona

REINA.

La vista de tu persona
Es lo que el sol en el dia.
Sin él han estado en tanto
Que no has tenido salud;
Pero ya con tu virtud
Cesó la nube del llanto.

REY.

Bien debe á mi voluntad
Barcelona ese deseo.

DOÑA JUANA.

¡Gracias al cielo que veo
Bueno á vuestra majestad!
Digo, bueno de salud;
Que de bueno, es el mas bueno,
Como quien está tan lleno
De generosa virtud.

REY.

Merced del cielo, Rodrigo,
Y de tus manos famosas.

DOÑA JUANA.

Como con tan generosas,
Usó Dios piedad contigo.
De parte de toda España
Quiero darte el parabien.

REY.

Y á tí es razon que te dén
El galardon de esta hazaña.
Esto hará España, si yo
De algun provecho le fuere,
Y yo si la Reina quiere.

REINA.

De suerte nos obligó,
Rodrigo, tu ingenio raro,
Que es poco darte á Castilla.

DOÑA JUANA.

Vos, única maravilla
Del mundo, y de España amparo,
Pagais con solo dejar
Que os sirvan; mas pues quereis
Honrarme, ocasion teneis,
Ocasion, tiempo y lugar.

REINA.

Pide, Rodrigo, y advierte
Que mi poder tiene él ya,
Pues libre mi bien está
Por tu ocasion de la muerte.

DOÑA JUANA.

Este buen viejo, Príncipes famosos,
Antes deste suceso, muchos dias
Os ha pedido remedieis el reino
De Navarra, oprimido de un tirano,
A quien por su mujer merced hicistes
Del nombre de Virey, mal empleado.
Ya sabeis como dicen que la ha muerto,
Ya sabeis como fuerza las doncellas,
Ya sabeis como infama las casadas,
Ya sabeis sus extrañas insolencias;
Que aunque es verdad que no ha sido [culpado
En lo que toca á la real hacienda,
Lo que os digo es tan digno de remedio,
Cuanto se echa de ver en tantas lágrimas
Como llora á esas plantas todo un reino.
Suplícoos que envieis quien lo remedie,
Y con la informacion secreta y pública
Traiga á don Sancho á vuestra corte pre- [so.

REY.

Eso que de merced á los dos pides,
Es merced que nos haces. Vaya luego
Un consejero nuestro á remedíallo.

REINA.

¿Quién te parece á tí, pues los conoces,
Rodrigo, digno de este oficio y cargo,
Y que con rectitud se informe, y prenda
Al tirano don Sancho de Guevara?

DOÑA JUANA.

Aquí, señores Reyes, entra agora
El premio y la merced de mi servicio.
Hacedme á mí jüez en lo que toca
A hacer la informacion y traer el preso;
Que no quiero otro premio sino hacerle
A mi patria Navarra este servicio.

REY.

Su ingenio es tal, que puede confiarse
De esta empresa, si la Reina quiere.
Para la informacion y prision sobras.

REINA.

Y aun para la sentencia, si tuviera
Las leyes y los años que era justo.
Parta Rodrigo pues, parta con gente
A comision tan grave, conveniente.

REY.

Al Reino escribirémos, que en llegando
Le dén todo el favor que les pidiere,
Guarda, soldados, gente y otras cosas
Para este intento necesarias.

DOÑA JUANA.

Guarde
El cielo vuestras vidas.

REY.

Parte al punto
Mientras las cartas se despachan.

DOÑA JUANA.

Pienso
Que desta vez me deberá Navarra,
Sin hombre, el bien mayor que hacerla [puedo.

ARNALDO.

Estatuas han de hacer á vuestro nom- [bre.

DOÑA JUANA.

Desta prision, amigo, os nombro alcai- [de.

ARNALDO.

Beso os los piés; que no erraréis en eso.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

El mundo llame extraño mi suceso.

(*Vanse doña Juana, Arnaldo y Félix.*)

ESCENA V.

LOS REYES, ACOMPAÑAMIENTO.

REINA.

La virtud de Rodrigo me aficiona.

REY.

Es su patria Navarra, y yo pensaba
Que fuese natural de Barcelona.

REINA.

Cuando pensé que para sí trataba
El oficio mejor desta corona,
De su tierra el remedio procuraba.

REY.

Notable cura ha hecho.

REINA.

Milagrosa.

REY.

¿Qué dice el que me hirió?

REINA.

Ninguna cosa
Mas de lo que hasta aquí dicho tenia,
Ni ha descubierto con tormento tanto
Cómplice en su maldad; solo decia
Que Dios se lo mandó por su ángel santo;
Que él era el rey, y que reinar queria.
Y lo que mas, Señor, me causa espanto
Es el ver que no quiera confesarse, [se.
Sabiendo que el morir no ha de excusar-

REY.

Sabe Dios que quisiera que viviera,
Si al escarmiento no importara tanto,
Porque ese es loco.

REINA.

Yo tambien quisiera,
Y del tormento le he quitado cuanto
Con ruegos he podido.

REY.

Que no muera
Sin confesar, le diga su ángel santo,
Mejor que no matarme lo diria.

REINA.

Por vuestra vida ofrezco á Dios la mia.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Belardo.

ESCENA VI.

COSTANZA, FLORA.

FLORA.

No llores, pues no hay remedio;
Que llorar por lo imposible
Es, Costanza, el mas terrible
Y mas engañado medio;
Y el que es mas discreto y sabio
Es consolarse.

COSTANZA.

No puedo;
Que tengo á mi honra miedo,
Y del consuelo me agravio.

FLORA.

Cuéntame todo el suceso
Del modo que te pasó.

COSTANZA.

Bien descansara, si yo
Tuviera seguro el seso;
Pero temo que la historia
A perdelle me ocasione.—
Pero el seso me perdone,
Y descanse la memoria.
Íbame yo al prado
Mañana en domingo,
Después de la misa
Que el cura nos dijo,
Mi cabello suelto,
Solo dividido
De un liston de nácar
Que me dió mi primo.
¡Ay! ¡Cuán mejor fuera
Llevarle cogido!
Que cabellos sueltos
Tocan á ser vistos.
Sayuelo de grana
Llevaba vestido,
Y en pestañas verdes,
Blancos molinillos;
La basquiña azul
Y encarnados vivos,
Delantal labrado
Con hilo amarillo;
Las chinelas nuevas,
Y en el pié polido
Botin limonado
Tirante á membrillo,
Tanto, que las flores
Cuanto mas las piso,
Se holgaban de verle
Por dos mil resquicios;
Camisa de pechos,
No labrada de hilo,
Mas de seda negra,
Con mil cupidillos.
Iba por las fuentes
Quebrando los vidrios,
Y diciendo amores
A los altos pinos;
Que, como tú sabes,
Muero por Rodrigo,
Barbero sin barbas,
De gallardo brío.
Há mas de seis años
Que su amor conquisto;
Pero es ablandar
Un peñasco frio.
Mis amores tiernos,
Con sabrosos picos
Iban ayudando
Dulces pajarillos;
Cuando de unas matas
De verde lentisco
Salió un caballero
Como ellas vestido,
Cazador en traje,
Venablo y cuchillo,
Aunque en saltearme
Sátiro lascivo.—
«Bien vengais Serrana,»
Alegre me dijo;
«Enseñadme os ruego,
Porque voy perdido.»
Para mi lugar
Le mostré el camino.—
Con palabras nobles...
Pero ¿qué te digo?
Que contarte todas
Las que nos dijimos,
Era comenzar
Proceso infinito.
Saben unas flores,
Saben unos lirios
Y unos orientales
Azules jacintos
Que al pasar huyendo
Un arroyo limpio...
—No hayas miedo, amiga,
No hayas miedo, digo,
Que por él tornase,
Aunque su bullicio
Me tirase perlas
De cristal rompido.—
Caí sin querer
Entre aquellos mirtos;
Flores son de Vénus,
Aman sus delitos.
En su fuerza estaba

El pastor de Anfriso,
Cuando en busca suya
Mucha gente vino.
Llámanle excelencia;
Yo entonces resisto
Algo de mi llanto,
Y de ver me admiro
Que el virey don Sancho
Con tan mal estilo
Se pusiese á fuerzas
Con mi honor perdido.
Ladron de Guevara
Harto bien le vino,
Pues fueron sus obras
Como su apellido.
Fuése por el monte
Con voces y silbos,
Y quedé yo dando
Lastimosos gritos.
Mas vuelta á la aldea,
Con dos mil suspiros
Le pido á mi padre
Que me dé marido.
Él por darme gusto,
Como alcalde y rico,
Al barbero habla,
Que era gusto mio;
Y estando heredado
(Mi dicha lo quiso),
Sin otra ocasion,
Se fué fugitivo.
De suerte que estoy
En mil desvaríos,
Sin saber que muero,
Sin saber que vivo.
Ves aquí la historia
Que á mis enemigos
Ha dado venganza
Para muchos siglos

FLORA.

Con razon tienes pesar
De tan extraño suceso.

COSTANZA.

Temo, Flora, te confieso,
Que me tengo de matar.

FLORA.

¿Quieres que yo te aconseje
Lo que has de hacer?

COSTANZA.

Sí querria.

FLORA.

Rodrigo se fué aquel dia:
Haz que tu padre se queje
De Rodrigo en la ciudad,
Diciendo que te forzó.

COSTANZA.

¿Y levantaréle yo
A Rodrigo tal maldad?

FLORA.

¿Qué importa, si de tu parte
Al Virey has de tener?
Que en casarte ha de querer
Lo que te debe pagarte.
Con esto le hará buscar,
Y que por lo menos vuelva.

COSTANZA.

Aun no sé si me resuelva.

FLORA.

¿Quién te puede remediar
Como quien te hizo el daño?

COSTANZA.

Y ¿cómo, Flora, diré
A mi padre que este fué
Quien me forzó, si es engaño?

FLORA.

Costanza, á los atrevidos
La fortuna favorece.

COSTANZA.

Buen remedio me parece;
Pero pierdo los sentidos
En pensar que he de sufrir
De mi padre los enojos.

FLORA.

No te pongas en sus ojos
Si temes que ha de gruñir,
Sino déjame con él.

COSTANZA.

Él viene á linda ocasion.
Yo fio en tu discrecion
Mas que en mi dicha ni en él. (*Vase.*)

ESCENA VII.

BELARDO.—FLORA.

BELARDO. (*Dentro.*)

Agradezcan que no hago
A su costa diligencia... (*Sale.*)

FLORA.

¿Con quién, tio, es la pendencia?

BELARDO.

Que yo no me satisfago
De disculpas ni invenciones.

FLORA.

¿No veis que hablándoos estoy?

BELARDO.

Calla, sobrina; que voy
A prender unos ladrones.

FLORA.

¿Ladrones?

BELARDO.

Sí, los parientes
De Sancho el barbero.

FLORA.

¿El muerto?

BELARDO.

El mismo.

FLORA.

¿Por qué?

BELARDO.

Es muy cierto
Que envidiosos é impacientes
De que heredase Rodrigo,
Le han muerto, pues no parece.

FLORA.

De que nadie lo merece
Yo soy constante testigo.

BELARDO.

¡Tú! Pues ¿qué sabes de aquesto?

FLORA.

Sé que Rodrigo se huyó
Porque una moza forzó,
Y que es ladron manifiesto.

BELARDO.

¿Qué dices?

FLORA.

Lo que has oido.

BELARDO.

¡Moza, Rodrigo!

FLORA.

¿No es hombre?

BELARDO.

¿No podré saber su nombre?

FLORA.

Eres parte.

BELARDO.

¿Parte he sido?

FLORA.

Parte, y aun pienso que el todo.

BELARDO.

¿Eres tú?

FLORA.

Mas se te entiende.

BELARDO.

¿Más que en tí el honor me ofende
Ese traidor? ¿De qué modo?

FLORA.

Los peores sordos son
Los que no quieren oir.

BELARDO.

Mucho me das á sentir.

FLORA.

Que lo sientas es razon.

BELARDO.

¿Es Costanza?

FLORA.

Aquí te hiciera
Llorar, si oyeras su historia.

BELARDO.

¡Oh! ¡Que tenga santa gloria
Su madre! ¡Si esto supiera!...

FLORA.

Hiciera muchas locuras.

BELARDO.

Antes le diera alegría
De ver que la parecia
En iguales travesuras.

FLORA.

Callad en mal hora, tio.

BELARDO.

Huélgome por mil razones
De que sus opilaciones
No procediesen de frio.
Dormir descansado quiero;
Que es necedad pretender
Que se guarde una mujer
De las manos de un barbero.
Y ella tambien estará
Descansada del dolor.

FLORA.

Vos teneis gentil humor.

BELARDO.

Pues ¿cómo puedo hacer ya
Que aquesto deje de ser?

FLORA.

Fácilmente os consolais.
¿No es mejor que le prendais?

BELARDO.

¿Cómo le puedo prender?

FLORA.

Con las manos y la vara.

BELARDO.

Pues ¿adónde está?

FLORA.

En Pamplona
En cas de cierta persona
Que le conoce y le ampara.

BELARDO.

Pues ¿podréle yo sacar?

FLORA.

Pedid favor al Virey;
Que aunque le pese, no hay ley
Que le defienda el casar.

BELARDO.

El Virey tiene tal fama,
Que esas cosas no castiga.

FLORA.

Llore Costanza, y prosiga
El pleito.

BELARDO.

A Costanza llama,
Y vamos tres enemigos.
¿Qué testigos ha de haber?

FLORA.

En secretos de mujer
Nunca se apuran testigos.

BELARDO.

Tienes razon, te confieso.
Pongamos el pleito agora,
Porque esos secretos, Flora,
Pasan entre carne y hueso.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Sancho en Pamplona.

ESCENA VIII.

DON SANCHO, TELLO.

DON SANCHO.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

TELLO.

Por lo menos esta vez.
...go que he visto el jüez,
Y que viene contra tí.

DON SANCHO.

¡Contra mí! ¿Por qué razon?

TELLO.

...se quejado á los Reyes
...e tus agravios y leyes
...n las cortes de Aragon.

DON SANCHO.

¿Es alguno del Consejo?

TELLO.

...es, Señor, no es letrado.

DON SANCHO.

...es ¿quién?

TELLO.

Parece soldado.

DON SANCHO.

¡Soldado! Y ¿es mozo ó viejo?

TELLO.

...y mozo y de muy buen talle.
...r capitan general,
...errán que á negocio igual
...mbre de guerra se halle.

DON SANCHO.

¿...supiste el nombre?

TELLO.

Sí:
...capitan don Fernando.

DON SANCHO.

¡...pitan! Pues ¿cómo ó cuándo
...capitan contra mí?

TELLO.

...hábito de Santiago
...e tambien en el pecho.

DON SANCHO.

...go ¿por eso le han hecho
...jüez?

TELLO.

Tan grande estrago
...hecho en vidas ajenas,
...al Rey has dado ocasion
...n hacer informacion.

DON SANCHO.

...n tiempo me condenas.
...que ayudais en el mal
...pre sois desta manera;
...luego os salís afuera
...iendo peligro igual.
...a te justificas!

ESCENA IX.

UN CABALLERO. — DICHOS.

CABALLERO.

¿...é haces, Señor, deste modo?
...el palacio cercan todo
...alabardas y picas.

DON SANCHO.

¿Cómo?

CABALLERO.

Un caballero ha dado
Una real provision
A la ciudad, y en razon
Della, esta gente le han dado.

DON SANCHO.

Pues ¡qué! ¿Quiéreme prender?

CABALLERO.

Yo no sé lo que pretende.

DON SANCHO.

¿Que ninguno me defiende?
Mal quisto debo de ser.

ESCENA X.

DOÑA JUANA, *muy gallarda, de capitan, con hábito de Santiago;* GUARDIA, *con alabardas;* SOLDADOS. — DICHOS.

DOÑA JUANA.

No se alborote ninguno.

DON SANCHO.

Si hasta aquí pudiste entrar,
¿Quién se puede alborotar?
Yo no tengo amigo alguno;
Que si yo amigos tuviera,
Primero que aquí llegaras,
Murieran treinta Guevaras,
Si alguno con sangre hubiera.

DOÑA JUANA.

Los Guevaras son ladrones,
Y tienen al Rey gran miedo.
Lo que asegurarte puedo
Es de que tú se le pones;
Que quien jamás le ha tenido
A los moros de Aragon,
Si fuera igual la ocasion,
A nadie hubiera temido.
Y yo no vengo á prender,
Que solo vengo á informar.

DON SANCHO.

(*Ap.* Paréceme que oigo hablar
Mi aborrecida mujer.)
Para hacer informaciones
¿Se entra aquí con atrevida
Fuerza?

DOÑA JUANA.

Por guardar mi vida
Adonde hay tantos ladrones.

DON SANCHO.

Veamos la provision.

DOÑA JUANA.

A la ciudad la enseñé;
Que á useñoría ¿por qué
Le he de hacer informacion?

DON SANCHO.

Yo soy el segundo al Rey,
Y á mí se me ha de mostrar.

DOÑA JUANA.

Y el Rey os puede mandar,
Que os hizo, señor, Virey.

DON SANCHO.

¿Qué me manda el Rey á mí?

DOÑA JUANA.

Que calleis y obedezcais.

DON SANCHO.

Eso es lo que no mostrais.

DOÑA JUANA.

Importa ocultarlo así.

DON SANCHO.

Yo, sin ver la provision,
Preténdome defender.

DOÑA JUANA.

Si yo no os quiero ofender,
Vanas las defensas son.

DON SANCHO.

¿Hay cosa mas parecida
A la mujer que perdí?

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

Ya se le acuerda que fuí
La hermosura aborrecida.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¿Que aun este, por parecido
A doña Juana, escogiese
El Rey, para que yo fuese
De su imágen ofendido?
¿Hay cosa con mas razon
Aborrecida de mí?
¿Que aun le pareciese aquí
Quien hace la informacion?
No solo á mí doña Juana
Me hace mal, mas todo aquello
Que la parece, pues dello
Recibo pena inhumana.
Intentar tengo su muerte.

DOÑA JUANA.

Don Sancho, el Reino, cansado
De ver que hayais gobernado
Desta suerte...

DON SANCHO.

¿De qué suerte?

DOÑA JUANA.

La informacion lo dirá.
¡Plega á Dios que buena sea!
Que nadie mas lo desea.

DON SANCHO.

Bien. ¿De qué cansado está?

DOÑA JUANA.

No lo sé; yo lo sabré;
Pero sé que al Rey informan,
Y que todos se conforman
En que otro Virey les dé.
El me ha mandado informalle,
Saliendo de Barcelona,
No ofender vuestra persona,
Sino escribir lo que halle.
Tanto le han dicho de vos,
Que á la ciudad ha mandado
Que me guarde con cuidado.

DON SANCHO. (*Ap.*)

No le engañaron, por Dios;
Que por lo que representa,
Me espanto que no le quito
La vida.

DOÑA JUANA.

Lo que os permito,
Aunque corra por mi cuenta,
Es que andeis con libertad;
Que yo creo que os levantan
Lo que dicen.

DON SANCHO.

No me espantan
Envidias de la ciudad.
Yo sé la envidia quién es,
Y que en viendo un hombre en alto,
Para ver si alcanza el salto,
Morderle intentan los piés.

DOÑA JUANA.

Así os habrá sucedido.
Un bando he mandado echar
Porque se venga á quejar
De vos cualquiera ofendido.
Yo no lo estoy: bien podeis
Fiarme, que sin pasion
Haré vuestra informacion.

DON SANCHO.

Como caballero haréis,
Y sabrélo agradecer.

DOÑA JUANA.

Perded, don Sancho, la pena.

DON SANCHO. (*Ap.*)
No puede hacer cosa buena
Quien parece á mi mujer.
(*Vanse.*)

—

Palacio en Barcelona.

ESCENA XI.

LOS REYES.

REY.
Otra vez me suplican los navarros
Que, pues estoy tan cerca, los visite.

REINA.
Pienso que lo merecen tantos ruegos;
Y la necesidad del reino es grande.

REY.
Pensaba detenerme en Zaragoza;
Mas por darles consuelo, será justo
Que los dos á Navarra nos partamos
A poner mas cuidado en las fronteras;
Que con las falsas nuevas de mi muerte
Tienen necesidad de verme vivo.

REINA.
Las cosas de don Sancho bastan solas.

REY.
Bien le sabrá apremiar nuestro Rodrigo.

REINA.
¿Sabeis como le hice á la partida
De un hábito merced?

REY.
Bien lo merece,
Y os juro que he de hacérsele encomien-
Pues es tan bien nacido como dicen. [da,

REINA.
¿Qué habeis sabido de Granada?

REY.
Quedan
Perdonados los moros rebelados,
Y á don Íñigo Lopez de Mendoza
Sus hijos y mujer restituidos.

REINA.
Gracias al cielo por tan altos bienes
Como dél recebimos cada dia!

REY.
La partida aprestemos á Pamplona.

REINA.
Mucho la ha de alegrar vuestra persona.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Sancho en Pamplona.

ESCENA XII.

DOÑA JUANA, ARNALDO. GUARDIA.

ARNALDO.
¿Nada quieres escribir?
Bien harás la informacion.

DOÑA JUANA.
Arnaldo, en esta ocasion
Me conviene solo oir.

ARNALDO.
Si lo que oyes no escribes,
¿Qué mostrarás á los Reyes?
O estatuyes nuevas leyes,
O á su perdon te apercibes.
Cuanto don Sancho merece
Ser del reino aborrecido,
Tanto de tí mas querido
En esta ocasion parece.
O veniste por jüez,
O veniste por amigo.

DOÑA JUANA.
No hallo sin pasion testigo.

ARNALDO.
Oye despacio una vez.

DOÑA JUANA.
Ya me siento. Llamen gente.

ARNALDO.
¡Ah, Tello, te tengo aquí!

DOÑA JUANA.
¿Es el preso?

ARNALDO.
Señor, sí.

DOÑA JUANA.
Ese en cuanto dice miente.

ESCENA XIII.

DON SANCHO, *que sale sin que le vean;* TELLO, *por otro lado.*— DICHOS.

DON SANCHO. (*Ap.*)
(*Ocultándose detrás de una cortina.*)
Desde aquí pienso escondido
Ver hacer mi informacion.

ARNALDO.
Este es Tello.

TELLO.
¿Qué ocasion
A prenderme te ha movido?

DOÑA JUANA.
Haberme dicho de tí
Que sabes muy bien la vida
De don Sancho.

TELLO.
Es tan perdida,
Que por su causa lo fuí.
Cuanto á los Reyes dijeron
Es verdad, y aun mucho mas.

DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Buen criado!

DOÑA JUANA.
Y ¿mentirás
Lo que á los Reyes mintieron?

DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Buen jüez!

TELLO.
¿Cómo mentir?
El romano mas culpado
Eternamente ha llegado
A su lascivo vivir.
¡Oh qué bien te lo dijeran
Mil doncellas y casadas,
Forzadas y deshonradas,
Si por su honor se atrevieran!
¡Ay si hablara este retrete,
O mil casas que ha rompido!

DOÑA JUANA.
Y eso ¿hubiera sucedido,
A no ser tú el alcahuete?

DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Oh caballero famoso!
Soldado en fin.

TELLO.
Si me tratas
Desta suerte, y con ingratas
Palabras me haces medroso,
No averiguarás verdad.

DOÑA JUANA.
Yo vengo bien informado
De que eres quien ha infamado
Al Virey y á la ciudad.

TELLO.
Tú no pareces jüez.

DOÑA JUANA.
Testigos vengo á buscar;
Pero no me han de engañar
Con mentiras esta vez.
Como ya le ves caido,
Juras lo que dél no sabes.
Mirad ¡qué cargos tan graves!
Que un hombre mozo lo ha sido.
¿Ha hecho traicion al Rey?
¿Vendió en Navarra la entrada?

TELLO.
No, Señor.

DOÑA JUANA.
Pues todo es nada.
Ya sé que es hombre el Virey.—
Arnaldo, no te alborotes.
Sin que tu boca se abra
A replicarme palabra,
Dén á este hombre cien azotes.

ARNALDO.
No te quiero replicar;
Que te comienzo á temer.

DON SANCHO. (*Ap.*)
¡Hay mas amistad que hacer!
Hay mas piadoso juzgar!
Por Dios que estoy por salir.
¡Oh quién se echara á sus piés!

TELLO.
¡Señor!...

DOÑA JUANA.
No quiero que dés
La disculpa del servir.
Castigue el Rey al Virey,
Si no fué cauto ni casto.
Para alcahuetes yo basto.

TELLO.
Quejaréme á Dios y al Rey.

DOÑA JUANA.
Azotado irás mejor.
(*Llévanse á Tello.*)

ESCENA XIV.

RICARDO.—DOÑA JUANA, ARNALDO, GUARDIA; DON SANCHO, *oculto.*

ARNALDO.
Aquí viene otro testigo.

RICARDO.
Bien tengo que hablar contigo.

DOÑA JUANA.
¿Eres hombre de valor?

RICARDO.
Hidalgo soy.

DOÑA JUANA.
Pues ¿qué sabes?

RICARDO.
Mil veces acompañé
A don Sancho.

DOÑA JUANA.
¿Y dónde fué?

RICARDO.
A inquietar mujeres graves.

DOÑA JUANA.
¿Qué hacia?

RICARDO.
Músicas daba.

DOÑA JUANA.
¿Cantabas tú?

RICARDO.
Sí, Señor,
Y aun las terceras cantaba,
Cuando hacerlo le importaba.

DOÑA JUANA.
¿Qué voz cantabas?

RICARDO.

Tenor.

DOÑA JUANA.

No te mueva aquí interés.
¿Tomó don Sancho la hacienda
De alguna?

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Que este me venda!

RICARDO.

Antes se la dió después.

DOÑA JUANA.

Pues paréceme mas mal,
Por bien que dorarlo quieras,
De que cantabas terceras,
Que no la voz natural.
Si á nadie hacienda tomó,
Antes la suya les daba,
Al Reino ¿en qué le agraviaba?
Al Rey ¿en qué le ofendió?

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Hay respuesta tan honrada!

RICARDO.

Pues ¡tú respondes así
A quien sirve al Rey y á tí!

DOÑA JUANA.

Tercera voz no me agrada;
Y porque llore en terceras,
Lleve el verdugo el compás
Con cien azotes detrás
Y tres años de galeras.

RICARDO.

¡Señor!...

DOÑA JUANA.

No hay que replicar.
Contra el pan que habeis comido,
¡Jurais falso!

RICARDO.

Que oigais pido.
(*Llévanle.*)

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Hay tan piadoso juzgar!

ARNALDO.

Aquí viene un valenton,
Gran matante de don Sancho.

DOÑA JUANA.

Jurará á lo largo y ancho;
Que estos para todo son.

ESCENA XV.

MAURICIO.—DOÑA JUANA, ARNALDO, GUARDIA; DON SANCHO, *oculto.*

MAURICIO.

Sabiendo que me llamabas
Para que verdad te jure
Servir al Rey procure,
Las cosas que tanto alabas,
La memoria recorrí,
Y traigo bien que contarte.

DOÑA JUANA.

¿Serviste al Virey?

MAURICIO.

En parte
Al señor Virey serví.

DOÑA JUANA.

¿Qué oficio?

MAURICIO.

Salir de noche,
Como un reloj, á su lado.

DOÑA JUANA.

¿Adónde?

MAURICIO.

A hablar con un terrado
Sobre balanza de un coche.

DOÑA JUANA.

¿Eran damas?

MAURICIO.

Recogidas,
Y de sus padres guardadas.

DOÑA JUANA.

Si estuvieran acostadas
Y en su aposento dormidas,
Don Sancho no las hablara.

MAURICIO.

No, Señor.

DOÑA JUANA.

Si ellas querian
Y á los terrados salian,
¿No es su culpa?

MAURICIO.

Cosa es clara.

DOÑA JUANA.

¿Mató don Sancho algun hombre?

MAURICIO.

No, Señor.

DOÑA JUANA.

Pues bien, ¿qué exceso
Puede haber si no hay suceso,
Que por delito se nombre?
Tú, á lo menos, si saliera,
Padre ó hermano mataras.

MAURICIO.

¿En eso solo reparas?
Y todo un mundo que fuera.

DOÑA JUANA.

Arnaldo...

ARNALDO.

Señor...

DOÑA JUANA.

Aquí
Son menester cien azotes.

MAURICIO.

¿Son motes?

DOÑA JUANA.

Que quitan motes.

MAURICIO.

Pues ¡cien azotes á mí!

DOÑA JUANA.

Llevalde.
(*Llévanse á Mauricio y vase la guardia.*)

ARNALDO.

Tus pensamientos
Me encantan.

DOÑA JUANA.

Es homicida.

ARNALDO. (*Ap.*)

No ví jüez en mi vida
Que tan bien juegue á los cientos.

ESCENA XVI.

DON SANCHO, *saliendo de donde estaba escondido.*—DOÑA JUANA, ARNALDO.

DON SANCHO.

Ya no lo puedo sufrir.
Dadme, capitan, los brazos.

DOÑA JUANA.

¿Quién es?

DON SANCHO.

Tan justos abrazos
Me han obligado á salir.
Escuché lo que habeis hecho,
Y viendo tanta aficion,
No me cupo el corazon,
Que á dárosle rompe el pecho.
Tanto amor os he cobrado,
Que á una mujer que os parece,
Y que mi alma aborrece,
Hoy la hubiera perdonado.
¿De dónde sois? ¿En qué parte
Me vistes y yo os serví?

DOÑA JUANA.

Aquí en Navarra nací.
Desde aquí, siguiendo el arte
De la milicia, en Granada
Merecí cargos del Rey.

ESCENA XVII.

UN CABALLERO.—DICHOS.

CABALLERO.

Apercibe, gran Virey,
Todo el reino por posada;
Que los Reyes de Castilla
Solos á tu puerta están.

DON SANCHO.

¿Qué dices?

CABALLERO.

Que tardarán
En subir lo que en abrilla.
Tan aprisa han caminado,
Que dejando atrás la gente,
Solos y secretamente
A la ciudad han llegado.

DON SANCHO.

No los podré recibir.

CABALLERO.

¿Cómo, si en tu casa están?

DON SANCHO.

Con mas ocasion vendrán
Que te deben de decir.
Reyes y solos y aquí
Y con mala informacion,
Desdichas, Guevara, son:
Ellos vendrán contra mí.

ESCENA XVIII.

LOS REYES, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

DOÑA JUANA. (*Llega arrogante á los piés de sus majestades*).

Dénme vuestras majestades
Los piés.

REY.

A ventura tengo
Haberte visto, Rodrigo,
En esta casa el primero.

REINA.

Bien ha sido menester,
Con la informacion que tengo,
Que te pusieses delante,
Aunque jüez, del que es reo.

DON SANCHO.

Yo como reo, Señora,
Mirando estoy desde léjos
Vuestros rostros con vergüenza,
Pero contento de veros;
Que si no puede morir
El que viere alguno dellos,
Habiendo visto á los dos
No tengo á la muerte miedo.

REINA.

¿Qué hacias, Rodrigo?

DOÑA JUANA.

Estaba
Testigos, Señora, oyendo
Contra don Sancho.

REINA.

Y ¿qué dicen?

DOÑA JUANA.

Mil mentiras, te prometo.
Unos que salió de noche

Y que decia requiebros,
Y otros que músicas daba
Con instrumentos diversos.

REY.

Diferente informacion
De Zaragoza traemos.

DOÑA JUANA.

Por los caminos la fama
Recibe notable aumento.

ESCENA XIX.

BELARDO, COSTANZA.—Dichos.

BELARDO.

Agora es tiempo de entrar;
Que los Reyes, y tan buenos,
No niegan jamás el rostro.

REY.

¡Hola! Mirad qué es aquello.

BELARDO.

Señor, oid, pues sois Rey,
A un pobre vasallo vuestro.

REY.

Hablad, buen hombre; yo escucho.

COSTANZA.

Vos, Reina, que guarde el cielo,
Una mujer pobre oid.

REINA.

¿Qué quieres?

COSTANZA. (*Señalando á doña Juana.*)
Este mancebo...

BELARDO.

Este mancebo, Señor...

REINA.

Hable el uno.

REY.

Hablad, buen viejo.

BELARDO.

Este, que habeis enviado
Con el hábito en los pechos
Y el cargo de averiguar
Las quejas de todo un reino,
Sabed que os tiene engañados;
Que nunca ha tirado sueldo
En vuesas guerras, Señores,
Porque es un pobre barbero
Que en muesa aldea curaba,
El cual con poco respeto
De la justicia y de vos,
La que veis que sola tengo,
Me ha deshonrado en Navarra
Con fingido casamiento.

ARNALDO.

Pues es ya tiempo de hablar,
¡Triste! ¿De qué estoy suspenso?
Sepan vuestras majestades
Que ser hombre humilde es cierto,
Pues sobornado de Sancho
Por algun notable precio,
Por falsos castiga á todos
Los testigos que traemos.
Pero cuando Sancho sea
El que dice, y algo menos,
¿Cómo no le pide cuenta
De que á su mujer ha muerto?
Dé cuenta de doña Juana,
Dé un testigo, muestre el cuerpo:
No hablo sin ocasion;
Que soy su cercano deudo.
Rodrigo, ¿con quién probaste,
Si eras villano grosero,
Ser noble para esa cruz?
Y ya que supiste hacerlo,
¿Cómo por sobornos viles
Esta informacion no has hecho?
¿No te parece delito
Que á su mujer haya muerto?

DOÑA JUANA.

Señor, para que conozcas
Que envidiosos caballeros
Pusieron lengua en don Sancho,
Y que yo en nada te miento;
Como estos villanos dicen
Que con fe de casamiento
Les he quitado la honra,
Y es mentira en dicho y hecho;
Así los que de don Sancho
Dicen, porque ayer le vieron
Ser su igual y hoy le ven Rey...
. . . . [1]

ARNALDO.

Pues ¿con qué lo pruebas?

DOÑA JUANA.

Quiero [2]
Que tú mismo lo confieses,
Y cuantos me estáis oyendo.

REY.

¿Cómo?

DOÑA JUANA.

Porque soy mujer,
Que en el hábito que tengo,
Por temor de mi marido,
Viví en su aldea aquel tiempo.

REINA.

¡Extraño caso! Rodrigo,
¿Tú eres mujer?

[1] Parece que falta algo.
[2] Suplido.

DOÑA JUANA.

Esto es cierto.

REINA.

Y ¿dónde está tu marido?

DOÑA JUANA.

Por este delito feo [3]
No se atreve á descubrir;
Pero si por él merezco
El perdon, diré quién es.

REINA.

Mil perdones le concedo.

DOÑA JUANA.

Llega, don Sancho.

DON SANCHO.

¿Qué dices?

DOÑA JUANA.

Que soy doña Juana.

DON SANCHO.

¡Cielos!
¿Tanto favor?

REY.

¡Caso extraño!

BELARDO.

¡Hija! ¡Costanza! ¿Qué es esto?

COSTANZA.

De vergüenza estoy corrida.

REY.

¡Doña Juana!...

REINA.

Ya no es tiempo
De preguntar, mas de dar
A tantas hazañas premio.

REY.

Confirmo el cargo al Virey,
Y la encomienda le ofrezco
Que á su mujer prometí.

DON SANCHO.

Y yo ser esclavo vuestro.

REINA.

Abrazad mujer tan rara.

DON SANCHO.

Adorarla te prometo;
Prometiéndole al Senado,
Para después de algun tiempo,
Darle la segunda parte
De tan extraño suceso.

[3] No ha dicho doña Juana cuál es el delito de su esposo. O hay que leer *por cierto delito*, ó antes faltan versos, que es lo mas creible, porque tambien faltan en otras partes de la comedia.

LA LLAVE DE LA HONRA.

PERSONAS.

EL REY DE NÁPOLES.	ELENA.	FABRICIO.
EL DUQUE DE MILAN.	BELISA.	FLORENCIO.
ROBERTO.	INES.	UN ALCAIDE.
LISARDO.	MARIN.	ALABARDEROS.
LUCINDO.	CELIO.	DAMAS.—CRIADOS.

La accion pasa en Nápoles y en Milan.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio real de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DE NÁPOLES, ROBERTO.

REY.

¿De qué estás triste?

ROBERTO.

No creo
Que negara á vuestra alteza
La causa de mi tristeza,
Conociendo su deseo;
Pero de suerte me veo,
Que con obligarme ansí,
No puedo decirle aquí
Mas de lo que en mí se ve,
Pues yo propio no la sé
Para contármela á mí.

REY.

Hay tristezas naturales
Que proceden del humor;
Las del odio y el amor
Son pasiones principales:
Destas dos tienes señales.
Dime si amas ó aborreces;
Que si venganza apeteces,
No tardará la venganza;
Y si es amor, ¿qué esperanza
Te niega lo que mereces?
Mi amor sabes: no es razon
Que lo que sientes me encubras,
Antes bien que me descubras
La causa de tu pasion.
Menos los cuidados son
Despues de comunicados,
Aun no siendo remediados:
Agravio formo de tí;
Que quiero yo para mí
La mitad de tus cuidados.

ROBERTO.

Beso mil veces tus piés
Por tal merced y favor;
Mas vuelvo á decir, Señor,
Que la tristeza que ves
Es lo mismo que no es,
Y es mas de lo que parece:
Como luna mengua y crece,
Ni es aborrecer ni amar;
Que ya es placer, ya es pesar,
Ya me alegra, ya entristece.
Suelo amanecer contento,
Y, sin alma al fin del dia;
Si me resisto, porfia
La causa de mi tormento.
Dejo andar el pensamiento
Tan ocioso y desigual,
Que ya vivo y ya mortal,
Tales laberintos finge,
Que no fué en Tébas la Esfinge
Mas oscura que mi mal.
Solamente he sospechado
Que es causa de mi tristeza
El haberme vuestra Alteza
De la tierra levantado;
Porque verme en tal estado
Me habrá puesto en confusion;
Que la humana condicion
Suele hacer tantas mudanzas,
Que todas sus esperanzas
Engaños del alma son.
Desde el principio, alentado,
Corre el humano favor;
Y si declina al rigor,
Deciende precipitado:
Al estado que he llegado,
Parece que determina,
Señor, mi fatal ruina;
Que es sentencia soberana
Que toda violencia humana
Al mismo paso declina.
Sube el cristal de una fuente
De la tierra en que nació,
Donde el arte levantó
Con violencia su corriente;
Ríese el aire, que siente
Que ha de bajar dividido;
Y él baja cuanto ha subido;
Que aquella diminucion,
No perlas, lágrimas son
Que llora de haber caido.
Así yo, Señor, temiendo
Que con violencia subí,
Como tan alto me ví,
Pienso que al suelo deciendo.
No temo yo, porque ofendo
Tu heróico valor, Señor;
Pero suele el disfavor
Consistir en la desdicha
Del que ha subido sin dicha,
Que es la desdicha mayor.

REY.

Roberto, mientras yo fuere
Rey de Nápoles, no creas
Que en mi desgracia te veas,
Por mas que el suelo se altere;
Que mientras no interviniere
Traicion (que no puede ser),
Para que puedas caer
De mi gracia á mi rigor,
Ni hay en la envidia valor,
Ni en las estrellas poder.
Grandezas de reyes son
Hacer hombres por querellos;
Mas sin causa deshacellos
Mudables efectos son.
En la real condicion
No ha de haber desigualdad;
Que si en cualquiera amistad
Es la mudanza bajeza,
Desde que nace, á firmeza
Se obliga la majestad. (*Vase.*)

ESCENA II.

LUCINDO.—ROBERTO.

LUCINDO.

Cuidadoso ha estado el Rey
De tu salud.

ROBERTO.

No he querido
Decir la causa.

LUCINDO.

No ha sido
Entre amigos justa ley.

ROBERTO.

No es amigo el que es señor.

LUCINDO.

Antes el mayor amigo.

ROBERTO.

Conozco que anda conmigo
Liberal de su favor;
Mas siempre debe el criado,
Si es el criado discreto,
Dejar algo por respeto
En su amistad reservado.
Mi enfermedad es amor:
No es justo que á su grandeza
Descubra tanta flaqueza,
Lucindo, en fe del favor;
Que descubrir lo que es vicio
Al señor, no es discrecion;
Que el vicio... dar ocasion
De aborrecer es su oficio.
Y porque de intento mudes,
Los que quisieren subir,
Los vicios han de encubrir
Y dilatar las virtudes.
Si este amor que tengo yo
No fuera, Lucindo, injusto,
Decírsele fuera justo
Cuando la ocasion me dió;
Mas queriendo una mujer
Casada y tan principal,
¿No ha de parecerle mal?

LUCINDO.

En fin, ¿qué piensas hacer,
Si ha llegado su desden
A quitarte la salud?
Déjala, y será virtud,
Y diráslo al Rey, si es bien
Que las virtudes entienda.

ROBERTO.

Dejárame persuadir

Si yo pensara vivir,
Después que dejarla emprenda.
Antes hoy tengo pensado
Un remedio, que ha de ser
El último que ha de haber
Para darle á mi cuidado.

LUCINDO.

¿Cómo, Señor?

ROBERTO.

Ausentar
A Lisardo, su marido;
Que si ausencia no es olvido,
Es camino de olvidar;
Fuera de darme ocasion
Para mayor libertad.

LUCINDO.

Con menos dificultad
Seguirás tu pretension;
Y podria ser que ausente
No le pareciese ofensa.

ROBERTO.

Por lo menos, la defensa
No será como presente.
Amor los pechos enfria
Cuando se alargan los plazos;
Que de la noche los brazos
Dan memoria á todo el dia.
Y mis servicios tambien,
Hallando mayor lugar,
Bien la podrán obligar
Para que me trate bien.

LUCINDO.

¿De qué suerte lo has trazado?

ROBERTO.

Ven conmigo; que si amor
Me ayuda, de su rigor
Presto me veré vengado.
(*Vanse.*)

—

Sala de casa de Lisardo.

ESCENA III.

ELENA, MARIN.

ELENA.

¿Dónde queda tu Señor?

MARIN.

En parte, Señora, queda
Tan segura, que no pueda
Recelarse dél tu amor.

ELENA.

En ninguna puede estar
Como en mis ojos no sea:
Así el alma le desea
Que me pueda asegurar.
¿Qué hacia, por vida mia?

MARIN.

Una joya te compraba,
Que parece que le daba
Rayos al sol, luz al dia.

ELENA.

¿Era para el cuello?

MARIN.

Sí.

ELENA.

Pues todas son embarazos.
¿Qué joya como sus brazos,
Ni de valor, para mí?

MARIN.

Está bien dicho, Señora;
Mas ¿cómo podrá saber
Mejor cualquier mujer
Que su marido la adora?
No está el amor en amores;
Que suele ser natural
En muchos.

ELENA.

Amor igual
No tiene muestras mayores.

MARIN.

Luego ¿en obras no hay valor,
Si amor es obras?

ELENA.

Marin,
Yo sigo diverso fin.
Bien sé que es obras amor;
Mas como puede un casado
Regalar á su mujer,
Y en otra parte poner
La verdad de su cuidado,
Pienso yo que no hay valor
En joyas como en los pechos
Igualmente satisfechos
De un puro y honesto amor.

MARIN.

No sé; contáronme un dia
Que una mujer principal
Dió en querer, aunque hizo mal,
Un criado que tenia;
Y pedíale el zapato,
La media, el chapin, la liga;
Y diciéndole una amiga
Que aquello era humilde trato,
No lo habiendo menester
Y siendo pobre el galan,
Respondió con ademan:
«¿Cómo me puede querer
Este, sin costarle nada
De lo que me puede dar?
Que en lo que suele costar
Es una cosa estimada.»
Yo en fin, el dia que llevo
A mi qué sé yo una toca,
Pienso que la vuelvo loca
Y que la obligo de nuevo.
Esta es la muestra mayor,
Porque no hay amor sin dar:
Y así te quiero contar
Ocho preceptos de amor.
Tratar verdad sin recelos.
Dar, regalar, asistir,
No alabarse, ni fingir,
Ni pedirlos ni dar celos.

ESCENA IV.

LISARDO.—DICHOS.

LISARDO.

Desvelado, Elena mia,
En servirte y agradarte,
Quise una joya comprarte
Que cierto hidalgo vendia.
Vila, como muchas veo;
Pero luego que la vi,
La aplicaron para ti
Los ojos de mi deseo.
No habia diamante en ella
Que con su luz no dijese
Que con ella te sirviese;
Y así, te sirvo con ella.
Diamantes son; no es rigor
Que muestren sus asperezas;
Que es servirte con firmezas
Asegurarte el amor.
—Parece que estás sin gusto.
Mírala, por vida mia.

ELENA.

Gusto, Lisardo, tenia;
Pero hasme dado disgusto.
Yo tengo joyas, mi bien.
¿De qué ha servido gastar
Lo que te puede costar,
Y que has menester tambien?
Que para adorarte yo
No he menester mas prisiones
Que aquellas obligaciones
Con que mi verdad nació.
Ya tengo dicho á Marin
Que son mis joyas tus brazos.

LISARDO.

Nuevas prendas, nuevos lazos,
Nuevos amores, en fin,
Y nuevas obligaciones;
Pero está cierta, Señora,
Que no ha engendrado el aurora
En sus doradas regiones
Tantas perlas de su llanto,
Abriendo nácares finos,
Ni el sol con rayos divinos
El metal que estiman tanto,
Tantos rubíes Ceilan,
Tantos diamantes la China,
Como á tu beldad divina
Siempre mis deseos dan.
Es mi hacienda moderada,
Un pobre hidalgo nací;
Mas para servirte á ti
Aun lo imposible me agrada.
Mas que mis fuerzas podrán
Hará mi amor atrevido,
Porque siempre el buen marido
Ha de parecer galan.

ESCENA V.

LUCINDO, BELISA.—DICHOS.

LUCINDO. (*Dentro.*)

Decilde que estoy aquí.
(*Sale Belisa.*)

BELISA.

De su parte de Roberto
Te busca un hombre.

LISARDO.

Estoy cierto
De que no me busca á mí.

BELISA.

A tí dice.

LISARDO.

¡A un pobre hidalgo,
Belisa, el mayor señor!

BELISA.

Tú mereces su favor.

LISARDO.

Yo ¿puedo servirle en algo?
Di que entre.
(*Sale Lucindo.*)

LUCINDO.

Aquí estoy.

LISARDO.

Pues bien,
¿Qué me quiere á mí Roberto?

LUCINDO.

Honraros, de que estoy cierto;
Que es justo que premio os dén
De los servicios que han hecho
Al reino vuestros pasados.

LISARDO.

Con el tiempo están borrados,
Y aun de mí mismo sospecho.
En fin, ¿qué quiere mandarme?

LUCINDO.

El os llama, no lo sé.

LISARDO.

A ver lo que manda iré,
No por codicia de honrarme,
Mas solo para servile.
(*Vanse Lisardo, Lucindo y Marin.*)

ESCENA VI.

ELENA, BELISA.

ELENA.
¡Ay Belisa! qué temor!
BELISA.
Alguna invencion de amor
Quiere intentar persuadille.
¡Quién le pudiera avisar!
ELENA.
Mil veces lo he pretendido;
Pero nunca me he atrevido
A darle tanto pesar.
¡Oh cruel Roberto! ¡Ay Dios!
¿Qué será, Belisa mia,
Sino alguna alevosía,
Lo que han de tratar los dos?
BELISA.
No temas; que tu Lisardo
Saldrá de cualquier traicion.
ELENA.
Ya me dice el corazon
Que alguna desdicha aguardo.
(*Vase.*)

—

Salon de palacio.

ESCENA VII.

LISARDO, LUCINDO, ROBERTO.

LUCINDO.
Aquí os espera Roberto.
LISARDO.
Dé, Señor, vuestra excelencia
La mano á Lisardo.
ROBERTO.
(*Ap.* ¡Ay cielos!
Este es el dueño de Elena.)
Seais bien venido, Lisardo.
¡Hola! una silla.
LISARDO.
Tuviera
A dicha que en mi humildad
Hallara vuestra grandeza,
Como deseo, valor
Para serviros; mas quedan
Tan léjos de mi deseo, (*Siéntanse.*)
Heróico Señor, las fuerzas
De mi humildad, como están
Las flores de las estrellas.
Yo he venido á obedeceros;
Que prestaros obediencia
Es ley de mi obligacion.
ROBERTO.
Lisardo, las prendas vuestras,
Vuestros méritos y partes,
Los servicios que en la guerra
Y en la paz vuestros pasados
Con las armas y las letras
Hicieron á esta corona
Han dado tan buenas nuevas
Al Rey (que en esto no quiero
Que, aunque pudiera, me deban
Buen oficio), que á premiaros
Está dispuesto su Alteza.
LISARDO.
Beso os los piés; que bien sé
Que nunca yo mereciera
Su memoria, á no ser vos
Por quien su Alteza se acuerda
De un caballero tan pobre,
Que los frutos de una aldea
Su mujer y su familia
Estrechamente sustentan.
Que el premio de los servicios
Sea de los reyes deuda,
La misma razon lo dice;
Pero como tantos sean
Los que los sirven, no pueden
Bastar oficios ni rentas;
Y entra allí la buena dicha
O la intercesion, que llega
A darmemoria á su olvido.
Así las sagradas letras,
Que el rey Asuero tenia
Un libro, Señor, nos cuentan,
Donde por todos los años,
De cualquier suerte que fueran
Los servicios, se escribian;
Que con esta diligencia
Todos después se premiaban;
Que muchos sin premio quedan
Por no haber quien á los reyes
Se los acuerden y lean.
¡Qué diferente sois vos
De los que solo se acuerdan
De sí mismos, pues me haceis
Tanta merced como espera
Mi pobre casa olvidada,
De antiguos blasones llena!
Que la fortuna, Señor,
Como la naturaleza,
De las cosas que corrompe,
Otras que levanta engendra.
ROBERTO.
Mucho me huelgo de oiros,
Porque á lo que el Rey intenta,
Dará vuestro entendimiento
Satisfacion verdadera.
Es el caso (estad atento)
Que el Senado de Venecia,
Hasta atreverse á las armas,
Sobre unas villas pleitea.
Por excusar los enojos
Que resultan de la guerra,
Al gran duque de Milan
Se remite la sentencia.
Para este despacho al Rey
Os propuse, porque sea
Principio para premiaros,
Y ha de ser desta manera.
Yo os daré cierta instruccion
Por donde claro se vea
Lo que le habeis de informar,
De suerte que el Duque entienda
Que este es pleito sin letrados;
Que teme el Rey que se pierda
Por lo sutil veneciano,
O se ponga en contingencia.
Esto es en suma. Tomad
Postas. (*Levántanse.*)
LISARDO.
Al punto que tenga
Las cartas.
ROBERTO.
Tres mil ducados
Me manda daros; quisiera
Que fueran trecientos mil,
No porque el premio comienza
En cosa tan vil, Lisardo;
Que solo el camino os premia.—
Lucindo...
LUCINDO.
Señor...
ROBERTO.
Despacha
A Lisardo.
LUCINDO.
Venid.
LISARDO.
Queda
Mi vida en obligacion
De ser para siempre vuestra.
(*Vanse Lisardo y Lucindo.*)

ESCENA VIII.

ROBERTO.

¡Oh amor! Tú me pusiste
En esta empresa grave.
Desden dulce y suave
Me tiene alegre y triste;
Mejora mi tristeza
Si lo merece, amor, tanta firmeza.
El muro y torre amada
De Troya quitó á Elena,
Porque tenga mi pena
En su rigor entrada,
Porque tales ausencias
Suelen facilitar las diligencias.
Y cuando no haya sido
Remedio suficiente,
Por lo menos, ausente
Lisardo su marido
Con este raro enredo,
Con menos celos de las noches quedo.
Que no es poca alegría
Apartar de sus brazos
Aquellos dulces lazos,
Aunque sin dicha mia,
Pues consolado quedo
Que nadie goza lo que yo no puedo.
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA IX.

ELENA, MARIN.

ELENA.
¡Lisardo á Milan!
MARIN.
¿No ves
Estas espuelas, que son
El romance y narracion,
Si los versos llaman piés?
ELENA.
¡Hay semejante desdicha!
MARIN.
¿Qué desdicha?
ELENA.
La que pasa
Por mí.
MARIN.
¿Cómo, si esta casa
No ha tenido mayor dicha?
Llámale el Rey, y le escoge
Entre tantos; y ¿es razon
Que su ausencia, en ocasion
De su remedio, te enoje?
Hónrale el señor Roberto,
Alma del Rey, y le ha dado
Silla, y le tuvo á su lado,
De tantas fortunas puerto
Y puerta para medrar
Y subir donde merece;
Y ¿tus ojos enternece
Lo que los debe alegrar?
Pensé que albricias me dieras
Deste suceso, Señora,
Y ¡lloras, como si agora
De ayer desposada fueras!
Anímale á la jornada,
Muestra valor; que el amor
No ha de quitar el valor
A que naciste obligada.
ELENA.
¡Ay, Marin, que yo me entiendo!
MARIN.
¡Qué! ¿Celos?
ELENA.
No sé.

MARIN.

Pues ¿cuándo
Hombre se ha visto adorando
Y al mismo tiempo ofendiendo?
Esos son bestias, no son
Hombres.

ELENA.

Sucede en presencia;
Pero ¿quién tendrá de ausencia
Debida satisfacion?

MARIN.

Tú sola, Fénix del mundo
En belleza, y él, Señora,
En amarte, pues agora
No le conozco segundo.
Y si es predicarme á mí,
Advierte que aunque él quisiera,
Mas contrario en mí tuviera
Que en Milan tuviera en tí,
Si allí te hallaras.

ESCENA X.

LISARDO, BELISA, INÉS.—DICHOS.

LISARDO.

Inés,
Pon la ropa blanca á punto.

INÉS.

Ya, Señor, toda la junto.

BELISA.

¡Antes, Lisardo, en los piés
Las espuelas que los brazos
En el cuello de mi hermana!

LISARDO.

Marin el camino allana
A los postreros abrazos;
Que delante le envié
Para que pudiese Elena
Hablarme con menos pena.

ELENA.

Nunca, Lisardo, pensé
De tí tan grande crueldad.

LISARDO.

Ni yo que no agradecieras
Que con Roberto me vieras,
Elena, en tanta amistad.

ELENA.

¡Pluguiera á Dios que Roberto
Jamás lo hubiera pensado!

LISARDO.

¿Mi remedio te ha cansado
Si está en él seguro y cierto?

ELENA.

¿Seguro y cierto?

LISARDO.

¿Pues no?
¿A quién puedo yo deber
Mas bien que él me quiere hacer?
Tres mil ducados me dió,
Mi bien, para esta jornada.
Pues, cuando vuelva, yo espero
De tan noble caballero
Satisfacion mas honrada.
Al Rey le ha dicho quien soy,
Y de todos mis pasados
Los servicios olvidados:
En obligacion le estoy.
Seré su cautivo, Elena,
Mientras Dios me diere vida.
Mucho importa mi partida,
Y ya el de las postas suena.
Aunque el alma me traspasa,
Quédate, mi bien, con Dios;
Y tú y Belisa, las dos,
Polos desta humilde casa,
Por ella y por los criados
Mirad, porque el dueño ausente
Es lo mismo que presente
Donde están vuestros cuidados.
No llores; que me darás
Mal agüero en mi partida.

ELENA.

En fin, ¡me dejas sin vida,
Y con el alma te vas!

LISARDO.

Si las habemos trocado,
No quedas sin alma, Elena.
Mas ya conozco tu pena
Por la pena que me has dado.
Dame tus brazos, y adios.

ELENA.

Apenas acierto á hablarte.

LISARDO.

El que queda ó el que parte,
¿Cuál siente mas de los dos?
Ea, Belisa, los brazos.

BELISA.

Mi obligacion te dirá
Mi sentimiento.

LISARDO.

Ya está
La vuelta esperando abrazos.

(*Vanse Lisardo, Elena y Belisa.*)

ESCENA XI.

MARIN, INÉS.

MARIN.

Señora Inés, ya llegó
Esto que llaman partir.
Quien llamó al partir morir,
Su nombre propio le dió.
¡Ay, ay, ay!

INÉS.

¡Maldito seas!
Que bien sé que finges.

MARIN.

Voy
Sin alma.

INÉS.

Bien cierta estoy
De que engañarme deseas.

MARIN.

Toma esta llave, y advierte
Que dejo, sin lo que callo,
Las raciones del caballo
En aquella arca mas fuerte.
Allí quedan galas mias,
Y camisas que entre tanto
Puedes lavar.

INÉS.

Con mi llanto
Todas las noches y dias.
Adios, mi dulce respeto.

MARIN. (*Viendo volver á Elena y Belisa.*)
Adios; que querrá tu ama
Con soledad de lo que ama,
Componer algun soneto.

(*Vanse.*)

ESCENA XII.

ELENA, BELISA.

BELISA.

No me atrevo á consolarte,
Ni aun á decir lo que siento
Desta ausencia.

ELENA.

El pensamiento,
La traicion, la industria, el arte
Está claro y descubierto.
¡Que quiere ¡oh falsa amistad!
Probar mi fidelidad,
Lisardo ausente, Roberto?
Es lenguaje de los hombres,
Que las mujeres ausentes
Por los placeres presentes
No se acuerdan de sus nombres;
Y es muy falso este lenguaje;
Pues cuando ejemplos no hubiera,
No hay fuerza que de la esfera
De mi honestidad me baje.
Allí, luciente planeta,
Pienso conservar mi honor,
Pues cuanto él fuere traidor,
Seré yo honrada y discreta.—
Cierra puertas y ventanas;
Que el poco recogimiento
Es el mayor argumento
De las mujeres livianas.
Ya Roberto estará cierto
De que me visita á mí;
Y el sol no ha de entrar aquí,
Aunque piensa entrar Roberto.

BELISA.

No te aconsejo que seas
Tan áspera con un hombre
Poderoso, si tu nombre
Y fama guardar deseas;
Que fuera de que la ira
Puede en aquesta ocasion
Hacerte fuerza, es razon
Temer alguna mentira.
Procede, si amor le enciendo,
Con blandura á su porfía;
Que obliga la cortesía
Cuanto la aspereza ofende.

ELENA.

Yo guardaré mis sentidos,
Belisa, de ver y hablar,
Porque no se ha de fiar
El honor de los oidos.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIII.

ROBERTO, LUCINDO, FABRICIO, CELIO.

ROBERTO.

Ya vengo, como quien tiene
Seguro el campo, á su calle.

LUCINDO.

Pues no vengas muchas veces.

ROBERTO.

¿Por qué, si el amor me trae?

LUCINDO.

Porque eres, si no lo adviertes,
Para público muy grande,
Y son en los que gobiernan
Mayores las liviandades.

ROBERTO.

¿Qué importa que yo gobierne
Y todo este reino mande,
Si amor me gobierna á mí?

LUCINDO.

¿Porqué no ha de ser bastante
Un poderoso discreto
Para saber gobernarse?

ROBERTO.

Las mujeres del Senado
De Roma, con ser tan grave,
De ser señoras del mundo
Se atrevieron á alabarse.
Hacian este argumento.
Roma de sus cuatro partes
Es señora; á Roma rigen
Sus senadores y padres;
Nosotras á ellos: luego

Es la consecuencia fácil,
Que gobernamos el mundo.
Lo mismo amor dice y hace.
Gobierna este reino Alfonso,
Lucindo (que el cielo guarde),
Yo á Alfonso, y á mí el amor:
Luego no podrán culparme.

LUCINDO.

¡Ah, Señor, que importa mucho
En eminentes lugares
Estar limpios los espejos
En que el pueblo ha de mirarse!

ROBERTO.

Ya es tarde para consejos.
Decidme: ¿cómo no sale
El sol de Elena á estas rejas?

FABRICIO.

Fuése Lisardo esta tarde,
Y el sentimiento, por dicha,
La ha obligado á retirarse.

ROBERTO.

¡Sentimiento! ¡Vive Dios,
Que estoy por desesperarme!
Que sin verla, es imposible
Que de su puerta me aparte.
Ven acá, Celio: ¿qué harémos
Para que salga?

CELIO.

Esta tarde,
Señor, parece imposible;
Pero puedes retirarte,
Y Fabricio y yo sacar
Las espadas; que la calle
Se ha de alborotar con voces,
Y ella, aunque triste, asomarse;
Porque en todas las mujeres
Hay dos deseos notables:
El uno de ver, y el otro
Para saber novedades.

ROBERTO.

¡Ah Celio! Tú eres discreto.
Lucindo no me acompañe,
Si me ha de quitar mi gusto.

LUCINDO.

¡Qué mal las verdades saben!

ROBERTO.

Fabricio...

FABRICIO.

Señor...

ROBERTO.

¿Qué esperas?

FABRICIO.

¿Quieres que la espada saque?

ROBERTO.

Acaba, necio.

FABRICIO. (*A voces.*)

¡Oh traidor!
Vive el cielo que te mate! (*Riñen.*)

CELIO.

¡A mí matarme!

ROBERTO.

Lucindo,
Mete paz.

LUCINDO.

Ténganse. (*Éntranse riñendo.*)

ESCENA XIV.

ROBERTO.

Nadie
Sale á las rejas. ¿Qué es esto?
¿Es posible que no abre
Una criada siquiera
Una ventana? ¿En qué parte
De Libia naciste, Elena?
Pareces sol, y eres áspid.
No ha quedado, en cuantas casas
Miro, quien pueda excusarse
De salir al alboroto
Que tantas espadas hacen;
Y tú sola no has querido.
Pero no quiero culparte;
Que tienes tu sol ausente;
A mí sí, por ausentarle,
Pues no amaneces aurora
Hasta que se acerque á darte
La luz, que lo es de tus ojos.
Venga pues, venga á matarme.

ESCENA XV.

LUCINDO, FABRICIO, CELIO. —ROBERTO.

LUCINDO.

Es tanta la confusion,
Que no nos han conocido.

FABRICIO.

¿Cómo, Señor, ha lucido
La invencion?

ROBERTO.

No hay invencion
Poderosa con Elena.

CELIO.

¿No salió?

ROBERTO.

¿Cómo salir?
Con él se debió de ir.
Ni el viento en las rejas suena.

FABRICIO.

Pues, por Dios, que no ha quedado
Dama en la calle sin ver
La cuestion.

ROBERTO.

O no es mujer,
O los ojos le ha llevado
La violencia.....[1]

LUCINDO.

No es razon.....[2]
Advierte con discrecion
Que es justo considerar
Que está su marido ausente.

ROBERTO.

¡Oh nunca yo le ausentara,
Si me ha de esconder la cara
Hasta tenerle presente!

LUCINDO.

¿No ha de volver presto?

ROBERTO.

No,
Porque al Duque le escribí
Que le detuviese allí:
De suerte que tengo yo
De vivir sin ver á Elena;
O si le mando venir,
Brazos y celos sufrir,
Que viene á ser mayor pena.

LUCINDO.

Vana será tu porfía.

ROBERTO.

Vamos; que por eso fué
La noche oscura: yo haré
Lo que no me deja el dia.

(*Vanse.*)

—

Salon del palacio del Duque de Milan.

ESCENA XVI.

LISARDO Y MARIN, *de camino.*

LISARDO.

Dicen que agora saldrá.

[1], [2]. Faltan dos hemistiquios.

MARIN.

Confuso vengo, y deseo
Saber si esto es embajada
Y te toca el darte asiento.

LISARDO.

Si te digo la verdad,
Por Dios, Marin, que no entiendo
La instruccion; que solamente
Vengo á conocer que es pleito.
Pero lo que fuere sea.
Sirva yo al Rey y á Roberto,
Y nunca entienda la causa.

MARIN.

Hay unos criados necios,
Que sin saber el recado
Que apenas ha dicho el dueño,
Parten á la ejecucion,
A quien mucho parecemos,
No sabiendo á qué venimos,
Y viniendo tan ligeros.
Dijo un rey á un secretario
Que escribiese á cierto reino
Le hiciesen cien alabardas.
Los reyes nunca hablan recio;
Y por no le preguntar,
Escribió al reino que luego
Le enviasen cien albardas.
Despacháronselas presto;
Y estando el rey á un balcon
Con el secretario mesmo,
Vió venir las cien albardas;
Y diciéndole «¿qué es esto?»
Le respondió que traian
Lo que él mandó, á quien discreto
Replicó el Rey: Repartamos
Desta manera las ciento:
Las cincuenta para mí
Que firmo lo que no leo,
Y las otras para vos,
Pues mas ligero que cuerdo
Haceis lo que no entendeis.»

LISARDO.

Y yo entiendo, por lo menos,
Que quieres que repartamos
Entre los dos el suceso.
Ya estoy en Milan, ya aguardo
Al Duque, solo deseo
Que sea breve el despacho;
Que me matan los que tengo
De mi casa y de mi Elena,
A quien tanto quiero y debo.
¡Qué mujer, Marin!

MARIN.

La hacienda
Viene de padres ó deudos;
Pero la buena mujer
Viene de mano del cielo.

LISARDO.

Larga la mostró conmigo
En la que me dió, pues creo
Que, aunque hay muchas buenas, puede
Ser entre todas ejemplo.

ESCENA XVII.

EL DUQUE DE MILAN, FLORENCIO. —DICHOS.

DUQUE.

¿De Roberto, aquel privado
Del rey de Nápoles?

FLORENCIO.

Pienso
Que es el que ya llega á hablarte.

MARIN.

El Duque, Señor.

LISARDO.

Yo llego.—
Déme los piés vuestra alteza.

DUQUE.
Con los brazos, caballero,
Recibo yo á las personas
De vuestros merecimientos.

LISARDO.
De Roberto es esta carta,
Ella os dirá á lo que vengo.

DUQUE.
No es del Rey; pero es lo mismo,
Pues decís que es de Roberto.
(*Lee ap.*) «Aunque yo no he servido á
»vuestra Alteza mas que con los deseos,
»me atrevo á suplicarle, en confianza de
»su valor y entendimiento, entretenga
»el portador desta el tiempo que fuere
»servido.»
(*Ap.* No leo mas, ni es razon.
¿Hay tan loco atrevimiento?
¡A mí, que entretenga un hombre,
Aun no habiendo de por medio
Parentesco ni amistad,
Trato ni conocimiento?)
Florencio...

FLORENCIO.
Señor...

DUQUE.
Escucha.

FLORENCIO. (*Ap. al Duque.*)
¿Qué te escriben?

DUQUE.
Este necio
Quiere que entretenga este hombre.
La causa verála un ciego.

FLORENCIO.
¿Quién duda que es por mujer?

DUQUE.
Y mujer propia, es lo cierto.
Pues no se le ha de lograr
El pensamiento, Florencio;
Que este inocente no es justo
Que padezca detrimento
En su honor por causa mía. (*A Lisardo.*)
¿Vuestro nombre, caballero?

LISARDO.
Lisardo, Señor.

DUQUE.
¿Sabeis
A qué venís?

LISARDO.
A aquel pleito
De Venecia con Alfonso
Mi rey, para que déis luego,
Como árbitro de los dos,
A quien tuviere derecho
Mas justo lo que le toca,
Pues á vos se remitieron.

DUQUE.
Yo lo tengo ya mirado.
No hay que informarme de nuevo;
Ni en Milan, señor Lisardo,
Sin ocasion deteneros.
Yo escribiré luego al punto.

LISARDO.
Mil veces los piés os beso
Por la brevedad, Señor;
Que aunque á servir al Rey vengo,
Pienso que mejor le sirvo
Mientras que mas pronto vuelvo.

DUQUE.
Amor debe de obligaros.

LISARDO.
Amor á mi casa tengo.

DUQUE.
¿Sois casado?

LISARDO.
Sí, Señor.

DUQUE.
¿Há mucho?

LISARDO.
Aunque há mucho tiempo,
Estoy mas enamorado,
Y con mayores deseos
Que cuando galan serví
A quien apenas merezco.

DUQUE.
Un marido enamorado
Los altos merecimientos
De su mujer da á entender.

LISARDO.
Son de suerte, que no puedo
Encarecer sus virtudes.

DUQUE.
Envidia, Lisardo, os tengo.
Llevalde aqueste diamante,
Y decilde que le ruego
Que os ame como es razon.

LISARDO.
Pondré la boca en el suelo
Adonde poneis los piés.

DUQUE.
Bien podréis luego volveros.
(*Vanse el Duque y Florencio.*)

ESCENA XVIII.

LISARDO, MARIN.

LISARDO.
¿Qué te parece, Marin?

MARIN.
No hay diamante de mas precio
Que el haberte despachado.

LISARDO.
¡Qué gran señor!

MARIN.
Es discreto.
¿En qué topa el ser tan sabios?

LISARDO.
En los ayos y maestros,
Si bien dicen que lo causan
Los sutiles alimentos.

MARIN.
¿Luego pollas y perdices
Hacen los claros ingenios?
¡Ay de los pobres, á estar
A la cocina sujetos!

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Rey de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, ROBERTO, LUCINDO.

REY.
Parece que cada dia
Tiene aumento tu tristeza.

ROBERTO.
Volvióse naturaleza,
Señor, la tristeza mia.

REY.
Culpa al principio tuviste.

ROBERTO.
No la pude resistir,
Y hoy dejara de vivir
Si dejase de estar triste.

REY.
¿No sabe la medicina
Remedio para tu mal?

ROBERTO.
Para enfermedad mortal
Ha de ser mano divina.

REY.
Mira en tu imaginacion
Con qué podrás alegrarte.

ROBERTO.
Pues que tu favor no es parte,
Vanos los remedios son.
Si fuera ambicion mi mal
De cosa que no supiera
Decirte, ó que no quisiera,
Por indigna y desigual;
Viendo el agravio que hacia
A la merced que me has hecho,
Claro te mostrara el pecho.

REY.
Mi amor no le merecia.

ROBERTO.
Si dos títulos me has dado,
Y á mis deudos, gran Señor,
Has hecho tanto favor,
¿Qué puedo haber deseado?
¿En qué ocasion no prefieres
Lo que no merezco yo?

REY.
El Almirante murió
Sin hijos: desde hoy lo eres.

ROBERTO.
Mil veces beso tus piés.

REY.
Deseo tu bien, Roberto.

ROBERTO.
Y ¡cómo, Señor, si es cierto!

REY.
Pésame que triste estés. (*Vase.*

ESCENA II.

ROBERTO, LUCINDO.

LUCINDO.
Podré darte el parabien,
Porque en estado te veo,
Que fuera de tu deseo
No hay bien que parezca bien.
Y tantas mercedes tienes
De su Alteza cada dia,
Que ya necedad sería
Cansarte con parabienes.

ROBERTO.
No hay bien, Lucindo, no hay bien
En tanto rigor de Elena,
Que no me cause mas pena.

LUCINDO.
Pues no te doy parabien.

ROBERTO.
¿Cuál áspid pudo formar
Naturaleza tan fiera,
Que rendido no se hubiera
A tanta fuerza de amar?
¿Cuál tigre no se ablandara
A las diligencias mias?
Pienso que las nieves frias
De los Alpes abrasara.
¡Tal desden, tal resistencia,
Tal fe, tal recogimiento,
Tal verdad, tal pensamiento,
Una mujer en ausencia!
¿Qué montes de oro no han sido
Terceros de su favor?

LUCINDO.
Debe de ser grande amor
El que tiene á su marido.

ROBERTO.

su honor debe de ser;
amor, por grande que fuera,
sé que lugar me diera,
no ser propia mujer.
qué noche de aquesta ausencia
su puerta no me halló
aurora, que se admiró
ver mi loca paciencia?
qué deseos, qué suspiros,
sias y amorosas quejas
han entrado por sus rejas
ser inútiles tiros?
ninguno ha sido parte,
grata Elena, á rendirte.

ESCENA III.

CELIO. — DICHOS.

CELIO.

erta, Señor, es decirte
era que no ha de agradarte.

ROBERTO.

abrá venido Lisardo?

CELIO.

la puerta queda.

ROBERTO.

¡Ah cielos!
qué buen remedio á mis celos!
noche tan triste aguardo! —
no puede ser tan presto.

CELIO.

puede, pues entra ya.

ESCENA IV.

LISARDO, MARIN. — DICHOS.

LISARDO.

tus piés tu esclavo está.

ROBERTO.

obligacion me has puesto.
ómo tan presto, Lisardo?

LISARDO.

despacharme, Señor,
e á notable favor
aquel príncipe gallardo.
qué tambien á ocasion
estaba ya sentenciado
pleito; que á mi cuidado
teneis obligacion.
carta es esta.

ROBERTO.

Mostrad.
¡Qué poco al Duque he debido!
entretener un marido
ra perder calidad.
ap.) «No sé de qué acciones, ni en
ni en guerra, sacó vuestra señoría
yo era á propósito para entretener
caballero, cuya persona y entendi-
ento son indignos de tanto agravio:
que yo recibo...»
quiero pasar de aquí.
a; que un yerro de amor
hecho agravio á su honor.
o en elegirle fui
de tantos hubiera,
con otra discrecion
daran mi aficion.
naturaleza fiera
quien no tiene á quien ama
pasion! Quiérole hablar,
desdicha esforzar,
mi muerte se llama.)
y muy agradecido,
do, al Duque en efeto.
ucion de discreto
Jüez animoso ha sido.
No habrá quejas esta vez;
Que jüez que no despacha,
No ha menester otra tacha
Para no ser buen jüez.
Sin resolucion no hay ciencia,
Porque un breve desengaño
Quita la mitad de daño
De la contraria sentencia.
Yo por las nuevas os doy
De albricias seis mil ducados...

LISARDO.

Señor...

ROBERTO.

Tan bien empleados,
Que pienso que corto soy;
Y esto es mientras su Alteza
Os hace merced.

LISARDO.

¿De quién
Pudiera esperar mas bien,
Que de esa heróica nobleza,
Que con tanto exceso pasa
Mis méritos?

ROBERTO.

Justo es.
Descansad.

LISARDO.

Beso tus piés.

ROBERTO.

¿Habeis visto vuestra casa?

LISARDO.

¡Yo mi casa! No, Señor;
Porque primero que os viera,
Agravio notable hiciera
A hacerme vos tanto honor.

ROBERTO.

Id con Dios.

LISARDO.

Mientras viviere,
Seré esclavo de esos piés.

ROBERTO.

Yo os avisaré despues,
Cuando lugar se ofreciere,
Para que hableis á su Alteza.

LISARDO.

¡Tanta merced!

ROBERTO.

Esperad.
¿Qué hombre es el Duque?

LISARDO.

En verdad,
Que entendimiento y grandeza
Compiten con su valor.

ROBERTO.

¿Hizoos muchas honras?

LISARDO.

Creo
Que obligó vuestro deseo
En hacerme tanto honor.
Informóse de mi estado,
Y á todo respondí yo.
Este diamante me dió,
Sabiendo que era casado,
Para que diese á mi esposa
En su nombre.

ROBERTO.

¡Gran señor!
Debéisle amistad y amor.

LISARDO.

Es mi obligacion forzosa.

ROBERTO.

Id en buen hora.

LISARDO.

Los cielos
Os guarden.

(*Vanse Lisardo, Marin y Celio.*)

ESCENA V.

ROBERTO, LUCINDO.

ROBERTO.

¡Bueno he quedado!
¡Oh qué bien que ha despachado,
Lucindo, el Duque mis celos!

LUCINDO.

¿Qué te escribe?

ROBERTO.

Que no es hombre
Con quien usarse podia
Tal término.

LUCINDO.

Hipocresía.
¿Quién hay que de amor se asombre?

ROBERTO.

No le ofenderá el amor;
Juzgará á poco respeto
El remedio.

LUCINDO.

No es discreto;
Que no se aventura honor
En ayudar un amante.

ROBERTO.

Descortés término ha sido.
Pensé ganar, y he perdido.

LUCINDO.

¿Para qué le dió el diamante?

ROBERTO.

No sin sospecha seria.
Pero di, ¿qué puedo hacer,
Si aquesta noche ha de ser
De mi vida el postrer dia?
Quien quiere mujer casada,
¿No sabe lo que sucede
En sus noches? ¿Con qué puede
Pasar su pena engañada?
Pues ya es tan cierta mi pena,
No tengo que adivinar.
Esta noche me han de hallar
Muerto en las puertas de Elena.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA VI.

ELENA, BELISA.

ELENA.

No escribir, ¿qué puede ser?

BELISA.

Yo presumo que es venir.

ELENA.

Ayúdame á resistir;
Que soy, Belisa, mujer.
No porque teme el valor,
Que á mas peligros se esfuerza,
Mas porque temo la fuerza
Y la opinion de mi honor;
Que al paso que va Roberto,
Temo que abrase esta casa.

BELISA.

No te espantes, si él se abrasa.

ESCENA VII.

INÉS. — DICHAS.

INÉS.

¡Albricias!

ELENA.

¡Mi bien es cierto!

INÉS.
¡Señora!...

ELENA.
No digas mas.
Ya sé que Lisardo viene.

INÉS.
Lo que tu amor te previene,
Eso imaginando estás.
Yo he visto solo á Marin.

BELISA.
Cartas debe de traer.

ELENA.
Quimera fué mi placer.
¡Qué presto que tuvo fin!

ESCENA VIII.

MARIN.—Dichas.

MARIN.
¿Podré merecer la suela
De un chapin, dulce Señora?

ELENA.
Mientras viene el sol, la aurora
Aves y flores consuela.

MARIN.
Aurora entre luz y dia
He sido de mi señor;
Pero traigo el resplandor
Que ya tan cerca te envia.

ELENA.
¿Cómo está?

MARIN.
Como ha de estar.

ELENA.
Las cartas...

MARIN.
¿Qué cartas?

ELENA.
Di,
¿No me escribe? Pues á tí,
¿Por qué te puede enviar?

MARIN.
No me envia; que yo he sido
Tan bachiller de venir,
Que me quiso resistir,
Y le he dejado y corrido.
El te dirá lo demás.

ESCENA IX.

LISARDO.—Dichos.

LISARDO.
¡Señora mia!

ELENA.
¡Mi bien!

LISARDO.
¿Buena estás?

ELENA.
Y lo he de estar;
Que porque no tengas pena,
Quiero estar siempre tan buena,
Que nunca tengas pesar.
¿Cómo has tardado?

LISARDO.
Llegar
Y volver, ¿tardar ha sido?

ELENA.
Mil años me han parecido.

LISARDO.
Mas tiempo te pareciera,
Si el Duque ya no tuviera
Este pleito remitido;
El cual fué tan gentil hombre
Y tan galan, que me dió
Este diamante, que yo
Te presentase en su nombre.

ELENA.
Dios le guarde.

LISARDO.
No te asombre;
Que en los ojos se me via
La hermosura que tenia,
La que retratada en ellos
Pudo ausente merecellos,
Pues su firmeza excedia.
Díjome que te dijese
Que fuese tu amor ansí.

ELENA.
Antes fué para que en mí
Ningun diamante lo fuese.

LISARDO.
Mi Belisa, no te pese
De que tomase licencia
De hacerte mayor mi ausencia.
Estos son mis brazos.

BELISA.
Y estos
De mis amores honestos
La justa correspondencia.

MARIN.
¡Inés!

INÉS.
¡Marin!

MARIN.
¿Como está
Toda esta casa?

INÉS.
Muy buena.

MARIN.
¿Elena?

INÉS.
Mejor que Elena.

MARIN.
¿Belisa?

INÉS.
Buena está ya.

MARIN.
¿Cómo al caballo le va,
Ausente de su lacayo?

INÉS.
Boca abajo vive el bayo.

MARIN.
¿Y el papagayo?

INÉS.
No habló
Mas palabra.

MARIN.
Pienso yo
Que tú has sido el papagayo.
¿Quién duda que en la ventana,
«¿Quién pasa, quién pasa?» habria,
Y que algun paje diria:
«Cómo estás, lorita hermana?»
¿La mona?

INÉS.
Tiene cuartana.
¿Hay mas por quién preguntar?

MARIN.
Por tí.

INÉS.
¡Gracioso llegar!

MARIN.
A la postre te he dejado,
Porque pueda sin cuidado
En tus amores hablar.

LISARDO.
Ya, Elena mia, es razon
Darte de otras cosas cuenta,
Que á nuestro estado convienen,
Y que es justo que las sepas.
La fortuna, lo primero,
Es tan mudable y ligera,
Que unos levanta, otros baja:
Esto es lo que llaman rueda.
Son los discursos del mundo
Una noria de una huerta:
Suben y bajan los vasos,
Unos vierte, otros enllena.
Ayer estaba yo pobre,
Si bien contenta pobreza
No es pobreza; pero en fin,
Era pobreza contenta.
Hoy la fortuna levanta
Mi humildad de tal manera,
Que lo que Roberto priva
Con el Rey, hermosa Elena,
Eso con Roberto yo.
No hay palabras con que pueda
Referirte el alegría
Que recibió de mi vuelta.
Los abrazos, las preguntas
Muestran bien que las estrellas
Son quien amor y amistad
De dos personas conciertan.
Seis mil ducados me ha dado,
Y cuando viere á su Alteza,
Me promete un grande oficio.
Con esto es bien que yo tenga
Desde hoy diferente casa;
Que la poca ó mucha hacienda
La familia y el adorno
Disminuye ó acrecienta.
Quiero comprar lo primero,
Pues en tí tambien se emplea,
Un coche; que las mujeres
Van mas honradas y honestas
Dentro de un coche que á pié;
Que tú no serás de aquellas
Que dan mano en la cortina,
Que para ese efecto afeitan.
Claro está que no has de hablar
Con los que tambien requiebran
Desde sus coches las damas;
Que es una cosa muy fea.
Finalmente, quiero yo
Que el señor Roberto entienda
Que soy hombre que profeso
Agradecida nobleza.
¿No te alegras deste coche?

ELENA.
Ninguna cosa me alegra
Fuera de tí, ni por mí
Quiero que gastes tu hacienda.
¡Jesus! ¿Coche? Por tu vida,
Que aun el nombre me marea.
¿Qué dirán los que supieren
Que ya tenemos soberbia?
No hay cosa que mas despierte
A la envidia y á las lenguas,
Que ver que sube de un salto
La humildad á la grandeza.
Despues tendrémos lugar,
Si nos diere alguna renta.

MARIN.
¿Coche no quieres, Señora?
Eres la mujer primera
Desde la primer mujer,
Y aun pienso que anduvo Eva,
Pues Adan fué labrador,
Dentro de alguna carreta.
El primer coche del mundo
Fué el trillo, para que sepas
Que de andar encima dél
Le añadieron las dos ruedas.
¿Qué dama en Nápoles hay,
Por poco valor que tenga,
Que no ande en coche, que es causa
De haber tantas diferencias?
Hay cajas enjugadores,
Que solamente les quedan

s arcos por notomías;
o tengo aquí una deuda
e un invierno se sirvió
na coche en la chimenea,
rendido se dió fuego
o soldadesca inglesa.
coches de tal hechura,
cierta moza gallega
día por los estribos
ió una espuerta de tierra.
coches que tiran dragos,
y coches con tales bestias,
parece que el cochero
diendo para ellas.
lmente...

LISARDO.

No prosigas.
o le quieres, no sea;
ne, Elena, á descansar,
ése la casa queda;
pues tú no sientes bien
ue mostremos grandeza,
i te falta locura,
ni sobra inocencia.
(*Vase con Marin.*)

ESCENA X.

ELENA, BELISA, INÉS.

BELISA.

é has hecho?

ELENA.

¡Yo! ¿Pues no ves
olo le dije que era
r la hacienda?

BELISA.

Dijiste
ra despertar las lenguas.
Elena! á los maridos
a se ha de hablar por señas;
hay hombres tan cuidadosos
l pensamiento penetran.
o que pena le has dado.

ELENA.

yas tú miedo que sea
virtud y valor.

BELISA.

haberle dado pena.

ESCENA XI.

LUCINDO. — DICHAS.

LUCINDO.

no descansa Lisardo...

BELISA.

ndo se ha entrado, Elena.

LUCINDO.

que la ocasion no es buena...

ELENA. (*Ap.*)

da tiemblo y me acobardo.

LUCINDO.

recado quiero dalle
Roberto, mi señor.

BELISA. (*Ap.*)

xtraño efecto de amor!

ELENA.

será tiempo de hablalle;
ha venido muy cansado.

LUCINDO.

Puédoos hablar?

ELENA.

¿Qué quereis?

LUCINDO.

n diamante que teneis,
Señora, le dió cuidado
Al Almirante, por ser
Joya, aunque no de galan,
Del gran duque de Milan;
Y porque le quiere ver,
En esta caja os envía
Prendas de tanto valor,
Que de cualquiera, el menor
Diamante al sol desafía.

ELENA.

Y ¿quién es el Almirante?

LUCINDO.

¿No sabeis que lo es Roberto?

ELENA.

De sus cosas, estad cierto
Que estoy y estaré ignorante.

LUCINDO.

Valen veinte mil ducados.

ELENA.

No hablaba en joyas, que hablé
De sus títulos.

LUCINDO.

Yo sé
Que pagais mal sus cuidados.
Hame dicho que os dijese
Que un título os hará dar.

ELENA.

Ni un reino pienso estimar,
Si de su mano viniese.

LUCINDO.

¡Ah! cómo habeis de volver
En odio extraño su amor!

ELENA.

Quien teme solo su honor,
No tiene mas que temer.
Huélgome que hayais venido
Para que sepais los dos
Que no temo mas de á Dios,
Y después á mi marido.
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio real.

ESCENA XII.

EL REY, ROBERTO.

REY.

Entre todos los príncipes que tiene
Agora Italia, pienso que ninguno,
Roberto, como el Duque me conviene.

ROBERTO.

Pues yo pensaba proponerte alguno.
Sin esto, dicen que el de Mantua viene
En esta pretension tan importuno,
Que á todos se aventaja en el deseo.

REY.

Léjos de mi propósito le veo;
Inclínome á Milan, y lo he tratado
Con la Princesa ya.

ROBERTO.

Dicen que es hombre
No mucho del ingenio acreditado,
Si bien tiene opinion de gentilhombre.

REY.

Pues algun enemigo te ha engañado;
Que tiene el Duque diferente nombre,
Y le alaba la fama de discreto.

ROBERTO.

Nunca he tenido dél tan buen conceto.

REY.

¿En qué lo has conocido?

ROBERTO.

En que no puede
Quien fuere descortés ser entendido,
Pues solicita que malquisto quede
Con quien pudo quedar agradecido.

REY.

De la verdad los términos excede.
¿Quién te ha engañado?

ROBERTO.

¿Cómo, si yo he sido?
Pues habiéndole escrito, no me ha hon-
[rado
Como merece la que tú me has dado.

REY.

¿En qué materia?

ROBERTO.

En amistad le he escrito.

REY.

Pues no sea parte, no, por vida mia
Para quererle mal, porque es delito
Fácil de remediar la cortesía.
Escríbele por mí que solicito [dia
Darle á mi hermana, y que proponga el
En que donde él quisiere lo tratemos.

ROBERTO.

Yo presumo que juntas dos extremos.
Si á mí el de Mantua, bien que á causa
[tuya,
De Saboya, Ferrara y de Florencia,
Y el Pontífice mismo, con ser suya
La divina y humana preeminencia,
Me escriben y honran, ¿no es razon que
[arguya
Con mucha vanidad poca prudencia?

REY.

Culpa á su secretario; no te enojes.

ROBERTO.

Siento, Señor, que tal sujeto escoges.

REY.

No me repliques mas; que ser Otavio
Descortés para tí, si es que lo ha sido,
Ha sido presuncion, pero no agravio.

ROBERTO.

Que me perdones, gran Señor, te pido:

REY.

No pongas culpa á un príncipe tan sabio
De lo que tus principios la han tenido,
Ni repliques dos veces á los reyes;
Que en cosas justas son injustas leyes.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

LUCINDO.—ROBERTO.

LUCINDO.

Con disgusto vengo á hablarte.

ROBERTO.

No será mayor que el mio.

LUCINDO.

Yo pienso que es desvarío
Cansar á Elena y cansarte.

ROBERTO.

¡Oh, nunca yo visto hubiera
A Elena! pues causa ha dado
A que el Rey se haya enojado;
Que ha sido la vez primera
Que me ha mostrado rigor.

LUCINDO.

¿Cómo?

ROBERTO.

Casa á la Princesa
Con hombre que á mí me pesa,
Porque no le tengo amor.
Repliqué mucho á su intento;
Que es el duque de Milan
Con quien concertando están
Este necio casamiento.

LUCINDO.

Ya sé que el haberle escrito,
Para que lugar te diese,
Que á Lisardo entretuviese,
Y no lo hacer fué el delito.
Pero no es razon, Señor,
Para que deje de ser
Nuestra Princesa mujer
De un hombre de tal valor.
Y de su enojo te avisa;
Que en las dichas de palacio
Suele entrar el bien despacio,
Y suele salir aprisa.

ROBERTO.

De las palabras me espanto.
En mis principios habló
Por honrar al de Milan.

LUCINDO.

Tierra fueron los de Adan,
Que á todos nos igualó.

ROBERTO.

¿Qué hay de Elena?

LUCINDO.

No ha querido
Las joyas, y con razon,
Pues tú le has dado ocasion
Para no vencer su olvido.
Si tú le cargas de hacienda
A Lisardo, ¿qué ha de hacer
Esta mujer?

ROBERTO.

Ser mujer
Que de mi amor se defienda.
Todo me sucede mal.
Ya se muda la fortuna,
Porque no hay próspera alguna
Que conserve estado igual.
Verdad es que lo enojado
Del Rey cesará muy presto;
Que su condicion en esto
Larga esperanza me ha dado.
Eso de necesidad
De Elena no puede ser.

LUCINDO.

Para todo suele haber
Algun remedio.

ROBERTO.

Es verdad;
Pero para que ya sea
Pobre Elena, no lo sé.

LUCINDO.

Yo sí.

ROBERTO.

¿Pues cómo?

LUCINDO.

Yo haré
Que su castidad se vea.
Déjame á mí negociar.

ROBERTO.

Parte; que en tu ingenio fio...
—Mas vuelve; que es desvarío
Lo que quieres intentar.
Porque si es robar su hacienda
De Lisardo, la invencion,
¿No queda mi obligacion
Empeñada en mayor prenda?
Pues si él me lo ha de decir,
Y yo lo he de remediar,
Mas ricos vendrán á estar.

LUCINDO.

Pues dí, ¿qué has de hacer?

ROBERTO.

Morir.—
Pero ¿sabes qué he pensado?
Que para empresas de amor
Es el remedio mejor
La deslealtad de un criado.
Llámame á Marin aquí.

LUCINDO.

Voy á obedecerte.

ROBERTO.

Creo
Que ha de templar mi deseo.

LUCINDO.

En el corredor le vi
Aguardando á su señor.

ROBERTO.

Pues venga Lucindo luego;
Que no puede hallar sosiego
Amor sin tratar de amor.

(*Vase Lucindo.*)

Yo busco imposibles medios;
Pero no hay mal tan cruel,
Que no se descanse dél
Solicitando remedios.

ESCENA XIV.

MARIN.—ROBERTO.

MARIN.

Dijéronme que Vusía
Me llama.

ROBERTO.

Yo te he llamado,
Corrido por olvidado
De lo que el Rey te debia.
Fuiste á Milan con Lisardo,
Y no me acordé de tí.
Fuera deso, ayer te vi
Pisar airoso y gallardo
Del patio, Marin amigo,
Las losas, y me agradó
Tu talle, y aun dije yo
A los que estaban conmigo:
«No le estuviera muy mal
Una bandera á aquel hombre.»

MARIN.

Señor, muchos tienen nombre
Porque tienen dicha igual;
Que á fe que otro hubiera sido
Al Rey de menos provecho.

ROBERTO.

Bien se ve en tu noble pecho
Que eres hombre bien nacido.

MARIN.

¡Pesia tal! Llegando ahí,
Mi madre me lo decia;
Que al tiempo que me paria,
Con tanta furia salí,
Que la comadre al rüido
Con las manos acudió,
Y dijo: «¡Oh qué bien nació!»
Mira si soy bien nacido.
Que crédito se ha de dar
Después, Señor, de los padres,
A las señoras comadres,
Porque suelen obispar.

ROBERTO.

¿Estás pobre?

MARIN.

Sí, Señor,
Porque esto de andar á caza
De una racion, amenaza
Gran pobreza y poco honor.

ROBERTO.

¿No trata bien los criados
Lisardo?

MARIN.

Un pobre escudero
Con humos de caballero
Tuvo hasta ahora cuidados.
Ya que le has favorecido,
Crecerán los alimentos;
Que aun por ciertos pensamientos
Él y mi ama han reñido.

ROBERTO.

Eso deseo saber.
¿Cómo por mi vida?

MARIN.

Él quiere
Coche, y ella no; que muere
Por no salir, y es mujer.

ROBERTO.

¡Cosa extraña!

MARIN.

Esto porfía;
Y hay mujer que, si pudiera,
Por saya se le pusiera
Por traerle todo el dia.

ROBERTO.

¿Quiere mucho á su marido?

MARIN.

Eso es locura, por Dios.

ROBERTO.

¿Y él á ella?

MARIN.

Fué en los dos
Amor de un parto nacido.

ROBERTO.

La noche que vino, en fin,
¿Mucho en la jornada hablaron?

MARIN.

Antes no, que se acostaron
Luego.

ROBERTO.

Es ella un serafin.
¿Levantóse de mañana?

MARIN.

Antes no se levantó;
Que en la cama se quedó
A buscar otra mañana.

ROBERTO.

(*Ap.* ¡Cielos! qué ha de ser de mí!)
¿Hay mucha familia allá?

MARIN.

Su hermana, doncella ya
Para responder que sí,
Si algo le pregunta el cura;
Una Inés, de un corazon
Herida de conclusion,
Que mata cuando asegura;
Una mona, un papagayo,
Dos esclavos y un rocin,
Deudo de cierto Marin,
Que es secretario y lacayo.

ROBERTO.

¿Que vos quereis bien?

MARIN.

Señor,
En la mocedad es gala;
Que en llegando á martingala,
Corre diferente humor.

ROBERTO.

¿Qué diríades de mí,
Si yo quisiese tambien?

MARIN.

Que si lo merecen (bien
Claro está que será así),
Que querais firme y constante.
¿Es buena la prenda? es buena?

(*Paséase con él.*)

ROBERTO.

Tan hermosa como Elena,
Por vida del Almirante.

MARIN.

¿Cosa que la misma fuese?

ROBERTO.

¡Ay Marin! ¿quién puede ser?

MARIN.

Vos quereis una mujer,

Que es forzoso que me pese.

ROBERTO.

¿Por qué, si tú me has de dar
Remedio para que pueda
Hablarla?

MARIN.

Nunca se queda
Sin guarda.

ROBERTO.

Enviaré á llamar
Aquesta noche á Lisardo;
Y entre tanto podré ir,
Si tú me quieres abrir.

MARIN.

Mucho, Señor, me acobardo.

ROBERTO.

Pues ¿quién lo podrá saber?

MARIN.

No sé, por Dios, si me atreva.

ROBERTO.

Por lo menos, en la prueba,
¿Qué puedes, Marin, perder?
Yo te he de dar mil escudos
Y te he de hacer capitan.

MARIN.

Los mil escudos harán
Hablar tudesco á los mudos.
Llama á Lisardo; que yo
A la puerta aguardaré.

ROBERTO.

...to, Marin, es en fe
...e nuestra amistad.

MARIN.

¿Pues no?

ROBERTO.

...nadie me he descubierto;
...tú el secreto no guardas,
...picazos de alabardas
...rás de mi gente muerto.

MARIN.

¡No descubrirte, Señor!

ROBERTO.

...n eso voy satisfecho.

MARIN.

...table merced me has hecho. (*Vase.*)

ESCENA XV.

LUCINDO.—ROBERTO.

LUCINDO.

...es ¿cómo te va de amor?

ROBERTO.

...cé que aqueste me abriese.

LUCINDO.

¿Y qué dice?

ROBERTO.

Que lo hará.

LUCINDO.

Si el dueño en casa está,
...rá justo que te viese?

ROBERTO.

...ero enviarle á llamar
...re cierto pensamiento;
...n estando en mi aposento,
...o ó Fabricio han de entrar
...ecir que el Rey me llama.
...le diré que me aguarde;
...tre tanto, aunque sea tarde,
...á ver quien me desama.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA XVI.

LISARDO, ELENA.

ELENA.

Pues ¡tú tristezas conmigo!
¡Tú, mi bien!

LISARDO.

Que no lo estoy.
Hago á la fe que te doy
Y al alma misma testigo,
Que después que soy amigo
De Roberto, ando elevado,
Elena, en mayor cuidado.
No admire tu confianza;
Que esto puede la mudanza
De la vida y del estado.

ELENA.

Segun eso, mejor fuera
Aquella pobreza igual.
A un hombre tan principal
Ninguna mudanza altera.

LISARDO.

Elena, mudar de esfera
Algo de mudanza tiene;
Mas ni el bien ni el mal, si viene,
Me mudarán de adorarte.
Escucha pues.

ELENA.

A escucharte
Toda el alma se previene.

LISARDO.

Antes la tierra vestirá de estrellas
Los prados, que de yerbas y colores;
Los campos de la luna varias flores,
Sin que tenga el verano imperio en ellas;
Antes las aves con sus plumas bellas
Entre las aguas cantarán amores;
Y los peces, del mar habitadores,
De la region del fuego las centellas;
Antes las fieras de las verdes selvas
Entre los hombres hallarán sosiego;
Que, puesto que á olvidarme te resuelvas,
Yo deje de adorarte loco y ciego,
Elena de mis ojos, aunque vuelvas
Mi alma Troya y mis sentidos fuego.

ELENA.

Pues primero, mi bien, los elementos
A su materia volverán confusa,
La tierra en agua, el agua en tierra infusa,
Y en calma eterna vivirán los vientos;
Primero bajarán de sus asientos
Los orbes de la máquina difusa;
Primero no dará la culpa excusa,
Y la envidia en seguir entendimientos;
Primero al que cautivo en su cadena
En la esperanza su rescate apoya,
Memoria de la patria llanto y pena,
Que pierda yo la mas preciosa joya,
Y aunque me llaman en Italia Elena,
Me engañe Páris y me lleve á Troya.
(*Vase.*)

ESCENA XVII.

MARIN.—LISARDO.

MARIN.

Huélgome que se haya ido
Mi señora; que aguardaba,
Para hablarte, que se fuese.

LISARDO.

Pues ¡tú de Elena te guardas!

MARIN.

No tengo de qué, Señor;
Pero crióme en su casa,
Dueño de mi padre, el suyo;
Y respetando su cara,
No quiero delante della
Pedirte licencia... (*Llora.*)

LISARDO.

¡Extraña
Novedad! ¡Llorar un hombre!

MARIN.

Grande amor ó gran desgracia.

LISARDO.

Y ¿para qué es la licencia?

MARIN.

Voyme á España.

LISARDO.

¿Cómo á España?

MARIN.

¿Que hay España no has oido,
Y que confina con Francia?
Que hay Cataluña no sabes,
Valencia, Aragon, Navarra,
Dos Castillas, Portugal,
Andalucía, Vizcaya,
Galicia, fin de la tierra,
Y unas ásperas montañas?

LISARDO.

Sí pienso; mas ¿á qué efecto
Haces jornada tan larga?

MARIN.

Desgracias son de los hombres.
Pues que yo te dejo, basta
Para saber que lo es mia.

LISARDO.

No dejaré que te vayas
Sin que me digas primero
De tu desgracia la causa.
Fuera de que yo no quiero
Que Elena quede enojada
Conmigo por tu ocasion;
Y es, Marin, injusta paga
De su amor, no despedirte,
Y aun traicion á sus entrañas;
Que mas que por ama tuya,
Es ama, porque te ama.

MARIN.

Señor, la desgracia es tal,
Que será fuerza no hablarla.

LISARDO.

Marin, no tiene remedio.

MARIN.

No me importunes, no hagas
Cosa que después te pese.

LISARDO.

Mientras que mas lo dilatas,
Mayor deseo me pones.
En vano mas fuerza aguardas.
Mira que no es de discretos
Dejar razon comenzada.

MARIN.

Señor, antes que mi boca
Para tu ofensa se abra,
Si puede llamarse ofensa
La defensa de tu casa,
La palabra me has de dar
De que no hablarás palabra.

LISARDO.

Yo la doy con juramento
Sobre la cruz de la espada.
Y habla presto; que me tienes
Casi en los labios el alma.

MARIN.

Pues sabe que me ha llamado
Roberto, y que cuanto trata
Contigo, es hacerte ofensa
En la vida y en la fama.
Presumo que mi señora
No quiere por esta causa
Coche, en que rueda el honor
Hasta que en la infamia para,

Porque á veces sus cortinas
A nuestros ojos trasladan
Lo que piensan que de noche
Encubren las de la cama.
Díjome que te queria
Llamar con palabras falsas,
Para que te entretuviesen
Mientras él viene á tu casa;
Que yo le abriese la puerta,
Porque con violencia aguarda
Quitarte el honor...

LISARDO.

¡Qué dices!

MARIN.

Y della tomar venganza.
Prometióme, si decia
El secreto desta infamia,
Quitar la vida.

LISARDO.

¡Ay de mí!
Que á mí me ha quitado el alma.

MARIN.

Mira si es justo partirme
De Nápoles y de Italia,
Y aun irme fuera del mundo,
Cuanto mas volverme á España.

LISARDO.

Sin sentido me has dejado,
Puesto que yo sospechaba
De los disgustos que Elena
Recibió de mi privanza,
Que no eran sin ocasion.
¡Ay, hermosura, madrastra
De la honra de los hombres,
Veneno en taza dorada,
Codicia de los sentidos,
De las virtudes contraria,
Bien dudoso, mal seguro,
Cifra de desdichas tantas!
Culpar á naturaleza
Es error, pues se retrata
En tí la beldad divina,
¡Oh breve hermosura humana!
Pues á Elena, ¿cómo puedo,
Si su lealtad es mas clara
Que el sol! ¡Oh traidor Roberto!
¿Así los nobles se tratan?
¿Así pensaste engañar
Mi honor con riquezas vanas?
¿Qué haré? que eres poderoso.

MARIN.

Señor, por la misma causa
Halla remedio la industria
Donde la fuerza no basta.
No dés á entender tu pena,
Y pues tienes confianza
De la virtud de tu esposa,
Y sabes que no te agravia;
Aunque me mate Roberto,
Quiero ayudarte á guardarla,
Si tú con prudencia adviertes
La defensa y la venganza.

LISARDO.

Cuanto á defender mi honor,
Seguro estoy que no valga
Todo el poder del tirano,
Que con interés le asalta.
Soy hombre:—es mujer Elena.

MARIN.

Sí, pero mujer tan casta,
Que si aquella infamó á Grecia,
Esta será honor de Italia.

LISARDO.

Confianzas matan hombres.

MARIN.

Virtudes vencen desgracias.

LISARDO.

Celos no agravian virtudes.

MARIN.

Si no agravian, ¿por qué matan?

LISARDO.

¿Puedo dejar de tenerlos?

MARIN.

Quien ama prendas tan altas,
¿Por qué los ha de tener?

LISARDO.

Porque siguen á quien ama
Como al sol la sombra.

MARIN.

Advierte
Lo que has de hacer si te llama,
Y deja imaginaciones.

LISARDO.

¿Hay cosa mas desdichada
Que llegar un hombre á ver
Esta desdicha en su casa?
¿Que hallasen, Marin, los hombres
Una invencion tan extraña
Como esta que llaman honra,
Y que toda esté fundada
En cosa que es imposible
Guardarla si no se guarda?
¡Vive Dios, que fué crueldad!

MARIN.

Antes fué ley necesaria,
Porque estimasen los hombres,
Que no saben estimarlas,
La virtud de las mujeres.

LISARDO.

Ahora bien, la noche baja,
Y este ha de enviar por mí.
Entra; que aunque á verle vaya,
En dejándome en la suya,
Daré la vuelta á mi casa.

MARIN.

Pues ¿téngole yo de abrir?

LISARDO.

Dirásle por la ventana
Que tiene la llave Elena.

MARIN.

Y diré verdad muy clara;
Que *la llave de la honra*
Sola la mujer la guarda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, BELISA.

ELENA.

No me atrevo aunque me obligas.

BELISA.

En la ocasion que te hallas,
Tanto yerras cuanto callas.

ELENA.

Pues ¿qué es mejor?

BELISA.

Que lo digas,
Porque Lisardo advertido
Remedio pueda poner.

ELENA.

Mucho yerra la mujer,
Belisa, que á su marido
Le dice quién la requiebra,
Pues le pone en confusion,
Y con necia presuncion
Su resistencia celebra;
Que fuera de que le dió
La pena de la defensa,
Sospechoso de la ofensa,
Pensará si es cierta ó no.

BELISA.

Y si á saber de otra parte
Que te ha querido viniese,
¿No es mas cierto que pudiese
De que le ofendes culparte?
Lo que si primero hubiera
Sabido de tí, es muy cierto
Que hallara culpa en Roberto,
Y en tí lealtad verdadera.

ELENA.

No, Belisa; lo mejor
Es que sepa de otra parte
Que ha sido invencible Marte
A sus asaltos mi honor.
Nunca fué cosa acertada
El prevenir al marido,
Porque no piense que ha sido
Prevencion de estar culpada.
Anoche salió Lisardo,
Y luego vino Roberto,
De que estaba ausente cierto,
Con Fabricio y con Leonardo.
Llamó, y respondió Marin,
Y díjole que le abriese;
Pero como él entendiese
De su pensamiento el fin,
Respondió que estaba allí
Mi hermano, y él aguardó
Tanto tiempo, que llegó
Lisardo. Al balcon salí,
Y sobre entrar ó no entrar
Concertaron de matalle,
Porque la noche y la calle
Daban secreto y lugar.
Él por morir con la palma
De su honor (aunque sospecho
Que le pasaran el pecho,
Y me sacaran el alma,
Si hay sangre de amor en ellas),
Metió mano contra cuatro
En aquel solo teatro
Que alumbraban las estrellas.
Gran tragedia para mí,
Que era el principal papel,
Pues ya en el acto cruel
Sombras de mi muerte vi;
Si Marin, que al fin le oyó,
No saliera tan valiente,
Como Roberto insolente
Y cobarde, pues le hirió.
Cuando tú te alborotaste,
Ya Lisardo descansaba
En su aposento, y estaba
Con el gusto que le hallaste,
Para no darlo á entender,
Aunque todo fué fingido.
Él ha callado, y yo he sido
Mas diamante que mujer;
Que con verle suspirar
Toda la noche á mi lado,
No he dormido y he callado;
Que es mucho callar y amar.
Él hable, pues es razon;
Que si dijere sus celos,
Mi verdad, mi honor, los cielos
Volverán por mi opinion;
Que mientras no dice nada,
No pienso dar á entender
Que dí causa para ser
De nadie solicitada.

ESCENA II.

LISARDO, MARIN.—DICHAS.

LISARDO. (*Ap. á Marin.*)
En esto me determino.

MARIN. (*Ap. á su amo.*)
Y no me parece mal.

LISARDO.

(*Ap.* No puedo en desdicha igual

Hallar mas fácil camino.)
Elena, bien me decias
Que á la envidia despertaba
La humildad, cuando llegaba
A grandeza en pocos dias;
Mas que tanto se desmande
Ha sido injusta aspereza,
Pues á tan poca riqueza
Sigue desdicha tan grande.
Por poco me hubieran muerto
Anoche cuatro embozados.
Pienso que son los criados
Del almirante Roberto,
Que viéndome tan acepto [1]
A su señor, han querido
Matarme; pero no ha sido
Su traicion de algun efeto.
Yo salí, gracias á Dios,
Con vida.

MARIN.

Di que salimos
Con honra, y di que reñimos
Como dos Cides los dos.

LISARDO.

Conozco lo que te debo,
Y querrá Dios que algun dia...

MARIN.

Sí, Señor; la deuda es mia,
Y es obligarme de nuevo.
Mil vidas no eran allí,
Cuando todas las tuviera,
De valor, si las perdiera
Y aventurara por tí.

LISARDO.

Esta noche no he dormido,
Elena, porque no son,
Cuando hay imaginacion,
Bastantes sueño ni olvido.
Finalmente, resolví,
Después de tantos cuidados,
No dar envidia á criados
De Roberto contra mí.
Cuanto me ha dado valdrá
Dies mil ducados, Elena,
Que á mí me cuestan de pena
Dies mil ocasiones ya.
¡Nunca Roberto me honrara!
¡Nunca yo le conociera!
¡Nunca esta merced me hiciera!
¡Nunca á Milan me enviara!
Mas yo lo remediaré
Con irme este mismo dia
A Sicilia, Elena mia,
Adonde seguro esté.
Hoy una nave se parte,
Concertado el flete queda.
Y, porque partirme pueda,
A los esclavos reparte
Lo que á tus cofres y ropa
Tocare; que nuestra hacienda
Y vida al mar se encomienda,
Que llama con viento en popa.
No hay que aguardar, esto es
Resolucion, y forzosa;
Que una mano poderosa
Tiene el remedio á los piés.

ELENA.

Yo no tengo voluntad
Desde el dia que nací;
Que pues nací para tí,
La tuya fué mi verdad.
Las leyes de una casada
Son silencio y obediencia:
Si hacer de tu patria ausencia,
Lisardo mio, te agrada,
Sujeta á tu gusto estoy,
Que no me ausento digo,
Porque si yo voy contigo,
En mi propia patria voy.
Los criados de Roberto
Yo sé que no vencerán
Tu honor y opinion, que están
En lugar seguro y cierto.
En vano su intento ha sido,
De que es buen testigo Dios.

LISARDO.

Es el partirnos los dos,
Elena, el mejor partido.
Ea, Belisa, apercibe
Tambien tu ropa.

BELISA.

Señor,
A la sombra de tu honor
El que yo profeso vive.
Tú eres dueño de las dos.
Bien haces; en irte aciertas.

MARIN.

Rüido siento en las puertas.
Gran gente sube, por Dios.

ESCENA III.

ROBERTO, LUCINDO, ALABARDEROS.—DICHOS.

LUCINDO.

No llegue vuestra excelencia,
Que bastamos sus criados.

ROBERTO.

No me dejan los cuidados
De tan extraña insolencia...—
(*Ap.* Porque no hay autoridad
Donde se atraviesa amor.)

LISARDO.

¡Vos en mi casa, Señor,
Con tanta riguridad!

ROBERTO.

Infame y vil caballero,
¿Merece el haberte honrado
El galardon que me has dado?
Llevalde preso: ¿qué espero?

LISARDO.

¡A mí, Señor! ¿En qué fuí
Ingrato al bien que me has hecho?

ROBERTO.

¿Aun piensa tu falso pecho
Que puede engañarme aquí?

LISARDO.

¡Yo te he ofendido!

ROBERTO.

¿Es servicio
Matarme á Celio, traidor?

LISARDO.

Anoche llegué, Señor,
Si no he perdido el jüicio,
A mi casa, á cuya puerta
Cuatro embozados hallé.
Quise entrar; pero no entré.
Por su traicion descubierta,
Mi persona defendí.

ROBERTO.

Eso no está averiguado.

LUCINDO.

¿Ha de ir tambien el criado?

MARIN.

Yo ¿por qué?

ROBERTO.

Dejalde aquí;
Que en defender su señor
Su obligacion ha cumplido.

LISARDO.

Elena, solo te pido
La defensa de mi honor.
No repares en mi vida;
Que como el honor se guarde,
No es bien que amor te acobarde,
Porque honrada no es perdida.
Viva mi noble opinion
En tu constante verdad,
Defiende tu honestidad,
No te espante mi prision,
Porque es mas segura cosa
Ir, si hay tirano galan,
A la cárcel, que á Milan
Quien tiene mujer hermosa.

ROBERTO.

Allá lo verás el dia
Que te corten la cabeza.

(*Llévanse los alabarderos á Lisardo; síguenle Belisa y Marin.*)

ESCENA IV.

ROBERTO, ELENA.

ROBERTO.

Esto quiere tu aspereza,
Esto tu ingrata porfía.
¿Es posible que hayas dado
En obligarme á locuras?

ELENA.

Cuanto intentas y procuras,
Roberto, es vano cuidado.
Yo te confieso el amor
De Lisardo mi marido;
Mas nunca tan grande ha sido
Como el que tengo á mi honor,
Por el cual su vida quiero
Perder, que es mas que la mia.

ROBERTO.

Yo venceré tu porfía.

ELENA.

Y yo moriré primero.

ROBERTO.

Estás agora enojada.

ELENA.

Nunca estuve mas en mí.

LUCINDO.

¿Eres mármol?

ELENA.

Soy quien fuí,
A ser quien soy obligada.

ROBERTO.

Vamos; que cuando le veas
Morir, me remediarás.

ELENA.

Si con ese engaño vas,
Ni lo pienses ni lo creas.

ROBERTO.

¿Que de verme no te asombres
Sin superior en el suelo?

ELENA.

Por eso hay Dios en el cielo
Contra el poder de los hombres.

(*Vanse.*)

—

Cárcel.

ESCENA V.

LISARDO.

Prision injusta, de quien
Salir en hombros deseo,
Pues, con ser quien es la vida,
Aun es lo menos que temo;
Puesto que habrán ocupado
Tus calabozos y hierros
Muchas culpas, muchos hombres
Por diferentes sucesos;
Yo sé que no has visto en tí
Quien tenga lo que yo tengo,

[1] Hay que leer *acéto* ó *acecto* para que sea consonante de *efeto* ó *efecto*.

Pues la virtud y hermosura
En este lugar me han puesto.
Enamoróse un tirano,
Resistieron su deseo,
Dice que he muerto á quien hoy
Vivo en su palacio vieron:
Bien conozco en el peligro
Que está mi honor; pero pienso
Que le sabrá defender,
Elena, tu casto pecho.
Muchas esperanzas hacen
A mis desdichas consuelo;
Mucho tu virtud me anima;
Amor me dice que puedo.
Mas ¡ay del preso
Que entre memorias tristes pierde el se-
Divinas y humanas letras [so!
Muestran en claros ejemplos
Triunfos de la castidad
Contra tiranos soberbios.
Muchas mujeres ilustres,
En carros de oro diversos,
Verdes laureles coronan
Por gloriosos vencimientos.
Muchos lascivos despojos,
Muchas coronas y cetros
Pisaron ruedas triunfantes,
Dieron á la fama versos,
Dieron á la historia plumas,
Y honor á las patrias dieron
En Grecia, Italia y España
Contra el olvido y el tiempo.
Yo conozco, Elena mia,
Lo que á tus virtudes debo;
Yo sé tu amor, y tú el mio;
Pero no me deja el miedo.
Ya estoy mirando á Lucrecia,
Ya sucediendo contemplo
Tu nombre al ilustre suyo
Y á sus heróicos trofeos.
Mas ¡ay del preso [seso!
Que entre memorias tristes pierde el

ESCENA VI.

MARIN.—LISARDO.

MARIN.

En fin, me han dejado verte,
Que no fué poco favor.

LISARDO.

¡Marin!...

MARIN.

¿Cómo estás, Señor?

LISARDO.

Entre la vida y la muerte.
¿Cómo está Elena?

MARIN.

No sé
Si vivirá mucho Elena;
Los efectos de la pena
De tu prision te diré.
Tiene tu casa una torre
Fuerte, aunque antigua, y allí
Se ha encerrado, porque ansí
Su casto pecho socorre.
Quiere que con un cordel
Un limitado sustento
Suba á un obscuro aposento,
Y acabar la vida en él.
Díjome desde las rejas:
«Mientras que llega mi fin,
Dile á Lisardo, Marin,
De la suerte que me dejas:
Que por de dentro he cerrado,
Y que la llave le envio,
Para que esté el honor mio
De su voluntad guardado.
Dile que alcaide ha de ser
Desta torre desde allí;
Que aunque me fio de mí,
Pensará que soy mujer.
Finalmente, esté en su mano
La llave de mi lealtad,
Para que mi honestidad
Conquiste, Roberto, en vano.
Caian, á la sazon
Que estas razones decia,
De un sol que ilustraba el dia
Por nubes de confusion,
Unas lágrimas tan bellas,
Que como bajar las vi
Desde arriba, presumí
Que lloraba el cielo estrellas.
Naturaleza se corre
De tener menos poder,
Pues pienso que han de nacer
Perlas al pié de la torre.
La llave al fin me arrojó.
Toma, Señor, y está cierto
Que no subirá Roberto
Por el lugar que bajó.
Toma, y guarda su tesoro,
Confiado aunque te ultrajan;
Que donde lágrimas bajan,
No subirán fuerzas de oro.

LISARDO.

Con sentimiento tan justo
Que el alma á salir provoca,
He escuchado las razones,
Marin, de mi noble esposa.
Y aunque me consuela el ver
Que la inexpugnable roca
De su castidad defienda
El honor, que á los dos toca,
No es remedio en tanto daño,
Porque no está la vitoria
En la torre; que el poder
Buscará con que la rompa.
Dile á mi esposa, Marin,
Que acetar no es justa cosa
Esta llave que me envia,
Y á sus manos se la torna.
Que ella misma sea su alcaide,
Que ella se defienda sola,
Porque la buena mujer
Es *la llave de la honra*.
Que le ruego que descienda
Y que gobierne animosa
Su casa como solia,
Y nuestras cosas disponga
Con libertad, al remedio
Que pueden tener ahora,
Hablando al Rey, si es posible
Que nuestras desdichas oiga.
Que si ella, Marin, se encierra,
¿Quién ha de haber que proponga
Al Rey este injusto agravio?
Pues si llorando le informa,
¿Quién duda que mi justicia
Halle en su grandeza heróica
Piedad, y que la inocencia
De su honestidad conozca?
Que nunca á los justos reyes
Amor de privanza estorba,
Porque como á Dios imitan,
Con la verdad se conforman.
Esto le dirás, y mira
Que es en las castas matronas
El mayor encerramiento
Acudir á lo que importa.
Tú la acompaña, Marin,
Pues de mis desdichas todas
Eres testigo y consuelo.

MARIN.

Pues ¿qué haré yo si tú lloras?

LISARDO.

No te espantes.—Parte presto
Para que remedio ponga
Elena á nuestra desdicha.

MARIN.

Quiera la mano piadosa
Del cielo poner remedio. (Vase.)

LISARDO.

Entre las furiosas olas
Del mar de la tiranía,
Con humildes poderosa,
Corre mi barquilla pobre
Donde los vientos la arrojan.
Romperáse, si los cielos
No ponen en paz las ondas.
¿Qué haré?

ESCENA VII.

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL.—LISARDO.

ALCAIDE.

Lisardo...

LISARDO.

¿Quién es?

ALCAIDE.

Haced cuenta que la sombra
De vuestra muerte.

LISARDO.

¿Hay sentencia?

ALCAIDE.

Y sentencia rigurosa.
Con seis testigos se prueba
De Celio la muerte.

LISARDO.

¡Oh loca
Vanidad de un poder necio!
Vive Celio, y tú furiosa
Pruebas que está muerto Celio,
Para que después te corras,
De tí misma arrepentida!

ALCAIDE.

Ver vuestra paciencia sobra
Para ver vuestra inocencia.
Pero escuchad una cosa,
Que ha de ser vuestro remedio.
Con la princesa Leonora
Casa el duque de Milan,
Y hoy ha venido á las bodas.
Escribilde con Elena;
Que esta ocasion es forzosa
Para que le pida al Rey
Vuestra vida.

LISARDO.

Aliento cobra
Mi esperanza: escribir quiero;
Que una embajada traidora
Me dió á conocer al Duque,
Adonde fuí por la posta
Con cartas del Almirante.

ALCAIDE.

Pues eso básta.

LISARDO.

No es poca
La causa, pues él la sabe.

ALCAIDE.

Si el Duque, Lisardo, toma
A su cargo el remediaros,
Hoy la sentencia revoca.

LISARDO.

Si á mis humildes palabras
Responden sus altas obras,
Para mí fué su venida,
Alcaide, en hora dichosa.

(Vanse.)

ESCENA IX.

ELENA, *de luto, con manto;* MARIN.—Dichos.

MARIN.

El Rey ha dado, Señora,
Esta licencia.

ELENA.

Pues llega,
Si á nadie el hablarle niega.

MARIN. (*Al Duque.*)

Por las bodas de Leonora
Dicen que no ha de haber preso
Que no tenga libertad.
Los piés, gran Señor, me dad.
Humilde su estampa beso.

DUQUE.

¿Quién sois?

MARIN.

De aquel caballero,
Que Roberto os envió,
Soy criado.

DUQUE.

¿Puedo yo
Servirle en algo?

MARIN.

Hoy espero
Su remedio de esa mano.

DUQUE.

¿Dónde está?

MARIN.

Preso, Señor.

DUQUE.

¿Preso?

MARIN.

Es notable rigor
De un poderoso tirano.
Aquí viene su mujer.

DUQUE. (*Al Rey.*)

Señor, la dama está aquí
De Roberto, y aunque á mí
Me viene á hablar, ha de ser
Delante de vos, si acaso
No os teneis por deservido.

REY.

Antes, por ver lo que ha sido,
Quiero saber todo el caso.

DUQUE.

Llegad, Señora, y hablad.
Su majestad da licencia.

ELENA.

La justicia y la inocencia
De un caballero escuchad.
Rey de Nápoles, Alfonso,
Digno por tus claros hechos
De las águilas partidas,
Corona del sacro imperio;
Y vos, gran príncipe Otavio,
Que del feliz casamiento
De Leonora habeis de dar
Reyes á diversos reinos;
Así de remotos indios
Os traigan oro y trofeos
Vuestras naves y soldados,
Que oigais mi desdicha atentos.
Yo soy Elena de Lauria,
Mujer de Lisardo Aurelio,
Hijo de padres tan nobles,
Que á sus hazañas debieron
Los príncipes de Aragon
Ver dilatado su cetro
De España á la bella Italia,
De Nápoles á Palermo.
Perdióse, como acontece,
De la memoria del tiempo
Su casa, y heredó pobre
El honor de sus abuelos.
Casóse conmigo, á quien
Miró con ojos honestos
Estimando la virtud
Por dote mayor del cielo.
Vivimos los dos seis años,
Sin que esta paz y contento
Deshiciese enojo alguno
Por condicion ó por celos;
Pero en medio desta paz,
Un dia me vió Roberto,
El primero de mi mal,
Y de mi bien el postrero.
Fuí para desdicha mia
De mil tristezas sujeto,
Nacidas de mi virtud,
Y de sus locos deseos.
Parecióle que ausentando
A Lisardo (¡mal consejo!)
Fuera su violencia mas,
Y mi resistencia menos;
Pero no fueron posibles
Sus promesas y sus ruegos
Para que puerta ó ventana
Se abriese á intereses necios.
Contar yo sus diligencias,
Fuerzas, traiciones y enredos
Era dar número justo
A los átomos del viento.
Fingió que á mi esposo dabas,
O por los servicios hechos,
O por llevar á Milan
Cartas de un pleito supuesto,
Muchos dineros y joyas;
Y eran joyas y dineros
Para vencer lo imposible
De mis castos pensamientos.
¡Qué ventana de mi casa,
Qué reja ó puerta estuvieron
De sus escalas seguras
Y traidores instrumentos?
Pero no hay hierro, Señor,
Que mas defienda de hacerlos
Como estar la castidad,
Reja de diamante, en medio.
Toda Nápoles lo sabe,
Tú solo no; que no fueron
Las verdades tan dichosas,
Adonde el amor es ciego.
Murmuran el que le tienes;
Pero son pinos excelsos
Los reyes, que por su altura
No escuchan los arroyuelos.
Ultimamente, Señor,
Le llamó una noche, haciendo
Que le engañen sus criados;
Pero avisándole desto
El que ha venido conmigo,
Cuya lealtad y silencio
Mereciera honor de estatuas
Entre latinos y griegos;
Volvió á su casa, y halló
Que la estaba defendiendo
Mi honor con las fuertes armas
De mi pensamiento honesto.
Parecióle que ya estaba
Su loco amor descubierto,
Y de matar á Lisardo
Resolvió su atrevimiento;
Mas con favor de quien digo,
Y lo primero del cielo,
Que la inocencia defiende,
Fué vano su loco intento.
Mas luego, el siguiente día,
Vino con la guarda, haciendo
La mas extraña invencion
Que cupo en tirano pecho.
Prendió á Lisardo mi esposo
Diciendo que á Celio ha muerto;
Y anda en la ciudad, Señor,
Vivo y sin vergüenza, Celio.
Con esto le ha sentenciado

A muerte, probando el hecho
Con testigos, que no faltan
Donde sobran los dineros;
Que esto de falsos testigos,
Hasta que están descubiertos,
Son mohatras de la envidia
Para destruicion del dueño:
Todo á efecto de que pueda
Conmigo el amor y el miedo
De mi marido acabar
Lo que no el poder y el ruego.
Hoy se la han notificado,
Y está el pobre caballero
Previniendo á Dios el alma
Y para el cuchillo el cuello.
Como ha venido el gran Duque
Para ser cuñado vuestro
Y de Leonora marido,
Parecióle, Rey supremo,
Pedirle en esta ocasion
(Pues tiene conocimiento
De esta maldad) interponga,
Si no para su remedio,
Para averiguar la muerte
De Celio, pues vive Celio,
Su autoridad, confiado
De su valor, prefiriendo
El gusto del Rey en todo;
Que si al honor de Roberto
Importa morir Lisardo,
Morirá por no ofenderos;
Pero si el hacer justicia
Dió tanta gloria á Seleuco,
A Torcato, á Bruto, á Fabio,
Que sus propios hijos dieron
Al cuchillo, rey Alfonso,
Mejor podeis á su ejemplo
Dar la vida de un criado,
O permitir á lo menos
Que la verdad se descubra
En honra de un pecho honesto;
Que la fama agradecida
Hará vuestro nombre eterno,
Si en la justicia los reyes
Son imágenes del cielo.

REY.

Antes, Otavio, que hableis
(Pues para tal sinrazon
Es ociosa intercesion
La que por Lisardo haréis),
Vayan luego por Lisardo,
Y venga Lisardo aquí. (*Vase Florencio.*)

ELENA.

¡Cuán justamente de tí
Justicia y remedio aguardo!

DUQUE.

Crea vuestra majestad
Que cuantas hazañas graves
Le han dado en campos y naves
Opinion y autoridad,
Ninguna con mas razon
Que hacer agora justicia,
Castigando la malicia
Contra su misma aficion.
Si bien ya me da á entender
Que la templa el desengaño
De un hombre humilde y extraño,
Hoy César y nada ayer.

REY.

Cuando con el mismo amor
Que le he tenido le amara,
En una maldad tan clara
Mostrara el mismo rigor.
Yo estoy ya desengañado;
Y cuando no lo estuviera,
La misma justicia hiciera.

ESCENA X.

LISARDO, FLORENCIO.—EL REY, EL DUQUE, ELENA, MARIN.

FLORENCIO.

Aquí está el preso.

LISARDO.

Y postrado,
Señor invicto, á esos piés.

REY.

Lisardo, obligado estoy
A hacer por vos desde hoy
Lo que os debo y justo es.
Mejor fuera que Roberto
Me acordara obligaciones
A tantos fuertes varones
Que en nuestro servicio han muerto,
Que no intentar infamaros,
No siendo Elena quien es,
Con su violencia, y después
Querer la vida quitaros.
Mi capitan de la guarda
Os hago, para que vais
A prenderle, y le traigais
Donde mi enojo le aguarda.

LISARDO.

Con lágrimas os responde
Mi humildad, mudo mi labio.

DUQUE.

La venganza deste agravio
A tu grandeza responde.
(*Vanse el Rey, el Duque y Florencio.*)

ESCENA XI.

LISARDO, ELENA, MARIN.

LISARDO.

¡Elena mia!...

ELENA.

¡Señor!...

MARIN.

No hay, Señor, sino ir volando
A prender este hombre.

LISARDO.

Cuando
Fuiste llave de mi honor
Tuve mi remedio cierto.

MARIN.

¿Oye? A la noche hablarán.
Vamos, señor capitan,
Y prendamos á Roberto.
(*Vanse.*)

—

Habitacion de Roberto.

ESCENA XII.

ROBERTO, CELIO, FABRICIO, LUCINDO.

ROBERTO.

A risa me has provocado,
Y por otra parte á pena.

LUCINDO.

Yo pienso, Señor, que Elena
Remediará tu cuidado,
Porque viendo á su marido
El cuchillo á la garganta,
No será su crueldad tanta.

ROBERTO.

Donaire notable ha sido
Sentenciarle por la muerte
De Celio, y que Celio esté
Con nosotros.

CELIO.

Bien se ve
Que te burlas.

ROBERTO.

Celio, advierte
Que si no se mueve Elena,
La he de dar este disgusto.

FABRICIO.

Yo no sé si es justo ó injusto;
Pero ya Lisardo ordena
Su alma y su testamento.

ROBERTO.

En peligro semejante
No será Elena diamante;
Mudará de pensamiento.

LUCINDO.

Yo no veo entrar persona,
Que no imagine que es ella.

ROBERTO.

Llorando estará mas bella.

CELIO.

Mi muerte, Señor, perdona;
Que me pesa de andar muerto.

ROBERTO.

En viniéndome á rogar
Elena, se ha de tratar
Del perdon y del concierto.

ESCENA XIII.

LISARDO, MARIN, ALABARDEROS.—DICHOS.

MARIN.

Aquí está Roberto.

LISARDO.

Entrad.

LUCINDO.

¿Qué es esto, Señor, que veo?
¡Lisardo libre!

ROBERTO.

¿Qué dices?
Sí, por vida de Roberto.

LISARDO.

Date, Roberto, á prision.

ROBERTO.

¡Yo preso! Guardas, ¿qué es esto?

UNO DE LA GUARDA.

Señor, esto manda el Rey.

ROBERTO.

¿El Rey á mí?

LISARDO.

Date preso.
Quítale, Marin, la espada.

ROBERTO.

¡Hay mayor atrevimiento!
Hombre, ¿no sabes quien soy?

MARIN.

Déme la espada; acabemos.

ROBERTO.

Guardas, tomalda vosotros,
Pues aquí no hay caballero
A quien yo la pueda dar.

LISARDO.

Roberto, yo soy tan bueno
Como los que buenos son,
Y mejor que tú.

ROBERTO.

No puedo
Creer que pasa por mí
Tal suceso; es sombra, es sueño.
¡Criados!...

MARIN.

Ya los criados
Al uso del mundo huyeron.

ROBERTO.
¿No hay hombre aquí?

MARIN.
¿Para qué?

LISARDO.
Llevadle.

ROBERTO.
¡Extraño suceso!
(*Vanse.*)

Salon del real palacio.

ESCENA XIV.

CRIADOS, *precediendo al* REY, *al* DUQUE *y á la princesa* LEONOR; DAMAS, ELENA, BELISA.

DUQUE.
Cuantas honras recibiere
Elena, quiero que todas,
Princesa hermosa, me obliguen.

PRINCESA.
Elena, mujer heróica,
Merece por su virtud
Que la celebre la historia
De las mujeres ilustres.

REY.
Las romanas, españolas
Y griegas, laurel le rinden.

ELENA.
Bien conozco que os provoca
Mi inocencia y ser el dia
De vuestras felices bodas.
El cielo de quien confio,
Ilustrísima Leonora,
Os dé por bien destos reinos
Larga sucesion dichosa;
Que pues hoy junta á Milan
De Nápoles la corona,
Parece que darle quiere
Lo que ha faltado hasta agora.
En mí tendréis una esclava,
Que esta merced reconozca
Lo que tuviere de vida.

PRINCESA.
Cualquiera merced es poca
Para darle premio justo
A una accion tan virtuosa.

ESCENA XV.

ALABARDEROS *con* ROBERTO; MARIN, LISARDO.—DICHOS.

LISARDO.
Aquí, Señor, tienes preso
A Roberto.

REY.
Aun ver me enoja
Lo que algun tiempo estimaba.

ROBERTO.
La inconstancia de las cosas
Del mundo tendrá en mi ejemplo
Una fábula notoria
De sus fáciles promesas,
De sus esperanzas locas,
Y de que humildes principios
A ser lo que fueron tornan.
¿He sido yo por ventura
Desleal? ¿Tanto te asombra
Que un justo amor me enloquezca
Por una mujer hermosa?
¿Soy el primero del mundo
Que los ídolos adora,
Donde tantos capitanes
Y tantos sabios se postran
Al poder de un ciego rey?
¿He sido ingrato á tus obras?
He manchado tus grandezas
Con traiciones alevosas?
¿No está presente la culpa
Que mis delitos abona?
Que puesto que es mi fiscal,
Quiero que agora interponga
Su piedad como abogado.

REY.
Si ella por tu causa aboga,
Haz cuenta que mi justicia
Esa apelacion te otorga.
Yo no digo que no tenga
Amor fuerza poderosa;
Pero para amar se entiende,
No para intentar deshonras,
No para quitar las vidas.
Pero no quiero que pongas
Culpa á amor ni á la fortuna,
Que los que levanta arroja
Del lugar donde los sube,
Sino que de tí disponga
Lisardo: él te dé sentencia,
O piadosa ó rigurosa.
Él es tu jüez, Roberto.

ROBERTO.
De jüez que se apasiona
Por una de las dos partes,
Y que es nulidad notoria
Ser tambien parte y jüez,
¿Cómo podrá ser piadosa
La sentencia desta causa,
Y mas si la vara toma
En la mano del agravio?

LISARDO.
Roberto, ley es forzosa
Que la pena que me diste,
Y mas si honor me provoca,
Esa misma te dé á tí.

ROBERTO.
Merezco muerte afrentosa;
Mas jüez que de la parte
En público se enamora
Como tú lo estás de Elena,
Si bien puedes, que es tu esposa,
¿Cómo puede ser jüez?

REY.
Roberto, justicia sobra.
Hoy has de morir.

ROBERTO.
Apelo
En ejecucion tan corta
A Elena, mujer al fin,
Cuyas virtudes adorna
La piedad.

ELENA.
No te engañaste,
Pues Elena te perdona.

ROBERTO.
Beso mil veces tus piés,
Nueva Marcia, Julia y Porcia.

REY.
¡Piadosa hazaña!

DUQUE.
Por ella,
Mientras mas la galardona
El Rey mi señor, le doy
Cuatro villas, y son pocas,
En mi estado.

REY.
Y yo á Lisardo
Por su casa generosa
Los títulos de Roberto.

LISARDO.
¡Dichosa, Elena, la hora
En que la mano te dí,
Pues prueba el fin desta historia
Que el tener buena mujer
Es *la llave de la honra*!

EL VILLANO EN SU RINCON.

PERSONAS.

LISARDA, *labradora.*	MARIN, *lacayo.*	FELICIANO, *labradores.*	UN ALCAIDE.
BELISA.	EL REY DE FRANCIA.	FILETO, *labradores.*	ACOMPAÑAMIENTO.
COSTANZA.	LA INFANTA, *su hermana.*	BRUNO, *labradores.*	VILLANOS.
OTON, *caballero.*	EL ALMIRANTE.	SALVANO, *labradores.*	MÚSICOS.
FINARDO.	JUAN, *labrador.*	TIRSO, *labradores.*	CRIADOS.—ENMASCARADOS.

La escena es en Paris y en un pueblo á dos leguas.

ACTO PRIMERO.

Calle en Paris.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA Y BELISA, *en hábito de damas; detrás,* OTON, FINARDO Y MARIN.

BELISA. (*A Lisarda.*)

¿Desto gustas?

LISARDA.

Desto gusto.

BELISA.

¡Qué notable inclinacion!

OTON. (*A Finardo.*)

...ndas pienso que son.

FINARDO.

...te resulte disgusto;
...e en el hábito parecen
...nte noble y principal.

OTON.

...lle y habla es celestial:
...os matan y enloquecen.
...s si el ánimo faltara,
¿Qué ocasion no se perdiera?

LISARDA. (*A Belisa.*)

...bien no me pareciera,
...guna joya tomara;
...e lo mayor para mí
...el buen talle del hombre.

BELISA.

...r mi fe que es gentil hombre.

FINARDO. (*A Oton.*)

¿Volverás á hablarla?

OTON.

Sí.

LISARDA.

...n qué estilo tan galan
...tas joyas me compró!

BELISA. (*A Lisarda.*)

...bla bajo, porque yo
...nso, Lisarda, que van
...guiendo nuestras pisadas.

LISARDA.

...o me ha dado temor.

BELISA.

...elve muy aprisa amor
...s las prendas empeñadas.

LISARDA.

...do lo que esto me ha dado,
...opinion ha de perder,
...gura viene á saber
La calidad de mi estado;
Mas podrélo remediar
Con darle una prenda yo
Que valga mas.

BELISA.

Eso no.

OTON.

Quiero, Finardo, llegar.—
A mucha descortesía,
Hermosa dama, tendréis, (*A Lisarda.*)
Y apostaré que estaréis
Descontenta de la mia,
Porque sirviendo no os vengo,
Y que una vez vuelvo á hablaros.

LISARDA.

Yo me holgara de obligaros,
Por el peligro que tengo,
Señor, á que me dejeis,
Cierto de que en el lugar
Donde hoy me vistes llegar,
Muchas veces me veréis;
Y para satisfacion
De que no os digo mentira
(Porque no sabe quien mira
Las mas veces la intencion),
Esta sortija tomad.

OTON.

Por prenda vuestra la aceto,
Y no seguiros prometo,
Si no es con la voluntad.
No os espante el ver que siga,
Pues el alma me llevais,
Ni el ver, pues ya me dejais,
Que esto tan aprisa os diga;
Que sabe el cielo que es fuerza,
Y que no he podido mas.

LISARDA.

El noble que ama, jamás
Hizo á lo que quiso fuerza.
Esto espero yo de vos,
Pues vuestra nobleza es llana;
Que aquí me veréis mañana.—
Y quedaos con Dios.

OTON.

Adios.

LISARDA.

Yo os juro que, si os agrado,
Que de vos lo voy tambien,
Y que procediendo bien,
Os doy amor por cuidado.

OTON.

Yo no pasaré de aquí,
Satisfecho que os veré.

LISARDA.

Pues yo de aquí pasaré,
Si vos me obligais ansí.

OTON.

Digo que vais en buen hora.

LISARDA.

Satisfecha voy de vos.

OTON.

Id con Dios.

LISARDA.

Quedad con Dios.

(*Vanse ellas.*)

ESCENA II.

OTON, FINARDO, MARIN.

FINARDO.

¿Qué tenemos?

OTON.

Que es señora
De gran calidad, sin duda.

FINARDO.

Lindamente os ha engañado.

OTON.

Yo me doy por bien pagado,
Aunque eternamente acuda
Donde dice que vendrá.

FINARDO.

¿Qué te parece, Marin,
Deste tu señor?

MARIN.

Que en fin
Tras sus antojos se va.
¿Qué bestia le hubiera dado
Tantas joyas á mujer
Sin coche, silla, ó traer
Solo un escudero al lado?

OTON.

No la pensaba seguir...
La palabra me tomó...
—Pero perdonad; que yo
Os tengo de ver mentir,
Y me habeis de confesar
Que soy mas cuerdo, aunque poco.
—Parte, por gusto de un loco,
Marin, hasta verla entrar
En la casa donde vive.
¿Qué miras? Véla siguiendo.

MARIN.

Voy tras ella, porque entiendo
Que ya Finardo apercibe
La vaya que te ha de dar.

OTON.

No hará, por vida de Oton;
Que yo sé que es ocasion
Para podella envidiar.

(*Vase Marin.*)

ESCENA III.

OTON, FINARDO.

FINARDO.

Fingís estar engañado,
Porque no os tenga por necio.

OTON.

Para mí no tiene precio,
Finardo, un término honrado.

FINARDO.

¡Término honrado es tomar
Mas de trecientos escudos
De joyas de oro!

OTON.

A los mudos
Haréis porfiando hablar.
No os lo pensaba decir.
¿Conoceis piedras?

FINARDO.

Muy bien.

OTON.

¡Puede ser que á un hombre dén
La que puede competir
Con una estrella del cielo,
Mujeres de poco honor?

FINARDO.

Esta tiene gran valor.

OTON.

Que son señoras recelo.

FINARDO.

Piedra es esta que me admira.

OTON.

Es un gentil diamante.

FINARDO.

Pero la luz no os espante,
Porque mil veces se mira
Tan bien labrado un cristal,
Que aun engaña á quien lo entiende.

OTON.

Ya vuestro temor me ofende.
Todo lo juzgais á mal.

FINARDO.

Hay seis ó siete maneras
De mujeres pescadoras,
Que andan, Oton, á estas horas
Por estas verdes riberas.
Una sale con rigor
Que no se ha de destapar,
Porque en viéndola, no hay dar
Una blanca de valor.
Esta, fiada en el pico,
Dos melindres y un enfado,
Y algo de un ojo rasgado
Que encubre nariz y hocico,
Pesca de solo su anzuelo
Camarones, pececillos,
Guantes, tocas y abanillos
Del boquirubio mozuelo.
Otra sale con su manto
Como barba hasta la cinta;
Que, por lo casto se pinta
De lo que aborrece tanto.
Pesca un barbo boquiabierto,
Destos que andan á casarse,
Que piensan que han de toparse
Con un tesoro encubierto:
Lleva arracadas y cruces.
Otra sale á lo bizarro,
Tercia el manto con desgarro,
Y anda el rostro entre dos luces.
Esta viene mas fiada
En la cara bien compuesta,
Descubierta á la respuesta,
Y cuando pide tapada.
Pesca un delfin á caballo,
Que se apea á no lo ser,
Cuerdo digo, al mercader,
Que sabe bien castigallo,
Y quédalo por la pena.
Otra veréis, cuyo fin
Es dar un nuevo chapín,
Que aquella mañana estrena.
Acuden á la virilla
De plata resplandeciente
Mil peces de toda gente;
Y ella salta, danza y brilla:
Pesca medias y otras cosas;
Dice que vive, á diez hombres,
En calles de treinta nombres.
Otras hay mas cautelosas,
Destas de coche prestado:
Pescan un señor seguro,
Llevan diamante, oro puro,
Que se cobra ejecutado.
Halla á la noche bujías,
Pastilla, esclavilla y salva;
Y vase á acostar al alba,
Después de seis gracias frias
Y un poquito de almohada.
Otras hay que andan al vuelo:
No ponen cebo al anzuelo
Ni van reparando en nada,
Porque son red barredera
De los altos y los bajos.
Estas pescan renacuajos,
Mariscando la ribera,
Porque llevan avellanas,
Duraznos, melocotones,
Huevos, sardinas, melones,
Besugos, peras, manzanas,
Y zarandajas ansí.
Destas ya habréis escogido
Lo que vuestra dama ha sido;
Que yo lo sé para mí.

OTON.

Paréceme discrecion
De apretante cortesano.
¡Qué enfadoso estáis!

FINARDO.

Es llano,
Diciéndoos verdad, Oton.

ESCENA IV.

MARIN.—DICHOS.

MARIN.

Ea, albricias.

OTON.

¿Cómo ansí?

MARIN.

¡Linda cosa!

OTON.

¿De qué modo?

MARIN.

¡Oh bien empleado todo
Cuanto se lleva de aquí!

OTON.

¿Es acaso gran señora?

MARIN.

No, pero muy gran bellaca,
Pues con invenciones saca,
Y se va riyendo agora.

FINARDO.

Riyendo se va un arroyo,
Sus guijas parecen dientes.

OTON.

¿Haceis burla?

FINARDO.

No le cuentes
Si era fregona de apoyo,
O damisela de aquellas
De guadameco en invierno,
Sino ríñele lo tierno
Con que se muere por ellas,
Y el crédito que les da
A sus vidrios engastados.

MARIN.

Pienso dejaros helados,
Si os lo cuento.

OTON.

Acaba ya.

MARIN.

Seguí este diablo ó mujer
Casi hasta el fin de París;
Que pensé que á San Dionís
Iba por dicha á comer.
Llegó la tal á un meson,
Entró en él, y á un aposento
Se fué derecha al momento...
Forjo una linda invencion,
Y entro al descuido á saber
De cierto español correo.
Miro al aposento, y veo
Desnudarse la mujer,
Y vestirse poco á poco
De labradora, y después
Salir con ella otros tres.

FINARDO.

¡Para engañar á otro loco!

MARIN.

No, por Dios; mas un villano
Un carro sacó al instante,
Y ella poniendo delante
Del rostro con blanca mano
Un velo sutil, subió,
Y en una alfombra sentada,
La primavera esmaltada
Por abril me pareció.
Bien puede ser que si vieras
En el traje la mujer,
Que tuvieras mas que hacer,
Porque hasta el lugar te fueras.
Iba un villanillo á pié,
Y preguntéle quién era,
Y dijo desta manera:
«¿Qué lo pregunta? Él ¿no ve
Que es hija de mi señor,
Juan Labrador?—Es gallarda,
Dije. ¿Dónde vive? Aguarda.»
Y respondióme: «En Belflor,
Ese lugar del camino
Del bosque en que caza el Rey.»

FINARDO.

Villana es á toda ley,
Que en traje de dama vino
A burlar en la ciudad
Un moscatel como vos.

OTON.

¡Juan Labrador!

MARIN.

Sí, por Dios.

OTON.

¡Qué extraña temeridad!
Pues ¿cómo una labradora
Este diamante me dió?

FINARDO.

Porque, si es vidrio, os burló.

OTON.

Eso sabrémos agora.
Camina á la platería.

MARIN.

Sea dama ó labradora,
No es tan hermosa la aurora
Cuando abre la puerta al dia.

FINARDO.

¿Que es tan hermosa, Marin?

MARIN.

No hay cosa que mas lo sea.
Haz cuenta que en una aldea
Se ha humanado un serafin.

(*Vanse.*)

De que se te quede allá?

FILETO.

Entre personas muy graves
Platos y paños se vuelven.

JUAN.

. . . . [1]
Los pámpanos, de manera
Unos en otros asidos,
Con clavellinas tejidos,
Que vayan cayendo á fuera;
Que juntas hojas y flores
Parece, si están lozanos,
Sus hojas paños de manos,
Y los claveles labores.

FILETO.

Voy, y la pondré de suerte,
Que al Rey se pueda llevar.

JUAN.

Aquí te quiero aguardar.

FILETO.

Al momento vuelvo á verte. *(Vase.)*

ESCENA VI.

JUAN.

¡Gracias, inmenso cielo,
A tu bondad divina!
No tanto por los bienes que me has dado,
Pues todo aqueste suelo
Y esta sierra vecina
Cubren mis trigos, viñas y ganado,
Ni por haber colmado
De casi blanco aceite
Destas olivas bajas,
A treinta y mas tinajas,
Donde nadan los quesos por deleite,
Sin otras de henchir faltas
De olivas mas ancianas y mas altas;
No porque mis colmenas,
De nidos pequeñuelos
De tantas avecillas adornadas,
De blanca miel rellenas,
Que al reirse los cielos
Convierten destas flores matizadas;
Ni porque estén cargadas
De montes de oro en trigo
Las eras que á las trojes
Sin tempestad recoges,
De quien tú que lo das eres testigo,
Y yo tu mayordomo,
Que mientras mas adquiero, menos como;
No porque los lagares
Con las azules uvas
Rebosen por los bordes á la tierra,
Ni porque tantos pares
De bien labradas cubas
Puedan bastar á lo que Otubre encierra;
No porque aquella sierra
Cubra el ganado mio,
Que allá parecen peñas,
Ni porque con mis señas,
Bebiendo de manera agota el rio,
Que en el tiempo que bebe,
A pié enjuto el pastor pasar se atreve;
Las gracias mas colmadas
Te doy porque me has dado
Contento en el estado que me has puesto.
Parezco un hombre opuesto
Al cortesano triste
Por honras y ambiciones,
Que de tantas pasiones
El corazon y el pensamiento viste,
Porque yo sin cuidado,
De honor, con mis iguales vivo honrado.
Nací en aquesta aldea,
Dos leguas de la corte,
Y no he visto la corte en sesenta años,
Ni plega á Dios la vea,
Aunque el vivir me importe
Por casos de fortuna tan extraños.
Estos mismos castaños,
Que nacieron conmigo,
No he pasado en mi vida;
Porque si la comida
Y la casa, del hombre dulce abrigo,
Adonde nace tiene,
¡Qué busca? adónde va ni adónde viene!
Ríome del soldado,
Que como si tuviese
Mil piernas y mil brazos, va á perdellos;
Y el otro desdichado,
Que como si no hubiese
Bastante tierra, asiendo los cabellos
A la fortuna, y dellos
Colgado el pensamiento,
Las libres mares ara,
Y aun en el mar no para,
Que presume tambien beber el viento:
¡Ay Dios! ¡Qué gran locura,
Buscar el hombre incierta sepultura!

ESCENA VII.

FELICIANO.—JUAN.

FELICIANO.

Ansí Dios te dé placer,
Padre mio y mi señor,
Que me hagas un favor.

JUAN.

Muchos te quisiera hacer.

FELICIANO.

Pues ven por tu vida á ver
Al Rey, que muy cerca pasa
Del umbral de nuestra casa;
Que va á cazar á su monte.
Tu capa y sombrero ponte,
Que el sol en vendimia abrasa.
Ven á ver las damas bellas
Que acompañan á su hermana,
Que sale como Diana
Entre planetas y estrellas.
Con ella compiten ellas,
Y ella con el sol divino.
Ven, porque todo el camino
Se cubre de mas señores
Que tienen los campos flores
Y fruta aquel verde pino.
Ven á ver cuán envidioso
Está el sol de los caballos,
Porque quisiera roballos
Para su carro famoso.
Verás tanto paje hermoso,
Que el pecho tierno atraviesa
Con banda blanca francesa,
Opuesta al rojo español,
Ir como rayos del sol
Por esa arboleda espesa.
Ea, padre, que esta vez
No has de ser tan aldeano.
Da por tu vida de mano
A tanta selvatiquez.
Alegra ya tu vejez,
Hinca la rodilla en tierra
Al Rey, que con tanta guerra
Te mantiene en paz.

JUAN.

No más;
Que pesadumbre me das.
La boca, ignorante, cierra.
¿Qué es ver al Rey? ¿Estás loco?
¿De qué le importa al villano
Ver al señor soberano,
Que todo lo tiene en poco?
Los últimos pasos toco
De mi vida, y no le vi
Desde el dia en que nací;
Pues ¿tengo de verle ya,
Cuando acabándose está?
Mas quiero morirme ansí.

[1] Verso suelto; faltan, lo menos, tres.

Yo he sido rey, Feliciano,
En mi pequeño rincon;
Reyes los que viven son
Del trabajo de su mano;
Rey es quien con pecho sano
Descansa sin ver al Rey,
Obedeciendo su ley
Como al que es Dios en la tierra,
Pues que del poder que encierra
Sé que es su mismo virey.
Yo adoro al Rey; mas si yo
Nací en un monte ¿á qué efecto
Veré al Rey, hombre perfecto,
Que Dios singular crió?
El cura nos predicó
Que dos ángeles tenía
Que le guardan noche y dia,
Y que esta fué su opinion,
Sin la mucha guarnicion
De su armada infantería.
Yo propuse, Feliciano,
De no ver al Rey jamás,
Pues de la tierra en que estás
Yo tengo el cetro en la mano.
Si el Rey, al pobre villano
Que ves, prestados pidiese
Cien mil escudos, y hubiese
Grande, que así los prestase
(¿Qué es prestase? presentase),
Que en un cordel me pusiese.
Daré al Rey toda mi hacienda,
Hasta la oveja y el buey;
Mas yo no he de ver al Rey,
Mientras desto no se ofenda.
¿Hame de dar encomienda
Ni plaza de consejero?
Servirle y no verle quiero,
Porque al sol no le miramos,
Y con él nos alumbramos,
Pues tal al Rey considero.
No se deja el sol mirar,
Que es su rostro un fuego eterno;
Rey del campo que gobierno
Me soleis todos llamar;
El ave que hago matar,
Sábele allá de otro modo,
Ni el vino oloroso es todo,
Porque le falta haber sido
El mismo quien le ha cogido.
Para que le sepa mas;
Que en las viñas donde estás,
Lo que he sembrado he bebido.
Los coches pienso que son
Estos que vienen sonando.
Ya me escondo, imaginando
Su trápala y confusion.
¡Ay, mi divino rincon,
Donde soy rey de mis pajas!
¡Dura ambicion! ¿qué trabajas
Haciendo al aire edificios,
Pues los mas altos oficios
No llevan mas de mortajas? *(Vase.)*

ESCENA VIII.

FELICIANO.

¡Qué bárbaro produjeron
Las montañas del Caucaso?
¿Qué Abarino, qué Circaso
Sus ocultos montes vieron?
¿A qué leon leche dieron
Las albanesas leonas,
Ni en todas las cinco zonas
Vió el sol por fuegos ó hielos,
Corriendo sus paralelos,
Sus círculos y coronas,
Con semejante rigor?
¡Hay tan grande villanía!
De ver al Rey se desvía,
Y al que es supremo señor!

ESCENA IX.

LISARDA Y BELISA, *en hábito de labradoras.*—FELICIANO.

LISARDA. *(Ap. con Belisa.)*
¡De qué famosa labor
Iba bordada la saya!

BELISA.
No presumo yo que haya
En el Sur perlas mas bellas.

LISARDA.
Allá envian á cogellas
A la mas remota playa.

BELISA.
Hermosa la Infanta iba.

LISARDA.
Cuando no fuera quien es,
Su hermosura era interés
Que en mas alto reino estriba.

BELISA.
Pensé que era, así yo viva,
Uno de aquellos señores,
El que allá te dijo amores,
Cuando fuiste disfrazada.

LISARDA.
Pues no estuviste engañada;
Yo lo estuve en sus favores.

BELISA.
Mira que está aquí tu hermano.

LISARDA.
Feliciano...

FELICIANO.
Mi Lisarda...

LISARDA.
¿Viste la corte gallarda?

FELICIANO.
Vi nuestro Rey soberano.

LISARDA.
¿Y no viste, Feliciano,
Tantas damas, tal belleza?

FELICIANO.
Admírame su grandeza
De suerte, que á toda furia
Vine á llamar quien injuria
La misma naturaleza.
Rogué á mi padre que fuese
A ver al Rey.

LISARDA.
Necedad.
¿Tan extraña novedad
Querias que por tí hiciese?
Antes que Juan se moviese
De su umbral á ver al Rey,
Romperia el aire un buey,
Porque desde que nació
El no ver al Rey juró,
Después de guardar su ley.

FELICIANO.
¿Es posible que nacimos
Deste monstruo?

LISARDA.
No lo sé.

FELICIANO.
Si es nuestro padre, ¿por qué
Tan diferentes salimos?
Yo muero por ver la corte
Y andar en honrado traje;
Cánsame este villanaje,
Aunque á darle gusto importe.
Cuando me puedo escapar,
Voy á Paris con vestido
Tan cortesano y pulido,
Que el Rey me puede mirar.
Escucho sus caballeros,
Su grandeza me alborota;
Al juego de la pelota
Voy á apostar mis dineros,
Ya que no puedo jugar
(A lo menos no me atrevo),
Porque sé bien que si pruebo,
Conmigo se ha de enojar.
Si en las justas y torneos
Puedo disfrazado entrar,
Allá procuro llegar,
Y si no, con los deseos.
No sé cómo me engendró.

LISARDA.
Pues ¿qué te diré de mí?
Jamás á la corte fuí,
Que allá pareciese yo.
Mi ropa, basquiña y manto,
Guante y dorado chapin
Puede mirallo el Delfin.

FELICIANO.
De su rudeza me espanto.
Yo voy á la iglesia, hermana,
Porque oí decir que oiria
Misa el Rey en ella.

LISARDA.
Haria
Nuestra aldea cortesana.
Y aun allí podria ser
Que nuestro padre le viese,
Aunque verle no quisiese,
Pues nunca le quiere ver.

FELICIANO.
No hayas miedo, porque está
Desde que al Rey ha sentido,
O encerrado ó escondido.

LISARDA.
Pues ¿á misa no saldrá?

FELICIANO.
Perderála por no ver
La corte, el Rey ni las damas.

LISARDA.
Y ¿bárbaro no le llamas?

FELICIANO.
Ni aun hombre mereció ser.
Voyme, porque para mí
Nunca amanece tal dia. *(Vase.)*

ESCENA X.

LISARDA, BELISA.

LISARDA.
¿Qué dirás, Belisa mia,
De lo que ha pasado aquí?

BELISA.
Digo que como la gente
Del lugar toda entrará
A ver el Rey, si allá está,
Puedes muy honestamente
Verle, y ver si está con él
El que las joyas te dió.

LISARDA.
Digo que le he visto yo,
Belisa, y muy cerca dél.

BELISA.
¡Cosa que fuese señor
De importancia!

LISARDA.
No quisiera
Que tan grande señor fuera
Como imposible mi amor.
Pero vamos á saber
Lo que hizo la fortuna;
Que quien nació sin ninguna,
¿De qué la puede temer?
Mas tenga este desengaño
Mi padre Juan Labrador;
Que no lo ha de ser mi amor,
Sin hacer á mi honor daño.

no nací; mi Belisa,
labrador por dueño:
mi su estilo es sueño,
condicion es risa.
me tengo de casar
mi gusto y por mi mano
un hombre cortesano,
no en mi propio lugar.

BELISA.

me llevarás contigo?

LISARDA.

migo te llevaré.
corte me crié;
estilo y leyes bendigo.

BELISA.

mos, y deja el aldea.

LISARDA.

y, si hablase aquel señor!

BELISA.

es imposible tu amor,
no título no sea.

LISARDA.

dale mi padre dar
dote cien mil ducados.

BELISA.

ados hacen ducados;
duque te has de casar.

(*Vanse.*)

—

exterior de la iglesia de un pueblo.

ESCENA XI.

REY DE FRANCIA, LA INFANTA,
NARDO, OTON, MARIN, ACOMPA-
ÑAMIENTO.

REY.

beisle preguntado?

OTON.

Ya se viste;
no fué poca dicha, porque es tarde.

INFANTA.

iglesia me contenta, aunque es anti-
altares tienen para aldea [gua,
ros ornamentos que la corte.

OTON.

que en ella vive un hombre rico,
debe de tener este cuidado.

REY.

piedra es esta escrita, que sostiene
pilar?

INFANTA.

Será alguna memoria.
á leer se pone vuestra alteza?

ESCENA XII.

TO, BRUNO, SALVANO.—DICHOS.

FILETO.

quedito, Bruno, no te sientan.

BRUNO.

¡fuera yo mas quedo sobre huevos?

SALVANO.

es el Rey?

FILETO.

Aquel mancebo rojo.

SALVANO.

Dios! Los reyes ¿tienen bar-

FILETO. [bas?

cómo piensas tú que son los reyes?

SALVANO.

visto en un jardin pintado al César,
A Tito, á Vespasiano y á Trajano;
Pero estaban rapados como frailes.

BRUNO.

Esos eran coléricos, que apenas
Sufrian sus bigotes, y de enfado
Se dejában rapar barba y cabeza.

INFANTA.

¿De qué se está riyendo vuestra alteza?

REY.

¿No quieres que me ria, si he leido
La cosa mas notable en esta piedra
Que está en el mundo escrita, ni se ha

INFANTA. [oido?

Pues no se espante deso vuestra alteza;
Que en los sepulcros hay notables cosas.

OTON.

Estando yo en España y en Italia,
He visto algunos de memoria dignos.

REY.

Plutarco hace mencion, y por testigo
Pone á Herodoto, del sepulcro insigne,
Que en la puerta mayor de Babilonia
Hizo la gran Semíramis de Nino,
Convidando á tomar de sus dineros
Al Rey, que dellos fuese codicioso.
Abrióle Dário, rey de Persia, y dentro
Halló sola una piedra que decia:
«Si no fueras avaro y ambicioso,
No vieras las cenizas de los muertos.»

OTON.

De Heródes cuenta la codicia misma
Josefo, historiador de tanto crédito.
Abrió, pensando hallar ricos tesoros,
Del gran David y Salomon las urnas.

INFANTA.

Notables fueron en antiguos tiempos
De la bárbara Egipto los pirámides.

OTON.

En Lusitania, en una piedra había
Escritas estas letras: «Gundisalvo
Yace debajo aquesta losa fria;
Boca abajo mandó que le enterrasen,
Porque da tan apriesa vuelta el mundo,
Que quedará muy presto boca arriba,
Y así quiso excusarse del trabajo.»

REY.

¡Notable!

INFANTA.

No se ha visto semejante.

REY.

Este merece letras en diamante.

INFANTA.

¿Cómo dicen, Señor?

REY.

De aquesta suerte...
—Aunque le falta el año de la muerte:
«Yace aquí Juan Labrador,
Que nunca sirvió á señor,
Ni vió la corte ni al Rey,
Ni temió ni dió temor;
Ni tuvo necesidad,
Ni estuvo herido ni preso,
Ni en muchos años de edad
Vió en su casa mal suceso,
Envidia ni enfermedad.»

INFANTA.

¿No dice cuándo murió?

REY.

No escribe el año ni el mes.

INFANTA.

Por ventura es vivo.

REY.

Yo
Diera un notable interés
Porque viviera.

INFANTA.

Yo no.

REY.

Yo sí, para conocer
Un hombre tan peregrino.

OTON.

Presto lo podrás saber.

ESCENA XIII.

LISARDA, BELISA.—DICHOS.

LISARDA.

A misa dicen que vino.

BELISA.

Mas ¿si acertases á ver
Aquel tu desasosiego?

LISARDA.

No dudes de que aquí está.

BELISA.

Si lo está, veráslo luego.

LISARDA.

No lo dudo, porque habrá
La luz de su mismo fuego.

OTON.

Aquí hay muchos labradores
De los que vienen á verte;
Si es tu gusto, no lo ignores.

REY.

De lo que le tengo advierte
A alguno de los mejores.

OTON.

Hola, amigos, el Rey hablaros quiere.
¿Cuál es de todos de mejor jüicio?

BRUNO. [ra,

Yo há poco que era el mas discreto; ago-
No sé en lo que ha topado, no soy tanto.

FILETO.

Aquí Salvano sabe mas que Bruno,
Y yo suelo saber mas que Salvano,
Porque sé de las misas lo que es *quiries*,
Y canto por la noche el *Tonto negro;*
Pero pienso, Señor, que me turbase...

OTON.

¿Cómo turbar? No veis cuán apacible,
Cuán humano es el Rey? Que los leones
Son graves con los graves animales,
Y humildes con los tiernos corderillos.
No temais porque el Rey hablaros quie-

FILETO. [re.

Yo voy en su grandeza confiado.

OTON.

Aquí viene, Señor, el mas discreto
De aquestos labradores y villanos.

FILETO.

Hablando con perdon, yo soy discreto.

REY.

¿Sois muy discreto vos?

FILETO.

Notablemente;
He jugado á la chuca y á los bolos;
Yo pinto con almagre ricos mayos
La noche de San Juan y de San Pedro,
Y pongo *Juana, Antona y Menga, vítor.*

REY.

¿Quién es Juan Labrador aquí?

FILETO.

Es mi amo;
Que por darme á comer ansí le llamo.

REY.

¿Que vive?

FILETO.

Sí, Señor.

REY.
Pues ¿cómo tiene
Puesta su piedra aquí de sepultura?
FILETO.
Porque dice que es loco el que edifica
Casa para la vida de cien años,
Aunque muy pocos pasan de sesenta,
Y no lo hace para tantos cuantos
Ha de estar en la casa de la muerte.
REY.
¿Es muy sabio?
FILETO.
Después de mí, no hay hombre
Que sepa tanto en toda aquesta aldea.
REY.
Ansí falta en las letras mes y año.
FILETO.
Pondránsele en muriendo.-
REY.
¿Tiene hijos?
FILETO.
Dos tiene agora, un macho y una macha,
Mas bella que una rosa alejandrina
Cuando rompe el boton, y por su extremo
Despliega algunas hojas y otras coge.
REY.
¿Es rico?
FILETO.
Es espantosa su riqueza.
Tiene de su labor mas de cien hombres,
Ochenta bueyes y cincuenta mulas.
REY.
¿Qué viste?
FILETO.
Paño tosco.
REY.
¿En qué come?
FILETO.
En barro muy grosero.
REY.
¿Por qué causa?
FILETO.
Porque es el mas humilde de los hom-
REY. [bres.
¿Tiene mucho dinero?
FILETO.
Como paja.
REY.
¿Cómo trae sus hijos?
FILETO.
En su traje,
A honor y devocion de su linaje.
REY.
¿Es avariento?
FILETO.
No, porque á los pobres
Reparte la mas parte de su hacienda.
REY.
¿Porqué dice que al Rey jamás ha visto?
FILETO.
Porque él dice, y lo creo, que es honrado,
Que es Rey en su rincon, y que sus padres
No le vieron tampoco, y le sirvieron,
Amaron, respetaron y temieron,
Y que él le teme y ama y le respeta,
Y no le quiere ver, sino servirle,
Amalle, obedecelle y respetalle,
Y á su tiempo dineros emprestalle.
REY.
Si le envio á llamar, ¿no querrá verme?
FILETO.
Está escondido agora; que las veces
Que pasas á cazar por esta aldea, [vea.
Se esconde, que no hay hombre que le

REY.
¡Que viva un hombre aquí tan poderoso!
¡Dichoso el que da leyes á su casa,
Y en sus umbrales tan contento pasa!
FILETO.
Si quieres ver, Señor, una serrana,
Hermosa como el sol, que es hija suya,
Haz que se acerque la de la patena,
Que se precia de ser muy cortesana.
REY.
Llámala, Oton.
OTON. (*A Lisarda.*)
Aquí os llegad, Señora.
LISARDA.
¿Qué manda su reverencia?
MARIN. (*Ap. á su amo.*)
Señor, ¿no es esta la dama
De Paris?
OTON.
El Rey la llama.
Ten silencio.
MARIN.
Y tú paciencia.
REY.
¿Sois hija deste buen viejo,
Que llaman Juan Labrador?
LISARDA.
Yo soy su hija, Señor,
Y aunque tosca, fuí su espejo.
REY.
Hermana, por vida mia,
Que en la moza repareis.
INFANTA.
Muy buena traza teneis.
LISARDA.
Donde está tu infantería,
¿Qué traza puedo tener?
INFANTA.
¡Infantería! ¡Oh qué gracia!
LISARDA.
¿Cuál fuera mayor desgracia,
Si igualdad pudiera haber?
¿Decir vos que yo tenia
Traza sin ser edificio,
O yo, pues es vuestro oficio,
Llamaros infantería?
El llamar á un rey *alteza*,
Que lo llaman á una torre,
Aunque es lenguaje que corre,
No es propiedad ni pureza.
Si á señor es *señoría*,
Y al excelente le dan
Excelencia, bien dirán
A una infanta *infantería*.
REY.
No me parece muy lerda,
Y el talle es todo donaire.
LISARDA.
Como nos da tanto el aire,
No es mucho que el don se pierda.
REY.
Y ¿cómo os llamais?
LISARDA.
Lisarda,
Con perdon de sus mercedes.
FINARDO. (*Ap. á Oton.*)
Bien desengañarte puedes;
Que la otra era gallarda,
Y esta es tosca por extremo.
OTON.
Pienso que finge, Finardo.
REY.
El talle es, por Dios, gallardo.
INFANTA.
Que os lleva los ojos temo.

Vamos, hermano, de aquí.
REY.
Vamos; que Juan Labrador
Ha de servir á señor,
Y ver rey y todo en mí.
(*Vanse los dos y el acompañamiento.*)

ESCENA XIV.

OTON, LISARDA, FINARDO, BELISA, MARIN, FILETO, BRUNO, SILVANO.

OTON. (*A Lisarda.*)
¿Quereis oir dos palabras?
LISARDA.
Como no pasen de dos,
Y otras dos daré en respuesta.
OTON.
¡Extremada condicion!
Pues sea, *sabeis* la una,
Será la otra *quién soy?*
LISARDA.
Escuchadme las dos mias,
Hidalgo, que os guarde Dios.
La una es la reverencia,
Y la otra será, *no*.
OTON.
Replico que habeis mentido.
LISARDA.
Replico que mentís vos.
OTON.
Que en Paris os vi, respondo,
Y que esa mano me dió
Este diamante.
LISARDA. (*Ap. á él.*)
Es verdad;
Pero no será razon
Que os hable entre tanta gente,
Porque son de la labor
De la hacienda de mi padre,
Y perderé mi opinion.
Fuera deso, yo soy hija
Ya lo veis, de un labrador,
Y vos seréis duque ó conde.
OTON.
Soy mariscal, soy Oton,
De la cámara del Rey;
Pero nos iguala amor.
LISARDA.
Un olmo tiene esta aldea,
Adonde de noche, al son
De tamboril y guitarras,
Las mozas de Miraflor
Bailan por aquestos dias:
Allí hablarémos los dos,
Como vengais disfrazado.
OTON.
Haréisme un grande favor.
BELISA.
Mira que te están mirando.
LISARDA.
¡Ay Belisa! que ya voy.
OTON.
El corazon me llevais.
LISARDA.
Y aquí os dejo el corazon.
BRUNO.
Luego aquí estos palaciegos
Habran las mozas de amor.
FILETO.
Son diablos, con sus razones
Derribarán á Sanson.—
Señora, vamos de aquí,
Porque tenemos temor;

e si viene Feliciano,
de ser que haya cuestion.

LISARDA.

delante; que ya vamos.
se Lisarda, Belisa, Fileto, Bruno y Salvano.)

ESCENA XV.

OTON, FINARDO, MARIN.

MARIN.

guante caer se dejó.

FINARDO.

é discreta!

MARIN.

¡Qué bellaca!

FINARDO.

en balde el Rey la miró:
mozo, y ella gallarda.
s de escardillo ni hoz
guante desta doncella.

OTON.

es sino caja en que amor
rda las flechas que tira.

MARIN.

é mala comparacion!
que habiendo de ser nieve
dedos que aquí guardó,
flechas de amor son fuego,
men á ser carbon.

OTON.

lo que abrasan, me agradan...
ro el Rey no me agradó;
no sé qué le decia.

FINARDO.

entendí.

OTON.

Pues yo no.

FINARDO.

que habia de hacer
aqueste Juan Labrador
Rey, señor sirviese.

OTON.

s, porque pienso yo
a de ser dificultoso.

FINARDO.

Rey de tanto valor,
tiemblan sus flores de oro,
ita, el turco feroz!

OTON.

é mal, Finardo, conoces,
nca te sucedió,
r de noche mojado,
la siesta con el sol,
rdido por un monte,
léjos te llamó
ego de los pastores
los perros el son,
ués que de voces ronco
ieron alguna voz,
traste en pobre cabaña
tiene por guardasol
es bañados en humo,
pasa el viento veloz,
ber de sacar las migas
cándido nateron,
manteles en mesa,
illo ni pan de flor,
sentado en el suelo
e algun pardo vellon,
ado de mastines,
están mirando al pastor,
e se estima y se ensancha
illan *en su rincon!*

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio real de Paris.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, FINARDO.

REY.

Desasosiego me cuesta.

FINARDO.

Para desasosegarte,
¿Puede en el mundo ser parte
Cosa á tu grandeza opuesta?

REY.

Este villano lo ha sido.

FINARDO.

¿El villano ó la villana?

REY.

Un ángel en forma humana,
Finardo, me ha parecido.
Pero no creas que fuera
Quien me desasosegara,
Cuando el cielo la pintara
Con el pincel que pudiera;
Que en negocio que el honor
Pasa de las justas leyes,
Aun nos valemos los reyes
De nuestro propio valor.
Su padre me dió cuidado;
Que en verle vivir ansí,
Tan olvidado de mí,
Confieso que me ha picado.
¡Que con tal descanso viva
En su rincon un villano,
Que á su señor soberano
Ver para siempre se priva!
Que trate con tal desprecio
La majestad sola una,
Sin correrse la fortuna
De que la desprecie un necio!
Que tanto descanso tenga
Un hombre particular,
Que pase por su lugar,
Y que á mirarme no venga!
Que le haya dado la suerte
Un rincon tan venturoso,
Y que esté en él poderoso,
Desde la vida á la muerte!
Que le sirvan sus criados,
Y que obedezcan su ley,
Y que él se imagine rey
Sin ver los reyes sagrados!
Que la púrpura real
No cause veneracion
A un villano en su rincon
Que viste pardo sayal!
Que tenga el alma segura,
Y el cuerpo en tanto descanso!
Pero ¿para qué me canso?
Digo que es envidia pura,
Y que le tengo de ver.

FINARDO.

Ansí cuentan el suceso
De Solon y del rey Creso.

REY.

Muy diferente ha de ser;
Que el filósofo juzgó
De otra suerte al rey de Lidia;
Y yo tengo á un hombre envidia,
Por ver que me despreció.

FINARDO.

Tres calidades de bienes
Aristóteles escribe,
Que tiene el hombre que vive;
Y todas, Señor, las tienes.
De fortuna la primera,
En que lo menos se funda;
Del cuerpo fué la segunda,
Del ánimo la tercera.
Bienes de fortuna son
De riquezas multitud,
Del cuerpo son la salud
Y la buena complexion.
Los del ánimo la ciencia
Y la virtud: estos fueron
A quien todos siempre dieron
Divina correspondencia.
Y si hay en la tierra alguna,
Por felicidad la entienden;
Que estos bienes no dependen
Del tiempo ni la fortuna.
Estando todos en tí,
¿Cómo envidias á un villano,
Tú con el cetro en la mano,
Y él con el arado allí?

REY.

Dame pena el verle opuesto
A mi propia majestad,
Viendo la felicidad
En que su dicha le ha puesto.
Deseaba vez alguna
Augusto de Scipion
La fuerza, el ser de Caton,
Y de César la fortuna;
Y era un grande emperador:
Y en un villano ¡aun no veo
Que tenga un justo deseo
De ver al Rey su señor!
Mil el mundo peregrinan
Por ver alguna ciudad
Que tenga en sí majestad;
Mares y montes caminan.
Y este se esconde en su casa
Cuando paso por su puerta...
—Pues, vive el cielo, que, abierta,
Ha de saber que el Rey pasa.

FINARDO.

¿Eso te da pesadumbre?
¡Un villano en su rincon!

REY.

Y ¿no se espanta un leon
De un gallo y de cualquier lumbre?
El animoso caballo,
Del floro, un ave tan vil,
¿No se espanta?

FINARDO.

¿Que el gentil
Leon se espanta del gallo?

REY.

Y de un carro; tanto siente
De las ruedas el rumor:
Y así yo de un labrador,
Que es un carro finalmente.

FINARDO.

¿Qué tienes imaginado
Para que el hombre te vea?

REY.

Porque ver no me desea,
Me ha de ver, mal de su grado.
Pongan en que al monte salga;
Que yo buscaré invencion
Para que su condicion
Contra reyes no le valga.

FINARDO.

Pues ¿tú quieres ir allá?
Venga acá Juan Labrador
A ver al Rey su señor;
Que él es bien que venga acá.

REY.

Déjale con su opinion;
Que si al Rey con su poder
No quiere ver, yo iré á ver
Al villano en su rincon.

(*Vanse.*)

Campo.

ESCENA II.

BELISA, COSTANZA, LISARDA.

COSTANZA.
Solo está el olmo á la fe.
BELISA.
La palmatoria ganamos.
LISARDA.
A muy buen tiempo llegamos.
COSTANZA.
¿Quieres tú que solo esté?
LISARDA.
Sí, porque hablemos un rato.
COSTANZA.
¿Mas qué son cosas de amor?
Que te he visto en el humor
Que te ofende algun ingrato.
LISARDA.
Por vida tuya, Costanza,
Pues eres tan entendida
(Mira que juro tu vida),
¿Tuvieras tú confianza
En palabras de algun hombre,
Destos hidalgos de allá?
COSTANZA.
¿De la corte?
LISARDA.
Sí; que ya
Tengo en el alma ese nombre.
COSTANZA.
La que pudiera tener
De amigo reconciliado,
De jüez apasionado,
Y de firma de mujer.
La que tuviera, sembrando,
De un campo estéril y enjuto,
O del imposible fruto
Del olmo que estás mirando.
La que tuviera de un loco,
O de un celoso traidor;
La que de un hombre hablador,
Que siempre son para poco;
La que de un hombre ignorante
Que presume de saber;
La que de abril sin llover,
La que del mar inconstante;
La que tuviera en la torre
Que se funda sobre arena,
Y en quien no siente la ajena,
Y de su falta se corre;
La de amigo en alto estado,
Si fuimos pobres los dos,
Esa me diera, por Dios,
Cortesano enamorado.
LISARDA.
¿Qué es, Costanza, cosi cosa,
Que llaman en corte enima,
Un alto, que un bajo estima
Sin fuerza mas poderosa,
Y un bajo que al alto aspira?
COSTANZA.
Una música formada
De dos voces.
LISARDA.
Bien me agrada.
COSTANZA.
Aunque alto y bajo estén, mira
Que aunque son tan desiguales
Como la noche y el dia,
Aquella union y armonía
Los hace en su acento iguales;
Que el alto en un punto suena
Con el bajo siempre igual,
Porque si sonaran mal,
Causaran notable pena.
LISARDA.
Música me persüades
Que el amor debe de ser.
COSTANZA.
El amor tiene poder
De concertar voluntades.
LISARDA.
No hay músico ni maestro
Como amor, de altos y bajos;
Pero canta contrabajos,
En que siempre está mas diestro.
BELISA.
Al olmo vienen zagales,
No hableis cosa de sospecha.
LISARDA. (*Ap.*)
Cerrarte, amor, ¿qué aprovecha?
Por cualquier dedo te sales.

ESCENA III.

FILETO, FELICIANO.—DICHAS.

FELICIANO.
Costanza está aquí, Fileto.
FILETO.
Ella me dijo que habia
De venir al baile.
FELICIANO.
Cria
Humor gracioso y discreto.
FILETO.
Pienso que la quieres bien,
Y que no te mira mal;
Pero es pobre, y desigual
De tus méritos tambien.
FELICIANO.
Mal dices; que la virtud
Es de mas valor que el oro.
FILETO.
Cual le guardan el decoro,
Tenga el mundo la salud.
FELICIANO.
Mi padre no tiene igual
En riquezas, porque ha sido
Un hombre á quien ha subido
La fortuna á gran caudal.
¿No has visto un enamorado,
Que comienza á enriquecer
Alguna pobre mujer
Que estaba en humilde estado
Que dando en hacer por ella,
Tanto se viene á empeñar,
Que en no teniendo que dar,
Se viene á casar con ella?
Pues de esa manera fué
Con mi padre la fortuna,
Pues no sé yo cosa alguna
Que no le haya dado y dé.
Pienso que por levantalle
Se ha empobrecido por él,
Y ha de casarse con él,
Porque no tiene que dalle.
FILETO.
En el olmo se han sentado;
La noche es un poco obscura,
Porque no está muy segura
La luna de algun nublado.
Llega, hablarás á Costanza
Antes que venga la gente,
Y algun villano se siente
Donde el mismo sol no alcanza.
FELICIANO. (*A Costanza.*)
¿Habrá un poco de lugar
Para quien todo le diera
En el alma á quien quisiera
Esta posesion tomar?
COSTANZA. (*A Lisarda.*)
¿No respondes á tu hermano?
LISARDA.
¿Para qué, si habla contigo?
COSTANZA.
Pues yo que se siente digo.
FELICIANO.
¿Hácia qué mano?
COSTANZA.
A esta mano;
Que dicen que el corazon
Mas á esta parte se inclina.
FELICIANO.
Aquí, Costanza, adivina,
Tu propia mi pretension.
Haz el corazon acá;
Que tengo el mio perdido
Porque se hablen al oido,
Y no lo entiendan allá.
COSTANZA.
Y será bien menester;
Que viene gran gente al olmo.

ESCENA IV.

BRUNO, SALVANO, TIRSO, VILLANOS, MÚSICOS.—DICHOS.

BRUNO.
Habrá zagales en colmo.
SALVANO.
Pues habrá en colmo el placer.
¿Traes tu vihuela ahí?
TIRSO.
Aquí traigo mi vihuela.
BRUNO.
Suena un poco, así te duela
Menos el amor que á mí.
TIRSO.
¿Hay para todos asiento?
BELISA.
Antes estaréis mejor
En pié, por hacer favor
A los piés y al instrumento.
BRUNO.
Salga Lisarda á bailar.
LISARDA.
¿Sola? No teneis razon.
BRUNO.
Yo bailaré una cancion,
Con que la quiero sacar.

ESCENA V.

OTON, MARIN.—DICHOS.

OTON. (*Ap. á su criado.*)
Este ¿no es el olmo?
MARIN.
El mismo.
OTON.
Pues ¿cómo hablarla podré?
MARIN.
Si no se aparta, no sé.
OTON.
¿Pudo haber confuso abismo
Ni laberinto de amor
Como entre dos desiguales?
BRUNO. (*A Lisarda.*)
Danzaré, pues que no sales.—
Vaya de gala y de flor.
(*Tocan y cantan los músicos, y baila solo Bruno.*)
MÚSICOS. (*Cantan.*)
A caza va el caballero
Por los montes de Paris,

Yo no puedo serviros sin casarme;
Y si vos no quereis casar conmigo,
¿A qué puedo, Señor, aventurarme?
Mi padre es labrador, pero es honrado;
No hay señor en Paris de tanta hacienda;
De mi dote es mi honor calificado.
Yo no soy en lenguaje labradora;
Que finjo cuando quiero lo que hablo,
Y me declaro como veis ahora.
Sé escribir, sé danzar, sé cuantas cosas
Una noble mujer en corte aprende,
Y tengo estas entrañas amorosas...
—Pero quedaos con Dios; que es gran lo- [cura
Persuadir imposibles á los hombres.

OTON.

¿Cuándo tuvo imposibles la hermosura?
Teneos, no os vais; que por el alto cielo
Que habeis de ser mujer...

LISARDA.

Señor, dejadme

OTON.

Del mariscal Oton, y cumplirélo.

LISARDA.

Y ¿qué seguro deso podeis darme?

OTON.

Un papel de mi mano.

LISARDA.

Y ¿por papeles
Quereis que yo me atreva á aventurar- [me?

OTON.

Pues ¿no tienen valor?

LISARDA.

El que se mira
En las veletas que los aires mudan.
No hay verdad en amor, todo es mentira.

OTON.

¿Y si vos la notais con penas tales,
Que me condene el cielo á pena eterna?

LISARDA.

¡Oh amor, gran juntador de desiguales!
Pero porque esta gente no presuma
(Que en fin como villana es maliciosa)
De nuestro amor la referida suma,
Tomad aquesta llave, y en la huerta
De mi casa hallaréis por las espaldas
Entre cuatro cipreses una puerta;
Entrad con ella, y aguardadme un poco,
De unos mirtos cubierto con lo espeso.

OTON.

Sospecho que quereis volverme loco.

LISARDA.

Yo bajaré después á media noche,
Y hablarémos los dos secretamente.
¿Con quién y en qué venistes?

OTON.

En un coche;
Pero dejéle léjos desta aldea.

LISARDA.

Id donde digo, que nos van sintiendo.
(*Apártase Lisarda.*)

OTON.

Allá os espero. ¿Quién habrá que crea,
Marin, mi dicha?

MARIN.

¿Es buen suceso todo?

OTON.

Notable.

MARIN.

Di.

OTON.

Pasó de aqueste modo.
(*Vanse Oton y Marin.*)

ESCENA VI.

LISARDA, COSTANZA, BELISA, FELICIANO, FILETO, BRUNO, SALVANO, TIRSO, VILLANOS, MÚSICOS.

FELICIANO.

Dice Salvano bueno, que casemos
Las mozas del lugar con los mancebos.

BRUNO.

Dice muy bien; que tiempo habrá de bai- [le.

FELICIANO.

Mi padre y el Alcalde al olmo vienen.

COSTANZA.

No es poca novedad.

FELICIANO.

Antes es mucha.

ESCENA VII.

JUAN LABRADOR, EL ALCALDE. — DICHOS.

ALCALDE.

¡Bendígaos Dios, y qué os juntais de mo- [zos!

JUAN.

¿Habrá lugar tambien para los viejos?

COSTANZA.

El que le tiene en tantas voluntades
Bien se podrá sentar donde quisiere.

JUAN.

A fe, Costanza, que no pierdas nada
En tenérmela á mí.

COSTANZA.

Saben los cielos
Que quiero mas tu vida que la mía.

LISARDA. (*Ap. á él.*)

Esto me huele á suegro, Feliciano.

FELICIANO.

¡Pluguiera Dios! que pasará el verano.

LISARDA.

Para todo hay sazon.

FELICIANO.

Por mejor tengo
A boca del invierno el casamiento.

BRUNO.

Comienza pues á casar
Las mozas y los mancebos.

FILETO.

A Costanza y Feliciano
Pongo en el lugar primero.

SALVANO.

No lo oiga el viejo y se enoje.

FILETO.

¿Fáltale mas que dinero
A Costanza? Pues ¿qué importa,
Si sobra tanto á su suegro?

BRUNO.

A Lisarda, ¿qué marido
Osarás darle, Fileto?

FILETO.

Pardiez que en todo el lugar
No le topo casamiento.
Si ello se diera por gracias,
Todos sabeis las que tengo
En tirar, saltar, correr,
Y en danzas, bailes y juegos;
Y cierto que bien mirado
Aunque su padre es mi dueño,
Que no se perdiera nada
En darla á un hombre discreto.

BRUNO.

Siempre te oigo decir
Que eres discreto.

FILETO.
Profeso
En aquesta necedad
La necedad deste tiempo.
No hay hombre ignorante, Bruno,
Que se confiese por necio.
Verás competir los buhos
Con los alcones ligeros,
Las monas con las personas,
Con las águilas los cuervos,
Y unos pobres sacristanes
Con los músicos maestros.
Mas dejando disparates
De que el mundo está tan lleno,
¿A quién damos á Lisarda?

BRUNO.
Dásela á algun palaciego.

FILETO.
¡Malos años! Si mi amo
Oyera que tratais deso,
Nadie quedara en su casa.

BRUNO.
Pues dásela á un monesterio,
Y casemos á Belisa.

SALVANO.
Esa, ya veis que la quiero.

BRUNO.
¿Cómo *quiero*, siendo yo
Quien tantos favores tengo?

SALVANO.
Pues cuéntense los favores,
Y pierda el que tiene menos.

FILETO.
Yo quiero ser el jüez.

SALVANO.
Vaya.

BRUNO.
Comienzo el primero.
A mí me dió por diciembre,
Estando al sol en el cerro,
Seis bellotas de su mano,
Y me dijo: «Toma, puerco.»

FILETO.
Terrible es este favor.

SALVANO.
A mí una noche al humero,
Porque abrí mucho la boca,
. . . . . . [1]
Me dió en aquestas costillas
Cuatro palos con un bieldo.

FILETO.
¡Ese sí que fué favor,
Que le sintieron los huesos!

SALVANO.
Mejor le diré yo agora.
Toda una noche de enero
Estuve al hielo á su puerta,
Y al amanecer, abriendo
La ventana, me echó encima,
Viéndome con tanto hielo,
Una artesa de lejía.

FILETO.
¿Muy caliente?

SALVANO.
Estaba ardiendo.

BRUNO.
Todo es risa ese favor.
Yendo al soto por febrero
Belisa con su borrica,
Parió del pueblo tan léjos,
Que topándome allí junto,
Me mandó alegre que luego
Tomase el pollino en brazos
Y se le llevase al pueblo.
Dos leguas y mas le truje,
Diciéndole mil requiebros,
Como si hablara con ella,
Y aun él me dió algunos besos.

FILETO.
Ea, que ninguno gana:
A los dos os doy por buenos.
Caso á Amarílis con Lauso,
Que ella es coja, y él es tuerto,
Y se irá lo uno por lo otro;
Caso á Tirsa con Laurencio,
Porque ella es loca, y él vano.

BRUNO.
Dios les dé paz.

FILETO.
Duda tengo.
Caso á Dorena y Anton.

BRUNO.
Es vieja.

FILETO.
Es rica, y con eso
Pasará Anton mocedades.

BRUNO.
Ni oirla ni verla puedo.—
Han inventado los diablos
Acá en Francia un uso nuevo,
De andar la mujer sin toca...

FILETO.
No debe de haber espejos.
Las niñas pasen, son niñas;
Pero unos sátiros viejos,
Que descubren mas orejas
Caidas que burro enfermo;
Y otras que van por las calles
Mostrando tanto pescuezo,
Y las cuerdas cuando hablan
Parecen fuelles de herrero;
Y otras con mil costurones
De soliman mal cubierto;
Y otras que el pescuezo muestran
Como cortezas de queso,
¿Por qué han de dejar las tocas?

BRUNO.
Por parecer niñas.

FILETO.
¡Bueno!
Como se cuentan los años
Por el discurso del tiempo,
Ya se han de contar en Francia
Por arrugas de pescuezos.
La honestidad de la dama
Está en las tocas y velos:
Allí sí que juega el aire
Bullicioso y lisonjero.
Yo sé que han dicho en Paris
Que al Parlamento han propuesto
Contra pescuezos de viejas
Mil querellas los cabellos.
Ya no hay cabello con toca.

BRUNO.
No te pudras, majadero.

FILETO.
Sí quiero; que no soy bestia,
Supuesto que lo parezco.

JUAN.
Por cierto, mi Costanza, que quisiera,
Mirando tu humildad y tu hermosura,
Que este muchacho el rey del mundo fue-
Yo admiro tu belleza y tu cordura. [ra.
Ya sabes que el dinero no me altera,
No gracias al trabajo y á la ventura,
Sino al cielo no mas, que con su mano
Colma tanto el rincon deste villano.
Pláceme de tratar el casamiento
Y de dotarte en treinta mil ducados.

COSTANZA.
Tierra soy de tus piés.

JUAN.
Vuelve á tu asiento
Si no es que del asiento estáis cansados.

LISARDA.
Ya es hora de cenar, y este contento
Será bien que resulte en los criados.

JUAN.
Vamos agora á casa.

ALCALDE.
Feliciano,
Besa á Señor por tal merced la mano.

FELICIANO.
No sé, Señor, con qué palabras diga
Tu gran valor y entendimiento raro.

JUAN.
El de Costanza y tu humildad me obli
Mi voluntad en público declaro.

BRUNO.
¿El casamiento?

FILETO.
Sí.

SALVANO.
Todo se diga.
¡Cómo! Esto ¿fué verdad?

JUAN.
Nunca rep
En pocas cosas: digo que se haga
Fiesta que á todo el pueblo satisfaga.
Dos toros quiero que corrais mañ
¡Hola, Bruno!

BRUNO.
Señor...

JUAN.
Busca dos toros
Fieros como leones.

FILETO.
Fiesta es llana.

BRUNO.
Yo los trairé que despedacen moros,

SALVANO.
Pardiez que ha de salir mi parte
Y que no ha de quedar sangre en su

ALCALDE.
Haga mañana fiestas nuestra aldea.

BELISA.
Que sea para bien.

TODOS.
Para bien sea.
(Vanse.)

—

Calle en el pueblo donde vive Juan Lab

ESCENA VIII.

EL REY.

No pienso que he negociado
Poco en el dejar la gente
Cenando al son de la fuente,
Que cerca divide el prado.
¡Que me haya puesto en cuidado
Un grosero labrador!
Pero no se sigue error
De ejecutar este gusto,
Para que vea que es justo
Ver rey y servir señor.
Hubiera pocas historias
Si pensamientos no hubiera,
Con que la fama tuviera
En su tiempo estas memorias.
No todas añaden glorias
A un príncipe; que hay algunas
Que porque son importunas
Al gusto del poderoso,
No quiere estar envidioso
De las ajenas fortunas.
Yo veré, Juan Labrador,

[1] Falta un verso.

...spacio tu pensamiento;
...e de tus venturas siento
...sprecios de mi valor.

ESCENA IX.

FINARDO.—EL REY.

FINARDO.

...dónde mandas, Se...,
...ga el caballo mañana?

REY.

...ado de oro, azul y grana
...vista el cielo, Finardo,
...este bosque te aguardo.
...sto dirás á mi hermana.

FINARDO.

...é que en el monte quedas,
... matar un jabalí.

REY.

...tengo el puesto la di,
...adas las veredas:
...dvierte bien que no excedas
...no de lo tratado.

FINARDO.

...lo llevo en cuidado. (*Vase.*)

REY.

...le tengo de ver
...iene mayor poder
...la corona el arado.
... diferente vestido
...i profesion real,
...go á ver este sayal,
...a majestad olvido. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Juan Labrador.

ESCENA X.

...EY, FILETO, JUAN LABRADOR.

REY. (*Dentro.*)

... de casa!

FILETO.

¿Quién vocea?

REY. (*Dentro.*)

...e aquí Juan Labrador?

FILETO.

...ti preguntan, Señor.

JUAN.

...ién quieres que ahora sea?

FILETO.

...n es ya está en el portal.

JUAN.

...e lleve alguna cosa;
... anda mucha gente ociosa
...e vive de hacer mal.

(*Sale el Rey.*)

REY.

...oy de los que decís,
...que os parezca extranjero,
...ue soy un caballero
...s nobles de Paris.
...ime en esa montaña;
...e sois rico y sois noble;
... mi caballo á un roble,
... la obscuridad extraña,
... aldea vengo á pié,
...de el Cura me ha informado...

JUAN.

...ura no os ha engañado.
...a y posada os daré,
...omo allá en vuestra casa
... platos y con vanidad,
... cor mucha voluntad,

L..

Al modo que acá se pasa.
¿Qué nombre teneis?

REY.

Dionís.

JUAN.

¿Qué oficio ó qué dignidad?

REY.

Alcaide de la ciudad
Y los muros de Paris.

JUAN.

Nunca tal oficio oí.

REY.

Es merced que el Rey me ha hecho,
Por heridas que en el pecho,
Sirviéndole, recibí.

JUAN.

Habeis hecho cosa dina
De un hidalgo como vos.
Sentáos, mientras que á los dos
Nos dan de cenar. Camina,
Fileto, á mis hijos llama.

(*Vase Fileto.*)

ESCENA XI.

EL REY, JUAN LABRADOR.

JUAN.

Tomad esa silla, os ruego.

REY.

Sentáos vos; que tiempo hay luego.

JUAN.

¡Qué cortesano de fama!
Sentáos; que en mi casa estoy,
Y no me habeis de mandar;
Yo sí que os mando sentar,
Que en ella esta silla os doy.
Y advertid que habeis de hacer,
Mientras en mi casa estáis,
Lo que os mandare.

REY.

Mostrais
Un hidalgo proceder.

JUAN.

Hidalgo no; que me precio
De villano en mi rincon;
Pero en él será razon
Que no me tengais por necio.

REY.

Si á Paris vais algun dia,
Buen amigo, os doy palabra
Que el alma y la puerta os abra
En amor y hacienda mia,
Por veros tan liberal.

JUAN.

¡A Paris!

REY.

Pues ¿qué decís?
¿No iréis tal vez á Paris
A ver la casa real?
Mal mi gusto persuadís.

JUAN.

¡Yo á Paris!

REY.

¿No puede ser?

JUAN.

De ningun modo, por Dios.
Si allá os he de ver á vos,
En mi vida os pienso ver.

REY.

Pues ¿qué os enfada de allá?

JUAN.

No haber salido de aquí
Desde el dia en que nací,
Y que aquí mi hacienda está.
Dos camas tengo, una en casa,
Y otra en la iglesia: estas son
En vida y muerte el rincon
Donde una y otra se pasa.

REY.

Segun eso, en vuestra vida
Debeis de haber visto al Rey.

JUAN.

Nadie ha guardado su ley,
Ni es de alguno obedecida
Como del que estáis mirando;
Pero en mi vida le vi.

REY.

Pues yo sé que por aquí
Pasa mil veces cazando.

JUAN.

Todas esas me he escondido,
Por no ver el mas honrado
De los hombres en cuidado,
Que nunca le cubre olvido.
Yo tengo en este rincon
No sé qué de rey tambien;
Mas duermo y como mas bien.

REY.

Pienso que teneis razon.

JUAN.

Soy mas rico, lo primero,
Porque de tiempo lo soy;
Que solo si quiero estoy,
Y acompañado, si quiero.
Soy rey de mi voluntad,
No me la ocupan negocios,
Y ser muy rico de ocios
Es suma felicidad.

REY. (*Ap.*)

¡Oh filósofo villano!
Mucho mas te envidio agora.

JUAN.

Yo me levanto á la aurora,
Si me da gusto, en verano,
Y á misa á la iglesia voy,
Donde me la dice el cura;
Y aunque no me la procura,
Cierta limosna le doy,
Con que comen aquel dia
Los pobres deste lugar.
Vuélvome luego á almorzar.

REY.

¿Qué almorzais?

JUAN.

Es niñería.
Dos torreznillos asados,
Y aun en medio algun pichon,
Y tal vez viene un capon.
Si hay hijos ya levantados,
Trato de mi granjería
Hasta las once; después
Comemos juntos los tres.

REY.

Conozco la envidia mia.

JUAN.

Aquí sale algun pavillo
Que se crió de migajas
De la mesa, entre las pajas
De ese corral como un grillo.

REY.

A la fortuna los pone
Quien de esa manera vive.

JUAN.

Tras aquesto se apercibe
(El Rey, Señor, me perdone)
Una olla, que no puede
Comella con mas sazon;
Que en esto nuestro rincon
A su gran palacio excede.

REY.

¿Qué tiene?

JUAN.

Vaca y carnero

Y una gallina.

REY.

Y ¿no mas?

JUAN.

De un pernil (porque jamás
Dejan de sacar primero
Esto) verdura y chorizo,
Lo sazonado os alabo.
En fin, de comer acabo
De alguna caja que hizo
Mi hija, y conforme al tiempo,
Fruta, buen queso y olivas.
No hay ceremonias altivas,
Truhanes ni pasatiempo,
Sino algun niño que alegra
Con sus gracias naturales;
Que las que hay en hombres tales
Son como gracias de suegra.
Este escojo en el lugar,
Y cuando grande, le doy,
Conforme informado estoy,
Para que vaya á estudiar,
O siga su inclinacion
De oficial ó cortesano.

REY. (*Ap.*)

No he visto mejor villano
Para estarse en su rincon.

JUAN.

Después que cae la siesta,
Tomo una yegua, que al viento
Vencerá por su elemento,
Dos perros y una ballesta;
Y dando vuelta á mis viñas,
Trigos, huertas y heredades
(Porque estas son mis ciudades),
Corro y mato en sus campiñas
Un par de liebres, y á veces
De perdices: otras voy
A un rio en que diestro estoy,
Y traigo famosos peces.
Ceno poco, y ansí á vos
Poco os daré de cenar,
Con que me voy á acostar
Dando mil gracias á Dios.

REY.

Envidia os puedo tener
Con una vida tan alta;
Mas solo os hallo una falta
En el sentido del ver.
Los ojos ¿no han de mirar?
¿No se hicieron para eso?

JUAN.

Que no les niego, os confieso,
Cosa que les pueda dar.

REY.

¿Qué importa? ¿Cuál hermosura
Puede á una corte igualarse?
¿En qué mapa puede hallarse
Mas variedad de pintura?
Rey tienen los animales,
Y obedecen al leon;
Las aves, porque es razon,
A las águilas caudales.
Las abejas tienen rey,
Y el cordero sus vasallos,
Los niños rey de los gallos;
Que no tener rey ni ley
Es de alarbes inhumanos.

JUAN.

Nadie como yo le adora,
Ni desde su casa ahora
Besa sus piés y sus manos
Con mayor veneracion.

REY.

Sin verle, no puede ser
Que se pueda echar de ver.

JUAN.

Yo soy rey de mi rincon;
Pero si el Rey me pidiera
Estos hijos y esta casa,
Haced cuenta que se pasa
Adonde el Rey estuviera.
Pruebe el Rey mi voluntad,
Y verá qué tiene en mí;
Que bien sé yo que nací
Para servirle.

REY.

En verdad,
Si necesidad tuviese,
¿Prestaréisle algun dinero?

JUAN.

Cuanto tengo, aunque primero
Tres mil afrentas me hiciese;
Que del Señor soberano
Es todo lo que tenemos,
Porque á nuestro Rey debemos
La defensa de su mano.
Él nos guarda y tiene en paz.

REY.

Pues ¿por qué dais en no ver
A quien noble os puede hacer?

JUAN.

No soy de su bien capaz,
Ni pienso yo que en mi vida
Puede haber felicidad
Como es esta soledad.

ESCENA XII.

FILETO.—DICHOS.

FILETO.

La cena está apercebida.

JUAN.

Metan la mesa, y dirás
A Lisarda y á Belisa
Que echen sábanas aprisa
Donde sabeis, y no mas;

(*Vase Fileto.*)

Que, por la bondad de Dios,
Habrá bien donde durmais.

REY.

En alto descanso estáis.

JUAN.

Tal le pedid para vos.

ESCENA XIII.

FILETO Y VILLANOS, *que sacan la mesa y traen platos cubiertos.* — DICHOS, MÚSICOS.

FILETO.

La mesa tienes aquí.

JUAN.

A ella os podeis llegar.

REY.

Aquí me quiero asentar.

JUAN.

No estáis bien, hidalgo, ahí;
Poneos á la cabecera.

REY.

Eso no.

JUAN.

En mi casa estoy,
Obedecedme; que soy
El dueño.

REY.

Mas justo fuera
Que yo estuviera á los piés.

JUAN.

Haced lo que os he mandado;
Que del dueño que es honrado,
Siempre el que es huésped lo es;
Y por ruin que el huésped sea,
Siempre el dueño le ha de dar
Por honra el mejor lugar.

REY. (*Ap.*)

¿Habrá quien aquesto crea?

JUAN.

Mientras comemos, podréis
Cantarle alguna cancion.

REY.

(*Ap.* ¡Buen villano y buen rincon!)
¿Música tambien teneis?

JUAN.

Es rústica. Comenzad.

ESCENA XIV.

LISARDA, COSTANZA, BELISA, FELICIANO.—DICHOS.

REY.

¿Quién son aquestas señoras?

JUAN.

No señoras, labradoras
Desta aldea las llamad.
Esta es mi hija, y aquella
Mi sobrina, y ha de ser
De ese mochacho mujer.

REY.

Cualquiera en extremo es bella.

JUAN.

Cenad; que no es cortesía
Ni el alabar ni el mirar
Lo que el dueño no ha de dar.

REY.

Por servirlas lo decia.

JUAN.

Servid vuestra boca agora
De lo que á la mesa está;
Que en vuestra casa no habrá
Por dicha mejor señora.

LISARDA. (*Ap. á Feliciano.*)

Notablemente parece,
Feliciano, este mancebo,
Al Rey.

FELICIANO.

Un milagro nuevo
De naturaleza ofrece.
Pero engáñase la vista,
Mirando con religion
Al Rey.

COSTANZA.

Y tiene razon;
Que ¿hay luz que al mirar resista
En la presencia de un rey?

REY.

Beber, buen huésped, quisiera.

JUAN.

Pedidlo; que yo bebiera,
Si sed tuviera.

LISARDA.

Y es ley
Que á huésped tan principal
Le lleve de beber yo.

BRUNO.

¿Cantarémos?

REY.

¿Por qué no?
Que este es convite real.

MÚSICOS.

*¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse justamente,
Que sin tener cuidado
De la malicia y lengua de la gente
A la virtud contraria,
La suya pasa en vida solitaria!
Caliéntase el enero
Al rededor de sus hijuelos todos,
A un roble ardiendo entero,
Y allí contando de diversos modos*

...e la extranjera guerra,
...erme seguro y goza de su tierra.

JUAN.

...zad la mesa; que es tarde
...querrá el huésped dormir.
...ro dejadme decir,
...nque un momento se aguarde,
... oracion.

REY. (*Ap.*)

¡Qué labrador!

JUAN.

...acias os quiero ofrecer,
...es que me dais de comer,
... merecerlo, Señor.

REY.

...eve oracion.

JUAN.

Comprehende
...s de lo que vos pensais.
... es que á acostaros vais;
...e es tarde y el sueño ofende.
...dad con Dios; que al aurora
...mismo os despertaré.
(*...nse todos, menos el Rey, Lisarda y Belisa.*)

ESCENA XV.

EL REY, LISARDA, BELISA.

REY.

... Ya el filósofo se fué.)
(*...Lisarda.*) Un poco aguardad, Señora.

LISARDA.

...sa os descalzará.
...me tengais, por mi vida.

REY.

...es cortesía que pida
... me descalceis?

LISARDA.

Será.

BELISA.

Señor, me quedaré
...scalzaros aquí.

REY.

...s si os vais, para mí
... mas merced.

BELISA.

Sí haré. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL REY, LISARDA.

REY.

LISARDA.

...qué?

REY.

La mano os pido.

LISARDA.

...mano?

REY.

La mano quiero.

LISARDA.

...que sois, caballero,
... huésped atrevido.
... debeis de saber
...puesto de adivinar.

REY.

... eso quiero mirar.

LISARDA.

... eso n... habeis de ver.

REY.

...me ... son vos?

LISARDA.

...presto los cortesanos
Se casan y piden manos!
Facilitos son, por Dios.
Y es que deben pensar,
Como acá somos villanas,
Que nos han de dejar llanas
Con solo nombrar casar.
Acuéstese su merced,
Santígüese muy atento
Contra cualquier pensamiento.

REY.

Oid, esperad, tened.

LISARDA.

Suelte; que el diablo me lleve
Si no le dé un mojicon.
¡A villana en su rincon
Desa manera se atreve!
Arre allá con treinta erres.

REY.

No hay quien sin rincon esté.
Oye, escucha...(*Vase Lisarda.*) Ya se fué.
Pues si te vas, no me cierres.
(*Cierra Lisarda la puerta por dentro.*)
Aquesta ¿es casa encantada?
¿Qué es esto, Dios? ¿Dónde estamos?
¿Qué filosofía es esa?
¿En qué laberinto he dado?
¿Cómo me he metido aquí?
¡Hola, gente! ¿Con quién hablo?
Que es esta la cama pienso.

ESCENA XVII.

COSTANZA.—EL REY.

COSTANZA.

¿Qué dais voces? ¿Mandais algo?

REY.

¿Es esta mi cama?

COSTANZA.

Sí,
Muy bien, podeis acostaros.

REY.

Pues entretenedme un poco;
Que soy hombre de regalo.

COSTANZA.

Entreténgale una fiera
De las que andan por el campo.

REY.

Escucha.

COSTANZA.

¿Qué he de escuchar?
¡Valga el diablo el cortesano! (*Vase.*)

REY.

¡Bueno me ponen por Dios!
Extrañas burlas me paso.
Quiero acostarme; que temo
Que entren tambien los villanos.
Mas ¿si me acuesto y es esta
De alguno que está en el campo,
Y viene á costarse á escuras?

ESCENA XVIII.

BELISA.—EL REY.

BELISA.

¿Qué manda, señor hidalgo,
Que da voces á tal hora?

REY.

Hállome aquí tan extraño,
Que no sé adónde me acueste.

BELISA.

Pues ¿qué os falta?

REY.

Algun criado.

BELISA.

Debeis de ser melindroso.
Por ventura ¿teneis asco?
Pues allá no habrá colchones
Ni tan limpios ni tan blancos.
Echese su porquería.
¡Valga el diablo el cortesano!

REY.

Descalzadme vos.

BELISA.

¡Qué lindo!
Duerma esta noche calzado.

REY.

Tomar quiero su consejo.—
Paréceme, y no me engaño,
Que detrás destas cortinas
Tose un hombre. Pues ¿qué aguardo?
Sacaré la espada.

ESCENA XIX.

OTON, *saliendo de la alcoba.*—EL REY.

OTON.

Tente,
Tente.

REY.

¡Oton! ¡Extraño caso!
¡Oton detrás de la cama!

OTON.

Oye la causa.

REY.

¿Qué tardo
En darte la muerte?

OTON.

Escucha,
Señor; que no estoy culpado.

REY.

Pues ¿cómo has venido aquí?

OTON.

¿Quién hubiera imaginado,
¡Oh famoso Ludovico,
Rey de los lirios dorados!
Que aquí esta noche durmieras?

REY.

Aqueste villano sabio
Me ha traido á conocerle
En hábito disfrazado.
Ser cazador he fingido,
Desta manera pensando
Oir de su misma boca
Tan notables desengaños.

OTON.

Pues á mí me trujo amor.

REY.

¿Aquí estás enamorado?

OTON.

Sí, Señor.

REY.

¿Es de Lisarda?

OTON.

Por su hermosura me abraso.
Habléla junto á aquel olmo
Aquesta noche bailando,
Dióme una llave, y entré,
Para hablar de espacio entrambos,
En la huerta de su casa.
Pero como tú has llegado
Y anda todo de revuelta,
Fué esconderme necesario,
Y yo me he metido aquí,
Por no hallar otro sagrado.

REY.

¿Que á Lisarda quieres bien?

OTON.

¿Parécete gran milagro,
Siéndolo tu ingenio y rostro?

REY.

Entra, hablarémos de espacio
Sobre tu intencion en esto,

Y tu sabrás qué milagro
Me trujo adonde he venido
A ver, siendo rey tan alto,
El villano en su rincon,
Pues no ve al Rey el villano.

ACTO TERCERO.

Un olivar.

ESCENA PRIMERA.

FILETO, BRUNO Y SALVANO, *con unas varas*.

FILETO.
Hogaño hay linda bellota.

BRUNO.
Lindos puercos ha de haber.

SALVANO.
La que ya pensais comer
Parece que os alborota.

FILETO.
A lo menos, la aceituna
Que habemos de varear,
No deja que desear.

BRUNO.
No he visto mejor ninguna.

SALVANO.
Comenzad á sacudir;
Que á fe que teneis que hacer.

FILETO.
Llegue quien ha de coger.

BRUNO.
Mucho tardan en venir.

FILETO.
Por el repecho del prado
Nuesama y sus primas vienen.

BRUNO.
¡Verá el reliente que tienen!

FILETO.
¿Cantan?

SALVANO.
Sí.

BRUNO.
¡Lindo cuidado!

ESCENA II.

LISARDA, COSTANZA Y BELISA, *con varas;* VILLANOS, MÚSICOS. — DICHOS.

MÚSICOS. (*Cantan.*)
¡Ay fortuna!
Cógeme esta aceituna.
Aceituna lisonjera,
Verde y tierna por defuera,
Y por de dentro madera,
Fruta dura y importuna.
¡Ay fortuna!
Cógeme esta aceituna.
Fruta en madurar tan larga,
Que sin aderezo amarga;
Y aunque se coja una carga,
Se ha de comer sola una.
¡Ay fortuna!
Cógeme esta aceituna.

FILETO.
¿Es para hoy el venir?

SALVANO.
¡Qué bien se hará el varear
Con cantar y con bailar!

LISARDA.
Comencemos á reñir,
¡Por vida de los lechones!

SALVANO.
Mas nos valiera callar.

BRUNO.
Hoy es dia de cantar,
Y no de malas razones.
Mi instrumento traigo aquí,
Y á todas ayudaré.

LISARDA.
Tambien yo de burla hablé.

COSTANZA.
Todos lo entienden ansí.
Esténse las aceitunas
Por un rato entre sus hojas,
Y templemos las congojas
De algun disgusto importunas;
Ansí Dios os dé placer.

BELISA.
Bien dice, pues nadie aguarda.

COSTANZA.
¿De qué estás triste, Lisarda?

LISARDA.
No veo y quisiera ver.

COSTANZA.
Ya te entiendo; pero advierte
Que el bien que no ha de venir
Es discrecion divertir.

LISARDA.
Antes el mal se divierte.
Vaya, Tirso, una cancion,
Y bailarémos las tres.

BRUNO.
Vaya, pues habrá despues
Para la vara ocasion.

MÚSICOS.
Deja las avellanicas, moro,
Que yo me las vadearé,
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo me las vareаré.
Al agua de Dinadámar,
Que yo me las vareаré.
Allí estaba una cristiana,
Que yo me las vareаré.
Cogiendo estaba avellanas,
Que yo me las vareаré.
El moro llegó á ayudarla,
Que yo me las vareаré.
Y respondióle enojada,
Que yo.
Deja las avellanicas, moro,
Que yo.
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo.
Era el árbol tan famoso,
Que yo.
Que las ramas eran de oro,
Que yo.
De plata tenia el tronco,
Que yo.
Hojas que le cubren todo,
Que yo.
Eran de rubíes rojos,
Que yo.
Puso el moro en él los ojos,
Que yo.
Quisiera gozarle solo,
Que yo.
Mas díjole con enojo,
Que yo.
Deja las avellanicas moro,
Que yo.
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo...

SALVANO.
Quedo; que he vido venir
Por en somo de la cuesta
Gente, á lo de corte apuesta.

FILETO.
Bien os podeis encubrir;
Que á la fe que es gente honrada.

LISARDA.
Ponte, Costanza, el rebozo;
Que yo me muero de gozo,
(*Ap. á ella.* Y tengo el alma turbada.)
(*Pónense los rebozos las tres.*)

BRUNO.
Haya un poquito de grita.

SALVANO.
Vaya en la corte se llama.

ESCENA III.

OTON, MARIN. — DICHOS.

MARIN.
Aquí hay villanas de fama.

OTON.
Alguna, Marin, me quita
El alma y la libertad.

BRUNO.
¿Adónde van los judíos?

MARIN.
A buscaros, deudos míos,
Para haceros amistad.

FILETO.
Por donde quiera que fueres,
Te alcance la maldicion
De Gorron y Sobiron
Con agujas y alfileres.
Dénte de palos á tí,
Y otros tantos á tu mozo.

OTON. (*A Lisarda.*)
¡Ah reina, la del rebozo!

LISARDA.
¡Oh qué lindo! ¡Reina á mí!

BRUNO.
Mala pascua te dé Dios,
Y luego tan mal San Juan,
Que te falte vino y pan,
Y tengas catarro y tos.
Dolor de muelas te dé,
Que no te deje dormir.

OTON. (*A Lisarda.*)
¿Cómo quereis encubrir
Sol que por cristal se ve?

LISARDA.
Id, Señor, vuestro camino,
Y dejadnos varear.

OTON.
Pues yo ¿no os sabré ayudar?

LISARDA.
¿Ayudar? ¡Qué desatino!
Teneis muy blandas las manos.

OTON.
¿Habéislas tocado vos?

SALVANO.
Que vos venga, plegue á Dios,
Muermo, adivas y tolanos.
Mala pedrada vos dén,
Echen-os sendas ayudas,
Y vais á cenar con Júdas,
Por *saeculorum amen*.

MARIN. (*A Belisa.*)
¿Quiere una palabra oir?

BELISA.
Pues ¡él á mí, majadero!

MARIN.
¿No soy yo de carne y cuero?

BELISA.
De cuero puede decir.

COSTANZA. (*Ap. á su prima.*)
¡Ay, Lisarda! Feliciano.

LISARDA.
Mi padre viene con él.

COSTANZA.
Yo me voy.

LISARDA.
¿Qué temes dél?

COSTANZA.
Es muy celoso tu hermano. (*Vase.*)

ESCENA IV.

JUAN LABRADOR, FELICIANO. — OTON, MARIN, FILETO, BRUNO, SALVANO, LISARDA, BELISA, VILLANOS, MÚSICOS.

FELICIANO.
Ya hombre está con nuestra gente.

JUAN.
Y hombre
De no poco valor en la presencia.

LISARDA. (*A su padre.*)
Por ti pregunta aqueste gentilhombre.

JUAN. (*A Oton.*)
¿Mandais alguna cosa en que os sirvamos?

OTON.
Señor Juan Labrador, vos sois persona
Que mereceis del Rey aquesta carta,
Y que os la traiga el mariscal de Francia.

JUAN.
¿El Rey á mí? Los piés, Señor, le beso,
Y á vos las manos, y ¡ojalá las mias
Siquiera fueran dignas de tocalla!
¿A presumir mis padres que algun dia
A su hijo su Rey le escribiria,
Para tomarla en estas rudas manos
Le enseñaran à guantes cortesanos.
Póngola en mi cabeza. Tú, que tienes
Mejor vista, la lee, Feliciano.

FELICIANO.
La carta dice así.

BELISA.
¿Qué será aquesto?

FILETO.
Si quiere algun lechon?

SALVANO.
¿No eres mas cesto?

(*Lee.*) «El alcaide de Paris me ha dicho que cenando con vos una noche le dijistes que me prestaríades, si tuviese necesidad, cien mil escudos; yo la tengo, pariente: hacedme servicio que el mariscal los traiga. Dios os guarde.»

JUAN.
¿Pariente dice el Rey?

FELICIANO.
¿De qué te espantas?
Quien pide siempre engaña con lisonjas.

JUAN.
Porque dije esa noche, que la hacienda
Le daria y los hijos, cumpliréla.
Venid por el dinero.

OTON.
Estad seguro
Que no lo perderéis.

JUAN.
Yo no procuro
Mayor satisfacion que su servicio,
Porque el suyo es mandar, servir mi oficio.
(*Vanse Juan y Oton.*)

FILETO.
Con ellos voy.

LISARDA.
Y yo tambien, Belisa.

BELISA.
El ánimo del viejo me ha espantado.

SALVANO.
¿Qué os parece de aquesto que ha pasado?

FILETO.
Que el villano que se hace caballero
Merece que le quiten su dinero.
(*Vanse.*)

Sala en el palacio real de Paris.

ESCENA V.

EL REY, FINARDO.

REY.
Yo quise ser el tercero
De los amores de Oton;
Que tierno en esta ocasion,
Finardo, le considero.
Mas te juro que en mi vida
Pensé turbarme, de ver
Cosa que pudiese ser
De improviso sucedida,
Como al tiempo que salió
De las cortinas y dijo:
«Detente,» Oton.

FINARDO.
El prolijo
Discurso á mí me contó,
Con que vino á merecer
La discreta labradora,
Que quiere engañar agora
A título de mujer.

REY.
No hará; que es el mariscal
Hombre bien intencionado,
Y el labrador tan honrado,
Que en nada le es desigual.

FINARDO.
Mucho, Señor, he sabido
De las costumbres de Oton;
Pero amando, no hay razon.

REY.
Daréme por ofendido
De lo que á Juan Labrador
Se le siguiere de agravio.
Mas yo sé que Oton es sabio,
Y mirará por su honor.

FINARDO.
No hay cosa mas inconstante
Que el hombre.

REY.
Dices verdad,
Porque en esa variedad
A ninguno es semejante.
Admirábase Filemon,
Filósofo de gran nombre,
Ver tan diferente al hombre,
Y era con mucha razon.
Decia que en su fiereza
Los animales vivian;
Pero que solo tenian
Una igual naturaleza.
Todos los leones son
Fuertes, y todas medrosas
Las liebres, y las raposas
De una astuta condicion;
Todas las águilas tienen
Una magnanimidad,
Todos los perros lealtad,
Siempre con su dueño vienen.
Todas las palomas son
Mansas, los lobos voraces;
Pero en los hombres, capaces
De la divina razon,
Verás variedad de suerte,
Que uno es cobarde, otro fiero,
Uno limpio, otro grosero,
Uno falso y otro fuerte,
Uno altivo, otro sujeto,
Uno presto y otro tardo,
Uno humilde, otro gallardo,
Uno necio, otro discreto,
Uno en extremo leal,
Y otro en extremo traidor,
Uno compuesto y señor,
Y otro libre y desigual.
Oton mire bien por sí,
Cumpliendo su obligacion;
Que me quejaré de Oton,
De otra manera.

FINARDO.
Te oí
Aborrecer al villano
Y hablar de su pertinacia:
¿Por dónde vino á tu gracia?

REY.
Porque toqué con la mano
El oro de su valor,
Cuando en su rincon le vi;
Que ya por él y por mí
Pudiera decir mejor
Lo que de Alejandro Griego
Y Diógenes: el dia
Que le vió, cuando tenia
Casa estrecha, sol por fuego,
Dijo que holgara de ser
Diógenes, si no fuera
Alejandro; y yo pudiera
Esto mismo responder,
Y con ocasion mayor,
Porque, á no ser rey de Francia,
Tuviera por mas ganancia
Que fuera Juan Labrador.

ESCENA VI.

OTON. — DICHOS.

OTON.
Ya, gran Señor, en Miraflor he dado
La carta al labrador.

REY.
¿Qué ha respondido?

OTON.
Que te dijo verdad aquel alcaide
De Paris (yo no sé qué alcaide sea),
Y que allí queda á tu servicio todo,
Hasta sus mismos hijos.

REY.
¿Dió el dinero?

OTON.
En famosas coronas de oro puro;
Y, sin este dinero, te presenta
Doce acémilas tales, que te juro
Que dan admiracion á quien las mira.
Dióme aparte un cordero que te diese,
Vivo y con un cuchillo á la garganta,
Y trújele, Señor, por darte gusto.

REY.
¡Cordero vivo con cuchillo atado!

OTON.
Desta manera el corderillo viene.

REY.
Pues no es sin causa, algun sentido tiene.
Mas mira, Oton, que quiero que al instante
Le lleves esta carta al mismo.

OTON.
¿Agora?

REY.
Agora pues.

OTON.
¿Escrita la tenias?

REY.

Pues te la doy, bien ves que escrita esta- [ba.

OTON.

¿Importa diligencia?

REY.

Importa mucho,
Y yo sé, Oton, que con tu gusto vuelves.

OTON.

Yo confieso, Señor, que voy con gusto,
Porque tenerle de servirte gusto.

REY.

Camina, y mira cómo vas y vienes;
Que aunque llevas placer, peligro tienes.

OTON.

¡Peligro yo, Señor!

REY.

Búrlome agora.

OTON. (*Ap.*)

Celos son de mi hermosa labradora.
(*Vanse Oton y Finardo.*)

ESCENA VII.

REY.

La vida humana, Sócrates decia,
Cuando estaba en negocios ocupada,
Que era un arroyo en tempestad airada,
Que turbio y momentáneo discurria.
Y que la vida del que en paz vivia
Era como una fuente sosegada,
Que sonora, apacible y adornada
De varias flores, sin cesar corria.
¡Oh vida de los hombres diferente,
Cuya felicidad estima el bueno,
Cuando la libertad del alma siente!
Negocios á la vista son veneno:
¡Dichoso aquel que vive como fuente,
Manso, tranquilo, y de turbarse ajeno!
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Juan Labrador.

ESCENA VIII.

JUAN LABRADOR, FELICIANO.

JUAN.

Hijo, en haberte casado
Con mi Costanza, aunque hermosa,
Más por ser tan virtüosa,
Borré del alma un cuidado.
Las fiestas hice á tus bodas,
Que algun príncipe envidió,
Porque para serlo yo,
Me sobran las cosas todas,
Si me falta la nobleza,
Que esta, así tenga salud,
Que la he puesto en la virtud
Harto mas que en la riqueza.
¡Gracias al cielo por todo!
Yo quisiera descansar,
Si verdad te digo, y dar
A mis cuidados un modo;
De los cuales la mitad
Es ver sin dueño á tu hermana,
Y pasando la mañana
De su mas florida edad.
Así, piensa (y Dios te guarde),
Un marido, si tú quieres:
Mira que ya las mujeres
No quieren casarse tarde.
Antiguamente, me acuerdo,
Cuando mi abuelo vivia,
Que el tiempo que allí corria
Era mas prudente y cuerdo.
Casábase en nuestra aldea
Un hombre de treinta y siete
Años, edad que promete
Que sabio y prudente sea;
La mujer no sin tener
Treinta bien hechos; mas ya
De veinte el hombre lo está,
Y de doce la mujer.
Y está muy en la razon;
Que nuestra naturaleza
Ha venido á tal flaqueza.

FELICIANO. (*Ap.*)

Cansados los viejos son.
Luego nos dan con su edad.
Cuanto ha pasado es mejor.

JUAN.

Elige algun labrador
A quien tengas voluntad,
Y casemos á Lisarda;
Que siempre mal ha sufrido
De sus padres el olvido
Mujer hermosa y gallarda.

FELICIANO.

Yo, Señor, tan altos veo,
Sus pensamientos y galas,
Que no me atrevo á las alas
De su atrevido deseo.
No hallo en esta comarca
Digno labrador de ser
Marido desta mujer,
Ni en cuanto la sierra abarca.
Uno está haciendo carbon,
Otro guarda su ganado,
Otro con el corvo arado
Rompe al barbecho el terron.
Aquel es rudo y grosero,
El otro rústico y vil.
Para moza tan gentil
Mejor fuera un caballero.
Hacienda tienes, repara
En que Lisarda...

JUAN.

Detente;
Si no quieres que me cuente
Por muerto, la lengua para.
¡Yo señor! ¡Yo caballero!
¡Yo ilustre yerno?

FELICIANO.

¿Pues no?
¿Para qué el cielo te dió
Tal cantidad de dinero?
Carece de entendimiento
(Perdóname, padre, ahora),
Quien en algo no mejora
Su primero nacimiento.
Mas vesla, Señor, ahí;
Ella te dirá su gusto.

JUAN.

Mejor dirás mi disgusto,
Si tiene el que miro en tí.

ESCENA IX.

LISARDA, BRUNO, FILETO.—DICHOS.

LISARDA.

Digo que le pediré
Que os honre en esto á los dos.

BRUNO.

Pidiéndolo tú, por Dios
Que no lo niegue.

LISARDA.

No sé.

JUAN.

Lisarda...

LISARDA.

Padre y señor,
Basta, que aquestos pastores
Quieren las fiestas mayores
Cuanto es la ocasion mayor.

JUAN.

¿Cómo ansí?

LISARDA.

Porque han sabido
Que tienes un nieto ya.

JUAN.

¿Búrlaste?

LISARDA.

Cierto será,
Si Costanza no ha mentido.

JUAN.

¿Qué es lo que dice Costanza?

LISARDA.

Que está preñada, á la fe.

JUAN.

Si fuere cierto, daré
Albricias de la esperanza;
Mas para fiestas, bien pueden
Hacerlas al pensamiento
Que me da tu casamiento,
Si los tuyos me conceden
Que pueda yo disponer
De tu esquiva condicion.

ESCENA X.

MARIN, y *luego*, OTON.—DICHOS.

MARIN.

De parte del Rey, Oton
Te vuelve otra vez á ver.

JUAN.

¡Oton otra vez!

FELICIANO.

¿Qué quiere
Otra vez el Rey de tí?

LISARDA.

Confusa estoy.

JUAN.

Yo sin mí;
Mas venga lo que viniere.
(*Sale Oton.*)

OTON.

¿Quién duda que os espante mi venid
Y otra carta del Rey?

JUAN.

Tantos favores
No me pueden dejar de dar espanto.
Léela, Feliciano, por tu vida.

OTON.

Seais, Lisarda, bien hallada.

LISARDA.

El cielo
Traiga con bien á vuestra señoría.

BRUNO.

¡Hola, Fileto! El Rey se ha regostado
A los escudos de nuestro amo.

FILETO.

Pien
Que quiere empobrecerle de malicia.

FELICIANO.

La carta dice ansí.

BRUNO.

Y eso ¿es justici

FELICIANO.

(*Lee.*) «Hoy me he acordado que
»alcaide de Paris me dijo que, si fue
»necesario, me serviriades con vuestr
»hijos; ahora son á mi servicio y gus
»ansí os mando que luego al punto m
»los envieis con Oton. Dios os guard
»pariente. Yo el Rey.»

JUAN.

¡Mis hijos pide!

OTON.

Vuestros hijos pide.

JUAN.

¿Para la corte?

OTON.

Sí, para la corte.

JUAN.

¿Quién es aqueste alcaide que á mi casa
Vino por mi desdicha aquella noche,
Que de mí tantas cosas le ha contado?

FELICIANO.

Padre, no os aflijais.

JUAN.

Lo que es dinero
No pudiera afligirme; mas ¡los hijos!

LISARDA.

El Rey tiene este gusto, el valor tuyo
No es bien que pierda aquí de lo que vale.

JUAN.

¡Eso sí! yo aseguro que vosotros
No tengais tal placer ni mejor dia.
Cumplido se han aquí vuestros deseos.
Solo un rey me pudiera mandar esto,
Y sola mi desdicha darle causa.
Ya declina conmigo la fortuna,
Porque ninguno puede ser llamado
Hasta que muere bienaventurado.
Al Rey obedezcamos; que por dicha
Esta mi condicion me pone miedo,
Pues no puedo esperar de tan gran prín-
[cipe
Ménos que su real nombre promete.

OTON.

Estad seguro, Juan, que por bien suyo,
Y en agradecimiento del dinero,
Los envia á llamar.

JUAN.

Pensarlo quiero.
Partid, Señor, con ellos en buen hora;
Que á la iglesia me voy. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LISARDA, OTON, FELICIANO, MARIN, FILETO, BRUNO.

OTON.

¡Qué sentimiento!

FELICIANO.

No os admireis; que es padre.

LISARDA.

Más le tiene
Por vernos en la corte, que por miedo.

OTON.

No nos vamos sin verle.

FELICIANO.

Por la iglesia,
Si os parece, pasemos.

LISARDA.

Y es muy justo;
Que viéndonos tendrá ménos disgusto.

FILETO.

Vamos luego; que tambien yo quiero
Ir á ser cortesano con Lisarda.

BRUNO.

Yo pienso acompañarte.

FILETO.

Por lo menos,
Nos estarémos á ver al viejo padre,
Mirando la desdicha que imagina.

BRUNO.

Pues dime: ¿sabrás tú ser cortesano?

FILETO.

Pues ¿hay cosa mas fácil?

BRUNO.

¿De qué suerte?

FILETO.

No sé si acierto, lo que pienso advierte.
Cumplimientos extraños, ceremonias,
Reverencias, los cuerpos espetados,
Mucha parola, mormurar, donaires,
Risa falsa, no hacer por nadie nada,
Notable prometer, verdad ninguna,
Negar la edad y el beneficio hecho,
Deber... y otras cosas mas sutiles,
Que te diré despues por el camino.

BRUNO.

Notable cortesano te imagino.

(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio real de Paris.

ESCENA XII.

EL REY, EL ALMIRANTE.

REY.

Desta manera, sospecho
Que irá mi hermana mejor.

ALMIRANTE.

Beso tus manos, Señor,
Por la merced que me has hecho.

REY.

Ya que me determiné
A casarla, no podia
Darla mejor compañía.

ALMIRANTE.

Yo, Señor, la llevaré
Con mis parientes y amigos,
Y con todo mi cuidado.

REY.

No quise que mi cuñado,
Con guerras, con enemigos,
De su tierra se alejase.

ALMIRANTE.

Ha sido justo decreto
De un Príncipe tan perfeto.

REY.

Por esto, y por excusar
Un gasto tan excesivo.

ALMIRANTE.

Por mil razones es bien.

REY.

Que llegue hasta el mar tambien
Gente de su guarda escribo,
Porque mas seguros vais.

ALMIRANTE.

Ya la Infanta, mi señora,
Viene á verte.

REY.

Y viene ahora
A saber que la llevais.

ESCENA XIII.

LA INFANTA.—DICHOS.

INFANTA.

¿En qué entiende vuestra alteza?

REY.

Hermana, en vuestra jornada.

INFANTA.

¿Acércase?

REY.

Ya es llegada.
Pero no tengais tristeza,
Pues va mi primo con vos;
Y yo, cuanto pueda, iré.

INFANTA.

¿No quereis que triste esté?

REY.

Imagino que los dos
Nos verémos muchas veces.

INFANTA.

Luego que salga de aquí,
Os olvidaréis de mí.

REY.

Hago á los cielos jueces,
Y al amor que me debeis,
Que no es posible, Señora,
Que falteis del alma un hora
Donde tal lugar teneis.
Mirad que aunque soy hermano,
Soy vuestro galan tambien.

INFANTA.

No puedo responder bien
Sino es besándoos la mano.

ESCENA XIV.

FINARDO, *y luego*, OTON, LISARDA, FELICIANO, BELISA, BRUNO Y FILETO.—DICHOS.

FINARDO.

Oton, Señor, ha llegado.

REY.

Venga norabuena Oton.

(*Va Finardo á avisar, y salen Feliciano, Lisarda y sus criados.*)

OTON.

Estos los dos hijos son
De aquel labrador honrado.

REY.

Ellos sean bien venidos.

FILETO.

Los piés, Señor, te besamos,
Y á tu grandeza llegamos
Humildemente atrevidos.

LISARDA.

Déme vuestra alteza á mí,
Puesto que indigna, los piés.

INFANTA.

Dios os guarde. Hermosa es.
Ya me acuerdo que la vi
Una mañana en su aldea.

REY.

Hermana, hacedme placer
De honrarla.

INFANTA.

¿Qué puedo hacer
Que vuestro servicio sea?

REY.

Dalde muy cerca de vos
El lugar que vos querais,
Segura que le empleais
En buena sangre, por Dios.

OTON. (*Ap.*)

No en balde el Rey ha trazado
Que venga Lisarda aquí.
Siempre sus celos temí,
Mis favores le han picado.
¡Ah, cielo, cuán mejor fuera
Que en el camino á su hermano
Me declarara, y la mano
De ser su esposo le diera!
Pero tambien era error
Sin la licencia del Rey.
Mas ¿cuándo amor tuvo ley?
Porque con ley no es amor.

REY.

Hago alcaide de Paris
A Feliciano.

FELICIANO.

No sé
Cómo, Señor, llegaré

Adonde vos me subís;
Que las plumas de mis alas
No me levantan del suelo.

REY.

Con la humildad de tu celo
Al mayor mérito igualas.

OTON. *(Ap.)*

¡Cómo se le echa de ver
Al Rey el fin de su intento!
Claro está su pensamiento,
El mismo le da á entender
Por la lengua y por los ojos.

REY.

Finardo...

FINARDO.

Señor...

REY.

Advierte.

OTON. *(Ap.)*

El traerla fué mi muerte.
Yo merezco mis enojos.

REY. *(Ap. á Finardo.)*

Ve, Finardo, á Miraflor,
Y con toda diligencia
Haz que venga á mi presencia
Su padre, Juan Labrador;
Y no te vengas sin él,
Aunque le fuerces.

FINARDO.

Yo voy.

REY.

Mira que aguardando estoy,
Porque he de tratar con él
Ciertas cosas de importancia.

(Vase Finardo.)

OTON. *(Ap.)*

El Rey ha hablado en secreto
Con Finardo: no es efeto
De los gobiernos de Francia.
El es ido y con gran prisa:
¿Quién duda que á prevenir
Mi desdicha, que á salir
Con tanta fuerza me avisa?

REY.

Vamos, hermana, y harémos
Que muden traje los dos.

(Vanse el Rey, la Infanta y el Almirante, Lisarda, Feliciano y Belisa.)

ESCENA XV.

OTON, FILETO, BRUNO.

OTON.

(*Ap.* Un ciego verá, por Dios,
Del Rey los locos extremos.
¡Oh traidor, oh falso amigo!
¡Oh Finardo, que me vendes,
Pues cuando mi mal entiendes
Eres fingido conmigo!)
Buenos hombres, ¿sois los dos
Criados de Feliciano?

BRUNO.

Háblale tú, cortesano.

FILETO.

¿Diréle merced, ó vos?

BRUNO.

Señoría, mentecato.

FILETO.

Señor, de la aldea venimos
Donde á su padre servimos,
Ya en su casa, ya en el hato.
Bruno se llama este mozo,
Y yo Fileto me llamo.

OTON.

Mucho por el dueño os amo,
Mucho de veros me gozo.
Pienso que podréis hablar
Con libertad á Lisarda;
Que ni criado ni guarda
Os ha de impedir entrar.
Hacedme, amigos, placer
De decirle como á Oton
Le mata la sinrazon
Que el Rey le pretende hacer;
Y decilde que le pido
Mire que es injusta ley
Por dudoso galan Rey,
Dejar seguro marido. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

FILETO, BRUNO.

BRUNO.

¿Qué te parece?

FILETO.

¡Mal año
Para quien quedase acá!

BRUNO.

¡Par diez, que Lisarda está
Metida en famoso engaño!

FILETO.

Luego que vine á este mundo
De la corte, eché de ver,
Bruno, que habia de ser
Alcahuete ó vagamundo.
¿Has vido lo que este necio
Manda decir á Lisarda?

ESCENA XVII.

FELICIANO, *muy galan.*—DICHOS.

FILETO.

No medra quien se acobarda,
Ni tiene el ánimo precio.
¡Dichoso el que alcanza á ver
Del sol del Rey solo un rayo!

BRUNO.

Cata á muesamo hecho un mayo.

FILETO.

Luego ¿es él?

BRUNO.

¿Quién puede ser?

FILETO.

¡Esto tan presto se medra!
A fe que estás gentil hombre.

FELICIANO.

Como sin el sol el hombre
No es hombre, es estatua, es piedra,
Así aquel que nunca vió
La cara al Rey.—Tomad esto *(Dales dinero.)*
Y los dos os vestid presto
Ansí á la traza que yo,
Aunque no tan ricamente,
Para que aquí me sirvais;
Porque en aqueste que andais,
No es hábito conveniente.

BRUNO.

Pues ¿de qué te sirvirémos?

FELICIANO.

De lacayos, que teneis
Buenos cuerpos, y otros seis
Para pajes buscarémos;
Que pajes he de tener
Para alcaide de Paris.
Ea: ¿cómo no partís?

FILETO.

Con temor de no saber
Si sabrémos el oficio.

FELICIANO.

Pues ¿tiene dificultad
Ir delante, en la ciudad,
Del caballo?

BRUNO.

¡Hermoso vicio!

FELICIANO.

Pasad delante de mí.

FILETO.

¿Los dos? Pues ponte detrás.

FELICIANO.

Id caminando.

BRUNO.

¿No es mas?

FELICIANO.

No es mas.

BRUNO.

Pues ya lo aprendí.

FILETO.

Agora acabo de ver
Que hay acá mas de un oficio,
Que es vicioso su ejercicio,
Y viste y come á placer.
Si no hobieran los señores,
Los clérigos y soldados
Menester tantos criados,
Hubiera mas labradores.
Vase un cochero sentado,
Que todo lo goza y ve:
¡Mal año, si fuere á pié
Con la reja de un arado!

ESCENA XVIII.

LISARDA, *muy gallarda.*—DICHOS.

LISARDA.

A tomar tu parecer
Del nuevo traje he venido.

FELICIANO.

Nunca mejor le has tenido,
Porque tienes nuevo ser.
Dame esos brazos, Lisarda,
Porque has doblado mi amor
Con verte en el justo honor
De tu condicion gallarda.

LISARDA.

Mas ¿si mi padre me viera?

FELICIANO.

Pienso que perdiera el seso.

FILETO.

Parabien del buen suceso,
Ama y señora, te diera,
A saber la cortesía
Con que te habemos de hablar.

LISARDA.

Estos ¿han de ir al lugar?

FELICIANO.

No tan presto, hermana mia,
Porque en mi servicio quedan.
Y quédate adios; que voy
A vestirlos, porque hoy
Por Paris honrarme puedan.

LISARDA.

Dios te guarde. *(Vase.)*

BRUNO.

Oficio honrado,
Par diez, hemos de tener.

FILETO.

Que ya no queremos ver
El azadon ni el arado.

(Vanse los dos criados.)

ESCENA XIX.

LISARDA.

De grado en grado amor me va su[biendo]
Que tambien el amor tiene su escala,

nde ya mi bajeza á Oton iguala,
ya grandeza conquistar pretendo.
Fortuna, á tus piedades me encomien-
llevo en la derecha mano el ala [do.
n que he llegado á ver del sol la sala,
r la region del aire discurriendo;
No me permitas humillar al suelo;
á tu cielo tu mano me llevare,
me cristal al sol, no débil hielo.
Agora es bien que tu piedad me ampa-
no es dicha volar hasta tu cielo, [re;
clavo firme que tu rueda pare.

ESCENA XX.

EL REY.—LISARDA.

REY.

rmosa, Lisarda, estás
n ese nuevo vestido.

LISARDA.

ñor, como nube he sido
de con tus rayos das;
e como el sol las colora,
ando alguna se avecina,
sí con tu luz divina
nube se doma y dora.

REY.

dos me debeis amor
sde una noche que os vi.

LISARDA.

nque en disfraz, conocí
estro supremo valor.

REY.

iero á vuestro padre mucho.

ESCENA XXI.

OTON, *sin ser visto*.—DICHOS.

OTON.

a ¿qué me queda por ver?

REY.

Y á vos os pienso querer.

OTON. (*Ap.*)

¡Con qué sufrimiento escucho!
ero la desigualdad
o me promete mas furia,
Y solo Lisarda injuria
a fe de mi voluntad;
ue el Rey ¿por qué obligacion
o ha de procurar su gusto?

REY.

De hacerte mercedes gusto,
Así por la discrecion
Como por el valor grande
Que en su pecho he conocido.

LISARDA.

Pues sus hijos le ha ofrecido,
¿Qué puede haber que le mande
Vuestra alteza, que no haga?

OTON.

(*Ap.* ¿Qué invencion podré fingir
Con que les pueda impedir,
Y que al Rey le satisfaga?)
Señor, mire vuestra alteza
Que es hora ya de comer.

REY.

Sí, Oton, sí debe de ser.
Pero juega de otra pieza,
Que con esa perderás.

OTON.

¿No es ya que comas razon?

REY.

Estate quedito, Oton,
Ten paciencia, y ganarás.

OTON.

¿De qué la debo tener?
¿No te sirvo en lo que puedo?

REY.

Nunca al poder tengas miedo,
Cuando es discreto el poder.

OTON.

Come, Señor, por tu vida.

REY.

Aguardo un huésped, Oton.

OTON.

¿Tú huésped?

REY.

Y de un rincon;
Que este nunca se me olvida.

OTON.

Parece que ya de mí
No fias lo que solias.

REY.

Menos tú de mí confias,
Pues que te guardas ansí.

OTON.

Señor, no entiendo el estilo
Con que hoy me tratas.

REY.

No importa.
Mucho amor con celos, corta:
Embótale un poco el filo.
(*Vase Lisarda.*)

ESCENA XXII.

FINARDO; *y luego*, JUAN LABRADOR.—DICHOS.

FINARDO.

Ya está Juan Labrador en tu palacio.
(*Sale Juan Labrador.*)

REY.

Sea Juan Labrador muy bien venido.

JUAN.

Para servirte aun me parece espacio,
Invicto Rey, la prisa que he traido.
(*Vase Oton.*)

REY.

Mucho de tus intentos me desgracio,
Aunque estoy á tu estilo agradecido.
¿Por qué no quieres verme? Soy yo fiera?

JUAN.

Porque morir en mi rincon quisiera.

REY.

Tú no sabes lo que es antipatía,
¿Por qué secreta estrella me aborreces?

JUAN.

¡Aborrecerte yo! ¿Cómo podria,
Que ser amado, príncipe, mereces?
Colmando el cielo en la aldehuela mia
De sus bienes mi casa tantas veces,
Me pareció que solamente el verte
Pudiera ser la causa de mi muerte.
No me engañé, pues en tu rostro veo
Que eres tú aquel que ya cenó conmigo,
Y desde entonces tanto mal poseo,
Que parece del cielo este castigo.
Por solo verte (lo que apenas creo),
Dejando mi rincon, tus salas sigo,
Llenas de tus pinturas y brocados
Y de la multitud de tus criados.
Acá tengo mis hijos, que lo siento
Tanto como el hallarme yo en persona
En medio de tan áspero tormento;
Y si te enojo, gran Señor, perdona.

REY.

Hola, dad á mi huésped un asiento;
Que haber nacido rústico le abona.
Juan, asentáos.

JUAN.

Señor, ¿que yo me asiente?

REY.

Sentáos, pues quiero yo; sentáos, parien-
[te.

JUAN.

Siéntese vuestra alteza.

REY.

Sois un necio.
¿No veis que me mandais vos en mi casa?

JUAN.

Si en la mia yo os hice ese desprecio,
No os conocí.

FINARDO. (*Ap.*)

¿Qué es esto que aquí pasa?

REY.

Mucho de que á mi lado esteis me precio.

JUAN.

A mí, Señor, con su calor me abrasa
El rostro la vergüenza.

REY.

Mucho os quiero.
De hoy mas habeis de ser mi compañero.

JUAN.

Señor, si allá os hubiera conocido,
Cenárades mejor.

REY.

Yo me fuí á veros,
Pues nunca á verme vos habeis venido.

JUAN.

Fuí villano en rincon, no en ofenderos.

REY.

Del empréstito estoy agradecido.

JUAN.

Señor, yo no he emprestado esos dineros;
Lo que era vuestro dije que os volvia,
Porque de vos prestado lo tenia,
Y ansí réditos fueron el presente.

REY.

¿Qué cordero fué aquel y qué cuchillo?

JUAN.

Deciros que á su rey está obediente
De aquella suerte el labrador sencillo.
Cortar podeis cuando querais.

REY.

Pariente,
Muy filósofo sois.

JUAN.

No sé decillo;
Pero sentirlo sé.

REY.

Vos me pintastes
De lo que sois señor, y me admirastes;
Oid lo que soy yo. Yo soy agora,
Desde Arlés á Calés señor de Francia,
Y desde la Rochela hasta la Tona:
La Bretaña, Gascuña y Normandía,
Lenguadoc, la Provenza, el Delfinado,
Hasta que toca en la Saboya el Ródano,
Está debajo de mi justo imperio;
Entre la Sona y Marne la Borgoña,
Y á la parte de Flándes, Picardía.
Tengo muy ricos príncipes vasallos,
Y tengo un grueso ejército, y mi renta
Pasa de vuestra hacienda muchas veces.
Tengo castillos, naves, oro, plata,
Diamantes, perlas, recreaciones, cazas,
Jardines y otras cosas que se extienden
Al mar Occidental, desde Germania.
Y siendo ansí, que solos mis consejos
Tienen mas gente que teneis pastores,
Y mas vasallos en el burgo solo
Que vos teneis cabezas de ganados,
No tuve condicion esquiva en veros,
Y á visitaros fuí y á conoceros.

JUAN.

Señor, mi error conozco, digno he sido
De la muerte; quitad á aquel cordero

El cuchillo del cuello, al mio os pido
Que traslადeis el merecido acero.

REY.

No soy Diómedes: yo nunca convido
Para matar; que regalaros quiero.
¡Hola! venga la mesa.

(*Vase Finardo.*)

JUAN. (*Ap.*)

El fin sospecho
Que ha de venir á ser pasarme el pecho.

(*Criados sacan la mesa con todo recado.*)

REY.

A mi hermana llamad, música venga;
Que bien puede tenella mientras come
Un rey en su rincon. El huésped tenga
Este lugar, la cabecera tome.

JUAN.

No es justo que ese puesto me convenga;
Que no habrá sol que mi ignorancia dome.

REY.

La cabecera es justo que posea,
Juan Labrador, por ruin que el huésped sea.

ESCENA XXIII.

FELICIANO, LISARDA, FILETO, Y BRUNO *de lacayos graciosos; despues*, LA INFANTA Y EL ALMIRANTE.—REY, JUAN LABRADOR, CRIADOS.

FELICIANO.

¡Mi padre con el Rey está comiendo!

BRUNO.

Así lo dicen.

FILETO.

¿No le ves sentado?

FELICIANO.

Lisarda, ¿qué es aquesto?

LISARDA.

Estoy temiendo
Que el fin de nuestras vidas sea llegado.

(*Salen la Infanta y el Almirante y músicos.*)

INFANTA.

Si tal huésped estais favoreciendo,
¿Por qué primero no me habeis llamado?

REY.

Vednos, Ana, comer, por vida mia.

JUAN.

Beber, Señor, si vos mandais, querria.

REY.

Bebed si teneis gana, cual dijistes.—
Cantad.

JUAN.

Honra notable me haceis siempre.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Cuán bienaventurado
Un hombre puede ser entre la gente,
No puede ser contado
Hasta que tenga fin gloriosamente;
Que hasta la noche obscura
Es dia, y vida hasta la muerte dura.

ESCENA XXIV.

TRES ENMASCARADOS *con sayos, trayendo en platos, que ponen sobre la mesa, el uno un cetro, el otro una espada, y el último un espejo.*—DICHOS.

JUAN.

¿Qué es esto, invicto Señor?

REY.

Son tres platos que me han puesto,
De que tú podrás comer.

JUAN.

Antes ya comer no puedo.

REY.

No temas, Juan Labrador;
Que nunca temen los buenos.

(*Vanse los tres enmascarados.*)

Este primero que ves,
Tiene el cetro de mi reino:
Esta es la insignia que dan
Al Rey, para que á su imperio
Esté sujeto el vasallo.

JUAN.

Siempre yo estuve sujeto.

REY.

Este espejo es el segundo,
Porque es el rey el espejo
En que el reino se compone
Para salir bien compuesto.
Vasallo que no se mira
En el rey, esté muy cierto
Que sin concierto ha vivido,
Y que vive descompuesto.
Mira al rey, Juan Labrador;
Que no hay rincon tan pequeño
Adonde no alcance el sol.
Rey es el sol.

JUAN.

Al sol tiemblo.

REY.

No temas; que á este convite
No he de colgar del cabello,
Como el tirano en Sicilia,
El riguroso instrumento;
Que esta espada viene aquí
Por la justicia que puedo
Ejecutar en los malos,
Pero no para tu cuello.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Como se alegra el suelo
Cuando sale de rayos matizado
El sol en rojo velo,
Así, viendo á su rey, está obligado
El vasallo obediente,
Adorando los rayos de su frente.

FILETO.

Tamañito, Bruno, estoy. (*Ap. á él.*)

BRUNO.

Yo pienso que ya no tengo
Tripas, que se me han bajado
Hasta las plantas, Fileto.

FILETO.

El diablo nos trujo acá.
Las máscaras vuelven.

(*Vuelven los tres enmascarados con otros tres platos.*)

BRUNO.

Creo
Que nos han de abrir á azotes.

FILETO.

Mas temo, Bruno, el pescuezo.

REY.

Mira esos platos que traen.

JUAN.

A descubrir no me atrevo
Mi muerte.

REY.

Pues oye, Juan.
Este papel del primero
Es un título que doy,
Con cuanta grandeza puedo,
De caballero á tu hijo:
Goce deste privilegio.
El segundo es para el dote
De tu hija, en que te vuelvo
Sobre los cien mil ducados,
En diez villas otros ciento.
Y porque ver no has querido
En sesenta años de tiempo
A tu Rey, para tí trae
Una cédula el tercero
De mayordomo del Rey;
Que me has de ver, por lo menos,
Lo que tuvieres de vida.

JUAN.

Los piés y manos te beso.

REY.

Quitad la mesa, y mi hermana
Diga á cuál vasallo nuestro
Le quiere dar á Lisarda.

INFANTA.

Eso, Señor, digan ellos,
Pues el dote y la hermosura
Y tu gracia es tanto premio.

OTON.

Antes que ninguno hable,
A ser su esposo me ofrezco.

REY.

Oton, juráralo yo,
Desde los pasados celos.
Ana, primero que os vais,
Deste alegre casamiento
Serémos los dos padrinos.

INFANTA.

Lo que á mí me toca aceto.
Dáos las manos.

REY.

Feliciano
¿No está casado?

INFANTA.

Yo quiero
Honrar mucho á su mujer.

REY.

Aquí, Senado discreto,
El Villano en su rincon
Acaba por gusto vuestro,
Besándoos los piés, Belardo,
Por la merced del silencio.

LA PORTUGUESA Y DICHA DEL FORASTERO.

PERSONAS.

DON JUAN DE SILVA.	RISELO.	LISARDA, *dama.*	ESTACIO, *escudero.*
EL CONDE LEONARDO.	UN CRIADO.	DON PEDRO DE ARAGON, *viejo.*	BERNAL, *cochero.*
OCTAVIO.	DON FÉLIX.	INÉS, *criada.*	CRIADOS.
CELIA, *dama.*	BELTRAN, *lacayo.*	FINEO, *criado.*	ESCUDEROS.
FABIA, *criada.*	LIRIO, *criado.*		

La escena es en Madrid y en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Juan, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE SILVA, EL CONDE LEONARDO, OCTAVIO.

DON JUAN.

sto mi hermana responde.

CONDE.

Sabe quién soy?

DON JUAN.

Pienso yo
ue lo sabe.

CONDE.

Y ¿respondió
e esa suerte?

DON JUAN.

Señor Conde,
a voluntad de mujer
o hay mas razon que su gusto:
ea justo ó no sea justo,
olo su gusto ha de ser.
Celia dió nacimiento
a india de Portugal;
l bárbaro natural
nprimió su pensamiento,
l bien vino niña á España
en la corte se crió,
onde mi padre murió
n premio de alguna hazaña,
ero con bastante hacienda,
or quien, ó por la hermosura,
esvanecida procura
ue el mismo sol la pretenda.
pues que, siendo su hermano,
ue es tan vana y loca os digo,
o querais mayor testigo.

CONDE.

onquisté su gusto en vano,
ás ciego de su hermosura,
on Juan, que de su interés;
ue mi calidad no es
o que su interes procura;
orque la mayor riqueza
ara mí, y era razon,
on su mucha discrecion
alificó su belleza.
ensé llevar de Madrid
ujer á Nápoles.

DON JUAN.

Fuera
uestra, como yo pudiera:
u buen intento advertid;
Y para satisfacion
De que no ha sido en mi mano,
No me ha de llamar su hermano
Quien pierde tal ocasion.
Mas ya os digo que esto ha sido
Loco desvanecimiento,
Pues no ha sido casamiento
Jamás de Celia admitido,
Ni hay órden para estimar
Muchos que fuera razon.

CONDE.

Es muy justa pretension.
No quiero yo porfiar,
Sino solo suplicaros
Que me tengais por muy vuestro.

DON JUAN.

De la voluntad que os muestro,
Podeis, Conde, aseguraros,
Si se ofrece en que serviros.
(*Vase el Conde.*)

ESCENA II.

DON JUAN, OCTAVIO.

OCTAVIO.

Corrido el napolitano,
Dejó de ser cortesano
En cansaros, persuadiros,
Y daros mas relacion
De su valor.

DON JUAN.

Bien pudiera
Celia, cuando le admitiera,
Disculpar su presuncion.
¡Caso extraño! ¡Que no fuese,
Como pensé que seria,
El llamarse señoría
Ocasion que le admitiese!
Que por la misma razon
De su desvanecimiento
Era aqueste casamiento
La mas honrada ocasion.
Mas siendo napolitano,
Digo yo que no querria
Apetecer señoría
Traducida en castellano.
No sé qué tengo de hacer,
No hay sugeto en que emplealla,
Pues casarme hasta casalla,
Ya veis que no puede ser.

OCTAVIO.

Gran dote y grande hermosura
Tantos pretendientes hace;
Que el no resolverse nace
De estar de los dos segura.
Bien piensa Laurencia ser
Vuestra mujer.

DON JUAN.

Si lo fuera,
Si Celia pensar quisiera
En ser de alguno mujer;
Mas mientras no se casare,
No hay que disponer de mí.
(*Vanse.*)

ESCENA III.

CELIA, FABIA.

CELIA.

¿Fuése ya?

FABIA.

Señora, sí.

CELIA.

Mientras mi hermano pensare
Que por su gusto ha de ser
El estado que ha de darme,
Será cansarse y cansarme.

FABIA.

Bien puedes agradecer
El novio que hoy te traia.

CELIA.

¡Ay, Fabia, que ya le vi!
Y solo mi gusto en mí
Es la mayor señoría.

FABIA.

Tengo por cuerda mujer
La que muy despacio mira
Qué estado toma; y me admira
El ligero proceder
De muchas, que sin mirar
Mas de que marido sea,
A quien menos las desea
Dan este nombre y lugar,
De que resulta despues
Tanto disgusto.

CELIA.

Yo creo
Que tiene culpa el deseo
Que en muchas tan fácil ves.
No sé si es prudencia en mí
O presuncion portuguesa,
Aunque presumo que cesa
De haberme criado aquí;
Pues ya se me acuerda apenas
La patria, y Madrid lo es mia.
Mas no pienso que podria,
Si viese estas plazas llenas
(Como de frutas lo están)
De maridos á vender,
Comprar uno.

FABIA.

¿A qué mujer
Un casamiento dirán
Que no la perturbe el seso?

CELIA.

Mi hacienda, Fabia, ha causado
Pensar despacio mi estado.
Este temor te confieso;
Que no pienso que por mí
Andan estos pretensores
Fingiendo celos y amores.

FABIA.

La mayor riqueza en tí
Es, Señora, tu belleza.

CELIA.

No debes de saber, Fabia,
Cuánto á la virtud agravia
Tal vez la naturaleza.
La doncella mas hermosa,
Y de mas virtud, sin dote,
No hayas miedo que alborote
La juventud codiciosa.
Pues, por Dios, que he de ser yo
Esta vez quien ha de dar
En escoger y en dejar.

FABIA.

¿Que nadie te agrada?

CELIA.

No;
Porque como yo pensara
Lo que los hombres, tambien
Lo mirara menos bien,
Y despues mal lo mirara.
¡Ay, divina libertad
De un hombre! Si se casó,
No por eso se obligó
A sola una voluntad.
Para una triste mujer
Son las muertes, las espadas;
Ellas son las obligadas
A no queridas querer.
Pues si por dar alma y oro
Me espera Argel tan tirano,
Déjeme mi necio hermano
Buscar á mi gusto el moro.

FABIA.

Bien dices; pero no es bien
Que de todos digas mal.

CELIA.

Fabia, yo no digo tal.

FABIA.

Dicen ya que tu desden
Se ha vuelto descortesía;
Pues por quitarte el sombrero
El mas galan caballero,
Le das con la celosía.
Déjate servir y ver;
Que nadie quiere obligarte
A quererle por mirarte,
Ni hayas de ser su mujer.
Toda una corte de España
¿No tiene un hombre á quien mires
Con mas gusto?

CELIA.

No te admires
De verme necia y extraña,
Con tanta hacienda; que quiero
Emplearla en buena parte.

FABIA.

Si tu gusto ha de casarte,
Que serás dichosa espero.

ESCENA IV.

RISELO, UN CRIADO.—DICHAS.

RISELO.

¿No está en casa?

CRIADO.

Con Octavio
Dicen que salió. (*Vase.*)

CELIA.

¡Oh Riselo!
¿Buscais á don Juan?

RISELO.

El cielo
Guarde, para eterno agravio
De la envidia, esa hermosura.

CELIA.

Ya no hay veros.

RISELO.

El temor,
Celia, de vuestro rigor
Vanas defensas procura;
Mas, en fin, la de no ver
Obliga á no desear.

CELIA.

Quien ama no ha de excusar
El sufrir ni el padecer.

RISELO.

Padecer por vos, Señora,
Era justo pensamiento,
Si hubiera agradecimiento.

CELIA.

Mucho el amor se desdora
Con pedir satisfacion.

RISELO.

Pues ¿qué ha de hacer el que quiere?

CELIA.

Morir.

RISELO.

¡Qué crueldad!

CELIA.

Quien muere
No quiera mas galardon.

RISELO.

Muriendo por vos, es justo;
Pero siendo tan esquiva,
Dadme licencia que viva,
Aunque muerto en vuestro gusto;
Que es fuerte caso, si alguno
Las edades mónstro esperan,
Querer que todos os quieran,
Y no querer á ninguno.

CELIA.

Pues os habeis retirado,
Otra será la ocasion;
Que nunca los hombres son
Tan firmes en un cuidado.
Por mi vida, ¿adónde amais?
¿Cómo os va? ¿Qué pretendeis?

RISELO.

Donaire, Celia, teneis,
Hasta en las burlas matais.
¡Yo querer! Guárdeme el cielo.

CELIA.

Pues ¿en qué os entreteneis?

RISELO.

Los dias ya lo sabeis.

CELIA.

¿Qué? por vida de Riselo.

RISELO.

Alguna conversacion,
Juego ó Prado ó la comedia,
Que de dos horas y media
Es notable suspension.

CELIA.

¿De noche?

RISELO.

Aquesta pasada
A ver unas damas fuí.

CELIA.

Y ¿miento yo?

RISELO.

No por mí;
Que era de un galan posada,
A quien tengo obligacion;
Pero fué tan desdichado,
Que halló otro galan sentado
En baja conversacion.

CELIA.

¿Qué es baja?

RISELO.

Las almohadas;
Pero quiéroosle pintar
Porque las pueda excusar
De estar tan bien empleadas.
El era un mozo en edad,
Que dicen que tiene el medio,
Y él medio tambien, Señora,
En la proporcion del cuerpo.
El rostro modesto y grave,
Limpio sin cuidado el pelo,
Que hurtar galas á mujeres
Hace los hermosos feos.
Un calzon de espolin de oro,
Verde mar, harto bien hecho,
Con botones de diamantes.

CELIA.

¿Muy finos?

RISELO.

No los entiendo,
Porque he tenido muy pocos,
Y porque hay pocos que dellos
Sepan la verdad; mas sé
Que tocándose en el cielo
La naturaleza un dia,
Se le quebró el grande espejo,
Y que todos los pedazos
Que por el suelo cayeron,
Son agora los diamantes
Que tienen en tanto precio.

CELIA.

Curiosa imaginacion.

RISELO.

Medias y ligas, no pienso
Que es pintarlas de importancia;
Pero bien las merecieron
Gentiles piernas y piés.

CELIA.

¿Mas que traia coleto,
Pues hablas del calzon solo?

RISELO.

Ambar y oro no quisieron
Dar lugar al cordoban,
Como suele en muchos necios
Estar con oro y con ámbar
Cubierto el entendimiento.
Esto sobre tela rica
Del jubon; el ferreruelo,
De los que inventó la envidia
De vuestros ricos manteos,
Con catorce guarniciones.
En las plumas del sombrero
Una rosa de diamantes.

CELIA.

¿Eran tambien del espejo
De la gran naturaleza?

RISELO.

No sé, por Dios; mas sospecho
Que los llamaron brillantes
Nuestros poetas modernos.
Espada, daga y cadena.

CELIA.

No mas que saber deseo
Si ese cuerpo está con alma.

RISELO.

Cada parte de su cuerpo
Mas de mil almas tenia;
Que era gracioso y discreto.

CELIA.

¿Quién es en este lugar
Tan divino caballero?

RISELO.

En este lugar no es nadie;
Que tiene el suyo mas léjos.

CELIA.

Fabia... (*Ap. á ella.*)

FABIA.

Señora...

CELIA.

Sin duda
Que es aqueste el forastero
Que nos contó Feliciana.

FABIA.

Ni aun él pudiera sin serlo
Parecer tan bien á todos.

RISELO.

Lo muy visto siempre es menos.

CELIA. (*Ap. á Fabia.*)

¡Caso extraño! ¡Que no voy
Á visitar, donde luego
Del forastero no hablen!
Pues en la corte, no creo
Que se echan de ver los hombres,
Porque es un mar tan soberbio
Que mil príncipes anega.
Si voy á misa, allí tengo
Mil nuevas de su persona,
Tanto, que casi confieso
Deseo de verle, Fabia.

FABIA.

Milagro de tus desprecios.

RISELO.

Perdona, si te he cansado
Con tan necia relacion,
Pues te dí satisfacion
De tu gusto y mi cuidado;
Y mira cuándo tendré
Para parecer licencia,
En presencia, si en ausencia
Piensas que me falta fe.

CELIA.

Cuando quisieres, Riselo.
Mucho te quiere don Juan.

RISELO.

¡Qué bien con su amor tendrán
Mis esperanzas consuelo! (*Vase.*)

ESCENA V.

CELIA, FABIA.

CELIA.

Enfado y gusto me ha dado
La relacion.

FABIA.

No sé yo
Cómo, Señora, te dió
A un tiempo gusto y enfado.

CELIA.

Enfado, porque este necio
Me venga ahora á alabar
Lo que podria causar
En mi amor y en él desprecio;
Y gusto, porque me ha dado
Deseo de verle ya:
Y así verás que me da
A un tiempo gusto y enfado.

ESCENA VI.

ON JUAN, OCTAVIO.—DICHAS.

DON JUAN.

Mu[illegible]ho puede en el mundo la hermosura.

OCTAVIO.

Be[illegible]e tirano la llamaron.

DON JUAN.

Quiero
Pe[illegible]ar, Octavio, que es mayor ventura
El oro, en que dotar á Celia espero.
¿Ves esta juventud que la procura?
Pues mas tienen los ojos al dinero.

OCTAVIO.

Advierte que está aquí.

DON JUAN.

Celia...

CELIA.

¿Qué vienes
Tratando con Octavio?

DON JUAN.

¿Celos tienes?

CELIA.

Tenerlos de tu amor pudiera el mio.
¿Qué has hecho esta mañana?

DON JUAN.

Con enfado
De tantos novios...

CELIA.

Ya de ti me rio.

DON JUAN.

Consultaba los álamos del Prado,
Ya admirando surtir del centro frio
Roto cristal en perlas dilatado,
Ya viéndole volver haciendo esferas
Para exceder las márgenes primeras,
Cuando veo subir un mozo airoso,
Tan bien puesto á caballo...

CELIA.

Ya te aguardo,
Pintándole á caballo en un famoso
Bayo andaluz, si no alazan, gallardo.

DON JUAN.

¿En qué opinion me tienes?

CELIA.

De celoso.

DON JUAN.

Pues si sabes que á todo me acobardo,
Cuando te encareciere alguna cosa
Has de pensar que es por extremo her- [mosa.

CELIA.

¿Mas que quieres decir que un forastero
Que anda en este lugar, á la carrera
Subió en ese castaño ó ese overo,
Por dar envidia á la del sol ligera?

DON JUAN.

¿Quién te lo ha dicho?

CELIA.

Luego ¿es esto?

DON JUAN.

Hoy quiero,
Siendo en mi condicion la vez primera,
Alabarte sus partes, admirado
Que de su nombre te hayan informado.

OCTAVIO.

Aunque es un mar Madrid, tambien se [advierte
Cualquiera novedad algunos dias.

DON JUAN.

Si le has visto, no quiero entretenerte
En los pinceles de aficiones mias.

CELIA.

No le he visto, por Dios.

DON JUAN.

Pues dèsa suerte,
Si de mi gusto lo que sabes fias,
Bien te podré decir que ningun hombre
He visto mas galan y gentil hombre.
En un overo, como tú dijiste...

CELIA.

¿Hay cosa igual? Luego ¿acerté el ove- [ro?

DON JUAN.

Siempre te burlas.

CELIA.

Tú la culpa fuiste.

DON JUAN.

Salió, Celia, galan...

CELIA.

¿El forastero?

DON JUAN.

El forastero pues.

CELIA.

Prosigue, y viste
Con novedad caballo y caballero;
Que tú, cuando te agrada alguna cosa,
Vano presumes de poeta en prosa.

DON JUAN.

Deja las burlas, con que siempre tienes
Armado el arco del desprecio injusto,
Con mil flechas de bárbaros desdenes;
Que ya para pintarle estoy sin gusto.

CELIA.

Pues ¿quieres tú, si enamorado vienes,
Y yo estoy de otra cosa con disgusto,
Que contigo, don Juan, no me entreten- [ga?

OCTAVIO.

Dejad el forastero, vaya ó venga.

DON JUAN.

No le quiero dejar, que me he corrido.
¿Tráigole acaso yo porque me agrada?
Digo pues, enojado, que vestido
Al uso de Madrid, la bien formada
. . . . [1].
. . . . [2].
Persona con gracioso movimiento
Le dió al caballo, y el caballo al viento.
La carrera veloz juzgando poca
El fuerte overo, de arrogancia lleno,
El breve mar de la fogosa boca
Bañó de espuma la ribera al freno.
Bien pensé yo que las arenas toca
El pié veloz, imitador del trueno;
Pero no que pudieran verle apenas,
Si fueran tantos ojos como arenas.
Pasó con aire mas que halló en el Prado,
Porque llevó tras sí todo el que habia,
Pues el olmo mas alto y acopado
Mas de piedra que de hojas parecia.
El overo andaluz, que ya parado,
Sobre los piés apenas se movia,
Parece que decia con bufido
Espumoso: «Yo soy el que ha corrido.»
Llegué contento, y dije al caballero
Lo que supe mejor, y á su posada
Le acompañé, y hablando del overo,
Me le ofreció con voluntad pagada.
En fin, me hizo apear, entré primero,
Supe quién era, y que su casa honrada
Tenia en Zaragoza, con blasones
Del timbre de los nobles Aragones.
Hablamos en espadas, trujo un paje
Dos negras, que tomamos los dos luego;
Y aunque de punto mi arrogancia baje,
Y me dirás que de aficion me ciego,
Solo permitiré que le aventaje
Don Luis Pacheco, ya se funde el juego
En práctica ó teórica, pues puede
Decir que al arte en la destreza excede.
Vinieron unas damas... que ha rendido
Su talle en el lugar tantas, que intento
Contarle los instantes que ha tenido,
Al tiempo, en tantos años, si las cuen- [to...
Sacaron ciertas rifas: yo he perdido,
Y con haber perdido estoy contento
Solo en pensar que me ha ganado un [hombre
Tan discreto, galan y gentil hombre.
Yo si él vive en Madrid, seré su amigo,
A fe de portugués, con mucho gusto,
Y no para tratar bodas contigo;
Que ya conozco que te doy disgusto:
Mi voluntad le casará conmigo
En amistad con lazo eterno y justo.
Esta es la historia, Celia, del overo
En que bajaba al Prado el forastero. (*Vase.*)

1 2 Faltan dos versos á esta octav .

ESCENA VII.

CELIA, OCTAVIO, FABIA.

CELIA.
¡Buen enojo!

OCTAVIO.
Con razon.

CELIA.
¿Fuiste tú con él, Octavio?

OCTAVIO.
¿Cuándo cesará el agravio
De tu esquiva condicion?
Que yo fuí, Celia, con él,
Y aun no es encarecimiento
Lo que dice.

CELIA.
Ya su intento
Conozco.

OCTAVIO.
¿Qué entiendes dél?

CELIA.
Que viéndome tan extraña
Que á ninguno destos quiero,
Ya se mete á ser tercero,
Y con palabras me engaña.
¿Dónde vive el forastero?

OCTAVIO.
Vive en la calle del Prado
Donde hay un balcon dorado,
Y debajo aquel letrero
Que dice *Casa*...

CELIA.
¿De quién?

OCTAVIO.
De posadas.

CELIA.
Pues ¿no tiene
Casa?

OCTAVIO.
Si á la corte viene
Solo á ver, ¿quieres que esté,
Para un mes ó dos, mejor
Que donde hay comodidad?

CELIA.
¿Un mes?

OCTAVIO.
No lo sé en verdad;
Mas pienso que tiene amor
Allá en su tierra, y que aquí
No tiene que pretender;
Que solo ha venido á ver.

CELIA. (*Ap.*)
Pues hoy ha de verme á mí.

OCTAVIO.
¿Qué dices?

CELIA.
Que si supiste
Cómo es su nombre.

OCTAVIO.
Recelo
Que era don Félix. El cielo
Te guarde. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CELIA, FABIA.

FABIA.
¡Oh qué mal hiciste!

CELIA.
Haz poner el coche luego.

FABIA.
¿Para qué?

CELIA.
Ya lo sabrás.

FABIA.
Yerras, si es que á verle vas.

CELIA.
Ni lo afirmo ni lo niego.
Curiosidad, que en mujer
Tiene la fuerza que sabes,
Ha obligado á muchas graves,
No digo á amor, sino á ver.

FABIA.
Cuando disculpas se dan,
Ya es principio.

CELIA.
No lo creas,
Ni que amar hombre me veas
Destos que vienen y van.
Aquí hay hartos caballeros.

FABIA.
Ya sé que son generosos;
Mas suelen ser mas dichosos...

CELIA.
¿Quién, Fabia?

FABIA.
Los forasteros.

CELIA.
Pues ¿qué razon puede haber?

FABIA.
Pienso que es porque se van;
Que los que en Madrid están
Siempre se pueden querer.

CELIA.
Mis desprecios pagar quiero
Con ser curiosa este dia.

FABIA.
Guárdate, Señora mia,
Del gavilan forastero.

(*Vanse.*)

—

Habitacion de don Félix, en Madrid.

ESCENA IX.

DON FÉLIX, *de galan, de camino;* BELTRAN.

DON FÉLIX.
¿Están todos prevenidos?

BELTRAN.
Bien puedes partir si quieres;
Que no es poco que lo estén.

DON FÉLIX.
¿Sienten partirse?

BELTRAN.
No sienten
Sino el rigor con que mandas
Que á la partida se apresten,
Estando tan descuidados.

DON FÉLIX.
No será mucho que piense
Que eres quien lo siente mas,
Porque este lugar contiene
Todo cuanto tú deseas:
Juego, amigos y mujeres.

BELTRAN.
En verdad que no te hallabas
Tan mal, que no me dijeses
Mas de una vez su alabanza,
Y que donde viven reyes,
Allí han de vivir los hombres.

DON FÉLIX.
No pocos pienso que mueren.
A todos la corte agrada,
Pues de varias partes vienen
A poblar su confusion
Con intentos diferentes.
Con esto se labran casas,
Como que un arca previenen
A los diluvios del mundo.

BELTRAN.
Así á muchos les parece
Que se han de acabar los montes,
Pues no es posible que lleguen,
Con los pinos que se cortan,
Mas que á seis años ó siete.

DON FÉLIX.
Lucida cosa es Madrid.
Como en su ceniza el Fénix,
El se renueva en sus casas.

BELTRAN.
Sí; pero no se le niegue
A Zaragoza, tu patria,
Una grandeza eminente
De ciudad ilustre y noble.

DON FÉLIX.
Conozco que la engrandecen
Muros, edificios, rio,
Templos, armas, letras, leyes,
Linajes y antigüedades;
Pero no sé que se tiene
Este lugar, este mar,
Donde cantando suspenden
Tantas sirenas las almas.

BELTRAN.
Por cierto que era excelente
Su manera de vivir,
A no ser vida tan breve.
Apenas por la mañana
Los carros que llevar suelen
Las reliquias de la noche
Perfuman el aire alegres,
Cuando á dos vueltas que dais,
Ya vuelve el sol á ponerse,
Y toda su confusion
En mudo silencio vuelve.
Pues ver mil coches de dia,
Del Prado armados bajeles,
Mil oficios, mil ociosos
Pleitos, voces, mercaderes,
Todo á las diez recogido,
Es cosa que me enloquece.
No sé adónde hay, para tantos,
Ni camas donde se acuesten,
Ni brazos que los recojan.
Todos, en efecto, duermen
Y vuelven á levantarse.

DON FÉLIX.
Gallardamente parece
Esa vanidad, Beltran.
Yo te digo que quien puede
Vivirla nació dichoso.

BELTRAN.
No me espanto que le muestres
Amor, á tu edad conforme;
De mí sí, que no te aleje
De sus peligros, primero
Que entre sus ondas te anegues.
Acá vinieron tres damas
A buscarte.

DON FÉLIX.
¿Qué me quieren?

BELTRAN.
Saber si tienes dineros.

DON FÉLIX.
¿Sienten mi partida?

BELTRAN.
Sienten
Que no tienes que las dar.

DON FÉLIX.
¡Bravamente se defienden
Del tiempo en Madrid las damas!

BELTRAN.
Las galas las favorecen.
Visten bien, hablan mejor,

y con melindres y afeites
an y vienen al Jordan.

DON FÉLIX.

rde es ya. ¿Cómo no vienen
os hombres? Que no hay cosa
ue mas, Beltran, desespere
ue detener al que parte.

BELTRAN.

oy á ver quién los detiene. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON FÉLIX.

Hermosa variedad, centro de España,
asa del sol que la gobierna y dora,
e tanta tierra y mar legisladora,
anta sus piés en oro y perla baña;
Dulce veneno que la edad engaña,
el Occidente junta con la aurora,
nto siento de vos partirme agora,
e parece que voy á tierra extraña.
Pero si la razon os considera
n tanta confusion llena de engaños,
ndrá por dicha que dejaros quiera.
Yo vuelvo á prevenir mayores daños;
e no era bien que vuestro Argel tuvie-
tivo el tiempo de mis verdes años. [ra

ESCENA XI.

BELTRAN.—DON FÉLIX.

BELTRAN.

h qué cuento tan gracioso!

DON FÉLIX.

iene esa gente, Beltran?

BELTRAN.

... no sé qué diga... están
traje bizarro, airoso,
pio y con notable olor,
a puerta preguntando
r ti.

DON FÉLIX.

¡Por mí!

BELTRAN.

Y en llegando,
de mas talle, Señor,
quedó muerta de ver
e te partes.

DON FÉLIX.

¿Muerta?

BELTRAN.

Sí.

DON FÉLIX.

tran?

BELTRAN.

Y pienso que así
podrás entretener,
tras los muleros vienen.

DON FÉLIX.

que entren.

BELTRAN.

Ya se han entrado.

ESCENA XII.

LIA Y FABIA, *con mantos.*—DICHOS.

DON FÉLIX. (*Ap. á Beltran.*)
ntil lazo!

BELTRAN.

Extremado.
sé, p r Dios, qué se tienen
mu res de Madrid.

FABIA. (*Ap. á Celia.*)
lab s?

CELIA.

Estoy turbada.

FABIA.

¿Agrádate el hombre?

CELIA.

Agrada.

DON FÉLIX.

Mis señoras, advertid
Que sin razon os tapais
De un hombre que ya se parte.

FABIA.

Si no piensas destaparte,
Vámonos.

DON FÉLIX.

¿Por qué callais?
¿Es desconfianza vuestra,
O provocar mi osadía?

CELIA.

No nace la cobardía
Que mi encogimiento os muestra,
Desas sospechas; que creo
Que supiéramos los dos,
Hablar yo, responder vos.

DON FÉLIX.

Pues hablemos.

CELIA.

No; que os veo
Muy de camino, que ha sido
(Puesto que en mi vida os vi)
Cosa, aunque tan nueva en mí,
Que en el alma la he sentido.

DON FÉLIX.

Sin haberme visto, ¡estáis
Con sentimiento!

CELIA.

No sé
Si os vi cuando imaginé
Que sois tan bueno que os vais.
Siempre se está lo que ofende,
Siempre se va lo que agrada.

DON FÉLIX.

Quien gusta de hablar tapada,
Matar á traicion pretende.
Corred la negra cortina
Al sol; que es cosa tirana
Que una débil sombra humana
Cubra una luz tan divina.
La estrella que resplandece
Por esa nube, me abrasa;
Que como sus sombras pasa,
Parece sol que amanece.
No penseis que os lisonjeo;
Que sin veros ¡caso extraño!
Con que os he visto me engaño,
Y como vista os deseo.
No sé yo quién deseara
Cosa que visto no hubiera;
Pero vos sois de manera
Que imaginaros bastara.
Traslúcense por aquí
Del alma dulces engaños,
Linda cara y pocos años.
¿No es así? Decid que sí.
Si ser vuestras partes bellas
Por una estrella recelo,
No es mucho, antes bien, que el cielo
Se aceche por las estrellas.
Un arco solo mostrais,
Indicios de un solo amor:
Sacad los dos; que es mejor
Que dos amores tengais.
Que dos se pagan en fin,
Y uno solo causa pena.
Por mi vida que eres buena:
Descúbrete, serafin.
Y si vienes por tu gusto,
Mira en esta voluntad
Lo que en tanta brevedad
Te pareciere mas justo.
Yo me voy: mira qué quieres.
Habla, ó mándame callar.

CELIA.

Conmigo no habeis de hablar
Como con otras mujeres;
Que lo soy muy principal,
Y sois el hombre primero,
No quiero decir que quiero,
Pero que no quiero mal.
¿Por qué os vais?

DON FÉLIX.

Porque me llama
Un padre, que desatina
Porque quiere á una sobrina
Suya, rica y bella dama,
A que no me aplico bien,
Solo por ser casamiento.
Me escribe este sentimiento,
Y no ha querido tambien
Enviarme qué gastar,
Con que me voy mas aprisa;
Que me ha dejado en camisa
Este bendito lugar.
Entré con dos mil ducados,
Que he gastado en solo un mes;
Mas liberal y cortés
Que fueron bien empleados.
Mirad como cuenta os doy
Sin saber quién sois.

CELIA.

Yo os quiero
Pedir, como á caballero
De quien satisfecha estoy,
Que os quedeis aquí por mí.

DON FÉLIX.

¿Cómo puedo obedeceros
Ya, con tan pocos dineros,
Que ellos me sacan de aquí?

CELIA.

Concertemos ocho dias.
¿Cuánto por ellos quereis?

DON FÉLIX.

Presumo que burla haceis
Destas necedades mias.

CELIA.

Esta joya es de valor
De seis mil reales. Tomad.

DON FÉLIX.

Vuestra liberalidad
Hoy vuelve por el honor
De todo aqueste lugar,
Donde se suele decir
Que está de asiento el pedir,
Y en relaciones el dar.
No la tomo, aunque bien creo
Que de veras la ofreceis.

CELIA.

Suplícoos que la tomeis,
Y no agravieis mi deseo.

DON FÉLIX.

Con ella quiero quedarme
Por serviros. Descubrid
El rostro.

CELIA.

Eso no. Advertid
Que podeis verme y hablarme
Esta noche en un jardin
De mi casa, con secreto.

DON FÉLIX.

Que os sirvo en esto os prometo,
Pues por vos me quedo en fin,
Sin saber á qué me quedo,
Ni quién sois.

CELIA.

Aquí vendrán
Por vos.

DON FÉLIX.
Síguelas, Beltran.
CELIA.
Eso no.
DON FÉLIX.
Pues ¿cómo puedo
Estar seguro de vos?
CELIA.
Digo que por vos vendrán.
Adios, don Félix galan.
DON FÉLIX.
Hermosa tapada, adios.
BELTRAN. (*A Fabia.*)
Descubra vuesa merced
Tantico la faz.
FABIA.
Allá
Esta noche me verá,
Y entonces le haré merced.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XIII.

DON FÉLIX, BELTRAN.

DON FÉLIX.
Despide esa gente luego.
BELTRAN.
¡Qué graciosa necedad!
Luego ¿esto ha de ser verdad?
DON FÉLIX.
¿No hay, Beltran, secreto fuego?
¿No hay minas? No hay basiliscos?
BELTRAN.
¿Luego me das á entender
Que quieres esta mujer?
DON FÉLIX.
Si los mas ásperos riscos,
Si el mar mas fiero y cruel
Pasar por ella pensara.
BELTRAN.
¡Cómo se te ve en la cara
Que eres lindo moscatel!
DON FÉLIX.
¿Cuál hombre mozo, Beltran,
No probara esta aventura?
BELTRAN.
A cosa que no es segura
Nunca los discretos van.
¡Plegue á Dios que no haya allá
Quien nos pague de contado
Haber en su casa entrado!
DON FÉLIX.
Ya lo dije.
BELTRAN.
Bien está.
DON FÉLIX.
Despide luego esa gente.
BELTRAN.
Siempre mira el que es discreto
El fin de cualquiera efeto
Antes que el principio intente.
Si esta mujer es doncella,
¿Qué bien se puede seguir
De verla? ó qué has de decir
Si te cogiesen con ella?
Si es, como pienso, casada?
¡A qué peligro te pones!
Si es viuda, ¡qué ocasiones
De un galan y de una espada!
Que como en efeto cria
La soledad mal humor,
Hállanse mucho mejor
Con alguna compañía.
Pues ser libre, no lo creo,
Porque como libre fuera,
Se descubriera, y viniera
A ejecutar su deseo;
Y ¿qué te puede importar,
De botas y plumas llenos,
Una mujer mas ó menos?
DON FÉLIX.
Beltran, servir y callar.
BELTRAN.
Yo digo que es justa cosa,
Y la obediencia virtud;
Pero tenga yo salud
Como es necedad famosa.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan. Está á oscuras.

ESCENA XIV.

CELIA, FABIA.

CELIA.
¿Fué el escudero?
FABIA.
Ya fué,
Y aunque es tanta su inocencia,
No le faltó su malicia,
Admirado de que quieras
Hablar un hombre de noche;
Mas díjele que Florela
Habia de estar acá,
Y que era su amada prenda
Y cosas de matrimonio.
CELIA.
Sabe el cielo que me tiembla
El corazon de pensar
El peligro que me espera,
Si no me sucede bien.
FABIA.
¡Ah, Señora, qué flaqueza
Tan grande para venganza
De los hombres que desprecias!
Vuelve en tí.
CELIA.
Pienso que estoy
Arrepentida. ¡Oh soberbia
Presuncion! ¡á qué has traido
Mi ignorancia y mi vergüenza!
¿Qué locura fué la mia?
Qué vi en un hombre, que apenas
Puedo decir que le ví?
Qué conformidad de estrellas
Pudo ser la de los dos,
Que él sin verme aquí se queda,
Y yo de verle una vez
Me parto á buscar mi afrenta?
¿Cómo podrémos hacer,
Fabia, para que no venga?
FABIA.
Decirle que te han sentido,
Y que se vaya á su tierra,
Porque le quieren matar.
CELIA.
Bien dices, porque se vuelva.
Pero haz cuenta que ya es ido.
¿No es lástima que este sea
De otra mujer en el mundo,
Ni que otros brazos le tengan?
¿Has visto mas lindo talle,
Mas blandura y dulce lengua
En cuantos hombres has visto,
Mas bizarría y limpieza,
Mas gracia, mas aire y brio?
FABIA.
No sé, Celia, cómo pueda
Pensar que eres tú la misma,
Que arrogante de tus prendas
Tales crueldades has hecho.
CELIA.
¿Qué es esto?
FABIA.
Será que llegan.
CELIA.
No sé qué tengo de hacer;
Que el arrojarme resuelta
Fué solo saber que se iba.
Tanto puede la tristeza
De un imposible en mujer.
FABIA.
Yo le diré que se vuelva.

ESCENA XV.

DON FÉLIX, BELTRAN, *de noche.* DICHAS.

DON FÉLIX.
En dejándome el criado,
Perdí el tiento.
BELTRAN.
Las tinieblas
Con miserere y azotes
Suele celebrar la iglesia.
DON FÉLIX.
Yo no sé por dónde voy.
Esta ¿es sala ó cuadra?
BELTRAN.
Espera.
Por aquí siento...
DON FÉLIX.
¿Qué sientes?
BELTRAN.
Gente que á los dos se acerca.
¡Oh si fuera la criada!
CELIA. (*Ap. á Fabia.*)
Háblale, no te detengas.
FABIA.
¿Es don Félix?
DON FÉLIX.
Sí, mi bien.
FABIA.
No soy yo quien os desea,
Sino quien viene á deciros
Que os volvais porque no os vean;
Que está nuestra casa en arma.
DON FÉLIX.
Gentil necedad es esa,
Habiéndome detenido
Vuestro dueño ó vuestra dueña.
¿No podré hablarla?
FABIA.
No sé.
Señora, á hablarle te llega; (*A Celia*)
Que se ha enojado de ver
Lo que le dí por respuesta.
CELIA.
¿No ves que tiene razon?
Déjamele hablar siquiera;
Que algo se ha de hacer por él.—
Don Félix...
DON FÉLIX.
Hermosa estrella
De la noche en que me veo,
¿Qué resolucion es esta?
CELIA.
Con lo poco que habeis visto,
Veréis qué honor se profesa
En esta casa, y quién soy.
DON FÉLIX.
No sé quien sois; mas pudiera
Saberlo deste recato,
Cuando no de su grandeza.
CELIA.
La novedad se ha sentido.

Si no os vais, mi muerte es cierta.

DON FÉLIX.

Para eso hicisteis que hiciese
Una cosa tan mal hecha
Como dejar mi jornada!

CELIA.

Pues bien, ¡un dia os altera,
Que perdeis por una dama!
¡De qué gigante, qué fuerza,
Las doncellas me librásteis?
¡Qué guante de la leonera
Habeis sacado por mí?
¿Qué moro muerto en la guerra?
Si hoy perdisteis la jornada,
Mañana podréis hacerla.

DON FÉLIX.

No me pesa de perder
La jornada, aunque me fuera
La vida; de que digais
Partíos mañana me pesa.
Pero pues soy desdichado,
No por lo menos lo sea
En que no me déis la mano.
Merezca yo merecerla
Por el dia que he perdido.

CELIA.

No sé... Tomad; que me tiembla
De vos el alma.

(*Dale una mano.*)

DON FÉLIX.

¿Es posible,
Mano hermosa (aunque no pueda
Decir blanca, que no os veo),
Que vuestro dueño me deja
Partir con tanta crueldad?
Pues mi boca os enternezca.

(*Bésale la mano.*)

CELIA.

¡Jesus! ¿Besástesla?

DON FÉLIX.

No.
Ella á sí misma se besa,
Pues es traidora á mi boca.

ESCENA XVI.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)
¿Qué oscuridad es aquesta?
¡Hola! ¿No hay aquí una luz?

CELIA.

¡Ay triste!

DON FÉLIX.

Quien fuere sea.

(*Saca la espada.*)

CELIA.

No saqueis, Señor, la espada.

DON FÉLIX.

Si sacan luz, será fuerza,
Sea marido ó padre.

BELTRAN.

¿No lo dije?

FABIA. (*A Celia.*)

¿Qué esperas?
Si no hay remedio, sino es
Que en tu aposento le meta.

CELIA.

Éntrale detrás de mi cama.

DON FÉLIX.

¿No es mejor que me defienda?

CELIA.

Señor: esto es mi honor.

DON FÉLIX.

Pues si es vuestro honor, yo muera.

BELTRAN.

Y á mí ¿adónde han de llevarme?

FABIA.

Venid conmigo á la celda
De un cierto galan sardesco.

BELTRAN.

¿No hay bodega?

FABIA.

No hay bodega.

(*Vanse los dos tras Fabia.*)

ESCENA XVII.

LIBIO, *con una bujía encendida, y* DON JUAN *detrás con broquel y capa de noche.*—CELIA.

LIBIO.

No ha sido nuestro descuido.

CELIA.

Don Juan, norabuena vengas.
Ya salia yo á tus voces.

DON JUAN.

¡Sin luz una casa, Celia!

CELIA.

Yo te juro que mañana
Estos necios y estas necías
Sepan cómo han de servir.

DON JUAN.

Yo sabré reñirlos; entra;
Que traigo que te contar,
De otro novio que nos ruega
Con mas de cien mil ducados,
Hombre de oficio y nobleza,
Y no mal talle.

CELIA.

¿Los años?

DON JUAN.

Él treinta y nueve confiesa.

CELIA.

Añádele diez.

DON JUAN.

Tendrá
Punto menos de cincuenta.

(*Vase y síguele Libio.*)

ESCENA XVIII.

FABIA.—CELIA.

CELIA.

Fabia, en gran peligro está.

FABIA.

Dios sabe lo que me pesa;
Mas bien le puedes echar.

CELIA.

No sé, del alma quisiera.

ACTO SEGUNDO.

Calle en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, BELTRAN.

DON FÉLIX.

Detente, blanca aurora,
Mientras que salgo desta casa vivo.

BELTRAN.

Ya parece que dora
Su plata el sol.

DON FÉLIX.

De mi suceso escribo
La tabla por milagro.

BELTRAN.

Ya no pensaba verte,
Y cuando me llamaron, donde estaba
Escondido, á mi muerte
Dispuse el corazon que me animaba,
La tuya presumiendo.

DON FÉLIX.

Lo que he pensado yo te iré diciendo,
Que son cosas notables.
Postas á Zaragoza tomo luego.

BELTRAN.

Camina pues.

DON FÉLIX.

No hables,
Beltran, palabra hasta Aragon, te ruego.

BELTRAN.

Pues ¡dejas esta dama!

DON FÉLIX.

Huyendo voy de lastimar su fama.

BELTRAN.

¿Quién es?

DON FÉLIX.

No lo he sabido,
Ni señas de su rostro puedo darte.

BELTRAN.

Oscura dicha ha sido.
Postas, Señor, y á Zaragoza parte.

DON FÉLIX.

¡Ay no vista belleza!
La que habeis de tener me da tristeza.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan, en Madrid.

ESCENA II.

DON JUAN, OCTAVIO.

DON JUAN.

Mucho habeis madrugado.

OCTAVIO.

No mucho, pues que vos estáis vestido.
Pero tuve cuidado,
Y sospeché que fuérades partido.

DON JUAN.

Dos leguas son, no importa.

OCTAVIO.

No hay con ardiente sol jornada corta.

DON JUAN.

Mal gusto, Octavio, fuera,
Casándose dos príncipes de España,
No ver el Pardo, esfera
Que el sol Felipe de sus rayos baña,
Y mas que allá tenemos
Donde una noche ó dos nos alojemos.

ESCENA III.

CELIA.—DICHOS.

DON JUAN.

¡Mi hermana levantada
Tan de mañana! Celia mia, ¿qué es esto?

CELIA.

El saber tu jornada
El sueño y la salud me ha descompuesto.

DON JUAN.

No es ausencia dos dias.

CELIA.

¿Mayor ausencia en tanto amor querías?

DON JUAN.

Tu cuidado he sentido,
Y aun á saberle quise levantarme.

CELIA.

Llamar á Fabia ha sido
Causa de despertarte y desvelarme.

DON JUAN.

Tampoco yo dormia,
Como inquietud adonde estás sentia.
Octavio y yo nos vamos:
Mira qué mandas.

CELIA.

Que te guarde el cielo.

DON JUAN.

Lo que anoche tratamos
Causa debe de ser de tu desvelo.
Pues, aunque un siglo aguarde,
No será sin tu gusto.

CELIA.

Dios te guarde.
Vanse los dos caballeros.)

ESCENA IV.

CELIA.

¿A quién ha sucedido
La desdicha que á mí? Mas no me espan-
Justo castigo ha sido. [to:
Pero ¿por qué razon me aflijo tanto,
Félix, si á amarme vienes,
Que es ofender los méritos que tienes?
No quiero yo mas dicha
Que tenerte por dueño, señor mio;
Que llamarla desdicha
Fué de mi honor disculpa y desvarío;
Que no se llama culpa
La que ese talle y discrecion disculpa.
Más quiero yo quererte
Que el remedio mayor para mí estado.
Bien se ve que mi suerte
A tus brazos llevó mi honor forzado;
Pues yo te despedia,
Y ella en mi propia cama te escondia.
Amor trujo á mi hermano
Para que te pusiese en mi aposento.
Vengado se ha el tirano
De mi loco arrogante pensamiento;
Mas si yo te merezco
Gozar, mi bien, el daño te agradezco.
Tarda Fabia, que ha ido
A saber cómo estás... Pero no tarda:
Ya siento que ha venido.

ESCENA V.

FABIA.—CELIA.

CELIA.

¿Qué tristeza es aquesta? Espera, aguar-
¿No hablas? ¿Qué has hallado? [da.

FABIA.

Antes, Celia, no hallé... sino cuidado.

CELIA.

¿Qué dices que no hallaste?

FABIA.

¿De qué sirve que en tanta desventura
Tiempo y palabras gaste?

CELIA.

¿Estaba á otra mujer con mas ventura
Aguardando por dicha
Aquel hermoso autor de mi desdicha?

FABIA.

Señora, á su posada
Llegué con tu papel, y me dijeron...

CELIA.

Ya estoy toda turbada.

FABIA.

Que Beltran y don Félix se partian
A Zaragoza.

CELIA.

¡Ay triste!

FABIA.

Esto es sin duda.

CELIA.

Por mi muerte fuiste.

FABIA.

En postas, por mas prisa,
Dicen que van.

CELIA.

El bien en postas vuela.
Por mas que nos avisa
Vuestra maldad, traicion, arte y cautela,
¡Ay hombres desleales!
No nos pueden mover ejemplos tales.
¿Qué haré?

FABIA.

Temo tu vida.

CELIA.

Ya no la temas; que, temer no es justo
En vida tan perdida
Ni deshonra, ni muerte, ni disgusto.
Cierta será la mia.
¡Mal haya la mujer que en hombres fia!
¿Esto ha sido nobleza?
Traidor don Félix, ¡tú Aragon naciste!

FABIA.

Reprime la tristeza;
Que está Riselo aquí.

CELIA.

Pues vete ¡ay triste!
Que hablar quiero á Riselo.

FABIA.

Tu júicio y tu vida guarde el cielo.
(Vase.)

ESCENA VI.

RISELO.—CELIA.

RISELO.

Viendo pasar de camino
A tu hermano con Octavio,
Mi amor perdido y no sabio
A verte y cansarte vino.
Perdona mi atrevimiento.

CELIA.

¡Ay, Riselo, á qué ocasion
Te trujo en tanta pasion
Mi cuidado y pensamiento!
¿Dónde te dijo que iba?

RISELO.

Al casamiento, ó me engaña,
De los príncipes de España:
Del sol, que mil siglos viva,
Con la luna, que ha de dar
De su luz tales estrellas,
Que pueda la menor dellas
Nuestro hemisferio alumbrar.

CELIA.

¿Podré fiarme de ti?

RISELO.

Siempre me has desestimado.

CELIA.

Pues sabe que te ha engañado.

RISELO.

¡Don Juan engañado á mí!

CELIA.

Don Juan es ido á Aragon.

RISELO.

¿A qué va á Aragon don Juan?

CELIA.

Mis desdichas te dirán
La ocasion por que lo son.
Anoche mató á mi puerta
Un hombre don Juan por mí;
No porque ocasion le dí,
Que de todo estaba incierta,
Y tú de experiencia sabes
Mi desden.

RISELO.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

Esto ha pasado, Riselo;
Porque de cosas tan graves
Solo á tí se puede dar
Parte, y valerse de tí.

RISELO.

Para servirte nací.
Segura puedes estar
Que no hay hacienda ni vida
Que no aventure.

CELIA.

Al partir,
Me comenzó á persuadir,
Por verme tan afligida,
Que me partiese á Aragon,
Donde estaria segura,
Excusando por ventura
Alguna injusta prision;
Y porque vivir sin él,
Muerto mi padre, en la corte
Era caminar sin norte
Y con fortuna cruel.
Querria partirme luego;
Mas sin decir que me voy.
Mujer soy, sin dueño estoy:
Que me acompañes te ruego;
Que el premio, si puede ser,
Yo seré, siendo, Riselo,
Tu mujer, pues quiere el cielo
Que venga á ser tu mujer.

RISELO.

Es tan justa obligacion
El servirte, Celia hermosa,
Que como cosa forzosa
No pide satisfacion;
Y cuando alguna pidiera,
¿Qué mayor que acompañarte?
Porque el verte y el hablarte
La mayor del mundo fuera.
¿Cuándo quieres partir?

CELIA.

Luego.

RISELO.

¿Cómo?

CELIA.

Disfrazada iré;
Que desta suerte podré
Caminar con mas sosiego.
Sé la lengua portuguesa,
Que en el Oriente aprendí,
Donde sabes que nací...

RISELO.

De que me adviertas me pesa;
Que no pudiera nacer
El sol sino en el Oriente,
Cuya luz y rayo ardiente
Me pudo el alma encender.

CELIA.

En forma de portuguesa
No darán señas de mí.
Entra, que fio de tí
Esta bien nacida empresa.
Sacaré joyas y plata
La que fuere menester.

RISELO.

En fin ¿serás mi mujer?

CELIA.

Siempre el tiempo verdad trata:
El te dirá la verdad.

RISELO.

Nadie la dirá mejor.

CELIA. (*Ap.*)

Disculpad, honra y amor,
Tan ciega temeridad,
No piense de tanta dicha
Alabarse el forastero;
Que le mataré primero,
Y será mayor desdicha.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro, en Zaragoza.

ESCENA VII.

LISARDA, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Deja, sobrina, la tristeza y mira
Que no puede tardar Félix, si acaso
No se perdió la carta, en que le escribo
Que venga á ser testigo del recibo;
Fuera de que en la corte y sin dinero,
¿Cómo puede vivir un caballero?
Es el dinero el alma de la corte,
Sin ella viven los que no le tienen,
Y mas aquellos que de fuera vienen.
Tú serás su mujer, Félix te adora.

LISARDA.

Dicen que es una Circe encantadora
La vida de la corte, y ya lo creo,
Pues don Félix, ingrato á mi deseo,
Sin ocasion en ella se entretiene.

DON PEDRO.

Pues no escribe, no dudes de que viene.

LISARDA.

Antes debe de estar bien descuidado,
De amigos y de damas regalado,
Que todos son sirenas del oido,
En que debe de estar entretenido.
Yo conozco á mi primo: no me digas
Que viene á Zaragoza; que es la cosa
Que debe de tener mas olvidada.

DON PEDRO.

Antes no quiero yo, sobrina amada,
Que pienses que te engaño y entretengo.
Un propio le enviaré, si hoy no viene.

LISARDA.

Si quieres tú que consolada espere,
Hazme tanto favor.

DON PEDRO.

Espera un poco;
ue ya yo sé que amor, ó cuerdo, ó loco,
uanto mas tiene de esperar contento,
anto tiene de menos sentimiento.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

LISARDA.

Amé desde el principio de mi vida,
Félix, tus altos méritos, guiada
De aquella luz que el alma enamorada
A tu dulce prision llevó rendida.
Contigo el sol me amaneció, vestida
De esta verde esperanza dilatada,
Contigo, hasta bajar la noche helada,
ra volverte á ver entretenida.
Ya, con tu ausencia, todo me acobarda:
gun remedio de tus manos viene
ontar la esperanza que te aguarda.
Morir y no tenerla me conviene;
e mas mata esperar el bien que tarda
e padecer el mal que ya se tiene.

ESCENA IX.

BELTRAN.—LISARDA.

BELTRAN.

Detente un poco, por Dios,
Mientras albricias te pido.

LISARDA.

Seas, Beltran, bien venido

BELTRAN.

¿Qué miras? ¿Si somos dos?

LISARDA.

Como niño, busco en vano
Por quien el alma suspira,
Que el espejo en que se mira
Tienta detrás con la mano.
¿No viene mi bien?

BELTRAN.

Ya viene,
Que yo he querido ganar
Las albricias, por hurtar
Las esperanzas que tiene.

LISARDA.

No me puedo persuadir
A que no viene mi bien.

BELTRAN.

Digo que viene tambien.

LISARDA.

Pues iréle á recibir.

BELTRAN.

¿De qué tal sospecha tienes?
Ya viene, á fe de español.

LISARDA.

De que se queda mi sol,
Y tú como sombra vienes,
La noche sucede al dia.

BELTRAN.

Este mismo le verás.

ESCENA X.

DON FÉLIX. — DICHOS.

DON FÉLIX.

¡Ay prima! que sufrir mas
Parece descortesía. (*Abrázanse.*)

LISARDA.

Despacio me has de abrazar;
Que tambien mata el placer,
Si el lugar que ha de tener
Tiene ocupado el pesar;
Y aunque el amor siempre loco
Quiere á tus brazos llevarme,
Ya viene el alma á avisarme
Que me vaya poco á poco.

DON FÉLIX.

Yo por lo menos no puedo
Sufrir tanto, y en mis brazos
Confirmo esperados lazos
Contra la opinion del mundo;
Y aun pienso que este contento
A tu rostro me obligara,
Si el respeto no templara
La fuerza al entendimiento.

LISARDA.

¡Qué olor traes de Madrid!
No sé cómo te abracé.

DON FÉLIX. (*A Beltran.*)

A esa gente que dejé
Lo que os he dicho advertid.

LISARDA.

¿No respondes? Mal indicio.

DON FÉLIX.

Estoy, prima, con cuidado.

BELTRAN.

Las postas se han despachado,
Ir y venir es su oficio.

DON FÉLIX.

¿Qué tengo que responder,
Si ya celosa te veo
En agravio del deseo
Con que te he venido á ver?
Ver la corte un caballero
Es fuerza en cualquiera parte
De España, aprendiendo el arte
De serlo el mas verdadero.
Esto en un mes aprendí,
Esto he visto y esto sé:
Vi su estilo, aunque no fué
Gran novedad para mí;
Y pienso que en mis acciones
Se verá si es de importancia.

LISARDA.

Por lo menos, la elegancia
De tus discretas razones.
Gastar en Madrid un hombre
En un mes dos mil ducados
Son indicios extremados
Que aprendió el arte y el nombre.
¡Bravos maestros tuviste!
Alguno sería mujer.
Presto se ha echado de ver
Lo que en la corte aprendiste;
Que bien se pagan tambien.

DON FÉLIX.

No fueron mal empleados:
Con amigos y criados
Se luce en la corte bien.
Y heme admirado de tí,
Que por culpa se me dé;
Porque mientras mas gasté,
Mas presto á verte volví;
Porque mientras mas durara
El dinero, claro está
Que mas estuviera allá,
Y mas en volver tardara.

LISARDA.

¡Qué linda traza de amores!
Qué bien tu ausencia me pintas
Con razones, tan distintas
De regalados favores!
De suerte que ¡en el dinero
Estuvo el volverme á ver!
Si aquesto fuiste á aprender,
Tú vienes gran caballero.

DON FÉLIX.

Si yo te abrazo y te doy
Nuevas, Lisarda, de mí,
Y tú, desdeñosa aquí,
No ves que muriendo estoy,
¿Qué tengo de hacer? ¿Llorar?
¿Dormir en la calle? ¿Hacer
Locuras?

LISARDA.

Como á mujer
Me comienzas á tratar;
Que basta haberlo tratado
Para haberme aborrecido,
Pues es antes de haber sido
Como si hubiera pasado.

DON FÉLIX.

Si tales muestras me das,
Eso di que es ser mujer,
Y que ocasion puede ser
Para no serlo jamás.
Una lista quiero darte
Del dinero que gasté,
Porque sepas cómo fué,
A quién le di y en qué parte.

LISARDA.

No, primo: esas bizarrías
Cosas de la corte son.
No pido tanta razon

A prendas que no son mias,
Ni os quiero yo dar aquí
Por recien venido enojos.
(*Vase llorando.*)

ESCENA XI.

DON FÉLIX, BELTRAN.

BELTRAN.
Las manos lleva en los ojos.
¿Cómo la dejas ansí?

DON FÉLIX.
Pues ¿qué la tengo de hacer?
¿No ves que ya me ha tratado
Como si hubiera llegado
A ser mi propia mujer?
¡Oh Madrid! ¡Qué libertad!
Qué gusto! Aquí nunca fuí
Mas de un hombre que nací
En esta insigne ciudad;
Allá, con ser forastero,
Fuí mirado y admirado.
Más que he querido he gozado.

BELTRAN.
Traslado á nuestro dinero.
¡Pesiatal! Con los dos mil,
¿Qué no pensabas hacer?

DON FÉLIX.
¿Y quién te ha dado á entender
Que allá no es precio muy vil?

BELTRAN.
No lo creas; que tambien
Falta por allá dinero.
Dime tú que un forastero
Obliga á quererle bien,
Porque no se ha de alabar
Y se ha de partir mañana;
Que esta es la razon mas llana
De lo que puede gozar.
Y fuera de aquella triste
Que aquella noche burlaste,
Dime tú, ¿en Madrid qué hallaste,
O qué sin pagar comiste?

DON FÉLIX.
Muchos se me aficionaron.
Desa lo estuviera yo,
Y el peligro me ausentó
Della.

ESCENA XII.

INÉS, FINEO Y CRIADOS.—DICHOS.

INÉS.
¿Decís que llegaron?

FINEO.
Aquí están.

INÉS.
¡Señor!...

FINEO.
¡Señor!...

DON FÉLIX.
Todos sean bien hallados.
¿Cómo estáis?

INÉS.
Por tus criados,
Viéndote, responde amor.
Danos los brazos, Beltran.

BELTRAN.
Vengo ya gran cortesano.

INÉS.
¿De un mes?

FINEO.
Es negocio llano.
Así vuelven los que van.

INÉS.
¿Qué traes de allá?

BELTRAN.
No sé...
Interés, poca verdad,
Y en hablar mas libertad.

INÉS.
¡Medrado vienes á fe!
¿Eso se vende en Castilla?

BELTRAN.
¿No ves que me estoy burlando,
Y mas de la Corte hablando,
Y de aquella insigne villa?

INÉS.
A la fe, quien va de acá,
Beltran, mal acostumbrado,
No traerá mas que ha llevado.

BELTRAN.
¿Tan malo fuí?

INÉS.
Claro está.

FINEO.
Señor viene.

ESCENA XIII.

DON PEDRO.—DICHOS.

DON PEDRO.
En fin, yo he sido
El postrero que ha gozado
Tus brazos.

DON FÉLIX.
Aun no he llegado...

DON PEDRO.
Mejor dirás no he partido,
Segun te hallabas allá.
¿Qué has hecho á tu prima, di,
Que está llorando?

DON FÉLIX.
De mí
Quejosa ó celosa está.

DON PEDRO.
¿Tú no ves que es todo amor?
¿Cuándo te quieres casar?

DON FÉLIX.
Dame un poco de lugar
Para prevenir, Señor,
Las cosas que he menester.

DON PEDRO.
Respuesta doncella ha sido.
Pues tú, para ser marido,
¿Qué prevencion has de hacer?

DON FÉLIX.
Galas no puedo excusar,
Casa y libreas.

DON PEDRO.
Yo quiero
Salir á todo.

DON FÉLIX.
Primero
Querria desenojar
A Lisarda.

DON PEDRO.
Y es razon.
Ven conmigo.

DON FÉLIX.
Si me pide
Celos, la boda despide,
Porque muy cansados son.
(*Vanse todos, menos Inés y Beltran.*)

ESCENA XIV.

INÉS, BELTRAN.

INÉS.
¡Ah señor Beltran!

BELTRAN.
¿Qué manda?

INÉS.
¡Qué espetado me recibe!

BELTRAN.
Así por allá se vive,
Así se negocia y anda.

INÉS.
¿No trae rizos de allá
Ni vocablos exquisitos?

BELTRAN.
Esos son cuatro mocitos,
Que á cinco no llegan, ya;
Pero en el mundo no creo
Que haya mas valor que allí.
¡Qué graves personas vi
En cuanto pide el deseo!
Qué entendimientos tan claros!
Qué amistades! qué lealtades!

INÉS.
¡Lealtades en amistades!
¡Gran cosa! milagros raros!
Ese bien basta que tenga.

BELTRAN.
Aunque no falta castigo,
Quien escoge infame amigo
Tómese el mal que le venga.—
Dejando pueblos en Francia,
¿Tienes ahí cualque ropa?
Porque es llegar viento en popa.

INÉS.
Habrá notable fragrancia.
Veráste en agua de azar,
Que ya está puesta á cocer;
Que todo es bien menester
Viniendo de ese lugar.

BELTRAN.
Pagaréte en cien mil cosas.

INÉS.
Los ausentes sois ingratos.

BELTRAN.
Ven, y daréte zapatos,
Cintas y tocas famosas.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan, en Madrid.

ESCENA XV.

DON JUAN, OCTAVIO.

DON JUAN.
¿Por qué te volviste?

OCTAVIO.
Fué
Forzoso el volverme luego.

DON JUAN.
Perdiste, Octavio, de ver
Los reales casamientos
De los príncipes de España.

OCTAVIO.
De mis negocios me quejo,
Que no me dieron lugar.

DON JUAN.
Recibióme bien don Diego,
Y pude esperar dos dias,
Si bien en todos no tengo
Nuevas de mi casa, Octavio.

OCTAVIO.
Ya mi descuido confieso;
Que no he visitado á Celia.

DON JUAN.
No gasteis en cumplimientos
Conmigo, Octavio, palabras.

OCTAVIO.

¿Hubo algun nuevo suceso?

DON JUAN.

Por no mover, como era justo, á España
Con este regocijo,
Al príncipe su hijo
(Que fué de su modestia heróica hazaña)
Casó Felipe, Octavio, donde sabes,
Huyendo al monte las siniestras aves.
No de voz infeliz se oyó ninguna.
Salió Vénus hermosa,
Bañada en pura rosa,
Llevando de la mano á la fortuna;
Amor á la esperanza y al deseo,
Vestido de francés el Himeneo.
Dábase priesa á derribar el dia
De su dorado coche
La venturosa noche,
Que escurecer al mismo sol queria,
Porque con Isabel imaginaba
Que se paraba el sol que la envidiaba.
Pintarte los vestidos no me atrevo,
Que hacian esfera el Pardo [1].
En Felipe gallardo
Se vió cifrado el resplandor de Febo;
Y á su hermosura es bien que le anticipe,
Pues se deja mirar la de Felipe.
La divina Isabel, no solo rama,
Mas todo el lirio de oro
De aquel francés tesoro
Que gastó los diamantes á la fama,
Bordada de sus mismas luces bellas,
Fué campo celestial de sus estrellas.
Las damas que quisiera referirte
Suspenden mi memoria,
Ni puedo á tanta gloria
Con relacion tan rústica subirte;
Que podia su sol, por atrevidos,
Mi lengua castigar y tus oidos.
Allí se descogió la primavera,
Allí todas las flores
Realzaron sus colores,
Si no son luces de la octava esfera;
Y como el Pardo fué cielo en el suelo,
Hubo mas sol estando pardo el cielo.
Corrida Vénus que lo fuesen todas,
Envidiosa asistia,
Y el niño amor hacia
Varios conciertos de felices bodas,
Y en los casados, por mayores palmas,
Casábales los ojos y las almas.
Andaban por el aire cupidillos,
Jugando con espadas
En tarjetas doradas
Pintadas de leones y castillos,
Y las del otro bando en real decoro...
. . . . [2]
Tendido en sus arenas Manzanares,
Esforzó sus corrientes,
Y con varios presentes,
Himnos, epitalamios y cantares,
Sus ninfas celebraron este dia,
Y el monte en dulces ecos respondia.
Una casa de luces y cristales,
Entre jardines puesta,
Era el Pardo, floresta
De dioses y de estrellas celestiales.
Diciendo «De Isabel mil años goces»
La paz y la esperanza; en tales voces
Bajó la noche, Octavio, finalmente,
Donde tuvo el deseo
Con lazos de Himeneo
Un bien que se esperaba como ausente.
¡Plegue al cielo que España presto vea
El dulce fruto que á los dos desea!

[1] La princesa Isabel, hija de Enrique IV, rey de Francia, hizo su solemne entrada en Madrid como esposa de Felipe IV, entonces príncipe, el dia 19 de noviembre de 1615. Se detuvo antes en el Pardo unos dias.

[2] Falta un verso.

OCTAVIO.

No me pudieras decir
Cosa de mayor contento.

DON JUAN.

¿Qué es esto, Octavio? A mi casa
Despues de esta ausencia llego,
¡Y no me recibe nadie!
Hola, criados! ¿qué es esto?
Decid que aquí estoy á Celia.

ESCENA XVI.

FABIA, LUCIO Y ESTACIO *muy tristes.*—DICHOS.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿qué es esto que veo,
Pues salís y no me hablais?
¿Qué novedad, qué suceso,
Con descoloridos rostros
En mi presencia os ha puesto?
¿Está mi hermana indispuesta?
¿Quién en mi casa se ha muerto?
Hablad, ¿qué me ha sucedido?
¿Por qué me teneis suspenso?

FABIA.

Señor, Celia, mi señora,
No está en casa.

DON JUAN.

¿Cómo es esto?

LUCIO.

Ni en Madrid está, Señor.

DON JUAN.

¡Ni en Madrid! ¿Qué es esto, cielos!
Con esta daga os haré
Que digais la verdad, perros.

ESTACIO.

Señor, no sabemos mas
De que aquí vino Riselo,
Y que los dos en un coche
Salieron con gran silencio,
Y que le hicieron volver.

DON JUAN.

Llamadme luego al cochero.

LUCIO.

Aquí viene.

ESCENA XVII.

BERNAL.—DICHOS.

DON JUAN.

Pues, Bernal,
¡Esta lealtad te merezco!

BERNAL.

Si me dice mi señora
Que vaya á Atocha, ¿yo puedo
Adivinar lo que intenta?

DON JUAN.

Pues ¿fué á Atocha?

BERNAL.

Fué; mas luego
Que en la reja se apearon,
Que me volviese dijeron,
Porque habian de volver
Con las hijas de don Pedro;
Y tomándola la mano
Riselo, se entraron dentro.

DON JUAN.

Cerca sin duda tenian
Con lo que los dos se fueron.
¡Traidor, Riselo, tú á mí!
Y tú, ingrata, ¿cómo has hecho
Desprecio de todo el mundo,
Para dar en tal desprecio?
Yo te casara con él,
Aunque era pobre.

OCTAVIO.

No acierto
A daros en tanto mal
Consuelo alguno.

DON JUAN.

Consuelo,
¿Adónde le puede haber,
Si no es en partir tras ellos,
En las postas de mi honor,
Y de mi agravio en el viento?

BERNAL.

Señor, Decio me contó
Que con el coche viniendo
A Madrid, en un caballo
Conoció al traidor Riselo,
Camino de Zaragoza,
Y una dama, que sospecho
Que seria mi señora,
Un blanco rebozo puesto
Con un sombrero de plumas.

DON JUAN.

Ellos son; Octavio, hoy quiero
Hacer prueba de tu amor.

OCTAVIO.

No te dejaré, si entiendo
Perder mil veces la vida.

DON JUAN.

Salid todos de aquí presto;
Perros; que quiero poner
A la casa infame fuego,
Donde para mi deshonra
Se hicieron estos conciertos.
(*Vanse los criados.*)

OCTAVIO.

Don Juan, no es tiempo de voces;
De solo remedio es tiempo.

DON JUAN.

¡Celia ingrata! Al fin mujer.
Advierta el hombre discreto
Que de su sombra se fia,
Que ara el mar y siembra el viento.
(*Vanse.*)

—

Calle en Zaragoza.

ESCENA XVIII.

RISELO, *de camino;* CELIA, *de portuguesa.*

RISELO.

Solamente una mujer
Engañara á un hombre así,
Para que se viese en mí
Lo que mas podeis hacer.
Que de querer á creer
Hay diferencia tan poca,
Que luego á querer provoca;
Pero teneis condicion,
Que aun no sabe el corazon
Las mentiras de la boca.
A Zaragoza he venido,
De mi amor tan engañado,
Cuanto estuve confiado
De que no hubieras mentido.
Traidor á don Juan he sido;
Pues no está don Juan aquí,
Del crédito que te di
Tan arrepentido estoy,
Que no te dejo y me voy,
Porque ya le obligo así.
Estás en un reino extraño,
Adonde te has de perder;
Que siendo sola y mujer,
¿Qué mas claro desengaño?
Ya no puede ser el daño
De lo que ha sido mayor.

Que no fui amigo traidor,
Necio, sí, decir podrán;
Y aunque me mate don Juan,
Quiero defender su honor.

CELIA.

Riselo, para tener
Un hombre de su aficion
La justa satisfacion,
Hay poco que agradecer.
Amar es obedecer,
Y padecer y sufrir;
Esto se llama servir,
Esto amar, esto obligar;
Que amor no se ha de quejar,
Aunque se viese morir.
Advertida la razon
Porque vine á esta ciudad,
Ni la mia es libertad,
Ni la tuya fué traicion.
Cumple con la obligacion
Que tienes de caballero,
Como en tu nobleza espero;
Que cuando sepas mi historia,
Te dará mi amor memoria
De amigo el mas verdadero.
La casa que ves aquí
Es en aquesta ciudad
De notable calidad,
Su blason lo dice así.
De lo que has de hacer por mí,
No te arrepientas, Riselo;
Que fuera de que tu celo
Presto se ha de conocer,
Celia será tu mujer,
Si quieren don Juan y el cielo.

RISELO.

¿Vuelves de nuevo á engañarme?
Mucho fias de mi amor;
Mas yo quiero por tu honor
A perderme aventurarme.

CELIA.

Finge, Riselo, matarme
En este portal, y en viendo
Que desciende gente, huyendo
A la posada te irás;
Que despues, de mí sabrás
Lo que fuere sucediendo.

RISELO.

Locura es no obedecerte.
Saco la daga.

CELIA.

Yo agora
Me quejaré.

RISELO. (*A voces.*)

¡Aquí, traidora,
Aquí te daré la muerte!

CELIA.

¡Jesus! nome de Jesus!
¡Que me mata este villaõ!

RISELO.

Muere, infame.

CELIA.

¡Compaixaõ!

RISELO.

Ya vienen.

CELIA.

Pues huye tú.
(*Éntranse en casa de don Pedro.*)

—

Antesala en casa de don Pedro.

ESCENA XIX.

DON PEDRO Y FINEO; *despues*, CELIA Y RISELO.

DON PEDRO. (*Dentro.*)

¡Hola, criados!

FINEO (*Dentro.*)

Señor...

DON PEDRO.

Que matan una mujer.
(*Sale Celia huyendo, y Riselo persiguiéndola.*)

CELIA.

¡Aquí d' el Rei!

RISELO.

¿Hay que hacer
Otra cosa?

CELIA.

Huir.

RISELO.

¡Oh amor! (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON PEDRO, LISARDA, BELTRAN, FINEO Y CRIADOS, *con espadas desnudas.*—CELIA.

DON PEDRO.

¿Qué es aquesto?

CELIA.

¡Aquí d' el Rei!

LISARDA.

Una mujer es, Señor.

FINEO.

¡Oh cómo corre el traidor!

LISARDA.

¿Estáis herida?

CELIA.

Naõ sei.
Olhai por o derradeiro.

BELTRAN.

Que la miren por detrás.

DON PEDRO.

¿Quién eres y adónde vas?

CELIA.

¡Jesus! Contar-vos-o queiro.

LISARDA.

¡Qué linda cara y persona!

DON PEDRO.

Cuando mujer no obligara,
Lisarda, la buena cara
Cualquiera desgracia abona.

CELIA.

Já que vim a vossas maõs
Por ventura, senhor velho,
E de vos, fermosa dama,
Depende hoje o bem que espero,
Despois de taõ varios casos,
Tantos acontecimentos,
Que naõ sei se vivo ou morro,
Taes saudades padezo;
Sabei que eu sou portugueza:
De Coimbra sou; bem creio
Que o dize minha falla,
Minha ventura ao menos.
Naõ sei fallar castelhano,
Perdoai-me; que bem vejo
Que naõ serei entendida
Entre tantos desconcertos.
Eu vivia em minha terra;
O meu pai, que vos prometo
Que era homem muito grave
Por fidalgo e cristaõ velho,
Foi-se á pelejar com mouros:
Morreo, e ficou entre ellos.
Chorai, olhos, chorai tanto,
Que descançeis minho peito.
Eu triste, ¿que fiz entaõ?
Cuidar da fazenda presto,
E vivir com mais recato
Dos homens, de enganos cheios.
Menina sem pai nem mãi,
O amor, amor, que a feito
Maiores males no mundo
Que tudos quatro elementos,
Fez que este homen que d' aqui
Fugindo se vai tão cedo,
Com dous mil feiticeirias
Vençesse meus pensamentos.
A vontade já rendida,
Tudo foi ao mar correndo:
Siso, razão, honra e vida,
Que naõ só entendimento.
Deu-me á entender que em Italia
Vivir seguros podemos
Dos parentes de meu pai,
Muito honrados cavalleiros;
Que colhese as minhas joyas,
E que em chegando á outro reino,
Commigo se casaria.
Naõ o fez o cão judeo;
Que hoje em aquesta ciudad,
Ou fosse arrependimento
Que sempre comsigo traz
Aquillo que foi mal feito,
Minhas joyas me pidiu
Para deixar-me (¡que intento
De homen fidalgo!), e sacou
Da bainha o cobarde ferro.
Eu que o vi, espalhando vozes
E queixumes aos ceos,
Porque as pedras que me ouviram
Ajudassem meus desejos,
Foi socorrida de tudos
Os que escutais meu tormento;
Que senaõ ficara morta:
E de joelhos vos peço
Ampareis uma mulher,
Pois já remedio naõ tenho
Se naõ chorar e morrer,
Pidindo ¡ai! a morte á Deus.

DON PEDRO.

¡Extraña lástima!

LISARDA.

Extraña,
Y que á grande compasion
Me ha movido el corazon.

DON PEDRO.

Tú, Lisarda, la acompaña,
Tú la ampara, tú la anima,
No se pierda; que es piedad
Justa en tanta soledad
Que hasta las piedras lastima.
Ea, Inés, ea, Fineo,
Todos la habeis de alegrar.
Beltran, aquí has de mostrar
Tu buen humor. (*Vase*)

ESCENA XXI.

LISARDA, CELIA, BELTRAN, FINEO, CRIADOS.

BELTRAN.

¿Qué deseo
No tiene ya granjeado?—
Estad cierta que seréis
Tan regalada, que estéis
Sin género de cuidado,
Y que si el hombre parece
Solo un dia en la ciudad,
Tendrá de tan gran maldad
El castigo que merece.

LISARDA.

¿Cómo es, portuguesa amiga,
El nombre?

CELIA.

Minha senhora,
Constanza. (*Ap.* Que es bien que agora
Constante en todo me diga.)

LISARDA.

Venid conmigo, Constanza.

CELIA.

¿Sois casada?

LISARDA.

Aun no lo estoy;
Pero ya tan cerca estoy,
Que es posesion la esperanza.

CELIA.

¿Sois filha do senhor velho?

LISARDA.

Es don Pedro, mi señor,
Mi tio.

CELIA.

Vosso valor
Terá o velho por espelho.

LISARDA.

Con su hijo está tratado
Mi casamiento.

CELIA.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
¿Naõ está feito?

LISARDA.

No y sí.

CELIA.

(*Ap.* A ver mi muerte he llegado.)
¿Que nome tem vosso esposo?

LISARDA.

Don Félix.

CELIA.

¡Vála-me Deus!
¿E saõ os méritos seus
Dignos para se-lo vosso?

LISARDA.

Presto, amiga, le verás.
Ven conmigo.

CELIA. (*Ap.*)

En él veré
Mi muerte. ¡Triste! ¿qué haré?
Morir me falta no mas.

(*Vanse todos, menos Beltran.*)

ESCENA XXII.

BELTRAN.

No he visto en toda mi vida
Mas bella mujer. ¡Qué cara!
Nunca Troya se abrasara,
Ni fuera España perdida
Por la celebrada Elena
Y por la bella Florinda,
Si vieran cosa tan linda,
Y de tantas gracias llena.
¡Oh portuguesa del cielo!
Pegado me ha el dios Machin
Con el medio celemin.
Celares de Inés recelo;
Pero ¡qué se me da á mí?
Ellas, si quieren tambien,
¿No nos dan perros? Pues bien...

ESCENA XXIII.

DON FÉLIX.—BELTRAN.

DON FÉLIX.

¡Oh Beltran! ¿Qué haces aquí?

BELTRAN.

Ha sucedido una cosa,
Que no hay encarecimiento
Con que pueda exagerarla.

DON FÉLIX.

Si es de Lisarda, son celos,
Si es de mi padre, son voces.

BELTRAN.

Del blanco has dado muy léjos.
En este portal un hombre
Con villano atrevimiento
Quiso matar, por robarla
Ciertas joyas y dineros,
A una portuguesa bella,
Como un ángel; y acudiendo
Tu padre, Lisarda y todos,
El se huyó, y ella sin miedo
Les ha contado su historia,
Que es un gracioso suceso,
Y la han recibido en casa.

DON FÉLIX.

Justa piedad.

BELTRAN.

Yo me huelgo,
Porque despues que nací,
No vi unos ojos tan bellos,
Tal gracia, donaire y brío.

DON FÉLIX.

Puesto me has, Beltran, deseo
De ver esa portuguesa
Con tanto encarecimiento.

BELTRAN.

Pues no le tengas; que ya
En el corazon la tengo,
Y la acoto para mí.

DON FÉLIX.

Ve por tu vida allá adentro,
Y haz que con algun achaque
La pueda ver.

BELTRAN.

Iré. ¿Cierto
Que no me la quitarás? (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¡Yo, Beltran! ¿No eres mas necio?

ESCENA XXIV.

DON FÉLIX.

Memorias de Madrid, pues no pudistes
Conservarme en el bien que me qui-
[tastes,
¿Qué me quereis, pues solo me dejastes
La pena del cuidado que me distes?
Paso los dias y las noches tristes
Con tanta soledad, que si culpastes
Mi breve ausencia, ya de mí os vengastes
En que conmigo á mi pesar venistes.
Yo vengo de Madrid enamorado,
Pensando que Aragon me diera puerto
De un gusto oculto y de un hablar tur-
[bado.
No sé lo que gocé; pero sé cierto
Que si es mayor el bien imaginado,
Mas me pudo matar que descubierto.

ESCENA XXV.

CELIA.—DON FÉLIX.

CELIA. (*Ap.*)

¡Qué mujer se ha visto, amor,
En el trance que me veo?
Este es don Félix: ¿qué aguardo?
Ya estoy en el mar: ¿qué temo?
Aquí solo hay cielo y agua:
O morir ó ver el puerto;
Que qüien se embarcó, ya supo
A qué peligro se ha puesto.

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¿Si es esta aquella mujer?
Claro está. ¡Notable aseo
En tal traje! La hermosura
Donde quiera tiene imperio.)
¿Sois vos á quien os queria
Matar un hombre? Por cierto
Que él lo mereció mejor,
Pues no lo estaba de veros.
Llegáos mas. ¿De qué os temeis?
Llegáos mas.

CELIA.

Senhor, naõ temo;
Que em perdendo o bem maior,
Tudos os males saõ menos.

DON FÉLIX.

¡Oh qué donaire! ¿Sabeis
Quién soy yo?

CELIA.

¡Prouvera á Deus
Que naõ o houvesse sabido!

DON FÉLIX.

¿Por qué razon?

CELIA.

Porque venho
Desde minha terra aqui...

DON FÉLIX.

Alzad los ojos del suelo.

CELIA.

Taõ mal com elles estou,
Que em o chão quereria ve-los.

DON FÉLIX.

Harto mejor estuvieran
Por estrellas en el cielo.

CELIA.

¡Requebrinhos! ¡Oh qué bom!
Eu tenho taõ mal conceito
Dos homens, que ouvir fallar
De amores, me dai tormento.

DON FÉLIX.

Como ese hombre os engañó,
Pensais que todos tenemos
Una misma condicion.

CELIA.

¿Isso naõ cuidais que é certo?
Tudos sois um sómente,
Um tudos, e asim eu creio
Que ora fallando comvosco
Fallo a esse de quem me queixo.

DON FÉLIX.

Yo no os hubiera ofendido,
Si á tanto merecimiento
Me trujera mi ventura.

CELIA.

O mesmo haverieis feito.

DON FÉLIX.

Ahora bien, dejáos servir,
Y veréis cuán verdadero
Me hallais y cuán diferente
Del que os hizo tal desprecio;
Que os juro que he visto en vos
Tanta belleza, que creo
Que tomais en mí venganza
De los delitos ajenos.

CELIA.

¿Alheios saõ os delitos?
Ficai em hora: naõ queiro
Que me volvais á matar.

DON FÉLIX.

Aunque no querais, soy vuestro.
Dadme una mano.

CELIA.

¿Uma maõ?
Que vós cortara prometo
La vossa, a ter uma faca.

DON FÉLIX.

¡Bravo rigor! ¿qué os han hecho
Mis manos para cortarlas?

CELIA.

Tirai-lá.

DON FÉLIX.

Yo iré siguiendo
Vuestra luz.

CELIA.

¡Aquí d' el Rei!

DON FÉLIX.

La portuguesa me ha muerto.

ACTO TERCERO.

Calle en Zaragoza.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE SILVA, OCTAVIO.

OCTAVIO.

Bien parece esta ciudad
De Augusto César grandeza.

DON JUAN.

Si venciera mi tristeza
Con su pompa y majestad,
Fuera mas notable indicio
De su valor, y mas cierto,
Cuanto es mas dar alma á un muerto
Que labrar un edificio.
¡Ay, Zaragoza! Si en tí
Hallase puerto á mi honor,
Como le tuvo el traidor
Que viene huyendo de mí,
Daria eterna alabanza
A los fueros de Aragon;
Que tomar satisfacion
No se ha de llamar venganza.

OCTAVIO.

¿Acuérdaste por ventura
De aquel galan forastero,
El que corriendo el overo,
Que en bronce ó en plata pura
Esculpirse mereció,
Te agradó de tal manera?

DON JUAN.

Bien me acuerdo.

OCTAVIO.

Pues ¿no era
Desta ciudad?

DON JUAN.

Pienso yo
Que Zaragoza decia;
Mas del nombre me acuerdo.
¡Qué galan, qué noble y cuerdo!
Y ¡qué ilustre parecia!

OCTAVIO.

Pues don Félix de Aragon
Nos dijo que se llamaba.

DON JUAN.

No poco nos importaba
Su amparo en esta ocasion.
Bien arrepentido estoy
De no haberle dado, Octavio,
Mi casa.

OCTAVIO.

Para este agravio,
De que yo testigo soy,
¿No basta ser caballero?

DON JUAN.

¡Quién le hubiera aposentado,
Para tenerle obligado!

OCTAVIO.

Que hará lo que es justo espero,
Si te vales dél, don Juan.

DON JUAN.

Preguntarémos por él.

OCTAVIO.

¿Qué se pierde, en tan cruel
Fortuna?

DON JUAN.

Aquí nos dirán,
Por ser armas de Aragones
Las desta famosa casa,
Dónde vive.

OCTAVIO.

Gente pasa.
Pregunta y no te apasiones;
Que el cielo te ha de ayudar.

ESCENA II.

ESCUDEROS, LISARDA *con manto*, INÉS Y BELTRAN *detrás, con una almohada*.—DICHOS.

DON JUAN.

Esta dama ilustre y bella
Presumo que viene á ella

OCTAVIO.

Y te comienza á mirar.

DON JUAN.

No es culpa la cortesía.

LISARDA.

¿Mandais algo, caballero?

DON JUAN.

Mi señora, á un escudero
Vuestro preguntar querria
Por don Félix de Aragon.

LISARDA.

Esta es su casa, aquí vive.

DON JUAN.

Ya toda el alma apercibe
Indicios de obligacion.

LISARDA.

No soy su mujer, que soy
Su prima.

DON JUAN.

De cualquier modo,
Me toca ser vuestro todo;
Que tan obligado estoy.

LISARDA.

Beltran, ¿dónde está mi primo?

BELTRAN.

Allá en la Seo quedó.

LISARDA.

¿Quereis que le diga yo
Alguna cosa?

DON JUAN.

Lo estimo
Como es razon.

LISARDA.

¿Qué diré?

DON JUAN.

Que vino á buscarle agora
Don Juan de Silva, Señora.

LISARDA.

De todo le advertiré.
Guárdeos el cielo.

DON JUAN.

Y á vos
Os haga tan venturosa
Como sois cortés y hermosa.
(*Vanse Lisarda y su gente, y queda Beltran.*)

ESCENA III.

DON JUAN, OCTAVIO, BELTRAN.

BELTRAN.

¿No me conoce?

DON JUAN.

Por Dios,
Que pienso que os vi en Castilla.

BELTRAN.

Allá fuí con mi señor.
¡Linda tierra!

DON JUAN.

La mejor
Del mundo.

OCTAVIO.

La ilustre villa
De Madrid es paraíso.

BELTRAN.

Merced del sol que le da,
Con que son las flores ya
Gala, hermosura y aviso.
Voy á dejar la almohada,
Y á buscar á mi señor.

DON JUAN.

¡Brava prima!

BELTRAN.

La mejor
De Aragon, si está templada.

DON JUAN.

¿Vive con don Félix?

BELTRAN.

Sí;
Que están ya medio casados,
Porque hay gentiles ducados
Que el viejo le tiene aquí.
Mas cánsase en porfiar.
Don Félix no la apetece.

DON JUAN.

Pues á fe que lo merece.

BELTRAN.

Sangre no es buena de amar;
Que es querer una sangría.
Ríome de los casados
Que veo siempre emprimados,
Primo mio, prima mia...
Y luego *tios* los suegros.
O lo hacen de avisados,
Por no parecer casados,
O son de casta de negros.
¡Oh bien haya un labrador,
Pues palabra no ha de haber
Sin *mujer! hola, mujer! Mujer!*

OCTAVIO.

No le falta humor.

BELTRAN.

Desde la boda están fijos
En marido y en mujer,
Y así se viene á saber
Que fueron suyos los hijos. (*Vase*

ESCENA IV.

DON JUAN, OCTAVIO.

DON JUAN.

Si no fuera mi tristeza
Tan cruel, Octavio amigo,
Mucho acabara conmigo
Desta mujer la belleza;
Pero ¿cómo la aspereza
De mi mal dará lugar
Para ver ni para hablar?
Que asentar no puede ser
La guarnicion del placer
En la tela del pesar.
No he visto cosa en mi vida
Que por los ojos se entrase
Al alma, ni la obligase
Tan presto á querer rendida;
Mas como aquel homicida
De mi honor la tiene llena
De venganzas, él ordena
Que no quepa en mi memoria
Cosa que parezca gloria,
Ni pueda faltarme pena.
Vamos á ver si por dicha
Le hallamos por la ciudad,
Porque será novedad
Que ayude el cielo su dicha.

OCTAVIO.

Dicha será tu desdicha.
Cobrar lo perdido sobra.

DON JUAN.
¿Qué importa ponerlo en obra?
Que cuando dicha haya sido
Que se cobre lo perdido,
Nunca la opinion se cobra.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA V.

CELIA, DON FÉLIX.

DON FÉLIX.
Pues dime, ¿en qué te ofendí,
Para que de mí te quejes?
CELIA.
Ya te digo que me dejes;
Que saben que estás aquí.
DON FÉLIX.
¿Cómo hablas nuestra lengua
Tan bien en tan pocos dias?
CELIA.
Porque en las desdichas mias
Fuera temeraria mengua
Faltarme ingenio.
DON FÉLIX.
Constanza,
Yo te adoro.
CELIA.
Ya te entiendo.
DON FÉLIX.
Pues advierte que me ofendo
De tu desprecio y venganza.
CELIA.
Pues ¿qué culpa tengo yo?
DON FÉLIX.
No mas de haber parecido
A una mujer que he querido.
CELIA.
¿Esa ¿es culpa?
DON FÉLIX.
Luego ¿no?
CELIA.
¿En qué puedo parecella?
DON FÉLIX.
En el habla; que en la cara,
No lo sé.
CELIA.
¿Quién tal pensara?
Pero ¿hay mas de enronquecella?
Hoy quiero hartarme de nieve.
DON FÉLIX.
Nieve á nieve ¿qué ha de hacer?
CELIA.
Dejásteis vos la mujer,
Dichoso en tiempo tan breve
Como ya me habeis contado,
¡Y queréisme agora á mí
Por que la parezco!
DON FÉLIX.
Sí;
Que ..e allá vine hechizado.
La d icha de aquel favor
Tan grande la imaginé,
Com o á obscuras la gocé,
Que vine muerto de amor.
Com o ciego que escuchando
El r uido de una fiesta,
.. que estará compuesta
.. dentro imaginando
.. ' mismo sentimiento;
Y di ..: «Esto es oro y plata,»
Y .. s colores dilata
La vista al entendimiento;
Que si entonces la cobrase,
A lo que no vió diria
«Esto fué lo que yo via»,
Y su opinion confirmase;
Así yo, que ciego ví
De noche tanta ventura,
Imaginé la hermosura
Que ahora descubro en tí;
Y digo: «Estos son los ojos
Que entonces imaginé,
Esta aquella boca fué,
Y estos los demás despojos.»
Tanto, que aunque estás aquí,
Allá debiste de estar,
Pues no pude imaginar
Mas gloria que miro en tí.
CELIA.
¿De suerte que yo he de ser
Lo que vos imaginais?
Pues en verdad que os cansais;
Que no me habeis de coger.
Cuando por Madrid pasaba,
Estaba todo alterado
De que un hombre habia gozado
Una mujer que le amaba,
Y que por irse el cruel,
Se habia muerto.
DON FÉLIX.
(*Ap.* ¡Ay Dios! ¿si fui
El que la ocasion le dí?)
¿Era honrada?
CELIA.
Y mejor que él,
Y aun decian que señora,
Y que su hermano tenia
Un hábito.
DON FÉLIX. (*Ap.*)
Ella seria.
CELIA.
¿Llorais?
DON FÉLIX.
La memoria llora.
Vete... Pero no, detente.
Mal consejo me engañó.
Consuélame.
CELIA.
¿Tambien yo?
Vos lo sentís tiernamente.
DON FÉLIX.
Sí, dame esos brazos luego.
CELIA.
¡Qué lindas impertinencias!
¿Estas son las penitencias
Que haceis los hombres? ¡Oh fuego!
Fiáos, señoras mujeres.
DON FÉLIX.
Si es muerta, ¿qué puedo hacer?
CELIA.
Morir.
DON FÉLIX.
¿Morir?
CELIA.
O perder
El seso.
DON FÉLIX.
Sí haré, si quieres;
Pero por tí, vida mia.

ESCENA VI.

LISARDA.—DICHOS.

LISARDA.
¡Harto bien!
CELIA. (*Habla portugués disimulando.*)
Tirai-vos-lá.
Olhai, senhora, que fa
Com aquesta zombaria.
LISARDA.
Quedo, quedo, ya es en vano;
Que no quiero que me dés
Disculpas en portugués
Y celos en castellano.
Pues que le sabes hablar,
Háblale siempre.
CELIA.
Naõ sei.
Se uma cousinha fallei,
Isso naõ era fallar.
LISARDA.
¿*Cousinha* es tener aquí
A Félix conversacion?
DON FÉLIX.
Notable es tu condicion,
Mayormente contra mí.
LISARDA.
No importa, yo quitaré
La causa.
DON FÉLIX.
Si la quitares,
Yo te haré tantos pesares,
Que en los ojos te los dé.
CELIA.
Ea, naõ brigueis por mim.
DON FÉLIX.
¿Tú me riñes?
LISARDA.
Yo te riño.
CELIA.
E Lisarda um angelinho,
Eu moller, que vim asim.
Dai-ca as maõs; que sabe Deus
Quanto o siento.
DON FÉLIX.
Por tomar
Tu mano, la quiero dar.
LISARDA.
Suelta.
CELIA.
Naõ mais, olhos meus;
Que naõ é la culpa sua.
Faze-lhe mimos, senhora.
LISARDA.
¡Para eso estoy agora!
CELIA.
¡Jesus! que mulher taõ crua!
LISARDA.
Yo le diré lo que pasa
A mi tio.
DON FÉLIX.
Bien harás.—
Tente, espera, ¿dónde vas?
CELIA.
A as fazendas de casa.
Lembranzas d'aquelle bem
Que me da tantas saudades,
Faz que vossas amistades
Tiernas lagrimas me dem. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON FÉLIX, LISARDA.

DON FÉLIX.
Lisarda, mejor seria,
Pues que te soy importuno,
Hacer eleccion de alguno
De los muchos que á porfía
Te sirven en Zaragoza.
Yo llevo mal tu rigor.
LISARDA.
¿Qué extranjero embajador

Tantas libertades goza
Como un hombre que no quiere?
Vete con Dios; que yo soy
Mujer, que pondré desde hoy
El remedio que pudiere.

DON FÉLIX.

Los celos, anticipados
Al casamiento, no son
Indicios de condicion
Pacífica entre casados.
Sufrirlos, no me lo mandes.
Cuando mi padre me dé
Pesadumbre, yo sabré
Pasarme á Italia ó á Flándes. (*Vase.*)

LISARDA.

¿Qué aguarda ya mi locura
Entre tantos desengaños?

ESCENA VIII.

BELTRAN.—LISARDA.

BELTRAN.

¿Qué has hecho á don Félix?

LISARDA.

¿Yo?

BELTRAN.

El va tan desesperado,
Que no quiso responderme.

LISARDA.

Tendrá por notable agravio
Que no le dejen gozar
De Constanza.

BELTRAN.

Yo me espanto
Que creas...

LISARDA.

¿Qué he de creer
Sino lo que estoy mirando?

BELTRAN.

¿Quieres que te dé un consejo?

LISARDA.

Ya le tengo imaginado.
Saldrá Constanza de aquí,
Si lo estorba el mundo.

BELTRAN.

Paso;
Que mas fácilmente puedes
Poner remedio á tu daño.

LISARDA.

¿Cómo?

BELTRAN.

Yo pierdo el júicio
Por Constanza, y he pensado
Que casándola conmigo,
No hay mas fuerte desengaño.
Yo la pondré donde Félix
No pueda verla.

LISARDA.

Si trato
El casamiento y lo sabe...

BELTRAN.

Tratarlo y ejecutarlo.

LISARDA.

¿Hablaréla?

BELTRAN.

Bien podrás.

LISARDA.

Yo la daré mil ducados.
Pero has de guardarla dél.

BELTRAN.

Tú verás cómo la guardo.
Ni el sol ha de entrar á verla.

LISARDA.

Mirad que hay signos tan malos,
Que entra el sol á sus cabezas.

BELTRAN.

Debe de ser en verano.
Mas yo tengo un guarda sol
A prueba del sol de hogaño,
Que ni el oro ni el poder
Se atreverán á pasarlo.
(*Vanse.*)

—

Habitacion de don Juan, en Zaragoza.

ESCENA IX.

DON FÉLIX, DON JUAN.

DON FÉLIX.

Agravio me habeis hecho.

DON JUAN.

En vuestra casa
Os he buscado: así mi amor estima
Vuestro valor.

DON FÉLIX.

Que se mostrase escasa
Fué no saber quién sois.

DON JUAN.

¡Qué hermosa prima
Teneis en ella!

DON FÉLIX.

Esta ciudad abrasa,
Y solo para mí parece enima,
Porque como á casarme no me animo,
A veces soy marido, á veces primo.
A mi casa venid, honradla agora.

DON JUAN.

Si os hubiera servido con la mia...

DON FÉLIX.

Agravio es ese de quien tanto adora
El valor, la amistad y cortesía.

DON JUAN.

No viene para fiestas el que llora
Casos de honor, y traigo compañía.

DON FÉLIX.

Veros en Aragon me ha dado pena.

DON JUAN.

¡Que esté la honra en voluntad ajena!
¡Ah cielo! Ah ley del mundo, que ignorante
Puso el honor en la mujer! Yo vengo
Buscando una mujer.

DON FÉLIX.

Causa bastante
Para perder el seso.

DON JUAN.

No lo tengo.
Pórfido corazon, alma diamante
En este pecho mísero substengo,
Pues me dura la vida.

DON FÉLIX.

Mucho alcanza
Con vivir la paciencia y la esperanza.

DON JUAN.

¡Que deje una mujer para casarse
Títulos, caballeros, gente noble,
Y que venga en un bárbaro á emplearse
Con mas distancia que de un pino á un roble?
Ya ¿de quién puede un hombre confiarse,
Si toda la amistad es trato doble?
¡Oh terrible pension de la hermosura!
¡Que aun del amigo no ha de estar segura!
Entra el amigo en una casa, y mira,
No el caballo, la joya ni la espada,
No la pintura que la vista admira,
Ni la cama riquísima bordada;
Que mira la mujer: luego suspira;
Esta quiere tener, esta le agrada,
Y sin respeto de que es prenda ajena,
Quiere hacer mala la que nace buena.
¡Miseria extraña! ¡Bárbaro apetito!
En fin, mi amigo la llevó robada,
Y dicen que á Aragon: aquí permito
Licencia á mi defensa en vuestra espada.

DON FÉLIX.

Si el agresor de tan cruel delito
Está en esta ciudad, por la sagrada
Imágen del Pirámide que adoro,
Que ha de morir como en la plaza el toro.
Ya conoceis aragoneses: creo
Que me podeis fiar estas verdades.

DON JUAN.

No le dísteis lugar á mi deseo
De proseguir las hechas amistades.

DON FÉLIX.

Fué causa de venirme un necio emple
Aun no puedo decir de voluntades,
Por la posta á Aragon, cuyo suceso
Traigo en el alma á mi pesar impreso.
Las botas puestas, una hermosa dam
(Que tapada no he visto mujer fea)
Partir me impide y á su casa llama,
Porque de noche quiere que la vea.
Cual pajarillo va de rama en rama
Al blanco cebo que picar desea,
Métenme á escuras, y atrevido y ciego
De cuadra en cuadra á su aposento llego.
Háblame arrepentida ¡extraño caso!,
Y que me vaya dice yo sin vella.
Su mano beso, y al mover el paso,
A voces oigo preguntar por ella.
Túrbanse todos, yo delante paso;
Saco la espada por morir con ella;
Pero, por mas secreto, á su aposent
Una criada me conduce á tiento.
Apenas yo detrás estaba puesto
De las cortinas de una cama, cuando
Entra con ella un hombre. Aquí prote
Que fué milagro el esperar callando.
«Siéntate, dice, y no te enojes desto
Y así sentados en la cama, hablando,
Que era testigo, fabriqué en mi idea,
De lo que no es razon que nadie vea.
En fin, yo me engañé; que un casamie
De un hombre rico y viejo le propo
Ella le niega, él deja el aposento,
Y á acostarse en el suyo se dispone.
Vienen criadas: con igual contento
Con ellas se destoca y descompone,
Sin que pudiese yo de ningun modo
Ver una parte, aunque esperaba el tod
Acuéstase en efeto, sacan luego
Solícitas criadas las bujías;
Yo, viéndola ya sola, á hablarla llego;
Mas ella impide las razones mias.
Con lágrimas intenta mi sosiego,
Que pudieran mover las piedras frias
Pido licencia, y dice que no hay llam
Hasta que el curso de la noche acab
Yo entonces se la pido de que pueda
Con una mano sola entretenerme,
Y que el hablar siquiera me conced
En fin, la mano vino á concederme.
El pájaro en la liga mas se enreda;
Y de suerte, don Juan, vine á perder
Que sin saber quién era, ó ser podia,
Su marido juraba que seria.
¡Oh terrible ocasion! Nadie se ponga
En confianza de su honor, en ella;
Que no hay cosa que tanto descompo
Las mayores virtudes atropella.
Mas ya para que Febo se componga
Le daba espejo la primera estrella,
Cuando á fuerza de tantos juram
Se cansó de sufrir sus pensamientos.
Apenas que salí, siéndome guia
Una criada, cuando, en postas, salgo
Yo de Madrid, y del Oriente el dia,

[illegible] como reo, de Aragon me valgo.
[illegible] quise dicha en que perder podia,
[illegible]ndo la casa de hombre tan hidalgo;
[illegible]e en lo poco que vi con luz prestada,
[illegible] estoy aquí seguro de su espada.

DON JUAN.

[illegible]xtraño caso por Dios!
[illegible] de manera suspenso
[illegible] habeis tenido, que estoy
[illegible]rdiendo de pena el seso,
[illegible]ndo el peligro en que os visteis.

DON FÉLIX.

[illegible]cidme: ese caballero
[illegible] os ha hecho tanto agravio,
[illegible]ué señas tiene? Que creo
[illegible] aquí he visto un castellano,
[illegible], airoso y mancebo,
[illegible] vi en Madrid muchas veces.

DON JUAN.

[illegible] señas; que no puedo
[illegible] mayores yo.

DON FÉLIX.

[illegible]ardadme aquí; que presto
[illegible]ré su vida y milagros. (*Vase.*)

DON JUAN.

[illegible] vos está mi remedio.

ESCENA X.

DON JUAN.

[illegible]cómo que está! Desdichas,
[illegible]é me queréis? Qué es aquesto?
[illegible]quién habrá sucedido
[illegible] tan extraño? ¡Ay cielos!
[illegible] es mi hermana, y yo fui
[illegible] la dijo en su aposento,
[illegible]ado sobre su cama,
[illegible]quel amante el deseo.
[illegible]la enamoré? Si tuve
[illegible] cuando fui tan necio
[illegible] alabé su talle y brio?
[illegible]unca el hombre discreto
[illegible] gracias de nadie,
[illegible] hay peligro tan cierto.
[illegible] cómo si este la goza,
[illegible] se va con Riselo,
[illegible]ba ya sin honor?
[illegible]é me queréis, pensamientos?
[illegible] tanta confusion el alma tengo,
[illegible] no perder la vida, pierdo el seso.

ESCENA XI.

[illegible]TAVIO, RISELO.—DON JUAN.

RISELO.

[illegible] he dicho que soy hombre
[illegible] que he dicho sustento.

OCTAVIO.

[illegible]aberos puesto en paz,
[illegible] fuera lo menos;
[illegible]re Dios, que os llevara
[illegible] Juan de Silva muerto,
[illegible] estuviera en Madrid.

RISELO.

[illegible] poco.

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

OCTAVIO.

[illegible]lo, ¿no le ves?
[illegible] yo apénas le veo,
[illegible]nto á la cruz del Coso
[illegible] con un sargento,
[illegible] á un mismo tiempo saco
[illegible], voces y aceros,
[illegible] con él. No pude
[illegible]e, que no quisieron
[illegible] goneses.

RISELO.

No es sino yo, que no tengo
Gana de morir agora
Por lo que apenas entiendo;
Que antes pienso que he servido
A don Juan.

DON JUAN.

Si me detengo,
Traidor Riselo, en matarte,
Es porque humilde te veo.
¿Dónde tienes á mi hermana?

RISELO.

¿Quieres escucharme?

DON JUAN.

Quiero.

RISELO.

Ella me envió á llamar,
Y dijo que tú habias muerto
Un hombre, y que la partida
Al Pardo era fingimiento,
Porque te ibas á Aragon;
Y le dijiste partiendo
Que luego fuese tras tí
Con joyas y con dineros;
Que la acompañase yo,
Ser mi mujer prometiendo,
En teniendo libertad.
Creílo, y con ella vengo,
Donde como portuguesa,
Haciendo dos mil enredos,
Se entró (y me dejó burlado)
En casa de un caballero,
Por quien debió de venir.

DON JUAN.

Quedo. Dime el nombre presto.

RISELO.

Un don Félix de Aragon.

DON JUAN. (*A Octavio.*)

Todo cuanto dice es cierto.
Don Félix se va de aquí,
Y sin saber que me ha hecho
Esta afrenta, me ha contado
Lo que sepulto en silencio
Hasta que tome venganza.

OCTAVIO.

¡Don Félix!...

DON JUAN.

¿Cómo podrémos
Matarle en su misma casa?

OCTAVIO.

Don Juan, cuando me resuelvo
A lo que importa á mi honor,
Nunca pienso en lo que pienso.
Vamos á matarle.

DON JUAN.

Vamos.

RISELO.

Vida y espada os ofrezco.

DON JUAN.

Yo voy á vengar mi honor.

OCTAVIO.

Yo tu amistad.

RISELO.

Yo mis celos.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XII.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

Está atenta, que te importa,
A lo que te voy diciendo.

CELIA.

Já vos oiço e vos intendo.

LISARDA.

Soy en las palabras corta.
Beltran te quiere y te pide
Por mujer; yo quiero darte
Mil ducados de mi parte.

CELIA.

¡Ai! quanto se descomide
La fortuna com meu mal!

LISARDA.

¿De qué suerte?

CELIA.

¿Eu sou mulher
Que Beltran baja-de ter?

LISARDA.

¿No será Beltran tu igual,
Siendo muy hidalgo?

CELIA.

¿Quem?
Ora, eu queiro falla-vos
Verdade, e desenganar-vos
De minho valor tambem.
Eu sou por minha ventura
Filha de Vasco Coutiño,
Marques da Fror, e pai minho,
De que vos tanto asegura
A riqueza dos diamantes
Que me furtaba aquelle home.

LISARDA.

¡Qué dices!

CELIA.

Esse é meu nome.
Olhai se saõ semelhantes
Os marqueses e os villaõs.
Vou-me á chorar minha sorte,
E a pedir que venha a morte,
A acabar tantas paixaõs.

LISARDA.

Oye, escucha.

CELIA.

Perdoai-me;
Que eu vou com estes enolhos
A fazer fontes meus olhos.
Matai-me, penas, matai-me. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LISARDA.

Ya se van cada dia
Aumentando mis males y mis celos;
Que la fortuna mia
Ha dado en darme penas por consuelos,
Pues donde alguno intento,
Todo resulta en mi mayor tormento.
Sin duda Félix sabe
La calidad desta mujer. ¿Qué espero?

ESCENA XIV.

DON PEDRO.—LISARDA.

DON PEDRO.

Yo haré que no se alabe
Don Félix, por la fe de caballero,
De la burla que intenta.
¡Así de un padre la palabra afrenta!
¿Qué es esto que ha pasado
Contigo aqueste loco?

LISARDA.

No quisiera
Que en esto hubieras dado;
Pues casarme pudieras donde fuera
Estimada, si es justo,
Quien es tu sangre.

DON PEDRO.

¿Qué mayor disgusto?
Dícenme que te dijo
Muchas malas palabras.

LISARDA.

Pues ¿qué importa?

DON PEDRO.

No es don Félix mi hijo:
Y tú verás...

LISARDA.

La cólera reporta,
Y la hermosura culpa,
Que desta portuguesa le disculpa.
Aquí la hablaba agora
Para casalla con Beltran.

DON PEDRO.

Y ¿quiere?

LISARDA.

Desespérase y llora,
Diciendo que ya no hay mas mal, que espere.
En fin se ha declarado,
Con que mis celos pone en mas cuidado.

DON PEDRO.

¿Cómo?

LISARDA.

Dice que es hija
Del marqués de la Flor.

DON PEDRO.

¡Válgame el cielo!

LISARDA.

De ver tanta sortija
Y tanta joya como trae, recelo
Que es todo verdad pura.

DON PEDRO.

Mejor lo dice el talle y la hermosura.
Hoy tomaré venganza
De mi hijo, cruel. Aquí la envia.

LISARDA.

Yo voy con esperanza
Que te ha de lastimar la pena mia.
Ya sabes lo que pasa.
Con solo echarla, quietarás tu casa.
(*Vase.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO.

Cierto que la belleza,
La gravedad y el claro entendimiento
Eran de su nobleza
Y de su calidad cierto argumento.
Mas ¿qué falta á su prima,
Que inobediente Félix desestima?
Lo que estaba tratado
Fué causa de perder mil ocasiones,
Sin lo que me ha costado
Tanto solicitar dispensaciones.
Mas tengo confianza
Que le ha de dar castigo mi venganza.

ESCENA XVI.

CELIA.—DON PEDRO.

CELIA. (*Para sí.*)

Donde vine á ver mi gloria,
Hallé tan pesado infierno,
Que ya no me queda en él
Esperanza de remedio.
Solo un bien he negociado,
Esto á mi fortuna debo,
Que es quererme Félix bien,
Sin saber nuestro suceso.
Mas ¡los celos de Lisarda!...
Pero dejemos los celos.
Don Pedro está aquí.

DON PEDRO.

Constanza,
Bien venida.

CELIA. (*Finge portugués.*)

Senhor meu...

DON PEDRO.

Menos reverencias ya.

CELIA.

¡Vos me tirais o chapeo!
¡Jesus! ¿Que é isto?

DON PEDRO.

He sabido
Tu fidalgo nacimiento;
Mi hija me lo ha contado,
Y aun me ha puesto en un deseo
Justo del remedio tuyo.

CELIA.

Fallai, que bem vos intendo.

DON PEDRO.

Yo tengo necesidad
En mi casa de gobierno.
Mi hijo no me obedece,
Mi hacienda va destruyendo.
Estoy en edad bastante...
Si es verdad, como lo creo,
Que eres tan noble señora,
Con que los dos nos casemos
Queda todo remediado.

CELIA.

(*Ap.* Tantos acontecimientos
Ya me vienen á sacar
Del alma lo mas secreto.)
De que eu fora ditosa
Claro está; mas vos e eu
Naõ podemos nos casar,
Porque ha certo parentesco.

DON PEDRO.

¡Parentesco!

CELIA.

Ouvi, senhor.
Uma noite, que em silencio
Tuda a casa estaba, entrou
(Foi amor, naõ o condemno)
Por uma janella á cama,
Apenas bulindo o vento,
Donde dormindo me achou,
O vosso filho.

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

CELIA.

Naõ valeram prégazaõs,
Naõ lagrimas que choreo.
Tuda a noite pelejamos,
Era mais forte, vençeo!
O campo ficou por elle;
Mas foi como juramento
Que eu seria mulher sua.

DON PEDRO.

¿Hay mas extraño suceso?
¿Por qué no te defendiste,
O morir?

CELIA.

¡Ai, senhor meu!
Que o homen em tales fazendas
Pelejara com os demos,
Fara mimos aos diabos.

DON PEDRO.

Ahora bien, yo soy mas cuerdo
De lo que te he parecido,
Tratando este casamiento.
Si es verdad que eres tan noble,
Yo intentaré tu remedio;
Pero para que mejor
Venga don Félix en ello,
Y que yo pueda vengarme
De la burla que me ha hecho,
Finge que eres mi mujer,
Y quédense los conciertos
Hasta llegar la ocasion.

CELIA.

Tudo farei, sinhor meu,
Con desejo de agradar-vos;
Que a verdade de meu preito,
Deus a sabe, e outro naõ.

DON PEDRO.

Pues discrecion y silencio. (*Va*

ESCENA XVII.

CELIA.

No va sucediendo mal.
Ayudadme agora, cielos;
Que en tanto amor son los celos
Un infierno celestial.
¡Qué bien al viejo engañé!
Mas ¡ay Dios! ¿qué hará mi her
Buscando por dicha en vano
El honor que le quité?
¿Qué se habrá dicho de mí?

ESCENA XVIII.

BELTRAN.—CELIA.

BELTRAN. (*Ap.*)

Aquí está Constanza, creo
Que sabe ya mi deseo.

CELIA. (*Ap.*)

Mi pretensor viene aquí.

BELTRAN.

¿Hate dicho mi señora,
Constanza, mi pensamiento
A cuenta del casamiento?
¿Podemos tomar agora
Cualque abrazo?

CELIA.

Tem-te, naõ.
(*Dale un bofeton.*)

BELTRAN.

¿A mí bofeton, mujer?

CELIA.

¡Mulher eu!

BELTRAN.

Y lo has de ser.

CELIA.

Fallai com siso, villaõ;
Que eu sou mulher do senhor.

BELTRAN.

¿El mozo?

CELIA.

Naõ.

BELTRAN.

¿Quién?

CELIA.

O velho.
(*Éntrase grave.*)

ESCENA XIX.

BELTRAN.

La hermosura puede hacello.
¡Qué seso de hombre mayor!
Pero ¿qué puede tener
Mujer que enamora á todos,
Sin amor, de varios modos?
Pues causa debe de haber.
¿Hermosura? Claro está
Que enamora la hermosura;
Pero lo que el seso apura
Por otro camino va.
¡Bien haya un gallardo brio!

ESCENA XX.

DON FÉLIX. — BELTRAN.

DON FÉLIX.

, ¿Dónde me llevas, deseo,
que perdido te veo?
del pensamiento mio!
dulce amor portugués!
n tierno dices que eres,
á cuantos amas prefieres
cuantas naciones ves,
mo me olvidas á mí?
o tratas con rigor
res amor, al amor?)
s, Beltran, ¿qué haces aquí?

BELTRAN.

mo podré decirte el mas extraño
eso que se ha visto ni se ha oido?
ién me dará para tan alto engaño
ua veloz y espíritu atrevido?
n fuera embajador, no de tu daño,
del rey del alma y del sentido?
abes qué es amor, y ¿quién pudiera
rte el mal, sin que el dolor sintiera?
Pedro de Aragon, don Pedro digo,
el que te engendró, Félix, tu padre,
x, tu padre dije? Tu enemigo,
a dado madre, si madrastra es ma-
[dre.

DON FÉLIX.

é dices?

BELTRAN.

Lo que vi, yo soy testigo.

DON FÉLIX.

é cosa quieres tú que mas me cuadre?
si él se casa, morirá mas presto;
nque es mal dicho, me resuelvo en
[esto.

BELTRAN.

bes con quién, que estás tan atrevido?

DON FÉLIX.

o, Beltran.

BELTRAN.

Pues es la portuguesa.

DON FÉLIX.

stanza!

BELTRAN.

¿Qué te admiras?

DON FÉLIX.

Pues ¿qué ha sido
a, en sus años, de tan loca empre-
[sa?

BELTRAN.

y cosa que mas haya persuadido
a hermosura? Dice que es marquesa
Portugal.

DON FÉLIX.

¡Ay, loco padre mio!
fuera injusto en mí tu desvarío.
iese esa mujer quien has pensado,
fuera para mí mejor sugeto?
no seré yo tan desdichado,
cosa tan mal hecha tenga efeto.
Castilla he venido aficionado:
é cuál hombre noble, cuál discreto
su corte no vive; mas, paciencia;
yo me vengaré con larga ausencia.
le, Beltran, al punto de camino.

BELTRAN.

no quieres saber en lo que para?

DON FÉLIX.

qué puede parar un desatino?

BELTRAN.

remedios mas fáciles buscara.

DON FÉLIX.

e el donaire portugués divino
Pedro mi señor; mas no en mi cara;
no quiero yo ver madre enojosa
que pensé llamar querida esposa.
Constanza bella, cuya boca vierte
Perlas del mar de amor, perlas tan bellas
A la márgen de rosa, que por suerte
Hoy goza, quien será de nieve en ellas,
A Castilla me voy para no verte;
Que lo que no conciertan las estrellas,
En vano piensa el pensamiento huma-
Que deje de salir incierto y vano. [no,
Adios, hermosos portugueses ojos,
Que mal gozados lloraréis mi ausencia.

BELTRAN.

¿De esa manera sientes tus enojos?

DON FÉLIX.

Pruebo, y no puedo hacerles resistencia.
Dulce vitoria en bárbaros despojos
Con desigual injusta competencia
Le dan á tu hermosura mis desdichas.

BELTRAN.

Vuelve á Madrid; que allí te ruegan di-
[chas.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, LISARDA, INÉS Y CELIA, *con vestido castellano, muy bizarra.* —DICHOS.

DON PEDRO.

Aunque tu mucha hermosura
Es de tí misma ornamento,
El vestido castellano
No ha sido de poco efecto.
Un ángel me has parecido.

CELIA.

Os anjos fincan a os ceos.

LISARDA.

Tú, mi señora, tambien
Parece que bajas dellos.

DON PEDRO.

Aquí está Félix, sobrina.

DON FÉLIX.

(*Ap.* Muerto soy, Beltran) ¿Qué es esto?

CELIA. (*Ap.*)

Aquí está el ingrato mio.
¿Cómo tengo sufrimiento?

DON PEDRO.

Félix...

DON FÉLIX.

Señor...

DON PEDRO.

¿Has sabido
Que me he casado?

DON FÉLIX.

No creo
Que quepa tal liviandad
En tan cuerdo entendimiento;
Pero porque en la ciudad
No me molesten tus deudos,
Para partirme á Madrid
Me da licencia y dineros,
Y goza de mi señora
Muchos años.

DON PEDRO.

Aun hay tiempo
Para disponer de tí;
Que has de cumplir el concierto.
Yo te doy justo castigo
De la burla que me has hecho;
Que tales desobediencias
No me han de obligar á menos.
Llega y bésala la mano.

DON FÉLIX.

De buena gana, por cierto;
Que no quiero yo que digas
Que en esto no te obedezco.
Dadme vuestra blanca mano.

DON PEDRO.

Lo blanco excusa.

DON FÉLIX.

Yo os beso
Por ver si con esta nieve
Pudiese templar mi fuego.

CELIA.

Eu, meu filho, vos bem-digo,
(*Echale la bendicion.*)
E por vossa mãi me tenho
De hoje para diante.

DON FÉLIX.

(*Ap.* Cielos, ¡cómo soy tan necio
Que no tomo deste agravio
Hoy la venganza que puedo!
Sepa esta ciudad y sepan
Nuestros amigos y deudos
Que si un viejo fué tan loco,
Yo tan mozo soy tan cuerdo.)
Dame la mano, Lisarda.
Casarme contigo quiero.
Ya soy tu marido.

LISARDA.

Y yo
Quien por mi amor te merezco.

CELIA. (*Habla castellano.*)

Eso no, suelta la mano,
Traidor don Félix.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Pues ¿tú de esa suerte hablas?

CELIA.

Hablar y quejarme puedo.
Hasta aquí pudo tener
Mi loco amor sufrimiento.
. . . . [1]

DON FÉLIX.

Yo, Constanza, ¿qué te debo?

CELIA.

La vida, el honor y el alma.

DON PEDRO.

Alguna desdicha temo.

ESCENA XXII.

DON JUAN Y OCTAVIO, *dentro.* — DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Aunque me cueste mil vidas...

OCTAVIO. (*Dentro.*)

Entra sin temor.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Ya entro.

ESCENA XXIII.

DON JUAN, OCTAVIO Y RISELO, *empuñadas las espadas y terciadas las capas.*—DICHOS.

DON PEDRO.

¡En mi casa este rüido!
¡Hay mayor atrevimiento!

DON JUAN.

Don Félix, ¿no me conoces?

DON FÉLIX.

Don Juan de Silva, ¿qué es esto?

DON JUAN.

Tú lo sabes; que en Madrid
En casa de un caballero
Como yo, entraste una noche
Con tan loco atrevimiento
Para quitarme el honor.

[1] Falta un verso, á lo menos, que pudiera ser: Pagad lo que me debeis.

DON FÉLIX.
¡Yo! ¿Qué dices?

DON JUAN.
Pues ¿en esto
Puede haber duda, si tú
Me lo has dicho?

DON FÉLIX.
Yo confieso
Que te conté que esa noche
Tuve aquella dicha, y creo
Que era en casa principal;
Pero no fué conociendo
Quién era.

DON JUAN.
Dame á mi hermana,
Que esto ha de ser lo primero;
Que luego verás, don Félix,
Á quién este agravio has hecho.

DON FÉLIX.
Si yo vi mas á tu hermana,
El cielo permita...

RISELO.
Quedo;
Que yo la truje á tu casa.

DON FÉLIX.
¿Tú á mi casa?

DON PEDRO.
Caballeros,
Yo estoy confuso de ver
Tan espantosos sucesos.
La razon con que venís
En esta molestia ha puesto
La que tengo de quejarme.
Tú, don Félix, dales luego
Lo que piden.

DON FÉLIX.
Señor...

RISELO.
No
Hay que replicar en esto;
Que todos os acordais
Que en ese portal, fingiendo
Querer matarla una tarde,
Traza de su raro ingenio,
La defendisteis de mí.

DON PEDRO.
Esa dama, yo no niego
Que la tenemos aquí;
Pero es portuguesa, y pienso
Que no será quien buscais.

DON JUAN.
Antes sí, porque la dieron
Las Indias de Portugal
Esa lengua y nacimiento.

DON PEDRO.
Habla, Constanza.

CELIA.
No soy
Constanza.

DON JUAN.
Ni Celia quiero
Que seas.

DON FÉLIX.
Tened la daga.
Yo soy su marido, haciendo
Cuanto á escuras prometí
Verdad á la luz del cielo.

DON PEDRO.
Sí; pero estas amistades
Se han de confirmar primero,
Con que habeis de ser cuñado
De dos maneras.

DON JUAN.
Ya entiendo,
Y me tendré por dichoso,
Si cobrando mi honor, llego
A merecer de Lisarda
La mano.

LISARDA.
Si yo merezco
La vuestra, pondré en paz
Esta casa y mis deseos.

DON PEDRO.
El dote de mi sobrina,
Señor don Juan, que os ofrezco,
Es cincuenta mil ducados.

DON JUAN.
El de Celia llega á ciento.

BELTRAN.
¿Y qué le dan á Beltran
Por un año de requiebros?

LISARDA.
Mil ducados con Inés.

DON FÉLIX.
¿Naõ fallais?

CELIA.
¡Aí, feiticeiro!

DON FÉLIX.
Aquí se acaba, Senado,
La dicha del forastero.

MAS PUEDEN CELOS QUE AMOR.

PERSONAS.

OCTAVIA.	EL DUQUE DE ALANSON.	FINEA.
MARCELO.	LEONOR.	MENDOZA.
NUÑO.	EL PRÍNCIPE DE FRANCIA.	CRIADOS.
EL CONDE DE RIBADEO.	FABRICIO.	ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Navarra y Paris.

ACTO PRIMERO.

Campo en Navarra, cruzado por un camino, á vista de una aldea.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIA, MARCELO.

MARCELO.

ermosa Octavia, si posible fuera
e igualara mi amor tu entendimiento,
n lealtad de vasallo respondiera
tu desesperado pensamiento,
con ejemplos vivos presumiera,
no la causa, reducir tu intento
l mas seguro medio que han tenido
ntra fuerzas de amor armas de olvido.
ú á Francia! Tú corriendo disfrazada
e Navarra á Paris! Tú sin sosiego,
e tu honor y tus deudos olvidada,
e precipitas á un error tan ciego!
ué simple mariposa enamorada
huye veloz la actividad del fuego,
tándole las alas la porfía
spues que conoció que no era el dia?

OCTAVIA.

rcelo, si tú propones
amor la invencible fuerza
a persuadir mis celos,
s me animas que me templas.
ara que no presumas
e te llamé de la aldea
notable confianza
tu hidalga gentileza,
que solo te he contado
e amor á Francia me lleva
n el disfraz atrevido
e mi pensamiento intenta;
ra de todo punto,
ero, Marcelo, que sepas
é es amor y quién me obliga
e tal hazaña emprenda;
o advirtiendo primero
s de locuras como estas,
mujeres de valor,
n las historias llenas.
conde de Ribadeo
, Marcelo, á esta tierra
r una hermana suya
n conoces la condesa
Lerio), que está casada,
e sus hodas te acuerdas,
don Cárlos de Beamonte;
vidada estuve á ellas.
galas, la bizarría
un despejo, ó ya sea
entendimiento, que algunos,
que engañados, celébran,
Dieron ocasion al Conde
(Que quien dice que es estrella,
Mucho quita á lo bizarro,
Y mucho á lo hermoso niega)
Para que pusiese en mí
Los ojos con tanta fuerza,
Que le costó la porfía
Lo que el desprecio me cuesta.
Un año estuvo en Navarra,
Donde no sé cómo pueda
Pintarte su loco amor
Y mi rebelde aspereza.
Intentaba siempre el Conde
Con servicios y con fiestas
Vencer mi necia porfía,
Si no habiendo amor, es necia.
¿Qué mañana puso el alba
Sobre los montes apenas
Los piés de rosa en la nieve
Primero que en verdes yerbas,
Que no le hallase mirando
Por los hierros de mis rejas,
Si era el sol el que salia
Por el Oriente ó por ellas?
Nunca en brazos de la noche
Con amores de su ausencia
Cayó desmayado el dia,
Que no le hallase á mis puertas.
No negaba á sus visitas
La cortés correspondencia
Debida á la obligacion;
Mas quiero tambien que adviertas
Que mesurado en la silla,
Yo en la almohada compuesta,
El era Adónis pintado,
Y yo era Vénus de piedra.
A sus cartas amorosas
Nunca yo negué respuesta,
Mas tan frias, que iban todas
Con su firma y con su fecha,
Porque papeles sin alma
Son rótulos de comedia,
Que solo dicen el nombre
Para que vayan á ella.
Venció el oro muchas veces
(Que es el rey de los planetas
Como retrato del sol
Y de sus rayos materia)
Las criadas de mi casa;
Porque doncellas y dueñas
Nunca son para las damas
Los dragones de Medea.
Diéronle puerta á un jardin,
Donde una fuente risueña
Me llevaba algunas noches
A ver sus fingidas perlas.
No me enojé; que antes quise
Que cortesmente creyera
Que no teme quien no ama,
Aunque los sucesos tema.
En unos asientos verdes
Amor y desden se asientan,
El se turba, y yo me burlo,
Murmura el agua y se queja.
Perdió el Conde la ocasion;
Que aunque no sufriera fuerza,
Cuando no se coge el fruto,
Hay flores que le prometan.
Necio es el hombre que á solas
Así los efectos trueca,
Que aguarda, siendo el galan,
A que la dama lo sea.
Ya se asomaba el aurora
Por el balcon de azucenas,
Con lucientes intervalos
De su dorada cabeza
Para darle mas lugar,
Como piadosa tercera;
Mas cuando le vió tan mudo
(Que quien ama no respeta),
Arrojó de un golpe el dia;
El se halló del jardin fuera,
Y yo fuera del peligro,
Vengándome de mis dueñas.
Si hasta allí me parecia
El Conde como una dellas,
Mucho mas de allí adelante;
Que tan pocas diligencias
A nuestra imaginacion
Arguyen muchas flaquezas;
Que para guerras de amor
Acobardan tales señas,
Porque los buenos soldados
No hay cosa que no acometan.
En medio destos desdenes
Y destas frias finezas,
Tuvo cartas de Castilla,
Y fué forzosa su ausencia.
Mandóle el rey don Alonso
Que partiese á Francia apriesa,
Particular embajada
Digna de su sangre y prendas;
Que pide el frances Delfin
La castellana Princesa,
Y para la conclusion
Es la embajada postrera.
¿Quieres, Marcelo, creer
Una cosa, la mas nueva
Que has oido, ó yo me engaño?
Que en nuestra naturaleza
Puso una veleta el cielo
De tan mudable asistencia,
Que no hay viento que la embista,
Que pueda tener firmeza.
Apenas se partió el Conde,
Dejándome de sus penas
En sus lágrimas testigos
Y lástima de sus quejas,
Cuando comencé á pensar,
Y pensando en mí y en ellas,
Echaron menos mis burlas
Tantas amorosas veras.

De imaginar mis desdenes
Y aquellas finezas tiernas,
Vine á enfadarme de mí,
Y venguéme en mi tristeza;
Pero pasando los dias,
Que no hay cosa que no envuelvan
En su olvido, me espante
De imaginacion tan necia.
En esta sazon, de Francia
Vino á Navarra don Bela;
Preguntéle por el Conde,
Y dióme dél estas nuevas.
«Tiene el duque de Alanson,
Octavia, una hermana bella,
Leonor en nombre, en la gracia
Vénus, sol en la belleza.
El conde de Ribadeo,
Perdido de amor por ella,
Tan castellano la adora,
Tan portugués la festeja,
Que en todo Paris se dice
Que se casará con ella;
Que de públicos favores,
Esto es justo que se entienda.»
¿Quién dirá que puede ser
Del alma tan grande ofensa,
Que lo que no pudo amor
Celos tan ya justos puedan?
A tanto llegó mi envidia,
Si es bien que la envidia sea
Difinicion de los celos,
Que solamente me queda
Para no perder la vida
Una esperanza tan negra
Como es ir á ver al Conde,
Y estorbar con diligencias
Que no se case, si amor
De lo que olvida se acuerda.
No quiero consejo ya;
Que estoy perdida, resuelta,
Enamorada, celosa,
Ausente, de temor llena;
Arrepentida por loca,
Desesperada por cuerda,
Sin remedio por mi culpa,
Sin gusto por mi soberbia;
Y finalmente tan triste,
Que entre celos y sospechas,
Retrato una muerte viva,
Y soy una vida muerta.

ESCENA II.

NUÑO, *de camino.*— DICHOS.

NUÑO.

Para la priesa que has dado,
Señora, en esta partida,
O ya estás arrepentida,
O es descuido tu cuidado.
¿Quedámonos en Navarra,
O habemos de ir á Paris?

OCTAVIA.

Pensamiento, ¿qué decís?

NUÑO.

Ponte á caballo bizarra
Con el traje de varon.
En que disfrazarte quieres.

OCTAVIA.

Si sabes de las mujeres
La inconstante condicion,
¿Qué, Nuño amigo, te admiras
De que tan suspensa esté?

NUÑO.

Pues si relámpago fué
De aquellas celosas iras,
Serena, Señora, el cielo,
Y cese la tempestad,
Si con debida lealtad
Te desengaña Marcelo,
Y dame el vestido á mí,
Que bien le habré menester,
Y haré las postas volver.

OCTAVIA. (*Ap.*)

Hablaré conmigo en mí.
En tal determinacion,
Y como loca imposible,
Dime, amor, ¿será posible
Tan injusta ejecucion?—
Pregúnteselo á los celos.—
Celos, ¿irémos? ó no?
Porque quedándome yo,
Me mataréis á desvelos.—
Parte con ánimo, Octavia,
Porque si somos locura,
Quien darnos seso procura,
Lo mismo que quiere agravia.
Parte con igual valor,
Pues el agravio te esfuerza;
Que aunque amor tiene gran fuerza,
Más pueden celos que amor.

NUÑO.

¿Qué salió de la consulta?

OCTAVIA.

Que parta á Francia, decreto
De mis celos.

NUÑO.

En efeto,
Son celos locura oculta,
Y en tí declarada pica.
Adonde te pierdas parte;
Que no quiero replicarte,
Pues Marcelo no replica.

MARCELO.

Yo, Nuño, ¿qué puedo hacer?

NUÑO.

Bien dices, solo partir.

MARCELO.

Una ley tiene el servir.

NUÑO.

¿Y es?

MARCELO.

Callar y obedecer.
(*Vanse.*)

—

Galería baja del patio de un palacio en Paris.

ESCENA III.

EL CONDE DE RIBADEO, LEONOR, MENDOZA, CRIADOS.

LEONOR.

Suplico á vueseñoría
Se quede; que no es razon...

CONDE.

Quejaráse la ocasion
Y negará que fué mia.

LEONOR.

Aunque es cortés, es porfía.

CONDE.

¿Cuándo el amor no lo fué?
Y mas que es justo que esté
Quejoso de ser cobarde;
Que á quien se arrepiente tarde,
No le aprovecha la fe.
La carroza no ha llegado,
Y es justo que me escucheis.

LEONOR.

Vos, Conde, lo mereceis.

CONDE.

Mucho me habeis obligado,
Y así quiere mi cuidado
De agradecido advertiros
Que el deseo de serviros
Tantas almas os envía
Como instantes tiene el dia
En brazos de mis suspiros.
Desde que vine de España
Y en aquella fiesta os vi,
Mi patria fué para mí
Bárbara, inculta y extraña.
Mi verdad os desengaña,
Y el alma que vive en vos;
Que los dos, si quiere Dios,
Juntos irémos á ella,
Cuando el Duque, Leonor bella,
Nos dé la mano á los dos.
Estos cuidados le dan
Tanta guerra á mi sentido,
Que os hablé como marido,
Cuando esperaba galan.
Ya mis deseos están
Con mi amor tan concertados,
Que previenen sus cuidados,
A vuestro valor atentos,
Galanes los pensamientos
Y los requiebros casados.
Mirad, madama Leonor,
Cómo por mí mismo quiero
Sin ayuda de tercero
Manifestaros mi amor.
Este es el papel mejor,
Este el mas galan paseo
De un alto y dichoso empleo;
Que no es menester papel
Donde la lengua sin él
Puede escribir su deseo.
Y si el Duque vuestro hermano,
De españoles grande amigo,
Hoy lo quiere ser conmigo,
Hoy me habeis de dar la mano.
Y si es pensamiento vano,
Despedid mi confianza;
Que quien pretende, y no alcanza
De su amor satisfacion,
Si pierde la posesion,
No ha de tener esperanza.

LEONOR.

A tantas obligaciones
Como debo agradecer,
Mejor podrán responder
Las obras que las razones.
Estas son satisfaciones
De tan honrados intentos,
Y crean los pensamientos
Mas tiernos y enamorados,
Que de plazos y cuidados
Abrevian los casamientos.
No llamaré tierra extraña
A España yo para mí,
Porque si en Francia nací,
Quiero morir en España.
No será de amor hazaña,
Cuando con méritos tales
El amor nos hace iguales,
Porque con igual valor
Ya es razon, y no es amor;
Que iguala amor desiguales.
Es el duque de Alanson
Tan español por la vida,
Que será dél bien oida
Vuestra justa pretension.
Y aunque se funda en razon
Este amor, que había de ser
Sin razon para tener
Fuerza de amor, le agradezco
La razon con que os ofrezco
Ser, Conde, vuestra mujer...
—Ya la carroza está aquí,
No paseis mas adelante.

CONDE.

Quedo, Señora, arrogante,
Y quedo fuera de mí.

LEONOR.

Para serviros nací.

CONDE.

Templad el favor, por Dios,
No os olvideis qué sois vos;
Que puede ser que por él
Me envidie amor y yo á él,
Y nos matemos los dos.
(*Vase Leonor con su gente.*)

ESCENA IV.

EL CONDE, MENDOZA.

CONDE.

...a Mendoza, yo y mi amor
...tado habemos cuentas.

MENDOZA.

¡Agora sí me contentas,
...e has hablado con valor!
...Navarra tu frialdad,
...e siempre al amor agravia,
...é causa de que en Octavia
...o imprimieses voluntad.
...table milagro ha sido
...berla, Conde, olvidado.

CONDE.

...s hace mucho un despreciado;
...e el desprecio causa olvido.
...las partes de Leonor,
...ando Octavia me quisiera,
...n pienso que hallar pudiera
...medio contra su amor.

MENDOZA.

...estás contento y vengado,
...es enamorado estás.

CONDE.

...sa no sé cuál estoy más,
...gado ó enamorado.

MENDOZA.

El Príncipe sale, y creo
...e te ha visto y viene á hablarte.

CONDE.

...es retírate á una parte,
...me busca su deseo;
...e le dí un retrato ayer
...la castellana infanta.

MENDOZA.

...e enamore amor espanta
...r oir como por ver. (*Retírase.*)

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.—EL CONDE; MENDOZA, *retirado.*

PRÍNCIPE.

...ñor embajador...

CONDE.

Invicto Cárlos...

PRÍNCIPE.

...uestra amistad deseo.

CONDE.

...o los míos, gran señor, mostrarlos
...tan dichoso empleo,
...rque con vos no tiene parte alguna
...tiempo y la lisonja y la fortuna.
...is de los sabios verdadero amigo,
...ais el bien y dais al mal castigo,
...neis cerca de vos ilustre gente
...e os dice bien de todo;
...aquellos que nacidos bajamente,
...n envidioso modo
...ieren que nadie tenga entendimiento,
...ndo claro argumento
...e son del vuestro agravios
...que ellos solos quieran ser los sabios.
...eis palabras á su tiempo graves,
...n respuestas blandas y süaves
...le de vuestro oido
El que en la guerra ó paz os ha servido
Contento y satisfecho; [cho,
Porque cuando merced no le hayais he-
Le basta al que pelea y al que escribe
El ver que de su rey en gracia vive.
Siempre estáis retirado
En estudios que alientan y no impiden
Del gobierno el cuidado,
Que del cetro real las leyes piden;
Porque tan bien un príncipe parece,
Cuando ocasion se ofrece,
Con la pluma en los libros ocupado,
Como con el baston en campo armado.
Honrais los templos, que es la accion pri-
De vuestro cristianísimo apellido, [mera
De los contrarios de la fe temido,
Porque, si no es de Dios, ¿de quién espera
Buen suceso el imperio soberano,
Si el corazon del Rey está en su mano?

PRÍNCIPE.

¿Qué os parece París?

CONDE.

Máquina hermosa,
Que á la ciudad de Nino populosa
Puede hacer competencia, [cia.
Y mas con vuestra espléndida asisten-

PRÍNCIPE.

¿Qué os parecen sus nobles caballeros?

CONDE.

Que aun viven en París los doce Pares
Que fueron en el mundo los primeros
Testigos tanta tierra y tantos mares
Como por ellos conquistar fué visto
Hasta el sacro pirámide de Cristo,
Valor de aquel Gofredo
Que puso al Asia miedo,
Y donde su creciente turbó al moro
La flor de lis azul en campo de oro.

PRÍNCIPE.

¿Qué os parecen sus damas?

CONDE.

Cárcel de amor y de su esfera llamas;
Pero ninguna iguala á mi señora [rora,
La Infanta, como en nombre blanca au-
Por quien embajador vengo á casaros.

PRÍNCIPE.

Y yo para advertiros é informaros
Que vais en los conciertos mas despacio;
Que yo sé que saliendo de palacio
Habeis visto una dama
(Pues siempre la verdad venció la fama)
Mas perfeta y hermosa
Que con el alba sale entre su risa
De la verde prision la fresca rosa,
Y del boton la roja manutisa,
Cuyo vestido, que al rubí colora,
Guarnece de sus perlas el aurora.

CONDE.

Alaba vuestra alteza
Con atencion y gusto la belleza
De madama Leonor; pero no iguala
Ni la hermosura ni la gracia y gala
De Blanca mi señora.

PRÍNCIPE.

Quedad, Conde, advertido desde agora
Que me conviene, á su servicio atento,
Que dilateis de Blanca el casamiento;
Que aunque no he de casar con mi vasa-
Quiere mi grande amor solicitalla [lla,
En tanto que dilatan los conciertos, [tos,
Hasta que se concluyan siempre incier-
Las cartas que vendrán á vuestra mano;
Porque tengo por llano
Que siendo vos mi amigo,
Y del secreto deste amor testigo,
Ayudaréis mi intento; [to;
Que esto no ha de estorbar el casamien-
Que aun es muy niña Blanca para esposa,
Y en tanto puedo de Leonor hermosa
Conseguir en mi amor algun efeto.
Esto basta, español, pues sois discreto.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CONDE, MENDOZA.

CONDE.

¡Buen lance habemos echado,
Mendoza amigo, por Dios!

MENDOZA.

Pues ¿qué es lo que aquí los dos
A solas habeis tratado?

CONDE.

El Príncipe está perdido
Por Leonor.

MENDOZA.

Pues ¿á qué efeto
Te lo ha dicho?

CONDE.

Con secreto
Me ha mandado y advertido
Que dilate el casamiento
Y las cartas de Castilla;
Y aunque no me maravilla
Su amoroso pensamiento
Siendo tan bella Leonor,
Soy dos veces desdichado,
Por amante mal fundado,
Y por necio embajador;
Que habiendo de competir
Con el poder singular,
Ni á Blanca puedo casar,
Ni á Leonor puedo servir.
Apenas los dos aquí
De casarnos concertamos,
Y la palabra juramos,
Que ella me dió y yo le dí,
Cuando, como suele haber
Algun grave impedimento,
Deshacen mi casamiento
Fortuna, amor y poder.
Suele en la yerba de un prado
Ir un sonoro arroyuelo,
Y hallar por el verde suelo
El libre paso atajado
Del labrador que le cerca,
Y rebalsando el cristal,
Asomarse bien ó mal
Por encima de la cerca.
Ansí yo, cuando corriendo
Iba con mi loco amor,
Hallo que un Rey á Leonor
Me va el paso deteniendo.
Mas yo que del justo intento
Me veo volver atrás,
Cuanto me detiene mas,
Mas crece mi pensamiento;
Y como arroyo sonoro
Que excede con el cristal
El atajo, bien ó mal,
Pásase á Leonor que adoro.

MENDOZA.

Mal se podrá resistir
Tan fuerte competidor,
Y hubiera sido mejor
Que le supieras decir
El casamiento tratado;
Que un Príncipe generoso
Del pensamiento amoroso
Quedara desengañado;
Y como suele romper
Con el azadon el muro
El labrador y del puro
Arroyo el agua correr,
Así pudiera tu amor
Hallar paso á tus intentos,
Atajando pensamientos
Del Príncipe con Leonor.

CONDE.

No sé si fuera acertado;
Quiero esperar su consejo,
Pues en su firmeza dejo
De mi remedio el cuidado.
Bien fuera haberla pedido
A su hermano por mujer,
Con que quedara el poder
Desengañado y vencido.
Quiero advertirte.

MENDOZA.

Recelo
Que emprendes un imposible.

CONDE.

Al amor todo es posible,
Y todo posible al cielo.
(*Vanse.*)

Sala en casa del duque de Alanson.

ESCENA VII.

EL DUQUE DE ALANSON, LEONOR.

DUQUE.

Parece que hablas con gusto
Del embajador de España.

LEONOR.

Tanta virtud le acompaña,
Que hablar bien del Conde es justo,
Y es lisonja para tí
De españoles hablar bien.

DUQUE.

Si para tí lo es tambien,
Hurtarásme el gusto á mí.
Conocí aquella nacion
En España por dos años
Que allí estuve, y son engaños
De siniestra informacion
Decir de españoles mal:
Yo, como los he tratado,
Vine de España obligado
A correspondencia igual
Y á quererlos siempre bien.

LEONOR.

Pienso que mi inclinacion
Te ha dado, Arnaldo, ocasion
Para probarme tambien.

DUQUE.

Malicia es esa, Leonor,
Por el Conde castellano.

LEONOR.

Por galan y cortesano
General merece amor.

DUQUE.

Nunca faltan ocasiones
Sobre algunos intereses
A españoles y franceses,
Dos belicosas naciones;
Que aunque la sangre real
Los junte por casamientos,
Siempre están como elementos
En contienda natural.

LEONOR.

¿De qué nace?

DUQUE.

De querer
El imperio del valor,
Alta presuncion de honor,
Imposible de vencer,
Porque el cielo no se parte,
Ni puede haber mas de un sol.

ESCENA VIII.

FINEA.—DICHOS.

FINEA.

Un caballero español
De camino quiere hablarte.

DUQUE.

¿Habló castellano?

FINEA.

Sí;
Que es la lengua conocida.

DUQUE.

¿Es viejo ó mozo?

FINEA.

En mi vida
Mozo mas gallardo vi.

DUQUE.

Pues retírate, Leonor.

LEONOR.

¡Necios celos!

DUQUE.

No te vayas,
Si tienes por necedad
Que se recate una dama
De un hombre que no conoce.
¿Dónde queda?

FINEA.

Afuera aguarda.

DUQUE.

Dile que entre.
(*Va Finea á avisar y vuelve.*)

ESCENA IX.

OCTAVIA *vestida de hombre, de camino con botas y espuelas;* NUÑO, *con fieltro y botazas*, MARCELO.—DICHOS.

OCTAVIA. (*Ap. á Marcelo y Nuño.*)
¡Plegue á Dios
Que destas fingidas cartas
Surta el efecto que espero!

MARCELO.

A quien te conoce y trata
Le parecerás lo que eres,
Aunque el traje te disfraza;
A quien no, tan de hombre ofreces
Bizarra presencia, Octavia,
Como se ha visto en las villas
Y tierra por donde pasas.

NUÑO.

La inclinacion de las hembras
De las ventas y posadas
Ha sido cosa de locos.
Cierta pelirrubia dama
Me daba á mí de ribete
Cuatro doblones de España,
Y aquella noche sin duda
Que tu lugar ocupara,
Si se pudiera encubrir
La presumpcion de la barba.

FINEA.

Bien podeis llegar, señores;
Que aquí está el Duque y su hermana.

OCTAVIA.

Excelentísimo Duque,
Y vos hermosa madama,
Dad los piés á un caballero
Que la sombra desta casa
Viene á tener por sagrado
De cierta honrosa desgracia;
Que un Príncipe de la sangre,
Desde que nace, obligada
La tiene á favorecer
A los que della se amparan.
Yo soy, duque de Alanson...
—Pero mejor estas cartas
Os dirán quién soy, por mí.

DUQUE.

¿De quién?

OCTAVIA.

Del rey de Navarra.

DUQUE.

En viendo vuestra persona,
No es la carta necesaria.
Decid quién sois y tambien
De vuestro intento la causa.

OCTAVIA.

Ilustrísimo Duque, y vos, divina
Leonor, por quien naturaleza goza
El nombre de pintura peregrina,
Yo soy el conde Enrique de Mendoza.
Apenas cinco lustros la cortina
Del sol corrió su espléndida carroza,
Desde el primero de mis años dia,
Cuando ya la fortuna me seguia.
La envidia, siempre grave en hombres
[graves,
Púsome á mí por blanco de sus flechas,
Como suele el concurso de las aves
Pájaro que de noche canta endechas.
Ni están seguras por el mar las naves
Ni torres altas de diamantes hechas
A los rayos que Júpiter destina,
Ni de la envidia la virtud divina.
Era del vulgo popular bien visto
Y de las damas con aplauso incierto:
Unas dejo de amar, otras conquisto,
Y sin ajeno agravio me divierto:
En siendo por sus méritos bien quisto
Un caballero, esté seguro y cierto
Que ha de perder la patria ó verse tarde
Libre de la opinion de ser cobarde.
Si á la plaza tal vez galan salia,
Tal dicha con los toros me aguardaba
Que donde el hierro del rejon ponia,
La cerviz arrugada reclinaba.
Si sacaba la espada y la esgrimia,
De tal manera el cuello le cortaba,
Que pasando los filos con destreza
Llevaba entre las manos la cabeza.
Si á la celada en justa eché los lazos,
De muchas lanzas vi, no de una sola
Descalabrar el aire los pedazos,
Rompidas en el oro de la gola;
Que desarmar el peto y guardabrazos
Era como volar una amapola
El cierzo en trigo, ó el arroyo airado
Lamer la yerba hasta la arena al prado.
Tal vez que por los montes de Navarra
Oyendo de los perros el estruendo,
Por el romero y cárdena pizarra
Iba el cerdoso jabalí corriendo,
O á pié con el venablo la bizarra
Persona á la palestra disponiendo,
Le esperaba con ánimo valiente,
O con el pardo plomo en polvo ardiente.
Amaba en este tiempo una señora,
Sangre de los Beamontes, de hermosura
Tan sin igual, que el sol en ella adora
Por Laura en nombre, y como Dafne pura.
Desta don Juan Abarca se enamora,
Clara sangre de rey sin parte obscura;
De dia y á mis ojos la pretende,
Y de noche las rejas me defiende.
Amante finalmente y importuno,
Hablalla solicita y pasealla;
Hablaron las espadas, y ninguno
Habló con Laura, aunque intentaba
Así dos toros, cuando vence el uno,
Huyendo el otro la campal batalla,
Deja en la selva con mugidos roncos
Los espumosos celos en los troncos.
Salí galan á la carrera un dia
En un rucio de Córdoba, pintada
De tal suerte la piel, que parecia
Sayal de capa de pastor nevada;
Tan natural del aire en que corria,
Sin que debiese al acicate nada,
Que como andaba siempre por el viento
Con razon le llamaron *pensamiento*.
Don Juan al mismo paso y bizarría
La bella Laura en un balcon miraba,
Que el clavel de la boca guarnecia

Con otro natural que la envidiaba.
En fin, como á don Juan aborrecia,
Arrojómele al tiempo que pasaba,
Quedando el alma á su favor tan loca,
Que pensé que eran partes de su boca.
Mas ¿para qué dilato vanamente
El fin de amor y celos tan injustos,
Pues sobre este clavel necio y valiente,
Vengó en palabras tales sus disgustos?
Discreto el Rey á la ocasion presente,
Componiendo las armas, no los gustos,
Los hizo amigos; pero mal contento
Don Juan puso en matarme el pensamien-
to intentó de noche; pero en vano; [to.
Que en la calle de Laura quedó muerto,
Disculpándome el Rey, porque fué llano
Que yo guarde la fé de su concierto:
Y así, airado con él, conmigo humano,
Por sosegar el reino, que es lo cierto,
Con estas cartas, Duque, á vos me envia.
Esta es la historia y la desdicha mia.

DUQUE.

Ya quedo bien informado,
Conde, de vuestro valor,
Y de nuevo os doy mis brazos.

OCTAVIA.

Amparo y sagrado sois.

DUQUE.

No fué mucho que la patria
Os tratase con rigor;
Pues no ser acepto en ella
...eron palabras de Dios,
...leo del Rey la carta.
...ique, hasta daros hoy,
...no aposento en mi casa,
Lugar en el corazon.

OCTAVIA.

Mil veces la mano os beso.

DUQUE.

...cargo á mi hermana doy,
...a que muestre qué os mia
...serviros como yo.

LEONOR.

...grado habeis venido;
...el Duque en toda ocasion,
...o en el cuerpo frances,
...en el alma español.
...hacemos mucho en serviros,
...carta del Rey, por vos;
...e vuestros merecimientos
...n dignos de mas favor.

OCTAVIA.

...imposible, madama,
...de tanta obligacion
...puedan salir las obras
...quien vuestro esclavo soy,
...to mas daros respuesta;
...palabras no es razon
...salgan á la fianza;
...tengo por mejor
...os dé el alma con silencio
...da satisfacion.
...cais en mis desdichas,
...fortuna mayor,
...rte que el puerto guie
...traña navegacion.

ESCENA X.

FABRICIO.—Dichos.

FABRICIO.

...el embajador de España aguarda
...cia para verte.

OCTAVIA.

Si algun hombre
...paña me acobarda,
...e caballero, cuyo nombre,
...mas su persona, me da miedo.

DUQUE.

¿Por qué, siendo español?

OCTAVIA.

Porque no puedo
Tener de quien guardarme justamente
Con mas razon; que es de don Juan pa-
[riente,

DUQUE.

Pésame, porque el Duque es nuestro
[amigo;
Mas bien podeis aquí vivir secreto;
Que solo vos de vos seréis testigo.

OCTAVIA.

Ese favor me habeis de hacer.

DUQUE.

Prometo
De no decir al Conde cosa alguna
De vuestra adversa ó próspera fortuna.
Yo voy á hablalle.

OCTAVIA.

Y yo de agradecido
La mano generosa, Duque, os pido.

(*Vase el Duque y síguele Fabricio.*)

ESCENA XI.

OCTAVIA, LEONOR, MARCELO, NUÑO, FINEA.

LEONOR.

Tambien á mí me ha pesado
Que vuestro amigo no sea
El embajador de España;
Porque de su gentileza
Estamos el Duque y yo
Pagados de tal manera,
Que el parentesco mayor
Entre los dos se concierta.
Y si quereis que le hablemos
Para que él os favorezca,
Yo sé que lo hará por mí.

OCTAVIA.

No me conviene que sepa
Que estoy en Francia, madama,
Y admírome de que tenga
Tanto atrevimiento el Conde,
Que siendo quien sois, pretenda
Casarse con vos, estando
Casado en Navarra.

LEONOR.

Hoy llega
Esa nueva á mis oidos,
Y no sé yo cómo pueda
Ser verdad.

OCTAVIA.

¡Pluguiera á Dios,
Madama, que no lo fuera!
Doña Octavia de Navarra,
De sus condestables deuda,
Es su mujer y mi hermana;
Si bien solo estaban hechas
Las diligencias que pide
Para su efecto la Iglesia.
Pero no podrá casarse,
Porque ha de cumplir por fuerza,
Si no palabras infieles,
Firmas y escrituras hechas,
Sobre que se dice allá
Que empeñado el honor queda
De nuestra casa y de muchas
Que nuestro apellido heredan.
Esto os digo en confianza,
Para que, estando secreta
La causa, mudeis de intento.

LEONOR.

Segura en mi pecho queda,
Y tan grande obligacion
Es justo que os agradezca;
Porque confieso que amor,
Sobre tan seguras prendas
Como casarme con él,
Halló del alma la puerta
Tan rendida, que se pudo
Entrar á vivir en ella;
Mas yo le echaré tan presto,
Que salga con más violencia
Que pajarillo que, rota
La jaula, en el aire vuela,
O rayo en la tempestad,
O por el viento cometa,
Que parece que veloz
Adonde acaba comienza.
Venid, no sea que el Duque
Mi hermano, si acaso piensa
Que ya no estamos aquí,
Con él á esta sala venga
Y fiad de que este aviso
Mi voluntad agradezca
En lo que veréis despues.
Sea venganza ó gusto sea.

OCTAVIA.

Yo cumplí la obligacion
De caballero.

LEONOR.

Finea,
Aposenta esos criados.

(*Éntranse Leonor y Octavia.*)

ESCENA XII.

FINEA, NUÑO, MARCELO.

FINEA.

Hidalgos, conmigo vengan.

NUÑO.

¡Qué lindo aposentador!
Menos hermosa aposenta
La aurora al sol.

FINEA.

¡Oh español!
No me ha visto y ¡me requiebra!

NUÑO.

Somos por allá muy tiernos,
Aunque á la usanza francesa
No haya por allá madamas,
Que con las máscaras negras
Imprimen rosas en barbas,
Cuya paz el alma eleva
En los éxtasis de almíbar
Que la voluntad despierta.
Verdad es que hay unos mantos,
Que dejando descubierta
Sola una ceja y un ojo,
No hay tal armada escopeta
Que tantas almas derribe,
Y mas juntando con ella
El aparato de olor,
La gracia de la chinela,
El zapato ó el chapin,
Que cualquiera cosa destas
Hace una casa de locos,
Que se suelen ir tras ella
Por donde quiera que pasa.

FINEA.

Despacio me darás cuenta
De esas cosas, español.
Ven agora adonde sepas
El aposento en que vivas,
Como la cama en que duermas;
Que yo te marco por hombre,
Que con tan poca vergüenza
Querrás pasarte á la mia.

NUÑO.

Déme en que estén las maletas,
Y si mereciere amor,
Ten por excelente mezcla
La de frances y española,
O de español y francesa.

Que en dos juntas voluntades,
Aunque en naciones diversas,
Es la vitoria la boca
Y confúndense las lenguas.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, MENDOZA.

CONDE.

Al cabo de tantos dias,
¡Eso responde Leonor!

MENDOZA.

Siempre mueren de rigor
Enamoradas porfías.

CONDE.

¿Cómo puedo yo dejar
De servirla, si la adoro?

MENDOZA.

Con algun cortés decoro
Puedes tibiamente hablar;
Que la mas firme mujer,
Si tanta fineza mira,
O se descuida ó retira;
Que es arte y ciencia el querer:
No se olvidaron los sabios
De hacer escuelas de amor.

CONDE.

Sí; mas fuera mucho error
Dar por finezas agravios.

MENDOZA.

Dile el papel á Finea,
Porque no me dejó entrar,
De que pude suspechar
Que despedirte desea;
Porque otras veces entré
Con la francesa llaneza,
Sin recatar su belleza
Los intentos de la fe,
Donde en cabello, á quien debe
Sus rizos el sol, la vía,
Sirviendo de celosía
A mil pedazos de nieve;
Y alargándole con risa
De un clavel puro y sutil,
A dos lunas de marfil
Daba lugar la camisa.
Mas agora en el estrado,
Señor, tocada y vestida,
Le manda que me despida
Y vuelva el papel cerrado.

CONDE.

¿No te dijo la ocasion
De tanto rigor Finea?

MENDOZA.

¿Qué ocasion quieres que sea
Sino propia condicion?
[illegible]
Que daba la celosía
Franco paso á mi deseo;
Agora para señal
De aborrecerme, de muerte.
La cierra, que al golpe fuerte
Tiembla de miedo el cristal.
Mal puesta en mi nacimiento
Me formó fuerza con Marte,
Tengo de Vénus la parte,
Aunque es planeta sangriento.
Mira tú lo que en España
Por Octavia padecí,
Y cómo tambien aquí
En Francia me desengaña
La ingratitud de Leonor.

ESCENA II.

NUÑO — Dichos.

NUÑO. (*Ap.*)

Hablando los dos están,
Con que lugar me darán
Para pensarlo mejor.
Quiere Octavia que saliendo
Por Paris, que encuentre al Conde,
Para ver lo que responde
A lo que vamos fingiendo.
No sé el fin que han de tener
Tan desesperados celos;
Pero ya me dan recelos
Que en nuestro daño ha de ser.
Por venganza ó por amor
(Que ya por amor será),
Pensando que es hombre, está
Enamorada Leonor.
No ha salido el sol flamante
Cuando viene á visitar
Octavia, sin dar lugar
A que se vista y levante:
Cuidado y desvelo al fin
De ver en su cara hermosa
Cómo se enciende la rosa,
Cómo se nieva el jazmin.
Y ella, en tanto que se viste,
Discreta como traidora,
Con lo posible enamora
Y lo imposible resiste.
Mas ¿qué no podrá encender,
Fingiendo amor y aficion,
Con acciones de varon,
Hermosura de mujer?
Ya me han visto; haré que paso.

CONDE.

¿No es aquel hombre español?

MENDOZA.

Mas claro que el mismo sol
Se ve en el aire del paso.

CONDE.

¡Ah hidalgo!

NUÑO.

¿Quién en mi lengua
Me ha llamado y conocido?

CONDE.

Españoles como vos.

NUÑO.

¡Conde y señor!...

CONDE.

¡Nuño amigo!
¿Eres tú? que no lo creo.

NUÑO.

Perdona el no haberte visto,
Aunque supe que aquí estabas;
Que como recien venido
Tuve mil cosas que hacer;
Y es notable laberinto
Esta ciudad entre cuantas
Cubre el céfiro zafiro.
¿Es Mendoza?

MENDOZA.

¿No me ves?

NUÑO.

Con alma y brazos te brindo.

MENDOZA.

El alma y brazos te bebo,
Nuño, con el amor mismo
A la salud.

NUÑO.

Ten la copa,
Y di de Octavia; que ha sido
Gran rigor no preguntar
Por ella.

CONDE.

Su ingrato estilo
No merece mas memoria.

NUÑO.

Nunca fué ingrata contigo;
Que mujeres de valor
Usan del grave artificio
Hasta que les da licencia
Aquel sagrado aforismo
De *¿quereis á don Fulano
Por vuestro esposo y marido?*
¿Qué habia de hacer Octavia,
Despues de ponerte á tiro
La caza, si en un jardin
Estás mas helado y tibio
Que el mármol de aquella fuente,
De tu necedad testigo?
Saliéronse á darte vaya,
Por los cándidos resquicios
Del alba, del sol los rayos
Y las aves de sus nidos;
Y tú, como labrador
Para la boda vestido,
Aguardando que te diese
La desposada un pellizco,
Te quejas de su crueldad,
Costándole mil suspiros
Tu ausencia.

CONDE.

Ya es tarde, Nuño;
Que el ausencia causa olvido.
Tiene el duque de Alanson
Una hermana, un basilisco
De las almas por los ojos,
Tiene una joya, un Cupido
De diamantes, una Vénus,
En cuyo raro edificio
Gastó la naturaleza
Cuanto pudo y cuanto quiso;
Porque quiso lo que pudo
Como instrumento divino,
Hasta quedar su riqueza
Empeñada por mil siglos.
Esta, con manos de nieve,
De mi alma el fuego vivo
Con que me abrasaba Octavia,
Alivió, templó, deshizo.
De las cenizas del Fénix
Otro Fénix puro y limpio
Produce el sol, con esmaltes
Nuevos en plumajes rizos;
Y así del amor pasado
Sobre los aromas indios,
El sol de Leonor produce
Este pájaro fenicio.
Esta quiero, esta contemplo,
Esta adoro y esta sirvo,
Desta soy embajador,
Si hay embajador cautivo.
Con ella traté casarme,
Y estando el sí concedido,
No sé qué fuerza de estrellas,
Nuevo amor, nuevos disgustos
La obligan á despreciarme,
Y esto con tanto desvío,
Que hoy me ha vuelto este papel,
Que, entre mil que ha recibido,
Vuelve cerrado á decir
Que se quedó como niño,
Que por no salir á luz,
Se fué para siempre al limbo.—

Pero ¿cómo me olvidaba
De saber á qué has venido?

NUÑO.

A vender unos diamantes,
De la estrecheza testigos
A que han llegado estos tiempos.

CONDE.

Asi por Francia se ha dicho.

NUÑO.

Ricos de cabello estamos,
Pobres de dinero y trigo.

CONDE.

¿Tan estrechos tiempos corren?

NUÑO.

Tanto, que se ha enflaquecido
El lagarto de Santiago,
Vuelta la espada en cuchillo:
De cada lado le falta
Un dedo. Pues si te digo
A la invencion que han llegado
Los hartos de los oficios,
Será provocarte á risa.

CONDE.

Ahora bien, vente conmigo
Para que sepas mi casa.
Y aunque no tienes delitos,
Te sirva de embajador.

NUÑO.

Justamente me retiro,
Por hombre que fia en suegros
Y cuñados enemigos.
¡Oh solo dichoso Adan,
Casado en el paraiso,
Sin cuñado, con mujer,
Y sin abuelo con hijos!
¡Ah valiente mujer Eva,
Que ni celos ni vestidos
Pidió jamás!

CONDE.

Calla, Nuño,
Mira que dellas nacimos.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Duque.

ESCENA III.

EL DUQUE, LEONOR.

LEONOR.

¡Tan mudado de semblante
Vuestra excelencia conmigo!
De tan injusto castigo
Está la culpa ignorante.
Hay diferencia entre amores
Y celos; que sus desvelos
Declara amor, y los celos
Tienen algo de traidores.
Querer encubrir enojos
No es noble naturaleza,
Cuando escribe la tristeza
El sentimiento en los ojos.
¿Para qué me tiene en calma,
Si me dan los ojos señas,
Como ventanas pequeñas
Por donde se asoma el alma?

DUQUE.

Puesto, Leonor, que yo propuesto habia
De no te declarar mi sentimiento,
Habiéndole entendido, no seria
Justo el silencio, si el remedio intento.
Con peso igual la noche ayer tenia
El imperio del mundo al sueño atento,
Ni daba resplandor estrella alguna,
Ni, en vuelta en sombras, la menguada [luna;
Cuando, viniendo á nuestra casa, veo
Dos hombres rebozados en la esquina,
Y otro en las rejas bajas, que el deseo
Entre los hierros á la cuadra inclina.
Yo, conociendo que amoroso empleo
A ofensa de mi honor le desatina,
Parto hácia él, y apenas él me advierte,
Cuando engañado me habla desta suer- [te:
Rodulfo... Este Rodulfo es una ayuda
De cámara del Rey. *Dice Finea*
¡Ay de mi honor! *que está Leonor desnu-* [da,
Y que ya no es posible que la vea.
No de otra suerte la color me muda,
Que quien alguna flor cortar desea,
Y al extender la mano, se la muerde
Oculto el áspid en el tronco verde.
No era menos que el príncipe de Francia
Quien por Rodulfo á mí, Leonor, me tu- [vo.
Mas cuando ya de mí á menos distancia,
Y con recelo del engaño estuvo,
Corrido de su bárbara ignorancia,
Ni un instante en la calle se detuvo.
Fuése con los demás, y yo turbado
Pasé la voz al corazon helado.
Mal he dormido, por pensar qué honesto
Remedio hallaré yo contra un amante
Tan poderoso y á mi ofensa puesto,
Colérico en sus gustos y arrogante.
No quiero que me dés disculpa desto,
Sino atajar el daño que adelante
Puedo temer, mirando en el sujeto
De un rey su libertad y mi respeto.
Alborotar mi casa no es cordura,
Sacarte de Paris es desacierto;
Que intentará vengarse por ventura,
Y en mi ausencia intentar un desconcier- [to:
Paréceme la cosa mas segura
Casarte y abreviar cualquier concierto,
Y mas, Leonor, si con tu gusto hallase
Un hombre que de Francia te llevase.

LEONOR.

Aunque no me das licencia
De que pueda disculparme
De tu ofensa y de la mia,
Puedo, Arnaldo, asegurarte
Con que soy hermana tuya,
Que es informacion bastante.
A Cárlos no faltaria
Persona que le engañase,
De las que en tu casa tienes.

DUQUE.

Por tu vida que no hables,
Leonor, en satisfaciones,
Sino solo en que te cases.

LEONOR.

Yo presumo que esta priesa
Debe de ser por casarte,
Y echas á Cárlos la culpa.

DUQUE.

Yo te suplico que trates
De remediar esta fuerza
Y dejar de disculparte.
Yo he pensado que te mira,
Si no es que tambien me engañe,
El embajador de España.

LEONOR.

Con él presumí casarme;
Pero supe que en Navarra
Tiene obligaciones tales
A cierta dama Beamonte,
Que es fuerza que allá se case.—
Este conde don Enrique,
Este Mendoza...

DUQUE.

No pases
Adelante, porque yo
Le tengo aficion notable,
Y con razon, porque en Francia,
Italia, Alemania y Flándes
Nunca he visto caballero
De tan excelentes partes.
Dime verdad, ¿hate dado
Alguna ocasion de amarle?

LEONOR.

Si ha dado, pues ya llegamos,
Arnaldo, á tratar verdades.

DUQUE.

Y ¿qué te parece á tí
De su entendimiento y talle?
¡Callas y bajas los ojos!
Basta, con ellos hablaste.
El Rey le abona en sus cartas,
Y bastaba tener sangre
De Navarra y de Beamonte.
Tú puedes, Leonor, hablalle;
Que si responde á tu gusto,
Sin que un hora se dilate
Será tu esposo, y despues
Cárlos te sirva y se canse;
Porque en siendo de otro dueño,
Los hermanos y los padres
Salen de la obligacion.

ESCENA IV.

OCTAVIA, NUÑO.—DICHOS.

OCTAVIA. (*Ap. con Nuño*)

Aunque de mí le trataste,
¿No mostró mas sentimiento?

NUÑO.

¿Quiéres tú que yo te engañe?
Perdido está por Leonor.
Queria que me quedase
Con él; pero yo le dije
Que hasta vender los diamantes
No podia; mas que presto
Volveria á visitarle.

OCTAVIA.

Por esta cruz, Nuño amigo,
Que si supiese tragarme
Las brasas de Porcia, tengo
De hacer pedazos la imágen
Deste mal nacido amor,
Que contra las naturales
Leyes, nació de los celos.

NUÑO.

¿Cómo pudieras vengarte
Mejor? Pues Leonor te adora,
Y le aborrece.

OCTAVIA.

Es bastante
Venganza; pero quisiera,
Y no es posible, obligarle
Al amor que me tenia.

NUÑO.

¿Para qué, si en viendo amarte
Le habias de aborrecer?
Que no pienso que es mudable
Como tú la mar ni el viento.

DUQUE.

Yo me voy porque lo trates
Con él; que allí viene Enrique.

LEONOR.

El cielo, Arnaldo, te guarde.
(*Vase el Duque.*)

ESCENA V.

OCTAVIA, LEONOR, NUÑO.

LEONOR.

Enrique...

OCTAVIA.

Señora mia...

LEONOR.

Es de manera el contento
De mi loco pensamiento,
Que sin prólogos querria

Decirte de mi alegría
La causa.

OCTAVIA.

Ese mismo fin
Sobre el cuadro de jazmin
Del rostro pintan claveles
Con los alegres pinceles
Que baña el rojo carmin.
Así se van mis sentidos
Siguiendo vuestra hermosura;
Como al alba hermosa y pura
Dejan las aves sus nidos,
Y en los árboles vestidos
De diferentes colores,
Cantan celos ó favores;
Así yo, Leonor, querria
A la luz de vuestro dia
Cantar historias de amores.
Pasa mi loco deseo
Con vos la noche y sin mí,
Cuanto alegre porque os ví,
Tan triste porque no os veo:
Siempre el pensamiento empleo
Mirando, dulce Leonor,
Con ser mi amor el mayor,
Cómo pueda amaros mas;
Pero luego vuelve atrás,
Porque no halla mas amor.
Busco todos los amores,
Y en viéndolos desconfio;
Que igualados con el mio,
Todos los hallo menores:
Quisiera amores mayores
Para amar vuestro valor,
Con ser el mio el mayor:
Mirad ¡qué extraño pesar,
Que amor me venga á faltar
De puro sobrarme amor!

LEONOR.

Que hoy se viene á concertar,
Y mañana me ha de hallar
En vuestros brazos el dia!
Tan hermoso el cielo os cria
Para quien esposo os llama,
Que si por dicha en la cama
Alguien nos entrase á ver,
Aun no podrá conocer
Cuál de los dos es la dama.—
¿De qué os suspendeis?

OCTAVIA.

Oí
En esa cuadra rumor.

LEONOR.

Si viene el Embajador,
Voy á hacer que no entre aquí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

OCTAVIA, NUÑO.

OCTAVIA.

¡Ay Nuño! Yo me perdí.

NUÑO.

Apenas á hablarte acierto.

OCTAVIA.

Yo estoy sin alma.

NUÑO.

Y yo muerto.
¡Gran peligro! ¡Cosa extraña!

OCTAVIA.

¡Nunca viniera de España
Para tanto desconcierto!
¡Oh celos! ¿Que habeis querido
Traerme á desdicha igual?

NUÑO.

Es defecto natural,
Que no puede ser suplido.
El filósofo ha mentido;
Que á ser verdad su opinion,
Tan justa imaginacion
Hacer efecto pudiera,
Y de mujer te volviera
Fuerte y robusto varon.
Suele un diestro agricultor
Ingerir en un serbal
Un manzano ó un peral,
Y dar aquel año flor.
¡Oh si hubiera algun dotor
Para engertos deste nombre!
Pero tal intento asombre
Qué cierto pudiera ser.
Lleve el diablo la mujer
Que no se volviera en hombre.

OCTAVIA.

Si volverlas hombres quieres,
Cesará el mundo.

NUÑO.

No hará,
Pues algunos hombres ya
Se van volviendo mujeres.
Pero no te desesperes;
Que habrá remedio.

OCTAVIA.

Ausentarme;
Porque esperar á casarme
Será verme en grande aprieto.

NUÑO.

El Duque...

OCTAVIA.

Por su respeto
Quiero callar y matarme.

ESCENA VII.

LEONOR.—Dichos.

LEONOR.

Retírate por tu vida,
Enrique amigo, á tu cuadra;
Que quiere el Embajador
Que le oiga aquí dos palabras.
Y si por ser tu mujer
A celos te he dado causa,
Tuya es la casa y las puertas:
Mira, escucha, aguarda y guarda.

OCTAVIA.

No te puedo responder;
Pero haré lo que me mandas.

NUÑO. (*Ap. á Octavia.*)

¿Has de ver al Conde?

OCTAVIA.

¡Ay cielos!
¿Qué haré? Que me cuesta el alma.
(*Vanse Octavia y Nuño.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE.—LEONOR.

CONDE.

¿Puedo hablarte á solas?

LEONOR.

Puedes.

CONDE.

Aquí trataste, madama,
Conmigo tu casamiento;
En cuya fe mi esperanza
Este papel te escribia,
Que, menos cortés que ingrata,
Con la misma nema y sello
Me le vuelves á la cara.
¡Tan presto Cárlos te obliga
A tan extraña mudanza!
¿No es mejor para marido
Un embajador de España,
Que para galan un rey?

LEONOR.

Mira, Conde, cómo hablas.
Ni sé que Cárlos me quiera,
Ni una palabra le hablara,
Si habiendo heredado el reino
Me hiciera reina de Francia.
Por lo que el papel te he vuelto
Es porque ya estoy casada,
Y cesan galanterías
Luego que cesa el ser dama.
No le rasgué, por ser tuyo
Y escrito en mi confianza,
Porque quien rasga un papel
Tambien el respeto rasga;
Que papeles y retratos
Tanto á los dueños trasladan,
Que el retrato tiene el cuerpo,
Y la letra tiene el alma.
No le abrí por no leerle,
Sabiendo que me obligaba
A responderte; y no puede
Quien tiene dueño que agravia.
Con esto verás que estoy
De tu queja disculpada,
Y que esta satisfacion,
Pues eres discreto, basta.

CONDE.

¡Casada, Leonor, tan presto!
¿No pudieras, obligada
De mi amor, decir al Duque
Que con el Conde lo estabas?
Que yo sé de su amistad
Que por nadie me trocara,
Como el Príncipe no fuera.

LEONOR.

No es esa, Conde, la causa,
Pues me obligas á decirla,
Sino el saber que en Navarra
Tienes mujer.

CONDE.

¡Yo, mujer!

LEONOR.

A lo menos, empeñada
La voluntad para serlo;
Y esto lo sé de una carta
Que á mi hermano le han escrito.

CONDE.

Toda la disculpa es falsa.
Pero si ya no hay remedio,
Y como dices te casas,
Dime siquiera con quién
Para saber si me iguala.
¿Qué título en Francia tiene?

LEONOR.

No es francés.

CONDE.

Pues ¿cómo trata
Sacarte de Francia el Duque?

LEONOR.

Porque tiene amor á España
Del tiempo que estuvo en ella,
Y allí quedó concertada
Con el que ha de ser mi esposo
La junta de nuestra casa.

CONDE.

¡Español te ha merecido,
Y no soy yo! ¡Cosa extraña!
Hazme un favor.

LEONOR.

¿Qué favor?

CONDE.

Decirme cómo se llama.

LEONOR.

Aunque pensaba encubrirlo,
Pues se ha de saber mañana,
Quiero que lo sepas hoy.

CONDE.

¡Quién mereció dicha tanta?

LEONOR.

Es mi esposo el conde Enrique
De Mendoza.

CONDE.

No repara
Castilla en los apellidos,
Solo el título se llaman.
No llaman Giron á Osuna,
Aunque es nombre de su casa,
Mendoza al del Infantado,
Ni Toledo al duque de Alba,
No Guzmán al de Sidonia,
Ni solo Manrique y Lara
Al de Nájara y Maqueda,
Córdoba al conde de Cabra,
Al gran Almirante, Enriquez,
Ni Zúñiga al de Miranda,
Ni Velasco al Condestable,
Porque los títulos bastan.

LEONOR.

No sé qué título tenga,
Sé que de la roja espada
De Santiago es el Conde,
Que con esta roja marca
Prueba su nobleza el pecho,
Que con ella le retratan.

CONDE.

Luego ¿su retrato has visto?

LEONOR.

Y le tengo; mas hay causas
Por donde verle no puedes;
Pero en estando casada,
Retrato y original
Verás, Conde, en esta sala.

CONDE.

Conde Enrique de Mendoza,
No sé, por Dios, que le haya
En Castilla.

LEONOR.

Ansí es verdad,
Pues agora vive en Francia.

CONDE.

¡En Francia! Todo es fingido.

LEONOR.

¿Cómo fingido? Si pasa
Desta noche tu desdicha,
¿Podrá mas que mi esperanza?

CONDE.

¡Que tan aprisa me pierdes!
¡Que tan aprisa me matas!
¡Que tan presto tienes dueño,
Que aun no sé con quién te casas!
Ingrata, ¡pliegue á los cielos,
Ya que estoy desengañado,
Que los celos que me has dado
Pagues en los mismos célos!
Tantas penas y desvelos
Te resulten engañada,
Tantas de verte burlada,
Tantas de verte ofendida,
Que llores arrepentida
Primero que estés casada.
Y ¡plegue al cielo, cruel,
Que aquella noche tu dueño
Sea tesoro de sueño,
Porque despiertes sin él!
Cuanto pensaste que en él
Para tu contento habia,
Cuanto verdad parecia
Y en su persona te ofrecía
Se te haiga y desvanezca
Al primer albor del dia:
Ese tu Conde, ó quien es,
Sea en tus brazos un sol,
Que te amanezca español
Y te anochezca francés.
Finalmente, cuando estés
De que es tu esposo mas cierta,
Y de que es engaño incierta,
Y le tengas á tu lado,
De puro frio y helado
En mujer se te convierta. (*Vase.*)

ESCENA IX.

NUÑO.—LEONOR.

NUÑO.

Aguardaba á que se fuese
Este necio Durandarte
Para que lugar de hablarte,
Madama Leonor, me diese.

LEONOR.

¿Tienes algo que decirme?

NUÑO.

Darte el parabien, Señora,
Del casamiento que agora
Queda concertado y firme.
Goces mil años, amén,
Sin género de mudanza,
La gloria de tu esperanza
Y la posesion tambien.

LEONOR.

Ya presumo que codicias
Las albricias.

NUÑO.

¡Qué mayores
Que de tus hermosas flores
Ser un ramillete albricias?

LEONOR.

Este diamante es mejor;
Que ese requiebro es de amante,
Y mas te importa el diamante
Que hacer lisonja á tu amor.

NUÑO.

¡Oh bien haya la colmena
Donde la abeja nació,
Que del romero cogió
La flor azul de olor llena
De que se hizo la miel,
De quien la cera salió
Con que el hilo se encoró,
Para que despues con él
Cosiese, aunque parte poca,
La suela que no se ve
Del zapato de tu pié,
Adonde pongo la boca!

LEONOR.

Muy español has andado,
Y porque me has parecido
Discreto, di qué has sentido
Del casamiento tratado.

NUÑO.

Si te digo la verdad,
No hablando como el servir,
Donde se suele decir
Con mucha dificultad:
Que por el Conde imagino
Lo que tu honor participa,
Que él no es Mendoza de Nipa
Sino terciopelo fino,
Pero como es tan mancebo,
Y pareces belicosa,
Ha de ser, Leonor hermosa,
En tales batallas nuevo.
Allá en España tenia
Algunas aficionadas,
De su hermosura obligadas,
Discrecion y bizarría;
Pero descontentas todas.
No sé yo si algun defeto
Hay en Enrique secreto
Para negocios de bodas.
Nunca de tanta lindeza
Tuve yo satisfacion;
Y los divorcios, que son
Por querella de flaqueza,
Averiguan la verdad
Antes que el pleito se vea.
Si tu amor verdad desea,
Yo te he dicho la verdad.
Bigote negro asegura
La debida perfeccion:
Para las mujeres son
La lindeza y la hermosura.
Para todos los séntidos
Lo perfeto es lo mejor;
Que á véces resulta error
De no examinar maridos.

LEONOR.

Pues ¿qué exámen he de hacer
Al Conde?

NUÑO.

Si he de explicallo,
Tú al Conde... Peor es urgallo,
Porque no me has de entender.

LEONOR.

Yo voy á hablar á mi hermano. (*Vase.*)

ESCENA X.

NUÑO.

¡Oh qué bien se negoció!
¡Qué fuerte leon sintió
Lanza de moro africano,
Como esta nueva Leonor?
¡Oh ingenio, cuánto aprovechas!

ESCENA XI.

EL PRÍNCIPE, EL DUQUE.—NUÑO.

PRÍNCIPE.

En este punto me habló
No sé el intento que tenga
El embajador de España;
Y por remediar su queja
A vuestra casa he venido.

DUQUE.

No sé yo de qué se pueda
Quejar el Embajador.

NUÑO. (*Ap.*)

Paréceme cosa nueva
Venir el Príncipe aquí.
Voy á hacer que se prevenga
Para cualquiera suceso
Octavia, que ya desea
Salir de Paris con bien,
Y volverse á España intenta. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL PRÍNCIPE, EL DUQUE.

PRÍNCIPE.

Díjome el español que concertado
Estaba de casar con vuestra hermana,
Y entre los dos tratado
Por cosa cierta y llana;
Y que vos estorbando el casamiento,
Habeis hecho un notable fingimiento;
Por ventura Leonor amenazada,
Pues dice que por vos está casada
Con cierto conde Enrique de Mendoza,
Que allá en España goza
Este título grave,
Siendo todo ficcion, porque no sabe
Que haya tal hombre en ella;

Y que un hombre como él no se atropella
Con tanta libertad. A lo que viene
Sabeis, la obligacion en que me tiene...
—Si el Mendoza es fingido,
Que la verdad me confeseis os pido.

DUQUE.

Espéreme un instante vuestra alteza;
Que no vive muy léjos desta casa.
Verá si finjo yo su gentileza;
Que de secreto pasa,
Agora en su carroza
El conde don Enrique de Mendoza.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

PRÍNCIPE.

Proseguiré mi empleo
Tan libre y descubierto,
Que venga á ser concierto el desconcierto.

ESCENA XIV.

EL DUQUE, OCTAVIA, NUÑO.—EL PRÍNCIPE.

OCTAVIA.

Vuestra alteza me dé los piés.

DUQUE.

Agora
Vuestra alteza verá si ha sido engaño.

PRÍNCIPE.

Leonor con justa causa se enamora...
(*Ap.* Y de celos me abrasa el desengaño.)
Mucho me alegra, Conde, el conoceros.

OCTAVIA.

No fuí, Señor, á veros
Cuando llegué á Paris, porque he venido
De mi patria Navarra á Francia huyendo,
Y me importa esconderme solamente
Del Conde embajador, porque es pariente
De un caballero que allá dejo muerto.
Y si lo sabe, mi peligro es cierto.
Matéle cuerpo á cuerpo en desafío,
Obligado, Señor, del amor mio,
Por esta roja cruz que traigo al pecho;
Y el Duque está de todo satisfecho
Por cartas de mi Rey.

PRÍNCIPE.

Aunque á valor de príncipe responde,
No me conviene agora;
Yo avisaré despues á vuestra alteza.
Porque el Embajador quiere á Leonora;
Perdido á lo español por la belleza;
Y querria primero estar casado.
Con esto, pues los piés os he besado,
Me vuelvo con secreto.

PRÍNCIPE.

¡Qué cortés, qué galan y qué discreto!

OCTAVIA.

D., Nuño, que me lleguen la carroza.

DUQUE.

¿Cree ya vuestra alteza
Que hay conde don Enrique de Mendoza?

NUÑO. (*Ap. á Octavia.*)

Con brava discrecion y gentileza
Al Príncipe has hablado.

OCTAVIA.

Todo es posible, y no quedar casado.
(*Vanse.*)

ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE, EL DUQUE.

PRÍNCIPE.

Duque, todo lo creo,
(*Ap.* Y solamente duda mi deseo.)
Entre estos españoles, porque es justo,
Y porque tendréis gusto
De ver con libertad vuestro cuñado,
Haré las amistades.

DUQUE.

Al imperio sagrado,
Y si hubiera mayores majestades,
Llegues, Señor, y desde el indio al moro
El lirio azul en anaglifos de oro.

ESCENA XVI.

EL CONDE, MENDOZA.—DICHOS.

CONDE.

¿Qué haré, Mendoza amigo, (*Ap. á él.*)
En tanta desventura,
Pues solo de mi mal eres testigo?

MENDOZA.

Divertirte, Señor, desta locura,
Probar en otra á remediar tu daño.

CONDE.

¡Ay de mi loco engaño!
Pues á mayor castigo se condena
El preso que se va con la cadena.

DUQUE.

Aquí está el Conde.

PRÍNCIPE.

Por dicha
Aguardaba el desengaño.
¿Adónde, amigo español?

CONDE.

Vengo á besaros la mano
Con dos cartas de Castilla.
De la una ha de pesaros,
Porque está la Infanta enferma.

PRÍNCIPE.

¿Qué tiene?

CONDE.

Ciertos desmayos,
No sé si de vuestro amor.

PRÍNCIPE.

La nueva quiero pagaros
Con otra tan mala

CONDE.

¿Cómo?
Porque es imposible caso
Que lo pueda ser de vos.

PRÍNCIPE.

Hoy al Conde su cuñado,
Que vos tuvisteis por burla,
Me ha mostrado el duque Arnaldo.

CONDE.

¿Vos le visteis?

PRÍNCIPE.

Yo le he visto,
Y es de los hombres gallardos
Que hizo naturaleza
Entre sus raros milagros.
El cabello á la española,
Lindo rostro, piés y manos,
Airoso de cuerpo y brio;
Gentil hombre y muy bizarro,
Dos colores en el rostro
De un rubí, tan vivo y claro,
Que parece que hizo dellas
El hábito de Santiago.
Aun no del primero bozo
Tiene ofendidos los labios,
Con que en alguna manera
Le ofende lo afeminado.
Yo os juro que si con él
Algun amoroso caso
Me hiciera competidor,
Que yo le dejara el campo.

CONDE.

Basta, Señor, yo lo creo.

PRÍNCIPE.

Yo no he menester jurarlo;
Pero por vida del Rey,
Que es caballero bizarro.

DUQUE.

¿No le dice vuestra alteza
Lo que tratado dejamos?

PRÍNCIPE.

¡Ah! sí, no se me acordaba.
Dejamos, Conde, tratado
Haceros con él amigo,
Porque por ciertos agravios,
Dice que mató en España
Un caballero navarro,
Cercano pariente vuestro.

CONDE.

Si es don Cárlos mi cuñado
Conde de Lerma, por Dios,
Que puede andar con recato;
Que le quitaré mil vidas.

DUQUE.

No haréis, porque yo le guardo,
Y me le ha enviado el Rey,
Y debajo de mi amparo
Ninguno puede ofendelle.

CONDE.

Frances...

DUQUE.

Español...

PRÍNCIPE.

Estando
En mi presencia, ¿qué es esto?
¿Haré que os prendan á entrambos?

CONDE.

Yo soy del rey de Castilla
Embajador; lo que trato
Merece por sí respeto;
Pero desto no me valgo.
Conde soy de Ribadeo,
Soy Sarmiento y Villandrando.

DUQUE.

Yo soy duque de Alanson,
Arrogante castellano,
Y príncipe de la sangre...

CONDE.

Si la tienes, yo la saco.
(*Vase y síguele Mendoza.*)

DUQUE.

Iré tras él.

PRÍNCIPE.

Deteneos.

DUQUE.

¿Hanle de valer hablando
Las leyes de embajador?

PRÍNCIPE.

Venid conmigo.

DUQUE.

Tu mano
Beso y respeto.

PRÍNCIPE.

Presente
Yo, no puede haber agravio.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, MENDOZA.

MENDOZA.

Esto me manda que os diga.

DUQUE.

Decid, señor español,
Que estaré rogando al sol
Que su carrera prosiga
Tan velozmente, que creo
Que si me puede escuchar,
Presto se echará en la mar
Para cumplir mi deseo;
Y á la noche en que me avisa,
Que no aguarde á las estrellas,
Porque saliendo sin ellas,
Pueda venir mas aprisa,
Aunque salga destocada.

MENDOZA.

Como quien sois respondeis.
El puesto ya le sabeis;
Las armas, capa y espada.

DUQUE.

Irá el pecho como debe
Con armas de su valor,
Que es la defensa mejor.
¿Qué hora?

MENDOZA.

En dando las nueve.

DUQUE.

El reloj aguardaré,
Él y yo tan puntüales,
Que él me dé á mí las señales,
Y yo el tiempo en que las dé.

MENDOZA.

Solo iréis.

DUQUE.

Harélo ansí,
Tanto, porque no se queje,
Que yo á mí mismo me deje,
Porque no me ayude á mí
Lo que soy: de mí os advierto
Que he de ir allá, todo no;
Que si fuera todo yo,
Antes de ir le hubiera muerto.

MENDOZA.

Aquí los conciertos cierren;
Pero si os quedais acá,
Hasta que yo vaya allá,
Para decir que le entierren.

DUQUE.

No os burleis, porque os advierto
Que si de esa suerte hablais,
Puede ser que muerto vais
A decir que el Conde es muerto.

MENDOZA.

¡Qué francesa bizarría!

DUQUE.

Y ¡qué española respuesta!

(*Vase Mendoza.*)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Esto es honor, esto cuesta.
Ya se va muriendo el dia,
Y espira en su falda el sol,
Que enluta el alto zafir
Para enseñar á morir
Al arrogante español.
Pésame, por la amistad
Que siempre les he tenido,
De que esta causa haya sido
De mudar de voluntad.
Voy á mejorar de espada.

ESCENA III.

LEONOR.—EL DUQUE.

LEONOR.

¿Dónde, hermano?..

CONDE.

Voy, Leonor,
A palacio.

LEONOR.

Y yo, Señor,
A hablarte, desengañada
De lo que te dije hoy
Acerca del conde Enrique.

DUQUE.

Pues si no hay qué te replique,
A mudar de traje voy,
Para rondar á Madama. (*Vase.*)

LEONOR.

Mudado va de color.
No parece aquel furor
Dulce afecto de quien ama.

ESCENA IV.

OCTAVIA, NUÑO.—LEONOR.

OCTAVIA. (*Ap. á Nuño.*)

Notable enojo me diste.

NUÑO.

No pudieras excusarte
De casarte ú de ausentarte;
Y todo lo remedié
Con decir que me burlaba;
Porque ya Leonor mudaba
De intento, dándome fe.

OCTAVIA.

Sí, porque no hubiera dama
Que amara con tal defeto.

LEONOR. (*Ap.*)

Estos hablan en secreto.

NUÑO.

Quedo; que está allí Madama.

OCTAVIA.

¡Tanta soledad, Leonor!

LEONOR.

Fuése mi hermano de aquí.
Triste estoy de que le vi,
Conde, mudado el color.

OCTAVIA.

Andan estos desafíos
Tan públicos en París,
Que no sin causa sentís
Vuestro cuidado y los mios.
¡Mal haya el Embajador,
Que estorba mi casamiento
Con este su necio intento
Y su mal fundado amor!
Por él anoche perdí
Vuestros brazos, y de suerte
Estoy por él, que la muerte
Fuera mejor para mí.
Desde Navarra me ha sido
Tan contrario y tan cruel,
Que estoy en Francia por él
Desengañado y perdido;
Y en el cuidado que estoy
Tantos imposibles veo,
Que huyo lo que deseo,
Y ya no soy lo que soy;
Y vengo á estar de manera
Por huir y por temer,
Que es fuerza dejar de ser
Para ser lo que antes era.

LEONOR.

Del Príncipe y de mi hermano
Estáis amparado aquí.
¿Qué temeis?

OCTAVIA.

Que ayer perdí
Por él vuestra hermosa mano;
Y perdida la ocasion,
Podrá ser que no os caseis
Conmigo...

LEONOR.

En vano temeis,
Si conoceis mi aficion.
Dilatarse el casamiento
Puede, dejar de ser no.

ESCENA V.

FINEA.—DICHOS.

FINEA.

Siempre me dices que yo
Malas nuevas darte intento:
Esta puede ser engaño;
Pero decilla no excuso.
El Duque triste y confuso
(Señales de oculto daño)
El español alazan
Ha hecho ensillar tan presto,
Que él propio el freno le ha puesto
Y le ha sacado al zaguan,
Y á un lacayo le ha mandado
Que le lleve con secreto
Tras él.

LEONOR.

¿Qué mas claro efeto
De que le han desafiado?
No excusais, noble Mendoza,
De seguirle y ver lo que es.

OCTAVIA.

Alas quisiera en los piés,
Tanto el caso me alboroza:
Y me importa de los dos
La vida; que estoy temiendo...

LEONOR.

Es justo; pero advirtiendo
Que no habeis de reñir vos.

OCTAVIA.

Si se ofrece, perdonad.

(*Vanse Leonor y Finea.*)

ESCENA VI.

OCTAVIA, NUÑO.

OCTAVIA.

Ven, Nuño.

NUÑO.

Pues has de huir,
Si se ofreciere reñir...

OCTAVIA.

¡Qué graciosa necedad!
Mataré con arrogancia
A toda París yo sola;
Que de mujer española
Aun no ha de alabarse Francia.

(*Vanse.*)

Campo. Es de noche.

ESCENA VII.

EL CONDE, MENDOZA.

MENDOZA.

Con gran valor me respondió arrogante.

CONDE.

El duque de Alanson es caballero
Que no habrá desafío que le espante,
Si fuera de Roldan ú de Rugero.

MENDOZA.

Muerto dice que estás.

CONDE.

Creerlo quiero,
Pero no por su espada, por su hermana,
Que en la campaña de jazmin y grana
Me ha muerto con las armas celestiales
De unos serenos ojos,
Espadas del rigor de mis enojos,
Con guarnicion de perlas y corales.

MENDOZA.

Muy tierno estás para enemigo fuerte.

CONDE.

Siempre he visto pintado
El carro del amor sobre la muerte,
Preso á Virgilio, á Hércules atado
A los dorados rayos de las ruedas.

ESCENA VIII.

EL DUQUE.—Dichos.

DUQUE. (*Dentro.*)

Ten el caballo entre esas alamedas; [to,
Que me ha de llevar vivo el Conde muer-
O me ha de llevar muerto el Conde vivo;
Que á tales dos extremos me apercibo.

ESCENA IX.

OCTAVIA, NUÑO.—Dichos.

OCTAVIA.

No vi en mi vida tan obscura noche.

NUÑO.

Viuda está del sol y enluta el coche.

OCTAVIA.

No sé cómo han de verse las espadas.

NUÑO.

Dos hachas le podrán pedir prestadas
A tanta luz de estrellas y planetas,
O al aire que se vista de cometas.

OCTAVIA.

¡Para gentiles fiestas y saraos!

NUÑO.

Al principio del mundo viene el cáos.

CONDE.

Retírate, Mendoza, que ha venido
El Duque.

DUQUE.

En el oido
Me ha tocado una voz. Este es el Conde.
¿Quién va?

CONDE.

¿Quién lo pregunta?

DUQUE.

Quien responde
Con la espada en la mano.

CONDE.

Solo vengo,
Y sola la que veis desnuda tengo.

ESCENA X.

EL PRINCIPE, criados.—Dichos.

PRÍNCIPE.

Estos son, llegad apriesa.

CRIADO 1.°

Deténganse, caballeros.

(*Octavia y Nuño se ponen al lado del Conde.*)

CONDE.

¡Gente! Duque, eso es traicion.

PRÍNCIPE.

El Príncipe soy, teneos.

DUQUE.

Bien se ve que no le truje,
Vos sí, pues al lado vuestro
Teneis dos hombres.

CONDE.

No sé
Quién son los dos.

OCTAVIA.

Yo confieso
Que, con tanta obscuridad
Y la priesa del deseo,
Erré vuestro lado, Duque;
Que aunque venis en secreto,
Desde vuestra casa aquí
Vengo el caballo siguiendo;
Porque soy el conde Enrique.
(*Ap.* Y vive el cielo que miento;
Que me puso amor al lado
Del conde de Ribadeo.)

PRÍNCIPE.

Los dos estáis disculpados:
El Conde porque fué yerro
De Enrique estar á su lado.
Pues que vino solo al puesto;
Y el Duque porque soy yo
El que á despartiros vengo,
Avisado de una dama;
Que en fin de entrambos me quejo,
Pues lo que pasó en palacio
No puede obligar á duelo;
Que ha de preceder agravio
Para tener fundamento;
Y cuando le hubiera habido,
Queda llano y satisfecho
Sacando aquí las espadas
Como buenos caballeros.
Y así, pues árbitro soy,
Príncipe y júez supremo,
Dáos las manos y los brazos.

DUQUE.

Yo, Señor, os obedezco
Como vasallo leal.

CONDE.

Yo me humillo y me sujeto
A vuestra obediencia y gusto.

DUQUE.

Pues esta es mi mano y estos
Mis brazos.

CONDE.

Yo con la mia
Y con ellos os prometo
Segura paz y amistad;
Y porque siempre me precio
De agradecido, mirando,
Si bien la causa no entiendo,
A mi lado al conde Enrique,
Por lo que le debo en esto,
Seré su amigo tambien,
Perdonando al muerto deudo,
Como no sea don Cárlos
Mi cuñado.

OCTAVIA.

Yo me ofrezco
Haceros pleito homenaje
Que no es don Cárlos el muerto.

CONDE.

Pues con eso os doy la mano,
Y huelgo de conoceros.
Y pues la noche os encubre,
Y sumamente deseo
Veros el rostro, mañana
Me dad licencia de veros.

OCTAVIA.

Esta es mi mano, y creed
Que soy muy amigo vuestro.

CONDE.

Quiero apretaros la mano,
Porque entendais que no quedo
Con enojo.

OCTAVIA.

No apreteis.

CONDE.

Español, ¡y sois tan tierno!
No es de soldado esta mano.

OCTAVIA.

No están en los fuertes huesos
Las almas.

CONDE.

Pues ¿dónde están?

OCTAVIA.

En el ánimo del pecho,
En la honra y el valor,
Que es su verdadero centro.
No era robusto David,
Y, blanco y rubio, sabemos
Que mató un monte con alma.
Pero soltadme; que pienso
Que me pretendeis quitar
La mano, porque la tengo
De dar mañana á Leonor.

CONDE.

Bien pudiera ser lo cierto,
Porque como es de papel,
Escribo en ella mis celos.

OCTAVIA.

Mejor en la vuestra yo,
Si han de ser pluma los dedos.

CONDE.

Dadme los brazos tambien.

PRÍNCIPE.

Mucho, españoles, me huelgo
De vuestra amistad.

CONDE.

Por ella
Mil veces los piés os beso.

PRÍNCIPE.

Los dos cuñados, venid
Conmigo.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Viven los cielos
Que el español me ha vendido!
Dejó por la patria el deudo.

OCTAVIA. (*Ap. á él.*)

¡Ay Nuño! ¿qué te parece?

NUÑO.

Que voy, Señora, temiendo
Que te ha conocido el Conde.

OCTAVIA.

Antes lo contrario creo,
Por lo que tiene olvidados
Los pasados pensamientos.

(*Vanse todos, ménos el Conde y Mendoza.*)

ESCENA XI.

EL CONDE, MENDOZA.

CONDE.

¿Quieres, Mendoza, saber
Lo que puede la memoria

De alguna pasada historia
Que nunca dejó de ser?
Que me pareció mujer
Este Conde en sus acciones.

MENDOZA.

¿Ahora en eso te pones?
Todos los enamorados
Traen, del alma engañados,
Semejantes ilusiones.
Si anoche por tí no fuera,
Con él estaba casada
Leonor.

CONDE.

¡Mano regalada!

MENDOZA.

Pues ¿ha de ser de madera
La de un señor?

CONDE.

Oye, espera.

MENDOZA.

Un señor no ha de cavar;
Blanda y no dura ha de ser,
Porque lo que ha de tener
No le pueda resbalar.
De duras manos me guarde
Dios.

CONDE.

Pues ¡blandas las procuras!
¿Por qué?

MENDOZA.

Porque en siendo duras,
No es la blandura cobarde.

CONDE.

Así me lo dió á sentir;
Que un robusto puede huir,
Y un flaco puede esperar,
Pero dióme qué pensar,
Y yo le dí que decir.
Y aunque mis dudas deshacen
Que en hombres hay gentilezas,
Distintas naturalezas
Distintos efectos hacen:
Con tal diferencia nacen,
Que es diferente el calor;
Y si Leonor por amor
Al Conde los brazos fia,
Traer su aliento podia
El que respira Leonor.

MENDOZA.

Haceria saludadora
Ha sido locura nueva
De amor.

CONDE.

Bien claro se prueba,
Si me aborrece y le adora.
En los reinos del aurora
Hay gente de su color,
Que se sustentan de olor,
Como yo me sustentara
Si trae el Conde la cara
Con jazmines de Leonor.

MENDOZA.

Mientras tu amor desatina,
Aunque estar loco te salva,
La blanca estrella del alba,
Sumiller de su cortina,
Parece una clavellina
De diamante.

CONDE.

Y su apellido,
Que de Vénus siempre ha sido,
En Marte trueca en rigor,
Pues es la madre de amor,
Y no me ha favorecido.

(Vanse.)

Sala en casa del Duque.

ESCENA XII.

EL DUQUE, LEONOR.

LEONOR.

Ya vuestra excelencia sabe
Que soy la misma obediencia.

DUQUE.

¿Ya entras por excelencia,
Á lo mesurado y grave?

LEONOR.

De lo grave no te espantes.

DUQUE.

No, Leonor, ya entiendo el caso.
¿Qué quieres, si yo te caso
Con quien te casabas antes?
¿No te parece, Leonor,
Que es mejor para marido
Un título conocido
Y de un rey embajador?

LEONOR.

Y ¿no adviertes que casada
De ayer con Enrique estoy,
Y quieres hacerme hoy
El ángel de la embajada?
¿Eres tercero de amor
(Perdona que así te aplique),
Pues me traes del conde Enrique
Al señor Embajador?
Dime de una vez adónde,
Pues al Conde me quitaste
Cuando á Enrique me pasaste,
Y agora me vuelvo al Conde.
Que bien pudieras temer
Lo que tu amor merecia;
Que no es cuerdo el que se fia
De la mas cuerda mujer.

DUQUE.

Si te digo la ocasion,
No quedarás satisfecha.

LEONOR.

¿Adónde hay, de qué aprovecha
Principios de posesion?

DUQUE.

¿Qué es principios?

LEONOR.

Si marido
A Enrique llamé por tí,
La libertad que le dí,
No mia, tu culpa ha sido.

DUQUE.

Eso me declara mas.

LEONOR.

Tomarme una mano ¿es poco?

DUQUE.

¡A qué risa me provoco!
Pienso que burlando estás.

LEONOR.

No todo se ha de decir.

DUQUE.

Pues ¿por dónde al honor toca?...

LEONOR.

¿No hay en las mujeres boca?

DUQUE.

Otra vez me haces reir.
No se pone el honor luto
Por niñerías de amores;
Que poco importan las flores,
Como se esté quedo el fruto.
Ningun principio en la mesa
Pasa plaza de vianda.
Haz lo que mi amor te manda,
Aunque pienso que te pesa.

LEONOR.

¿No me dirás la ocasion
Por que con tal novedad
Descansa mi voluntad
De su primera aficion?

DUQUE.

Anoche en el desafío
Del Embajador y yo,
El de Mendoza salió
Tu esposo y cuñado mio:
Y apenas saqué la espada,
Cuando á su lado le ví
Con la suya contra mí;
Traicion tan mal disculpada,
Que le dió á la obscuridad
De aquella noche la culpa.

LEONOR.

Y ¿no puede ser disculpa?

DUQUE.

¿Cómo puede ser verdad,
Si Enrique vino tras mí?
Mira tú si es justo ó no
Que á quien la espada sacó
En el campo contra mí,
Por mas que por yerro sea,
Le dé á mi hermana.

LEONOR.

Yo sé
Que en tu favor le envié,
Y que servirte desea.

DUQUE.

Eso no ha de ser, Leonor.
A llamar al Conde envio.

LEONOR.

Harás otro desafío,
Pues le quitas el honor
A Enrique, en el testimonio
De que te quiso matar,
Y en la burla de tratar
Tan presto otro matrimonio.

DUQUE.

Sea lo que fuere, yo
Estoy ya determinado;
Que no ha de ser mi cuñado
Un hombre que me vendió.
Apercíbete; que el Conde
Ya te vendrá á dar la mano. *(Vase.)*

LEONOR.

Mas á tirano que á hermano
Esa crueldad corresponde.

ESCENA XIII.

OCTAVIA, NUÑO.—LEONOR.

NUÑO. *(Ap. con Octavia.)*

Esto imaginaba, cuando
Del Conde al lado te ví.

OCTAVIA. *(Ap. á Nuño.)*

Todo lo que pasa oí,
Todo lo estuve escuchando.
Cegóme el amor del Conde;
Sola su vida miré.

NUÑO.

Habla á Leonor.

OCTAVIA.

Tanta fe
A tal lealtad corresponde.—
Madama, lo que ha pasado
Justamente os entristece;
Pero á mí el Duque me ofrece
Ocasion de mas cuidado.
La palabra me ha quebrado,
Haciendo injusta bajeza;
Agradezco la fineza
Con que le habeis respondido,
Que igual y conforme ha sido
Á vuestra heróica nobleza.
Forma una queja de mí,
En que yo no estoy culpado,

Pues de la noche engañado,
A ninguno conocí.
Y pues con eso le dí
Entera satisfacion,
No tiene el Duque razon;
Que á haber declarada luz,
Por la espada desta cruz,
Que no le hiciera traicion.
Por español no era empresa,
Que por serlo me obligó;
Ni ya soy español yo,
Que tengo el alma francesa;
Y aunque serlo no me pesa,
Lo de francés me desalma:
Esta es mi esfera y mi palma
Desde que vine á Paris;
Decídlo vos, que vivís
Por alma dentro del alma.
Lo cierto es que él ha querido
Con este falso color
Daros al Embajador,
Sabiendo que os ha querido:
O á Cárlos habrá tenido
Que disculpar voluntades,
Lisonjear majestades,
Porque gusto de los reyes,
Como deshace las leyes,
Puede romper amistades.
Pero mire bien su intento
Lo que intenta; que por vida
Del rey de Castilla (impida
Francia ó no mi casamiento),
Que con justo atrevimiento
(Y no me burlo, por Dios),
Que he de matar á los dos:
Al Conde porque no os goce,

LEONOR.

Tened la espada,
No os apreteis el sombrero,
Ni descompongais la capa.
Mirad que me diśteis miedo.

OCTAVIA.

Es una celosa rabia
Quinta esencia de locura.
Perdonad, Leonor del alma,
Que quieren sacaros della;
Y por esas luces claras,
Que hiciera estrellas el cielo,
A tener de estrellas falta,
Que ni el Príncipe ni el Duque,
Ni Francia ni el mundo bastan.

NUÑO.

Tiene el Conde y mi señor
Mucha razon: sus hazañas
Son en Castilla prodigios,
Y portentos en Navarra.
Pero yo hallaré un remedio
Para excusar sangre y armas,
Puesto que es algo difícil.

LEONOR.

¿Qué dificultad no allana
Tan grande amor como el mio?
Dile, Nuño; que si alcanza
A ser posible, aquí estoy;
Que mujer y enamorada,
En llegando á estar resuelta,
Todas las fieras del Asia,
Todas las sierpes de Libia,
Mas la imitan que la igualan.

NUÑO.

Cuando venga el Conde aquí...
—Llega el oido, y tú aguarda
Mientras le hablo en secreto.

(*Habla bajo á Leonor.*)

OCTAVIA. (*Ap.*)

¡A qué extremo, necia Octavia,
Celos y amor te han traido!
Si el conde don Juan se casa,
¡Bueno quedará tu honor!
¡Qué ilustre será tu fama!

NUÑO.

Ya está dicho.

OCTAVIA.

Pues ¡tan presto!

LEONOR.

Rüido siento en la sala.

NUÑO.

El Conde ha entrado y te ha visto.

OCTAVIA.

Volveréle las espaldas.

(*Vanse Octavia y Nuño.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE, MENDOZA.—LEONOR.

MENDOZA.

¿Viste al Conde? (*Ap. con él.*)

CONDE.

Ya le vi,
Y luego que vió que entraba,
Huyó por no verme, y tengo
Desde la noche pasada
Un pensamiento tan necio
Y una locura tan clara,
Que si te la digo, creo
Que la das por confirmada
Y que te burlas de mí.

MENDOZA.

¿Qué temes con tantas salvas?

CONDE.

¿Habránse en el mundo visto
Mujeres que disfrazadas
Hayan hecho extrañas cosas?

MENDOZA.

¿Quién duda que han sido tantas
Que han ocupado los libros,
Y de la fama las alas?

CONDE.

Este conde don Enrique
Me parece que es Octavia,
En el habla aquella noche,
Y en la cara esta mañana.

MENDOZA.

Aguardarás que te diga
Que es locura, y no me espanta
Sino que dudarlo puedas.
Mas si de locura pasa,
Partamos los dos la culpa;
Que puede ser que cansada
Naturaleza, haya hecho
Moldes para hacer las caras.
Habla á Leonor, que te mira
Triste, enojada y turbada.

CONDE.

En fin, Leonor, aunque lo habeis negado
Habeis venido á ser señora mia,
Como estaba primero concertado,
Y mi lealtad y fe lo merecia.
Ya sois mi esposa, el Duque mi cuñado,
El Príncipe padrino, y este dia
Os llamará Paris la Embajadora,
Como suele del sol cándida aurora.
Pero en tan alto bien me descompo
Que miraros alegre no merezca,
Que si la luz de vuestro sol se pone,
¿Qué importa que en mis ojos amanezc

LEONOR.

Señor, vuestra excelencia me perdo
De que con tantas penas me entristez
Que bien conozco yo lo que merece.

CONDE.

Pues ¿qué es lo que os aflige y entristec

LEONOR.

Casóme el Duque con el conde Enrique
Y agora vuelve atrás arrepentido.

CONDE.

Si vos me dais licencia que replique,
Muchas veces veréis que ha sucedido
Cuando ejemplos de príncipes no apli
[qu
Mil casamientos os diré que han sido
Desconcertados, con estar firmados,
Por no estar en el cielo confirmados.

LEONOR.

Eso es cuando sin daño de la honra
Puede volver atrás un casamiento;
Mas si queda la dama con deshonra,
Solicitarla es bajo pensamiento.
¡Qué bien el Duque mis intentos hon
Siendo culpado en darme atrevimien
Con meter en mi casa, y con el nom
De mi marido, un hombre gentilho
Yo pude errar en esta confianza, (bre
Y desta falta ya dos faltas tengo:
Mirad cómo se puede hacer mudan
De posesion, que á confesaros veng
Estos no son favores de esperanza (g
Conque hasta el fin la engaño y entre
No he perdido mi honor, pues le h
[
Con quien me dió mi hermano por m
(rido. (V

ESCENA XV.

EL CONDE, MENDOZA.

MENDOZA.

¿Qué te parece, Mendoza?
¿No parece mucho á Octavia
Este conde Enrique?

CONDE.

Estoy,
Cual suele quedar sin alma
Hombre que de noche vió
Súbitamente fantasmas.

MENDOZA.

Las que nosotros traemos
De las cosas de Navarra
Nos aparecen visiones,
Y los sentidos engañan.

CONDE.

¡Con qué libertad lo dijo!

MENDOZA.

Peor fuera que callara
Y que llevaras mujer
Con una sobra y dos faltas.

CONDE.

Eso, por Dios, la agradezco;
Que segun las cosas andan,
Cumpliera con siete meses
Los dos que por mí faltaran.
¡Oh cuánto hay desto en el mundo!
Pero ya que fué liviana
Su señoría, le debo
Desengañar mi ignorancia.
Mucha culpa tuvo el Duque
Metiéndole un hombre en casa,
Que á título de marido
Pudo hacer cualquier desgracia.

De la próxima ocasion
Está á muy poca distancia
Cualquier peligro de amor;
Que andan juntos cuerpo y alma.
Poca paciencia de novia,
Aunque discreta y gallarda,
Pues quiso llevar al cura
Las noches anticipadas,
Por excusar el melindre
Del sí, donde muchas callan.
¡Bien haya tal diligencia!

MENDOZA.

Segun el arte y la cara
Deste Conde, vive Dios,
Que en la cama yo dudara
Cuál de las dos fué la novia.

CONDE.

Si Madama está preñada...
Mendoza, peor es urgallo.

MENDOZA.

El Duque ha entrado en la sala.

CONDE.

Con él el Príncipe viene.

MENDOZA.

¡Con qué despacio te casan!

ESCENA XVI.

EL PRÍNCIPE, EL DUQUE Y CRIADOS.— DICHOS.

PRÍNCIPE.

Habeisme hecho singular servicio [ña.
Honrando al Conde embajador de Espa-

DUQUE.

Mi obligacion, Señor, me desengaña
Que este de mi lealtad es propio oficio.
Honrad la casa donde os han servido
Cuantos leales dueños ha tenido,
En guerra y paz con armas y consejo,
Hasta las canas de mi padre viejo,
Que de laurel ceñidas,
Honraron con su muerte nuestras vidas.

CONDE. (*Ap. á su criado.*) [go,
¿Puede haber confusion, Mendoza ami-
Como esta de hoy? El cielo me es testigo
Que diera por no haber en Francia entra-
Cuanto vale mi estado. [do
Si he dado la palabra de casarme,
¿Cómo podré con ellos disculparme?
Pues casarme no es justo,
Sostituyendo infame ajeno gusto.

DUQUE.

Aquí está el Conde.

PRÍNCIPE.

Amor le habrá traido,
Anticipando el gusto prevenido.
Señor embajador, ¿habeis traido
A madama Leonor del casamiento
La nueva, tan galan como marido?
¿Qué albricias os ha dado?

CONDE. (*Ap.*) [bado,
¿Qué puedo responder? que estoy tur-
No siendo el desposado deste cuento;
Que el conde don Enrique
Quiere que aquesta hazaña se le aplique.

PRÍNCIPE.

¿Callais por no decirnos los favores?

CONDE.

Mandad venir, Señor, la desposada...
(*Ap.* Que antes ha dado el fruto que las [flores;
Que tierra fértil presto fué labrada.)

DUQUE.

Leonor, mi hermana viene.

PRÍNCIPE.

¡Qué majestad en la presencia tiene!

ESCENA XVII.

LEONOR, ACOMPAÑAMIENTO.— DICHOS.

LEONOR.

¡Vuestra alteza, Señor, en nuestra casa!
¿Que el sol su esfera en esta sala tenga?

PRÍNCIPE.

¿Qué mucho que el sol venga,
Si el aurora se casa?

CONDE. (*Ap.*)

Si entre ellos está el dia,
Seré yo noche y la ventura mia.
(*A Mendoza.*)
¿Qué estarán consultando?

MENDOZA.

Preguntarte
Si á madama Leonor quieres por dueño.

CONDE.

Eso, Mendoza, es sueño;
Que estar callando es arte;
Porque estoy satisfecho
De que no ha de quererme...

MENDOZA.

Ni lo esperes.

CONDE.

¡Qué presto les dirá todo su pecho!

PRÍNCIPE.

Don Juan...

CONDE.

Señor...

PRÍNCIPE.

Parece que os ha dado
Pena el mudar estado.
Dad la mano á Leonor, y vos, Madama,
Dadle la vuestra, pues el Conde os ama.

LEONOR.

A vuestra alteza suplico,
Invictísimo Señor,
Así las francesas armas
De vuestro blanco pendon
Siembren las flores azules
Adonde no llega el sol,
Y de la infanta de España
Os dé Dios tal sucesion,
Que sean laurel del mundo
La flor de lis y el leon;
Que esto sea, si es posible,
Sin ofensa de mi honor
Y del conde don Enrique,
Aquel gallardo español,
Con quien se trataba ayer
Lo que por enojos hoy...

PRÍNCIPE.

Llamad á Enrique, y vos, Conde,
No tengais á sinrazon
Que esto se acabe de suerte
Que quedeis en paz los dos.

CONDE.

Yo, Señor, eso deseo,
Aunque primero me dió
A mí la mano. Esto es
Volver con propio valor
Por la honra de madama,
Hasta llegar la ocasion.

ESCENA XVIII.

OCTAVIA, NUÑO.— DICHOS.

OCTAVIA.

Ya, cristianísimo Cárlos,
Descubierto y libre estoy
A vuestros piés.

PRÍNCIPE.

Conde Enrique,
Aunque de aquella cuestion
Resultaron amistades,
No fueron con el rigor
Que era justo, ni la causa
Distintamente se vió;
Que aunque el conde don Juan tuvo
Primero que vos accion
A la mano desta dama,
Proponed la vuestra vos;
Que con grande cortesía
Se rinde el Embajador,
Para que sea de quien
Su gusto hiciere eleccion.

OCTAVIA.

Puesto que el conde don Juan
Sus favores mereció
Antes que Leonor me viese,
Si despues me tuvo amor,
No es justo que la pretenda.

CONDE.

¿Por qué, si primero soy?
¿Hay ley en todo el derecho
Que quite la antelacion?

OCTAVIA.

¿Podeis vos, siendo casado,
Casaros con otra?

CONDE.

¡Yo!

OCTAVIA.

Vos.

CONDE.

Pues yo... ¿dónde?...

OCTAVIA.

En España.

CONDE.

¿Con quién?

OCTAVIA.

Conmigo.

CONDE.

¡Con vos!

PRÍNCIPE.

Él ha perdido el júicio.

OCTAVIA.

De que la mano me dió
Hay dos testigos aquí,
Que Nuño y Marcelo son.

NUÑO.

Yo lo vi con estos ojos.

MARCELO.

Y yo lo mismo.

CONDE.

¿Quién sois?

OCTAVIA.

Doña Octavia de Navarra.

LEONOR.

¿Doña qué?...

PRÍNCIPE.

¿Tal invencion
Una dama pudo hacer,
De vuestro heróico valor?

DUQUE.

Parece que es imposible,
Pues con tanta perfeccion
Imitó lo que no era.

CONDE.

Quien tanto me aborreció,
¿Se puso en este peligro?

OCTAVIA.

Más pueden celos que amor.

CONDE.

Madama, saber quisiera
Cómo entre las dos pasó
Aquello que me dijistes.

LEONOR.

Seguro está vuestro honor;

Que dos árboles sin fruto,
¿Qué importa que lleven flor?

NUÑO. (*Ap.*)

El diablo son las mujeres,
Si se empreñan sin varon.
Y es fina filosofía,
No sé quién se la enseñó,
Que todo cuanto hay criado
Engendra el hombre y el sol.

LEONOR.

Dame los brazos, Octavia;
Que aunque esto ha sido traicion,
El amor que os he tenido
Será siempre el mismo amor.

OCTAVIA.

Yo os he pagado el que os debo.

NUÑO. (*Ap.*)

Sí; pero no le pagó
En la moneda corriente.

CONDE.

La mano, Señora, os doy,
Y al Príncipe le suplico
Nos apadrine.

PRÍNCIPE.

Los dos
Sois duques de Monpensair.

NUÑO.

Y á mí, el correo mayor
Destas bodas, ¿qué me dan?

OCTAVIA.

Mientras á vestirme voy,
Con reverencia de hombre,
Senado, os pido perdon.
Querida no quise bien,
Quise bien quien me olvidó;
Busquéle como habeis visto,
Porque en nuestra condicion
(Y aquí tenga fin dichoso
La dama Comendador),
Si no ha mentido el poeta,
Más pueden celos que amor.

SANTIAGO EL VERDE,

COMEDIA DIRIGIDA

A BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA.

GANÓ tanta fama Persio, no habiendo escrito mas que aquel pequeño libro de sus sátiras, por pinion de Marcial y Quintiliano, que á muchos les ha parecido que la hallarian mejor por aquel mino que por el de otras empresas, diciendo bien, difíciles; mas no es pequeño engaño creer e igualan la antigüedad, que apenas imitan, con libertades bárbaras, y siendo mas lo que ha- n que lo que escriben. Eurípides decia que si el hablar continuamente era prudencia, que ma- r la tenian las golondrinas que los hombres: juicio cruel de algunos, y con extremo en los ver- cadores destos años, cuyas plumas parecen á las de los virotes, que ellas no hieren, pero acom- ñan á las malas intenciones y dan velocidad al hierro. No lo es pequeño discurrir en esta materia ien desea huir del odio; pero como ni por bien ni por mal se adquiere mas ventura con este gé- ro de impertinentes, que Liñan llamaba los *impecables*, tal vez se deja llevar la queja de la oca- n, y á puros ruegos de la templanza se defiende la ofensa de la ira, pension grande de los doc- como vuestra merced, que tan bien ha empleado su virtuosa vida desde sus tiernos años. Pero nque lo sea, le deben consolar aquellas palabras de Aristóteles en el libro de *Buena fortuna*, e *nihil est melius intellectu, et scientia praeter Deum*. Toda diferencia de facultades abrió puerta a invidia: el teólogo, el jurista, el filósofo y los demás padecen sus contrarios; pero no con destemplanza que los poetas: debe de ser la causa, que se les opone con antojos de mayor ig- rancia la invidia, porque desta facultad hay pocos que tengan las partes que se requieren; y juntando consonantes, no sufren igualdad con el sol, ni tienen por soberbia ser Ícaros de sus os. Los que tienen natural no tienen arte, los que tienen arte no tienen natural, y si alguno rambas cosas, no las ejercita, ó le parece que es mejor gastar el tiempo en alabarse á sí mis- que en escribir para que sepan lo que sabe. Habia en Alemania un catedrático maldiciente de o, que se llamaba Lázaro, y como jamás imprimia y siempre murmuraba, pusiéronle á la puerta su escuela de letras grandes, *Lazare, veni foras*; porque hasta dar á luz lo que se sabe, no es to desestimar lo que saben los otros. Que el poeta tenga infusion celestial necesariamente, no enseñó poco Ciceron, trayendo por testigos á Platon y á Demócrito: *Saepe audivi poetam bo- m neminem sine inflamatione animorum existere posse, et sine quodam afflatu quasi furoris*. Hacer lencia á la naturaleza es tiranía del apetito, codicia de la fama y vanagloria del gusto: baja mparacion se ofrece, pero altamente significativa. Aquel árbol ensebado que se pone en las tas es único ejemplo. Trepan por él al tafetan algunos, que desde la punta les enseña el aire, on unos como grillos en los piés suben, sudan, resbalan, caen, cuál al principio, cuál á la mi- , y cuál cerca del fin. Destos, los primeros causan risa, los segundos esperanza, y los terceros miracion. Estados evidentes de la poesía, y que ya vuestra merced en su entendimiento habrá rtido entre los que conoce. Este premio, este palio alcanzó vuestra merced soberanamente ribiendo aquel libro *Verè aureus, dissertè et graphicè*, de la limpia concepcion de la Vírgen,

no resbalando por la materia deleznable que cubre á los importunos el pirámide de la fama, sino volando como águila caudalosa y haciendo círculos generosos á su extremo. En tanto amor, en tanta amistad no hay sospecha de lisonjas, ni lo que todos saben necesita de crédito. Mis comedias andaban tan perdidas, que me ha sido forzoso recebirlas como padre y vestirlas de nuevo, si bien fuera mejor volverlas á escribir que remediarlas. De las que lleva esta décimatercia parte, cabe á vuestra merced la que se llama *Santiago el Verde*, imitando la estacion que hace Madrid el primero dia de Mayo al Soto, donde el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves de Guadalquivir ni los naranjos de Guadalaviar. Vuestra merced la reciba y lea si no la vió representar, y se acuerde siempre que tiene en mí un verdadero amigo y padre, que como el cazador al pájaro, está mirando la destreza con que hace presa en el laurel que merecen tan pocos y pretenden tantos.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

SANTIAGO EL VERDE.

PERSONAS.

CELIA.	DON RODRIGO.	FABIO.	UNA CRIADA.
LISARDO.	TEODORA.	LISEO.	UN SASTRE.
DON GARCÍA.	INÉS.	Músicos.	GENTE.
PEDRO.	LUCINDO.	Dos CABALLEROS.	

La escena es en Madrid y en su Soto.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA y CELIA, *con mantos.*

CELIA.

ntre los bienes que tiene
a amistad, Teodora amiga,
s que (bien ó mal se diga,
e á ser mas ó menos viene),
l bien contado recibe
mento, y el mal consuelo;
e por este don del cielo
e conserva cuanto vive.
Qué tienes? Que tal tristeza
o ha sido sin ocasion.

TEODORA.

, Celia, la condicion
e nuestra naturaleza
ntristecernos sin causa,
tan secreta la ofrece,
e el alma que la padece
o sabe de qué se causa.

CELIA.

, Teodora, no es posible
e la tuya no la tenga,
no es que proceda y venga
e algun deseo imposible,
e te obligue á no pensar
e de esa causa te viene.

TEODORA.

ien niega el amor que tiene,
lia, no debe de amar.
le amo y pruebo ansí
e es en ti mi amor perfeto,
es te descubro un secreto
e el alma me niega á mí.
si al principio negué
causa dél, no te asombre;
e por no saber el nombre,
cirtelo dilaté.
sé qué nombre le dar,
es amor ó si es deseo...
es curiosidad... Que creo
suele haberla en mirar.

CELIA.

seo debe de ser,
ciendo el nombre mejor,
n puedes llamarle amor,
podréte yo entender.

TEODORA.

es amor, aunque podria.

CELIA.

nfiesa, no seas pesada.
hay amistad recatada,
hay ;mor donde hay porfía.

TEODORA.

Los principios de una cosa
¿Son la misma cosa?

CELIA.

Sí.

TEODORA.

Pues principios hay en mí
De una pasion amorosa.

CELIA.

Quien en la entrada estuviese
De Madrid, ¿no estaba en él?

TEODORA.

Sí; mas no tan dentro dél,
Que en queriendo no saliese.
Ansí en principios de amor,
Aunque estoy, puedo salir.

CELIA.

La causa quisiera oir
Para juzgarlo mejor.

TEODORA.

Posan de mi casa en frente
¡Ay, Celia! unos caballeros
De Granada, y los primeros
Que he mirado atentamente.
El principal de los dos,
O me engaña alguna estrella,
Es una pintura bella,
Digna del pincel de Dios.

CELIA.

Y esa manera de hablar
¿No es amor?

TEODORA.

Debe de ser;
Mas no hay señal de querer
Tan cierta...

CELIA.

Como negar.

TEODORA.

Este desde mi ventana,
Aunque escondida, estoy viendo,
Hermosa Celia, en abriendo
La suya por la mañana.
Allí le veo vestir
Tan curiosa y limpiamente,
Que aunque decírtelo intente,
No te lo sabré decir.
Tambien le veo comer,
Hablar y andar con amigos.

CELIA.

Pocas cosas sin testigos
Aquí se pueden hacer,
Respeto de las ventanas
Y del curioso mirar.

TEODORA.

Comenzáronme á engañar
Ciertas esperanzas vanas
De hablar con él algun dia,
Y con aquesta ocasion
Abria de mi balcon
Mil veces la celosía.
Mas no por hacer rüido
Ni por toser levantó
Jamás el rostro, ni yo
Pude penetrar su oído.

CELIA.

¿Si es sordo el tal caballero?

TEODORA.

Es tan bizarro y galan
Un pisador alazan
En que sale, que les quiero
Echar la culpa á los piés.

CELIA.

En fin, ¿él no te ha mirado?

TEODORA.

Mi estrella lo habrá causado,
Y este caballo despues.

CELIA.

Si tiene estrella en la frente,
No es mucho.

TEODORA.

Vengo á pensar
Que es de bestias estorbar.

CELIA.

¿Que vivas, Teodora, en frente,
Y que un mozo tan galan
No haya mirado al balcon?
Él tiene la condicion
De su caballo alazan.

TEODORA.

¿Cómo?

CELIA.

Que siempre camina
Boca abajo, pues si alzara
El rostro, cosa es muy clara
Que te viera.

TEODORA.

No imagina,
Cuando sale, mas que en sí,
En acomodarse bien
En la silla, en que le ven
Cuantos pasan por allí,
En componerse el sombrero,
El cuello y barba.

CELIA.

Tú amas
Una imágen.

TEODORA.

Bien le llamas
Imágen, un mármol quiero.
Mas no pára el daño aquí.

CELIA.

¿Cómo?

TEODORA.

Que vi entrar un dia
Ciertas damas, Celia mia.

CELIA.

¿A ver ese hidalgo?

TEODORA.

Sí.
Cubrióme un sudor mortal,
Fuéme faltando el aliento,
Y dije á mi pensamiento:
Sin duda es amor mi mal.—
Lo que á solas he pensado,
Mejor es que tú lo sientas,
Que decírtelo.

CELIA.

Tú intentas
Un amor desatinado;
Que al fin no puedes culpar
Quien no sabe que le quieres.

TEODORA.

Celia, aquellas dos mujeres
Me hicieron enamorar.

CELIA.

Nacerian tus desvelos
De aquellos celos tambien;
Que nunca amor corta bien
Si no se da un filo en celos.
Mas si codicias, Teodora,
Ese caballero, yo
Haré que te hable.

TEODORA.

Eso no;
Que algo mi opinion desdora.

CELIA.

Y ¿siendo con mi opinion?

TEODORA.

Eso mi gloria seria.

CELIA.

Dime el nombre.

TEODORA.

Don García.

CELIA.

Ya he pensado la invencion.
Aguarda aquí; que á escribir
Voy un papel.

TEODORA.

¿A quién?

CELIA.

Calla. (*Vase.*)

ESCENA II.

LISARDO.—TEODORA.

LISARDO. (*Ap.*)

Duro campo de batalla
Es este amar y sufrir.
Alejandro no probó
La conquista de un desden,
Y por eso dicen bien
Que todo el mundo venció.
Pequeño mundo se llama
El hombre; ansí la mujer:
Luego es el mundo vencer
La condicion de quien ama.

TEODORA. (*Ap.*)

Este es Lisardo, el hermano
De Celia, y mi aborrecido
Galan.

LISARDO.

¿Teodora ha venido?
No se lamentaba en vano
Este mi cobarde amor
De Teodora, pues tenia
Tan cerca la causa. El dia
Que vos nos haceis favor,
Teodora, un jardin volveis
Toda esta casa, un hibleo
Huerto, donde á mi deseo
Tantas flores ofreceis...
—Y el alma me lo decia
Que por la casa os buscaba.

TEODORA.

Y yo á Celia preguntaba
Por vos... con menos porfía;
Que, sin jardines y flores,
Mucho deseo serviros.

LISARDO.

No me dicen mis suspiros
Que os debo tantos favores;
Que puesto que el alma en sí
Como centellas los mueve,
Dando en un pecho de nieve,
Vuelven helados á mí.
Este favor que me haceis,
A mi hermana le atribuyo,
Y pues el favor es suyo,
El premio le pediréis;
Que yo no tengo que daros
Mas almas de la que os dí.

ESCENA III.

CELIA, INÉS.—DICHOS.

CELIA. (*Ap. con Inés.*)

Bien sabes.

INÉS.

Señora, sí,
Y que unos nuevos reparos
En las ventanas han hecho,
Fuera de que en frente son
De Teodora.

CELIA.

En su balcon
Mira.

INÉS.

Que he visto sospecho
Ese hidalgo de Granada,
Que obliga su bizarría.

CELIA.

El se llama don García.

INÉS.

Ya estoy de todo avisada.

CELIA.

Toma el manto y vete luego;
Que está aquí mi hermano.

INÉS.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CELIA, TEODORA, LISARDO.

CELIA.

¿Qué estáis hablando los dos?

LISARDO.

Que favorezca, le ruego
A Teodora, mis deseos;
Mas no los admite bien.

CELIA.

Querrá su injusto desden
Llevar de mi amor trofeos,
Sin ver que estoy de por medio,
Que he de sentir su rigor.

TEODORA.

Celia, no es mal el de amor
Que tiene cerca el remedio,
Si el estado de la dama
No tiene disposicion.

LISARDO.

Si mis pensamientos son
Defensores de tu fama,
¿Qué dilacion puede haber?
A Celia trato casar,
A quien debes imitar
Queriendo ser mi mujer.
Harémos dos casamientos
De dos tan grandes amigas.

TEODORA.

Mucho estimo que me digas
Tus honrados pensamientos.
¿Con quién á mi Celia casas?

LISARDO.

Con un caballero noble
De Toledo.

TEODORA.

Estimo al doble,
Si tan adelante pasas
En vivir sin Celia aquí,
Que á mí me quieras honrar,
Poniéndome en su lugar.
(*A Celia.* Oye aparte.)

CELIA. (*Ap. á Teodora.*)

Ya escribí
Un papel á don García.

TEODORA.

¿Papel?

CELIA.

Sí.

TEODORA.

Pues ¿para qué?

CELIA.

Luego el modo te diré.

TEODORA.

¿De qué parte?

CELIA.

De la mia.
Vete hácia el jardin; que yo
Echaré de aquí á mi hermano,
Y hablarémos.

TEODORA.

El tirano
Amor que nunca te dió,
Celia, pesadumbre alguna,
Te enseñó lo que has de hacer.

CELIA.

Hoy le tengo de poner
A los piés de la fortuna.
(*Vase Teodora.*)

ESCENA V.

CELIA, LISARDO.

LISARDO.

¡Ay, Celia, mia! ¿qué dice
Teodora?

CELIA.

Aparte me habló
Como viste, y me contó
Que lo que mas contradice
A darte gusto es pensar
Que te burlas.

LISARDO.

¿Yo? ¡Muriendo
Por ella!

CELIA.

Que así lo entiendo,
Le dije.

LISARDO.

Vuélvele á hablar,
Dile, hermana, cuánto ofende
Al cielo en hacer agravio
A su hermosura.

CELIA.

El mas sabio,
Amando, menos se entiende.
Tu intento pase adelante.
Vete ahora á pasear;
Que despacio quiero hablar
A Teodora.

LISARDO.

No te espante,
Celia, mi ignorancia amando,
Porque no hay aborrecido
Discreto.

CELIA.

Hoy serás querido,
Amando y importunando;

...e el rogar y importunar
...landar las piedras puedo.

LISARDO.

...mo esta piedra lo quede,
...ñana envio á avisar
...u desposado á Toledo;
...e si ha de llevarte allá,
...odora me quedará,
...n quien consolarme puedo.

CELIA.

...o no he visto á don Rodrigo;
...ro te aseguro aquí
...e no habrá consuelo en mí
...ra no vivir contigo.

LISARDO.

...ú le verás, que es gallardo,
...que por fama te adora.

CELIA.

...visar voy á Teodora.

LISARDO.

...ios, Celia.

CELIA.

Adios, Lisardo.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don García.

ESCENA VI.

DON GARCÍA, LUCINDO.

DON GARCÍA.

...avas victorias de amor
...canzo en este lugar!

LUCINDO.

...r lo que cuesta el favor,
...Pirro te he de contar
...a sentencia, un primor.

DON GARCÍA.

...uién fué Pirro?

LUCINDO.

Un fuerte griego
...e á los romanos venció
...s veces á sangre y fuego;
...s tanta sangre perdió,
...e dijo: «A los dioses ruego
...me dén otra victoria,
...es venciendo, vendré á ser
...cido.»

DON GARCÍA.

Pues con mi historia
...ué tiene Pirro que ver
...la romana memoria?

LUCINDO.

...ences damas?

DON GARCÍA.

Cuantas quiero.

LUCINDO.

...cuesta tanto dinero,
...vienes á ser vencido.

DON GARCÍA.

...la sentencia he caido,
...ser el vencido espero;
...e lindamente lo pescan
...n Madrid.

LUCINDO.

Diestras están
...s que en este oficio dan.

DON GARCÍA.

...ntas edades refrescan,
...tas acabando van.
...ro pagarte la historia
...n una fábula quiero,
...na de mayor memoria.

LUCINDO.

...es destas ninfas, ya espero.

DON GARCÍA.

Y escrita en su honor y gloria.
Entróse en una despensa
Por un agujero estrecho
Una zorra : ahora piensa
Cuál puso barriga y pecho
De aquella abundancia inmensa.
Probó á salir; no cabia,
Porque el haber engordado
La puerta le defendia :
Lloraba el placer pasado,
Y el mal futuro temia.
A las que á verla vinieron
Consejo entonces pidió,
Y dicen que la dijeron :
«Quien por estar flaca entró
Adonde lugar la hicieron,
Y ya de gorda no cabe,
Vuelva á ayunar y saldrá.»
¿Ves la mas hinchada y grave?
Pues ocasion llegará
En que ese fausto se acabe;
Que aunque ahora coma y tome
Tiempo vendrá que la dome,
Y amistad que la aconseje
Que si quiere salir, deje
Lo que en la despensa come.

LUCINDO.

Esa fábula viniera
A un rico por malos medios
Harto mejor, cuando espera
En los últimos remedios
Enflaquecer, si él pudiera.
Con esto y con tarde oir
Consejos, viene á morir
Gordo en la ajena despensa,
Porque tan tarde lo piensa,
Que es imposible salir.

DON GARCÍA.

Yo en efecto hasta volver
A Granada, he de gastar;
Que no lo puedo excusar.

LUCINDO.

La salud debes temer
(Quiero decir, estimar),
Y estimar tambien la hacienda.

DON GARCÍA.

No doy con tal destemplanza
Que ser pródigo me ofenda;
Que tengo desconfianza,
Y voy tirando la rienda.
No sus embelecos vanos
Serán en esta ocasion
De mis dineros tiranos.

LUCINDO.

Símbolo dicen que son
De las mujeres las manos;
Que quien las quiere tener
Buenas, y adobarlas trata,
Como lo deje de hacer
Dos dias, la mano ingrata
Se vuelve á echar á perder.
Tal es el humor extraño
Destas damas á quien fias
Tu hacienda con tal engaño,
Que en no dándolas dos dias,
Pierdes el gasto de un año.

ESCENA VII.

PEDRO.—DICHOS.

PEDRO. (*Dentro.*)

Espere vuesa merced,
Y daréle este recado. (*Sale.*)

DON GARCÍA.

¿Qué es, Pedro?

PEDRO.

Pienso que ha dado
Algun pájaro en la red,
Porque aquí cierta fregona
Entre dueña y andadera,
Con un papel, desde afuera
Pregunta por tu persona.

DON GARCÍA.

Bestia, di que entre.

PEDRO.

Ya voy.
(*Va á avisar.*)

ESCENA VIII.

INÉS, PEDRO.—DICHOS.

INÉS.

¿Y dónde está don García?

PEDRO.

¿No le veis, guillota mia?

INÉS.

¿Sois vos, mi señor?

DON GARCÍA.

Yo soy.

INÉS.

A vos viene este papel.

DON GARCÍA.

¿De quién, reina?

INÉS.

El lo dirá;
Que pienso que hablar sabrá.

LUCINDO. (*Ap.*)

Mas ¿que hay embeleco en él?

DON GARCÍA.

(*Lee.*) «No pensaba yo que los caba»lleros honrados y forasteros hablaban »tan atrevidamente de las doncellas »principales y vecinas suyas. La señora »Teodora, que vive en frente de vues»tra merced, es doncella hijadalgo, y »tiene veinte mil ducados de dote; vi»viendo tan virtuosamente, no sé yo có»mo vuestra merced la halla tantas fal»tas : enmiende las de la lengua; que »podrá ser que volviese á Granada con »menos de la que trajo, y mas bien en»señado de la corte.»

PEDRO.

¡Guarda la cara!

DON GARCÍA.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

¿Quién es aquesta Teodora?

DON GARCÍA.

Quien oigo nombrar agora.

LUCINDO.

Por Dios, confusion me ha puesto.

DON GARCÍA.

Mas sin duda que venis
Errada, señora mia.

INÉS.

¿No os llamais vos don García?

DON GARCÍA.

Sí.

INÉS.

Pues bien, ¿por qué fingis
No conocer á Teodora?

DON GARCÍA.

¿Quién este papel os dió?

INÉS.

Cierta señora á quien yo
Sirvo.

DON GARCÍA.

Y ¿podré á esa señora
Dar satisfacion de mí?

INÉS.
Es muy principal mujer;
Pero bien podria ser
Que la hableis.

DON GARCÍA.
¿Allá ó aquí?

INÉS.
¿Aquí? ¡Qué gracioso cuento!
Allá y con mucho temor.

DON GARCÍA.
Dad la traza.

INÉS.
La mejor
Es seguirme.

DON GARCÍA.
Soy contento.
Este mozo irá con vos,
Y nos dirá vuestra casa.

INÉS.
Venga.

PEDRO.
Voy.
(*Vanse Inés y Pedro.*)

ESCENA IX.

DON GARCÍA, LUCINDO.

DON GARCÍA.
De lo que pasa,
¿Qué dices?

LUCINDO.
Mira, por Dios,
Que á gran peligro te pones;
Que como en este lugar
Se usa tanto el murmurar,
Y con tan malas razones,
Esta señora doncella,
Mal informada de tí,
Podria tener allí
Alguien que vuelva por ella.

DON GARCÍA.
Lucindo, si á su balcon
He alzado el rostro, yo quiero
Que me maten; y así espero,
Dando la satisfacion,
Darle tambien á entender
Que he traido de Granada
Una lengua muy honrada
Para honrar cualquier mujer.
No soy yo de los mancebos
Ociosos que andan aquí.

LUCINDO.
Pienso que es mejor ansí,
Si no son enredos nuevos
De alguna de aquestas damas;
Pues dando satisfacion,
Quedarás con opinion
De tratar bien de sus famas;
Porque si no, podrá á ser
Que de noche alguna gente
Vengar este agravio intente.

DON GARCÍA.
¿Cómo la podremos ver?

LUCINDO.
Fingiendo alguna invencion.

DON GARCÍA.
¡Vive Dios que estoy corrido!
¡Que mujer haya tenido
De mí tan mala opinion!
Vamos, que será forzoso
Dar satisfacion igual,
Porque solo el decir mal
Puede sufrirse á un celoso.
De mi lengua está ofendida,
Y yo no solo lo estoy,
Mas por la fe de quien soy
Que no la he visto en mi vida.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA X.

CELIA, INÉS.

CELIA.
¿Que es tan galan don García?

INÉS.
Señora, yo te prometo
Que justamente Teodora
Puso en él su pensamiento.

CELIA.
Cuidadosa la escuchaba;
Que siempre pone deseo
De la vista la hermosura.

INÉS.
El es un hombre bien hecho,
De buen rostro y gentil aire,
Linda proporcion de cuerpo.
Habla con cierta blandura,
Que como dulce instrumento,
Lisonjea los oidos.

CELIA.
¿Qué te pareció discreto?

INÉS.
Pocas palabras le oí;
Pero muestra entendimiento
Reposado y sustancial,
No como muchos que veo
Preciados de sus romances,
Que son todos sus conceptos:
Panderos que hacen rüido
Con dos cascabeles dentro.
El aposento es posada;
Pero está limpio y compuesto,
Y con extremado olor;
Que oler bien un forastero
En posadas de Madrid
Es de ser limpio argumento.
Unos damasquillos vi,
Verdes y nácares creo,
Y una imágen sobre uno
De mano de buen maestro.
Ya entenderás, un retrato.

CELIA.
¿Retrato de dama? ¡Bueno!
¿De aquestos de en mi conciencia
Con la mano sobre el pecho?

INÉS.
Lo mismo, y con buenas manos.

CELIA.
Los pintores dan en eso,
Porque por lo menos digan
Que es de buena mano el lienzo.
¿La cama?

INÉS.
Gentil pregunta.
¿Dormí yo con él?

CELIA.
Dejemos
De hablar en aquese hidalgo;
Que dicen que es el deseo
Enfermedad de los ojos.

ESCENA XI.

FABIO.—DICHAS.

FABIO.
Aquí están dos forasteros
Que me preguntan por tí.

CELIA.
¿Por mí, Fabio? ¡Ay, Dios! Ya temo
Que no sea don Rodrigo.
¿Dicen que son de Toledo?

FABIO.
Dicen que venden amizcle.
Sosiega el entendimiento;
Que no es cosa que te importa.

INÉS. (*Ap. á Celia.*)
Que es don García sospecho.

CELIA.
Di que entren, y tú ten cuenta
Si viene mi hermano.
(*Vase Fabio.*)

ESCENA XII.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO.—CELIA, INÉS.

LUCINDO. (*Ap. á Don García.*)
Creo
Que está la campaña sola.

DON GARCÍA.
Y yo que la dama veo.

CELIA.
¿Son los que venden amizcle?

DON GARCÍA.
No sé por Dios lo que vendo.
Aunque si es la fama olor,
Venderla pienso, que puedo,
Y satisfacer alguna
Me ha dado este atrevimiento
De entrar donde no conozco.

INÉS. (*A Pedro.*)
Y él diga, señor Gaiferos,
¿Acompaña en este embuste
Los galanes amizcleros?

PEDRO.
No trato de amizcle yo;
Que hay mucho engaño en hacerlo.

INÉS.
Pues ¿quién es?

PEDRO.
Gato de algalia.

INÉS.
Y lo parece en el gesto.

PEDRO.
Pues si me viese las uñas,
Daria al diablo el enredo
De hacerme sudar sin causa.

DON GARCÍA.
Suspensa estáis. ¿Qué os han hecho
Mis palabras ó mis ojos?

CELIA.
Miraba en este silencio
La fealdad de vuestra lengua
Y el aire de vuestro cuerpo.
¿Sabeis, Señor, cómo sois?
Como un bizarro instrumento
De ébano y marfil, labrado
De mano de un gran maestro,
Y todo con cuerdas falsas,
Pues la beldad que os dió el cielo,
Siendo la lengua la voz,
Disuena al honor ajeno.
Pues ¿cómo, Señor, decid,
A instrumento tan bien hecho
Le poneis tan falsas cuerdas,
Siendo vos hombre tan cuerdo?
Vos ¿conoceis á Teodora?
¿Sabeis su recogimiento?
¿Habeisla visto al balcon,
Con ser en frente del vuestro?
¿Qué papeles os buscaron?
¿Qué rodelas, qué requiebros
Habeis topado de noche?
Y siendo vos caballero,
¿No os corria obligacion,
Cuando fuera verdad esto,
De hablar en defensa suya?

DON GARCÍA.
Dicen que un hombre riñendo,

es animoso y galan,
lleva los ojos luego,
ras dellos la aficion;
o he querido por esto
rrumpir vuestra voz,
es tan gallarda en extremo,
endo ahora conmigo;
me llevais, os prometo,
ojos y la aficion
que ya no me defiendo.
porque es justo, Señora,
entendais que el instrumento
e las voces iguales
la labor del maestro;
esos hermosos ojos
rdonad el juramento,
al cielo quise jurar,
lléme mas cerca el vuestro),
ni conozco á Teodora,
la he visto, ni aun sospecho
he mirado á su balcon;
aunque soy mozo, me precio
er muy hombre de bien,
mis costumbres muy viejo.
i estoy, no en pretensiones,
en cuidado de un pleito;
me han puesto ciertas dudas
mayorazgo que tengo.
vive Dios! que á saber
én os ha dicho...

CELIA.

Teneos,
erdonadme, que ya
de vos satisfecho...
Y tanto, que me ha pesado
que me haya sido el veros
tanta satisfacion.)

LUCINDO.

ara testigo puedo
r algo, siendo amigo,
años que há que profeso
amistad de don García,
e visto mozo tan cuerdo
e lengua tan honrada.

CELIA.

, señores, que creo
han engañado á Teodora,
e ha sido fingimiento.
, al señor don García
me perdone le ruego
erle escrito atrevida.

DON GARCÍA.

i fortuna agradezco,
que deste testimonio
ido, Señora, el dueño,
erme dado ocasion
que viniese á veros.
béisme de dar licencia
otras veces venga á hacerlo.

CELIA.

o quisiera serviros;
tengo notable miedo
hermano, porque al fin
o á padre le respeto.
a de casarme ahora,
para mi casamiento
e treinta mil ducados...

LUCINDO. (*Ap.*)

é bien informa en derecho!

CELIA.

dad es que se pasea
oche, entretenimiento
ozo, y que á nuestra puerta
deja tomar el fresco,
o es uso de Madrid,
e sentadas podemos
r hasta media noche.
cias á Dios, coche tengo,
Prado voy muchas tardes.

DON GARCÍA. (*Ap. á él.*)

Lucindo, por Dios que temo
Que me ha cogido con liga.

LUCINDO.

¿Agrádate?

DON GARCÍA.

Por extremo.

LUCINDO.

Pues yo he mirado en sus ojos
Ciertos relámpagos tiernos,
Señal de la tempestad
Que forman las nubes dentro.
Conquista los treinta mil,
Y á Granada llevarémos
Un ángel de plata pura.

DON GARCÍA.

Mas precio sus ojos bellos
Que cuanta plata han traido
Las ondas del mar soberbio,
Por la canal de las Indias.

LUCINDO.

A los treinta mil me atengo.

ESCENA XIII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.

Señora, tu hermano viene,
Aunque ciertos caballeros
Le han detenido en la calle.

CELIA.

Salid, señores, de presto;
Que me pesará que os vea.
Lo que tratado tenemos,
Habrá esta noche lugar
Para poder resolverlo.

DON GARCÍA.

Yo volveré por aquí,
Y si disfrazado puedo,
Os hablaré en cierta cosa
Que importa á mis pensamientos.

CELIA.

A la puerta me hallaréis.

INÉS. (*Al criado.*)

Dígame su nombre.

PEDRO.

Pedro.

INÉS.

Pues, Pedro, ¿vendrá esta noche?

PEDRO.

Vendré mas cierto que un yerno
Cuando trata de casarse,
A la casa de su suegro.
(*Vanse don García, Lucindo, Fabio y Pedro.*)

ESCENA XIV.

LISARDO.—CELIA.

LISARDO.

¿Qué gente salió de aquí?

CELIA.

Unos hombres que vendian
Amizcle.

LISARDO.

Pues ¿qué querian?

CELIA.

Quiero adobar para ti
Unos guantes y un coleto:
Como pasaban, llamé;
Pero no me concerté.

LISARDO.

Que me pesa te prometo.
Cuando olí su buen olor,
Entendí que era otra cosa.

CELIA.

Tienes condicion celosa.

LISARDO.

Celoso soy de mi honor.
Y ahora, querida hermana,
Que trato de casamiento,
Importa el recogimiento.

CELIA.

¿Sabes algo?

LISARDO.

Que mañana
Podrá ser que venga aquí
Tu esposo.

CELIA.

No tan aprisa,
Lisardo.

LISARDO.

Desto me avisa

CELIA. (*Ap.*)

Por mi mal pienso que vi
El talle de don García.
Ha sido á fuerte ocasion.

LISARDO.

Yo te hice una traicion,
Si fué traicion, Celia mia,
Desear enamorar
A don Rodrigo de tí.

CELIA.

¿Tú traicion, Lisardo, á mí?

LISARDO.

Hice un retrato copiar
Del que acá tienes mejor,
Y á Toledo le envié.

CELIA.

Eso mas pienso que fué
Quitarle aquel poco amor
Que la opinion le habrá dado.
Si fueres casamentero,
Retrata, hermano, el dinero:
Di que es vivo y no pintado,
Si quieres enamorar,
Y déjate de hermosura;
Que el dote es la mas segura
De quien se quiere casar.

LISARDO.

Por lo menos, Celia, ves
Con qué diligencia intento
Tu gusto y tu casamiento.
Premio es razon que me dés.
Pero estás tan descuidada
Del mio, como se ve,
Pues de lo que te encargué
No me has respondido nada.
¿Qué dice Teodora?

CELIA.

Creo
Que encubrir su voluntad
Nace de su honestidad.

LISARDO.

¿Agradece mi deseo?

CELIA.

Ya comienza á agradecer;
Que el agradecer es ya
El primer paso que da
Para querer la mujer.

LISARDO.

¡Oh qué cadena te mando,
Si me conquistas su amor!

ESCENA XV.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.

Afuera te están, Señor,
Dos hidalgos aguardando.

LISARDO.

Voy á ver lo que me quieren.

FABIO.

Amigos pienso que son.

LISARDO.

Pues si lo son, no es razon,
Celia, que á la puerta esperen.
(*Vanse Lisardo y Fabio.*)

ESCENA XVI.

CELIA.

Amor, enfermedad de los sentidos,
Fundada en tiernos, fáciles antojos,
¡Qué presto satisfaces á los ojos
Lo que pudo faltar á los oidos!
Algunos pensamientos, atrevidos
A darme mas victoria que despojos,
Dieron dulce principio á mis antojos
Y entraron á robar, desconocidos.
Vienes y vas, amor; pero no eres
Poderoso ni igual en tus extremos,
Porque bien sabes que si matas mueres.
Comienzas bien; pero tu fin tememos,
Porque vienes, amor, cuando tú quieres,
Y no te puedes ir cuando queremos.

ESCENA XVII.

TEODORA, *con manto*, UNA CRIADA. — CELIA.

TEODORA.

Paréceme que dices que te veo
Muy apriesa estos dias.

CELIA.

No es aprisa,
Si mides á tu gusto mi deseo,
Y del deseo el corazon te avisa.

TEODORA.

¿Qué nuevas hay de mi dichoso empleo?

CELIA.

Quítate el manto y dáselo á Fenisa;
Que no te has de ir tan presto.

TEODORA.

Pues ¿qué ha sido
Mi pensamiento, Celia?

CELIA.

Un bien fingido.

TEODORA.

¿Búrlaste?

CELIA.

Nunca yo burlarme suelo
Con las veras, Teodora, y las amigas.
La vista te engañó de aquel mozuelo,
Cruel desde el sombrero hasta las ligas.
Lo léjos te engañó.

TEODORA.

¡Válgame el cielo!

CELIA.

El cerca es el infierno.

TEODORA.

No me digas
Que es don García fiero.

CELIA.

No lo digo,
Mas fierísimo sí.

TEODORA.

¿Burlas conmigo?

CELIA.

Mas ya que el talle es tal, su entendi- [miento
Lo mejora. Por Dios que es un caballo.
Es necio al olio.

TEODORA.

¡Ay, loco pensamiento!

CELIA.

Cosa buena, Teodora, en él no hallo.
Llegó con un notable atrevimiento,
Modo de hablar que de vergüenza callo;
Y cuando fuera como tú decias,
Se va á Granada dentro de dos dias.
Casado está, con hijos y cuidados.

TEODORA.

Mas que se vaya dentro de dos horas,
Si es necio y feo por entrambos lados.

CELIA.

Presto la voluntad desenamoras.

TEODORA.

¿Yo, Celia, qué papeles, qué recados,
Qué promesas de amor, tal vez traidoras,
Qué regalos, qué gustos, qué ternezas
Pasé con su merced en mis tristezas?
Estos no fueron mas que pensamientos;
Que hasta que el pajarillo está enjaulado,
Ligero puede acuchillar los vientos,
Y con el pico hurtar la plata al prado.
Cuando fuera su talle á mis intentos,
¿De qué me puede á mí servir casado?
Es un casado sota que hace veinte
A quien espera carta diferente.
Hasta que venga carta que me cuadre,
Descartaré dos mil. Váyase apriesa,
Crie esos hijos; que le llamen padre
Los ya crecidos al poner la mesa,
Los niños taita en manos de su madre;
Que solamente, y con razon, me pesa
De que he pasado algunas noches malas.

CELIA.

¡Qué bien que te aprovechas de las alas!
¡Fiad de amor, Teodora, y sus desvelos
De deseos que da por celosías!

TEODORA.

¿Qué desvelos, deseos ó qué celos
No volverán mis esperanzas frias
Con tantos hijos, casamiento y duelos,
Y el término de ausencia de dos dias?
¿Mal talle, corto ingenio y todo engaño?

CELIA.

¡Bien haya quien estima el desengaño!

TEODORA.

Pésame que por él fui rigurosa
Con tu hermano Lisardo.

CELIA.

A tiempo ha sido,
Que puedes siendo blanda y amorosa,
Dejarle de tu amor agradecido.

TEODORA.

Afuera, loca vanidad furiosa,
Afuera, vano amor, de error vestido.
Hablemos á Lisardo.

CELIA.

Aquí venia.
(*Ap.* ¡Qué bien que le he quitado á don [García!)
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVIII.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO.

DON GARCÍA.

Yo vengo como sabeis.

LUCINDO.

Pedro se rie de vos.

PEDRO.

Si rio, porque por Dios
Que los dos lo mereceis:
Él en rendirse tan presto,
Y tú en decir que acertó.

LUCINDO.

Pues dime, necio, ¿en qué erró?
¿No es justo amor, ¿No es honesto?
No es mejor que se entretenga
En esta honrada ocasion,
Que en baja conversacion
A perder el tiempo venga,
El dinero y la salud?

PEDRO.

Si ella es tal como se piensa,
Y no se ha de hacer ofensa
A su honor ni á su virtud,
Alabo su pensamiento;
Pero si en esto hay engaño,
¿No ha de ser mayor el daño
Cuanto es el atrevimiento?

LUCINDO.

¿No ves que se ha de casar?
Que ya informados venimos.

PEDRO.

Libres hoy amanecimos,
¿Quién nos quiere cautivar?

DON GARCÍA.

Es negocio de opinion
Que el casarse es cautiverio,
Que no dice sin misterio
Aquella bestial razon.

LUCINDO.

No os espanteis, don García,
Que de Leonida Espartano
Cuentan que al uso greciano
Se casó en Esparta un dia;
Y que á su mujer mirando
Cierto amigo, muy pequeña
De cuerpo, con voz risueña
Dijo á Leonida burlando:
«¿Qué pensábades hacer,
Aunque es tan breve la vida,
Cuando os casastes, Leonida,
Con tan pequeña mujer?»
Y él respondió: «Deste error
Nadie me debe culpar:
De los males del casar
Quise escoger el menor.»

DON GARCÍA.

Filósofo majadero.

PEDRO.

Pues muchos debe de haber
Dese mismo parecer,
Y uno referirte quiero
Que en cierto libro he leido.

DON GARCÍA.

¿Sabes leer?

PEDRO.

¡Bueno estás!
Y aun sé latin.

DON GARCÍA.

Sí sabrás,
Porque yo nunca he tenido
El saber latin ni griego
Por hazaña, pues que es
Lo mismo saber francés,
Y lo sabe cualquier lego.
Mas dime, por vida mia,
Tu cuento.

PEDRO.

El sabio que digo
Tenia un grande enemigo,
Y una hija que tenia
Dicen que casó con él,
Y que á quien le reprendió,
Que á su enemigo la dió,
Dijo, por vengarse dél.

DON GARCÍA.

Si ese filósofo viera
Que ganando Federico
Cierto lugar noble y rico,
Dió licencia que pudiera
Sacar cualquiera mujer
Lo que pudiese llevar

cuestas; y que en lugar
a hacienda (que suele ser
o que mas puede obligar)
...aron castas y honestas
sus maridos á cuestas,
qué dijera del casar?

PEDRO.

mi libertad apelo,
...que ciertos licenciados
...cian que los casados
...aban cerca del cielo.

DON GARCÍA.

Del cielo?

PEDRO.

Sí, claro está,
...están en el purgatorio,
...es dél, es caso notorio
...e solo al cielo se va.

DON GARCÍA.

...novedades te deja;
...e tú y quien lo dice así
...n unos necios.

PEDRO.

De mí
...s formado injusta queja;
...e yo tengo al casamiento
...r cosa santa, y del tuyo
...e has de ser un santo arguyo,
...no es que se muda el viento;
...e conozco sus mudanzas.

DON GARCÍA.

...s mejor, como decia
...cindo, la bizarría
...e aquestas damas Roanzas,
...e acabando de pelar
...un hombre pieza por pieza,
...ándole la cabeza,
...han pelos á la mar?

PEDRO.

...h qué cuento te diré
...un corro de ciertas sotas!
...e estando en risa y chacotas
...a casa yo me la sé),
...rto parche se cayó;
...obre cuál le traia
...bo tal grita y porfía....
—Vos le trajistes. — Yo no.—
...estoy como una manzana.—
...limpia como un cristal.—
...rcía le trajo.—No hay tal;
...e dió á los piés de Diana.»
...Que como cuatro garduñas,
...n las garras de dos varas
...hicieron quesos las caras,
...vivos rallos las uñas.

DON GARCÍA.

...ldito seas, amén.
...Qué propia historia lacaya!

PEDRO.

...o pues, sirve tu maya,
...egue á Dios que pare en bien!

DON GARCÍA.

...la casa hemos llegado.
...és está en el balcon.
...duda en esta ocasion
...premio de mi cuidado.

ESCENA XIX.

...S, *en un balcon.* — DON GARCÍA, LUCINDO *y* PEDRO *en la calle.*

DON GARCÍA.

...s Inés?

INÉS.

Pues ¿no lo ven?
...o aguarda mi señora
...e vengan, y está Teodora
Con ella ahora tambien.
Voylas á avisar.

(*Quítase del balcon.*)

DON GARCÍA.

Lucindo,
A Teodora requebrad.

LUCINDO.

El cuidado me dejad.

PEDRO.

Y yo á mi lacaya. ¡Lindo!

DON GARCÍA.

¡Oh, si tuviésedes dicha
Que esta Teodora os quisiese!

LUCINDO.

Dejadme el cargo.

PEDRO.

Así fuese
Tan rica la sobredicha
Como esotra de mi amo.

LUCINDO.

Ya salen.

DON GARCÍA.

Estad alerta.

ESCENA XX.

TEODORA, CELIA, INÉS.—DICHOS.

CELIA.

Buen fresco corre á la puerta.

PEDRO. (*Ap.*)

Saltando de ramo en ramo
Vienen estas tortolillas.

TEODORA.

Ya es verano.

CELIA.

Saca, Inés,
Dos sillas bajas ó tres.

INÉS.

Ya voy.

PEDRO. (*Ap.*)

Pues que piden sillas,
Cierta será la jornada.

DON GARCÍA.

Por aquí llegarme quiero.

CELIA.

¿Quién es?

DON GARCÍA.

Aquel caballero.

CELIA.

¿Cuál? ¡Jesus!

DON GARCÍA.

El de Granada.

CELIA.

Daca esas sillas, Inés.

LUCINDO.

A esotra parte me paso.

TEODORA.

¿Quién es?

LUCINDO.

Soy galan acaso.

TEODORA.

Y esotro hidalgo ¿quién es?

LUCINDO.

Es el señor don García,
Vuestro vecino, que viene
A cierta satisfacion.

TEODORA.

Ya no hay nadie que se queje.

(*Siéntanse don García con Celia, Lucindo con Teodora, Pedro con Inés.*)

LUCINDO.

Ansí se harán amistades
Mas presto.

CELIA.

El venir á verme
Esta noche os agradezco.

DON GARCÍA.

Señora, si un accidente
Quita á un hombre en un instante
La vida, y vemos que muere,
Un accidente de amor
No pienso que es menos fuerte
Que cuantos he dicho aquí,
Para que de hacerlo deje.
Yo os vi, yo os amé, yo muero.

CELIA.

Para verso de repente
A propósito venia.

DON GARCÍA.

Antes amor decir puede
Que fué imitacion del César.
Vine y vi; pero no viene
Bien el decir que *vencí*,
Pues he visto á quien me vence.
Vencido estoy, los despojos
Son mil almas.

CELIA.

¿Que confiese
Un hombre tener mil almas?

DON GARCÍA.

Pocas dije, si se ofrecen
A los rayos celestiales
De esos ojos.

CELIA.

Mas no excede
El número á los sucesos;
Que quien tantas damas tiene,
Ha menester muchas almas.

DON GARCÍA.

¡Damas yo!

CELIA.

Quien vive en frente
Las ve entrar todos los dias.

DON GARCÍA.

Serán parientas del huésped.

CELIA.

Y ¿es del retrato pintado
Tambien el huésped pariente?

DON GARCÍA.

Acaso le han puesto allí.

CELIA.

García, en palabras breves
Os digo que si mi amor
Ha de entablar lo que siente,
Con vos no ha de haber retrato
Ni favores ni papeles;
Todo ha de venir primero
Donde yo lo abrase y queme.

DON GARCÍA.

¿Cómo os podré yo traer
Esas prendas, sin que encuentren
Al dueño que vos teneis?

CELIA.

Ya llega *Santiago el Verde*,
Estacion que hace Madrid
A un soto, no mas de á verse
Todos juntos, como dicen
Que verse en el valle tienen
De Josafat; vos podeis
Seguir el coche y tenerme
Un puesto entre aquellas zarzas,
Que mil parras entretejen
A invidia de los espinos,
Que en este tiempo florecen.
Allí tendrémos lugar
De hablar mas solos; que aquesto,
Aunque es breve, pienso que es
Mas peligroso que breve.

DON GARCÍA.

Sí; mas ¿qué os puede importar
Que tales prendas se os lleven?

CELIA.

Los maestros de danzar
Antes que algun hombre enseñen,
Que danza mal, que lo olvide
Solicitan y previenen.
Vos habeis querido antes
Que yo á quereros comience:
Quiero que del aire ajeno
Ni aun un punto se os acuerde.

DON GARCÍA.

Iré, Señora, á ese soto,
Adonde enseñado quede
El arte nuevo de amor
Que vuestro amor me promete.
No habrá carta de Granada
(Perdonar pueden ausentes),
Ni habrá favor de Madrid,
Que no se os rinda y sujete.

CELIA.

Hablad paso; que Teodora
No duerme, aunque lo parece.

DON GARCÍA.

Ni el hombre que está con ella,
Que no es de los que se duermen.

PEDRO.

En fin, Inés de mis ojos,
¿Que vuesa merced no tiene
Cosa que el alma le ocupe?

INÉS.

Algunos necios me quieren;
Pero doy en zahareña.

PEDRO.

Los ojuelos me parecen
Criminales al mirar.

INÉS.

¿Qué es criminales?

PEDRO.

Que prenden.
Las fregonas de Madrid
Con sus rostros sin afeites
Son soplonas del amor
Y de su alguacil corchetes.
Dame esas manos; que quiero
Mirar los puntos que tienen
Para unos guantes de perro...
(*Ap.* Vivo digo, y yo soy ese.)

INÉS.

Ten silencio, socarrado;
Que si mi ama lo entiende,
Habrá esta noche melindre.

LUCINDO. (*A Teodora.*)

Soy su amigo y su pariente,
Vine con el de Granada;
Pero ni agora se vuelve,
Ni tiene acabado el pleito.

TEODORA.

Yo sé que partirse quiere,
Y que es antes de dos dias.

LUCINDO.

Quien eso os ha dicho miente,
Porque estamos mas de espacio
De lo que á vos os parece,
Despues que ama don García
Vuestra amiga, y la pretende
Para el santo matrimonio.

TEODORA.

Otro disparate es ese.
¡Siendo casado y con hijos!

LUCINDO.

¿Quién?

TEODORA.

Don García.

LUCINDO.

¿Que intenten
Hombres decir tales cosas?

TEODORA.

Celia me lo dijo.

LUCINDO.

Advierte
Que á Celia la han engañado.

TEODORA.

El engaño bien se entiende.
(*Ap. á ella.* En fin, Celia, ¿tú me engañas?
¿Esto á mi amistad se debe?
¿Es esta buena amistad?)

CELIA.

¿Qué dices?

TEODORA.

Que tú me vendes.

CELIA.

¿Estás loca?

TEODORA.

No estoy loca,
Tú sí, que con pecho aleve
Me quieres quitar la vida.

CELIA.

¿Esto mi amor se merece
Por acudir á tu gusto?

TEODORA.

¿Tú á mi gusto?

CELIA.

Pues ¿qué quieres?
Por tí hablé á don García.

DON GARCÍA.

Por vos no; que solamente
Quiero yo á Celia; que á vos
No os he visto, que me acuerde.

TEODORA.

¿Dónde se sufre que digas,
Para que de amarle deje,
Que es casado?

DON GARCÍA.

Y dijo bien;
Que aunque la vida me cueste,
Me pienso casar con Celia.

TEODORA.

¡Con Celia!

INÉS.

Tu hermano viene.

ESCENA XXI.

LISARDO, FABIO, MÚSICOS.— DICHOS.

LISARDO.

¿Qué es esto? Qué gente es esta?

FABIO.

Con tu hermana están, detente.

CELIA.

Hermano, seas bien venido.

LISARDO.

Celia, ¿qué alboroto es este?

CELIA.

Unos mozos que pasaban,
Destos en hablar valientes,
Tales cosas nos dijeron,
Sin hablallos ni ofendelles,
Que á no llegar á este punto
Estos señores, que tienen
Los respetos como el talle...

LISARDO.

Basta ansí. Vuesas mercedes
Lo han hecho como quien son.

DON GARCÍA.

Yo os prometo que se acuerden
Del castigo del hablar.

PEDRO.

Yo le dí cuatro cachetes
Al uno dellos, que ahora
Entrambas manos me duelen.
No puede un hombre de bien,
Sino es en luna creciente,
Dar de noche mojicon,
Porque hay caras con juanetes.

LISARDO.

En cortesía suplico
A vuesas mercedes entren
A este patio, que está fresco.
¡Hola, Fabio! ¿quedó nieve?
Baje Laurencia una caja.
Oirán cantar dulcemente
La divina consonancia,
Que al mundo admira y suspende
Del nuevo Apolo Juan Blas;
Que aquestos señores vienen
Conmigo ahora del Prado,
Donde vi parar las fuentes
Y suspender á los aires.

DON GARCÍA.

Si pudiera detenerme,
Recibiera esa merced.

PEDRO.

Los criados, Señor, beben
En ausencia de la sed
De sus amos: di que suenen
Las divinas cantimploras.

DON GARCÍA.

Irme es fuerza, no me esperes.

LISARDO.

Pues adios.

DON GARCÍA.

Adios, señores.

CELIA. (*A los músicos, y con la intencion á don García.*)

Advertid que se os acuerde
Del soto de Manzanares.

UN MÚSICO.

Es villancico excelente.

LISARDO.

Leandro y Fabricio, entrad.

INÉS.

El son brinda.

(*Vanse todos, menos don García, Lucindo y Pedro.*)

DON GARCÍA.

Invidia, tenme.

LUCINDO.

¿De qué?

DON GARCÍA.

De notables dichas.

PEDRO.

¿Adónde?

DON GARCÍA.

En *Santiago el Verde.*

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO y LISEO, *de camino.*

LISEO.

No baja mas presto el rayo.

DON RODRIGO.

Es porque á mi centro voy.

LISEO.

¡Buen dia de amores hoy!

DON RODRIGO.

¿Cómo?

LISEO.

Es primero de mayo.

DON RODRIGO.

De los antiguos romances,
Con que nos criamos todos,
Lo he sacado.

LISEO.

De mil modos
Hace amor sus dulces lances
En este dichoso mes.

DON RODRIGO.

Y aun es con harta razon,
Porque la renovacion
Del año y del tiempo es.
El duro invierno encanece
La sien greñuda á los montes;
Remata los horizontes
Nieve que al sol escurece.
Visten de cristal los prados,
Los arroyos se encadenan,
Y ni murmuran ni suenan,
Mudos de mirarse helados;
Y tambien los miran mudos
Los pájaros, mal despiertos
En sus nidos descubiertos,
En los álamos desnudos.
Mas sale el mayo galan,
Con su corona de flores
Renovando los colores
Que vida á los campos dan;
Riense los arroyuelos,
Las aves cantan de ver
Vestido el ramo que ayer
Lo estaba de escarcha y hielos,
Y todo comienza á amar,
Porque tambien se renueva
La sangre en que amor se ceba.

LISEO.

No has hecho poco en pintar
El tiempo, en un mismo mes
En que él se pinta mejor;
Y si es bueno para amor,
Bien será que alegre estés
De que en el mejor del año
Hallas dulce compañía.

DON RODRIGO.

Si la soledad es fria,
A mal tiempo me acompaño.
Mejor en invierno fuera.

LISEO.

Antes agora es mejor,
Que ni hay frio ni calor.
Yo cuando culpa te diera,
Fuera en julio.

DON RODRIGO.

No repares
Con amor en tiempo.

LISEO.

Bien;
Pero yo no invidio á quien
Se casa en caniculares.
Las cosas tienen sus dias
(Quiero decir su sazon),
Porque las mujeres son
Como las tapicerías,
Que no sirven en verano;
Y si se pudiera hacer
El doblar una mujer,
Seria consejo sano.

DON RODRIGO.

La que yo quiero, Liseo,
Puesto que nunca la vi,
Será en todo tiempo en mí
Un dulce y igual deseo.
Cuéntanme mil perfecciones.

LISEO.

¿Cómo le pueden faltar,
Si entra al juego del casar
Con tal runfla de doblones?

DON RODRIGO.

La vir‿ud se ha de estimar.

LISEO.

Mal conoces el dinero;
Pero yo le considero
Del modo que suele estar
En un bien puesto aposento
Colgado un espejo...

DON RODRIGO.

Y bien...

LISEO.

Muchos entran, y aunque ven
Todo aquel rico ornamento
Y mil imágenes bellas,
Luego al espejo se van,
Y en él mirándose están
Antes que miren en ellas.
Rico aposento en la dama
Es la virtud que aconsejo;
Pero el dinero es espejo
Que nos retrata y nos llama.
¿No te agrada?

DON RODRIGO.

Nunca en mí
Hiciera ese espejo efeto.

LISEO.

¡Oh novio santo y discreto!
Pues yo te digo que vi
Muchos á quien el dinero,
Aun despues de estar casados,
Hace vivir descuidados.

DON RODRIGO.

Contradices, majadero,
Tu misma comparacion.
Porque si el dinero fuera
Espejo, alguno se viera
En él con mala opinion.

LISEO.

Esa es la gracia; que ven,
Y dan á entender que no.

DON RODRIGO.

Esta es la casa; que yo
La sé por las señas bien.—
¿Qué gente sale de allá?

LISEO.

Un pollino y mozo son.

DON RODRIGO.

¿Si es merienda?

LISEO.

La razon,
Si bien el olor la da,
Nos dará este gentil hombre.

ESCENA II.

FABIO.—DICHOS.

DON RODRIGO.

¡Ah hidalgo!...

FABIO.

Vaya esa plata
Con cuidado.—¿Qué mandais?

DON RODRIGO.

¿Es de Lisardo esta casa?

FABIO.

Esta casa es de Lisardo.

DON RODRIGO.

¿Queda en ella?

FABIO.

Esta mañana
Fué con mi señora Celia
Al Soto.

DON RODRIGO.

¿Hay tan gran desgracia?
¿Vendrá tan presto?

FABIO.

A la noche;
Que allá comen, y me aguardan
Con el recado que veis.

DON RODRIGO.

¿Quién á los dos acompaña?

FABIO.

No mas que una amiga suya.

DON RODRIGO.

¿Es huerta? ¿Es casa?

FABIO.

Es la plaza
Donde hoy el verano alegre
Corre sus toros y cañas.
Bien pareceis forastero,
Pues no sabeis que se llama
Santiago el Verde este dia,
En que las hermosas damas
Y las que no son hermosas
Van con espantosas galas
Al Soto de Manzanares.

DON RODRIGO.

Bien ha llegado la fama
En Toledo á mis oidos;
Que no es tanta la distancia.
Hombre, dicen, en Madrid
Con tan grandes voces habla,
Que suena el eco en Toledo.
Pero decidme, de gracia
(Como cuando piden algo
Suelen decir en Italia),
¿Quereisme guiar al Soto?

FABIO.

¿Quién sois? Porque vuestras galas
Y ese talle me han movido
A pensar si en nuestra casa
Venís por la mejor prenda.

DON RODRIGO.

Don Rodrigo soy de Lara,
Y quien, si no se le mudan
La fortuna y la esperanza,
Será de Celia marido.

FABIO.

Que perdoneis mi ignorancia
Con darme esos piés os ruego;
Y creo que si llevara
Al Soto de Manzanares
La misma fénix de Arabia,
No fuera de mis señores
Con tanto gusto estimada.
Mil veces en hora buena
Vengais.

DON RODRIGO.

Vuestra buena gracia
Estimo por buen agüero
Del gusto y bien que me aguarda.

FABIO.

Si quereis algun caballo
Para ir al Soto, jornada
A caballo breve y corta,
Y á pié polvorosa y larga,
Harélo ensillar; que hay seis
Que pueden tener las armas
Del rey de España.

DON RODRIGO.

Yo traigo
Por ser breve la jornada,
El mejor que allá tenia.

FABIO.

Pues seguidme. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON RODRIGO, LISEO.

LISEO.

¿Qué acobardas
Las manos con este hidalgo?

DON RODRIGO.

La cadenilla pensaba
Darle; mas parece poco.

LISEO.
Más poco, Señor, es nada.
Dale; que cuando conocen
Una condicion avara,
Criados informan mal.

DON RODRIGO.
Bien dices. Daréle el alma...
Pero no, que es ya de Celia.

LISEO.
Pues dale un alma de plata.

(*Vanse.*)

—

El Soto de Manzanares.

ESCENA IV.

GENTE, *bailando en rueda, con guirnaldas de flores;* MÚSICOS, *cantando;* GENTE *que lo ve.*

MÚSICO 1.° (*Canta.*)
¿Quién dice que no es este
Santiago el Verde?

MÚSICO 2.°
Dejadme decir á mí
La copla.

UN HOMBRE.
¡Qué lindo vino!

MÚSICO 1.°
¿Eres poeta, Rufino?

MÚSICO 2.°
No sé, presumo que sí.
A lo menos lo deseo,
Por ver cuánta estimacion
Tienen.

UNA MUJER.
Y tienen razon;
Que muchos príncipes veo
Preciarse de aquesta ciencia.

MÚSICO 2.°
¿Es culpa suya el ser pobre
Un poeta?

EL HOMBRE.
Aunque le sobre,
Es tanta su impertinencia,
Que siempre se están quejando.

MÚSICO 2.°
Virgilio tuvo un millon.

EL HOMBRE.
No todos Virgilios son.

MÚSICO 2.°
Cuando fuéredes contando
Los príncipes que en España
Son poetas, ¿qué riqueza
Mayor?

EL HOMBRE.
Cuando la pobreza
Los poetas acompaña,
Es porque ellos no lo son.
Yo conozco alguna pluma
Que ha ganado una gran suma
De dinero y opinión.
Di la copla.

MÚSICO 2.°
Ya la digo,
Aunque de improviso.

TODOS.
Vaya.

MÚSICO 2.°
¡Oh mayo! una musa maya
Vaya sin vaya conmigo.
Quien dice que esto no es
Santiago el Verde y sus flores,
No tenga dicha en amores;
Cuéstenle mucho interés,
Corónese de ciprés,
Y no de arrayan alegre.

TODOS.
Quién dice, etc.

MÚSICO 1.°
¡Qué graciosamente hacían
Este baile en la comedia!

ESCENA V.

DON GARCÍA, LUCINDO.—DICHOS.

LUCINDO.
Debe de haber hora y media
Que por la puente venian.

DON GARCÍA.
Pues ¿adónde se os perdieron?

LUCINDO.
Es tanta la cantidad
De coches, que una ciudad
El Soto y el campo hicieron.
Suele el Soto y vega llana
Manzanares dividir,
Como va Guadalquivir
Entre Sevilla y Triana.
¡Cuánta merienda se ve
Por estos bosques tendida!

DON GARCÍA.
Tarde bien entretenida
Para quien alegre esté.

LUCINDO.
Alégrate; que no creo
Que dejen de parecer
Presto.

DON GARCÍA.
Pedro es ido á ver,
En la voz de mi deseo,
Si el coche ha pasado el rio,
Y desotra parte está.

UNA MUJER.
La merienda llega ya.

UN HOMBRE.
Tiempo es ya de beber frio.

LA MUJER.
El de la nieve se apreste,
Pues ya comienza el verano.

EL HOMBRE.
Cantad, y todo cristiano
Sobre la yerba se acueste.

(*Vanse cantando los músicos, y la demás gente los sigue.*)

ESCENA VI.

DON GARCÍA, LUCINDO.

LUCINDO.
¿No te alegra y te entretiene
Este regocijo aquí?

DON GARCÍA.
Todo es pena para mí
Mientras mi gloria no viene.

LUCINDO.
Pues ¿no te deleita el ver
Tantos coches tan bizarros,
Tantos entoldados carros,
Tanta gallarda mujer,
Y mas locas las riberas
Del humilde Manzanares
Que están los soberbios mares
Con sus naves y galeras?
¿No ves entre estos espinos
Cubiertos de blancas flores
Tanta alfombra de colores
Vistiendo rudos pollinos,
Que ayer con las aguaderas
Traian agua, y hoy pasan
Ninfas de Madrid, que abrasan
Las aguas de sus riberas?
¿No ves convertido en lago
A Manzanares cruel
De los que pasan por él,
Y tanto macho y cuartago,
Que con el árbol de Alcides
Les hacen frenos y riendas?
¿Y no ves tantas meriendas
En esas zarzas y vides,
Tanta guitarra y pandero,
Tanto sombrerillo y pluma,
Tanto amante?

DON GARCÍA.
Digo en suma
Que no viendo el bien que espero,
Todo cuanto miro aquí,
Que en esta alegre ribera
Celebra la primavera,
Es infierno para mí.

ESCENA VII.

PEDRO. — DICHOS.

PEDRO.
Ya no pensé que te hallara.

DON GARCÍA.
¿Cómo, Pedro?

PEDRO.
Está de suerte
El campo, que ha sido el verte
Milagro.

DON GARCÍA.
¿Y mi prenda cara?

PEDRO.
Tu prenda cara, Señor,
Queda con Teodora allí.

DON GARCÍA.
¿Y su hermano?

PEDRO.
No le vi.

DON GARCÍA.
Teodora me da temor.
¡Oh si pudieses llegar
Y decirle que aquí estoy!

PEDRO.
Aunque conocido soy,
Por ti la tengo de hablar.

DON GARCÍA.
¿Cómo?

PEDRO.
¿Tienes un doblon?

DON GARCÍA.
¿Para qué?

PEDRO.
¡Gentil amante!

DON GARCÍA.
No porque el doblon me espante,
Mas por saber la invencion;
Que aunque tu intento no sé,
Es maliciosa esta dama.

PEDRO.
Cuando piden á quien ama,
No ha de decir para qué;
Que ha de ser quien así está
Reloj con estas señoras,
Que ha de dar á todas horas,
Sin saber á quien se da.

DON GARCÍA.
Toma, y Ulíses te enseñe.

PEDRO.
A Ulíses puedo enseñar.
¿Adónde os tengo de hallar?
Que no es justo que me empeñe
En tal peligro.

DON GARCÍA.
Detrás
De aquel álamo que abraza
Aquella vid.

PEDRO.
¡Linda traza! (*Vase.*)

LUCINDO.
Agora ¿contento estás?

DON GARCÍA.
Hasta verla estaré triste.

LUCINDO.
Esta variedad que veo
El mas ardiente deseo
Gustosamente resiste.

DON GARCÍA.
De todo estoy incapaz.
Trasladóse á un verde soto
La corte.

(*Ruido dentro.*)

DON GARCÍA.
¡Bravo alboroto!

ESCENA VIII.

GENTE.—DON GARCÍA, LUCINDO.

GENTE. (*Dentro.*)
Afuera, ténganse, paz.

LUCINDO.
¿Qué es aquello?

DON GARCÍA.
Cuchilladas.

LUCINDO.
¡Qué notable gente acude!

DON GARCÍA.
Con una que se desnude,
Se sacarán mil espadas.

LUCINDO.
Hácia acá vienen bailando.

DON GARCÍA.
Este regocijo es fiesta.

LUCINDO.
Gente de pandero es esta.

DON GARCÍA.
Pues vámonos retirando.

ESCENA IX.

Músicos *cantando, y una mujer bailando;* GENTE.—DICHOS.

MÚSICOS. (*Cantando.*)
En Santiago el Verde
Me dieron celos;
Noche tiene el dia,
Vengarme pienso.
Álamos del Soto,
¡Dónde está mi amor?

DON GARCÍA.
Esta siguidilla
Acabaré yo.

MÚSICOS.
Álamos del Soto,
¡Dónde está mi amor!
Si se fué con otro,
Moriréme yo.

DON GARCÍA.
¡Mal agüero! Pero vamos
Al puesto que señalé.

LUCINDO.
Yo te aseguro que esté
Entre aquellos verdes ramos.

MÚSICOS.
Manzanares claro,
Rio pequeño,
Por faltarle el agua
Corre con fuego.

(*Vanse cantando, y con ellos don García y Lucindo.*)

ESCENA X.

CELIA Y TEODORA, *con capotillos.*

TEODORA.
¿Qué es lo que vienes buscando?

CELIA.
Ninguna cosa, Teodora.

TEODORA.
Parece que vas agora
Con mas cuidado mirando.

CELIA.
La gente y la variedad
Da gusto.

TEODORA.
Cuidados tienes.

CELIA.
Celosa, Teodora, vienes.
Si hay celos, no hay amistad.

ESCENA XI.

PEDRO, *vestido de suplicacionero, con cesta y naipes.*—DICHAS.

PEDRO.
¿Quien compra suplicaciones?

CELIA.
A ver, buen hombre, llegad.

PEDRO.
Suplicaciones comprad.

TEODORA.
¿Ahora en eso te pones?

CELIA.
No las ha nombrado bien,
Porque ¿quién ha de comprar?
El suplicar es rogar.

PEDRO.
Rogar se compra tambien.
(*Ap. á ella.*) ¿Conóceme?

CELIA.
¿Es Pedro?

PEDRO.
Sí.

CELIA.
¿Cómo vienes deste modo?

PEDRO.
Mi amo lo enreda todo.

CELIA.
¿Adónde está?

PEDRO.
Vesle allí.

CELIA.
No me digas mas razones.

PEDRO.
A li bon entenditori
Poque parole, señori.
¿Quién compra suplicaciones? (*Vase.*)

ESCENA XII.

CELIA, TEODORA.

TEODORA.
¿Compraste?

CELIA.
No me agradaron.

TEODORA.
¡Notable gente!

CELIA.
Es el dia
De mas gusto y alegría.

TEODORA.
El campo y el sol se honraron.

CELIA.
¡Ay! una liga he perdido.

TEODORA.
¿Adónde?

CELIA.
Pienso que allí.
Espérame un poco aquí.

TEODORA.
El campo es ladron florido,
Y querrála para hacer
Mas flores de su color.

(*Vase Celia.*)

ESCENA XIII.

TEODORA.

¡Ay! si vinieras, amor,
Sin celos! No puede ser;
Que como al correr los velos
Al sol la tiniebla fria,
Sucede la noche al dia,
Siguen al amor los celos.
Celos tengo, y con razon,
De Celia, pues me ha engañado,
Puesto que he disimulado
Mi lealtad y su traicion.
Agradóle don García
Y quísole para sí;
Mas luego que lo entendí,
Se aumentó la pena mia,
Y le quiero mucho mas.

ESCENA XIV.

LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, INÉS.—TEODORA.

INÉS.
Aquí, Señor, las dejé.

LISARDO.
Teodora, ¿dónde se fué
Celia, que tan sola estás?

TEODORA.
Cierta joya que ha perdido
Volvió á buscar por el prado.

LISARDO.
Con la joya que ha llegado
Puede ponerla en olvido.

TEODORA.
¿Es aqueste el caballero
Con quien la quieren casar?

DON RODRIGO.
Las manos le podeis dar,
Que ver por mi dicha espero
Tan presto enlazar las mias.

TEODORA.
No soy la novia, Señor,
Aunque agradezco el favor.

LISEO.
¡Qué deslumbrado venias!

DON RODRIGO.
Perdonad á mi deseo,
Y pasará mi aficion
A su justa obligacion,
Pues en esta casa os veo.

LISEO.
¿Cómo casa? ¿Estás en tí?
Mira que estás en un prado.

DON RODRIGO. (*Ap.*)
Como bestia me he casado,
Si ahora me caso aquí.

LISEO.
Si te turbas con su amiga,
Pienso que te has de morir
Con la novia.

DON RODRIGO.
De venir
Me ha pesado, aunque me obliga.
Deseo de ver la cara
De quien ha de ser mi esposa.

LISARDO.
¿No es galan, Teodora hermosa,
(*Ap. á ella.*)
Nuestro novio? En él repara.

TEODORA.
Celia ha tenido ventura;
Que un marido forastero
Llega á las veces tan fiero
Y con tan mala figura,
Que suele bañar en llanto
Los ojos de una mujer.

LISARDO.
¿Si le ha visto y quiere hacer
Celia melindre y espanto?
¿Cuánto va que se ha escondido?

TEODORA.
Pues no viene, eso será.

LISARDO.
Véngale á ver, y sabrá
Que tiene galan marido.

TEODORA.
Buscarla será mejor.

LISARDO.
Que se esconde sospechamos
Vuestra esposa entre estos ramos.

DON RODRIGO.
Por ser de los ramos flor.

LISARDO.
Que la vamos á buscar
Dice Teodora.

DON RODRIGO.
Y es justo.

LISARDO.
Aquí esperad.

DON RODRIGO.
Con el gusto
Que amor obliga á esperar.
(*Vase Lisardo, Teodora é Inés.*)

LISEO.
Melindre quiere tener
Celia.

DON RODRIGO.
¡Melindre en la corte!
Mas bien es que se reporte
Mi esposa en dejarse ver;
Que lo que se ha de comprar,
Se ha de mirar poco á poco.
(*Apártanse á un lado.*)

ESCENA XV.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO Y CELIA.—DON RODRIGO, LISEO.

DON GARCÍA.
Estoy por tus ojos loco.

CELIA.
Estas prendas me has de dar.

DON RODRIGO.
¡Bravas damas y galanes!

LISEO.
Hoy es el bosque de amor.

DON RODRIGO.
Será de Celia rigor
Con desdenes y ademanes
Huir de que yo la vea.

LISEO.
Búscala tú; que es razon.

DON RODRIGO.
Campo y bodas...

LISEO.
Pues ¿qué son?

DON RODRIGO.
¡Plegue á Dios que por bien sea!
(*Vanse don Rodrigo y Liseo.*)

ESCENA XVI.

DON GARCÍA, CELIA, LUCINDO, PEDRO.

DON GARCÍA.
Este naipe es un retrato
De cierta dama, ya es muerta.

CELIA.
¿Muerta?

DON GARCÍA.
Sí, que está olvidada,
Y ausente lo mismo fuera.

CELIA.
¡Buena cara, por mi vida!

DON GARCÍA.
Era un poquito morena,
Pero con lindas facciones.

CELIA.
¿Lindas?

DON GARCÍA.
Pues ¿de esto te pesa?

CELIA.
Lo moreno viene aquí,
Lo lindo allá se le queda;
Mas basta que tú lo digas
Para que yo te lo crea.

DON GARCÍA.
¿Celos?

CELIA.
¿Yo celos? Temprano.
¿Qué cintas verdes son estas?

DON GARCÍA.
No sé, por Dios: disparates,
Que vienen á que los veas.
Estos son dos papelillos
De cierta dama burlesca,
Destas que venden el gusto.

PEDRO.
Sí, que amor tiene taberna
Donde alguno se emborracha.

LUCINDO.
Yo pienso que Pedro acierta;
Que destos ramos sin duda
Muchas las llaman rameras.

CELIA.
Leer quiero este papel.

DON GARCÍA.
Por tu vida, no le leas.
Mira que el tiempo se pasa.

CELIA.
Tambien se pasa la pena.
(*Lee.*) «Quien pasa dos dias sin visi»tarme, pasará muchos sin verme; pues »bien sabe vuestra merced que me te»nia ociosa y enamorada. Luego que vi »tan recia la tempestad, me prometí la »serenidad que veo, porque de los amo»res y las cañas, las entradas. Si vues»tra merced no se atreve á venirme á »ver á mi casa, déme licencia que yo »vaya á la suya; que las mujeres, cuan»do queremos, tambien sabemos ser »hombres.»

DON GARCÍA.
No leas, Celia querida,
Cosas tan viles como estas,
Y que en efeto pasaron
Antes que yo te quisiera.
Échale agora en la manga,
Y allá sabrás lo que queda;
Mira que me tienes muerto
Con soledades y ausencias.
Dime alguna cosa tuya;
Que estas cosas no vinieran
A tus manos sin tu gusto;
Pero al fin si me confiesas
De pensamientos pasados,
Allá llevas las ofensas.

CELIA.
Entibiado me has el gusto
Con estas cosas; mas ¿eran,
Como tú dices, en tiempo
Que no me ofendes con ellas?

DON GARCÍA.
No, Celia, no vienes tú
Como quien ama de veras.
Algo traes de mudanza;
Que en tus rejas y en tus puertas
Mas amorosa escuchabas
Mis enamoradas quejas.
Esto teneis las mujeres;
Obligais hasta que os quieran,
Y en viendo que sois queridas,
No hay nieve que se os parezca.
Habla por Dios, que me matas.

CELIA.
¿Qué quieres, mi bien, que pueda
Decirte tan desdichada
Mujer, que mañana espera
Un hombre que menee el labio
Para que su dueño sea?
¿Parécete que esta es causa
De tibieza y de tristeza?

DON GARCÍA.
De tristeza sí, mis ojos,
No de tibieza; que hiela
El alma que amor abrasa.

ESCENA XVII.

INÉS.—DICHOS.

INÉS.
¡Ay, señora! corre, vuela;
Que ha llegado don Rodrigo.
Él y tu hermano rodean
El bosque para buscarte.

CELIA.
¿Era sin causa mi pena?

DON GARCÍA.
No era tu pena sin causa.
Mi muerte verás con ella.
¿Qué piensas hacer?

CELIA.
Salir
De presto donde me vea.

DON GARCÍA.
Aguarda.

CELIA.
¿Qué he de aguardar?

DON GARCÍA.
Aquí hay un coche en que puedas
Venirte conmigo.

CELIA.
¿Adónde?

DON GARCÍA.
Donde el júez de la iglesia
Nos dé las manos.

CELIA.
¡Ay, Dios!
¡Quién pudiera!...
DON GARCÍA.
¡Quién quisiera!
Has de decir, Celia mia.
CELIA.
Tú no sabes bien las prendas
De mi hermano y de mi casa,
Y que en Madrid eso fuera
Dar ocasion á quien vive
De matar honras ajenas.
DON GARCÍA.
Si bien, un discreto dijo
Que aquestos sucesos eran
Como muertos por desgracia;
Que, porque todos los vean,
Los ponen en unas andas,
Y á la noche los entierran.
CELIA.
¿Quieres tú que esté mi honra
En la plaza, y que al fin sea
Como muerta por desgracia?
DON GARCÍA.
¿Qué importa, si en mí se entierra?
CELIA.
Hasta aquí llegó, García,
Quererte.
DON GARCÍA.
Dame siquiera
Una mano, pues ha sido
La causa de mis tristezas.
Tú me enviaste á llamar,
Y yo en mi vida te viera;
Tú me has dado la ocasion.
CELIA.
Ea pues, mi mano es esta.
DON GARCÍA.
Acordaos, ingrata mano,
De estas lágrimas.
INÉS.
Apriesa,
Señora.
CELIA.
Adios, don García. (*Vase.*)
PEDRO.
¡Bueno, por mi vida, quedas!
Y tú, Inés, ¿esperas novio?
INÉS.
Pedro, no es tiempo de quejas.
Suelta la mano.
PEDRO.
¡Ay, Inés!
De este mordiscon te acuerda.
(*Vase Inés.*)

ESCENA XVIII.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO.

DON GARCÍA.
Pedro, ¿qué es aqueso?
PEDRO.
Así
La mano desta soleta,
Y con el sacabocados
Le dejé la boca impresa.
DON GARCÍA.
¡Oh quién hablara á Teodora,
Por quien mas se abrasa Celia!
PEDRO.
Pues eso no os dé cuidado;
Que todavía me quedan
Algunas suplicaciones.
DON GARCÍA.
Parte, y dila que la espera
Don García entre estas parras
Que por estos olmos trepan.
PEDRO.
Yo voy: esperadme aquí. (*Vase.*)
LUCINDO.
Huélgome que ánimo tengas.
DON GARCÍA.
Amor es como la luz,
Que da á entender que se esfuerza
Cuando mas se va acabando:
Y así yo, cuando ya llega
El postrer punto que espero,
Saco fuerzas de flaqueza.
(*Vanse.*)

ESCENA XIX.

CELIA, INÉS.

CELIA.
¿Hay desdicha mayor?
INÉS.
Si tú sabias
Que tu hermano, Señora, te casaba,
¿Para qué le buscabas y escribias?
CELIA.
Pensé la dilacion que me aguardaba;
Mas quise acrecentar las glorias mias,
Cuando para Teodora le buscaba.
Ya le vi, ya le quise y ya lo pago,
Pues ha de ser, Inés, mi eterno estrago.
INÉS.
¡Qué! Luego olvidarás con nuevo dueño.
CELIA.
No olvidaré en mi vida á don García.
INÉS.
Así lo dicen todas; pero es sueño.
Las firmezas de amor duran un dia.
CELIA.
¡Ay! cómo siempre en término pequeño
Se desparece amor! Desdicha mia
Fué conocer un hombre tan gallardo.
INÉS.
¿Si es aqueste que viene con Lisardo?

ESCENA XX.

LISARDO, TEODORA, FABIO, DON RODRIGO, LISEO.—DICHAS.

LISEO.
Está de suerte el Soto con la gente
Que hoy le celebra, que se habrá perdido.
DON RODRIGO.
Los árboles exceden la corriente
Que el Nilo enturbia.
INÉS.
¡Qué galan vestido!
El talle ya es razon que te contente.
CELIA.
No tan presto al amor vence el olvido.
TEODORA.
Aquí está Celia.
LISARDO.
Hermana, ¿dónde estabas?
CELIA.
Donde no imaginé que me buscabas.
Sentada á las orillas dese rio,
Por donde amenos olmos le hacen calle,
Me holgaba de miralle con el brio
Que suele julio con calor quitalle.
DON RODRIGO.
¿Qué te parece el nuevo dueño mio?
LISEO.
Que tiene bello rostro y lindo talle.
LISARDO.
Este es tu esposo.
DON RODRIGO.
Dadme vuestras manos.
LISARDO.
Términos excusemos, cortesanos.
CELIA.
No os espante, Señor, de que turbada
Me sienta al veros el primero dia
En campo abierto, sola y descuidada.
DON RODRIGO.
Tal vez amor al campo desafía:
Para matarme á mí sacó la espada
En este campo, aunque es vitoria mia,
Pues siendo vuestros ojos salteadores,
Salió á robarme y me mató de amores.
Un Ovidio este bosque me parece:
Este dia famoso de Santiago
De bellísimas ninfas se guarnece.
Mucho en la variedad me satisfago;
Mas como Vénus clara resplandece
Cuando en el occidente cubre el lago
Del ancho mar el sol, sois vos con ellas
Lucero entre bellísimas estrellas.
CELIA.
Mirad, Señor, que aunque ese ingenio invidio,
Que tambien os diré que andaba solo
Entre los bosques, como pinta Ovidio,
Desafiando á amor el rubio Apolo.
LISARDO.
A mí me dan las fábulas fastidio,
Aunque las selvas son su centro y polo.
Tratemos de otra cosa, pues ofrece
Llaneza el campo.
DON RODRIGO.
(*Ap.* Un ángel me parece.)
Aquí sobre estas yerbas nos sentemos
A ver hechos ciudad los verdes prados.
LISARDO. (*A Teodora.*)
Y vos y yo mis quejas tratarémos,
Que andan mis pensamientos mal pagados.
CELIA.
Inés, ¿qué haré? (*Ap. con ella.*)
INÉS.
Dejar de hacer extremos.
CELIA.
No puede amor ni pueden mis cuidados;
Que pienso que me mira don García
Detrás de alguna verde celosía.
INÉS.
Pues á fe que merece el toledano
Tenerle amor.
LISARDO.
Llamad quien cante un poco.
FABIO.
Aquí vienen Fenisa y Feliciano.

ESCENA XXI.

MÚSICOS.—DICHOS.

LISARDO.
Hoy el mas cuerdo en este bosque es loco.
Oir música eleva: es cuento llano
Que de ver tantos bailes me provoco
A suplicaros...
TEODORA.
No, por vida mia.
LISARDO.
Pues no consiente gravedad el dia,
Las dos os levantad.
CELIA.
La compostura
Solia ser, hermano, tu consejo,

LISARDO.

En el estrado sí.

DON RODRIGO.

De mi ventura,
Si lo dejais por mi ocasion, me quejo.

CELIA.

Como vos me ayudeis, iré segura
Con tal maestro.

DON RODRIGO.

Las excusas dejo;
Que todo es campo.

INÉS.

A fe que tiene brio.

CELIA.

¿Qué baile cantarán?

TEODORA.

El desafío.

(*Cantan los músicos, y bailan Lisardo, don Rodrigo, Teodora y Celia.*)

UNA MUJER. (*Canta.*)

Una niña desdeñada,
Ingrata consigo misma,
Orilla de Manzanares
Valiente á Amor desafía.
Los dos salieron al campo
Cuando el alba se reia
De ver huyendo la noche,
Que por unos montes iba.
Pensó Amor que venia sola,
Y la traidora traia
Otras dos niñas con ella,
Que mataban con la vista.
Puso Amor la flecha al arco;
La niña, muerta de risa,
Con un arco de sus ojos
Volvió la flecha ceniza.

LISARDO.

A abrazaros me adelanto,
De haberos visto contento.

ESCENA XXII.

PEDRO, *de suplicacionero.* — DICHOS.

PEDRO. (*Ap.*)

Temeraria empresa intento:
Por un loco lo soy tanto.
Si hablando están divertidos,
Quiero llegarme á Teodora.
(*Ap. á ella.* Ce, Teodora, mi señora...)
(*Ap.* ¡Que ciegue amor los sentidos
De mi amo en tal porfía!)

TEODORA.

¿Es Pedro? (*Ap. con él.*)

PEDRO.

Y el de Urdemalas;
Mas ya ventura señalas
A mí señor don García.
Entre aquellas zarzas queda,
Muerto por verte y hablarte.
Si pudieses escaparte
Sin que nadie ver te pueda,
Daráslе vida; que allí,
Todo hoy sin comer bocado,
Celoso y desesperado
Está muriendo por tí.

TEODORA.

¿Por mí? Pedro, si verdad
Me dijeras, yo te diera
Una cadena.

PEDRO.

No fuera
Mentirte buena amistad.

TEODORA.

¡Ay, alma! crédito dalde.

PEDRO.

Bien me lo puedes creer.
¿Piensas tú que soy mujer,
Para que mienta de balde?

TEODORA.

Vete; que ya voy tras tí.

(*Vase Pedro.*)

Inés, que digas, te ruego,
A Celia que vuelvo luego,
Si preguntare por mí. (*Vase.*)

(*Los músicos se van tambien.*)

ESCENA XXIII.

CELIA, INÉS, LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, FABIO.

DON RODRIGO.

Yo he venido, como veis,
Lisardo, á nuestro concierto,
Por ver á Celia tan cierto
Como por las cartas veis.
Despues de vista, lo afirmo
Con nuevas obligaciones.

LISARDO.

Y yo las satisfaciones
Que tengo de vos, confirmo.

DON RODRIGO.

¿Cómo quereis que esto sea?

LISARDO.

Habiendo vos de posar
En mi casa, habrá lugar
Para que aquesto se vea.

DON RODRIGO.

La merced, Lisardo, aceto;
Que ya como hermano, soy
Vuestro huésped.

LISARDO.

Y yo estoy
Seguro del mismo efeto.

CELIA.

Inés, ¿adónde se fué
Teodora?

INÉS.

¿No viste aquí
A Pedro?

CELIA.

Pues ¿vino?

INÉS.

Sí.

CELIA.

¿Hablástele?

INÉS.

No le hablé,
Porque él hablaba al oido
A Teodora, y la llevó.

CELIA.

Bien imaginaba yo
La contrayerba de olvido
En esta enemiga mia.
¿Que se fué con él á hablar?

INÉS.

Si tú te quieres casar,
¿Qué culpas á don García?

CELIA.

¡Ay, Inés! tienes razon;
Pero ¿es justo sentimiento
De mi injusto casamiento
Mudar tan presto aficion?
¿No aguardara solo un dia?

INÉS.

Amor quiérese vengar
De presto.

CELIA.

¿Que fuese á hablar
Teodora con don García?
Entrambos toman venganza
De mí, que á entrambos ofendo.
A Teodora pues emprendo
Contradecir su esperanza
Cuanto se pueda excusar,
Y á don García en casarme.
Al fin quiero aventurarme
A seguirlos, y estorbar
Que no hablen.

INÉS.

Mucho emprendes.
Mira que el valor ofendes
De que te sueles preciar.

CELIA.

Esta es la prueba mayor;
Que nadie, aunque haya desvelos,
Hasta que lleguen los celos,
Conoce si tiene amor. (*Vase.*)

LISARDO.

Tratarémos nuestras cosas
Como á los dos esté bien.

DON RODRIGO.

Será fuerza que lo estén,
Y allanar las mas forzosas;
De mas que no he de salir
Un punto de vuestro gusto.

LISARDO.

Con vida y casa, y es justo,
Siempre os tengo de servir.
¿Dónde están Celia y Teodora?

INÉS.

Al coche pienso que van.

LISARDO.

Pues solas pienso que están,
Tratarán solas ahora
De vuestra persona y talle.
Recoge, Fabio, la gente;
Que se va el sol diligente.

FABIO.

¡Hola, Juan! Voy á avisalle
Que llegue á esta orilla el coche.

(*Vanse Lisardo, Inés y Fabio.*)

LISEO.

Contento vas.

DON RODRIGO.

¡Ay, Liseo!
¡Si pudiese mi deseo
Dejar de ser esta noche!

LISEO.

Cólera de un desposado
Pienso que es el desear,
Pues ha de tener lugar
Casado para cansado.

(*Vanse.*)

ESCENA XXIV.

TEODORA, DON GARCÍA, PEDRO, LUCINDO.

TEODORA.

Bien presumo que te obliga
El sentimiento presente
De que Celia se te casa.

DON GARCÍA.

No quiere amor que te niegue,
Ni el tiempo ni el ser quien soy,
La verdad que trato siempre.
Yo dije á Celia favores,
Porque me engañó de suerte,
Que entendí que eran verdades
Cuantas me dijo, hasta verme
En el estado que ves.
No fué agraviarte, sin verte
Y sin saber que tú fuiste
La causa de que la viese.
Ella se casa y me deja,
Y pudiera de tenerme
Por marido honrarse tanto
Como del que á serlo viene.
Quise volverme á Granada,
Y acordéme que las leyes

De amor dan licencia á un hombre
De que ofendido se vengue.
Yo quiero, Teodora hermosa,
Si tú á mí me lo concedes,
Quererte y vengarme.

TEODORA.

Mira
Que antes que á tratar comiences
Dese amor y esa venganza,
Será muy justo que pienses
Si puedes salir con todo.

LUCINDO.

Si tú el amor agradeces
De don García, ¿qué dudas,
Pues él te estima y te quiere,
De que los dos os vengueis?

TEODORA.

Quien ama ¡qué fácilmente
Se persuade! Yo quiero
Quererte, y quiero creerte;
Que por engaños de Celia
Miré á Lisardo.

DON GARCÍA.

Tú eres
Mi solo bien. Estas zarzas
Den lugar á que aposentes
Los brazos adonde el alma.

TEODORA.

Yo los doy, si allá la tienes.
(*Abrázanse.*)

ESCENA XXV.

CELIA.—DICHOS.

CELIA. (*Ap.*)

¡Hay tan gran facilidad!
Los hombres ¿por qué encarecen
Los engaños de su amor,
Pues cuando mayor le sienten,
Buscan mas presto el remedio?
¡Ah! mal hayan las mujeres
Que cuando cogen alguno,
No le matan, y le tuercen
El alma hasta hacer vengadas
Que de celosos revienten!
¡Mal haya la que se fia
De sus engaños, que suelen
Costar las honras y vidas
Que ellos tan mal agradecen!
¡Qué amor!

TEODORA.

Celia viene allí,
Y resultará de verme
Alguna gran pesadumbre;
Mejor será que te deje.
Quédate adios, y á la noche
No permitas que te espere
Mas de las horas que digo. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

El alma me llevas.

ESCENA XXVI.

CELIA, DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO.

CELIA.

Tenme
Por la mas cuerda mujer
Que es posible encarecerte,
Pues he podido mirarte,
Villano mozo insolente,
En brazos de mi enemiga,
Sin llegar, y como suele
Ligero perro en el campo
Coger la tímida liebre,
Despedazar á Teodora
Con las manos y los dientes.

DON GARCÍA.

¡Oh qué gracia tan cansada!
De manera que tú ¿quieres
Estar en brazos de un hombre,
Y que yo por tus desdenes
Me vaya á ser ermitaño?

PEDRO.

Y ¿tan mal comen y beben
Los ermitaños, que agora
En la corte se entretienen?

LUCINDO.

No tienes, Celia, razon;
Que pues tú dices que emprendes
Casarte, ya don García
Disponer de su amor puede.

CELIA.

Sí, pero no con Teodora.

DON GARCÍA.

¿Por qué no?

CELIA.

Porque me ofende
Teodora con ser mi amiga.
En Madrid sobran mujeres:
Enamórate, García,
Pues ya lo quiso mi suerte,
Donde no te vea ni oiga;
Que no es bien que me atormentes
Á mis ojos con Teodora.

DON GARCÍA.

Pues si Teodora me quiere,
¿Quieres tú que ande en Madrid,
Donde amor se compra y vende,
A buscar una mujer
Que me quiera tiernamente?
¿Quieres que ande con escalas
De noche á subir paredes?

CELIA.

¡Escalas! Eso es en tiempo,
Si hay quien de aquesto se acuerde,
De Calixto y Melibea.

DON GARCÍA.

Pues si tratas de intereses,
Ya ves cuál me tienen pleitos;
Demás que tú no me puedes
Pedir mas obligaciones
Que hablarte tan pocas veces.

CELIA.

¿No es obligacion tocarme
Una mano y locamente
Llegarme al rostro?

DON GARCÍA.

Otras cosas
De mas importancia suele
Lavar en Madrid el rio
Al pasar de su corriente.
Lávate el rostro y las manos,
Y harás que en ella se queden
Mis atrevimientos locos.

CELIA.

¡Lindo á fe! ¡Bravos desdenes!
Pegado te ha los donaires
Teodora. Pues oye: advierte
Que fuertemente la quieras,
Y lo que has dicho sustentes;
Porque si acaso rendido
A alguna memoria vuelves,
Te he de hacer llorar seis años.

DON GARCÍA.

¡Amenazas!
(*Vase Celia.*)

ESCENA XXVII.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO.

DON GARCÍA.

¿Fuése?

LUCINDO.

Fuése.
¿Ves si fué bueno el consejo?

DON GARCÍA.

Celos es piedra en que quiere
Amor quilatar el oro.

LUCINDO.

No hayas miedo que te deje
Esta mujer con Teodora.

DON GARCÍA.

Mas que siempre me atormente;
Que en eso está mi descanso.

LUCINDO.

¿Qué aguardas?

DON GARCÍA.

Solo que entren
En el coche, para ver
Si va dentro el novio.

LUCINDO.

Advierte
Que ya le toma la mano.

DON GARCÍA.

Vengarse, Lucindo, quiere,
Como ha visto que la miro.

LUCINDO.

Pues finge que no lo sientes.

DON GARCÍA.

¡Los favores que le hace!
¡Plegue al cielo que te anegues,
Coche, al entrar en el rio!

PEDRO.

Dicho y hecho.

DON GARCÍA.

Recogedme,
Aguas, que á librarla voy. (*Vase.*)

PEDRO.

Echóse al agua.

LUCINDO.

Ya quiere
Salir con Celia á la orilla.

ESCENA XXVIII.

DON GARCÍA *con* CELIA, *en brazos;* TEODORA, LISARDO, DON RODRIGO, LISEO, FABIO, INÉS.—LUCINDO, PEDRO.

DON GARCÍA.

De peligro como aqueste
¿Quién sino yo te librara?

CELIA.

Mis brazos te lo agradecen,
Cuando tú los estimaras.

DON RODRIGO.

Mucho á este hidalgo se deba.

LISARDO.

Si por él no hubiera sido,
Cuanto bien tengo se pierde.

DON RODRIGO.

Díganos vuesa merced
Quién es, pues tan bien se debe
Que le sirvamos.

DON GARCÍA.

Señor,
Aunque es traje diferente
Del oficio, soy, señor...
(*Ap.* Mil remedios se me ofrecen.)
Maestro soy.

DON RODRIGO.

¿De las armas?

DON GARCÍA.

No, Señor; que solamente
Coso y hago de vestir.

DON RODRIGO.

Gallarda persona tiene.

DON GARCÍA.

Pues sepa vuesa merced
Que, á quien el serlo pretende,
Le está muy bien el buen talle
Y el vestir curiosamente,
Porque al tomar la medida
A un príncipe, ó si se ofrece
A alguna curiosa dama,
Con buen talle á entrambos llegue.
Demás que el oficio me honra;
Que yo no á él.

DON RODRIGO.

Puede hacerle
Capitan su majestad.
¿Quién son los que con él vienen?

DON GARCÍA.

Oficiales mios son,
Vizcaínos, buena gente.
Yo corto lo que ellos cosen.

LUCINDO. (*Ap.*)

¿Hay desatino como este?

PEDRO. (*Ap.*)

Sospecho que de turbado
Se ha hecho sastre.

LUCINDO. (*Ap.*)

Amor vence
El mayor entendimiento.

DON RODRIGO.

Por servirle y por tenerle,
Lisardo, esta obligacion,
Quiero, si mi esposa quiere,
Que el señor maestro haga
Sus vistas.

DON GARCÍA.

Yo vivo en frente
De la señora Teodora.

DON RODRIGO.

¿Conócela?

DON GARCÍA.

Estoy de suerte,
Que no sé lo que responda.

DON RODRIGO.

Para mañana se apreste,
Pues que tendrá conocidos
Los mas ricos mercaderes.
Vamos al coche.

CELIA.

Esté cerca
Por si otra vez se nos vuelve.
(*Vanse Celia, Lisardo, don Rodrigo, Liseo, Fabio, Pedro é Inés.*)

LUCINDO.

¿Qué has hecho?

DON GARCÍA.

Un sastre de amor
Que anda en puntos de perderse.

LUCINDO.

¿Estás loco?

DON GARCÍA.

Esta esperanza
Llevo de *Santiago el Verde.*

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO.

PEDRO.

Esto he visto.

DON GARCÍA.

Con razon,
Lucindo, el sentido pierdo.

LUCINDO.

¿Vos sois cuerdo?

DON GARCÍA.

No soy cuerdo;
Que los que aman no lo son.
En fin, ¿que viste sacar
Las joyas?

PEDRO.

Por estos ojos.

DON GARCÍA.

¿A qué pueden mis enojos
Y sus mudanzas llegar?

PEDRO.

En esa puerta en efeto
Que llaman Guadalajara,
Y llamó *Guarda-la-cara*
Un escudero discreto,
Lisardo y el novio están
Sacando telas, tabíes,
Terciopelos carmesíes,
Pasamanos de Milan...
Yo vi rasos verdemares
Y vi nácares... ¿Qué quieres
Mas de que ya las mujeres
Se han convertido en altares?
¿Qué capilla, ó yo me engaño,
Tiene ornamentos mejores?
Ellas tienen sus colores
Para las fiestas del año;
Que ya, para ser querida,
Los hombres ¡qué extraña cosa!
No buscan la mas hermosa,
Sino la mas bien vestida.
Con esto verás mujer
Que por estas negras galas...

DON GARCÍA.

Habla, Pedro, de las malas,
O procura enmudecer;
Que te daré, vive Dios,
Una gentil cuchillada.

PEDRO.

Loco está, todo le enfada. (*A Lucindo.*)
Hablemos acá los dos.

LUCINDO.

Antes en esto no es loco,
Porque donde hay tantas buenas,
De tantas virtudes llenas,
Dos malas importan poco.
Y creedme, don García,
Que vos no os podeis quejar
Sino de vos.

DON GARCÍA.

¿Qué es amar,
Lucindo, sino porfía?

LUCINDO.

La mejor difinicion
De amor es esa.

DON GARCÍA.

Creer
Palabras de una mujer
Me ha puesto en tal confusion.

LUCINDO.

Quien pone en ellas firmeza
Ara el viento y siembra el mar.

DON GARCÍA.

Bien las puede disculpar
Su flaca naturaleza.
Un griego antiguo escribió
Que á la vihuela de Apolo
Saltó la prima, y que solo
A quejarse dél subió.
«¡Justicia, eternos jüeces!»
Dijo al trono de marfil;
«Que siendo la mas sutil,
Me toca Apolo mas veces.
Todos sus redobles son
En mi flaqueza, y no advierte
En tocar mas la mas fuerte;
Pues menos toca el bordon,
Que no tenga á razon poca,
Cuando su canto celebre,
De que alguna vez me quiebre,
Pues tantas veces me toca.»
Dando con esto á entender
(Comparacion extremada)
Que en la cuerda mas delgada
Y sutil, que es la mujer,
Pone un hombre tanto honor,
Confianza, amor, verdad,
Cuidado, gusto, lealtad,
Recato, hacienda, valor,
Que no es mucho, si la toca
Tantas veces, que la pierda,
Y rota en partes la cuerda,
Venga á parecernos loca.

LUCINDO.

Ella habló como sutil.
Y de instrumento de Apolo;
Que Séneca, que fué solo
En él aplauso gentil,
Dijo que naturaleza
Fué sábia en quitar poder
Y fuerzas á la mujer,
Porque á tener fortaleza,
No se pudiera vivir.

DON GARCÍA.

¿Qué importa si en su hermosura
Las dió fuerza la ventura
Con que nos pueden rendir?
Hércules fuerzas tenia,
Y como mujer hilaba,
Porque una mujer que amaba,
En mujer le convertia.
¡Ay, Dios! ¿qué tengo de hacer,
Lucindo, sin esperanza,
Disculpando la mudanza,
Que es débil cuerda en mujer?
Irme á Granada no puedo;
Que mis negocios están
En estado, que me dan,
Si les vuelvo el rostro, miedo.
Pues ¿cómo podré sufrir
El ver á Celia casada?
Pero la invencion pasada
Será mejor proseguir,
Sea ó no sea locura.

PEDRO.

¿Cuál? La del sastre, Señor?

DON GARCÍA.

Sí; que está desnudo amor,
Y amor vestirse procura.

PEDRO.

¿A qué efeto?

DON GARCÍA.

A entrar á ver
Esta mujer que me mata.

PEDRO.

Lucindo, por Dios que trata
Mi amo echarse á perder.

LUCINDO.

No lo intentes, don García;
Que es desatino notable.

DON GARCÍA.

Pues ¿cómo quieres que hable
A la ingrata prenda mia?
Dejadme ahora ser loco.

PEDRO.

Dado que su sastre seas,
Y que entres y que la veas
(Que no es el peligro poco);
Si te diesen á cortar
Una tela, ¿qué has de hacer?

DON GARCÍA.

¿Hay mas que echarla á perder,
Y acá volvella á comprar?

LUCINDO.

Muy buena ganancia es esa.

PEDRO.

¡Lindo oficio!

LUCINDO.

El arte alaba.

PEDRO.

Serà el sastre que cortaba
El paño y la sobremesa,
Y decía : ¡ Pesia tal,
Qué linda tabla de paño!

DON GARCÍA.

Yo no siento que haya engaño
Para remediar mi mal
Como el de aquesta invencion.

LUCINDO.

Y el fin ¿no se ha de mirar?

DON GARCÍA.

Los que comienzan á amar
Como los valientes son.
Seguidme; que solamente
En su gusto amor repara,
Porque si el fin se mirara,
No hubiera un hombre valiente.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA II.

CELIA.

Amor, ¿en qué te ofendí,
Que no me quieres dejar?
Si me fuerzan á casar,
¿Qué se te da, amor, á tí?
¿Qué quieres, si no nací
Para ser de don García,
Con esa injusta porfía,
Tan bárbara como tuya,
Pues el dejar de ser suya
Consiste en que no soy mia?
Déjame, amor; que cuidados
Imposibles no los precio:
No seas conmigo necio,
Pues lo son los porfiados.
Cuatro requiebros pasados,
Dos lágrimas y un papel,
¿Qué importan? Amor cruel,
No me mates, pues que miras
En las lágrimas mentiras
Y fingimientos en él.
Demás, amor, que es locura
Matarte por lo imposible;
Si te precias de invencible,
Otras victorias procura.
Granada estaré segura,
Si se vuelve don García
A Granada, aunque porfía
Persuadirme con papeles;
Que tú con papeles sueles
Quemar la nieve mas fria.
Haz, amor, pues eres ciego,
Aunque un papel me desmaya,
Que á su Granada se vaya
Y de Madrid salga luego.
No sean papeles fuego
De una casa tan honrada;
Que no es bien, si estoy casada,
Que quieras poner, amor,
Color fingido á mi honor
Con papeles de Granada.

ESCENA III.

DON RODRIGO.— CELIA.

DON RODRIGO.

Si como yo, Celia hermosa,
Soy un pobre mayorazgo
(Aunque ya he dado el hallazgo
De ventura tan dichosa
Como es tener por esposa
La hermosa prenda que adoro),
Fuera Midas en tesoro,
O el Persa Aqueménes fuera,
Toda esta sala vistiera
De rubias láminas de oro.
Hoy, Señora, os he sacado
Diversas telas, que son
Para vos del corazon
Que ha su color retratado.
Lisardo me ha reportado;
Que si no diversas fueran;
Mas no tales que pudieran
Venceros en las colores,
Si á sus primaveras flores
Las de los campos les dieran.
El oro es poco, y corrido
De no haber sido un tesoro,
Porque quien es como un oro,
Guarnecerá su vestido,
Y quedando guarnecido
Del oro de su belleza,
Será de tanta riqueza
Y diferencia en los dos,
Que al vestido vistais vos
Como á vos naturaleza.

CELIA.

Estoy muy agradecida
A la merced que me haceis,
Pues de favores quereis
Dejarme tambien vestida;
Mas para toda mi vida
Yo tengo mejor vestido,
Si habeis de ser mi marido,
Que rasos ni telas de oro,
Porque es el mayor tesoro
Dueño gozado y querido.
Tratais de honrarme, y ansí
Me siento tan obligada.

DON RODRIGO.

Para vos me dió Granada
El mas fino carmesí,
Italia rico tabí,
Diversas telas Milan.

CELIA.

En Granada siempre dan
Colores al nombre iguales;
Mas ya de mercedes tales
Saliendo al rostro me van,
Y así os suplico, Señor,
Licencia ahora me déis.

DON RODRIGO.

Vos, Señora, la teneis
Con el porte de un favor.

CELIA.

¿En qué os sirvo?

DON RODRIGO.

Aunque el temor
Me impide, una mano os pido.

CELIA.

Cuando seais mi marido,
Pues ya presto lo seréis,
De las dos escogeréis
La que fuéredes servido. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON RODRIGO.

Amor, entre desdenes y favores
Me tienes en estado tan dudoso,
Que no me falta para ser dichoso
Mas que crédito dar á los temores.
Cuando miro de Celia los rigores,
Estoy de los favores temeroso,
Y cuando los favores animoso;
Que son nublado y sol celos y amores.
Como se opone á su divina cara
Hasta que rompe sus obscuros velos,
Y parece que el sol su curso para,
Así por confusiones y desvelos,
Hasta que el desengaño le declara,
Se esconde amor cuando le encubren celos.

ESCENA V.

DON GARCÍA, LUCINDO Y PEDRO, *de sastres.*—DON RODRIGO.

DON GARCÍA.

Aquí me dicen que está.

DON RODRIGO.

¿Es el maestro?

DON GARCÍA.

Yo soy,
Que de vos quejoso estoy.

DON RODRIGO.

No tiene remedio ya
El daros aquesta obra.
Perdonad, la culpa es vuestra.
Pues sabeis la casa nuestra,
Para acudir basta y sobra,
Ya que la vuestra no sabe
Ninguno en casa.

DON GARCÍA.

Teodora
¿No la dijo?

DON RODRIGO.

Esa señora
Dijo que érades muy grave,
Y no á propósito.

DON GARCÍA.

¡Bien
Me paga la vecindad,
Y vos con la voluntad
Que os quise servir tambien!
La palabra me habeis dado,
Mirad que sois caballero.

DON RODRIGO.

Vino otro sastre primero,
Con quien habemos sacado
Los recados, que ya están
Para que Celia los vea.

DON GARCÍA.

Cuando mi zapato sea
En lo que es vestir galan,
Daré un ojo de la cara.
Pues estos dos oficiales,
¿Haylos en la corte iguales
De corte, medida y vara?
Y por ti menos haré
La mitad.

DON RODRIGO.

Yo no querria
Pesadumbres.

DON GARCÍA.

La porfía
Cesará, con que daré
Al maestro veinte escudos.

DON RODRIGO.

Como vos os obligueis
A desenojarle, haréis
Que quedemos todos mudos.
¿Cómo os llamais?

DON GARCÍA.

Justo.

DON RODRIGO.

Nombre
Notable en sastre fué Justo.

DON GARCÍA.

Antes porque visto al justo
Me viene bien ese nombre.
Al justo se ha de pedir
Lo que fuere menester,

A gusto se ha de comer,
Y justo se ha de vestir.
Y porque vestir á gusto
Tambien importa, es razon
Ser justo, pues pocas son
Las letras de *gusto* á *justo*.
Corre alguna injusta fama,
No en Madrid donde hay maestros
Tan hidalgos y tan diestros
Para vestir una dama
Y un príncipe, que podrian
Ser sus propios camareros,
Y en todo tan verdaderos,
Que mil haciendas les fian.
De mí os sé decir que soy
El que dellos menos valgo,
Y soy muy honrado hidalgo,
Y en tal posesion estoy.

DON RODRIGO.

¿De dónde sois?

DON GARCÍA.

Vizcaíno,
A vuestro servicio.

PEDRO.

Y yo
¿Soy barro? Pues no nació
Mas noble hidalgo el tocino.

LUCINDO.

Vuestra merced esté cierto
Que le habemos de servir.

DON RODRIGO.

Mi palabra he de cumplir,
Pero con ese concierto.

DON GARCÍA.

Haré que todo se allane.

DON RODRIGO.

¡Hola, Liseo!

ESCENA VI.

LISEO.—DICHOS.

LISEO. (*Dentro.*)
Señor...

DON GARCÍA.

Yo haré, no tengais temor,
Que él no pierda y que yo gane.
(*Sale Liseo.*)

DON RODRIGO.

Di á mi esposa que está aquí
El maestro.

LISEO.

¿El de danzar?

DON RODRIGO.

El de vestir.

LUCINDO. (*Ap. á don García.*)
¿Qué á cortar
Te atreves? ¿Estás en tí?
(*Vase Liseo.*)

DON GARCÍA.

Aquí no pienso hacer mas
De tomalle la medida.

PEDRO.

Ya viene.

DON GARCÍA.

No vi en mi vida
Tal gracia.

LUCINDO.

Perdido estás.

ESCENA VII.

CELIA, INÉS.—DON GARCÍA, DON RODRIGO, LUCINDO, PEDRO.

CELIA.

Dícenme que estaba aquí
El maestro.

DON GARCÍA.

Sí, señora.

CELIA.

¿Quién es?

DON GARCÍA.

Yo vengo á serviros.

CELIA. (*Ap.*)

¡Jesus!

DON GARCÍA.

Toda aquesta obra
Don Rodrigo, mi señor,
Me prometió.

INÉS. (*Ap.*)

¡Extraña cosa!

DON GARCÍA.

Cuando quiso Manzanares
Cubrir con humildes ondas
Entre navíos de nieve
Vuestra dorada carroza,
¿No os acordais qué os saqué
En brazos á la arenosa
Playa de su verde orilla?

CELIA.

Ya me acuerdo, y me alborota
El veros, porque el peligro
Se me viene á la memoria.

DON GARCÍA.

Que no hay peligro en quien ama,
Ni en la vida ni en la honra.

CELIA.

A extraña cosa os pusistes.

DON GARCÍA.

Por serviros, fueran pocas
Las hazañas de los griegos
Sobre los muros de Troya.

CELIA.

Salistes con vuestro intento.

DON GARCÍA.

Y saliera de las rojas
Llamas que á Mucio romano
Dieron tan eterna loa.

CELIA.

¿Sastre sois y historiador?

DON GARCÍA.

Y sé de la sacra historia
Que fué Dios mismo el primero
Que cortó en el mundo ropas,
Pues dicen que á Adan y Eva
Los vistió de pieles solas.
Mas dejando las divinas
Por las humanas agora,
Yo sé alguna, que es notable,
Aunque aquí pocos la notan.

CELIA.

Dejad historias y haced
Vestidos; que de una en otra
Diréis alguna que os pese.

DON GARCÍA.

De cierta mujer traidora
Era lo que yo decia,
Que á un galan fué mentirosa,
Y se casó con un hombre
Que vino de Babilonia,
No mas de porque le vió
Con sus espuelas y botas.

CELIA.

¡Notable historia!

DON GARCÍA.

Es muy linda.

CELIA.

Y ¿acabáronse las bodas?

DON GARCÍA.

Si se hubieran acabado,
Dijera al fin de la obra
El autor de aqueste cuento,
Aquí gracia y despues gloria.

DON RODRIGO.

Dad por mi vida, maestro,
Esa historia para coplas
A un ciego que la pregone
Y á un necio que la componga.

DON GARCÍA.

Ya, Señor, la escribe un necio
Y otro ciego la pregona.

DON RODRIGO.

No sé cómo se consiente
Que mil inventadas cosas
Por ignorantes, se vendan
Por los ciegos que las toman.
Allí se cuentan milagros,
Martirios, muertes, deshonras
Que no han pasado en el mundo,
Y al fin se venden y compran.
Pues ¡qué si toman el nombre,
Para que sean famosas,
De algun hombre conocido!
No hay muladar que no corran,
Estando el otro inocente.
Ahora bien, medida toma
Al vestido, y llevarán
Las sedas adonde posas.

DON GARCÍA. (*Sacando una medida de pergamino.*)
Vuesa merced enderece
El cuerpo. ¡Gentil persona!...
(*Ap. á ella.* Si no fuera tan gentil,
Que ya no hay fe que no rompa.)

CELIA.

¿Parézcoos gentil?

DON GARCÍA.

¡Y tanto!...
(*Ap. á ella.* Que ya no hay turca ni mora
Que me lo parezca mas.)

CELIA. (*Ap. á él.*)
Todo á un loco se perdona.

DON GARCÍA.

¿Está bien de aqueste largo?

CELIA.

Si es largo como la historia,
Arrastrará por el suelo;
Pero lo que arrastra honra.

DON GARCÍA.

El ruedo diez y seis palmos,
La manga entre larga y corta,
De la ropa... (*Ap. á ella.* Condiciones
De cierta mujer hermosa,
Larga en prometer palabras,
Corta en cumplirlas con obras.)
La cintura así se mide.

PEDRO. (*Ap. á Lucindo.*)
¿No ves que la abraza agora?

DON GARCÍA. (*Ap. á Celia.*)
Al fin te tengo en mis brazos,
Deuda de mi amor tan propia.

CELIA. (*Ap. á él.*)
Calla, atrevido, que estoy
Temblando.

LUCINDO. (*Ap.*)
Invencion famosa.

DON GARCÍA.

El cuello, ¿está bien ansí?

CELIA.

¿Volveréme á la redonda?

DON GARCÍA.

No. (*Ap. á ella.* Que aunque en tan breve ausencia,
Es la vuelta peligrosa.)
Mostrad los brazos. ¡Ay, Dios!
¡Qué brazo!

CELIA.

La manga corta,
Al uso; mas no de suerte
Que parezca vanagloria.

DON RODRIGO.
...n agora las mujeres
...n traer muñecas gordas.

PEDRO.
...las sustancias y pistos.

DON GARCÍA.
...to es hecho.

CELIA. (*Ap. á don García.*)
Y yo estoy loca
...e ver tu atrevido pecho.

DON GARCÍA. (*Ap. á Celia.*)
(¡Mi atrevimiento te enoja?
...es mas te queda por ver.)
¿Dónde están las sedas?

DON RODRIGO.
¡Hola!
...d las sedas al maestro.

DON GARCÍA.
...rtin, esas sedas toma.

INÉS.
...á mí, Señor, ¿no es razon
...e me déis alguna cosa?
...engo de salir ansí
...acompañar vuestra novia?

DON RODRIGO.
...ué quiere Inés que la dé?

INÉS.
...n vestido que me ponga
...n vuestras bodas, Señor.

DON RODRIGO.
...sde el chapin á las tocas
...ndrá la señora Inés.

INÉS.
...l años goces tu esposa.

DON GARCÍA.
...ra qué es bueno mil años,
...es una mujer no es moza
...treinta?

PEDRO.
Yo he visto algunas
...e con un siete y tres sotas
...cubren treinta, y el siete
...re las cartas arrojan,
...omo si fueran niñas
...gan, buscan y enamoran
...uelos, cuyos abuelos
...tuvieron cuando mozas.

DON RODRIGO.
...cuerpos embalsamados.

PEDRO.
...muchachas á la sombra.

DON GARCÍA.
...o al sol vuélvenle sastre,
...les hace mil alforjas.

DON RODRIGO.
..., maestro, ¿qué varas
...rán en saya y ropa
...nés?

DON GARCÍA.
Martin, dilo tú;
...yo visto otras personas.

PEDRO.
...?

DON GARCÍA.
Sí, acaba: ¿en qué reparas?

PEDRO.
...e gustes de aquestas cosas!
...ropa y saya, á Inés
...ciest: s varas le importan.

DON RODRIGO.
...ecien as?

PEDRO.
De pasamanos
...nuel ?

DON RODRIGO.
No digo ahora
Sino de seda.

PEDRO.
De seda
Treinta varas son forzosas.

DON RODRIGO.
¿Treinta?

PEDRO.
¿No ha de ser holgado,
Para si despues engorda?

DON RODRIGO.
Cofrade sois del pendon.

PEDRO.
Lléguese acá, no se corra;
Que sin medida, no es mucho
Errar diez varas.

INÉS.
Descoja
El pergamino.

PEDRO.
¡Oh qué tercios!
(*Saca una medida muy larga.*)
¡Bendiga Dios la cachorra!
Del cuerpo es esta medida.

INÉS.
Mire que no quede angosta
La manga.

PEDRO.
Yo se la haré
Que pueda servir de alforjas.
La cintura un poco estrecha.
Aquesos brazos desdobla.

INÉS.
Velos aquí.

PEDRO.
Bien están.

INÉS.
Advierta como la aforra.

PEDRO.
¿Ha de haber trencillas?

INÉS.
Sí.

PEDRO.
Cien varas serán forzosas.

INÉS.
Cien tigres te daré yo.

DON RODRIGO.
Vamos, maestro; que importa
Que os déis prisa.

DON GARCÍA.
Doyme tanta,
Que hasta acabar esta obra
No tendrá sosiego el alma.

DON RODRIGO.
Haceisme una gran lisonja.

(*Vanse don García, don Rodrigo, Lucindo y Pedro.*)

ESCENA VIII.

CELIA, INÉS.

CELIA.
No me he visto tan confusa
En toda mi vida, Inés.

INÉS.
¿Cómo en el mundo se usa
Tanto engaño? Pienso que es,
Si no es que el amor le excusa,
Tan sastre como mi abuelo.

CELIA.
Que ha sido invencion recelo
Para verme; mas el ver
Que el oficio sabe hacer
Me pone en mayor desvelo.

INÉS.
De aquesto que he visto infiero
Que aquel ha sido oficial
Ingerido en caballero.

CELIA.
Talle de hombre principal
Tiene.

INÉS.
No será el primero;
Que muchos han engañado
Mujeres de tu valor.

CELIA.
Todo el amor me ha quitado,
Porque es sin medida amor,
Y medida me ha tomado.

INÉS.
Si este oficio no supiera,
¿Cómo medida tomara?
Cómo tus vistas hiciera?
Cómo pergamino y vara,
Cómo oficiales trujera?
No hay duda que es oficial,
Y viéndote enamorada,
Mujer rica y principal,
Fingió ser noble en Granada.

CELIA.
¿Hay atrevimiento igual?
Querer quiero á don Rodrigo.

ESCENA IX.

TEODORA, *con manto.*—DICHAS.

TEODORA.
Ya que es cierto el casamiento,
Me vuelvo á amistar contigo.

CELIA.
Con injusto pensamiento
Te has enojado conmigo.

TEODORA.
No presumas que te hablara,
Si casada no te viera,
Pero pues tu intento para,
Deja que la prenda quiera
Que me ha costado tan cara.

CELIA.
Yo, Teodora, haré muy poco
En dejarte un hombre tal;
Pues á risa me provoco
De ver que siendo oficial,
Tuviese intento tan loco,
Que haciéndose caballero,
Quisiese casar conmigo;
Y que ha de engañarte espero.

TEODORA.
Fingiólo por don Rodrigo.

CELIA.
Míralo muy bien primero;
Que ahora ha venido aquí
Y medida me ha tomado.

TEODORA.
¿Para los vestidos?

CELIA.
Sí;
Pero en la seda ha cortado,
Gracias á amor, que no en mí.

TEODORA.
En fin, ¿él se declaró
Por oficial?

CELIA.
Libremente,
Como casada me vió.

TEODORA.
Pues ¿cómo con tanta gente
Le he visto á caballo yo?

CELIA.

Como esos milagros hace
El engaño ó el dinero.
¿Es mucho hacer caballero
A un hombre que no lo nace?

TEODORA.

¡Ay, Celia! no mas engaños
De forasteros traidores,
No quiero mas desengaños,
Ni casarme por amores,
Ocasion de tantos daños.
Hazme placer de tratar
Con tu hermano el casamiento,
Que hasta aquí me dió pesar.

ESCENA X.

LISARDO, FABIO.—DICHAS.

LISARDO.

¿Dónde queda?

FABIO.

En su aposento.

LISARDO.

No le vayas á llamar;
Que acaso escribe á Toledo.

FABIO.

Aquí están Celia y Teodora.

LISARDO.

Con eso contento quedo.

CELIA.

Este es mi hermano, y agora
Decirle tu intento puedo.

LISARDO.

Honrais con mucha razon,
Teodora, esta casa vuestra,
Y mas en esta ocasion.

TEODORA.

A la antigua amistad nuestra
Responde mi obligacion.

LISARDO.

Tengo á mi Celia casada
Con un galan caballero.

TEODORA.

Ella está bien empleada.

CELIA.

Que ha de estar Teodora espero
Mas que invidiosa, invidiada
De casar juntas las dos.

LISARDO.

Pues ¿con quién se ha de casar?

CELIA.

Con vos.

LISARDO.

¿Conmigo?

TEODORA.

Si vos
No amais en otro lugar.

LISARDO.

Ni en otro mundo, por Dios.

CELIA.

No te turbes; que ya tiene
Teodora resolucion,
Y á saber la tuya viene.

LISARDO.

Sabiendo mi pretension,
¿Qué dilaciones previene?
Yo soy suyo y lo he de ser.

TEODORA.

Yo quisiera merecer
Tal marido y tal cuñada.

LISARDO.

Ocasion tan deseada
Bien me puede enloquecer.
Harémos dos casamientos
Juntos que la corte admiren.

CELIA.

¿Qué hay, Inés?

INÉS.

Con mil contentos
Te escucho.

CELIA.

Aunque me retiren
Mis cobardes pensamientos,
He de ser de don Rodrigo.

INÉS.

¿Que aun piensas que don García,
Aquel fingido enemigo?...

CELIA.

Bizarro talle tenia.
No puedo acabar conmigo
Aquella imaginacion.

LISARDO.

Así queda declarado,
Y en prendas desta aficion...
Fabio...

FABIO.

Señor...

LISARDO.

Con cuidado,
Como pide la ocasion,
Llama á Justo, sastre nuestro.
Vísteme de oro á Teodora.

(*Vase Fabio.*)

TEODORA.

¿Qué Justo?

LISARDO.

El hombre mas diestro
Que tiene la corte agora.
Es excelente maestro.
Saque telas y tabíes,
Pasamanos carmesíes,
Robe esas tiendas un dia,
Mientras yo á la platería
Sus diamantes y rubíes.
Guarniciones y labores
Trazaréis juntas las dos.
Vos casaréis las colores;
Que yo casado con vos,
Sabré casar los amores.

CELIA.

No quiero mayor ventura.
¿Si viene el sastre?

TEODORA.

Segura
Iré, Lisardo, entre tanto,
Que habeis de pagarme cuanto
Mi amor amaros procura.

(*Vanse Teodora y Lisardo de las manos.*)

ESCENA XI.

CELIA, INÉS.

INÉS.

Ya como casados van.

CELIA.

Las manos, Inés, se dan.

INÉS.

Espántome de Teodora.

CELIA.

¡Qué presto que se enamora!

INÉS.

Lisardo es mozo y galan,
Y merece su favor.

CELIA.

¿Quién dijera á mi temor
Que estas quimeras dibuja
Que se volviera en aguja
Tan fuerte flecha de amor?

(*Vanse.*)

Tienda de un sastre.

ESCENA XII.

DON GARCÍA Y UN SASTRE.

SASTRE.

¿Cómo os podeis disculpar,
Sabiendo que estos vestidos
Acabo yo de sacar?

DON GARCÍA.

Porque son de mí servidos,
Que me lo pueden mandar.

SASTRE.

Nunca vos habeis cortado
Vara de seda en su casa.

DON GARCÍA.

Ni en otra, ni aun lo he pensado.

SASTRE.

Acá en la corte no pasa
Por agravio un hombre honrado,
Y un oficial forastero
Como vos, ha de vivir
Muy humilde.

DON GARCÍA.

Yo no quiero,
Maestro, con vos reñir.

SASTRE.

¡Qué grave y qué caballero
Se entró el señor á cortar
Las sedas que yo saqué!

DON GARCÍA.

Enviáronme á llamar.

SASTRE.

Saque la espada.

DON GARCÍA.

Podré
Mejor con ella cortar
Que con las tijeras puedo;
Que en mi vida las tomé,
Porque la sangre que heredo
Deuda de la espada fué,
Que nunca vió el rostro al miedo.
¿Sois hidalgo?

SASTRE.

Bien podeis
Reñir conmigo.

DON GARCÍA.

Es á efeto
De que un secreto guardeis.

SASTRE.

Como hidalgo os lo prometo,
Si sois mas que dicho habeis.

DON GARCÍA.

Yo soy un caballero de Granada,
Que á ciertos pleitos en la corte asisto,
De casa y de famiiia tan honrada,
Que en ella algunos títulos he visto.
Celia, de vos servida y de mí amada,
Pues con tantos peligros la conquisto,
Me quiso ver por fama de otra dama;
Que amor asienta bien sobre la fama.
Vine á satisfacer un testimonio,
Por ventura invencion, y allí informa
De su valor, hacienda y patrimonio,
Quedé para casarme aficionado.
Estaba desta dama el matrimonio
Con otro caballero concertado,
Que vino el dia de Santiago el Verde,
Bien negro para el alma que la pie
Por no ser conocido, el mismo dia
Fingí ser oficial, y para vella
Tuve de hacer sus vistas osadía,
Vistas para cegar, si he de perdella.
Sin medir el peligro que tenia,
La medida he tomado á Celia bella,
Tan logrados de amor los desvarios,
Que vi sus bellos brazos en los mios.

Las sedas truje, solo con intento
De llamaros, y siendo tan honrado,
Deciros, como veis, mi pensamiento,
De vuestro talle y término fiado.
Y porque no se entienda lo que intento,
En habiendo las vistas acabado,
Me las daréis para que yo las lleve
Y vista al mismo sol, si hay sol de nieve.
Con esto pasaré los tristes dias
Que he de estar en Madrid, pues solo [aguardo
Verla casar, creciendo mis porfías
Los celos de un marido tan gallardo;
Que entonces piensan las historias mias
Declarar mis desdichas á Lisardo
Diciéndole quién soy y que en Granada
Tiene una alma, una vida y una espada.
Pagaré las hechuras, y sin ellas
Os daré una cadena que tenia
Para la hermosa Celia, en cuyas bellas
Manos ¡ay Dios! mi boca puse un dia.
Llevad las sedas ó enviad por ellas.
Quien digo soy, mi nombre, don García.
Este mi pensamiento y esta historia
Principio de mi mal, fin de mi gloria.

SASTRE.

Estoy con mucha razon
De escucharos admirado.
Casos de amor siempre son
Notables.

DON GARCÍA.

Yo os he fiado,
Por mercader de aficion,
Las telas de mi secreto.
Cortad como os diere gusto.

SASTRE.

Vestirle justo os prometo,
Y vestir á Celia al justo,
Vuestro amoroso sujeto;
Que yo tengo las medidas
De otras ropas que le he hecho,
Y cuantas hoy trae vestidas.

DON GARCÍA.

Estoy de vos satisfecho.

SASTRE.

Perderé por vos mil vidas.

DON GARCÍA.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

SASTRE.

¿Quién dijera
Que este hidalgo no era sastre?
Dicha ha sido, pues pudiera
Sucederme algun desastre,
Sin que de sastre saliera. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA XIII.

CELIA, LISARDO.

LISARDO.

Esto que te digo vi.

CELIA.

Pienso que te has engañado.

LISARDO.

A palacio, descuidado
Aquesta mañana fuí,
Porque daba el Duque audiencia,
Y entre muchos caballeros
Vi que fué de los primeros
Que entró á hablar á su excelencia.

CELIA.

¿Nuestro sastre?

LISARDO.

El mismo digo,
Y vi que cuando acabó,
Con ellos se paseó,
Y habló como yo contigo.

CELIA.

¿Justo el que mis vistas hace?

LISARDO.

Justo el que tus vistas cose.

CELIA.

¿Y en qué paró?

LISARDO.

Despidióse,
Y como no satisface
A la opinion recebida
Lo que puede ser engaño,
Y un suceso por lo extraño
A curiosidad convida,
Seguíle, y vi que subió
En el poyo del zaguan
En un caballo alazan,
Que Córdoba no le vió
Mejor en la verde orilla
Del claro Guadalquivir.

CELIA.

Solo te puedo decir
Que me espanta y maravilla
Que aquí de vestir me corte,
Y allá me dé el mismo ser.

LISARDO.

Como eso pueden hacer
Los milagros de la corte.
Dos lacayos, cuatro pajes
Le acompañaban; llegué,
Y al uno le pregunté,
Viéndolos en buenos trajes,
Con el sombrero en la mano,
«¿Quién es este caballero?»
Y él me dijo: «Un forastero.»
Y luego otro cortesano
Me contó cómo venia
De Granada, y pleiteaba
Cierta herencia, y se llamaba...
Ya me acuerdo, don García.

CELIA.

Mira, hermano, que sospecho
Que serán muy parecidos.

LISARDO.

Sí, porque cortar vestidos,
Como vemos que lo ha hecho,
Y tener su tienda aquí,
Y ser caballero allá
Fuera de razon está;
Mas vive Dios que le vi.

CELIA.

¿Mirástele bien la cara?

LISARDO.

Dos mil veces le miré,
Y le fuí siguiendo á pié,
Y fuera adonde parara,
Sino que se entró en Santiago,
Y á oir misa se quedó.

CELIA. (*Ap.*)

El recelo que me dió
Con brevedad satisfago.
Sin duda que es quien decia,
Y que amor, que es gran maestro
De enredos, hizo tan diestro
Y atrevido á don García.
¿Hay tal disimulacion?
¿Hay tal tomar de medida?

ESCENA XIV.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO, INÉS, *con un jubon en las manos.* — DICHOS.

INÉS.

Ya ha rato que está vestida.

DON GARCÍA.

Probarla quiero el jubon.

INÉS.

Aquí con su hermano está.
Señora, el sastre está aquí.

LISARDO. (*Ap. á Celia.*)

Que no es este el que yo vi.

CELIA.

¿No, hermano? Pues ¿quién será?

LISARDO.

¿Qué sé yo? El sastre.

CELIA.

No quiero
Porfiar.

LISARDO.

Yo voy á ver
Tu esposo.

CELIA. (*Ap.*)

Si él lo ha de ser,
Engaños de amor, ¿qué espero?
(*Vase Lisardo.*)

ESCENA XV.

DON GARCÍA, LUCINDO, PEDRO, CELIA, INÉS.

CELIA.

¿Está abotonado ya?

DON GARCÍA.

Ya del todo está acabado.

INÉS.

Y el mio ¿está abotonado,
Señor Pedro?

PEDRO.

Ya lo está.
(*Ap. á ella.* Mas con botones de fuego.)

INÉS.

¿Requebritos, sastre mio?

PEDRO.

¿Es malo en tiempo de frio?

DON GARCÍA.

Prueben el jubon; que luego
Vendrá la basquiña y ropa.

CELIA.

¿Qué he de probarme, embaidor?

DON GARCÍA.

¿Cómo embaidor?

CELIA.

Y el mayor
Que ha visto ni tiene Europa.
¿Qué es aquesto, don García?
¿Dónde va tu pensamiento
Con aqueste atrevimiento?
Mira que este mismo dia
Te vió en palacio Lisardo
Ir, por detrás de San Juan,
En un caballo alazan,
Tan galan como gallardo;
Mira que me ha dicho aquí
Cosas que me dan sospecha.

DON GARCÍA.

Mujer, de mentiras hecha,
Tu engaño me ha puesto ansí.
Por poder entrar á verte,
Proseguí lo que turbado
Le dije á tu desposado
Para procurar mi muerte.
Pues ¡vive Dios, enemiga,
Que me tengo de matar,
Y que te he deshonrar
Y hacer que un papel le diga
A don Rodrigo tu engaño!
(*Alborótase Celia.*)

CELIA.

¿Qué?

DON GARCÍA.

No haré, no tengas pena;
Que habla el alma loca y llena
De tu suceso y mi daño.
Yo me partiré á Granada.
Allá me pienso morir;
Que pensar sin tí vivir,
Angel, ya es cosa excusada.

CELIA.

¡Qué bien engañan los hombres!
¿Hay ruiseñor que así cante?
Hay hechizo semejante,
Tales ansias, tales nombres?
Yo me partiré á Granada,
(*Fisgando.*)
Allá me pienso morir,
Que pensar sin tí vivir,
Angel, ya es cosa excusada.

DON GARCÍA.

¿Hay mas gracia?

CELIA.

Yo seria
Tuya, si pudiese ser.

DON GARCÍA.

¿Quieres tú ser mi mujer?

CELIA.

Quiero y no puedo, García.

DON GARCÍA.

Pues vete y déjame aquí.

CELIA.

¿Qué has de hacer?

DON GARCÍA.

Trazas de amor.

CELIA.

Salvo mi honor.

DON GARCÍA.

Es tu honor
Luz que resplandece en mí.

INÉS.

¡Ay, señora! don Rodrigo.

CELIA.

¿Hay ocasion mas cruel?
El jubon me prueba.

INÉS. (*A Pedro.*)

Y él
¿No prueba nada conmigo?

PEDRO.

Los abanicos, por Dios,
Faltan de asentar, Inés.

ESCENA XVI.

DON RODRIGO.—DICHOS.

DON RODRIGO.

¿Probástele?

CELIA.

Lindo es,
Y entendámonos los dos,
Porque es sastre liberal,
De que estoy agradecida,
Porque no he visto en mi vida
Tan excelente oficial.
Pensé yo que mentiria,
Como lo suelen hacer;
Pero he venido á entender
Que es verdad cuanto decia.
(*Vanse Celia, Inés, Lucindo y Pedro.*)

ESCENA XVII.

DON GARCÍA, DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

¿No es muy gallarda mi esposa,
Maestro?

DON GARCÍA.

Muchas he visto,
Y muchas visto, y ninguna
Tan bella me ha parecido.
Es un ángel, y creedme,
Porque los sastres nacimos
Con estrella de pintores,
Diferenciando el oficio
En que ellos hacen las caras
Y nosotros los vestidos,
Y así sacamos los cuerpos
Proporcionados y lindos,
Como el arte del pintor
Por sus líneas y artificios.

DON RODRIGO.

Yo os he cobrado aficion,
Y quiero ser vuestro amigo.

DON GARCÍA.

Pagaisme, Señor, con eso
La aficion que os he tenido;
Pero pésame del nombre;
Que el amigo leal y limpio
Está obligado al honor
De su amigo.

DON RODRIGO.

¿Qué habeis visto?

DON GARCÍA.

Si un hombre honrado supiese
De su amigo algun peligro,
¿No le habia de avisar?

DON RODRIGO.

Claro está.

DON GARCÍA.

Pues yo os aviso
Que errais este casamiento,
No porque pueda deciros
De Celia falta ninguna,
Sino que como la visto,
He hecho mil ricas galas
Y mil costosos vestidos,
Que en los de mi profesion
Han bastado á hacerme rico.
Estos no los dió uno solo;
Sospecho que cuatro ó cinco
Han tenido este cuidado.

DON RODRIGO.

Discreto sois.

DON GARCÍA.

Harto os digo.

DON RODRIGO.

Y tanto, señor maestro,
Que, como á su huésped dijo
El otro que comió mal,
Pienso deciros lo mismo,
Porque no pensé en mi vida
Que fuéramos tan amigos.
Y esto lo echaréis de ver
En que os sirvais, os suplico,
De mi persona y mi casa.

DON GARCÍA.

Adios.

DON RODRIGO.

Yo quedo perdido.

ESCENA XVIII.

DON RODRIGO.

¡Ah Babilonia! cuán confusamente
Cubres tu error con máquinas de engaños,
Pues no se pueden prevenir los daños
Del que en el alma los agravios siente!
La confusion de lenguas y de gente
Sobredora pacífica sus daños:
¡Dichoso el que sintió tus desengaños
Antes que le saliesen á la frente!
No mas, tirano amor, no me defiendas
De aqueste laberinto la salida,
Por mas que hacerme bárbaro pretendas.
Animo, honor, la causa me convida,
Porque es casarse mal quien tiene prendas
Comprar una deshonra de por vida.

ESCENA XIX.

LISARDO.—DON RODRIGO.

LISARDO.

¿Dónde bueno desta suerte?

DON RODRIGO.

Si no me encontrais, os digo
Que me voy sin despedirme.

LISARDO.

Pues ¿cómo sin despediros?
Y ¿adónde vais?

DON RODRIGO.

A Toledo.

LISARDO.

¿A qué efeto?

DON RODRIGO.

Estando herido,
Prometí á Dios, si sanaba,
Ser religioso francisco.
No me acordaba del voto;
Que es de pechos como el mio,
Pasada la tempestad,
Poner el voto en olvido.
Pero en llegando á esta casa,
Se me acordó: Dios lo quiso.
Consultélo con letrados,
Y todos juntos me han dicho
Que no me puedo casar.
Estoy que pierdo el jüicio.

LISARDO.

Pues ¿no puede comutarse?

DON RODRIGO.

No hay órden.

LISARDO.

Pues, don Rodrigo,
Para no haber de casaros,
No habeis de estar, por Dios vivo,
Solo un momento en mi casa.

DON RODRIGO.

Lisardo, yo os certifico
Que mas que vos lo deseo.
Yo voy á ver á Fabricio
Para que saque mi ropa,
Porque ya Liseo es ido
A buscarme coche.

LISARDO.

Adios.

DON RODRIGO.

Quedad con Dios.
(*Vase don Rodrigo.*)

ESCENA XX.

LISARDO.

No se ha visto
Tan gran deshonra. Me espanto
Cómo he podido sufrirlo.
Por eso me dí tal priesa
A echarle; que estoy corrido
De lo que ha pasado aquí.

ESCENA XXI.

DON GARCÍA, CELIA, TEODORA, INÉS.—LISARDO.

CELIA.

Digo que viene nacido.

DON GARCÍA.
Mal conoces mi destreza.

LISARDO.
¿Qué es eso, hermana?

CELIA.
Ha traido
Justo el jubon, y me viene
Como nacido.

DON GARCÍA.
A quien visto
De tal manera le asienta,
Que parece que lo pinto.

CELIA.
¿Por qué estás triste?

LISARDO.
No sé.

TEODORA.
Si es porque Teodora vino,
Sabrá Teodora volverse.

LISARDO.
Es agravio conocido
Pensar que por vos lo estoy.

DON GARCÍA.
¿Soy por quien estais mohino?
¿Era por dicha, Lisardo,
Alguno destos vestidos?

LISARDO.
Mas antes no servirán,
Porque el señor don Rodrigo
Va á Toledo.

TEODORA.
Pues ¿á qué?
: ; . . . . [1].

LISARDO.
De religioso hizo voto...
—Y es que por este camino
Quiere romper los conciertos;
Y estoy que pierdo el sentido,
Porque sospecho que infames
Alguna cosa le han dicho.

TEODORA.
Siempre hay en los casamientos
Invidiosos enemigos.
Y en efeto ¿se va?

CELIA.
Vaya el necio; que yo he sido
Muy venturosa en perderle.

LISARDO.
¡Ay, Celia! yo me lastimo
De mi honor, y estoy en puntos
De matarle en desafio
O dentro de su aposento.

DON GARCÍA.
Si el honor que habeis perdido
En la opinion se restaura
Con dar á Celia marido,
Yo conozco un caballero
Que muchas veces me ha dicho
Que se casara con Celia,
De enamorado perdido,
Sin que le déis un escudo.

LISARDO.
¿Es bien nacido?

DON GARCÍA.
Es tan limpio
Como el sol. A mí me daba,
Porque viniese á decirlo,
Una joya de diamantes;
Mas somos los vizcaínos
Muy cortos para alcahuetes,
Porque sé que deste oficio
Hallara quien le matara
Cuando el recado me dijo.

[1] Falta un verso.

LISARDO.
¿Y de dónde es?

DON GARCÍA.
De Granada.

LISARDO.
¿Noble?

DON GARCÍA.
Noble.

LISARDO.
¿Rico?

DON GARCÍA.
Rico.

LISARDO.
¿Y es su nombre?

DON GARCÍA.
Don García;
Que por ser mi parecido,
Tenemos grande amistad
Y casi juntos vivimos.
Mil hombres por él me tienen.

LISARDO.
Celia, el hombre que yo he visto
Es aqueste caballero
Que quiere casar contigo.

CELIA.
Holgaríame de ver
Hombre que nos ha traido
En tan grande confusion.

DON GARCÍA.
Pues si con traerle os sirvo,
Esperadme un poco aquí.

CELIA. (*Ap.*)
¿Hay hombre tan atrevido?
¡Cielos! ¿en qué ha de parar
Tan confuso laberinto?

ESCENA XXII.

DON RODRÍGO.—CELIA, LISARDO, TEODORA, INÉS.

DON RODRIGO.
Para partirme á Toledo
Licencia vengo á pediros,
Y á lamentarme del daño
De haber á Celia perdido,
Que alcanza á toda mi casa,
Deudos, parientes y amigos,
Y que me tiene de suerte,
Que á no saber que me privo
Del mundo en la religion,
Hiciera mil desatinos.
Dadme, Lisardo, esos brazos.

LISARDO.
No estoy ya tan ofendido
Como lo pensaba estar;
Pues habiéndonos escrito
Mil veces en los conciertos,
Nunca me habeis advertido
Del voto que me decís.
Pero quedemos amigos;
Que al desposorio de Celia
Aquesta noche os convido.

DON RODRIGO.
¿Tan presto casada está?
Pues ¡apenas me despido,
Cuando la teneis casada!

ESCENA XXIII.

FABIO.—Dichos.

FABIO.
Aquí, Señora, ha venido
Un caballero galan,
Que dice que es granadino,
Y me pregunta por tí;
Pero parece infinito
A Justo, el sastre de casa.

LISARDO.
Celia, aqueste es tu marido.

ESCENA XXIV.

Dos caballeros de hábito y DON GARCÍA, *vestido muy galan*, LUCINDO, PEDRO.—Dichos.

DON GARCÍA.
Dadme, Lisardo, esos brazos.

LISARDO.
¿Qué es esto?

DON GARCÍA.
Justo me ha dicho
La merced que me habeis hecho.

LISARDO.
Pues ¿quién sois?

DON GARCÍA.
Aquí conmigo
Viene quien sabe quién soy.

UN CABALLERO.
Para abonarlo y servirlo,
Si es que no le conoceis,
Los dos, Lisardo, venimos.

DON RODRIGO.
¿Qué es esto? Qué engaño es este?
Si es burla que habeis fingido,
Mirad que me corro mucho
De que las useis conmigo.

DON GARCÍA.
Tan bueno soy como vos.
Paso, señor don Rodrigo.
Don García soy.

LUCINDO.
Y yo
Soy Lucindo y soy su primo.

DON RODRIGO.
¿No me dijistes aquí
Lo que sabeis?

DON GARCÍA.
Yo os he dicho
Que cuatro ó cinco personas
Dieron á Celia vestidos.

DON RODRIGO.
Pues por eso fingí yo
Lo del hábito francisco.

LISARDO.
¿Hay confusion semejante?
Pues si vos quereis fingirlo,
¿Qué culpa quereis echarle?

DON RODRIGO.
Pues ¡vos, tan noble y tan rico,
Casais con Celia, mujer
Que la visten entre cinco!

DON GARCÍA.
Dije verdad; pero son
Solos mis cinco sentidos,
Que me dieron esta traza.

DON RODRIGO.
A la espada lo remito;
Que aunque no soy zamorano,
Pienso retar esos cinco.

LISARDO.
Paso; que es ya mi cuñado
Don García.

CELIA.
Don Rodrigo,
Servíos de no matar
A quien es ya mi marido.

DON RODRIGO.
Que vos lo digais, Señora,

Me basta, y yo soy su amigo,
Y pues no he llegado á novio,
Seré su amigo y padrino.

LISARDO.

Pues que sois tan liberal,
Sedlo de Teodora y mio.

TEODORA.

Es verdad; que yo soy suya,
Y con los brazos lo afirmo.

PEDRO.

Y á Pedro, que para Inés
Pidió tres mil molinillos,
¿No hay quien le dé alguna mano?

INÉS.

Yo te la doy, sastre mio.

LISARDO.

Vos os quedais sin casar...

LUCINDO.

Si no os casais con Lucindo.

DON RODRIGO.

Bien os puedo dar la mano.

LUCINDO.

Bien podeis, pues es de amigo,
Con esto podemos dar
A nuestras bodas principio,
Y fin á *Santiago el Verde*,
Escrita en vuestro servicio.

EL HIJO DE LOS LEONES (1),

COMEDIA

DEDICADA A DON JUAN GELDRE,

caballero del hábito de Santiago.

Si la gallardía, nobleza y entendimiento que en vuestra merced resplandecen, obligan tanto á ntos le conocen, con mas fuerza harán este efeto en aquellos á quien favorece y honra. Los enios que en esta corte ocupan algunas horas de otros mayores estudios en las festivas musas las comedias, están agradecidos al aplauso con que vuestra merced las escucha y defiende del licioso vulgo, que por la mayor parte en esta corte se ha tomado el imperio de su censura y la mera voz de su agrado ó disgusto, con tan justo sentimiento de la nobleza, pues quiere califi- su ignorancia lo que es debido á la ciencia; y así, en nombre de todos, dedico á vuestra mer-, en señal de reconocimiento y tributo, *El hijo de los leones*, cuyo título no desdice de su a y antigua sangre, pues en su ilustre familia han florecido siempre tan magnánimos varo-, que no ha podido en tantos siglos la envidia de su grandeza mellar un átomo; porque la su-ma virtud está segura de su veneno, como las cumbres del monte Olimpo, donde no alcanza la e jurisdicion del viento. Para hablar en tantos príncipes como reconoce Alemania de los se-es desta casa y generosa estirpe, largas historias fueran breves epítomes, con que se excusa obligacion y se queda suspensa como en la márgen de tan grande Océano. Vuestra merced mita la voluntad, pues tiene mas estimacion que el artificio, cuanto va de respetar la verdad reverencia al atrevimiento de ofendella con ignorancia.

Su capellan,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

(1) Se incluye aquí porque ofrece su argumento cierta semejanza con el de la comedia de Calderon titulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, reimpresa en el tomo IX de esta BIBLIOTECA.

EL HIJO DE LOS LEONES.

PERSONAS.

UN CAPITAN.	EL REY DE ALEJANDRÍA.	LABRADORES.
BATO.	FAQUIN.	SOLDADOS.
[redacted]	LA PRINCESA DE TEBAS.	MÚSICOS.
FLORA.	LEONIDO.	CAZADORES.—GENTE.
UN CURA.	FILENO.	ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Alejandría y sus inmediaciones.

...RIMERO.

...vista exterior de la
...ebandro.

...RIMERA.

..., PERSEO.

...DRO.
...ida.
...SEO.
...en poco,
... es loco.
...DRO.
...rdida,
...rte impida
...ienda y su nombre,
...ue le asombre?
...SEO.
...ocura,
...ura,
...n hombre.
... si os quedara
...r,
...r
...altara;
... para
...ieda?
...DRO.
... conceda
...al
...dal,
...ueda.
...ave
...erseo;
... veo
...re;
...be
...ante
...e,
...ruto,
...ito
...ante.
...uenos
... y sinos,
...bellinos
...nos,
...os,
...tos,
...otos
...estrellas,
...ellas
...tos.
...idos
...aeo,
...n
...s:
...idos,
...enas

Adargas de agua y arenas,
Tambien quieren conquistar
Con los gigantes del mar
Las celestiales almenas.
Rompe el viento y despedaza
Gúmenas, jarcias y velas,
Que de las aferravelas
Desañuda y desenlaza,
Y la marítima plaza
Sembrada de cuerdas y hombres,
Hace, porque mas te asombres,
Que los que han de gobernar,
Con los peces de la mar
Truequen oficios y nombres.
Allí quedó mi riqueza
Con mi dicha sepultada,
Y la fortuna vengada
En mi hacienda y mi grandeza.
El lustre de mi nobleza
No me diera tal dolor;
Mas es terrible rigor;
Que Fenisa por casar,
Sin hacienda, no ha de hallar
Marido igual á su honor.
Ya no es dote la virtud
Ni el honrado nacimiento;
Que es el oro fundamento
De toda humana quietud.
Con mucha solicitud
Quise casalla altamente;
Pobre, ¿qué quereis que intente,
Que no me infame y ofenda?
Pues no hay mas dote que hacienda
En la opinion de la gente.

PERSEO.

Y si yo os diese un marido
Rico y del Rey estimado,
Que os quitase del cuidado
Del sustento y del vestido,
En cuya casa servido
Y regalado estaréis,
¿Será razon que os mateis?

TEBANDRO.

Daria gracias al mar,
Si por él vengo á alcanzar
La vida que me ofreceis.

PERSEO.

Pues yo os quiero dar mi casa
Y casarme con Fenisa.

TEBANDRO.

Tierra que tal hombre pisa,
Boca, á tus labios la pasa.

PERSEO.

Pues hoy Perseo se casa,
Tebandro, y por padre os quiere.

TEBANDRO.

Quien tanta ventura adquiere
No dirá que se ha perdido.
Perdona, cielo ofendido.
Todo hombre que viva, espere.
Voy á decir á Fenisa
Esta dicha, mi Perseo.

PERSEO.

Dila, Señor, mi deseo,
Y de las nuevas la avisa.

TEBANDRO.

Tropiezo en la misma prisa.
¡Oh nave! no te has perdido,
Antes por la mar traido
Dos venturas de una vez:
Hijo para mi vejez,
Para Fenisa marido. (Va...

ESCENA II.

FAQUIN.—PERSEO.

FAQUIN. (*Ap.*)

Siempre que á la corte vengo,
Vengo de miedo temblando.
Allí se esta paseando;
Ventura en hallarle tengo.
¡Ah Señor!

PERSEO.

Faquin amigo,
¿Qué hay por acá?

FAQUIN.

Solo ver
A su mercé, y traer
Alguna cebada y trigo.
Trigo para el panadero,
La cebada... ya lo ve...

PERSEO.

¿Cómo?

FAQUIN.

Para su mercé;
Que ayer me dijo el cochero
Que no habia en casa un grano.

PERSEO.

El quererme persuadir
A tu inocencia, es decir
Que hay inocente villano.
¿Cómo va de la labranza?

FAQUIN.

Puesto que tan rico sea
Su merced, y del aldea
No tenga mucha enseñanza,
Le juro que es buena hacienda
El ganado, así vacuno
Como ovejuno: á ninguno
Da ventaja, que yo entienda.
Puercos, como su mercé
Ha visto muchos, no quiero
Encarecellos; que espero
Que se admire si los ve.
Traigo un carro de carbon
Y unos quesos; él es pez,
Y ellos nieve; pera y nuez
Para despues del jamon.
Lo que llaman cuerdas de uvas

En la corte, y en la aldea
olgajos; y porque vea
En qué estado están las cubas,
Un cuero de ojo de gallo,
Que si no lo ha por enojo,
Puede el Rey sacalle un ojo,
Y á falta dél, un vasallo.
El clarete es cosa rara,
De quien decirse podria
Que parece á la poesía,
Porque ha de ser dulce y clara.
En cuerdas melones bellos
Del tiempo, invernizos, albos,
Que parecen á los calvos
Cuando se atan los cabellos.
Yo le juro que pudiera
Envidiar su hacienda el Rey
Desde la cabra hasta el buey,
Desde el pollo á la ternera,
Si un demoño de un salvaje,
Un monstro, ó no sé quien sea,
No destruyera la aldea
En un espantoso traje.

PERSEO.

¡Monstro! ¿Cómo?

FAQUIN.

De la sierra
Ha bajado aquestos dias,
Turbando las caserías
Y destruyendo la tierra.

PERSEO.

Pues ¿quién á esta tierra trujo
Monstruos, si es ese su nombre?

FAQUIN.

No sé, pardios.

PERSEO.

Él ¿es hombre?

FAQUIN.

Es medio hombre y medio brujo.

PERSEO.

Codicia de ver me pones,
Faquin, cosas tan extrañas.

FAQUIN.

Es hombre que en las montañas
Le obedecen los leones.
Solian las mozas ir
A coger hongos y setas;
Y las trae tan inquietas
Despues que las hace huir,
Que no se halla en el lugar
Un hongo, aunque den por él
Un ojo.

PERSEO.

Cosa cruel
Y digna de remediar.
Nunca supe que criase
Salvajes Alejandría.

FAQUIN.

Señor, agora los cria.

PERSEO.

¡Y que esto en silencio pase!

FAQUIN.

Siempre pienso yo que ha habido
Salvajes, mas no tan grandes
Como ahora.

PERSEO.

Puesto que andes,
Faquin, en tosco vestido,
Tienes buen entendimiento.
Hoy has de hablar con el Rey.

FAQUIN.

¡Arre allá!

PERSEO.

Tú le has de hablar.

FAQUIN.

Quien en su pobre lugar
Habla con la oveja y buey,
¿Quiere que tenga atrevencia
Para habrar con Rey?

PERSEO.

Yo sé
Que sabrás.

FAQUIN.

Yo le diré
Deste monstro la insolencia.

PERSEO.

Pues ven conmigo.

FAQUIN.

Los bueyes
De aquesta vez dejo allá;
Que dicen que todo está
Solo en habrar con los reyes.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

CLAVELA, FENISA.

CLAVELA.

Del casamiento te doy
El parabien, por lo menos.

FENISA.

Con los ojos de agua llenos,
Clavela, diciendo estoy
Que menos dichosa soy
De lo que tú me imaginas.

CLAVELA.

Si á Perseo no te inclinas,
Y mas en esta ocasion,
Mas me encubres que es razon.

FENISA.

Mi mal, Clavela, adivinas.
Yo no me puedo casar.

CLAVELA.

¿Es la causa ajeno amor?

FENISA.

No es amor; que aun es mayor
La ocasion de mi pesar.

CLAVELA.

Si se puede declarar,
Remedio conmigo intenta.

FENISA.

Ahora te daré cuenta
De las desdichas y engaños
Que he callado tantos años.

CLAVELA.

Ya te escucho.

FENISA.

Estáme atenta.
El año doce de mi edad (advierte
Tal desdicha, Clavela, en años doce,
Y que quien tiene tan contraria suerte,
Ni tiene bien sin mal, ni edad que goce),
El príncipe Lisardo, de mi muerte
Ilustre autor, Lisardo, á quien conoce
Por sucesor del Rey Alejandría,
Me vió para mi mal un cierto dia.
En esta playa de la mar, que piso
Agora refiriéndote mi historia,
Con mas belleza y con menor aviso,
Sus ondas ocupaban mi memoria:
No era la fuente en que se vió Narciso,
Ni el líquido cristal mi vanagloria,
Porque solo miraba sus arenas
Sembradas de coral, de conchas llenas.
Huyendo de las ondas que volaban,
Lisardo de improviso me detiene
Con otros mozos que con él andaban:
Así la edad primera se entretiene.
Olas de amor sus brazos imitaban;
Que huyendo el mar que á las espaldas [viene,
Daba en mayor: de suerte que temia
Mas que al mar que dejaba, al que venia.
Llegó su libertad, Clavela, á asirme...
¡Cuánto fuera mejor aventurarme
Al mar, que me anegara honesta y firme,
Que no en el de sus brazos enredarme!
Por desasirme yo, por dividirme,
Y él por no me dejar y por matarme,
Llegamos á los brazos, cuyo juego
Tan cerca de las llamas era fuego.
«Déjeme vuestra alteza», le decia,
Y él «mi bien, mi señora, me llamaba.»
—«Esto ¿es gala, es razon, es cortesía?»
Con vergüenza y temor le replicaba.—
«No pasaréis de aquí, sirena mia»,
Como al astuto Ulises imitaba,
Me dijo, «sin dejar alguna prenda».—
¿Qué habrá que un hombre en la ocasion [no emprenda?
Desde entonces, Clavela, dió en buscar-
Como rapaz en fin y poderoso, [me,
Cuanto yo en defenderme y ausentarme,
Solicitada de mi honor celoso.
Conociendo imposible el conquistarme,
Encomendóle al oro milagroso [ble;
La empresa de mi honor casto, invenci-
Que al oro todo dicen que es posible.
Una noche que yo durmiendo estaba,
Criadas le pusieron ¡qué cautela!
Tan cerca de mi cama, que miraba
Lo que el descuido á un pabellon revela.
Mi padre ausente la ocasion les daba,
Y dél aseguraban la cautela;
Porque dijo que solo ver queria
Con qué colores mi desden dormia.
Pero solicitado fuertemente
De los ojos allí mas codiciosos,
Se dispuso á la fuerza, un accidente,
Desmayando mis brazos desdeñosos.
Tal fué el desmayo, que el honor au-
[sente
Quedó mortal, quedando vitoriosos
Traicion y amor, y yo como sin vida,
Menos enamorada que ofendida.
Yo no sé lo que allá con argumentos
Prueba la natural filosofía
Para los naturales sentimientos,
Pues fué creciendo la deshonra mia;
Que aun no poniendo yo los pensamien-
Llegó del parto el miserable dia, [tos,
Con un niño tan bello, que bastara
A consolar mi honor, si le gozara.
Yo propia le llevé, Clavela, á un monte,
Y al pié de un roble le dejé á las fieras,
Cuando rayaba el alba el horizonte,
Dorando las celestes vidrieras.
Agora, dulce amiga, á pensar ponte,
Si tales desventuras consideras,
Cómo puedo casarme; que estos daños
No los olvida el curso de los años.

CLAVELA.

Notable fué tu desdicha,
Y tu silencio mayor.

FENISA.

Calló su pena mi honor;
Que suele aumentarse dicha.
Sin esto, como tú sabes,
El Príncipe se casó,
Cuando á los años llegó,
Como mayores, mas graves.
Ha salido gran soldado,
Conquista con grandes guerras
Varias provincias y tierras,
Siempre ausente y ocupado.
Mas por faltar sucesion,
Su padre y él se entristecen.

CLAVELA.

Bien sus olvidos merecen
Esa pena y confusion.
Pero di: ¿nunca supiste
De ese niño cosa alguna?

FENISA.

En tan mísera fortuna,
En un estado tan triste,

¿Qué diligencias quisieras
Que hiciera contra mi honor?
Claro está ¡qué gran rigor!
Que le sepultaron fieras.

CLAVELA.

Música suena en el mar.
¿Si es Lisardo, que de Aténas
Viene?

FENISA.

Bien podrán mis penas
Sus arenas igualar;
Que aquí fué donde le vi,
Y donde mi triste historia
Renovará su memoria.

CLAVELA.

Él es, retírate aquí.

ESCENA IV.

LISARDO, UN CAPITAN, SOLDADOS.—DICHAS.

(*Tocan marcha.*)

LISARDO.

No tiene el mundo placer
Como llegar á la patria.

CAPITAN.

Parece que las arenas
Desta playa nos abrazan.

LISARDO.

¡Buen agüero, Capitan!

CAPITAN.

Si es despues de la jornada,
¿Qué tienes por buen agüero?

LISARDO.

Las sirenas en la playa.

CAPITAN.

Dices bien; pero el peligro
Del mar á la tierra pasa;
Que no hallándonos en él,
Nos matan fuera del agua.

LISARDO.

¿Hablarélas?

CAPITAN.

Bien podrás.

LISARDO.

Pero pues ellas se guardan,
Marchemos á ver el Rey
Antes, Emilio, que salga.
Póngase en órden la gente.

CAPITAN.

Bien aprisa desembarcan.

LISARDO.

Ensalza nuestras banderas,
Y las de Aténas arrastra.
(*Vanse Lisardo, el Capitan y los soldados.*)

ESCENA V.

FENISA, CLAVELA.

FENISA.

No he podido detener
El corazon, alterada,
Que no salga por los ojos.

CLAVELA.

Justamente le acompañan
La gallardía y el gusto.
Las plumas, bandas y galas
Señales son de vitoria.

FENISA.

Todas las que emprende gana,
Como de mi honor la tuvo.

CLAVELA.

En fin, ¿dejas ó dilatas
De Perseo el casamiento?

FENISA.

Es atrevida ignorancia
Querer segundo marido
La que sin honra se casa;
Porque se pone al peligro
De ser siempre desdichada,
O de que el hombre la deje,
Sospechoso de su infamia.
Y finalmente, Clavela,
Mujer que fué deshonrada
Pida su remedio al cielo;
Que el de la tierra no basta.
(*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA VI.

BATO, FLORA, RISELO, UN CURA, MÚSICOS, LABRADORES.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Al cabo de los años mil
Vuelven las aguas por do solian ir.

UN MÚSICO.

Diga su coplita el Cura;
Que aun está léjos la ermita.

CURA.

Si trujera agua bendita;
Que ya diz que se conjura
Aquesto de la poesía.

RISELO.

Ea, diga; que no importa.

CURA.

En el bodigo y la torta
Se cifra toda la mia.
Como la fortuna es rueda,
Unos suben y otros bajan,
Y los que mas se aventajan
Saben menos lo que enreda.
Quien quiere tenerla queda,
No ha de bajar ni subir;
Que al cabo de los años mil
Vuelven las aguas por do solian ir.

BATO.

El Cura ha dicho muy bien.
Yo, que la novia celebro,
Quiero decilla un requiebro.

FLORA.

Y yo á vos, Bato, tambien.

BATO.

Flora, y flor de nuesa aldea,
Tú, por quien abril se rie,
Por mas que le desafie
El mes que el agua desea;
Flora, mas bella que natas
Y que guindas y pernil,
Que truchas con perejil,
Y en vino asadas patatas;
Yo, Bato, en este rebato
Sin hache te pido un sí,
Porque si respondes *chi*,
Harás á Bato *chibato*.

FLORA.

Bato de mi corazon,
Mas hermoso que un ternero,
Y mas sabroso que el cuero
De un muy lucido lechon
(Quiero decir, mas pelado);
Bato, mas dulce que frito
El rebozado cabrito
Y el empanado venado...

BATO.

No pases, Flora, adelante
(¡Pesar de quien me vistió!);
Que bien te avisaba yo
Como temeroso amante.
¿No habia comparaciones
De animales infinitos,
Que en terneros y cabritos,
Y entre venados me pones?
Y es lo bueno que te vino
A la memoria un lechon,
Por empanar la traicion
Con su poco de tocino.
Si así me has de comparar,
Mejor es que no me case.

CURA.

La boda adelante pase,
Y dejaos de requebrar;
Que es tarde para la ermita,
Y áspero el monte.

FLORA.

Yo hablé
Sencillamente, á la fe.

BATO.

Ya el enojo se me quita.—
Pero ¿qué voces son estas
Que suenan por el pinar?

ESCENA VII.

GENTE Y LEONIDO, *dentro*.—DICHOS.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Guarda el monstruo!

RISELO.

Por burlar
Deben de ser estas fiestas;
Que hacen leña para aquí.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Guarda el monstruo! guarda, guarda.

FLORA.

Ya la grita me acobarda.

CURA.

El es sin duda.

FLORA.

¡Ay de mí!

LEONIDO. (*Dentro.*)

¿Dónde vais, canalla?

FLORA.

¡Ay cielo!

LEONIDO. (*Dentro.*)

¿Sin mi licencia pasais
Por el monte? ¿Dónde vais?

BATO.

Huye, Flora, huye, Riselo.
(*Vanse Riselo, los músicos y labradores.*)

FLORA.

El temor me desatina.
Huya, señor licenciado. (*Vase.*)

CURA.

¡Mal hubiese el cura honrado,
Que sin hisopo camina! (*Vase.*)

BATO.

¡Ah, bellaco salvajon,
Medio hombre, medio cochino!
Colgarte tienen de un pino
Si allá te cogen, ladron.

LEONIDO. (*Dentro.*)

Leones, venid, corred,
Alcanzadme aquel pastor. (*Sale.*)

BATO.

De burlas era, Señor;
No se enoje su merced.
El Rey es de aquesta tierra:
No tiene mas cortesía
Toda la salvajería,
Con ser tanta en esta tierra.
Quien dice que es brujo ó mono,
Miente. (*Ap.* ¡Oh piés! ¿de qué os he-
[lais?)

LEONIDO.

Leones, no le sigais.
Dejalde, yo le perdono.
(*Vase Bato.*)

ESCENA VIII.

LEONIDO.

Claros, hermosos cielos,
Que siempre estáis constantes
En revolver los años presurosos,
Los turquesados velos
Vestidos de diamantes
Mostrando en vuestros polos luminosos:
El ser tan poderosos
La variedad enseña
Con que habeis producido
Cuanto vive esparcido
Desde este valle á la mas alta peña
De aquel nevado monte
Que con otro divide el horizonte;
Ya el animal, ya el ave,
Que esta vuela, aquel corre,
Con varias pieles y con varias plumas;
Ya el mar, que tanta nave,
Alta, portátil torre,
Sustenta, por tan frágiles espumas;
Ya innumerables sumas
De peces plateados;
Ya por la verde sierra
Tantos arroyos en amenos prados,
Donde cuelgan las flores
Sus espejos en cintas de colores.
Pero entre tantas cosas,
Y el órden soberano
Con que teneis el año dividido,
Coronado de rosas
El desnudo verano,
Y el invierno de nieves revestido;
Criar el hombre ha sido
Milagro mas hermoso;
Si bien no soy ejemplo,
Pues cuando me contemplo
Así, rústico, fiero y espantoso,
Envidio cuantos veo,
Y de su imitacion tengo deseo.
Tal vez aquestas fuentes
Me muestran que soy hombre,
Cuando en la yerba duermen sus cris-
Tal vez los accidentes [tales;
Me quitan este nombre;
Que tambien los mas fieros animales
Viven conmigo iguales;
Y yo sujeto á un viejo
Que me enseña y corrige,
Que me gobierna y rige,
Si bien yo me resisto á su consejo;
Y pues me riñe en vano,
Fiera debo de ser, no soy humano.

ESCENA IX.

FILENO.—LEONIDO.

FILENO. (*Dentro.*)

¡Leonido! Leonido!

LEONIDO.

¿Quién
Con voz tan débil y enferma
Me nombra?
(*Sale Fileno.*)

FILENO.

Yo soy, Leonido.

LEONIDO.

Pues, padre, ¿de qué te quejas?
¿Qué tienes? ¿Quién te ha ofendido?
Llega. ¿Estás herido? Llega.

FILENO.

No, Leonido; pero estoy
Con la edad falto de fuerzas.
Pienso que el fin de mi vida,
Si no me engaño, se acerca.
Soy mortal, y á los mortales
La ley del morir sujeta.

LEONIDO.

Debe de ser accidente
Y cansancio destas cuestas.
Aguarda, y traeré que comas;
Que no está léjos la cueva.

FILENO.

No, hijo, ya llegan tarde
Remedios.

LEONIDO.

Pues ¿qué sospechas?

FILENO.

Que es hoy el fin de mi vida.

LEONIDO.

No pudiera mi fiereza
Enternecer otra cosa.
Traeré, padre, algunas serbas,
Y un corcho de agua.

FILENO.

Si vas,
No me hallarás cuando vuelvas.

LEONIDO.

Di, padre, lo que quisieres.
Cobra aliento.

FILENO.

El alma piensa
Que contra la ley divina
Quiero cerralle las puertas.
Servir en las soledades
A Dios, me trujo á esta sierra,
Leonido, desengañado
Del mundo y de sus promesas.
Serví al rey de Alejandría
En la paz como en la guerra
Algunos años, igual
En las armas y en las letras.
Quitóme el premio la envidia.
No conoces esta fiera;
Allá se cria en las cortes,
No por los montes y selvas.
Allá vive en los palacios
Entre diamantes y telas;
De murmuraciones viste,
De ambiciones se sustenta.
Hice la cueva que sabes,
Ermita entre aquestas peñas,
Con una imágen que truje,
Y escondíme al mundo en ella.
Bajando una tarde á un prado
Oí lastimosas quejas,
Y vi en un cepo de lobos
Cogida la mano diestra
De una leona; movíme
A piedad, lleguéme á ella,
Y viendo que la soltaba,
Queda se estuvo y suspensa.
Saquéla del fiero lazo,
Y agradecida y contenta
Me fué siguiendo á la ermita,
Y yo sin temor con ella.
De allí adelante (¡qué ejemplo
Para ingratos, que en ofensas
Restituyen beneficios
Y satisfacen las deudas!)
De los montes me traia,
Unas vivas y otras muertas,
Fieras, que á mis piés echaba
Desde la boca sangrienta,
Entre las cuales un dia,
Que el alba adornaba apenas
Las coronas de los montes
Con cintas de plata y perlas,
Me trujo un hermoso niño
En una tejida cesta,
Envuelto en paños de holanda,
Cubierto de seda y telas.
Como vi llorar al niño,
Vi que á la pura inocencia
Daba su favor el cielo:
Alegre saquéle della.
Daba la leona saltos,
Mientras yo con vista atenta
Entre la piedad del cielo
Contemplaba su belleza.
Pensé que me le pedia
Para sepultalle fiera,
Y era por dalle piadosa
Lo que á sus hijos sustenta;
Porque queriendo llevalle
A la mas vecina aldea,
Mientras oracion hacia
Le puse en la verde yerba.
Pero estando descuidado
Y volviendo la cabeza,
Vi que sus pechos le daba,
Como de Remo se cuenta,
A quien dió leche una loba,
A Telemonte una cierva,
A Júpiter una cabra,
A Semíramis la reina
De las aves, y á Camila
Piadosamente una yegua:
Una osa crió á Páris,
De Troya en las verdes selvas,
Y una perra al fuerte Ciro,
El mayor rey de los persas.
Dejé tan piadoso oficio
A un ama, cuya soberbia,
A no detenería el cielo,
Su vivo sepulcro fuera.
Toméséle de los brazos,
Y en un arroyo que cercan
Juncos, lirios y espadañas
Al pié de esas altas peñas,
Le dí el agua del bautismo;
Y volviéndole á la cueva,
Se le entregué con halagos,
Y le recibió con fiestas.
Año y medio le crió,
Despues del cual era fuerza
Sustentalle con la caza
Mas regalada y mas tierna.
Luego que el tiempo veloz
Le desataba la lengua,
Le enseñé con gran cuidado
Lo que esta tierra profesa,
Y en los libros que tenia,
Divinas y humanas letras
Le enseñé, lo que bastaba
Al conocimiento dellas.
Púsele por la leona
Leonido [1]: tu vida es esta;
Así te hallé y te he criado,
Sin saber jamás quién seas.
Veinte veces á este prado
Descendió la primavera,
Y subió su nieve enero
Desde este valle á estas cuestas,
Desde que aquella leona
Te trujo, cuya fiereza
Te ha dado una condicion
Como sus entrañas fiera.
Con los leones, sus hijos,
Te has criado en esta tierra,
Adonde no hay animal
Que no te obedezca y tema.
Hijo, ya el fin de mis dias,
Como te he dicho, se acerca;
Pues has de quedarte aquí,

[1] Calderon aprovechó esta especie en su última comedia, *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, en cuya final escena se lee:

Vi una leona, del yermo
Páramo aborto, cargar
Con uno (*un niño*) y meterse dentro.
. . . .
El nombre que me dieron
Por la leona, fué *Leonido*.

Y ya sin tu padre quedas,
No seas leon, Leonido;
Mira que es justo que seas
Hombre humano con los hombres,
Ya que con las fieras fiera.
Quiérote dar, hijo mio,
Un rebociño de seda
Que he guardado algunos años,
Porque te sirva de señas,
Si Dios quisiere algun dia
Que de tus principios sepas.

LEONIDO.

Espera, padre, detente.

FILENO.

Voy á morir.

LEONIDO.

Oye, espera.

FILENO.

Hijo, á quien debes la vida,
Pues que no hay mas justa deuda,
Con darle aquí sepultura
Honra su muerte en la tierra.

LEONIDO.

Padre, si en mi condicion,
De que dices que te quejas,
Cabe piedad, hoy verás
Bañarme en lágrimas tiernas
El temor de tu partida
Y de tu ausencia la pena,
Pues como dices, te vas,
Padre, para eterna ausencia.
Hombre soy, padre querido,
Y cuando de piedra fuera,
Para desdichas tan grandes
Aun tienen alma las piedras.

(*Vanse.*)

—

Palacio del Rey, en Alejandría.

ESCENA X.

EL REY, LISARDO, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Años aumentas, príncipe Lisardo,
A mi caduca edad con tal vitoria;
Que ver que vuelvas vencedor gallardo
Refresca en mí la juvenil memoria.
Mas que de Pirro y de Alejandro aguardo
Contra los tiempos la feliz historia
De tus hazañas, que con alto ejemplo
La fama escriba en su glorioso templo.
En bronce, en oro, en láminas de Home- [ro,
Que son mas que los bronces inmortales,
Verlas escritas por la pluma, espero,
De ingenios raros á la suya iguales.

LISARDO.

Lo que de mis sucesos te refiero,
Hazañas tuyas son, y fueron tales
Por ser de tus vitorias aprendidas,
Que así merecen ser engrandecidas!
No fué mas digno el que volviendo á Cre- [ta
Hartó en el laberinto al Minotauro,
Dejando á Aténas trágica sujeta,
De las ansias del sol en verde lauro;
Que una mujer hermosa y no discreta,
Cuya opinion con mi valor restauro,
Le dió la puerta, que ganó mi espada
A viva fuerza en púrpura bañada.
Contarte por extenso el grave estrago
Era contar del mar olas y arenas;
Fué toda la ciudad de sangre un lago,
Que anegaba del muro las almenas.
Ansí la vana presuncion deshago
De tus rebeldes, atrevida Aténas,
Ansí derribo tu soberbia loca, [ca.
Que á ser Neron sangriento me provo-
Pero agradece la piedad que impetras,
Rendida á mi valor, y di que sabes
Menos las fuertes armas que las letras,
Con que te precias de varones graves.
¡Oh guerra ilustre! oh Marte, que pene- [tras
Las campañas del mar con altas naves!
¿Quién si no tú por atrevidas leyes
Hizo monarcas, príncipes y reyes?

ESCENA XI.

PERSEO, FAQUIN.— DICHOS.

PERSEO. (*Ap. con Faquin.*)

Entra y no tengas temor.

FAQUIN.

¡No hay mas de venir del campo
De habrar con cabras y bueyes
Y usar bárbaros vocablos,
Como rita acá, palomo,
Urri acá, branco tostado,
Echá por esa ladera,
Chasquea, tira un guijarro,
Voto al sol que va á los trigos
El tiznadillo, el bragado,
Urri acá, buey, y otras cosas
De que no hay vocabulario;
Y luego habrar con un rey,
Un rey, que come con pratos
De terciopelo, y se acuesta
En sábanas de brocado?

PERSEO.

Llega conmigo y no temas.

FAQUIN.

Déjame mirarle un rato,
Y persinarme primero.
¡Santisprítos, san Hilario,
San Cosme y santi Liprisco!

PERSEO.

Dame, gran Señor, tus manos.

LISARDO.

¡Oh Perseo!

PERSEO.

Con vergüenza
Llego á merecer tus brazos,
Por no haberte en esta guerra
Servido y acompañado.
Mandóme el Rey, mi señor,
Que me quedara, ya cuando
Con las armas prevenidas
Estaba puesto á caballo:
Fuéme fuerza obedecer.

LISARDO.

Conmigo estás disculpado.
Tanto importa el buen consejo
Como la espada en las manos.
¿Qué labrador es aquel?

PERSEO.

Señor, de escucharle acabo
La mas prodigiosa historia
Que se ha visto en muchos años.
Este con otros asiste
A mi labranza y ganado
En ese vecino monte.—
Llega, Faquin.

FAQUIN. (*Ap.*)

Vo tembrando.

PERSEO.

Dice que ha bajado un monstruo,
De aquesas montañas parto,
Que destruye cuanto mira.

LISARDO.

¿Qué dices?

REY.

¡Extraño caso!

FAQUIN.

Sí, Señor, un medio brujo,
Que con un robre tostado
No hizo el griego Hercolés
Mas temerosos estragos.

REY.

Llégate mas.

FAQUIN.

Bien estoy.

REY.

Llégate mas.

FAQUIN.

Si en las manos
Tiene guantes su merced,
Llegaréme por un lado.
Tápese bien las narices.

REY.

¿Tú le has visto?

FAQUIN.

Ayer, estando
Fajando á mi burra prieta
Algunos leños cortados,
Como si fuera un crabito
Le vi venir dando saltos.

REY.

¿Qué forma tiene?

FAQUIN.

Señor,
No creo que trae zapatos;
Y así no le vi las hormas.

PERSEO.

Está de verte turbado.

REY.

El modo digo.

FAQUIN.

No es mono;
Aunque mirado de espacio,
Bien puede ser que lo sea,
Que le vi no sé qué largo.

REY.

Quiero decir el aspecto.

FAQUIN.

Sí, Señor, muy espetado,
Y cubierto de pellejos
De bueyes y de venados.

LISARDO.

Pregunta el Rey, mi señor,
Dese salvaje inhumano,
¿Qué fisonomía tiene?

FAQUIN.

Que no es frison, con los diabros,
Sino un hombre como todos.

LISARDO.

Pues si es un hombre, villano,
¿Por qué no dices lo que es?

FAQUIN.

Porque es hombre solo habrando,
Y en lo demás una bestia,
A quien los leones bravos
Por todo el monte obedecen.
¿Nunca, Señor, te contaron
Cuando eras niño, que habia
Brujos?

REY.

¡Qué portento extraño!

LISARDO.

¿Si es fantasma?

FAQUIN.

Que no es frauta.

LISARDO.

Ahora bien, Perseo, vamos
Los dos al monte mañana;
Que con tu licencia aguardo
El laurel de aquesta empresa,
Como los héroes pasados;
Que en la selva Calidonia
A Atalanta, á Meleagro
Dió fama el gran jabalí,

n á Apolo dorado,
fiera sierpe Lernea
ran Hércules Tebano,
belicoso Jason
dos toros encantados.

PERSEO.

, Señor, que es empresa
a de tu heróico brazo,
e ninguno en el mundo
ce mejor su aplauso.
in sabe bien la parte
de reside.

FAQUIN.

En llegando
cer rüido en el monte,
rá de sus riscos altos;
apenas el pastor
al travieso ganado,
do, salteador de vidas,
con su robre al paso.
s la pastorcilla
de su aldea al prado
er en los arroyos
á los álamos altos
erros, nietos del agua,
do la agarra los brazos,
a, berros y moza
rueda con los diabros.

LISARDO.

bien, tú has de guiarme.

REY.

o sea, Lisardo,
r conquista que Aténas.

LISARDO.

fiera, con flecha y arco;
hombre, no hay qué temer.

FAQUIN.

un remedio, si hallo
va.

LISARDO.

¿Cómo?

FAQUIN.

Ponerle
anzuelo un gazapo,
la cuerda en la cueva
cima del peñasco,
omiéndole, tirar
lle como barbo.

ACTO SEGUNDO.

---

casa de Tebandro, en Alejandría.

ESCENA PRIMERA.

FENISA, TEBANDRO.

TEBANDRO.

o puedan persuadirte
s y tu obediencia?

FENISA.

justa resistencia
a quiero decirte.

TEBANDRO.

ero verte ni oirte,
n rebelde te veo
zon y al deseo
e quisiera emplearte,
mediarme, y casarte
piadoso Perseo.
te nombre al Troyano
e á su padre sacó
go, aunque le obligó
re á ser inhumano.
ba de la mano
jo y á su esposa:
Luego hazaña mas piadosa
Es la que Perseo intenta,
Pues me saca desta afrenta
Sin ser la causa forzosa.
Cuando me ha quitado el mar
Mi honor, hacienda y sosiego,
Del agua, como del fuego,
Me quiere en hombros sacar:
Su casa me quiere dar,
Y que tú su esposa seas;
De suerte que tú deseas
Ser, Fenisa ingrata, aquí
Fuego y Troya para mí,
Y él hijo y piadoso Enéas.

FENISA.

Señor, si yo me mostrara
Sin causa desobediente,
Como ingrata, justamente
Fuego y Troya me llamara.
En la enfermedad repara
Que tuve, en que prometí
Al cielo que si de mí
Y de tu edad se dolia,
Suya viviendo seria,
Que por tí no lo cumplí.
Ni agora por no dejarte
Me parece que es razon;
Pero desta obligacion
Me toca la misma parte.
Por el cielo he de faltarte
¡Oh padre! en deudas tan claras;
Pero verás, si reparas
O en ejemplo ó en castigo,
Que el hijo, el mayor amigo,
No ha de pasar de las aras.
Hasta lo que á Dios le toca,
El hijo puede llegar;
Pero no puede pasar,
Aunque el amor le provoca.
No me tengas por tan loca
Que si Dios quien es no fuera,
Padre, no te obedeciera:
Ello ha de ser, y así es justo
Que sufras este disgusto,
Pues mayor premio te espera.

TEBANDRO.

Pues, hija, con tal pobreza,
Bien veis la dificultad
De asistir en la ciudad
Un hombre de mi nobleza.
El que con tanta riqueza
Tal familia sustentó,
No se ha de ver como yo
Por vuestra causa me veo.
Pues no quereis á Perseo,
Que mi remedio intentó,
Hoy habeis de ir á la aldea,
Y en ella habeis de vivir.

FENISA.

¿Qué me pudieras decir
Que mas á mi gusto sea?

TEBANDRO.

Allí, donde nadie vea
En la miseria que estoy,
Quiero vivir desde hoy
Como villano grosero;
Pues ya no soy caballero,
Porque vuestro padre soy.
Laura os llamaréis allí,
Lucindo me llamaré,
Con que seguro estaré
De que no sepan de mí.
Pues ya no soy el que fuí,
Piérdase el nombre tambien,
Porque no se sepa quien
Ha sido tan desdichado,
Que solo un bien le ha quedado,
Que es no esperar ningun bien.
Apercebid la partida,
Si teneis que apercebir,
Donde podamos vivir
Los dos triste y pobre vida;
Que no es justo que yo pida
Al cielo, de quien tuvistes
Piedad, lo que prometistes
No cumplais, pues me consuelo
De que tambien hizo el cielo
La muerte para los tristes. (*Vase.*)

ESCENA II.

FENISA.

Cuantas cosas formó naturaleza
Tienen divino y alto fundamento;
Que del mayor poder siendo instrumen- [to,
En sus obras retrata su grandeza.
¡Qué es ver de tantos cielos la belleza,
La tierra, el fuego, el agua, el sol, el [viento,
Y, para su hermosura y ornamento,
De las perlas y el oro la riqueza! [daña,
¡Cuanto sustenta al hombre y cuanto
Los humanos deleites y placeres,
Artes y ciencias de tan varios nombres!
Solamente parece cosa extraña
Que pusiese el honor de las mujeres
En el atrevimiento de los hombres.
(*Vase.*)

Campo y vista exterior de una granja.

ESCENA III.

LISARDO, PERSEO.

LISARDO.

Paréceme que en esta casería
Estarémos mejor.

PERSEO.

De cuantas tiene
Aqueste prado es la mayor.

LISARDO.

El dia
Con mas calor que imaginaba viene.

PERSEO.

Hace en aqueste monte una sangría
Una fuente veloz, que se detiene [res
En un pequeño estanque, en que las flo-
Componen por la márgen sus colores.
Allí puedes, Señor, pasar la siesta,
Mientras el animal, que dicen, baja,
Si de aquestos villanos te molesta
La arquitectura vil de tierra y paja.

LISARDO.

Nuestra partida con la gente apresta,
Y el verde monte con la red ataja;
Que desta vez saber, Perseo, intento
Quién es aqueste bárbaro portento.

ESCENA IV.

BATO, FAQUIN y RISELO.—DICHOS.

BATO.

Si tú te atreves á hablalle,
¿Quién será mejor padrino
Que el Príncipe, pues hoy vino
En tal ocasion al valle?

RISELO.

Bien dice Bato. Faquin,
Hablale tú, pues que sabes.

FAQUIN.

Son estos hombres tan graves,
Que harán turbar á Merlin.

BATO.

¿No hablaste al Rey en la corte?

FAQUIN.

Hablé; mas ¡qué me costó!
Que á fe que no me salió
Entonces de balde el porte.

BATO.

¿Cómo?

FAQUIN.

Dióme un resfriado
Con que á los cientos jugué:
Idas y venidas fué
A poner frores al prado.
Pero ¿no es este?

RISELO.

Sí, él es.

FAQUIN.

Compriréis vueso deseo,
Porque mi amo Perseo
Viene con él.

BATO.

Llega pues.

FAQUIN.

Señor...

PERSEO.

¡Amigo Faquin!...

FAQUIN.

A mal tiempo habeis llegado,
Porque está todo ocupiado.
Parió la zagala en fin
Del buen Bato.

PERSEO.

Pues ¿tan presto?

FAQUIN.

Párese muy presto acá;
De mas que pienso que ya
Debia de estar dispuesto.
Porque dende el desposorio
A la boda hubo distancia...
—Pero será de importancia,
Ya que el soceso es notorio,
Que el Príncipe sea padrino
Y que mos honre la aldea.

PERSEO.

Háblale tú, porque sea
De vuestro monte vecino.

FAQUIN. (*A Lisardo.*)

Señor, esta buena gente
Ha parido un niño agora...
Digo, la casada Frora,
Que vuesos favores siente.
Bato es muy hombre de bien,
Y por muy cierto ha tenido
Que el niño le ha parecido
Como un huevo á una sarten.
Y así los dos de consuno,
Como dice el escribano,
Os ruegan...

LISARDO.

¿Qué, mal villano?

PERSEO.

No vi tan falso ninguno.

FAQUIN.

Que pues le han de zapuzar
En la pila, seais padrino,
Pues vuesa esquilencia vino
En tan buen punto al lugar.

LISARDO.

Buscad madrina; que yo
Aquí he de estar mientras halle
Este monstruo en monte ó valle.
(*Vase y síguele Perseo.*)

ESCENA V.

BATO, FAQUIN, RISELO.

BATO.

¿Fuése?

FAQUIN.

Sí.

BATO.

¿Qué respondió?

FAQUIN.

Que busques una madrina
Para el niño y para él.

BATO.

Agora dijo Miguel
Que hay una nueva vecina
Como un propio serafin,
Recien venida al lugar,
Con quien puede apadrinar
Mueso muchacho, Faquin.

FAQUIN.

¿Quién dices?

BATO.

Una señora
Que hoy ha venido á la aldea,
Que quiere el padre que sea
Cortesana y labradora,
Por no sé qué desventuras
Sucedidas en el mar.

FAQUIN.

Luego la voy á buscar.

BATO.

No han hecho dos hermosuras
Como la suya los cielos.

FAQUIN.

¿Es casada?

BATO.

No es casada.

FAQUIN.

Eso, voto al sol, me agrada;
Que no habrá á quien demos celos.
Pero hame dado cuidado
El que mi amo ha tenido
De que haya Frora parido
Tan presto.

BATO.

Yo lo he pensado,
Faquin, y no estoy contento.

FAQUIN.

¿Qué tiempo habrá, Bato amigo,
La boda?

BATO.

Si te lo digo,
Sentirás lo que yo siento.

FAQUIN.

Dilo pues.

BATO.

A cuatro meses
Y medio que se casó,
Frora este niño parió;
Que era al coger de las mieses.

FAQUIN.

Pues bien: ¿habia de estar,
Como elefanta, preñada
Treinta meses? Mas ¡no nada!

BATO.

Luego ¿no hay que sospechar?

FAQUIN.

Aunque el Cura se trasnoche
En su filomocosía,
Son cuatro y medio de dia
Y cuatro y medio de noche
Los nueve meses cabales.

BATO.

No habia caido en ello.
Si no es por tí, la degüello.

FAQUIN.

Pues que de la duda sales,
Dame siquiera un cabrito.

BATO.

Hoy te presento un chibato.

FAQUIN.

¿Si es esta que viene, Bato?

BATO.

¿No lo dice el sobrescrito?

ESCENA VI.

FENISA Y TEBANDRO, *de labrador*[...]
—Dichos.

TEBANDRO.

Aquí quiero que vivas
Entre estas hayas y robustos robles.

FENISA.

En tantas excesivas
Riquezas tuyas y aparatos nobles,
Nunca tuve el contento
Que en estas verdes soledades siento.
Estas á mi tristeza
Son, padre, verdaderas alegrías.
Aquí naturaleza
Con varias flores y con fuentes frias
Fabrica á mis deseos
Con mano liberal campos hibleos.
Las confusas ciudades
No tienen el descanso que me ofre[...]
Las mudas soledades.

TEBANDRO.

Mejor están aquí los que empobre[...]
Que donde vez alguna
Se burle el que envidiaba su fortu[...]
Del lado de los reyes
Suelen caer algunos por desdicha,
O por humanas leyes
Que dan á veces al quitar la dicha;
Por eso en bronce escribe
Que solo el que cayó seguro vive.
Ya, Laura, pues en Laura
Truecas agora el nombre de Feni[...]
Goza libre del aura,
Que destos prados la sonora risa
Hurta para las flores,
Por quien las aves van cantando a[...]
Y en tanto que prevengo,
Con la poca familia que ha queda[...]
La miseria que tengo,
Habla con los villanos deste prado,
Que entre estos arrayanes
Te servirán de rústicos galanes. (*Va*[...]

ESCENA VII.

FENISA, BATO, FAQUIN, RISEL[...]

FAQUIN.

Ya que vueso padre es ido,
Laura hermosa, mas que el prado
De campanillas bordado
Y de laureles ceñido,
Por muchos años seais
La reina de nuesa aldea,
Aunque no ha de haber quien crea
Que en estos montes estáis.
Pero si la primavera
Asiste en ellos mejor,
No es mucho que ese valor
Hoy á su centro viniera.—
¿Qué os parece? ¿So discreto?

BATO.

No pudiera Salmeron
Decir mejor su razon.

FAQUIN.

Suspensa queda.

BATO.

¿A qué efeto?

FAQUIN.

Pues ¿deso te maravillas?
Harásele novedad
Nuestro lenguaje.

BATO.

Es verdad.

FAQUIN.

Hincaos todos de rodillas
Para adorarlas y verlas;
Que ya en su boca hay señales

De que ha de abrir los corales
Para descubrir las perlas.

FENISA.

Mi padre, pastores mios,
Cansado de la ciudad,
Gustoso en la amenidad
Destos prados y estos rios,
Con la ocasion de tener
Esta hacienda y esta casa,
Aquí su familia pasa,
Donde vive desde ayer;
Y yo tan contenta estoy
Como en mi gusto vereis.

FAQUIN.

Vos hablais como sabeis.

FENISA.

Esto he sido y esto soy.

FAQUIN.

Quiero que en breve sepais
Las cosas de nuesa aldea.
Primeramente hay un cura
Con su poco de poeta,
Gran hombre de villancicos
Destos de la Noche Buena;
Que las tuviera mijores
Si menos desto sopiera.
Hay su alcalde y su alguacil,
Aunque no hay gente que prendan,
Sino al sastre y al barbero,
Que uno cose y otro amuela.
Al que cose no se atreven,
Porque si ha menester media,
Pedirá cuarenta varas,
Que en él es costumbre vieja.
Pues al barbero, ya veis
Que el gaznate se le entrega,
Y que un villano enojado
Ninguna barba respeta.
Hay tabernero: es buen hombre,
Porque con arroba y media
Enjuaga todos los cueros,
Y cuando el vino les echa,
Por flaqueza de memoria
El agua dentro se deja,
Con que nos quita el cuidado
De aguar el vino en la mesa.
...íamos escribano,
...ése de una esquilencia
...ó á dar fe de que hay muerte,
...ra que algunos lo crean.
Hay un sacristan casado
Que tiene la boca tuerta,
Y que canta un *Parce mihi*,
Que parece que reniega.
Hay zagalas y zagales,
...su tamboril las fiestas,
Y entre ellas Flora, casada
Con Bato, y mujer de prendas,
Que á cuatro meses y medio
...ó como unas candelas
Un mochacho, que parece
...ablemente á su suegra.
...e habés de ser madrina,
...ura, pues sos nuesa reina,
...habés venido al lugar,
...e por muchos años sea.

FENISA.

...tengo á mucha ventura
...haber venido á tierra
...e tan buena gente encierra,
...noble, hidalga y segura.
...del amor que me inclina
...vivir en esta aldea,
...ero que testigo sea
...ser de Flora madrina.
...si la palabra os doy
...serlo con mucho gusto;
...o tambien será justo
...irme con quién lo soy.

BATO.

...ora, por dicha mia,

Que ya del monte le aguardo,
Es el príncipe Lisardo
Huésped desta casería.
Por premio se le pidió
Del amoroso hospedaje:
Fué á matar cierto salvaje
Que esta montaña crió,
Y en volviendo lo ha de ser.

FENISA. (*Ap.*)

No se cansa hora ninguna
De revolver la fortuna
El pesar con el placer.
¡Ay de mí! que vengo huyendo,
Y parece que conmigo
Traigo mi propio enemigo,
O que él me viene siguiendo.
En aquesta soledad
Pensaba vivir sin él,
Y ya estoy mas cerca dél
Que en la confusa ciudad.
Adonde quiera le sueño,
Y él parece que me nombra,
Porque hay pesares con sombra
Que se vienen tras el dueño.

FAQUIN. (*A Bato.*)

Ya que habés tinido dicha
En los compadres de Frora,
Es menester que á Lisardo
Se le dé una cena honrosa;
Que aunque él como cazador
Y sueldado venga agora
Tan á la ligera aquí,
Bien conoceis que no importa
Para que dejeis de hacer
Vuestra obrigacion; que es cosa
Que os dará grande opinion.

BATO.

Ya está prevenida toda.

FAQUIN.

¿Y qué teneis que le dar?

BATO.

Una reverenda olla
A la usanza de la aldea;
Que no habrá cosa que coma
Con mas gusto cuando venga;
Que por ser grosera y tosca,
Tal vez la estiman los reyes
Mas que en sus mesas curiosas
Los delicados manjares.

FAQUIN.

Me conformo con la olla.
Píntame el alma que tiene.

BATO.

Buen carnero y vaca gorda,
La gallina que dormia
Junto al gallo, mas sabrosa
Que las demás, segun dicen.

FAQUIN.

Me conformo con la olla.

BATO.

Tiene una famosa liebre,
Que en esta cuesta arenosa
Ayer mató mi Barcina,
Que lleva el viento en la cola.
Tiene un pernil de tocino,
Quitada toda la escoria,
Que chamusqué por san Lúcas.

FAQUIN.

Me conformo con la olla.

BATO.

Dos varas de longaniza,
Que compiten con la lonja
Del referido pernil,
Un chorizo y dos palomas.
En el monte las cogí,
Y trújelas á mi novia,
Que les sacó del piscuezo
Mas de cuarenta bellotas.
Y sin aquesto, Faquin,
Ajos, garbanzos, cebollas
Tiene, y otras zarandajas.

FAQUIN.

Me conformo con la olla.
Pero ¿cuánto va que entrambos
No sabés qué origen toma
Echar en ellas tocino?

RISELO.

Dalles sazon.

FAQUIN.

Es historia.

BATO.

¿Cómo?

FAQUIN.

Escuchad el principio.
Cierta mujer allá en Roma
Era toda aborrecida
De su marido, aunque hermosa.
Determinóse á matarle,
Y viendo junto á unas pozas
Tan feo y negro un cochino,
Dijo: «Este tiene ponzoña.»
Matóle y echóle en sal
Para que no se corrompa,
Y diósele cada dia.
Pues estaba tan gustosa
La olla con el tocino,
Que el hombre dejó las otras,
Y dió en amar su mujer,
Dándola galas y joyas.
Dijo el secreto á una amiga,
Y de una lo saben todas;
Y ansí por verse queridas,
La que mas puede, mas compra,
La que mas compra, mas echa,
La que mas echa mas goza.

ESCENA VIII.

LEONIDO, GENTE.—DICHOS.

LEONIDO. (*Dentro.*)

No sé si en venir acierto
Huyendo del hombre al hombre.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Guarda el monstruo!

LEONIDO. (*Dentro.*)

No os asombre.

FAQUIN.

Huye, Bato.

RISELO.

Yo soy muerto.

FENISA.

¿Qué es esto? ¡Triste de mí!

FAQUIN.

Huye, Laura.

FENISA.

¿Cómo puedo?
Que me tiene helada el miedo.

BATO.

¿Desmayóse?

FAQUIN.

Creo que sí.
Mas ¿cuánto va que la agarra?
(*Vanse Bato, Faquin y Riselo.*)

ESCENA IX.

LEONIDO.—FENISA, *desmayada.*

LEONIDO.

Hombres, que comer os pido.
Hombre soy, yo soy Leonido...
—¡Oh qué mujer tan bizarra!
De verme se ha desmayado.
Asegurarla quisiera,
Porque temo que se muera,
Si vuelve á verme á su lado.
¿Ha hecho naturaleza

Tanta gracia y hermosura,
Puesto que el temor procura
Robar parte á su belleza?
Cuando entre aquesta aspereza
Fileno no me enseñara
Quién era Dios, sospechara
Que tenia gran poder,
Y era Dios quien supo hacer,
Mujer, tu divina cara.
En uno y otro elemento
Su grandeza se figura;
Pero mas de la hermosura
Se tiene conocimiento.
Hermosas son por el viento
Las aves de mil colores,
En verdes prados las flores;
Pero no la puede haber
Mayor que en una mujer,
Que solo merece amores.
Confieso que me enamoro,
Hermosa mujer, de tí,
Y que no me llego á tí
Por no perderte el decoro.
Si como á Dios no te adoro,
Es porque sé que es efeto
Divino de su perfeto
Pincel la hermosura tuya,
Y así como á imágen suya
Te reverencio y respeto.
Cuantos tesoros distintos
La naturaleza encierra
Por la mar y por la tierra,
Aquí se miran sucintos.
Los corales, los jacintos,
Las perlas, la plata, el oro
Tiene tu hermoso decoro;
Luego sola tú, mujer,
Cifras de Dios el poder,
Y de la tierra el tesoro.
Fileno me dijo un dia
Que era mio mi albedrío;
Mintió, porque no era mio,
O fué porque no te via.
Ni la voluntad es mia,
Ni la memoria tampoco,
Pues á huir no me provoco
Con el peligro que siento...
Y menos mi entendimiento,
Si estoy de mirarte loco.
No sé qué sentí de verte,
Que me obliga á tanto amor,
Pues no me pone temor
El peligro de la muerte.
Presumo que desta suerte
Darán fin á sus enojos,
Vengándose en mis despojos
Los que yo mataba ayer,
Pues me han sabido coger
Con el cebo de tus ojos.

ESCENA X.

RISELO, FAQUIN, BATO, GENTE.—DICHOS.

RISELO. (*Dentro.*)
Ataja, ataja, Silvano,
No se vaya.

GENTE. (*Dentro.*)
Por aquí.

LEONIDO.
Gran gente viene.

FENISA.
¡Ay de mí!

LEONIDO.
¡Ah, mi bien!

FENISA.
Deten la mano.

LEONIDO.
Mirad que me han de matar
Por vos.

RISELO. (*Dentro.*)
Aquí todos juntos.

(*Salen Bato, Riselo, Faquin y gente.*)

FAQUIN.
¡Muera el monstruo!

LEONIDO.
¡Ah fiera gente!

FAQUIN.
¡Muera el monstruo! Muera el bruto!

LEONIDO.
Aquí es mas seguro huir.—
Fuera, perros.

FAQUIN.
Oste, puto.

FENISA.
Déjale pasar, Faquin.

(*Vase Leonido.*)

FAQUIN.
¿No te ha hecho mal?

FENISA.
Ninguno.

FAQUIN.
¿Ni estropeado ni otra cosa?

FENISA.
Como una piedra se estuvo.

FAQUIN.
No debiste de sentirlo
Con el desmayo.

FENISA.
No pudo
Ser un galan mas cortés.

FAQUIN.
Por Dios, que lo tengo á mucho;
Que para cortés galan
Me pareció muy peludo.

BATO.
Ya suenan los cazadores.

ESCENA XI.

LISARDO, PERSEO, CAZADORES.—FENISA, BATO, FAQUIN, RISELO, GENTE.

PERSEO.
Si aquí el monstruo se detuvo,
¿Cómo se habia de hallar?

FENISA.
¡En qué temores me puso!

LISARDO.
Corrimos el monte en vano.

PERSEO.
Su miedo, Señor, le trujo
Al lugar.

LISARDO.
Desdicha ha sido
Que no le alcanzase alguno.

FAQUIN.
No se os dé nada, Señor,
De que se vaya; que os juro
Que no va contento al monte
De las hondas y los chuzos.
Pues los perros que le siguen...

LISARDO.
No me parece que cumplo
Mi obligacion sin matalle.

PERSEO.
Prendelle es lo mas seguro,
O con lazos ó con redes.

BATO.
No podréis; que es muy astuto,
Y sabe el monte de coro.

FAQUIN. (*Ap.*)
Mientras estos importunos
Este brujo andan buscando,
Llenos de enojo y disgusto,
Quiero trasponer la olla,
Y decir que la traspuso
El salvaje que se fué. (*Vase.*)

LISARDO.
No ha sido por mi descuido,
Por lo menos, el no hallarle.

PERSEO.
Cuando tu venida supo,
Trocó por la aldea el monte.

LISARDO.
Del haber vuelto me culpo.
¿Quién es aquesta zagala?

BATO.
Llega, Laura.

FENISA.
Una mujer.

BATO.
Señor, madrina ha de ser
Con vos, por su talle y gala.

LISARDO.
Presumo que en la ciudad
Os he visto, y aun sospecho
Que le debeis á mi pecho
Principios de voluntad.

FENISA.
Sí, Señor, principios fueron,
Pues que de allí no pasaron.
(*Ap.* Aunque no poco duraron,
Pues hasta agora vivieron.)
Vísteisme un dia... (*Ap.* En el mar,
Donde se anegó mi honor,
Y donde fuera mejor
Acabarme de anegar.)

LISARDO.
Aparte quisiera hablarte;
Que me pareces muy bien.

FENISA.
No hay parte donde no estén
Mis desdichas de mi parte.

LISARDO.
¿Cómo vives esta aldea?
Que con galas de ciudad
Te vi en la corte.

FENISA.
Es verdad.
Como eso el tiempo rodea.
Cuentan acá los pastores
Que á Júpiter se quejó
Un monte (presumo yo
Que de los montes mayores),
Diciéndole: «Gran Señor,
Cuanto has criado se muda;
Si yo estoy firme, es sin duda
Que tengo poco valor.
Los que estaban encumbrados
Bajan tan bajos, que espantan,
Y á sus puestos se levantan
Los que estaban derribados.
Alguno fué pobre ayer
Que hoy tiene suma riqueza,
Y otro viene á gran pobreza,
Que tuvo inmenso poder.
¿Cómo yo nunca soy mas
De aquel ser en que nací?»
Pero respondióle así:
«¡Oh necio! engañado estás.
Déjalo todo mudar,
Pues firme puedes vivir;
Que quien no pudo subir,
Tampoco pudo bajar.»
Yo pude subir, bajé.

LISARDO.
Pues ¿vos pudistes?...

FENISA.
No sé...
Por desigual me he perdido.

De corte á monte he venido,
Para que segura esté.

LISARDO.

No solo con la hermosura
Divinamente adornada,
Que mas de ser envidiada
Que envidiosa os asegura,
Matais, Laura celestial,
Mas con el ingenio, á quien
Me rindo para que os den
Los méritos premio igual.
Y pues que somos padrinos
Y habemos de ser parientes,
Oid mas cerca.

RISELO.

No intentes,
Bato amigo, desatinos.
La cena será bastante.

BATO.

Estoy de contento loco.
Matar una vaca es poco,
Matar quiero un elefante;
Que un príncipe convidado
No se tiene cada dia.

ESCENA XII.

FAQUIN, *con una olla quebrada.* — LISARDO, FENISA, PERSEO, BATO, RISELO, *cazadores, gente.*

FAQUIN.

Llorad la desdicha mia,
Llorad, pastores del prado,
Sobre estos cascos llorad.

LISARDO.

¿Qué es eso, Perseo?

PERSEO.

Señor,
Quejas son de un labrador.

LISARDO.

¿Qué te han hecho?

FAQUIN.

¡Hay tal maldad!
Aquí fué Troya.

PERSEO.

¿Qué tienes?

FAQUIN.

Señor, huyendo de aquel
Salvaje fiero y cruel,
Que á matar al campo vienes,
En la cocina me entré,
Adonde encontrando luego
La olla que estaba al fuego
Puesta para su mercé,
Al monte se la llevó,
A quien llorando seguí;
Mas por voces que le dí,
Solos los cascos dejó.

BATO.

¿Por qué no me lo decias?
¿Qué habemos de hacer agora?

LISARDO.

Estas, en fin, son, Señora,
Las nuevas pasiones mias.
Amor es el monstruo á quien
Hoy he venido á matar,
Aunque he venido á quedar
Muerto á sus manos tambien.
Pero porque prometí
Que el del monte mataria,
Vuelvo á la misma porfía,
Sin vos, mi Laura, y sin mí.
Volveré con la vitoria
A presentaros la fiera;
Que si la de Aténas fuera,
Lo tu iera á menos gloria.
Y así, os pido que espereis
El vol erme á ver con gusto.

FENISA.

Fuera de lo que es tan justo,
Y vos, Señor, mereceis,
Me corre la obligacion
De la merced recebida.

LISARDO.

No vi, Perseo, en mi vida
Tanta gracia y discrecion.
Vengan esos labradores;
Que el monte quiero cercar.

PERSEO.

Del monte pueden contar
Ramas, árboles y flores.

FAQUIN.

¡Ay mi olla!

BATO.

El pagará,
Si el Príncipe da con él,
La olla.

RISELO.

¡Oh fiera cruel!

FAQUIN.

¿En qué historia escrita está
Olla de tan alta loa?

BATO.

¿De qué lloras?

FAQUIN.

Yo lo sé.
(*Ap.* ¡Voto al sol que me zampé
La olla de popa á proa!)
(*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA XIII.

LEONIDO.

Montañas, donde he nacido
Y en su aspereza criado,
Peñascos, que me habeis dado
Los pechos con que he vivido,
Leones, que de Leonido
El nombre tambien me distes,
Ya no soy aquel que vistes;
Otro vengo del que fuí;
Que ya no hay señal en mí
Del alma que me pusistes.
Los consejos de Fileno,
Y los libros que me dió,
Cuando en vosotros murió
De años y virtudes lleno,
Puesto que no los condeno,
No han movido á tal blandura
Mi condicion fiera y dura,
Imposible de mover,
Como de aquella mujer
La soberana hermosura.
Laura (que así te nombraron
Los pastores de aquel cielo
Donde vives), ya recelo
Que contigo me mataron.
Dulce veneno me echaron
En tus ojos de tal suerte,
Que me ha de matar no verte,
Y el verte me ha de matar;
Pues si te voy á buscar,
Tambien me han de dar la muerte.
¡Notable cosa es amor!
Muchas he visto ó leido
Del gran poder que ha tenido;
Mas esta agora es mayor,
Porque mover mi rigor
A lágrimas y blandura
Le ha dado la investidura
Del mayor rey de los reyes,
Pues yo no sujeto á leyes,
Lo estoy á tanta hermosura.
¡Oh tú, mayor bien mortal,
Alta imitacion del cielo,
Por mas que corra su velo
De cortinas de cristal!
Mátame, trátame mal;
Que tuyo tengo de ser.
Hombres, ya no hay que temer,
Segura la tierra está;
Guardaos solamente ya
De hermosura de mujer.
Yo he visto la primavera
Dar á este campo alegría;
Yo he visto salir el dia
De aquella dorada esfera;
Yo he visto en esta ribera
Cantar las sonoras aves,
Y entrar con salva las naves,
Pero ¿qué tiene que ver
Con mirar amanecer,
Laura, tus ojos süaves?
¡Ay, sueño, si me vencieses!...
Pero sí podrás; que estoy
Tal, sueño, que á tí me doy,
Para que vida me dieses.
Al pié de aquestos cipreses
Rindo el cuerpo fatigado
De mil desdichas cercado,
Si es desdicha y no locura
Amar tan alta hermosura
Con imposible cuidado.
(*Échase.*)

ESCENA XIV.

LISARDO, *con un venablo.* — LEONIDO, *dormido.*

LISARDO.

Al rüido desta fuente,
En cuyo susurro manso
Parece que abejas forman
Sus artificiosos vasos,
Dejando mi gente, vengo,
Que entre jaras y peñascos
Buscan aquel monstruo fiero,
De naturaleza agravio.
¡Oh qué sitio tan hermoso!
¡Quién hallara en este campo,
Laura, tus ojos divinos!
Fuéra yo Páris troyano,
Y tú la desnuda Vénus.
¡Qué gracioso y verde campo!
Parece que han de salir
Por entre aquestos peñascos
Los centauros de la nube
A quien dió Ixïon abrazos.
Quiero llegarme á la fuente,
Pues que ella me está llamando,
Y para bañarme el rostro
Hacer su cristal pedazos.
¡Válgame el cielo! ¡Qué es esto!
¿Si es este el monstruo? ¿Qué aguardo,
Que no le quito la vida?
Muera... Pero tente, mano;
Que viene un fiero leon.
¡Defendedme, cielo santo!
(*Sale un leon y despierta á Leonido.*)

LEONIDO.

¿Por qué me quitas el sueño?

LISARDO. (*Ap.*)

Si agora mi gente llamo,
Parecerá cobardía.

LEONIDO.

¡Aquí un hombre! ¡Extraño caso!
Estáte quedo, leon;
Que el valor que estoy mirando
En este hombre, me aficiona.
¡Qué valiente! ¡Qué gallardo
Con el venablo le espera!
Déjale estar. Vete, hermano,
Vuélvete, hermano, á la cueva.
(*Vase el leon.*)

Vuélvete. Pues que ya estamos
Cuerpo á cuerpo en este valle,
Mira, gallardo soldado,
Si habemos de pelear;
Que tú con ese venablo
Y yo con aqueste tronco
Podemos partir el campo.

LISARDO.

¿Eres hombre?

LEONIDO.

¿No lo ves?

LISARDO.

¿Cómo entre estos montes altos
Vives fiera, si eres hombre?

LEONIDO.

Aquí fiera me criaron
Los leones, y el que viste
Es por el pecho mi hermano;
Que su madre me le dió.

LISARDO.

Pues dime: ¿quién te ha enseñado
Nuestra lengua?

LEONIDO.

En esa cueva
Vivió un ermitaño santo,
Que me crió y me enseñó.

LISARDO.

¡Cuánto me hubiera pesado
De haberte muerto, pues pude,
Cuando al pié dese olmo blanco
Lo fueras para esta punta,
A no detener mis manos
Por una fuerza invencible
Que me detuvo los brazos!

LEONIDO.

A mí me obligó la misma
A detener por milagro
La furia de aquel leon,
Que no te hiciera pedazos.

LISARDO.

Pues si te agradas de mí
Como yo de tí me agrado,
Vente á la corte conmigo,
Y vive como hombre humano,
No como fiera entre montes,
Sujeto al primer engaño
Que estos villanos intenten;
Que en efeto son villanos.

LEONIDO.

He leido en unos libros
Que hay allá testigos falsos,
Envidias de la virtud,
Del ingenio y del buen trato.
Y como aquí estoy seguro,
No quiero ser desdichado
Y perder tanto sosiego.

LISARDO.

No podrás, si yo te guardo.

LEONIDO.

Pues ¿quién sois vos en la corte?

LISARDO.

Soy el príncipe Lisardo.

LEONIDO.

¿El Príncipe sois?

LISARDO.

Yo soy
El que heredero me llamo
Del reino de Alejandría.
Casado soy, y no aguardo
Sucesion, porque mi esposa
Yace mas há de diez años
En una cama, por horas
La fiera muerte esperando.

LEONIDO.

¿Daisme palabra de ser
Mi padre, Señor, y amparo,
Y de tratarme como hombre,
Dar vestidos y regalos
Y enseñarme armas y letras?

LISARDO.

Yo la doy al cielo santo.

LEONIDO.

Pues alto, yo voy con vos.

LISARDO.

Allí está mi gente, vamos.

LEONIDO.

Mirad que mi padre sois.

LISARDO.

Y si te hubiera engendrado,
No fuera con mas amor.

LEONIDO.

Adios, monte, adios, peñascos;
(*Ap.* Que por ver á Laura, voy
A vivir en los palacios
Del Rey, donde en traje de hombre
Pueda merecer sus brazos.)

ACTO TERCERO.

Salon del palacio real, en Alejandría.

ESCENA PRIMERA.

FENISA, CLAVELA.

FENISA.

No quiere amor que reporte
Brazos de aficion tan llenos.

CLAVELA.

Por muchos años y buenos
Vengas, Fenisa, á la corte;
Que no era bien que la aldea
Tuviera allá tanto bien.

FENISA.

¡Plegue al cielo que por bien
En tantas desdichas sea!
Halló el príncipe Lisardo
Un monstruo en esa montaña,
Que el fiero mar cerca y baña...
Digo, un mancebo gallardo,
Que en su aspereza vivia
Sin saber su fundamento;
Y viendo su entendimiento,
Le ha traido á Alejandría;
Y de mi padre informado,
Se le ha dado por maestro.

CLAVELA.

Tuve del disgusto vuestro
Cuando os partistes, cuidado.
Porque Tebandro, ignorante
De tu desdicha, sentia
Que la ocasion que perdia
Fuera remedio importante
Para que él tuviera hacienda,
Y tú marido en Perseo.

FENISA.

De mis desdichas no veo
Cosa que mi bien pretenda;
Antes el haber venido
A palacio ha renovado
A mi desdicha el cuidado,
Y á su memoria el olvido.
El haber hallado en él
Muerta la Princesa, estima
Por un bien que me lastima
Mi desventura cruel;
Porque no me sirve á mí
De esperanza que Lisardo
Esté libre, pues no aguardo
Gozar el bien que perdí.
Aun es para mayor mal,
Pues viéndose sin mujer,
Y no pudiéndolo ser,
Clavela, quien no es su igual,
Ha de dar en perseguirme
Con este su nuevo amor,
Aunque ha de estar mi valor
Como mis desdichas firme.

CLAVELA.

¿Que ha dado en quererte bien?

FENISA.

Sin conocerme, Clavela,
En quererme se desvela
Y en conquistar mi desden.
Ansí el tiempo me restaura
La ofensa de tanta ausencia,
Sin haber mas diferencia
En mí, que llamarme Laura.
Por este amor ha engañado
A mi padre y conducido
A palacio.

CLAVELA.

Engaño ha sido,
Pero engaño disculpado.
Si bien no era justo oficio
La enseñanza de un salvaje,
Pues no es justo que se baje
A tan ingrato ejercicio,
Pues otros muchos hubiera
A su calidad iguales.

FENISA.

Si algun consuelo en mis males,
Clavela, tener pudiera,
Era solamente ver
Ese que monstruo llamaron,
Donde los cielos cifraron
Gran parte de su poder.
Ha salido tan gallardo,
Tan cortés, tan entendido,
Que cuanto el Rey le ha querido,
Tanto le estima Lisardo.
No se hallan los dos sin él,
Y yo, si digo verdad,
No pequeña voluntad
He puesto, Clavela, en él,
No porque mal pensamiento
Venza mi firme opinion,
Mas porque obliga á aficion
Su talle y su entendimiento,
Y por pagarle tambien
La que él á mí me ha mostrado.

CLAVELA.

¿Que está de tí enamorado?

FENISA.

Dice que me quiere bien.

CLAVELA.

¿Nunca mas te habló Perseo
En su casamiento?

FENISA.

No,
Porque mi desden venció
La fuerza de su deseo.

ESCENA II.

FAQUIN Y FLORA, *de cortesanos.* — DICHAS.

FAQUIN.

El diablo ponerme hizo
Estos hatos de lacayo.

FLORA.

Mas galan estás que un mayo.

FAQUIN.

¡No fuera yo porquerizo,
Flora, de nueso lugar,
Y no senador aquí!

FLORA.

Yo muy bien me alegro ansí.

FAQUIN.

Sos fáciles de alegrar.

FLORA.
¡Linda cosa vestir seda
Con su poquito de oro!

FAQUIN.
Yo, pardiez, mis hatos lloro.

FLORA.
Por cuanto allá se me queda,
Aunque éntre mi esposo Bato,
No se me da á mí, Faquin,
Un cuatrin.

FAQUIN.
Mujer en fin,
De la mudanza retrato.
Riense cuantos me miran
Ir por las calles ansí.
Pues, mochachos, ¿qué hay aquí,
Que de las calzas me tiran?
Espero perder el seso.
Por donde quiera que vo,
Dicen que el salvaje so;
Y no me pesa por eso;
Que en fin me dejan comer
De las tiendas cuanto quiero.

FLORA.
¿Cómo eres aquí grosero,
Y eras allá bachiller?

FAQUIN.
Porque hay muchos (no te espantes
De que yo como ellos sea)
Que en saliendo de su aldea,
Son en la corte ignorantes.
De mil presunciones llenos,
Flora, en su mismo lugar
Verás á muchos burlar
De los estudios ajenos,
Que en llegando á las ciudades
Solo á escribir un papel,
No hay tantas letras en él
Como tiene necedades.

CLAVELA.
¿Quién son estos?

FENISA.
Los villanos
Que trujimos de la aldea.—
¿Qué hay, Faquin?

FAQUIN.
Ya no hay que sea,
Pues ya somos cortesanos.
Vos estáis aposentada
Como en palacio, á la fe.

FENISA.
¿Qué hay de Leonido?

FAQUIN.
No sé;
Sé que la corte le agrada.
Allá le estaba enseñando
Un picador á correr
Un caballo, que ha de ser
Gran sueldado maginando;
Porque se le aplica mas
Esto de armas al valor,
Que no el estudio, Señor.

CLAVELA. (*Ap. á Fenisa.*)
Pienso que rendida estás.

FENISA.
S estoy; pero no he tenido
M as que un pensamiento honesto,
Q ue noblemente me ha puesto
L a voluntad de Leonido.—
F ora...

FLORA.
Señora...

FENISA.
¿Podemos
V r la casa?

FLORA.
Bien podrás.

FENISA.
Entra, Clavela, y verás
Lo que en palacio tenemos.

CLAVELA.
Tu bien comienza á alegrarme.

FENISA.
Aunque hasta agora importuna,
Ya no tiene la fortuna
Mal ni bien que pueda darme.
(*Vanse todos, menos Faquin.*)

ESCENA III.

FAQUIN.

No sé quien me persuadió
Que viniese á la ciudad,
Dejando la soledad
Que el ser que tengo me dió.
Este es el Rey. ¿Qué es aquesto?
¿Quién de mis rústicos bueyes
Entre los sagrados reyes
Mi tosco sayal ha puesto? (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL REY, LISARDO, PERSEO.

REY.
No me has de replicar.

LISARDO.
En tu obediencia
Está, Señor, sujeto mi albedrío;
Que con esto te he dicho que no es mio.

REY.
Parte, Perseo, y al instante trae
La princesa de Tébas, mi sobrina.
No es tiempo que dilates el casarte,
Pues tanta enfermedad de Florisea,
Que ya goza del cielo, te ha quitado
La sucesion que tanto he deseado.

PERSEO.
Las naves surtas en el puerto esperan.
Daré esa buena nueva á los soldados.

REY.
Parte rompiendo el mar, y quiera el cielo
Que vuelvas con mi deuda al patrio sue-
(*Vase Perseo.*) [lo.
¿Qué se ha hecho Leonido?

LISARDO.
No le he visto
Desde aquesta mañana; que le ocupan
Las letras y las armas.

REY.
En mi vida
Vi persona que fuese mas amable.

LISARDO.
Mucho le quieren todos, y entre todos
Pienso que á mí me debe amor notable.

REY.
No pienso que si fuera nieto mio,
Mas amor me debiera.

LISARDO.
Lisonjeas
La hazaña y el valor con que le truje,
A pesar de las fieras y leones.
(*Vase el Rey.*)

ESCENA V.

LEONIDO, *de galan*, TEBANDRO.—LISARDO.

LEONIDO.
Dentro del alma imprimo tus razones.

TEBANDRO.
Hijo, las cortes de los reyes tienen
Estos peligros en los tiernos años,
Las hermosuras son dulces engaños,
Y aun las llamaron breves tiranías.

LEONIDO.
Yo me sabré guardar. (*Ap.* Que estoy
[guardado
Con mas amor para mayor cuidado.)

LISARDO.
Leonido...

LEONIDO.
¡Señor! ¡tú aquí,
Y yo necio y divertido!

LISARDO.
El Rey, mi señor, Leonido,
Me ha preguntado por tí.
Amor notable le debes.

LEONIDO.
Todo nace de tu amor.

LISARDO.
No se halla sin ti.

LEONIDO.
Señor,
Tú con tu piedad le mueves,
Tú su aficion solicitas.

LISARDO.
Tú la mereces tambien.
Pues, Lucindo, ¿estudia bien?

TEBANDRO.
Parte del tiempo le quitas,
Aunque en el poco que tiene,
Diestramente á saber llega
La lengua latina y griega.

LISARDO.
A ver á mi padre viene,
Que ha dado en tenerle amor
Y en gustar de hablar con él.

TEBANDRO.
Será estudio para él
De mas provecho, Señor.

LISARDO.
Déjanos solos aquí.

TEBANDRO.
Por él volveré despues. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LISARDO, LEONIDO.

LEONIDO.
Mil veces beso tus piés,
Pues sin haber parte en mí,
Que á aficion pueda obligarte,
Me muestras tanta aficion.

LISARDO.
Mas pienso en esta ocasion
Que del alma te doy parte.
Obliga tu entendimiento,
De quien estoy confiado
Que te dará mi cuidado,
Si no piedad, sentimiento.

LEONIDO.
¿Cuidado tienes, Señor?

LISARDO.
Sí, Leonido

LEONIDO.
¿Qué cuidado
En tu grandeza y estado?

LISARDO.
Uno que se llama amor.
Por teórica sabrás,
Ya que por práctica no,
Quién es amor.

LEONIDO.
Ya sé yo
En el peligro que estás;
Que en los libros de Fileno

Del poder y de la fuerza;
Que como el amor me fuese,
Podrá forzarla el poder.
Y esto todo con templanza,
Como lo fio de tí.
¿Haráslo ansí?

LEONIDO.

Señor, sí.

LISARDO.

Pues en esa confianza,
Y en el nombre que te he dado
De hijo, parto contento;
Que ha de ser tu entendimiento
Remedio de mi cuidado. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONIDO.

¡A quién ha sucedido
Desdicha mas notable? ¡Ay Laura bella!
¡Ay Laura! hoy te he perdido.
¡Fiero rigor de mi enemiga estrella!
Pues cuando presumia,
Y no sin causa, amor que fueses mia,
Poderoso enemigo,
Competidor que no consiente iguales,
Puede tanto conmigo,
Que me ha dejado en ocasiones tales,
Que no hay por donde huyas,
Ni dél te libren las defensas tuyas.
¡A aquesto me han traido
Del monte do viví con tal sosiego?
Honrarme el Rey ha sido
La primera centella de mi fuego,
Pues que por enseñarme,
A Laura trujo aquí para matarme.
Pues perder el respeto
Y la obediencia al Príncipe no es cosa
Que cabe en mi sugeto,
Ni en mi naturaleza generosa.
Parto soy de una sierra,
La reina de las fieras me dió el pecho;
Mas la sangre que encierra
Mi corazon, de mil desdichas hecho,
No admite deslealtades;
Que estas se saben mas por las ciudades.
Pues, Laura, no he de verte
En ajeno poder; que solo puedo
Ausentarme y perderte;
Que no he de verte en su poder si quedo
Para solicitarte;
Que ni puedo perderte ni dejarte.

ESCENA VIII.

FAQUIN.—LEONIDO.

FAQUIN.

Ni sé por dónde te vas,
Ni sé por dónde te vienes,
Ni sé la vida que tienes
Despues que en la corte estás.
En soldemente buscarte
Se me pasa todo el dia,
Que allá en la aldea solia...

LEONIDO.

Ya no tendrás que quejarte.
Junta mi ropa, Faquin,
Con gran secreto.

FAQUIN.

¿Por Dios?...

LEONIDO.

Sí, amigo, para los dos
Hoy hace la corte fin.

FAQUIN.

Laura ¿no lo ha de saber?

LEONIDO.

De ti no, mas de mí sí.
Ve presto

FAQUIN.

Voy y sin mí.
Salto y brinco de placer.

LEONIDO.

Si topares al maestro,
No le digas cosa alguna.

FAQUIN.

Vuelve á tu antigua fortuna,
El campo es el centro nuestro.
Deja la ciudad confusa,
Donde hacer y decir mal
Es todo el trato y caudal
Que entre los hombres se usa.
Es casa con muchos dueños,
Mar de engaños y temores,
Donde los peces mayores
Se engullen á los pequeños.
Aquí nadie se acobarda
De los que en las plazas venden,
Porque cuando mas ofenden
Tienen ángeles de guarda.
Aquí enriquece el mandar
Y empobrece el no poder,
Anda de luto el placer
Y de color el pesar.
Aquí, en fin, porque te asombres,
Hay gentes tan inhumanas,
Que van á alquilar ventanas
Para ver matar los hombres. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FENISA.—LEONIDO.

FENISA.

Leonido amigo, ¿qué hacer?
¿En qué te ocupas y entiendes?
Mucho te estorba el palacio,
Y el privar te desvanece.
Apenas oyes licion,
Dando ocasion que se queje
Mi padre de tí.

LEONIDO.

Señora,
Ya poco ocuparme pueden
Los pensamientos que dices.

FENISA.

Triste estás.

LEONIDO.

No estoy alegre.

FENISA.

¿Qué tienes? Qué novedad
Es esta?

LEONIDO.

Quien amor tiene,
Siempre tiene novedades;
Que es amor todo accidentes.

FENISA.

¿Qué te ha hecho á tí el amor?

LEONIDO.

Muchos males, pocos bienes,
Grandes disgustos; que en fin
Es de la fortuna huésped:
Dicípulo de la luna
Le llamó un sabio.

FENISA.

¿Qué ofende
Tu voluntad, si la mia,
Leonido, te la agradece?

LEONIDO.

Laura, yo te vi, yo, Laura,
Te vi convertida en nieve
Una tarde que un desmayo
Te estaba hurtando claveles.
Yo te amé, Laura; que yo
Era monstruo porque fuese
Monstruo de amor; ya lo fuí.
Vine á la corte por verte,
Agradé al Rey, no por mí,

Mas porque gustan los reyes
De las cosas peregrinas,
Y fui peregrino siempre.
Contento estaba yo, Laura,
Si puede ser que contente
A un solo tanto rüido,
Tantas cosas diferentes;
Mas el príncipe Lisardo
De manera me entristece
Con lo que hoy me manda, Laura,
Que es fuerza que me destierre
De ti, del y de la corte.

FENISA.

¿Qué dices?

LEONIDO.

Digo que quiere
Que te diga que te adora,
Y que á quererle te esfuerces,
Porque si no te esforzares,
Te ha de forzar á quererle.
Y en fe de que amante firme
Te adorará eternamente,
Te envia aqueste diamante,
Que emular al sol pretende
Con sus relevantes rayos.
Tomale, porque contemples
La fineza de su amor,
Porque con él la encarece.
Yo ¡triste! que imaginaba,
Luego que el Rey me pusiese
En el estado que él dice,
Por lo mucho que me quiere,
Casarme contigo, estoy
Tal, que es fuerza que te deje.

FENISA.

Escucha, Leonido, escucha.

LEONIDO.

Déjame, Laura.

FENISA.

Detente;
Que yo te daré una amiga
Tal, que presumo que puede
Desenamorarte.

LEONIDO.

Laura,
Hombre que amarte merece,
Mas querrá morir por tí
Aborrecido y ausente. (*Vase.*)

ESCENA X.

FENISA.

¡Qué poco puedo contigo!
Mas ¿qué importa que me deje?
¿Es amor?... Mas no es amor;
Que el que le tengo no excede
De aquella honesta virtud
Del que otro amor agradece.
¿Cómo haré para impedir
Su partida?

ESCENA XI.

FLORA, FAQUIN, *con un lío de ropa.*—FENISA.

FLORA.

Aunque supiese
[illegible] no he de soltalle.

FAQUIN.

Ya te [illegible]go que le sueltes.

FENISA.

¿Qué [illegible] eso?

FLORA.

Lleva Faquin
No sé qué ropa.

FENISA.

No lleves
Ropa [illegible]guna de aquí,
Sin que primero la muestres.

FAQUIN.

Es ropa de mi señor,
Y él me la ha dado; que quiere
Irse al monte en que vivia.

FENISA.

¿Sabes si licencia tiene
Del Rey y el Príncipe?

FAQUIN.

No.

FENISA.

Pues no es justo que él intente
Partirse de esa manera,
Ni tú, necio, obedecerle.
Y á mi padre ¿no es razon,
Faquin, que se la pidiese,
Siendo dicípulo suyo,
Como á los maestros suelen?

FAQUIN.

Señora, yo no reprico
A lo que Leonido debe
A la razon; so criado,
Mandóme que le sirviese
Perseo, y que de mi aldea
Viniese á la corte á hacerme
Hombre con aquestas calzas,
Donde hay dos mil pretendientes
De alguna cosa mas lumpia;
¿Qué culpa tengo en tenerle
Por dueño, y servirle en todo?

FENISA.

No quiero yo que nos lleves
Alguna cosa. Descoge.

FAQUIN.

Ni yo quiero que sospechen
De mí fraqueza tan grande;
Que entre las crabas y bueyes
No se aprende á hurtar.

FENISA.

Pues ¿dónde?

FAQUIN.

En las ciudades, que tienen
Cambios, mohatras, usuras,
De que tantos enriquecen,
Los oficios y otras cosas
Que callo, porque me entienden.

FENISA.

Descoge, descoge el lío.

FAQUIN.

Estas son aquellas pieles
Que trujo Leonido allá.

FENISA.

¿Para qué las trujo?

FAQUIN.

Advierte.
Hay muchos que en alto estado
No es posible que se acuerden
Del estado que tenian,
Tanto en fin se desvanecen;
Y Leonido, como es sabio,
Me mandó, por si subiese
Del lugar en que nacio
A algun lugar eminente,
Las trujera.

FENISA.

¿Qué son estos?

FAQUIN.

Libros, Laura, diferentes.
Este es Píndaro, este Homero,
Aristóteles es este,
Y este Platon.

FENISA.

¡Cielo santo!

FAQUIN.

¿Qué te turba y entristece?

FENISA.

¡Rebociño aquí con oro!

FAQUIN.

Ese me dió, que trujese
Con gra
Y dél lo

(*Ap.* To
Piadoso
No debe
Que á la
Desdich
Atormen
Con est
Cuando
Le eché
Amor m
No en b
Aunque
Ni yo le
Disimul
Que por
De mis
Flora, t
Y tú, pa
Que no
Persüad
Solemen

Alcanza
Que os h
Y dentro
(

Piadoso
Que por
Mirais, c
Por tant
Despues
Despues
Tanto bi
O mi vid
Pero ¿qu
De que e
Para ten
Siendo e
Y no le
Pues qui
El cielo
Alma, si

Si pudie
Laura, c
Lo hicier
A que te
¡De tu c
Puedo tu
¿Serán t
O están
Por lo qu
Era porq
Que com
Decir qu
Pero ¿qu
Si no es
Y te quit
Haciend
¡Qué me
Que met
Nada te
Tal nom
Si quier
Laura, á
Hizo á tu
Que la m

FENISA.

Leonido, de tu amor agradecida,
Hice aquellas cobardes diligencias;
Que el alma, que llevabas escondida,
No entraba en tan humildes diferencias.
Todo para obligarte á que la vida,
Que con partirte, á tanto mal sentencias,
Te obligue á detenerte y á escucharme;
Que por quererte yo, no has de matarme.
Si te fueres oyéndome, si fueres
Tan cruel para mí, si tan ingrato,
Seré muriendo ejemplo de mujeres,
Tú de los hombres de villano trato.
El no quererte como tú me quieres,
Y el justo casamiento que dilato,
Consiste en imposibles mas extraños;
Que no se atreven al honor los años.
Niña pequeña me forzó, Leonido,
De aquesta corte un caballero infame,
Venciendo mis criadas, y dormido
Mi padre, si es razon que ansí le llame.
Juraba que seria mi marido [ame
Con mil ternezas; mas ¿cuál hombre que
No promete con lágrimas, no miente
Lo que niega despues que se arrepiente?
Nunca mas me miró, si bien agora
Me vuelve á hablar, Leonido, porque [tanto
Mudan los tiempos; pero el alma llora
Su honor perdido con eterno llanto.
Esta desdicha al alma que te adora
Obliga á no quererte, porque cuanto
Mayor es mi dolor, tanto me obliga
A que en mi daño la verdad te diga.

LEONIDO.

Si me ha causado dolor,
Laura, tu historia, mis ojos
Te habrán dicho en sus enojos
Que no puede ser mayor.
Cuanto se alegra el honor
De que le hayas avisado,
Tanto al amor le ha pesado,
Porque en estado le veo,
Que por dar gusto al deseo,
Te lo hubiera perdonado.
Por otra parte el honor
Con su grave señorío
Se alegra de ver que el mio
Te pareciese mayor.
Ciego es amor, y el amor
No quisiera mas de hallar
En tu hermosura lugar;
Pero no es justo querer
Que tenga el amor placer,
Y el honor tanto pesar.
Yo te querré, Laura mia,
Sin esperanza, que es cosa
En amor dificultosa,
A quien la esperanza guia;
Porque si necio porfía
Con sus lascivos antojos,
Yo por excusar enojos,
En viendo sin freno á amor,
Pondré delante el honor
Para tapalle los ojos.
Si á defenderte y quererte
Me mandas quedar aquí,
Dos cosas, Laura, por mí
Has de hacer.

FENISA.

Dilas.

LEONIDO.

Advierte:
La primera, defenderte
Del Príncipe, y la segunda,
De que tanto mal redunda,
Decirme cuál hombre ha sido
Dueño de tu honor perdido,
En que mi intento se funda.

FENISA.

Defenderme te prometo;
Mas porque mas claro veas
Que el intento que deseas
No puede tener efeto,
Advierte (y guarda secreto)
Que es el Príncipe.

LEONIDO.

¡Lisardo!

FENISA.

El mismo.

LEONIDO.

Ya me acobardo.

FENISA.

Él viene. Quédate adios.

LEONIDO.

¿Cuándo hablarémos los dos?

FENISA.

En mi aposento te aguardo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

LISARDO.—LEONIDO.

LISARDO.

Detener quise, Leonido,
A Laura, como la vi
Hablando contigo aquí;
Mas por mejor he tenido
Saber lo que ha respondido.

LEONIDO.

Lo que responde, Señor,
Es que la debes su honor:
Que la palabra le diste
De esposo, y no la cumpliste,
Contra tu mismo valor.

LISARDO.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

LEONIDO.

¿No te acuerdas, con los años,
De los peligros y engaños
Con que esta dama forzaste
Siendo niña, y la obligaste
A padecer tantos daños?

LISARDO.

De cierta mujer me acuerdo,
Que Fenisa se llamaba,
A quien una tarde vi
De aqueste mar en la playa,
Y acuérdome que una noche
Por engaño entré en su casa,
Y que oí decir despues
Que fué tan necia y ingrata,
Que mató un hijo que tuvo.

LEONIDO.

Pues ¿cómo entre deudas tantas
De la palabra te olvidas?

LISARDO.

Tú con lo poco que alcanzas
De las cosas de los reyes,
Criado por las montañas,
No sabes las diferencias
De las frentes coronadas
A la demás gente noble.

LEONIDO.

No es la diferencia tanta
Donde hay amor: tú le tienes.

LISARDO.

Antes ya que sé que es Laura
Fenisa, haré que esta tarde
O la justicia ó la guarda
La saquen de la ciudad.

LEONIDO.

¡En estos destierros paran
Las que á señores se rinden!

LISARDO.

Tus palabras me enojaran,
Si supiera que sabias
Lo que dices; pero hablas
Como bárbaro ignorante.

LEONIDO.

Y aun es mi ignorancia tanta,
Que te has de casar con ella,
O te he de sacar el alma.

LISARDO.

¡Monstruo! ¡Salvaje! ¿Qué es eso?
¿Para mí empuñas la espada?

LEONIDO.

No soy salvaje, ni monstruo,
Y es la consecuencia clara;
Que si tú ofendes un ángel,
Ingrato á hermosura tanta,
Y yo le estimo y defiendo,
Porque he vivido en su casa,
Tú eres el monstruo, yo el rey,
Pues que tengo mejor alma.
La palabra cumple luego,
O si no...

LISARDO.

¿La espada sacas?
¡Hola, guarda! ¡Criados, hola!

ESCENA XV.

EL REY, LA GUARDA.—DICHOS.

REY.

¿Para qué llamas la guarda?

LISARDO.

¿No ves la espada en la mano
Al monstruo de las montañas?

REY.

¿Para qué?

LISARDO.

Para matarme.

REY.

Mátenle.

LISARDO.

Detente, aguarda.

REY.

¿Para qué quieres que viva?

LISARDO.

Por lo menos, ya que hagas
Justicia, no sea en mis ojos. (*Vase.*)

REY.

Bestia fiera, ¿en qué pensabas
Cuando matabas mi hijo?

LEONIDO.

Él sabe, Señor, la causa.

REY.

Llevalde á una cárcel luego,
Para que desde ella salga
A cortarle la cabeza,
Pues con esto desengaña
Que volvió á su natural. (*Vase.*)

LEONIDO.

¡Esto en las ciudades pasa!
(*Ap.* Laura, la vida te debo;
La vida me cuestas, Laura.)
(*La guarda se lleva á Leonido.*)

ESCENA XVI.

FLORA Y FAQUIN, *huyendo de* TEBANDRO.

TEBANDRO.

Quitaré á los dos, villanos...

FAQUIN.

Deten la mano.

TEBANDRO.

Este dia,
Por tan grande alevosía,
Las vidas con estas manos.

FAQUIN.

Señor, yo no tengo culpa.

FLORA.

Y yo ¿de qué soy culpada,
Si haber sido amenazada
Deste traidor, me disculpa?

TEBANDRO.

Pues ¿cómo, sin avisarme,
Le dejábades partir?

FAQUIN.

Si ya no se quiere ir,
Sin culpa quieres matarme.

FLORA.

Ya le dije á mi señora
Que este la ropa llevaba.

FAQUIN.

El, Señor, me lo mandaba;
Que sus montañas adora,
Y aborrece las ciudades.

TEBANDRO.

¡Qué dijera el Rey de mí,
Si se partiera de aquí,
Y entre aquellas soledades
Á ser lo que fué volviera,
Teniéndole tanto amor?
Y á mí tambien ¡qué dolor
Su injusta ausencia me diera!
Que cuando fuera mi nieto,
No le tuviera aficion
Tan grande.

FAQUIN.

Y tienes razon;
Que es generoso y discreto.

ESCENA XVII.

FENISA.—Dichos.

FENISA.

¿Qué haces desta suerte
En tanto mal, en desventura tanta?

TEBANDRO.

Quien agora me advierte
De mi descuido, sin razon se espanta.
¿Fuése al monte Leonido?

FENISA.

¡Pluguiera al cielo!

TEBANDRO.

Luego ¿no es partido?

FENISA.

Dicen que temerario
Quiso matar al Príncipe.

TEBANDRO.

¿Qué dices?

FENISA.

Ya que el discurso vario,
Señor, de mis sucesos infelices
Á estado me ha traido
Que me obliga á decir quién es Leonido,
Ven presto; que le lleva
Á degollar al campo de Alejandro.

TEBANDRO.

No será cosa nueva,
Fenisa, á las desdichas de Tebandro
Decir que causa he sido.
Mas ¿de qué sabes tú quién es Leonido?

FENISA.

Ven presto; que la vida
Consiste de los dos en un engaño.

TEBANDRO.

¿Puede ser defendida?

FENISA.

Puede, con un notable desengaño.

TEBANDRO.

Dime presto el secreto.

FENISA.

Es hijo de Lisardo, y es tu nieto.
(*Vanse.*)

—

Playa de Alejandría.

ESCENA XVIII.

LA PRINCESA DE TEBAS, PERSEO, ACOMPAÑAMIENTO.

PERSEO.

Parece que el fiero mar,
Princesa ilustre, se queja
Que tu hermosura le deja,
Pues se comienza á alterar;
Que el verte desembarcar
Le da envidia de tal suerte,
Que para volver á verte
Las blancas orillas peina
Con sus olas; que su reina
Quisiera su campo hacerte.
Ya salen de la ciudad,
Como la salva sintieron,
Puesto que no presumieron
Tan dichosa novedad;
Que fuera tu majestad
De otra suerte recebida.

PRINCESA.

Llegar, Perseo, con vida
Es el fin de mi deseo.
¿Qué gente es esta que veo
Por todo el campo esparcida?
Esta no parece fiesta.

PERSEO.

Y á mí me da confusion.

PRINCESA.

Todo un armado escuadron
La muerte á un mancebo apresta.

PERSEO.

Alguna justicia es esta.

PRINCESA.

Por mal agüero la siento.
Ya tendré mi casamiento
Por suceso miserable.

PERSEO.

¡Qué confusion tan notable!

PRINCESA.

¡Qué extraño recibimiento!

ESCENA XIX.

UN CAPITAN, SOLDADOS, GENTE, LEONIDO.—Dichos.

CAPITAN.

Aquí se ha de ejecutar.

LEONIDO.

Pues, Capitan, manda presto
Poner en ejecucion
De tu Rey el mandamiento;
Que pues yo quise salir
De mi verdadero centro,
Bien es que á los que tal osan
Sirva mi muerte de ejemplo.

CAPITAN.

Gente viene por la playa.

PERSEO.

¡Ah Capitan! ¿qué es aquello?

CAPITAN.

¡Oh Perseo generoso!
Por un extraño suceso,
Manda el Rey quitar la vida
Al mas gallardo mancebo
Que ha tenido Alejandría.

PERSEO.

Señora, mas sentimiento
Te dará saber lo que es;
Y así es mejor que pasemos
Sin que sepas la ocasion.

PRINCESA.

No haré tal, sin que primero,
Por no entrar pisando sangre,
Solicite su remedio.
¿Quién eres, mancebo noble?

LEONIDO.

No sé quién soy, te prometo;
Que por no saber quien soy,
A tantas desdichas vengo.

PRINCESA.

Lástima y amor me causas.
¿Porqué te matan? ¿Qué has hecho?

LEONIDO.

Dicen que quise dar muerte
Al Príncipe.

PRINCESA.

Y ¿era cierto?

LEONIDO.

No sé en esto qué te diga;
Que son tales mis sucesos,
Que ni ellos á mí me entienden,
Ni yo los entiendo á ellos.

CAPITAN.

Dé vuestra alteza licencia,
Con partirse, á que quitemos
La vida á un traidor.

LEONIDO.

Mentís.

CAPITAN.

Mataldo.

PRINCESA.

Esperad, teneos.

CAPITAN.

Los sentenciados no afrentan.

LEONIDO.

Pues aguarda y verás presto
Como defiendo la vida;
Que ya solo la defiendo
En honra desta señora,
Y para pasarte el pecho.
(*Quita la espada á un soldado, y acuchíllalos.*)

ESCENA XX.

EL REY, LISARDO, FAQUIN, FLORA, ACOMPAÑAMIENTO.—Dichos.

REY.

¡Por una parte tu esposa,
Y por otro un hombre muerto!

LISARDO.

Nunca le he visto tan vivo.

REY.

Tente, villano soberbio.

LEONIDO.

¿Qué es lo quieres de mí,
Si como he nacido muero,
Para no entender mi fin,
Pues mis principios no entiendo?

REY.

Señora...

PRINCESA.

El piadoso mar
No lo ha sido, te prometo,
Pues para entrar por desdichas
Me ha dado próspero viento.
Y para que no lo sean,
Te pido, suplico y ruego,
Y al Príncipe mi señor...

REY.

Si es esta vida, no puedo.

PRINCESA.

Pues esta vida te pido.

LISARDO.

Por mi parte no pretendo
Venganza, y cuando lo fuera,
Guardara el justo respeto
A tanta hermosura y gracia.

REY.

¿Estimas, sobrina, en menos
La vida de tu marido,
Que la de un hombre tan fiero?

ESCENA XXI.

TEBANDRO, FENISA, *tapada.* — DICHOS.

TEBANDRO.

Señor, pues ya determinas
Matarle, advierte primero
Que es Leonido nieto tuyo.

REY.

Lucindo, ¿estás en tu seso?

TEBANDRO.

No soy Lucindo, Señor;
Tebandro soy, algun tiempo
De los nobles de tu corte.
Lisardo en sus años tiernos
Tuvo amores con Fenisa;
Ella su parto encubriendo,
Dió este mancebo á las fieras,
Que por voluntad del cielo
Ha llegado á tener vida.

REY.

Lisardo, ¿qué dices desto?

LISARDO.

Señor, que es todo verdad,
Y que me holgara en extremo
De ver á Fenisa aquí.

FENISA. (*Descubriéndose.*)

Yo soy, aunque no me atrevo
A despertar con mi amor
Tu injusto aborrecimiento.

REY.

¿No eres Laura?

FENISA.

No soy Laura.

LISARDO.

Pues, Fenisa, ya no puedo
Negar mis obligaciones.
Troquemos los casamientos.
Da, Señor, á la Princesa
A mi hijo y á tu nieto,
Porque yo soy de su madre.

REY.

La cosa mas digna has hecho
De tu valor, que podia
Pedirte el amor que tengo.
Y mi nieto y mi sobrina
Dénse las manos; que quiero
Dalles mis brazos.

FAQUIN.

Señor,
¿Cómo nos dejan sin premio?

LEONIDO.

A ti y á Flora, Faquin,
Con licencia de mi abuelo,
Hago señores...

FAQUIN.

¿De qué?

LEONIDO.

Si es poco de vuestro pueblo,
Sea de otras seis aldeas.

LISARDO.

Y aquí, Senado discreto,
Al *Hijo de los leones*
Da fin nuestro buen deseo.

LOS MILAGROS DEL DESPRECIO.

PERSONAS.

DON PEDRO GIRON.
HERNANDO.
LEONOR, *criada*.

DON ALONSO.
DOÑA JUANA.
DON JUAN.
BEATRIZ.

DON LUIS, *tio de doña Juana.*
DOS PAJES.
CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO GIRON, CRIADOS 1.° Y 2.°

DON PEDRO.

...e: ¿qué me quereis?
...é que podeis decir
...el dejarme morir
...peracion: diréis
...en; que si esto os negara,
...piedad de los dos,
...e la ley de Dios
...mando renegara.—
...me Dios! ¿Dónde tiene
...razon, doña Juana,
...condicion tirana
...trayerba?

CRIADO 1.° (*Ap. al 2.°*)

Conviene,
...se enoje, Beltran,
...le en su cuidado;
...una tema en que ha dado,
...mecerle podrán
...tinuos pensamientos.

CRIADO 2.°

...

DON PEDRO.

¡Ni aun mirar siquiera!
...é, condicion de fiera,
...divertimientos
...elde corazon
...traña inclemencia?

CRIADO 1.°

...e tu prudencia,
...en esta ocasion.

ESCENA II.

CRIADO 3.° — DICHOS

CRIADO 3.°

...do, el que te sirvió
...Flándes, ha venido,
...agradecido
...que en casa comió,
...e te quiere ver.

DON PEDRO.

...son muy desiguales
...dos y mis males,
...entre. ¿Qué he de hacer,
...gratitud negarme
...su conocimiento?

(*Vase el criado 3.°*)

...pueda el pensamiento
...cura apartarme!
...ier, ¿no es mortal,
Y se pudiera morir?
Claro está, pues el sentir
¿Por qué ha de ser desigual?
Y siendo fuerza tener
Fin su rigor y mi pena,
¿Por qué de mi me enajena
Lo que ha de dejar de ser?

ESCENA III.

HERNANDO. — DICHOS.

HERNANDO.

Tu mano á besar me da.

DON PEDRO.

Muy hombre estás ya.

HERNANDO.

Señor,
Cada dia soy mayor.

DON PEDRO.

Dices muy bien, claro está;
Pero vienes muy crecido.

HERNANDO.

En nuestro mortal estambre,
Lo que adelgaza es la hambre,
Y da de sí lo tejido.
En tres años de soldado,
Mal pagado y sin comer,
Pudiera un hombre crecer
Por encima de un tejado.
No hay *tristis anima mea*
Como el estar un cristiano
Entre uno y otro pantano,
Rociado de grajea
De vil bronce, porque allí
Muestra un hombre su buen pecho.
Bien mirado, ¿qué me han hecho
Los luteranos á mí?
Jesucristo los crió,
Y puede por varios modos,
Si él quiere, acabar con todos,
Mucho mas fácil que yo.
Pónenle sitio á un lugar,
Y tras de andar á balazos,
Quitando piernas y brazos,
Sin comer ni descansar,
Cuando ya el campo se inclina
Con el mas sangriento estrago
Al último Santiago,
Pónenle fuego á una mina,
Que viene á dar á los piés
Del que embiste confiado,
Y vuela un pobre soldado
Hecho Ícaro al revés.

DON PEDRO.

Pues ¿qué te obligó á dejar
Mi casa, Hernando?

HERNANDO.

El tener
Inclinacion de saber,
Solo por no preguntar.
Tanta experiencia ganada
Traigo con lo que he pasado,
Que en el Consejo de Estado
Pudiera... no decir nada.
Sócrates y Ciceron,
Segun vengo ya de agudo,
Son Vinorre y Pollo-crudo
Conmigo.

DON PEDRO.

Ya en mi pasion
No hay gracia que celebrar,
Hernando.

HERNANDO.

¿Qué hay, mi Señor?
¿Corta todavía amor
Tareas de suspirar?
Yo me acuerdo que algun dia
Me dijiste suspirando:
«¡Ay! cómo me muero, Hernando!»
Y pudiera la porfía
De una condicion ingrata
Escarmentarte.

DON PEDRO.

¿Qué haré,
Si es la misma que adoré
Entonces, la que me mata?

HERNANDO.

Luego ¿tres años y mas
Te lleva solo un desvelo?

DON PEDRO.

Sí, amigo.

HERNANDO.

¡Válgame el cielo!
De *nulla redemptio* estás
En el infierno de amor.
¡Tres años siempre á pié quedo!
No dura mas en Toledo
El mejor corregidor.
¡Tres años! Treinta y seis meses!
¡Mil y cuatrocientos dias!...
Todo un Escurial podias
Haber hecho, si tuvieses
Dinero, piedras, pinturas...
—¡Jesus! Y ¡qué! ¿no te ha dado
Siquiera un favor prestado?

DON PEDRO.

¿Pudieran mis desventuras
Parecerlo, si eso fuera?
Con solamente tener
Esperanzas de no ser
Aborrecido, viviera.
Amantes he consultado
Sin dicha y favorecidos;
Y, á consejos prevenidos
Contumaz, desesperado
Me veo morir, y así,
Hecho pena el sentimiento,
En la pena y el tormento
Me estoy vengando de mí.

HERNANDO.

Si yo, Señor, te curara
De tu amor, ¿qué me dijeras?

DON PEDRO.

Ya son esas muchas veras,
Hernando; y es cosa clara
Que excede de tu saber
El remedio de mi mal.

HERNANDO.

La experiencia universal
Del hombre tiene poder
Sobre toda comezon;
Y Dios no me quita á mí
Que pueda curarte á tí,
Aunque en poca estimacion.
¿No has visto al blanco tirar
Muchos cazadores diestros,
Que pudieran ser maestros
De otros, y no acertar;
Y llegar un cojo y manco,
Y poner sin gallardía
A tiento la puntería,
Y dar en medio del blanco?
Pues ansí pienso yo ser;
Que aunque otros hayan tirado,
Quizá daré, afortunado,
En el blanco, sin saber.

DON PEDRO.

Ahora, Hernando, yo no quiero
Despreciar tu ingenio aquí,
Sino que uses para tí
De tu experiencia primero.
Doña Juana de la Cerda
Se sirve de una criada,
Poco menos recatada
Que ella, si no tan cuerda;
Y como sepas hacer
Que te trate sin rigor,
En todo despues mi amor
Seguirá tu parecer.
¿Quieres darle este diamante?

HERNANDO.

Pues dando, ¿qué le debieras
A mi ingenio, cuando fueras
Con ella dichoso amante?
Con la experiencia verás
Que está, aunque estimas y adoras,
Mas el daño en lo que ignoras,
Que el remedio en lo que das.
Un punto no has de exceder
Los récipes que te diere;
Que al enfermo que no quiere
Al médico obedecer,
No le queda que argüir.

DON PEDRO.

Los venenos se probaban
Un tiempo en los que ya estaban
Condenados á morir;
Y así, yo que á manos muero
De un repentino rigor,
Ya resuelto y sin temor,
Ponerme en tus manos quiero.

HERNANDO.

El pulso voy á tomar
A doña Juana, por ver,
Ya que no sabe querer,
Si está cerca de enfermar.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, LEONOR.

DOÑA JUANA.

¡Mueran los hombres, Leonor!

LEONOR.

¡Muera mil veces, Señora,
Esta canalla traidora,
Tiranos de nuestro honor!

DOÑA JUANA.

¡Eso sí! ¡Buena mujer!
¡Vive el cielo, que si fuera
Mio el mundo, que te diera
La mitad, solo por ver
Medida tu inclinacion
A mi gusto! Estos tiranos,
Tiernos, süaves y humanos
Antes de la posesion,
Y despues de ella crueles,
Desabridos y ofensores,
A manos de mis rigores
Han de morir como infieles.
La venganza universal
A sus palabras quebradas
Y esperanzas malogradas
Seré con rigor mortal.
Mujer Atila he de ser
Contra estos fieros tiranos,
Contra quien son nuestras manos
El llorar y padecer;
Y ¡ojalá que á mi opinion
Cualquiera mujer se viera
Reducida, porque fuera
Cada mujer un Neron
Abrasador!

LEONOR.

¡Qué dulzura
Que tiene para engañar
El que llega á enamorar!
¡Con qué amor, con qué frescura
Que pone en el alameda
De la esperanza los piés
Y el alma! Pero despues,
¡Qué abochornado se queda!

DOÑA JUANA.

De las que he visto llorar
Estoy tan escarmentada,
Que quisiera verme atada
A un duro escollo del mar
Antes, Leonor, que rendida
A una pasion amorosa.

LEONOR.

Añade, estando celosa,
Agraviada y ofendida,
Y perderás en pensarlo
El entendimiento.

DOÑA JUANA.

¡Guerra,
Santiago! ¡Arma! Cierra, cierra
Contra los hombres!

ESCENA V.

HERNANDO.—Dichas.

HERNANDO.

(*Ap.* ¡Andallo!
Ellas embisten conmigo,
En viendo que soy soldado.)
¡Vive Cristo, que he llegado
Al campo del enemigo!
¡Guerra, Santïago, y yo
En el asalto! (*Ap.* ¡Ay de mí!
Sin barbas salgo de aquí.
El demonio me engañó.)

DOÑA JUANA.

¿Qué hombre es aqueste?

LEONOR.

¡Ay, Señora!
Hernandillo, el que servia
A don Pedro, y se fué un dia
A la guerra.

HERNANDO.

Y vuelvo ahora.

LEONOR.

Sin barbas se fué, y las tiene.

HERNANDO.

Tambien hay entre las gentes
Barbas para los ausentes.

LEONOR.

¡Jesus! y qué grande viene!
No acabo de santiguarme.

HERNANDO.

Yo sé por lo que he crecido.

LEONOR.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque no he tenido
Otra cosa en que ocuparme.

LEONOR.

¡Lo que traerás que contar
De Flándes!

HERNANDO.

Por estas manos
He muerto mas luteranos
Que arenas...—Grande es el
Y es mentir con desatino.—
Que hay estrellas... Tambien
Muchas. No hay comparacion,
Y me quedo en el camino
Del hipérbole atascado.

DOÑA JUANA.

Que eres el primero entiendo
Que se acobarda mintiendo,
Despues de haber empezado.
¿Viste á la Infanta?

HERNANDO.

¿Pues no?
Cada dia.

DOÑA JUANA.

Y ¿cómo está?

HERNANDO.

Todavía se está allá
Con la cara que llevó.

LEONOR.

¿Quién habrá que no lo crea?

DOÑA JUANA.

Basta, que tienes donaire.

HERNANDO.

Quitando el don, es el aire
El que mas me bambolea.

DOÑA JUANA.

¿Hate vuelto á recibir
Don Pedro?

HERNANDO.

Señora, no.

DOÑA JUANA.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque me enseñó
La guerra á no le sufrir.
Solia, muy satisfecho,
Descansar conmigo antes
Con ciertos pasavolantes;
Y ya, como vengo hecho
A embestir y pelear,
En levantando la mano,
Pensaré que es luterano,
Y tocaré á degollar.

DOÑA JUANA.

¿Cómo está?

HERNANDO.

Con los ardores
Pasados; y apenas yo
Le vi, cuando desdobló
La hoja de sus amores.

DOÑA JUANA.

¡Fuego en él y en sus quimera
Hernando, no me le nombres.

LEONOR.

Y ¡fuego en todos los hombre

HERNANDO. (*Ap.*)

...los encienden hogueras?
...pajaritos, á fe
...beis de dar en la liga.

DOÑA JUANA.

...dices?

HERNANDO.

Que nadie diga
...agua no beberé.

DOÑA JUANA.

...es beber? ¡Viven los cielos,
...amante me abrasara,
...de mi sangre formara
...antes arroyuelos,
...no dar á mis labios
...de tantos enojos,
...hacer fuentes mis ojos
...ar despues agravios!
...casa te podrás
..., como no intentes
... medios convenientes
...amor.

HERNANDO.

Tú lo verás.

DOÑA JUANA. (*A Leonor.*)

...tos pretendientes tengo?

LEONOR.

...da tengo la cuenta.

DOÑA JUANA.

...n veinte?

LEONOR.

Mas de treinta.

DOÑA JUANA.

...mira que te prevengo
...e ninguno recibas
..., presente ó recado,
...a de haber faltado
...propuesto.

LEONOR.

Ansi vivas,
...pienso que una ballesta
...ide con mas blandura,
...e soy á su dulzura
...aria contrapuesta.

DOÑA JUANA.

...Leonor, lo has de hacer;
...para no recibir,
...rte y despedir,
...y bastante poder. (*Vase.*)

ESCENA VI.

HERNANDO, LEONOR.

LEONOR.

...es tú amor?

HERNANDO.

¿Qué es amor?
...daré por cien mujeres
...ochavo de alfileres.
...jeres! ¡Jesus, qué hedor!

LEONOR.

...ece que no has sabido
...naciste de una, Hernando.

HERNANDO.

...eso nací llorando,
...í el haber nacido.

LEONOR.

...n eso, cosa es llana
...me aborreces á mí.

HERNANDO.

...o si estuviera en tí
...emonio en carne humana.
...i vida hablo á mujer,
...o no me dé ó me preste.
... El primer emplasto es este
...la cura que he de hacer.)

LEONOR.

¡Bueno es esto para quien
Está mirando estos dias
Amantes idolatrías!
¿Que nunca has querido bien?

HERNANDO.

Una vez que en mis intentos
Sentí ciertos intervalos,
Les dí mas de treinta palos
A mis propios pensamientos.
(*Ap.* A un diestro muy confiado;
En dándole de antuvion
Sobre su propia licion,
De afligido y de turbado
No sabe volver en sí.)

LEONOR.

Dame tú que yo quisiera
Quererte, que yo te hiciera
Que te murieras por mí.

HERNANDO.

Por dos caminos seria:
De risa de ver tu engaño,
O temeroso del daño
De tan gran majadería.
No quisiera en mis cuidados
Mas bien, que la comision
De azotar sin remision
Mujeres y enamorados.

LEONOR.

¡Hay tal hombre!

HERNANDO. (*Ap.*)

Industria mia,
Por aquí se ha de guiar
La cura; que en despreciar
Está la primer sangría.

LEONOR.

Presto me he de ver vengada
De tí; que criados vienen
De pretendientes, que tienen
Hasta el alma enamorada.
Escóndete, no te vean,
Y verás cómo me harto.

HERNANDO.

¿Qué importa, si yo descarto
Cuando hay otros que desean?
(*Escóndese.*)

ESCENA VII.

Dos PAJES, *con presentes*.—LEONOR; HERNANDO, *escondido*.

PAJE 1.°

Este pequeño presente
Es de don Juan, mi señor,
Cuyo cuidado y amor
Lo serán eternamente.

PAJE 2.°

Don Alonso de Ribera,
Mi amo, á la enferma envia
Esta pequeña sangría
Con fe firme y verdadera.

LEONOR.

Huélgome que hayais venido
Los dos, porque sin cuidado
Responda con un recado
A los dos que habeis traido.
Decid á esos caballeros
Que mi ama no es mujer
Que se deja convencer
De búcaros lisonjeros
Ni de salvillas doradas;
Que cuando quisiera el mar
Sobornos acreditar
Con las perlas encerradas
En sus conchas, y la tierra
Con sus preciosos diamantes;
No hicieran ser inconstantes
Los propósitos que encierra.
Que el crédito y los sentidos
En este amor perderán,
Porque en esta casa están
Los hombres aborrecidos.
Y así, á tanto porfiar,
Solo manda responder
Que se cansen de ofender,
O se ofendan de cansar. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Los DOS PAJES; HERNANDO, *oculto*.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Oigan, y cuál se han quedado
El uno y otro aturdido!
Pajes de tapiz han sido
Con el intento pintado.

PAJE 1.°

Muy bien pudiera excusar
Vuestro amo el competir
Con el mio.

PAJE 2.°

Eso es decir
Que no le puede igualar.
Mi amo tiene guardado,
Para cuando el Rey le haga
Título, un dosel, y paga
Lo señor adelantado,
Pues viene al amanecer
A dormir, que llueva ó truene.

PAJE 1.°

¿Qué importa, si el mio tiene
Despensero y botiller,
Y comemos á porfía,
Que se lo dé el Rey ó no?

HERNANDO. (*Ap.*)

A ese me atengo yo;
Que es el conde de Buendía,
Y el otro marqués de Espera,
Título camaleon,
Fundado en su pretension.

PAJE 1.°

Pajecillo, ¡bueno fuera
Que riñésemos!

PAJE 2.°

Por mí...

HERNANDO. (*Ap.*)

En empezando á rifar,
Les tengo de percollar
Los dos presentes aquí.

PAJE 1.°

Esto le importa á mi fama.

PAJE 2.°

Crédito á mi nombre doy.

HERNANDO. (*Ap.*)

Criado del Turco soy,
Que le cojo la garrama.
Y habrán de tener paciencia;
Que si en los dos reina Marte,
Hoy se mudan á otra parte
Los trastos de la pendencia.
(*Coge Hernando las dos salvillas, y vase.*)

ESCENA IX.

Los DOS PAJES.

PAJE 2.°

Aquí nos han de meter
En paz; al campo salgamos
A reñir.

PAJE 1.°

Al campo vamos;
Que será justo temer
El *ténganse* de la villa,
Si es campesino el valor,

PAJE 2.°

Aun esto será peor:
Aquí dejé mi salvilla.

PAJE 1.°

Y aquí la mia quedó.

PAJE 2.°

Vuestra desdicha ó la mia
Trujo algun ladron sangría.

PAJE 1.°

La sangre nos igualó.

PAJE 2.°

¿Quién hará ahora creer
A nuestros amos que ha sido
Verdad lo que ha sucedido?

PAJE 1.°

No sé cómo puede ser.

PAJE 2.°

Yo pienso, por excusar
Su repentino furor,
Decir que tomó Leonor
El presente, y alargar
La mentira; que despues
Será mas fácil remedio.

PAJE 1.°

Si puede haber algun medio,
Ese pienso que lo es,
Y lo mismo he de decir.

PAJE 2.°

Aquí viene el dueño mio.
Redúzgase el desafío... (*Alto*).
(*Ap*. A lo diestro del mentir.)

(*Vase el Paje 1.°*)

ESCENA X.

DON ALONSO.—EL PAJE 2.°

DON ALONSO.

¿Qué es esto?

PAJE 2.°

Darle á mi mano
El repentino valor
Que está pidiendo tu amor.
De don Juan Altamirano
Trujeron aquí un presente,
Al tiempo que recibió
El tuyo, y el suyo no;
Y el pajecillo imprudente
Conmigo quiso reñir.
Pienso que admitido estás.

DON ALONSO.

Basta, no me digas mas.
Desde hoy empiezo á vivir
Con ese nuevo favor.
¿Cómo albricias no has pedido,
Si soy el favorecido?
Todo lo que no es mi honor
Te daré: mi ser, mi hacienda,
Mi vida y mi voluntad;
Que en tanta felicidad
No es razon que el mundo entienda
Que no hago estimacion
De una mujer, que há dos años
Que en resueltos desengaños
Le da á don Pedro Giron
Indicios de su disgusto.
Diréle que esta conquista
Está por mí, y que desista
De su intento; que no es justo
Impedir con su nobleza
Las dichas que voy gozando;
Que pretender estorbando
Toca en actos de bajeza.
Hasta aquí, que no he sabido
Mi dicha, dudosamente,
Detenido pretendiente,
He callado y padecido;
Pero ahora, que ya sé
Que tengo el lugar primero
En su favor verdadero,
En su casa estorbaré
Que entre sin licencia mia
La luz, cuya inmensidad
En rayos de claridad
Es precursora del dia.
Sígueme.

PAJE 2.°

Contigo voy.
(*Ap*. Fácilmente lo ha creido,
Y de haberle persuadido
Gozoso y contento voy.)

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

DON JUAN, EL PAJE 1.°

PAJE 1.°

Esto, Señor, fué mostrar
Que en servir y en agradarte
Me cabe á mí tanta parte
Como á tí en saber amar.
Otro presente ha enviado
Don Alonso de Ribera,
Tu competidor, que espera
Lograr tambien su cuidado;
Y el tuyo se recibió
Cuando el suyo han despedido,
Y casi habemos reñido
El desconsolado y yo.

DON JUAN.

La vida, amigo, me has dado,
Y desde hoy, que no eres digo
Mi criado, eres mi amigo,
Y en quien fundo mi cuidado.
¿Es posible que yo he sido,
Entre tantos pretendientes
Ricos, nobles y valientes,
El solamente admitido?
El júicio he de perder,
Y no por el rendimiento
Con que se obliga mi intento
A servir y á pretender,
Sino por la soberana
Calidad y estimacion
Con que don Pedro Giron
Pretendia á doña Juana.
Tres años há justamente
Que el pobre la galantea,
Sin ver el fin que desea
En un favor solamente;
Y está tan rendido ya
De su amoroso cuidado,
Que dicen que retirado
Perdiendo el júicio está.
Visitarle será bien,
Solo para examinar
Las causas de su pesar,
Y para darles tambien
Esta gloria á mis sentidos;
Que no hay gustos estimados
Como el oir los amados
Llorar los aborrecidos. (*Vase.*)

PAJE 1.°

Amantes, ninguno crea
Que es en el arte de amar
Difícil el engañar
A quien pretende y desea. (*Vase.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XII.

DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO.

Es todo lo que he contado
Tan verdad, como lo es
Que los dos no somos tres,
Y que el uno no es soldado.

DON PEDRO.

La soldadesca en efeto
En todo entra.

HERNANDO.

Es, Señor,
Constitucion del valor,
Aunque no traiga coleto;
Que no hay, á mi parecer,
Quien hable mas en su estado
Que un coletillo picado,
Acabado de comer.
Todo lo rinde y lo mata
Contra los pobres infieles,
Si acaso dió á sus papeles
Sepulcros de hoja de lata.
Pues ¿qué si el que está á su lado
Replica y le da cordel?
En la torre de Babel
No se habló tan revesado
Y tanto sobre comida.
Dios se lo perdone á Flándes:
¡Qué de mentiras tan grandes
Tiene á cargo en esta vida!

DON PEDRO.

¿Que los presentes allí
Les cogistes? ¡Gran valor!

HERNANDO.

Entre sus armas, Señor,
Aguila rapante fui.
Mientras los dos, muy valientes,
Defendian la nobleza
De sus amos, con presteza
Agarré los dos presentes.
Y así, que andarán recelo
Ya, despues de haber reñido,
Como aquel que divertido
Busca hongos por el suelo.

DON PEDRO.

Y ¿que tanto me aborrece
Esa mujer?

HERNANDO.

Sí, Señor:
En el no tener amor
Todavía está en sus trece.
Pero la has de ver seguir
Tus pasos de puro amante,
O yo he de ser ignorante,
Y en la demanda morir.

DON PEDRO.

Y yo ahora ¿qué he de hacer?

HERNANDO.

Dejarte jaropear
Con principios de esperar,
De callar y obedecer;
Que en este primer intento
Es el remedio mejor
En calenturas de amor
Jarabes de sufrimiento.

ESCENA XIII.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Don Alonso de Ribera
Dice que te quiere hablar.

DON PEDRO.

Entre.

(*Vase el criado.*)

HERNANDO.

Aquí he de recetar
Una cosa muy ligera.
Si en doña Juana te incita
Este tu competidor,
Solo te ordeno, Señor,
Que bebas en la visita.

DON PEDRO.

ues ¿he de beber sin gana?

HERNANDO.

ide de beber; que yo
é el énfasis, y tú no.
i del mal que en doña Juana
e afige quieres curarte,
o hay sino creerme á mí,
orque has de beber aquí,
no he de poder sanarte.

DON PEDRO.

No he de saber para qué
eio?

HERNANDO.

Puesto en mi mano,
res enfermo cristiano
e se cura con la fe.
en empezando á poner
gumentos, no te curo.

DON PEDRO.

hora bien, poco aventuro,
está el remedio en beber.

ESCENA XIV.

DON ALONSO.— DON PEDRO, HERNANDO.

DON ALONSO.

be Dios que no he sabido
sta ahora vuestro mal;
e como amigo leal,
idadoso hubiera sido
primero en visitaros.

DON PEDRO.

vuestra buena intencion
me déis satisfacion,
teneis que disculparos
el darme esa disculpa;
e en tan noble proceder,
e ignorancia puede haber
cierto, pero no culpa.

DON ALONSO.

¿cómo os va de salud?

DON PEDRO.

gracias á Dios, mejor.

DON ALONSO.

í lo dice el color.
¡Ay de ti y de tu quietud
sabiendo en tu cuidado
soy el favorecido!)

HERNANDO. (*Ap.*)

e por lana ha venido,
de volver trasquilado.
ue su intencion traidora.

DON ALONSO.

que importa es no comer
asiado, ni hacer
órdenes por ahora.

DON PEDRO.

es un médico mio,
be de beber me porfía
das las horas del dia.

DON ALONSO.

duado en algun rio
be de estar.

HERNANDO. (*Ap.*)

Lo que fragua
médico sabréis luego,
ndo vos pagueis en fuego
ongetivo del agua.

DON ALONSO.

iros á solas quiero
merced.

DON PEDRO. (*A Hernando.*)

Salte afuera.

(*Vase Hernando.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO, DON ALONSO.

DON ALONSO.

De la pasion verdadera
De vuestro amor, cierto espero
Que disculparéis el mio.
Ya sabeis que doña Juana
Ha sido, hasta aquí tirana,
Tan dueño de mi albedrío
Como del vuestro; pues ya
Un presente ha recebido
De mi mano, en que ha querido
Decirme claro que está
Mi voluntad admitida.
Y pues vos no habeis llegado
A veros en tal estado,
Mi amor me manda que os pida
Por merced y por favor
Que desta empresa salgais,
Si acaso el premio esperais
Debido á tanto valor.

DON PEDRO.

A tan resuelto poder
De su amor, la resistencia
Es solo tener paciencia.—
¡Hola! dadme de beber.

ESCENA XVI.

HERNANDO, *con la salvilla del presente y un bernegal.*— DICHOS.

DON ALONSO.

¡Válgame Dios! ¡Qué curioso
Bernegal! ¿Quién os le ha dado?

DON PEDRO.

Una dama le ha enviado
Con un recado amoroso.

HERNANDO.

Y mas, que envió á decir
La dama que le envió,
Que á ella un galan se le dió;
Y así es dar y recebir.
Los favores de las damas
Son los emplastos de amor,
Y curan mucho mejor
Que con récipes y drâmas.

DON PEDRO. (*Ap. á Hernando.*)

¡Vive Dios, que ha conocido
Su presente y se ha turbado!
¿Qué has hecho?

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

Haberte vengado
De la intencion que ha tenido.
Ya mira con atencion,
Ya, atribulado en su enojo,
Echa por un lado el ojo,
Y está mirando el arpon.

DON ALONSO.

Regalado habréis estado
De sangrías.

DON PEDRO.

Esta sola
Fué la receta española
Que dió fin á mi cuidado.

DON ALONSO.

Ella pudo imaginar...
Pero yo... si... ¡cómo... cuándo!...

HERNANDO. (*Ap.*)

El hombre se va turbando.
La purga ha empezado á obrar.

DON PEDRO.

No parece que teneis
Tampoco entera salud.

DON ALONSO. (*Ap.*)

Con esta nueva inquietud...
Desdichas, ¿qué me quereis?

DON PEDRO.

Mortal estáis.

DON ALONSO.

Tuve ahora
Un disgusto, y no estoy bueno.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Amor le ha dado veneno
Por los ojos.

DON ALONSO. (*Ap.*)

¡Ah traidora!
Quien recibe para dar,
Amor tiene: ¡Vive Dios;
Que se quieren bien los dos!
Mas yo me sabré vengar.

DON PEDRO.

El color habeis perdido.
Volved en vos. Ya sabeis
Cuán seguro me teneis,
Si en algo estáis ofendido.

DON ALONSO.

El tiempo solo os dirá
Mi intencion y mi cuidado. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO.

Ya este lleva su recado.
Confuso y sin juicio va.

DON PEDRO.

¿De qué sirve haber querido
Darle este disgusto aquí?

HERNANDO.

Si en el que te daba á tí
Mala intencion ha tenido,
¿Qué ley ni razon ordena,
En lo justo ni en lo injusto,
Que te venga á dar disgusto,
Y le excusemos la pena?

ESCENA XVIII.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.

Entrándoos á visitar,
Bajaba por la escalera
Don Alonso de Ribera...

HERNANDO.

Para todos hay pesar. (*Vase.*)

DON JUAN.

De suerte, que me asegura
Algun enojo con vos.
(*Ap.* ¡Desdichados de los dos
En sabiendo mi ventura!)

(*Vuelve Hernando con otra salvilla.*)

HERNANDO.

Apenas vió este presente,
Que á mi señor le ha enviado
Una dama, con cuidado
De verle enfermo y doliente,
Cuando sin pulsos quedó,
Y tan mortal, que me admiro.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué es esto que miro?
De aquellos pulsos soy yo
El muerto. A tales venenos,
¿Quién habrá que se resista?

HERNANDO. (*Ap.*)

Si no me engaña la vista,
Otro aturdido tenemos.

DON PEDRO.

De don Alonso quisiera
Que supiérais el disgusto
O la intencion; que no es justo

ios.
ofendido
a ido!
aber
ar
)
lijera
a.
loy!) (*Vase.*)
IX.
RNANDO.
).
pillas
o
do
illas.
).
).
gar
).
).
na;
e parar?
).
o aquí,

UNDO.

ña Juana.
IMERA.
EONOR.
A.
mias
il.
dado
res.
res.
A.
mudado
m;
)
zon.
e hacer

por la inconexion
sajes de esta es-
ridad suponer que
demás de la co-

Pero es infamia, y ansí
El alma se le mudó.

LEONOR.

(*Ap.* Desde que me desprecié
Hernando, no estoy en mí.)
¿En qué me hallas culpada?

DOÑA JUANA.

En que ya no dices mal
De ningun hombre, y neutral,
Arrepentida y mudada,
Quieres que lea curiosa
Esos cansados billetes,
En que ya indicios prometes
De inclinacion amorosa.

LEONOR.

Pues ¿en qué pueden dañar
Esos billetes leidos?

DOÑA JUANA.

Peligros no prevenidos
A culpas suelen llegar.
Mira, Leonor, la mujer
Que debe á su inclinacion
Recato y estimacion,
Supuesto que es el caer
Tan fácil, no ha de esperar
La sombra de algun disgusto;
Antes debe las del gusto
Huir, por no tropezar.—
Rüido abajo he sentido.
Mira si es algun recado
De algun amante cansado
En vísperas de marido;
Y si viene á darme enojos,
A enfadarme y á cansar,
Dale á entender mi pesar,
Y con la puerta en los ojos.

LEONOR.

Tu tio y tu prima son.

ESCENA II.

DON LUIS, BEATRIZ.—DICHAS.

DON LUIS. (*A Beatriz.*)

Ya no pueden ser disculpa
Tus lágrimas en la culpa
De tu presente traicion.
¿Aprendiste á ser liviana
De tu madre? ¿No te dió,
El tiempo que te asistió,
Cuerda, prudente y cristiana,
Buenos consejos? ¿No has sido
Con mil regalos querida,
Estimada, y preferida
A tus hermanos? ¿Olvido
Cupo en tu imaginacion
De que soy tu padre? Di.

DOÑA JUANA.

¿Qué es esto, prima?

BEATRIZ.

¡Ay de mí!

DON LUIS.

¡Buena andará mi opinion
Y la tuya en el lugar!—
Ya destos locos mozuelos,
Cuyos amantes desvelos
Se fundan en engañar,
Se ha dejado persuadir.
Sea este papel testigo,
Si no hace fe lo que digo,
En lo que debo sentir.
Que le dé en su casa entrada
Le pide, y agradecido
De verse favorecido,
El que le escribió. ¡Qué honrada
Persuasion! ¡Qué rendimiento
Tan hijo de su flaqueza!
Pues tambien de mi nobleza
Lo será mi sentimiento.
Y ¡vive Dios, que si fuera
Cada golpe de la espada
De tu amante, fulminada
Exhalacion de otra esfera,
Que habias de ver, traidora,
En las venas que me dan
Honroso aliento, un volcan,
Cuya furia abrasadora
Te dejara con rigor
En cadáver convertida,
Y la señal desmentida
En la mancha de mi honor!—
Para que contigo esté
La traigo: viva contigo
La que no pudo conmigo
Asegurarme en mi fe;
Que de tí me satisfago,
Y confío que á los hombres...

DOÑA JUANA.

Detente, no me los nombres.

DON LUIS.

¿Los aborreces?

DOÑA JUANA.

Sí hago,
Y tanto, que si estuviera
Fundada en ellos mi vida,
Gustosamente homicida
De mi propia vida fuera.—
Quita, Leonor, ese manto.

DON LUIS.

Solo en tí pudiera hallar
Consuelo para un pesar
Que pudo afligirme tanto.
Déte Dios en tu virtud
Lo que mereces por ella.

DOÑA JUANA.

Yo confío en Dios que en ella
Ha de fundar tu quietud
Beatriz.

DON LUIS.

De tu compañía
Y tus consejos lo espero. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

DOÑA JUANA.

Solo de una cosa quiero
Advertirte, prima mia.
La casa donde has quedado,
No es casa, que es fortaleza,
Donde vive la pureza
Del honor muy sin cuidado.
A la falsa idolatría
De amantes engañadores
Hay por esos corredores
Asestada artillería.
Rabias, enojos, desdenes,
Desprecios y desafueros
Son petardos y pedreros
Del castillo adonde vienes.
Pero para estar aquí,
Pleito homenaje has de hacer
Primero de no creer
A ningun hombre.

LEONOR.

¡Perdí
La reputacion de hoy mas
Porque llegué á recibir
Papel?...

DOÑA JUANA.

¿Eso has de decir?
Y aun el honor perderás;
Que como la voluntad
De tí dispone y dispensa,
Los principios de la ofensa
Solo es la dificultad.

LEONOR.

Pues en esto, si es delito,
¿Qué hicieras tú?

DOÑA JUANA.

¿Yo? No mas
De lo que ahora verás
En los que á mí me han escrito.
(*A Leonor.*) Trae una luz.

LEONOR.

Voy por ella. (*Vase.*)

DOÑA JUANA.

Tambien yo soy pretendida;
Pero tan mal persuadida,
Que antes se verá una estrella
De mortal mano tocada,
Faltar ó retroceder
El sol ardiente, y crecer
Esferas de nieve helada.

(*Vuelve Leonor con una luz.*)

LEONOR.

Aquí está lo que has pedido.

DOÑA JUANA.

Para que sepas mejor
Vencer sirenas de amor
Que engañan por el oido,
Un acto de inquisicion
Te lo ha de enseñar ahora.

LEONOR. (*A doña Beatriz.*)

Mi que reciba, Señora,
El de don Pedro Giron.

BEATRIZ.

¿Don Pedro Giron ¿te ha escrito?

DOÑA JUANA.

Este es suyo.

BEATRIZ.

Y ¿tu crueldad
Condena su voluntad
Castiga como delito?
¿Nó vale la inclinacion
El valor de tal empleo.

DOÑA JUANA.

Puede visto en el deseo,
Pero no en la posesion.
¿No has visto el mar proceloso
Prometer serenidades,
Y luego con tempestades
Desmentirse cauteloso?
Pues así los hombres son.
Teme tú que ellos se vean
Al fin de lo que desean;
Que luego la condicion
Despolvorea huracanes,
Y entre ofensas y temores,
Todos niegan posêdores
Lo que ofrecieron galanes.
Y así los voy castigando
En fe, que, segun entiendo,
Solo obligan pretendiendo,
Beatriz, pero no alcanzando.
El de don Pedro Giron
Se ha de quemar el primero.

ESCENA IV.

DON PEDRO, HERNANDO.—DICHAS.

DON PEDRO. (*Ap. á Hernando.*)

Déjame, que solo quiero...

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

Aquí no hay satisfacion
Que tomar ni que pedir,
Sino dejarme curar,
Tener paciencia y callar,
Si no te quieres morir.

DOÑA BEATRIZ.

Reos por su desventura,
Inquisidora de amor,
Aclaman en tu rigor
La piedad de tu hermosura.
Y claramente se ve
Tu ignorante demasía,
Pues tratas como herejía
Los méritos de su fe.

DOÑA JUANA.

La pasion mas verdadera
Es digna de este castigo,
Y ansí no hay piedad conmigo.

DOÑA BEATRIZ.

Yo lo creo; pero...

DON PEDRO. (*A doña Juana*).

Espera.
Pues quemas mis pensamientos
En estatua de papel,
Vayan al fuego con él
Mis blasfemos pensamientos;
Y habrémos puesto en tu mengua,
Con distintas intenciones,
Tú en el fuego mis renglones,
Y yo en tu crueldad mi lengua.
Tan hecha está mi paciencia
A los rayos de tus ojos,
Que ese fuego en mis enojos
Me informa de tu clemencia;
Pues con rigor tan estrecho,
Siempre observante en tu fama,
Cada desden fué una llama
Del infierno de tu pecho.
Abrasa, si te ofendieron,
Mis intentos mal logrados;
Que esos conceptos quemados
De mayor fuego salieron.
Y aunque no se permitió
En los nobles la venganza,
Cuando el daño ó la esperanza
En mujeres se fundó,
Mi voluntad ya rendida
Parte á enojarse indignada;
Que la que hace eso obligada,
Solo estimará ofendida. (*Vase.*)

DOÑA JUANA.

Espera.

LEONOR.

Detente, Hernando.

HERNANDO.

No podré; que ya en su amor
No ha de haber saludador,
Y pienso que va rabiando. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

LEONOR. (*Ap.*)

Como yo de enamorada,
Despues que me has despreciado.

BEATRIZ.

Y ¡qué! ¿no te da cuidado
Ver un alma así abrasada,
Tan justamente quejosa?

DOÑA JUANA.

¿Esto te puede ofender?
Viendo á un hombre padecer,
Me considero gloriosa.
Con tanto imperio me veo
En mi libre condicion,
Que ni siento inclinacion,
Ni se me altera el deseo.

LEONOR.

¡Ay señora! Don Juan viene.

DOÑA JUANA.

¡Hay tan extraña porfía
De amantes! Otra herejía
En lo pertinaz.

ESCENA VI.

DON JUAN.—DICHAS.

DON JUAN.

(*Ap.* Conviene,
Corazon, que os declareis
En la intencion y el cuidado;
Que una vez desengañado,
Ya no hay gloria queespereis.)
No vengo como solia
A pedir y suplicarte
Que hagas del adorarte
Méritos en mi porfía.
Hasta hoy mis ojos rendidos,
En tu suprema beldad
Juzgaron una deidad
Llena de almas y sentidos.
Como libre te admiraba
Mi siempre espíritu inquieto,
Con el temor y el respeto
Tus desdenes adoraba.
Pero ahora que he sabido
Que vive en tu voluntad
Con dueño tu honestidad,
Y regalarle has querido,
Sabré tambien castigar
Mi imaginacion rendida,
Con mas fuerzas en mi vida,
Con mas daño en mi pesar.
A tus ojos volveré,
Por volver por mi opinion,
Lo que á don Pedro Giron
Le diste y yo te envié.
Y pues he perdido en tí
La parte de venturoso,
Quiero en la de valeroso
Satisfacerte por mí.

DOÑA JUANA.

Espera.

DON JUAN.

¿Qué hay que esperar
De una mujer engañosa,
Que inconstante y cautelosa
Sabe fingir y engañar? (*Vase.*)

DOÑA JUANA.

¡Cielos! ¿qué es esto? ¿Que á mí
Se me atreva un hombre ya?
¿No hay quien le mate?

ESCENA VII.

DON ALONSO.—DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

DON ALONSO.

¿Quién da
Causa de tratarte ansí?
¿De qué te espantas, tirana
De la quietud de los hombres,
Que ansí es justo que te nombres
Por fácil y por liviana?
Lo mismo que te envié
Por vasallaje, y sangría
De tu enfermedad, ó mia
(Que mia pienso que fué),
Diste á don Pedro Giron,
De que veo claramente
Que de amoroso accidente
Enfermó tu corazon.

DOÑA JUANA.

Mira bien...

DON ALONSO.

Si por mis ojos
He visto en plata y cristal
Lisonjeado su mal
Y ofendidos mis despojos,
Solo puedes argüir
Tu gusto y tu voluntad;
Pero no en esta verdad
Dudar y contradecir.

DOÑA JUANA.

Hombre...

DON ALONSO.

Dices bien, tirana.
Hombre soy, y lo he de ser
Contra quien supo vencer
Condicion tan inhumana.
Contra don Pedro Giron,
Por darte disgusto á tí,
He de opóner desde aquí
Mi valiente corazon.

DOÑA JUANA.

Si tengo de responder,
En injurias declaradas
No.

DON ALONSO.

En culpas comprobadas
No te queda mas que hacer. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

DOÑA JUANA.

¿Qué es esto, Leonor?

LEONOR.

Señora;
¡Plega á Dios, si recibí
Sus dos presentes, que aquí
Un rayo me parta ahora!
Que antes habia pensado
Que tú debes de haber sido
La que los has recibido,
Y que los has enviado
A don Pedro.

DOÑA JUANA.

¡Vive Dios,
Villana, infame!...

BEATRIZ.

Detente.

DOÑA JUANA.

Aguarda; que juntamente
Os castigaré á las dos.

LEONOR.

¡Señora!...

BEATRIZ.

Prima, si lo haces
Por disimular conmigo,
Solo en mi abono te digo,
Aunque no te satisfaces
De mi amor, que nunca vi
Ningun amante cuidado,
Que no le haya disculpado
Por lo que me toca á mí.
¿No somos tambien mujeres,
Y en las mujeres tambien
Natural el querer bien?
Si disimulas y quieres,
¿Quién te guardará mejor
Tus secretos, que quien tiene
Tu sangre?

DOÑA JUANA.

¡Cielos! si viene
Envuelto en este rigor
Castigo que vos me dais,
Mirad que en él maltratais
La honestidad de mi honor.—
Solo el tener sangre mia,
Beatriz, te pudo excusar
La venganza del pesar
Que me has dado. En mí ¿podia
Caber tan vil pensamiento?
Beatriz, ¡yo facilidad
De amor y de voluntad,
Rendido el entendimiento!
De mi sangre me hartara
Si en esa culpa incurriera,
Mi propio ser deshiciera,
Y con mi vida acabara.
Y aun ahora que lo digo,
Que me estoy glorificando
Parece, hiriendo y cebando
En la pena y el castigo.

LEONOR.

Mas puede, si se enfurece,
El del arco.

BEATRIZ.

No, Leonor.
¿Cómo ha de tener amor
La que tanto le aborrece?

LEONOR.

Otra sé yo que decia
Lo mismo, y por despreciada,
El no estar enamorada
Le parece ya herejía.

BEATRIZ.

Dios le dé lo que desea.

LEONOR.

Amén, plega á Jesucristo.
(*Ap.* Despues que á Hernando no he visto,
El alma se me marea.)

DOÑA JUANA.

Aunque mas, Leonor, me digas,
Tú en las quejas desta gente
Tienes culpa.

LEONOR.

De repente
Mala procesion de hormigas
Vea sobre mí, señora,
Sin que de tullida pueda
Apartallas, si me queda
En el corazon ahora
Mas de lo que digo aquí.
Dos presentes te trujeron
Dos criados que vinieron,
Y entrambos los despedí...
—¡Gracias á Dios, que ha llegado
Hernando! que podrá ser
Testigo, pues llegó á ver
Todo cuanto habia pasado.

ESCENA IX.

HERNANDO.—DICHAS.

HERNANDO. (*Ap.*)

Déme amor su cataplasma;
Porque si el desden no gasto
Con este segundo emplasto,
Tengo de dejar con asma
El pecho desta cruel;
Y sin el favor de Tíbar
Le he de volver, siendo acíbar,
En aguachirle de miel.

LEONOR.

Hernando, ¿recibí yo
Dos presentes que traian
Dos criados que venian
De dos pretendientes?

HERNANDO.

No.
Testigo soy de *oculorum:*
Y quedando en competencia,
Les vi por una pendencia
Muy cerca de *mortuorum.*

DOÑA JUANA.

No estaré en mí hasta sacar
Del pecho de algun villano
El corazon con la mano.

HERNANDO.

Serviréte en amolar
El cuchillo, y lo tendré,
Guardándote las espaldas
En tanto que tú te enfaldas;
Que ya tus intentos sé.
Y aunque á don Pedro he servido,
De tu parte me he de hacer;
Que en efeto eres mujer,
Y yo airoso y bien nacido.
El un ojo apostaria
Que algun enredo ha inventado,
Porque como le ha faltado
El amor que te tenia,
Mil faltas anda diciendo
De tí, tan públicamente,
Que se anda toda la gente
Unos con otros riendo.

DOÑA JUANA.

¿Qué dice?

HERNANDO.

Dice que tienes
Un ojo mayor que el otro.
Este he visto, venga esotro.

DOÑA JUANA.

Loco imagino que vienes.

LEONOR. (*Ap.*)

O tengo el ingenio yo
Desencuadernado ya,
O este es bellaco, y le da
Con lo mismo que me dió.

DOÑA JUANA.

Prima, ¿tengo yo los ojos
Desiguales?

BEATRIZ.

¡Desiguales!
Dos luceros celestiales
Parecen en sus despojos.

HERNANDO.

Si otras cosas te dijera
Que dice, no te quedara
En dos dias tanta cara.
Pues lo de la cabellera
Postiza y dientes atados,
De manera lo he sentido,
Que te miro de corrido
Con los dos ojos cerrados.
Pues ¡ver con el alegría
Que se lo dice á la dama
Con que se huelga y te infama!

BEATRIZ.

¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR.

¿Hay tal maldad? No creyera
De un hombre que te adoró
Tan grandes infamias yo,
Si el mundo me lo dijera.

DOÑA JUANA.

Y ¿es hermosa esa mujer?

HERNANDO.

Es airosa y bien prendida.
(*Ap.* Carne viva hay en la herida;
Que le ha empezado á escocer.)

DOÑA JUANA.

Y ¿quiérela mas que á mí
Me quiso?

HERNANDO.

Absorto la mira,
Y dice que fué mentira
Cuanto ha querido hasta aquí.
Porque le cogí un billete,
Con un suspiro que dió
Seis bujías apagó
Que estaban en un bufete.

DOÑA JUANA.

¿Qué dices?

HERNANDO.

Dios me destruya
Si no es tanta su aficion,
Que trae sobre el corazon
Una zapatilla suya.
Y si el frenesí le toca,
Y á ser en la calle acierta,
Se mete tras una puerta
Y se la zampa en la boca.

DOÑA JUANA.

¡Jesus!

HERNANDO.

Tan grande es su ardor,

Que me llegué por un lado,
Diciendo disimulado :
«¿Y doña Juana, Señor?»
Y sin responderme nada,
Enojado me miró,
Y al sesgo me sacudió
La mas cruel bofetada
Que se ha visto dibujar
Sobre carrillos cristianos.

DOÑA JUANA.

¿Qué dices, prima?

BEATRIZ.

Tiranos
Son los hombres, no hay dudar.

DOÑA JUANA.

¿Qué te parece que haga?

BEATRIZ.

Que le escribas un papel,
Y que le digas en él
Tus enojos, y que te haga
Merced de no te ofender
En público ni en secreto,
Siquiera por el respeto
Que se le debe á tu ser.

DOÑA JUANA.

Bien dices. (*A Hernando*). Espera aquí.
¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?
El camino erré. O estoy
Sin alma, ó fuera de mí. (*Vase.*)

ESCENA X.

BEATRIZ, LEONOR, HERNANDO.

LEONOR. (*Ap. á Beatriz.*)

Señora, ya que las dos
Nacimos con voluntad,
Hagamos por caridad
Alianza.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Vive Dios
Que va á escribirle! y que en suma,
Cruel, tibia, ó desabrida,
Que está la carne manida
Cuando se gasta la pluma.

BEATRIZ.

Leonor mia, tuya soy.
Dime á quién quieres, seré
Tu tercera.

LEONOR.

Sí diré;
Que tan cerca dél estoy,
Que no estoy dos pasos dél.
Porque claramente un dia
Dijo que me aborrecia,
Me estoy muriendo por él.

BEATRIZ.

¿Es Hernando?

LEONOR.

Sí, Señora.

BEATRIZ.

Pues él ¿no será dichoso
En llegar á ser tu esposo?
Yo he de decírselo ahora.—
¡Ah, galan!

HERNANDO. (*Ap.*)

Esto es á mí.

LEONOR.

Ce, ¿á quién digo? ¡Ah, caballero!

HERNANDO. (*Ap.*)

Que me dé la vena espero.

BEATRIZ.

¡Ah, soldado!

HERNANDO.

Ahora sí.

LEONOR.

Mucho estima el ser soldado.

HERNANDO.

Soy, perdonen mis sentidos,
Sordo en otros apellidos.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué gran bellaco!

LEONOR. (*Ap.*)

¡Taimado!

BEATRIZ.

¿Sabes que Leonor te estima?

HERNANDO.

Pues ¿qué importará, en rigor,
Si yo no estimo á Leonor?
Poco aprovecha la prima
Templada en el instrumento
De la conyugal union,
Si no le afina el bordon.

BEATRIZ.

Dios obra en el casamiento.

HERNANDO.

Ese ya es el bordoncillo
Con que todas las mujeres
Aseguran sus placeres;
Y hele cobrado al cuquillo
Un temor desatinado,
Y atolondrarme no es justo,
Pudiendo tener el gusto,
Y que otro tenga el cuidado.

LEONOR.

Mal conoces mi valor.
Con el Rey no le ofendiera.

HERNANDO.

Como el de los naipes fuera,
Yo lo creo, mi Leonor.

LEONOR.

Yo soy mujer tan honrada
Como cuantas Dios crió.

HERNANDO.

¿Qué importa, si tengo yo
Una falta endemoniada?
Preciábame de alentado,
Y sobre apuesta, hice en Flándes
Dos ó tres fuerzas muy grandes,
Y volví á España quebrado.

LEONOR.

Quebrado te quiero yo.

HERNANDO.

Por ahora podrá ser;
Pero echarásio de ver
Despues, y dirás que no.
Y fuera poco saber
De quien su quietud desea
Cortar para tí tarea,
Cuando no puede coser.
Y mujer que tuvo amores
No es buena para casada;
Que de la vida pasada
Le quedan los borradores.

ESCENA XI.

DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

Este es el papel, Hernando.
Di que quisiera enviar
En sus letras rejalgar,
Porque muriera rabiando.
Que es un tirano, un traidor,
Un ingrato fementido,
Cruel, descortés, fingido,
Sin Dios, sin fe, sin honor.
Y que se guarde de mí,
Que soy mujer agraviada,
Resuelta y determinada,
Un rayo.

HERNANDO.

Diréle ansi.

DOÑA JUANA.

Y que si acaso se fia
En su sangre, en su grandeza,
Que advierta que á su nobleza
Nada le debe la mia.
Y que si desvanecido,
Porque en otra parte quiero,
Defetos en mí pusiere,
Engañoso y presumido
En su loca estimacion,
Que podrá ser que se pierda;
Que fácil podrá una Cerda
Atravesar un Giron.

HERNANDO.

En sabiendo que te he visto
Y que el billete le llevo,
Me ha de poner como nuevo;
Que para mí, vive Cristo,
Que es una tigre cruel,
Despues que tiene otro amor.

DOÑA JUANA.

Toma tu manto, Leonor,
Y llévale tú con él. (*Vase.*)

LEONOR. (*Ap. á Beatriz.*)

Ahora encajaba aquí
Lindamente una coleta,
Que voy con él.

BEATRIZ.

(*Ap.* ¡Qué discreta
Es la voluntad!) (*A Hernando.*) Por mí,
¿No habrá un poquito de fe
Con Leonor? (*Vase.*)

ESCENA XII.

HERNANDO, LEONOR.

HERNANDO.

A pensar vengo
Que si por mí no la tengo,
Que por nadie la tendré;
Y basta decir aquí,
Que ya de ninguna suerte
Me puedo mandar.

LEONOR.

Advierte
Que te quiero mas que á mí,
Aunque todo el año entero
Nos andemos, á mandar
Tú en casa, y yo á remendar
Tu vestido y tu braguero.

HERNANDO.

No, Leonor; que en esta vida
Menos me tendrá afligido
Un braguero descosido,
Que una mujer muy rompida.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XIII.

DON PEDRO.

¡En buen laberinto estoy
Metido! Los pretendientes
De doña Juana, impacientes
Piensan que el dichoso soy,
Y escriben que si no doy
Los presentes qué me han dado,
Me dé por desafiado.
¿Cuándo un hombre habrá teñido
Porque piensen que es querido,
Cuando muere despreciado?
¡Nunca de Flándes volviera
Hernando para matarme!
Nunca para aconsejarme
El cielo aliento le diera!
Nunca á mi casa viniera!...

Aunque yo solo culpante
En las locuras de amante,
¿De quién me puedo quejar,
Si me dejé aconsejar
De un hombre tan ignorante?

ESCENA XIV.

HERNANDO.—DON PEDRO.

HERNANDO.

¿Qué hay? ¿Hay revolucion?
¿No están los cielos serenos?
¿Hay relámpagos y truenos?

DON PEDRO.

No hay sino mi perdicion:
Una esperanza burlada,
Una intencion no entendida,
Una mujer ofendida,
Y una alma en penas criada.
¡Que me creyese de tí!

HERNANDO.

¡Soy ignorantico yo!
Mal hizo quien me crió,
Si me han de tratar ansí!
¡Para el puto que tuviera
El negocio en mal estado!
El morir descuartizado
Pienso que lo menos fuera
En tu deseo.

DON PEDRO.

¡Ay, Hernando!
¿Cómo has de poder hacer
Que me quiera una mujer
Que maltraté, desechando
Los despojos de su honor?

HERNANDO.

El énfasis está ahí.
Solo en el tratarla ansí
Está el remedio, Señor.
Concierto fué de los dos
Que, si yo á Leonor rindiese,
Tu voluntad mereciese.

DON PEDRO.

Es verdad.

HERNANDO.

Pues ¡vive Dios,
Que has de verla ahora aquí
(Para tí cosa bien nueva)
Mas madura que una breva,
Y enamorada de mí!
Saca la daga, fingiendo
Que estás conmigo enojado.

DON PEDRO.

¿Para qué?

HERNANDO.

Ya estás cansado.
Sácala, que yo me entiendo,
Y despues, Señor, sabrás
La tela que tengo urdida.—
(*A voces.*) ¡Ay! ¡que me quitan la vida!
—Saca presto.

DON PEDRO.

Loco estás.

HERNANDO.

Saca, digo.—¡Ay, que me mata!
¿No hay quien me ampare?

ESCENA XV.

LEONOR, *con un papel.*—DICHOS.

LEONOR.

Deten,
Señor, que le quiero bien.

HERNANDO. (*Ap.*)

Logróse la patarata.

DON PEDRO.

¿Bien le quieres?

LEONOR.

Sí, Señor,
Y con saber que por él
Me estoy muriendo, es cruel,
Y me trata con rigor.

HERNANDO.

¿Cómo te puedo tratar,
Si porque aquí nombré yo
A tu ama, se enojó,
Y me ha querido matar?

LEONOR.

¿Posible es que dese modo
La has aborrecido, di?

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

En no diciendo que sí,
Das en la calle con todo.
Finge que estás enojado.

DON PEDRO.

(*Ap.* Muriéndome estoy.) Leonor,
Ha sido grande el rigor,
Y mucho lo que he pasado.

LEONOR.

Este billete te envia.
Enojada lo escribió;
Pero discúlpola yo,
Y su hermosura podia
Ser disculpa en sus cuidados;
Que bien sabes que es quimera
Eso de la cabellera
Y de los dientes atados.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

Concede con lo que ha dicho;
Que hay dientes y cabellera
En la maraña.

DON PEDRO.

Quisiera
Saber cómo.

HERNANDO.

En el capricho
Entran esos adherentes.

LEONOR.

Ella, Señor, es sentida,
Y ha de acabar con su vida
Lo del cabello y los dientes.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

Recibe el papel, y di
Que porque ella le ha traido
Le recibes, ofendido.

DON PEDRO.

(*Ap.* Dios me saque en paz de aquí.)
Si otra el papel me trujera,
Quizá no hallara en mis manos
Propósitos tan humanos,
Y sabe Dios lo que hiciera.

LEONOR.

Pues si algun dia, Señor,
Te cansares de tu dama,
Y se volviere á mi ama
Arrepentido tu amor,
Me ofrezco á ser tu tercera;
Y por si acaso volvieres,
Haz, en tanto que otra quieres,
Que Hernando, Señor, me quiera.

DON PEDRO.

Yo sé que Hernando por tí
Mudará de condicion.

LEONOR.

¡Miren cuál está el Neron!
Rayos echa contra mí. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, HERNANDO.

DON PEDRO.

¿Qué es lo que has hecho?

HERNANDO.

Hacer
Lo que el Galeno de amor
En el récipe mejor
Me pudo dar á entender.

DON PEDRO.

Ya por la experiencia veo
Parte de tu medicina,
Tan rara y tan peregrina,
Que parece que te creo.

HERNANDO.

Despacio te contaré
El camino que he tomado;
Que ahora voy con cuidado
A lo que despues diré.

DON PEDRO.

El papel quiero leer.

HERNANDO.

Cerrado se ha de quedar:
Todo es en él descansar
Con deshonrar y ofender;
Y le he menester cerrado;
Que hay gran máquina aprestada,
Y aun guerra, y este billete
Servirá de pistolete
En la postrer rociada.

DON PEDRO.

¿Podré yo satisfacella
En algo?

HERNANDO.

¡Jesus mil veces!
Forzosamente pereces;
Para siempre has de perdella.

DON PEDRO.

Ya, como el negocio está,
Ignorantísimo fuera
Si de tu órden saliera.

HERNANDO.

No menos, Señor, te va
Que ver logrado tu amor;
Que la has de ver, fia en mí,
Con mas zarpas tras de tí
Que gualdrapa de dotor.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA.

¡Qué es esto, imaginacion!
¿Por qué causa te desvelas,
Y en mi propio ser anhelas
Ahora jurisdicion?
Dueño soy de mi intencion,
Y soy la misma que fuí,
Y quiero poner aquí
Límites á mi deseo;
Contra mí misma peleo,
Defiéndame Dios de mí.
¿Que quiera yo no pensar,
Y que me falte el poder?
¿Qué quietud puedo tener
Sin dejar de imaginar?
¡Que me pudiera olvidar
Tan presto un hombre! ¡Ah traidor!
Engañoso fué tu amor.
¿Qué es esto? Estoy reprobando

El pesar, y estoy pensando.
¡Incurable es mi dolor!
No quiero admirarme yo
De que á su dama dijera
Que tengo yo cabellera
Y dientes atados, no;
Pero ¿que tan presto halló
Mujer tan á su medida?
¿Que tan del todo se olvida
Quien tanto supo querer?
Aquí es donde he de perder
La paciencia con la vida.

ESCENA II.

LEONOR.—DOÑA JUANA.

LEONOR.

Señora, tu prima está...

DOÑA JUANA. (*Sin oir á Leonor.*)

¿No soy la misma que fui?

LEONOR.

Señora...

DOÑA JUANA.

¿Qué ha visto en mí,
Que tan presto pudo ya
Trasladar tanta firmeza
En sugeto diferente?

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay, señores, que lo siente!

DOÑA JUANA.

Aquella naturaleza
¿Se mudó con tal rigor?

LEONOR. (*Ap.*)

En éxtasis está ya.
Carruaje hay por acá
Tambien, que embarga el amor.

DOÑA JUANA.

(*Ap.* Leonor pienso que me ha visto
Divertida: importará
Desvelarla, claro está.
¡Qué mal mi dolor resisto!
¡Yo con recato y deseo!)
¿Qué hace mi prima?

LEONOR.

Ahora
Me pidió un libro, Señora,
De comedias.

DOÑA JUANA.

Yo lo creo.
En libros mas virtüosos
Fuera mas justo leer
La que ha llegado á saber
Tantos lances amorosos.
¿Pensais que no os escuché
Hablar anoche á la una
Por la ventana? Ninguna
Imagine que no sé
Sus pasos y sus secretos.
Pero yo soy de opinion
Que sobre seguro son
Los castigos mas discretos.
Llama á mi prima.

(*Vase Leonor.*)

ESCENA III.

DOÑA JUANA.

¡Ay de mí!
Que no parece que ya
Tan entera el alma está
Como se mostró hasta aquí.
Mas ¿qué es esto? ¿Ha de faltar
En mi pecho mi valor?
Mueran los gustos de amor
Á manos de mi pesar.

ESCENA IV.

BEATRIZ.—DOÑA JUANA.

BEATRIZ.

¿Qué me quieres?

DOÑA JUANA.

Que no quieras;
Que ya he visto claramente,
Prima, que el nuevo accidente
Dura en tus vanas quimeras.
A mi tio escribí ya
Que alguna noche, que ocioso
Esté, ronde cuidadoso
La calle; que lo que está
A mi cargo es solo el
Mirar por mi casa yo.

BEATRIZ.

¡Qué poco que te debió
Mi sangre, si tan cruel,
Tan mi enemiga eres ya,
Que á mi padre le escribias
Claramente culpas mias!

DOÑA JUANA.

Y ¿quién, dime, me dirá
Que porque te quiero buena,
Te trato como enemiga?

BEATRIZ.

La que sin tiempo castiga,
Deseando está la pena.

DOÑA JUANA.

Muy bien sabes argüir.

BEATRIZ.

De tu escuela habré sacado,
Por lo que á mí me has culpado,
Lo que yo debo sentir.
(*Ap.* Amor, venganza te pido.
No pueda esta escrupulosa
Bizarrear tan airosa,
Habiéndote á tí ofendido.) (*Vase.*)

ESCENA V.

HERNANDO.—DOÑA JUANA.

HERNANDO.

Por Dios, hoy, Señora mia,
Aunque llegue á perecer
A sus manos, que has de ver
Lo que á su dama le envia.
Esta joya de diamantes
Le llevo, y otra le dió
Que para afrenta nació
De las estrellas brillantes.
Enviándola á apreciar,
Declararon los plateros
Que no tiene el Rey dineros
Para podella comprar.

DOÑA JUANA.

Pues ¿cuánto, dime, valdria?

HERNANDO.

Los plateros que la vieron,
Cinco ciudades dijeron
De las que hay en Berbería.

DOÑA JUANA.

¿Cómo está mi nombre aquí?

HERNANDO.

Suelta el papel, por tu vida.

DOÑA JUANA.

Muestra, ó perderás la vida.

HERNANDO.

¡Hay tal desdicha! Ay de mí!

DOÑA JUANA.

Seis nombres hay á una parte,
Y seis á otra. ¿Qué es esto?
Dime lo que es, y sea presto.

HERNANDO.

Temo, Señora, enojarte.
A mi amo le escribió
Su dama que le escribiera
Doce damas, y esto fuera
Segun ella lo ordenó:
Seis de las que deben ser
Muy justamente queridas,
Y otras seis aborrecidas.

DOÑA JUANA.

Y ¿de cuáles vengo á ser?

HERNANDO.

Las aborrecidas son
Esas donde estás escrita.

DOÑA JUANA.

Es un traidor.

HERNANDO.

Sodomita,
Y sodomita sayon.
No tienes sangre en el ojo,
Si no rompes el papel
Y te le comes; que en él
Se podrá vengar tu enojo
En las tripas mas de espacio:
Y la joya envolveré
En otro papel que esté
Mas bruñido y menos lacio.

DOÑA JUANA.

¡Válgame Dios! Muestra á ver.
El papel que le escribí
¿No es ese?

HERNANDO.

Señora, sí;
Que no le quiso leer,
Y ansí me le dió cerrado.—
¡Que fuese tal mi torpeza!
Desdichado del que empieza
A estar una vez turbado.
¡Válgate el diablo el papel!
Que tengo en la faltriquera
Pienso que una resma entera,
Y que hubè de dar con él.
Cuando ello de Dios está...
(*Ap.* ¡Oigan, y cuál se ha quedado
De difunto embalsamado!)

DOÑA JUANA.

(*Ap.* ¡Cielos! que reviento ya!
Salgan pedazos de vida
Del corazon á buscar
Nuevos modos de vengar
Un alma tan ofendida.)
¿No soy la misma que fuí,
Cuando aquel hombre adoraba
Las piedras que yo pisaba?
¿Qué defetos halla en mí,
Que me aborrece y desprecia?

HERNANDO. (*Ap.*)

Ya da voces y se abrasa:
La calentura está en casa,
Y debe de ser muy recia.

DOÑA JUANA.

Muriéndome estoy, Hernando.

HERNANDO.

Muy poquito menos creo,
Porque segun lo que veo,
Parece que estás penando.

DOÑA JUANA.

¿Podréme fiar de tí?

HERNANDO.

¡Así, plega á Dios, hallara,
Señora, quien me fiara
En una mohatra á mí!

DOÑA JUANA.

Toma pues, y excusarás
El sacarla y el pedir
Que te fien.

HERNANDO.

El vivir
De un cuervo, y cien años ma ,

Plega á Jesucristo, amén,
Que vivas, porque te llamen,
Te apelliden y te aclamen
La dama Matusalen.
(*Ap.* Ya es cosecha desde aquí
Lo que hasta aquí fué sembrar;
Que mujer que empieza á dar,
Tambien va dando de sí.)

DOÑA JUANA.

Yo he de ver esa mujer.

HERNANDO.

Si no es cuando va mi amo
A verla (que es el reclamo
A que suele responder),
Es imposible.

DOÑA JUANA.

Yo iré,
Si es que alguna noche va,
Tras él.

HERNANDO.

Difícil será;
Mas yo te acompañaré.

DOÑA JUANA.

Yo, Hernando, solo te encargo
El secreto, por mi honor;
Que esto es rabia, no es amor.

HERNANDO.

Ansí, un poquito á lo largo.
Cuando en tercianas procura
Ser el calor verdadero,
Esperezos hay primero
Que venga la calentura.

DOÑA JUANA.

En un pozo me echaré...

HERNANDO. (*Ap.*)

Yo lo creo, de barriga.

DOÑA JUANA.

¿Qué dices?

HERNANDO.

Que nadie diga:
De este agua no beberé.

DOÑA JUANA.

Hernando, mira que soy
Mujer y estoy afligida,
No por no verme querida,
Sino despreciada.

HERNANDO.

Estoy
Por, si no fuera barbado,
Llorar en esta cautela
Como un muchacho de escuela
Que está ya desatacado.

DOÑA JUANA.

¿Qué noche te he esperar?

HERNANDO.

Yo avisaré la que fuere
A propósito... (*Ap.* Y lloviere,
Porque se pueda enlodar.)

DOÑA JUANA.

Tu esperanza vive en mí.
No nos vean á los dos
Juntos tanto tiempo. Adios. (*Vase.*)

HERNANDO.

A Dios... ¡Gracias, que vencí!

ESCENA VI.

LEONOR, BEATRIZ.—HERNANDO.

LEONOR.

Lindamente lo has parlado.

BEATRIZ.

Para estar aborrecido,
Por ser hombre, mucho ha sido.

HERNANDO.

Soy altar privilegiado.

LEONOR.

Para mí teneis vos [illegible],
Os pudiera yo decir,
Pues supísteis reducir
Mis pensamientos tiranos.
¿Por qué no pruebas tus fuerzas
Para hacer que tenga amor
La del eterno rigor?
No hayas miedo que la tuerzas.

BEATRIZ.

¿Torcer? Si resucitara
Su padre, no le tuviera
Amor, antes le pidiera
Que al sepulcro se tornara.

HERNANDO.

¡Válgame Dios! ¿Es posible?

BEATRIZ.

Pues tú solamente eres
Peregrino, en las mujeres
No ha nacido tan terrible
Monstruo de crueldad.

HERNANDO.

Ya sé
Que no se enamorará.

BEATRIZ.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque ya lo está.

LEONOR.

¿Qué dices, hombre?

HERNANDO.

No fué
La que en Teruel se arrojó
Tan pegajosa y suave,
Con solamente un jarabe
Que en la vanidad tomó.
Que me dés los piés te pido.

LEONOR.

Si verdad fuera, te diera,
Aunque en camisa me viera,
Cuanto tengo aquí vestido.

HERNANDO.

Bien te puedes desnudar;
Que yo sé que algun miron
Deseara la ocasion.
Tras mi amo se ha de andar
La noche que quiera yo.

BEATRIZ.

Sea esta.

HERNANDO.

Ha de llover;
Que á su casa ha de volver
Como jamás no se vió
Carro de Riche en febrero.

LEONOR.

Señora, estoy por saltar
De contento, y reventar
De risa. ¡Que tal espero!

BEATRIZ.

Todo hoy está lloviznando.

HERNANDO.

Pues que ha de ser esta entiendo.

BEATRIZ.

Lo del lodo te encomiendo.

LEONOR.

Por amor de Dios, Hernando.

HERNANDO.

Idos; que ha de sospechar,
Si os ve aquí, que lo sabeis.
Esta noche os vengaréis.

BEATRIZ.

Bien dices.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

DON PEDRO, HERNANDO.

DON PEDRO.

¿Hete de hallar?
Todo el dia ando tras tí.

HERNANDO.

No me espanto de eso, no;
Que ando en los negocios yo
De la herencia del Sofí.
Ya la fuerza se ha rendido.
Esta noche ha de seguirte.

DON PEDRO.

Déjame solo decirte
Que es mucho para creido.
Hernando, si yo la veo
Solo por mí causa dar
Un paso, me han de acabar
Mis gustos y mi deseo.
Algun ángel te sacó
De Flándes, pues has vencido
Lo que en pecho endurecido
Jamás pude vencer yo.
En la obligacion postrera
De mi esperanza perdida,
Te debo toda la vida,
Y he de ofrecértela entera.
Mi vida, mi honor, mi ser
Y cuanto tengo en el mundo,
Ya como dueño segundo
Te deben obedecer.

HERNANDO.

Esta es tu joya, aquí está.

DON PEDRO.

Tómala tú; que no quiero,
Si fué el remedio postrero,
Que vuelva á mis manos ya.
¿Podré yo, Hernando, siquiera,
No mas de un momento hablarla
Aquí ya sin despreciarla?

HERNANDO.

No, Señor. Eso quisiera.

DON PEDRO.

No puedo mas.

HERNANDO.

Eso es bueno
Para un hombre condenado,
A quien los suyos le han dado
Secretamente veneno,
Y para el que está metido
Por la Sala en la capilla,
De la vulgar campanilla
Clamoreado y pedido;
Pero no para un cristiano
Libre y con entendimiento.
¿Quieres que por un momento
Se haya trabajado en vano?
Por Dios, que vienen aquí
Sus pretendientes, Señor.

DON PEDRO.

Hallarán en mi valor
Lo que halló mi dicha en tí.
Aquí no tienes que hacer;
Bien te puedes retirar.
Consigue tú el alcanzar,
Conseguiré defender.

HERNANDO.

¿Qué es retirar? ¡Vive Cristo,
Que es, Señor, cada estocada
De mi contrario tirada,
Para mi cólera un pisto!
En Flándes no lo hice yo,
Aunque el archiduque Alberto
Daba voces en desierto,
Tanto, que se enronqueció.

ESCENA VIII.

ON JUAN, DON ALONSO. — DICHOS.

DON ALONSO.

eñor don Pedro Giron,
os que son tan caballeros...

DON PEDRO.

n las leyes y en los fueros
Qué debo á mi obligacion?
Por qué tenemos que hablar?
i es porque no he respondido
dos papeles, no ha sido
ulpa, sino castigar
l haber imaginado
ue si favores tuviera
e doña Juana, los diera,
i aun al Cid resucitado.
los hombres que han nacido
on mi corazon, no es bien
edirle nadie que dén
as prendas que han recebido.
o sé dar; mas no volver:
¡ojalá que á Dios pluguiera
ue en recebir estuviera
l saberlo defender!
ero si ya en el valor
arece que andan sobradas
as razones, las espadas...

ESCENA IX.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

ué es esto?

DON PEDRO.

Nada, Señor.

DON ALONSO. (*A don Pedro.*)

os buscaré.

DON JUAN.

Yo tambien.

DON PEDRO.

ntonces acabarémos
que comenzado habemos
s tres.

(*anse don Pedro, don Juan, don Alonso y Hernando.*)

ESCENA X.

DON LUIS.

Por cierto, ¡muy bien!
endencia aquí, y yo avisado
e ronde la calle! ¡Cielos!
n una hija desvelos
a mi edad habeis dado?
ue no te pudo templar
conocida virtud
e tu prima en tu inquietud?
es de noche: voyme á armar,
rque ansí podré saber
quien me puede ofender
puede tambien matar. (*Vase.*)

—

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA XI.

BEATRIZ, LEONOR.

LEONOR.

edito, Señora, saca
mata hin pié y pierna.

BEATRIZ.

ómo?

LEONOR.

lernando, con linterna
on za ato de vaca,
En secreto está aguardando
Mas há de un hora cabal,
Y ella, si no miré mal,
Pienso que se está enfaldando.

BEATRIZ.

¿Cómo podrémos saber
Si trata de salir fuera?

LEONOR.

Yo lo sabré: aquí me espera;
Pero no te has de mover.
Si me hicieran reina ahora
Solo porque no acechara,
Pienso que no lo tomara. (*Vase.*)

BEATRIZ.

Valiente amor, nadie ignora
Que se fundan tus razones,
Segun tu poder contemplo,
En entapizar tu templo
De rendidos corazones.
Contra quien mas tu poder
Resiste, mas te previenes,
Porque de Dios al fin tienes
Lo absoluto del poder.

(*Vuelve Leonor.*)

LEONOR.

Chinelita baja.

BEATRIZ.

Espera,
A ver si sale.

LEONOR.

Eso hago,
Porque no me satisfago
Hasta verla en la escalera. (*Vase.*)

BEATRIZ.

Ruego á Dios que despreciada
Vuelva del que va á buscar,
Porque no llegue á probar
Los gustos de enamorada.

(*Vuelve Leonor.*)

LEONOR.

Flux hizo para conmigo
Doña Juana mi señora;
Como un rayo sale ahora
Por la puerta del postigo.
Ya no tiene que reñir:
Privilegio nos ha dado,
Con haberse enamorado,
Para podernos reír.
¿Qué se ha hecho tu galan,
Señora, que no le veo?

BEATRIZ.

Fuése al Brasil, y el deseo
Y el alma penando están.

LEONOR.

Ya en su castillo no hay fueros.

BEATRIZ.

Sí, que amorosas pasiones
Han clavado los fogones
A petardos y á pedreros.

LEONOR.

¿Qué habemos de hacer?

BEATRIZ.

Bajar
Al postigo, y aguardarla,
Para solo avergonzarla
Con mirarla y con callar.

LEONOR.

¡Vitoria por el amor!

BEATRIZ.

Como es ciego dióle palo.

LEONOR.

Desde hoy puede ser Gonzalo
Enamorador mayor.

(*Vanse.*)

—

Calle. — Es de noche.

ESCENA XII.

DON LUIS, *armado.*

¿Que aun ansí tratan flaquezas
Mis años tan sin respeto?
¿Todavía estoy sujeto
A femeniles ternezas?
Pensará viéndome asi
La muerte que ya la he visto,
Y que armado la resisto.

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, *disfrazada,* Y HERNANDO, *rebozado, con linterna.*—DON LUIS.

HERNANDO. (*Ap. á doña Juana.*)
Quedo; que un hombre está aquí.

DOÑA JUANA. (*Ap. á Hernando.*)
Si algo pregunta, que soy
Doña Beatriz de la Cerda
Le dirás, para que pierda
Los indicios que le doy.
Y si es justicia, dirás
Que va en casa de su padre.

HERNANDO. (*Ap. á doña Juana.*)
No hay disculpa que no cuadre,
Bien dicha. Salir podrás.

DON LUIS.

¿Quién va?

HERNANDO.

Cuanto puede ser.

DON LUIS.

¿Quién es?

HERNANDO.

¡Qué pregunta en vano!
Partido el género humano,
Un hombre y una mujer.

DON LUIS.

¿Quién es la mujer?

HERNANDO.

Señor,
Doña Beatriz de la... (*Ap. á doña Juana.*) ¿Qué?

DOÑA JUANA. (*Ap. á Hernando.*)
De la Cerda.

HERNANDO.

(*Ap.* Ya lo sé.)
De la Cerda.

DON LUIS. (*Ap.*)
¡Ay de mi honor!

HERNANDO.

¿Podrémonos escurrir?

DON LUIS.

¿Dónde la llevais?

HERNANDO.

A ver
A su padre.

DON LUIS. (*Ap.*)
Hasta saber
La verdad, la he de seguir;
Y si, sin pedir licencia
A su prima, va á buscar
Su amante, la he de matar.
Sufrid y tened paciencia,
Corazon.

HERNANDO.

¿Tenemos ya
Pasaporte?

DON LUIS.

Sí.

HERNANDO.

Pues vamos;
Que despachados estamos.

DON LUIS. (*Ap.*)
Tu muerte en tus pasos va.
(*Vanse.*)

—

Otra calle.

ESCENA XIV.

DON JUAN, DON ALONSO.

DON ALONSO.
Por aquí suele venir,
Y podrémos acabar
Lo ya empezado á tratar,
Desta suerte.

DON JUAN.
En recibir
Presentes es valeroso;
Séalo en reñir tambien,
Porque dos veces le dén
Título de venturoso.

DON ALONSO.
A mí me habeis de dejar,
Si viene solo.

DON JUAN.
Eso no.
Con él he de reñir yo,
Y vos me habeis de mirar.

DON ALONSO.
Al que de nosotros tiene
Mas antigua competencia
Le toca aquesta pendencia.

DON JUAN.
Quedo; que pienso que viene.

ESCENA XV.

DON PEDRO, HERNANDO. — DICHOS.

DON PEDRO.
Mira que vendrá cansada.

HERNANDO.
Venga, y déjala cansar,
Por lo que te hizo andar
Con el alma aperreada.

DON PEDRO.
Basta, Hernando, no riamos,
Mira que es escuro y llueve.

HERNANDO.
Mujer que ha sido de nieve,
Ansí la derretirás.

DON PEDRO.
¿Quieres apostar, Hernando,
Que se ha de volver á ir?

HERNANDO.
Mujer que empieza á seguir,
Derrengada y cojeando
Se irá tras un hombre á Flándes.

DON PEDRO.
Mucha fuera tu impiedad,
Que es mucha la oscuridad.

HERNANDO.
Y tus ignorancias grandes.
En llegando á conocer
Por las centellas el fuego,
Te ha de descubir el juego,
Y has de venirla á perder.

DON PEDRO.
Pues alúmbrala siquiera;
Que estamos léjos los dos.

HERNANDO.
Zarpa ha de haber, vive Dios.
(*Mata la linterna.*)

DON PEDRO.
No tienes amor.

HERNANDO.
Quisiera
Ponerle ceniza en lodo,
Porque conozca que es barro
El presumir mas bizarro
De las mujeres en todo.
Ahóguese, aunque es mancilla
Ver una mujer ansí.
¡Ah! quién me trujera aquí
La arriada de Sevilla!

DON ALONSO.
Señor don Pedro...

DON PEDRO.
¿Quién va?

DON ALONSO.
Los que hoy quisieron saber
De vos, si el no responder
Fué desprecio.

DON PEDRO.
Claro está.

DON ALONSO.
Pues siendo así, no tenemos
Que detenernos en nada.
Sirva de lengua la espada;
Que con ellas hablarémos.
(*Meten mano y riñen.*)

ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA JUANA.—DICHOS.

DON LUIS. (*Dentro.*)
Así castigar podré
Tu mal pensada traicion.
(*Sale doña Juana tapada.*)

DOÑA JUANA.
Señor don Pedro Giron,
Amparadme.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)
Ella es.

DON PEDRO.
Sí haré.
Caballeros, acudir
A las mujeres es justo;
Que para nuestro disgusto
Tiempo queda en que reñir.

DON ALONSO.
Sois en efeto Giron,
Cuya calidad sabemos,
Y no es bien que os estorbemos
Tan precisa obligacion.
(*Sale don Luis.*)

DON PEDRO.
¿Quién es? Quién va allá?

DON LUIS.
Yo soy.

DON PEDRO.
¿Quién?

DON LUIS.
El padre desdichado
Desta hija, que le ha dado
El ser que perdiendo estoy.

DON PEDRO.
¡Señor don Luis!...

DON LUIS.
Yo tomara
Que porque nadie me viera
En mi deshonra, se abriera
La tierra y que me tragara.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)
No te dés por entendido;
Que no es su hija.

DON PEDRO.
(*Ap. á Hernando.* Sí haré.)
¿Qué ha hecho?

DON LUIS.
Yo os lo diré,
De su inquietud ofendido,
Con doña Juana, Señor,
De la Cerda, mi sobrina,
La puse, cuya divina
Virtud y heróico valor
Pensé que la convirtiera;
Y á estas horas, divertida
En las calles y perdida
La hallo desta manera.
Dado le hubiera la muerte.
Pero ¿quién, Señor, pensara
Que de una santa tomara
Los consejos desta suerte?
No le falta sino hacer
Milagros.

HERNANDO. (*Ap.*)
De piedra y lodo,
Para dar en él con todo,
Despues que empezó á querer.

DON PEDRO.
Con justa causa os confieso
Que ahora os podeis quejar;
Pero no es este lugar
Para hablar, Señor, en eso.
Mi señora doña Juana
La reñirá, y vos allí
Tambien con ella.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
¡Ay de mí!

DON LUIS.
¿Que no pudieron, tirana,
Los consejos de tu prima
Moverte á no me afrentar?

DON PEDRO.
Yo la tengo de llevar.

DON LUIS.
El que como yo os estima,
Que os obedezca es razon.

HERNANDO. (*Ap.*)
¡Linda va la cazolada!
En la santa acreditada
Se metió la tentacion.

DON PEDRO. (*A don Juan y don Alonso.*)
Disimulad, y llevemos
A su casa esta mujer,
Que se ha querido valer
De mí; que luego podrémos
Reñir.

DON ALONSO.
A tanto valor
No replico.

DON JUAN.
Sea ansí.
(*Vanse los caballeros acompañando á doña Juana.*)

ESCENA XVII.

HERNANDO.

La buena es la mala aquí,
Y la mala es la mejor.
Amantes, nadie sea necio
En pretender, y avison
En lo visto; que estos son
Los milagros del desprecio. (*Vase.*)

—

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA XVIII.

BEATRIZ, LEONOR.

BEATRIZ.
Lindamente se cerrara
La plana de venturosa,
Si fuera yo tan dichosa
Que mi padre la encontrara.

LEONOR.
Con atrancarle el postigo
Ahora al volver, perdiera

La paciencia; pero fuera
Todo el enojo conmigo.

BEATRIZ.

Si va haciendo con querer
Nuestro negocio, no es justo
Que le pongamos al gusto
Estorbos que lo han de ser.

LEONOR.

En la puerta principal
Llaman.

BEATRIZ.

Baja, y quién es mira.
(*Vase Leonor.*)
¡Dios me libre de su ira,
Si le ha sucedido mal!
Casi de su parte yo
Estoy por sentirlo ya.
¡Válgame Dios! ¿Si vendrá
Con la cara que llevó?
(*Vuelve Leonor.*)

LEONOR.

¡Jesus! Todo va perdido.

BEATRIZ.

¿Quién era?

LEONOR.

Un muy gran tropel,
Y tu padre y ella en él.

BEATRIZ.

Pues ¿cómo no me has pedido
Albricias?

LEONOR.

Y de enlodada
Viene tal, que es menester
Para limpiarla meter
Todo el vestido en colada.
¿Qué habemos de hacer?

BEATRIZ.

Callar;
Que á nosotras no nos toca,
Leonor, sino punto en boca,
Y vengarnos con mirar.
(*Retiranse á un lado.*)

ESCENA XIX.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA JUANA, *tapada;* DON JUAN, DON ALONSO, HERNANDO.—BEATRIZ Y LEONOR, *retiradas.*

DON LUIS.

Lo que pretendo es saber
Si mi sobrina le dió
Licencia, porque si no,
No ha de quedar á deber
En agravio tan dispuesto
Nada mi honor al sentir.
¡Vive Dios que ha de morir!

BEATRIZ. (*Presentándose á su padre.*)
¿Quién ha de morir?

DON LUIS.

¡Qué es esto!
¿Quién eres, mujer? (*A doña Juana.*)

DON PEDRO.

Aquí
Solamente os ha tocado
El quedar desengañado,
Pero lo demás á mí.

DOÑA JUANA.

Tampoco quiero que vos,
Si es que quereis defenderme,
Lo hagais despues de ofenderme.
(*Descúbrese.*)

DON ALONSO.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

¡Válgame Dios!

DOÑA JUANA.

Yo soy. ¿De qué os admirais?
Si pensais que me ha sacado
De mi casa algun cuidado
Amoroso, os engañais.
Las mujeres que nacimos,
Señor don Pedro Giron,
Con sangre y estimacion,
Mas que las ótras sentimos.
¡Vive Dios, que he de saber
Quién es esa vuestra dama,
Por quien mi opinion y fama
Se ha echado tanto á perder!
Que esto solo me ha sacado
De mi casa.

BEATRIZ.

Y con razon.

LEONOR. (*Ap. á Beatriz.*)
Item mas, el espigon
Con su poco de cuidado.

BEATRIZ. (*Ap. á Leonor.*)
Mírala y calla.

LEONOR.

Sí haré.

DON PEDRO.

Pues si eso no mas ha sido,
Señora, á lo que habeis ido,
Mi dama os enseñaré.
Pero habeisos de obligar
De hacer con ella por mí
Una cosa. ¿Haréisla?

DOÑA JUANA.

Sí.

DON PEDRO.

Primero me habeis de dar
La mano de que en lo justo
Por mí habeis de interceder;
Que yo sé que ella ha de hacer
Lo que fuere vuestro gusto.

DOÑA JUANA.

Esta es mi mano. (*Ap.* ¡Hay rigor
Tan grande! ¿Que esto me pida?)

DON PEDRO.

Pues esta que tengo asida
Sola es mi dama.

DOÑA JUANA.

¡Ah traidor!
¡Nuevos engaños!

DON PEDRO.

Señora,
Cuento este de Hernando fué;
Que yo siempre os adoré
Con la misma fe que ahora.

DOÑA JUANA.

Luego ¿nunca habeis tenido
Otra dama?

DON PEDRO.

Si criara
Dios nuevo mundo, no hallara
En mi corazon rendido
Lugar otro pensamiento.
La muerte pudiera hallar
Propósitos que mudar,
Pero no arrepentimiento.

DOÑA JUANA.

¿Adónde está Hernando?

HERNANDO.

Aquí.

LEONOR.

Mira si nos engañó.
Con una misma nos dió.

DOÑA JUANA. (*A Hernando.*)
Tú ¿no me dijiste á mí
Que tu amo me afrentaba,
Y que otra dama tenia?

HERNANDO.

Mentí en lo que no sabia,
Por ver lo que deseaba.
Y como le vi tan necio
Y tan firme en su pasion,
Lo dije, porque estos son
Los milagros del desprecio.

DON PEDRO. (*A don Juan y don Alonso.*)
Los favores que pediais
Tengo yo: mas engañados
Los llamais favores dados,
Y que los diese queriais.
Porque no creais en nada
Que mujer tan virtüosa
Recibia codiciosa
Para dar enamorada,
Aquí os desengaño yo.
Unos criados riñeron,
En el suelo los pusieron,
Y Hernando se los cogió.
Dáselos.

DON ALONSO.

De Hernando son,
De mi parte.

DON JUAN.

Y de la mia.

HERNANDO.

Vuestra ha sido la hidalguía,
Si fué mia la invencion.

DON ALONSO.

Justamente mereceis
Que se os muestre mas humana
Mi señora doña Juana.

DOÑA JUANA.

Es verdad, razon teneis,
Y ya tan humana estoy,
Que por lo mucho que gano,
Si ahora estima mi mano,
Con el alma se la doy.

DON PEDRO.

Yo con el alma tambien
La recibo, como es justo.

DON JUAN.

Y los dos con mucho gusto
Os damos el parabien.

BEATRIZ.

Prima...

DOÑA JUANA.

No me digas nada;
Que harto has hecho con no hablar,
Con mirarme y con callar.
Si te reñí enamorada,
Desde hoy te disculparé;
Que ya conozco mejor
Las fuerzas que tiene amor,
Despues que me enamoré.

LEONOR. (*A Hernando.*)
¿Preténdeste resistir?

HERNANDO.

No, Leonor; pero tomara
Que ninguno se casara,
Por solo oílle decir
Al obispo de Antióquia
Que una comedia se ha hecho
En que no tuvo provecho
El cura de la parroquia.

LEONOR.

Tuya soy, Hernando mio.

HERNANDO.

Advierte que no hay braguero.

LEONOR.

Quebrado ó sano te quiero;
Que ya con el amor mio
No tienen las Indias precio
De amor y de estimacion.

HERNANDO.

Yo lo creo.—Y estos son
Los milagros del desprecio.

EL DESPRECIO AGRADECIDO.

PERSONAS.

DON BERNARDO.	FLORELA.	SANCHO.
OCTAVIO.	INÉS.	DON ALEJANDRO.
LISARDA.	LUCINDO.	MENDO.—ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Madrid y en un camino.

ACTO PRIMERO.

…rdividido : á un lado un jardin, al otro …ma sala con puerta al jardin.

ESCENA PRIMERA.

…BERNARDO Y SANCHO, *con espa-…desnudas y broqueles, en el jardin.*

DON BERNARDO.
…torpe salto que diste!

SANCHO.
…las paredes altas.

DON BERNARDO.
…ienso que mejor saltas,
…e mas miedo tuviste.

SANCHO.
…a no teme la justicia,
…ndo un hombre muerto?

DON BERNARDO.
…rario desconcierto!
… vive, vivir codicia.
…rincipal es esta
…e habemos entrado.

SANCHO.
…vengo desollado ;
…e la pared me cuesta.

DON BERNARDO.
… escuridad, no veo
… que aqueste es jardin.

SANCHO.
…habemos de hacer, en fin?

DON BERNARDO.
…me, Sancho, deseo.

SANCHO.
…sienten, es forzoso
… que somos ladrones.

DON BERNARDO.
…é fuertes ocasiones
…e un hombre celoso!

SANCHO.
… el diablo nos dejara
…e Sevilla aquí.

DON BERNARDO.
… esta : ¿entraré?

SANCHO.
Sí.
(*Pasan á la sala.*)

DON BERNARDO.
…s hablan.

SANCHO.
Repara
… dicen que se van
…tar.

DON BERNARDO.
Pues ¿qué harémos?

SANCHO.
Que lo que fuere miremos
Detrás deste tafetan. (*Escóndense.*)

ESCENA II.

LISARDA, FLORELA É INÉS, *en la sala.*—DON BERNARDO Y SANCHO, *escondidos.*

LISARDA.
Pon la vela en esa mesa,
Y muestra aquel azafate :
Quitaréme aquestas rosas,
Que no quiero que se ajen.

FLORELA.
¡Qué cansado estuvo Octavio!

LISARDA.
No hay cosa que tanto canse
Como un deudo, pretendiente
De marido, y no de amante.

FLORELA.
Ten esa cadena, Inés.

LISARDA.
¡Lo que siento desnudarme!

FLORELA.
Yo, mucho mas que vestirme.

INÉS.
Pues ¿no quereis que os enfade,
Si el vestiros y adornaros
Por la mañana se hace,
Cuando tomais los pinceles
Para que hermosos agraden
Los claveles y jazmines,
Que suelen desfigurarse
En el curso de la noche?

FLORELA.
¡Qué bueno estuvo esta tarde
El Prado!

LISARDA.
La procesion
De los coches fué notable.

FLORELA.
¡Bravo humo, brava gloria,
Brava prosa de galanes!
Muy valido anduvo *riesgo*,
Superior, *inexcusable*,
Valimiento, *accion*, *despejo*,
Ruidoso, *activo*, *desaire*,
Lucimiento y *carabanas*.

LISARDA.
¡Caso extraño! ¡Que el lenguaje
Tenga sus tiempos tambien!

FLORELA.
Vienen á ser novedades
Las cosas que se olvidaron.

LISARDA.
De nada pude alegrarme.

FLORELA.
Pues hartos lo pretendieron.

LISARDA.
Pasea por esta calle
A una dama de Sevilla
Bien prendida y de buen aire
(Su ropa de levantar
Testimonios ó alamares,
Papagayo en el balcon,
En casa mulata y paje),
Un forastero, Florela,
De extremada gracia y talle.
En que he reparado un poco.

FLORELA.
No es poco que tú repares.
¿Hate parecido bien?

LISARDA.
No; pero puedo jurarte
Que me pesa de que mire,
Sin saber por qué se cause,
Esta dama al forastero.

FLORELA.
Eso nace de agradarte;
Que amor, de celos y envidia
Dicen algunos que nace,
Cuando de súbito viene,
Sin que le dé la otra parte
Materia para querer
En servicios ó amistades,
En requiebros ó en papel.

LISARDA.
Solo diré, y esto baste,
Que así quisiera un marido.

FLORELA.
Y ¿á Octavio no?

LISARDA.
Dios me guarde.
(*Cáesele el broquel á Sancho.*)

LISARDA.
¡Jesus! ¡Qué rüido es ese?

FLORELA.
¿Qué se cayó?

INÉS.
No te espantes.

LISARDA.
¿Cerraste la puerta, Inés?

INÉS.
¿Cuál, señora?

LISARDA.
La que sale
Al jardin.

INÉS.
Abierta está.

LISARDA.
¡Qué buen cuidado!

INÉS.
Mas tarde
Suele cerrarse otras veces.

LISARDA.
Disculpas y necedades.

Toma esa luz; mira presto
Lo que se cayó.

INÉS.

¡Notable
Cosa!

LISARDA.

¿Cómo?

INÉS.

Un broquel.

LISARDA.

¿Qué?

FLORELA.

¿Aquí broquel?

LISARDA.

Semejante
Prenda será de mi hermano.

INÉS.

Sí; pero los tafetanes,
En dos pares de zapatos
No es posible que rematen.

LISARDA.

¡Jesus mil veces! ¡Ladrones!

(Salen don Bernardo y Sancho de donde estaban.)

DON BERNARDO.

Vuesas mercedes no hablen
Palabra; que una desdicha
Fué la ocasion de que entrase
Donde estoy. Soy caballero;
Maté un hombre en esa calle,
Entréme en la primer casa
Para que no me llevasen
Preso, donde una mujer
Me dijo que me pasase
Por la pared deste huerto
A estas casas principales,
Donde estaria seguro;
Que ella, por marido ó padre
Celosos, no se atrevia
A tenerme ni guardarme;
Y arrimando una escalera
Pasamos desta otra parte,
Saltando desde las tapias,
Aunque con peligro grande.
Si piedad en el valor
De las personas que nacen
Con tantas obligaciones,
Es justo, señoras, que hallen
Desdichas de un caballero,
No déis causa á que me maten;
Que yo soy el que dijisteis
Que os pesaba que pasease
(Con lo demás que no digo)
Por esa mujer la calle.
Ella me dió la ocasion
Para que al hombre matase.
Si me obligais á salir,
Sus deudos han de matarme,
O la justicia prenderme;
Mas no es posible que falte
Piedad en tanta hermosura;
Pues no solamente un ángel,
Pero dos en tal peligro
Quiere el cielo que me guarden.

LISARDA.

¡Qué notable confusion!

SANCHO. *(A Inés.)*

Y vos, Señora, amparadme
Por ángel añadidura
Destos coros celestiales;
Que me matará mi amo,
Porque soy tan miserable,
Que se me cayó el broquel,
Dormido en desdichas tales.

INÉS.

Mis amas están agora
En consulta: no se gazmie;
Que ya le he visto otra vez,
Y con lo que resultare,
Tendrá sagrado ó destierro.

SANCHO.

Si salgo destos azares,
Te ofrezco un broquel de cera,
Como si fueras imágen.

LISARDA.

Por haberos visto, y ver
Que sois hombre principal,
Aunque el caso es desigual
De mi honesto proceder,
Quiero parecer mujer
En tener piedad de vos,
Aunque ignoro de los dos
Las calidades y nombres;
Que en piedad, mas que los hombres,
Nos parecemos á Dios.
Lo que vos habeis oido
No lo puedo yo negar,
Ni vos amar y celar
La dama que os ha ofendido;
Pero quede repartido
Entre los tres el suceso:
Que yo os libre de ser preso,
Y que ella obligue sus ojos
A que no os dén mas enojos,
Y vos á tener mas seso.
En mas peligro estuviera
Vuestra vida, si llamara,
Porque el temor me forzara,
Si antes de ahora no os viera.
Hasta que la luz primera
Asegure vuestra vida,
Aquí vivirá escondida:
Y advertid, que digo aquí,
Para que dentro de mí
Esté mejor defendida.

DON BERNARDO.

Señora, si quiso amor
Que por tan grande rodeo
Me trujese un mal deseo
A un bien nacido favor,
Mayor que el mal y el rigor
Será la dicha y el bien,
Y vos el sagrado en quien
Mi vida con mi ventura,
Como en templo de hermosura,
Seguras de hoy mas estén.
Y siendo mi asilo y templo,
En sus aras con razon
Arderá mi corazon
Para agradecido ejemplo,
En cuya imágen contemplo
Mis prisiones por despojos;
Pero hame causado enojos
Que tan poco me guardeis,
Si hasta el alba prometeis,
Y ha salido en vuestros ojos.
La dama que me ha traido
Por entre casos injustos
(Tanto pueden malos gustos)
Desde Sevilla perdido,
En quien nací, bien nacido,
Aborrezco, y vuestro soy,
Quitándole desde hoy
El alma, para que sea
Vuestra, aunque viene tan fea,
Que con vergüenza os la doy.
Es mi nombre, que mejor
Lo que no sabeis abona,
Don Bernardo de Cardona,
Con que he dicho mi valor.
Aquí hay piedad y rigor:
Rigor, porque amé sin veros,
Piedad, por enterneceros
En quererme defender;
Que amaros no pudo ser
Primero que conoceros.

LISARDA.

Inés...

INÉS.

Señora...

LISARDA.

A los dos
Encierra en ese aposento,
Y dame luego la llave.

SANCHO.

¿Aun no escapamos de presos?

INÉS.

Venid, señores; que es tarde.

SANCHO.

Inés, ¿no habrá por lo menos
Dos deditos de colchon?

INÉS.

¿Colchon?

SANCHO.

¿Es mucho requiebro?

INÉS.

¿Tan despacio quiere estar?

SANCHO.

¿No ve que todo me duermo?

INÉS.

Pues ¿para qué pide lana?
Que en bronce fuera lo mesmo.

SANCHO. *(Ap.)*

No es toda dulce la niña.

LISARDA.

Ven, Florela.

FLORELA.

El alma llevo
Lastimada deste caso.

(Vanse Lisarda y Florela.)

ESCENA III.

DON BERNARDO, SANCHO, INÉS.

DON BERNARDO.

¿Cómo se llama esta dama?

INÉS.

Lisarda, y el caballero
Su padre, don Alejandro.

DON BERNARDO.

Pudiera mejor que el griego
Llamarse el Magno, por ser
Quien mas hazañas ha hecho
En solo hacer á Lisarda,
Porque con sus ojos bellos
Puede conquistar el mundo.

INÉS.

Yo la diré ese conceto
Cuando la esté descalzando.

DON BERNARDO.

Cien escudos teneis ciertos
Por un zapatillo suyo.

INÉS.

¡Tan prestísimo!...

DON BERNARDO.

Soy tierno.

INÉS.

Pues ¿para qué le quereis?

DON BERNARDO.

Para traerle aquí dentro.

INÉS.

Son de ponleví; el talon
Os hará mal en el pecho.

DON BERNARDO.

¿Quién es la otra señora?

INÉS.

Su hermana.

DON BERNARDO.

Es ángel, es cielo.

INÉS.

Mas ¿qué pedís un zapato?

DON BERNARDO.
...do, aunque la encarezco.
INÉS.
...d porque descanseis,
...dré en amaneciendo
...pertaros.
DON BERNARDO.
Inés,
...ermo si no me acuesto.
INÉS.
...un libro, y esta vela
...rá de gran provecho.
DON BERNARDO.
...n es?
INÉS.
Parte veintiseis
...pe.
DON BERNARDO.
Libros supuestos,
...on su nombre se imprimen.
SANCHO.
...i, por si no me duermo,
...me dais?
INÉS.
A don Quijote,
...e vos y vuestro dueño
...s sus aventuras.
DON BERNARDO.
...erdad.
SANCHO.
Y aun sospecho
...bemos de ser mas locos,
... no nos guarda el seso.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IV.

OCTAVIO, LUCINDO.

OCTAVIO.
...ventura, por Dios!
LUCINDO.
Notable ha sido.
OCTAVIO.
¿no estáis herido?
LUCINDO.
...la vida el jaco.
OCTAVIO.
¿De qué modo
...cuestion?
LUCINDO.
Aquí lo sabréis todo,
...tar, como suelen, en ausencia
...rte que falta, la pendencia.
...tro tio y de mi padre, alinda
... de una dama sevillana, [linda
...es tan fresca, limpia, hermosa y
... de la cándida mañana;
...omo á cuanto mire abrase y rin-
...ante, ni fácil, ni tirana, [da,
...adir á su beldad trofeos,
...n en sus ojos mis deseos.
...ola, pues, como vecino,
...a honestidad dos ó tres dias,
...istad ó la llaneza vino
...scuchase las razones mias.
...ue con su ciego desatino,
...untas respuestas y porfias
...po pasa sin sentir que pasa,
...sueño de necios en su casa.
OCTAVIO.
...entiendo.
LUCINDO.
Es nombre que se ha puesto
... en una silla, porfiado,
En la conversacion es tan molesto,
Que parece que en ella está acostado:
Yo, pues, si bien con proceder honesto,
Estuve tan dormido y tan cansado
Como si fuera un bronce, hasta las once,
Cera en el alma, y en el cuerpo bronce.
A las horas que digo, un hombre llama
Con mas furor que si llamara en huerta.
La casa tiembla, túrbase la dama,
La dormida familia al son despierta.
Yo por ganar de bravo alguna fama,
No me dejo rogar, voy á la puerta,
Donde si uno llamó, dos hombres miro.
Tercio la capa, desenvaino y tiro.
OCTAVIO.
¡Brava resolucion!
LUCINDO.
No hagais donaire;
Que estaba en la ventana Dorotea.
Mas por dar cuchilladas de buen aire,
Como quien bravo parecer desea,
Me pudo suceder tan mal desaire,
Que el uno que me busca y no rodea,
De una estocada, aunque el izquierdo
[saco,
Me derribó: caí. ¡Bien haya el jaco!
OCTAVIO.
Poco firme de piés os considero.
LUCINDO.
Poco, diréis mejor, diestro de manos.
Acudió la justicia, el caballero
Fugitivo midió los aires vanos.
Suelen llamar *las once mil de acero*
Los que escriben de casos inhumanos,
A los jacos de malla, y hoy lo creo,
Pues que por su favor libre me veo.
OCTAVIO.
Tarde es para llamar, y Dorotea
Nos dijera quién es; pues no es posible
Que tan celoso su galan no sea,
Necio en llamar y en esperar terrible.
El alba con celajes hermosea
El campo de los cielos apacible,
Huyendo de sus rayos las estrellas;
Que como sale el sol, se esconden ellas.
Entraos en vuestra casa; que en sabien-
Quién es este celoso mal sufrido, [do
O irémos la venganza previniendo,
Aunque él es hasta agora el ofendido,
O con firme amistad, reconociendo
Su antigüedad, pondréis en justo olvido
Amor, que aun no ha llegado á ser in-
[fante,
Pues sois en esperanza tierno amante.
LUCINDO.
Perdonadme el llamaros tan aprisa;
Que no por primo, por amigo os llamo.
OCTAVIO.
El aurora otra vez con mayor risa,
Saltando el ruiseñor del nido al ramo,
Que sale ya la gente nos avisa.
Hoy vendré á veros.
LUCINDO.
Ya sabeis que os amo,
Y mas agora que mi padre aguarda
Que seais primo y marido de Lisarda.
(*Vase.*)

ESCENA V.

OCTAVIO.

¡Oh tiempo, si trujeses este dia [lo;
De la dispensacion! Oh Roma! Oh cie-
Oh sagrada ciudad! ¿Quién te desvia,
Que no te alcanza de mi amor el vuelo?
¡Durmiendo estás aquí, Lisarda mia,
Cuando yo por tus ojos me desvelo!
¡Oh sol, despertador de los mortales!
Pues que duerme mi sol, ¿por qué no
[sales?
Despierta; que te aguardan tantas flores,
Hermosa aurora, y tantas fuentes puras:
Unas piden cristal, otras colores:
¿Quién duda, estrellas, que estaréis se-
[guras?
Dulces calandrias, pájaros cantores,
Que el pico suspendeis noches oscuras,
Despertad á Lisarda; que á Lisarda
La flor, el agua, el ave, el alma aguarda.
Despierta á mi dolor, dulce señora,
Huya de mi temor la noche fria:
Si tuviera esos ojos el aurora,
Jamás durmiera y siempre fuera dia.
Si estuviera contigo quien te adora,
Sus ansias, sus amores, su porfía
No permitieran sueño á tus estrellas;
Mirándose estuviera el alma en ellas.
¿Cuál hombre ahora fuera tan dichoso,
Que durmiera en tu casa desvelado?
¿O quién fuera, jardin, Jason famoso
Del fruto de tus árboles dorado?
Mas ¡ay! que vive Prometeo ingenioso,
Por atrevido, en un peñasco atado.
¡Ay Dios, si cerca ya de tu aposento
Escuchara tu voz, tu dulce acento!
Celos tengo de mí; que imaginando
Que hay hombre alguno dentro, estoy
[celoso,
Y soy yo mismo, porque el alma entrando
Allá me tiene en forma de tu esposo.
Alma, ¿quién está dentro? Tú, que ha-
[blando
Con ella estás tan tierno y amoroso.
Vamos, amor; que aunque me voy, bien
[puedo
Dormir seguro, pues que dentro quedo.
(*Vase.*)

—

Aposento de don Bernardo en la habitacion de Lisarda.

ESCENA VI.

DON BERNARDO, SANCHO.

DON BERNARDO.
Buena noche.
SANCHO.
Toledana.
DON BERNARDO.
Peor fuera estando presos.
SANCHO.
Ya doña aurora celeste
Clarifica el aposento,
Y le dan el parabien
Los pájaros dese huerto,
Chillando por los tejados
Tantos gorriones nuevos,
Que parece que nos llaman.
DON BERNARDO.
Perdidos amanecemos.
SANCHO.
En una huerta del Prado
Bebió largo un extranjero,
Y en la puerta de Alcalá
Se le dejaron sus deudos.
Cuando los coches partian
Al anochecer, creyendo
Que entre muchos que allí aguardan
Sentados, era uno dellos,
Dijéronle que se entrase
Con los demás, los cocheros;
Lo que él hizo, sin saber
Si era coche ó aposento.
Durmió como niño en cuna,
Y á la mañana despierto,
Preguntaba por su casa,
De los amigos creyendo
Que le llevaron en coche;
Hasta que del coche el dueño

Pidióle el dinero á voces,
El extranjero pidiendo
Que le volviese á Madrid,
Pues sin causa ni concierto
Le trujeron á Alcalá,
Estando en Madrid durmiendo.
Los que á las voces se hallaron,
Celebraron el suceso;
Y él, dando su ropa y armas
Para prendas del dinero
Del porte, volvió á Madrid
A pié, desnudo, sin cuello,
Sin zapatos, sin espada,
Sin comer y sin sombrero.
No pienso que es necesario
Decir que este mismo sueño
Nos ha pasado á los dos;
Tú con el vino de celos,
Y yo siguiendo tus pasos,
Pues nos hallamos despiertos,
Como el otro en Alcalá,
En casa de un caballero,
Que si nos pidiese el porte,
Por ventura volverémos
Mas desnudos á la calle.

DON BERNARDO.

Bien has aplicado el cuento,
Como yo hubiera dormido;
Que toda la noche en peso
He pasado en desatinos,
Las historias revolviendo
De Dorotea, á quien ya
Como al demonio aborrezco.

SANCHO.

¿Al demonio?

DON BERNARDO.

Sí, y aun mas.

SANCHO.

¿Tan presto, Señor?

DON BERNARDO.

No es presto,
Porque un agravio en amor
Son muchos años de tiempo.
Al extranjero que dices
Imito, en que anocheciendo
Mis celos en Dorotea,
Hoy en Lisarda amanezco.
¡Con qué gracia se quitaba
Las rosas de los cabellos
Con el marfil de las manos,
Y las joyas, que poniendo
Iba en aquel azafate!
¡Qué airoso talle! Qué cuerpo!
Cuando se quitó la ropa,
Quedó como un ángel bello
En la almilla.

SANCHO.

Sí, por Dios;
Que á ponerle un candelero
Y unas alas, no podia
Ser mas propio.

DON BERNARDO.

Al fin me quejo
De tí, por cuyo broquel
No pasó de almilla adentro;
Que si no es por el rüido,
Ya despejaba el manteo
Y se quedaba de ninfa.

SANCHO.

No te quejes; que no es bueno
Verlas en paños menores,
Adonde lo mas es menos;
Que en mujeres y empanadas
De figon, hay mucho hueso.
Una vez compré un besugo
Tan pequeño, en pan tan hueco,
Que dije, alzando la tapa:
«¿Qué haces aquí, pigmeo?»
Y me respondió con risa:
«Soy engaña-majaderos,
Que compran lo que no ven,
Y afirman lo que no vieron.»

DON BERNARDO.

En fin, ¿esta mala noche,
Sancho, pasaste durmiendo?

SANCHO.

Señor, engañado estás;
Que en no cenando, no duermo.
Por todo este gabinete
O tocador... que así creo
Que se llama en Francia, adonde
Tienen las damas su espejo
Y aderezo de matar,
Porque sus blancos aceros,
Broqueles, rodelas, jacos,
Son las rosas de Toledo,
Los jazmines del Gran Turco,
Los moldes y otros enredos...
Aunque ya quiero callar;
Que no meterme profeso
En lo que introduce el uso,
O sea malo ó sea bueno.
—Digo pues, Señor, que anduve
Buscando con mucho tiento
Entre catres y escritorios
Algo que comer, y veo
Un bote que presumí
Jalea: destapo y pruebo,
Y he pensado reventar.

DON BERNARDO.

¿Cómo?

SANCHO.

Era algun embeleco
De aceite de mata y lirios,
Limon y claras de huevos,
O cosas tan endiabladas,
Que parece que me dieron
Tártago, ó si hay otra cosa
Mas amarga. Fuera desto,
Hallé en una escribanía
Un papel, y aquí le tengo.

DON BERNARDO.

¡Papel! Muestra; que ya el sol,
Por ver si Lisarda dentro
De su tocador está
Para consultar su espejo,
Acecha por los resquicios.
Letra es de hombre: escucha atento.
(*Lee.*) «Prima de mis ojos...»

SANCHO.

¡Malo!

DON BERNARDO.

Lo *prima*, Sancho, era bueno;
Lo malo es lo *de mis ojos*.

SANCHO.

Di adelante.

DON BERNARDO.

«Ya tenemos
La dispensacion.»

SANCHO.

Detente.
¡Vive Dios que es casamiento,
Y traen dispensacion,
Porque deben de ser deudos!
Errado habemos el lance
Y el camino, si volvemos
De Alcalá á Madrid tan tristes.

DON BERNARDO.

Pena me ha dado.

SANCHO.

¿Qué harémos,
Si ha puesto el bordon por prima?

DON BERNARDO.

Gran falta en tal instrumento.

SANCHO.

Quedo; que siento la llave.

DON BERNARDO.

Y yo siento que me han muerto
Con espada de papel.

ESCENA VII.

INÉS.—DICHOS.

INÉS.

Buenos dias, caballeros.

DON BERNARDO.

¿Qué mejores, bella Inés,
Que entrando vos por aurora?
¿Qué hace el sol?

INÉS.

¿Quién? ¡Mi señora?

DON BERNARDO.

El sol destos ojos es.

INÉS.

Ya está vestida, y su hermana
Y ella se quieren tocar.
Dicen que les déis lugar;
Que pues es tan de mañana,
Podréis salir sin que os vean.

DON BERNARDO.

¿No podré volver á ver
Estas damas?

INÉS.

Podrá ser;
Que pienso que lo desean.
Toda la noche han estado
Hablando de vos las dos.

DON BERNARDO.

¿De mí?

INÉS.

De vos; que de vos
Están las dos con cuidado.

SANCHO.

¿Hase visto en rosa pura
Tal amanecer de Inés?
¡Bien haya lo que no es
Artificio en la hermosura!
¿Haste visto esta mañana?

INÉS.

¿Lisonjas, Sancho, en ayunas?

SANCHO.

No te dijera ningunas,
A no ser verdad tan llana;
Que con hambre no hay amor
Que aliente á buenos efetos.

INÉS.

¡Bueno estás para concetos!

SANCHO.

Y para almorzar, mejor.
¿No cortarás de un tocino
Alguna lonja, que suene
En la sarten?

INÉS.

Mi ama viene.

ESCENA VIII.

LISARDA.—DICHOS.

DON BERNARDO.

Amaneced, sol divino,
En los ojos que han pasado
Tal noche.

LISARDA.

No fué mejor
La mia, con el temor
A que me habeis obligado;
Y creed que me ha pesado
De la descomodidad:
Fuerza ha sido, perdonad;
Que huésped que él se convida,
Es fuerza que la comida
La busque en la voluntad.
Salid, señor don Bernardo,
Antes que entre mas el dia;
Que, por quien veros podria,
Justamente me acobardo;

Que un hombre mozo y gallardo,
Y á tal hora, es ocasion
Que ofenderá mi opinion;
Que hay vecino que por gala,
Lo menos vive en la sala,
Y lo mas en el balcon.
Tened agradecimiento
A quien entrar os dejó
Donde ninguno llegó
A poner el pensamiento;
Que el mio, de ver mi intento,
Tiene tan perdido el brio,
Que de verle desconfio
Con mas valor del que os muestra,
Si bien es la culpa vuestra,
Y el atrevimiento mio.

DON BERNARDO.

La aurora y el sol, Señora,
Salen para hacer vivir
Los hombres; vos en salir
Para despedirme ahora,
Ni pareceis sol ni aurora;
Pero pues ya lo sois mia,
¡Qué temor os desconfia,
Si vuestra luz considera?
Pues aunque de noche fuera,
Por fuerza saldré de dia.
Yo pagaré la posada
Como nadie la pagó,
Pues por lo que no durmió,
El alma dejo empeñada.
Toda estuvo desvelada
En vuestros bellos despojos,
...ndole dulces enojos
El veros cerca tambien,
...rque nadie durmió bien
...ndole el sol en los ojos.
...así, con esta atrevida
...aginacion turbada,
...e por pared tan delgada
...saba á veros dormida,
...stuvo tan divertida
...l alma en lo mas perfeto,
...e es fuerza, como hace efeto
...a fuerte imaginacion,
...edir, Señora, perdon
...e que os perdiese el respeto.
...eó mi atrevimiento
...e mi alma cuerpo fuera,
...rque la pared pudiera
...ar como el pensamiento;
...e si el pensamiento, atento
...lo que intenta gozar,
...eriéndose trasformar
...hombre, pudiera ser,
...hubiera hermosa mujer
...e se pudiera guardar.
...hay llave, puerta ó rigor
...e á lo imaginado asombre;
...e de pensamientos de hombre,
...é mujer guarda su honor?
...e no ha menester favor
...a entrar el pensamiento
...mas guardado aposento;
...bien se engaña despues,
...rque como viento es,
...mbien lo que goza es viento.
...estuve espíritu en fin,
...o al sol el tornasol,
...ando dormido al sol
...re clavel y jazmin,
...dije: «Tal serafin
...á fin de Dorotea»,
...rque no hay cosa mas fea
...e amar despues del agravio,
...pensamiento mas sabio
...e el que se muda y se emplea.
...como quien llega tarde,
...nada no suele hallar,
...Parte sin descansar
...tes que la luz aguarde;
...oy, Señora, cobarde,
Porque como no dormia,
Mirando me entretenia
Vuestro tocador, y en él
Hallé, Señora, un papel
En que mi muerte venia.
Quise en el primer renglon
Que la vela le encendiese,
Y porque mas presto fuese,
Lleguéle á mi corazon.
¡Oh engaño de mi pasion!
Oh qué necia confianza!
Oh qué burlada esperanza!
Pues que por quemarle á él,
Ardió el corazon con él,
Y se trocó la venganza.
Ya sé que os casais, ya sé
Que no tengo que esperar;
Que me tardé en caminar,
Y otro en la posada hallé.
Mas ya que desdicha fué,
Por suerte dichosa estimo,
Con que á padecer me animo,
Aunque parto descontento,
Que estuve en vuestro aposento
Primero que vuestro primo.

LISARDA.

¡Papel! Mostrad.

DON BERNARDO.

Eso no,
Pues ya sabeis del papel
El dueño, y lo que hay en él
Apenas lo he visto yo.
Basta saber que llegó
La dispensacion que espera
Vuestro primo. ¿Quién dijera
Que, en tan breves ocasiones,
De donde vienen perdones
Mi muerte injusta viniera?

LISARDA.

Don Bernardo, yo no pude
Lo por venir prevenir,
Ni hay ciencia en lo por venir
Que las desventuras mude.
Ya no hay que tema ó que dude;
Fuerza es casarme; no sé
Qué os diga; solo diré
Que aunque mi primo merece
Mucho, no me lo parece
Despues que os vi y os hablé.
Mi padre tiene este gusto:
No soy la primera yo
Que la obediencia obligó
A casarse con disgusto.
Sea justo ó no sea justo,
Ya es fuerza ser su mujer:
Y digo bien; que ha de ser
Fuerza por fuerza el casarme.

DON BERNARDO.

¡Qué de cosas á matarme
Se juntan!

LISARDA.

¿Qué puedo hacer?

DON BERNARDO.

Yo me volveré á Sevilla,
Y su rio aumentaré
Con lágrimas, ó seré
Peña de su verde orilla.
Adios, generosa villa,
No para mí que me has muerto,
Pues el casamiento es cierto
De Lisarda.

LISARDA.

Yo quisiera,
Bernardo, que no lo fuera.
Idos; que es tarde.

DON BERNARDO.

No acierto.

ESCENA IX.

FLORELA. — DICHOS.

FLORELA.

¿Estáis locos? ¿Cómo estáis
Tan ciegos desta manera,
Que no veis que es medio dia?

LISARDA.

¿Que es medio dia, Florela?

FLORELA.

La dulce conversacion
No sabe que el tiempo vuela,
Y hurta á la vida las horas,
Sin que la vida lo sienta.
Ya no es posible salir,
Don Bernardo.

DON BERNARDO.

Ni quisiera
Eternamente.

LISARDA.

¡Ay, hermana!
Dado me has notable pena.

FLORELA.

De comer pide mi padre.

SANCHO.

Y yo tambien lo pidiera,
Si estuviera entre cristianos,
Pues no ha pasado Cuaresma
Por mí, como desde ayer.
Pienso que si me pusieran
Sobre cualquiera color,
Eso mismo pareciera.
Camaleon soy, Inés.

INÉS.

Presto comerás, espera.

SANCHO.

¡Presto comerás! ¿Soy niño
Cuando viene de la escuela?
Mira que rabio, y con rabia
Tienen sacada licencia
Los perros para morder,
Los pobres y los poetas.

DON BERNARDO.

En fin, ¿no podré salir?

FLORELA.

Verte nuestro padre es fuerza.

LISARDA.

No hay sino esperar la noche.

FLORELA.

En eso, Lisarda, aciertas;
Que es imposible salir,
Si no es que todos lo vean.

LISARDA.

Al tocador, caballeros.

SANCHO.

¿Al tocador? ¿No pudiera
Ir á la cocina yo?

INÉS.

Entra, desollado, entra.

SANCHO.

Tú me desuellas.

INÉS.

¿Yo?

SANCHO.

Sí,
Pues te vas con la pelleja.

LISARDA.

Entra y cierra, Inés.

(*Vanse don Bernardo, Inés y Sancho.*)

ESCENA X.

LISARDA, FLORELA.

LISARDA.
No sé
Qué habemos de hacer, Florela,
Para que secretamente
Coma esta gente, que es fuerza.

FLORELA.
Eso no te dé cuidado.
Pero pedirte quisiera
Una merced.

LISARDA.
¿Qué te puedo
Negar que posible sea?

FLORELA.
Mañana te has de casar.

LISARDA.
Dios sabe lo que me pesa.

FLORELA.
Don Bernardo es hombre noble,
Rico y de gallardas prendas.
Hablarle yo no es razon;
Tú, pues esta tarde queda
En casa, puedes decirle
Que no se vaya á su tierra;
Que holgarás, pues no ha de ser
Tuyo, que yo le merezca,
Para que seais cuñados;
Que me hable y que me quiera,
Que me sirva y que me escriba;
Que tú sabes, que tú piensas
Que le tengo inclinacion,
Con otras cosas mas tiernas,
Porque nunca son culpadas
Inclinaciones honestas;
Que con esto, que tú harás
Como quien es tan discreta,
Harás de una hermana, esclava.

LISARDA.
Yo lo haré, para que entiendas,
Florela, lo que te quiero;
Pues quiero tambien que sepas
Que te doy, celosa, un hombre
Que algun cuidado me cuesta;
Que con esto, por lo menos,
Negociaré que te vea.

FLORELA.
Dame tus manos.

LISARDA. (*Ap.*)
¡Oh engaños
De amor, Ulises, sirenas,
Peligros del mar en quien
La misma razon se anega,
Y las potencias del alma
Gustan de correr tormenta!
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

LUCINDO, OCTAVIO, MENDO.

OCTAVIO.
Presto sabréis el dueño cuyos celos
Ocasionar pudieron vuestra muerte,
A ser aquel acero menos fuerte,
Si algun amor os tiene Dorotea.

LUCINDO.
Agradezco á los cielos
La dicha que he tenido;
Pero no es menester que el amor sea
Por quien sepa quién es aquel celoso,
Sino ser ya para los dos forzoso
Ser él aborrecido y yo querido;
Que la mayor venganza del que es sabio
Es olvidar la causa del agravio.

OCTAVIO.
Mal sabeis vos la tema de los celos.
Abrasarán los hielos
Mas frios de la Scitia, y en la zona
Que el sol jamás visita,
Harán arder á Troya.

LUCINDO.
No permita
Amor, si agravios del honor perdona,
Que vuelva á la amistad de Dorotea;
Que si os digo verdad, solo desea
Mi alma en su porfía
Que deje de ser suya, siendo mia.

OCTAVIO.
Llama, Mendo, á esa puerta.

MENDO.
¿Qué tengo de llamar estando abierta?

LUCINDO.
Tal miedo habrá tenido vuestra dama,
Que no quiere cerrar, porque si llama
Halle la puerta abierta,
O vino acaso y derribó la puerta.

OCTAVIO.
Pues trujiste linterna, llega Mendo,
Y entra sin miedo.

MENDO.
Estoy, Señor, temiendo
Algunos bultos que el portal podria
Tener en sombra envueltos.

OCTAVIO.
Aquí tendrás á tu favor resueltos
Dos hombres. Entra.

MENDO.
Voy.

LUCINDO.
¿Qué fantasía
Es hoy la de mujer tan recatada,
La mas parte pasada
De la noche, tener la puerta abierta?

OCTAVIO.
Estar, Lucindo, de la guarda cierta.

LUCINDO.
Pues yo vengo á vengar determinado
El deshonor pasado,
Y hacer que Dorotea
Mas bravo á mí que á su galan me vea.
(*Vuelve Mendo.*)

MENDO.
La casa está segura.

LUCINDO.
¿No dijiste
Que estábamos aquí?

OCTAVIO.
¿Diónos licencia
De entrar á visitarla?

MENDO.
Con paciencia;
Que solo el aire las paredes viste.
No hay mas que algunos clavos por el
[suelo,
Reliquias y despojos de mudanza.

LUCINDO.
Temor de la justicia ¡vive el cielo!
Fué causa de mudarse. ¿Qué esperanza
Me queda ya de verla? Pero creo
Que ha de ayudar amor á mi deseo.
Aquí tiene una amiga, y ser podria
Que estuviese con ella.
No es léjos, esperadme. (*Vase.*)

ESCENA XII.

OCTAVIO, MENDO.

MENDO.
Si de dia
Viniera á saber della,
Pudiera remediar, con verle vivo,
El temor excesivo
Que tuvo de su muerte,
Porque en Madrid es fuerte
El primero rigor de la justicia,
Y de algunos ministros la codicia.

OCTAVIO.
¿Qué hará, Mendo, á tales horas
Mi Lisarda?

MENDO.
Tu Lisarda
Ahora estará durmiendo,
Porque son las doce dadas.

OCTAVIO.
Con eso se borda el cielo
De tantas puntas de plata,
Porque como duerme el sol,
Cubren sus cúpulas altas.
No hubiera en su pabellon
Las guarniciones y franjas
De sus diamantes, á estar
Sus estrellas desveladas.
No se atreviera la luna
A ser de los cielos hacha,
Ni á sacar sus blancas pias
En su carroza argentada,
Si mi luna de marfil
No suspendiera las blancas
Ruedas en que mueve amor
El volante de dos almas.
¿Qué piensas, Mendo, que son
Aquellas negras pestañas?
Lanzas que guardan las niñas
Que en dos camas de esmeraldas
Están durmiendo; que como
Son reinas, duermen con guarda.

MENDO.
¡Bravos disparates dices!
Solo te falta que añadas
Los monteros de Espinosa
Y tudescas alabardas.
Lo cierto será, Señor,
Que estarán ella y su hermana
Soñando como doncellas.

OCTAVIO.
¿Qué soñarán?

MENDO.
Que se casan;
Que despues que balbuciente,
Formando medias palabras
Desata la edad la lengua,
Repiten *marido, taita.*

OCTAVIO.
Lisarda soñará bien.
No se dirá por Lisarda
Que los sueños sueños son,
Pues nos casamos mañana.
¿Qué sientes de su belleza,
De su donaire y su gracia?

MENDO.
Que es discreta como fea,
Y como hermosa bizarra.

OCTAVIO.
¿Sientes que me quiere mucho?

MENDO.
De la manera que ama
El trigo al sol en agosto,
La tierra en abril el agua,
Un avariento su hacienda,
Un extranjero su patria,
Y un marido á su mujer
Las primeras tres mañanas.

OCTAVIO.
¿Habrá algun hombre en el mundo
Que con su talle y sus galas
Pueda parecerle bien?

MENDO.
Ni con su belleza rara
Un Adónis ni un Jacinto.

OCTAVIO.
¡Oh balcones, oh ventanas,

Oh puertas! ¿Cuando será,
Noche, que estando cerradas,
No esté en la calle envidioso
De la mas humilde esclava?

MENDO.

Paso, Señor; que han abierto.

OCTAVIO.

¡Lucindo fuera de casa,
Y salen dos hombres della!

MENDO.

¡Caso extraño!

OCTAVIO.

¡Cosa extraña!

ESCENA XIII.

DON BERNARDO, SANCHO.—DICHOS.

DON BERNARDO.

Sal presto, y tú cierra, Inés.

SANCHO.

Parece, Señor, que anda
Gente en la calle.

DON BERNARDO.

Camina.

(*Vanse don Bernardo y Sancho.*)

OCTAVIO.

¿Salieron?

MENDO.

No sino el alba.

OCTAVIO.

¿De en cas de Alejandro?

MENDO.

¡Bueno!
Y con rodelas y espadas.

OCTAVIO.

¡A tal hora y con rodelas!
...eguirélos.

MENDO.

De Lisarda
...o será galan, Señor;
...lorela será culpada
...n aqueste desatino.

OCTAVIO.

...amina pues, no se vayan;
...ue lo tengo de saber,
... me ha de costar el alma.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Octavio.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, MENDO.

OCTAVIO.

¡Bravo hombre!

MENDO.

¡Cid español!
...s ya que de vernos llora,
...dormir, perlas la aurora,
...o se las enjugue el sol.

OCTAVIO.

...o tendrá fuerzas el sueño
...ra vencer el disgusto,
...rque solo con el gusto
...s de las potencias dueño.

MENDO.

...emerarias cuchilladas
...iraba el hombre, por Dios.

OCTAVIO.

...o se me fueran los dos,
... mal ó bien reparadas,
... no haber imaginado
En medio de la cuestion
Que ciertos señores son...

MENDO.

¿Señores?

OCTAVIO.

Que con cuidado
Pasan, Mendo, cada dia
Por la calle de Lisarda.

MENDO.

Florela es dama gallarda,
Y por Florela seria.

OCTAVIO.

En esa duda, y temor
De tan súbito accidente,
No será amor tan valiente
Que no le venza el honor.
No mas Lisarda; esto es hecho;
Rasgue la dispensacion
Alejandro; que no son
Burlas para un noble pecho.
Si el mayor príncipe fuera
El que la calle pasara,
Lo que el poder intentara,
Mi loco amor resistiera;
Pero quien sale á las doce
De la noche de su casa,
Pues me descasa y se casa,
Por muchos años la goce.

MENDO.

Pues ¿cómo podrás cumplir
La palabra que le has dado
A Alejandro?

OCTAVIO.

Ese cuidado
Se remedia con fingir
Que aguardo á don Juan mi hermano,
Que como sabes, está
En Sevilla.

MENDO.

Aunque será
Disculpa, es remedio en vano,
Porque con la dilacion,
Y el verte triste, darás
Causa á que sospechen mas.

OCTAVIO.

Antes con esta ocasion
La tendré para saber
Si es Lisarda ó si es Florela,
Procediendo con cautela
Para no dar á entender
Neciamente lo que vi,
Por ser mi sangre en efeto.

MENDO.

Es pensamiento discreto.

OCTAVIO.

¿Llaman á la puerta?

MENDO.

Sí.

OCTAVIO.

Pues ¡tan de mañana! ¿Quién?...
¿Si es Lucindo?

MENDO.

Ser podria.
Voy á verlo, pues el dia
Nos viene á dar parabien. (*Vase.*)

ESCENA II.

OCTAVIO.

Suele en callado y lóbrego aposento
Sentir rüido un hombre desvelado,
Y mas de honor que de valor armado,
La causa examinar con miedo atento.
Pero llegando adonde solo el viento
Sus pasos repitió, con alentado
Peligro entonces, abrazar turbado
La sombra de su mismo pensamiento.
Mas de otra suerte en ciega noche [asombra,
Lisarda, este rüido mis recelos,
Que tienen cuerpo, aunque parecen [sombra.
Van donde suena el golpe mis desve-
Pero ofendido con razon se nombra [los;
Quien topa agravios cuando busca celos.

ESCENA III.

MENDO.—OCTAVIO.

MENDO.

No es Lucindo el que á tal hora
Te busca; es un caballero
Mas purga que forastero,
Pues que te busca al aurora;
Que porque no es de hombres sabios,
Aqueste nombre le doy.

OCTAVIO.

Bien hace; que enfermo estoy
De calenturas de agravios.

MENDO.

El y cierto Gandalin,
Que dicen ser sevillanos,
Vienen á besar tus manos.

OCTAVIO.

Basta, ya presumo el fin.
Cartas de mi hermano son,
Mendo, que en Sevilla está,
Y adelante pasará
Este hidalgo, y es razon
Que no pierda la jornada.
Di que entre.

MENDO.

Ya están aquí.

ESCENA IV.

DON BERNARDO, SANCHO.—DICHOS.

DON BERNARDO.

Perdonad si os ofendí
Con mi forzosa embajada,
Aunque, pues estáis vestido,
No ha sido el agravio tanto.

OCTAVIO.

Yo, Señor, no me levanto,
Que esta noche no he dormido,
Ni tampoco me vestí,
Porque no me desnudé.

DON BERNARDO.

Yo, que despues que llegué,
Ninguna, Señor, dormí,
Antes que de muchos sea
Visto, á visitaros vengo,
Porque algun peligro tengo
De que la gente me vea.
Esta me dió vuestro hermano,
Que con cuidado pusiese
En vuestra mano, y que fuese
La respuesta por mi mano.
Dos dias ha que llegué,
Luego pregunté por vos;
Pero no pude, por Dios,
Visitaros, porque fué
Notable mi ocupacion.

OCTAVIO.

Con vuestra licencia leo;
Que en vuestro semblante veo
Que buenas las nuevas son.
(*Lee.*) «El señor don Bernardo de Car-
»dona, que os dará esta, va á la corte á
»un negocio en que os habrá menester;
»servilde y regalalde con tanto gusto y
»cuidado, que conozca que sois mi her-
»mano; y sobre todo, aposentalde en
»vuestra casa, porque yo lo estoy en la
»de sus padres, donde trato de casar-
»me...»

No quiero pasar de aquí;
Que lo demás de la carta
Son negocios, y serviros
Es el de mas importancia.
Vos seais muy bien venido;
Que antes de agora esperaba
Este dia, que ha traido
A mi dicha mi esperanza.
Aquí habeis de ser mi huésped,
Y no repliqueis palabra;
Que es inexcusable oficio
Para obligaciones tantas.
El negocio á que venís
Ayudaré con el alma,
Con la vida, con la hacienda;
Que menos que esto no basta
A la noticia que tengo
De lo que á don Juan regalan
Vuestros padres en Sevilla.

DON BERNARDO.

Fuera, Octavio, accion ingrata
No acetar tanta merced,
Y porque ya mi jornada
Será tan breve, que pienso
Que podria ser mañana;
Que el negocio á que venia,
Culpa de la misma causa,
Tuvo fin en el principio,
Con que es fuerza que me parta;
Que está en peligro mi vida.

OCTAVIO.

En tan súbita mudanza
De pensamiento y suceso,
Permitid que fuerza os haga
Para saber la ocasion.

DON BERNARDO.

No puedo negaros nada
En tantas obligaciones.
Y porque de vuestra casa
Y de vos valerme es fuerza,
Antes que á Sevilla vaya,
Reduciré si es posible
A un breve epítome tantas
Fortunas en una noche,
Que pudiera compararlas
A los diez años de Ulises.

OCTAVIO.

Dejaréis mas obligada
Nuestra amistad; que al favor
Y al secreto, es cosa clara
Que al favor lo está mi pecho,
Y al secreto mi palabra.

DON BERNARDO.

Serví en Sevilla una mujer, Octavio,
Un ángel, una perla, una pintura
De las que hicieron á su honor agravio
Por la necesidad ó la hermosura.
La edad primera, de quien dijo el sabio
Que la senda ignoró, con tal locura
Me puso en este loco pensamiento,
Que apenas conocí mi entendimiento.
Siempre á su lado, como suele, andaba
Celoso ruiseñor el amor mio:
Ya por los verdes campos la llevaba,
Ya en barcos enramados por el rio;
Las noches breves átomos juzgaba
En este dulce Argel de mi albedrío,
Porque llegando el sol á medio dia,
Aun no pensaba yo que amanecia.
Fuéle forzoso, ó fué invencion hallada
De alguna liviandad, el ver la corte,
Indias de la hermosura; y embarcada
Siguió su gusto, y yo tambien mi norte;
Porque el de una mujer determinada,
¿Qué obligacion habrá que le reporte?
O fué de cierta esclava mal consejo,
De la luz de su sol escuro espejo.
Seguíla, en fin; que me llevaba el alma
Cual suele el tigre al cazador; y creo
Que en viéndome en Madrid, á un tiem- [po calma
La obligacion, el trato y el deseo.
Pocas veces amor llevó la palma
De ausencia firme con ajeno empleo:
Llamé una noche, y pienso que tan recio,
Que fuí mas que galan, marido necio.
Salió un hidalgo, y respondió su espada;
Pero midió de una estocada el suelo.
Suena justicia, y yo tierra sagrada
Hago una casa, y la prision recelo,
Y por unas paredes la turbada
Vida en las manos encomiendo al cielo.
Doy en un huerto, y dél en una sala...
¿Qué encantamento mi fortuna iguala?
Por no cansaros, dos hermanas bellas,
De ver tanta desdicha lastimadas,
Me ampararon discretas, y por ellas
Me libré de justicias y de espadas;
Y por guardar su honor (que son donce- [llas
Nobles), anoche y á las once dadas
Salí, no sé si diga enamorado,
Pero olvidado del amor pasado.
¿Quién duda que diréis que ya los cielos
Se mueven á piedad de don Bernardo?
Pues allí comenzaron mis desvelos,
Si desta casa algun favor aguardo;
Porque dos hombres, al salir, con celos
Me van siguiendo, y llega el mas gallardo
A preguntar quién soy. ¡Gentil pregunta!
Saqué la espada, y respondió la punta.
Esto fué anoche, y la ocasion ha sido
De veniros á ver tan de mañana;
Que puedo ser por dicha conocido,
Pues quien mudable fué, será tirana.
En vuestra casa quiero, aunque escon- [dido,
Seguir la luz de una esperanza vana,
Sirviendo, Octavio, á quien el alma debe
Tanto favor en término tan breve.
Y no os maravilleis de ver que pasa
El alma á otro sugeto sus despojos;
Que amor es un veneno que traspasa
El corazon, entrando por los ojos.
Fénix nace mi amor, fénix se abrasa
Con cenizas de celos y de enojos,
Produciendo venganzas y desvelos
Un ave amor, de las reliquias celos.

OCTAVIO.

(*Ap.* ¿Hay suceso mas extraño?
¿Que este el caballero fué
Que seguí y acuchillé?
¿Hay mas claro desengaño?
. . . . [1]
Hoy á Lisarda perdí.
Disimular quiero aquí
Mi desdicha y confusion.)
Con notable admiracion
Vuestras fortunas oí.
De todo salisteis bien,
Que fué notable favor
De la fortuna, y mayor
Tomar venganza tambien
De aquella ingrata por quien
Tantas desdichas tuvisteis.
Pero ¿como no supisteis
De la dama que os libró
El nombre?

DON BERNARDO.

Porque temió
La pregunta que me hicisteis.
No quiso el nombre fiarme,
Porque de tanto favor,
Pudiera ofender su honor,
Refiriéndole, alabarme.

OCTAVIO.

(*Ap.* Necio estoy en declararme;
Que podria sospechoso
Presumir que estoy celoso.)
Sin verle ha crecido el dia:
Tan gustoso me tenia
Vuestro discurso amoroso.

[1] Falta un verso para la décima.

En fin, ¿serviréis la dama
Que aquella noche os libró?

DON BERNARDO.

Si nadie me conoció,
Ni lo publica la fama.

OCTAVIO.

¿Tan presto olvida quien ama
Por lo primero que mira?
Vuestra condicion me admira.

DON BERNARDO.

Vuélvese el amor, Octavio,
En ira con el agravio,
Y en la venganza la ira.
Pero no hay mayor venganza
Del agraviado discreto
Que mudar á otro sugeto
El amor y la esperanza;
Que en sabiendo esta mudanza
La dama que fué querida,
Envidiosa y ofendida
Suele volver á querer;
Que no hay pesar en mujer
Como verse aborrecida.
Y yo sé que si vos veis
Desta dama la hermosura,
Que envidiaréis mi ventura,
Y mi amor disculparéis.

OCTAVIO.

Venid y descansaréis
De dos noches tan extrañas.
(*Ap.* ¡Oh Lisarda! ¿tú me engañas?
¿Tú, desleal? Pero miento,
Pues antes del casamiento
Me avisas y desengañas.)

DON BERNARDO.

¿Qué decís?

OCTAVIO.

Que como amigo
En todo pienso ayudaros.

DON BERNARDO.

Yo vida y alma fiaros,
Y á serlo vuestro me obligo.

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Oh celos, fiero enemigo!...
Mas sin razon me acobarda,
Siendo tan bella y gallarda
Florela, pues con cautela
Sabré si quiere á Florela,
O si me engaña Lisarda.

(*Vanse don Bernardo y Octavio.*)

ESCENA V.

MENDO, SANCHO.

MENDO.

Vuesa merced, ¿cómo ha nombre?

SANCHO.

Si oyó vuesancé decir
Quién es aquel escudero
Que topó con su rocin,
Yo soy el mismo.

MENDO.

Pues, Sancho,
¿Quién duda que de dormir
Estarás necesitado?

SANCHO.

Como de lluvias abril,
Poeta de consonantes,
Si es duro de digerir,
Las letras y villancicos
De madre, morena y Gil,
De ser soberbio en romance
Quien es humilde en latin,
Y de no saber de todos
Quien sabe poco de sí.

MENDO.

¿Por comparaciones entras?
Gusto tienes.

SANCHO.

Siempre di
En parecer, conversando
Con gente palacieguil,
Discreto para volante;
Que desde Guadalquivir
Á pedir á Manzanares
Vengo el grado de sutil.

MENDO.

Ven y verás mi aposento,
Donde, aunque indigno de tí,
Hontarás cuatro colchones,
Menos tres, por no mentir.
Sábanas hay, aunque están
A lavar; que presumí
Siempre de lo que es limpieza.
Almohadas... Nunca fui
Amigo de gollorías.
Hay mesa, estampa, candil,
Peine, silla, limpiadera,
Calzador y todo, en fin,
Para tu servicio, Sancho.

SANCHO.

Como me viste venir,
Preveniste el aposento.
¿No hay algun guadamací
Que cubra lo inexcusable?

MENDO.

Debes de ser zahorí.
Téngole, y de buena mano,
Con la historia de David.

SANCHO.

¿Tu nombre?

MENDO.

Por una letra
No soy el que por ahí
Ayuda á los que patean,
Y por Mengo, Mendo fui.

SANCHO.

Pues, Mendo ó Mengo, camina;
Que de cierto serafin
Mas socarrona que grave,
Mas dama que fregatriz,
Oro toda, toda perla
Desde el moñazo al chapin,
Tengo despues que contarte.

MENDO.

¿El nombre?

SANCHO.

Inés.

MENDO.

¡Pesia mí,
Que es Inés tambien la mia!

SANCHO.

Pues podrémos competir
En sonetos; si los haces,
Soy del Parnaso arlequin.

(*Vanse.*)

—

Sala con vistas á un jardin.

ESCENA VI.

LISARDA.

Flores de aqueste jardin
Por donde entró don Bernardo,
Y en quien tornasol aguardo
Al sol que ha de ser mi fin;
Rosa, clavel y jazmin,
Que con vida mas segura
Gozais tan breve hermosura,
Que en un mismo dia haceis
De la cuna en que naceis
Vuestra verde sepultura:
Hablar con vosotras quiero,
Pues que tuvo mi alegría
Principio y fin en un dia,
Y donde nacisteis muero.
El mismo término espero,
Flor como vosotras fui,
Donde nacisteis nací,
Y si engañadas estáis,
A saber lo que durais
Aprended, flores, de mí.
La luz de vuestros colores,
La pompa de vuestras hojas,
Que azules, blancas y rojas
Retratan celos y amores,
¿Por qué os desvanecen, flores,
Si aviso y ejemplo os doy,
Que ayer fui lo que hoy no soy?
Y si hoy no soy lo que ayer,
Hoy podeis en mí saber
Lo que va de ayer á hoy.
Como vosotras, fué cierto
Que dió mi esperanza flor;
Pero siempre las de amor
Tuvieron el fruto incierto.
Aspid vino amor cubierto
De vosotras; no le vi.
Matóme, y dejóme así,
Para que quien hoy me vea
Tan diferente, no crea
Que ayer maravilla fui.
Sois con hermosas colores,
Como las que viste amor,
Exhalaciones de olor,
Porque haya cometas flores.
¡Oh fáciles resplandores,
A quien imitando estoy!
Pues hoy maravilla doy
De ver que ayer diese aquí
Sombra al sol con lo que fui,
Y hoy sombra mia no soy.

ESCENA VII.

FLORELA.—LISARDA.

FLORELA.

¡Estoy en obligacion,
Lisarda, á tus diligencias!
Mejor eras para prima,
Que para hermana y tercera.
¡Bien hablaste á don Bernardo!
Bien el suceso lo muestra,
Bien lo afirma tu descuido,
Bien lo dice su respuesta,
Bien lo sienten mis deseos,
Bien te culpan mis sospechas,
Bien lo adivinan mis celos,
Bien lo sufre mi paciencia!
Si fuera posible ser
Tuyo, si posible fuera
No ser de Octavio, que ya
Las horas, Lisarda, cuenta
Para que seas su esposa,
Para que tu esposo sea,
Hallara tu amor disculpa;
Pero no siendo tan necia
Que porfíes, cuando sabes
Que sin esperanza esperas,
Sucédele á tu deseo
Lo que á los barcos que reman
Contra corriente de rio,
Que los vuelve con mas fuerza
El ímpetu de las ondas,
No viendo la resistencia
Con las esferas del agua,
Pues cuando piensan que llegan
A las riberas, están
Mas léjos de las riberas.
Ya que no puede ser tuyo
Este caballero, deja
Que sea mio, Lisarda,
Cuando en Octavio te empleas;
Que si todas las mujeres
Aguardan á que las vean,
Las sirvan, las enamoren,
Las requiebren y pretendan,
Casaránse tarde ó nunca;
Que si un platero á su tienda
No sacase cada dia
Las joyas y las cadenas,
Y las tuviese encerradas
Sin hacer mas diligencia,
Como era imposible hurtallas,
Era imposible vendellas.
Cuantas cosas tiene España,
La mudanza las gobierna,
El gusto las califica,
La novedad las aprueba.
Los trajes se mudan, y hacen
Que de otra nacion parezcan
Los hombres, y entre estas cosas
Padece injurias la lengua.
Agora se usan, Lisarda,
Mujeres de una manera,
Mañana se usarán de otra;
Y por esa diferencia
Importa no descuidarse.
Tú, pues que ya te remedias
Y le tienes con Octavio,
Permite que yo le tenga.

LISARDA.

¿Quién, Florela, imaginara
De tu ingenio y de tu honor,
Que no casándome amor,
Tu necedad me casara?
En lo que dices repara,
Porque si á Octavio le doy
La mano, y ha de ser hoy,
¿Cómo dices, en agravio
De lo que merece Octavio,
Que de don Bernardo soy?
Que si don Bernardo á mí
Tiernamente me miró,
No tengo la culpa yo
De que no te mire á tí.
Tú, si le vieres, le di
Que estás dél enamorada;
Que yo, á otra fuerza obligada,
Mas quisiera ya tratar
En descasar, que en casar,
Y apenas estoy casada.
De la riqueza incitado,
Que en un rico indiano vió,
Pasar un hombre intentó
El mar, que ya vió pintado;
Pero en mirándole airado
En las playas españolas
Respetar las nubes solas,
Con tal temor huye dél,
Que aun presume que tras él
Vienen corriendo las olas.
Yo, que apenas he llegado
A la orilla del casar,
Aunque vi pintado el mar
En otras que se han casado,
Tiemblo de mirarle airado,
Y de llegar me arrepiento,
Huyo con el pensamiento
Y voy volviendo la cara;
Que aun presumo; cosa rara!
Que me sigue el casamiento.
Mas como la voluntad
De mi padre es un respeto,
A quien forzada prometo
Obediencia y humildad,
No quiere mi libertad
Usar su propio albedrío,
Y por eso no porfío,
Aunque mi envidia desea
Que don Bernardo no sea
Tuyo, pues no ha de ser mio.
Dirás que ¿cómo, atrevida
Al recato profesado,
Contra mi honor te he contado
Que por él estoy perdida?
¿No has visto en casa encendida
Arrojar manos villanas
Riquezas que juzgan vanas?
Pues así mi fuego amor,

mi honor
itanas.
ORELA.
o creo
naci)
aquí
seo.
deo
pesar.
re de hablar,
a hacer
jer,
ar.
e un rio,
Androgeo,
n deseo,
vio,
lio,
s hicieron
fueron
nados,
n casados
eron.
rfiar
testimonio
natrimonio
os juntar
rtar;
uerte divida,
eñida
y palmas,
dos almas,
vida.
SARDA.
ntencion,
ar de modo,
n un todo
inion;
na son
suelo,
n velo
n baja,
ataja
cielo.
ORELA.
ante
envidiosa,
elosa
amante,
ue te espante;
l gran farol
io arrebol
stierra,
por tierra,
mpre, sol.
SARDA.
yo lo sé,
á tí,
ne á mí,
te haré.
ORELA.
seré,
erás

SARDA.
ida estás;
nda mia,
un dia,
jamás.

NA VIII.

O.—DICHAS.

CINDO.
lvertida
e te casas,
oricias,
Lisarda,
ido el novio,
sus ansias!
ta el padrino,

Y es huésped de nuestra casa;
Porque como es forastero,
No quiere que della salga
Nuestro padre, por hacer
Lisonja á Octavio, que tantas
Obligaciones le tiene;
Que como ya su posada
De Octavio ha de ser contigo
En esta casa, y estaba
En la suya el forastero,
Era forzoso dejarla.
Ya le aderezan un cuarto,
Aunque los dos se excusaban;
Mas como nuestro Alejandro
Lo cortés y el nombre iguala,
No ha sido posible hacer
Que el forastero se vaya;
Tanto, que pienso que ha sido
De Octavio invencion gallarda
Para casar á Florela,
Porque es persona extremada
De talle y entendimiento.
Ellos vienen; tú, Lisarda,
Muestra, pues eres discreta,
Tu gusto, donaire y gala,
Por si ha de ser tu cuñado,
En cuenta de la desgracia
En que habeis de estar despues,
Porque solo el nombre basta.
Tu, por si ha de ser tu esposo,
Florela, cortés le habla,
No que le parezcas boba,
Que se volverá mañana;
Que pierde mucho al principio
Hablando mal una dama;
Que á quien entra hablando bien,
Nadie le ha negado el alma.

ESCENA IX.

DON ALEJANDRO; *y despues*, OCTAVIO, DON BERNARDO, SANCHO, INÉS.—DICHOS.

DON ALEJANDRO. (*Dentro.*)
Aquí, señor don Bernardo,
Están Lisarda y Florela.

LISARDA. (*Ap.*)
Ya me alegra el dulce nombre.

FLORELA. (*Ap.*)
Ya el dulce nombre me alegra.

(*Salen don Alejandro, Octavio, don Bernardo, Sancho é Inés.*)

DON BERNARDO.
Dadme, señoras, las manos...
(*Ap.* Pero ¿qué burlas son estas
De mi fortuna, ó qué sueños,
Que como verdades crea?
¿Dónde estoy? Dónde he venido?
La casa es esta y las bellas
Damas donde estuve cuando
Por la ingrata Dorotea
Maté aquel hombre.)

LISARDA. (*Ap.*)
O mis ojos
Con el alma efetos truecan,
O es don Bernardo.

FLORELA. (*Ap. á su hermana.*)
¡Ay Lisarda!
Mis esperanzas se aumentan.
Don Bernardo es el amigo
De Octavio.

OCTAVIO.
No se pudiera
Fingir mayor suspension.
(*Ap.* Turbadas miran y atentas
Á don Bernardo Lisarda
Y Florela, y él á ellas.
Pues yo ¿qué diré de mí?
Extrañas cosas ordena
La fortuna; aun no es posible
Que mis justos celos sepan
Á cuál de las dos se inclina.)

DON BERNARDO.
No es mucho que se suspenda;
Señoras mias, el alma,
Mirando tanta belleza.
Perdonad lo que he tardado;
Que ha sido amorosa fuerza
De mis sentidos, en quien...

OCTAVIO. (*Ap.*)
¡Vive el cielo, que no acierta
Á hablar palabra!

LISARDA.
Señor,
No puede haber cosa nueva
Que os ofrezca en esta casa,
Pues ya la teneis por vuestra.
Mi hermana Florela y yo
Reconocemos la deuda
De Octavio, que os ha traido
Adonde serviros pueda
La voluntad de las dos.

OCTAVIO. (*Ap.*)
No he visto en mi vida necia,
Sino es agora, á Lisarda.
¡Válgame el cielo! ¿Si es ella
La que á don Bernardo mira?
Que hablar mal y ser discreta
¿No pudiera ser amor?
Que mas turba amor que enseña.

(*Hablan quedo caballeros y damas.*)

SANCHO.
Inés, si tú hubieras sido
Cazadora, te dijera
Que Octavio lo ha sido.

INÉS.
¿Cómo?

SANCHO.
Eran Lisarda y Florela
Perdices, trujo á mi amo
Por ventor para cogerlas,
Y en viéndolas, como el perro,
Alta la mano, se queda
Suspenso hasta que su dueño
De la suya el halcon suelta,
Don Bernardo se ha quedado,
Y Octavio de las pigüelas,
Del honor suelta los celos
Para averiguar sospechas.

INÉS.
Por quitar la confusion
De todos (y que es tan nueva,
Que no hay en la sala, Sancho,
Persona que no la tenga;
Que en efeto estáis aquí,
Y nuestra boda tan cerca,
Que es la mayor confusion,
Pero lo que fuere sea),
Venme á ayudar á poner
El cuarto donde aposenta
Alejandro á tu señor.

SANCHO.
Vamos; pero mas quisiera
Que no hubiéramos venido.

INÉS.
Calla; que amor tiene vueltas
Como marzo, y podrá ser
Que dé con la boda en tierra.

(*Vanse Inés y Sancho.*)

ESCENA X.

MENDO.—DON ALEJANDRO, LISARDA, FLORELA, DON BERNARDO, OCTAVIO, LUCINDO.

MENDO.
El notario á los tres llama
Y á la señora Florela.

DON ALEJANDRO.
Vamos, Octavio.

OCTAVIO. (*Ap.*)
¡A buen tiempo!

LISARDA. (*A su padre.*)
Mucho el huésped me contenta.

DON ALEJANDRO.
Yo pienso que si en Sevilla
Se casa con doña Elena
Su hermano don Juan, que aquí
Hará Octavio de manera
Que don Bernardo se case
Con Florela.

OCTAVIO. (*Ap.*)
Solos quedan.
Yo volveré cuando estén
Seguros.

FLORELA. (*Ap.*)
Sin que me vean,
Tengo de volver á ver
Lo que don Bernardo intenta.
(*Vanse todos, menos don Bernardo y Lisarda.*)

ESCENA XI.

LISARDA, DON BERNARDO.

DON BERNARDO.
¡Es posible que ha salido
Amor á ser invencion,
Aunque con tal confusion,
Que por ella me ha traido
A tu casa, y que haya sido,
Lisarda mia, de suerte,
Que á tal tiempo venga á verte,
Que te cases, y que yo
Te pierda? ¿Por qué me dió
Tal vida para tal muerte?
Como el que soñó tesoro,
Y las manos de oro llenas,
Podian llevarle apenas,
La noche ¡oh prenda que adoro!
Que te vi, soñaba el oro;
Despierto del oro incierto,
Pues cuando despierto advierto
Que el que en tus ojos soñé,
Perdí cuando desperté,
Pues á perderte despierto.
Gran ventura hubiera sido
Venir, Lisarda, á tu casa;
Mas cuando Octavio se casa,
No es dicha el haber venido.
Hoy ha de ser tu marido,
Y yo mañana saldré
De Madrid, aunque no sé
Que á Sevilla llegar pueda
Quien en tus ojos se queda,
Y deja el alma en tu fe.

LISARDA.
Bernardo, desde aquel dia
Que te vi con Dorotea,
El corazon te desea,
Mi vida es tuya, no es mia;
Pero la dura porfía
De mi suerte me quitó
La libertad con que yo
Hiciera eleccion de tí;
Si tú me perdiste á mí,
Que yo soy quien te perdió.
Suelen despues del arado
En las mal cubiertas lomas
Buscar amantes palomas
El trigo recien sembrado,
Y con vuelo apresurado
Llevarse el halcon la una,
Y la otra en tal fortuna
Quedar suspensa mirando
Por donde se fué volando,
Sin esperanza ninguna.
Y así yo, con menos dicha,
Sin que á resistir me atreva,
Miro por dónde te lleva
A Sevilla mi desdicha.
Solo con lágrimas dicha
Puede ser la resistencia
De mi turbada obediencia.
Ellas te la dicen ya,
Viendo que tan cerca está
Mi casamiento y tu ausencia.

DON BERNARDO.
Solo un abrazo mi amor
Quisiera llevar de tí
Por prendas de que te vi
Inclinada á mi favor.

LISARDA.
Temo de Octavio el rigor,
Temo á Florela tambien.
Puede ser que nos estén
Mirando; que los amantes
En acciones semejantes
Nunca piensan que los ven.

ESCENA XII.

OCTAVIO, *acechando*.—DICHOS. *Despues*, FLORELA.

OCTAVIO. (*Ap.*)
Hablando están; desde aquí
Tengo de ver si es Florela
O si es Lisarda á quien ama.
(*Aparece Florela acechando por la otra parte.*)

FLORELA. (*Ap.*)
Desde aquí celosa y necia
(Que celos nunca negaron
La condicion que profesan)
Tengo de ver lo que hablan.

LISARDA.
Sabe el cielo si quisiera
Darte mis brazos, Bernardo;
Pero el temor no me deja.

ESCENA XIII.

SANCHO É INÉS, *con una antepuerta de seda.*—DICHOS.

SANCHO.
Cuando de sedas tan ricas
Todo el aposento cuelgas,
¿Esta antepuerta me das?

INÉS.
¿Pues qué tiene esta antepuerta?

SANCHO.
Por en medio está manchada.

INÉS.
¿Manchada?

SANCHO.
Y aun rota.

INÉS.
Muestra.

SANCHO.
Tiéndela.

INÉS.
Ten desa parte,
Y lo que dices enseña.
(*El uno de un lado y el otro del otro, la tienden tirante de suerte que tapan á don Bernardo y á Lisarda.*)

DON BERNARDO.
Perdona; que la ocasion
Me permite que me atreva.

LISARDA.
Ya para darte los brazos
Mi dicha me da licencia.

OCTAVIO. (*Ap.*)
¡Maldita seas, Inés!

FLORELA. (*Ap.*)
¡Plega al cielo que no tengas
Dicha!

OCTAVIO. (*Ap.*)
Con espacio están.

FLORELA.
¿Qué mirais?

SANCHO.
Esta antepuerta.

FLORELA.
Pues ¿qué tiene?

INÉS.
Dice Sancho
Que está rota, y que por ella
Entrará el aire.

OCTAVIO. (*Ap.*)
No pudo
El aire de mis sospechas.

FLORELA.
Llevalda, necios, de aquí.

SANCHO.
¿Desto, Señora, te pesa?
¿Quieres tú que se resfrie,
Si por tantas partes entra,
Don Bernardo mi señor?

OCTAVIO. (*A don Bernardo.*)
Como es Lisarda discreta,
Bien os habrá entretenido.

DON BERNARDO.
Antes yo le he dado cuenta
De mi jornada á Madrid
Y el amor de Dorotea.

FLORELA.
Lisarda es muy entendida.

LISARDA.
¿Burlas, Florela?

FLORELA.
De veras
Hablo, tú me entiendes.

LISARDA.
Vamos
Adonde mi padre espera,
Porque lo que han concertado
Sepa qué ha sido, en mi ausencia.

OCTAVIO.
Todo fué en vuestro favor.
No hay que temais.
(*Vanse Octavio, Florela y Lisarda.*)

ESCENA XIV.

DON BERNARDO, SANCHO, INÉS.

DON BERNARDO.
Sancho, llega,
Dame tus brazos, tus piés
Tambien... ¡Bien haya la puerta,
Y la antepuerta y las manos,
Que á caso ó sin caso, en ellas
Estuvo tanto favor!
Voy con ellos... La maleta
Abre con aquesta llave,
Saca cien escudos della
Y dalos á Inés... Tú, Sancho,
Mi vestido, hasta las medias
Te pondrás. Adios, adios. (*Vase.*)

ESCENA XV.

SANCHO, INÉS.

SANCHO.
¿Qué te parece la fiesta
Que á un favor hace quien ama?

Buscarle estuvo en tu mano
Menos cuerdo y cortesano,
Y no alegrara sangrías.
Si don Bernardo, tu amigo,
Ha sabido que esto es uso
De la corte, y se dispuso
A ser tan cortés conmigo,
Tus celos cruel castigo
A mi corazon le dan;
Que no es prenda de galan,
Antes ponérsela es
Como á sitial de tus piés
Cubrirle con tafetan.
Suele torcerse en la calle
Alguna dama un chapin,
Y ella detenerse á fin
De que llegue á enderezalle,
Sin reparar en el talle,
Algun hombre; y así enlazo
Mi brazo deste embarazo,
No porque estimaré yo
La banda por quien la dió,
Sino porque tenga el brazo.
Mi sangre se ha de sentir,
Que cuando alegre y gallardo
Me la alegra don Bernardo,
Tú me la quieres pudrir.
Que vuelvan, quiero pedir,
A sangrarme, aunque rehuya
El brazo de parte suya;
Banda me manda traer,
Y esta servirá de ser
La medida de la tuya.

OCTAVIO.

No te la quites, Lisarda;
Que no ha de esperar la mia
Quien lo imposible porfía
La noche que dueño aguarda.
Pero ya ¿qué me acobarda,
Cuando con quejas mayores
De celos de tus favores,
A la media noche abiertas
Están hablando tus puertas
Y deste jardin las flores?
Pregúntale al tocador
Quién durmió en él, quién tenia
Por huésped, y todo un dia,
Mereciendo tu favor;
Y júzga tú si al honor
Lo del tocador le toca:
Si así te tocas, ¿qué loca
Pasion podrá disculpar
Lo que se llega á tocar
Con las manos y la boca?
Si por mí, Lisarda bella,
Bernardo en tu casa está,
Primero salió de allá
Que yo le trujese á ella.
Esto para dueño en ella
Me desmaya y me desalma,
Me mata y me tiene en calma:
Y no te admire el rigor;
Que tengo aquel tocador
Atravesado en el alma.

(*Vanse Octavio y Mendo.*)

ESCENA VII.

LISARDA, FLORELA.

LISARDA.

En fin, Florela, cumpliste
La palabra y el deseo
De intentar que don Bernardo
Fuese tuyo (¡extraños celos!),
Como si fuera ya mio,
Cuando es Octavio mi dueño.
Pero no ha sido razon
Quererle por malos medios,
Contándole lo que estaba
Entre las dos tan secreto.
¿Tú eres hermana? Tú, ingrata?
En qué Arabia, en qué desierto
De Libia nacen mas fieras
Fieras, que en tu pecho fiero?
¡Hay tal maldad, tal traicion!

FLORELA.

A satisfacer no acierto
Tu engaño, aunque de tu agravio
Con justa causa me quejo.
Pero de que no lo he sido,
Lisarda, deste suceso,
Solo pongo por testigo
Al cielo, y le pido al cielo
Que aquí me quite á tus ojos
La vida, si culpa tengo.

ESCENA VIII.

LUCINDO, DON BERNARDO, SANCHO.—DICHAS.

DON BERNARDO.

Estimo, señor Lucindo,
La merced que me habeis hecho,
Y del señor Alejandro
Tan honroso ofrecimiento;
Que su hija y vuestra hermana
Merece mas alto empleo,
Y yo le acetara, á estar
Mas libre; pero no quiero
Engañaros, que no es justo.

LUCINDO.

¿Sois casado?

DON BERNARDO.

No es por eso.

LUCINDO.

Pues ¿por qué?

DON BERNARDO.

Porque una noche
Maté, incitado de celos,
Un hombre en este lugar;
Y cuando temo estar preso,
No viene bien que me case.

LUCINDO.

Y si está vivo ese muerto,
¿No os podréis casar?

DON BERNARDO.

Si es vivo,
Puede ser; mas no lo creo.

LUCINDO.

Bien podeis.

DON BERNARDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Yo soy,
Porque dándome en el pecho
Aquella fuerte estocada,
Tomé posesion del suelo.

DON BERNARDO.

¿Vos érades?

LUCINDO.

Yo, que estaba
Con Dorotea.

DON BERNARDO.

Ahora quiero
Daros mil veces mis brazos.

LUCINDO.

¿Qué respondeis?

DON BERNARDO.

Que lo aceto...
En escribiendo á mis padres...
Que bien sabeis que no puedo
Sin su bendicion y gusto.

LUCINDO.

Sois hijo obediente y cuerdo.
Allí están mis dos hermanas,
Pedirlas albricias quiero.—
Florela, ya estás casada.

FLORELA.

¿Qué dices?

LUCINDO.

Que voy contento
A decir á nuestro padre
Que es don Bernardo tu dueño. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LISARDA, FLORELA, DON BERNARDO, SANCHO.

LISARDA.

¡Qué súbito embajador!
El parabien darle quiero
A don Bernardo.

FLORELA.

Lisarda,
Tu buen término agradezco;
Mas no vayas, por mi vida;
Que tengo celos, y temo
Que desbarates la boda.

LISARDA.

Ahora bien, yo te obedezco
Hasta saber si dijiste
A Octavio nuestro secreto.
Pero ¿no podré tratarle
De otras cosas?

FLORELA.

¿A qué efeto?
¿Qué tienes tú que enviar
A las Indias con sus deudos?
Pues en la Contratacion
De Sevilla, mucho menos
Tienes negocios, Lisarda.
Dame solo este contento
De no hablarle, pues te queda,
Despues de casados, tiempo
Para cuanto nos quisieres,
Despues que no tenga celos,
Hacer merced á los dos.

LISARDA.

Vamos, Florela: no quiero
Que pienses que yo te quito,
Como dices, tu remedio.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA X.

DON BERNARDO, SANCHO.

SANCHO.

Sospecho que te has casado,
Si no es que estando mas léjos
De lo que quisiera estar,
Entendí mal lo que temo
De tu fácil condicion.

DON BERNARDO.

Siempre fácil te parezco.
El hombre muerto le puse,
Y de mi prision el miedo,
Por objecion á Lucindo,
De no hacer el casamiento;
Mas díjome que era él.

SANCHO.

Ya entendí todo el suceso.

DON BERNARDO.

No se puede responder
A un casamiento propuesto
Con libertad; que es agravio
De la dama y de sus deudos.

SANCHO.

En el monte de Sanlúcar,
Que mira verdes cabellos
De sus pinos, en las aguas
Del mar de España soberbio,

Cuando parten á las Indias
Los navegantes modernos,
Que codiciosos del oro
No ven los peligros ciertos,
Hay un gatazo, Señor,
Que sentado en uno dellos,
Está diciendo : « Tornau,
Tornau », sonando los ecos
En las naves, con que muchos
Se desembarcan de miedo.
Yo pues, Señor, que te miro,
Yo pues, Señor, que te veo,
Por obligado, embarcado
En la mar deste concierto,
Y dentro del prodigioso
Galeon, San Casamiento;
Desde el monte de mi amor,
Desde el pinar de mi celo
Estoy diciendo : « Tornau,
Tornau, tornau, caballero, »
Hecho gato de lealtad
Contra gatos de dinero;
Que donde es grande el peligro,
Nunca fué bueno el provecho.

DON BERNARDO.

No fuera error, como piensas,
Sancho, sino grande acierto
El casarme con Florela;
Lo que temo y lo que siento,
Lo que temo y lo que miro,
Lo que gano y lo que pierdo,
Lo que adoro, lo que olvido,
Lo que busco, lo que dejo
Es el amor de Lisarda;
Que con saber que no puedo
Contrastar tanto imposible,
Todo se me abrasa el pecho.
Dijele, Sancho, á Lucindo
Que escribiria primero
Á mis padres á Sevilla,
Por hallar en este medio
Remedio de no casarme.

SANCHO.

De tu claro entendimiento,
En la obligacion que tienes
Al regalo que te han hecho,
No pudo salir, Señor,
Mas ajustado y discreto.

DON BERNARDO.

Inés viene.

ESCENA XI.

INÉS.—Dichos.

SANCHO.

Bella Inés,
¿Qué quieres?

INÉS.

Dale á tu dueño
Este libro de memoria.

SANCHO.

Pues ¿no le hablas?

INÉS.

No puedo;
Que no tengo órden de arriba.

SANCHO.

De arriba abajo te quiero...
—Pero parece que traes
La faz á orza: ¿qué es esto?

INÉS.

Desdichas.

SANCHO.

¿Cómo desdichas?

INÉS.

¡Ay! ¡qué desdichas!

SANCHO.

¿Pucheros?
Mira que soy sevillano.
Declárate, porque luego
Clamoreen por el hombre;
Que desde aquí te prometo
Por el alma de Escamilla,
Que fué de los bravos dueño,
Una mohada y dos chirlos;
Y si repara á lo diestro,
La de conclusion, y adios.

INÉS.

No puedo hablarte. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON BERNARDO, SANCHO.

DON BERNARDO.

¿Qué es eso,
Sancho?

SANCHO.

Este libro me ha dado
Inés, los ojos al sesgo.
No sé lo que significa
Tan notable sentimiento.

DON BERNARDO.

Aquí en la primera hoja
Dice : (*Lee.*) « Ya se ha descubierto
»Cuanto ha pasado, y Octavio
»Trueca en agravios sus celos.
»Mi honra y mi vida están
»En que salgais luego, luego
»Desta casa y de Madrid.
»Si me quereis como os quiero,
»Dulce señor de mi vida,
»Esto os suplico, esto os ruego.
»*La triste Lisarda.*» — ¡Ay triste!

SANCHO.

Murió un señor deste reino,
Y la señora viuda
Escribió á un encomendero
Labrador, que se llamaba
Pero García, en un pliego
Materia de sus negocios,
Y con aquel sentimiento
Firmó *la triste Duquesa;*
Y el buen hombre, respondiendo
A su carta y su tristeza,
Firmó la suya diciendo :
El triste Pero García.
Agora, Señor, que veo
Firmar *la triste Lisarda*,
Que respondas te aconsejo
Por igual dolor, *el triste*
Don Bernardo; que á tu ejemplo,
Si la triste Inés me escribe,
El *triste Sancho de Oviedo*
Le respondo.

DON BERNARDO.

¿Agora burlas?
Este ¿es tiempo, majadero?

SANCHO.

Ya lo veo yo, Señor,
Que es de majaderos tiempo,
Porque no entiendo ni sé
Como viven los discretos.

DON BERNARDO.

Yo te diré como viven.

SANCHO.

¿Cómo?

DON BERNARDO.

Callando y sufriendo.

ESCENA XIII.

OCTAVIO, MENDO.—Dichos.

MENDO. (*Ap. á Octavio.*)

Repórtate, Señor, y no le hables
Con el rigor que dices, que no es justo;
Que sus acciones son menos culpables.

OCTAVIO.

¿Quieres que sufra yo tanto disgusto?
¿Cómo podré?

DON BERNARDO.

¿Qué es esto, Octavio amigo,
Que me parece que venís sin gusto?
Y cuando yo me voy, no iré conmigo
Si no quedais con el que yo os deseo.

OCTAVIO.

¿Cómo que os vais?

DON BERNARDO.

Lo que es forzoso os digo.

OCTAVIO.

Pues ¡tan súbitamente! No lo creo.

DON BERNARDO.

Bien lo podeis creer, pues no he podido
Excusar el peligro en que me veo.
Mozo, en la corte nuevo, y bien nacido,
Con padres y dinero y Dorotea,
¿Qué promete mejor que andar perdido?
Don Gonzalo de Córdoba desea
Que me vaya con él á esta jornada :
Pues ¿dónde un noble la nobleza em-
[plea
Como sirviendo al Rey? Porque la espada
Mejor parece allí, que aquí tomando
Con guante de ámbar guarnicion dora-
[da.
Estuvieron mis padres obligando
Al gran duque de Sesa cuando en Roma
Estuvo la embajada ejercitando,
Y agora el sucesor mi amparo toma
Y me acomoda con su heróico hermano,
Que tantas veces los herejes doma.
Ya os acordais que se le opuso en vano
Al valeroso jóven, descendiente
De aquel famoso capitan cristiano,
Que llamaron el Grande justamente,
En Alemania el conde Palatino,
Y que gigante le rompió la frente.
Pues hoy, Octavio, estaba de camino
(Que ya su majestad le ha despachado),
Y acompañarle, Octavio, determino.
No puedo, por la prisa que me ha dado,
Besar la mano á vuestra dulce esposa;
Abrazalda por mí, que me ha obligado,
Así á Lucindo y á Florela hermosa,
Así á Alejandro y la familia toda;
Que mi partida es súbita y forzosa.

OCTAVIO.

Justo fuera que honrárades mi boda.

DON BERNARDO.

Perdonadme, no puedo detenerme.—
Tú, Sancho, los caballos acomoda.
(*Vase.*)

ESCENA XIV.

OCTAVIO, SANCHO, MENDO.

MENDO.

Al fin, Sancho, ¿te vas?

SANCHO.

Voy á ponerme
No, Mendo, entre los barcos de Sevilla,
Donde en cama de plata el Bétis duerme,
Mas donde con alguna albondiguilla
De plomo, en caldo de figon mosquete,
No me dejen quijada ni costilla.
Dios me deje volver á Tagarete.
Dale un abrazo á Inés, que me ha obli-
[gado,
Y depárele Dios un buen jinete.
Al pastelero de la esquina he dado
Algunas pesadumbres, y le debo
De hojaldres y pasteles un ducado.
Pagarásle por mí; que no me atrevo
Como voy á morir, á deber nada.
Adios.

nuevo. (*Vase.*)
XV.
NDO.
formada
o he podido
rzada.
lesabrido
por sospechas
le has fingido.
tas flechas:
, cuando vieres
or derechas.
s las mujeres.
ares que las mi-
[ran
so eres.
todos tiran.
VI.
ICHOS.
go,
en,
lo;
n,
riba.
rdo
),
ú
ó
mo
dos
o
ado
dos.
rdo

Por ignorante y mujer.

FLORELA.

Pues ¿qué causa pudo haber
De partirse don Bernardo?

OCTAVIO.

No verme casar; que amor
Tal vez á la ausencia apela.
Y desto basta, Florela;
Que es mucho á quien tiene honor.
(*Vase y síguele Mendo.*)

ESCENA XVII.

FLORELA.

Cubierta de lucidas banderolas
La nave indiana el rumbo á España gira,
Entra en el golfo, y procelosa mira
Trepando el mar las gavias españolas.
Allí, por escapar las vidas solas,
Mas mira al cielo que al amaina y vira,
Y últimamente la esperanza espira
En competencia de montañas de olas.
Mas sirve de consuelo, que se lanza
Al dulce puerto por el golfo incierto,
Y que le goza mientras no le alcanza.
Pero ha sido en mi grave desconcierto
La desdicha mayor de mi esperanza
Romper la nave sin salir del puerto.
(*Vase.*)

—

Vista exterior de una venta.

ESCENA XVIII.

DON BERNARDO, SANCHO, *de camino.*

DON BERNARDO.

Es imposible pasar
Desta venta.

SANCHO.

¿Estás en tí?

DON BERNARDO.

No; que si estuviera en mí,
Pudiéramos caminar;
Pero así como quien tiene
Vicio, Sancho, de beber,
Que ni acierta á andar ni á ver
Lo que va ni lo que viene,
Este vino de mi amor
Que por los ojos bebí,
Me marea y lleva ansí.

SANCHO.

Vuelve á proseguir, Señor,
El viaje; que en volver
Atrás se aventura tanto,
Que de escucharte me espanto.

DON BERNARDO.

Necio, ya no puede ser.

SANCHO.

Pues un hombre que salió
De Madrid para Alemania,
Mas feroz que leon de Albania,
¡En una venta paró!
¿Con qué, valeroso Cid,
Quieres que amor te corone?

DON BERNARDO.

Alemania me perdone;
Que yo me vuelvo á Madrid.

SANCHO.

Pues en Madrid ¿qué has de hacer?

DON BERNARDO.

Ver á Lisarda casar;
Que verla me ha de templar
De Octavio propia mujer.

SANCHO.

Antes te dará mas celos.

DON BERNARDO.

Yo sé que amor cesará.

SANCHO.

Yo sé que amor te dará
Aun mas fuego y mas desvelos.
Hay en Ecija insufrible
Calor en todo el verano,
Y á un caballero ecijano
Pregunté ¿cómo es posible
Que sufran tanto calor,
Si aun aquí nos abrasamos?

DON BERNARDO.

¿Y qué respondió?

SANCHO.

«Buscamos
El aposento menor.»
Así tú, muy necio, vas
A buscar, de tu amor ciego,
Donde quepa menos fuego,
Habiendo en lo menos mas.

DON BERNARDO.

No te quiero tan chistoso,
Sancho, cuando estoy muriendo.

SANCHO.

Trátame bien; que me ofendo
Dese nombre vergonzoso.

DON BERNARDO.

Antes agora se usa
Por excelente vocablo.

SANCHO.

Entre los usos del diablo
Ese no ha tenido excusa.
¡*Chistoso!* ¿Qué diferencia
De cualquier afrenta tiene?

DON BERNARDO.

Este necio me entretiene
Con su cansada elocuencia.
Saca los caballos presto;
Que no he de pasar de aquí.

SANCHO.

Desde Sevilla salí
A obedecerte dispuesto.
Mas ¿qué disculpa hallarás
Que á tantos celos contente?

DON BERNARDO.

Fingir algun accidente.

SANCHO.

A buscar tu muerte vas.
El Buen Suceso me ampare;
Que adivino desde aquí
Que me han de matar á mí
De lo que á tí te sobrare.
Ea, ya soy tu trompeta,
Ponte á caballo... Mas di,
¿Qué me darás porque aquí
Te dé una invencion discreta
Para volver, sin agravio
De Octavio, á Madrid?

DON BERNARDO.

Con veinte
Escudos ¿hay harto?

SANCHO.

Tente.
Di que encontramos, á Octavio,
La estafeta de Sevilla
En el camino, y que vuelves
Por cartas.

DON BERNARDO.

La duda absuelves.
Tu ingenio me maravilla.
Es cosa puesta en razon.
¿Veinte dije? Sean cuarenta.

SANCHO.

¡Oh cómo al amor contenta
Cualquiera loca invencion!

DON BERNARDO.

Es extremada cautela.

SANCHO.

Mucho yerras en volver;
Que temo que te han de hacer
Casar con la tal Florela.

DON BERNARDO.

Necio temor te acobarda;
Que no habrá (en esto me fundo)
Mujer para mí en el mundo,
Si no lo fuere Lisarda.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Alejandro.

ESCENA XIX.

LISARDA, INÉS.

LISARDA.

¿Tú le viste partir?

INÉS.

Presto te olvidas
Del libro de memoria.

LISARDA.

Pues ¿qué quieres?
Pues ¿todas las mujeres
Son amando atrevidas? [precia
Mire mi honor que quien su honor des-
Lloró despues arrepentida y necia.
Echarle fué discreto desvarío;
Mas yo sé que en lo mismo te vengaste,
Si el alma me llevaste,
Dulce Bernardo mio;
Que no pasara yo tan triste vida,
Si trocara las almas tu partida.
Temor de Octavio y de Florela celos,
Que ya tu casamiento pretendia,
Me dieron osadía
Entre tantos recelos
Para apartar de tí con mil enojos,
No el alma que te dí, sino los ojos. [tes,
¿Qué harán sino cegar, estando ausen-
Si tienes mi desdicha por agravio?
Buscarálos Octavio
Convertidos en fuentes.
Y no te espantes si tu ausencia lloran;
Que están dentro dos niñas que te ado-
Con húmido rocío los extremos [ran.
Baña la noche al dia, y la luz pura
Del sol en sombra oscura:
Y así los dos serémos,
Tú el sol, la noche yo, Bernardo mio,
Tierra mi amor, mis lágrimas rocío.

INÉS.

¿De qué te sirve que fatigues tanto
Tu espíritu, Señora, en imposibles?

LISARDA.

En males insufribles
Parece ocioso el llanto;
Pero es engaño; que si el llanto amansa
Furias de amor, el corazon descansa.

INÉS.

El dia mas alegre las mujeres
Aquel suelen llamar en que se casan;
(Y tú, Señora, quieres
Tales desdichas pasan)
Hacer que el mas lloroso y triste sea!

LISARDA.

Tiénele alegre quien casar desea;
Que para mí lo fuera, Inés, el dia
Que pudiera trocar tan nuevas galas
En esa falsa alegría,
Que á la mayor igualas,
En negro luto y blancas tocas.

INÉS.

Mira
Que en brazos de la noche el sol espira.
Tus deudos, tus criados, los amigos
De tu padre y hermano traen á Octavio.

LISARDA.

Todos de tanto agravio
Vendrán á ser testigos.

INÉS.

Finge alegría, que entran en la pieza.

LISARDA.

No lo puedo acabar con mi tristeza.

ESCENA XX.

OCTAVIO, LUCINDO, DON ALEJANDRO, FLORELA, MENDO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHAS.

DON ALEJANDRO.

Luego que se dén las manos,
Vayan á llamar, Lucindo,
Los músicos, porque quiero
Que con mucho regocijo
Se celebre el desposorio.

LUCINDO.

Tan cuerdo, tan triste miro
A Octavio, que me da pena.

FLORELA.

Y yo estos dias le he visto
Con menos gusto tratar
Su casamiento.

DON ALEJANDRO.

Imagino
Que la mudanza de estado
La causa, Florela, ha sido.

MENDO.

¡Extraños están los novios!

INÉS.

Sí, que Octavio está muy tibio,
Y Lisarda mesurada.
¿Qué es esto?

MENDO.

Un retrato al vivo
De los novios de Hornachuelos,
Él con ojos de novicio,
Y ella trocada en los viérnes
La cara de los domingos.

ESCENA XXI.

DON BERNARDO Y SANCHO, *rebozados.*—DICHOS.

SANCHO. (*Ap. á su amo.*)

¡Plegue á Dios que no te cueste
El venir tan atrevido
Alguna desdicha!

DON BERNARDO.

Calla;
Que el alboroto y rüido
De la casa nos defiende
Para no ser conocidos;
Y en viéndolos dar las manos,
Volverémos al camino,
Tú sin miedo, yo sin alma,
Ni conocidos ni vistos.

SANCHO.

¿Esto quieres ver?

DON BERNARDO.

No puedo,
Sancho, por mas que porfío,
Dejar de verlos casar.

SANCHO.

Tienes tan fuerte capricho,
Que hasta verlos acostados,
Y por ventura con hijos,
No querrás salir de aquí.

DON ALEJANDRO.

Ya que mis deudos y amigos
Están presentes, ¿qué falta?

FLORELA.

Que se dén las manos.

LUCINDO.

Primo,
Llegad. Llega tú, Lisarda.
(*Al acercarse el uno al otro, Octavio detiene á la novia.*)

OCTAVIO.

Que te aguardes te suplico,
Lisarda.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Yo soy
Quien te ha querido y servido
Como sabes.

LISARDA.

Es verdad.

OCTAVIO.

Pues yo soy agora el mismo
Que te desprecio y te dejo;
Que este desprecio es debido
Al tuyo, que en este tiempo,
Ingrata á tantos servicios,
A tanto amor y deseo,
Quisiste al mayor amigo
Que tuve, y por mi desdicha,
Lisarda, á tu casa vino.
Aguardé para vengarme
A término tan preciso,
Que fuese mi libertad
De tu desprecio castigo.
Con esta resolucion,
Que te cases te permito
Con quien quisieres.

LUCINDO.

No es hecho
De hombre noble y bien nacido.
La sangre que tienes mia,
Sacarte quiero.

DON ALEJANDRO.

Lucindo,
Detente; que dice bien,
Si esto es ansí, mi sobrino.
La culpa tiene Lisarda,
Si es verdad lo que le dijo.
(*Mientras se pone en medio de los dos, llega por un lado Sancho á Lisarda.*)

SANCHO.

Señora, escucha.

LISARDA.

¿Quién es?

SANCHO.

Sancho, Señora, Sanchico.

LISARDA.

Pues ¿no os fuisteis á Alemania?

SANCHO.

Sí; mas ya habemos venido,
Como brujos, por los aires.
En efeto habemos visto
Al bravo rey de Süecia
Y al gran conde Palatino
En Móstoles de Alemania

LISARDA.

¿Viene Bernardo contigo?

SANCHO.

Aquel es que está embozado:

LISARDA.

Padre, hermanos, deudos mios,
No averigüeis si es bien hecho
O mal hecho lo que hizo
Octavio en desprecio vuestro;
Que desde este punto digo
Que se ha de llamar de todos
El Desprecio agradecido;
Porque si aqueste desprecio
Para mi remedio estimo,

Lo que va de mal casada
A estarlo con gusto mio,
Justo será que se llame
El Desprecio agradecido,
Y que le agradezca á Octavio
Desprecio que es beneficio.
Yo estoy casada.

DON ALEJANDRO.

¿Con quién?

LISARDA.

No está léjos mi marido.
Desembozáos, caballero,
Y dadme la mano.

DON BERNARDO. (*Desembozándose.*)

Afirmo
Con dárosla, y con el alma,
Señora, cuanto habeis dicho.

LUCINDO.

¿Es don Bernardo?

DON BERNARDO.

Yo soy.

SANCHO.

Y yo, Inés, á tu servicio,
Sancho de Oviedo, hijodalgo
Como un pernil de tocino.

INÉS.

¿No eres soldado?

SANCHO.

¿Qué quieres,
Si en tres dias he corrido
De Móstoles á Alcorcon?

OCTAVIO.

Aunque pudiera contigo
Enojarme, don Bernardo,
Tu casamiento confirmo,
Y de Lisarda á Florela,
Pues que viene á ser lo mismo,
Mudo la mano y el alma.

DON ALEJANDRO.

No puede haber sucedido
Mayor dicha en tal desprecio.

LISARDA.

Por eso el poeta dijo,
Senado, que se llamase
El Desprecio agradecido.

QUERER LA PROPIA DESDICHA.

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA

A CLAUDIO CONDE, SU VERDADERO AMIGO.

Siempre he tenido en la memoria aquellas palabras de Sócrates, de las cuales con razon hace memoria Plutarco: «Que el amigo ha de ser como el dinero, que antes de haberle menester, se sabe el valor que tiene». No me engañó á mí esta confianza en el que vuestra merced mostró conmigo *per tot discrimina rerum* y en tantas adversidades; pues creo que no tiene en sus diálogos de amistad Luciano tan peregrinas finezas como han pasado por los dos en nuestros primeros años. Esta comedia, intitulada *Querer la propia desdicha*, si no en la sustancia, por lo menos en el título conviene con aquellos sucesos notablemente, cuando con tanto amor vuestra merced me acompañó en la cárcel, desde la cual partimos á Valencia, donde no corrimos menores peligros que en la patria, pagando yo á vuestra merced, con sacarle de la torre de Serranos y de sentencia tan rigurosa, la piedad usada conmigo en tantas fortunas, que si alcanzara esta edad, pudiera mejor que de Damon y Pítias hacer memoria de nosotros el príncipe de la retórica latina, y pedir el ilustrísimo marqués de Aytona con mayor causa el tercer lugar que deseaba Dionisio. Partimos antes de los primeros bozos á Lisboa, confirmando mas nuestro amor, por opinion de Séneca, la necesidad y la semejanza, donde embarcados á la jornada que el rey Filipe II prevenia á Ingalaterra entonces, no se pueden sin algun sentimiento traer á la memoria tantos y tan varios accidentes, porque dijo bien de la fortuna Ovidio: *Et tantum constans in levitate sua est.* Los peligros, finalmente, de la guerra, de la mar y de tantas ocasiones me obligaron á elegir entre muchas esta comedia (pues todas eran desdichas que yo quise, destierros que amaba, y peregrinaciones que idolatraba una voluntad bárbara, en años que el apetito loco pone los piés en el cuello de la razon prudente), y dirigirla á vuestra merced para que se acuerde de que entre tantos príncipes, en tan numeroso ejército, generales, capitanes, galeones, armas, banderas, amigos y enemigos, fuimos siempre tenidos por hermanos, y que esta memoria está confirmada con el título de la sangre para que no pueda borrarla el tiempo; que la distancia de las profesiones ni la mudanza de los estados no tienen fuerza en tan justas obligaciones, ni el reconocimiento de las mias puede faltar en mi pecho mientras tuviere vida. La de vuestra merced guarde Dios lo que yo deseo.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

QUERER LA PROPIA DESDICHA.

PERSONAS.

DON JUAN.	DON NUÑO.	CELIA.
ÁNGELA.	TELLO.	LAURENCIO.
EL REY.	DOÑA INÉS.	OCTAVIO.

La escena es en el alcázar de Toledo [1].

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, ÁNGELA.

ÁNGELA.

Mas ¿que os habeis olvidado
En esta ausencia de mí?

DON JUAN.

Eso fué lo que temí;
Por la mano habeis ganado.
Pero nunca me he acordado,
Porque no fué menester,
Aunque una vez pudo ser.

ÁNGELA.

¡Una! ¿Cómo?

DON JUAN.

Sí por Dios,
Desde apartarme de vos
Hasta volveros á ver.

ÁNGELA.

De mí bien seguro estáis,
Que nunca me habré olvidado.

DON JUAN.

Cuando me hayais engañado,
Basta que vos lo digais.

ÁNGELA.

Vos sois el que me engañais;
Porque yo sé que mi amor
Ha sido un despertador
Que á todas horas me llama.

DON JUAN.

Poco despierta quien ama,
Cuando se duerme el temor.

ÁNGELA.

Ese temor faltaria
En vos, por ser yo quien soy;
En mí no, que siempre estoy
Temiendo lo que solia;
Que de la desdicha mia
Bien puedo temer mudanza
En vuestro olvido.

DON JUAN.

No alcanza
Tal engaño á tal belleza,
Que me faltara firmeza,
Si me sobrara esperanza.
Yo, que por allá temia,
Señora, cuantos os ven,
Mejor pudiera tambien
Temer la desdicha mia.
Apenas amanecia
El sol con rayos dorados,
Cuando mis bienes pasados
Despertaban mis recelos,
Mis recelos á mis celos,
Mis celos á mis cuidados.
Y apenas los dos luceros
Llamaban á las estrellas,
Cuando igualaba con ellas
Los temores de perderos.
Tanto deseaba veros
Con mil honestos abrazos,
De amor para siempre lazos,
Que os pintó fuera de sí
El alma, y tan viva os vi,
Que se burlaron mis brazos.
Estuve así divertido
De la manera que os veo,
Tanto, que dije al deseo:
«Que te enloqueces, perdido.»
Él me respondió: «No he sido
Tan loco; que no es tan poco
El bien que engañado toco,
Pues goza, si bien me acuerdo,
Lo que en la verdad el cuerdo,
En los engaños el loco.»

ÁNGELA.

Quien eso sabe decir,
Don Juan, ¿quién le ha de creer?
Pues no ha menester querer
Quien sabe tan bien fingir.
Mas no me pesa de oir
Lisonjas, aunque me dañen,
Mientras no me desengañen;
Porque no hay mujer de bien
Que si la engañan tan bien,
Le pese de que la engañen.
Yo he vivido en vuestra ausencia
Cual suele en la noche fria
Pájaro que espera el dia
(Aunque con menos paciencia),
Que cuando de la presencia
Del sol que otros cielos dora,
Le trae nuevas el aurora,
Salta, vuela, chilla y canta,
Y con la dulce garganta
A los demás enamora.
Si el sueño me convidaba
Al descanso, no dormia;
Que á veros mi fantasía
En sí misma me llevaba:
Si el dia me despertaba
De aqueste sueño despierto,
Era el buscaros tan cierto,
Que es buen testigo un retrato
Que le tuvo mas de un rato
Por vivo el alma encubierto.
En fin, si hay mas que querer,
Mi entendimiento es culpado,
Pues á entender no me ha dado
De qué suerte puede ser.
Lo que he sabido entender
Es razon que el vuestro alabe;
Que de amor humilde ó grave
Dicen, y se ve despues,
Que es necio con quien lo es,
Y sabio con el que sabe.

ESCENA II.

EL REY, DON NUÑO.—Dichos.

REY.

¿Vino don Juan de Cardona?

DON NUÑO.

Aquí está don Juan, Señor.

DON JUAN.

Prospere el cielo el valor
De vuestra invicta persona:
La castellana corona,
Ponga su invencible espada
Sobre la roja Granada
Que sus fronteras molesta,
Y alcance al Africa opuesta,
De sus agravios vengada.

REY.

Ángela, ¿tú estás aquí?

ÁNGELA.

Trájome cartas don Juan.

REY.

Deudos cuidados te dan
En Aragon como á mí.

ÁNGELA.

De su corona salí
Para servirte en Castilla

REY.

Della mereces la silla.

ÁNGELA.

Veas, invicto Señor,
A los piés de tu valor
Desde Toledo á Sevilla. (Vase.)

ESCENA III.

EL REY, DON JUAN, DON NUÑO.

REY.

En fin, don Juan, ¿cómo has hecho
Esta jornada, que ha sido
Para mí la que ha tenido
Mas cuidadoso mi pecho?

---

[1] LOPE en su *Arte nuevo de hacer comedias*, publicado en 1609, tiene casi al fin estos versos:

Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas bárbaro que yo, pues contra el arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dejo
Llevar de la vulgar corriente adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.
Pero ¿qué puedo hacer, si tengo escritas,
Con una que he acabado esta semana,
Cuatrocientas y ochenta y tres comedias?
Porque, FUERA DE SEIS, las demás, *todas
Pecaron contra el arte gravemente.*

Querer la propia desdicha, comedia posterior al año 1609, no puede pertenecer al número de aquellas SEIS; pero es una de las obras dramáticas de LOPE mas regulares, y por ella podemos formar concepto de lo que serian las seis antecesoras suyas, que *no pecaron gravemente contra el arte*, las cuales hasta ahora permanecen desconocidas ó no designadas.

Que bien estoy satisfecho
De tu jüicio, que en todo
Tendrías el mejor modo
Como el discurso mejor.

DON JUAN.

Oye, invicto sucesor
Del glorioso nombre godo.
Cuando la vecina noche,
Que al ponerse el sol despierta,
Temerosa de sus rayos
Llama á las claras estrellas
Que le hagan compañía,
Entré en la ciudad que César
Dió nombre, y en quien el Ebro
Trueca cristal por arenas.
Informéme de las cosas
De Aragon, con advertencia
De que no diese el cuidado
De mi pensamiento muestra.
Pregunté por qué ocasion
No casaba á la Princesa
El Rey, pues que ya sus años
Daban paso á su belleza;
Dijéronme que teniendo
Tantos disgustos y guerras
Aragon, no era posible
Tratar de bodas y fiestas.
Llegó el alba de otro dia,
Y como el cuidado vela,
Con ella estaba vestido;
Que no hay cuidado que duerma.
Despues de haber visitado
El Atlante de la Reina
Que vino primero á España
Para serlo suya y nuestra
(Ya entiendes que el Pilar digo,
Sobre quien el cielo asienta
La Madre del mejor Hijo,
Mejor que en basas de estrellas),
Fui á palacio y á besar
La mano al Rey, que con ella
Honró mi boca, y mis manos
Con sus brazos. Aquí llega
Con algunas bellas damas
La bellísima Princesa.
Adoran al sol mis ojos,
Pongo la rodilla en tierra,
Levántame por alzarme
A que la viese mas cerca.
Miro atento su hermosura...
No sé cómo la encarezca;
No quisiera enamorarte,
Solo casarte quisiera;
Pues por tu vida, Señor,
(Y así Castilla la vea
Pasar de un siglo á otro siglo)
Que eran las damas tan bellas,
Que bien pudieran lucir,
A no estar en su presencia;
Pero nunca en la del sol
Han lucido las estrellas.
Allí doña Ana de Fox
Mostraba en blanco la fuerza
Del fuego entre tanta nieve,
Pues rayos sus ojos eran.
En doña Beatriz de Castro
Y en doña Juana de Urrea
Se vieran, como en Cleopatra,
Aquellas famosas prendas.
No despreciaba el color
Doña Ángela de Bolea,
Que afrentando el artificio,
Se preciaba de morena.
A doña Juliana Enriquez
Compuso naturaleza,
Para dar ingenio al arte,
De claveles y azucenas;
Y doña Gracia con tantas
Acompañó su belleza,
Que si es agravio alabarla,
El silencio la encarezca.
Higas de cristal, con lazos
De nácar en blanca tela,
Jeroglíficos hacia
Doña Hipólita Centellas;
Y todas no la libraban,
Con ser con malicia puestas,
Ni del deseo de amarla,
Ni de la envidia de verla.
Mas ¿de qué sirve pintarte
Sus desiguales bellezas,
Pues bastará que imagines
Tú mismo la diferencia?
No me dejaron partir
Aquel dia, ni quisiera,
Aunque á Barcelona dije
Que pasaba, porque en ella
Esperaba á don Beltran
De Córdoba y de la Cueva,
Que de Nápoles venia
Con doña Juana, mi deuda.
Tuve tal dicha en quedarme,
Que llamándome su alteza,
Pude informarla de tí
Con extremada cautela.
Oyó bien: y quien escucha
Las alabanzas ajenas
No está léjos de estimar
Al dueño de quien se cuentan.
Osé preguntar la causa
De tanta discordia vuestra,
Y á todo me respondió
Con extremada agudeza.
Díjele: «Todo se funda
En que vuestra alteza sea
Ángel de paz que la ponga
Entre estas injustas quejas.»
Y sin responder palabra,
Inclinando la cabeza,
Con media risa en la boca
Mostró voluntad entera.
Yo no sé si fué artificio;
Mas basta que lo parezca,
Pues al partirse dejó
(Tú puede ser que lo sepas)
Caer un guante: yo haciendo
Que miro la gentileza,
Con que mujeres gallardas
Al partirse dan la vuelta,
Déjola entrar, y levanto
El guante de la mas bella
Mano, sin hurtarle á Amor
La aljaba de cinco flechas;
Envuélvole en este lienzo,
Que á las tuyas le presenta,
Para que tengas la caja
De la joya que deseas.

REY.

Discreto, don Juan, has sido
En todo lo que has tratado;
El no te haber estimado
Es no haberte conocido.
Pero no sé, ni confío
Si lo es favor semejante;
Que dejar caer un guante
Mas parece desafío.
Sin duda descuido fué.

DON JUAN.

Sí; pero no negarás
Que es buen agüero, que es mas,
De que la mano te dé.

REY.

Al contrario, pues es llano,
Si el guante se le cayó,
Que vengo á perderla yo,
Si en él se entiende la mano.
Mas porque es ingratitud
No premiar el buen deseo
Que en tus pensamientos veo,
Y en premio de tu virtud,
De la noble roja espada
De Santiago te honrarás
El pecho, si no es que mas
Queda de tu pecho honrada.

DON JUAN.

Beso mil veces tus piés
Por tanta merced, Señor;
Que en efeto ese favor
Como de tus manos es,
Y á tan pequeño servicio
La paga con grande exceso.

REY.

El buen fin deste suceso
Se debe á tu buen jüicio.
Vete agora á descansar,
Y vendrásme á ver despues.

DON JUAN.

Otra vez beso tus piés. *(Vase.)*

ESCENA IV.

EL REY, DON NUÑO.

REY.

Mucho he gustado de hablar
Con don Juan; que no le habia
Tratado.

DON NUÑO.

Es hombre prudente.

REY.

¡Qué bien habla! Qué bien siente!
Con despejo y gallardía,
Ingenio y talle aficiona.
El muestra en todo valor.

DON NUÑO.

Es rama, invicto Señor,
De la casa de Cardona.
En cualquiera accion se puede
Vuestra majestad servir
De don Juan.

REY.

Piénsole oir,
Porque satisfecho quede
De su entendimiento.

DON NUÑO.

Creo
Que en todas materias sea
Tal, que vuestra alteza vea
Que su servicio deseo;
Y si le recibe en él,
No tendrá mejor criado.

REY.

Muy contento me ha dejado:
Haré desde hoy mas por él.
¿Es rico don Juan?

DON NUÑO.

Aquí
Su mayor privanza viene.

ESCENA V.

TELLO.—DICHOS.

TELLO. *(Ap.)*

Donde un hombre el amor tiene,
Tambien es su centro allí.
Yo aseguro que don Juan,
Si ya con Ángela ha dado,
Está en mármol trasformado,
En figura de galan.
Bien haya un humilde amor.
¿Quiéresme?—Sí.—Pues juntemos
Almas.—¿Cuándo nos verémos?
—En saliendo mi señor.—
Salió; júntanse, meriendan,
Hablan, viven, ¡pesia á tal!
Y no hablarse por cristal
Y advertir que no lo entiendan.
Es una muerte entre dos
Y un hablar fuera de sí.

DON NUÑO.

El Rey te llama.

TELLO.

¿Está aquí?

DON NUÑO.

Aquí está.

TELLO.

¡Válgame Dios!

REY. (*A Tello.*)

Escucha.

TELLO.

Dame ese pié.

REY.

Levanta.

TELLO.

A mirar tu cara,
Como si el cielo mirara;
Que en tu grandeza se ve.

REY.

¿De qué sirves á don Juan?

TELLO.

De cochero le servia;
Tuvo palabras un dia
Con un cierto don Tristan,
Que tenia tres criados;
Metió mano mi señor
Para todos; que el valor
Vale por muchos soldados.
Yo, reconociendo el pan,
Salto del coche, el azote
Dejo, y del primero bote
Clavo al señor don Tristan.
Luego al primero que embisto
Doy un tanto, y al segundo
De un cintarazo le tundo.
Finalmente, yo resisto
Toda una calle de gente.
Mi señor agradecido,
Puesto en silencio el rüido,
Me dijo amorosamente:
«Tello, un hombre tan de bien
No quiero que sea cochero.
¿Sabes leer, lo primero?
—Y aprendí á escribir tambien.
—Pues ¿cómo diste en el coche?
—Era noble, y no sabia
Cómo á caballo andaria
De dia, y tambien de noche;
Y con aquesta invencion
Hallé un eterno caballo,
Donde parece que hallo
Mi propia imaginacion.»

REY.

Con engaño semejante
Veniste á ser caballero
En figura de cochero.

TELLO.

Díjole un representante
A César en Roma un dia:
«Mientras un rey represento,
Pienso que lo soy, contento
De mi propia fantasía.»
Y así, yo, que eternamente
Iba á caballo, Señor,
Caballeresco valor
Tuve clavado en la mente.

REY. (*A don Nuño.*)

No es necio.

DON NUÑO.

No le sacó
Sin causa de aquel oficio
Don Juan.

REY.

Del humor da indicio
Que en el oficio adquirió.

TELLO.

Hay hombres que en decir dan
Que los cocheros es gente
Diabólica é insolente,
Y en muy necio engaño están.
Los griegos y los troyanos
Los mas valientes hacian
Cocheros, porque tenian
Riendas y armas en las manos.
Héctor y Aquíles tuvieron
Cocheros de gran valor,
A quien Virgilio, Señor,
Y Homero mil honras dieron.
En su coche cada dia
El sol el mundo rodea,
Y basta que el sol lo sea
Para honrar la cochería.

REY.

(*A don Nuño.* O con los ojos le miro
Que ya he mirado á don Juan,
O sus despejos me dan
Gusto, ó su donaire admiro.)
Mira, Tello, toda accion
Tiene de malos y buenos;
No por los daños ajenos
Pierden los que buenos son.
Para lo que te he llamado,
Es solo para saber
Si tiene bien de comer
Don Juan, ó si está empeñado.

TELLO.

Empeñado, no, Señor,
Que no tiene qué empeñar;
Bien de comer, no es tratar
En materias de su honor.
No tiene bien de comer
Ni mal; y así, es tan igual,
Que ni tiene bien ni mal
Cosa que haya menester.
Es tan cuerdo y tan prudente,
Que á nadie á entender lo da;
Y pues él contento está,
Rico sin duda se siente.
Tiene criados honrados,
Bien nacidos, bien vestidos
Y siempre bien avenidos,
Porque son tres los criados;
Pero puédese alabar
Que jamás sacó fiado;
Que como es pobre y honrado,
Nadie le quiere fiar.
El coche que yo decia
Tenia sus dos caballos,
Que si quisiera casallos,
Sin dispensacion podia.
No eran parientes, y es claro
Que todo estaba seguro;
Que el uno era bayo escuro
Y el otro era bayo claro.
Yo, que por ese lugar
Teñidos mil hombres via,
Dije al bayo claro un dia:
«Por Dios, que os he de ensuciar.»
Hice un cierto cocimiento
Que una vieja me enseñó,
Lavé el caballo, y salió
Carmesí como un pimiento;
Y por no dar qué reir,
Si este del otro desdice,
Dos saltambarcas les hice,
Con que pudiesen salir.

REY.

El hombre es notable.—En fin,
Don Juan ¿es pobre?

TELLO.

En extremo;
Pero que lo sepa temo.

REY.

No sabrá.

TELLO.

Fuera mi fin;
Que ya tú sabes, Señor,
Lo que la pobreza cria.

REY.

¿Cómo?

TELLO.

Aquella fantasía
Con que conserva su honor.

REY.

Aguarda aquí.—Nuño, ven.

DON NUÑO.

Hazle bien, así los cielos
Te guarden.

(*Vanse el Rey y don Nuño.*)

TELLO.

Nunca los celos
Pensé yo que hablaban bien;
Que si no he mirado mal,
Quiere Nuño á quien adora
Don Juan.

ESCENA VI.

DOÑA INÉS Y CELIA, *sin reparar en* — TELLO.

DOÑA INÉS.

¿Que ha llegado agora?

CELIA.

Y con regocijo igual
A la pena de su ausencia
Le habló en aquesta ocasion
Doña Ángela de Aragon.

DOÑA INÉS.

Los celos me dén paciencia.
Los cielos iba á decir,
Y dije celos por cielos,
Pues si la pido á los celos,
Yo tengo bien que sufrir.

CELIA.

Los celos dan impaciencia.

DOÑA INÉS.

Por mal agüero he tenido
Haber por yerro pedido,
Celia, á los celos paciencia.

CELIA.

Aquí está Tello.

TELLO.

Señora...

DOÑA INÉS.

Tello amigo...

TELLO.

A tu chapin
Pongo mi boca, que en fin
La honra, la ilustra y dora.

DOÑA INÉS.

¿Vienes bueno?

TELLO.

No soy yo
Quien tú deseas saber.
Don Juan viene bueno; ayer
De Zaragoza salió,
Y hoy estamos en Toledo,
Merced de postas, si postas
Hacen merced de sus costas.
Casi sin costillas quedo;
Y mas abajo tambien
Hay mas mal del que se suena
En el aldehuela.

DOÑA INÉS.

Ajena
Estaba de tanto bien.
¿Habló con su majestad?

TELLO.

Con su majestad habló;
Mas no es eso, pienso yo,
Lo que te mueve.

DOÑA INÉS.

Es verdad.
¿Habló con Ángela?

TELLO.

Aquí
En este punto llegué.
Solo con el Rey hablé...
Digo, que el Rey me habló á mí.

DOÑA INÉS.

¿No te hablaba en el camino
De su hermosura?

TELLO.

¿A qué efeto
A un hombre que es tan discreto
Preguntas tal desatino?
Yo me voy á descansar;
Que estas postas me han frisado,
Con los golpes que me han dado,
Todo el globo circular.
Mándame, fuera de ser
Hombre de dos caras, algo;
Que soy montañés hidalgo,
Aunque fui cochero ayer.
Mas no me desprecio de esto;
Que si el gobierno tuviera,
Yo sé que á ninguno diera
Sin exámen tan gran puesto.
¿Qué secretario ha callado
Mas secretos que un cochero?
¿Qué hielos sufrió de enero
Velando el mejor soldado,
Ni qué calor, si es Apolo
Cochero canicular,
Ni qué tempestad ni mar
Como con un fieltro solo?
¿Quién ha visto lo que vemos?
¿Quién calló lo que callamos?
En esto, aposento damos
Y en un desierto le hacemos.
¿Qué no ha visto un coche? ¿A quién
Deben los secretos mas?

ESCENA VII.

DON NUÑO.—DICHOS.

DON NUÑO.

Tello...

TELLO.

Señor...

DON NUÑO.

¿Aquí estás?

TELLO.

¿Cómo puedo estar mas bien?

DON NUÑO.

El Rey, mi señor, me ha dado
...e papel, que te dé
...a don Juan; y pues sé
...e él gusta y tú eres honrado,
...dele albricias primero.

TELLO.

...rdo, Señor, ansí;
...e el haber bien para mí
...siste en ser tú el tercero.
...yle á dar este papel.

DON NUÑO.

...so que te ha servir
... no tener que teñir,
...rque es oficio cruel.

TELLO.

¿Acuérdasete del bayo
...ido de carmesí?

DON NUÑO.

...dido de risa vi
...Rey.

TELLO.

P... to como un rayo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DON NUÑO, CELIA.

DON NUÑO.

¡Señora!...

DOÑA INÉS.

Aquí he estado hablando
Con Tello.

DON NUÑO.

Es hombre de humor.
Hoy con el Rey mi señor
Ha estado bufonizando,
Y en donaire le ha caido.

DOÑA INÉS.

¿Mandais en qué os sirva?

DON NUÑO.

El cielo
Os guarde.

DOÑA INÉS.

Guardas recelo.
Perdonad, si sois servido.
(*Vanse doña Inés y Celia.*)

ESCENA IX.

DON NUÑO.

Dulce fueras, amor, dulce y sabroso
Y lleno de placer en tus desvelos,
Si no te dieran la pension los cielos
Con que llegas á ser tan riguroso.
No fuera tu desden dificultoso,
Si solo te quedaras en recelos;
Mas cuando llegas á matar de celos,
No eres amor, sino traidor furioso.
¿Porqué, siendo tus partes tan divinas
Que con el curso de los cielos vuelas,
Admites impresiones peregrinas?
Mas bien haces si temes y recelas,
Porque dicen, amor, que no caminas,
Si celos no te calzan las espuelas.

ESCENA X.

DOÑA ÁNGELA.—DON NUÑO.

DOÑA ÁNGELA. (*Sin ver á don Nuño.*)

Amor bien agradecido,
Creced, pues habeis llegado
A ser mas bien empleado
Que fuistes aborrecido.
Ya vuestro bien ha venido:
Temed, amad y estimad;
Perdone la honestidad,
Si siempre ha de estar segura;
Que quien no pica en locura,
No pasa de voluntad.
Con justa causa os obligo,
Amor, á salir de vos,
Aunque pues os llaman dios,
Estaréis sin mí y conmigo.
Fácil esperanza sigo:
No diréis que á la mudanza
Obliga lo que no alcanza;
Pues con igual galardon
No es mayor la posesion
Que el fruto de la esperanza.
Don Juan os quiere y estima:
Quered, amor, á don Juan,
Si el mismo premio que os dan
A mas lealtad os anima.
Ninguna cosa os reprima
Deste ilustre vencimiento;
Yo os he dicho lo que siento:
No teneis que replicar;
Que basta que en tal lugar
Hayais puesto el pensamiento.

DON NUÑO.

Quien os oye hablar ansí,
¿Qué tendrá ya que deciros,
Si no son lenguas suspiros,
Y os llegan á hablar por mí?
Y aunque el eco solo oí,
Basta la luz que me dais
De que de don Juan hablais,
Para entender el favor;
Que de abundancia de amor
Con su nombre os regalais.
Quitar el merecimiento
A don Juan, fuera querer
Injusta causa poner
En vuestro conocimiento.
Su talle, su entendimiento
Obliga á tenerle amor;
Pero no á hacerle favor,
Si milagro viene á ser
Que haya en el mundo mujer
Que escogiese lo mejor.
Yo seré el primer celoso
Que haya dicho tal conceto,
Pues un celoso, en efeto,
No habla bien del que es dichoso.
Y aunque de verme envidioso
Por aborrecerme estéis,
Quitarme ya no podeis
La gloria de haberos visto,
Con que al disfavor resisto
Que con pesares me haceis.
A un tiempo es bien que á los dos
Amor y olvido nos dén,
A mí por vos parabien,
Y por mí el pésame á vos.
Efetos de un ciego dios,
Cuyos extraños secretos
No alcanzan los mas discretos,
Ni saben cómo se causa
El producir de una causa
Tan diferentes efetos.

DOÑA ÁNGELA.

Agradezco, como es justo,
Nuño, tanta cortesía,
Si ya sabeis que tenia
De amar á don Juan mas gusto.
A no haberle puesto en él,
Sois tan cuerdo y bien nacido,
Que de no haberle querido,
Os quisiera como á él.
Y sois tan gran caballero,
Que, á no ser dél, vuestra fuera;
Si no quisiera, os quisiera,
Y no os quiero, porque quiero.

DON NUÑO.

Bien haya, Señora, amén,
Quien tan libre desengaña;
Que siendo mal el que engaña,
El que desengaña es bien.
No le diré á mi esperanza
Que la culpa habeis tenido,
Pues ninguno se ha perdido
Con tanta desconfianza.
Y pues sé que ya teneis
Amor á ese caballero,
Pediros albricias quiero
Del bien de lo que quereis.
Con una cruz de Santiago
El Rey ha honrado su pecho,
De su valor satisfecho,
Y de sus servicios pago.
Informándose de mí,
Hice el oficio que debo
A quien soy; que no me atrevo
A dejar de ser quien fuí.
Quiso saber si tenia
Hacienda bastantemente,
Porque estaba indiferente
Viendo que galan lucia.
Supo que no, y hoy le ha hecho
Merced de seis mil ducados
De renta, que van librados
En la misma cruz del pecho.

Desto os doy el parabien,
Y á mí tambien me le doy,
Pues que sirviendo os estoy,
Con las nuevas de su bien.
En esto puedo serviros,
Y en no dejar de quereros;
Que amores no son aceros,
Y suspiros no son tiros.
Desto habeis de ser servida,
Y de darme sin querer
Licencia para tener
Este amor toda mi vida. *(Vase.)*

DOÑA ÁNGELA.

¡Nuevo estilo de obligar!
¡Nuevo modo de querer!

ESCENA XI.

DON JUAN, TELLO.—DOÑA ÁNGELA.

DON JUAN.

Sospecho que del placer
Es grande amigo el pesar.

TELLO.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque siempre veo
Que andan juntos.

TELLO.

Es verdad;
Pero es como el amistad
El envidioso deseo.

DON JUAN.

¿Cómo?

TELLO.

Que la envidia sigue
A la dichosa fortuna,
No porque amistad alguna
A andar juntos les obligue,
Sino por hacerle mal.

DON JUAN.

En fin, Ángela, mi ausencia
Hizo alguna diferencia,
Por ser á todas igual.
¿Qué hacia don Nuño aquí?
Que aunque no oí lo que hablaba,
Bien eché de ver que estaba
Favorecido de tí.

DOÑA ÁNGELA.

Hablas ya como quien tiene
Las mercedes que te han hecho
En la hacienda y en el pecho.

DON JUAN.

Conozco el bien que me viene
Desa hacienda y dese honor;
Pero no para tener
Mas libertad en querer
Y hablar con menos amor.
Y mi pecho y mi persona
No tienen necesidad
De otra mayor calidad
Que de Córdoba y Cardona.
Y si faltarme Aragon
Se puede decir de mí,
Por eso le tengo en tí
Para tener perfecion.
Y cuando no fuera tal
Esta señal en mi pecho,
La que tú en el alma has hecho
Ya fuera roja señal.
Vi á Nuño, y dime á entender,
Notando su cortesía,
Que alguna dicha tenia,
Señora, que agradecer.
No es ofender tu valor
Tener celos, sin que seas
Culpada, ni es bien que creas
Que es ser ingrato á tu amor.
Nace de propios desvelos
El llegarlos á sufrir,
Y así, te quiero advertir
Que hay dos maneras de celos.
Unos, Señora, que están,
Cuando igualmente se ama,
En crédito de la dama,
Y otros que tiene el galan.
Pensar mal es ofender
El crédito y es culpar
La dama; mas recelar
Con la fuerza del querer
Es humildad del galan,
Porque se tiene por menos
Que los que de prendas llenos
Con el mismo intento están.
Ansí que no es bien que aquí
Tu vana sospecha arguya
Que es desconfianza tuya
Lo que es humildad en mí.

DOÑA ÁNGELA.

Cuando culpado estuvieras,
El discurso te abonara:
Ya sé que el amor repara
En las cosas mas ligeras.
Nuño me sirve, es verdad;
Pero yo le he dicho aquí
Que he puesto, don Juan, en tí
Lo mas de mi voluntad.
Díjome que era muy justo,
Conociendo tu valor,
No desamparar tu amor
Y emplear tan bien mi gusto.
Y con mucha cortesía
Se despide, y despidió
Su esperanza, pues que yo
Tan firme en tí la tenia.
Esto es cuanto á celos toca;
En lo demás, de tu bien
No te doy el parabien.

DON JUAN.

Pues ¿qué ocasion te provoca?

DOÑA ÁNGELA.

No te quisiera yo mas
De lo que eres para mí;
Que hallaba humildad en tí,
Y ya con menos estás.

DON JUAN.

Eres la primer mujer
Que le pesa de que sea
Mas rico el bien que desea.

DOÑA ÁNGELA.

No todas saben querer.
El poderoso no quiere
Como el humilde.

DON JUAN.

Es engaño.

DOÑA ÁNGELA.

Por lo menos algun daño
De su grandeza se infiere.

DON JUAN.

¿Cómo?

DOÑA ÁNGELA.

Porque ha de querer
Tener el imperio en todo,
Y no quiere dese modo
Querer ninguna mujer.

DON JUAN.

Mira que estás engañada;
Porque habiendo de servir,
El hombre ha de preferir
En todo á la prenda amada;
Que no ha de ser la mujer
La que le sirva y regale.

TELLO.

El Rey á esta cuadra sale.

DOÑA ÁNGELA.

Venme aquesta noche á ver
Por las rejas que solías,
Y toma aqueste liston
En este anillo, que son,
No riquezas, prendas mias.

DON JUAN.

Como cometa ha salido
Esta estrella de tu mano.
Pero ya me das en vano;
De hoy mas, que recibas pido.
Ya tengo con qué servirte.

DOÑA ÁNGELA.

Eso mismo te decia.
Ya quieres con fantasía.

DON JUAN.

Humilde quiero pedirte
Desta necedad perdon.

DOÑA ÁNGELA.

Quien piensa que puede dar,
Él vendrá á quitar de amar
Aquella satisfacion.
Si el Rey te conoce bien
Y has de llegar á subir,
Yo creo que ha de venir
A pesarme de tu bien.

TELLO.

Dame una suela primero
Que te vayas.

DOÑA ÁNGELA.

¡Tello amigo!...

TELLO.

Por la priesa no te digo
Lo que en otra parte espero.

DOÑA ÁNGELA.

¿Vienes bueno?

TELLO.

A tu servicio,
Y advierte que no soy yo
A quien el Rey renta dió
Ni oficio ni beneficio;
Que he sido tan desdichado,
Que no se acordó de mí
En su vida, y le serví,
Cuando mas mozo, soldado;
Y despues... Iba á decir,
En escribir, si yo fuera
Quien sus grandezas pudiera
Con algun arte escribir.

DOÑA ÁNGELA.

Luego ¿el Rey no se te inclina?

TELLO.

¿Cómo? Aunque llegue á sus piés,
Si vengo á ser al revés
Del pobre de la Piscina;
Pues no vemos, entre cuantos
Tienen salud, este nombre;
Aquel por falta de hombre,
Y yo porque tengo tantos.

DOÑA ÁNGELA.

¿Quieres que hable por tí?

TELLO.

Ángela, el ángel serás.

DOÑA ÁNGELA.

Tú lo verás. Mas no mas;
Que ya viene el Rey aquí. (Va...

ESCENA XII.

EL REY.—DON JUAN, TELLO.

REY.

Don Juan...

DON JUAN.

Señor...

REY.

Hoy querria
Tratar la paz de Aragon.

DON JUAN.

Ya sabes mi obligacion
Y la justa lealtad mia.

REY.

No codicio el casamiento
En el grado que la paz.

DON JUAN.

Es aquel clima capaz
De cualquiera movimiento,
No dando satisfacion
Á lo que imaginó agravio.

REY.

Por un tercero tan sabio
Quiero obligar á Aragon.
Escribe al Rey una carta
Por mí, copiaréla yo...

DON JUAN.

¿Quién, gran Señor, mereció
Tanta merced?

REY.

Porque parta
Con ella don Nuño, ó quien
Nos pareciere mejor.

DON JUAN.

Beso tus piés.

REY.

Tu valor
Me obliga á quererte bien.

DON JUAN.

Torno otra vez á estampar
Con mi boca indigna el suelo
Que pisas.

REY.

Basta, don Juan;
Que no ha de haber cumplimientos,
Si habemos de ser amigos.

DON JUAN.

Porque lo mandas, no beso
Otras mil veces la tierra.
¡Amigo yo! Esclavo vuestro,
Vuestra hechura, vuestra sombra...
—No sé que diga; que veo
Al mirarme en vuestra gracia,
De mi bajeza el extremo.
Mas como un claro cristal,
Guarnecidos los extremos
De ébano y plata, y colgado
En un real aposento,
pierde su claridad
Porque en él se mire un feo,
Y le queda, como el sol,
La luz que tuvo primero;
Así yo viéndome en vos,
Vuestra grandeza no ofendo,
Pues tan espejo os quedais,
Un rey, tan sol y tan bueno.

REY.

Ya que esto sabes de mí,
Y yo de tu entendimiento
Que para todo accidente
Serás, don Juan, de provecho,
Dime, ¿qué hablabas aquí?
Y advierte que es buen consejo
Decir la verdad al Rey,
Fuera de haberte dispuesto
A darte nombre de amigo.

DON JUAN.

Vide con quién?

REY.

Desde léjos
Doña Ángela de Aragon
Me pareció.

DON JUAN. (*Ap.*)

Aquí me pierdo.
¿Qué bien le darán á pobre
Que no tenga contrapeso?
El Rey l[illegible] quiere.

REY.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que ha dias que con secreto
Sirvo á doña Ángela; y soy
Tan pobre, que no me atrevo,
Por ser, cual sabes, tan rica,
A pedirla en casamiento;
Que como no tiene hijos
El Duque, su padre, temó
Que me la niegue.

REY.

Sosiega,
Sosiega, don Juan, el pecho;
Que te he visto en las colores
Que piensas lo que no pienso.
No la tengo voluntad,
Aunque sus merecimientos
Bien pudieran obligarme;
Porque en otra parte he puesto
Los ojos, y aunque en la misma,
Como piensas, te prometo
Que los quitara, obligado
De lo mucho que te quiero.

DON JUAN.

Señor, á tanta merced
Y tanto favor, no tengo
Para cada parte un alma.
Pero...

REY.

No mas. ¿Qué era aquello
Que te dió?

DON JUAN.

Aquesta sortija,
Con este liston de celos.

REY.

Dirás tú: «¿Por qué pregunta
El Rey, si no le va en esto
Nada, tantas cosas?» Mira,
Mira, don Juan: un enfermo
Huelga de tratar con otro
Del mismo mal el remedio
De su enfermedad; y así,
Me informo para sabello.
Yo quiero bien, y he tenido
Aqueste amor en silencio
(Llégate mas) muchos dias,
Por el estado que tengo.
No lo sabe la ocasion,
Si bien tal vez la dijeron
Los ojos que la querian...
Quiérolo decir... por dueño.
Mas como el mirar los reyes
Sea en diversos sugetos
Solo para hacer merced,
No cayó en su pensamiento
Que queria por amor
Recebir la merced dellos.
He tratado de casarme,
Como ves, por ver si puedo
Divertirme, y no aprovecha.
Finalmente, me resuelvo
A que sepa doña Inés
De Córdoba que la quiero.
Nombréla... Basta, no importa,
Pues sabes todo el suceso,
Y quiero que se lo digas,
Como que yo me entretengo
Honestamente en mirarla,
Entre tanto que tenemos
La respuesta de Aragon.
Mira cómo te encomiendo
Cosas de gusto y amor,
Que son los polos supremos
Del entendimiento humano,
Fiado en tu entendimiento.

DON JUAN.

No excuso agora arrojarme
Al suelo, ó al mar sin suelo
De tu grandeza y valor.

REY.

Levantaos, Conde.

DON JUAN.

No puedo...
Turbado...

REY.

Harânlo mis brazos.
Esto os quiero, y esto os debo. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO.

DON JUAN.

¿Qué es esto, Tello?

TELLO.

Señor,
Fué opinion de cierto necio
(Porque dicen que se enfada
De que lo diga un discreto)
Que se tomaba del vino
La fortuna cuando el tiempo
La convidaba á comer,
Y que incitándola el viejo,
Daba, sin saber á quién,
Oficios, rentas, dineros:
Y que esta era la ocasion,
Que por cualquier descontento
Se los quitaba despues,
Porque se los dió sin seso.

DON JUAN.

Bien dicho, pues si probase
(Y aun lo dispone el derecho)
Algun hombre, que un delito
Perpetrase, que el exceso
Del vino le habia privado
De sentido, estaba absuelto
De la pena de la ley;
Mas yo de otra suerte entiendo
El favor de Alfonso.

TELLO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Porque se ha fundado, Tello,
En buena correspondencia
De estrellas; porque sospecho
Que se miraron de trino
Allá nuestros nacimientos.

TELLO.

En fin, tú tienes la espada
De Santiago en todo el pecho,
Cosa que se da á tan pocos
Sin muchos merecimientos,
Seis mil ducados de renta
Y un título.

DON JUAN.

No me acuerdo
Que dijese el Rey de adónde.

TELLO.

¿Tienes lugar?...

DON JUAN.

Yo no tengo
Mas lugar de aquel que ocupo
Donde me llego y me siento.

TELLO.

Pues ¿de quién has de ser conde?

DON JUAN.

No lo sé si no lo pienso.

TELLO.

¿Luego eres conde de anillo
Como obispo? ¡Oh qué remedio
Se me ofrece!

DON JUAN.

¿Cómo?

TELLO.

Escucha.
Procura que escriban luego

El título, y deja en blanco
Donde dice que te ha hecho
Conde; que cuando él lo vea,
Pondrá *de aquesto* ó *de aquello.*

DON JUAN.

Bien dices: yo llevaré
La pluma, pues que ya tengo
Oficio de secretario.

TELLO.

Llévala de bronce ó hierro
Porque te sirva de clavo,
Con que afirmes por lo menos
La rueda de la fortuna.

DON JUAN.

Tello...

TELLO.

Señor...

DON JUAN.

No la temo,
Porque si no ha sido nada,
Como me estaba me quedo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

¡Qué mayor desdicha mia!

DON JUAN.

Lo que me dijo refiero.

DOÑA INÉS.

Excusar el ser tercero
Pudiera vueseñoría.

DON JUAN.

Al enojo culpa doy,
Si por él me hablais ansí.
Yo soy el mismo que fuí.

DOÑA INÉS.

Y yo quien os quiere soy;
Y siéndolo, no es razon
Tratarme de amor ajeno.

DON JUAN.

Aquí la causa condeno,
Pero no la ejecucion.
Mandólo el Rey, que por mí
Os advierte de su amor.
Hacelde aqueste favor.

DOÑA INÉS.

No para servirle ansí;
Que al amor que os tengo yo
Se debe mayor respeto.

DON JUAN.

Que os le pagara prometo.
Ya no puedo.

DOÑA INÉS.

¿Cómo no?

DON JUAN.

Porque de mí se ha fiado,
Puesto que no fuera Rey,
Sino amigo; que esta es ley
De cualquier hidalgo honrado.
Fióme su pensamiento:
Amalde, si vos me amais;
Que con eso me obligais.

DOÑA INÉS.

Mas vuestro desprecio siento
Que el dejarme de querer.

ESCENA II.

DOÑA ÁNGELA, *sin ser vista de* — DOÑA INÉS Y DON JUAN.

DON JUAN.

Yo os quiero...

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

¿Qué es lo que veo?

DON JUAN.

Mas no puede mi deseo
Querer mas contra el poder.
Hacedme este bien á mí,
Si me estimais.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

El la ruega.

DOÑA INÉS.

Lo que con razon se niega,
A nadie ofende.

DON JUAN.

Es ansí,
Si en esto hubiera razon.
Y por Dios, hermosa Inés,
Pues sabeis que mi interés
No es mas que solo aficion
(Que lo demás no lo estimo),
Que tan justo amor pagueis.

DOÑA INÉS.

Sospecho que os atreveis
En fe de mi deudo y primo.
¡Hay locura semejante!
Id con Dios; que venís ciego.

DON JUAN.

Estad bien en lo que os ruego.

DOÑA INÉS. (*Yéndose.*)

Tengo el alma de diamante.

DON JUAN.

Pues con sangre en él imprimo,
Que es la que de mí teneis.

(*Vase doña Inés.*)

ESCENA III.

DOÑA ÁNGELA, DON JUAN.

DOÑA ÁNGELA.

Sospecho que os atreveis
En fe de mi deudo y primo.

DON JUAN.

¡Hay donaire semejante!

DOÑA ÁNGELA.

¿Quién duda que lo seria
La gracia con que os decia:
«Tengo el alma de diamante?»
Ni con menos respondeis
A lo tierno de ser primo:
«Pues con sangre en él imprimo,
Que es la que de mí teneis.»

DON JUAN.

¿Teneisme á mí por tan ciego
Que lo diria por mí?

DOÑA ÁNGELA.

¿No le dijistes aquí:
«Estad bien en lo que os ruego?»

DON JUAN.

Es verdad; pero no era
Materia de propio amor;
Ni al vuestro ni á mi valor
Tan notoria ofensa hiciera.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿cómo pueden venir
A propósito estas cosas
Tan ciertas?

DON JUAN.

Siendo forzosas
Para quien llega á pedir.

DOÑA ÁNGELA.

¿Vos á Inés?

DON JUAN.

Si yo os pudiera
Satisfacer...

DOÑA ÁNGELA.

Haceis bien;
Que ni vos podeis tan bien,
Ni yo tampoco os creyera.

ESCENA IV.

EL REY. — DICHOS.

REY. (*Ap.*)

Solos pienso ya que están.

DON JUAN.

Vos sois el mayor testigo
De que os trato verdad.

DOÑA ÁNGELA.

Digo
Que sois...

REY.

¿Qué es esto, don Juan?

DON JUAN. (*A doña Ángela.*)

Aguardadme aquí; que quiero
Ver lo que me manda el Rey.

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué poco guardais la ley
De amante y de caballero!
Pero ya la fantasía
Os habrá mudado en todo.

REY. (*Ap. á don Juan.*)

¿Cómo te habló dese modo
Doña Ángela?

DON JUAN.

Porque habia
Hablado aquí con Inés,
Rogándola que te amase.

REY.

No es mucho que sospechase.

DON JUAN.

Quien ama, siempre lo es.

REY.

¿Que tú amores la decias,
Y no la has desengañado?

DON JUAN.

Sin razon has agraviado,
Señor, las verdades mias.
Si perdiera á Ángela bella,
Alma por quien tengo vida,
Vida al alma tan asida,
Que quiero y muero por ella;
Si pensara que jamás
La habian de ver mis ojos
Por celos ó por enojos,
Que no hay que decirte mas;
No le dijera el secreto
Que tú me dijiste á mí.

REY.

Todo lo creo de tí,
Honrado sobre discreto.
Pero no es justo que dés
Pesadumbre á lo que quieres.
Yo conozco á las mujeres:
Dila que yo quiero á Inés;
Que aunque no me está muy bien,
Te doy licencia que digas
Mi secreto, pues la obligas
A que le guarde tambien.

DON JUAN.

Antes tengo por mejor
Irme yo, si eso la digo.

REY.

Vete.

DON JUAN. (*A doña Ángela.*)

Escucha á tu enemigo
Satisfaccion de tu amor.

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué me puedes ya decir?
DON JUAN.
Su licencia el Rey me dió;
Que no me atreviera yo
Sin ella.
DOÑA ÁNGELA.
Ya quiero oir.
DON JUAN.
El Rey y Nuño han tratado
Casarle con doña Inés
De secreto, que esto es,
Mi bien, lo que la he rogado.
El agravio que hay aquí
Es el romper el secreto;
Pero lo que yo prometo,
Soy tal, que lo cumplo así.
DOÑA ÁNGELA.
Esto ¿cómo puede ser,
Si me quiere á mí y me adora?
DON JUAN.
Despreciándole, Señora,
Pudo dejar de querer,
Y por hacerte pesar
Pretender á doña Inés.
Esto finalmente es.
Aquí te puedes quedar,
No piense el Rey que tratamos
Otra cosa.
DOÑA ÁNGELA.
Yo te creo.
Celos pican el deseo.
DON JUAN.
¿Estamos en paz?
DOÑA ÁNGELA.
Sí estamos.
(Vase don Juan.)

ESCENA V.

EL REY, DOÑA ÁNGELA.

REY.
Pues, Ángela, ¿cómo sientes
Este pensamiento mio?
Juzgarásle á desvarío
Por muchos inconvenientes.
DOÑA ÁNGELA.
No, Señor, porque es muy justo;
Que casar á doña Inés
Con don Nuño, pienso que es
De tu gusto y de su gusto.
REY.
¿Cómo dices?
DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿no es
Don Nuño merecedor,
Por sus partes, del valor
Y gracias de doña Inés?
REY.
¿Quién te ha dicho que se casan?
DOÑA ÁNGELA.
Don Juan, y que ya traia
Tu licencia.
REY.
(Ap. ¡Qué hidalguía!)
Bien dijo; que mientras pasan
Estas cosas, con secreto,
Aunque no vengan á ser,
No hay, Ángela, que temer.
(Ap. ¡Oh cómo es don Juan discreto!
Basta; que aunque dí licencia
Para decirle mi amor,
Buscó remedio mejor.
¡Extraña y cuerda advertencia!)
Ángela...
DOÑA ÁNGELA.
Señor...
REY.
Advierte
Que no digas que la caso.
DOÑA ÁNGELA.
No daré en mi vida paso,
Si no es para obedecerte:
Y logre el cielo la tuya.
REY.
Yo haré tan grande á quien quieres,
Que le envidien.
DOÑA ÁNGELA.
De quien eres
No hay valor que no se arguya. *(Vase.)*

ESCENA VI.

EL REY.

¡Poderosa potencia, entendimiento!
No por la general filosofía
Que da á la majestad la monarquía;
Que voy en diferente fundamento.
Pero para rendir el pensamiento,
Y inclinar á su amor la fantasía,
Como muestra el ejemplo de la mia,
¿Quién tuviera tan presto atrevimiento?
Mas quiero la razon que los antojos,
Aunque la vista reine en los oidos;
Que cuando al ver se rinden mil despojos,
Con el divino oir quedan vencidos;
Porque si el cuerpo escucha por los ojos,
El alma quiere ver por los oidos.

ESCENA VII.

TELLO.—EL REY.

TELLO. *(Ap.)*
Aquí estaba el Rey: no sé
Si me atreva á entrar. ¿Qué importa?
Si su grandeza reporta,
Su benignidad se ve.
Rayos como el sol ofrecen
Los reyes cuando los miran;
Mas ¿por qué causa me admiran,
Si tanto á Dios se parecen?
¡Qué gran ser la monarquía!
Si fuera rey, no durmiera,
Por no pensar que no era
Rey, el tiempo que dormia.
Con justos, con altos modos
Hizo Dios un rey, un hombre
Que su igual fuese en el nombre
Y en la grandeza entre todos.
Ya me ha visto.
REY.
Tello amigo,
¿Cómo no nos vemos ya?
TELLO.
Porque un rey, Señor, está,
Como es rey, solo consigo.
Y he notado, ó son antojos
De mi ignorancia fingidos,
Que oye con otros oidos
Y que ve con otros ojos.
REY.
No te entiendo.
TELLO.
Si ha de oir
Un rey, es lo que otro oyó,
Porque al rey se lo contó,
No porque lo oyó decir.
Si ha de ver, fuerza ha de ser
Que es por lo que el otro vió.
REY.
No te explicas.
TELLO.
¿Cómo no,
Si es tan fácil de entender?
¿Anda el rey por la ciudad
Para ver ni para oir?
REY.
Ya te entiendo.
TELLO.
Esto es decir
Que está en duda la verdad.
Cierto emperador habia
Que tal vez se disfrazaba,
Y por la ciudad andaba,
Donde él mismo oia y via.
Murmuraban á un rey griego
Una noche unos soldados,
Por mil pantanos, cargados
De una máquina de fuego.
Y él, que iba entre ellos, desnudo
Del cetro y la monarquía,
«Murmuralde, les decia:
Mas no de mí, que os ayudo.»
REY.
Tello, ejemplos de tu mano
No pueden tener valor.
TELLO.
Gran razon tienes, Señor.
Hable del campo un villano.
REY.
¿Qué hay por allá? Que tambien
Informa algun desigual.
TELLO.
Señor, decir mucho mal
Y hacer siempre poco bien.
En estos dos polos solos
Se mueve, aunque injusta ley,
Una corte.
REY.
Pues el rey
Tiene diferentes polos.
TELLO.
¿Quién, Señor?
REY.
Premio y castigo
Para el malo y para el bueno.
¿Qué hay del Conde?
TELLO.
Que anda lleno
De pena por tí y consigo.
Llámasle conde, y no sabe
De qué.
REY.
¿No tiene de dónde?
TELLO.
Es conde el Conde que esconde
El nombre, aunque ilustre y grave,
Porque no tiene una casa,
Un cortijo, ni un lagar
De que se pueda nombrar.
REY.
¿Que es tan pobre?
TELLO.
Aquesto pasa.
Ayer labró de madera
Una cochera, y decia
Yo que llamarse podia
El conde de la Cochera.
Conde de anillo le has hecho:
Llamarle pienso de Albania,
De Troya ó de Caramania,
Si no le ha de dar provecho.
El don mal calificado
Que largos años espera,
Es hermosura en ramera,
Y es ser capon y casado.
Es un necio irremediable
En talle hermoso y galan,
Es fuerza de ganapan,
Y riqueza en miserable.
Es donaire en quien jamás
Ha sido bien escuchado,

Y es ingenio en desdichado,
Que no hay que decirte mas.

REY.

¿Éreslo tú?

TELLO.

Sí, por Dios,
Pues sabiendo tú mi nombre
No me haces hombre. Eres hombre:
Negociáramos los dos,
Tú fama y yo vida, ansí.
Mas ya, para la que queda,
No me dés nada que pueda
Darme cuidado de mí;
Que me fué tan importuna
Desde que nací, Señor,
Que no podrá tu valor
Vencer mi baja fortuna.

REY.

¿Qué has pedido?

TELLO.

Nada.

REY.

Pues
¿De quién te quejas?

TELLO.

Desdicha
De hombres de bien; mas por dicha
No me lo dieran despues.

REY.

Lo que tu fortuna impide,
Nuestra grandeza no ofende.

TELLO.

Supuesto que así se entiende,
Quien sirve y calla, harto pide.

REY.

Pide, Tello, y no te impida
La distancia de los dos;
Que el mismo Dios, con ser Dios,
Quiere que el hombre le pida. (*Vase.*)

TELLO.

Fuése ó grave ó enfadado.
¿Qué me canso? Yo he de ser
Lo que he sido.

ESCENA VIII.

DOÑA ÁNGELA.—TELLO.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

No ha de haber
Disculpa en amor culpado.

TELLO.

(*Ap.* Esta es doña Ángela.) El cielo
Logre tanta perfeccion.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué hay, Tello?

TELLO.

Esta confusion,
Este fausto, este desvelo.
¿No has visto por el setiembre,
En aquel notable encuentro
Del invierno y del otoño,
Causar desigual el tiempo
Destemplanza en los humores,
Y caer muchos enfermos?
Pues lo mismo nos sucede
Pasando de extremo á extremo,
Desde pobres hasta ricos.

DOÑA ÁNGELA.

Y ¿cómo os va?

TELLO.

Bien con serlo;
Pero como quien ayuna
Mucho tiempo y con exceso,
Despues no puede comer,
Así nos va sucediendo.

DOÑA ÁNGELA.

¿Cómo está el Conde?

TELLO.

¿Qué conde?

DOÑA ÁNGELA.

Tu amo.

TELLO.

Como no veo
De dónde, no sé qué diga.

DOÑA ÁNGELA.

Pues di, Tello, ¿no le han hecho
Mas merced?

TELLO.

Allá en mi tierra
Tenia yo cierto deudo
Que comia carne en viérnes,
Perdiz, gallina y conejo,
Con intencion de estar malo.
Esto de mi amo entiendo,
Que es conde con intencion
De tener de dónde.

DOÑA ÁNGELA.

Presto
Le hará el Rey esa merced,
Justa en tan gran caballero.
¿Qué casa ha puesto?

TELLO.

Ya tiene
Los primeros fundamentos.
Mayordomo, secretario,
Galan maestresala diestro,
Y su poquito tambien
De caballerizo.

DOÑA ÁNGELA.

El tiempo
Es como una ardilla en jaula:
Nunca pára el movimiento.
¿Son buenos esos criados?

TELLO.

De los cantores dijeron,
No porque sea verdad,
Un donaire.

DOÑA ÁNGELA.

Ya le espero.

TELLO.

Tiple goloso, contralto
Loco, tenor siempre necio,
Contrabajo bebedor.

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué disparate!

TELLO.

En extremo;
Que no hay cantor que no sea
Un ángel.

DOÑA ÁNGELA.

Así lo creo.

TELLO.

A esta traza el vulgo dice:
«Maestresala limpio y diestro,
Mayordomo miserable,
Y secretario discreto,
Caballerizo galan,
Rapio rapis despensero,
Paje bellaco, lacayo
Gran bebedor, mal contento.
Cochero, libre y sin alma,
Y goloso cocinero.»

DOÑA ÁNGELA.

En fin, muda los estados,
Las casas y los gobiernos
El tener.

TELLO.

No hay mas sustancia
Ni calidad que el dinero:
Hace sabios, hace honrados,
Hace grandes los pequeños,
Hace talles y hermosuras.

DOÑA ÁNGELA.

Sí; pero no hace discretos.

TELLO.

¡Oh qué lindo! Dame tú
Que un rico, aunque sea muy necio,
Diga una cosa comun,
Y verás criados, deudos
Y amigos que en un aplauso
Dicen que es cosa del cielo.
Dame tú que un pobre diga
Algun donaire ó conceto,
Y verás que á los que escuchan
La risa se vuelve en hielo.
Pero dejando estas cosas,
Enfadosas por lo menos
Y cansadas por lo mas,
¿Cómo estamos en tu pecho?
Yo en el corcho, claro está
De tus chapines, contento
De que el alma que te he dado
Sirva de alcornoque en ellos.
Don Juan estará en la tuya.

DOÑA ÁNGELA.

No lo creas.

TELLO.

Sí lo creo.

DOÑA ÁNGELA.

Tiene otro dueño.

TELLO.

¿Qué dices?

DOÑA ÁNGELA.

Que don Juan tiene otro dueño.

TELLO.

¿Quién?

DOÑA ÁNGELA.

Doña Inés.

TELLO.

¿Celos?

DOÑA ÁNGELA.

No,
Sino agravios que me ha hecho.
Pregúntalo á él y á todos.

TELLO.

Si fuese verdad...

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay Tello!
Así es amor inconstante.
Aquestos ojos le vieron
Rogarla y decirla aquí
Mil amores y requiebros.

TELLO.

¿Esos ojos?

DOÑA ÁNGELA.

Estos ojos.

TELLO.

¿Cómo no le deshicieron
Sus rayos?

DOÑA ÁNGELA.

Porque con agua
Estaban los rayos muertos.

TELLO.

Luego ¿has llorado?

DOÑA ÁNGELA.

¿Es milagro?

TELLO.

Sí; que en la esfera del fuego
Es mucho engendrarse el agua.
Pero apostaré que fueron
Las lágrimas del Aurora.
¿Dónde lloraste? que quiero
Ir á coger blanco aljófar.

DOÑA ÁNGELA.

Tello amigo, en este lienzo.

TELLO.

Dámele, así Dios te dé

Lo mejor de mi deseo,
Y te daré...

DOÑA ÁNGELA.

No prosigas.
Tomo, Tello.

TELLO.

A don Juan llevo
Este lienzo de verdades
Y este puñado de celos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA.

Celos, que amor en las sospechas cria,
Son de la paz una insufrible ausencia,
Una solicitud y diligencia
Que mueve la turbada fantasía,
Son una indivisible compañía
Celos y amor, y aun pienso que una esencia,
Pero con esta sola diferencia,
Que celos son la noche, amor el dia.
Forzosos celos son, no son violentos;
Apenas nace amor cuando los llama,
Nadie puede entender sus movimientos,
Ninguno defenderse de su llama,
Porque si son los celos pensamientos,
¿Quién puede no pensar perder lo que ama?

ESCENA X.

DON NUÑO. — DOÑA ÁNGELA.

DON NUÑO.

puede suceder
o de llegar,
nero es hallar
leseaba ver?
ir y buen volver
a cuanto partiendo
mente sufriendo;
a estaros mirando,
a gloria llegando
e pena partiendo.
oy la bienvenida
desconfianza;
mor que no se alcanza
eranza perdida.
e de verme ofendida
recerme estéis,
e ya no podeis
a de haberos visto,
al disfavor resisto
pesaros me haceis.

DOÑA ÁNGELA.

por cortesía
que me quereis,
o, y que os ofendeis
a lealtad mia,
este mismo dia
diferente estáis,
ña Inés deseais,
ngo por muy cierto
e el Rey el concierto
los dos os casais.
qué sirve, si á ella
a, don Nuño, aquí
e amores á mí,
aros con ella?
creta como bella,
ujer os la dan,
oder á don Juan,
rate en vuestra ausencia,
mpo es impertinencia
ido y ser galan. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON NUÑO.

on Juan! Si llego agora
gon. Espero, tento.
Fuése. Celoso accidente
La obliga: á don Juan adora;
Don Juan que la quiero ignora,
Y tratará de casarme
Con doña Inés, por pagarme
El amor que le he tenido,
O doña Inés, me ha querido
Y le habló por obligarme.
No supo jamás su amor,
Sin duda me quiere bien,
Y á su primo habló tambien
Para mostrarlo mejor.
Pues si ella me hace favor,
Yo trato mi casamiento
Y olvido su pensamiento;
Que vengarse de un desden,
Es de amor el mayor bien
Despues del merecimiento.

ESCENA XII.

EL REY. — DON NUÑO.

REY.

Seas, Nuño, bien venido.

DON NUÑO.

Mil años te guarde el cielo.

REY.

¿Qué hay de Aragon?

DON NUÑO.

Estas cartas.

REY.

Aguarda mientras las leo.

DON NUÑO. (*Ap.*)

No sé si le hable al Rey
Y le diga el pensamiento
De doña Inés. Bien será;
Que bien merezco por premio
Desta jornada sus manos;
Pero será bien primero
El saber de doña Inés
Si lo que me han dicho es cierto;
Que no es discreto el que fia
En ilusiones de celos,
Porque suelen á los ojos
Transformar lo blanco en negro.

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO. — Dichos.

DON JUAN.

Aquí está el Rey.

TELLO.

Y don Nuño.

DON JUAN.

¡Oh Nuño!

DON NUÑO.

¡Don Juan!...

DON JUAN.

¿Tan presto?

DON NUÑO.

Llegué, vi, no negocié.

TELLO.

La presteza con que has vuelto
Te perdona el haber sido
César al revés.

REY.

Yo creo
Que se ha de hacer todo bien.

DON NUÑO.

A tu majestad confieso
Que vine desconfiado.

REY.

Amigo don Juan, ¿qué es esto?

DON JUAN.

Aquel título, Señor,
De que ya merced me has hecho.

REY.

¿Aun no le habia firmado?

DON JUAN.

No, Señor.

REY.

Muestra.

TELLO.

(*Ap.* ¡San Telmo!
San Blas! haced que lo vea.
Mas yo buscaré remedio.)
Mire vuestra majestad
¡Qué lindas letras!

REY.

¡Oh Tello!

TELLO.

Mire ¡qué *Alfonso*, tan digno
Deste nombre! Qué bien hechos
Lazos y famosos rasgos!
Pues ¡este renglon tercero
Rey de Castilla y Leon!
Pues mas abajo...

REY.

¿Qué es esto
Que viene en blanco?

DON JUAN.

Señor,
Los lugares que no tengo.

REY.

Muestra la pluma.

TELLO. (*Ap. á su amo.*)

¡Oh qué lindo!
¿Qué te dije? Bien se ha hecho.
No hay cosa como la industria,
Tanto puede como el tiempo.

REY.

Yo he firmado. Ven conmigo,
Nuño; que despacio quiero
Ver la carta y que me digas
Qué hay de lo exterior del pecho.
(*Vanse el Rey y don Nuño.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, TELLO.

TELLO.

Mira presto lo que dice.

DON JUAN.

Dejé, Tello, mucho blanco.

TELLO.

No importa, que el Rey es franco.

DON JUAN.

A mi humildad contradice
Dejalle tanto lugar.

TELLO.

Lee.

DON JUAN.

No me atrevo.

TELLO.

Prueba.

DON JUAN.

(*Lee.*) *De conde de Villanueva...*
Y en lo que viene á sobrar
De lo blanco del renglon,
Duque de Arévalo ha puesto.

TELLO.

¡Puto!

DON JUAN.

Pues ¿tú descompuesto?

TELLO.

Aquestas cosas no son,
Señor, para hablar en seso.
Hoy de locuras es dia.
Alzaré á vueseñoría
Y vuestra excelencia en peso.

DON JUAN.

En la próspera fortuna
Se muestra el hombre prudente.

TELLO.

Quien no la celebra y siente,
Nunca Dios le dé ninguna.
Salto y relincho á lo payo.
Ea, ¿qué me das á mí,
Que no poco te serví?

DON JUAN.

A ser sol, te diera un rayo.

TELLO.

En nuestra pobreza escasa
Bien le quisiera tomar,
Para subirme á espulgar
A la azutea de casa.
Mas ya no quiero otro sol
Que el tuyo: desde hoy me nombra
Tu sombra, estoy á tu sombra.

DON JUAN.

El gaban de tornasol
Y el vestido plateado,
Y cuatrocientos escudos
Son tuyos.

TELLO.

Quiero que dés
A esta boca treinta piés.
Hablen en tu loor los mudos.
¡Plega á Dios que nunca veas
La envidia!

DON JUAN.

¡Qué necio estás!
Que si no la he de ver mas,
Muy poco bien me deseas.
¡Desdichado de aquel hombre
Que nadie, Tello, le envidia!
Porque donde no hay envidia,
Ni hay bien, ni hay fama, ni hay nombre.

TELLO.

¿Quieres que te dé un consejo?

DON JUAN.

¿Tú á mí?

TELLO.

De tanta importancia,
Que te admire en mi ignorancia.
Tal vez el agua es espejo.

DON JUAN.

Está bien dicho.

TELLO.

Haz á todos
En esta prosperidad
Buen rostro, y con humildad
Los habla de varios modos.
Guarte de ser descortés;
Que picarás en mal quisto,
Como algun soberbio he visto,
Que lo ha pagado despues.
Buen hablar, buen responder
Y hacer bien el de alto vuelo
Es hacer mas blando el suelo,
Por si volviere á caer.

DON JUAN.

Añado por el consejo
Docientos escudos mas.

TELLO.

La licion tomando vas.
Soy charco y sirvo de espejo.

ESCENA XV.

DOÑA ÁNGELA, DOÑA INÉS.—DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

¿Que en efeto no es verdad?

DOÑA INÉS.

¡Yo con don Nuño!

DOÑA ÁNGELA.

Habla quedo;
Que está aquí don Juan.

DOÑA INÉS.

No puedo.

DON JUAN.

Justo parabien me dad
De la merced que me ha hecho
Su majestad. Duque soy
De Arévalo.

DOÑA INÉS.

Mil os doy,
Y mil abrazos al pecho.

DON JUAN.

A la merced que me haceis,
¿Qué respuesta puedo dar?
(*Abraza á doña Inés.*)

DOÑA INÉS. (*A doña Ángela.*)

¿No le llegais á abrazar?

DON JUAN. (*A doña Ángela.*)

¿No merezco que me déis
El parabien deste bien?
¡Tan presto mostrais tristeza!
Alzad, mi bien, la cabeza,
Y daréos el parabien.
Pues no me le quereis dar,
Recibiréisle de mí.

DOÑA ÁNGELA.

No me hableis, don Juan, ansí,
Pues ya no me habeis de hablar.

DON JUAN.

¡Injustos celos!

DOÑA ÁNGELA.

No son;
Que abrazaros doña Inés
No es ocasion, pues no es
Doña Inés vuestra ocasion.
Yo me entiendo.

DON JUAN.

Y yo quisiera.

DOÑA ÁNGELA.

Vos lo sabréis algun dia.

DON JUAN.

Quien tan bien ama y porfía,
Justo galardon espera.

DOÑA ÁNGELA.

Váyase vuestra excelencia;
Que tendrá mucho que hacer.

DON JUAN.

Esto de aguar el placer
Tiene amor por excelencia.
Voy á besarle la mano
Al Rey por esta merced.
Ven, Tello.

TELLO.

Eso sí: tened
Disgusto en amor tan llano.
Placeres de amor fingidos,
Que siempre sois, advertid,
Como vinos de Madrid,
Aguados y mal medidos.
(*Vanse Tello y don Juan.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ÁNGELA, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

¿De qué has quedado celosa?

DOÑA ÁNGELA.

¡Yo celosa!

DOÑA INÉS.

Pienso yo
Que aquel abrazo te dió
Alguna ocasion medrosa.

DOÑA ÁNGELA.

No, Inés: desde aquí te doy
A don Juan, que yo aborrezco.

DOÑA INÉS.

Bien sé que á don Juan merezco
Sin tí, por ser yo quien soy;
Ni quiero que tú me dés
Lo que yo merecer puedo,
Si no es que ya tienes miedo
De que lo ha de ser despues.

DOÑA ÁNGELA.

En tus méritos no toco;
Solo te quiero avisar
Que hago muy poco en dar
Cosa que estimo en tan poco. (*Vase.*)

DOÑA INÉS.

¿Por eso te vas ansí?
Triste quedo, y con razon.

ESCENA XVII.

DON NUÑO.—DOÑA INÉS.

DON NUÑO.

(*Ap.* Yo llego á buena ocasion,
Ya que la ocasion perdí.)
Señora, darme lugar
Amor que me dió ventura...
La esperanza me asegura...
(*Ap.* Apenas la puedo hablar.
¡Que mucho que esté turbado!
Que vergüenza ó necedad
Es fuerza ó es propiedad
De cualquiera desposado.)

DOÑA INÉS.

No entiendo lo que decís,
Como venís de Aragon;
Que bien muestra esta razon
Que de otro reino venís.

DON NUÑO.

¿Qué mejor puedo llegar,
Que hallando tanto favor?

DOÑA INÉS.

¿En Ángela ó quién?

DON NUÑO.

Si amor
La tuve, ya no hay que hablar.
Ni os dé doña Ángela celos,
Pues á ser vuestro marido
He sido tan bien venido
Por voluntad de los cielos.

DOÑA INÉS.

¡Mi marido!

DON NUÑO.

Luego ¿no?

DOÑA INÉS.

¿Quién os dijo esa mentira?

DON NUÑO.

Ángela.

DOÑA INÉS.

Mucho me admira,
Pues fué sin saberlo yo:
Y así no es descortesía
Que os deje, don Nuño, aquí;
Que yo he de ser de quien fuí,
Ó he de dejar de ser mia. (*Vase*

ESCENA XVIII.

DON NUÑO.

[...

No hay cosa mas sujeta á destemplan...
Que es el sujeto de mujer: por punt...
Mudan de parecer, viéndose juntos
Lo inconstante fortuna y la mudanza.
Glorioso aquí su ejemplo nos alcan...
Con Grecias, Troyas, Romas y Sagu...
Que si de la fortuna son trasuntos, [to...
Donde hay alma no falta la esperanza.

El es un animal necio ó discreto,
De quien somos por fuerza tan amigos,
Que es de su imperfeccion lo mas per-
[feto.
Y aunque traigan sus gustos por tes-
[tigos,
Por lo menos un hombre está sujeto
A mentiras, desgracias y enemigos.

ESCENA XIX.

EL REY, DON JUAN Y TELLO, *sin ver á* — DON NUÑO.

REY.

Basta, don Juan: no te quiero
Tan humilde en lo que es justo.

DON JUAN.

Quiero obedecer tu gusto.

REY.

Mas merced hacerte espero.

DON NUÑO. (*Ap.*)

Quisiera hablar á don Juan,
Y por el Rey no me atrevo;
Pero ¿cuál engaño es nuevo
Adonde hay mas de un galan?
Voyme corrido y turbado
De haber llamado mujer
A quien ya con no lo ser
Me deja en tan bajo estado.
Pero dirá mi esperanza
Que llamar no la queria
Mujer, para serlo mia,
...mo mujer en mudanza. (*Vase.*)

ESCENA XX.

EL REY, DON JUAN, TELLO.

REY.

...de, don Juan: aquí estoy;
...de, no estés temeroso;
...y tu amigo y poderoso:
...ra ¡qué dos cosas soy!
¿Qué dudas de mí y de tí?
...mor justa queja alcanza:
...o haber en tí confianza
...faltar valor en mí.
...es justo mi sentimiento,
...a que tenga valor,
...es dejo yo por amor
...e tengas merecimiento.

DON JUAN.

¿...dónde hallaré cadenas,
...posas, eses y clavos
...ra confesar esclavos,
...a darte á manos llenas
...s almas que ya te debo,
...es tantas veces me haces,
...e pienso que me deshaces
...r volverme á hacer de nuevo?
...que me has dado es de suerte,
...e para muchos bastara,
...que á Alejandro causara
...va admiracion el verte;
...cual al que le pedia
...e para una doncella,
...dió la ciudad mas bella
...e en treinta reinos tenia;
...éndole como estoy,
...dijo: «Griego ¿qué quieres?
...pides como quien eres,
...doy como quien soy.»
...s para no te cansar
...n prólogos, excusados
...Rey y vasallo indigno,
...e señor y criado...

REY.

...Juan añade entre amigos,
Y di; que contento aguardo
Lo que me quieres decir.

DON JUAN.

La cifra de bienes tantos,
El epílogo, Señor,
Y el sello al favor pasado
Es darme para mujer
A doña Ángela, que igualo
Ya en grandeza desde el dia
Que debo el ser á tus manos.
Háblala, si eres servido,
Dile que gustas que estando
Tan iguales...

REY.

No prosigas.
Ella viene: aguarda un rato
Detrás de aquella antepuerta.

DON JUAN.

Tello, aquí nos escondamos
A esperar el mayor bien.

TELLO.

¿Qué tienes que estar dudando,
Si te dió un lienzo de perlas
En señal deste contrato?

DON JUAN.

Bien dices; mas suele ser,
Sin amor, fingido el llanto.
(*Vanse don Juan y Tello*)

ESCENA XXI.

DOÑA ÁNGELA. — EL REY.

DOÑA ÁNGELA.

De las paces de Aragon
Vengo á darte el parabien,
Y de casarte tambien.

REY.

Cosas imposibles son;
Pero vanse disponiendo.

DOÑA ÁNGELA.

El cielo te dé, Señor,
Lo mismo que tu valor
A voces le está pidiendo.

REY.

Ángela, tu buen deseo
Recibo y el parabien,
Porque deseas mi bien
Y porque en tu bien me empleo.
Y así, excusando de ser
Casamentero enfadoso,
No quiero que estés suspensa.
Yo trato y la mano pongo
En tu remedio.

DOÑA ÁNGELA.

Señor,
Bien del pecho generoso,
Que debí al duque mi padre...

REY.

Esto se resuelve todo
En que don Juan de Cardona
Sea (¿qué dudo?) tu esposo.
Bien sé que en tratarte desto
Te doy mas gusto que enojo,
Y que como los que lloran
Por algun caso forzoso,
Y tienen con la vergüenza
Las lágrimas en los ojos,
Tienes la risa en los labios,
Y que el mismo sí amoroso,
Por salir rompe las perlas,
De tu boca blanco adorno,
Y entre ellas, como entre guijas
Arroyuelo sonoroso,
Deshaciendo está cristales
Y apartando arenas de oro.
¿Qué dices?

DOÑA ÁNGELA.

Que te ha engañado
El amor que á don Juan tienes,
Y que de su parte vienes
Bien quisto y mal informado.
Cuando era pobre don Juan,
A don Juan, Señor, queria:
Partes humildes tenia
Para marido y galan.
Pero rico y gran señor,
Pensará que me honra á mí,
Que desde que soy quien fuí,
Tuve este mismo valor.
Yo pensaba honrarle á él,
Y que honrado me estimara;
Mas ya no, porque pensara
Que yo me honraba con él.
Pues no he de tener marido
Que piense que me honra á mí,
Si por tu causa hoy le vi
Diferente del que ha sido.
Tú bien lo puedes mandar;
Mas yo, del poder forzada,
Viviré tan mal casada,
Que no me pueda alegrar.
Si de un casamiento igual
Se engendra amor, yo no espero,
Si tan desigual le quiero,
Menos que amor desigual.
Si le causa maravilla
El ver mi resolucion,
Yo me volveré á Aragon,
Y él se quedará en Castilla.
Con esto y con tu licencia
Me voy, pidiendo perdon
A la justa obligacion
De tu amor y tu prudencia,
A la cual suplico y pido
Mire que es injusta cosa
A una mujer generosa
Darle un forzado marido.
Y dígale que el amor
Que le he tenido tendré;
Pero que no le querré
Para que él me dé ese honor.
Y pues su privanza es
Por su ingenio y su lealtad,
Case vuestra majestad
A don Juan con doña Inés;
Que esto será mas igual,
Pues de su deudo se infiere;
Que yo sé que ella le quiere,
Y que él no la quiere mal. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DON JUAN, TELLO. — EL REY.

REY.

¿Haslo oido?

DON JUAN.

Ya lo oí,
Aunque oirlo no quisiera.

REY.

Yo he leido mil historias
Y visto mil experiencias;
Pero caso semejante
No sé, por Dios, cómo tenga
De haber sido ni de ser
Verdad en burlas ni en veras.
¡Hay locura semejante!
De suerte que, porque seas
Mayor que su estado, ¡dice
Que no es razon que te quiera!
No quiero agora quitarte
Lugar para que lo sientas;
Que yo sé cuánto quien ama
Las soledades desea.
Ella ha querido probarte:
Podrá ser que se arrepienta,
Celosa de doña Inés,
A quien dice...

DON JUAN.

No lo crea

Vuestra majestad, Señor.
Celos son.

REY.

Cuando no fuera
Tu amigo cual soy, don Juan,
Aun no tuviera sospecha.
Yo quiero volver á hablarla.

DON JUAN.

No, Señor, porque quien niega
A tu majestad su gusto,
Determinacion le queda
Para no hacerlo jamás.

(Vase el Rey.)

ESCENA XXIII.

DON JUAN, TELLO.

DON JUAN.

¡Ay de mi esperanza muerta!
Ay de mis locos deseos!
Ay de mis queridas prendas!
Ay de mis pasadas glorias!
Ay de mis necias quimeras!
Ay de mis suspiros! Ay
De mis celos!

TELLO.

Paso, espera;
Que pienso que en portugués
Cantas mas ayes que letras.

DON JUAN.

Tello, doña Ángela ingrata
Es mujer, pero es soberbia.
¡Mira por qué me aborrece!
Mira por qué me desprecia!
¡Porque soy mas que ella, Tello!
Tello, ¡porque soy mas que ella!
Pues ¡vive Dios, que he de ser
Aquello que de antes era!
Yo quiero ser pobre ya,
Si ansí puedo merecerla.
Basta: lo que tiene de ángel
Ha hecho que Ángela tenga
Propia condicion de cielo,
Pues quiere que la merezca
Con pobreza y con suspiros.

TELLO.

Con suspiros y pobreza
Suelen ser aborrecidos
Cuantos aman y desean.
Mas ¿cómo podrás ser pobre,
Y bajar desde excelencia
A la merced que tenias?

DON JUAN.

Para bajar, ¿quién lo piensa?
Fortaleza es menester
Para subir una cuesta;
Para bajarla, ninguna.
Yo bajaré donde vea
Doña Ángela de Aragon
Que si por rico me deja,
Me vuelve á querer por pobre.

TELLO.

Mayor desatino intentas
Que se ha visto ni se ha oido.

DON JUAN.

¿De qué sirve la riqueza
Sin Ángela? De qué sirven
Los títulos ni la renta?
No quiero sin ella, Tello,
Los estados donde llega
La rueda de la fortuna,
Que por la inconstancia es rueda.
Sin ellos podré vivir,
No podré vivir sin ella.
Ángela es ángel, es móvil,
Y rige mis tres potencias:
Por ella tienen accion
Mis sentidos.

TELLO.

¡Linda tema!
Ya te vas volviendo loco.

DON JUAN.

Amor me manda y me fuerza
Querer la propia desdicha
Y temer la dicha ajena.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DOÑA INÉS.

REY.

Silencio engendra el recato,
Y la grandeza respeto.

DOÑA INÉS.

La indignidad del sugeto
Tal vez favorece el trato.

REY.

Por eso á don Juan mandé
Que de mi amor te advirtiese.

DOÑA INÉS.

El causó que os respondiese,
Señor, lo que injusto fué.

REY.

Antes me parece justo
Queriendo bien á don Juan,
Porque los reyes no dan
Con la voluntad disgusto.
No la quiero yo forzada,
Ni fuera, Inés, justa ley,
Porque ha de estar para un rey
Muy libre y desocupada.

DOÑA INÉS.

El no saber, gran señor,
La merced que me habeis hecho,
Ocupó entonces mi pecho
De tan mal pagado amor.
Pero pues vos me quereis,
Yo me forzaré á olvidalle;
Que en entendimiento y talle
Como en ser rey le excedeis.

REY.

No, Inés, no quiero aposento
De quien otro se ha de echar;
Libre le quisiera hallar
Para entrar mi pensamiento.
Que si encontrar á la puerta
Otro hombre, ó dentro de casa,
Tanto ofende y tanto abrasa
Cuando la sospecha es cierta,
¿Qué será en el mismo centro
Del alma el venirle á hallar,
Pues no se pueden matar
Dos almas que se hallan dentro?
Si está la tuya ocupada
De la que don Juan te dió,
¿Cómo quieres tú que yo
Con ella saque la espada?
Un rey puede desterrar
De su tierra á quien le ofende,
De su casa al que pretende
Con modo injusto privar;
Pero aunque el cetro y la palma
Le dé absoluto la ley,
¿Cómo puede, Inés, un rey
Sacar una alma de otra alma?

DOÑA INÉS.

Señor, con dificultad:
Y es bien responderte ansí,
Porque es muy justo que á tí
Te trate siempre verdad.
Pero en razon de haber sido
Desleal á tu secreto
Don Juan, no admito el conceto;
Que nunca el alma he tenido,
La imágen sí retratada
De su persona, Señor;
No el alma; que de su amor
Nunca me he visto obligada.
Bien me pudiera vengar
Con deciros que habia sido
Quien me persuadió, ofendido
De vuestros celos, y dar
Ocasion á que con vos
Cayese en desgracia justa;
Mas no he de hacer cosa injusta;
Que somos uno los dos,
Aunque no en la voluntad.
Y pues que ya lo sabeis,
Os suplico le obligueis,
Pues le igualo en calidad,
A que mi marido sea.

REY.

Yo haré, Inés, lo que pudiere;
Que si don Juan no te quiere,
Alguna cosa desea.

(Vase doña Inés.)

ESCENA II.

EL REY.

¡Yo he negociado muy bien,
Ya que pretendí por mí,
Pues el desengaño aquí
Me mata mas que el desden!
Con lo que digo á quien quiero,
Me despacha á otro galan;
Hago tercero á don Juan,
Y de don Juan soy tercero.
¡Qué poco de la grandeza
Se paga la voluntad!
Y mas si la majestad
Se ha rendido á la belleza.

ESCENA III.

DON NUÑO.—EL REY.

DON NUÑO. *(Ap.)*

El está solo. ¿De qué sirve agora
Diferir el lugar?

REY.

¿Qué hay, Nuño?

DON NUÑO.

Ven[illegible]
A suplicarte vuelvas por mi honra.

REY.

[illegible]
¿Qué dices, Nuño? En cosa que es [illegible]
¿Pudo caber ni mancha ni sospecha[illegible]

DON NUÑO.

[illegible]
Cuando me escuches mas sabrás la c[illegible]

REY.

¿Quién, Nuño, á tu valor disgusto c[illegible]

DON NUÑO.

Ángela me contó que tú querias
(Y lo trató don Juan) que me casase
Con doña Inés de Córdoba, su pri[illegible]
Luego que de Aragon vine á Castilla.
Yo, pensando que en esto me pagab[illegible]
Y que de amor no injusto procedia
Que doña Inés secreto me tenia,
Pedíles parabien á mis parientes,
Y escribílo tambien á los ausentes.
Llégola á hablar como por cosa he[illegible]
Y dice que no sabe desto nada;
Que celos de doña Ángela engañada
La obligaron á tanto desatino.
Tú, gran señor, si puede haber cam[illegible]
Para que se lo mandes y ella entien[illegible]
Que no ha de perder nada en ser mi [illegible]
Puedes volver por el honor de Nuño[illegible]

Que desde tierna edad la espada empu-
Ña tu servicio, y este beneficio [ño
Es el premio mayor de mi servicio.

REY.

Nuño, no puedo tan presto
Prometerte que lo haré,
Hasta que su pecho esté
Mas á quererte dispuesto.
Y así, es mas justo que dés
Fin á tu intento amoroso;
Que hay un hombre poderoso
Que pretende á doña Inés.
Si puedes templar tu amor
Y el pensamiento mudar,
Procura, Nuño, olvidar;
Que es grande el competidor.
Lo que Ángela te decia
(Acaso sin mas razon;
Que mudar la condicion
Siete veces en un dia.)
Celos debieron de ser:
Á olvidar te determina;
Que con celos desatina
La mas prudente mujer. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON NUÑO.

¡Oh cuántas veces, queriendo
Salir de una confusion,
Mas desatinadas son
Las que la vienen siguiendo!
¿Si es el Rey quien quiere á Inés?
Me dice que es poderoso.
Ser don Juan es forzoso,
Pues su amor el mismo es.
Mandóme el Rey olvidar:
No es mucho en tanto poder.

ESCENA V.

DON JUAN, TELLO, LAURENCIO.—DON NUÑO.

DON JUAN. (*A Laurencio.*)
¿No me acabas de entender?

LAURENCIO.
Es porque no quiero errar.

TELLO.
Mira que está Nuño aquí.

DON JUAN.
¡Nuño!

DON NUÑO.
No me he descuidado,
El parabien no te he dado.

DON JUAN.
Satisfecho estoy de tí.

DON NUÑO.
Son tantas las mercedes que recibes
Cada dia del Rey, que por un año
Te doy el parabien de las que faltan,
Y al cabo dél comenzaré el que viene.

DON JUAN. (*Ap. á Tello.*)
¿Qué te parece desto?

TELLO.
Razon tiene.

DON NUÑO.
La alcaidía, don Juan, de Calatrava
Pienso que fué de todas la postrera;
Pues te doy el parabien, por cosa
De tanta confianza como honrosa.
Pero apártate aquí.

DON JUAN.
¿Qué es lo que dices?

DON NUÑO. [res,
La inconstancia, don Juan, de las muje-
Comparadas siempre á la fortuna,
Que no puede tener firmeza alguna,
Sabrás ya por ejemplos, por historias
Que escribieron con sangre sus memo-
[rias.
Mas ¿para qué con prólogos te advierto
De lo que siempre fué tan claro y cierto?
Doña Ángela ha tratado de casarme
Con doña Inés; yo pienso que tu intento
Es de tu prima el noble casamiento.
Si la quieres, don Juan, si la pretendes,
Dejaré de servirla y de estimarla;
Que queriendo á doña Ángela, no creo
Que se queje mi honor de mi deseo.

DON JUAN.
Nuño, por esta roja cruz que el pecho
Me honra mas que los títulos y villas,
Confianzas y oficios (que bien sabes
Que el Rey no diera cruz á quien no fuera
Muchos años soldado en la frontera),
Que no he tenido á doña Inés, mi prima,
Mas voluntad de la que da la sangre,
Y que puedes querella, si es tu gusto.

DON NUÑO.
Guárdete el cielo; que de un gran dis-
Me hás sacado con eso. [gusto

DON JUAN.
Pienso, Nuño,
Que presto te podré llamar mi primo.

DON NUÑO.
Igual con el de Inés tu nombre estimo
(*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, LAURENCIO, TELLO.

LAURENCIO.
Vuélveme agora á informar
De lo que tengo de hacer.

DON JUAN.
Dejar las cartas caer
En acabando de entrar.

LAURENCIO.
Fingiré que me he turbado
De ver al Rey.

DON JUAN.
Dices bien.

TELLO.
¡Plegue al cielo que te dén
El porte!

LAURENCIO.
Ya va pagado.

TELLO. (*A su amo.*)
No intentes tan gran locura.

DON JUAN.
Ven, Laurencio; que conmigo
Entrarás donde te digo.

LAURENCIO.
La entrada llevo segura;
Dios disponga la salida.

DON JUAN.
No temas, tu César soy.

LAURENCIO.
A tí del mar en que voy
Llevo la fortuna asida.
(*Vanse don Juan y Laurencio.*)

ESCENA VII.

TELLO.

Si eres áspid al consejo,
Amorosa obstinacion,
De tu propia perdicion,
Hoy en las manos te dejo.
No puedo mas: esto es
Fuerza de amor invencible.
Mas ¿cómo será posible,
Tello, que lugar le dés?
Tú naciste en la montaña,
Selaya sangre te dió...
Pero no se diga, no,
De mí tan injusta hazaña.
Al Rey lo quiero contar.

ESCENA VIII.

EL REY.—TELLO.

REY. (*Ap.*)
Confusa imaginacion,
¿Para qué vais á Aragon,
Si allá no podeis parar?
Vuestro error me maravilla;
Que si tan prendada está,
Mal podréis vivir allá,
Dejando el alma en Castilla.

TELLO.
Si alguna vez, Magno Alfonso,
Enterneció tus sentidos
La historia de algun suceso
Visto, escuchado ó escrito,
Agora es justo, Señor,
Que tus piadosos oidos
Inclinen el alma á un caso
De mayor lástima digno.

REY.
¿Tú hablas de veras, Tello?
¿Qué puede haber sucedido?
Que es monstruo ó fuerza de agravios,
Si no es del cielo prodigio,
Cuando la gente que trata
De burlas y desatinos
Habla de veras y en seso.

TELLO.
Dices bien; y pues yo he sido
Un reloj desconcertado,
Tanto mas lo que es confirmo.
El duque don Juan, el Conde,
El que fué tu pecho mismo,
El secretario, el alcaide
De Calatrava, el que vino
A ser tan gran caballero
De tan humildes principios,
De amores de Ángela loco,
Viendo que es aborrecido
Porque es rico y porque es grande,
Ha dado en un bajo arbitrio,
Para ser pobre y perder
En tu desgracia el ser rico.

REY.
¡Cómo, Tello! ¿Qué me cuentas?

TELLO.
Unas cartas ha fingido,
Que envia al Rey de Granada,
Diciendo con falso estilo
Que enviando dos mil moros
Les entregará el castillo
De la fuerte Calatrava,
Dándole á un criado aviso
Que aquí las deje caer,
Como que se le han perdido,
Para que viéndolas, creas
Que es traidor.

REY.
¡Necio camino,
Tello, de perder mi gracia!
Pues yo pudiera, ofendido,
Hacerle matar; que fuera
De su deslealtad castigo.

TELLO.
En eso echarás de ver
Cómo ha perdido el júicio,
O que estaba confiado
Del amor que le has tenido,
Que solo le quitarias

Títulos, rentas y oficios
Para que quedase pobre.

REY.

Tello, siempre he conocido
Que tienes ingenio y honra.

TELLO.

Soy como el sol claro y limpio.

REY.

¿Eres Tello de Meneses?

TELLO.

Deciendo, segun me han dicho,
De la tortilla de huevos
Que en aquel solar antiguo
Cenaba el rey de Leon
La noche que halló sus hijos;
Porque mi tatarabuela
Me dicen que le previno
La sarten á la Princesa,
En que despues fueron fritos,
Y agora los traen por armas
Los de aquel linaje invicto.

REY.

Buen Meneses...

TELLO.

Desta parte
Soy Tello.

REY.

De tí me fio
En el suceso mas grave
Que imagino que he tenido
Despues que de aqueste reino
El laurel de oro me ciño.
Pon la mano en esta espada.

TELLO.

Tiemblo como aquel judío
Que asió la barba del Cid.

REY.

No hayas miedo.

TELLO.

Eres benigno;
Mas la ausencia te responde
Con los ecos de Francisco.

REY.

Jura á esta crúz que tendrás
Secreto lo que me has dicho,
Aunque veas que á don Juan,
Como es razon, le castigo;
Que yo por la misma juro,
Aunque esta ofensa me hizo,
De no tocarle en la vida.

TELLO.

En el principio del libro
De Job parece, Señor,
Que esa excepcion has leido.
Juro en tu real espada
Y en este sagrado signo
De no lo decir jamás.

REY.

Vete, hidalgo bien nacido;
Que en saliendo con mi intento,
Yo tendré cuenta contigo.

TELLO.

Logren los cielos tus años,
Y veas por muchos siglos
Las dos barras de Aragon
Al lado de tus castillos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL REY.

Pasó Leandro el Abideno estrecho,
Cortando montes al licor salado
Con los brazos de amor, y el abrasado
Píramo se pasó por Tisbe el pecho.
El Ateniense, en lágrimas deshecho,
Pide la estatua al popular Senado;
Hércules, de sus fuerzas despojado,
Mujer estuvo entre mujeres hecho.
Todos hallaron en amor disculpa,
Piérdese el seso en él, la razon calma;
Mas no don Juan, pues el honor le cul- [pa.
Niéguele el tiempo de leal la palma;
Que de perder la vida amor disculpa,
Pero no del honor, parte del alma.

ESCENA X.

DOÑA ÁNGELA.—EL REY.

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Amor, pues que desnudo
Te pintaron, con ser la edad del oro,
Para mostrar que pudo
Tu fuego mas que su mayor tesoro;
No te quiero vestido;
Que amenazas desprecio, si no olvido.
Amaba yo segura
El divino valor de mi sugeto;
Mas puesto en tanta altura,
Vendrá para el gobierno á ser discreto;
Mas no para estimarme,
Pues cuanto viene á ser, vengo á humi- [llarme.
Para los dos tenia
Hacienda yo bastante: ya no quiero
Su imperio y gallardía;
Que aunque es verdad que como amor [primero
Me ha de costar la vida
Mi libertad, la doy por bien perdida.

REY.

Ángela, con gran razon
Puedo quejarme de tí,
Pues en mi casa y en mí
Has puesto tal confusion.
Y debajo del secreto
Que á un rey se debe guardar
(Porque sabré castigar
Cualquiera contrario efeto),
Has de saber que ha perdido
Don Juan, que yo tanto amaba,
El seso por tí, que estaba
De tu voluntad asido.
Por haberle despreciado,
Ha fingido ser traidor,
Aventurando su amor
Todo el honor conquistado.
Tal modo de empobrecer
Solo le intentara un loco,
Ni tener mi gracia en poco
Por la mas bella mujer.
Unas cartas ha fingido
Que envia al rey de Granada,
Dando ocasion á la espada
De un poderoso ofendido.
Mas él, que no se acordó
Que yo matarle pudiera
(Con que mejor te perdiera,
Que por grande te perdió),
Quiere empobrecer ansí,
Y quiere que ansí le quieras.

DOÑA ÁNGELA.

Bien fué menester que fueras
Quien has sido para mí.
Necia he sido, soy mujer;
Que la mas prudente y cuerda
No es posible que no pierda
Tal vez por su mismo ser.
No sé por qué me han tenido
Por discreta, pues que dí
Causa á don Juan con que á tí
Y á mí nos haya perdido:
A tí con ese desprecio,
Y á mí, con perderte á tí.
Dos amores hay aquí,
Uno loco y otro necio:
El loco es el de don Juan,
Y el mio el necio, Señor.
Al suyo, aunque es grande error,
Por loco perdon le dan;
Pero el mio, con ser necio,
¿Quién le querrá perdonar?
Que un loco bien puede dar
En hacer de un rey desprecio.
La mujer mas entendida
Y de mas alto valor,
Si hace un error, es error
Que dura toda la vida.
Mas si puede remediar
Que esto adelante no pase
Tu piedad con que me case,
Luego me quiero casar;
Que mas quiero, aunque le ofrezcas
Mas castigos que le has dado,
Que él me aborrezca casado,
Que no que tú le aborrezcas.

REY.

No llores; que yo te doy
Palabra de no tocar
En su vida. Da lugar
A que parezca quien soy,
Y con debido secreto
Déjame trazar á mí
Lo que se ha de hacer aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Secreto y lealtad prometo,
Y agora conozco y siento
Cómo se llega á perder
Por soberbia la mujer
Que estima su entendimiento.

ESCENA XI.

LAURENCIO.—DICHOS.

LAURENCIO. (*Para sí.*)

Por aquí dicen que entró.

REY.

(*Ap.* Pienso que es este el criado
A quien don Juan ha enviado,
Como Tello me contó.)
¿Qué buscas? Pasa adelante,
No te turbes.

LAURENCIO.

No pensé
Que aquí te hallara, y si fué
Yerro, Señor, no te espante;
Que voy de prisa á Granada,
Y al Duque vengo á buscar.

REY.

¿A Granada?

LAURENCIO.

Voy á dar...

REY. (*Ap.*)

Bien finge.

LAURENCIO.

Cierta embajada.

REY.

¿A quién?

LAURENCIO.

A cierto don Juan
Que estaba cautivo allí.

REY.

¿Fué soldado?

LAURENCIO.

Señor, sí.

REY.

¿Quién le tiene?

LAURENCIO.

Reduan,
En Bibataubin alcaide.
Si mandas algo, hoy me voy.

REY.

Vete, y di que bueno estoy,
Si vieres al rey Benzaide.
(*Vase Laurencio.*)

ESCENA XII.

EL REY, DOÑA ÁNGELA.

DOÑA ÁNGELA.

Una carta, de turbado,
Se le cayó.

REY.

En esa estriba
Lo que intenta: así le priva
De seso tu amor, fundado
En que por tí me desama.
(*Va doña Ángela á levantar la carta.*)
Déjala.

DOÑA ÁNGELA.

¡Señor!...

REY.

Desvía;
Que debe esta cortesía
Un rey á una noble dama.
(*Coge el Rey el papel, y lee el sobre.*)
«Al rey Benzaide en Granada.»

DOÑA ÁNGELA.

¿Quiéresla leer?

REY.

Espera.
(*Lee.*) «Por agravios que me ha hecho
El rey Alfonso, aunque sea
Traicion, te quiero entregar
A Calatrava.»

DOÑA ÁNGELA.

No leas
Tal desatino.

REY.

¿No ves
ue es fingido lo que intenta?
(*Lee.*) «Haz que traiga dos mil moros
lu alcaide; que la fuerza
Te quiero entregar.»

DOÑA ÁNGELA.

Si sabes
su locura, no te muevas
A ira: amor le ha engañado.

REY.

Oyes cosa como esta!
uerer la propia desdicha
e qué bárbaro se cuenta?

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO.—DICHOS.

DON JUAN.

A pedirte, Señor, licencia vengo;
ue hoy me quiero partir á Calatrava,
nde noticia de un soldado tengo
ue Benzaide su ejército aprestaba.
eligro correrá si me detengo,
orque ya las banderas tremolaba
u alcaide Redüan, y las hileras
e moros coronaban las banderas.
l claro son de las sonoras cajas,
ue por el Zacatin juntas salian,
obraban alma las campañas bajas
las montañas altas respondian.
a sabes la arrogancia y las ventajas
n que el aire soberbios desafian:
me licencia que su orgullo ataje;
ue es Redüan soberbio y Bencerraje.

REY.

Ni al Bencerraje ni sus cajas temo,
unque atruene campañas y montañas,
Ni á Benzaide, si fuera Polifemo,
s que los vientos á las tiernas cañas.
emo un traidor, y temo con extremo
a fiera ingratitud de sus entrañas;
e merece temor el falso trato
e un hombre que es con su señor ingrato.
o no quiero que vais á Calatrava,
Sino que os despidais de la alcaidía;
Y aun esa cruz, con que os honré, pensaba
Que á mejores que vos honrar podia;
Que cuando cruz y fortaleza os daba,
Fiado en vuestra sangre, no sabia
Que quien la fortaleza dió por oro
Venderia la cruz tambien al moro.
Que caiga un hombre del supremo estado
En que le pone un rey, por envidiosos,
Con cielo y tierra queda disculpado;
Mas no si cae por hechos afrentosos
De donde estuvo puesto y levantado.
Pero no podeis ser de los quejosos
De la fortuna; que sin causa alguna
No ha derribado á nadie la fortuna.

DON JUAN.

Señor, yo os he servido, y si culpado
Soy en alguna cosa, amor lo ha hecho.

REY.

Las llaves me volved, y de mi estado
No entreis mas en la sala.

DON JUAN.

Habeis deshecho,
Como pintor, el lienzo que ha borrado
La imágen que firmaba vuestro pecho.

REY.

No quiero imágen yo, si fuera Apéles,
Que del pintor afrenta los pinceles.
(*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, TELLO.

DON JUAN.

¿Sabes qué es esto?

DOÑA ÁNGELA.

No sé;
Pero ¿no se ve bien claro?

DON JUAN.

Pero ¿en qué duda reparo,
Cuando tan claro se ve?
De tu amor la culpa fué.
Mira lo que me has debido.

DOÑA ÁNGELA.

Yo no entiendo lo que ha sido;
Pero sé que eres culpado,
Pues á mí no me has ganado,
Despues que al Rey has perdido.

DON JUAN.

Por ganarte le perdí.

DOÑA ÁNGELA.

No tomaste buen acuerdo;
Que no se tiene por cuerdo
Hombre que se pierde ansí.

DON JUAN.

Lo que sabe el Rey me di;
Que ya de mi perdimiento
Estoy alegre y contento.

DOÑA ÁNGELA.

Pues, Duque, si alegre estás...

DON JUAN.

No me llames duque mas.
Ya de serlo me arrepiento.

TELLO.

Mirad los dos cómo hablais;
Que el primero que llamó
Argos al palacio, vió
Bien el peligro en que estáis.
Los mármoles que mirais
Son ojos, lenguas sus frisos.

DON JUAN.

No importan ya tus avisos;
Que en los hombres desdichados
Corren apriesa los hados,
Y son los males precisos.

ESCENA XV.

OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.

Su majestad me manda (aunque me pesa
De que vuestra excelencia de mi boca
Escuche, señor Duque, aquesta nueva)
Cancele aquella cédula que dice
Que de renta le da dos mil ducados,
Y vuelva la merced de los sesenta.

DON JUAN.

Yo no me siento agora con dineros.
Id, Señor, á mi casa, y tomad luego
El menaje y la plata de servicio,
Y por la buena nueva esta cadena.

OCTAVIO.

¿Esta nueva podeis tener por buena?

DON JUAN.

Esta es la nueva que mejor podia
Llegar, Octavio, á la memoria mia.

OCTAVIO.

Voy á decirlo así.

DON JUAN.

Decirlo puedes.
Desgracias quiero yo, que no mercedes.
(*Vase Octavio.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, TELLO.

DOÑA ÁNGELA.

Lástima tengo de ver
Que hayas el seso perdido.

DON JUAN.

Nunca yo mas cuerdo he sido
Que cuando vuelvo á mi ser.
Una piedra ha de caer,
Una llama ha de subir;
Yo vuelvo agora á vivir,
Porque volver no pudiera
A ser lo que de antes era,
Si no volviera á morir.

DOÑA ÁNGELA.

Eso fuera bien pensado,
Si llegaras á ser mio.

DON JUAN.

Bástame á mí el desvarío
Del haberlo imaginado.

DOÑA ÁNGELA.

¿Piensas que me has obligado?

DON JUAN.

O venga dicha ó desdicha,
Yo tengo la suerte á dicha;
Y esto tengo por mejor,
Porque me manda mi amor
Querer la propia desdicha.

ESCENA XVII.

DON NUÑO.—DICHOS.

DON NUÑO.

Pésame de que el Rey, don Juan, me haga
De aquestas malas nuevas mensajero.

DON JUAN.

Como de su rigor se satisfaga,
Su hechura soy, lo que él quisiere quiero.

DON NUÑO.

Dice que de traidores no se paga.
Esto no entiendo yo; solo refiero
Lo que él me dijo, porque soy el ave
Que no lo entiende y lo que aprende sabe.
Los títulos de duque y conde os quita.

DON JUAN.
Hace muy bien su majestad en todo.
DON NUÑO.
Unas joyas que dió pide.
DON JUAN.
Permita
Cobrarlas de mi hacienda.
DON NUÑO.
Es justo modo.
Un juez irá.
TELLO.
Pues, Nuño, solicita,
Ya que todos estamos en el lodo, [bre.
Que no me quite á mí mi hacienda po-
DON NUÑO.
Dame un papel porque por él lo cobre.
TELLO.
Seis calzas, tres ropillas y dos capas,
Tres coletos, dos gorras y un sombre-
Dos guitarras sin trastes ni sin tapas, [ro,
Siete platos de plata y un salero,
Un bodegon pintado y cuatro mapas,
Tres maletas y aun cuatro con un cuero,
Cien barajas de naipes, dos broqueles,
Tres hojas y un montante y seis picheles.
DON NUÑO.
Dámelo por escrito; que no creo
Que se te perderá sola una gota.
TELLO.
En Zamora la vieja (aunque esto es feo)
En un rincon se me olvidó una bota.
DON NUÑO.
Don Juan, ya has conocido mi deseo.
DON JUAN.
A mí ninguna cosa me alborota.
DON NUÑO.
Perdona si te quito la excelencia;
Que el Rey lo manda así: presta pacien-
(*Vase.*) [cia.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, TELLO.

DON JUAN.
Dueño de mis ojos,
Ángela divina,
Que de mil maneras
Serlo merecias;
Ángel de hermosura,
Que la suya imitas,
Ángel en las gracias,
Que la tierra admiras:
Si de sola el alma
Quiere amor que admitas
Los merecimientos,
Y á ser cielo aspiras;
De humanas riquezas
Me desnuda y libra
La ley de tu gusto,
Por tu mano escrita.
Pobre queda el cuerpo,
Poderosa y rica
El alma, que adora
La tierra que pisas.
No pensé que fueran
Causas que ofendian
La verdad de amarte
Con entrañas limpias;
Mas luego, bien mio,
Que tu amor me avisa
Que de solo amor
Quiere que me vista,
Y porque los hombres
Que es la honra afirman
La mayor riqueza,
Amor me la quita:
Con perderla toda
Quiere que te sirva,
Y siendo leal
Que traidor me finja.
Y si esto es ser pobre,
La opinion lo diga;
Que sin honra vive
En su tierra misma.
Los que ves mas ricos,
Puesto que se vistan
Los indios diamantes
Y el oro de Tíbar,
Si no llevan honra,
Por donde caminan
Los señalan todos,
Y á veces los silban:
Vesme aquí tan pobre,
Hermosa homicida,
Que aun apenas soy
Lo que ser solia.
Perdí de mi rey
Lo que mas se estima,
El favor, la gracia
Que con él tenia.
Perdí con mis deudos
Los que me servian;
Que si bien no esperan,
El servir espira.
Perdí los amigos;
Que no hay quien asista
Con el que era grande,
Si el tiempo le humilla.
Perdí mis estados:
Desde señoría
Y excelencia grave
A merced me inclinan;
Ni aun esta merezco,
Pues es de justicia
Que á quien no las hace
Ni merced le digan.
Todo lo he perdido!
Del cuerpo me quitan
La honra y la hacienda;
Del alma me privan,
Ángela, tus gracias:
Si agora desvias
Tus divinos ojos
De tantas desdichas,
Desde aquí me parto
A acabar la vida,
Si hay vida sin muerte,
Y alma sin tu vista.
Montes de Toledo
En sí me reciban,
Adonde en el Tajo
Mas altos se miran:
Llevarán mi llanto
Sus corrientes frias
A la mar de España,
Que no perlas finas.
Hallaráme el sol
En la dulce risa
Del alba llorando
Las desdichas mias,
Y cuando se parta
A las playas indias
A criar el oro,
Con la pena misma.
Serán mis doseles
Robustas encinas,
La yerba mi cama,
La muerte tus iras;
Y diré contento
Al fin de mis dias
Que me ha muerto un ángel
Que me dió la vida.
DOÑA ÁNGELA.
Don Juan de mis ojos,
Como de antes eras,
Córdoba y Cardona,
¿Qué mayor riqueza?
Ni conde ni duque
Quieren que te quiera
Mis firmes locuras,
Mis locas firmezas.
A peso del alma,
Nunca el amor pesa
Ni las señorías,
Ni las excelencias,
Ni es el oro el gusto,
Como piensan necias.
Las riquezas grandes
Son almas discretas;
Y si justamente
Decirse pudiera,
De mitades de almas
El amor se engendra,
Porque desta suerte
Se conoce y piensa
Que el amor no tiene
Corporal corteza.
No se hizo de oro,
De plata ni seda;
De mitades de almas
Le hacen las estrellas.
No le dieron parte
A naturaleza,
Porque se estimase
Reservado en ella.
Tres suertes de bienes
Por bien se celebran:
Bienes naturales
Son la gentileza;
Los del cielo, gracias
Que el cuerpo hermosean,
Como voz, donaire
Y ingenio en las ciencias;
Los de la fortuna,
Grandeza y riqueza:
Estos son mas viles,
Aunque mas se precian.
De los tres primeros
Tu alma compuesta,
Agradó la mia
Celestial belleza.
Con los de fortuna,
Temí tu soberbia;
Que el humilde en alto
Nunca está sin ella.
Tiene otro lenguaje
La pobre nobleza,
La nobleza rica
Desatinos sueña.
Marido envidiado,
Yo bien le quisiera,
Pero no mal quisto
Por soberbia necia.
Al que en alto miran,
Envidiosos llegan
A quitar el clavo
Que afirmó la rueda.
No te quiero en parte
Que por horas tema
Cuándo el edificio
Viene á dar en tierra.
Yo tengo, don Juan,
Con que vivir puedas
Sin ser envidiado
Ni envidiar grandezas.
Del Duque, mi padre,
El estado heredas,
Y entonces por mí
Serás excelencia.
Vamos á Aragon,
Donde lo que dejas
Te darán mis manos,
Y á mi alma en ellas.
Yo te quiero solo,
Porque no hay riqueza
Como verte humilde;
Mas quiero que entiendas
Que no es sujetarte
Ni querer que tengas
El imperio de hombre
Con menores fuerzas,

Porque yo he de ser
La que mas sujeta,
que mas rendida
a á tu obediencia.
quiero mas gloria
ver que amanezca
alba en tus ojos,
que yo me vea
ar á tu lado
gre y contenta
que un alma sola
cuerpos posea.
n señal que digo
ibras tan ciertas,
brazos confirman
ya soy tu prenda.

TELLO.

ño, desviad los brazos;
viene el Rey

DOÑA ÁNGELA.

Cuando entienda
mor, no hay de qué se ofenda,
ndo tan castos abrazos.
me mandó que te amase.

ESCENA XIX.

EL REY, INÉS, CELIA.—DICHOS.

REY.

e dicho por qué intento,
nés, tu casamiento.

DOÑA INÉS.

contigo privase,
fuese lo que fué.

REY.

no amabas á don Juan,
ntilhombre y galan,
sta firmeza y fe?
el tiempo ¿no era
n mas que bien nacido?

DOÑA INÉS.

er ya lo que ha sido
iga á que no le quiera.

REY.

ho efeto en mujer!
a contrariedad!
y no tenga voluntad
ue la tuvo ayer!

DOÑA INÉS.

si yo le miraba
tú, ¿de qué te admiras,
s favores son iras,
majestad le daba?
que su amor se acaba,
o le maravilla?
igual á su silla,
ahora le ha deshecho,
intase que mi pecho
un rey de Castilla?
hiciste subir
el sol su carro encierra,
o le has dejado tierra
pueda vivir.
quieres inferir
a mujer pueda ser
le, si á tu poder
ayor repugnancia,
do que no hay distancia
mudanza á mujer?

REY.

razon: has vencido.
ocasion me ha dado
an, ¿no queda probado
n Juan no te ha ofendido

DOÑA INÉS.

hasta que haya sido
r?

REY.

No sé si es traidor;
Pero tu amor le es mayor,
Porque si amor le tuvieras,
Cuando en desdicha le vieras,
Mostrara su fuerza amor.
Tú debes, Inés, de ser
De las de viva quien vence:
Y así, es bien que yo comience
Á dejarte de querer.
Porque es cierto que mujer
Que deja á un hombre caido,
Ó en su vida le ha querido,
Ó tiene, como tirano,
El amor en una mano
Y en otra mano el olvido.—
Ángela, ¿aquí estás?

DOÑA ÁNGELA.

Aquí
Con don Juan hablando estoy.

REY.

Huélgome, á fe de quien soy,
De hallarte con él así;
Y vengo á pensar de tí,
Hallándote en este punto
Con don Juan y á él tan junto,
Que como noble mujer
Le acompañas hasta ver
Adónde queda el difunto.
Inés no le quiere ya.

DOÑA ÁNGELA.

No le habrá querido Inés;
Que le quisiera despues
Que pobre y deshecho está.

DOÑA INÉS.

Pues, Ángela, ¿quién habrá
Que quiera á quien ya cayó
En desgracia del Rey?

DOÑA ÁNGELA.

Yo,
Que desa voz eco he sido;
Que si cayó, yo he querido
Darle la mano, y tú no.
Yo le quise con verdad,
Y la verdad es tan fuerte,
Que no la mata la muerte,
Ni la ofende la crueldad.
Subióle su majestad
Hasta el sol, de los cabellos;
Mas ya que le suelta dellos,
Porque no se haga pedazos
Quiero ponerle mis brazos
Para que caiga sobre ellos.

REY.

No digas, Ángela, mas;
Que notablemente obligas;
Pero ya no hay mas que digas,
Si tan declarada estás.
Ni tú digas que caerás,
Don Juan, cuando ya previene
Amor la fuerza que tiene,
Pues un ángel, como ves,
Antes que en la tierra dés,
Á tenerte en brazos viene.
¡Dichoso el hombre que ha sido
Tan bien amparado aquí,
Que no haya poder en mí
Para vengarse ofendido!
El castigo merecido,
Cuando no, don Juan, la muerte,
Fuera á la tierra ofrecerte;
Mas ¿cómo tendré poder
Para dejarte caer,
Si un ángel quiere tenerte?
¿Tengo de quitarle yo
Lo que él en sus brazos guarda?
Diré, si es ángel de guarda,
Que soy rey? Por cierto no.
Tu desdicha me obligó
En tanto enojo, pues viene
Á hacer que la ira enfrene
Ver que en ocasion tan alta
La que te tuvo te falta,
La que te dejó te tiene.

ESCENA XX.

DON NUÑO.—DICHOS.

DON NUÑO.

Embajador de Aragon
Dicen que esta tarde llega,
Ya confirmadas las paces
Que vuestras bodas concierta.
Hasta la raya se obliga
El Rey con igual grandeza
Á traer la bella infanta,
Que ya de Castilla es reina,
Para que hasta allí, Señor,
Tú vayas tambien por ella,
Y en Medinacelí se hagan
Las bodas.

REY.

Por tales nuevas,
Nuño, te doy cuatro villas.
Marqués te intitula dellas.

DON NUÑO.

Beso mil veces tus piés,
Y mayor merced me hicieras,
Si por dicha...

REY.

No prosigas
Hasta que mi intento sepas.—
Don Juan, de tu loco amor
Harto disculpado quedas
Con merecer, como he visto,
Que doña Ángela te quiera.
Pero porque aventuraste
Mi gracia tan sin prudencia,
Por ningun amor del mundo,
Aunque mil vidas perdieras;
Para castigar tu error,
Hoy le quiero dar á ella
Lo que te habia quitado:
Doña Ángela lo posea.
Vuélvole tu hacienda toda,
Los títulos y las rentas,
Las mercedes y alcaidías:
Ella es condesa y duquesa,
Ella es, don Juan, tu señora,
Para que el imperio tenga;
Y tú, en castigo de haber
Hecho á mi amor tal ofensa,
Quiero que á pedille vayas,
De rodillas por la tierra,
La mano de ser tu esposa.

DON JUAN.

Es muy justa tu sentencia.—
Señora, aquí de rodillas
Suplico á vuestra excelencia
Me dé perdon... y la mano.

DOÑA ÁNGELA.

Mil almas tener quisiera.

REY.

Inés, dale tú á don Nuño
La tuya.

DOÑA INÉS.

Ya no por fuerza,
Sino con gran voluntad.

TELLO.

Y para Tello ¿no queda
Una mano por ahí?

CELIA.

Aquí tienes la de Celia.

TELLO.

Señor, ya tengo una mano.

¿Hela de comer á secas?
Porque será para mí
Mano de matar candelas.

REY.

De Madrid, Tello, tendrás
El alcaidía en tenencia.

TELLO.

Reformar pienso mil cosas.

DON JUAN.

Aquí acaba la comedia.

DON NUÑO.

Querer la propia desdicha
Se intitula.

DON JUAN.

No lo sea,
Pues sabeis nuestros deseos,
Para el autor [1] y el poeta.

[1] El que ahora llamamos *empresario*, y entonces se llamaba *autor de comedias*, el jefe ó cabeza de la compañía.

LA MAL CASADA,

COMEDIA

DEDICADA AL INSIGNE JURISCONSULTO

DON FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA.

Atrevimiento es grande dar á luz en nombre de vuestra merced esta comedia, pues siéndole tan notorios los preceptos, no le ha de parecer disculpa haberse escrito al uso de España, donde fueron culpados de su mala observancia los primeros por quien fué introducido. Dijo Baldo que *scire quid facias, et nescire quo ordine facias, non est perfectae cognitionis.* En ellos tuvo principio; no ha sido posible corregirle en tantos años, así en los que las oyen como en los que las escriben; pues aunque se ha intentado, sale con infelice aplauso las mas veces, dando mayor lugar á los espectáculos y invenciones bárbaras, que á la verdad del arte, tan lamentada de los críticos inútilmente. Los autores tienen su parte desta culpa; pero pues *multa in jure civili, contra strictam rationem disputandi, pro communi utilitate recepta sunt*, no es mucho que por la de tantos en esta parte, perdonen los observantes de los preceptos la imperfeccion que digo. Pudieran muchos ingenios censores, como lo condenan, remediarlo, porque *frustra est potentia quae ad actum non perducitur;* pero pues vuestra merced no ha sido de los escrupulosos en esta materia, excusada fuera esta satisfacion; que solo la he dado á su divino ingenio, tan dignamente celebrado en toda Europa, porque quien leyere su nombre en esta décimaquinta parte de mis comedias, sepa que le dedico mas la voluntad que los versos, porque ella es verdad y ellos son fábula, y que conozco que muchos imperfectos, cuales son los que la constituyen como miembros de su cuerpo, *unum perfectum constituere non possunt.* Reciba pues vuestra merced en su proteccion, ya como caballero tan noble y decendiente de la casa ilustrísima de los duques de Alburquerque, ya como tan insigne orador y jurisconsulto, á *La mal casada*, título desta comedia; que bien tendrá necesidad de su elocuencia, con que ha vencido al griego Demóstenes, al romano Ciceron y al español Quintiliano, para los pleitos y desdichas que se le ofrecen, pues lo debe al amor inmenso que le tengo, al respeto con que le trato y á la veneracion con que le miro; y pues *ubi mens est certa, de verbis non curatur*, mi propio atrevimiento me disculpe; que en razon de las admirables partes que adornan tan estupendo prodigio al mundo, solo diré lo que de Andreas Alciato dijo Gribaldo, pues igualmente honra vuestra merced las leyes y las musas (1).

Consultissimus ornat Alciatus
Musas, eloquium, sacrasque leges.

Capellan de vuestra merced,

Lope de Vega Carpio.

(1) Don Francisco de la Cueva era tambien, ó fué despues, autor dramático. En la Biblioteca Nacional hay manuscrita una tragedia suya, titulada *Narciso*.

LA MAL CASADA.

PERSONAS.

DON JUAN, *caballero.*
LISARDO, *letrado.*
HERNANDO, *lacayo*
MILLAN, *capigorron.*
ORDOÑEZ, *escudero.*
FELICIANA, *viuda.*
LUCRECIA, *su hija.*
ISABEL, *criada.*
LIDIA, *criada.*
JULIO, *viejo, milanés.*
FABRICIO.
FABIO, *criado.*
TREBACIO, *criado.*
VIRGILIO.
TERENCIO.
FULGENCIO, *viejo.*

La accion pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, HERNANDO.

DON JUAN.
Todo lo que digo es cierto.
HERNANDO.
Parte dello he visto yo.
DON JUAN.
Si su rostro me agradó,
Su entendimiento me ha muerto.
HERNANDO.
¿Cómo la pudiste hablar,
Estando su madre allí?
DON JUAN.
Porque en su traza entendí
Que la pretende casar.
HERNANDO.
No sobra mucho dinero
Cuando se casan doncellas,
Gustando sus madres dellas
Que las requiebren primero;
Pero bien que tú no eres
De tan poca discrecion,
Y mas valiendo el doblon
A veinte y cuatro mujeres;
Que en aquesta edad que corre,
Así se manda trocar.
Ya no hay Leandro en la mar,
Hero ni luz en la torre.
Pasó el tiempo de los bobos:
Bien sé yo que tú no pecas
En lo de casarte á secas.
DON JUAN.
¡Ay Hernando! Los mas lobos
Vienen á morir en trampa;
Que el mas fuerte pensamiento
Se recoge á casamiento,
Si la voluntad no escampa.
HERNANDO.
Tengamos en qué entender.
¿Tú te enterneces así?
DON JUAN.
¡Ay! No sé, Hernando, qué vi
En esta hermosa mujer.
HERNANDO.
¿Qué viste?
DON JUAN.
Un mirar traidor,
Con vergüenza despejado.
HERNANDO.
Di que estás enamorado.
Ofrezco al diablo el amor;
Que mas te quisiera ver
Con unas buenas tercianas.
DON JUAN.
Pues tú ¿qué pierdes ni ganas
En querer yo ó no querer?
HERNANDO.
¿Cómo no? Luego ¿no hay mas
Sino servir un criado
A un señor enamorado?
¡En qué lindo engaño estás!
Tú, si estoy bien en la cuenta,
Me das al mes doce reales;
Y si enamorado sales,
No te serviré por treinta.
¿Es negocio de chacota
Andarse tras un amante
Todo el año de portante,
Chazándole la pelota?
¿Aguardalle en una esquina,
De un broquel quebrado el brazo,
Y aguardando un pantuflazo,
Si celoso se amotina?
¿Acostarse con el sol
Que sale por la mañana,
Porque él deje á una ventana
Mas babas que un caracol,
Diciendo amores baldíos
De un necio y loco deseo
A la otra, que en manteo
Está recogiendo frios,
Que todos paran despues
En agua, granizo y truenos?
Y al cabo de estos serenos,
¡Doce reales por un mes!
Hagamos otro concierto,
Si piensas enamorarte.
DON JUAN.
Hernando, en ninguna parte,
Que puedes servir, te advierto,
Como á un hombre enamorado;
Que la liberalidad
Nació de la voluntad,
Y no puede haber criado
Que pueda medrar sirviendo,
Si su amo no lo está.
¿Qué recado le traerá,
O con verdad ó fingiendo,
Por que no le dé un vestido,
Unas calzas, una joya?
HERNANDO.
Y si está en sus trece Troya,
Y no da puerta ni oido,
¿Qué dará por un desden
Un amo á un pobre criado?
DON JUAN.
No ha de ser tan desgraciado
Que nunca le quieran bien,
Mayormente si su amor
Pone en doncella.
HERNANDO.
Eso creo;
Que de casarse el deseo
Las pone en bravo rigor.
Dirá una doncella sí
A quien en su vida vió;
Que piensa, si dice no,
Que el mundo se acaba allí,
Y que no hay otro hombre en él;
Porque todas hacen cuenta
Que es mejor la primer venta,
Y las mas cierran con él.
DON JUAN.
Quedo, Hernando; que han salido
Del Cármen.
HERNANDO.
¡Notables son!
Ya te ha mirado á traicion.
DON JUAN.
Pues deso estoy tan herido.
HERNANDO.
¡Qué madre tan reverenda!
No trae mejor gualdrapa
La misma mula del Papa.
La moza es linda prebenda.
Escuderito tenemos
Y moza de garabato.
Ea, alborotóse el hato.
Toque á todos, y dancemos.

ESCENA II.

FELICIANA, LUCRECIA é ISABEL, con mantos; ORDOÑEZ. — DON JUAN y HERNANDO, *distantes de las damas.*

LUCRECIA.
¡Qué buena está doña Inés!
FELICIANA.
Pues yo te juro que tiene
Mis años.
LUCRECIA.
Gallarda viene
De talle y galas, despues
Que casó con el doctor.
FELICIANA.
Mucho remozan las galas.
LUCRECIA.
Si al contento las igualas,
Esa es la gala mejor.
FELICIANA.
Las doncellas no pensais
Que fuera del casamiento
Puede haber otro contento.
LUCRECIA.
Vosotras nos lo enseñais,
Pues deso habemos nacido.
FELICIANA.
¿Quién es aquel caballero
Que te hablaba?

LUCRECIA.

Hoy el primero
Dia que le he visto ha sido.

FELICIANA.

No tiene mala persona.

LUCRECIA.

Es bien hablado y galan.

FELICIANA.

¿Qué te dijo?

(*Hablan bajo la madre y la hija.*)

HERNANDO. (*A su amo.*)

¡Qué bausan
La estás mirando! Perdona;
Que nunca te vi tan necio.

DON JUAN.

Deséola enamorar.

HERNANDO.

Y ¿negocias con mirar?

DON JUAN.

De mirar tierno me precio.

HERNANDO.

A cierta mujer oí
Que un galan la enamoraba
Cada vez que la miraba.

DON JUAN.

¿Supiste la causa?

HERNANDO.

Sí.
Era tuerto, y en lugar
Del ojo que le faltó,
Uno de oro se encajó,
La niña haciendo esmaltar;
Y porque un doblon pesaba,
Decia aquella mujer
Que le daba gran placer
Cada vez que la miraba.
Tratáronse, y la aficion
Tal puso al buen caballero,
Que faltándole el dinero,
Vendió el ojo en un doblon.

DON JUAN.

Gran cuervo fué la mujer,
Que hasta el ojo le sacó.

HERNANDO.

Si con él la enamoró,
Con él la vino á perder.
Pero ella le consolaba,
Y á lo falso le decia
Que pues que lo mismo via,
Ni perdia ni ganaba.

DON JUAN.

Mas de espacio me enamoro.

HERNANDO.

Yo tengo por cosa clara
Que hasta el alma le sacara,
Si fuera el alma de oro.

FELICIANA.

¿Eso te dijo?

LUCRECIA.

Esto mismo.

FELICIANA.

Y ¿sabes su calidad?

LUCRECIA.

En la corte es necedad,
Porque es toda un barbarismo.
Aquí no hay que saber casa,
Creo pajes ni lacayos.
¿No has visto unos papagayos
Que están diciendo: «Quién pasa?»
Pues esos son en la corte
Los que mejor hablan della,
Porque eso solo hay en ella
De todo su fausto y porte.
Unos vienen y otros van,
No hay de asiento cosa ó casa.
Di tú: «¿Quién pasa? Quién pasa?»,
Y ellos te responderán.

FELICIANA. (*A su hija.*)

¿No es este que viene aquí?

LUCRECIA.

El mismo.

FELICIANA.

Derriba el manto,
Y dale por algun canto
Los ojos.

LUCRECIA.

¿Dices ansí?
Mas haz tú que no lo ves;
Que él quiere llegarme á hablar.

FELICIANA.

El desearte casar
Me pone el seso en los piés.—
Mas no hables; que ha venido
Aquel letrado de ayer.

ESCENA III.

LISARDO, MILLAN.—DICHOS.

MILLAN. (*A Lisardo.*)

Digo que estas han de ser.

LISARDO.

Famoso podenco has sido.

MILLAN.

Con el pié y la mano alzada,
En viéndolas, me quedé.

DON JUAN. (*A Hernando.*)

Ya, cuando hablarla intenté,
Fué todo mi intento nada;
Que aqueste que viene aquí
O es su hermano ó su pariente.

HERNANDO.

Mas parece pretendiente.

DON JUAN.

¿Pretendiente?

HERNANDO.

Señor, sí;
Que ella se ha tapado mas,
Y él se queda.

DON JUAN.

Yo las sigo.

(*Vanse las damas, Ordoñez, don Juan y Hernando.*)

ESCENA IV.

LISARDO, MILLAN.

LISARDO.

¿No ves esto?

MILLAN.

Yo te digo
Que no me engaño jamás.

LISARDO.

Pues bien, ¿qué culpa tan grave
Es que la siga un mancebo?

MILLAN.

Donde no se pone cebo,
Ni asen pez ni cogen ave.

LISARDO.

Si fué el cebo su hermosura,
¿Cómo lo puede esconder?
Porque el no dejarse ver
Fuera soberbia ó locura.

MILLAN.

Bien se casa la mujer
A fama de su virtud.

LISARDO.

Si pasa la juventud,
Tambien se puede perder
Del casarse la ocasion.
Algunas han acertado,
Que ellas propias han buscado
Maridos con aficion.

MILLAN.

Pocas, y no estuve un dedo,
Señor, de decir ninguna.

LISARDO.

De los bienes de fortuna,
Millan, confesarte puedo
Que la industria y el trabajo
Los puede y suele adquirir;
Que estos dos suelen subir
A gran puesto un hombre bajo,
Como verás en algunos
Que en Indias sudan, trajinan,
Compran, venden, encaminan,
A tierra y mar importunos;
Y en fin vencen, y á su tierra
Traen con que descansar.
Pero en esto del casar
El que es mas prudente yerra,
Porque ha de venir del cielo,
Y él como quiere lo da.

MILLAN.

Tu ciencia engañada está,
Aunque no lo está tu celo;
Pues ser la buena mujer
Don de Dios, habrás leido;
Mas no por eso sabido
Que á tiento se ha de escoger;
Porque si eso fuera ansí,
Cualquiera se disculpara
Cuando muy mal se casara,
Sin poner la culpa en sí;
Que si comprando un melon
Se ha de escoger en docientos,
Yo pienso que casamientos
De mas importancia son.
Tiente, huela, tome á peso
¡Pesia tal! el que se casa,
Para que no lleve á casa
Algo que le quite el seso.
No melon como pepino,
Ni de maduro badea;
Pero que de gusto sea,
Y para estimarle dino.
Llaman partes del melon
Los mequetrefes de España
Buen olor, buena calaña,
Y estas dos las mismas son
Que hacen buena á la mujer.
Buen olor es buena fama,
Buena calaña es la rama
De quien ha de proceder;
Que nunca de madre ruin
Vimos hija virtüosa,
Si no es por maravillosa
Voluntad del cielo en fin.

LISARDO.

¡Oh qué moral majadero!
¿Tú me enseñas?

MILLAN.

No hay letrado
Para leyes de casado
Como el que lo fué primero.

ESCENA V.

DON JUAN. — DICHOS.

LISARDO.

¿No es este el galan que vi
Picar en doña Lucrecia?

MILLAN.

El mismo, y si ella no es necia,
Hará que te pique á tí.

DON JUAN. (*Para sí.*)

Si de un mirar se conoce
Que agrada lo que se ve,

Esperanza, dadme fe
Para que este bien me goce.
Mirado me han, ó me engaño,
Con ojos vertiendo risa;
Que es por donde el alma avisa
Que no es el objeto extraño.
¡Lindos recados, por Dios,
Con los ojos la envié!
Y tal vez imaginé
Que nos los dimos los dos.
Ella es bella, y para darme
A entender que es bien nacida,
Se estiró gallarda, asida
A su escudero, al dejarme;
Y para darme á entender
Que era rica, se rió;
Que quien perlas me enseñó,
Oro debe de tener.
Pues hermosa, hidalga y rica
No será mal casamiento.

LISARDO.

El hombre viene contento,
Que le admiten significa.

MILLAN.

¡Celos de menos de un hora!
Pero tales suelen ser,
Que retan los por nacer
Como Ordoñez en Zamora.

DON JUAN. (*Para sí.*)

A mi lacayo dejé
Para hacer informacion
De quién y de dónde son.

LISARDO.

¿Podréle hablar?

MILLAN.

¿Para qué?

LISARDO.

Para saber lo que emprende.

MILLAN.

Pues ¿podrás?

LISARDO.

Pienso que sí.

MILLAN.

¿Qué invencion?...

LISARDO.

Aguarda aquí.
(*A don Juan.*)
Si quien pregunta no ofende,
Suplico á vuestra merced
Me diga en qué casa vive
Doña Lucrecia de Oribe;
Que recibiré merced,
Porque le traigo este pliego.

DON JUAN.

No conozco tal señora.

LISARDO.

Pues díjome este hombre agora,
Si acaso no estaba ciego,
Que con ella os vió pasar.

DON JUAN.

La mujer que yo seguí,
Aquí en el Cármen la vi
Mas rezar que no mirar.
Agradóme por lo honesto,
Y fuí en corso por la calle
A convidarla á este talle.
No hay mas desta culpa en esto.

LISARDO.

No lo digo yo por tanto;
Que esa señora es mujer
Que se deja pretender
Para matrimonio santo.

DON JUAN.

Así pues vuestramerced
Con sus letras la pretenda,
Pues no es justo que se ofenda
Que á otros haga merced;
Que yo pienso con mi espada
Pretenderla aquí tambien,
Porque me parece bien,
Y no es suya ni es casada.
Que me haya dicho su nombre,
Eso agradezco.

LISARDO.

En efeto,
Sois tan noble y tan discreto
Como hidalgo y gentilhombre.
Pretended en hora buena;
Que vuestra resolucion
Muestra bien que la intencion
Está de engañarla ajena.
Pero llevad advertido
Que este es pleito, y soy letrado.

DON JUAN.

Yo sé, señor licenciado,
Del tribunal de Cupido
Lo que se puede saber.
Vuestramerced haga cuenta
Que alguna cátedra intenta,
Y comience á pretender.

LISARDO.

Dios os guarde muchos años.

DON JUAN.

Y á vos os dé que veais
Lo que á mí me deseais.

MILLAN.

¿Qué ha habido?

LISARDO.

Cuentos extraños.
Vente, Millan, por aquí;
Lo que pasa te diré.
(*Vanse Lisardo y Millan.*)

DON JUAN.

Necio vino y necio fué.
A mi gusto respondí.
Todos sabemos latin:
De espacio, señor doctor.

ESCENA VI.

HERNANDO.—DON JUAN.

HERNANDO.

En este punto, Señor,
La informacion hizo fin.

DON JUAN.

¿Hijo, ó hija?

HERNANDO.

Hermafrodita.

DON JUAN.

¿Todo junto?

HERNANDO.

Así lo creo.

DON JUAN.

Pues ¿qué harémos del deseó
Que el alma me solicita?

HERNANDO.

Oye atento.

DON JUAN.

Ya te escucho,
Y con no poco temor.

HERNANDO.

Yo fuí inquiriendo, Señor,
Desde lo poco á lo mucho.
Ella, cuanto á lo primero,
Es doncella honesta y grave,
No de las de Dios lo sabe.

DON JUAN.

Así lo creo y lo quiero.

HERNANDO.

Esto es hijo.

DON JUAN.

Y ¿en qué es hija?

HERNANDO.

En ser pobre.

DON JUAN.

¿Pobre?

HERNANDO.

Sí;
Que esta cuerda le torcí
A la segunda clavija.

DON JUAN.

¡Malo!

HERNANDO.

Endiablado.

DON JUAN.

No hay cosa
Que tanto me pueda helar.

HERNANDO.

Puede la esfera enfriar
Adonde el fuego reposa.
Un hombre me dijo á mí
Que una vez se vió perdido
De amor, y tan sin sentido,
Que andaba fuera de sí.
Mereció una noche ver
A su bellísima dama
Para dar fin á su llama,
Y vió en su aposento arder
Un reverendo candil.
Tal fué el ansia que le dió,
Que se desenamoró,
Viendo una alhaja tan vil.
De suerte que no pudiendo
Padres, amigos, parientes,
Enemigos diferentes
Con quien andaba riñendo,
Quitarle este negro amor
Que está en la sangre sutil,
Pudo el hallar un candil
La noche de su favor.

DON JUAN.

Ahora bien, ¿es con extremo
Su pobreza?

HERNANDO.

No, Señor;
Que hay escudero de honor,
Y otras honrillas que temo.

DON JUAN.

Pues si es casta y virtuosa
Y hermosa, ella será mia.
Pero decirte querria
Una pregunta graciosa
Que me hizo aquel letrado.

HERNANDO.

¿Preguntaba algun problema?

DON JUAN.

No, sino cierta entimema
De su amor desatinado.

HERNANDO.

Pues ¿quiérela bien?

DON JUAN.

Tambien.
Ven por aquí, lo sabrás.

HERNANDO.

¿Aun eso tenemos mas?

DON JUAN.

El mal es sombra de bien.

HERNANDO.

¿Díjete que la criada
Al entrarse me miró?

DON JUAN.

No, Hernando.

HERNANDO.

Pues pienso yo
Que ya queda enamorada.
Hilé bigotes, miré
A lo lindo, puse el brazo
En arco, y dile un flechazo
Que por muerta la dejé.

DON JUAN.
Que ha de hacer, es cosa clara,
Mis partes, si la enamoras.

HERNANDO.
Yo te juro que á estas horas
Se está arañando la cara.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Feliciana.

ESCENA VII.

FELICIANA, LUCRECIA.

FELICIANA.
Hija, no es pobre quien hermosa nace;
Que no es pequeña dote la hermosura;
Que á veces mas que el oro satisface.
Si virtud la acompaña, está segura
Que es imposible que ventura falte,
Porque en eso consiste la ventura.
Es la virtud de la hermosura esmalte,
Que deja deslucidos los vacíos;
Y así, no es justo que del oro salte.
Agrádanme tus galas y tus brios;
Pero es tambien razon que los moderes.

LUCRECIA.
¿Cuándo has notado exceso de los mios?
Si tú, Señora, que me case quieres,
Como en el vulgo dicen, por mi pico,
No es justo que de verme hablar te alte- [res.

FELICIANA.
Aquel letrado tiene el padre rico.
De Salamanca viene graduado...

LUCRECIA.
No para que te enojes te replico.
No me aficiona tanto el licenciado;
Que desto de hopalandas soy medrosa.

FELICIANA.
Pues ¿quién? ¿El infanzon medio sol- [dado?

LUCRECIA.
Mas me lleva los ojos una airosa
Persona con espada y daga, haciendo
Los pasos á una caja sonorosa,
Que un Bártulo ni Baldo reverendo.

FELICIANA.
Pues vives engañada; que esos locos
Todos son plumas, oropel y estruendo.
Nunca sus bizarrías me hacen cocos;
Mas me agradan gualdrapas que mochi- [las.

LUCRECIA.
Por eso, madre, se parecen pocos.
Ni las plumas y galas aniquilas,
Y yo aborrezco borlas y gualdrapas.

FELICIANA.
¡Oh necia! Con los dedos despabilas.
Pierdes gran bien si de su amparo es- [capas.
Mal sabes lo que honran y engrandecen
Las venerables gorras y las capas.

LUCRECIA.
Por lo que te parecen te parecen.
Cíñe las tocas y serás letrado.

FELICIANA.
Plumitas y garzotas te enloquecen.

LUCRECIA.
Sepa, señora madre, que me ha dado
Soldado el gusto el generoso cielo;
Bueno es pequeño bien que esté soldado.

FELICIANA.
Tu poco bien, tu mucho mal recelo.

ESCENA VIII.

ISABEL.—DICHAS.

ISABEL.
Un criado de don Juan,
Aquel gallardo mancebo,
Galan en la corte nuevo,
Y tuyo nuevo galan,
Aqueste papel me ha dado;
Y si mal no le miré,
Algo trae, que se ve
Por el capote embozado.
Lee, y mira si ha de entrar.

LUCRECIA.
¿Das licencia?

FELICIANA.
Yo deseo
Tu remedio, donde veo
Que te has inclinado á amar.
Lee; que yo en un papel
Conozco el entendimiento
De un hombre.

LUCRECIA.
Su pensamiento
Dice desta suerte en él.
(*Lee.*) «Si fuera menos que santo mi »pensamiento, no me atreviera á escri- »birle...»

FELICIANA.
¿Santo? Si se mete fraile.

LUCRECIA.
Santo dice, aunque no es tanto,
Pues para casarse es santo.

FELICIANA.
No hay son, Lucrecia, á que baile
Mas presto cualquier mujer.

LUCRECIA.
Madre, si el tomar estado
Es el mas justo cuidado
Que debe y puede tener,
No te espantes.

FELICIANA.
Di adelante;
Que ya es justo pensamiento,
Pues entra por casamiento.

LUCRECIA.
Pues es justo, no te espante.
(*Lee.*) «Yo te vi y te hablé, hermosa »Y discreta...»

FELICIANA.
¿Correspondencia? ¡Oh qué bien!
Vi hermosa y hablé discreta.

LUCRECIA.
¿Cánsate?

FELICIANA.
No, que es receta
Que importa á las dos tambien.

LUCRECIA. (*Lee.*)
«El deseo me obligó á informarme »de tu calidad: que ya sabes que amor »es deseo...»

FELICIANA.
¿Definicion? Su puntica
Tiene el señor de sutil.
Destos en Madrid hay mil.

LUCRECIA.
Es tan sutil, que me pica.
(*Lee.*) «Supe tus partes, creció mi »pensamiento: si te agradan las mias...

FELICIANA.
¿Jugó del vocablo ahí?

LUCRECIA.
Tú juegas mas, pues te burlas.

FELICIANA.
No lo tomaré de burlas,
Si es de veras para tí.

LUCRECIA. (*Lee.*)
«Daré á tu madre y mi señora un »memorial de quién soy.»

FELICIANA.
¡Madre y señora! Ya escribe
A lo yerno este galan.

LUCRECIA.
Las cortesías ¿te dan
Enfado?

FELICIANA.
En la corte vive.

LUCRECIA. (*Lee.*)
«En prendas desto recibe ese regalo, »y de los muchos que espero hacerte, »si te merezco.»

FELICIANA.
¡Regalando, y casamiento!
No lo entiendo.

LUCRECIA.
¿Soy yo necia
Para engaños?

FELICIANA.
¡Ay Lucrecia!
Que es máscara el pensamiento.

LUCRECIA. (*Lee.*)
«Mañana estará mi coche á tu puerta »para que te vayas al Soto, y en él ten- »drán mis criados con qué meriendes.»

FELICIANA.
¿Coche tiene?

LUCRECIA.
¿No lo ves?

FELICIANA.
Yo te cuento por casada.

LUCRECIA.
Mas que el memorial me agrada.
Ni le tomes ni le dés.

ESCENA IX.

LIDIA.—DICHAS.

LIDIA.
Aquí ha llegado un criado
De Lisardo.

FELICIANA.
¿Quién?

LIDIA.
Un hombre
Que replicando á este nombre
Me dijo que era un letrado,
Y me ha dado este papel.

FELICIANA.
Es dia de peticiones.
¡Qué mala cara le pones!
Lee lo que dice en él.

LUCRECIA. (*Lee.*)
«No hubiera declarado mi pensa- »miento, si no me hubieran dado oca- »sion los celos de un caballero, que de »pocos dias á esta parte ronda, pasea, »mira y solicita tus rejas.»
¿Cómo no hablas aquí?

FELICIANA.
Porque no fuera razon
Interrumper las que son
Tan discretas para mí.

LUCRECIA.
¿Éstas, discretas?

FELICIANA.
¿Pues no?

LUCRECIA.
¡Bravamente te ha cuadrado
Esto que llaman letrado!

FELICIANA.

Soy medio látina yo.

LUCRECIA. (*Ap.*)

No la quiero replicar,
Ni es mucho, aunque me perdone,
Que de letras se apasione
La que pretende obispar.

(*Lee.*) «La buena relacion de tu vir-»tud y nacimiento será dote para mí, si »tú respondes pura y amorosa...»
Al verdadero amor de tu Fileno.

FELICIANA.

¿Haces burla?

LUCRECIA.

Pues ¿no ves
Que hurtó el verso á Garcilaso,
Y que yo prosigo?

FELICIANA.

Paso;
Que no quiero que le dés
Tanto lugar á don Juan;
Que hay aquí muchos don Juanes
Sin Mendozas y Guzmanes,
Todos Mendoza y Guzman.
Vienen de léjos aquí
Con haciendas, que es vergüenza.

LUCRECIA.

Ya tu condicion comienza.

FELICIANA.

Las letras, Lucrecia, sí;
Estas ya tienen sabido
Con qué han de comer.

LUCRECIA.

Reniega
Si la fortuna se ciega,
Y no es un sabio admitido.

FELICIANA.

Dices bien. Pero si están
Afuera esos dos criados
De un galan entre letrados
Y un hidalgo tan galan,
Cada uno de por sí
Entre á informarte.

LUCRECIA.

Eso es justo,

FELICIANA.

Pues óyelos por mi gusto.

ISABEL.

¿Entrará el de don Juan?

FELICIANA.

Sí.

ISABEL.

Voy á llamarle.

(*Vanse Isabel y Lidia.*)

FELICIANA.

No sé
Qué hallas en un soldado.

LUCRECIA.

¡Ay madre! El *sol* que me ha *dado*
Desde que le hablé y miré.

ESCENA X.

HERNANDO. — FELICIANA, LUCRECIA.

HERNANDO.

Con vuestra licencia, di
Un regalo que traia
A la señora criada
De las dos señoras mias.
Dijo don Juan, mi señor,
Que os dijese que una rica
Voluntad al don mas pobre
Enriquece y autoriza.
Vienen zapatillas de ámbar,
Aunque esto de zapatillas
No se sabiendo los piés,
Es presente en profecía;
Que puede vuestramerced
Calzar de catorce arriba,
Y aunque las hizo de treco,
Venirle cortas y chicas.
Yo le dije: «Las mujeres,
Y mas preciadas de lindas,
Todas calzan cinco puntos:
Yerras si catorce envias.»
Replicóme: «Por ser de ámbar
Lo hice, porque no diga
Que por gastar poco en ellas,
Las mandaba hacer tan chicas.»
Demás que cierta persona
De los zapatos decia
Que era bien hacerlos grandes
A las damas mas polidas;
Que los chicos hacen callos,
Y las mujeres sentian
Que las hiciesen callar,
Aun por los piés, solo un dia.
Demás de que los diez dedos
Casa sin ventana habitan,
Y es bien que de sala grande
Zapato grande les sirva.
Medias traje nacaradas
Con unas pajizas ligas,
Que porque ahorcan las piernas,
Les dió color amarilla;
Y con diez y seis diamantes
De oro un niño Bautista,
Que si fuera san Cristóbal,
Cuatro ciudades valia.
Mas parecióle mejor
(Tal de discreto se pica)
Que no enviase gigantes
Quien presenta niñerías.

FELICIANA.

Lo mejor deste presente
Sois vos...

HERNANDO.

Merced infinita.

FELICIANA.

Y el mas lindo socarron
Que he visto en toda mi vida.
¿Quién es este caballero?

HERNANDO.

Ribadeneyra apellidan
Su casa, y la de sus padres
Está en medio de Galicia.
Vino á pretender, y hará
Un año por san Matías
Que somos en esta corte
Máscaras de su sortija.
Yo soy el paje de lanza,
Su hacienda quien le apadrina,
Y el aventurero...

FELICIANA.

Basta.

HERNANDO. (*Ap.*)

Su estómago, á decir iba.

FELICIANA.

¿Tiene coche?

HERNANDO.

Coche tiene.

FELICIANA.

¿Con qué caballos?

HERNANDO.

Dos pias...
(*Ap.* Hechas de nuestros remiendos.)

FELICIANA.

¿Qué decis?

HERNANDO.

Que son potricas.

FELICIANA.

¿Potricas?

HERNANDO.

De mal domadas
No las ponen muchos dias,
Porque han muerto seis cocheros,
Vengando á gente infinita,
Y muerto treinta señoras,
Sin las dueñas y las niñas,
Dos clérigos, siete frailes
Y un enano que venia
A pretender ser huron,
Cansado de ser ardilla.

LUCRECIA.

El hombre es notable humor.

FELICIANA.

Muriéndome estoy de risa.

LUCRECIA.

¡Qué bien parece á un discreto
Que de un bellaco se sirva!

FELICIANA.

Decid que le doy licencia
Para que venga á visita
Mañana á las diez.

HERNANDO.

Yo voy
A concertar estas vistas.
Pero, si quereis el coche,
Haré que pongan las pias.

FELICIANA.

¡Jesus! Ni por pensamiento.

LUCRECIA.

Calle, madre, que es mentira.

(*Vase Hernando.*)

ESCENA XI.

MILLAN. — FELICIANA, LUCRECIA.

MILLAN.

Cansado estoy de esperar.

LUCRECIA.

Por su vida, madre mia,
Que mire qué tumba es esta.

FELICIANA.

¿Tumba dices?

LUCRECIA.

O estantigua.

FELICIANA.

¿Quién es vuestro amo?

MILLAN.

No sé
De qué manera os lo diga,
Porque, cuanto á su persona,
Es de la sangre mas limpia
Que tiene toda esta tierra,
Porque su padre averigua
Ser decendiente de Adan.

FELICIANA.

Es muy notable hidalguía.

LUCRECIA.

¿No ves ya la necedad?

MILLAN.

Cuanto á su ingenio, le rindan
Bártulo y Baldo las plumas
Con que su nombre eterniza.
Nunca fué tan orador
Demóstenes, ni en poesía
Supo tanto el griego Homero;
Todos le tienen envidia,
Es su bien nacido padre
En la riqueza otro Midas:
Por sus virtudes le adoran;
Que no ha jugado en su vida,
Ni puesto mano á la espada.

FELICIANA.

¿Qué te parece?

LUCRECIA.

No digas,
Madre, que es hombre de bien.

FELICIANA.

Pues ¿no es de alabanza digna
La condicion de un hidalgo
Que en su vida vió la esgrima
Ni gastó baraja al juego?

LUCRECIA.

No por cierto, antes sería
Mejor poner á tal hombre
Una rueca ó almohadilla.
¡Quite allá sus calidades!

FELICIANA.

Sospecho que desatinas,
Pues el amor de don Juan
A disparates te obliga.
Pregunto si tiene coche.

MILLAN.

No, pero el haca mas prima
Que parió yegua en el mundo
Desde la primera silla.
Esta lleva el licenciado
Con gualdrapa algunos dias,
Otros trae agua ó leña
Con su albarda y con su cincha.
En el estudio se entró,
Y tiene tanta malicia,
Que se comió dos Digestos
Como si fueran dos cribas.
Desde entonces es tan sábia,
Que en distinciones camina,
En párrafos tira coces,
Y en griego y latin relincha.

ESCENA XII.

ORDOÑEZ. — Dichos.

ORDOÑEZ.

Aquel señor milanés
Que va al Cármen muchas fiestas,
Y con palabras compuestas
Te habló dos veces ó tres,
Para visitarte pide
Licencia.

FELICIANA (*A Millan.*)

Señor galan,
Esas partes se verán;
Que agora el tiempo lo impide,
Y esta visita forzosa.

(*Vase Ordoñez.*)

Decid al señor Lisardo
Que aquí mañana le aguardo.

MILLAN.

Pienso que seréis dichosa
Si tal yerno...

FELICIANA.

Bien está.
Andad, yo lo entiendo así.

MILLAN.

El vendrá mañana aquí,
Y lo demás os dirá. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

JULIO, FABIO, TREBACIO, ORDOÑEZ. —FELICIANA, LUCRECIA.

JULIO.

Bésoos las manos mil veces.

FELICIANA.

Seais, Señor, bien venido.
(*Ap. á Lucrecia.* Apostaré que ha sabido,
Muchacha, lo que mereces,
Y viene á ser buen tercero
De alguna ventura tuya.)

JULIO. (*Ap. á su criado.*)

Fabio, la belleza suya
Ven ce el valor del dinero.

FELICIANA.

¡Sillas, hola!

ORDOÑEZ.

Aquí las tienes.

FELICIANA.

Sentaos, hacedme favor.
(*Ap. á Lucrecia.*)
¡Ay, si te casase, amor!

LUCRECIA. (*Ap. á su madre.*)

¡Qué de quimeras previenes!

JULIO.

Sentaréme, si mandais...
Y la señora Lucrecia
Se siente aquí.

FELICIANA.

Tanto os precia
Esta casa donde estáis,
Que podeis mandar en ella
Como en la vuestra, Señor.—
Siéntate, niña.

JULIO.

El amor
Que á vos os tengo y á ella
Me obliga á ser en persona
De mis negocios tercero.

FELICIANA.

¿En qué os sirvo?

JULIO.

Si primero
Amor mis años abona
(Que no son los que parecen),
Sabréis mi intencion.

FELICIANA.

Yo creo
Vuestro amor y buen deseo;
Y creed que aunque os ofrecen
Así á la vista las canas
En edad madura, estáis
Tan fresco, que bien mostrais
Que no es por muchas mañanas
De San Juan, mas por cuidados.
Treinta y seis años tendréis.

JULIO.

No tengo cuarenta y seis.
Libros, caminos, cuñados,
Pleitos, negocios lo han hecho.

FABIO. (*Ap. á Trebacio.*)

De sesenta se ha quitado
Catorce.

TREBACIO.

¡Qué! Lo pasado,
Bien dice, no es de provecho.

JULIO.

Hállome, gracias á Dios,
Bueno y hábil.

FELICIANA.

Bien se os ve.

JULIO.

Que sois pobre y noble sé:
Concertémonos los dos.
Daré cuatro mil ducados
A la hermana de Lucrecia
Para casarse.

FELICIANA.

No es necia
Ni fea.

JULIO.

Y, bien empleados,
Diez mil á ella, en que quiero
Dotarla, si me la dais.

FELICIANA.

Mucho, Señor, nos honrais,
Y estarlo de vos espero
Como si viviera agora
Mi marido que Dios haya.

LUCRECIA. (*Ap. á su madre.*)

Respóndele que se vaya
Al rio Jordan, Señora,
Y que cuando de allá vuelva,
Que se venga por aquí.

FELICIANA.

¿Estás en ti?

LUCRECIA.

Y aun en ti.

FELICIANA. (*A Julio.*)

No sé cómo me resuelva
Menos de hacer vuestro gusto,
Pues me enriqueceis y honrais.

JULIO.

Con que vos os resolvais,
Haréis por mi lo que es justo.

FELICIANA.

Digo que soy muy contenta.

JULIO. (*Ap. á Feliciana.*)

Pues hagamos la escritura;
Que el dote de su hermosura
Me ha dado un millon de renta.
Dalde vos este diamante
Que mil escudos costó;
Que á vos os quiero dar yo
Este, que es su semejante.
Habladla, y daré la vuelta
Con el notario.

FELICIANA.

Id con Dios.

JULIO.

Él os guarde.
(*Vanse Julio, sus criados y Ordoñez.*)

ESCENA XIV.

FELICIANA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Y de los dos
A mí, porque estoy resuelta
De antes dejarme matar.

FELICIANA.

Necia, loca, presumida,
De un mozalbillo vencida
Que hoy te ha comenzado á hablar:
Si un viejo para morir
Te dota en diez mil ducados,
Sin los que tienes sobrados
Que tú puedes adquirir,
Y da cuatro para dote
De tu hermana, ¿cuál ventura
Puedes tener mas segura?
¿Es mas hacienda el bigote
Y el copete de un mozuelo
Billetero, espadachin,
Con un lacayo Merlin
Y con un paje torzuelo;
Y á tres dias de la boda
Comer pasteles sin mesa,
Vender las joyas apriesa,
Y jugar la hacienda toda?
Por dicha, ¿es mejor llorar
Celitos y andar desnuda?
Ese propósito muda:
Muchas gracias has de dar
Al cielo por tanta dicha;
Que no hay, Lucrecia, mujer
Que en faltándole el comer,
No llame el gusto desdicha.
Un coche, cuatro doncellas,
Dos dueñas, tres escuderos,
Galas, joyas y dineros
Hacen las mujeres bellas.
Esto las trae contentas
Y gordas, que no el mocillo
Con cadenita y cintillo,
Dar coces, decir afrentas,
Almidonarle cambray,

Esperarle hasta las tres,
Y no comer en un mes.

LUCRECIA.

¿Todas esas cosas hay?

FELICIANA.

¡Y cómo! Demás que un viejo
Tiene verdadero amor;
Es padre, esposo y señor,
Es honra, amor y consejo.
A las noches hizo Dios
Para dormir: duerme tú.

LUCRECIA.

No me digas mas. ¡Jesú!
Dios que nos libre á las dos
De dar con un mozo desos.

FELICIANA.

Este diamante me dió,
Que mil escudos costó.

LUCRECIA.

Muestra, daréle mil besos.

FELICIANA.

Este me dió para mí.

LUCRECIA.

¡Qué fondo, qué claridad!
(*Ap.* Señor don Juan, perdonad:
Su luz me lleva tras sí.)

FELICIANA.

Ven, y pondráste el vestido
De nácar, que te está bien.

LUCRECIA.

¿Que hoy has casado tambien
Mi hermana? Gran dicha ha sido.

FELICIANA.

Rica fuiste de ventura:
El cielo te dió favor,
Porque no hay dote mayor
Que virtud con hermosura.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XV.

DON JUAN, HERNANDO.

DON JUAN.

En fin, dice que la vea.

HERNANDO.

Si no me engaño, te aguarda.

DON JUAN.

Aquí traigo el memorial
De mi calidad.

HERNANDO.

Repara
En que se ha de probar todo.

DON JUAN.

De verte necio me cansas.
¿Cuándo has visto casamiento,
Donde mentiras no haya?
El hombre dice que viene
De los Godos de Alemania,
Y que sus parientes son
Los doce Pares de Francia.
Píntase rico, galan,
Discreto y lleno de gracias;
Encubre vicios y años
Y aun otras secretas faltas.
La mujer dice que tiene
Diez mil ducados por fama;
Apréciance ciertas viñas,
Unas huertas y dos casas,
Y no llegan á dos mil.
Si es baja, la dan tan alta,
Que apeada del chapin,
De giganta se hace enana.
Y otras cosas...

HERNANDO.

No prosigas;
Que oí referir que estaban
Para acostarse dos novios,
Y que él le dijo: «Mi alma,
Ya somos uno los dos:
Cinco ó seis dientes me faltan,
Postizos son los que veis,
Yo me los pondré mañana.»
Y que ella le respondió:
«Mis ojos, no importa nada;
Que yo soy calva tambien.»
Y quedando destocada,
Se quitó una cabellera,
Con que le mostró la calva.

DON JUAN.

Llama, Hernando.

HERNANDO.

Con buen pié.

ESCENA XVI.

LISARDO, MILLAN.—DICHOS.

LISARDO.

¿Quién llama?

MILLAN.

A la puerta llama
El don Juan del otro dia.

LISARDO.

Pues don Juan llama en su casa,
Llama tú presto.

MILLAN.

Ya voy.
¡Ah de casa!

DON JUAN.

Cuando llama
Un caballero á una puerta,
¿En qué ley, Señor, se halla
Que se llame desa suerte?

LISARDO.

Si soy dueño desta casa,
¿Es mucho que llame ansí?

DON JUAN.

¡Dueño!

LISARDO.

Sí, pues vengo á honrarla
Con título de marido.

DON JUAN.

Si se casa Feliciana
Con vos, dadme, como suegro,
Las manos para besarlas;
Porque yo vengo á casarme
Con su hija.

LISARDO.

¡Linda gracia!
¿Tan viejo os he parecido?
Pues en verdad que me casa
Con Lucrecia.

DON JUAN.

¡A vos!

LISARDO.

A mí.

DON JUAN.

Habrá otra Lucrecia.

HERNANDO.

Y tantas,
Que se precian dese nombre
Cuantas se alaban de castas.

DON JUAN.

Vuesa merced esté cierto
De que el deseo le engaña,
Porque á mí me manda entrar.

LISARDO.

A mí lo mismo me manda.

DON JUAN.

Dos yernos con una hija
Es cosa nueva en España.

HERNANDO.

Como esas cosas se usan.

LISARDO.

De dia no ciño espada.
Hacedme una cortesía:
Que vuestro criado vaya,
O el mio, á saber adentro
A quién de los dos aguardan.

DON JUAN.

Que la trajera ceñida
Vuesa merced, yo me holgara;
Mas vaya quien sepa á quién
Llama y estima esta dama;
Que yo remito á su lengua
Lo que no puedo á las armas.

HERNANDO.

Isabel sale, Señor.

ESCENA XVII.

ISABEL.—DICHOS.

ISABEL. (*Dentro.*)

Aquí dos señores pasan,
Que serán buenos testigos
Para tan dichosa causa.— (*Sale.*)
Suplica á vuesas mercedes
Mi señora Feliciana
Entren, para ser testigos
Que á doña Lucrecia casa
Con don Julio, milanés.

LISARDO.

¡Que se casa! ¡Cosa extraña!

DON JUAN.

¿Cómo que casa á Lucrecia?

ISABEL.

Esto que les digo pasa.
Entren si lo quieren ver;
Que ya la escritura acaban. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, LISARDO, HERNANDO, MILLAN.

HERNANDO.

¡Buenos están los dos yernos!

LISARDO.

Yo sin seso.

DON JUAN.

Yo sin alma.

HERNANDO. (*Fisgando á su amo.*)

Vuesa merced esté cierto
De que el deseo le engaña,
Porque á mí me manda entrar.

MILLAN. (*Fisgando á su amo.*)

A mí lo mismo me manda.

HERNANDO.

Dos yernos con una hija
Es cosa nueva en España.

LISARDO.

Nuestros criados nos fisgan.

MILLAN.

De dia no ciño espada.
Hacedme una cortesía:
Que vuestro criado vaya
A saber lo que hay adentro.

LISARDO. (*Ap.*)

No acierto á decir palabra.

HERNANDO.

Que la trajera ceñida
Vuesa merced, yo me holgara;
Mas vaya quien sepa á quién
Llama y estima esta dama;
Que yo remito á su lengua
Lo que no puedo á las armas.

DON JUAN.

Yo voy á saber lo que es,

Que por ventura me engañan.
(*Éntrase.*)

LISARDO.

A lo mismo quiero entrar;
Que aun no pierdo la esperanza.
(*Éntrase.*)

ESCENA XIX.

HERNANDO, MILLAN.

MILLAN.

¿Qué dice vuesamerced?

HERNANDO.

Que les pongan dos albardas,
Pues con toda su lindeza,
Espadas, letras y galas,
Hoy la cátedra les lleva
Un viejo con oro y plata.

MILLAN.

Es mas fuerte y sabio el oro
Que las letras y las armas.
Pero temo que ha de ser
Lucrecia *La mal casada.*

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Lisardo.

ESCENA PRIMERA.

LISARDO, MILLAN.

MILLAN.

¡Qué gran contento ha dado tu venida
A toda aquesta casa! mayormente
A tus padres, autores de tu vida.

LISARDO.

Millan, no menos gozo el alma siente.
Tres años hace agora mi partida,
Tres años ha que de la corte ausente,
Estuve en la de Roma, como sabes,
En comisiones de negocios graves.
Dios sabe los deseos que he tenido
De volver á la patria, y los que tengo
De que me cuentes si Lucrecia ha sido
Lo que en su nombre á mi temor pre-
[vengo.
Ya me escribiste allá que su marido,
Cosa de que en extremo alegre vengo,
La regalaba con notable gusto.

MILLAN.

Tambien, Señor, te dije su disgusto.
Fueron tales las ansias de sus celos,
Viéndola tan gallarda y despejada,
Su cuidado en guardalla y sus desvelos,
Que la llamó Madrid *La mal casada;*
Porque ni el sol, que es lince de los cie-
De cuya luz la tierra penetrada [los,
No le puede esconder lo mas remoto,
Por sus rejas entró sin alboroto.
Las ventanas guardaban encerados
Y algunas vidrieras cristalinas,
Las puertas dos mil llaves y candados,
Hasta en las mas ocultas oficinas.
Estaban recogidos los criados
Al correr de la noche las cortinas
Al claro sol; que aunque despues salia,
No le dejaba entrar donde dormia.
Lucrecia, como cuerda imaginaba
Que aquel tirano de su gran belleza
Por puntos á la muerte caminaba,
Cual suele proceder naturaleza,
Regalaba sus canas y callaba,
Esperando que presto la cabeza
De la coyunda fuerte sacaria
Del yugo, del Argel en que vivia.
No se engañó, pues puede haber dos
Que don Julio murió. [meses

LISARDO.

¿Murió el marido?

MILLAN.

¿No lo has sabido?

LISARDO.

No.

MILLAN.

¿Que no tuvieses
Nueva de que murió? Milagro ha sido.

LISARDO.

¿Que albricias ¡oh Millan! no me pidie-

MILLAN. [ses?

Si fué descuido, agora te las pido.

LISARDO.

¿Que don Julio murió?

MILLAN.

¡Qué admiraciones!
¿Que muera un viejo, en contingencia po-
[nes?
Yo te prometo que despues que fuiste
A Italia, han muerto aquí tantos tan mo-
Que si te los dijese, no les viste [zos,
Vestir el labio los primeros bozos.

LISARDO.

No me digas agora cosa triste;
Que me matan contentos y alborozos
De ver viuda la sin par Lucrecia.
¿Qué trata? Qué imagina? ¿En qué se

MILLAN. [precia?

¡Oh pesia á tal! Dejóla el viejo rico
Por su heredera, y treinta mil ducados.

LISARDO.

¿Treinta mil?

MILLAN.

Esto pasa.

LISARDO.

Yo me aplico
Otra vez á decille mis cuidados.
¿Vívese allí?...

MILLAN.

De espacio, te suplico;
Que están ya los negocios muy trocados:
No pienses que es el tiempo que solia,
Cuando en pobreza, aunque en virtud,
[vivia.
Sale en un coche negro, que parece
Un túmulo de un rey, la madre al lado,
Que como una matrona resplandece
El reverendo bulto amortajado.
La toca en tiernos años reverdece
Mas la hermosura, y da mayor cuidado
Para mirarla atentos; porque creo
Que se lleva tras sí cualquier deseo.
Debajo de un monjil de capichola,
Al bajar el estribo, se descubre
Un manteo turquí... Mal dije, sola
La guarnicion del oro que le cubre.
No con mas gallardete y banderola
La galera al salir la jarcia encubre,
Que el chapin con virillas y lazadas,
Unas de plata y otras encarnadas.
Si vieses por debajo de la toca
Sacar una bien hecha y blanca mano,
Con una valoncilla que provoca
Al mas prudente y recatado anciano,
Que la blancura de la nieve es poca,
Dirias, cuando deja el aire cano, [so.
Y que el marfil no es tan lustroso y ter-

LISARDO.

Parece que la estás pintando en verso.

MILLAN.

Allá en su casa está en una tarima
Cubierta de bayeta siempre honrosa,
Como juego de trucos, por encima,
Que parece de noche blanca rosa.
Como el dinero en esta edad se estima
(Dejando aparte el ser, como es, hermo-
[sa),
Mas novios la pretenden que hay poetas.
Con ser legiones los de aquestas setas,
Entre los cuales el don Juan pasado
(Si ya te acuerdas dél) está presente,
No digo de Lucrecia en el cuidado,
Mas en la puerta y calle pretendiente:
A la rueda del coche siempre atado,
Amor le manda que su triunfo aumente;
Porque los treinta mil con su hermosura
No son comparacion.

LISARDO.

¡Brava ventura!

MILLAN.

¿Intentarásla tú?

LISARDO.

Cuando Lucrecia
Tuviese mas gigantes y serpientes
Que tiene el libro de Amadís de Grecia.

MILLAN.

Yo te aconsejo que servirla intentes.

LISARDO.

Yo sé muy bien lo que las letras precia.
Viudas nunca tratan de valientes,
Aborrecen plumitas y bigotes
Destos almidonados marquesotes.
Lucrecia desta vez ha de ser mia,
Puesto que ha sido de segunda suerte.
Mi diligencia el mundo desafia.

MILLAN.

A la ventura tengo por mas fuerte.

LISARDO.

Ventura tendré yo.

MILLAN.

Ama y confia;
Que en esta posesion espero verte.

LISARDO.

¡Qué lindos ojos tiene y qué rasgados!

MILLAN.

Mas lindos son los treinta mil ducados.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Lucrecia con vistas á un jardin.

ESCENA II.

FELICIANA; LUCRECIA, *de viuda, gallarda;* ISABEL.

FELICIANA.

Si te quieres desnudar,
Dejarémos las visitas;
Mas si las tocas te quitas,
Podrásme despues culpar;
Que te podria causar
Algun extraño accidente,
Y es menor inconveniente
Que así con ellas estés,
Que no que tengas despues
Lo que despues te atormente.
Siéntate un poco, si quieres,
Bebe con alguna caja...
—¡Hola! aquel almíbar baja
De que tan amiga eres.—
O como un momento esperes,
Una perdiz te asarán.

LUCRECIA.

No, madre; que no me dan
Pena aquesas niñerías.

FELICIANA.

Hago el oficio estos dias
De tu marido y galan.
Calor traes... Muestra, á ver...
Creo que te han aojado.

LUCRECIA.

Tantos ojos me han mirado,
Madre, que pudiera ser.

FELICIANA.

Perfumarte es menester.
¿Llevaste reliquias?

LUCRECIA.

Sí,
Y un poco de pan aquí.
Pero ¿cómo el pan podrá
Guardarme de los que ya
Ponen los ojos en mí?

FELICIANA.

Bien dices: de carne son
Todos los que te pretenden;
Que desta hacienda no entienden
La precisa condicion.
Dales el oro ocasion,
Porque la tienes secreta.

LUCRECIA.

Dejóme Julio sujeta,
Aunque hacienda me dejó.

FELICIANA.

Yo se lo estimo.

LUCRECIA.

Yo no,
Por mas bien que me prometa.
Esos treinta mil ducados
Eran buenos sin pension;
Que es terrible condicion
Gozarlos tan mal gozados.

FELICIANA.

¿Eso te causa cuidados?

LUCRECIA.

Casarme con su sobrino
Siento mucho.

FELICIANA.

Es desatino,
Pues dicen que es tan galan
Los que le han visto en Milan,
Y él viene ya de camino.

LUCRECIA.

¡Ay, madre, si me dejara
Sin condicion esta hacienda,
Para que yo fuera prenda
De un hombre que me agradara!

FELICIANA.

Hombre es Fabricio: repara
En que te puede agradar.

LUCRECIA.

Madre, en esto del casar
Es linda cosa escoger.

FELICIANA.

Tambien se suele perder
Donde se piensa ganar.

LUCRECIA.

Perdiérame por mi gusto;
Que temo que este sobrino,
Que viene ya de camino,
Ha de ser á mi disgusto.

FELICIANA.

Cuando no venga tan justo,
Lucrecia, á tu pensamiento,
La gracia del casamiento
Te hará amarle en cuatro dias.

LUCRECIA.

Dios lo quiera.

FELICIANA.

Bien confías.
Voyme un poco á mi aposento. (*Vase.*)

ESCENA III.

LUCRECIA, ISABEL.

LUCRECIA.

No te vayas, Isabel;
Quédate conmigo un poco.

ISABEL.

Anda en la calle aquel loco,
Y su escudero con él.

LUCRECIA.

Confieso que le agradezco
Años tan bien porfiados,
Y que treinta mil ducados
Con la voluntad le ofrezco;
Pero no puedo ser suya.

ISABEL.

¿Por qué no le desengañas?

LUCRECIA.

No digas cosas extrañas
De mi condicion y tuya.
Todas pretendemos ser
Donde queremos queridas:
No sé yo como te olvidas,
Isabel, que eres mujer.
Si á don Juan desengañara,
Despechado, por ventura
Amara prenda segura,
Y con otra se casara.

ISABEL.

¿No hará lo mismo, en viniendo
Este que ha de ser tu esposo?

LUCRECIA.

En siendo el daño forzoso,
Decir la verdad entiendo.

ISABEL.

Luego ¿piensas te rendir
A los deseos de un hombre?

LUCRECIA.

No, porque mi honrado nombre
No lo querrá consentir.
Pero escucharle y tener
Lástima á su mucho amor
¿Qué puede ofender mi honor?

ISABEL.

Mucho le puede ofender;
Que si escuchas y respondes,
Poco á poco rendirás
Lo que defender podrás
Si te esquivas y te escondes.

LUCRECIA.

Altamente ha porfiado.

ISABEL.

Mucho vence la porfía.

ESCENA IV.

ORDOÑEZ. — DICHAS.

ORDOÑEZ.

¡Albricias, señora mia!

LUCRECIA.

Seais, Ordoñez, bien llegado.
¿Hay cartas en el correo?

ORDOÑEZ.

Este pliego.

LUCRECIA.

Dios os guarde.

ORDOÑEZ.

Si acudo un poco mas tarde,
Ni cartas ni lista veo;
Que las hubiera llevado
Quien las suele repartir.

ISABEL.

¿Qué estás dudando de abrir?

LUCRECIA.

Dame mi madre cuidado.

ISABEL.

Por eso ¿se ha de enojar?
Abre, y sabrémos si viene.

LUCRECIA.

Quien otros cuidados tiene,
¿Qué albricias os puede dar?
(*Abre las cartas.*)
¡Ay, Isabel! ¿qué hay aquí?

ISABEL.

¿No lo ves? Retrato es.

ORDOÑEZ.

Para que mejor me dés
Las albricias que pedí.

ISABEL.

Por mi vida, que es hermoso.

LUCRECIA.

Si él es como aquí se pinta.

ORDOÑEZ.

¿Habia de ser distinta,
Siendo su talle famoso,
De la verdad la pintura?

LUCRECIA.

¡Lindo rostro!

ISABEL.

Por extremo.

LUCRECIA.

Que ha sido artificio, temo,
Con que agradarme procura,
Y tenerme enamorada
Mientras viene.

ISABEL.

Y ¿no es razon?

LUCRECIA.

Cierto, que es gran perfeccion.
Si como pintado agrada,
Correspondencia merece;
Mas siempre son los pintores
Lisonjeros, y en amores
Por momentos acontece.

ORDOÑEZ.

Muy necio fuera el pintor,
Si procurara pintar
Feo á quien le ha de pagar;
Pues el ejemplo mayor
Puedes tomar del barbero,
Que con ser precio tasado,
Deja un hombre remozado,
Tan falso y tan lisonjero,
Que le entresaca las canas;
Y de aquí vino llamar
Hacer la barba, afeitar,
Y siempre por las mañanas.

ISABEL.

Callad, que quiere leer.

LUCRECIA.

Buenos ojos, barba y boca.
Veámosle hablar, si toca
En esto de bachiller.
(*Lee.*) «Al punto che ho ricev[illegible]
»lettera di vossignoria, mia cara [illegible]
»ra e consorte...»
¡Ay, Isabel! ¿qué es aquesto?

ISABEL.

Que escribe en su lengua.

LUCRECIA.

Y yo
¿Lo he de entender?

ISABEL.

¿Por qué no?

ORDOÑEZ.

¿Agora te afliges desto?
Muestra; que en mi mocedad
Por las Italias anduve.

LUCRECIA.

¿Allá estuvistes?

ORDOÑEZ.

Estuve
Allá la flor de mi edad.

LUCRECIA.

Leed lo que dice aquí.

ORDOÑEZ.

(*Lee.*) «Al punto che ho ricevuto...»
La historia de Porcia y Bruto
Dice aquí.

LUCRECIA.

¿La historia?...

ORDOÑEZ.

Sí.
(*Lee.*) «La lettéra di vusía....»
Dice que viene en litera.

LUCRECIA.

Para quien ama y espera,
¡Buena gala y bizarría!
¿Esas postas ha tomado?
Leed.

ORDOÑEZ.

(*Lee.*) «Mia cara consorte...»
Que su cara envia con porte;
Que dos reales me ha costado.

LUCRECIA.

Callad; que sois ignorante.
No leais mas; id á mi primo
Que la traduzga.

ORDOÑEZ.

El mas primo
En lenguaje semejante
Dirá lo mismo que yo.
Cuando vuelva lo verás.
Y ¿el retrato no me das?

LUCRECIA.

¿Para qué? El retrato no.

ORDOÑEZ.

Pensé que tambien querias
Traducirle en castellano. (*Vase.*)

ESCENA V.

LUCRECIA, ISABEL.

LUCRECIA.

¡Lindo rostro!

ISABEL.

Ángel humano.
Espero que en breves dias
No hay memoria de don Juan.

LUCRECIA.

¡Ay, Isabel! no lo creas,
Ni que contenta me veas,
Si todo el mundo me dan.
El gallardo milanés
Me agrada, y es buen agüero
Ver que ha llegado primero
La dispensacion un mes.
Pero esto de haber querido
A don Juan mas de tres años,
Pasando con sus engaños
La fealdad de mi marido,
¿Cómo lo puedo olvidar?

ISABEL.

Con la hermosura que tiene
Este gallardo, que viene
A merecer su lugar
Y á deshacer el agravio.

LUCRECIA.

Esta noche á este jardin
Vendrá don Juan.

ISABEL.

¿A qué fin?
Mal acuerdo y poco sabio.

LUCRECIA.

De ha larme, Isabel, no mas,
Y eso muy honestamente.

ISABEL.

¡Ay! ¿ tu madre le siente?

LUCRECIA.

Tú la centinela harás;
Que á se acuesta temprano.

ISABEL.

A peligro está tu honor.

LUCRECIA.

Si la razon al amor
Lleva la rienda en la mano,
No hayas miedo de caer.

ISABEL.

Si es el amor desbocado,
¿Qué freno, rienda ó cuidado
Sabrá la razon poner?
Mira esta rara hermosura,
Que á gusto y amor provoca.

LUCRECIA.

Contra verdad que se toca,
¿Qué ha de poder la pintura?
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan.

ESCENA VI.

DON JUAN, HERNANDO.

DON JUAN.

Por el jardin me dijo que la viese.

HERNANDO.

¿Hay puerta falsa allí?... Pero mal dije,
Porque no hay cosa allí que no sea falsa.
Falsa es la madre, vieja Bereciata,
Falsa la hija, y falsas las criadas,
El escudero falso y el cochero
(Que los cocheros nunca son muy finos),
Y así serán las rejas y las puertas.

DON JUAN.

¿Falsa es Lucrecia, bestia, si Lucrecia,
Mas casta para mí que la de Roma,
Tres años como ves se ha resistido,
Sufriendo la fealdad de su marido?
Si yo con un mancebo compitiera,
Galan, proporcionado, limpio, suelto,
De claro entendimiento y lindo gusto,
¿Qué mucho que Lucrecia fuera casta?
Pero que siendo aquí tan desdichada,
Que la llamó Madrid *La mal casada*,
Tres años haya hecho resistencia,
¿No es el llamarla *falsa* impertinencia?

HERNANDO.

Confieso mi ignorancia. Pero dime,
¿Por dónde hemos de entrar sin falsa
[puerta?

DON JUAN.

Hernando, por encima de las tapias,
Con escala de cuerda ó de madera.

HERNANDO.

¿Cosa, Señor, que ruedes del andamio?
Pero maestro eres, tú te entiendes,
Como al otro dijeron los peones
Cuando cayó desde el tejado al suelo.

DON JUAN.

¿No me dijiste que á Isabel tenias
Amor notable, puede haber seis dias?

HERNANDO.

Y lo vuelvo á decir; mas no tan grande
Que no me quiera mas cuarenta veces.
¿Piensas tú que es alguna niñería
Caer de cinco tapias á la tierra?
Pues ¡es verdad que abajo hay diez col-
[chones,
Sino piedras, cascotes y terrones!

DON JUAN.

Por partes no son tres, y fuera deso,
No subirémos con peligro, ó puedes
Quedarte tú, pues que tan poco fias
De tu cabeza.

HERNANDO.

Si esto fuera al alba,
Pudiera yo fiar de mi cabeza
Un soneto, unas décimas ó esdrújulos;
Que los poetas dicen que el aurora
Es agradable á las señoras musas;
Pero negocio de á las once ó doce,
Cuando cantan las zorras y los micos
Y están adormecidas las cabezas,
¿Qué cristiano podrá subir seis tapias?
¡Maldiga Dios quien inventó escaleras,
Pues han muerto mas hombres y mas
[hembras
Que todas juntas las enfermedades!

DON JUAN.

¿Las escaleras, necio?

HERNANDO.

¡Cuántos hombres
Cayeron resbalando! Y en la guerra,
¡Cuántos subiendo un muro ó una torre,
Bajaron de una piedra ó mosquetazo!
Y ¿es barro la escalera de la horca?

DON JUAN.

Muy trágico sospecho que era el vino
A que hoy te han convidado.

HERNANDO.

No lo niego;
Que ha habido ciertos fines de penden-
[cia.

DON JUAN.

¿Qué llamas fines de pendencia?

HERNANDO.

Llamo
Fines lo que se bebe; que está en plática
Que sea vino lo que sangre pudo,
Y se saque del cuero y no del pecho,
Porque es de menos costa y mas prove-
[cho.

DON JUAN.

De armarme es hora: dame una rodela
Mientras me visto un jaco.

HERNANDO.

En una casa
Viuda de hombres, ¿tantas armas quie-
[res?
Lleva un broquel, que basta.

DON JUAN.

Venga capa
De color y sombrero.

HERNANDO.

Entra á mudarte.

DON JUAN.

¡Pluguiera á Dios!

HERNANDO.

¡Oh qué respuesta equívoca!
Muy lírico es el vino que has bebido,
Aunque bien pudo ser que fuese aloja.

DON JUAN.

¡Ay, Lucrecia cruel! si te movieses
A mi dolor! (*Vase.*)

HERNANDO.

Si escapa desta noche
La rica posesion desta viuda,
Como curial de Roma á nuestra puerta
Pienso poner un rétulo que diga:
«Señores, aquí vive un mentecato:
Despacha necedad y hace barato.»
(*Vase.*)

—

Jardin de casa de Lucrecia.

ESCENA VII.

LUCRECIA, ISABEL.

LUCRECIA.

¡Qué pesadamente pasan
Las horas cuando se espera!

ISABEL.

Por puntos se desespera
Amor, puntas le traspasan.

LUCRECIA.

Luego los puntos ¿son puntas?

ISABEL.

¿No lo ves por tu pesar?

LUCRECIA.

Nunca mas que en esperar
Vienen las congojas juntas.

ISABEL.

No me puedo persuadir
A que resuelta no vengas.

LUCRECIA.

Quiero que por cierto tengas
Que antes me deje morir.

ISABEL.

¡Cuántas habrán blasonado,
Que puestas en la ocasion,
Han rendido la razon
Al apetito engañado!
Tú, como viuda al fin,
Y de casar concertada,
Piensas que no pierdes nada
En que lo sepa un jardin.

LUCRECIA.

Por eso me desnudé
De las tocas y el monjil;
Que ese pensamiento es vil,
Y luego le descarté.
En hábito de doncella
Me he vestido ropa y saya.

ISABEL.

Quien tanto amor tiene á raya,
Su carne y sangre atropella.
Pero el traje de viuda
¿No era mas honestidad?

LUCRECIA.

No, porque la voluntad,
Sin él, mas se pone en duda.

ISABEL.

¿Qué duda? si ese manteo
Y ese olor...

LUCRECIA.

No digas mas;
Que á don Juan despertarás,
Si duerme con su deseo.
¡Ay de quien tan presto espera
Tener un dueño tirano,
Y dar á un hombre la mano,
Que ni le vió ni quisiera!
¡Oh Julio! ¿que aun muerto aquí
Dejas sangre en tu sobrino,
Para que acabe el camino
Que empezó mi vida en tí?
Vives, no es posible menos;
No eres muerto desa suerte,
Pues que dejaste en tu muerte
Los mismos vacíos llenos.
Presto ocupará mi cama
Un otro tú.

ISABEL.

¿Lloras?

LUCRECIA.

Lloro
Que compre un hombre con oro
Lo que libertad se llama.
¿Para qué quiero dinero
Y el uno y otro vestido,
Si he de tener un marido,
Hasta del alma extranjero?
Pobre nací, pobre fuera:
Dejárame la fortuna,
Pues no pienso que hay ninguna
Próspera del gusto afuera.

ISABEL.

Rüido siento.

LUCRECIA.

Isabel,
Mira si es el ángel mio.

ISABEL.

Que te enjugarás confio
Esas lágrimas con él. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LUCRECIA.

Flores deste jardin, dadme blandura,
Pues no hay cosa mas blanda que las flo-
[res,
Y pues que tengo amor, diréle amores
A quien vencer mi condicion procura.
Aguas, que mansas vais por su frescu-
Amansad en mi pecho los rigores: [ra,
Aquí haceis nidos, dulces ruiseñores:
¿Qué nido hará sin gusto la hermosura?
Determinarme á casos tan extraños
Por fuerza habrá de ser, pues no hay un
[medio
Que divida dos juntas voluntades.
Mas no querrá el honor; que ha seis mil
[años
Que riñó con amor, y no hay remedio
Que se puedan hacer las amistades.

ESCENA IX.

DON JUAN y HERNANDO, *con broqueles y hábito de noche;* ISABEL. — LUCRECIA.

DON JUAN.

¿Dónde está la luz por quien
La tienen mis ojos?

LUCRECIA.

Quedo;
Que está durmiendo mi madre,
Y no está mi amor durmiendo.

DON JUAN.

¿Pueden por dicha en tus brazos
Deste mar de mis deseos
Tomar puerto mis suspiros?

LUCRECIA.

Está defendido el puerto
De los tiros del honor,
Fuerte mi don Juan, que han hecho
Leyes del mundo: mal dije;
Que tambien lo son del cielo.

DON JUAN.

¿No soy tu marido yo?
A lo menos vengo á serlo.
Pues pobre, amores, te quise,
Cuando rica, te merezco.
Si te hubiera despreciado,
Vida mia, en aquel tiempo,
Agora bien mereciera
Que no admitieras mis ruegos,
Porque se echara de ver
Que era mi amor el dinero,
Y no tu rara hermosura,
Y no tus merecimientos.

LUCRECIA.

Siéntate al pié desta fuente;
Que vienes muy lisonjero,
Y te templarán sus aguas.

DON JUAN.

No hay agua para mi fuego;
Porque de los ojos mios
Muchas veces se la ofrezco,
Y con ser quintas esencias,
No tienen fuerza ni efeto.
Siéntome porque lo mandas,
Siéntome porque deseo
Estar de asiento contigo,
Y decirte lo que siento.

LUCRECIA.

¿Lágrimas dices? ¡Tú lloras!
Saber, mis ojos, deseo
Si es verdad que lloran hombres.

DON JUAN.

Bien puedes, mi bien, creerlo.
La razon es que el amor
Es niño, y como asistiendo
Está en sus ojos, si él llora,
Es fuerza que lloren ellos.

LUCRECIA.

¿Tú has llorado?

DON JUAN.

Muchas veces.

LUCRECIA.

¿Y confiésaslo?

DON JUAN.

Confiésolo;
Que es honra.

LUCRECIA.

¿Por quién?

DON JUAN.

Por tí.

LUCRECIA.

¡Por mí! Pues ¿por qué?

DON JUAN.

Por celos.
Bien pudiera en alta mar
Dar con mis naves el viento
En un escollo, y cubrillas,
Si las tuviera, en su centro;
Bien pudiera la fortuna,
Siendo rey, quitarme el cetro,
Y bajar á un azadon
Desde el laurel de un imperio;
Bien pudiera haber perdido
Padres, hermanos y deudos;
No digo amigos, que amigos
Mas son que el oro y los reinos;
Que dellos abajo, digo
Que no llorara, ni aun tiernos
Mostrara al mundo los ojos;
Y he llorado por tus celos.
Por tus celos he llorado.

LUCRECIA.

¿Tanto, mi vida, te debo?

DON JUAN.

Tanto, que si aqueste amor
Fuera, mis ojos, en tiempo
De aquellos dioses de Ovidio,
Fueras piedra en el infierno,
Y á mí, en tus rejas colgado,
Me llamaran Ifis nuevo.
(*Hablan quedo.*)

HERNANDO. (*A Isabel.*)

Vuesa merced es monita
De su señora, que pienso
Que por imitarla en todo,
Hace cocos á mis miedos.
Pues humane si es posible
Ese desden zahareño;
Que un órgano, aunque es mas alto,
Se deja poner los dedos.

ISABEL.

Hernando, quiérole bien;
Pero sepa que me temo
De ser órgano en sus manos.

HERNANDO.

Pues que temes sonar recio,
Bajaréte yo de punto.
Y cierto que me agradezco
Haberte órgano llamado;
Que todas sonais por viento.

ISABEL.

Pues para que no lo sean
Tus palabras y embelecos,
No me toques.

HERNANDO.

Blandamente,
Bien puedo; que soy maestro.
No te esquives á lo bobo;
Que soy galan como honesto.
Ande á lo sordo la tecla,

Y esténse los fuelles quedos.
Ya tu ama está viuda,
Cierto será el casamiento
Con don Juan : pues yo contigo,
¿Quién lo impide, ojos morenos?
Que le sacaré mil almas
Encalándome el sombrero.

ISABEL.

No derrames valentía,
Ni dés bigotes al cierzo;
Que soy amiga de humildes.

HERNANDO.

Pues yo solo soy soberbio
Con bravos, porque contigo
Seré como un queso fresco.
Dando mucho, cuatro coces,
Dos bofetones de celos
Que lleguen á cardenales,
Sin boticas ni barberos;
Que las hembras que he tenido
No han gastado mas dinero
Que en rábanos y albayalde.

ISABEL.

Con tachas se vende el necio.

LUCRECIA.

Mucho me aprietas, don Juan.

DON JUAN.

¡Ay, mi bien! piedad, que tengo
Abrasada toda el alma.
Tres años ha que me muero.
¿Qué ciudad, qué fuerte muro
Sufre tres años de cerco?
Dame esas manos.

LUCRECIA.

Detente.

DON JUAN.

Pues ¿ves esta daga?

LUCRECIA.

Veo.

DON JUAN.

Acabar quiero la vida,
Para ver si puedo muerto
Ablandarte, piedra dura.

LUCRECIA.

Detente, loco, está quedo.

DON JUAN.

¿Que me detenga?

LUCRECIA.

No mas;
Que me falta sufrimiento.
Armada de honor entré
En la estacada, con peto
A prueba de tus regalos
Y á tiro de tus requiebros.
Celada de presuncion
Me defendió los cabellos;
Guardabrazos de temor,
Espaldar de sufrimiento,
Espada de opinion llevaba;
Mas derribóme en el suelo
La espada de tus engaños.
Tu llanto me dió veneno.
Tuya soy; mas no mujer;
Que mujer, don Juan, no puedo.
Mi honra es tuya : aquí estoy.
Guárdame solo el secreto.

DON JUAN.

¿De qué lloras, vida mia?
Prenda hermosa deste pecho,
No quiero forzar tu gusto;
Que solo tu gusto quiero.
Déjame matar.

LUCRECIA.

¡Ay Dios!
Ruido en la puerta siento.
Un hombre viene á nosotros.
¿Quién va?

ESCENA X.

ORDOÑEZ. — DICHOS.

ORDOÑEZ.

Ordoñez, tu escudero.
Señora, ¿qué haces aquí?
Que llama un hombre, diciendo
Que ya llega tu marido.

DON JUAN.

¡Marido! Amores, ¿qué es esto?

LUCRECIA.

Marido tengo, don Juan.

DON JUAN.

Pues ¡cómo, mi bien! ¿No es muerto?

LUCRECIA.

Ya no es tiempo de encubrirte
Tu desdicha y mi tormento.
Julio me dejó esta hacienda
Con condicion...

DON JUAN.

¡Santos cielos!

LUCRECIA.

Que con un sobrino suyo
Me casase; y está hecho
Todo lo que es necesario;
Que el codicioso mancebo
Llega á Madrid de Milan
En este punto.

DON JUAN.

¡A buen tiempo!
¡Hay mayor desdicha mia!
Mi bien, llorando te ruego
Pierdas la hacienda, y no á mí.
Sola te estimo y te quiero.
Yo tengo para los dos.
En un monte, en un desierto
Viviré rico, si á tí,
Si á tí, mi bien, te poseo.
Vente conmigo, no aguardes
A que llegue.

LUCRECIA.

¿Cómo puedo?
Que tengo madre, don Juan,
Que como á madre respeto,
Y le quitaré la vida
Si de sus ojos me ausento,
Y le han de quitar la hacienda,
A bien librar, en el pleito.

DON JUAN.

¡Ay, señora! Yo por tí
Dejara padres y deudos,
Vida, hacienda, honor y amigos.

LUCRECIA.

Salte, don Juan, vete presto,
Vete; que crece el rüido,
Y que aquí te hallen temo
Los criados de mi casa.

ESCENA XI.

FELICIANA. — DICHOS.

FELICIANA.

¡Contigo un hombre! ¿Qué es esto?

DON JUAN.

¿Qué ha de ser, Feliciana? Yo bien pue-
Estar con mi mujer. [do

FELICIANA.

¡Ah, hija ingrata,
Al mundo sin honor, y á Dios sin miedo!
¿Desta manera mi opinion se trata?

DON JUAN.

Mi mujer es Lucrecia.

FELICIANA.

Quedo, quedo,
Don Juan; que si te trajo el oro y plata,
Todo se pierde si á Fabricio deja,
Que ya llama á estas puertas y á esa reja.

DON JUAN.

Que no quiero yo plata ni oro infame;
Hermosura y virtud es lo que pido.
Con mi mujer estoy; nadie se llame,
De la que yo lo soy, dueño y marido.
¡Viven los altos cielos que derrame
La sangre de Fabricio, mal venido!
Aquí me entré á casar, yo soy su esposo.

LUCRECIA. [so.

Ten la espada, mi bien; que estás furio-

FELICIANA. [engaño!

¡Ah, perra! que tú has hecho aqueste

LUCRECIA.

¿Yo, mi señora?

FELICIANA.

Tú, que por tu gusto
Me has quitado la vida.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Caso extraño!

LUCRECIA.

Madre, ¿cuándo jamás te dí disgusto?
Amor fué causa deste grave daño;
Pero no para caso tan injusto.
Yo no he dicho á don Juan que seré suya.

DON JUAN. [tuya?

Pues ¿qué me importa á mí la hacienda

LUCRECIA.

¿No dices que me quieres?

DON JUAN.

Que te adoro.

LUCRECIA.

¿Harás cualquiera cosa que te pida?

DON JUAN.

Tu sola voluntad es mi tesoro.

LUCRECIA.

Haz una cosa por mi honra y vida.

DON JUAN.

Di presto.

LUCRECIA.

Aquí al oido.
(*Habla bajo á don Juan.*)

FELICIANA.

¡Oh plata y oro,
Codiciada, estimada y preferida!
Por tí conquista España al indio, al mo-
De vida de sus hijos homicida. [ro,
Temblando estoy. Ya llaman mas aprie-
[sa.
De treinta mil ducados es la empresa.
Aquel como soldado sube al muro,
Y este como cercado le defiende.

DON JUAN.

De hacer tu gusto ¡oh bárbara! te juro;
Que un hombre noble y con amor no

LUCRECIA. [ofende.

Detrás desta pared estás seguro.

DON JUAN.

Ven, Hernando, conmigo.

HERNANDO.

¿Qué pretende
Esta mujer?

DON JUAN.

Matarme, pues le agrada
No cansarse de ser la mal casada.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XII.

FELICIANA, LUCRECIA, ISABEL, ORDOÑEZ.

FELICIANA.

¿Irán á abrir?

LUCRECIA.

Vayan luego,

Porque en entrando se irán.
(*Vanse los criados.*)

FELICIANA.

¿Qué le dijiste á don Juan?

LUCRECIA.

Templé, Señora, su fuego
Con promesas temerarias,
Y todas contra mi honor;
Que para tanto furor
Todas fueron necesarias.

FELICIANA.

No importa. Salga de aquí;
Que nunca te ha de ver mas.
Y tú me la pagarás.

ESCENA XIII.

FABRICIO, *con una muleta y un parche en un ojo, sombrero y cuello grande;* TERENCIO, VIRGILIO, ORDOÑEZ, ISABEL. — FELICIANA, LUCRECIA.

FABRICIO.

¿Dormiva già?

ORDOÑEZ.

Señor, sí;
Mas luego se levantó.

LUCRECIA.

¿Quién es este?

ORDOÑEZ.

El desposado.

LUCRECIA.

¿Este?

ORDOÑEZ.

El mismo que ha llegado:
De lo demás ¿qué sé yo?

FABRICIO.

Sia molto ben trovata
Vossignoria.

LUCRECIA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

FABRICIO.

¿Siete voi la sposa?

FELICIANA.

Sí.

LUCRECIA. (*Ap.*)

¡Maldiga Dios quien retrata!

FABRICIO.

Donatemi, mia signora,
Un abraccio molto stretto;
Che vi giuro e vi prometto
Che più di voi m' inamora
La fama e la leggiadria,
Che il tesoro e tutto l' oro.

FELICIANA.

Yo tengo en vos mi tesoro.

FABRICIO.

Voi siete la donna mia
E la mia cara consorte.

FELICIANA.

Cansado vendréis, Señor.

FABRICIO.

Non si lassa mai amor.

FELICIANA.

Y porque toda la corte
Os querrá mañana ver,
Descansad; que viene el dia.

FABRICIO.

¿Siete voi suocera mia?

FELICIANA.

Yo soy de vuestra mujer
Madre.

FABRICIO.

¡Oh la mia signora!
La mia suocera!

FELICIANA.

Venid,
Y en este cuarto dormid;
Que ya madruga el aurora.

FABRICIO.

Andiamo dove volite.
Addio, signora bella.

LUCRECIA.

Id con Dios.
(*Vanse Feliciana, Fabricio y Ordoñez.*)

ESCENA XIV.

LUCRECIA, ISABEL, TERENCIO, VIRGILIO.

LUCRECIA.

(*Ap.* ¿Con qué cautela
No querré tan mal envite?)
¡Ah caballeros! ¿Quién son?

VIRGILIO.

Criados de vuestro esposo.

LUCRECIA.

Yo le he visto mas hermoso
Y de mayor perfeccion.

TERENCIO.

¡Vos! ¿Dónde?

LUCRECIA.

En cierto retrato.

TERENCIO.

Antes que enfermó seria.

LUCRECIA.

(*Ap.* ¡Qué linda desdicha mia!
¡Oh tiempo, á ti mismo ingrato!
¿Das gusto? Quitas hacienda.
¿Das hacienda? Quitas gusto.)
Hacer un retrato al justo
Era mas justo á su prenda
Porque en el que me envió
No vi parche ni muleta.

VIRGILIO.

No está la pierna perfeta,
Y ha un mes que el ojo perdió.

LUCRECIA.

Id en buen hora, señores,
Porque descanseis con él.
(*Vanse los dos criados.*)

ESCENA XV.

ISABEL, LUCRECIA.

LUCRECIA.

¿Qué te parece, Isabel?

ISABEL.

Que eres dichosa en amores.

LUCRECIA.

En casamientos dirás.

ISABEL.

Peor es este que el muerto.

LUCRECIA.

Pues eso tenlo por cierto;
Que no puede serlo mas.
¿Salió don Juan?

ISABEL.

Ya salió.

LUCRECIA.

¡Linda venganza le he dado!
¿Si habrá visto al desposado?

ISABEL.

Al tiempo de entrar le vió.

LUCRECIA.

Mataréme, no lo dudes;
Que no he de ser su mujer.

ISABEL.

Ya ¿cómo puedes hacer
Que su propósito mudes?
O quedar desheredada.

LUCRECIA.

Sin duda que yo nací
Para que digan de mí
Dos veces *La mal casada.* (Vanse.)

—

Calle.

ESCENA XVI.

LISARDO, FULGENCIO, MILLAN.

LISARDO.

Viendo á mi padre estar tan impedid[o]
De su gota, Fulgencio, os he rogado
Me hagais merced en lo que agora [os]
[pido.

FULGENCIO.

Sobrino, della estoy bien informado.
Su padre conocí, muy bien nacido,
Hidalgo vizcaino y muy honrado;
Pero esto de tener tan grande hacienda
No sé cómo os lo crea ni lo entienda.
Oribe, que Dios haya, no tenia
Dos mil ducados, sin aquella casa,
Que con lo mas en censos la vivia.

LISARDO.

Pues ya, Señor, de otra manera pasa.
Lucrecia se casó por su hidalguia
Y su belleza, que otras muchas casa,
Con Julio, un milanés: murió, y de[jó]
De lo que veis por heredera sola.
Yo sé que soy aceto á Feliciana
Y que me mira bien Lucrecia, y creo
Que no os dirán de no.

FULGENCIO.

Tan de mañ[ana]
Hijo, me ha despertado tu deseo,
Que pienso que lo oirán de mala gan[a].
Mas oye aquí; que abrir la puerta ve[o].
Entra, Millan, y mira lo que pasa.

MILLAN.

Alborotada está toda la casa. (*Éntrase.*)

LISARDO.

Mal te persuadirás que amor ha sido,
Mirando bien los treinta mil ducados.
Antes la amé de haberlos adquirido.

FULGENCIO.

Sobredorados llevas tus cuidados.
(*Vuelve Millan.*)

MILLAN.

¿Qué pensaréis que es todo este rüi[do]
Y trápala de pajes y criados?

LISARDO.

¿Está mala Lucrecia?

MILLAN.

Antes muy bue[na],
Pues desposarse aquesta noche orde[na].

LISARDO.

¿Qué dices, bestia?

MILLAN.

Así lo dicen ellos.

FULGENCIO.

Hijo, ¿de qué te espantas? Que es be[lla]
Con treinta mil ducados. [...]

LISARDO.

¡Oh cabell[os]
De la ocasion! Tardé: ¡qué triste co[sa]!

FULGENCIO.

Si los pudiste asir, no ha estado en ellos
La culpa, sino en tí.

LISARDO.

Lucrecia hermo[sa]

Habrá escogido aquel don Juan que ha [sido...
Quiero callar... viviendo su marido...

ESCENA XVII.

DON JUAN, *fuera de sí, medio desnudo, pero con espada;* HERNANDO, *deteniéndole.* — DICHOS.

HERNANDO.
¡Esto hace un caballero?

DON JUAN.
Hombre, no me digas nada;
Que en ocasiones como esta
Perder el seso es ganancia.
¿Qué ha de hacer con seso un hombre,
Teniendo, por no guardarlas,
En un incendio de fuego
Las tres potencias del alma?

LISARDO.
¿No es este don Juan?

MILLAN.
El mismo.

LISARDO.
Darle quiero, pues se casa,
El parabien.—Guárdeos Dios.

DON JUAN.
Así es verdad, Dios me guarda.

LISARDO.
Goceis mil años, Señor,
Vuestra Lucrecia gallarda,
Pues ganastes este pleito
Contra un letrado de fama.

DON JUAN.
¡De mí se burlan! ¿Qué es esto?
¿No soy don Juan? No es mi espada
Esta que traigo ceñida?
Pues yo tomaré venganza.
(*Desenvaina.*)

HERNANDO.
Huid, huid; que está loco.

FULGENCIO.
¡Hijo, hijo!...

LISARDO.
¡Furia extraña!
(*Huyen Fulgencio, Lisardo y Millan.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, HERNANDO.

HERNANDO.
Tente, Señor.

DON JUAN.
¿Están muertos?

HERNANDO.
Todos los hiciste rajas.

DON JUAN.
¿Maté al letrado?

HERNANDO.
El primero.

DON JUAN.
¿Y al viejo?

HERNANDO.
Una cuchillada
Le diste, que la cabeza
Así de los hombros salta,
Que dando con ella al mozo,
Como si fuera una bala,
Le llevó toda la suya.

DON JUAN.
Vitoria toquen las cajas.
¿Podré envainar?

HERNANDO.
Es sin duda.

DON JUAN.
Pero espera.

HERNANDO.
¿Qué te falta?

DON JUAN.
Quiero darte un golpe á tí,
Porque tu cabeza vaya
Adonde está el desposado;
Que si le encuentra en la sala,
Quizá le dará en la suya,
Y quedando, si le mata,
Viuda doña Lucrecia,
Me la dará Feliciana.

HERNANDO.
Sí; pero advierte que allí
Viene volando tu dama.

DON JUAN.
¿Adónde?

HERNANDO.
Valedme, piés. (*Huye.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN.

Burlóme. ¡Oh villano! aguarda,
Aguarda, y prueba la furia
De un hombre que anoche estaba
En un jardin con Lucrecia
Al pié de una fuente clara,
Y habiéndose ya rendido
A la fuerza de mis ansias,
A mis suspiros y quejas
Y á mis lágrimas amargas,
Llamó un hombre de improviso,
Y diciendo que se llama
Su esposo, y que por la posta
Viene de Milan á España,
Me notifican la muerte
Y me quitan la esperanza,
Dándome por mas deshonra,
Por sepultura una gavia.
¿Quién hay, paredes, que tenga
En mujeres confianza?
Casada estaba en secreto,
Y nunca me dijo nada.
¡Ay, mis cobardes deseos,
Que por andaros en galas,
Perdistes la posesion
Del bien que Lucrecia os daba!
Gente me mira: no es justo
Dar mas lugar á mis ansias.
Si tu esposo es el que vi,
No quiero mayor venganza;
Pues casándote dos veces
Y haciéndome burla entrambas,
Te llamarán en Madrid
Dos veces *La mal casada.*

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Lucrecia.

ESCENA PRIMERA.

FELICIANA, LUCRECIA, ISABEL.

LUCRECIA.
¿Por qué me riñes á mí,
Pues tú me lo aconsejaste?

FELICIANA.
Porque llorando causaste
Este mal consejo en mí.
Otros defetos hubiera
Para el divorcio que tratas.

LUCRECIA.
¡A buen tiempo te retratas!
¿Era mejor que dijera
Que era cojo, tuerto ó manco?
¿Dirímese el matrimonio
Con eso?

FELICIANA.
¿Y si es testimonio
Esotro, y te sale en blanco?

LUCRECIA.
Yo sé que digo verdad,
Y que descasarme puedo.

FELICIANA.
Presumí que fuese enredo
De tu loca voluntad;
Mas ya que el pleito se ha puesto
Y en el tribunal se sigue,
Razon será que se obligue,
Hija, á Lisardo con esto.
El es famoso letrado,
Y te sabrá defender.

LUCRECIA.
Tú ¿no ves que ha de volver
Al pensamiento pasado?

FELICIANA.
¿Qué importa, si por codicia
De casarse, el pleito vence?

LUCRECIA.
Otro harás que se comience.
Yo tengo en este justicia.

FELICIANA.
Voy á escribirle un papel.
Yo sé que importa á tu honor. (*Vase.*)

ESCENA II.

LUCRECIA, ISABEL.

LUCRECIA.
¡Ay de mí pasado amor!
¿Qué hay de don Juan, Isabel?

ISABEL.
Desde aquella noche triste
Que de aquí se despidió
Y en esas rejas me habló,
No le vi mas.

LUCRECIA.
Necia fuiste
En no me llamar.

ISABEL.
¿No ves
Que estaba loco, y hiciera
Alguna cosa que fuera
Para tu daño despues?
Mas mira ¡cuán grande amor
Te tiene, pues ha dejado
En la corte á su criado,
Que sirve de embajador!
Este pasa cada dia
Por tu calle.

LUCRECIA.
Y ¿á qué pasa?

ISABEL.
A saber lo que hay en casa,
Hecho cuidadosa espía.

LUCRECIA.
Luego ¿habrá escrito á don Juan
El divorcio, y los defetos
De Fabricio?

ISABEL.
Y los secretos
Que mas, Señora, lo están,
Porque con lindo artificio,
De Ordoñez el escudero
Se ha hecho pariente.

LUCRECIA.
Hoy quiero
Desengañar á Fabricio.

ISABEL.

¿Qué mas desengaño quieres
Que el defeto que le pones?
Mas ¿es cierto, ó lo compones?
Porque suelen las mujeres
Con grande aborrecimiento
Intentar extrañas cosas.

LUCRECIA.

Estas no son fabulosas.
Bien sabe Dios que no miento.

ISABEL.

Hernando pasa, ó me engaño.
¿Quieres que le llame?

LUCRECIA.

Sí,
Pues no está mi madre aquí.

ISABEL.

Voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

LUCRECIA.

¡Qué mayor desengaño
De los bienes que fortuna
Suele dar con mano escasa,
Que lo que en mi historia pasa,
A quien no iguala ninguna?
¡Oh hacienda, con vil pension
De un hombre con mil defetos!
No son pobres los discretos;
Que si lo son, ricos son.
¡Nunca acetara la herencia,
Pues con que vivir tenia!

ESCENA IV.

HERNANDO, ISABEL. — LUCRECIA.

HERNANDO.

¡Oh hermosa señora mia!

LUCRECIA.

¡Oh Hernando!

HERNANDO.

Dame licencia
Para besarte los piés.

LUCRECIA.

¿Qué sabes de tu señor?

HERNANDO.

¿Lloras? ¡Qué efeto de amor!
Pero bien haces; que ves
De aquel sol la sombra en mí,
Que de tus ojos faltó.

LUCRECIA.

¿Escribístele que yo
Tanta venganza le dí?

HERNANDO.

Ya le he escrito que Fabricio
Es bastante á despicalle;
Que los celos de un buen talle
Quitan á un hombre el jüicio,
Y el malo pone cordura
En el galan mas picado.

LUCRECIA.

Y del pleito comenzado
¿Sabes algo por ventura?

HERNANDO.

Escribíle á mi señor
El defeto natural
De tu esposo, que á su mal
Era el remedio mejor;
Pues pensar que libre estás
Desta fiera rigurosa
Es para don Juan la cosa
De que se ha de alegrar mas.

LUCRECIA.

Libre estoy; que no es fingido.
Libre estoy. Fabricio es hombre
Solamente por el nombre,
Y por el nombre marido.
Escribe, Hernando, á don Juan
Que mi pleito va adelante,
Y que en tiempo semejante
No es oficio de galan
Desamparar una dama
Que en él su esperanza tiene.

HERNANDO.

Yo se lo he escrito, y él viene:
Mira si te quiere y ama.

LUCRECIA.

¿Que viene?

HERNANDO.

Verdad te digo.

LUCRECIA.

Toma esta bolsa en que están
Treinta escudos.

HERNANDO.

A Milan
Y á toda Italia bendigo,
Pues vino el Julio de allá
Que este Agosto te dejó.

LUCRECIA.

Julio, Hernando, me mató,
Supuesto que es muerto ya,
En dejarme este sobrino.

HERNANDO.

Sobrino dice sobrar,
Y sobrino de faltar
¿Para qué de Italia vino?

LUCRECIA.

Hernando, si mi ventura
Fuese tal, que mereciese
Que á don Juan en Madrid viese
En aquesta coyuntura,
Cierta estoy que me daria
De tantos males consuelo.

HERNANDO.

Ruégalo, Señora, al cielo.

ESCENA V.

FELICIANA, *dentro.* — DICHOS. *Despues* LISARDO.

FELICIANA. (*Dentro.*)

¡Lucrecia!

LUCRECIA.

Señora mia.
(*A Hernando.*) Huye, escóndete; que viene
Mi madre.

HERNANDO.

El cielo te guarde.

LUCRECIA.

Vuélveme á ver esta tarde.

(*Vanse Hernando é Isabel, y salen Feliciana y Lisardo.*)

LISARDO.

Padre y abogado tiene.
Pero estoy muy enojado
Que no me avisasen luego.

FELICIANA.

Que seais, Lisardo, os ruego
Desta muchacha abogado;
Que es lástima ver su edad
En dos monstruos empleada.

LISARDO.

Dios os guarde, mal casada,
Y os vuelva la libertad.

LUCRECIA.

De vuestro ingenio confio
De mi justicia el remedio.

LISARDO.

Basta que esté de por medio
La fuerza del amor mio.

FELICIANA.

Yo os prometo, si poneis
A Lucrecia en libertad,
Dárosla luego.

LUCRECIA. (*Ap. á su madre.*)

Callad,
Señora, y no os arrojeis.

FELICIANA.

Yo digo lo que ha de ser.
Siempre he estimado á Lisardo.

LISARDO.

Leyes, ¿de qué me acobardo,
Si es Lucrecia mi mujer?
¿Qué dudo, si me han buscado,
De gozar el bien que espero?
Yo soy nombrado primero,
Y así soy el mas amado.
Lege Quoties, *de usufructu.*
Ya ¿de qué tengo temor?
Mis dichas llegan á tiempo;
Que quien es primero en tiempo,
Es su derecho mejor.
Lege Si fundum, *capite* Qui potior, etc.
¿Qué tengo pues que pensar,
Pues es necia la cuestion
Donde no queda razon
De argüir ni de dudar?
Lege Domitius, *de testamentis.*
Ahora bien, suegra y señora,
Dejadme aquí con Lucrecia
A solas.

FELICIANA.

Quien tanto os precia
Pretende, Lisardo, agora
Fiaros todo su honor.
¿Quereis saber la verdad?

LISARDO.

Para que la calidad
De una materia mejor,
Señora, se comprehenda,
Primero se ha de informar;
Porque no es justo llegar
Sin que el principio se entienda.
Lege prima, in fine, De origine juris.
(*Vase Feliciana.*)

ESCENA VI.

LISARDO, LUCRECIA.

LUCRECIA.

(*Ap.* ¿Qué hace este majadero
De engañar con su latin
A mi madre, solo á fin
De pescalle este dinero?)
¿Qué es, Señor, lo que quereis?

LISARDO.

Solo con vos he quedado
Para quedar informado
Del pleito que pretendeis.
Decidme pues cómo ha sido,
Pues seguramente hablais,
El defeto que tratais
Poner á vuestro marido;
Porque será de importancia
Proseguille si se emprende.
Nunca al principio se atiende,
Sino á la perseverencia.
Lege Nam etsi parentibus, *paragrapho primo,* etc.
Decid ¿qué pasais con él?

LUCRECIA.

Si yo como vos supiera
Latin, pienso que os dijera
Mas fácil lo que hay en él.
Basta saber de por junto
Que aqueste defeto tiene.

LISARDO.

Declaralle mas conviene,
Y todo punto por punto;
Que mal puedo yo informar,
Si no me consta lo que es.

LUCRECIA.

Si no os va mas interés
Que el que teneis en hablar
Desta materia conmigo,
No me hagais salir colores.

LISARDO.

No se excusa.

LUCRECIA.

¡Qué rigores!

LISARDO.

Vos sois el mayor testigo.
Decid algunas señales
Antes del pleito empeñado,
Porque de un principio errado
Suceden despues mil males.
Paragrapho Consideravimus, *et ibi glossa in verbo* Illicito.

LUCRECIA.

Señor Lisardo, no sé
Mas de romance en Madrid:
Allá esas leyes decid
Donde quien las sabe esté.
Fabricio casó conmigo,
Como Julio lo mandó:
Si he sido obediente yo,
Esta verdad es testigo.
Mi ánimo fué tener
Por mi dueño á su sobrino...
Vino para mí... y no vino.
Mirad cómo puede ser.
Mientras estuve sin él,
Dormia con mi señora;
Y lo mismo pienso agora,
Despues que duermo con él.
Yo paso un triste desvelo,
Con un vivo amortajado;
Tengo una fantasma al lado,
Que toda parece hielo.
Es fuego que está en su esfera,
Que no se ve aunque se estime,
Y es un sello que no imprime
Aunque esté blanda la cera.
Es un desmayo de amor
Y un enfermo caballero;
Que ha reñido aventurero,
Y que no es mantenedor.
Es un efeto pintado
Que da á la vista alboroto;
Es un instrumento roto
Y un reloj desconcertado;
Y cuando mas aficion
Sus pensamientos enciende,
Paga en moneda de duende,
Porque se vuelve carbon.
Esto basta, y por lo menos
Lo demás podeis sacar;
Que no es justo hacerme hablar
En imposibles ajenos. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LISARDO.

¡Oh ingenio y hermosura para sabios!
¡Qué seda blanca de la rica China
No se tiñera en púrpura divina
De sus mejillas y rosados labios!...
¡Qué Alejandros, qué Césares, qué [Otavios
No venciera beldad tan peregrina!
Pues si la resistencia se imagina,
El amor natural recibe agravios.
Pagaste la pension de tantos bienes
Con la desdicha que te dió forzosa
Quien por hermosa coronó tus sienes.
Que no nacieras para ser dichosa
Con tan grande hermosura como tienes,
Ni desdichada para ser hermosa. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Aquí me vuelven las desdichas mias,
Engañado de nuevas esperanzas,
Porque suele de humildes confianzas
Nacer un bien para inmortales dias.
Pasé abrasado mil montañas frias,
Estando igual el sol en sus balanzas,
Hice en las tierras, no en la fe, mudanzas,
Que con mi firme amor serán tardías.
Viva la fe, las esperanzas vuelen,
No dén veneno al alma desengaños, [len;
Pues mucho mas que los engaños due-
Que entretenido amor en sus engaños,
Mejor pasa las horas, porque suelen
Vencer las esperanzas á los años.

ESCENA IX.

HERNANDO.— DON JUAN.

HERNANDO.

Díjome Alberto que llegado habias,
Y como loco por las calles vengo.
Seas, Señor, mil veces bien venido.

DON JUAN.

¡Oh Hernando mio! Que si tú tenias
Deseo de tu dueño, no me vences
El que tengo de ver tan buen criado.

HERNANDO.

¿Cómo vienes, Señor?

DON JUAN.

Como quien viene
Con sola la esperanza de tus cartas.
Yo estaba en nuestra villa como suele
El cautivo de Argel en las prisiones,
Olvidado de deudos y parientes.
Resucitóme, Hernando, aquel capítulo
Del pleito de Lucrecia, porque creo
Que el pensar en Fabricio me matara:
Tales eran los celos y la envidia,
Tales eran las ansias y dolores
De ver mi soledad y sus amores.
No suele ruiseñor que ve su nido
Ocupado de pájaro extranjero,
Llorando despedir por la garganta
El aliento vital con mas tristeza
Que yo, viendo á Fabricio entre los bra-
De la bella Lucrecia hacer el nido. [zos
Que yo lloré viendo mi amor perdido.

HERNANDO.

Alégrate, Señor; que la fortuna
Suele probar mil veces sus amigos,
Y para levantar á un alto estado, [ínfimo,
Derriba un hombre hasta el lugar mas
Porque despues que suba y le engran-
Su poder y favores le agradezca. [dezca,
El pleito está de suerte, que sospecho
Que ha de salir Lucrecia vitoriosa.
Fabricio es hombre enfermo y impedi-
Y casi con vergüenza se defiende. [do,
Mal juego tiene, pues partido pide.
Querrá algunos ducados y volverse.

DON JUAN.

¡Ay! Dénle todo cuanto le ha dejado
A Lucrecia su tio, solamente
Deje libre aquel ángel inocente.

HERNANDO.

¿Cómo te diré yo de qué manera
Ayer la vi y hablé? ¡Qué lindas tocas!
Parece que entre nieve se asomaba
Un ramillete de purpúreas rosas.
¿Qué me dijo de tí?

DON JUAN.

¡Cielos! ¿que puedo
Sufrir el bien? ¡Ay Dios! mas peligroso
Es un suceso bueno que un adverso.

HERNANDO.

Así lo dijo de un poeta el verso.

DON JUAN.

Yo tengo de ir á verla.

HERNANDO.

¿Cuándo?

DON JUAN.

Luego.

HERNANDO.

¿Estás loco?

DON JUAN.

No puedo mas, Hernando.

HERNANDO.

¿Cómo podrás entrar durando el pleito?
Que siendo sospechosa tu persona,
Podrias hacer daño al honor suyo,
Y levantarle acaso un testimonio.
Déjala dirimir el matrimonio.

DON JUAN.

Vamos los dos en forma de notarios;
Tú serás el mayor, yo el escribiente.
Di que vamos de parte de Fabricio
A tomar los testigos desta causa.

HERNANDO.

Pues ¿no es mejor que tú el notario seas?

DON JUAN.

No, Hernando; que estaré turbado todo.
Tú, que estás sin pasion, podrás hablar-
[la.

HERNANDO.

¿Y si acaso la madre nos conoce?

DON JUAN.

No hará, mudando el traje, y fuera desto,
La cara encubriré sobre la mesa
Bajándola al papel.

HERNANDO.

Bien me parece;
Que soy un poco amigo de invenciones,
Y deseo tu gusto y tu remedio.

DON JUAN. [medio,

Pues ven tras mí; que estando amor en
No hay que temer peligros; que es mas
[fuerte
Mil veces el amor que no la muerte.

HERNANDO.

Cuando el negocio llegue á cintarazos,
No creas tú que puede ser valiente
Un hombre tan mujer como su abuela.

DON JUAN.

Yo venceré por fuerza ó por cautela.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Lucrecia.

ESCENA X.

FABRICIO, FELICIANA, LUCRECIA.

FABRICIO.

Voi darete conto à Dio.

FELICIANA.

Hablá como habeis de hablar.

FABRICIO.

Io sapero trovar
Il modo dell'fatto mio.

LUCRECIA.

Pues ¿qué podeis vos hacer?

FABRICIO.

¡Tu ancora, consorte mia!
¿Ch'è questa furfanteria?

LUCRECIA.
Que ya no soy su mujer.

FABRICIO.
Per Dio vero, che ti done
Venticinque bastonate.

FELICIANA.
¡Hola! no me la maltrate.
Hable bien, aunque perdone;
Que si me quito un chapin...

FABRICIO.
¡Maledetta mia fortuna!

FELICIANA.
No se queje de ninguna;
Quéjese de ser tan ruin.

FABRICIO.
¿Che cosa *rüin*, furfanta?

FELICIANA.
¡A mí furfanta!

FABRICIO.
Cusí
Mi voglio trattare á ti,
Ruffiana, che ti fai santa.

LUCRECIA.
¡A mi madre!

FABRICIO.
Ebben, ¿che vuoi?
¡Canchero in la macarela!

LUCRECIA.
¡Hola, Beatriz, Isabela!

FABRICIO.
E ¿che faremo dipoi?

LUCRECIA.
¡Ordoñez, Sancho, Leonicio!

FABRICIO.
(*Ap.* Io mi voglio rittirarmi:
Che si aspetto un poco, parmi
Che muore il pover Fabrizio.)
¡Oimè! la mia fatica!
Mi voglio andar in Milano.

FELICIANA.
Deja, Lucrecia, al villano.

FABRICIO.
Non più voglio aspettar mica.
(*Ap.* ¡Canchero in Ispagna, in tutti
Questi ladri Marioli
De traditori spagnuoli!
Porti il diavolo gli scuti. (*Vase.*)

FELICIANA.
El se va desesperado.

LUCRECIA.
Mas que nunca vuelva acá.

FELICIANA.
¡Plega á Dios!

ESCENA XI.

DON JUAN Y HERNANDO *de notarios, con valonas y sotanillas, papel, cajas y pluma.* — FELICIANA, LUCRECIA.

HERNANDO.
¿Quién está acá?

LUCRECIA.
Dos hombres, madre, han entrado.

HERNANDO.
Venimos á examinar
Por la parte de Fabricio
Testigos.

FELICIANA.
Hagan su oficio.

HERNANDO.
Haceldos luego llamar.
(*Vase Feliciana.*)

ESCENA XII.

LUCRECIA, DON JUAN, HERNANDO.

HERNANDO.
Poned, Garimberto, ahí
El proceso.

DON JUAN.
Ya está puesto.

HERNANDO.
Prevenid la pluma presto.
¿Está á punto?

DON JUAN.
Señor, sí.

HERNANDO. (*A Lucrecia.*)
¿Qué sabe vuestramerced
Desto que aquí se pregunta?

LUCRECIA. (*Ap.*)
¡Ay cielos! Estoy difunta.

HERNANDO.
¡Hola! El principio poned.

DON JUAN.
¿Qué edad?

LUCRECIA.
Ya puedo pedir
Mi hacienda, aunque libre fuera.
(*Ap.* Que era don Juan presumiera,
A no le ver escribir
En el pleito desta causa.)

DON JUAN.
Tomalde la confesion
Porque diga la ocasion...
(*Ap.* Que mis desventuras causa.)

HERNANDO.
Este hombre ¿es hombre, ó no?

LUCRECIA.
No es hombre.

HERNANDO.
Poneldo ahí;
Que pues que lo dice así,
Mejor lo sabe que yo.

ESCENA XIII.

FELICIANA, ISABEL, ORDOÑEZ. — DICHOS.

HERNANDO.
Otro testigo.

FELICIANA.
¡Hay tal prisa!

LUCRECIA.
¿Oyes, Isabel?

ISABEL.
Ya voy.
(*Llégase á la mesa donde escribe don Juan.*)

HERNANDO.
(*Ap.* Aquí me pierdo; que estoy
Descalzándome de risa.)
¿Qué edad teneis?

ISABEL.
¿No lo ve?

HERNANDO.
¿Sois doncella?

ISABEL.
A mi señora
Sirvo de doncella agora.

HERNANDO.
¡Buena conciencia!

ISABEL.
Esto sé.

DON JUAN.
¿Leeré el interrogatorio?

HERNANDO.
Dejad; que no es menester,
Porque ya á aquesta mujer
Es todo el caso notorio.—
¿Cómo os llamais?

ISABEL.
Isabel.
(*Ap.* ¡Ay cielos! ¿No es este Hernando?)

HERNANDO.
Jurad aquí.

ISABEL.
Estoy pensando...
(*Ap.* Que es él sin duda, que es él.)

HERNANDO.
¿Qué sabeis de su marido
De la señora Lucrecia?

ISABEL.
Yo, Señor...

HERNANDO.
Acabad, necia.
Decid lo que habeis oido;
Que bien se me alcanza á mí
Que de vista no será.

ISABEL.
Enfermo, Señor, está.
Esto á mi señora oí.

HERNANDO.
Y de su disposicion,
¿Juzgais que es rocin de casta?

ISABEL.
Yo presumo lo que basta
Como los que no lo son.

HERNANDO.
Otro venga.
(*Vase Isabel.*)

ESCENA XIV.

FELICIANA, LUCRECIA, DON JUAN, HERNANDO, ORDOÑEZ.

LUCRECIA.
¡Ordoñez, hola!

ORDOÑEZ.
Aquí estoy.

HERNANDO.
Jurad.

ORDOÑEZ.
Ya quiero.

HERNANDO.
¿Qué oficio?

ORDOÑEZ.
Soy escudero.

HERNANDO.
Y rocin con sotacola.
¿Sois hidalgo?

ORDOÑEZ.
Como el rey.

HERNANDO.
¿Qué años? Decid verdad,
Porque si negais la edad,
Vais contra derecho y ley.
Ley de Matusalenis, *capítulo* de barbatis, *párrafo* de escuderis et praetesoribus.

ORDOÑEZ.
Señor, yo pienso que haré
Mis ochenta esta vendimia.

HERNANDO.
No es hombre que vende alquimia.
Verdad dice, bien se ve.—
¿Qué tanto habrá que dijistes
Taita y *mama*?

ORDOÑEZ.
No me acuerdo.

HERNANDO.

El hidalgo es hombre cuerdo.—
Y del pleito ¿qué supistes?

ORDOÑEZ.

Señor, hasta sus criados
Murmuran de sus flaquezas;
De sus heladas tibiezas
Todos estamos cansados.
Y con ser señal que avisa
Lo que quereis preguntar,
No hemos visto levantar
A mi señora con risa.
Siempre sale desgraciada,
Siempre el cabello tranzado;
Ya da voces al criado,
Ya riñe con la criada.
Y cuando por la mañana
Sale una mujer compuesta,
Y á todos riñe y molesta,
Y come de mala gana,
Anda el rostro deslucido
Y el sobrecejo en los piés,
Creedme, que todo es
Disgustos de su marido.

HERNANDO.

Escribildo todo así,
Y que aqueste honrado viejo
Pudiera ser del consejo
Del Gran Turco y del Sofí.
Id, señora Feliciana,
Y el testamento traed
De Julio.

FELICIANA.

Yo voy.
(*Vanse Feliciana y el escudero.*)

ESCENA XV.

LUCRECIA, DON JUAN, HERNANDO.

HERNANDO. (*A Lucrecia.*)

Creed
Que vuestra justicia es llana;
Y que aunque yo vengo aquí
Por la parte de Fabricio,
Haré muy legal mi oficio,
Porque se ha de hacer así.
Lege Si aliquis fecerit unam inventionem, *capitulo* de escribanos fingidos, *paragrapho* de viudas.
(*Levántase don Juan.*)

DON JUAN.

Necio y prolijo has estado.
Mi remedio has puesto en duda.
¿Por qué no la echabas antes?

HERNANDO.

Por hallar mas justa excusa.

DON JUAN.

¡Señora del alma mia!

LUCRECIA.

¡Ay cielos!

DON JUAN.

¿De qué te turbas?
Dame esos brazos.

LUCRECIA.

Don Juan,
¿Eres tú?

DON JUAN.

Mis desventuras
Me han puesto en tan triste estado,
Que con razon lo preguntas.
Yo soy el que ya dos veces
Vió tu voluntad perjura,
Quien dos veces te perdió,
Y ninguna por su culpa.
Yo soy el que ya por tí
Hice tan tiernas locuras,
Que no me há igualado Orlando
Ni en el amor ni en la furia.
Yo soy quien la vez primera
Salió con tantas angustias,
Que guardó su vida amor
Para sufrir la segunda.
Yo soy quien si en la tercera
Viene á perder tu hermosura,
Piensa morir en tus rejas
Antes que sufrir tu injuria.

LUCRECIA.

Y yo soy quien, señor mio,
Puesto que mi amor acusas,
Creo que podré decir,
Aunque dos veces me culpas:
«De las desdichadas
Yo soy la una;
Sígueme la rueda
De la fortuna.»
Mi primero casamiento
Mi madre, á quien tanto ofusca
La codicia del dinero,
Hizo con violencia injusta.
Cuando de Julio quedé,
Como lo sabes, viuda,
Ya la cláusula supiste
En que esta herencia se funda.
Y cuando fuera culpada,
¿Parécete que se purga
Cualquier delito en tormento
De quien mi muerte redunda?
Mira en qué punto me veo,
Y mas si los pleitos duran,
O me mandan encerrar,
O contra mis años juzgan,
Y por ser la informacion
De una causa tan oculta,
Por razon de aquesta herencia
Quieren que sus faltas suplá;
Que bien puede ser que este hombre
Testigos falsos induzga,
Y me manden sin razon
Que viva en su sepultura.
Mira si podré decir,
Don Juan, con causa mas justa,
Viendo cumplidas mis penas
Y mis esperanzas nunca:
«De las desdichadas
Yo soy la una;
Sígueme la rueda
De la fortuna.»

DON JUAN.

Corre las cortinas bellas
Al divino sol que anublas,
O á los rayos de mi amor
Esas estrellas enjuga;
Que no hayas miedo que el cielo
A tanto mal nos reduzga.
La fortuna es variable,
Y por momentos se muda;
Que como del bien el mal,
Ya del mal el bien resulta.
Podrá ser que el puro cielo
Otra calidad infunda
En nuestros sucesos ya.

LUCRECIA.

¡Ay mi don Juan! Seré tuya...

DON JUAN.

Tente, no me digas nada;
Que si agora serlo juras
Hasta la dispensacion,
Nuestro matrimonio anulas.
Corra la fortuna agora,
Que es, como ves, absoluta,
Pues negociarás mejor
Si el cuerpo á sus golpes hurtas.
Solo te pido que agora
Premies penas tan profundas
Con esos brazos.

LUCRECIA.

Tu esclava
Solo agradarte procura.

ESCENA XVI.

FELICIANA.—DICHOS.

(*En viendo á Feliciana, don Juan se aparta de Lucrecia, y se va á la mesa á escribir.*)

FELICIANA.

¿Qué es esto, señor notario?

DON JUAN.

A la primera pregunta
Dijo...

FELICIANA.

Ya yo sé qué dijo.
Tarde, don Juan, disimulas.
Ya conozco tus engaños,
Ya no hay para qué te encubras.
¡Tú en esta casa!

DON JUAN.

Señora,
Voluntad sencilla y pura
Me ha traido donde ves.

FELICIANA.

Siempre mi deshonra buscas.—
Y tú ¿qué dices, villana?

LUCRECIA.

No sé, madre: estoy difunta.

FELICIANA.

¿Y el bellacon del criado?

HERNANDO.

A la novena pregunta
Dijo aqueste declarante...

FELICIANA.

Pues ¡ agora me deslumbras!
¿Qué mas declarado engaño?
Esta maldad no se usa
En casas tan principales.
Salgan luego.

LUCRECIA.

No descubras
Lo que pasa, con tus voces.

FELICIANA.

Salgan luego.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Oh lince astuta!

HERNANDO.

¿Quién me ha de pagar á mí
Los derechos?

FELICIANA.

¡No hay quien cubra
Este jumento de leña?

HERNANDO.

Páguenme mis escrituras.

FELICIANA.

Don Juan, vete de mi casa;
Que si sentencia pronuncian
En nuestro favor, Lucrecia
Ha de ser de quien estudia
Para su remedio y mio.

DON JUAN.

Digo que es razon y mucha;
Mas suplícote, Señora,
Que una palabra me sufras.

FELICIANA.

Si he de decirte verdad,
Lucrecia es libre, y es suya
Porque Fabricio, enojado
De su afrenta, de la duda
Sacó al jüez confesando
Sus defetos, y renuncia
La herencia, con que le demos
Tres mil ducados de ayuda
De costa, con que se vuelva
A Italia. Hoy quiero que cumpla

Mi palabra con Lisardo
Lucrecia.

DON JUAN.

Es cosa muy justa.
Pero escúchame.

FELICIANA.

¿Qué quieres?

DON JUAN.

Tú lo sabrás, si me escuchas.
Yo he visto, Feliciana, que has tomado
Resolucion de dar tu hija hermosa,
Por razon ó aficion, á este letrado:
Por mil años y buenos sea su esposa.
Contradecirlo yo fuera excusado;
Que eres madre, en efeto, y poderosa
Para mudar su voluntad; mas mira
Lo que puede mi amor, que el mundo ad- [mira.
No pierda yo de ser de aquesta casa
Por la grande aficion que os he tenido.
Tú con don Juan, pues es razon, te casa;
Yo quiero ser, Señora, tu marido. [sa,
Tan grande amor mi pensamiento abra-
Que esta merced por singular te pido;
Y pues que por marido no me precia,
Merezca yo ser padre de Lucrecia.
Y créeme, que si esto consideras,
Verás que te estoy bien.

LUCRECIA.

¡Qué desatino!

FELICIANA.

Aun esas cosas son mas llevaderas
Y parece que van por buen camino.

LUCRECIA.

¡Madre! ¿qué dices?

FELICIANA.

Pues ¿de qué te alteras?
¿Moza no soy? Casarme determino.
Si á don Juan te quitaba, fué de celos
De las gracias que en él ponen los cielos.
Quedaos aquí á cenar; que yo he llama- [do
A Lisardo, y podréis despues de cena,
Cual padre de Lucrecia y tan honrado,
Hablar en su remedio.

DON JUAN.

En hora buena.

FELICIANA.

Yo vuelvo el testamento, y con cuidado
De ver lo que el júez de nuevo ordena.

LUCRECIA.

Madre, ¿qué dices?

FELICIANA.

Que casarme quiero.
Mas moza soy que tú. *(Vase.)*

ESCENA XVII.

LUCRECIA, DON JUAN, HERNANDO.

LUCRECIA.

¿Qué es esto, fiero? [loco?
Qué es esto, engañador? Qué es esto,
¡Con mi madre te casas y me dejas!
¿Así mi fe y amor tienes en poco?
¿Que me case con otro le aconsejas?
A dar voces al cielo me provoco,
Todos han de saber mis justas quejas.
Agora sí que soy la mal casada,
Y en la tercera vez mas desdichada.
¡A quién hubiera yo tan bien querido,
Que de aquesta manera me pagara!
¡Tú de mi madre, bárbaro, marido!
¿Estabas loco?

DON JUAN.

Quedo, prenda cara;
Para que no me echase lo he fingido,
Y para que en su casa me dejara,
Donde podré mejor seguir mi intento;
Que contigo ha de ser mi casamiento.

LUCRECIA.

¡Conmigo! No lo creas; que en tu vida
Me verás, por el susto que me has dado.

DON JUAN.

Ea, leona, quedo.

LUCRECIA.

Estoy perdida.
Casarme tengo con aquel letrado.

DON JUAN.

Ya estás muy necia. Burla fué fingida.

LUCRECIA.

¡Burla que pone el alma en tal cuidado!

DON JUAN.

¿En qué cuidado?

LUCRECIA.

En que mi madre agora
Confiesa que le agradas, y te adora.
Con esto ha de impedir mi casamiento.
Mas yo me casaré con el letrado.

DON JUAN.

Oye, y tratemos engañar su intento.

LUCRECIA.

Déjame, que me has muerto.

DON JUAN.

¿Qué cuidado?...

(Vase doña Lucrecia.)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, HERNANDO.

HERNANDO.

Fuése enojada: ya estarás contento.

DON JUAN.

Un pecho de mujer determinado,
Hernando, no habrá cosa que no intente.

HERNANDO.

¡Famosa bestia! Las espuelas siente.
Date á aplacarla, pues licencia tienes
De andar ya por la casa á tu albedrío.

DON JUAN.

Bien dices, voy. *(Vase.)*

ESCENA XIX.

HERNANDO.

Perdido está de sienes
Este desatinado dueño mio. [enfrenes?
¡Oh amor! ¿Qué fiera habrá que no la
O ¿qué peñasco habrá tan duro y frio
Que se resista al fuego de tu flecha,
De mil diamantes y venenos hecha?

ESCENA XX.

MILLAN, LISARDO. — HERNANDO.

MILLAN.

Notable ventura ha sido.

LISARDO.

El hombre vió la razon,
Y entre tanta confusion
Rindió su pleito á partido.
Yo traigo el apartamiento,
Dándole tres mil ducados
De ayuda de costa.

MILLAN.

Y dados...

LISARDO.

Se vuelve á Italia al momento.

MILLAN.

En efeto ¿era verdad
Que ese defeto tenia?

LISARDO.

El lo confiesa.

MILLAN.

Y sería.

LISARDO.

¡Qué terrible enfermedad
Para paz de dos casados! —
¿Quién está aquí?

HERNANDO.

De don Juan
Un criado.

LISARDO.

Y ¡aquí están
Hoy de don Juan los criados!
¿No saben que soy el dueño
Desta casa?

HERNANDO.

No, Señor,
Porque es don Juan el mayor.

LISARDO.

Eso de don Juan es sueño.

HERNANDO.

Luego ¿vos quereis mujer
Que con otro está casada?

LISARDO.

¡Casada! Todo eso es nada.
Ni ha de ser ni puede ser.

HERNANDO.

*(Ap. Probar quiero mi invencion
En engañar á un letrado.)*
Que don Juan no está casado,
Decís bien, teneis razon;
Pero haber sido dichoso
En lo que quiero callar
¿Cómo le puede quitar
El ser por fuerza su esposo?
Mirad que no os está bien.

MILLAN.

¡Afrentoso desengaño!

LISARDO.

¿No puede mentir?

HERNANDO.

No engaño;
Que soy muy hombre de bien.
¿No me veis ya reformado
De lechuguilla y vestido?

LISARDO.

Y su madre ¿halo sabido?

HERNANDO.

Notables voces han dado;
Mas él la quiere aplacar,
Y como es moza y hermosa,
Halló la mas fácil cosa.

LISARDO.

¿Cómo?

HERNANDO.

Quiérela casar,
Y en dote le ha prometido...

LISARDO.

¿Cuánto?

HERNANDO.

Quince mil ducados,
Porque de los heredados
Esta la mitad ha sido.
Un amigo buscar quiere,
Y que vivan como hermanos.

MILLAN.

Señor...

LISARDO.

¿Qué quieres?

MILLAN.

Con vanos
Pensamientos nadie adquiere
El fin de su pretension.
La tuya no puede ser.
Quiérote dar parecer,
Presuponiendo el perdon;

Que en su causa no hay letrado
De ciencia ni de experiencia,
Ni médico en su dolencia,
Aunque en la ajena acertado;
Y tal vez alguna vieja
O algun criado ignorante
Viene á estar mas adelante,
Y lo mas cierto aconseja.
Ya no te está bien casarte
Con Lucrecia; que don Juan
Ha mucho que es su galan,
Y puede en algo tocarte
Nota de infamia, ó primero
O despues, si has de guardar
Con celos lo que en mirar
Tiene peligro tan fiero.
Estos quince mil ducados
Y una mujer que es el dueño
Desta casa, no es pequeño
Partido, los naipes dados.
Abre los ojos, y mira
Que muda consejo el sabio.
No hay honra para un agravio
Ni gusto donde hay mentira.
Una mujer que ha querido
Otro hombre, ¿qué puede hacer,
Que no venga á padecer
La fama de su marido?

LISARDO.

Tente; que hablar no pudiera
Bártulo con mas acuerdo.
Yo soy el necio, tú el cuerdo.

ESCENA XXI.

DON JUAN, *ya de galan, con cuello y espada*.—DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Pues quede de esa manera;
Que yo lo tengo por bien.

LISARDO.

¡Señor don Juan!

DON JUAN.

¡Oh Señor!

LISARDO.

De hablaros tengo temor
Por el pasado desden;
Pero dame atrevimiento
El saber vuestra hidalguía.
Ya sabeis que pretendia
De Lucrecia el casamiento.

DON JUAN.

Ya lo sé.

LISARDO.

Pues he sabido
Que con ella estáis tratado
De casar; que este criado
La verdad me ha referido.
Yo no quiero averiguar
Lo que ha sido ó lo que fué;
Pero de su madre sé
Que la quereis aplacar,
Casándola (como dice
Vuestro criado) con hombre
De buenas partes y nombre,
Y que esta casa autorice.
Daisle quince mil ducados,
Que es la mitad de la herencia.
Calidad, nobleza y ciencia,
Con mil oficios honrados,
Concurren, don Juan, en mí.
Si sois servido, aquí estoy:
La mano y brazos os doy.

DON JUAN.

¿Tú lo has dicho?

HERNANDO.

Señor, sí.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Oh qué notable invencion!)
Por cierto, señor Lisardo,
Que sois tan noble y gallardo,
Y vuestras partes lo son
De suerte, que en esta corte
No pudiera hallar ninguno
De caudal mas oportuno
A lo que á esta casa importe.
Ellas salen: á esta parte
Os retirad, y hablarélas.
(*Ap.* El amor todo es cautelas.)

ESCENA XXII.

LUCRECIA, FELICIANA, ISABEL, ORDOÑEZ.—DICHOS.

LUCRECIA.

Aquí están.

DON JUAN. (*A Feliciana.*)

Yo vengo á hablarte.

FELICIANA.

Aquí estoy á tu servicio.

DON JUAN. (*Ap. á Feliciana.*)

Tratando yo, Feliciana,
Con Lisardo, que allí ves,
Que contigo me casaba,
Quiso saber si te habian
De dar dote, y cuando trata
Si han de ser doce ó si quince,
Un cierto amigo le habla
Al oido de esta suerte;
Que él me contó las palabras:
«En todo Madrid se dice
Que Lucrecia ha sido dama
De don Juan; y para un hombre
Que pretende honrosas varas,
No sé yo cómo ha de ser
A propósito á su fama.
Su madre es moza y hermosa:
Haced que la herencia partan,
Y casados con las dos,
Nadie á los dos pondrá falta.»
Esto Lisardo me ha dicho,
Y dice que si le abrasan,
No ha de casar con Lucrecia,
Aunque le diesen la casta;
Y que te suplica y pide,
Por lo que te quiere y ama,
Seas su mujer, Señora,
Y esta noche en esta casa
Se celebren las dos bodas,
Porque como dos hermanas
Estaréis con dos hermanos,
Haciendo los cuatro un alma.

FELICIANA.

¿Eso pasa?

DON JUAN.

Lo que digo.

FELICIANA.

¿Así á Lucrecia disfaman?

DON JUAN.

Esto se dice en Madrid,
Siendo mentira tan clara.

FELICIANA.

¡Ah Lisardo! ¿Es esto así,
Y que Lucrecia os enfada
Y me quereis por mujer?

LISARDO.

Profeso letras honradas,
Y no hay interés del mundo
Que recupere la infamia.
Yo estoy contento con vos,
Como la hacienda se parta.

FELICIANA.

Lucrecia...

LUCRECIA.

Señora mia...

FELICIANA.

¿Has oido lo que pasa?

LUCRECIA.

Oigo decir tantas cosas,
Que me suspenden y espantan...
—¿Es Lisardo, ó es don Juan
El que conmigo se casa?

FELICIANA.

Lisardo, porque de tí
Corre en toda Madrid fama
Que eres dama de don Juan.

LUCRECIA.

¡Ay mi señora! Restaura,
Pues te importa, mi opinion.

FELICIANA.

Dale la mano, y remata
Tus deseos en sus dichas;
Que quien á Lisardo gana,
No tiene qué desear.

HERNANDO.

Oigan sola una palabra;
Que faltan dos casamientos,
Que Hernando y Isabel tratan
Por palabras de presente.

FELICIANA.

¿Y los otros dos?

HERNANDO.

Aguarda;
Que son de Millan y Ordoñez.

MILLAN.

¡Mal año!

ORDOÑEZ.

¡Guarda la cara!

FELICIANA.

Dale la mano, Isabel.

DON JUAN.

Aquí la comedia acaba,
Que basta casarse conmigo
Se llamó *La mal casada*.

LA PORFÍA HASTA EL TEMOR.

PERSONAS.

EL REY.
EL INFANTE.
DON LOPE.
DON JUAN.
DOÑA LEONOR.
TEODORA.
TIBALDO.
DON PEDRO.
GUZMAN.
HERNANDO.
LAURA.
ALDANA.—Acompañamiento.
Caballeros.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Lope.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE, *con banda*, GUZMAN, HERNANDO.

DON LOPE.

Dejadme: ¿qué me quereis?

GUZMAN.

Que te vuelvas á la cama;
Que su mismo ser desama
Quien tal hace.

DON LOPE.

No me déis
Consejos en mal que yo
Le padezco solamente.

GUZMAN.

Ajeno es el accidente,
Pero la experiencia no.

DON LOPE.

¿Has querido bien?

GUZMAN.

Señor;
Con un alma racional,
Del tributo natural
De los impulsos de amor
Muy pocos se han escapado.

DON LOPE. (*A Hernando.*)

¿Y tú?

HERNANDO.

En mi vida he querido
Mas de aquello que he sabido
Que no me ha de dar cuidado.
No se alabarán los rios
De que han visto en sus corrientes
Mis lágrimas inocentes,
Ni el aire suspiros mios.

DON LOPE.

¡De muy discreta entereza
Te alabas! Avergonzado
Estoy de haber sustentado
Tan mala naturaleza.
¡Qué le dejas á una fiera
Incapaz de una alma noble?
Lo inanimado de un roble
¿Qué menos sentir pudiera?
Qué tiene que agradecer
Á su natural injusto
El que nació sin el gusto
De amar y de apetecer?
Vete, y no asistas mi culpa
En esta flaqueza mia;
Que juzgas á sangre fria,
Y no me hallarás disculpa.
Vete de aquí.

HERNANDO.

Ya me voy.

DON LOPE.

Aprende á querer, bestial,
Y no extrañarás el mal
De que yo muriendo estoy.
(*Vase Hernando.*)

ESCENA II.

DON LOPE, GUZMAN.

DON LOPE.

¿Qué tanto has querido?

GUZMAN.

Tanto,
Que me han visto por celoso,
Mal premiado y bien quejoso,
Convertido en tierno llanto.
Y he llegado á tal extremo,
Que si tuviera el amor
Potestad de inquisidor,
Yo pudiera, por blasfemo
De su ley, estar quemado;
Pero tal estoy conmigo,
Que siempre observante sigo
Los preceptos que me han dado.

DON LOPE.

¿Elegiste buen sugeto
Para estar tan bien perdido?

GUZMAN.

Con estarlo he respondido
Que es para mí el mas perfeto.

DON LOPE.

Ansí me parece á mí;
Que la mayor perfeccion
Es de la que hace eleccion
Un amante para sí.
Mas ¿qué haré yo, que adoré
Un sol dividido en dos,
Con quien parece que Dios
En mí acrecentó la fe
De su mismo resplandor,
Discurriendo en la hermosura
De una angélica criatura
La perfeccion del criador?
Qué haré cuando á dos estrellas
De un cielo estoy inclinado,
Tan fijas en mi cuidado,
Cuanto siempre hermosas ellas?
Qué haré sin poder vivir,
Asido siempre al tormento
De mi mismo sentimiento?

GUZMAN.

Amar callando y sufrir;
Porque es fuerza en tal rigor
Olvidar ó padecer;
Que tú puédesla querer,
Pero no infundirla amor.
De tu Leonor la crueldad
Solicita tus enojos,
Y tienes puestos los ojos
En dos soles sin piedad.
Que adoras de mármol frio
Una estatua helada, advierte,
Para solo aborrecerte
Con alma y sin albedrío.
Y en mí no nace, Señor,
Mi pena de tu apetito:
Eres hombre, y no es delito
Porfiar teniendo amor.
Nace de ver murmurada
En el lugar tu porfía,
Siendo en él la sangre fria
De mil necios ponderada;
Que hay quien con ardientes labios,
Vida ociosa y mal segura,
Acreditarse procura
Con las culpas de los sabios.
Y como siempre has vivido
En opinion de prudente,
Murmuran públicamente
El querer aborrecido
Y el porfiar despreciado.

DON LOPE.

¿Qué importa, si han murmurado
Con la culpa que he nacido?
Con su mala inclinacion
Pueden, Guzman, reprobar;
Pero no me han de quitar
La gloria de mi eleccion.
Que como es el fin incierto,
No me debo mas á mí
Que emplear mi gusto ansí,
Y padecer si no acierto.
Y aunque á morir me condena,
Que está haciendo te prometo
La dignidad del sugeto
Consuelos para la pena.
Y pienso esperar penando,
Perseverando y sufriendo,
Por granjear padeciendo
Lo que no merezco amando.
Y lo que siento no es ver
Malograda mi esperanza,
Sino saber que otro alcanza
Mas ventura en menos ser.
Y cuando llego á pensar
Que goza ya venturoso
Su gracia, por mas dichoso,
Si no por mas desear,
Turbado el entendimiento
Y los sentidos en calma,
En las batallas del alma
Se pierde el conocimiento.

ESCENA III.

LAURA. — Dichos.

LAURA.

¿Qué desórdenes, hermano,
Son estas? Si el accidente
De una calentura ardiente
Se trata ansí, caso es llano
Que dirá quien así os viere
(Perdone vuestra prudencia)
Que es locura esta dolencia
Que en vos afligirnos quiere.
Baste, hermano, la inquietud.
Volved á la cama.

DON LOPE.

Laura,
Mejor ansí se restaura
Con mi gusto mi salud,
Que en vivas llamas deshecho.
Salgo á descansar aquí,
Supuesto que es para mí
Campo de batalla el lecho.
Respire, Laura, mi aliento;
Que un espíritu afligido,
Cuando está mas recogido
Hace mayor su tormento.
Calentura que está asida
Al alma, con el rigor
De exhalaciones de amor,
Mal curada y bien sentida,
No pide, hermana, lugares
Que son tan ocasionados
Para meditar cuidados
Multiplicando pesares.

ESCENA IV.

HERNANDO. — Dichos.

HERNANDO.

El infante don Fernando,
Que entró en casa ya, Señor,
Pasa dese corredor
Por tu salud preguntando.

DON LOPE.

¡Bravos extremos de amor
Hace el Infante conmigo!
Con igualdades de amigo
Me ha tratado, y su favor
Con una y otra fineza
Se acrecienta cada dia.

ESCENA V.

EL INFANTE, Acompañamiento. — Dichos.

INFANTE.

Esta es mucha valentía.

DON LOPE.

Aliéntame vuestra alteza
Con sus favores de suerte,
Que puedo bizarrear
Contra lo que no es llegar
A ver el rostro á la muerte.
Que imagino fuera en mí
Cualquier mal sin mejoría
Delito de grosería,
Favoreciéndome ansí.

INFANTE.

Vos sabeis agradecer
Mucho mas que yo obligar.

DON LOPE.

Esto es, gran señor, pagar
Lo que debo á vuestro ser;
Que haciendo grandezas tales,
Beneficios y favores,
Lisonjean los dolores,
Y disminuyen los males.

INFANTE.

¿Cómo, hermosa Laura, estáis?

LAURA.

Como yo tambien, Señor,
Partícipe del favor
Con que á todos nos honrais,
Con salud y agradecida,
Vuestros favores gozando,
Voy cada dia aumentando
Esperanzas de mas vida.

INFANTE.

El mas cuerdo reprobar
Los descuidos del no hacer,
Dicen que es encarecer,
Disimulando el culpar:
Y siendo ansí, yo me doy
Por culpado y entendido
Del descuido que he tenido,
Cuando en vuestra gracia estoy.

DON LOPE.

Si vos me veis en mi casa,
Dando con este blason
Envidia y admiracion,
¿En qué puede ser escasa
La merced que me habeis hecho?
¿Qué secreto habeis, Señor,
Reservado en el favor
Que me hace vuestro pecho?
Qué veces habeis jugado
Cañas, que yo no haya sido
Por vos mismo el escogido
Para darme vuestro lado?
Si personas han propuesto
Para casos de importancia
En Castilla, Roma y Francia;
Honrándome siempre en esto,
Habeis con el Rey, Señor,
Favorecido la mia,
Dando muestras cada dia
De mas fe y de mas amor.
Y al dudar y al resolver
Vuestra alteza, siempre ha sido
Observado y admitido
Mi gusto y mi parecer.
Y esta verdad conocida,
Justamente puede Laura
Decir que con vos restaura
Esperanzas de mas vida.
Que como es mi hermana y es
Quien desea mis aumentos,
Hace de vuestros intentos
Particular interés.

INFANTE.

Por vida del Rey, mi hermano,
Que si de Aragon tuviera
La corona, que pusiera
Su poder en vuestra mano.

DON LOPE.

Solo en una niñería,
Que ha tocado en extrañeza,
Puedo estar de vuestra alteza
Quejoso.

INFANTE.

Por vida mia,
Que he de saber en qué ha sido.

DON LOPE.

Vuestra alteza dé licencia
A Laura; que en su presencia,
No pienso que es permitido.

LAURA.

Laura, gran señor, la espera.

INFANTE.

Darla es en mí obedecer.

(*Vase Laura.*)

(*Ap.* Yo tomara no saber
Lo que es, porque no se fuera.)

HERNANDO. (*Ap. á Guzman.*)

Tambien podrémos nosotros
Irnos, pues Laura se va
Y los deja.

GUZMAN.

Claro está.

(*Vanse Hernando y Guzman.*)

INFANTE.

Esperá fuera vosotros.

(*Vase el Acompañamiento.*)

ESCENA VI.

EL INFANTE, DON LOPE

DON LOPE.

Aquí tiene vuestra alteza
En qué sentarse.

INFANTE.

Sí haré,
Si vos os sentais.

DON LOPE.

No sé
Que sea tanta la flaqueza
De mi mal, que me permita
Tan osado atrevimiento;
Demás de que si me siento,
Vuestro valor se limita.

INFANTE.

Sin ninguna enfermedad
Os podeis sentar conmigo;
Que sois Cardona y mi amigo,
Que es segunda calidad.
Sentaos, don Lope.

DON LOPE.

Señor,
Muy bien podré hablar en pié.

INFANTE.

Sentaos; que me enojaré.

DON LOPE.

Si la obediencia es mejor
En un vasallo, no quiero,
Si bien parezco imprudente,
La culpa de inobediente
Incurrir.

INFANTE.

La mia espero.

DON LOPE.

Con las mercédes, Señor,
Que digo que he recibido,
Y refiero agradecido,
Se ha acrecentado mi amor,
Pero tambien mi cuidado,
Por una accion natural
Que de mi pecho leal
Vuestra alteza ha recatado.
Y como las voluntades
Son todas filosofías,
Escudriñan niñerías
De diversas calidades.
Imposible es, gran señor,
Segun la naturaleza
Que nos muestra vuestra alteza,
Que viva falto de amor.
Y siendo esto ansí verdad,
Con causa me da cuidado
Haber de mí recatado
Su amorosa voluntad.
Y como estas cosas son
Las que mas cerca de sí
Trae el alma, y puede en mí
Engendrar satisfacion
El verme favorecido
De su pecho, á quien me ofrezco,
Presumo que desmerezco
Todo lo que no he sabido.

INFANTE.

. . . . [1]
. . . .

[1] Faltan versos.

Mas pues que sé conocer
Que es causa deste temor
La estimacion de mi amor,
Os quiero satisfacer.
No solo al rigor esquivo
De un ángel vivo inclinado,
Pero nací destinado
A vivir libre y cautivo,
Cursando penas y enojos,
Reducido el cautiverio
De mi vida al breve imperio
De dos bellísimos ojos.
Por reducir su extrañeza
Con recato, he prometido
No decir el nombre.

DON LOPE.

Ha sido
Accion muy de vuestra alteza.

INFANTE.

Y mi palabra os empeño,
Don Lope, que no es temor
El no deciros mi amor,
Sino por callar el dueño.

DON LOPE.

Lo que yo saber queria
Es el amor, no el sugeto,
Por poder hablar, inquieto
De cierta desórden mia.
A estar sin él vuestra alteza,
Fuera el decir lo que siento
Cogerle el entendimiento
A traicion con mi flaqueza.
Y pues sabe qué es querer,
Para penar y sentir,
Porfiar sin conseguir
Y servir sin merecer,
Como amante, Señor, pido
Que escuches piadosamente
La causa de un accidente
Que me tiene sin sentido.

INFANTE.

Discrecion fué examinar,
Don Lope, mi amor primero;
Que un amante verdadero,
Sintiendo, sabe escuchar.
Y á no ser de los que amor
A su esclavitud condena,
Supiera escuchar la pena,
Mas no juzgar el dolor.

DON LOPE.

El dia que en Zaragoza
Al dichoso nacimiento
De Cárlos, vuestro sobrino,
Celebró fiestas el reino,
El principio de unos toros
Asistí, por hacer tiempo
Para jugar unas cañas,
En que fuistes cuadrillero.
En una ventana estuve,
Cerca de otra, donde el cielo
Puso en epiciclo breve
Deste su esférico asiento,
Dos soles en blanca aurora,
Vestidos de rayos negros,
Piadoso luto sin duda
Por los amantes que han muerto.
Rayos de luz fulminaban
Tan vivos en mis deseos,
Que eran los átomos almas,
Y espíritus sus reflejos.
Animadas sus acciones,
Animosamente hirieron
Mis ojos, porque tenian
Mas almas que movimientos.
De suerte estaban conformes
En la hermosura del cuerpo
Lo descuidado en lo airoso
Y en lo hermoso lo compuesto,
Que para ser su belleza
Un divino atrevimiento,
Tuvo amagos de deidad
La humanidad del sugeto.
Sabiamente discurria
De la fiesta los sucesos,
Exhortacion apacible
Que hizo mi entendimiento.
Tan sin mí quedé, Señor,
Despues que la vi, que creo
Que solo ya vive en mí
La vida de mis deseos;
Y ansí, conformados tanto
Mi gusto y mis pensamientos,
Que aquello que no es quererla
Es lo que de mí aborrezco.
Y de aquí puede inferirse
Mi pena, pues no granjeo
Un minuto de esperanza
Con dos años de desvelos.
Referir á vuestra alteza
Las diligencias que he hecho,
Es cansarle, acrecentando
Memorias á mis tormentos.
Y al fin, yo muero de amores,
Tan sin ventura, que pienso
Que nace de mi desdicha
Lo imposible del remedio.
Y para disculpa mia,
Diré, Señor, por quien muero;
Que es tal, que vengo á tener
En lo dañoso el consuelo.
Doña Leonor de Moncada,
A quien don Juan de Acebedo
Presumo que tiene dada
Palabra de casamiento,
Es por quien vivo, Señor,
Tan sin salud, que pretendo
Que pasen por muerte injusta
Las desdichas que padezco.
Y vuestra alteza perdone
El decirle mis desvelos;
Que dichos y perdonados,
Al sentirse serán menos.

INFANTE.

Semejantes ocasiones
Son el crisol destos tiempos,
Donde se afinan y apuran
Los amigos verdaderos.
Por la santísima Cruz
Que á esta espada toco y beso,
Que no han de quedar amores
Tan bien sentidos sin premio;
Y que ya que yo en los mios,
Por desgraciado, no puedo,
Que me he de vengar en ser
Poderoso en los ajenos.
¿Quieres, don Lope, que trate
Con ella tu casamiento?

DON LOPE.

Su sangre dice que sí,
Y mi amor que sea luego.
Pero advierta vuestra alteza
Que está don Juan de Acebedo
Tan bien quisto con el Rey,
Que es justo que reparemos
En no hacerle algun pesar.

INFANTE.

Su majestad tiene puesto
El cuidado en otras cosas
De mas importancia, y quiero
Remediar tus inquietudes:
Y así, procura estar bueno;
Que has de lograr por mi causa
Tus amorosos deseos;
Porque una de dos, don Lope,
Supuesto que aquí no hay medio,
O tu esposa ha de ser ella,
O la has de gozar sin serlo.

DON LOPE.

Beso tus piés cien mil veces.

(*Vase el Infante.*)

ESCENA VII.

GUZMAN.—DON LOPE.

GUZMAN.

Contento quedas.

DON LOPE.

Haz luego
Que me ensillen un caballo
A la jineta; que tengo
Mas vida, mas esperanza,
Mas salud y mas consuelo.

GUZMAN.

¿Hase rendido aquel monstruo
De crueldad?

DON LOPE.

No; pero creo
Que ha de rendirla el Infante.
¿Qué dices tú segun esto?

GUZMAN.

Que á lo que ella se inclinare
Es á lo que yo me atengo.

DON LOPE.

Ven; que aunque no dices mal,
Que ignoras he visto en esto
Lo que es en todo el favor
De un poderoso resuelto.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Leonor.

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, TEODORA.

DOÑA LEONOR.

Este es mi gusto, Teodora.

TEODORA.

Con eso me has avisado
Que no es para disputado,
Y mas este que está ahora
Fundado en tu voluntad.

DOÑA LEONOR.

Está tan bien empleada,
Que aun para escucharte nada
No me deja libertad.
Que es don Lope de Cardona
Noble y rico te confieso,
Y que puede ser por eso
Dignamente su persona
Estimada y preferida;
Pero cuando un corazon
Tiene ya su inclinacion
Ajustada y corregida
Con la fuerza de su estrella,
Le suena mal y le ofende
Todo lo que no pretende
Que se constituya en ella.
Don Juan de Acebedo es pobre,
Y por tal le he conocido;
Pero tan suya he nacido,
Que le falte ó que le sobre,
Que si Fernando me diera
Por amorosa eleccion
La corona de Aragon,
Claramente le dijera
Que soy de don Juan, Teodora.

TEODORA.

Linda cosa es el reinar.

DOÑA LEONOR.

Linda tambien el estar
Casada á gusto.

ESCENA IX.

ALDANA. — DICHAS.

ALDANA.
Señora,
El señor don Juan.

DOÑA LEONOR.
Tomad.

TEODORA.
Eso sé yo que hará Aldana
De muy bonísima gana.

ALDANA.
Si tomo ó no, cristiandad
Es tomar lo que me han dado;
Que tengo herederos yo,
Y ninguno granjeó
A Dios por desperdiciado.

TEODORA.
Sois un tan santo varon,
Que con vos pienso que está
Congregado tambien ya
El estilo tomajon.

ALDANA.
Mande vuesancé á Teodora
Que me deje.

DOÑA LEONOR.
Dejalé.

TEODORA.
¿Qué le digo yo?

ALDANA.
No sé.
Satíricas.

TEODORA.
¡Ay, Señora!
Satírica me ha llamado!

DOÑA LEONOR.
Pagados estáis los dos.

TEODORA.
Sea por amor de Dios,
Nicudemus congregado.

(Vanse Aldana y Teodora.)

ESCENA X.

DON JUAN.—DOÑA LEONOR.

DON JUAN.
El no pedir para entrar
Licencia, es informacion
Donde mi satisfacion
Pretende calificar
La dichosa suerte mia.

DOÑA LEONOR.
Siendo tan dueño de todo,
Fuera en lo injusto del modo
Sobrada la cortesía,
Porque es un error vicioso
Que pida el que puede dar.

DON JUAN.
Ya doy, pero es que envidiar
Al mundo: el mas venturoso
De aquellos que han ajustado
Sus obras con su deseo,
Que puede conmigo, creo,
Tenerse por despreciado.
A su majestad pedí
Para casarme licencia;
Y estimando la obediencia
(Aunque era forzosa aquí),
De suerte habló en la eleccion,
Que pudiera darme celos,
A no tener mis desvelos
Conocida su intencion.
Los infantes don Fernando
Y doña Clara nos da
Por padrinos.

DOÑA LEONOR.
Eso es ya
Comenzar acreditando
Nuestro honor.

DON JUAN.
De mis aumentos
Dice que tendrá cuidado:
Y con esto, y haber dado
Fin dichoso á mis intentos,
Ni á él le queda mas que hacer,
Ni á mí mas que desear;
Porque si juntara el mar
Con la tierra su poder,
Y con rayos fulminantes
El sol, padre de la vida,
En mis manos reducida
La inmensidad de diamantes
Que engendra, hermosea y toca,
No compitieran aquí
Con las dos letras de un sí
De tu hermosísima boca.

DOÑA LEONOR.
Tan divinamente haceis
Lisonja á mi dignidad,
Que acreditais por verdad
Aquello que encareceis.
Pero si honrarme quereis
En esta ventura nuestra,
Decid solo que soy vuestra,
Y ansí me encareceréis.

ESCENA XI.

ALDANA. — DICHOS.

ALDANA.
El infante don Fernando
Viene á hablar á vuesancé.

DOÑA LEONOR.
¿Qué me quiere á mí?

ALDANA.
No sé.

DOÑA LEONOR.
¡El Infante!

ALDANA.
Estoy temblando,
Solo de oirle no mas;
Porque hay fama en Aragon
Que es el Infante un Neron,
¿Qué es un Neron? Un Caifás;
Que tiene su voz airada
Tan poquito de aleluya,
Que cada palabra suya
Parece una bofetada.

DON JUAN.
El Rey le habrá dicho ya
Que ha de ser nuestro padrino;
Que á esto vendrá imagino.

DOÑA LEONOR.
Lo que es, presto se sabrá.

DON JUAN.
¿Iréme?

DOÑA LEONOR.
Impórtame á mí;
Que nunca buenas han sido
Las visitas de un marido
Sin la posesion de un sí.

DON JUAN.
Quiero pues, si es importante,
Dueño mio, á vuestro honor,
Esconderme. *(Ap. Este favor
Perdonara yo al Infante.)*

(Escóndese.)

ESCENA XII.

EL INFANTE, TEODORA. — DOÑA LEONOR, ALDANA; DON JUAN, *escondido.*

DOÑA LEONOR.
Sea, Señor, vuestra alteza
Mil veces muy bien venido
A honrar mi casa, que ha sido
Propria accion de vuestra alteza.

INFANTE.
Yerro será preguntar
Por salud tan conocida.

DOÑA LEONOR.
La que tengo está ofrecida
Solamente á desear
Felices siglos, Señor,
De vida en que vuestra alteza
Logre el laurel vencedor,
Que en su espíritu valiente
Ardiente cometa es ya,
Pues amenazando está
Las regiones del Poniente.

INFANTE.
Ya me obligais á tener
Con tan heróico decir
Deseos de conseguir
Lo glorioso del hacer.
Y cuando de parte mia
Se acreciente nuestra fe,
Bien podré decir que fué
De un ángel la profecía.

DOÑA LEONOR.
¡Divino encarecimiento!

INFANTE.
Pasa del límite humano
Vuestra belleza, y en vano
La discurre el pensamiento
En menos estimacion.
Y porque podais creer
Mi voluntad, y tener
Entera satisfacion
De mí, á solas, si gustais,
Quiero hablaros.

DOÑA LEONOR.
*(Ap. No imagino
Que es intencion de padrino
La que le mueve.)* Que os vais
Manda el Infante.

TEODORA.
Venid,
Escudero diamantino.

ALDANA.
Taravilla de molino,
Vamos.

TEODORA.
Gaitero del Cid,
Entrad el primero vos.

ALDANA.
Diréselo á mi señora
En apodando, Teodora.

TEODORA.
Sea por amor de Dios.

(Vanse los criados.)

ESCENA XIII.

EL INFANTE, DOÑA LEONOR; DON JUAN, *escondido.*

DON JUAN. *(Ap.)*
Presto, corazon inquieto,
De tantas dudas saldrás:
Escuchemos, y sabrás
La causa deste secreto.
Y advierte, pues me condenas,

...o, dudosos los agravios,
...es de corazones sabios
...ticiparse á las penas.

INFANTE.

...iendo considerado
...vuestra ilustre ascendencia
...valor, y la excelencia
...que siempre ha conspirado
...la sangre de Moncada
...emorias á lo futuro,
...estros aumentos procuro,
...no veros mal casada.
...í, de mi mano quiero
...os esposo que aumente
...vuestro estirpe excelente
...blason mas verdadero.
...don Lope de Cardona
...traigo ofrecido un sí,
...en él un alma.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
...erto soy!

INFANTE.

De su persona
...tengo mas que informar
...pues de haberla nombrado,
...e su hacienda habrá dado
...voz comun del lugar
...eral satisfacion,
...calidad se abona
...el nombre de Cardona,
...e es el mejor de Aragon.—
...el perdido color
...l rostro, habeis respondido
...e no admitís por marido
...que os propongo.

DOÑA LEONOR.

Señor,
...causa de hallarme aquí
...vuestra alteza obligada,
...ando imposibilitada
...hacello, me ha puesto así.
...omo en el alma está
...terminado otro dueño,
...este voluntario empeño
...rre por su cuenta ya,
...n este color envia
...decir á vuestra alteza
...e su amorosa entereza
...va por disculpa mia.

INFANTE.

...ando las culpas son tales,
...ocas disculpas lo son.

DOÑA LEONOR.

...empre es fácil el perdon
...n pechos tan liberales.

INFANTE.

...espreciar un casamiento
...or sí tan calificado,
Y por mi gusto tratado,
Es parte de atrevimiento.

DOÑA LEONOR.

Si antes de haber elegido
Propusiera vuestra alteza
De don Lope la nobleza,
Concedo que hubiera sido
Atrevida grosería
No obedecer, claro está;
Pero siendo de otro ya,
Discúlpeme el no ser mia.

INFANTE.

Cuando son tan desiguales
Las partes, con la mudanza
Fácil disculpa se alcanza.

DOÑA LEONOR.

Las d... mi esposo son tales,
Que á no tener Aragon
Rey le...ítimo, él lo fuera
Justa... ...e, si se diera
El reino por eleccion.
Y cuando en mi esposo vea
Menos partes mi valor,
Ya es conmigo la mayor
El querer yo que lo sea.
Que aunque yerre la eleccion,
No importa, si yo me ajusto;
Que en los imperios del gusto
Nunca fué ley la razon.

INFANTE.

Tambien en los del poder
Es ley, que está derogada
Cualquiera dicha fundada
En firmeza de mujer.
Y podrá ser que se tuerza
A rogar el despedir;
Que tal vez suele suplir
Por la voluntad la fuerza.
Y advierta, justo ó injusto,
El que se quiera casar
Que manos sé yo cortar
Que se dan contra mi gusto. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, *que sale de donde estaba oculto.*—DOÑA LEONOR.

DON JUAN.

Juntos el bien y el pesar
¿Por quién pudieran venir?
¡Ah, cielos! ¿qué haré? Morir,
Pues que no puedo matar.
¡Ah respetos naturales
De los que llegan á ser
Idólatras del poder
Con las personas reales!
¡Cómo enfrenais el rigor
De una paciencia ofendida!

DOÑA LEONOR.

Si hasta aquí he sido querida,
Desde aquí empieza mi amor.
Y si él funda su poder
En que deje de casarme,
Yo sé querer sin mudarme,
Y despedir sin temor.

DON JUAN.

Solo en estar yo seguro
En tu amor, consiste ya
Mi suerte.

DOÑA LEONOR.

Antes faltará
El resplandor claro y puro
Del sol, en la esfera el fuego,
Vivirá un cuerpo sin alma,
Y el mar con eterna calma
Dará á su inquietud sosiego,
Que apartar pueda de mí
La amenaza mas impía,
Ni la mas recia porfía
El alma que ya te dí.
Y algo tiene de ignorante
Quien nuestros gustos limita,
Si es un Rey quien facilita,
Y quien lo estorba un Infante.

DON JUAN.

Déjame besar tus piés,
Admiracion desta edad.

DOÑA LEONOR.

En teniendo voluntad,
Todo es fácil.

DON JUAN.

Ansí es.
Lo que importa es abreviar
Con el Rey el casamiento;
Que ejecutado el intento,
Menos habrá que estorbar.

DOÑA LEONOR.

Ese parecer apruebo.

DON JUAN.

Diréle á su majestad
Que importa la brevedad,
Sin decir (que no me atrevo)
Que si para amedrentar
Corta manos el Infante,
Como verdadero amante
Me sé yo determinar.

(*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala del palacio real.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE; TIBALDO Y DON PEDRO *con memoriales*; GUZMAN, HERNANDO.

DON LOPE.

Esto es decir lo que siento.

TIBALDO.

Sí, pero estotro es sentir
La pena del sentimiento,
Y habemos de proseguir
Don Pedro y yo nuestro intento.
Porque no es ley ni razon
Que un infante de Aragon,
Que habia de darme á mí
Ejemplo, atropelle ansí
Nuestra honrosa estimacion.

DON LOPE.

Saber, señores, quisiera
Los agravios que os ha hecho
El Infante.

TIBALDO.

¡A Dios pluguiera
Que los pudiera mi pecho
Ocultar! que yo lo hiciera.
Yo, señor don Lope, tengo
Una hija por casar,
Cuyo estado le prevengo,
Si bien, por no la apartar
De mis ojos, la detengo.
Y con tanta tiranía
Solicita cada dia
El Infante su hermosura,
Que ha de impedir su ventura,
Y ha de acabar con la mia.
Anoche en mi casa entró,
Y á no hacer de la virtud
Defensa, imagino yo
Que lograra su inquietud
La torpeza que intentó.
Y así, humildísimamente
Pido en este memorial
Al Rey que, pues es prudente,
Mitigue el fuego bestial
Desta juventud ardiente.
Que si él, como superior,
No remedia con valor
Semejante desventura,
Ni habrá doncella segura,
Ni padre que tenga honor.

DON PEDRO.

Estando ayer en la puente
Del rio, viendo cambiar
Visos del cristal luciente;
Porque no volví, al pasar,
Divertido en su corriente,
Del caballo se apeó,
Y forcejando conmigo,
En el rio me arrojó:
Crueldad, que aun para castigo
De muchas culpas que yo

Cometido hubiera allí,
Era muy grande.

DON LOPE.

Es ansí,
Y confieso que teneis
Razon; pero que escucheis
Solo un consejo de mí,
Os pido. Del poderoso
Que ha de quedarse en su ser,
Es el quejarse dañoso,
Pues se queda en su poder
Por enemigo forzoso.
Y cuando la acusacion
No descompone, no es sabio
Quien declara su pasion,
Pues no remedia el agravio,
Y descubre la intencion.
Y finalmente, señores:
De las personas reales,
Solicitar los favores,
Sentir por proprios los males,
Y no decir los errores.

TIBALDO.

De suerte me ha convencido
Vueseñoría, que quiero
Que este memorial rompido
Pueda decir por entero
Que callo y sufro ofendido.
Que si el Príncipe enojado
Se ha de quedar en su estado,
No quiero darle motivo
A proseguir vengativo
Lo que ha de dejar cansado;
Y para no aventurarme
A mas peligro, me voy.

DON PEDRO.

Yo no; que para quejarme,
Quizá hallaré donde estoy
Quien procure apadrinarme.

TIBALDO.

Mirad que me ha reducido
En mas años mi experiencia.

DON PEDRO.

Yo he de quejarme ofendido.

TIBALDO.

Pues tened despues paciencia,
Si os viéreis arrepentido. (*Vase.*)

DON PEDRO.

Don Juan de Acebedo viene,
Y este es el que agora tiene
Del Rey la gracia adquirida.

ESCENA II.

DON JUAN. — DON LOPE, DON PEDRO, GUZMAN, HERNANDO.

DON JUAN.

¿Quién hay mas aquí que pida
Audiencia al Rey?

DON PEDRO.

Quien previene
Justas quejas de su alteza,
Si no es que son de un tirano,
Monstruo de naturaleza.

DON JUAN.

Su majestad es cristiano,
Y á su virtud y grandeza
Sé que no ha de anteponer
Su sangre; que sabe hacer
Justicia, y en no exceptar
Personas, ni perdonar,
Otro Trajano ha de ser.
Entrad.

DON PEDRO.

Hanme aconsejado
Que no pida al Rey justicia;
Que muchos han acusado
Del Infante la malicia,
Y sin ella se han quedado.

DON JUAN.

Cualquiera que dice...

DON LOPE.

Yo
Lo he dicho.

DON JUAN.

Y ¿en qué fundó
Vueseñoría el decir
Que el Rey ha de consentir
Ajenas culpas? Quien dió
Motivo á ser castigado,
De sí mismo degenera,
Y no ha de ser reservado;
Que la virtud verdadera
Hace al príncipe estimado.
Y con perdon de su alteza,
La mejor naturaleza
Se pierde por bastardía,
Cuando obra la tiranía
En el ser de la grandeza.

DON LOPE.

Luego el Infante ¿es tirano?

DON JUAN.

En un príncipe cristiano
Tiranía viene á ser
Todo lo que es ofender
Sin dar la causa, y su hermano
No ha de querer que se entienda
Que por sí le ha de dejar
Que á ningun vasallo ofenda,
Pudiendo facilitar
Con el castigo la enmienda.

DON LOPE.

(*Ap.* Este habla apasionado.
Sin duda alguna ha sabido
Lo que el Infante ha intentado,
Y á sombras del ofendido
Pretende quedar vengado.)
Defender yo la intencion
Del Infante, no es razon,
Si causa ajenos pesares;
Pero en las reglas vulgares
Son los reyes la excepcion.
Y si es que puede el Infante
Venir á reinar, no es justo
Que mude el tiempo inconstante
A su poder el disgusto
De acusacion semejante.
La mas saludable accion
Es no hacer contradicion
Alguna del poderoso.

DON JUAN.

(*Ap.* Este habla malicioso
Y responde á mi intencion.
Pero no se ha de casar
Con doña Leonor, ó á mí
La vida me ha de costar.)
Su majestad viene allí.
(*A don Pedro.*)
Venid si os quereis quejar.

DON LOPE.

Mejor lo mirad primero.

DON JUAN.

Fiscalizar culpas quiero
De un poderoso atrevido;
Que un infante distraido
Merece un rey justiciero.
(*Vanse don Juan y don Pedro.*)

DON LOPE.

Medios parecen cristianos
Los que quieren deshacer
Agravios, pero tiranos
Cuando pretenden hacer
Enemigos dos hermanos.

ESCENA III.

EL INFANTE. — DON LOPE, HERNANDO, GUZMAN.

INFANTE.

Ese hombre que estaba aquí
Con don Juan, ¿adónde va?
¿Irá á quejarse de mí?

DON LOPE.

Solamente sé que hará
Mal en disgustarte á tí.

INFANTE.

Pasando ayer por la puente
Del rio, ese majadero,
Ese grosero imprudente,
Por no quitarse el sombrero,
Al rüido de mi gente
Se hizo desentendido;
Y yo, don Lope, ofendido,
En el rio le arrojé,
Donde de su culpa fué
Castigado y advertido.

DON LOPE.

Pagó muy bien su pecado.

INFANTE.

A la orilla salió á nado,
Si bien el agua suspensa
Sintió celebrar la ofensa
De un hombre tan mal criado.
Y si se viene á quejar,
Bien se puede recelar
De mí con nuevos temores;
Que en Palacio hay corredores
Donde no importa el nadar.
Don Juan de Acebedo creo
Que apadrina su intencion.

DON LOPE.

No es posible.

INFANTE.

Allí le veo
Con él, y esta es la ocasion
Que ha mucho que yo deseo;
Porque si castigo aquí
En este que yo ofendí
Las quejas por su interés,
Callará don Juan despues
Las que ha de tener de mí.
Y aun puede con lo que digo
Pensar que le soy amigo,
Mi condicion conocida,
Pues le enseño en otra vida
La imágen de su castigo.

DON LOPE.

Si por mi causa, Señor,
Te apasionas desta suerte,
Padezcamos yo y mi amor,
Y no te enojes.

INFANTE.

Advierte
Que perderás mi favor
Y la privanza que alcanzas.
Pon en mí tus confianzas,
Y calla.

DON LOPE.

Ansí lo he de hacer,
Si por tu mano he de ver
Logradas mis esperanzas.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

GUZMAN, HERNANDO.

GUZMAN.

¿Dónde vas? ¿Estás en tí?
¿Quieres llegar donde está
El Rey?

HERNANDO.

Pues ¿qué importará?

¿No es mas Jesucristo?

GUZMAN.

Di
Otra verdad menos clara,
Hernando.

HERNANDO.

Pues si en el templo
De Dios, sin dar mal ejemplo,
De rondon y cara á cara
Entro hasta el altar mayor,
Donde está por asistencia
Su divina providencia,
¿Por qué he de entrar con temor
Adonde está un Rey, que sé
Que está sujeto y con miedo
Á un panarizo en un dedo,
Á un sabañon en un pié?

GUZMAN.

Como los reyes humanos
Han de hacer introducion
Por sí de su estimacion.
Para hacerse poderosos,
Han menester conservar
Esa humana idolatría.

HERNANDO.

No es burla; un dedo daria
Por poderme trasformar
En lacayo de comedia.

GUZMAN.

¿Por qué?

HERNANDO.

Por solo pegarme
Con el Rey, y no quitarme
De su lado en hora y media.
La cómica caridad
De un poeta no está escrita,
Pues la estimacion limita
De la mayor majestad.
Y como importe á la trama,
Hará sin razon ni ley
Que juntos lacayo y Rey
Se acuesten en una cama.
Pero pregunto: ¿estará
En su aposento baldío
El Rey, como yo en el mio?
Guzman, ¿si se rascará?

GUZMAN.

¡Notable imaginacion!
Segun mueven á respeto,
Pienso que tienen buleto
Contra toda comezon.
Siempre pienso que estarán,
Segun imagino, Hernando,
Del bien público tratando.

HERNANDO.

¡Pluguiera al cielo, Guzman,
Que algun poeta me honrara
Con sus entrañas piadosas!
Que de mas de cuatro cosas
Importantes le avisara.

GUZMAN.

¿Qué has de decir tú que importe?

HERNANDO.

Darle un modo liberal
De una expulsion general
De figuras de la corte.

GUZMAN.

Despoblado quedaria
El lugar.

HERNANDO.

Notablemente.

GUZMAN.

¿Y adónde habia esa gente
De irse á vivir?

HERNANDO.

A Turquía.

ESCENA V.

DON LOPE, *dentro*. — DICHOS.

(*Óyese dentro ruido.*)

DON LOPE. (*Dentro.*)
Deténgase vuestra alteza.

GUZMAN.

¡Válgate Dios!

HERNANDO.

¿Qué te ha dado?

GUZMAN.

El Infante ha despeñado
Un hombre, y fué de cabeza,
Desde aquellos corredores
Al patio.

HERNANDO.

Y tal estoy yo,
Que al golpe, Guzman, que dió
Sirven de ecos mis temores.

GUZMAN.

No temas, en salvo estamos.

HERNANDO.

Si á su mala inclinacion
Le ha cuadrado la invencion,
Nosotros tambien volamos.

GUZMAN.

Pues ¿qué habemos hecho?

HERNANDO.

Entiendo
Que un travieso natural
Se pica en haciendo mal,
Como el que juega perdiendo.

GUZMAN.

¡Qué brios tan importantes
Para un hecho valeroso!

HERNANDO.

Soy un hombre temeroso
De Dios y de sus infantes.

ESCENA VI.

EL REY, DON JUAN, ACOMPAÑAMIENTO. — HERNANDO, GUZMAN.

REY.

Mirad, don Juan, qué rüido
Es ese, y quién ha causado
Las voces que allí se han dado.

DON JUAN. (*Ap.*)
Sin decirle lo que ha sido,
He de ponerle delante
De los ojos la impiedad,
El rigor y la crueldad
De las manos del Infante;
Que esta culpa ha de excusar
Las que temo contra mí. (*Vase.*)

HERNANDO. (*Ap. á Guzman.*)
¿Qué me costara á mí aquí,
Guzman, el arrempujar
A su majestad?

GUZMAN.

Muy poco;
Pero eso era dar indicio
De haber perdido el jüicio,
Y te tuvieran por loco.

HERNANDO.

Grandes prêminencias tiene
La locura.

GUZMAN.

Disculpadas
Para no ser castigadas.—
Quedo; que el Infante viene.

HERNANDO.

¡Ah! ¡Quién pudiera aquí ser
Ahora, sin peligrar,
Loco para arrempujar,
Y no para padecer!

ESCENA VII.

DON LOPE, EL INFANTE.—EL REY, HERNANDO, GUZMAN, ACOMPAÑAMIENTO.

DON LOPE. (*Ap. al Infante.*)
Su majestad está aquí,
Y pienso que has hecho error
En fiarte del color
De tu rostro.

INFANTE.

Si nací
Tras su dicha, porque en él
Se infundió el alma primero,
Cuando sea justiciero,
¿En qué me ha de ser cruel
A mí?

GUZMAN. (*Ap. á Hernando.*)
¡Extraña tembladera!

HERNANDO.

Déjame, Guzman, temblar;
Que no es quimera bajar
Al patio sin escalera.
Demás de que soy mortal,
Y no nací con valor
A prueba de corredor,
Y pienso que huele mal.

GUZMAN.

¿Has dado alguna ocasion?

HERNANDO.

No, ni tal el cielo vea;
Pero puede ser que sea
Cruel por su devocion.

INFANTE.

Cartas de su Santidad
Me dicen que ha recebido
Vuestra majestad.

REY.

Y han sido
Dignas de su cristiandad.
Al parabien que le dí
De su creacion, me responde
De suerte, que corresponde
Al gusto que en él sentí.

ESCENA VIII.

DON JUAN, *dentro*.—DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)
Por aquí saldrá mejor.

REY.

No está bueno vuestra alteza:
A negar el rostro empieza
Su verdadero color.—
Don Lope...

DON LOPE.

Señor...

REY.

¿No está
Con diferente semblante
Que otras veces el Infante?

DON LOPE.

Nadie, Señor, lo sabrá
Mejor que su alteza.

INFANTE.

Yo
No siento en esta ocasion
Ninguna indisposicion.

HERNANDO. (*Ap.*)
Toda está en el que voló.

(*Unos caballeros sacan en brazos á don Pedro herido, y sale don Juan.*)

DON JUAN.

Hasta que haya vuelto en sí
Procurad no le mover.

DON LOPE.

Esto se pudiera hacer
Sin sacarle por aquí.

REY.

¿Qué es esto, don Juan?

DON JUAN.

Señor,
A este hombre desdichado...

REY. (*Ap.*)

¡Don Juan confuso y turbado,
Y el Infante sin color!
Suya ha sido esta impiedad,
De que dan informacion,
Del uno la turbacion,
Y del otro la piedad.
Y no quiero darme yo
Por entendido, hasta ver
Lo que en esto puedo hacer.

DON LOPE.

Desde el corredor cayó
Al patio, haciendo á porfía
Apuestas de ligereza.

HERNANDO. (*Ap.*)

Con el peso de su alteza
Hácia abajo la tenia.

REY.

Téngase mucho cuidado
Con él, si no es muerto ya.
(*Llévanse á don Pedro.*)

INFANTE. (*Ap.*)

Uno sé yo que lo está
En la fe de mi cuidado.
¿Don Juan se me atreve á mí?
¡Vive Dios que ha de vengarme
Su vida!

DON JUAN. (*Ap.*)

Por declararme
Estoy reventando aquí.
Discretamente pudiera
Conocer su majestad
El dueño desta crueldad.

REY.

Vuestra alteza le ha de hacer
Por mí á don Juan un favor.

INFANTE.

Supuesto que yo, Señor,
Nací para obedecer,
Mande vuestra majestad
Lo que fuere de su gusto;
Que el servile en todo es justo.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Guarda la vuelta! Humildad
De hombre que estrella un cristiano
Furia será detenida
Con serenidad fingida
En tempestad de verano.

REY.

Padrino quiero que sea
Vuestra alteza de don Juan.

GUZMAN. (*Ap. á Hernando.*)

¡Gran favor!

HERNANDO.

Para un caiman.
No fué la sierpe lernea
Tan mala para padrino.

INFANTE.

(*Ap.* A fin de disimular,
Me importa no replicar.)
Solo á obedecer me inclino.

REY.

Bien podeis dalle al Infante
Las gracias por el favor.

DON JUAN.

Lo que le debo, Señor,
Sabe el cielo. (*Ap.* ¿Hay semejante
Desventura? ¿Qué haré?
¿Diré lo que siento? No;
Que es aventurarme yo,
Y quizá le obligaré
En la gloria que pretendo,
Dando gracias por agravios,
Cuerda eleccion de los sabios
Que han merecido sufriendo.)
Por merced tan señalada
Espero con pecho humano
De vuestra alteza la mano,
(*Ap.* Que quisiera ver cortada.)

INFANTE. (*Ap. á don Juan.*)

Escucha sin alterarte,
Ya que el Rey tan cerca está.
Tu vida consiste ya
Solamente en no casarte;
Y aunque á la iglesia contigo
Vaya, á un mismo tiempo allí
Saldrá de tu boca el sí,
Y de mi mano el castigo;
Que de tí, si allá te guia
Tu error, podrán sospechar
Que te llevaste á enterrar
En hombros de tu porfía.

DON JUAN.

Á rigor tan inhumano...

INFANTE.

Habla bajo, ó vive el cielo
Que dé contigo en el suelo
En presencia de mi hermano.

DON JUAN.

Mira...

INFANTE.

Aquí no hay que argüir;
Que esta ya echada la suerte:
Y una de dos, resolverte
A no casarte, ó morir.

DON JUAN.

Tambien se ha de resolver
Vuestra alteza á imaginar
Que me ha de poder matar,
Y no me ha de convencer;
Que estoy tan enamorado,
Que en trance tan peligroso
Mas quiero morir dichoso
Que vivir desesperado;
Y quédale en tanto mal
Por recurso á mi valor
El ser en todos, Señor,
La defensa natural.

INFANTE.

¿Contra mí te haces fuerte?

DON JUAN.

Culpa en esto tu crueldad;
Que no hay tan firme amistad
Que rinda el pecho á la muerte.
Y á ofensa tan declarada
Me debo yo resistir,
Si es el dejarme morir
Humildad desesperada.

INFANTE.

Al fin te hallas poderoso.

DON JUAN.

Si has de procurar matarme,
Todo lo que es ampararme
De mí, es lo menos dañoso;
Y finalmente, Señor,
Mi defensa es permitida;
Que el imperio de la vida
No conoce superior.

REY.

Siempre don Juan se ha preciado
De ser muy agradecido.

DON JUAN.

Tanto me ha favorecido
Su alteza, que me ha obligado
A vivir mas cuidadoso
De lo que hasta aquí pensé.

INFANTE.

Lo que he dicho cumpliré.

DON JUAN.

Y yo lo que en mí es forzoso.

REY.

Abrevia tu casamiento;
Que, segun lo has deseado,
Todo aquello que has tardado
Te ha servido de tormento.

DON JUAN.

Impórtame dar primero
Cuenta á vuestra majestad
De cierta dificultad
En que su favor espero.

INFANTE. (*Ap.*)

¡Que este á mí para enemigo
No me tema! ¡Hay tal rigor!

REY.

Si es que le importa á tu honor
El secreto, ven conmigo.
(*Vanse el Rey, don Juan y el Acom-
ñamiento.*)

ESCENA IX.

EL INFANTE, DON LOPE, GUZMA[N],
HERNANDO.

DON LOPE.

¿Qué dice don Juan?

INFANTE.

Que quiere
Casarse sin mi licencia.
Pero sufra con paciencia
El daño que le viniere;
Que en tan baja grosería
Su muerte me ha de vengar.

HERNANDO. (*Ap.*)

Voyme de aquí, que es azar.

DON LOPE.

Pues, Señor...

INFANTE.

Por vida mía,
Que no me contradigais
En el hacer ni el decir.
Esta noche ha de morir;
Y ahora quiero que vais
A ver si habla con mi hermano
En secreto.

DON LOPE.

Ya, Señor,
Estoy de mi loco amor
Quejoso.

INFANTE.

Deste villano
Vengo el atrevido intento,
Y la culpa que ha tenido
En poner aquí el herido
Delante del Rey.

HERNANDO.

Sangriento
Está el Infante, Guzman. (*Ap. á G...*)

GUZMAN.

Oye y calla.

HERNANDO.

Solo iré
A nuestra parroquia.

GUZMAN.

¿A qué?

HERNANDO.

A que doblen por don Juan.
(*Vanse don Lope y Guzman, y detie...
el Infante á Hernando.*)

ESCENA X.

EL INFANTE, HERNANDO.

INFANTE.
¡Hola! Espera tú.

HERNANDO.
¿Yo?

INFANTE.
Sí.

HERNANDO. (*Ap.*)
¡Buena hacienda habemos hecho!
Él no queda satisfecho,
Y quiere acabar en mí.

INFANTE.
¿Qué estás temblando? Qué es eso?
Poco tienes de valiente.

HERNANDO.
Diez años ha justamente,
Señor, que no me confieso.

INFANTE.
¿Cuántas veces has reñido?

HERNANDO.
Nunca he tenido, Señor,
Pendencia de corredor,
Y toda mi vida he sido
Devoto de los infantes,
Y que pienso certifico
Que es el menor infantico
Más que cuarenta elefantes.

INFANTE.
¿De dónde eres?

HERNANDO.
Del lugar
Que vuestra alteza mandare;
Que nunca mi madre pare
Donde sepa que ha de dar
Disgusto á ningun infante,
Porque, á saberlo, se iria
A parir á Berbería.

INFANTE.
¡Graciosísimo ignorante!
¿Qué juzgas tú?...

HERNANDO.
Señor, sí.

INFANTE.
¿Qué es lo que juzgas?

HERNANDO.
No sé;
Que yo respondo en fe,
Doy por sabido aquí
Todo lo que puede ser;
Que como suele cansar
A muchos el preguntar,
Me adelanto á responder.

ESCENA XI.

DON LOPE, GUZMAN.—DICHOS.

DON LOPE.
Ya su majestad está
Hablando en la galería;
Que yo, Señor, querria
Verme primero...

INFANTE.
Baste ya,
Don Lope, ó me enojaré.
Armado esta noche espero
A las diez en el terrero.

DON LOPE.
En todo obedeceré.

INFANTE.
No te importa y callar;
Que aquí mi parte ha de ser
El castigar y el vencer,
Y á ti te toca el gozar.
(*Vase, y tambien Hernando.*)

ESCENA XII.

DON LOPE, GUZMAN.

DON LOPE.
¡Ay Guzman! sin alma quedo.
¿Qué corazon de diamante
Se holgará de que el Infante
Mate á don Juan de Acebedo?
Y bien sé que de aquí saco
Para mí lo mas dañoso;
Que el rayo del poderoso
Siempre hiere en lo mas flaco.

GUZMAN.
Solo á ti te hace favor
El Infante, y solo creo,
Segun su condicion veo,
Que esto no es virtud ni amor.
Y tengo por medio sabio
No introducirte en su amor,
Si lo que ahora es favor
Viene á ser despues agravio.

DON LOPE.
No sé que pueda aspirar,
Guzman amigo, el Infante
Conmigo para adelante
A algun fin particular.
Y caso que en su interés
Esto se pueda fundar,
Ahora lo he de estimar,
Y castigarlo despues.
Que aunque estimo y agradezco
Los consejos que me das,
Si fueren ciertos, verás
Que á la defensa me ofrezco.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Leonor.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, TEODORA.

DOÑA LEONOR.
¡Oh lo que tarda don Juan!
Ya, Teodora, no hay paciencia
Para esperar, si licencia
Para casarse le dan.
En mi corazon están
Dos contrarios porfiando,
Porque cuando estoy pensando
Que don Juan ha de ser mio,
De mi suerte desconfio,
Y vengo á morir dudando.
Acto tirano y injusto
Es cierto que viene á ser
El quitarle á una mujer
En los del amor el gusto.
Solo á quererle me ajusto;
Déjamele, cruel Infante,
Y aqueste amor no te espante;
Porque de modo le adoro,
Que solo en el mio ignoro
El de pasar adelante.
Solo á don Juan he querido,
Y á don Lope aborrecí;
Que desde que á don Juan vi,
Otro dueño no he tenido.
Y como el alma ha sabido
Que en mí es la pena mayor
Que la causa del dolor,
Juzgado el rigor del mal,
Me reparte liberal
Tanta pena á tanto amor.

TEODORA.
¡Gracias al cielo, Señora,
Que se acabó el lamentar!
Ya vuelve el sol á enjugar
El rocío del aurora.
Don Juan está en casa.

DOÑA LEONOR.
Ahora
Sí que está, Teodora mia,
En su centro mi alegría;
Porque á mil siglos de ausente
Amanece en nuevo oriente
El aurora deste dia.

ESCENA XIV.

DON JUAN.—DICHAS.

DON JUAN.
¿Quién, hermoso dueño mio,
Duda que me habeis culpado
Todo el tiempo que he tardado
En veros? Pero yo os fio
Que á fundarse mi tardanza
En menos que haceros mia,
En vano me detendria
Del Rey la mayor privanza.
De nuevo dice el Infante,
Mi bien, que me ha de matar,
O que no me he de casar.

DOÑA LEONOR.
¿Y vos?...

DON JUAN.
Que el cielo es bastante
Solamente á deshacer
Mi ajustado pensamiento,
Porque en este casamiento
Está de mi vida el sér.
Dice que el sí de mi boca
Y de su mano el castigo
Se han de encontrar.

DOÑA LEONOR.
¡Ay amigo!
Ya parece que me toca
En el alma el sentimiento;
Que en un verdadero amor
Nunca examina el temor
Si es verdadero el intento.
¡Vive el cielo soberano
Que habia el mundo de ver
El valor de una mujer
Contra un príncipe tirano!
Y que ha de dar, si tal es
Que borra mis dichas todas,
El tálamo de mis bodas
Triste sepulcro á los tres.

DON JUAN.
A su majestad le he dado
Cuenta ya de su intencion,
Y sabe su inclinacion
De un hombre que ha despeñado.
Y él dice que quiere ser
El padrino, y que esta noche,
Disfrazado y en un coche,
Os quiere venir á ver,
Y á conferir vuestro gusto
Con mi dicha; que esto alcanza
De los reyes la privanza,
Y todo parece justo.
Lo que á vos mas os agrada
Le podeis decir... y... adios.

DOÑA LEONOR.
Diréle que tengo en vos
Toda el alma trasformada,
Que sois á quien solamente
Está ofreciendo mi vida
La fe de un alma rendida
Y un corazon obediente.
Y que de suerte se muestra
A mi ser el vuestro unido,
Que pienso que no he nacido
Para lo que no es ser vuestra.

DON JUAN.
De suerte sabeis hacer

Lisonjas para obligar,
Que pienso que he de ignorar
El modo de agradecer. (*Vase.*)

ESCENA XV.

ALDANA.—DOÑA LEONOR, TEODORA.

ALDANA.

Señor, mientras ha estado
El señor don Juan aquí,
Ha estado abajo...

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!

TEODORA.

¡Miren qué flema!

ALDANA.

Un criado
De don Lope de Cardona
Esperando á que se vaya,
Como puesto en atalaya.

TEODORA.

Hecho está Aldana una mona.

DOÑA LEONOR.

Mirad si tras él se va;
Que estoy temiendo algun daño.

ALDANA.

Antes, si yo no me engaño,
Parece que viene acá.

DOÑA LEONOR.

¿Es este?

ALDANA.

Señora, sí.

ESCENA XVI.

GUZMAN.—DICHOS.

GUZMAN.

Esto que parece ahora
Atrevimiento, Señora,
Virtud viene á ser en mí.
Determinado el Infante
Sale esta noche á matar
A don Juan, y el estorbar
Que salga es tan importante,
Que está pendiente su vida
De que vos se lo aviseis.
Y adios; que si le quereis,
Basta quedar advertida.

DOÑA LEONOR.

Esperad, que sale ya
Este diamante á premiaros.

GUZMAN.

Si no fué culpa avisaros,
Con el premio lo será.
Y aunque estéis agradecida,
No me déis, Señora, nada;
Que virtud interesada
Pocas veces fué creida.
(*Vanse Guzman y Aldana.*)

ESCENA XVII.

DOÑA LEONOR, TEODORA.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Teodora! muerta quedo.

TEODORA.

Y á mí tambien me ha dejado
El corazon tan turbado,
Que de espanto hablar no puedo.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo podré resistir
Del Infante este rigor?
Que soy mujer con amor,
Y si muere he de morir.
Dime, Teodora, un engaño,
Por donde en tanto rigor,
Sin perder yo de mi honor,
Le pueda excusar el daño.

TEODORA.

Con el Rey ha de venir
El Infante, y será bien
Fingir con don Juan desden,
Si quieres verle vivir,
Pues entre tanto el Infante
Mudará de parecer.

DOÑA LEONOR.

¿Despreciar he de poder,
Teodora amiga, á mi amante?
Pero perdone mi engaño,
Si mi desengaño siente,
Pues lo hago solamente
Por evitarle otro daño.

TEODORA.

El Rey viene ya.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!
¡Qué notable confusion!

ESCENA XVIII.

EL REY, DON JUAN, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHAS.

REY.

Mucho estimo esta ocasion.

DON JUAN.

Yo siempre os he de servir.

DOÑA LEONOR.

¡Tanta merced, gran señor!
¿Cuándo pensó ver mi casa
El bien que por ella pasa?

REY.

Su dueño tiene valor
Para mayores mercedes,
Y á apadrinar he venido
El dueño que has elegido;
Y dalle la mano puedes,
Y puedes estar contenta
Con tan noble pensamiento,
Porque su honor y su aumento
Lo tomo yo por mi cuenta.

DOÑA LEONOR.

¿Quién es el dueño, Señor,
Que decís?

REY.

El me ha contado
Lo que le habeis estimado,
Y don Juan tiene valor
Para poder merecer
Ser vuestro: á esto he venido.

DOÑA LEONOR.

Muy engañado ha vivido;
Porque aunque pudieran ser
Cosas que tan justas son,
La misma razon defiende
Que el ajeno amor depende
De la propia inclinacion.
Y no solo no la tengo
Al amor que don Juan muestra,
Pero en sus engaños diestra,
De sus rigores me abstengo.

REY.

¡Don Juan! ¿qué es esto?

DON JUAN.

Señor,
Pensé...

REY.

Que errastes es llano,
Pues me trujistes en vano
A lo que no imaginé.
Y nunca la autoridad
De vuestro Rey empeñeis
En cosas que no sabeis
Que son muy cierta verdad.

DON JUAN.

Señor...

REY.

Quedaos.

DON JUAN.

Sabe Dios
Que agora...

REY.

Que os quedeis digo;
Que venís ciego conmigo,
Y no he de volver con vos.
(*Vase el Rey con su Acompañamiento y queda don Juan á un lado suspenso.*)

ESCENA XIX.

DOÑA LEONOR, DON JUAN, TEODORA.

TEODORA.

¡Ay, Señora, que se va! (*Ap. á ella.*)

DOÑA LEONOR.

Tiene amor y está ofendido,
No hayas miedo.

TEODORA.

El ha creido
La injuria: muriendo está.

DOÑA LEONOR.

Del Rey fué consejo sabio,
Teodora, el dejarle aquí,
Para que procure en mí
Hacer ajeno el agravio.
¡Triste de la que ofendió
Fingiendo, cuando está amando!
Aun lo que está imaginando
Estoy padeciendo yo.

DON JUAN.

(*Para sí.* Imaginado es, no cierto.
Miedo ha sido, aprehendido
De un espíritu dormido
Y de un corazon despierto.
Miente el sentido que aquí
Me dijere que no es sueño
Decir que ha de ser su dueño
Don Lope... Pero ¡ay de mí!
Sentidos, cierto ha de ser
El daño, pues ha nacido
Sin ventura el ofendido,
Y es la que ofende mujer.
¿Por dónde hele de empezar
A decir mi sentimiento,
Si aun no quiero lo que siento
Creer por no me matar?)
Mujer... que no sé qué darte
Otro atributo peor...

ESCENA XX.

GUZMAN.—DICHOS.

GUZMAN.

Con don Lope, mi señor,
Viene el Infante.

DOÑA LEONOR.

El librarte,
Bien mío, importa.

DON JUAN.

¡Ah traidora!
¿Agora conmigo humana?
Don Lope es tu bien, tirana:
Y mira cuál son agora
Tus pensamientos traidores;
Que porque no me halle aquí
Y tenga celos de mí,
Me cohechas con amores.

DOÑA LEONOR.

Tu vida consiste ya,

Señor, solo en esconderte.

DON JUAN.

Si va conmigo la muerte,
Tambien la he de hallar allá.

DOÑA LEONOR.

Huye, Señor, ¡ay de mí!
Que te vienen á matar.

(*Vase Guzman.*)

DON JUAN.

¡Qué mas dicha que acabar,
Solo por no verte á tí!
Entren; que aquí me hallarán
Determinado á perderme.

ESCENA XXI.

EL INFANTE, DON LOPE. — DOÑA LEONOR, TEODORA.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* De mi industria he de valerme
Para librar á don Juan.)
Segun vuestra alteza ha sido
Estos dias deseado,
Del alma ha sido llamado
Para ser muy bien venido,
Porque he mudado, Señor,
De gusto y de parecer,
Y empecé á reconocer
Mi ventura en su favor. —
Y esto sirva de avisaros,
Señor don Juan, que no entreis
En mi casa, pues sabeis
Que vendréis solo á cansaros.
El tiempo que supe amar
Supe tambien defender,
Y ya forzoso ha de ser
El despedir y olvidar,
Para que quede excluido,
Al mismo tiempo que ha entrado
Un esposo apadrinado,
Un amante aborrecido.

DON LOPE.

Hombre que ha llegado á oir
Tan gran favor de tu boca,
Si con la suya no toca
Tus piés, no sabe sentir.

INFANTE.

¡Agora sí me tendrán
Mis sentidos persuadido,
Viendo á don Lope elegido,
Y despreciado á don Juan!
Que en solo haberos hallado
De su amor arrepentida
Ha consistido su vida:
Y así, no hay que dar cuidado;
Que á mas vida le condene
Si su pena se acrecienta,
Solamente porque sienta
El verte en poder ajeno. (*A don Juan.*)
Ya que estáis desengañado,
Aquí ¿qué teneis que hacer?

DON JUAN. (*Ap.*)

Vamos, alma, á padecer
Lo que habemos ignorado. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* La industria ha sido cruel
Al paso que conveniente.
A padecer lo que siente
Se va mi vida con él.)
Esto basta por ahora
Por principio de mi amor;
Que es ya muy tarde, Señor.

DON LOPE.

En todo os debo, Señora,
El mostrarme agradecido.

INFANTE.

Y yo obedezco y me voy.

(*Vanse el Infante y don Lope.*)

ESCENA XXII.

DOÑA LEONOR, TEODORA.

DOÑA LEONOR.

¡Teodora! sin alma estoy.

TEODORA.

¡Lindamente lo has fingido!

DOÑA LEONOR.

¿Qué puede encubrir mi fe
Con tan notable desvío?
Pero vivid vos, bien mio;
Que yo os desengañaré.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Lope.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, HERNANDO.

LAURA.

¡El Infante!

HERNANDO.

Y en señal
De que viene, estoy turbado;
Que es como haberme soltado
A mí una furia infernal;
Que dicen, dando querellas,
Deste Infante, y no te asombres,
Que ha muerto seiscientos hombres,
Diez viudas y seis doncellas.

LAURA.

Espera aquí.

HERNANDO.

En mi flaqueza
Es impropio...

LAURA.

Aquí has de estar;
Que nunca para estorbar
Hizo falta la nobleza.
(*Ap.* Desquitar quiere en mi honor
Lo que por don Lope hace;
Y así, no me satisface
Su mal inclinado amor.)

ESCENA II.

EL INFANTE. — DICHOS.

INFANTE.

Si cuando llegué á pensar
Que no os pude merecer,
Me pudiera yo abstener
De padecer y penar,
Que excusara, sabe Dios,
Lo que siento y lo que digo;
Pero ya puedo conmigo
Mucho menos que con vos.
Tirano hermoso al rigor
De un continuo desear,
¿Cuándo te podrá obligar
Tanto sufrir?

HERNANDO.

Sí, Señor.

INFANTE.

¿Cuándo sabrás conocer
La humildad con que te adoro,
Pues solo contigo ignoro
La fuerza de mi poder?
Por don Lope he procurado
Acreditar mi intencion,
Y tanto con mi pasion
He padecido y callado
En esta amorosa parte
En que mi temor me abona,
Que aun por tercera persona
Te obligo, por no cansarte.
Pero, Laura, tanto amor
Suele tal vez ofendido
Desquitar lo que ha sufrido
En no sufrir.

HERNANDO.

Sí, Señor.
(*Ap.* La vida tengo atrancada.
¡Ah! ¡Quién tan dichoso fuera
Que en Laura se convirtiera,
Para no negarle nada!
Que, segun estoy temblando,
Agora quisiera ser
Laura para prometer,
Y al cumplir, volverme Hernando.)

LAURA.

(*Ap.* En no despreciar su amor
Hago por don Lope aquí,
Pues me queda libre á mí
La defensa de mi honor.)
Cuanto vuestra alteza ha hecho
Por don Lope, está admitido,
Estimado y conocido
En la lealtad de mi pecho.
Pero no puedo, Señor,
Mientras no diere mi hermano
A doña Leonor la mano,
Dispensar ningun favor;
Porque estoy tan ofendida
De los disgustos que siente,
Que en sentirlos solamente
Traigo el alma divertida.
Y así, puedo prometer
Seguramente por mí
Que al dar la mano y el sí,
Sabré estimar y querer.

HERNANDO. (*Ap.*)

No pudo hablar Ciceron
Mejor con ningun infante.

INFANTE.

El ser verdadero amante
Se viera en mi corazon,
Si aquí enseñarse pudiera.
Si en eso mi dicha está,
Don Lope se casará.

ESCENA III.

DON LOPE, GUZMAN. — DICHOS.

DON LOPE. (*Ap. al criado.*)

De mí están hablando, espera.

(*Quédanse don Lope y Guzman acechando.*)

INFANTE.

Doña Leonor despidió
A don Juan y, él excluido,
Quedó don Lope admitido;
Pero ya quisiera yo,
Segun agradar deseo,
Que volviera á no querer,
Solo á fin á merecer
La esperanza que hoy granjeo.
¿Posible es que se ha de ver
A un mismo tiempo casado
Don Lope, y mi amor premiado?
El juicio vengo á perder.

DON LOPE. (*Ap. al criado.*)

Este es, Guzman, el temor
De tu buen entendimiento:
La mira fué de su intento
La pretension deste amor.
A Laura quiso agradar,
Favoreciéndome á mí;
Que cuando quejas le dí
De no me comunicar
Su dama, y me respondió
Que era á fin de no ofendella,
Fué sin duda porque en ella

Tengo tanta parte yo.
¿No me bastaba, Guzman,
El venir desengañado
De que soy el desdichado,
Y el venturoso don Juan?
¡Vive Dios!...

GUZMAN.

Solo te pido
Que procures, como sabio,
El remedio de tu agravio,
Sin darte por entendido.
Ya te han visto.

LAURA.

Con licencia
De vuestra alteza, me voy.

INFANTE.

Vuestro hasta la muerte soy.

DON LOPE. (*Ap.*)

¡Ay honor! tened paciencia.

(*Vase Laura.*)

ESCENA IV.

EL INFANTE, DON LOPE, HERNANDO, GUZMAN.

INFANTE.

¿Quién duda que ya vendrás
De ver á doña Leonor
Muy contento?

DON LOPE.

Sí, Señor.

INFANTE.

Triste parece que estás.
¿De qué vienes ofendido?
¿Qué tienes? ¿Quién te ha enojado?

DON LOPE.

El presumir engañado
Que era yo el favorecido.
Y como ya vuelvo á ser
El mismo que ser solia,
Vuelve la tristeza mia
La causa del padecer.
En fe de la que pudiera
Tener quien vió despedir
A don Juan, quise seguir
Mi suerte: — y ¡á Dios pluguiera
Que no la hubiera creido!
Que es el tormento doblado
Del que se juzga estimado,
Y se halla aborrecido.
Alegre entré á visitar
La causa de los desvelos,
Que me han de acabar... (¡Ah, cielos!
Qué imprudente porfiar!)
Y apenas, Señor, me vió,
Cuando dijo envuelta en llanto:
«¿Para qué te cansas tanto,
Si tengo otro dueño yo?
No conquistes por poder
Lo que ha de ser voluntad;
Que es tirana potestad
Rendir por fuerza el querer.
Deja á un alma que se ofende
Que goce lo que desea;
Que el que estorba y no granjea,
Con baja intencion pretende.»
Y tan tiernamente hablaba
En su estorbada aficion,
Que al salir cada razon,
Una lágrima encontraba.

INFANTE.

Pues ¿á qué fin despidió
A don Juan, si le queria?

DON LOPE.

La causa, Señor, seria
El daño que le excusó.
Y pues ya quiso, Señor,
Mi suerte que ella adoraso
A don Juan, y que ocupase
Todo su ser en su amor,
Determínome á dejarla;
Que es vil accion estorbar
Gustos que no he de gozar,
Cuando el hacerlo es cansarla.
Y suplico á vuestra alteza
De su parte y de la mia
Que anteponga á su porfía
Su piedad y su grandeza;
Que está tan enamorada,
Que esto me importa.

INFANTE.

Eso no.
Ya es tarde; que tengo yo
Mi autoridad empeñada;
Y me tienen de cumplir
Lo que me han hecho creer;
Que le importa á mi poder
No dejarte arrepentir;
Que dirán, y con razon,
No que estás arrepentido,
Sino que yo no he podido
Ver lograda mi intencion.

DON LOPE.

Vuestra alteza advierta...

INFANTE.

Es ya
Muy tarde para advertir.
En lo que fuere pedir
Que os case, todo se hará;
Pero en lo contrario no,
Pues no quedo satisfecho
Del engaño que me ha hecho,
Don Lope, en tanto que yo
No os case y me satisfaga,
Si no es que en esta porfía
El mismo cielo me envia
A decir que no lo haga.

HERNANDO.

Guzman... (*Ap. á él.*)

GUZMAN.

¿Qué hay, amigo Hernando?
¿Tenemos nuevos temblores?

HERNANDO.

Estos ya no son temores.
Pero estoy considerando
Que ha de ser en nuestro daño
El replicar, si le casa;
Que hay corredores en casa,
Y ha de hacer el cabo de año.

INFANTE.

Tú con tu imaginacion
Discursos haciendo estás;
Pero esta noche saldrás
De toda esta confusion.
A doña Leonor, te he dado
Palabra, que has de gozar,
Y tengo de porfiar
Hasta ver tu amor premiado.
Yo proprio vendré á llevarte
Esta noche adonde seas
El venturoso, y poseas
Deste bien la mayor parte.
Y pues en este interés
Me he puesto solo por tí,
Cásate agora por mí,
Y arrepiéntete despues. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON LOPE, GUZMAN, HERNANDO.

DON LOPE.

De confuso, no he sabido
Contradecir su maldad:
Mucho me debeis, lealtad;
Mucho por vos he sufrido.
Bien claro me informa aquí
De su intencion inhumana.
Por pretender á mi hermana,
Porfía en casarme á mí.
¿Qué haré en tan grande rigor,
Cuando un Infante me incita,
Mi voluntad facilita,
Y contradice mi honor?
¿Qué haré?

GUZMAN.

Ajustarte de suerte
Con su misma inclinacion,
Que ni pueda su intencion
Apremiarte ni ofenderte.
Con cuanto hacer pretendiere
Calla, y síguele el humor;
Y procura tú, Señor,
Deshacer lo que él hiciere.

DON LOPE.

A tu parecer me ajusto,
Porque es prudente y me agrada.
Sin contradecille en nada,
No he de hacer cosa á su gusto.

GUZMAN.

Dios te vuelva á tu sosiego,
Y nos dé gusto á los dos.

HERNANDO.

Y no sea mas, plega á Dios,
De como yo se lo ruego;
Que de suerte me aniquile,
Viendo este Infante Neron,
Que hace mi corazon
Cabriolas en un hilo.
Y como espero en mi fin
Tan asustado y deshecho,
Pienso que traigo en el pecho
El alma de un volatin.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Juan.

ESCENA VI.

DON JUAN, TEODORA, *con un papel*; ALDANA.

DON JUAN.

¡A mí papel!

TEODORA.

Sí, Señor.

DON JUAN.

¡De doña Leonor á mí!
Mira bien si estás en tí.

TEODORA.

Si estuvieras en su amor,
Te vieras tan adorado,
Tan adorado y querido,
Que hubieras agradecido
Lo que hasta agora has dudado.
Ábrele, y verás hablar
Lágrimas de una mujer.

DON JUAN.

¿Quién duda que traes poder
Para volverme á engañar?
Sirena en voz de tercera,
Mensajera cautelosa
De aquella tirana hermosa,
Sierpe en flores, llama en cera,
Si con otro nuevo intento
Vuelves á engañarme á mí,
¿Para qué te importa á tí
Que pierda mi entendimiento?
Déjame en paz padecer
Ignorancias de mi engaño;
Que si es renovar el daño
Porque no deje de ser,
Vuelve y di (que bien podrás,
Piadosa en males ajenos)
Que ni puedo esperar menos,
Ni es posible sentir mas.

TEODORA.

a, Señor, que es disculpa
su amo esté papel.

DON JUAN.

é puede decir en él
e me disculpe su culpa?
soy á quien despidió
endo que la cansaba,
e á don Lope estimaba?
l haya quien se fió
us fingidos amores!
si yo fuera prudente
ara engañosamente,
ntiera sus rigores.

TEODORA.

uí ¡qué sentirá agora
n te está escuchando así,
do tiene el alma en tí
el ángel que te adora?
le pagas el estar
asada de dolor,
a que pueda en su amor
erte á desengañar!
s lágrimas vertia
moroso sentimiento,
as tiene por sustento,
llora noche y dia.

ALDANA.

e Teodora decillo
sta conciencia ahora;
stá loca mi señora,
ome por un grillo.
ir puedo en verdad
ara hacella sorber
eros, es menester
e la vecindad.
co á vuesancé...

TEODORA.

l, Aldana.

ALDANA.

¿Aun aquí
seguís?

DON JUAN.

¡Ay de mí!
verdad? Si lo creeré?
cómo tan rigurosa
ó de su casa á mí?

TEODORA.

ces sola la vi
, amante y amorosa.
e aquella crueldad
oy, porque á matarte
el Infante, y el darte
s de tanta impiedad
r templar el rigor
el resuelto homicida.
el darte la vida
n crueldad, fué amor.

DON JUAN.

el papel.

TEODORA.

Solamente
e conmigo vengas,
un punto te detengas.

DON JUAN.

o es posible que esta gente
ñe. Pues el leer
, y no me resisto.)
; que le doy por visto,
ero obedecer.

TEODORA. (*Ap.*)

edulidad me humilla.
un amor verdadero.

ALDANA. (*Ap.*)

uiero, no lo quiero;
elo en la capilla.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Leonor.

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR.

Paciencia, corazon mio;
Que presto, si puede ser,
Me veréis satisfacer
Al dueño de mi albedrío.
Pulsad con menos temor,
Supuesto que vos sabeis
Que sin culpa padeceis
En la causa del dolor.
Su vida y su amor lo fueron,
Y como viva don Juan,
Fácil remedio tendrán
Desdenes que no lo fueron.
Dejad que él pene tambien,
Si engañado está mejor,
Pues con capa de rigor
Le dió la vida un desden.
Y al fin, librándole yo,
Quedar puede en su cuidado
De una vez desengañado,
Y vivir dos veces no.
Ya parece que al rüido
De sus pasos suspendeis
La alteracion, y os moveis
Mas manso y menos sentido.
Esperad contra mi daño,
Corazon, el fin dichoso
En un desden amoroso
Y en un poderoso engaño.

ESCENA VIII.

TEODORA, ALDANA. — DOÑA LEONOR.

TEODORA. (*A Aldana.*)

¿Qué? ¿Quereis llegar primero?
¿Habeisos arregostado
Al diamante que os han dado?

ALDANA.

¿Quereis vos llegar?

TEODORA.

Sí quiero.

ALDANA.

Ya viene el señor don Juan.

TEODORA.

¡Hay tan gran bellaquería!

DOÑA LEONOR.

Solo á tí, Teodora mia,
Mis deseos te darán
Las albricias merecidas.
¿Viene don Juan?

TEODORA.

Sí, Señora,
Y ya está en casa.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Teodora!
A ser dueño de dos vidas,
Te diera la una á tí.

TEODORA. (*A Aldana.*)

Vos mismo os habeis burlado,
Hipócrita embalsamado.

ALDANA.

Notable susto la dí.

DOÑA LEONOR.

Haz que enciendan luces luego;
Que es tarde.

TEODORA.

Por ellas voy.

DOÑA LEONOR.

Lo mismo que pido soy,
Si nace la luz del fuego.

(*Vase Teodora.*)

ESCENA IX.

DON JUAN. — DOÑA LEONOR, ALDANA.

DON JUAN.

Si un tiempo, Señora, entré
A veros mas satisfecho,
Fué la causa haberme hecho
Atrevido con mi fe.
Y aunque me han asegurado
Que el mismo amor me teneis,
A saber lo que quereis
Vengo confuso y turbado;
Que fuera un error nacido
De mis locos pensamientos
Volver con atrevimientos
Donde salí despedido.

DOÑA LEONOR.

Si quieres resucitar
Mis ya sentidos enojos,
Ver lágrimas en mis ojos
Y en ellos cifrado un mar;
Si quieres ver reducida
Mi desventura á tus labios,
Mi tormento á tus agravios,
Y á tus disgustos mi vida;
Si un alma quieres hacer
Que esté sin culpa y en pena,
Propia una desdicha ajena,
Y una virtud padecer,
Muéstrate desconfiado
Cuando yo por tí me muero;
Que en decir que no te quiero
Lo hallarás todo cifrado.

ESCENA X.

TEODORA, *con dos bujías.* — DICHOS.

TEODORA.

¡Ay triste de mí! ¡El Infante!

DOÑA LEONOR.

¡Que porfie desta suerte
En solicitar mi muerte!
Ponle esas luces delante,
Mientras se esconde don Juan.—
Eso importa, mi señor,
A tu vida y á mi honor.
¡Triste yo! que te verán.

DON JUAN.

¿Que otra vez me he de esconder?

DOÑA LEONOR.

Que tengas paciencia pido;
Que, aunque me mate, he nacido
Para tuya, y lo he de ser.

(*Escóndese don Juan.*)

ESCENA XI.

EL INFANTE, DON LOPE, GUZMAN, HERNANDO. — DOÑA LEONOR, TEODORA, ALDANA; DON JUAN, *escondido.*

INFANTE. (*Ap. á don Lope.*)

Desta suerte se mejora.

DON LOPE.

Que no porfies quisiera,
Si no quiere.

INFANTE.

Aunque no quiera,
Será tu mujer ahora
Mal conoces mi porfía;
Solo impedirla podrá
El cielo.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Aflojando va!

INFANTE. (*Ap.*)

Esta noche, Laura mia,
Daré fin á mis cuidados.

HERNANDO. (*Ap.*)

¿No es gustoso lo que pasa?
Todos tiemblan en la casa,
Y nos reciben turbados.

INFANTE.

No vengo aquí á probar
Si es tu intencion mala ó buena;
Porque nunca me dió pena
Lo que puedo remediar.
Nadie palabra me ha dado
Que no me la haya cumplido;
Y en esto, si me has rompido
Alguna, me he declarado.
¿Dijísteme que querias
A don Lope?

DOÑA LEONOR.

Sí, Señor.

INFANTE.

¿Quién te lo mandó?

DOÑA LEONOR.

Mi amor.

INFANTE.

Pues ¿á qué fin desvarías
El intento y las razones?
Si le quieres, ¿en qué dudas?
Y si no, ¿por qué te mudas
A otro amor?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué confusiones!
Otra vez quiero fingir;
Que viene determinado.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Que sea tan desdichado,
Que esto haya venido á oir!

DOÑA LEONOR.

En haber dado á entender
A don Lope que tenia
Otro dueño, prueba hacia
De su amor y su saber;
Pero confesando aquí
Lo que declaré primero,
Digo que á don Lope quiero.

INFANTE.

¿Serás suya?

DOÑA LEONOR.

Señor, sí.

INFANTE.

Míralo bien.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Qué he de hacer?

INFANTE.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Que es mi marido.

DON JUAN. (*Ap.*)

Mucho es ya para fingido.
¿Si me engaña esta mujer?

INFANTE. (*A Hernando y Guzman.*)

Encerrad esos criados
En sus aposentos presto.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay triste de mí! ¿Qué es esto?

HERNANDO. (*Ap.*)

A ser de los encerrados,
Yo escogiera, haciendo el buz,
Para este breve destierro
Por compañera de encierro
A la del brio andaluz.

TEODORA.

¡Ah, Señora!

GUZMAN.

Ya es en vano.

ALDANA.

Gritad vos, si os aprovecha;
Porque yo, de mi cosecha,
Me suelo acostar temprano.

(*Vanse Hernando, Teodora, Guzman y Aldana.*)

INFANTE.

Aquí no ha de haber testigos;
Porque demás de no ser
Para nada menester,
No excusados enemigos,
Dicen que son los criados
Los que no verlos desean;
Y aquí quiero yo que sean
Enemigos excusados.
Don Lope se ha de quedar
Aquí esta noche...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Qué haré?

INFANTE.

Que mañana yo traeré
Quien os pueda desposar.

(*Vuelven Hernando y Guzman.*)

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

El llevarle con prudencia
Es aquí lo mas seguro;
Que agora solo procuro
Librarme de su impaciencia.
Si resisto, ha de intentar
Con violencia persuadir
Mi intencion, y ha de salir
Don Juan, y le han de matar;
Y si con este cruel
Los dos criados se van
De don Lope, yo y don Juan
Nos avendrémos con él.

INFANTE.

Yo proprio os he de dejar
Encerrados á los dos.
¿Dónde está la llave?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¡Ay Dios!
¡Qué notable porfiar!)
Siempre, como cuidadosa,
La traigo, Señor, conmigo. (*Dásela.*)

INFANTE.

Don Lope, si eres amigo,
Ya te dejo con tu esposa.

DOÑA LEONOR.

Estos criados no es bien
Que se nos queden aquí.

INFANTE.

Sí es; que me importa á mí
Que aquí se queden tambien.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Juzgando su intento voy,
Y lo pienso remediar.

INFANTE. (*Ap.*)

De Laura voy á cobrar
Lo que á don Lope le doy.

(*Vase el Infante, y se retiran á un lado Hernando y Guzman.*)

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR, DON LOPE; DON JUAN, *escondido;* HERNANDO Y GUZMAN, *retirados.*

DOÑA LEONOR.

De tí solamente espero
Ahora en tal confusion,
Por tu noble inclinacion,
El remedio verdadero.
Su alteza, inconsiderado,
Que te case te aconseja,
Y para esto te deja
Dentro en mi casa encerrado.
¿Quieres ver el desengaño
De que no puedes casarte
Conmigo, sin deshonrarte
Tú mismo, ciego en tu daño?
A estas horas escondido
Está don Juan donde estás.

(*Saca á don Ju*

Discurre tú en lo demás,
Pues eres bien entendido.

DON LOPE.

Cumplido tienes conmigo.
Dices muy bien, ya lo veo,
Y lo que ahora deseo
Es no casarme contigo.

DON JUAN.

Señor don Lope, estos son
Lances que el amor ordena.

DON LOPE.

Casaos muy en hora buena
Con ella; que no es razon
Que, pues el cielo os ha hecho
Aquí el venturoso á vos,
Que yo en ofensa de Dios
Os quite vuestro provecho.

DON JUAN.

Muy bien mostrais el valor
Que en vuestro ser se atesora.

DON LOPE.

(*Ap.* Perdone mi gusto ahora;
Que mas importa mi honor.)
Vuestro casamiento os pido
Que abrevieis.

DON JUAN.

Harélo ansí;
Que ya no saldré de aquí,
Señor, sin ser su marido;
Que de vos aconsejado
Ya no tengo qué esperar.

HERNANDO. (*Ap.*)

El ¿no se quiere casar?
Pues morirá despeñado.

DON LOPE.

¿Qué llave me podrá abrir,
Si el Infante la llevó?

DOÑA LEONOR.

Puerta al jardin tengo yo,
Por donde podeis salir.

DON LOPE.

Pues como franca me déis
La puerta en esta ocasion,
Yo renuncio mi eleccion,
Porque con ella os caseis.

DON JUAN.

De pechos tan liberales
¿Qué amistad no se aficiona?

DOÑA LEONOR.

Eres el mejor Cardona
Que vió el tiempo en sus anales.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Lope.

ESCENA XIII.

EL INFANTE, LAURA.

LAURA.

Pues ¿cómo es esto, Señor?
¡En mi casa á tales horas!

INFANTE.

Eso es decirme que ignoras
Los extremos de mi amor.
En casándose tu hermano,
Me dijiste que darias
Remedio á las ansias mias.

LAURA.

No se entiende...

INFANTE.

Ya es en vano
…erte resistir;
…esta es ya deuda debida,
…de seguirse en la vida
…ometer el cumplir.
…su esposa queda ya
…seguro, que esta llave,
…alma y sentido, sabe
…en su misma casa está.
…to ha de ser, Laura mia.

LAURA.

…ártese vuestra alteza,
…pierda á mi nobleza
…ebida cortesía;
…¡vive el cielo, que vea
…rta vida arrojada
…filos de su espada
…a hazaña tan fea!
…e amando es poderoso,
…de intentar atrevido;
…el poder está excluido
…lquier acto amoroso;
…mi parte me incito
…a injusta violencia
…noble resistencia
…ra un villano apetito.
…s de que en este error
…la injuria probada,
…que me deja encerrada
…ensa de mi honor.

INFANTE.

…o yo temer? ¿No estoy
…go? Lo mismo fuera
…i don Lope estuviera.

ESCENA XIV.

…LOPE, GUZMAN, HERNANDO. —DICHOS.

DON LOPE.

…es esto?

INFANTE.

(*Ap.* Perdido soy.)
…o tan presto has dejado
…esposa?

DON LOPE.

Y tú, Señor,
…o estás aquí?

INFANTE. (*Ap.*)

¡Ah, traidor!

HERNANDO. (*Ap.*)

…lo.

GUZMAN. (*Ap.*)

El está turbado.

INFANTE.

…sobresalto sabia
…á Laura le habia de dar
…venirte á acostar,
…á avisarla venia,
…uitaria de cuidado.

DON LOPE.

…bien se entiende, Señor,
…untad y el amor
…uestra alteza ha mostrado.

HERNANDO. (*Ap.*)

…dos sentidos le dió.
…alicia está entendida.

INFANTE.

…e ahora tu venida;
…eso solo espero yo.

DON LOPE.

…decir que hallé escondido
…n Juan en su aposento,
…ro el honroso intento
…que vengo, arrepentido
…haber querido casarme
Con mujer que pretendia
Injustamente ser mia,
Solo con fin de afrentarme.
Y finalmente, salí
Por una puerta que hallé,
Tan falsa como la fe
Con que habia entrado allí;
Que á tan buen tiempo, Señor,
Pude conocer mi daño,
Que agradecí el desengaño,
No perdiendo de mi honor.
Porque si despues de estar
Casado yo lo supiera,
Aunque vuestra alteza fuera,
Le habia yo de matar.
Que los que nobles nacimos,
No tenemos en nosotros
Mayor infamia por otros
Que aquella que consentimos.
Pero mal he puesto aquí
La figura en vuestra alteza;
Que de su heróica grandeza
Nunca esperé ni creí
Que me pudiera ofender:
Y es una culpa viciósa
Del ingenio hablar en cosa
Que está tan léjos de ser.

INFANTE.

(*Ap.* Si es que mi culpa ha entendido,
Con agudo entendimiento
Me ha castigado el intento.)
Yo estoy, don Lope, ofendido,
Y tengo de porfiar
En la venganza del hecho;
Que no estaré satisfecho
Hasta volverme á vengar;
Porque la injuria ya es mia,
Y ha de correr por mi cuenta
La venganza desta afrenta.

DON LOPE.

Sí; pero es ya tu porfía
En vano para conmigo.

INFANTE. (*Ap. á don Lope.*)

He de matar, vive Dios,
A don Juan; y una de dos,
O quedarte, ó ser mi amigo.

DON LOPE.

No pienso contradecir
Tu gusto, Señor, en nada.

INFANTE.

Pues vamos; que ya está echada
La suerte, y ha de morir.

DON LOPE.

Parte volando, Guzman, (*Ap. á él.*)
Y dile al Rey que arrogante
Y resuelto va el Infante
A darle muerte á don Juan.

GUZMAN.

Yo voy.

INFANTE.

¿Vienes?

DON LOPE.

Señor, sí.

(*Vanse el Infante, don Lope, Guzman y Hernando.*)

ESCENA XV.

LAURA.

¡Válgame Dios! ¿Dónde irán,
Que el uno y otro se van
Sin decirme nada á mí?
Parece que va mi hermano
Muy confuso, y que el Infante
Lleva turbado el semblante.
¡Ay, cielos! ¡que es inhumano!
De sus arrogantes furias
Temo algun fin riguroso;
Que es don Lope valeroso,
Y no ha de sufrir injurias.
La disculpa que le ha dado
Bastante fué.—Pero no;
Que el uno se suspendió,
Y el otro quedó turbado.
Y ¡triste yo! ¿qué he de hacer
Sin poder remediar nada,
Cuando quedo condenada
A penar y padecer?
Seguirlos será locura;
Llamar á quien vaya, error;
Que á enojos de tal valor
Ningun medio se aventura.
Y he de sentir y esperar,
Ya que no puedo poner
En la fuerza del temer
Lo fácil del remediar. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XVI.

DON LOPE, EL INFANTE Y HERNANDO, *de noche, con espadas y broqueles.*

INFANTE.

¡Brava escuridad!

DON LOPE.

Terrible.

INFANTE.

No he visto en toda mi vida
Noche, de estrellas vestida,
Mas fea y desapacible.
Cerca está la puerta ya.

DON LOPE.

Entrar pienso que es error,
Sin alguna luz, Señor.

INFANTE.

Bien dices. ¿Quién la traerá?

DON LOPE.

¿Eres tú?

HERNANDO.

¿Qué es lo que quieres?

DON LOPE.

Vuelve, y de casa volando
Trae una linterna, Hernando.
(*Ap. á él.* Tarda lo mas que pudieres.)
(*Ap.* Esto hago porque espero
Que haciendo tiempo, vendrá
El Rey, y librar podrá
A aquel pobre caballero.)

INFANTE.

¿Qué iglesia es esta?

DON LOPE.

San Juan...
—Y aquí enterraron, Señor,
El hombre á quien tu rigor
Dió muerte.

INFANTE.

¡Cuál estarán
Sus huesos!

DON LOPE. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!
¡Qué inhumana inclinacion!
Que no tiene el corazon
Como los demás, recelo.

INFANTE.

Dime, don Lope, ¿has tenido
Algun temor en tu vida?

DON LOPE.

Y tal, que no se me olvida.

INFANTE.

¿Hombre eres tú que has temido?
¿Qué dices?

DON LOPE.

Digo, Señor,
Que un bulto espantoso vi
Una noche, y que temí.

INFANTE.

Por cierto, ¡gentil temor!
¡Vive Dios, que estoy corrido,
Don Lope, de haberle dado
Seguramente mi lado
A un corazon que ha tenido
Temor! ¿Qué puede enviar
Contra mí el cielo, aunque sea
De un muerto la imágen fea,
Para poderme espantar?
De un espíritu valiente
¿Se ha de decir tal bajeza?

DON LOPE.

Considere vuestra alteza
Que es visto muy diferente
Que imaginado.

INFANTE.

El temer
Es acto de cobardía.

DON LOPE.

En la mayor valentía
Del mundo puede caber
Mi temor.

INFANTE.

No puede, y digo
Que bajamente sintiera
De mí mismo, si temiera
Llevándome á mí conmigo.
Y me pesa que los dos
Estemos argumentando
En cosa tan vil.

UNA VOZ. (*Dentro de la iglesia.*)

¡Fernando!
¡Infante!

INFANTE.

(*Ap.* ¡Válgame Dios!)
¿Quién llama?

DON LOPE.

Algun retraido
Será, que nos ha escuchado;
Que dos veces que han llamado,
Dentro de la iglesia ha sido.

INFANTE.

Parece muy penetrante
Esta voz; que al corazon
Se va. (*Ap.* Extraña confusion
Me causa en el alma.)

LA VOZ. (*Dentro.*)

¡Infante!

DON LOPE.

Yo quiero saber, Señor,
Quién es.

INFANTE.

Llamáronme á mí,
Y quiero, don Lope, aquí
Examinar mi valor.

(*Llégase á la iglesia.*)

Hombre, sombra imaginada,
¿Qué quieres? ¿Adónde estás?

LA VOZ. (*Dentro.*)

No vayas adonde vas.

INFANTE.

Pues ¿qué te importa á tí?

LA VOZ. (*Dentro.*)

Nada.

INFANTE.

¿Cómo quieres que te crea
Sin verte? Si acaso eres
Espíritu, y salir quieres,
Sal para que yo te vea;
Que en cualquier forma podrás
Decirme tu pensamiento;
Porque hasta saber tu intento,
No volveré paso atrás.

DON LOPE.

¿Quién era?

INFANTE.

No es nadie.

DON LOPE.

Mira...

INFANTE.

No hay qué mirar; lo que veo
Solamente es lo que creo;
Que lo demás es mentira.
Alguno nos escuchó,
Y me ha querido engañar.

DON LOPE.

Que dejes de porfiar
Es lo que quisiera yo;
Que quizá el cielo te envía
Con este aviso á decir
Que dejes de proseguir
Esta obstinada porfía
En que ha dado tu impiedad.

INFANTE.

Por el cielo soberano,
Que si me vas á la mano,
Que has de perder mi amistad.

ESCENA XVII.

HERNANDO, *con una linterna.* — DICHOS.

HERNANDO.

Ya la linterna está aquí.

DON LOPE. (*Ap.*)

¡Ah, mal haya tu venida!
¡Tan presto contra la vida
De don Juan!...

INFANTE.

Dámela á mí,
Y aquí puedes esperarte.

DON LOPE.

Señor...

INFANTE.

Yo solo he de entrar;
Que tambien te he de mostrar
Mi valor en esta parte.

DON LOPE.

Ya, Señor, he prometido
No replicar. (*Ap.* Esto es hecho.
Don Juan, sabe Dios que he hecho
Todo aquello que he podido.)

INFANTE.

Bravo acierto fué tomar
La llave. Esto sí es tener
Animo para emprender
Y valor en porfiar.

(*Apágase la luz de la linterna.*)

En la linterna se ha muerto
La luz... y... Otra viene allí,
Que podrá dármela á mí.
Ya llega. ¡Notable acierto!

ESCENA XVIII.

EL ESPECTRO DE DON PEDRO, *con sangre en el rostro, embozado, y con una linterna en la mano.* — EL INFANTE, DON LOPE, HERNANDO.

INFANTE. (*Al espectro.*)

Hidalgo, por cortesía
Os suplico, si gustais,
Que espereis y me encendais
Esta luz.

(*Don Pedro va pasando sin parar.*)

¡Qué grosería!
¡Ni responder ni esperar!
Advierta, cualquiera que es,
Que nunca el mas descortés
Me dejó de respetar,
Y he de castigalle el modo,
Y con su luz conocello.

(*Descubre el Infante á don Pedro.*)

¡Válgame Dios!

Cae el Infante en el suelo; el espect[ro] se va.)

DON LOPE.

¿Qué es aquello?

HERNANDO.

Que dió en el suelo con todo.

DON LOPE.

Sin pulsos está. ¡Ah, Señor!
Abre esa puerta volando,
Y trae una luz, Hernando.

HERNANDO.

Ya voy perdiendo el temor. (Va[se.])

ESCENA XIX.

DON LOPE; EL INFANTE, *sin sen[tido,] en el suelo.*

DON LOPE.

¡Ah, Señor!

INFANTE.

¿Quién me ha llamado?

DON LOPE.

Don Lope soy.

INFANTE.

¡Ay, amigo!
Disculpado está conmigo
El temor que te he culpado;
Que ya al pensar que el mas fuerte
Temerá, no me resisto.

DON LOPE.

¿Qué es lo que te ha dado?

INFANTE.

He visto
Al hombre á quien dí la muerte.

DON LOPE.

Pues no porfies, Señor,
Y vuélvete.

INFANTE.

Agora sí;
Que solo ha durado en mí
La porfía, hasta el temor.

ESCENA XX.

DOÑA LEONOR, DON JUAN, T[EO]DORA, ALDANA.—DICHOS.

DON JUAN.

¿Adónde está aquí el Infante?

INFANTE.

¿Quién lo pregunta?

DON LOPE.

Aquí están
Doña Leonor y don Juan.

INFANTE.

Porfié como ignorante.
No querais saber agora
Mas de que soy vuestro amigo:
Y así, solamente os digo
Que os caseis muy en buen hora.

DOÑA LEONOR.

Siempre de tu gran valor
Lo esperé.

DON JUAN.

Y yo, aunque temia.

INFANTE.

Mucho mas que á mi porfía,
Le debeis á mi temor.

ESCENA XXI.

GUZMAN, *y despues*, EL REY *y* ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

DON LOPE. (*Ap. á Guzman.*)
¿Viene el Rey?

GUZMAN.
Ya viene allí.

DON LOPE.
Aunque algo tarde ha llegado,
Todo está ya remediado.

(*Sale el Rey con su Acompañamiento.*)

REY.
¿Es don Lope?

DON LOPE.
Señor, sí.
No se dé por entendido (*Ap. al Rey.*)
Vuestra majestad; que ya
Su alteza, Señor, está
En su intento arrepentido.

REY.
¿Qué hace vuestra alteza aquí?

INFANTE.
Hanse de casar, Señor,
Don Juan y doña Leonor;
Y como me toca á mí
El ser padrino, he querido
Saber si ha de ser mañana,
Para avisar á mi hermana.

REY.
Que vos, don Juan, hayais sido,
Gustando mi hermano dello,
El dichoso, estimo yo.

DON JUAN.
La vida, Señor, me dió
Entonces, no parecello.

INFANTE.
Yo, don Juan, que causa fuí
Del disgusto que has tenido,
Perdon humilde te pido
De haber porfiado así.
Y Laura le da á mi amor; (*A don Lope.*)
Que á mas virtud me acomodo,
Porque tenga fin en todo
La porfía hasta el temor.

LA DESPRECIADA QUERIDA.

PERSONAS.

LAURA.	FEDERICO.	LUDOVICO.
PORCIA.	FLORO.	TEODORO.
CELIA.	EL REY DE HUNGRÍA.	ARNESTO.
CÁRLOS, *príncipe.*	OTAVIO.	ACOMPAÑAMIENTO.—GUARDIAS.

La escena es en la corte de Hungría y en sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Sala de una casa de campo á dos leguas de la corte de Hungría.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, PORCIA, CELIA, FEDERICO Y FLORO, *todos de camino.*

FEDERICO. (*A Laura.*)

Esto os suplica por mí,
Señora, su majestad.

LAURA.

Hasta ser su voluntad:
No pienso pasar de aquí.
Si de Bohemia salí
A obedecerle, es razon
Que muestre en esta ocasion
La verdad de mi deseo.

FEDERICO. (*Ap. á Floro.*)

Presto padece mi empleo
Mil siglos de confusion.

FLORO.

¿Qué sientes?

FEDERICO.

Estoy perdido.
Apenas, Floro, la ví,
Cuando el alma la rendí;
Mas al fin discreto he sido,
Porque fuera inadvertido,
Si viéndola no la amara.

FLORO.

En tu turbacion repara
La Reina.

FEDERICO.

Y yo, en mis enojos,
En los rayos de unos ojos,
En el cielo de una cara.

LAURA. (*A Federico.*)

¿Qué es la ocasion de mandar,
Duque amigo, que no llegue
A la corte?

FEDERICO.

No hay que os niegue
Quien siempre os ha de agradar;
Pero quiere dar lugar
Para este recebimiento
A mas apercebimiento,
Y así os hace detener;
Fuera de que habrá de ser
Presto vuestro casamiento;
Que ya os tiene prometida
Al de Transilvania.

LAURA.

¿Ya
Trazada mi boda está?
¡Gran brevedad, por mi vida!
Debo estar agradecida
Al cuidado de mi tio;
Mas juzgo por desvarío
Que antes que de Belflor pase,
Tan á su gusto me case,
Y no se acuerde del mio.

FEDERICO.

Es el Príncipe...

LAURA.

No quiero
Que sus partes alabeis.

FEDERICO.

Brevemente le veréis.

LAURA.

¿Cuándo es la boda primero
Que las vistas?

FLORO. (*Ap. á Federico.*)

Duque, infiero
Que le ha pesado de ver
Que sin dar su parecer
Le haya dado el Rey marido.
El ser mal contenta ha sido
Siempre accion de la mujer.

PORCIA. (*Ap. á Laura.*)

Parece que te ha pesado
De que te digan que estás
Casada.

LAURA.

Luego sabrás
La causa de mi cuidado.

CELIA. (*A Porcia.*)

Mucho el Duque te ha mirado.

PORCIA.

Pues ¿qué importa? Qué ha de hacer,
Si viene á vernos?

CELIA.

Temer
Puedes, si da que notar;
Pues siempre ha sido el mirar
Muy diferente del ver.

FEDERICO. (*Ap.*)

Con luces tan soberanas,
Amor, me fuerzas y inclinas,
Que á influencias tan divinas
No hay resistencias humanas.
Si hasta los montes allanas,
¿Qué mucho que esté vencido
A tu poder, aunque ha sido
Montaña mi libertad?

LAURA.

Duque, á mi gente avisad.

FLORO. (*Ap. á Federico.*)

Mira que estás divertido.

FEDERICO.

Voy, Señora, á detener
Vuestra gente. (*Ap.* Ciego estoy.
Porcia, sin tus soles voy
A morir y á no vencer.)

(*Vanse Federico y Floro.*)

ESCENA II.

LAURA, PORCIA, CELIA.

PORCIA.

Deseando estoy saber
De qué ha sido tu disgusto.
El darte esposo ¿no es justo?

LAURA.

El casarme no me altera;
Mas por lo menos, quisiera
Elegirle yo á mi gusto.
Porcia, prima, si en los ojos,
Vidrieras de cristal,
Se conocen las pasiones
Por el modo de mirar,
Bien conoces en los mios
Qué tristes afectos hay,
Pensiones que á la desdicha
Paga la prosperidad.
Mi padre el rey de Bohemia,
Que en asiento de cristal
Pisa tapetes de estrellas,
Goza de una eterna paz,
Con su hermano el rey de Hungría
Guerra tuvo tan mortal,
Que corrió sangre el Danubio
Por márgenes de arrayan.
Hermanos que se aborrecen
Símbolos son de crueldad,
Y así en los dos fué la guerra
Mas continua y eficaz.
Pero la que no respeta
El cetro y la majestad,
Y iguala chozas de juncos
Con el alcázar real,
Cortando el hilo á la vida
De mi padre, pudo dar
Dulces fines á la guerra
Y principios á mi mal.
Quedé sola y heredera,
Forzada á pedir piedad
A mi tio, por poder
Mis estados conservar.
Piadoso á mis tiernos ruegos,
Dió de nobleza señal,
Hirvió la sangre en el pecho
Con secreta actividad.
Prometióme ser mi amparo,
Pues que quedaba en lugar
De mi padre; que en los nobles
No dura el rencor jamás.
Prometióme dar esposo
Conforme á mi calidad,
Como viniese á su corte:
Obedecí á mi pesar.
Dispuse al fin mi partida,
Aunque fué con brevedad,
Muy conforme á mi grandeza:
Ley es que el mundo nos da.
Y agora que estoy dos leguas
De su corte, vengo á hallar
Al Duque, que me detiene

Por cierta curiosidad.
Si para el recebimiento,
Con grandeza artificial
Arcos la corte previene,
Adornos de la ciudad;
Si sobre doradas basas,
En forma piramidal,
Quiere romper á las nubes
El cambiante tafetan,
Bien hace en que me detenga;
Mas es modo desleal
El ser tirano tan presto
De mi dulce libertad.
Querer casarme mi tio
Antes de ver ni de hablar
Al que me da por esposo,
Ver si es discreto ó galan,
Es decir que en mí pretende
Tener superioridad
Tanta, que mis tres potencias
Por su gusto he de guiar.
¿Es la mujer, por ventura,
Tan imperfeto animal,
Que no permite albedrío,
Ni recibe voluntad?
Si los efectos se ensalzan
En un alma racional,
Yo la tengo, y será justo
Que la procure inclinar.
Déjeme que tenga amor;
Que aunque tan niño y rapaz,
Es hijo de la hermosura,
Dios de la gentilidad.
De esto nacen, Porcia mia,
Las penas que á suspirar
Me obligan, y á que mis ojos
Aflijan sus niñas mas.
Esta fuerza que padezco
Me conviene remediar.
Mi tio jamás me ha visto
Por la antigua enemistad;
Tampoco á tí te conocen:
Quédate tú en mi lugar.
Yo quiero entrar en la corte;
Veré el dueño que me da,
Diré que soy la duquesa
Porcia, que voy á tratar
Con el Rey cosas que importan:
Nadie me conocerá.
Si el marido que me ofrece
No me agrada, con callar
Y dar la vuelta á mi reino,
Salgo de cautividad.
Y si me agrada el marido,
Mis penas se acabarán,
Descubriráse el engaño,
Tendré esposo á quien amar.
Al punto partirme quiero;
Celia me acompañará,
Pues el sol dora el ocaso
Al hermoso trasmontar.
Concierto que fué tan breve
Requiere remedio tal;
Y ¡mal haya la mujer
Que se casa á su pesar!

PORCIA.

Si ya estás determinada,
No te quiero responder,
Sino solo obedecer.

CELIA.

Tu resolucion me agrada.
A aquesta empresa te anima.

LAURA.

Contigo voy animosa.
Advertida, cuidadosa
Te muestra en mi intento, prima.
Si el Duque me quiere hablar,
Dile que indispuesta estoy;
Que mientras la vuelta doy,
Tú le sabrás engañar.—
Una carroza apercibe. (*A Celia.*)

PORCIA. (*Ap.*)

Con justa razon se abrasa;
Que quien sin gusto se casa,
Para muchas muertes vive.

(*Vanse.*)

—

Sala del palacio real en la corte de Hungría.

ESCENA III.

EL REY, LUDOVICO.

REY.

Mucho me agrada el modo de la fiesta,
Por tu ingenio dispuesta.
Todo esté prevenido.

LUDOVICO.

Si á la Reina en Belflor has detenido,
Luego á llamarla envia,
Si te confias de la industria mia.
En un carro triunfal, de arquitecturas
Y excelentes molduras,
De yambas y linteles,
Frisos, basas, cornisas y boceles,
Bohemia va triunfante
Con túnica vestida de diamante.
Dice la letra en un escudo altivo:
Por la paz venzo y vivo;
Y á sus piés van postrados
Rotos arneses, yelmos abollados,
Y las marciales cajas
Siembran astillas en banderas bajas.
Sobre cuatro pirámides divinas,
Que ocupan las esquinas,
Van la paz, la prudencia,
Opuestas al rigor y á la inclemencia;
Y en los plintos escritas
Epigramas y cifras infinitas.
Vese en la puerta principal Hungría,
Que la espada desvia,
Y con llaneza altiva
Un ramo abraza de dorada oliva,
Sin otras invenciones,
Que declaran tus nobles intenciones.

REY.

La máscara apercibe.

LUDOVICO.

Si deseas
Que te pinte libreas,
No tienen á porfía
La noche estrellas y candor el dia,
Que con ellas compitan.

REY.

A mis deseos justamente imitan.

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE CÁRLOS. — DICHOS.

LUDOVICO.

El Príncipe ha venido.

REY.

Ya le esperan
Mis brazos, que quisieran,
Dándole á mi sobrina,
Que del orbe la máquina divina
Se humillara á sus plantas.

CÁRLOS.

Al cielo en tus mercedes me levantas;
Mas con besar tus piés quedo mas rico.

REY.

Ya tiene Ludovico
La fiesta prevenida.

CÁRLOS.

¿Cómo podré servir con una vida
El favor que recibo,
Si para agradecerle me apercibo?

REY.

Aunque por tener guerra con mi her- [mano,
El no haber visto, es llano,
A mi sobrina, creo
Que su belleza iguala á mi deseo,
Para que vuestra sea.

CÁRLOS.

Besar sus plantas mi aficion desea;
Que si en ser suyo alcanzo tal ventura,
¿Qué mayor hermosura,
Si el alma la dedico,
Que el honor que á mi sangre multiplico?
Pues si junta á Bohemia
Con Transilvania, mis deseos premia.

REY.

Mañana la veréis.

ESCENA V.

TEODORO.—DICHOS.

TEODORO.

De una carroza,
Que justamente goza
Nombre de claro oriente, [te
Sale otro sol, que aunque mirar consien-
Sus hebras esparcidas,
Si no privan de vista, quitan vidas.
Dicen que es Porcia, de la Reina prima.

REY.

Ya mi pecho la estima.
Su sangre, su nobleza
Me dicen que es igual á su belleza.
A recebilla vamos.

TEODORO.

Vence en valor á la de Chipre y Sámos.

ESCENA VI.

LAURA, CELIA, ACOMPAÑAMIENTO.— DICHOS.

LAURA.

Las manos, Señor, os pido.

REY.

Si para que os levanteis
Las doy, no seré atrevido,
Pues no es justo que humilleis
Un cielo de luz vestido.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué peregrina belleza!
¡Qué edad, gala y gentileza!
Toda es asilo de amor,
O milagro de pintor,
Que obró la naturaleza.

LAURA. (*Al Rey.*)

Bien es que reciba agora
Favores tan poco avaros...

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué necio es quien no te adora!

LAURA. (*Al Rey.*)

Que en efeto vengo á hablaros
Por la Reina, mi señora.
Abrazos por ella os doy.
Haced cuenta que no soy
Porcia, como imaginais;
Vuestra sobrina abrazais,
Pues que yo en su pecho estoy.

REY.

Príncipe, no estéis turbado.
Recebid á la Duquesa,
Parte del bien que os he dado.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya de casarme me pesa.

LAURA.

¿Es por dicha el desposado?

REY.

Sí.

LAURA.

De quien es da señal.

REY.

Es su discrecion igual
A la gala que atesora.

LAURA.

Está bien.— Celia...

CELIA.

Señora...

LAURA. (*Ap. á Celia.*)

No me ha parecido mal.

CÁRLOS. (*A Laura.*)

Turbado á vuestros piés llego,
Pues la defensa conquisto
De un sol que me deja ciego;
Que en toda mi vida he visto
Tanta nieve en tanto fuego.
Tan divino resplandor
Causa respeto y temor.

LAURA.

Alzad.

CÁRLOS. (*Ap.*)

El alma la adora
Por dueño.

LAURA.

Celia...

CELIA.

Señora...

LAURA.

(*Ap. á Celia.* Ya me parece mejor.)
Mucho, Príncipe, he gustado
De veros, porque teneis
A la Reina con cuidado;
Mas vos se le quitaréis
Con vuestra gala y agrado;
Que si he de decir verdad,
A veros vengo: mirad
Lo que me debeis aquí.
Mas pues me agradais á mí,
Yo allano su voluntad.

CÁRLOS.

Dándole á la cortesía
Su lugar, con agradaros
A vos, contento estaria;
Pues en vuestros ojos claros
Miro el alba de su dia.
Vuestro divino arrebol
De su luz es el crisol;
Por vos, quien es considero.
(*Ap.* Pero si es tal el lucero,
Nunca amén me salga el sol.)

LAURA.

Cuando sus luces estén
En el oriente que dora,
Me trataréis con desden.

CÁRLOS.

No, por Dios.

LAURA.

Celia...

CELIA.

Señora...

LAURA.

(*Ap. á Celia.* Ya le voy queriendo bien.)
Al fin, Señor, he venido (*Al Rey.*)
A saber de vos, si ha sido
Detenerla vuestro intento
Hasta que el recebimiento
Esté á punto prevenido.

REY.

¿Qué ocasion pudiera haber
Sino quereria servir?

LAURA.

Pues ¿por qué habeis de poner
En querella recebir
Cuidado? Este proceder
Es cumplimiento excusado.
No la habeis, Señor, tratado
Como á hija, que os estima
Como á padre: por mi prima
Estas quejas os he dado,
Y os ruego que permitais
Que venga luego.

REY.

Bien puede,
Pues que vos dello gustais.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya mi desventura excede,
Amor, al bien que me dais.
¡Vive Dios, que no ha de ser
Otra mujer mi mujer,
Sino Porcia! La grandeza
Perdone; que tal belleza
¿Qué mármol no ha de vencer?
¿Qué reinos, qué majestades?
¿Ha de aumentar Laura en mí
Grandezas ni calidades?
Iguale el amor ansí,
Si no reinos, voluntades.

LAURA.

Volverme al punto querria,
Porque venga quien me envia,
A ver favores tan raros.

REY.

Salir quiero á acompañaros.

CÁRLOS. (*Ap.*)

En mí la pasion porfía...

LAURA.

Príncipe, yo le diré
A la Reina, mi señora,
Que alegre y contenta esté.
Vuestros méritos ignora,
Y así desmaya su fe.

CÁRLOS.

El satisfacerla es justo;
Mas no le daré disgusto,
Si sigue otros pareceres.

LAURA.

Celia...

CELIA.

Señora, ¿qué quieres?

LAURA. (*Ap. á Celia.*)

Marido tengo á mi gusto.

(*Vanse todos, menos el Príncipe.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS.

¿Qué es esto? ¿Qué sinrazon
En mí tiene mas poder
Que mi propia obligacion?
Que al amor suele vencer
Muchas veces la ambicion.
Pero si me ha de quitar
La vida el no me casar
Con Porcia, ¿qué hay que sentir?
Sin reino puedo vivir,
Y no sin vida reinar.
Cásese la Reina aquí
Con quien ciego de su amor
Estime lo que perdí;
Que no hay grandeza mayor
Que esa beldad para mí.

ESCENA VIII.

EL REY, LUDOVICO, TEODORO, ACOMPAÑAMIENTO.—CÁRLOS, *sin reparar en ellos.*

REY.

Del sol los caballos son
Los que la carroza llevan.

LUDOVICO.

Prevenirnos es razon.

CÁRLOS. (*Para sí.*)

¿Qué mas eminente prueba
En mi ciega confusion?
No me he casar con ella,
Si mil mundos atropella
Mi esperanza bien fundada.

REY. (*Ap.*)

¿Qué es esto?

CÁRLOS. (*Para sí.*)

Ya despreciada
Es por mí la Reina bella.
No he menester calidad
Ni riqueza, pues la mia
Tiene á la suya igualdad.
Busque otro esposo en Hungría;
Que el reino es la libertad.

REY.

Mal mi paciencia resiste.

LUDOVICO.

No escuches tu ofensa mas.

CÁRLOS. (*Para sí.*)

En esto mi bien consiste.

REY.

Cárlos, ¿qué esto?

CÁRLOS.

¡Aquí estás!
¿Qué preguntas, pues lo oiste?

REY.

Pienso que los oidos me engañaron,
Pues no puedo creer que poco estimes
El bien que tus venturas te guardaron,
Y que tu amor cobarde desanimes.
Si en tí mis pensamientos no hallaron
Justa humildad, aunque tu sangre inti-
Habla claro, el suceso determina; [mes
Que no gana en casarse mi sobrina.

CÁRLOS.

Pues pides que declare lo que siento,
El no casarme pienso que me importa,
Y no porque te niegue que en aumento
Iba en grandeza mi esperanza corta.
Mas con tal brevedad será violento
El matrimonio; que á temer me exhorta
No haber visto á la Reina, ni haber visto
Qué condicion sin libertad conquisto.
Pues dices que en tu reino hay quien me-
[rezca
A tu sobrina, y piensas que no gana [ca;
En ser mia, á otro ilustre y engrandez-
Que no ha de ser de mi valor tirana.
Yo sé que habrá quien mas se desvanez-
Y que tenga por gloria soberana [ca,
Ser suyo; porque yo me determino
De no juntar al mio un ser divino.

REY.

Si no fuera mostrar que me pesaba
De que se deshiciera el casamiento,
Que al mismo punto de empezar se aca-
[ba,
Para mas gloria mia y mas aumento,
No era poca ocasion la que incitaba
Mi justo enojo; pero ya contento,
De mi mala eleccion arrepentido,
Libre se quede quien tan libre ha sido.
No te destierro, Príncipe, de Hungría,
Solo de mi palacio te destierra
Mi razon; porque justo no seria
Que estando en él causases nueva guer-
Ni á la Reina reciba tu osadía, [ra.
Ni la beses la mano; que en tu tierra
Tendrás mas bien. Aquesto te apercibo
Mientras que yo con fiestas la recibo.

(*Vanse todos, menos el Príncipe.*)

ESCENA IX.

CÁRLOS.

¿Qué importa que te enojes, como que-
Libre del casamiento mi cuidado? [de
¡Oh cuánto, Porcia, tu hermosura pue-
[de!
Oh cuánto á mis deseos has costado!
Mas tu belleza al reino todo excede.
El salir de palacio desterrado
Siento, porque de verte en él me privo,
Y milagro será si ausente vivo.

ESCENA X.

ARNESTO, OTAVIO. — CÁRLOS.

ARNESTO.
¿Cómo no sales, Señor,
Á recebir á tu esposa?

CÁRLOS.
Mi suerte fuera dichosa,
A haberlo querido amor.
Mas él ha deshecho, Arnesto,
El casamiento tratado.

OTAVIO.
¡Cómo! ¿Qué es lo que ha pasado?

CÁRLOS.
Ya no me caso.

ARNESTO.
¿Tan presto
Perecieron las libreas?

CÁRLOS.
Mas ricas las apercibe
Un nuevo intento que vive
Entre confusas ideas.
Otavio, Arnesto...
(*Pónese entre los dos.*)

OTAVIO.
Señor...

CÁRLOS.
Yo deshice el casamiento...

ARNESTO.
¿Qué te movió?

CÁRLOS.
Nuevo intento.

ARNESTO.
¿Quién ha sido causa?

CÁRLOS.
Amor.

ARNESTO.
¿No ganabas en casarte?

CÁRLOS.
Aumentaba mis grandezas.

OTAVIO.
Pues ¿no estimas las riquezas?

CÁRLOS.
No, si amor tiene mas parte.

ARNESTO.
¿Enamorado estás?

CÁRLOS.
Sí.

OTAVIO.
¿De la propia Reina?

CÁRLOS.
No.

ARNESTO.
¿Quién tu libertad rindió?

CÁRLOS.
Un cielo que alegre vi.
¿Vistes la Duquesa acaso,
Cuando á hablar al Rey entró?

ARNESTO.
Yo no la he visto.

OTAVIO.
Ni yo.

CÁRLOS.
Pues yo por ella me abraso.
No vió tan grande hermosura
El sol, desde donde baña
Sus hebras el mar de España
Hasta la Noruega oscura.
La Reina ¿qué puede ser,
Si con ella se compara?
La madre de amor dejara
Por esta hermosa mujer,
Y toda la monarquía
Del mundo.

ARNESTO.
Perdido estás.

CÁRLOS.
No llames perdido mas
Al que tal norte le guia.
¿No te atreverás, Arnesto,
Á darle por mí un papel,
En llegando?

ARNESTO.
Escribe en él
Tu intento justo y honesto;
Que eso será lo de menos.

CÁRLOS.
Voy abrasado y perdido:
De palacio me despido
Y de unos ojos serenos.
Venid conmigo, aunque siento
Esta rigurosa ley,
Pues que me destierra el Rey
De mi propio pensamiento,
Que en palacio ha de quedar.

OTAVIO.
Ya llegan.

CÁRLOS.
Salir procura.

ARNESTO.
Pídele al amor ventura;
Que no faltará lugar.
(*Vanse.*)

—

Habitacion destinada á Laura en el real palacio.

ESCENA XI.

EL REY, LUDOVICO, TEODORO, LAURA, PORCIA, CELIA, FEDERICO, FLORO, ACOMPAÑAMIENTO.

LAURA.
Déme vuestra majestad
Los piés.

REY.
Los brazos os debo,
Porcia hermosa.

LAURA.
A tu sobrina
Abrazas.

REY.
Pues ¡cómo es esto!
¿No eres Porcia?

LAURA.
Laura soy.
Que ha sido engaño confieso;
Quise verte disfrazada,
Por cierto oculto secreto.
Aquesta es Porcia, mi prima.

REY.
Corrido estoy con extremo;
Pero no es justo quejarme,
Pues ha sido gusto vuestro.
A Porcia le doy mis brazos.

LAURA. (*Ap.*)
¿Cómo al Príncipe no veo?
Si no sale á recebirme,
Otra novedad sospecho.
Bien preguntara por él;
Mas por mi honor no me atrevo.

FEDERICO. (*Ap.*)
En los rayos de sus ojos
Abrasada el alma tengo.

CELIA. (*Ap. á Laura.*)
¿Cómo no sale tu esposo
Á recebirte?

LAURA.
No acierto
A encarecer, Celia mia,
Lo que dudo y lo que siento.

CELIA.
Disimula.

LAURA.
Ya lo hago.

REY.
Desde aquí tendrá mi reino,
Señora, á quien reconozca.

LAURA.
Vos sois mi señor y dueño.
(*Ap.* Ya me ofrecen mis temores
Industria: por aquí pienso
Saber por qué no ha salido
Cárlos al recebimiento.)
¿Señora quereis hacerme
De Hungría?

REY.
Serviros debo,
Por la noble confianza
Que de mi amor habeis hecho.

LAURA.
Parece que me adulais.
Quereis casarme tan presto,
Poniendo mi libertad
En confuso cautiverio,
Y ¡decís que soy señora!
Pero en fin, os obedezco
Como padre.

REY.
(*Ap.* ¡Qué ocasion
De obligarla me da el cielo!)
Pues mas me debeis, Señora,
(*Ap. á Laura.*)
De lo que pensais; pues viendo
Que era agravio el cautiverio,
Tan brevemente he deshecho
El matrimonio, que es justo
Que vuestro gusto y ingenio
Elijan de espacio esposo.

LAURA.
(*Ap.* Bien temí tan mal suceso.)
En fin ¿que ya no me caso?
¿No son fuertes los conciertos
En Hungría?

REY.
Adivinaba
Vuestro mismo pensamiento.

LAURA.
(*Ap.* Así tengas la salud.
Muerta soy.) Luego ¿por eso
No viene Cárlos aquí?

REY.
Él no estaba satisfecho
De vuestra rara hermosura.
Es arrogante y soberbio,
Y dijo algunas locuras
Entre altivos menosprecios;
Y así, le mandé salir
De palacio, porque á veros
No llegase, como indigno
De la gloria de ser vuestro.

LAURA.
Basta: ¿que me despreció?
No me pareció muy necio
Cuando le hablé; mas hay hombre
Que trae dos ó tres concetos
Estudiados, y si dura
La conversacion, da luego
Muestras de que sabe poco.

REY.
Antes anduvo discreto,
Pues lo que no merecia
Dejó.

LAURA. (*Ap.*)
¡Válganme los cielos!
Antes casarme sentia,
Y ya no casarme siento.
Castigó mi presuncion.
Por confiada me pierdo.
¡Mal haya la calidad
Que me obliga á sufrimiento!

REY. (*Ap.*)
Por buen camino salí
De obligacion.

FEDERICO. (*Ap.*)
Ver deseo
A Cárlos; que en su amistad
Confia el breve remedio
Del amor que me atormenta.
Comunicaré á lo menos
Mi mal, si el comunicarle
Suele servir de remedio.

REY.
Ya estaréis contenta ahora,
Pues en libertad os dejo.
Ya no os quejaréis de mí.

LAURA.
Todo ese amor os merezco.
Procedeis como quien sois.

REY.
Cansada vendréis, y quiero,
Pues quedais en vuestro cuarto,
Que descanseis.

LAURA.
(*Ap.* ¿Cómo puedo,
Entre tantas confusiones?)
Vuestros piés mil veces beso.

REY.
Donde es tan grande el amor,
Se excusan los cumplimientos.
(*Vanse todos, menos las damas.*)

ESCENA XII.

LAURA, PORCIA, CELIA.

PORCIA. (*Ap. á Celia.*)
Celia, ¿qué tiene mi prima,
Que eclipsados sus luceros,
Entre nubes de pesar
Llueven centellas de fuego?

CELIA.
Ello dirá; por ahora
Es bien guardar el secreto.

PORCIA.
Debo yo sentir sus males
Por mi deuda y por el deudo.

LAURA.
Locas altiveces mias,
Ya estaréis escarmentadas,
Por soberbias despreciadas
Con arrogantes porfías.
¿Qué importan las fantasías,
Pues han sido sombra y sueño?
Y en término tan pequeño
Hechas cenizas las veis,
Que al fin por dueño teneis
Al que no os quiere por dueño. (*Vase.*)

PORCIA.
No lo entiendo.

CELIA.
Ni conviene.

PORCIA.
Síguela.

CELIA.
Será forzoso.
Sombra ha sido aqueste esposo. (*Vase.*)

PORCIA.
Triste y confusa me tiene.

ESCENA XIII.

ARNESTO, *con un papel.* — PORCIA.

ARNESTO. (*Ap.*)
Muchas dudas me previene
El nuevo oficio que adquiero.
Ver á la Duquesa espero.
Aquí dicen que ha de estar.
Obedecer y callar
Es oficio de tercero.
Por eso ningun criado
Se corta cuando á esto va,
Pues al fin quien sirve está
A obedecer obligado.

PORCIA.
¿Qué es esto? ¿A qué habeis entrado?

ARNESTO.
Ofrecióme la ocasion
El copete, y fué razon,
Porque a quien trae tan buen celo,
¿Qué puertas niegan el cielo
De esta rara perfeccion?

PORCIA.
¿Por santo entrais? Razon es.

ARNESTO.
(*Ap.* Este estilo es el que daña.
Alguno por santo engaña,
Que es un demonio despues.)
Por tan precioso interés
Como veros, no hay empresa
Difícil: esto confiesa
El alma.

PORCIA.
¡Buena osadía!

ARNESTO.
Decidme, señora mia,
Si sois Porcia la duquesa.

PORCIA.
Yo soy.

ARNESTO.
Pues mi atrevimiento
Disculpe vuestra prudencia,
Y permita vuexcelencia
Que le diga el sentimiento
Del amante mas contento
En su tormento cruel,
Por ser vos la causa dél.

PORCIA.
A muchas penas se obliga.

ARNESTO.
Pero mejor es que os diga
Lo que siente este papel.

PORCIA.
¡Notable facilidad!
Mas al fin le quiero ver.

ARNESTO. (*Ap.*)
Es muy propio en la mujer
Aquesta curiosidad.

ESCENA XIV.

LAURA, *que se queda observando á* — PORCIA Y ARNESTO.

LAURA. (*Ap.*)
¡Cielos! ó descanso dad
A pena tan bien sentida,
O privadme de la vida.

PORCIA.
Cárlos firma aquí.

LAURA. (*Ap.*)
¡Ay de mí!

PORCIA.
Pues ¿Cárlos me escribe?

ARNESTO.
Sí,
Y por vos la Reina olvida.
Leed. ¿De qué os alterais?

LAURA. (*Ap.*)
Nuevo mal se determina.

PORCIA.
(*Lee.*) «Bien es, Duquesa divina,
»Que mis intentos sepais.
»Si las almas cautivais,
»¿Qué mucho que dé mi vida
»A tan hermosa homicida,
»Y que la Reina engañada
»Venga á ser la despreciada,
»Donde vos sois la querida?
»Admitid una aficion
»Que en nada puede ofenderos,
»Pues solo el dejar quereros
»Me basta por galardon.
»Dad lugar á la ocasion,
»Y permitidme que os vea,
»Aunque en mi confusa idea
»Siempre retratada os miro.» —
Desta novedad me admiro.

LAURA. (*Ap.*)
¿Hay quien mis desdichas crea?
¡Un desprecio no bastaba,
Sin que padeciese celos!

ARNESTO.
No se enojen vuestros cielos.

PORCIA. (*Ap.*)
La Reina escuchando estaba.

LAURA.
Porcia, en mucho te preciaba;
Ya imagino desde aquí
Tenerte en mas.

PORCIA.
¿Cómo ansí?

LAURA.
Conocida es la ocasion,
Pues que te muestra aficion
El que me desprecia á mí.
Mucho mas vales que yo.
Bien puedes no despreciar
Al Príncipe, y estimar
El bien que amor te ofreció.
Responde afable.

PORCIA.
Eso no.

LAURA.
Esto ha de ser, por mi vida.

PORCIA.
Será mostrarme atrevida:
Tú le responde por mí.

LAURA.
(*Ap.* En fin, Porcia, ¿que yo fuí
Despreciada, y tú querida?)
(*A Arnesto.*) Decilde á Cárlos que ha dado
Muestra de su ingenio. Andad.

PORCIA. (*Ap.*)
Si va á decir la verdad,

Digo que no me ha pesado.
El Príncipe es celebrado.

LAURA. (*A Arnesto.*)

Y que esperanzas le da
Porcia de que le verá;
Que yo al Rey aplacaré.
¿Dices esto?

PORCIA.

Sí diré,
Pues que tú lo has dicho ya.

ARNESTO.

Con esas respuestas voy
Alegre: tus plantas beso. (*Vase.*)

ESCENA XV.

LAURA, PORCIA.

LAURA.

Que eres dichosa confieso.

PORCIA.

Justo es si tu sangre soy.

LAURA.

(*Ap.* Loca de celos estoy.)
Entra, Porcia. Ve delante;
Que á quien tiene tal amante,
Se debe esta cortesía.

PORCIA.

No burles.

LAURA.

Por vida mia.

PORCIA.

Que lo mandes es bastante.
(*Vanse.*)

—

Habitacion del Príncipe fuera de la corte.

ESCENA XVI.

CÁRLOS, FEDERICO, OTAVIO.

FEDERICO.

La amistad que siempre os tuve
Es justo que ahora muestre.
Vuestro disgusto he sentido.

CÁRLOS.

Antes, Duque, estoy alegre.
Yo no he querido casarme;
Que hay ocasiones urgentes
Para que reinas no estime.
Este es amor, gusto es este.
No he menester calidad,
Pues tanta mi sangre tiene.

FEDERICO.

La mejor de toda Europa
Os ilustra y engrandece.
Digno sois de que corone
Vuestras valerosas sienes
La tiara del imperio.

CÁRLOS.

Solo el gusto se pretende.
¡Ay, Federico! ¿qué importan
Los invidiosos laureles
De los Césares romanos
Que dominan el Oriente,
Si no hay gusto?

FEDERICO.

Bien decís;
Que si ha de igualar la muerte
Los estados en la vida,
El gusto es razon que reine.
Yo soy dese parecer.
Pero, si decirse puede,
Cárlos, ¿qué ha sido la causa
Del repentino accidente
Que os obliga á no casaros?

CÁRLOS.

No os espante que la niegue
Hasta ver una respuesta
Que en el aire me suspende,
De los cabellos colgado;
Que si favor me promete
La que adoro, con vos solo
Comunicaré mis bienes.

FEDERICO.

Y yo tambien os prometo,
Como amigo, y tan prudente,
Daros parte de un cuidado
Que envidiosa el alma tiene;
Que como ha visto en los ojos
Imágen tan excelente,
Quiere contarla á sus niñas,
Porque tal bien no merecen.

CÁRLOS.

¡Quién es, duque de Sajonia,
Porque vuestro amor consuele
El mio? Que es mal de muchos,
Y así el amor se divierte.

FEDERICO.

Si vos no quereis decirle,
No pidais que os manifieste
Mi amor, pues es la igualdad
La amistad mas excelente.
Declarémonos los dos.

CÁRLOS.

Yo quiero al sol.

FEDERICO.

No os enseñe
Concetos la idolatría;
Más humano amor os vence.

ESCENA XVII.

ARNESTO.—DICHOS.

ARNESTO. (*Al Príncipe.*)

No quedaré satisfecho
Si albricias no me prometes;
Que al deseo de servirte
Se las he dado mil veces.
¡Esto sí es tener criados
Cuidadosos, diligentes!
¡Bien haya amén quien se sirve
De un Sempronio tan prudente!

CÁRLOS.

Yo te las prometo, Arnesto,
Pues porque el alma celebre
Su gusto, ves que los ojos
Placer brotan, risa vierten.

ARNESTO.

¿Puedo delante del Duque
Hablar?

FEDERICO.

Si os importa, iréme.

CÁRLOS.

Eso puedo con verdad
Decir que ha sido ofenderme.
Si vos sois parte del alma,
¿Qué secreto encubrir puede
Mi amor?

FEDERICO.

Esa confianza
Mi amistad os engrandece.

CÁRLOS.

Arnesto, no me dilates
Ese bien, porque me tienes
Como Tántalo á la boca
Los cristales trasparentes;
Que por los ojos no mas
El apetito los bebe,
Porque al llegar á los labios
El falso cristal se quiebre.

ARNESTO.

Entré en el palacio...

CÁRLOS.

¿Entraste?

ARNESTO.

Llegué al retrete...

CÁRLOS.

¿Al retrete?

ARNESTO.

De la Reina.

CÁRLOS.

¿De la Reina?

ARNESTO.

Suplícote que me dejes.
¿Eres eco de mi voz?

CÁRLOS.

Tú de mi alma lo eres,
Arnesto, pues que me dices
Lo que ella misma pretende.

ARNESTO.

Vide á la duquesa Porcia,
A cuyos rayos de nieve
Diste el alma.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Cómo? ¡El alma
A Porcia! Cielos, valedme.

ARNESTO.

Dí tu papel.

FEDERICO.

¿El papel?

ARNESTO.

Recibióle alegre.

FEDERICO.

¿Alegre?

ARNESTO. (*Ap.*)

Segunda parte del eco
Tenemos: ellos me muelen.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Qué es esto, dedichas mias?

CÁRLOS.

Amigo, si le diviertes,
Darásme en taza penada
Píctima tan excelente.

FEDERICO.

Oigamos los dos; que á entrambos
La relacion nos conviene.

CÁRLOS.

Dí.

FEDERICO.

Prosigue.

ARNESTO.

Entró la Reina,
Señor, despues de leerle.
La honestidad en su rostro
Pintó purpúreos claveles,
Que en márgenes de cristal,
Como rubís resplandecen.
La Reina, que es otra Vénus...

CÁRLOS.

¿Qué me alabas y encareces?
Pronuncia el nombre de Porcia,
Y al pecho los otros vuelve.

ARNESTO.

Al fin, dice que te estima,
Y agradecida promete
Correspondencia bastante;
Que la verás brevemente.
La Reina dijo que al Rey
Hará que volver te deje
A palacio.—Aquí doy fin,
Para que la paga empiece.

CÁRLOS.

¡Qué ventura!

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

CÁRLOS.

¡Viva mi amor!

FEDERICO. (*Ap.*)

Aquí mueren
Mis altivas esperanzas.
En flor el tiempo las seque.

CÁRLOS.

¡Oh! quién hiciera tus labios
De granates, y sus dientes
De perlas, tu lengua sábia
De un rubí resplandeciente,
Por la nueva que me diste!

FEDERICO. (*Ap.*)

Mejor fuera que la hicieses
Del fuego con que me hiela,
Del hielo con que me enciende.

CÁRLOS. (*A Federico.*)

¿No me decis vuesto amor?

FEDERICO.

No, porque el vuestro celebre
Los favores de que goza.

CÁRLOS.

Pues volved despues á verme;
Que ahora estoy divertido,
Tanto, que dudo que acierten
Mis sentidos á escucharos.

FEDERICO. (*Ap.*)

Ni yo á hablar eternamente.

CÁRLOS. (*A Arnesto.*)

Ven daréte las albricias.

FEDERICO. (*Ap.*)

Voy á celebrar mi muerte.

CÁRLOS.

¡Qué reina como tus ojos,
Porcia, que al sol escurecen?

ACTO SEGUNDO.

Sala del real palacio.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, FLORO.

FEDERICO.

...to con él me pasó.

FLORO.

...u amor en efeto ignora,
...l á Porcia quiere y adora.

FEDERICO.

...or ella no se casó.
...buscar consuelo fuí,
...n tormento tan mortal,
...n quien aumentó mi mal,
...ues la esperanza perdí.

FLORO.

¿Correspondió la Duquesa
...Cárlos?

FEDERICO.

Lo que bastó
...ra favor, pues le dió
...speranzas en su empresa,
...e licencia pediria
...l Rey, para que á palacio
...ese á contemplár despacio
...a luz que juzgué por mia.

FLORO.

...nque es verdad que favor
...y grande fué el responder,
...ué queja puedes tener
...e quien no sabe tu amor?
...i te hubieras declarado
...on la Duquesa primero
Que Cárlos, tu verdadero
Amor, en su pecho helado,
Pudiera ser que encendiera
Llamas en que se abrasara,
Y cuando el Príncipe hablara,
Airada le respondiera.
Por la mano te ganó,
Y como halló su cuidado
El pecho desocupado,
Fácilmente en él entró.

FEDERICO.

Cuando el mal ha de venir,
¿Qué importa la prevencion?

FLORO.

Dar remedios es razon
Al enfermo, hasta morir.
No desengaña el letrado
Al que no tiene justicia;
Que á faltar esta malicia,
El pleito fuera excusado.
Tu letrado quiero ser.
Dile á Porcia tu desvelo,
Porque sirva de consuelo
Todo lo posible hacer.
¿Ha de venirse á la mano
El bien, si no le procuras?

FEDERICO.

Donde reinan desventuras,
Cualquier remedio es en vano.
Mas, en fin, quiero seguir
Tu parecer llanamente.
Mas quiero morir valiente
Que acobardado morir.

FLORO.

Eso es lo que te conviene.
No hay que dilatarlo mas.

FEDERICO.

Bien animándome estás,
Pues que ya á abrasarme viene.

FLORO.

Dichoso fin te prometo.

FEDERICO.

Solo me puedes dejar,
Porque me quiero mostrar
Amante firme y perfeto.

FLORO.

Tu vencerás si porfias. (*Vase.*)

FEDERICO.

Haz este milagro, amor;
Vence el divino candor
Que presta luz á los dias.

ESCENA II.

PORCIA, ARNESTO. — FEDERICO.

PORCIA.

Bien su palabra cumplió
La Reina.

ARNESTO.

La vida ha dado
A un amoroso cuidado,
Que ya gigante nació.

PORCIA.

En fin, ya tiene licencia
De entrar en palacio.

ARNESTO.

Y ya
En su deseo vendrá
Para ver á vuexcelencia;
Que el ligero pensamiento
Y él parejas han corrido.

FEDERICO. (*Ap.*)

Si es dichoso el atrevido,
Con justa causa me aliento.
Mas el verla tan contenta
Con Arnesto me desmaya.

ARNESTO.

Bien es que volando vaya,
Pues su esperanza se aumenta;
Que albricias me ha prometido...
—Aunque pueden dar temores
Promesas de los señores.—
Conceto excusado ha sido.
Mil veces beso tus piés. (*Vase.*)

ESCENA III.

FEDERICO, PORCIA.

PORCIA. (*Para sí.*)

Ver al Príncipe deseo,
Porque de tan justo empleo
No me arrepienta despues.
Mas si le alaba mi prima,
Y con burla vergonzosa
Me dice que está envidiosa
Porque la deja y me estima,
Sin duda que es muy galan.
Sin verle, quererle puedo.

FEDERICO.

(*Ap.* ¿Qué aguardais, confuso miedo,
Cuando la muerte me dan?
Intentemos, que es razon,
Remediar la adversa suerte,
O acabar con breve muerte
Una tan larga prision.)
Suplico á vuestra excelencia
Que me escuche.

PORCIA.

Este lugar,
Para poder escuchar,
Da limitada licencia.
La brevedad os encargo.

FEDERICO.

Si mi temor se reporta,
Haré que en arenga corta
Se cifre un amor tan largo
Porcia, al instante que os vi,
A amor conocí por Dios;
Muéstreos el espejo en vos
La disculpa que hay en mí.
Cuerdamente me rendí,
Porque vuestros soles claros,
De su luz tan poco avaros,
Bastaron para abrasarme,
Sin que pudiesen privarme
De la gloria de adoraros.
Tened lástima á una vida
Contenta con padecer,
Pues á ninguna mujer
Le pesa de ser querida.
Ni es bien que estéis ofendida,
Pues no ofende con amar
Quien menos puede alcanzar;
Y es mi pasion de manera,
Que con dejarme que os quiera,
Mis males podeis premiar.
Ved á qué punto he venido,
De qué suerte me teneis:
Lo que negar no podeis
Es, señora, lo que os pido.
De mis penas persuadido,
Y cansado el sufrimiento,
Se anima el atrevimiento.
Disculpad en mi temor,
Por las sobras de mi amor,
Faltas de mi entendimiento.

PORCIA.

Cortesanamente hablais,
Vuestro ingenio habeis mostrado;
Mas si venis consolado,
¿Qué consuelo en mí buscais,
Si vos mismo confesais
Que teneis el galardon
En vuestra misma pasion?
Si la pasion os quitara,

Sin duda que os agraviara;
Penad, que teneis razon.
Duque, no importa pedir
Lo que negaros no puedo:
Excusado ha sido el miedo,
El recelar y sentir.
Lo que llegais á decir,
Eso os puedo responder:
No me agraviais en querer,
Yo os dejo que me querais;
Que como mas no pidais,
Yo os dejaré padecer.

FEDERICO.

Vuestra respuesta es bastante
Para que me pierda ya;
Que amor ¿qué paga hallará,
Si no con su semejante?
Amor busca el que es amante;
Bien me podeis entender;
Pero debeis de querer
Que sin esperanza muera.

PORCIA.

Ansí que ¿quereis que os quiera?
Pues, Duque, no puede ser.

FEDERICO.

Yo os dijera en mis desvelos,
Como no fuera atreverme:
«¿Por qué no podeis quererme?»
Pero diréis que son celos.
Y aunque con mil desconsuelos
Crece mi desconfianza,
No los muestre quien no alcanza,
Pues dirán que es envidioso;
Que no puede ser celoso
El que no tuvo esperanza.
Imágen de mármol fria
Para mi fuego os mostrais;
Mas para que conozcais
Quilates en la fe mia,
Faltará la luz al dia
Y á la noche estrellas, antes
Que en mí penas semejantes;
Y á pesar de esa dureza,
No tendrán tanta firmeza
De ese pecho los diamantes.
Símbolo son de mi amor
Como de vuestra crueldad.

PORCIA.

De razones acortad,
Duque: miraldo mejor,
Sin que tengais por rigor
Lo que á mi nobleza fio.

FEDERICO.

Libre nació el albedrío;
Si se pudiera negar,
Causa tengo de dudar,
Pues no me valgo del mio. *(Vase.)*

PORCIA.

Este desprecio me debe
Cárlos sin haberle visto.

ESCENA IV.

LAURA. — PORCIA.

LAURA.

(*Ap.* Un imposible conquisto
A que el deseo se atreve.)
¿Qué disgusto es el que mueve
Al Duque, que ansí te deja?

PORCIA.

De mis desprecios se queja,
Mis ingratitudes llora,
Cuando tu gusto, Señora,
Que ame á Cárlos me aconseja.

LAURA.

El Duque ¿te quiere bien?
Digo que eres venturosa;
Mas no tanto como hermosa,
Bien mereces que te dén
Mil almas cuantos te ven.

PORCIA.

Mi dureza sola y rara
A los diamantes compara
De esta joya.

LAURA.

No se atreve
A compararte á la nieve,
Porque la afrenta tu cara.
Mas la joya quiero ver.

PORCIA.

Toma, si te sirves de ella, *(Dásela.)*
Y excusa el encarecella,
Pues que ya está en tu poder.

LAURA.

Lo que pides quiero hacer;
Mas yo la quiero pagar
Solo con solicitar
Que sea Cárlos tu esposo.

PORCIA.

De pecho tan generoso
Menos bien no he de esperar.

LAURA.

(*Ap.* Antes, si puedo, sabrá
Qué son celos el traidor,
Pues en su mismo dolor
El mio conocerá.)
Esta joya me dará
La ocasion.

(Pónesela al pecho.)

PORCIA.

Aumente el cielo
Tu vida, por el desvelo
Que mi aumento te causó.

LAURA. (*Ap.*)

Tenga celos como yo.
Serviráme de consuelo.

(Retírase á un lado.)

ESCENA V.

CÁRLOS, ARNESTO. — DICHAS.

CÁRLOS. (*Ap. á Arnesto.*)

Turbado llego á palacio.

ARNESTO.

No te turbes, no te espante
La luz de tu hermoso rostro.

CÁRLOS.

Antes temo que me abrase.

ARNESTO.

Este es su cuarto: aquí es bien
Que te deje ó que me aparte.

CÁRLOS.

¿Está bizarra?

ARNESTO.

Ofir puso
Sus tesoros en su traje.
Las hebras de sus cabellos,
Metal que fomenta el padre
Comun, al Sur empobrecen,
Pues es de perlas su esmalte.
Adorna el vistoso peto
Una joya de diamantes,
Que á no estar junto á su rostro,
Bien pudiera deslumbrarte.

CÁRLOS.

Mas aumentas mi deseo.

PORCIA. (*A Laura.*)

¿Quién es el que viene?

LAURA.

(*Ap.* ¡Trance
Riguroso! Es imposible
Que le espere y que le hable.)
Este es Cárlos.

PORCIA.

Galan es.

LAURA. (*Ap.*)

¿Que consiento que le alabe?
El corazon es de fuego,
Pero de nieve es mi sangre.

ARNESTO. (*Ap. á Cárlos.*)

Aquí están la Reina y ella.

CÁRLOS.

Y aquí es forzoso turbarme.

ARNESTO.

Adios, afuera te espero. *(Vase.)*

LAURA. (*Ap. á Porcia.*)

A solas quiero dejarte
Con él; que si estás conmigo,
Es fuerza que se acobarde,
Y la soledad anima
Al mas vergonzoso amante.

PORCIA.

En todo sigo tu gusto.

LAURA. (*Ap.*)

Hasta que aliente y descanse
El corazon, irme quiero;
Que apenas puedo mirarle. *(Vase.)*

ESCENA VI.

CÁRLOS, PORCIA.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Por qué se va la Duquesa?
Mas no se atreverá á hablarme
En presencia de la Reina.
Antes el cielo me falte
Que otra sea esposa mia.
Discreto fuí en no casarme;
Que aunque es hermosa la Reina,
Es la diferencia grande.

PORCIA. (*Ap.*)

No llega, porque el amor
Siempre es medroso delante
Del objeto que desea.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya es forzoso disculparme
Del haberla despreciado,
Y besar su mano.

PORCIA. (*Ap.*)

Dame,
Amor, tan gallardo esposo,
Y adoraré tus altares.

CÁRLOS.

Dadme vuestros piés, Señora,
Como á esclavo: perdonadme,
Si os ofendió mi deseo;
Que él causó que no me case.
Pues ya os han dicho mi amor,
Mostraos piadosa y afable;
Que el noble con los rendidos
Nunca ejecuta crueldades.
Dadme la prenda que adoro,
Del cielo dichosa imágen,
Para que en mis tiernos ojos
Por momentos se retrate.
De vos espero la vida,
Antes que el amor me mate
Con prolijas dilaciones,
Que me hielen y me abrasen.
Bien sé que no merecia
Ser vuestro; que era arrogante
Proceder, querer humano
Ganar triunfos celestiales.
Admitid esta disculpa,
Y como noble, amparadme.
Puerto sois de mi esperanza,
Permitid que en vos descanse.

PORCIA.

(*Ap.* ¡Qué cortés es el amor!

Que en el sol, que por celajes
De nácar y de zafiros
Descubre finos cambiantes.

LAURA. (*Ap.*)

No llega á hablarme: sin duda
Presume que despreciarme
Me tiene airada y quejosa.
Bien piensa; pero mal hace.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ánimo, temores mios.

LAURA. (*Ap.*)

Como las hojas al aire,
Atrás sus pasos se vuelven
Con la violencia que partes.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Nave en alta mar parezco,
Que dos vientos la combaten.

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay, Cárlos, si esa vergüenza
La hubieras tenido antes!

CÁRLOS.

No os admiraréis, Señora,
Que á vuestros piés llegue tarde,
Temeroso de ofenderos,
Vergonzoso como amante.
La disculpa de mis yerros,
Amor, que dorarlos sabe,
Os la puede dar por mí
Con retórica elegante;
Que en mí es tormento de forma
El ver vuestros ojos graves,
Que ya presumo que tiene
Amagos de eternidades.
De Arnesto sabeis mi amor;
Si es posible, disculpadme,
Pues la humildad con que llego
Me parece que es bastante.
Aquí á vuestra prima hermosa
Hablé, dándole señales
Del fuego que está en mi pecho,
Que á fuerza de hielos arde.
A vos mi causa remite,
Vos sois el júez y parte:
Juzgad con piedad mi causa,
Y si no quereis, matadme;
Que no solo á vuestras manos
Moriré por consolarme,
Sino á los mas bellos ojos,
Cosarios de libertades.

LAURA.

(*Ap.* El haberme despreciado
¡Dice bien con alabarme!
Con su poco de lisonja
Me obliga para que calle.
No es bien mostrar sentimiento.)
Príncipe, muy disculpables
Son los yerros por amor;
Desto ahora no se trate.
Si mi prima os favorece,
Yo os prometo de mi parte
Todo el favor que pudiere,
Si al honor se satisface;
Que os soy muy aficionada.

CÁRLOS.

No puedo, sin arrojarme
A vuestros piés, responderos.
Solo el silencio os alabe.

LAURA. (*Ap.*)

A que debo de ser fea
Este hombre me persuade,
Porque parece discreto,
Y no he podido agradarle.
Pues ó me engaña el espejo,
Que quizá quiere adularme
Porque soy reina, ó no es Porcia
Tan bella ni tan amable.

CÁRLOS.

A que vos me déis favores
Vengo, Señora, de parte
De vuestra prima.

LAURA.

(*Ap.* Esto aumenta
Mis pasiones y pesares.)
Pues he de daros por ella
Favores, para que os hable
Mas de espacio, id al terrero
Esta noche.

CÁRLOS.

El curso acabe
El sol y la muda noche,
De tantos secretos madre,
Llegue esperezando sombras
De altivos montes gigantes.

LAURA.

Id, Cárlos, y hablad al Rey.

CÁRLOS.

La mano voy á besarle,
Como á vos los piés os beso.

LAURA.

¡Qué discrecion!

CÁRLOS.

¡Qué donaire! (*Vase.*)

ESCENA IX.

LAURA.

¡No me bastaba, amor, ser despreciada,
Sino querer que sirva de tercera?
¡Ay, cielos! quién creyera
Suerte tan desdichada!
Si es vileza el amor sin ser amada,
¡Qué accion tan vil en mí se considera!
A la mas bruta fiera
Correspondencia agrada. [vida
¡Quién pudiera olvidar! Mas tarde ol-
Quien ama firmemente;
Que vive la pasion al alma asida.
El mas sabio y prudente
Si dice que olvidó, y quedó con vida,
No supo amar: ó disimula ó miente.

ESCENA X.

PORCIA, CELIA. — LAURA.

CELIA.

Aquí está.

LAURA.

Porcia...

PORCIA.

Señora...

LAURA.

Dime qué te ha parecido
De Cárlos, pues ha venido
A verte, y tu sombra adora.
Di verdad, por vida mia;
Celia no mas aquí está.

PORCIA.

(*Ap.* El alma, que suya es ya,
Por mí responder podia.)
Paréceme...

LAURA.

La verdad.

PORCIA.

¿Qué te puedo responder?
Que conforma el parecer
Con su fama y calidad,
Y que su fama es bastante
A que alabanzas le déu.
Y al fin...

LAURA.

¿Te parece bien?

PORCIA.

Sí, mi señora...

LAURA.

Adelante.

(*Ap*. ¿Es posible que esta sea
Mas bella que yo? Yo quiero
Con el cristal y el acero
Ver lo que el alma desea.)
Una rosa se ha caido...
Celia, ve por un espejo,
(*Ap*. Para que me dé consejo
En las dudas que he tenido.)
(*Vase Celia.*)

PORCIA.

Si gustas, yo la pondré.

LAURA.

No sé dónde se cayó.

PORCIA.

Pues tendré el espejo.

LAURA.

No;
Celia.
(*Vuelve Celia con un espejo.*)
Así quiero que esté.
Llega mas.

CELIA.

De tu hermosura
Quizá te enamorarás,
Y otro Narciso serás.

LAURA.

Segun es mi desventura,
Aunque es tal mi parecer,
Pienso, por lo que pasó,
Que si no me quiero yo,
Ninguno me ha de querer.
(*Mírase y mira á Porcia.*)

CELIA. (*Ap.*)

Picada está todavía.

PORCIA. (*Ap.*)

Mucho me vuelve á mirar.

LAURA.

(*Ap*. Por lo menos, no hay dudar
Que es mejor frente la mia.)
Porcia...

PORCIA.

Señora...

LAURA.

Al terrero
Cárlos esta noche ha de ir.
Allí le puedes oir.

PORCIA.

En todo servirte espero.

LAURA. (*Ap.*)

¡Qué presto que concedió!

CELIA. (*Ap.*)

Mal encubre sus enojos.

LAURA. (*Ap.*)

Si no me engañan los ojos,
Mejores los tengo yo.

PORCIA. (*Ap.*)

Otra vez vuelve á mirar.

LAURA.

(*Ap*. No igualarme es cierta cosa;
Mas si la miro envidiosa,
¿Cómo me puede agradar?
¿Qué estoy mirando turbada,
Pues mas tormentos me doy?
Cuanto mas hermosa soy,
Me hallo mas desdichada.
Si en la fea la ventura
Juzgan por injusta todos,
Y tienen por varios modos
Lástima de la hermosura
Desgraciada, sirva aquí
De consuelo mi desdicha:
Culpen en Porcia la dicha,
Tengan lástima de mí.
Mejor es vivir quejosa,
Si indigna me considero.
Consuélome; que mas quiero
No ser fea que dichosa.)
Quita el espejo.
(*Vase Celia.*)

ESCENA XI.

LAURA, PORCIA.

PORCIA.

Ya ha dado
Vuelta el sol: ¿cuándo, Señora,
He de ir al terrero?

LAURA.

Ahora.
(*Ap*. ¡Mirad si se le ha olvidado!)
Ese cuidado ¿es amor?

PORCIA.

Agradecimiento al menos.

LAURA.

¡Qué rodeos tan ajenos
De tu prudencia y valor!
Confiesa ya que es querer,
Y cuerdamente hablarás;
Porque en la mujer no hay mas
Amor que el agradecer.

PORCIA.

Sea como tú quisieres,
Pues que juzgas mi intencion.

LAURA.

Agradecimientos son
Disculpas en las mujeres.

PORCIA.

¿Has de ir conmigo?

LAURA.

¿Pues no?

PORCIA.

Ya es tarde.

LAURA.

¡Qué priesa tienes!
¿Qué requiebros le previenes?

PORCIA.

¡Qué dices! ¿Requiebros yo?

LAURA.

¿No se los sabrás decir?

PORCIA.

No finjo, ni justo fuera.

LAURA.

Pues ¿fueras tú la primera
Mujer que supo fingir?

PORCIA.

El no serlo es cosa llana.
Ven, á seguirme te anima.

LAURA.

Vámonos de espacio, prima;
Que no se ha de ir la ventana.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior del palacio.

ESCENA XII.

FEDERICO, *de noche.*

Si aborrece la luz del claro dia
La noche escura y fria,
Es justo que me vea,
Y que mis males cuenten sus estrellas,
Pues no son tantas ellas
Como las penas que padezco, y siente,
Con la confusa idea,
El alma; y cuando el sol dore el orien- [te,
En los átomos cuente
Males la vista mia temerosa.
¡Oh Porcia rigurosa!
A adorar los balcones del terrero,
Pues que verte no espero,
Me traen mis amorosos desvarios,
Por ver tu pecho entre sus hierro[s]
¡Oh nunca de Bohemia te trujera [frios.
Tu prima, ni viniera
La luz de tu hermosura
A abrir al alma los cerrados ojos,
Para tantos enojos!
Y ya que te miré, ¡nunca te amara!
Pero fuera locura
Que luego que te ví no te adorara;
Que belleza tan rara
Con viva actividad á amarla inclina.
Y pues es tan divina,
¿Por qué se queja mi esperanza vana
De no mostrarte humana?
Pues siendo celestial, aun no merez[co]
Por galardon las penas que padezco.

ESCENA XIII.

CÁRLOS, ARNESTO, OTAVIO.—FE-DERICO.

CÁRLOS.

Loco vengo de amor y de alegría.
Hablé á la prenda mia,
Prometióme favores,
Que aquí viniese á hablarla fué el p[...]
Y así vengo al terrero, [mer[...]
Para que en las tinieblas amanezca
Con nuevos resplandores
Otro sol que en mis ojos resplande[zca.]

ARNESTO.

¿Quién habrá que merezca
Lo que tú, gran señor, en toda [...]

CÁRLOS. [g[...]

Ya la descortesía
De haberla justamente despreciado
La Reina ha perdonado;
El Rey con amistad me dió los braz[os]
Para un eterno amor eternos lazos.

FEDERICO. (*Ap.*)

Cárlos es este, y celebrando viene
Los favores que tiene.

CÁRLOS.

¿Quién es?

FEDERICO.

Yo soy.

CÁRLOS.

Amigo,
Llega, dame los brazos dos mil ve[ces.]

FEDERICO.

Del favor que mereces
Te doy el parabien.

CÁRLOS.

De mis favores
Te quiero hacer testigo,
Pues ya de cada instante son mayo[res.]

FEDERICO. (*Ap.*

Como mis disfavores.

CÁRLOS.

Idos, dejadme con el Duque solo.

FEDERICO. (*Ap.*)

Mis males acrisolo.

ARNESTO. (*Ap. á Otavio.*)

Las albricias preven.

OTAVIO.

Y las libreas.

(*Vanse Arnesto y Otavio.*)

ESCENA XIV.

CÁRLOS, FEDERICO.

FEDERICO.
Pues honrarme deseas,
Que me quede á servirte es justa cosa.

CÁRLOS. [mosa.
Aquí ha de hablarme la Duquesa her-
Hablé al Rey, que está ya determinado
A recebir estado.

FEDERICO.
¡Cómo! ¿Casarse quiere?

CÁRLOS.
Y dice que ha de ser muy brevemente;
Que ya como prudente,
Dice que tiene esposa prevenida.

FEDERICO.
Ya su edad lo requiere.
¿Dijo tambien quién es?

CÁRLOS.
No, por mi vida.

FEDERICO.
A maliciar convida [bre.
Si fuese Porcia, pues encubre el nom-

CÁRLOS.
...cis bien.

FEDERICO.
No os asombre.
...calidad iguala á su belleza.

CÁRLOS.
... Ya me causa tristeza. [gaño,
... agora, aunque pienso que es en-
...ré con la verdad el desengaño.)
...esta parte, que aguardeis os pido.
... no ser conocido,
... capa y sombrero
... dad; que de palacio salgo agora
... hablar á mi señora,
... asi traigo tan pocas prevenciones.

FEDERICO.
...edeceros quiero.
... ¡Qué mayor desventura, en mis pa-
... oigo sus razones, [siones,
... sirvo de testigo y de tercero?)

CÁRLOS.
... esta gloria consigo,
...or, tras los tormentos que padezco,
... deidad ofrezco, [bulto
... de amor, un altar, donde á tu
...tima ofrezca con sagrado culto.

ESCENA XV.

...URA Y PORCIA, *á una ventana del* ...*lacio.*—CÁRLOS Y FEDERICO, *en* ... *terrero.*

LAURA. (*Bajo á Porcia.*)
... la priesa que has tenido,
...cia prima, vengo aquí,
... saber cómo sabes
...gar y persuadir.

PORCIA.
... entendimiento, Señora,
... menester que de mí
...da, siendo tu ingenio
...alquier ciencia sutil.

LAURA.
... me quedo encubierta.
... turbe al discurrir
... que te estoy oyendo.
...e el temor femenil.

PORCIA.
... me dé su elegancia.

CÁRLOS.
...es acentos oí
En el balcon: ¿si es acaso
Mi adorado serafin?

PORCIA.
¿Es Cárlos?

CÁRLOS.
¿Es la Duquesa?

LAURA. (*Ap.*)
¡Qué puntüal acudir!
¡Oh, cómo los dos se adoran!

FEDERICO. (*Ap.*)
De mi vida llega el fin.

CÁRLOS.
¿Hay quien oiga?

LAURA. (*Ap. á Porcia.*)
Di que no.

PORCIA.
No escucha nadie: decid.

CÁRLOS.
Pues vos me ayudais, Señora,
Ya todo el temor perdí.
Hermosísima Duquesa,
Donde ha cifrado el abril
De sus claveles lo alegre,
Lo casto de su jazmin,
Donde la sangre de Vénus,
Con fomentada raiz,
Ostenta púrpura hermosa
En márgenes de marfil:
Afectos que siente el alma,
¿Cómo los podrá decir
La lengua, ya que á mis ojos
No os deja ver el telliz
De la oscura noche negra,
Que en engaste de zafir
Racimos de estrellas borda
Para ornamento gentil?
Para obligaros en algo
Solo, Señora, advertid
Que por vos la Reina dejo;
Que en vos muchos reinos vi.
En vuestra cabeza de oro
Las riquezas del Ofir,
A Tiro en vuestras mejillas,
Emulacion del rubí.
Las islas que el Sur rodea
Con el salobre viril,
En vuestros dientes de perlas
Esmaltados de carmin.
De Chipre y Sámos contemplo
El mas vistoso pensil,
En cuanto para el deseo,
Nuevo Colon, descubrí.
Esto me obliga á adoraros:
Ved, Señora, si os servís,
De que siendo vuestro esposo
No tenga mas que pedir.

LAURA. (*Ap.*)
¡Esto escucho, y no doy voces!

FEDERICO. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿cómo consentís
Que sufra, calle y padezca?

PORCIA. (*A la Reina.*)
¿Quieres que responda?

LAURA.
Sí.

PORCIA.
Cárlos, mucho os agradezco
Ese amor, si no es ardid,
Con que quereis que me rinda,
Para burlar y fingir.

CÁRLOS.
¿No conoceis la experiencia
De mi amante frenesí?
Cuando desprecio á la Reina,
¿Qué cautela presumís?
Si no me parece fea
Junto á vos, muerte civil
Me dé á traicion un cobarde.

LAURA. (*Ap.*)
Quiero quitarme de aquí;
Que no puedo ya sufrillo.

PORCIA.
Callad.

CÁRLOS.
Dejadme decir.
¡Vive Dios, que la aborrezco!
Cánsame.

LAURA.
(*Ap.* Créolo ansí.)
En otro balcon aguarde,
Porcia. (*Ap. á ella.*)

PORCIA.
No debe sentir
Lo que dice.

LAURA.
(*Ap.* Bien le quiere;
Que en disculparle lo vi.)
Adios.

PORCIA.
¿Quieres que le deje?

LAURA.
No, no; los dos proseguid;
Que como yo no lo escuche,
Mas que diga mal de mí. (*Éntrase.*)

PORCIA.
Hablad quedo; que conviene.

FEDERICO. (*Ap.*)
¿Hay sufrimiento tan vil
Como el mio? ¿Cómo puedo
Sus favores resistir?
¿Que yo guarde las espaldas
Al que me da muerte así?
¡Cómo, Duque! ¿tú consientes
Este agravio sin morir?

(*Aparece la Reina en otra ventana, junto á la cual está Federico.*)

LAURA.
(*Ap.* No soy sola la quejosa.
Este es Federico: aquí
Doy principio á mi venganza.
Cárlos, mis celos sentid.)
¿Es Federico?

FEDERICO.
¿Quién llama?

LAURA.
Porcia soy.

FEDERICO.
Si presumís
Que me engañaréis, Señora;
Dejad el falso matiz.
Porcia está hablando con Cárlos.

LAURA.
Una criada está allí
Engañándole; que gusta,
Por el necio presumir
De aquel pasado desprecio,
La Reina vengarse así,
Haciendo que yo le engañe.

FEDERICO.
Al revés podeis decir.
No sea engañarme vos.

LAURA.
De mi vida llegue el fin,
Si no es la que está con él
Criada mia: advertid
Que no me importa engañaros.

FEDERICO.
Tan desdichado nací,
Que para mí me parece
Que el bien no puede venir.
Pues ¿qué es esto, Porcia bella?
¿Por qué causa no admitís
Los deseos que os ofrezco?

LAURA.
¿Tan presto me he de rendir?

Porfiad, tened paciencia;
Que el corazon varonil
No ha de rendirse tan presto.

FEDERICO.

No le tengo, que os le dí.
¿Cómo quereis que se anime?

LAURA.

Pues ya de hoy mas, me servid
Con mejores esperanzas.

FEDERICO.

Los cielos abiertos vi.
¿Aseguraisme de Cárlos?

LAURA.

Callad; que todo es reir,
Porque se vengue mi prima.
Con mas fuerza os persuadid.
A esta joya comparastes
Hoy mi dureza.

FEDERICO.

Es ansí,
Por los diamantes que engasta.

LAURA.

Por favor la recebid. (*Échale la joya.*)
Ponedla en ese sombrero.

FEDERICO.

¡Bien haya el mal que sufrí,
Pues de vuestro paraíso
Ha faltado el querubin
Que la entrada me impedia!
(*Pónese la joya en el sombrero.*)
Hoy en mi rostro imprimís
Señales de vuestro esclavo.

LAURA.

No hay cosa como vivir,
Y no morirse tan presto;
Que si aflige al bergantin
Una borrasca, tras ella
Bonanza suele venir.
Vuestra soy.

CÁRLOS. (*A Porcia.*)

Esto me dijo
El Rey, mi bien, y entendí
Que erais vos la que elegia.

PORCIA.

Otra debe de elegir
De mas valor.

CÁRLOS.

De Alemania
Podeis ser emperatriz,
Cuanto y mas reina de Hungría.
Eso es agraviarme á mí.

PORCIA.

Palabra os doy de ser vuestra.

CÁRLOS.

Vuestro sol en su cenit
Rayos en mis ojos son.

LAURA. (*A Federico.*)

Traed la joya que os dí,
Puesta.

FEDERICO.

Ya está en el sombrero,
Y con eterno buril
En el alma la engasté.

LAURA.

Esa es sola para mí.
Y adios, que la Reina espera.

FEDERICO.

No me olvideis.

LAURA.

¿Qué pedís?
Tanto como á vos me importa.

FEDERICO. (*Ap.*)

Mi suerte ha sido feliz.

PORCIA.

Adios, Cárlos; que ya es hora
De que os vais.

CÁRLOS.

Hasta medir
El alba con líneas blancas,
Nubes de alegre alelí,
No me pareciera tiempo
De dejaros.

PORCIA.

Bien decís.
Vuestra soy hasta que muera.
(*Pasa la Reina á la ventana donde está Porcia.*)

LAURA.

Porcia...

PORCIA.

Señora...

LAURA.

Venid.
¿Hartóse de despreciarme?

PORCIA.

No ha tratado mas de tí.

LAURA.

Aunque él lo dijera, es cierto
Que tú no lo has de decir.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XVI.

CÁRLOS, FEDERICO.

CÁRLOS.

Duque, tus brazos espero.

FEDERICO.

Y yo los mios te doy...
(*Ap.* Porque mas alegre estoy
Que piensas.)

CÁRLOS.

Bien considero
Nuestra perfeta amistad,
Y como amigo tambien
Gozas parte de mi bien.

FEDERICO.

(*Ap.* Mal lo entiendes.) Es verdad.

CÁRLOS.

Federico, Porcia es mia.
¿Qué mas bien puedo pedir?

FEDERICO. (*Ap.*)

Conviene el no me reir,
Porque descubrir sería
El secreto deste engaño.
Mas ¡qué contento que está!
Vaya, que al cabo será
Mas costoso el desengaño.

CÁRLOS.

Basta, no paseis de aquí.

FEDERICO.

Yo os tengo de acompañar.

CÁRLOS.

No á fe.

FEDERICO.

No hay que porfiar.

CÁRLOS.

Pues vos gustais, sea ansí.
(*Vanse.*)

—

Habitacion del Príncipe.

ESCENA XVII.

CÁRLOS, FEDERICO; *despues*, ARNESTO y OTAVIO.

FEDERICO.

Es tan grande mi alegría,
Que aun un instante pequeño
Quisiera negarle al sueño,
Pues que perderla sería.

CÁRLOS.

Mirad ¡qué tal estará
El que al fin de su pasion
Tiene ya la posesion
De su dama!

FEDERICO.

Ello dirá.
(*Ap.* ¿Hay tal modo de venganza?
Discreta la Reina ha sido.)

CÁRLOS.

Contra el tiempo y el olvido
Es segura mi esperanza.
(*Salen Arnesto y Otavio con hachas.*)

FEDERICO.

Ya con luces os esperan.

CÁRLOS.

Las de unos ojos querria,
Que pueden prestar al dia,
Porque mis tinieblas mueran.

ARNESTO.

Seas, Señor, bien venido.
Alegre vienes.

CÁRLOS.

¿Pues no?
El acompañaros yo (*A Federico.*)
Ahora fuera debido.

ARNESTO.

Ansí os podiais andar
Toda la noche.

OTAVIO.

Ansí es.

CÁRLOS.

Ansí, destroquemos pues.
Ya no tengo á quien hablar.

FEDERICO.

Quedo, aguardad. (*Ap.* ¡Pesia mí!)
Dejadme quitar primero
Esta joya.

CÁRLOS.

¿En mi sombrero
Pusístesla ahora?

FEDERICO.

Sí.

CÁRLOS.

Mostrad. (*Ap.* ¿Esta no traia
Hoy la Duquesa?)

FEDERICO.

Tomad:
(*Dale el sombrero.*)
Que es prenda de voluntad,
Y antes el alma daria...

ARNESTO. (*Ap.*)

Por Jesucristo, que es ella.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿En qué tengo que dudar?

FEDERICO.

Mas ya no hay alma que dar:
Dada la tengo por ella.

CÁRLOS.

¿Es favor?

FEDERICO.

Bien puede ser.
Adios.

CÁRLOS.

Adios.
(*Vase Federico.*)

ESCENA XVIII.

CÁRLOS, ARNESTO, OTAVIO.

ARNESTO. (*Ap.*)

¡Vive Dios,
Que andan en danza los dos!

CÁRLOS.
¿Has visto?...

ARNESTO.
Pues ¿no he de ver?

CÁRLOS.
¿No es la joya aquella...

ARNESTO.
Di.

CÁRLOS.
Que hoy la Duquesa traia?

ARNESTO.
Si á mi memoria se fia,
Digo mil veces que sí.
Si no es que, como se dice,
Hay un diablo que parece
Otro.

CÁRLOS.
¿Qué dudas me ofrece
El pensamiento infelice?
No la traia primero
Que yo me llegué á poner
El suyo: ¿qué quiso ser
El ponerla en mi sombrero?
Imaginacion veloz.
¿Hablé con Porcia? ¡Ay de mí!
A veces desconocí,
Si hablaba recio, su voz.
Mas no; que son ilusiones
De celosa fantasía.

ARNESTO. (*Ap. á Otavio.*)
Mas ¿que estamos hasta el dia
Los dos hechos figurones?

CÁRLOS.
El la puso con cuidado,
Porque la viese al volverme
El mio.

OTAVIO. (*Ap. á Arnesto.*)
El diablo no duerme.

ARNESTO.
Y yo, con ser hombre honrado.

CÁRLOS.
Ahora, yo lo he de saber.
Oye, ¿no te atreverás?... (*A Otavio.*)

OTAVIO.
Sí, Señor.

CÁRLOS.
Mas no, tú irás. (*A Arnesto.*)

ARNESTO.
Por ti ¿qué no se ha de hacer?

CÁRLOS.
Mas ¿qué haréis en tanta pena?
Dejadme: la luz quitad.

ARNESTO.
Ello, diciendo verdad,
Nunca harémos cosa buena.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, ARNESTO.

CÁRLOS.
¿Llamástele?

ARNESTO.
Sí, Señor.

CÁRLOS.
¿Qué responde?

ARNESTO.
La respuesta
Ha sido venir tras mí.

CÁRLOS.
Mucho tu valor me alegra.
¡Vive Dios, que he de salir
De mis dudosas quimeras;
Que en una mujer tan noble
Son agravios las sospechas!
¿Trae la joya de diamantes?

ARNESTO.
Y ¡cómo si la trae puesta!
Y en la frente, como escudo
De acémila.

CÁRLOS.
Aquí me deja,
Y entre esos olmos te esconde.

ARNESTO.
¿Para qué? Deja que sea
Testigo de tus palabras;
Que no será hacerle ofensa,
Pues trae á Floro consigo.

CÁRLOS.
Dices verdad, que ya llegan.

ARNESTO. (*Ap.*)
¡Válgate el diablo por joya,
Qué de desvelos me cuestas!

ESCENA II.

FEDERICO, FLORO. — DICHOS.

FEDERICO. (*Ap. á Floro.*)
Quédate aquí.

FLORO.
¿Para qué,
Si Arnesto con él te espera?
Dos á dos somos: ¿qué importa?

FEDERICO.
Es así: conmigo llega.

FLORO.
Demás que en tales sucesos
Es justo que haya quien vea
Lo que pasa, y atestigüe
Quien lo que dice sustenta;
Que en estando los dos solos,
No se sabe cosa cierta,
Y lo que faltó en la espada,
Suele sobrar en la lengua.

FEDERICO.
Cárlos, de Arnesto llamado,
Vengo á ver qué hay que se ofrezca
En que yo pueda serviros.

CÁRLOS.
El agradecer es fuerza
El cortés ofrecimiento.

FLORO. (*A Arnesto.*)
Llegais con alguna priesa
Y demudado el color.

ARNESTO.
En mi vida tuve flema,
Y estoy opilado.

CÁRLOS.
Calla.

ARNESTO.
Nadie en mi color se meta:
Tengo la que Dios me dió,
No como otros que se afeitan.

CÁRLOS.
Duque, los cuidados mios
En mi vida se alimentan
Tan furiosos contra mí,
Que á pique estoy de perderla.
Entre tan grandes amigos
No ha de haber cosa encubierta;
Que la perfeta amistad
Toda el alma manifiesta.
Ya sabeis que dí la mia
A la divina Duquesa,
Despreciando por sus ojos
Los méritos de la Reina.
De todo os he dado parte.

FEDERICO.
Proseguid porque os entienda;
Que con el mismo silencio
Escucharéis mi respuesta.

CÁRLOS.
Digo pues que llegué anoche
Al terrero, cuyas rejas,
Por oriente de unos ojos,
El otro burlan y afrentan.
En él os hallé, y llegando
A hablarme, os dí larga cuenta
Del favor que me traia
Al fin de tantas querellas.
Para no ser conocido,
El sombrero y capa vuestra
Tomé, y en él no traiais,
Duque amigo, joya puesta.
Hablé con Porcia.

FEDERICO.
Adelante.

CÁRLOS.
Volví á mi casa, y en ella,
Destrocando los sombreros,
No sé si con advertencia
Quitastes aquesa joya
Del mio.

FEDERICO.
Pues bien, ¿qué ofensa
Os hice, pues era mia,
Y diera el alma por ella?

CÁRLOS.
Deso nacen mis recelos;
Que si mis ojos no ciega
La pasion, esa es de Porcia;
Que en sus pechos vi esas piedras.
Arnesto tambien las vió,
Señal de que es manifiesta
Malicia el ponerla entonces,
Solo porque yo la viera.
A estar en vuestro sombrero...
Joyas hay que se parezcan
Unas á otras: callara
Hasta hacer la experiencia;
Pero á ponella en el mio
No hallo disculpa que sea
Suficiente, y que me quite
El cuidado y la sospecha.
Toda la noche he pasado
Entre confusas ideas,
Y derribando las torres
Que fabriqué sobre arena.
Los celos son maliciosos,
Y me hacian que creyera
Que hablastes á Porcia vos
Antes que llegase á vella
Yo, pues estábades antes
En el terrero, ó por prenda
Alguna dama os la dió,
No obstante que fuese ajena.
En fin, yo no he descansado.
No hay satisfacion mas buena
Que la que un hombre tan noble
Puede dar á mis querellas.
De vos la verdad confío;
Que es imposible que mienta
La calidad de la sangre,
Que hierve en tan nobles venas.
Estos criados escuchan
No mas, y el rio que presta
Tierno cristal á las flores,
Cuyas raices fomenta.
Vivirá nuestra amistad,
Como los temores mueran;
Que bien sabeis que no duran
Donde no hay clara llaneza.

FEDERICO.
Vuestras corteses razones

Vuestro valor manifiestan;
Y pues os fiais de mí,
Vuestro desengaño empieza.
Cárlos, la joya es de Porcia.

ARNESTO.

¿No dije yo?

FEDERICO.

¿Qué os altera?
Quien os hace todo el mal,
Cárlos amigo, es la Reina.
Lo que siente la mujer
Más es ver que la desprecian,
Y es amiga de venganzas
Y madre de la cautela.
El menosprecio que hicistes
De su valor y nobleza
Tiene estampado en el alma,
Y con burlaros se venga.
La Reina le ha dicho á Porcia
Que fingidamente os quiera,
Para que en viéndoos rendido,
Y á sus piés vuestra soberbia,
Os menosprecie y desdeñe;
Que por los filos intenta
Heriros; que aun en amor
Hay su poco de destreza
En los tajos...

ARNESTO.

No lo diga;
Que es cosa sabida y vieja,
Y el primero que lo dijo
Es bien que la gloria tenga.
No falta sino que cante:
«Cuchilladas no son buenas.»

CÁRLOS.

En fin, ¿que Porcia me engaña?

FEDERICO.

No querais mas evidencia
De ver que era una criada
La que os habló por la reja,
Y que ella hablaba conmigo
Afable, amorosa y tierna,
Y que me dió aquesta joya
Por favor, dándome cuenta
De la burla que os hacia.—
Y creed que si supiera
Que la visteis en su pecho,
Por no causaros mas pena
La escondiera; que no soy
De los que favores muestran.
Pero como me mandó
Que luego me la pusiera,
No vi si era mi sombrero
O el vuestro.

CÁRLOS.

¡Qué bien se emplean
Mis cuidados y mis ansias!
¡Oh qué bien, Laura, te vengas!
Ya estoy rendido, ya puedes
Hacerme el daño que intentas.
¿Que no hablé con Porcia anoche?
Sin duda que es cosa cierta;
Que su voz desconocí.

ARNESTO.

Pues, Señor, ¿qué es lo que intentas?

CÁRLOS.

Duque, ¿vos quereis á Porcia?

FEDERICO.

Desde que la vi, me cuesta
Mi cuidados y suspiros.

CÁRLOS.

¿Quién habrá que no se pierda
Por aquellos bellos ojos,
Que arrogantes menosprecian
Los luceros de la noche,
La luz del mayor planeta?
Pues ¿por qué no me avisastes?

FEDERICO.

Al tiempo que á daros cuenta
Fuí de mi amor, llegó Arnesto
A daros favores della;
Y juzgando por perdida
La esperanza que hoy me alienta,
Callé por no disgustaros
Con prometer competencias.

CÁRLOS.

No sé, por Dios, qué os responda;
Que mis presunciones necias
Me tienen fuera de mí.

FEDERICO.

Que olvideis os aconseja
Mi amistad.

CÁRLOS.

Es imposible;
Que es tan honrosa la empresa,
Que morir tengo por gloria,
Si es imposible que venza.

FEDERICO.

De ser mi esposa me ha dado
Palabra.

CÁRLOS.

Quien ser intenta
Su esposo, por mi enemigo
Se declara y manifiesta.

FEDERICO.

Cárlos, no teneis razon.
Ved que la pasion os ciega.

CÁRLOS.

¡Su esposo vos!

FEDERICO.

Yo su esposo.
¿Habrá quien mas la merezca?

FLORO.

Advertid que viene gente.

ARNESTO.

¡A qué lindo tiempo llegan!

CÁRLOS.

Ludovico es y Teodoro.

FEDERICO.

La guarda del Rey es esta.
Disimula como sabio.

ESCENA III.

LUDOVICO, TEODORO, GUARDIAS.—DICHOS.

LUDOVICO. (*Ap. á Teodoro.*)

Aquí los dos se pasean.

ARNESTO. (*A Floro.*)

Digo que saldrán famosas
De ese modo las libreas.

LUDOVICO.

Señores, ¿qué haceis aquí?

CÁRLOS.

Ver en aquestas riberas
Tantos espejos de plata,
Que en pardas guijas se quiebran,
Y sobre flores de nácar
Van desperdiciando perlas.

TEODORO. (*Ap.*)

Bien disimulan los dos.

LUDOVICO.

Mirad que el Rey os espera.
Vaya Teodoro con vos. (*A Federico.*)

FEDERICO.

Razon es que le obedezca.

LUDOVICO. (*A Cárlos.*)

Tambien me manda que os lleve
A vos.

CÁRLOS.

Vamos norabuena.

FEDERICO.

Adios, Cárlos.

CÁRLOS.

Adios, Duque.
La guarda haced que se vuelva.

(*Vanse Federico y Teodoro.*)

LUDOVICO.

El Rey en la prevencion
Lo mucho que os quiere muestra.
No os dé cuidado.

CÁRLOS.

¿De qué?
¡A mi amor tan grande ofensa!
¡Oh si te quisiera menos,
Qué de mal de tí dijera!

(*Vanse.*)

—

Habitacion de Laura en el palacio.

ESCENA IV.

LAURA, CELIA.

LAURA.

Celia, quimeras han sido
Las que el enojo han causado.

CELIA.

Mucho Cárlos te ha ofendido.

LAURA.

Cierto disgusto le he dado
En que vengarme he podido.
Pero falta lo mejor.
Tenga celos el traidor,
Y muera con lo que mata.

CELIA.

Porcia, tu prima, le trata
Ya como á esposo y señor.

LAURA.

Hay mucho que hacer en eso;
Y aunque al fin habrá de ser,
Por mí desprecio, confieso
Que mi industria ha de poder
Mas que su amoroso exceso.
¡Ay, Celia! jamás creí
Estos extremos en mí,
Pues contra el justo decoro,
A quien me aborrece adoro.

CELIA.

Las mas veces es ansí.
El huir de quien nos sigue
Tenemos por condicion.
Pero tu pena mitigue
Tu valor y presuncion,
Que es forzoso que te obligue.

LAURA.

Poco sabes, Celia mia,
De la amorosa porfía;
Porque poco puede amar
Quien llega á considerar;
Que amor de ley se desvía.
Si considerar pudiera,
En ese punto olvidara
Que la razon lugar diera:
Y ansí, donde ella reinara,
Luego el amor pereciera.

CELIA.

Remedio alguno ha de haber.

LAURA.

Dejar el tiempo correr
En las locuras que muestro;
Que como el mejor maestro,
Me dirá lo que he de hacer.

ESCENA V.

CÁRLOS, LUDOVICO. — DICHAS.

LUDOVICO.

Aquí podeis aguardar
Mientras doy aviso al Rey;
Que el Duque le ha entrado á hablar.

CÁRLOS.

El obedecer es ley.
(Ap. No hay sino disimular.)

(*Vase Ludovico.*)

CELIA. (*Ap. á Laura.*)

Cárlos es este.

LAURA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

CELIA.

Turbada estás.

LAURA.

Es ansí;
Que miro mi agravio en él.

CÁRLOS. (*Ap.*)

La causa esquiva y cruel
De mis penas está aquí.
¿Llegaré á hablarla? No creo
Que podrá mi turbacion,
Aunque se aumenta el deseo.
¡En tal beldad, tal traicion!
No es posible, no lo creo.

(*Vase Celia.*)

LAURA.

Cárlos, ¿por qué no llegais?

CÁRLOS.

El por qué me preguntais,
Cuando mejor lo sabeis
Que yo? Mas fingir quereis,
Porque con eso os vengais.

LAURA. (*Ap.*)

Sin duda que le ha contado
El Duque lo que pasó
Anoche, y ha sospechado
Que quiero vengarme yo.
Celoso viene y turbado:
Huélgome de verle ansí.

CÁRLOS.

Mil quejas tengo que daros
Por las penas que sentí.

LAURA.

Acabad de declararos.

CÁRLOS.

No es bien que me queje aquí;
Que temo que mi pasion,
Animada de razon,
A veces descubra luego
Llamas del celoso fuego
Que me abrasa el corazon.
Perdonad esta locura.

LAURA.

(Ap. Celoso está: ¡qué ventura!
En algo me he de vengar.
Sus celos quiero aumentar,
Pues descubrirlos procura.)
Príncipe, en vano os altera
La celosa ceguedad;
Y si bien se considera,
¿No es libre la voluntad?
¿Qué mucho que al Duque quiera?
Quien puede darle favor,
Sin errar contra su honor,
Quien con vos solo ha tenido
Burlas de un amor fingido,
Ensayos de un fino amor.
El favor que se le ha dado,
Merecido el Duque tiene.

CÁRLOS.

Sus méritos no he negado.
Al fin, morir me conviene,
Pues os habeis declarado.
(Ap. ¡Vive Dios que estoy perdido!)
Solo una merced os pido.

LAURA.

¿Qué es lo que de mí quereis?

CÁRLOS.

Que aquesta noche me hableis;
Que estoy sin alma y corrido.

LAURA.

¿Esta noche?

CÁRLOS.

En el terrero.

LAURA.

¿A qué fin?

CÁRLOS.

No presumais
Que jamás veros espero
Mia. ¿De qué os alterais?

LAURA.

¿Vuestra? Ni lo soy, ni quiero.
(Ap. Otra vez me despreció.)
Yo estoy muy contenta.

CÁRLOS.

Y yo.

LAURA.

Con hablarme ¿qué intentais?

CÁRLOS.

Que mas de espacio sepais
Qué fuego el alma abrasó.

LAURA.

Basta: digo que lo haré.
Ya acaba su curso el dia.
A media noche os veré.

CÁRLOS.

Veréis en su sombra fria
La luz de una firme fe.

LAURA.

Adios pues. (Ap. Triunfó de mí
Con despreciarme.)

CÁRLOS. (*Ap.*)

Hoy perdí
La esperanza con la vida.
Loco quedo.

LAURA.

Voy corrida.

CÁRLOS.

¿Ansí queda?

LAURA.

Queda ansí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CÁRLOS.

¡En dos dias, amor, tanto cuidado!
¿Con qué curso de tiempo habeis crecido?
¿Qué largo trato os tiene agradecido,
O qué correspondencia os ha obligado?
Una vista no mas ha desvelado
Lo que es del hombre superior sentido.
¿Qué letargo pesado hemos bebido?
Qué esfinge ó qué sirena os ha encantado?
Si es que os alimentais de ser celoso,
Con el desprecio un noble pecho olvida;
Que ya no alcanza premios el quejoso.
Acabad de acabaros con la vida,
Porque sois laberinto, en que es forzoso
Que halle sola muerte la salida.

ESCENA VII.

EL REY, FEDERICO, ACOMPAÑAMIENTO.—CÁRLOS.

FEDERICO. (*Al Rey.*)

Esto solamente ha sido.

REY.

No dudo de esa verdad.

FEDERICO.

De nuestra mucha amistad
Injustamente has temido.
¡Él conmigo, y yo con él
Disgusto!

REY.

Dió que notar
El salir á tal lugar.
No hay enojo tan cruel
Como el que pasa entre amigos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

El Rey y el Duque salieron.

FEDERICO.

Los que allá enviaste fueron
De nuestra amistad testigos.

CÁRLOS. (*Al Rey.*)

Tus piés beso.

REY.

Aquí teneis
Mis brazos; que esto es razon,
Por muestra de mi aficion.

CÁRLOS.

Y porque en ellos me honreis.

FEDERICO.

Basta, que su majestad
Recelaba entre los dos
Algun disgusto.

CÁRLOS.

¡Por Dios!...

REY.

De vuestra gala y edad
Bien recelarse podia
Amorosa competencia;
Pero ya vuestra presencia
De ese temor me desvía.
Daos las manos.

CÁRLOS.

Estas son
Muestras de mi voluntad.
Duque, dijiste verdad, (*Ap. á él.*)
Tienes en todo razon.
Porcia te quiere y me engaña.

FEDERICO.

Jamás cauteloso fuí.
(Ap. Mi gusto se aumenta así.
Amor mi dicha acompaña.)

REY.

Que ya os prevengais intento
Para otro nuevo placer,
Porque pienso que ha de ser
Muy presto mi casamiento.

CÁRLOS.

El obedecerte es justo;
Mas ¿no sabrémos con quien
Te casas?

REY.

No me está bien,
Por evitar un disgusto,
Que se sepa por ahora.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya, mas que con Porcia sea.

REY.

Hungría tener desea,
Amigos, reina y señora.
Venid, Príncipe, conmigo.
Duque, adios.

FEDERICO.

Guárdete el cielo.

(*Vanse el Rey y el Acompañamiento.*)

CÁRLOS.

No hay en mis penas consuelo.

FEDERICO.

Dígoos verdad como amigo.

(*Vase Cárlos.*)

ESCENA VIII.

FEDERICO.

Cuando menos esperé,
Amor premió mi cuidado.
Tan de repente ha llegado,
Que en el crédito falté.
¡Bien hayan las penas mias
Y los primeros engaños!
Gloria alcanzo muchos años
Por el pesar de dos dias.
Ya ver á Porcia deseo
Porque vea su favor.

ESCENA IX.

PORCIA. — FEDERICO.

PORCIA. (*Ap.*)
Ya es gigante en mí el amor,
Pues sus ilusiones creo.
De ver estoy deseosa
A Cárlos, que ya ha tenido
Pasos de favorecido,
Pues con descuido reposa.
Todo el dia se ha pasado,
Y no ha venido á palacio;
No viviera tan de espacio
Si estuviera despreciado.
Brevemente me rendí,
Y el ver mi facilidad,
Desmayó su voluntad.
El que me enfada está aquí.

FEDERICO. (*Ap.*)
Sin duda que la ha traido
La fuerza de mi deseo.

PORCIA. (*Ap.*)
¿No es mi joya la que veo?
¿Cómo á su mano ha venido,
Si á la Reina se la dí?

FEDERICO. (*Ap.*)
¡Cómo mira su favor!

PORCIA. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿si le tiene amor?
Las muestras dicen que sí;
Que si ella no se la diera
Por favor, es cosa clara
Al menos que la guardara,
Y puesta no la trujera.
A trueco de que me deje,
Gusto que no haya estimado
Mi prima lo que la he dado.

FEDERICO. (*Ap.*)
Ya aguardo que me aconseje
Animoso el corazon
De qué suerte puedo hablar.

PORCIA.
(*Ap.* El parabien le he de dar
Porque olvide su pasion.)
Duque, ahora no hay lugar
De declararme mejor.
Goceis un siglo el favor.

FEDERICO.
Dejad que os llegue á besar
Los piés por el parabien.

PORCIA.
Estimalde en mucho.

FEDERICO.
El cielo
Me falte, si hay en el suelo
Otro semejante bien.
No hay contento al mio igual,
Ni mas gloria que me dén,
Porque luce mas el bien
Cuando viene tras el mal.

PORCIA.
Es justa esa estimacion,
Y alégrome como veis,
Duque, de que mejoreis
De cuidado y aficion.
Aunque airada os desprecié,
Para mayor gloria ha sido,
Si al fin habeis conocido
Quilates en tanta fe.
Está muy bien empleada
Mi joya en vos, y quisiera
Que todo un reino valiera.
Fué la eleccion acertada.

FEDERICO.
¿Cómo pagaros podré
Esa noble voluntad?

PORCIA.
Desde hoy, por vuestra amistad
Todo lo posible haré,
Olvidando los rigores
De aquel pasado desden.

FEDERICO.
¿Qué mas gloria, qué mas bien,
Ni qué esperanzas mayores?

PORCIA.
Ya es fuerza que me despida.

FEDERICO. (*Ap.*)
Del todo perdí el temor.

PORCIA.
Duque, guardad el favor.

FEDERICO.
Antes perderé la vida. (*Vase.*)

ESCENA X.

PORCIA.

¡Qué presto que se olvidó
De mí! Pero no me espanto;
Que es fuerza que olvide tanto
Quien tanto en ello ganó.
Sin duda le tiene amor
La Reina: debo alegrarme,
Pues dejará de cansarme.

ESCENA XI.

LAURA.—PORCIA.

LAURA. (*Ap.*)
Mal descansa mi temor.
Muriendo estoy por hablar
A Cárlos.

PORCIA.
Quejosa estoy
De tu amor. Tu sangre soy:
Bien te puedes declarar,
Pues mas lealtad y secreto
No has de hallar en nadie.

LAURA.
Prima,
Siempre mi alma te estima
Por tu proceder discreto.

PORCIA.
Aunque me debo quejar
Con justa causa de tí,
Pues la joya que te dí
Poco quisiste estimar,
Huélgome que la hayas dado
A quien la estima.

LAURA.
Está bien.
(*Ap.* Aquesta, que quiero bien
A Federico, ha pensado,
Porque ha visto en su sombrero
La joya. ¡Linda quimera!
¡Oh si ahora le quisiera
De envidia de que le quiero!
Quiero fingir y alaballe)
A pesar de tu desden,
Prima, al Duque quiero bien.
¿No tiene bizarro talle?
¿No es brioso? No es galan?

PORCIA.
Es por extremo excelente.

LAURA.
(*Ap.* ¡Ay de mí! poco lo siente:
Vanos mis intentos van.)
Adórole, por los cielos...
(*Ap.* A Cárlos, digo entre mí.)
¿No merece mucho?

PORCIA.
Sí.

LAURA.
Pues, prima, no me dés celos.
No le hables, ni es razon...
Ni el mirarle te permito.
(*Ap.* ¡Oh si le diese apetito
Esta misma privacion!)

PORCIA.
Obedecerte es mi intento.

LAURA.
A hablarle voy al terrero.

PORCIA.
Antes suplicarte quiero
Que trates mi casamiento
Con Cárlos.

LAURA.
Eso he de hacer;
Que nos conviene á los dos.

PORCIA.
Y ¿cómo?

LAURA.
¡Válgate Dios!
¿No me acabas de entender?
(*Vanse.*)

—

Vista exterior del palacio.

ESCENA XII.

CÁRLOS, ARNESTO.

CÁRLOS.
Aunque estoy desengañado
De que no me quiere bien,
Y de que ha sido burlarme
El fingir y responder,
Para quejarme la espero,
Donde testigos haré
A aquestos balcones frios
De tan injusto desden.

ARNESTO.
Mejor fuera, si es posible,
Olvidarla, y no hacer
Mas extremos.

CÁRLOS.
¿Cómo puedo,
En tormento tan cruel?
No me aconsejes.

ARNESTO.
Señor...

CÁRLOS.
¿Qué me quieres? Dejamé;
Que entre desdichas tan grandes,
Solo el morir es vencer.
¡Que por vengarse la Reina,
Viendo que la desprecié,
Trató con Porcia que engañe
Un corazon tan fiel,
Y que mientras habla al Duque,
Una criada me esté
Engañando!

ARNESTO.
No hay quien sepa
Mas trazas que la mujer.
¿Qué te admiras de tu engaño?

Pues aunque noble, lo es
La Duquesa.

CÁRLOS.

Noche oscura,
De mis engaños jüez,
En dorados epiciclos
Vuestros luceros poned,
Para que el alba enternezcan,
Y lloren por mí despues.
¡Oh mal haya quien se fia
De las mujeres!

ARNESTO.

Amén.

CÁRLOS.

De sus quimeras y engaños...

ARNESTO.

Libera nos, Dominé.

CÁRLOS.

¿Qué dices?

ARNESTO.

Soy monacillo
Y atlante desta pared,
Espantajo trasnochado,
Y estaca deste broquel.

ESCENA XIII.

LAURA, *á la ventana.* — DICHOS.

CÁRLOS.

Gente hay al balcon: ¿si es ella?

LAURA. (*Ap.*)

Gente hay abajo: ¿si es él?

CÁRLOS.

Yo soy, Señora.

LAURA.

¿Sois Cárlos?

CÁRLOS.

¿Quién si no yo puede ser?
Vos sois causa de mis males;
No quiero que os disculpeis,
Sino que oigais mis querellas.

LAURA.

Con mucho gusto os oiré.

CÁRLOS.

¿Tanto os agrada mi muerte?

ARNESTO. (*Ap.*)

¡Ah socarrona!

CÁRLOS.

¿Esta es
La paga á que os obligaba
Tan constante proceder?
¡Ay Duquesa! ruego al cielo
Que menosprecie tu fe
El Duque.

LAURA.

¿Con quién hablais?
Por dicha ¿me conoceis?

CÁRLOS.

Ahora sí que os conozco,
Inconstante, que no ayer;
Que esa voz no es la que anoche
Con tal engaño escuché.
¿No os dije que os aguardaba
Aquí? Pues ¿quién podeis ser?
Porcia, bastan los engaños.

LAURA.

¿Ha[y] dislate como aquel?
Advertid que no soy Porçia.
La Duquesa llamaré,
Si g[u]stais.

CÁRLOS.

¿Vuestra criada
Que[r]eis acaso traer?
¿Ah, si os burlais de mis penas?
¡Mal haya yo, que intenté
Adorarte desde el punto
Que veniste á dar al Rey
La embajada de la Reina,
Que desde entonces dejé
Por tu causa!

LAURA.

(*Ap.* ¡Ay, cielo santo!)
¿Desde cuándo me quereis?

ARNESTO. (*Ap.*)

¿Hay fisgona semejante?
Haciendo está burla de él.

CÁRLOS.

Luego os escribí, Señora,
Con un criado un papel,
En que mi pena os decia.

ARNESTO.

Y yo indigno le llevé.

LAURA.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¿Si por dicha
Mi primera vista en él
Pudo tanto, que por mí
Quiso el concierto romper?
Fingiendo que dél me burlo
(Pues él lo piensa tambien),
Sin que con él me declare,
La verdad he de saber.)
Tengo muy flaca memoria:
Lo que há un hora que escuché,
No me se acuerda. Decid,
¿Qué favor de mí teneis?
¿Qué esperanzas os he dado,
Y cuándo ó cómo os hablé?
Qué palabras me dijistes?

ARNESTO. (*Ap.*)

Ella le quiere moler.

CÁRLOS.

Aunque se ve que haceis burla,
Oid y os acordaréis.

ARNESTO. (*Ap.*)

Es señora, y en efeto
Pregunta como quien es.

CÁRLOS.

Yo os vi cuando al Rey hablastes;
Desde entonces adoré
Al cielo de vuestros ojos,
De quien he sido Luzbel.
Dijistes, si verdad dijo:
«Por mi prima os vengo á ver;
Mas pues á mí me agradais,
Yo sé que le agradaréis.»
Luego que os fuistes, deshice,
Mas amante que fiel,
Con la Reina el casamiento;
Que por vos la desprecié.
La vez que os hablé en palacio,
Llegué humilde á vuestros piés,
Y antes de hablaros, mil veces
Me detuve y me turbé.
Y por mas señas, honraba
Aquese pecho cruel
Una joya de diamantes,
Menos firme que mi fe,
Que es la que distes al Duque.

LAURA. (*Ap.*)

¿Qué mas pruebas he de hacer?
Loca de contento estoy,
Junto me ha venido el bien.

CÁRLOS.

Hoy os dije: «Ya no espero
Que mi esposa habeis de ser»;
Y aunque me desengañastes,
Que me hablaseis supliqué.

LAURA.

Eso es verdad, ya me acuerdo.
(*Ap.* Mil gracias, amor, te dén.
La Despreciada querida
Desde aquí me llamaré.
De mi prima he de vengarme;
Que será justo tambien
Que me pague el sobresalto
Que por su causa tomé.)
Príncipe, yo amo de veras.
Picon solamente fué
El decir que quiero al Duque.

ARNESTO. (*Ap. á Cárlos.*)

Otra vez tiende la red.
¡Guarda! que quiere pescarte!

CÁRLOS.

¿Qué borrascas temeré,
Si mi nave en alta mar
Va sin timon ni baupres?

LAURA.

Por la verdad que le debo
A la sangre que heredé,
Que en amaneciendo, Cárlos,
Dueño mio habeis de ser.
Vos ¿no querréis ser mi esposo?

CÁRLOS.

¿Qué es lo que de mí quereis?
¿Eso preguntais agora?

LAURA.

Pues vuestra esposa seré,
Por el cielo que nos mira.
Vuestros temores venced;
Que la Reina gustará
De que conmigo os caseis.
Yo os daré á la embajadora,
O la vida perderé.

CÁRLOS.

Apenas con la alegría
Puedo los labios mover.

ARNESTO.

Advertid que viene el dia.

LAURA.

Idos agora, y volved
A palacio, prevenido
Para la boda.

CÁRLOS.

Sí haré.

ESCENA XIV.

PORCIA, *acercándose á* LAURA *en la ventana.*—DICHOS.

PORCIA.

Mira, Señora, que es tarde.

LAURA.

Calla, que trato tu bien. (*A Porcia.*)
Hoy seréis de la Duquesa. (*A Cárlos.*)

CÁRLOS.

Y esclavo suyo seré.

LAURA.

Id con Dios; que viene el dia.

CÁRLOS.

A casa no he de volver;
En palacio he de aguardar.

ARNESTO. (*Ap.*)

¡Hay tan lindo moscatel!

PORCIA.

¿Qué es eso, Señora?

LAURA.

Calla.
¿No lo escuchas? No lo ves?
Que te casaré con Cárlos.
Ya tu boda concerté.

PORCIA.

¿Qué palabras son bastantes,
Qué cumplimiento cortés
Bastará para pagarte
Tan peregrina merced?

LAURA.

Allá lo veréis, Duquesa.

CÁRLOS.

Ya por el azul cancel
Perlas desperdicia el alba
Por nubes de rosicler.
Adios, Señora.

LAURA.

Adios, Cárlos.

CÁRLOS.

Mirad bien si cumpliréis
Vuestra palabra.

LAURA.

Esa duda
Sola me puede ofender.

ARNESTO. (*Ap. á Cárlos.*)

Mira, Señor, que te engaña.

CÁRLOS.

No es engaño; y si lo es,
Cuando ya estoy tan perdido,
Dime, ¿qué puedo perder?

(*Vanse Cárlos y Arnesto.*)

ESCENA XV.

LAURA Y PORCIA, *en la ventana.*

PORCIA.

Deja que bese tus plantas,
Señora, ya que se fué.

LAURA.

Porcia, prima, el prevenirte
Es lo que te importa. Ven;
Que al sol que ya nos alumbra
Quiero que envidia le dés
Con los rayos de tus ojos.

PORCIA.

Lo que me mandas haré.
Dichosa mi suerte ha sido.

LAURA. (*Ap.*)

Esos gustos pagaréis.
Es discreto: no podia,
Siéndolo, no me querer.

(*Vanse.*)

—

Salon de palacio.

ESCENA XVI.

FEDERICO, FLORO.

FLORO.

Al fin tu desconfianza
¿Fué engañosa presuncion?

FEDERICO.

Alcancé la posesion
Al tiempo que la esperanza.
Mira ¡qué dichas mayores
Para tan rendido amante,
Pues que tuve en un instante
Desengaños y favores!

FLORO.

¿Que Cárlos vivió engañado?

FEDERICO.

La Reina, por verle necio
En el pasado desprecio,
Desta suerte se ha vengado.

FLORO.

Bien se conoce tu amor,
Pues deja el descanso aparte.
Mas pudieras de tu parte
Tener seguro el favor,
Porque los favorecidos
Duermen bien.

FEDERICO.

Descanso injusto.
Mal hacen, si tiene el gusto
Ocupados los sentidos,
En entregarlos á un dueño
Que los trate con rigor;
Pues olvidan el favor
Las horas que dan al sueño.
A que salga el Rey espero;
Que á Porcia le he de pedir.

FLORO.

Pienso que has de persuadir,
Señor, á Laura primero.

FEDERICO.

A Laura hablaré tambien.

FLORO.

Ya su alteza sale aquí.

FEDERICO.

Y en su alegre rostro vi
Las premisas de mi bien.

ESCENA XVII.

EL REY, LUDOVICO, TEODORO,
ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

Escribe el Emperador
Que su hermana me dará,
Ludovico. Hoy se verá
Lo encubierto de mi amor;
Que por la guerra que ha habido
Entre los dos, se trataba
Con secreto, y recelaba
El ser de nadie sabido.

FEDERICO.

Beso tus piés.

REY.

Levantad,
Duque; que honraros intento.

LUDOVICO.

En tan igual casamiento
Acierta tu majestad.

REY.

Duque, ya se llegó el dia
En que á declararos vengo
Quién es la esposa que tengo,
Para mas quietud de Hungría.

FEDERICO.

Con tan inmenso favor
Mas mi honor se solicita.

REY.

Es la hermosa Margarita,
Del supremo emperador
De Alemania, bella hermana.

FEDERICO.

Irá tu gloria en aumento.

REY.

Con tan igual casamiento
La paz del reino se allana.
Vos, Duque, habeis de ir por ella.

FEDERICO.

Obedecerte es razon;
Mas antes mi pretension
Sabrás. (*Ap.* Mi gusto atropella,
Si me ausenta sin casarme.)

REY.

Ya vuestro pecho no ignora
Mi amistad.

FEDERICO.

Con mi señora
La Reina he de declararme:
Y así, espero que su alteza
Venga, porque el bien iguale.

TEODORO.

Ya, Señor, su alteza sale.

LUDOVICO.

¡Oh qué discreta belleza!

ESCENA XVIII.

LAURA.—DICHOS.

LAURA.

Dadme las manos, Señor.

REY.

Las vuestras beso. Llegad
Sillas. Conmigo igualad
Los cuidados y el amor.
Ya, sobrina, estoy casado;
Si me dais licencia, intento
Que con vuestro casamiento
Dé fin á todo el cuidado.

LAURA.

Hoy mi pretension sabréis.
¿Cómo Cárlos no ha venido?
Que Porcia se ha prevenido.

FEDERICO.

Tambien la mia veréis.

REY.

Llegad, Duque.

(*Habla el Rey en secreto con el Duque y Laura.*)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, ARNESTO, OTAVIO.—
DICHOS.

ARNESTO. (*Ap. á Cárlos.*)

Temeroso
Voy de que te ha de engañar.

CÁRLOS.

Ya ¿qué puedo aventurar?
Cuando no sea su esposo,
Nada tengo que perder.
Quedaos aquí. (*Ap.* Mas ¡ay cielo!
Mayor desdicha recelo.
¡Oh cautelosa mujer!
¿No es la Duquesa cruel
La que con tanta alegría
Con el Rey está sentada?
No fué en vano mi malicia.
¡Si se ha casado con ella,
Y ella airada y vengativa,
Porque viese mis ofensas,
A esta boda prevenida,
Dijo que á verla viniera?
Rabio de celos y envidia.
En el hombre desdichado
¡Qué poco duran las dichas!)

LAURA. (*A Federico.*)

Duque, por el Rey respondo
Que antes que se pase el dia,
Será vuestra esposa Porcia.
Estimalda por mi prima,
Y por quien es.

FEDERICO.

Tus piés beso.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Cómo Federico mira
Esta boda, y no se altera?
Todo es enredo y enigmas.

REY.

Príncipe de Transilvania,
Celebrad las glorias mias,
Dadme el parabien alegre
Que mi boda solemniza.
Ya, Cárlos, estoy casado,
Ya se declaró la cifra
Que con el Duque y con vos
He tenido estos dos dias.
Besad la mano á la Reina;
Que aunque es verdad que podia
Dárosla de esposa, el tiempo
Seguridades derriba.

CÁRLOS. (*Ap.*)
No me mintió mi sospecha.
LAURA. (*Ap.*)
Su aficion es conocida.
Que me he casado sospecha.
¡Qué venganza peregrina!
CÁRLOS. (*Ap.*)
¡Vive Dios, que hablar no puedo!
LAURA.
Federico, hoy se averigua
Una verdad, perdonad.
FEDERICO.
¿Qué hay en que de mí te sirvas?
LAURA.
Una palabra que os dí,
Cárlos, es razon cumplirla.
CÁRLOS. (*Ap.*)
¡Aun hace burla de mí!
FEDERICO. (*Ap.*)
Con briosa gallardía
Viene la prenda que espero.

ESCENA XX.

PORCIA. — DICHOS.

LAURA.
Cárlos, ya es cosa sabida
Que á la Reina despreciastes
Por casaros con mi prima.
Dad la mano á la Duquesa.
FEDERICO.
¿Qué dices? Qué determinas?
¿Ansí cumples tu palabra?
(*Ap.* Muero de celos y envidia.)
PORCIA. (*Ap.*)
Dichosa ha sido mi suerte.
CÁRLOS.
(*Ap.* Ya el sentido desatina.)
(*A Laura.*) Porcia (que tantos engaños
A que me pierda me animan),
Si conoces mi nobleza,
Y que es sola cortesía
Lo que fuera de mi estado
A que sirva al Rey me obliga,
¿Cómo te burlas de mí?
O ¿por qué es bien que permita
La Reina para vengarse
Semejantes demasías?
El Rey te goce mil años,
Y vuestra alteza no aflija (*A Porcia.*)
Mas un hombre con quimeras,
De su noble sangre indignas.
PORCIA.
¡Qué dices, Cárlos!
REY.
¡Qué es esto!
Por ventura ¿desvarías?
Cómo, Cárlos, desta suerte
Menosprecias mi sobrina?
¡Yo he de gozarla! ¿Qué dices,
Si es mi esposa Margarita,
Del César Rodulfo hermana,
Que ya por aquesta firma
Me la promete?
PORCIA.
¿Estas son
Las mercedes y caricias?
ARNESTO.
Señor, ¿has perdido el seso?
¡A la Duquesa no estimas!
¿No la ves?
CÁRLOS.
Quita, villano.
LAURA.
Pues dime, Cárlos, ¿querías
Casarte conmigo?
CÁRLOS.
El alma
Te dí á la primera vista.
LAURA.
Pues ¿cómo me despreciaste?
CÁRLOS.
¡Yo á tí!
REY.
¡Bien por vida mia!
LAURA.
Escucha, Señor; que he sido
La Despreciada querida. —
Príncipe, yo soy la reina.
Con el nombre de mi prima
Vine disfrazada á verte.
FEDERICO.
Pues ¿aquesto no sabias?
CÁRLOS.
¿Cómo, si el recebimiento
No vi, y pasó tan aprisa
El caso, que el ser tan breve
Esta ignorancia acredita?
LAURA.
Porcia... (*Ap.* No mintió el espejo.)
El Duque te ama y estima:
Cásate con él.
PORCIA.
Tu gusto
Obedezco, aunque corrida.
LAURA.
Príncipe, tu esposa soy.
CÁRLOS.
A tu amor se sacrifica
El alma: — y aquí se acaba
La Despreciada querida.

LA HERMOSA FEA.

PERSONAS.

RICARDO, *príncipe de Polonia.*
OTAVIO, *su amigo.*
JULIO, *criado.*
ESTELA, *duquesa de Lorena.*
CELIA, *su prima.*
EL GOBERNADOR.
UN CAPITAN.
BELISA, *criada.*
EL CONDE.—SOLDADOS.

La escena es en Lorena, en la residencia de la Duquesa.

ACTO PRIMERO.

Calle en la ciudad, residencia de la Duquesa.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, OTAVIO, JULIO.

OTAVIO.

Fuera temeraria empresa,
Pero muy digna de tí.

RICARDO.

Todo cuanto en Francia vi
No iguala con la Duquesa.—
Julio, ¿qué te ha parecido?

JULIO.

Un ángel me pareció,
Que de mujer se vistió,
Si alguna vez se ha vestido.

RICARDO.

No he leido yo jamás
Que se vistió de mujer;
Pero como puede ser,
No pudiste decir mas.

OTAVIO.

En cuanto el sol mira y dora
Se alaba su gallardía.

RICARDO.

¡Oh qué divina armonía
Hacen en una señora
La majestad en el talle,
Y en el rostro la hermosura!

JULIO.

El oro y la nieve pura
De nuestra Alemania calle
Con su rara perfecion.

RICARDO.

Parece que en su belleza
Retrató naturaleza
Mi propria imaginacion.
Aquí me pienso quedar
De secreto algunos dias
Para verla.

OTAVIO.

Bien podrias
Tener de hablarla lugar,
Como no sepa quién eres.

RICARDO.

Tú solo sabes quién soy.

OTAVIO.

Pues la palabra te doy,
Príncipe, si hablarla quieres,
Despues de guardar secreto,
De hacer que posible sea.

RICARDO.

Haz, Otavio, que la vea,
Y a [illegible] tu esclavo prometo.

JULIO.

Si sabe que estás aquí,
Dificultoso ha de ser,
Porque te ha de conocer.

OTAVIO.

Escucha un remedio.

RICARDO.

Di.

OTAVIO.

Escribe á Celia, su prima,
Con quien tienes parentesco,
Que por ir á ver á España
A la ligera y secreto,
No pudiste visitarla;
Pero que despues, volviendo,
Cumplirás tu obligacion;
Y quedaráste con esto
Escondido en la ciudad,
Donde el ingenio y el tiempo,
Para que la veas y hables,
Darán traza á tus deseos.

RICARDO.

Dices bien: y lleve Julio
La carta; pero advirtiendo
Que si la duquesa Estela
Le pregunta, como pienso,
Si la vi, que le responda
Que sí, una tarde saliendo
A caza; y si preguntare
Lo que dije y lo que siento
De su persona, le diga
Que volví triste, diciendo
Que era su fama un engaño
De algun pintor lisonjero,
Cada pincel mil mentiras,
Cada color mil enredos;
Que el ducado de Lorena
Era tan gran casamiento,
Que hacia á los pretendientes
Lindo parecer lo feo;
Y que á mí, que no lo era,
Me pareció con extremo
Fea y de persona humilde.

JULIO.

Pues ¿qué pretendes con eso?

RICARDO.

Asegurar la intencion
Que para servirla tengo,
Como veréis adelante.

JULIO.

Y ¿no hallaste mensajero
Mejor en cuantos te vienen
Desde Polonia sirviendo?
¿A qué mujer, cuando fuese
Lo mas ínfimo y plebeyo,
Le dijeran que era fea,
Que tuviera sufrimiento
Para no tomar venganza,
Cuanto mas un ángel bello?
¿Tan gran señora? ¿No miras
Que entre algunos mandamientos
Que hizo para el honor
De las mujeres el celo
Y obligacion de los hombres,
No llamarás, fué el tercero,
Fea ni vieja á ninguna;
Y que de mi atrevimiento
Seria justo castigo
Salir de palacio muerto
A palos de las cuchillas
De dos gigantes tudescos?

RICARDO.

Julio, si ella fuera fea,
Era delito muy necio;
Pero siendo tan hermosa
Como le ha dicho su espejo,
Ha de correrse de mí
Y poner su entendimiento
En vengarse cuando vuelva;
Y este principio el deseo
Le ha de dar de enamorarme,
Que es lo que voy pretendiendo.
Y tú verás que resulta
Deste agravio algun suceso
En favor de mi esperanza.

JULIO.

Confieso que voy con miedo,
Mas consolando el peligro
Con saber que te obedezco.

RICARDO.

¿Tanto sienten este nombre?

JULIO.

Si es la hermosura el opuesto,
Y esta la mayor lisonja,
¿Qué término mas grosero
Que quitarles la esperanza
De aquel soberano imperio
Con que rinden á los hombres?

RICARDO.

Tú verás que es fundamento
Del edificio mayor
Que tuvo amoroso empleo.—
Ven, Otavio.

OTAVIO.

Aun no percibo
Tu pensamiento.

RICARDO.

Pretendo
Obligarla á enamorarme;
Lo demás te dirá el tiempo.
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Duquesa.

ESCENA II.

LA DUQUESA, CELIA.

DUQUESA.

Bien me holgara que te hubiera
El Príncipe visitado,

Y que el venir rebozado
Menos disculpa le diera.
Mal cumplió la obligacion
De pariente.

CELIA.

Pensaria
Que el secreto me daria
Bastante satisfacion,
Pues parece que la tiene
Para ocasiones mayores.

DUQUESA.

El secreto en los señores,
Cuando de rebozo vienen,
Es mayor publicidad,
Porque todos hablan dellos.

CELIA.

Es mayor grandeza en ellos.

DUQUESA.

Pensemos que es vanidad.
¿Sabes qué sintió de mí?

CELIA.

Pregúntaselo á la fama.
Fénix de Francia de llama:
Lo mismo dirá de tí.

DUQUESA.

Cuidado, Celia, tenia
De ver en alguna parte
Este nuevo Adónis, Marte
Por talle y por valentia;
Pero él se guardó de suerte,
Que me vió sin verle yo.

CELIA.

Ingrato correspondió
A la ventura de verte;
Que bien pudiera pagarte,
Si es gentilhombre y galan,
Con dejarse ver.

DUQUESA.

Están
Tantas culpas de su parte,
Que, aunque te escriba, no creo
Que á satisfacerlas baste.

CELIA.

De la privacion sacaste
Las fuerzas de tu deseo;
Porque si verse dejara,
Menos cuidado tuvieras;
Que de lo que visto hubieras,
Ninguna idea formara
Agora la fantasía.

DUQUESA.

El privar á una mujer
De lo que desea ver,
Bien sabes tú, Celia mia,
Que aumenta mas su deseo.

CELIA.

Así murió la romana,
Por no ver por su ventana
Pasar aquel monstro feo.
Pues ¡cuánta mas diferencia
La de un gallardo aleman,
Mancebo, hermoso y galan!

ESCENA III.

JULIO, BELISA. — DICHAS.

JULIO. (*A Belisa.*)
Pedid, Señora, licencia.

BELISA. (*A Celia.*)
Hablarte quiere un criado
Del de Polonia.

CELIA.

No ha sido
Descortés, ni ha merecido
Hasta agora ser culpado.
Licencia vendrá á pedir
Para verme.

DUQUESA.

Ya le vuelvo
La honra.

CELIA.

Y yo me resuelvo
En que le has de ver y oir.
(*A Belisa.*) Di que entre.

(*Belisa da el recado á Julio, que se adelanta. Vase Belisa.*)

JULIO. (*A la Duquesa.*)
Dadme los piés.

DUQUESA.

No soy yo la que buscais.

JULIO.

Sin razon culpa me dais;
Que este yerro acierto es,
Pues me trujo el resplandor
De su divina belleza
Al saber que es vuestra alteza
De dos soles el mayor;
Y así, me vuelvo al segundo,
A quien traigo este papel.
(*A Celia.*) Mirad lo que dice en él,
Y yo cómo abrasa el mundo
El ángel que estoy mirando
En la señora Duquesa,
Donde parece que cesa
Cuanto puede hacer, pintando
Con los mas vivos colores
La diestra naturaleza.
Y perdone vuestra alteza
Que de estrellas y de flores
No haga un retrato aquí,
Como suelen los poetas,
Porque partes tan perfetas
Son deidades para mí.

CELIA.

Yo he leido este papel.

DUQUESA.

¿Qué escribe?

CELIA.

Que se partió
A España.

DUQUESA.

Correspondió
A aquella patria cruel
De fieras y hombres feroces.

CELIA.

Discúlpase con pasar
De rebozo.

JULIO.

Y por guardar
(Así tu hermosura goces)
A tu grandeza respeto.

DUQUESA.

Pues á mí ¿qué me importara,
Cuando á Celia visitara?

JULIO.

Esto de venir secreto
Debió de ser la ocasion,
Por la poca autoridad.

DUQUESA.

¿Qué dijo desta ciudad?

JULIO.

Que las de tu estado son
La parte mejor de Francia.

DUQUESA.

¿Vióme á mí?

JULIO.

Ya te vió á tí;
Que para venir aquí
Fué lo de mas importancia.

DUQUESA.

¿Qué le parecí?

JULIO.

Si das
Licencia, á Celia diré
Lo que dijo.

DUQUESA.

Sí daré.

JULIO. (*A Celia.*)
Oye pues.

CELIA.

¿A mí no mas?
¿Qué puede ser que no sea
Muy conforme á su valor,
Puesto que fuese de amor?

JULIO. (*Bajo á Celia.*)
Haber dicho que era fea.

CELIA.

¡Qué dices! ¿Estás en tí?

JULIO.

Por eso te quise hablar
Aparte.

CELIA.

Estoy por pensar
Que te has burlado de mí;
Que me pareces de humor.

JULIO.

Tentado soy del despejo;
Mas siempre las burlas dejo
Cuando respeto el valor.
No he visto necio á mi amo,
Señora, con tanto extremo.
¡Cómo necio! Y aun blasfemo
De un ángel.

CELIA.

Pues yo le llamo
Dichoso, aunque no discreto;
Porque, á parecerle bien,
Quedara, al mayor desden
Que ha visto el mundo, sujeto;
Que de cuantos la han servido,
Ninguno agradarla puede;
Y es mejor que libre quede,
Que á lo imposible rendido.
¡La Duquesa fea!

JULIO.

Sí.

CELIA.

¿Tiene ese hombre entendimiento?

JULIO.

Un mal gusto es fundamento
De que le parezca ansí;
Fuera de ser cosa llana
Que no hay disputa en los gustos.

CELIA.

Sí; pero gustos injustos
Hacen la razon villana.

JULIO.

Hombres hay que un dia escuro
Para salir apetecen,
Y el sol hermoso aborrecen
Cuando sale claro y puro.
Hombres que no pueden ver
Cosa dulce, y comerán
Una cebolla sin pan,
Que no hay mas que encarecer.
Hombres en Indias casados
Con blanquísimas mujeres
De extremados pareceres,
Y á sus negras inclinados.
Unos que mueren por dar
Cuanto en su vida tuvieron;
Y otros que en su vida dieron
Si no es enojo y pesar.
Muchos duermen todo el dia,
Y toda la noche velan;
Muchos hay que se desvelan
En una eterna porfía
De amar sola una mujer;
Y otros que como haya tocas
Dos mil les parecen pocas
Para empezar á querer.

Segun esto, la Duquesa
No deja de ser hermosa
Por un mal gusto.

CELIA.

Es la cosa
Mas nueva y que mas me pesa
De cuantas pudiera oir.
Ven por la carta despues.

JULIO.

Dadme, Señora, los piés,
Y de no se lo decir
Palabra.

CELIA.

Vete en buen hora:

JULIO.

Guarde el cielo á vuestra alteza,
En cuya hermosa cabeza
El laurel que Apolo dora
Brille de Francia ó España.

DUQUESA.

Tu nombre...

JULIO.

Julio es mi nombre.

DUQUESA.

¿Qué oficio?

JULIO.

Soy gentilhombre,
Que á sí mismo se acompaña,
Pero en gracia de mi dueño,
Que esta embajada me fia.

DUQUESA.

¿No respondes, prima mia?

JULIO. (*Ap.*)

Celia me mira con ceño. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LA DUQUESA, CELIA.

CELIA.

Ya le dije á ese criado
Que vuelva por la respuesta;
Que si al Príncipe le cuesta
Su papel tanto cuidado,
No quiero escribir sin él.

DUQUESA.

¡Brava plática tuvistes!
¿Qué tratastes? ¿Qué dijistes?
¿Si dió materia el papel,
Dirá que está enamorado
De mí el Príncipe, y que fué
Perdido á España.

CELIA.

No sé.

DUQUESA.

(¿Quién duda que te ha contado
(Que es ordinario en los hombres)
Que en toda Francia no vió
Dama, Celia, como yo,
Con todos aquellos nombres
De ángel, estrella, jazmin,
Rosa, perla y otras cosas
Tan necias y mentirosas?
Pero mi ¿qué te dijo al fin?

CELIA.

No eran cosas de importancia
Las que hablamos...

DUQUESA.

¿Cómo no?

CELIA.

Antes de enojo; y si yo
Le volviese á ver en Francia...

DUQUESA.

¿Qué murmuras? ¿Fué por dicha
Descompostura de amor?
¿Pidió el necio algun favor?

CELIA.

Tengo, Duquesa, á desdicha
Tener tan necio pariente.

DUQUESA.

Dime lo que es.

CELIA.

No es razon.

DUQUESA.

¡Qué confusion!

CELIA.

Cosas son
De aquella bárbara gente.

DUQUESA.

Quien quisiere una mujer
A puras ansias matar,
Procúrele dilatar
Lo que quisiere saber.
Ni fué jamás discrecion
Dejar razon comenzada.

CELIA.

Si puede ser excusada,
Antes parece razon.

DUQUESA.

Celia, lo que fuere sea.

CELIA.

¡Qué porfiar tan prolijo!
Dijo el Príncipe...

DUQUESA.

¿Qué dijo?

CELIA.

Dijo el necio que eras fea.

DUQUESA.

Pues bien: ¿fué mucho el agravio?

CELIA.

¿Cómo puede ser mayor?
Pregúntale á tu color
Si te importa el desagravio,
Pues ya te escribe el desprecio
En la cara vergonzosa
Con letras de pura rosa
El agravio deste necio.

DUQUESA.

Confieso, Celia, que ha sido
El repetirlo el criado
Ocasion de haber quedado
En parte mi honor corrido.
Hazme placer, cuando vuelva,
De decirle que se quede
Conmigo.

CELIA.

Julio ¿qué puede,
Cuando á quedar se resuelva,
Hacer para tu venganza?

DUQUESA.

¿Nunca has oido contar
Que el que se quiere ahogar,
Cualquiera cosa que alcanza
Tiene fuertemente asida?
Pues así tengo pensado
Que el asir deste criado
Es asegurar mi vida.

CELIA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que este ha de ser
Por quien me pienso vengar;
Que invencion no ha de faltar
Para que me vuelva á ver.
Y si me ve, ten por cierto
Que ha de adorar la fealdad
Que dice, y que mi crueldad
Le ha de ver perdido y muerto,
O no ha de haber alma en mí.

CELIA.

Con razon estás quejosa;
Pero es imposible cosa
Que puedas vengarte así.
Mejor fuera...

DUQUESA.

No hay mejor.
Déjame, Celia, pensar
Cómo le pueda obligar
Para que me tenga amor;
Que una vez enamorado,
Con la risa y el desprecio
Quedará de aqueste necio
Mi sentimiento vengado.
Que no hay venganza que sea
Mas discreta y mas gustosa
Que hacerle querer hermosa
Quien le ha parecido fea.
Así de aqueste enemigo
Vengarse mi agravio piensa,
Porque de la misma ofensa
Se ha de sacar el castigo.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA V.

RICARDO, OTAVIO, JULIO.

JULIO.

Esta es la hora que sin alma queda.

RICARDO.

No hay cosa, Julio, que obligarla pueda
A lo que yo pretendo,
De mayor importancia.

JULIO.

Así lo entiendo.

RICARDO.

Y el camino que hallaste
Fué mucho mas discreto: al fin ¿dejaste
Con Celia concertado
Volver por la respuesta?

JULIO.

Hale causado
Notable novedad que la Duquesa,
Cuya hermosura es la mayor empresa
De príncipes y grandes
De Francia, de Alemania, España y [Flándes,
Te pareciese fea.

RICARDO.

Desta manera el cazador rodea
Al animal ó al ave.
Presto verás que su arrogancia grave
Se rinde á mi deseo.
Otavio amigo, en la ocasion me veo,
Que tu fidelidad me ha de dar vida.
De tu amistad mi confianza asida,
Pretende conquistar esta arrogante
Hermosura francesa, que en diamante
Con pinceles de nieve pintó el cielo.
La traza que fabrica mi desvelo
Es la que te he contado.
De todos mis criados he dejado
Solo á Julio conmigo: él me acompaña;
Que los demás á España [ro
Van caminando con el Conde. Hoy quie-
Dar principio dichoso al bien que es- [pero.

OTAVIO.

Francés soy por la vida.
Ya vuestra alteza tiene conocida
Mi lealtad y amistad: esté seguro,
Y por esta que al lado traigo, juro
De guardarle secreto.

RICARDO.

Pues para dar á lo que intento efeto,
Dile al Gobernador secretamente
Lo que te dije, porque luego intente
Prenderme; que por causa tan notable,
No dudes de que hable [ra,
Con la Duquesa, y que ella verme quie-

Donde mi amor en mi fortuna espera
Lo que mi atrevimiento me asegura,
O á las manos morir de su hermosura.

OTAVIO.

Tú verás el efeto
De un noble amigo.

RICARDO.

Di tambien discreto,
En que consiste la ventura mia.

JULIO.

¿Cuándo faltó la dicha á la osadía?
Vuelvo por el papel, mientras te pren- [den,
Y á ver cómo se encienden
De la Duquesa los claveles vivos
Con tantos pensamientos vengativos,
Si á quien tanta hermosura llamó fea,
Rendir, matar ó enamorar desea.

(Vanse Ricardo y Julio.)

ESCENA VI.

OTAVIO.

No carece de valor
De Ricardo el pensamiento,
Y mas siendo el fingimiento
El primer paso de amor.
¡Oh fuerza de la amistad!
¡A qué me pongo por tí!
Pero ya le prometí
Favor, silencio y lealtad.—
Prósperamente sucede:
Este es el Gobernador;
Que hasta en esto muestra amor
Lo que sabe y lo que puede.
Con él viene un capitan:
Concertóse la fortuna
Con el amor, si en alguna
Fortuna y amor lo están.

ESCENA VII.

EL GOBERNADOR DE LA CIUDAD, UN CAPITAN, SOLDADOS.—OTAVIO.

GOBERNADOR. *(Al Capitan.)*

Conozco vuestro cuidado.

CAPITAN.

Cuando me toca la guarda,
Soy árgos de la ciudad.
No ha de suceder desgracia
Hasta que deje la noche
La capa en manos del alba;
Que aun por esto la prendiera,
Si la noche se quejara.

GOBERNADOR.

Estar limpia una ciudad
De gente ociosa es la causa
De no haber hurtos y muertes:
En que se ve que se engañan
Los que gobiernan, si piensan
Que solo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
Delitos, con que no haya
Quien los haga, en quien gobierna
Es la prudencia mas alta;
Porque castigar despues,
Supuesto que es de importancia
Para el ejemplo, ya es fuerza,
Y es mejor que se excusaran.

CAPITAN.

¿Quién limpiará una ciudad
Donde acuden gentes varias?

GOBERNADOR.

¿Quién? El temor del castigo
Y el cuidado del que manda.

OTAVIO.

(Ap. ¡Oh! qué á propósito viene
De mi intento lo que tratan!)
En vuestra busca venia.
Doy al cielo inmensas gracias
De haberos hallado aquí.

GOBERNADOR.

¿Qué es, Otavio, lo que mandas,
Que haberme hallado agradeces?

OTAVIO.

Si no te ha dicho la fama
Que el príncipe de Polonia
De rebozo estuvo en Francia,
Sabe que, entre otras provincias,
Vino por ver á Madama
A la corte de Lorena,
Y fué huésped de mi casa,
Donde hicimos amistad.
Partióse en efeto á España,
Peregrino de su gusto.
Tuve anteayer una carta
En que me dice que un hombre,
Tan noble que le llevaba
Por secretario (que á veces
No conforma al cuerpo el alma),
Todas las joyas le hurtó;
Y que si por dicha pasa
Por esta ciudad, le prenda.
Ha sido mi dicha tanta,
Que hoy le he visto en una quinta
Pasear con una dama,
Que del hurto y de volver
Fué por ventura la causa.
Fingí que no conocia
Quién era, aunque él me miraba,
Sospechoso de mis ojos;
Que el miedo en todo repara;
Y, como ves, he venido.
No permitas que se vaya
Con tal delito, pues puedes
Sin peligro, y aun sin guarda,
Hacer tan justa prision.

GOBERNADOR.

Cuando trujera mas armas,
Mas soldados, mas defensas
Para las joyas hurtadas,
Que tiene agora sospechas
(Porque nunca el alma engaña),
Yo solo le he de prender;
Que para ladrones basta
El temor de la justicia.

OTAVIO.

Mi intento no es que le hagas
Agravio, que es caballero,
Mas que con buenas palabras
Se cobren todas las joyas.

GOBERNADOR.

El capitan de campaña
Venga conmigo no mas
Y dos soldados de guarda.

(Vanse.)

—

Sala de palacio.

ESCENA VIII.

CELIA, *con una carta;* JULIO.

CELIA.

Esta es la carta.

JULIO.

Sospecho
Que con enojo le escribes,
Y del que en esto recibes
Culpo mi inocente pecho;
Que te parlé, sin pensar,
Lo que el Príncipe sintió
De Madama.

CELIA.

No sé yo
A quién se deba culpar,
A él que dijo que era fea,
O á tí, pues que fuera justo
Que callaras su mal gusto.
Pero no hay cosa que sea
Mas peligrosa (y perdona)
Que servirse de criados
Necios.

JULIO.

¡Qué bien castigados
Vamos los dos! Pero abona
Tu culpa en esto la mia.

CELIA.

¿Cómo?

JULIO.

Si yo te conté
(Que toda mi culpa fué)
Lo que el Príncipe decia,
El tuyo fué el mismo error,
Contándole á la Duquesa
Lo que yo dije.

CELIA.

No es esa
Disculpa.

JULIO.

Y aun fué mayor;
Que en su ausencia me atreví,
Y es como no haber hablado,
Pues ausente el mas honrado
No puede volver por sí;
Y tú, Señora, en su cara
Le dijiste que era fea;
Que aunque agravio ajeno sea,
Si en la verdad se repara,
El que le dice le hace,
Pues que la lengua le hurtó
Al que ausente se atrevió,
Y su intencion satisface.
¿Cuál será mas atrevido?
¿El que me dice un pesar
Que dijo quien, por no osar,
Jamás me hubiera ofendido,
O el que habló en ausencia mia
Cobarde, y dando á entender
Que no pudiera tener
En mi presencia osadía?
Claro está que lo será
El que el respeto perdió,
Siendo amigo, al que ofendió
Cuando mas seguro está.
De suerte, que no fué sabio
Consejo darme á mí culpa,
Porque aquel tiene la culpa
De quien se sabe el agravio.

CELIA.

¿Sentiste el llamarte necio?

JULIO.

Pues ¿no quieres que lo sienta,
Si aquello que el alma afrenta
Fué siempre el mayor desprecio?

CELIA.

Pues ¿qué llamas afrentar
El alma?

JULIO.

Llamar á un hombre
Necio.

CELIA.

¿Por qué?

JULIO.

Porque es nombre
Que por fuerza ha de agraviar
Al entendimiento, que es
Potencia suya.

CELIA.

El honor
Te vuelvo.

JULIO.

Y por el favor
Yo vuelvo á besar tus piés.

CELIA.

Tú á lo menos no has tenido

á la *Duquesa* por fea.

JULIO.

No quiera Dios que me vea
Falto de tan gran sentido;
Que solo pusiera un ciego
En duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura
Con dos estrellas de fuego;
Es de la Vénus de Fidia
Retrato, y con mas primor,
Higa de cristal de amor
Contra el ojo de la envidia.
Es toda nácar lustrosa,
En cuya boca tambien
Las bellas perlas se ven
Por celosías de rosa,
Cuyo dulce movimiento
Enseña un rojo clavel,
Que es intérprete fiel
De su raro entendimiento.
Sus mejillas encarnadas
De manutisas parecen,
Cuando entre aljófares crecen
Del alba pura esmaltadas;
Y por no hacerlas agravios,
Te digo que son tan bellas,
Señora, que solas ellas
Compitieran con sus labios.
Cuando á las manos te inclines,
De tanta gracia están llenas,
Que con rayos de azucenas
Parece un sol de jazmines.
Finalmente, su valor
Es de tan alta excelencia,
Que sin pedirle licencia,
Ni tira ni mata amor.

CELIA.

Pues ¿cómo al Príncipe ha sido
Estela un demonio fiero?

JULIO.

Porque él es un majadero.

ESCENA IX.

LA DUQUESA.—Dichos.

CELIA.

Mira, Julio, que te ha oido
La Duquesa.

JULIO.

¿Dónde?

CELIA.

Estaba
Detrás de aquella antepuerta.

DUQUESA.

Escuchándote encubierta,
De tus lisonjas gustaba;
Y como de la alabanza
Resulta siempre aficion,
Tu ingenio y buena opinion
Tanta con mi gusto alcanza,
Julio, que quiero pedirte
Que en mi servicio te quedes.

JULIO.

Hácesme tantas mercedes
En querer de mí servirte,
Que en tu nombre, serafin,
Pongo la boca dichosa,
En la estampa venturosa
Del corcho de tu chapin.
Pero ¿cómo podrá ser
Sin licencia de mi dueño?

DUQUESA.

A sacarte de ese empeño
Pienso que tendré poder,
Con escribir á Ricardo.
Tú, entre tanto que responde,
Y que á quien es corresponde,
Como de su nombre aguardo,
Estarás conmigo aquí;
Que me has parecido bien.

JULIO.

Gracias, Señora, te dén
Tus mismas gracias por mí.
Alaben tus altas glorias
Y tus virtudes perfetas
En sus versos los poetas,
Y en su prosa las historias:
Los poetas en sus liras
A tus méritos divinos
Cantando mil desatinos,
Las historias mil mentiras.

DUQUESA.

¿Dónde estará tu señor
Agora?

JULIO.

Aun no habrá llegado
A España. (*Ap.* Ya su cuidado
Es de venganza ó de amor.)

ESCENA X.

EL GOBERNADOR, OTAVIO.—Dichos.

OTAVIO. (*Al Gobernador.*)
No es razon que le déis cuenta,
Para afrentar este hidalgo,
A la Duquesa.

GOBERNADOR.

Yo salgo
Al remedio desta afrenta.

DUQUESA.

¿Qué es eso, Gobernador?

GOBERNADOR.

Señora, ha escrito Ricardo,
El Príncipe de Polonia,
Desde Lunevila á Otavio,
Que hurtándole muchas joyas,
Se le ha vuelto el secretario
A tu corte. Dióme parte
Deste suceso, y buscando
Los sitios de mas sospecha,
En una quinta le hallamos.
Como avisarte de todo
Cuanto pasa me has mandado,
Aunque Otavio no quería,
A tu presencia le traigo.

DUQUESA.

Otavio...

OTAVIO.

Señora...

DUQUESA.

Muestra
La carta.

OTAVIO.

Esta es.

JULIO.

¡Qué extraño
Suceso! Un hombre tan noble
¿En tanta bajeza ha dado?

DUQUESA.

(*Lee.*) «Señor Otavio: despues de daros cuenta de que voy con salud, aunque sintiendo vuestra ausencia, sabed que Lauro, mi secretario, con algunas joyas mias se ha ido esta noche, con admiracion mia y de mis criados. Siendo tan gran caballero, si volviere á esa ciudad, donde entiendo que una dama le ha obligado á este desatino, haced que sin afrenta suya sepa de vos el disgusto con que quedo. Dios os guarde.—El príncipe de Polonia.»
¿Conoces aquesta firma,
Julio?

JULIO.

Y ¡cómo! Aunque no creo
De Lauro el error que veo,
Y que esa firma confirma.

DUQUESA.

¿Quién le trae?

GOBERNADOR.

El capitan
De campaña.

DUQUESA.

Verle quiero.

GOBERNADOR.

Entrad.

ESCENA XI.

EL CAPITAN, RICARDO *preso*, Soldados.—Dichos.

DUQUESA.

(*Ap.* ¡Gentil caballero
Y por extremo galan!)
¿Sois Lauro vos?

RICARDO.

Sí, Señora.

DUQUESA.

Despejad todos la sala;
Celia y Julio solos queden.
Vos, capitan de campaña,
Volved despues por el preso.

CAPITAN.

¿Cuándo vuestra alteza manda?

DUQUESA.

Mas no volvais; que no importa:
Aquí estará en confianza.

(*Vanse el Gobernador, el Capitan y los soldados.*)

ESCENA XII.

LA DUQUESA, RICARDO, CELIA, JULIO.

DUQUESA.

Di, caballero, sirviendo
A tan gran señor, ¡le hurtabas
Sus joyas, y fugitivo,
Desde el camino de España
A Lorena te volvias,
Y oculto en mi corte andabas!
¿Qué ocasion pudo moverte
Para tan infame hazaña
Y para venirte aquí?
Con obligaciones tantas
De noble y de secretario
De un Príncipe, y con gallarda
Persona, y con ser forzoso
Tu ingenio, ¡en bajeza igualas
A los hombres mal nacidos!

RICARDO.

Señora, en cuya alabanza
De entendimiento y belleza
Gasta la parlera fama
Trompetas de inmortal bronce,
Del fénix purpúreas alas,
Con los ojos del pavon,
Que ya de celeste plata
Clavos errantes y fijos,
El zafiro eterno esmaltan:
Yo soy Lauro de Lorena;
Que fué mi padre de Francia,
Y fué vasallo del tuyo,
Si en el título reparas.
Casóse en Cracovia insigne
Con una dama polaca;
De suerte que soy francés,
Pues es la primera causa
El hombre, como la forma,
Que su actividad estampa
En la materia que imprime;
De suerte, que ya te alcanza

La obligacion al favor
Por vasallo de tu casa.
Supe en mis primeros años
Lo que buenas letras llaman,
Y díme á la astrología,
Despues de otras ciencias varias;
Porque, puesto que no obligan
Las estrellas, pues la sábia
Prudencia puede regirlas,
Y que ellas fueron criadas
Por el hombre, y no él por ellas,
Es ciencia tan dulce y alta,
Y tan digna de un ingenio,
Que me precié de estudiarla.
Supe en efeto por ella
Que en tu corte me guardaba
Un grande bien la fortuna,
Que fué de volverme causa
Desde el camino á tu corte;
Que las joyas de la carta
Que dice el Príncipe, han sido
Invencion, porque la infamia
Me obligue á volver con él.
Tanta ha sido mi privanza,
Que era yo Ricardo, y él
Lauro, sin que apenas haya
Diferencia entre los dos,
Sirviendo á los dos un alma.
Y pues Julio está presente,
Bien sabe que no se hallaba
Ricardo un punto sin mí,
Y que fué nuestra crianza
Una misma, siempre juntos
Desde la primera infancia
Hasta la presente edad.
Pero si acaso te espanta
La ingratitud con que olvido
Quien con tanto amor me paga;
Si amor merece disculpa
(Que en las pasiones humanas
Le dan el imperio ejemplos),
Amor, Señora, me valga.
Estando el Príncipe, un dia
Que salió tu alteza á caza,
Con poco gusto de verte
(¡Mira qué necia desgracia!),
Yo vi, no léjos de tí,
Una tan hermosa dama,
Que vine á creer que amor
Mudó la flecha y la aljaba
En arcabuz, como dicen;
Que cual la violenta bala
Derriba el ave á la tierra,
Que envuelto el cuello en las alas,
Baja sin sangre, que toda
Por el aire la derrama;
Así yo sentí de un golpe
Salir de mi pecho el alma.
Envuelta en tristes suspiros
Pasé la noche en mil ansias;
Y antes de ver el aurora,
El Príncipe se levanta,
Y me notifica ¡ay triste!
Que quiere partirse á España.
Fué forzoso obedecerle;
Pero en aquella jornada
Traian su amor y el mio
Tan espantosa batalla,
Que quedó vencido el suyo;
Y por la posta, Madama,
Volví á tu corte, en que estoy
Loco de mirar su casa,
Contento de estar presente,
Gustoso de imaginarla,
Triste de no merecerla,
Pagado en ver que me mata,
Glorioso de ver que vence,
Rendido á belleza tanta,
Suspenso en su perfeccion,
Muerto de sus bellas armas,
Aficionado á su ingenio,
Rendido á su hermosa cara,
Esclavo de Argel que es cielo,
Soberbio de amar sus gracias,
Obligado hasta la muerte;
Porque te doy la palabra
De pretenderla sin vida,
De amarla sin esperanza.

DUQUESA.

Sin tanta satisfacion,
Vuestra persona abonaba
Que solo son vuestros hurtos
De voluntades honradas.
Que amor á Lorena os vuelva
Es disculpa, no es desgracia.
Seguid, Lauro, vuestro intento,
Y si alguna cosa os falta,
En mí la tendréis segura.

RICARDO.

Con, mas que palabras, almas
Beso mil veces la tierra
Que esos jazmines esmaltan.
Vendré á veros, si me dais
Licencia, hermosa Madama.

DUQUESA.

Holgaréme de saber
Lo que con la vuestra os pasa,
Y cómo os va de favor.—
Celia...

CELIA.

Señora...

DUQUESA. (*Ap. á Celia.*)

La salva
Con que ha entrado este navío
Muestra que de paces trata.
Mas ¿si eres la dama, Celia?

CELIA.

Cree que no me pesara
Que me quisiera.

DUQUESA. (*Ap.*)

Ni á mí.

CELIA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que no te iguala.

(*Vanse la Duquesa y Celia.*)

ESCENA XIII.

RICARDO, JULIO.

RICARDO.

¡Ay, Julio!

JULIO.

Acá estamos todos.

RICARDO.

¿Parécete que se entabla
Mi pretension?...

JULIO.

Lindamente.
Pero guarda bien las cartas,
No te conozcan el juego,
Aunque es nueva la baraja.

RICARDO.

¿Qué te dijo de ser fea?

JULIO.

Allá verás de tu carta
La respuesta: y lo que entiendo
Es que ha quedado picada,
Y que vengarse desea.

RICARDO.

Yo haré de suerte que salgan
A libras, Julio, de amor
Las onzas de la venganza.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DUQUESA, CELIA.

DUQUESA.

Estoy contenta de ver
De Lauro el entendimiento.

CELIA.

Mucho me espanta tu intento.

DUQUESA.

Soy agraviada y mujer.

CELIA.

Si miente en llamarte fea,
¿Qué venganza de su error
Es, para mostrarle amor,
Solicitar que te vea?

DUQUESA.

Porque tengo confianza
Que le puedo enamorar,
En que pretendo fundar
La mas discreta venganza.
Enamorado de mí,
Yo te le pondré de modo,
Que se desdiga de todo
Cuanto Julio dijo aquí.
Sin esto, cuando mas cierto
De mi amor Ricardo esté,
Con mil desdenes le haré
Vivir abrasado y muerto.
Hasta llegar á querer
Un hombre es hombre.

CELIA.

Es verdad
Que pierde la libertad,
Que es como dejar de ser.

DUQUESA.

Luego si ha de ser Ricardo
Solo lo que yo quisiere,
De estar sujeto se infiere
Que mayor venganza aguardo.
Guárdese un hombre de dar
Su libertad por querer,
Porque entonces no hay mujer
Que no se sepa vengar.
Yo voy con Lauro tratando
Que el Príncipe venga á verme.
Si él viene, y viene á quererme,
Tú le verás suspirando,
Tú le verás padeciendo;
Porque en viéndole querer,
Tengo de darle á entender
Que estoy por Lauro muriendo.
Lauro tiene gentileza.
De celos se ha de abrasar.

CELIA.

No se puede dar pesar
A costa de la grandeza;
Que donde hay tanto valor,
No sé, Estela, cómo quieres
Imitar á las mujeres
Viles, en tretas de amor.

DUQUESA.

Y aun por andar tan iguales,
Celia, á su grandeza asidas,
Suelen ser menos queridas
Las mujeres principales.
Déjame seguir mi intento.

CELIA.

Y Lauro ¿hate declarado
Quién es la dama que ha dado
Principio á su pensamiento?

DUQUESA.

No lo ha querido decir,
Ni era justo porfiar.

Secreto la quiere amar,
Fino la quiere servir:
Que este amor debe de ser
Del tiempo antiguo.

CELIA.
Aquí viene
Julio.

DUQUESA.
Grande amor le tiene.

CELIA.
El lo debe de saber.

ESCENA II.

JULIO.—DICHAS.

DUQUESA.
¿Qué hay, Julio?

JULIO.
Venir, Señora,
A ver si te sirvo en algo;
Que, con lo poco que valgo,
Mi desconfianza ignora
Servicio que pueda hacerte
De mas consideracion,
Que para toda ocasion
Ser tu esclavo hasta la muerte.

DUQUESA.
Hoy se ofrece en qué podrás
Mostrarme ese buen deseo.

JULIO.
Y la dicha en que me veo,
Si tanto favor me das.

DUQUESA.
¿Quién es la dama á quien ama
Lauro?

JULIO.
Pésame por Dios,
Porque aunque amigos los dos,
Nunca me ha dicho su dama;
Que bien sabe vuestra alteza
Que no guardara secreto,
Siendo su gusto en efeto,
Aun á su misma grandeza.
Lo que mas puedo decir
Es que parece de dentro
De palacio, así por centro
De hermosura á quien servir,
Como porque no le veo
Fuera dél mirar ni hablar;
De donde pueda sacar
La causa de su deseo.
Duermo en su mismo aposento,
Y de noche el pobre amante
Es reloj, cuyo volante
El alma del movimiento.
Así parece en la cama,
Y las horas, los suspiros
Que dan amorosos tiros
Al índice de su dama:
Todo con tal desconcierto,
Que nunca supe la hora
Desta encubierta señora.

DUQUESA.
Pues yo tengo por muy cierto,
Celia, que eres tú.

CELIA.
¡Yo!

DUQUESA.
Sí.

CELIA.
No crea vuestra alteza.
Fie mas de su belleza.

DUQUESA.
¡Qué dices! ¿Quererme á mí?

CELIA.
¿No se ve claro en tener
Lauro secreto su amor?

DUQUESA.
¡Qué desatinado error!

CELIA.
¿No puede un hombre querer,
Sin ofensa del sugeto,
Con secreto y discrecion?

DUQUESA.
No es amor, Celia, pasion
Que sabe guardar secreto.
Ahora bien, quien fuere sea...

JULIO. (*Ap.*)
Ya es mucha curiosidad.

DUQUESA.
Por lo menos es verdad
Que no le parece fea.
Vamos de aquí.

CELIA.
Siempre asiste
Ese pensamiento en tí.

DUQUESA.
Necia en ofenderme fuí
De agravio que no consiste
En la razon, siendo el gusto
Un albedrío sin ley,
Que de los sentidos rey
Puede ser justo ó injusto.
Mas ya que mi confianza
Dice que es ofensa mia,
No dejaré la porfía
Hasta tener la venganza.

CELIA.
¡Valiente resolucion!
(*Vanse la Duquesa y Celia.*)

ESCENA III.

JULIO.

Esto se encamina bien,
Porque el favor ó el desden
De una misma suerte son
Principios de amor, que ya
Asisten en la memoria,
De donde la pena ó gloria
Pendiente del alma está.
Porque como del favor
Puede nacer la mudanza,
Tiene el desden esperanza
De que se mude en amor.

ESCENA IV.

RICARDO, OTAVIO.—JULIO.

OTAVIO.
Pues ya caminan tan bien,
Por la privanza de Estela,
Tus cosas, que á tu cautela
No hay crédito que no dén;
Advierte, Ricardo amigo,
(No Lauro, pues para mí
No eres Lauro, si yo fuí
Parte entonces y hoy testigo
De tu secreta invencion)
Que es Celia la misma vida
Que tengo en el alma asida,
Y que ha llegado ocasion
En que me puedes pagar
Lo que te he servido en esto.

RICARDO.
En obligacion me has puesto,
Que es imposible pensar
Humana satisfacion.
Mira en qué puedo servirte.

OTAVIO.
Basta, Ricardo, decirte
Que tengo á Celia aficion,
Mal declarada en los ojos
(Que ellos solos han hablado),
Lenguas mudas que le han dado,
Por temor de sus enojos,
Informacion de mi amor.
Yo creo que le ha entendido,
Si bien nunca he merecido
Aquel primero favor
Que corresponde al mirar
Cuando los ojos se encuentran,
Porque es, si dichosos entran,
Alta manera de hablar.
Tú pues, si llega ocasion,
Infórmala bien de mí;
Que mejor se escucha ansí
Una amorosa aficion.
Esto has de hacer en efeto,
Porque en los tratos de amor
Es el concierto mejor
Por un tercero discreto.

RICARDO.
Fia de mí, que tendré
Mas cuidado que del mio.

OTAVIO.
De tí mi remedio fio.

RICARDO.
¡Amigo Julio!...

JULIO.
Aguardé
Que con Otavio acabases
El comenzado discurso,
Para no romperte el curso
De lo que con él tratases.

RICARDO.
¿Hablaste al Gobernador?

JULIO.
Díle tu carta fingida,
De su gusto recibida
Con muchas muestras de amor.
Díjele que habia venido
De donde el Príncipe estaba;
Que si responder gustaba,
El que la habia traido
Mañana se partiria.

OTAVIO. (*A Ricardo.*)
¿Carta le escribes?

RICARDO.
Despues
Sabrás, Otavio, lo que es.

JULIO.
Cuando de darla venia,
Doy con Celia y con Estela,
De quien, Señor, entendí
Que se han de lucir en tí
La aficion y la cautela.
Notable exámen, por Dios,
Sobre saber quién ha sido
La dama que te ha traido,
Hicieron en mí las dos.
Porque debe de pensar
Cada una que es por ella.

RICARDO.
Y ¿qué dijiste?

JULIO.
Que della
Solamente imaginar
Que era en palacio podia,
Pues fuera á nadie mirabas;
Que de noche suspirabas,
Y andabas triste de dia.

RICARDO.
Bien hiciste, porque es justo
Ir poco á poco y á tiento,
Porque deste atrevimiento
No nos resulte disgusto.
Que aunque adorar su belleza
No puede ofenderla ansí,
Podria echarme de aquí
Por cumplir con su grandeza;
Porque fuera de ser justo
En mujer de calidad,

Mas puede la honestidad
Que los consejos del gusto.

JULIO.

Dices bien; pero yo sé
Que no le falta de ti.

OTAVIO.

La Duquesa viene aquí.

RICARDO.

Vete, Julio.

OTAVIO.

Y yo me iré,
Con volverte á suplicar
No se te olvide mi ruego.

RICARDO.

Será, amigo Otavio, luego
Que Celia me dé lugar.

(*Vanse Otavio y Julio.*)

ESCENA V.

LA DUQUESA.—RICARDO.

DUQUESA.

Lauro, ¿estás solo?

RICARDO.

Aquí estaba
Otavio.

DUQUESA.

Y ¿fuése?

RICARDO.

Ya es ido.

DUQUESA.

Muchas veces he querido
(Que sus cabellos me daba,
Lauro, la ocasion) fiarte
Un secreto, y me ha faltado
Atrevimiento; hoy me ha dado
Licencia mi honor de darte
Satisfacion del temor,
Y cuenta de lo que espero
Que tan noble caballero
Hará por mi proprio honor.

RICARDO.

Imagine vuestra alteza
Las fábulas ó verdades
De aquellas antigüedades
Llenas de horror y extrañeza.
Imagine que Teseo
Va á matar al Minotauro,
Y presuma que de Lauro
Espera el mismo trofeo.
Imagine que desea
Tener los vellones de oro,
Cuyo guardado tesoro
Fué perdicion de Medea.
Imagine que pretende
Del campo elisio un laurel,
Y que pasando por él,
El infierno le defiende;
O la cristalina esfera,
Por quien hoy Atlante es monte;
O como Belerofonte,
Ir á matar la Quimera:
Que no pondré duda alguna,
Si lo intentan estorbar
La tierra, el infierno, el mar
Y el poder de la fortuna.

DUQUESA.

Pues en esa confianza,
Caballero ilustre, advierte
Que aquel dia que me vió
El Príncipe, tu pariente
(O tu dueño, *si* lo ha sido,
Esto como tú quisieres),
Dijo... (*Ap.* No sé cómo diga
Con término mas decente,
O con disculpa mas justa,
La causa que me entristece.)
Que era yo en extremo fea.
Vino este Julio á traerle
A Celia una carta suya;
Y como ella pretendiese
Saber si yo le agradaba,
Pues vino á esta corte á verme;
Tan descortés como el dueño,
Dijo que no libremente,
Y contó de mi fealdad
Cosas, Lauro, que parecen,
Mas que de príncipe, de hombre
Que los perezosos bueyes
Guia por la tierra dura,
Donde con el férreo diente
Escribe iguales renglones,
Que abril mira, y mayo lee.
Agora quiero que veas
Lo que somos las mujeres,
Que mi vanidad acuses,
Y que mi enojo condenes.
Tan grande le tuve, Lauro,
Que no hay cosa que no intente
Por vengarme de este necio:
Y así, quiero, pues tú puedes
Ayudar á mi venganza,
Que mi amistad recompenses
En escribir á Ricardo
Que venga á Lorena á verme,
Con una invencion notable.
Escúchame atentamente.
Tú has de decir en la carta
Que tanta privanza tienes
Conmigo, que te he contado
Mis pensamientos mil veces,
Y que te dije que el dia
Que me vió, sin que entendiese
Que yo le via, le vi
Y conocí claramente,
Porque Celia me lo dijo;
Y que me dejó de verle
Tan perdida desde entonces,
Que, siendo naturalmente
Alegre, vivo tan triste,
Que no hay cosa que me alegre,
Porque de todos los hombres
Me pareció diferente:
Con cuya imaginacion
No hay noche que no me acueste,
Ni dia que sin deseos
De volverle á ver despierte;
Y que yo misma te dije
Que si á la corte volviese,
Tendria gusto de hablarle:
Novedad de mis desdenes,
Castigo de mis desprecios,
Padecido justamente,
Por haber sido con todos
Ingrata y áspera siempre.
Dentro, Lauro, de la carta
Quiero tambien que le lleven
Un retrato, porque vea
Lo que tan mal le parece.
El es hombre al fin y mozo,
Y pienso que, como piense
Que una mujer como yo
Con tanto extremo le quiere,
Vendrá sin duda á buscarme;
Que tanto los desvanece
Su presuncion; y está cierto
Que si el necio á verme viene,
Le tengo de enamorar
Tan diestra, tan falsamente,
Que llegue á vivir sin alma;
Y que cuando llegue á verse
En estado que yo pueda
A la venganza atreverme,
Me tengo de retirar
Con celos y con desdenes,
Que le ponga en ocasion,
Que le parezca la muerte
Mas alegre que la vida.
Y si este caso sucede
Como le tengo trazado
Y tú, Lauro, no me vendes,
Tengo de hacer que Ricardo,
Aunque no quiera, confiese
Que soy lo que dicen todos,
Y que en haber dicho, miente,
Que soy fea, despreciando
Lo que en reinos diferentes
Ha parecido á sus dueños,
Tan buenos como él, de suerte,
Que por mil embajadores
Han intentado ofrecerme
Los imperios y las manos,
Para que acetase y diese
Las mias: á quienes venga
Mi arrogancia justamente,
Pues me ha despreciado un hombre,
Que solo el nombre me ofende;
Que no merecen amor
Los que son tan descorteses,
Que á las mujeres les quitan
Lo mejor que las concede
Naturaleza piadosa,
Para que estimadas fuesen.
Una mujer no ha de ser,
Lauro, capitan ni alférez;
Fuera de que ha habido algunas,
Que con eternos laureles
Por hazañas admirables
Ciñen las gloriosas frentes;
Ni ha de ser una mujer
Filósofo, ni oponerse
A las cátedras que enseñan
Divinas y humanas leyes.
Pues ¿qué ha de ser? Lo primero
Hermosa discretamente,
Y hermosamente discreta;
Que es decirte, Lauro, en breve
Que hermosura y discrecion
La ennoblezcan igualmente.
Con esto será estimada,
Dejando aparte que debe
Preciarse mas la virtud
Que en las buenas resplandece
De forma, Lauro, que ha sido
(Perdone Ricardo ausente)
Agravio de necio, á quien
Mi honor castigo previene.
Y pues no estás bien con él,
Permíteme que me vengue,
Si vencido de tu engaño,
Y desvanecido vuelve;
Que no hay víbora en la Scitia,
Ni tiene el Africa sierpe
Como mujer agraviada
De que el hombre la desprecie.

RICARDO.

Pésame, Duquesa ilustre,
Por la parte que me toca
Polonia, la opinion loca
De un hombre de tanto lustre.
Que aunque no es justo alabar
Delante de quien lo siente
Al que agravia injustamente,
Y dél se quieren vengar;
Os aseguro que es hombre
De entendimiento y valor,
Y en efeto un gran señor;
Que basta solo este nombre.
No sé cómo puede ser
Que le pareciese mal
Un ángel tan celestial
En figura de mujer.
Pero, al fin, hay en los gustos
Tal vez tan mala elecion,
Que en la mayor discrecion
Son por extraños injustos.
Pero puédeos consolar
Que de vuestra parte estaba;
Que siempre se desalaba
Lo que se quiere comprar.
Justamente os vengaréis,
Y yo á escribirle me ofrezco,

Contento de que merezco
Que extranjero me fieis,
Señora, tan gran secreto:
Y así, pienso despachar
A Julio, que sabrá dar,
Como criado y discreto,
La carta en su propia mano.

DUQUESA.

Pues esto aparte escuchad,
Si en nuestra firme amistad
Todo cumplimiento es vano.
Cuando un músico pretende
A otro músico escuchar,
Suele primero cantar,
Y el otro no se defiende;
Porque al fin está obligado
De lo que el otro cantó:
Y así, para otros yo,
Mi secreto os he contado.
¿Cómo se llama la dama
A quien servís?

RICARDO.

Gran señora,
No me pregunteis agora
Cómo mi dama se llama,
Porque siendo desigual,
Notable ofensa sería.

DUQUESA.

El favor y amistad mia
¿Cómo puede estarte mal,
Sea quien fuere la dama,
Pues yo ayudarte prometo?

RICARDO.

Por pagar vuestro secreto,
Celia, Señora, se llama.

DUQUESA.

Pésame.

RICARDO.

¿Por qué?

DUQUESA.

Yo soy
Con vosotros desgraciada.
Nacion sois mal inclinada
A mi favor. (*Ap.* Loca estoy.)
Tu dueño me llama fea,
Y tú, aun de burlas, no quieres
(Tan descortés, Lauro, eres)
Querer que la dama sea.
Notable estrella he tenido
Con vosotros.

RICARDO.

Pues, Señora,
Si yo te dijera agora,
A tu grandeza atrevido,
Que eras el alto sugeto
De mi humildad, ¿no me hicieras
Castigar?

DUQUESA.

No, mientras fueras
Honestamente discreto;
Porque, ¿cómo puede ser
Dar castigo por amar?
Por amar se ha de premiar,
Que no por aborrecer.
Querer mal á quien me quiere
No era cosa natural:
Yo no te quisiera mal,
Pues desta razon se infiere.
El galan que se contenta
Del estado de su dama,
Jamás ofende á quien ama,
Pues lo que es honesto intenta.

RICARDO.

Duquesa y señora mia,
Dándome tanta licencia
Vuestra discreta prudencia,
Vuestra dulce cortesía,
Diré... Mas ¡ay, osadía
De mis fáciles antojos!
¿Cómo diréis mis enojos,
Si podeis con menos mengua
Hacer de los ojos lengua,
Pues saben hablar los ojos?
¿Quién es el sol que me enciende,
Y me hiela y me acobarda?
Quién la tirana gallarda
Que en su dulce Argel me prende?
Quién me entiende y no me entiende?
Quién es mi hermosa homicida?
Quién mi esperanza perdida
En tanta gloria convierte,
Que de tan hermosa muerte
Aun se halla indigna la vida?
Ea pues, atrevimiento,
Agora es tiempo de hablar,
Pues os mandan declarar
Vuestro oculto pensamiento.
Mas si lo que callo y siento
Se puede en los ojos ver,
Presumir y conocer,
Aunque me deje morir,
No se lo quiero decir,
Pues no me quiere entender. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LA DUQUESA.

Con razon me tuvo atenta
Relacion tan bien fundada.
De oirle quedo admirada...
Mas no quedo descontenta;
Que cualquiera atrevimiento,
Siendo amoroso, perdona
Una gallarda persona
Y un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dí,
Por saber á quien queria;
Mas sirva en disculpa mia
El quererme Lauro á mí.
Porque, enojada y corrida,
Estaba desconfiada,
Del Príncipe despreciada,
Y de Lauro aborrecida;
Que á quien ninguno procura
Querer bien, y vive en calma,
O es hermosura sin alma,
O es alma sin hermosura.

ESCENA VII.

CELIA.—LA DUQUESA.

CELIA.

Bien despacio vuestra alteza
Ha estado con Lauro.

DUQUESA.

Emprendo
La venganza que pretendo
De su ingenio y su nobleza;
Que á los dos he confiado
El hacer que venga aquí
Ricardo.

CELIA.

Y ¿dice que sí?

DUQUESA.

Esa palabra me ha dado.

CELIA.

Pues ¿cómo vendrá?

DUQUESA.

Secreto,
Para que le pueda hablar;
Que hablándole pienso dar
A mi pensamiento efeto.

CELIA.

¿Y si se sabe en la corte
Que Ricardo viene aquí?

DUQUESA.

Déjame el cuidado á mí,
Cuando el esconderle importe;
Que le tengo de burlar,
Aunque aventure en rigor
Cuanto no fuere mi honor.

CELIA.

No te quiero aconsejar.
Conozco tu condicion,
Tan furiosa resistida,
Que aunque aventures la vida,
Has de lograr tu opinion.
Pero dime: ¿preguntaste
A Lauro la dama?

DUQUESA.

Sí.

CELIA.

Y ¿á quién ama Lauro?

DUQUESA.

A tí.
Tú, Celia, le enamoraste,
Tú le trujiste á Lorena,
Por tí su dueño olvidó.

CELIA.

No es posible que sea yo
La que lo fué de su pena.

DUQUESA.

No me dé el cielo ventura,
Si no me lo dijo á mí.

CELIA.

¿Que me quiere Lauro á mí?

DUQUESA.

Bien puedes estar segura.

CELIA.

Y ¿agradecida tambien?

DUQUESA.

Eso no, porque es mal caso,
Cuando sabes que te caso,
Querer á ninguno bien.

CELIA.

Si le pesa á vuestra alteza,
Ni le veré ni hablaré.

DUQUESA.

No me pesa; pero sé
Que puede su gentileza
Impedir la voluntad
Del tratado casamiento,
Si este nuevo pensamiento
Te quita la libertad.

CELIA.

No pasará por el mio
Querer á Lauro.

DUQUESA.

Harás bien. (*Vase.*)

CELIA.

No hay ocasion que le dén
Al amor, como el desvío.
Mal, si son celos, intenta
Que muestre á Lauro rigor,
Porque resistido amor
Con la privacion se aumenta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

RICARDO, JULIO.

RICARDO.

Ponte, Julio, de camino,
Y por la puerta saliendo,
A vista de la ciudad
Llegarás adonde tengo
Al Conde y á los criados
Que de Polonia vinieron
En mi servicio, y dirás
Que vuelvan todos, fingiendo,
Aunque con poco rüido,
Que vengo tambien con ellos.
Esta carta me darás,
En que respondo que luego

Que vi la de Lauro, puse
En ejecucion su intento.
Y advierte que me la dés
Con atrevido despejo
Delante de la Duquesa.

JULIO.

No has tenido pensamiento
De mas ingenio en tu vida.

RICARDO.

Es amor grande ingeniero.
Las máquinas de Arquimédes
No son encarecimiento
Para las que tiene amòr.

JULIO.

Ya sé que amor es tan diestro,
Que fabrica laberintos
Tal vez á maridos necios,
Donde encierra minotauros,
Que suelen matar Teseos,
Con hilos de oro, que son,
Sobre tabíes diversos
Y lamas tornasoladas,
Pasamanos de manteos.
Ya sé que no va Leandro
Por Hero, de Abido á Sesto;
Que para que abran las torres
Las Heros, bastan dineros.
Dédalo se ha vuelto amor,
No por los dorados cercos
Del sol; por lo bajo danza
Entre sastres y plateros.
Su matemática toda
Es inventar usos nuevos
De joyas y de vestidos;
Y yo pienso que es lo cierto,
Porque si de lo que ha sido
Por amor vicioso extremo,
Es fuerza en quien tiene honor
Que quede arrepentimiento,
Cuatro joyas de diamantes
Serán mas noble consuelo
Que del honor y el peligro
Las memorias sin provecho.

RICARDO.

Parte, Julio, con cuidado.

JULIO.

Yo parto en brazos del viento,
Para volver en sus alas.

RICARDO.

Y yo quedo satisfecho
De tu diligencia, Julio.

(*Vase Julio.*)

ESCENA IX.

CELIA. — RICARDO.

CELIA.

Lauro...

RICARDO.

Señora...

CELIA.

¿Qué es esto?
¿Dónde despachas á Julio?

RICARDO.

Al Príncipe, con deseo
De dar gusto á la Duquesa,
A quien ya tengo por dueño.
Ni es deslealtad engañarle
Y hacerle venir, pues pienso
Que, aunque pretende burlando
Enamorarle, el ingenio
De Ricardo es tan sutil,
Que por sin duda sospecho
Que le ha de querer de veras.

CELIA.

Aquí me dijo su intento,
Y que te habia preguntado
Quién era aquel nuevo empleo
De tus pensamientos, Lauro.

RICARDO.

Y ¿qué te dijo?

CELIA.

No acierto
En decirte que soy yo;
Pero si no te agradezco
Tanto amor, que por el mio
Hayas dejado tu dueño,
Y aventurando tu honor
En ocasion te hayas puesto
De estar en país extraño
Con nombre tan bajo preso;
Mal cumplo la obligacion
De mi noble nacimiento:
Y así digo que lo estimo,
Lauro galan, como debo,
Y cuanto puede mi estado
Mostrar agradecimiento;
Que de ser agradecida
A quien me obliga me precio,
Mayormente con amor,
Que es accion de nobles pechos.

RICARDO.

Celia, yo sé que un hombre desdichado
Para mayor desdicha fué dichoso,
Como mi ejemplo muestra, que ha lle-
A romper mi silencio temeroso. [gado
Tu agradecido pecho, tu cuidado
Y el verme tan aprisa venturoso,
Siendo en tus prendas mi valor tan poco,
Fueran bastantes á volverme loco.
Mas no quiso el rigor de mi fortuna
Que yo gozase el bien de mi deseo,
Mostrándose tan fiera é importuna,
Cuando el favor sin esperanza veo.
Ayer cuando á la vista de la luna
Se trasladaba el resplandor febeo
Al ocaso entre nubes de zafiros,
Mezclando en las palabras los suspiros,
Me dijo Otavio que eras, Celia hermosa,
Alma de sus sentidos, y que estaba
Sin la suya por tí, con amorosa
Ternura, que las piedras ablandaba;
Que pues con la Duquesa generosa
Hallé tal gracia, que en palacio entraba
Con libertad, y en él te hablaba y via,
Fundase su esperanza en mi osadía.
Que te dijese, Celia, que le dieses
Licencia de servirte libremente,
Porque, si tanto amor favorecias,
Verte, adorarte y escribirte intente.
Aquí querria que pensar pudieses
Cuál fué, dulce señora, el accidente
Que mis venas heló, viendo al amigo
Mayor que tengo descansar conmigo.
Quererte y engañarle es imposible,
Aunque me muera yo: dejarle debo
La empresa á Otavio, y con dolor terri-
[ble,
Cuando puedo vivir, la muerte apruebo.
Tú, cuando fuere á tu valor posible
(Mira ¡qué engaño es el amor tan nuevo!),
A Otavio favorece, sin que Otavio
Sienta mis celos y tu amor mi agravio.

CELIA.

Si tuvieras amor, ¿quién te quitaba
Que le dijeras, Lauro, *á Celia quiero*,
Aunque lo que él de mí te declaraba
En tu imaginacion fuera primero?
Mas como el no tenerle te obligaba,
Sigues la ley de amigo verdadero,
Que tantos han quebrado, con disculpa
De que el agravio por amor no es culpa.
¿A qué padre, á qué amigo, á qué pa-
[riente
Guarda respeto amor? Pero ya es tarde
Para reñir á un hombre que no siente,
Y que quiere que amor respetos guar-
[de.
No quiera el cielo que querer intente
Hombre que tuvo amor y fué cobar-
Pues no lo siendo para hablar con-
Calló sus penas á su propio ami-
Traidor fuiste á los dos: á ti cel-
Tu amor, cuando él su amor te
[ci-
Y á mí, pues mis favores despre-
De tu villana ingratitud me ofendo.
Ninguno me hable, aunque se
[a-
Porque á los dos estoy aborrecien-

RICARDO.

Celia, señora...

CELIA.

Vete, impertinente.

RICARDO. (*Ap.*)

Por Dios, que la engañé famosame-

ESCENA X.

LA DUQUESA, EL GOBERNADOR.
DICHOS.

DUQUESA. (*Al Gobernador.*)

¡Carta del Príncipe á tí!

GOBERNADOR.

Por mano de Otavio ha sido
Este milagro.

DUQUESA.

Ofendido
Ricardo estará de mí,
Viendo que dí libertad
A Lauro.

GOBERNADOR.

Engáñase en todo
Vuestra alteza; de otro modo
Intenta hacerle amistad.

DUQUESA.

¿Cómo amistad?

GOBERNADOR.

Esta es
La carta, que vista, fuera
Causa que pena me diera
De haberle preso despues.

DUQUESA.

Celia, ¿es su letra?

CELIA.

Y su firma.

DUQUESA.

Lee.

CELIA.

Escucha.

DUQUESA. (*Ap.*)

Como sombra
Este Príncipe me asombra,
Y sus agravios confirma.

CELIA.

(*Lee.*) «El enojo que me dió La-
»con su necia partida, me hizo to-
»tan mal consejo, por detenerle. Su-
»co á vuestra señoría que si está pr-
»le dé libertad, y si no, le persuada
»se vuelva conmigo; que estoy en
»aldea, á veinte leguas de esa corte,
»fermo desde que él se partió; por-
»fuera de ser mi primo, es mi ma-
»amigo.»

DUQUESA.

Dos cosas vienen aquí
Notables: es la primera
Ser su primo; ¿quién creyera
Menos de Lauro?

CELIA.

Es ansí,
La nobleza trae escrita.

DUQUESA.

La otra, que enfermo está

Desde que de aqui se fué.

CELIA.

No sin causa solicita
Que vuelva Lauro con él.

DUQUESA.

Responded, Gobernador,
Que no fuisteis con su honor
De Lauro vos tan cruel,
Y que nunca estuvo preso;
Que le hablaréis, con cuidado
De verle tan agraviado
Por aquel pasado exceso,
Pero no le prometais
Que irá á verle...

GOBERNADOR.

A escribir voy.

DUQUESA.

Ni que yo avisada estoy
Del mal que tiene escribais.
(Vase el Gobernador.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA, CELIA, RICARDO.

RICARDO.

Parecióme que trataban,
Gran señora, vuestra alteza
Y el Gobernador de mí.

DUQUESA.

Hay una cosa muy nueva.

RICARDO.

¿Cómo?

DUQUESA.

El Príncipe, tu dueño
(Mejor tu primo dijera),
No veinte leguas de aquí
Está enfermo en una aldea.

RICARDO.

¿Enfermo?

DUQUESA.

Así lo escribió.

RICARDO.

Pues ¿cómo, estando tan cerca,
No se ha sabido?

DUQUESA.

Habrá dado
Tambien en que no se sepa,
Como en otras necedades;
Porque presumo que piensa
Que estás preso.

RICARDO.

A no haber sido
Por tu piedad, yo estuviera,
No solo en duras prisiones
Entre la gente plebeya,
Mas por ventura sin vida.

DUQUESA.

Primero la suya sea
Ejemplo de desdichados,
Y nunca á Polonia vuelva.

CELIA.

¿No le dices como quiere
Que Lauro vaya al aldea?

RICARDO.

Pues ¿escribe que yo vaya?

DUQUESA.

Con el temor de tu ausencia,
Aun no te osaba decir
Que verte Lauro desea;
Pero si sientes tu agravio,
Como es razon que lo sientas,
No pienso yo que en tu vida
Volverás donde te vea.

RICARDO.

Si mi ausencia, como dice,
Ha de sentir vuestra alteza,
Perdone esta vez Ricardo,
Por mas que la sangre mueva
Los deseos de su vista;
Fuera de estar mi inocencia
Tan quejosa de su agravio.

ESCENA XII.

JULIO. — DICHOS.

JULIO.

¡Quién pensara que pudiera
Volver tan presto de España!

RICARDO.

¿Es Julio?

JULIO.

Con razon llegas
A dudar si Julio soy,
Dando tan presto la vuelta,
Que mas parece de marzo.

DUQUESA.

Lauro, ¿Julio estaba fuera?

RICARDO.

Fué el criado que escogí,
Fiado en su diligencia,
Para lo que hacer mandaste;
Y pues ya lo sabe Celia,
Y este loco ha entrado aquí,
Que hablarme despues pudiera,
Él te dirá lo que pasa,
Excusando que en la aldea,
Que dice el Gobernador,
Le ha detenido en Lorena
Peligrosa enfermedad.

JULIO.

Si lo saben, ¿qué me queda
Para que les pida albricias?

RICARDO.

Saber si te dió respuesta.

JULIO.

Esta carta, y por la tuya
El porte desta cadena.
Queda loco del retrato
Y el favor de la Duquesa,
De suerte que al mismo punto,
Como si tu imágen bella
Fuera de milagros, pide
Le dén de vestir; y queda
Tan alentado y brioso,
Que el Conde y la gente nuestra
Han dado con los caballos
Por varias partes carreras,
Alborotando el lugar,
Como al salir la sentencia
De un gran estado en las cortes
Los que van á dar las nuevas.

DUQUESA.

Pues el que me tuvo en poco,
Y á quien parecí tan fea,
¿Con mi favor convalece,
Y mi retrato le alegra?

RICARDO.

Debe de querer el cielo
Dar á tu venganza fuerzas.
¿Leeré la carta?

DUQUESA.

Despues
Quiero, Lauro, que la leas,
Cuando estemos los dos solos.

RICARDO.

¿De qué manera conciertas
Que venga á verte Ricardo?

DUQUESA.

Porque no demos sospecha,
Verme de noche podia.

RICARDO.

Y ¿ha de entrar á tu presencia?

DUQUESA.

No, Lauro; que no es razon.

RICARDO.

Pues ¿cómo quieres que sea?

DUQUESA.

Hablándome como amante
Por alguna de las rejas
Que salen á los jardines.

RICARDO.

Ya voy previniendo penas.

DUQUESA.

¿De qué, Lauro?

RICARDO.

¿Ya, Señora,
De aquel favor no te acuerdas,
Con que prometiste dar
Vida á mi esperanza muerta?

DUQUESA.

Sí acuerdo.

RICARDO.

Pues ¿no es razon
Que celos de un hombre tenga
De las partes de Ricardo?

DUQUESA.

Calla, Lauro; que si llega
Esta venganza á su punto,
Como mi agravio desea,
Él tendrá celos de ti.

RICARDO.

Beso los piés de tu alteza.
(Vase la Duquesa.)

ESCENA XIII.

RICARDO, CELIA, JULIO.

CELIA.

Lauro...

RICARDO.

Celia...

CELIA.

¿No hablarás
Conmigo, mientras Estela
Con el Príncipe?

RICARDO.

Si Otavio,
Señora, me da licencia.

CELIA.

¡Qué cobarde caballero!

RICARDO.

Señora, guardar es fuerza
El decoro á la amistad.
(Vase Celia.)

ESCENA XIV.

RICARDO, JULIO.

RICARDO.

¿Qué dices, Julio?

JULIO.

Que enredas
Tal máquina de invenciones,
Que es imposible que puedas,
Si has de ser Lauro y Ricardo,
Salir bien con lo que intentas.

RICARDO.

En gran peligro me veo,
Pues he de hablar en la reja
Con Estela á un tiempo mismo,
Y como Lauro con Celia.
Mas como voy entablando,
Julio, el amor que me muestra,
¿Qué daño puedo temer
Cuando el engaño se entienda?

JULIO.

Pareces amante halcon
En conquistar su belleza;
Que gustan de que la caza
Que han de comer, se defienda.

ACTO TERCERO.

Jardin, y vista exterior del palacio.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, OTAVIO.

OTAVIO.

Notable invencion ha sido
Tú mismo fingirte á tí.

RICARDO.

Mayor es, estando aquí,
Ser Otavio el que ha venido.

OTAVIO.

¡Qué bien fingido secreto!
Bien llegaron tus criados.

RICARDO.

Vienen diestros, y enseñados
Del Conde para este efeto.
Pero el peligro mayor
Es hablar á la Duquesa.
Cuando esto pienso, me pesa
De haberla tenido amor;
Porque llegando á pensar,
Aunque de noche ha de ser,
Que me puede conocer,
Temo que se ha de enojar.
Y si yo libre estuviera,
Dejara en aquel estado
Cuanto sabes que ha pasado,
Y con Ricardo fingiera
Que á la patria me volvia,
Ó á España, como pensé
Cuando la Francia pasé,
Pues solo á verla venia.

OTAVIO.

En vano tienes temor;
Que no te ha de conocer
Por la habla, si ha de ser
En la distancia mayor.
Y cuando á su pensamiento
Malicia pueda llegar,
Por la patria ha de pensar
Que teneis un mismo acento.

RICARDO.

Esa razon es verdad,
Y gran ventura haber sido.
Esta noche en que he venido,
Un limbo de oscuridad.
Algo tiene que decir
La luna en esta ocasion
Al pastor Endimion,
Pues no ha querido salir.
Y como son sus doncellas
Las estrellas que la ven,
Habrá querido tambien
Recoger á las estrellas.
Lluvioso el cielo se muestra
Y favorable á mi engaño.

OTAVIO.

La habla no te hará daño;
Que no es Estela tan diestra.
Y como es tan poderosa
La imaginacion, no dudes
Que por poco que la mudes,
Quede Estela sospechosa.

RICARDO.

Paréceme que dirás
A qué efeto me he fingido
Con ella el mismo que he sido,
Pues no ha de quererme mas.
Mira, Otavio, esta señora,
Por soberbia de hermosura,
Dió en despreciar la ventura
Que tiene dudosa agora.
No le agradaba marido,
Mil príncipes despreció;
Temiendo lo mismo yo,
Cuanto sabes he fingido,
Por enamorarla ansí;
Que si de otra suerte fuera,
Lo mismo conmigo hiciera;
Pero mas dichoso fuí,
Pues ya la tengo en estado
Que cuando llegue á saber
Quien soy, no podré temer
Desprecios de mi cuidado.

OTAVIO.

Dichoso fuiste; mas yo
Tan desdichado me veo
Con Celia y con mi deseo,
Que Celia me aborreció,
Y él no me quiere dejar.

RICARDO.

Celia será tuya...

OTAVIO.

¿Mia?

RICARDO.

Si llegare, Otavio, dia
Que yo lo pueda mandar.

OTAVIO.

Quiéralo el cielo.

RICARDO.

Sí hará.

OTAVIO.

Julio sale.

ESCENA II.

JULIO.—DICHOS.

RICARDO.

¿Es hora?

JULIO.

Sí.

RICARDO.

¿Viste á la Duquesa?

JULIO.

Ví.

RICARDO.

¿Sale ya á las rejas?

JULIO.

Ya.

RICARDO.

Pareces eco.

JULIO.

En oyendo
Que estaba allí, me llamó.
Entré, vi al sol, y él me vió,
A media noche saliendo,
Aunque este conceto sea
Villancico en Navidad.
Pintarte la majestad
De aquella divina fea
Es ofender su hermosura.
Detrás de un bufete estaba,
Que luz á dos luces daba
Con su luz hermosa y pura.
Allí estaban por despojos
Tus amorosas porfías,
Y corridas las bujías
De que alumbraban sus ojos.
La ropa de levantar
Era deste sol esfera;
Mas mejor lo pareciera
Para ropa de acostar.
El faldellin, en que habia
Quedado aquel cuerpo hermoso,
Era telliz venturoso
Del alba en que sale el dia.
Lo demás es lo de menos,
Siendo del mundo lo mas;
Y al decirme «¿cómo estás?»
Miró con ojos serenos.
Aquí vieras la oratoria
En su punto: finalmente,
Me preguntó: «¿Cómo siente
Lauro la amorosa historia
De su príncipe Ricardo,
Despues que á la corte vino?
Ya celoso le imagino;
Que me dicen que es gallardo.—
Señora, le repliqué,
Toda la noche han estado
Juntos, y de tí han hablado»
(Y en esto no la engañé,
Pues que sois uno los dos);
«Siente que esta noche quieras
Hablarle, y si perseveras,
Matas á Lauro, por Dios.—
Ya no lo puedo excusar
(Dijo) pues está en la calle;
Y celos, sin ver su talle,
¿Cómo se pueden causar?—
Celos (dije yo), pues sientes
La causa de sus achaques,
Son, gran señora, almanaques
De futuros contingentes.
Donde dicen que ha de hacer
Claro, llueve sin reparo,
Y sale el sol puro y claro
Si dicen que ha de llover.
Yo no sé de astrología
Desto que llaman amor,
Pero me ha dado temor
Que se ha de trocar el dia.—
Vete (dijo) y di que ya
Salgo al balcon.»—Está atento;
Que en las celosías siento
Que alguna persona está.
Y pues te has determinado,
Llega á morir ó á vencer.

RICARDO.

Dos papeles he de hacer,
Que el poeta amor me ha dado.
Ya he de ser Ricardo, y ya
Lauro; pero Otavio entienda
Que los mismos le encomienda;
Que así concertado está.
Ricardo y Lauro ha de ser.

OTAVIO.

Si sales con este engaño,
Servirá de desengaño
De lo que amor puede hacer.

RICARDO.

Señas han hecho, yo llego.

ESCENA III.

En dos balcones altos y apartados aparecen LA DUQUESA y CELIA, *teniendo las cortinas de ellos con las manos.*— DICHOS.

OTAVIO.

En dos partes hacen señas.

RICARDO.

Si á Celia, Otavio, conoces,
Fíngete Lauro con Celia,
Porque yo me fingiré
Ricardo con la Duquesa,
Si es fingirme el ser quien soy.
Tú, Julio... ya entiendes.

JULIO.

Llega.
(*Ap.* Y entre tanto dormiré.

Mientras ellos se desvelan [1].
(Acomódase en un rincon, y quédase despues dormido.)

DUQUESA.

¿Es el príncipe Ricardo?

RICARDO.

¡Es, Señora, vuestra alteza?
(Ap. Finjo la voz para que [2]
Tenga el engaño mas fuerza.)

DUQUESA.

Yo soy.

RICARDO.

Y yo quien adora
Esas hermosas estrellas.

DUQUESA.

(Ap. ¡Cielos! El eco en Ricardo [3]
A la voz de Lauro suena.)
¿Qué diréis de mi osadía?
Pero fuera yo muy necia
Si disculpara á quien vió
Vuestra rara gentileza.
No he sabido defenderme
De vos, pues que tanta ausencia
Sola una vista no olvida.

RICARDO.

Si amor con milagros piensa
Hacerme tan venturoso,
¿Qué tengo yo que le ofrezca,
Si os he dado á vos el alma?
La enfermedad del aldea
Fué de amor, fué de haber visto
Vuestra divina belleza.

CELIA. *(A Otavio.)*

¡Ah, caballero! ¿Sois Lauro?

OTAVIO.

Lauro soy, hermosa Celia.

CELIA.

¿No quereis hablar conmigo,
Por no dar celos á Estela?

OTAVIO.

Yo, mi señora, no doy
Celos, y cuando los diera,
Aventurara mi daño
Por el gusto de quien reina
Por alma de mi albedrío,
Donde no puede haber fuerza
Mayor que la voluntad.

CELIA.

¡Qué desigual competencia
Hacemos mi prima y yo!

OTAVIO.

No puede Estela tenella
Con vos, si yo soy la causa.

CELIA.

¿Con qué quereis que agradezca
Tanta merced?

OTAVIO.

Con pagarme.
Mirad ¡qué breve respuesta!

DUQUESA. *(Ap.)*

Muriéndome estoy de ver
Que hablen juntos Lauro y Celia.
¿Qué haré para dividirlos?

RICARDO.

¿Con quién habla vuestra alteza?

DUQUESA.

¿Es Lauro aquel?

RICARDO.

Si, Señora.

DUQUESA.

Decidle que á hablarme venga,
Y vos á Celia daréis
De lo que tratamos cuenta;
Que es muy justo, por mi amiga,
Por mi prima y deuda vuestra.

RICARDO.

(Ap. Notablemente sucede.
¡Cuánto se engaña quien piensa
Que nadie puede engañarle!)
(Va donde está Otavio.)
Lauro...

OTAVIO.

Señor...

RICARDO. *(A Celia.)*

Dad licencia
Por un instante. —*(A Otavio.)* Oye aparte.

OTAVIO. *(Ap. á Ricardo.)*

¿Conocióte la Duquesa?

RICARDO.

De ninguna suerte, Otavio;
Mas como de verle pesa
Que hables con Celia (que al fin
Presume que hablo con Celia),
Me ha mandado que te llame,
Y que entre tanto entretenga
A Celia.

OTAVIO.

Pues ¿qué has de hacer?

RICARDO.

Que tú hablar á Celia vuelvas,
Y yo vuelva como Lauro;
De suerte que vaya y venga
A ser dos, siendo uno mismo.

OTAVIO.

¡Extrañas cosas intentas!

RICARDO.

No puede mi desatino
Volver atrás, aunque quiera.
(Vuelve al balcon adonde está la Duquesa.)
¿Es vuestra alteza?

DUQUESA.

Yo soy.

RICARDO.

Que me llama vuestra alteza
Me dijo el Príncipe.

DUQUESA.

Lauro,
Hame dado mucha pena
Que hables con Celia.

RICARDO.

Señora,
Dios sabe que no quisiera
Ni verla ni haber nacido,
Para ser de mis ofensas
Tercero, como lo soy.

DUQUESA.

(Ap. ¡Hay tan notable extrañeza! [4]
Que á Ricardo y Lauro un mismo
Acento naturaleza
Les concediese, es prodigio.)
¿De que pretenda te quejas
Vengarme con estas burlas?

RICARDO.

Quien llega á morir de veras
No funda en burlas sus celos.

DUQUESA.

Lauro, si yo presumiera
Que esto habia de causarte
Un átomo de sospecha,
Ni la venganza intentara,
Ni aunque me llamara necia
(Que entre personas con alma
Es mas agravio que fea),
Tratara de castigarle.

RICARDO.

Que satisfacion merezca
De esa boca mi osadía,
Todos mis celos sosiega.
¡Oh qué palabras tan dulces!
¡Bien haya quien paga en perlas
Penas de celos fingidos!
¡Oh quién estuviera cerca
Para deshacer las hojas
Desas blancas azucenas,
Poniendo en tierra la boca!

DUQUESA.

Yo aguardara que amanezca
Por ver al Príncipe el talle;
Pero porque me agradezcas
Que este deseo no cumpla
(Que en mujer es cosa nueva),
Di al Príncipe que perdone,
Porque el aurora no sea
Causa que alguno en palacio
Esta novedad entienda.
Esto fineza parece.

RICARDO.

Si en la voluntad engendra
Almas amor, sean mil almas
Agradecida respuesta.
Secretaria de la cifra
De amor llamaba un poeta
A la noche, en quien se fian
Cuantas palabras y señas
De dos amantes caminan
Desde la calle á las rejas.
Es el aurora una espía,
Cuya luz viene secreta
A disfrazar pensamientos
Y á entretener dulces penas.
Yo voy para que nos vamos;
Que noches, Señora, quedan
Para engañarle; y como es
Mozo de poca experiencia
Y soberbio de su talle,
No dudes de que ya piensa
Que estás dél enamorada.

DUQUESA.

Bien dices: yo me voy.
(Pásase al balcon donde está Celia.)
Celia...

CELIA.

Señora...

DUQUESA.

Vamos de aquí.

CELIA.

Adios, Lauro.

OTAVIO.

¡Quién pudiera
Iros siguiendo, sol mio!
(Retíranse la Duquesa y Celia.)

ESCENA IV.

RICARDO, OTAVIO, JULIO.

RICARDO.

¡Julio, hola! Julio, despierta.

JULIO.

¿Quién llama?

RICARDO.

¿No me conoces?

JULIO.

Mueran.

RICARDO.

¿A quién dices mueran?

JULIO.

¿Dónde están los enemigos?

RICARDO.

Deten la rodela, bestia.

---

[1] Este verso y el anterior no se hallan en la edicion antigua de esta comedia, parte 24 de Lope, impresa en Zaragoza, año de 1641. Se hallan, sí, en otras ediciones comunes.

[2] Este verso y el siguiente no se hallan en la edicion antigua.

[3] No se halla este aparte en la edicion antigua.

[4] No se lee este aparte en la edicion antigua.

JULIO.

Si no eres tú, ¡vive Dios,
Que estás haciendo floretas
Á estas horas en el aire!
¿Qué hay de Duquesa y de Celia?

RICARDO.

Que he sido un dios Jano amante
Con dos caras.

JULIO.

La Duquesa
Al fin ¿no te ha conocido?

RICARDO.

¡Quién pensara que tuviera
Tan firme imaginacion
En mi fe y en su grandeza
Para no ser engañada!

JULIO.

Triste está Otavio.

OTAVIO.

No alegran
Dichas fingidas.

RICARDO.

La aurora
Ya por la boca risueña
Cándidos rayos dilata,
Flores y fuentes le besan
Los coturnos de oro y nácar.

JULIO.

Y yo dijera en mi lengua
Que salia la mañana
En chapines ó en chinelas.

RICARDO.

¡Oh amor! ¿Qué será de mí?
Adios, rejas.

JULIO.

¡Quién creyera
Que no hubiera para Julio
Una Inés en esta feria!
Mas dícenme que se cansan
De que los amantes tengan
Criado para criada;
Y así no hay Inés: paciencia.

(*Vanse.*)

—

Sala del palacio.

ESCENA V.

LA DUQUESA, CELIA.

DUQUESA.

¿A mí me quieres hacer,
Prima, tan grande disgusto?

CELIA.

La que se casa sin gusto
¿Dónde le piensa tener?

DUQUESA.

Casada, toda mujer
Ama despues su marido.
Pocas dichosas han sido
Por casarse enamoradas.

CELIA.

Debieron de ser culpadas.
¿Cuándo amor merece olvido?

DUQUESA.

Si Lauro no te obligara,
Yo sé que me obedecieras.

CELIA.

Y yo que no te ofendieras,
Si Lauro no te agradara.
Pero, Señora, repara
En que no te iguala á tí;
Reyes y príncipes sí:
Luego no he pensado mal
Que un hombre, que no es tu igual,
Será bueno para mí.

DUQUESA.

Celia, menos bachillera;
Que yo me puedo casar
Con mi gusto, y puedo dar
Mi estado á quien menos fuera.
Y cuando yo á Lauro quiera,
¿No es Lauro primo de quien
Á mí me estuviera bien?
Luego aquel mismo valor
Me puede obligar á amor
Como al Príncipe á desden.

CELIA.

Como tu melindre ha sido
Tan recatado hasta agora
En querer buscar, Señora,
Entre príncipes marido,
No pensé verle rendido
A un hombre que no lo es,
Y me espanto de que dés
En querer, Estela, ansí
Quien me quiere sola á mí,
Pero á tí por interés.

DUQUESA.

¡Qué loca te tiene amor!
¿Lauro á tí?

CELIA.

Si anoche oyeras
A Lauro conmigo, hubieras
Desengañado tu error.

DUQUESA.

Del Príncipe, su señor,
Que conmigo, Celia, hablaba,
Celoso por dicha estaba,
Pues cuando yo le llamé,
Desengañada quedé
De que Lauro te engañaba.

CELIA.

¿Cómo que te hablaba á tí,
Pues nunca Lauro te habló?
Si de mí no se apartó
En cuanto estuviste allí.

DUQUESA.

Digo que le hablé y le oí
Tan tierno, tan dulce amante,
Que se ablandara un diamante.

CELIA.

No sé cómo puede ser
Que de Lauro pueda haber
Un retrato semejante;
Pero pues se ha declarado
Desta suerte vuestra alteza,
En mí fuera ya bajeza
Darle con celos cuidado.
Y del que Lauro me ha dado
Quedo tan arrepentida,
Que no le hablaré en mi vida;
Que prenda tan estimada
No ha de ser de mí enojada,
Sino adorada y servida. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LA DUQUESA.

¿Soy yo por dicha, pensamiento mio,
La que jamás rindió su pensamiento?
Celos quieren vencer mi entendimiento
Y entrar con mi valor en desafío.
Amar por la razon el albedrío
Es dar á la disculpa fundamento;
Por celos no, que es invidioso intento,
Y ofensa del honor el desvarío.
Conciertan las estrellas de los cielos
El amor entre dos, porque por ellas
Se quieren con recíprocos desvelos:
Pues si estrellas de amor son causas [bellas,
Conciértenos el cielo; que los celos,
Si son infiernos, no han de ser estrellas.

ESCENA VII.

JULIO.—LA DUQUESA.

JULIO.

Salga vuestra alteza á ver
Del Príncipe, mi señor,
Un presente, aunque el valor
Tan desigual viene á ser
Con el que hoy ha recibido
De tus manos liberales,
Que en sus minas celestiales
Diamantes han producido;
Si bien mas que los diamantes
La ropa blanca estimó;
Que nunca el sol se vistió
Con auroras semejantes;
Porque tan lindas camisas
Parece que las dió el alba
En su azafate, con salva
De sus flores y sus risas.
Alaba olor, y limpieza
De las cajas de ciprés,
Y dice que todo es
Retrato de tu belleza.
Finalmente, se ha esforzado
A enviarte niñerías.

DUQUESA.

¡Que tan presto de las mias
El Príncipe se ha pagado?

JULIO.

No son cosas de valor,
Si bien son curiosidades.

DUQUESA.

Con eso me persüades
Que me tiene poco amor.

JULIO.

Solo un retrato le tiene,
Que está engastado en diamantes.

DUQUESA.

¿De quién?

JULIO.

Porque no te espantes,
La lengua el nombre detiene.

DUQUESA.

Di presto.

JULIO.

De Lauro es.

DUQUESA.

¡Retrato de Lauro á mí
Con tantos diamantes!

JULIO.

Sí,
Porque dice que despues
Que te oyó decirle amores,
No te pudo hacer presente
De mas valor.

DUQUESA.

Lauro miente
Si le ha dicho mis favores.

ESCENA VIII.

RICARDO.—DICHOS.

RICARDO.

¡Siempre he de hallar, Señora, en vues- [tros labios
Á Lauro?

DUQUESA.

No esta vez por gusto mio,
Sino para vengar necios agravios.

RICARDO.

Mas de tu ingenio y tu valor confío.

DUQUESA.

Nunca se alaban los amantes sabios,
Porque es ingratitud y desvarío,
De los favores de sus damas

RICARDO.

Mira
Que son los celos del amor mentira.
Díjome anoche el Príncipe, Señora,
Que nos oyó requiebros cuando hablaba
Con Celia, en cuya plática el aurora
Nos halló sin dormir: ¡tan necio estaba!
Con esto Julio te habrá dicho agora
Que mi retrato propio te enviaba,
Pasándole á una caja de otro suyo.

DUQUESA.

Mas la merece, sin enojo, el tuyo.

RICARDO.

Pues si esto es la verdad, los claros cie- [los
Serene de los ojos vuestra alteza;
Que no se han de atrever á cielos celos,
Ni la sombra á la lùz de la belleza.

DUQUESA.

Lauro, ¿no me bastaban los recelos
De Celia, que me han dado igual triste- [za,
Sino pensar de tí que me vendias?

RICARDO.

Pues ¿qué dice de mí?

DUQUESA.

Que la querías.

RICARDO.

¡Yo!

DUQUESA.

Sí.

RICARDO.

Tú misma entretenella,
Señora, me mandaste, y porque fuese
Mas secreto mi amor, fingí querella,
No porque yo Señora, la quisiese.

DUQUESA.

Lauro, Lauro, no mas hablar con ella;
Que hablaré con Ricardo, aunque te pe- [se.
Ya no es tiempo que andemos tan se- [cretos.

RICARDO.

Pues ¿no es secreto amor, entre discre- [tos?

DUQUESA.

Llegada á declararme desta suerte,
No quiero discreciones.

RICARDO.

Gran señora,
Que está aquí Julio, y que nos oye ad- [vierte.

DUQUESA.

Pues por eso haré yo matarle agora.

JULIO.

¡A mí, Señora! ¡A mí me dás la muer- [te!
¿Por qué delito, á Julio que te adora?
Pero para la muerte, ¿qué mayores
Que haber sabido faltas de señores?

DUQUESA.

Por el donaire, Julio, te perdono.

JULIO.

Ea, que no pensabas en matarme;
Que tengo en tu grandeza ilustre abono,
Y aquí no tienes tú que perdonarme.
Pero así del mayor imperio y trono
Tu casa de Lorena timbres arme,
Como piensa que Lauro te parece,
Y no es falta querer quien te merece.

DUQUESA.

Lauro, ¿agora tristezas?

RICARDO.

¿Nunca oiste
Que en la prosperidad ninguno es sabio,
Y que mejor un hombre se resiste
De la desdicha en el adverso agravio.
Estoy ¡ay Dios! de tus favores triste,
Desconfiado el pecho, mudo el labio,
El alma sin valor, y la esperanza
Temiendo la fortuna en la bonanza.
Cuando tormenta mi bajel corria,
Con menos pensamientos navegaba;
Las olas que llegaban recibia,
Y de las que pasaban me alegraba.
Mas triste agora estoy, sereno el dia,
Y en las velas que el ábrego bramaba
Cantar oyendo el céfiro süave;
Que mas teme el peligro quien le sabe.
Veo celoso al príncipe Ricardo,
Príncipe al fin, y á tí no mal contenta
De verle padecer: pues ya ¿qué aguardo,
Si sé el peligro, y temo la tormenta?
El de Polonia, próspero y gallardo,
Público, Estela, ya servirte intenta:
Pues en saliendo en público, ¿no miras
Que en vano de tí misma te retiras?
¿Cómo puedes, Señora de mis ojos,
Que presto no verán los de tus cielos,
Excusar su favor y mis enojos,
Ni la ciudad hablar en sus desvelos?
¿Tengo yo de aguardar á tus antojos,
Que él se enamore y que me maten ce- [los,
Y esperar á si quieres ó no quieres,
No siendo de diamantes las mujeres?
¿Tengo yo de mirar, señora mia,
De qué manera á vista de tus rejas
Pasa Ricardo, por ventura el dia
Que ya firmados los conciertos dejas?
¿Será bien que mi bárbara porfía
Venga á decirte lastimosas quejas [to
La misma noche, y que se queje al vien-
La envidia de mi loco pensamiento?
¿Tengo yo de sufrir que coronado
De varias plumas, pase por la tela,
Mirando al sol de tu balcon dorado,
Y que salgas á verle, hermosa Estela?
¿Y que bañe al bridon de fuego armado
Espuma el freno, y púrpura la espuela,
Con aplauso comun que el vulgo admi- [re,
Porque no sientas cuando yo suspire?
¿Será justo que entonces mi esperanza,
Que fué por tí pirámide en el viento,
Caiga por la region de tu mudanza,
Lastimando su mismo fundamento?
Siempre estuvo el peligro en la tardan- [za:
No quiero estar á mi desdicha atento,
Para morir de un súbito accidente;
Que mas despacio muere un hombre [ausente.
Dame licencia que me parta á España,
Donde me escribirán tu casamiento;
Que basta para ser gloriosa hazaña
Inclinar á mi amor tu pensamiento.
Mejor me tratará la tierra extraña,
Y allí será menor mi sentimiento;
Fuera de ser peligro cuidadoso
Dar celos á un amante poderoso.
Ni tú querrás que yo pierda la vida
A manos de Ricardo injustamente;
Que á un hombre, de quien tú fuiste [homicida,
Solo le ha de matar su pena ausente.
Y no presumas que el ausencia olvida
En tu hermosura efeto diferente;
Que tiene amor para impresiones tales
Estampa de las almas inmortales.

DUQUESA.

Lauro, si tú no supieras
Mi calidad y valor,
Ingrato á mi grande amor
Temer mudanza pudieras;
Mas si quien soy consideras,
Es justo que consideres
Que no todas las mujeres
A cualquier viento que corre,
Como veleta de torre,
Mudamos de pareceres.
Sin esto, mas confianza
Merece mi inclinacion,
Sabiendo que mi intencion
No es amor, sino venganza.
Ya que te he dado esperanza,
No es para mudar de intento;
Que cuando mi entendimiento
Dijo: «á Lauro he de querer,»
No supe que era mujer
Para mudar pensamiento.
Si temes, viendo que intenta
Salir público Ricardo,
Mas presto venganza aguardo
De aquella pasada afrenta;
Porque á darte gusto atenta,
Impediré que lo intente.
Espera, Lauro, valiente;
Que si cobarde te vas,
Mucha licencia me das
Para que te olvide ausente.
No he pensado declararme
Tan locamente contigo,
Ni es bien, si lo mas te digo,
En lo menos recatarme.
Para ayudar á vengarme,
No ha de faltarte valor.
Escucha, y pierde el temor;
Que si amor crédito alcanza,
Quien no tiene confianza,
No diga que tiene amor.

RICARDO.

Señora, nunca he temido
De tu generoso pecho;
De mi poca dicha, sí.

DUQUESA.

Oye lo que digo atento,
Para abreviar mi venganza,
Y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al príncipe Ricardo
Que si como yo le quiero
Me quiere, y como me agrada
Le agrado, no nos cansemos
En calles, rejas y noches,
Dilatando el casamiento;
Que de la corte se vaya,
Y que vuelva descubierto,
Echando fama que ha sido
Resuelto por mi Consejo
Que nos casemos los dos.
Y cuando juntos estemos,
Y él llegue á darme la mano
(Mira ¡qué venganza espero!),
Retirando yo la mia,
Diré con atrevimiento:
«Príncipe, no me agradais,
Atrás la palabra vuelvo;
Porque si os parezco fea,
Vos me parecistes necio.»

RICARDO.

¡Notable imaginacion!

DUQUESA.

Lauro, en esto me resuelvo.

RICARDO.

¿Y si se enoja Ricardo?

DUQUESA.

¿Qué importa, si entonces tengo
Mil soldados prevenidos?

RICARDO.

Y yo ¿qué figura llevo
En este discurso tuyo?

DUQUESA.

Ser condicion del concierto
Que tú vienes á casarte
Con Celia, para que al tiempo
Que te quiera dar la mano,
Llegue yo entonces diciendo:
«Eso no, que Lauro es mio.»
Y los dos nos casarémos.

RICARDO.

La venganza, Estela mia,

Conozco que es de tu ingenio,
Y la merced que me haces
Digna de tu heróico pecho;
Mas si Ricardo agraviado
Previene ejército luego...

DUQUESA.

¿Por dónde le ha de pasar
Desde Polonia su reino
Al ducado de Lorena?

RICARDO.

Ahora bien, lo que has resuelto
Es para tanto honor mio,
Que acertado ó desacierto,
Se ha de ejecutar por mí.
Da cuenta á tu Parlamento
De lo que has determinado,
Mientras al Príncipe vuelvo.

DUQUESA.

Voy á prevenir á Celia,
De quien me vengo con esto
De los celos que me ha dado.

RICARDO.

Siempre se vengan los celos.

(*Vase la Duquesa.*)

ESCENA IX.

JULIO. — RICARDO.

JULIO.

Escuchando estas locuras
He estado atento, aunque pienso
Que debo de haber soñado,
Señor, lo mismo que veo.
Disculpo de la venganza
A la Duquesa, y confieso
Que haberla llamado fea
Es el último desprecio
En condicion de mujer,
Y que este notable enredo
Es fábrica del agravio
En su raro entendimiento.
Lo que me admira y me obliga,
Ricardo, á perder el seso
Es ver que él príncipe seas,
Y que digas muy severo
Que irás por él. ¿Dónde, cuándo,
A quién ó cómo? ¿Qué es esto?
Qué príncipe ha de venir,
Si no es que estás previniendo
Que venga el Conde en tu nombre?

RICARDO.

Hoy ha de quedar deshecho,
Julio, todo este teatro
De la fortuna y del tiempo.
Hoy ha de dar fin mi engaño,
Viendo que ha llegado al puerto
De mi esperanza, y vencido
Este gigante soberbio,
Despreciador de los hombres.

JULIO.

¿Cómo?

RICARDO.

Ten, Julio, silencio;
Que pintaron los antiguos
La dicha de un buen suceso,
En los piés la diligencia,
Y en las manos el secreto. (*Vanse.*)

ESCENA X.

LA DUQUESA, CELIA, EL GOBERNADOR, EL CAPITAN.

GOBERNADOR.

Albricias me darán vuestros estados.

DUQUESA.

Solícitos cuidados
De su descanso y gusto han preferido,
Gobernador, mi condicion y olvido.
Ya estamos de casarnos concertadas
Mi prima y yo.

GOBERNADOR.

Si estáis bien empleadas,
Dichosos parabienes
Lorena os da por mí.

DUQUESA.

Si queja tienes
Por haber excusado al Parlamento
El conferir con él mi casamiento,
Sabed que fué forzoso
El secreto y el nombre de mi esposo.
Pero ya que ha venido,
Desde hoy sabréis que el de Polonia ha sido,
Príncipe generoso,
Que por cartas de Lauro concertado
(Que con él solamente se ha tratado),
Está en Lorena, y en la corte, pienso.

GOBERNADOR.

De tus vasallos el amor inmenso
Esto solo pedia,
Por conservar en tí su monarquía.
Y á Celia, ¿en quién la empleas,
Si la misma ventura la deseas?

DUQUESA.

En su primo del príncipe Ricardo,
Que todos conoceis, Lauro gallardo.

CELIA.

Hasta agora, Señora, no creia
Tanta ventura mia.
Tus piés mil veces beso,
Y ya, pues puedo, alegre te confieso
El justo, el grande amor que le he tenido.

DUQUESA.

Importa que advertido
El Capitan, y con igual secreto,
Tenga para este efeto
Un tercio de soldados
No léjos de palacio.

CAPITAN.

¿Qué cuidados
De guerra, en tanta paz, teme tu alteza?

DUQUESA.

O sea por grandeza,
O por temor de algun suceso extraño,
No puede el prevenirlos hacer daño.
Id vos, Gobernador, á acompañarle,
Reconocerle y darle
El parabien por todos mis estados;
Y vos, para que estéis con los soldados,
Capitan, en el puesto que os parezca,
Para salir cuando ocasion se ofrezca.

CAPITAN.

Bien puede vuestra alteza estar segura.

GOBERNADOR.

Conceda el cielo próspera ventura
A tan dichosas bodas.

(*Vanse el Gobernador y el Capitan.*)

ESCENA XI.

LA DUQUESA, CELIA.

CELIA.

Confusa estoy de ver que no acomodas
El aposento que á los dos conviene,
Pues ya te han dicho que Ricardo viene.

DUQUESA.

Sosiega, Celia mia;
Que ha de tener la noche deste dia
Suceso diferente.

CELIA.

Ya parece que suena entre la gente
El regocijo.

DUQUESA.

Es propio en los antojos
De amor anticipar el bien los ojos.

ESCENA XII.

JULIO. — DICHAS.

JULIO.

Público, pues lo has mandado,
Y justa licencia tiene,
Del Conde y de Lauro viene
El Príncipe acompañado.
Admírase la ciudad
Del secreto que has tenido.

CELIA.

Mas lo estará de que ha sido
En su desden novedad.

DUQUESA.

¿Viene muy galan Ricardo?

JULIO.

No ha pretendido mostrar
Cuidado, aunque sin faltar
A lo que debe á gallardo.

DUQUESA.

Y Lauro ¿viene contento?

JULIO.

Viene contento de ver
Que llegue el tiempo de ser
De tu venganza instrumento.

DUQUESA. (*Ap. á Julio.*)

Habla, Julio, con recato.
¿Cuál te parece mejor
De Lauro ó Ricardo?

JULIO.

Amor
Del Príncipe, ó fuera ingrato,
No me dejara juzgar
Cuál es mejor; pero advierte
Que los quiso de tal suerte
Naturaleza pintar,
Que parece que copió
El uno del otro, tanto,
Que mirarlos causa espanto;
Pues no determino yo,
Con tratarlos cada dia,
Cuál es Lauro, y cuál Ricardo.

DUQUESA.

Parece que me acobardo
De ver mi necia porfía.
Casi arrepentida estoy;
Que es propio de la venganza,
Cuando lo que espera alcanza.

CELIA.

¿Viene? ...

DUQUESA.

A recibirle voy.

ESCENA XIII.

RICARDO, EL CONDE, OTAVIO, EL GOBERNADOR, EL CAPITAN. — DICHOS.

RICARDO.

¿Adónde decís que está
Mi señora la Duquesa?

GOBERNADOR.

Aquí os están esperando
Su alteza y su prima Celia.

CAPITAN. (*Ap.*)

Notablemente parece
A Lauro.

DUQUESA.

Sea vuestra alteza
Bien venido.

RICARDO.

Y no es posible
Que haya bien que mayor sea.

DUQUESA.

Perdonad, Lauro, que os tuve

r Ricardo. ¿Adónde queda
Príncipe?

RICARDO.

Yo, Señora,
y el Príncipe.

DUQUESA.

No fuera
ible, sin ser milagro,
ber la naturaleza
cho en una misma estampa
rostros de una manera.
ro, decid : ¿dónde está
Príncipe?

RICARDO.

Hermosa Estela,
os digo que soy Ricardo.

DUQUESA.

sallos! traicion es esta.
Príncipe me ha burlado.

RICARDO.

de, ¿soy yo?

CONDE.

¿Quién pudiera
sino vos?

RICARDO.

¿Soy Ricardo,
vio?

OTAVIO.

¿No manifiesta
stro valor que sois vos?

RICARDO.

o...

JULIO.

Señor...

RICARDO.

¿A qué esperas,
no le dices quien soy?

JULIO.

r, en cosa tan cierta,
é importa el crédito mio?

RICARDO.

corte de Lorena
, Señora, por verte,
miendo que pudiera
e sin dejarte el alma;
Y como de tu belleza
Hizo tan grande impresion
Aquella divina fuerza
En ella y en mis sentidos,
No pude, ni me atreviera,
A pasar de Francia á España.
Pero la imposible empresa
De conquistar tu desden,
Que á tantos reyes desprecia,
Tantos príncipes descarta,
Tantos amantes desdeña,
Me puso tanto temor,
Que intenté que te dijeran
Cuanto fué causa, Señora,
De la venganza que intentas;
Solicitando tu amor,
No por soberbia grandeza,
Como muchos confiados
Que has despreciado por ella.
Si entendí tu condicion
Y tu endiosada aspereza,
Si vencí tu libertad,
Y la palabra confiesas
Que me diste siendo Lauro,
Y agora no me desechas
Por príncipe de Polonia,
Tus bellas manos merezca
Con título de tu esposo;
Pero si juzgas á ofensa
Que haya encubierto mi nombre,
Para que estando tan cerca
De tu persona, mejor
Rindiera tu fortaleza
(Que mejor llegan suspiros,
Ansias y palabras tiernas
Cuando juntos dos amantes
Tienen de hablarse licencia,
Que con distancias ausentes,
Calles, papeles y rejas,
Como el efecto confirma);
Mi osadía en tu presencia
Pague, muriendo á tus manos,
Porque finalmente, en ellas
Están mi muerte y mi vida,
Mi bien, mi mal, gloria y pena;
Que muerto ó premiado, estoy
Contento de ver que tenga
Vitoria amor de un desden,
Que fué en belleza y soberbia
Fénix y Luzbel de Francia,
Quedando mi nombre en ella
Con mas fama que Alejandro,
Y con mayor diferencia,
Pues él conquistaba el mundo,
Y yo el cielo de la tierra.

DUQUESA.

Tanto ha sido tu valor,
Que me pesa que no seas
Lauro, para hacer por ti
Lo que por Ricardo hiciera.
No por Lauro mereciste
Castigo, ni yo quisiera
Mas venganza de Ricardo
Que saber por cosa cierta
Que le estaba enamorando
Cuando él me daba sospechas
De que era fea en sus ojos.
Enojada he visto á Celia:
¿Darémosla al Conde?

RICARDO.

No,
Para que de Otavio sea.

CELIA.

Ya sabes que siempre estuve
A tu voluntad sujeta.

RICARDO.

Al fin, ¿qué dices de mí?

JULIO.

Antes que lo digas, venga,
Pues no hay Inés para Julio,
Alguna cosa que pueda
Satisfacer tantos pasos.

DUQUESA.

Dos mil ducados de renta,
Y á Lauro y Ricardo juntos
La mano y el alma á medias,
Para que los dos la partan.

RICARDO.

Aquí dió fin el poeta
A *La Hermosa fea*, Senado,
Pero con esta advertencia :
Si os agrada, será *Hermosa*,
Y si no, la hermosa *Fea*.

EL CABALLERO DE OLMEDO.

PERSONAS.

DON ALONSO.	EL CONDESTABLE.	TELLO.
DON RODRIGO.	DOÑA INÉS.	MENDO.
DON FERNANDO.	DOÑA LEONOR.	UN LABRADOR.
DON PEDRO.	ANA.	UNA SOMBRA.—CRIADOS.
EL REY DON JUAN EL II.	FABIA.	ACOMPAÑAMIENTO.—GENTE.

La accion pasa en Medina del Campo, en Olmedo y en un camino.

ACTO PRIMERO.

Calle en Medina del Campo.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO.

...or, no te llame amor
...que no te corresponde,
...es que no hay materia adondo
... imprima forma el favor.
...uraleza, en rigor,
...servó tantas edades
...respondiendo amistades;
...e no hay animal perfeto,
...no asiste á su conceto
... union de dos voluntades.
... los espíritus vivos
...unos ojos procedió
...e amor, que me encendió
... fuegos tan excesivos.
...me miraron altivos,
...es con dulce mudanza
...dieron tal confianza;
..., con poca diferencia,
...ando correspondencia,
...endra amor esperanza.
..., si ha quedado en vos
...a vista el mismo efeto,
...r vivirá perfeto,
... fué engendrado de dos;
... si tú, ciego dios,
...rsas flechas tomaste,
...e alabes que alcanzaste
...toria, que perdiste.
...e mí solo naciste,
... imperfeto quedaste.

ESCENA II.

...LLO, FABIA.—DON ALONSO.

FABIA. (*A Tello.*)
...ui forastero?

TELLO.
A tí.

FABIA.
...e de pensar que yo
... perro de muestra.

TELLO.
No.

FABIA.
...ne algun achaque?

TELLO.
Sí.

FABIA.
...é enfermedad tiene?

TELLO.
Amor.

FABIA.
... ¿de quién?

TELLO.
Allí está,
Y él, Fabia, te informará
De lo que quiere mejor.

FABIA. (*A don Alonso.*)
Dios guarde tal gentileza.

DON ALONSO.
Tello, ¿es la madre?

TELLO.
La propia.

DON ALONSO.
¡Oh Fabia! ¡oh retrato, oh copia
De cuanto naturaleza
Puso en ingenio mortal!
¡Oh peregrino dotor,
Y para enfermos de amor
Hipócrates celestial!
Dame á besar esa mano,
Honor de las tocas, gloria
Del monjil.

FABIA.
La nueva historia
De tu amor cubriera en vano
Vergüenza ó respeto mio;
Que ya en tus caricias veo
Tu enfermedad.

DON ALONSO.
Tu deseo
Es dueño de mi albedrío.

FABIA.
El pulso de los amantes
Es el rostro. Aojado estás:
¿Qué has visto?

DON ALONSO.
Un ángel.

FABIA.
¿Qué mas?

DON ALONSO.
Dos imposibles, bastantes,
Fabia, á quitarme el sentido,
Que es dejarla de querer,
Y que ella me quiera.

FABIA.
Ayer
Te vi en la feria perdido
Tras una cierta doncella,
Que en forma de labradora
Encubria el ser señora,
No el ser tan hermosa y bella;
Que pienso que doña Inés
Es de Medina la flor.

DON ALONSO.
Acertaste con mi amor.
Esa labradora es
Fuego que me abrasa y arde

FABIA.
Alto has picado.

DON ALONSO.
Es deseo
De su honor.

FABIA.
Así lo creo.

DON ALONSO.
Escucha, así Dios te guarde.
Por la tarde salió Inés
A la feria de Medina,
Tan hermosa, que la gente
Pensaba que amanecia:
Rizado el cabello en lazos;
Que quiso encubrir la liga,
Porque mal caerán las almas
Si ven las redes tendidas.
Los ojos á lo valiente
Iban perdonando vidas,
Aunque dicen los que deja
Que es dichoso á quien la quita.
Las manos haciendo tretas;
Que como juego de esgrima
Tiene tanta gracia en ellas,
Que señala las heridas.
Las valonas esquinadas
En manos de nieve viva;
Que muñecas de papel
Se han de poner en esquinas.
Con la caja de la boca
Allegaba infantería,
Porque sin ser capitan,
Hizo gente por la villa.
Los corales y las perlas
Dejó Inés, porque sabia
Que las llevaban mejores
Los dientes y las mejillas.
Sobre un manteo francés
Una verdemar basquiña,
Porque tenga en otra lengua
De su secreto la cifra.
No pensaron las chinelas
Llevar de cuantos la miran
Los ojos en los listones,
Las almas en las virillas.
No se vió florido almendro
Como todo parecia;
Que del olor natural
Son las mejores pastillas.
Invisible fué con ella
El amor, muerto de risa
De ver, como pescador,
Los simples peces que pican.
Unos le ofrecieron sartas,
Y otros arracadas ricas;
Pero en oidos de áspid
No hay arracadas que sirvan.
Cual da á su garganta hermosa
El collar de perlas finas;
Pero como toda es perla,
Poco las perlas estima.
Yo, haciendo lenguas los ojos,
Solamente le ofrecia
A cada cabello un alma,

A cada paso una vida.
Mirándome sin hablarme,
Parece que me decia:
«No os vais, don Alonso, á Olmedo;
Quedaos agora en Medina.»
Creí mi esperanza, Fabia;
Salió esta mañana á misa,
Ya con galas de señora,
No labradora fingida.
Si has oido que el marfil
Del unicornio santigua
Las aguas, así el cristal
De un dedo puso en la pila.
Llegó mi amor basilisco,
Y salió del agua misma
Templado el veneno ardiente,
Que procedió de su vista.
Miró á su hermana, y entrambas
Se encontraron en la risa,
Acompañando mi amor
Su hermosura y mi porfía.
En una capilla entraron;
Yo que siguiéndolas iba
Entré: imaginando bodas
(¡Tanto quien ama imagina!),
Vime sentenciado á muerte,
Porque el amor me decia:
«Mañana mueres, pues hoy
Te meten en la capilla.»
En ella estuve turbado;
Ya el guante se me caia,
Ya el rosario; que los ojos
A Inés iban y venian.
No me pagó mal: sospecho
Que bien conoció que habia
Amor y nobleza en mí;
Que quien no piensa, no mira;
Y mirar sin pensar, Fabia,
Es de ignorantes, y implica
Contradicion que en un ángel
Faltase ciencia divina.
Con este engaño, en efeto,
Le dije á mi amor que escriba
Este papel; que si quieres
Ser dichosa y atrevida
Hasta ponerle en sus manos,
Para que mi fe consiga
Esperanzas de casarme
(Tan honesto amor me inclina),
El premio será un esclavo,
Con una cadena rica,
Encomienda de esas tocas,
De mal casadas envidia.

FABIA.
Yo te he escuchado.

DON ALONSO.
Y ¿qué sientes?

FABIA.
Que á gran peligro te pones.

TELLO.
Excusa, Fabia, razones,
Si no es que por dicha intentes,
Como diestro cirujano,
Hacer la herida mortal.

FABIA.
Tello, con industria igual
Pondré el papel en su mano,
Aunque me cueste la vida,
Sin interés; porque entiendas
Que donde hay tan altas prendas,
Sola yo fuera atrevida.
Muestra el papel... (*Ap.* Que primero
Le tengo de aderezar.)

DON ALONSO.
¿Con qué te podré pagar
La vida, el alma que espero,
Fabia, de esas santas manos?

TELLO.
¿Santas?

DON ALONSO.
¿Pues no, si han de hacer
Milagros?

TELLO.
De Lucifer.

FABIA.
Todos los medios humanos
Tengo de intentar por tí;
Porque el darme esa cadena
No es cosa que me da pena;
Mas confiada nací.

TELLO.
¿Qué te dice el memorial?

DON ALONSO.
Ven, Fabia, ven, madre honrada,
Porque sepas mi posada.

FABIA.
Tello...

TELLO.
Fabia...

FABIA. (*Ap. á Tello.*)
No hables mal;
Que tengo cierta morena
De extremado talle y cara.

TELLO.
Contigo me contentara,
Si me dieras la cadena.
(*Vanse.*)

Sala en casa de don Pedro en Medina.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

DOÑA INÉS.
Y todos dicen, Leonor,
Que nace de las estrellas.

DOÑA LEONOR.
De manera que sin ellas
No hubiera en el mundo amor.

DOÑA INÉS.
Dime tú: si don Rodrigo
Há que me sirve dos años,
Y su talle y sus engaños
Son nieve helada conmigo,
Y en el instante que vi
Este galan forastero,
Me dijo el alma «este quiero»,
Y yo le dije «sea ansí»,
¿Quién concierta y desconcierta
Este amor y desamor?

DOÑA LEONOR.
Tira como ciego amor,
Yerra mucho, y poco acierta.
Demás que negar no puedo
(Aunque es de Fernando amigo
Tu aborrecido Rodrigo,
Por quien obligada quedo
A interceder por él)
Que el forastero es galan.

DOÑA INÉS.
Sus ojos causa me dan
Para ponerlos en él,
Pues pienso que en ellos vi
El cuidado que me dió,
Para que mirase yo
Con el que tambien le dí.
Pero ya se habrá partido.

DOÑA LEONOR.
No le miro yo de suerte
Que pueda vivir sin verte.

ESCENA IV.

ANA.—DICHAS.

ANA.
Aquí, Señora, ha venido
La Fabia... ó la Fabiana.

DOÑA INÉS.
Pues ¿quién es esa mujer?

ANA.
Una que suele vender
Para las mejillas grana,
Y para la cara nieve.

DOÑA INÉS.
¿Quieres tú que entre, Leonor?

DOÑA LEONOR.
En casas de tanto honor,
No sé yo cómo se atreve;
Que no tiene buena fama.
Mas ¿quién no desea ver?

DOÑA INÉS.
Ana, llama esa mujer.

ANA. (*Llegándose á la puerta.*)
Fabia, mi señora os llama. (*Vase.*)

ESCENA V.

FABIA.—DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

FABIA.
(*Ap.* Y ¡cómo si yo sabia
Que me habias de llamar!)
¡Ay! Dios os deje gozar
Tanta gracia y bizarría,
Tanta hermosura y donaire!
Que cada dia que os veo
Con tanta gala y aseo,
Y pisar de tan buen aire,
Os echo mil bendiciones;
Y me acuerdo como agora
De aquella ilustre señora,
Que con tantas perfecciones
Fué la fénix de Medina,
Fué el ejemplo de lealtad.
¡Qué generosa piedad,
De eterna memoria dina!
Qué de pobres la lloramos!
¿A quién no hizo mil bienes?

DOÑA INÉS.
Dinos, madre, á lo que vienes.

FABIA.
¡Qué de huérfanas quedamos
Por su muerte malograda!
La flor de las Catalinas.
Hoy la lloran mis vecinas,
No la tienen olvidada.
Y á mí ¿qué bien no me hacia?
¡Qué en agraz se la llevó
La muerte! No se logró.
Aun cincuenta no tenia.

DOÑA INÉS.
No llores, madre, no llores.

FABIA.
No me puedo consolar,
Cuando le veo llevar
A la muerte las mejores,
Y que yo me quede acá.
Vuestro padre, Dios le guarde,
¿Está en casa?

DOÑA LEONOR.
Fué esta tarde
Al campo.

FABIA.
(*Ap.* Tarde vendrá.)
Si va á deciros verdades,
Moza sois, vieja soy yo...
Mas de una vez me fió
Don Pedro sus mocedades;
Pero teniendo respeto
A la que pudre, yo hacia
(Como quien se lo debia)
Mi obligacion. En efeto,
De diez mozas, no le daba
Cinco.

DOÑA INÉS.
¡Qué virtud!

FABIA.
es poco; loco:
e era vuestro padre un
nto via tanto amaba.
sois de su condicion,
admiro de que no estéis
moradas. ¿No haceis,
as, alguna oracion
a casaros?

DOÑA INÉS.
No, Fabia.
siempre será presto.

FABIA.
re que se duerme en esto,
cho á sí mismo se agravia.
fruta fresca, hijas mias,
gran cosa, y no aguardar
ue la venga á arrugar
brevedad de los dias.
ntas cosas imagino,
solas, en mi opinion,
buenas, viejas.

DOÑA LEONOR.
Y ¿son?...

FABIA.
, el amigo y el vino.
isme aquí? Pues yo os prometo
fué tiempo en que tenia
ermosura y bizarría
de algun galan sujeto.
ién no alababa mi brio?
choso á quien yo miraba!
s ¿qué seda no arrastraba?
é gasto, qué plato el mio!
aba en palmas, en andas.
s; ¡ay, Dios! si yo queria,
é regalos no tenia
a gente de hopalandas!
aquella primavera,
tra un hombre por mi casa;
como el tiempo se pasa,
la hermosura.

DOÑA INÉS.
Espera.
é es lo que traes aquí?

FABIA.
rias que vender
comer, por no hacer
s malas.

DOÑA LEONOR.
Hazlo ansí,
re, y Dios te ayudará.

FABIA.
, mi rosario y misa:
cuando estoy de prisa;
si no...

DOÑA INÉS.
Vuélvete acá.
é es esto?

FABIA.
Papeles son
alcanfor y soliman.
i secretos están
gran consideracion
a nuestra enfermedad
dinaria.

DOÑA LEONOR.
Y esto ¿qué es?

FABIA.
No lo mires, aunque estés
Con tanta curiosidad.

DOÑA LEONOR.
¿Qué es, por tu vida?

FABIA.
Una moza
Se quiere, niñas, casar;
Mas a ertóla á engañar
Un hombre de Zaragoza.
Hase encomendado á mí...
Soy piadosa... y en fin es
Limosna, porque despues
Vivan en paz.

DOÑA INÉS.
¿Qué hay aquí?

FABIA.
Polvos de dientes, jabones
De manos, pastillas, cosas
Curiosas y provechosas.

DOÑA INÉS.
¿Y esto?

FABIA.
Algunas oraciones.
¡Qué no me deben á mí
Las ánimas!

DOÑA INÉS.
Un papel
Hay aquí.

FABIA.
Diste con él,
Cual si fuera para ti.
Suéltale: no le has de ver,
Bellaquilla, curiosilla.

DOÑA INÉS.
Deja, madre...

FABIA.
Hay en la villa
Cierto galan bachiller
Que quiere bien una dama;
Prométeme una cadena
Porque le dé yo, con pena
De su honor, recato y fama.
Aunque es para casamiento,
No me atrevo. Haz una cosa
Por mí, doña Inés hermosa,
Que es discreto pensamiento.
Respóndeme á este papel,
Y diré que me le ha dado
Su dama.

DOÑA INÉS.
Bien lo has pensado,
Si pescas, Fabia, con él
La cadena prometida.
Yo quiero hacerte este bien.

FABIA.
Tantos los cielos te dén,
Que un siglo alarguen tu vida.
Lee el papel.

DOÑA INÉS.
Allá dentro,
Y te traeré la respuesta. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.
¡Qué buena invencion!

FABIA. (*Ap.*)
Apresta,
Fiero habitador del centro,
Fuego accidental que abrase
El pecho desta doncella.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON FERNANDO.—DOÑA LEONOR, FABIA.

DON RODRIGO. (*A don Fernando.*)
Hasta casarme con ella,
Será forzoso que pase
Por estos inconvenientes.

DON FERNANDO.
Mucho ha de sufrir quien ama.

DON RODRIGO.
Aquí teneis vuestra dama.

FABIA. (*Ap.*)
¡Oh necios impertinentes!
¿Quién os ha traido aquí?

DON RODRIGO.
Pero ¡en lugar de la mia,
Aquella sombra!

FABIA. (*A doña Leonor.*)
Seria
Gran limosna para mí;
Que tengo necesidad.

DOÑA LEONOR.
Yo haré que os pague mi hermana.

DON FERNANDO.
Si habeis tomado, Señora,
O por ventura os agrada
Algo de lo que hay aquí
(Si bien serán cosas bajas
Las que aquí puede traer
Esta venerable anciana,
Pues no serán ricas joyas
Para ofreceros la paga),
Mandadme que os sirva yo.

DOÑA LEONOR.
No habemos comprado nada;
Que es esta buena mujer
Quien suele lavar en casa
La ropa.

DON RODRIGO.
¿Qué hace don Pedro

DOÑA LEONOR.
Fué al campo; pero ya tarda.

DON RODRIGO.
Mi señora doña Inés...

DOÑA LEONOR.
Aquí estaba... Pienso que anda
Despachando esta mujer.

DON RODRIGO.
(*Ap.* Si me vió por la ventana,
¿Quién duda que huyó por mí?)
¿Tanto de ver se recata
Quien mas servirla desea?

DOÑA LEONOR.
Ya sale.

ESCENA VII.

DOÑA INÉS, *con un papel en la mano.*—DICHOS.

DOÑA LEONOR. (*A su hermana.*)
Mira que aguarda
Por la cuenta de la ropa
Fabia.

DOÑA INÉS.
Aquí la traigo, hermana.
Tomad, y haced que ese mozo
La lleve.

FABIA.
¡Dichosa el agua
Que ha de lavar, doña Inés,
Las reliquias de la holanda
Que tales cristales cubre!
(*Abre el papel y hace que lee.*)
Seis camisas, diez toallas,
Cuatro tablas de manteles,
Dos cosidos de almohadas,
Seis camisas de señor,
Ocho sábanas... Mas basta;
Que todo vendrá mas limpio
Que los ojos de la cara.

DON RODRIGO.
Amiga, ¿quereis feriarme
Ese papel, y la paga
Fiad de mí, por tener
De aquellas manos ingratas
Letra siquiera en las mias?

FABIA.
¡En verdad que negociara
Muy bien si os diera el papel!
Adios, hijas de mi alma. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, DON RODRIGO, DON FERNANDO.

DON RODRIGO.
Esta memoria aquí habia

De quedar, que no llevarla.

DOÑA LEONOR.

Llévala y vuélvela, á efeto
De saber si algo le falta.

DOÑA INÉS.

Mi padre ha venido ya.
Vuesas mercedes se vayan,
O le visiten; que siente
Que nos hablen, aunque calla.

DON RODRIGO.

Para sufrir el desden
Que me trata desta suerte,
Pido al amor y á la muerte
Que algun remedio me den.
Al amor, porque tan bien
Puede templar tu rigor
Con hacerme algun favor;
Y á la muerte, porque acabe
Mi vida; pero no sabe
La muerte, ni quiere amor.
Entre la vida y la muerte
No sé qué medio tener,
Pues amor no ha de querer
Que con tu favor acierte;
Y siendo fuerza quererte,
Quiere el amor que te pida
Que seas tú mi homicida.
Mata, ingrata, á quien te adora:
Serás mi muerte, Señora,
Pues no quieres ser mi vida.
Cuanto vive de amor nace,
Y se sustenta de amor
Cuanto muere: es un rigor
Que nuestras vidas deshace.
Si al amor no satisface
Mi pena, ni la hay tan fuerte
Con que la muerte me acierte,
Debo de ser inmortal,
Pues no me hacen bien ni mal
Ni la vida ni la muerte.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

DOÑA INÉS.

¡Qué de necedades juntas!

DOÑA LEONOR.

No fué la tuya menor.

DOÑA INÉS.

¿Cuándo fué discreto amor,
Si del papel me preguntas?

DOÑA LEONOR.

¿Amor te obliga á escribir
Sin saber á quién?

DOÑA INÉS.

Sospecho
Que es invencion que se ha hecho,
Para probarme á rendir,
De parte del forastero.

DOÑA LEONOR.

Yo tambien lo imaginé.

DOÑA INÉS.

Si fué ansí, discreto fué.
Leerte unos versos quiero.
(*Lee.*) Yo vi la mas hermosa labradora,
En la famosa feria de Medina,
Que ha visto el sol adonde mas se inclina
Desde la risa de la blanca aurora.
Una chinela de color, que dora
De una coluna hermosa y cristalina
La breve basa, fué la ardiente mina
Que vuela el alma á la region que adora.
Que una chinela fuese vitoriosa,
Siendo los ojos del amor enojos,
Confesé por hazaña milagrosa.
Pero díjele dando los despojos:
«Si matas con los piés, Inés hermosa,
¿Qué dejas para el fuego de tus ojos?»

DOÑA LEONOR.

Este galan, doña Inés,
Te quiere para danzar.

DOÑA INÉS.

Quiere en los piés comenzar,
Y pedir manos despues.

DOÑA LEONOR.

¿Qué respondiste?

DOÑA INÉS.

Que fuese
Esta noche por la reja
Del huerto.

DOÑA LEONOR.

¿Quién te aconseja,
O qué desatino es ese?

DOÑA INÉS.

No es para hablarle.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿qué?

DOÑA INÉS.

Ven conmigo y lo sabrás.

DOÑA LEONOR.

Necia y atrevida estás.

DOÑA INÉS.

¿Cuándo el amor no lo fué?

DOÑA LEONOR.

Huir de amor cuando empieza.

DOÑA INÉS.

Nádie del primero huye,
Porque dicen que le influye
La misma naturaleza.

(*Vanse.*)

—

Sala de una posada de Medina.

ESCENA X.

DON ALONSO, FABIA, TELLO.

FABIA.

Cuatro mil palos me han dado.

TELLO.

¡Lindamente negociaste!

FABIA.

Si tú llevaras los medios...

DON ALONSO.

Ello ha sido disparate
Que yo me atreviese al cielo.

TELLO.

Y que Fabia fuese el ángel,
Que al infierno de los palos
Cayese por levantarte.

FABIA.

¡Ay, pobre Fabia!

TELLO.

¿Quién fueron
Los crueles sacristanes
Del facistol de tu espalda?

FABIA.

Dos lacayos y tres pajes.
Allá he dejado las tocas
Y el monjil hecho seis partes.

DON ALONSO.

Eso, madre, no importara,
Si á tu rostro venerable
No se hubieran atrevido.
¡Oh qué necio fuí en fiarme
De aquellos ojos traidores,
De aquellos falsos diamantes,
Niñas que me hicieron señas
Para engañarme y matarme!
Yo tengo justo castigo.
Toma este bolsillo, madre...
—Y ensilla, Tello, que á Olmedo
Nos hemos de ir esta tarde.

TELLO.

¿Cómo, si anochece ya?

DON ALONSO.

Pues ¡qué! ¿quieres que me mate?

FABIA.

No te aflijas, moscatel,
Ten ánimo; que aquí trae
Fabia tu remedio. Toma.

DON ALONSO.

¡Papel!

FABIA.

Papel.

DON ALONSO.

No me engañes.

FABIA.

Digo que es suyo, en respuesta
De tu amoroso romance.

DON ALONSO.

Hinca, Tello, la rodilla.

TELLO.

Sin leer no me lo mandes;
Que aun temo que hay palos dentro,
Pues en mondadientes caben.

DON ALONSO.

(*Lee.*) «Cuidadosa de saber si sois quien presumo, y deseando que lo seais, os suplico que vais esta noche á la reja del jardin desta casa, donde hallaréis atado el liston verde de las chinelas, y ponéosle mañana en el sombrero para que os conozca.»

FABIA.

¿Qué te dice?

DON ALONSO.

Que no puedo
Pagarte ni encarecerte
Tanto bien.

TELLO.

Ya desta suerte
No hay que ensillar para Olmedo.
¿Oyen, señores rocines?
Sosiéguense; que en Medina
Nos quedamos.

DON ALONSO.

La vecina
Noche, en los últimos fines
Con que va espirando el dia,
Pone los helados piés.
Para la reja de Inés
Aun importa bizarría;
Que podria ser que amor
La llevase á ver tomar
La cinta. Voyme á mudar. (*Vase.*)

ESCENA XI.

FABIA, TELLO.

TELLO.

Y yo á dar á mi señor,
Fabia, con licencia tuya,
Aderezo de sereno.

FABIA.

Detente.

TELLO.

Eso fuera bueno
A ser la condicion suya
Para vestirse sin mí.

FABIA.

Pues bien le puedes dejar,
Porque me has de acompañar.

TELLO.

¿A tí, Fabia?

FABIA.

A mí.

TELLO.

¡Yo!

FABIA.
Sí;
…importa á la brevedad
…te amor.
TELLO.
¿Qué es lo que quieres?
FABIA.
…los hombres las mujeres
…mos seguridad.
…muela he menester
…salteador que ahorcaron
…r.
TELLO.
Pues ¿no le enterraron?
FABIA.

TELLO.
Pues ¿qué quieres hacer?
FABIA.
…r ella, y que conmigo
…s solo á acompañarme.
TELLO.
…bré muy bien guardarme
… á esos pasos contigo.
…es seso?
FABIA.
Pues, gallina,
…de yo voy, ¿no irás?
TELLO.
…abia, enseñada estás
…blar al diablo.
FABIA.
Camina.
TELLO.
…me á diez hombres juntos
…rio acuchillar,
…me mandes tratar
…teria de difuntos.
FABIA.
…vas, tengo de hacer
…l propio venga á buscarte.
TELLO.
…tengo de acompañarte!
…demonio ó mujer?
FABIA.
…levarás la escalera;
…o entiendes destos casos.
TELLO.
…sube por tales pasos,
…, el mismo fin espera.
(*Vanse.*)

—

…alle y vista exterior de la casa de don Pedro.

ESCENA XII.

…RODRIGO Y DON FERNANDO, *en hábito de noche.*

DON FERNANDO.
…é sirve inútilmente
…á ver esta casa?
DON RODRIGO.
…llase entre estas rejas,
…ernando, mi esperanza.
…sus hierros guarnece
…l de sus manos blancas;
…las pone de dia,
…yo de noche el alma;
…anto mas doña Inés
…s desdenes me mata,
…mas me enciende el pecho:
…nieve me abrasa.
…jas, enternecidas
…llanto! ¿quién pensara
…ángel endureciera
…vuestros hierros ablanda! —
…¿qué es lo que está aquí?
DON FERNANDO.
En ellos mismos atada
Está una cinta ó liston.
DON RODRIGO.
Sin duda las almas atan
A estos hierros, por castigo
De los que su amor declaran.
DON FERNANDO.
Favor fué de mi Leonor.
Tal vez por aquí me habla.
DON RODRIGO.
Que no lo será de Inés
Dice mi desconfianza;
Pero en duda de que es suyo,
Porque sus manos ingratas
Pudieron ponerle acaso,
Basta que la fe me valga.
Dadme el liston.
DON FERNANDO.
No es razon,
Si acaso Leonor pensaba
Saber mi cuidado ansí,
Y no me le ve mañana.
DON RODRIGO.
Un remedio se me ofrece.
DON FERNANDO.
¿Cómo?
DON RODRIGO.
Partirle.
DON FERNANDO.
¿A qué causa?
DON RODRIGO.
A que las dos nos le vean,
Y sabrán con esta traza
Que habemos venido juntos.
(*Dividen el liston.*)

ESCENA XIII.

DON ALONSO Y TELLO, *de noche.* — DICHOS.

DON FERNANDO.
Gente por la calle pasa.
TELLO. (*A su amo.*)
Llega de presto á la reja,
Mira que Fabia me aguarda
Para un negocio que tiene
De grandísima importancia.
DON ALONSO.
¡Negocio Fabia esta noche
Contigo!
TELLO.
Es cosa muy alta.
DON ALONSO.
¿Cómo?
TELLO.
Yo llevo escalera,
Y ella...
DON ALONSO.
¿Qué lleva?
TELLO.
Tenazas.
DON ALONSO.
Pues ¿qué habeis de hacer?
TELLO.
Sacar
Una dama de su casa.
DON ALONSO.
Mira lo que haces, Tello:
No entres adonde no salgas.
TELLO.
No es nada, por vida tuya.
DON ALONSO.
Una doncella ¿no es nada?
TELLO.
Es la muela del ladron
Que ahorcaron ayer.
DON ALONSO.
Repara
En que acompañan la reja
Dos hombres.
TELLO.
¿Si están de guarda?
DON ALONSO.
¡Qué buen liston!
TELLO.
Ella quiso
Castigarte.
DON ALONSO.
¿No buscara,
Si fuí atrevido, otro estilo?
Pues advierta que se engaña.
Mal conoce á don Alonso,
Que por excelencia llaman
El Caballero de Olmedo.
¡Vive Dios, que he de mostrarla
A castigar de otra suerte
A quien la sirve!
TELLO.
No hagas
Algun disparate.
DON ALONSO.
Hidalgos,
En las rejas de esa casa
Nadie se arrima.
DON RODRIGO. (*Ap. á don Fernando.*)
¿Qué es esto?
DON FERNANDO.
Ni en el talle ni en el habla
Conozco este hombre.
DON RODRIGO.
¿Quién es
El que con tanta arrogancia
Se atreve á hablar?
DON ALONSO.
El que tiene
Por lengua, hidalgos, la espada.
DON RODRIGO.
Pues hallará quien castigue
Su locura temeraria.
TELLO.
Cierra, Señor; que no son
Muelas que á difuntos sacan.
(*Desenvainan y riñen: retíranse don Rodrigo y don Fernando.*)
DON ALONSO.
No los sigas. Bueno está.
TELLO.
Aquí se quedó una capa.
DON ALONSO.
Cógela y ven por aquí;
Que hay luces en las ventanas.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.
Apenas la blanca aurora,
Leonor, el pié de marfil
Puso en las flores de abril,
Que pinta, esmalta y colora,
Cuando á mirar el liston
Salí de amor desvelada,
Y con la mano turbada
Dí sosiego al corazon.
En fin, él no estaba allí.
DOÑA LEONOR.
Cuidado tuvo el galan.

DOÑA INÉS.

No tendrán los que me dan
Sus pensamientos á mí.

DOÑA LEONOR.

Tú, que fuiste el mismo hielo,
¡En tan breve tiempo estás
De esa suerte!

DOÑA INÉS.

No sé mas
De que me castiga el cielo.
O es venganza ó es vitoria
De amor en mi condicion:
Parece que el corazon
Se me abrasa en su memoria.
Un punto solo no puedo
Apartarla dél. ¿Qué haré?

ESCENA XV.

DON RODRIGO, *con liston verde en el sombrero.* — DICHAS.

DON RODRIGO.

(*Ap.* Nunca, amor, imaginé
Que te sujetara el miedo.
Animo para vivir;
Que aquí está Inés.) Al señor
Don Pedro busco.

DOÑA INÉS.

Es error
Tan de mañana acudir;
Que no estará levantado.

DON RODRIGO.

Es un negocio importante.

DOÑA INÉS. (*Ap. á su hermana.*)

No he visto tan necio amante.

DOÑA LEONOR.

Siempre es discreto lo amado
Y necio lo aborrecido.

DON RODRIGO. (*Ap.*)

¿Que de ninguna manera
Puedo agradar una fiera,
Ni dar memoria á su olvido?

DOÑA INÉS. (*Ap. á su hermana.*)

¡Ay, Leonor! No sin razon
Viene don Rodrigo aquí,
Si yo misma le escribí
Que fuese por el liston.

DOÑA LEONOR.

Fabia este engaño te ha hecho.

DOÑA INÉS.

Presto romperé el papel;
Que quiero vengarme en él
De haber dormido en mi pecho.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DON FERNANDO, *con liston verde en el sombrero.*—DICHOS.

DON FERNANDO. (*Ap. á don Pedro.*)

Hanme puesto por tercero
Para tratarlo con vos.

DON PEDRO.

Pues hablarémos los dos
En el concierto primero.

DON FERNANDO.

Aquí está; que siempre amor
Es reloj anticipado.

DON PEDRO.

Habrále Inés concertado
Con la llave del favor.

DON FERNANDO.

De lo contrario se agravia.

DON PEDRO.

Señor don Rodrigo...

DON RODRIGO.

Aquí
Vengo á que os sirvais de mí.

(*Hablan bajo don Pedro y los dos galanes.*)

DOÑA INÉS. (*Ap. á Leonor.*)

Todo fué enredo de Fabia.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo?

DOÑA INÉS.

¿No ves que tambien
Trae el liston don Fernando?

DOÑA LEONOR.

Si en los dos le estoy mirando,
Entrambos te quieren bien.

DOÑA INÉS.

Solo falta que me pidas
Celos, cuando estoy sin mí.

DOÑA LEONOR.

¿Qué quieren tratar aquí?

DOÑA INÉS.

¿Ya las palabras olvidas
Que dijo mi padre ayer
En materia de casarme?

DOÑA LEONOR.

Luego bien puede olvidarme
Fernando, si él viene á ser.

DOÑA INÉS.

Antes presumo que son
Entrambos los que han querido
Casarse, pues han partido
Entre los dos el liston.

DON PEDRO. (*A los caballeros.*)

Esta es materia que quiere
Secreto y espacio: entremos
Donde mejor la tratemos.

DON RODRIGO.

Como yo ser vuestro espere,
No tengo mas que tratar.

DON PEDRO.

Aunque os quiero enamorado
De Inés, para el nuevo estado,
Quien soy os ha de obligar.

(*Vanse los tres caballeros.*)

DOÑA INÉS.

¡Qué vana fué mi esperanza!
¡Qué loco mi pensamiento!
¡Yo papel á don Rodrigo!
Y ¡tú de Fernando celos!
¡Oh forastero enemigo!
¡Oh Fabia embustera!

ESCENA XVII.

FABIA. — DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

FABIA.

Quedo;
Que lo está escuchando Fabia.

DOÑA INÉS.

Pues ¿cómo, enemiga, has hecho
Un enredo semejante?

FABIA.

Antes fué tuyo el enredo,
Si en aquel papel escribes
Que fuese aquel caballero
Por un liston de esperanza
A las rejas de tu huerto,
Y en ellas pones dos hombres
Que le maten; aunque pienso
Que á no se haber retirado,
Pagaran su loco intento.

DOÑA INÉS.

¡Ay, Fabia! Ya que contigo
Llego á declarar mi pecho,
Ya que á mi padre, á mi estado
Y á mi honor pierdo el respeto,
Dime: ¿es verdad lo que dices?
Que siendo ansí, los que fueron
A la reja le tomaron,
Y por favor se le han puesto.
De suerte estoy, madre mia,
Que no puedo hallar sosiego,
Si no es pensando en quien sabes.

FABIA.

(*Ap.* ¡Oh qué bravo efeto hicieron
Los hechizos y conjuros!
La vitoria me prometo.)
No te desconsueles, hija,
Vuelve en tí; que tendrás presto
Estado con el mejor
Y mas noble caballero
Que agora tiene Castilla;
Porque será por lo menos
El que por único llaman
El Caballero de Olmedo.
Don Alonso en una feria
Te vió, labradora Vénus,
Haciendo las cejas arco,
Y flecha los ojos bellos.
Disculpa tuvo en seguirte,
Porque dicen los discretos
Que consiste la hermosura
En ojos y entendimiento.
En fin, en las verdes cintas
De tus piés llevaste presos
Los suyos; que ya el amor
No prende con los cabellos.
El te sirve, tú le estimas;
El te adora, tú le has muerto;
El te escribe, tú respondes:
¿Quién culpa amor tan honesto?
Para él tienen sus padres,
Porque es único heredero,
Diez mil ducados de renta;
Y aunque es tan mozo, son viejos.
Déjate amar y servir
Del mas noble, del mas cuerdo
Caballero de Castilla,
Lindo talle, lindo ingenio.
El Rey en Valladolid
Grandes mercedes le ha hecho,
Porque él solo honró las fiestas
De su real casamiento.
Cuchilladas y lanzadas
Dió en los toros como un Héctor;
Treinta precios dió á las damas
En sortijas y torneos.
Armado parece Aquiles,
Mirando de Troya el cerco;
Con galas parece Adónis...
Mejor fin le den los cielos.
Vivirás bien empleada
En un marido discreto:
¡Desdichada de la dama
Que tiene marido necio!

DOÑA INÉS.

¡Ay, madre! Vuélvesme loca.
Pero ¡triste! ¿cómo puedo
Ser suya, si á don Rodrigo
Me da mi padre don Pedro?
Él y don Fernando están
Tratando mi casamiento.

FABIA.

Los dos haréis nulidad
La sentencia de ese pleito.

DOÑA INÉS.

Está don Rodrigo allí.

FABIA.

Eso no te cause miedo,
Pues es parte y no jüez.

DOÑA INÉS.

Leonor, ¿no me das consejo?

DOÑA LEONOR.

Y ¿estás tú para tomarle?

DOÑA INÉS.

No sé; pero no tratemos
En público destas cosas.

FABIA.

éjame á mí tu suceso.
on Alonso ha de ser tuyo;
ue serás dichosa espero
on hombre que es en Castilla
a gala de Medina,
a flor de Olmedo.

ACTO SEGUNDO.

Calle y vista exterior de la casa de don Pedro.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, TELLO.

DON ALONSO.

engo el morir por mejor,
ello, que vivir sin ver.

TELLO.

emo que se ha de saber
te tu secreto amor;
e con tanto ir y venir
e Olmedo á Medina, creo
ue á los dos da tu deseo
ue sentir y aun que decir.

DON ALONSO.

Cómo puedo yo dejar
e ver á Inés, si la adoro?

TELLO.

uardándole mas decoro
n el venir y el hablar;
ue en ser á tercero dia,
ienso que te dan, Señor,
ercianas de amor.

DON ALONSO.

Mi amor
 está ocioso, ni se enfria.
iempre abrasa, y no permite
e esfuerce naturaleza
 instante su flaqueza,
orque jamás se remite.
s bien se ve que es leon,
mor, tu fuerza tirana,
ues que con esta cuartana
 amansa mi corazon.
 esta ausencia una calma
e amor, porque si estuviera
onde siempre á Inés viera,
era salamandra el alma.

TELLO.

o te cansa y te amohina
nto entrar, tanto partir?

DON ALONSO.

ues yo ¿qué hago en venir,
llo, de Olmedo á Medina?
eandro pasaba un mar
das las noches, por ver
le podia beber
ra poderse templar.
es si entre Olmedo y Medina
 hay, Tello, un mar, ¿qué me debe
és?

TELLO.

A otro mar se atreve
ien al peligro camina
 que Leandro se vió;
es á don Rodrigo veo
n cierto de tu deseo
mo puedo estarlo yo;
e como yo no sabia
ya aquella capa fué,
 dia que la saqué...

DON ALONSO.

Gran necedad!

TELLO.

Como mia,
Me preguntó: «Diga, hidalgo,
¿Quién esta capa le dió?
Porque la conozco yo»
Respondí: «Si os sirve en algo,
Daréla á un criado vuestro.»
Con esto, descolorido,
Dijo: «Habíala perdido
De noche un lacayo nuestro;
Pero mejor empleada
Está en vos: guardadla bien.»
Y fuése á medio desden,
Puesta la mano en la espada.
Sabe que te sirvo, y sabe
Que la perdió con los dos.
Advierte, Señor, por Dios,
Que toda esta gente es grave,
Y que están en su lugar,
Donde todo gallo canta.
Sin esto, tambien me espanta
Ver este amor comenzar
Por tantas hechicerías,
Y que cercos y conjuros
No son remedios seguros,
Si honestamente porfías.
Fuí con ella (que no fuera)
A sacar de un ahorcado
Una muela: puse á un lado
Como arlequin la escalera.
Subió Fabia, quedé al pié,
Y díjome el salteador:
«Sube, Tello, sin temor,
O si no, yo bajaré.»
¡San Pablo! Allí me caí.
Tan sin alma vine al suelo,
Que fué milagro del cielo
El poder volver en mí.
Bajó, desperté turbado,
Y de mirarme afligido,
Porque sin haber llovido,
Estaba todo mojado.

DON ALONSO.

Tello, un verdadero amor
En ningun peligro advierte.
Quiso mi contraria suerte
Que hubiese competidor,
Y que trate enamorado
Casarse con doña Inés:
Pues ¿qué he de hacer, si me ves
Celoso y desesperado?
No creo en hechicerías;
Que todas son vanidades:
Quien concierta voluntades
Son méritos y porfías.
Inés me quiere, yo adoro
A Inés, yo vivo en Inés;
Todo lo que Inés no es
Desprecio, aborrezco, ignoro.
Inés es mi bien, yo soy
Esclavo de Inés, no puedo
Vivir sin Inés, de Olmedo
A Medina vengo y voy,
Porque Inés mi dueño es
Para vivir ó morir.

TELLO.

Solo te falta decir:
«Un poco te quiero, Inés.»
¡Plega á Dios que por bien sea!

DON ALONSO.

Llama, que es hora.

TELLO.

Yo voy.
(*Llama en casa de don Pedro.*)

ESCENA II.

ANA, *dentro de la casa.* — DICHOS. *Despues,* DOÑA INÉS.

ANA. (*Dentro.*)

¿Quién es?

TELLO.

¡Tan presto! Yo soy.
¿Está en casa Melibea?
Que viene Calisto aquí.

ANA. (*Dentro.*)

Aguarda un poco, Sempronio.

TELLO.

Sí haré, falso testimonio.

DOÑA INÉS. (*Dentro.*)

¿El mismo?

ANA. (*Dentro.*)

Señora, sí.
(*Ábrese la puerta y entran don Alonso y Tello en casa de don Pedro.*)

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, DON ALONSO, TELLO.

DOÑA INÉS.

¡Señor mio!...

DON ALONSO.

Bella Inés,
Esto es venir á vivir.

TELLO.

Agora no hay que decir:
«Yo te lo diré despues.»

DOÑA INÉS.

¡Tello amigo!...

TELLO.

Reina mia...

DOÑA INÉS.

Nunca, Alonso de mis ojos,
Por haberme dado enojos
Esta ignorante porfía
De don Rodrigo esta tarde,
He estimado que me vieses...
. . . .
. . . . [1]

DON ALONSO.

Aunque fuerza de obediencia
Te hiciese tomar estado,
No he de estar desengañado
Hasta escuchar la sentencia.
Bien el alma me decia
(Y á Tello se lo contaba
Cuando el caballo sacaba,
Y el sol los que aguarda el dia)
Que de alguna novedad
Procedia mi tristeza,
Viniendo á ver tu belleza,
Pues me dices que es verdad.
¡Ay de mí, si ha sido ansí!

DOÑA INÉS.

No lo creas, porque yo
Diré á todo el mundo no,
Despues que te dije sí.
Tú solo dueño has de ser
De mi libertad y vida;
No hay fuerza que el ser impida,
Don Alonso, tu mujer.
Bajaba al jardin ayer,
Y como por don Fernando
Me voy de Leonor guardando,
A las fuentes, á las flores
Estuve diciendo amores,
Y estuve tambien llorando.
«Flores y aguas (les decia),
Dichosa vida gozais,
Pues aunque noche pasais,
Veis vuestro sol cada dia.»
Pensé que me respondia
La lengua de una azucena
(¡Qué engaños amor ordena!)
«Si el sol que adorando estás
Viene de noche, que es mas,
Inés, ¿de qué tienes pena?»

[1] Faltan versos.

TELLO.

Así dijo á un ciego un griego
Que le contó mil disgustos:
«Pues tiene la noche gustos,
¿Para qué te quejas, ciego?»

DOÑA INÉS.

Como mariposa llego
A estas horas, deseosa
De tu luz... no mariposa,
Fénix ya, pues de una suerte
Me da vida y me da muerte
Llama tan dulce y hermosa.

DON ALONSO.

¡Bien haya el coral, amén,
De cuyas hojas de rosas
Palabras tan amorosas
Salen á buscar mi bien!
Y advierte que yo tambien,
Cuando con Tello no puedo,
Mis celos, mi amor, mi miedo
Digo en tu ausencia á las flores.

TELLO.

Yo le vi decir amores
A los rábanos de Olmedo;
Que un amante suele hablar
Con las piedras, con el viento.

DON ALONSO.

No puede mi pensamiento
Ni estar solo, ni callar;
Contigo, Inés, ha de estar,
Contigo hablar y sentir.
¡Oh! quién supiera decir
Lo que te digo en ausencia!
Pero estando en tu presencia
Aun se me olvida el vivir.
Por el camino le cuento
Tus gracias á Tello, Inés,
Y celebramos despues
Tu divino entendimiento.
Tal gloria en tu nombre siento,
Que una mujer recibí
De tu nombre, porque ansí,
Llamándola todo el dia,
Pienso, Inés, señora mia,
Que te estoy llamando á tí.

TELLO.

Pues advierte, Inés discreta,
De los dos tan nuevo efeto,
Que á él le has hecho discreto,
Y á mí me has hecho poeta.
Oye una glosa á un estribo
Que compuso don Alonso,
A manera de responso,
Si los hay en muerto vivo.
En el valle á Inés
La dejé riendo:
Si la ves, Andrés,
Dile cuál me ves
Por ella muriendo.

DOÑA INÉS.

¿Don Alonso la compuso?

TELLO.

Que es buena jurarte puedo
Para poeta de Olmedo.
Escuchá.

DON ALONSO.

Amor lo dispuso.

TELLO.

Andrés, despues que las bellas
Plantas de Inés goza el valle,
Tanto florece con ellas,
Que quiso el cielo trocalle
Por sus flores sus estrellas.
Ya el valle es cielo, despues
Que su primavera es,
Pues verá el cielo en el suelo
Quien vió, pues de Inés es cielo,
En el valle á Inés.
Con miedo y respeto estampo
El pié donde el suyo huella;
Que ya Medina del Campo
No quiere aurora mas bella
Para florecer su campo.
Yo la vi de amor huyendo,
Cuanto miraba matando,
Su mismo desden venciendo,
Y aunque me partí llorando,
La dejé riendo.
Dile, Andrés, que ya me veo
Muerto por volverla á ver,
Aunque cuando llegues, creo
Que no será menester;
Que me habrá muerto el deseo.
No tendrás que hacer despues
Que á sus manos vengativas
Llegues, si una vez la ves,
Ni aun es posible que vivas,
Si la ves, Andrés.
Pero si matarte olvida,
Por no hacer caso de tí,
Dile á mi hermosa homicida
Que ¿por qué se mata en mí,
Pues que sabe que es mi vida?
Dile: «Cruel, no le des
Muerte, si vengada estás,
Y te ha de pesar despues.»
Y pues no me has de ver mas,
Dile cuál me ves.
Verdad es que se dilata
El morir, pues con mirar
Vuelve á dar vida la ingrata,
Y así se cansa en matar,
Pues da vida á cuantos mata.
Pero muriendo ó viviendo,
No me pienso arrepentir
De estarla amando y sirviendo;
Que no hay bien como vivir
Por ella muriendo.

DOÑA INÉS.

Si es tuya, notablemente
Te has alargado en mentir
Por don Alonso.

DON ALONSO.

Es decir
Que mi amor en versos miente.
Pues, Señora, ¿qué poesía
Llegará á significar
Mi amor?

DOÑA INÉS.

¡Mi padre!

DON ALONSO.

¿Ha de entrar?

DOÑA INÉS.

Escondeos.

DON ALONSO.

¿Dónde?

(*Escóndese don Alonso y Tello.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO. — DOÑA INÉS.

DON PEDRO.

Inés mia,
¡Agora por recoger!
¿Cómo no te has acostado?

DOÑA INÉS.

Rezando, Señor, he estado
(Por lo que dijiste ayer),
Rogando á Dios que me incline
A lo que fuere mejor.

DON PEDRO.

Cuando para tí mi amor
Imposibles imagine,
No pudiera hallar un hombre
Como don Rodrigo, Inés.

DOÑA INÉS.

Ansí dicen todos que es
De su buena fama el nombre;
Y habiéndome de casar,
Ninguno en Medina hubiera,
Ni en Castilla, que pudiera
Sus méritos igualar.

DON PEDRO.

¿Cómo, habiendo de casarte?

DOÑA INÉS.

Señor, hasta ser forzoso
Decir que ya tengo esposo,
No he querido disgustarte.

DON PEDRO.

¡Esposo! ¿Qué novedad
Es esta, Inés?

DOÑA INÉS.

Para tí
Será novedad; que en mí
Siempre fué mi voluntad.
Y ya que estoy declarada,
Hazme mañana cortar
Un hábito, para dar
Fin á esta gala excusada;
Que así quiero andar, Señor,
Mientras me enseñan latin.
Leonor te queda; que al fin
Te dará nietos Leonor.
Y por mi madre te ruego
Que en esto no me repliques,
Sino que medios apliques
A mi eleccion y sosiego.
Haz buscar una mujer
De buena y santa opinion,
Que me dé alguna licion
De lo que tengo de ser,
Y un maestro de cantar,
Que de latin sea tambien.

DON PEDRO.

¿Eres tú quien habla, ó quién?

DOÑA INÉS.

Esto es hacer, no es hablar.

DON PEDRO.

Por una parte mi pecho
Se enternece de escucharte,
Inés, y por otra parte
De duro mármol le has hecho.
En tu verde edad mi vida
Esperaba sucesion;
Pero si esto es vocacion,
No quiera Dios que lo impida.
Haz tu gusto, aunque tu celo
En esto no intenta el mio;
Que ya sé que el albedrío
No presta obediencia al cielo.
Pero porque suele ser
Nuestro pensamiento humano
Tal vez inconstante y vano,
Y en condicion de mujer,
Que es fácil de persuadir,
Tan poca firmeza alcanza,
Que hay de mujer á mudanza
Lo que de hacer á decir;
Mudar las galas no es justo,
Pues no pueden estorbar
A leer latin ó cantar,
Ni á cuanto fuere tu gusto.
Viste alegre y cortesana;
Que no quiero que Medina,
Si hoy te admirare divina,
Mañana te burle humana.
Yo haré buscar la mujer
Y quien te enseñe latin,
Pues á mejor Padre, en fin,
Es mas justo obedecer.
Y con esto, adios te queda;
Que para no darte enojos,
Van á esconderse mis ojos
Adonde llorarte pueda.

(*Va*

ESCENA V.

DON ALONSO, TELLO. — DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

Pésame de haberte dado
Disgusto.

DON ALONSO.

A mí no me pesa,
Por el que me ha dado el ver
Que nuestra muerte conciertas.
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste
En tal desdicha, en tal pena,
Tan breve remedio?

DOÑA INÉS.

Amor
En los peligros enseña
Una luz por donde el alma
Posibles remedios vea.

DON ALONSO.

Este ¿es remedio posible?

DOÑA INÉS.

Como yo agora le tenga,
Para que este don Rodrigo
No llegue al fin que desea,
Bien sabes que breves males
La dilacion los remedia;
Que no dejan esperanza,
Si no hay segunda sentencia.

TELLO.

Dice bien, Señor; que en tanto
Que doña Inés cante y lea,
Podeis dar órden los dos
Para que os valga la Iglesia.
En esto, desconfiado
Don Rodrigo, no hará fuerza
A don Pedro en la palabra,
Pues no tendrá por ofensa
Que le deje doña Inés
Por quien dice que le deja.
También es linda ocasion
Para que yo vaya y venga
Con libertad á esta casa.

DON ALONSO.

¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO.

Pues ha de leer latin,
¿No será fácil que pueda
Ser yo quien venga á enseñarla?
¡Verás ¡con qué destreza
Le enseño á leer tus cartas!

DON ALONSO.

¡Qué bien mi remedio piensas!

TELLO.

Y aun pienso que podrá Fabia
Servirte en forma de dueña,
Siendo la santa mujer
Que con su falsa apariencia
Venga á enseñarla.

DOÑA INÉS.

Bien dices.
Fabia será mi maestra
De virtudes y costumbres.

TELLO.

¡Y qué tales serán ellas!

DON ALONSO.

Mi bien, yo temo que el dia
(Que es amor dulce materia
Para no sentir las horas,
Que por los amantes vuelan)
Nos halle tan descuidados,
Que al salir de aquí me vean,
O que sea fuerza quedarme.
¡Ay, Dios! qué dichosa fuerza!
Medina á la Cruz de Mayo
Hace sus mayores fiestas:
Yo tengo que prevenir;
Que, como sabes, se acercan;
Que, fuera de que en la plaza
Quiero que galan me veas,
De Valladolid me escriben
Que el rey don Juan viene á verlas;
Que en los montes de Toledo
Le pide que se entretenga
El Condestable estos dias,
Porque en ellos convalezca,
Y de camino, Señora,
Que honre esta villa le ruega:
Y así, es razon que le sirva
La nobleza desta tierra.
Guárdete el cielo, mi bien.

DOÑA INÉS.

Espera; que á abrir la puerta
Es forzoso que yo vaya.

DON ALONSO.

¡Ay, luz! ay, aurora necia,
De todo amante envidiosa!

TELLO.

Ya no aguardeis que amanezca.

DON ALONSO.

¿Cómo?

TELLO.

Porque ya es de dia.

DON ALONSO.

Bien dices, si á Inés me muestras.
Pero ¿cómo puede ser,
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO.

Tú vas de espacio, él aprisa:
Apostaré que te quedas.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON FERNANDO.

DON RODRIGO.

Muchas veces habia reparado,
Don Fernando, en aqueste caballero,
Del corazon solícito avisado.
El talle, el grave rostro, lo severo,
Celoso me obligaban á miralle.

DON FERNANDO.

Efetos son de amante verdadero;
Que en viendo otra persona de buen talle,
Tienen temor que si le ve su dama,
Será posible ó fuerza codicialle.

DON RODRIGO.

Bien es verdad que él tiene tanta fama,
Que por mas que en Medina se encubria,
El mismo aplauso popular le aclama.
Vi, como os dije, aquel mancebo un dia
Que la capa perdida en la pendencia
Contra el valor de mi opinion traia.
Hice secretamente diligencia
Despues de hablarle, y satisfecho quedo,
Que tiene esta amistad correspondencia.
Su dueño es don Alonso, aquel de Olmedo,
Alanceador galan y cortesano,
De quien hombres y toros tienen miedo.
Pues si este sirve á Inés, ¿qué intento en vano?
O ¿cómo quiero yo, si ya le adora,
Que Inés me mire con semblante humano?

DON FERNANDO.

¿Por fuerza ha de quererle?

DON RODRIGO.

El la enamora,
Y merece, Fernando, que le quiera.
¿Qué he de pensar, si me aborrece agora?

DON FERNANDO.

Son celos, don Rodrigo, una quimera
Que se forma de envidia, viento y sombra,
Con que lo incierto imaginado altera,
Una fantasma que de noche asombra,
Un pensamiento que á locura inclina,
Y una mentira que verdad se nombra.

DON RODRIGO.

Pues ¿cómo tantas veces á Medina
Viene y va don Alonso? y ¿á qué efeto
Es cédula de noche en una esquina?
Yo me quiero casar; vos sois discreto:
¿Qué consejo me dais, si no es matalle?

DON FERNANDO.

Yo hago diferente mi conceto;
Que ¿cómo puede doña Inés amalle,
Si nunca os quiso á vos?

DON RODRIGO.

Porque es respuesta
Que tiene mayor dicha ó mejor talle.

DON FERNANDO.

Mas porque doña Inés es tan honesta,
Que aun la ofendeis con nombre de marido.

DON RODRIGO.

Yo he de matar á quien vivir me cuesta
En su desgracia, porque tanto olvido
No puede proceder de honesto intento.
Perdí la capa y perderé el sentido.

DON FERNANDO.

Antes dejarla á don Alonso, siento
Que ha sido como echársela en los ojos.
Ejecutad, Rodrigo, el casamiento,
Llévese don Alonso los despojos,
Y la vitoria vos.

DON RODRIGO.

Mortal desmayo
Cubre mi amor de celos y de enojos.

DON FERNANDO.

Salid galan para la Cruz de Mayo;
Que yo saldré con vos; pues el Rey viene,
Las sillas piden el castaño y bayo.
Menos aflige el mal que se entretiene.

DON RODRIGO.

Si viene don Alonso, ya Medina
¿Qué competencia con Olmedo tiene?

DON FERNANDO.

¡Qué loco estáis!

DON RODRIGO.

Amor me desatina.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

DON PEDRO.

No porfies.

DOÑA INÉS.

No podrás
Mi propósito vencer.

DON PEDRO.

Hija, ¿qué quieres hacer,
Que tal veneno me das?
Tiempo te queda...

DOÑA INÉS.

Señor,
¿Qué importa el hábito pardo,
Si para siempre le aguardo?

DOÑA LEONOR.

Necia estás.

DOÑA INÉS.

Calla, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Por lo menos estas fiestas
Has de ver con galas.

DOÑA INÉS.
Mira
Que quien por otras suspira,
Ya no tiene el gusto en estas.
Galas celestiales son
Las que ya mi vida espera.

DON PEDRO.
¿No basta que yo lo quiera?

DOÑA INÉS.
Obedecerte es razon.

ESCENA VIII.

FABIA, *con rosario, báculo y antojos.*— DICHOS.

FABIA.
Paz sea en aquesta casa.

DON PEDRO.
Y venga con vos.

FABIA.
¿Quién es
La señora doña Inés,
Que con el Señor se casa?
Quién es aquella que ya
Tiene su Esposo elegida,
Y como á prenda querida
Esos impulsos le da?

DON PEDRO.
Madre honrada, esta que veis,
Y yo su padre.

FABIA.
Que sea
Muchos años, y ella vea
El dueño que vos no veis.
Aunque en el Señor espero
Que os ha de obligar piadoso
A que aceteis tal esposo,
Que es muy noble caballero.

DON PEDRO.
Y ¡cómo, madre, si lo es!

FABIA.
Sabiendo que anda á buscar
Quien venga á morigerar
Los verdes años de Inés,
Quien la guie, quien la muestre
Las sémitas del Señor,
Y al camino del amor
Como á principianta adiestre;
Hice oracion en verdad,
Y tal impulso me dió,
Que vengo á ofrecerme yo
Para esta necesidad,
Aunque soy gran pecadora.

DON PEDRO.
Esta es la mujer, Inés,
Que has menester.

DOÑA INÉS.
Esta es
La que he menester agora.
Madre, abrázame.

FABIA.
Quedito;
Que el silicio me hace mal.

DON PEDRO.
No he visto humildad igual.

DOÑA LEONOR.
En el rostro trae escrito
Lo que tiene el corazon.

FABIA.
¡Oh qué gracia! oh qué belleza!
Alcance tu gentileza
Mi deseo y bendicion.
¿Tienes oratorio?

DOÑA INÉS.
Madre,
Comienzo á ser buena agora.

FABIA.
Como yo soy pecadora,
Estoy temiendo á tu padre.

DON PEDRO.
No le pienso yo estorbar
Tan divina vocacion.

FABIA.
En vano, infernal dragon,
La pensabas devorar.
No ha de casarse en Medina;
Monasterio tiene Olmedo;
Domine, si tanto puedo,
Ad juvandum me festina.

DON PEDRO.
Un ángel es la mujer.

ESCENA IX.

TELLO, *de gorron.* — DICHOS.

TELLO.
(*Dentro.* Si con sus hijas está,
Yo sé que agradecerá
Que yo me venga á ofrecer.)
(*Sale.*) El maestro que buscais
Está aquí, señor don Pedro,
Para latin y otras cosas,
Que dirá despues su efeto.
Que buscais un estudiante
En la iglesia me dijeron,
Porque ya desta señora
Se sabe el honesto intento.
Aquí he venido á serviros,
Puesto que soy forastero,
Si valgo para enseñarla.

DON PEDRO.
Ya creo y tengo por cierto,
Viendo que todo se junta,
Que fué voluntad del cielo.
En casa puede quedarse
La madre, y este mancebo
Venir á darte licion.
Concertadlo, mientras vuelvo,
Las dos. (*Á Tello.*) ¿De dónde es, galan?

TELLO.
Señor, soy calahorreño.

DON PEDRO.
¿Su nombre?

TELLO.
Martin Pelaez.

DON PEDRO.
Del Cid debe de ser deudo.
¿Dónde estudió?

TELLO.
En la Coruña,
Y soy por ella maestro.

DON PEDRO.
¿Ordenóse?

TELLO.
Sí, Señor,
De vísperas.

DON PEDRO.
Luego vengo. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, FABIA, TELLO.

TELLO.
¿Eres Fabia?

FABIA.
¿No lo ves?

DOÑA LEONOR.
Y ¿tú Tello?

DOÑA INÉS.
¡Amigo Tello!

DOÑA LEONOR.
¿Hay mayor bellaquería?

DOÑA INÉS.
¿Qué hay de don Alonso?

TELLO.
¿Puedo
Fiar de Leonor?

DOÑA INÉS.
Bien puedes.

DOÑA LEONOR.
Agraviara Inés mi pecho
Y mi amor, si me tuviera
Su pensamiento encubierto.

TELLO.
Señora, para servirte
Está don Alonso bueno,
Para las fiestas de Mayo,
Tan cerca ya, previniendo
Galas, caballos, jaeces,
Lanza y rejones; que pienso
Que ya le tiemblan los toros.
Una adarga habemos hecho,
Si se conciertan las cañas,
Como de mi raro ingenio.
Allá la verás en fin.

DOÑA INÉS.
¿No me ha escrito?

TELLO.
Soy un necio.
Esta, Señora, es la carta.

DOÑA INÉS.
Bésola de porte, y leo.

ESCENA XI.

DON PEDRO. — DICHOS.

DON PEDRO. (*Dentro.*)
Pues pon el coche, si está
Malo el alazan. (*Sale.*) ¿Qué es esto?

TELLO. (*Ap. á doña Inés.*)
Tu padre. Haz que lees, y yo
Haré que latin te enseño.—
Dominus...

DOÑA INÉS.
Dominus...

TELLO.
Diga.

DOÑA INÉS.
¿Cómo mas?

TELLO.
Dominus meus.

DOÑA INÉS.
Dominus meus.

TELLO.
Ansí
Poco á poco irá leyendo.

DON PEDRO.
¿Tan presto tomas licion?

DOÑA INÉS.
Tengo notable deseo.

DON PEDRO.
Basta; que á decir, Inés,
Me envia el Ayuntamiento
Que salga á las fiestas yo.

DOÑA INÉS.
Muy discretamente han hecho,
Pues viene á la fiesta el Rey.

DON PEDRO.
Pues sea con un concierto,
Que has de verlas con Leonor.

DOÑA INÉS.
Madre, dígame si puedo
Verlas sin pecar.

FABIA.
¿Pues no?
No escrupulices en eso,
Como algunos tan mirlados,

Que piensan de circunspectos
Que en todo ofenden á Dios,
Y olvidados de que fueron
Hijos de otros como todos,
Cualquiera entretenimiento
Que los trabajos olvide,
Tienen por notable exceso.
Y aunque es justo moderarlos,
Doy licencia, por lo menos
Para estas fiestas, por ser
Jugatoribus paternus.

DON PEDRO.

Pues vamos; que quiero dar
Dineros á tu maestro,
Y á la madre para un manto.

FABIA.

A todos cubra el del cielo.
Y vos, Leonor, ¿no seréis
Como vuestra hermana presto?

DOÑA LEONOR.

Sí, madre, porque es muy justo
Que tome tan santo ejemplo.

(*Vanse.*)

—

Sala de la casa que ocupa el Rey en Olmedo.

ESCENA XII.

EL REY DON JUAN EL II, EL CONDESTABLE DON ÁLVARO DE LUNA, ACOMPAÑAMIENTO.

REY. (*Al Condestable.*)

No me traigais al partir
Negocios que despachar.

CONDESTABLE.

Contienen solo firmar;
No has de ocuparte en oir.

REY.

Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE.

¿Han de entrar?

REY.

Ahora no.

CONDESTABLE.

Su Santidad concedió
Lo que pidió vuestra alteza
Por Alcántara, Señor.

REY.

Que mudase le pedí
El hábito, porque ansí
Pienso que estará mejor.

CONDESTABLE.

Era aquel traje muy feo.

REY.

Cruz verde pueden traer.
Mucho debo agradecer
Al Pontífice el deseo
Que de nuestro aumento muestra,
Con que irán siempre adelante
Estas cosas del Infante
En cuanto es de parte nuestra.

CONDESTABLE.

Estas son dos provisiones,
Y entrambas notables son.

REY.

¿Qué contienen?

CONDESTABLE.

La razon
De diferencia que pones
Entre los moros y hebreos
Que en Castilla han de vivir.

REY.

Quiero con esto cumplir,
Condestable, los deseos
De fray Vicente Ferrer,
Que lo ha deseado tanto.

CONDESTABLE.

Es un hombre docto y santo.

REY.

Resolví con él ayer
Que en cualquiera reino mio,
Donde mezclados están,
A manera de gaban
Traiga un tabardo el judío
Con una señal en él,
Y un verde capuz el moro.
Tenga el cristiano el decoro
Que es justo: apártese dél;
Que con esto tendrán miedo
Los que su nobleza infaman.

CONDESTABLE.

A don Alonso, que llaman
El caballero de Olmedo,
Hace vuestra alteza aquí
Merced de un hábito.

REY.

Es hombre
De notable fama y nombre.
En esta villa le vi
Cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE.

Pues pienso que determina,
Por servirte, ir á Medina
A las fiestas de mañana.

REY.

Decidle que fama emprenda
En el arte militar,
Porque yo le pienso honrar
Con la primera encomienda.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Alonso en Olmedo.

ESCENA XIII.

DON ALONSO.

¡Ay, riguroso estado[1],
Ausencia mi enemiga,
Que dividiendo el alma,
Puedes dejar la vida!
¡Cuán bien por tus efetos
Te llaman muerte viva,
Pues das vida al deseo,
Y matas á la vista!
¡Oh cuán piadosa fueras,
Si al partir de Medina
La vida me quitaras
Como el alma me quitas!
En tí, Medina, vive
Aquella Inés divina,
Que es honra de la corte
Y gloria de la villa.
Sus alabanzas cantan
Las aguas fugitivas,
Las aves que la escuchan,
Las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
Envidia de sí misma,
Pudiendo estar segura
Que el mismo sol la envidia,
Pues no la ve mas bella
Por su dorada cinta,
Ni cuando viene á España,
Ni cuando va á las Indias.
Yo merecí quererla:
¡Dichosa mi osadía!
Que es merecer sus penas
Calificar mis dichas.
Cuando pudiera verla,
Adorarla y servirla,
La fuerza del secreto
De tanto bien me priva.
Cuando mi amor no fuera
De fe tan pura y limpia,
Las perlas de sus ojos
Mi muerte solicitan.
Llorando por mi ausencia
Inés quedó aquel dia,
Que sus lágrimas fueron
De sus palabras firma.
Bien sabe aquella noche
Que pudiera ser mia...
Cobarde amor, ¿qué aguardas,
Cuando respetos miras?
¡Ay, Dios! qué gran desdicha!
Partir el alma y dividir la vida!

ESCENA XIV.

TELLO. — DON ALONSO.

TELLO.

¿Merezco ser bien llegado?

DON ALONSO.

No sé si diga que sí;
Que me has tenido sin mí
Con lo mucho que has tardado.

TELLO.

Si por tu remedio ha sido,
¿En qué me puedes culpar?

DON ALONSO.

¿Quién me puede remediar,
Si no es á quien yo le pido?
¿No me escribe Inés?

TELLO.

Aquí
Te traigo cartas de Inés.

DON ALONSO.

Pues hablarásme despues
En lo que has hecho por mí.

(*Lee.*) «Señor mio, despues que os »partistes, no he vivido; que sois tan »cruel, que aun no me dejais vida cuan»do os vais.»

TELLO.

¿No lees mas?

DON ALONSO.

No.

TELLO.

¿Por qué?

DON ALONSO.

Porque manjar tan süave
De una vez no se me acabe.
Hablemos de Inés.

TELLO.

Llegué
Con media sotana y guantes,
Que parecia de aquellos
Que hacen en solos los cuellos
Ostentacion de estudiantes.
Encajé salutacion,
Verbosa filatería,
Dando á la bachillería
Dos piensos de discrecion,
Y volviendo el rostro, vi
A Fabia...

DON ALONSO.

Espera, que leo
Otro poco; que el deseo
Me tiene fuera de mí.

(*Lee.*) «Todo lo que dejastes ordena»do se hizo; solo no se hizo que viviese »yo sin vos, porque no lo dejasteis or»denado.»

TELLO.

¿Es aquí contemplacion?

DON ALONSO.

Dime cómo hizo Fabia
Lo que dice Inés.

TELLO.

Tan sábia

[1] Este romancillo se halla con algunas variantes en la *Dorotea*, acto 3.° escena 4.°

Y con tanta discrecion,
Melindre y hipocresía,
Que me dieron que temer
Algunos que suelo ver
Cabizbajos todo el dia.
De hoy mas quedaré advertido
De lo que se ha de creer
De una hipócrita mujer
Y un ermitaño fingido.
Pues, si me vieras á mí
Con el semblante mirlado,
Dijeras que era traslado
De un reverendo alfaquí.
Creyóme el viejo, aunque en él
Se ve de un Caton retrato.

DON ALONSO.

Espera; que há mucho rato
Que no he mirado el papel.
(*Lee.*) «Daos prisa á venir, para que »sepais cómo quedo cuando os partís, »y cómo estoy cuando volveis.»

TELLO.

¿Hay otra estacion aquí?

DON ALONSO.

En fin, tú hallaste lugar
Para entrar y para hablar.

TELLO.

Estudiaba Inés en ti,
Que eras el latin, Señor,
Y la licion que aprendia.

DON ALONSO.

Leonor ¿qué hacia?

TELLO.

Tenia
Envidia de tanto amor,
Porque se daba á entender
Que de ser amado eres
Digno; que muchas mujeres
Quieren porque ven querer.
Que en siendo un hombre querido
De alguna con grande afeto,
Piensan que hay algun secreto
En aquel hombre escondido.
Y engáñanse, porque son
Correspondencias de estrellas.

DON ALONSO.

Perdonadme, manos bellas;
Que leo el postrer renglon.
(*Lee.*) «Dicen que viene el Rey á Me»dina, y dicen verdad, pues habeis de »venir vos, que sois rey mio.»
Acabóseme el papel.

TELLO.

Todo en el mundo se acaba.

DON ALONSO.

Poco dura el bien.

TELLO.

En fin,
Le has leido por jornadas.

DON ALONSO.

Espera; que aquí á la márgen,
Vienen dos ó tres palabras.
(*Lee.*) «Poneos esa banda al cuello.»
¡Ay si yo fuera la banda!

TELLO.

¡Bien dicho, por Dios! y entrar
Con doña Inés en la plaza.

DON ALONSO.

¿Dónde está la banda, Tello?

TELLO.

A mí no me han dado nada.

DON ALONSO.

¿Cómo no?

TELLO.

Pues ¿qué me has dado?

DON ALONSO.

Ya te entiendo: luego saca
A tu eleccion un vestido.

TELLO.

Esta es la banda.

DON ALONSO.

Extremada.

TELLO.

Tales manos la bordaron.

DON ALONSO.

Demos órden que me parta.
Pero ¡ay, Tello!

TELLO.

¿Qué tenemos?

DON ALONSO.

De decirte me olvidaba
Unos sueños que he tenido.

TELLO.

¿Agora en sueños reparas?

DON ALONSO.

No los creo, claro está;
Pero dan pena.

TELLO.

Eso basta.

DON ALONSO.

No falta quien llama á algunos
Revelaciones del alma.

TELLO.

¿Qué te puede suceder
En una cosa tan llana
Como quererte casar?

DON ALONSO.

Hoy, Tello, al salir el alba,
Con la inquietud de la noche [1],
Me levanté de la cama,
Abrí la ventana aprisa,
Y mirando flores y aguas
Que adornan nuestro jardin,
Sobre una verde retama
Veo ponerse un jilguero,
Cuyas esmaltadas alas
Con lo amarillo añadian
Flores á las verdes ramas.
Y estando al aire trinando
De la pequeña garganta
Con naturales pasajes
Las quejas enamoradas,
Sale un azor de un almendro,
Adonde escondido estaba,
Y como eran en los dos
Tan desiguales las armas,
Tiñó de sangre las flores,
Plumas al aire derrama.
Al triste chillido, Tello,
Débiles ecos del aura
Respondieron, y no léjos,
Lamentando su desgracia,
Su esposa, que en un jazmin
La tragedia viendo estaba.
Yo, midiendo con los sueños
Estos avisos del alma,
Apenas puedo alentarme;
Que con saber que son falsas
Todas estas cosas, tengo
Tan perdida la esperanza,
Que no me aliento á vivir.

TELLO.

Mal á doña Inés le pagas
Aquella heróica firmeza
Con que atrevida contrasta
Los golpes de la fortuna.
Ven á Medina, y no hagas
Caso de sueños y agüeros,
Cosas á la fe contrarias.

[1] No cuenta don Alonso el sueño de que ha hecho mencion antes: ¿faltará aquí algun trozo de relacion?

Lleva el ánimo que sueles,
Caballos, lanzas y galas,
Mata de envidia los hombres,
Mata de amores las damas.
Doña Inés ha de ser tuya,
A pesar de cuantos tratan
Dividiros á los dos.

DON ALONSO.

Bien dices. Inés me aguarda:
Vamos á Medina alegres.
Las penas anticipadas
Dicen que matan dos veces,
Y á mí sola Inés me mata,
No como pena, que es gloria.

TELLO.

Tú me verás en la plaza
Hincar de rodillas toros
Delante de sus ventanas.

ACTO TERCERO.

Entrada ó paso á la plaza de Medina del Campo, atajada y dispuesta para una corrida de toros.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, DON FERNANDO, CRIADOS, *con rejones.*—(*Suenan dentro atabales.*)

DON RODRIGO.

Poca dicha.

DON FERNANDO.

Malas suertes.

DON RODRIGO.

¡Qué pesar!

DON FERNANDO.

¿Qué se ha de hacer?

DON RODRIGO.

Brazo, ya no puede ser
Que en servir á Inés aciertes.

DON FERNANDO.

Corrido estoy.

DON RODRIGO.

Yo turbado.

DON FERNANDO.

Volvamos á porfiar.

DON RODRIGO.

Es imposible acertar
Un hombre tan desdichado.
Para el de Olmedo en efeto
Guardó suertes la fortuna.

DON FERNANDO.

No ha errado el hombre ninguna

DON RODRIGO.

Que la de errar os prometo.

DON FERNANDO.

Un hombre favorecido,
Rodrigo, todo lo acierta.

DON RODRIGO.

Abrióle el amor la puerta,
Y á mí, Fernando, el olvido.
Fuera desto, un forastero
Luego se lleva los ojos.

DON FERNANDO.

Vos teneis justos enojos.
El es galan caballero,
Mas no para escurecer
Los hombres que hay en Medina.

DON RODRIGO.

La patria me desatina;
Mucho parece mujer
En que lo propio desprecia,
Y de lo ajeno se agrada.

DON FERNANDO.

De ser de ingrata culpada
Son ejemplos Roma y Grecia.
(*Dentro ruido de pretales y voces.*)

ESCENA II.

GENTE, *dentro.*—DICHOS.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

¡Brava suerte!

VOZ 2.ª (*Dentro.*)

¡Con qué gala
Quebró el rejon!

DON FERNANDO.

¿Qué aguardamos?
Tomemos caballos.

DON RODRIGO.

Vamos.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

Nadie en el mundo le iguala.

DON FERNANDO.

¿Oyes esa voz?

DON RODRIGO.

No puedo
Sufrirlo.

DON FERNANDO.

Aun no lo encareces.

VOZ 2.ª (*Dentro.*)

¡Vítor setecientas veces
El caballero de Olmedo!

DON RODRIGO.

¿Qué suerte quieres que aguarde,
Fernando, con estas voces?

DON FERNANDO.

Es vulgo, ¿no le conoces?

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

Dios te guarde, Dios te guarde.

DON RODRIGO.

¿Qué mas dijeran al Rey?
Mas bien hacen: digan, rueguen
Que hasta el fin sus dichas lleguen.

DON FERNANDO.

Fué siempre bárbara ley
Seguir aplauso vulgar
Las novedades.

DON RODRIGO.

El viene
Á mudar caballo.

DON FERNANDO.

Hoy tiene
La fortuna en su lugar.

ESCENA III.

DON ALONSO, TELLO, *con librea y rejon.*—DON RODRIGO, DON FERNANDO.

TELLO.

¡Valientes suertes, por Dios!

DON ALONSO.

Dame, Tello, el alazan.

TELLO.

Todos el lauro nos dan.

DON ALONSO.

¿A los dos, Tello?

TELLO.

A los dos;
Que tú á caballo, y yo á pié
Nos habemos igualado.

DON ALONSO.

¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO.

Seis toros desjarreté,
Como si sus piernas fueran
Rábanos de mi lugar.

DON FERNANDO.

Volvamos, Rodrigo, á entrar;
Que por dicha nos esperan,
Aunque os parece que no.

DON RODRIGO.

A vos, don Fernando, sí,
A mí no, si no es que á mí
Me esperan para que yo
Haga suertes que me afrenten,
O que algun toro me mate,
O me arrastre ó me maltrate
Donde con risa lo cuenten.

TELLO. (*Ap. á su amo.*)

Aquellos te están mirando.

DON ALONSO.

Ya los he visto envidiosos
De mis dichas, y aun celosos
De mirarme á Inés mirando.
(*Vanse don Rodrigo y don Fernando y sus criados.*)

ESCENA IV.

DON ALONSO, TELLO

TELLO.

¡Bravos favores te ha hecho
Con la risa! que la risa
Es lengua muda que avisa
De lo que pasa en el pecho.
No pasabas vez ninguna,
Que arrojar no se quería
Del balcon.

DON ALONSO.

¡Ay, Inés mia!
Si quisiese la fortuna
Que á mis padres les llevase
Tal prenda de sucesion!

TELLO.

Sí harás, como la ocasion
Deste don Rodrigo pase;
Porque satisfecho estoy
De que Inés por tí se abrasa.

DON ALONSO.

Fabia se ha quedado en casa:
Mientras una vuelta doy
A la plaza, ve corriendo,
Y dí que esté prevenida
Inés, porque en mi partida
La pueda hablar; advirtiendo
Que si esta noche no fuese
A Olmedo, me han de contar
Mis padres por muerto, y dar
Ocasion, si no los viese,
A esta pena, y no es razon.
Tengan buen sueño, que es justo.

TELLO.

Bien dices: duerman con gusto,
Pues es forzosa ocasion
De temer y de esperar.

DON ALONSO.

Yo entro.

TELLO.

Guárdete el cielo.
(*Vase don Alonso.*)

ESCENA V.

TELLO.

Pues puedo hablar sin recelo
A Fabia, quiero llegar.
Traigo cierto pensamiento
Para coger la cadena
A esta vieja, aunque con pena
De su astuto entendimiento.
No supo Circe, Medea,
Ni Hécate lo que ella sabe;
Tendrá en el alma una llave,
Que de treinta vueltas sea.
Mas no hay maestra mejor
Que decirle que la quiero;
Que es el remedio primero
Para una mujer mayor;
Que con dos razones tiernas
De amores y voluntad,
Presumen de mocedad,
Y piensan que son eternas. (*Vase.*)

—

Calle y vista exterior de la casa de don Pedro.

ESCENA VI.

TELLO, *y despues* FABIA.

TELLO.

Acabóse. Llego, llamo.—
Fabia.—Pero soy un necio;
Que sabrá que el oro precio
Y que los años desamo,
Porque se lo ha de decir
El de las patas de gallo.
(*Sale Fabia de casa de don Pedro.*)

FABIA.

¡Jesus, Tello! ¿Aquí te hallo?
¡Qué buen modo de servir
A don Alonso! ¿Qué es esto?
Qué ha sucedido?

TELLO.

No alteres
Lo venerable, pues eres
Causa de venir tan presto;
Que por verte anticipé
De don Alonso un recado.

FABIA.

¿Cómo ha andado?

TELLO.

Bien ha andado,
Porque yo le acompañé.

FABIA.

¡Extremado fanfarron!

TELLO.

Pregúntalo al Rey, verás
Cuál de los dos hizo mas;
Que se echaba del balcon
Cada vez que yo pasaba.

FABIA.

¡Bravo favor!

TELLO.

Mas quisiera
Los tuyos.

FABIA.

¡Oh, quién te viera!

TELLO.

Esa hermosura bastaba
Para que yo fuera Orlando.
¿Toros de Medina á mí?
¡Vive el cielo, que les dí
Reveses, desjarretando,
De tal aire, de tal casta,
En medio del regocijo,
Que hubo toro que me dijo:
«Basta, señor Tello, basta.—
No basta, le dije yo»,
Y eché de un tajo volado
Una pierna en un tejado.

FABIA.

Y ¿cuántas tejas quebró?

TELLO.

Eso al dueño, que no á mí.
Dile, Fabia, á tu señora
Que ese mozo que la adora
Vendrá á despedirse aquí;
Que es fuerza volverse á casa,
Porque no piensen que es muerto
Sus padres: Esto te advierto.—
Y porque la fiesta pasa
Sin mí, y el Rey me ha de echar
Menos (que en efeto soy

Su toricida), me voy
A dar materia al lugar
De vítores y de aplauso,
Si me das algun favor.

FABIA.
¿Yo favor?

TELLO.
Paga mi amor.

FABIA.
¿Que yo tus hazañas causo?
Basta, que no lo sabia.
¿Qué te agrada mas?

TELLO.
Tus ojos.

FABIA.
Pues daréte sus antojos.

TELLO.
Por caballo, Fabia mia,
Quedo confirmado ya.

FABIA.
Propio favor de lacayo.

TELLO.
Mas castaño soy que bayo.

FABIA.
Mira cómo andas allá
(Que esto de *ne nos inducas*
Suelen causar los refrescos),
No te quite los gregüescos
Algun mozo de San Lúcas;
Que será notable risa,
Tello, que donde lo vea
Todo el mundo, un toro sea
Sumiller de tu camisa.

TELLO.
Lo atacado y el cuidado
Volverán por mi decoro.

FABIA.
Para un desgarro de un toro,
¿Qué importa estar atacado?

TELLO.
Que no tengo á toros miedo.

FABIA.
Los de Medina hacen riza,
Porque tienen ojeriza
Con los lacayos de Olmedo.

TELLO.
Como esos ha derribado,
Fabia, este brazo español.

FABIA.
Mas ¿que te ha de dar el sol
Adonde nunca te ha dado?
(*Vanse.*)

—

Paso á la plaza de Olmedo.

ESCENA VII.

Óyese ruido y grita dentro. — GENTE, *y despues* DON RODRIGO Y DON ALONSO.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)
Cayó don Rodrigo.

DON ALONSO. (*Dentro.*)
Afuera.

VOZ 2.ª (*Dentro*)
¡Qué gallardo, qué animoso
Don Alonso le socorre!

VOZ 1.ª (*Dentro.*)
Ya se apea don Alonso.

VOZ 2.ª (*Dentro.*)
¡Qué valientes cuchilladas!

VOZ 1.ª (*Dentro.*)
Hizo pedazos el toro.
(*Sale don Alonso teniendo á don Rodrigo.*)

DON ALONSO.
Aquí tengo yo caballo;
Que los nuestros van furiosos
Discurriendo por la plaza.
Ánimo.

DON RODRIGO.
Con vos le cobro.
La caida ha sido grande.

DON ALONSO.
Pues no será bien que al coso
Volvais; aquí habrá criados
Que os sirvan, porque yo torno
Á la plaza. Perdonadme,
Porque cobrar es forzoso
El caballo que dejé. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON FERNANDO. — DON RODRIGO.

DON FERNANDO.
¿Qué es esto? ¡Rodrigo, y solo!
¿Cómo estáis?

DON RODRIGO.
Mala caida,
Mal suceso, malo todo;
Pero mas deber la vida
A quien me tiene celoso,
Y á quien la muerte deseo.

DON FERNANDO.
¡Que sucediese á los ojos
Del Rey, y que viese Inés
Que aquel su galan dichoso
Hiciese el toro pedazos
Por libraros!

DON RODRIGO.
Estoy loco.
No hay hombre tan desdichado,
Fernando, de polo á polo.
¡Qué de afrentas, qué de penas,
Qué de agravios, qué de enojos,
Qué de injurias, qué de celos,
Qué de agüeros, qué de asombros!
Alcé los ojos á ver
A Inés, por ver si piadoso
Mostraba el semblante entonces,
Que aunque ingrato, necio adoro;
Y veo que no pudiera
Mirar Neron riguroso
Desde la torre Tarpeya
De Roma el incendio, como
Desde el balcon me miraba;
Y que luego, en vergonzoso
Clavel de púrpura fina
Bañado el jazmin del rostro,
A don Alonso miraba,
Y que por los labios rojos
Pagaba en perlas el gusto
De ver que á sus piés me postro,
De la fortuna arrojado
Y de la suya envidioso.
Mas ¡vive Dios, que la risa,
Primero que la de Apolo
Alegre el oriente y bañe
El aire de átomos de oro,
Se le ha de trocar en llanto,
Si hallo al hidalguillo loco
Entre Medina y Olmedo!

DON FERNANDO.
El sabrá ponerse en cobro.

DON RODRIGO.
Mal conoceis á los celos.

DON FERNANDO.
¿Quién sabe que no son monstruos?
Mas lo que ha de importar mucho
No se ha de pensar tan poco.
(*Vanse.*)

ESCENA IX.

EL REY, EL CONDESTABLE
ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Tarde acabaron las fiestas;
Pero ellas han sido tales,
Que no las he visto iguales.

CONDESTABLE
Dije á Medina que aprestas
Para mañana partir;
Mas tiene tanto deseo
De que veas el torneo
Con que te quiere servir,
Que me ha pedido, Señor,
Que dos dias se detenga
Vuestra alteza.

REY.
Cuando venga,
Pienso que será mejor.

CONDESTABLE.
Haga este gusto á Medina
Vuestra alteza.

REY.
Por vos sea,
Aunque el Infante desea,
Con tanta prisa camina,
Estas vistas de Toledo
Para el dia concertado.

CONDESTABLE.
Galan y bizarro ha estado
El caballero de Olmedo.

REY.
¡Buenas suertes, Condestable!

CONDESTABLE.
No sé en él cuál es mayor,
La ventura, ó el valor,
Aunque es el valor notable.

REY.
Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE.
Con razon le favorece
Vuestra alteza.

REY.
El lo merece,
Y que vos le honreis tambien.
(*Vanse.*)

—

Calle y vista exterior de la casa de don Pedro.

ESCENA X.

DON ALONSO, TELLO.

TELLO.
Mucho habemos esperado,
Ya no puedes caminar.

DON ALONSO.
Deseo, Tello, excusar
A mis padres el cuidado.
A cualquier hora es forzoso
Partirme.

TELLO.
Si hablas á Inés,
¿Qué importa, Señor, que estés
De tus padres cuidadoso?
Porque os ha de hallar el dia
En esas rejas.

DON ALONSO.
No hará;
Que el alma me avisará,
Como si no fuera mia.

TELLO.
Parece que hablan en ellas,
Y que es en la voz Leonor.

DON ALONSO.
Y lo dice el resplandor
Que da el sol á las estrellas.

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, *á una reja.*—DICHOS.

DOÑA LEONOR.

¿Es don Alonso?

DON ALONSO.

Yo soy.

DOÑA LEONOR.

Luego mi hermana saldrá,
Porque con mi padre está
Hablando en las fiestas de hoy.
Tello puede entrar; que quiere
Daros un regalo Inés.

(*Quítase de la reja.*)

DON ALONSO.

Entra, Tello.

TELLO.

Si despues
Cerraren y no saliere,
Bien puedes partir sin mí;
Que yo te sabré alcanzar.

(*Ábrese la puerta de casa de don Pedro, entra Tello, y vuelve doña Leonor á la reja.*)

DON ALONSO.

¡Cuándo, Leonor, podré entrar
Con tal libertad aquí?

DOÑA LEONOR.

Pienso que ha de ser muy presto,
Porque mi padre de suerte
Te encarece, que á quererte
Tiene el corazon dispuesto.
Y porque se case Inés,
En sabiendo vuestro amor,
Sabrá escoger lo mejor,
Como estimarlo despues.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS, *á la reja.*—DOÑA LEONOR, *en la reja;* DON ALONSO *en la calle.*

DOÑA INÉS.

¿Con quién hablas?

DOÑA LEONOR.

Con Rodrigo.

DOÑA INÉS.

Mientes, que mi dueño es.

DON ALONSO.

Que soy esclavo de Inés,
Al cielo doy por testigo.

DOÑA INÉS.

No sois sino mi señor.

DOÑA LEONOR

Ahora bien, quiéroos dejar;
Que es necedad estorbar
Sin celos quien tiene amor. (*Retírase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA INÉS, *en la reja;* DON ALONSO, *en la calle.*

DOÑA INÉS.

¿Como estáis?

DON ALONSO.

Como sin vida.
Por vivir os vengo á ver.

DOÑA INÉS.

Bien habia menester
La pena desta partida
Para templar el contento
Que hoy he tenido de veros,
Ejemplo de caballeros,
Y de las damas tormento.
De todas estoy celosa;
Que os alabasen queria,
Y despues me arrepentia,
De perderos temerosa.
¡Qué de varios pareceres!
¡Qué de títulos y nombres
Os dió la envidia en los hombres,
Y el amor en las mujeres!
Mi padre os ha codiciado
Por yerno para Leonor,
Y agradecióle mi amor,
Aunque celosa, el cuidado;
Que habeis de ser para mí,
Y así se lo dije yo,
Aunque con la lengua no,
Pero con el alma sí.
Mas ¡ay! ¿cómo estoy contenta,
Si os partís?

DON ALONSO.

Mis padres son
La causa.

DOÑA INÉS.

Teneis razon;
Mas dejadme que lo sienta.

DON ALONSO.

Yo lo siento, y voy á Olmedo,
Dejando el alma en Medina.
No sé cómo parto y quedo:
Amor la ausencia imagina,
Los celos, Señora, el miedo.
Así parto muerto y vivo;
Que vida y muerte recibo.
Mas ¿qué te puedo decir,
Cuando estoy para partir,
Puesto ya el pié en el estribo?
Ando, Señora, estos dias,
Entre tantas asperezas
De imaginaciones mias,
Consolado en mis tristezas
Y triste en mis alegrías.
Tengo, pensando perderte,
Imaginacion tan fuerte,
Y así en ella vengo y voy,
Que me parece que estoy
Con las ansias de la muerte.
La envidia de mis contrarios
Temo tanto, que aunque puedo
Poner medios necesarios,
Estoy entre amor y miedo
Haciendo discursos varios.
Ya para siempre me privo
De verte, y de suerte vivo,
Que mi muerte presumiendo,
Parece que estoy diciendo:
«*Señora, aquesta te escribo.*»
Tener de tu esposo el nombre
Amor y favor ha sido;
Pero es justo que me asombre,
Que amado y favorecido
Tenga tal tristeza un hombre.
Parto á morir, y te escribo
Mi muerte, si ausente vivo,
Porque tengo, Inés, por cierto
Que si vuelvo será muerto,
Pues partir no puedo vivo.
Bien sé que tristeza es;
Pero puede tanto en mí,
Que me dice, hermosa Inés:
«Si partes muerto de aquí,
¿Cómo volverás despues?»
Yo parto, y parto á la muerte,
Aunque morir no es perderte;
Que si el alma no se parte,
¿Cómo es posible dejarte,
Cuanto mas volver á verte?

DOÑA INÉS.

Pena me has dado y temor
Con tus miedos y recelos;
Si tus tristezas son celos,
Ingrato ha sido tu amor.
Bien entiendo tus razones;
Pero tú no has entendido
Mi amor.

DON ALONSO.

Ni tú que han sido
Estas imaginaciones
Solo un ejercicio triste
Del alma, que me atormenta,
No celos; que fuera afrenta
Del nombre, Inés, que me diste.
De sueños y fantasías,
Si bien falsas ilusiones,
Han nacido estas razones,
Que no de sospechas mias.

DOÑA INÉS.

Leonor vuelve

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR, *dentro.*—DICHOS.

DOÑA INÉS.

¿Hay algo?

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*)

Sí.

DON ALONSO.

¿Es partirme?

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*)

Claro está.
Mi padre se acuesta ya,
Y me preguntó por tí. (*Á doña Inés.*)

DOÑA INÉS.

Vete, Alonso, vete. Adios.
No te quejes, fuerza es.

DON ALONSO.

¿Cuándo querrá Dios, Inés,
Que estemos juntos los dos?
Aquí se acabó mi vida,
Que es lo mismo que partirme.—
Tello no sale, ó no puede
Acabar de despedirse.
Voyme; que él me alcanzara.

(*Retírase doña Inés.*

ESCENA XV.

Al retirarse DON ALONSO, UNA SOMBRA *con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le pone delante.*

DON ALONSO.

¿Qué es esto? ¿Quién va? De oirme
No hace caso. ¿Quién es? Hable.
¡Que un hombre me atemorice,
No habiendo temido á tantos!
¿Es don Rodrigo? ¿No dice
Quién es?

LA SOMBRA.

Don Alonso.

DON ALONSO.

¿Cómo?

LA SOMBRA.

Don Alonso.

DON ALONSO.

No es posible.
Mas otro será; que yo
Soy don Alonso Manrique.
Si es invencion, meta mano.
Volvió la espalda.

(*Vase la Sombra.*)

ESCENA XVI.

DON ALONSO.

Seguirle
Desatino me parece.
¡Oh imaginacion terrible!
Mi sombra debió de ser.
Mas no; que en forma visible
Dijo que era don Alonso.
Todas son cosas que finge
La fuerza de la tristeza,
La imaginacion de un triste.

¿Qué me quieres, pensamiento,
Que con mi sombra me afliges?
Mira que temer sin causa
Es de sugetos humildes.
O embustes de Fabia son,
Que pretende persuadirme
Porque no me vaya á Olmedo,
Sabiendo que es imposible.
Siempre dice que me guarde,
Y siempre que no camine
De noche, sin mas razon
De que la envidia me sigue.
Pero ya no puede ser
Que don Rodrigo me envidie,
Pues hoy la vida me debe;
Que esta deuda no permite
Que un caballero tan noble
En ningun tiempo la olvide.
Antes pienso que ha de ser
Para que amistad confirme
Desde hoy conmigo en Medina;
Que la ingratitud no vive
En buena sangre, que siempre
Entre villanos reside.
En fin, es la quinta esencia
De cuantas acciones viles
Tiene la bajeza humana
Pagar mal quien bien recibe. (*Vase.*)

—

Campo con árboles al lado de un camino.

ESCENA XVII.

DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO, CRIADOS *armados*.

DON RODRIGO.
Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

DON FERNANDO.
Finalmente, ¿venis determinado?

DON RODRIGO.
No habrá consejo que su muerte impida,
Despues que la palabra me han quebra-
Ya se entendió la devocion fingida, [do.
Ya supe que era Tello, su criado,
Quien la enseñaba aquel latin que ha
En cartas de romance traducido. [sido
¡Qué honrada dueña recibió en su casa
Don Pedro en Fabia! ¡Oh mísera donce-
Disculpo tu inocencia, si te abrasa [lla!
Fuego infernal de los hechizos della.
No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,
Y así el honor de entrambos atropella.
¡Cuántas casas de nobles caballeros
Han infamado hechizos y terceros!
Fabia, que puede trasponer un monte,
Fabia, que puede detener un rio,
Y en los negros ministros de Aqueronte
Tiene, como en vasallos, señorío;
Fabia, que deste mar, deste horizonte
Al abrasado clima, al norte frio
Puede llevar un hombre por el aire,
Le da liciones: ¿hay mayor donaire?

DON FERNANDO.
Por la misma razon yo no tratara
De mas venganza.

DON RODRIGO.
¡Vive Dios, Fernando,
Que fuera de los dos bajeza clara!

DON FERNANDO.
No la hay mayor que despreciar aman-

DON RODRIGO. [do.
Si vos podeis, yo no.

MENDO.
Señor, repara
En que vienen los ecos avisando
De que á caballo alguna gente viene.

DON RODRIGO.
Si viene acompañado, miedo tiene.

DON FERNANDO.
No lo creas; que es mozo temerario.

DON RODRIGO. [do.
Todo hombre con silencio esté escondi-
Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,
Tendrás detrás de un árbol prevenido.

DON FERNANDO. [vario!
¡Qué inconstante es el bien, qué loco y
Hoy á vista de un rey salió lucido,
Admirado de todos á la plaza,
Y ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

(*Escóndense.*)

ESCENA XVIII.

DON ALONSO.

Lo que jamás he tenido,
Que es algun recelo ó miedo,
Llevo caminando á Olmedo.—
Pero tristezas han sido.
Del agua el manso rüido
Y el ligero movimiento
Destas ramas con el viento
Mi tristeza aumentan mas.
Yo camino, y vuelve atrás
Mi confuso pensamiento.
De mis padres el amor
Y la obediencia me lleva,
Aunque esta es pequeña prueba
Del alma de mi valor.
Conozco que fué rigor
El dejar tan presto á Inés...
—¡Qué escuridad! Todo es
Horror, hasta que el aurora
En las alfombras de Flora
Ponga los dorados piés.
Allí cantan. ¿Quién será?
Mas será algun labrador,
Que camina á su labor.
Léjos parece que está;
Pero acercando se va.
Pues ¡cómo! Lleva instrumento.
Y no es rústico el acento,
Sino sonoro y süave.
¡Qué mal la música sabe,
Si está triste el pensamiento!

UNA VOZ. (*Dentro.*)
(*Canta desde léjos y viene acercándose.*)
Que de noche le mataron
Al caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

DON ALONSO.
¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?
Si es que avisos vuestros son,
Ya que estoy en la ocasion,
¿De qué me estáis informando?
Volver atrás ¿cómo puedo?
Invencion de Fabia es,
Que quiere, á ruego de Inés,
Hacer que no vaya á Olmedo.

LA VOZ. (*Dentro.*)
Sombras le avisaron
Que no saliese,
Y le aconsejaron
Que no se fuese
El caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

ESCENA XIX.

UN LABRADOR. — DON ALONSO.

DON ALONSO.
¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR.
¿Quién me llama?

DON ALONSO.
Un hombre soy,
Que va perdido.

LABRADOR.
Ya voy.
Veisme aquí.

DON ALONSO.
(*Ap.* Todo me espanta.)
¿Dónde vas?

LABRADOR.
A mi labor.

DON ALONSO.
¿Quién esa cancion te ha dado,
Que tristemente has cantado?

LABRADOR.
Allá en Medina, Señor.

DON ALONSO.
A mí me suelen llamar
El caballero de Olmedo,
Y yo estoy vivo.

LABRADOR.
No puedo
Deciros deste cantar
Mas historia ni ocasion,
De que á una Fabia la oí.
Si os importa, yo cumplí
Con deciros la cancion.
Volved atrás; no paseis
Deste arroyo.

DON ALONSO.
En mi nobleza
Fuera ese temor bajeza.

LABRADOR.
Muy necio valor teneis.
Volved, volved á Medina.

DON ALONSO.
Ven tú conmigo.

LABRADOR.
No puedo. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON ALONSO.

¡Qué de sombras finge el miedo!
¡Qué de engaños imagina!
Oye, escucha. ¿Dónde fué,
Que apenas sus pasos siento?
¡Ah, labrador! Oye, aguarda.
Aguarda, responde el eco.
¡Muerto yo! Pero es cancion
Que por algun hombre hicieron
De Olmedo, y los de Medina
En este camino han muerto.
A la mitad dél estoy:
¿Qué han de decir si me vuelvo?
Gente viene... No me pesa.
Si allá van, iré con ellos.

ESCENA XXI.

DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO, CRIADOS. — DON ALONSO.

DON RODRIGO.
¿Quién va?

DON ALONSO.
Un hombre. ¿No me ven?

DON FERNANDO.
Deténgase.

DON ALONSO.
Caballeros,
Si acaso necesidad
Los fuerza á pasos como estos;
Desde aquí á mi casa hay poco:
No habré menester dineros;
Que de dia y en la calle
Se los doy á cuantos veo
Que me hacen honra en pedirlos.

DON RODRIGO.
Quítese las armas luego.

DON ALONSO.

¿Para qué?

DON RODRIGO.

Para rendillas.

DON ALONSO.

¿Saben quién soy?

DON FERNANDO.

El de Olmedo,
El matador de los toros,
Que viene arrogante y necio
Á afrentar los de Medina,
El que deshonra á don Pedro
Con alcahuetes infames.

DON ALONSO.

Si fuérades á lo menos
Nobles vosotros, allá,
Pues tuvistes tanto tiempo,
Me hablárades, y no agora,
Que solo á mi casa vuelvo.
Allá en las rejas adonde
Dejastes la capa huyendo,
Fuera bien, y no en cuadrilla
Á media noche soberbios.
Pero confieso, villanos
(Que esta estimacion os debo),
Que aun siendo tantos, sois pocos.

(*Riñen.*)

DON RODRIGO.

Yo vengo á matar, no vengo
Á desafíos; que entonces
Te matara cuerpo á cuerpo.

(*A Mendo.*)

Tírale.

(*Dispara Mendo.*)

DON ALONSO.

Traidores sois;
Pero sin armas de fuego
No pudiérades matarme.
¡Jesus! (*Cae.*)

DON FERNANDO.

Bien lo has hecho, Mendo.

(*Vanse don Rodrigo, don Fernando y su gente.*)

DON ALONSO.

¡Qué poco crédito dí
Á los avisos del cielo!
Valor propio me ha engañado,
Y muerto envidias y celos.
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo
Tan solo?

ESCENA XXII.

TELLO. — DON ALONSO.

TELLO.

Pena me dieron
Estos hombres que á caballo
Van hácia Medina huyendo.
Si á don Alonso habian visto,
Pregunté; no respondieron.
Mala señal. Voy temblando.

DON ALONSO.

¡Dios mio, piedad! yo muero!
Vos sabeis que fué mi amor
Dirigido á casamiento.
¡Ay, Inés!

TELLO.

De lastimosas
Quejas siento tristes ecos.
Hácia aquella parte suenan.
No está del camino léjos
Quien las da. No me ha quedado
Sangre. Pienso que el sombrero
Puede tenerse en el aire
Solo en cualquiera cabello.
¡Ah, hidalgo!

DON ALONSO.

¿Quién es?

TELLO.

¡Ay, Dios!
¿Por qué dudo lo que veo?
Es mi señor. ¡Don Alonso!

DON ALONSO.

Seas bien venido, Tello.

TELLO.

¿Cómo, Señor, si he tardado?
¿Cómo, si á mirarte llego
Hecho un piélago de sangre?
Traidores, villanos, perros,
Volved, volved á matarme,
Pues habeis, infames, muerto
El mas noble, el mas valiente,
El mas galan caballero
Que ciñó espada en Castilla.

DON ALONSO.

Tello, Tello, ya no es tiempo
Mas que de tratar del alma.
Ponme en tu caballo presto,
Y llévame á ver mis padres.

TELLO.

¡Qué buenas nuevas les llevo
De las fiestas de Medina!
¿Qué dirá aquel noble viejo?
¿Qué hará tu madre y tu patria?
¡Venganza, piadosos cielos!

(*Llévase á don Alonso.*)

—

Sala de la casa en que se hospeda el Rey en Medina.

ESCENA XXIII.

DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, FABIA, ANA.

DOÑA INÉS.

¿Tantas mercedes ha hecho?

DON PEDRO.

Hoy mostró con su real
Mano, heróica y liberal
La grandeza de su pecho.
Medina está agradecida,
Y por la que he recibido,
A besarla os he traido.

DOÑA LEONOR.

¿Previene ya su partida?

DON PEDRO.

Sí, Leonor, por el Infante,
Que aguarda al Rey en Toledo.
En fin, obligado quedo;
Que por merced semejante
Mas por vosotras lo estoy,
Pues ha de ser vuestro aumento.

DOÑA LEONOR.

Con razon estás contento.

DON PEDRO.

Alcaide de Búrgos soy.
Besad la mano á su alteza.

DOÑA INÉS. (*Ap. á Fabia.*)

¡Ha de haber ausencia, Fabia!

FABIA.

Mas la fortuna te agravia.

DOÑA INÉS.

No en vano tanta tristeza
He tenido desde ayer.

FABIA.

Yo pienso que mayor daño
Te espera, si no me engaño,
Como suele suceder;
Que en las cosas por venir
No puede haber cierta ciencia.

DOÑA INÉS.

¿Qué mayor mal que la ausencia,
Pues es mayor que morir?

DON PEDRO.

Ya, Inés, ¿qué mayores bienes
Pudiera yo desear,
Si tú quisieras dejar
El propósito que tienes?
No porque yo te hago fuerza;
Pero quisiera casarte.

DOÑA INÉS.

Pues tu obediencia no es parte
Que mi propósito tuerza.
Me admiro de que no entiendas
La ocasion.

DON PEDRO.

Yo no la sé.

DOÑA LEONOR.

Pues yo por tí la diré,
Inés, como no te ofendas.
No la casas á su gusto.
Mira ¡qué presto!

DON PEDRO. (*Á Inés.*)

Mi amor
Se queja de tu rigor,
Porque á saber tu disgusto,
No lo hubiera imaginado.

DOÑA LEONOR.

Tiene inclinacion Inés
A un caballero, despues
Que el Rey de una cruz le ha honrado;
Que esto es deseo de honor,
Y no poca honestidad.

DON PEDRO.

Pues si él tiene calidad,
Y tú le tienes amor,
¿Quién ha de haber que replique?
Cásate en buen hora, Inés.
Pero ¿no sabré quién es?

DOÑA LEONOR.

Es don Alonso Manrique.

DON PEDRO.

Albricias hubiera dado.
¿El de Olmedo?

DOÑA LEONOR.

Sí, Señor.

DON PEDRO.

Es hombre de gran valor,
Y desde agora me agrado
De tan discreta eleccion;
Que si el hábito rehusaba
Era porque imaginaba
Diferente vocacion.
Habla, Inés, no estés ansí.

DOÑA INÉS.

Señor, Leonor se adelanta;
Que la inclinacion no es tanta
Como ella te ha dicho aquí.

DON PEDRO.

Yo no quiero examinarte,
Sino estar con mucho gusto
De pensamiento tan justo
Y de que quieras casarte.
Desde agora es tu marido;
Que me tendré por honrado
De un yerno tan estimado,
Tan rico y tan bien nacido.

DOÑA INÉS.

Beso mil veces tus piés.—
Loca de contento estoy,
Fabia.

FABIA.

El parabien te doy,
(*Ap.* Si no es pésame despues.)

DOÑA LEONOR.

El Rey.

ESCENA XXIV.

EL REY, EL CONDESTABLE, DON RODRIGO, DON FERNANDO, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

DON PEDRO. (*A sus hijas.*)
Llegad á besar
Su mano.

DOÑA INÉS.
¡Qué alegre llego!

DON PEDRO.
Dé vuestra alteza los piés,
Por la merced que me ha hecho
Del alcaidía de Búrgos,
A mí y á mis hijas.

REY.
Tengo
Bastante satisfacion
De vuestro valor, don Pedro,
Y de que me habeis servido.

DON PEDRO.
Por lo menos lo deseo.

REY.
¿Sois casadas?

DOÑA INÉS.
No, Señor.

REY.
¿Vuestro nombre?

DOÑA INÉS.
Inés.

REY.
¿Y el vuestro?

DOÑA LEONOR.
Leonor.

CONDESTABLE.
Don Pedro merece
Tener dos gallardos yernos,
Que están presentes, Señor,
Y que yo os pido por ellos
Los caseis de vuestra mano.

REY.
¿Quién son?

DON RODRIGO.
Yo, Señor, pretendo,
Con vuestra licencia, á Inés.

DON FERNANDO.
Y yo á su hermana le ofrezco
La mano y la voluntad.

REY.
En gallardos caballeros
Emplearéis vuestras dos hijas,
Don Pedro.

DON PEDRO.
Señor, no puedo
Dar á Inés á don Rodrigo,
Porque casada la tengo
Con don Alonso Manrique,
El caballero de Olmedo,
A quien hicistes merced
De un hábito.

REY.
Yo os prometo
Que la primera encomienda
Sea suya...

DON RODRIGO. (*Ap. á don Fernando.*)
¡Extraño suceso!

DON FERNANDO. (*Ap. á don Rodrigo.*)
Ten prudencia.

REY.
Porque es hombre
De grandes merecimientos.

ESCENA XXV.

TELLO. — DICHOS.

TELLO. (*Dentro.*)
Dejadme entrar.

REY.
¿Quién da voces?

CONDESTABLE.
Con la guarda un escudero,
Que quiere hablarte.

REY.
Dejadle.

CONDESTABLE.
Viene llorando y pidiendo
Justicia.

REY.
Hacerla es mi oficio.
Eso significa el cetro.
(*Sale Tello.*)

TELLO.
Invictísimo don Juan,
Que del castellano reino,
A pesar de tanta envidia,
Gozas el dichoso imperio:
Con un caballero anciano
Vine á Medina, pidiendo
Justicia de dos traidores;
Pero el doloroso exceso
En tus puertas le ha dejado,
Si no desmayado, muerto.
Con esto, yo, que le sirvo,
Rompí con atrevimiento
Tus guardas y tus oidos:
Oye, pues te puso el cielo
La vara de su justicia
En tu libre entendimiento,
Para castigar los malos
Y para premiar los buenos.
La noche de aquellas fiestas
Que á la Cruz de Mayo hicieron
Caballeros de Medina;
Para que fuese tan cierto
Que donde hay cruz hay pasion;
Por dar á sus padres viejos
Contento de verle libre
De los toros, menos fieros
Que fueron sus enemigos,
Partió de Medina á Olmedo
Don Alonso, mi señor,
Aquel ilustre mancebo
Que mereció tu alabanza,
Que es raro encarecimiento.
Quedéme en Medina yo,
Como á mi cargo estuvieron
Los jaeces y caballos,
Para tener cuenta dellos.
Ya la encapotada noche,
De los dos polos en medio,
Daba á la traicion espada,
Mano al hurto, piés al miedo,
Cuando partí de Medina;
Y al pasar un arroyuelo,
Puente y señal del camino,
Veo seis hombres, corriendo
Hácia Medina turbados,
Y aunque juntos, descompuestos.
La luna, que salió tarde,
Menguado el rostro sangriento,
Me dio á conocer los dos;
Que tal vez alumbra el cielo
Con las hachas de sus luces
El mas escuro silencio,
Para que vean los hombres
De las maldades los dueños,
Porque á los ojos divinos
No hubiese humanos secretos.
Paso adelante ¡ay de mí!
Y envuelto en su sangre veo
A don Alonso espirando.
Aquí, gran señor, no puedo
Ni hacer resistencia al llanto,
Ni decir el sentimiento.
En el caballo le puse
Tan animoso, que creo
Que pensaban sus contrarios
Que no le dejaban muerto.
A Olmedo llegó con vida
Cuanto fué bastante ¡ay cielo!
Para oir la bendicion
De dos miserables viejos,
Que enjugaban las heridas
Con lágrimas y con besos.
Cubrió de luto su casa
Y su patria, cuyo entierro
Será el del fénix, Señor,
Despues de muerto viviendo
En las lenguas de la fama,
A quien conserven respeto
La mudanza de los hombres
Y los olvidos del tiempo.

REY.
¡Extraño caso!

DOÑA INÉS.
¡Ay de mí!

DON PEDRO.
Guarda lágrimas y extremos,
Inés, para nuestra casa.
. . . . (1).

DOÑA INÉS.
Lo que de burlas te dije,
Señor, de veras te ruego.—
Y á vos, generoso Rey,
Desos viles caballeros
Os pido justicia.

REY. (*A Tello.*)
Dime,
Pues pudiste conocerlos,
¿Quién son esos dos traidores?
¿Dónde están? Que ¡vive el cielo,
De no me partir de aquí
Hasta que los deje presos!

TELLO.
Presentes están, Señor.
Don Rodrigo es el primero
Y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE.
El delito es manifiesto,
Su turbacion lo confiesa.

DON RODRIGO.
Señor, escucha...

REY.
Prendedlos,
Y en un teatro mañana
Cortad sus infames cuellos,
Fin de la trágica historia
Del *Caballero del Olmedo.*

(1) Falta un verso para el romance.

GUARDAR Y GUARDARSE

PERSONAS.

DON FÉLIX.	DON ARIAS.	EL ALMIRANTE.
CHACON.	EL REY DE CASTILLA.	RAMIRO
DOÑA ELVIRA.	EL REY DE ARAGON.	CRIADOS.
DOÑA HIPÓLITA.	TELLO.	ACOMPAÑAMIENTO.
DON SANCHO.	INÉS.	GUARDIAS.

La escena es en Toledo, Zaragoza y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Campo á la raya de Aragon.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX y CHACON, *de camino*.

DON FÉLIX.

rrados vamos, Chacon.

CHACON.

a ¿qué importa haber errado?

DON FÉLIX.

ienso que habemos llegado
la raya de Aragon.

CHACON.

odas estas sendas son
e aquella aldea.

DON FÉLIX.

Repara
nde este arroyuelo para.

CHACON.

n espacio me maravilla.

DON FÉLIX.

i él huyera de Castilla,
as aprisa caminara.
esto le dieran alcance.
be.

CHACON.

Consejo cruel.
aun pienso mirarme en él,
mo pastor de romance.

DON FÉLIX.

lí de notable trance,
es que en Aragon estoy.

CHACON.

preguntárselo voy
aquel villano.

DON FÉLIX.

Detente;
e mas cerca he visto gente.
ro sin decir quien soy.

CHACON.

lo puedes preguntar;
e parecen dos mujeres.

DON FÉLIX.

avas villanas!

CHACON.

No esperes;
e te importa descansar.

DON FÉLIX.

jame, Chacon, mirar
da y tela en labradoras.

CHACON.

ntiral-s; que son moras.

DON FÉLIX.

Si así las villanas son
De los montes de Aragon,
¿Cómo serán las señoras?
(*Retiranse á un lado*).

ESCENA II.

DOÑA HIPÓLITA y DOÑA ELVIRA, *en hábito de labradoras, bizarras*. — DON FÉLIX y CHACON, *retirados*.

DOÑA ELVIRA.

No hay consuelo para mí.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Quién deste campo no goza?

DOÑA ELVIRA.

Quien vivia en Zaragoza,
Y vino á morir aquí.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Querias al Rey?

DOÑA ELVIRA.

No y sí;
No, porque el Rey no queria
Casarse, aunque no seria,
Siendo quien soy, novedad;
Y sí, por la vanidad
De ver que un Rey me servia.
Que llegar no puede ser
A mas desvanecimiento,
El gusto, el entendimiento
Y el alma de una mujer,
Que á verse de un Rey querer;
Porque como son deidad,
Habiendo desigualdad,
No puede nuestra hermosura
Llegar á mayor ventura
Que vencer la majestad.

DOÑA HIPÓLITA.

Agora conozco, Elvira,
Por qué en las fábulas vanas
Por hermosuras humanas
El dios Júpiter suspira;
Que á sombra desta mentira
Pintaban un rey sujeto
A amor.

DOÑA ELVIRA.

Galan y discreto
Es el de Aragon; mas cuando
Su grandeza estoy mirando,
Amor se vuelve respeto.
El Almirante, mi hermano,
Con temor de un rey, me encierra
En la márgen desta sierra,
Donde con traje villano
Veo por su verde llano
Pasear los labradores,
Enseñada á los señores,
Al caballo, á la carroza
Y al Coso de Zaragoza,
Sin amor, oyendo amores.
Muy bien cantan al auror
Calandrias y filomenas,
Muy bien por diversas venas
Corre esta fuente sonora,
Muy bien su esposo enamora
La tórtola en voz süave;
Pero ni el cristal ni el ave
Me pueden dar alegría;
Porque no es edad la mia
Para soledad tan grave.
Más quiero, aunque sean mejores
Para algun discreto oido,
Oir de un coche el rüido,
Que cuarenta ruiseñores.
Para un libro de pastores
Es buena la soledad.

CHACON. (*Ap. á su amo.*)

¿Qué piensas?

DON FÉLIX.

Si fué verdad
Lo de las ninfas de Ovidio.
Los ciegos dioses envidio
Que adoró la antigüedad.
¿Hay tan nuevo villanaje?
¿Es fingimiento, Chacon?

CHACON.

Llega y sepamos quién son;
Que es rico, por Dios, el traje,
Y si conforma el lenguaje,
No te pares. Aquí espero.

DON FÉLIX.

Señoras, un forastero
Que por cierto desatino
Viene fuera de camino...

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

¡Qué gallardo caballero!

DON FÉLIX.

Os suplica le digais
Si está dentro de Aragon
(Que le obliga la ocasion
A que su temor sepais),
Y si en esta soledad
Podrá hallar algun consuelo,
Puesto que pasar del cielo
Os parezca necedad.
Pero si á buscar posada
Fuera el alma sin despojos,
Ya yo he visto en unos ojos
Dónde la hallara extremada.
Mas no tuviera sosiego;
Pues ¿qué loco ansí se atreve
A vivir, no siendo nieve,
En dos esferas de fuego?
Perdonad si me atreví
A querer posar en cielos,
Adonde los mismos celos
Tuvieran celos de mí.

CHACON.

(*Ap.* ¡Pesia tal! ¿Agora amor?)
¿Oyen, señoras?

DOÑA HIPÓLITA.

Muy bien.

CHACON.

Pues ¿habrá donde nos den,
Por dinero ó por favor,
Cama y cena? que cebada
No la habemos menester,
Ni los ojos pueden ser
De ninguna alma posada.

DOÑA HIPÓLITA.

Necio sois.

CHACON.

¿Por qué razon?

DOÑA HIPÓLITA.

Porque de todos los que aman
Casa los ojos se llaman,
Donde posa el corazon.
Que por eso viene á verse,
Cuando uno está enamorado,
En los ojos el cuidado,
Y es imposible esconderse.
Que como en el alma tiene
La causa de sus enojos,
Y son ventanas los ojos
Del cuerpo que á vivir viene,
Y el ver en mujeres es
Condicion siempre liviana,
Asómanse á la ventana,
Y saben todos quién es.
Luego á los ojos se van,
Porque no las conocieran,
Si ellas quedas se estuvieran
En el alma del galan.

CHACON.

¡Notable bachillería!
Señor, vámonos de aquí.

DON FÉLIX.

Señoras, oidme á mí
Por piedad y cortesía.
Yo pensé que iba á Aragon:
No sé á qué tierra he llegado.
Sin ser Ulises, he dado,
Con dulce trasformacion,
En el dorado palacio
De Circe. Ya no pretendo
Saber dónde voy, ni entiendo
Que tenga en tan breve espacio
Tanto poder la hermosura,
Sin el ingenio y el arte.
No me busque en otra parte
Ya, quien mi muerte procura.
Los caballos muertos quedan,
Que de Castilla saqué.
Al laberinto llegué
Donde las almas se enredan.
Todo fué indicio bastante
De aquesta dulce prision.

DOÑA ELVIRA.

Vos estáis en Aragon,
Y de don Juan, su almirante,
Es esta tierra; esa aldea,
Por ser la casa famosa
De aquella sierra fragosa,
Le entretiene y le recrea.
En su palacio hallaréis
Para esta noche posada,
Y (si la Circe os agrada
De quien sospecha teneis)
No mala conversacion,
Si quereis hurtarla al sueño.

DON FÉLIX.

De hoy mas, si os tengo por dueño,
Soy vasallo de Aragon,
Para bien y mal tratar.

DOÑA ELVIRA.

No os trataré mal ni bien;
Pero bastará que os den
Donde podais descansar;
Que á lo que en vos se parece,
Venís con algun cuidado.
El camino deste prado
En aquel lugar fenece.
La grandeza de la casa
Os dirá luego la puerta,
A cuantos pasan abierta.

DON FÉLIX.

¡Ay de quien por ella pasa,
Si ha de pagar lo que yo!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué noches habeis pasado
Al hielo, por el cuidado
Que el haberme visto os dió?
¿En qué penas os he puesto?
¿Qué moros habeis vencido
Por mí?

DON FÉLIX.

Si haberos rendido,
Señora, el alma tan presto
Poco os parece, mirad
Que imaginé cuando os vi
Que ya pasaban por mí
Mil siglos de voluntad,
Penas, peligros, cuidados,
Y que ya me los debeis.

DOÑA ELVIRA.

Pues si vos los padeceis
Por mi causa imaginados,
Haced cuenta que tambien
Os he pagado ese amor
Imaginando un favor.

DON FÉLIX.

Pues dejad que me le den
Esos piés, si sois servida.

DOÑA ELVIRA.

Eso no es imaginar.
Id, caballero, al lugar,
No le deis á que os impida
La entrada alguna sospecha,
Puesto que sois castellano.

DON FÉLIX.

Yo voy.—¿De qué hermosa mano
El amor tomó la flecha
Con que el alma me pasó?

CHACON.

¿Búrlaste?

DON FÉLIX.

Ven por aquí;
Que si amor vino tras mí,
En Aragon me alcanzó.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA, DOÑA HIPÓLITA

DOÑA ELVIRA.

Ya por lo menos tenemos
Con quien hablar.

DOÑA HIPÓLITA.

Si ha de estar
Esta noche en el lugar,
Que no digan, avisemos,
Quién somos; que el castellano
Parece un poco hablador,
Y con respeto y temor
Se irá en hablar á la mano.

DOÑA ELVIRA.

Y ¿es mejor que no le tenga?

DOÑA HIPÓLITA.

En oyéndolo decir,
Mas que hablar, querrá dormir,
Y no habrá quien te entretenga.

ESCENA IV.

TELLO, INÉS.—DICHAS.

INÉS.

Aquí están.

TELLO.

Di que está aquí
El coche, si han de volver.

INÉS.

Si anochece, ¿qué han de hacer?

DOÑA ELVIRA. (*A doña Hipólita.*)

Bien queda trazado ansí,
Si se detiene algun dia.

DOÑA HIPÓLITA.

Tú puedes hacer que espere.

INÉS. (*A doña Elvira.*)

Tello ha venido, si quiere
Volverse vueseñoría.

DOÑA ELVIRA.

Tello...

TELLO.

Señora...

DOÑA ELVIRA.

Al aldea
Vuelve con cuidado y prisa,
Y á toda mi gente avisa,
Aunque la rústica sea,
Que á dos hombres forasteros
Que allí llegarán, no digan
Quién soy...

TELLO.

Yo voy.

DOÑA ELVIRA.

Que me obligan,
Por serlo y por caballeros,
A la posada no mas. (*Vase Te*
Tú, Inés, al cochero advierte
Que llegue.

DOÑA HIPÓLITA.

Ya desta suerte
Entreteniéndote vas,
Y que te halles bien espero
En este campo.

DOÑA ELVIRA.

Eso fuera,
Hipólita, si viniera
Cada dia un forastero,
Y mas como este, entendido
Y de buen gusto.

DOÑA HIPÓLITA.

Ya aguardo
Su historia.

DOÑA ELVIRA.

Es hombre gallardo.
Algo le habrá sucedido.

(*Vanse.*)

—

Sala del alcázar de Toledo.

ESCENA V.

EL REY DE CASTILLA DON AL
SO, DON SANCHO, EL CONDE
ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO, GUAR

DON ALONSO.

¿No basta que yo guste destas pace

DON SANCHO.

Donde hay agravio, gran señor,
Que no mi honor, tu gusto satisfaces

DON ALONSO.

Pues ¿qué mayor honor que ser

DON SANCHO.

Con tu gusto, Señor, ¿mercedes

DON ALONSO.

De un rey no puede ser el gusto injus- [to,
Y yo sobre mi honor tomo el agravio.
Prudente obedeced, perdonad sabio.

DON SANCHO.

Si no quieren mis deudos, yo ¿qué pue- [do?

DON ALONSO.

De vuestra casa es la cabeza el Conde,
De cuyo pecho satisfecho quedo.

CONDE.

Por don Sancho, Señor, su honor res- [ponde.
Su agravio ha sido público en Toledo.

DON ALONSO.

Don Arias, si don Félix está adonde
Nadie le ha de ofender, mejor partido
Es darme gusto con la paz que os pido.

CONDE.

Si vuestra alteza un caballero fuera,
A quien aqueste agravio hubieran he- [cho,
¿Hiciera paz que con infamia fuera,
No estando del agravio satisfecho?

DON ALONSO.

Por lo menos al Rey obedeciera,
Que es ley de obligacion, con que sos- [pecho
Que por su cuenta desde allí corria
La de todos mis deudos y la mia.

CONDE.

El amor que ha tenido vuestra alteza
Siempre á don Félix, su mayor privado,
Le obliga á atropellar nuestra nobleza.
Don Sancho á la venganza está obliga- [do;
Que cuando hiciese paz con tal bajeza,
Deudos tiene, y alguno tan honrado,
Que á él le matara, mientras que pare- [ce
Quien huye del castigo que merece.
Acete vuestra alteza el desafío,
Y venga de Aragon; que de otra suerte,
Si el voto de sus deudos fuera el mio,
No hay paz que sin matalle se concierte.

DON ALONSO.

Don Arias, bueno está: con menos brio;
Que no han de ser las paces con su [muerte.
No quiero desafíos; que no es justo
Que demos al Pontífice disgusto.
Yo haré que el de Aragon defienda y [guarde
La vida de don Félix, y no admita
Desafíos tan necios.

DON SANCHO.

¡A un cobarde
Vuestra alteza defensas solicita!
Pues aunque el Rey le guarde, como [aguarde,
Aunque públicas armas no permita,
Habré matarle yo.

DON ALONSO.

¡Qué atrevimiento!

CONDE.

Ha su honor, corrido de tu intento.

DON ALONSO.

Yo veré si le matan. Por lo menos,
(*Al jefe de la guardia.*)
Los dos, prendedlos luego.

CONDE.

¿Desta suerte
A los que son traidores das por buenos,
Y á los buenos condenas á la muerte?

DON ALONSO.

Vasallos libres, de obediencia ajenos,
Después que el Rey su gusto les advier- [te,
Merecen castigados, cuando exceden,
Servir de ejemplo á los que darle pue- [den.
En una torre los poned; que quiero
Ver si van á Aragon, ver cómo matan,
A pesar de su Rey, un caballero.
Si no es que por traicion su muerte tra- [tan.

DON SANCHO.

Que guardarás nuestra justicia espero.

CONDE.

Las venganzas, don Sancho, se dilatan,
Mas no se olvidan.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Presto haré de suerte
Que una carta le dé violenta muerte.

(*Vanse.*)

—

Sala en la quinta del Almirante á la raya de Aragon.

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, DON FÉLIX.

DOÑA ELVIRA.

Al fin ¿es fuerza que os vais?
Agradecedme deciros
Que me pesa.

DON FÉLIX.

¿A mis suspiros,
Señora, crédito dais?
Pero ¿por qué me negais
Vuestra calidad y nombre,
Si no quereis que me asombre
De tantas dificultades?

DOÑA ELVIRA.

Sois vos para mis verdades
Muy gentil hombre y muy hombre.
De lo que me habeis contado
Que en Castilla os sucedió,
Conozco, don Félix, yo
Que me podeis dar cuidado.
Lo poco que habeis estado
En esta casa, ofendiera,
Si mas por ventura fuera,
La calidad de mi honor;
No porque ha llegado á amor,
Mas porque llegar pudiera.
La llave de mis sentidos
Tienen deudos generosos:
De los hombres peligrosos
Se han de guardar los oidos.
Que aunque casos sucedidos
Culpan siempre en la mujer
El ver, como suele ser;
Que mas puede, os sé decir,
Solo un instante de oir,
Que muchas horas de ver.
Para el mal que nos haceis,
Si á escuchar nos atrevemos,
No sé qué cera tenemos
En los oidos que veis,
Ni sé qué hechizos teneis
En la lengua cuando hablais,
En qué fuego la bañais,
Que como el calor espera,
Derritese aquella cera,
Y hasta el corazon entrais.
Partid, don Félix, partid;
Que el Rey os hará merced
Por esta carta, y creed
Que os hará mucha: servid;
Y solamente decid
Que os la dió la labradora;
Que esto basta por agora;
Que no es poca confianza
Daros del Rey esperanza
Quien estas cabañas mora.
No la abrais en el camino,
Que no se podrá encubrir,
Y quererla vos abrir,
Si es por vos, es desatino,
Seréis castellano fino,
Yo aragonesa en los fueros
Y en saber corresponderos:
Y advertid que soy mujer,
Que aunque os quisiera querer,
Es imposible quereros. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON FÉLIX.

Sin mí he quedado. ¡Oh bella labrado- [ra,
Mas que de campos, de almas y de eno- [jos!
Noche es, porque te fuiste de mis ojos;
Tú eres el dia, y anochece agora.
¡Qué extraña confusion! Fuése mi [aurora
Sembrando lirios y claveles rojos;
Si sombras de la noche son despojos,
Montes, mi sol, vuestros celajes dora.
Con mas tormento que las aves lloro
La ausencia de la luz, que en sombra
No deja de volver indicios de oro. [fria
Que cuando el sol se parte ¡ay, pena
Otro dia promete; y el que adoro [mia!
No me deja esperanza de otro dia.

ESCENA VIII.

DOÑA HIPÓLITA.—DON FÉLIX.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Tan poco me habeis debido,
Félix, que sin verme os vais?
¿Ansí memorias pagais
Con ingratitud y olvido?
Pues pienso que os he servido;
Que mi prima, por lo grave,
Poco de huéspedes sabe.

DON FÉLIX.

Señora, aun no me partia;
Que á tanto mar prevenia
Mas el timon que la nave.
Detúvome quien sabeis,
Y á quien debo tanto yo,
Mientras al Rey escribió
Por mí la carta que veis.

DOÑA HIPÓLITA.

Muy poco amor la debeis,
Pues así os deja que os vais.
Yo pienso que no llevais
Lo que será menester
Para que se eche de ver
Que sois vos el que llegais.
Estas son joyuelas mias,
Que valen algun dinero;
Que veros despues espero
Sin que pasen muchos dias.
Y no os pongais en porfías;
Que las habeis de tomar,
Porque las quiero doblar,
Félix, con vuestro valor,
Si hace mohatras amor;
Que tambien sabe tratar.

DON FÉLIX.

Señora, si tierra y cielo
Se juntan...

DOÑA HIPÓLITA.

No seais villano.
Sed castellano tan llano
Que agradezcais mi buen celo.

DON FÉLIX.

Ya, Señora, me desvelo
Con que pagar no podré...

DOÑA HIPÓLITA.

Pues no os ejecutaré.

DON FÉLIX.

¿Qué importa, si ha de doblarse
La paga por no pagarse?

DOÑA HIPÓLITA.

Pues, Félix, doblar la fe;
Porque quien recibe amor,
O le ha de pagar doblado,
O no tiene pecho honrado.
Confesad que sois deudor,
Que esa es la paga mejor;
Y creedme que quisiera
Que cada diamante fuera,
De los que llevais ahí,
Un alma, si la que os dí
Hacerse muchas pudiera. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¿Qué es esto, cielos? Qué engaños
Hace el tiempo á mis desdichas?
Estos ¿son sueños ó dichas?

ESCENA IX.

CHACON. — DON FÉLIX.

CHACON.

(*Ap.* Estaráse aquí cien años.)
Señor, ¿qué quieres hacer?
Los caballos que nos dan,
Pensando pienso que están
Si han de partir ó volver,
Tan suspensos, que en efeto,
Del uno dellos recelo,
Viéndole arañar el suelo,
Que compone algun soneto;
O que se habrá enamorado
De ver que tanto lo estás,
Que te vas y no te vas,
Ensillado y enfrenado;
Que ya deben de querer,
Puesto que rocines son.
Verás por comparacion,
Cuando pare una mujer,
Que casadas ó doncellas,
A la que pare mirando,
Están tambien empujando,
Como si pariesen ellas.
Ea pues, ¿cuándo te vas
De aquesta casa encantada?

DON FÉLIX.

Ningun donaire me agrada.
Toma.

CHACON.

¿Qué es lo que me das?

DON FÉLIX.

Unas joyas.

CHACON.

¿De quién son?
¡Cuerpo de tal!

DON FÉLIX.

De callar.

CHACON.

Si el salir es como entrar,
¿Qué tierra como Aragon?
(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio real de Zaragoza.

ESCENA X.

EL REY DE ARAGON, EL ALMIRANTE DON JUAN, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Tengo justo sentimiento.

ALMIRANTE.

Ya por mi hermana envié.

REY.

Cuando sabeis que traté
Yo mismo su casamiento,
¿La teneis en una aldea?
¿De la corte la sacais?

ALMIRANTE.

Si casamiento tratais,
¿Quién como yo le desea?
Doyme, Señor, parabien
De lo que estaba ignorante.

REY.

Pues estad cierto, Almirante.

ALMIRANTE.

¿No podré saber con quién?

REY.

Importa agora el secreto.

ALMIRANTE.

Basta que vos lo trateis;
Que sobre el de Rey, teneis
Nombre de cuerdo y discreto.

REY.

Don Juan, sin ser vuestro gusto,
No hayais miedo que la case,
Ni que los límites pase
De lo que fuere muy justo.
Doña Elvira es vuestra hermana,
Que basta para obligarme.

ALMIRANTE. (*Ap.*)

No acabo de recelarme.

REY. (*Ap.*)

¡Ay, belleza soberana!
¡Tú labradora por mí?
Tú haciendo una sierra cielo,
Corte el campo, sol el hielo!
¿Qué haré? Desigual nací.
¿Quién te pudiera pagar?
Quién en aquesta ocasion
De Nápoles y Aragon
Te diera el mismo lugar
Que del corazon te ha dado?

ALMIRANTE. (*Ap.*)

Quimeras pienso que han sido.
Casi estoy arrepentido
De haber por ella enviado.
El Rey casa á doña Elvira,
Y no me dice con quién:
Si no es por mal, á gran bien
Su nueva fortuna aspira.
Porque servirla por dama,
¿Para qué puede ser bueno,
Siendo de mi sangre ajeno
Permitir injusta fama?
Casarse bien puede el Rey,
Aunque su vasallo soy.
Celoso con causa estoy;
No hay obligacion, no hay ley
Que el poder sin la razon
No rompa, atropelle y venza.

REY. (*Ap.*)

Este á entenderme comienza:
Todo es pena y confusion.
Pero si yo no le agravio,
Solo amar no es tiranía.
Yo quiero por cortesía;
Ella es virtuosa, él sabio.
¿De qué se ofende? ¿Qué intenta?

ESCENA XI.

DON FÉLIX, CHACON. — DICHOS.

CHACON. (*Ap. á su amo.*)

Entra con mucho cuidado.

DON FÉLIX.

Un rey, aunque esté pintado,
Pide reverencia atenta.
Dijo Licurgo en sus leyes,
Que fué de Grecia crisol,
Que de pedazos del sol
Hizo Júpiter los reyes;
Y otro (que tuvieron juntos
Opiniones semejantes)
Dijo que eran los diamantes
Huesos de reyes difuntos.

CHACON.

Mentís; que si verdad fuera,
Sepulcro no les quedara,
Ni hueso de rey se hallara
Si diamante se volviera.
Habla este español diamante
Y este sol aragonés.

DON FÉLIX.

Dadme, gran señor, los piés,
Porque dellos me levante
Con la defensa y favor
Que de vuestra mano espero.

REY.

Castellano caballero,
Escribió vuestro valor
Naturaleza en la frente.
¿A qué venís á Aragon?

DON FÉLIX.

Que esta leais es razon
Antes que decirlo intente.

REY.

¿Quién os la dió?

DON FÉLIX.

Retirad
Los que están aquí primero.

REY.

No quede aquí caballero.
Almirante, despejad.

(*Vanse el Almirante y el Acompañamiento.*)

ESCENA XII.

EL REY, DON FÉLIX, CHACON.

REY.

Bien podeis hablar agora,
La letra conozco yo.

DON FÉLIX.

Que os dijese me mandó
Que era...

REY.

¿Quién?

DON FÉLIX.

La labradora.

REY.

Basta. ¿Cómo está?

DON FÉLIX.

Señor,
En la mujer la salud
Es la hermosura, en virtud
De su alegría y color.
(*Ap.* ¡Qué es aquesto que he traido!
¿Quién será aquesta mujer?)

REY.

Aun no la acierto á leer
De alegre y favorecido.

(*Lee.*) «Don Félix de Mendoza lle[...]
»á esta aldea, huyendo de Castilla p[...]
»lo que él dirá á vuestra alteza, á qu[...]
»suplico le ampare y defienda de [...]
»enemigos, con asegurarle que [...]
»puede hacer por mí cosa que tanto [...]
»conozca mientras tuviere vida.»

¿Sabeis quién es esta dama?

DON FÉLIX.

No, Señor, porque perdido
Llegué á su casa.

REY.

No ha sido
Esta vez libre la fama.
(*Ap.* Deste me quiero valer,
Pues ya doña Elvira viene;
Que el Almirante le tiene
De amparar y defender;

Porque si yo se le doy
Y en su casa ha de vivir,
Con él la podré escribir.)

DON FÉLIX.

Necio fuí, confuso estoy.

REY.

La causa que os ha traido
A Aragon saber deseo.

DON FÉLIX.

Y yo decirla, si os veo
Con gusto de darme oido.
Pedro, invictísimo rey,
A quien Aragon humilla
La corona de Moncayo
Flores de sus nieves frias,
Su famoso Mongibelo
La mayor Isla Sicilia,
Nápoles castillos fuertes,
De tantos reyes envidia:
Don Félix soy de Mendoza;
Así, Señor, se apellidan
Los señores de mi casa,
Nobleza en España antigua
Desde los últimos godos,
Que sus montañas habitan
Por la arrogancia africana
Y la española desdicha.
Murió mi padre en las guerras
De Portugal y Castilla,
Dejándome por herencia
Su valor y sus heridas.
Crióme el Rey en su casa;
Al Rey de paje servia
Entre otros nobles, tan pobres
Y con la nobleza misma.
Pocas letras, muchas armas
En este tiempo aprendia,
Con gusto de ser soldado:
Así los genios se inclinan.
Apenas, Señor, mis labios
Tiñó la primera línea,
Y fénix de mis abuelos,
Fuí llama de sus cenizas,
Cuando á ver vivos los moros,
Que pintados conocia,
Salí con el gran Maestre
De la sangrienta cuchilla,
Con otros mozos, mis deudos,
De Valladolid la rica;
Y en los campos de Archidona
Vestí de color la mia.
Con buena opinion, Señor,
(Que importa mucho adquirirla)
A besar la mano al Rey
Volví de la Andalucía.
Mientras estuve en Toledo,
Que se ofreció la conquista
De Málaga y Antequera,
Puse los ojos un dia
En una dama, que pienso,
Aunque con pasion lo diga,
Que naturaleza en ella
Aun hizo mas que sabia.
Puso en su rostro su nombre,
Como suelen los que pintan,
Y añadió: «Toda mi ciencia
En doña Blanca se cifra.»
Los discursos deste amor,
Años de esperanzas mias,
Dieron sugeto á la historia,
Dieron alma á la poesía.
Cuanto ganaba en la guerra
(Que no me faltaron dichas),
Tanto gastaba en la paz,
Galas y fiestas lucidas.
Bajó Almanzor de Jaen,
Arrogante de que habian
De ver cristales del Tajo
Plantas de yeguas moriscas.
Salió al encuentro el Pacheco,
Como otras veces solia;
Fuí con él, y á doña Blanca
Dije mi breve partida.
Hubo lo que llaman perlas,
Empresas, cabellos, cintas;
Dile yo un Cupido de oro,
Muerto en brazos de una ninfa.
Fuimos á Sierra Morena,
Por donde el Moro venia,
En azules tafetanes
Las lunas al sol tendidas;
Y no bebieron sus yeguas
Del Tajo las aguas limpias,
Sino de su espuma y sangre
Polvo y sudor fugitivas.
Llenos de ricos despojos
Toledo en un mes nos mira,
Julio, para mí fatal
Con estrellas enemigas;
Pues en él cierto don Sancho,
Que nunca á las guerras iba,
Sirvió con nombre de deudo
A doña Blanca, su prima,
Tan dichoso en este mes,
Que á pesar de algunas firmas,
Palabras y obligaciones,
De la inconstancia rompidas
(¡Oh ausencia, de amor madrastra!
No sé quién de ti se fia),
Dió mis prendas á don Sancho:
Así la verdad se estima.
El alcázar de Toledo
Tiene una pared, que afirman
Las entrañas de unas peñas
En que su máquina estriba,
Y delante della un llano,
Que aunque le cercan rüinas,
Sirve á jugar la pelota,
Que el Rey y las damas miran
Desde unos altos balcones;
Y aquí desnudos un dia
A ejecutar un partido
Nos provocó la codicia.
Trocó don Sancho el vestido,
Y el paje que le servia
Dióle un sombrero de noche,
Galan, de plumas pajizas.
Reparando en la medalla
Que en el trencellin traia,
Conocí el Cupido de oro
Muerto á manos de la ninfa:
¡Mal agüero! que en efeto
Mis sucesos pronostica,
Porque no hay amor mas muerto
Que aquel que la ausencia olvida.
Culpo mi poca paciencia;
Pero tenerla seria
No tener honra ni amor,
Cuando celos desatinan.
«Ese amor (digo á don Sancho)
Fuera bizarra divisa,
A ser la ninfa la muerta
Por ingrata á fe tan viva.—
Estaba mal empleada
(Responde) en quien no tenia
Méritos para quererla,
Ni partes para servirla.
Y no importa el muerto amor,
Pues agora significa
Que ha mejorado de dueño,
Por quien amor resucita.—
Mejor (replico), si acaso
Lo habeis dicho con malicia,
No puede ser; que soy yo:
Y yo, para que me sirvan,
Tengo escuderos mejores
Que vos.» Aquí, con la vista
Turbada, «Mentís», responde.
Pido consejo á la ira,
Y levantando la pala,
Le doy lo que parecia
El nombre, si es mas afrenta
Que con mujer los reciba.
Deudos y amigos acuden...
¡Bien haya quien bien se fia!
Pues le debo á un escudero
Que tanta furia resista.
Sacó la espada animoso,
Luego que me dió la mia;
Si fué valor el de entrambos,
El suceso lo confirma.
Mandóme prender el Rey;
Pero su guarda y justicia
Del Tajo entre pardas peñas
Rodando vió las orillas.
Arrojámonos al agua,
Y con ligera fatiga
Nadando nos dieron puerto
Los álamos de una isla.
Bajó la noche, y con ella
Dos caballos nos envian
Deudos y amigos, á quien
Mas las desdichas obligan.
A la raya de tu reino
Piadosa deidad nos guia,
Y en forma de labradora
Aquella Vénus divina
Por quien espero á tus piés
La defensa de mi vida,
O para pasarme á Italia,
O para que aquí te sirva.

REY.

Levantaos, y estad seguro
Que nadie os ha de ofender;
Que este papel ha de ser
De vuestra defensa muro.
¿Dónde está vuestro escudero?
Que de conocerle holgara.

DON FÉLIX.

Allí está. (*A Chacon.*) Llega, y repa
Que hablas un Rey.

REY.

Veros quiero
Mas cerca.

CHACON.

Estoy á tus piés.

REY.

Debeis de ser bien nacido.

CHACON.

Bien nací, pues he vivido
Hasta el año en que me ves.

REY.

¿El nombre?

CHACON.

Chacon, Señor.

REY.

Vos sois muy hombre de bien.

CHACON.

Hoy me lo dice tambien
Tan estupendo favor.

REY.

Llamad vos al Almirante.

DON FÉLIX.

Ya viene aquí.

REY.

Estad atento
A lo que os digo.

ESCENA XIII.

EL ALMIRANTE. — DICH

REY. (*Al Almirante.*)
Don Juan...

ALMIRANTE.

Serviros, Señor, deseo.

REY.

Es don Félix de Mendoza
De los buenos caballeros
Que tiene el rey de Castilla;

Escribeme en este pliego
Que le defienda y ampare;
Que le conduce á este reino
La defensa de su honor,
Por un extraño suceso.
No tengo de quien fiarle
Como de vos, y así quiero
Que viviendo en vuestra casa,
Sepa Castilla y su dueño
Que sois vos quien le defiende;
Que á vuestro lado, yo pienso
Que no tendrá la traicion
Atrevimiento tan necio.
Esto habeis de hacer por mí,
Y que me habeis, os advierto,
De dar cuenta de su vida.

ALMIRANTE.

Fuera de que yo no tengo
Mas bien ni honor que serviros,
Por él tambien agradezco
En mandármele guardar
La merced que me habeis hecho.

REY.

Mi vida os dejo en la suya. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL ALMIRANTE, DON FÉLIX, CHACON.

ALMIRANTE.

Contento quedo en extremo
De serviros con mi casa.

DON FÉLIX.

Y yo con el mismo quedo,
Aunque me pesa de daros
Cuidado; si bien entiendo
Que sabiendo quien me ampara,
No tendran atrevimiento
Mis enemigos jamás.

ALMIRANTE.

Cuando le tengan, yo creo,
Aunque mas industrias busquen,
Que sabré yo defenderos.
Venid conmigo.

DON FÉLIX. (*Ap. al criado.*)

Chacon,
Alegre estuviera desto,
Pues no pudo hallar mi vida
Mas venturoso remedio,
Si aquel amor imposible
Libre me dejara el pecho.

CHACON.

Deja ahora desatinos,
No seas ingrato al cielo.

DON FÉLIX.

¡Ay, mi labradora!

CHACON.

¡Ay, loco!

DON FÉLIX.

¿Quién podrá curarme?

CHACON.

El tiempo.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Almirante en Zaragoza.

ESCENA XV.

DOÑA ELVIRA y DOÑA HIPÓLITA, *en hábito de camino;* INÉS, TELLO, CRIADOS.

DOÑA ELVIRA.

Diferentes aires goza,
Hipólita, el pensamiento
En llegando á Zaragoza.

DOÑA HIPÓLITA.

Parece que por el viento
Ha venido la carroza.

DOÑA ELVIRA.

Parece que mis deseos
Eran los caballos.

DOÑA HIPÓLITA.

Mira
De tu casa los troféos,
Y mas si añades, Elvira,
Del Rey los altos empleos.

DOÑA ELVIRA.

No me desvanezco tanto.
Lo que es igual apetezco.

INÉS.

Mi señor viene, Señora.

DOÑA ELVIRA.

Dirán sus celos agora
Que con venir le entristezco.

ESCENA XVI.

EL ALMIRANTE, DON FÉLIX, CHACON.—DICHOS.

ALMIRANTE. (*A don Félix.*)

¡A buen tiempo!

DON FÉLIX.

¿Cómo ansí?

ALMIRANTE.

Porque acaba de llegar
Mi hermana.

DON FÉLIX.

¿No estaba aquí?

ALMIRANTE.

Estaba en cierto lugar,
Y hallábase mal sin mí.—
Hermana...

DOÑA ELVIRA.

Señor...

ALMIRANTE.

No creo,
Tal ha sido mi deseo,
Que os doy mis brazos.

DOÑA ELVIRA.

Yo sé
Que los debeis á la fe
Con que estando ausente os veo.

ALMIRANTE.

Prima, seais bien venida.

DOÑA HIPÓLITA.

A vuestro servicio vengo.

ALMIRANTE.

A buen tiempo habeis venido,
Elvira: un huésped tenemos.

DOÑA ELVIRA.

¿Huésped, don Juan?

ALMIRANTE.

Sí, Señora,
Y de mano cuando menos,
Del Rey.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién?

ALMIRANTE.

Un castellano.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

ALMIRANTE.

Llegad, caballero.

DON FÉLIX.

A don Félix de Mendoza
Dad la mano.

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

¡Ay, Dios, qué veo!

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Ay, cielo! qué estoy mirando!

INÉS.

¿Eres Chacon? (*Ap. á él.*)

CHACON.

Sí.

INÉS.

¿Qué es esto?

CHACON.

Enredos de la fortuna.

DON FÉLIX.

Yo no tengo que ofreceros,
Señora, si no es un alma,
Porque fuera atrevimiento
En un hombre que ha venido
A ampararse deste reino,
Aunque ya con tanta dicha,
Que por mi defensa tengo
La casa del Almirante,
Mi Señor, y el favor vuestro.

DOÑA ELVIRA.

El y yo, señor don Félix,
Como es justo os servirémos,
Mas por vos que por su alteza.

DON FÉLIX.

Mil veces los piés os beso.

ALMIRANTE.

Entrad; que no es tiempo ahora
De gastarle en cumplimientos.
Entrad, don Félix.

INÉS.

Chacon,
Seas bien venido. ¿Hizo efeto
La carta del Rey?

CHACON.

Notable.
Despacio, Inés, hablarémos.
(*Vanse todos, menos el Almirante y Tello.*)

ESCENA XVII.

EL ALMIRANTE, TELLO.

ALMIRANTE.

No vendrá de mala gana,
Tello, á lo que yo sospecho,
Doña Elvira á Zaragoza.

TELLO.

Sin ti no tiene contento;
Pero recibe esta carta
Que entrando me dió un correo
Que pasaba á Barcelona.

ALMIRANTE.

¿Carta? Muestra.

TELLO.

Fué tan presto,
Que no pude preguntarle
De quién era.

ALMIRANTE.

Aquí no veo
Firma. Pues ¡sin firma á mí!
Entrate allá dentro, Tello.

TELLO.

Pésame de haberte dado
Disgusto.

ALMIRANTE.

Vete.
(*Vase Tello.*)

ESCENA XVIII.

EL ALMIRANTE.

¿Qué es esto?
(*Lee.*) «Por el agravio antiguo que

hizo vueseñoría á don Alvaro, en no casar con su hermana, habiéndosela llevado hasta la raya de Aragon, va don Félix de Mendoza á matarle, fingiendo que huye de quien no le sigue. Vueseñoría se guarde.»

¡Hay semejante traicion!
¡Hay enredo semejante!
¡Pedirle favor al Rey
Con intento de matarme,
Y que el Rey me mande á mí
Que de Castilla le guarde,
Para que estando en mi casa,
Mas fácilmente me mate!
—Bien será decirlo al Rey....
Pero no es posible darle
Crédito á carta sin firma;
Ni habrá quien le desengañe,
Si el de Castilla le ha escrito;
Porque aquellas son verdades,
Y estas pueden ser mentiras
Para que nadie le ampare.
¡Confusa cosa, por Dios!
Porque al fin me persüade
El agravio que le hice
Neciamente, en no casarme,
Á la casa de Mendoza,
Que ha de pretender vengarse.
¿Qué haré? Pero si don Félix,
Caballero de las partes
Que dicen, come conmigo,
¿Cómo puede ser que trate,
Sin Dios, sin ley, sin nobleza,
Una bajeza tan grande?
Mas, por Dios, que los peligros
De las confianzas nacen:
Nunca el discreto se fia,
Porque es necedad fiarse;
Que si yo le tengo aquí,
Es imposible guardarme;
Que son los falsos amigos
Como las enfermedades,
Que estando en las mismas venas,
Van corrompiendo la sangre.
Si en la casa deste cuerpo
Un ángel traidor nos hace
Tanto mal, por eso tiene
Para su defensa un ángel.
Mas ¿qué temo, si me avisan?
Vive Dios, que he de guardarle
Del enemigo que dicen
(Pues hasta que el Rey lo mande),
Y á mí guardarme tambien
Porque no me culpe nadie!
Que si guardarle es nobleza,
Pues que viene á que le ampare
Aragon contra Castilla
En un peligro tan grave,
Tambien guardarme es prudencia
De que don Félix me mate.
Guardaréme y guardaréle,
Porque en un sugeto iguales,
Aunque contrarios, se vean
Juntos *Guardar y guardarse*.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, CHACON.

DON FÉLIX.

¡Gran dicha!

CHACON.

Vaya adelante,
Aunque á la fortuna pese.

DON FÉLIX.

¡Que la labradora fuese
Hermana del Almirante?

CHACON.

No alabes tu buena suerte
Hasta el fin.

DON FÉLIX.

Para querer,
¿Qué mas bien que hablar y ver?

CHACON.

Temo que quieran quererte.

DON FÉLIX.

Pues eso pretendo yo.

CHACON.

Y ¿para qué será bueno?
Amor apruebo, y condeno
El ser amado.

DON FÉLIX.

Yo no;
Que amor quiere amor.

CHACON.

Aquí
Dos agravios considero:
Del Almirante el primero,
Que es ingratitud en tí;
Y otro del Rey, por ventura,
Que la debe de querer.

DON FÉLIX.

Algo me ha dado á entender,
Y en la corte se murmura
No sé qué de casamiento;
Pero no será verdad.

CHACON.

¡Oh cuánto la voluntad
Engaña al entendimiento!
Piénsalo con mas espacio.

DON FÉLIX.

Que no se casa imagina,
Porque el vulgo desatina
En las cosas de palacio.
Habla en los reyes á tiento,
Provee, despide, tasa,
Y en cosas que aun no les pasa,
Chacon, por el pensamiento.
Finalmente, yo no puedo
Dejar de amar su belleza,
Porque no hay mayor bajeza
Que tener miedo del miedo.
Si doña Elvira me mira,
Y no es delito mirar,
¿Cómo puedo yo dejar
De mirar á doña Elvira?

CHACON.

Los amantes comenzais
Por una cinta, un favor;
Luego le quereis mayor,
Y una mano deseais.
Pues en tomándola, es llano
Y de experiencia lo sé,
Que os vais de la mano al pié,
Como otros del pié á la mano.
Tú verás en lo que paras.

DON FÉLIX.

Yo me sabré defender.

CHACON.

Inés viene.

ESCENA II.

INÉS.—DICHOS.

INÉS.

Vengo á ver
Si por acá se declara
Esto que se llama el dia.
¿Levantado estás?

DON FÉLIX.

No son
Los cuidados de Aragon
Los que en Castilla tenia.

INÉS.

Con amor duérmese poco
Cuando es verdad.

DON FÉLIX.

Pasa el mio
Deste amor á desvarío,
Y nunca, Inés, duerme un loco.
¿Duerme tu señora?

INÉS.

Está
Tocándose.

DON FÉLIX.

Luego no
Habré madrugado yo,
Si el sol ha salido ya.

INÉS.

Yo te prometo que ahora
El nombre de sol merece,
Porque mas bella amanece
Que cuando los cielos dora,
Y esparce el cabello al dia
Porque se quiere rizar.

DON FÉLIX.

Debe de querer mirar
El mundo por celosía.

INÉS.

Salen los ojos por él
Como un sol recien nacido.

DON FÉLIX.

Si como red le ha tendido,
Caerán mil almas en él.

INÉS.

«¿Para qué, le dije allí,
Pides al cristal consejo?»

DON FÉLIX.

Quítale, Inés, el espejo,
No se enamore de sí.
¡Oh quién la pudiera ver!

INÉS.

Entra quedito, y verás
Que no hay mas que ver, ni mas
Que querer ni encarecer.
Verás cómo el cielo Apéles
A sí mismo al natural
Se retrata en el cristal
Con sus divinos pinceles.
Entra; que pues yo lo digo,
No le pesa que la veas.

DON FÉLIX.

¡Ay, Inés! mi bien deseas.

INÉS.

Entra.

DON FÉLIX.

Vaya amor conmigo. *(Vase.)*

ESCENA III.

CHACON, INÉS.

CHACON.

En efeto, Inés, ¿está
Tocándose tu señora,
Y es sol que los cielos dora?

INÉS.

¿Pues no?

CHACON.

No.

INÉS.

¿Comienzas ya?

CHACON.

Paréceme que la veo
Con cuarenta redomillas,
Cofrecillos y cajillas,
Ir por extraño rodeo
En busca de la hermosura.

INÉS.

Hermosura natural,
No busca la artificial
Ni lo que tiene procura;
Que la mas hermosa dama,
Sin cuidado, no lo fuera.

CHACON.

El adorno y pulicía
A la mujer se le dió;
Pero un gato se quejó
A Júpiter cierto dia,
Que le enviaron los demás
Por embajador gatuno,
De que no estaba ninguno
Seguro dellas jamás,
Porque el unto les sacaban;
Y mandólas parecer:
A quien dijo una mujer
Que ratones paseaban
Sus caras cuando dormian,
Y que en llegando á su olfato
Cara con unto de gato,
Con temor del unto huian.

INÉS.

Y vosotros ¿qué os poneis?
¡Si yo hablara!...

CHACON.

Con paciencia.

ESCENA IV.

EL ALMIRANTE, DON FÉLIX.—DICHOS.

ALMIRANTE.

¿Quién os ha dado licencia
Que en aquesta cuadra entreis?

DON FÉLIX.

Señor...

ALMIRANTE.

No hay de qué turbaros.

DON FÉLIX.

Yo no me puedo turbar
Sino es de daros pesar,
Y pésame de enojaros.

ALMIRANTE.

¿Qué entrábades á buscar
Donde mi hermana se toca?

DON FÉLIX.

A mí el saber no me toca
Dónde se suele tocar.
Quíseos dar los buenos dias,
Y vuestro aposento erré.

ALMIRANTE. (*Ap.*)

Cierta mi sospecha fué,
Necias andan mis porfías.
Durmiendo quiso acabarme.
Pero no puedo creer
Que se atreviese á emprender
A tales horas matarme.
¿Adónde está mi valor?
Mas ¡vive Dios, que es porfía
Muy de aragonés la mia,
Pues le temo y tengo amor!
Cuando le miro á la cara,
Ni se muda ni se altera.
Pues si á matarme viniera,
El corazon me avisara.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Que allí me viniese á hallar!
. . . . [1]
Pero ¿qué razon, qué ley
De amistad puede culparme?
Mas en celos no hay razon.

ALMIRANTE.

(*Ap.* ¡Que este viniese á Aragon
Con ánimo de matarme!
. . . . [2]
Quiero hablarle. Pero no;
Que el Rey me podrá culpar
De temeroso y cobarde.
Pues no lo tengo de ser.)
¿No vais, don Félix, á ver
Al Rey?

DON FÉLIX.

Sí, Señor.

ALMIRANTE.

Ya es tarde,
Si le habeis de hablar.

DON FÉLIX.

Yo voy
Con pesar de haberos dado
Con mi ignorancia cuidado.

ALMIRANTE.

De vos satisfecho estoy,
Y perdonadme si acaso
Juzgué por atrevimiento
Entrar en ese aposento.

DON FÉLIX.

Como es para el vuestro paso,
Pude, como os dije, errar.

CHACON.

¿Qué es esto, Señor? (*Ap. á él.*)

DON FÉLIX.

No sé,
Si no son celos.

CHACON.

¿De qué?

DON FÉLIX.

Mucho tenemos que hablar.

(*Vanse don Félix y Chacon.*)

ESCENA V.

EL ALMIRANTE, INÉS.

ALMIRANTE.

Oye, Inés.

INÉS.

Yo no sabia
Dónde don Félix entraba.

ALMIRANTE.

¿Nadie con Elvira estaba,
Que detenerle podia?

INÉS.

Yo á lo menos no le vi.

ALMIRANTE.

Dime: ¿quién tiene cuidado
De aderezar su aposento?

INÉS.

Yo, Señor.

ALMIRANTE.

(*Ap.* ¡Qué pensamiento
Tan confuso y desvelado!)
Entra en él, y traeme aquí
Las armas que tiene en él.

INÉS.

Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL ALMIRANTE.

Sospecha cruel,
¿Qué es lo que quieres de mí?
¿Por qué á don Félix no digo
Que esta carta me escribieron?
Pero por ventura fueron
Traiciones de su enemigo
Para que yo le matase,
Pues en su modestia creo
Que no cupiera deseo
Que á tal maldad le inclinase.
Ahora bien, no hay otro medio
Como no tenerle aquí.

ESCENA VII.

INÉS, *con una pistola y una bota.*—EL ALMIRANTE.

ALMIRANTE.

¿Hay algo, Inés?

INÉS.

Señor, sí.

ALMIRANTE. (*Ap.*)

Esto ha de ser mi remedio.

INÉS.

Esta pistola tenia
Don Félix junto á su cama,
Que debe de ser la dama
Con que su temor dormia.

ALMIRANTE.

Muestra. Y Chacon, su criado,
¿Qué armas tenia?

INÉS.

Esta bota,
Que debe de ser la cota
Con que va de noche armado.

ALMIRANTE.

Esa no es arma ofensiva.

INÉS.

¡Qué bravo debe de ser,
Si hay valientes de beber!

ALMIRANTE.

Pues ¿qué pistola derriba,
Con toda el alma de plomo,
Lo que el vino? Bebe, Inés,
Y volverásla despues.

INÉS. (*Ap.*)

Notables sospechas tomo. (*Va*

ESCENA VIII.

EL ALMIRANTE.

Arma nacida en el infierno horrib
Imitacion del rayo, envidia al truen
Del acero mas rígido barreno,
Humo sutil, cometa imperceptible,
De los cobardes invencion posible,
Breve reloj de desconciertos lleno,
Fácil rigor, afrenta del veneno,
Colérica venganza, horror terrible. [t
Dime, ingenio mortal, dime, qui
¿Eres tú acaso quien mi muerte t
Eres el premio que mi amor espera?
¡Oh breve infierno, que el mayor t
[tr
Con quien matan un hombre como fie
Siendo mas fiera quien contigo mata

ESCENA IX.

DOÑA ELVIRA.—EL ALMIRANTE.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es esto, Señor? ¿Adónde
Con armas de fuego airado?

ALMIRANTE.

De que os habeis engañado
Mi condicion os responde.
Siempre solicito amigos.
Esta don Félix tenia
Junto á su cama.

DOÑA ELVIRA.

Seria
Temor de sus enemigos;

[1] Faltan versos.

[2] Faltan versos.

Que se guarda en Aragon
Como si en Castilla fuera.

ALMIRANTE.

No me espanto si le altera
Temor de alguna traicion.
Yo la pondré en su lugar,
Si bien lo que yo defiendo
Que estará seguro entiendo.

DOÑA ELVIRA.

Nunca se ha de asegurar
El que enemigos tuviere.

ALMIRANTE.

Bien decís; que el confiado
A las manos del cuidado
De sus enemigos muere. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién pensara que amor se me atre- [viera,
Sin que yo le venciera y despreciara?
Mas, si no fuera yo, ¿quién no pensara
Que amor tan fácilmente me venciera?
De amor me resistí la vez primera
Que quiso acometerme cara á cara;
Mas cuando vino con traicion tan clara,
¿Qué importara que yo me resistiera?
A la causa fatal de mis enojos
Miré, y oí requiebros atrevidos,
Y rendí los sentidos por despojos;
Mas ¿qué culpa tuvieron mis sentidos,
Si amor fingió que entraba por los ojos,
Y despues me mató por los oidos?

ESCENA XI.

DOÑA HIPÓLITA.—DOÑA ELVIRA.

DOÑA HIPÓLITA.

Casi á darte el parabien
De lo que dicen, Elvira,
Y de que nadie se admira,
Vengo á dártele tambien.
En fin ¿te casas?

DOÑA ELVIRA.

¿Con quién?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No lo sabes?

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo puedo,
Cuando entre paredes quedo?
Pero ya pienso, y es justo,
Que no es cosa con mi gusto.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Por qué?

DOÑA ELVIRA.

Porque tengo miedo.

DOÑA HIPÓLITA.

Que muy de tu gusto sea
Es, Elvira, justa ley.

DOÑA ELVIRA.

Si vas á decir el Rey,
¿Quién quieres tú que lo crea?

DOÑA HIPÓLITA.

El dicen que lo desea;
Y si viene á ser ansí,
Dan e el parabien á mí
De (ue me caso tambien.

DOÑA ELVIRA.

¿T(, Hipólita?

DOÑA HIPÓLITA.

Sí.

DOÑA ELVIRA.

¿Con quién?

DOÑA HIPÓLITA.

Co(quien te miraba á tí.

DOÑA ELVIRA.

Pues á mí ¿quién, cuando estaba
Tan léjos de amarle yo?

DOÑA HIPÓLITA.

Quien tantos celos me dió
Cuantas veces te miraba.

DOÑA ELVIRA.

Como el Rey se sospechaba
Que algun amor me tenia,
Ningun hombre se atrevia
A mirarme en Zaragoza.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Ya se te olvida el Mendoza,
Que de Castilla venia?

DOÑA ELVIRA.

¿Qué dices?

DOÑA HIPÓLITA.

Que si has de ser
Reina, Elvira, en Aragon,
Ayudes mi pretension.
Pues no le puedes querer,
Hoy has de favorecer
A don Félix con pensar
Qué título le has de dar,
Pues sabes que en él es justo.—
¿Cómo lo escuchas sin gusto?

DOÑA ELVIRA.

Por responder sin hablar.

DOÑA HIPÓLITA.

Luego ¿no te agrada á tí
Mi casamiento?

DOÑA ELVIRA.

Si hablé
Con los ojos, bien se ve
Que callando respondí:
«Ni le amé ni aborrecí.»
No le quise yo querer
Hasta que tú le quisieras,
Porque el ejemplo me dieras
Que agora pienso tener.
Culpada vienes á ser
En pedirme con tal brio
Las prendas que de tí fio;
Que poner tu amor en él
Ha sido reglar papel
Para que escribiese el mio.
Eso de que el Rey se casa
Es una opinion vulgar,
Con que me quiere engañar
El ciego amor que te abrasa.
Tu intento, Hipólita, pasa
De las burlas á las veras;
Que cuando tú merecieras
Tanto como yo, por tí,
Basta que él me quiera á mí
Para que tú no le quieras. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA HIPÓLITA.

Hablé para mi mal inadvertida,
De tu esperanza, amor, precipitada;
Yo quedo justamente castigada,
Y mas que castigada, arrepentida.
Cantaba el pajarillo en la florida
Selva, ocasion que la ballesta armada,
Por la garganta, en dulce voz bañada,
Fuese cuchillo de su corta vida.
Así de mi engañada confianza
Lo fué quien castigó mi atrevimiento,
Premio que siempre por hablar se alcan- [za.
Pero con una cosa me contento;
Que aunque puede quitarme la espe- [ranza,
No me puede quitar el pensamiento.
(*Vase.*)

Sala de palacio.

ESCENA XIII.

EL REY, DON FÉLIX.

REY.

En fin, ¿os hallais muy bien
En casa del Almirante?

DON FÉLIX.

No me atrevo á encarecer
Las mercedes que me hace.

REY.

¿Cómo os trata doña Elvira?

DON FÉLIX.

¿Cómo quiere que me trate
Vuestra alteza, siendo yo
Huésped por vos, y ella un ángel?

REY.

¿Habeisla hablado despacio?
Que tiene ingenio notable,
Adonde corren parejas
Entendimiento y donaire.

DON FÉLIX.

Sí, Señor, y os certifico
Que tratamos una tarde
De las cosas de Castilla,
Y que todo fué admirarme
De tan divinos discursos.

REY.

De dama de tantas partes,
Mendoza, en un rey mancebo
¿Será culpa enamorarse?

DON FÉLIX.

El no lo estar será culpa;
Que no son las calidades
Las que engendran al amor,
Sino los méritos grandes.

REY.

Pues sabed que yo lo estoy,
Y quiero de vos fiarme,
Pues vos fiastes de mí
La vida en peligros tales.

DON FÉLIX.

Bésoos los piés; mas, Señor,
¿Podrá su hermano culparme
De ingrato, si él me defiende,
Y yo le ofendo en que os hable?

REY.

Yo, don Félix, no pretendo
Mas de que mi amor descanse.
Elvira no ha de ser mia;
Poco tardaré en casarme
En Portugal, como pienso.
Hoy le diréis de mi parte
Que quiero hablarla esta noche,
Y podréis acompañarme
Hasta una reja en que esté;
Que amor que desde la calle
Solicita entretenerse,
No fuerza las voluntades.
Id á hablarla, y no traigais
La respuesta, no reparen
En que me hablais tantas veces;
Que en esto de novedades
Es bachillera la envidia;
Y porque no entienda nadie
El pensamiento que tengo,
Y así, podréis avisarme
Con dos renglones que traiga
En forma de memoriales
Vuestro criado Chacon,
Que me parece bastante
Para cualquiera secreto.

DON FÉLIX.

Voy á hablarla. (*Ap.* Y á matarme;
Que no hay dicha sin desdicha;
Porque vienen mil pesares
Siguiendo un corto placer.

Como suelen tempestades
Cuando mas abrasa el sol.) (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL ALMIRANTE.—EL REY.

ALMIRANTE.
Ya puedo llegar á hablarte.

REY.
Almirante...

ALMIRANTE.
Gran señor....

REY.
De aquí vuestro huésped sale.
Holguéme de hablar con él:
Hombre es discreto y que sabe
Lo que á un hombre de la corte,
Siendo noble, es importante.
Bien habla en cualquier materia.
Almirante, regaladle:
Que lo merece don Félix.

ALMIRANTE.
Antes, Señor (perdonadme
Si en esto os ofendo), vengo
A pediros que no pase
Mas adelante en mi casa
El cuidado de guardarle;
Que tengo muchos negocios
A que acudir, importantes;
Y en la corte, por serviros,
Habrá muchos que le guarden
Con mas cuidado que yo.
Fuera desto, disculparme,
Puede ser mozo don Félix
De extremado ingenio y talle;
Y no puedo yo guardar,
Si por dicha le mirasen,
Los ojos de doña Elvira;
Que suele el verse y tratarse
Hacer que lo mas difícil
Parezca á las manos fácil.
Basta que le guarde á él
Que castellanos le maten,
Sin guardar almas ajenas;
Porque suelen por el aire
Pasar de un pecho á otro pecho,
Y á solas comunicarse.

REY.
Nunca me servís con gusto.

ALMIRANTE.
¿Esto os ofende?

REY.
¿No es darme
Pesadumbre, que yo os fie
Un hombre que ha de guardarse
No mas que de algun traidor,
Y que para no guardalle
Culpeis de fácil á Elvira,
Que es notable disparate,
Sabiendo vos su valor,
Como quien tiene su sangre,
Y os disculpeis juntamente
Con que acudís á tan graves
Negocios? ¿Qué presidencia
Os tiene mañana y tarde
Ocupado en su consejo
Y en despachar negociantes?
¡Bien guardárades, don Juan,
Un fuerte, como el alcaide
Que dió la daga en Tarifa
A los moriscos alfanjes,
Si os excusais de guardar
Un hombre que puede un paje
Defenderle en Zaragoza,
No guardas ni capitanes!
Un hombre, que por sí mismo
Merece que todos le amen!
¿Sufrirán aragoneses
Que castellanos le agravien?
Guardadle, no os disculpeis.

ALMIRANTE.
Señor, si yo os enseñase
Una carta que me escriben,
En que dicen que á matarme
Viene de Castilla este hombre...

REY.
Con industrias semejantes
Intentan los enemigos
De los ausentes vengarse.
Leed vos esta del Rey
De Castilla, y esto baste
Para que vivais seguro.
Y, por mi vida, guardadle;
Que lo merece el Mendoza,
Y basta que yo le ampare.

ALMIRANTE.
Perdóneme vuestra alteza.
(*Vase el Rey.*)

ESCENA XV.

EL ALMIRANTE.

¿Hay confusion semejante?
La carta quiero leer;
Que puede ser que me engañen.
(*Lee.*) «Habiendo entendido que vuestra alteza tiene en su proteccion á don Félix de Mendoza, estoy tan agradecido como pudiera del Príncipe mi hijo, en cuyo lugar le tengo; que aunque están presos sus mayores enemigos, no son todos, y le deseo vida, porque en mi servicio la perdió su padre.»
¿Para qué paso de aquí?
Este es crédito bastante
Para contra todo el mundo.
¡Vive Dios, que son maldades
Que intentan sus enemigos,
Porque en Aragon le maten!
Pues no ha de ser desa suerte;
Que tengo de acompañarle,
Y perder por él mil vidas,
Hasta que se hagan las paces;
Que con esto á los Mendozas,
Que de mí pueden quejarse,
Desagravio, pues defiendo
Al mejor de su linaje. (*Vase.*)

—

Habitacion de don Félix en casa del Almirante.

ESCENA XVI.

DOÑA ELVIRA, DON FÉLIX.

DOÑA ELVIRA.
¿Eso os dijo el Rey?

DON FÉLIX.
No sé
Cómo le escuché con vida;
Mas la esperanza perdida
En mi propia muerte hallé;
Que quereros bien no fué
Delito, pues se debia
A vuestra hermosura el dia
Que su alteza pudo veros;
Que amaros sin ofenderos
Es virtud y cortesía.
Solamente os quiere hablar:
¿Qué seguridad mayor
De que es honesto su amor,
Que ser público el lugar?
En la reja habeis de estar.

DOÑA ELVIRA.
¿Cómo? que es trance cruel.

DON FÉLIX.
Porque yo vendré con él;
Y sois tan discreta vos,
Que antes que llegue, los dos
Podrémos hablar sin él.

DOÑA ELVIRA.
¿Cómo puede ser hablarme?

DON FÉLIX.
Cuando llegue á preveniros,
Y despues con los suspiros
Que me ha de costar dejarme;
Que aunque quise disculparme
Con la lealtad que debia
A quien aquí me tenia,
Dijo que su honesto amor
Aseguraba el temor,
Y la sospecha vencia.

DOÑA ELVIRA.
No, Félix, no me quereis;
Que quien amor me tuviera
O se excusara ó muriera
Para no hacer lo que haceis.
Mas ya sé que pretendeis
Que no os quiera, con dejar
Que me pueda ver y hablar
Un hombre tan poderoso;
Que es imposible y forzoso
Lo que vos podeis pensar.
Por lo menos fué muy cierto
Que no os dió celos el Rey,
Siendo la primera ley
De amor, aunque esté encubierto.
Si os asegura el concierto
Por ser yo quien ha de ser
La que le ha de hablar y ver,
Gran crédito os debo yo;
Mas ¿cómo se os olvidó,
Don Félix, que soy mujer?
Amor amistad se nombra
Si no hay celos; que en rigor,
Luego que camina amor,
Le van pisando la sombra.
Pero si un rey no os asombra,
A mí menos; venga á hablarme;
Que quiero, con arrojarme
A semejantes desvelos,
Enseñar á tener celos
A quien no sabe guardarme. (*Vase.*)

DON FÉLIX.
¡Señora, señora!...

ESCENA XVII.

CHACON.—DON FÉLIX.

CHACON.
¿A quién
Llamas?

DON FÉLIX.
¡Qué buena vision!

CHACON.
¿Ya no te agrada Chacon?

DON FÉLIX.
No sé.

CHACON.
Ni tú á mí tambien.

DON FÉLIX.
Dame tinta y pluma.

CHACON.
Aquí
La pluma y papel está.
Mas ¿qué tienes?

DON FÉLIX.
Salte allá;
Que escribo al Rey.

CHACON.
¿Al Rey?

DON FÉLIX.
Sí.
Y no te vayas; que quiero
Que le lleves el papel.

CHACON.

Aquí estaré, si por él
Alguna ventura espero. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON FÉLIX.

Quiero escribirle que ya
Elvira licencia dió;
Que de quien es, bien sé yo
Que de diamante será.
(*Comienza á escribir.*)
Pongo en el primer renglon
La resistencia: esto á efeto
De que el Rey, pues es discreto,
Conozca la obligacion.
Afuera siento rüido:
Impórtame ver lo que es. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

EL ALMIRANTE.

Sosegado estoy, despues
Que aquella carta he leído.
Un caballo quiero dar
A don Félix, de contento
Deste desengaño, atento
A que si se ha guardar,
Sea en quien lo pueda hacer. —
Aquí pienso que escribia.
Cartas á Castilla envia.
¡Buena ocasion de saber
Sus pensamientos! Aquí
Solo tiene dos renglones.
¿Qué dirán pocas razones?
Nada. Mas dicen ansí.
(*Lee.*) «Yo hice mis diligencias;
»Pero anda con gran cuidado
»El Almirante...» ¿Ha llegado
Hombre á tantas diferencias
De confusion como yo?
¡Diligencias! Claro está
Que me hubiera muerto ya,
Pues dice que me guardó
Mi cuidado. Escribir quiero,
Antes que venga, un renglon;
Pues ya ¿qué satisfacion
Para lo que he visto espero?
(*Escribe.*)
Bien está ansí: yo me voy. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON FÉLIX, CHACON.

CHACON.

Pues ¿deso te espantas tanto?

DON FÉLIX.

De cualquier sombra me espanto
En el peligro que estoy.

CHACON.

Eran unas cuchilladas
De unos lacayos.

DON FÉLIX.

No puedo
Resistirme ni estar quedo,
Chacon, en oyendo espadas.
Vuelvo á acabar el papel.
Pero ¡vive Dios, Chacon,
Que no sé quien un renglon,
O estoy loco, ha puesto en él!
¿Quién ha escrito aquí? ¿Qué es esto?

CHACON.

¿En lo que escribes? Sería
Doña Elvira.

DON FÉLIX.

No podia
Entrar y salir tan presto.
Aquí dice en un renglon
Y otro medio mal juntados:
(*Lee.*) «Los caballeros honrados
»No hacen al huésped traicion.»

CHACON.

¡Oxte, morena!

DON FÉLIX.

Sin duda
Que ha conocido mi amor
El Almirante.

CHACON.

¡Qué error!
¿Quién de una carta se muda
Hasta que está muy cerrada?
¿Sabes que dijo un discreto
(Que he pensado, te prometo,
Que fué cosa bien pensada,
Y que es justo que la adviertas
Por lo que vienes á ver)
Que no se habian de hacer
Las llaves para las puertas?
Que eran mejores, decia,
Y los candados tambien,
Para cerrar cartas bien
En que tal peligro habia.
¿Qué males, muertes y engaños
Por cartas no han sucedido?
¡Ah descuido permitido!
¡Que yendo á reinos extraños,
Vuelvas veneno en papel
A matar á quien te envia!

DON FÉLIX.

¡Mal haya el hombre que fia,
Chacon, en ellas y en él,
Y bien haya el que inventó
La cifra, y que nadie tema!
Que no es diamante una nema
Que dos papeles juntó.
¿Cuántas honras desconciertan
Papeles? Cuántos maridos
Que estaban, Chacon, dormidos,
A su rüido despiertan?
Crea el que mas se entretiene,
Si algun temor le acobarda,
Que cuantos papeles guarda,
Tantos enemigos tiene.
Vamos; que yo te diré
Lo que al Rey has de decir;
Que ya tiemblo de escribir.

CHACON.

Bien harás, porque no sé
Que haya peligro mayor.

DON FÉLIX.

Cuidado será importante,
Pues me avisa el Almirante
Que no trate mal su honor.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Almirante.

ESCENA XXI.

EL ALMIRANTE, DOÑA ELVIRA.

ALMIRANTE.

Vengo con justa razon
Disgustado y enojado.

DOÑA ELVIRA.

¿Es posible que te ha dado
El castellano ocasion?

ALMIRANTE.

Hablo al Rey, por no tener
Este cuidado en mi casa,
Que ya de cuidado pasa,
Y peligro puede ser
De la vida y del honor;
Y en que le guarde porfia.

DOÑA ELVIRA.

¿Del honor vueseñoría
Dice que tiene temor?

ALMIRANTE.

¿Qué ha de hacer un hombre aquí,
El galan, tú por casar?

DOÑA ELVIRA.

Tu grandeza respetar
Y el valor que vive en mí,
Y estar muy agradecido
A lo que has hecho por él.

ALMIRANTE.

Ando ¡vive Dios! con él
Cuidadoso y divertido.
No será delito, Elvira,
Decir que cuando le hallé
En tu cuadra, imaginé
Que por ventura te mira;
Que en esto no eres culpada.

DOÑA ELVIRA.

Por lo menos, yo no fuí
Causa de que entrase allí,
Mal vestida, peor tocada;
Que las mujeres, don Juan,
No gustan de que las vean,
Aun los que mas las desean,
Cuando por tocarse están;
Que no sale una mujer
Primero que se matice,
Si el espejo no le dice
Que puede dejarse ver.

ALMIRANTE.

Si te digo la verdad,
Entro y salgo en su aposento,
Porque traigo pensamiento
Que no me trata lealtad.
Y como con tal cuidado
Vino huyendo de su tierra,
La recámara se encierra
Del señor y del criado
En la maleta no mas.
Confieso que la miré,
Y que unas joyas hallé...

DOÑA ELVIRA.

¿En esas locuras das?

ALMIRANTE.

Unos papeles de amores
Y este retrato.

DOÑA ELVIRA.

Será
De la dama por quien ya
Se queja de sus rigores.

ALMIRANTE.

Son dos que se están mirando,
Y el uno don Félix es.

DOÑA ELVIRA.

Sí será.

ALMIRANTE.

Pues ¿no le ves?
De tí me estoy admirando.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué?

ALMIRANTE.

Porque no le pides;
Que no pareces mujer
En que no deseas ver.

DOÑA ELVIRA.

Mal mis pensamientos mides
Con mi valor.

ALMIRANTE.

Antes creo
Que en alguna culpa estás,
Pues mas sospecha me das
Con reportar el deseo.

DOÑA ELVIRA.

Pues para que no lo estés,
Muestra el retrato.

ALMIRANTE.

Eso sí.

DOÑA ELVIRA.

A lo que es virtud en mí,
No es bien que otro nombre des.
Dicen que cierta romana,
Que un monstro quisiera ver,
Murió de no se poner
Una tarde á la ventana.
No es monstro el que estoy mirando,
Y si lo es, es de hermosura.
¡Qué cabello! qué blancura!
Qué humilde la está adorando
El tal don Félix! Parece
Que le dice lo que amor
Por lisonja ó por favor
Miente, engaña y encarece.
Bien se tocan en Castilla;
Mas nunca de una manera.

ALMIRANTE.

Vuélveme el retrato.

DOÑA ELVIRA.

Espera;
Que el aire me maravilla
Con que está puesto el tocado,
Y quisiérale imitar,
Si me le quieres fiar;
Que los celos en que has dado
No te han de hacer descortés.

ALMIRANTE.

Otras penas me la dan.

DOÑA ELVIRA.

¿De quién?

ALMIRANTE.

De cierto galan,
Que yo te diré despues. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DOÑA ELVIRA.

Como no puede la mar
Durar mucho en la bonanza,
Ni dejar de haber mudanza
Desde el placer al pesar;
Como no faltan desvelos
Al cuidado del honor,
Así no puede el amor
Vivir una hora sin celos.
No me enojara el retrato,
Si no unas letras que vi,
De un hombre, que para mí
No procedió con buen trato.
Si enamorado venia,
¿Para qué me dijo amores,
Con que á tan necios favores
Me pudo obligar un dia?
Basta, que la dama adora,
Pues las letras que hay aquí
Lo afirman, diciendo ansí:
(*Lee.*) «Soy de Blanca, mi señora.»
Pues séalo norabuena;
Que no digo yo que no.

ESCENA XXIII.

DOÑA HIPÓLITA. — DOÑA ELVIRA.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

Amor, no pensaba yo
Que era locura tu pena.
¡Qué necia! ¿A qué me atreví?

DOÑA ELVIRA.

Hipólita, ¡qué enojada
Que debes de estar conmigo!

DOÑA HIPÓLITA.

¿Parécete que es sin causa?

DOÑA ELVIRA.

Por tu vida, que fué burla;
Que ni á don Félix amaba,
Ni tuve tal pensamiento,
Porque fuera ser ingrata
A los méritos del Rey;
Que aunque burle mi esperanza,
Ya es vanidad que conmigo
Se murmure que se casa.
Quiere á don Félix, prosigue;
Que estarás bien empleada
En caballero tan noble,
Que solo tiene una falta;
Que en un retrato que trujo
De una dama castellana
Por reliquias del camino
Y los peligros que pasa,
Dice á la márgen del suyo
(Que con ella se retrata):
«Soy de Blanca, mi señora»,
Y es muy linda doña Blanca.

DOÑA HIPÓLITA.

Espera, espera.

DOÑA ELVIRA.

No puedo. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DOÑA HIPÓLITA.

Ya se admiraban mis dichas
Que de mayores desdichas
No me sucediese el miedo.
Pero al fin contenta quedo
De que esta le haya dejado,
Si Blanca celos le ha dado;
Que como se ve querida,
Trata mal, fácil olvida,
Y es necio amor confiado.
Al fin me asegura ya
De que le puedo querer.
No es discreta la mujer
Que tales licencias da
Cuando enamorada está;
Que si vuelve, confiada
En que fué de un hombre amada,
Como ellos tan poco esperan,
Puede ser que no la quieran,
Y que se quede burlada.
En todo vengo á perder;
Que si antes celos tenia
De una mujer que queria,
De dos los vengo á tener.
Pero yo sabré poner
En estado mi aficion,
Que cuando su condicion
La obligue por su mudanza
A volver á su esperanza,
Tenga yo la posesion. (*Vase.*)

—

Calle con vista exterior de la casa del Almirante.

ESCENA XXV.

EL REY, DON FÉLIX Y CHACON, *en hábito de noche.*

REY.

No quiero que nadie entienda,
Don Félix, mi pensamiento.

DON FÉLIX.

Pues ¿cómo, Señor, le fias
De dos hombres forasteros?

REY.

Por esa misma razon.—
Llega á la reja.

DON FÉLIX.

Yo creo
Que nos estará esperando.

REY.

Chacon...

CHACON.

Señor...

REY.

Está atento,
Y apenas te avise el aire,
Cuando... ya entiendes.

CHACON.

Ya entiendo.
Mal conoce vuestra alteza
A Chacon.

DON FÉLIX.

¿Alteza? necio.

CHACON.

¡Ah, sí! no se me acordaba.
Pero no te espantes desto;
Que llamar á un rey alteza
Solamente es privilegio
De damas ó de bufones.
Concede amor el primero
Y la locura el segundo,
Supuesto que humor profeso
Tan hidalgo como tú.

ESCENA XXVI.

DOÑA ELVIRA, *en una reja baja.*— DICHOS.

DOÑA ELVIRA.

¿Sois vos, don Félix? (*Bajo á él.*)

DON FÉLIX.

No puedo
Pensar que soy yo, Señora,
Pues que vengo á ser tercero
Del alma misma que adoro.

DOÑA ELVIRA.

¿Eso os entristece?

DON FÉLIX.

Tengo
Ocasion para matarme.

DOÑA ELVIRA.

No os tengo yo por tan necio.
Pero decidme, si vos
Tuviérades este puesto,
Siendo mujer (que pudiera
Haceros mujer el cielo),
Y os sirviera un castellano,
Un extraño, un caballero,
Un Mendoza, un hombre al fin
De buena traza y discreto,
O el rey de Aragon, que tiene
Tan altos merecimientos,
Que por eleccion pudiera,
Si no lo naciera, serlo,
¿A cuál quisiérades mas?

DON FÉLIX.

Al Rey, Señora, confieso;
Que en llegando á la razon,
No doy lugar al deseo.

DOÑA ELVIRA.

Pues decid que llegue aquí;
Que yo, por vuestro consejo,
Quiero mas al Rey que á vos.

DON FÉLIX.

¿Qué decís?

DOÑA ELVIRA.

Esto.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

DOÑA ELVIRA.

Que le llameis.

DON FÉLIX.

Y es muy justo
Que castigueis con desprecio
A quien le trujo á que os hable;
Mas contra el poder y el tiempo
¿Qué resistencia han de hacer
La desdicha y el silencio? —

Bien podeis, Señor, llegar. (*Al Rey.*)
Licencia teneis

REY.

Yo llego.

(*Llégase á la reja y habla bajo con doña Elvira.*)

DON FÉLIX.

¿Duermes, Chacon?

CHACON.

No, Señor,
Despierto estoy; que no pienso
Que tengo tan buena fama,
Y mas en oficio nuevo,
Que pueda echarme á dormir,
Si cuando tú velas duermo.
Duerma el rico, el que no debe,
El desposado, el contento,
El que ha tenido en favor
La sentencia de su pleito;
Mas no duerma el que anda al lado
Del Rey.

DON FÉLIX.

Dudé si eras necio,
Y eres filósofo ya.

CHACON.

¿Qué tenemos?

DON FÉLIX.

Vengo muerto.

CHACON.

¿Tiráronte algun suspiro?

DON FÉLIX.

Elvira con gran despejo
Me dijo que al Rey queria.

CHACON.

Tendrá de Hipólita celos,
Si sabe lo de las joyas;
Que hoy he sentido revuelto
Cuanto en la maleta estaba,
Y el otro dia me dieron
En la bota que tenia
A la cabecera, un beso.

DON FÉLIX.

Las damas no beben vino.

CHACON.

Ya lo beben en secreto
Como los moros, y hallaron
Para en público un remedio.

DON FÉLIX.

¿Cómo?

CHACON.

A la mesa les trae
Un paje vino encubierto
En un búcaro de barro,
Porque no siendo tudesco,
No lo conozca Galvan.

DON FÉLIX.

Un hombre viene: ¿qué harémos?

ESCENA XXVII.

EL ALMIRANTE, *de noche;* TELLO. — DICHOS.

ALMIRANTE.

¿Que tan tarde no ha venido?

TELLO.

Él y su bravo escudero
Se armaron: Chacon, de vino,
Y de una cota su dueño.
Con esto salieron juntos.

ALMIRANTE.

¡En buen cuidado me ha puesto
El Rey! Pues no he de acostarme
Hasta que sepa que ha vuelto.
Ya siento mas aguardalle
Que guardalle.—¿Qué es aquesto?

DON FÉLIX. (*Al Almirante.*)
¿Oye, hidalgo?

ALMIRANTE.

¿Qué me quiere?

DON FÉLIX.

Pase adelante.

ALMIRANTE.

No puedo;
Que vivo aquí.

DON FÉLIX.

Pues haránle
Pedazos.

ALMIRANTE.

¿No ven que tengo
Esta espada y estas manos? (*Riñen.*)

DON FÉLIX.

¿Es el Almirante?

ALMIRANTE.

¡Ah perro!
Que me vienes á matar,
Y me has venido siguiendo.

DON FÉLIX.

Mira que don Félix soy.

ALMIRANTE.

Ya no tengo sufrimiento.

REY.

Almirante, sosegaos.

ALMIRANTE.

¿Quién es?

REY.

El Rey, y estad cierto
Que deseo vuestro honor.

ALMIRANTE.

Yo, Señor, así lo creo.

REY.

Don Félix y yo salimos
Solamente á entretenernos,
Y os venimos á buscar:
Llamamos, y nos dijeron
Que no estábades en casa.

ALMIRANTE.

Ya para el servicio vuestro
Me teneis aquí.

REY.

Pues vamos.

ALMIRANTE. (*Ap.*)
¡Qué confusion!

DON FÉLIX. (*Ap.*)
¡Qué remedio
Tan discreto!

CHACON.

Mas le envidio
Que el ser Rey, el ser discreto.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del Almirante.

ESCENA PRIMERA.

EL ALMIRANTE, TELLO, RAMIRO, CRIADOS, *con la capa y la espada de su amo y un espejo.*

ALMIRANTE.

¿Que el Rey envia á llamarme?

RAMIRO.

Sí, Señor.

ALMIRANTE.

¡Qué necio vienes!

TELLO.

Notables tristezas tienes.

ALMIRANTE.

Es imposible alegrarme.

RAMIRO.

Hace fiestas Zaragoza
A los años de su alteza.

ALMIRANTE.

Yo exequias á mi tristeza.

TELLO.

¿Quieres caballo ó carroza?

ALMIRANTE.

Saca, Tello, el alazan.

(*Vase Tello.*)

Llega el espejo. (*A otro criado.*)

RAMIRO.

No des
Qué decir; advierte que es
Dia de salir galan.

ALMIRANTE.

De mí ¿qué pueden decir?

RAMIRO.

Que andas triste.

ALMIRANTE.

No te espanto.

ESCENA II.

DON FÉLIX, TELLO.—EL ALMIRANTE, RAMIRO, CRIADOS.

DON FÉLIX. (*Encontrándose con Tello en la puerta.*)
¿Levántase el Almirante?

TELLO.

Ya se acaba de vestir.

DON FÉLIX.

Estará muy enojado.

TELLO.

De las cuchilladas no,
Pero de que al Rey halló,
Está quejoso y turbado.
¡Qué buena debe de ser
La espada con que reñias!

DON FÉLIX.

Es la mejor de las mias.

TELLO.

Muestra á ver.

DON FÉLIX.

¿Quiéresla ver?
Es la hoja del mejor (*Saca la espada.*)
Maestro que hay en Toledo.

(*El Almirante ve la espada en el espejo.*)

ALMIRANTE.

¡Oh traidor! que ya no puedo
Sufrirlo.

DON FÉLIX.

¿Quién es traidor?

ALMIRANTE.

En el espejo te vi
Sacar para mí la espada.

TELLO.

Señor...

ALMIRANTE.

No me digas nada.

DON FÉLIX.

¡Yo la espada para tí!

ALMIRANTE.

¿No la estoy mirando yo?
Pues ¿cómo, en medio del dia!...

DON FÉLIX.

Advierta vueseñoría
Que Tello me la pidió,
Que la hoja quiso ver.

TELLO.

Sí, Señor, yo la pedí.

DON FÉLIX.

Corrido estoy, que de mí
Puedas sospecha tener;
Que si con el Rey venia,
Yo no sé su pensamiento,
Ni es para ningun intento
Matar á vueseñoría.
Si soy huésped importuno,
Hoy lo dejaré de ser;
Que á mí no me ha de tener
Por sospechoso ninguno.

ALMIRANTE.

Tristezas, don Félix, son.
Perdonad; que estoy de suerte,
Que todo me da la muerte,
Todo pienso que es traicion.
No os espante mi aspereza,
Pues sois de mi mal testigo.
Sufrid, sufrid á un amigo
Efetos de una tristeza.

(*Vase, y los criados con él.*)

ESCENA III.

DON FÉLIX.

Confuso pensamiento,
Ya que no esperas dicha,
Sobre tanta desdicha
No puede haber tormento;
Que el fin de la esperanza
Tiene este bien, que es no esperar mudanza.
Pensé que al Almirante
Causaba yo desvelos,
Y son del Rey los celos,
De doña Elvira amante.
El seso le ha quitado
La fuerza del poder y del cuidado.
Y á mí no menos fuerte
Rigor de sus enojos
Delante de mis ojos,
Que ya no esperan verte,
Pues no hay hombre tan necio
Que se atreva á esperar sobre un desprecio.

ESCENA IV.

CHACON. — DON FÉLIX.

CHACON.

En estando el dueño loco,
Toda la casa lo está.

DON FÉLIX.

¿Vienes como sueles ya?

CHACON.

Todo te parece poco.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué tenemos?

CHACON.

Despues
Que entra Inés en tu aposento,
No sé con qué pensamiento,
Todo lo revuelve Inés.

DON FÉLIX.

¿Qué escritorios tengo yo
Ó qué pinturas?

CHACON.

No sé.
El cofre revuelto hallé
Que doña Elvira nos dió,
Y el retrato de quien sabes
Con unas letras detras.

DON FÉLIX.

¿Letras? Muestra.

CHACON.

Es por demás
En casa ajena echar llaves.

DON FÉLIX.

No las puso Inés aquí.

CHACON.

Pues ¿quién, Señor?

DON FÉLIX.

Su señora,
Que despues que al Rey adora,
Se quiere burlar de mí.
(*Lee.*) «Doña Blanca es esta dama:
»Así su galan lo quiere,
»Por si acaso se perdiere,
»Que sepan cómo se llama.»

CHACON.

Celos andan por aquí;
Con el Rey te los ha dado.

DON FÉLIX.

El retrato lo ha causado.
Escucha.

CHACON.

¿Hay mas?

DON FÉLIX.

Dice ansí.
(*Lee.*) «El galan que la enamora
»No será de doña Elvira,
»Pues dice cuando suspira:
»Soy de Blanca, mi señora.»

CHACON.

Declaróse, celos son.

DON FÉLIX.

Celos, Chacon, ó desprecios,
No quiero encuentros tan recios
En la primera ocasion.
No quiero andar cuidadoso,
Despues de ser despreciado,
Con un Rey enamorado
Y un Almirante celoso.
Las paces ya con don Sancho
No debieron hallar medio;
Busquemos á mi remedio
Otro camino mas ancho.
Licencia voy á pedir
Para irme á Nápoles hoy.

CHACON.

¿Hoy?

DON FÉLIX.

¿No sabes ya quién soy?
Hoy me tengo de partir.
Dale á Hipólita esa caja,
Y busca postas al punto.

CHACON.

Ni respondo ni pregunto.

DON FÉLIX.

El cofre á su dueño baja,
Y acomoda en la maleta
Parte de mi ropa blanca. (*Vase.*)

CHACON.

¡Que, aun pintada, doña Blanca
Nos persigue y inquieta!
¿No estábamos bien aquí?
¡Cuánta verdad viene á ser
Que desdichas por mujer!...

ESCENA V.

DOÑA HIPÓLITA.—CHACON.

DOÑA HIPÓLITA.

No lo digas.

CHACON.

No por tí.

DOÑA HIPÓLITA.

Pues ¿de quién las quejas son?

CHACON.

De Elvira, por quien nos vamos
A Nápoles.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Cómo?

CHACON.

Andamos
En *Lúcas y tentacion*.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Bien pronunciado latin!

CHACON.

Soy lacayo de romance;
Basta que á saber alcance
A conjugar un rocin.

DOÑA HIPÓLITA.

No hayas miedo que se vaya.

CHACON.

Si el miedo es duda, no creo
Que le tendré.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

Mi deseo
Mas me anima que desmaya;
Porque me vengo de Elvira.

CHACON.

Esta caja me mandó
Restituirte, en que yo
Conozco que no es mentira.

DOÑA HIPÓLITA.

Muestra á ver.

CHACON.

No falta nada
De lo que diste y me dió.

DOÑA HIPÓLITA.

No miro las joyas, no.

CHACON.

Pues ¿qué miras, si guardada
Estuvo siempre con llave?

DOÑA HIPÓLITA.

Miraba si viene aquí
Aquel alma que le dí.

CHACON.

Alma de pecho tan grave
¿Cómo pudiera caber?
Iréselo á preguntar;
Pero ni él la ha visto dar,
Ni tú la verás volver.
No hay amante que no diga
Esto del alma, en que siente
Las penas de amor: —y miente;
Que solo el cuerpo le obliga.
Pero dime cómo son
Las almas de las mujeres,
Porque hay muchos pareceres.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo tengo por opinion
Que son de firmes diamantes.

CHACON.

Pues ¿por qué dicen mal dellas
Los hombres, si por vencellas
Las labran con semejantes?

DOÑA HIPÓLITA.

Porque las quiere el mejor,
Si olvida sus beneficios,
Fáciles para sus vicios,
Y firmes para su honor.

CHACON.

Voyme por no responder,
Y porque voy á buscar
Postas. Adios. (*Va*

ESCENA VI.

DOÑA HIPÓLITA.

No hay pesar
Que no traiga algun placer.
Si envidia pude tener
De la ventura de Elvira,
Ya con saber que es mentira

Me consuelo en tanta pena,
Porque si es grande la ajena,
Menor la propia se mira.
Para mí no fué mudanza
Irse don Félix, fortuna,
Porque no temió ninguna
Quien nunca tuvo esperanza.
Castigó la confianza
De Elvira amor con ausencia:
Vana fué su diligencia;
Que dichoso viene á ser
Quien no tiene qué perder,
Pues no ha menester paciencia.
Yo te agradezco, desden,
Que fueses tan desigual,
Pues no hay mal que iguale al mal
De haber tenido algun bien.
Amor, ya no hay bien por quien
Con triste ausencia me penes,
Si contra mis bienes vienes;
Que mas presto, aunque mortales,
Olvida el tiempo los males
Que la memoria los bienes.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA, INÉS. — DOÑA HIPÓLITA.

DOÑA ELVIRA. (*Ap. á Inés.*)
Hipólita lo sabrá.

INÉS.
Pues pregúntaselo á ella.

DOÑA ELVIRA.
No quiero informarme della.

INÉS.
Bien dices, vengada está.

DOÑA HIPÓLITA. (*A doña Elvira.*)
¿Vienes á ver si se va
Don Félix?

DOÑA ELVIRA.
¡Yo! ¿Para qué?
Que se vaya ó que se esté,
A mí no me importa nada.

DOÑA HIPÓLITA.
Pues si estás tan consolada,
Haz cuenta que ya se fué.

DOÑA ELVIRA.
Si tú no lo sientes mas
Que yo, Hipólita, lo siento,
Asegura el pensamiento
De la sospecha en que estás.

DOÑA HIPÓLITA.
Si tu crédito me das,
Verás que no tengo accion
Al rigor desta ocasion,
Pues en aquesta mudanza
Nunca tuvo mi esperanza
Sospechas de posesion.
Y que lo sientas, Elvira,
O no lo sientas, á mí
No me va nada; que á tí
Este desengaño mira.
Por Blanca Félix suspira.
Eso de Italia es fingido;
En blanco, por Blanca, ha sido
Castilla en esta ocasion;
Que en los montes de Aragon
No nacen yerbas de olvido. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA, INÉS.

DOÑA ELVIRA.
¿De qué sirve, Inés, querer
Disimular el dolor?
Que no es posible que amor
Paciencia pueda tener,
¿No has visto la agua romper
La presa, cuyos enojos
Lleva tambien los despojos?
Pues así mi amor ha sido,
Que del alma detenido,
Rompe la presa á los ojos.
De celos de aquella dama
(Que suele quien los padece
Imaginar que aborrece,
Y lo que adora desama),
Tuve encubierta la llama
Con fingida resistencia,
Hasta que llegó la ausencia,
Como suelen, recibidas,
No sentirse las heridas
Hasta acabar la pendencia.
Ya es tarde para fingir.
A Félix adoro y quiero;
El se parte, yo me muero:
Pues ¿qué remedio? Morir.
Necia he sido en resistir
Mis celos, cuyos respetos
Producen tales efetos,
Si amor se aumenta despues,
Porque es imposible, Inés,
Ser celos y ser discretos.

INÉS.
Agora que al Rey has dado
Esperanza de favor,
¡Sales con tener amor
A quien, de tí despreciado,
Se parte desesperado!
Y; despues que le escribiste
Tan libre, y dél burla hiciste!

DOÑA ELVIRA.
Mal sabes la condicion
De los celos, porque son
Risas falsas de hombre triste.
Cuando veas á quien ama
Con celos reirse, advierte
Que el corazon de otra suerte
Tiernas lágrimas derrama;
Porque la celosa llama
Cuando quiere bien á quien
Trata con falso desden,
Es jüez en tribunal,
Que al preso que trata mal
Quiere sentenciarle bien.
¡Ay, Dios! Inés, quien pudiese
Detenerle!

INÉS.
Bien podrás,
Si lo que diciendo estás
De tu misma boca oyese.

DOÑA ELVIRA.
Pues aunque á mi honor le pese,
Hoy le pienso detener.

INÉS.
Del Rey ¿qué piensas hacer?

DOÑA ELVIRA.
Desengañarle en rigor;
Porque solo con amor
No es poderoso el poder.
(*Vanse.*)

—

Sala del Real palacio.

ESCENA IX.

EL REY, DON FÉLIX.

DON FÉLIX.
Con razon os maravilla
El dejar á Zaragoza.

REY.
¿Son por ventura, Mendoza,
Soledades de Castilla?

DON FÉLIX.
Bien pienso que vuestra alteza
No juzga á descortesía
De la merced que me hacia,
Ni á ingratitud, la presteza
Con que me quiero partir
A Nápoles, si es testigo
De un poderoso enemigo
Que me intenta perseguir
En la corte de Aragon,
Advirtiendo lo que hiciera
Si á la de Castilla fuera.

REY.
Pues, don Félix, ¿qué ocasion
Os mueve á salir de aquí,
Y dónde vais que tengais
Mas seguridad, si estáis,
Como amparado de mí,
Guardado del Almirante,
Y á entrambos debeis amor?

DON FÉLIX.
Oid y veréis, Señor,
Si es á mi vida importante.
Otra vez, Pedro invicto, mi esperanza
En tantas confusiones importunas,
Por ver si hallaba en su rigor mudanza,
Os hice relacion de mis fortunas;
Agora con mortal desconfianza,
Aunque pudiera remediar algunas,
Vuelvo á decir mi pena y mi partida,
Ultimo canto de mi cisne vida; [dos
Que los hombres, Señor, tan bien naci-
Aguan la sangre cuando son ingratos
A tantos beneficios recebidos,
Ni puede haber honor con falsos tratos.
Los príncipes ¡oh Pedro! esclarecidos,
De sus mayores ínclitos retratos,
Verdades quieren, porque son verdades
Coronado blason de majestades.
Yo vine, como os dije, de Castilla
Hasta la raya de Aragon huyendo,
Por la razon que á tantos maravilla,
Cuando su Rey me estaba defendiendo;
Y de un arroyo en la esmaltada orilla
De azules lirios, que le están bebiendo
Las limpias aguas para ser mayores,
O guarnecer de perlas sus colores,
En hábito de rica labradora
Hallé con otra dama á doña Elvira,
Sol de mis ojos y del cielo aurora,
Que las espaldas de la noche mira.
Si vence amor, si mata, si enamora,
Si lo del arco y flechas no es mentira,
En mí se vió, pues desde entonces creo
Que estoy de muerto amor, y amor de-
[seo.
Lleváronme á su casa, al pié de un mon-
Jardin y recreacion del Almirante, [te,
Cuando con líneas de oro el horizonte
Bañaba el sol en púrpura flamante.
Mas porque no es razon que me remonte
A digresiones como tierno amante,
Hallóme hablando con Elvira el dia,
Que ella alumbraba, y él anochecía.
Aquel pliego que os di me dió partien-
[do,
Y cuando ya el caballo me esperaba.
«Pésame de que os vais» dijo, encubrien-
El nombre que saber solicitaba; [do
Mas cuando yo, por su hermosura ar-
[diendo,
De verla mas, desconfiado estaba,
En la misma posada que me distes
Hallan su luz mis esperanzas tristes.
Solicito su amor, y al fin merezco
Que favorezca el pensamiento mio;
Hablo con vos, y oyéndoos enmudezco;
Que pues la amais, amarla es desvarío.
Mandaisme hablarla, y mi persona ofrez-
[co;
Y cuando de la noche el manto frio
La tierra viste de suspensa calma,
A ver á Elvira me llevaia sin alma.

Paséla toda en ansias y suspiros,
Dudas, temores y congojas tristes,
Pensando ser traicion querer serviros,
Queriendo lo que vos tambien quisistes.
Sin esto, y que me obligan á advertiros
Quien soy y las mercedes que me hicis-
[tes,
Hay mucho que pensar del Almirante,
Celoso del poder de un Rey amante.
El está loco, y con temor y celos,
Piensa que vos matarle habeis mandado,
Y guárdase de mí con mil recelos,
De que por esto soy vuestro privado.
Y llegan á tal punto sus desvelos,
Que me busca las armas con cuidado;
Melancólico al fin, traidor me nombra,
Huye y se espanta de su misma sombra.
Con esto, ¿cómo puedo persuadirme
Seros á vos traidor y al Almirante?
Pues mal puedo olvidarla sin partirme;
Que nadie olvida, la ocasion delante.
Si en Nápoles os sirvo, divertirme,
Léjos de España, juzgan importante
Mis breves dichas, para cuya ausencia,
Perdon os pide amor, y yo licencia.

REY.

Yo os agradezco, don Félix,
Resolucion tan hidalga
Y el haber con tal respeto
Guardado á quien soy la cara.
Pues envidiable á los hombres,
Quereis volver las espaldas,
A tanto amor fugitivo,
A vuestra querida patria;
El mio os ofrezco al premio
Con oficio para Italia,
Que conozcais de qué suerte
Tales servicios se pagan.
No os vais hasta que os avise.
Entre tanto que os despachan,
Y porque viene don Juan,
Tomad de un Rey la palabra,
Que no os partiréis quejoso.

DON FÉLIX.

De vuestras reales plantas
Beso mil veces la tierra. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL ALMIRANTE.—EL REY.

ALMIRANTE.

Díjome que me llamaba
Vuestra alteza don Ramiro.

REY.

Mucho, Almirante, me espanta
Que os causen tantas tristezas
Imaginaciones vanas.
Dícenme que habeis perdido,
No digo el seso, que basta
La prudencia; que habeis dado
En imaginar que os matan.
Cualquiera espada os asombra;
Y siendo tan noble espada
La de don Félix, anoche
La culpais de que os agravia.
Si tales melancolías
Proceden de ser la causa
El servir honestamente
Un rey mozo á vuestra hermana;
Volved en vos, Almirante,
No perdais la confianza;
Que si en palacio estuviera,
Servirla yo fuera honrarla.
Aquí sirve don Enrique
A doña Ana de Moncada,
El conde de Ribagorza
A doña Sol de Peralta,
Don Lorenzo de Aragon
A la hermosa doña Juana
De Toledo, y don Ramiro,
Con ser casado, á Casandra;
Y otros muchos desta suerte,
Con la honestidad que tratan
Los nobles tales sujetos.
Así un dia que danzaba
Aquel rey de Ingalaterra,
Con la dama que dió causa,
Cayéndosele la liga,
A la órden que hoy se llama
La Jarretera, con letras
Que su honesto amor declaran,
Mal le venga á quien mal piensa,
. . . . [1]
Que yo sabiendo que pasan
De la razon vuestros celos,
Quiero de servir dejarla,
Y para seguridad,
Que vos lleveis la embajada
A Portugal de mis bodas,
Que con su Infanta se tratan;
Que mas me importa mirar
Por la vida y por la fama
De un vasallo como vos,
Que bizarrías ni galas,
Que pocos años perdonan,
Porque en guardando una dama
Padre, marido ó hermano,
No hay amor como dejalla.

ALMIRANTE.

Mil veces, invicto Pedro,
Beso esa mano, que basta
Al cetro de los dos polos,
Que el sol apenas abraza.
Donde estás, si es globo el mundo,
Pones las heróicas plantas,
Ruego á Dios que el mundo pongas
. . . . [2]
Sobre el antípoda opuesto,
A quien las minas indianas
Besen con doradas bocas;
Que yo, si mi vida alcanza
Donde pide mi deseo,
Haré en tu servicio hazañas
Que pongan admiracion
A las edades pasadas.
Iré á Portugal contento
Con la mayor arrogancia
De ostentacion de riqueza
Que haya celebrado España.
Traer á mi costa quiero
Su serenísima Infanta,
Reina nuestra y de Aragon,
Que ya su venida aguarda.
Pero, Señor, bien sabeis
Que no es justo que mi hermana
Quede sola, hermosa y moza
Al gobierno de mi casa.
Casarla quiero primero,
Si dais licencia; que tratan
Su casamiento en Castilla
Los Zúñigas y los Laras.
Resolverme pienso luego,
Y á quien gustáredes dalla;
Que no tengo condicion
Para hacer ausencias largas.

REY.

Pienso que no es menester;
Que yo la tengo casada.

ALMIRANTE.

¡Casada, Señor! ¿Con quién?

REY.

Con el marqués de Miralba.

ALMIRANTE.

No le conozco, Señor.

REY.

Es un estado en Italia
De gran calidad y hacienda.

[1] Parece que faltan versos.
[2] Falta un verso.

ALMIRANTE.

Pues ¿cómo puede llevarla
A Italia, si me mandais
Ir á Portugal?

REY.

Casalda,
Y llevarála su esposo.

ALMIRANTE.

¿Cómo su esposo, si tarda?

REY.

No tardará; que esta noche
Le tendréis en vuestra casa;
Que ha de llegar por la posta.
Vos entre tanto adornalda;
Que ha de ir conmigo el Marqués.

ALMIRANTE.

Quisiera tener mil almas
Que ofrecer á vuestra alteza.
Cumpla el cielo la esperanza
Que de vos tiene Aragon
Y que envidia toda España.
(*Vase.*)

—

Sala en casa del Almirante.

ESCENA XI.

DON FÉLIX, CHACON.

DON FÉLIX.

¿Está todo prevenido?

CHACON.

Es tan poca nuestra ropa,
Que por tierra viento en popa
Pudieras haber partido.
Estoy aguardando á Inés,
Que la dobla y la perfuma.

DON FÉLIX.

Yo me voy; mas no presuma
Que podré vivir despues.
Respetos de una corona
Causa de mi muerte fueron.

CHACON.

Seis galeras me dijeron
Que estaban en Barcelona.

DON FÉLIX.

¡Plega al cielo que la mar
Me anegue!

CHACON.

No plega á Dios;
Que vamos juntos los dos,
Y no me quiero pasar
Por agua, que no soy huevo.
Tú, si eres buen nadador,
Echa en remojo tu amor,
Como aquel pobre mancebo
Que quiso beberse el mar,
Que tantos locos anega;
Porque yo en una bodega
Pienso mandarme enterrar.

DON FÉLIX.

¡Plega á Dios que multiplique
Su furia el mar, de manera
Que se pierda la galera
Y todo se vaya á pique!

CHACON.

Por el hisopo bendito,
Que te has de ir solo.

DON FÉLIX.

No quiero
Vivir.

CHACON.

Yo sí.

DON FÉLIX.

Ya no espero
Vida, morir solicito.

CHACON.
¿Cómo morir? Ni lo nombres
Vive este poco que ves;
Que hay grande tiempo despues
Para estar muertos los hombres
Cuando en un sepulcro veo
De mármol una figura,
Que há dos mil años que dura
Con sus armas y trofeo,
Y fué su vida sesenta,
Aconsejo á mis amigos
Vivan de espacio.

DON FÉLIX.
Enemigos
Celos, levantad tormenta,
Aunque me lleveis á Argel.

CHACON.
¡Vive Dios, de no ir allá!
Chacon cautivo! No hará
Presa en mi Zaide Arambel.
¡Oh agua! Oh nieves! Oh bielos!
¿Cuándo un hombre fué por vino
Camino de Argel?

DON FÉLIX.
Camino
Del infierno son los celos.

ESCENA XII.

DOÑA ELVIRA.—DICHOS.

DOÑA ELVIRA.
¡Qué maldiciones son estas,
Señor don Félix?

DON FÉLIX.
Señora,
Al mar en que van agora
Mis esperanzas, dispuestas
A dar á mi vida fin.

CHACON.
Deten un desesperado
Amante, pues has llegado
A tal tiempo, serafin.

DOÑA ELVIRA.
¡Yo! ¿Cómo?

CHACON.
Pues ¿qué mujer
No sabe desde que nace
Cómo este enredo se hace
De ablandar y detener?

DOÑA ELVIRA.
Si yo pudiera, Chacon,
¿Dudas tú que yo lo hiciera?
Pero si Blanca le espera,
¿No ves tú que no es razon?

CHACON.
¡Qué Blanca ni calabaza,
Si está en Toledo, y nos vamos
A Nápoles?

DON FÉLIX.
No llevamos
Para ser amigos traza,
Queriendo al Rey en que adora
La señora doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.
De celos fué la mentira;
Que lo que yo quiero agora
Es rey de mi pensamiento,
Que no es el rey de Aragon.

DON FÉLIX.
¿Burlas en esta ocasion,
Argel de mi entendimiento?

DOÑA ELVIRA.
No son burlas, sino veras,
Porque en llegando á perderte,
Serás, Mendoza, mi muerte.

DON FÉLIX.
¿Matarme otra vez esperas?

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿cómo soy yo tu muerte?

DON FÉLIX.
Porque el irme aborrecido
Es menos mal que querido,
Siendo forzoso perderte;
Que aborrecido un amante
Mas presto consuelo intenta;
Que si querido se ausenta,
No hay tormento semejante.

DOÑA ELVIRA.
¿Forzoso?

DON FÉLIX.
Sí, porque al Rey
Le dije que te adoraba,
Y por eso me ausentaba.

DOÑA ELVIRA.
Y ¿cuál es mas justa ley?
¿Quererte á tí por marido,
O al Rey por galan?

DON FÉLIX.
¿Qué haré,
Chacon? Pero no podré
Quebrar lo que he prometido.
Voyme. Adios.

CHACON.
Vuelve á mirar
Aquellos ojos, señor.

DON FÉLIX.
¿Seré el primero traidor
Que supo amor disculpar?
¿No están las historias llenas
De engaños y deslealtades?
Pues ¿qué temen mis verdades?
¿Qué mas pena que mis penas?
Vuelvo á verte...—Mas no puedo
Ser traidor y ser quien soy.
Adios, mi bien: yo me voy.

DOÑA ELVIRA.
¡Ingrato! Quejosa quedo
De tu crueldad.

CHACON. (*A su amo.*)
¿No te mueven
Aquellas perlas hermosas,
Que en aquel jardin de rosas
Dos cielos de niñas llueven?

DON FÉLIX.
¿Cielos de niñas, Chacon?

CHACON.
¿No la ves hacer pucheros?

DON FÉLIX.
Ojos, traicion es perderos...
—Mas si quedarme es traicion,
El quedarme dificulto,
Y el irme si ingrato soy.

CHACON.
Para conjurarte estoy,
Señor, en lenguaje culto.
Por aquel candor brillante
Que viva luz y alma ostenta,
Aunque canoro se argenta
El piélago naufragante,
Que de sus, te duelas, ojos.

DON FÉLIX.
Ahora bien, ojos serenos,
Yo os quiero dar por lo menos
Vida y honor en despojos.
Dadme esa mano de ser
Mia, y el poder me mate.

DOÑA ELVIRA.
El Rey es rey: cuando trate
De hacer espada el poder,
Apelar á su grandeza.

DON FÉLIX.
Pues ya tan estrechos lazos
Confírmense con los brazos.
Córteme el Rey la cabeza.

ESCENA XIII.

DOÑA HIPÓLITA.—DICHOS.

DOÑA HIPÓLITA.
¡Bien por mi fe!

DOÑA ELVIRA.
¿Qué te admira?
¿No me puedo despedir?

DOÑA HIPÓLITA.
Puedes; pero no decir
Que le aborreces, Elvira.
¿Acuérdaste que dijiste
«Quiere á don Félix», haciendo
Burla, y libertad fingiendo?
Por desprecio me le diste.

DOÑA ELVIRA.
Era liberal y franca,
Como quien celosa está.

DOÑA HIPÓLITA.
Y doña Blanca ¿qué hará?
Que es muy linda doña Blanca.

CHACON.
Doña Blanca está en Toledo
Labrando.

DOÑA HIPÓLITA.
Déjame hablar,
Chacon, pues me dan lugar
Para que les pierda el miedo.—
¿Eras tú la que estimabas
Al Rey?

DOÑA ELVIRA.
Y agora tambien.

DOÑA HIPÓLITA.
Pues ¿cómo abrazas á quien
Por el Rey menospreciabas?

DOÑA ELVIRA.
Porque á quien viene ó quien parte,
De justicia se le deben
Los brazos.

DOÑA HIPÓLITA.
Mucho se atreven
Tus mudanzas á culparte.
Mal cumples con tu nobleza,
Siendo la mayor el dar,
Porque volver á tomar
Lo que se ha dado es bajeza.
Mas no pienses que yo estaba
Segura de que tenia
A don Félix; que sabia
Y sé que á ninguna amaba;
Si bien puede ser que agora
Te quiera (así el tiempo obliga),
Y aquel retrato no diga:
«Soy de Blanca, mi señora.»
Extraños los hombres son.
Pero ¿qué me maravilla
Que á voluntad de Castilla
Valgan fueros de Aragon?
Y tú que á olvidar y á amar
De su mudanza aprendiste,
¿Cómo las joyas volviste,
Si te habias de quedar?
Bien la voluntad pagaste,
Ya que á quedar te resuelves,
Pues aunque las joyas vuelves,
Con la mejor te quedaste.
Pero no hay de qué me espantes,
Si igualmente nos olvidas,
Porque son muy parecidas
Las almas á los diamantes,
Que el precio grande á que viene
Mas la estima que el valor,
Hace mayor ó menor
Entendellos quien los tiene.

DON FÉLIX.

Hipólita, si por mí
Tengo de hablar, oye atenta
Lo que un hombre loco intenta:
Oye, y vengaráste ansí.
Si en el instante que vi
A Elvira, fué su beldad
Alma de mi voluntad,
No fué agravio no quererte,
Pues ya, cuando quise verte,
Estaba sin libertad.
Si yo dos almas tuviera
(Así tu lealtad me admira),
Diera la primera á Elvira,
Y la segunda te diera.
Una tengo: considera
Que no la puedo partir.
Ya no te puedo rendir
Desta vitoria la palma;
Que siendo espíritu el alma,
¿Quién la podrá dividir?
La que dices que me diste
Y entre las joyas no hallaste,
Es porque no la buscaste
Con la atencion que pudiste;
Que cuando darla quisiste,
Y no la pude querer,
¿Qué cargo puedes hacer
De que no te la volví?
Que si no la recibí,
¿Cómo la puedo volver?
Si Elvira celosa un dia
Me dió, y hoy vuelve á quitarme,
Dime, ¿cómo pudo darme,
Si entonces no me tenia?
Ni darme sin mí podia;
Que cuando darme intentó,
De su alma me sacó,
Aunque celosa me daba:
Y pues fuera della estaba,
No era suyo entonces yo.
Son los celos inhumanos
Como niños que se enojan,
Que aunque lo estiman, arrojan
Lo que tienen en las manos.
Ansí con enojos vanos
Arrojóme Elvira un dia;
Pero como yo sabia
Que eran niños sus enojos,
Acallé las de sus ojos
Con darle lo que queria.

DOÑA HIPÓLITA.

Bien te sabes disculpar,
Si mi voluntad quisiera.

DON FÉLIX.

¿No basta para venganza,
Ver que mi locura intenta
Querer lo que quiere un Rey?

ESCENA XIV.

EL ALMIRANTE.—DICHOS.

ALMIRANTE.

¿Está aquí don Félix?

DON FÉLIX.

Llega
A tiempo vueseñoría,
Que estoy trazando mi ausencia.

ALMIRANTE.

Ya no será para Italia;
Agradecedme las nuevas.
A Castilla volveréis
Porque están las paces hechas.
Don Sancho, vuestro enemigo,
Casado en Toledo queda
Con vuestra hermana, y el Rey
Os casa con doña Elena,
Su hermana; que desta suerte
Las amistades concierta.
Dale el parabien, Elvira,
Al señor don Félix.

DOÑA ELVIRA.

Sea
Para bien, señor don Félix.

DON FÉLIX.

No acierto á daros respuesta.

DOÑA HIPÓLITA

Yo tambien os quiero dar
El parabien. (*Ap.* No me pesa,
Como Elvira no le goce,
De que cualquiera le tenga.)

ALMIRANTE.

Id á palacio, don Félix;
Que os aguardaba su alteza
Para daros estas cartas.

CHACON. (*Ap. á su amo.*)

Señor, ¿qué nueva tormenta
Es esta que se levanta?
¡Tú casas con doña Elena,
Y don Sancho con tu hermana!
Estas ¿son paces ó guerras?

DON FÉLIX.

Desdichas son que me siguen;
Pero primero que veas
Que yo pierdo á doña Elvira,
Y con Elena tan fiera
Me caso contra mi gusto,
Aunque el Rey me hiciese fuerza,
Habrá estrellas en la mar,
Y flores en las estrellas.

(*Vanse don Félix y Chacon.*)

ESCENA XV.

EL ALMIRANTE, DOÑA ELVIRA, DOÑA HIPÓLITA.

DOÑA ELVIRA.

Como esto adelante pase,
Ya no tendrás que temer.

ALMIRANTE.

¿No estás contenta de ver
Que este don Félix se case?
¿No te alegras de que ya
Salga desta casa, Elvira?

DOÑA ELVIRA.

Ni me alegra, ni me admira.

DOÑA HIPÓLITA. (*Ap.*)

Muerta doña Elvira está.
Hoy se han vengado mis celos.

DOÑA ELVIRA.

¿Cansábate mucho á tí?

ALMIRANTE.

En sacármele de aquí
Gran bien me han hecho los cielos.
Pero ¿cómo no te digo
Lo que mas te importa, Elvira,
Y que mas á mi honor mira?
Declaróse el Rey conmigo.
Envíame á Portugal
A tratar su casamiento,
Viendo que el servirte siento
Por ser el fin desigual;
Pero pídole primero
Para casarte licencia;
Que de estar sola en mi ausencia
Los peligros considero.
Responde que te ha casado,
Elvira, con el marqués
De Miralba (pienso que es
En Nápoles); y admirado
Digo que esperar no puedo
A que venga; y respondió
Que está en Zaragoza. Y yo,
Si te digo verdad, quedo
Imaginando que es él
El Marqués con quien te casa,
Porque dice que á mi casa
Vendrá esta noche con él,
Y no he visto en la ciudad
Tal hombre: es mozo, y amor,
Como sabes, es furor
En que da la voluntad.
En fin, el que fuere sea,
Yo no puedo replicar.
Haz la casa aderezar
De manera que el Rey crea
Que imaginamos que es él;
Y no me repliques nada,
Pues has de quedar casada
Con el Marqués ó con él.
Hoy al fin te has de casar,
Porque al gusto de los reyes
No hay mas respuesta en las leyes
Que obedecer y callar. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ELVIRA, DOÑA HIPÓLITA.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué es lo que pasa por mí!
¿Habrá en el mundo paciencia,
Que pueda hacer resistencia?

DOÑA HIPÓLITA.

Lástima tengo de tí.

DOÑA ELVIRA.

De mi fortuna cruel
Conozco el mísero estado,
Hipólita, en que has llegado
A tener lástima dél;
Que no hay mayores testigos
De que es el mal desigual,
Como ver que llega el mal
A lastimar enemigos.
¿No me bastaba perder
A don Félix, sin casarme
Con quien no he visto, y llevarme
A Italia?

DOÑA HIPÓLITA.

Bien puede ser
Que sea el Rey; y siendo ansí,
Quejarte es notable error.

DOÑA ELVIRA.

El gusto es mayor señor.

ESCENA XVII.

TELLO.—DICHAS.

TELLO. (*Dentro.*)

Fia tu cuidado en mí.

(*Sale Tello.*)

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué es esto, Tello?

TELLO.

Señora,
El Almirante me manda
Que estas salas aderece.

DOÑA ELVIRA.

Cuelga de luto esta casa,
Tello; que hoy el Rey me entierra.
(*Vase.*)

TELLO.

¿El Rey?

DOÑA HIPÓLITA.

No quiero dejarla,
No haga algun desatino. (*Vase.*)

TELLO.

¡Tristezas y bodas! Basta.
Aquí hay amor de don Félix.

ESCENA XVIII.

CHACON, INÉS.—TELLO.

INÉS.

Ya tienes la ropa blanca
Puesta á punto.

CHACON.

No hay paciencia
Para tan triste jornada.

INÉS.

¡Siente mucho tu señor
Que le casen con la hermana
Deste don Sancho?

CHACON.

Está muerto.

TELLO.

Inés, á Chacon despacha;
Que tienes mucho que hacer.

INÉS. (*A Chacon.*)

Pésame de que te vayas,
Y de que pierda don Félix
El casarse con mi ama.
¡Ah qué mujer doña Elvira!
¿Piensas que es sola la cara?
Pues no, Chacon, la hermosura
Tiene muchas circunstancias.

CHACON.

Bien se le ve por las manos,
Que es el pulso de las damas.

INÉS.

Sus piés son dos azucenas,
Su cuerpo alabastro y plata,
Sus brazos marfil al torno,
Sus pechos son dos manzanas.

CHACON.

Por una se perdió el mundo.

INÉS.

¿Es muy linda, es muy gallarda,
Chacon, esa doña Elena
Con quien á don Félix casan?

CHACON.

Como fué por la hermosura
Famosa Elena troyana,
Esta, Inés, por ser tan fea,
Que es imposible pintarla.
Es un ángel del infierno.
Para galga era extremada;
Que tiene largo el hocico,
Y es alta, delgada y larga.
Es fria con ser morena,
Que es endemoniada falta;
Derecha como un camello,
La voz como de una cabra.

INÉS.

Lástima tengo á don Félix.

CHACON.

A la puerta dicen «plaza.»

INÉS.

¿Si es el Rey?

CHACON.

¡En casa el Rey!

ESCENA XIX.

EL REY, EL ALMIRANTE, DON FÉLIX, CRIADOS.—DICHOS.

ALMIRANTE.

Señor, á mercedes tantas,
A tales honras, no pueden
Satisfacer las palabras.
Esta casa desde hoy
Queda tan calificada,
Que de igualar á la vuestra
Puede tener arrogancia.

REY.

Vuestros servicios, don Juan,
Lo merecen.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿Quién pensara
Que el Rey tomara tan presto
De mis palabras venganza?
Hoy me quitaré la vida,
Porque solamente aguarda
Mi amor á ver el dichoso
Que con Elvira se casa.

REY.

¿Dónde está Elvira, Almirante?

ALMIRANTE.

Díjele que la casaba
Vuestra alteza, y suspendióse,
Con la novedad turbada,
Por no haber visto con quién,
Y ser título en Italia.
Mas ya á besaros la mano
Viene, Señor, obligada
A la merced que le haceis.

DON FÉLIX. (*Ap. á su criado.*)

Chacon...

CHACON.

Señor...

DON FÉLIX.

Esta daga
Me ha de pasar este pecho
En viendo á Elvira casada.

ESCENA XX.

DOÑA ELVIRA, DOÑA HIPÓLITA.—DICHOS.

DOÑA ELVIRA.

Déme los piés vuestra alteza.

REY.

Elvira...

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Hoy el Rey me mata.

REY.

Vuestra virtud y hermosura
Es digna de un rey de España.
Mucho me debeis... Quisiera
Esta voluntad mostrarla
En un grado superior...
—Triste estáis: alzad la cara;
Que no se miran los reyes
Con semblante de desgracias;
Que el vasallo en su presencia
Pone en los ojos el alma.

DOÑA ELVIRA.

No estoy yo triste, Señor,
Turbada sí; que turbara
La mas libre condicion
Favor y merced tan alta.

REY.

A casaros he venido.

ALMIRANTE.

Señor, ya todos aguardan
Al Marqués: ¿cómo no viene?

REY.

El Marqués está en la sala;
No hay que aguardar al Marqués.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

El Rey sin duda se casa
Con Elvira: yo soy muerto.

ALMIRANTE.

Si está el Marqués en mi casa,
Descúbrale vuestra alteza.

REY. (*A don Félix.*)

Llegad, marqués de Miralba.
Dad la mano á doña Elvira;
Que quien á los reyes guarda
El decoro como vos,
El premio que vos alcanza.
Llegad, don Félix, llegad,
Que este título en Italia
Os doy. Alegraos, Elvira.

LOS DOS.

¡Señor!...

REY. (*A don Félix.*)

No digais palabra;
Que yo me obligo á las paces.

DOÑA ELVIRA.

Lo que vuestra alteza manda
Es justo que se obedezca.

ALMIRANTE.

¿Quién puede á mercedes tantas
Responder?

DON FÉLIX.

Sola mi dicha,
Diciendo que aquí se acaba
Guardar y guardarse.

CHACON.

Esperen.
A Chacon ¿no le dan nada?

DON FÉLIX.

Pide al Senado perdon;
Que no es poco si le alcanzas.

LOS PELIGROS DE LA AUSENCIA.

PERSONAS.

DON PEDRO.	DOÑA BLANCA.	MARTIN.	RUFINO, *huésped.*
DON BERNARDO.	DOÑA INÉS.	ALBERTO.	EL EMPERADOR.
DON FÉLIX.	LEONOR, *esclava.*	LISENO.	DOS CABALLEROS.
DON SANCHO.	RAMIRO, *criado.*	LUCINDO.	BARQUEROS.—ACOMPAÑAMIENTO.

La accion pasa en Sevilla y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Pedro, en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

DON PEDRO.

¿Que la viste de tal suerte?

MARTIN.

Y de tal suerte la vi,
Que á la vida aplausos dí
Y sátiras á la muerte.
Ella es la cosa mas fuerte,
Pues á vencer se aventura
La hermosura, que procura
Todas las cosas vencer.
¡Gran muestra de su poder
Poder vencer la hermosura!

DON PEDRO.

Cuanto no fuere inmortal
Está á la muerte sujeto.

MARTIN.

¡Qué necísimo conceto!

DON PEDRO.

¿Qué dices?

MARTIN.

Que es natural.
Desde el hombre al animal
Morirá cuanto nació,
Cuanto tiene vida.

DON PEDRO.

Y yo,
Puesto que inmortal naciera,
Por doña Blanca muriera.

MARTIN.

Luego ¿no estás vivo?

DON PEDRO.

No.

MARTIN.

Huiré de ti, si es así.

DON PEDRO.

No huyas, porque si estoy
Muerto, lo que es Blanca soy,
Porque Blanca vive en mí.
En fin, ¿tú la viste?

MARTIN.

Vi
Un cielo todo sereno,
Un jardin de flores lleno,
Donde la naturaleza
En un vaso de belleza
Disfrazó dulce veneno.
Cuando con risa sutil
Movió la voz celestial,
Por un cielo de coral
Vi un sierra de marfil.
Allí un alma, y aun dos mil,
Se dejaran aserrar.

DON PEDRO.

¡Qué bien la sabes pintar!
Pues me parece que veo
Entre su nieve el deseo,
Si le dejaran llegar.
Mas ¿qué te dijo de mí?

MARTIN.

No pudo hablarme, y habló
La risa, en lengua que yo
Cuanto me dijo entendí.
Luego, y no muy léjos, vi
A don Bernardo, su amante,
Tan galan como ignorante.

DON PEDRO.

¿Hízole favor?

MARTIN.

Cerró
La reja tu amor, y vió
Su desprecio en su semblante.

DON PEDRO.

¡Ay, Martin! Él ¿no porfía?
Pues en algo se ha fundado.

MARTIN.

Ingratamente has pagado
La risa que te decía.

DON PEDRO.

¡Ay, loca esperanza mia!

MARTIN.

Si temes, ¿por qué no intentas
Casarte?

DON PEDRO.

Cuanto me alientas
Con sus favores, sus celos
Me desmayan.

MARTIN.

Con recelos
Viles su firmeza afrentas.

DON PEDRO.

Si á don Sancho se la pido,
¿No me la podrá negar?

MARTIN.

La bendicion te ha de hurtar,
Si tardas, este atrevido.
Mira que el mejor partido
Es prevenir el suceso.

DON PEDRO.

Si él se la pide, confieso
Que don Sancho estime en mas
A don Bernardo.

MARTIN.

Y ¿qué harás
Entonces?

DON PEDRO.

Perder el seso.

ESCENA II.

LEONOR, *con manto y un sombrerillo sevillano, trayendo un papel;* RAMIRO, *con otro.*—DICHOS.

LEONOR.

El seor don Pedro ¿está aquí?

RAMIRO.

¿Está en casa el veinticuatro?

MARTIN.

¿No le ves, Leonor?—Ramiro,
Llegad; que aquí está mi amo.

LEONOR. (*Ap. á don Pedro.*)

Dios guarde tan lindo talle,
Veinticuatro el mas gallardo
Que vió la insigne Sevilla
En su cabildo en mil años.

DON PEDRO.

¡Oh morena de los cielos,
En cuyo color mezclaron
Su ocaso escuro Etiopia
Y España su oriente claro!
¡Bien haya cuarenta veces
El buen gusto de aquel blanco
Que se pagó de tu madre!
Que por el que tiene vario
Fué hermosa naturaleza.

LEONOR.

Bien dices, porque jugaron
Mis padres al ajedrez.

DON PEDRO.

Hanme dicho que don Sancho
Te quiere como á su vida.

LEONOR.

Dice que soy su regalo.

DON PEDRO.

Eres linda conservera.
Bien hayan, Leonor, tus manos.
Muestra; besártelas quiero.

LEONOR.

Algo has visto.

MARTIN. (*Ap. á su amo y á Leonor.*)

Con recato;
Que aguarda Ramiro allí,
Criado de don Bernardo.

LEONOR.

Este papel te traia
Del ángel que adoras tanto.
Quisiera hablarte, y no puedo;
Que está aquel hombre mirando.

DON PEDRO.

Muestra: morena divina,
Muestra.

MARTIN.

No vendrá muy blanco,
Si há rato que le traia

LEONOR.
¿Qué le parece al lacayo?

MARTIN.
Yo porque guisas lo digo.

LEONOR.
Si guiso, tambien me lavo.

MARTIN.
Y mas, que escribir se puede
Con el agua de tus manos.

LEONOR.
¡Oiga el señor estornudo!

MARTIN.
Antes de hacerlo me guardo,
Porque no te corras, perla
Con dos erres.

LEONOR.
Si me abajo
Por la chinela...

MARTIN.
Detente.

DON PEDRO.
Basta, necio.

MARTIN.
Angel tiznado,
Mi amo dice que basta.

DON PEDRO.
Sol, eclipsados los rayos,
Toma este bolsillo, y vete;
Que me espera aquel criado.
Con Martin responderé.

LEONOR.
Vivas, don Pedro, mas años
Que en una ciudad pequeña
La enemistad de dos bandos.—
Y el pícaro, por el agua
De la mar....

MARTIN.
Quedo, y reparo.

LEONOR.
Tome.

MARTIN.
Bofeton con guante
De ámbar es favor, no agravio.
(*Vase Leonor.*)

DON PEDRO. (*A Ramiro.*)
¿Qué manda vuesamerced?

RAMIRO.
De mi señor don Bernardo
Es este papel.

DON PEDRO.
Veréle
(Que agora estoy ocupado)
Y responderé, despues.

RAMIRO.
Guárdeos Dios. (*Vase*)

ESCENA III.

DON PEDRO, MARTIN.

DON PEDRO.
Solos quedamos
Y cargados de papeles.
Martin, tu consejo aguardo:
¿Cuál dellos leeré primero?

MARTIN.
Barajémoslos entrambos...
—Mas lee el de doña Blanca,
Porque el de ese necio honrado,
Si viene con pesadumbres,
No te agüe el gusto.

DON PEDRO.
Es engaño.
Mejor es leer el suyo,
Porque despues, si hay enfado,
Doña Blanca me le quite.

MARTIN.
Bien dices.

DON PEDRO.
La nema rasgo.

(*Lee.*) «Desconfiado de mi corto me»recimiento, no he querido aventurar »mis esperanzas á los favores de doña »Blanca en competencia de quien tiene »tantos, sino la vida á mis celos y dis»gustos; y por excusar los que me da »vuesamerced, le suplico sea servido »de venir esta tarde al campo de Ta»blada, donde me hallará esperándole, »sin mas armas que la espada y la ca»pa.»

¡Extraño papel!

MARTIN.
Extraño.

DON PEDRO.
Bien hice en verle primero,
Pues en el de Blanca espero
Dulce remedio á su daño.

(*Lee el otro papel.*) «Licencia me ha »dado mi padre para ir esta tarde á »Triana, por ser viérnes del Espíritu »Santo. Hasta el rio llegaré en un co»che con doña Inés, mi prima. Podréis, »señor mio, entrar al descuido en el »mismo barco, donde podré hablaros; »y ¡ay Dios, si fuera tan ancho Guadal»quivir que nunca llegáramos á Tria»na!»

MARTIN.
¿Qué sientes?

DON PEDRO.
Estoy sin mí.

MARTIN.
¡Qué bien hiciste en guardar
Tal placer á tal pesar!

DON PEDRO.
¡Qué confusion!

MARTIN.
¿Cómo ansí?

DON PEDRO.
Por una parte el honor
Al desafío me llama,
Y por otra, de mi dama
Me está llamando el amor.
¿Qué haré? Mas ¿qué puedo hacer?
Pues ¿he de perder mi gusto?
El honor dice que es justo,
Y amor que no puede ser.
Pierdo en aquesta ocasion,
Martin, la que me ofrecía
Mi buena dicha este dia:
Por otra parte, es razon
Dar al honor su lugar.
Pero ¿cuándo le tendré,
Si ha de presumir que fué
Desprecio el no la buscar?
Voy al rio; que á este necio
Bastará enviarle un recado
De que hoy estoy ocupado,
Y que su papel desprecio,
Y que mañana saldré.
Pero ocasion le daria
A pensar que es cobardía
Lo que amor de Blanca fué.
¿Qué decís, honor? Dirá
Que es justo. Dejadme, amor;
Que está en el campo el honor;
Dejadme, que parto ya.
Pero si vengo á perder
Esta ocasion, honor mio,
Por un necio desafío,
Despues ¿qué habemos de hacer?
Voy á Triana, Martin.
Pero no; que está empeñada
Toda mi honra en Tablada
Y soy caballero, en fin.
¡Ah! qué cruel confusion!
¡Que adore yo á una mujer
Que esta tarde puedo ver,
Y que pierda la ocasion!
¡Que me hallase este hombre aquí!
¡No hubiera despues llegado!
Rompo el papel.. —De turbado
El de mi Blanca rompí.
Vengaréme en el infame
Que entero quedar pensó.
¡Mal agüero! Pero yo
Haré que bueno se llame,
Matando á quien me ha quitado
Ver tan de cerca los cielos
De tus ojos con sus celos,
Y dél quedaré vengado.
Parte, Martin, á buscar
Entre los barcos á Blanca.

MARTIN.
¿Qué diré?

DON PEDRO.
Que se me arranca
Toda el alma de pesar.
Di que Sevilla mandó
Que en cabildo nos hallemos
Los que este oficio tenemos,
Cuando su papel llegó;
Porque de su majestad
Una carta se ha de ver
Esta tarde.

MARTIN.
¿Que has de hacer
Tan loca temeridad?

DON PEDRO.
No lo excuso:—y no te asombres;
Que este necio honor sin ley
Es un tirano, aunque rey,
De las vidas de los hombres.
(*Vanse.*)

—

Orilla del Guadalquivir á vista del barrio de Triana.

ESCENA IV.

Dos BARQUEROS, *dentro; despues*, ALBERTO.

BARQUERO 1.° (*Dentro.*)
Aquí, señor caballero;
Que él solo falta; aquí, aquí.
(*Sale Alberto.*)

ALBERTO.
En toda mi vida vi
Tal grandeza, ó verla espero.

BARQUERO 2.° (*Dentro.*)
Aquí; que ya nos partimos.
Aquí, hermosas. Entren, vamos.

ALBERTO.
¡Qué bien, vestidos de ramos
Con sus dorados racimos,
En vez de toldos, están
Los barcos! ¡Oh gran Sevilla!
Como cisnes, por la orilla
Las alas abriendo van!
¿Oye, arraez? Salga afuera;
Que tengo que hablarle un poco.

BARQUERO 1.°
Ya la blanca arena toco
De la mojada ribera. (*Sale.*)
¿Qué manda el seor forastero?

ALBERTO.
Ese barco he menester
Para Sanlúcar.

BARQUERO 1.°
Ayer

Me habló cierto caballero.
¿Es su criado?

ALBERTO.

No fué
Por ver hoy la bizarría
De Sevilla.

BARQUERO 1.°

Al fin del dia,
Si él gusta, le serviré.

ALBERTO.

Quede ansí; pero esta tarde
Le ha de traer por el rio;
Que de su hermosura y brio
Hacen las damas alarde,
Y todo entrará en la cuenta.

BARQUERO 1.°

¿Pasaré esta gente?

ALBERTO.

Sí,
Como luego vuelva aquí.
(*Vase el barquero.*)

ESCENA V.

DON FÉLIX, *de camino.* — ALBERTO.

DON FÉLIX.

Para sí. ¡Qué mal quien ama se ausenta!
Fine de Madrid, posé
En una casa vecina
Al jardin de Falerina,
Que mas encantada fué,
Donde la ventana, opuesta
A la de una hermosa dama,
Fué deste incendio la llama,
Y yo materia dispuesta.
Señas hice, aunque entendidas,
A traicion disimuladas;
Que mientras mas declaradas,
Fueron menos acogidas.
Castigáronme con cerrar
Muchas veces la ventana;
Que tantas tarde y mañana
Dió mi amor en porfiar.
Ha llegado la ocasion
De partirme, y voy de suerte,
Que de mi vida á mi muerte
Habrá poca dilacion.)
Alberto, ¿qué haces aquí?

ALBERTO.

El barco que he concertado
Aguardo, con el cuidado
De tu partida.

DON FÉLIX.

¡Ay de mí!

ALBERTO.

¿De qué es la pena?

DON FÉLIX.

No sé.

ALBERTO.

¿Sientes partirte?

DON FÉLIX.

¿Pues no?

ALBERTO.

¿Qué ocasion jamás te dió
Quien siempre de mármol fué,
Mas firme que las colunas
De su casa, que con necios
Suspiros, por sus desprecios
El claro viento importunas?
Si amaras á doña Inés
Como á doña Blanca, creo
Que hicieras mejor empleo,
Por lo que entendí despues.

DON FÉLIX.

¿Cómo?

ALBERTO.

Un dia que la vi
Sola, y á hablarla llegué,
Como yo lo imaginé,
Que te adora conocí.
Pero ya son disparates
Estas cosas para quien
Se va á las Indias, ni es bien,
Señor, que de amores trates;
Que quien ha de gobernar
Una provincia, ha de ser
Tan prudente, que aun del ver
Honesto se ha de guardar.
Sé ambicioso, sé arrogante,
Hurta, roba, come, bebe,
Juega, sé avariento, debe,
Ten entrañas de diamante;
Que con solo ser honesto,
Aunque lo finjas, serás
Respetado, porque es mas
Que ser santo manifiesto.

DON FÉLIX.

Bien dices; pero en mis años
No te espantes que el amor
Ejecute su rigor,
Solicite sus engaños.
En las Indias podré ser
Virtüoso, pues que ya
Toda la virtud está
En no tratar de mujer.
Con esto seré estimado;
Que como amor es flaqueza,
El que en ser flaco tropieza,
¿Cómo ha de ser respetado?
Cierto que tiene razon
El mundo en tener en poco
El que es con mujeres loco,
Puesto que muchos lo son.
Pero bien examinada,
Alberto, naturaleza,
En estimar la belleza
¿Cómo puede ser culpada?—
Pero de un coche se apean
Dos damas.

ALBERTO.

Por la esclavilla
Son, como flor de Sevilla,
Las que tus ojos desean.
¡Vive Dios que es Blanca!

DON FÉLIX.

¡Ay cielo!
Al partir ¿esta piedad?
Pero diré que es crueldad,
Si aumento el mal que recelo;
Que no es, al que está abrasado
De calentura, favor
Darle agua, si el calor
Ha de quedar aumentado.
Ellas deben de querer
Pasar, Alberto, á Triana.
¡Oh hermosura sevillana!
En agua te vengo á ver.
Pondré cera en mis oidos,
Taparme los ojos quiero,
Pues por sirenas espero
Pasar mis cinco sentidos.

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS, LEONOR. — DICHOS.

DOÑA BLANCA.

¡Agradable vista!

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Hermosa.
Parece un jardin el rio.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Ay hermoso desden mio!
¡Ay mi partida forzosa!
Como hacen merced á quien
Está espirando, me has dado
El bien de haberte mirado,
Si cuando me parto es bien.

DOÑA BLANCA.

Parecen verde carrera
De árboles por el cristal
Del agua.

DOÑA INÉS.

Armada real
Cubre su blanca ribera.

DOÑA BLANCA. (*Ap. á su prima.*)

¡Ay, Inés! El forastero
De Madrid, necio y cansado.

DOÑA INÉS.

No le muestres, prima, enfado,
Pues sabes que yo le quiero.

DOÑA BLANCA.

Mal gusto.

DOÑA INÉS.

Si á tí te agrada
Don Pedro, juzga por tí
Que tambien me enfada á mí,
Como don Félix te enfada.

DOÑA BLANCA.

Don Pedro me quiere bien,
Y este no te quiere, prima.

DOÑA INÉS.

Pues, Blanca, su amor estima,
Si yo estimo su desden.
De pensar vengo á turbarme
Que se debe de partir.

DOÑA BLANCA.

Pues, Inés, déjale ir,
Y dejará de mirarme.

DON FÉLIX. (*A doña Blanca.*)

A tan grande atrevimiento
El campo me da ocasion...

DOÑA INÉS. (*Ap. á doña Blanca.*)

Ser cortés á una razon
No ofende tu pensamiento.
Escucha este hombre por mí.

DOÑA BLANCA.

¿Qué es, Señor, lo que quereis?

DON FÉLIX.

Que á quien se parte escucheis.

DOÑA BLANCA.

Ya lo habeis dicho.

DON FÉLIX.

Es ansí;
Pero si la dilacion
Del hablar en la partida
Me puede alargar la vida,
No es bien perder la ocasion.

DOÑA BLANCA.

Si os pudiera agradecer
Que con gusto me mirais,
Desde que en Sevilla estáis
Lo hubiera dado á entender;
Pero no pudiendo ser
Vuestro amor agradecido,
Perdonaréis lo que he sido
Descortés en la ventana:
Mirad si quien es tan llana
Os puede haber ofendido.
Confieso que mereceis
Amor por vuestra persona;
Que buena presencia abona
Lo que vos de vos sabeis.
Mas vos tambien conoceis
Que soy mujer de valor,
Pues os consta de mi honor,
A un noble padre sujeto;
Y basta, si sois discreto,
Deciros que tengo amor.
Que no os dijera recelo
Lo que á muchos he negado;
Pero viéndoos abrasado,
Os quise curar con hielo.

Mirar con honesto celo
Puede un hombre, hasta saber
Si le han de corresponder;
Mas ¿cuál hombre cuerdo y grave
Quiere bien despues que sabe
Que no le pueden querer?

DON FÉLIX.

Ya que tantos desengaños
Combaten mi pensamiento,
Con sentencia tan cruel
Para tan breve proceso,
Turbado y loco de amor,
Enamorado y suspenso,
Indicio de que he perdido
Las esperanzas y el pleito,
Oidme, dulce señora;
Que de vuestra boca apelo
A vuestros tiernos oidos,
Oidores de su consejo.
Oigan en apelacion,
Y si me condenan ellos,
Quejaréme á vuestros ojos,
Mas piadosos por ser cielos.
Pero si los dos jüeces
De esos labios en su acuerdo
Me han dicho que amais un hombre,
Siendo vos quien sois, ¿qué espero?
Otras mujeres amando
Olvidan por hombres nuevos,
Y si no olvidan, no tienen
Puerta con llave en el pecho.
Pero vos, cuando llegais
A decir «un hombre quiero,»
Llevóse el alma tras sí
La puerta del pensamiento.
Entre muros de diamante
Estará cerrado y preso,
Con ser cosa que hizo Dios,
Mas alta que el mismo cielo.
Con esto os diré quién soy,
Mi jornada y mis deseos,
Para que os quede memoria,
Pues no os queda sentimiento.
Yo soy don Félix Manrique,
Que por pobre caballero
Vine á servir á la corte,
Ultimo y noble remedio.
Dióme un príncipe su casa,
Grande por todo, y de aquellos
En quien los reyes se miran,
Cual suele un hombre á un espejo.
Mas yo, temiendo que tiene
La fortuna ciertos tiempos
En que le da una locura
De deshacer cuanto ha hecho,
Pedí al príncipe que digo
Me hiciese algun bien de presto,
Porque no hay firme criado,
Si se muda la del dueño.
Corre una nave la mar
Con mas ricos paramentos
Que un enjaezado caballo
Cuando lleva en popa el viento;
Duerme el piloto mayor,
Y luego los pasajeros,
Olvidados de que van
Fuera del proprio elemento;
Levántase un huracan,
En un instante, deshecho;
Dan voces: «Amaina, vira;»
Vanse á pique, no hay remedio:
Ahóganse los culpados,
Y piérdense á vueltas dellos
Los inocentes tambien,
Porque sus cómplices fueron.
Dí prisa á mi pretension,
Dióme en Indias un gobierno,
Hice galas, y partíme,
Murmurado de mil necios.
Murmuren cuanto quisieren;
Que no tengo por discreto
El hombre, si no es premiado,
Que se envejece sirviendo.
Dijo un sabio que en palacio
(Aunque esto lo dijo en griego)
Con simiente de esperanzas
Sembraba canas el tiempo.
Llegué, hermosa doña Blanca,
A Sevilla, al mismo centro
De la nobleza, al valor
Del mundo, al humano cielo.
Acerté á tener posada
(Por mi dicha, no lo creo)
Enfrente de la alta casa
Que de tu hermosura es templo.
Dél venias la mañana
Que te vieron mis deseos,
Coronada de mas rayos
Que ilustra el oriente Febo.
Pues como vi tanto sol,
Tantos diamantes tan bellos,
Tantas perlas, oro y plata,
«Admirado dije á Alberto:
¡Qué presto habemos llegado
A las Indias, pues tan presto
Nos abrasa tanto sol
Y tales riquezas vemos!»
Fuí continuando tu vista,
Y vi el ejemplo mas cierto,
Pues vine á ser indio tuyo,
Sol que me abrasa con hielo.
Tú pensabas que cerrando
Tus ventanas y tu pecho
Me dabas causa á dejar
El curso de mis intentos,
Y engañóse tu desden;
Que yo pensaba en abriendo
Que amanecia tu sol,
Y en cerrando que era puesto.
Y si en abriendo cerrabas,
Pensaba yo que era hibierno,
Y que eran breves los dias,
Pues faltaba el sol tan presto.
Cuando en cerrar la ventana
Tardabas, decia yo luego:
«Hoy es verano en Sevilla,
Terrible calor ha hecho.»
Con esto y otras locuras
Llegó de partirme el tiempo
Al gobierno, y hoy me parto.
¡Oh amor, piadoso tercero,
Que me ha dado este lugar
Para que parta contento
De que sepas el estado
De mi vida y mi deseo!
No respondas; que me voy
Adonde tu injusto ceño
No se vengue de mis ojos,
Viendo lágrimas en ellos.
Palabra te doy de amarte
Vivo, muerto, libre, preso,
En tierra, en mar, en España,
En las Indias, en el reino
De Chile, donde me lleva
Mi fortuna, y donde pienso
Hacerte un ídolo de oro,
Donde idolatren mis celos;
Y diré en el mar del Sur,
Blanca, pues no te merezco,
Que dejo la blanca aurora
Y al polo Antártico vengo,
Donde á lo menos tu sol,
Ya que no muero partiendo,
Templará en el mar sus rayos,
Pues hay todo un mar en medio.

(*Vanse don Félix y Alberto.*)

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS, LEONOR.

DOÑA BLANCA.

¡Extraño galan!

DOÑA INÉS.

No sé
Por qué te parece extraño,
Si de tí procede el daño
Con que tan loco se fué.

DOÑA BLANCA.

Pues ¿qué quisieras?

DOÑA INÉS.

Que dieras
Lugar á que yo le hablara.

DOÑA BLANCA.

¿Quién, doña Inés, sospechara
Que tan mal gusto tuvieras?

DOÑA INÉS.

Todas las que sois queridas
Burla injustamente haceis
De aquello que no quereis.

DOÑA BLANCA.

Mucho de quien soy te olvidas.
Y el señor gobernador,
Que á Chile va con su vara,
Mal en Sevilla quedara
A tratar cosas de amor.
Y si él me queria á mí,
Mejor es que no le veas,
Si injustamente deseas
A quien no te quiere á tí.

ESCENA VIII.

DON SANCHO, LISENO.—DICHAS.

LISENO.

Aquí está doña Blanca, mi señora.

DON SANCHO.

¿Vienes ya de Triana?

DOÑA BLANCA.

No he pasado;
Que como el sol no es tan furioso a[...]
La playa me sirvió de verde prado. [...]

DON SANCHO.

Templadamente los cristales dora
Del aurífero Bétis, coronado
De tantos barcos que á la opuesta fre[...]
Sirven de calle y de portátil puente.
Estos viérnes son justas devociones;
Mas pasadas por agua no son tales;
Que se suelen perder las oraciones,
Y ser mentiras las que son mentales.
Yo presumo que en tales ocasiones
Menos se sirve Dios.

DOÑA BLANCA.

No las iguales;
Que por uno que venga de ese modo,
Tampoco es justo que lo culpes todo.

DON SANCHO.

Conduce un barco aquí, Liseno, lue[...]
Para que pase Blanca con su prima.

(*Vase Liseno.*)

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

En otro rio, en otro mar me anego
De un imposible que á morir me anim[...]
Fuése á otro polo el sol, dejóme el fueg[...]
Y aunque abrasarse el corazon esti[...]
Quedara alegre, aunque espirando es[...]
[...]
Con que supiese el sol que yo le ama[...]

ESCENA IX.

MARTIN, *disfrazado de ciego, con* [...] *lazarillo ó perro atado de un cord*[...] — DON SANCHO, DOÑA BLANC[...] DOÑA INÉS, LEONOR.

MARTIN.

(*Ap.* ¡A qué mal tiempo he llegado, [...]
Si en tan cruel ocasion

me vale la invencion
que vengo disfrazado!
es dejar de hablar no puedo
doña Blanca. ¿Qué haré?
llegaré? ¿Si podré
cer de don Sancho el miedo?
es hombre que si entendiese
ando de Huete á Alcalá...
Pero ellos me miran ya.
go y rezo, aunque me pese.)
y quien me mande rezar?
Aunque ciego, todavía
jo cierta colosía
r donde pueda mirar;
e mientras no sé si soy
ocido destas dueñas,
jo un ojo haciendo señas,
mo quien juega al rentoy.)
ay quien me mande rezar
oracion del Justo Juez,
los mártires de Fez,
san Telmo para el mar,
la vista de Lucía,
la Madalena el llanto,
del Espíritu Santo,
y en su bendito dia?

DOÑA BLANCA. (*Ap. á doña Inés.*)

ima, ¿no es este Martin,
l Veinticuatro criado?

DOÑA INÉS.

Á qué vendrá disfrazado?

MARTIN.

l santo fray Juan Guarin
e manden rezar la historia.

DON SANCHO.

s voces que aquestos dan
e matan.

DOÑA BLANCA.

¿Oye, galan?
iene acaso en la memoria
a de san Nofre?

MARTIN.

He compuesto
chas. Llégueseme acá,
cierta cosa sabrá
e le importa.

DOÑA BLANCA.

Diga presto.

MARTIN. (*Ap. á doña Blanca.*)

y don Bernardo ha enviado
Veinticuatro un papel
desafío, y por él
ió al campo, y le ha buscado.
s dos se han visto.

DON SANCHO.

¿Qué es eso?

MARTIN. (*Recitando.*)

el santo que aquí llegó,
mo á su contrario vió,
dijo con mucho seso:
emigo Satanás,
é me quieres esta tarde?»
ra el demonio cobarde,
jo: «Aquí lo verás.»
re entonces, desnudando
espada de la oracion,
stió la tentacion,
stramente peleando.
p. á doña Blanca.) Pero en aquesta
cha gente que pasó [pelea
e le venciese estorbó:
gue á Dios que por bien sea!
que se han ido los dos
Alfarache hasta San Juan,
nde se matarán,
no lo remedia Dios.
cita.) Nofre bienaventurado,
ga al Señor sin pasion
r quien dice esta oracion,
Que no por quien la ha pagado.
Librale de que le dén
De palos y azotes fieros,
Dale salud y dineros
Y tu santa gloria, amén.

DOÑA BLANCA.

(*Ap.* Todo lo tengo entendido,
Y el alma me ha traspasado.)
Inés... (*Ap. á ella.*)

DOÑA INÉS.

Prima...

DOÑA BLANCA.

Ya ha llegado
La desdicha que he temidó.
El Veinticuatro salió
Con don Bernardo esta tarde
Al campo. Amor no es cobarde,
Ninguno el campo venció.
Léjos de Tablada van,
Donde no impida la gente
Su intento.

DOÑA INÉS.

Tu padre siente
Que pesadumbre te dan,
Y ha reparado en el ciego.

DOÑA BLANCA.

En la oracion me contó
Cuanto entre los dos pasó.

DOÑA INÉS.

Que te reportes te ruego.

DOÑA BLANCA.

¡Ay Inés! No puedo mas.

(*Martin va retirándose.*)

DOÑA INÉS.

¡Ah buen ciego! Ah, hermano! Oía:
¿Sordo se hace?

MARTIN. (*Al lazarillo.*)

Anda de dia;
Que á la noche cenarás. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON SANCHO, DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS, LEONOR.

DON SANCHO.

Hija, ¿qué es esto? ¿De qué estás tur- [bada?

DOÑA BLANCA.

Una joya, Señor, se me ha perdido.

DON SANCHO.

¿Por eso has de llorar? No importa na- [da.
Pero sospecho que otra cosa ha sido.
Dime á mí la verdad.

DOÑA BLANCA.

Si estoy culpada,
Pensarás que tu honor está ofendido.

DON SANCHO.

¡Culpada tú! ¿De qué?

DOÑA BLANCA.

De no haber dado
Cuenta deste suceso á tu cuidado.
Pero pues encubrirle fuera darte
Mas enojo despues, escucha atento
Para que pongas el remedio en parte;
Que solo le ha de dar tu entendimiento.
Don Pedro de Guzman, por no cansarte,
Pretende, esto es amor, mi casamiento,
Cual sabes, veinticuatro de Sevilla,
Y con nobles parientes en Castilla.
La misma pretension dicen que tiene
Don Bernardo tambien, que hoy desafia
A don Pedro, y con él al campo viene
Con necia, aunque amorosa valentía.
Por la gente, sus vidas entretiene
Hasta la noche el resplandor del dia.
Si vas y lo remedias serás cuerdo;
Si no, tú mismo juzga lo que pierdo.

DON SANCHO.

¿Quién te lo ha dicho?

DOÑA BLANCA.

El ciego, que lo ha visto;
Que locuras de amor las ven los ciegos.

DON SANCHO.

Por el peligro de mi honor, resisto
Mi condicion á tus humildes ruegos.
Blanca, la fama de los dos conquisto,
Que como tiene amor caballos griegos,
No hay Troya firme, y mas donde hay [Elenas...
Perdonen mi dolor las que son buenas.
Pero dime primero á cuál te inclinas.

DOÑA BLANCA.

A ninguno, Señor.

DON SANCHO.

Dilo, ¿qué aguardas?

DOÑA BLANCA.

A don Pedro, Señor.

DON SANCHO.

Él tiene dinas
Partes, y tú sin causa te acobardas.

DOÑA BLANCA.

Mi honesto amor pacífico adivinas.

DON SANCHO.

¿Podré llegar á tiempo?

DOÑA BLANCA.

Si no tardas.

DOÑA INÉS.

¡Qué viérnes tan cruel, Blanca, has te- [nido

DOÑA BLANCA.

Mas que de Pascua, de Pasion ha sido.

(*Vanse.*)

—

Campo de Tablada.

ESCENA XI.

DON PEDRO, DON BERNARDO.

DON BERNARDO.

La noche se va acercando;
Léjos vamos de Sevilla,
Y solo en su verde orilla
Bétis nos viene escuchando.
Aquí, señor Veinticuatro,
Lo comenzado podrémos
Acabar, pues que tenemos
Desierto campo y teatro.
Y ¡ojalá pudiera ser
Que, como Roma, quisiera
Vernos Sevilla!

DON PEDRO.

Bien fuera
Vuestro valor para ver;
Que no será vanidad,
Sino justa valentía,
Lo que en Roma permitia
Su antigua gentilidad.
Yo he probado vuestro pecho,
Y cierto que me ha pesado
De que siendo tan honrado,
No esté de mí satisfecho.
Y como hombre que la espada
Ha sacado ya con vos,
Sin ventaja que en los dos
Pueda ser considerada,
Digo que si hidalgamente
Me decís lo que habeis sido
De Blanca favorecido,
Para que lo mismo os cuente,
Y estáis en mejor lugar,
De servirla dejaré;
Porque aficion os cobré,
Y os la quisiera mostrar,
Desde que reñir os ví.

DON BERNARDO.

Lo mismo me ha sucedido.
Mas ¿tengo de ser creido?

DON PEDRO.

Claro está.

DON BERNARDO.

Pues digo así.
La mas hermosa mañana
Que nuestros ojos celebran
En el rigor del verano,
Y con mas aplauso y fiesta,
En este famoso rio,
Que de la falda de tela
De la ropa de Sevilla,
De tantas ciudades reina,
Con cuchillo de cristal
Corta sobre blanca arena
Este giron de Triana,
Reliquia de su grandeza,
Vi en un barco á doña Blanca
Cuando la rubia madeja
Sacaba el sol de las aguas
Mirándose el rostro en ellas.
Salió mas presto aquel dia:
Debió de ser para verla,
Sin aguardar á la aurora;
Que en Blanca la vió mas bella.
Hice, admirado de ver
Su hermosura y gentileza,
Al arraez de mi barco
Que fuese en corso tras ella.
¡Oh cuántas veces pensé
Que si yo cosario fuera,
Robara tal joya á España,
Páris de tan linda Elena!
Como iba enramado el barco,
Parecíanme las selvas
Que pinta Ovidio en Fenicia,
De ninfas desnudas llenas.
Acordábame de Europa,
Y que si Júpiter fuera,
Rompiera las blancas ondas,
Nave animada por ellas.
Finalmente, doña Blanca
Tomó puerto en una huerta:
No sé si sabré pintarla;
Pero ¿quién habrá que sepa?
Llevaba un vaquero azul,
Brahon y manga francesa,
Cubiertos de plata y nácar,
Cielo azul de Blanca estrella.
Un manteo de tabí
Puesto en corto, y cortés era,
Pues descubria al descuido
Una argentada chinela.
Cintas blancas la apretaban,
Que si por dicha atormentan
Deseos de un imposible,
Pudieran servir de cuerdas.
Eran, en fin, celosías,
Asomándose por ellas
Piés que pisaron mas almas
Que aquella mañana arenas.
Quise pintaros, don Pedro,
Por los piés, como quien juega,
Esta figura; que vos
Ya debeis de conocerla.
Porque tratar de su rostro,
Fuera tomar sin destreza
Claveles para pinceles
Y para tabla azucenas.
Anduve de árbol en árbol,
Como pájaro que llega
Enamorado á la liga;
Al fin pude hablarla y verla.
¿Son favores este gusto,
Y que viéndola en la iglesia,
A preguntas de mis ojos
Me da en risa las respuestas?
Jamás se cansó de verme,
Y recibió cierta fiesta
Una rosa de mi mano
Con amorosa apariencia.
Atrevido fui y dichoso;
Que á la misma primavera
Di rosas, que agradecidas
Me pagó su boca en perlas.
Díjome una esclava suya
Que le preguntó quién era:
Quien quiere saber quién soy,
Memoria le dan mis penas.
Este es, don Pedro, el estado
De mi amor; sobre estas prendas
Le dí á Blanca: agora vos
Podeis referir las vuestras.

DON PEDRO.

Yo quisiera, don Bernardo,
No daros pena, si fuera
Posible, en este concierto;
Pero ya sabeis que es fuerza.
Y cuando la recibais,
En pié se queda la queja,
En la cinta las espadas,
Y la campaña desierta.
A la hermosa doña Blanca
Vi tambien en una huerta;
Que en esto nos parecemos,
Puesto que el fin no lo sea.
Los campos, fuentes y flores
Notablemente conciertan:
Amores debe de ser,
Que tiernamente deleitan.
Allí murmura el cristal,
Allí el pájaro gorgea,
Allí el aire entre las hojas
Concertadamente suena.
Allí un clavel carmesí
Una boca representa
De rubí, y obliga al gusto
A imaginaciones tiernas.
Allí la azucena blanca
Parece una mano bella,
Haciendo dedos las hojas
Cándidas, limpias y frescas.
En los olores tambien
Vénus lasciva despierta;
Porque el malo, aun á quien ama,
Causa fastidio y tibieza.
Finalmente, yo la vi
Con todas las excelencias
Que vos la pintais, si un ángel
Puede pintarse en la tierra.
Pero fui mas venturoso;
Que cubriéndose de negras
Nubes á este tiempo el cielo,
Vi mas cerca sus estrellas.
La celeste artillería
Con ecos doblados truena,
Fingiendo trémulos rayos
Por las troneras abiertas.
Andaba á caballo yo
Por una apacible senda,
Pared de claveles rojos:
Dióme voces, llegué á ellas.
Subió ¡qué dicha! ayudando
Dos pajes, y media legua
Hasta San Juan de Alfarache
Llevé mas hermosa Elena.
Las criadas, dando voces,
Seguirla tambien quisieran;
Pero rendidas tuvieron
Los árboles por cubierta.
Blanca, de mi cuello asida,
Y haciéndome con sus perlas
Del tuson de amor, formando
De sus cabellos las piezas,
Me dió lugar á decirle
Cosas en amor tan nuevas,
Que de llegar le pesara,
Si descubrirse pudiera.
Salieron los labradores,
Diciendo al abrir la puerta:
«Señor, pues traeis al sol,
¿Cómo permitís que llueva?»
Bajó Blanca, y al bajar
Pasaron de la chinela
Los ojos; que tempestades
Ningun secreto respetan.
Desde este dichoso dia
Creció la correspondencia;
Que aunque comenzada en agua,
Llegó á ser fuego por ella.
Yo la escribo, y me responde;
Yo por la noche en su reja
La hablo, y su blanca mano
Me fia, en fe de que sea
Su esposo; y porque no es justo
Que desto tengais sospecha,
Hoy me ha visto y hoy me ha escrito
Para que á los barcos venga,
Donde pasando á Triana,
Hablaria mas cerca pueda.
Si con esto no os parece
Que yo la sirva y merezca,
Aquí están nuestras espadas,
Y remitiéndose á ellas,
Podréis, señor don Bernardo,
Si amor las palabras quiebra,
Probar la dicha conmigo
Que no tuvistes con ella.

DON BERNARDO.

Si hasta agora por amor
Reñia, agora por celos
Y envidia.

(*Sacan las espadas.*)

DON PEDRO.

Saben los cielos
Que os estuviera mejor.

DON BERNARDO.

Matadme por desdichado.

DON PEDRO.

A lo menos, por romper
La palabra...

DON BERNARDO.

¿Qué he de hacer,
Celoso y desesperado?

ESCENA XII.

DON SANCHO, MARTIN.—Dichos.

MARTIN.

Aquí se oyen las espadas.

DON SANCHO.

Caballeros, respetad
Mis años.

DON PEDRO.

Tu autoridad
Basta.

DON SANCHO.

Y el ser tan honradas,
Que dén tal satisfacion
Sosegando los aceros.
No pregunto, caballeros,
La causa desta cuestion,
Sino á don Pedro suplico
Se venga conmigo.

DON PEDRO.

Iré
A serviros.

DON BERNARDO.

Oid en fe
De quien sois, pues no replico
A la merced de llevar
Al Veinticuatro con vos.

DON SANCHO.

El no llevar á los dos
Es porque le quiero hablar.

DON BERNARDO.

La causa desta cuestion
Es vuestra hija: mirad

fundo esta libertad
que pienso que es razon
me la déis por mujer.

DON SANCHO.

la diera, si no fuera
don Pedro, á quien espera;
esta noche lo ha de ser.

MARTIN. (*Ap.*)

ró la plana.

DON SANCHO.

Venid,
don Pedro, conmigo.

DON PEDRO.

vuestros piés, y digo...

DON SANCHO.

una cosa decid;
desta suerte remedia
padre honrado su honor,
que dé un loco amor
cipio á alguna tragedia.

DON PEDRO.

Martin! (*Ap. á él.*)

MARTIN.

Calla por Dios;
ya es Blanca tu mujer.

DON BERNARDO. (*Ap.*)

el cielo que he de hacer
no se junten los dos!

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA, INÉS.

DOÑA BLANCA.

bienaventurada,
, puede llamarse
que casando por amores, tiene
dicha en ser amada,
puede asegurarse
que sola le goza y entretiene,
que sabe que viene
el mismo deseo
esposo, que tenia
do la pretendia,
pues de tanta posesion! No creo
haya igual contento,
que es cielo en la tierra el casamien[to.
años hace agora
qué dicha la mia!
con el Veinticuatro estoy casada,
mismos que me adora,
siendo cada dia
fe con que me tiene asegurada.
de mí se agrada,
me hace favores
no cuando era amante.
vayan adelante
regalos, los gustos, los amores;
si falta contento,
infierno en la tierra el casamiento.
hijos que he tenido,
mosos como el dueño,
les desta paz y fe segura
el amor que han sido;
sin ellos es sueño
en casa por amor tener ventura.
que tengo dura
celos, sin agravio,
no en don Pedro espero,
noble caballero,
generoso, tan prudente y sabio,
quiero mas contento.
no en la tierra fué mi casamiento.

DOÑA INÉS.

Con justa causa tienes,
Blanca, por gran ventura
Casarte por amor y estar contenta;
Pues no hay mayores bienes,
Que con fe tan segura
Ver que en los brazos el amor se au-[menta.
En vano el tiempo intenta
Cansar de tu marido
El gusto, con que agora
Te regala y te adora,
Sin que la posesion engendre olvido;
Que está ya confirmada
La paz con sangre, y la lealtad jurada.
Amor dicen algunos
Que se funda en temores
De perder ó cansar lo que se ama.
¡Qué necios, qué importunos,
Qué cansados amores,
Si el miedo, Blanca, su verdad infama!
Segura, honesta cama,
Gustosa y limpia mesa
Son amores perfetos,
No contentos secretos,
Donde jamás el descontento cesa,
Engañando y fingiendo,
Celando el sol, y la opinion temiendo.
Que no me sujetara,
Por cuantos gustos, creo,
Dá este secreto amor por mal camino,
A la atrevida vara,
Al ajeno deseo
Y á los ojos de un bárbaro vecino.
¡Oh estado venturoso!
Oh santo casamiento!
Oh Blanca venturosa,
Que es mucho, siendo hermosa!
Prospere el cielo tan igual contento,
Siendo, cual siempre ha sido,
Galan de su mujer cuerdo marido.

ESCENA II.

MARTIN, LEONOR.—DICHAS.

LEONOR. (*A Martin.*)

¿Siempre has de venir riñendo?

MARTIN.

El verte me quita el gusto.

LEONOR.

Bien me pagas el disgusto
Con que de verte me ofendo.

MARTIN.

¿A quién anoche cantabas?
¿Piensas que no te escuché?

LEONOR.

Por entretenerte fué,
Pensando que me escuchabas.

DOÑA BLANCA.

¿Qué es esto, Leonor?

LEONOR.

Martin
Y su mala condicion.

DOÑA INÉS.

Celos presumo que son.

DOÑA BLANCA.

¿Cuándo pensais poner fin
Con aqueste casamiento
A las pendencias y voces?

MARTIN.

Ya, por lo menos, conoces,
Señora, mi pensamiento;
Pero en esto del casar,
Como hay tanto que temer,
Muy de espacio se ha de ver,
Y muy tarde efetuar.

DOÑA BLANCA.

No tan tarde, que no sea
De provecho.

MARTIN.

Así es verdad;
Pero es bien que de la edad
Lo varonil se posea.
Casóse ayer un galan
Con sesenta á letra vista,
Buen cristiano y calvinista,
Sobre ser algo alazan.
Los dientes habian dejado
Su patria, y uno que habia
Ermitaño parecia
De aquel lugar despoblado.
La novia, que por lo bayo
Era requeson con miel,
Llegábase cerca dél
Como si la diera un rayo.
No sé cómo sucedió
La borrasca levantada,
Que el diente á la desdichada
En la boca le dejó.
Sacóle, y haciendo gestos,
Dijo, vuelta á la pared:
«Tómele vuesamerced;
Que yo tengo doce destos.»

DOÑA INÉS.

Segun eso, en buena edad
Se ha de hacer.

MARTIN.

Cuando no fuerza
Un mayorazgo, por fuerza;
Que si no...

DOÑA INÉS.

¿Qué?

MARTIN.

Necedad.

DOÑA BLANCA.

¿Quieres que hable, Martin,
Al Veinticuatro, y que os case?

MARTIN.

Deja que el verano pase;
Que es el de Sevilla en fin.
Allá al hibierno es mejor
Este aforro de bayeta;
Que entonces mi cuerpo aceta
La felpa de tu color.

LEONOR.

Pícaro bufon, si aquí
No estuviera mi señora...

MARTIN.

Señor viene.

DOÑA BLANCA.

A quien le adora
Por alma que vive en mí.

ESCENA III.

DON PEDRO.—DICHOS.

DON PEDRO. (*Para sí.*)

Pasa la nave, igual al pensamiento,
Líquidos montes de salada espuma,
Flecha del agua, de los vientos pluma,
Rayo veloz del húmido elemento.
Y en un instante el proceloso viento,
Para que de las alas no presuma,
Hace que la alta máquina consuma
Toda su fuerza con rigor violento.
Lozano almendro esmalta la vestida
Camisa, y en un punto el cierzo vierte
Las flores por la tierra agradecida.
¡Oh humana condicion, que nos ad-[vierte
Que no hay seguro bien en esta vida,
Porque se va camino de la muerte!

DOÑA BLANCA.

Viéndoos hablar entre vos,
Bien mio, he estado suspensa.

DON PEDRO.

Perdonad si os hice ofensa,
Hermosa Blanca, por Dios;
Que venia divertido.

DOÑA BLANCA.

Pues, mi señor, ¿qué teneis?
¿Cómo no me respondeis?
Agüero mi gozo ha sido
De algun pesar que me espera.
¿Qué es esto? Qué novedad
Os obliga?...

DON PEDRO.

En la ciudad...
—Pero no es justo que os quiera
Dar disgusto, Blanca mia.
Despues tenemos que hablar.

DOÑA BLANCA.

Mataréisme con callar.

DON PEDRO.

Noche, amores, tiene el dia,
En que decirlo os prometo.

DOÑA BLANCA.

¿Cuándo habeis visto mujer,
Que del pesar ó el placer
Pueda sufrir el secreto?
No habeis sabido callar
El principio desta pena,
Y yo de sospechas llena,
¡Podré á la noche esperar!
No, mi bien; no, mi señor;
Que es matarme con sangría
Aguardar al fin del dia;
De un golpe será mejor.
¿Qué teneis? Qué ha sucedido?

DON PEDRO.

Pues, Blanca, para mi muerte,
De procurador la suerte
En la ciudad me ha cabido;
Y aunque la puedo trocar,
Bien veis vos que no es razon
Perder honor y opinion.

DOÑA BLANCA.

Agora os quiero abrazar;
Que os prometo que pensé
Que os habia sucedido
Alguna afrenta. ¿Eso ha sido?
¿Qué importa? Con vos iré
A la corte, al fin del mundo.

DON PEDRO.

Ese es, Blanca, mi pesar;
Que en no poderos llevar
Toda mi tristeza fundo.
No está ahora nuestra hacienda
Para vivir como es justo
En la corte: este disgusto
No será bien que os ofenda,
Alma de mi propia vida;
Que es echarnos á perder
Vivir, no pudiendo ser
Con la ostentacion debida.
Las Cortes no durarán
Tres meses, á lo que creo;
Si mas, siempre mi deseo
Tuvo aceros de galan,
Y él sabrá venir á veros.
Postas hay, Sierra Morena
No es mar de peligros llena....
—¿Llorais, hermosos luceros?
Resistid, pues sois mi palma,
Esta forzosa partida;
Mirad que llorais mi vida,
Y que es cada perla un alma.
No me engañaba en pensar
Que la noche me ayudara;
Que en los brazos, no en la cara,
Se ha de decir el pesar.
Allí, Señora, ayudados
De caricias amorosas,
Tratáramos estas cosas
Mejor que entre los criados.—
Prima, Blanca está afligida
De que á la corte me voy:
Habladla; que como soy
Mas parte en esta partida,
No me quiero enternecer.

DOÑA INÉS.

¿Tan presto ha de ser, Señor?

DON PEDRO.

No, Inés; que fuera rigor.
Y tambien es menester
Tiempo para prevenir
El camino.

DOÑA INÉS.

Así es razon;
Que con menos prevencion
No será justo partir.

DON PEDRO.

Dile que si yo pudiera
Llevarla como era justo,
Que para mi honor y gusto
Favor de los cielos fuera.
—Y nuestros hijos tambien
Fueran desacomodados.—
Que fie de mis cuidados,
Y de que es mi solo bien.
Y dile, si tanto amor
De mi tormento le avisa,
Que no será tan aprisa
Que no se temple el dolor. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS, MARTIN, LEONOR.

DOÑA INÉS.

Bien pienso que has escuchado
Lo que don Pedro queria
Que te dijese.

DOÑA BLANCA.

Inés mia,
Yo me alabé de mi estado,
Y la fortuna me oyó;
Que en viéndome tan dichosa,
Se me trocó por celosa,
Y por mujer se vengó.
Bien veo que no es razon
Al Veinticuatro estorbar
Que ocupe tan buen lugar
Y de tanta estimacion.
Pero ausencia de su gusto
Y soledad de mi bien
Razon será que me dén
Lágrimas, pena y disgusto.

DOÑA INÉS.

Eso es forzoso; mas mira
Que ha de ser con mas templanza.

DOÑA BLANCA.

¡Tan presto tanta mudanza!
Todo placer es mentira,
Todo contento pesar,
Toda ventura desdicha.

DOÑA INÉS.

No hagas eso.

DOÑA BLANCA.

Tanta dicha
¡Fué para no la gozar!
(*Vanse las dos damas.*)

ESCENA V.

LEONOR, MARTIN.

LEONOR.

Y vuesamerced ¿tambien
Ha de ir con él á Toledo?

MARTIN.

Pues ¿cómo excusarme puedo,
Leonor, y todo mi bien?
¡Ay! ay! ay!

LEONOR.

Si te empucheras,
¿Qué haré yo, que estoy sin mí?
¡Ay! ay! ay!

MARTIN.

Cuando creí,
Leonor, que mi oislo fueras
Voy condenado á no verte.

LEONOR.

Y yo ¿cómo quedaré,
Celosa y sin ti?

MARTIN.

Yo sé
Que sabrás entretenerte.
¿Qué necesidad tenia
De pasar Sierra Morena,
Quien la tenia tan buena
En tu cara, Leonor mia?
Pero palabra te doy
De que no coma jamás
Sin gana mientras estás
Ausente (tan firme soy),
Y no dormir en Castilla
Menos que estando acostado,
Si no es que me haya quedado
Traspuesto en alguna silla.
A mujer de cuarenta años
No hayas miedo que la intente;
Que mas quiero dos de á veinte,
Que es cuenta en que no hay enga

LEONOR.

Pues yo te prometo aquí,
Lacayo, luz destos ojos,
De excusar cuantos enojos
Me puedan venir por tí.
Que viendo que ausente estás,
De los que cantar me oyeren
Tomaré cuanto me dieren,
Sin ser descortés jamás.
Y con este sentimiento
Tendré tanta soledad,
Que á cualquiera voluntad
Rendiré mi pensamiento.

MARTIN.

¿Dasme esa palabra?

LEONOR.

Y dos.

MARTIN.

Vivas mil años amén.

LEONOR.

Adios, mono.

MARTIN.

Adios, sarten.

LEONOR.

Adios, pechiches.

MARTIN.

Adios.
(*Vanse.*)

—

Playa de Sanlúcar.

ESCENA VI.

DON FÉLIX, ALBERTO.

DON FÉLIX.

Beso la blanca arena de tu playa,
¡Oh fin de España, en que el tebano
[ci
Los pirámides puso con que mides
Del antiguo valor la mayor raya!
Por el hijo del sol, al indio vaya
Quien de tus dulces márgenes despi
Si el mar con que del mundo le divi
Su codicioso pecho no desmaya.

r los peligros que pasando vienes,
que de todos á la orilla sales,
ozco, dulce mal, el bien que tienes.
an la pena y el descanso iguales;
no puede alabarse de los bienes
n no supo tambien sufrir los males.

ALBERTO.

idame el alegría
que muestras el pesar
te dió el pasar el mar.

DON FÉLIX.

uerte, decir podria.
lúcar bendecia,
ya barra salí
do partimos de aquí.
mal haya, dulce España,
n puede y en tierra extraña
reve á vivir sin tí!

ALBERTO.

el oro que has traido,
te ha obligado á consuelo
ber mudado aquel cielo
de habemos nacido?

DON FÉLIX.

las penas me olvido
el adquirille me cuesta.
es, Alberto, dispuesta;
cuesta tanto ya,
no pienso que le da,
pienso que le presta.

ALBERTO.

o va de pensamiento?
citó la memoria
uella pasada historia?

DON FÉLIX.

nació mi contento.
a vez, Alberto, intento
á aquella divina
, pues el oro inclina,
n le quisiera dar
o ha pasado la mar
que el oro camina.

ALBERTO.

ble imaginacion!
no la acaben tres años,
s y reinos extraños?

DON FÉLIX.

diste la licion.
que á mi opinion
ia en el gobierno
r con mujeres tierno;
o á nadie he mirado,
vivo el cuidado
speranzas de eterno.

ALBERTO.

ahora la quieres bien?

DON FÉLIX.

e cuando me partí.
ntura al olio en mí
mosura y su desden.
rco fleta, y preven
e habemos de llevar;
n gusto de llegar,
, adonde porfío,
ento pasar tu rio
do el pasado mar.
Blanca, tu hermosura
las y variedad,
e traigo en cantidad
ue el mundo procura.
no hay cosa segura
o poder del oro,
un alma de tesoro,
rviéndote, diré
l oro y con la fe
e doro y que te adoro.
rece esta fineza
ir como partí;
uiero comprar tu sí
Con un alma de riqueza.
Dame, Blanca, tu belleza,
No correspondas ingrata,
Y recibe de quien trata
Servirte con tal lealtad
Mil Indias de voluntad,
Que valen mas que de plata.

(*Vanse.*)

—

Sala en Sevilla, en casa de don Pedro.

ESCENA VII.

DON PEDRO, *de camino*, DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS.

DON PEDRO.

Pues ya llegó la ocasion
De partirme, Blanca mia,
Y sabes que honor tan justo
Hoy á los dos nos obliga,
A tí para no sentir
Tan de veras mi partida,
Y á mí para que me aparte
Sin la muerte de tu vista,
Mira tus obligaciones,
Y por nuestros hijos mira;
Aunque era bien excusado
Que tales cosas te diga.
Pero pues estamos solos,
Aunque el alma me lastimas,
Y yo las espuelas puestas,
Oye un secreto, mi vida.
He sido cuerdo en callar
Una pesadumbre mia,
O porque no la tuvieses
Siendo á tu inocencia indigna,
O porque un marido cuerdo
No debe, si serlo estima,
Despertar con locos celos
Una voluntad dormida.
No te los pido, mis ojos;
Solo decirte querria
Que haya recato en tu casa...
Digo, Blanca, en tu familia...
Y que muestren como tuyas
Tus puertas y celosías
Que hay dentro personas muertas
Que defienden honras vivas.
Confiésote que he querido
Vender aquella esclavilla,
No porque me da ocasion
A sospecha ni malicia,
Mas porque algunos recaudos
Siendo galan, me traia,
Y me parece dispuesta,
Si algun interés la inclina.
Díle yo ciertos escudos,
Que todo fué niñería;
Pero con mano dotora
A traicion los recebia.
Esto me daba cuidado;
Que por lo demás, es limpia,
Canta bien, tañe mejor,
Y extremadamente guisa.
Aquel necio don Bernardo...
—No sé á fe cómo te diga
Lo que he sufrido y callado,
Pues aun te sirve y te mira.—
No es esto cosa que importe,
Pero que importar podria;
Que mal respeta la espalda
Quien la cara solicita.
Yo he dicho mas que pensaba;
No te enojes, por mi vida,
Si te hablo como galan,
Pues sabes tú que me incita
Amor, no desconfianza;
Que si un marido confia,
Como galan te he querido:
Y así es bien que me permitas
El partir desconfiado,
No de tus prendas divinas,
Sino del atrevimiento
Deste mozo que te mira.
Cierra, mis ojos, tu puerta
Luego que la noche avisa;
Que á quien la tiene cerrada
Jamás sucedió desdicha.
Echa la cubierta al coche
Cuando salieres á misa,
Y el manto al rostro en la iglesia,
Pues por difunto suspiras;
Que si un ausente lo está,
Acertarás, si imaginas
Que yo lo estoy en tu ausencia,
Aunque no porque me olvidas.
Con esto quédate adios,
Segura de que camina
Un hombre que va sin alma
Adonde el honor le guia.
Viviré, Blanca, en Toledo
Con tal verdad, que los dias
Pasaré solo en leer
Los amores que me escribas,
Y desvelado las noches,
Pensando las que tenia
En tus brazos con las prendas
Que nuestra amistad confirman.
No te desvelen cuidados,
Ni de mi ausencia te aflijas,
Confiando en la lealtad
A tus virtudes debida;
Que yo volveré mas firme
Que voy, para que recibas
En tus brazos quien merece
Tal firmeza en tal desdicha.

DOÑA BLANCA.

Despues de haberte mostrado,
Don Pedro, mi sentimiento,
Desde que supe tu intento,
Alma apenas me ha quedado.
Bien sé que vas confiado
De lo que dejas en mí,
Pues me conoces, y ansí
No tengo que encarecer,
Que puesto que soy mujer,
Para ser tuya nací.
El haberme prevenido,
Pues que disculpas te dan
Las licencias de galan,
No el respeto de marido,
Vano advertimiento ha sido,
Y mas nombrando á quien sabes;
Que aunque mi lealtad alabes,
Será amándote mas cierta,
Pues desde el alma á la puerta
Te llevas, Pedro, las llaves.
Quien dices que me ha mirado
(Que yo creo que es ansí)
No habrá visto cosa en mí
Que pueda haberle obligado.
Yo á lo menos no he pensado
Que nadie me tenga amor,
Ni cuando salgo, Señor,
Que alguno en verme repara;
Porque pienso que en la cara
Traigo escrito tu valor.
¡Cuánto mejor te pudiera
Prevenir mi voluntad,
En la ausencia y soledad
Que de mis brazos espera!
Como un hombre considera
Que no hay honor que perder,
Cuando nos quiere ofender
De hacernos ofensas gusta:
¡Mal haya la ley injusta
Que no le puso en mujer!
En fin, á Toledo vas,
Donde ya me pone miedo
La hermosura de Toledo,
Y la discrecion, que es mas.
Pero pienso que tendrás

Respeto á mi obligacion;
Que quiero, en esta ocasion
Que no la tienes de mí,
Tener, don Pedro, de tí
Tan justa satisfacion.
Fuera de que es calidad
El acordarse tu honor
Que vas por procurador
De Córtes desta ciudad.
Enfrena tu voluntad
Hasta que el oficio acabes
Con hónra y virtud, pues sabes
Que la merced de los reyes
Asienta por justas leyes
Mejor en los hombres graves.

DON PEDRO.

Blanca, tú quedas segura,
Y de tí lo voy tambien.
Quédate con Dios, mi bien,
Y lo que digo procura.
Dame esos brazos.

ESCENA VIII

MARTIN.—Dichos.

MARTIN. (*Dentro.*)

¡Jo, jo!

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

MARTIN. (*Dentro.*)

Tente.—Mendoza,
Que con el vicio retoza.

DON PEDRO.

Blanca, ya el coche llegó,
Ya los pajes y la gente
Se están poniendo á caballo.
Cuanto con la lengua callo,
El alma, mis ojos, siente.
Vuelve á abrazarme.

MARTIN. (*Dentro.*)

¡Arre allá!
¿Coz al estribo? ¡Oxte, puto!

DOÑA BLANCA.

Vísteme el alma de luto,
Que ya el corazon lo está.

(*Sale Martin con botas y fieltro.*)

MARTIN.

Ya, Señor, te está esperando
El coche.

DON PEDRO.

¿Subieron ya
Los pajes?

MARTIN.

Sevilla está
Tu buen gusto celebrando
En tan vistosa librea.
Todos á caballo están.
Yo tengo un macho alazan
Que respinga y corcovea
Solo en tocar el arzon.

DON PEDRO.

Las gracias trueca en endechas.

MARTIN.

Con las orejas tan drechas
Me está mirando á traicion,
Que pienso que aquesta noche
Las tuvo con bigotera.

DON PEDRO.

Ya, Blanca, la gente espera.

DOÑA BLANCA.

Adios, mi bien.

DON PEDRO.

Llega el coche.

DOÑA BLANCA.

Martin...

MARTIN.

Señora...

DOÑA BLANCA.

Servid
De lo que os toca, y no mas.

MARTIN

¿De mí sospechosa estás?

DOÑA BLANCA.

Esto que os digo advertid;
Que el traerme á mí papeles
Cuando Pedro me sirvió,
Esta sospecha me dió.

MARTIN.

Trátame bien como sueles;
Que si los llevé galan,
No los llevaré marido.

DOÑA BLANCA.

Ahora bien, esto te pido.

MARTIN.

¡Plegue á Dios que el alazan
Me arrastre en Sierra Morena,
Si le nombrare mujer,
Ni vuelva jamás á ver
La puerta de Macarena!

(*Vanse.*)

—

Calle con vista exterior de una posada y la casa de don Pedro.

ESCENA IX.

DON FÉLIX, ALBERTO, RUFINO.

DON FÉLIX.

¿Qué me contais?

RUFINO.

Esto pasa.

DON FÉLIX.

¡Blanca, huésped, se casó!

RUFINO.

Con don Pedro de Guzman,
Que va por procurador
De Córtes hoy á Toledo.

DON FÉLIX.

Bien me dijo el corazon,
Alberto, este mal suceso.

ALBERTO.

Calla, don Félix, por Dios;
Que antes te ha venido bien.

DON FÉLIX.

¡Bien dices en tanto amor!

ALBERTO.

Pues si la hallaras doncella,
¿No era fuerza, aunque razon,
Casarte, siendo quien es?

DON FÉLIX.

Y ¿no me fuera mejor
Que perderla, pues ya tiene
Dueño de tanta opinion,
Que hasta el otro mundo llega
La fama de su valor?

ALBERTO.

No por Dios, pues que se ausenta,
Y he visto en su casa yo
A su prima doña Inés
Haciéndome señas hoy,
Y tan llena de alegría,
Que tengo imaginacion
Que á Blanca no le ha pesado.

DON FÉLIX.

Si Blanca me aborreció,
¿De qué quieres que se alegre?

ALBERTO.

¡Qué poco entiendes, Señor,
Esto de venir de Lima!

DON FÉLIX.

No lo fué de mi prision.
Daréle cuanto he traido
Por un cabello, un favor
De aquellas hermosas manos.

ALBERTO.

¿A quién, Señor, no rindió
La viva fuerza del oro,
Y mas cuando ayuda amor?

DON FÉLIX.

Bien dices: algo merezco,
Sin el oro, por quien soy.
Ausente está su marido,
O tenga valor ó no;
Que una desdicha no topa,
Cuando llega hasta el honor,
En los méritos del dueño,
Sino en que tuvo ocasion.
Pintar la desdicha á Apéles
Alejandro le mandó,
Y pintándola sin ojos,
Le preguntó la razon.
«Porque no sabe á quién da
(Dijo el célebre pintor),
Pinté la desdicha ciega;
Que si viera, cierto estoy
Que no diera al virtüoso,
Ni al sabio, ni al que guardó
Su honor, porque los tuviera
En alta veneracion.»

ESCENA X.

DOÑA INÉS, *que sale á una reja* [...] *sa de don Pedro.*—Dichos.

ALBERTO.

Escucha; que está en la reja
Doña Inés, y me llamó.
Llega tú; que por ventura
Blanca estará con temor.

DON FÉLIX.

¡Hay dicha como la mia!—
Rufino...

RUFINO.

Señor...

DON FÉLIX.

Adios;
Que tengo que hacer.

RUFINO.

Ya entiendo. (

ESCENA XI.

DOÑA INÉS, *á la ventana;* DON [...] Y ALBERTO, *en la calle.*

DON FÉLIX.

Alba de mi claro sol,
¿Podré hablaros?

DOÑA INÉS.

Con recato;
Que há poco que se partió
Don Pedro. Seais bien venido.

DON FÉLIX.

Sí seré, pues hallo en vos
Un ángel que ha de guiarme
Al cielo de mi aficion.

(*Habla con voz baja.*)

ESCENA XII.

DON BERNARDO, LUCINDO.—

DON BERNARDO.

Hoy se partió don Pedro, como
Y el campo me dejó desocupado,
Si bien, Lucindo, un imposible
Y alas de cera opongo al sol air
Mientras me acerco, á mas ri

Pero estoy de su luz enamorado,
Y quiero en ella arder, pues es consuelo
Que siendo vida el sol, muero en el cielo.
Matando en Túnez Cárlos Quinto á un [moro,
Le dijo, atravesado de la lanza: [ro,
«Ninguno ha muerto aquí con mas deco-
Ni mayor honra de su muerte alcanza.»
Lo mismo digo yo, si el sol que adoro
Me mata con la vida la esperanza; [ma,
Que si por ser de un rey es honra y fa-
A las manos del sol mayor se llama.

LUCINDO.

En tantos años, don Bernardo, ¡vive
De Blanca aquel antiguo pensamiento!

DON BERNARDO.

Que mi amor, como es verdad, recibe
Con el tiempo veloz mayor aumento.
Lo que en la arena la memoria escribe
Deshace el agua ó desparece el viento;
Mas lo que en mármol conservar pro- [cura,
Como es tan duro, eternamente dura.

LUCINDO.

Parece que está en la reja
Hablando un hombre.

DON BERNARDO.

Sí está.
¡despues Blanca tendrá
De mi atrevimiento queja!

LUCINDO.

Años há que vi en Sevilla
Este hidalgo forastero.

DON BERNARDO.

Pienso que es un caballero
Que vino aquí de Castilla.
...ba con un gobierno
...dias... Dióme cuidado
...tonces.

DOÑA INÉS. (*A don Félix.*)

Gente ha llegado.

LUCINDO.

Paréceme que á lo tierno
...dice amores á Inés,
¡traéisme á ser su amante!

DON BERNARDO.

...una sombra os espante;
...este ya sé yo quién es.
...ana se irá de aquí.

DOÑA INÉS.

...Félix, Blanca os adora.
...Pedro se parte agora:
...la gozaréis por mí;
...quiero que me debais
...de vuestro deseo.

DON FÉLIX.

...tanta dicha me veo,
...la posesion tomais
...mas de treinta mil pesos.

DOÑA INÉS.

...Otra mi codicia ha sido.
...estoy, pues he fingido
...ángel tales excesos.)
...id cada noche aquí;
...yo os abriré la puerta.

DON FÉLIX.

...la del cielo abierta,
...un esclavo en mí.

DOÑA INÉS.

...abeis de ver dónde entrais;
...sin luz la habeis de ver.

DON FÉLIX.

...luz, ¿cómo puede ser,
...tanto sol gozais?
...os prometo que llegó
...de su antípoda fuí;
...el del cielo para mí
Nunca alegre amaneció.
Yo vendré, pues vos quereis
Que á Blanca, sin verla, vea.

DOÑA INÉS.

Vos veréis quien os desea,
Y á quien no pensais veréis.
Adios.

DON FÉLIX.

A Blanca decid
Que le traigo un alma de oro.

DOÑA INÉS.

Vos sois su mayor tesoro. (*Éntrase.*)

ESCENA XIII.

DON FÉLIX y ALBERTO *á un lado,* BERNARDO y LUCINDO *á otro.*

DON BERNARDO.

En lo que pasa advertid.

LUCINDO.

¡Ah, Bernardo! ¿dónde tiene
El honor seguridad?

DON BERNARDO.

¡Hay tanta facilidad!
Mas seguirle me conviene,
Ver dónde posa y quién es.

DON FÉLIX. (*Ap. á Alberto.*)

Estos nos miran.

ALBERTO.

Sí harán;
Que un forastero galan
Los ojos lleva en los piés.

DON BERNARDO.

¡Bueno el Veinticuatro parte!
Ojos, ¿es esto verdad?
¡En tan santa honestidad
Halló amor industria y arte
Para combatir á quien,
Ni doncella ni casada,
Ha dado á mi amor entrada
La puerta de su desden!
¡Ah, Lucindo! Un forastero
Que mañana se ha de ir,
¿Qué no podrá conseguir?

LUCINDO.

El es galan caballero,
Y vendrá cargado de oro.

DON BERNARDO.

La vida le ha de costar;
Que yo tengo de guardar
Del Veinticuatro el decoro.
Don Pedro, en esto me fundo;
Que lo que no es para mí,
No ha de ser, fuera de tí,
De ningun hombre del mundo.
(*Vanse.*)

—

Calle en Toledo.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, *de negro;* MARTIN.

DON PEDRO.

Por aquí dicen que el divino Cárlos,
El César de Alemania, español Júpiter,
Que con mejores águilas se adorna,
Al alto alcázar de la iglesia torna.
Aquí le quiero hablar, besar su mano
Por la merced del hábito que dice [ra,
El duque de Alba que me ha hecho ago-
Y admirar su grandeza soberana,
Ilustre honor de tanta monarquía.

MARTIN.

Aun no has querido descansar un dia.
¿Qué te parece esta ciudad insigne?

DON PEDRO.

Que puede hacer á Tébas competencia,
Que es un famoso monte de edificios
En eterno cimiento fabricados,
Que es madre de las armas y las letras,
Donde florece agora Garcilaso,
Divino Arquipetrarca del Parnaso.
¡Ay! si tuviera yo su vivo ingenio,
La constante dulzura de sus versos [ra),
(Que no son versos donde no hay dulzu-
¡Cómo escribiera yo, cómo cantara,
Esposa de mis ojos, tu hermosura,
Y al Apolo mayor desafiara!

MARTIN.

Olvídate, por Dios, siquiera un hora
(Perdone este consejo mi señora);
Que me pesa de verte tan perdido.

DON PEDRO.

Antes no siento; que perdí el sentido.

MARTIN.

El César viene.

DON PEDRO.

Aquí al pasar le espero.

ESCENA XV.

EL EMPERADOR CÁRLOS V, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

EMPERADOR.

¿Quién sois?

DON PEDRO.

Don Pedro de Guzman me llamo,
Que como veinticuatro de Sevilla
En estas Cortes á serviros vengo.

EMPERADOR.

Desde Túnez de vos noticia tengo.

DON PEDRO.

A vuestra majestad en la jornada
De Viena serví.

EMPERADOR.

Ya se me acuerda
Lo que de vos me dijo el duque de Alba,
Y no es justo que estéis sin premio algu- [no,
Aunque sea al principio destas Cortes,
Pues ya teneis servido el merecerle.
¿Sois casado?

DON PEDRO.

En Sevilla estoy casado
Con doña Blanca de Mendoza, hij
De don Sancho de Córdoba.

EMPERADOR.

No es justo
Daros cargos de guerra, sino honraros
De una encomienda, la primera que ha- [ya.
Pues del hábito os hice gracia, entonces
Quede á vuestra eleccion el escogerla.

DON PEDRO.

El de Santiago, gran Señor, os pido.

EMPERADOR.

Sois soldado, su espada habeis querido.

DON PEDRO.

Por la ciudad, Señor, tengo que habla- [ros.

EMPERADOR.

Pues acudid mañana al duque de Alba.

DON PEDRO.

El cielo os guarde como España pide,
Para que vuestras águilas divinas
Lleguen volando á los remotos Chinas.
(*Vanse el Emperador y el Acompañamiento.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, MARTIN.

DON PEDRO.

¿Hay tal benignidad? Hay tal modestia?

MARTIN.

Por Dios, que obliga el César á adoralle.
¡Qué presencia real! Qué lindo talle!
Beso la tierra en que las plantas puso,
Y doyte el parabien del lagartazo,
Que ha de cruzarte desde brazo á brazo.
¡Pesia tal! si volvemos á Sevilla
Con el santo remiendo colorado! [bildo,
¡Vive Dios que has de honrar aquel ca-
Aunque él está de tal nobleza honrado,
Y que me he de poner alguna cosa
Que parezca á manera de encomienda.

DON PEDRO.

¿Estás loco, Martin?

MARTIN.

Pues ¿no se ponen
Una capa, unas calzas desechadas,
Sin que por ello prendan ni castiguen?
Pues la primera cruz que tú deseches,
Por hábito me pongo en todo un lado,
Y un rétulo que diga: *Desechado.*

DON PEDRO.

Mira que si en la corte dás en eso,
Te graduarán de loco.

MARTIN.

Y ¿será malo
Comer entre señores de regalo,
Decirles pesadumbres y frialdades,
Y sacarles vestidos y doblones?
¿Es mejor estudiar altas razones,
Celebrar las hazañas de sus padres,
Imprimir sus grandezas cada dia,
Y morirse de hambre entre paredes?

DON PEDRO.

Martin, sin memoriales no hay merce-

MARTIN. [des.

Quien calla y sirve dicen que harto pide.
Dichoso el lisonjero ó maldiciente
Coronista de vicios de señores,
Que no le cuesta nada aquella prosa
Mas helada que nieve Galatea.
Pero en efeto, lo que fuere sea. [do.
Con bien llegamos: lindo agüero ha si-

DON PEDRO.

Voy á escribir á Blanca mi fortuna.

MARTIN.

Y yo á Leonor, sarten de mi deseo,
Que de tu cruz he sido el Cirineo.

(*Vanse.*)

—

Calle en Sevilla.

ESCENA XVII.

DON FÉLIX, *con espada y broquel.*

DON FÉLIX.

¡Oh, noche, que por sendas mal for-
Huyendo vienes del ligero dia, [madas
Que desde el indio por incierta via
Te sigue las espaldas enlutadas!
Esconde tus estrellas argentadas
Para que llegue á ver la prenda mia,
Que de mi atrevimiento desconfia
Las luces de sus ojos adoradas.
Hoy con tu negra máscara pretende
La hermosura encubrir, por quien sus-
[pira
El alma que en su puro rayo enciende.
Mas tiene amor mi dicha por mentira;
Que no basta que goce lo que entiende,
Pues no goza del bien quien no le mira.

ESCENA XVIII.

LEONOR, *abriendo una puerta de casa de don Pedro.*—DON FÉLIX; *despues*, DON BERNARDO, LUCINDO Y DOS CABALLEROS.

LEONOR.

¡Ah, caballero!

DON FÉLIX.

¿Quién es?

LEONOR.

Una esclava vuestra soy.

DON FÉLIX.

Yo lo soy vuestro, y estoy,
En fe de serlo, á esos piés.

LEONOR.

Teneos, Félix, teneos.
Entrad y venid tras mí.

DON FÉLIX.

¿Por adónde?

LEONOR.

Por aquí.

(*Salen don Bernardo, Lucindo y dos Caballeros observando á don Félix y Leonor.*)

DON BERNARDO.

¿Abriéronle?

DON FÉLIX.

Entrad, deseos.

(*Éntranse don Félix y Leonor.*)

ESCENA XIX.

DON BERNARDO, LUCINDO Y DOS CABALLEROS.

LUCINDO.

Entró. ¿Qué hay mas que aguardar?

DON BERNARDO.

Aguardar, Lucindo, importa
A que salga.

LUCINDO.

¿Para qué?

DON BERNARDO.

Para no quitar la honra
Al dueño de aquesta casa.
¡Oh mujer fácil y loca!
¿Será verdad que aquí entró,
Lucindo, un hombre á estas horas?

LUCINDO.

¡No, sino el alba que andaba
Entre las coles de Coria!
Yo, por Dios, que cuanto á mí,
Que sacara el hombre agora
De los brazos desta infame,
Que á tal marido deshonra.

DON BERNARDO.

Serémos de esa manera,
Si la casa se alborota,
Nosotros quien le infamamos.

LUCINDO.

Basta: paciencia te sobra.

DON BERNARDO.

¿No has visto un hombre, Lucindo,
Que en alguna cosa topa,
Y con el dolor no habla,
Que el mismo mal le reporta?
Pues de esa manera estoy.
Pase el dolor; que si goza
Desta mujer esta noche,
Yo sé que no venga otra.
¿Qué haré para no sentir?

LUCINDO.

Irte á casa, pues que cobras
Seso donde otros le pierden.

DON BERNARDO.

Oye una invencion famosa.
Yo llego y llamo.—¡Ah de casa!

ESCENA XX.

LEONOR, *á la puerta.*—DICHOS; *despues*, DON FÉLIX.

LEONOR.

¿Quién es?

DON BERNARDO.

Dile á mi señora
Doña Blanca que me envia
Desde Adamuz, por la posta,
Don Pedro con esta carta.

LEONOR.

Venid mañana.

DON BERNARDO.

No es cosa
Que se puede dilatar.

LEONOR.

Duerme.

DON BERNARDO.

Pues la carta toma.

LEONOR (*A don Félix, entránd*

Salid de presto, por Dios;
Que doña Blanca se enoja
De que hayamos respondido,
Y si á la reja se asoma
Ha de ver abrir la puerta.

(*Sale don Félix.*)

DON FÉLIX.

¡Qué bien, qué gusto, qué gloria,
Como sea de la tierra,
Sin sobresalto se goza?

(*Retírase Leonor.*)

ESCENA XXI.

DON FÉLIX, DON BENARDO, LUCINDO, DOS CABALLEROS.

DON BERNARDO.

Tenéos á la justicia.

DON FÉLIX.

Tenido soy.

DON BERNARDO.

¿Cómo nombran
A vuesamerced?

DON FÉLIX.

Don Félix
Manrique.

DON BERNARDO.

¿En qué entiende?

DON FÉLIX.

¡Im

DON BERNARDO.

Diga.

DON FÉLIX.

Vengo de un gobierno.

DON BERNARDO.

Y ¿gobiérnanse las honras
De tan nobles caballeros
Con salir á tales horas?
Venga á la cárcel.

DON FÉLIX.

Señores,
Por Dios, que no descompongan
Tantas honras de una vez.
Si el ser quien soy les provoca,
Yo traigo treinta mil pesos:
En ellos mañana pongan
Los deseos y las manos,
Pues es la distancia corta;
Que mi posada es aquella,
Donde ayer á una fregona,
O mulata desta casa,

Oí cantar cuatro coplas
De un romance de Castilla;
Y así la voz me aficiona,
Que (confieso mi flaqueza)
Ella me abrió, y estas bodas
He celebrado esta noche;
Que ni he visto á su señora,
Ni la conozco, ni quiero.

DON BERNARDO.

Hombre de vuestra persona
¿Se prenda de una mulata?

DON FÉLIX.

La voz ¿á quién no enamora?
¿Es mejor un ruiseñor
Que una negra ruiseñora?
Y está en los grandes palacios
En jaulas que el oro adorna.
Demás que aquesta esclavilla
Es por lo menos hermosa,
Tanto, que el sol de su ama
Le puede servir de sombra.

DON BERNARDO.

Ahora bien, pues, si es ansí,
Que esta morena cantora
Os obliga con sus gracias
Y os rinde con sus lisonjas,
Aquí podeis escoger,
Señor, una de dos cosas;
Porque no somos justicia,
Sino deudos, á quien toca
La honra del Veinticuatro.

DON FÉLIX.

Decid.

DON BERNARDO.

Consentir que os rompan
Dos balas el pecho aquí
De aquella armada pistola,
O dar palabra que luégo
Que amanezca, pues no estorban
Negocios ni obligaciones
Vuestra partida forzosa,
Os partiréis de Sevilla;
Que si el Veinticuatro torna
Con bien, yo sé que la esclava
Quedará libre y sin costas.

DON FÉLIX.

Señores, si he de morir,
Justo parece que escoja
El partirme de Sevilla;
Pero un hombre que negocia
Su plata, tenga dos dias.

DON BERNARDO.

No le han de dar ni dos horas.

DON FÉLIX.

Basta: yo doy la palabra.

DON BERNARDO.

Y yo fio que os importa
La vida el no la quebrar;
Que haréis las palabras obras:
Porque en la contratacion,
En la plaza y en la Lonja
Os darán de puñaladas.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Aquí se acabó mi historia,
Blanca. No temo mi muerte;
Temo que pierdas la honra
Del Veinticuatro y la tuya;
Que mi vida poco importa.

ACTO TERCERO.

Patio de una venta.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX Y ALBERTO, *de camino.*

DON FÉLIX.

Con haber pasado, Alberto,
El claro Guadalquivir,
Pienso que he tomado puerto;
Aunque ¿dónde puede ir
Un hombre despues de muerto?
Temiendo el justo castigo
De un poderoso enemigo,
De todo mi bien me alejo.
¡Ay, Blanca! que no te dejo,
Pues que te traigo conmigo!
¡Ay, celestial hermosura!
¿De qué sirvió la ventura
De gozarte, aunque sin verte?
¿Cómo he temido la muerte?
¿Quién la vida me asegura?
Que si tengo de morir
A las manos de tu ausencia,
No la pudiendo sufrir,
Mejor fuera en tu presencia,
Que no el alma dividir.
La que entre los dos habia,
¿Cómo, Señora, podia
Dividirse sin la muerte?
Que en fin no tengo de verte?

ALBERTO.

Mira que se pasa el dia,
Y habemos de caminar.
Come, si quieres llegar
A Córdoba aquesta noche.

DON FÉLIX.

Gente se apea de un coche.

ALBERTO.

Ya tendrás con quien hablar;
Que aquesta imaginacion
Loco te quiere volver.
¿Si son damas?

DON FÉLIX.

Hombres son.

ESCENA II.

DON PEDRO, *de camino con hábito de Santiago;* MARTIN.—DICHOS.

DON PEDRO. (*A Martin.*)

Di que me dén de comer.

DON FÉLIX. (*Ap. á Alberto.*)

¡Qué gentil disposicion!

MARTIN.

Ya lo tendrá aderezado
Ese galgo que salió
Rayando el alba.

DON PEDRO.

Hanme dado
Aires de Sevilla.

MARTIN.

Y yo
¿Soy barro?

DON PEDRO. (*A don Félix.*)

Bien seáis hallado.

DON FÉLIX.

Y vos, Señor, bien venido.
(*Ap. á Alberto.*) ¡Lindo talle!

ALBERTO.

Maravilla.

DON PEDRO.

¿De dónde bueno?

DON FÉLIX.

He salido
Esta noche de Sevilla.

DON PEDRO.

Fuérades mejor servido,
Si fuérades hácia allá.

DON FÉLIX.

Bésoos las manos.

DON PEDRO.

Comed
Conmigo.

DON FÉLIX.

Pártome ya.

DON PEDRO.

Hacedme tanta merced;
Que pienso que á punto está.

DON FÉLIX.

Voy con alguna tristeza.

DON PEDRO.

Así la divertiréis.—
Martin, da prisa.

MARTIN.

Ahora empieza
A asar el perro.

DON FÉLIX.

Teneis
Escrita en vos la nobleza.
Perdonad si no recibo
La merced. Yo voy sin mí,
Y de tanto bien me privo,
Que desde Sevilla aquí
No he comido, por Dios vivo.

DON PEDRO.

Por eso me habeis de hacer
Esta merced y favor.

DON FÉLIX.

Ya me es fuerza obedecer.

DON PEDRO.

Mas ¿qué son lances de amor?

DON FÉLIX.

¿En qué lo echastes de ver?

DON PEDRO.

Voy tambien enamorado,
Puesto que voy mas contento.

DON FÉLIX.

Yo dejo el bien que he gozado.

DON PEDRO.

Yo voy á gozarle, y siento
El veros ir lastimado;
Que á cuantos veo quisiera
Repartir de mi alegría,
Y que ningun hombre hubiera,
Como es tan grande la mia,
Que sin tenerla estuviera.
Alegraos; que donde vais
Otro sugeto hallaréis,
Pues no es propio el que dejais.

DON FÉLIX.

Mis tristezas ofendeis
Con pensar que me alegrais.

DON PEDRO.

Por Dios, que gusto de otros
En parte; que es tal mi amor,
Que estoy para osar pediros,
Miéntras con tanto rigor
Dais por Sevilla suspiros,
Me contéis vuestro suceso;
Porque como quiero bien,
Que os agradezco, os confieso,
Esa fineza.

DON FÉLIX.

Es por quien
Merece mayor exceso.

DON PEDRO.

Miéntras nos dan de comer,

Podrémos entretener
El tiempo en nuestros amores.

DON FÉLIX.

Vuestros corteses favores
Me obligan á obedecer.

DON PEDRO.

Tambien sé yo que quien ama,
Para contar de su dama
La privanza ó el desden,
Cuando no hay hombres á quien,
A las mismas piedras llama.

DON FÉLIX.

Yo soy un caballero de Castilla,
Que don Félix Manrique me apellido;
Para pasar el mar, vine á Sevilla
Con un gobierno, que mi muerte ha sido.
Un ángel, de los hombres maravilla,
Con dulces ojos cautivó mi olvido; fin:
Mi amor le dije, y respondió que ama-
Así era firme y obligada estaba.
Partíme triste, y por sus ojos juro
(Porque á no ser verdad no los jurara)
Que en tres años mi amor vivió tan puro
Como si la sirviera y la gozara.
Volví cargado de oro, y no seguro,
Que por poco la vida me costara,
Porque alterado el mar, vi su elemento
Mojar el sol y penetrar el viento.
Entre el *bota*, *á babor*, *alarga* y *vira*,
Rasgándose las jarcias y motones,
Pensaba yo en perderla: ¿á quién no ad-
[mira
Que tenga amor tal fuerza en sus pasio-
[nes?
Con esta imágen, ídolo y mentira,
Volvió á correr con nuevas guarniciones
El caballo del mar, cisne de pino,
Por nubes de agua el líquido camino.
Llegué á Sevilla, haciendo confianza
Del oro que adquirí para servilla;
Hallé que era casada, y mi esperanza
Muerta én los brazos de la misma orilla.
Pero desta tormenta fué bonanza
Su marido, que fuera de Sevilla
Dió lugar á mi nuevo pensamiento,
Y el oro á mi valor merecimiento.
Fiada pues en una prima suya,
Abrió su puerta y pecho, y fui dichoso;
Mas ¿qué alegría, amor, qué gloria tuya,
Trágico fin no la cubrió celoso?
Salgo á la calle... Aquí no sé si arguya
Que era galan ó deudo; que curioso
La rondaba la calle escura y sola
Un bravo que me apunta una pistola.
Fuera temeridad sacar la espada
Entre bocas de fuego y mucha gente;
Diles para disculpa mal pensada
Que entré, no por amor, que fué acci-
[dente;
Porque oyendo cantar en mi posada,
Que estaba de su ilustre casa enfrente,
Una esclava, le dije aficionado
Que trocase á un vestido mi cuidado.
Esta dije que sí; pero quisieron
Que les diese palabra que me iria
De Sevilla, y la di, porque dijeron
Que antes saliese que saliese el dia.
Fuíme á Sanlúcar, donde al fin me die-
Cartas en tal pesar tanta alegría, [ron
Que he estado cuatro meses como preso,
Llorando célos y perdiendo el seso.
Dos noches, en el tiempo que refiero,
Vine á verla secreto y disfrazado
En hábito de pobre marinero,
Donde tambien la he visto y la hé goza-
Mas la segunda, el necio caballero, [do.
Que debe de vivir desesperado,
Con otros tres me dió tantas heridas,
Que me matara á no tener dos vidas.
Mirad, Señor, si es justa mi tristeza,
Mirad si siento mi desdicha en vano
Por la mas alta y celestial belleza
Que puso el cielo en alma y cuerpo hu-
[mano.
El deciros quién es no era nobleza;
Que en fin soy caballero castellano.
Basta, sin ofender las cosas dichas,
Haber sido cortés de mis desdichas.

DON PEDRO.

Por cierto que me ha pesado,
Don Félix, vuestro suceso,
Y que de oiros, confieso
Que he quedado aficionado;
Fuera de la obligacion
En que pone vuestro talle.
Y puesto que el nombre calle
Vuestra mucha discrecion
De la dama referida,
Os querria suplicar
Que no os vais con tal pesar
A pasar tan triste vida.
Yo soy hombre poderoso
En Sevilla, y como veis,
Mancebo, con quien podréis
Vengaros de ese celoso.
Volved conmigo á Sevilla,
Y gozad esa mujer;
Que á sus ojos lo ha de ver
El necio que os acuchilla.
¿Está ahora en la ciudad
Su marido?

DON FÉLIX.

No, Señor.

DON PEDRO.

Pues ¿cuánto os será mejor,
Que ir con tanta soledad,
Volver donde la gozeis?
Y veréis tambien mi dama;
Que por dicha, por la fama
De hermosa, la conoceis.
Tendréis dos grandes terceros
En los dos, y en mí un amigo
Del alma.

DON FÉLIX.

A vuestros piés digo
Que sois de los caballeros
De Sevilla, ilustre honor.

DON PEDRO.

Yo me llamo don Martin
De Silva; soy hombre, en fin,
Desta condicion y humor,
Que daré vida y hacienda
A un forastero; y no quiero
Que, por verle forastero,
Ningun cobarde le ofenda.
Vamos con secreto allá
Hasta que sepa quién es.

DON FÉLIX.

Dejadme echar á esos piés.

DON PEDRO.

El silencio importa ya.
Un caballo tomaré
Que traigo aquí regalado,
Y por entrar disfrazado,
Coche y gente dejaré.
No comamos; que no quiero
Que estos sepan dónde voy.

DON FÉLIX.

Loco de contento estoy.
Sois Silva, que basta.

DON PEDRO.

(*Ap.* Hoy muero,
No sé cómo de turbado
Acierto á hablar.) Solamente
Es fuerza que de mi gente
Llevemos aquel criado.—
Martin...

MARTIN.

Señor...

DON PEDRO.

Oye aparte.
A mí me han muerto, Martin.

MARTIN.

¿Qué dices?

DON PEDRO.

Que hoy es mi fin.

MARTIN.

Desde que vi demudarte,
Algun mal imaginé.

DON PEDRO.

Cosas de tu ama son.

MARTIN.

¡Qué necia imaginacion!

DON PEDRO.

Si lo fué, yo lo sabré.
Dame el caballo y ensilla
Tu mula.

MARTIN.

Pues ¿sin comer?

DON PEDRO.

Sí; que este no ha de saber
Quien soy, aquí ni en Sevilla.
Don Martin de Silva he dicho
Que me llamo: mira bien
No yerres.

MARTIN.

Algun vaiven
Te ha desquiciado el capricho.

DON PEDRO.

¡Vive Dios que me ha ofendido
Blanca!

MARTIN.

Miente ¡vive Dios!
Quien lo dice.

DON PEDRO.

De los dos
Tomaré venganza.

MARTIN.

¿Ha sido
Verdad ó imaginacion?

DON PEDRO.

Verdad.

MARTIN.

¿Cómo puede ser
Que tan principal mujer
Se atreviese á tu opinion?
Y mas teniendo experiencia
Tú de sus costumbres graves.

DON PEDRO.

Calla, necio; que no sabes
Los peligros de la ausencia.

MARTIN.

Siendo ansí, ¿qué hará Leonor?
¡Vive Dios, que he de matalla!

DON PEDRO.

Ensilla el caballo y calla.

MARTIN.

Yo voy.

DON PEDRO.

Don Félix...

DON FÉLIX.

Señor...

DON PEDRO.

Poneos á caballo luego
Mientras me sacan el mio.

DON FÉLIX.

En vuestras manos confio
Mi vida.

ALBERTO.

¿Que estés tan ciego
Que te vuelvas?

DON FÉLIX.

¿Qué aventuro?

ALBERTO.

Algun desdichado fin.

Que lo imposible intento;
Que si hasta aquí vuestra virtud lo ha
Ya por vicio me anima; [sido,
Que no se ha de estimar quien no se es-

DOÑA BLANCA. [tima.

Pues, ¿qué lenguaje es ese
Con mujer de mis prendas? ¿Estáis lo-

DON BERNARDO. [co?

Por mucho que lo fuese,
A no ser vuestro crédito tan poco,
No creais que llegase
A estado que el respeto me faltase.
Pero cuando una dama
De vuestras prendas, Blanca, y naci-
Se aven ura á su fama, [miento
Disculpa todo ajeno atrevimiento;
Pues no es tan justa cosa
Ser cruel para mí quien es piadosa.
¿Es mejor caballero
Que yo don Félix? ¿Esto puede el oro?
Esto el ser forastero?
¿No há tres años y mas que yo os ado-
Y despues de casada [ro,
De mí habeis sido honestamente ama-
¿No he tenido respeto [da?
Al Veinticuatro, sin osar hablaros,
Mirándoos solo á efeto
De daros á entender que quiero amaros
Sin premio ni esperanza,
Hasta que he visto en vos tan gran mu-
Pues ¿qué locura ha sido [danza?
Entrar en vuestra casa desta suerte?

DOÑA BLANCA.

El ver que habeis perdido
El seso, don Bernardo, me divierte
En lástima tan justa,
Que apenas ya mi agravio me disgusta.
¿Qué don Félix es este?
Qué forastero y oro? Id en buen hora,
Y no aguardeis que os cueste
La vida la locura con que agora,
De aquesta casa en mengua,
Infama mi valor vuestra vil lengua.—
¡Inés! prima! criados!

ESCENA V.

DOÑA INÉS, LEONOR.—Dichos.

DOÑA INÉS.

¡Tú das voces, Señora! Pues ¿qué es

DOÑA BLANCA. [esto?

¿Caballeros honrados
Hacen estas locuras? Salid presto.
Mas yo la culpa he sido
De que fuérades vos tan atrevido;
Qué si yo hubiera dado
Cuenta á don Pedro deste pensamiento,
Ya hubiera castigado
Con la espada tan loco atrevimiento.
Pero él vendrá á Sevilla,
Acabadas las Córtes de Castilla. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS, DON BERNARDO, LEONOR.

DOÑA INÉS.

Pues ¿cómo habeis llegado,
Don Bernardo, á esta casa descompues-
¿De dónde habeis tomado [to?
Tan gran atrevimiento? Salid presto.

LEONOR.

¿Quieres que llame gente?

DON BERNARDO.

Paso, señora Inés.—Leonor, detente.

LEONOR.

Que no hay detenimiento.

Salga vuesamerced.

DON BERNARDO.

Oid, os ruego.

DOÑA INÉS.

[redacted]

LEONOR.

Salga al momento,
O por el agua de la mar, que luego,
Aunque mujer me mira,
Saque las armas que nos dió la ira.

DON BERNARDO.

Yo no he sido atrevido
Con doña Blanca, ni jamás perdiera
El respeto debido
Al valor desta casa, si no viera
Entrar en ella un hombre,
De quien ya sabe que le dije el nombre.
En esta misma puerta
Por muerto le dejé con mil heridas.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

¡Ay triste! ¡Yo soy muerta!

LEONOR. (*Ap. á doña Inés.*)

Disimula, Señora.

DOÑA INÉS.

(*Ap. á Leonor.* No me pidas
En tanto mal que calle.)
¡Hombre á esta puerta!

DON BERNARDO.

Y hombre de buen talle.

DOÑA INÉS.

Idos, por Dios, agora;
Que esas cosas no son de caballero.

LEONOR.

¡A ver á mi señora
Hombre del mundo!

DON BERNARDO.

Indiano y forastero.
No os hagais inocentes.
¡Ay del honor de los que están ausen-

DOÑA INÉS. [tes!

Lástima os he tenido.

LEONOR.

¿Hay testimonio igual?

DOÑA INÉS.

Está sin seso.

DON BERNARDO.

De no le haber perdido;
Pero no os espanteis, si ha sido exceso,
Viendo que en una casa
Tan principal, tan grande infamia pasa.
Por lo menos me vengo
En que á don Félix le quité la vida;
Y pues venganza tengo
De don Pedro tambien, Blanca perdida,
Y él sin honra, ¿qué aguardo?
Hoy, Blanca, te aborrece don Bernardo.
Hoy te deja, hoy te infama,
Hoy te desprecia, y del haberte amado
Se arrepiente y desama.
Tu fácil hermosura ¿á qué ha llegado?
A venderse por precio
Del oro indiano á un forastero necio.
¡Vive Dios, de no amarte
Eternamente por tan gran bajeza!
No supiste guardarte
Del oro, aunque de amor tanta belleza
Libraste muchas veces.
No sé si eres mujer; mujer pareces.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA INÉS, LEONOR.

LEONOR.

¿Qué te parece desto?

DOÑA INÉS.

Estoy sin mí, Leonor.

LEONOR.

Todo se sabe.

DOÑA INÉS.

En confusion me ha puesto.
¿Que doña Blanca, una mujer tan grave,
Inocente padezca?
No hay pena que mi culpa no merezca.
Mas ¿qué mayor castigo
Que ser don Félix muerto? ¡Ay, vida mia!
Murió, yo soy testigo,
Pues no le he visto mas desde aquel dia,
En cuya noche triste
Tantas espadas á la puerta oiste.
¿Qué haré? Que como loca
Quisiera dar mil voces justamente.
Su muerte me provoca,
Y el ver que doña Blanca esté inocente.
¡Oh cuántos males nacen
De un yerro, amor, que tus locuras ha-
¡Maldito sea el deseo [cen!
Que me obligó para intentar el daño
Que en esta casa veo,
Pues ha de resultar de un necio engaño
Su perdicion y mia!
¡Mal haya, ausencia, quien de tí se fia!

ESCENA VIII.

DON PEDRO, MARTIN.—DICHAS.

DON PEDRO. (*Ap. á Martin.*)

Bien queda trazado ansí,
Y don Félix, con secreto,
Encerrado hasta la noche.

MARTIN.

No llegues con tal silencio.

LEONOR.

¡Ay, Señora! mi señor!
Voy á decirlo corriendo. (*Vase.*)

DOÑA INÉS.

¿Es don Pedro?

DON PEDRO.

¡Prima mia!...

DOÑA INÉS.

Pues ¡vos tan solo! ¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Por ver á Blanca, he dejado
Coche y gente.

DOÑA INÉS.

¿Venís bueno?

DON PEDRO.

¿No lo veis?

MARTIN.

Para Martin,
¿No hay algun poco de pecho?

DOÑA INÉS.

¿Cómo estás? Cómo has venido?

MARTIN.

¿Cómo estoy y cómo vengo?
Cuanto á estar, estoy en casa;
Cuanto á venir, de Toledo.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Temblando estoy de pisar
Los infames aposentos,
Teatro de mi deshonra.

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA, LEONOR.—DICHOS.

DOÑA BLANCA. (*Dentro.*)

¡Tu señor! ¿Qué dices?

LEONOR. (*Dentro.*)

Creo
Que te parece imposible.

LEONOR.

Blanca viene.

(*Salen doña Blanca y Leonor.*)

DOÑA BLANCA.

¡Mi don Pedro!
¡Mi bien! ¿con silencio tanto?

DON PEDRO.

Blanca, por verte mas presto,
Dejé en Peñaflor mi gente.

DOÑA BLANCA.

¡Cuál me ha tenido este tiempo
Tu ausencia! ¡Ay, queridos brazos!
¡Qué siglos há que carezco
Deste descanso, que solos
Sois mi verdadero centro!

DON PEDRO. (*Ap.*)

¿Quién se ha visto en tal estado?

DOÑA BLANCA.

Perdonad, mi dulce dueño;
Que por miraros la cara,
No os habia visto el pecho.

DON PEDRO.

¡Si tú me le vieras, Blanca!

DOÑA BLANCA.

Por muchos años y buenos.
¡Qué bien os está la cruz!

DON PEDRO.

(*Ap.* La que de mi estado tengo
No pudo estarme mas mal.)
Esta, Blanca, me dió en premio
De mis servicios el César.
Presto encomendar espero...
(*Ap.* Mas no mi honor á quien ya
En tal deshonor le ha puesto.)

MARTIN.

Si ya has rezado á la cruz
De mi señor, y merezco
Tu favor, pues tienes dos,
Que me dés un pié te ruego;
Que yo te le volveré.

DOÑA BLANCA.

¡Oh, Martin! alza del suelo.

MARTIN.

No me mandes levantar,
Sin que me tapes primero
La boca con un chapin.

DOÑA BLANCA.

Levántate. ¿Vienes bueno?

MARTIN.

Bueno y discreto, Señora;
Que he aprendido á ser discreto
En la corte.

DOÑA BLANCA.

Dices bien,
Porque no hay mejor maestro.
¿Qué hay de nuevo por allá?

MARTIN.

Hay nuevo ser todo nuevo,
Y es tanta la novedad,
Que apenas hay hombre viejo.

DOÑA BLANCA.

¿Guardásteme la palabra?

MARTIN.

Señora, agravio me has hecho
Y á don Pedro, mi señor.

DOÑA BLANCA.

Una ausencia toda es celos.
¿Hay mujeres muy hermosas?

MARTIN.

Muchas; pero fué tan cuerdo
Tu esposo, que á los demás
Ha quedado por ejemplo.
En hacer joyas y galas
Para tí pasaba el tiempo,
Y en estudiar tus papeles
Y luego escribirte versos.

DOÑA BLANCA.

No me ha enviado ninguno.

MARTIN.

Teme que no has de entenderlos,
Como á lo moderno escribe.

DOÑA BLANCA.

¡Señor don Pedro! ¿qué es esto?
¡Suspenso y recien llegado!

DON PEDRO.

No estoy, mis ojos, suspenso;
Y si lo estoy, es del gusto
De verte.

DOÑA BLANCA.

Venid; que quiero
Enseñaros vuestros hijos,
Pues no preguntais por ellos.
Ven, Inés, á sacar ropa
Limpia al Veinticuatro.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Temo
De su tristeza algun mal.

(*Vanse doña Blanca y doña Inés.*)

ESCENA X.

DON PEDRO, LEONOR, MARTIN.

LEONOR.

¿Cómo no habla, mancebo?

MARTIN.

Señora Leonor, no hablo
Por tres cosas.

LEONOR.

Diga presto.

MARTIN.

La primera, porque estoy
Sin gusto: ¿entiende?

LEONOR.

Ya entiendo.

MARTIN.

La segunda, por faltarme
Voluntad.

LEONOR.

Así lo creo.

MARTIN.

La tercera...

LEONOR.

No la diga;
Que viene muy majadero
De la corte.

MARTIN.

Sí lo fui,
Lo que llevaba me vuelvo.

DON PEDRO. (*Ap. á Martin.*)

¿Tampoco tú disimulas?

MARTIN.

¡Vive el cielo! que no puedo.
Morir tiene aquesta galga.

DON PEDRO.

Habla bajo y entra dentro,
No entiendan como culpados;
Que cualquiera movimiento
Presumen que es el castigo.

MARTIN.

Voy.

(*Vanse él y Leonor.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO.

Perdido estoy. ¡Ay cielos!
¡Oh ausencia! quién pintara

De tu traicion! Oh madre del d
En quien perdió su honor el

Y se alabó que le venció el ve
En tí padece el príncipe excel

La vil murmuracion, y es ofendido
El ministro de sátiras injustas,
De santas obras y costumbres justas.
En ti se desvergüenzan los criados
Del dueño mas ilustre y poderoso;
Róbanse las haciendas, los estados,
Y el mas pagado amor duerme celoso.
En ti yacen por tierra derribados
Los altos edificios, y en el foso
De la mayor ciudad las yerbas nacen,
Que prado verde las ovejas pacen.
Por ti falta á su honor la recogida
Doncella y el mas firme y leal amigo;
La muerte es una ausencia de la vida,
Y tú de todos el mayor castigo.
No tienes rostro, aunque eres homicida;
Eres espaldas toda, pues contigo
Perdí mi honor; que si por tí no fuera,
Ni Blanca me olvidara ni ofendiera.
¡En cuál prision de Argel, en cuáles ba- [ños
Del turco mas feroz, en cuál infierno
Puede haber confusion, puede haber [daños
Que igualen juntos mi dolor eterno?
Casa de deshonor, casa de engaños,
Falta de honestidad y de gobierno,
Que á las mas viles en bajeza excedes,
Yo lavaré con sangre tus paredes.
Si pudieran hablar, ¡qué me dijeran
De infamias, desatinos y locuras!
Ya pienso que hablan... pero bien pu- [dieran
Destos pintados cuadros las figuras.
Todas me infaman y mi pecho alteran.
Pues morirán tambien, aunque seguras,
Porque no ha de quedar, aunque pinta- [do,
Testigo de su afrenta al que es honrado.
Morirá doña Inés, pues será cierto
Por cómplice con Blanca en el delito.
Merezca pena igual quien le ha encu- [bierto;
Que ni disculpa ni perdon permito.
La esclava infame en el proceso abierto
Ya tiene el nombre y el castigo escrito.
¡Oh siempre no excusados enemigos,
Del bien azares, y del mal testigos!
Blanca, entre estas sentencias, ¿cuál te [espera?
Aquí mi necio amor tiene la espada.
Su deslealtad, su infamia considera
Y que me tiene el alma lastimada.
Haz cuenta, amor, que matas una fiera,
No aquella Blanca que de ti fué amada;
No mires su hermosura, huir procura;
Que ha hecho mil cobardes la hermo- [sura.
No te acuerdes, memoria, de los gustos,
Solo me representa los agravios.
Mira el honor; que en tiempo de dis- [gustos,
No miran gustos los que nacen sabios.
Es discrecion en casos tan injustos
Abrir los ojos y cerrar los labios. [da;
Hijos, no detengais mi empresa honra-
Mas ayudadme á desnudar la espada.

(*Vase.*)

—

Campo.

ESCENA XII.

DON SANCHO, DON BERNARDO.

DON BERNARDO.
¡Fuera de Sevilla á mí!
En confusion me habeis puesto.

DON SANCHO.
Sabréis, don Bernardo, presto
Para lo que os traigo aquí.

DON BERNARDO. (*Ap.*)
Yo pienso que desta vez
Desdichas me vuelven loco.

DON SANCHO.
Alejémonos un poco
De la puerta de Jerez,
Porque quiero que en Tablada
Sepais el intento mio.

DON BERNARDO.
Parece que es desafío.

DON SANCHO.
Si es, pues saco la espada.

DON BERNARDO.
Pues ¡vos para mí, Señor,
Que tan vuestro siempre he sido!

DON SANCHO.
Vos me teneis ofendido.

DON BERNARDO.
¿Yo?

DON SANCHO.
Vos pues, y en el honor.

DON BERNARDO.
Mirad que os han engañado.

DON SANCHO.
Engaño ó no, sacaréis
La espada, y luego veréis
Cómo muere el que es honrado.

DON BERNARDO.
Mirad que os tengo respeto,
Y que parece muy mal
En edad tan desigual...

DON SANCHO.
No os tengo por tan discreto,
Que me aconseje con vos.
Sacad, Bernardo, la espada,
Porque mi honra agraviada
Ya se queja de los dos:
De mí porque no os he muerto,
De vos pues no os defendeis.

DON BERNARDO.
¿La causa no me diréis
Que os fuerza á tal desconcierto?

DON SANCHO.
Mi hija Blanca me ha escrito
Que la habeis solicitado
En ausencia de don Pedro,
Y con testimonios falsos
A imitacion de Tarquino,
Aquel infame romano,
De quien se queja la sangre
De Lucrecia al cielo santo.
No sois vos tan poderoso
Que me sea necesario
Juntar mis deudos; que yo
Para castigaros basto:
Y porque buenos jüeces
Han de ser de muchos años,
Me manda el honor á mí,
Y aun el cielo, castigaros.
Hoy entrastes en su casa,
Y porque su pecho casto,
Para el vuestro deshonesto,
Halló en su virtud reparo,
Entre mil infamias necias
Le dijistes que habeis dado
La muerte á un cierto don Félix,
Caballero castellano,
Que con el oro de Chile
Venció su honor, reparando
Como buen amigo ausente
La honra del Veinticuatro.
Yo soy su suegro, y soy padre
De doña Blanca: entre tanto
Que viene, su honor me toca,
Que no al galan, don Bernardo;
Que defender y ofender,
Como tan grandes contrarios,
Son como decir y hacer,
Que no comen en un plato.
¿Paréceos que tengo causa
Bastante para mataros?
¿No es mejor que yo me pierda,
Que he vivido tantos años,
Que no don Pedro, á quien dió
Un hábito de Santiago
El César, y á quien su esposa
Aguarda, abiertos los brazos?
No es mejor que sus tres hijos
Goce? ¿Qué aguardais? Ya estamos
Donde podrá la verdad
Lo que faltaren mis manos.

DON BERNARDO.
Tened el valiente acero
Y las palabras, don Sancho,
Pues venís como jüez,
Y la ley se os ha olvidado
De oir las partes, primero
Que déis la sentencia.

DON SANCHO.
Estando
Tan cierto de lo que digo,
Ninguna respuesta aguardo.

DON BERNARDO.
Si os probase que es verdad
Que este don Félix ha entrado
De noche en casa de Blanca,
Con tres testigos ó cuatro,
¿Quedaréis contento?

DON SANCHO.
No;
Porque de falsos hay tantos,
Que no está seguro un hombre,
Aunque tenga órdenes sacros [1].

DON BERNARDO.
¿Y si vos los conoceis
Y os muestran que fué tan claro
Como el sol?

DON SANCHO.
Si los conozco
Y verdaderos los hallo,
Antes que venga don Pedro
Pondré sus hijos en salvo,
Y esta en el cuello de Blanca;
Que nací Córdova y Haro.

DON BERNARDO.
Así lo creo de vos...
—Y venid conmigo.

DON SANCHO.
Vamos.
(*Ap.* Ya voy turbado de ver
Que aqueste no se ha turbado.
¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
Pero ¿de qué me acobardo?
¿No es Blanca mi hija? Sí.
Pues no hay que temer agravio.)
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XIII.

DON PEDRO, MARTIN.

DON PEDRO.
Ensilla presto, Martin.

MARTIN.
Discreto ha sido el enredo.

DON PEDRO.
Pues ¿cómo ausentarme puedo
Y dar á mi intento fin
Si no es con esta invencion,
Para que don Félix venga,
Y el justo castigo tenga

1 ¿Diria LOPE esto por él mismo?

Blanca de tan vil traicion?

MARTIN.

Mira que sale.

ESCENA XIV.

DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS.—DICHOS.

DOÑA BLANCA.

Señor,
Pues, sin descansar siquiera
Una noche, y la primera
Que os merece tanto amor,
¡Os volveis de aquesta suerte!

DON PEDRO.

¿No habeis, Señora, sabido
Cómo en Carmona ha reñido
Mi gente, y que ha dado muerte
Mendoza á Vasco, aquel paje
Que vuestro padre me dió?

DOÑA BLANCA.

¿Que Mendoza le mató?

DON PEDRO.

¡Oh infamia de tu linaje!
Presto se dirá de mí
Que de veras te maté.—
En fin, sobre el juego fué.
Como yo no estaba allí,
Hanle preso y embargado
El coche, y cuanto traian
Dos cargas, en que venian
Las galas que os he sacado,
Dos cadenas de diamantes
Y dos joyas... Presto ensilla.
(*Vase Martin.*)
¡Que por venir á Sevilla
Y por abrazaros, antes
Que supiésedes de mí,
Esto me haya sucedido!
(*Vuelve Martin.*)

MARTIN.

Ya está todo prevenido.

DON PEDRO.

Adios, adios.
(*Vanse don Pedro y Martin.*)

ESCENA XV.

DOÑA BLANCA, DOÑA INÉS.

DOÑA BLANCA.

¡Ay de mí!
¿Qué desdicha es esta, Inés?

DOÑA INÉS.

Dejar solos los criados,
Y el juego.

DOÑA BLANCA.

Mas desdichados
Sucesos temo despues.
Poco amor me ha parecido.

DOÑA INÉS.

Mañana podrá volver.

DOÑA BLANCA.

Ausencia y propia mujer
¡Qué presto engendran olvido!

DOÑA INÉS.

Pues ¿ha de perder su hacienda
Y dejar preso á Mendoza?

DOÑA BLANCA.

Quien ama, Inés, y no goza,
Algo tiene que le ofenda.
En mal punto fué á Toledo.
Su discrecion y hermosura
Le ha puesto en esta locura.

DOÑA INÉS.

Amor, Blanca, todo es miedo.
Pero no hay de que temer; (1)
Que el Veinticuatro te adora.

(1) Verso suelto seguido de una quintilla entre redondillas.

DOÑA BLANCA.

Inés, de ausencia de un hora,
Pedro venia á abrazarme;
Y de tanto tiempo agora,
Ha vuelto para dejarme.
Tú verás cómo ha traido
Alguna mujer.

DOÑA INÉS.

No creo
De la virtud que en él veo
En tanto amor tanto olvido.
Y un hombre que allá trató
Cosas de tanta importancia....

DOÑA BLANCA.

No hay lealtad donde hay distancia.
Pedro vino y me abrazó,
Los brazos, Inés, caidos:
Y un hombre que en los abrazos
Tiene caidos los brazos,
Léjos tiene los sentidos.
Sin esto, no preguntó
Por sus hijos, ni aun hablaba
En la cruz que le adornaba
El pecho que me negó.
Como eso en ausencia pasa:
De que yo presumo, Inés,
Que fué á traer la de Uclés,
Y dejar la de su casa;
Si ya no es uso andaluz
De los nobles que prefieres
El no abrazar sus mujeres
Por respeto de la cruz.

DOÑA INÉS.

Diciendo estás desatinos.
Entrate, Blanca, á acostar:
Haré la casa cerrar.

DOÑA BLANCA.

¡Agora nuevos caminos!
Que por mas que amor intente,
Y tú mis celos reportes,
No se acabaron las Cortes,
Pues está don Pedro ausente.
Y mi temor se resuelve,
Que en la corte se ha quedado;
Que no puede haber llegado
Quien cuando llega se vuelve.
El cielo me dé paciencia,
Pues pude y no le seguí;
Que entonces no conocí
Los peligros de la ausencia. (*Vase.*)

DOÑA INÉS.

¡Tales mis desdichas fueran!
Mañana vendrá su esposo.
¡Qué presto á un pecho celoso
Vanas sospechas le alteran!
¡Ay de males incurables,
Yerros de locas mujeres!

ESCENA XVI.

LEONOR.—DOÑA INÉS.

LEONOR. (*Ap.*)

Sola está.

DOÑA INÉS.

Leonor, ¿qué quieres?

LEONOR.

Nuevas te traigo notables.
Con invenciones de amor,
Que siempre se vale dellas,
Hoy dijo aquí don Bernardo
Que Blanca á don Pedro afrenta.

DOÑA INÉS.

Si entró don Félix aquí,
Y piensa que habló con ella,
Habiendo estado conmigo,
¿Cuya ha sido la cautela?
¿Qué te espantas que lo diga?

LEONOR.

Con ese engaño se ciega;
Pero en decir que mató
A don Félix, cosa es cierta
Que miente, pues está vivo
Y á tu puerta haciendo señas.

DOÑA INÉS.

Ciertas fueron las heridas;
Que el no llegar á la reja
En tanto tiempo, Leonor,
Claro está que fué por ellas.
¡Qué ventura fué tan grande,
Para verle en esta pena,
No estar don Pedro en Sevilla!
Baja, Leonor, á la puerta,
Iréme yo á disfrazar.

LEONOR.

Mata las luces, y entra
A fingirte doña Blanca.

DOÑA INÉS.

Antes de abrirle, ten cuenta,
No sea alguna invencion.

LEONOR.

No me tengas por tan necia.
(*Vanse.*)

—

Calle con vista exterior de la casa de don Pedro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO y MARTIN, *distantes*; DON FÉLIX, *que está arrimado á una ventana de casas de don Pedro.*

DON PEDRO.

¡Qué bien le traigo engañado!

MARTIN.

Haciendo piernas pasea
La puerta de nuestra casa,
Y á las rejas hace señas.
Bien dijiste que era Blanca,
Y te confieso que apenas
Lo creo y lo estoy mirando.

DON PEDRO.

Martin, este necio llega
A su muerte, y no es sin culpa;
Que aunque en ausencia me ofenda,
No ha de ignorar de qué suerte
Tales casas se respetan.
Cuando con Leonor, mi esclava,
Bajos amores tuviera,
Le diera la misma muerte.
Siempre tengo de las puertas
Llave para mí, esta traigo.
¡Ay dél si por ellas entra!

MARTIN.

Pienso que abrirle no quieren;
Que á nosotros vuelve.

DON PEDRO.

Vuelva;
Que aunque el honor me da prisa,
Dice amor que me entretenga.
(*Don Félix se aparta de la reja.*)

DON FÉLIX.

¿Es don Martin?

DON PEDRO.

¿No lo veis?

DON FÉLIX.

No me abren porque piensan
Que he muerto de las heridas,
Pues las señas no aprovechan.
¿Conoceis aquella casa?

DON PEDRO.

No, por Dios, y es cosa nueva,
Habiendo nacido aquí.

DON FÉLIX.

Fingiréis no conocerla.
Díle palabra á su dueño
De guardar secreto, y fuera
Bajeza decir el nombre;
Mas guardarme no es bajeza;
Que si no he de venir solo,
Nadie en el mundo pudiera
Como vos acompañarme,
Ni ser mi amparo y defensa.
Si llega nuestra amistad
A que podais conocerla,
Veréis la mas bella dama
Que hay en Sevilla; y si llega
A mas el conocimiento,
He de hacer que os entretenga
Una prima tan hermosa,
Tan gallarda, tan discreta,
Que á no estar con doña Blanca,
Un ángel os pareciera.
¿Nombréla? Sí. ¡Vive Dios!...
—No importa; que no se quiebra
La palabra con desonido.
Vuelvo á verla. Estad alerta;
Que me va en vuestro cuidado
Estar seguro con ella
Y no menos que la vida.
(*Llégase á la puerta de la casa de don Pedro.*)

DON PEDRO.

¿Puede haber cosa como esta?
Martin, yo pierdo el jüicio.

MARTIN.

No me espanto que le pierdas,
Porque quien pierde la honra,
No es bien que sentido tenga.

DON PEDRO.

Ya estoy probando la espada
Como instrumento que templa
La honra, en que ha de cantar
Tan miserables endechas.
Déjame, amor; que pareces
Un demonio que me tienta,
Si puede haberle piadoso
Y estorbar cosas mal hechas.
¡Mal hechas, dije! Estoy loco.
Calla, que abrieron la puerta.

ESCENA XVIII.

LEONOR, *abriendo la puerta.* — DICHOS.

LEONOR.

¿Sois vos, don Félix?

DON FÉLIX.

Yo soy.

LEONOR.

¡Cómo ha sido tanta ausencia?

DON FÉLIX.

Poca salud fué la causa.

LEONOR.

Sabe Dios lo que me pesa.
A linda ocasion venís;
Que don Pedro es ido fuera.

DON FÉLIX.

Pues ¡ha venido don Pedro?
(*Ap.*) Cosa que este mismo sea
Que viene conmigo aquí!
Mas ¡qué cobarde sospecha,
Si este es don Martin de Silva!

LEONOR.

Entrad.

DON FÉLIX.

Entro. (*Éntranse.*)

ESCENA XIX.

DON PEDRO, MARTIN.

MARTIN.

Entró tras ella.

DON PEDRO.

¿Cerraron?

MARTIN.

Sí.

DON PEDRO.

Mas ¿qué importa?
(*Saca la llave.*)

MARTIN.

Señor, un instante espera.
Para que los halles juntos;
Aunque ¡vive Dios, que tiembla
El alma de imaginar
Tan lastimosa tragedia!
Quiero tanto á mi señora,
Que una merced te quisiera
Pedir.

DON PEDRO.

¿Cómo?

MARTIN.

Que me mates
Por no verlo. Dame, prueba
La espada en mí.

DON PEDRO.

Quita, infame.
(*Abre con su llave.*)
Abierto está, sígueme.

MARTIN.

Entra.
(*Éntranse.*)

ESCENA XX.

DON BERNARDO, DON SANCHO, LUCINDO; *luego*, DON PEDRO, *dentro.*

DON SANCHO.

De lo que decís me admiro.

LUCINDO.

Pues tened por evidencia,
Que por esta puerta entró,
Y que le dimos en ella
Mil heridas.

DON SANCHO.

Ya, Bernardo,
Sé que mi deshonra es cierta.
Pero yo tengo de hablar
Con doña Inés.

DON BERNARDO.

Fué tercera
Destos amores su prima,
Y negarálos por fuerza.

DON PEDRO. (*Dentro.*)

Abre, infamia de mujeres,
Que en vano la puerta cierras
De aqueste aposento infame;
Que si de diamantes fuera,
Le hiciera á coces pedazos.

DON SANCHO.

La voz de don Pedro es esta.

DON BERNARDO.

Pues don Pedro está en Sevilla,
Ya no importan diligencias.

DON PEDRO. (*Dentro.*)

Abre, infame.

DON SANCHO.

Con mi hija,
¿Hay en el mundo quien pueda
Hablar con tales palabras?
Mataréle.
(*Llega á la puerta, y hállandola abierta, éntrase.*)

DON BERNARDO.

Tente.

LUCINDO.

Espera.
(*Éntranse siguiendo á don Sancho.*)

Antesala en casa de don Pedro.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, *con espada en mano saliendo al encuentro á* DON SANCHO, DON BERNARDO Y LUCINDO.

DON PEDRO.

¿Quién va?

DON SANCHO.

Señor Veinticuatro,
¡Vos tratais desta manera
A Blanca!

DON PEDRO.

Si es Blanca infame,
¿No es justo que se parezcan
Mis palabras á sus obras?

DON SANCHO.

¡Infame la mas honesta
Y virtüosa mujer
Del mundo!

DON PEDRO.

Harto bien se muestra:
¡Cerrada en un aposento
Con un hombre!

DON BERNARDO. (*A don Sancho.*)

Desta prueba
No tienes qué replicar.

DON SANCHO.

Primero que yo lo crea,
Lo he de ver con estos ojos.

DON PEDRO.

Será para defenderla.
Pues vete y los que contigo
Vienen; que si el mundo fuera,
No me han de impedir matarla.
Criado á la puerta queda
Con dos pistolas armadas.

ESCENA XXII.

DOÑA BLANCA, *en manteo y ropa de levantar.*—DICHOS.

DOÑA BLANCA.

¿Qué es esto?

DON SANCHO.

Mi hija es esta.
¿Cómo dices que cerrada,
Y con un hombre la dejas?

DOÑA BLANCA.

Acostada oí tus voces.
Hoy ¿no te fuiste? ¿Qué piensas
De mi virtud y lealtad?

DON PEDRO.

¡Cielos! ¿Qué locura es esta?
¿Por dónde has salido, infame?

DON SANCHO.

Quien así trata á las buenas,
Por sus celosos antojos
No merece que lo sean.

DON PEDRO.

Martin....

ESCENA XXIII.

MARTIN, *por puerta distinta de aquella por donde ha salido doña Blanca.*—DICHOS.

MARTIN.

Señor...

DON PEDRO.

¿Por adónde
Salió esta mujer?

MARTIN.

¿Qué es della?

DOÑA BLANCA.

Aquí estoy.

MARTIN.

¡Válgame Dios!

DOÑA BLANCA.

Y despues dél, mi inocencia.

DON PEDRO.

Romperé las puertas.

DON SANCHO.

Rompe.

ESCENA XXIV.

DON FÉLIX, DOÑA INÉS, *con el rostro cubierto.*—DICHOS.

DON FÉLIX.

Pues ya no tengo defensa,
Don Pedro, contra tu engaño,
Pague mi vida la deuda
De la ofensa que te hice.

DON PEDRO.

¡Cielos! ¿Qué mujer es esta?

DOÑA INÉS. (*Descubriéndose.*)

Félix, no soy doña Blanca,
Sino su prima, que ciega
De tu amor, te dí á entender
Que entrabas de noche á verla.

DON PEDRO.

No te disculpes, Inés;
Que aunque mil muertes me dieras,
Como esté inocente Blanca,
Por noble y honrada quedas.
A sus piés pido perdon.

DON FÉLIX.

Y yo, Señor, de ofenderla
Castigo.

DOÑA BLANCA.

A los dos perdono
Con dos condiciones.

DON PEDRO.

Sean
Como de tu hermosa mano.

DOÑA BLANCA.

Que se case, la primera,
Don Félix con doña Inés.

DON FÉLIX.

Eso, Señora, ya es fuerza.

DOÑA BLANCA.

La segunda, que don Pedro
No se vaya, cuando vuelva
De las Cortes otra vez,
Sin que en mis brazos le vea.

DON SANCHO.

Justo será que los dos
Consientan las dos sentencias.

DON BERNARDO.

Dellas serémos testigos.

MARTIN.

Y á mí, que guardé la puerta,
¿Qué me daran?

DOÑA INÉS.

A Leonor.

MARTIN.

Paso, y descártome della.

DON PEDRO.

Aquí se acaban, Senado,
Los peligros de la ausencia.

SERVIR Á BUENOS.

PERSONAS.

EL REY DE FRANCIA, LUDOVICO.
CÉSAR.
EL CONDE ARNALDO.
CÁRLOS.
UN NIÑO.
LISARDA.
CELIA, *criada.*
FÉNIX.
SILVIO, *villano.*
LAURA, *villana.*
DIONIS.
UN CAPITAN.
SOLDADOS.—
CRIADOS.

La escena es en París y en una aldea.

ACTO PRIMERO.

Sala del Real palacio en Paris.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, CÉSAR.

REY.

Por eso del alma sale,
César, á la lengua amor.

CÉSAR.

No hay pena, invicto Señor,
Que con la de amor se iguale.

REY.

Mi consuelo en su tristeza,
Como un amigo fiel,

Para amor.

CÉSAR.

Hablando en él,
Descansará vuestra alteza.

REY.

Cuanto os dijere guardaldo,
Con llave en el corazon.—
Es de mi mal la ocasion
Su hija del conde Arnaldo.

CÉSAR.

¡Hermosa dama!

REY.

Yo pienso
Que estudió naturaleza
La estampa de su belleza,
No por instrumento inmenso
De aquel poder soberano,
Mas hablando á nuestro modo,
Porque parece que en todo
Puso cuidado su mano.

CÉSAR.

Vuestra alteza se rindió
Justamente á la mas bella
Dama de Paris.

REY.

Si en ella
El alma depositó
Mis potencias y sentidos,
Justos fueron sus despojos,
Pues el gusto de mis ojos
Aprobaron mis oidos.
Para amar y no sentir
Hermosura pueda haber;
Mas como es engaño el ver,
Es desengaño el oir.
Esto, César, asegura
Mi eleccion y pensamiento,
Pues quiso su entendimiento
Competir con su hermosura;
Y son los dos tan iguales,
Que en la perfeccion que vieron,
Su nombre á Fénix pusieron
Los pinceles celestiales.
Mi pena es ver que su estado
No sé si dará lugar
A que pudiese intentar
Lo que tengo imaginado.
Pienso que Fénix, que tiene
Este nombre con razon,
Conoce ya mi pasion:
Tanto á declararse viene.
Y os juro que solicito
Mi resistencia de forma,
Que lo que la vista informa
Aun apenas le permito.
Pero en llegando á mirar,
Es amor tan bachiller,
Que lo que piensa esconder,
Eso viene á declarar.
No sé si haberme entendido
A Fénix causa le ha dado
Para haberse retirado
(Por dicha mi engaño ha sido)
A una aldea donde tiene
Hacienda el Conde.

CÉSAR.

No hará;
Que el tiempo ocasion le da.

REY.

A veces el Conde viene
A Paris, y le pregunto
Cómo se halla; y muy gustoso
Alaba un monte famoso,
Y á su verde falda junto
Un rio, donde se mira
Vanaglorioso de sí,
Y que se entretiene allí.
Pesca en uno, en otro tira;
Y aun me convida tambien
A pasar allí algun dia:
Lo que hoy acetar querria;
Que si mis ojos no ven
A Fénix, no hay que pensar
Que tenga el alma sosiego.

CÉSAR.

Pues, Señor, partamos luego
Con la ocasion de cazar,
Donde sin ser entendido
La puedas hablar y ver.

REY.

Sí; pero ¿cómo ha de ser?
Porque pienso que ha tenido
Lisarda, á quien yo servia,
Celos de Fénix.

CÉSAR.

¿Lisarda
Olvidada te acobarda?

REY.

Amor, César, la tenia;
Que Lisarda le merece.
Vi á Fénix... mudóse amor
De donde tuvo favor
Adonde sin él padece.

ESCENA II.

LISARDA, CELIA.—DICHOS.

LISARDA.

No me dejan sosegar,
Celia, los celos.

CELIA (*Ap. á Lisarda.*)

Advierte
Que está aquí el Rey.

REY. (*Ap. á César.*)

¿De qué suerte
Puede venirse á causar
Que en nombrando una persona,
Se ofrezca á la vista luego?

LISARDA. (*Ap. á Celia.*)

Menos satisfecha llego,
Despues que el Rey se apasiona
Tanto hablando en Fénix.

CELIA.

Creó
Que la debe de querer.

LISARDA.

Así de amor suele ser,
Celia, inconstante el deseo.—
Señor...

REY.

Hablaros queria,
Condesa, y pienso que ha sido
Mi amor el que os ha traido.

LISARDA.

No fué sino dicha mia
El venir en ocasion
Que vuestra alteza me mande
En que le sirva.

REY.

Es tan grande
Para mí la obligacion
En que me pone, Lisarda,
Vuestro favor, que aun por breve
Ausencia amor no se atreve,
Y vuestra licencia aguarda.
Voy á cazar á una aldea;
Que Arnaldo me ha convidado
A un monte, á un ameno prado
Que un rio humilde pasea
Con piés de cristal, á quien
Guarnece de varias flores,
Cuyas distintas colores
En sus espejos se ven.
Yo, por llevar mis tristezas
Adonde huyendo de mí
Me olvide de que nací
Sujeto á sus asperezas,
Voy á no ser lo que soy
Algun dia en que descanse.

—Pero advierte que una dama,
Que llegó en una carroza
Con las cortinas cerradas,
Bravo sombrero de plumas,
Donde una toca de plata
Sirve tambien de cortina,
Por quien una mano blanca
Para preguntar por ti
Fué sumiller de la cara,
Quiere verte con secreto.

FÉNIX.

Algo me dejas turbada.
Dile que entre.

SILVIO. (*Llegándose á la puerta.*)
Entrad, Señora. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LISARDA, *con un sombrero, ferreruelo y velo.*—DICHOS.

FÉNIX. (*Ap. á Laura.*)
¡Linda presencia!

LAURA.
Gallarda.

LISARDA.
Juzgaréis á atrevimiento
El haber venido ansí.

FÉNIX.
Si os descubrís, será en mí
Merced y agradecimiento.

LISARDA.
Pienso que estos labradores
Será gente sin sospecha.

FÉNIX.
Podeis estar satisfecha,
Y aun para cosas mayores.

LISARDA. (*Descubriéndose.*)
Mi rostro es este.

FÉNIX.
Podré
Decir que al aurora vi,
Pues ella amanece ansí.

LISARDA.
Por lágrimas lo seré.

FÉNIX.
No, sino por los jazmines
Y las rosas de la cara,
Donde el sol á ver se para
Tan celestiales jardines.

LISARDA.
A vos os viniera bien,
Fénix, si la nieve pura
Viera de vuestra hermosura.

FÉNIX.
¿Quién sois?

LISARDA.
Presto sabréis quién;
Que como os habeis criado
En tanto recogimiento,
No me habréis visto. Mi intento
No os debe de dar cuidado.
Soy la condesa Lisarda.

FÉNIX.
¡Señora! pues ¡vos ansí!

LISARDA.
Traigo una tristeza en mí,
Que acabar mi vida aguarda.
Despacio quiero contaros
La causa en mas soledad;
Que como es de voluntad,
No sale á cielos tan claros.
Tuve un alto pensamiento
Que no me ha salido bien...
Yo os diré despues por quién.

FÉNIX.
No sé si es atrevimiento;
Pero viendo al Rey aquí
Y vuestro disfraz, Condesa,
Será dueño desta empresa.
¿Es esto ansí?

LISARDA.
Fénix, sí.
Huéspeda vuestra he de ser
Esta noche.

FÉNIX.
Respondiera
Que á tal sol es corta esfera
Casa que quereis hacer
Indias, aunque Occidentales,
Pues aquí de noche estáis;
Pero cuando amanezcais,
Las volveréis Orientales.

LISARDA.
Fénix, donde vos salís,
Ni al sol se lo aconsejara.

FÉNIX.
No mas, que es lisonja clara;
Pero venís de Paris.

LISARDA.
¿Daisme palabra en efeto
De guardar secreto?

FÉNIX.
Aquí
Me suelo guardar de mí;
Lo mismo á vos os prometo.
Aposento voy á hacer
Donde estéis y donde hablemos.

LISARDA.
El vuestro las dos tendrémos.
Hacedme, Fénix, placer
Que merezca vuestra cama.

FÉNIX.
Esa os daré, mas sin mí;
Que en estando el Conde aquí,
A su aposento me llama.
Entrad, no déis ocasion
A que os vean.

LISARDA.
En vos fio,
Fénix, el remedio mio.
(*Vase Lisarda con Silvio.*)

ESCENA XIV.

FÉNIX, LAURA.

LAURA.
¿Qué es esto?

FÉNIX.
Celitos son,
Que á nadie guardaron ley.

LAURA.
¿Conócesla?

FÉNIX.
Como á mí.
No la conocer fingí.

LAURA.
¿De quién los tiene?

FÉNIX.
Del Rey,
Que me ha mirado en Paris,
Solicitado y hablado;
Y César me dió un recado
De su parte en San Dionís:
Causa de haberle pedido
Al Conde que me trujese
A esta aldea, porque fuese
Causa de mas breve olvido;
Que tengo por cosa llana,
Si no es que olvidada estoy,
Que señores quieren hoy
Y no se acuerdan mañana,
Mayormente el que es supremo.

LAURA.
Pues ¿qué pensó esta señora?

FÉNIX.
Reinar.

LAURA.
¿Tanto el Rey la adora?
Pero lo que fuere sea.

FÉNIX.
Yo la debo regalar.

LAURA.
La corte se ha de mudar
Poco á poco á nuestra aldea.
Rey y Reina están aquí,
Si esta sale con la empresa.

FÉNIX.
Ni la envidio ni me pesa.
Cárlos es rey para mí.
(*Vanse.*)

—

Bosque.

ESCENA XV.

EL CONDE Y CÉSAR, *y despues* EL REY Y CÁRLOS.

CONDE. (*Dentro.*)
¡Extraño caso!

CÉSAR. (*Dentro.*)
Y lamentable fuera,
A no haberle este hidalgo socorrido.

CONDE. (*Dentro.*)
Herido va el caballo.

CÉSAR. (*Dentro.*)
La carrera,
Como las aves, por el aire ha sido.
(*Sale el Rey descompuesto, Cárlos con un venablo, el Conde y César.*)

CÁRLOS.
¿Siente algo vuestra alteza?

REY.
Que sintiera
La escura noche del eterno olvido
Es sin duda, mancebo generoso,
A no ser por tu brazo valeroso.
Gracias á Dios, no tengo mal ninguno.

CÁRLOS.
Pues yo voy á avisar á vuestra gente,
Porque no parta con la nueva alguno
Que necio alborotar la corte intente.
(*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL REY, EL CONDE, CÉSAR.

REY.
No ha llegado favor tan oportuno
En tanta confusion como el presente:
Si no es por él, el jabalí me mata.

CÉSAR.
¡Bravo valor!

REY.
Un Hércules retrata.
¿Quién es este mancebo, Conde?

CONDE.
Un hombre
Que tengo como á hijo, y le he criado
Desde niño, Señor.

REY.
¿Cómo es su nombre?

CONDE.
Cárlos, como mi hermano, se ha llamado.

REY.
Pues ¿qué es la causa de que así se nombre?

CONDE.

No hay causa mas de habérmele dejado
Cuando Ricardo, inglés, puso la planta
En la conquista de la Tierra Santa.

REY.

¿No volvió mas?

CONDE.

Es fama que cautivo
Quedó en Damasco, y otros dicen muer- [to.

REY.

¡Qué gallardo mancebo!

CÉSAR.

Por lo altivo
Parece que valor tiene encubierto.

REY.

No ha de quedar el bien que dél recibo
Sin premio, Conde.

CONDE.

Pues tened por cierto
Que es digno de cualquiera merced [vuestra.

REY.

Dícelo el rostro, y el valor lo muestra.

(*Vanse.*)

—

Sala en la casa del Conde en la aldea.

ESCENA XVII.

CÁRLOS, FÉNIX.

FÉNIX.

¡Qué dices, Cárlos? Que tan alta suerte
Te ha sucedido?

CÁRLOS.

Fénix de mis ojos,
Si no es por este brazo, ya la muerte
Pusiera su corona en sus despojos.

FÉNIX.

Pues ¿cómo sucedió?

CÁRLOS.

Mi bien advierte,
Si el no te hablar en mi te causa enojos,
Cuando el tiempo me da lugar de ha- [blarte;

FÉNIX.

¿No basta que hables tú para escuchar- [te?

CÁRLOS.

Adelantóse el fuerte Ludovico,
Generoso mancebo, rey de Francia,
Que su valor al de Hércules aplico.
No fueron nuestros ruegos de importan- [cia,
Si bien le sigue el conde Federico,
Y tu padre tambien, corta distancia,
Tras una fiera, que por dicha hiciera
A Francia Vénus, si él Adónis fuera.
Síguela por un prado, en quien apenas
Alazan español dobló las flores,
Ni cortando cristales las arenas
Se pudieron quejar de sus rigores;
Pero al entrar por unas selvas llenas
De murtas y laureles vencedores,
Sintió el venablo el jabalí, y airado
Volvió feroz, del hierro provocado.
Las medias lunas de la boca envuelve
Espuma y sangre, y con la ardiente pun- [ta
Del diestro lado rápido revuelve,
Y por el mismo al alazan se junta.
A herirle el Rey con el venablo vuelve,
Aunque animoso, la color difunta;
Pero la fiera el encendido hueso
Aplica ansí, que lo levanta en peso.
Asomóse á lo roto de la herida
Parte de los ocultos intestinos,
Y derribando al Rey, con presta huida
Pasó de los laureles á los pinos.
Yo, viendo en tal peligro de la vida
Al Rey, invoco, Fénix, los divinos
Patrones de París, y diligente
Me opongo Marte al animal ardiente.
Al bote del venablo vuelve airado,
Dejando al Rey, y fiero me acomete;
Yo con izquierdo pié le espero osado:
Rabioso la vitoria se promete,
Cuando por el acero ensangrentado
Hasta el rebelde corazon se mete.
Y vertiendo el espíritu espumoso,
La tierra estampa con gruñir quejoso.
Un cuchillo de monte que pendia
De la pretina, saco velozmente
De una vaina de tigre, que tenia
Acero y marca de oficial valiente;
Y al tiempo que los filos discurria
Por el cerdoso cuello, de su gente
Llegó gran copia, que dejé envidiosa
Del valor que me das, Fénix hermosa.

FÉNIX.

Ventura notable ha sido
Y digna de tu valor.
Yo me voy; que este rumor
Es de que el Rey ha venido.
Ya anochece. Si pudiere,
Esta noche te hablaré.

CÁRLOS.

Paga mi cuidado.

FÉNIX.

¿En qué?

CÁRLOS.

En que poco tiempo espere.

FÉNIX.

En estando recogidos;
Que presto será, mi bien. (*Vase.*)

CÁRLOS.

¡Plegue á los cielos que estén,
Como causados, dormidos!

ESCENA XVIII.

CÁRLOS.

Esparcen la sũave voz al viento
Sonoros ruiseñores junto al nido,
Que de pajas y plumas han tejido,
Sirviéndoles los picos de instrumento;
Cuando á la mira el cazador atento
Dispara con horrísono rũido,
En círculo de plomo dividido,
Muerte veloz en breve sentimiento.
Así Fénix y yo con voz sũave
Cantamos, libres de que el nido acierte
Quien tiene obligacion á honor tan gra- [ve.
Pero temiendo de la misma suerte
Que si el secreto nido el Conde sabe,
Tendrá tan dulce vida amarga muerte.

ESCENA XIX.

SILVIO.—CÁRLOS.

SILVIO.

Esta sí que es dulce vida
¡Pesia al campo y su labranza!
Pasear y henchir la panza,
De ricas telas vestida.
¡Desdichado de quien nace
Donde le mandan nacer!
A nadie dan á escoger;
Dios es quien hace y deshace.
Si yo escogiera, naciera
De un príncipe, y no villano.
Pero yo me quejo en vano;
Que si quien nace escogiera,
¿Cuál hombre quisiera ser
Oficial ni labrador?
¿Quién no se fuera señor?
Mas ¡ lo que fuera de ver
Todo un mundo de señores!
Señor á señor sirviera.
Pero ¿cómo se comiera,
Si no hubiera labradores?
¡Oh sábia naturaleza!
Qué bien lo trazaste ansí!

CÁRLOS.

¿Qué hay, Silvio?

SILVIO.

Hablar en que vi,
Cárlos, la mayor grandeza
Que este monte imaginó:
El Rey cenando, en efeto.

CÁRLOS.

¿Tú lo viste?

SILVIO.

Con secreto.

CÁRLOS.

En efeto ¿el Rey cenó?

SILVIO.

Y tan en efeto fué,
Que se cenó veinte pratos,
Sin dar un hueso á seis gatos
Que le miraban en pié.
De las pollas y perdices
Así el olor me provoca,
Que lo que el Rey por la boca,
Cené yo por las narices.
Hablaron luego de vos.
No sé qué diabros hicistes
Que tal ocasion les distes.

CÁRLOS.

Lo que hice debo á Dios;
Porque yo ¿cómo pudiera
Tener valor ni ocasion?

SILVIO.

Mostró el Rey tanta aficion,
Que yo presumí que os diera
Alguna renta ó castillo.
¿Cuánto va que antes de un mes
Sois mosiur?

CÁRLOS.

Puse á sus piés
Con un venablo y cuchillo
La mas indómita fiera
Que por todo este horizonte
Fué parto de selva ó monte.

SILVIO.

Tal servicio premio espera.
Si os dan algo, como creo,
¿No me llevaréis allá?
Que con lo que he visto acá,
Ya tengo un alto deseo.

CÁRLOS.

Díjome Fénix á mí
Que estabas enamorado
De Laura.

SILVIO.

No se ha engañado.

CÁRLOS.

Pues ¿cómo saldrás de aquí?

SILVIO.

Laura, Señor, fué casada.
Su marido le dejó
Un niño cuando murió.
De niños no entiendo nada,
Tales son mis desaliños,
Para casados conciertos;
Porque dicen que hay enjertos,
Como de árboles, de niños.
Este muchacho que cria
Es de otra cepa sarmiento,
Y no quiero casamiento,
Como quínola, con guia.

CÁRLOS.

¡Qué malicioso te has hecho!
¿No sabes que es de su esposo,
Ya muerto, ese niño hermoso
A quien Laura daba el pecho,
Y que por tal le ha criado?

SILVIO.
Pues si le cría por tal,
Quédese tal para cual;
Que aunque estoy enamorado,
No le quiero yo criar
A cuenta de mi deseo.

CÁRLOS.
Cansado está el Rey: yo creo
Que ya se querrá acostar,
Y el Conde, Silvio, tambien. *(Vase.)*

ESCENA XX.

SILVIO.

Señor amor, yo os confieso,
Que de saber pierdo el seso;
Que Laura me quiere bien. [nombre
Si es niño amor, no quiero que me
Entre los muchos que le están sujetos;
Que aunque villano, entiendo sus con-
[cetos,
Y mas si son concetos deste nombre.
Despues de no ser justo que me asom-
Que imiten á la causa los efetos; [bre
Que hay niños, cual retratos imperfetos,
Que solo se parecen en ser de hombre.
Amor, como eres niño, siempre quie-
[res,
Teniendo con el tiempo iguales dias,
Mostrar en tus acciones que lo eres.
Que como en niños paran tus porfías,
Con justa causa llaman las mujeres
Las ofensas del hombre niñerías.

ESCENA XXI.

LAURA, SILVIO.

LAURA.
¿Eres tú, Silvio?

SILVIO.
Pues ¿quién
A tal hora trasnochado
Puede andar con mi cuidado,
Sino quien te quiere bien?
Agora trataba aquí
De tu virtud, y le daba
Gracias á amor, que mostraba
Tales efetos en mí.
Celoso estoy desta gente.
Claro está que han de agradarte.

LAURA.
No, Silvio; que en toda parte
Mis ojos te ven presente.
En sus telas hallo yo
Mas lucido tu sayal,
Sino que me pagas mal.

SILVIO.
¡Yo, Laura mia!

LAURA.
¿Pues no,
Si há tanto que me entretienes
Sin querer matrimoñarte?

SILVIO.
Cierta cosa ha sido parte,
Que tienes y que no tienes;
Pues tienes ese garzon,
Que no tienes para mí.

LAURA.
Quien dice que quiere así,
¡Repara en esta ocasion!

SILVIO.
Por reparar en quien pare.

LAURA.
Tú no me tienes cariño.

SILVIO.
Si no reparo en un niño,
¿En quién quieres que repare?
Dichosas sois las mujeres,
Que claramente sabeis
Que sois madres, si teneis
Hijos.

LAURA.
El dimuño eres.
Vete á acostar, Silvio, vete;
Que mi señora me manda,
Por el respeto del Rey,
Recoger toda la casa.

SILVIO.
Yo, Laura, soy malicioso.
Desde que vino esta dama
Con tal secreto al aldea,
Pienso que no fué sin causa.

LAURA.
Pues ¿quién te mete en secretos?
Lástima tengo á quien anda
Desvelado por saber
Lo que no le importa nada.
Hay vecino que se está
De la noche á la mañana
En una ventana al frio,
Pudiendo estarse en la cama.
No seas, Silvio, de aquellos
Que en estas cosas se cansan;
No mires en las ajenas,
Pudiendo mirar tus faltas.
Esa dama que tú dices
Há un hora que está acostada...
Y, Silvio, nunca te metas
A estorbar personas altas;
Que cuando estés mas seguro,
Podrá ser, si no te guardas,
Que te dén un beneficio.

SILVIO.
Hablas cuerda y temes sábia.
¿Quién me mete á mí en las cosas
De los otros? Hasta el alba
No digo esta boca es mia;
Que á nadie vino desgracia
Por acostarse temprano.

LAURA.
Pues adios, Silvio.

SILVIO.
Adios, Laura. *(Vase.)*

ESCENA XXII.

LAURA.

Basta, que el Rey vino aquí
Por Fénix, y hablarla trata
Esta noche, porque César
La advierte y da la palabra
Del estilo que merece
Su calidad y su fama.
Fénix discreta me ha dicho
Que aunque tiene confianza
De quien es, teme que Cárlos
Se enoje, y con esta causa
Intente algun desatino;
Y que cuando el Rey se valga
De la escuridad, á efeto
De entrar con secreto á hablarla,
Yo le guie al aposento
Donde la Condesa aguarda,
Averiguando sus celos,
Desengañar su esperanza.
Pero él viene.

ESCENA XXIII.

EL REY Y CÉSAR, *de noche.*—LAURA.

REY.
Yo le he dado
La palabra de guardarla
El decoro que es razon.

CÉSAR.
¿Cuándo amor palabra guarda?

REY.
Aquí es fuerza, porque á Fénix
Yo no tengo de obligarla
Mas que al estado que tiene.

CÉSAR.
¿Quién va?

LAURA.
Quedo.

REY.
¿Quién es?

LAURA.
Laura.

REY.
¿Dónde está Fénix?

LAURA.
Presumo
Que con el Conde.

ESCENA XXIV.

CÁRLOS, *sin que le vean* EL REY, CÉSAR, *ni* LAURA.

CÁRLOS. *(Para sí.)*
Si tarda
Fénix, bajará el aurora
Del cielo las altas gradas
Con piés de rosa, envidiando
Aquellas breves estampas
Adonde pongo los ojos.
Aquí hay gente. Pues ¿quién anda
A tales horas aquí?

LAURA. *(Al Rey.)*
Entrad; que tras esta sala
Está la cuadra en que duerme.

REY.
César, allá fuera aguarda.

CÉSAR.
En el corredor espero.
(Vanse, por un lado el Rey y Laura, y César por el opuesto.)

ESCENA XXV.

CÁRLOS.

Nó pienso que si soñara
Pudiera ver tales cosas.
¡El Rey con César y Laura,
Y Laura guiando al Rey
Con tal despejo á la cuadra
Donde Fénix duerme, y Fénix
Del concierto descuidada!
¿Qué haré? Mas ¿qué puedo hacer,
Que contra el poder me valga
De un Rey? ¡Ah traidora Fénix!
Quiero alborotar la casa...
Mas ¿para qué? Que en sabiendo
Que es una mujer liviana,
Estorbar que no lo sea
No es honra, sino venganza.
Porque si la inclinacion
De su liviandad declara,
Lo mas es el consentirla,
Lo menos ejecutarla.
¿Hay, Fénix, tal liviandad?
Mas quien á sangre tan clara
Perdió el respeto conmigo,
¿Qué hará con un rey de Francia?
Ya te he conocido, Fénix,
Ya no por Fénix de Arabia,
Única en ser casta al mundo,
Sino por Fénix de infamia.
El hijo que de los dos
Fué fruto, haré que mañana,
Si puedo, no goces, Fénix;

Que si no me reportara,
Diera voces que le dieran
Al Rey de matarme causa.
Mas poco puede tardar
Mi muerte, si ya te cansa
Mi vida. ¡Ah cruel fortuna!
¿Qué imaginacion pensara
Que hoy me dieras tanta dicha
En dar vida á quien me mata?
Libré al Rey, y ¡el mismo Rey
Me viene á quitar el alma,
Porque no hay mayor tormenta
Que despues de gran bonanza!
No me pesa de haber sido
Su remedio en tal desgracia;
Porque el rey despues de Dios,
Y despues del rey la patria.
Él vive por mí, yo no;
Que quiere Fénix ingrata
Que me mate un rayo fieró,
Pues lo ha de ser su mudanza.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el Real palacio de Paris.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, CÉSAR.

CÉSAR.

Vuestra alteza esté contento;
Que hoy á Paris ha llegado
Fénix.

REY.

Tan desconfiado
Estoy de mi pensamiento,
Que apenas me da alegría
Nueva que tanta me diera,
César, cuando yo tuviera
La esperanza que solia.

CÉSAR.

¿Pues no entró en aquella aldea
Vuestra alteza á verla?

REY.

Sí;
Pero no hay bien para mí,
Que en esta empresa lo sea.

CÉSAR.

Pues ¿qué falta, en tanto exceso
De favor, que desear?

REY.

Nunca he tenido lugar
De contaros el suceso
Por quien mi esperanza vana
Pienso que camina á tiento.
Metióme en un aposento
Sin luz aquella villana,
Y díjome: «Desde aquí
Podeis con Fénix hablar,
Pero no habeis de llegar;
Que duerme su padre allí.»
Yo, que solo pretendia
Guardar en mi voluntad
Decoro á su calidad
Y grave estilo á la mia,
Llegué menos turbado
Que si hubiera luz mi amor,
Y respondióme, en favor
De mi esperanza y cuidado,
Que estaba triste y celosa
De la condesa Lisarda.
Respondí: «Fénix gallarda,
Un tiempo Lisarda hermosa
Fué mas entretenimiento
Que cuidado de mi amor;
Que en viendo vuestro valor,
Llevó como pluma el viento.
Vos sois, Fénix, mi verdad,»
Y encareciendo mi fe,
Partir con ella juré
El alma y la majestad.
Esto diciendo, sentí
Llorar á Fénix de celos.
¡Quién viera llover dos cielos,
César, de celos de mí!
Hizo amor de sus enojos
En aquella escuridad,
Para mayor tempestad,
Agua y rayos de sus ojos;
Si bien entonces queria
Que llegase adonde estaba,
Porque quien por mí lloraba
Poca defensa tendria.
Pero helándome el temor
Y obligándome el respeto,
Mas cobarde que discreto,
Detuve el paso al amor.
En esto el Conde, que estaba
Cerca de allí, despertó;
Y Laura, que presumió
Que oyó que Fénix lloraba,
Sacóme del aposento
A una cuadra, y fué á mirar
Si el Conde volvia á llamar...
—Y entre tanto, César, siento
Que por de fuera á la puerta
Se quejaba un hombre ansí:
«Fénix cruel, ¡para mí
Tanta traicion encubierta!
¡Tú á Cárlos esta traicion!
¡Eras tú la que decias
Que por alma me tenias
En medio del corazon?
Conozco que el Rey merece
Mas que yo, que al fin es rey;
Pero ¿qué razon, qué ley
Disculpa á tu engaño ofrece?
Pues yo, Señora, vivia
En fe de que era tu esposo.
Dirás que fué poderoso,
Y que es su amor tiranía.
Mientes, Fénix: padre tienes
A quien el Rey respetara;
Hoy tu liviandad declara
Que á abrirle tus puertas vienes.»
—Mira, César, lo que amor
Puede hacer, pues dos celosos
Nos hallábamos quejosos
Y con un mismo temor.
Pero como recibí
La vida, despues de Dios,
De Cárlos, fui de los dos
El que mas pena sentí.
En esto Laura venia
Diciéndome que era fuerza
Salir, y á salir me esfuerza,
Que por Cárlos no queria.
Salgo, en fin, y el mozo osado,
De la espada prevenido,
«¿Quién va?» me dice atrevido.
Yo respondo reportado:
«Cárlos, yo soy.» Y con esto
A mi aposento me voy,
Donde hasta el aurora estoy
Afligido y descompuesto.
Y fueron justos desvelos,
Pues entré con tanto amor,
César, á buscar favor,
Y salí lleno de celos.

CÉSAR.

Como Laura me avisó
Que me quitase de allí,
A mi aposento me fuí.
Por eso Cárlos llegó.

REY.

Mejor fué, pues he sabido
Por quien tan mal me ha tratado
Fénix, si bien me ha pesado
Que éste Cárlos haya sido.
¿Qué haré, César? Que no es justo
Que compita un rey con él.—
Sufrir es cosa cruel
De los celos el disgusto.
Si es que Fénix le queria,
Echarle de aquí no puede
Sin gran nota, y tengo miedo
A que descubrir podria
Al Conde mi pensamiento.
Pues ¡matar á quien me dió
La vida!... primero yo
Dejaré mi loco intento.
Porque si el bien recibido
Es deuda de un pecho honrado,
Quien es rey, mas obligado
Nace á ser agradecido.

CÉSAR.

¿Quieres que yo te aconseje?

REY.

Es el oficio mayor
Del amigo.

CÉSAR.

Pues, Señor,
Ni se vaya ni se queje,
Sino que haciéndole bien
Y pagándole el servicio
Con un grande beneficio,
Quedes libre dél tambien.

REY.

¿Cómo?

CÉSAR.

A un tiempo puedes dalle
Un título y casamiento;
Que ayuda á este pensamiento
Tener Cárlos tan buen talle.
Fuera de cumplir tambien
Con Fénix, si la acobarda
Lisarda, dando á Lisarda
Marido.

REY.

Dices muy bien;
Que si con Cárlos la caso,
Lisarda tendrá remedio;
Yo sin que estén de por medio
Los celos en que me abraso;
Y Fénix, para quererme,
Sin Cárlos y sin Lisarda;
Que Lisarda ya no aguarda
Mas desengaños que verme
De Fénix enamorado.
Tratarlo con ella quiero.

CÉSAR.

Pues habla al Conde primero,
Porque, del Conde abonado,
No repare la Condesa
En la calidad.

REY.

No hará;
Que el talle la obligará
A mas difícil empresa.
Fuera de que habrá de ser,
Y no lo que ella desea.

CÉSAR.

Sí querrá cuando le vea.

REY.

No hay imposible al poder.

(Vanse.)

—

Sala en casa del Conde, en Paris.

ESCENA II.

EL CONDE, FÉNIX.

FÉNIX.

Para quien quietud desea
No cansa el campo jamás.

CONDE.

Mejor en Paris estás,

Fénix, que en aquella aldea.
Demás que ya el Rey tenia
Propósito de venir
Por instantes á impedir,
Ya tu quietud, ya la mia.
Que es bueno el campo confieso;
Pero ya era corte allí,
Y aquel gasto para mí
Era, Fénix, grande exceso.
En vez de árboles y peñas,
Hombres y coches habia,
Que de serlo descubria
Apenas el monte señas.
Bien estás aquí. Yo voy
A ver al Rey; que no quiero
Que él venga á verme. *(Vase.)*

ESCENA III.

FÉNIX.

¿Qué espero
Cuando en tanta pena estoy?
Allá por lo menos via
Dos Cárlos; aquí no sé
Si aun el uno ver podré.
Tal es la desdicha mia
Despues que el Rey me ha mirado;
Aunque estoy arrepentida
De que Lisarda, ofendida
De celos, le haya engañado.
Pero por librarme dél
En una ocasion tan fuerte,
Lo tuve por mejor suerte.
Ella, en fin, habló con él,
Y se fué desengañada
Acompañando al aurora
Con su llanto.

ESCENA IV.

DIONIS.—FÉNIX.

DIONÍS.

Ya, Señora,
La aldea mal enseñada
Se va trasladando acá.

FÉNIX.

¿Cómo?

DIONÍS.

Laura viene ya.

FÉNIX.

Pídeme albricias, Dionís.

DIONÍS.

Pues no viene sola.

FÉNIX.

¿No?

DIONÍS.

Un huésped trae.

FÉNIX.

¿Quién es?

DIONÍS.

Un labrador, que despues
Que nací no he visto yo
Villano tan agraciado.

FÉNIX.

¿Es Cárlos, un hijo suyo?

DIONÍS.

El mismo, y parece tuyo
En lo lindo y aseado,
Si ya tuvieras marido.

FÉNIX.

¿Cómo tarda?

DIONÍS.

Ya se apea
De un carro.

FÉNIX.

En buen hora sea
Ese labrador venido.
Vete, si tienes qué hacer;
Que ya los siento llegar.
(Ap. ¡Qué bien en tanto pesar
Me vino tanto placer!)
(Vase Dionís.)

ESCENA V.

LAURA, *con un* NIÑO *vestido de villano.*—FÉNIX.

LAURA.

¿Podrán besarte la mano
Dos huéspedes de una aldea?

FÉNIX.

Laura, bien venido sea
Amor en traje villano;
Que si pintan al amor
Tan hidalgo en sus acciones,
Ya quiere para traiciones
Vestirse de labrador.
¿Dónde está el arco, mis ojos?
Pero en los mismos está.
No tireis, porque no habrá
Vidas que os dar en despojos.

LAURA.

Parece que estás hablando
Con Cárlos.

FÉNIX.

En él le veo,
A lo menos el deseo,
Laura, de verle engañando.
¿No dice un amante amores
A un retrato, viendo en él
La imitacion del pincel
Y el hurto de las colores?
Pues ¡cuánto serán mejores
A un retrato vivo, en quien
Las mismas gracias se ven!
Pues solo falta al deseo
Que á lo que veo y no veo
Crédito los ojos den.
Si á una copia, si á un traslado
Se da fe, por ser igual,
Como al mismo original,
Este es Cárlos retratado,
Cárlos de Cárlos traslado;
Y mirándole, sospecho
Que amor con ingenio ha hecho
Que me parezca menor,
Para que quepa mejor
Desde los ojos al pecho.
Laura, á mi esposo quisiera
Traer por joya en mi cuello,
Porque desde el pié al cabello
En cifra el alma le viera.
Mas ¿quién sino amor pudiera
Hacer con estrechos lazos,
Que dándole mil abrazos
Y de mil diamantes hecho,
Sirva de joya á mi pecho,
Y de cadena á mis brazos?

LAURA.

Dios sabe con el temor
Que á tu casa le he traido;
Que como es tan parecido,
Temo que diga tu amor.
Pero ¿cómo puede ser,
Puesto que el Conde le vea,
Que nuestro recelo crea
Que le pueda conocer?
Que la justa confianza
Que tiene de tu valor,
Asegurando el temor,
Deshace la semejanza;
Y si yo te sirvo aquí,
Disculpa tambien ha sido
De haber á Cárlos traido.
Mas si te parece á tí,
Mudémosle el nombre á Cárlos;
Que Cárlos y parecido
A Cárlos, verá que ha sido
Cárlos retrato de Cárlos.

FÉNIX.

¿Cómo le quieres llamar?

LAURA.

Lauro, por Laura, es mejor.

FÉNIX.

Cárlos...

EL NIÑO.

Señora...

FÉNIX.

Mi amor,
El nombre os quiero quitar.
Lauro os llamais, ¿entendeis?
Mirad que sois Lauro ya.

NIÑO.

Sí, Señora, claro está.
Llamadme, y vos lo vereis.

FÉNIX.

Cárlos...

LAURA.

No responde agora.

FÉNIX.

Lauro...

NIÑO.

Señora...

FÉNIX.

¡Oh qué bien!
¿Quién es vuestra madre?

NIÑO.

¿Quién?
Laura, es mi madre, Señora.

FÉNIX.

Con esto al temor restauro
Confianza de que puedo
Tenerle aquí.

NIÑO.

No haya miedo
Que yerre el papel de Lauro.

FÉNIX.

Lauro, tan bien lo decís,
Que viviréis desde agora
Conmigo.

NIÑO.

Diga, Señora,
¿No meriendan en Paris?

FÉNIX.

Sí. Lauro tiene razon.
Llévale, Laura, y advierte
Que le enseñes de tal suerte,
Que no olvide la licion.

LAURA.

Segura de Lauro estoy.

FÉNIX.

Con él cesan mis enojos.

LAURA.

Vamos, Cárlos de mis ojos.

NIÑO.

No Cárlos; que Lauro soy.
(Vanse Laura y el Niño.)

ESCENA VI.

FÉNIX.

Amó la hermosa reina del Eg
Un caballo veloz, con que tuvier
Infamia las hazañas que pudiera
Dejar su nombre en bronce eter
[c

Pasife un toro amó, con infini
Deshonor que las fábulas le dier
No porque fué verdad; pero quis
Decir que amar indignos es delit
Yo amé, yo erré; ¡qué error ta
[ca
El de quererte yo, Cárlos, pues e
Del cielo copia, del amor traslado!

Tú me disculpa de mi error si quieres;
Que amar lo que merece ser amado
Hace menor el yerro en las mujeres.

ESCENA VII.

CÁRLOS.—FÉNIX.

CÁRLOS. (*Para sí.*)

Cuidados mios, muy aprisa intenta
Un agraviado amor perder la vida,
Tan triste, tan cobarde, tan perdida,
Que apenas un cabello la sustenta.
A los agravios la venganza alienta,
Y en mí no quiere amor que yo la pida;
Que aunque la causa del amor se olvida,
Nunca se olvida del honor la afrenta.
Como infiernos de amor, en que amor pena,
Son los celos, que salen á los labios
Del fuego de que el alma vive llena.
Pues si infiernos de amor los llaman sabios,
¿Qué nombre tiene amor para su pena
Despues que se averiguan los agravios?

FÉNIX.

Cárlos mio, darme albricias
De la mejor nueva puedes,
Que entre favores de entrambos
A nuestra fortuna debes.
Que como aquel ángel tuyo
Gocé en la aldea dos meses,
Sintiera agora en Paris
Estar un hora sin verle.
A Laura le osé pedir
Que en la ciudad me sirviese,
Mudando el traje (que tanto
Tus dulces prendas me vencen),
Porque con esta ocasion
El bello niño trujese,
Que en forma de labrador
En nuestra casa le tiene.
Mudéle el Cárlos en Lauro,
Porque como te parece,
No diese al Conde ocasion
Cuando tan cerca le viese....
—¡Cómo es esto, señor mio!
¿Es posible que me muestres
El semblante triste, cuando
Te vengo á hablar tan alegre?
¡Ay mi bien! ¿Qué ha sucedido?
Porque no sin causa vienes
Con tal tristeza á matarme;
Que está mi vida ó mi muerte
Pendiente de tu alegría.
Habla, ó mátame.

CÁRLOS.

No intentes
Que te hable; que aun no tengo
Para poder responderte
Aliento, Fénix, ni aun ojos
Para mirarte.

FÉNIX.

No sueles,
Cárlos, por causa ninguna
Hablarme tú desta suerte.
Si se cansó la fortuna,
Mi bien, de favorecerme;
Si ya mi padre ha sabido
Que le infamé por quererte,
Dime presto, quién ó cómo
Pudo á matarme atreverse;
Y si yo soy la ocasion,
Mira que estoy inocente.
Mira que no es justo, Cárlos,
Que sufra yo tus desdenes,
Porque es hacerme el agravio
De las comunes mujeres.
Mira que en firmeza eterna
Soy el peñasco mas fuerte
Que ha combatido la mar
Cuando mas soberbia crece.
Habla, Señor.

CÁRLOS.

¿Qué palabras
Me darán, ingrata Fénix,
Agravios de amor y honor?...

FÉNIX.

¡De amor y honor!

CÁRLOS.

Cuando excede,
Fénix, á la lengua el alma,
Que uno dice y otro siente.
Mas lo que puedo decirte
Es que no puedo quererte:
Cosa que juzgué imposible,
Aunque mi vida pudiese
Ser inmortal como el alma,
De donde quiero que pienses
Que he de dejarte ó matarme;
Y todo será tan breve,
Que no pasarán dos dias
Que de tus ojos me ausente:
Y esto, Fénix, porque al Conde
Es justo que le respete,
Y que para tanta ausencia
Le dé causas suficientes;
Que por ti, desde aquel punto
Que pude en los brazos verte
De otro hombre... ¡Oh lengua! ¿qué has dicho?
¡Oh lengua! qué fácilmente
Resbalas! Pero ¿qué mucho
Que mis agravios dijeses?
El entendimiento humano
Es un reloj, á quien mueve
La memoria y voluntad,
Que son las ruedas que tiene.
Es la lengua la campana,
Por cuya causa acontece
Que, desconcertadas ellas,
La lengua se desconcierte.
Ya lo he dicho, y mis agravios
Otra vez á decir vuelven
Que has ofendido mi amor,
Pues amante me aborreces,
Y mi honor como marido,
Pues á querer te resuelves
Otro hombre, si bien mejor:
Disculpa que no mereces,
Pues amor y honor se quejan
De que su lealtad ofendes;
Que para sentir agravios
Todos los hombres son reyes;
Que en efeto, los agravios,
Sean, Fénix, de quien fueren,
Son en fin como las almas,
Ni son hombres, ni mujeres.

FÉNIX.

Cárlos, aunque yo te he dado
Licencia para quererme
Por mi estrella ó mi desdicha,
No para hablarme insolente;
Que en llegando á libertades,
Tan indignas de quien puede
Igualar del Rey la sangre,
Pues de la suya deciende,
Diré que eres mi criado;
Porque si aquí no procedes
Conmigo como quien soy,
Y como dueño te atreves,
Haréte quitar la tuya,
Aunque la vida me cueste.

CÁRLOS.

Pues ¿quiéresme tú negar
Lo que mis ojos?...

FÉNIX.

Detente;
Que te despeñan los ojos;
Que tal vez como jüeces,
Por falsas informaciones
Dan sentencias diferentes
De lo que fueran, sabiendo
La verdad.

CÁRLOS.

Cuando tú niegues
Que no fué el Rey, es un hombre
El que en tu aposento aleve
Entró aquella misma noche.

FÉNIX.

Eso es verdad.

CÁRLOS.

Pues ¿qué quieres?

FÉNIX.

Que sepas que la condesa
Lisarda, que vino á verle,
Quiso averiguar sus celos,
Y que yo, porque no hiciese
Fuerza el poder á mi honor,
Que determinado es fuerte,
Fui cómplice en el engaño.

CÁRLOS.

El engaño bien se entiende,
Que es el que me has hecho, ingrata:
Ni pudo sin que la viesen
Venir la Condesa aquí,
Ni ya que vino, volverse.

FÉNIX.

Mientras estaba cazando
Llegó aquí secretamente,
Y con el alba salió.
Pero agora me parece,
Por el sentimiento injusto
Con que mi firmeza ofendes,
Que no son los celos míos
Los agravios que encareces.
Ya entiendo lo que ignoraba.
Vino la Condesa á verte,
Poniendo la culpa al Rey;
Tú, viendo que el Rey la quiere,
Estás muy desatinado.
Pues, Cárlos, cuando previenes
Ausencia por otras damas,
¿Es bien que de mí te quejes,
Y que me pongas la culpa
Si prendas del Rey pretendes?
Deja mi honor; que me cuestas
Mucho, para no tenerme
El respeto de criado,
Que á lo marido me pierdes.
Si quieres irte celoso
Del Rey, ¿quién puede tenerte?
Cárlos tengo aunque te vayas;
No hayas miedo que me queje
De no tener prenda tuya,
Como se quejaba ausente
Elisa Dido de Eneas;
Y cuando no le tuviese,
Espada no ha de faltarme;
Aunque para darme muerte
Basta acordarme que fuí
Mujer que pude atreverme
A querer hombre tan vil,
Que ha pensado bajamente
Que él merece que le ofendan
Y que yo pude ofenderle.

CÁRLOS.

Fénix, Fénix, amor mio,
Señora mia...

FÉNIX.

No pienses
Engañarme con palabras
Cuando con obras me ofendes. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CÁRLOS.

¡Oh lágrimas de amor, dulce violencia!
Oh llanto poderoso! oh fuerte encanto!
Oh sirena fingida, á cuyo canto

Calla el rigor y duerme la prudencia!
Contigo no hay valor, poder ni ciencia;
Que puede tanto un amoroso llanto,
Que el cielo, con poder y saber tanto,
No tiene para el llanto resistencia.
Pues siendo de mujer celos y enojos,
Ni aun agravios sabrán mover el labio,
Sino darle mil almas por despojos. [bio,
No se fie el mas cuerdo, honrado y sa-
Porque si espera ver llorar sus ojos,
Perdonará despues cualquier agravio.
(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

SILVIO, *de camino.*

Esta, señor pensamiento,
Es la corte de Paris;
Aquí, labrador, venís
A ser cortesáno á tiento.
No, corte, porque yo quiera
Que esto me agradezcas ya;
Vinoseme el alma acá;
Que á fe que yo no viniera.
Huyóse Laura de mí;
Que con aquesta mudanza
Supo bien tomar venganza
De haberle negado un sí;
Como si no fuese nada
El sí para un casamiento,
Siendo el mas fuerte instrumento
Que deja el alma obligada,
O escritura que despues
Hace arrepentir á tantos,
Pues diciendo sepan cuantos,
Ninguno sabe lo que es.
Mucho me debes, amor,
Pues á la corte he venido,
Haciéndome prevenido
Los avisos de un temor.
Dicen que hay cosas aquí
¡Oh Paris! y que en tí caben,
Que aborrecen los que saben
Vivir y morir en tí.
Aquí diz que la verdad
Anda siempre rebozada,
La mentira declarada
Y falsa la voluntad.
Dicen que mueren de necios
Los que son mas entendidos,
Por no sufrir atrevidos
Y por no escuchar desprecios.
Que con el pobre es cruel
La soberbia y la codicia,
Que nunca alcanza justicia,
Y que ella le alcanza á él.
Que tiene el que es mas leal
Cara de pocos amigos,
Y que hay muchos enemigos
Para hacer y decir mal.
¡Oh Laura! grande poder
El de tu hermosura ha sido,
Pues á Paris me ha traido,
Donde me temo perder.
Aquí tengo de callar,
Sufrir, engañar, fingir;
Con quien se rie, reir,
Con quien llorare, llorar.
Alabar al cuerdo, al loco,
Al idiota, al incapaz;
Que importa á vivir en paz
Sufrir mucho y hablar poco.

ESCENA X.

LAURA, *en hábito de dama;* DIONIS, *criado.*—SILVIO.

DIONÍS.

Despues, Laura, que has mudado
El traje, tan linda estás,
Que á cuantos te miran das
Con tu descuido cuidado.
Yo estoy perdido por tí.

LAURA.

Pues pregónate; que yo
Del aldea truje un no,
Que en su aspereza aprendí.
El hábito cortesano
No muda la condicion.

DIONÍS.

Paga, Laura, mi aficion.

LAURA.

Quedo, y sin tocar la mano.
Y vete con Dios, Dionís:
Mira que Cárlos te espera.

DIONÍS.

¿Esto poquito te altera?
¿A qué veniste á Paris?

LAURA.

A no ver, como en mi aldea,
Asnos, y hay muchos acá.
Vete, que te aguarda ya.

DIONÍS.

¡Que tal tu aspereza sea!
Voyme, y á la corte dejo
El cuidado de ablandarte.

LAURA.

No será la corte parte,
Si con mi honor me aconsejo.
(*Vase Dionís.*)

ESCENA XI.

LAURA, SILVIO.

SILVIO.

Todos estamos acá,
Señora Laura.

LAURA.

¿Quién es?

SILVIO.

Silvio, Laura. ¿No me ves?
¿O desconóceme ya?

LAURA.

¡Silvio!

SILVIO.

Despues que dejaste
La aldea en que te has criado,
Hasta el hábito has mudado;
Mas ¿qué mucho si mudaste
El alma con él tambien,
Y la has puesto en el criado
De Cárlos?

LAURA.

No has escuchado,
Silvio, mi respuesta bien.
Pero ¿á qué vienes acá
A decirme desvarios
Con unos celos tan frios?

SILVIO.

Pensé que pudiera allá
Vivir sin tí; engaño fué,
Pues no hay álamo en el prado
Sin letras de mi cuidado,
Para que crezca mi fe.
Jamás al alba salí,
Que hallase en todas sus flores
De tu rostro las colores,
Ni manso arroyuelo vi
Que como tú se riese,
Aunque á su puro cristal
Diese la márgen coral,
Y perlas la arena diese.
Todo fué tristeza y luto
Dejándome tu rigor,
Ni planta miré con flor,
Ni flor que esperase fruto.
En todo hallé soledad,
Y como en nada te hallé,
Determinéme á la fe
A venir á la ciudad.
Vesme aquí, Laura: ¿qué piensas
Hacer de mí?

LAURA.

Bien pudiera
Agora, si yo quisiera,
Vengarme de tus ofensas.
Pero quiero proceder
Como mujer cortesana;
Que no quiero ser villana,
Aunque lo pudiera ser.
Yo soy toda la privanza
De Fenix; yo haré que estés
En su casa á prueba un mes
Hasta entender la mudanza;
Que aquí podrémos tratar
Lo que nos esté mejor.
Mas no has de ser labrador.

SILVIO.

Ya sé que no hay que labrar
En los campos de la corte,
Siempre estériles; mas di,
¿Qué puedo yo hacer aquí
Que para vivir me importe?
¿Qué oficio tendré en su casa
Del Conde?

LAURA.

Si has de servir
A Cárlos, no hay que pedir
Oficio mientras se casa.
Mas pues á la corte vienes,
Entra con mucha humildad
Ganando la voluntad,
Silvio, pues ingenio tienes.
Que te quieran bien procura,
Por bien hablado y bien visto;
Que hacerse un hombre mal quisto
Es necedad y locura.
Con decir de todos bien
Hay correspondencia igual;
Porque si tú dices mal,
De tí le dirán tambien.
Acompáñate con buenos,
Y tú lo parecerás;
Respeta al que sabe mas,
Y alienta al que sabe menos.
No te metas en tu vida
A bachiller, porque es cosa
Notablemente enfadosa,
Cansada y aborrecida.
Nadie en efeto te arguya,
Aunque estén de infamias llenas,
De mirar casas ajenas,
Sino de guardar la tuya.
Honrar mujeres codicia
(No lo desigual igualas),
De cortesía á las malas,
Y á las buenas de justicia;
Que con estos documentos
Segura vida tendrás.

SILVIO.

¿Tienes que decirme mas?

LAURA.

Que aquestos seis mandamientos
Cifran dos.

SILVIO.

Atento estoy,
Que me debe de importar.

LAURA.

No fiar ni porfiar.

SILVIO.

Esa palabra te doy.
(*Vanse.*)

—

Sala del palacio Real.

ESCENA XII.

EL REY, LISARDA, CÉSAR.

REY.

Siempre, Lisarda, he pensado
En tu remedio.

LISARDA.

Lo creo,
Gran señor, de tu deseo,
De tu amor y tu cuidado.

REY.

Condesa, yo te he casado,
Para sosegar mejor
A los que hablan en tu honor,
Porque mirar por la fama
De lo que quiere quien ama
Es el verdadero amor.
Pienso que conocerás
El dueño que darte quiero,
Que es Cárlos, un caballero
Que no hay que decirte mas.
A tu estado añadirás
Otro que yo quiero darte,
Por pagarle y por pagarte
Dos grandes obligaciones.

LISARDA.

En muchas, Señor, me pones
De servirte y de alabarte.
¿No es ese Cárlos criado
De Arnaldo?

REY.

Lisarda, no;
Es criado el que sirvió,
Pero no el que se ha criado.
Su hermano al Conde le ha dado
Por padre en su larga ausencia:
Mira tú si hay diferencia,
Y si esta verdad abona
En su gallarda persona
Aquella ilustre presencia.
Débole á Cárlos la vida,
Débele Francia su rey:
Mira tú si es justa ley
Pagar deuda tan debida.
Si mi amor no se te olvida,
Tambien obligada estás,
Y de mí conocerás
Si estimo este caballero;
Que en darle lo que mas quiero
No puedo pagarle mas.
De Alejandro se alabó
Que dió su amada Campaspe,
Cosa que en bronce, en oro, en jaspe
Esta hazaña eternizó.
Lo mismo quiero hacer yo
Para ganar mayor palma,
Puesto que me deja en calma
Perderte y ser mi homicida,
Pues á quien me dió la vida
No le doy menos que el alma.

LISARDA.

Pues ha dicho vuestra alteza
Su razon, será razon
Que yo le diga la mia.
Esté atento.

REY.

Atento estoy.

LISARDA.

Conozco que fui culpada
En dejar que su aficion
Pudiese obligar la mia;
Mas fué disculpado error,
Porque tengo pensamientos
De tan noble presuncion,
Que, á no imaginarme reina,
No estimara su valor.
Con esto, y que vuestra alteza
Algunas veces me dió,
Si no esperanzas, engaños,
Creció mi satisfacion.
En medio pues destas cosas
(Que no quiero, gran señor,
Traerlas á la memoria
Para mayor confusion,
Porque palabras y plumas
Siempre el viento las llevó,
Y requiebros y papeles
Pienso que lo mismo son),
A Fénix vió vuestra alteza,
Y en Fénix su nombre vió:
Conceto que trae consigo
Para cualquiera ocasion.
Enamoróse; y confieso
Que muy bien se enamoró;
Que no tiene ley el gusto,
Ni fuerza la inclinacion.
Llegó luego á mi noticia;
Que no hay cosa mas veloz
Que una mala nueva al dueño,
Y aun la avisa el corazon.
Debe el avisado albricias
Del mal á quien le avisó,
Porque un daño prevenido
Es cuando llega menor.
Supe tambien que á una aldea,
De temor, se retiró,
Adonde fué vuestra alteza
En forma de cazador.
Por averiguar mis celos,
Del amor fuerte pension
(Mas no cuando son agravios,
Que son infamia de amor),
En una carroza parto,
Digo á Fénix mi pasion,
Dióme su aposento Fénix,
Donde vuestra alteza entró.
Lo que pasó ya lo sabe,
Y antes que saliese el sol
Vuelvo á Paris, y conmigo
Mi desengaño volvió.
Cuesta mucho un desengaño,
Y lo que aquel me costó,
Quien ama y los ha tenido
Sabrá el estado en que estoy.
Esto pasara en silencio
Mi amor, por su propio honor;
Que quien dice sus desprecios
Afrenta su estimacion;
Pero llegado el engaño
A tan extraño rigor
Que vuestra alteza me case
(Sabiendo Paris quien soy)
Con un criado de Fénix,
Es tan grande sinrazon,
Que dará lengua á las piedras,
Y á la mas cuerda furor.
Si Cárlos mató la fiera
Que á vuestra alteza sacó
Del caballo, pague Fénix
Lo que fué su obligacion.
¿Qué culpa tiene Lisarda,
Si por Fénix sucedió?
Porque yo á la misma Fénix
Tendria por deshonor
Recebirla por criada,
No siendo su dueño vos;
Que en sangre, en talle, en ingenio,
Yo pienso que soy mejor,
No siendo vos el jüez;
Que teneis mucha pasion.
Y con esto os desengaño,
Porque primero que yo
Sea de Cárlos, ni Francia
Juntos nos halle á los dos,
Tendrán los cuatro elementos
Paz en su discorde union,
Quietud las aguas del mar,
Piedad la envidia feroz,
La ambicion descanso y gusto,
Buena fortuna el temor,
Amor paciencia agraviado,
Vos celos discrecion.
Case vuestra alteza á Cárlos
Con Fénix; que yo le doy
Palabra que calle Cárlos,
Y que ella no diga no.
Que con esto y su licencia,
Desengañada me voy,
Y si no manda otra cosa,
Mil años le guarde Dios. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

EL REY, CÉSAR.

REY.

De mi paciencia me espanto.
El ser mujer me disculpa.

CÉSAR.

Vuestra alteza tiene culpa
De haberla escuchado tanto.
Pero pues tiene poder,
¿Por qué se ha de resistir?

REY.

Esto, César, es decir,
Y no es el decir hacer.
Claro está que ha de ser fuerza,
Si no fuere voluntad.

CÉSAR.

El parecer liviandad
A que se queje la esfuerza.
Pero pues que celos son
De Fénix, oye y verás
Cómo entre los dos pondrás
Tan notable confusion,
Que si algun amor habia,
Cese para siempre en ellos.

REY.

Si fuese sin ofendellos,
Notable industria sería.

ESCENA XIV.

CÁRLOS, DIONIS, SILVIO, *de lacayo.* —DICHOS.

CÁRLOS. (*A Dionis.*)

El Rey me envia á llamar,
Y llevo notable pena.

DIONÍS.

Pues no pases desta sala;
Que allí está hablando con César.

CÁRLOS.

¿Cómo, Silvio, entraste aquí?

SILVIO.

Señor, por ver la grandeza
Del palacio; que á su Rey
Ya le he visto en nuestra aldea.

CÉSAR.

Allí está Cárlos, Señor.

REY.

Cárlos...

CÁRLOS.

Déme vuestra alteza
Los piés.

REY.

Yo te debo, Cárlos,
La vida; pagarte intenta
Mi obligacion.

CÁRLOS.

Mi humildad
Levantaréis de la tierra.

REY.

He tratado con Arnaldo
Casarte con la condesa
Lisarda, y como señora,
Por humilde te desprecia.
Yo quiero que la enamores,

Porque no hay mas dulce fuerza
De conquistar voluntades:
Porque yo sé de tus prendas
Que rendirán cualquier dama,
Por mucho que se defienda.
César te dará dineros,
Joyas, caballos, librea;
No quiero mas de que pongas
Tu persona y tu prudencia.
Esto ha de ser sin decir
Que yo te mando que emprendas
Servirla; que si lo dices,
Perderás, Cárlos, con ella
Mi gracia, y quizá la vida.
De dia galan pasea
Su calle, y de noche armado
Ronda su puerta y sus rejas.
¿Hasme entendido?

CÁRLOS.

Señor...

REY.

No repliques. ¿A qué guerra
Te envio yo? ¿A qué peligro,
A qué difícil empresa?
A qué mar llevas armada
Para poner mis banderas
En las mas remotas playas?

CÁRLOS.

¡Pluguiera á Dios que eso fuera!
Que yo lo supiera hacer.

REY.

Cárlos, Cárlos, esto es fuerza.
Hacer lo que manda el Rey
Es ley de naturaleza.
Venid con César. Tú luego,
Sin que en palacio se entienda,
Le darás diez mil escudos. (*Vase.*)

CÉSAR.

Ven, Cárlos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

El Rey ordena
Mi muerte, Fénix la causa.
Al poder no hay resistencia.
(*Vanse Cárlos y César.*)

SILVIO.

¿Qué lleva Cárlos?

DIONÍS.

No sé.

SILVIO.

Con el Rey, ¡lleva tristeza!
¡Válgame Dios! ¿quién pensara
Que en los palacios la hubiera?

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA, CÁRLOS, CELIA, SILVIO.

LISARDA.

Quise enviarte á llamar.
Perdona haberte apeado,
Cárlos (que me das cuidado),
Para hablarte y descansar.
¿Para quién, Cárlos, te armas?
Para quién la bizarría
De tantas galas de dia,
De noche de tantas armas?
¿Qué causa el dia te doy,
Que nunca esta calle dejas?
Qué les dices á mis rejas
Cuando yo durmiendo estoy?
Un mes y mas puede haber
Que has dado bien que decir:
Cárlos, yo te quiero oir,
Pues que tú me quieres ver.
Grandezas has descubierto
Que dan á entender valor.
¿Eres algun gran señor
Que anda en la corte encubierto?
Declara tu oculto nombre.
Ya es ignorancia callar;
Que tanto andar sin hablar,
Cárlos, no es efeto de hombre.
Como á todos sospechoso,
Puesto me has en confusion,
Porque es tanta ostentacion
Digna de un rey poderoso.
Si es encogimiento, advierte
Que ya me tienes aquí;
Porque reparando en tí,
Ya no me pesa de verte.
Habla, licencia te dan
Mi calidad y mi fama;
Porque estás, Cárlos, tan dama,
Que vengo á ser el galan.

CÁRLOS.

Señora, no sé qué os diga;
Solo sabed que mi intento
Es un nuevo pensamiento,
Que á lo que decís me obliga.
No sé yo cuál de los dos
Está mas confuso aquí,
Vos preguntándome á mí,
Yo respondiéndoos á vos.
Mirad en tal contingencia
Qué podeis imaginar.
Porque yo no os puedo hablar,
Aunque vos me déis licencia.
Y así, la tomo de irme,
Por no poder detenerme;
Que hay á quien pesa de verme,
Cuando vos gustais de oirme.
Esta gala, este paseo
Tiene tal competidor,
Que es amor, y no es amor,
Es deseo, y no es deseo,
Es violencia, y no es violencia,
Es rigor y es amistad,
Es fuerza y es voluntad,
Es licencia, y no es licencia.
Tiene el provecho en el daño,
Y el remedio en el temor,
Es favor, y no es favor,
Es engaño, y no es engaño:
Con que no sabréis jamás
La causa, de mí á lo menos,
Porque habeis de saber menos
Mientras os dijere mas.

LISARDA.

Vos ¿quereisme bien?

CÁRLOS.

No sé.

LISARDA.

Pues ¿qué pretendeis?

CÁRLOS.

Serviros.

LISARDA.

Hablad.

CÁRLOS.

No sé qué deciros.

LISARDA.

Pues ¿por qué?

CÁRLOS.

No sé por qué.

LISARDA.

Sí sabeis.

CÁRLOS.

No puedo hablar.

LISARDA.

La razon.

CÁRLOS.

Porque no puedo.

LISARDA.

Descortés sois.

CÁRLOS.

Tengo miedo.

LISARDA.

¿A quién?

CÁRLOS.

Mandóme callar.

LISARDA.

¡Qué necedad!

CÁRLOS.

Es por vos.

LISARDA.

No me sirvais.

CÁRLOS.

Yo quisiera.

LISARDA.

No me mireis.

CÁRLOS.

¡Quién pudiera!

LISARDA.

Pues idos.

CÁRLOS.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA II

LISARDA, SILVIO, CELIA

LISARDA.

¡Ah gentil hombre!

SILVIO.

¿Soy yo?

LISARDA.

Oidme.

SILVIO.

Yo, ¿para qué?

LISARDA.

¿Servís á Cárlos?

SILVIO.

No sé.

LISARDA.

¿Sabeis lo que es esto?

SILVIO.

No.

LISARDA.

Pues ¿con él no entrastes?

SILVIO.

Sí.

LISARDA.

¿Dónde estáis?

SILVIO.

En su posada.

LISARDA.

Algo sabréis.

SILVIO.

No sé nada.

LISARDA.

¿De quién os temeis?

SILVIO.

De mí.

LISARDA.

¡Qué necios estáis!

SILVIO.

Por vos.

LISARDA.

¿No pensais hablar?

SILVIO.

Soy firme.

LISARDA.

¿Qué aguardais?

SILVIO.

Licencia de irme.

LISARDA.

Yo os la doy.

SILVIO.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA III.

LISARDA, CELIA.

LISARDA.

¡Ay, Celia! quién entendiera
Lo que este Cárlos pretende!

CELIA.

Bien fácilmente se entiende;
Que este hablara si pudiera.
Teme el gran competidor
Que tiene en el Rey.

LISARDA.

No sé,
Si há un mes que el Rey no me ve,
De qué procede el temor:
Cuya ingratitud ha sido
Causa que de aquella historia
Ya no haya en mi amor memoria
Que no la sepulte olvido.
Reparando en Cárlos bien,
Hombre digno me parece
De amarle.

CELIA.

Bien lo merece,
Y el Rey tu olvido tambien.

LISARDA.

Si por él no se declara,
Y Cárlos tiene el valor
Que muestra, tendréle amor.

CELIA.

Señora, la causa es clara,
Y que el no hablarte es por él.

LISARDA.

Es ya su valor tan grande,
Que aunque el Rey no me lo mande,
Pienso casarme con él.

(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio Real.

ESCENA IV.

EL REY, CÉSAR.

REY.

Vano fué mi remedio.

CÉSAR.

No muy vano,
Pues ya te mira con semblante humano
Fénix, que se mostraba tan airada,
Y parece que Cárlos no le agrada.
En esto, la Condesa á Cárlos mira.

REY.

Mi sufrimiento con los dos me admira;
Mas tengo aquel servicio tan presente,
Que no hay remedio, que mi amor in-
[tente,
Que, siendo contra Cárlos, le permita.
Cárlos á la Condesa solicita;
Mas no por eso Fénix le desprecia.
Mi voluntad, en porfiar tan necia,
Estando aquesta noche desvelado,
Un remedio me ha dado; que he llegado
Á ser como el enfermo que no duerme,
Pensando en los remedios que he de
[hacerme.

CÉSAR.

Y ¿qué remedio ha sido?

REY.

Este es el Conde.
Oid lo que le digo y me responde.

ESCENA V.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

¿Qué es, Señor, lo que manda vuestra
[alteza?

REY.

Conde, la confianza en la nobleza
De vuestra sangre, á daros un cuidado,
En que me va la vida, me ha obligado.

CONDE.

¿La vida, gran Señor? Guárdeos el cie-
[lo.
Mi sangre sabe Francia, y vos mi celo.

REY.

Poned la mano, Conde, en vuestra es-
[pada.

CONDE.

No estaba en otra edad mal enseñada.

REY.

Jurad por ella de guardar secreto.

CONDE.

Y con pleito homenaje os lo prometo.

REY.

Yo caso á Cárlos, el que habeis criado,
Del servicio que vistes obligado.
Fáltale calidad, que darle quiero,
Diciendo vos, como de vos espero,
Que es vuestro hijo, habido en otros
[años,
Cuando de amor se sufren los engaños;
Y esto á Fénix y á el, para que puedan
Decirlo a todos, pues hermanos quedan.

CONDE.

Cosa tan justa, justamente obliga
Que ser hermanos á los dos les diga,
Para que á Cárlos calidad le sobre;
Que si vos le casais, no será pobre;
Que en verle pasear á la condesa
Lisarda, que de verle no le pesa,
Con tantas galas, bien imaginaba
Que vuestra alteza la ocasion le daba,
Al pasado servicio agradecido.

REY.

Esto con el secreto, Conde, os pido.

CONDE.

Voy á serviros y á decirle á Fénix
Lo que ha de serle de tan grande gusto,
Y yo llevo, Señor, el que es tan justo
De ver de vos á Cárlos tan honrado.
Mi hijo es Cárlos, pues que le he criado.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

EL REY, CÉSAR.

REY.

¿Qué te parece desto?

CÉSAR.

Que en sabiendo
Que son hermanos, cesará el quererse.
Podrá sin esto el casamiento hacerse
De la Condesa y Cárlos, pues le has da-
Calidad. [do

REY.

¿Quién hubiera imaginado,
Si no un celoso, industria semejante?

CÉSAR.

No hay lince tan sutil como un amante.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Conde.

ESCENA VII.

FÉNIX, CÁRLOS.

FÉNIX.

No hay cosa que mas me admire
Que ver que llegues á hablarme,
Y que de solo mirarme
El temor no te retire.

CÁRLOS.

¿No quieres que te hable y mire
Un hombre que está inocente?

FÉNIX.

Cruel, ¿que engañarme intente
Tu lengua en cosa tan clara,
Que cuando yo la ignorara,
Me la dijera la gente?
¿Hay en Paris otro cuento
Sino tu amor? ¿Es la empresa
De servir á la Condesa
Mi secreto pensamiento?
Bebes en su calle el viento,
No hay hombre que no te halle
En su reja y en su calle,
Y en verte se escandalice;
Y lo que la calle dice,
¿Quieres tú que yo lo calle?
Extraño pago me has dado.
¡Cómo en esto he conocido
Que eres hombre mal nacido,
Mal nacido y bien criado!
En fin, quedarás casado
Con Lisarda: bien harás.
¡Qué buena me dejarás!
¡Qué bien que supe escoger,
Ya que me quise perder!

CÁRLOS.

No mas, mis ojos, no mas,
No lloreis; que ¡vive Dios,
Que no guarde ley al Rey,
Porque no puede haber ley
Que me obligue contra vos!
Sabed, mi bien, que los dos
(El Rey y César os digo)
Han concertado conmigo
Que sirva á Lisarda yo....
—No con el alma, eso no,
No, Fénix, Dios me es testigo.
El fin que llevan es darte
De aborrecerme ocasion,
No sabiendo la razon
Que á amarme debe obligarte.
No he querido declararte
El secreto; que en efeto
Estoy al rigor sujeto
De su mano poderosa;
Que de una mujer celosa
No se ha de fiar secreto.
Pero en viéndote llorar
Y llamarme mal nacido,
Máteme el Rey, pues ha sido
El que me pudo obligar,
Fénix, á hacerte pesar:
Que cuando la queja suya
Á deslealtad lo atribuya,
No hay vida ó perdon que pida
Que mas que vale mi vida
Pesa una lágrima tuya.
Como caerse del cielo
Las estrellas, así son
Tus lágrimas; no es razon,
Fénix, que las goce el suelo.
Dame en tanto mal consuelo,
Recoge pues las estrellas
Que lloras, mi vida, en ellas;
Mira que un niño que tienes
Harás llorar, si á hacer vienes
Que lloren niñas tan bellas.
Dame esos brazos.

FÉNIX.

Desvia.

CÁRLOS.

¡A mí me niegas los brazos!

FÉNIX.

Sí diera, si fueran lazos.

CÁRLOS.

Lazos fueron algun dia.
Pues advierte, Fénix mia,
Que por fuerza he de abrazarte.

FÉNIX.

Sabré mil vidas quitarte.

CÁRLOS.

No sabrás, porque te adoro.

FÉNIX.

No me pierdas el decoro;
Que he de matarme ó matarte.

ESCENA VIII.

CONDE.—DICHOS.

CONDE.

¿Qué es esto, Fénix? Qué es esto?
¿En qué los dos estos dias
Andais con tantas porfías,
Tú airada y tú descompuesto?

FÉNIX.

¿Yo, Señor?

CONDE.

Y tú tambien.
¡Es buena descompostura!

CÁRLOS.

A quien servirte procura,
Que le traten mal no es bien.
Y pues que nos has hallado,
Señor, en esta pendencia,
Quiero, si me das licencia,
Decirte lo que ha pasado;
Que por todo pasaré,
Pero no por cosas bajas;
Que reconozco ventajas
En la sangre y no en la fe,
Porque en verdad y lealtad
Pienso que soy el primero
Del mundo.

CONDE.

Cárlos, ya espero
De tan necia enemistad
Saber la causa.

CÁRLOS.

Es bastante
Para irme ó no vivir.
Da mi señora en decir
Que un anillo de un diamante
Que le falta, he sido yo,
Señor, quien se le ha tomado:
Pensamiento que le ha dado
Desde que galan me vió.
Y aunque le digo que el Rey
Diez mil escudos en oro
Me ha dado, contra el decoro
Debido por justa ley
A un hombre que tú has criado,
No es posible que me crea.

CONDE.

Fénix, ¿de cosa tan fea
Puede ser Cárlos culpado?

FÉNIX.

Si yo le veo servir
A Lisarda, ¿no es razon
Que tenga esta presuncion?

CÁRLOS.

¿Esto tengo de sufrir?
Déme vuestra señoría
Licencia; que un hora mas
No he de estar en casa.

FÉNIX.

Harás
Una grande bizarría.
Vete; pero no lo creo;
Que te tiene el alma asida
Lisarda.

CONDE.

Muy atrevida,
Fénix, con Cárlos te veo,
Y yo sé que está inocente,
Y que tú engañada estás.

FÉNIX.

Con las alas que le das,
¿Qué cosa habrá que no intente?
Déjale ir. ¿Qué ha de hacer
Cárlos aquí, ya tan hombre?

CÁRLOS.

Bien dice; que hasta mi nombre
Debe ya de aborrecer.
Dame licencia y la mano.
Guerras hay.

CONDE.

Cárlos, advierte
Que ya me dais ocasion,
Sin la que el tiempo me ofrece,
Para que un secreto os diga,
Con que os trateis de otra suerte
Que hasta aquí os habeis tratado,
Pues será tan igualmente
Como merece el amor,
Que de justicia se debe
A la sangre.

FÉNIX. (*Ap.*)

Estoy temblando.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Alguna desdicha teme
Destas palabras el alma.

CONDE.

Hoy la lengua se resuelve
A que del silencio antiguo
Lazos tan injustos quiebre.
Otro respeto, otro amor
En vuestros pechos comience.
Cese el nombre de criado;
Cárlos es tu hermano, Fénix.
Fué prenda en mis verdes años
De una dama, á quien la muerte
Llevó de su parto, honrando
El arco, por quien le pueden
Llamar, Fénix, desde entonces,
En vez de mortal celeste.
Hermanos sois: ya lo he dicho
Al Rey, porque el Rey le quiere
Casar con Lisarda, á efeto
Que sepa que la merece;
Que si por ser mi criado,
Para ser su esposo pierde,
Siendo mi hijo don Cárlos,
La iguala, si no la vence.
Con esto os dejo á los dos,
Porque abrazos tan alegres
No me enternezcan el alma,
Como las memorias suelen. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CÁRLOS, FÉNIX.

CÁRLOS.

¿Ha llegado al oido
De un hombre desdichado
Nueva tan infeliz? Fénix, ¿qué es esto?

FÉNIX.

Cárlos, pierdo el sentido;
Que el corazon turbado
Parece que en los ojos se me ha puesto.

CÁRLOS.

Quisiera descompuesto
Decir y hacer locuras.
¿Yo, Fénix, soy tu hermano?
¡Ah cielo soberano!
¿Qué puedo hacer en tantas desventuras,
Puesto que mi inocencia
Disculpa tanto error con su clemencia?
Perderte, esposa mia,
(¿Esposa dije? Miento.)
Es fuerza, pues ya sé que eres mi hermana
¡Oh padre! ¿qué alegría,
Qué gusto, qué contento
Pensaste dar á mi esperanza vana?
Pues no será tirana
De mi amor la Condesa.
Mi ausencia es ya forzosa
De mi hermana y mi esposa,
Aunque parece temeraria empresa;
Pues si con ella quedo,
Ni dejarla de amar, ni amarla puedo.
De un ángel padre y tio,
¿Qué puedo hacer? ¡Ay triste!
¡Oh, quién no hubiera sido tan dichoso!
Oh extraño desvarío,
Que apenas le resiste,
Fénix, el desengaño poderoso!
Amanecí tu esposo,
Y anochezco tu hermano.
¡Oh fortuna terrible!
Pues no será posible
Si aquí me quedo, resistirme en vano.
Fuerza será ausentarme;
Que menos es perderte que casarme.
Adios, Fénix querida,
Adios, esposa amada,
Adios, hermana por mi triste suerte.
La prenda de mi vida
En tí depositada
Te queda por memoria de mi muerte.
Que la trates advierte
Como de esposo muerto,
Como de ausente prenda:
El alma te encomienda
La fe primera del primer concierto;
Que yo donde estuviere
Te guardaré lealtad mientras viviere.

FÉNIX.

Si lágrimas, esposo...
(Iba á decir hermano:
No te espantes; que há poco que lo cre[...]
Pueden de mi amoroso
Pecho el rigor tirano
Mostrar, no es justo que á la lengua co[...]
Yo quiero, si tú quieres, [pero[...]
Que juntos nos acabe
Una muerte dichosa.
Poco há que fuí tu esposa;
Que soy tu hermana amor apenas sabe[...]
Pues ¿qué mas dulce suerte
Que con aquesta fe darnos la muerte[...]
Pero si aquella prenda,
De los dos adorada,
No puede quedar sola, y no te fias
De que tu amor no ofenda
La fe desengañada
Con el trato amoroso que solías
Pasar noches y dias
Tan cerca de mis brazos,
Vete, Cárlos; que es justo
No dar este disgusto
Al cielo que hoy defiende tus abrazo[...]
Vete; que sola ausencia
Hace al amor tratado resistencia.
Que si el Rey porfiase
En darte á la Condesa,
Por mas que ser tu hermana y no tu e[...]
Cárlos, imaginase, [po[...]
El alma te confiesa
Que muriera celosa y envidiosa.
Mas esta prenda hermosa,
Este Cárlos pequeño,
Llévale allá contigo.
No ha de quedar conmigo;
Siga las desventuras de su dueño.
Porque tengas presente
A quien tan presto has de olvidar[...]
[se[...]

CÁRLOS.

¡Desesperado intento!
¿Perdernos, Fénix, quieres
A los dos en un dia?

FÉNIX.

¿Será justo

Que un hombre de su aliento
Se crie entre mujeres?
Suceda de una vez todo el disgusto.

CÁRLOS.

Mira que es caso injusto.

FÉNIX.

Sí, Cárlos, mas forzoso;
Que nuestro pensamiento
Dirá mi sentimiento,
Y quedará mi padre sospechoso,
Y es quitarle la vida
Si entiende que yo fui tan atrevida.
Ven esta noche, hermano,
(¡Nunca yo lo dijera!)
De tu casa á la nuestra con secreto,
Y con ese villano
Á la puerta me espera.
Diréte el niño que nació sujeto
Á tanto mal.

CÁRLOS.

¡Qué efeto
De un amor tan notable!

FÉNIX.

¡Qué desdicha perderte!

CÁRLOS.

¿Dejarte yo? ¡Qué muerte!

FÉNIX.

¡Qué estado entre los dos tan misera-
[ble!

CÁRLOS.

Loco estoy.

FÉNIX.

Yo perdida.

CÁRLOS.

Yo voy sin alma, Fénix.

FÉNIX.

Yo sin vida.

(*Vanse.*)

—

Habitacion de Cárlos.

ESCENA X.

LAURA, SILVIO.

LAURA.

o ¿es cierto?

SILVIO.

Y es tan cierto,
e no hay otra cosa en casa;
sin esto, que se casa,
que hoy se firma el concierto.

LAURA.

ucrta estoy.

SILVIO.

Pues tú ¿de qué?

LAURA.

o me entiendo.

SILVIO.

Pues ¿qué daño
viene del desengaño?

LAURA.

o, Silvio, yo le sé.

SILVIO.

es su hermano natural
árlos de Fénix, no puede
uitarle su hacienda.

LAURA.

Excede
ro mal del mayor mal.
más de que el casamiento
la Condesa se hará,
Con que Cárlos quedará
Rico, próspero y contento.

SILVIO.

Á la fe, Laura, que ha sido
Fuerza decir la verdad,
Pues dándole calidad
Fué de Lisarda marido.
¡Oh! qué librea me espera
En las bodas, pesia tal!
No mas aldea y sayal,
Vida rústica y grosera;
Corte sí: corte es vivir,
Bien vestir, mejor comer,
Sin pensar en que ha de haber
Ni mañana ni morir.
Aquí la vida es cometa,
Resplandecer y pasar;
No mas campos ni esperar
Un astrólogo profeta,
Que imprimiendo necedades
En un pliego de papel,
Quiere gobernar por él
Las supremas voluntades.
No quiero esperar un mayo
Ni un planeta antojadizo,
Que disparando granizo
Sea de mis viñas rayo.
Mas quiero esperar aquí
Traicion y murmuracion,
Que allá langosta y pulgon:
No me picarán á mí,
Porque al que me murmurare,
Le sabré sus faltas yo;
Porque ninguno nació
Sin alguna en que repare.
¿Para qué quiero que el cura
Salga á conjurar nublados?
Que aquí con menos cuidados
La enemistad se conjura.

LAURA.

¡Ah, Silvio! pues yo me acuerdo
Cuando la corte infamabas,
Y al que vivia, llamabas,
En la aldea, sabio y cuerdo.
El agua dulce te ha hecho
Mudar condicion y gusto;
Ya Paris te viene al justo,
Ya tienes mas blando el pecho.
¡Ah, Silvio! que no has probado
Aquello del memorial,
Del que por quererte mal
Incita al mal informado.
Cuando la justicia veas,
Que el enemigo te envia
Por malicia y cobardía,
¿Qué dirás de las aldeas?
Cuando veas que si vienes
Con dineros, hallarás
Amigos, pero no mas
De cuanto que darles tienes,
¿Alabarás á Paris?

SILVIO.

Pues ¿algo no ha de costar?

LAURA.

Sí, pero es mucho pesar.

SILVIO.

Laura, vosotras decis
Que por tener hermosura
Se ha de pasar cualquier cosa.
Mira tú por ser hermosa
Lo que una mujer procura,
Qué martirios no padece
Una miserable cara,
Hasta que en no serlo para,
Y en mocedad envejece.
Una discreta llamaba
(Que era el agua su deleite)
Testigo falso al afeite,
Porque los dientes quitaba.
No tienes que predicarme.
Yo soy cortesano ya.

ESCENA XI.

CÁRLOS. — Dichos.

CÁRLOS.

¿Está aquí Laura?

LAURA.

Aquí está.

CÁRLOS.

Laura, solicita darme
La ropa que tienes mia.

LAURA.

La ropa y el parabien
De que te casas, tambien,
Con aquella señoría.
Muchos años conde seas
Y hermano de mi señora,
Aunque es parabien que agora
Pienso que no le deseas.

CÁRLOS.

Laura, que su hermano soy
De Fénix, aunque me admira,
Es verdad; pero es mentira
Que me caso, pues me voy.

LAURA.

¿Que te vas?

CÁRLOS.

Sí, Laura, á España.
Ea, Silvio, si has de ir
Conmigo, para partir
Te apresta.

SILVIO.

¡Violencia extraña!
Cuando en toda la ciudad
Se trata su casamiento,
¿Te vas á España?

CÁRLOS.

Este intento
Nace de otra voluntad.

SILVIO.

Esperaba yo librea.

CÁRLOS.

Pues de camino será. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LAURA, SILVIO.

LAURA.

¿Ves cómo Cárlos se va?
¿Es mas segura la aldea?

SILVIO.

Digo que tienes razon.
Adios, Laura. Bien decis
Los que vivís en Paris:
Sus gustos mudanzas son.

LAURA.

¡Qué presto me olvidarás!

SILVIO.

De tí no llevo cuidado;
Que ya me habrás olvidado
Antes que parta y aun mas.

LAURA.

Dios te dé dicha en España,
Silvio.

SILVIO.

Bien es menester.
En fin, me voy á perder.

LAURA.

¿Por qué?

SILVIO.

Porque es tierra extraña.

LAURA.

Extraña de tu país,
Mas del mundo la mejor.

SILVIO.

Bien me estaba labrador.
Adios, Laura; adios, Paris.

(*Vanse.*)

—

Calle con vista exterior de la casa del Conde.

ESCENA XIII.

EL REY Y CÉSAR, *de noche.*

CÉSAR.

Próspero suceso ha sido.

REY.

Resultaron dos efetos,
César, notables entrambos.

CÉSAR.

Como de tu claro ingenio.

REY.

Lisarda, desengañada
De mi voluntad, ha puesto
Los ojos en Cárlos; Fénix
Ha mudado el pensamiento.

CÉSAR.

Claro está que si Lisarda
Tiene de Cárlos por cierto
Que es hijo del conde Arnaldo,
Tratará su casamiento,
Porque tiene prendas Cárlos
Para ponerle deseo,
Como con Fénix las tuvo
Para abrasarte de celos.

REY.

Díjome el Conde que estaban
Tan admirados y atentos,
Que apenas mostraron gusto
De saber que hermanos fueron.
Y es que como no sospecha
Lo que de Fénix sospecho,
Piensa que esta admiracion
Nació del mismo suceso.
Por lo menos, yo he pagado
A Cárlos lo que le debo
Casándole con Lisarda;
Y libre de celos puedo
Seguir la empresa de Fénix,
Que es el último remedio.
Esta es su casa del Conde.
Como grave amante vengo
Donde no puedo de dia.

CÉSAR.

Grande es tu amor.

REY.

Es inmenso.
¿Qué hora será?

CÉSAR.

Las once.

REY.

¡Que le sirva de consuelo
A un amante el ver de noche
Las ventanas de su dueño!

CÉSAR.

Como asiste el alma en él,
Descansa mas asistiendo
Mas cerca, Señor, del alma.

REY.

Notable desasosiego
En la hermosura de Fénix
Padece mi entendimiento.
Yo pienso que si llegase
A saber lo que padezco,
Que de otra suerte pusiese
A mis cuidados remedio.
No vivo, César, no vivo;
Y te confieso que siento
Que siendo quien soy, me tenga
En un estado tan necio.
¡Terrible pasion de amor!

CÉSAR.

Oye, Señor; que han abierto
La puerta de aquel jardin
Que sale al patio primero.

REY.

Mujer parece quien sale.

CÉSAR.

No es sin causa.

REY.

A verla llego.

(*Acercánse embozados á la puerta del jardin del Conde.*)

ESCENA XIV.

FÉNIX, EL NIÑO. — DICHOS.

FÉNIX.

Sola mi fortuna pudo
Obligarme á lo que vengo;
Pero perdiendo la vida,
¿Qué mayor fortuna temo?
Allí estan Cárlos y Silvio.

(*Acercáse á César.*)

Cárlos mio, llega presto,
Porque no es posible hablarte:
Sabe Dios lo que lo siento.
El Conde me está esperando.
Aquí te doy cuanto puedo:
Este es, Cárlos, nuestro hijo.
Bien sabe, Cárlos, el cielo
Que la fe de ser tu esposo
Obligó mi atrevimiento.
Soy tu hermana... así lo dice
Nuestro padre, así lo creo.

(*Al Niño.*)

Cárlos, vuestro padre es Cárlos.
Dadme los últimos besos.
Adios, mis ojos. Adios,
Cárlos; que me voy muriendo.

NIÑO.

¿Adónde me deja, madre,
Que hace escuro y tengo miedo?

FÉNIX.

Con vuestro padre, hijo mio.
Adios, Cárlos; que bien veo
Que no me puedes hablar.

(*Éntrase en el jardin.*)

ESCENA XV.

EL REY, CÉSAR, EL NIÑO.

REY.

¿Qué es esto, César, qué es esto?

CÉSAR.

Déjame llegar al niño,
No llore.

REY.

¡Extraño suceso!

CÉSAR. (*Al Niño.*)

Venid conmigo, mis ojos.

NIÑO.

¿Es él mi padre?

REY.

No creo
Lo que estoy viendo.

CÉSAR.

Señor,
No ha tenido buen efeto
Lo que habemos intentado.

REY.

Antes un milagro ha hecho,
Que ha sido, César, abrirme
Del alma los ojos ciegos.
Pensaba yo que queria
Fénix á Cárlos, haciendo
Para que no le quisiese
Invenciones que me han muerto,
Pues he venido á saber,
No solo que se quisieron,
Mas que segun el testigo
Se casaron de secreto.
¡Oh qué ocasion de venganza
Me habia ofrecido el cielo,
Si no fuera yo quien soy,
Y debiera á Cárlos menos!
Cárlos, César, me ha servido.
Ya que he llegado á estar cierto
De que Fénix es tan suya,
Ayudar á Cárlos quiero.
Toma ese muchacho en brazos,
Y el desengaño llevemos
De mi amor.

CÉSAR.

Cárlos, venid.

NIÑO.

No, no, señor caballero;
Que Lauro me ha de llamar,
Y no Cárlos.

CÉSAR.

¿A qué efeto?

NIÑO.

Porque si me llama Cárlos,
Me conocerá mi abuelo.

(*Vanse.*)

ESCENA XVI.

CÁRLOS Y SILVIO, *de noche.*

CÁRLOS.

Silvio, en la corte has estado,
Aunque en aldea nacido:
Pienso que habrás aprendido
A lo que estás obligado.
¿Sabes sus preceptos bien?

SILVIO.

Ya sé que se han de encerrar
En ver, oir y callar,
Cárlos, y en sufrir tambien.

CÁRLOS.

El mas importante olvidas.

SILVIO.

¿Cómo?

CÁRLOS.

No te has de espantar
De cuanto vieres pasar,
Porque á lo discreto midas
Los sucesos de las cosas
Y la multitud que encierra.

SILVIO.

Ya sé yo que nunca yerra
Quien sus fábulas hermosas
Mira sin admiracion;
Porque es querer ignorancia
Cifrar en corta distancia
Cosas que tan grandes son.
Si viese en Paris, Señor,
La cosa mas imposible,
La juzgaria posible
A la dicha y al favor.
Aunque villano me coges,
Ya ser cortesano emprendo:
Las repúblicas, entiendo,
Que son como los relojes;
Que el mismo gobierno corre,
De las mismas ruedas hecho,
Para el que se trae al pecho
Que para el que está en la torre.
Solo está la diferencia
En que cuesta mas cuidado
El grande que el limitado,
Mas gobierno y mas prudencia.

CÁRLOS.
Segun eso, y que ha lucido
En ese buen natural
La corte, á ocasion igual
Mi crédito te ha traido.
Laura un muchacho ha criado
Que has visto, nó sin malicia.

SILVIO.
Celos me dieron codicia
De averiguar su traslado.
No te espantes.

CÁRLOS.
Ni era justo,
Yo vengo por él, que soy
Su padre, y tú desde hoy
Su ayo.

SILVIO.
De serlo gusto,
Y de estar desengañado
Que Laura, en fin te ha querido.

CÁRLOS.
De Laura este niño ha sido,
Y como tal le ha criado.

SILVIO.
¡Ah, Laura! qué bien se via
Que el palacio te agradaba,
Que fingida me engañaba
Y matrimonio queria!

CÁRLOS.
Pues ¿cómo? ¿Admirarte quieres?
No es lo que los sabios hacen.

SILVIO.
Dos cosas desde que nacen
Saben todas las mujeres.

CÁRLOS.
¿Y son?

SILVIO.
Bailar y engañar.

CÁRLOS.
Silvio, contra los precetos
Hablas; los tres mas discretos
Son ver, oir y callar.
Tú ¿no lo dijiste ansí?

SILVIO.
Sí dije.

CÁRLOS.
Pues oye y calla.

ESCENA XVII.

UN CAPITAN, SOLDADOS.—DICHOS.

CAPITAN.
Aquí dicen que ha de estar.

SILVIO.
Gente viene.

CÁRLOS.
Aquí te aparta.

CAPITAN.
¿Qué gente?

CÁRLOS.
Criados somos
Del Conde.

CAPITAN.
¡A estas horas andan
Fuera de casa!

CÁRLOS.
¿Qué importa,
Si es la puerta de su casa?

CAPITAN.
¿Es Cárlos?

CÁRLOS.
El mismo soy.

CAPITAN.
Pues dadme, Cárlos, las armas;
Que os manda prender el Rey.

CÁRLOS.
¡A mí!

CAPITAN.
A vos.

CÁRLOS.
¿Por qué?

CAPITAN.
No mandan
Los reyes dar la razon
Por qué prenden.

CÁRLOS.
¡Cosa extraña!
Entra, Silvio, y dile al Conde
Que el capitan de la guarda,
Por órden del Rey, me prende.

SILVIO. (*Ap. á Cárlos.*)
Si has hecho cosa tan mala
Que te cueste vida y honra,
Saquemos, Cárlos, la espada;
Que es mejor honrosa muerte
Que la vida con infamia.

CÁRLOS.
Estoy inocente, Silvio.

SILVIO.
Pues yo diré lo que pasa.

CÁRLOS. (*Al Capitan.*)
Sola esta espada he traido:
Pues me la pedís, tomadla;
Que quien con ella le sirve
No pienso yo que le agravia.

CAPITAN.
Esto me ha mandado el Rey.
Vamos.

CÁRLOS. (*Ap.*)
Sin duda es la causa
Haber sabido que Fénix
Es mi mujer y mi hermana.
(*Vanse.*)

—

Sala en el Real palacio.

ESCENA XVIII.

EL REY, LISARDA, CÉSAR.

REY.
Mucho me agrada, Condesa,
Tu intento; pero no creo
Que podrá ya tu deseo
Salir con tan justa empresa.

LISARDA.
De haberte dicho me pesa
Que pagando su aficion
He tenido inclinacion
A Cárlos para casarme,
Viendo que quieres negarme
Cosa tan puesta en razon
¿No es Cárlos hijo del conde
Arnaldo? Luego es mi igual;
Porque, con ser natural,
A su valor corresponde.
De aquí imagino que donde
Hubo fuego, como en tí,
Aun hay reliquias; que aquí
Lo que es justo concedieras,
Si envidia dél no tuvieras,
Y agora celos de mí.

REY.
Engañada estás, Lisarda;
Y pésame que á tu boca
Salga presuncion tan loca.

LISARDA.
Pues ¿qué es lo que te acobarda
Para no casarme?

REY.
Aguarda;
Que muy presto lo sabrás.

CÉSAR.
Señora, engañada estás;
Porque si posible fuera,
El Rey á Cárlos te diera,
Aunque tú mereces mas.

ESCENA XIX.

EL CAPITAN, CARLOS, SOLDADOS.—DICHOS.

CAPITAN.
Aquí, Señor, he traido,
De donde mandaste, preso
A Cárlos.

REY.
¿Que allí le hallaste?

CAPITAN.
Sí, Señor.

LISARDA.
¡Preso! ¿Qué es esto?

CÁRLOS.
Aquí vengo, gran señor,
Preso, aunque inocente vengo.

REY.
¿Inocente?

CÁRLOS.
Ya sé yo
Que están los hombres sujetos
A testimonios, á envidias
De enemigos, y aun de deudos.
Algo te han dicho de mí,
Que si me escuchas primero...

REY.
No, Cárlos, no quiero oirte.
Yo sé la causa que tengo.

LISARDA.
¿Quiere decírmela á mí
Vuestra alteza? Esto le ruego
Por todo el amor pasado.

REY.
Lisarda, es cierto secreto
Que he de decir á su padre,
Y Cárlos y yo sabemos.

CAPITAN.
¿Dónde manda vuestra alteza
Que lleve á Cárlos?

CÁRLOS. (*Ap.*)
Hoy llego
De mi vida al postrer punto.

REY.
Esté por agora puesto
En la torre de palacio.

ESCENA XX.

EL CONDE, FENIX, LAURA, CRIADOS.—DICHOS.

FÉNIX. (*A su padre.*)
Cuando esto parezca extremo
De amor, ser padre es disculpa.

CONDE.
Fénix, temeroso llego.
Supe la prision de Cárlos, (*Al Rey.*)
Y á vuestra alteza confieso
Que fué milagro en mis años
No quedarme entonces muerto.
¡Cárlos preso á tales horas!

FÉNIX.
Señor, como hermana, puedo
Decir que en toda mi vida
Tuve mayor sentimiento.

REY.
Y ¡cómo, Fénix! ¿Quién duda
Que lo habréis sentido?

CONDE.
Creo

Que estáis, Señor, olvidado,
Con los cuidados del reino,
No del servicio de Cárlos,
Sino de nuestro concierto.
¿Sabeis lo que me dijistes?

REY.

Sí, Conde, todo lo entiendo.
Sé que Cárlos me ha servido
Y que la vida le debo;
Sé que os dije que gustaba,
Para cierto pensamiento,
De que dijésedes, Conde,
Que era Cárlos hijo vuestro.

CONDE.

Señor, aunque no es mi hijo,
Que sepais (y es justo) quiero
Que por hijo de mi hermano
En tal opinion le tengo.
Mi amor es notable á Cárlos;
Pero pues vos le habeis preso,
Confesando que la vida
Le debeis, yo me resuelvo
A ser su mismo verdugo.

REY.

El delito, yo os confieso
Que tiene alguna disculpa;
Pero ya sabeis que debo
Hacer justicia. Soy rey.

CONDE.

Señor, si acaso merezco,
Por canas y por servicios
A vuestros padres y abuelos,
Saber lo que es, os suplico
Me lo digais.

REY.

Antes pienso
Haceros, Conde, júez.

CONDE.

Pues si lo soy, os prometo
Que no tenga el padre alcalde,
Pues no lo soy.

REY.

Oidme atento.
Aquí se quejan que Cárlos,
Desleal y de amor ciego,
Con la hija de un amigo
Se ha casado de secreto,
Y que tiene della un hijo;
Que fué testigo tan cierto,
Que le he examinado yo.
¿Paréceos que es bien con esto
Que porque me dió la vida
Y lo sabe todo el reino,
Deje yo de hacer justicia?

CONDE.

Señor, siendo vos mancebo,
¿Juzgais delitos de amor
Con tanto desabrimiento?
Ese rigor, esa furia
Dejadla para los viejos,
Que ya con helada sangre
No saben que no lo fueron.
¿Quién puede ser ofendido
En el honor, que á desprecio
Tenga el dar su hija á Cárlos,
Mi sobrino y vuestro deudo?
Que sabeis que yo lo soy.

REY.

Eso no es ser júez recto.
Mas pareceis abogado.

CONDE.

Señor, si cuando yo temo
Que ha sido Cárlos traidor,
O que a algun príncipe ha muerto
Veo un delito de amor,
¿Qué he de hacer?

REY.

César, traed luego
El testigo.

CÉSAR.

Voy por él. (*Vase.*)

CONDE.

¿Qué testigo? Que os prometo
Que yo en cosas naturales
Del primer bozo me acuerdo.
Nunca juzgo por las canas.

ESCENA XXI.

CÉSAR, *con el* NIÑO.—DICHOS.

CÉSAR.

Aquí está el testigo.

CONDE.

El cielo
Le guarde. ¡Qué buen testigo!
Yo á lo menos ya estoy tierno,
Y casi de verle lloro.
¿Es posible que su abuelo
Pide justicia de Cárlos,
Mirando un ángel tan bello?

REY.

¿Perdonarádesle vos,
Buen Conde, si fuera vuestro?

CONDE.

Y pienso echarme á los piés
Del ofendido soberbio.

REY.

Mirad lo que decís, Conde;
Que es el niño nieto vuestro.

CONDE.

Pues, Señor, lo dicho dicho.
En los brazos me le llevo.

REY.

Cárlos, vos sois condestable
De Francia; á Lisarda ruego
Que trueque á Cárlos por César.

SILVIO.

Pues yo con Laura me quedo,
Ya que el niño tiene padre.

LISARDA.

Lo que es tu gusto obedezco.

CÁRLOS.

¿Quién podrá alabar, Señor,
Tu valor y entendimiento?

FÉNIX.

Quien supiere cuánta dicha
Fué siempre *Servir á buenos*:
Con que la comedia acaba,
Senado, á servicio vuestro.

AMAR SIN SABER A QUIÉN.

PERSONAS.

DON FERNANDO.	SANCHO, *preso.*	LEONARDA, *dama.*	UN ALCAIDE.
DON PEDRO.	CESPEDOSA, *preso.*	INÉS, *criada.*	ALGUACILES.
DON JUAN DE AGUILAR.	ROSALES, *preso.*	LIMON, *criado.*	PRESOS.
DON LUIS DE RIBERA.	LISENA, *dama.*	UN ESCRIBANO.	

La escena es en Toledo y extramuros.

ACTO PRIMERO.

Alto del castillo de San Cervántes, á vista de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

Ya estamos en el castillo
De San Cervántes.

DON PEDRO.

Y aquí
Diré lo que allí sentí,
Pues aquí puedo decillo. (*Mete mano.*)

DON FERNANDO.

¿Con la espada respondeis?

DON PEDRO.

Solo con acero puedo,
Que es la lengua de Toledo,
A quien vos agravio haceis.
La brevedad es de sabios,
La dilacion siempre enoja:
Respondo en sola una hoja
Al libro de mis agravios.

DON FERNANDO.

En agravios tan pequeños
Es resuelto el responder,
Y hay libros que suelen ser
Libelos para sus dueños.

DON PEDRO.

Sacad la espada.

DON FERNANDO.

Mirad
Que estará la culpa en vos,
Y que ya estamos los dos
Muy léjos de la ciudad.

ESCENA II.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Aunque mal agüero sea,
¿Cómo es posible excusallo?
Pues nó es justo que á caballo
Reñir estos hombres vea;
Que parecen caballeros.

DON FERNANDO.

A tanta resolucion
Ya responde la razon
Que se infaman los aceros.
(*Riñen; cae don Pedro, y sale don Juan, de camino.*)

DON PEDRO.

¡Ay!

DON JUAN.

Ténganse.

DON FERNANDO.

¿Para qué?

DON JUAN.

Pasóle todo el aceró.

DON FERNANDO.

Esto es hecho. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN; DON PEDRO, *en el suelo.*

DON JUAN.

¡Ah, caballero!
No habla. —El otro se fué,
Y confuso me dejó.
¿Qué haré? Dios contigo sea.—
¿Quién habrá que ya no crea
Que yo le he muerto? Espiró.
Vengo de Sevilla aquí
A matar un caballero,
Y al entrar ¡hallo este agüero!
No lo será para mí;
Que si me avisa y humilla
Dios con ponerme este miedo,
Antes de entrar en Toledo,
Quiero volverme á Sevilla.
En llegando mi criado,
Doy la vuelta á Orgaz. — ¿Qué es esto?
La mula en salvo se ha puesto.
¿Si el matador la ha llevado?
Cruel con entrambos fué,
Sobre pagar mal mi celo;
Que al uno deja en el suelo,
Y al otro ha dejado á pié.

ESCENA IV.

ALGUACILES, UN ESCRIBANO.—DICHOS.

UN ALGUACIL.

Téngase al Rey.

DON JUAN.

Por fuerza he de tenerme,
Y detenerme ya será forzoso,
Pues el que dió la muerte, cauteloso,
La mula me ha llevado en que venia.

EL ESCRIBANO.

¡Bueno es hablar con esa gallardía!
Un hombre muerto en el real camino,
Y ¡nos quiere decir que ahora vino!

EL ALGUACIL.

Por Dios, señor Mendoza, que el difun-
Es don Pedro Ramirez. [to

ESCRIBANO.

Es sin duda.
Hasta el color del rostro se le muda.

DON JUAN.

En desdichado y desgraciado punto
Vine á Toledo.

ALGUACIL. (*A sus compañeros.*)

Asilde bien.

DON JUAN.

Teneós.

ALGUACIL.

No nos venga á vender ricos trofeos.
Muestre la espada.

DON JUAN.

Hidalgos, poco á poco.

ESCENA V.

LIMON, *de camino.*—DICHOS.

LIMON.

Desde que vi la gente vengo loco.—
¿Qué es esto?

DON JUAN.

¿Dónde, necio, te has quedado?

ALGUACIL.

¿Quién es aqueste mozo?

DON JUAN.

Es mi criado.

LIMON.

Traigo una mula engerta en dromedario,
Que á puros sonsonetes me ha traido,
Sin ser tono, mudado el calendario.

ALGUACIL. (*A sus compañeros.*)

Asid aqueste.

LIMON.

¡A mí, que aun no he venido!

DON JUAN.

Señores, si probar es necesario
Mi inocencia, y no basta mi vestido,
Mis plumas, mis espuelas y mis botas,
Vamos á la ciudad.

LIMON.

¿Qué te alborotas?
Toma tu mula, y vamos, pues es llano
Que eres un caballero sevillano.

DON JUAN.

Della bajé para sacar la espada
Y ponerlos en paz, y una estocada
Anticipó, Limon, mi buen deseo.
Cayó el uno, y el otro, á lo que creo,
Subió en mi mula, y apretó de suerte,
Que me dejó la culpa de su muerte.

LIMON.

Trocar alguna joya, alguna espada,
Algun caballo á otro es buen concierto;
Mas no trocar la mula por un muerto.

ALGUACIL.

Abrevien, vayan presos, no hay a extre-
Que allá podrán hablar. [mos;

DON JUAN.

¡Bien medrarémos!
La maleta y la mula me ha llevado,
Y por él en la muerte voy culpado
De un hombre que le vi despues de
[muerto.

LIMON. (*A los alguaciles.*)

¿Voy preso yo tambien?

ESCRIBANO. (*A don Juan.*)

Eso no es cierto.

LIMON.
¡Ah, doncella!
¿Qué busca en la cárcel ella?
¡Qué dichoso en ella está!

INÉS.
Señor preso, un caballero...

LIMON.
Yo soy.

INÉS.
Que ya le han sacado.

LIMON.
(*Ap.* ¡Por Dios, que me la ha pegado!
Hablarla en mi lengua quiero.)
Toledana (que hasta hoy
No hubo necia toledana),
Claro sol, linda mañana
De aquesta noche en que estoy:
Yo soy un cierto criado
De un caballero tan nuevo
En la cárcel, que me atrevo
A decir que no ha llegado.
Si te agradase mi talle
Y te dolieses de mí
(Que no es el que traigo aquí
El que suelo por la calle),
Herrarias esta cara,
Y este pecho acertarías.

INÉS.
Para las entrañas mias
Menos ocasion bastara.
En fin, ¿que no eres ladron?

LIMON.
¿Tengo yo cara de hurtar?

INÉS.
Vengo de prisa á buscar
Ese hidalgo á la prision,
Que es un cierto sevillano
Que por una muerte está.

LIMON.
¿Prendiéronle hoy?

INÉS.
Sí.

LIMON.
Pues ya
Le tienes como en la mano.
Yo soy de ese sol lucero.

INÉS.
¿Cómo?

LIMON.
Voy siempre adelante.
Pero deja que me espante
De que, siendo forastero,
Haya quien le busque aquí.
Si le quieres, aquel es.

INÉS.
Hablarle quiero, y despues
Te hablaré despacio á tí.
(*Hablan bajo.*)

ESCENA XII.

DON JUAN.—DICHOS.

DON JUAN.
Escuro laberinto, cárcel fuerte,
Sepultura de vivos afligidos,
Leona, cuyos hijos con bramidos
Salen á luz para vivir sin verte;
Sueño del tiempo, lazo de la muerte,
Seso de locos, rienda de perdidos,
Monstruo sin piés, cabeza sin oidos,
Dado donde el favor pinta la suerte:
No hay desdichas que puedan igua-[larte,
Si bien de la justicia eres el peso,
Y para bien vivir la mejor arte,
Tanto, que el sol, con ser con tanto [exceso
Libre, para salir de cualquier parte,
No quiere entrar en tí, por no estar pre-[so.

LIMON.
Aquí aguardándote está
Una dama, dama, en fin,
De otra dama serafin.

DON JUAN.
¡A mí, Limon! ¿Dónde está?

INÉS.
Aquí, Señor, he venido
A ver vuestro talle y cara.

DON JUAN.
En mis desdichas repara,
Pues sin culpa me han prendido.

INÉS.
No sin causa mi señora
Se ha enamorado de veros,
Tanto, que intenta quereros
Y serviros desde agora.
Desde la ventana os vió,
Y este papel os envia.

DON JUAN.
Si es tanta la dicha mia,
¡Bien haya quien me prendió!
¿Cómo se llama esta dama?

INÉS.
No os puedo decir quién es;
Vos lo entenderéis, despues
Que esté segura su fama.

DON JUAN.
¿Que es de tanta calidad?

INÉS.
No os lo quiero encarecer.

DON JUAN.
Pues ¿qué la obliga á querer
Usar de tanta piedad?

INÉS.
Leed el papel; que en él
Sabréis mejor vuestra dicha.

DON JUAN.
De hierro fué mi desdicha,
Y mi dicha de papel.
(*Lee.*) «Al ruido de la gente que os »llevaba preso, me puse á la ventana, y »os vi galan, forastero, y de tan gallardo »talle, que me llevásteis los ojos mas »presos que á vos los alguaciles. Di»cenme que lo quieren estar mientras »vos lo estéis: servíos dellos y de esos »docientos escudos; que en la cárcel »que estamos los dos, vos los habréis »menester, y á mí me quedan muchos.»
—Yo he leido este papel.

LIMON.
Y yo el papel he escuchado,
Y es el papel muy honrado,
Y la que viene con él.
¿Adónde trae el dinero?

DON JUAN.
Calla, necio, enhoramala.
¿Qué dicha á mi dicha iguala?

LIMON.
La dicha del forastero,
Que no sé lo que se tiene.—
Diga, reina, ¿adónde está
Este dinero, que ya
Como de los cielos viene?

DON JUAN.
¿Quieres callar?

LIMON.
No, Señor.
Si la justicia nos quita
Nuestro dinero, permita
Tu nobleza ese favor.—
Muestre por su vida, y crea
Que hoy no habia qué comer.

INÉS.
¿Podré darlo?

LIMON.
¿Qué es poder?
Tengo poder, aunque sea
El tesoro veneciano.

DON JUAN.
Tómalo; que es necedad
Ser ingrato á su piedad
Y á su generosa mano.
¿Que no he de saber quién es?

INÉS.
Si vos sois agradecido,
Vos lo sabréis.

DON JUAN.
Y nacido
De buena sangre.

LIMON.
No estés
Deteniendo esta señora
En lo que no ha de decir.
Su merced se puede ir,
Y vuelva dentro de un hora
Con otro tanto dinero;
Que bien será menester.

INÉS.
Pues ¿no quieres responder?

DON JUAN.
Ha dado este majadero
En no me dejar hablar.
Digo que escribir querria;
Que no fuera cortesía
Tomar su carta y callar.
Allí en aquel aposento
He visto tinta y papel.

INÉS.
Yo sé que tendrá con él
Mi dueño tanto contento,
Que os deberé las albricias.

DON JUAN.
Yo voy. (*Va*[...]

ESCENA XIII.

LIMON, INÉS.

LIMON.
Pues solos quedamos,
¿Quieres que amistad hagamos,
Si un hombre honrado codicias?

INÉS.
Temo mucho un bellacon:
Paréceme que lo eres.

LIMON.
Siempre soleis las mujeres
Tener esa condicion.
Un lindísimo mancebo
Destos que dicen *accion*,
En substancia, *reduccion*,
Y todo vocablo nuevo;
Que como manteo guarnece
Hasta el cuello el chamelote,
Y con guedeja y bigote
Media máscara parece:
Destos que traen arquilla
Con sus ciertos badulaques,
Mas morisco en los alfaques
Que de Argel los ve la orilla,
¿Para qué puede ser bueno,
Sino un bellacon hombron,
Como rio socarron,
Mas hondo en lo mas sereno?
Este sí. Dime tu nombre;
Y pues amas quieren amos,
Los criados nos queramos.

INÉS.
¡Lindo pícaro es el hombre!
Él me va poniendo lazos.

No es de la jaula el que canta.

LIMON.

Di tu nombre.

INÉS.

El de la santa
Con el cordero en los brazos.

LIMON.

Como no crezca, el cordero
De tus brazos soy, Inés;
Mas si ha de crecer despues,
Huir de tus brazos quiero.

INÉS.

Tu nombre...

LIMON.

Suélese dar
En Castilla.

INÉS.

¿Qué es?

LIMON.

Limon.

INÉS.

¿Agrio?

LIMON.

Dulce en ocasion.

ESCENA XIV.

DON JUAN, *con un papel*.—DICHOS.

DON JUAN. (*A Inés.*)

Este le podréis llevar,
Y este diamante con él,
En fe de agradecimiento;
Y decilde que no siento
Mas de lo que digo en él.
Tomad vos estos doblones
De los que traido habeis.

INÉS.

A mi señora pondréis
La mitad destas prisiones.
Como el diamante, por ser
Prenda vuestra, y no el dinero.

DON JUAN.

Por la fe de caballero....

INÉS.

No hay que hablar.

LIMON.

No ha de querer.
Déjala, no seas cansado.
Si conoces su valor;
No lo tomará, Señor,
Si supiese...

INÉS.

Yo he tardado.
Decidme el nombre, y adios.

DON JUAN.

Bien lo quisiera callar;
Mas no lo puedo excusar
Por el bien que hace á los dos.
Don Juan de Aguilar me llamo.

INÉS.

Adios, mi señor don Juan.

LIMON.

Adios, reina.

INÉS.

Adios, galan.

LIMON.

Ya entiende cómo me llamo.
(*Vase Inés.*)

ESCENA XV.

DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

LIMON.

Ventura tuya.

DON JUAN.

¡Lindo papel!

LIMON.

Extremado.

DON JUAN.

Ya yo estoy enamorado
Desta mujer.

LIMON.

¡Aleluya!
Pues ¿sin verla?

DON JUAN.

Ya la vi.

LIMON.

¿Dónde?

DON JUAN.

En la imaginacion.

LIMON.

Siempre estas piedades son
Sospechosas para mí.
Dar dineros, y callar
El nombre, ¡malo!

DON JUAN.

¿Por qué?

LIMON.

¿Cuánto va que es vieja...

DON JUAN.

¿A fe?

LIMON.

Y que te quiere engañar?

DON JUAN.

¡Buen lance habrémos echado!
Volveréle su dinero.

LIMON.

¡Este lance á un forastero!...
¿Si es embuste?

DON JUAN.

Eso he pensado.

LIMON.

Hay unas viejas, en quien
No envejece el apetito,
Que darán por un mocito...
¡Cuerpo de tal!

DON JUAN.

Dices bien.

LIMON.

Una un tiempo me miraba,
Que ya cejas no tenia,
Y el color que se vestia
De ese mismo las pintaba.
Si de azul, azules eran;
Si de nácar, nacaradas;
Si de morado, moradas;
Si de verde, verdes.

DON JUAN.

Fueran
Cejas de sierpe, Limon.

LIMON.

Yo te digo la verdad.

DON JUAN.

Y ¿tuvistes amistad?

LIMON.

Dábame lindo doblon;
Y de aquí saco que á tí
Te han de pescar cejas verdes.

DON JUAN.

Por Dios, que no me lo acuerdes.

LIMON.

Y ¡cómo!

DON JUAN.

Los ojos sí;
Mas ¡las cejas!...

LIMON.

Ahora bien,
¿Qué has de hacer en tu prision?
Hoy te han de prensar, Limon.

DON JUAN.

Yo tengo favor.

LIMON.

¿De quién?

DON JUAN.

De don Luis de Ribera generoso;
Que es el Corregidor algo pariente
Del duque de Acalá, que fué dichoso
Remedio en la ocasion deste accidente.
Si le escribo, con ánimo piadoso,
Diciéndole que estoy tan inocente,
Me ha de sacar de la prision, remedío
Que de todo mi mal se pone en medio.
Que puesto que el tener justicia importe,
Es el favor la ejecucion mas breve.

ESCENA XVI.

EL ESCRIBANO, ALGUACILES, DON FERNANDO.—DICHOS.

UN ALGUACIL. (*A don Fernando.*)

Vuesamerced de réplicas acorte.
Tenga por bien que la verdad se pruebe.

DON FERNANDO.

Si me agraviaren, cerca está la corte.
Tráteme la justicia como debe.
Póngame en una torre.

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

ESCRIBANO.

El suceso, Señor, lo dirá presto.
El Alcalde mayor, señor hidalgo,
Manda que mire á este caballero,
Y reconozca si es el que dió muerte
A don Pedro en el campo.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ocasion fuerte!
Él es, por Dios; pero será bajeza
Decir que es él, aunque padezca en tanto
Que me disculpa la inocencia mia;
Que he visto en él nobleza y gallardía,
Y es lástima ponerle en tanto aprieto.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

El hombre me conoce: soy perdido.

DON JUAN.

Yo le he mirado bien y atentamente.
El otro era mas viejo y barbinegro,
Quebrado de color. Bien pueden darle
Su libertad á aqueste caballero.

ALGUACIL.

Vamos de aquí; que yo me huelgo mucho
Que el señor don Fernan lo esté inocen-
[te.

DON FERNANDO.

Dios os dé libertad, Señor, y aumente
Vuestra vida los años que deseo;
Que como por cristal el alma os veo.

DON JUAN.

Una palabra escuchad.

DON FERNANDO.

¿Qué es, Señor, lo que quereis?

DON JUAN. (*Ap. á don Fernando.*)

Que allá fuera os acordeis
De aquesta hidalga amistad.
No tuve de mí piedad
Para tenerla de vos;
Que me lastimo, por Dios,
De que os haya sucedido,
Como si hubiéramos sido
Amigos siempre los dos.
Yo os vi, como ya sabeis,
Y he fingido que no os vi,
Para padecer aquí
La culpa que vos teneis;
Y pues negar no podeis

Lo que allá me habeis llevado,
Suplícoos tengais cuidado
De unos papeles que habia:
Que con esta cortesía
Me daré por obligado.

DON FERNANDO.

No fuera justo negar
La verdad á un caballero
Como vos, y á quien espero
Tanta nobleza pagar;
Y pues estoy en lugar
De poder satisfacer
Yo lo que llego á deber,
Diré á voces que yo he sido
Quien mató...

DON JUAN.

Callad, os pido;
Que me echaréis á perder;
Porque diré que yo fuí,
Que es lo que negando estoy;
Y aunque vos digais *yo soy*,
Diré que lo haceis por mí.
No me deis la muerte así;
Sino, pues yo he de probar
No ser de aqueste lugar
Ni haber conocido el muerto,
Dejadme llegar al puerto
Porque no me anegue el mar.

DON FERNANDO.

Pues ¿cómo podré sufrir
Que padezcais deste modo,
Siendo yo culpa de todo?

DON JUAN.

Porque yo podré salir
Adonde os pueda servir,
Y no vos, que estáis culpado.

DON FERNANDO.

Tanto me habeis obligado,
Que os quiero besar los piés.

DON JUAN.

Aquí, don Fernando, es
El cumplimiento excusado.
Id con Dios; que los que os ven,
Ya sospechosos están.

DON FERNANDO.

Noble soy: creed, don Juan,
Que soy honrado tambien.

DON JUAN.

Mi prision se emplea bien
En un hombre como vos.

DON FERNANDO.

Yo espero en Dios que los dos
Nos habemos de pagar.

LIMON.

No déis mas que sospechar.

DON JUAN.

Adios, don Fernando.

DON FERNANDO.

Adios.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XVII.

LEONARDA, INÉS.

LEONARDA.

¿Que es tan gallardo?

INÉS.

En mi vida
Vi mancebo tan galan.
En fin, se llama don Juan...
Su apellido se me olvida...
—Pienso que dijo Aguilar.
¡Válgame Dios! Si le vieras!

LEONARDA.

¿Hablas de veras?

INÉS.

Pudieras
Darle en mil almas lugar.
¡Qué talle! Qué bizarría!
¡Qué limpieza!

LEONARDA.

¿Vienes loca?

INÉS.

Pues por la parte que toca
A humildad y cortesía,
No tengo yo entendimiento
Para pintarte sus gracias.

LEONARDA.

¡Que vengan tales desgracias
A tanto merecimiento!
Y á un hombre de tantas prendas,
Y viniendo de camino,
Prenderle, ¿no es desatino?

INÉS.

Para que mejor lo entiendas,
Toma este papel; que en él
Verás si tengo razon.
Pues no hay mayor discrecion
Que escribir bien un papel.

LEONARDA.

¿Dos me das?

INÉS.

Viene aforrado
De un papel de don Luis,
Que me dió ahora Dionís,
Su secretario y criado.

LEONARDA.

Quita allá.

INÉS.

¿Tanto desden?

LEONARDA.

Cánsanme desigualdades.

INÉS.

Mujeres y voluntades
Hablan mal y quieren bien.

LEONARDA.

¡Yo á don Luis!...

INÉS.

Pues no mirabas
Mal á aqueste caballero.

LEONARDA.

Su nobleza considero,
Si de ser noble le alabas,
A que se debe respeto;
Pero ¿qué me importa á mí?

INÉS.

Lee los dos, para que así
Juzgues cuál es mas discreto.

LEONARDA.

Por el que me importa menos
Comienzo.

INÉS.

¡Muy bien, por Dios!
Pues yo pienso que á los dos
Los hemos de dar por buenos.

LEONARDA. (*Lee.*)

«Quien ofende con amores, ¿qué disculpa dará de su atrevimiento? Que si amor la da á todos, y yo os ofendo con él, mal podré dar la ofensa por disculpa. No es este el daño, sino que yo porfío contra los desengaños, pagándoles mal el hacerme bien; pero ¿cómo los ha de creer quien tiene por bien el mal? No os pese de que os ame, aunque os pese de que os escriba; que en lo primero no puedo mas, y lo segundo nace de lo primero.»

INÉS.

Bien está dicho.

LEONARDA.

¡Muy bien!
¡Galan cortés! En efeto,
Un caballero discreto.

INÉS.

No lo es poco tu desden.

LEONARDA.

Leo á don Juan de Aguilar.

INÉS.

Con azúcar en la boca
Le has nombrado.

LEONARDA.

Calla, loca.
Sin conocer no hay amar.
(*Lee.*) «Paréceme, Señora, que
»sois quien me habeis preso, pues
»hay cárcel como la obligacion, y pr
»base en que desta podré salir, y de
»otra es imposible. La justicia ha err
»en esto, pues me prende á mí, que
»he muerto á este hombre, y os dej
»bre á vos, que me habeis muerto á
»pues no se ha oido en el mundo
»hayan dado á nadie docientos esc
»de veneno.»

INÉS.

¿No dice mas?

LEONARDA.

¿Qué pudiera
Decir mas, siendo papel?

INÉS.

Donaire tiene.

LEONARDA.

Si en él
La gracia se considera,
Don Juan ha mostrado bien
Su divino entendimiento.
Ya vive en mi pensamiento,
Ya empiezo á querelle bien.

INÉS.

Que es gallardo, fia de mí.

LEONARDA.

Mas parece desatino.
¿Qué tengo yo, que me inclino
A lo que en mi vida vi?
Fuera me trae de mí
Cosa que no sé lo que es.
¿Qué veneno es este, Inés,
Que me da don Juan por tí?

INÉS.

Alabarle, ¿qué importó?

LEONARDA.

¡Oh, cielo, tú me inquietas!
Oh, estrella! ¿que á amar sujetas
Lo que nunca el alma vió?
Vuelve allá.

INÉS.

¿Yo?

LEONARDA.

¿Por qué no?

INÉS.

¿A qué tengo de volver?

LEONARDA.

Como que le vas á ver.
Y lleva aqueste retrato,
Que desta cinta desato.

INÉS.

Pues ¿qué pretendes hacer?

LEONARDA.

Enamoralle de mí.
Busca industria con que pueda
Mostrárserle, sin que excedas
De mi honor...

INÉS.
¿Estás en tí?

LEONARDA.
Inés, sin verle le vi,
Y pienso verme con él,
Si las partes que hay en él,
Por sola tu informacion,
Llenan la imaginacion,
Que es el mas diestro pincel. —
¿Qué me miras divertida?
Yo le tengo de querer.

INÉS.
Miraba que eras mujer
Mas fuerte, mas resistida.
Tú serás de mí servida;
Y pues esto va adelante,
Toma este rico diamante
...ue me dió.

LEONARDA.
¿Para mí?

INÉS.
Sí.

LEONARDA.
...sto mas?

INÉS.
Él quiere así
...ostrarte que es firme amante.

LEONARDA.
...arte, Inés, á la prision;
...orque este hombre ha de ser
...bien, y yo su mujer,
... de los dos perdicion.

INÉS.
...y allá cierto Limon,
...gridulce sevillano...

LEONARDA.
...Criado?

INÉS.
Y gran cortesano.

LEONARDA.
...me pierdo, considera
...e tú has sido la tercera,
... el primer papel mi hermano
(*Vanse.*)

—

Cárcel.

ESCENA XVIII.

...ON JUAN; DON LUIS, *con hábito de Santiago.*

DON LUIS.
...a casa de Alcalá
...go obligacion y deudo:
... recibiendo el papel,
...e á la cárcel á veros.
...ego que os prendieron supe
...mas de vuestro suceso;
...uando fuera verdad,
...se prueba ni lo creo.
...o vos podeis creer
...e tengo de ser el preso
...ta que vos estéis libre.

DON JUAN.
...o mil veces el suelo
...nde poneis los piés.

DON LUIS.
...Juan de Aguilar, tenéos.

DON JUAN.
...a Luis de Ribera ilustre,
...aros del cielo espero;
...e pues en el cielo hay agua,
...éis ribera del cielo.
...a ribera del mar
... vuestro merecimiento
...ga mi humilde barquilla,
Rota de velas y remos:
Dadle puerto en vuestros piés.

DON LUIS.
Cuando veais que yo os llevo
Por la puerta de la cárcel,
Vendrá bien llamarme puerto. —
¡Alcaide! (*Llamando.*)

ESCENA XIX.

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL. — DICHOS.

ALCAIDE.
¡Señor!...

DON LUIS.
Don Juan
¿Tiene igual el aposento
A su valor?

ALCAIDE.
El mejor
Le he dado.

DON LUIS.
Está muy bien hecho.
Traigan cama de mi casa.
Hablaré á mi padre luego,
Para que á los dos ayude,
Pues los dos estamos presos.

DON JUAN.
Vuelvo otra vez á poner
La boca en el mismo sello
De la estampa de esos piés.

DON LUIS.
Vuestra libertad deseo.
(*Vase don Luis, y el Alcaide con él.*)

ESCENA XX.

LIMON; *y luego,* INÉS. — DON JUAN.

LIMON.
Que ya se fuese deseaba.

DON JUAN.
¿Como?

LIMON.
Otra dicha tenemos:
La dicha Inés.

DON JUAN.
¡Bueno va!
(*Sale Inés.*)

LIMON. (*A Inés.*)
Llega, flor del mundo.

INÉS.
Llego
A esos piés.

DON JUAN.
¡Cómo, á esos piés!
Llega á estos brazos, al pecho,
Al alma.

INÉS.
Paso, Señor;
Que en los botones enredo
Una cinta de un retrato,
Que á cierto platero llevo.

DON JUAN.
¡Retrato! ¿Cómo? ¿De quién?
Mostrad.

INÉS.
De quien, por lo menos,
Os quiere mas en el alma.

DON JUAN.
¿De vuestra señora?

INÉS.
Entiendo
Que sois hechicero.

DON JUAN.
¿Yo?

INÉS.
Sí; que la teneis sin seso.

DON JUAN.
Mostrad.

INÉS.
Eso no, don Juan;
Que conoceréis al dueño.

DON JUAN.
¡Yo! ¿Cómo pues, si en mi vida
Estuve, Inés, en Toledo?
Esta es la casa primera
Que por mi desdicha veo:
Las damas, los galeotes
Desta imágen del infierno;
Los verdugados, sus grillos;
Las pendencias, sus requiebros;
Ambares, sus calabozos;
Melindres, sus juramentos.

INÉS.
Ahora bien, yo estoy de prisa.
Miralde, y pártome luego;
Que pasando por aquí,
Fuera ingratitud no veros.

DON JUAN.
¿Hay belleza semejante?
¿Hay ángel, fuera del cielo,
Con este rostro?

LIMON.
A ver, muestra.
¿No tiene aquí, mas ó menos,
Cuarenta años?

INÉS.
¿Cómo qué?
Ni aun quince no tiene enteros.

LIMON.
¡Oh quién hurtara este ángel!

INÉS.
Mucho, don Juan, me detengo.
Mostrad.

DON JUAN.
Eso no, mis ojos.

INÉS.
¡Cómo no? ¡Vos haceis esto!

DON JUAN.
Dejádmele; que yo haré
Que le aderece un platero
Que está aquí preso en la cárcel.

INÉS.
Y ¿vos no veis que si vuelvo
Sin él?...

DON JUAN.
No paseis de ahí.
Decidle que yo le tengo.

INÉS.
Ahora bien, por vos me pongo
A peligro manifiesto
De enojar á mi señora.
Pero mirad que no puedo
Dejarle mas de por hoy.

DON JUAN.
Mañana os le vuelvo.

INÉS.
¿Cierto?

LIMON.
Yo salgo por su fiador.

INÉS.
Pues adios.

DON JUAN.
Decid al dueño
Que lo es de toda mi vida.

LIMON.
Y yo ¿qué soy?

INÉS.
Si tenemos
Amistad, serás Limon
De amor, con agrio de celos.

LIMON.
¡Andújar!

INÉS.

¡Qué gran bellaco! (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.

¡Lindo rostro!

LIMON.

Por extremo.

DON JUAN.

Aquí no hay cejas azules
Ni disfrazados cabellos.
¡Bella boca!

LIMON.

Es sangre pura.
Pero ¿sabes que sospecho,
Que todo aquesto es engaño?

DON JUAN.

¿Engaño? No. Yo estoy muerto.

LIMON.

¿Sin verla?

DON JUAN.

Pues ¿por qué no?

LIMON.

Los filósofos dijeron
Que no puede haber amor
Donde no hay conocimiento.

DON JUAN.

Tú ¿has visto un monte de oro?

LIMON.

No, Señor.

DON JUAN.

Probarte puedo
Que le puedes amar.

LIMON.

¿Cómo?

DON JUAN.

Pensando un monte de aquellos
Que has pasado, y luego el oro
Que has visto, y formando dellos
Un monte de oro en tu idea.
Y así, yo formada tengo,
De mujer y de hermosura,
El ángel que adoro y quiero.

ESCENA XXII.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO.

No penseis, señor don Juan,
Que puedo pasar sin veros.
¿Cómo va de prision?

DON JUAN.

Bien,
Pues en la prision os veo.

DON FERNANDO.

¿Hay necesidad?

DON JUAN.

Ninguna;
Que me ha socorrido el cielo
Con un ángel, que me vió
Traer á la cárcel preso.

DON FERNANDO.

¿Haos regalado?

DON JUAN.

Y me ha dado
Docientos escudos.

DON FERNANDO.

¡Bueno!

DON JUAN.

Estoy muy favorecido,
Y lleno de mil deseos.

DON FERNANDO.

¿Sin verla?

DON JUAN.

He visto un retrato.

DON FERNANDO.

Mostrad á ver.

DON JUAN.

Eso quiero,
Porque me digais quién es.
Tomad.— ¿De qué estáis suspenso?

DON FERNANDO.

No conozco yo esta dama.

LIMON.

¿Dígolo yo?

DON JUAN.

Por lo menos,
Los escudos son verdad.

DON FERNANDO.

Adios; que á colgaros vengo
Un aposento. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.

Limon,
¿Qué es esto?

LIMON.

Pienso que has hecho
Necedad...

DON JUAN.

¿Cómo?

LIMON.

En mostralle.

DON JUAN.

Descolorido se ha puesto.

LIMON.

¿Cuánto va que es su mujer?

DON JUAN.

Ya le ha visto, no hay remedio.

LIMON.

¡Qué presto se le enseñaste!

DON JUAN.

Las desdichas vienen presto.

LIMON.

Pero si lo hiciere mal,
Dirémos que al hombre ha muerto.

DON JUAN.

Pésame por la mujer.

LIMON.

Y á mí por Inés; que pierdo
Una fregona palpable,
Sin retrato ni embelecos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON LUIS.

DON JUAN.

En tantas obligaciones,
¿Quién os sabrá responder?

DON LUIS.

Si diferencia ha de haber,
Ha de ser en las prisiones;
Que vos habeis de tenellas
En el cuerpo, y yo en el alma.

DON JUAN.

Quien á Grecia dió la palma,
No conoció las estrellas.
Ellas deben de infundir
Esta fuerza en la amistad.

DON LUIS.

Su mentira ó su verdad
Suele el cielo prevenir.
Cástor y Pólux amigos,
Convertidos en estrellas,
De las influencias dellas
Son los mayores testigos.
La una se ve nacida
Donde la otra espiró,
Y así Virgilio pintó
De las dos la muerte y vida.

DON JUAN.

Los ejemplos del amor
Muestran bien, con la experiencia,
Celestial correspondencia
Que les influye calor.
Mas como Fidias solia,
En mármoles que labraba,
Poner el nombre que amaba,
Del amigo que tenia;
Así, en todas mis acciones
A poneros me obligais,
Porque se entienda que obrais
Mis propias obligaciones.

DON LUIS.

Don Juan, yo os tengo aficion,
Y en las obras la veréis.
No quiero que os obligueis,
Donde es fuerza la prision,
Porque no valdria el contrato,
Della os sacaré bien presto;
Que va el pleito bien dispuesto.

DON JUAN.

Si os fuere, Señor, ingrato,
Que pierda el ilustre honor
Que me ha dado el apellido,
Que tantos siglos ha sido
De inestimable valor,
Y asimismo la crianza
De la casa de Alcalá,
En cuya Ribera está
El puerto de mi esperanza.

DON LUIS.

Triste os tendrá la prision.
Quiero esta noche sacaros
Adonde podais holgaros;
Que tengo cierta ocasion,
Y quiero que la veais,
O que la oigais por lo menos.
Y porque en gustos ajenos
Menos invidia tengais,
No pienso que faltarán
Donde os pueda entretener.

DON JUAN.

Cierto será, que han de ser
Como de hombre tan galan.

DON LUIS.

¡Alcaide!

ESCENA II.

EL ALCAIDE.—DICHOS.

ALCAIDE.

Señor...

DON LUIS.

Aquí
Vendrá Dionis á las nueve
Por don Juan.

ALCAIDE.

Digo que lleve
Dionis la cárcel, y á mí,
Si de algun provecho soy.

DON LUIS.

Bien me le podeis fiar;
Que yo le sabré guardar,
Pues yo por su guarda voy.

(*Vanse don Luis y el Alcaide.*)

ESCENA III.

DON JUAN.

Feroz leon la planta, fiera en vano,
Atravesada de la dura espina,
Muestra al esclavo, y á curarle inclina,
Humilde el inhumano, al sabio humano.
Véle despues salir en el romano
Anfiteatro, y que á morir camina,
Y paga la piadosa medicina,
Rendido al pié que le curó la mano.
Pues si humilla un leon tanta fiereza,
¿Quién hay que corresponda con mal [trato
A quien debe piedad, honra y nobleza?
Siendo un leon de la amistad retrato,
Corrida puede estar naturaleza [grato.
El dia que ha formado un hombre in-

ESCENA IV.

LIMON.—DON JUAN.

LIMON.
espues que estás tan privado
on el hijo del señor
orregidor, el humor
orre, don Juan, mas templado.
Qué hay de aquella buena vieja
ue con retratos te engaña?

DON JUAN.
l alma me desengaña,
de tu engaño se queja.
muestra aquí que ha cumplido
ince años.

LIMON.
Si es así,
sto que decir oí
niñas huelen al nido,
sazon estás gozando
dulce para querer.
debe de ser mujer
tu amigo don Fernando;
de quince años, no fuera
da y libre.

DON JUAN.
No sé.
me muero, y no tendré
medio.

LIMON.
¡Extraña quimera!
cosas que no se ven,
han de amar?

DON JUAN.
No puedo mas.

LIMON.
se habrá visto jamás
r *sin saber á quién.*

DON JUAN.
lo mismo me escribe.

LIMON.
ntos papeles van ya?

DON JUAN.
te.

LIMON.
Pues ¿no te dirá
ombre ni adónde vive?

DON JUAN.
n amigo me contara
s al fin los que aman ven)
amaba sin ver á quién,
loco le confirmara.

LIMON.
n portugués que lloraba,
guntaron la ocasion:
pondió que era aficion,
e enamorado estaba.
remediar su dolor,
Le preguntarón de quién;
Y respondió: «De ninguem;
Mas choro de puro amor.»
Como este vienes á ser.
Ea, llora, aunque no sabes
Por quién.

DON JUAN.
Las dulces y graves
Palabras desta mujer
Sirven de flechas crueles
En los papeles que alabo.

LIMON.
Basta; que eres como pavo,
Que te asan entre papeles.
¿Si quiere enseñarse á amar
Esta primeriza dama
Con un preso? que honra y fama
Por fuerza le ha de guardar.
Enséñanse los barberos
En los frailes á rapar;
Esta se quiere enseñar
Entre presos caballeros;
Que esto que ves que te da,
Es treta de cazador
Para pescarte mejor,
Si despues te coge allá.

DON JUAN.
No lleva esta traza, no;
Que los regalos son mas
Que podré pagar jamás.

LIMON.
Pues ¿qué es esto?

DON JUAN.
¿Qué sé yo?

LIMON.
Ahora bien, déte dineros,
Y nunca se deje ver.

DON JUAN.
Tomarlos de una mujer
No es de honrados caballeros.

LIMON.
Y ellas ¿no toman?

DON JUAN.
Nacimos
Para servirlas.

LIMON.
Porque
Su carne primero fué
La costilla que les dimos,
Y no fué la mas angosta.
Pero quien dió la costilla,
No tengo por maravilla
Que se obligase á la costa.
Con Adan se han disculpado
Mil maridos.

DON JUAN.
¿De qué suerte?

LIMON.
¿No le dió, por nuestra muerte,
Eva aquel triste bocado?

DON JUAN.
Sí le dió.

LIMON.
Y á ella ¿quién?

DON JUAN.
La sierpe.

LIMON.
El diablo seria,
Que esa figura tendria
Para engañarla mas bien.
Pues cuando una mujer da
A su marido que coma,
¿Cómo piensas que lo toma?
¿Con qué disculpado está?
Que de Adan ejemplo fué,
Diciendo, aunque el yerro vea:
«Coma yo, y siquiera sea
El diablo quien se lo de.»

DON JUAN.
Yo no soy marido aquí,
Ni aun he visto la mujer.

LIMON.
Bien tendrás que agradecer.

DON JUAN.
De buena sangre nací.

ESCENA V.

EL ALCAIDE.—DICHOS.

ALCAIDE.
Dos mujeres rebozadas
Me han preguntado por vos.

DON JUAN.
Dejaldas entrar, por Dios.

LIMON.
¿Huelen bien?

ALCAIDE.
Huelen á honradas.

LIMON.
Mal huelen.

ALCAIDE.
¿Por qué?

LIMON.
Vendrán
Con descuido, si lo son;
Que en no buscando ocasion,
Sin la pastilla se van.

ALCAIDE.
Veislas aquí.

DON JUAN.
Pues cerrad.
(*Vase el Alcaide.*)

ESCENA VI.

LEONARDA É INÉS, *tapadas.*—DON JUAN, LIMON.

LEONARDA. (*Ap.*)
¡Qué lindo talle! ¡Qué hermoso!

INÉS. (*Ap. á su ama.*)
Cuerpo bizarro y airoso.

LEONARDA. (*A don Juan.*)
Una palabra escuchad.

DON JUAN.
¡Dichoso quien la escuchare
Desa boca!

LEONARDA.
No os turbeis,
Pues que la boca no veis.

DON JUAN.
Perdonad si me turbare;
Que me ha dicho el corazon
Que me venís á matar.

LEONARDA.
Vos ¿sois don Juan de Aguilar?

LIMON.
Sí, reina; y yo soy Limon.

LEONARDA.
¿Vos sois Limon?

LIMON.
En azúcar,
Para serviros.

INÉS.
¡Qué sal!

LIMON.
Criéme en el Arenal,
Y soy atun de Sanlúcar.

INÉS.
A fe que vos no os turbeis.

DON JUAN.

¿Cómo, Señora, no hablais?

LEONARDA.

Porque tambien me turbais,
Y efeto del sol haceis.
Mucho me habia contado
Inés de vuestra persona.

LIMON.

Inés, ilustre amazona,
Ninfa del Tajo dorado,
Retírate aquí y descubre
La cenefa de tu faz.
Déjalos hablar en paz.

DON JUAN.

¿Por qué, Señora, se encubre
Ese sol con el nublado
De ese manto? ¿Puede ser
Que le pueda defender,
Siendo cuerpo tan delgado?
Pero del rayo tomais
La condicion que teneis;
Que lo fuerte deshaceis
Y lo débil perdonais,
Pues trayendo á ejecucion
Mi muerte, lo delicado
Del manto no habeis tocado,
Y abrasaisme el corazon.
Con solo un sol me encendeis:
Bien haceis, bien presumís;
Que si los dos descubrís,
Ceniza me volveréis.
Pero aunque me mate, os ruego
Que le descubrais tambien,
Para que veais tambien
Lo que puede vuestro fuego.
Mirad en esta ocasion
Con dos ojos que abrasais
A Roma, porque seais
En dos ventanas Neron;
Y aunque es verdad que me anuncia
La gloria que me provoca,
Vea yo tambien la boca
Que la sentencia pronuncia.
Abridla, porque podria
Dar sospecha á mi cuidado;
Que si está un nácar cerrado,
¿Quién sabrá si perlas cria?

LEONARDA.

Don Juan, aunque os engañé
Con escribiros que os vi,
Nunca os vi: mentí; que aquí
Os vi, puesto que os amé;
Que la fama, y la pintura
De dos personas, han hecho
Un retrato que ha deshecho
La libertad mas segura.
Formé de vos un conceto
Notable; pero diré
Que menos imaginé
De lo que muestra el efeto.
Despues que os miro y os trato,
Mejor me habeis parecido:
Como mal pintor he sido,
Que agravia con el retrato.
Es como no tener nada,
Si cobrar deuda procura,
El que tiene una escritura
Y no la tiene firmada.
Aunque á verdad obligados
Los papeles que envié,
Desde que os vi y os hablé
Quiero que queden firmados.
Ya teneis con qué cobrar,
Ya teneis con qué pedir.

DON JUAN.

Pues que os querais descubrir
Solo os quiero suplicar.

LEONARDA.

Eso no es posible agora,
Y os doy palabra que sea
Presto.

DON JUAN.

¿Quién habrá que crea
Tan grande crueldad, Señora?
¿Posible es que no me dé
Vuestro amor algun consuelo?
Bien parece que sois cielo;
Que os he de creer por fe.
Pero esta noche me han dado
Licencia para salir.
¿Podré á vuestra casa ir?

LEONARDA.

Podréis, si vais disfrazado,
Hablarme por una reja.

DON JUAN.

¿Entrar no?

LEONARDA.

No puede ser.

DON JUAN.

La casa es fuerza saber.

LEONARDA.

(*Ap.* ¿Qué necio amor me aconseja?)
Junto á San Miguel el Alto,
La de mayores balcones,
Porque quepan las razones
Y con menor sobresalto.

DON JUAN.

Poned un lienzo.

LEONARDA.

Sí haré.

DON JUAN.

Oid; que se me olvidaba,
Aunque cuidadoso estaba.

LEONARDA.

Y yo tambien me olvidé.

DON JUAN.

¿Conoceis un don Fernando
De Saavedra?

LEONARDA.

Yo no.

DON JUAN.

¿Ni le oistes nombrar?

LEONARDA.

¿Yo?
Estaréis imaginando
Que soy muy libre.

DON JUAN.

No creo
Que sois libre; mas temia
Que érades casada.

LEONARDA.

El dia
Que cumpla Dios mi deseo.
Ahora sin dueño estoy...
— Miento; que vos lo sois mio,
Y que lo seréis confio
Cuando vos sepais quién soy.
Tomad aquesta cadena,
Que era lo que me olvidaba.

DON JUAN.

Añadís al alma esclava
La que por vos tiene en pena.
Pero no hay necesidad.
Volvelda, mi bien, y haced
A mi amor otra merced,
Que será mayor piedad.

LEONARDA.

¿Cómo?

DON JUAN.

Sacando del guante
La mano: besarla quiero.

LEONARDA.

Aunque es estilo grosero,
Mi recato no os espante.
Con guante os la doy, Señor.

DON JUAN.

¡Con guante! Cruel estáis.
Hasta la mano me dais
Con manto: ¡extraño rigor!
Mas bien es, aunque ventajas
De amor pueda merecerlas,
Que quien es toda de perlas,
Toda venga puesta en cajas.
Beso la mano diciendo:
«Salvo el guante.»

LEONARDA.

Estad seguro
Que el alma, que dar procuro,
Está el manto descubriendo,
Dando el rostro con razon
Mas mano que la que he dado.

INÉS.

Sospecho que han acabado
La plática, seor Limon.

LIMON.

Así me parece.

LEONARDA.

Inés,
Vamos de aquí.

INÉS.

Adios.

LIMON.

Adios.

(*Vanse Leonarda é Inés.*)

ESCENA VII.

DON JUAN, LIMON.

LIMON.

¿Qué habeis tratado los dos?
¿Es bella? Es moza? ¿Quién es?

DON JUAN.

Pues ¿vila yo?

LIMON.

¿Cómo no?

DON JUAN.

No se quiso descubrir.

LIMON.

¿Eso un hombre ha de decir?
¡A fe que si fuera yo!...

DON JUAN.

¿Tengo de ser descortés?
Hasta la mano me ha dado
Con guante.

LIMON.

No me he engañado:
Todo lo que digo es.
¡La mano con escarpin!
Sarna tiene. ¡vive Dios!
En fin, ¿qué tratais los dos?

DON JUAN.

En fin, un amor sin fin.
Esta noche á verla voy.

LIMON.

¿Dijo la casa?

DON JUAN.

Sí dijo.

LIMON.

Pues bailo de regocijo.
¡Oh qué luesada me doy!

DON JUAN.

Inés nada podrá hacer;
Que no podemos entrar.

LIMON.

Pues yo sabré negociar,
Si la casa acierto á ver.

DON JUAN.

Es á San Miguel el Alto,

Y por señas dos balcones.

LIMON.

Pues si tan alto te pones,
Guárdate de dar un salto.

DON JUAN.

¿Dónde habia de vivir
Un ángel, sino en el cielo?

LIMON.

Que no bajemos, recelo,
Donde pensamos subir.

DON JUAN.

Temor en quien ama es vicio.

LIMON.

Yo sé que no temo en vano;
Que un ladrillo toledano
Es espantoso artificio.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Lisena.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, LISENA.

LISENA.

¿No he de perder la paciencia?

DON FERNANDO.

¿De qué la habeis de perder?

LISENA.

De ver que os oseis poner,
Don Fernando, en mi presencia.

DON FERNANDO.

Para haceros resistencia
Otro mejor que yo fuera.

LISENA.

Pues ¿quién sino vos pudiera
Verme en tanto desconcierto,
Ni habiendo la vida muerto,
Matar el alma quisiera?
En mí don Pedro vivia;
Habeisle dado la muerte,
Y por dármela mas fuerte,
Teneis de verme osadía.
Mas no ser vida la mia
Fué justa imaginacion;
Y si en aquesta ocasion
Por muerta me visitais,
Teneis razon, pues honrais
Á los que difuntos son.
Pasastes de una estocada
Dos cuerpos, dos almas, dos
Vidas, y ¡pluguiera á Dios
Que os detuviera la espada
La que estaba mas culpada!
Pues tengo justos recelos
Que todos mis desconsuelos
Hacieron deste rigor,
Pues por no os tener amor,
Le mataron vuestros celos.

DON FERNANDO.

Lisena del alma mia,
No maté yo vuestro bien;
Á mí sí vuestro desden,
Y yo me maté aquel dia.
Por eso tanta osadía
Os dió pensamiento igual,
Y con desengaño tal,
Que lo estoy tengo por cierto;
Que á quien no estuviera muerto,
Nadie le hablara tan mal.
Preso está quien le mató;
Pero ¿quién ha de creer
Que ya muerto puede ser
Quien vive donde murió?
En fin, el muerto fuí yo:
Esto es cosa conocida,
Y que vos sois mi homicida
Os puede dar vanagloria;
Que quien lo está en la memoria,
Mas muerto está que en la vida.
Él murió para vivir
Adonde vos le teneis;
Y yo, pues me aborreceis,
Viviré para morir.
Envidia puedo decir
Que al muerto tener procuro,
Pues que á morir me aventuro;
Y es bien que la tenga á un muerto
Quien tiene el bien tan incierto,
Y tiene el mal tan seguro.
¿De cuál desdicha se escribe,
Ni estado de amor se vió,
Que á un hombre que ya murió,
Envidia tenga quien vive?
¡Plegue al cielo que me prive
De vida en que os ofendeis!
Que no es justo que os quejeis,
Ya que aborrecido fuí,
Que esté tan dentro de mí
Lo que vos aborreceis.

LISENA.

Fernando, tarde negais
La muerte de un caballero,
Que despues de muerto quiero
Mas, porque vos no vivais.
Si es que de mí no os fiais,
Creed que saben mujeres
Guardar secreto.

DON FERNANDO.

Tú eres
Mujer, y es bien que repares
Que no callan sus pesares,
Aunque encubren sus placeres.

LISENA.

Si la lengua en el tormento
Una mujer se cortó,
Bastante ejemplo dejó,
De su silencio argumento.

DON FERNANDO.

Don Pedro dió fundamento
Con la suya, no muy buena,
Antes satírica y llena
De agravios, al noble impropia,
Pues siempre la muerte propia
Paga la deshonra ajena.
De mujeres y casados
Habló mal en general.

LISENA.

Ya está en uso el hablar mal,
Y siempre los mas culpados.

DON FERNANDO.

Son pocos los castigados,
Y muchos los maldicientes.

LISENA.

Por mas, Fernando, que intentes
Dar disculpa á mis enojos,
No volverás á mis ojos,
Que ya se volvieron fuentes. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON FERNANDO.

Hoy el airado mar blancas arenas
Escupe á los diamantes celestiales,
Y mañana á la tierra en sus umbrales
Conduce naves y derriba entenas. [nas
Las altas sierras que, hoy de nieve, ape-
De las desnudas peñas dan señales,
Mañana de jacintos orientales
Bordan las capas, de esmeraldas llenas.
Esto, Lisena, tu rigor resiste,
Pues todo está sujeto á la mudanza
Cuanto en humano ser frágil consiste;
Que lo que es hoy mortal desconfian-
Y en desesperacion el pecho viste, [za,
Puede vestir mañana de esperanza.
(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA X.

DON JUAN, DON LUIS, LIMON y DIONIS, *en traje de noche, con espadas y broqueles.*

DON LUIS.

Parece que no hallais gusto,
Don Juan, entre tantas damas.

DON JUAN.

Quien tiene en prision el cuerpo,
¿Cómo tendrá libre el alma?

DON LUIS.

No hay acá las diferencias
Que allá en la corte se hallan,
Aunque Toledo lo es
De las ciudades de España.

LIMON.

¡Bendiga Dios á Madrid!
Todo se halla y se gasta,
Tanto trucha y bacallaos
Como perdices y ranas.
Hay godenas para ilustres,
Para los de enmedio marcas,
Y un compuesto de las dos
Para los de media talla.
Parece en esto Madrid
Las hosterías de Italia;
Que come, puesto á la mesa,
Lo mejor, quien mejor paga.
Viene un español despues,
Roto de bolsa y de bragas;
Pónenle un ave á comer,
Desta manera trazada:
De los pedazos de otra
Que en la primera se alzan,
Forman un ave no vista
En las Indias ni en la Mancha.
Una pechuga es de tordo,
Otra pechuga de urraca,
Una pata de perdiz,
De palomino otra pata.
Esto con hilo de pita
Tan sutilmente lo hilvanan,
Que pasan plaza de venas
Los hilos, cuando los mascan.
Esto encubren lindamente
Con dulce ó picante salsa;
Viene á su tierra el soldado,
Y á Italia de bella alaba;
Que dan de comer á pasto
Por tres reales mesa franca.
¿Hay cosa que imite mas
Del buen Madrid á las damas,
Compuestas de mas mixturas
Que un emplasto, y disfrazadas
Con la salsa del vestido
(Mejor la llamara falsa)?
¡Cuitado del que manduca
Hilos, y aun hilas, y masca
Entre el ámbar y la seda
Soliman, azogue y zarza!

DON LUIS.

Limon, en hacer discursos
Nadie en el mundo te iguala.
Con eso se caen tan presto
Los cabellos y las barbas.

DON JUAN.

No hagais cuenta dél, que es loco.

DON LUIS.

Ahora bien, ¿nada os agrada?
Yo os quiero llevar á ver
Una bellísima dama.

LIMON.

Ver dice oir: muy bien dice;
Pero bastará, si habla,
Para que vuelvas contento.

DON LUIS.

Guia, Dionís, al Alcázar,
Hácia San Miguel el Alto.

DON JUAN.

Rogaros, don Luis, pensaba
Que fuésemos hácia allá;
Que cierta dama me manda
Que, pues de la cárcel salgo,
Esta noche á verla vaya.

DIONÍS.

Por aquí saldrémos bien
A Zocodover.

(*Vanse.*)

—

Otra calle, con vista exterior de la casa de don Fernando.

ESCENA XI.

Los MISMOS.

LIMON.

¡Qué plaza
La de Madrid!

DON JUAN.

Calla, loco.

LIMON.

¿Por qué viene á ser honrada
Una ciudad?

DON LUIS.

Por la gente
Ilustre que la acompaña.

LIMON.

Ninguna iguala á Madrid,
Pues salen cada mañana
A su plaza mil hidalgos.

DON JUAN.

Pues ¿á quién hidalgos llamas?

LIMON.

A dos mil esportilleros,
Hidalgos de la Montaña,
Que pueden dar sangre y vino
A cien ciudades de España.

DON LUIS.

Por la variedad, hermosa
Naturaleza se llama.

LIMON.

Por la novedad tambien;
Que Madrid es nueva y varia.
Es gente tan novelera,
Que suele alquilar ventanas
Solamente para ver
Cómo se quema una casa.

DON LUIS.

¿Estuviste mucho en él?

LIMON.

Poco; pero no me holgara
Mas si hubiera peregrino
Visto cuanto pinta el mapa.
¡Tanto señor, tanto grande,
Honra del mundo, que bastan
¡Pesia á tal! á hacer mil hombres
Por las letras y las armas!
¡Tanta dama, tanto coche,
Donde eternamente andan
Coche acá, coche acullá,
Maldiciéndolos quien pasa!
A cuál el cuello jaspean,
A cuál un ojo le tapan
Con lodos de perejil
Que fueron carnero y vaca.
¡Tanto letrado en los patios,
Tanto pleitista en las salas,
Tantas plumas en provincia,
Cercadas de tantas varas!
Pierdo de contento el seso.

DON JUAN.

Y de caro ¿no le alabas?

LIMON.

¿Es porque no hay hosterías
Que cosan como en Italia?
¿Hay cosa como un bodego,
Albondiguilla, tajada,
Estofado y picadillo,
Casi entera la sustancia,
Comun reparo á la vida,
Remedio de toda falta?
Si bien, entre tantas sobras,
Vi una falta de importancia.
Detrás de la puerta en uno
Vi un dia una piedra parda,
Y pensando que sería
De recebir vino y agua,
Oyó el rüido, y me dijo
Una gallega en voz alta:
«¿No ve que se muele ahí
El perejil y mostaza?»
Hágome Adan sin higuera,
Y digo: Vuestra es la falta,
Pues rétulos no poneis
A las cosas desta casa.

DON LUIS.

Llegado habemos, don Juan.
Esta es la casa. Aquí aguarda.

DON JUAN.

¿La de estos balcones?

DON LUIS.

Sí.
Yo llego.

DON JUAN. (*Ap. á Limon.*)

¡Extraña desgracia!

LIMON.

¿Cómo, Señor?

DON JUAN.

Esta es
La casa que aquella dama
Me dijo, y tiene la seña
En las primeras ventanas.

LIMON.

¡Linda burla!

DON JUAN.

Para mí,
Por Dios, que ha sido pesada.

LIMON.

No importa; que su dinero
Le cuesta.

DON JUAN.

Cuéstame el alma.

LIMON.

¿Quién será aquesta mujer?

DON JUAN.

Pues don Luis la sirve y habla,
Por lo menos será hermosa.

LIMON.

Mejor es si no te casan.

DON JUAN.

¡Ah de la reja!

ESCENA XII.

LEONARDA, *á una ventana.*—DICHOS, *en la calle.*

LEONARDA.

¿Sois vos?

DON LUIS.

Yo soy.

LEONARDA.

Mi bien, ¿quién pensara
Tanta dicha?

DON LUIS.

Antes es mía.

LEONARDA.

¿Cómo estáis?

DON LUIS.

Como quien halla
La vida en vuestro favor.

DON JUAN. (*Ap. á Limon.*)

¿Que don Luis, Limon, me traiga,
Por la dama á quien yo sirvo,
A guardalle las espaldas?

LIMON.

Mira que puede ser otra.

DON JUAN.

¿Cómo, si las señas claras
Están diciendo que es ella?

LIMON.

Consuélete en tu desgracia
Lo que he visto hablar un dia
Por una ventana baja;
Que esto de alzar la cabeza
Y topar damas con barbas
Es desatinado agüero.

DON JUAN.

¿Qué haré para que se vaya
Y pueda quedarme yo?

LIMON.

Daré voces que me matan,
Y echaré á correr.

DON JUAN.

Bien dices.

LIMON. (*A voces.*)

¡Que me matan! ¡Fuera! ¡Aguarda!
(*Va...*)

DON LUIS.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Alguna pendencia.

DON LUIS.

Voy á ver lo que es.

(*Vanse don Luis y Dionís.*)

ESCENA XIII.

LEONARDA, *en la reja;* DON JU[AN], *en la calle.*

DON JUAN. (*Llegándose á la reja.*)

Repara,
Ingrata, un poco en las rejas.
Don Juan de Aguilar te habla.

LEONARDA.

¿No era don Juan aquel hombre
Que me hablaba?

DON JUAN.

El que te hablaba
Era don Luis de Ribera.

LEONARDA.

¡Ay, mi Señor! ¡que engañada
Le hablé por ti!

DON JUAN.

¿Cierto?

LEONARDA.

Cierto.

DON JUAN.

Vuelto me has al pecho el alma.
¿Sírvete don Luis?

LEONARDA.

No sé
Si me sirve ó si me cansa.

DON JUAN.

No le trates mal, mi bien;
Que es puerto de mi esperanza.
Mas ¿cuándo tengo de verte?

LEONARDA.

Yo pienso verte mañana.

DON JUAN.

¡Que ame sin saber á quién!

Triste voy.

LEONARDA. (*Entrándose.*)
Ya vuelven, calla.

ESCENA XIV.

DON LUIS, DIONIS.—DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.
Pues ¿cómo fué?

DON LUIS.
Yo ¿qué sé?
Yo oí que esas voces daban,
Y acudí á ver lo que era.

DIONIS.
Seria en alguna casa.

DON LUIS.
¿Qué hay, don Juan?

DON JUAN.
Desde la reja
Me preguntó aquella dama
Que dónde fuistes. Yo dije...

DIONIS.
Gente por la calle pasa.

ESCENA XV.

DON FERNANDO, *de noche*.—DICHOS.

DON FERNANDO. (*Ap.*)
¿Qué es esto? ¡A las propias puertas
De mi casa tantas armas,
Tanta rebozada gente!
¿Si para matarme aguardan?
¿Si son deudos de don Pedro?

DON LUIS.
¿Quién va?

DON FERNANDO.
Quien viene á su casa.

DON LUIS.
Pase adelante.

DON FERNANDO.
No puedo,
Sin saber á qué se paran
A estas rejas.

DON LUIS.
(*Ap.* Ya conozco.)
Don Juan... (*Ap. á él.*)

DON JUAN. (*Ap. á don Luis.*)
¿Qué es lo que mandas?

DON LUIS.
Vámonos de aquí.

DON JUAN.
¿Por qué?

DON LUIS.
Por que es deste hidalgo hermana
La dama destos balcones.

DON JUAN.
Justo respeto.

DON LUIS.
Esto basta.

(*Vanse retirando don Juan, don Luis y los criados: don Luis se adelanta con Dionis; don Fernando entra en su casa.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.
Limon, todo va perdido.

LIMON.
Pues ¿qué dice nuestra daifa?

DON JUAN.
¿Qué? Que la sirve don Luis.

LIMON.
¿Qué importa, si no te trata
Materia de casamiento?
Mas ¿no le has visto la cara?

DON JUAN.
No, porque, con artificio,
No habia luces en la sala.

LIMON.
Y ¿la quieres?

DON JUAN.
Y la quiero.

LIMON.
Necedad.

DON JUAN.
Díselo al alma.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XVII.

DON FERNANDO; *despues*, LEONARDA.

DON FERNANDO. (*Solo.*)
Si no me engaño, con don Luis venia
Don Juan, cuya amistad le habrá traido
A ver las damas, ó la hermana mia,
De que por dicha yo la culpa he sido.
Mas toda es loca y vana fantasía;
Que los celos parecen al rüido
Que forma el agua en los arroyos llenos,
Que adonde suena mas, corre con menos.
(*Sale Leonarda.*)
(*Ap.* Apenas entro, ¡y al encuentro sale,
Cuando sale tambien la blanca aurora!
Aquí disculpa con mi honor no vale.)
Leonarda, ¡tú por acostar ahora!

LEONARDA.
Como no puede haber amor que iguale
Al que te tiene el alma, de hora en hora,
Mirándole por esta celosía,
Piadoso el cielo ha despertado el dia.
¿Adónde vas tan solo, cuando tienen
Los deudos de don Pedro tal sospecha?
O ¿qué defensa, si á matarte vienen,
Para tantas espadas aprovecha?
No son galanes, no, que se entretienen,
Los que el alba de aquí con rayos echa.
Traidores son, Fernando: por tí mira.
Descuidos mueven la fortuna á ira.

DON FERNANDO.
Que vivas cuidadosa á mi amor debes;
Y pues es necedad callar contigo
En mis celos, pretendo que lo pruebes.

LEONARDA.
¿De quién los tienes?

DON FERNANDO.
De don Juan, mi amigo.

LEONARDA.
Pues ¿hele visto yo, cuando me lleves
Por sospechas al bárbaro castigo
Que suelen dar los celos?

DON FERNANDO.
No he querido
Antes de ahora despertar tu olvido.
Bien sé que no le has visto: si quien ama
No puede amar sin ver ni dar despojos,
Por los oidos mira amor, la fama
Por ellos da deleite ó causa enojos.
El deseo de ver, amor se llama:
Mas miran los oidos que los ojos.
Quien sin mirar, interiormente mira,
Ya tiene amor, pues por mirar suspira.
Preguntóme don Juan si yo sabia
El dueño de un retrato, y era tuyo.
¿Qué quieres que presuma?

LEONARDA.
Que podria
Desear como mozo saber cúyo.
Con otras joyas le envié aquel dia,
Por no tener dineros.

DON FERNANDO.
Bien arguyo
De tu piedad que sin malicia fuese,
Y que un retrato algun valor tuviese.

LEONARDA.
Pues ¿no tiene valor un cerco de oro?

DON FERNANDO.
Quien pone cerco, conquistar querria.

LEONARDA.
Yo sé lo que conviene á mi decoro.
Cercar con oro es poca valentía.

DON FERNANDO.
El sol trae de las Indias su tesoro;
En quicios de cristal el alba al dia
Abrió la puerta. Vamos, y perdona.

LEONARDA.
Quien tiene celos ama.

DON FERNANDO.
Amor me abona.
(*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.
Apenas la blanca dama
En el ajedrez del cielo
La pieza negra, que el velo
Sobre la tierra derrama,
Cautivó con tal destreza,
Que las estrellas ganó,
Cuando el papel escribió
Nuestra encubierta belleza.

LIMON.
Habiéndote visto ya,
Bien sé que te ha de querer;
Pero querer tú, sin ver,
Mil pesadumbres me da.
Yo no entiendo si es el cielo,
Señor, ajedrez de estrellas,
Ni si va la noche entre ellas
En su coche ni en su velo;
Porque no me persüado
Que, los dias ni las noches,
Permitan los cielos coches
En su silencio sagrado.
Ni sé si es la blanca dama
El alba que al mundo alegra,
La noche la pieza negra,
A quien cautiva y desama.
Pero apenas por el suelo,
Con la voz como un canario,
Pregonaba letüario
Un redomado mozuelo,
Y apenas en estas eras
Cantaron los negros grillos,
Y orinales y jarrillos
Salieron por sus troneras,
Cuando vi la bella Inés,
Que por la reja sacaba
Tanta mano, en que me daba
Ese papel.

DON JUAN.
Tú ¿no ves
Que no duerme bien quien ama?

LIMON.
Y tú ¿á quién amas?

DON JUAN.
No sé.
Amor es dios, bien se ve.

LIMON.

Suele quererse por fama;
Pero tú ni aun esta tienes.

DON JUAN.

Quiero ser agradecido;
Pero mayor mal ha sido,
Si á considerarlo vienes,
El ser de don Luis la dama.

LIMON.

Pregúntale á él quién es.

DON JUAN.

Y ¿cómo podré, despues
De saber cómo se llama,
Disculparme con don Luis
De querer á quien él quiere,
Si su historia me refiere?

LIMON.

Ya que en un pecho vivís
Por tan estrecha amistad,
Fuera grande ingratitud
Quitarle de su quietud.

ESCENA XIX.

EL ALCAIDE: *y luego*, LEONARDA É INÉS. — DICHOS.

ALCAIDE.

Solo está don Juan: entrad.

(*Salen Leonarda y su criada, con los mantos echados.*)

LEONARDA.

Dadnos lugar y perdon.

ALCAIDE.

Vos os habeis empleado
Con el galan mas honrado
Que ha entrado en esta prision. (*Vase.*)

DON JUAN.

¿Qué es esto?

LIMON.

El duende de Inés.

DON JUAN.

Señora mia, ¿sois vos?

LEONARDA.

No hablar anoche los dos,
De veros la causa es.

DON JUAN.

Descubríos, por mi vida.

LEONARDA.

Por vuestra vida lo haré.

LIMON.

¡San Blas!

DON JUAN. (*Deteniendo á Leonarda el manto.*)

Tened, porque esté
Toda el alma apercebida.
Esmalte la blanca aurora
Los balcones orientales,
La tierra en puros cristales
Vuelva el aljófar que llora,
Canten las aves que mudas
Tuvo la noche inclemente,
Y á los indios de occidente
Huya con plantas desnudas;
Apercíbanse los prados
A producir nuevas flores;
Los soñolientos pastores
Saquen sus blancos ganados;
Rompan su rojo arrebol
Las nubes del azul velo;
Alégrense tierra y cielo:
¡Albricias! que sale el sol.

(*La descubre él mismo.*)

LEONARDA.

Bien sé que os habréis burlado,
Mal os habré parecido:
Lo que se espera no ha sido
Lo mismo que imaginado.
Ya sé que os querréis llamar
A engaño, porque el amor,
Como es niño, por menor
Puede este pleito ganar.
Paréceme que teneis
Desengaño y cortesía.

DON JUAN.

Tengo el amor que tenia,
Que es el mismo que sabeis,
Y luego el que fué forzoso
De veros, cuya hermosura
Os hizo á vos tan segura,
Y á mí me hizo tan dichoso.
Con tan alta presuncion
Os levantastes al cielo,
Que se ha quedado en el suelo
Mi propia imaginacion.
No imaginé estrellas yo,
No sol, no rosas tan bellas;
Y aquí hay sol, rosas y estrellas.
Pero al fin me sucedió
Como al mal pintor que copia
De perfeto original:
Fuí ignorante, copié mal:
Vos sois la pintura propia.

(*Cúbrese Leonarda.*)

LIMON.

Acabada esa oracion,
¿Podrá Limon ver tantito?

LEONARDA.

Pareceréte muy mal
Para las cosas que has visto
En aquella gran ciudad. (*Descúbrese.*)

LIMON.

Perdon por el suelo os pido
De cometer contra vos,
Señora, el mayor delito.

LEONARDA.

¿Contra mí?

LIMON.

Sí, que pensé
Que érades vieja; que ha sido
En el duelo de mujeres
Una infamia de las cinco.
La primer palabra es boba;
Que una boba, por Dios vivo,
Que trae, cuando ángel sea,
Un diablo por sobrescrito.
La segunda es sucia: cosa
Que cuando yo la imagino,
Lavo mi imaginacion
Y la jabono en el rio.
La tercera, interesable;
La cuarta no se la digo;
Porque si la quinta es vieja,
Es de los tiempos castigo.

LEONARDA.

En fin, Limon, ¿presumiste
Que engañar á don Juan quiso
Mi amor con algun enredo?

LIMON.

Tu edad son lindos hechizos.
Dice allá en sus rimas Lope,
Soneto sesenta y cinco,
Por una medrosa dama
Que consultaba adivinos,
Que si amaneciese al alba
Con los dos labios teñidos
En púrpura, y las mejillas
En rosa ó claveles finos,
Que estuviese muy segura
De ser amada.

DON JUAN.

Yo he visto
Todo el mundo en ese rostro.

LIMON.

Así dijo Velasquillo,
Y estaba por preguntarte
Por un rocin que he perdido.

LEONARDA.

Cual soy, don Juan, ya soy vuestra.

LIMON.

¡Qué lindo serafinito!
Ven aca, Inés, ¿no anduvieras
Cubierta tú de un soplillo,
Para hacerme desear
Ese ilustre frontispicio?
¡Bien haya quien hizo sayas!...
Yo me entiendo.

INÉS.

Yo no he sido
Dama, Limon; que ya sabes
Que, como tú sirves, sirvo.

LIMON.

¿Tienes dineros?

INÉS.

Ni un cuarto.

LIMON.

Pues ¿en qué he de hablar contigo,
Mientras que juegan facciones
Aquellos dos cupidillos?

INÉS.

En casamiento.

LIMON.

¿Yo miento?

INÉS.

En que te cases conmigo.

LIMON.

No, no; que tomé liciones
De un cierto vecino mio
Que le daba á su mujer
Por cualquier enojo niño
Con un borceguí.

INÉS.

¡Melindre!

LIMON.

No mucho, á lo que imagino,
Que tenia un canto dentro.

INÉS.

¡Guarda!

LIMON.

Por eso lo digo.

LEONARDA.

¿Quién entra?

DON JUAN.

Cúbrete presto.

(*Cúbrense las dos.*)

LIMON.

Es don Luis.

INÉS.

Mas ¿á qué vino?

ESCENA XX.

DON LUIS, EL ALCAIDE, UN ESCRIBANO, DIONIS. — DICHOS.

DON LUIS.

Albricias, señor don Juan.

DON JUAN.

Aunque preso, estoy corrido
De no tener mas que amor.

DON LUIS.

Bien os lo merece el mio.
¿Damas?

DON JUAN.

Sí, Señor.

DON LUIS.

A ver.

DON JUAN.

Deteneos, os suplico;

Que es gente de casamiento.

LIMON.

Eso se entiende contigo;
Pero hácia acá, no con *mihi*.

DON LUIS.

¡Buenos ojos!

DON JUAN.

No he podido
Hasta agora merecerlos.

LIMON. (*Ap.*)

Y los de Inés ¿no son lindos?

DON LUIS.

Ya, Señora, que aquí os veo,
A vos las albricias pido
De que esté libre don Juan.
¿Qué me dais?

(*Leonarda, sin hablar, da á don Luis una sortija.*)

¡Bueno! ¡Un anillo
Con un diamante... y callando!
Pues yo le tomo, ofendido
De que callais por venganza.

(*Vanse las dos.*)

DON JUAN.

...sta; que por vos se han ido.
...beisIas de conocer.

DON LUIS.

...gravio me han hecho.

DON JUAN.

El mio
...o puede llamarse agravio,
...rque el mayor enemigo
...e tengo me saque el alma,
... hasta agora las he visto
... sé el nombre.

DON LUIS.

Así lo creo.
...id á comer conmigo,
...es ya teneis libertad.

DON JUAN.

...tes, Señor, la he perdido,
...es vengo á ser vuestro esclavo.

DON LUIS.

... soy, don Juan, vuestro amigo. —

(*Al escribano.*)

...de vos el mandamiento
... Alcaide.

ESCRIBANO.

No he querido
...rle sin el parabien.

DON JUAN.

...n esto puedo serviros,

(*Dale un bolsillo.*)

...esta cadena al Alcaide.

ALCAIDE.

...nque preso os he tenido,
... soy vuestro desde hoy.

LIMON.

...ero hace fuertes grillos.

DON JUAN.

...é te parece, Limon?
...edo amar despues que he visto?

LIMON.

...ora sí; que sin verla
...é notable desatino.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON FERNANDO, LIMON.

DON FERNANDO.

¡Así por la calle pasa
Quien debe amor!

DON JUAN.

Ya queria
Partirme; que no sabia,
Como extraño, vuestra casa.

DON FERNANDO.

Pues bien conocida es
Por sus antiguos blasones.

DON JUAN.

Conocer obligaciones
Es la prision de mis piés.
Tan preso me estoy agora.

DON FERNANDO.

Mostradlo en que préso estéis
En mi casa, pues sabeis
Que toda os sirve y adora.
No habeis de salir de aquí.
Aquí habeis de descansar;
Que os quiero yo regalar.

DON JUAN.

No le hay mayor para mí
Que haberos servido.

DON FERNANDO.

Fuera
Ingratitud no serviros.

DON JUAN.

Es fuerza el irme.

DON FERNANDO.

Aunque el iros
En vuestra mano estuviera,
No os dejara la prision
De mi amor, en que ya estáis,
Pues por preso os confesais.

DON JUAN.

Conozco la obligacion.

DON FERNANDO.

Los dias que habeis estado
Por mí en la cárcel, es justo
Que aquí los restaure el gusto
De haberos yo regalado.
Conoceréis una hermana
Que tengo, que quiere veros,
Y la parte agradeceros
Desta prision.

LIMON.

Cosa es llana
Que tendréis guardada en casa
La mula en que os arrugastes,
Cuando al buen don Juan dejastes
Con las manos en la masa.
Decidnos della; que hay hombre
Que hasta de una mula parda
Saber el suceso aguarda,
La color, el talle y nombre;
O si no, dirán que fué
Olvido del escritor,
Como el cuento de un pintor.

DON FERNANDO.

¿Cómo fué?

LIMON.

Yo lo diré.
Mandóle pintar la Cena
Un hidalgo bachiller,
Y acabada, fuéla á ver,
Y hallóla de gente llena.
Trece apóstoles contó,
Y dijo muy espantado:
«Todo este lienzo está errado;
No pienso pagarle yo.
Un apóstol aquí está
De mas.» Y el sabio pintor
Dijo: «Llevadla, Señor;
Que este, en cenando, se irá.»
Hombre de regla y compás,
Ingenio de hilo de pita,
Tu puntualidad permita
Que haya un apóstol de mas.

DON FERNANDO.

La mula, señor Limon,
La maleta y el cojin
Están guardados.

LIMON.

En fin
Hacemos della mencion.

ESCENA II.

LEONARDA, LISENA, INÉS.—DICHOS.

LEONARDA.

Una huéspeda he traido
Que nos honre, aunque á pesar
Suyo.

DON FERNANDO.

Quiéroosla pagar
Con el huésped que ha venido.

LIMON. (*Ap.*)

¡Jesus! ¿Qué es esto?

DON JUAN. (*Ap. á Limon.*)

¡Ay Limon!
Es hermana de Fernando.

LIMON.

Deso me estoy admirando.

DON JUAN.

¡Qué notable confusion!

LISENA.

Cuando ya los enemigos
Entran por discursos varios
En casa de sus contrarios,
Cerca están de ser amigos.

DON FERNANDO.

¿Cómo mi dicha ha vencido
Vuestra ingratitud, Lisena?

LIMON.

Por ser la ocasion tan buena,
Y haber Leonarda querido.
Yo no he estado mal con ella;
Con vos sí: traidor sois vos.

DON JUAN. (*Ap. á su criado.*)

¿No es muy hermosa?

LIMON.

Por Dios,
Que es cristalina doncella.
En fin, tu misma fortuna
Te trae de los cabellos.

DON JUAN.

Parecen sus ojos bellos
Dos soles en una luna.

LEONARDA. (*Ap. á su criada.*)

¡Ay Inés! ¡Qué mayor dicha!
¡Don Juan en casa!

INÉS.

El amor
Corresponde con favor,
La fortuna con desdicha.

DON JUAN. (*Ap. á Limon.*)

¿Qué haré, Limon?

LIMON

Disimula.

DON JUAN.

Estoy loco, estoy turbado.
Mírala bien.

LIMON.

Heme holgado
Que pareciese la mula,
Tanto por cumplir con ella
Alguna mular memoria,
Como que al fin de la historia
No nos pregunten por ella.

DON FERNANDO.

Hermana, este caballero
Es el que estuvo en prision.
Ya sabes la obligacion:
Libre está, servirle quiero.
Háblale, muéstrate humana.
La vida le debo.

LEONARDA.

En todo
Le serviré.

DON FERNANDO.

Deste modo
Cumple un hombre noble, hermana,
Con tan justa obligacion.

LEONARDA.

¿Qué me dices de Lisena?

DON FERNANDO.

Que pienso que de mi pena
Viene á dar satisfacion.

LEONARDA.

Señor don Juan, obligados
Mi hermano y yo, como veis...
(*Ap. á él.* No os digo lo que sabeis;
Que hay testigos no abonados.)
Os querríamos servir.
Entrad y reconoced
Esta casa.

DON JUAN.

Esa merced
No la puede recibir
Menos amor que el que os debo,
Y bien presumo que así
Quereis que nazcan en mí
Obligaciones de nuevo.
Ignorante me partia
Deste favor; mi ventura
Tantos juntos me procura,
Que no parece que es mia:
Y estaré cuanto mandeis,
Como quien es vuestro esclavo.

LEONARDA.

El noble término alabo.
Como quien sois procedeis.

DON FERNANDO.

Venid, Lisena, á tomar
La posesion como dueño
Desta casa.

LISENA.

Amor es sueño
Del alma.

DON FERNANDO.

Plaza, lugar.

LISENA. (*Ap.*)

Vine por paz, llevo enojos:
Todo en guerra se ha trocado,
Pues don Juan veneno ha dado
Al corazon por los ojos.
(*Vanse don Fernando y Lisena.*)

LEONARDA.

Entra, mi bien; que tambien
Hoy tomas la posesion.

DON JUAN.

El alma y los ojos son
De tus bellos piés, mi bien.
(*Vanse Leonarda y don Juan.*)

ESCENA III.

LIMON, INÉS.

LIMON.

Vuesamerced ¿no me dice
Cualque cosa?

INÉS.

Suya soy.

LIMON.

Dentro de su casa estoy.

INÉS.

Por él lo que pude hice.

LIMON.

¿Sabe de la mula?

INÉS.

No.

LIMON.

Pues ¿en qué la he de llevar,
Si nos vamos á casar
Donde la mula nació?

INÉS.

¿Pierde al casamiento el miedo?

LIMON.

Ya sé la paz de Castilla.

INÉS.

¡Ah pícaro de Sevilla!

LIMON.

¡Ah fregona de Toledo!
(*Vanse.*)

—

Calle con vista exterior de la casa de don Fernando.

ESCENA IV.

DON LUIS, DIONIS.

DON LUIS.

No puedo mas; que tiene amor licen-
[cia.

DIONÍS.

No es amor el que ofende, antes se lla-
[ma
Porfía.

DON LUIS.

Anda el deseo en competencia
Del honor.

DIONÍS.

Ese suele amar quien ama.
No puede ser honesta diligencia
La que ofende la fama de su dama.
Quien te viere en su calle dirá luego
Que de hacerte favor nació tu fuego.

DON LUIS.

No fuera fuego amor, si solo obrara
Por especulativo entendimiento,
Y honrosa la razon pone en la cara
Libertad de conciencia al pensamiento.

DIONÍS.

Quien ama bien, en solo el bien repara
De lo que ama, que es todo el fundamen-
[to;
Que amor consiste en solo amor, ni ama
Quien quiere mas su gusto que á su da-
[ma.

DON LUIS.

Amor es un deseo.

DIONÍS.

No lo niego.

DON LUIS.

Solo pretende el fin.

DIONÍS.

Honestamente.

DON LUIS.

El deleite ¿es amor?

DIONÍS.

Natural fuego.

DON LUIS.

Pues ¿no lo siente el alma?

DIONÍS.

No le siente

DON LUIS.

Luego ¿ama solo el cuerpo?

DIONÍS.

Su sosiego.

DON LUIS.

¿Qué causa es la inquietud?

DIONÍS.

El bien ausente.

DON LUIS.

Mientras que vivo en él, mi cuerpo es
[vida.

DIONÍS.

El alma es cielo, la pasion vencida.

ESCENA V.

DON JUAN, LIMON. — DICHOS.

DON JUAN.

Desde la ventana os vi.
Don Luis, mi señor, ¿qué es esto?

DON LUIS.

¿No me viste en este puesto?

DON JUAN.

No sé, por Dios, si fué aquí.
Como en Sevilla nací,
Y nunca estuve en Toledo,
Lo que no he visto, no puedo
Decir, Señor, que lo sé.

DON LUIS.

Aquí, don Juan, aquí fué
Mi amor.

DON JUAN. (*Ap.*)

Y aquí fué mi miedo.

DON LUIS.

Sabiendo que don Fernando
A su casa te ha traído,
A suplicarte he venido
Que mires que muero amando.
Vida y honra aventurando,
Te saqué de la prision,
No por otro galardon
Mas de solo hacer por tí;
Porque nunca presumí
Que tuvieras ocasion.
Donde está Leonarda, estás:
Háblala de parte mia.
Preso estuve desde el dia
Que lo estuviste, y aun mas
Mi voluntad pagarás,
Si agora lo estás por mí.
Preso de mi padre fuí
Por sacarte de prision:
Dame tú, pues es razon,
La voluntad que te dí.
Dile, don Juan, la verdad,
Aunque Leonarda tambien
Sabe que la quiero bien,
Y pagarás mi amistad.
Esto llamo libertad,
No porque no quiero ser
Su prisionero, hasta ver
De la suerte que me trata;
Que si por tí fuere ingrata,
No es ángel, sino mujer.

DON JUAN.

Señor, yo estoy obligado
A servirte en cualquier cosa,
Y aunque esta es dificultosa,
Es fácil á mi cuidado.
Fuiste de Leonarda amado,
Y ¿no eres ya tan dichoso?
¿Por qué su celo amoroso
Te ha puesto en desconfianza?
¿Es acaso por mudanza,

¿O acaso desden celoso?
A mí me importa saber
El estado de tu amor;
Que no quiero errar, Señor,
Lo que por tí puedo hacer.
Y pues que no he de poder
Salir desta obligacion,
Haré en aquesta ocasion
Que te parezca amistad
Perder yo mi libertad
Por sacarte de prision.
Yo la aventuro por tí;
Algun dia lo sabrás,
Porque con no poder mas,
Cumple el deseo por mí.
Soy tu preso como fui,
Y nunca mas ni mas preso;
Antes, Señor, te confieso
Que haciendo aquesto por tí,
Cuanto tú hiciste por mí
Lo pago con grande exceso.

DON LUIS.

Si no es de tu condicion,
No quiero yo que lo hagas,
Ni por fuerza satisfagas,
Don Juan, á tu obligacion.
Es regla sin excepcion
La amistad.

DON JUAN.

Así es verdad.
Véte; que en esta amistad
Verás que despues te admiras
Que traté á mi amor mentiras,
Y traté á tu amor verdad.

DON LUIS.

Con tu ocasion, bien podré
Ver cada dia á Leonarda.

DON JUAN.

En mí tendrás una guarda
De obligacion y de fe.

DON LUIS.

Pues adviértela que iré,
Diciendo que á verte voy.

DON JUAN.

Tu preso como antes soy.

DON LUIS.

Pues con esta confianza,
Albricias de mi esperanza
A mis pensamientos doy.

(*Vanse don Luis y Dionis.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, LIMON.

DON JUAN.

Aquí puso fin mi dicha
Sus principios gloriosos.

LIMON.

¿Qué piensas hacer?

DON JUAN.

Rendirme.

LIMON.

¿Rendirte?

DON JUAN.

Y dejarlo todo.
¿Hay nube que se haya opuesto
A los rayos luminosos
Del sol? ¿Hay fiera tormenta
Que faltándole tan poco
El puerto, á dichosa nave
Haya sumergido en golfo?
¿Hay tempestad que al villano
Le haya llevado en agosto
Las espigas ya en los trillos,
Los haces en los rastrojos?
¿Hay agricultor que vea
Llevar crecientes de arroyos
Sus quietas flores y plantas,
Como yo, con tanto enojo?
¡Ay esperanza mia! Ay amor loco!
En medio del favor, ausencias lloro.

LIMON.

¿Cómo ausencias?

DON JUAN.

Hoy me parto.

LIMON.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que ya es forzoso.
Vamos á Madrid, Limon.

LIMON.

¡A Madrid!

DON JUAN.

Pues dime, ¿cómo
Seré de don Luis tercero
Con Leonarda, á quien adoro?
Pues serle traidor, advierte
Cuánto desdice al decoro
De un hombre noble obligado.
Este es el remedio solo.
Voy á despedirme della.

LIMON.

Pues vé entre tanto que pongo
Las maletas.— ¡Ay Inés!
¿Que no te verán mis ojos?

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VII.

LEONARDA, LISENA.

LISENA.

No os pongo en obligacion.
De buena gana me quedo.

LEONARDA.

Si vos me quitais el miedo,
Entenderé la ocasion.

LISENA.

¿Quién es aqueste don Juan?

LEONARDA.

Un amigo de mi hermano,
Caballero sevillano.

LISENA.

Él es discreto y galan.
En mi vida, juraré,
Que hombre tanto me agradó.

LEONARDA.

¿Y el muerto?

LISENA.

Ya se olvidó
Despues que á don Juan hablé.
Leonarda, como los muertos
Tienen la memoria fria,
Los vivos andan de dia
Y con los ojos abiertos.
Si de sombra suelen ser,
Por sombras no me gobierno;
Que á la sombra y en invierno
No está bien una mujer.
¿Quieres saber qué es un muerto?
Mira un príncipe, y verás
Que dél no se acuerdan mas
Que de un roble en un desierto.
Todos al que muere olvidan,
Todos al que hereda van.

LEONARDA.

Y ¿hereda acaso don Juan
Al muerto?

LISENA.

Hace que despidan
Mis memorias su locura.
Este caballero ha hecho
El cabo de año en mi pecho.
Hoy cubro su sepultura.
¡Ay, Leonarda! qué dichosa
Fuera la mujer que fuera
Su mujer!

LEONARDA.

Desa manera
Tú serás, Lisena hermosa,
La dichosa con don Juan.

LISENA.

¿Quieres casarme con él?
Daréte una joya.

LEONARDA.

En él,
Por gentilhombre y galan,
Muchas han puesto los ojos;
Pero no es buena eleccion
Casar con lindos.

LISENA.

No son
Siempre ciertos los antojos.
Mate un hombre de buen talle,
Y no regale un grosero.

LEONARDA.

Hablalle en tu gusto quiero.
Mas ¿qué dote piensas dalle?

LISENA.

Diez mil ducados.

LEONARDA.

Él viene.
Retírate.

LISENA.

¡Ay Dios! ¡Leonarda,
Si me casases!

LEONARDA.

Aguarda.

LISENA.

¡Qué lindo talle que tiene! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.—LEONARDA.

DON JUAN.

Dicha, aunque desdicha, ha sido
Hallarte en esta ocasion.

LEONARDA.

Dichas por desdichas son
Las que por tí me han venido.

DON JUAN.

La mia no puede ser
Mayor.

LEONARDA.

La mia es sin nombre.

DON JUAN.

Vengo á hablarte por un hombre.

LEONARDA.

Yo á tí por una mujer.

DON JUAN.

Don Luis me ha dicho, Señora,
Que yo te diga su pena.

LEONARDA.

Y á mí me ha dicho Lisena
Que te diga que te adora.

DON JUAN.

Esto es por otro camino.
Ya sabes la obligacion
De sacarme de prision.

LEONARDA.

Ya con celos desatino.

DON JUAN.

No los tengas, pues me voy.

LEONARDA.

¿Adónde?

DON JUAN.

A Madrid.

LEONARDA.

¡Ay triste!
Solo á matarme veniste.

DON JUAN.

Yo, Leonarda, el muerto soy,
Pues no excuso la partida,
Habiéndose declarado
Un hombre que me ha obligado.

LEONARDA.

Véte, y quítame la vida.

DON JUAN.

Escucha mi historia,
Hermosa Leonarda,
Así tengas dicha
Cuanta á mí me falta;
Y verás por ella,
En desdichas tantas,
Que son los efetos
Hijos de las causas.
Fué á Sevilla un mozo
De bizarra traza,
Que en esta ciudad
Tuvo su crianza.
Barcos de Sevilla
Pasan á Triana,
Porque da mas gusto
La puente del agua.
En ellos un dia
Vió una hermosa dama,
Mi hermana hasta entonces,
No despues mi hermana.
Pero ¿quién dijera,
Aunque en secas tablas,
Que el agua de un rio
Tal fuego engendrara?
Parecióle bien,
Díjole su casa,
Viéronse mil veces;
Que hay noche y ventanas.
Palabras de amantes
Mucho viento gastan;
Pásalas amor
Por moneda falsa;
Y como es de noche,
Y mujeres que hablan
Se ciegan con ellas,
Fácilmente pasan.
Dióla de ser suyo;
Metióle una esclava,
Basta que te diga
Entre negra y blanca.
Estuvo en sus brazos
En tanto que el alba
En los de su esposo
Dulcemente estaba.
Pero apenas hizo
Sobre azul y nácar
A sus hebras de oro
Peinador de plata,
Cuando salió dellos,
Y con alma ingrata
Se volvió á Toledo.
¡Qué famosa hazaña!
Riñeron un dia
La esclava y mi hermana:
Mujeres reñidas
Publican las faltas.
Supe todo el caso:
Salgo de mi casa
Con el nombre solo,
A vengar mi infamia;
Porque aqueste hidalgo
En Toledo amaba
A cierta Lisena:
Llamóle con cartas.
Llegaba al castillo
Que entre peñas pardas
En el Tajo mira
Sus almenas altas,
Cuando veo dos hombres
Con desnudas armas;
Bajo de la mula,
Y cuando llegaba
Para meter paz,
Metióle la espada;
Ya tú sabes quién,
Al que yo buscaba;
Porque este don Pedro
Fué el dueño, Leonarda,
De la hazaña injusta
Que infamó á Casandra.
Pero quiso Dios,
Porque yo trataba
De darle la muerte,
Aunque á justa causa,
Que pagase preso
Lo que imaginaba;
Porque en Dios son obras
Intenciones malas.
Sacóme don Luis
Con nobleza tanta,
Que su obligacion
Me escribió en el alma.
Dice que te diga,
Viéndome en tu casa,
Que le quieras bien;
La respuesta aguarda.
Quiérele, mis ojos,
Y mátame airada:
Cumplirémos todos
Lo que el tiempo manda:
Don Luis con decirme
Las obras pasadas,
Que en tu posesion
Ponga su esperanza;
Tú con escucharme
Tan necia embajada,
Y yo con partirme
Y dejarte el alma.

LEONARDA.

Tente, ingrato, escucha.
Un instante espera;
Que un rayo que mata
Aun aliento deja.
No hay veneno fuerte
Que no se detenga
De la boca al pecho
En tanto que llega.
Pues, rayo y veneno,
Detente siquiera
Desde tus palabras
Hasta mi inocencia.
Yo ni fuí á Sevilla,
Ni pasé la senda
Que entre dos ciudades
Hace dos riberas.
Barcos de Triana
Jamás se me acuerda
Que á mis piés mostrasen
Entrambas arenas.
Ni he visto á tu hermana
En balcon ni reja,
Ni engañé su gusto
Con palabras tiernas.
Si le dije amores,
Los mios no tengan
El fin que deseo,
Si tú lo deseas.
Si á matar veniste,
Por cobrar tu deuda
A don Pedro ingrato,
Bien pagada queda.
Yo, que de tí estaba
Sesenta y dos leguas,
¿Qué culpa he tenido
Que á matarle vengas?
Y si te prendieron
Al punto que llegas
Por lo que otro hizo
Y tú hacer quisieras,
¿Dijete yo entonces
Que entre aquellas peñas
Dejases tu mula
Para paz tan necia?
Y si Dios castiga,
Como si obras fueran,
Intenciones malas,
Porque las penetra,
¿Quieres tú que á Dios
La mano detenga
Que á espantar coronas
Envia cometas?
Tu prision, ingrato,
No sin causa era;
Que matar las almas
Bien merece pena.
Pero estando preso,
Hacerme tu presa,
Regalar tu cárcel,
Visitarte en ella,
Darte lo que sabes,
Joyas y cadenas,
Engañar las partes
Porque no lo fueran,
¿Merece que agora
Con achaques vengas
Para no cumplir
Tan justas promesas?
Con ajeno amor
Escaparte piensas;
Que no tiene culpa
Don Luis de Ribera.
Las obligaciones
De pagar te precias;
No pagues las mias,
Paga las ajenas.
Don Luis por el Duque
Te ha sacado della,
Hablando á su padre,
Que no es cosa nueva;
Yo por tí, don Juan,
Te dí plata y prendas,
Que son piés y manos
De las diligencias.
Entre tus papeles
(¡Nunca yo los viera!)
Ví los de una dama
Que te escribe tierna.
Esta vas á ver,
Por esta me dejas;
Que la adoras, falso,
Los papeles muestran.
Si tanto la amabas,
Mas nobleza fuera
No haberme engañado,
Y estimarla á ella.
Dejar regalarte
No fuera bajeza,
Y es llevarme el alma
Traicion manifiesta.
¡Plega á Dios, ingrato,
Que nunca la veas,
O la veas casada,
Si llegas á verla!
Sin saber á quién,
Te amaba contenta;
Pero no te amara,
Si yo lo supiera.
Irás muy glorioso,
Diráse que queda
Una toledana
Por tí solo muerta;
Mas cuando se ria,
Dile, si te acuerdas,
Que si fué dichosa,
Debe de ser fea.

ESCENA IX.

LIMON. — DICHOS.

LIMON.

¿Habémonos de partir?

DON JUAN.

¿Está todo aparejado?

LIMON.

Ya está.

DON JUAN.
Yo soy desdichado.
Pues partamos á morir.—
Adios, hermosa Leonarda.

LEONARDA.
¡Hay tal crueldad!

DON JUAN.
En mis ojos
Vengó el amor tus enojos.

LEONARDA.
Espera, villano, aguarda.
(*Vase don Juan.*)

ESCENA X.

LEONARDA, LIMON.

LIMON.
Fuése; que no puede mas.
Llorando va.

LEONARDA.
Y tú, traidor,
Por sombra de tu señor,
Que lamentándote estás,
Sigue el sol, véte tras él,
Pues se puso para mí.

LIMON.
Señora, con él nací,
Y así me pongo con él.
Sabe Dios si me ha pesado
Que don Luis diese ocasion
Á la negra obligacion
Que en blanco nos ha dejado.
Á Madrid vamos: advierte
En qué te puedo servir.

LEONARDA.
Solo en dejarme morir,
Pues eres mi media muerte.

ESCENA XI.

INÉS.— Dichos.

INÉS. (*A Limon.*)
Tu señor te está llamando,
Y ¡tú muy despacio aquí!

LIMON.
¿Quiere ya partirse?

INÉS.
Sí.

LIMON.
¿No me lo dices llorando?

INÉS.
Soy dura de ojos.

LIMON.
Adios.

INÉS.
¿Así te vas?

LIMON.
Pues ¿qué quieres?
Soy duro de lengua.

INÉS.
¿Infieres
Que el apartarnos los dos
Con aquesta brevedad
Nace de mi poco amor?

LIMON.
Inés, hablando en rigor,
No te tengo voluntad.
Vase don Juan: ¿qué he de hacer?

INÉS.
¡Á buen desierto! á Madrid.

LIMON.
Ten mas lástima.

INÉS.
Decid
Que os vais los dos á perder.

LIMON.
Bien segura quedarás.
No hay mujer para mí en él.
Adios.

INÉS.
¡Partida cruel!

LIMON.
¿Lágrimas?

INÉS.
No puedo mas.
¿Qué me enviarás de Madrid?

LIMON.
Un coche. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LEONARDA, INÉS.

INÉS.
¿Y pues? ¡Ah Señora!
¿Qué habemos de hacer agora?

LEONARDA.
Pensamientos, advertid
Que la vida me quitais,
Y que no os acabaréis;
Que en el alma viviréis,
Pues dentro en el alma estáis.
¡Ay, Inés! Yo soy perdida,
Yo soy muerta.

INÉS.
Ten prudencia.

LEONARDA.
Es tan injusta la ausencia,
Que me ha de acortar la vida.
Don Luis fué causa, esto es cierto;
El á quien es corresponde.

ESCENA XIII.

LISENA.— Dichas.

LISENA.
Pues, Leonarda, ¿qué responde
Don Juan á mi casamiento?

LEONARDA.
Que para verle partir
Te pongas á la ventana;
Que estará en Madrid mañana,
Y le podrás escribir
Tu pensamiento, y la traza
Con que os habeis de casar.

LISENA.
¿Que se fué?

LEONARDA.
Por no esperar
Cierto mal que le amenaza.

LISENA.
Pésame que se haya ido
Sin abrazarme siquiera.
¿No ha de volver?

LEONARDA.
No se fuera
Sin habérmelo advertido.

LISENA.
Mal hiciste en no avisarme.
¿Dijo dónde ha de posar?

LEONARDA.
Ya no tengo que esperar
Sino es en desesperarme.

ESCENA XIV.

DON LUIS, DIONIS.—Dichas.

DON LUIS.
Pregunta si está don Juan
En casa.

DIONÍS.
Aquí está Leonarda.

DON LUIS.
Ventura he tenido. Aguarda.

DIONÍS.
Llega; que solas están.

DON LUIS.
A ver á don Juan venia;
Que despues de la prision
No le he visto, y es razon,
Amistad y cortesía;
Y sucedióme tan bien,
Señora, que os hallo aquí.

LEONARDA.
Hallaisme fuera de mí.

INÉS. (*Ap. á su ama.*)
Loca estás. Habla mas bien.

LEONARDA.
Lisena, danos lugar;
Que tengo que hablar un poco
Al señor don Luis.

DON LUIS. (*Ap.*)
No es loco
Mi amor, pues me quiere hablar.

LISENA. (*Ap. á Leonarda.*)
Procura hacer diligencia
Para saber dónde posa
Don Juan; que es terrible cosa
Sin cartas sufrir ausencia.

LEONARDA.
Yo lo haré: véte con Dios.

DON LUIS. (*Ap.*)
Leonarda muere por mí;
Vencí su desden, vencí.
(*Vase Lisena.*)

ESCENA XV.

LEONARDA, DON LUIS, INÉS, DIONIS.

DON LUIS.
Ya estamos solos los dos.

LEONARDA.
¿Podré hablaros?

DON LUIS.
No hay aquí
De quien os podais guardar.

LEONARDA.
¿Puédese un hombre quejar,
Si nunca le amaron?

DON LUIS.
Sí.

LEONARDA.
¿De qué?

DON LUIS.
De no haberle amado.

LEONARDA.
Y si á otro queria bien,
¿No era mas justo el desden
Que el no traerle engañado?

DON LUIS.
Sin duda.

LEONARDA.
Pues si yo quiero
Un caballero, Señor,
¿Cómo he de tenerte amor?

DON LUIS.
Si merece el caballero
Querido mas que el dejado,
Ninguna culpa os darán.

LEONARDA.
Yo quiero bien á don Juan.

DON LUIS.
Bien os habeis disculpado.

LEONARDA.
No os parezca libertad;
Que ya está fuera de aquí
Por vuestra causa.

DON LUIS.
¿Por mí?

LEONARDA.
Por guardar á la amistad

El decoro que es razon,
Hoy á Madrid se ha partido;
Que obligado, no ha querido
Ofender la obligacion.
Con todo encarecimiento
Me ha pedido que os amase,
Que sirviese y que mirase
Vuestro gran merecimiento.
Llorando al fin se partió,
Por no estorbar vuestro gusto,
Diciendo que era mas justo
Que dél me olvidase yo;
Y que no pudiendo ser
Estando siempre presente,
Me daba lugar ausente;
Que piensa que soy mujer.
Y aunque es verdad que lo soy,
No soy de las que en ausencia
Se mudan; que no en presencia
Con menos firmeza estoy.
Yo le quiero, y es de suerte,
Que no le podré olvidar
Por mudanza de lugar,
Aunque me mude la muerte.
Y creedme que quisiera
Quereros; que mereceis
Que os quieran; pero bien veis
Qué libre mudanza fuera.
Si en vos no hubiera valor,
Ribera ilustre y Guzman,
Por mandármelo don Juan
Os tuviera eterno amor.
Y véngome á resolver,
Pues no es justo deteneros,
Que es imposible quereros
Ni dejarle de querer.
(*Vanse Leonarda é Inés.*)

ESCENA XVI.

DON LUIS, DIONIS.

DON LUIS.
¡Hay tal resolucion!

DIONÍS.
Bien comedida
Te ha declarado aquí su pensamiento.

DON LUIS.
Si me hablara don Juan en su partida,
Yo le excusara el justo atrevimiento.
Pero en una esperanza tan perdida,
¿Qué aguardo ya? Qué espero ni qué [intento?
Iré á Madrid, hoy tengo de alcanzalle.

DIONÍS.
Señor, ¿qué dices?

DON LUIS.
Que quien sirve calle.
(*Vanse.*)

—

Vista exterior de una venta en el camino de Toledo á Madrid.

ESCENA XVII

DON JUAN y LIMON, *de camino.*

DON JUAN.
El seso vengo perdiendo.

LIMON.
Nunca otra cosa se pierda.

DON JUAN.
Pues ¿qué mayor puede ser?

LIMON.
Fácilmente se consuela
Quien pierde lo que no tiene.

DON JUAN.
Lo que no tengo ¿qué fuera?
¡Ay, mi querida Leonarda!

LIMON.
¡Ay, mi Inés!

DON JUAN.
¿No se te acuerda
De aquellos hermosos ojos
Y aquella boca de perlas?

LIMON.
¿Dónde habrá estado esta mula?
Dónde la tuvieron presa
Mientras los dos estuvimos,
Que viene tan mal impuesta,
Que no hay quien en ella suba?
Sin duda fué cabestrera;
Que anda hácia atrás.

DON JUAN.
¡Qué locuras!

LIMON.
No le ha tocado la espuela,
Cuando al un lado y al otro
Hace extremadas floretas.
Pues si porfío, ¡mal año!
Cabriolas se le sueltan,
Que entre el colisco y la silla
Siempre hay cabe de paleta.

DON JUAN.
¡Quién llevara tus discursos
De aquí á Madrid!

LIMON.
O está enferma
De tolanos, ó ha sentido
De la posada la ausencia.
Viene tan contemplativa,
Que ó la tuvo algun poeta,
O algun astrólogo destos
Que llaman á las estrellas
Caballos, peces, carneros,
Toros, vacas, monas, perras;
Y luego dicen que habrá
Poco pan, muchas lentejas,
Romadizo, mal de madre,
Cámaras, dolor de muelas,
Casamientos, guerras, muertes,
Como si esto no lo hubiera
Desde que Dios hizo el mundo.

DON JUAN.
¿En qué esfera, en qué planeta
Pusiera la astrología
A Leonarda, si la viera
Con tan divina hermosura
Y con tan discreta lengua?

LIMON.
En la esfera del amor;
Pero no; que él la pusiera
Léjos de Madrid.

DON JUAN.
¿Por qué?

LIMON.
No hay amor en Madrid, reina
En Madrid solo interés,
Novedad, galas, veletas,
Comodidad, ¡qué sé yo!

DON JUAN.
¡Bueno voy desta manera
A despicarme á Madrid!

LIMON.
Los que antes galanes eran
Llevan de noche las caras
En celadas de bayetas
Como capillas de frailes;
Que el sereno es bien que teman,
Y no teman su salud
Tantas mujeres sin ella

DON JUAN.
¿Quién llega?

LIMON.
No sé, por Dios.
Luego que te vió se apea.

ESCENA XVIII.

DON LUIS, y DIONIS, *de camino*
—DICHOS.

DON LUIS.
¿Es don Juan?

DON JUAN.
¡Señor! ¿qué es esto?

DON LUIS.
Correr la posta y buscar
Un ingrato, y en lugar
A satisfacion dispuesto.

DON JUAN.
Fué forzoso salir presto;
No me pude despedir.

DON LUIS.
Quien así se puede ir
No diga que tiene amor.

DON JUAN.
Quise excusar el dolor
Entre el quedar y el partir.

DON LUIS.
No hay disculpa.

DON JUAN.
¿No es disculpa
Querer guardar el respeto
A la amistad?

DON LUIS.
A un discreto
Mas la ingratitud le culpa.

DON JUAN.
El ser noble me disculpa.

DON LUIS.
No es nobleza el no creer
Que otro la pueda tener,
Si el amigo se declara;
Que es traicion volver la cara
A quien no quiere ofender.

DON JUAN.
Yo con temor la volví.

DON LUIS.
Hombre que tiene temor
A su amigo, ya es traidor.

DON JUAN.
Mas por no lo ser me fuí.

DON LUIS.
Quien ha pensado de mí
Que, sabiéndolo, no hiciera
Lo que debo á ser Ribera,
Claro está que me agravió,
Pues ser mas noble pensó;
Porque si no, no se fuera.
Quien piensa mal del valor
De su amigo, es enemigo;
Que el amigo, de su amigo
Siempre piensa lo mejor.
Creer es tener amor;
No creer, tener recelo;
Para amigo de buen celo
Fe y obras son menester;
Que por obras y creer
Nos da cuanto tiene el cielo.
Sin probarme, no permito
Que os intenteis ausentar,
Porque es querer castigar
Antes de hacer el delito.
Yo á mi valor me remito;
Que declarados los dos,
Lo que hiciera sabe Dios:
Pero en iros presumí
Que no hiciérades por mí
Lo que yo hiciera por vos.
Obligar teniendo en menos
No es amor, es presuncion;
El tener satisfacion
Es de pechos de honra llenos.
Quien juzga mal los ajenos
No diga que hace amistad.

Volvamos á la ciudad;
Que preso quiero llevaros,
Y donde os prendí mostraros
Lo que puede mi lealtad.

DON JUAN.

Ribera ilustre, por quien
Tiene España honor igual,
¿Para qué tratais tan mal
Á quien os quiere tan bien?
Porque mejor el desden
De una mujer se ablandase,
Quiso amor que me ausentase,
Y no por imaginar
Que Alejandro supo dar
Lo que un Ribera negase.
Antes seguro de quien
Tiene tan alto valor,
No quise ser el pintor
Por no quitaros el bien;
Y porque ausente tambien
Diera á Leonarda lugar
Para que os pudiera amar,
Lo que presente no hiciera;
Que, puesto que sois Ribera,
No lo fuistes de aquel mar.
No pensé que fuera culpa
Dejaros mi posesion,
Porque con buena intencion
Tienen los yerros disculpa.
Si daros lugar me culpa,
Advertid que es gran castigo
Decir que sois mi enemigo;
Porque no es justo querer,
Por daros una mujer,
Quitarme el mayor amigo.

DON LUIS.

Gusto que disculpa os dén
Los intentos que tuvistes:
Como la esperanza fuistes;
Que mata por hacer bien.
Yo no quiero que me dén
Lo que me pueden pedir.

DON JUAN.

No sé qué decir; sufrir
Será fuerza.

DON LUIS.

Puede ser
Que quien no ha dejado hacer,
Aun no tenga que decir.

DON JUAN.

Corrido, Señor, estoy.
¿Á mi amor dais este pago?

DON LUIS.

Por esta cruz de Santiago,
Que habeis de saber quien soy.
Venid preso.

DON JUAN.

Preso voy.

LIMON.

¿Presos vamos?

DON JUAN.

¿No lo ves?
Ni aun sé lo que hará despues.

LIMON.

Yo me huelgo...

DON JUAN. (*Ap. á Limon.*)

Disimula.

LIMON. (*Ap.*)

Por vengarme de la mula
Y volver á ver á Inés.

(*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XIX.

DON FERNANDO, LEONARDA, LISENA.

DON FERNANDO.

Irse don Juan sin hablarme
No fué sin causa.

LEONARDA.

Yo creo
Que le han obligado cartas
De Madrid; que tiene un pleito.

DON FERNANDO.

¿Qué cartas ó pleitos pueden
Dar tal prisa á un hombre cuerdo
Para ser huésped ingrato?

LISENA.

No era cuerdo, sino necio,
Hombre que sin despedirse,
Ni dar cuenta por lo menos
De su partida á su amigo,
Se fué con tanto desprecio.

LEONARDA.

Hablas, Lisena, picada.

LISENA.

¡Yo! ¿de qué?

LEONARDA. (*A Lisena.*)

Basta. Yo creo
Que si te amara don Juan,
Le alabaras de discreto.

DON FERNANDO.

En tus razones, Leonarda,
Que tienen algo de celos,
Y en irse don Juan sin verme,
Que entre amigos fué mal hecho,
Clara veo la ocasion,
Aunque la ocasion no entiendo;
Que los pleitos de Madrid...

LEONARDA.

¿Qué sospechas?

DON FERNANDO.

¿Qué sospecho?
Que tu disgusto no ha sido
Sin causa.

LEONARDA.

¿Qué culpa tengo
De haber estimado un hombre,
A quien tan poco discreto
Me hiciste escribir papeles?

DON FERNANDO.

Papeles, y no requiebros.

LEONARDA.

Fernando, si se dan cartas
Dos personas, está cierto
Que han de jugar.

DON FERNANDO.

¿Cómo qué?

LEONARDA.

Yo hablo con presupuesto
De unos amores honrados;
Que solo se entiende el juego
Para tirar voluntades
Al resto del casamiento.
No creas que á dos papeles
Hay mujer ni hombre tan cuerdo
Que no pasen á las veras
Desde las burlas.

DON FERNANDO.

Bien creo
Que tuve culpa: engañéme
En alabarle.

LEONARDA.

Está cierto,
Fernando, que quien alaba
Es disfrazado tercero.

LISENA.

Y ¿tú tratabas amores
Con don Juan, y en este tiempo
Mi casamiento tratabas?
¡Buena amistad!

DON FERNANDO.

¿Cómo es eso?

LISENA.

No es nada, ya se pasó.

DON FERNANDO.

Tan agraviado me veo,
Que no sé de quién quejarme:
Pues si á mi hermana me vuelvo,
Dice que quiere á don Juan,
Y que yo la culpa tengo;
Y si á Lisena, del mismo
A Leonarda pide celos.
Mal me va de honor y amor.

LISENA.

Fernando, muerto don Pedro,
Pensé casarme.

DON FERNANDO.

Lo mismo
Puedes hacer, don Juan muerto.

LISENA.

¡Muerto don Juan!

DON FERNANDO.

Si está ausente,
¿Qué tiene mas?

ESCENA XX.

DON LUIS; *y luego*, DON JUAN, INÉS, LIMON y DIONIS.—DICHOS.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Entrad dentro.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¿Aquí me traes, Señor?

(*Sale Inés.*)

INÉS.

Don Luis y don Juan.

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

(*Salen don Juan, don Luis, Limon y Dionis.*)

DON LUIS.

Leonarda, aquí te quejaste
De mi amor, que siendo honesto,
Pidió á don Juan obligase
A menos desden tu pecho,
Y que por esta ocasion
Salió de Toledo huyendo,
Por dejarme libre el campo,
O por ventura de celos.
A los tres ha sido ingrato:
A Fernando, pues ha hecho
Agravio á un huésped tan noble;
A mí, pues pudo, diciendo
Que te amaba, imaginar
Que cediera mi derecho
En quien tú amabas; y á tí,
Pues pagó con tal desprecio
Lo que te debe. Yo, airado,
Partí de Toledo, haciendo
Juramento de volverle
A la prision que le he vuelto.
Y pues ya todos sabeis
Que es prision el casamiento
Que sola la muerte rompe,
Contigo le dejo preso.
Entre sus manos, don Juan,
Haz pleito homenaje luego
Que tendrás cárcel segura;
Y tú de tenerle el tiempo
Que, gozándoos muchos años,
Fuere voluntad del cielo.

DON JUAN.

Yo le hago en vuestras manos,

Señor,...— y las vuestras beso.

LEONARDA.

Por esta famosa hazaña
Seréis Alejandro nuevo.

DON LUIS.

Fernando, sé tú el alcaide.
Estos dos presos te entrego.

DON FERNANDO.

¿Y si hay otros dos?

DON LUIS.

Tambien.

DON FERNANDO.

¿Quieres, Lisena?

LISENA.

El deseo,
Aunque burlado, agradece
La dicha de mereceros.

LIMON.

Esperen; que hay otros dos;
Que andan estos casamientos
A pares, como perdices.

DON LUIS.

¿Quién son?

LIMON. (*A Inés.*)

Di si quieres.

INÉS.

Quiero.

LIMON.

Mas que nunca lo dijeras.

INÉS.

¿Y la mula?

LIMON.

Con un necio
La casarémos tambien,
Suplicando á los discretos...

DON LUIS.

No lo digas, pues lo son;
Que tan divinos ingenios
Perdonarán nuestras faltas,
Para que alegre fin demos
A *Amar sin saber á quién*;
Que á quién servimos sabemos.

EL MAYOR IMPOSIBLE.

PERSONAS.

LA REINA ANTONIA.	FENISO.	FULGENCIO, *viejo*.	MÚSICOS.
DIANA, *dama*.	ROBERTO.	EL REY DE ARAGON.	CRIADOS.
CELIA, *criada*.	LISARDO.	EL ALMIRANTE.	ACOMPAÑAMIENTO.
ALBANO, *caballero*.	RAMON, *lacayo*.	UN PAJE.	

La accion pasa en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

Jardin del real palacio.

ESCENA PRIMERA.

ALBANO, *de camino;* FENISO.

FENISO.

..., orillas de la mar,
estos járdines bellos
... el arte se acaba en ellos,
...e los puede envidiar
...ermoso campo Hibleo
... muro de Babilonia),
...ivina reina Antonia,
...mor único trofeo,
...dias que una cuartana
...acólica, enojosa,
...belleza milagrosa
...a de opresion tirana.

ALBANO.

...e aun dura la enfermedad,
...iso, con que la vi,
...do á Alejandría partí?

FENISO.

... mas riguridad,
... ni por medios declina,
...templa por cautelas.

ALBANO.

...olonia, en las escuelas
...e se lee medicina,
...as le están pintadas
... las enfermedades
...s presentes edades
... edades pasadas;
...re todas, solamente
...s la gota y cuartana
...n de la ciencia humana,
...as remedios que intente.
...ejor es alegrarse,
...rando entretenerse;
...e intentar defenderse
...asion de aumentarse.

FENISO.

...u alteza procura
...dias que libres son,
...ya honesta ocasion
...s grave se aventura
...componerse mas,
...e la música prueba
...los ecos de esa cueva
...lleva al mar el compás.
... verás la poesía,
... muchos necios pretenden
...chos sabios no entienden,
... mayor monarquía;
...bailes y las comedias
...notable perfecion;
Y porque al fin tristes son,
Desterradas las tragedias.
Una academia dirás
Que es este campo, un Liceo.

ALBANO.

Que viene su alteza creo.

FENISO.

No supo Minerva mas.

ESCENA II.

LA REINA ANTONIA, *en una silla de manos;* ROBERTO, LISARDO, MÚSICOS, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

No son de cristal las fuentes,
Ni se rien, que es mentira,
Ni las flores esmeraldas,
Ni testigos de su risa;
Pero es verdad que se hallan en Jacinta
Soles en los ojos,
Y perlas en la risa.

REINA.

¿Eres tú el dueño, Lisardo,
Deste romance?

LISARDO.

Yo soy,
Que sol á unos ojos doy,
Adonde me abraso y ardo.
Por eso, si hay objecion,
Propóngala vuestra alteza.

REINA.

De encarecer su belleza
Hallaste nueva invencion.

ROBERTO.

Pretende contradecir
El nuevo estilo de agora.

REINA. (*A los músicos.*)

Proseguid.

LISARDO.

Querrás, Señora,
Mis ignorancias reir.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

No son, como dicen muchos,
Las rosas alejandrinas,
Al tiempo que se abren, nácar,
Coral cuando se marchitan;
Pero es verdad, etc.

REINA.

Está con lindo artificio
Encarecida esa dama.

ROBERTO.

Tiene Lisardo gran fama.

LISARDO.

Mas es de mi amor indicio,
Que inclinacion natural
Que me deba la poesía.

REINA.

¿Qué hay, Feniso?

FENISO.

Que este dia
Irá fugitivo el mal
Con tal entretenimiento.

REINA.

¿Quién está contigo?

FENISO.

Albano.

REINA.

Bien seas venido.

ROBERTO.

Y no en vano,
Con tan raro entendimiento.

ALBANO.

Dame, Señora, los piés.

REINA.

¿Vienes bueno?

ALBANO.

A tu servicio:
Contento deste ejercicio,
Mas no de que enferma estés.

REINA.

No me dejan estos frios.

ALBANO.

Querrán vengarse del fuego
Donde amor se abrasa, y luego
Sus ojos convierte en rios.

REINA.

Di, Roberto, alguna cosa.

ROBERTO.

Diga Feniso primero.

FENISO.

Decir un soneto quiero.

REINA.

¿Qué sujeto?

FENISO.

Laura hermosa.

REINA.

¿Es la española que ayer
Iba en el coche á la mar?

FENISO.

Licencia me dió de amar,
Pero no de merecer.
Laura gentil, que coronar pudieras
Al mismo sol, con cuyos rayos bellos
Mas luz dieran tus ojos, que sin ellos
Tienen los ojos de las ocho esferas;
Si el fuego vivo, en que abrasar pudieras
Mi rudo ingenio, ardiera en mis cabellos,
Ceñidos de tu lauro, porque en ellos
Premio inmortal á mis conceptos fueras;
Aunque como el gigante sobre el risco

Pagara atado la atrevida hazaña,
Tú fueras de mis ojos basilisco; [ña,
Y en fe desta verdad, al mundo extra-
Callara Italia su inmortal Francisco,
Y de otra Laura se alabara España.

REINA.

Aprovechaste muy bien
Al Petrarca y Laura bella.

FENISO.

Esta es sol, si aquella estrella,
Laura de Laura desden;
Y si como es mas hermosa,
Fuera yo mejor poeta
Que el Petrarca, mas perfeta
Fuera Laura y mas dichosa.

REINA.

¿Sabes algo que decir,
Albano?

ALBANO.

Un enigma tengo;
Que de adonde agora vengo,
No me han dejado escribir.

REINA.

Bien dices, porque las musas
Calzan coturnos, no espuelas.

ALBANO.

Que ha de ser mala recelas,
Pues tú, Señora, me excusas.
Es pintura de este enima
Un corazon con su flecha
En unos grillos.

REINA.

¡Bien hecha!

ALBANO.

La glosa, Señora, estima,
Adonde viene encerrada,
Que es algo dificultosa,
Para que estimes la glosa,
Si el enigma no te agrada.
Esclavo soy, pero cuyo,
Eso no lo diré yo;
Que cuyo soy me mandó
Que no diga que soy suyo.
Quien en mi pecho sospecha
Que tengo tantas marañas,
Llegue y mire mis entrañas,
Tan abiertas desta flecha.
Preso estoy, que no me huyo;
Firmeza tengo y lealtad;
Señores, adevinad:
Esclavo soy, pero ¿cúyo?
Todo de mí se confia:
Armas, piedras, plata y oro;
Alcaide soy del tesoro,
Y del honor algun dia.
Diré mi nombre si osó...
—Mas ¿qué temor me acobarda?
Yo me llamo al fin... Mas, guarda:
Eso no lo diré yo.
Si tengo el costado abierto,
Por donde de mis abiertas
Entrañas se ven las puertas,
¿Para qué estoy encubierto?
¿Nadie en el blanco me dió?
¿Nadie me acierta en efeto?
Pues yo guardaré el secreto
Que cuyo soy me mandó.
Nadie los grillos me quite;
Que le podrán castigar:
Guardas, no le deis lugar,
Pues hurtar no se permite.
Mucho en hablar me destruyo,
Porque no habrá quien me mire,
Como esta flecha me tire,
Que no diga que soy suyo.

REINA.

¡Notable! ¿Quién te parece,
Lisardo?

LISARDO.

Pienso que amor.

ALBANO.

No es amor.

ROBERTO.

Mucho mejor
Para los celos se ofrece.

ALBANO.

No son celos.

ROBERTO.

¿No? Pues ¿quién?

ALBANO.

¿Danse todos por rendidos?

LISARDO.

Y de tu enigma vencidos.

REINA.

Tente; diré yo tambien.

ALBANO.

Temo á vuestra majestad.
Diga, á ver.

REINA.

El corazon
Con flechas, puesto en prision,
Es el candado.

ALBANO.

Es verdad.

REINA.

Los grillos son las armellas,
Y la flecha significa
La llave.

ROBERTO.

Harto bien se aplica
El candado preso en ellas.

REINA.

Lo demás queda entendido,
Pues guarda cualquier tesoro
Y de honor el decoro.

ALBANO.

Vuestra majestad ha sido
Otro Edipo desta Esfinge.

REINA.

Di, Lisardo.

LISARDO.

Un desengaño
Me dió una glosa, y un daño,
Que ser mi provecho finge.
La letra vino de España,
Porque hasta los versos son
Tus vasallos de Aragon.

ROBERTO.

No es daño el que desengaña.

LISARDO.

Dulces engaños de amor,
Sabed que es vano cuidado
Volverme al pasado error,
Porque amor desengañado
Es el engaño mayor.
Tratadme ya como á extraño;
Que pasada la ocasion,
Darme esperanza es engaño,
Si ha tomado posesion
En mi alma el desengaño.
Pues de los escarmentados
Se hacen los prevenidos,
No mas gustos engañados;
Que yo no os quiero venidos,
Si os he de llorar pasados.
Ya me buscais sin provecho,
Porque no habeis de volver
Eternamente á mi pecho;
Que el pesar de aquel placer
Tan grande escarmiento ha hecho.
Antes de desengañarme
Pudo amor entretenerme;
Pero en llegando á avisarme,
Es imposible ofenderme,
Pues me ha enseñado á guardarme.
Hoy se ha de ver en mi pecho
Si desengaños obligan
A quien engaños han hecho
Tanto mal, porque no digan
Que huyo de mi provecho.
Bien quisiera yo pasar
Con mi engaño descuidado;
Pero es llegar á engañar
Su engaño, el mas bajo estado
A que pudo amor llegar.
Hoy se ha de ver en mi pecho[1]
Si desengaños obligan[2]
A quien engaños ha hecho[3]
Tanto mal, porque no digan[4]
Que huyo de mi provecho[5].

REINA.

Tú lo glosaste muy bien;
Pero esos versos no son
Tan vasallos de Aragon
Como muestra tu desden,
Porque á bien y mal tratar
Son los de Aragon.

LISARDO.

Señora,
Quien desengaños adora,
Mas sabe amar que engañar.

REINA.

Di, Roberto.

ROBERTO.

Yo diré
Tres décimas á una dama
Que vos conoceis por fama,
Y que siempre ingrata fué.—
Queredme bien, si quereis
Que no os canse con quereros;
Que no pienso aborreceros
Mientras vos me aborreceis.
Si de que os quiera teneis
Tanto disgusto, Señora,
Probad á quererme un hora,
Y veréis cómo os olvido,
Si puede olvidar querido
Quien aborrecido adora.
Ver que mi amor os ofende
Tanto esfuerza mi porfía,
Que lo que á vos os enfria
Es lo mismo que me enciende.
Si vuestro desden pretende
Que deje mi pretension,
Inútiles medios son,
Señora, los desengaños;
Que quien estima sus daños
No ha de estimar la razon.
Dejaros yo de querer
Mientras tan hermosa estáis,
Señora, no lo creais,
O dáos prisa á no lo ser.
Mas ni vos querréis perder
Esa hermosura apacible,
Ni este mi amor invencible
Dejar pasion tan dichosa,
Si vos no de ser hermosa,
Que es el mayor imposible.

REINA.

Buenas por mi vida son.
Mas ¿cómo dices, Roberto,
Que dejar de ser hermosa
Es imposible, pues vemos
Que la edad tan presto acaba
La hermosura con el tiempo,
Ya consumiendo la luz
De los ojos, ya cubriendo
La púrpura de los labios,
Ya dando plata al cabello?

1, 2, 3, 4, 5. En lugar de estos ve[...] peticion de los correspondientes á la parte de la glosa hecha sobre el ter[...] de la redondilla glosada, debia ha[...] otros cinco que faltan.

ROBERTO.

Que ella quiera digo yo,
Señora, dejar de sello;
Y aun dejar de habello sido
No era yerro.

REINA.

Niego.

ROBERTO.

Pruebo.

REINA.

¿Cómo, si te has engañado?
Pues donde dicen tus versos:
«dejaréis de ser hermosa»,
Decir debiera, Roberto:
«dejaréis de habello sido,»
Y hablar del pasado tiempo.

ROBERTO.

Si agora es hermosa, ¿cómo
Hablar del pasado puedo?

REINA.

¿No ves que fuera agraviarla,
Y que es mas fácil un yerro
En los versos que en su cara?

LISARDO.

ejando el yerro en los versos,
o es el mayor imposible
ue dejen de ser tan bellos
os ojos de esa señora,
no es encarecimiento.

ROBERTO.

ues ¿hay mayor imposible
ue dejar de ser aquello
ue fué?

LISARDO.

Y muchos, pienso yo.

REINA.

isardo, escucha; que quiero
e cuantos estáis aquí
gais sobre este conceto
uál os parece el mayor
posible.

FENISO.

Yo comienzo.
l servir con mala estrella,
nque á generoso dueño,
usando medrar un hombre,
r mas imposible tengo.

ALBANO.

o tengo por el mayor,
e con bajo nacimiento,
esto un hombre en gran lugar,
je de estar muy soberbio,
e aborrecer á cuantos
sus principios le vieron,
e querer, si pudiera,
rlos ausentes ó muertos.

ROBERTO.

tengo por imposible
mayor de cuantos veo,
e lo que no puede amor
pueda hacer el dinero;
rque es el mas ingenioso
rtificioso instrumento
e han inventado los hombres,
es ha derribado al suelo
udades, honras y vidas,
evantado al gobierno
l mundo los mas humildes.

LISARDO.

hacer de un necio un discreto
go al mayor imposible,
rque es como el negro el necio,
aunque le lleven al baño,
fuerza volverse negro.

REINA.

ré yo?

ALBANO.

Si vuestra alteza
Dice, todos quedarémos
Vencidos.

REINA.

Yo, para mí,
Por mas imposible tengo
El guardar á una mujer.

ROBERTO.

A no ser atrevimiento,
Dijera que es harto fácil.

LISARDO.

Que me dés licencia ruego
De responder en favor
Tuyo, aunque es mayor tu ingenio.

REINA.

Responde.

LISARDO.

¿Por qué razon
Hallas tan fácil, Roberto,
El guardar á una mujer?

ROBERTO.

Porque es tan dócil sujeto
Por una parte, y por otra
Tan débil, que cuando vemos
Alguna con libertad,
Mas es culpa de su dueño
Que suya.

LISARDO.

Del hombre ¿puede
Ser culpa?

ROBERTO.

¡Hay tantos tan ciegos
Del interés, que el honor
Vienen á tener en menos!...
Ni reparan que en la calle
Los señalen con el dedo,
Ni que los afrente el mundo.

LISARDO.

De manera que en los buenos
¿Esa desdicha no cupo?

ROBERTO.

Será influencia del cielo.
Yo no tengo mujer propria;
Una hermana sola tengo;
Nació con obligaciones...
Nunca, Lisardo, agradezco
Que á quien le toca las guarde;
Y ansí, cuando á alguna veo
Decir *soy mujer honrada*,
Pidiendo agradecimiento,
Me causa notable risa,
Pues de su honor y provecho
Y tan justa obligacion
A padres, marido y deudos,
Quiere que acá la tengamos,
Como si fuera derecho
Del nacer mujer, ser ruin.—
Y al propósito volviendo,
Digo que cuando mi hermana,
Por humilde nacimiento
Desobligada naciera,
Del hombre de mas ingenio,
De mas valor la guardara,
Aunque conquistas y ruegos
Batieran su fortaleza
Con los tiros del dinero,
Y las espías que ponen
En los terceros discretos
Papeles, galas, suspiros,
Ocasiones y paseos.

REINA.

Roberto, si una mujer
Quiere, yo tengo por cierto
Que es imposible guardarla.

LISARDO.

Bien claro dijo el ejemplo
La antigüedad, pues los ojos
De Argos al fin se durmieron
Con la vara de Mercurio.

ROBERTO.

Son esas fábulas cuentos
De viejas, para la lumbre
Las noches de los inviernos.
¡Vive Dios, que si tuviera
Mas Argos que ojos el cielo
Júpiter, y mas Mercurios
Que pluma el pavon soberbio,
Que no me engañara á mí
Una mujer, si su ingenio
El de Semíramis fuera!

LISARDO.

Pues ¡vive Dios que sospecho
Que si fueras lince en vista,
O leon de Albania fiero,
De quien dicen que en su cueva
Duerme los ojos abiertos,
Y en tus rejas y ventanas
Con mil máquinas de fuego
No dieses lugar al sol
Para entrar en tu aposento,
Que te habia de engañar
La mujer que sabe ménos!

ROBERTO.

¿A mí, Lisardo?

LISARDO.

A tí pues.

ROBERTO.

Calla; que ofendes en eso
Todo el valor de los hombres.

LISARDO.

Yo sé que no los ofendo,
Porque todos ellos saben
Que de la mano del cielo
Viene la buena mujer;
Y ansimismo todos ellos
Saben que la que es divina
No es ruin.

ROBERTO.

Yo me resuelvo
En que se puede guardar.

LISARDO.

Yo lo contrario sustento.

REINA.

Lisardo...

LISARDO.

Señora...

REINA.

Escucha. *(Ap. á él.)*
Cansada estoy de este necio.
Tú has de conquistar su hermana,
Si me cuesta los dos reinos
De Nápoles y Aragon.

LISARDO. *(Ap. á la Reina.)*

Sin saber el pensamiento
De vuestra alteza, tenia
Ese decreto resuelto.

REINA. *(Ap. á Lisardo.)*

Pues comienza, y véme dando
Parte de cualquier suceso;
Que en aquesta enfermedad
Mejor entretenimiento
Es imposible aplicarme.

LISARDO. *(Ap. á la Reina.)*

Déjame el cargo.

REINA.

(Ap. á Lisardo. Esto quiero
Que hagas por darme gusto.)
¡Hola! Esa silla; que siento
Enfado de tanto mar.

ROBERTO.

Su calma ó su movimiento
Da mas tristeza á los tristes.

REINA.

Cantad.

UN MÚSICO.

¿Qué cancion?

REINA.

De celos.

(*Vanse todos, menos Lisardo.*)

ESCENA III.

LISARDO.

Conquiste el ancho mundo el Macedonio,
Alabe Cipïon su resistencia,
Mario en fortuna vil halle paciencia,
De su valor insigne testimonio,
Preste el confuso reino Babilonio
A femeniles armas obediencia,
Y viva largos años sin pendencia,
En pacífica paz el matrimonio,
Y no, supuesto que el varon adquiere
Imperio en la mujer, honor, te asombre
De que á sus manos tu defensa muere.
Rinde á su industria tus valientes nombres,
Porque es guardar una mujer, siquiere,
El mayor imposible de los hombres.

ESCENA IV.

RAMON, *con un papel.*—LISARDO.

RAMON.

Hasta que á solas te vi,
No quise llegar á hablarte.

LISARDO.

¿Qué hay, Ramon?

RAMON.

Que vengo á darte
Un papel.

LISARDO.

¿De Estela?

RAMON.

Sí.
Mas dame albricias primero
De él y de quererte hablar.

LISARDO.

Ni albricias te quiero dar,
Ni tomar el papel quiero.

RAMON.

¿Cómo ansí?

LISARDO.

Porque he mudado
De amor y de pensamiento.

RAMON.

¿Qué veleta al fácil viento
Causa mas risa al tejado,
De verla en tantas mudanzas,
Como me causas á mí?
Ayer ¿no la amabas?

LISARDO.

Sí,
Y con justas esperanzas.

RAMON.

Pues ¿qué vendaval te dió?
¿Son celos, ó son enojos?

LISARDO.

Son unos nuevos antojos
A que desde hoy me obligó
La que me puede mandar
Que mude de pensamiento,
Si puede ser fundamento
De amor el mandarme amar.

RAMON.

Todos los amantes son
Cifras de engaños.

LISARDO.

No ha sido
Accidente mi sentido,
Sino en mi dueño eleccion.

RAMON.

Cierto poeta decia
Que eran todos los amantes
Unos vestidos danzantes
A quien son el tiempo hacia;
Que como no es la razon
La que ha de guiar la danza,
No hay mas duda en la mudanza
Que en hacer el tiempo el son.—
¿Qué haré de aqueste papel?

LISARDO.

Lo que á ti te diere gusto.

RAMON.

¿Billete te da disgusto?

LISARDO.

Ya sé lo que viene en él.

RAMON.

Los que juegan (si lo apruebas;
Que consejos me acobardan)
Las barajas viejas guardan
Para remendar las nuevas.
Tengámosle para un dia,
Que de esa nueva, cruel
Te dé acaso algun papel
Enfado ó melancolía.
Es pensamiento que sube,
Y de las tejas abajo...

LISARDO.

Tanto el sugeto aventajo,
Como hay del sol á la nube.
¿No conoces tú la hermana
De Roberto?

RAMON.

Sí, Señor;
En quien estaba mejor
Que en la Reina la cuartana,
Porque tiene del leon
La soberbia y fortaleza,
Si bien con rara belleza,
Peregrina discrecion.

LISARDO.

Temo á su hermano.

RAMON.

Bien puedes;
Que es temerario su hermano.
Pero no hay muro tebano,
Fuertes torres ni paredes
Para amor; que es para entrar
Sol, y para el alma fuego,
Y como há tanto que es ciego,
Sabe cómo ha de cegar.
Mas si tú la quieres bien,
Por mujer te la dará,
Pues á tí tan bien te está,
Y á Roberto está tan bien.

LISARDO.

No me quiero yo casar
Sin que conquiste su amor.

RAMON.

Pues dícenme que es mejor
Despues de casado amar;
Que muchos que se han casado,
Forzados de un amor loco,
Suelen despues hallar poco
De lo mucho que han pensado.
Quien se quisiere casar
Ha de mirar en la dama
Buena cara, honesta fama;
Y adios, que me echo á nadar.
Casarse es azar ó encuentro,
Como quien bebe con jarro,
Donde bebe el mas bizarro
Aquello que viene dentro.
Cuentan que dos se casaron,
Y la noche de la boda,
En quietud la casa toda,
Ya entiendes, se desnudaron.
Él dijo: «Ya no hay que hacer
Secretos impertinentes:
Postizos traigo los dientes;
Paciencia, sois mi mujer.»
Ella, quitando el tocado,
El cabello se quitó,
Y en calavera quedó
Como un guijarro pelado,
Diciendo: «Perdon os pido:
Postizo traigo el cabello;
No hay que reparar en ello;
Paciencia, sois mi marido.»

LISARDO.

Dejando tus disparates
Y los de tu vano humor,
Quiero, Ramon, que mi amor
Por algunos medios trates.
Nunca la he dicho á Diana
Que la quiero; solo han sido
Mis ojos los que han tenido
Entre su luz soberana
Algun corto acogimiento:
De suerte que aquesta historia
Reserva para tu gloria
Su primero fundamento.
Mira pues cómo ha de ser,
Siendo tan lince su hermano.

RAMON.

Todo pensamiento es vano
Contra ingenio de mujer.
Dame tú que se te incline,
Aunque mas hermanos tenga
Que hay en la Capacha, y venga
Por donde amor la encamine;
No han de impedir que te quiera
Con todos los requisitos
De amor, si ejemplos escritos
Tu presuncion considera.
Naturaleza á la rosa
Cinco hermanos puso en torno,
Que á sus hojas y á su adorno
Sirven de basa lustrosa;
Y con estar cinco hermanos
De la rosa alrededor,
Llega la abeja menor
Y come sus rubios granos.
Vuela tú; que no podrá
Todo el mundo defendella.

LISARDO.

Esta noche he de ir á vella:
Tú, Ramon, alerta está;
Que mi Mercurio has de ser.

RAMON.

Camina, y nada te asombre;
Que no hay valor en el hombre
Contra industrias de mujer.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Roberto.

ESCENA V.

ROBERTO, FULGENCIO.

ROBERTO.

Esto ha pasado, y yo, Fulgencio,
Para que mas se guarde el confiad
Que el que tiene mujer, tiene ene

FULGENCIO.

No quisiera que hubieras porfiado
Que, fuera de ser necia la porfía,
No te tocaba, por no ser casado.

ROBERTO.

Pues ¿en qué te parece culpa mi
Decir que una mujer puede guard
¿Es esta de Faetonte la osadía?
¿Qué carroza del sol ha de llev
Por los mismos dorados paralelo
A peligro forzoso de abrasarse?
¿Pedí flores á Scitia, á Etiopia hi

O dije que imposible no seria
Guardar una mujer honrados celos?

FULGENCIO.

La antigüedad tres cosas proponia
Por imposibles, siendo la primera
El rayo con que Júpiter solia
Estremecer los rayos de la esfera,
La clava del Tebano la segunda,
Y los versos de Homero la tercera.
No tengo yo por cosa tan profunda
Guardar una mujer; pero en efeto,
¿Qué daño de lo dicho te redunda?

ROBERTO.

Lisardo, muy preciado de discreto
(Que si puede ser necio y secretario,
Por no callar no lo tendrá secreto),
En mi proposicion me fué contrario,
De tal manera, que quedé corrido,
Y me fué sustentarlo necesario.
Mas di, Fulgencio, por quien ha corrido
Tan larga edad, ¿es imposible cosa
Que un amante, que un padre, que un [marido
Pueda guardar una mujer hermosa?

FULGENCIO.

Para guardar su virginal decoro,
Supuesto que es historia fabulosa,
En una torre, como al fin tesoro,
Acrisio puso aquella hermosa dama
Que Júpiter venció con lluvia de oro,
Para dar á entender que honor y fama
Corrompe el oro y entra donde quiere;
Que por eso del sol hijo se llama.
Guardándose del oro que prefiere [no
Todo imposible, no hay contrario huma-
Que al marido, al galan, al padre altere.

ROBERTO.

El oro ¿es poderoso?

FULGENCIO.

Es un tirano.

ROBERTO.

Mas ¿cómo veré yo venir el oro?

FULGENCIO.

Si él quiere entrar, será defensa en vano;
Mas agora no toca á tu decoro
Este imposible; que en tu casta hermana
Reverencio el valor, la sangre adoro.
Es de la honestidad napolitana
El ejemplo mayor.

ROBERTO.

Sí; mas no quiero
Que entretenga á la Reina su cuartana
Con hacer que algun vano caballero
Para desengañarme la enamore,
Porque mil vidas perderé primero.
Mi casa, aunque está bien, de hoy mas [mejore
Tu cuidado, Fulgencio; que contigo
No temo que su lustre se desdore.
Aquí no ha de entrar hombre, ni aun [conmigo,
A hablar una palabra, ni criado [tigo.
Pasar de aqueste umbral, sin gran cas-
¿Hasme entendido ya?

FULGENCIO.

De tu cuidado
Quedo advertido.

ROBERTO.

Sea sin que entienda
Mi hermana que estas cosas me le han [dado.

FULGENCIO.

Casalla ¿no es mejor?

ROBERTO.

Que lo pretenda
Aguardo solamente quien la iguale.
Entre tanto, no quiero que me ofenda
El mismo sol que por los cielos sale.
(Vase.)

ESCENA VI.

FULGENCIO.

Empresa grande fué romper con Ar- [gos
Las vírgenes espumas del mar fiero
Aquel piloto de Jason, primero, [gos;
Por quien bramó por tan pesados car-
Y no menor de trances tan amargos,
Salir el griego que celebra Homero,
O encadenar el infernal Cerbero,
Hércules, fin de sus discursos largos.
Pero guardar del oro y del rendido
Pecho de un hombre, amando loco y [ciego,
Y á todos los peligros atrevido,
Una mujer entre ocasion y ruego,
Mayor empresa fué que haber vencido
Del mar el agua y del infierno el fuego.

ESCENA VII.

DIANA.—FULGENCIO.

DIANA.

¿Fuése mi hermano, Fulgencio?

FULGENCIO.

Fuése.

DIANA.

¿Qué tiene estos dias,
Que añade á sospechas mias
Mas duda con su silencio?
Si yo no le diferencio
En sangre y amor, no es justo
Que me encubra su disgusto,
Pues donde hay amor igual,
Ni se ha de encubrir el mal,
Ni á solas pasar el gusto.
Déme parte del dolor,
Como estamos obligados;
Que dividir los cuidados
Es obligacion de amor.
Si nace de su rigor,
Comuníquelo conmigo;
Que mejor que de un amigo
Puede fiarse de mí.

FULGENCIO.

Nunca yo, Señora, fui
De sus tristezas testigo.
Si son de amor, á mi edad
Parecerále indecente
Decir lo que amando siente
La rendida mocedad;
Pues si son de enemistad,
¿Qué puede ayudarle un viejo?

DIANA.

Mucho mas con el consejo
Que el mas valiente escuadron;
Que para los mozos son
Las canas divino espejo.

FULGENCIO.

Disgustos deben de ser
Del servir y del privar,
Si á Lisardo ve medrar
Por la pluma, desde ayer.
La Reina ha dado en querer
Aqueste medio español:
Es el servir un crisol
Que descubre los defetos,
Y se prueban los discretos,
Como el águila en el sol.
Las casas de los señores
Son un cuerpo bien compuesto;
Mas no les faltan por esto
Algunos varios humores.
Los instrumentos mejores,
Con alguna falsa cuerda,
Hacen que el acento pierda
Aquella dulce armonía.

DIANA.

Mal con la sospecha mia
Tu pensamiento concuerda;
Que si está triste Roberto
De no ser mas estimado,
Y es Lisardo el envidiado,
Que tiene valor es cierto.

FULGENCIO.

Fuera injusto desconcierto
Decirte mal de Lisardo:
El es discreto y gallardo,
Pero no á tu hermano igual.

DIANA.

Por parte mas principal,
De alabarle me acobardo.
Mas no, Fulgencio, no son
Tus palabras verdaderas;
Bien se ve que con quimeras
Me engaña tu sinrazon.
No merece mi aficion,
Ni el haberme tú criado,
Encubrirme su cuidado.
Poco te fias de mí.

FULGENCIO.

Bien puedo fiar de ti,
Como él de mí se ha fiado;
Y aun es el medio mejor,
Para sosegar sus celos,
Decirte que sus desvelos
Nacen de su mismo honor.

DIANA.

Pues ¿quién me ha tenido amor,
Que este cuidado le dé?
Si es Lisardo, yo no sé
Qué talle tiene Lisardo;
Si no es que por ser gallardo,
Celoso mi hermano esté.
Pues ¿qué culpa tendré yo
De que sea tan discreto?

FULGENCIO.

Bien te dijera el secreto
En que aquesto se fundó,
Mas ¿qué mujer le guardó?

DIANA.

¿A cuál hombre ves fingir
Secreto, y no lo decir,
Si á decirlo comenzó?

FULGENCIO.

A tu raro entendimiento,
Diana, mi amor agravia
Si este secreto te encubre,
No al ser mujer; que la causa
De no guardarle, es del hombre
Que hace de ella confianza,
Queriendo que mujer calle
Lo que él, siendo hombre, no guarda
No es esto decirte yo
Secretos, aunque sobraba
Tu virtud para fiarte
Cosas mas graves y raras,
Sino darte cierto aviso,
Para que pongas en guarda
Tu honor, porque andan ladrones
Al rededor de tu fama.
Estos entretenimientos
Con que pasa sus cuartanas
La reina Antonia, han traido,
Entre tantas cosas varias,
Una quistion, en que afirma
Lisardo, y la Reina alaba,
Que el imposible mayor,
Para las cosas humanas
Es guardar una mujer,
Si ella misma no se guarda.
Con esto me mandó á mí
Que desde la noche al alba,
Y desde el alba á la noche,
Vele su honor y su casa.
De esto nacen sus tristezas;
Tú, bellísima Diana,
Podrás guardarte mejor,
Prevenida y avisada.

Huye de Lisardo siempre,
No piensen su talle y galas
Vencer su honor de Roberto,
De quien eres noble hermana.
Por mejor medio he tenido,
Aunque el secreto me encarga,
Avisarte claramente
De lo que en palacio pasa.
Disimula, y sepa Antonia,
Con experiencia tan clara,
Que el imposible mayor
Es vencer tu honor y fama. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DIANA.

Entre ignorancias del mundo
Ninguna he visto mayor:
Despues del primero error,
Hizo este necio el segundo.
¿Con qué ingenio, con qué llave
Guardar quiere una mujer?
Roberto quiere saber
Ciencia que ninguno sabe.
Que es el mayor imposible
Verá muy presto por sí,
Porque ya me toca á mí
Que no parezca posible.
Este otro, necio tambien,
Me alaba el valor de un hombre
De tanta opinion y nombre,
Y que todos quieren bien,
Y avísame que me guarde
De lo mismo que me alaba,
Cuando yo de amor estaba
Mas segura y mas cobarde.
De los viejos los consejos
Son de grande estimacion;
Mas si mozos necios son,
¿Han de ser discretos viejos?
No; que no muda la edad
El ingenio. Al fin mi hermano,
A mi costa, ¡quiere en vano
Seguir su temeridad!
De suerte que por guardarme,
Para salir con su intento,
Querrá de mi casamiento
La ventura dilatarme.
Yo he mirado atentamente
A Lisardo, y me pesaba
De ver que no me pagaba
Este amoroso accidente;
Pero ya que mi fortuna
Me ha traido la ocasion,
Aunque fué por ilusion,
No pienso perder ninguna.

ESCENA IX.

CELIA. — DIANA.

CELIA.

Cierto mercader flamenco,
Con muchas curiosidades
De vidrio y de oro tambien,
Pasaba por nuestra calle,
Y por la reja me dijo
Que hiciese que le comprases
Algunas cosas, Señora,
De las que en la caja trae;
Y que me daria á mí
Por el dicho corretaje
Dos papeles de alfileres
Y un poco de lo que sabes
Que nos aliña los rostros.
¿Qué dices? ¿podré llamarle?

DIANA.

Mi hermano ¿está en casa?

CELIA.

No.

DIANA.

Llámale.

CELIA.

Merced me haces.
(*Llegándose á la puerta.*)
Entrad, Monsiur, ó quien sois.

ESCENA X.

RAMON, *de buhonero.*— DICHAS.

RAMON.

El cielo, Señora, guarde
Los años de esa hermosura
Por infinitas edades.
La fama de que teneis
Buen gusto pudo obligarme
A enseñaros varias cosas
Recien venidas de Flándes.
Abro, con vuestra licencia,
Y escoged lo que os agrade,
Aunque no tengais dineros;
Que no aprieto que me paguen
Las damas que no los tienen,
Porque bien puedo fiarles
Un año y dos, aunque veis
Que traigo este humilde traje.

DIANA.

¿De dónde sois?

RAMON.

Del país
De Henao.

DIANA.

Famosos lugares
Dicen que tiene.

RAMON.

Es de Mons
La fortaleza notable;
Pero Valencina tiene
Para ciudad bellas partes,
Y el celebrado reloj
Que muestra el curso admirable
De la luna y los planetas.

DIANA.

Algunas cosas mostradme.

RAMON.

Si quereis joyas de precio,
Tiene cuarenta diamantes
Este Cupido.

DIANA.

A Cupido
Mas tierno suelen pintarle.

RAMON.

Antes de diamantes es
Por los que dan los amantes.

DIANA.

Ellas son piedras famosas,
Mas de calidades tales,
Que vendidas en la joya
Del platero que las hace,
Tienen el valor que él quiere;
Y si despues de comprarse
Se quieren vender al mismo,
La mitad apenas valen.

RAMON.

A las mujeres parecen;
Que si llegais á rogalles,
Se venden por grande precio;
Y si ellas ruegan, de balde.
Pero yo no he de querer
Precio tan exorbitante
Por los diamantes que veis.

DIANA.

¿Mas que quereis engañarme
Con algunas piedras falsas?

RAMON.

No puede ser que os engañe,
Pues no he de llevar dineros.

DIANA.

¿Que sin ellos quereis darme
Las joyas?

RAMON.

Sí, porque sé
Que puede de vos fiarse
Hasta el alma de un secreto,
Que es mas que diez mil diamantes.
Este es un bello delfin
Con diez zafiros, que hacen
Las escamas.

CELIA.

¡Linda joya!

RAMON.

Este es un famoso Marte
Armado, como le pintan
Los poetas celestiales.

DIANA.

¿Celestiales?

RAMON.

Sí; que son
De los cielos los que saben,
A diferencia de aquellos
Que el monte Parnaso pacen.
Tomad, no os acobardeis.

DIANA.

Ánimo teneis.

RAMON.

Tan grande,
Que un diamante os puedo dar
Tan grande como un amante.
(*Hace como que esconde un retrato.*)

DIANA.

Aguardad. no le encubrais.
¿Qué es esto? ¿Es por dicha imágen?

RAMON.

No, Señora.

DIANA.

Pues ¿quién es?

RAMON.

Cierto retrato de un naipe
Que tengo de guarnecer,
Porque quieren presentarle
A cierta dama.

DIANA.

Mostrad.
¡Buena cara!

RAMON.

El mejor talle
Tiene aqueste caballero,
Fuera de otras muchas partes,
Entendimiento, valor,
Gracia, bizarría, donaire,
Gentileza, condicion,
Nobleza é ilustre sangre,
Que en Nápoles se conoce.

DIANA.

Bien es que á un rostro tan grave
Las virtudes que decis
Honestamente acompañen.

RAMON.

Eslo tanto, que en su vida
Miró á mujer, aunque hablase
Con ella; que para una
Quiere el amor que se guarde.
En esta dias y noches
Piensa, y no quiere que hable
De cuantas Nápoles tiene
Sus amigos y sus pajes,
Con ser querido en extremo
De muchas; que aun ayer tarde
Una lloraba conmigo
Que aun apenas la mirase,
Despues de un año de amor.

DIANA.

¿Sabes quién es?

RAMON.

Si guardarme
Quereis secreto, os diré
La que perdido le trae.

DIANA.

Callar prometo.

RAMON.

No es poco.

DIANA.

Ni mucho, aunque tú te espantes,
Que haya mujeres tan cuerdas
Que cosas que importan callen.

RAMON.

¿Conoceis cierta Diana
Bellísima (y perdonadme
Que la alabo en vuestros ojos,
Sin que su belleza agravie),
De cierto Roberto hermana,
Parienta del condestable
De Aragon, que es gentilhombre
De la Reina?

DIANA.

Sé las partes
De esa dama que decis,
Porque en Nápoles á nadie
Hace la merced que á mí.
Siempre andamos juntas.

RAMON.

Dadme
El retrato, y estas joyas
En casa pueden quedarse;
Que de espacio las veréis.

DIANA.

De las joyas no se trate;
Que no he de tomar ninguna.
Solo el retrato dejadme;
Que bien le podeis fiar,
Porque quiero yo enseñarle
A la dama á quien decis;
Que no habrá quien mejor trate
De obligarla á que le quiera.

RAMON.

Bien sé que puedo fialle;
Pero no puedo atreverme
A que un momento me falte
(Porque pedírmele puede),
Sin alguna prenda grande.

DIANA.

Esta cadena.

RAMON.

No es cosa
Que precio apreciado vale
Que en fin es un naipe solo),
Aunque tal vez vale un naipe,
Si llega con buena suerte,
Que el dueño un tesoro gane.

DIANA.

¿Y si yo otro naipe os doy?

RAMON.

Como ese rostro retrate,
Será prenda igual del mio.

DIANA.

Pues tomad este, y guardalde.

RAMON.

¿Cuándo me mandais volver?

DIANA.

Volved en diverso traje
Mañana.

RAMON.

Quedáos con Dios;
Que bien puedo asegurarme,
Pues por el rostro de un hombre
Llevo el retrato de un ángel. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DIANA, CELIA.

CELIA.

¿Qué has hecho?

DIANA.

Dar un principio
A un pensamiento notable.
Este flamenco es fingido.

CELIA.

Bien puede ser que te engañes;
Pero estas preciosas joyas
No es posible que no salen
De alguna aljaba de amor.
¿Por qué de tomar dejaste
Dos ó tres de las mejores?
Que yo, como muchas hacen,
Le pesqué famosamente
Dos bellas randas de Flándes
Y un abanillo de plata.

DIANA.

La joya mas importante
Para mí es aqueste rostro;
No diamantes, no balajes,
No rubíes ni amatistas,
Que adornan oro y esmaltes.

CELIA.

¿Conoces al dueño?

DIANA.

Sí.

CELIA.

¿Quién?

DIANA.

Lisardo.

CELIA.

No te espantes
Que me admire.

DIANA.

Vén conmigo
Donde de espacio te hable;
Que el imposible mayor
De cuantos el mundo sabe,
Es guardar una mujer,
Si ella no quiere guardarse.
(*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala del real palacio.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, LISARDO.

REINA.

Ya de tu parte no ofende,
Lisardo, tu voluntad,
Si el principio es la amistad
Del hecho que se emprehende.
Lo mas tienes hecho, en fin:
Bien te puedes prometer
Del principio, que ha de ser
Alegre y dichoso el fin.
Muéstrame el retrato.

LISARDO.

Aquí
Viene, Señora, el retrato.

REINA.

No ha sido el pincel ingrato.

LISARDO.

Ni yo al dueño.

REINA.

¿Cómo ansí?

LISARDO.

De burlas pensé querer;
De veras la quiero ya.

REINA.

¿Búrlaste?

LISARDO.

Presente está
Quien lo debe de saber.
Pregunta á aqueste retrato
Si merece esta belleza
Amor.

REINA.

La mayor tibieza
Enciende, Lisardo, el trato.

LISARDO.

No hay cosa mas de temer.

REINA.

Si solo de ser tratada
Una hermosura pintada,
Tal efecto puede hacer,
Tema, Lisardo, la viva
El que comienza burlando;
Que el amor mas dulce y blando
Tiene el alma vengativa.
Pero á ti te está muy bien,
Pues agradeceu tu amor,
Y á mí, Lisardo, mejor,
Para entretener tan bien
Tan cansada enfermedad.
Rindamos aqueste necio,
Que ha puesto en tanto desprecio
Nuestro ingenio y libertad.
Conozca que la mujer
Es un vaso de cristal
Para el bien y para el mal.

LISARDO.

Sí, porque puede tener
Licor precioso, y veneno.

RAMON.

Mire qué mal la guardó;
No, Lisardo, porque yo
Darte el retrato condeno,
Mas porque sepa Roberto
Que es guardar, si tiene amor,
Una mujer, *el mayor
Imposible.*

LISARDO.

Este concierto
Que habemos hecho adivina,
. . . . [1]
Y aunque he comenzado bien,
A pagar mi amor se inclina.
Temo que adelante sea
Mas cuidadoso que agora;
Que en el aviso, Señora,
Mal el engaño se emplea.
Si bien de aqueste criado
Gran confianza he tenido,
Pues sobre ser atrevido,
Tiene un ingenio extremado.
Con este norte navego.

REINA.

¿Tanto sabe?

LISARDO.

Es de manera,
Que en Troya otra vez pudiera
Meter el caballo griego.

REINA.

¿Podréle ver?

LISARDO.

No es persona
Digna de tus ojos.

REINA.

Quiero
Verle y hablarle.

LISARDO. (*Llamando.*)

Rugero...

[1] Falta un verso.

ESCENA II.

UN PAJE.—DICHOS.

PAJE.

Señor...

LISARDO. (*A la Reina.*)

Advierte (y perdona)
Que es hombre vil.

REINA.

Ya lo entiendo.

LISARDO. (*Al paje.*)

Llama á Ramon.

PAJE.

Voy por él. (*Vase.*)

REINA.

Tratemos los dos con él
El engaño que pretendo;
Que no puede resultar
Daño de mi informacion.
Y mientras viene Ramon,
Lisardo, te quiero dar
Esta carta de mi esposo,
Si es que mi esposo ha de ser
Alfonso.

LISARDO.

No hay que temer
En concierto tan dichoso
Mas de aquella dilacion
Que causa tu enfermedad.
Mas mira la brevedad
Con que ha venido Ramon.

REINA.

Pues allá podrás de espacio
Leer la carta mejor.

ESCENA III.

RAMON, EL PAJE. — LA REINA, LISARDO.

RAMON. (*Al paje.*)

¡A mí la Reina!

PAJE.

Tu humor
Corre hasta el mar de palacio.
Mas ya con su alteza estás.

LISARDO.

Aguarda, Rugero, afuera.
(*Vase el paje.*)

REINA.

¿Sois vos Ramon?

RAMON.

¿Quién pudiera
Ser sino yo?

REINA.

Llegáos mas.
Mucho me huelgo de veros.

RAMON.

¿Qué jardin ó qué edificio
Soy yo?

REINA.

El mayor artificio,
Desde los siglos primeros
De la gran naturaleza,
Fué el ingenio, y el mas digno
De estimacion.

RAMON.

Soy indigno
Del favor de vuestra alteza;
Mas tal vez Isopo fué
Al filósofo su dueño
De provecho, y un pequeño
Ramo levantar se ve
Sobre un muro, si él le ayuda.

REINA.

¡Grande artificio tuviste!
¡Notable principio diste
A empresa de tanta duda!
Lisardo me lo ha contado.
El retrato tengo aquí.

RAMON.

Principio á esta empresa dí
Con pecho determinado.
Lo demás haga, Señora,
La fortuna.

REINA.

Tú has de ser
La fortuna.

RAMON.

Si he de hacer
Algo en tu servicio agora,
Adviérteme; que aquí estoy.

REINA.

Rendir aquesta mujer,
Hasta que lo venga á ser
De Lisardo.

RAMON.

Yo te doy
Palabra que si estuviera
En su casa...

REINA.

Y ¿no podrías
Entrar por algunos dias
En ella?

RAMON.

Yo bien pudiera
Con una cierta invencion,
Donde no solo la hablara,
Mas para Lisardo hallara
Puerta, lugar y ocasion;
Mas es muy dificultoso.

REINA.

Dila á ver.

RAMON.

Este Roberto
Está muy desvanecido
De que tiene parentesco
Con el famoso almirante
De Aragon, y el casamiento
Que tratas con don Alonso,
Ya de Castilla heredero,
Ha hecho comunicarse
Con mas amor estos reinos.
Si me diesen seis caballos
De España, á fingir me atrevo,
Con otros tantos criados
Que los llevasen del diestro,
Que de España los envia
El Almirante á Roberto.
Haré que digan las cartas
Que porque noticia tengo
Del modo de su crianza,
Me manda quedar con ellos.
Si quedo en casa, Señora,
Como lo tengo por cierto,
Yo daré puerta á Lisardo.

REINA.

¡Qué notable fingimiento!—
Haz prevenir seis caballos.

RAMON.

Manda que vengan cubiertos
De ricas mantas.

LISARDO.

La firma
Del Almirante, que tengo
En cartas suyas, será
Fácil, á lo que yo creo,
De contrahacer.

RAMON.

¿Eso dudas?
Con lo poco que yo entiendo,
Te la pintaré de molde.

REINA.

Si sales con este enredo,
Seis mil escudos te mando.

RAMON.

Seis mil años el gobierno
De Nápoles y Aragon
Tengas, y de Alfonso el Bueno
Tantos hijos de los hijos,
Tantos nietos de los nietos,
Tantos biznietos, que lleguen
Tus choznos al sacro imperio
De Roma y Constantinopla.

REINA.

De médico darte quiero
Salario; que mis cuartanas
No tienen remedio en ellos,
Y de tí esperan salud,
Pues contigo me entretengo.

RAMON.

Si yo soy médico tuyo,
Dos higas para Galeno,
Seis para Avicena y diez
Para Hipócrates.
(*Vase la Reina.*)

ESCENA IV.

LISARDO, RAMON.

LISARDO.

Yo pienso,
Ramon, que tambien mi amor
Tendrá remedio en tu ingenio.

RAMON.

Dame el pulso.

LISARDO.

Estoy perdido.

RAMON.

Sangrarte mañana quiero
De aquestas desconfianzas;
Que en purgándote de celos,
Quedarás como un alcon.

LISARDO.

Muero de amor.

RAMON.

Y yo muero
De amor de seis mil ducados.

LISARDO.

¡Ay, que burlando y riendo,
Suele amor salir llorando!

RAMON.

Yo quemaré mis enredos,
Si se escapare mujer
De los tiros del dinero.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Roberto.

ESCENA V.

DIANA, CELIA.

CELIA.

¿Que te halló el retrato?

DIANA.

Sí,
De que estoy perdiendo el seso.

CELIA.

Que ha destruido, confieso,
Tus intentos.

DIANA.

¡Ay de mí!
Pero no piense mi hermano
Tan fácilmente vencer
Un ingenio de mujer,
Porque es pensamiento vano.

Que antes el número incierto
Dirá de su arena al mar,
Y al cielo podrá contar
Todas sus luces Roberto,
A los árboles las ramas,
Y á las ramas verdes hojas,
A quien ama las congojas,
Y al fuego sus vivas llamas,
Que impida el aventurarme
A ser mujer de Lisardo;
Porque, si yo no me guardo,
¿Quién puede, Celia, guardarme?

CELIA.

Pues ¿qué remedio ha de haber,
Si su retrato te halló?

DIANA.

Y ¿para qué quiero yo
El ingenio de mujer?

CELIA.

Si te le halló en la almohada
De tu cama, ¿le podrás
Negar, Señora, que estás
De Lisardo enamorada?

DIANA.

Sí; que al instante escribí
A un criado de Lisardo
El remedio que ya aguardo.

CELIA.

¿Remedio?

DIANA.

Digo que sí,
Y que ha de quedar mi hermano
Desengañado y contento.

CELIA.

Sin duda tu entendimiento
Excede al límite humano.
El viene.

DIANA.

Y con él Fulgencio.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

ROBERTO, FULGENCIO.

ROBERTO.

Mi daño se declaró.

FULGENCIO.

Nunca el honor se perdió
A la sombra del silencio.

ROBERTO.

¡En la cama de mi hermana
Un retrato de Lisardo!
¡Cómo en matar me acobardo
Mujer tan loca y liviana?

FULGENCIO.

¿Qué mas pudieras decir,
Si al mismo Lisardo hallaras?

ROBERTO.

Pues, Fulgencio, ¿en qué reparas,
Siendo tan justo inferir
El deshonor que recibo?
Pues si en su cama he hallado
Hoy á Lisardo pintado,
Mañana le hallaré vivo.

FULGENCIO.

No fué la dificultad,
Donde el honor se asegura,
Guardarle de una pintura.

ROBERTO.

Pues ¿de quién?

FULGENCIO.

De la verdad.

ROBERTO.

Todo es justo que me asombre;
Y advierte en su falso trato
Que por donde entró un retrato
Podrá entrar despues un hombre.
¡Qué bien mi casa guardaste!
¡Qué bien la fié de tí!

FULGENCIO.

¡Échame la culpa á mí
De lo que no me mandaste!
Tu casa, es cosa muy llana
Que cuidadoso guardé;
Pero no te aseguré
La voluntad de tu hermana.
¿Cómo puedo yo guardar
Una tan libre potencia,
Ni á un alma hacer resistencia,
Para que no pueda amar?
¿Qué hombre has hallado aquí?

ROBERTO.

Si mi casa se guardara,
Ni aun este retrato entrara,
Y mas adonde hoy le vi.
¿Por dónde entró?

FULGENCIO.

Yo ¿qué sé?
En las ciudades, cercadas
De almenas, lanzas y espadas,
Entrar un pliego se ve
Tirado con una flecha:
Con flecha le tirarian
Ese retrato.

ROBERTO.

Sí harian,
Pues fué á la cama derecha.
Pues ¡vive Dios, que á tener
Sangre!...

FULGENCIO.

Di alguna quimera.

ROBERTO.

Que el retrato la vertiera!

FULGENCIO.

¿Es tu hermana tu mujer?

ROBERTO.

Vilísimos hombres son
Hermanos, padres, parientes
Que sufren...

FULGENCIO.

No los afrentes
Con tu mala condicion.

ROBERTO.

Que sufren tales agravios;
Porque en llegando á maridos,
Me taparé los oidos
Y me taparé los labios.

ESCENA VII.

DIANA, CELIA.—DICHOS.

DIANA.

¿Has dicho ya cuanto sabes?

ROBERTO.

¡Tú estabas aquí!

DIANA.

Y estoy
Aquí.

ROBERTO. (*Ap.*)

Desdichado soy.

DIANA.

No suelen los hombres graves
Hablar de su honor ansí.

ROBERTO.

Pues ¿cómo?

DIANA.

Con mas cordura;
Porque es vidrio y se aventura...
Ya entiendes.

ROBERTO.

Si es vidrio en tí,
Yo le doy por ya quebrado.

DIANA.

Yo no; que Celia me dió
Este retrato que halló,
Y que en mi cama has hallado;
Que si sospechoso fuera,
Claro está que le guardara
Despues que me levantara.

ROBERTO.

Pues ¿cómo ó de qué manera
Celia se le pudo hallar?

CELIA.

Viniendo de misa ayer,
Mirando al suelo, por ser
Mas recatada en mirar.

FULGENCIO.

Espera; que por la calle
Suena un pregon.

DIANA.

El retrato
Pregonan.

CELIA.

Y no es ingrato
Su dueño, que á quien le halle
Promete cuarenta escudos.

FULGENCIO. (*Ap. á Roberto.*)

Roberto, cosas de honor,
Por señas es lo mejor
Tratallas, como los mudos.
Dame el retrato; que quiero
Certificarme de todo.

ROBERTO.

Vé, Fulgencio, y haz de modo
Que te asegures primero.
(*Vase Fulgencio.*)

ESCENA VIII.

DIANA, ROBERTO, CELIA.

CELIA.

Manda que me dén á mí
Los cuarenta escudos.

ROBERTO.

Fuera
Bajeza.

CELIA.

Yo la tuviera
Por grandeza para mí.

ROBERTO.

En hallazgo de mi honor
Quiero darte esta cadena.

CELIA.

Ya me has quitado la pena
Con darme hallazgo mejor.

ROBERTO.

Hoy á mi hermana traeré
Una joya de diamantes,
Y de celos semejantes
El perdon le pediré;
Que si supieses, Diana,
Lo que me importa guardarte,
Disculparias en parte
Mis celos.

DIANA.

Yo soy tu hermana:
¿Para qué guardas me pones?
Porque si has de ser casado,
Quedarás mal enseñado
En mayores ocasiones.
Nunca enseñes á querer
Con despertar los dormidos;
Que es en celos mal pedidos
La mejor mujer, mujer.
Que si el paso les allana
El aviso y la tercera,
La mas diamante es de cera,

Y la mas cuerda, de lana.
Los femeniles antojos
No destruyen advertidos;
Que vemos por los oidos
Mas veces que por los ojos.
Que algun necio que profana
La virtud de nuestro pecho,
A puros celos ha hecho
La mas honesta liviana.
Que pueden celos hacer,
No siendo ocasion forzosa,
Loca la mas virtüosa,
Y la de mas ser, sin ser.

ROBERTO.

Diana, yo te he ofendido,
Y de tu honor satisfecho,
Del agravio que te hecho,
Mil veces perdon te pido.
Tomaré enmienda bastante
En la vergüenza que tengo.

ESCENA IX.

FULGENCIO.—DICHOS.

FULGENCIO.

Satisfecho, Señor, vengo
Cuanto me ha sido importante.
Las señas todas me dió
De la pintura un hidalgo,
Sin que discrepase en algo,
Y el hallazgo me ofreció;
Mas dije que en esta casa,
No se toma por hallar
Retratos.

ROBERTO.

Puédole dar,
Fulgencio, de lo que pasa.

FULGENCIO.

Y tú á mí mucho mejor.

ROBERTO.

¿Cómo?

FULGENCIO.

A la puerta te aguarda
Del gallardo aragonés
Un presente y una carta.

ROBERTO.

¿Del Almirante?

FULGENCIO.

Del mismo.

ROBERTO.

¡Presente!

FULGENCIO.

El mejor de España.

ROBERTO.

¿De qué suerte?

FULGENCIO.

Seis caballos,
Que cualquiera dellos basta
A dar á Córdoba honor.
Bien puedes mandar mañana
Que te empiedren el zaguan;
Que al son que los frenos tascan,
Llevan el compás los piés:
Con tanto concierto danzan.
Las armas del Almirante,
Las aragonesas barras,
Traen bordadas de tela
Sobre cubiertas de grana.
Trae un bayo, cabos negros,
La clin en cintas de nácar,
Que, aunque es encarecimiento,
Puede invidialle una dama.
Corto de cuello, un rosillo
Fuego por los ojos lanza,
Y un castaño con bulidos
Parece que al toro llama.
Dos rucios son tan iguales,
Que no harán en una entrada
En España diferencia...
Digo, en sus juegos de cañas.
Bizarro muerde un overo
El bocado con tal gala,
Que me obligó á descubrille
Por las cubiertas las ancas.
Todos, en fin, son de suerte,
Que en el carro de la fama
Perdieron de ir solamente
Por ser de colores varias.
Da licencia al que los trae
Para que te dé las cartas.

ROBERTO.

Entre mil veces, Fulgencio.

(*Vase Fulgencio.*)

ESCENA X.

RAMON, *de galan.* — DIANA, ROBERTO, CELIA.

RAMON.

Dadme esos piés.

ROBERTO.

Mucho errara
A quien los brazos merece,
Que son las puertas del alma.
¿Venis bueno?

RAMON.

Y muy honrado
De serviros.

ROBERTO.

¿Cómo os llaman?

RAMON.

Don Pedro.

ROBERTO.

Señor don Pedro,
Esta es vuestra propia casa.

RAMON. (*Dando una carta.*)

Esta es del Almirante,
Mi señor.

ROBERTO.

Quiero besarla.

RAMON.

Leed mientras voy á dar
Un recado á vuestra hermana.—
Dadme, Señora, los piés.

DIANA.

Seais bien venido.

RAMON.

Madama,
Yo no sé las cortesías
Ni desta tierra la usanza.
El Almirante me dió
En esta pequeña caja
Cierta joya.

DIANA.

Celia, escucha.
Escucha, Celia.

CELIA.

¿Qué mandas?

DIANA. (*Ap. á Celia.*)

¿No es este el francés que trujo
El retrato, Celia?

CELIA.

Calla;
Que te engañan los deseos.

ROBERTO.

Oye esta carta, Diana.

(*Lee.*) «Mientras nos vemos en Ná»poles, primo y señor mio (que ya se »queda aprestando el Príncipe, mi se»ñor), envio á vueseñoría esos caballos, »suplicándole no tenga á servicio el en»viárselos, sino el llevárselos don Pe»dro, mi caballerizo, para que se los »gobierne; á quien suplico honre en su »casa; que es hidalgo que lo merece. »Dios guarde á vueseñoría.—*El almi»rante de Nápoles y Aragon.*»

Mucha razon ha tenido
Mi primo de encarecer
Al que los viene á traer.

DIANA.

La mayor merced ha sido.

RAMON.

Soy muy vuestro servidor.

ROBERTO.

Con tu licencia los quiero
Ver.

DIANA.

Yo, aunque mujer, espero
El verlos despues mejor.

ROBERTO.

¿Cómo?

DIANA.

Porque irás en ellos.

ROBERTO.

Favor como tuyo.

RAMON.

Voy
Delante.

ROBERTO.

A fe de quien soy,
Que he de estar loco con ellos.

(*Vanse Roberto y Ramon.*)

ESCENA XI.

DIANA, CELIA.

DIANA.

Mientras los caballos mira
Roberto (al fin caballero),
Mirar mis diamantes quiero.
¡Ay! ¿Qué es esto?

CELIA.

¿Qué te admira?

DIANA.

Solo aquí viene un papel.

CELIA.

¡Papel solo!

DIANA.

Abrirle quiero;
Que, si no me engaño, espero
Mayores joyas en él.

(*Lee.*) «Diana hermosa, las asperezas »de tu celoso hermano, mas dirigidas á »sustentar su opinion que á procurar tu »remedio, me obligan á solicitar con »industria lo que fuera imposible de »otra suerte. A tu retrato dí lugar en »el alma, y para hablarte, hice que ese »astuto criado mio fingiese venir de »España con ese presente: dale la »órden que te parezca mas á propósito; »que yo, para ser tuyo, pondré mi vida »á tantos peligros como la fortuna qui»siere, hasta que seas mia.—*Lisardo.*»

¡Ay, Celia, bien sospeché
Cuando el hombre conocí!

CELIA.

Mucho aventura por tí.

DIANA.

Amor el primero fué
Que dió principio al engaño.
Turbada estoy.

CELIA.

Con razon.

DIANA.

No nace mi confusion,
Celia, de temer mi daño.

CELIA.

Pues ¿de qué?

DIANA.
De no saber
Si es cierta la voluntad
De Lisardo.
CELIA.
El ser verdad,
Lo da el peligro á entender.
DIANA.
Si nace de una porfía
Este amor, no será amor.
CELIA.
Mucho ofende tu valor
Tal desconfianza.
DIANA.
Es mia.
CELIA.
Tú ¿quiéresle bien?
DIANA.
Le adoro.
CELIA.
Pues ¿cuál tan necia mujer
No sabe hacerse querer,
Sin perder de su decoro?
¿No has visto un esgrimidor,
Que, una herida imaginada,
Tienta la contraria espada
Para acertarla mejor?
Y ¿no has visto al que torea
No acometer, sin mirar
Por dónde podrá sacar
El caballo, que desea
Que salga libre del toro?
Pues tal, Señora, ha de ser
Con el hombre la mujer,
Para guardar su decoro.
Tiéntale la voluntad
Antes de entregarle el alma;
Que mas llana que la palma
Conocerás la verdad.
DIANA.
Luego los hombres ¿no saben
Fingir?
CELIA.
La mujer discreta
No da lugar á esa treta
Para que despues se alaben.
¿Quién no sabe enamorar?
¡Tuviera yo tu hermosura!
Que yo hiciera á la mas dura
Piedra en cera transformar.
Que muchos hombres llegaron
Con ánimo de fingir,
Que no aciertan á salir
De donde burlando entraron.

ESCENA XII.

RAMON.—DICHAS.

RAMON.
¿Puédote seguro hablar?
DIANA.
La carta, Ramon, leí.
Lisardo me pide aquí,
Por esta invencion, lugar
Para verme con secreto;
Pero yo confusa estoy.
RAMON.
Si yo el remedio te doy,
¿Tendrá su esperanza efeto?
DIANA.
¿Qué remedio puedes darme?
RAMON.
Ya ¿no estoy en casa?
DIANA.
Sí.
RAMON.
Yo hallaré puerta.
DIANA.
Es ansí;
Mas será para matarme;
Que está mi hermano advertido,
Y apenas entra criado
Sin ser mil veces mirado
Y otras mil reconocido.
RAMON.
Pues esa ha de ser la gala,
Y esta noche te ha de ver.
DIANA.
¿Cómo si, al anochecer,
Desde la cuadra á la sala
Está hecho centinela
Hasta que me acueste yo?
RAMON.
¿Es tu hermano lince?
DIANA.
No;
Pero está avisado y vela.
RAMON.
¿No hay jardin en esta casa?
DIANA.
Y con una hermosa fuente.
RAMON.
Pues haz que en ese jardin
Contigo esta noche cene;
Que yo, despues de cenar,
Haré que conmigo juegue
O se entretenga algun rato.
Mientras, levantarte puedes
A hablar con Lisardo.
DIANA.
¿Estás
Loco?
RAMON.
Lo que digo entiende;
Que yo te pondré á Lisardo
Entre hiedras ó laureles.
DIANA.
La fuente tiene unos arcos
De arrayan en las paredes;
Pero es imposible entrar
Lisardo: mi hermano tiene
Las llaves, ó aquel Fulgencio,
Que es su alcaide ó su teniente.
RAMON.
Vestido de ganapan
Haré que Lisardo entre,
Con licencia de Fulgencio,
Si la noche lo concede,
Con un arca de mi ropa.
DIANA.
Sí; pero ¿no ves que tiene
De salir luego?
RAMON.
Es verdad;
Pero el mismo engaño es ese;
Porque dentro de un vestido
Han de venir dos, de suerte
Que un cuerpo solo parezca;
Que el arca forzosamente
Los cubrirá, puesta en alto;
Y luego que me la dejen
En mi aposento, saldrá
El hombre que con él fuere,
Y quedaráse Lisardo,
Para que despues le lleve
Al jardin, donde te hable,
Antes que Roberto llegue.
DIANA.
¿Dos hombres en uno?
RAMON.
Sí.
DIANA.
¿Y si sacan luz cuando entren?
RAMON.
Haré yo que con el paje
Quien trae el arca tropiecen,
Porque le maten la luz.
DIANA.
¡Qué temor!
RAMON.
No ama quien teme.
DIANA.
Ahora bien, esto es amor.
El de noche se entretiene
Con dos criados que cantan.
RAMON.
Pues haz que al jardin los lleve;
Que será linda ocasion.
DIANA.
Habla á mi Lisardo.
RAMON.
Tenme
Por hombre, que has de ser suya,
Y él tu esclavo eternamente,
O no ha de haber en el mundo
Noche, encubridora siempre,
Transformaciones de Ovidio,
Jardines, hiedras y fuentes,
Arcas, ganapanes, llaves,
Celos, necios y alcahuetes.
DIANA.
Llévale esta banda.
RAMON.
Muestra.
DIANA.
Di que del color se acuerde.
RAMON.
¡Plega á Dios que á posesion
Tales esperanzas lleguen.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XIII.

LISARDO, ALBANO.

LISARDO.
Agravio hiciera á la amistad, Albano,
Que los dos profesamos tan estrecha,
Si no os dijera la verdad.
ALBANO.
En vano
Vuestro silencio me causó sospecha.
Bien sé que amor, dulcísimo tirano,
Pasó vuestra alma con dorada flecha;
Que siempre esta pasion es conocida
En la nueva mudanza de la vida.
De los amigos, y aun de sí, pretendo
Quien ama retirarse, y apartado,
De quien mas se fiaba se defiende.
Consigo solo trata su cuidado;
La compañía y la amistad le ofende
Hasta el punto que sabe que es amado;
Que entonces el placer mismo le obliga
A que le aumente, comunique y diga.
LISARDO.
Albano, yo no amé por accidente;
A Diana amé por eleccion, Albano.
La Reina, melancólica y doliente,
Autora fué de lo que pierdo ó gano.
Por dalla gusto amé; mas nadie intente
No amar; que tiene la ocasion en mano
La puerta abierta á amor para la entra- [da,
Y los sucesos, al salir, cerrada.
Tal vez al parecer la blanca aurora
Sale serena, y llueve al medio dia,
Tal vez que parda y descontenta llora,
Con mas rayos el sol despues envia;
Y así tal vez de burlas se enamora
Quien de su engaño y libertad confía;
Y así mi engaño, Albano, me parece:
Sale con sol, con agua me anochece.

ALBANO.

De la correspondencia el amor nace.

LISARDO.

Ansí lo dijo á Vénus cierta diosa.

ALBANO.

Luego si os ama á quien amais, no os hace
Agravio amor.

LISARDO.

La condicion celosa
De Roberto me mata.

ALBANO.

Aunque mas trace
Guardar su hermana, es imposible cosa;
Que del principio que me habeis contado,
Ya he visto su locura en su cuidado.
Mirad si con la vida y con la hacienda
Os puedo yo servir.

LISARDO.

Bésoos las manos.
La Reina, que me manda que esto emprenda,
Hará los pasos al camino llanos.
Por lo demás, cuando el peligro entienda
Amenazar mis pensamientos vanos,
Mi vida fiaré de vuestra espada.

ALBANO.

No os doy la mía, que os la tengo dada.

ESCENA XIV.

RAMON.—Dichos.

RAMON.

¿Habíate de hallar?

LISARDO.

¿Dónde vas, necio?

RAMON.

¿Podréte hablar?

LISARDO.

El alma misma fio
De Albano.

ALBANO.

Y con razon.

LISARDO.

No tiene precio
Un leal amigo.

RAMON.

Y un señor tan mio.
Los caballos llevé, que harán desprecio
A los del sol por el invierno frio;
Que es cuando sacan para el tiempo iguales
Paramentos de granas orientales.
La carta recibió, dióme aposento,
Di la tuya á Diana, y quiere hablarte.

LISARDO.

¿Hablarme?

RAMON.

Aquesta noche.

LISARDO.

Tal contento
A peso de oro intentaré pagarte;
Mas paréceme loco atrevimiento
A tan grande peligro aventurarte.

RAMON.

Mas te parecerá despues de visto.

LISARDO.

¿Qué manzanas hespéridas conquisto?
¿Qué reservado vellocino de oro?
¿Qué nuevo mar, que nunca sufrió nave?
¿Qué dragon fiero, qué encantado toro?

RAMON.

Artes Medea de vencellos sabe:
Mientras guarda el avaro su tesoro,
Forja el ladron la cautelosa llave.
Los dos habeis de entrar.

LISARDO.

¿Los dos?

RAMON.

De todo
Sabréis despacio en nuestra casa el modo.
Lisardo ha de quedar, y saldrá Albano.
Pero no os detengais; que ya la frente
Inclina el sol al húmedo Océano,
Y oro y púrpura baña el occidente.

LISARDO.

Albano amigo, no hay peligro humano
Que, si me ayudas tú, mi amor no intente.

ALBANO.

Mil vidas perderé.

RAMON.

Seguidme.

LISARDO.

¿Dónde?

RAMON.

La noche calla, y el callar responde.

(*Vanse.*)

—

Jardin de casa de Roberto.

ESCENA XV.

ROBERTO, DIANA, FENISO.

ROBERTO.

Pues mi hermana me convida,
Bien os puedo convidar;
Y porque os pueda obligar,
Quiero que lo mismo os pida.

FENISO.

Si de honrarme sois servida,
La cena, Señora, aceto.

DIANA.

Convidado tan discreto
Reciba la voluntad;
Que siempre la brevedad
Fué causa de algun defeto.

FENISO.

Hallaréis tantos en mí
Que solos se echan de ver,
Que no teudréis que temer.

DIANA.

No me respondais ansí,
Sino entretened aquí
La conversacion un rato,
Mientras de serviros trato.

FENISO.

Hacerme merced diréis,
A que nunca me hallaréis
Desobligado ni ingrato.

DIANA.

Yo voy con vuestra licencia. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

ROBERTO, FENISO.

FENISO.

Volved, hermosa Diana;
Que luna tan soberana
Suplirá del sol la ausencia;
Y mirad que esa presencia
Daba tal vida á las flores,
Que esforzaban sus colores,
Y esta fuente natural
Sobre jaspes de cristal
Cantaba versos de amores. —
No será, amigo Roberto,
Lisonja aquesta alabanza,
Si á los méritos alcanza
De su valor claro y cierto;
Y del que tiene, os advierto
Que os ha de hacer muy dichoso.

ROBERTO.

Antes estoy temeroso
De mi fortuna en tenella;
Que cuanto es dichosa y bella,
Estoy yo inquieto y celoso.
Y pues que llega ocasion,
Y sois mi mayor amigo,
Sabed que son mi castigo
Su hermosura y discrecion.
Aquella proposicion
Que hice en la junta pasada
Me tiene el alma turbada;
Pues dije que puede ser
El guardar una mujer,
Aunque esté determinada.
Y no sé si es mi temor;
Que en cuidado semejante
No hay sombra que no me espante;
Que es muy medroso el honor.
Pienso que la tiene amor
Lisardo; pero no puedo
Hacer mas que tener miedo
Y guardarla neciamente,
Pues hasta la vulgar gente
Sabe que obligado quedo.

FENISO.

Teneis razon de tener
Pena de lo prometido;
Que ya la fama ha corrido,
Y os han de intentar vencer.
El guardar una mujer
Tiene mil peligros claros;
Pero quiero aconsejaros
Que la caseis: con que cesa
Toda la propuesta empresa,
Y nadie podrá culparos.

ROBERTO.

¿Con quién os parece á vos
De los que en la corte están?

FENISO.

Si no muy rico y galan,
Yo soy muy noble, por Dios;
Y siendo amigos los dos,
Me daréis vuestro cuidado.

ROBERTO.

Yo lo doy por concertado,
Y vos os la guardaréis.

FENISO.

La mano.

ROBERTO.

Aquí la teneis;
Que es mas que quedar firmado.

ESCENA XVII.

FULGENCIO.—Dichos.

FULGENCIO.

Don Pedro llama á la puerta
Con un hombre que cargado
Viene de un cofre.

ROBERTO.

¿No ha estado
La puerta hasta agora abierta?

FULGENCIO.

No, Señor, ni se abrirá
Sin tu licencia.

ROBERTO.

Abrir puedes,
Con que asegurado quedes,
Y salga el hombre.

FULGENCIO.

Sí hará;
Que hasta que vuelva á salir,
Me pienso á la puerta estar.

ROBERTO.

Pues acabad de cerrar;
Que no ha de volverse á abrir.

FULGENCIO.

Yo voy.

ROBERTO.

Cuidado, Fulgencio.

FULGENCIO.

Ya está todo prevenido.

ROBERTO.

Aun es temprano.

ESCENA XVIII.

DIANA, CELIA, DOS CRIADOS, MÚSICOS. —DICHOS.

DIANA.

He querido
Que en este mudo silencio
Las voces de dos criados
Ayuden á los cristales
Desta fuente.

FENISO.

Y serán tales,
Que puedan ser envidiados
De las aves, que estarán
Entre esas ramas oyendo
Lo que mañana diciendo
Por esas selvas irán.
¿Hay algo nuevo?

UN MÚSICO.

Una historia
Famosa.

FENISO.

¿Es de buena mano?

EL MÚSICO.

Cierto poeta temprano,
Que escribe por vanagloria,
Nos la dió por fruta nueva.

DIANA.

Celia...

CELIA.

Señora...

DIANA. (*Ap. á Celia.*)

Ni un punto
Te muevas de aquí.

FENISO. (*A los músicos.*)

Pregunto.
¿Hay amante que se eleva
En alta contemplacion?
¿Hay ojos negros ó verdes?

MÚSICO.

Tiempo en preguntarlo pierdes.
Cena, y oirás la cancion.

ROBERTO.

Diana...

DIANA.

Señor...

ROBERTO.

Escucha.

DIANA.

¿Qué quieres?

ROBERTO. (*Ap. á Diana.*)

Que estés con gusto;
Que darle á Feniso es justo.

DIANA.

¿Por qué razon?

ROBERTO.

Porque es mucha,
Habiendo de ser...

DIANA.

¿Qué mas?

ROBERTO.

¿Diré tu marido?

DIANA.

No.

ROBERTO.

Pues palabra he dado yo
De que su mujer serás.

DIANA.

¿Tan apriesa?

ROBERTO.

Esto ha de ser.

DIANA.

Entra, Roberto, á cenar;
Que te debes de cansar
De guardar una mujer.

(*Vanse todos, menos Celia.*)

ESCENA XIX.

CELIA.

Lisardo tarda: no creo
Que ha de ser posible entrar;
Que suele amor malograr
De un alma el justo deseo.
Mas Fulgencio viene aquí.

ESCENA XX.

FULGENCIO; ALBANO, *en hábito de ganapan.* — CELIA.

FULGENCIO.

¿Dejastes el arca ya?

ALBANO.

Ya adonde ha de estar está;
Que no fué poco.

FULGENCIO.

Es ansí.

ALBANO.

¿Cómo andais con tal cuidado?

FULGENCIO.

Tiene Roberto enemigos.

ALBANO.

Hombre de tantos amigos
¿Se encierra tan recatado?
A la fe, debe de ser
La hermosura de su hermana,
Y teme, como es Diana,
Que salga al anochecer.
Pues advertidle por mí
De que os dijo un ganapan
De los que en la plaza están
Y que un arca trujo aquí,
Que no se canse en tener
Un cuidado tan terrible,
Porque el mayor imposible
Es guardar una mujer.

FULGENCIO.

Salid noramala allá.
Ved ¡cuál anda nuestro honor!

(*Vanse Fulgencio y Albano.*)

ESCENA XXI.

LISARDO, RAMON. — CELIA.

LISARDO.

¿Fuése?

RAMON.

Ya se fué, Señor.

LISARDO.

¿Está aquí Celia?

RAMON.

Aquí está.

CELIA.

Cansada estoy de esperarte.

LISARDO.

De milagro entrado habemos
Albano y yo.

CELIA.

Ya le lleva
Con gran cuidado Fulgencio.

LISARDO.

¿Cenan ya?

CELIA.

Cenando están,
Y para entretenimiento,
O para mayor rüido,
Diana venir ha hecho
Dos músicos.

LISARDO.

¿Dónde dice
Que he de estar?

CELIA.

En este hueco
De los arcos de esta fuente.

LISARDO.

Celia, desnudarme quiero;
Que no me ha de ver Diana
En el hábito que vengo.
Toma, Ramon, este sayo.

CELIA.

¿Qué traes debajo?

LISARDO.

Un peto
De armas, y en un tahalí
Dos pistolas.

CELIA.

Como cuerdo.

LISARDO.

Dame, Ramon, esa espada;
Que, pues prevenido vengo
Y enamorado, en tus manos
Dejo, fortuna, el suceso.

CELIA.

En ella fiad.

LISARDO.

Aquí
Me escondo. (*Ocúltase.*)

RAMON.

Y yo me entretengo
Contigo.

CELIA.

Temo quererte.

RAMON.

Y yo que me quieras temo.

CELIA.

¿Por qué?

RAMON.

Porque soy, amando,
Favorecido tan tierno,
Que no hay nieve al sol que forme
Tantos puros arroyuelos.
Persona soy que una noche
Dije á un gato mil requiebros,
Porque en un balcon movia
La cola sobre unos tiestos.
Para mí cualquier mujer,
Como me diga: «Yo os quiero,»
Acabóse, muerto soy.

CELIA.

Pues no es bueno amar tan presto.

RAMON.

Yo no puedo mas.

CELIA.

Pues yo
Los hombres quiero y los puercos
Gruñidores y bellacos.

RAMON.

Pues á una artesa con ellos.

ESCENA XXII.

ROBERTO, DIANA, MÚSICOS. — RAMON, CELIA.

ROBERTO.
Sacadnos sillas aquí.

FENISO.
Corre aquí mas fresco el viento,
Porque estas fuentes le dan
Las perlas que va esparciendo.

DIANA. (*A los músicos.*)
Cantad algo.

UN MÚSICO.
Una letrilla,
Aunque no es nueva, dirémos.

ROBERTO.
¿Quién está aquí?

RAMON.
Yo, Señor.

ROBERTO.
¿Don Pedro?

RAMON.
El mismo.

ROBERTO.
¡Oh, don Pedro!
¿Trujistes vuestros vestidos?

RAMON.
En mi aposento los tengo;
Que me ha costado, Señor,
Trabajo, y mucho, el traellos.

ROBERTO.
¿Habeis cenado?

RAMON.
A eso voy.

ROBERTO.
Los caballos ¿están buenos?

RAMON.
Todos están boca abajo.

ROBERTO.
Créolo.

RAMON.
Es caso muy cierto.

ROBERTO.
Tiene humor.

RAMON.
Y hartos humores.

ROBERTO.
Va de letra.

EL MÚSICO.
Estad atento.
(*Cantan.*)
Madre, la mi madre,
Guardas me poneis;
Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.

ROBERTO.
Necia letra.

DIANA.
Antes discreta.

ROBERTO.
¿Por qué?

DIANA.
Porque la mujer
No puede guarda tener
Mas conforme y mas discreta.

ROBERTO.
Pues ¿no la puede guardar
Un hombre?

DIANA.
Roberto, sí;
Mas si ella se guarda á sí,
¿Quién la puede conquistar?

ROBERTO.
Yo sé que á cierta mujer
Pretenden, y que aunque quiera,
No podrá hacer de manera
Que llegue á mas de querer.

DIANA.
Pues yo sé de otra guardada
Que está gozando su amante,
Y está el celoso delante.

ROBERTO.
Toda esta cifra me agrada,
Feniso, porque es por tí.

FENISO.
¿Por mí?

ROBERTO.
Sí.

FENISO.
¡Dichoso yo!

DIANA.
Fuentes, decildes que no,
Y á vuestra sombra que sí.

FENISO.
¿Que merezco tanto bien?

DIANA.
Tanto, que no hay bien mayor.

FENISO.
Fuentes, cantadme el favor
Con vuestras aguas tambien.

DIANA. (*Ap.*)
Fuentes, que bañais la cara
Con vuestro blando rocío
De aquel amado bien mio,
Mi fe corre á vos mas clara.
Estas nuevas le llevad.

FENISO.
Arboles deste jardin,
Decid que aquí puso fin
La mayor felicidad;
Porque aquí, como Medoro,
Podré escribir mi ventura,
Si en esta corteza dura
Es digna de tal tesoro.
Con esto, y vuestra licencia,
Me voy; que parece tarde.

ROBERTO.
Yo os acompaño á la puerta;
Que es fuerza tomar las llaves.

FENISO.
Por eso os daré lugar.—
El cielo, Señora, os guarde.

DIANA.
Y á vos os haga dichoso.
(*Vanse Roberto y Feniso.*)
—¡Hola! Dejadme un instante.
(*Vanse los músicos.*)
—Cierra la puerta al jardin,
Celia; que quiero bañarme.

CELIA.
Ya, Señora, está cerrada.

DIANA.
Mármoles, pórfidos, jaspes,
Que al cristal de aquesta fuente
Le servís de eterno engaste,
Dadme el bien que me teneis.

ESCENA XXIII.

LISARDO.—DIANA, CELIA.

LISARDO.
No pidas, Señora, que hablen
Las piedras, sino las almas
Que escuchan palabras tales.
Quien te ha dicho que es porfía
El venir á enamorarte,
Miente; que no es sino amor,
Que de tu hermosura nace.
No eres tú para elecciones,
Ni para burlas de amantes,
Sino la cosa mas bella,
Mas regalada y süave
Que obró la naturaleza,
Con milagro semejante
Dando á un cuerpo cristalino
Por alma dichosa un ángel.
Verdad es, Diana hermosa,
Como la Reina lo sabe,
Que tu hermano dió en decir
Que tiene por cosa fácil
El guardar una mujer;
Mas no que pudo obligarme
Aquesto solo á quererte,
Porque muchos años antes
Eras tú dueño del alma
Que agora he venido á darte.
La Reina quiere, Diana,
Que te sirva; y esto baste
Para saber que no puedo,
Cuando quisiera, burlarme.
De veras te adoro y quiero;
No dudes de que te cases
Conmigo, y de que la Reina
Ha de abonar mis verdades,
Haciéndonos mil mercedes.
¿Qué respondes?

DIANA.
Que me pagues
Tan grande amor, señor mio,
Pues siendo el alma tan grande
Como sugeto infinito,
Apenas en ella cabe.
Que de burlas ó de veras
Hables en mi amor, no hables
En que yo tenga otro dueño,
Aunque mil vidas me falten.
A grande peligro estás,
Puesto que he visto que traes
Armas en defensa tuya.

LISARDO.
Por ser tú Vénus, soy Marte.
¿Qué hará tu hermano?

DIANA.
No sé.
Pienso que querrá encerrarme
Luego que cierre las puertas,
Y que aguarda que me lave.

LISARDO.
Pues ¿dónde podré yo estar
Para que esta noche pase,
Larga y pesada sin tí?

DIANA.
Si tú quisieses jurarme
Que estarás donde yo puedo
Ponerte, y donde descanses,
Sin dar por dicha ocasion
A que mi hermano nos mate,
Bien sé yo dónde estarás.

LISARDO.
¿Dónde?

DIANA.
Un oratorio cae
Junto á mi cama, y en él
Serás esta noche imágen.

LISARDO.
A lo menos bien podré
Decir que de amor soy mártir.

DIANA.
Pero no te has mover;
Que sus celos desiguales
Han hecho que junto á mí
Tenga su cama.

LISARDO.
Si hablarte
Puedo cuando esté durmiendo
(Pues como en efeto baje
La voz, no hay que temer
Que podamos despertalle),
Mi bien, el partido acepto.

DIANA.

Podrás, y podré fiarme,
Pues te ha de obligar el miedo
A que hables quedo ó que calles.

LISARDO.

Tú en efeto ¿ya eres mia?

DIANA.

No será la muerte parte
Para apartarme de ti.
Tú, mi bien, ¿podrás dejarme?

LISARDO.

Primero el mayor amigo
Con una traicion me mate,
O del enojado cielo
Rayos el pecho me pasen,
Cuando de sus altos polos
En confusas tempestades
Del lazo eterno parece
Que procuran desatarse.

DIANA.

Celia...

CELIA.

Señora...

DIANA.

Detrás
De esos verdes arrayanes
Te desnuda; que Lisardo
Quiero que seguro pase,
Porque es el mejor remedio,
Con tus vestidos, delante
De Roberto.

LISARDO.

¿Hablas de veras?

DIANA.

Como esos enredos hace
Una mujer á un celoso.

LISARDO.

Al fin no podrá guardarse,
Si ella guardarse no quiere.

DIANA.

Si ella no quiere guardarse,
No hay imposible mayor;
Y al que de guardalla trate,
Sobre la puerta le escribe:
«Necedad de necedades.»

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Roberto.

ESCENA PRIMERA.

CELIA, RAMON.

RAMON.

Siete dias há que está
Lisardo escondido aquí.

CELIA.

Mil pudiera estar ansí;
Mas no, si le han visto ya.

RAMON.

¿Quién le ha visto?

CELIA.

Una criada.

RAMON.

¡Gran peligro!

CELIA.

Ya es forzoso
Salir, haciendo animoso
Llave de la misma espada.

RAMON.

Fulgencio con dos criados
Guarda la puerta de dia.

CELIA.

Dile que mejor seria
Echar aparte cuidados,
Pues de noche no hay remedio
Ni invencion para salir.

RAMON.

Yo le voy, Celia, á decir
Que el mas poderoso medio
Es salir con un rebozo
Y una pistola en la mano.

CELIA.

Dile que es necio su hermano,
Celoso, y valiente mozo.

(*Vase Ramon.*)

ESCENA II.

FULGENCIO, DOS CRIADOS.—CELIA.

FULGENCIO.

Pues ¡Celia! ¡tan de mañana!
¡Aunque fueras centinela!

CELIA.

La noche he pasado en vela;
Que no está buena Diana.
¿Mandais otra cosa?

FULGENCIO.

No.

CELIA.

Pues adios. (*Vase.*)

ESCENA III.

FULGENCIO, LOS CRIADOS.

FULGENCIO.

No sé qué os diga.

CRIADO 1.°

Temor á callar me obliga;
Mas sombras he visto yo.

CRIADO 2.°

¿Sombras? Y aun cuerpos, dirás.

FULGENCIO.

¡Cuerpos! ¿Cómo, si yo he sido
El que no se ha dividido
De aquesta puerta jamás?
Un átomo ¡vive el cielo!
Es imposible que entrase.

CRIADO 1.°

Pues ¿hay sol que puertas pase
Como amor?

FULGENCIO.

Tengo recelo
Que este don Pedro es fingido.
Mucho priva con Diana.

CRIADO 2.°

¿Cuál imposible no allana
Este amor, siempre atrevido?

CRIADO 1.°

Es treta bien empleada
En un celoso cuidado.

ESCENA IV.

LISARDO, *rebozado*.—DICHOS.

FULGENCIO.

¿Qué es esto?

CRIADO 1.°

Un hombre embozado,
Con una pistola armada.

LISARDO.

Déjenme libre la puerta,
Pues busco la puerta sola.

FULGENCIO.

A llave de una pistola
Cualquiera hallaréis abierta.

LISARDO.

Pónganse á un lado los tres. (*Vase.*)

ESCENA V.

FULGENCIO, LOS DOS CRIADOS.

FULGENCIO.

Salió libre.

CRIADO 1.°

¿Hay tal maldad?

CRIADO 2.°

¡A un noble tal libertad!

FULGENCIO.

Industria fué, no interés.
¡Vive Dios, que en este punto
Quisiera que disparara
La pistola, y me matara!

ESCENA VI.

ROBERTO.—DICHOS.

ROBERTO.

¿Qué es esto?

FULGENCIO. (*Ap.*)

Yo estoy difunto.

ROBERTO.

¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais?
¿De qué temblais? ¿Qué teneis?
¿Cómo no me respondeis,
Y turbados me mirais?
En mi casa ¿puede haber
Sucesos de tales modos,
Que os enmudezcan á todos?
Acabad de enmudecer,
Y habladme; que estoy en medio
De dudas y confusiones:
Mirad que las dilaciones
Quitan la fuerza al remedio.
Hablad.

FULGENCIO.

Es tan desigual,
Que la dilacion no es grave;
Que el mal que presto se sabe,
Mas presto llega á ser mal.
Pero él es tan grande en mí,
Que hará que los labios abra.
Mas, dicho en una palabra,
Un hombre salió de aquí.

ROBERTO.

¡Un hombre! ¿Cómo?

FULGENCIO.

Embozado.

ROBERTO.

Pues ¿dónde estaba?

FULGENCIO.

No sé.
De adentro salió, y se fué,
De dos pistolas armado.
«Déjenme sola la puerta,
Pues busco la puerta sola»,
Dijo, alzando una pistola:
Con que pudo abrir la puerta;
Que no hay tan fuerte petardo
Como de la vida el miedo.

ROBERTO.

Muerto de escucharte quedo.
¡Hombre aquí!

FULGENCIO.

Fuerte y gallardo,
Bien armado y bien vestido.

ROBERTO.

Pues ¿por dónde ó cuándo entró?

FULGENCIO.

Solo he visto que salió.

ROBERTO.

¡Qué gentil defensa has sido
Desta puerta y de mi honor!

FULGENCIO.

Un dragon y un bravo toro
Tuvo el vellocino de oro,
Y le robaron, Señor.
Acrisio tuvo encerrada
Su hija, y el oro entró
Donde á Perseo engendró.
Ni habrá mujer tan guardada
De paredes de diamante,
Que si tiene voluntad,
No llegue con libertad
A los brazos de su amante.

ROBERTO.

Perdí toda la empresa,
Perdí la estimacion, perdí la vida:
Mi porfía confiesa
Que fué de ingenio de mujer vencida.
Cesad, locos desvelos;
Que harán su gusto á sombra de los ce- [los.
¡Desengaño terrible
De los que tanto por guardallas mueren!
El mayor imposible
Confieso que es guardallas, si ellas quie- [ren;
Que como ellas lo sientan,
Las privaciones su apetito aumentan.
Podrá guardar el oro
El avaro entre láminas de hierro,
Y el noble su decoro
Si Penélope sufre su destierro;
Pero si no es tan buena,
Crea que es apretar puño de arena.
Honra, quien te introdujo
Del mundo en la república primera,
¿Por qué á mujer redujo
Tu santa libertad? Que bien pudiera
Fiarla mas del hombre,
Con que pudiera eternizar su nombre.
¡Que guarde yo su celo
Tan loco, y una casa con mil llaves,
Y que tenga recelo
Del sol, del viento y de las mismas aves;
Y que en esta porfía
Un hombre salga en la mitad del dia!
Miente; viven los cielos!
Quien dice que mujer puede guardar-
Los ojos y los celos [se.
Mienten; que entrambos pueden des-
Miente la honra, y miente [cuidarse.
Quien las aprieta y guarda neciamente.

ESCENA VII.

DIANA, CELIA. — DICHOS.

DIANA.

¿Qué es esto, hermano mio?
Qué voces son aquestas?

ROBERTO.

¿No lo sabes?
¡Gracioso desvarío!
Que han entrado á mi honor con falsas
Y en tí, Diana, hallaron [llaves;
La cera en que las guardas estamparon.
Si no fueras de cera,
Segura estaba del honor la llave,
Porque no se pudiera
En mármol imprimir.

DIANA.

Cosa tan grave
¿Tratas, Roberto, á voces?

ROBERTO.

¡Qué mal la infamia en el honor conoces!
¿Qué hombre es este embozado
Que acaba de salir de tu aposento,
De una pistola armado?

DIANA.

¿Estás loco, por dicha?

ROBERTO.

El sentimiento
Podrá volverme loco.

DIANA.

Pues no lo estés para tenerme en poco;
Que estoy ya muy cansada
De sufrir tus locuras y recelos;
Y una mujer honrada,
Si aprietan su virtud injustos celos,
Es mina que revienta
Por el honor, con pólvora de afrenta.
Quejaréme, Roberto,
A la Reina y al cielo de tu agravio.

ROBERTO.

El caso descubierto,
Nunca le llega á averiguar el sabio.
Yo he sido en todo necio,
Y así merezco, infame, tu desprecio.
Estoy porque esta daga
Lave mi afrenta.

FULGENCIO.

Tente, Señor, tente;
Que no es justo que haga
Tu honor oficio de marido.

DIANA.

Intente
Mi muerte, que bien hace;
Que Nápoles sabrá de lo que nace.
Querrá usurpar mi dote,
Querrá gozar mi hacienda; ya lo entien- [do.

FULGENCIO.

Véte, no se alborote
La casa y la ciudad.

ROBERTO.

Ya mas me ofendo
De que diga y entienda
Que quiero aprovecharme de su hacien- [da.
¡Qué propio en las mujeres,
Halladas en delito, un testimonio!
Pues dí, ¿negarme quieres,
O sea libertad ó matrimonio,
Que el hombre que ha salido
Tenias donde sabes escondido?

DIANA.

Mira, loco Roberto,
Que tienes enemigos, y que alguno
Entraria encubierto,
Y no hallando despues tiempo oportu-
Salir pretenderia [no,
Como quien ya no respetaba el dia;
Que si mi amante fuera,
Aguardara á la noche.

FULGENCIO.

Y está llano
Que de su sombra hiciera
Mas segura la capa de su engaño.

ROBERTO.

¡Ay, hombres engañados,
Pues sin honra quedamos y culpados!
En fin, ¿que por matarme
Entró aquel hombre? Bien: así lo creo.
Mal puedo yo engañarme,
Fulgencio, cuando dije, pues lo veo,
Que por donde cabia
Pintado un hombre, un vivo entrar po-
¿Ya olvidas el retrato [dia.
Que hallé sobre su cama? ¿Ves cumplido
Mi temor?

DIANA.

Yo no trato
De dar disculpa á un hombre que ha te-
Como por burla y juego [nido
Hacer apuestas de guardar el fuego.
Pues monasterios tiene
Nápoles, uno elige, en él me guarda.

ROBERTO.

Eso solo detiene
Mi brazo, y de matarte me acobarda.
Dadme capa, y salgamos.

DIANA.

Hasta la noche no es razon que vamos.

ROBERTO.

Pues voy á concertalle.

DIANA.

Parte en buen hora.

ROBERTO.

Ya la noche aguardo.

CELIA. (*Ap. á Diana.*)

¿Qué intentas?

DIANA.

Avisalle
De todas estas cosas á Lisardo.

FULGENCIO. (*Ap. á Roberto.*)

Dársela á Dios procura;
Que solo Dios la guardará segura.

(*Vanse.*)

—

Sala de palacio.

ESCENA VIII.

LA REINA, ALBANO.

REINA.

Por esta carta he sabido
Que el Príncipe se embarcó.

ALBANO.

De Marsella supe yo
Que estuvo el Rey detenido
Con las fiestas que el francés
Le ha hecho, como era justo.

REINA.

¿Qué hay de las nuestras?

ALBANO.

Que es gusto
General, pues tuyo es.
Los arcos se han acabado,
En que el de Trajano ha sido
Con mucho exceso vencido,
Como se ve retratado;
Lo que toca á las libreas,
Todas están acabadas.

REINA.

Sí, pero no mis cansadas
Cuartanas.

ALBANO.

Cuando tú veas
Al Rey mi señor aquí,
No ha de haber mas accidente.

REINA.

Ya siento notablemente
Recebirle, Albano, ansí,
Y tengo ya presupuesto
De dar veinte mil ducados
A quien de aquestos cuidados
Saque mi salud mas presto.

ALBANO.

¿Quieres que se dé un pregon?

REINA.

Harásme un grande placer;
Que el dinero suele hacer
Milagros, si estos lo son.

ALBANO.

Yo voy á hacer pregonar
Que á quien te diere salud,
Se los darás.

REINA.

En virtud
Del oro pienso sanar.

(*Vase Albano.*)

ESCENA IX.

ROBERTO, FENISO. — LA REINA.

FENISO.

Aquí está su alteza.

ROBERTO.

El cielo
Te guarde.

REINA.

¡Oh, Roberto amigo!
Deseaba hablar contigo.
¿Cómo te va de desvelo?
¡Triste estás! ¿Qué es lo que tienes?

ROBERTO.

¡Yo, Señora!

REINA.

Y el negar
Quiere tambien confesar
Cuán melancólico vienes.
Los gustos y los enojos
Que los corazones toman,
Como á ventana se asoman,
Roberto amigo, á los ojos.
¿No te va bien de salud?

ROBERTO.

Bien de la salud me va.

REINA.

Suele faltar cuando está
El alma con inquietud.

ROBERTO.

Parece que te sonries,
Y que te burlas de mí.

REINA.

No quiero yo que de tí
Y de mi amor desconfies
Con tan injusta sospecha.

ROBERTO.

No debe de ser muy vana,
Si á las cosas de Diana
Encaminas esa flecha.
Licencia á pedirte vengo
Para casalla.

REINA.

¿Con quién?

ROBERTO.

Con Feniso.

REINA.

Está muy bien.

FENISO.

Si de tu mano la tengo,
No quiero mayor ventura.

REINA.

Feniso, dilo de veras;
Que en el mundo no pudieras
Hallar otra mas segura.
Yo, como quiera Diana,
Licencia os doy.

ROBERTO.

Sí querrá.

REINA.

¿Está prevenida?

ROBERTO.

Está
Un poco esquiva mi hermana.

REINA.

Pues que la quieres casar,
No quieres guardar mujer.

ROBERTO.

No es muy difícil de hacer;
Mas no la quiero guardar.

REINA.

Mira aparte.

ROBERTO.

¿Qué me mandas?

REINA. *(Ap. á Roberto.)*

Por vida mia, ¿no sientes
Algunos inconvenientes
De estos pasos en que andas?

ROBERTO.

No es tan fácil de guardar
Como pensé; y así quiero
Darla á aqueste majadero:
Sustituya en mi lugar,
Y entre tanto esté mi hermana
En un monasterio.

REINA.

Bien.

ROBERTO.

Beso tus piés.

FENISO.

Yo tambien.

REINA. *(Ap.)*

No hay dificultad humana
Como la que este intentó.

FENISO. *(Ap. á Roberto.)*

¿Qué os dijo la Reina allí?

ROBERTO.

Que érades discreto.

FENISO.

A mí
Siempre su alteza me honró.
(Vanse Roberto y Feniso.)

ESCENA X.

LISARDO.—LA REINA.

LISARDO.

Que se fuesen esperaba.
Dame los piés.

REINA.

¡Oh, Lisardo!
¿Qué te has hecho tantos dias?
Me has tenido con cuidado,
Fuera de hacerme gran falta
En mil forzosos despachos
De la importancia que sabes.

LISARDO.

Señora, pues he faltado,
Esté cierta vuestra alteza
Que no fué mas en mi mano.
Entré en casa de Roberto,
Como sabes.

REINA.

¿Que has entrado
Donde tantos ojos velan?

LISARDO.

Supo mas Mercurio que Argos.
Metidos en un vestido
Albano y yo, al fin entramos.
Era un saco, y parecimos
Honra y provecho en un saco.
El arca nos encubrió:
Mató Ramon, en llegando,
La luz que sacaba un paje;
Al fin el arca dejamos.
Desnudámonos, y yo
Me quedé, saliendo Albano.
Cenaron en un jardin,
Fué Feniso convidado.
Salí de una clara fuente,
Que fué alcahuete de mármol
A las palabras de cera,
Con que los dos la ablandamos.
Metióme en un oratorio...

REINA.

El que andaba en tales pasos
Justo fué rezar por sí.

LISARDO.

No me acuerdo si rezamos.
A la cama de Diana
Daba la puerta; su hermano
Tenia al lado la suya;
Mas no hay que fiar de lados.
Hincábame de rodillas,
Y toda la noche hablando
Estábamos, con requiebros
Dulces, con secretos brazos.
No porque cosa que sea
Contra su honor reservado
En nuestras bodas sospeches;
Que es nuestro amor limpio y casto.
Salia el alba envidiosa,
Y ponian paz sus rayos
En nuestras dulces porfías,
Con maldiciones de entrambos.
Yo al oratorio, ella al sueño,
Íbamos con tristes pasos;
Dábanme allí de comer
Mil nunca vistos regalos.
Al cabo de siete dias
Vióme una esclava, y dudando
De su lengua, al fin mujer,
Temiendo á su loco hermano,
Me determiné á salir;
Y á un viejo y á dos criados
Puse una pistola al pecho,
Y con un rebozo salgo.
Lo que ha sucedido ignoro;
Pero menor daño aguardo
Que si me quedara allí.

REINA.

Discretamente has andado,
Porque con eso ese necio
Conozca que es fuerte caso
El guardar una mujer.

LISARDO.

¿Qué te ha dicho? ¿Estaba airado?

REINA.

Disimulaba su pena.
Mas ten cuidado, Lisardo;
Que me ha pedido licencia
(Y en efeto se la he dado)
Para casar á Diana,
Como ella quiera.

LISARDO.

Tu claro
Ingenio en esa respuesta
Conozco.

REINA.

El suceso extraño
De hallar en su casa un hombre,
Debe de haberle incitado
Para dársela á Feniso,
Puesto que quiere entre tanto
Meterla en un monasterio.

LISARDO.

En efeto ¿ha confesado
Que guardar una mujer
Es imposible?

REINA.

El engaño
Que le habeis hecho lo dice,
Pues habeis juntos estado
Siete dias á sus ojos.

LISARDO.

Feniso vive engañado
En pretender imposibles
Como el de su loco hermano.

ESCENA XI.

RAMON, *muy alborotado.*—DICHOS.

RAMON.

Déme albricias vuestra alteza.

REINA.

¿De qué, Ramon?

RAMON.

Ha llegado
El Rey mi señor, tu esposo;
Que de una posta, en palacio,
Él y el Almirante agora
Se apean solos, dejando
Diez leguas de aquí la gente.

REINA.

Sin prevencion me han hallado.
Muerta soy. ¡Hay tal traicion!

LISARDO.
(*Ap.* Cubrióla un mortal desmayo.)
Siéntese aquí vuestra alteza.

REINA.
A mi cama voy, Lisardo.
Que estoy indispuesta di,
Cuando entre el Rey. (*Vase.*)

LISARDO.
¡Caso extraño!
No tuvo razon el Rey.
Voy á recebirle

ESCENA XII.

LISARDO, RAMON.

RAMON.
Paso;
Que no ha venido, ni agora
Se sabe en Nápoles cuándo.

LISARDO.
¿No ha venido?

RAMON.
No ha venido;
Que el ver que van pregonando
Que á quien la diere salud
Darán veinte mil ducados,
Me obligó á dalle este susto,
Porque con él es muy llano
Que se quitan las cuartanas.

LISARDO.
¿Estás sin seso?

RAMON.
¿No es claro
Que con un susto se quitan,
Y que habiéndosele dado,
Ganaré aqueste dinero?

LISARDO.
¿Piensas que bufonizando
Se alcanza tanta grandeza?

RAMON.
Mal conoces cortesanos.
Si no hay bufa, no hay pecunia.

LISARDO.
¿Qué hay de Roberto?

RAMON.
Que ha estado
Para perder el jüicio.

LISARDO.
En efeto ¿supo el caso?

RAMON.
Fulgencio se lo contó.

LISARDO.
¿Cómo á su hermana ha tratado?

RAMON.
Sacó la daga, y ha habido
Pasito de alzar la mano,
Con algo de «tate, tate,
Que ya Dios te ha perdonado»;
Y acabóse en un concierto.

LISARDO.
¿Cómo?

RAMON.
Que quede entre tanto
Diana en un monasterio,
La cual me dijo llorando
Que á sacalla te anticipes.

LISARDO.
Voy.

RAMON.
Escucha, temerario.

LISARDO.
Voy, aunque mate á Fulgencio.

RAMON.
No harás; que tengo trazado
Remedio para sacalla.

LISARDO.
Pues yo me pongo en tus manos.

RAMON.
Y yo en las de la fortuna.
Si con este susto sano
Las cuartanas de la Reina,
Que son veinte mil ducados,
Seré luego don Ramon,
Don Caballero, don Gazmio;
Que con dineros yo he visto
Ser don Ángel á don Macho.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Roberto.

ESCENA XIII.

FUGENCIO, DOS CRIADOS.

FULGENCIO.
Perdiendo estoy el jüicio.

CRIADO 1.°
Todos sin jüicio estamos.

CRIADO 2.°
De ninguna suerte hallamos
Señal, Fulgencio, ni indicio.

FULGENCIO.
Pues ¿por dónde pudo entrar?

CRIADO 1.°
Que era invisible sospecho.

FULGENCIO.
Si estas paredes le han hecho,
Como á espíritu, lugar,
Bien pudo entrar; mas si no,
Perderé el seso, Florelo.

CRIADO 2.°
Roberto está sin consuelo.

FULGENCIO.
Me admiro que no mató
Hoy á alguno de nosotros.

CRIADO 1.°
¿Dónde hallarémos disculpa?

FULGENCIO.
A mí me ha de dar la culpa
Con razon, que no á vosotros.
Pero mientras que la lleva
Al monasterio, he de ser
Pilar desta puerta, y ver
Si hay sol que á entrarla se atreva.

CRIADO 1.°
Todos te acompañarémos.

FULGENCIO.
Diana es esta: ojo alerta.

ESCENA XIV.

DIANA, CELIA.—DICHOS; *despues*, RAMON.

CELIA. (*Ap. á Diana.*)
Los tres están á la puerta.

DIANA.
(*Ap.* Poco remedio tenemos.)
¿Qué hay, Fulgencio?

FULGENCIO.
Defender
La entrada á tu deshonor.
(*Sale Ramon.*)

RAMON.
¿Está en casa mi señor?

FULGENCIO.
¿Don Pedro?

RAMON.
¿Quién ha de ser?

FULGENCIO.
No está en casa

RAMON.
Lo que quiero,
A mi señora diré.—
Oye aparte.

DIANA. (*Ap. á Ramon.*)
Ya no sé,
Ramon, si vivo ó si muero.

RAMON. (*Ap á Diana.*)
Lisardo queda en la calle;
Que le han dado libertad
La noche y la escuridad.

DIANA.
Dile que se vaya y calle;
Que no es posible salir.

RAMON.
¿Cómo no? Véte á poner
Tu manto; que has de poder,
O aquí tengo de morir.

DIANA.
Por armas será imposible.
Di que locuras no intente.

RAMON.
Si yo entretengo esta gente,
¿No saldrás?

DIANA.
¿Cómo es posible,
Sin que ellos me puedan ver?

RAMON.
Cúbrete y haz como digo.

DIANA.
Voy; que por él y contigo
Hoy me tengo de perder.
(*Vanse Diana y Celia.*)

ESCENA XV.

RAMON, FULGENCIO, LOS DOS CRIADOS.

FULGENCIO.
¿Qué recado de Roberto
Es aquese que le has dado?

RAMON.
Que el monasterio ha buscado,
Y hecho tambien el concierto.
Pero, dejando esto ansí,
¿Habeis visto una sortija?
Que no hay cosa que me aflija
Tanto agora.

FULGENCIO.
¿Es de uña?

RAMON.
Sí,
Es de uña de la gran bestia;
Porque el mal de corazon,
En la mejor ocasion
Me da terrible molestia.

FULGENCIO.
¿Que en fin es esto verdad,
Y que hay gran bestia?

RAMON.
Pues ¿no?
Como esas he visto yo.

FULGENCIO.
Pues ¿cómo son?

RAMON.
Escuchad.
Compónese aquesta uña
De un casado socarron,
Que es en casa tomajon,
Cuando es su mujer garduña.
Hácese tambien de necios,
Que sin mirar sus agravios,
De los mas doctos y sabios
Hacen notables desprecios.
Hácese de mal nacidos

Que se suben á grandezas,
Donde las mismas bajezas
Descalabran sus oidos.
Hácese de pretendientes,
Que son de la corte extraños
Y están gastando sus años
En cosas impertinentes.
Hácese de mil pobretes
Que de contar se sustentan
Las vanaglorias que cuentan
A los señores discretos.
Hácese del que muy grave
Su lengua ignora, y la niega,
Hablando la lengua griega
Donde ninguno la sabe.
Hácese de los poetas
Que á hurtos y rempujones
Dan á luz cuatro traiciones
Adúlteras é imperfetas.
Hácese de algunas viejas
Que, con mil años, pretenden
Muchachos, á quien les venden
Mayorazgos por lantejas.—
Mas ¡ay! que me ha dado el mal!
Tenedme, asidme; que muero.

(*Finge una convulsion y se deja caer al suelo.*)

FULGENCIO.

¡Qué espectáculo tan fiero!

CRIADO 1.°

Cayó á tierra.

CRIADO 2.°

Está mortal.

CRIADO 1.°

¿Sabes las palabras?...

FULGENCIO.

Sí.

CRIADO 1.°

Llega, y dilas al oido.

(*Bájanse á decirle las palabras.*)

RAMON.

Agora..

ESCENA XVI.

CELIA Y DIANA, *con mantos, saliendo por detras de* FULGENCIO, RAMON *y* LOS CRIADOS.

CELIA. (*Ap. á su ama.*)

Que agora salgas
Te avisa.

DIANA. (*Ap.*)

Amor, que me valgas,
Te tengo bien merecido.

(*Vanse Diana y Celia.*)

ESCENA XVII.

FULGENCIO *y* LOS CRIADOS, *sosteniendo á* RAMON.

CRIADO 2.°

Vuélveselas á decir.
¿No ves que brama y patea?

RAMON.

¡Ay!

CRIADO 1.°

Habló.

FULGENCIO.

No hay mal que sea
Tan semejante al morir.
¡Qué santas palabras son
Estas, y de gran virtud!

RAMON.

Si quereis darme salud,
Alegradme el corazon.

FULGENCIO.

¿Quereis algunas tabletas?

RAMON.

No, sino cuarenta tragos
De vino.

FULGENCIO.

Cuatro cuartagos
O postas con estafetas
No beben mas á un pilon.
Pues es de noche, cerremos
La puerta, y con vino harémos
Que se alegre el corazon.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVIII.

LISARDO.

Noche siempre serena, cuyo velo
Y silencio tomó el amor por capa,
Nema del cielo, de sus ojos tapa,
Madre del sueño, el hurto y el recelo;
Si alguna vez amaste, pues del suelo
Al cielo nadie del amor se escapa,
Con esa escuridad los ojos tapa
A las estrellas que lo son del cielo.
Aunque celos te dén sus resplandores,
Deja, luna, salir mi luz querida;
Que bien sabe de amor quien tuvo amores.
La noche se verá del sol vestida,
Tendrá la sombra luz, perlas las flores,
Mi pena gloria, y mi esperanza vida.

ESCENA XIX.

DIANA, CELIA.—LISARDO.

DIANA.

¿Si es aquel que se pasea?

CELIA.

Mucho lo parece el talle.

LISARDO.

Gente parece en la calle.
¡Quiera amor que mi luz sea!

DIANA.

¡Ah, gentil hombre!...

LISARDO.

¿Quién va?
Que á mi perdida esperanza
Mi loca desconfianza
Dándole veneno está,
Aunque esa voz y ese talle
Asegura mi deseo;
Que el sol de mis ojos veo
En el cielo desta calle.
¿Sois vos, mi bien?

DIANA.

¿Quién pudiera
Sino yo, ser tan dichosa?

LISARDO.

Agora sí, luz hermosa,
Que estoy en mi propria esfera
Pero volved á correr
La cortina de ese manto;
Que resplandeciendo tanto,
Causaréis que os puedan ver.
¿Cómo habeis, mi bien, hallado
Camino al poder salir?

DIANA.

Andando os quiero decir
Mi fortuna y mi cuidado
Y la invencion de Ramon.

LISARDO.

¿Templó su ingenio mi dicha?

CELIA.

No ha sido escrita ni dicha
Tan ingeniosa invencion.

LISARDO.

¡Ah, Celia! Todo se acierta,
Cuando lo quieren los hados.

CELIA.

Tres linces dejó burlados
Casi al umbral de la puerta.

DIANA.

Ni en los hados hay poder,
Ni en el ingenio mejor,
Sino en tenerte yo amor,
Y en querer una mujer.

LISARDO.

A tantos favores calle
Mi amor.

ESCENA XX.

FENISO, ROBERTO.—DICHOS.

FENISO.

Que lleves, te aviso,
Silencio.

ROBERTO.

Gente, Feniso, (*Ap. á él.*)
Sale de mi misma calle.

FENISO.

Un hombre con dos mujeres
Me parece.

ROBERTO.

¿Quién va?

LISARDO.

Un hombre
Con su mujer.

ROBERTO.

Diga el nombre.

DIANA. (*Ap.*)

¡Ay Dios!

CELIA. (*Ap. á su ama.*)

Desdichada eres.

LISARDO.

¿Sois justicia?

ROBERTO.

Ni aun piedad.

LISARDO.

¿Sois Roberto?

ROBERTO.

¿Sois Lisardo?

LISARDO.

El mismo.

DIANA. (*Ap.*)

Mi muerte aguardo.

ROBERTO.

Pues, Lisardo, perdonad:
Que el no haberos conocido
Me dió aqueste atrevimiento.

FENISO.

Con el mismo pensamiento
Fuí yo, Lisardo, atrevido.
. . . . [1]

LISARDO.

Disculpado estáis, Feniso.

ROBERTO.

Ya que tenemos aviso,
Y nuestra amistad sabeis,
Dad licencia que los dos
Os vamos á acompañar,
Porque no vuelva á topar
Otro atrevido con vos.

LISARDO.

Estas damas son casadas,
Y voy con algun temor;

[1] Falta un verso.

Que un celoso, aunque es error,
Las quiere tener guardadas.
Y por si acaso me sigue,
Gran merced recibiré
Que me acompañeis; que sé
Que me busca y me persigue,
Y aun que viene acompañado.

FENISO.

Los dos irémos con vos,
Y venga para los dos
Todo un escuadron armado.

ROBERTO.

Señoras, no os receleis:
De Lisardo soy amigo.

LISARDO.

Venid, Roberto, conmigo.
Dejaldas, no las hableis;
Que temo que este celoso
Me busque en esta ocasion;
Y en casa sabréis quién son,
Pues vengo á ser tan dichoso
Que vos nos acompañeis.

ROBERTO.

Serviros, Lisardo, es justo.

LISARDO.

No puedo decir el gusto
Que en esta ocasion me haceis.

ROBERTO. (*Ap. á Feniso.*)

¡Qué diferentes que son
Las cosas, Feniso amigo,
De lo que piensa consigo
La propria imaginacion!
Veis aquí cómo Lisardo
Quiere en otra parte bien.

FENISO.

Pues así se hará mas bien
El casamiento que aguardo.

ROBERTO.

Vamos.

FENISO.

Adelante pasa.

LISARDO.

¡Brava amistad!

ROBERTO.

Justa prueba.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que me la lleva
El hermanito á mi casa!

(*Vanse.*)

—

Sala de palacio.

ESCENA XXI.

LA REINA, ALBANO.

REINA.

Sin duda me curó con aquel susto,
Pues era hoy de mi accidente el dia,
Y, como todos veis, no me ha venido.

ALBANO.

El médico sin duda el susto ha sido.
Ganó Ramon los veinte mil ducados.

REINA.

No puedo encarecer lo que le debo,
Pues por él con salud espero al Príncipe.
¡Hola! Buscalde luego.

ALBANO. (*Llegándose á una puerta á pasar la órden.*)

Vaya presto
Por Ramon un soldado de la guarda.

REINA.

Advierte, Albano, que pagarle quiero
Burla con burla, aunque despues es justo
Pagalle el bien, pero primero el susto.

ESCENA XXII.

UN SOLDADO, RAMON.—DICHOS.

SOLDADO.

Aquí estaba Ramon, en la antecámara.

RAMON.

¿Qué me manda, Señora, vuestra alteza?

REINA.

Dame los brazos, álzate del suelo.

RAMON.

Será, Señora, levantarme al cielo.

REINA.

No he sentido, Ramon, mas accidente.

RAMON.

¡Gracias á Dios, que tu Avicena he sido,
Y que, como se ha visto, yo he sabido
Mas que todos tus médicos!

REINA.

Yo creo
Que el médico mejor es el deseo.
Y pues del tuyo quedo satisfecha...
¡Hola! Dalde la cédula; que es justo
Cobre Ramon los veinte mil ducados.

RAMON.

Veinte mil años viva vuestra alteza,
Sirviendo de laureola á su cabeza
Las águilas doradas de su imperio.

REINA.

Toda está de mi letra. ¿Qué la miras?
Bien la puedes leer.

RAMON.

Con tu licencia
Leeré tanta merced en tu presencia.
(*Lee.*) «Por las obligaciones en que
»Ramon me ha puesto, quitándome las
»cuartanas, aunque con un susto tan
»grande, que me pudiera costar la vida,
»mando que se le dén y paguen veinte
»mil ducados, librados en los bancos
»de Flándes, de lo que hubiere proce-
»dido de las naves que allí se pierden.
»—*La Reina.*»
¿A los bancos de Flándes me remites?

REINA.

¿No te parece buena la libranza?

RAMON.

Pues ¿quién la ha de pagar allí? ¿Los peces?

REINA.

Pues ¿quebraron jamás aquellos bancos?

RAMON.

¡A lindo tesorero me despachas!
Pero pues prometer son viejas tachas,
Ya que rompes, Señora, tu palabra,
Manda darme salario por lo menos
De médico de cámara en tu casa;
Que un oficio real es de tal crédito,
Que ganaré en un año dos millones
Curando mal de madre y sabañones.

ESCENA XXIII.

LISARDO.—LA REINA, ALBANO, RAMON.

LISARDO. (*A la Reina.*)

¡Agora sí que me darás albricias!
Parece que Ramon fué su pronóstico,
Porque de una galera que venia
Cortando el mar como nevado cisne,
Vestida de mil flámulas bordadas
Con las armas de Nápoles y suyas,
Con el gran Almirante salió el Príncipe,
Y en dos caballos á palacio vienen:
Tanto deseo de tus brazos tienen.

REINA. (*A Ramon.*)

Ya no tengo accidente que me quites.

RAMON.

Mas que Dios te le dé, pues me remites
A los bancos de Flándes mi libranza,
Donde será por dicha tesorero
Algun lobo marino ó ballenato.

REINA.

Ya, Lisardo, no puedo recibille.
¿Que así viniese el Rey, con escribille
Que me hiciese merced de entrar de espacio?

LISARDO.

Yo pienso que su alteza está en palacio.

ESCENA XXIV.

EL REY DE ARAGON, EL ALMIRANTE, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

Déme los piés vuestra alteza.

REINA.

¡Señor!

REY.

Con razon estoy
Humillado á esa grandeza,
Porque seais desde hoy
Corona de mi cabeza.

REINA.

Si el agravio lugar diera,
De aquestos brazos hiciera
A vuestros hombros corona.

REY.

El amor mi prisa abona;
Que de espacio amor no fuera.

ALMIRANTE.

Bien dice el Rey mi señor;
Y pues vuestra alteza sabe
Que despacio no hay amor,
Aquí el enojo se acabe,
Y hacelde aqueste favor.

REINA.

A vos, Almirante, sí.
Mis brazos están aquí.

ALMIRANTE.

Eso no, ni vos querréis;
Que mientras no se los deis,
No se han de emplear en mí.

REINA.

Ahora bien, Rey y Señor,
Yo me rindo.

REY.

Y yo de suerte
A vuestro heróico valor,
Que apenas podrá la muerte
Desatar mi justo amor.

REINA.

Siéntese aquí vuestra alteza,
Sabré cómo viene.

REY.

Ha sido
Un infierno de aspereza
El camino que he traido,
Hasta ver á vuestra alteza.
No sé qué os diga del mar;
Que no pudieran llegar
Las galeras, sé deciros,
A no ayudar mis suspiros
Las velas al navegar.
Y todo aquesto crecia
Escribirme que tenia
Poca salud vuestra alteza.

REINA.

Desconfianza y tristeza
De su falta me afligia.
Pero quiere amor que os deba
Mi salud, pues con el susto
De venir vos, fué la nueva
Mi médico, y el mas justo.

RAMON.

¡Muy bien la paga lo prueba!

Pues los veinte mil ducados
Presto serán aceptados.

ALBANO.

¿Dónde?

RAMON.

En los bancos de Flándes,
Que, aunque tienen los piés grandes,
Há dias que están quebrados.

ESCENA XXV.

ROBERTO, FENISO, ALMIRANTE.— DICHOS.

LISARDO. (*A Roberto.*)

Este es mucho atrevimiento
Para estar aquí su alteza.

ROBERTO.

Pues si no estuviera aquí,
Villano, vil, ¿no os hubiera
Sacado el alma?

LISARDO.

Mentis.

REINA.

¿Qué es eso?

LISARDO.

Locas soberbias
De Roberto.

REY.

Pues ¡ aquí
Descomponeis la obediencia
Y el respeto que debeis
A mi señora la Reina,
Ya que no me le tengais!

ROBERTO.

A los piés de vuestra alteza
Pido justicia.

LISARDO. (*Al Rey.*)

Y yo pido
Que júez de los dos seas
En el caso de que agora
Roberto de mí se queja.

REY.

Digo que yo lo seré,
Como vos me deis licencia.

REINA.

Si habeis vos de ser júez,
Para que esta audiencia tenga
Todas las partes que es justo,
Y el pleito mejor se entienda,
Yo quiero ser relator.

REY.

Pues comience vuestra alteza.

REINA.

Los dias que el accidente,
De que he estado tan enferma,
Señor, me dejaban libre,
Di en hacer una academia,
Escogiendo en mis criados
Los de mas nobleza y ciencia.
Referíanse epigramas,
Que hay excelentes poetas;
Cantábanse mil canciones,
Y en diferentes materias
Argüian los mas doctos.
Ofrecióse un dia, entre ellas,
Tratar de los imposibles.
Dijeron cosas diversas,
Y resolvióse Lisardo
Que el mayor de todos era
El guardar una mujer,
No, Señor, mala ni buena,
Sino mujer con amor,
Y que guardar no se quiera.
Roberto lo contradijo,
Diciendo que humanas fuerzas,
Ni todo el poder del oro,
De ningun efeto fueran
Para mujer que él guardara:
No sé si en aquesto acierta.
Tiene Roberto una hermana,
Hermosa como discreta,
Y por todo extremo hermosa;
Quiso, para hacer la prueba,
Enamoralla Lisardo...
—Lo que ha resultado, queda
Agora en sus confesiones.

ROBERTO.

Señora, no fué ofendellas
Decir que pueden guardarse;
Y si fué mi empresa necia,
¿Por qué Lisardo tenia
De hacer con tanta insolencia
La prueba en mi propia hermana?

LISARDO.

Porque enamorarme della
Me podia estar muy bien,
Conociendo tu nobleza.
Cuando tú mas la guardabas,
Ramon entró á hablar con ella
(Que ese es criado mio,
Y no el don Pedro que piensas),
Y en hábito de francés
Le dió mi retrato en muestra
De mi amor, y trujo el suyo.
Despues, fingiéndose que era
Criado del Almirante,
De cuyo deudo te precias,
Te llevó los seis caballos
Con su firma contrahecha.
Con esto quedó en tu casa,
Y supo meterme en ella
Cuando á Fulgencio tenias
Por alcaide de la puerta.
Todo lo demás es cosa
Que mi señora la Reina
Sabe, y que no es para aquí.

ROBERTO.

Lisardo, de tus quimeras
Fundadas en que yo dije
Sola una palabra necia,
Ninguna cosa he sentido,
Sino que tanto supieras,
Que sacaras á Diana
De mi casa con afrenta,
Y teniéndola casada
Con Feniso, nos hicieras
Hasta tu casa una noche
Acompañarte con ella.
Y aunque es verdad que conozco
Que como una mujer quiera,
Hará que el proprio celoso,
Como el ejemplo lo enseña,
La acompañe á su galan,
Mi sangre y clara nobleza
Me pide justa venganza.
Y ansí, suplico á su alteza
Me otorgue campo contigo,
Y que el Almirante sea,
Como deudo, mi padrino.

ALMIRANTE.

Y es justo que se conceda
A caballero tan noble,
Y que si hay quien lo defienda,
Seamos dos para dos.

ALBANO.

Cuando esto lícito sea,
Bien puede vueseñoría,
Constándole mi nobleza,
Medir mi espada en el campo.

FENISO.

Por mucho, Albano, que seas,
No igualas al Almirante.
A mí me toca esta afrenta.
Salga Lisardo á Roberto,
Y yo á tí.

ALBANO.

Pues ansí queda.

REINA.

No queda muy bien ansí,
Ni con tan sangrientas veras
Se han de acabar los principios
De una burla tan discreta.

ROBERTO.

No trateis, Señora, paces,
Que haréis que el reino se pierda,
Pues me ha robado á mi hermana
Lisardo, en comun afrenta
Del Almirante y mis deudos.

LISARDO.

No es hurto el que se confiesa
Y deposita al júez.

ROBERTO.

¡Cómo, si á tu casa mesma
Me la hiciste acompañar!

LISARDO.

En apartándote della,
La truje á palacio, y tiene
El hurto, de que te quejas,
Su alteza, con mucho honor,
A quien pido que la vuelva,
Pero casada conmigo,
Porque tu amistad merezca;
Que por la cruz de mi espada,
Que palabra descompuesta,
Cuanto mas obra, no ha sido
De su honor ni el tuyo ofensa.

ROBERTO.

Con esto estoy satisfecho.
Manda que vayan por ella.

REINA.

Vayan luego por Diana.
(*Va Albano.*)

RAMON.

Entre tanto es bien que adviertas
¡Oh generoso español!
Que se ha curado la Reina
Con el susto que he contado;
Y para que yo le tenga,
Me da en los bancos de Flándes
Esta libranza.

REY.

¿Es su letra?

RAMON.

Sí, Señor.

REY.

Pues yo la acepto;
Que quiero pagar sus deudas.

RAMON.

¡Vivas mil años!

ESCENA XXVI.

ALBANO, DIANA.— DICHOS.

ALBANO.

Aquí
Viene Diana.

LISARDO.

Y tan bella
Como el sol.

DIANA.

Dame tus piés
Para que de hoy mas me tengas,
Rey mi señor, por tu esclava.

REY.

Parece que en tu belleza
Traes el ramo de paz,
Que tantos pleitos concierta.
Ya es tu marido Lisardo,

Y yo con la Reina bella
Tu padrino.

DIANA.

Tantas honras,
¿Quién sino vos las hiciera?

REY.

Abrácense luego todos,
Y en dulce correspondencia
Se aumente amor.

RAMON.

Yo, señores,
Tengo de abrazar á Celia,
Que estoy con ella casado;
Porque en el mundo se entienda
Que si no quieren guardarse
Dueñas, doncellas y viejas,
Es imposible guardarlas.

LISARDO.

Y aquí acaba la comedia
Del *Imposible mayor*.
Nadie á probarle se atreva.

LA ESCLAVA DE SU GALAN.

PERSONAS.

DON JUAN, *estudiante.*
DON FERNANDO, *padre de don Juan.*
DON ANTONIO.
LEONARDO, *caballero.*
PEDRO, *gorron.*
ALBERTO.
ELENA, *dama.*
RICARDO.
FINEA, *esclava.*
INÉS, *criada.*
FABIO, *lacayo.*
FLORENCIO.
UN NOTARIO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de doña Elena, en el barrio de Triana, á vista del Guadalquivir.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, DON JUAN.

ELENA.

Esto se acabó, don Juan.

DON JUAN.

No es ese lenguaje tuyo,
Y de ese término arguyo
Que mal consejo te dan.

ELENA.

Eso de argüir es bueno
Para escuelas.

DON JUAN.

¿Novedad?
Elena, tu voluntad
Sin argumentos condeno.

ELENA.

Supongo que la he tenido.

DON JUAN.

¡Qué mala suposicion!

ELENA.

Pues yo, don Juan, ¿qué licion,
Qué facultad he leido?

DON JUAN.

Aguardo la consecuencia.

ELENA.

Habla como para mí.

DON JUAN.

¿Qué puedo hablar para tí
Con tan cansada licencia?

ELENA.

¿Quieres que la tome yo,
Y te diga lo que siento?

DON JUAN.

Prosigue; que estoy atento.

ELENA.

Pues ¿has de enojarte?

DON JUAN.

No.

ELENA. [diano,
Yo soy hija, don Juan, de un hombre in-
Hidalgo montañés, muy bien nacido;
Dióme su luz el cielo mejicano,
Que fué para nacer mi patrio nido;
Mas la fortuna, resistida en vano,
Por sucesos que ya los cubre olvido,
Le trujo á España con alguna hacienda,
O persuadido de su amada prenda.
Divídese Sevilla, como sabes,
Por este ilustre y caudaloso rio,
Senda de plata, por quien tantas naves
Le reconocen feudo y señorío.
Es esta puente, de maderos graves,
Sin piés que toquen á su centro frio,
Mano que las dos partes divididas
Por una y otra orilla tiene asidas.
Hizo eleccion mi padre de Triana,
Patria de algun emperador romano,
Para vivir: la causa fué una hermana,
O por no se meter á ciudadano.
Finalmente, pagó la deuda humana
Con su mujer el venerable anciano,
Dejándome, ni rica, ni tan pobre,
Que el sustento me falte ni me sobre.
Aquí he vivido con tan gran recato,
Que se puede escribir por maravilla,
Pues lo es que de Triana (verdad trato)
Pasé dos veces solas á Sevilla.
Pienso que ansí mi condicion retrato,
Pues habiendo de aquesta á aquella ori-
Paso tan breve á dividir sus olas, [lla
A Sevilla pasé dos veces solas.
Una, con gran razon, á ver la cara [lo;
Del sol de España, que nos guarde el cie-
Porque, estando en Sevilla, se agraviara,
Si no la viera, la lealtad y el celo.
Otra, por ver la máquina tan rara
Del monumento, la mayor del suelo:
De suerte que fuí á ver cuanto se en-
[cierra
De grandeza en el cielo y en la tierra.
Mas, como siempre en los mayores dias
Las desventuras suelen ser mayores,
Tú, que tan libre como yo venias,
Viste en mí la ocasion de tus errores.
Seguísteme á Triana, y las porfías
De tus paseos, escribiendo amores,
Aunque rasgué con justo enojo algunos,
Mostraron lo que vencen importunos.
Yo te escribí (para decirlo en breve),
Y yo tambien te amé, porque entendia
Que al casamiento que al honor se debe,
Tu amor el pensamiento dirigia.
Con esto, el necio mio ya se atreve
A darte entrada como á prenda mia:
Entras con libertad, y en este medio
Hallo que es imposible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
La prebenda eclesiástica que tienes,
Y que ya de tu padre los cuidados
No se extienden á mas de que te orde-
Si tú pensaste que, sin ser casados, [nes.
Porque á Triana de Sevilla vienes,
Tengo yo de perder el honor mio,
Mal consejo te dió tu desvarío.
Ayer lo supe, y ese mesmo dia
Vino mi tio de Jerez, que estimo
Por padre, el cual dispensacion traia
Para casarme luego con mi primo.
Y como yo tu ingratitud sabia,
A darle el sí con lágrimas me animo,
Y hoy parte por su hijo y por mi esposo,
Porque dentro de un mes será forzoso.
¿Cuál hombre noble hubiera entreteni-
Una mujer de prendas con engaños, [do
Habiendo de ordenarse? Con que han
[sido
Claros de tu maldad los desengaños.
¿Pensásteme burlar, mi honor vencido?
Pues si gastaras infinitos años
En locuras de amor, no me vencieras,
Si Ulíses fueras, si Narciso fueras. [to,
Yo estoy, don Juan, resuelta; y es mas jus-
Como estado tan alto, que te ordenes;
Porque es razon y es de tu padre gusto.
De renta cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunque fué in-
[justo;
Ya no esperes de mí sino desdenes;
Que un pecho de traiciones ofendido
Volando pasa desde amor á olvido.

DON JUAN.

Elena, á tantas verdades
¿Qué respuesta darte puedo,
Pues que todas las concedo
Sin poner dificultades?
Mas ¿por qué te persüades
Que mi verdad te engañó,
Pues cuando te quise yo,
Ni la prebenda tenia,
Ni mas que amarte sabia,
Que es lo que amor me enseñó?
Mi padre alcanzó despues
La renta, de que yo estaba
Seguro, cuando buscaba,
Mi bien, no mas interés
Que merecer esos piés.
Dios sabe si lo sentí;
Y si parte no te dí,
Fué porque no quise, Elena,
Que partiéramos la pena,
Que era sola para mí.
Pasó adelante mi amor,
Encubriendo mi desdicha,
No empeñándote á mas dicha
Que algun honesto favor;
Pero si por ser traidor,
Tomas venganza en casarte,
Bien puedes desengañarte
De que amor ha permitido
Que me hubiese sucedido
Con que poder obligarte.
¿Ves la renta, y ves tambien
De mi padre el justo enojo?
Pues de todo me despojo,
Aunque mil muertes me dén.
¿Será entonces querer bien,
O mentira, si me obligo
Para cumplir lo que digo?
Mira si es prueba de fe,
Pues todo lo dejaré,
Y me casaré contigo.
¿Puede hacer mayor fineza
Un hombre por lo que adora?
¿Creerás entonces, Señora,
Lo que estimo tu belleza?
Dirás tú que es mas riqueza
Ser, Elena, mi mujer;
Y sabré yo responder
Que aun el propio ser perdiera,
Si, no siendo, ser pudiera

Que fuera tuyo sin ser.
Pues quien dejara por tí
El propio ser en que vive,
No hará mucho en que se prive
De lo que es fuera de sí.
Yo voy á hablar desde aquí
A quien licencia nos dé.

ELENA.

Detente.

DON JUAN.

Ya no podré.

ELENA.

¿Qué intentas?

DON JUAN.

Tú lo verás.

ELENA.

Loco estás.

DON JUAN.

No puedo mas.

ELENA.

Mira tu honor.

DON JUAN.

¿Para qué?

ELENA.

¡Tanta renta! ¿No es error?...

DON JUAN.

¿No has visto un niño que viene
A dar un doblon que tiene,
Porque le dén una flor?
Pues haz cuenta que mi amor
(Que amor en nada repara,
Como el ejemplo declara,
Si lo que ve le contenta)
Es niño, y deja la renta
Por el clavel de tu cara. (*Vase.*)

ESCENA II.

ELENA.

Aunque es verdad que yo tambien [deseo,
Quiero tanto á don Juan, que me ha pe- [sado
De que quiera emprender, precipitado,
Esta locura por mi humilde empleo.
Pero el grande peligro en que me veo,
Amando amada, sin tomar estado,
Animando el temor, templa el cuidado,
Y me parece que mi bien poseo.
¡Gran fineza de amor! Pero cumplida,
Tantas desdichas pueden ofrecerse,
Que en dejar á don Juan me va la vida.
Mejor es apartarse que ofenderse;
Que una mujer que quiere y es querida,
¿En qué puede parar sino en perderse?
(*Vase.*)

—

Una calle de Sevilla.

ESCENA III.

DON FERNANDO, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Como si fuera mia, me ha pesado.

DON FERNANDO.

Pues á mí no me da mucho cuidado.
Hacienda tengo, gracias á los cielos.

DON ANTONIO.

¡Que no puedan armadas ni desvelos
Contra aquestos rebeldes holandeses!

DON FERNANDO.

Ayudan los ingleses;
Mas no siempre suceden sus fortunas
Con tal prosperidad; que si hay algunas
En su favor, nuestro descuido ha sido.

DON ANTONIO.

El Draque muerto ya, quien es vencido
Basta que agora á la memoria aplique.

DON FERNANDO.

Mas cerca en Puerto Rico el conde En- [rique,
Sin otras mil vitorias... [1]

DON ANTONIO.

En Cádiz y el Brasil, ¿qué os han tomado?

DON FERNANDO.

Diez mil pesos serian, y han quedado,
Gracias á Dios, cien mil, y solamente
Para don Juan, mi hijo.

DON ANTONIO.

Nadie siente
Bien de vuestra eleccion, siendo tan ri- [co.

DON FERNANDO.

A la Iglesia le aplico,
Y trato de ordenalle brevemente,
Por causas que me obligan,
Que no á todos es bien que se les digan.
Tiene de renta cinco mil ducados
Que vale la prebenda, y mis cuidados
La llegarán á diez, à lo que creo.

DON ANTONIO.

El estado es tan alto, que su empleo
No puede ser mayor; pero quisiera
Que vuestra casa sucesion tuviera
Dilatada á los nietos.

DON FERNANDO.

Este intento
Nace de aborrecer el casamiento.

DON ANTONIO.

¿Por qué razon? ¿No es cosa justa?

DON FERNANDO.

Y tanto,
Que es sacramento santo;
Pero, pues sois mi amigo, estad atento;
Que quiero y es razon satisfaceros.

DON ANTONIO.

Y yo escucharos mas que reprenderos.

DON FERNANDO.

Pasé á las Indias mozo y con hacienda;
Casé con una dama, y aunque hermosa,
Cansóme, Antonio, como propia prenda;
Que en conquistar mi amor no fué dicho- [sa.
Llevando pues la edad suelta la rienda,
Me enamoré de una criolla airosa,
Y no muy linda: así en el mundo pasa,
Por lo feo dejar lo hermoso en casa.
Esto de los conjuros que sabia,
Aunque es necia disculpa de casados,
De suerte enloqueció mi fantasía,
Que el depósito fué de mis cuidados.
Tuve en ella á don Juan; que no tenia
Hijos de mi mujer: con que elevados
Quedaron mis sentidos; que es locura
Que quien todo lo acaba, no la cura.

DON ANTONIO.

Admiracion me ha causado
Que bastardo sea don Juan.

DON FERNANDO.

¿Qué pierde, rico y galan,
Si el Rey le ha legitimado?

DON ANTONIO.

¿Qué hace agora?

DON FERNANDO.

Pasando
Está en mi huerta.

DON ANTONIO.

¡Estudioso
Mancebo!

DON FERNANDO.

Es tan virtüoso,
Que siempre le estoy rogando
Deje el estudio, y porfía
Que agora debe de ser,
Porque presto ha de tener
Un acto de teología.

[1] Sobra este hemistiquio ó septisílabo: probablemente faltará algo aquí.

¡Caso extraño, maravilla
Rara, que este mozo sea
Tan honesto, que no vea
Una mujer en Sevilla,
Habiendo tanta hermosura!
En esto no me parece.

ESCENA IV.

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO.

(*Dentro.* Justo parabien merece,
Y ha sido mucha cordura.) (*Sale.*
Estoy, señor don Fernando,
Enojado con razon.
¿Cómo en tan grande ocasion
Nos olvidais, despreciando
La amistad y vecindad?

DON FERNANDO.

De la plata que he perdido
Daros cuenta, hubiera sido
Pesadumbre, y no amistad.

LEONARDO.

De la plata no sé nada:
Pésame si os alcanzó
Parte; lo que digo yo
Es cosa en razon fundada,
Pues que casando á don Juan,
Lo haceis con tanto secreto.

DON FERNANDO.

Si es burla, ¿para qué efeto?

LEONARDO.

¡Burla, y él y Pedro están
Pidiendo que, por temor
Vuestro, licencia le dén,
Sin que se amoneste!

DON FERNANDO.

¡Bien!
¡Gracioso engaño!

LEONARDO.

Y mayor
El no lo creer ansí,
Pues al juez han informado
Que le mataréis, airado,
Si lo sabeis.

DON FERNANDO.

¡Don Juan!...

LEONARDO.

Sí.

DON FERNANDO.

¿Visteslo?

LEONARDO.

Si no lo viera,
¿Os lo viniera á decir?

ESCENA V.

DON JUAN, PEDRO. — DICHOS.

DON JUAN. (*Ap. á Pedro.*)
En fin, ¿mandó recibir
Nuestra informacion?

PEDRO. (*Ap. á don Juan.*)
Espera;
Que está mi señor aquí.
No entienda lo que tratamos;
Que en grande peligro estamos;
Que si lo sabe, ¡ay de tí!

DON FERNANDO.

Don Juan...

DON JUAN.

Señor...

DON FERNANDO.

Yo pensé,
Hijo, que pasando estabas
En la huerta.

DON JUAN.

De allá vengo:
Tanto deseo que salga

Este acto de teología
Para tu honor y mi fama.

DON FERNANDO.

¡Bien dices! Bien se confirma
Con el cuidado que andas
De casarte, pues que ya
Secreta licencia sacas!

PEDRO. (*Ap.*)

¡Zape!

DON JUAN.

¡Yo, Señor! ¿Qué dices?

PEDRO. (*Ap.*)

¡*Vivit Dominus*, que estaba,
Cuando *intravimus per portam*,
Soplaverunt en la sala!

DON FERNANDO.

Hijo, no recibas pena,
Ni las colores te salgan
Al rostro; que en dar estado,
Mucho los padres se engañan,
Contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas;
Que cien mil ducados tengo,
Tu padre soy. ¿Por qué causa
Fias tu secreto á un mozo,
Y de tu padre te guardas?
¿Hay otra luz en mis ojos,
Ni otros ojos en mi cara?

DON JUAN.

¡Señor!...

DON FERNANDO.

No te turbes, di.

PEDRO. (*Ap. á don Juan.*)

Confiesa, Señor: ¿qué aguardas?
Advierte que dice que eres
Oculorum de su cara.

DON JUAN.

Señor, si verdad te digo,
Por tu gusto me ordenaba.
Yo no soy para la Iglesia.
Cásome con una dama
Virtüosa y bien nacida,
Aunque pobre.

DON FERNANDO.

¡Esas palabras
Han salido de tu boca,
Sin que yo te saque el alma!
¡Fuera! (*Saca la espada.*)

LEONARDO.

¡Estáis en vuestro seso!
¡Para vuestro hijo espada!

DON ANTONIO.

¡Señor don Fernando!...

DON FERNANDO.

¡Fuera!

PEDRO. (*Ap.*)

Cogiwitur en la trampa.

LEONARDO.

Tenéos.

DON FERNANDO.

¿Qué he de tenerme?—
¡Vil bastardo! ¿ansí se hallan
Cinco mil ducados? Fuera.

PEDRO.

¡Bastardos los padres llaman
Los que ellos hacen? Que estotro,
Como él le hiciera en su casa,
¿Qué le costaba salir
Mas por mujer que por dama?

DON JUAN.

Señor, pues quisiste bien,
Cuando sin disculpa andabas
Con la madre que me diste,
¿Por qué mis años infamas?
¿Tengo yo culpa de ser
Bastardo?

PEDRO.

Veritas clara.

DON FERNANDO.

Ahora bien: por los presentes,
Con la infame vida escapas.
Véte de Sevilla luego;
Que la hacienda que pensaba
Dejarte, al primer convento
La dejaré por mi alma. —
¡Hola! Echadle esos vestidos
Y libros por la ventana. —
Idos, pícaro. (*A Pedro.*)

PEDRO.

Señor,
Yo no me caso.

DON FERNANDO.

Si á casa
Volveis, yo os haré colgar
De una reja.

PEDRO.

¿*Qua de causa?*
¿Soy yo pierna de carnero?

DON FERNANDO.

Ea, los bastardos vayan
Al rollo de Ecija.

PEDRO.

¡Yo!
¿Mas que tambien me levanta
Que nos hizo á los dos juntos?

LEONARDO.

Mirad, Señor, que se para
Gente á escuchar vuestras voces.

DON ANTONIO.

Entráos, Señor; que ya basta.
(*Vanse don Fernando, don Antonio y Leonardo.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, PEDRO.

PEDRO.

¡Buenos quedamos!

DON JUAN.

¿Qué quieres?

Como eso los hombres pasan
Por amor.

PEDRO.

Si fuera amor
Persona, como es fantasma,
¡Qué de veces me le hubiera
Dado dos mil cuchilladas!
¡Al rollo de Ecija á un hombre
Que mañana se ordenaba
De vísperas! ¡*Vivit Dominus*,
Que ha de ir á Roma!

DON JUAN.

Eso pasa.

PEDRO.

¿Qué habemos de hacer?

DON JUAN.

Morir.

PEDRO.

Las puertas cierran.

DON JUAN.

Cerradas
Debe de tener tambien,
Quien las cierra, las entrañas.

PEDRO.

¡Qué cerca estás de llorar!

DON JUAN.

Pues ¿de eso, Pedro, te espantas?
Ayer un coche y criados,
Casa, hacienda, padre y galas,
Y hoy ¡cerradas estas puertas!

PEDRO.

Presto se abrirán, si llamas,
Con decir que te arrepientes,
Y que te ordenen mañana.

DON JUAN.

Aunque mil muertes me diesen,
De proseguir no dejara
El casamiento de Elena.

PEDRO.

Desde la Elena troyana,
Por herencia les quedó
Quemar Troyas, perder casas.
Mas quiero darte un consejo.

DON JUAN.

¿Cómo?

PEDRO.

Deja la sotana,
Y viste galas y plumas;
Finge que te vas á Italia,
Y entra á pedirle la mano;
Que es padre, y le hará en el alma
Cosquillas la ausencia.

DON JUAN.

He visto
Gran crueldad en sus palabras.

PEDRO.

No creas en esas furias.
Pídele la mano, y saca
Por fuerza una lagrimilla,
Que se la moje al tomalla;
Que tú le verás mas tierno
Que una cocida patata.

DON JUAN.

Y ¿si no puedo llorar?

PEDRO.

Lleva la valona untada,
Ó la mano, con cebolla,
Y haz que te limpias, que basta
Para que llores seis dias.

DON JUAN.

¡Oh Elena! oh bien empleada
Pena! ayude tu hermosura
El ánimo; que desmaya
Ver lo que pierdo por tí.
(*Arrojan vestidos, libros y otras cosas por una ventana.*)

PEDRO.

Ya arrojan por las ventanas
Tus vestidos.

DON JUAN.

¡Bravo enojo!

PEDRO.

Anda la mar alterada,
Y aligeran el navío. —
Voy á buscar mi sotana.

DON JUAN.

¡Ay Dios! si se han de perder
De doña Elena las cartas
Y una cinta de cabellos!

PEDRO.

¡Qué joyas!

DON JUAN.

Joyas del alma.

PEDRO.

Cierto que hay almas buhoneras,
Pues andan siempre cargadas
De cintas y de papeles.

DON JUAN.

¡Ay, mi Elena!

PEDRO.

¡Ay, mi sotana!

DON JUAN.

¡Ay, papeles!

PEDRO.

¡Ay, gregüescos!

DON JUAN.

¡Ay, mis cintas!

PEDRO.

¡Ay, mi cama!

DON JUAN.

Quien supiere qué es amor,
Apruebe mis esperanzas;
Quien no, diga que estoy loco,
Pues quedo con sola el alma.

(*Vanse.*)

—

Otra calle de la ciudad.

ESCENA VII.

SERAFINA y FINEA, *con mantos;* RICARDO.

SERAFINA.

No me habeis de acompañar.

RICARDO.

La vida, señora mia,
Podeis, no la cortesía,
Aborreciendo, quitar.

SERAFINA.

No son las calles lugar
Para tratar casamientos.

RICARDO.

Si se han de dar á los vientos
Por vuestro injusto rigor,
¿Desde dónde irán mejor
A sus propios elementos?

SERAFINA.

Dejadme pasar.

RICARDO.

Tenéos,
Y no recibais enojos;
Que, por vida de esos ojos,
De no hablar en mis deseos.

SERAFINA.

¿Pues en qué?

RICARDO.

Vuestros empleos
Seran materia sin mí.

SERAFINA.

Y ¿qué me direis ansí?

RICARDO.

Que estáis muy mal empleada.

SERAFINA.

Y ¿estuviera mejorada
En vos?

RICARDO.

Presumo que sí.
No porque no haya en don Juan
Muy grandes merecimientos;
Vuestros altos pensamientos,
. . . . [1]
Mirad vos ¡qué fin tendrán
Con quien mañana se ordena!
Pues ¿qué loco amor condena
Una mujer principal,
A que se quede tan mal,
Que se quede con su pena?
Toda accion se comprehende
Del fin, falso ó verdadero;
Todo discreto, primero
Mira el fin de lo que emprende.
Quien lo que espera no entiende,
Disculpa tiene del daño,
Porque esperó con engaño
Donde el fin oculto está;
Mas ¿qué disculpa tendrá
Quien ama con desengaño?

SERAFINA.

Yo, Ricardo, ya que os veo
Conmigo tan declarado,
Que en vez de vuestro cuidado
Me decis mi propio empleo,
Satisfaceros deseo.
Don Juan se crió conmigo,
Fué su padre gran amigo
Del mio, y lo es de Leonardo,
Mi hermano...

RICARDO.

Mas causa aguardo.

SERAFINA.

¿Qué mayor de la que digo?
Creció el amor con la edad
Pueril: ¿quién imaginara
Que tan presto comenzara
Su oficio la voluntad?
Al principio fué amistad
Simple y honesta ignorancia;
Pero la perseverancia
Juntó las cosas distantes,
Y desde amigos á amantes
No hay un paso de distancia.
Queríame bien don Juan,
Pagábale yo tambien;
Pero en medio de este bien
(Que bienes presto se van),
O fué, como era galan,
Admitido de otra dama
Cuyas perfecciones ama,
O yo le desagradé;
Que aunque él lo niega, yo sé
Que me aborrece y desama.
Hágole seguir de dia
Y de noche... ¡Caso extraño,
Que no tome el desengaño
Quien tanto hallarle porfía!
Ni en casa de amiga mia
Largas visitas dilata,
Ni con sus amigos trata,
Ni le han visto hablar ni ver
En calle ó campo mujer;
Y con tibiezas me mata.
Muerta entre tantos desvelos,
Sin saber qué puede ser,
Soy la primera mujer
Que tiene celos sin celos.
Asegura mis recelos
Con regalarme y jurar,
En oyéndome quejar;
Pero en materias penosas,
No hay cosas mas sospechosas
Que el jurar y el regalar.
Aquí viene la eleccion
De su padre, y aquí viene
Pensar que el amor no tiene
Amistad con la razon.
Bien sé que mi pretension
Ningun fin puede tener;
Pero ¿quién ha de poder
Amando dejar de amar,
Si hay tantas leguas que andar
Desde amar á aborrecer?
Esta, pues habeis querido
Saberla, fué la ocasion.
Pude amar por la razon,
Ricardo, que habeis oido;
Pero no dar al olvido
Tantos años de amistad;
Que hay mucha dificultad
En mudar el pensamiento
Cuando está el entendimiento
Sujeto á la voluntad.

RICARDO.

Habeisme favorecido;
Que un discreto desengaño
Nunca hizo tanto daño
Como hace un favor fingido.
Yo voy muy agradecido
Al bien que el daño me ofrece;
Mirad ¡qué premio merece
Quien le tiene por favor,
Y si agradeciera amor
Quien desengaño agradece!
Con esto palabra os doy
(No de no amaros, pues veo
Ejemplo en vuestro deseo,
Y desengañado estoy),
Mas de no hablaros desde hoy
En mi necia voluntad,
Ni estorbar vuestra amistad:
Quered á don Juan; que es justo,
Porque no hay amor con gusto
Donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
¿Qué mayor que ver que amais
Donde el amor que empleais
Ni fin ni remedio espera?
Rogaré al tiempo que quiera
Templar esta ardiente llama,
Obligando á quien os ama
Los méritos que teneis,
Aunque licencia me deis
Para querer á otra dama. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SERAFINA, FINEA.

SERAFINA.

¡Cortés caballero!

FINEA.

Tanto,
Que lástima le he tenido.
Fuerte desengaño ha sido.

SERAFINA.

Toma, Finea, este manto;
Que no es tiempo de mirar
En lo que no puede ser.

FINEA.

Notable cosa es querer.

SERAFINA.

Mas notable es olvidar.

ESCENA IX.

LEONARDO. — DICHAS.

LEONARDO.

Serafina...

SERAFINA.

Hermano mio,
¿De dónde?...

LEONARDO.

Vengo, admirado
De dos cosas, con razon,
De casa de don Fernando.
La primera, que se casa
Don Juan.

SERAFINA.

¿Qué don Juan?

LEONARDO.

¿No es raro,
Sin causa, el dudar el nombre?

SERAFINA.

Decir que se casa, es caso
Tan extraño, que no es mucho
Dudar qué don Juan, Leonardo.

LEONARDO.

Don Juan, su hijo.

SERAFINA.

¿Es posible?

LEONARDO.

Debajo de hábitos largos
Suele haber poco júicio.
¡Qué bien su padre ha empleado
Lo que le cuesta el ponerle
En un estado tan alto!
Loquillo, ignorante, en fin,
Un mozuelo enamorado,
Que arroja hacienda y honor
Y estudio de tantos años,
Por lo que mañana creo,
Y aun hoy, estará olvidado,
Si lo tuviese esta noche,

[1] Falta un verso para la décima.

Como en el alma, en los brazos.
Lo segundo que me admira,
No es el ver el padre airado,
Porque es grande la ocasion,
Pero el ver que llegue á tanto,
Que despues de haber querido
Matarle, desesperado,
Ha hecho, con grande nota,
Por las ventanas abajo
Echar su ropa y vestidos,
Sus libros, y cuanto hallaron
Ser del pobre caballero. —
Parece que te ha pesado.

SERAFINA.

Pues ¿á quién no ha de pesar,
Si con mas razon, que á entrambos,
Que nos criamos con él?

LEONARDO.

Entra; que quiero que vamos
A hablarle esta tarde juntos,
Si vive, porque ha quedado
De cólera casi muerto.

SERAFINA.

Hasta agora fué mi daño
Un imposible de amor;
Ya es mayor, pues es agravio.
Porque ¿quién podrá sufrir
Los celos, desengañado?
Que el amar un imposible
No ha menester desengaño.

(*Vanse.*)

—

La calle primera.

ESCENA X.

DON JUAN y PEDRO, *de soldados, con bandas y plumas.*

DON JUAN.

Ya vengo como tú quieres.

PEDRO.

Y como el tiempo lo manda.
Esto de plumas y banda
Es hechizo de mujeres.
Mucho se ha de holgar Elena.

DON JUAN.

Mi padre, quisiera yo.
¡Ay, mi casa! ¡Quien te vió
De tantas riquezas llena,
Solamente para mí,
Y agora te ve cerrada!...

PEDRO.

¡Qué! La cólera pasada,
Todo ha de ser para tí.

DON JUAN.

No me dés á conocer,
Pedro, un hombre tan airado,
Que mató, mal informado,
Su desdichada mujer.

PEDRO.

¿Mal informado?

DON JUAN.

¿Pues no?

PEDRO.

¡Bien haya, amén, pues lo eres,
Quien sabe honrar las mujeres!

DON JUAN.

¿Nací de las piedras yo?

PEDRO.

¡Oh sabrosos animales!
No es hombre el que os tiene en poco.

DON JUAN.

Yo á lo menos estoy loco.

PEDRO.

No todas nacen iguales;
Pero como no sean brujas,
Destas que andan á chupar,
Que es menester preguntar
Si son de pierna y de agujas...
—Y consuélete, don Juan,
De cuanto puedes perder,
Que mas perdió por mujer,
No habiendo mas de una, Adan.—
¡Qué virtuosas, qué santas
Disculpan aquella culpa!
Por Dios, que tiene disculpa
Quien se pierde donde hay tantas.

DON JUAN.

Ea, acaba de llamar.

PEDRO.

A mí, echaránme, Señor,
Yo tomaria que olor,
Aunque no fuese de azar;
Pero temo algun cascote.

DON JUAN.

Pues ¿para qué me he vestido?

PEDRO.

Un cuento viejo ha venido
Aquí á pedir de cogote.
Juntáronse los ratones
Para librarse del gato,
Y despues de un largo rato
De disputas y opiniones,
Dijeron que acertarian
En ponerle un cascabel;
Que andando el gato con él,
Guardarse mejor podian.
Salió un raton barbicano,
Colilargo, hociquiromo,
Y encrespando el grueso lomo,
Dijo al senado romano,
Despues de hablar culto un rato:
«¿Quién de todos ha de ser
El que se atreva á poner
Ese cascabel al gato?»

DON JUAN.

Ya entiendo; que haber venido
Ha sido, Pedro, invencion,
Y el llamar la ejecucion.

PEDRO.

¿No tienes apercebido
El llanto para la mano,
Cuando te la dé á besar?

DON JUAN.

Por eso no ha de quedar,
Si mi padre es hombre humano.

PEDRO.

Di que su esclavo serás.

DON JUAN.

Póngame un clavo, una argolla.

PEDRO.

Si no tiene harta cebolla
La valona, pondré mas.

DON JUAN.

¡Ah de casa! —¡Qué ocasion
Hoy en la calle perdimos!

PEDRO.

Muy emplumados venimos
Para pródigo y lechon.
Tú, ni en vestido ni en cara,
Tu papel puedes hacer;
Que yo bien puedo tener
Plaza en cualquiera piara.

ESCENA XI.

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Un hombre, Señor,
Que ya no merece nombre
De tu hijo, pues es hombre
Que no mereció tu amor.
Voy á Flándes á morir
Entre fieros enemigos,
Pues que no supe entre amigos
Y en tu obediencia vivir;
Y aun ¡ ojalá que en Triana
Me matara una pistola!

DON FERNANDO.

No es tu desvergüenza sola
La que hiciste con sotana.
Y que de plumas presumas...
. . . .
. . . .
. . . . [1]
Con estas puedes volar,
Porque ya quedas de suerte,
Que solo pueden valerte
Por la tierra ó por la mar.
Véte, y en tu vida creas
Que me has de volver á ver.

DON JUAN.

¡Oh qué presto has de saber
La muerte que me deseas!
Pero siquiera, Señor,
Porque me has criado, mira
Que no es nobleza la ira,
Y el perdonar es valor.
Solo te pido la mano:
Merezca tu bendicion.

DON FERNANDO.

Donde no se da perdon,
Es la bendicion en vano.

DON JUAN.

Pues ¿es posible, Señor,
Que me dejas ir así?

DON FERNANDO.

Y tú ¿parécete á tí,
Que me has dejado mejor?

DON JUAN.

No era yo para el estado
Que tú me querias dar.

DON FERNANDO.

Ni yo para transformar
Un sacerdote en soldado;
Que si de tí no me vengo,
Es porque, aunque no lo fuiste,
Basta que serlo pudiste,
Para el respeto que tengo.
Clérigo te imaginé,
Y de haberlo imaginado,
Ya tienes algo sagrado,
Con que luego te dejé.
Véte, y no pares aquí,
Ni sepa tus desvaríos.

DON JUAN.

Ojos, no pareceis mios,
Pues no me vengais de mí.

PEDRO. (*Ap. á su amo.*)

Dale cebolla; que ya
Parece que se enternece.

DON FERNANDO.

¡Qué poco el llanto merece
Con quien ofendido está!

DON JUAN.

En fin, ¿me dejas ansí?

DON FERNANDO.

Esto es hecho.

DON JUAN.

¡Qué rigor!

PEDRO. (*Ap. á su amo.*)

Dale cebolla, Señor.

DON FERNANDO.

Véte, pródigo.

[1] Redondilla de la cual solo hay un verso.

PEDRO.

Y á mí,
¿No me oirás, por tu cochino,
Hablando con reverencia?

DON FERNANDO.

Mas ¿que incitas mi paciencia
Para hacer un desatino?

DON JUAN.

¡Cuán de otra suerte aquel padre
De familias recibió
Su hijo!

DON FERNANDO.

Y lo hiciera yo;
Mas no es posible que cuadre
Aquí la comparacion;
Que aquel vino arrepentido.

PEDRO.

Sí; mas no le has parecido
En la debida porcion.

DON FERNANDO.

Tenia parte en su hacienda,
Y esa no tiene don Juan.

PEDRO.

¡Señor!...

DON FERNANDO.

Quedo, ganapan.

PEDRO. (*Ap. á su amo.*)

Dale cebolla.

DON FERNANDO.

No entienda
Que ha de ver mas esta casa. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN.

Fuése.

PEDRO.

Nada aprovechó;
Mas señas le he visto yo,
Y todo en efeto pasa.
Otros hijos se han casado.

DON JUAN.

Sí; pero la bendicion
Del padre, y que haya perdon,
Es desgracia haber faltado.
Ello ha de ser con su gusto,
Porque ansí lo manda Dios.

PEDRO.

Pues volvámonos los dos;
Que yo sé tambien que es justo.

DON JUAN.

¿Y Elena?

PEDRO.

En Triana está
Labrando una verde manga
Para el venturoso dia
Que casados jugueis cañas.

DON JUAN.

Camina, Pedro, á la puente,
Y pasemos á Triana;
Que grandes resoluciones
No quieren grandes tardanzas.

PEDRO.

En fin, ¿te casas?

DON JUAN.

¿Qué quieres?
Tengo la palabra dada.

PEDRO.

Otros tienen dadas obras,
Y no cumplen las palabras.

DON JUAN.

¡Qué villano estuvo! ¡Ay, cielo!

PEDRO.

Antes no, pues que le dabas
Cebolla, y nunca la quiso.

DON JUAN.

Camina, Pedro, á Triana.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de doña Elena.

ESCENA XIII.

ELENA, INÉS.

ELENA.

Las sombras de mi temor
No me dejan alegrarme
Con cuanto dices que viste.

INÉS.

Propia condicion de amantes.
Quitas el crédito al bien,
Con que dejas de gozarle,
Mientras le admites dudoso.

ELENA.

¿Que viste, Inés, esta tarde,
Para tanta dicha mia,
A don Juan mudado el traje?

INÉS.

Digo que le vi con plumas.
Mira si puede mudarse
En más diferente forma
Quien era ayer estudiante.

ELENA.

¡Ay, Dios! ¿Si ya la fortuna
Se mostrase favorable
A mis deseos? Mas temo
Que al mejor tiempo me falte;
Porque, como no son justos,
No dejan asegurarme
En esperanzas que duren,
Sino en penas que me maten.
¿Quién ha de pedir al cielo
Que deje, para casarse,
Un hombre tan alto estado,
Tanta renta, honor tan grande?
¡Oh amor, que solo reparas
En tu gusto! ¿por qué haces
Cosas injustas? Dirás
Que fué disculpa bastante
El haber nacido ciego.

INÉS.

¿Llamaron?

ESCENA XIV.

DON JUAN, PEDRO.—DICHAS.

DON JUAN.

Entra, y no llames.

PEDRO.

¿Tomas ya la posesion?

DON JUAN.

Vengo, mi señora, á darte
Satisfacion de la fe
Con que supiste obligarme.
Vesme aquí, si por ventura
Asegurar deseaste
La esperanza de ser tuyo,
Para que ya no se alaben
Cuantos hicieron finezas,
Que fueron con esta iguales.
¿Qué importa que desde Abido,
Leandro el Estrecho pase?
¿Qué mar se iguala al enojo
De un noble y airado padre?
Sacando yo la licencia,
Elena, para casarme,
Probando que no tendria
Efeto con publicarse,
No faltó quien se lo dijo.—
Aquí no es justo cansarte
Con pintar tigres, leones,
Y otras fieras semejantes:
Sacó la espada; no pudo,
Por los presentes, matarme,
Y porque llevaba yo
Dos ángeles, que me guarden.
Cerró las puertas, en fin,
Y mandó que me arrojasen
Por las ventanas mi ropa.
Yo, pretendiendo probarle,
Tomé el traje en que me ves,
Y para partirme á Flándes
Le pedí la bendicion;
Mas fué tan inexorable,
Que no la pude alcanzar.
Mas déjame que le alabe
De una cosa, que, en sus iras,
Me ha parecido notable.
No me ha echado maldiciones,
Como muchos padres hacen
Neciamente, porque á muchos
Quiere Dios que les alcancen.
Esto me ha dado consuelo
Y esperanza de gozarte
En paz, dulce prenda mia;
Que algun dia harémos paces.
Es justo acuerdo, y es fuerza,
Por algun tiempo ausentarme
De Sevilla y dar lugar
A que este suceso pase,
Porque el mayor dura un mes:
Al fin del cual, á casarme
Volveré á Sevilla alegre.
Tú en tanto mira que pagues
Esta fe, este amor... No puedo
Pasar, mi bien, adelante.

PEDRO.

Andamos con la cebolla
Tan tiernos, que en todas partes
Lloramos sin ocasion.

ELENA.

Pensé, don Juan, alegrarme
Con verte, y estoy mas triste,
Habiéndote visto, que antes.
Todo el discurso fué alegre
Hasta llegar á ausentarte,
Porque ¿dónde habrá paciencia,
Que para tu ausencia baste?
Siento perderte de vista,
No presumiendo que engañes
Una mujer que te adora;
Porque, para no casarte,
No era menester dejar
La riqueza de tu padre,
La dignidad de tu oficio,
Dando lugar á que hable
Toda esta ciudad de ti.
Pero si es fuerza dejarme,
Dime dónde vas, mi bien.

DON JUAN.

El amor, Elena, es grande,
Que mi padre me ha tenido;
Y aunque este puede templarse
Con el agravio, es muy cierto
Que mi ausencia ha de obligarle
A notable sentimiento,
Con que piadoso me llame.
Iré á la corte, y allí
Escribiré por instantes
Al mayor amigo suyo,
Para que el perdon me alcance.
Vuelvo á firmar la palabra
De ser tuyo; y porque es tarde
Para pasar atrevido
Con las postas por su calle,
Solo te pido...

ELENA.

Detente,
Mi señor; que es agraviarme
Pedirme fe ni memoria,
Porque primero que falte

antas obligaciones,
verán las altas naves
ese rio en las estrellas,
que las estrellas bajen
er de sus aguas peces;
ompidos los cristales
cielo, caerán sus polos,
idido el sol en partes.
é mujer debe en el mundo
ar tanto, aunque llegase
erder por ti mil vidas?

PEDRO.

fin, Inés, hoy se parten
ados los que ayer fueron
íficos estudiantes.
va el mundo.

INÉS.

¡Ah! ¡qué mano,
rón, pensarás darte
aquel Madrid, con plumas?

PEDRO.

n plumas? ¡Qué disparate!
conoces sopalandas.
ron echaba yo lances
osos; que donde quiera
celan los deste traje.
os veces de ver plumas,
que no pasa se sabe:
anse mucho de ver.
ya mi amo se parte.
s de tener fe en ausencia?

INÉS.

es, Pedro, que me falte,
rá el sol donde suele;
que ¿quién podrá quitarle
donde le puso Dios?

PEDRO.

as sí que son verdades!

DON JUAN.

ien, yo me voy. Adios;
partirme apriesa nace
que este tiempo que pierdo,
la vuelta se alargue.

ELENA.

ielo vaya contigo.—
ro, mira que regales
on Juan.

PEDRO.

Sin tí, Señora,
habrá regalo que baste.
é mandas para Madrid?

ELENA.

acuerdes, si me olvidare,
on Juan.

PEDRO.

No me lo digas,
nta firmeza agravies.

ELENA.

ázame, Pedro.

PEDRO.

Tente;
harás que don Juan me abrase,
quitarme el abrazo.

ELENA.

osa quedo y cobarde.

INÉS.

qué?

ELENA.

De ver que se pone
ol, que en mis ojos sale;
un Madrid y aquellos años,
é lealtad quieres que guarden?

ACTO SEGUNDO.

Calle en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, LEONARDO, PEDRO.

LEONARDO.

Antes fuera maravilla
Venir con menos cuidado.

DON JUAN.

Enojos de un padre airado
Me sacaron de Sevilla,
Y vuélvenme los deseos
De la ocasion, á saber
Qué fin puedo prometer
A mis dudosos empleos;
Para que vos, á quien tiene
Respeto por amistad,
Rompais la dificultad
Que á mis desdichas previene.

LEONARDO.

Yo no sé cómo ha de ser,[1]
Don Juan, que podais volver[2]
Eternamente á su agrado,[3]
Porque despues que á la corte
Os fuisteis, se ha procurado;
Pero con su pecho airado
No hay medio humano que importe;
Antes, hablándole, jura
Que un esclavo ha de buscar,
A quien le piensa dejar
Su hacienda.

DON JUAN.

¡Extraña locura!
Hágame su esclavo á mí.

PEDRO.

No, sino á mí; que podrá
Con mas propriedad.

DON JUAN.

¿Que está
Tan airado?

LEONARDO.

Ayer le vi
Con tal determinacion.
Mas ¿cómo fué, me decid,
En Madrid?

DON JUAN.

Llegué á Madrid,
Leonardo, en buena ocasion
Para entretener los ojos,
Que el alma no era posible,
Mientras airado y terrible
Ejecuta sus enojos...

PEDRO.

Tu padre, Señor.

DON JUAN.

¡Ay, triste!
Leonardo, adios; no me vea.

(*Vanse don Juan y Pedro.*)

ESCENA II.

DON FERNANDO, FABIO.—LEONARDO.

DON FERNANDO.

No te espantes que no crea
Lo que dices. ¿Tú le viste?

FABIO.

Digo, Señor, que le vi.

[1], [2], [3]. Combinacion rara de tres versos entre dos redondillas: los dos primeros son pareados y el tercero consuena con el segundo de la redondilla siguiente.

DON FERNANDO.

Basta, Leonardo: que Fabio
Dice que para mi agravio
Está aquel villano aquí.

LEONARDO.

Aquí está; que le han traido
Pobreza y enfermedad.
No cerreis á la piedad,
Como el áspid, el oido;
Que ya toca en vuestro honor
Favorecer á don Juan.

DON FERNANDO.

¡Gentil favor le darán
Su maldad y mi valor!
Id con Dios, porque en llegando
A hablarme por él, me pierdo.

LEONARDO.

Vos, como prudente y cuerdo,
Veréis, señor don Fernando,
Lo que en esto habeis de hacer;
Yo entre tanto (y perdonad)
Cumpliré con mi amistad
En no dejarle perder.
A mi casa le he traido:
Allí le pienso curar.

DON FERNANDO.

Haréisme un grande pesar,
Y que no lo hagais os pido;
Que estáis muy cerca de mí:
O mudaréme, por Dios.

FABIO.

La vecindad de los dos,
¿Qué ofensa te hace á tí?

DON FERNANDO.

¿No podrá ser que le vea
Alguna vez?

FABIO.

Ya, Señor,
Es ese mucho rigor.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA III.

ALBERTO, *de soldado;* DON FERNANDO, FABIO.

ALBERTO. (*Ap.*)

No habrá en el mundo quien crea
Esta determinacion;
Mas es fuerza aventurarme.

DON FERNANDO.

Mira quién viene á buscarme.

FABIO.

Soldados pienso que son.

ALBERTO.

Soy, Señor, un capitan
De un navío.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

Mas ¿que viene
A decir que me conviene
Favorecer á don Juan?

ALBERTO.

Habiendo sabido que
Andais buscando un esclavo
De tantas partes, que pueda
La tristeza consolaros
De un hijo que habeis perdido,
O que ha dado en ser soldado,
Traigo una esclava, que creo
(No siendo fuerza obligaros
A ser esclavo) que tiene
Prendas, que no las ha dado
El cielo á mujer ninguna.
(*Ap.* Amor siempre ha sido engaño.)

DON FERNANDO.

Esclavo buscaba yo;

Pero tampoco reparo,
Siendo ella tal, en que sea
Esclava.

ALBERTO.

Es tal, que no hallo
A qué poder compararla
Si no es al precio, que es tanto,
Que dice bien su valor.

DON FERNANDO.

¿Es negra?

ALBERTO.

Por ningun caso
Tratara yo en esa hacienda.

DON FERNANDO.

¿Mulata?

ALBERTO.

Tampoco.

DON FERNANDO.

Aguardo
Qué sea.

ALBERTO.

Es india oriental,
A quien los moros han dado
Su seta en aquellas tierras,
Que ahora van conquistando
Valerosos portugueses.
En Malaca la trocaron
A perlas, y un mercader
La trujo á España del Cabo
De Buena-Esperanza, y yo
La compré siendo soldado
Del castillo de Lisboa. —
Entra, Bárbara.

ESCENA IV.

ELENA, *de esclava, con un clavo en la barba.* — DICHOS.

DON FERNANDO.

Es retrato
De aquella reina de Persia...

ELENA.

Dadme, Señor, vuestras manos.

DON FERNANDO.

Hija, no estéis en la tierra.
La fortuna os hizo agravio.
¡Notable mujer!

FABIO.

¡Famosa!

DON FERNANDO.

Adoptaban sus esclavos
Los romanos como á hijos,
Sus apellidos dejando
Y su casa en ellos; yo
Pensaba hacer otro tanto,
Por cierto enojo que tengo;
Pero, puesto que me agrado
De la esclava, haré lo mismo.
¿Es el precio?

ALBERTO.

Mil ducados.

DON FERNANDO.

Bien dijistes que en el precio
Se veria, y se ve claro,
Su valor.

ALBERTO.

No os espanteis;
Que donde son mas baratos,
Me los han dado por ella.
Tiene entendimiento raro,
Por comenzar por el alma;
El cuerpo estáisle mirando:
No tengo que encarecerle,
Los ojos son desengaño.
Por virtüosa la vendo;
Que á haber sido lo contrario,
No era precio para ella
El tesoro veneciano.
Canta, baila, cuenta, escribe,
Y es, con notable regalo,
Milagrosa conservera.
Esto podeis ver de espacio,
Si quereis que aquí la deje.

DON FERNANDO. (*A Elena.*)

¿Cómo os llamais?

ELENA.

Yo me llamo
Bárbara, y no por gentil,
Porque este nombre cristiano,
En la nave que venia,
Con el bautismo sagrado
Me dió mi primero dueño,
Temeroso de los rayos
De una tempestad, que tuvo
La nave en peligro tanto,
Que haber librado las vidas
Fué del bautismo milagro.
Sin esto, junto á los Cafres,
Dimos en unos peñascos,
Que sirvieron de rodelas
A las flechas de sus arcos.
Como echó su hacienda al mar
Aquel mercader indiano,
Guardóme para la tierra,
Donde le fué necesario
Remedialla con venderme.

DON FERNANDO.

¿Cómo, Bárbara, ese clavo
Os puso en la barba?

ELENA.

Fué
Presumir, amenazando,
Rendir mi pecho á su gusto;
Y como sé que le traigo
En defensa de mi honor,
Lunar de mi honor le llamo;
Que como ponen blasones
Los que empresas acabaron,
Puso por armas mi honor
Hierro negro en campo blanco.

DON FERNANDO.

¡Qué bien dicho! Yo lo creo.
Ahora bien, cuando me agrado
De una cosa, pocas veces
En el dinero reparo.
Vuestro amo primero ¿en cuánto [1]
Al capitan os vendió? [2]

ELENA.

Señor, mientras es mi amo
No puedo contradecirle;
Despues que me hayais comprado,
Os lo diré como á dueño.

DON FERNANDO.

¡Qué discrecion!

ALBERTO.

Si llegamos,
Cuando os agrade, al concierto,
Sean quinientos ducados;
Que me costó cuatrocientos.

DON FERNANDO.

Esos daré yo.

ALBERTO.

Subamos
A contarlos, todo en plata.

DON FERNANDO.

Y en oro podeis contarlos,
Porque es dar oro por oro.

ALBERTO.

Ya es vuestra. (*Ap.* ¡Suceso extraño!)

DON FERNANDO.

Bárbara, no á ser mi esclava
Quedais; que con vos aguardo
Cobrar el amor de un hijo
Inobediente é ingrato.

ELENA.

Pues, Señor, haré yo cuenta
Que por él traigo este clavo;
Que sirviendo en su lugar,
Esclava seré de entrambos.

(*Vanse don Fernando y Alberto.*)

ESCENA V.

ELENA.

Esta amorosa pasion,
Con que se me abrasa el pecho,
Pues hierros dorados son,
Por una fineza ha hecho
Esclavo mi corazon.
Con darle á don Juan, no huyo
De confesarle por suyo;
Mas puede decir, despues
Que de dos dueños lo es:
Esclavo soy, pero ¿cúyo?
Aunque si dadas están,
Cúyo ha de ser preguntando,
Mi fe y lealtad, les dirán
Que no soy de don Fernando,
Sino esclava de don Juan.
Verdad es que él me compró,
Y que el amor me vendió;
Pero cuando en mí reparen,
Si cúya soy preguntaren,
Eso no lo diré yo.
Porque de concierto están
La fe y el amor en mí,
Que si tormento me dan,
Solo he de decir que fui
La esclava de su galan.
Como el corazon obró
Lo que don Juan le obligó,
Le digo al alma: « Prometo
De guardar siempre el secreto
Que cuyo soy, me mandó. »
Soy tan leal corazon,
Que sabiendo que ha perdido
Por mí hacienda y opinion,
Secretamente he querido
Pagarle tanta aficion.
Porque, como restituyo
La deuda, el amor arguyo;
Mas ¿cómo se encubrirá?
Porque nadie me verá
Que no diga que soy suyo.

ESCENA VI.

FABIO. — ELENA.

FABIO.

Haciendo están la escritura:
Entra, Bárbara; que quiere
Verte el escribano.

ELENA.

(*Ap.* Hoy muere
Mi libertad, y asegura
La eterna fama que adquiere.)
Informarme he menester
De algo, si en casa quedo,
De la familia, y saber,
Porque errar términos puedo,
Con quién los debo tener.
¿Hay señora?

FABIO.

No hay señora.

ELENA.

¿Hijos?

1, 2 En la edicion antigua que nos ha servido de original, se hallan aquí estos dos versos que no forman sentido.

Que no vos, Señor, en cuánto
Os las vendió el Capitan?

En el tomo 2.° de *Comedias escogidas de Lope* (Madrid, 1826) se imprimió :

Decidme, Señora, ¿en cuánto
Os compró este capitan?

FABIO.
Uno.
ELENA.
¿Edad?
FABIO.
Mancebo.
ELENA.
¿Qué estado?
FABIO.
Estado de nuevo,
Porque cierta pecadora
Le ha puesto en los ojos cebo.
Cerca de clérigo estaba,
Y quiere casarse.
ELENA.
El nombre...
FABIO.
Don Juan.
ELENA.
Ya lo imaginaba.
¿Es galan?
FABIO.
Es gentilhombre.
ELENA.
Peligro corre la esclava.
FABIO.
No corre; que no está en casa.
ELENA.
¡Cómo!
FABIO.
Su padre le echó,
No mas de porque se casa.
ELENA.
¿Por eso?
FABIO.
¿Es poco?
ELENA.
¿Pues no?
Como eso en el mundo pasa.
¿Quién hay mas?
FABIO.
La cocinera
Un ama que la crió.
ELENA.
¿Es muy vieja?
FABIO.
Es hechicera.
ELENA.
Pues, ¿quién sois?
FABIO.
Aquí entro yo.
Soy señor de la cochera.
ELENA.
Sois hombre muy importante.
FABIO.
Otras veces voy mejor.
ELENA.
¿Cómo?
FABIO.
Con plaza de infante,
Y víspera de señor,
Porque estoy siempre delante.
Desde que os vi, con deseo
Estoy, por vida de entrambos,
De ministrar himeneo.
ELENA.
¡Miraisme con ojos zambos!
FABIO.
Son señas de regodeo.
ELENA.
Tomad, y tened la mano,
Porque os daré... (*Dale.*)
FABIO.
Ya es despues.
ELENA.
Yo no aviso mas temprano.
FABIO.
Así me trataba Inés.
ELENA.
Pues tened respeto, hermano,
Porque yo respondo así.
FABIO.
Yo me despido de tí.
ELENA. (*Ap.*)
Buenas mis locuras van.
Yo me vendo por don Juan:
Amor, ¿qué quieres de mí?
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA VII.

SERAFINA, DON JUAN, PEDRO.

SERAFINA.
¿Pensarás que te agradezco
Que á mi casa hayas venido,
Si necesidad ha sido?
DON JUAN.
Eso y mucho mas merezco.
SERAFINA.
¡Tú casarte, y no conmigo!
DON JUAN.
Cuando venir presumí,
Bien imaginé que en tí
Tuviera un grande enemigo;
Mas para desengañarte,
No hallé camino mejor.
SERAFINA.
Responde mi necio amor
Que ninguna cosa es parte,
Pues tú me engañas á mí,
Y quieres otra mujer,
Tanto, que te obliga á ser,
Lo que estoy mirando en tí.—
Pedro, aunque tú me has vendido
Tambien como tu señor,
¿Qué me dices de un traidor,
Que hasta el honor ha perdido?
Pero ¿qué puedes decirme?
PEDRO.
Amaina, Señora, amaina;
Vuelve la espada á la vaina;
No mates hombre tan firme;
Que siendo tú la mujer
Con quien se quiere casar,
¿Cómo te puedes quejar?
SERAFINA.
¿Yo soy?
PEDRO.
Pues ¿quién ha de ser?
¿Hate dicho á tí tu hermano
Quién es la mujer, ó hay hombre
Que sepa siquiera el nombre?
SERAFINA.
Luego ¿yo me quejo en vano?
PEDRO.
Pues ¿no está claro que ha sido
La jornada y la invencion
Solo por esta ocasion?
SERAFINA.
Amor la culpa ha tenido
Del enojo que ha causado.
Mi desconfianza fué
La causa; que no pensé,
De verle tan descuidado,
Que era por mí la fineza.—
Don Juan, mi desconfianza
No dió por tanta mudanza
Créditos á la firmeza.
Perdonad el recebiros
Con tan injusto desden.
DON JUAN.
Cuéstame el quereros bien,
No deseos y suspiros,
Como suele suceder,
Sino hacienda, honor y vida.
SERAFINA.
Vos veréis ¡qué agradecida
Soy, si soy vuestra mujer!
DON JUAN.
Pues ¿por quién pudiera yo
Hacer fineza tan rara?
SERAFINA.
De mis dichas lo dudara,
De mis pensamientos no.
Mi hermano pienso que viene.
No puedo agora decir
Lo que habré de remitir
Al alma, que dentro os tiene.
En ella y el corazon,
Como en secreto lugar,
Los dos podrémos hablar
Desta peregrinacion
Con que me habeis obligado.
Vuestra eternamente soy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN.
Necio, ¿qué has hecho? Ya estoy
Metido en mayor cuidado
Con decir á Serafina
Que es ella con quien me caso.
PEDRO.
Si esta mujer es el paso
Por donde tu amor camina
Al fin de su pretension,
No fué engañarla locura;
Que pudiera por ventura
Hacer en esta ocasion
Que su hermano, por quien ya
Corren estas amistades,
Pusiera dificultades
En lo que tratando está.
Ni se pudiera vivir
Aquí, con este enemigo.
DON JUAN.
Y si hablándola, me obliga
A lo que no he de cumplir,
¿Parécete que son cosas
Que poco, despues, fatigan?
PEDRO.
Pues ¿á qué escritura obligan
Dos palabras amorosas?
DON JUAN.
Bien dices; que desde aquí
Habemos de negociar.
Mas ¿cuándo piensa llegar
Esta noche para mí?
Muero por ir á Triana,
Muero por ver á mi Elena.
PEDRO.
Basta un mes de injusta pena.
Dejemos para mañana
Ir á Triana, Señor;
Porque si esta noche vas,
A Serafina darás
Sospechas de ajeno amor.
DON JUAN.
¿Eso dices? Si pensara
No vella, estando en Sevilla,
Tuviera por maravilla
Que la vida me durara
Hasta que el alba saliera.
¡Ay, noche! vén, porque el sol,

Dejando el polo español,
Cubra la antártica esfera.
Deja, sol, que el negro manto
Pueda tu rostro eclipsar;
Que aunque temieras la mar,
No te detuvieras tanto.
Embarca tu resplandor,
Que ver la noche me niega:
Con mis lágrimas navega;
Que soy todo un mar de amor.
Véte; que no he menester
Celajes de tu mañana;
Que está mi aurora en Triana,
Y ella me ha de amanecer.—
Vamos, Pedro.

PEDRO.

Tente un poco.

DON JUAN.

¿No es de noche?

PEDRO.

En tu sentido:
¡Tanta es la luz que ha perdido
Quien está de amores loco!

DON JUAN.

Pues di, ¿no tengo razon?
No es hermosa y virtüosa?

PEDRO.

Virtud, sobre ser hermosa,
Es la mayor perfeccion,
Y así será justo empleo,
Pero con mucho jüicio.

DON JUAN.

Pues es para su servicio,
Ayude Dios mi deseo.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, ELENA.

DON FERNANDO.

Tan contento estoy de tí,
Bárbara, que desde hoy
Eres lo mismo que soy.

ELENA.

Cuanto ha sido contra mí
Hasta agora la fortuna,
Le perdono justamente
(Si no es que de nuevo intente
Deste bien mudanza alguna),
Pues piadosa me ha traido
A servir á un caballero
De quien mi remedio espero.

DON FERNANDO.

Bárbara, mi dicha ha sido,
Y pues que lo siento así,
Se ve lo que te he fiado.
Todas las llaves te he dado.
Rige y gobierna por mí
Criados, casa y hacienda:
Tanto de tu entendimiento
Y virtud estoy contento.
Y porque tu pecho entienda
Que es lo menos que te fio,
Oyeme atenta, y sabrás
Lo que á mí me importa mas,
Todo el pensamiento mio.
Yo tengo un hijo.

ELENA.

Ya sé
Todo el suceso, Señor;
Que me lo dijo Leonor
El dia que en casa entré.

DON FERNANDO.

Este pues, inobediente,
Estando para ordenarse,
Dió en que habia de casarse,
Y ausentóse cuerdamente;
Que pienso que le matara.
Ha vuelto á Sevilla ya,
Y en cas de un vecino está,
Que á mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos
Que me ha dado este rapaz,
Anda amor metiendo paz,
Porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
Y nadie sabe de mí
Lo que he fiado de tí.

ELENA.

Dios sabe que lo merezco.

DON FERNANDO.

Quiero (porque me han contado
Que viene enfermo y perdido)
Que tú, como que has querido,
Viéndome con él airado,
Cuidar de su enfermedad,
Como á tu propio señor
Le veas, y de mi amor
Sustituyas la piedad.
Las llaves tienes, y tienes
Discrecion: en regalarle
Te ocupa, sin declararle
Que por mí, Bárbara, vienes,
Sino por tu obligacion;
Que sé que en viendo á don Juan
Tan entendido y galan,
Dirás que tengo razon.
No hay mozo en toda Sevilla
(No lo digo como padre)
Mas gallardo; fué su madre
En Méjico maravilla,
Y muy principal mujer;
Que á ser legítimo amor,
Mas tiene de su valor,
Que de mí puede tener.
Lo primero has de llevar
(Esto sin nombrarme á mí)
Unas camisas, que aquí
Quedaron por acabar.
Y toma en este bolsillo
Cincuenta escudos; que está
Pobre, y no los hallará
Sobre prendas en Sevilla.
Pienso que me has entendido.

ELENA.

Y ¡cómo, Señor! Muy bien;
Y de camino tambien
Con el alma agradecido
La confianza que haceis
Desta humilde esclava vuestra.
En lo demás, bien se muestra
Que piadoso procedeis
Como padre, imitacion
Del verdadero desvelo.

DON FERNANDO.

Si tú con discreto celo
(Pues se ofrecerá ocasion)
Le pudieses persuadir
Que dejase de casarse,
Y que volviese á ordenarse,
No le dejes de advertir
Lo que ganara conmigo.

ELENA.

Señor, ¿cómo podré yo,
Sabiendo que no bastó
Tu enojo ni tu castigo?
Pero en fin, yo te prometo
De hablarle en esto, y muy bien.

DON FERNANDO.

Haz, Bárbara, que te dén
Las camisas en secreto,
Que ya acabadas están.
Y si en este amor reparas,
Yo sé que me disculparas,
Si hubieses visto á don Juan.
Y quiero que se te acuerde,
Mirándonos á los dos,
Que siente Dios, con ser Dios,
Un hijo que se le pierde.

ELENA.

¿Ha de ir alguno conmigo?

DON FERNANDO.

Fabio, que te enseñará
La casa, que cerca está. (Vase.)

ESCENA X.

ELENA.

¡Alabo, ensalzo y bendigo
La piedad que usas conmigo,
Cielo, en aquesta ocasion!
Parece que el corazon
Me miraba don Fernando,
Y que dél fué trasladando
Mi propria imaginacion.
¡Que podré ver á don Juan,
Despues de tan larga ausencia!
¡Que dineros y licencia
De regalarle me dan!
Parece que ya se van
Declarando en mi favor
Los cielos, pues el rigor
Piadoso de un padre airado
Da cuidado á mi cuidado,
Y añade amor á mi amor.
Agora os satisfaréis,
Ojos, que sin luz estáis,
Y á ver vuestra gloria vais,
De lo que llorado habeis.
Hoy vuestro dueño veréis,
Y siempre licencia os dan.
Tercero para don Juan
Es hoy quien mas me aborrece,
Pues me dice y encarece
Que es gentilhombre y galan.
¡Con la gracia que me hablaba
En las que don Juan tenia,
Como que yo no sabia
Que me cuestan ser su esclava!
Lo mesmo que deseaba
Me ofrecia liberal,
Porque con suceso igual
Sea mi ejemplo testigo
De que suele un enemigo
Hacer bien, por hacer mal.

—

Calle.

ESCENA XI.

FLORENCIO, RICARDO.

FLORENCIO.

Ne siempre puede amor lo que

RICARDO.

Juré no ver, Florencio, á Sera
Despues de ver tan claro dese
Y aunque pensé que fuera por
Un milagro de amor ha sucedi
Que fué, con otro amor, quedar

FLORENCIO.

Si tiene alguna cura
La locura de amor, es la her
De otra mujer, y ansí dijo un
Aunque es pasion que tanto no
Para vencer amor querer

RICARDO.

No pienso yo ponelle
Remedio tan violento;
Pero andando con este pensa
Vi una mujer adonde puso el
Dos estrellas de fuego en pur
Un talle tan gallardo, honesto
Un mirar tan süave,
Un andar tan gracioso,
Y en cada parte un todo tan
Que vivo sin sentido.
Mas todo lo que ois, y fué el
De aquel pasado amor, pues ya
Se encierra en una esclava

FLORENCIO.

¡Esclava!

RICARDO.

Sí.

FLORENCIO.

¡Qué bajo pensamiento!

RICARDO.

Sin verla, no culpeis mi entendimiento.

FLORENCIO.

¿Es africana?

RICARDO.

Es india, y justamente,
Que siendo sol, viniese del Oriente.

FLORENCIO.

¡Mal gusto, y en que el vuestro desatina,
Dejar el serafin de Serafina
Por una esclava bárbara!

RICARDO.

Su nombre,
Florencio, es ese, y porque no os asom-
Mi pensamiento justo... [bre
—Miradla allí, disculparéis mi gusto.

ESCENA XII.

ELENA, FABIO, *con un azafate.* —DICHOS.

FABIO.

Esta es la casa.

ELENA.

¿Que tan cerca era?

FABIO.

¿Quisieras tú que al Alameda fuera?
¿La devocion de san Troton ¿te obliga?

ELENA.

Nunca salgo de casa.

FABIO.

Pues, amiga,
Si Señor te hace dama, ten paciencia.
Demás que las ventanas, en ausencia
De la calle, no son poco remedio.

ELENA.

Nunca por este medio
Remedio yo la soledad que paso.

FABIO.

¿Ventana no?

ELENA.

¿Soy yo boton acaso,
Que tengo de estar siempre á la venta-

RICARDO. [na?

¿Qué os parece la indiana?

FLORENCIO.

Que trujo cuantas perlas y oro habia
En la tierra y la mar que el sol las cria.

ELENA.

Entra, Fabio, y dirás á lo que vengo.
(*Vase Fabio.*)

ESCENA XIII.

ELENA, RICARDO, FLORENCIO.

RICARDO.

Luego ¿disculpa de quererla tengo?

FLORENCIO.

El lacayo se ha entrado
En cas de Serafina.

RICARDO.

Traerán de don Fernando algun recado.
—Pues, ¡Bárbara divina!...

ELENA.

¡Vuesamerced!.. Suplícole se tenga,
Antes que el hombre con quien vengo

RICARDO. [venga.

¿Por qué pagas tan mal lo que te quie-

ELENA. [ro?

¿Qué obligacion me corre, caballero?

RICARDO.

Amor ¿no obliga?

ELENA.

Obliga con servicios
Y amorosos oficios,
No con palabras y ánimos donceles;
Que aun en tiempo de Adan le daban

RICARDO. [pieles

¿Quieres tú galas? Quieres tú dinero?

ELENA.

No puedo yo deciros lo que quiero.

RICARDO.

¿Quieres que te rescate?

ELENA.

Ni por el pensamiento de eso trate.
Todo mi gusto en esta casa tengo.
Esclava de mí misma á verme vengo.

RICARDO.

Ya te he entendido. Quieres á Leonardo.

ELENA.

¿No es don Juan mas gallardo?

RICARDO.

Pues ¿quieres á don Juan?

ELENA.

Como á mi dueño;
Que en lo demás, ya sé que fuera sueño,
Pues quiere una mujer con quien se ca-

RICARDO. [sa.

Pues, Bárbara, si sabes lo que pasa,
Quiéreme á mí; que en indio me tras-
Pues ídolo te formas [formas,
De marfil y de oro,
Y siendo tú mi sol, indio te adoro.
Ea, dame una mano, porque en ella
Te ponga este diamante;
Que, aunque es muy bella, quedará mas

ELENA. [bella.

Quedito, y salvo el guante;
Que soy un poco arisca,
Y con las nueve efes de Francisca,
Fe, fineza, firmeza y fortaleza,
Soy toda junta un monte de aspereza,
Y le quiero añadir el ser famosa.

RICARDO.

Pues déjame tocar con solo un dedo
El clavo de tu rostro.

ELENA.

¡Lindo enredo!
¿Soy cuenta de perdones?
Por sus ojos, que mude de estaciones.

RICARDO.

Yo he de comprarte á don Fernando.

ELENA.

Creo
Que aunque busqueis para tan necio
[empleo
Mas piedras y oro y perlas que un poe-
Para pintar un dia, [ta
No os venderán una chinela mia.
El hombre sale. Adios. (*Vase.*)

FLORENCIO.

¡Mujer discreta,
Pero taimada!

RICARDO.

Vamos; que yo espero
Mi remedio en engaño ó en dinero.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA XIV.

ELENA, FABIO.

FABIO.

Don Juan sale á recebirte,
Y las camisas di á Pedro.

ELENA.

Pues véte, así Dios te guarde;
Que tengo cierto secreto,
Que me dijo mi señor
Que dijese á don Juan.

FABIO.

¿Vuelvo
Dentro de un hora por ti?

ELENA.

Vuelve, poco mas ó menos.

FABIO.

¿Quién son aquellos lindones
Que te hablaban?

ELENA.

Caballeros,
Que cansados de falsanes...
Ya entiendes, Fabio.

FABIO.

Ya entiendo.

ELENA.

¿Celitos? Soy yo muy propia
Para oir lacayunos celos.

FABIO.

Por el agua de la mar,
Que he de darles, si los veo
Otra vez, una mohada,
Que llaman acá los diestros
La de Domingo Gayona.

ELENA.

¿Son estos los aposentos
De don Juan?

FABIO.

Sí.

ELENA.

Véte.

FABIO.

Adios. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON JUAN y PEDRO, *sin ver á* —ELENA.

DON JUAN. (*A Pedro.*)

Mal podré tener contento,
Pedro, con tanta desdicha.
Hoy á mis hábitos vuelvo.

PEDRO.

No debió de poder mas;
Que por ventura la hicieron
Fuerza su tio y su primo.

DON JUAN.

¿Qué fuerza, si fué el concierto
Que á casarme volveria?

PEDRO.

Como no lo hiciste luego,
Entró la desconfianza;
Que no hay cosa que mas presto
Rinda y mude una mujer.

DON JUAN.

En lo que su engaño veo,
Es en negar sus criados,
Y decir que no supieron
Quién la llevó ó dónde fué.

PEDRO.

Hablemos, Señor, primero
Esta esclava de tu padre,
Que dicen que es su gobierno,
Y no mudemos de ropa;
Que será, sin grande acuerdo,
Vender risa á la ciudad.

DON JUAN.

¡Buen talle!

PEDRO.

Y gentil aseo.

DON JUAN.

No he visto esclava en mi vida
De mejor traza.

PEDRO.

El invierno
Tenga yo tales frazadas,
Y los veranitos frescos
Estas colchas de la China.

ELENA.

(*Ap.* Temblándome está en el pecho
El corazon.) Señor mio,
Hoy á vuestros piés presento
Una esclava...

DON JUAN.

No prosigas.
¡Jesus! Jesus! ¿Qué es aquesto?
Alza el rostro, no le bajes.
¿Qué es esto, Pedro?

ELENA.

Bien puedo,
Si las lágrimas me dejan.

PEDRO.

¡Señor!... ¡Vive Dios, que creo
Que habemos los dos bebido!

DON JUAN.

¡Ay, Pedro! Lágrimas bebo
De un ángel. Pero bien dices;
Que esto es ó locura ó sueño.
Háblame, señora mia,
Háblame y dime si tengo
Mi fantasía en tu sombra
Fuera de mi entendimiento.

PEDRO.

Señora, dime quién eres.
¿Han hecho algun embeleco
Estas moras de Sevilla?
¿Eres tú? ¿Quién eres? Presto;
Que estoy por huir de ti.

ELENA.

Yo soy, don Juan; yo soy, Pedro;
Que ¿quién, sino yo, pudiera
Arrojar al mar soberbio
De tu padre honor y vida?
Que de una amiga sabiendo
Que dar queria á un esclavo
Su hacienda, este pensamiento
Se me puso en la memoria,
Y ejecutólo el deseo.
Tuve tal felicidad,
Que ya de tu padre tengo
Hacienda y casa en mi mano.
Hoy me descubrió su pecho,
Y me dijo que sabia
Que habias venido enfermo,
Y que viniese á curarte;
Siendo yo cierva que vengo,
Llena de flechas de amor,
Al agua de mi deseo.
Este dinero me ha dado,
Tan declarado y tan tierno,
Que á los ojos se asomaban
Las lágrimas por momentos,
Como á ventanas doncellas
Que andan cerrando y abriendo.
Díjome que yo te diese,
En razon del casamiento,
Consejos, que no te doy;
Que son contra mí consejos.
Fingí hierros en mi cara,
Porque están los verdaderos
En el alma, señor mio,
Donde no los borra el tiempo.
Hierro es este de mi cara,
Porque el del alma es acierto;
Que solamente por mí
Se dijo «Acertar por yerro».
Hierro parece, y es flecha
Que del arco de sus celos
Amor me tira á la boca
Porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre,
Porque sepan muchos necios
Que fundan en intereses
Todos los amores nuestros,
Que hubo una mujer que fué
Por solo agradecimiento
Esclava de su galan,
Por el nombre y por los hechos.

DON JUAN.

Dulce esclava de mi vida,
De mi libertad señora,
Hierro que mi alma adora,
Señal por mi bien fingida:
Hoy ha de quedar corrida
La griega y romana historia,
Pues en vuestro honor y gloria,
Que para siempre ensalzais,
Con esta hazaña dejais
En olvido su memoria.
Templado habeis mis enojos,
Porque ese clavo, recelo
Que es como signo en el cielo
Para el sol de vuestros ojos.
Templad tambien mis antojos,
Porque está el alma tan loca,
Que á imaginar me provoca
Que es la señal que en vos veo,
Porque no yerre el deseo
El camino de la boca.
Que érades ida pensé,
Luego que os busqué en Triana.
Allí me hallé de mañana:
¡Qué triste noche pasé!
¿Es posible que os hallé,
Y solo el errado fuí?
Pero siendo el hierro aquí
De vuestra cara fingido,
En siendo vuestro marido,
Me le pasaréis á mí.
Que como suele en la emprenta
Pasar la letra al papel,
Vendré yo á quedar con él,
Y vos de ese hierro exenta.
Mirando está el alma atenta
Cómo le podrá pasar,
Donde en inmortal lugar
Le pueda traer por vos;
Pero presto querrá Dios
Que lo podamos trocar.

PEDRO.

Señor, Serafina.

ELENA.

¿Quién?

ESCENA XVI.

SERAFINA. —DICHOS.

SERAFINA.

A ver vengo vuestra esclava.

DON JUAN.

Esclava, aquesta señora
Es Serafina, la hermana
De Leonardo, grande amigo
De mi padre.

ELENA.

¡Qué gallarda!
Qué gentil, qué bien dispuesta
Señora!

SERAFINA.

¡Qué bella esclava!

ELENA.

No codicieis en el mundo
Otra cosa ni otra esclava,
Si aquesta dama teneis.

SERAFINA.

Pues, amiga, ¿cómo os llaman?

ELENA.

Bárbara, señora mia.

SERAFINA.

Pues, Bárbara, no soy dama,
Sino mujer de don Juan.

ELENA.

¡Qué! ¿Sois vos con quien se casa?

SERAFINA.

A lo menos lo he de ser.

ELENA.

Eso solo me faltaba
Para dar el parabien...
(*Ap.* A cierta loca esperanza.)

SERAFINA.

¿Quién hizo aquellas camisas?

ELENA.

Esas mujeres las labran,
Que sirven á mi señor.

SERAFINA.

Mejores están guardadas
Para cuando quiera Dios.

DON JUAN.

Véte con Dios; que te tardas,
Bárbara.

ELENA.

Sí, mejor es,
Pues aquí ya no hago falta,
Y en mi casa podrá ser.

ESCENA XVII.

FINEA. —DICHOS.

FINEA.

Aquí, Señora, te aguarda
Una visita.

SERAFINA.

¿Quién es?

FINEA.

Tu grande amiga Lisarda.

SERAFINA.

Perdonad, señor don Juan.
Luego volveré.

(*Vanse Serafina y Finea.*)

ESCENA XVIII.

ELENA, DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN.

No salgas,
Bárbara, sin que te lleve
Pedro desde aquí á tu casa.

ELENA.

¡Tú me detienes, en tiempo
Que está reventando el alma
Por dar voces! Si deseas
Que declare cuanto pasa,
Bien harás en detenerme.

DON JUAN.

Detenla, Pedro.

PEDRO.

No vayas
Enojada, hermosa Elena,
Hasta que sepas la causa
Por qué dijo Serafina
Aquellas necias palabras.

ELENA.

¿Enojada yo? ¿Por qué?
¡Ah perro, quién te sacara
El alma!

PEDRO.

Tente, Señora.
Tente por Dios; que me matas.

DON JUAN.

Si engañar esta mujer
Ha sido ofensa que agravia
La verdad de nuestro amor,
Deja á Pedro, y tu venganza
Ejecuta en mí; que soy
Desdichado en tu desgracia.

ELENA.

¡En vuesamerced! ¿Por qué,
Si los hábitos dejaba
Por esta dama, que puede
Serlo de un grande de España?
«¿Quién hizo aquellas camisas?
Mejores están guardadas
Para cuando quiera Dios.» —
¡Qué bien! ¡Qué buena cristiana!
Dios le cumpla sus deseos.
¡Ay de aquella desdichada,
Vendida por un traidor!

DON JUAN.

Si no escuchas, nadie basta
A poder satisfacerte.

ELENA.

¡Que pusiese yo en mi cara
Esta cédula, este hierro
Que publicase mi infamia,
Para que todos le vean!

PEDRO.

Señora, ¿por qué te acabas,
Y quitas la vida á un hombre,
Que solo de verte airada,
No sabe tomar consejo?

ELENA.

Hasta agora no fuí esclava;
Doña Elena fuí hasta agora;
Ya soy la Elena troyana.
Incendio soy de mí misma,
Mi proprio fuego me abrasa;
Quien me ha robado el honor
Es quien me vende á mi patria.
Traidor Páris de Sevilla,
Firme Elena de Triana,
Por un don Juan me vendí...
El esclavo que maltratan,
Huye del dueño. Perdone
Don Fernando; que á Triana
Me vuelvo, y de allí á Jerez,
Porque, esclava por esclava,
Quiero serlo de mi primo. (*Vase.*)

DON JUAN.

Oye.

PEDRO.

Espera.

DON JUAN.

Tente.

PEDRO.

Aguarda.

DON JUAN.

Vé tras ella, Pedro.

PEDRO.

Voy.

DON JUAN.

Hoy hace fin mi esperanza.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FLORENCIO, RICARDO.

FLORENCIO.

Esos eran los enojos,
Recebille y regalalle?

RICARDO.

Es padre: no hay que culpalle;
Que los hijos y los ojos
Tienen poca diferencia;
Antes bien la expiracion
De aquella pronunciacion
Suspiros son de su ausencia.
En efecto, está don Juan,
Despues de tanta porfía,
Con la paz que antes tenia,
Con hábito de galan.

FLORENCIO.

. . . .
. . . . . . [1] Pensaréis
Que ama á Bárbara, y tendréis
Desta sospecha testigos,
En que no sale de casa;
Sin ver que vergüenza es
De los amigos, despues
Que supieron que se casa.

RICARDO.

Si amor y celos tuviera, [2]
Cualquier injusto rigor
Fuera como mal de amor,
Y como amor le sufriera.

FLORENCIO.

¿Celos con una bajeza,
Que el valor de amor infama?

RICARDO.

¿Dónde hay tan hermosa dama,
Con tanta gracia y belleza?

FLORENCIO.

Una esclava ¿os trae perdido?

RICARDO.

Amor no tiene eleccion.

ESCENA II.

DON FERNANDO, FABIO. — DICHOS.

DON FERNANDO. (*A Fabio.*)

Alguna causa y razon
Esta mudanza ha tenido.
Bárbara no tiene ya
La alegría que solia.
Muy contenta me servia;
Triste por extremo está.

FABIO.

Como don Juan mi señor
Ha venido, y has mostrado
En regalalle cuidado,
Y á Bárbara poco amor,
Estará con sentimiento.

DON FERNANDO.

Una esclava ¿ha de querer
Ser como un hijo, y tener
El mismo merecimiento?

FABIO.

Culpa al principio tuviste:
Como á hija la trataste;
Y como el amor mudaste,
No te espantes que ande triste.
Si no es que aquel gentilhombre,
Que nunca deja esta puerta,
Algo con ella concierta.

DON FERNANDO.

Con bien diferente nombre
La vendió aquel capitan.

FABIO.

Pues si no es esto, Señor,
Serán celos del amor
Que le muestras á don Juan.

DON FERNANDO.

¿Es aquel el caballero
Que dices?

FABIO.

El mismo es.

RICARDO. (*Ap. á Florencio.*)

Con lo que veréis despues,
Remediar mi pena espero;
Que sin alguna invencion,
Es imposible mover
El pecho desta mujer.

FLORENCIO.

Siempre mas fáciles son
Con sus iguales; mas fuera
Mejor compralla.

RICARDO.

Ese intento
Fuera loco pensamiento:
Por un millon no la diera.
Pienso que repara en mí.

FLORENCIO.

Vamos; que os está mirando.
(*Vanse Florencio y Ricardo.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO, FABIO.

DON FERNANDO.

Si la esclava inquietando
Anda, Fabio, por aquí,
Sabré yo darle á entender
Qué respeto ha de guardar
A mi casa.

FABIO.

Codiciar
La gracia desta mujer
No te espante, que es hermosa;
Y su limpieza y aseo
Solicitan el deseo
De la juventud ociosa.
Todos se prometerán
Facilidad en bajeza,
Y yo sé que hay aspereza.

DON FERNANDO.

Mucho se tarda don Juan.

FABIO.

La caza, Señor, divierte.

DON FERNANDO.

Desde que hoy amaneció
Está en el campo; aunque yo
Lo tengo por buena suerte,
Pues con eso entretenido,
Pienso que se le ha olvidado
El casamiento tratado.

FABIO.

Todo lo ha puesto en olvido.

ESCENA IV.

DON JUAN, *de campo.* — DICHOS.

DON JUAN.

Mira, Fabio, ese caballo;
Que Pedro se queda atrás. —
¡Oh mi señor! ¿Aquí estás?
¡Gracias á Dios, que te hallo
Con la salud que deseo!

DON FERNANDO.

Seas, don Juan, bien venido.
¿Cómo en el campo te ha ido?
Que há un siglo que no te veo.

DON JUAN.

Vuelvo á besarte la mano
Por tal favor; pero quiero
Contarte...

DON FERNANDO.

Eso no, primero
Descansa.

DON JUAN.

Escucha.

DON FERNANDO.

Es en vano;
Tiempo queda en que podrás.
(*Vanse.*)

—

[1] Faltan verso y medio.
[2] Tambien ha de faltar algo antes y despues de esta redondilla.

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA V.

DON FERNANDO, DON JUAN, ELENA.

DON FERNANDO.
¡Hola!...

ELENA.
Señor...

DON FERNANDO.
Llega allí.
Descalza á don Juan.

DON JUAN.
¿A mí?

DON FERNANDO.
Pues ¿es mas que los demás?
Siéntate.

DON JUAN.
Pedro, Señor,
Vendrá ya.

DON FERNANDO.
¿Qué novedad
Es aquesta?

DON JUAN. (*A Elena.*)
Ea pues, llegad.

DON FERNANDO.
Vén luego á comer. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ELENA, DON JUAN.

DON JUAN.
¡Qué error
De mi padre, ó qué favor
De mi buena dicha ha sido
El no haberte conocido!
Angel, la mano tened.

ELENA.
Déme el pié vuesamerced.

DON JUAN.
Miro si mi padre es ido,
Para darte mil abrazos.

ELENA.
Déme el pié, vuelvo á decir.

DON JUAN.
Ya no es tiempo de reñir,
Sinó de darme los brazos.

ELENA.
Antes los haré pedazos.

DON JUAN.
Pues volveréme á enojar;
Que no te pensaba hablar
Por los celos que me has dado;
Que bien sabes que has hablado
Con quien me los puede dar.
De verte me enternecí,
Y te he perdonado ya.

ELENA.
Tarde pienso que hallará
Vuesamerced para mí
Satisfaccion, aunque aquí,
Como cera, se regale
Al sol, puesto que se vale
De la invencion que propone;
Porque no hay que me perdone,
Y del propósito sale.
Que Ricardo me hable á mí,
Cuando por la puerta pasa,
¿Qué importa, si él en su casa
Habla á Serafina así?

DON JUAN.
Es fuerza.

ELENA.
Es amor.

DON JUAN.
¡Yo!

ELENA.
Él, sí;
Que hablarme un hombre, saliendo
A algun recaudo, ó volviendo
A casa, no es en mi mano;
Mas vuesamerced en vano
Se disculpa, conociendo
El pesar que me hace á mí.

DON JUAN.
A tantas vuesasmercedes
Mira que matarme puedes.
Dueño de mi alma, ¡ansí
Que desde que te la dí,
Aborrecí cuanto amaba!...

ELENA.
¡Dueño yo, siendo su esclava
De vuesamerced!

DON JUAN.
Ya es eso
Traicion, malicia y exceso;
Amor no, condicion brava.
Ya estoy rendido: ¿qué quieres?
Por Dios, que de tú me nombres.
¡Qué tiernos somos los hombres!
¡Qué fuertes sois las mujeres!

ELENA.
Tú dices que tierno eres...
¿Siempre habemos de buscar?

DON JUAN.
¿Siempre habemos de rogar?
¿Quién no se deja morir,
Para no llegar á oir
Tu término de matar?
¡Ay, si en el campo me vieras
De pechos sobre una fuente,
Aumentando su corriente
Con lágrimas verdaderas!

ELENA.
¿Por Serafina?

DON JUAN.
¡Hay locura
Tan grande! Pues si procura
Tu olvido matarme ansí,
Yo quiero imitar de ti
La misma descompostura.
(*A voces.*) ¡Señor! esta es doña Elena,
Con quien pretendí casarme.
Vén á matarme.

ELENA.
A matarme
Vendrá primero tu pena.

DON JUAN.
Déjame.

ELENA.
La lengua enfrena,
Loco de mis ojos.

DON JUAN.
¿Qué?

ELENA.
¿De mis ojos dije? Erré.

DON JUAN.
Ya lo dijiste, ya eres
Mi dueño.

ELENA.
Sí, pues tú quieres
Que yo te quiera sin fe.

ESCENA VII.

PEDRO, *de caza.* — DICHOS.

PEDRO.
¡Gracias al cielo, que os veo
En paz!

DON JUAN.
¿Cómo te has tardado?

PEDRO.
El pájaro lo ha causado:
Que es algun demonio creo.
¡Que haya quien cace en el mundo!
Que vaya siguiendo en fin
Un hombre, con un rocín,
Que le despeñe al profundo,
Aves que andan por el viento!
Solo hallo disculpados
Los naipes, porque sentados
Es dulce entretenimiento.
¿Quién puede en trucos sufrir
Dos torneadores crueles,
Y una mesa sin manteles
Con dos varas de medir
(Que parecen las casitas
De corral de vecindad),
Con mucha curiosidad
Tirándose las bolitas?
¡Cuerpo de tal con la flema!
Pues ¡otros que juegan solos
Toda una tarde á los bolos,
Quebrantándose por tema,
De que salen derrengados
Por enderezar la bola!
¿Y otros que con ella sola
Tiran por sendas y prados
Con los mallos ó los mazos?
Si es ejercicio, y no vicio,
La esgrima es lindo ejercicio
Para hacer fuertes los brazos;
Que no ejercitar la espada,
Es causa que en la ocasion
Falte el aliento. Estas son
Para juventud honrada;
Las cazas y pajarotes
Allá son para los reyes
Que tienen libros y leyes;
Porque con dos matalotes,
Y un neblí, tuerto de un ojo,
¿Quién diablos sale á cazar?

DON JUAN.
Véte, Pedro, á descansar;
Que vienes con mucho enojo.
Y vos, mi bien, ya ¿quedais
En paz conmigo?

ELENA.
Primero
Quiero que jures...

DON JUAN.
Yo quiero.
Juro que vos me matais.

ELENA.
De no ver al Serafin,
Que piensa que has de ser suyo.

DON JUAN.
Esto juro, y de ser tuyo.

ELENA.
¿Y el Serafin?

DON JUAN.
Será fin.
En mi vida le veré,
Sino á tí, que lo eres mia.

PEDRO.
¡Qué glosa hacerse podía!

ELENA.
¿Cómo?

PEDRO.
Escucha.

ELENA.
Di.

PEDRO.
Diré.
Es el *ti* deminutivo
Del *tú* y es hijo del *mí*,
Porque le regala ansí
Con el acento mas vivo.
El *tú* es bajo, y tiple el *mí*.

Tú manda, *tú* desafia,
Tú es trompeta, *tú* es cochero;
Tú es clarin, *tú* es chirimía:
Y por eso al *tú* no quiero,
Sino á ti, que lo eres mia.

DON JUAN.

Tal te dé Dios la salud.

ELENA.

Tu padre llama: no entienda
Que hablamos.

DON JUAN.

Adios, mi prenda.

ELENA.

Adios.

DON JUAN.

¡Qué dulce inquietud!
(*Vanse don Juan y Pedro.*)

ESCENA VIII.

ELENA.

¡Qué poco sabe sufrir
Una locura de amor!
Pero ¿quién tendrá valor
Para dejarse morir?
O no se habia de oir,
O no amar; que no hay porfía
De celosa fantasía,
Que estándose defendiendo,
Dure sin rendirse, oyendo:
Sino á ti, que lo eres mia.
Celos, si estáis satisfechos,
¿Qué quereis? Dejadme aquí;
Que pues que ya me rendí,
Ya debeis de estar deshechos.
Si mas daños que provechos
Resultan de mi porfía,
Crueldad matarme sería;
No tireis flechas al aire,
Que dijo con gran donaire:
Sino á ti, que lo eres mia.

ESCENA IX.

FINEA. — ELENA.

FINEA.

Bárbara, ¿es tiempo de verte?

ELENA.

¿Qué quieres, Finea amiga?
Depues que el señor don Juan
Vive en casa, no hay quien viva;
Porque con la ocupacion
De valonas y camisas,
Ni yo sé cuándo es de noche,
Ni menos cuándo es de dia.

FINEA.

¡Qué trabajos!

ELENA.

¿Cómo está
Tu señora Serafina?

FINEA.

Dala al diablo; que se ha hecho
Un tigre, una sierpe libia.
Mejor fuera ya llamarla
Demonia que Serafina;
Que como está enamorada,
No hay quien la sufra ni sirva.
Todo es mirarse al espejo,
Todo es joyas y sortijas,
Endemoniarse ó enmoñarse.
Ya se toca, ya se enriza...
Todo es mirar si le ve,
Y todo ver si la mira,
Todo acechar por las rejas;
Que están ya las celosías
Cansadas de darle calle.

ELENA.

¿Hácele muchas visitas
Mi amo?

FINEA.

Siempre está allá.

ELENA.

¿Siempre?

FINEA.

Es lindo rompe-sillas.
Al cinco de oros parecen
Los dos, que siempre se miran,
Él ensillado, y mi ama,
Como potro de Sevilla,
Ensillada y enfrenada.

ELENA.

¿Quiérense mucho?

FINEA.

Suspiran,
Como borricos en prado.

ELENA.

¿Casaránse?

FINEA.

Eso porfian.

ELENA.

¿A qué venias?

FINEA.

A darle
Este papel de mentiras.
Y á fe que tiene un secreto.

ELENA.

¿Qué secreto, por tu vida?

FINEA.

Bárbara, no lo preguntes.
No es posible que lo diga.

ELENA.

¿Esa es la amistad?

FINEA.

Perdona.

ELENA.

¿Y si jurase?

FINEA.

Aun podría
Ser que lo dijese.

ELENA.

Yo
Soy tu verdadera amiga.
Dame el papel; que don Juan
Vino de caza, que el dia
Le halló en el campo; y descansa;
Que el secreto, pues porfías,
Ya no lo quiero saber.

FINEA.

Si no juraste.

ELENA.

Si obliga
El juramento, yo juro
Que nunca vuelva á las Indias
(Que es lo que yo mas deseo
Desde que vine de Lima),
Si revelare el secreto.

FINEA.

Pues sabe que una vecina...
¿Oyenos alguien?

ELENA.

No hay nadie.

FINEA.

Que es una sabia Felicia,
Ha perfumado el papel
Con veinte borracherías,
Para que don Juan se case.
Dásele, y no se lo digas,
Así Dios nos libre á entrambas.

ELENA.

El secreto que me fias
Haré escritorio del alma.

FINEA.

Pues, adios; que voy de prisa
A ver aquel pajecillo
Que me viste el otro dia
Hablar junto á cal de Francos. (*Vase.*)

ESCENA X.

ELENA.

¡Qué poco duran las dichas!
Tornasol parece el bien;
Que á cualquier parte la vista,
Conforme la luz que toma,
Halla la color distinta.
¡Ay, Dios! ¿Por qué persevero
En tal vida, en tal porfía?
Por qué aguardo desengaños,
Donde tantos me la quitan?
Cuando, en mejor ocasion,
A Triana me volvia,
¿Por qué me tuviste, amor,
Con lágrimas y mentiras?
¡Qué mujer fui tan mudable!
Pues ¿no há un hora que decia
Don Juan, con alma traidora,
Que era yo su alma y su vida?
¡Ojalá fuera yo! que el mismo dia
Yo me matara, si lo fuera mia!

ESCENA XI.

DON JUAN, PEDRO. — ELENA.

DON JUAN.

No es posible sosegar.

PEDRO.

No es mucho teniendo amor.
Mata el desden y el favor,
Y todo, en fin, es perder
El seso por disparates.

DON JUAN.

Elena mia...

ELENA.

No trates
De hablarme; que no ha de ser
Esta vez como hasta aquí.
Yo no digo que me iré,
Sino que aquí me estaré
A ver lo que haces de mí.
Yo quiero aguardar á ver
Tu casamiento, y te ruego,
Porque importa á mi sosiego,
Que hoy sea, si puede ser,
O por lo menos mañana;
Que con dejarte casado,
Iré, don Juan, sin cuidado,
Iré contenta á Triana.
Allí mi primo y mi tio,
Si no han venido, vendrán.
Poco me debes, don Juan,
Pues solo pasar el rio
Por esa puente me debes
Con este hierro fingido,
Por quien vendida he sufrido
Penas y trabajos breves.
Que no fui á Lima por ti,
Ni por vastos horizontes,
Pasé mares, subí montes,
Ni hacienda ni honor perdí.
Vuelvo con manos y piés:
¿Qué hay perdido?

DON JUAN.

¿Qué es aquesto,
Pedro amigo?

PEDRO.

Es agua en cesto;
Humo, espuma y viento es;
Es un puñado de arena;
Es, cuando el austro se mueve,
Cielo que hace sol y llueve,
Y es luna menguante y llena.
Desde lo de la costilla
No tienen segura espalda. —
¡Cuál eres para giralda
De la torre de Sevilla!

DON JUAN.
¡Hay tan extraña mudanza!
¿Aun no aguardaras un hora,
Para mudarte, Señora?

ELENA.
¡Ay de mi loca esperanza!

DON JUAN.
Mi bien, yo salí de aquí,
Y de tus brazos tambien;
¿Quién te ha mudado, mi bien,
En cuanto de aquí salí?

ELENA.
Menos *mi bien*; que no estoy
Para ser *su bien*: y advierta
Que es esta verdad tan cierta,
Que el testimonio le doy
En este papel, tan tierno
Como de aquel su cuidado,
Por quien viene perfumado
Con pastillas del infierno.
Aquí le trujo la esclava
Del Serafin que visita;
Pues está mi ofensa escrita,
¿Para qué me lo negaba?
Porque se ha de enamorar
Con él, no le ha de leer;
Ni yo, para no lo ser
De quien quisiera matar
Con las manos y los dientes.

DON JUAN.
Elena, si agora vengo
Del campo, ¿qué culpa tengo
De esos locos accidentes?
Tener celos con razon
No es mucho; pero sin ella,
Quien bien quiere se atropella
Con tal determinacion.

ELENA.
Dice este señor muy bien,
Y Pedro dirá que es justo,
Y que no le dén disgusto,
Y yo lo diré tambien.
¿No es verdad, Pedro?

PEDRO.
Señora,
No apruebo esa mansedumbre;
Que callar con pesadumbre
Arguye traicion traidora.
¿Qué importa que Serafina
Haya escrito ese papel?

ELENA.
Ser moreno y moscatel
Es un flamenco en la China.
Pero, porque es necesario
Que la historia se declare,
Lo que de aquí resultare
Sabrá para otro ordinario.
Y solo por culpa mia
Le digo, á mas no poder,
Que ¡mal haya la mujer
Que de palabras se fia!

PEDRO.
Espera un poco.

ELENA.
No hay poco,
Sino mucha rabia y pena. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN.
Yo pienso, Pedro, que Elena
Pretende volverme loco.

PEDRO.
No te espantes, si á sus manos
Llegó ese negro papel,
Ya no blanco; pues lo es él
De celos tan inhumanos.
Declárate; que es morir
Andar templando el humor
Deste jumento de amor.

ESCENA XIII.

RICARDO, FLORENCIO.—DICHOS.

RICARDO. (*A Florencio.*)
Esto le vengo á decir.

FLORENCIO.
Quedo; que está aquí don Juan.

RICARDO.
A vuestro padre buscaba.

DON JUAN.
¿Qué es, Señor, lo que mandais?
Que presumo que descansa.

RICARDO.
Señor don Juan, he pensado
Que notan en esta casa
Que hable á esa esclava vuestra
(Porque la malicia humana
Siempre piensa lo peor);
Y que con esto se cansa
De mí el señor don Fernando.
Y es que, si con ella hablaba,
Era para reducilla,
Por bien ó por amenazas,
Que ante la justicia diga
Los dias que há que me falta:
Porque un dia me la hurtó
Un soldado, que engañada
Con casamiento y amores,
La embarcó y la trujo á España.
Ella, acaso por sus miras,
Niega; mas no importa nada,
Que la verdad siempre vence.

DON JUAN.
Y muchas veces se engañan
Los ojos, y puede ser
Que se parezca esta esclava
A la que os llevó el soldado.

RICARDO.
El nombre, el rostro y la habla,
¿La ha de tener sin ser ella?
Yo bien pudiera sacarla,
Como quiera, sin dinero,
Probando que es prenda hurtada;
Pero por estar aquí,
Y respetar vuestra casa,
Daré el precio que costó.

DON JUAN.
Vuesamerced su probanza
Haga por allá, y no crea
Que toda la plata indiana
Será de Bárbara precio.
Y en esto pocas palabras,
Porque siento que me burlen.

RICARDO.
Todo lo que aquí se trata
Es tan de veras, que presto
Os lo dirá la probanza,
Remitiendo á la justicia
Lo que no es justo á la espada. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, PEDRO.

PEDRO.
¡Hay semejante maldad!

DON JUAN.
Mi paciencia ha sido tanta,
Porque he pensado (y es justo)
Que, como los años pasan,
Pensará este caballero
Que esta es Bárbara, su esclava,
Por el nombre, y porque acaso
Tendrá alguna semejanza
Con la que en Indias tenia.

PEDRO.
Esa habrá sido la causa
De hablarla y de darte celos.

DON JUAN.
Confieso que me los daba,
Como Serafina á Elena.
Mas dime: ¿qué haré?

PEDRO.
Quitarla
Este necio pensamiento
De que con ella te casas.

DON JUAN.
¿Cómo?

PEDRO.
Hablando y regalando
Y jurando; que si hablas,
Juras y regalas, no es
Mar, monte, ni tigre hircana,
Sino mujer tierna sola,
Que ve y oye, entiende y ama.

DON JUAN.
¡Qué desdichados amores!
Cuando esto en Grecia pasara,
No era mucho; pero es mucho
Entre Sevilla y Triana.
Temo su honor y mi vida.

ESCENA XV.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.
Si albricias, Señor, me mandas,
Sabrás las mejores nuevas
Que puede esperar tu casa.

DON JUAN.
Yo te las mando.

FABIO.
Han de ser
Las que de tu mano aguardan
Mi servicio y mi deseo.

DON JUAN.
Di presto.

FABIO.
Vino la plata.
¿Pudo ser mas presto?

DON JUAN.
No
¿Hay cartas?

FABIO.
Trujo la carta
Leonardo, y por las albricias
A Serafina, su hermana,
Tu padre un diamante envia;
Y allá no sé qué se tratan
Los dos.

DON JUAN.
¿Quién llevó el diamante?

FABIO.
Bárbara.

PEDRO.
De toda España
Será esta plata el remedio.
Suplirá, Señor, las faltas
De las pasadas fortunas.

FABIO.
Las albricias que me mandas,
No te han de costar dinero.

DON JUAN.
¿Qué quieres?

FABIO.
Solo que vayas
Y le pidas á Señor....

DON JUAN.
Di lo demás: ¿qué te paras?

FABIO.
Que con Bárbara me case,

Porque es india, aunque es esclava,
Y de gente principal.

DON JUAN.

Pedro, solo esto faltaba. (*Ap. á él*)

PEDRO.

Si quiere lo que tú quieres,
Milagros son de su cara.

DON JUAN. (*A Fabio.*)

¿Hásla hablado?

FABIO.

Ayer la hablé,
Y púsose como un nácar.

DON JUAN.

Ahora bien, á hablarla voy.

FABIO.

Vivas mas, por merced tanta,
Que un bando en ciudad pequeña.

DON JUAN. (*Ap.*)

Hoy se juntan mis desgracias.
¿Qué habrá que no me persiga? (*Vase.*)

PEDRO.

¡Brava mujer, Fabio!

FABIO.

Brava.

PEDRO.

Tuya pienso que será,
Aunque el casamiento amansa.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA XVI.

ELENA, SERAFINA, FINEA.

SERAFINA.

Aquella ropa, Finea,
A Bárbara le darás,
Y á tu señor le dirás
Que el rico diamante emplea
En sola mi voluntad.

ELENA.

Y en vuestro merecimiento;
Que aun le juzgo atrevimiento
Si valiera una ciudad.

SERAFINA.

Ya, Bárbara, no me ves.
Solíamos ser amigas.

ELENA.

¡Ay, Señora! no lo digas
Por tu vida! que despues
Que vino á casa don Juan,
Mi señor, no tengo un punto
De descanso, porque junto
Todo el trabajo me dan.
¿Piensas que la hacienda es poca?
Todo es lavar, jabonar
Y almidonar: no hay lugar
Para ponerme una toca.

SERAFINA.

Pues no se te echa de ver.
Envidia tengo á tu aseo.

ELENA.

Antes si os veis como os veo,
De vos la podeis tener;
Que si ya por él no fuera,
Veros fuera mi placer.
Pero ¿cómo os puedo ver,
Si nunca veros quisiera?

SERAFINA.

Esò que te cansa á tí,
Tuviera yo por regalo.

ELENA.

Pues es para mí tan malo,
Que vivo fuera de mí.

SERAFINA.

Yo, como quiero á don Juan,
Solo servirle deseo.

ELENA.

Yo tambien; mas siempre veo
Que pesadumbre me dan.

SERAFINA.

Poca tendrás; que ya está
Mi casamiento tratado;
Porque se ha desengañado
Don Fernando de que ya
Es imposible volver
Al hábito que solia.

ELENA.

Deseando estoy el dia
Que don Juan tenga mujer,
Para pedir libertad.

SERAFINA.

Tú la tendrás, si yo puedo.

ELENA.

Si vos os casais, ya quedo
Libre. ¡Ay, si fuese verdad!

SERAFINA.

Ruégalo, Bárbara, á Dios;
Y aunque yo no lo mèrezca,
Siempre que ocasion se ofrezca
De que estéis juntos los dos,
Dile alabanzas de mí.

ELENA.

Y ¡cómo si las diré!

SERAFINA.

Un vestido te daré.

ELENA.

Como eso espero de tí.

SERAFINA.

Enamórale; que puede
Mucho una buena tercera.

ELENA.

Puesto que no lo estuviera,
Tengo de hacer que lo quede.

SERAFINA.

Pues abrázame, y adios.

ELENA.

El os guarde, reina mia.

(*Abrázanse.*)

SERAFINA.

¡Ay! ¡Llegue, Bárbara, el dia
Que estémos así los dos!

(*Vanse Serafina y Finea.*)

ESCENA XVII.

ELENA.

Cansóse la fortuna en perseguirme;
Que ya no tiene mayor mal que hacerme.
¡Qué necia he sido yo, por mujer firme!
¡Qué puedo ya perder sino el perderme!
Vamos adonde salga á recibirme
Aquel traidor que acaba de venderme;
Que fundado en el gusto de engañarme,
Por matarme, no acaba de matarme.

(*Vase.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XVIII.

ELENA, *y despues*, DON JUAN Y PEDRO.

ELENA.

Entrando voy por esta casa agora,
Como quien sube pasos á la muerte,
Y apenas tiene ya de vida un hora,
Y en esa voy, dulce enemigo, á verte.
Este hierro de amor que el amor dora,
Esta crueldad de mi fineza advierte:
Esta será blason para mi nombre,
Que ha de informar la ingratitud de un [hombre.

(*Sale don Juan con gaban, como que se levanta, y Pedro con un espejo.*)

DON JUAN.

Muestra ese espejo.

PEDRO.

¿A qué efecto,
Si está aquí Elena, Señor?

DON JUAN.

Con la tapa del rigor,
No será el cristal perfecto.

PEDRO.

Criados hay por aquí.
Mirad los dos cómo hablais;
Que celosos no mirais
En que os miren.

DON JUAN.

Es ansí.—
Llega y ponme esta valona. (*A Elena.*)

ELENA.

No quiero.

DON JUAN.

¡Qué buena esclava!

ELENA.

Cuando lo fuera, no estaba
Obligada mi persona
A llegaros á la cara.
Eso es de propria mujer:
Llamad la que lo ha de ser;
Que á mí me cuesta muy cara.

DON JUAN.

Huélgome de que lo niegues,
Pues quedo, como es razon,
Libre de la obligacion.

ELENA.

Que la escritura me entregues
Aguardo.

DON JUAN.

¿Cuál escritura?

ELENA.

Esa de tu casamiento,
Porque es el apartamiento
Que mi libertad procura.

DON JUAN.

No, sino la que Ricardo
Dice que tiene de tí.

ELENA.

¿Qué Ricardo?

DON JUAN.

Vino aquí
Ese tu amante gallardo,
Y dice que eres su esclava,
Y que un soldado te hurtó:
Y esto bien lo entiendo yo.

ELENA.

¿Pues no, si tan claro estaba?

DON JUAN.

Y ¡cómo! si es invencion
Que entre los dos se ha tratado
Para irte, sin cuidado
De mi padre y tu opinion!

ELENA.

Cuando yo me quiera ir,
¿Adónde me han de buscar?

DON JUAN.

Pues yo me quiero vengar;
Que sé amar y no fingir.
Llega, llega.

ELENA.

Si llegara,
Si en cada mano tuviera
Cinco puñales.

PEDRO.

Hiciera
Rallo tu cara.

DON JUAN.

Repara
En la crueldad con que vienes.

ELENA.

¿Qué importa que te quitara
La cara, pues te dejara
Una de las dos que tienes?

PEDRO.

Esta amistad quiero hacer.

ELENA.

Con este principio. (*Dale.*)

PEDRO.

Dióme.

ELENA.

Eso el alcahuete tome,
Mientras que le vuelvo á ver.

ESCENA XIX.

DON FERNANDO. — DICHOS.

DON FERNANDO.

¿Qué es esto, Bárbara?

ELENA.

Ha dado
Pedro en requebrarme.

DON FERNANDO.

Ha hecho
Muy bien.

PEDRO.

Estoyme burlando.

ELENA.

¡Conmigo se burla el necio!

DON FERNANDO.

Don Juan, pues ya estás vestido,
Esta mañana vinieron
Leonardo y el escribano:
Entra, por tu vida, adentro,
Firmarémos la escritura;
Que los suyos y mis deudos
Han ido por Serafina,
Tu mujer; porque en sabiendo
Que fué por quien has dejado
Aquel intento primero,
Como ella propria me ha dicho,
Y que siendo tu deseo
No tuve que preguntarte,
Hicimos nuestro concierto
Con el secreto que es justo.
En fin, te casas sin suegro,
Y con veinte mil ducados.

DON JUAN.

¡Agora, Señor! ¡Tan presto!
Mirémoslo mas de espacio.

DON FERNANDO.

Por Dios, don Juan, que no entiendo
Tu condicion. ¡Ni casado,
Ni clérigo!

DON JUAN.

Yo no puedo
Dejar de serte obediente;
Pero digo que pensemos
Si acertamos, mas de espacio.

DON FERNANDO.

¿Si acertamos, majadero?
¿Mereceis vos descalzar
A Serafina? ¿Qué es esto?
Dejais cinco mil ducados
Por ella, y agora, necio,
¡Quereis quitarme el júicio!
Entrad dentro.

DON JUAN.

Voy.—¡Ay, Pedro!
(*Ap. á él.*)
Quédate aquí con Elena.

PEDRO.

Hablando de Elena quedo.

ESCENA XX.

DON FERNANDO, ELENA, PEDRO.

DON FERNANDO.

Ea, Bárbara, esta casa
Me poned como un espejo.
Aderezad ese estrado. —
¡Tristeza! Pues ¿qué tenemos?
¿Qué cara es esa? ¿No hablais?
Dias há, perra, que os veo
Muy triste y muy entonada.
Vos ¿pensais que no os entiendo?
Erades ya la señora;
Y con este casamiento,
Os pesa que Serafina
A esta casa venga á serlo;
Que desde que se trató,
Andais que es vergüenza veros.
¡Estábades enseñada
A hombre solo! Pues ponéos
De lado; que tengo nuera,
Que ha de tener el gobierno
Y las llaves de mi casa. —
Pues, ¿qué te parece, Pedro,
De esta esclava?

PEDRO.

A mí... Señor,
Tiene poco entendimiento.
La mejor, cuando se emperra,
Tiene estos reveses.

DON FERNANDO.

Creo
Que la habrémos de vender. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

ELENA, PEDRO.

ELENA.

¿Adónde habrá sufrimiento
Para tan grandes fortunas?
Ya ¿no me bastaba ¡cielos!
Perder honra y opinion,
Sino pasar por desprecios
De esclava, como si fuera
Verdad que lo soy? Mas pienso
Que siempre lo fuí, y el hombre
Que me ha perdido, es mi dueño. —
Pedro, ¿sabes tú quién soy?

PEDRO.

¿Qué dices?

ELENA.

En algun sueño
Pensé que era yo en Triana
Una mujer que trujeron
De Méjico allí sus padres:
Su nombre, si bien me acuerdo,
Era doña Elena.

PEDRO.

Mira
Que este triste pensamiento
Te vuelve loca. No eres
Esclava; que amor te ha hecho
Herrar el rostro.

ELENA.

Es verdad.
Sí, bien dices: amor tengo.
Pero sin duda ¿soy yo?
¿Sábeslo, Pedro, de cierto?

PEDRO.

Pues ¿no? Y ¡cómo si lo sé!
Y que el hierro que te has puesto
Te agradece mi señor;
Porque han mentido los celos,
Si te dicen que pretende
Ese injusto casamiento
De Serafina.

ELENA.

¡Ah, traidor,
Fementido, infame, perro!
Yo te quitaré la vida;
Que como fuiste el tercero
De sus amores, me engañas.

PEDRO.

Señora, envaina los dedos;
Que me has deshecho la cara.
Que se le antoje el pescuezo
A una preñada, está bien.
Muerda; pero no con celos.

ESCENA XXII.

SERAFINA, LEONARDO, FINEA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

LEONARDO.

¿Si habrá venido el notario?

FINEA.

Aquí están Bárbara y Pedro.

SERAFINA.

Pero ¿dónde está don Juan?

PEDRO.

Pienso que están allá dentro
El, su padre y el notario. (*Vase.*)

SERAFINA.

Bárbara, ¿no me hablas?

ELENA.

Vengo
A aderezar los estrados
Y componer los asientos...
(*Ap.* Para los jueces que hoy
Han de sentenciar mi pleito.)

ESCENA XXIII.

DON FERNANDO, DON JUAN, PEDRO, UN NOTARIO. — ELENA, SERAFINA, LEONARDO, FINEA, ACOMPAÑAMIENTO.

NOTARIO.

Solo resta que firmeis,
Pues ya vino esta señora.

DON FERNANDO.

Mi Serafina, en buen hora
Esta vuestra casa honreis.

ELENA. (*Ap.*)

¡Que pueda yo estar aquí!
¡Qué perdon del Rey espero,
Si llega el cordel primero?

SERAFINA.

Señor, hoy teneis en mí
Una esclava en vuestra casa.

ELENA.

Pues si ya esclava teneis,
¿Para qué á mí me quereis?

PEDRO. (*Ap. á Elena.*)

Calla, hasta ver lo que pasa.

ELENA. (*Ap. á Pedro.*)

¿Cómo puedo yo callar?

PEDRO.

Tú lo has de echar á perder.

ELENA.

Pues ¿qué me falta que hacer,
Sino dejarlos casar?

DON FERNANDO.

Pedro, ¿qué dice esa esclava?

PEDRO.

No sé qué pasion le dió
De unos berros que cenó,
Si acaso en ellos estaba,
Cual suele, algun anapelo.

DON FERNANDO.

Pues calle, ó llévala allá.

NOTARIO.

Sabed, señores, que está
(La ejecucion quiera el cielo)
Hecho por esta escritura
Concierto de voluntad
De entrambos.

ELENA. (*Bajo.*)

¿Hay tal maldad?

PEDRO. (*Ap. á Elena.*)

Calla, sufre, ten cordura.
¿No ves que la están leyendo,
Y que la quieren firmar?

ELENA.

¿Qué me queda que esperar,
Pedro, si me estoy muriendo?

PEDRO.

Desde una reja miraba
Un canónigo en Toledo
Una mula, que sin miedo
De una peña en otra daba,
Para despeñarse al rio.
Dábanse prisa á salir,
Y él, sin cesar de reir,
Daba en aquel desvarío
Hasta verla despeñar;
Pero viendo como un rayo
Y tras ella su lacayo,
Volvió el placer en pesar,
Sabiendo que era la suya.
Supuesto, Elena, que sea
Comparacion baja y fea
Para la desgracia tuya,
Parece que está don Juan
Viéndote andar por las peñas,
Y que ya está, por las señas
Que ya mis ojos le dan,
Aunque el dolor disimula,
Para dar voces dispuesto:
«Señores, acudan presto;
Que se despeña mi mula.»

ELENA.

Pues ya me ha desconocido,
Él me dejará caer.

PEDRO.

Ya acabaron de leer.

ELENA. (*Ap.*)

Yo he de perder el sentido.

NOTARIO.

(*Ofreciendo una pluma á don Juan.*)
Con esta podeis firmar.

ELENA.

Pues yo firmaré por él;
Que con rasgar el papel
Le acabo de despeñar.

(*Cógelo y rómpelo.*)

DON FERNANDO.

Suelta la escritura, loca.

ELENA.

Pues suélteme aquel á mí,
Por quien el seso perdí.

DON FERNANDO.

¡A qué dolor me provoca!

DON JUAN. (*Ap.*)

Temblando estoy. ¿Si diré
Quién es?

NOTARIO.

Toda la rompió.

DON FERNANDO.

Llevadla de aquí.

ELENA.

Si yo
Soy loca, la culpa fué
De este traidor, que me ha dado
La causa por qué lo estoy.

ESCENA XXIV.

FABIO. — DICHOS.

FABIO. (*Dentro.*)

Esperad; que á decir voy,
Señores, que habeis entrado.

(*Sale Fabio.*)

DON FERNANDO.

¿Qué es eso, Fabio?

FABIO.

Aquí estan,
Señor, con un mandamiento
Para que se deposite
Esta esclava.

DON FERNANDO.

Entre su dueño,
Sin los que vienen con él;
Que este no es dia de pleitos,
Y es mucha descortesía.

ESCENA XXV.

RICARDO, FLORENCIO. — DICHOS.

RICARDO.

Yo vine aquí, no sabiendo
Esta ocupacion, señores,
Y que perdoneis os ruego;
Que yo volveré otro dia.

ELENA.

¿Para qué, si desde luego
Digo que mi dueño sois,
Y que como á tal os quiero?
Ea, vámonos de aquí;
Que cuanto decis confieso;
Que si negaba ser vuestra,
Fué la causa el amor ciego
Que en esta casa tenia;
Pero ya conozco el vuestro.
Ea, ¿qué hacemos aquí?

RICARDO.

Pues para que no entren dentro
Los que han venido conmigo,
Guardando el justo respeto,
Dadme, señores, licencia
Para que, como su dueño,
Lleve esta esclava á mi casa.

DON JUAN.

No pienso yo, caballero,
Que basta para llevarla
Que ella, con el mucho exceso
De la locura en que ha dado,
Diga que es vuestra.

DON FERNANDO.

Sin esto,
Son cuatrocientos escudos
Los que han de venir, primero
Que la saquen desta casa.

RICARDO.

Si me la hurtaron, no tengo
Obligacion de pagarla.
Pésame de haberos puesto
Demanda en esta ocasion;
Pero esto tiene remedio,
Depositándola en tanto
Que averiguamos el pleito.

DON JUAN.

¿Qué depósito mejor
Se le puede dar que el nuestro?

RICARDO.

Eso no; mas por los dos
La tendrá el señor Florencio.

ELENA.

¿Para qué, si yo soy vuestra,
Y lo digo y lo confieso?
Y si en el dinero topa,
Vengan á contarlo luego;
. . . .
Que el mismo en escudos tengo,
Como lo dió don Fernando.

DON JUAN.

Dejádmela hablar primero.—
Oye aparte. (*A Elena.*)

ELENA.

¿Qué me quieres?

DON JUAN.

Elena, aunque estás sin seso,
No igualas á mi locura,
Porque entre tantos extremos
De confusion divertido,
Solo á pensar me detengo,
Cómo, guardando tu honor,
Podemos hallar un medio
Para que lleguen al fin
Tu esperanza y mi deseo.

ELENA.

¡Oh qué gracioso letrado!
Preguntalde el cuento á Pedro
Del canónigo y su mula;
Que estáis muy de espacio, viendo
Que voy al profundo pico
De la ingratitud que veo
En vuestra crueldad, don Juan,
De peña en peña cayendo. —
Ea, vámonos de aquí.
Ricardo ha de ser mi dueño:
Yo le daré posesion
De mi alma y de mi pecho;
Y tú, perro fementido,
Quedarás trocando el hierro,
Por infamia de los hombres,
Cobarde, vil caballero,
Mal parecido á tu padre,
Sino á quien...

DON JUAN.

Tente.

ELENA.

No quiero.

DON JUAN.

Tente, luz de aquestos ojos;
Mi bien, tente.

DON FERNANDO.

¿Qué es aquello?
¿*Ojos* y *bien* á una esclava?

RICARDO.

Vamos, Bárbara.

DON JUAN.

Tenéos;
Que os engaña el parecerse
A quien pensais.

RICARDO.

Lo que pienso
Es que aquella esclava es mia.

DON JUAN.

Mirad si el engaño es cierto,
Pues es mi mujer

DON FERNANDO.

¿Quién?

ELENA.

Yo.

DON FERNANDO.

¡Mujer una esclava, perro!
¡Nunca viniera á mi casa!
Llevalda, Señor, os ruego;
Llevalda; que yo os perdono
Los escudos.

ELENA.

Paso, quedo;
Que soy mejor que don Juan;
Que por agradecimiento
De que dejase por mí
Dignidad, padres y deudos;
Sabiendo que vos, airado,
Por venganza ó por desprecio,
Queríades adoptar
Por hijo y por heredero

De vuestra hacienda un esclavo
(¡Desesperado consejo!),
Hice que un criado mio
Me vendiese; que este hierro
Es fingido, como veis,
Pues me lo quito tan presto.

(*Quitasele.*)

Es doña Elena mi nombre...
Vivo en Triana... No es tiempo
De cansar con relaciones...
—Disculpo á este caballero,
Que me tuvo por su esclava;
Y á esta señora le dejo
A don Juan, porque es muy justo:
Con que á Triana me vuelvo,
Contenta de que he tenido
Para ser, valiente pecho,
Esclava de su galan.

SERAFINA.

La accion que á casarme tengo,
Señora, os doy por hazaña
De tanto valor.

DON FERNANDO.

Suspenso
De lo que mirando estoy,
Digo que á don Juan le ruego
La dé la mano y los brazos,
Porque tan heróicos hechos
Merecen premios mayores.

PEDRO.

Señores, oigan á Pedro.

DON JUAN.

¿Qué quieres decir?

PEDRO.

Que aquí,
Senado ilustre y discreto,
La esclava de su galan
Da fin á servicio vuestro.

LO QUE HA DE SER.

PERSONAS.

EL REY DE ALEJANDRÍA.	PEROL.	CINTIA.	MÚSICOS.
ALEJANDRO, *príncipe.*	NISE.	ELPENOR, *pintor.*	CRIADOS.
LEONARDO.	CELIO.	UN ALCALDE, *villano.*	SOLDADOS.
CASANDRA.	ALBANO.	UN CAPITAN.	ACOMPAÑAMIENTO.
SEVERO.	TEODORO.	UN TAMBOR.	GENTE.

La escena es en las inmediaciones de Alejandría.

ACTO PRIMERO.

Playa de Alejandría.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, NISE.

LEONARDO.

Favorecido de tí,
Nise, ¿qué puedo envidiar?

NISE.

Lisonjas no han de faltar.

LEONARDO.

¿Por qué me tratas así?

NISE.

No hay cosa que pueda en mí
Solicitar voluntad,
Como tratarme verdad.

LEONARDO.

Pues ¿en qué te han engañado
Lengua y ojos que te han dado
El alma y la voluntad?
Ellos, Señora, te miran
Con el respeto que deben,
Pues cuando á verte se atreven,
Como del sol se retiran.
Sus niñas dentro suspiran
Por las de tus ojos bellos,
Que tienen su vida en ellos:
¿Quién vió suspirar los ojos,
Pues para no darte enojos,
Suspira el alma por ellos?
La lengua ¿qué te ha ofendido,
Si con tanta honestidad
Corre el velo á la verdad
De un corazon tan rendido?
A la fe, que de tu olvido
Nace tu desconfianza;
Mas poco daño me alcanza,
Pues siendo ingrata á mi fe,
Por lo menos viviré
Seguro de tu mudanza.

NISE.

¡Quien te ve, Leonardo, hablar
Tan preciado de discreto,
Y de uno en otro conceto
Discurrir para engañar!...
Pues no pienses que has de dar
Ejemplo á trágico amor:
Yo confieso tu valor,
Y que me inclino á escucharte;
Pero no para fiarte
Esperanzas de favor.
Véte con Dios á la aldea;
Que aquí, orillas de la mar,
Quiero algun coral buscar,
Que me entretiene y recrea.
Entre conchas de librea
Algun ramo suele haber,
Que me causa mas placer
Que oir mentiras de amantes,
Mas que la espuma inconstantes
Para menguar y crecer.

LEONARDO.

Buscar coral, Nise hermosa,
En mar de perlas mejores,
Con mas ardientes colores
Que tiene al alba la rosa,
Pudiera tu codiciosa
Mano mas cerca de tí:
Y perdóname si fuí
Necio en darte este consejo,
Si le sabes de tu espejo,
Por no escucharle de mí.
Rigurosa fué mi estrella
En rendirme á tu rigor.

NISE.

Yo estimo en mucho tu amor:
No hay por qué te quejes della.

LEONARDO.

No creerme, Nise bella,
Siento mas que el despreciarme.

NISE.

¿A qué puedo aventurarme
Mas que á no darte ocasion
De celos, con aficion
A que otro puede obligarme?

ESCENA II.

GENTE, *dentro.* — DICHOS.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

¡Qué miserable desdicha!

VOZ 2.ª (*Dentro.*)

Á orza. Vira, amura, amaina.

VOZ 3.ª (*Dentro.*)

Arriba; que nos perdemos.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

Ten, zaborda. ¡Furia extraña!

LEONARDO.

Gritos dan: algun navío
Corre tormenta.

NISE.

En la playa
Lo mostraban los delfines,
Dando vueltas en el agua.

LEONARDO.

¡Qué voces tan tristes, Nise!

NISE.

Es teatro de desgracias
El mar.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

Acosta de presto
La barca, acosta la barca:
Sálvese la Infanta en ella.

VOZ 2.ª (*Dentro.*)

Y ¿quién ha de ir con la Infanta?

VOZ 3.ª (*Dentro.*)

Yo he de ir.

VOZ 2.ª (*Dentro.*)

No, sino yo.

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

Baja en tanto que se matan.

NISE.

¡Fiero rigor de las ondas,
Merecido de quien anda,
Contra su naturaleza,
Fuera de su dulce patria
Sobre una tabla!

LEONARDO.

Bien dices;
Pero ¿dónde fabricaran
Mayor invencion los hombres
Para ver tierras extrañas?
No fuera comun el mundo,
Si aquel primer argonauta
No hubiera dado á las ondas
Ciudades de lienzo y tablas.

ESCENA III.

PEROL. — NISE, LEONARDO.

PEROL.

Mala bestia, mar furioso,
Que si Dios no te enfrenara,
Te hubieras tragado el mundo,
¿Qué tienes, que nunca paras?

LEONARDO.

¿Qué es esto, hermano Peról?

PEROL.

Que en turbulenta borrasca
Se tragó el mar una nave
Desde la quilla á la gavia.
Yo estaba sobre una peña,
Que los golpes de las aguas
Sufre, como la porfía
De un necio el que sabe y calla;
Cuando veo por los bordes
Bajar un bulto á una barca,
Y que luego se va á pique,
Sin perdonar una tabla.
Fluctúa la barca luego,
Porque del mar la inconstancia
Ya la sepulta en las ondas,
Ya por las nubes la ensalza;
Pero del viento impelida
La barca, una ola en la playa
Dió con ella, donde queda

Cubierta de espuma y algas.

LEONARDO.

Pues, bestia, ¿no fuera bien
Que á ver lo que era llegaras,
El bulto que estaba en ella?

PEROL.

Adonde no me va nada,
Nunca me meto en peligros.

LEONARDO.

Bella Nise, aquí me aguarda;
Que el valiente corazon
Que me anima y acompaña,
Favorecer me aconseja
A quien desde allí me llama.

NISE.

Y yo, Leonardo, te ruego
Que á ver lo que fuere vayas,
Y si es hombre, que le ayudes,
Y si es hacienda, la traigas;
Que suelen grandes riquezas,
En fortunas tan extrañas,
Ser despojo de las ondas.

(*Vase Leonardo.*)

ESCENA IV.

NISE, PEROL.

NISE.

¿Qué hay, Perol, de nuestras vacas?

PEROL.

Bien dices: trate el pastor
De sus ovejas y cabras,
El mercader de su hacienda,
Y el soldado de sus armas.
No han sido malas las crias;
Toda tu hacienda se guarda,
Para que su dueño seas.
Dime, ¿por qué no te casas?
Leonardo ¿no es mayoral,
Y el mejor destas montañas?
¿No es el mas noble, el mas rico
Y elmas discreto? ¿Qué aguardas?

NISE.

Todo lo conozco y veo,
Y aunque Leonardo me agrada,
No de suerte que me obligue
A darle esas esperanzas.

ESCENA V.

LEONARDO, *con* CASANDRA *en brazos.* — DICHOS.

LEONARDO.

Ánimo, señora mia.

CASANDRA.

No os espanteis si me falta
Valor en esta ocasion;
Que aunque le tengo en el alma,
He visto el rostro á la muerte.

LEONARDO.

Llega, Nise, llega y habla
A esta principal señora,
Que era el bulto de la barca.

NISE.

(*Ap.* Admirada del suceso,
Apenas me atrevo á hablarla.)
¡Ah, Señora!

CASANDRA.

¡Qué consuelo!

PEROL. (*Ap. á Nise.*)

Ella es persona de chapa.
¡Qué lindo vestido y joyas!

NISE.

(*Ap. á Perol.* No es mucho si la desmaya
El peligro en que se ha visto.)
De aqueste monte en la falda
Está mi casa: aunque pobre,
Allá podrémos llevarla.

LEONARDO.

No, Nise bella, perdona.
Yo la libré, y á mi casa
Tengo de llevarla agora;
Que quiero allí regalarla.

NISE.

Harásme un grande disgusto.

LEONARDO.

¡Yo á tí, Nise! ¿Por qué causa?

NISE.

¿No basta que yo lo diga?

LEONARDO.

Bastó; pero ya no basta.

CASANDRA.

¿Quién sois, amigos?

LEONARDO.

Señora,
Pastores destas montañas.

CASANDRA.

¿Y esta tierra?

LEONARDO.

Alejandría.
Vuestra historia será larga:
Descansad; que tiempo os queda
Pará que podais contarla.
¡Gran fortuna habeis corrido!

CASANDRA.

No pudo ser mas airada;
Si bien, pues que tengo vida,
No quiero en todo culparla.

LEONARDO.

Vamos: cerca está la aldea.
¿Has visto mas bella dama,
Nise, que aquesta señora?—
¿Qué nombre teneis?

CASANDRA.

Casandra.

(*Vanse Leonardo y Casandra.*)

ESCENA VI.

NISE, PEROL.

NISE.

¿Qué te parece, Perol?
¡Cuál la lleva y cuál la alaba!

PEROL.

¿Pésate de esto?

NISE.

En extremo.

PEROL.

¿No eras tú quien despreciabas
A Leonardo?

NISE.

Poco entiendes,
Pues esta treta no alcanzas,
De condicion de mujeres.

PEROL.

¿Qué quieres decir?

NISE.

Que aman
Con celos y aborrecidas,
Y que aborrecen amadas. (*Vase.*)

ESCENA VII.

PEROL.

¿Eso pasa? Desde hoy
Doy celos á cuartas andan
En el valle, y al orrezco
Cuantas me miran y hablan.
No sé para qué dijeron
Que amor con amor se paga;
Que donde celos no soplan,
Nunca amor alza la llama. (*Vase.*)

—

Sala de un castillo.

ESCENA VIII.

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO, CELIO, ALBANO, TEODORO, MÚSICOS, CRIADOS.

ALEJANDRO.

Ya falta entretenimiento,
Como dura mi prision.

CELIO.

Siéntate, y esta cancion
Escucha.

ALEJANDRO.

No hay sufrimiento.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Estaba Alejandro Magno,
Fundador desta ciudad...

ALEJANDRO.

No prosigais mas: dejad
La música. Dime, Albano:
¿Qué hay de nuevo?

ALBANO.

Tantas cosas,
Que no sabré referillas.

ALEJANDRO.

Hay tanto tiempo de oillas,
Que por largas y enfadosas
No les faltará lugar.
¿Qué es lo que quiere de mí
El Rey? ¿Para qué nací,
Si aquí me quiere enterrar?
¡Tantos años como tengo,
Preso en aqueste castillo!
¡Por Dios, que me maravillo
Cómo la vida entretengo!
¿Qué hice en naciendo yo?
¿Qué intenté, sin lengua y manos?
Decid, dioses soberanos,
¿Qué inocencia os ofendió?

CELIO.

Señor, deja de pensar
En cosas de tanta pena:
Lo que Júpiter ordena
¿Cómo se puede excusar?
Tras tantos años, ¡agora
Tienes tanto sentimiento!

ALEJANDRO.

El verme tan hombre siento,
Y siento que el Rey me adora,
Y que tras eso me tiene
Encerrado donde estoy.
¿Soy algun áspid? ¿Qué soy?
¿Qué imagina? ¿Qué previene?
¿Téngole yo de quitar
El reino?

ALBANO.

Si de esa suerte
Te afliges, tendrá la muerte
En tu verde edad lugar.

ALEJANDRO.

Pues ¿qué haré en toda esta tarde?

TEODORO.

Recitar algunos versos
Cultos, castigados, tersos,
Aunque el nombre me acobarde,
Pues tú los haces tambien.

ALEJANDRO.

Diga Albano.

ALBANO.

¡Yo, Señor!

CELIO.

Sin prólogo y sin temor,

Pide que aplauso te dén.

ALBANO.

Oid los tres un soneto.

ALEJANDRO.

Di primero la ocasion;
Que sin esta prevencion
Se entiende mal el conceto.

ALBANO.

Puesto el brazo en un bufete,
De una bujía en la llama
Se quemó el puño una dama.

ALEJANDRO.

Secreto fuego promete.
Mereciase quemar
La mano.

ALBANO.

El puño bastó.

ALEJANDRO.

¿Fué la causa celos?

ALBANO.

No.

ALEJANDRO.

Yo la dejara abrasar.

ALBANO.

Cándida y no pintada mariposa
Silvia al fuego acercó, sin ver el fuego,
Pero, sin ser su centro, él mismo luego
Quiso templarse en nieve tan hermosa.
«No es esa, no, tu esfera luminosa,»
Dijo el Amor, que entonces no era ciego;
«Que yo soy rayo, y tiemblo cuando llego
A nieve de mi fuego vitoriosa.»
Sordo á su aviso, cuanto mas ardiente,
El muro de la nieve fué pasando,
Puño á una mano de sí misma ausente.
El fuego está riendo, Amor llorando,
Crece la llama, y Silvia no la siente:
¡Quién fuera lo que estaba imaginando!

ALEJANDRO.

Tú lo dijiste muy bien,
Y no poco te has quemado
De que ella se haya dejado
Quemar el puño tambien.

ALBANO.

Diga Celio.

CELIO.

A Laura vi,
Agradeció mis desvelos,
Y dándome muchos celos,
Finge tenerlos de mí.

ALEJANDRO.

¿Da celos y está celosa?
Mucho sabe esa mujer.

CELIO.

Con esto la dí á entender
Lo que no pudiera en prosa.
Laura, ¿quién son aquellos embozados,
Al mismo niño Amor tan parecidos,
Que no se vieron por andar vestidos,
Y quieren encubrirse declarados?
¿Aquellos envidiosos desvelados,
Con lo que mas adoran mas fingidos,
Que quieren, de sospechas ofendidos,
Siendo traidores, presumir de bonrados?
¿Aquellas sombras que despiertan sueños,
Y aquel sueño de amor, con los desvelos
De ardientes llamas y accidentes frios?
Estas, del miedo y de la envidia señas,
¿Quién duda que dirás que son tus celos?
Pues, Laura, no lo son; que son los mios.

ALEJANDRO.

¡Gracioso epigrama!

CELIO.

A tí
Todo te agrada, Señor:
Que tu ingenio y tu valor
Muestran su grandeza así.
Escriben que Ciceron,
Oyendo al representante
Galo, que en Roma triunfante
Tuvo excelente opinion,
Vió silbar y murmurar,
Y que comenzó á decir:
«Mancebos, el escribir
Es ingenio, y no el silbar.
Y esto al hombre se prohibe,
Porque en diferencia igual,
Silba cualquier animal;
Pero solo el hombre escribe.»

ALEJANDRO.

Celio, no es mi condicion
Tan dulce. Si no me agrada,
No alabo.

CELIO.

Está confirmada
De ejemplos tu discrecion.

TEODORO.

El Rey aquí te ha enviado
Un maestro de armas tal,
Que no ha permitido igual.

ALEJANDRO.

Nuevas de ese hombre me han dado,
Y me dicen que es un Marte.

CELIO.

¡Brava opinion ha tenido!

TEODORO.

Un filósofo ha venido,
Con ánimo de enseñarte,
Que se burla de Platon.

ALEJANDRO.

Pues no le dejeis entrar;
Que aquí no se da lugar
A los que soberbios son.
No quiero nada con él;
Que hombre que se alaba así,
¿Qué puede enseñarme á mí,
Sino á ser necio con él?
Si mi padre me dejara
Ver el mundo, yo supiera,
Y mas de verle aprendiera,
Que Sócrates me enseñara.
Quien no ve del mundo mas
Que este castillo en que estoy,
Donde si dos pasos doy
Es fuerza que vuelva atrás
¿Qué puede saber, Albano?

ALBANO.

Triste estás.

ALEJANDRO.

Venid conmigo.

ALBANO.

Un pensamiento enemigo
Mata con la propia mano.

ALEJANDRO.

Hoy al Rey significad
Mi cuidado y sentimiento;
Que no he de tener contento
Hasta tener libertad.

(*Vanse.*)

—

Plaza á la entrada de un pueblo.

ESCENA IX.

LEONARDO.

Antiguo amor, ya pasado,
Parece que estáis corrido
De veros puesto en olvido
Por otro nuevo cuidado;
Mas si fuisteis despreciado,
Como de Nise lo fuistes,
Mucha disculpa tuvistes;
Que en amar con tal desprecio,
No digo que fuisteis necio,
Mas mucho lo parecistes.
Vino Casandra, que ya
Se llama Laura en la aldea:
Por bien, pensamiento, sea;
Que pienso que sí será.
Ya que en vuestro traje está,
Justamente la quereis,
Y á Nise olvidado habeis;
Que aunque amado no seais,
Por lo menos, me vengais
Del agravio que sabeis.
No os parezca liviandad
Haber tan presto olvidado;
Que donde Laura ha llegado,
Nadie tiene libertad.
Estaba en mi voluntad
Nise; mas Laura llegó,
Y que saliese mandó:
Pues si Nise, porque entraba
Laura, el lugar le dejaba,
¿Qué culpa le tuve yo?
Viva Laura, y viva en mí:
Que aunque me atrevo villano
A un ángel tan soberano,
Justamente me perdí.
Y si aborrecido fui
De Nise con tal rigor,
Querer á Laura es mejor,
Aunque sea aborrecido;
Pues olvido por olvido,
Tiene Laura mas valor.

ESCENA X.

CASANDRA, *de labradora*. — LEONARDO.

CASANDRA. (*Para sí.*)

Sin admitir esperanza
De volver á ser quien soy,
En tan nuevo traje, estoy
Contenta de la mudanza;
Que todo estado es bonanza
A quien salió de fortuna
Tan áspera y importuna;
Que donde la vida queda,
No tiene accion en que pueda
Decir que pasó ninguna.
Salí del mar proceloso
A la tierra en que me veo,
Donde ha hallado mi deseo
Puerto, aunque humilde, amoroso.
Un labrador generoso
Me aposenta en su lugar:
Su traje vengo á tomar;
Tiempo, no hay mas que decir;
Mas quien no sabe subir,
No se espante de bajar.
Su entendimiento me agrada,
Y me causa admiracion
Ver tan noble condicion
En tan rústica posada,
No pobre y mal adornada;
Que algun rico en la ciudad
No tiene su autoridad:
Hay libros y armas, que es cosa
Que me tienen sospechosa
De mas alta calidad.
Con esto en mi pensamiento
Se va entrando su valor:
No digo que tengo amor;
Mas tengo agradecimiento.
Bien que voy entrando á tiento;
Que no me atrevo á fiar
De quien me puede engañar;
Que pensando agradecer,
Puedo llegar á querer,
Y no es disculpa pensar.

LEONARDO.

Laura bella, pues así

Quieres que te llamen ya,
¿Dónde bueno?

CASANDRA.

Donde va
Mi pensamiento sin mí.
Mirando el mar desde aquí,
El pensamiento entretengo,
Y á perder el temor vengo
Que tuve en tanto rigor,
Si bien aun tengo temor,
Con saber que no le tengo.

LEONARDO.

Antes pienso que en sosiego
Está despues que te vió,
Puesto que te codició
Para su sirena luego;
Que tú en esferas de fuego
Le pudieras trasformar:
A lo menos, con llegar,
Le dejas resplandeciendo,
Como sol que amaneciendo,
Se extiende por todo el mar.
Yo, Laura, sé bien quién eres,
Y te respeto y te adoro:
Esto con aquel decoro,
Que de quien soy te difieres.
Jamás de Leonardo esperes
Mas que aquesta cortesía;
Y pues no puedes ser mia,
Déjame solo quererte,
Porque no puede ofenderte
Quien te adora y desconfia.

CASANDRA.

Leonardo, estoy admirada
De tu mucha discrecion:
Tengo una justa aficion
A que me siento obligada;
Soy quien soy; de ser amada
No le ha pesado á mujer.
Lo que te puedo querer,
Conforme á mi calidad,
Te ofrece mi voluntad;
Que es lo mas que puede ser.

LEONARDO.

Pues ¿quién eres?

CASANDRA.

No me pidas
Que te diga mas de mí.

LEONARDO.

Pues mientras vives aquí
Con prendas desconocidas,
Que te quiera no me impidas;
Y mientras no sé quién eres,
Te querré, aunque no me quieres,
Pues te igualo, aunque me ves
Tan rústico; que despues
Te querré por lo que fueres.

CASANDRA.

Bien dices. Quiéreme ansí;
Haz cuenta que soy tu igual;
Que no procediendo mal,
No puede pesarme á mí.
Pero no sabrás quién fuí,
Porque entonces puede ser
No quererme, por tener
Respeto á mi ser primero,
Por ser tan grande; y no quiero
Que me dejes de querer.

ESCENA XI.

UN CAPITAN, UN TAMBOR, SOLDADOS. — DICHOS.

CAPITAN.

Echad ese bando aquí,
Pues ya entramos en la aldea

TAMBOR.

Si aquí mandais, aquí sea.

CAPITAN.

Pues comienza.

TAMBOR.

Digo ansí.

(*Lee.*) «Su majestad del rey de Alejandría ofrece á cualquier persona que »matare algun leon, doscientos escudos »si fuere de humilde calidad, y si la tu»viere, hácele merced del oficio que »pidiere. Mándase pregonar, porque »venga á noticia de todos.»

(*Toca, y vanse él, el capitan y los soldados.*)

ESCENA XII.

CASANDRA, LEONARDO.

CASANDRA.

¡Extraño pregon!

LEONARDO.

Aquí
Todos los años se da.

CASANDRA.

Pues dime: al Rey ¿qué le va
En que persigan ansí
Al rey de los animales,
Siendo rey?

LEONARDO.

Las ocasiones
De aborrecer los leones
Son á su cuidado iguales.

CASANDRA.

¿Es por los ganados?

LEONARDO.

No.

CASANDRA.

Pues ¿por qué ocasion?

LEONARDO.

Escucha:
Verás que la causa es mucha,
Que á su temor le obligó.
Ramiro, augusto rey de Alejandría,
Tuvo un hijo, del reino deseado,
En Natalia, su esposa, á quien tenia
Amor, de ninguno hombre imaginado.
Quiso saber de Anaximandro un dia,
Astrólogo de Persia celebrado,
Los sucesos del Príncipe, en tal punto
Que estaba el cielo en sus desdichas
[junto.
Pronosticóle el sabio que tendria,
Hasta los años veinte y nueve ó treinta,
Peligro de matarle un leon, el dia
Que llegase á mirar su faz sangrienta.
Con esta temerosa astrología,
El afligido rey Ramiro intenta [dro
Guardar cual padre al príncipe Alejan-
Del riesgo que predice Anaximandro.
Fabrica pues un ínclito palacio,
Le cerca en torno de tan alto muro,
Que se admiraba el celestial topacio
De verle acometer su cristal puro.
Lo que contiene su labrado espacio
(No como en Creta el laberinto escuro,
Sino claro y espléndido) es sugeto
Digno del mayor príncipe, en efeto.
Hay un bosque famoso, que acompaña
Con dulces aguas un pequeño rio,
Que se trujo á pesar de una montaña,
Hijo engendrado de su centro frio.
Jardines son las márgenes que baña,
Donde su pié jamás puso el estío,
Y enseña por las aguas fugitivas
Ninfas de piedra, que parecen vivas.
Corre la yerba el siempre temeroso
Conejo; que no ha dado el Rey licencia
Para animal mayor: así celoso
Respeta de los cielos la inclemencia.
Aves que son del elemento undoso
Corsarios, por el agua en competencia
Pescan los peces; y el anzuelo á veces,
Picando el cebo, las convierte en peces.
Las salas, las riquezas, las pinturas
Exceden todo humano pensamiento;
Las fiestas, bailes, danzas y hermosuras
Fuera alabarlas mucho atrevimiento;
Y en medio destas glorias y venturas,
Dicen que no está el Príncipe contento;
Que á un hombre preso, es diligencia
[vana
Buscarle gusto en la riqueza humana.

CASANDRA.

Pues ¿cómo se dió á entender
El Rey que verdad seria
Esa vana astrología?

LEONARDO.

Porque es forzoso temer,
¡Oh Laura! teniendo amor.

CASANDRA.

¡Que un leon ha de matalle!

LEONARDO.

Eso le obliga á encerralle
Con tan extraño temor.

CASANDRA.

Y ¿tanto tiempo ha de estar?

LEONARDO.

Ya tiene lo mas cumplido.

ESCENA XIII.

CINTIA, NISE. — DICHOS.

CINTIA. (*A Nise.*)

Esto tiene prevenido
Para servirle el lugar.

NISE.

Aquí está Laura. (*Ap.* Y está
La que me mata de celos.)

CINTIA.

Guárdente, Laura, los cielos.

CASANDRA.

¡Oh Cintia! ¿Qué hay por allá?

CINTIA.

¿Ya hablas como en aldea?

CASANDRA.

Pues ya ¿qué tengo de ser?

CINTIA.

Lo que hay de nuevo es hacer
(Y ¡plega á Dios que lo sea!)
Una fiesta y regocijo
Las mozas deste lugar
Al Príncipe.

CASANDRA.

Su pesar
Leonardo agora me dijo;
Que la causa no sabia.

CINTIA.

Guárdanle en esa prision,
Porque dicen que un leon
Le ha de dar la muerte un dia.
¡Bravo baile se ha trazado!
Todo le ha compuesto Gil.

CASANDRA.

¿Es poeta?

CINTIA.

Y tan sutil,
Que anda solo por el prado.
Damon le vió el otro dia
Hacer gestos componiendo.

CASANDRA.

¡Bueno á fe!

CINTIA.

Yo no lo entiendo.
O es ciencia ó es fantasía.

CASANDRA.
Estoy por acompañaros.
CINTIA.
¡Ojalá que tú quisieras,
Y á nuestro príncipe vieras!
CASANDRA.
Son los sucesos tan raros
Que Leonardo dice dél,
Que me ha puesto un gran deseo.
LEONARDO.
¡Ay, Laura! y ¡cómo lo creo!
Verás lo que temo en él.
No vayas, por vida mia.
NISE.
¿Por qué la estorbas que vaya?
¿Siempre ha de ser desta playa
Ninfa ó sirena baldía?
Vé, Laura; que para tí
Son palacios, que no aldeas.
Bien es que al Príncipe veas,
Y no villanos aquí.
No habrás tenido en tu vida
Mas contento que tendrás.
LEONARDO.
¿Ese consejo le das?
No, Laura, si eres servida;
Que allá ¿qué puedes ganar?
Y mas si saben quién eres.
CASANDRA.
¿Ignoras que á las mujeres
No se les puede quitar
Aquesto que llaman ver?
LEONARDO.
Haz tu gusto.
NISE.
Muy bien hace.
La mujer para eso nace.
LEONARDO.
Tú no debieras nacer.
NISE.
Vamos, Laura; que hay allá
Cosas dignas de tu gusto.
Créeme á mí; que no es justo
Que le busques por acá.
Vamos, vamos.
CASANDRA.
Vén, Leonardo,
Y verás al Rey tambien.
LEONARDO.
No veré yo ningun bien
Donde tanto mal aguardo.
CINTIA.
¡Qué placer han de tener
Las mozas, si vas con ellas!
CASANDRA.
Tambien voy, Cintia, por vellas.
NISE. (*Ap. á Leonardo.*)
No he tenido mas placer
Que haberte dado pesar.
LEONARDO.
Nise, ¿en qué te ofendí yo?
Tú ¿no me aborreces?
NISE.
No.
LEONARDO.
Pues yo me sabré vengar.
(*Vanse.*)

—

Sala del castillo.

ESCENA XIV.

ALEJANDRO, SEVERO.

SEVERO.
El haberte entretenido
Agradezco á aquellas damas.
ALEJANDRO.
Las fiestas de la ciudad,
De muy buenas, no me agradan.
SEVERO.
Todos desean servirte,
Todos de agradarte tratan.
ALEJANDRO.
Así lo creo, Severo,
Y el Rey, mi señor, lo manda;
Pero entre tantos contentos,
Fiestas, comedias y galas,
No hallo para mi gusto
La libertad que me falta.
Sale coronado el sol
De su diadema dorada;
Seca las fingidas perlas
Que dió á las flores el alba;
Y despreciando su cueva,
Por las ásperas montañas
El mas feroz animal
Libre corre, alegre caza.
Hasta el mas pobre pastor
Desampara su cabaña,
Y á su gusto y albedrío
Lleva sus traviesas cabras.
No hay hombre en ciudad ó aldea
Que á su ejercicio no salga;
Los unos van á sus pleitos,
Los otros á sus labranzas;
Y yo ¡no salgo de aquí!
Aquí me halla la mañana,
Y aquí me busca la noche.
¡Triste estado! ¡Pena extraña!
¿Para qué he nacido rey?
SEVERO.
Señor, ya tu padre trata
De que salgas deste fuerte;
Que el reino tambien se cansa
De verte en tanta tristeza.
Y por mi vida que hagas,
Si te ha obligado mi vida,
En la fe de tu crianza,
Fuerza á tu gusto y deseo,
Y que estas damas gallardas
Te vuelvan á entretener.
ALEJANDRO.
No, Severo. Traigan armas...
—Pero déjenlas agora,
Y dadme un libro.
SEVERO.
Si acabas
La *Iliada*, podrás leer
La *Ulisea*.
ALEJANDRO.
Ya me enfadan
Tantos trabajos de Ulíses.
Dame las *Fortunas varias*
De Teágenes.

ESCENA XV.

CELIO. — DICHOS.

CELIO.
Señor,
El aldea de Floralba
Viene á entretenerte un rato
Con una rústica danza,
Si le das licencia.
ALEJANDRO.
Entre;
Que como á veces agrada
Mas una márgen de un rio,
Rústicamente esmaltada,
Que un cultivado jardin,
Así las cosas que traza
La humilde capacidad
De gente inocente y llana.

ESCENA XVI.

UN ALCALDE, CASANDRA, LEONARDO, NISE, CINTIA, PEROL, MÚSICOS, VILLANOS. — DICHOS.

ALCALDE. (*Ap. á Perol.*)
Turbado estoy.
PEROL.
No tembleis.
ALCALDE.
¿Tengo de arrimar la vara?
PEROL
Claro está.
ALCALDE.
Tenelda vos.
PEROL.
Yo no la quiero; arrimalda.
ALCALDE.
Señor...
ALEJANDRO.
¿Qué decis, buen hombre?
ALCALDE.
¡Perol!...
PEROL.
¿Qué?
ALCALDE. (*Ap. á Perol.*)
Los reyes ¿hablan?
PEROL.
Pues ¿qué pensastes?
ALCALDE.
Pensé,
Como su grandeza es tanta,
Que otros hablaban por ellos.—
Señor...
ALEJANDRO. (*Ap. á Severo.*)
¡Qué bella aldeana,
Severo, la del rebozo!
Di que descubra la cara.
SEVERO. (*A Casandra.*)
Serrana, quitáos el velo.
CASANDRA.
¿Quién lo manda?
ALEJANDRO.
Yo, serrana.
CASANDRA.
Obedezco.
ALEJANDRO.
¡Gentil moza!
CASANDRA.
¿Burla su merced?
ALEJANDRO.
Burlara
De mí mismo. Un ángel sois.
SEVERO.
No has dicho tales palabras,
Señor, á mujer ninguna.
ALEJANDRO.
¡Es la villana extremada!—
Llegáos mas, llegáos á mí.
CASANDRA.
¿Que me llegue?
LEONARDO. (*Ap. á Perol.*)
La desgracia
Que temí me ha sucedido.
PEROL.
¿Qué te ha sucedido? Calla.
LEONARDO.
Si apenas la vió Alejandro,
Cuando, como ves, la alaba;

Si están hablando los dos,
Perol, ¿no es cierto que el alma
Le ha dicho quién es?

PEROL.

No digas
Disparates.

LEONARDO.

Mucho hablan.
¡Quién oyera lo que dicen!

PEROL.

Preguntarála si guarda
Cabras, ovejas, y dónde
Tiene su campo y labranza;
Si hay berros en sus arroyos,
Si vende pan, si le amasa,
Si hay tomillos en sus vegas,
Si están en cierne sus parras,
Si hay en su trigo amapolas,
Si hay hormigas en las parvas,
Si hay mostranzos en su soto,
Si hay en su huerta borrajas,
Perejil y yerba buena,
Y otras cosas desta traza;
Que como está aquí, no sabe
Lo que por el mundo pasa.

LEONARDO.

Yo, Perol, me estoy muriendo.

ALEJANDRO.

En fin, ¿que no sois casada?

CASANDRA.

No, Señor; mas cerca estuve.
Allá, por cierta borrasca,
Se deshizo el casamiento.

ALEJANDRO.

¿Cómo es vuestro nombre?

CASANDRA.

Laura.

ALEJANDRO.

Por Júpiter, Laura bella,
Que el talle, el rostro y la gracia
No parecen parto humilde
De tan ásperas montañas.

LEONARDO.

Alcalde, decid que bailen.

ALCALDE.

Señor...

LEONARDO.

Llegad y llamalda.

ALCALDE.

Señor...

ALEJANDRO.

¿Qué quereis?

ALCALDE.

Los mozos...

ALEJANDRO.

¡Qué buena prosa!

SEVERO.

¡Extremada!

ALEJANDRO.

¿Cómo os llamais?

ALCALDE.

¡Yo, Señor!

ALEJANDRO.

Vos pues.

ALCALDE.

Yo, Señor, Juan Rana.

ALEJANDRO.

Pues decid que bailen.

ALCALDE.

¡Hola!
Dice el Rey que bailen

NISE.

Vaya.

(*Cantan y bailan.*)

MÚSICOS. (*Cantando.*)

Salió la niña en cabello
A coger flores de azar.
Y ella y el aurora á un tiempo
Mirando las flores van.
Siguiéndola viene Amor,
Que tras de un verde arrayan,
Contemplando su hermosura,
Codició su libertad.
En el nácar de una rosa
Iba á poner su cristal,
Cuando viéndola Amor, dijo,
Para enamorarla mas:
«Ofendido me tienen
Tus ojos bellos,
Pues me ponen la culpa
Que tienen ellos.
Toma el arco, la niña,
Que yo no quiero
Ser Amor, pues que matas
A Amor con ellos.»

ALEJANDRO.

¿Hay gracia, Severo amigo,
Como la desta aldeana?

SEVERO.

Tiene razon vuestra alteza.

LEONARDO.

Otra vez, Perol, la alaba. (*Ap. á él.*)

PEROL.

Y ¿qué importa que la alabe?

LEONARDO.

¿No sabes que la alabanza
Nace de amor?

PEROL.

A lo menos
Nacen tus celos sin causa.

ALEJANDRO.

Dar quiero joyas á todas.
Entrad, entrad. (*Vase.*)

SEVERO.

Ea, serranas,
Nadie ha podido en el mundo
Alegrar tristeza tanta,
Sino es vosotras. Entrad.

CINTIA.

Vamos, Nise.

NISE. (*Ap. á Cintia.*)

Cintia hermana,
Alejandro, ó yo me engaño,
Pone los ojos en Laura.

CINTIA.

Pues ¡qué mejor para ti!

NISE.

Bien dices, si en ella para.
Dios nos saque de palacio
Con bien.

CINTIA.

Gente cortesana
Siempre es discreta y cortés.
(*Éntranse ellas, Severo y Celio.*)

PEROL.

Entrad, alcalde Juan Rana,
Y os darán á vos tambien.

ALCALDE.

¿Paréceos que tengo cara
Para darme alguna cosa?

PEROL.

¿Pues no? Sois como unas natas.

ALCALDE.

Yo entro á Dios y á ventura.
(*Vase, y síguenle los villanos y músicos.*)

ESCENA XVII.

LEONARDO, PEROL.

LEONARDO.

Mi vida, Perol, se acaba.
¡Qué presto se concertaron
Las voluntades!

PEROL.

Repara
En que dices desatinos.

LEONARDO.

Como era señora Laura
(Digo, Casandra), ¡qué presto
Volvió á ser Laura Casandra!
Qué contenta estará agora!
¡Cómo en su esfera dorada
Irá el sol de su hermosura
Por esas vestidas salas
De tantas tapicerías!

PEROL.

Fuera de su centro estaba;
No es mucho que esté en su centro
Entre joyas, oro y plata.

LEONARDO.

Cegaran antes mis ojos
Que vieran, en confianza
De haberle dado la vida,
Su hermosura soberana.
Vamos, Perol, al aldea
Antes que el Príncipe salga;
Que temo mi atrevimiento.

PEROL.

Mira quién eres, y calla,
Y no tengas (que es error)
Con poderosos palabras;
Que el viento derriba encinas,
Y perdona humildes cañas.

LEONARDO.

Llévame presto de aquí.
¡Ay, Laura! Ay, loca esperanza!

PEROL.

Las joyas me dan envidia;
Que no los celos de Laura.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, ALEJANDRO, SEVER[O]

REY.

¿Tanta tristeza en ti de pocos dias,
Alejandro, á esta parte? ¡Extraña c[...]

ALEJANDRO.

Con ellos crecen las desdichas mi[as]
¿Qué causa me preguntas mas fo[rzosa]

REY.

¿De mi justa obediencia te desvias,
Tan alabada en ti por milagrosa?
Algo te han dicho, porque de otro [...]
Blason fué tuyo obedecerme en to[do]

ALEJANDRO.

Ya sé la causa por qué aquí me tie[nes]
En injusta prision tan largos años;
Que cada instante de sus horas vie[nes]
A entretener tu vida en mis engañ[os];
Y ya de tal manera la entretienes,
Que por librarte de pensar mis dañ[os],
Mi desesperacion hará que pida
A la muerte remedio de mi vida.
Por dicha ¿quiero yo salir al monte,
Donde pueda matarme alguna fiera
De las que mira el sol en su horizo[nte],
Como si Vénus tú, yo Adónis fuera?

uiero yo que la caza me remonte
r su crespa cerviz, que en la ribera
l mar se empina á la mas alta nube,
ie por escalas de peñascos sube?
iero no mas de ver, en compañía
l mas leal que tu privanza crea,
atro arbolillos y una fuente fria,
ie hacen adorno á una pequeña aldea.
s mucho que me dés licencia un dia
ra que á cuatro labradores vea?
ué cortes pido yo ni qué ciudades,
nde andan rebozadas las verdades?
n qué nave solicita me embarco
r el rigor de la salada espuma?
ué César soy, de Amiclas en el barco,
ando mi engaño tu valor presuma?
quién voy á vencer? ¿qué flecha de [arco
del hierro al blanco y retiró la pluma?
s bien será que el de la muerte sea,
es no me dejan ver tan pobre aldea.
(*Vase.*)

ESCENA II.

EL REY, SEVERO.

REY.

ué es aquesto, Severo? ¿Cómo llega
jandro á tan loco desvario?
ué aldea es esta? Contra el gusto mio,
o sabe que no puedo
rle licencia para tanto daño?

SEVERO.

ñor, de la verdad te desengaño.
uí vive una bella labradora,
e con menos clavel sale la aurora:
para verla, lo que dice intenta.

REY.

a aficion su entendimiento afrenta.
o hay damas en la corte? No hay se- [ñoras?

SEVERO.

condicion, Señor, del gusto ignoras?
vez agrada lo que no merece
por el hombre amado, y se aborrece
que de amor es digno. No he podido
tanto amor un átomo de olvido
er, por mas que persuadirle intento.

REY.

hombre de tan claro entendimiento
había de aplicar á lo que es justo
inclinacion y el gusto,
gradarse de damas,
en el hielo mayor encienden llamas?
duda es invencion la labradora
a poder salir hasta el aldea.
, Severo, y aun huir desea.
a esa blanca aurora,
ida de claveles y jazmines,
ale á ver, Severo; no imagines
a de salir de aquí.

SEVERO.

Triste le veo.

REY.

se sufra y viva; que su bien deseo.
(*Vanse.*)

—

Plaza de la aldea.

ESCENA III.

LEONARDO, PEROL.

LEONARDO.

é me dices?

PEROL.

Que ha venido

LEONARDO.

¡Laura!

PEROL.

Laura hermosa.
No hay mas incrédula cosa
Que un pecho al amor rendido.
Y por vida de Perol,
No porque lisonja sea,
Que parece que en la aldea
Faltaba hasta agora el sol.
Si crédito no me das,
Pregunta al prado, á las flores,
Si vieron tales olores
En sus pimpollos jamás.

LEONARDO.

¡Oh qué bien se echa de ver!
Todo lo alienta y restaura.
¿Cómo viene?

PEROL.

Como Laura;
Que no hay mas que encarecer.

LEONARDO.

No lo hubiera dicho yo.
¡Oh qué envidia te he tenido!

PEROL.

Soy sabio, soy entendido,
Aunque venturoso no.

LEONARDO.

En fin, Laura ¿vino ya
Del peligro del palacio?

PEROL.

¡Peligro en tan breve espacio!
Segura en sí misma está,
Pues que dél Laura ha venido
Sin palabra descortés.

LEONARDO.

¡Plegue á Dios! Mas esta es.

ESCENA IV.

CASANDRA, CINTIA.—DICHOS.

CASANDRA. (*Ap. á Cintia.*)

Dicen que estaba ofendido,
Y no ha tenido razon.

CINTIA.

Amor, Laura, todo es celos.

CASANDRA.

Guarden tu vida los cielos.

LEONARDO.

Sí harán; que tus ojos son.
Ya te aguardaban los campos,
Bosques, árboles y fuentes,
Bellísima labradora,
Que de los palacios vienes.
Por tus ojos, que no he visto
El sol en el cielo alegre,
Despues que con tu partida
Diste mi vida á la muerte.
En los fines del estío
Todo se alegra y florece;
Por tí presumen los campos
Que la primavera vuelve.
No hay prado, bosque ni selva
Que no se vista de verde,
Y sola está mi esperanza
Tan desnuda como siempre.
Envidia tengo á los prados,
Que pisados, reverdecen,
De esos piés, adonde amor
Tantas libertades tiene.
No hay flor que á tomar olores
No salga, aunque al tiempo pese:
Las clavelinas por grana,
Las azucenas por nieve.
Yo solo en tu sol ¡ay, Laura!
Que no tenga vida quieres,
Pues anocheces en mí,
Cuando en todos amaneces.
Pero dime de Alejandro
Las nuevas que el alma teme;
Que le vi inclinado á amarte:
Tú sabes lo que mereces.
Sosiega, Laura, mis celos,
Que rayos de amor parecen:
Serás laurel para mí;
Que los rayos no le ofenden.
Y así tengas tanta dicha
Como hermosura, que dejes
Atrevimiento á mis brazos,
Licencia de los que vienen;
Que si respondes ingrata,
Flores, campos, prados, fuentes
Abrasarán mis suspiros
Y llorarán tus desdenes.

CASANDRA.

Despues, querido Leonardo
(Que quiero pagarte así
Lo que mi causa encareces,
Pues tú no sabrás fingir),
Despues del rústico baile,
Donde tan bien parecí
A quien no me lo parece,
Porque yo no sé mentir;
Despues, digo, que te fuiste,
Y me dejaste sin mí,
Con lástima de mirarte
Enmudecer y sentir,
Quiso Alejandro que entrase,
Donde en sus riquezas vi
Trasladar su plata el indio,
Su rubio metal Ofir,
La China el blanco diamante,
Ceilan el rojo rubí,
Gánges su topacio ardiente,
Eufrátes su azul zafir,
Sus pensiles Babilonia;
Que el mas pequeño jardin
Pudiera con mayor fama
Ser de sus muros pensil:
Y abriéndome un escritorio,
Que fué lo mismo que abrir
Puerta á las luces la noche,
Otras tantas joyas vi.
Hartar pudieran á Midas,
Igualar y competir
Con las riquezas de Creso,
Causa de su triste fin.
Díjome: «Hermosa aldeana,»
Aunque nunca yo lo fuí,
«Haz cuenta que todas estas
Se labraron para tí:
Cuantas te agradaren toma.»
Yo, Leonardo, respondí:
«No guarnecen ricas prendas
Sayal tan grosero y vil;
Guarda, famoso Alejandro,
Para quien se iguale á tí
Las riquezas destas joyas;
Que la aldea en que nací
Aun no sabe qué es cristal,
Porque se suele servir
De arroyos para tocarse,
Sin fingir rosa y jazmin.»
Enojóse, y viendo yo
Un Cupido relucir
Que navegaba en un mar
Sobre un hermoso delfin,
Toméle por contentarle,
Y de la cuadra salí,
Llamando á Cintia y á Nise;
Y esto me dijo al salir:
«Aunque al Amor lleves, Laura,
Mas amor dejas en mí;
Que eres la primer mujer
A quien el alma rendí.
Vénme á ver, pues que me has muerto,
Vénme á ver, Laura gentil;
Que si yo salir pudiera,
Yo fuera á buscarte á tí.
Estoy en esta prision,
Por una estrella infeliz:
Ya no la siento; que siento

La del alma que te dí.»
Con esto quedóse, y triste;
Si fué de verme partir,
No lo sé; mas sé que luego
Que del castillo salí,
Me dí prisa para verte,
Porque ya con verte aquí
Dé fin la historia y la ausencia;
Que el amor no tiene fin.

LEONARDO.

Nunca pensó mi paciencia
Deber ¡ay pena mortal!
Tanto bien á tanto mal
Como fué, Laura, tu ausencia.
Mi muerte fué tu partida;
Pero ya con solo verte,
Corrida se fué la muerte,
Y vino alegre la vida;
Si bien no puedo tener
Seguridad del amor
De un hombre cuyo valor
Tanto me da que temer.

CASANDRA.

Oye, por tu vida.

LEONARDO.

Di.
(*Hablan bajo.*)

PEROL.

¡Ay, Cintia! ¡qué linda mano
Te has dado á lo cortesano!

CINTIA.

Yo, Perol, á bulto fuí.

PEROL.

A bulto en la corte, he visto
Que es lo mismo que á rio vuelto
Andar, Cintia, el diablo suelto.

CINTIA.

¿Qué importa, si yo resisto?

PEROL.

¿Hubo pellizco de paje,
Necedad de gentilhombre,
Y otras cosas deste nombre?
¿Hizo novedad el traje?
¿Nadie se llegó al olor
Del tomillo del aldea?
Nadie te llamó Amaltea?

CINTIA.

¡A fe que vienes de humor!

PEROL.

¡Bonitos son los lindones
Para que perdonen nada!

CINTIA.

Laura fué la festejada;
Que tiene ilustres razones,
Y sabia responder.

PEROL.

¿Qué te dió el Príncipe á tí?

CINTIA.

¡A mí, Perol!

PEROL.

A tí.

CINTIA.

A mí
No me dieron á escoger
En rubíes y diamantes.
Esta cadena me dió.

PEROL.

¿Quieres prestármela?

CINTIA.

No.

PEROL.

¿No, respondes?

CINTIA.

No te espantes;
Que no hay hombre que á mujer
Vuelva cosa que le preste.

PEROL.

¡Bravo desengaño es este!
Y ¿qué nos soleis volver
De todo cuanto os prestamos?

CINTIA.

Sois hombres, Perol: es justo;
Que es traicion, sobre mal gusto,
Dar la mujer.

PEROL.

¡Bien medramos!
Cintia, quien tiene ha de dar,
O sea hombre ó sea mujer,
Cuando se llega á querer.

CINTIA.

La cadena he de guardar,
Si mas razones alegas;
Que en un pleito hay peticiones,
Trampas, notificaciones,
Pasos y pasiones ciegas.

LEONARDO.

De todo estoy satisfecho.
Descansa, Laura, si acaso
Lo estás.

CASANDRA.

Desde el primer paso.

LEONARDO.

No es aquel rústico techo
A propósito de quien
De tantas riquezas viene.

CASANDRA.

Así estimo las que tiene.

LEONARDO.

Vida los cielos te dén.
(*Vanse Leonardo y Casandra.*)

ESCENA V.

CINTIA, PEROL.

PEROL.

En efeto, ¿no hay que hablar
En esto de la?...

CINTIA.

Ya entiendo.
Mucho me cansas pidiendo.

PEROL.

Pues yo tengo que te dar
Una cosa que es muy buena.

CINTIA.

Si es alma, sácala al sol.

PEROL. (*Ap.*)

Pues no seré yo Perol,
Si no os pesco la cadena.
(*Vanse.*)

—

Sala del castillo.

ESCENA VI.

EL REY, SEVERO, TEODORO, CELIO.

REY.

¡Es posible que ha llegado
El Príncipe á tal tristeza?

SEVERO.

No se espante vuestra alteza.

REY.

Pues ¿no me ha de dar cuidado?

SEVERO.

Quien de la pasion de amor
Se admira, no tenga nombre
De hombre, porque en el hombre
Es natural su rigor.
Pero tú juzgar no debes,
En tus años, de sus daños.

REY.

No se me olvidan los años,
Que son los años muy breves;
Y en materia de querer
Alejandro inobediente
Pasar deste fuerte el puente
(Cosa que no puede ser),
Sé lo que dijo Platon,
Describiendo en el Timeo
Su atrevimiento y deseo;
Pero no será razon
Que tal licencia le dé.

TEODORO.

Y si de pena se muere,
¿Qué remedio habrá que espere
Tu cuidado?

REY.

Yo lo sé.

TEODORO.

¿Cómo?

REY.

Traer del aldea
Esa bella labradora,
Que, como decís, adora.

CELIO.

Y ¿no puede ser que sea
Mujer de tanto valor,
Que á su fuerza se resista?

REY.

Puede ser; mas con la vista
Templa su fuerza el amor;
Que tampoco yo querria
Dar lugar á cosa injusta.

TEODORO.

Pues si vuestra alteza gusta
De su salud...

REY.

Es la mia.

TEODORO.

Hoy irémos Celio y yo,
Y le traerémos á Laura.

REY.

Lo que su vida restaura
Es mi salud, que otra no.
Y Severo la tendrá
En guarda, porque es razon
Mirar su honor y opinion.

CELIO.

En viéndola, templará
La tristeza de su ausencia.
(*Vanse el Rey y Severo.*)

ESCENA VII.

ALEJANDRO. — TEODORO, CE

ALEJANDRO.

¿Qué os ha dicho el Rey, Teodoro?

TEODORO.

Que con el justo decoro
Venga Laura á tu presencia;
Pero que la tenga en guarda
Severo.

ALEJANDRO.

Tenga en buen hora.
Vea yo mi labradora
Discreta, hermosa y gallarda;
Que no pasa mi deseo
La márgen de la razon.

CELIO.

Vencer la propia pasion
Fué siempre el mayor trofeo.

ALEJANDRO.

Partid los dos á buscar
De mi salud el remedio,
Pues no hay montañas en medio
Ni montes de airado mar.

Id á ese pobre lugar,
Rico de tan gran tesoro,
Amigos Celio y Teodoro;
Y para sol mas bizarro
Pedid al del cielo el carro
Todo de diamantes y oro.
Y si el de Vénus traía
Cisnes por mas majestad,
Caballos blancos llevad,
Como nieve helada y fria.
Decid á la prenda mia
Que mi padre, para darme
Salud, quiere que á curarme
Venga en aquesta ocasion,
Porque, como no es leon,
No teme que ha de matarme.
Y engáñase; que recelo
Que Laura tiene en su oriente
Al leon por ascendente,
Séptimo signo del cielo.
Pues ¿qué importa su desvelo,
Si el pronóstico ha cumplido?
Muerto á sus manos he sido,
Tan honrado, aunque encubierto,
Que es el leon que me ha muerto
Dentro del cielo nacido.

(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA VIII.

CASANDRA, NISE.

NISE.

Despues, Laura, que veniste
A la aldea, estoy de suerte,
Que se acobarda la muerte
De matar vida tan triste.
Fiando mucho en quien fuiste,
Nunca te he querido ¡ay cielos!
Decir mis locos desvelos;
Porque, cuando fuese culpa,
Siempre tiene amor disculpa,
Pero no en pidiendo celos.
Olvidóme el labrador
Que por huésped has tenido,
Por quererte; que el olvido
Fué siempre sombra de amor.
Pensé yo de tu valor
Que del Príncipe vinieras
Enamorada, y que dieras
Lugar á tus pensamientos,
Sin que tus merecimientos
Tan bajamente ofendieras.
Pero engañéme, pues ya
Pagas su necia aficion.

CASANDRA.

Si tus palabras lo son,
El efeto lo dirá.
Si te ha olvidado, será
Porque nunca le has querido:
De mí, Nise, no lo ha sido,
Y no he nacido en aldea;
Mas puede ser que lo sea,
Si tú despiertas mi olvido.
Es Leonardo muy buen hombre,
Mas no bueno para mí,
Porque pienso que nací
Muy desigual á su nombre.
Mi voluntad no te asombre;
Que se la debo tener,
Pues no mas de por mujer
Me ha dado tanto favor;
Que era no tenerle amor
Dejarle de conocer.
Si es ido á la ciudad
A llevar muerto un leon,
Y á ciertos premios que son
Cebo de honor en su edad.
Diréle tu necedad
Cuando venga, si tú quieres.

NISE.

No, mi Laura, no te alteres.

CASANDRA.

El verme alterar ¿te admira?
¿No sabes ya que es la ira
Mayorazgo en las mujeres?

ESCENA IX.

PEROL. — DICHAS.

PEROL.

¡Lindamente ha sucedido!

CASANDRA.

¿Qué hay, Perol?

PEROL.

Leonardo vuelve
De la ciudad vitorioso.

CASANDRA.

Albricias por él mereces.
Di á Nise que te las dé.

PEROL.

¿Por qué, si tú me las debes?

CASANDRA.

El por qué, Nise lo sabe,
Y con Leonardo se entiende.

PEROL.

¿Cólera tenemos ya?
Oye, ansí Vénus aumente
Tus años y tu hermosura.

CASANDRA.

Lo que ha pasado refiere.

PEROL.

En la plaza del castillo,
Que está del jardin enfrente,
Estaba un alto teatro
Para tres nobles jüeces.
El Príncipe en un balcon,
Sobre un bordado tapete
De tela de oro, mostraba
La luz que el sol en su oriente.
Colgadas diversas armas,
La juventud noble encienden
Con los premios que á otra parte
Igualmente resplandecen.
Despues de haber presentado
Leonardo el leon valiente,
Que aun muerto causaba espanto,
Que aun muerto pueden temerle;
Bajamos á ver la plaza,
En que al Príncipe entretienen
Carreras, fuerzas y espadas,
Y hacen señal que comiencen.
Sale un fuerte luchador
En camisa y zaragüelles,
Barbado de pecho y brazos,
Calzado de frente y sienes.
Quitase Leonardo un sayo,
Y como un toro arremete;
Alza el hombro, traba el brazo,
Nervios y huesos le tuerce.
Gimen, anhelan, suspiran,
Sudan, braman, finalmente
Al competidor cansado
Leonardo en la tierra tiende.
Danle una cadena de oro,
Y codicia conocerle
Alejandro, dando causa
A que á mas premio se aliente.
Dentro de un hora á la plaza
(Digo, á la palestra) vuelve,
Donde tiraban la barra
Mozos gallardos y fuertes.
Tomóla en la fuerte mano,
Y una vez que la revuelve,
Al mayor tiro de todos
Pasa seis palmos ó siete.
Danle una copa de plata,
Descansa y partirse quiere;
Pero viendo las espadas,
Irse por bajeza tiene.
Vase para su contrario,
Y con tajos y reveses
Rompió los cascos á cuatro:
Lo mismo hiciera de veinte.
Danle una sarta de perlas,
Tan bella, que me parece
Que la veo en tu garganta,
Aunque es nieve sobre nieve.

ESCENA X.

TEODORO, CELIO, CRIADOS DEL REY —DICHOS.

CELIO. (*A Teodoro.*)

Aquí dicen que ha de estar
Con algunas labradoras.

CASANDRA.

¿Qué es esto? ¡Gente á estas horas!

NISE.

Habrán llegado al lugar
Para pasar á la sierra.

PEROL.

Sí, que cazadores son.

TEODORO.

Aquí están.

CELIO.

¡Buena ocasion!

TEODORO.

¡Bravo monte!

CELIO.

¡Fértil tierra!

TEODORO.

Vénus os guarde, aldeanas,
Y logre vuestra hermosura.

CASANDRA.

Júpiter os dé ventura.

CELIO.

¿En qué damas cortesanas
Puede haber mas perfeccion?

CASANDRA.

¿Que es lo que buscais, señores?
Porque si sois cazadores,
De un espantoso leon
Vino un labrador ayer
A dar nuevas al aldea.

CELIO.

Como mi gente le vea,
No os dejará que temer.
¿Destruyen mucho el ganado?

CASANDRA.

No llegan tanto al lugar.

NISE.

Di que nos dejen andar
En su coche por el prado,
Laura, así te guarde Dios.

CASANDRA.

¡Qué lindo coche traeis!

CELIO.

Entrad en él, si quereis
Andar un rato las dos
Por el prado ó el aldea.

CASANDRA.

Há tanto que no me vi
En coche, que aun por aquí
Tendré á ventura que sea.

CELIO.

Pues entrad.

CASANDRA.

Entremos, Nise.

CELIO.

Cochero, esas damas lleva.

NISE.

¡Brava fiesta!

CASANDRA.

¡Cosa nueva!

TEODORO. (*Ap. á Celio.*)

No es menéster que le avise;
Que él sabe lo que ha de hacer.

(*Vanse Casandra, Nise, Teodoro, Celio y los criados.*)

(*Dentro.*) Pica al castillo, Danteo.

PEROL.

¡Ay cielos! ¿qué es lo que veo?
Engaño debe de ser.

CASANDRA. (*Dentro.*)

Menos priesa, porque quiero
Ir con mucha autoridad.

NISE. (*Dentro.*)

No vais hácia la ciudad,
Sino hácia el prado, cochero.

CELIO. (*Dentro.*)

Laura, al Príncipe os llevamos.
No volveréis á la aldea.

PEROL.

¡Quién habrá que aquesto crea!
¿En qué Libia ó Scitia estamos?
¡Esto se ha de consentir!...
¡Cómo corren los caballos!
Es imposible alcanzallos,
Aunque los quiera seguir.
¡Ay, triste! ¿Qué hará Leonardo?

ESCENA XI.

LEONARDO. — PEROL.

LEONARDO.

¿Qué es esto?

PEROL.

¿De dónde vienes?

LEONARDO.

Del lugar, donde me han dicho
Que salió Laura á la fuente.
¿Dónde está Laura, Perol?
¿De qué te turbas? ¿Qué tienes?
¿Qué ha sucedido, que el alma
Hablar lo que callas quiere?

PEROL.

De ese príncipe Alejandro,
A quien no sin causa temes,
Vinieron aquí en un coche
Dos criados y otra gente.
Hablaron con Laura y Nise;
Y como tienen mujeres
Espíritu ambulativo,
Y no hay cosa que no intenten,
Rogaron á los traidores
Que andar un rato las dejen
En su coche por el prado:
Luego los dos lo conceden.
Entran las dos, y ellos entran;
Y como el milano suele,
En agarrando los pollos,
Volar por el aire leve,
Parten al castillo, dando
Con ánimo diferente,
Ellas voces y ellos prisa;
Quedando yo de la suerte
Que robando á Proserpina,
Lloraba la diosa Céres,
O para decir mejor,
Como gallina que pierde
Los pollos, pues yo lo fuí
En no morir y atreverme.

LEONARDO.

No temia yo sin causa.
¡Oh cómo las almas siempre
Son profetas de los daños,
Y lo que ha de venir temen!
Cual suele cándida garza
Saber cuál halcon la prende,
Así el amante en sus celos
Conoce al que ha de vencerle.
¡Oh fuerza de poderosos!
Oh Alejandro! que tú puedes
Solo en el mundo quitarme
Lo que tus prendas merecen!
Pero entre tantas desdichas,
¿De qué sirve entretenerme?
Seguirla tengo, Perol,
Aunque mil vidas me cueste.
Toda esa hacienda te toma;
Que voy á morir.

PEROL.

Detente;
Que es locura lo que intentas.

LEONARDO.

Pues, perro, ¿tú me detienes?
¿No conoces mi valor?

PEROL.

Iré contigo á perderme.

LEONARDO.

Sin Laura no quiero vida,
Con ella es vida la muerte.

(*Vanse.*)

—

Sala del castillo.

ESCENA XII.

EL REY, SEVERO.

SEVERO.

Laura dicen que ha llegado.

REY.

Advertid que esté con vos,
Y que tengais con los dos,
Severo, mucho cuidado.
Basta que el Príncipe vea
Esta mujer; que no es bien
Que mas licencia le dén.

SEVERO.

Aunque es de una pobre aldea,
Miraré con justo celo
Su honor en esta ocasion
Con mas ojos que el pavon
Que puso Juno en el cielo.

REY.

Con Lisarda puede estar,
Y honestamente la vea,
De suerte que solo sea
Honesto ver, casto hablar.

SEVERO.

Yo fio de su valor
Lo que del tuyo podria.

(*Vase el Rey.*)

ESCENA XIII.

ALEJANDRO, CASANDRA, NISE, CELIO, TEODORO. — SEVERO.

CASANDRA.

Esto mas es tiranía
Que desatinos de amor.
Darme la muerte es mejor,
Si os causo desasosiego.

ALEJANDRO.

Si sabes que amor es ciego,
Laura, en tanta discrecion,
Juzgas mi amor á traicion.

CASANDRA.

Dejadme volver, os ruego.

ALEJANDRO.

¡Volver! ¿Cómo ó de qué suerte?
¿No sabes que enfermo estoy
De verte, y que desde hoy
Me curas volviendo á verte?
¿No ves que excusas mi muerte,
Y mi médico has de ser?

CASANDRA.

Pues si os he venido á ver,
Quien el ser médico imita,
En haciendo la visita,
¿Por qué no se ha de volver?

ALEJANDRO.

Cuando un hombre como yo
Enferma, un médico está
Con él siempre, y no se va.

CASANDRA.

Y ¿no se va?

ALEJANDRO.

Laura, no.
Y este mal que á mí me dió,
Quiere el médico presente
Para cualquier accidente;
Porque si me viene á dar,
¿Cómo se ha de remediar,
Estando el médico ausente?

CASANDRA.

¿Qué accidentes pueden daros,
Que no los haga mayores
El verme?

ALEJANDRO.

Males de amores
No son de curar tan claros,
Y quieren tantos reparos
Cuantos son los pensamientos.

CASANDRA.

Pues de otros medicamentos
Mas que el veros, no soy yo
Dotor que los estudió
En humildes nacimientos.
Dejad que vuelva á mi aldea;
Que os doy palabra de ser
Vuestro médico, y volver
A que vuestro mal me vea.

ALEJANDRO.

Sí; mas porque todo sea,
Como en fin enfermedad,
La mano, Laura, me dad;
Que en el pulso del amor
Conoceréis de qué ardor
Enfermó la voluntad.

CASANDRA.

No me mandeis que lo intente;
Que en esta mala porfía
Curo por astrología,
Y conozco por la frente.

ALEJANDRO.

Vos haréis que mi accidente
Os las tome.

CASANDRA.

No haréis tal,
Si ya no es que vuestro mal
Se ha convertido en locura;
Y ese es mal que no se cura
Sino con locura igual.
Obligadme honestamente,
Yo sabré corresponder.

ALEJANDRO.

(*Ap.* ¿Posible es que esta mujer
Ha nacido humildemente?)
Severo... (*Ap. á*

SEVERO.

Señor...

ALEJANDRO.

Quien siente
Desta manera su honor,
¿No tiene oculto valor?

SEVERO.

Déjala estar con Lisarda,
Que ha de ser su honesta guarda;
Que allá tratarán tu amor.

Ten esperanza y paciencia. —
Vamos, Laura, donde estéis
Como vos misma quereis.

CASANDRA.

Esto ¿es amor, ó es violencia?
Vamos, Nise.

NISE.

Ten prudencia.
(*Vanse Casandra, Nise y Severo.*)

ESCENA XIV.

ALEJANDRO, TEODORO, CELIO.

ALEJANDRO.

¡Qué tengo de hacer, Teodoro,
Si un ángel hermoso adoro,
Y en las desdichas que paso,
De sus tibiezas me abraso,
De su desden me enamoro?

TEODORO.

Señor, á tu gran poder
No se podrá resistir.
Principios son de sufrir,
Aunque es humilde mujer.

CELIO.

Severo no ha de querer:
Véte con ese cuidado;
Que en efeto te ha criado.

ALEJANDRO.

¡Ay, Celio! Pues con Lisarda,
Su hija mayor, la guarda,
El Rey se lo habrá mandado.

ESCENA XV.

LEONARDO, PEROL.—DICHOS.

PEROL. (*Ap. á Leonardo.*)
Aquí está Alejandro: mira
El desatino que intentas.

LEONARDO.

¡A un amante persüades!
Viento coges, el mar siembras.

ALEJANDRO.

Mirad quién se ha entrado aquí.

LEONARDO.

¿No conoce vuestra alteza
A un labrador que luchaba,
Que tiraba y hacia fuerzas,
Y que con diversas armas
Descalabró en tu presencia
Los maestros mas famosos?

ALEJANDRO.

Pues ¿qué quieres? ¿No te premian?
¿Pretendes algun oficio?

LEONARDO.

No hay oficio que pretenda
En palacio, porque soy
Pobre en una pobre aldea,
A la cual (pienso que son
Los que están en tu presencia)
Fueron dos criados tuyos,
Y sacaron con cautela
Una mujer en un coche,
Con quien sus deudos conciertan
Casarme; que está sin padre.
...pelo, y vengo por ella,
Y á morir determinado.

ALEJANDRO. (*Ap. á Teodoro.*)
¡Qué historia troyana ó griega
El desatino de amor
Como el deste amante cuenta!
Esta es la causa, Teodoro,
Por qué esta villana necia
Se resiste á quien yo soy.

TEODORO.

Estas, Señor, no se prendan
Sino allá con sus iguales.

LEONARDO.

¿Qué respondes? ¿No me entregan
A Laura? ¿No se lo mandas?
Que no he de volver sin ella.

ALEJANDRO.

Esto ya pasa de amor;
O es locura ó es soberbia
Notable.

LEONARDO.

Probad, llegad,
Mataréis quien lo desea.
¿A qué aguardais, cortesanos?

CELIO.

Pues muera el villano, muera.
(*Teodoro y Celio desenvainan, y acometen á Leonardo, que los retira á cuchilladas.*)

PEROL. (*Ap.*)
No debe de ser muy fácil.
¡Qué lindamente les pega! (*Vase.*)

ALEJANDRO.

¡Hola, guarda! ¡hola, soldados!
No se vió cosa como esta
En casa de un hombre vil.

ESCENA XVI.

SEVERO. — ALEJANDRO, PEROL.

SEVERO.

¿Qué es esto, Señor?

ALEJANDRO.

¡Que sea
Un rústico de ese monte
Tan atrevido, que venga
A pedirme á Laura á mí,
Y con locura tan ciega
Acuchille á mis criados!

SEVERO.

Ahorcalle de una almena,
Porque él no podrá salir
Con tanta guarda á la puerta.

ESCENA XVII.

TEODORO, CELIO. — DICHOS.

TEODORO.

¡Algun demonio es el hombre!

CELIO.

No he visto tigre tan fiera.
Con un escuadron de picas
Pudieron prenderle apenas.
¡No se ha visto igual valor!

ALEJANDRO.

Ahórquenle, porque sea
Escarmiento á sus iguales.

SEVERO.

Será afrentar la grandeza
De tu generoso nombre.
El castigo se suspenda,
Pues está preso; que yo
Le haré ejemplo de su aldea,
Por honor tuyo, y por ser
De toda aquella ribera
Del mar, el mozo mas fuerte.

ALEJANDRO.

Como tú quisieres sea.
Y pues ya Laura no tiene,
Como este ejemplo lo muestra,
Tanto honor como blasona,
Permíteme que entre á verla;
Que no es razon que queriendo
A un labrador, de una sierra
Parto humilde, tenga en poco,
Tan arrogante y soberbia,
A quien hoy Alejandría
Por su príncipe respeta.
¡Vive Júpiter sagrado,
Que he de forzarla!

SEVERO.

No creas
Que de aquesta puerta pases.
(*Pónese delante de ella.*)

ALEJANDRO.

Pues ¡tú la puerta me cierras!
Quítate della, Severo.

SEVERO.

No pienso quitarme della,
Aunque me quites la vida.

ALEJANDRO.

Toma. (*Dale un bofeton.*)

SEVERO.

¡A mi rostro esta afrenta!

TEODORO.

¡Señor! ¿qué has hecho? ¡Á tu ayo!

ALEJANDRO.

Apártate, y agradezca
Que no le dí con la daga.

TEODORO.

Con poderosos, paciencia.
(*Vanse los tres.*)

SEVERO.

¡Por los soberanos dioses
Que cielo y tierra gobiernan,
Que he de vengarme, rapaz,
Aunque mi príncipe seas!
Yo descubriré el secreto,
Y haré que el imperio pierdas;
Que en injuria y sinrazon
No es la venganza bajeza.

ACTO TERCERO.

Cárcel en el castillo.

ESCENA PRIMERA.

SEVERO, LEONARDO.

LEONARDO.

No sentiré la prision,
Si tan buen alcaide tengo.

SEVERO.

A darte la vida vengo,
Leonardo, en esta ocasion.

LEONARDO.

Lástima te habrá movido
De que un hombre enamorado,
A morir determinado,
Entrase tan atrevido
Donde, si no era volando,
Era imposible salir.

SEVERO.

A pesar has de vivir
De quien está deseando
Tu muerte, porque es razon
Ayudarte á defender,
Si del Príncipe has de ser
El esperado leon.

LEONARDO.

¡Yo, Severo! ¿De qué suerte?

SEVERO.

Oyeme atento, y sabrás
Cuán cerca de rey estás.

LEONARDO.

¡Yo! ¿Por donde ó cómo?

SEVERO.

Advierte.
Ramiro, famoso rey
De cuantas provincias baña

Por siete bocas el Nilo,
Desde Roseta á Damiata
Y del Cairo á Alejandría,
En su verde edad pasada
Quiso con notable amor
A una bellísima dama,
Llamada Antonia, á quien dieran
Semíramis y Cleopatra,
Como en la rara hermosura,
Ventaja en letras y en armas.
Destos amores naciste...
—Oye, no te alteres, calla;
Que el decirte este secreto
No fué, Leonardo, sin causa.—
Era yo solo el criado
De quien Ramiro fiaba
Estos amores de Antonia...
. . . . [1]
Cuando tres años cumplias,
Muere tu madre, y se casa
El Rey con Natalia bella,
Del rey de la Persia hermana.
Nace el Príncipe tu hermano,
A quien Alejandro llaman,
Porque no menos fortuna
De su nacimiento aguardan.
Deste mira el nacimiento,
Y por las estrellas halla
Que un leon le ha de dar muerte,
Si no le esconden y guardan
Hasta que treinta años cumpla.
Con esto Ramiro labra
Este fuerte, en que le tiene
Mientras tantos años pasan;
Y á tí, por una sospecha,
Criar en los montes manda,
Sin que supieses quién eras,
Porque Leonardo te llamas;
Que dice que puede ser
Que los cielos te señalan,
Leonardo, por el leon
(Así el nombre le acobarda)
Que al Príncipe ha de matar,
Quitando con arrogancia
El legítimo laurel.
Y no le ha engañado el alma;
Pues habiendo yo criado
Esta fiera, en confianza
Del premio; porque le quise
Defender que viese á Laura
(Porque el Rey me habia mandado
Que la guardase Lisarda,
Mi hija), su mano fiera,
Sin respeto de mis canas,
Puso en mi rostro; que ha sido
La causa, y tan justa causa,
De declararte quién eres,
Para que en tanta venganza
Seas, Leonardo, el leon
Del príncipe que me agravia.
Serás rey de Alejandría,
Y librarás á quien amas
Deste tirano mancebo,
Que está cerca de forzarla.
Mátale y reina, Leonardo,
Pues tu padre te desama:
Mira que tu madre Antonia
No fué menos que Natalia.
No goce á Laura Alejandro;
Que para empresa tan alta,
Ya á tus brazos y á tu frente
Esperan laurel y Laura.

LEONARDO.

Con notable admiracion
Y atentamente escuché,
Severo, lo que ya sé
De tu extraña relacion.
Dices que soy el leon
Que determina la suerte
Que dé á Alejandro la muerte,
Porque me llamo Leonardo,
Pues laurel y Laura aguardo:
¿No es ansí?

SEVERO.

Sí, hijo.

LEONARDO.

Advierte.
Haz cuenta que, como es uno,
Dios cien mil mundos crió,
Y que pudiera ser yo
Su rey, sin faltar ninguno;
Y que el amor importuno
De Laura me da mas penas
Que hay en los montes arenas;
Y que por Laura y laurel
Me dan lazo de un cordel
Y el reino de dos almenas;
Que Laura, laurel y muerte
No le darán ocasion
A ser Leonardo leon,
Aunque el cielo lo concierte.
Porque, si el sabio, el que es fuerte,
Es señor de las estrellas,
Aunque me lo manden ellas,
Puedo yo con mi albedrío
Gozar de mi señorío,
Y dejar de obedecellas.
Goce á Laura, aunque la adoro,
Y goce el reino mi hermano,
Y perdone el soberano
Cielo el perderle el decoro.
Si un leon, que ser yo ignoro,
Le ha de matar, ese nombre
Razon será que me asombre,
Pues haciendo crueldad tal,
Vengo á quedar animal,
Y nací para ser hombre.
Lo que tú puedes hacer,
Guardándote yo secreto
(Lo que á los cielos prometo),
Es dejarme á Laura ver;
Porque, si *lo que ha de ser*
Es fuerza, ¿qué te fastidia?
Mil fieras tiene Numidia;
No temas que en la ocasion
Al cielo falte un leon
Ni al poderoso una envidia.

SEVERO.

¿Quiéresme dar dos mil veces
Los brazos?

LEONARDO.

¿Pues no, Severo?
Como á mi padre te quiero.

SEVERO.

Ser rey del mundo mereces,
Y de tu virtud me ofreces
Grande indicio : ni me deja
Lo que me niegas con queja;
Que no hacer el mal tambien
Aun puede parecer bien
Al mismo que le aconseja.
El cielo te ha de pagar:
No ha de olvidarse de tí,
Porque en lo que has hecho aquí
Tu virtud le ha de obligar.
No demos que sospechar,
Vén conmigo; que en efeto
Ver á Laura te prometo,
Pero á callar obligado.

LEONARDO.

Hombre que un reino ha dejado,
Sabrá callar un secreto.

(*Vanse.*)

—

Habitacion de Severo en el castillo.

ESCENA II.

ALEJANDRO, CASANDRA.

ALEJANDRO.

Ya es, Laura, mucho desden,
Ya se corre mi valor.
¿Es mejor el labrador
Rústico que quieres bien?
Mira, Laura, que me das
Ocasion de aborrecerte.

CASANDRA.

Tendréla yo de quererte,
Porque me aborrezcas mas.

ALEJANDRO.

Eso es locura.

CASANDRA.

Es valor.

ALEJANDRO.

¡Tú valor!

CASANDRA.

¿No puede ser?

ALEJANDRO.

Es de mujer.

CASANDRA.

Y mujer...

ALEJANDRO.

Que tiene á un villano amor.

CASANDRA.

Quedo, Alejandro; que yo
No fuí mas de agradecida.
Si dél he sido querida,
Fué ocasion, defeto no.
Demás que en ese villano
Hay prendas para querer
Cualquier principal mujer.

ALEJANDRO.

No estoy yo corrido en vano.
¡Vive Júpiter, que creo
Que tu necia resistencia
Ha de llegar á violencia
De mi amoroso deseo!

CASANDRA.

Tente, tente; que en llegando
A no haber otro remedio,
Te pondré un mar de por medio,
Porque ya me voy cansando.

ALEJANDRO.

Pues ¿qué misterio hay en tí?
Que han de ser las causas muchas.

CASANDRA.

Tú le sabrás si me escuchas.

ALEJANDRO.

Ya te escucho.

CASANDRA.

Advierte.

ALEJANDRO.

Dí.

CASANDRA.

Yo, generoso africano,
Soy de los fines de Europa:
Hija soy del rey de Aténas,
Que no humilde labradora.
Mi propio nombre es Casandra;
Que las desdichas me nombran
Laura, aunque nunca he podido
Salir dellas vitoriosa.
Quiso mi padre casarme;
Concertáronse las bodas
Con el príncipe Seleuco,
Hijo del rey de Antióquia.
Labróse una fuerte nave,
Que de la popa á la proa,
Cuando era gigante el mar,

[1] Falta un verso á lo menos.

e pudo servir de joya.
el archipiélago bravo
iansas estaban las olas,
uando me embarcó mi padre
on lágrimas amorosas.
compáñanme sus grandes
algunas grandes señoras,
el Embajador, á quien
l mar la embajada acorta.
amos al viento los lienzos,
l brama en las pardas sogas,
cuya música ayudan
as trompetas sonorosas.
ejamos atrás las islas
ue el archipiélago adornan,
antas, que en léjos parece
ue todas son una sombra.
ero á la vista de Cándia,
l viento, que estaba en popa,
or proa embiste la nave
na tempestad espantosa.
l sol se esconde, las nubes
e enlutan de negras tocas,
os elementos se alteran
a batalla tan furiosa.
a confusion va creciendo,
uméntase la congoja,
n voces, tal vez *amaina*,
tal vez *vira la borda*.
o, triste, estaba aprendiendo
stos nombres á mi costa,
engua del mar que se estudia
uando es todo Babilonia.
este tiempo las deidades,
nuestras lágrimas sordas,
us fuerza al ábrego envian,
us licencia al fiero Bóreas.
ómpese el árbol mayor,
á tres ó cuatro personas
uita el temor de aguardar
que la nave se rompa.
ntonces, ya sin consejo,
na pobre barca abordan,
ue iba de la nave asida,
on un pedazo de escota.
étenme en ella, bajando
or una embreada soga;
obre quién ha de ir conmigo,
os mas nobles se alborotan;
legan, en fin, á las manos:
llos en el mar se arrojan,
llos, en los bordes muertos,
iben las saladas ondas.
mpele la barca el mar,
as estrellas y las olas
ntran juntas en consejo
e mi muerte lastimosa.
uel viento que se engendra
el ártico polo, escombra
ntonces con tal furor
as montañas espumosas,
ue de sierra en sierra de agua,
a, con las tablas ya rotas,
á una playa, y la arena
e sepulta en algas toda;
uando Leonardo, el villano
ue dices, desde las rocas
este mar de Alejandría
ió mejor fin á mi historia
ue Octavio á la de Pompeyo;
ues llegando, desemboza
a barca de algas y espumas,
hace que en sus brazos ponga
as agua que cuerpo y vida,
onde mi esperanza cobra
a que no pensó tener:
sí los cielos revocan
al vez primeras sentencias
on revistas mas piadosas.
íóme su casa y su pecho,
ura me nombra y me adora;
sta obligacion le debo:
ira si son estas obras
Dignas de agradecimiento.
Esto soy: tú piensa agora
Lo que soy; que cuanto á mí,
Yo pienso guardar mi honra. (*Vase.*)

ESCENA III.

ALEJANDRO.

De turbado y admirado,
Aun no supe detenella.
¿Que tú eres, Casandra bella,
Reina? ¡Qué bien lo has mostrado
En el valor y cuidado
De tu defensa! ¿Qué espero?
Decir á mi padre quiero
La ventura que he tenido,
Pues un ángel ha venido
Contra un animal tan fiero.
Ya no hay que temer leon,
Ya se han cumplido los años. —
¡Teodoro!... (*Llamando.*)

ESCENA IV.

TEODORO. — ALEJANDRO.

TEODORO.
¡Señor!...

ALEJANDRO.
Engaños
Hace la imaginacion...
—Mas no, que verdades son.

TEODORO.
¿De qué súbita alegría
Estás desta suerte?

ALEJANDRO.
El dia
Que vi de Laura los ojos
Cesaron cuantos enojos
De mis fortunas temia.
Hazme luego retratar,
Llama, Teodoro, á Elpenor;
Que este famoso pintor
Del leon me ha de vengar.
Con un pié me ha de pintar
Sobre el leon, ya vencido
Despues que Laura ha venido,
Y que, la mano en la daga,
Quiero abrir sangrienta llaga
En el animal rendido.
Parte, y que venga le di,
Mientras á mi padre digo
Que el rey de Aténas, su amigo,
A Casandra tiene aquí.
Laura es su hija, y de mí
Será tan presto mujer,
Cuanto el Rey lo ha de saber.

TEODORO.
¡Laura es infanta de Aténas!

ALEJANDRO.
El cielo, entre tantas penas,
Tanto bien me quiere hacer.
Vamos, porque parta alguno
A Grecia y lleve la nueva;
Que ya la fama la lleva
Por los campos de Neptuno.

TEODORO.
No hay en el reino ninguno
Como Celio.

ALEJANDRO.
Celio vaya,
Y cuando vuelva á esta playa,
De ella me hallará marido,
Y el pronóstico cumplido,
Que tanto al reino desmaya.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

CASANDRA, LEONARDO, PEROL, CINTIA.

LEONARDO.
Toda la gloria de verte
Me has templado con oirte;
Mil cosas pensé decirte,
Y ya no mas de mi muerte;
Que si le has dicho, Señora,
Que eres infanta de Aténas,
Has dado fin á sus penas,
Porque Alejandro te adora,
Y se ha de casar contigo.

CASANDRA.
Mientras avisan al Rey,
Como es de los tiempos ley,
Se tratará cuanto digo.
No bastan humanos medios
A grandes resoluciones,
Porque fuertes ocasiones
Tienen fuertes los remedios;
Y yo no pude excusar
De hacer defensa á mi honor
Con decirle mi valor.

LEONARDO.
Bien te pudiera culpar,
Si un secreto te dijera;
Pero la palabra he dado.

CASANDRA.
Leonardo, tú, rey de un prado
Y señor de una ribera,
¿Cómo puedes igualar
A quien como yo nació?
Es imposible que yo
A mas me pueda obligar
Que á tenerte grande amor.

LEONARDO.
Yo conozco mi bajeza,
Y que entre tanta grandeza
Soy un pobre labrador.—
Pienso que saldré de aquí,
Segun me ha dicho Severo...
—Volverme á mi monte quiero,
Y morir como nací.
Solo te ruego...

CASANDRA.
Habla quedo.
(*Hablan bajo Leonardo y Casandra.*)

PEROL.
¡Ay Cintia! tú ¿qué serás?
Porque ya tan grave estás,
Que tengo á tus cosas miedo.
¿De dónde serás infanta?
¿En qué nave habrás venido?

CINTIA.
Yo, Perol, soy lo que he sido.

PEROL.
La corte ¿no te levanta
El pensamiento siquiera
A decir una mentira?

CINTIA.
El ser quien soy me retira
De toda vana quimera.

PEROL.
Toma ejemplo del papel,
Que se hace de trapos viejos,
Y sube hasta los Consejos,
Y á que escriba el rey en él.
¿Quién hay que aliento no cobre
Viendo el papel, que ha subido
A escribirle un rey, si ha sido
Una camisa de un pobre?

CINTIA.
Sí; pero siempre verás
Que le queda el mal olor.

PEROL.

Tú tienes poco valor,
Ya que en la ocasion estás;
Y del papel no te espantes,
Pues le queda, á toda ley,
De estar en manos del rey,
El buen olor de los guantes.
Corto ingenio y gran desmayo
Tiene, Cintia, en su valor,
Quien llega hasta el resplandor
Del sol, sin hurtalle un rayo.
Pero, ya que tienes ama
Reina y señora de Aténas,
Que te dará mas cadenas
Que tiene lenguas la fama,
Bien me puedes, Cintia, dar
La que el Príncipe te dió.

CELIO.

Pues ¿qué soy agora yo,
O en que me puedo fiar?
¿No eres mas necio, Perol?
Para pescar la cadena,
¿Te dan los ejemplos pena
De llegar al rey y al sol?

PEROL.

Malicias. Yo no lo digo,
Sino por lo que has de ser,
Si es Laura del Rey mujer.

CINTIA.

¡Ay, cómo te entiendo, amigo!
¿No te dije el otro dia
Que los hombres han de dar,
Y las mujeres tomar?

PEROL.

Un hombre dicen que habia,
Que en las pendencias tiraba
Un plomo atado á un cordel,
Y luego tirando dél,
Con el plomo se quedaba.
¡Oh! Si diésemos así,
¡Qué linda cosa que fuera,
Y que cuanto un hombre diera,
Luego lo volviera á sí!
Deste dar quedara el brazo
Sabroso.

CINTIA.

¡Qué lindo dar!

PEROL.

Aqueste modo de dar
Se habia de llamar plomazo.

ESCENA VI.

SEVERO. — DICHOS.

SEVERO.

Leonardo, escóndete presto;
Que viene el Príncipe.

LEONARDO.

¡Ay, cielos!
¡Qué presto vienen los celos!
No viene el amor tan presto.
Libre me quisiera hallar,
O muerto, pues he llegado
A tiempo que en tal estado
No hay que temer ni esperar.
¿No dijiste que tendria
Libertad?

SEVERO.

Si quieres irte,
Puedes.

LEONARDO.

¿Qué podré decirte,
¡Oh Laura! en tan triste dia?
Al monte vuelvo á morir.
Ten lástima de una vida
De quien eres homicida.

CASANDRA.

No sé qué pueda decir
Entre tantas confusiones:

LEONARDO.

¿Podré, Laura, merecer
Morir por ti?

CASANDRA.

¿Qué he de hacer?

SEVERO.

Leonardo, menos razones.
Véte, no te halle aquí.

LEONARDO.

Al fin ¿ya no te verán
Mis tristes ojos?

CASANDRA.

Sí harán.

LEONARDO.

Laura, acuérdate de mí.

(*Vanse todos, menos Casandra.*)

CASANDRA.

Lágrimas miro, y ¡no digo
A voces que loca estoy!
¿Qué he de hacer, si soy quien soy?

ESCENA VII.

ALEJANDRO, ALBANO. — CASANDRA.

ALEJANDRO.

Entra, pues eres testigo.
Di á Casandra lo que pasa,
Di lo que el Rey respondió.

ALBANO.

¿Tengo de abonarte yo?

ALEJANDRO.

Ya, Casandra, el Rey me casa,
Porque este reino poseas;
Ya despacha embajadores
A Aténas; ya tus rigores
Cesarán, cuando te veas
Señora de Alejandría.
Tú en fin mis dichas apruebas,
Llegándome tales nuevas
Juntas en un mismo dia.
De suerte que me ha contado
Que mañana es ya cumplido
El término difinido
Del pronóstico pasado.
No falta mas de mañana,
En que serás mi mujer,
Y en que dejaré de ser
Mártir desta ciencia humana
De la voluntad divina
Y celestial influencia,
Que me ha costado paciencia
De solo un príncipe dina.
Tantos años de prision
Bien pudieron merecer
Que fueses tú mi mujer,
Con tanta satisfacion
Del Rey y reino... — ¿Qué tienes?
¿No respondes?

CASANDRA.

No te espantes
Que entre males semejantes
Me espanten tambien los bienes;
Que en mi fortuna mortal
Estoy de suerte tambien,
Que me espanta mas el bien,
Porque trato mas el mal.
Déjame entrar á escribir
Al Rey; que no es bien que parta
Sin carta mia.

ALEJANDRO.

En tu carta
Puedes, Casandra, decir
Lo que sientes de mi amor.
Obligame en alabarme.

CASANDRA.

A mí me está bien honrarme
De un hombre de tu valor. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ALEJANDRO, ALBANO.

ALEJANDRO.

¿Qué sientes de esto?

ALBANO.

Que está
Dudosa de que la ensalces
A tan alta monarquía.

ALEJANDRO.

Si la tuviera por grande,
Mostrárame mas contento.

ALBANO.

Los entendimientos graves,
En las prósperas fortunas
Mas humildes muestras hacen.
Cuando coge un gran contento
De improviso, suele darles
Suspension á los sentidos.

ALEJANDRO.

Bien dices. Quiero alegrarme.
Hoy haré á todos mercedes,
Pues comienza á publicarse
Mi libertad, y tan cierta,
Que solo puede faltarme
Lo que el sol, desde que salga
Por las puertas orientales
Hasta que á dorarlas vuelva
Del polo Antártico, tarde.
¡Ay cielos! ¿que veré libre
Las populosas ciudades,
Ejércitos numerosos,
Plazas, templos, casas, calles,
Cómo se marcha en la tierra
Y se navegan los mares?
¡Qué notable dicha!

ALBANO.

Mira
Que el placer puede dañarte
Como el pesar, si te dejas
Consumir de imaginarle.
Divierte ese pensamiento.

ALEJANDRO.

Celio viene.

ESCENA IX.

CELIO, *y* UN CRIADO, *con dos dagas en una fuente.* — DICHOS.

ALEJANDRO. (*A Celio.*)

¿Qué me traes?

CELIO.

Aquellas dagas, Señor,
De la hechura que mandaste.

ALEJANDRO.

Muestra. ¡Qué buena es aquesta!
Y es la cuchilla notable.
Esta es mejor guarnicion...
Y esta, por Dios, que desarme
A la mas fuerte defensa.

ALBANO.

Elpenor viene á mostrarte
El retrato que te ha hecho.

ESCENA X.

ELPENOR, *con un retrato de Alejandro.* — DICHOS.

ALEJANDRO.

No hay hombre que me retrate
Con mas gracia que Elpenor.

ELPENOR.
Solo deseo agradarte.
ALEJANDRO.
Poned en ese bufete
Las dagas.
(*Pónelas el criado.*)
ELPENOR.
Quisiera hallarme
Con el ingenio de Céuxis,
Con el pincel de Timántes,
O, pues eres Alejandro,
Y Alejandro retratarse
Dejaba solo de Apéles,
Que yo supiera imitarle.
ALEJANDRO.
Poned en alto el retrato.
ALBANO.
Aquí no hay con qué se alce.
ALEJANDRO.
Encima de ese bufete
Bastará que se levante.
(*Ponen el retrato sobre el bufete, retirando las dagas.*)
ALBANO.
¿Está bien así?
ALEJANDRO.
Muy bien.
ELPENOR.
La simetría y sus partes
Guardan proporcion debida.
CELIO.
¡Qué bien el efecto hace
De querer sacar la daga!
ALEJANDRO.
¿Que este habia de matarme?
¿De esta suerte es un leon?
CELIO.
Por eso á tus plantas yace,
Y triunfas dél este dia.
ALEJANDRO.
¡Vive el cielo, que he de darle
Una puñada de enojo,
Aunque el retrato se rasgue!
(*Da al cuadro una puñada, y hiérese con las dagas que estaban detrás.*)
¡Ay! ay!
ALBANO.
¿Qué ha sido, Señor?
ALEJANDRO.
¡Ay de mí!
ALBANO.
Llena de sangre
Tienes la mano.
ELPENOR.
Las dagas,
Que estaban de esotra parte,
Te hirieron al dar el golpe.

ESCENA XI.

REY. — DICHOS.

REY.
¿Qué voces son estas?
ALEJANDRO.
Dadme,
Dadme algun remedio presto.
REY.
¿Quién te ha herido?
ALEJANDRO.
¡Qué señales
Tan tristes de tus temores!
Hice á Elpenor retratarme
Con un leon á los piés;
Y enojado de mirarle,
Dile en la pintada boca
Un golpe. ¡Caso notable!
Que en las dagas que detrás
Estaban, sin acordarme,
Mano y brazo me he pasado.
REY.
¡Oh estrellas inexorables!
—Llevadle luego de aquí.
ALBANO.
Vén, Señor, no te desangres.
ALEJANDRO.
Temo que el leon me ha muerto.
(*Llévanle; se quedan el Rey y Celio.*)

ESCENA XII.

EL REY, CELIO.

REY.
¡Dioses! En sucesos tales
Conozca el mundo su engaño,
Y que han de ser inviolables
Vuestras leyes y secretos.
¿Hay desgracia semejante?
CELIO.
No será tanta la herida,
Ni querrá el cielo quitarte
Con un animal pintado
La prenda que tanto vale.
REY.
¡Ay Celio! que agora veo
Que nuestras fuerzas mortales
No impiden *lo que ha de ser.*
¿Quién dijera que una imágen,
Un retrato de un leon,
Siendo mañana en la tarde
Cumplido el preciso tiempo
En que habia de matarle,
Hoy fuese causa, queriendo
Darle un golpe, que le pase
La mano, sin mano el hierro,
Que estaba de la otra parte?
Mucho temo, y con razon,
Que aquesa herida le mate.
Siempre fué *lo que ha de ser,*
Por mas que el hombre se guarde.
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XIII.

LEONARDO, NISE.

NISE.
Sin duda te has vuelto loco
De amores de Laura ya;
Que, como en la corte está,
Tienes á la aldea en poco.
¡Tú vestido cortesano!
¡Tú espada! ¿Qué frenesí
Te ha dado?
LEONARDO.
¡Ay Nise! Ay de mí!
NISE.
Como naciste villano,
Y aires de señor te dieron
Con aquel tan necio amor,
Perdiste el ser labrador,
Como tus padres lo fueron;
Y arrogante de tu brio
Y no mal entendimiento,
Soñaste algun casamiento,
Que es el mayor desvarío.
Deja la espada, Leonardo;
Vuelve, vuelve al azadon.
LEONARDO.
De mi pena y confusion
Solo este remedio aguardo.
Yo me voy, Nise, á embarcar;
La causa yo me la sé;
Que no es posible que esté
Mas tiempo en este lugar.
Soy otro sér del que fuí,
Y como no puedo ser
Como soy, voyme á tener
Aquel sér léjos de aquí.
Porque ¿de qué me sirviera
No poder ser lo que soy?
Y pues no soy donde estoy,
Loco, siendo quien soy, fuera.
NISE.
¿Hay lástima mas extraña?
Loco estás. ¡Pobre de tí!
LEONARDO.
Como no sabes quién fuí,
No saber quién soy te engaña.
Ya Laura será mujer
Del Príncipe.
NISE.
¿De qué modo?
LEONARDO.
Porque se ha sabido todo,
Y Laura lo puede ser,
Que es hija del rey de Aténas,
Donde embajadores van,
Con quien mis penas irán;
Que voy á embarcar mis penas.
Quiero ver si puede el mar
Templar mi fuego. Ya es ido
Perol á ver si han venido;
Que hoy se quieren embarcar.
Quédate, Nise, con Dios.
NISE.
¿Es posible que te vas?
LEONARDO.
No puedo mas.
NISE.
¿Que jamás
Nos hemos de ver los dos?

ESCENA XIV.

PEROL. — DICHOS.

PEROL.
Sin aliento vengo á verte.
LEONARDO.
¿De qué vienes sin aliento?
PEROL.
Fuí al puerto, y hallé que ya
Teodoro estaba en el puerto
Para embarcarse á Modon,
Cuando mil hombres corriendo,
Que se detenga le dicen,
Porque es Alejandro muerto.
LEONARDO.
¿Qué Alejandro?
PEROL.
¿Qué Alejandro?
El Príncipe.
LEONARDO.
¡Santo cielo!
¿Y quién le mató?
PEROL.
Un leon.
LEONARDO.
¿Es tiempo de burlas, necio,
Este en que me ves agora?
PEROL.
¿No lo crees?
LEONARDO.
No lo creo;
Que no era posible entrar
Un leon en su aposento,
Aunque llovieran leones.

PEROL.

Pintado estaba en un lienzo
A los piés de su retrato;
Dióle un golpe tan soberbio,
Que en unas dagas que habia
Detrás (¡qué extraño suceso!)
Se pasó la mano y brazo;
Y sin humano remedio,
Sin poderle restañar
La sangre, dicen que ha muerto.

LEONARDO.

Si no te burlas, es cosa
La mas rara, es el mas nuevo
Caso que se oyó en el mundo.

PEROL.

Las desdichas suelen luego
Hallar crédito, las dichas
Tienen dudoso á su dueño.
Pero, porque sin pension
Nunca las dichas vinieron,
Cuando trataba Alejandro
Con Casandra el casamiento,
Como no era de su gusto,
Dicen que con Cintia huyendo
Salió del fuerte una noche:
Cosa que en cuidado ha puesto
Al Rey y á toda la corte.

LEONARDO.

Dame, Perol, dame presto
Mi gaban de labrador:
Que á ser lo que soy me vuelvo.
Desnúdate de soldado.

PEROL.

¿A qué efeto?

LEONARDO.

A que no quiero
Que piense el Rey cierta cosa,
Que dirá el tiempo á su tiempo.

PEROL.

Vistete; que tú te entiendes.

ESCENA XV.

SEVERO. — DICHOS.

SEVERO. (*Ap.*)

Si no se ha embarcado, pienso
Que le hallaré en este monte.

LEONARDO.

Perol, ¿no es este Severo?—
¿Dónde vas, Severo amigo?
(*Ap.* Alguna traicion sospecho.)

SEVERO.

¡Oh gallardo mancebo! Hoy es el dia
Que se ha de ver tu corazon valiente.
La verdad alcanzó la astrología,
Murió Alejandro miserablemente.
Casandra, yendo al mar (que pretendia
Embarcarse á Modon secretamente),
De la gente del Rey, que la buscaba,
Fué presa cuando ya á la orilla estaba.
A la corte la vuelven, donde quiere
Casarse el Rey con ella en tales años.
Si tu Casandra por aquí viniere,
Antes te lleven bárbaros extraños
Adonde el sol entre los hielos muere,
Pues que son contra tí tales engaños,
Que la dejes al Rey; porque no es justo
Quitarle el reino, y con el reino el gusto.

LEONARDO.

¡Cómo casarse el Rey con prenda mia!
El reino, déle el Rey, si darle puede,
Puesto que ha sido bárbara porfía
Que un hijo natural se desherede;
Pero ¡quitarme á Laura! Si él envia
Ejército que al mar y arena excede,
Lo haré pedazos yo.

SEVERO.

Detente un poco.

LEONARDO.

Si son ellos, aquí verás un loco.

ESCENA XVI.

CASANDRA, ALBANO, CELIO, SOLDADOS. — DICHOS.

CASANDRA.

¡Ejércitos para mí!
¡Para mí, soldados y armas!
¿Qué debo al Rey? qué me quiere?

CELIO.

Señora, no seais ingrata;
Que el Rey no quiere forzaros.
Como sin hijos se halla,
Y reina de Alejandría
Ya por Alejandro os claman,
Quiere que vos lo seais,
Quedando con él casada,
Y dar heredero al reino
Con hijos, como pensaba
Con nietos: cosa tan justa,
Que á sus Consejos agrada,
Y con aplauso comun
Su reina y señora os llaman.

CASANDRA.

Yo lo estimo, caballeros;
Pero tengo ciertas causas
Que agradecerle me impiden
Honras y mercedes tantas.
Yo no he de pasar de aquí:
Esta aldea es ya mi casa
Hasta que mi padre venga,
A quien he escrito una carta,
Relacion de mis fortunas.

CELIO.

Advertid que ya os aguarda,
Y á recebiros salia.

CASANDRA.

Yo no he de ir: ¿á qué te cansas?

LEONARDO.

¡Hola, criados del Rey!
Dejad á Laura ó Casandra;
Que tiene quien la defienda
En estas montañas Laura.

PEROL.

Este es aquel labrador
Que hirió en el fuerte las guardas.

ALBANO.

El mismo; pero ¿qué importa?
Casandra á la corte vaya;
Que villanos son villanos.

LEONARDO.

¡Hola, gente cortesana!
¿Sois sordos? ¿No me escuchais?

CELIO.

¿Qué quieres, que ansí nos llamas?

LEONARDO.

¿He de decirlo otra vez?
Dejad á Laura; que es Laura
Mi mujer.

CELIO.

¡Brava locura!

LEONARDO.

¿Tengo de sacar la espada?

CELIO.

Para morir, bien podrás.

LEONARDO.

Pues ya voy. ¡Fuera, canalla!
(*Acuchillalos.*)

PEROL.

Aquí está, Señor, Perol.
Sacude; que son de paja.

ALBANO. (*Interponiéndose.*)

Tantos á un hombre es vergüenza

LEONARDO.

Dejad, infames, la Infanta.

ESCENA XVII.

REY, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

REY.

¡Extraña furia de loco!
Detente.

LEONARDO.

No me obligaras
Menos que con lo que sabes;
Que por quien eres, no basta.

REY.

¿Por qué matas á estos hombre

LEONARDO.

Porque me llevan el alma,
Y dicen que es para tí,
Cuya condicion tirana
Castigue el cielo, á quien pido
De mis agravios venganza.
Tienes hijo como yo
Que puede honrar á su patria,
¡Y buscas hijo, imposible
A tu salud y á tus canas!

REY.

¿Sabes quién eres?

LEONARDO.

Y sé
Que le diste la palabra
A mi madre: con que soy
Legítimo, que eso basta.

REY.

¡Severo!...

SEVERO.

Señor, yo he sido;
Que no es bien que tu edad im
Comience agora á ser rey.

REY.

Severo, en desdichas tantas
Quiero obedecer al cielo,
Porque las fuerzas humanas
En vano *lo que ha de ser*
Con flacos miedos contrastan.—
Alejandría, Leonardo
Es mi hijo: yo pensaba
Que era el leon, por el nombre
De la celeste amenaza;
Y por eso le crié
Labrador de estas montañas,
Para no enojar al cielo
Si la vida le quitaba.
El es vuestro rey.

ALBANO.

Y el reino
Por rey y señor le aclama.

LEONARDO.

Casandra, yo soy el Rey.

CASANDRA.

Pésame, porque pensaba
Obligarte labrador
Con ser de Aténas infanta.

PEROL.

Impido este casamiento,
Si con Cintia no me casan.

LEONARDO.

Nise, Albano ha de ser tuyo;
Iréis á la corte entrambas,
Donde títulos y rentas
Darán honra á vuestras casas;
Que *lo que ha de ser*, aquí,
Senado ilustre, se acaba:
Raro suceso que escriben
Las historias africanas.

LA BOBA PARA LOS OTROS Y DISCRETA PARA SÍ.

PERSONAS.

LEJANDRO, *galan.*	LISENO, *criado.*	LAURA, *criada.*	CRIADOS.
LIO, *galan.*	MARCELO.	FENISA, *criada.*	SOLDADOS.
MILO, *galan.*	DIANA.	ALBANO.	ACOMPAÑAMIENTO.
BIO, *gracioso.*	TEODORA, *dama.*	CABALLEROS.	

La accion pasa en Urbino y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Campo inmediato á una aldea.

ESCENA PRIMERA.

DIANA, *de labradora.*

Pues ¡tú de amores conmigo,
Ignorante labrador!
Dirás (que yo no lo digo)
Que el amor, en cuanto amor,
Nunca mereció castigo.
No porque es mi rustiqueza
Tanta, que ignore el grosero
Estilo de mi rudeza
Que amor fué el hijo primero
Que tuvo naturaleza.
Deste amor han procedido
Cuantos son, cuantos han sido;
Pero no me persüado
A tenerle en bajo estado
A ningun hombre nacido.
Aquí destas peñas vivas
Quisiera romper las hiedras,
No porque trepan altivas,
Mas porque abrazan sus piedras,
Amorosas y lascivas;
Y aquí con violentos brazos
Los enredos destas parras,
Los embustes de sus lazos,
Que de pámpanos bizarras,
Dan á los olmos abrazos.
Si de celos ó de antojos
Canta á la primera luz
Algun ave sus enojos,
Quisiera ser arcabuz,
Y matalla con los ojos.
Y tú, grosero villano,
Vienes á decir amores
A quien por el aire vano
Ha sido de ruiseñores
Derribó con diestra mano!
Tú, ni el de mas brio y talle,
No me hableis; que si en el valle,
Donde mas léjos se esconde,
Solo el eco me responde,
Le suelo decir que calle.
Lo os fieis en que esta aldea
Me dió padre labrador;
Que el alma que se pasea
Por mi pecho, y el valor,
Me dice que no lo crea.
Tengo tan altos intentos,
Que si pudieran con arte
Subir trepando elementos,
Pasaran de la otra parte
El cielo mis pensamientos.
Es posible que yo fui
Parto de un monte, y nací
De un rudo y tosco villano?
Un alma tan grande ¡en vano
Deposita el cielo en mí!
Son tales mis presunciones
Y discursos naturales,
Que en todas las ocasiones
Aborrezco mis iguales,
Y aspiro á ilustres acciones.
Ayer (aunque no es fiel
Intérprete la osadía)
Tuve un sueño, y vi que en él
Un águila me ponia
Sobre la frente un laurel.
Con esto tan vana estoy,
Que pienso, por mas que voy
Reprendiendo mi bajeza,
Que se erró naturaleza,
O soy mas de lo que soy.
Aires, corred mas aprisa,
No bulliciosos peineis
La yerba que el alba pisa;
Fuentes, no me murmureis;
Tened un poco la risa;
Y si un alto pensamiento
En bajo sugeto os calma,
Parad con advertimiento;
Que son narcisos del alma
Los locos de entendimiento.
Porque, si posible fuera
Que el Autor del cielo diera
Al entendimiento cara,
Loca de verle quedara,
Si en vuestro cristal le viera.

ESCENA II.

FABIO. — DIANA.

FABIO. (*Ap.*)

Por las señas que me ha dado
Un villano desta aldea,
Que la vió bajar al prado,
No es posible que otra sea.

DIANA.

¿Qué buscais con tal cuidado?

FABIO.

Busco una bella aldeana,
Que se ha de llamar Diana,
Porque es de almas cazadora,
Desde que salió la aurora
A producir la mañana.
¿Sois vos acaso?

DIANA.

Yo soy.

FABIO.

¿Cierto?

DIANA.

Y muy cierto.

FABIO.

La mano
Me dad.

DIANA.

Los brazos os doy.

FABIO.

En vuestro semblante humano
Mirando mi dueño estoy.

DIANA.

Sosegaos.

FABIO.

Estoy sin mí
Desde el instante que os vi.

DIANA.

Pues ¿qué quereis?

FABIO.

Que me oigais,
Sin que un acento perdais
De cuanto os dijere aquí.
Ilustrísima Diana,
Hasta agora destas selvas
Humilde honor, aunque grave,
Como está el oro en la tierra:
Octavio, duque de Urbino,
Señor, como sabes, desta,
Por falta de sucesion
Trujo, de su hermano César,
A su sobrina Teodora,
Hermosa como discreta,
A su estado y á su casa. —
Estáme por Dios atenta;
Que no entender los principios
Hace obscuras las materias. —
Siempre se pensó en Urbino
Que fuera Teodora bella
Su heredera: claro estaba,
Pues le tocaba tan cerca.
Así Teodora vivia,
Y destos estados era
Señora, y espejo al Duque,
Que estaba mirando en ella.
Servíanla pretendientes
Príncipes: Parma y Plasencia,
Ferrara, Mantua y Milan;
Pero con menores fuerzas
Y mayores esperanzas,
Como quien sirve en presencia,
Dos caballeros de Urbino,
Julio y Camilo, á quien ella
Cortesmente entretenia,
Con inclinacion secreta
A Julio, ó por mas galan
O por mas conforme estrella.
En estos medios, Diana,
La inexorable tijera
De la Parca cortó el hilo
Al Duque en años cincuenta.
Lo que la muerte descubre,
Lo que muda, lo que trueca
En cualquier estado ó casa,
Bien lo muestra la experiencia.
Así fué en esta ocasion;
Que en su testamento deja

Declarado el duque Octavio
Que tiene en aquesta aldea
Una hija natural,
Que nombra por heredera.
Abriéndose el testamento,
Teodora sin alma queda,
Julio sin vida, y Camilo
Con esperanza mas cierta
Que será señor de Urbino,
Si viene por quien le hereda,
Pues Teodora no le amaba;
Que, aunque recatadas, muestras
Al fin daba de que Julio
Estaba mas en su idea.
Con esto, hermosa Diana,
Toda la corte se altera,
Y en dos bandos se divide
Con tal porfía, que llegan
A escribir leyes las armas
Y hacer derecho la fuerza.
Pero entrando de por medio
Las canas de la nobleza,
Vencen la furia á Teodora,
Y la juventud sosiegan.
La legítima señora
Buscar alegres decretan,
Y dan el cargo á Camilo,
Que ya se llama, ó lo sueña,
Duque de Urbino contigo;
Porque hasta esperar sentencia
De algunas dificultades,
Quiere Julio que pretenda
Su Teodora, aunque entre tanto,
Diana, á la corte vengas.
Yo, que en servicio del Duque
Con poca nobleza y renta
Nací en humilde fortuna,
Tanto, que me ha sido fuerza
Valerme del buen humor,
Para los señores puerta,
Aunque no falto, Diana,
De alguna virtud y letras;
Respetando aquella sangre
Que del muerto duque heredas,
Vine, no á pedirte albricias
Del parabien de que seas
Duquesa de Urbino, cuando
Eco destos montes eras,
Sino para que el peligro
A que te llevan adviertas,
Entre tantos enemigos,
Sin que nadie te defienda.
Porque Camilo no es justo
Que tu persona merezca,
Donde príncipes tan grandes
Estos estados desean.
Teodora y Julio ¿quién duda
Que, al paso que te aborrezcan,
Han de pretender tu fin
Con injustas diligencias?
Mira el peligro en que estás,
Y si es menester que tengas
En tantas dificultades
Entendimiento y prudencia.
Perdóname que te diga
Que examinarte quisiera,
Puesto que el buen natural
Tales imposibles venza...
— Pero ya con los caballos
El estruendo de las selvas
Me avisa que los que vienen
En tropa á buscarte, llegan.
No me quiero detener;
Que no quiero que me vean,
Por ver si puedo despues
Servirte allá sin sospecha.
¡Dios te libre de traidores,
Tu justicia favorezca,
Tu buena dicha asegure
Y tu inocencia defienda! (*Vase.*)

ESCENA III.

CAMILO, RISELO, LISENO, ACOMPAÑAMIENTO. — DIANA.

RISELO. (*Ap. á Camilo y los que le acompañan.*)
Esta, señores, es la que buscando
Venis por este monte, hija de Alcino,
Desta aldea vecino,
Que agora está en los montes repastan- [do.

DIANA. (*Ap.*)
¡Oh ingenio! aquí me ayuda.
Fingirme quiero simplemente ruda;
Que es el mejor camino á un grande [intento.

CAMILO.
Caballeros, mirando estoy atento
En esta labradora
Lo que pueden la muerte y la fortuna.

LISENO.
¡Qué, sin sospecha alguna
Del estado que espera está, suspensa!

DIANA. (*Ap.*)
Este es Camilo: atentamente piensa
Cómo ha de hablarme, y mi persona mi- [ra.
Quiere llegar, y el traje le retira.

CAMILO.
¿Qué sirve suspender á lo que vengo,
Cuando presente, gran Señora, os ten- [go?
Dadme los piés, Duquesa generosa,
Y tanta novedad no os cause espanto.

DIANA.
¡No faltaba otra cosa,
Sin que ellos vengan á burlarse tanto!
¿Qué duquesa decis ó calabaza?
Si andais acaso por el monte á caza,
No me tengais por fiera.

CAMILO. (*Ap. á Liseno*)
Pensé que en lo exterior fuera villana,
Y que la buena sangre le infundiera
Un alma por lo menos cortesana.

LISENO. (*Ap. á Camilo*)
¿Si acaso no es Diana?

CAMILO. (*A Riselo.*)
¿Es Diana, pastor?

RISELO.
En esta aldea
No hay otra que de aqueste nombre [sea,
Ni, como preguntais, hija de Alcino.

CAMILO. (*Ap. á Riselo.*)
¡Que esta ha de ser de Urbino
Duquesa!

RISELO.
¿No os agrada?

CAMILO.
¿Cómo me ha de agradar?

RISELO.
Pues ¿qué os enfada?

CAMILO.
El semblante zahareño y los efetos,
Que no son tan discretos
Como su nacimiento prometia.

RISELO.
¡Qué mal la conoceis! Porque podria
Venderos mas retórica, si hablase,
Que cuantos la profesan en Bolonia.

CAMILO.
Señora, el Duque es muerto.

DIANA.
Pues ¿qué se me da á mí? Pero si es [cierto,
Enterralde, señores;
Que yo no soy el cura.

CAMILO.
Mirad que es vuestro padre.

DIANA.
¡Qué locu
Siendo Alcino mi padre!

CAMILO. (*Ap. á Liseno.*)
Los temore
Que tuve de su poco entendimiento
No me salieron vanos.

LISENO. (*Ap. á Camilo.*)
¿Qué te espa
Si se ha criado en rustiqueza tanta?

CAMILO.
(*Ap.* Tambien fuera milagro que no
Criada en este monte, como fiera [
Desta ruda aspereza;
Mas presto mudará naturaleza,
En dándole los aires cortesanos.)
Dad á todos las manos.
Venid, Señora, á Urbino,
Y seréis su duquesa.

DIANA.
¡Desatino!

CAMILO.
Señora, el Duque os heredó en su mu
Gozad tan alta suerte [
Y tan dichosa empresa.

DIANA.
Pues ¿soy yo buena para ser duque

CAMILO.
Sí, pues lo quiso el cielo.

DIANA.
Pues voy por mis camisas y un say
Verde que tengo, con azules vivos.

CAMILO. (*Ap. á Liseno.*)
¡Extraños disparates!

LISENO.
Excesivos.

CAMILO.
Allá tendréis las galas que conviene
A las que vuestro estado y nombre t
Venid, Señora, al coche, [no
Porque entreis esta noche,
Si es posible, en Urbino.

DIANA.
Que no, Señor; yo tengo mi pollino

RISELO.
Mira, Diana, que eres ya duquesa.

DIANA.
Pues sélo tú por mí; que á mí me pe

CAMILO.
Vamos, Señora. (*Ap.* ¡Extraño desc [suel

LISENO. (*Ap. á Camilo.*)
¡Buena duquesa llevas!

DIANA.
Di, Riselo,
Si al monte fueres, á mi padre Alci
Que aquí me llego á Urbino
A ser duquesa, aunque de mala ga
Y que luego vendré por la mañana.

(*Vanse.*)

—

Sala en Urbino, en el palacio de sus duque

ESCENA IV.

TEODORA, JULIO.

TEODORA.
¡Que porfiase Camilo
En traer esta Diana!

JULIO.
Es su condicion villana,
Teodora, de aquel estilo.

TEODORA.
Julio, aunque el Duque dejase

lánsula en su testamento
este nuevo pensamiento,
esta villana heredase,
na cosa tan dudosa
Cómo senado tan sabio
la permite, en agravio
la heredera forzosa?
o que disponen las leyes
o lo sé; pero sospecho
ue es diferente el derecho
ntre príncipes y reyes;
ue, aunque es la justicia igual,
s justo que haya excepcion
uando las personas son
e nacimiento real.
ue el Duque me aborrecia
odemos probar tambien,
porque te quise bien
justos celos tenia;
ue el querer por sucesor
ar al duque de Parma,
obre fundamentos arma
ito á su injusto rigor.

JULIO.

uando no hubiera razon
as que probar al que muere
ue estaba loco, se infiere
ue ha sido violenta accion.
amos cómo nos va
justicia llanamente,
es que tendrémos presente
quien la causa nos da;
e, aunque mas favorecida
Camilo y sus criados,
han de poder sus cuidados
ender su injusta vida.
hasta el dia de su muerte
a sucesion te llama,
desta constante fama
e tu accion, Teodora, advierte,
ieron las pretensiones
Mantua, Parma y Milan,
é leyes darle podrán
tra tí justas acciones?
o, tú has de ser duquesa
Urbino, ó yo he de perder
vida.

TEODORA.

Y yo tu mujer,
o, si á la envidia pesa.

ESCENA V.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

Señora, viene aqui
Duquesa, mi señora.

TEODORA.

ién?

FABIO.

Aquella labradora...
o te vuelvas contra mí.

TEODORA.

é mujer es?

FABIO.

Es mujer
en un monte se ha criado.

JULIO.

dé, por Dios, cuidado;
no le ha de suceder
ique por invencion
r desa calidad.

FABIO.

probar la verdad,
mes la posesion;
por la gente vulgar
r Camilo, Señora,
bela bien agora;
Que no te podrán quitar
La posesion por lo menos.
(*Vanse.*)

—

Salon del mismo palacio.

ESCENA VI.

DIANA, *en hábito de dama*; CAMILO, LISENO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

CAMILO. (*A Diana.*)
¿No le agrada á vuestra alteza
La ciudad?

DIANA.

Es linda pieza;
Mas ¡recebirme con truenos!

CAMILO.

Aquella es artillería,
Que os hace la salva así.

DIANA.

Con los relámpagos, vi
Estrellas á mediodía.
En tocando las campanas
En mi tierra el sacristan,
Como los nublos se van,
Vuelven á cantar las ranas.

CAMILO. (*Ap.*)
¡A propósito!

LISENO. (*Ap.*)
En mi vida
Vi cosa tan ignorante.

DIANA.

Esta casa relumbrante,
De blanco mármol vestida,
¿Qué contiene?

CAMILO.

Es el palacio
De vuestra alteza.

DIANA.

El lugar
Puede todo aposentar
Su grande y vistoso espacio,
Con ovejas y borricos.

CAMILO.

Veréis aposentos llenos
De pintura, en que es lo menos
Telas y brocados ricos.

DIANA.

¿Qué es aquello que está allí?

CAMILO.

El reloj.

DIANA.

¡Válame Dios!

CAMILO.

Allí señala las dos.

DIANA.

¡Bueno! ¿A Teodora y á mí?

CAMILO.

¡Brava respuesta!

LISENO.

Gallarda.

DIANA.

Y ¿quién es, Camilo, aquel
Que está en aquel chapitel?

CAMILO.

Es el Angel de la Guarda.

DIANA.

Bien le habemos menester.
Pero es grave desvarío
Tenerle al calor y al frio,
Si nos ha de defender.

CAMILO. (*Ap. á Liseno.*)
No la entiendo.

LISENO.

Yo tampoco.

ESCENA VII.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.

A recibiros, Señora,
Sale la ilustre Teodora.

CAMILO. (*Ap.*)
De verla me vuelvo loco.

LISENO. (*Ap. á Camilo.*)
En viendo su rustiqueza,
Se venga de tí Teodora.

ESCENA VIII.

TEODORA, JULIO. — DICHOS.

TEODORA.

Mil veces venga en buen hora
A su casa vuestra alteza.

DIANA.

Señora, ya yo decia
Que en mi borrico andador
Pudiera venir mejor,
Y llegar á medio dia;
Pero por esas veredas,
Con mucho polvo y rüido,
Arrastrando me han traido
En una casa con ruedas.
Echad acá vuesa mano;
Que vos la quiero besar.

TEODORA.

¿Qué es esto, Camilo? (*Ap. á él.*)

CAMILO.

Hablar
En el estilo aldeano.
No os espanteis; que ninguno
Nace enseñado.

TEODORA.

Es ansí.—
¿Qué dices, Julio? (*Ap. á él.*)

JULIO.

Que aquí
Alma y cuerpo todo es uno,
Y que no hay que tener pena
Del tratado pensamiento,
Pues su mismo entendimiento
En el pleito la condena,
O á lo menos será eterno;
Pues no es justicia, Teodora,
Que dén á Urbino señora
Inhábil para el gobierno.

TEODORA. (*Ap.*)
Hoy mi esperanza nació.

DIANA.

Muy linda está su mercé.
Y dígame, ¿no tendré
Uno como aqueste yo?

TEODORA.

Agora, Señora mia,
Vuestras damas os darán
Galas y joyas.

DIANA.

No harán.

TEODORA.

(*Ap.* ¡Qué notable bobería!)
Ahora bien, venid, Diana,
A tomar la posesion
De vuestra casa. (*Ap. á Julio.* El meson
Le diera de mejor gana.)

JULIO.

Y yo la caballeriza.

CAMILO. (*Bajo.*)
¡Corrido estoy!

JULIO. (*Ap.*)
Yo turbado.

ESCENA IX.

LAURA, FENISA. — DICHOS.

FABIO.

Laura y Fenisa han llegado.

TEODORA.

Laura, aquel cabello enriza
A su alteza, y tú despues,
Fenisa, con el decoro
Que sabes, diamantes y oro
Siembra del cuello á los piés.

LAURA.

Las dos tendrémos cuidado
De vestir y de adornar
A su alteza.

DIANA.

Estoy, de andar
Con los gansos por el prado,
Dura á la crencha ó la trenza.

TEODORA.

¡Buena duquesa has traido,
Camilo! (*Ap. á él.*)

CAMILO.

Si estoy corrido,
Bien lo dice mi vergüenza.

TEODORA.

Quedáos vosotras aquí.
(*Ap. á Julio.* Vén, Julio; que ya la risa
Aun por los ojos te avisa
Del placer que llevo en mí.)
(*Vanse Teodora y Julio.*)

CAMILO.

Ya vuestra alteza ha llegado
A su casa, justo es
Que descanse; que despues,
De las cosas de su estado
Mas despacio tratarémos.

DIANA.

Luego ¿no me he de volver
A mi lugar?

CAMILO.

No, hasta ver
La sentencia que tenemos.
(*Vanse Camilo, Liseno y el acompañamiento.*)

DIANA. (*A Fabio.*)

¡Ah, gentil hombre!

FABIO.

¿Es á mí?

DIANA.

Un poco tengo que hablaros.—
Vosotras, señoras damas,
Id á prevenir mi cuarto;
Que hablo ya como señora.

LAURA.

Solo el aire de palacio,
Que le ha dado á vuestra alteza,
Hará mayores milagros.
(*Vanse Laura y Fenisa.*)

ESCENA X.

DIANA, FABIO.

DIANA.

¿Quién eres, hombre, que fuiste
Cometa, que en breves rayos
Fuiste carrera de luz
Desde tu oriente á tu ocaso;
De los libros de mi historia
Pintura que, como en cuadros,
Representaste á los ojos
Sucesos de tantos años?
Quién eres? que despertaste
A pensamientos tan altos
Mi dormida fantasía
Entre selvas y peñascos.
Quién te dijo que me dieses
Aquel aviso, que tanto
Me ha valido para hacer
A Teodora aqueste engaño?
Que si no fuera por tí,
El entendimiento claro
Que me dió el cielo, aumentara
La envidia de mis contrarios.
Hablara con él de suerte,
Que la vida y el estado
Fuera efímera de un dia
En el rigor de sus manos.
Y advierte que esta ignorancia
Tengo de usar entre tanto
Que aseguro estado y vida;
Que despues hablaré claro,
Y tan claro, que se admiren
Que pueda un inculto campo
Producir tan raro ingenio.
Pero no hay ingenio humano
Que esto pueda por sí solo.
Tú, pues con ligeros pasos
Fuiste á defender mi vida
A impulso del cielo santo,
En el peligro que estoy
Has de ser mi secretario;
Que, fuera de no tener
Otro favor, me declaro
Contigo, porque te he visto
A mi remedio inclinado.
No te pregunto quién eres,
Pues ya me dijiste, Fabio,
La condicion de tu vida;
Pero porque estoy pensando
Que donde tanta piedad
Halló lugar tan hidalgo,
Ha de haber norte que guie
La nave de mis cuidados.

FABIO.

Señora, el mar proceloso,
Adonde, pequeño barco,
Entrais á correr fortuna,
Injurioso y destemplado
Con los vientos de ambiciones,
Toca del cielo los arcos.
Menester habeis piloto
(Mirad ¡qué claro que os hablo!)
De mas valor y experiencia,
Para no correr naufragio.
Si os quereis fiar de mí,
Viviréis, y si no, en vano,
Con haceros inocente,
Venceréis á tantos sabios.

DIANA.

Fabio, cuando yo contigo
Mi entendimiento declaro,
Bien sabes que me sujeto.
Pensemos agora entrambos
Qué consejo tomarémos.

FABIO.

Señora, aunque gobernaron
Mujeres reinos é imperios,
Fué con inmensos trabajos,
Trágicos fines, y medios
Sangrientos, que no dejaron
Ejemplo de imitacion.
Si algun hombre no buscamos
De valor, que con secreto
Os pueda servir de amparo,
Vos no podeis ser Cleopatra
Ni Semíramis.

DIANA.

Reparo
En que Camilo es indigno.

FABIO.

¿Camilo? ¡Gentil caballo,
Para lo que yo pretendo!

DIANA.

Pues ¿qué pretendes?

FABIO.

Casaros
Con hombre de tal valor,
Que no le iguale Alejandro.

DIANA.

Pues hagamos un concierto:
Que busques el hombre, Fabio,
Y le traigas de secreto;
Que si del talle me agrado,
Como tú de su valor,
Irémos los tres tratando
Vencer estos enemigos;
Pero advierte que quedamos
En que este marido sea,
Pues ha de durarme tanto,
Repartido entre los dos,
De manera que escojamos,
Tú el valor, yo la persona.

FABIO.

Tu ingenio y tu gusto alabo;
No como algunas mujeres,
Que apenas padre ó hermano
Le nombraron casamiento,
Cuando con el desenfado
Que si fuese para un dia
Lo que es para tantos años,
Cierran con él, sin mirar
Si es azul ó colorado:
De que nace que el oficio
De marido, ó carga ó cargo,
Le sostituyan tenientes.

DIANA.

Parte; que me están mirando,
Y el cielo tus pasos guie.

FABIO.

Tú verás cómo te traigo
Un hombre...

DIANA.

¿Quién, por tu vida?
(*En las dos puertas dicen esto, y se entran.*)

FABIO.

No lo sé. Véte de espacio;
Que agora le voy á hacer.

DIANA.

Sea valiente.

FABIO.

Un Orlando.

DIANA.

Sea ilustre.

FABIO.

Será un rey.

DIANA.

Liberal.

FABIO.

Un Alejandro.

DIANA.

Famoso.

FABIO.

César ó Aquíles.

DIANA.

Airoso, sabio...

FABIO.

Y gallardo.

DIANA.

Mancebo.

FABIO.

Lo principal.

DIANA.

Yo te aguardo.

FABIO.

Ya me parto
A buscar este marido,
Como si fuera de barro.
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XI.

ALEJANDRO, ALBANO, CRIADOS.

ALEJANDRO.

¡Gran deleite la caza!

ALBANO.

En ti se prueba,
Pues á los montes del confin de Urbino
Desde Florencia sin parar te lleva.

ALEJANDRO.

Llamarle puedes dulce desatino.
¡Qué hermosa fuente desta escura cue-
Remite al valle el paso cristalino [va
Entre azul lirio y azucena cana!
Parece que es el baño de Diana.
Campos, yo pienso que del cielo fuisteis
Al hombre los mayores beneficios;
Que, fuera del sustento que le disteis,
Templais la gravedad de los oficios.
¡Qué pensamientos no se alegran, tris-
Entre estos naturales edificios, [tes,
Arquitecturas que formó el diluvio,
Mejor que los diseños de Vitruvio!
Allí un peñasco empina la alta frente,
Que parece que el cielo desafía;
Allí se humilla, y mas profundamente
Su firme fundamento hallar porfía.
¿Qué puerta mas pomposa y eminente
Coronan, entre dórica armonía,
Mas reales trofeos, que á estos riscos
Guirnaldas de tarayes y lentiscos?
En esta soledad parece el cielo
Prado de flores cándidas y bellas,
Y en tanta luz el esmaltado suelo,
Con licencia del sol, prado de estrellas.
¡Qué cosa es ver un músico arroyuelo
Sirviendo de instrumento á las quere-
[llas
De un ruiseñor, que cuando mas suspi-
[ra,
Canta la solfa que en su arena mira!

ALBANO.

Pienso que quiere ya vuestra excelencia
Ser ermitaño deste monte.

ALEJANDRO.

Albano,
Tal vez el olvidarse de Florencia
Hace despues mayor el gusto.

ALBANO.

Es llano.

ALEJANDRO.

Si Nápoles permite competencia;
Donde naturaleza abrió la mano, [ta,
No dudes que es Florencia; pero impor-
Para estimarla, alguna ausencia corta.

ESCENA XII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. (*Para sí.*)

Yo pienso que voy fuera de camino;
Que no es el de Florencia el que he to-
[mado.

ALBANO.

Un hombre al parecer viene de Urbino.

FABIO.

Gente desciende deste monte al prado.

ALBANO.

Buen hombre, ¿qué buscais?

FABIO.

Perdido el tino,
Por este laberinto voy errado.

ALEJANDRO.

Fabio, tu voz conozco.

FABIO.

¡Señor mio!

ALEJANDRO.

En tu pasado amor los brazos fio.

FABIO.

¡Bien haya el yerro que tan bien acierta!

ALEJANDRO.

Desde que de Florencia te partiste,
Ingrato me olvidaste.

FABIO.

Desconcierta
Toda razon una fortuna triste.
Resucitaste mi esperanza muerta
Cuando, Señor, en salvo me pusiste
De la justicia de tu heróico hermano;
Que no pudo sin ti remedio humano.
Víneme á Urbino, siempre receloso,
Donde al duque serví que muerto yace,
No ingrato á tu valor, mas temeroso;
Que siempre el miedo de la culpa nace.
Bien sabes que un contrario poderoso
Nunca sin sangre agravios satisface.

ALEJANDRO.

Disculpa tienes, Fabio; que el agravio
Siempre le ha de tener presente el sa-
¿Dónde vas por aquí? [bio.

FABIO.

Voy atrevido
A buscar un marido á cierta dama,
Aunque buscarle en monte no haya sido
Feliz agüero de su incierta fama.

ALEJANDRO.

¿Es mujer principal?

FABIO.

De esclarecido
Nombre y sangre real.

ALEJANDRO.

¿Cómo se llama?

FABIO.

Es cosa de grandísimo secreto.

ALEJANDRO.

¿Secreto?

FABIO.

Sí.

ALEJANDRO.

Pues búscale discreto.

FABIO.

Esta es mujer que serlo de un hermano
Pudiera del gran duque de Florencia.

ALEJANDRO.

Yo soy: llévame á mí.

FABIO.

No hablaste en vano,
Aunque burlando estás mi diligencia.
Pero salgamos al camino llano;
Que te importa escucharme.

ALEJANDRO.

Doy licencia
Para veras ó burlas.

FABIO.

Pues advierte...

ALEJANDRO.

Comienza.

FABIO.

Escucha tu dichosa suerte.
(*Vanse.*)

—

Sala en el palacio de Urbino.

ESCENA XIII.

TEODORA, JULIO.

TEODORA.

No pude yo desear
Mas venturoso suceso.

JULIO.

La ventura te confieso,
Como el saberla gozar.

TEODORA.

Camilo no acierta á hablar,
De corrido y de turbado;
Pero dirá que casado
(Que es fácil de persuadir),
Diana no ha de regir,
Sino Camilo, su estado.
Temo que ella ha de querer
Cualquier propuesto marido.

JULIO.

Lo mismo me ha parecido
De una inocente mujer;
Y que si lo viene á ser,
El mismo daño nos viene:
Luego remedio conviene.

TEODORA.

En aquel simple sugeto,
Si el alma es causa, el efeto
Della producirse tiene.
Si con gran entendimiento
Tantas se casaron mal,
¿Qué hará quien le tiene tal?

JULIO.

Lo mismo, Teodora, siento.
Pero escucha un pensamiento.

TEODORA.

¿Cómo?

JULIO.

Tú le has de decir
Mal de los hombres; que oir
Cosas que le dén temor,
Cuando Camilo su amor
La pretenda persuadir,
Harán en su entendimiento,
Si alguno puede tener
Tan simple y necia mujer,
Que aborrezca el casamiento.

TEODORA.

Es discreto pensamiento.
Mas si (lo que es general)
Por condicion natural,
Y por flaqueza tambien,
Comienza á quererlos bien,
¿Qué importa decirle mal?

JULIO.

Y ¿qué importa que lo intentes?

TEODORA.

Yo lo haré; que puede ser
Que aproveche, aunque el querer
Tiene muchos accidentes.

JULIO.

¿Por qué lo contrario sientes?

TEODORA.

Porque es amor un furor,
Que obliga á amar con rigor
A los de sentido ajenos;
Que un animal sabe menos,
Y sabe tener amor.

ESCENA XIV.

DIANA, *muy bizarra;* LAURA, FENISA.—DICHOS.

DIANA.

¿No vengo buena?

TEODORA.

Extremada.

DIANA.

¿No ve cuál traigo el cabello?
Laura me le ha puesto ansí,
Devanado en unos hierros;
Mas cuando oí que Fenisa
Los ensartaba en el fuego,
Desde el estrado salí
Hasta el corredor huyendo.

Mire ¡qué de baratijas
Me han puesto por todo el pecho!

JULIO.

Por Dios, que está vuestra alteza
Como un ángel.

DIANA.

Yo lo creo.
A ver, vuélvalo á decir,
Como dicen en el pueblo.

JULIO.

Que está vuestra alteza hermosa.

DIANA.

Pues ¿quereis que nos casemos?

TEODORA.

Señora, no hableis ansí;
Tened á los hombres miedo.

DIANA.

Pues ¿por qué?

TEODORA.

Porque son malos.

DIANA.

Yo pensaba que eran buenos.
Mi padre, el Duque, ¿fué hombre?

TEODORA.

Sí, Señora.

DIANA.

Pues yo pienso
Que, pues le quiso mi madre,
No era malo, sino bueno.
¿Qué mujeres han parido
Sin hombres?

TEODORA.

Ninguna.

DIANA.

Luego
Para algo deben de ser
En el mundo de provecho.

TEODORA.

Las mujeres principales
Dellos han de andar huyendo.

DIANA.

Y ¿qué importa que ellas huyan,
Si las han de alcanzar ellos?

JULIO. (*Ap. á Laura.*)

¡Qué maliciosa villana!

LAURA.

Sí; pero boba en extremo.

DIANA.

¡Hola, Fenisa!

FENISA.

¿Señora?

DIANA.

Cuando os mirais al espejo,
Cuando os vestis tantas galas,
Cuando os rizais los cabellos,
Cuando llamais dando manos,
Cuando descubris manteos,
Cuando enjaezais los chapines,
Que solo falta ponerlos
Pretales de cascabeles,
¿Es para salir corriendo,
Porque no os topen los hombres?

LAURA.

Señora, no pretendemos
Desagradarlos; que es todo
Materia de casamiento.

DIANA.

Cuando, noche de San Juan,
Esperais con tal silencio
Lo que dicen los que pasan,
¿Es por san Juan ó por ellos?

FENISA.

Por ellos, señora mia.

DIANA.

Y cuando salis haciendo
La pava con anchas naguas,
Imitando en rueda y ruedo
Disciplinante galan,
¿Es todo aquel embeleco
Por mujeres ó por hombres?

LAURA.

Para venir de un desierto
Campo, mucho sabes.

DIANA.

Yo,
Laura, á los hombres me atengo.

TEODORA. (*Ap. á Julio.*)

Camilo le ha dicho amores.

JULIO.

Eso, Señora, sospecho.

TEODORA.

Él viene.

JULIO.

Será á burlarse;
Que con otros caballeros
De rebozo llega.

ESCENA XV.

CAMILO, LISENO, ALBANO, ALEJANDRO, OTROS CABALLEROS, FABIO. — DICHOS.

ALEJANDRO.

Fabio, (*Ap. á él.*)
Que no me conozcan temo;
Aunque haber estado en Roma,
Como sabes, tanto tiempo,
Con el Cardenal, mi hermano,
Asegura mi deseo.

FABIO.

Ponte la capa en el rostro,
Demás de tener por cierto
Que no te ha visto ninguno;
Porque todos, presumiendo
Que Diana es mujer simple,
En sus acciones suspensos,
Solo reparan en darle
Mas aplauso que respeto.

ALEJANDRO.

Sin que me digas quién es,
Sus fingidos movimientos
Me lo han dicho.

FABIO.

Dices bien;
Que es fácil de conocerlos.
¿Qué te parece?

ALEJANDRO.

Que inclina
A amor y lástima.

FABIO.

Llego,
Con tu licencia, á decirle
Que te traigo.

ALEJANDRO.

Advierte...

FABIO.

Advierto.

ALEJANDRO.

Que no le digas quién soy;
Que esto ha de ser á su tiempo.

FABIO.

¿No tiene gentil persona?

ALEJANDRO.

Fabio, de amigos, de ingenios,
De mujeres y pinturas
No se ha de juzgar tan presto.
De amigos, porque son falsos;
De ingenios, porque son nuevos;
De pinturas, porque tienen
Difícil conocimiento;
De mujeres, porque muchas...

FABIO.

No lo digas: ya te entiendo.

ALEJANDRO.

Son hermosura sin alma.

FABIO.

Pero en este gran sugeto
Todo está junto. Yo voy.

ALEJANDRO.

Y yo aguardo, satisfecho
De tu entendimiento, Fabio.

FABIO.

Ponte de buen aire. Llego,
Y repare vuestra alteza.

CAMILO.

Admirado estoy, Liseno, (*Ap. á él.*)
De que estuviese sin alma
La belleza de aquel cuerpo.

LISENO.

Son árboles que, sin fruto,
Altos y floridos vemos.

DIANA.

(*Ap.* Mi secretario ha venido:
Hablarle por cifras quiero;
Que ya por señas me dice
Lo que sin ellas sospecho.)
Si tengo de estar acá,
Y tantos señores veo,
Es imposible que pueda
Tratarlos, sin conocerlos.
Aprendiendo voy los nombres:
Camilo, Julio, Liseno,
Teodora, Laura, Fenisa...
Vos, ¿quién sois? que no me acuerdo (*A Fabio.*)
De haberos visto otra vez.

FABIO.

Soy, Señora, un escudero
De vuestra alteza.

DIANA.

¿Qué nombre?

FABIO.

De canto de órgano tengo
La entrada: Fabio me llamo.

DIANA.

¿Sois hombre?

FABIO.

Pudiera serlo,
Honrándome vuestra alteza;
Porque, á imitacion del cielo,
Los príncipes hacen hombres.

DIANA.

Dice Teodora que dellos
Huya, porque son traidores.

FABIO.

Pues yo de leal me precio.

DIANA. (*Ap. con Fabio.*)

¿Qué hay de aquello?

FABIO.

Ya lo truje.

DIANA.

¿Cuál dellos es?

FABIO.

El que, atento
A que le mires, se quita,
De aquella capa cubierto,
De cuando en cuando el rebozo.
Mírale bien.

DIANA.

Ya lo veo.

FABIO.

¿Es bueno?

DIANA.

Despues de hablado,
Te diré dél lo que siento.

FABIO.

Lo mismo de ti me dijo.

DIANA.

Pues debe de ser discreto.

FABIO.

Cuando á buscarle partí,
Hicimos los dos concierto
Que tú escogieses el talle,
Y yo, Señora, el ingenio.
¿Qué hay de tu parte?

DIANA.

Así, así.
Mas dime si lo compuesto
De mi talle le agradó.

FABIO.

Así, así.

DIANA.

¿Venganzas? ¡Bueno!
¿Qué nombre?

FABIO.

No me le ha dicho.

DIANA.

Pues ¿adónde hallaste, necio,
Este marido sin nombre
Para tan grave sugeto?

FABIO.

Él te lo dirá; que yo
Lealtad á entrambos profeso.

DIANA.

Voyme, y pasaré mas cerca.

FABIO.

Es un gallardo mancebo.

DIANA.

Teodora...

TEODORA.

Señora mia...

DIANA.

Mucho me enfada el concierto
De palacio. Allá en mi casa
. . . . [1]
Comia yo á todas horas.
Ir á la cocina quiero,
Como en mi aldea solia.

TEODORA.

¡Qué notable desconcierto!
— Deténgase vuestra alteza.

DIANA.

Ya, Teodora, me detengo,
Para mirar estos hombres;
Que ver mas cerca deseo
Qué falta ó qué gracia tienen,
Que obligue á tenerles miedo.
(Va Diana mirando á Alejandro al salir, y todos la acompañan, quedando él y Fabio.)

ESCENA XVI.

ALEJANDRO, FABIO.

FABIO.

Ya que se fueron, Señor,
Dime lo que sientes desto,
Porque en todos los principios
Tienen las cosas remedio.
Aquí no estás empeñado,
Porque, con discreto acuerdo,
Negué tu nombre; que fuera
Despertar su pensamiento
Decirle: «Este es Alejandro
De Médicis, por lo menos,
Del gran duque de Florencia
Hermano, de Francia deudo,
Y persona que en las armas...»

ALEJANDRO.

Detente, Fabio, y tratemos
Cómo solicite yo
A Diana con secreto,
Para ser duque de Urbino;
Que están á la mira puestos
Mil príncipes confinantes.

FABIO.

Quien agradecido ha puesto
Tu persona en este punto,
Dará para todo el medio
Que nos dé glorioso fin;
Que tú enamorando tierno,
Y yo haciendo el dulce oficio...

ALEJANDRO.

¿De qué?

FABIO.

De tercero diestro,
En el palacio de Urbino
Habemos de poner presto
De los Médicis las armas.

ALEJANDRO.

Yo te daré...

FABIO.

No lo quiero,
Porque quien á buenos sirve
Eso le basta por premio.

ACTO SEGUNDO.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

DIANA, *con sombrero y capotillo*; ALEJANDRO, *de noche*; FABIO, LAURA.

DIANA.

¿Tan presto quieres irte?

ALEJANDRO.

Fabio, Señora, dice que amanece.

FABIO.

Bien puedes despedirte;
Que el crepúsculo crece,
Y la tumba del sol se desvanece.

LAURA. *(A Fabio.)*

Un poquito de culto, por tu vida.

FABIO.

Digo que el alba ostenta luz mentida.

DIANA.

Esta, Alejandro, es la tercera noche
Que en aqueste jardin hablo contigo,
Fabio solo testigo,
Y Laura, de quien fio este secreto
Hasta que tenga venturoso efeto.

LAURA.

¿Entiendes, Fabio, tú del carro ó coche
Donde van las estrellas?

FABIO.

Vendrá muy á propósito por ellas
Sacar Laura la hora,
Despues que el sumiller del sol, la aurora
Le corre la cortina,
Esparciendo la niebla matutina.

LAURA.

Habla cristiano, ó noramala véte.

FABIO.

Y eso ¿no es culto?

LAURA.

No.

FABIO.

Pues ¿qué?

LAURA.

Culteto.

ALEJANDRO.

Diana hermosa, Fabio me ha contado
Que te daba cuidado,
No mi persona ya, mi entendimiento.
¿Parécete que digo lo que siento,
Y siento lo que digo?
¿Soy bueno para dueño ó para amigo?
Que de cualquiera suerte en tu servicio,
La vida, el alma, es corto sacrificio.
Si estoy examinado,
Dame, Señora, el grado
De galan ó marido.

DIANA.

Con el mismo temor lo mismo pido;
Que, como la primera vez me viste
(Qué es fundamento en que el amor consiste)
Con tan simples afectos y señales,
Y aquella aprehension tarde se olvida,
La memoria, ofendida,
Puede ser que conserve acciones tales.

ALEJANDRO.

Y en tres noches, Diana,
Que hablando nos divide la mañana,
¿No quieres que tu raro entendimiento
Me dé conocimiento
De que tal exterior sirve de muro
A la perla del alma en nácar puro?
Tal es tu ingenio y tu real decoro
Como licor precioso en vaso de oro;
Y admírame que sea
De tanta ciencia cátedra una aldea.

DIANA.

Si yo, gallardo Médicis, te agrado,
Tu ingenio en tu persona á mi cuidado
Es al círculo de oro semejante,
Que esmalta y ciñe brillador diamante.

LAURA.

Si estáis ya concertados,
Mirad que del jardin los acopados
Arboles hacen sombras,
Y se ven de las flores las alfombras,
En cuyos cuadros cultos
Repite luz el alba.

FABIO.

Pintados pajarillos hacen salva,
Entre los verdes árboles ocultos,
Á la dudosa luz del nuevo dia;
Y ¡no teneis temor! que ser podria
Que os viesen tantos necios pretensores.

ALEJANDRO.

Mal sabes tú qué es comenzar amores;
Que hasta ganar el alma que desea,
No hay amante que tema ni que vea.

DIANA.

Hablar siempre discreto
Ya no será posible; que en efeto,
Donde hay amor hay celos, linces tales,
Que penetran los orbes celestiales
Y los escuros limbos de la tierra.

ALEJANDRO.

Para excusar la guerra
De la envidia curiosa,
De la industria solamente, provechosa,
Puede hallar algun medio,
Della desvelo y de los dos remedio.
¿Qué te parece que Alejandro intente?

LAURA.

Huye presto, Señor; que viene gente.

DIANA.

¡Tan presto gente aquí!

FABIO.

¡Gentil olvido!

LAURA.

¡Qué ciego es el amor entretenido!

DIANA.

Con el gusto no via
Que nos miraba el dia.

ALEJANDRO.

Y yo, no viendo estrellas en su velo,
Pensé que se pasaron á tu cielo.
Adios, señora mia.
(Huyen Alejandro y Fabio.)

[1] Falta un verso.

ESCENA II.

TEODORA y FENISA, *que se quedan distantes de* — DIANA y LAURA.

TEODORA.
¿Hombres, dices que viste?

FENISA.
Pues ¿no los ves huir, porque sintieron
Que su amorosa plática rompiste?

TEODORA.
Siento la llave, y que la puerta abrieron
Que sale al muro.

FENISA.
Presuroso escapa,
Dejándonos el oro de la capa
En los ojos el uno,
Por testigo de que es amante alguno
De tantos pretendientes.

TEODORA.
Fenisa, no será de los ausentes,
Aunque pueden servirla de secreto.
—Y que he tenido celos, te prometo,
De que la mire Julio.

FENISA.
No lo creas;
Que, aunque es gallarda, son acciones [feas
Las de su entendimiento,
Porque fuera sin alma amor violento.

TEODORA.
Eso no me asegura; [ra
Que el ingenio, la gracia y la hermosu-
Si á muchas les negó naturaleza,
Discretas hizo y lindas la riqueza;
Y yo he notado en Julio tal mudanza,
Que no debe de ser sin esperanza
De ser duque de Urbino.

FENISA.
Antes de la sentencia es desatino.

TEODORA.
Bellísima Diana, ¡entre estas flores
Tan de mañana! Efetos son de amores.
Las plumas y el vestido
Muestran que aquí la noche habeis teni-
Yo vi por las espaldas [do.
El oro entre las verdes esmeraldas,
Destos árboles hojas: ¿qué es aquesto?
¡Hombres con vos! ¿Cómo olvidais tan
Lo que os tengo advertido? [presto

DIANA.
Señora, como soy boba, me olvido
Fácilmente de todo.

TEODORA.
¿No veis que dese modo
Ofendeis la grandeza en que nacistes?

DIANA.
Que huyese de los hombres me dijistes;
Pero, como yo sé los mandamientos,
Que es mas obligacion que vuestros
Y *amarás á tu prójimo*, decian, [cuentos,
Como á ti mismo, vi que no tenian
Vuestras lecciones buenos fundamen-

TEODORA. [tos.
Amadme á mí para cumplir con ellos.

DIANA.
No debeis de sabellos.
¿No veis que dice *prójimo*, y si fuera
Para mujer, que *prójima* dijera?
¿Veis cómo vais, Teodora,
Contra los mandamientos?

TEODORA.
Yo, Señora,
Deseo cuanto puedo
Que no os engañe alguno.

DIANA.
No hayais miedo.

TEODORA.
Engañan las discretas y avisadas:
¿Qué harán de vos?

DIANA.
Por muchas engañadas
En todos los estados, [dos.
Siempre son mas los hombres engaña-

FENISA. (*Ap.*)
Esto no sabe á mucha bobería.

DIANA.
Pero decidme vos, por vida mia: [gente.
¿Por qué los quereis mal? que es buena
¿Quién hay que nos defienda y nos sus-
[tente?
Pues desde que nos paren nuestras ma-
[dres,
Todo es cuidado y ansia de los padres
Para darnos remedio.

FENISA. (*Ap.*)
La corte se vistió de medio á medio.

DIANA.
Joyas, vestidos, fiestas y placeres,
¿Debémoslos acaso á las mujeres?
Y fuera desto, aunque de mil te asombres,
¿No ves que las tres partes de los hom-
[bres
Han muerto por nosotras? Luego es justo
Querer á quien nos quiere, y con tal gus-
Nos cria, nos regala y nos sustenta, [to
Y con su amparo defender intenta
Con el amor, la hacienda, y con las ma-

TEODORA. [nos.
Antes, Diana, son unos tiranos, [dura
Que no nos quieren mas que mientras
La verde edad, la gracia y la hermosura,
Matándonos á celos; y es de modo,
Que ellos lo quieren todo,
Y no nos dejan ver el sol apenas.

DIANA. [nas.—
Pienso que quieres bien lo que conde-
Vén, Laura amiga, y mudaré vestido.

LAURA. (*Ap. á Diana.*)
Mucho te has declarado.

DIANA.
No he podido
Reprimir esta vez mi entendimiento;
Que es luz en fin, y sigue su elemento.
(*Vanse Diana y Laura.*)

TEODORA.
¡Quién pensara, Fenisa, que supiera
Estas cosas Diana en cuatro dias!

FENISA.
Si su buen natural se considera,
¿No ha de vencer sus rudas fantasías
Aquella sangre ilustre? [1]

ESCENA III.

JULIO. — TEODORA, FENISA.

JULIO. (*Sin ver á las damas.*)
Haced, pensamiento mio,
Lugar, aunque estéis de asiento,
A mi nuevo pensamiento,
Pues teneis libre albedrío.
Perdonadme si os desvio
De la obligacion de quien
Lo mismo hiciera tambien;
Que la razon natural
Quiere que aborrezca el mal,
Y que solicite el bien.
Los ojos puse en Diana
Desde el punto que llegó,
No porque me enamoró,
Si honesta, hermosa villana,
Mas porque tengo por llana
Su justicia; y siendo ansí,
Ganaré lo que perdí
Si á quien la tiene me inclino,
Porque ser duque de Urbino
Es lo que me importa á mí.

TEODORA.
¡Julio!...

JULIO.
¡Señora! No en vano
Con mas hermosos colores
Se levantaban las flores
Desde tus piés á tu mano.
Embajador del verano
Suele ser el ruiseñor;
Y agora, de flor en flor,
Vienes á ser Filomena:
Rie el prado, el aire suena,
Llora el agua y canta amor.
Ya ¿qué puede sucederme
Que no sea dicha, este dia?

TEODORA.
Segura estará la mia
Con pagarme y con quererme.
Aquí vine á entretenerme,
Y hallé á Diana, que ya
En ser bachillera da.

JULIO.
Es lazo en que dan los necios,
Para mayores desprecios.

TEODORA.
Algo reformada está.

JULIO.
Es un mármol que ha vestido
De rústica arquitectura
Naturaleza, tan dura,
Que Camilo arrepentido
Está de haberla traido,
Y tan confuso el Senado,
Que le ha puesto en mas cuidado
El volverlo á deshacer
Que el pensar que ha de poner
Tal señora en tal estado.

TEODORA.
Por ir á verla vestir
Las galas de hoy, no me puedo
Detener contigo.

JULIO.
Quedo
Sin ti: no hay mas que decir.
(*Vanse Teodora y Fenisa.*)
Esto me importa fingir,
Ya que con Diana intento
Este nuevo pensamiento;
Que luego que tenga amor,
Sobre su mucho valor
Lucirá su entendimiento.

ESCENA IV.

CAMILO. — JULIO.

CAMILO.
Huélgome de hallarte á solas;
Que tengo que hablar contigo.

JULIO.
Ya sabes mi inclinacion
A tu amistad y servicio.

CAMILO.
Si en ella puso Teodora,
Cuando los dos la servimos,
Alguna discordia, Julio,
Siendo deudos, siendo amigos,
Ya no causarán los celos
Los pasados desatinos;
Que del amor de Teodora
Tomó venganza el olvido.
De hablar con Diana vengo,
Y paréceme que he visto,
No el júicio concertado,
Mas no alterado el júicio.
Con su secretario estaba

[1] Verso suelto al fin de una escena aconsonantada.

Escribiendo á los que han sido
Pretendientes de Teodora,
Que le han dado por escrito
El parabien del estado. —
Aquí, Julio, te suplico
Que me escuches mas atento.

JULIO.

¿Qué mas atento?

CAMILO.

Pues digo
Que si este estado ha de ser
De un extraño ó de un vecino,
Donde, como en dueño ajeno,
Corran los propios peligros,
Es mejor que yo lo sea;
Que por ser duque de Urbino,
No reparo en lo interior
Deste rústico edificio;
Porque no la quiero yo
Para que me escriba libros,
Ni para tomar consejo;
Que de mujer no le admito.
Tú, pues quieres á Teodora
(Que nunca quien ama quiso
Mas interés que su gusto),
Ayuda el intento mio,
Pues que no puedes dejar,
Por amante y bien nacido,
De quererla: á cuya causa
A duque de Urbino aspiro;
Que si me das tu favor,
Y la posesion conquisto,
Todos mis estados quedan
A eleccion de tu albedrío.

JULIO.

Mucho me pesa que pienses,
¡Oh generoso Camilo!
Siendo discreto, que pueda
El gusto (y mas si es fingido)
Vencer tan grande interés
Como ser duque de Urbino.
Cuando yo amaba á Teodora,
Era fundado designio
En ser forzosa heredera;
Pero viendo, como has visto,
Que es Diana, ¿quién tan loco
Tomara tan necio arbitrio
Como dejar la esperanza
De la pretension que sigo
Con el mismo pensamiento?
¿Quién se viera tan rendido
A la mayor hermosura
Que naturaleza hizo,
Al mas raro entendimiento,
Al cuerpo mas cristalino
(Cosas que siguen los hombres
Con engañado jüicio),
Que dejara un grande estado
Por un bien que siempre ha sido
Imaginada victoria
Y ejecutado delito,
Breve cometa del gusto,
Que suele traer consigo
El justo arrepentimiento
A espaldas del apetito?
Las cosas que son posibles
Han de pedir los amigos;
Que es locura, y no razon,
Amistad contra sí mismo.
Los amores de Teodora
No fueron mas de principios;
Mudó fortuna el semblante,
Y mi amor mudó de sitio.
Mas quiero boba á Diana
Con aquel simple sentido,
Que bachillera á Teodora;
Pues un filósofo dijo
Que las mujeres casadas
Eran el mayor castigo,
Cuando, soberbias de ingenio,
Gobernaban sus maridos.
Lo que han de saber es solo
Parir y criar sus hijos;
Diana es hermosa, y basta
Que sepa criar los mios.

CAMILO.

No esperé de tu lealtad
Respuesta tan descompuesta;
Pero ha sido la respuesta
Como ha sido la amistad.
Mas ¿qué mejores razones
Me pudiera responder
Quien rompe de una mujer
Tan nobles obligaciones?
Pero no se lograrán;
Que en sabiéndolo Teodora
(A quien yo lo diré agora,
Pues tus agravios me dan
Para bajezas licencia),
A entrambas las perderás,
Y á mí, que te importa mas.

JULIO.

Y ¿qué ha de hacer mi paciencia,
Camilo, en esa ocasion?

CAMILO.

Remitir el desagravio;
Que palabras no lo son.

JULIO.

Pues quitándote la vida,
Podré solo pretender.

CAMILO.

Quien la sabe defender,
Nunca de quien es se olvida.
(*Riñen.*)

ESCENA V.

DIANA, TEODORA, LAURA, FABIO, MARCELO. — DICHOS.

TEODORA. (*Ap á Marcelo.*)

Ya se luce la cabeza
Que por gobierno teneis.

DIANA.

¡Hola! ¿Qué es esto que haceis?

MARCELO.

Ya ¿no lo ve vuestra alteza?
Julio y Camilo reñian.

DIANA.

Marcelo, ¿es esto mal hecho?

MARCELO.

Cuando hay enojo y despecho,
Al campo se desafian
Los caballeros, no aquí.

DIANA.

¿Qué haré, Teodora?

TEODORA.

Prendellos.

DIANA.

¿Prendellos? Pues ¿querrán ellos?

TEODORA.

Mandádselo vos.

DIANA.

¿Yo?

TEODORA.

Sí.

DIANA.

Las espadas me desmayan.
Escribildes á los dos,
Marcelo, una carta vos,
Y que á la cárcel se vayan.

FABIO.

¡Buena traza!

MARCELO.

La razon
De la pendencia ¿qué fué?

CAMILO.

Fué la Duquesa.

MARCELO.

¿Por qué?

CAMILO.

Casarla fué la ocasion,
Mas no tan bien empleada,
Aunque con mucha nobleza,
Como merece su alteza.

DIANA.

No, no; que ya estoy casada.

TEODORA.

¡Casada! ¿Con quién?

DIANA.

Con vos;
Que pues que no he de querer
Hombres, seréis mi mujer.

TEODORA.

Poned en paz á los dos,
Haced que se dén las manos.

DIANA.

Luego ¿quereislos casar?

TEODORA.

Y los dos pueden dejar
Esos pensamientos vanos.

DIANA.

Cásense Julio y Camilo,
Pues ya lo estamos las dos.
Dad fe, secretario, vos,
¿Entendeis? por buen estilo,
— De que quedamos casados.
(*Ap. á Laura.*)
Sin duda que la cuestion
Nació de la pretension,
Laura, de aquestos estados.

ESCENA VI.

ALEJANDRO, *de camino.* — DICHOS.

ALEJANDRO.

Si deslumbrado por dicha
Entré señores aquí
(Que tanto ha podido en mí
La fuerza de una desdicha),
Suplicoos me perdoneis.

DIANA.

¿Qué es esto, Fabio? (*Ap. á él.*)

FABIO.

Señora,
Como tú lo entiendo agora.

DIANA.

Caballero, ¿qué quereis?

ALEJANDRO.

¿Cuál es su alteza?

DIANA.

Yo soy
Su alteza, si me buscais.
Pues bien, ¿qué es lo que mandais,
Que os entrais adonde estoy,
Con las espuelas calzadas?
¿Sois por ventura francés,
Que las tienen en los piés
Para siempre vinculadas?
Que, como entre las naciones
Son los mejores caballos,
De galos se han vuelto gallos,
Y gallos con espolones.

ALEJANDRO.

Tanto mi peligro ha sido,
Que dejo el caballo muerto
A esa puerta.

DIANA.

¡Desconcierto!
Que mejor hubiera sido,
Haberle metido acá,
Y que se muriera aquí.

JULIO.

Caballero, oidme á mí.
Esta gran señora está,

De enfermedad que ha tenido,
Divertida, como veis.
¿A qué venís? ¿Qué quereis?

DIANA.

Mentís, porque ya ha venido
Mi salud, y estoy tan buena,
Que cierta temeridad
Es sola mi enfermedad,
Hasta quitarme la pena.—
¡Que se entrase, Fabio, aquí (*Ap. á él.*)
Alejandro, deste modo!

FABIO. (*Ap.*)

Si él no sale bien de todo,
Pasos y tiempo perdí.

ALEJANDRO.

Hermosa Diana,
Retrato de aquella
Que con las tres formas
Por deidad celebran;
Que luna en el cielo,
Diana en la tierra,
En el centro obscuro
Proserpina reina;
Pues fuistes, Señora,
Diana en las selvas,
Luna en el estado
Donde sois duquesa,
Y mientras os tuvo
Sayal encubierta,
Proserpina clara,
Reina de tinieblas:
Otavio Farnesio
A vos se presenta,
Del príncipe hermano
De Parma y Plasencia.
Amor, que en las almas
Tiene tanta fuerza,
Mayormente cuando
Verde primavera
Tiernos años gozan
Faltos de experiencias,
En la luz hermosa
Bañando las flechas
De unos ojos negros
De una dama bella,
Dió luto á los mios,
Pues en esta ausencia
En el alma misma
Le traigo por ella.
No con lo presente
Hago competencia;
Pero si el amor
Las flechas perdiera,
Los ojos que digo
Sirvieran por ellas.
Pagóme dos años
Amorosas deudas;
No éramos iguales
En sangre y nobleza:
Con que mi esperanza,
Que casado fuera
Posesion dichosa,
Fué desdicha cierta.
Solo merecia
Por alguna reja
Manos recatadas
Y palabras tiernas.
Como mariposa
Que nunca se quema,
Solo daba tornos
A la blanca vela.
Trataron casalla
Sus padres por fuerza,
Y fuéle forzoso
Darles obediencia.
Yo, que la adoraba,
Y me vi perdella,
No perdí la vida,
Perdí la paciencia;
Y viéndome Porcia
Con alma resuelta
De matar su esposo,
Mis locuras templa
Con darme palabras,
Que salieron ciertas,
Tierna á mis suspiros,
Fácil á mis quejas.
De las bodas tristes
Pasaron apenas
Los alegres dias,
Cuando verme intenta
Una escura noche,
Tan lluviosa y negra,
Que solo se hizo
Para ser secreta.
A su huerta pongo
Escalas de cuerda,
Mas que cuerdo, loco,
Subiendo por ellas.
Dormia su esposo,
Y Porcia despierta;
De la cama sale,
Durmiendo le deja.
Cuando vi su bulto
Por la blanca senda,
Que era de los cuadros
Guarnicion de arena;
Cuyos piés hermosos
En breves chinelas,
Con airosos pasos
La volvieron perla;
Si hay aquí quien ame,
Lo que sentí sienta,
Tras tantos deseos,
Con el bien tan cerca.
Naguas de Cambray
Con randas flamencas
Partian el campo
De su imágen bella,
Porque la camisa,
De mangas abiertas,
Mostraba dos brazos
De cándida cera,
Y al uso de Italia
Por el pecho suelta
Dos suspensos bultos,
Pomos de azucenas.
Al marido entonces
El honor despierta,
Porque quien le tiene,
No es bien que se duerma.
La jurisdicion
De la cama tienta,
Lo frio le abrasa,
Lo ardiente le hiela;
Porque los que aman
Este estado, sepan
Que aun allí no tienen
Segura su prenda.
Salta de la cama,
Y toma, en defensa
De su honor y vida,
Espada y rodela.
Presto halló el engaño,
Y á nosotros llega,
Porque las desdichas
Siempre fueron prestas.
Conmigo se afirma...
La cólera ciega
Nunca por preceptos
Gobernó las tretas;
Y como el agravio
Ni esgrime ni llega,
Cuchilladas tira
Con poca destreza.
A pocas turbado,
Por mi espada se entra;
Del jardin los cuadros
Con la sangre riega.
Saco á Porcia en brazos,
Sin herida muerta,
Y en un monasterio
Defendida queda.
Apenas la aurora
Sacó la cabeza
A llorar desdichas
En viendo la tierra,
Cuando diez soldados
Mi aposento cercan;
Préndeme mi hermano,
Y él mismo sentencia,
Porque propia sangre
Mas ejemplo sea,
Dando á la justicia
Majestad severa.
Ya llegaba el dia,
Cuando una doncella,
Hija del alcaide,
Piadosa me entrega
Llaves de la torre,
Joyas y cadenas.
Salgo en el caballo,
Que si vivo queda,
Como el de Alejandro,
Mármol se prometa.
Hoy á vuestros piés
Mis fortunas llegan;
Mostrad que sois ángel
En librarme dellas.
Dadme vuestro amparo;
Que mi historia es esta:
Será vuestra gloria
Remediar mi pena.

DIANA.

Discreto debeis de ser;
Mas no se os ha parecido.
¿Engañador habeis sido?
Guárdese toda mujer.
¡Hideputa, bellacon!
¡Cómo pintó por la senda
La camisa de su prenda!
¿Aun no trujera jubon?
¡Qué linda vista teneis,
Pues de aquellas naguas frescas
Vistes las randas flandescas!
A fe que no me engañeis.
¿Desos sois? No mas conmigo.
A buen tiempo os declarais,
Pues al de Parma me dais
Por capital enemigo.
¡Andais á engañar mujeres
De noche por los jardines!

TEODORA.

No es justo que lo imagines,
Si de desdichas lo infieres.

FABIO.

Señora, este caballero
Favorece.

DIANA.

¿Vos hablais
Por él? ¿Tan seguro estáis
De su culpa, majadero?

FABIO. (*Ap. á Alejandro.*)

¿Qué has hecho?

ALEJANDRO.

Aquesto fingí
Por verla.

DIANA.

¡Oh Ulises astuto!
Váyase con Porcia Bruto.
¿Qué es lo que me quiere á mí?

FABIO.

Señora, no es en tu agravio.
(*Ap. á ella.* Invencion debe de ser.)

DIANA.

¡Vive Dios, que le he de hacer
Dar mil estocadas, Fabio!—
Venid conmigo, Camilo
Y Julio.

JULIO.

¡Qué airada estás!

DIANA.
¡Qué quereis! No puedo mas
En viendo traidor estilo.
(*Vanse Diana, Laura, Julio, Camilo y Marcelo.*)

ESCENA VII.

TEODORA, ALEJANDRO, FABIO.

FABIO. (*Ap. á Alejandro.*)
Quisiera poder hablarte,
Y quedóse aquí Teodora.
Pero ¿qué dirás agora
Con que puedas disculparte?

ALEJANDRO.
Anda, Fabio; que es locura
La de Diana, y no amor;
Y si este ha de ser su humor,
Su estado ni su hermosura
No me prestarán paciencia.
Entra á verla, y dila, Fabio,
Que, sentido deste agravio,
Daré la vuelta á Florencia;
Que yo no quiero mujer
Con lúcidos intervalos.

FABIO.
¡Con qué gentiles regalos
La dispones á volver
A tu amistad! Mas yo voy,
Por ver de qué se ha sentido. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ALEJANDRO, TEODORA.

TEODORA.
Agora, que Fabio es ido,
Os quiero decir quién soy,
Generoso caballero.

ALEJANDRO.
Ya, Señora, lo he sabido,
Y agora perdon os pido
De no haber hecho primero
Lo que era razon con vos.

TEODORA.
De mí tambien estad cierto
Que de aqueste desconcierto
Estoy corrida, por Dios.

ESCENA IX.

DIANA Y FABIO, *acechando.* — DICHOS.

TEODORA.
Perdonad la bobería
De la señora Duquesa.
No sabe mas.

ALEJANDRO.
No me pesa
De ver su descortesía,
Si ha pasado por su puerta
Por la posta Salomon;
Pésame de la ocasion,
Neciamente descubierta
A quien me ha tratado ansí.

TEODORA.
La relacion que le hicistes
De vuestras fortunas tristes,
Mas impresion hizo en mí.
Mis joyas, casa y hacienda
Tened por vuestras, Otavio.

DIANA. (*Ap. á Fabio.*)
¿Qué sientes de aquello, Fabio?

FABIO.
Siento que el diablo lo entienda.

ALEJANDRO.
A tantas obligaciones
¿Qué puedo yo responder?

TEODORA.
La herencia desta mujer
Está agora en opiniones.
Si sale el pleito por mí,
Farnesio ilustre, creed,
Como vos me hagais merced,
Si habeis de asistir aquí,
De darme vuestro favor,
Que he de premiaros de modo,
Que venga á ser vuestro todo.

DIANA. (*Ap. á Fabio.*)
Aquello ¿es temor, ó amor?

FABIO.
Temor de verse en estado
Que todo lo ha menester.

DIANA.
Celos me dan, soy mujer;
Peligro corre el cuidado.

ALEJANDRO. (*A Teodora.*)
Dadme, Señora, licencia
Para poner en razon
Mis cosas.

FABIO. (*Ap. á Diana.*)
Por tu ocasion
Quiere volverse á Florencia.

DIANA.
¿A qué Florencia, ignorante,
Siendo del de Parma hermano?

FABIO.
Todo aquello es cuento vano,
Por estar gente delante.

TEODORA.
Id con Dios, gallardo Otavio,
Y en prendas de que seréis
De mi parte, y vengaréis
De mi justicia el agravio,
Este diamante traed
Por divisa de una dama
Que su defensor os llama.

ALEJANDRO.
Señora, ¡tanta merced!
Tomaréle por prision,
Como fué antigua señal,
Para ser grillo inmortal
Del dedo del corazon.

DIANA. (*Ap.*)
Si se detiene y porfía
(Tanto quien escucha, yerra),
Presumo que doy en tierra
Con toda la bobería.

FABIO. (*Ap. á Diana.*)
Voy tras él.

ALEJANDRO. (*A Teodora.*)
Fabio y Diana...

FABIO. (*Ap. á Alejandro.*)
Calla; que está aquí y te oyó.

ALEJANDRO.
¿Será bien hablarla?

FABIO.
No;
Que es, airada, tigre hircana.
Echa, Señor, por aquí,
Y finge que no la viste.
(*Vanse Alejandro y Fabio.*)

ESCENA X.

DIANA, TEODORA.

TEODORA.
Diana, ¿dónde tan triste?

DIANA.
Estoylo desde hoy por tí.
Dísteme, amiga Teodora,
Recien venida, un consejo,
Que no tomas para tí.

TEODORA.
¿Cómo?

DIANA.
Que, por no ser buenos,
Siempre huyese de los hombres;
Y siempre te hallo con ellos.
Esta mañana tambien
Con mil razónes y ejemplos
Me persuadiste lo mismo:
No entiendo tus pensamientos.
Mas debe de ser engaño.
Dime si puedo quererlos;
Que por tomar tu lición,
Há muchos dias que tengo
El gusto con telarañas,
Con polvo el entendimiento.
¿Qué es amor, por vida tuya?

TEODORA.
Amor, Diana, es deseo.

DIANA.
¿No mas?

TEODORA.
Lo demás, tener
Las esperanzas efecto.
Es el amor, de dos almas
Transformacion.

DIANA.
¿Cómo?

TEODORA.
Un trueco;
Que, dejando cuerpos propios,
Pasan á cuerpos ajenos.

DIANA.
¡Válame Dios!

TEODORA.
¿Qué te admira?

DIANA.
Que se pasen á otros cuerpos;
Que es la mayor invencion
Que pudo hallar el ingenio.
Pero entre dos que se aman,
¿Qué suele descomponellos?

TEODORA.
Celos.

DIANA.
¿Qué es celos?

TEODORA.
Sospechas
De que hay diferente dueño.

DIANA.
¿Y si le hay?

TEODORA.
Es agravio;
Que los celos, solo celos,
Son una sombra de noche,
Que del propio movimiento
De la persona se causa;
Son una pintura en léjos,
Que finge montañas altas
Los que son rasgos pequeños.
¿No has pasado alguna vez
Por un espejo de presto,
Que eres tú, y piensas que es otro?
Pues eso mismo son celos.

DIANA.
¿Que son celos tantas cosas?

TEODORA.
Líbrete Dios de tenerlos. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DIANA.

Dulces empeños de amor,
¿Quién os mandó ser empeños
De prendas no conocidas?
Fié de Fabio el secreto
De buscarme un defensor;
Y cuando tenerle pienso,
Hallo que todo es engaño,
Traiciones y atrevimientos.

Determinème á querer
A tan noble caballero
Como Alejandro; y corrida,
De mi engaño me arrepiento.
¿Quién sino yo pudo hallar
La desdicha en el remedio?
Quién sino yo ser pudiera
Dichosa, para no serlo?
¡Ay, mi querida aldea!
Ay, campo ameno!
Quien me trujo á la corte
Muera de celos.
¡Ay, mis dulces soledades,
Donde escuchaba requiebros
De las aves en sus flores,
De las aguas en los hielos!
No allí lisonjas, no engaños,
No traiciones, no desprecios,
Adonde teme la vida,
Si no la espada, el veneno.
Nunca yo supe en mi aldea
De qué color era el miedo;
Agora á mi sombra misma
Por cualquiera parte temo.
Allá todos eran simples,
Aquí todos son discretos;
Achaque es de la mentira,
Por ser mas los que son menos.
¡Ay, mi querida aldea!
Ay, campo ameno!
Quien me trujo á la corte
Muera de celos.

ESCENA XII.

ALEJANDRO, FABIO.—DIANA.

FABIO. (*A Alejandro.*)
Con poca satisfacion
Hacen paces los amantes.

ALEJANDRO.
En sospechas semejantes
Se agravia la estimacion.—
Fabio me ha dicho, Señora
(Ya que mi desconfianza,
Viendo en vos tanta mudanza
Con el alma que os adora,
Me obligaba justamente
A solicitar mi ausencia),
Que no me vuelva á Florencia.

DIANA.
Fabio es hombre diligente;
Y si estuviera colgado
De una almena dese muro,
Mi honor viviera seguro,
Y mi necio amor vengado.

FABIO.
Que lo merezco es muy cierto;
Que así se debe pagar
Quien te ha sacado del mar
Y puesto en seguro puerto.
Pero si este movimiento
Es condicion de mujer,
Que dejan presto vencer
Su cobarde entendimiento
De cualquier sospecha vana,
Dime si en haber traido
A Alejandro te he mentido.

ALEJANDRO.
Yo solo, hermosa Diana,
Médicis soy; que no soy
Farnesio, como fingí,
Ni á Porcia en mi vida vi,
Ni huyendo de nadie voy,
Ni maté, ni me prendieron;
Porque aquella relacion
Fué solamente invencion
De engañar los que la oyeron.

DIANA.
Si pretendiste encubrirte
De ser quién eres, con arte,
¿Por qué no me diste parte,
Para que pudiera oirte
Con menos alteracion?

ALEJANDRO.
Porque no te pude hablar.

DIANA.
¿Y aquel modo de pintar,
Era tambien invencion,
La bella Porcia en camisa?

ALEJANDRO.
Laura una noche, Señora,
Para que viese la aurora
Como en la primera risa,
Quiso que te viese ansí.
Como te vi te pinté;
Que en el jardin me quedé,
Y por la reja te vi.

DIANA.
Apenas creerte puedo.
Toda el alma me has turbado,
Porque, de haberte escuchado,
No tengo seguro el miedo;
Que quien con tal libertad
Miente de buen aire y gusto,
Que no le crean es justo
Cuando dijere verdad.

ALEJANDRO.
El dia que llegué aquí,
En cuya noche te hablé,
Lo que contigo traté
A mi hermano le escribí,
Pidiéndole que me diese
Alguna gente y favor
Con que, á su tiempo, mejor
Te sirviese y defendiese.
Esta carta me responde.

DIANA.
Muestra.

ALEJANDRO.
Por ella verás
Que favor en él tendrás,
Y que á quien es corresponde.
(*Diana lee; Fabio y Alejandro hablan aparte.*)
No puede haber desengaño,
Fabio, en el mundo mayor.
Aunque es mujer de valor,
Es sola, y teme su daño.

FABIO.
Y no es mucho; que la tienen
Mil enemigos cercada.

ALEJANDRO.
Fabio, mi amor y mi espada
Solo á defenderla vienen.

ESCENA XIII.

JULIO, CAMILO Y TEODORA, *escuchando.*—DICHOS.

TEODORA. (*Ap. á Julio y Camilo.*)
¡Juntos los tres! [1]

CAMILO.
¿No lo ves? [2]
Una carta está leyendo. [3]

JULIO.
Que está sosegada, advierte.

TEODORA.
¡Quién oyera desde aquí
Lo que dicen!

DIANA.
Ya leí;
Y hoy llego, Alejandro, á verte
Con diferente semblante,
Porque he sabido quién eres.

ALEJANDRO.
Si de mi valor infieres
Que puedo ser semejante
A los príncipes de quien
Tengo esta sangre, Diana,
No será esperanza vana
Que presto á tus piés estén
Los enemigos que tienes.

DIANA.
Tu nombre te hará segundo
Reconquistador del mundo,
Cuyas hazañas previenes,
Si el gran Duque, como escribe,
Me da su favor.

ALEJANDRO.
Yo creo
Que tiene mayor deseo,
Y con mas cuidado vive.

FABIO.
Si pudiérades hacer,
Sin que les diera sospecha,
Alguna gente entre tanto
Que llegaba de Florencia,
Todo quedaba seguro.

DIANA.
Pues yo la haré de manera
Que me defienda de todos,
Y que ninguno lo entienda.

ALEJANDRO.
Eso ¿cómo puede ser?

FABIO. (*Bajo á Diana y Alejandro.*)
Paso; que en aquella puerta
Tres enemigos del alma,
Mundo, carne y diablo, acechan.

JULIO. (*Ap. á Teodora y Camilo.*)
Fabio nos ha descubierto.

CAMILO.
Pues ya nos han visto, llega.

TEODORA.
¡Señora mia!...

DIANA.
¡Teodora!

TEODORA.
¿Qué carta y consulta es esta?

DIANA.
Tengo tanta inclinacion
A las cosas de la guerra,
Despues que en un libro vi
Lo que las historias cuentan
De mujeres valerosas,
Que por serlo como ellas,
Escribí una carta al Turco:
Que luego como la vea,
Me entregue la Casa Santa;
Y esta que veis, es respuesta
En que dice que no quiere:
Con que pienso hacer gran leva
De gente, y llevarla al Cairo
Por la mar y por la tierra.
Esto consultaba á Otavio,
Y muy necio me aconseja
No me meta con el Turco.

JULIO. (*Ap.*)
No ha dicho cosa como esta
En todos sus desatinos.

DIANA.
¡Ea! Salgan diez banderas,
Con tres mil ó seis mil hombres.

ALEJANDRO.
Señora, aunque tal empresa
Es santa, y la hicieron reyes
De Francia y Ingalaterra,
Vos no sois tan poderosa.

DIANA.
¡Qué donosa resistencia!—
Vamos, Fabio.

FABIO.
¿Dónde vamos?

DIANA.
Al Cairo.

1, 2, 3 Dos versos sueltos entre dos redondillas.

FABIO.

¿Mejor no fuera
Ir á comer, que es muy tarde?

DIANA.

¿Comer? Lanzas y escopetas.
Toca al arma, al arma toca.

JULIO. (*Ap. á Teodora.*)
Vamos, Teodora, con ella;
No intente algun disparate.

FABIO. (*Ap. á Alejandro.*)
¿Qué dices?

ALEJANDRO.

Que fué discreta
La invencion.

TEODORA.

De boba á loca
Hay muy poca diferencia.

CAMILO.

Seguilde el humor.

JULIO.

¡Al arma!
Toca al arma.

TODOS.

¡Guerra, guerra!

ACTO TERCERO.

Salon del palacio ducal.

ESCENA PRIMERA.

ALEJANDRO, *con baston de general, bizarro;* MARCELO.

ALEJANDRO.

¿Entró la gente toda?

MARCELO.

Entró toda la gente,
Que ya por las posadas se acomoda.

ALEJANDRO.

Formaráse un ejército valiente
De soldados bizarros.
¿Vino el bagaje?

MARCELO.

Van entrando en carros.

ALEJANDRO.

¿Qué dicen en Urbino?

MARCELO.

Que ha sido poderoso desatino,
Con pretexto de guerra
Contra el Turco, soldados en su tierra.

ALEJANDRO.

Deben de estar turbados.

MARCELO.

Sienten sin causa sustentar soldados
Que Diana levanta
A título de ver la Casa Santa.

ALEJANDRO.

Mandóme hacerlos, y como es mi ampa-
Servirla no reparo, [ro,
Puesto que me parece disparate
Que un imposible trate;
Pues á la santa guerra
Fueron un tiempo Francia, Ingalaterra
Y Alfonso, rey de España,
Cubriendo de naciones la campaña.

MARCELO.

Tambien dicen que cubren el camino
Soldados de Florencia contra Urbino,
Y tanto ya su ejército se acerca,
Que le han visto marchar desde la cerca.

ALEJANDRO.

Hablaré á la Duquesa, mi señora;
Pero ¿quién viene aquí?

MARCELO.

Viene Teodora.

ESCENA II.

TEODORA.—DICHOS.

TEODORA.

En fin, Otavio ha llegado.—
Generoso capitan,
Si bien pareceis galan,
Mejor pareceis soldado;
Que tan lucido este dia
Venis á quien os espera,
Gran capitan, que quisiera
Ser yo vuestra compañía.—
Dadnos, Marcelo, lugar;
Que quiero hablar con Otavio.

MARCELO.

Es en mi lealtad agravio;
Mas no le quiero formar;
Que de haberme vos mandado
Que os deje (como lo haré),
Mas sospechas llevaré
Que de haberos escuchado. (*Vase.*)

ESCENA III.

ALEJANDRO, TEODORA.

TEODORA.

Si la gente que traeis,
Gallardo Farnesio, á Urbino
Para tan gran desatino,
Emplear mejor quereis,
Yo sé quien luego os hiciera
Destos estados señor.

ALEJANDRO.

Y yo pagara su amor,
Teodora, si justo fuera;
Pero habiendo conducido
Por gusto de la Duquesa
(Aunque para loca empresa,
Pues todo es tiempo perdido)
La gente de que me ha hecho
Capitan, fuera traicion,
No solo á mi obligacion,
Pero á su inocente pecho;
Que, si bien es desatino
El ir á Jerusalen,
Al fin es Diana quien
Me ampara y tiene en Urbino.

TEODORA.

¿Y si yo el pleito venciese?

ALEJANDRO.

Entonces, Señora mia,
La gente vuestra seria;
Pero no si no lo fuese.

ESCENA IV.

DIANA.—DICHOS.

DIANA.

Basta, Teodora; que quien
A Otavio quisiere hallar,
Donde estás le ha de buscar,
Y á ti, Teodora, tambien
Buscando á Otavio; mas él
Ya no debe de ser hombre,
Porque á tener ese nombre,
Huyeras, Teodora, dél.
Tus honestas altiveces
Mas saben decir que hacer.
Poco debes de correr,
Pues te alcanza tantas veces.

TEODORA.

Cuando yo te persuadia,
Eras, Diana, ignorante:
Que te engañasen temia;
Ya que mas discreta eres,
No hay preceptos que te dar
De cómo se han de guardar
De los hombres las mujeres.
Y así, pues no han de engañarte,
Bien puedes hablar con ellos;
Que dejallos ó querellos
No cabe en términos de arte.

DIANA.

¡Disculpar quieres tu error
Con darme licencia á mí!

TEODORA.

Hablar con Otavio aquí,
¿Puede ser contra mi honor?
Muy maliciosa te has hecho
Despues que en palacio estás.

DIANA.

Como voy sabiendo mas,
Voy entendiendo tu pecho.—
(*A Alejandro.*) Perdone vueseñoría,
Y muy bienvenido sea.

ALEJANDRO.

El que serviros desea,
No tiene, señora mia,
Mayor bien que desear.
En vuestro lugar estuve.

DIANA.

¿Vísteale?

ALEJANDRO.

Allí me detuve
Con gusto de preguntar
Cómo os criastes, y vi
Que del monte á verme vino
Vuestro viejo padre Alcino,
A quien vuestras cartas dí
Y aquellos seis mil ducados.
Lloró conmigo el buen viejo,
Y tomando su consejo,
Hice quinientos soldados
De aquellas villas y aldeas
Con pregonar vuestro nombre,
Porque no quedaba un hombre.

TEODORA.

Bien venido, Otavio, seas;
Que quiero ser mas cortés
Que Diana lo es conmigo.

DIANA.

Yo lo que me dices digo.

TEODORA.

Habladme, Otavio, despues. (*Vase.*)

ESCENA V.

DIANA, ALEJANDRO.

ALEJANDRO.

Por Dios, que está vuestra alteza
Terrible; que no repara
En que su ingenio declara.

DIANA.

Es condicion ó flaqueza
De voluntad de mujer,
Señor Alejandro, y yo
Lo soy tambien, aunque no
Lo acabo de conocer.

ALEJANDRO.

Si llega á hablarme Teodora
Cuando de servirte vengo,
¿Qué puedo hacer?

DIANA.

No la hablar,
Pues te doy el mismo ejemplo
Con Julio y Camilo yo,
Ni respondo á los intentos
De príncipes que me escriben.
Mas desde aquí me resuelvo
A dejar tus sinrazones
Y tratar de mi remedio.

ALEJANDRO.

Escucha...

DIANA.
¡Yo!... ¿Para qué?

ALEJANDRO.
Hasme de escuchar.

DIANA.
No quiero.

ALEJANDRO.
Teodora me habló...

DIANA.
No hablalla.

ALEJANDRO.
¿Por qué?

DIANA.
Porque yo me ofendo.

ALEJANDRO.
¿Y si me detuvo?

DIANA.
Huir.

ALEJANDRO.
¡Huir!

DIANA.
Y fuera bien hecho.

ALEJANDRO.
¿Cómo pude?

DIANA.
Con los piés.

ALEJANDRO.
Loca estás.

DIANA.
Como tú necio.

ALEJANDRO.
¡Tanto rigor!

DIANA.
Tengo amor.

ALEJANDRO.
Yo, mayor.

DIANA.
Yo no lo creo.

ALEJANDRO.
Mas ¿que te pesa?

DIANA.
No hará.

ALEJANDRO.
Eso ¿es valor?

DIANA.
Tengo celos.

ALEJANDRO.
¿Morir me dejas?

DIANA.
¡Qué gracia!

ALEJANDRO.
Ya me enojo.

DIANA.
Y yo me vengo.

ALEJANDRO.
Diré quien soy.

DIANA.
Ya lo has dicho.

ALEJANDRO.
¿A quién?

DIANA.
A quien aborrezco.

ALEJANDRO.
¡Fuerte mujer!

DIANA.
Esto soy.

ESCENA VI.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.
Meteréme de por medio,
Bravos del alma.

DIANA.
No hay burlas,
Fabio, conmigo: esto es hecho.

FABIO.
¿Anda por aquí Teodora?

DIANA.
De sus agravios me quejo.

FABIO.
Ea; que ya sale amor
Por donde entraron los celos.
¿Para qué os estáis mirando?
¿Qué sirve, si los deseos
Están pidiendo los brazos,
Poner los ojos al sesgo?
En verdad que ¡es tiempo agora
Para que se gaste el tiempo
En celos y desatinos,
Estándose Urbino ardiendo!

ALEJANDRO.
Bien dice Fabio, Señora.
Prosigamos ó dejemos
Lo que habemos concertado;
Que la alteracion del pueblo
No permite dilaciones.

DIANA.
¿Qué celos fueron discretos?—
Parte, Fabio, á lo que hoy
Te dije, viniendo á tiempo
Que todos mis enemigos
Queden por ti satisfechos
De que la gente que entró
No tiene mas fundamento
Que mi simple condicion.

FABIO.
Voy; pero quedad primero
Amigos.

DIANA.
Yo le perdono,
Para que se parta luego
A prevenir los soldados.

ALEJANDRO.
Bien sabe, Señora, el cielo
La intencion con que te sirvo.

FABIO.
Que veréis muy presto espero
La venganza de Teodora
Y el fin de vuestro deseo.
(*Vanse Alejandro y Fabio.*)

ESCENA VII.

JULIO. — DIANA.

JULIO.
Hasta que Urbino, Señora,
Ha visto tantas banderas,
No ha pensado que es de veras
La guerra que teme agora.
Está toda la ciudad
Alborotada de ver
Que, no siendo menester,
Y con tanta brevedad,
Hagas número de gente
Tan grande, dando ocasion
Que murmuren con razon
Y extrañen el accidente.
Corre fama, y es verdad,
Que es contra el Turco: que ha dado
Risa al vulgo y al Senado,
Y escándalo á la ciudad.
Yo, de quien puede fiarse
Vuestra alteza, le prometo
Fidelidad y secreto,
Si permite declararse
Con quien la sirve y adora.

DIANA.
Julio, presto verá Urbino
Si es valor ó desatino,
Como publica Teodora.
Está ya el Turco embarcado
Para venir contra mí,
Y ¡que traiga gente aquí
Tiene por burla el Senado!
Pero la culpa he tenido,
Porque si yo me casara
En Milan, Parma ó Ferrara,
Entre el Turco y mi marido
Se pudiera averiguar,
Y no andar con mis banderas,
Si es de burlas, si es de veras,
Alborotando el lugar.

JULIO.
Señora, hablando verdades,
Como á veces dices cosas
Discretas y sentenciosas,
No siempre nos persüades
Que nacen de tu inocencia
Cosas que nos dan temor;
Porque ignorancia y valor,
Y desatino y prudencia,
No caben en un sugeto.

DIANA.
Sí caben cuando se crea
Que aquello me dió una aldea,
Y estotro un padre discreto.
(*Hablan bajo.*)

ESCENA VIII.

TEODORA, CAMILO. — DICHOS.

TEODORA. (*A Camilo, sin ver á Diana.*)
¿A quién no pondrá temor
Ver, Camilo, cada dia
Ir entrando tanta gente,
Tantas armas y divisas,
Tantas cajas y trompetas,
Prevenir la artillería
Del muro y guardar las puertas?

CAMILO.
Teodora, quien imagina
A Diana como simple,
Echa este negocio en risa;
Mas quien por otras acciones
Presume que ser podría
Consejo de algun discreto,
Que ocultamente codicia
Hacerse señor de Urbino,
Teme que es todo mentira.

TEODORA. (*Ap. á Camilo.*)
Allí están Julio y Diana.

CAMILO.
¡Brava amistad!

TEODORA.
Es fingida.

JULIO. (*Ap. á Diana.*)
Yo te he dicho lo que siento.

DIANA.
¿Por qué tienen por malicia
Que traiga Otavio esa gente?

JULIO.
A todos, Señora, admira
Que digas que es contra el Turco.

DIANA.
¿Quieres que verdad te diga?

JULIO.
Eso deseo.

DIANA.
Pues, Julio,
¿Tendrás secreto?

JULIO.
Confía
En mi lealtad.

DIANA.
Julio, temo
Que Teodora, mi enemiga,
Te quiere bien.

JULIO.

Ya no quiere,
pues que Otavio la mira.

DIANA.

¿Y á ella, ó ella á él?

JULIO.

do en interés estriba
que le dé su favor.

DIANA.

Casarme, Julio, querria,
Y proponiéndole á Otavio
Mi intento, como él se inclina
A Teodora, me aconseja
Que por mi dueño te elija.

JULIO.

¿Quién sino Otavio pudiera,
Siendo la nobleza misma,
Favorecer mi esperanza?
¡Qué término! qué hidalguía!
Bien me lo debe en amor.

DIANA.

Allí, Julio, te retira;
Que quiere Camilo hablarme.

(Apártase Julio, y Camilo se llega á Diana y la habla aparte.)

CAMILO.

Con Teodora conferia,
Ilustrísima Señora,
Que la ocasion que te obliga
A las banderas que has hecho,
Por otros pasos camina.
Si merezco tu favor,
Pues aventuré la vida
Por traerte del aldea,
¿Qué intentas? Qué solicitas
Con tantas armas, que ya,
Como sabes, cada dia
Mas nos pones en cuidado?

DIANA.

Algo estoy mas entendida,
Mas no tanto que me entiendan.

CAMILO.

Temo que son tus enigmas
Como la esfinge de Tébas.

DIANA.

No entiendo filosofías;
Bien sé que sola y mujer,
Y no Artesa ni Artemisa,
Mal me podré gobernar.
Otavio me persuadia
Que hiciese eleccion de tí.

CAMILO.

Tiene muy bien conocida
Mi gran voluntad Otavio.
¡Con qué ilustre bizarría
Hoy entraba con la gente!
Ni en la paz ni en la milicia
Ha visto tal hombre Italia.
Pero tú, Señora mia,
¿Qué le respondiste á Otavio?

DIANA.

Que para que te reciba
Urbino con mas aplauso,
Al Senado le diria
Tus méritos y mi amor.

CAMILO.

Teodora y Julio nos miran;
Que si no, á tus piés...

DIANA.

Detente,
Y silencio, si me estimas.

CAMILO.

Voy á engañar á los dos,
Y tú tantos años vivas,
Que de nuestros hijos veas
Copia de inmortal familia.

(Diana se acerca á Teodora, y habla con ella en voz baja.)

JULIO.

¿Qué te ha dicho la Duquesa,
Camilo?

CAMILO.

Mil boberías
Acerca de la jornada,
Con que ser simple confirma.
No hay de que tener sospecha.

TEODORA. *(Ap.)*

¡Qué incapaz mujer! Qué indigna!

ESCENA IX.

LAURA. — DICHOS.

LAURA.

Un embajador del Turco,
Persiano de medio arriba,
De medio abajo lagarto,
Con almalafa morisca,
Y por mayor gravedad
Ceñido por las rodillas,
La cimitarra anchicorta,
La guarnicion de ataujía,
Quiere hablarte.

DIANA.

Dile que entre,
Y dame, Laura, una silla.

TEODORA.

¡Laura!...

LAURA.

Señora.

TEODORA.

Oye aparte.
¿Qué es esto que el Turco envia?

LAURA.

Un embajador.

TEODORA.

¿Qué dices?

LAURA.

Que me remito á la vista.
(Va á avisar y vuelve.)

JULIO. *(Ap. á Teodora.)*

Para confirmar Diana
La necedad que imagina
Del ejército que forma,
Se ha persuadido á sí misma
Fingir un embajador.

CAMILO.

Ya viene.

TEODORA. *(Ap.)*

Y yo estoy corrida.

ESCENA X.

ACOMPAÑAMIENTO, *y detrás* FABIO, *de turco, vestido graciosamente*, Y MARCELO. — DICHOS.

FABIO.

Alá guarde á vuestra alteza.

DIANA.

Venga vuestra turquería
Con salud.

FABIO.

Déme las plantas.

DIANA.

Están á los piés asidas.

FABIO.

Las manos

DIANA.

Si se las doy,
¿Con que quiere que me vista?

LAURA.

Déle silla vuestra alteza.

DIANA.

¿Por qué no se la traia
De su tierra?

LAURA.

Esto conviene. —
Siéntese vueseñoría.

JULIO. *(Ap. á Teodora.)*

Este ¿no es Fabio, Teodora?

TEODORA.

En forma tan peregrina
Viene por darla contento,
Que apenas le conocia.

JULIO.

Ya no es duda su ignorancia;
Que sola esta accion confirma
La simplicidad mayor
Que ha sido vista ni escrita.

FABIO. *(Ap. á Diana.)*

Ya queda, hermosa Diana,
Sacando la infantería
Alejandro, y en palacio,
De arcabuces y de picas
Forma un escuadron, que rige
En un caballo que pisa
Fuego por tierra, y á saltos
Sobre los aires empina
El cuerpo, tan arrogante,
Que apenas cabe en las cinchas.

DIANA.

Proseguid, embajador.

FABIO.

Pues me mandais que prosiga:
El gran Mahometo, sultan,
Emperador de la China,
De Tartaria y de Dalmacia,
De Arabia y Fuenterrabía,
Señor de todo el Oriente,
Y desde Persia á Galicia,
Con Mostafá, que soy yo,
Salud, Duquesa, te envia.

DIANA.

De que en tan largo camino
No se os perdiese, me admira,
Esa salud que decis,
Y viniendo tan aprisa.

FABIO. *(Ap.)*

¡Cuál están estos borrachos
Escuchándome!

DIANA. *(Ap. á Fabio.)*

No digas
Algo que me eche á perder.

FABIO. *(Ap. á Diana.)*

¡Oh, si le vieras cuál iba
Alejandro, todo sol,
Y toda sombra la envidia!

DIANA.

Proseguid, embajador.

FABIO.

Pasando por la cocina,
Me dió un olor de torreznos,
Que el alma se me salia.

DIANA.

¿Comen los moros tocino?

FABIO.

Y se beben una pipa
Donde no lo ve Mahoma.

DIANA.

¡Tocino!

FABIO.

¡No, sino guindas!

DIANA.

Proseguid, embajador.

FABIO.

Al salir de la mezquita,
Sultan recibió tu carta
En presencia de Jarifa,
Donde dices que es tu intento
Conquistar á Palestina,
Tierra santa de tu ley,

Para cuya accion le avisas
Que haces gente en tus estados,
Y que tus banderas cifras
Con una C y una T,
Que dicen *Contra Turquía;*
Que derribe luego á Meca,
A donde cuelga en cecina
Un pernil de su profeta;
Y que por parias te rinda
Todos los años cien moras,
Las cincuenta bien vestidas
De grana y tela de Persia,
Y las cincuenta en camisa;
Seis elefantes azules
Y diez bacas amarillas,
Aquellos cargados de ámbar,
Y estos de bayéta ó frisa;
O que si no, desde luego
Rompes la paz y publicas
La guerra, y para señal
Un guante de malla envías.
(*Ap. á ella.* Díjome que te dijese
Alejandro que vendria,
En haciendo el escuadron,
A verte.)

DIANA.

(*Ap.* Es mi propia vida.)
Proseguid, embajador.

FABIO.

Sultan, por las cosas dichas,
Y viendo arrogancias tales,
De los bigotes se tira,
Y de la cólera adusta
De tal manera se hincha,
Que de unas calzas de grana
Se le quebraron las cintas.
Finalmente, me mandó
Que partiese el mismo dia,
Y donde no hallase postas,
Tomase mulas aprisa,
Para que llegando á Italia,
Ninguna cosa te diga.
Yo cumplo con mi embajada,
Y me vuelvo á Natolia,
A Caramania y Bruselas,
Sierra-Morena y Sicilia,
Donde está con tanto enojo,
Que me dijo á la partida
Que le trujese un barril
De aceitunas de Sevilla,
Y porque allá no las hay,
Seis varas de longaniza.
Con esto, el cielo te guarde,
Y advierte que me permitas
Que pueda tener despensa,
Donde vendiendo salchichas,
Perdices, vino y conejos,
Vuelva rico á Berbería;
Que por la mitad que otros
Te daré cuanto me pidas.
(*Vase con su acompañamiento.*)

ESCENA XI.

DIANA, TEODORA, LAURA, CAMILO, JULIO, MARCELO.

DIANA.

Marcelo...

MARCELO.

Señora...

DIANA.

Dime,
¿Sería descortesía
Matar este embajador
Por las que me tiene dichas,
O darle algunas valonas
Para el camino?

MARCELO.

Sería
Contra su salvoconducto.

DIANA.

¿Luto este moro traía?

TEODORA. (*Ap. á Camilo y Julio.*)

Yo quedo ya sin sospecha,
Segura de mi justicia.

JULIO.

Y yo, Teodora, templando
Con la lástima la risa.

CAMILO.

Las cajas suenan: no temas;
Porque quien se persuadía
Que era turco su criado,
No pecará de malicia.
Vamos á ver cómo ordena
Otavio la infantería.

JULIO.

Él, por lo menos, bien sabe
La militar disciplina.
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA XII.

DIANA, TEODORA, LAURA.

DIANA.

Teodora...

TEODORA.

Señora...

DIANA.

Advierte.
¿Será bien dar un pregon,
Destas trompetas al son?

TEODORA.

¡Pregon! ¿Cómo?

DIANA.

Desta suerte:
Que todas desde este dia,
O solteras ó casadas,
Traigan calzas atacadas.

TEODORA.

Muy buena invencion sería.

DIANA.

Con esto se ahorrarán
De naguas y de manteos,
Que es gran costa, y los deseos
Menos, Teodora, serán;
Que lo que siempre se ve,
A menos codicia obliga.

TEODORA.

¡Qué ingenio! Dios te bendiga.
(*Vanse Teodora y Laura.*)

ESCENA XIII.

DIANA.

Pues ya Teodora se fué,
Y Alejandro está ordenando
El escuadrón que ha de entrar
En Urbino para dar
Lugar al que está esperando,
Bien será partirme luego
A volver por mi opinion.
Volved, mi libre razon,
A vuestro antiguo sosiego;
Conozcan mi entendimiento,
Y salga de la prision
Desta vil transformacion
Mi cautivo pensamiento;
Que el ser boba son tan fieras
Burlas en una mujer,
Que el hábito puede hacer
Que lo venga á ser de veras;
Y si tanto desconsuela
Ser boba un hora fingida,
Quien lo fué toda su vida,
¿De qué suerte se consuela?
Que si del mayor amigo,
Si es necio, se hace desprecio,
¿Cómo no se cansa un necio,
Pues ha de tratar consigo? (*Vase.*)

Acompañamiento.

ESCENA XIV.

ALEJANDRO, FABIO.

ALEJANDRO.

Apenas puedo creer,
Fabio, lo que me has contado.

FABIO.

Todo queda asegurado.

ALEJANDRO.

¡Qué peregrina mujer!
¿Qué dirán cuando la vean
Con su entendimiento claro?

FABIO.

Que ha sido el caso tan raro,
Que habrá pocos que le crean.
¿Habráse alguno fingido
Bobo de aquesta manera?

ALEJANDRO.

Cuando esto jamás hubiera
En el mundo sucedido,
Habiendo tantas memorias
Que alguna vez te diré,
¿Cuál ejemplo de mas fe,
Que en las divinas historias
Un rey de tanto valor,
A quien Saul perseguia,
Que como siempre vivia
Fugitivo á su rigor? [1]

FABIO.

¡Con qué discrecion ha sido
Boba hasta tener defensa!

ALEJANDRO.

Vengaráse de tu ofensa,
Si no la pone en olvido.

FABIO.

Confesábase una dama,
De estas de bonico aseo;
Preguntóle el confesor,
Como suelen, lo primero
El estado que tenia,
Y ella, con rostro modesto,
Respondió que era doncella.
Fuése el caso prosiguiendo,
Y confesó en el discurso
Ciertos casos poco honestos.
Díjole el padre: «Al principio
Dijistes, si bien me acuerdo,
Que érades doncella, pues.»
Y ella respondió de presto:
«Sí, padre, de una señora.»

ALEJANDRO.

Y yo tu discurso entiendo.
De manera que Diana,
Mientras sale con su intento,
Es boba para los otros.

FABIO.

Y mas, que es sacado el cuento
De mi propia biblioteca.
Ella viene.

ESCENA XV.

DIANA. — DICHOS.

DIANA.

Doy al cielo
Gracias, valiente Alejandro,
Que libre á tus ojos llego.

ALEJANDRO.

Segura, hermosa Diana,
De mi valor, por lo menos;
Que antes perderé mil vidas,
Que venga á poder ajeno
Estado que, á no ser tuyo,
Te sobran merecimientos
Para mayores laureles.

[1] ¿No faltará aquí algo?

DIANA.

Aunque pasé con secreto
Hasta llegar á tu tienda,
He visto en hileras puesto,
Ya no lucido escuadron,
Mas todo un monte de acero.

ALEJANDRO.

Ya pues, Señora, que has visto
Las banderas, los pertrechos,
Y todo el órden del campo
En tu servicio dispuesto,
Mientras se juntan del todo,
Te ruego con vivo afecto,
Para que de tu justicia
Quede yo mas satisfecho,
Y porque muchos tambien
Tienen el mismo deseo,
Que me digas el principio
De tu noble nacimiento.

DIANA.

El duque Otavio ¡oh Médicis famoso!
Muerto en la guerra su menor hermano,
Que tuvo el rey de Francia vitorioso
Contra el valiente príncipe britano,
Trujo á su casa el ángel mas hermoso
Que su deidad vistió de velo humano,
En la condesa Hortensia, su sobrina,
A peticion de su mujer Delfina.
Criábase en palacio la Condesa,
De no pocos señores pretendida;
Pero (difícil para el Duque empresa)
Negada á todos, y por él querida;
Murió de pocos años la Duquesa,
De quien era guardada y defendida,
Y declaróse el Duque libremente:
Tal es de amor el bárbaro accidente.
Andando á caza con Hortensia un dia,
Con despecho de verse desdeñado,
Y que ni por marido le queria,
Ni dar remedio á su mortal cuidado
En una selva tímida y sombría,
Cubrióse el cielo de un telliz bordado
De escuras nubes, como un tiempo á Di-
Amor, de sus desdenes ofendido. [do,
Comenzaron con esto las señales
De escura tempestad, que el miedo au-
[mentan,
Sonando de las ruedas celestiales
Los quicios que la máquina sustentan.
Ocultos los terrestres animales,
Las aves que en el aire se alimentan,
Revolando entre negros torbellinos,
Bajaban á los árboles vecinos.
Pegaba á la celeste artillería
La cuerda el seco humor, y de los senos
De las escuras nubes escupia
Relámpagos de luz, de miedo truenos.
Piramidal el fuego resolvia
Las copas de los árboles amenos
Y las sagradas torres, cuyo muro
No está, por ser mas alto, mas seguro.
Hay una cueva solitaria y fiera,
Bostezo obscuro de una parda roca,
Que, porque el eco se quedase afuera,
Forma de espinos dientes á su boca:
De salobres carámbanos esfera,
De riscos altos la melena toca,
Sudando charcos los abiertos poros,
De roncas ranas desabridos coros.
Aquí principio dió naturaleza
A mi vida, Alejandro; aquí forzada
De la condesa Hortensia la belleza,
Fué prima y madre y se sintió preñada.
El Duque, por cubrir, no la flaqueza,
Sino la culpa, sin dejarle espada,
Como Enéas á Dido, fué mas necio,
Pues no hay mayor espada que el des-
[precio.
Cuando nací murió: propia fortuna
De una mujer que nace desdichada,
Pues tuve á un tiempo sepultura y cuna,
Viviendo entre dos montes sepultada.
Criéme sin tener noticia alguna
(En pobre labradora transformada)
De mi padre y mi noble nacimiento,
Sin esperanzas que llevase el viento.
Bien que la sangre, á diferente estilo
De cosas altas, me sirvió de norte;
Y cuando vino, como ves, Camilo,
Troqué el sayal en tela, el campo en cor-
Tú, ya de mi temor sagrado asilo, [te.
Como esta vida á tu valor importe,
Aunque no añada á tus grandezas lustre,
Defiende esta mujer por hombre ilustre.

ALEJANDRO.

El trágico principio de tu historia,
Tan peregrina y de sucesos llena,
Parece que lastima la memoria;
Mas hoy en gloria volverá la pena.
La justicia promete la vitoria:
Contra la parte de la envidia ajena,
Hoy quedarás pacífica señora.

DIANA.

Y tú, Alejandro, de quien mas te adora.
Ea pues, gallardo Médicis, desnuda
La espada con alegre confianza
Contra esta gente que, del peso en du-
De mi justicia pone la balanza; [da,
Que yo (si tu valor mi empresa ayuda)
Prometo posesion á mi esperanza,
Porque es pedir á un Médicis consuelo
Tener en tanto mal médico al cielo.

ALEJANDRO.

Dime, Señora, ¿de qué suerte quieres
Ponerte en posesion?

DIANA.

Dejando aparte
Este fingido engaño.

ALEJANDRO.

Pues no esperes;
Que ya la gente de Florencia parte.
Tú serás el valor de las mujeres.

DIANA.

Tú, César florentin, toscano Marte.

FABIO.

Y yo ¿no seré nada?

DIANA.

No te agravio
Mientras no soy lo que pretendo, Fabio.
Armar quiero, Alejandro, mi persona,
Y vean los soldados mi presencia,
Mientras llegan á darme la corona
Los que vienen marchando de Floren-

ALEJANDRO. [cia.

Armada pues ¡oh itálica Belona! [cia.
Muéstrate á Urbino con igual pruden-
Véante cuerda: que al tomar la espada,
Temblará la opinion desengañada.

DIANA.

Armas, Fabio. ¡Hola, criados!
(*Vase Fabio.*)

ESCENA XVI.

MARCELO, FABIO *y* CRIADOS, *que traen armas para* DIANA. *Desnúdase la ropa y basquiña, quedando en jubon rico de faldillas, ó almilla bizarra, y naguas ó manteo.* — ALEJANDRO.

DIANA.

Dadme un espaldar y un peto.

MARCELO.

Aquí tienes ya las armas.

DIANA.

Dame esa gola, Marcelo.

MARCELO.

Mejor estabas agora
Para parecer á Vénus.
¿Para qué quieres armarte?

FABIO.

Sal, por tus ojos, en cuerpo,
Y todo el linaje humano
Doy por siete veces muerto.

DIANA.

Aprieta la gola bien.

ALEJANDRO.

Yo lo veo y no lo creo.
¿Dónde aprendiste, Señora,
Entre castaños y enebros,
Entre asperezas de montes,
Que visten hayas y tejos,
A vestir lucidas armas,
Juntando á acerados petos
Las hebillas y correas,
Sobre grabados trofeos?

DIANA.

No importa á quien altamente
Nace, Alejandro, saberlo;
Que basta que lo haya visto
Quien tiene valor é ingenio.
Cuando el Rey le dice á un grande
Que se ha criado mancebo
En la corte, lleno de ámbar
Y de telas de oro lleno:
«Id á la guerra,» y se parte;
Y en llegando al campo, y viendo
Al enemigo, parece
Entre el plomo ardiente un Héctor,
¿Quién lo causa? Quién le enseña?
Claro está que su maestro
Fué allí la sangre heredada,
Alma segunda en los buenos.
El brio nace en las almas,
La ejecucion en los pechos,
Lo gallardo en el valor,
Lo altivo en los pensamientos,
Lo animoso en la esperanza,
Lo alentado en el deseo,
Lo bravo en el corazon,
Lo valiente en el despecho,
Lo cortés en la prudencia,
Lo arrojado en el desprecio,
Lo generoso en la sangre,
Lo amoroso en el empleo,
Lo temerario en la causa,
Lo apacible en el despejo,
Lo piadoso en el amor,
Y lo terrible en los celos.

FABIO.

¿Qué dices desto, Alejandro?

ALEJANDRO.

Que como habiéndose puesto
La mano á una fuente un rato,
Luego que la quitan vemos
Correr tan furiosa el agua,
Que, para salir mas presto,
Parece que la que viene
Fuerza á la que va corriendo;
Así la bella Diana,
Que estuvo en tanto silencio,
Desata con mayor furia
Su divino entendimiento:
De suerte que al disponer
Las razones el ingenio,
Entre la lengua y la voz
Se atropellan los conceptos.

DIANA.

Dadme un espejo.

ALEJANDRO.

Bien dice:
Mírese en él, aunque pienso
Que no le hallará mejor
Que ser de sí misma espejo.

FABIO.

¡Qué bien se ciñó la espada!
¿Qué dirán los que la vieron
Ayer simple, hoy valerosa?

ALEJANDRO.

Que supo engañar fingiendo

Una mujer incapaz
A muchos hombres discretos.

DIANA.

¿Estoy bien?

FABIO.

De oro y azul.

DIANA.

Pues vén conmigo; que llevo,
Para que me tiemble el mundo,
Un Alejandro en el pecho.

(*Vanse.*)

—

Plaza y atrio del palacio ducal de Urbino.

ESCENA XVII.

JULIO, CAMILO.

CAMILO.

Hoy ha de ser el dia
Que la ciudad desengañada quede.

JULIO.

Seguramente puede
Vencer la pena que tener podia,
Viendo tan gran locura y desatino.

CAMILO. (*Ap.*)

Este se sueña ya duque de Urbino.

JULIO. (*Ap.*)

Este piensa que ya tiene el estado.

CAMILO. (*Ap.*)

¡Qué necio, qué engañado
Presume Julio que el laurel merece!

JULIO. (*Ap.*)

¡Qué soberbio Camilo desvanece
Sus locos pensamientos!

CAMILO. (*Ap.*)

Ignora de Diana los intentos
Julio. ¡Bien haya Otavio,
Que me propuso duque libremente!

JULIO. (*Ap.*)

Otavio ha sido noble, cuerdo y sabio
En persuadir el ánimo inocente
De Diana á quererme por su esposo.

CAMILO. (*Ap.*)

Pensando estoy, Otavio generoso,
Qué pueda darte en premio desta em- [presa.

JULIO. (*Ap.*)

¿Qué le daré por darme á la duquesa,
A un hombre como Otavio? Todo es poco.

ESCENA XVIII.

TEODORA, LAURA y FENISA, *con vaqueros, espadas y sombreros de plumas.* — DICHOS.

FENISA.

Desde aquí puedes ver pasar la gente.

TEODORA.

Con el son de las armas me provoco.

LAURA.

¡Qué bizarra es la guerra! Qué valiente
Esfuerzo ponen cajas y trompetas!

TEODORA.

Mis ansias, que hasta aquí fueron secre- [tas,
Por Otavio, Fenisa, se declaran.

FENISA.

Con justa causa en su despojo paran.
(*Ap.* ¡Qué necia y qué engañada está [Teodora!)

LAURA. (*Ap.*)

Piensa que le ha de dar Otavio agora
Por armas el estado.

TEODORA.

¿Dónde aquella ignorante se ha queda- [do,
Que á ver no viene tan lucida gente?
Mas ¿qué puede alegrar á quien no sien- [te?

ESCENA XIX.

ALEJANDRO, *de general;* DIANA, *á caballo;* FABIO, SOLDADOS, *con arcabuces, cajas y banderas;* GENTE. — DICHOS.

JULIO.

Siendo Otavio general,
¿Quién es el gallardo mozo
Que en aquel caballo viene?

CAMILO.

¡Qué bizarro talle!

JULIO.

¡Airoso!

(*Tocan mientras sube al atrio Diana.*)

TEODORA.

Fenisa, confusa estoy;
Que con admirable asombro
En aquel mancebo ilustre
Pone la ciudad los ojos.

DIANA.

Vasallos, yo soy Diana,
Yo la señora me nombro
De Urbino, yo la duquesa,
A cuyo derecho solo
Este estado pertenece,
Y la posesion que tomo;
No simple para el gobierno,
No incapaz para el decoro
De la dignidad, si fuera
El reino mas poderoso.
Por el peligro en que estaba,
Y que no me hiciese estorbo
La pretension de Teodora,
Cubrí de simples despojos
Mi sutil entendimiento,
Hasta prevenir socorro,
Como le veis, en el campo,
Sin el ejército propio.
Aquí pues (oid vasallos)
Las armas serán los votos
De la justicia que tengo.
Torres, puentes, puertas, fosos
Todo queda ya con guardas;
Al que moviere alboroto,
Por la que le han de sacar,
Alma le daran de plomo.
Julio, Teodora y Camilo
Salgan de mi estado todo
Para siempre; que las vidas,
Por ser quien soy, les perdono.
La burla que de mí hicieron;
Duplicada se la torno,
Pues han de perder la patria,
Corridos como envidiosos.
A Fabio, que me ha servido,
Doy á Laura.

FABIO.

Me conformo.

DIANA.

Con seis mil...

FABIO.

¿De renta?

DIANA.

Sí.

FABIO.

Laura, responde.

LAURA.

Respondo
Que soy tuya.

DIANA.

Este gallardo
Caballero generoso
Es Alejandro de Médicis,
No, como pensais vosotros,
Otavio Farnesio, y es
Duque de Urbino y mi esposo.

ALEJANDRO.

El alma responde aquí.

DIANA.

Deste laurel que me pongo,
Parto la mitad contigo.

ALEJANDRO.

Será de diamantes y oro.

TEODORA.

Corrida estoy de mi engaño.

JULIO.

La boda nos hizo bobos.

FABIO.

Aquí, Senado, se acaba
La boba para los otros
Y discreta para sí:
Y pues sois discretos todos,
Perdonando nuestras faltas,
Quedarémos animosos,
Para escribir el poeta,
Para serviros nosotros.

—

POR LA PUENTE, JUANA.

PERSONAS.

DON DIEGO, *galan*.	BENITO, *labrador*.	DOÑA ISABEL, ó JUANA.	CRIADOS. — CRIADAS.
EL MARQUÉS DE VILLENA.	ESTÉBAN, *gracioso*.	DOÑA ANTONIA, *dama*.	MÚSICOS.
DON FERNANDO.	EL REGIDOR.	INÉS, *criada*.	MOZOS. — BARQUEROS.

La escena es en Olias, en Toledo y extramuros de esta ciudad.

ACTO PRIMERO.

Portal de la casa de Benito, en Olias.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, BENITO.

BENITO.

Templad, Señora, el dolor;
Que no estáis en tierra extraña.

DOÑA ISABEL.

¡Ay huésped! que no hay montaña
Como una ausencia de amor,
Donde el claro resplandor
Del sol nunca ha hecho espejos
La plata de sus reflejos,
Ó donde la arena abrasa
Á la soledad que pasa,
Estando el alma tan léjos.
¡Triste de mí! que el criado
Que fué á buscar al ausente,
Que os he dicho tiernamente
Que es dueño de mi cuidado,
Cobarde ó desesperado,
No ha vuelto; y aunque temer
No pude venirme á ver
En mas desdichas que estoy,
Soy mujer y sola estoy;
Que basta decir mujer.
De esta forzosa partida
No me puedo arrepentir,
Porque fué forzoso huir
Para no perder la vida;
Pero sola y afligida,
Léjos de mi patria amada,
¿Qué podré hacer, desdichada?
Que nunca mujer ninguna
Venció su adversa fortuna,
De lo que quiso apartada.
Seguí á un noble caballero,
Con quien me pensé casar;
Fuéme forzoso dejar
La patria, que agora espero;
Fíéme de un escudero
De mi casa, y no volvió;
El que amaba, y se partió,
No sabe que estoy aquí:
Mirad ¿qué será de mí,
Y huyendo, ausente yo?
Como dió el Emperador
Al rey francés libertad
Para irse en paz y amistad
De Madrid con tanto amor,
Me ha dado, huésped, temor
Que no se fuese tras él
Á Francia; aunque pienso que él
Mejor con Cárlos se iria,
Donde esperan cada dia
La portuguesa Isabel.

BENITO.

Dicen que á Sevilla viene,
Adonde se ha de casar;
Si allá le vais á esperar,
Mucha paciencia os conviene.
Mi casa, Leonarda, tiene,
Gracias á Dios, donde estéis.
Mejor es que aquí espereis;
Que pasando cada dia
Gente de la Andalucía,
Nuevas de don Juan tendréis.
No os vais á perder así;
Porque jamás la hermosura
Pudo caminar segura;
Que lleva peligro en sí.
Conmigo estaréis aquí,
Y con mi hija, que os ama.
Buena mesa y limpia cama
No os falta: tened paciencia.

DOÑA ISABEL.

Si no hay tan secreta ausencia
Que no la sepa la fama,
Temo con justa razon
Que en tan público lugar
Me pueda la gente hallar,
Que ha salido de Leon.

BENITO.

¿Para qué, Señora, son
Los ejemplos que han dejado
Muchos, que se han disfrazado
En hábitos diferentes,
Y en mayores accidentes
Vidas y honor han gozado?

DOÑA ISABEL.

Vamos donde el tiempo baje
Mi soberbia y mi locura,
Por ver si mudo ventura
Con la mudanza del traje;
Que no hay mas cruel linaje
De mal, que abatirse en él,
Pues en mi suerte cruel
Pienso que, siendo Leonarda,
Su furia no me acobarda,
Y soy la misma Isabel.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando, en Toledo.

ESCENA II.

DOÑA ANTONIA, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Esto, mi señora, os ruego:
No tengo mas que advertiros.

DOÑA ANTONIA.

Que se ofrezca en qué serviros
Estimo, señor don Diego.

DON DIEGO.

Pero sin que os cause pena.

DOÑA ANTONIA.

Pues ¿de qué tenerla puedo?

DON DIEGO.

Hoy me dicen que á Toledo
Llega el marqués de Villena,
Porque ya en Sevilla queda
Casado el Emperador.
Hacedme aqueste favor,
De que yo servirle pueda;
Que quiero servir aquí,
Inclinado á esta ciudad,
Despues que la libertad,
Patria y amistad perdí.

DOÑA ANTONIA.

Es Toledo la mejor,
Ó el ser mi patria me engaña;
Que bien sé yo que en España
Hay otras de igual valor:
Y de no poder vivir
En la propria, que dejastes,
Mucho en venir acertastes
Adonde os podrán servir;
Que sabe honrar calidades,
Estimar merecimientos,
Conocer entendimientos
Y agradecer voluntades.
El Marqués es señor mio,
Y mi hermano don Fernando
Le sirve: un mozo que, cuando
Conozcais su talle y brio,
Le cobraréis aficion.

DON DIEGO.

¿Es mozo el Marqués tambien?

DOÑA ANTONIA.

Mozo, galan y de quien
Se tiene satisfacion
Para la paz y la guerra.

DON DIEGO.

El apellido me ha dado
Inclinacion y cuidado,
Despues que dejé mi tierra.

DOÑA ANTONIA.

¿Sois Pacheco?

DON DIEGO.

Y deudo suyo,
Aunque nacido en Leon.

DOÑA ANTONIA.

Desdichas del tiempo son.
De vuestra persona arguyo
Toda virtud y valor.

DON DIEGO.

Siempre la fortuna es ciega.

DOÑA ANTONIA.

Desde que os hablé en la Vega,
Os cobré notable amor.

DON DIEGO.

Mil veces los piés os beso.

DOÑA ANTONIA.

Vos mereceis aficion.

DON DIEGO.

Haréisme decir que son
Mis buenas dichas exceso
De las malas que he pasado.

ESCENA III.

INÉS. — DICHOS.

DOÑA ANTONIA.

¿Qué rumor es este, Inés?

INÉS.

¡Ay, mi señora! El Marqués
A visitarte ha llegado.

DOÑA ANTONIA. (*A don Diego.*)

Salid á ese corredor,
Porque cuando pase os vea.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Temor llevo de que sea
Ausencia muerte de amor. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, DON FERNANDO, ESTÉBAN *y* CRIADOS. — DOÑA ANTONIA, INÉS.

DOÑA ANTONIA.

De príncipes tan humanos
Es esta grandeza igual.

MARQUÉS.

La hermosura celestial
Rindió Césares romanos.
Llegad, Fernando, abrazad
A vuestra hermana.

DON FERNANDO.

Señor,
Con el vuestro no hay amor;
Que es de mayor calidad.

DOÑA ANTONIA.

¿Viene vuestra señoría
Con salud?

MARQUÉS.

Quien llega á veros,
Muy mal podrá responderos,
Porque es la vuestra la mia.

DOÑA ANTONIA.

¿No hablais, Estében?

ESTÉBAN.

No tengo
Prosa de ausencia estudiada,
Y os hallo á vos bien tocada,
Con que muy contento vengo;
Que la mujer, aquel dia
Que no hay disgusto ó desden,
Se lleva en tocarse bien
La salve y el alegría.
Cuando no está el frontispicio
De una mujer adornado,
El moño bien asentado,
Y cada cosa en su quicio;
Cuando es jaspe de culebra
A las diez de la mañana,
O anda el diablo en Cantillana,
O la semana se quiebra.

MARQUÉS.

No le ha quitado el humor
La jornada de Sevilla.

ESTÉBAN.

Quien vió del Bétis la orilla
Y á Cárlos emperador
Casarse con Isabel,
¿Qué contento no traerá?

MARQUÉS.

¿No preguntais cómo está
Fernando?

DOÑA ANTONIA.

Yo sabré dél
Mas de espacio la jornada;
La vuestra quiero saber,
Si lo puedo merecer
Por ausente y desvelada.

MARQUÉS.

Ya sabes, hermosa Antonia,
Como fué preso el de Francia
En Pavía, y remitido
A Madrid, corte de España.
El ejército imperial,
Terror por estas batallas
De los confines del mundo,
Glorioso yace en Italia.
Yo, que venir á Toledo,
Adonde tengo mi casa,
Deseaba, como quien
Há dias que della falta,
Despues que en su santa Iglesia
Rendí las debidas gracias,
Vine á verte, hermosa Antonia;
Que al fin de ausencia larga
Debes oirme, así vivas,
Estas amorosas ansias:
En Palacio largos dias,
Tristes noches en la cama,
Y en cuidados siempre tristes
Imaginaciones varias;
Poco gusto con amigos,
Ninguno en fiestas y galas,
Desconfianzas de ausencias
Y temores de mudanza;
Faltas del bien que tenia
(Que toda la ausencia es faltas),
Pensamientos de tu olvido,
Y memorias de tus gracias.
Con esto pretendo, Antonia,
Supuesto que no me pagas,
Que conozcas que me debes;
Que para mis penas basta:
Porque, á quien el bien desea,
Cualquiera breve esperanza,
Mientras dura, le da vida,
Y mientras vive, le engaña.

DOÑA ANTONIA.

En cuantas cosas como estas
Dice vuestra señoría,
Ninguna como este dia
Mentiras tan bien dispuestas.
Ansias, fatigas, temores,
Memorias y soledades,
Como son nuevas verdades,
Quieren parecer amores.
Mas yo los conoceré
En que le quiero pedir
Una merced, por decir
Que les dí crédito y fe.
Un caballero leonés
Me pide que le reciba
En su servicio.

MARQUÉS.

Así viva,
Que puede ser él marqués
Y yo su criado, el dia
Que sois vos quien lo ha mandado.
Entre yo á ser su criado.

DOÑA ANTONIA.

¡Qué discreta cortesía!

ESCENA V.

DON DIEGO. — DICHOS.

DON DIEGO.

Don Diego Pacheco está,
Gran Señor, á vuestros piés.

MARQUÉS.

Si es Pacheco y es marqués,
Yo puedo servirle ya.
Alzad del suelo; no á mí,
Pedid las manos á Antonia.

DOÑA ANTONIA.

¡Jesus! Esa ceremonia
No ha de permitirse aquí.
Volved al Marqués, don Diego.

DON DIEGO.

Déme vuestra señoría
Las manos.

MARQUÉS.

Desde este dia,
Que me recibais os ruego,
Don Diego, en vuestro servicio.

ESTÉBAN. (*Ap.*)

¡Cuál anda el pobre criado,
Vergonzoso y bazucado!
¿Querrán que pierda el jüicio?

MARQUÉS.

Ahora bien, ya que es forzoso,
Mi camarero seréis.

DON DIEGO.

En mí un esclavo tendréis.

DON FERNANDO.

¡Buen camarero!

ESTÉBAN.

¡Famoso!

MARQUÉS.

Aunque es volverme á partir,
Me voy, con vuestra licencia.

DOÑA ANTONIA.

Vengada estoy de mi ausencia;
Mas quiero veros salir.

(*Vanse el Marqués, doña Antonia, don Fernando, Inés y los criados.*)

ESCENA VI.

DON DIEGO, ESTÉBAN.

ESTÉBAN.

¿Oye, señor camarero?

DON DIEGO.

¿Mandais algo?

ESTÉBAN.

Dar indicio
De ofrecer á su servicio
Cuanto soy y cuanto espero.
Vuesamerced ha venido
A una casa de las grandes
De España; no habrá mas Flándes
De cómo será servido.

DON DIEGO.

¿Quién duda que será gente
De grande ingenio y valor?

ESTÉBAN.

Es mayordomo mayor
Un hidalgo impertinente;
Guarda su hacienda al Marqués,
Y no se pierde la suya:
Ni dé, ni tome, ni arguya
Con él antes ni despues.
El hermano desta dama
Que aquí la salva le hizo,
Sirve de caballerizo,
Buen hijo y de buena fama;
Y aunque ella es la discrecion,
Y al Marqués de amor abrasa,
Me juran que por su casa
Nunca pasó Salomon.
Caballo tiene el Marqués,
Que me ha dicho en puridad
Que sabe mas, y es verdad;
Pero es gallardo y cortés.
De lo que es el secretario,
No sé qué pueda decir.
Deste le conviene huir.

DON DIEGO.

¿Por qué?

ESTÉBAN.

Es discreto ordinario,
Que es ordinario discreto:
La gente mas enfadosa
Del mundo y mas peligrosa;

ue de uno y otro conceto
n mártires todo el dia
e su mismo entendimiento,
in discrepar un momento
e aquella filatería.
ya destos; que es crueldad
frir su conversacion;
ue matan con discrecion,
omo otros con necedad.
unque para otros efetos
e hable y le tenga en pié,
ando mas seguro esté,
e dirá treinta sonetos.
abe un poco de latin
ue de pensarlo me angustio),
n que dice que Salustio
ésastre y Tulio rocin.
ca en peregrinidad,
opio ingenio de español,
iendo que se honra el sol
ser todo claridad.
rióse en esta jornada
camarero á quien hoy
cede; y palabra doy
ue era en menear la espada
misma destreza el hombre.
s demás oficios son
gente y de opinion;
no es bien que aquí los nombre.
pajes, si á luz los saco,
ejor de veintidos
y, y soy ¡vive Dios!
grandísimo bellaco.

DON DIEGO.

or Estéban, yo quedo
ento y agradecido
ue me haya recebido
e Villena en Toledo.
é, con la informacion,
solo he de ser amigo
don Fernando.

ESTÉBAN.

Testigo
de su buena intencion.
uamente hubo un dios
la amistad...

DON DIEGO.

¡Qué discretos
s!

ESTÉBAN.

Y este sus precetos
jo tambien á dos.

DON DIEGO.

les son? Porque de hoy mas
dos precetos sigo.

ESTÉBAN.

nder siempre al amigo,
ofendelle jamás.

DON DIEGO.

n bien, desde hoy os quiero
maestro. A ver la casa

ESTÉBAN.

Por sus cimientos pasa
humilde, prisionero
casa de Villena,
gran Pacheco y Giron.
que es conversacion,
ngais, don Diego, pena;
yo soy lindo fistol,
enseñaré en Toledo
s que goceis sin miedo,
como el mismo sol.
ncellas, que despues
urlas y piden veras;
en habiendo zurcideras,
arán á un francés.
sadas: de sus brazos
siempre me despido,
Donde á un puntapié el marido
Hace la puerta pedazos.
Viudazas, viudazas sí;
Que debajo del decoro
Monjil, hay diamantes y oro;
Que no está el difunto allí.
Verdad es que aquesta Inés
De doña Antonia, me trae
Sin seso; pero no cae
Con el debido interés;
Y aunque el Marqués, mi señor,
Gusta de mis desatinos,
El gastar por los caminos
Ha menester mas favor.
Juega el hombre: cuando hay juego,
¿Qué hacienda no se aventura?

DON DIEGO.

Aquí la tiene segura,
Siendo amigo de don Diego.

ESTÉBAN.

Soy su esclavo.

DON DIEGO.

Pues conmigo
Venga, y verá lo que pasa.

ESTÉBAN.

No habeis menester en casa
Mas que á Estéban para amigo.
Soy el alma del Marqués.

DON DIEGO.

Pues temo que se condene.

ESTÉBAN.

No hará; que Villena tiene
Llena el alma de quien es.

(*Vanse.*)

—

Calle en Toledo.

ESCENA VII.

DOÑA ISABEL, *de labradora;* BENITO.

BENITO.

Esta es, Señora, la imperial Toledo,
Que el Tajo de cristal á sus piés tiene,
Y parece que en sombras se detiene.

DOÑA ISABEL.

No sé cómo ese monte no se espanta
De sí mismo y mirar grandeza tanta
En esa luna líquida que tiene
Por grillos de sus piés.

BENITO.

De Cuenca viene
Tajo á prendelle con cadenas de oro.
Nunca su nombre ilustre mudó el moro.
Es su iglesia mayor imágen viva
Del cielo, que al gobierno sucesiva
De Pedro reconoce solamente.

DOÑA ISABEL.

Sus damas, caballeros y su gente
Me han obligado el gusto de manera,
Que en tan noble ciudad vivir quisiera,
Aunque fuera sirviendo en este traje;
Que ya no puede haber cosa que baje
Mi fortuna á lugar mas abatido.
Temo que un hombre bárbaro ofendido
Me busque y halle; y si escondida que-
Benito, en este traje y en Toledo, [do,
Muy ajustado viene con mi intento,
Teniendo con quietud gusto y contento.

BENITO.

El Regidor, que en nuestra aldea tiene
Hacienda, me parece que os conviene.
Su hija doña Antonia es la mas bella
Dama deste lugar; si estáis con ella,
No os hará falta discrecion ninguna.
Con esto burlaréis vuestra fortuna,
Y veréis un ingenio soberano.

DOÑA ISABEL.

No hubiera para mí remedio humano
Como vivir donde decis agora,
Y mas si es tan discreta esa señora.
Vamos: sabré, Señor, adonde vive;
Que dichosa seré si me recibe.

BENITO.

Eso es muy fácil, porque me ha pedido
Que le busque una moza labradora.
Mas no podréis, porque me acuerdo a-
Que habia de lavar y amasar. [gora

DOÑA ISABEL.

Digo
Que á lavar y amasar tambien me obli-
Si me agrada esa Antonia. [go,

BENITO.

Hay otro enredo:
Que un mozo, de los bravos de Toledo,
Es su hermano tambien; mas no os dé
[pena;
Que pienso que está ausente el de Vi-
Y es su caballerizo. [llena,

DOÑA ISABEL.

Que esté ausente
O presente, ¿qué importa? Cuando inten-
Algun atrevimiento, ¿soy yo boba? [te
¿No le sabré pegar con una escoba,
Y si jugar quisiere de otra pieza,
Rompelle con un plato la cabeza?

BENITO.

Y ¿cómo has de llamarte?

DOÑA ISABEL.

¿Cómo? Juana. [na,
Tú el arca, huésped, me traerás maña-
Y al Regidor dirás que soy de Olías.

BENITO.

Por el secreto que en mi pecho fias,
Te ofrezco eterno amor.

DOÑA ISABEL.

Vamos; que creo
Que abriendo voy la puerta á mi deseo;
Y cuando llego á ver en tal bajeza
Mi valor, mi persona y mi nobleza,
Pienso que no le dejo cosa alguna
Que le pueda vengar de mi fortuna.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VIII.

DOÑA ANTONIA, DON DIEGO.

DOÑA ANTONIA.

¡No entrais con malos alientos
De servir y de medrar!

DON DIEGO.

Señor que llega á fiar
Amorosos pensamientos,
Ya dice que sus intentos
Muestran indicios de amor,
De hacer merced y favor.

DOÑA ANTONIA.

Vos le teneis merecido;
Pero para mí no ha sido
Sino desprecio y rigor.

DON DIEGO.

Señora, yo entré á servir
A un príncipe, que en grandeza
Igualaba su nobleza:
No tengo mas que decir.
Siéndome forzoso huir
De mi patria, hallé mi amparo
En vos; que fué mi reparo
(Y era justo, Antonia bella)

Que la luz de tal estrella
Me guiase á sol tan claro.
Desde que en la Vega os vi,
Y atrevido llegué á hablaros,
Propuso el alma adoraros,
Y puso su centro allí;
Que de mi patria salí,
Como quien ya se destierra,
Para servir en la guerra
A Cárlos; pero ya estoy
Donde asegurando voy
Las desdichas de mi tierra.
Y luego aquel mismo dia
Que el Marqués me recibió,
Al momento me habló
En el amor que os tenia:
Con que, así como decia
Su pensamiento, iba el mio
Desechando el mucho brio
Con que os amaba y queria.
Venció al amor el temor,
Y di la esperanza al viento.
(*Ap.* ¡Vive Dios, que en esto miento;
Que nunca la tuve amor!
Y del que tengo en rigor
Me está matando en ausencia.
¡Ay, mi Isabel! ¿Qué paciencia
Podré pedir á los cielos?
Que con amor siempre hay celos,
Y con celos no hay paciencia.)
Dióme las joyas que os dí,
Tabíes y primaveras
Que os trujese, y tan de veras
En su amor le conocí,
Que de su casa salí,
Prometiendo la mudanza;
Que desde la confianza
Que hizo de mi valor,
Salió dueño mi temor,
Y despidió la esperanza.

DOÑA ANTONIA.

Don Diego, desde aquel dia
Que el Marqués me quiso bien,
No le traté con desden,
Y su amor entretenia;
Pero, como presumia
De mi amor lo que es razon,
Temblaba de mi opinion:
Y así, del mundo me guardo,
Y á un príncipe tan gallardo
No le he mostrado aficion.
Si vos me quereis, yo haré
Que el Marqués no se disguste
De que os quiera, y antes guste
De que yo la mano os dé;
Que de su grandeza sé
Que ha de volver por mi honor.
Siempre fué casto su amor;
Que son, donde no se alcanza,
Principios de la esperanza
Pensamientos de señor.

DON DIEGO.

Vos lo decis harto bien;
Pero yo lo haria muy mal,
Si á dueño tan principal
Le fuera traidor tambien.
Y aunque no lo diga bien,
Tengo, Antonia, por muy cierto
Que tendrá el odio encubierto;
Y señores con enojos
Mas despiden con los ojos
Que con rigor descubierto.
Hacer que el Marqués lo quiera
Lo tengo por imposible,
Si él se promete posible
Lo que por mi boca espera.
Querelde, pues persevera
En amaros; que es rigor
Casarme si os tiene amor;
Que no estará bien casado
Marido que fué criado
Donde hubo galan señor. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL REGIDOR, DOÑA ISABEL, BENITO.—DOÑA ANTONIA.

REGIDOR.

Pienso que te ha de agradar,
Que yo lo estoy por extremo,
La criada que ha traido,
Antonia, nuestro casero.—
Llegad, no estéis temerosa,
(*A doña Isabel.*)
Conoced á vuestro dueño.

DOÑA ISABEL.

Dadme, Señora, las manos.

DOÑA ANTONIA.

¡Qué linda persona! Cierto
Que te agrada con razon.

BENITO.

En toda la Sagra, creo
Que no hay moza de su talle,
Brio, limpieza y aseo.

DOÑA ANTONIA.

¿Cómo os llamais?

DOÑA ISABEL.

¿Yo, Señora?

DOÑA ANTONIA.

Vos pues.

DOÑA ISABEL.

A servicio vuestro,
Juana.

BENITO.

Sí, Señora, Juana;
Que era mi padre su abuelo.
Murió, y huérfana quedó:
¡A fe que viene de buenos!
Crióla el cura, su tio;
Está grande, y los mancebos
Del lugar son con las mozas
Como los tordos; que en viendo
Colorear mal maduras
Las guindas, andan en celo
Hasta que las dan picadas,
Si se descuidan los dueños.
Por eso la traigo acá.

DOÑA ANTONIA.

Hicistes como discreto;
Que Juana es gallarda moza,
Dispuesta y de lindo cuerpo.
¿Y el sobrenombre?

DOÑA ISABEL, Ó JUANA.

De Illéscas.

BENITO.

Sí, señora; que su abuelo
Se llamó Pedro de Illéscas,
Y Juan de Illéscas, el viejo,
Fué tio de Alonso Aguado;
Que, Señora, el parentesco
De los Illéscas no es
La alcuña de mi abolengo.

DOÑA ANTONIA.

¿Qué haciendas sabeis hacer?

JUANA.

Las que por allá sabemos:
Lavar, masar y hacer red.

DOÑA ANTONIA.

Del buen talle me contento.
Regalar quiero á Benito.

REGIDOR.

Y yo tambien darle quiero
Un vestido, que se ponga
Las fiestas.

BENITO.

Los piés le beso.
(*Vanse doña Antonia y el Regidor.*)

ESCENA X.

JUANA, BENITO.

JUANA.

¡Oye, tie? traiga el arca.

BENITO.

Al otro mercado vuelvo.

JUANA.

Si allá viniere mi primo,
Diga que estoy en Toledo.
(*Vase Benito.*)

ESCENA XI.

JUANA.

Sale la nave próspera y bizarra
De Flándes con inquietas banderol
Y sin temor de caminar á solas,
Las áncoras del puerto desamarra.
Entra en el golfo, deja atrás la bar
El mar se altera, y en dos horas sol
La deja el viento entre las pardas ol
Como granizo helado á verde parra
Mas, siendo entonces su furor e
[
Viendo que nace el sol, y hay mas
[nau
En ánimo se truecan sus desmayos.
Así, viendo del cielo la mudanza,
Adoro los celajes de sus rayos,
Siendo al temor alivio la esperanza.

ESCENA XII.

INÉS.—JUANA.

INÉS.

¿Sois vos la recien venida?

JUANA.

Y ¿vos quien sirve esta casa?

INÉS.

Soy quien se huelga de veros
Tan compuesta y aliñada,
Que la que se fué, tenia
El traje como la cara.
Vos seais muy bien venida.

JUANA.

Vos seais muy bien hallada.

INÉS.

Vos habeis tenido dicha
Y eleccion muy acertada.
A casa venis, que creo
Que os hallaréis bien pagada
Del trabajo y del servicio.

JUANA.

¿Es de condicion muy brava
La señora doña Antonia?

INÉS.

Es un ángel, una santa:
A nadie en toda su vida
Dijo una mala palabra.
Casa, en fin, donde no hay
Señora mayor; que basta
Para que puedan vivir
C n libertad las criadas.

JUANA.

Cierto que lo tengo á dicha,
Ya que salgo de mi casa.

ESCENA XIII.

DON FERNANDO.—Dicha

DON FERNANDO.

Inés...

INÉS.

Señor...

DON FERNANDO.

Esa ropa
Viene de larga jornada.

INÉS.

¡Gracias á Dios, que ya tengo
Quien me ayude á jabonarla!

DON FERNANDO.

¿Quién?

INÉS.

Juana, recien venida.

DON FERNANDO.

Por Dios, que es tan buena Juana,
Que puede lavar al Rey.

JUANA.

¿Quién es este?

INÉS.

Hijo de casa.

JUANA.

¿De casa ó del Regidor?

INÉS.

¡Del Regidor! ¡Qué ignorancia!

JUANA.

Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.—
Señor, aquí, ya lo veis,
Vengo á servir.

INÉS.

Perdonalda;
Que no sabe mas agora.

JUANA.

La ropa, mande sacarla;
Que quien allá lavó anjeo,
Tendrá por guantes la holanda.

DON FERNANDO.

Si las almas se vistieran
Camisas, bella aldeana,
Lavar tus manos pudieran
Las camisas de las almas.

JUANA.

¡Ay, lo que ha dicho Señor!
Hola, Inés! ¿úsase en Francia
Traer las almas camisas?

INÉS.

Dícelo porque le agradas;
Que son encarecimientos
De verte las manos blancas.

JUANA.

Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.

DON FERNANDO.

A ver, Juana, esas patenas.
¡Bravos corales y sartas!

JUANA.

Tírgase allá: ya lo entiendo.
¿Piensa que soy ignoranta?

DON FERNANDO.

(Ap. ¡Que diese naturaleza
Tal hermosura y gracia
A rústico entendimiento?)
Oye, espera, tente, para.

JUANA.

Estése quedo, Señor.

DON FERNANDO.

¡Qué arisca que es la villana!

JUANA.

¿Yo morisca? ¡Malos años!
Cristiana vieja y muy rancia.

DON FERNANDO.

Que no digo sino arisca.

JUANA.

Pregunte en toda la Sagra
Qué gente son los Illéscas.

INÉS.

No sé quién ha entrado en casa.

ESCENA XIV.

ESTÉBAN. — DICHOS.

ESTÉBAN.

¿Está don Fernando aquí?

DON FERNANDO.

¿Qué hay, Estéban?

ESTÉBAN.

Que te llama
El Marqués, mi señor.

DON FERNANDO.

Voy. *(Vase.)*

ESTÉBAN.

Mira que en el patio aguarda.—
(Vase don Fernando.)

ESCENA XV.

JUANA, ESTÉBAN, INÉS.

ESTÉBAN.

Pues, Inés, ¿no hay mas hablar?
¿Toda la lealtad se acaba
En habiendo ausencia?

INÉS.

Yo
No hablo á quien no me habla.

ESTÉBAN.

Hablar y abrazar, Inés.

INÉS.

¿Qué me trae de la jornada?

ESTÉBAN.

¿Es poco traerme á mí?

INÉS.

Es de la jornada nada.

JUANA. *(Ap.)*

Por donde quiera que voy,
Hallo amor. ¡Brava abundancia!
No pienso que hay en el mundo
Otra cosa mas usada.
Los retirados y graves
¿De qué se admiran y espantan?
Si ignoran cómo nacieron,
Es temeraria ignorancia.
Así se conserva el mundo.

ESTÉBAN.

¿Quién es aquesta villana,
De tan lindo talle y brio?

INÉS.

Salga fuera, noramala,
Y no sea bachiller;
Que es recien venida á casa.

ESTÉBAN.

Labradora de sentidos,
Pespuntadora de entrañas,
Ojos de brillante espejo,
Que mirando te retratas,
Linda del cabello al pié,
Honra ilustre de la Sagra,
Por el delantal famosa,
Y por el sayuelo hidalga:
¿Labras vidas ó heredades?
Que pienso que tus pestañas
Son agujas de tus ojos,
Pues que con sus niñas labras.
Vuelve esa cara. ¡Ay, qué linda!
¡Vive Dios que tiene estampa
De coger almas con queso,
Como eres toda de natas!

INÉS. *(Ap.)*

¿Esto sufro?

JUANA.

Diga, Inés:
¿Es tambien hijo de casa
Este señor barbipollo?

ESTÉBAN.

Esto ¿le parece falta?
¿Es mejor cuatro bigotes,
En cuyas espesas ramas
Haya soto de conejos?
Porque yo no sé que valgan
Mas que para ser escobas,
Barrer y regar la cara.

JUANA.

Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.

INÉS.

Señor viene.

JUANA.

¡A la cocina!

INÉS.

Sube esa escalera, Juana.

ESTÉBAN. *(Ap.)*

Juana me ha muerto, señores.
Reñí con ella sin armas.
¡Qué virotazo me ha dado! *(Vase.)*

ESCENA XVI.

JUANA, INÉS.

INÉS.

¡Ah traidor! ¿así me pagas
Tanto amor, tanta amistad?—
Juana, ¿es esta buena entrada?

JUANA.

No temas, Inés; que soy
Un cuerpo que anda sin alma,
Una cifra no entendida,
Una escritura borrada,
Una sombra que anda en pena,
Y una pena en sombras tantas,
Que solo un sol, que está ausente,
Puede con su lumbre clara
Descifrarle y darle vida,
Gloria, gusto y esperanza.

INÉS.

No te entiendo.

JUANA.

Ni es posible.

INÉS.

Loca me pareces, Juana.

JUANA.

Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO.

Galería en casa del Marqués.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Las fábulas de Ovidio á pensar llego
En lo que vienes refiriendo agora.

MARQUÉS.

Desde este corredor miré, don Diego,
A Vénus transformada en labradora.
Parece el agua entre sus manos fuego;
Le da el Tajo cristal, y ella le dora;
Que, si á sus manos cándidas se atreve,
Las doradas arenas vuelve nieve.
Muchas veces, don Diego, entretenido,
Mirando el Tajo, que mi casa baña,
He visto damas, músicas he oido,
Que es en Toledo la mejor de España;
Pero en el instrumento referido,
La labradora, que Sirena engaña,
Con voz tan celestial cantó de suerte,
Que estatua de sus manos me convierte.

DON DIEGO.

Mujer de tales prendas y tal brio,
¡Lava, de la manera que refieres,
Con instrumento tan helado y frio!
Me obligas que presuma que la quieres.

MARQUÉS.

El talle, el aire, el gusto, el modo, el brio,
Dan sangre y calidad á las mujeres.
No hay en el gusto mas razon que el gusto;
Que aquello es justo con que yo me ajusto.
Conviene la igualdad al casamiento,
A los estados, no á los accidentes.

DON DIEGO.

Amor es un primero movimiento,
Que nace de igualar inconvenientes.
Bien pueden confirmar el casamiento
Dos personas de estados diferentes.
Mas ¿qué quieres hacer? que si te agrada,
Mejor es pobre y fácil que endiosada.

MARQUÉS. (*Llamando.*)

¡Estebanillo! Estéban!

ESCENA II.

ESTÉBAN. — DICHOS.

ESTÉBAN.

Señor...

MARQUÉS.

Dame
Un arcabuz: salir al Tajo quiero.

ESTÉBAN.

¿Quieres, Señor, que alguna gente llame?

DON DIEGO.

El desengaño con la vista espero.

(*Vase Estéban.*)

MARQUÉS.

Cuando viéndola cerca me desame,
Mas contento tendré que considero.

DON DIEGO.

Las distancias desmienten á los ojos.
No son de tu valor claros despojos.

(*Vuelve Estéban.*)

ESTÉBAN.

Aquí está el arcabuz.

MARQUÉS.

Toma, don Diego,
Ese arcabuz.

DON DIEGO.

Dos bandas de palomas
Andan por esas peñas, aunque luego
Del verde monte suben á esas lomas.

MARQUÉS.

Vamos á ver si en tal desasosiego
Se templará la llama de mi fuego.

(*Vanse.*)

—

Orillas del Tajo.

ESCENA III.

JUANA, INÉS, OTRAS CRIADAS, MÚSICOS, MOZOS.

INÉS.

Pon la ropa en ese suelo;
Que aquí habemos de bailar.

JUANA.

No me mandes alegrar;
Que mas cuidado recelo.

INÉS.

Deja agora tus tristezas;
Que los músicos se irán.

JUANA.

Otro dia volverán.

INÉS.

¡Qué cansada estás, si empiezas!
No te entiendo: una vez eres
Entendida y cortesana,
Y otra, rústica villana.

JUANA.

Soy de tornasol. ¿Qué quieres?

INÉS.

Que mudes de tornasol.

JUANA.

No ha de tener mi tristeza
En ningun color firmeza,
Hasta que torne mi sol.

INÉS.

¿Qué sol ni qué disparate?
Ponte aquesas castañuelas.

ESCENA IV.

ESTÉBAN, EL MARQUÉS, DON DIEGO. — DICHOS.

ESTÉBAN. (*Dentro.*)

Quita al alcon las pigüelas,
Será del viento acicate;
Que de palomas fregonas
He visto una banda allí.

MARQUÉS. (*Dentro.*)

¿Quieren bailar?

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Señor, sí.

(*Salen el Marqués, don Diego y Estéban.*)

JUANA.

Mira que hay muchas personas.
¡Hola, Inés! dime, ¿quién es
El de la banda y cadena?

INÉS.

Es el marqués de Villena.

JUANA.

¡Válgame Dios! ¿el Marqués?
Toquen, y vaya de joya.

MARQUÉS.

Ya no lleva aqueste rio
Nieve pura y cristal frio,
Sino reliquias de Troya.

(*Cantan los músicos, y bailan Juana, Inés, las criadas y mozos.*)

MÚSICOS.

Por el rio de mis ojos
Nadando quiero pasar;
Las olas de mis enojos
Dicen que me han de anegar.
Cuando el ausencia porfía,
¿Quién vencerá su aspereza?
Nadando va mi tristeza,
Por llegar á su alegría;
Y nunca puedo alcanzar
Mis deseados despojos:
Las olas de mis enojos
Dicen que me han de anegar.

MARQUÉS.

¿Hay tal nadar y tal rio,
Tales olas, tal donaire?

ESTÉBAN.

Si esto nada por el aire,
Con tales brazos y brio,
¿Qué nadará por la tierra?

MARQUÉS.

Quedaos vosotros aquí.

JUANA.

¡Hola! ¿Viene el Marqués?

INÉS.

Sí.

ESTÉBAN. (*Ap.*)

Si él la tira, no la yerra.

MARQUÉS. (*Llegándose á Juana.*)

Por el alto corredor,
De donde veo este rio,
Vi, labradora, ese brio,
Que en dama fuera mejor.
Cuanto me agradaste allá,
Lo confirmé aquí, de suerte
Que sin seso vengo á verte.

JUANA.

Inés, burlándose está.

INÉS.

Claro es eso.

MARQUÉS.

Véte, Inés, (*Ap. á ella.*)
Con mis criados un poco.

INÉS.

Sí haré; que he visto aquel loco. —
Juana, entreten al Marqués.

MARQUÉS.

¿Juana en efeto os llamais?

JUANA.

Para lo que le cumpliere.

MARQUÉS.

Del nombre *Juana* se infiere
La gracia con que matais;
Porque, al revolver la luz
De esos ojos, no hay despojos
Que no maten vuestros ojos.

JUANA.

Aténgome al arcabuz.

MARQUÉS.

Y ¿de adónde sois?

JUANA.

No sé
Si se lo diga.

MARQUÉS.

Decid.

JUANA.

Al gigante de David
Quite vuesasté la G.

MARQUÉS.

¿De Olías sois?

JUANA.

Acertó.
¡Han vido! ¿Quién se lo dijo?

MARQUÉS.

Amor, que, en tus ojos fijo,
Luz de tu patria me dió.
Puede ser que la belleza
Supla un rudo entendimiento.
(*Ap.* De que me agrade me afrento;
Que es en un noble bajeza.)

JUANA.

Quedo, quedo; que no es tanta
La ignorancia.

MARQUÉS.

¿De qué modo?

JUANA.

Bien, Señor, lo alcanzo todo,
Y la corte á nadie espanta.
Yo no volviera por mí,
Como vuestra ofensa fuera
Del entendimiento afuera;
Por mi entendimiento sí.
El interior aposento
Afrenta quien le desalma;
Y así, es volver por el alma
Defender mi entendimiento.

MARQUÉS.

¿Cómo hablaste rudamente,
Y agora con discrecion,
Pues ya tus palabras son
En estilo diferente?

JUANA.

Soy de un lugar rudo parto;
Pero para juegos breves
Tengo...

MARQUÉS.

¿Qué?

JUANA.

Dos treinta y nueves,
Y el que yo quiero descarto.

MARQUÉS.

No es mala la fullería.
De suerte que ¿el juego entablas
En dos lenguas y en dos hablas?

JUANA.

Me sucede como haria
Con cierto mal importuno
Aunque no es para villanas,
Tengo el gusto con cuartanas:
Juego dos, y callo el uno.

MARQUÉS.

No sé si puedo entender
De tu estilo y tu presencia
Que es segura tu inocencia.

JUANA.

Pues ¿en qué lo echais de ver?

MARQUÉS.

Ahora bien, espera aquí. *(Llégase á don Diego, á quien habla aparte.)*

JUANA. *(Ap.)*

¡Esto me faltaba agora!

MARQUÉS.

Don Diego, esta labradora
Me tiene fuera de mí.
Háblala, y di que me vea;
Que quiero mudarla el traje. *(Llégase á Inés, y habla aparte con ella.)*
Tú, Inés, véte, y ese paje
Testo de sus pasos sea.
Esto sin réplica.

INÉS.

Adios.

MARQUÉS. *(Ap. á Inés.)*

No le digas á tu ama
Palabra.

INÉS.

¡Qué mala fama
Tenemos!

MARQUÉS. *(A don Diego y Juana.)*

Hablad los dos.

(Vanse todos, menos Juana y don Diego.)

ESCENA V.

JUANA, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Discreta y bella serrana,
El Marqués manda que os hable.

JUANA.

¡El Marqués á mí! ¿Por qué?
Id con Dios y dejadme.

DON DIEGO.

¡Cielos! ¡Qué es esto que veo!

JUANA.

Amor, ¿sufris que me engañe
La imaginacion? ¿Qué es esto?
¡Don Juan!

DON DIEGO.

¡Tú en aqueste traje!

JUANA.

Buscándote, señor mio.

DON DIEGO.

Calla, pues, no te recates...
No nos vean abrazar;
Que demostraciones tales
Arguyen conocimientos,
Y amistades grandes.

JUANA.

Con el nombre de Leonarda
Peregriné los umbrales
Que hay desde Leon á Olías;
Allí paré, y á buscarte
Envié á Leonardo, y viendo
Que en diluvios de pesares
Fué cuervo, salí yo misma.

DON DIEGO.

Bien dices: la oliva traes
En esa amorosa boca.
Dame, reina de las aves,
La paz en el arco hermoso
De los divinos celajes
Que en tus ojos amanecen;
Que yo, por lo que tú sabes,
Iba por servir á Cárlos,
Que en Italia, Francia y Flándes
Tiene guerras de envidiosos,
De sus blasones esmalte.
Serví con nombre fingido
A un príncipe, que en la sangre
Y valor, no reconoce
Al Macedonio Alejandre.
Don Diego Pacheco soy,
Aunque soy don Juan del Valle,
Como tú, Leonarda agora,
Doña Isabel de Nevares.
Mas ¡ay de mí! que no hay dicha
Segura por todas partes;
Que para comprar placeres,
Es la moneda pesares.
Quiere el Marqués, mi señor,
Que en sus amores te hable,
Que su voluntad te diga,
Que su tercero me llame.
Señora de mi señor
Quiere que pueda llamarte;
Que, como el sol, aunque tenga
Obscuras nubes delante,
Por entre pardos resquicios
Con rayos dorados sale,
Así el sol de tu nobleza
Por entre toscos celajes
Descubre los rayos bellos
De tu generosa sangre.
No sé qué habemos de hacer.

JUANA.

Agravio, don Juan, me haces
En no confiar de mí
Lo que las mujeres valen
En las adversas fortunas;
Que son diamantes amantes.
Las entrañas de los montes
No crian tan duros jaspes.
¿Qué bronce, como su pecho,
Corresponde incontrastable
A los golpes de la lanza,
Ni qué firmeza hay tan grande
Como una mujer que quiere?
Véte, y dile que no trate
De vencer con intereses
Ledas firmes, nobles Dafnes.
Y pues le sirves, y puedes
Entrar á verme y hablarme,
No quiero que aquí nos vean,
Aunque el dejarte me mate.
Adios, mi sola verdad.

DON DIEGO.

Adios, destas venas sangre,
Alma deste firme pecho:
Vive en sus brazos constante. *(Vase.)*

ESCENA VI.

ESTÉBAN. — JUANA.

ESTÉBAN.

¿Fuése don Diego?

JUANA.

Ya es ido.

ESTÉBAN.

No le he contado al Marqués
Que te había conocido,
Juana, temiendo despues
Tu desengaño y mi olvido.
Entre los puros cristales
Y arenas de oro del Tajo,
Sobre peñas desiguales,
Con rostro sereno y bajo
Lavaba el amor pañales.
Ya riendo, ya llorando,
Ya torciendo, ya contando
A Inés sus pasados cuentos,
Camisas y pensamientos
Vile á Juana estar lavando.
Con mas belleza y traicion
Que pasando el mar Europa,
Entre cancion y cancion
Acepillaba la ropa
Con el dichoso jabon.
Las manos de blancas natas,
De lavar y ser ingratas,
No se quejaban á Inés,
Viendo que estaban los piés
En el rio y sin zapatas.
El agua en cercos y enredos
Se los lava y se los besa;
Y como se estaban quedos,
¿Quién fuera arena traviesa
Que le anduviera en los dedos?
Juana, el rostro levantando,
Miróme, y fuíme acercando,
De suerte que mi intencion
Dije con el corazon,
Y díjela suspirando:
«Tú pues, que mi muerte tratas
Con tus ojos homicidas,
Con que el alma me arrebatas,
Di, Juana, ¿por qué me olvidas?
Di, Juana, ¿por qué me matas?»

JUANA.

Estéban, yo soy amiga
De Inés, y no es bien se diga
Que le he sido desleal:
Mira que le pagas mal
Lo que te quiere y te obliga.
Véte á servir á tu dueño;
Que de no hacerla traicion,
Mi palabra y fe te empeño;
Y fuera desta ocasion,
Otro amor me quita el sueño.
Cojo la ropa, y adios. *(Vase.)*

ESCENA VII.

ESTÉBAN.

¡Juana! Juana! Mala tos
Te le quite. — Fuentes, rios,
Ayudad mis desvaríos;
Que quiero quejarme en *vos*.
Ea, ninfas de Helicona,
Hoy teneis nueva corona
De laurel; que en vuestro polo
Muere amando un paje Apolo
Por una Dafne fregona. *(Vase.)*

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VIII.

DOÑA ANTONIA, DON FERNANDO.

DOÑA ANTONIA.

¡De esa manera lo dices!
¿Tú eres hombre de valor?

DON FERNANDO.

Prueba, Antonia, qué es amor,
Porque no te escandalices.

DOÑA ANTONIA.

Sí; pero un hombre, Fernando,
De tu obligacion, es justo

Que ponga en sugeto el gusto,
Digno de sus ojos.

DON FERNANDO.

Cuando
Viene amor por accidente,
No se le da á la eleccion
Voto, como en la razon,
Que es calidad diferente;
Y, Antonia, yo me resuelvo
En que me muero por Juana.

DOÑA ANTONIA.

Tienes alma tan tirana,
Que las espaldas te vuelvo. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

No digas tal; que es locura;
Aunque ya á tan necia vienes,
Que puedo pensar que tienes
Envidia de su hermosura.

ESCENA IX.

DON DIEGO. — DON FERNANDO.

DON DIEGO.

En vuestra busca, Fernando,
Vengo con grande contento.

DON FERNANDO.

Pedidme albricias á mí,
Pues que mi gusto es el vuestro.

DON DIEGO.

Hallé una joya perdida.

DON FERNANDO.

Por muchos años y buenos.
Pues venis con tanto gusto,
No era de pequeño precio.

DON DIEGO.

Era un hermoso diamante,
Sortija de un casamiento,
Que podrá ser que algun dia...

DON FERNANDO.

Enseñádmele.

DON DIEGO.

No puedo;
Que le he dejado á guardar;
Mas enseñarle prometo.
¿Qué os haciais?

DON FERNANDO.

Aquí estaba
Dando esperanzas al viento,
Y riñendo con mi hermana.

DON DIEGO.

Son diferentes efetos.

DON FERNANDO.

Quiero enseñaros la causa.—
¡Juana!... (*Llamando.*)

ESCENA X.

JUANA. — DICHOS.

JUANA.

¡Señor!...

DON FERNANDO.

Dadme luego
Un jarro de agua: las manos
Manché de tinta escribiendo.

JUANA.

Voy por fuente, agua y toalla. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

¿Qué os dicen mis pensamientos?
¿Riñeme bien doña Antonia?
¿Haréis burla de mí y dellos?

DON DIEGO.

¡Burla! ¿Por qué, si no he visto
Mas airoso talle y cuerpo
Que el de aquesta labradora,
Aunque perdone Toledo?

DON FERNANDO.

Para que me deis disculpa
Os la enseño; que no quiero
Que la alabeis.

DON DIEGO.

Bien seguro
Podeis estar de mis celos.

ESCENA XII.

JUANA, *con agua, toalla y fuente.* — DICHOS.

JUANA. (*A don Fernando.*)

Bien puede vuesamerced
Lavarse; que viene fresco
Tajo bañado de plata,
Desde el aljibe riendo.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Mal podré tener paciencia,
Pues á cuantas partes llego,
Hallo quien quiere á Isabel:
Si en Leon ¡airados cielos!
Por dama airosa y gallarda;
Por labradora, sirviendo.
¿A cuál hombre dió el amor
Tanta manera de celos?

DON FERNANDO.

Echa nieve de esas manos
Para que temple mi fuego.

JUANA.

¡Nieve! ¿Soy yo Guadarrama?
Soy nube ó helado cierzo?

DON FERNANDO.

¿Parécete que un desden
No tiene fuerza de hielo?

JUANA.

Yo no entiendo aquesas cosas.

DON FERNANDO.

Yo sí, Juana; que me muero
Por esas niñas hermosas.
Echa mas agua.

JUANA.

Estáos quedo.
Pues que ya os habeis lavado,
Tomad la toalla luego;
Que me aguarda á quien le pesa.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Y de suerte, que sospecho
Que estoy rogando á mis ojos
No crean lo que están viendo.

ESCENA XIII.

INÉS. — DICHOS.

INÉS.

¡Con qué espacio, Juana, estás!
¿Déjasme á mí?...

JUANA.

¿Qué te dejo?

INÉS.

Cuanto hay que hacer hoy en casa.

JUANA.

¿Piensas, Inés, que me huelgo
De estar aquí?

DON FERNANDO.

Deja, Inés,
Que la conozca don Diego;
Que le he dicho sus donaires.

JUANA.

Las ignorancias que tengo,
Llama donaires, Señor.

INÉS.

Con ese entretenimiento
¡Se hará muy bien la comida!...
Vendrá Señor, y tendrémos
Pesadumbre por tu gusto. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

JUANA, DON DIEGO, DON FERNANDO.

JUANA.

Ya, señor don Diego, quedo
Para que os burleis de mí;
Que ha dado á mi costa en esto
Don Fernando, mi señor.

DON DIEGO.

¡Burlas, Juana! No lo creo.
De veras habla Fernando,
Y que tú respondes, pienso,
Con las mismas á su amor.

JUANA.

¿Qué es amor?

DON DIEGO.

Amor es fuego.

JUANA.

¡Fuego de Dios en amor!
¿Eso quiere un hombre cuerdo
Que tenga mujer ninguna?

DON DIEGO.

Luego, tampoco, sospecho,
Sabrás qué es celos.

JUANA.

Yo no.

DON DIEGO.

Celos son bastardo efeto
De amor, celos es locura
En que da el entendimiento,
Celos es desamor propio,
Celos es vivir temiendo
Que aquello que un hombre adora,
Quiere ó mira á otro sugeto,
Por ausencia ó por mudable
Condicion.

JUANA.

¿Celos es eso?
Pues, don Diego, en vuestra vida
Los tengais; que son de necios.
Tened amor y no mas;
Que vuestros merecimientos
Son tales, que por mi voto
No teneis de qué tenellos.

DON DIEGO.

Con esas seguridades
Nos engañan por momentos
Las mujeres.

JUANA.

¿Qué mujeres?
Porque en eso hay mas y menos.

DON FERNANDO.

Cese, don Diego, por Dios,
La plática; que sospecho
Que os debeis de enamorar.

DON DIEGO.

Que ya lo estoy os confieso.
¿Quiéreos mucho?

DON FERNANDO.

¿Qué es quereı?
Tiene de diamante el pecho,
Tiene de mármol el alma,
Tiene el corazon de acero.

DON DIEGO.

Pues yo pensé que os quería.

DON FERNANDO.

Vamos, y os iré diciendo
Los lances que me han pasado.

DON DIEGO. (*Ap.*)
Muriéndome voy de celos.
(*Vase don Diego y don Fernando.*)

ESCENA XV.

JUANA.

Cuando el sugeto que se quiere y ama,
Muestra tibieza y vive sin cuidado,
Es darle celos la razon de estado
De amor que mas provoca, incita y llama.
Canta con celos en la verde rama [do
Del olmo el ruiseñor, que vió en el pra-
A quien sigue su prenda enamorado,
Y mas cuando ella finge que desama.
Contenta estoy, con poca diligencia,
En ver que despertaron mis desvelos
Al dueño de mi amor por competencia.
Muera á cuidados, mátenle recelos;
Porque, cuando hay tibieza por ausen-
El remedio mejor es darle celos. [cia,

ESCENA XVI.

DOÑA ANTONIA. — JUANA.

DOÑA ANTONIA.
Huélgome de hallarte aquí;
Que á solas hablar deseo
Contigo.

JUANA.
Que tienes, creo,
La satisfacion de mí
Que siempre te merecí.

DOÑA ANTONIA.
La satisfacion me obliga
A que mi pasion te diga.
Escúchame, Juana.

JUANA.
Escucho.

DOÑA ANTONIA.
El amor me obliga á mucho.

JUANA.
Tu criada soy y amiga.

DOÑA ANTONIA.
Quiero un secreto pedirte.

JUANA.
Aquí á tu servicio estoy.

DOÑA ANTONIA.
Tengo un mal, Juana, en que doy,
Difícil de persuadirte.
. . . . [1]
Que es un infierno de fuego.
¿Conoces este don Diego,
Amigo de don Fernando?

JUANA.
Agora estaban hablando
Los dos, y se fueron luego.

DOÑA ANTONIA.
Ese, de cuanto hay en mí
Es dueño, que adoro y quiero.

JUANA. (*Ap.*)
¡Ah celos, qué mal agüero
Fué alabarme de que os dí!

DOÑA ANTONIA.
Agora has de hacer por mí.
¿Sabes su casa?

JUANA.
¿No es
En la casa del Marqués
(*Ap.* ¡Ay ingrato dueño mio!),
Que es la que cae hácia el rio,
Adonde me lleva Inés?

DOÑA ANTONIA.
Es casa tan conocida,
Que no la puedes errar.
Un papel le has de llevar,
Juana; que le va la vida
A mi esperanza perdida.

JUANA.
¿A quién, Señora?

DOÑA ANTONIA.
A don Diego.

JUANA.
Pensé que al Marqués...

DOÑA ANTONIA.
Y luego
De mi parte le dirás...

JUANA.
Basta, no me digas mas.

DOÑA ANTONIA.
Esto, mi Juana, te ruego.

JUANA.
Eso, mi ama, haré yo...
(*Ap.* Aunque de muy mala gana.)

DOÑA ANTONIA.
Pues entra y daréte, Juana,
El papel. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

JUANA.

¡Qué presto halló
Castigo quien se burló!
Paciencia para sufriros,
Amor. ¡Ay, tristes suspiros!
Celos, no costeis tan caros;
Que cuanto me agrada el daros,
Me entristece el recebiros. (*Vase.*)

—

Galería en casa del Marqués.

ESCENA XVIII.

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

MARQUÉS.
¡Buena respuesta has traido!

DON DIEGO.
No he visto tal condicion.

MARQUÉS.
Siempre esta resolucion
Gente rústica ha tenido.

DON DIEGO.
Con sus iguales se entienden;
Que, indignas de prendas tales,
De los hombres principales
Bravamente se defienden.
Tus razones la cansaron,
Tus promesas la ofendieron,
Tus dádivas no rindieron
Ni tus dichas alcanzaron;
Finalmente, he sospechado
Que vencer está mujer
Mas difícil ha de ser
Que romper un monte helado.

MARQUÉS.
Mira, don Diego, quien ama
No se ha de cansar tan presto.

DON DIEGO.
Antes bien un pecho honesto
Obliga cuando desama.

MARQUÉS.
Si aquesta mujer me amara
Al instante que me viera,
Por mucho que la quisiera,
Por mujer vil la dejara.
Vuelve á hablarla; que rogando
Y prometiendo, ha de ser
Conquistar una mujer,
Que no huyendo y despreciando.
Háblala de parte mia,
Y no te canses de hablar;
Que no se ha de conquistar
Una mujer en un dia. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON DIEGO.

¡Por qué de partes me asalta
La fortuna! ¡Qué paciencia
Ha de tener mi prudencia,
O qué desdicha me falta?
Si no es dejando esta tierra,
¿Cómo he de poder vivir?
Pienso que he de proseguir
De Cárlos Quinto la guerra.
Pasarme á Italia es mejor,
Pues tan mal nos va en España. —
No podré, si me acompaña
En cualquiera parte amor.
Pero cansado y ausente,
¿Quién me lo puede estorbar?

ESCENA XX.

JUANA. — DON DIEGO.

JUANA. (*Ap.*)
Dicha he tenido en hallar
A mi enemigo presente.
¡Que esté solo y en tal puesto!
Mas burlóse amor conmigo.
¡Qué tarde se halla un amigo!
Y un enemigo ¡qué presto!

DON DIEGO.
¿Quién es?

JUANA.
La que ya no es.

DON DIEGO.
¡Oh qué gracia!

JUANA.
¿Es mucha?

DON DIEGO.
Es tanta,
Que por mujer no me espanta.
En fin, ¿buscas al Marqués?

JUANA.
¿Qué Marqués?

DON DIEGO.
El que está aquí,
Y despreciábasle allá.

JUANA.
Este papel te dirá
Si vengo á buscarte á tí.

DON DIEGO.
¡Papel para mí! ¿De quién?

JUANA.
De tu dama.

DON DIEGO.
Tú lo eras
Antes que á buscar vinieras
A quien te obliga tan bien.

JUANA.
Dejémonos de porfías.
Toma el papel.

DON DIEGO.
¿Tienes seso?

JUANA.
Toma... y responde.

DON DIEGO.
Confieso
Las obligaciones mias;
Pero en poniendo los piés
Adonde estás, se acabaron;
Pues en efeto buscaron
Livianamente al Marqués.
¡Qué presto que te mudaste!
Yo debia hacerlo así,

[1] Falta el quinto verso de esta décima.

Pues para venir aquí,
A doña Antonia burlaste.
Yo aseguro que dirias
Que traerias el papel,
Para negociar con él
Lo que para ti querias.
Y aun le harias escribir
Lo que ella no imaginaba;
Porque si al Marqués amaba,
Pudiera tu amor decir
Que á un tiempo engañaba á tres,
Y aun á cuatro, pues amando,
Tú engañabas á Fernando,
A mí, á Antonia y al Marqués.

JUANA.

¿Ha dicho vuesamerced?

DON DIEGO.

Poco para tal traicion.

JUANA.

Pues oiga por caridad,
Pues callé mientras habló.

DON DIEGO.

Yo ¿qué tengo que escuchar?

JUANA.

¡Qué malas señales son
El meter el pleito á voces!
Calle, pues callaba yo.
Doña Antonia, mi señora,
Me ha contado la aficion,
Que vuesamerced olvida
Por el Marqués, su señor;
Cómo la quiso en llegando
A Toledo, y que los dos
Se hablaron algunas veces
En dulce conversacion;
Pero que despues, sirviendo,
El respeto le guardó
Que debe un buen escudero,
Que non sabe mentir, non.
Si es vuesamerced marqués,
Pues por él le dejo yo,
Este marqués he buscado,
Este fué á quien tuve amor,
Y este es á quien ya no quiero:
Y así, con gran devocion
Le hago una reverencia,
Dejo el papel y me voy.
Si le he dado pesadumbre,
Diga, dándome perdon:
«Mensajero sois, amigo,
Non mereceis culpa, non.»

DON DIEGO.

Tente, escucha.

JUANA.

¿Que me tenga?
Déjeme ir; que, por Dios,
Que es poca el agua del Tajo
Para que lave su error.

DON DIEGO.

Oye, Isabel.

JUANA.

¿Qué Isabel?

DON DIEGO.

La que adoro.

JUANA.

Juana soy.
Suélteme...

DON DIEGO.

Tente.

JUANA.

El vestido
Que mi desdicha me dió.

ESCENA XXI.

EL MARQUÉS. — DICHOS.

MARQUÉS.

¿Qué es esto?

DON DIEGO.

Que no hay remedio
Que te quiera esta mujer.
Demonio debe de ser.

JUANA.

A no estar vos de por medio,
Nos matábamos aquí
Como cochinos, pardiez.

MARQUÉS.

¡Tú en mi casa!

JUANA.

Alguna vez
Este corredor subí,
Y no he tenido advertencia
De entrar acá, hasta que agora
El mandallo mi señora
Me dió ocasion y licencia.
Vengo á buscar á Fernando;
Que le queremos cortar
Unas camisas: y al dar
El primer paso temblando,
Sale estotro escuderon,
Y dice que yo he de ser
Vuestra mujer. ¿Qué mujer?
Las de mi patria no son
Mujeres para Girones,
Ni Villenas ni Pachecos;
Son de Illéscas y Mazuecos,
Toribios, Sanchos y Antones.
Quédese, Señor, con Dios;
Que el escudero algun dia
Me pagará la porfía
Que hemos tenido los dos.
Yo le cogeré en mi casa.

DON DIEGO.

Pues yo ¿qué ofensa te he hecho?
Bien sabes, Juana, mi pecho.

JUANA.

Ya sé todo lo que pasa.

MARQUÉS.

Juana, yo estimo tu honor.
Si don Diego te habló en mí,
La culpa tuve; que fuí
Quien le declaró mi amor.
Entra; que quiero mostrarte
Mi casa y darte un regalo.

JUANA.

¡A fe, que no fuera malo
Dar celos á Durandarte!
Pero soy mujer de bien,
Y por esto me voy luego.

MARQUÉS.

Tente.—Detenla, don Diego.

DON DIEGO.

Tente, escucha.

JUANA.

¿Vos tambien?
Pues por vos me voy mijor.

DON DIEGO.

Oye una palabra, Juana.

JUANA.

¡Vos á mí! (*Vase.*)

MARQUÉS.

¡Fuerte villana!
Ya es tema lo que fué amor.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XXII.

DOÑA ANTONIA, ESTÉBAN.

DOÑA ANTONIA.

Tanto olvido en el Marqués
No debe de ser sin causa.

ESTÉBAN.

Con esta joya me envia:
¡Así todos me olvidaran!

DOÑA ANTONIA.

Memoria quiero, y no joyas.

ESTÉBAN.

Desa manera se llaman.
El que regala se acuerda,
El que olvida no regala.

DOÑA ANTONIA.

No ver ni hablar ¿es regalo?

ESTÉBAN.

Como á mí me regalaran,
Mas que nunca me quisieran.

DOÑA ANTONIA.

Pedir al galan la dama
Algo de su gusto, es cosa
Que obliga á servirla y darla.

ESTÉBAN.

Sí; que una dama á un galan
Que truchas le presentaba,
Le pidió un trucho una vez,
Diciendo que le cansaban
Las truchas hembras; y el triste
Anduvo cuatro semanas
Buscando un trucho varon.

DOÑA ANTONIA.

Y ¿hallóle?

ESTÉBAN.

Dos trujo en agua,
Y dijo que las guardasen,
Porque despues en la casta
El macho conoceria
Viendo la trucha preñada.—
Pero ¿qué me quieres dar,
Y contaréte la causa
Del descuido del Marqués?

DOÑA ANTONIA.

Una cadena mañana.

ESTÉBAN.

¡Mañana!

DOÑA ANTONIA.

Pues ¿es muy tarde?

ESTÉBAN.

No, Antonia; mas, pues aguardas
A mañana, yo tambien
Quiero aguardar á mañana.

DOÑA ANTONIA.

¡Lindo bellacon te has hecho!—
¡Inés, Inés!
(*Vase Estéban.*)

ESCENA XXIII.

INÉS. — DOÑA ANTONIA; *despues*, JUANA.

INÉS.

¿Qué me mandas?

DOÑA ANTONIA.

¿Vino Juana?

INÉS.

Ya ha venido.
(*Sale Juana.*)

DOÑA ANTONIA.

¿Qué hay de mis sucesos, Juana?

JUANA.

Malas nuevas.

DOÑA ANTONIA.

¿Cómo así?

JUANA.

Hallé aquel hombre en la sala,
Di el papel, tomó el papel,
Y á las primeras palabras
Cruzó la cara á las letras.

DOÑA ANTONIA.

¿Cómo á las letras la cara?

JUANA.
Rasgándole en mil pedazos,
Y diciendo: «Si vuestra alma
Porfía, iréme á la guerra;
Que favor y merced tanta
Como me hace el Marqués,
Con traiciones no se pagan.
Hoy me ha dado mil escudos
Y un caballo, que envidiaran
Los del sol, á no ser de oro;
Que vale á peso de plata.»
Con esto me despedí;
Pero diciéndole airada:
«Cuando los hombres no quieren,
Notables achaques hallan.»

DOÑA ANTONIA.
No te escucho mas.

JUANA.
Espera.

DOÑA ANTONIA.
No quiero escucharte nada;
Que no escucha libertades
Quien tiene sangre en el alma. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

JUANA, INÉS.

JUANA.
¿Qué dices de aquesto, Inés?

INÉS.
¿Qué quieres que diga, Juana?

JUANA.
¡Dichoso es este don Diego!
Todas le quieren.

INÉS.
Bien basta
Por ejemplo doña Antonia.

JUANA.
¡Ay, quién de tí se fiara!

INÉS.
¿Tienes tú, Juana, tambien
Tu poco de amor?

JUANA.
Estaba
Segura, y diéronme celos.

INÉS.
¡Qué mala pedrada!

JUANA.
Mala.
Yo tengo, Inés de mis ojos,
Dos vestidos en el arcá,
Y quiero que los saquemos,
Porque me dicen que bajan
Estas tardes á la Vega
Muchos galanes y damas.
Allí quiero ver mis celos,
Y tú sabrás quién los causa;
Sabrás tú mi pensamiento,
Y yo sabré quien me mata.
Pero esto con gran secreto.

INÉS.
En razon de secretaria
Soy dinero de avariento,
Soy noche, bosque y montaña;
Soy pobre humilde que asiste
Adonde señores hablan;
Soy libro que no se vende,
Que es la cosa que mas calla;
Y para decirlo en breve,
Soy necesidad honrada.

JUANA.
Pues tomarémos dos mantos
Con ricas ropas y sayas;
Que quiero ver en secreto,
Si el que dices te acompaña...

INÉS.
Está segura de mí.

JUANA.
Quiero ver si un hombre habla
Con una mujer que temo.

INÉS.
¿Y luego?

JUANA.
Sacarle el alma.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

INÉS y JUANA, *de damas, con mantos.*

INÉS.
Esta es la Vega de Toledo, Juana,
Que doña Juana fuera bien llamarte.
No acabo de mirarte y de admirarte.
¡Qué lindo talle y qué persona tienes!

JUANA.
Cuando me muero yo, ¡de burlas vienes!
¡Ay Inés! esto hacen galas y oro.
No hay cosa que les dé mayor decoro
Que vestir ricamente, á las mujeres.
Cuando estas graves y damazas vieres,
Atribuye á las galas la hermosura.

INÉS.
Si ellas no tienen la primer ventura,
Que es el nacer hermosas, no lo creas,
Por mas diamantes que en sus cuellos [veas.
¿Es posible que tú villana fuiste?

JUANA.
Tú misma agora, Inés, te respondiste;
Pues yo te he parecido gran señora
Con las galas, naciendo labradora.

INÉS.
Mi ama es esta: cúbrete.

JUANA.
No acierto.
Que es de mis celos la ocasion advierto.

ESCENA II.

DOÑA ANTONIA, UNA CRIADA. — DICHAS.

DOÑA ANTONIA.
Aquí quiero sentarme; que esta tarde
Hace la Vega su vistoso alarde
De la hermosura y galas de Toledo.

JUANA. (*Ap. á Inés.*)
Inés, que nos conozcan tengo miedo.

INÉS.
Pues no le tengas, porque estás de suer[te,
Que yo me admiro cuando llego á verte.

CRIADA.
¡Bellas damas! Parecen forasteras.

DOÑA ANTONIA.
¡Ah señoras hermosas!...

INÉS. (*Ap. á Juana.*)
¿Qué te alteras?

DOÑA ANTONIA.
¿Quiéremos dar de tanto sol un rayo?

JUANA.
Vuesamerced lo pida al mes de mayo.

DOÑA ANTONIA.
¿Son de Toledo?

JUANA.
¿Para qué le importa?

DOÑA ANTONIA.
¡Qué bravos filos! Bravamente corta.

JUANA.
Pues advierta que somos sevillanas.

DOÑA ANTONIA.
Quite dos letras, y serán villanas.

JUANA. (*Ap. á Inés.*)
¿Si nos ha conocido?

INÉS.
Calla, necia.

JUANA.
Y ella, que tanto del valor se precia,
Enséñenos la cara por su vida;
Porque viene muy larga y mal prendida.

DOÑA ANTONIA.
Esa culpa será de las criadas.

JUANA.
¿Criadas tiene?

DOÑA ANTONIA.
Muchas, tan honradas,
Que pueden ser sus amas.

JUANA.
No lo crea...
Y mire ese galan que la pasea.

ESCENA III.

DON DIEGO. — DICHAS.

DON DIEGO. (*Ap.*)
Al campo saco las tristezas mias,
Por ver si las venciese en desafío.

JUANA. (*Ap. á Inés.*)
Inés, este es aquel ingrato mio.

INÉS.
Luego ¿don Diego fué quien te dió celos?

DOÑA ANTONIA.
¡Oh don Diego! llegad.

DON DIEGO.
¡Inmensa dicha!
¿Vos en la Vega?

JUANA. (*Ap. á Inés.*)
¡Qué mayor desdicha!

INÉS.
Pues ¡tú de mí, Señora, estás celosa!

JUANA.
Dí en esta necedad.

DOÑA ANTONIA.
Menos dichosa
Me prometí la tarde; pues os veo,
No tengo que pedir á mi deseo,
Aunque correspondeis ingratamente.

DON DIEGO.
¡Serviros, si el Marqués os quiere tanto!

JUANA. (*Ap. á Inés.*)
Estoy, Inés, por descubrir el manto,
Y hacer un desatino.

INÉS.
Espera un poco.

JUANA.
No hay celos cuerdos, si el amor es loco.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, ESTÉBAN. — DICHOS.

MARQUÉS.
¿Es aquel don Diego?

ESTÉBAN.
Él es,
Y no está mal ocupado.

INÉS. (*Ap. á Juana.*)
Juana, el Marqués ha llegado.

JUANA.
¿Qué habemos de hacer, Inés?

INÉS.
Que si has visto lo que quieres,
Nos vamos á casa luego.

MARQUÉS.
¿Quién hablará con don Diego?

ESTÉBAN.
No sé; pero dos mujeres
Bizarras están allí.

DOÑA ANTONIA.
Venid, don Diego, hasta el rio.
Por ingrato os desafío,
Ya que á la Vega salí.

DON DIEGO.
¿Qué mayor satisfaccion
Os puedo dar que el Marqués?

DOÑA ANTONIA.
No hay satisfaccion, despues
Que me habeis muerto á traicion,
Ni es el reñir excusado.

DON DIEGO.
Si es desafío español,
¿Quién ha de partir el sol,
Si llevo al sol enojado?
(*Vanse los dos y la criada.*)

ESCENA V.

EL MARQUÉS; JUANA É INÉS, *tapadas;* ESTÉBAN.

MARQUÉS. (*A Juana.*)
Dé vuesamerced lugar,
Señora tapada, á ver
Si tan bizarra mujer
Tiene mas con que matar
Que con tal donaire y brio.

JUANA. (*Ap.*)
¡Esto es bueno para mí,
Llevándome el alma allí
Aquel enemigo mio!

ESTÉBAN. (*A Inés.*)
Suplico á vuesamerced
Se quite la sobrevaina,
Y no dé heridas con vaina.

INÉS.
Allá, paje, entretened
Con mujeres enfaldadas
Vuestra cansada persona.

ESTÉBAN.
Y ¿no puede ser fregona
Alguna de las tapadas?

MARQUÉS. (*A Juana.*)
Merezca, no por quien soy,
Sino solo en cortesía,
Ver amanecer el dia.

JUANA.
Con tanta desgracia estoy,
Que no puedo responderos.

MARQUÉS.
La quietud habeis perdido.
Decid, ¿quién os ha ofendido?
Si en algo puedo valeros,
Os podeis de mí servir.

JUANA.
Podeis hacerme merced
De dejarme... (*Hace que se va.*)

MARQUÉS.
Detened
El paso; que habeis de oir,
Pues matais.

JUANA.
¡Tan de repente
Parézcoos bien!

MARQUÉS.
Y muy bien.

JUANA.
¡Que cuanto los hombres ven
Quieran bien tan fácilmente!

MARQUÉS.
Yo á nadie quiero.

JUANA.
Mirad
Qué condicion es la vuestra,
Si bien poneis en la nuestra
Antojos de liviandad,
Pues hoy en sola una casa
Quereis bien á dos mujeres.

MARQUÉS.
Mujer notable, ¿quién eres?
¡Dos mujeres!

JUANA.
Eso pasa:
Y tan desiguales son,
Que son señora y criada.

MARQUÉS.
Por Dios, que estáis engañada.

JUANA.
Pero teneis condicion
De señor, que, harto y cansado
De la perdiz, apetece
La vaca; y así, parece
Que os da doña Antonia enfado,
Y Juana os regala el gusto.

MARQUÉS.
¡Vive Dios, que he de saber
Quién eres!

JUANA.
Una mujer.
Hacerme fuerza no es justo.

ESTÉBAN. (*A Inés.*)
¿Oye, señora tapada?
Menos desdenes.

INÉS.
Ataje
La manopla, señor paje,
O habrá coz y bofetada.

ESTÉBAN.
¿Eres haca? que no creo
Que eres mujer. Pero advierte
Que soy paje de alta suerte,
Y que en señoras me empleo.
No tuve sarna en mi vida,
Ni he tomado punto á media.

INÉS.
Bien la condicion remedia;
Que, desde Adan procedida,
Tienen sarna original.

ESTÉBAN.
¡Vive Dios, que te he de ver!

INÉS.
Mire que hay una mujer
Que no le ha querido mal,
Y no quiero que me arañe.

ESTÉBAN.
¿Qué importa, si la aborrezco?

INÉS.
Pues yo soy, y quien merezco,
Perro, que tu amor me engañe.
(*Descúbrese.*)

ESTÉBAN.
¡Vive el cielo, que es Inés!
¿Hay tal cosa? Tente, para.

INÉS.
No pienso dejarte cara.

MARQUÉS.
¿Qué es eso, Estéban? ¿Quién es?

ESTÉBAN.
Inés, Señor, disfrazada.

MARQUÉS. (*A Juana.*)
Y tú, ¿quién eres, mujer?

JUANA.
Si Inés se ha dejado ver,
¿De qué sirve estar tapada?
Juana soy: cáteme aquí. (*Descúbrese.*)

MARQUÉS.
¡Qué dices! ¿Hay cosa igual?
¡Ay donaire celestial!...
¿A matar sales así?
¿Tú eres labradora?

JUANA.
Pues.
Anda acá, Inés; no nos riñan.

MARQUÉS.
¿Desta manera se aliñan
Villanas?

JUANA.
Anda acá, Inés.

MARQUÉS.
Espera: en mi coche irás.

JUANA.
¿Qué coche ni qué cochino?
¿Quereis torcer el camino
(Ya me entendeis lo demás)
Y zamparme en vuestra casa?

INÉS.
Vamos, Juana.

JUANA.
Inés, camina.

MARQUÉS.
Labradora peregrina,
Si tosco sayal me abrasa,
¿Qué sirven almas de seda?
(*Vanse Juana é Inés.*)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, ESTEBAN.

¿Has visto, Estéban, mujer
Mas bella?

ESTÉBAN.
No puede ser
Que ser mas hermosa pueda.

MARQUÉS.
¡Hay tan notable invencion
De enamorar y matar!

ESTÉBAN.
¡Que no puedas conquistar
Su villana condicion!

MARQUÉS.
Si enamorarme pretende
Desta suerte, ¿qué he de hacer?
Algo hay en esta mujer
Que se mira y no se entiende.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VII.

DON DIEGO, DOÑA ANTONIA.

DOÑA ANTONIA.
Del haberme acompañado
Estoy muy agradecida,
En mi esperanza perdida
Por el engaño pasado.

DON DIEGO.
No hay amor desengañado
Que quiera mas, si no alcanza
A entretener la esperanza:
Con que me obligo á creer
Que no hay distancia en mujer
Del amor á la mudanza.
Pues para no ser ingrato
A la merced que me hacés,
Pedid licencia al Marqués,
Y veréis que no dilato
El casarme, siendo ingrato
Al favor que me otorgais;

Que si licencia alcanzais,
Al mismo punto veréis
Que la posesion teneis,
Sin que esperanza tengais. (*Vase.*)

DOÑA ANTONIA.

Perdida esperanza mia,
¡Albricias! que ya os hallé.

ESCENA VIII.

JUANA. — DOÑA ANTONIA.

JUANA.

¿Cuando don Diego se fué,
Quedas con tanta alegría?
¿Qué habeis tratado los dos?

DOÑA ANTONIA.

¡Ay Juana! Mi casamiento.

JUANA.

Muy justo fué tu contento.
Yo se lo pediré á Dios.

DOÑA ANTONIA.

Yo te prometo casar
Con un oficial honrado.

JUANA.

En fin, ¿queda concertado?

DOÑA ANTONIA.

No falta mas de tratar
Mi dicha con el Marqués.
Yo le voy á hablar; que es justo
Que esto sea con su gusto.
Lo demás sabrás despues. (*Vase.*)

ESCENA IX.

JUANA.

Aquí se acabó mi vida,
Aquí dió fin mi tragedia,
Aquí en sombra mi esperanza
Con triste luto y sangrienta
Dió fin al acto postrero.
No hay que aguardar, pues ya queda
Todo abrasado el teatro,
Y la campaña desierta.
Aquí fué Troya, aquí mi suerte ordena
Que tenga vida yo para mas pena.
¡Oh cuántas veces, amor,
Te dije yo que tuvieras
Mas respeto á la razon!
Mas tú ¿qué razon respetas?
¿Quién dijera que don Juan
Pagar ingrato pudiera
Tan grandes obligaciones,
Tanto amor, tantas finezas?
¡Ah, nunca yo te amara ni te viera,
Alma de mármol, corazon de piedra!
¿Qué habemos de hacer? Morir,
Y no aguardar á que vean
Mis ojos lo que ya saben;
Pues sea mi muerte ausencia.
¿Volverémos á la patria?
No; que hay venganzas en ella,
De quien traté con desprecio,
Por amar quien me desprecia. [cia?
¡Ah cielos! ¿quién podrá tener pacien-
Que en infinito amor no hay resistencia.

ESCENA X.

INÉS. — JUANA.

INÉS.

¿De qué das voces, Juana?

JUANA.

De desdichas.
Inés, á Dios te queda;
Que, puesto que villana,
Cubre tosco sayal alma de seda.
Yo voy por mis vestidos.
Por dicha los que ves fueron fingidos.

INÉS.

¿Adónde vas? Detente.

JUANA.

Por la puente de Alcántara á esas peñas
Desesperadamente.

INÉS.

Tu nobleza conozco por las señas.
Mas que pareces eres.

JUANA.

Hay hombres deshonor de las mujeres;
Pues ¿cuál no fuera buena,
Si no nos encantaran el oido?

INÉS.

Dime, por Dios, tu pena.

JUANA.

No quieras mas de que mi historia ha
Confusa Babilonia. [sido
Don Diego se ha casado con Antonia.

INÉS.

¡Casado!...

JUANA.

Allá en el rio
Debieron de tratarlo aquesta tarde.
Voyme, voyme: no fio
De mis ojos paciencia tan cobarde.
¿Qué aguardo? ¡Fuego, fuego!
Antonia se ha casado con don Diego.
(*Vase.*)

INÉS.

¡Fuése desesperada!

ESCENA XI.

DOÑA ANTONIA. — INÉS.

DOÑA ANTONIA.

¿Qué es esto, dime, Inés?

INÉS.

Agora creo
Que la villana honrada
Celosa espía fué de su deseo.

DOÑA ANTONIA.

¡Cómo, celosa!

INÉS.

Juana
Está sin seso desde ayer mañana.
Sin duda no es grosera,
Con el traje que trae de labradora;
Que tener no pudiera
Tales vestidos, á no ser señora,
De que iba ayer cargada,
Y anduvo por la Vega disfrazada.
Celos son de don Diego,
Porque hoy en la Vega le has hablado.

DOÑA ANTONIA.

Agora sí que llego
A creer el respeto mal guardado.
Mil sospechas tenia:
Tal vez me hablaba bien, y tal fingia.
¡Que no la detuvieras!

INÉS.

Agora sale: síganla. ¿Qué esperas?

DOÑA ANTONIA.

¿Qué haré?

INÉS.

Que consideres...

DOÑA ANTONIA.

¡Qué cobardes nacimos las mujeres!
¿Si se va con don Diego?

INÉS.

Pues ¿eso dudas?

DOÑA ANTONIA.

Siempre amor es ciego.
Solo para engañarme
Trató del casamiento: todo ha sido
Con palabras burlarme.

ESCENA XII.

DON FERNANDO. — DICHAS.

DON FERNANDO.

¿Qué es esto, doña Antonia?

DOÑA ANTONIA.

Que se ha ido
La infame labradora,
Y mis vestidos se ha llevado agora.

DON FERNANDO.

¡Juana con malas manos,
Teniéndolas tan buenas!

INÉS.

¡Linda flema!

DON FERNANDO.

¡Pensamientos villanos!
Que diera yo para vencer su tema
Mas joyas que ha llevado,
Solo porque escuchase mi cuidado.
Pienso que solamente
Pudiera ser bastante esta bajeza
Para que el fuego ardiente
Que ha encendido en mi pecho su belle-
Sus rigores templara. [za,
¡Tan malas manos con tan linda cara!

DOÑA ANTONIA.

Mientras que das al viento
Exclamaciones vanas y amorosas,
Seguirla quiero.

DON FERNANDO.

Intento
Que se ajuste á mis penas tan forzosas;
Que pienso que la lleva
Un falso amigo que no sale á prueba.

DOÑA ANTONIA.

Yo quiero acompañarte.

INÉS.

Sin duda que los dos pasan la puente.

DOÑA ANTONIA.

Daré á mi padre parte.

DON FERNANDO.

De ninguna manera. Brevemente
Saquen el coche, hermana.

DOÑA ANTONIA. (*Ap.*)

¡Ay, ingrato don Diego!

DON FERNANDO.

¡Ay, bella Juana!
(*Vanse.*)

—

Orillas del Tajo.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS, DON DIEGO Y ESTÉBAN; *despues*, MÚSICOS. *En el rio una barca muy enramada y compuesta, y en ella*, BARQUEROS.

MARQUÉS.

Llegue la barca á la orilla.

DON DIEGO.

Ya va llegando la barca.

MARQUÉS.

A la isla pasar quiero,
Que el Tajo aprisiona en plata.
¿Los músicos?

DON DIEGO.

Ya han venido.
(*Salen los músicos.*)
Gran gente la puente pasa:
Todos son de Andalucía.
La barca toca á la playa.

MARQUÉS.

Entren todos. ¡Buena viene!

Como en Sevilla la enraman,
Mas no de naranjos verdes,
Para pasar á Triana
Tantas damas y galanes,
Viérnes de entre Pascua y Pascua.
Quédate, Estéban, aquí,
Porque si don Pedro baja,
Digas que pasé á la isla,
Y vendrá por él la barca.
(*Entran en la barca el Marqués, don Diego y los Músicos.*)
Cantad por el rio vosotros;
Que hace linda consonancia
El viento por esos olmos,
Por esas peñas el agua.
Moved á espacio los remos...
—Aquella ¿no es Juana? —¡Juana!...
¿Dónde vas?

ESCENA XIV.

JUANA. — DICHOS.

JUANA. (*Ap.*)
¡Cielos!... ¿Qué es esto?
Dentro de una barca pasan
Don Juan y el Marqués el rio.

MARQUÉS. (*A un barquero.*)
Acosta, acosta; no vayas
Tan aprisa; da la vuelta.—
¡Juana!... Juana!...

JUANA.
¿Quién me llama?

MARQUÉS. (*Ap. á don Diego.*)
¡Vive Dios, que es ocasion,
Don Diego, para llevarla
Donde no la valgan brios
Ni condiciones villanas.—
(*A Juana.* El Marqués soy: llega, llega.)

DON DIEGO. (*Ap.*)
¡Ay Dios! ¿Si podré avisarla?
¿Con qué ocasion le diré
El peligro que la aguarda?

JUANA.
(*Ap.* Esta es famosa ocasion
Para que tome venganza
De don Diego.) ¡Ah, seor Marqués!
¿Quiere llevarme?

MARQUÉS.
Entra, salta.

DON DIEGO.
Señores músicos, ¿saben
La letra que agora se canta:
Por la puente, Juana;
Que no por el agua?

LOS MÚSICOS.
Sí sabemos.

DON DIEGO.
Sepan que es
Al propósito extremada.

JUANA.
(*Ap.* Muy bien entiendo á don Diego;
Mas soy mujer, y agraviada.
Hoy me vengo de sus celos.)
Entro. (*Pasa á la barca.*)

MARQUÉS.
(*A los barqueros.* Pues moved las palas),
Y vosotros id cantando (*A los músicos.*)
Eso de *la puente, Juana.*

MÚSICOS. (*Cantando.*)
Por la puente, Juana;
Que no por el agua.
(*Aléjase la barca.*)

ESCENA XV.

ESTÉBAN.

Partieron. No hay blanco cisne
Que con las cándidas alas
Rompa el cristal, como el barco
Cercos de frígida plata.
Donde no hay agua no hay fiesta.
¡Cómo vuelan y se apartan
Unas olas de otras olas!
Fiestas aquestas se llaman.
Con todo, me ha dado pena
Que Juana con ellos vaya.
Casta ha partido; mas creo
Que no volverá tan casta.—
Don Fernando y doña Antonia
Son los que del coche bajan.

ESCENA XVI.

DON FERNANDO, DOÑA ANTONIA. — ESTÉBAN.

ESTÉBAN.
¿Adónde bueno, señores?

DON FERNANDO.
¡Oh Estéban! Viene mi hermana
A buscar por esta puente,
Donde las mujeres lavan,
Aquella Juana fingida,
Que, con sus rudas palabras,
Era ladrona famosa.

ESTÉBAN.
¡Ladrona! Mucho te engañas;
Si por dicha no lo dices
Porque lo fué de las almas.

DOÑA ANTONIA.
Si me lleva mis vestidos,
¿Será por ventura honrada?

ESTÉBAN.
No sé; pero si ella hurta,
Sus ojos son llaves falsas.
Con el Marqués pasa el rio,
Como otra Europa robada;
Que como en *Marqués* hay *mar*,
En mar de Marqués se embarca.
Aquel barco con Europa
Tiene al toro semejanza,
Si no lo es don Diego.

DOÑA ANTONIA.
¿Quién?

ESTÉBAN.
El que á los dos acompaña.

DOÑA ANTONIA.
Pues ¿va allí don Diego?

ESTÉBAN.
Sí,
Y porque vuelve la barca
Por don Pedro, y no ha venido,
Dadme licencia que vaya
A ver estos desposorios.
(*Vuelve la barca.*)

DOÑA ANTONIA.
No se harán, si la villana
No me vuelve mis vestidos.

ESTÉBAN.
Entrad, si quereis hallarla.

DOÑA ANTONIA.
¿Quieres, Fernando?

DON FERNANDO.
¿Pues no?
(*A un barquero.* Acosta; que de una falsa
Amistad tengo una queja,
Y pienso así averiguarla.)

ESTÉBAN.
Entren, y verán la isla
Mejor del Tajo, y á Juana,
Que, pudiendo por la puente,
Quiso pasar por el agua.
(*Éntranse en la barca y vanse en ella.*)

Isleta del Tajo.

ESCENA XVII.

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

MARQUÉS.
¿No desembarca Juana?
¿Cómo ha venido con tan gran tristeza?

DON DIEGO.
Volvió nieve la grana
Que esmalta de su rostro la belleza,
Luego que tus amores
Turbaron con el miedo sus colores.

MARQUÉS.
Pues ¿de qué tiene miedo?

DON DIEGO.
De haberse puesto en tal peligro.

MARQUÉS.
Y ¿fuera
Mas justo que en Toledo,
De la manera que la vi, sirviera?
¿No ha sido mas dichosa?

DON DIEGO.
Está, de verse indigna, temerosa.

MARQUÉS.
Mira, don Diego: el dia
Que un hombre á una mujer le dice amo-
Cesó la cortesía [res,
Y el respeto debido á los señores;
Porque sujeto queda
A que tratarle mal, si quiere, pueda.
Juana será estimada
De tí y de mí, y de todos mis criados
Servida y regalada.
La primavera destos verdes prados,
De flores guarnecidos,
Envidiarán la tela á sus vestidos.
Sus joyas serán tales,
Que se conozca en ellas mi deseo.
No ha de traer corales
Mas que en su rostro.

DON DIEGO.
De tan alto empleo,
¿Qué menos su belleza
Pudo esperar, Señor, de tu grandeza?

MARQUÉS.
Entreten esa gente,
Mientras que voy, don Diego, á persua-
Que ver cuán tristemente [dilla;
Sale del barco á la arenosa orilla,
Vergonzosa y cobarde,
Muestra que se arrepiente; mas ya es
(*Vase.*) [tarde.

ESCENA XVIII.

DON DIEGO.

Desdichas, que habeis llegado
A tal extremo conmigo,
Que vengo hasta á ser testigo
De mi deshonra, forzado:
¡A cuál hombre en tal estado
Habeis puesto como á mí,
Pues, pudiendo hablar aquí
Por el honor que me toca,
Me cierra él mismo la boca,
Ingrata Isabel, por tí?
Si agora al Marqués hablara,
Y quién era le dijera,
Claro está que quien es fuera,
Y su nobleza mostrara.
Claro está que la dejara;
Pero si yo la advertí
Cuando en la puente la vi,
Y ella á mi pesar entró,
Bien se ve que le estimó,
Y que me aborrece á mí.

Cuando, porque me entendieses,
Desentendida tirana,
Dije: *Por la puente, Juana*,
Para que el peligro vieses,
¿Era honor tuyo que fueses
Por el agua á darme enojos?
Fuertes fueron tus antojos;
Que los hombres advertidos
Pueden disculpar oidos,
Mas no lo que ven los ojos.
Perdiendo el juicio estoy,
No de verme despreciado,
Sino de llegar á estado
Que deje de ser quien soy.
¡Cómo mil quejas no doy
De tanto agravio á los cielos?
¡Qué buen pago á mis desvelos!
¡Hasta cerrarme los labios!
Mas bien es que sufra agravios
Quien tuvo paciencia en celos.
Ya le tomará las manos,
Ya le dirá amores tiernos...
—¡Qué de maneras de infiernos!
Qué de agravios inhumanos!
¡Cuándo inventaron tiranos
Tormentos de mas rigores,
Que ver que tú le enamores,
Y él te diga amores ya?
—¡Amores, dije!... ¡Ojalá!
Que fuera decirla amores!
Pensamientos me han venido
De echarme desesperado,
Tajo, en ese espejo helado,
De abrasado y de corrido.
Defiende, agravio, el sentido;
Que, como amor es furor,
No sabe tener valor:
Advierte que un hombre honrado,
Despues de estar agraviado,
No es justo que tenga amor.

ESCENA XIX.

DON FERNANDO, DOÑA ANTONIA, ESTÉBAN. — DON DIEGO.

ESTÉBAN.

Aquí está solo don Diego.

DOÑA ANTONIA.

Pues ¡solo en esta ocasion!

ESTÉBAN.

Que le hableis con discrecion,
Y no con enojo, os ruego;
Que estará cerca el Marqués.

DON FERNANDO.

Don Diego, ¿qué soledad
Es esta?

DON DIEGO.

Si la amistad
Para tales tiempos es,
Dejad á un hombre afligido,
En lugar de acompañarme;
Que estoy cerca de matarme,
De una mujer ofendido.

DON FERNANDO.

¡Mujer!... ¿Aquí no sois vos
El dueño de quien decis?

DON DIEGO.

Pues á vengaros venis
De mis agravios los dos,
Escondeos conmigo aquí;
Que viene huyendo de un hombre,
Que el respeto de su nombre
Le obliga á tratarla así.

ESTÉBAN.

Bien será que no nos vea,
Supuesto que es el Marqués;
Que tiempo tendrá despues
Doña Antonia, si desea
Vengar sus celos.

DOÑA ANTONIA.

Aquí
Hay árboles mas espesos.

DON DIEGO.

Presto veréis mis sucesos.
¡Qué agravios pasan por mí!
(*Escóndense.*)

ESCENA XX.

EL MARQUÉS, JUANA.

JUANA.

No tiene el mundo poder.
Advierta vueseñoría
Que es injusta su porfía.

MARQUÉS.

¿No eres mujer?

JUANA.

Soy mujer.

MARQUÉS.

¿Eres labradora?

JUANA.

No.

MARQUÉS.

Pues ¿quién?

JUANA.

No quiero decillo.

MARQUÉS.

Pues ¿qué intentas?

JUANA.

Encubrillo.

MARQUÉS.

¿Hasta cuándo?

JUANA.

¿Qué sé yo?

MARQUÉS.

¿Sabes dónde estás?

JUANA.

Muy bien.

MARQUÉS.

¿Quién te ha de valer?

JUANA.

Mi honor.

MARQUÉS.

Es necedad.

JUANA.

Es valor.

MARQUÉS.

Soy quien soy.

JUANA.

Y yo tambien.

MARQUÉS.

Amor me obliga.

JUANA.

Y á mí.

MARQUÉS.

¿De quién?

JUANA.

De quien me burló.

MARQUÉS.

¿Es hombre rústico?

JUANA.

No.

MARQUÉS.

Pues ¿es caballero?

JUANA.

Sí.

MARQUÉS.

¿Tiene calidad?

JUANA.

Y mucha.

MARQUÉS.

¿Es mi igual?

JUANA.

No es vuestro igual.

MARQUÉS.

¿Es principal?

JUANA.

Principal.

MARQUÉS.

Declárate mas.

JUANA.

Escucha.
Señor marqués de Villena,
Invictísima corona
De Girones y Pachecos,
Cuyas hazañas heróicas
Escribe en papel la fama,
Que no hay tiempo que las borra;
Que son diamantes las letras,
Y bronce eterno las hojas:
Yo soy de Leon de España,
Que justamente se honra
De aquellos primeros reyes
Que de la nobleza goda
Quedaron, para castigo
De los bárbaros, que agora
Solo viven por reliquias
De las pasadas historias.
. . . . [1]
. . . . [2]
Neutrales están mis deudos;
Que quiera á don Juan me estorban.
Habia llegado el mes
Que prados y campos borda:
Aquellos viste de nieve,
Estos de flores y rosas.
Bajaban los arroyuelos
A guarnecer con las olas
De pasamanos de plata
Las márgenes arenosas.
Yo, con ocasion injusta
De enfermedades; que toman
Mas la ocasion que el acero
Tal vez voluntades mozas,
A hablar á don Juan salia
Para excusar mi deshonra;
Que quiere amor que el deseo
A la razon se anteponga.
Supo don Sancho estos dias; [3]
Y una mañana lluviosa,
Que para que no saliera
Parece que el alba llora,
Llegó mas presto... ¡Ay de mí!
¡Que aun me matan sus congojas!
Que celos madrugan mucho,
Porque duermen pocas horas.
Salió de unos verdes ramos,
Y asiéndome de la ropa,
Que no del alma, á escucharle
Mis piés turbados reporta.
Oigo amorosas razones,
Si puede ser que las oiga
Quien, mirando á quien le habla,
Está pensando otra cosa.
Pero cuando ya atrevido,
Mas intenta que razona,
Puse mi rostro en defensa
Con palabras afrentosas;
Que los hombres atrevidos,
Cuando á su gusto se arrojan,
Para entrar á sus deseos
Tienen por puerta la boca.
En este tiempo don Juan,
Con espacio, libre asoma;
Que quien anda de ganancia
No le despiertan congojas.
Luego que mira el suceso,

[1], [2] Parece que faltan versos aquí, y no pocos.
[3] No se dice en esta relacion quién era don Sancho; prueba de que faltan versos arriba. Tambien se echan menos en otras partes de la comedia.

Como es razon, se alborota:
Pierden el color entrambos,
Yo entonces el alma toda.
Así toros de Jarama
Alzan las frentes celosas,
Vierten por la boca espuma,
Fuego por los ojos brotan;
Así en el arena escarban,
Brio enamorado cobran,
Y los llama al desafío
La palestra polvorosa,
Como sacan las espadas
Don Juan y don Sancho, y doblan
Las capas que al brazo envuelven:
Mi presencia los provoca.
El estar favorecido
(Que pienso que en esto importa)
Dió mas ventura á don Juan;
Que olvidados tienen poca.
Íbale mal á don Sancho;
Yo, como algunas personas
Que están viendo á los que juegan,
Que del uno se aficionan,
Deseaba que ganase
Don Juan, esperando ¡ay loca!
Mas desdichas de barato
Que estos olmos tienen hojas.
Cayó don Sancho, y don Juan
Luego la mano me toma,
Y á un pueblo suyo me lleva.
No hay secreto que se esconda:
Huye á la justicia un dia;
Sígole yo, triste y sola,
Luego con un escudero,
Que en Olías me despoja
De joyas y de consuelos,
Y con engaños me roba.
Mudo el traje, y en Toledo
Sirvo humilde labradora,
Donde me veis, y decis
Que mi talle os aficiona.
Decis que me hable don Diego,
A quien doña Antonia adora,
Esa dama toledana,
Que era entonces mi señora.
Ese don Diego es don Juan,
Que deste nombre se adorna
Por serviros y encubrirse:
Tanto el peligro le exhorta.
De celos desatinada,
Para vengarme á mi costa
Entré en la barca esta tarde:
Confianza peligrosa,
Pero justa, en la nobleza
De vuestra persona heróica,
Que no ha de degenerar
De sus magnánimas obras,
Sino ayudarme á cobrar,
Como quien es honra y gloria
De Villenas y Girones,
Mi ser, mi vida y mi honra;
Por título, por señor,
Por grande, por hombre sobra,
Pues soy mujer, y mujer
Que os ha contado su historia.

MARQUÉS.

Cuando no fuerais mujer
De tan notoria nobleza,
Por el talle y la belleza
Mi favor debeis tener.
Yo os he de favorecer;
Que os debo, y es cosa llana,
El volver por tan liviana
Causa en mi noble opinion,
Como tener aficion
A una rústica villana.
Bien el alma me decia,
Pues se ha visto en el efeto,
Que habia mayor conceto
Donde la vuestra vivia.
Tendréis este mismo dia
A don Juan. — ¡Hola, criados,
Gente!

JUANA.

Estarán descuidados.

MARQUÉS.

¡Hola, Estéban!

ESCENA XXI.

ESTÉBAN. — DICHOS; *despues*, DON DIEGO.

ESTÉBAN.

Aquí estoy.

MARQUÉS.

Llama á don Diego.

(*Sale don Diego.*)

DON DIEGO.

Yo soy
Dueño de tantos cuidados.

MARQUÉS.

¿Estábades escondidos?

ESTÉBAN.

Sí, Señor, porque obligaba
La desdicha de don Juan.

DON DIEGO.

Confiado en la palabra
Que has dado á doña Isabel,
Llego á tus piés.

MARQUÉS.

No te engañas.

DON DIEGO.

¿Cómo me puedo engañar,
Cuando aquí me desengañas
Con tu divino valor?

MARQUÉS.

Estéban, testigos llama
De la palabra y la fe
Que, por mas fuerza, jurada
Quiero que quede á Isabel.

ESCENA XXII.

DON FERNANDO, DOÑA ANTONIA. — DICHOS.

DON FERNANDO.

Aquí estamos yo y mi hermana,
Que con otro pensamiento,
Que nos dió bastante causa,
Pasamos sin tu licencia.

DOÑA ANTONIA.

Señor, cuánto amor engaña,
Tu misma disculpa tiene,
Que para mayores basta.

MARQUÉS.

Pues si sabeis ya los dos
Las historias y desgracias,
Que os habrán movido el pecho,
De don Juan y desta dama,
Hasta acabarlas del todo
Tendrán mi amparo en mi casa,
Y con veinte mil ducados
De dote, quiero pagarla
La confianza que tuvo.

JUANA.

Fué muy justa confianza
En tan divino valor.

DON DIEGO.

Y aquí *Por la puente, Juana*,
Da fin en servicio vuestro.
Dadnos perdon de las faltas.

LAS BIZARRIAS DE BELISA.

PERSONAS.

BELISA, *dama.*	FABIA, *criada.*	JULIO.	CRIADOS.
FINEA, *su criada.*	DON JUAN DE CARDONA.	EL CONDE ENRIQUE.	MÚSICOS.
CELIA, *dama.*	TELLO, *su criado.*	FERNANDO, *criado del Conde.*	DOS HOMBRES.
LUCINDA, *dama.*	OTAVIO, *galan.*		

La escena es en Madrid y extramuros.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Belisa.

ESCENA PRIMERA.

BELISA, *con vestido entero de luto galan, flores negras en el cabello, guantes de seda negra y valona;* FINEA.

FINEA.

¿Así rasgas el papel?

BELISA.

Cánsame el Conde, Finea.

FINEA.

¡Qué ingratitud!

BELISA.

Que lo sea
Me manda amor.

FINEA.

¡Fuego en él!
Que pienso que no es tan vario
En sus mudanzas el viento.

BELISA.

Navega mi pensamiento
Por otro rumbo contrario.
Castigó mi voluntad
El cielo.

FINEA.

No sé si diga
Que justamente castiga,
Señora, tu libertad.
Tanto despreciar amantes,
Tanto desechar maridos,
Tanto hacer de los oidos
Arracadas de diamantes,
Claro está que habian de dar
Esa ocasion al amor
Para vengar tu rigor.

BELISA.

Bien se ha sabido vengar.

FINEA.

¡Oh qué bien los has vengado
Con querer agora bien
A quien ni aün sabes quién,
Ni él tampoco tu cuidado!
Tus desdenes con razon
Agora diciendo están:
«¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?»

BELISA.

No presumas
Que desta mudanza estoy
Arrepentida, aunque doy
Agua al mar, al viento plumas;
Porque tengo la memoria
Deste necio amor tan llena,
Que juzgo poca la pena
Para tan inmensa gloria.—
¿Llaman?

FINEA.

Sí.

BELISA.

Pues quiero hablarte
Con mas espacio despues.
Mira quién es.

FINEA.

Celia es,
Que ha venido á visitarte. (*Vase.*)

ESCENA II.

CELIA.—BELISA.

CELIA.

Prospere tu vida el cielo.

BELISA.

No sé, Celia, si querrá
Tener ese gusto ya.

CELIA.

Ya la novedad recelo.
Dijéronme que te habian
Visto con luto en la calle
Mayor, aunque gala y talle
La causa contradecian,
Y hallo que todo es verdad.
Pero tanta bizarría
No es tristeza.

BELISA.

¡Celia mia!
Murió...

CELIA.

¿Quién?

BELISA.

Mi libertad.

CELIA.

Es imposible que en tí
Haya faltado el desden.

BELISA.

¿No es faltarme, querer bien?

CELIA.

¡Tú quieres bien!

BELISA.

Yo.

CELIA.

¡Tú!

BELISA.

Sí.
Ya cesaron mis rigores.

CELIA.

Veré primero sembrado
De estrellas del cielo el prado,
Y el cielo de yerba y flores;
Y trocando el natural
Efeto, veré tambien
A la envidia decir bien
Y á la virtud hablar mal;
Veré la ciencia premiada
Y á la ignorancia abatida;
Que es la verdad bien oida,
Y que la lisonja enfada;
Y el imposible mayor,
Dar honra al que está sin ella,
Que crea, Belisa bella,
Que puedes tener amor.

BELISA.

Una tarde (cuando el sol,
Dicen que en el mar se esconde,
Y se le ponen delante
Las cabezas de los montes;
Cuando por aquella raya,
Que con varios tornasoles
Divide el cielo y la tierra,
Y los dias y las noches,
Nubes de púrpura y oro
Van usurpando colores
A las plumas de los aires
Y á las ramas de los bosques)
Iba sola con Finea,
Amiga Celia, en mi coche,
Tan sol de mi libertad,
Cuanto luego fuí Faetonte;
Que nunca verás tan altas
Las soberbias presunciones,
Que no las fulminen rayos
Como á las soberbias torres.
Era en la parte del Prado
Que igualmente corresponde
A esa Fuente, Castellana
Por la claridad del nombre;
Que tambien hay fuentes cultas,
Que, aunque obscuras, al fin corren
Como versos y abanillos:
¡Quiera el cielo que se logren!
Iba Finea contando,
En gracia de mis blasones,
Finezas del conde Enrique
(Que ya conoces al Conde
Y á sus papeles escritos,
Para que, cuando me toque,
Como papel de alfileres,
Tenga papeles de amores),
Y mis locas bizarrías,
Desprecios y disfavores,
Como si hubiera nacido
De las entrañas de un roble;
Cuando veo un caballero,
Con el semblante conforme
Al suceso que esperaba.
Volvió la cara y paróse
A escuchar quién le seguia;
Pero con pocas razones,
Desnudando las espadas,
Los ferreruelos recogen.
El que digo, el pié delante,
Con el contrario afirmóse,
Con tal valor, que en mi vida
Vi hombre tan gentilhombre.

No era el otro menos diestro. —
No te parezca desórden
Que, siendo mujer, te cuente
Lo que es bien que ellas ignoren;
Que aunque aguja y almohadilla
Son nuestras mallas y estoques,
Mujeres celebra el mundo
Que han gobernado escuadrones.
Semíramis y Cleopatra
Poetas é historiadores
Celebran, y fué Tomíris
Famosa por todo el orbe.
¿No has visto, cuando dos juegan,
Que, sin conocerse, escoge
Uno de los dos quien mira,
Sin que el provecho le importe,
Y quiere que el otro pierda;
Sin saber que esto se obre
Por conformidad de estrellas,
Que infunden inclinaciones?
Pues desa suerte mi alma
Súbitamente se pone
Al lado del que juzgaba
Por mas galan y mas noble.
Alzó el contrario de tajo,
A quien mi ahijado embebióle
Una punta, con que dió
En tierra; mas levantóse
Presto, porque despues supe
Que traia un peto doble
De Milan, labrado á prueba
Del plomo que muros rompe.
Acudieron á este punto,
Tirándole varios golpes
Tres hombres á mi galan,
Cosa indigna de españoles;
Pero dicen entre amigos
Que el enemigo perdone,
Que solo es vil el que huye,
Y valiente el que socorre.
Con razon ó sin razon,
Salto de mi coche entonces,
Quito la espada al cochero,
Que, arrimado á los frisones,
Miraba á pié la pendencia,
Todo tabaco y bigotes,
Como si estuviera el necio
De la plaza en los balcones,
Y el conde de Cantillana
Acuchillando leones;
Y partiendo al caballero,
Me pongo de Rodamonte
A su lado. ¡Cosa extraña!...
En fin, hombres de la corte,
Pues se volvieron humildes
Los que llegaron feroces.
Agradecido el galan
De dos tan nuevas acciones,
Comenzó á hablarme, y no pudo,
Porque de léjos dan voces
Que la justicia venia;
Que no hay san Telmo en el tope,
Despues de la tempestad,
Que como una vara asome.
Díjele: «En mi coche entrad;
Que si los caballos corren,
Porque estos no son de aquellos
Que repiten para cofres,
Presto estarémos en salvo.»
Entró el galan y sentóse
En la proa y yo en la popa,
Como campos frente á frente.
Viendo que nadie venia,
Templó el cochero el galope,
Y en la Fuente Castellana,
Para descansar, paróse.
Yo siempre que voy al Prado
Llevo un búcaro: tomóle
El cochero, y diónos agua.
Dile yo una alcorza, y dióme
Las gracias en un requiebro
Que la mano agradecióle.
Con esto le persuadí
A que, dejando favores,
Me contase la ocasion
De la pendencia, que sobre
Cosas de amor sospechaba;
Que hay profetas corazones;
Pues antes que la dijese,
Celos me daban temores;
Que el que ha de matarla, sabe
La garza, entre mil balcones.
En fin dijo desta suerte...
— Agora á escucharme ponte,
Para que, como él á mí,
De mi desdicha te informe. —
«Yo soy don Juan de Cardona,
Hijo del señor don Jorge
De Cardona, aragonés,
Y doña Juana de Aponte.
Nací segundo en mi casa,
Y así, mi padre envióme
A Flándes, donde he servido
Desde los años catorce
Hasta la edad en que estoy.
Volví con informaciones
De mis servicios, y cartas
De aquel ángel, que coronen
Los cielos, infanta de Austria,
De divinos resplandores,
Tia del Rey, que Dios guarde.
Pretendí luego en la corte
A guisa de otros soldados;
Pero entre otras pretensiones
De un hábito, vi una tarde
Con otro de chamelote
Un serafin de marfil
Con toda el alma de bronce.
Quedé sin ella, seguíla,
Servíla, y agradecióme
La voluntad, retirando
Todo lo que no es amores.
Gasté, empobrecí; mi padre,
Enojado, descuidóse
De mi socorro; y Lucinda,
Que este es desta dama el nombre,
Desdeñosa, á puros celos
Me mata, viéndome pobre;
Que no hay finezas que obliguen
Ni lágrimas que enamoren.»
Cuando esto dijo, quisiera
Sacar los ojos traidores
Que por otra habian llorado:
¡Mirad qué envidia tan torpe!
Prosiguió, que la pendencia
Fué por ser competidores
Él y el galan, porque teme
Que si la obliga, la goce.
Finalmente, paró el caso
En tantas lamentaciones,
Que sin saber por qué causa,
Quise arrojarle del coche.
Él llorando, y yo sin alma,
Llegamos casi á las once
A mi posada; roguéle
Que me viese, y respondióme
Que seria esclavo mio,
Con mil tiernas sumisiones;
Y despedido é ingrato,
A ver su dama partióse.
Quedé tan necia, que apenas
Sé por qué, cómo, ni dónde,
Amo, envidio, y con los celos
Temo que loca me torne,
Porque pienso que es castigo
De aquellos tiranos dioses
Vénus y Amor, de quien hice
Burla y los llamé embaidores.
Troqué las galas en luto,
La libertad en prisiones,
La bizarría en descuidos,
Y en humildad los rigores.
Ni voy al Prado ni al rio,
No hay cosa que no me enoje;
A la música soy áspid,
Veneno á fuentes y flores.
Soy, no soy, vivo, no vivo,
Y entre tantas confusiones,
Ni sé dónde he puesto el alma,
Ni ella misma me conoce.

CELIA.

Es suceso tan extraño,
Que, á no ser tuyo, no fuera
Posible que le creyera.
Pagas justamente el daño
Que has hecho, á tantos ingrata.
Locura debe de ser
Querer quien otra mujer
Deja, aborrece y maltrata;
Pero de tu entendimiento
La mayor locura ha sido,
Belisa, no haber querido
Divertir el pensamiento.
Ya ¿no vas, como solias,
Al Prado ni al Soto?

BELISA.

No;
Que mas me entretengo yo,
Celia, en las tristezas mias;
Que en el lugar mas remoto
Con mayor descanso estamos.

CELIA.

Así vivas, que salgamos
Estas mañanas al Soto.

BELISA.

Si va á decir la verdad
(Que encubrirla no es razon,
Ni á mi justa obligacion
Ni á tu segura amistad),
Con la ocasion deste mes,
De tantas damas paseo,
Salgo al campo á ver si veo
Quien me ha de matar despues;
Mas ni en sotos ni en retiros
Le he visto, ni él vuelve á verme.

CELIA.

Como en otros brazos duerme,
No despierta á tus suspiros.
Pero salgamos mañana;
Que, en mi buena dicha, espero
Hallar ese caballero;
Que tengo por cosa llana
Que si le vuelves á ver
Y mas despacio mirar,
No solo no le has de amar,
Pero le has de aborrecer;
Que muchas cosas agradan
Miradas súbitamente;
Mas pasa aquel accidente,
Y vistas despacio, enfadan.

BELISA.

¡Ay, Celia! Yo quiero darte
Crédito y seguir tu voto:
Disfrazada voy al Soto.

CELIA.

Y yo quiero acompañarte.

BELISA.

No ha de salir el aurora,
Cuando estés aquí.

CELIA.

Sí haré.

BELISA.

Dar á tus consejos fe
Mis esperanzas mejora;
Porque de la luna el velo,
Mirado con atencion,
Descubre manchas, que son
Indignas de tanto cielo.

(*Vanse.*)

—

Calle con vista exterior de casa de Lucinda.

ESCENA III.

DON JUAN DE CARDONA, TELLO.

DON JUAN.

Tello, el amor no gusta de consejos,
Y mas del inferior.

TELLO.

¿Qué mayor prueba
De que el amor es loco,
Sin los consejos, de la vida espejos?

DON JUAN.

Y para el ciego amor ¿es cosa nueva
Tener la vida y aun el alma en poco?

TELLO.

Quien tiene vista, al que le falta guia;
Que si entrambos son ciegos, van perdi-
[dos.
Cuando tu amor Lucinda agradecia,
Estaban disculpados tus sentidos;
Pero agora, que quiere bien á Otavio,
Es infamia de amor sufrir su agravio,
Sino buscar remedio.

DON JUAN.

¿Qué remedio?

TELLO.

Poner otros amores de por medio;
Que así se curan cuantos han querido,
Porque otro amor es el mas breve olvi-
[do.

DON JUAN.

¡Con qué dinero, necio?

TELLO.

No todos los amores tienen precio.
Méritos tienes: ama.
¿Ha de faltar una mostrenca dama
Que te quiera por gusto?

DON JUAN.

¡Majadero!
¡Amores en la corte sin dinero,
Y mas agora, que tan caro es todo!

TELLO.

Pues yo no sé otro modo,
Ni hay médico en el mundo que, toman-
El pulso á un amador aborrecido, [do
No le recete otra mujer.

DON JUAN.

Si cuando
Voy á buscar de tanto amor olvido,
Se me pone delante la hermosura
De Lucinda, ¿podré yo por ventura
Decir amores á otra cara?

TELLO.

¡Bueno!
Una purga es veneno,
Y por tener salud la toma un hombre.

DON JUAN.

Tello, ya no hay mujer que no me asom-
[bre.

TELLO.

Alejandro lloraba porque habia
Un mundo solo; que con uno solo,
Dijo que no podia,
Con tanta tierra y mar de polo á polo,
Satisfacer su pecho:
Tú lo contrario has hecho;
Que sola una mujer en Madrid quieres,
Habiendo treinta mundos de mujeres:
Morenas, pelirubias, gordas, flacas,
Unas mudas de lengua, otras urracas,
Discretas, mentecatas, bachilleras,
Airosas en las burlas y en las veras.
Hay enanas, las hay largas con trampa;
Unas con pié de apóstol, consoladas
Del ponleví, que imprime poca estampa;
Y otras que en vez pudieran de arraca-
Traer las zapatillas. [das
Hay lázaras mujeres, de amarillas,
Que salen del sepulcro de las camas,
Y otras que de clavel parecen ramas.
Hay romas, hay pioqüintas;
Unas que se contentan con dos cintas,
Y otras, como tarascas, de dineros,
Que engullen mayorazgos por sombre-
Unas piadosas y otras socarronas, [ros;
Tales severas, tales juguetonas;
Unas mudables por andar mas frescas,
Y otras firmes de amor como tudescas;
Pero en siendo mujeres, sean morenas,
Sean blancas ó no, todas son buenas.

DON JUAN.

¡Qué pintura tan necia!

TELLO.

Pues yo, Señor, ¿qué he dicho de Lu-
La casta, y en camisa, [crecia
De Porcia y Artemisa,
Una avestruz de hierros encendidos,
Y otra sepultura de maridos?

DON JUAN.

¡Ay puerta! Ay dulces rejas!
A Lucinda llevad mis tristes quejas.

TELLO.

Pues ya que llegas, llama.

DON JUAN.

Aun llegar á llamar teme quien ama.
(*Llama.*)

ESCENA IV.

FABIA, *asomándose á una reja.* — DICHOS.

FABIA.

¿Quién llama? Quién está ahí?

DON JUAN.

Dile, Fabia, á tu señora
Que estoy aquí.

FABIA.

No es agora
Tiempo de llamar ansí.

DON JUAN.

¿Por qué razon?

FABIA.

Porque está
Desnudándose.

DON JUAN.

¡Tan presto!

FABIA.

No fuera término honesto
Abriros la puerta ya.
Id con Dios, don Juan; que habemos
De madrugar, para ir
Al Soto.

DON JUAN.

¡Que vengo á oir
Tal crueldad!

TELLO.

No hagas extremos.
Mira que en la calle estás.

DON JUAN.

Fabia, Fabia, espera.

FABIA.

Espero.
¿Qué quereis?

DON JUAN.

Di que la quiero
Una palabra no mas.

FABIA.

¡Bueno! En comenzando á hablar,
Tanto vendrás á empeñarte,
Que venga el sol á rogarte
Que la dejes acostar.

DON JUAN.

Abre, Fabia.

FABIA.

¡Qué locura!

ESCENA V.

LUCINDA, *saliendo á la reja.* — DICHOS.

LUCINDA.

¿Con quién hablas?

FABIA.

Con don Juan
De Cardona.

LUCINDA.

Y ¿qué dirán
De tanta descompostura
En la peor vecindad
Que tiene calle en Madrid?

DON JUAN.

Lucinda hermosa, advertid
Que es linaje de crueldad
Indigno de un caballero
Como yo, tratarme ansí.

LUCINDA.

Lo que Fabia os dijo aquí,
Daros por disculpa quiero;
Porque habiendo de salir
Del alba al primer albor,
No será razon, Señor,
Que no me dejeis dormir.
El afeite natural
En el buen sueño reposa;
Que no se levanta hermosa,
Mujer que ha dormido mal.
Id con Dios, y presumid
Que os amo y tengo respeto.

DON JUAN.

Que yo me fuera, os prometo,
Señora; pero advertid
Que ver á Fabia turbada
Tan necios celos me ha dado,
Que pienso que lo ha causado
El estar vos ocupada.
Abrid; que con solo entrar,
Luego me vuelvo á salir.

LUCINDA.

Esta no es hora de abrir
Ni de dar que murmurar;
Que hay vecina tan liviana,
Que, para escuchar despierta;
Apenas oye la puerta
Cuando ocupa la ventana.
Hacedme esta cortesía
De que os vais.

DON JUAN.

Es imposible,
Sin entrar.

LUCINDA.

Ya estáis terrible.

DON JUAN.

Amor, Lucinda, porfía
Que le lleve á vuestra sala;
Solo á dejar estos celos.

LUCINDA.

Ponerme en tantos desvelos,
Ni es cortesía ni es gala.
Id con Dios; que puede ser
Que os resulte algun pesar.

DON JUAN.

Pues ¡vive Dios, que he de entrar,
Y que lo tengo de ver!
(*Intenta forzar la puerta.*)

LUCINDA.

¡Golpes á mi puerta!

DON JUAN.

Y coces,
Hasta ponerla en el suelo.

ESCENA VI.

OTAVIO Y JULIO, *con espadas y broqueles, abriendo la puerta de casa de Lucinda.* — DICHOS.

OTAVIO.

A tanta descortesía
Y á tan loco atrevimiento
Saldrá el honor desta casa
A castigar vuestros celos.
La puerta está abierta, entrad.

DON JUAN.

(*Ap.* No era sin causa el tenerlos.)
Vuesas mercedes me digan
Si son hermanos ó deudos
Desta dama, ú son galanes.

OTAVIO.

Pues que no quiere entrar dentro,
Donde supiera quién somos,
Afuera se lo dirémos.

DON JUAN.

Salgan, y sabrán tambien,
Con los celos ó sin ellos,
Que soy don Juan de Cardona.

TELLO.

Y yo Tello, su escudero.
(*Riñen.*)

LUCINDA.

¡Ay, Fabia! ¿qué haré?

FABIA.

Acostarte,
Y dénse.

LUCINDA.

Sin alma quedo.

DON JUAN.

¡Aquí, Tello!

TELLO.

Vengan otros;
Que estos ya huelen á muertos.
(*Vanse.*)

—

El Soto de Manzanares.

ESCENA VII.

EL CONDE ENRIQUE, FERNANDO.

CONDE.

¡Bravo Mayo!

FERNANDO.

No permite
Distancia sin flor al suelo.

CONDE.

Con las estrellas del cielo
En el número compite.

FERNANDO.

Crecido va Manzanares.

CONDE.

Imita al que ruin nació,
Que cuando crecer se vió,
Despreció los patrios lares;
Que al humilde nacimiento
Sucede como á este rio,
Que descubre en el estío
Su arenoso fundamento.
¡Oh, bien haya aquel discreto,
Que cuando se mejoró
De fortuna, se quedó
Con aquel mismo sujeto!
No disminuye el valor,
Antes muestra en parte alguna
Quien desprecia la fortuna,
Que la merece mayor.
Muchos conozco yo aquí
Tan discretos en su estado
Que todo lo que han mudado
Es lo que hay fuera de sí;
Pero, esto aparte dejando,
Y viniendo al desatino
Con que aquel desden divino
Me quiere matar, Fernando,
¿Cómo no ha venido á ser
De aquestos campos aurora?
Que ya dice el sol que es hora
De salir y amanecer.

FERNANDO.

Estaráse componiendo
De galas y bizarrías,
Con que estos festivos dias
Sale de aurora riyendo,
Y en este verde teatro
Hace la madre de amor.

CONDE.

Yo, que adoro su rigor,
Y su desden idolatro,
Conjuraré su donaire
Para que venga.

FERNANDO.

Ya espero
Que te obedezca ligero
Su espíritu por el aire.

CONDE.

Ponte el sombrero, Belisa,
Pluma blanca y randas negras,
Aunque no ha menester plumas
Quien en tales piés las lleva.
Ponte al espejo, y retrata
En su cristal tu belleza,
Para que tengas envidia
De que nadie te parezca;
Que tú sola de tí misma
Puedes trasladar las señas,
Formando tú y el cristal
Otra mentira tan bella.
Mira que te aguarda el Soto,
Y que en su verde alameda
Aun no han cantado las aves,
Por esperar que amanezcas.
Péinate el pelo á lo llano,
Y no le rices en trenzas;
Que si te ven la jaulilla,
Harás que las aves teman.
Mira que rosas y lirios,
Para salir á la selva
No rompen la verde cárcel,
Hasta que les dés licencia.
Sarta de cuentas de vidrio
Banda de tu cuello sea,
Porque cuando te la quites
Quede convertida en perlas.
Con las flordelises de oro
Ponte la verde pollera,
Pues que son pueblos en Francia
Mi esperanza y tus defensas.
Para que la cuesta bajes,
A tus chinelas acuerda
Que hay muchos ojos que suben
Cuando se bajan las cuestas.
Ponte en la cabeza rosas,
Y en los zapatos rosetas,
De manera que en los piés
Y en la cabeza se vean;
Aunque yo tengo mas celos
Del pié que de la cabeza;
Que aunque toda vas florida,
No á lo menos toda honesta.
Vén á matar de mañana,
Aunque el amor forme quejas
Que esté durmiendo el aurora,
Y tú, Belisa, despierta.
Si alguno te dice amores,
Destos que de hablar se precian,
Di que no vas á mirar,
Sino solo á que te vean.
Así, discreta Belisa,
Segura del Soto vuelvas,
Que no te engañen los ojos
Esto que llaman guedejas.
Ponte el manto sevillano,
No saques mas de una estrella;
Que no has menester mas armas,
Ni el amor gastar sus flechas.
Mas airosa vas tapada,
Y al fin con menos sospecha,
Que matando cuanto miras,
Te conozcan y te prendan.
Bien puedes salir; que ya
Los ruiseñores comienzan
A ser campanas del alba
Para que la tuya venga.

FERNANDO.

Quedo; no conjures mas.

CONDE.

¿Por qué?

FERNANDO.

Porque ya se acerca.

CONDE.

¡Oh conjuros amorosos!
Divina teneis la fuerza.

ESCENA VIII.

BELISA, *con la mayor gala de color, manto y sombrero;* FINEA, *de la misma suerte.* — DICHOS.

BELISA. (*Sin ver al Conde.*)

¿Adónde Celia quedó?

FINEA.

Con unas amigas queda
Sentada orilla del rio.

BELISA.

Como no tiene mis penas,
Cansóse de verme andar
Buscando la causa dellas.
Mucho es que aquestas mañanas
Don Juan al Soto no venga.

FINEA.

Tendrále preso Lucinda.

BELISA.

¿Cómo, si don Juan se queja
De sus desdenes y engaños?

FINEA.

¡Qué bien tus celos consuelas!

BELISA. (*Ap. á Finea.*)

¡Ay, Finea! El Conde.

FINEA.

Amor
Hoy quiere que coger puedas
En el Soto de Madrid
Los azàres de Valencia.

CONDE.

Ya es tarde, Belisa ingrata,
Para encubriros de mí;
Que dentro del alma os vi,
En cuyo espejo os retrata.
Ya que los campos de plata
La dorada aurora pisa,
No envidien su dulce risa
Las aves, fuentes y flores,
Cuando con mas resplandores
Sale á los nuestros Belisa.
Y aunque con sola una estrella
Podeis dar luz, no es razon
Que esconda el manto á traicion
La que ha venido con ella.
Descubrid, Belisa bella,
La que venis ocultando;
Máteume entrambas; que cuando
Es tan cierta la vitoria,
Bien es que partan la gloria
De haberme muerto mirando.
La mayor honestidad,
Que fué de la villa espejo,
Le debe al campo el despejo
De su verde soledad.

Descubrid, mirad, matad;
Que es cruel razon de estado
Mostrar con el desenfado
De que amor se maravilla,
Bizarrías en la villa
Y desdenes en el prado.

BELISA.

No por veros me encubrí,
Cuando me alegré de veros.

CONDE.

¡Gracias al amor y al campo,
En que mas humana os veo!
¿Quereis escucharme?

BELISA.

Sí;
Que tan cortés caballero
No dirá cosa en mi agravio.

CONDE.

Oid.

(*Hablan bajo Belisa y el Conde.*)

ESCENA IX.

DON JUAN Y TELLO, *sin ver á* — BELISA, EL CONDE, FINEA Y FERNANDO.

DON JUAN.

No descubro, Tello,
En todo el Soto á Lucinda;
Y en su casa nos dijeron
Que habia salido al campo.

TELLO.

Que nos engañaron temo;
Que esto de enviar al Soto
Siempre ha sido mal agüero.

DON JUAN.

No estará, Tello, Lucinda
Con Otavio por lo menos.

TELLO.

¡Bravo revés le pegaste!

DON JUAN.

Como le sentí en el pecho
Defensa, tiré por alto.

TELLO.

Si no llega gente, creo
Que en Enero vuelvo á Julio.
Tiréle un tajo, y abriendo
El broquel, subió tan alto
Por esos aires el medio,
Que, apartadas las estrellas,
Pienso que no estuvo un dedo
De descalabrar la luna.

DON JUAN.

Vengué con sangre mis celos.
Mas mira, por Dios, si ves
A Lucinda.

TELLO.

Preguntemos
Por ella.

DON JUAN.

¿A quién?

TELLO.

A este Soto,
Ejército de conejos.—
Diga, señor Manzanares,
Saca-manchas de secretos,
A quien debe su limpieza
La informacion de los cuerpos,
El que lava en el verano
Lo que se pecó en invierno,
Cuya espuma es de jabon,
Cuyas orillas de lienzo:
¿Ha visto vuesamerced
Una mujer de buen gesto,
Muy enemiga de amores,
Muy amiga de dineros,
Que desde pobres acá
La perdió don Juan por serlo;
Y con ella una criada,
Centella de aqueste fuego,
Que le hurta los borradores,
Como los poetas versos?
Habla el rio: «Esa mujer
Que habeis perdido, escudero,
Está en casa con Otavio
Almorzando unos torreznos,
Con sus duelos y quebrantos.
—Tal me vinieran los duelos.
¿De qué lo sabeis, buen rio?
—De que estoy en su aposento
En un cántaro, que al rostro
Le doy el primer bosquejo.»
— ¿Oyes lo que dice el rio?

DON JUAN.

Oigo que vienes muy necio.

FINEA. (*Ap. á Belisa.*)

¡Señora, Señora! escucha.

BELISA.

¿Qué quieres?

FINEA.

Don Juan y Tello
Están junto á aquellos olmos.

BELISA.

Señor Conde, yo me atrevo:
En fe de vuestro valor,
Que me aguardeis un momento
Junto á aquel coche, entre tanto
Que con aquel caballero
Hablo dos palabras solas.

CONDE.

Si siendo celoso, puedo
Ser cortés, iré, forzando
Mi paciencia á obedeceros;
Pero sufrir que un galan,
Belisa, os diga requiebros,
Mas viene á ser bajo estilo
Que amoroso sufrimiento.

BELISA.

No es galan, aunque lo es,
Y así, no hay de qué ofenderos;
Pues el nombre de marido
Siempre mereció respeto.
De Aragon viene á casarse
Conmigo. Que os vais os ruego;
Que no es de cobarde amante,
En público ni en secreto,
Para no perder la dama,
Dejar el campo á su dueño.

CONDE.

¿Que estáis casada?

BELISA.

No sé.
Esto han tratado mis deudos.

CONDE.

Por cierto que él ¡es galan!

BELISA.

¿No os parece que me empleo
Justamente en él?

CONDE.

Despues
Os responderán mis celos.

(*Vase, y síguele Fernando.*)

ESCENA X.

BELISA, DON JUAN, FINEA, TELLO.

BELISA.

Señor don Juan, los soldados
Y caballeros ¡tan presto
Olvidan obligaciones!

DON JUAN.

Señora mia, no pienso
Que os ha ofendido mi olvido,
Falta sí de atrevimiento.
Dos mil veces he querido,
Obligado á lo que os debo,
Ir á besaros la mano,
Y á resolverme no acierto.
¡Qué buena ventura mia
(Pues la he tenido de veros)
Esta mañana me trujo
Donde tan hermosa os veo?
¡Qué bizarra! qué gallarda!
Qué talle! qué lindo aseo!
¿Qué jardin se debe á Mayo?
¿Cuándo Abril se fué lloviendo
Tantas rosas, tantas flores?
¡Qué airosamente el sombrero
(Coronel de vuestros ojos,
Timbre de vuestros cabellos)
Os hace Marte del Soto,
Belicosamente Vénus,
Para matar y dar vida
A los mismos que habeis muerto!

BELISA.

¡Lisonjas despues de olvidos!
¡Despues de agravios, requiebros!
Guardadlos para Lucinda.
¡Despues de ingrato, discreto!
No, señor don Juan. ¿Vos sois
Cardona? Vos caballero
De Aragon? ¿No hay mas disculpa
Que decir: «Quiero y no tengo,
De perdido por Lucinda?»
¿Cómo os va con ella? ¿Hay celos?
Hay desdenes? Hay galanes?
Ya se deben de haber hecho
Las amistades. Hablad.
¿De qué os suspendeis?

DON JUAN.

No puedo
Deciros de mis desdichas
Mas de que loco amanezco
En su calle, donde el sol
Me deja cuando por cercos
De oro en el mar de occidente
Argenta el rubio cabello,
Hasta que peina el del alba,
Con los rayos de su eterno
Curso ilustrando los aires,
Dorando el verde elemento.
Cual suele por verde selva
Celoso novillo, huyendo
De su contrario, en los troncos
Romper la furia soberbio,
Temblar las ramas, sonando
Por varias partes los ecos,
Cubrir de polvo las nubes,
Arañando el seco suelo;
Así yo la calle asombro,
Para mí selva de fuego,
Rompiendo á las duras rejas
Con mis suspiros los hierros.

BELISA.

¡Qué linda comparacion!
¡Qué bien aplicado ejemplo!
¡Qué bien pintado novillo!
¡Qué amanecer! qué concepto!
¿Sois poeta?

DON JUAN.

¿Quién, Señora,
No ha hecho, malos ó buenos,
Versos, amando? que amor
Fué el inventor de los versos.

BELISA.

En lo tierno se os conoce.
¿Quereis hacerme un soneto
A una mujer que castigan
La fortuna, amor y el tiempo?
La fortuna por soberbia,
Por venganza el amor ciego,
Y el tiempo con derribar
Sus bizarros pensamientos;
Tan necia, que quiere á un hombre,
Despues de tantos desprecios,

Que está abrasado por otra.

DON JUAN.

De componerle os prometo.
Pero advertid que no soy
Culto; que mi corto ingenio
En darse á entender estudia.

(*Hablan bajo Belisa y don Juan.*)

TELLO. (*A Finea.*)

Ninfa del sombrero al sesgo,
¿Quiere veinte y dos palabras?

FINEA.

Quite veinte, y diga presto.

TELLO.

No sois vos de mala casta.
Yo soy un mozo moreno,
Natural de Calahorra...
— Ya he dicho las dos; si tengo
De hablar mas, prorogue el pacto.

FINEA.

Por no estorbar nuestros dueños,
Llegue cerca y diga.

TELLO.

Digo.

(*Hablan bajo Tello y Finea.*)

ESCENA XI.

LUCINDA, *con sombrero de plumas;* FABIA.—DICHOS.

LUCINDA. (*A Fabia, sin ver á los otros personajes de la escena.*)

Ya te he dicho lo que siento.

FABIA.

Pues ¿cómo, si quieres bien
A don Juan, le estás haciendo
Tiros con Otavio, á un hombre
Que te adora?

LUCINDA.

Porque espero
A puros celos rendirle,
De manera que troquemos
La esperanza en posesion
Y el amor en casamiento.

FABIA.

¿Por mal le quieres llevar?

LUCINDA.

Reducido á tal extremo,
Él se casará conmigo.

FABIA.

Por bien ¿no es mejor consejo?

LUCINDA.

¡Ay, Fabia! aquí está don Juan.

(*Ap. á ella.*)

FABIA.

Y no está ocioso, á lo menos.

LUCINDA.

¡Gentil mujer! ¡Bravo talle!

FABIA.

Hasta el socarron de Tello
Tiene su poco de dama.

DON JUAN. (*A Belisa.*)

Si habeis tenido deseo
De conocer á Lucinda,
Agora veréis si tengo
Buen gusto.

BELISA.

¿Es esta?

DON JUAN.

¿No veis
En la mudanza que han hecho
Mis ojos, que quiere el alma
Salir á verla por ellos?

BELISA.

Vos estáis bien empleado.
Contenta con ella os dejo.

DON JUAN.

Antes no; que quiero yo
Probar tambien á dar celos.

BELISA.

¿Deso tengo de servir?

DON JUAN.

Ya que por mi amparo os tengo,
Suplicoos, pues no os importa,
Que entre los dos la matemos.

BELISA.

Ahora bien, va de matar.
(*Ap.* ¿Qué es esto que intento? ¡Ay, cielos!
¿Estoy loca? ¿Soy quien fui?
¿Quién en tanto mal me ha puesto?)

LUCINDA.

Suplico á vuesamerced,
Mi reina, la del sombrero
Blanco, que por otra tal
Me preste ese caballero
(Que se le ha menester mucho,
Y ha sido galan al vuelo),
Para hablalle dos palabras;
Que le volveré tan luego,
Que apenas sienta su falta.

BELISA.

Ninfa del sombrero negro
Y los guantes de achiote,
No entra bien con el pié izquierdo
Si viene á tomar la espada,
Porque es terminillo nuevo
Pedir el galan prestado;
Pero que sepa le advierto
Que soy como amigo ruin,
Que ni convido ni presto.—
¿Voy bien? (*Ap. á don Juan.*)

DON JUAN. (*Ap. á Belisa.*)

Extremadamente.
Decidle mas.

BELISA.

¡El despejo
Con que me pide el galan,
Que es alma de aqueste pecho!—
¿Quereis mas? (*Ap. á don Juan.*)

DON JUAN. (*Ap. á Belisa.*)

Matadla, muera.

LUCINDA.

¡Ay, Fabia, que estoy muriendo!

(*Ap. á ella.*)

BELISA.

Pero ¿sobre qué le pide?
Quizá nos concertarémos,
A manera de mohatra,
Con prendas, ribete y tiempo;
Porque no hay diamantes chinos,
Oro en Tibar, ni en el cerro
De Potosí plata, ni ámbar
En la Florida, por...

LUCINDA.

Quedo,
No pase de por.

BELISA.

¿Por qué?

LUCINDA.

Porque si es amor mohatrero,
No tengo mas prendas yo
Que palabras, juramentos,
Papeles, firmas.... engaños.

BELISA.

No hacemos nada con eso.
Vuesamerced se ha engañado;
Que este galan me le llevo,
Como mi marido acaso.

LUCINDA.

¡Marido!

BELISA.

Lo que le cuento.

LUCINDA.

¡Jesus!

BELISA.

Si ha de desmayarse
Del susto deste suceso,
Acérquese mas al rio,
Dama, porque caiga dentro.—
Dadme la mano, mis ojos. (*A don Juan.*)

DON JUAN.

Y el alma es poco.

LUCINDA.

No quiero
Verlos ir: vámonos, Fabia.
¿Esto llaman amor? ¡Fuego!

(*Vanse Lucinda y Fabia.*)

DON JUAN.

¡Oh qué bien me habeis vengado!

ESCENA XII.

BELISA, DON JUAN, FINEA, TELLO.

BELISA. (*Ap.*)

¡Ay cielos! De mí me vengo.

DON JUAN.

Muriendo voy por Lucinda.

BELISA. (*Ap.*)

Y yo abrasada de celos.

(*Vanse Belisa y don Juan.*)

ESCENA XIII.

TELLO, FINEA.

TELLO.

Dame tú tambien la mano.

FINEA.

¿Tiénesla lavada?

TELLO.

Pienso
Que ayer hizo tres semanas.
¿Tu nombre?

FINEA.

Finea.

TELLO.

¡Bueno!
Fineza te he de llamar.

FINEA.

¿Y el tuyo?

TELLO.

Tello.

FINEA.

Si es Tello
De Menéses, comerás
Muchas tortillas de huevos.

TELLO.

Mejor estas manecitas
Cómo yo, fritas en ellos.

FINEA.

¡Ay qué Tello!

TELLO.

¡Ay qué Finea!
Ay qué niña de los cielos!

FINEA.

¡Ay qué socarron!

TELLO.

¿De quién?

FINEA.

¿De quién dices? Del infierno.

TELLO.

Dame un favor.

FINEA.

Tuya soy.

TELLO.

¡Qué barbita!

FINEA.

¡Qué moreno!

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Belisa.

ESCENA PRIMERA.

BELISA, *con diferente vestido del que llevó al campo.*

Temerario pensamiento,
Que, teniendo el mundo en poco,
Junto á la luna á ser loco
Sobre las alas del viento
Colocastes vuestro asiento,
¡Qué desdicha, qué cuidado
Hoy os ha puesto en estado,
Que habeis tan hermosas plumas
Entre las blancas espumas
Del mar de amor sepultado?
Sale vestida la nave
De jarcias y de banderas,
Con las velas tan ligeras,
Que el viento piensa que es ave;
Mas el de popa süave
Vuelve con fácil mudanza
En huracan la bonanza,
Porque no pueda ninguna
Del rigor de la fortuna
Asegurar la esperanza.
Florece un árbol temprano,
Cuando el ruiseñor suspira;
La primavera le mira,
Llena de flores la mano;
Mas llega el hielo tirano,
Y con intensos rigores
Los pimpollos y colores
Cubre de tristeza y luto;
Porque hasta tener el fruto
No están seguras las flores.
Por mas que en el nido esconda
El ave sus pajarillos,
Como los fuertes castillos
Con su cava, muro y ronda;
Dispara el pastor la honda,
Y con violencia importuna,
Sin dejar pluma ninguna,
Le arroja piedra villana;
Que no hay resistencia humana
Al golpe de la fortuna.
La nave en el mar parecía
Mi libertad en amor,
Árbol vestido de flor
Mi locura y bizarría,
Nido que el ave tejia
Era mi seguro olvido;
Mas vino amor atrevido,
Y con el galan Cardona
Puso al pié de su corona
La nave, el árbol y el nido.
Vencedor destos despojos,
Me mata sin ser culpado;
Que no sabe mi cuidado,
Aunque le dicen mis ojos.
Con amorosos enojos,
Soy mariposa en llegarme
A la llama y retirarme;
Y tanto amor me desvela,
Que doy tornos á la vela,
Y no acabo de quemarme.

ESCENA II.

FINEA. — BELISA.

FINEA.
Sin quitarme el manto vengo,
Por darte presto el recado.

BELISA.
De prisa, será desdicha;
Que nunca viene despacio.

FINEA.
Hallé la casa; que fué
En Madrid nuevo milagro;
Que no sabe del segundo,
Quien vive el primero cuarto.
Dile el papel, abrazóme,
Dióme este doblon de á cuatro...

BELISA.
¿Oro tiene?

FINEA.
¿Por qué no?

BELISA.
Que no se le dió, me espanto,
A la señora Lucinda.
Muestra.

FINEA.
Toma.

BELISA.
Yo le guardo,
Por ser la primera prenda
Que tengo suya.

FINEA.
Es cuidado
Que te perdonara yo;
Y prenda que él no te ha dado,
No merece estimacion.

BELISA.
Por él, Finea, te mando
Un hábito de picote.

FINEA.
No, sino el tuyo de raso.

BELISA.
Soy contenta. Dime agora,
¿Qué respondió?

FINEA.
En tono bajo
Leyó, y dijo: «¡Linda letra!»

BELISA.
¿No dijo nada á la mano?

FINEA.
No á fe.

BELISA.
No era de Lucinda.

FINEA.
Llamó á Tello, y el picaño
A tres holas respondió;
Que estaba hablando en el patio.
Pidió la capa y la espada,
Y díjome: «Luego parto
A ver qué manda aquel ángel.»

BELISA.
¿Angel dijo? Ése es engaño.

FINEA.
Es verdad; que lo añadí
Por aquello de la mano;
Que la lisonja es la fruta
Que mas se sirve en palacio;
Y en tí un ángel mas ó menos,
No es lisonja, habiendo tantos.

BELISA.
¿En cuerpo estaba en efeto?

FINEA.
Un gabancillo leonado
Tenia, untado con oro.

BELISA.
¿Con gaban? Es cierto caso
Que tendria bigotera.

FINEA.
No la nombres; que me espanto
De ver los hombres con ella.
Y hay muchos tan confiados,
Que á la ventana se ponen,
Que es como asomarse un macho.
Mientras tiene bigotera
Un hombre, ha de estar cerrado
En un sótano.

BELISA.
Si es de ámbar
Con cairel de oro, no es malo,
Y quitada importa poco.

FINEA.
Siempre pienso que, asomando
La boca por entre el cuero,
Me coca algun mono zambo.

BELISA.
¿Hubo montera?

FINEA.
El cabello
Sirve á los mozos este año
De montera y papahigo.

BELISA.
Bien parecen aseados.
Ahora bien, va de aposento.
¿Hay gran pobreza?

FINEA.
Un soldado
¿Qué ha de tener? Las paredes
Vestian cuatro retratos:
Uno del Rey, que Dios guarde,
Y otro de Lucinda al lado.

BELISA.
Y ¿no tuvo celos?

FINEA.
¿Cómo?

BELISA.
No ves, necia, que hace caso
La imaginacion, y celos
Son hombres imaginados.
Y ¿de quién eran los otros?

FINEA.
El uno de don Gonzalo
De Córdoba, su pariente,
Que en los países y estados
De Flándes, me dijo Tello
Que anduvo con él.

BELISA.
Aguardo
El vestido de la noche.

FINEA.
¿La cama, dices? De raso
De la China un pabellon:
Lo limpio no sé pintarlo;
Que un tafetan lo cubria.
Lo demás, baules, trastos
De casa y ajuar de mozos:
Libros, guitarra, ante, casco,
Y un broquel en un rincon.

BELISA.
Sin duda viene: habla paso.

FINEA.
¿En qué lo ves?

BELISA.
En el alma,
Que me lo ha dicho temblando.

ESCENA III.

DON JUAN, TELLO.—DICHAS.

DON JUAN. (*Ap. á Tello.*)
¿Puedo yo penetrar su entendimiento?
¿No ves que fuera necia diligencia?

TELLO.
Sí; pero ¡en su presencia
Estar como novicio de convento,
Que no ve tierra mas de la que pisa!...

DON JUAN.
Tello, yo bien presumo que Belisa
Me tiene voluntad; pero, en efeto,
En esto solo quiero ser discreto,
No siendo confiado.
Demás, que no es amor haberme hon- [rado

Con hacerme merced, y si lo fuera,
No llegara Belisa á ser tercera
De los amores de Lucinda.

TELLO.

Mira
Que se suele cubrir una mentira
Con capa de verdad; y el que se llama
Galan, no ha de aguardar á que la dama
Le requiebre primero.
Iba un fraile devoto caballero,
Y cuando tanta espuela le metia
A la mula, decia:
«Arre por caridad, hermana mula.»

DON JUAN.

Belisa nos escucha; disimula.

BELISA.

Señor don Juan, ¡sin verme tantos dias!
¿Qué es esto? Ingratamente lo habeis he-
¿Trocamos vos y yo las bizarrías? [cho.

DON JUAN.

Estoy de vuestra gracia satisfecho;
Pero por no cansaros,
Me habrá de suceder desobligaros.

BELISA.

Señor don Juan, á cierta dama un dia
Presentó un papagayo un caballero,
Diciéndole que todo lo sabia, [ro.
Si no era hablar; lo mismo os conside-
Vos sois galan, discreto y entendido,
Apacible, valiente y bien nacido,
Modesto, airoso, atento y de buen trato;
Y solo os falta hablar, por ser ingrato.
Y tú, Tello, tambien.

FINEA.

Cual es el dueño,
Tal el criado.

TELLO.

A fe de calahorreño,
Que estoy sin culpa yo; que solo he sido
Lechon de aqueste pródigo perdido,
Eco de aquesta voz. Parte el Cardona:
Verás que soy la maza.

DON JUAN.

¿Y yo?

TELLO.

La mona.

DON JUAN.

¡Bueno por vos me pone!

BELISA.

Bien merece
Vuesamerced que Tello así le trate.

DON JUAN.

¡Vuesamerced!

TELLO.

Yo soy un disparate.

BELISA.

No hay tan bravo leon que no se rinda
A los divinos ojos de Lucinda. [dona,
¡Qué tierno habrá llorado el buen Car-
Y qué habrá dicho allí de mi persona!
¿Pintóme muy feísima? que cierto,
Se haria un ermitaño en un desierto,
Y tentacion á mí, por lo del rio
Y los celos del Soto.

DON JUAN.

Es desvarío.
Contaros todo lo que pasa quiero.
Diré verdad, á fe de caballero
Aragonés, y Córdoba y Cardona;
Y si mintiere, y esto no me abona,
No vuelva yo á los ojos de mi padre.

BELISA.

Decid tambien: «De mi señora madre.»

DON JUAN.

Despues, Belisa hermosa, que le distes
Con tal gracia á Lucinda tales celos
En aquel soto, donde sol salistes,
Mas claro que el que adoran Delfo y Dé-
[los,
Escribióme un papel, con ansias tristes
Hasta en la letra. ¡Oh vengadores cielos!
Que en lágrimas envueltas y borrones,
Apenas se entendian las razones.
Fuí á verla, como allí me lo rogaba,
Y halléla con la mano en la mejilla,
Que el cuerpo en el estrado reclinaba.
Saludéla, llegué, tomé una silla...
Lucinda, que la puerta me negaba,
¡Oh castigo de amor! oh maravilla!
Me dió su estrado; que en llegando á es-
[tado
Tan bajo amor, poco hay de estado á es-
[trado.
Tomándome las manos, y bañando
Las de los dos con lágrimas, decia
Que me adoraba tiernamente, cuando,
Por obligarle amor, desden fingia.
Apenas ¡oh Belisa! vi llorando
La que ser piedra para mí solia,
Cuando quedé como en la luz infusa
Atlante, del espejo de Medusa.
Declaróme secretos pensamientos
De una razon de estado bachillera,
Materias de obligar á casamientos,
Que yo escuché como si piedra fuera.
Salí, despues de tantos sentimientos,
Tan desenamorado, que pudiera
Vender olvido á la mayor constancia:
¡Gran cosa, levantarse con ganancia!
Cual suele labrador en noche obscura
Dormir en la campaña á cielo abierto,
Y ver la luz del alba hermosa y pura,
O todo el sol, de súbito despierto;
Así salí de confusion tan dura
Súbitamente, y desde el golfo al puerto;
Que despicado, en viéndome querido,
Su llanto risa fué, su amor olvido.
Ni la vi mas, ni la veré en mi vida.
Como, duermo, paseo, y tiempo tengo
Para mi pretension, que, de perdida,
Con verme libre, á restaurarla vengo.
No lágrimas, no mas traicion fingida.
A nuevo amor el corazon prevengo,
Aunque quien resucita, nadie crea
Que en volverse á morir discreto sea.

BELISA.

¡Notable historia!

DON JUAN.

Yo os digo
La verdad.

BELISA.

¿Cierto?

DON JUAN.

Tan cierto,
Que en mí fué sueño despierto
Lo que en Lucinda castigo.
No mas Lucinda: ya es hecho;
A vuestros ojos lo juro.
Algun divino conjuro
Me la ha sacado del pecho.

BELISA.

Tello, ¿es esto así?

TELLO.

No sé
Que pueda no ser así,
Porque esto pasa ante mí,
Señora: de que doy fe.
Ya cesó la devocion
D aquel su pasado arrobo,
Porque come como un lobo
Y duerme como un liron.
Quitósele la celera
Y el amor.

BELISA.

¡Gracias á Dios!

TELLO.

Pero enamoradle vos,
A lo divino tercera.
Dad sugeto á este galan
De vuestra mano.

BELISA.

Sí hiciera,
Si alguna dama supiera
Como la quiere don Juan.

TELLO.

Una así como vos.

BELISA.

¡Yo,
Tello!

TELLO.

Así, toda florida,
Despejada, bien prendida.

BELISA.

¿Necia y lindísima no?

TELLO.

Mas quiero engaños, rigores,
Iras y celosas tretas
De las divinas discretas,
Que de las necias favores.

DON JUAN.

Deja, Tello, á su eleccion
La dama que quiere darme.

BELISA.

Quiero, para asegurarme,
Que estéis en aprobacion;
Que hay amante que, enojado,
Sirve otro sugeto un mes,
Y vuelve á echarse á sus piés
Mas tierno y enamorado;
Y aun busca satisfaccion
A su misma pesadumbre,
Porque la mala costumbre
Puede mas que la razon.

DON JUAN.

Si yo volviere á querer
A Lucinda, ¡plega á Dios!...

BELISA.

No jureis.

DON JUAN.

Pues dadme vos
Por vuestro gusto mujer
Que pueda amar y estimar,
Y veréis lo que me obliga.

BELISA

Yo conozco cierta amiga,
Que de vos me suele hablar...
— Pero no; que me parece
Que os volveréis luego allá.

TELLO.

Apostaré que te da,
Segun la dama encarece,
Alguna doña Terrible.

BELISA.

Pues eso... si la burlais,
Que á Zaragoza volvais,
Lo tengo por imposible.

DON JUAN.

Estando vos de por medio,
Aunque sin mi gusto fuera,
Con mil almas la quisiera.

BELISA.

Yo intento vuestro remedio,
Y quiero que la veais.
Mas primero que se rinda,
Cuantas prendas de Lucinda
Teneis, guardais y adorais,
Mayormente su retrato,
Habeisme de dar.

DON JUAN.

Yo haré
Que las traiga Tello, en fe
De que ya le soy ingrato.

BELISA.

Y ¿será cierto?

DON JUAN.
¿Pues no?

BELISA.
¿Cumpliréislo todo ansí?

DON JUAN.
Digo mil veces que sí.
Mas ¿quién es la dama?

BELISA.
Yo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, TELLO, FINEA.

TELLO. (*A Finea.*)
Y tú ¿no me quieres dar
Una ninfa á quien querer?

FINEA.
¿Qué tiene que me volver
De Fabia, despues de estar
Un año en aprobacion?

TELLO.
Toda albaja fregonil
Rendiré á tu pié gentil.

FINEA.
¿Hay retrato?

TELLO.
Un san Anton,
Para tener, le pedí,
En mi aposento.

FINEA.
Y ¿que no
Verá mas á Fabia?

TELLO.
¡Yo!
Mas ¿quién es la ninfa?

FINEA.
Mí. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN, TELLO.

TELLO.
¿Qué sientes desto?

DON JUAN.
Estoy loco.

TELLO.
Ama, quiere aquí, porfía.

DON JUAN.
A tal gracia y bizarría
Darle mil almas es poco.
¡Con qué gusto dijo: «Yo!»

TELLO.
Y la picarilla: «Mí.»
¿Vas enamorado?

DON JUAN.
Sí.

TELLO.
¿No ha de haber Lucinda?

DON JUAN.
No.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Conde.

ESCENA VI.

EL CONDE, FERNANDO, MÚSICOS.

CONDE.
Ninguna cosa, Fernando,
Me entretiene: estoy perdido.

FERNANDO.
¿Cómo has de hallar el olvido,
Si estás siempre imaginando?

CONDE.
Como la imaginacion
Es madre de los concetos,
Olvidan mal los discretos;
Que celos conceptos son.
De aquí nace que poetas
Son los mas enamorados,
Imaginando, engañados,
A sus damas tan perfetas.

FERNANDO.
En tantas difiniciones
De amor, ¿no acaban hallando
La verdad?

CONDE.
No hay mas, Fernando,
Que ser imaginaciones.
Belisa, en fin, ¿se ha casado?

FERNANDO.
El Cardona aragonés
Es gentilhombre.

CONDE.
Sí es,
Con que mas celos me ha dado.

FERNANDO.
Él entra en su casa ya
Con libertad de marido.

CONDE.
Bastante defensa ha sido.
Segura Belisa está;
Que, á no ser marido, es cierto
Que no sufriera galan,
Y menos al tal don Juan. —
Cantad algo; que estoy muerto.
(*Siéntase.*)

MÚSICOS. (*Cantan.*)
Antes que amanezca
Sale Belisa;
Cuando llegue al Soto,
Será de dia.

CONDE.
Cuando ese estribo escribí,
¡Qué bizarra la miré!
Cantad la copla, y haré
Una endecha para mí.

MÚSICOS. (*Cantan.*)
Mañanicas de Mayo
Salen las damas:
Con achaques de acero
Las vidas matan.
No ha salido el alba,
Y sale Belisa;
Cuando llegue al Soto,
Será de dia.

ESCENA VII.

LUCINDA, FABIA. — DICHOS.

FABIA. (*Ap. á su ama.*)
Formaron tu pensamiento
Los celos, que no el agravio.

LUCINDA.
Por estar herido Otavio
Nuevos engaños intento.

FABIA.
Aquí está el Conde.

LUCINDA.
Y ¡qué triste
Está, escuchando cantar!
(*A Fernando.* ¿Puede una mujer entrar?)

FERNANDO.
Nadie la entrada resiste
A tal gracia y hermosura.—
Señor, ¿duermes?

CONDE.
¿Qué me quieres?

FERNANDO.
Que te buscan dos mujeres.

CONDE.
¿Es Belisa por ventura?

LUCINDA.
No soy sino la mayor
Enemiga desa dama.
Lucinda soy.

CONDE.
Por la fama
Conozco vuestro valor.

LUCINDA.
En fe del vuestro, he venido
A suplicaros.

CONDE.
Primero
Tomad una silla.

LUCINDA.
Hoy quiero
Satisfacer al oido
De la verdad, que en ausencia
Tanto ha escuchado de vos.

CONDE.
Satisfarémos los dos
La fama con la presencia.
(*Siéntanse Lucinda y el Conde: retíranse los músicos.*)

LUCINDA.
Esta natural pasion,
Generoso conde Enrique,
Que, contraria de la ira,
En nuestros pechos reside,
Siempre la he juzgado igual;
Y si decirse permite,
Ira y amor son lo mismo;
Porque, como es imposible
Que haya amor sin celos, y ellos
Venganza de agravios piden,
Es fuerza que entre la ira
Adonde el amor la admite,
Como se ve por ejemplos
De esposos y amantes firmes,
Que mataron lo que amaban
Por celos: de que se sigue
Que la ira y el amor
No son diferentes fines,
Aunque en principios contrarios.
Todo este prólogo sirve
De que el amor y la ira
Me traen á que os suplique
Que á mi remedio el valor
De vuestra sangre os incline,
Por la ofensa que tambien
De mis agravios recibe.
Vino don Juan de Cardona
(Yo sé que una vez le vistes)
De Zaragoza á la corte,
Caballero de la insigne
Casa que en sus armas pone
Plumas de pavon por timbre.
Un dia que nuestro Rey
Corrió lanzas, nuevo Aquiles,
Descuidada, y no de galas,
A ver y ser vista vine.
Mirando pues con el brio
Que la espuela en sangre tiñe
Del bridon, que con las alas
Del viento las plantas mide,
Cuando á la sortija atento,
El que á dos mundos asiste
Con solo un cetro, la lanza
Pasa de la cuja al ristre,
Y airosamente la lleva;
Veo que el don Juan que os dije,
Atento á las de mis ojos,
Era de sus niñas lince.
La fiesta hizo fin, y amor
Principio; que por oirle
Halló lugar, y esperanza

De quererme y de seguirme.
Desde aquel dia hasta agora
En pretenderme prosigue
Don Juan; mas yo, deseando
A mejor fin reducirle,
Dile celos y desdenes:
Falso arbitrio, con que hice
Que, mudando pensamiento,
Otra dama solicite.
Esta, á quien tan bien lo sabe,
No es razon que yo la pinte,
Si bien en sus bizarrías
Cuanto celebran consiste.
Dejáronla mucha hacienda
Sus padres: luce y repite
Con bostezos de señora
A escuderos y tellices.
Esta pues, que de don Juan
Fué la encantadora Circe,
Como aquella que entretuvo
Sin entendimiento á Ulises,
No solo ha podido hacer
Que me aborrezca y olvide,
Sino que en el verde Soto
Que de puro cristal ciñe
Manzanares, y este mes
De verdes álamos viste,
Le llamó marido. ¡Ay cielos!
¿Cómo pude resistirme?
Desde aquel dia me matan
Celos y congojas tristes.
Llaméle y díjele amores;
Pero apenas quiso oirme;
Que ensoberbece á los hombres
Ver las mujeres humildes.
A los dos, Enrique ilustre,
Una misma ofensa aflige:
Y así, es justo que á los dos
La misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte cuanto
Fuere á una mujer posible;
Que las mas tiernas amando,
Con celos se vuelven tigres;
Vos de la vuestra, y los dos
Para los dos; que si rinden
Celos, les darémos celos.
¡Al arma! ¡mueran! Suspiren,
No se han de casar; que á vos
Os toca: ó quedemos libres
O vengados; que, aunque es fuerte,
No es el amor invencible.

CONDE.

Ya de vuestra relacion
Alguna parte sabia,
Porque la enemiga mia
Me dió á saber la ocasion.
La soberbia y presuncion
De Belisa se ha rendido
Al título de marido;
Y con ser ansi, mi amor
Se agravia de su rigor,
Pues no me permite olvido.
Por vos y por mi hacer quiero,
En lo que posible fuere,
Lo que no contradijere
A la ley de caballero.
Que nos venguemos espero:
Vos con celos de tan necio
Galan, y yo, que me precio
De que estimen mis cuidados;
Que es venganza de olvidados
Hacer del rigor desprecio.
Fuera de que puede ser
(Perdone vuestro valor)
Que, de fingir este amor,
Viniésemos á querer;
Porque suele suceder
Que, cosas de amor tratando
Dos libres, y no pensando
Que pueden ser verdaderas,
Se venga á acabar en veras
Lo que se empieza burlando.
Yo me rindo al talle y brío
Del galan aragonés;
Pero no tanto, despues
Que Belisa ofende el mio.
Entremos á desafío
Dos á dos, adonde espere
Vitoria el que mas pudiere
En el campo, de los dos;
Y ayude amor, pues es dios,
Al que mas razon tuviere.

LUCINDA.

Cierta será la victoria,
Enrique, si me ayudais.

CONDE.

Mirad cómo la trazais,
Que resulte en vuestra gloria.

LUCINDA.

En toda amorosa historia
No es bien que el fin se presuma.
Mujer soy, y será en suma,
Con que disculpada quedo,
Mio de amor el enredo,
Y vuestra será la pluma.

[redacted]

Amor la imprima.

FABIA. (*Ap. á su ama.*)

¿Qué has hecho?

LUCINDA.

Vengarme de quien me agravia.

FABIA.

Loca estás.

LUCINDA.

Y es cierto, Fabia,
Con tanto amor en el pecho.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, FERNANDO.

CONDE.

Gran parte del mal desecho
Con la venganza trazada.

FERNANDO.

¿Qué habeis tratado?

CONDE.

No es nada.

FERNANDO.

Esta dama es de don Juan.

CONDE.

Toma, Fernando, el gaban,
Y dame capa y espada.
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Belisa.

ESCENA IX.

BELISA, TELLO.

BELISA.

¡Joyas á mí!

TELLO.

¿Por qué no,
Si eres la reina de Troya?

BELISA.

Cuando está pobre don Juan,
¡Finezas tan amorosas!
¡A mi fénix de diamantes!

TELLO.

Con el verso y con la prosa
Que le enviaste, está loco.

BELISA.

Pena me ha dado la joya.
¡Que se empeñó! ¿Cómo es esto?

TELLO.

No ha sido empeño, señora,
Sino el paternal dinero
Que vino de Zaragoza;
Que así como vió el soneto,
Dijo con voz amatoria,
Rompiendo medio bufete
De una puñada, Cardona:
«¡Hay tan alta bizarría?
¡Que una señora componga
Tales versos! ¡Malos años
Para cuantos á Helicona
Van por agua y alcacer!»
Y luego del baul toma
La bolsa zaragocí,
Y dijo: «Tendrás agora
El mejor dueño del mundo.»
Pero respondió la bolsa
En tiple de los escudos:
«Mejor soy para la olla.»
Fuimos á la insigne puerta
Que Guadalajara nombran,
Sepulcro de oro y de seda,
De tantos cofres langosta;
Y para el fénix Belisa,
Fénix de diamantes compra;
Porque el dia de San Márcos,
Que del *Trapo* llaman zorras,
Salgas á matar guedejas
Y dar envidia á valonas.
Pero dime, si es posible
Reducir á la memoria,
El soneto que escribiste.

BELISA.

Como yo, de amores loca,
No me osaba declarar,
Dije ansí.

TELLO.

Las musas oigan.

BELISA.

Canta con dulce voz en verde
Filomena dulcísima al aurora,
Y en viendo el ruiseñor que la e
Con recíproco amor el nido en
Su tierno amante por la selva
Cándida tortolilla arrulladora;
Que si el galan el ser amado ig
No tiene accion contra su amor l
No de otra suerte al dueño de
Llamé con dulce voz en las florid
Selvas de amor, que oyendo el ca
Se vino á mí, las alas extendida
Porque tambien hay voces filo
Que rinden almas y enamoran

TELLO.

Por Dios, que es soneto digno
De que en sus obras le ponga
La marquesa de Pescara,
Que Italia celebra y honra;
O, pues tambien lo merecen,
En las canciones sonoras
De la Isabela Andreina,
Representanta famosa,
Pues hoy estiman sus versos
Paris, Nápoles y Roma.
¡Qué sonoridad! qué luces!
¡Y aquello de *arrulladora!*
¡Mal año para los cultos!
¡Qué claridad estudiosa!
¡Qué cultura! Dará envidias,
Aunque laurel les corona,
Al Príncipe de Esquilache
Y al Retor de Villahermosa.

BELISA.

¿Eres poeta, por dicha?...

TELLO.

Y por desdicha notoria.

BELISA.

Porque ese lenguaje, Tello,
A presumir me ocasiona
Que haces versos.

TELLO.

¡Oh qué lindo!

Oye una silva á una mona,
A quien requebró un galan
En peso la noche toda.
Quedóse en un balcon (donde solia,
Desde las doce de la noche al dia
Hablar cierto galan á una casada,
Por cerrar la ventana su criada)
El animal que mas imita al hombre,
Aunque él tambien sabe tomar su nom-
La mona, con el frio, en la cabeza [bre.
Púsose un paño que tendido estaba,
Con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galan, y atento á su belleza,
Tirábale al balcon de cuando en cuando
Chinas, con que la mona despertando,
Saltó ligera, y en lo alto puesta,
Le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba así por su marido,
Y á la reja trepó, del hierro asido;
Mas, queriendo besarla, de tal modo
Le asió de las narices, que temiendo
Que pudiera sacárselas del todo,
Se estuvo lamentando y padeciendo,
Hasta que el alba hermosa,
Vestida de jazmin, con piés de rosa,
De ver los dos, amaneció riendo.
Ella, del naricidio temerosa,
Al pobre amante, en vez de los amores,
De arriba abajo le sembró de flores.

ESCENA X.

FINEA. — DICHOS.

FINEA.
Doña Lucinda de Armenta
Y doña Fabia, su moza,
Te quieren hablar.

BELISA.
Di que entren.

TELLO.
¿Eso dices?

BELISA.
Pues ¿qué importa?

TELLO.
Voyme por estotra puerta. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LUCINDA, FABIA. — BELISA, FINEA.

FINEA.
¿Qué aguardan? Entren, señoras.

LUCINDA.
Si vuesamerced se acuerda
De que en la florida alfombra
De Manzanares, un dia,
Compitiendo con la aurora,
Amaneció perla en nácar
O rosa que baña aljófar,
Siendo el pimpollo el sombrero,
Y vuesamerced la rosa,
Yo soy aquella mujer
Que, engañada de mi sombra,
Le pedí el galan prestado
Sobre prendas de lisonjas.
Como le asió de la mano,
Y subiendo en su carroza...

BELISA.
No es carroza, sino coche,
O vuesamerced me honra,
Como llamar licenciado,
Por la presbítera toga,
Al que es de prima tonsura.

LUCINDA.
Pienso que se finge boba.

BELISA.
Soy cándida.

LUCINDA.
Así parece.

BELISA.
Finalmente, ¿en qué se apoya
Esta celosa visita?

LUCINDA.
En que su merced recoja
De noche al señor marido;
Porque no es justo que corra
Con ella sotos y prados
En carroza, coche ó posta,
Y que en llegando la noche,
Mi puerta y ventanas rompa,
Ya con el pomo las unas,
Ya con las piedras las otras.
Entró una dellas por fuerza,
Y esta cadena me arroja,
Diciendo que le escuchase.
Escuchéle, temerosa,
Lloró en fin...

BELISA.
Y ¡con bigotes!
¡Válgate Dios por Cardona!

LUCINDA.
Dióle despues en mi estrado
Tal desmayo, tal congoja,
Que fué menester volverle
Con agua de azár y alcorzas.

BELISA.
¡Qué ventura tener agua!
Si no la teneis, Señora,
El se queda á buenas noches.
¡Válgate Dios por Cardona!

LUCINDA.
Díjome de vos mil males:
Que dia y noche le rondan
La puerta criadas vuestras;
Que os vió aquella tarde sola,
Y que le andais persiguiendo.

BELISA.
Soy una perseguidora.
¿Que yo le persigo, dice?
¡Válgate Dios por Cardona!
Ahora bien, por el aviso
La sirvo con esta joya
Que hoy me ha enviado con Tello,
Su famoso guardaropa,
Porque el dia de San Márcos
En la cadena la ponga.
Y vea vuesamerced
Si ha menester otra cosa
Desta casa, que aquí queda
Para su servicio toda.

LUCINDA.
Porque sé las bizarrías
Desa mano poderosa,
Tomo la joya y os beso
La mano ilustre.

FINEA. (*Ap. á su ama.*)
Perdona;
Que no vi cosa mas necia
Que la que has hecho.

BELISA.
¿Qué importa?

FABIA.
Y vos, señora Finea,
Decid á Tello que escoja
Otra dama; que despues
Que á Lucinda, mi señora,
Sirve el conde don Enrique,
Tambien de mí se apasiona
Fernando, su secretario,
Y yo le quiero.

FINEA.
Mejora
Vuesamerced de galan.

LUCINDA.
Él y don Juan se dispongan
A no alborotar mi casa;
Que si otra vez la alborotan,
Castigará su locura
El Conde, porque me adora,
Y á vuestra puerta en la calle
Aguarda con su carroza
Para que vamos al prado.
(*Vanse Lucinda y Finea.*)

ESCENA XII.

BELISA, FINEA; *despues*, EL CONDE Y LUCINDA.

FINEA.
¡Extraña historia!

BELISA.
Es historia
Que me ha de costar la vida.
A la ventana te asoma,
Mira si es el conde Enrique.

FINEA.
Mejor es que tú lo oigas,
Que desde el estribo llama.

BELISA.
¡Qué libertad! Estoy loca.

CONDE. (*Dentro.*)
Al Prado, cochero, al Prado.
Da la vuelta.

LUCINDA. (*Dentro.*)
A la Victoria,
Magallanes de los coches.

FINEA.
¡Qué propia voz de celosa!

BELISA.
A tanta desdicha mia,
¡Ay de mí! ¿qué puedo hacer?
¡Oh, mal haya la mujer
Que del mejor hombre fia!
Que don Juan, de amor de un dia
Se volviese á lo que amaba
Primero, en razon estaba;
Pero no, querer yo bien,
Y declarárselo á quien
Por otra mujer lloraba.
Halla un pájaro rompida
La jaula, y volando al viento,
Cuando goza en su elemento
De la libertad perdida,
Se acuerda de la comida,
Y vuelve á ver si está abierta,
Con ser su cárcel tan cierta:
Así los amantes son;
Que, con saber que es prision,
Vuelven á la misma puerta.
Volvióse la voluntad,
Aragonés caballero,
Sin querer gozar del fuero
De su misma libertad.
Fié de su falsedad
Mi enamorada aficion...
¡Oh qué necia condicion
De una voluntad sencilla,
Fiar almas de Castilla
A los fueros de Aragon!
No me pesa porque fuí
Necia en que don Juan me rinda;
Pésame de que Lucinda
Se haya vengado de mí.
Lo que no tuve y perdí
Menos á enojo me incita;
Que á una mujer mas irrita,
Y mas con tanto ademan,
Que no el quitarle el galan,
La burla de quien le quita.
Lucinda, desdenes tales
Han hecho que os quiera bien;
Qué hay muchos hombres que á quien
Los trata mal, son leales.
¡Oh amor! ¡cómo son iguales
En esto buenos y malos!

No vienen con los regalos,
Y en los celos se resuelven:
Que hay hombres perros que vuelven
Adonde les dan de palos.
¡Qué mal se supo entender
Mi ignorante bizarría,
Cuando dije que queria
Á un hombre de otra mujer!
La disculpa habrá de ser,
No de Porcias y Lucrecias;
Que á no haber amor, si precias
Que de tí se libren pocos,
Ni se hallaran hombres locos,
Ni hubiera mujeres necias.

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO. — BELISA, FINEA.

DON JUAN. (*Ap. á Tello.*)
Mas de treinta mil ducados
De dote, sin esta casa,
Tiene Belisa.

TELLO.
¿Y las joyas,
Ricos vestidos y alhajas,
Son barro? ¡Dichoso eres!
Y advierte que si te casas,
Me dés tambien á Finea.

DON JUAN.
Yo te la doy.

TELLO.
¡Aquí estaban!

DON JUAN.
Señora mia y mi bien,
Ya el alma se me quejaba
De vivir en vuestra ausencia,
Si ausente vivo con alma.

BELISA. (*Ap.*)
Confusa estoy. Lo mejor
Es volverle las espaldas. (*Vase.*)

DON JUAN.
¿Fuése?

TELLO.
¿No lo ves?

DON JUAN.
Finea,
Escucha.

TELLO.
Tampoco habla.
(*Vase Finea.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, TELLO.

DON JUAN.
Tras ella iré.

TELLO.
¿Para qué?
La puerta cierra á la sala.

DON JUAN.
Pues ¿qué novedad es esta,
Sin que sepamos la causa?

TELLO.
Habelle dado la joya.

DON JUAN.
Tello, en esas puertas llama.

TELLO.
No he visto amante mas pobre.
Siempre parece que andas
De puerta en puerta.

ESCENA XV.

FINEA, *en una ventana.*—DICHOS.

DON JUAN.
¿Es Finea
La que en la ventana aguarda?

TELLO.
La misma.

DON JUAN.
Finea, ¿qué es esto?
¡Este término esperaban
De la señora Belisa
Mi deseo y mi esperanza!

FINEA.
Dice mi señora...

DON JUAN.
¿Qué?

FINEA.
Que se vayan noramala.
(*Cierra la ventana.*)

DON JUAN.
Acabóse.

TELLO.
Aquí entra bien:
«Para vos traigo una carta.»

DON JUAN.
¿Qué habemos de hacer?

TELLO.
No sé.

DON JUAN.
Vén; que yo lo sé.

TELLO.
¡Estas llaman
Bizarrías de Belisa!
¡Cerrar puertas y ventanas
En agarrando la joya!

DON JUAN.
Sígueme; que voy sin alma.

TELLO.
El fénix se ha vuelto cisne;
Que cuando se muere, canta.

ACTO TERCERO.

Calle con vista exterior de la casa de Lucinda.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE Y FERNANDO, *en hábito de noche.*

FERNANDO.
No hay desden que no se rinda
Con servir y porfiar.

CONDE.
Cansado estoy de ayudar
Desatinos de Lucinda.

FERNANDO.
Si Belisa ha conocido
Con el ingenio mayor
Del mundo, que ha sido amor
El de Lucinda fingido,
No es prudencia darle celos
Con ella; mejor seria
Conquistar su valentía
Con proseguir tus desvelos.
Lucinda toma venganza
De don Juan con sus mentiras:
Si le ayudas, ¿qué te admiras
De vivir sin esperanzas?

CONDE.
Tienes razon: ya no quiero
Celos; servirla es mejor
Con amor y mas amor,
Con dinero y mas dinero.
Dar celos suele importar
(Esto despues de quererme)
Para despertar quien duerme,
Pero no para obligar.
No hay armas para vencer
Una mujer desdeñosa
Como otra mujer, ni hay cosa
Que tenga tanto poder
Como aquella informacion
De una amiga con su amiga:
Esto las rinde y obliga.
Como de un género son,
Saben, para herir, tentar
La flaqueza de la espada.
¿No has visto á Eva pintada,
Y que la viene á engañar
Con el rostro de mujer,
Que la culebra tomó?
Pues este ejemplar les dió
Para engañar y vencer
Á mujeres con mujeres.

FERNANDO.
Celia con Belisa vive
Estos dias: apercibe,
Si obligar á Celia quieres,
Aquel gran conquistador
De voluntades, que llaman
Oro, y verás si te aman.

CONDE.
Ya sabe Celia mi amor,
Y me ha prometido hacer
Cuanto pudiere por mí.

FERNANDO.
Dos hombres vienen aquí.

CONDE.
Galanes deben de ser
De Lucinda, que le rondan
La puerta.—Tarde han llegado,
Pues dos veces he llamado,
Y no hay órden que respondan.

ESCENA II.

BELISA Y FINEA, *de hombre, con sombreros de plumas y ferreruelos con oro, y dos pistolas ó escopetas cortas.* — DICHOS.

FINEA. (*Bajo á Belisa.*)
Pienso que has perdido el seso,
Y no debo de engañarme.

BELISA.
Todo lo que no es matarme
No lo tengas por exceso:
Y ansí, con tanta violencia
Amor mi cuerpo desalma,
Que no hay potencia en el alma
Que viva su misma esencia.

FINEA.
¡Tú á la puerta de Lucinda
Con estos necios disfraces!
Considera lo que haces,
Por mas que el amor te rinda;
Que si nos hallan ansí,
Nos habemos de perder.

BELISA.
En viendo que soy mujer,
¿Qué podrán pensar de mí?
Porque si agora me dan
Mil muertes ó mil enojos,
Tengo de ver con los ojos
Lo que me niega don Juan.
Y es justo que ver intenten
Lo que temen y desean;
Porque, como ellos lo vean,
No dirá el alma que mienten.

FINEA.
Cuantas has hecho hasta aquí,
Bien pueden ser bizarrías;
Estas no, porque porfías
Contra tu honor.

BELISA.
¡Ay de mí!

FERNANDO. (*Ap. á su amo.*)
Paréceme que has tomado,
Señor, el medio mejor.

CONDE.
Celia, dinero y amor
Remediarán mi cuidado.

FERNANDO.
Da lugar á estos galanes,
Que no llegan á la puerta
Por nosotros.

CONDE.
Veria abierta
Merecen los ademanes
Con que miran de Lucinda
Las rejas.

FERNANDO.
Vidas perdonan.
Valientes son, que pregonan
Lo que se precia de linda.
(Vanse el Conde y Fernando.)

ESCENA III.

BELISA, FINEA.

FINEA.
Si con ella está don Juan,
Y te escribió aquel papel
De que se casa con él,
O por ventura lo están,
¿Habemos de estar aquí
Hasta que nos halle el alba?

BELISA.
Ese papel fué la salva
Del veneno que bebí;
Que no hay veneno mas fuerte
Que las letras de un papel,
Pues tantas veces en él
Bebe la vida la muerte.
Díceme que se desposa
Mañana, y que no hay lugár
Para poderla acabar
Una gala, por costosa,
De soberbia guarnicion;
Que yo le preste un vestido:
Bachillería que ha sido
Mi locura y perdicion.
¿Hay tal modo de pudrir?
¡Que con mis galas se quiera
Casar!

FINEA.
Gente viene: espera...

BELISA.
¿Qué, sino solo morir?

ESCENA IV.

DON JUAN Y TELLO, *sin ver á* BELISA Y FINEA.

TELLO.
Yerras, por Dios, en intentar hablalla.

DON JUAN.
Pues, Tello, ¿qué he de hacer, cuando [imagino
Que ha hecho algun celoso desatino,
Aunque Belisa calla,
Por donde la he perdido, y me ha tratado
Con rigor tan cruel, que me ha cerrado
Las puertas y ventanas de tal suerte,
Que piensa, retirada y hecha fuerte,
Que puede entrar mi amor á ver su ol- [vido,
En átomo del aire convertido?

TELLO.
Como la sirve el Conde, ser podria
Que se enojase; y nunca el que es pru- [dente
Hizo pesar al hombre poderoso,
Por no dar en sus manos algun dia.
Que el desigual lo que es posible intente,
Tengo por aforismo provechoso.

DON JUAN.
¡Oh qué necio Caton! Oh qué grosero
Séneca! Yo no quiero
Quitar su gusto al Conde,
Sino hablar á Lucinda.

TELLO.
Si responde
Como mujer celosa y agraviada,
Vendrá á parar en *fuése y no hubo nada.*

BELISA. *(Ap. á Finea.)*
Finea, ¿no conoces
Estos galanes?

FINEA.
Quedo, no dés voces.

BELISA.
No me engañaba yo. ¡Pierdo el sentido!
(Llama en casa de Lucinda.)

FINEA.
Parece que no llama de marido;
Que si marido fuera,
La puerta con la aldaba desbiciera.

BELISA.
No habrá tomado posesion agora;
Llamará de galan.

FINEA.
Mira, Señora,
Que no es bien que te vea.

BELISA.
Yo callaré... Mas no podré, Finea.

ESCENA V.

OTAVIO Y JULIO, *con* OTROS DOS HOMBRES. — DICHOS.

OTAVIO. *(Bajo á Julio.)*
Julio, hasta agora me duró la herida.
Curéla en fin; mas no curé el agravio.

JULIO.
Esperando ocasion se venga el sabio.

OTAVIO.
Este es don Juan: llamando está á la [puerta
De Lucinda. Pues no ha de verla abier- [ta.
Yo no vengo á reñir, á matar vengo.

TELLO. *(Ap. á don Juan.)*
El Conde es este: gran sospecha tengo
Que te viene á matar con sus criados.

DON JUAN.
Tello, no hay mas: morir como soldados.

TELLO.
Cuatro son, dos me caben, no hayas [miedo
Que me divida de tu lado un dedo.

DON JUAN.
Pues, Tello, aquí veré si eres valiente.

BELISA. *(Ap. á Finea.)*
A matar á don Juan viene esta gente.
A su lado me pongo.

FINEA.
Y yo te sigo.

BELISA.
Finea, defender al enemigo
Fué siempre gran fineza y bizarría.

OTAVIO.
¡Ah, caballeros! esa puerta es mia.

DON JUAN.
Pues pase, si pudiere.
(Desenvainan las espadas don Juan y Tello: Belisa y Finea apuntan sus armas de fuego á Otavio y sus compañeros.)

JULIO.
Otavio, tente.
¡Cuatro, y los dos con escopetas!

OTAVIO. *(A Julio.)*
Creo
Que burlan mis desdichas mi deseo.

JULIO.
Vuélvete, y no acometas.

OTAVIO.
¡En Madrid escopetas!
¡Caso, por Dios, terrible!

JULIO.
A quien quiere matar, todo es posible.
(Vanse Julio, Otavio y los otros dos hombres.)

ESCENA VI.

BELISA, FINEA, DON JUAN, TELLO.

TELLO.
Todos se han ido con temor del plomo.

DON JUAN.
La vida debo á aquestos caballeros.

TELLO.
Huyeron los villanos escuderos.
De que el Conde no fué sospechas tomo.

DON JUAN.
Señores, si es posible conoceros,
Sepa á quién debo defender mi vida,
De tantos enemigos perseguida.
(Vanse Belisa y Finea.)

TELLO.
Volvieron las espaldas sin hablarte,
Ni quitar los embozos.

ESCENA VII.

DON JUAN, TELLO.

DON JUAN.
¿Por qué parte
Llegaron estos hombres? ¿Si han baja- [do
Del cielo en mi favor?

TELLO.
Mas del tejado,
Porque, si ángeles fueran,
Sin escopetas pienso que vinieran;
Que no las hay allá.

DON JUAN.
¡Necia porfía!
Truenos y rayos son artillería.

TELLO.
Verdad, por Dios, y que mostrarse quiso
El ángel que guardaba el Paraíso
Con espada de fuego.

DON JUAN.
¡Qué necio estuve y ciego!
Tal me tiene Belisa.

TELLO.
Fueron con tanta prisa,
Que con razon te han dado
Ocasion al milagro imaginado.
Mas si en forma de espíritus bajaran,
Las alas de penachos coronaran,
Pero no los sombreros.

DON JUAN.
Angeles son tan nobles caballeros.
Esta puerta me avisa
Del peligro que tengo.
Mejor es ir á ver las de Belisa:
Así la noche paso y entretengo.

TELLO.
Bien fuera, si te abriera.

DON JUAN.
Ella me las abriera, si me oyera.

TELLO.
Una tapia muy baja el jardin tiene,
Que no es para subir dificultosa.

DON JUAN.
¿Podré yo entrar por ella?

TELLO.
Ser podria.

DON JUAN.

Pues vamos antes que lo estorbe el día,
Que se traslada de zafir en rosa.

TELLO.

Mejor fuera salir de tanto empeño
Con trasladarle de la cena al sueño.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Belisa.

ESCENA VIII.

BELISA, CELIA, FINEA.

BELISA.

¿Guardaste las escopetas?

CELIA.

Ya, Belisa, están guardadas.

BELISA.

Sin alma vengo.

CELIA.

No es mucho,
Pues tambien fuiste sin alma,
Y me has tenido sin ella;
Porque de locura tanta
¿Qué pudiera prometerme,
Que no fuera tu desgracia?
¿Estaba don Juan por dicha
A la puerta desa dama?
Aunque dentro es lo mas cierto,
Pues que mañana se casan.

BELISA.

Apenas, Celia, á la puerta
De la dicha dama estaba
(Que dicha le viene bien,
Pues que ninguna le falta),
Cuando á su casa venia,
Cercado de gente y armas,
Cierto agraviado enemigo:
Si yo no llego, le matan.
Temieron las escopetas,
Y volviendo las espaldas,
Desistieron de la empresa.

CELIA.

¡Heróica y dichosa hazaña!
Que fué, mirándolo bien,
Una locura bizarra.

BELISA.

Reñísteme con lisonja
De lo que fuí temeraria.

CELIA.

Acuéstate; que se rie
De tus cosas la mañana,
Cuyos celajes azules
Embisten rayos de plata.

BELISA.

No es tan tarde como piensa
Tu sueño.

CELIA.

Estoy desvelada.

BELISA.

Harto mas lo vengo yo
De tanta celosa rabia.
Responder quiero á Lucinda,
La que mañana se casa,
La discreta, la dichosa,
La linda, la bien tocada,
Que me ha pedido un vestido
Mientras sus galas se acaban,
Para que de sus vitorias
Sean despojos mis galas;
Que tal linaje de burla
Solo pienso que se usara
Conmigo, de quien amor
Con razon toma venganza.

CELIA.

Pues ¿no hay mañana lugar?

BELISA.

¿No has visto que cuando tratan
Dos hacer un desafío,
El agraviado no aguarda
Que salga primero el otro?
Déjame tomar la espada,
Y matar esta mujer

CELIA.

Finea, avisa que tañan.

BELISA.

¡Conmigo doña Lucrecia,
Por necia, que no por casta!

FINEA.

¿Escribir quieres agora?

BELISA.

Pon, Finea, en esa cuadra
Una bujía y papel,
Tinta y pluma.

FINEA.

Pienso que anda
Por esos aires tu seso.

BELISA.

Corre esta cortina, acaba.

ESCENA IX.

Corriendo una cortina, se descubre un aposento bien entapizado, un bufetillo de plata, y otro con escritorios, una bujía y EL CONDE *á un lado.*— DICHAS.

BELISA.

¡Jesus! ¿Qué hay aquí?

FINEA.

¡Ay, Señora!
¡Un hombre!

CONDE.

Quedo: no hagas,
Belisa, extremos. Yo soy.

BELISA.

¡Vueseñoría en mi casa
A tales horas! ¡Ay, Celia!
Buen cuidado, gentil guarda!
¡Tú pones en mi aposento
Al Conde, y junto á mi cama!
¿Dónde se vió tal traicion?

CELIA.

Si yo salgo á ver quién llama,
Y en abriendo se entra dentro,
Y poderoso amenaza
Mi vida, ¿qué puedo hacer?

BELISA.

Decírmelo cuando entrara,
Y volviérame á salir
Donde esta noche pasara
En casa de alguna amiga.

CONDE.

No estéis, Señora, turbada;
Que si amor me puso aquí,
En viendo vuestra desgracia
El me mostrará tambien
La puerta por donde salga.
De noche entré, sin pensar
Que tanto el sol se tardara
De amanecer á mis ojos.
Detuviéronme mis ansias,
Hablando con Celia en vos;
Y como las horas pasan
Tan apriesa por el gusto,
Sin que las sienta quien ama,
Cuando ya me quise ir,
Llamastes vos, y esperaba
A salir sin que me viesen.

BELISA.

A tan corteses palabras
Rindo todos mis enojos.

(*Hablan bajo el Conde y Belisa.*)

ESCENA X.

DON JUAN Y TELLO, *asomándose por una puerta.*— DICHOS.

DON JUAN. (*Ap. á Tello.*)

Entra quedito; que hablan
En la cuadra de Belisa.

TELLO.

Por Dios, que no era muy baja
La tapia del dicho huerto.

DON JUAN.

Difícil era la tapia,
Si amor no me diera el pié,
O me subiera en sus alas.

TELLO.

Como no me ayudó á mí,
Por Dios, que traigo quebrada
La ausencia de la barriga.

DON JUAN.

Hombre habla: ¡cosa extraña!

TELLO.

¡Hombre aquí, y á tales horas!

DON JUAN.

Tello, ¿quién lo imaginara?

TELLO.

¡Ah, Señor! ¡cuántas de aquestas,
Que se nos hacen gazapas
Con los ojitos de miz,
Tienen el zape en el alma!
Las mas ricas del honor
Quiebran tal vez, y se pasan
Como mal papel, que deja
En cada letra una mancha.

DON JUAN.

Loco estoy. Escucha atento,
Pues este cancel nos tapa.

TELLO.

Nadie se fie en cancel,
Si hablare mal en la sala.

BELISA.

Yo creo á vueseñoría,
Mas, pues Lucinda le agrada,
¿Para qué me busca á mí?

CONDE.

Para escucharos, ingrata.

BELISA.

Despues de tantos paseos,
Prado y Fuente Castellana,
¡Viene á darme este disgusto!
Mas debe de ser la causa,
Que le ha dejado por otro
Su condicion, ó se engaña.

TELLO. (*Ap. á su amo.*)

¡Por la tribuna de Dios,
Que es el Conde, y que se abrasa
Belisa de celos!

DON JUAN.

¡Cielos!
No me dejaba sin causa
Belisa. El Conde la goza.
Hoy hizo fin mi esperanza.

TELLO.

Vámonos de aquí, Señor;
Que si esto adelante pasa,
Te han de sentir, y vendréis
Los dos á sacar la espada.

DON JUAN.

¿Hay mas que matarle?

TELLO.

¡Cómo!
¿Matar? ¡Eso que no es nada!
Y despues á caballito
Huyendo por las Italias,
O por dicha, tú en teatro

Lucifero, yo en la Marca,
Que llaman *finibus terrae*,
Cantando con media caja
Al son del remifasol
Con dos pasos de garganta!

CONDE.

Belisa, yo no he querido
A Lucinda, porque fué
Su enredo contra mi fe,
Sus celos contra mi olvido;
Y porque veais que he sido
Tan galan como señor,
Desde aquí dejo el amor,
Sin admitirle jamás;
Que no es bien que pueda mas
Mi gusto que mi valor.
Y aunque sea á mi despecho,
Si vos pretendeis casaros,
Como decis, estorbaros,
Siendo quien soy, no es bien hecho.
Hoy haré salir del pecho
Mi esperanza, sin que espere
Mas que el bien que vuestro fuere;
Porque no quiere ni es justo
El que quiere mas su gusto
Que el honor de lo que quiere.
Hoy viene al suelo la torre
De mi necio y loco amor;
Que contra vuestro rigor
El ser quien soy me socorre;
Que tambien amor se corre
De ser mal agradecido,
Viendo, Señora, que he sido,
Sobre necio y porfiado,
Para galan desdichado,
Y grande para marido.
Palabra os doy de ayudaros
Con el que lo fuere vuestro,
Con que presumo que os muestro
Tanto amor como en dejaros.
Con esto pienso obligaros
Sin volveros á cansar;
Que un hombre que con amar
Nunca pudo merecer,
Cuanto cansa con querer,
Obliga con olvidar.

BELISA.

Alumbra á su señoría,
Finea.

CELIA. (*Ap.*)

¡Valor notable!

(*Al dirigirse el Conde á la puerta para salir, ve á don Juan y Tello.*)

CONDE.

¿Quién está aquí? (*A Finea.* Alumbra.)
(*Empuña la espada y tercia la capa.*)

BELISA.

¡Cómo!
¡Gente en mi casa!

DON JUAN.

No saque
La espada vueseñoría.

CONDE.

¿Cómo no, viendo esperarme
Detrás de un cancel dos hombres?—
Belisa, ¡traiciones tales
Con un hombre como yo!

BELISA.

(*Ap.* ¡Hay desdicha semejante!)
Celia, ¿qué es esto?

CELIA.

Que al Conde
Puse yo donde le hallaste
Es verdad; no los demás.

DON JUAN.

Señor Conde, no os espante
Esta locura de amor.

CONDE.

Amor no puede espantarme;
Que juzga mal de la culpa
Quien en ella tiene parte.
Admírome de Belisa,
Que con tantos ademanes
Y melindres, en su casa
Tenga hombres á horas tales
Escondidos en canceles:
Y así, para no empeñarme
En mas de lo que es razon
(Porque no es justo que os mate
Por delito de marido),
Guardáos ya de que os halle
Por casar; que ¡vive Dios,
Que todo el mundo no baste
A defenderos la vida!

DON JUAN.

Pues, Señor, ¡sin escucharme!...

CONDE.

Es presto para paciencias,
Y para disculpas tarde.
(*Vase, y Celia despues.*)

ESCENA XI.

BELISA, DON JUAN, TELLO, FINEA.

DON JUAN.

¿Es esta, ingrata Belisa,
La causa para matarme?
Justamente enmudecias,
Cuando yo llegaba á hablarte;
Justamente me cerrabas
Las puertas; pero sin llaves
Supo entrar amor á ver
Los agravios que me haces.
Paredes abren los celos,
Cuando ven que no les abren;
Que, como los llaman linces,
No hay cosa que no traspasen.
Jurisdicion son de amor
Todos los verdes lugares;
Al jardin debo el que tuve:
Tanto un desengaño vale.
A las cuatro de la noche,
Si es bien que noche se llame
Cuando ya llama el aurora
A las puertas orientales,
¡Un señor, en quien concurren
Tan notables calidades,
En tu aposento! ¡A estas horas
De tu casa el Conde sale!
Si en tu calle no hay vecino
Que ahora esté por levantarse,
Y echas en la calle un hombre,
¿Cómo quieres tú que calle?
En la calle no hay secreto;
Que en llegando á despejarse
Tanto el honor, no presumas
Que guarden secreto á nadie.
Si amabas al conde Enrique,
Di, ¿para qué me engañaste?
Que nunca fué valentía
Ser las mujeres mudables.
Dejárasme con Lucinda:
Mal por mal, nunca tan tarde
Hombres en su casa hallé,
De quien pudiese quejarme.
Desde tu casa me voy
A Aragon, para olvidarte.
Dios me libre de Castilla;
Para conocerla, baste
Que el ejemplo de tu amor
Me castigue y desengañe.
Si volviere á verla, cielos,
Traidora espada me mate,
O el mas amigo me venda,
Y el mas obligado pague
Con malas mis buenas obras,
Y á mi enemigo se pase.
Perdone el hábito el Rey;
Que ya con tantos pesares
Me ha dado Santiago miedo,
Y es mejor morir en Flándes.

BELISA.

¿Acaba vuesamerced
Su plática lamentable?
¿Tiene esa larga oracion
Epílogo que la ensarte?
¿Ha de haber *¿no has visto?...* y eso
Con que acaban los romances
Para la vulgar chacota,
Que llaman versos finales,
Cuanto apacible severo,
Cuanto tierno inexorable,
Cuanto rendido tirano,
Y cuanto humilde arrogante?
Prosiga vuesamerced.

DON JUAN.

¿Burlas en veras tan grandes?
¡Cuando agravios, niñerías,
Y cuando rabias, donaires!

BELISA.

Gentilhombre aragonés,
El de la ley del encaje,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante:
Si habemos de hablar de veras,
Si se han de tratar verdades,
Si descubrirse los pechos,
Si las almas declararse,
Diga, rey: si vino aquí
Su ninfa, que Dios le guarde,
Aquella á quien solo faltan
Las alas para ser ángel;
Aquella, que escribe en culto
Por aquel griego lenguaje,
Que no le supo Castilla
Ni se le enseñó su madre;
Aquella en fin, cuyos ojos
Llaman á tantos galanes,
Que es el buho de la corte
(¡Quiera Dios que se los saquen!),
Y me dijo que le rompe
Las puertas con ansias tales
Y con ruegos tan humildes,
Que de lástima le abre;
Que se desmaya en su estrado
(No es mucho que se desmaye,
Pues llora con bigotera
Y hace pucheros infantes);
¿Cómo quiere el buen Cardona
(Y con la boda que añade
En este papel su ninfa)
Que sufra yo que se case,
Porque mañana ha de ser,
Y me pide la ignorante
Vestidos para la boda,
Mientras los suyos se acaben?
Váyase vuesamerced,
Que ya es de dia, á acostarse,
Porque para desposado
Sin ojeras se levante,
Y para hacerse la barba,
Que es capítulo inviolable
Para ser mas mozo el novio,
Y la señora rizarse:
Y sepa que he sido ejemplo
Entre mujeres leales,
Porque la que sale firme,
Es roca al mar, palma al aire.
No truje al Conde á mi casa;
Que, ausente yo, pudo entrarse
En ella: si culpa tuvo
Celia, entre los dos lo saben.
La prueba de estar ausente
Es haber ido á buscarle,
Y deberme ya dos vidas;
Que porque no le matasen,
La mia puse á peligro,
Con cuatro espadas delante.
Con las armas que temieron

Los que quisieron matarle.
¿Es esto, como presume,
Echar en la calle amantes?
Es esto mudar de fe?
Es esto ser inconstante?
Es esto tener yo culpa
De ausentarse ú de casarse?
¡Por mí se vuelve á Aragon,
Y desde Aragon á Flándes!
La joya le dí á Lucinda
De aquel fénix de diamantes;
Que para mí muere el fénix,
Y para Lucinda nace.
¿No responde?

DON JUAN.

¡Apenas puedo!

(*Hablan bajo don Juan y Belisa.*)

TELLO. (*Ap. á Finea.*)

Y tú, ¿no tienes que darme
Alguna disculpa?

FINEA.

Tello,
Pellejo de zorra traes.
Con la barbada mesura,
Con el cansado desaire,
Y habiendo sido de Fabia
Pretensor fregonizante,
¡Me pides que dé disculpa!

TELLO.

¡De Fabia yo!

FINEA.

Pues ¿negarme
Quieres la verdad?

TELLO.

¿Yo?

FINEA.

Sí.

TELLO.

¡Plega á Dios que me desgarre
Un oso las pantorrillas,
O que mi dinero en parte
Le ponga que esté dudoso,
Pues hay cofres que le guarden,
O que sacando un vestido,
Me pida despues el sastre
Mas seda y mas guarnicion,
O que por diciembre pase
En un rocin sin espuelas
Por la calle de Jetafe,
Y que de lerdo y mohino
En cada meson me pare,
O que tenga un pleito, en quien
Paciencia y dineros gaste;
Que es maldicion en que todas
Cuantas tiene el mundo caben!

DON JUAN.

¡Oh Belisa! ¿qué habrá que no se intente
Con celos? Yo estoy ya desengañado;
Si tú lo estás, su necia envidia aumente
Amor, que tantas penas te ha costado.
La vida, que te debo, justamente
Mientras viviere me tendrá obligado;
Tú mira cómo quieres y en qué parte
Pueda, satisfaciéndote, vengarte;
Que, como agora sale el claro dia
Por la boca del sol, y va rompiendo
La escura sombra de la noche fria,
Abriendo flores, y cristal luciendo,
A tus ojos saldrá la verdad mia,
La noche de Lucinda descubriendo;
Y entonces los regalos, los amores,
Unos serán cristales y otros flores.
¿Puedo hacer mas que pueda tu deseo
Hacer de mí?

BELISA.

Yo quedo satisfecha,
Y que es enredo de Lucinda creo;
Mas todo, sin vengarme, ¿qué aprove-
[cha?
Que en el estado en que mis cosas veo,
Y para deshacer toda sospecha,
Tú has de ser dueño, en fe de mi espe-
De la satisfacion y la venganza. [ranza,
Yo te diré el engaño que he pensado
Para salir de todo con vitoria.

DON JUAN.

A obedecerte estoy determinado,
En celos, en amor, en pena, en gloria.

BELISA.

Pues véte y vuelve, y ten de mí cuida-

DON JUAN. [do.

¿Cómo podrá faltar de mi memoria?

BELISA.

Adios, don Juan.

DON JUAN.

Muriendo me desvio.

TELLO. (*A Finea.*)

Adios, zampoña.

FINEA.

Adios, tabaco mio.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Lucinda.

ESCENA XII.

EL CONDE, LUCINDA, FABIA.

LUCINDA.

¡Notable resolucion!

CONDE.

Si me sucediera bien.
Mas fué mayor su desden
Que su atrevida aficion.

LUCINDA.

El oro en toda ocasion
Es el primer movimiento.

CONDE.

Celia en su mismo aposento
Me dió bastante lugar;
Pero no supe igualar
Mi dicha á mi atrevimiento.
Pero ¿quién pudo creer
Que fuera de casa estaba
Belisa, cuando llegaba
La noche á dejar de ser?
No tuvo que defender
De mis locos desatinos;
Que nací, cuando mis sinos
Fueron encontrados bandos,
Donde enloquecen Orlandos,
Donde no fuerzan Tarquinos.
Cual suele un desafiado
Que á su contrario esperó,
Y hasta que venir le vió
Blasonaba confiado,
En viéndole, de turbado,
Mudarse descolorido;
Así pues mi amor ha sido,
Hasta que á Belisa vi;
Que en viéndola, me rendí,
Antes de haberme rendido.
Salí muy necio en efeto,
Y es porque entré confiado;
Aunque un hombre despreciado,
¿Cómo puede ser discreto?
Hallé escuchando en secreto,
Al salir, vuestro don Juan;
Disculpa los dos me dan,
Si deste nombre se llama,
Tener en casa la dama
A media noche el galan.
Enojéme con razon;
Mas llegando á conocer
Que se pudiera ofender
Su crédito y opinion,
No puse en ejecucion
Con entrambos mi pesar;
Que ni á él le dejé hablar
Ni á ella despues mentir,
Porque no queda que oir
En no habiendo que esperar.

LUCINDA.

Yo me canso injustamente.
Él la adora. ¿Qué porfío?

CONDE.

¡Ay del pensamiento mio,
Que mayor agravio siente!

FABIA. (*A Lucinda.*)

Si no parece que miente
Sombra de imágen incierta,
Tu don Juan está á la puerta.

LUCINDA.

¿Qué don Juan?

FABIA.

El de Cardona.

LUCINDA.

¿Él mismo?

FABIA.

Él mismo en persona.

LUCINDA.

Esté mil veces abierta.

ESCENA XIII.

DON JUAN, TELLO. — DICHOS.

DON JUAN.

Huélgome de hallar aquí,
Señor, á vueseñoría,
No para disculpa mia,
Si es que anoche le ofendí,
Sino porque de Belisa
Traigo á los dos un recado.

LUCINDA.

Buen mensajero ha buscado.

CONDE.

¿Qué me manda?

LUCINDA.

¿Qué me avisa?

DON JUAN.

Díjome que en un papel
Que Lucinda le escribió
(Que por eso me llamó
Para darme parte dél),
La escribe que hoy se desposa;
Que tanta ventura tengo,
Que yo proprio á daros vengo
Las gracias, Lucinda hermosa.
Y que, en razon del vestido,
Que le honreis tiene á favor
Sus galas con el mejor,
Y que nunca le ha servido;
Y os envia á suplicar
Que, de su mano tocada,
Salgais á ser envidiada
Y á no tener que envidiar.
Y que, si tambien quereis
(Tanto desea obligaros)
En su casa desposaros,
De ser madrina la honreis.

LUCINDA.

Para deciros verdad,
Picarla fué mi deseo;
Pero ya, despues que veo
La vuestra y su voluntad,
Hallo que lo que ha de ser,
Por de burlas que se intente,
Viene á ser por accidente.

CONDE.

Y yo acabo de entender
Que Belisa no tenia
A don Juan amor perfecto,
Porque todo ha sido efecto
De su misma bizarría;

Que su extraña condicion
La obligaba á darle celos
A Lucinda.

DON JUAN.

De los cielos
Era justa obligacion
Favorecer mi verdad.

LUCINDA.

Por obligaros, ha sido
Fingir mi amor tanto olvido,
Y desden tanta lealtad.
¡Oh cuánto en amor alcanza
La porfía y la razon,
Pues convierte en posesion
La mas perdida esperanza!
Iré en casa de Belisa,
Pues de hacerme tal favor
Con tan buen embajador
Por mas crédito me avisa;
Y suplico al señor Conde
Que se halle á honrarme tambien.

CONDE.

Con daros el parabien
Mi obligacion corresponde.
Juntos nos podemos ir.

LUCINDA.

Dadme la mano, don Juan.

TELLO. (*A Fabia.*)

Novio y padrino se van.
¿Tienes algo que decir?

FABIA.

Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.

TELLO.

Dame la mano tambien.
Dios nos haga bien casados.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Belisa.

ESCENA XIV

BELISA, *muy bizarra;* CELIA.

CELIA.

No te espante que pregunte
Para qué es tan nueva gala
Y vestirse á tales horas.

BELISA.

Celia, mis locuras andan
Por acabar de una vez
Con esta necia esperanza.
Nací con inclinacion
A todo amor tan contraria,
Que no pensé que en mi vida
A querer la sujetaran
Discrecion y gentileza;
Pero no hay soberbia humana
Sin contradicion divina.
Fundé mi loca arrogancia
En que no hubiese mujer
Que no rindiese las armas
A mi libre entendimiento;
Y estoy tan desengañada,
Que no solo amor castiga
Con tantas celosas ansias
Mi libertad, pero ha hecho
Que se burle la ignorancia
De mi altiva presuncion
De suerte, que no me agravia
Tanto el quitarme á don Juan,
Como en que piense muy vana
Que rinde mi entendimiento.
Y si agora no me falta,
De los dos agravios pienso
Hacer á un tiempo venganza.

CELIA.

No sé si aciertas.

BELISA.

Yo sí.

CELIA.

Ya te dije la mañana
Que fuimos las dos al Soto,
Que el amor te castigaba
Tanto desden y desprecio.

BELISA.

Coche á nuestra puerta para.
Si la desposada viene,
Ninguna ventura iguala
A sacar burla de burla
Y venganza de venganza.

ESCENA XV.

FINEA.—DICHAS.

FINEA.

Una galera de tierra,
Con clavos de oro por jarcias,
Cortinas por altas velas
De tela riza de nácar,
Y por remos que le mueven,
Cuatro cisnes de Alemania,
Con la señora Lucinda
En tu portal desembarca.

BELISA.

¿Viene muy hermosa?

FINEA.

Viene
Contenta.

BELISA.

Bien dices: basta.
No hay mujer alegre fea,
Ni triste hermosa.

FINEA.

Ya amainan.

ESCENA XVI.

LUCINDA, FABIA, EL CONDE, DON JUAN, TELLO *y* CRIADOS, *acompañando.* — DICHAS.

BELISA.

Vuesamerced, mi señora,
Honre aquesta humilde casa
Mil veces en hora buena.

LUCINDA.

Vuesamerced otras tantas
Favorezca mi humildad.

BELISA.

¡Tan bien vestida y tocada!
Ya no querrá que la sirva
Con cuidado ni con galas.

LUCINDA.

No ha sido por no tener
Del favor desconfianza,
Mas por excusaros pena.

CONDE.

Todo cumplimiento cansa.
Resta, señora Belisa,
Pues aquí nos acompañan
Tantos criados, que sean
Testigos de que se casan
Lucinda y don Juan.

BELISA.

¿Quién? ¡Cómo!

CONDE.

Lucinda y don Juan.

BELISA.

¡Extraña
Novedad! ¡Quién os lo dijo?

LUCINDA.

¿Cómo quién? Agora acaba
De decírnoslo don Juan.

BELISA.

Don Juan, ó el sentido os falta,
O no me entendistes bien;
Que yo á decir enviaba
Que viniese á ser madrina
Quien viene á ser desposada.

LUCINDA.

¡Madrina! ¿De quién?

BELISA.

De mí;
Y que al Conde suplicaba
Me honrase y favoreciese,
Como me dió la palabra.
¿Díjeos esto?

DON JUAN.

Así es verdad;
Mas mi turbacion fué tanta,
Que erré el recado; mas tengo
Disculpa, si me la pasan,
Por la necedad primera.

LUCINDA.

Ha sido necia venganza;
Pero yo la tomaré
De los dos. Solo me espanta
Que esto sufra el Conde.

CONDE.

Yo
Tengo, Lucinda, empeñada
La palabra. Detenéos;
Y pues que tambien me agravian,
Consoláos conmigo, y dadle
Por mí, pues ya los aguarda,
El parabien con los brazos.

LUCINDA.

Mas vale volver burlada
Que corrida: yo los doy.

BELISA.

Yo á vos tambien con el alma.
Quedemos las dos amigas;
Y el señor don Juan, que calla,
Me dará la mano á mí,
Pues que con tan buena gracia
Erró el recado.

DON JUAN.

Yo hice
Lo que mi dueño me manda.

TELLO.

Y yo me agarro á Finea.
Perdone, señora Fabia;
Que he menester esta alcorza.
(*A Finea.* Con esta mano te llama
Mi amor. ¿Qué aguardas?)

FINEA.

¡Ay, Tello!
Esa ¿es mano, ó es patata?

BELISA.

Senado ilustre, el poeta,
Que ya las musas dejaba,
Con deseo de serviros,
Volvió esta vez á llamarlas
Para que no le olvideis:
Y aquí la comedia acaba.

—

¡SI NO VIERAN LAS MUJERES!...

PERSONAS.

ISABELA, *dama*.
FLORA, *criada*.
FEDERICO, *caballero*.
TRISTAN, *criado*.
EL DUQUE OTAVIO.
EL EMPERADOR OTON.
FABIO, *caballero*.
ALEJANDRO, *caballero*.
RODULFO, *caballero*.
BELARDO, *villano*.
GENTE.
CRIADAS.

La escena es en la corte del Emperador y en el campo.

ACTO PRIMERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

ISABELA, *con sombrero de plumas y un arcabuz;* FLORA.

FLORA.

No te alejes de la quinta,
De su plomo en confianza.

ISABELA.

Mejor que de espada y lanza,
Así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido:
Ya no hallo á qué tirar.

FLORA.

Ociosas para matar
Son las armas que has traido.

ISABELA.

¡Requiebros, Flora!

FLORA.

No creo
ue, fundados en razon,
on requiebros.

ISABELA.

Pues ¿qué son?

FLORA.

ilagros de mi deseo,
on que ya no soy mujer,
udando en hombre mi nombre.

ISABELA.

En hombre, Flora?

FLORA.

Y muy hombre;
ue el alma lo puede ser.

ISABELA.

omo me ves tan valiente,
ienso que hablas de temor.

FLORA.

unca le tuvo el amor
ara ningun accidente,
holgárame que te viera
ederico en este traje.

ISABELA.

aviale, Flora, un paje.

FLORA.

uena diligencia fuera;
ero si no es que me engaña
o airoso y galan del talle,
l baja del monte al valle,
mi Tristan le acompaña.

ISABELA.

o te engaña el pensamiento;
ue hay hombres de tal donaire,
Que tienen alma en el aire
De cualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder;
Que le quiero saltear.

FLORA.

Invenciones de matar,
Solo amor las sabe hacer.
(*Escóndense.*)

ESCENA II.

FEDERICO y TRISTAN, *en cuerpo*.

FEDERICO.

O el pensamiento adivina,
O me dió su resplandor.

TRISTAN.

Muchas veces piensa amor
Que mira lo que imagina.

FEDERICO.

De dar en el agua el sol
Se forma el arco del cielo,
Y así en mis ojos recelo
Que dió su claro arrebol.
Fundados en agua están
Para poderse mover:
Con que la pudieron ver,
Y ella formarse, Tristan.

TRISTAN.

Yo pienso que fué en el mundo
Primer filósofo Amor.

FEDERICO.

De darme su resplandor
Este pensamiento fundo.
No léjos de aquesta encina
La vi, y á Flora tambien.

ESCENA III.

ISABELA, FLORA. — DICHOS.

ISABELA.

Téngase todo hombre.

FEDERICO.

¿A quién?

ISABELA.

A Amor.

FEDERICO.

¡Oh Vénus divina!
Si quereis al que camina
Robar y quitar despojos,
¿Para qué tantos enojos?
Dejad ese fuego, os ruego:
No se corra el dulce fuego
De vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas; que ya
Para mi no harán efeto;
Cese tan cruel decreto;
No mateis quien muerto está.
Al Amor por armas da
La antigüedad arco y flechas,
Porque para errar sospechas
Y para acertar desdichas,
Son sus flechas y sus dichas
De hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
El fuego, que en otra esfera
Mas alta vive, siquiera
Por honra de mi verdad;
No muera mi voluntad
De otro fuego que el que vive
En vuestros ojos, ni prive
Al sol en ese arcabuz
De un relámpago de luz
Que el aire de sombra escribe.
Cuando sale el bandolero,
Y se le pone delante,
Pide humilde el caminante
La vida, y deja el dinero:
Lo mismo pediros quiero,
Y el alma y potencias daros,
Y que dejeis, suplicaros,
La vida para serviros,
Un sentido para oiros,
Y el otro para miraros.
Dicen que Pálas dormia
En una selva, quitada
La guarnecida celada
De plumas y argentería;
Y Vénus por bizarría
Se la puso; á quien, severo,
Dijo Amor: «Madre, no quiero
Esos laureles y palmas.
Con almas se matan almas,
Que no con armas de acero.»

ISABELA.

¿Cuándo, Federico mio,
Isabela os ha negado
El alma?

FEDERICO.

Doy por robado
Todo mi libre albedrío.
Ya de la accion me desvio
Que tuve, dándoos la mia,
Si vida y piedad pedia,
Ya no lo quiero, pues ya
Vida por vida me da
Quien á matarme venia.
Mas dejando, agradecido,
Esta plática, Señora,
No lo estéis de verme agora
Donde por fuerza he venido.
El Emperador ha sido
La causa, que á caza viene
Por este monte, y me tiene
Sospechoso de que os vea;
Que en esta vecina aldea
Pasar la noche previene.
Ya sabeis que son los celos
Sombra de amor; que no hubiera
Cosa que mas dulce fuera,

Si le dejaran desvelos;
Mas no quisieron los cielos
Dar á los hombres un bien
Tan alto, sin que tambien
Pagase amor tal pension;
Que, con celos, burlas son
Olvido, ausencia y desden.
Vos os habeis de esconder
De suerte que nadie os vea;
Que teme amor que no sea
Mi muerte, si os viene á ver.
Tiene supremo poder,
Y á damas tan inclinado,
Que ya piensa mi cuidado
Que él es Páris, vos Elena,
Y yo del mar en la arena
El griego en llanto bañado.
Esto á los celos les debe,
Dulce Isabela, el amor;
Que es dar aviso al honor
Con las sospechas que mueve.
Suenan truenos cuando llueve,
Y de las nubes los senos
Se rompen, de piedra llenos,
Dando al labrador desmayos,
Pues jamás cayeron rayos
Sin que lo dijesen truenos.
Son los agravios, Señora,
Reloj de campana, dando
Con públicos golpes, cuando
Está pasada la hora;
Los celos, al que lo ignora,
Son la saeta que va
Adonde la letra está,
Tan quedo, que no se ve,
Porque sepa antes que dé
El número adonde da.
Mirad si temer es justo,
Viéndoos á vos tan perfeta,
Que señale la saeta
La letra de mi disgusto.
Que os escondais es mi gusto:
No os vea el Emperador,
Porque la señal mayor
De amor, que á todas excede,
Es no dar celos, si puede,
La mujer que tiene amor.

ISABELA.

Cuando por mí sola fuera,
Os quiero yo obedecer.

FEDERICO.

Y yo, Señora, volver
Donde ya el César me espera.
No te entristezcas, ribera,
De que el sol te falte agora,
Que tus campos y aguas dora:
Cristal y flores, paciencia;
Que breve será la ausencia
De mi luz y vuestra aurora. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ISABELA, TRISTAN, FLORA.

TRISTAN.

Y tú, Flora, ¿no te escondes?

FLORA.

¡Y yo! ¿Para qué, Tristan?
¡Tú, celos! ¿De qué galan?

TRISTAN.

¿Con letrilla me respondes?
¿No te puede ver alguno
Mas galan y mas señor?
De celos, teniendo amor,
¿Hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
Ejemplo, ni digo mas
De que mejor estarás,
Flora, donde no te vean.
Caen rayos, suenan truenos,
Avisan celos de agravios;
Guárdanse los que son sabios,
Dan en los que saben menos.
Campos, perdonad; que Flora
Se va á esconder: no es exceso;
Que no dejaréis por eso
De ver el sol y la aurora. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISABELA, FLORA.

FLORA.

Suspensa estás.

ISABELA.

Hame dado
Lo que nunca imaginé.

FLORA.

¿Es deseo?

ISABELA.

Sí.

FLORA.

¿De qué?

ISABELA.

De lo que has imaginado.

FLORA.

De ver al Emperador
Me parece que será.

ISABELA.

¿Quién, Flora, no le tendrá
De ver al mayor señor
Del mundo, que alaban tanto?

FLORA.

Necio en avisarte anduvo
Federico.

ISABELA.

Culpa tuvo;
Pero de pensar me espanto
Que hiciese mi gusto empleo
Contra su gusto.

FLORA.

No es justo,
Cuando es tan honesto el gusto,
Recatar tanto el deseo.
No es nueva la condicion
Que nos viene por herencia:
La primer desobediencia
Nació de la privacion.
Malparió cierta romana
Con el deseo de ver
Un monstro, y de se atrever
A llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
De galan, y no marido,
Por ver al esclarecido
César, del mundo señor?
Que decir: «Porque es mancebo,
Que te puede codiciar,»
Es achaque de no dar
Gusto.

ISABELA.

La razon apruebo;
Que Federico, no es justo
Que quiera quitarme el ver,
Si en baja ó noble mujer
Es naturaleza y gusto.
El ver ¿á quién causa enojos?
Todo al hombre se rindió,
Sino es los ojos, y yo
No tengo esclavos los ojos.
¿Cuál mujer, aunque casada,
De no mirar se obligó?
Que aun ciega hácia dentro vió
Con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
Al César, si bien será
Disfrazada.

FLORA.

Cerca está.

ISABELA.

O ver, ó no ser mujer.
Tiéneme aquí el padre mio,
Porque él está desterrado,
Mirando un monte y un prado,
Y entrando en la mar un rio;
Y un dia que viene aquí
El águila con el pico
De oro y perlas, ¡Federico
Me manda esconder á mí!
Mas quiere una mujer ver,
Que del mundo los depojos;
Que es tapar al sol los ojos
Cerrar los de una mujer;
Que como pasa y traspasa
Su luz por cualquier resquicio,
O ha de perder el jüicio,
O ha de mirar lo que pasa.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

EL EMPERADOR, FABIO, RODULFO Y ALEJANDRO, *de caza.*

EMPERADOR.

Cansado estoy.

FABIO.

Es el dia
Caloroso por extremo.

ALEJANDRO.

Cuando es con exceso tanto,
No sin donaire dijeron
Los antiguos que ladraban
Aquellos celestes perros.

RODULFO.

¿Qué mucho, si les da el sol,
Gran Señor, de medio á medio,
Y está para darles agua
Hoy el Acuario tan léjos?

EMPERADOR.

Señoras yerbas, haced
Silla al que tiene el imperio
De Alemania, y en Italia
Y Roma el sagrado reino.
¿Qué dosel como estos olmos,
Que con natural ingenio
Visten hiedras, que coronan
De racimos sin cabellos?
Qué telas como estos lauros,
Donde parece que huyendo
Dafne, mas agua que sol,
La viene siguiendo Febo?
¡Con qué gracia se despeña
Ese músico arroyuelo
De esas pizarras al prado,
Que en verdes juncos y helechos
Le da cama en que se duerma,
Echando su ruido menos
Las aves, á cuyos tiples
Era templado instrumento!
¿Dónde quedó Federico?

ALEJANDRO.

Luego que fuiste siguiendo
Aquel Acteon sin alma,
Que de las ramas de un fresno
Cuelga por los piés atado,
Bañando de sangre el suelo,
Se fué entrando por el monte
Con Tristan, el escudero
De quien celebras donaires,
De quien repites despejos.
Pero ya vienen los dos.

ESCENA VII.

FEDERICO, TRISTAN.—Dichos.

FEDERICO. (*Ap. á Tristan.*)

¿Si me habrán echado menos?

TRISTAN.

¿Eso dudas?

EMPERADOR.

Federico,
¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

FEDERICO.

Codicioso de seguir
Un jabalí, mas soberbio
Que aquel feroz que en Arcadia
Abrió de Adónis el pecho
Con dos dagas de marfil,
Eterno llanto de Vénus,
Perdí las señas del monte,
Y por laberintos hechos
De pinos, que, de las nubes
Verdes obeliscos, dieron
Temor al sol con la historia
De los gigantes soberbios,
Anduve, Señor, buscando
Algun labrador Teseo
Que me sacase al camino,
Hasta que de tus monteros,
De una peña repetidos,
Me trujo el aire los ecos.

EMPERADOR.

No se le puede negar
A la caza, caballeros,
Ser el mas noble ejercicio,
Y de mas ilustre aliento
Para empresas militares,
Y de antiguos y modernos
Mas celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
Del africano que mata
De Libia en los campos secos
Con solo el desnudo brazo
Y las dos puntas de acero
Al rey de los animales;
Pero cuando yo contemplo
Que es todo trabajo inútil,
Parece que me arrepiento
De la fatiga que traigo
Y el cansancio con que vuelvo.

FEDERICO.

En las acciones humanas,
A la inclinacion debemos
Hacer fáciles las penas:
Así hallaron los secretos
De la gran naturaleza
Los filósofos, y dieron
Fin á tan altas empresas
Los romanos y los griegos.
La inclinacion hizo sabios,
Oradores y maestros
De las leyes, y el laurel
Poetas de ilustres versos.
Corresponden las costumbres
A la inclinacion.

EMPERADOR.

Ya veo
Que fué de nuestras pasiones
El primero fundamento;
Pero ¿cuál es la mayor
Pasion de las que tenemos
Los hombres naturalmente?

FEDERICO.

Dejando afectos diversos,
Son la ira y el amor.

EMPERADOR.

Y ¿cuál es el mayor?

FEDERICO.

Tengo
La ira por mas pasion,
De quien los sabios dijeron
Que era una breve locura,
Que ciega el entendimiento.

EMPERADOR.

Engáñaste, porque amor
Aspira en el alma á eterno;
Que, como ella es inmortal,
Tambien amor puede serlo;
Y la ira, y tú lo dices,
Ser breve, pues dura el tiempo
Que dilata la venganza;
Pero del amor sabemos
Que puede durar, despues
De ejecutado el deseo,
Toda la vida de un hombre.
Y es fácil aquí el ejemplo;
Que podeis todos vosotros
Tener encendido el pecho
De amor agora, y ninguno
Tener ira: luego es cierto
Que es mayor pasion amor.

FEDERICO.

Que es la mas noble confieso,
Pero no que la mas fuerte.

EMPERADOR.

Vosotros, que estáis oyendo
Al discreto Federico
Un pensamiento tan necio,
¿Qué decis de su opinion,
Confesándome primero
Si amais? Porque no es posible
Que donde hay tantos sugetos
De hermosura y discrecion,
Estéis libres de este afecto. —
Di tú, Fabio, por mi vida.

FABIO.

Yo, Señor, con nadie tengo
Ira, amor sí.

EMPERADOR.

¿Quieres bien?

FABIO.

Cierta señora requiebro
Con mas amor que esperanza.
Aro el agua, siembro el viento.

EMPERADOR.

¿Tú, Rodulfo?

RODULFO.

Por tu vida,
Diré verdad. Yo no acierto
A conquistar voluntades;
Tengo mi dama de asiento,
Aseguro mi salud,
Quiero mas y gasto menos.

EMPERADOR.

¿Tú, Alejandro?

ALEJANDRO.

Gran Señor,
Un imposible pretendo.

EMPERADOR.

No hay imposible, Alejandro,
Rogando, amando y sirviendo.—
Tristan, ya que estás aquí,
Di tu razon, porque entiendo
Vencer con todos los votos.

TRISTAN.

Indigno, César excelso,
Me siento en tanta grandeza;
Mas, como siempre te veo
Inclinado á mi favor,
Tendré á tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,
De cuyos ojuelos negros
Saliera el sol mas hermoso,
Si se acostara con ellos.
De las rosas de su cara
Parece que amor ha hecho
Azúcar rosado al alma
De mis enfermos deseos.
Breve boca y dientes blancos,
Tales, que un mico ligero,
Pensando que eran piñones,
Saltó una vez á comerlos.
Las manos eran, por Dios,
Lindas, si pidieran menos;
Lo que es el brio, pudiera
Ser el alma de otro cuerpo.
Fuése el marido á una aldea;
Substituir quise el lienzo
De sus sábanas; volvió:
Era riguroso invierno;
Escondióme en un tejado,
Del marido, y no del cierzo,
Donde estuve sin júicio,
Hasta que el alba riyendo
Me tuvo por chimenea;
Y con ser tan grande el hielo,
Confieso que no ha podido
Vencer de mi amor el fuego.

EMPERADOR.

¿Por qué callas, Federico?

FEDERICO.

Yo, Señor, porque no puedo,
Siendo ignorante de amor,
Ayudar á tu argumento.
En toda mi vida quise,
Ni dije á mujer requiebro,
Ni sujeté el albedrío,
Ni rendí el entendimiento,
Ni escribí papel de amores,
Ni tuve de nadie celos,
Ni me vió rondar de noche,
Ni oyó mis quejas el viento,
Ni supe qué eran desdenes
Ni favores, porque tengo
De las tragedias de amor
Inumerables ejemplos.

EMPERADOR.

Pues ¿qué has hecho, Federico,
De toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? tú eres noble?
Tú valiente? tú discreto?
¿En qué Scitia, en qué Etiopia
Naciste? ¿Qué monte fiero
De Tesalia fué tu padre?
Qué tigre te dió su pecho?
¡Hombre vivió sin amor
En el mundo, donde vemos
Llorar un ave de ausencia,
Morirse un cisne de celos,
Bramar en el bosque un toro,
Gemir en el monte un ciervo,
Y un delfin entre las ondas
Del mar festejar paseos
Al sugeto que le dió
Naturaleza por dueño?
¿Tú no sabes, Federico,
Que desde el hombre primero
Es amor rey de los hombres?

FEDERICO.

Señor, en amor me empleo
De la virtud y los libros.

EMPERADOR.

Es justo amor, no lo niego;
Pero ¿hay cosa mas amable,
Ni de excelente sugeto,
Como una hermosa mujer,
Al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?
Qué es la caza, qué es el juego,
Para igualar á sus brazos?
O ¿para quién, dime, ha hecho
La plata la luna, el sol
El oro, el mar en su centro
Las perlas, las piedras ricas
Los planetas, influyendo
Para diversas colores
Sus calidades y efetos?
¿Para quién tanto artificio,
Desde el gusano pequeño
Que labra en capullos blancos
El túmulo de su entierro,
De donde la seda sale,
Con que vestimos los cuerpos,
Que nos dieron aquel ser

Que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
Que desde hoy (estáme atento)
Has de buscar á quien ames,
Humilde ó alto sugeto;
Porque en mi cámara, juro
Por Dios, y esto será cierto,
Que no ha de entrar sin amor
Hombre ninguno; que creo
Que hombre que no sabe amar
No sabrá servir, y aun pienso
Que no puede ser leal
Ni valiente ni discreto.
No digo que amor vicioso
Ocupe tus pensamientos,
Sino amor casto, que obligue
Virtuoso á un fin honesto.
¿Qué piensas tú que es el solo?
Pues profesas libros, pienso
Que. si á Aristóteles viste,
Sabrás que dijo por ellos
Que el solo era dios ó bestia:
De cuya máxima entiendo
Que si acompañan amigos
El humano entendimiento,
No la voluntad, que aspira
A mas estrechos deseos;
Y al mismo sabio tambien
Le desterraron los griegos
Porque adoraba á su dama
Y la hizo altar ó templo.
¿Hasme entendido?

FEDERICO.

Muy bien,
Y que buscaré sugeto
A quien amar desde hoy.
(*Ap.* Y ¡cómo, si ya le tengo
Mas alto que el mismo sol!)
(*Dentro ruido.*)

ESCENA VIII.

GENTE, *dentro.* — DICHOS.

UNA VOZ. (*Dentro.*)

Ataja, ataja; del cerro
Pelado desciende al verde
Valle.

OTRA VOZ. (*Dentro.*)

Si á Melampo suelto,
No se le irá por los piés,
Aunque le igualen al viento.

EMPERADOR.

Corred, caballeros, todos;
Que en esta fuente os espero.

FEDERICO.

Y ¿yo tambien?

EMPERADOR.

Federico,
Tú el primero.

FEDERICO.

Ya obedezco
Tu gusto. — Vamos, Tristan.

TRISTAN. (*Ap. á su amo.*)

Un grande preñado llevo
De cosas que te decir.

FEDERICO.

Hablarémos en secreto.
(*Vanse todos, menos el Emperador.*)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR.

Quien no sabe de amor, vive entre fieras;
Quien no ha querido bien, fieras espante,
O si es Narciso, de sí mismo amante,
Retrátese en las aguas lisonjeras.
Quien en las flores de su edad primeras
Se niega á amor, no es hombre, que es diamante;
Que no lo puede ser el que, ignorante,
Ni vió sus burlas ni temió sus veras.
¡Oh natural amor! que bueno y malo
En bien y en mal te alabo y te condeno,
Y con la vida y con la muerte igualo:
Eres en un sugeto malo y bueno,
O bueno al que te quiere por regalo,
Y malo al que te quiere por veneno.

ESCENA X.

ISABELA Y FLORA, *vestidas de labradoras;* BELARDO. — EL EMPERADOR.

ISABELA. (*A Belardo, sin haber visto al Emperador.*)

Muy mal nos habeis guiado.

BELARDO.

No ha sido la culpa mia;
Que esta gente no venia
A merendar en el prado,
Para sentarse despacio;
Ni estamos para mirar
Al César salir ó entrar
En las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
Por el monte discurriendo.

ISABELA.

Léjos se escucha el estruendo.

FLORA.

De aqueste valle en los fines
Repite el eco las voces.

EMPERADOR. (*Ap.*)

¡Qué graciosa labradora!
¿Sale mas fresca la aurora?

ISABELA.

Tú, pienso que no conoces
Al Emperador.

BELARDO.

Yo no.

ISABELA.

Mas no será menester;
Que bien se echará de ver.

BELARDO.

Pintado le he visto yo,
Y así vendrá por acá.

ISABELA.

¿Cómo?

BELARDO.

Con un gran ropon
De armiños blancos, tuson
De oro, en que el cordero está
Entre piedras y eslabones,
Corona de tres, el mundo
En la mano, el sin segundo
Cetro de tantas naciones,
Y la valerosa espada.

ISABELA.

Y ¿ha de venir á cazar
De esa suerte?

FLORA.

Y ¿aquí andar
Con la púrpura sagrada?

BELARDO.

Andan tan graves y erguidos,
Que, por sus reales leyes,
He pensado que los reyes,
Flora, se acuestan vestidos.
Nosotros mudamos cara
Con buena ó mala fortuna;
Los reyes no, siempre es una.

EMPERADOR. (*Ap.*)

Mientras mas para y repara
Mi vista en esta mujer,
Mas hermosa me parece.

FLORA.

El César se desparece.
Bien nos podemos volver.

ISABELA.

¡Ay, Flora! ¡Qué gran desaire
Ser al aire mi venida!

EMPERADOR. (*Ap.*)

No he visto cosa en mi vida
De tanta gracia y donaire.

ISABELA.

Sin ver á los cortesanos
Siquiera, ¿me he de volver?

EMPERADOR. (*Ap.*)

Labradora puede ser
De corazones humanos.

ISABELA.

Allí he visto un caballero.
¡Hola! ¿qué digo? — Señor,
¿Dónde está el Emperador?

EMPERADOR.

Aquí, Señora, le espero.
Mas ¿qué es lo que le quereis?
Que yo soy su gran privado.
Mucho tendréis negociado
Con las gracias que teneis,
Porque siempre la hermosura
Lleva cartas de favor.

ISABELA.

Ya sé que el Emperador
La divina arquitectura
Humilla á cualquier mujer.

EMPERADOR.

No á cualquiera; que en efeto
Es quien es; mas yo os prometo
Que si os acertase á ver
Y á otros hablar así,
Que se perdiese por vos.

ISABELA.

¿Perderse? ¡Válgame Dios!
Pues ¿no tiene el mundo allí?
¿Hay mas que buscarse en él?

EMPERADOR.

Quien por un ángel se pierde,
Es justo que se os acuerde
Que es fuerza volar tras él.
Luego en buscarle en el suelo
Vuestro pensamiento yerra;
Que no se hallará en la tierra
Quien se ha perdido en el cielo.

ISABELA.

No entendemos por acá
Tan angélicos requiebros;
Que entre castaños y enebros
Humildemente se va.
Decidnos del talle y cara
Del señor Emperador.

EMPERADOR.

Miradle como á señor,
En que el respeto repara,
Y con eso le habréis visto.
Mas ¿dónde vivís?

ISABELA.

No sé.

EMPERADOR.

Sabrélo yo.

ISABELA.

¿Para qué?

EMPERADOR.

Porque soy el que conquisto
Para el César estas aves.

ISABELA.

¡Muy buen oficio teneis!
Medraréis y privaréis;
Que son bocados suaves.
Y así á vos os le haga Dios,
Pues junto al César estáis,

Que el bien que podáis le hagais;
No sea todo para vos,
No digais de nadie mal;
Que es bajeza, y no es razon,
Trocar con mala intencion
Un espíritu real;
Que si de aquel alto cielo
Alguna vez deslizais,
No dudeis, si bien hablais,
Que hallaréis mas blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo
A ver al César venia;
Mas, pues ya se acaba el dia,
Adios.

EMPERADOR.

Esperad.

ISABELA.

No puedo.

(*Vanse Isabela y Flora.*)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, BELARDO.

EMPERADOR.

¿Oyes, tú, buen labrador?

BELARDO.

¿Qué mandais?

EMPERADOR.

Saber deseo
Quién es esta labradora.

BELARDO.

No me pareceis discreto
Para cortesano.

EMPERADOR.

¿Cómo?

BELARDO.

Aunque es disfrazado cuerpo,
¿No veis que el alma es de dama,
Las galas y el limpio aseo?
¿Qué olor os dió de tomillo,
Pues, á los ámbares hecho,
No conocisteis el suyo?

EMPERADOR.

No os espanteis, soy un necio.
¿Cómo se llama?

BELARDO.

Isabela.

EMPERADOR.

¿Y vos?

BELARDO.

Al servicio vuestro,
Belardo.

EMPERADOR.

¿Aun viven Belardos?

BELARDO.

¿No habeis visto un árbol viejo,
Cuyo tronco, aunque arrugado,
Coronan verdes renuevos?
Pues eso habeis de pensar,
Y que pasando los tiempos,
Yo me sucedo á mí mismo.

EMPERADOR.

Vos decis bien, y yo quiero
Daros aquesta sortija.

BELARDO.

¿De oro?

EMPERADOR.

De oro pues.

BELARDO.

Del pueblo
Soy, Señor; mas hay dos cosas
Con peligro manifiesto
De ser envidiadas.

EMPERADOR.

¿Cuáles?

BELARDO.

La riqueza y el ingenio.
¿Dan todos los cortesanos
De esta suerte?

EMPERADOR.

Así lo pienso.

BELARDO.

Porque dicen por acá
Que el dar se pasó á otro reino.

EMPERADOR.

¿Quién es Isabela?

BELARDO.

Es hija
Del duque Otavio.

EMPERADOR.

Ya tengo
Noticia del duque Otavio,
Y tambien de su destierro.

BELARDO.

No tiene el César razon
De tenerle tanto tiempo
Desterrado de la corte
Por envidia.

EMPERADOR.

(*Ap.* Ahora entiendo
Lo que me dijo Isabela.
Todos los malos sucesos
Atribuyen los culpados
A los que tienen gobiernos.)
¿Es casada esta señora?

BELARDO.

No, Señor; que está su viejo
Padre pobre.

EMPERADOR.

Hermosa es.

BELARDO.

No es el dote de estos tiempos.

EMPERADOR.

¿Dónde vive?

BELARDO.

A mano izquierda,
Entre esas hayas y tejos,
Se esfuerzan dos torres mochas
Para ser mas altas que ellos:
Allí pasa su tristeza
Y su vejez... — Mas ya siento
Vuestra gente. Adios, adios;
Que van mis amas huyendo
De la noche, y de que el Duque
Sepa que tan léjos fueron. (*Vase.*)

ESCENA XII.

FEDERICO, FABIO, RODULFO, ALEJANDRO, TRISTAN. — EL EMPERADOR.

FEDERICO.

No ha visto en esta selva, ni en alguna
Deste ni otro horizonte
Tu majestad cesárea tan valiente
Parto de los peñascos de aquel monte.
De juncos se vistió desta laguna,
Llevando del hocico y de la frente
Colgados los lebreles irlandeses,
Ardientes canes de estos rubios meses,
Y á Melampo y Taurin por arracadas,
Las orejas en púrpura bañadas.
Allí, entre el cieno y ovas
De tantas cuevas y húmidas alcobas,
Rindió la fuerte vida,
Buscando el agua, de su humor teñida,
En cuya sed, por mas que ardides fra- [gua,
Bebió mas de su sangre que del agua.
Vén á verle, si quieres.

EMPERADOR.

Ya no puedo;
Que baja entre las sombras de su miedo
La noche que nos cubre,
Y la creciente luna se descubre
En los fines del dia.
No está léjos de aquí la casería
Del duque Otavio; albergaréme en ella
Hasta que salga la amorosa estrella,
Paraninfo del sol.

FEDERICO.

¡Del duque Otavio!
Pues ¿ya te olvidas del pasado agravio?

EMPERADOR.

¿Es mucho que me olvide,
Si con los años el rigor se mide?

FEDERICO.

¿Quién te ha dicho, Señor, que aquí vi- [via
El Duque?

EMPERADOR.

Un labrador que conducia
Sus bueyes de la arada,
Atadas las coyundas á las frentes,
Y en la rústica mano la aguijada.

FEDERICO.

Resultarán dos mil inconvenientes
De ver al Duque agora, desterrado.

EMPERADOR.

No lo estará, si queda perdonado.

FEDERICO.

Está todo el servicio en esa aldea.

EMPERADOR.

Traerle.

FEDERICO.

Será tarde.

EMPERADOR.

Aunque lo sea.

FEDERICO.

Estaba puesto allá todo recado.

EMPERADOR.

Federico, acabad, no seais pesado.

(*Vanse todos, menos Federico y su criado.*)

ESCENA XIII.

FEDERICO, TRISTAN.

FEDERICO.

¡Extraña novedad! ¿Por dónde, cielos,
Ha dado mi desdicha en el agravio,
Huyendo del peligro de los celos?
Si no es dichoso, no hay amante sabio.
¡Que supiese, á pesar de mis desvelos,
La casa donde estaba el duque Octavio!
Amor, ¡qué importan prevenciones di- [chas
Donde tienen imperio las desdichas!

TRISTAN.

¿De qué te afliges?

FEDERICO.

Todo me desvela.

TRISTAN.

Pues ¿hay mas que decirla que se escon- [da
De los ojos del César Isabela,
Y que á tus justos celos corresponda?

FEDERICO.

¿No has visto halcon que á las perdices [vuela,
Y que las va cercando á la redonda,
Y que la mas segura y escondida
Pierde primero que el temor la vida?
Así será Isabela y sus criadas,
Guardadas de mis celos y temores.

TRISTAN.

Cuando alojar soldados camaradas
Sienten para su mal los labradores,
Esconden las gallinas, y guardadas,
Apenas siente el gallo los albores

De la primera luz, cuando en voz fuerte
Se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, Señor, de otra manera,
Si tu Isabela defender procuras,
Porque no cantarás, estando fuera,
Y ellas con esconderse están seguras.

FEDERICO.

¡Quién fuera nube que esconder pudie-
De Isabela, mi sol, las luces puras? [ra
Mas, como no es posible al de los cielos,
Menos podrán su resplandor mis celos.

(*Vanse.*)

—

Sala en la quinta del duque Otavio.

ESCENA XIV.

EL DUQUE OTAVIO, BELARDO.

OTAVIO.

La vuelta de Federico
Que viene el César confirma.

BELARDO.

Digo que he visto, Señor,
Acercarse á nuestra quinta
Gente del real servicio,
Instrumentos de cocina
Y aparatos de la noche:
De que tan graves venian
Las acémilas, que llevan
Los reposteros encima
Con las armas del imperio,
Que dije: «Si estas caminan
Tan soberbias, porque traen
Cosas de tan baja estima,
¿Qué mucho que lo parezcan
Los que tan cerca se miran
Del señor Emperador?»

OTAVIO.

No sé por dónde mi dicha
Le ha traido á nuestro monte,
Ni cómo ya se le olvida
Lo que tuvo por agravio.
Presumo que determina
Perdonarme., y que ha buscado
Con esta invencion fingida
Ocasion á su piedad;
Que en fin cuando pretendian
El imperio el de Sajonia
Y él con armas atrevidas,
Dejé la parte de Oton,
Teniendo mayor justicia.
Coronóse al fin venciendo,
Y en viendo en su frente altiva
Las hojas de oro y laurel,
Del sagrado imperio insignias,
Pudiendo verter mi sangre,
Con destierro me castiga.—
Ya va llegando la gente:
Entra, y á Isabela avisa
Que tengo al César por huésped,
Para que esté prevenida
Para besarle la mano.

BELARDO.

La gente, Señor, me admira
Que sigue á un rey, aunque sea
Para entretenerse un dia.

OTAVIO.

Si ves el campo del cielo
Y el sol, ¿por qué no imaginas
Los ejércitos de estrellas
Que de su luz participan?
Lo mismo es un rey.

BELARDO.

Yo parto
A decir que se aperciba
Mi señora á ver el sol. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL EMPERADOR, FEDERICO, FABIO, RODULFO, ALEJANDRO, TRISTAN. — OTAVIO.

FEDERICO.

Aquí está el Duque.

OTAVIO.

Y se humilla,
Gran Señor, á vuestros piés,
Adonde lágrimas sirvan
De palabras; que mejor
Con ellas se significan
Los sentimientos del alma.

EMPERADOR.

Quien á vuestra casa misma
Viene, Otavio, claro está
Que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro imperio,
Entre el acero y la oliva,
Dice que perdona humildes,
Y que soberbios castiga.
Yo os abrazo, que es la pluma
Que las amistades firma,
Sin acordarme de agravios.

OTAVIO.

Vuestra majestad invicta,
Soberano Oton, bien sabe
Que con alma arrepentida
Me sepulté en estos montes
En pena de mi desdicha,
Pudiendo del de Sajonia,
Cuyas banderas seguia,
Admitir grandes mercedes.

EMPERADOR.

No es menester referirlas;
Sino saber que tendréis
Con este perdon las mias.

FEDERICO. (*Ap. á su criado.*)

Temblando, Tristan, estoy.

TRISTAN.

Pues ¿de quién?

FEDERICO.

De que le pida
Que quiere ver á Isabela.

TRISTAN.

Y ¿qué habrá despues de vista?

FEDERICO.

Ser su hermosura tan grande,
Que si el César se le inclina,
No habrá poder en el mundo
Que lo que temo resista.

EMPERADOR.

Federico...

FEDERICO.

Señor...

EMPERADOR.

Oye.
(*Háblale aparte.*)
Ya me parece que hacia
Agravio á tu amor, callando
De mi súbita venida
La causa.

FEDERICO.

Y yo la deseo,
Pues de Otavio, la malicia
Con que tomó contra ti
Las armas, no merecia
Este perdon.

EMPERADOR.

Cuando os fuistes,
Salió de aquellas encinas
¡Quién creyera tal! un ángel,
Un cielo, un sol, una ninfa
Vestida de labradora,
Que deseosa venia
De ver al Emperador:
Y por verla y por oirla,
No le dije que yo era.
Su hermosura y gallardía
Fueron un rayo á mi alma.
No he visto cosa tan linda
Desde que tengo el laurel
De Alemania, ni en mi vida
Me dió mas dulce deseo
De su amorosa conquista.
Esto me trujo á su casa,
Sabiendo que era su hija,
Del Duque. Dile al descuido
Que me enseñe su familia;
Iréme en viéndola, y tú
La dirás que amor me obliga
A tanto exceso, y que á solas
Honestamente permita
Que hablemos los dos.

FEDERICO.

Señor,
¿Sola Isabela venia
A verte?

EMPERADOR.

Así me lo dijo.

FEDERICO.

Tu gran majestad obliga,
Contra el honesto recato
Que desta dama publica
La fama, á mayor exceso.

EMPERADOR.

¿Agora sabes que incita
Toda novedad los ojos
De las mujeres?

FEDERICO.

Es digna
Tu grandeza de mayores
Milagros.

EMPERADOR.

Todo lo miran,
Todo lo ven las mujeres:
Que quieren ver y ser vistas:
Porque si, cuando desean
Ver y ser vistas, les quitan
Ser vistas y que las vean,
Harán mil cosas indignas.
Romperán torres, saldrán
Por rejas, pondrán mil vidas
Y mil honras en peligro.

FEDERICO.

(*Ap.* Bien lo dicen mis desdichas.
Echó la fortuna el sello,
Firmó cuanto yo temia;
Bien dicen los desdichados,
Que las almas profetizan.)
Ya no es menester, Señor,
Que al duque Otavio le diga
Lo que mandaste: ella viene.

ESCENA XVI.

ISABELA, FLORA, CRIADAS. DICHOS.

ISABELA. (*A Alejandro.*)

Vuestra majestad permita
Los piés á su humilde esclava.

ALEJANDRO.

No soy yo, señora mia.
Allí está el Emperador.

FLORA. (*Ap. á Isabela.*)

¡Ay, Señora! Por tu vida,
Que es el que hablaste en la fuente.

ISABELA.

(*Ap.* El alma me lo decia,
Y no lo quise creer.)
Dejad, Señor, que se rinda
Esta esclava á vuestros piés.

EMPERADOR.

Que los brazos os reciban

Es mas justo.—¡Oh Federico! *(Ap. á él.)*
¡Qué hermosura tan divina!

FEDERICO. *(Ap.)*

Demonio la juzgo yo.

EMPERADOR.

¿Qué intercesora podia,
Como vos, traer el Duque?

ISABELA.

Laurel de mil mundos ciña
Esa vitoriosa frente.

EMPERADOR.

Parece descortesía
El recibiros en pié.
Entrad y tomemos sillas.—
Da la mano, Federico,
A Isabela.

FEDERICO. *(Ap. á Isabela.)*

¡Ah fementida!

ISABELA.

Pues ¿qué culpa tengo yo?

FEDERICO.

Pregúntalo á las encinas
Donde fuiste á ver al César.
Eres mujer.

(Vuelve el rostro el Emperador.)

EMPERADOR.

¿Qué decias
A Isabela?

FEDERICO.

Que merece
De tu imperial monarquía
La mitad.

EMPERADOR.

Y aun toda es poco.

FEDERICO. *(Ap. á Isabela.)*

¡Qué traicion!

ISABELA.

¡Qué necia envidia!

FLORA. *(Ap. á Tristan.)*

Y tú ¿no me das la mano?

TRISTAN.

En cinco dagas buidas
Quisiera volver los dedos.

FLORA.

¡Qué locura!

TRISTAN.

¡Qué desdicha!

FLORA.

¿Qué quieres? Tenemos ojos,
Y los ojos...

TRISTAN.

Dilo.

FLORA.

Miran.

TRISTAN.

¡Mal cuervo aposente el pico
En la mitad de tus niñas!

FLORA.

Pues ¿á quién ofende el ver?

TRISTAN.

Ya sé que el diablo os pellizca
En habiendo novedad.

FLORA.

¿Y vosotros?

TRISTAN.

Pues ¿querias
La libertad que tenemos
Por ejecutoria antigua?

FLORA.

Con eso no ven mujer
Que luego no la codician
Los hombres.

TRISTAN.

Flora, entre yeguas
Todo caballo relincha.

ACTO SEGUNDO.

Sala del palacio imperial.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, ALEJANDRO.

ALEJANDRO.

Piadosa hazaña del invicto César
Ha sido, Federico, en tanto agravio
El haber perdonado al duque Otavio.
No sé si diga que de amor ha sido,
Pues no solo á la corte le ha traido,
Pero de oficios de su casa honrado.

FEDERICO.

Como nunca, Alejandro, me ha tocado
La envidia de la corte,
Siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela
Puede en la edad de Oton, si le desvela,
Ser causa del honor que al Duque ha he-
Pero, de sus virtudes satisfecho, [cho;
Y de la buena fama de esta dama
(Que en la mujer es la mayor la fama).
Tendré por imposible su deseo:
Fuera de que no creo
Que Oton la mire como habeis pensado.

ALEJANDRO.

Su condicion me ha dado
Tan necio pensamiento,
Y de haberle tenido me arrepiento;
Que el tiempo que estuvimos en la aldea
Me dió ocasion de amarla su hermosura.

FEDERICO. *(Ap.)*

¡Extraña desventura!
No hay cosa que no sea
Para tormento mio.

ALEJANDRO.

Vila una tarde que bajaba al rio
Con Flora, su parienta ó su criada.
Sentóse en la esmaltada
Orilla entre las flores,
Que de envidia esforzaban sus colores;
Y tomando una caña
Que un labrador traia,
Cada pez que sacaba, parecia
Una estrella de plata por el viento,
Que mudando elemento,
Pendiente del sedal, se resistia.
Llegué con osadía,
Y dije: «Si los peces almas fueran,
A tan hermosas manos acudieran
Sin resistirse tanto.»

FEDERICO.

¡Buen requiebro!

ALEJANDRO.

Debeisos de burlar.

FEDERICO.

Antes celebro
Que vinieran las almas por despojos
Al cristal del anzuelo de sus manos
Y al cebo de sus ojos.

ALEJANDRO.

Allí nacieron pensamientos vanos,
Allí esperanzas locas
De palabras corteses, aunque pocas,
Que me dijo, bañando en clavel puro,
Cuando mezcla lo claro con lo escuro,
El nevado jazmin de las mejillas.
Cubriéronse de sombra las orillas,
Porque el sol de Isabela y el del cielo
A un tiempo las dejaron,
Quedando en la ribera tristes ecos;
Las flores desmayadas, las süaves
Aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este honesto celo,
Que sus dulces palabras alentaron,
Pienso pedirla á Otavio.

FEDERICO.

¡Dichoso vos, que, sabio, [to!
Seguis, queriendo bien, de Oton el gus-
Yo sin amor, aunque le voy buscando,
Por no darle disgusto,
Finjo que muero amando.

ALEJANDRO.

¡Ay Dios! No finjo yo; que amando muє-
Si llegare ocasion, de vos espero [ro.
Con el César favor para casarme.
Entro á vestirle, y entro confiado
De la merced que siempre me habeis

FEDERICO. [hecho.

Y yo quedo á serviros obligado.

ALEJANDRO.

Siempre lo estuve de ese noble pecho.
(Vase.)

ESCENA II.

FEDERICO.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está escuchando, la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz, en el pico transformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el
[vuelo,
Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los celos que recela
Le tiran flechas de temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

ESCENA III.

TRISTAN.—FEDERICO.

TRISTAN.

Pensarás que me he tardado
Por culpa mia.

FEDERICO.

No sé;
Pero sé que te esperé,
De esperar desesperado.

TRISTAN.

A la nueva casa fuí
De la señora Isabela
Con la propuesta cautela:
En cuya portada vi,
Como salvaje, á Belardo,
Que ya en forma de escudero
Quiere olvidar lo grosero
Y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté;
Él me abrazó y me llevó
A la sala, adonde yo
El nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela
Que hasta el suelo se dilata,
Y está en baranda de plata
El estrado de Isabela,
Que es el sitial de esta audiencia.
Escritorios sobre estantes,
Que tuvieran para amantes
Notable correspondencia.
Ramilleteros con flores
Fingidas, que burlar pueden
Las abejas, tanto exceden
Las imitadas colores.
Del duque Oton un retrato
Con el militar baston,
Que fué la ofensa de Oton,
Por quien le llamaba ingrato;
Pero ya se le figura

Que nunca lo pudo ser.
¡Válgame Dios! ¡Qué poder
Tiene siempre la hermosura!

FEDERICO.

Llamáronla tiranía
Breve, con mucha razon.

TRISTAN.

Eso las mujeres son
En su breve lozanía.

FEDERICO.

¡Gran poder!

TRISTAN.

Corre parejas
Con el mas alto poder.
¡Brava cosa, ser mujer,
Si no llegaran á viejas!
Mas, como al fin les alcanza
Tan notable diferencia,
Allí dan su residencia,
Allí tomamos venganza.
Allí llega el que gastó
Su hacienda, y la cobra en risa;
Allí el despreciado pisa
La hermosura que adoró;
Allí la rosa y jazmin
Que el poeta encareció,
Seca se muestra, y quedó
Solo al serafin el fin.
Allí la que á la ventana
Por grande favor salia,
Haciendo el papel de tia,
Va por la calle entrecana.
Allí la cara que intenta
Hacer al sol igualdad,
Parece rapado abad,
Y mas si engorda á cincuenta.
Pero son tan venturosas,
Que cuando la edad declina,
Ó tienen hija ó sobrina,
Bien prendidas, bien airosas,
Con que aquella tiranía
Se hereda por sucesion.

FEDERICO.

¡Qué cansada relacion
A quien el alma tenia
Colgada de tus razones!

TRISTAN.

Es retórico rodeo,
Porque con mayor deseo
Me escuches.

FEDERICO.

¡Qué de invenciones!

TRISTAN.

Digo que Flora salió,
Y que me dió mil abrazos;
Pero apartóle los brazos,
¿Quién dirás?

FEDERICO.

Pues ¿sólo yo?

TRISTAN.

Hazte simple: tu Isabela,
Que salió, oyendo mi voz,
A abrazarme, mas veloz
Que garza que el halcon vuela.
¿Cómo piensas que venia?
Él cabello en una mano,
Y en otra el peine, que en vano
Pensaba ser celosía
Del sol de sus bellos ojos;
Y así como me abrazó,
Todo el hombro me vistió
De aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
Y el verme, aunque era postiza,
Con una muceta riza
De peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja,
Como envidioso, al soslayo,
Que bien diera el menor rayo
Por tan hermosa guedeja
Así me llevó al estrado,
Preso en tan dulce prision;
Que el César con el tuson
No va tan bien adornado.
Sentóse, y hizo que Flora
Me llegase una almohada.
Repliqué: «No importa nada,»
Y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló
Fué en tu crueldad, pues no quieres
Verla.

FEDERICO.

Proprio es en mujeres.
No la vi porque ella vió.
Ella fué causa.

TRISTAN.

Es verdad.

FEDERICO.

Yo la viera si no viera.
Vió lo que excusar pudiera:
Esa sí que fué crueldad.
El Emperador la adora
Porque ella le quiso ver;
Competir no puede ser.

TRISTAN.

Un remedio queda agora.

FEDERICO.

¿Cuál?

TRISTAN.

El César te ha mandado
Que busques á quién amar:
Di que andándola á buscar,
Con Isabela has topado;
Que, como te quiere bien,
Podrá ser que liberal
Te la deje.

FEDERICO.

Mayor mal
Resultar puede tambien,
Pues sería hacer de modo,
Si celoso se enojase,
Que de aquí me desterrase,
Y fuera perderlo todo.
Mejor es disimular,
Y dejar á la fortuna
Mi esperanza, si en alguna
Puedo mi remedio hallar.
Pero, en fin, ¿en qué paró
La plática?

TRISTAN.

En un efeto
De amor, que de lo secreto
Del alma al rostro salió.

FEDERICO.

¿Cómo?

TRISTAN.

Por ser cosa fria
Esto de las perlas ya
(Que aun el mar del Sur está
Cansado de las que cria),
No digo que las lloró,
Pero que lágrimas vi:
Tú allá sabrás para tí
Si fueron perlas ó no.

FEDERICO.

¡Lágrimas!

TRISTAN.

Pude cogerlas.

FEDERICO.

Todo me siento abrasar.

TRISTAN.

Pues échate en aquel mar,
Serás búzano de perlas.

FEDERICO.

¡No me guardaras alguna!

TRISTAN.

En esta ropilla están.

FEDERICO.

Pues desnúdate, Tristan;
No te ha de quedar ninguna.

TRISTAN.

Quedo, Señor; que en tu pecho
Cayeron, porque él podia
Guardarlas solo.

FEDERICO.

Y ¿no ardia
El mio, en fuego deshecho?
Pero están mas propriamente
En su nácar mismo agora,
Si son perlas de la aurora,
Y no de su luz ausente.
¡Ay de mí!

TRISTAN.

Quedo, Señor;
Que el César sale.

FEDERICO.

Él me mata.

ESCENA IV.

FABIO, ALEJANDRO y RODULFO, uno *con un espejo, y otro con la capa y la espada;* EL EMPERADOR, *mirándose.* — DICHOS.

EMPERADOR.

Pienso que está bien así.
Dadme la capa y la espada.

FEDERICO.

¿Traerán la carroza?

EMPERADOR.

No.
Aunque la pedí, dejadla.

RODULFO.

¿Quieres que llegue el caballo?

EMPERADOR.

Ninguna cosa me agrada.
Mal estoy conmigo mismo;
Si no hay gusto, todo cansa.
¿Hay nuevas?

ALEJANDRO.

Muchas, Señor.

EMPERADOR.

En la corte nunca faltan.

ALEJANDRO.

Hizo la naturaleza
Que engendre su semejanza
Todo animal, y en algunos
No puso primera causa,
Porque lo es sola la tierra,
Los cuerpos muertos ó el agua:
Y así, hay nuevas en la corte
Que la verdad y las cartas
Ni las saben ni las vieron;
Y como son engendradas
Del viento, en el viento mueren.

EMPERADOR.

¿Qué hay de Italia?

ALEJANDRO.

Que la Italia
Infesta el Turco.

EMPERADOR.

Yo creo
Que he de darle por Albania
Algun mal rato, si puedo.
¿Qué hay de España?

ALEJANDRO.

No hay de España
Cosa nueva, que no es poco.
Venecia dicen que trata
Cobrar á Chipre.

EMPERADOR.

¿Aquí estás,
Federico? ¿Ya te guardas
De servirme?

FEDERICO.

No me atrevo,
Despues que buscar me mandas
Dama.

EMPERADOR.

Pues ¿ eso es difícil?

FEDERICO.

Si se busca, no se halla.

EMPERADOR.

Dices bien, porque el amor
Viene cuando no le llaman;
Que es legítimo accidente,
Y la eleccion es bastarda.
Y ¿has hallado alguna?

FEDERICO.

Pienso
Que he visto una buena cara;
Pero ando recateando
El dar mas ó menos alma.

EMPERADOR.

Si la merece el sugeto,
Dásela toda (¿qué aguardas?),
Porque no hay buenos amigos,
Si la semejanza falta.
Un entendido con otro
Hacen linda consonancia,
Dos que una ciencia profesan,
Dos que escriben, dos que cantan,
Dos que juegan, dos que sirven,
Dos que venden, dos que tratan.
Yo amo: ¿cómo te puedo
Decir mi amor, si no amas?
Porque harás burla de mí.

FEDERICO.

Ya, Señor, pienso que basta
Lo que quiero, para entrar
En tu cámara; que tanta
Fuerza tiene tu opinion.

EMPERADOR.

¿No has visto hacerse probanza
En los actos de nobleza?
Pues yo quiero que se haga
De que ama quien entra aquí;
Porque, como los que aman
Son locos, los que están cuerdos
Harán burlas de sus ansias,
De sus furias, de sus celos,
Temores, desconfianzas,
Alegrías y tristezas;
Que los que por otras causas
El entendimiento pierden,
Son locos, porque les falta
El juicio; mas en amor
Es porque les falta el alma.
Ya en fin amas; que los libros
No estorban; que si estorbaran,
No amara Estela á Platon,
Ni sus prendas estimara
Con tal fe: con que no tienes
Respuesta.

FEDERICO.

Rindo las armas
A tu opinion.

EMPERADOR.

Amor solo
Todas las ciencias abraza.
Amor ha hecho poetas
Y pintores de gran fama;
Amor es filosofía;
No hay ciencia que sin amarla
Pueda llegar á saberse.

FEDERICO.

Paréceme que retratas
Las escuelas de Platon,
Y yo te doy la palabra
De amar con tanto furor
Y tantos celos, que salga
Un discípulo famoso.
Pero mira que me mandas
Querer, y que si llegare
A ser loco por tu causa,
Me has de ayudar á volver
En mí; porque fuera vana
La ciencia, si los maestros
Solo el amor enseñaran,
Y no el remedio de amor.

EMPERADOR.

Palabra te doy jurada,
Por mi laurel, de ayudarte,
Si llega tu amor á tanta
Fuerza, que haya peligro
De perder con la esperanza,
O la vida ó el júicio.

FEDERICO.

Pues esa palabra basta
Para que á mi dama sirva.

EMPERADOR.

Un dia, con avisarla
De que yo la quiero ver,
Me has de enseñar á tu dama,
Pues yo te he dicho la mia.
Y agora, en mas confianza,
Quiero que á ver á Isabela
Con este título vayas,
Que le he dado de condesa
De Prado; nombre que cuadra
A quien tiene tantas flores,
Que naturaleza varia
Dió menos á los de Chipre,
Cuando con piés de esmeraldas
La primavera los pisa
Y la aurora los esmalta.

FEDERICO.

Yo lo haré, Señor, ansí.

EMPERADOR.

¿Qué hay, Tristan?

TRISTAN.

Señor, nada
Si caigo de tu favor,
Y mucho, estando en tu gracia.
Preguntóle un caminante
A un labrador qué llevaba
En una carga; y él dijo,
Previniendo la desgracia:
«Yo, nada, si cae el jumento;»
Que era de vidrios la carga.
Tan sutil es el favor
De las majestades altas,
Y la humana condicion
Está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
Y importa que yo no caiga,
Porque no se quiebre y rompa
El vidrio de su privanza.
En fin, los dos vamos juntos.

EMPERADOR.

¡Qué donaire!

TRISTAN.

Pues me alabas,
No quieres darme otra cosa.

EMPERADOR.

¿No es gran premio la alabanza?

TRISTAN.

Grande; pero las lisonjas
Desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
Y como no me das nada,
Desvanecerme te debo.

EMPERADOR.

Yo te prometo mañana
Una gran cosa.

TRISTAN.

Tus piés
Beso.

EMPERADOR.

Tú, véte (¿qué aguardas?),
Federico, donde digo.

(*Vanse todos, menos Federico y su criado.*)

ESCENA V.

FEDERICO, TRISTAN.

FEDERICO.

¡Buenas van mis esperanzas!
Buenos van mis pensamientos!
El César, Tristan, me manda
Llevar favores á quien
A puros celos me mata.
Título llevo á Isabela
De condesa.

TRISTAN.

¿En qué te agravia,
Si despues viene á ser tuya?

FEDERICO.

En una copa dorada
No importa que beba un rey,
Ni que se ciña una espada,
O que se ponga un vestido
Primero que otro le traiga;
Pero una dama, Tristan,
Es materia de honra y fama;
Y, como dijo un discreto,
La honra tiene dos caras:
Antes que se casen una,
Y otra despues que se casan;
Y cualquiera destas mira
La presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
Entre muchas que me aguardan,
Que esté en frente de palacio
La casa de aquesta ingrata,
Pues apenas salgo dél
Cuando miro á sus ventanas;
Que, aunque es echar agua en fuego,
Es el fuego de la fragua,
Que cuanto le matan mas,
Levanta mayores llamas.

TRISTAN.

Si llora por tí, ¿qué quieres?

FEDERICO.

¡Oh Tristan! que no mirara.

TRISTAN.

Ya lo que sus ojos vieron,
Con tantas lágrimas pagan.

FEDERICO.

En efeto ¡voy á verla!

TRISTAN.

Y no vas de mala gana.

FEDERICO.

Subiendo voy como quien
Miseramente acompañan
Por los pasos de su muerte
El cordel y la esperanza.

(*Vanse.*)

—

Sala en casa del Duque.

ESCENA VI.

OTAVIO, ISABELA, FLORA.

OTAVIO.

Ya que estás en la corte, no quisiera
Que fueras blanco á pensamientos vanos
De tanta juventud.

ISABELA.

Los cortesanos
Siguen la novedad.

OTAVIO.

La vez primera
Que en público saliste,
Tantas envidias á las damas diste
Como deseos á galanes locos;
Y donde miran muchos, no hablan pocos.

ISABELA.

Ya presumo, Señor, á lo que aspiras;

Que pienso que eres el que mas me mi-
[ras.

OTAVIO.

Quisiera yo casarte.

ISABELA.

La tema de los padres.

OTAVIO.

Mas la vuestra,
Como mil veces la experiencia muestra;
Y quisiera emplearte
En uno de los grandes caballeros
Que el César favorece,
Porque cualquiera de ellos te merece.
¿Será bueno Rodulfo?

ISABELA.

No me agrada.

OTAVIO.

¿Fabio?

ISABELA.

Tampoco.

OTAVIO.

¿Y Alejandro?

ISABELA.

Menos.

OTAVIO.

Pues todos son tan buenos
Y mejores que yo.

ISABELA.

No importa nada
Para la inclinacion.

OTAVIO.

No te replico.
¿Osaréte nombrar á Federico?

ISABELA.

Pues ¿tengo de espantarme?
¿No es como los demás?

OTAVIO.

Más me responde
La color de tu cara sin hablarme,
Que tu lengua pudiera.

ISABELA. (*Ap.*)

Mal esconde
El alma un grande amor.

OTAVIO.

¿Qué dices?

ISABELA.

Digo
Que es á quien quiere mas el César.

OTAVIO.

Veo
Entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré, tu gusto sigo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ISABELA, FLORA.

FLORA.

No sé cómo has hablado
Al Duque en Federico desta suerte,
Cuando huye de verte.

ISABELA.

Turbóse el corazon, y apresurado
Dijo cuanto sabia,
Sin que supiese yo lo que decia.
Confusa estoy; que el César poderoso
A Federico tiene tan celoso,
Que pienso que me olvida.
¡Oh nunca yo le viera!

FLORA.

¿Quién pensara, Señora, que pudiera
De una vista quedar tan encendida
La voluntad de Oton?

ISABELA.

Quien sabe, Flora,
Que el mas breve placer tarde se llora.

ESCENA VIII.

BELARDO. — DICHAS.

BELARDO.

Tan mal me amaño al vestido,
Que parece que ando armado.
De extremo á extremo he pasado:
Allá holgado, aquí fruncido.
Aquí ando de puntillas,
Y para dar un recado
Cuando están en el estrado,
Hácenme hincar de rodillas.
Quise, como allá en el prado,
Con una cinta atacarme;
Quebróseme por bajarme,
Y no pude, de turbado,
Componerme tan aprisa:
Aunque ellas con no mirar
Se pudieron excusar
De verme con tanta risa.
Yo, por echar á correr,
Aumenté mas sus placeres:
Demonios son las mujeres,
Que todo lo quieren ver. —
Ya se me habia olvidado
Un recado que traia.
Ya temo la cortesía,
Con miedo de lo pasado.
Quedito la reverencia.—
Señora, á la puerta están...

ISABELA.

¿Quién?

BELARDO.

Federico y Tristan:
Mira si les das licencia.

ISABELA.

¡Qué dices!

BELARDO.

Que están aquí.

ISABELA.

¿Federico?

BELARDO.

El mismo pues.

ISABELA.

Es imposible.

BELARDO.

No es.

ISABELA.

¿Visteisle vos?

BELARDO.

Yo le vi.

ESCENA IX.

FEDERICO, TRISTAN. — DICHOS.

FEDERICO.

¡Qué bien haces de dudar,
Isabela, que soy yo,
Y que quien de aquí salió,
Pudiese volver á entrar!
No por mí te vengo á hablar;
El Emperador me envia;
Que no fué voluntad mia,
Pues solo el Emperador,
Como absoluto señor,
Mandarme verte podia.
No juzgues á desvarios
Amorosos verte así:
Con sus ojos vengo aquí;
Que no vengo con los mios.
El me ha prestado estos brios,
El te mira, que yo no:
Mírale en mí, pues te vió,
Para que por mí te vea;
Que no es posible que sea
Yo quien te ve, siendo yo.
Yo no soy quien te queria,
Pues vengo, á mi amor traidor,
A solicitar tu amor
Por el César, que me envia.
El te quiere, y yo solia;
Mas que no lo sabe, advierte,
El alma, pues viene á verte;
Que se lo encubren mis ojos,
Porque con estos enojos
No dejase de quererte.
Otro sol, otro sin ver,
Para no sentir que vengo
A verte, pues que no tengo
El ser que me dió tu ser.
Por ver, como al fin mujer,
En tal peligro me veo,
Que por no verte rodeo
Yo mismo, dentro de mí,
Las leguas que hay desde tí
A lo que verte deseo.

ISABELA.

¿Por qué con tanto rigor
Me miras y no me ves,
Si arrepentida despues,
Sabes que lloré mi error?
¡Oh qué falso fué tu amor,
Si puedo darle este nombre!
Y ¡cómo es justo que asombre
La diferencia en los dos,
Pues lo que enternece á Dios,
No puede mover á un hombre!
Ver y mirar ¿no has sabido
Cómo diferentes son?
Porque el mirar es accion,
Y el ver es solo sentido.
Pues ¿de qué estás ofendido,
Si el ver no puedes culpar?
Que es mal hecho castigar
Los ojos de una mujer,
Cuando sale solo á ver
Sin ánimo de mirar.
Pero si no quieres verme
Porque yo vi tus enojos,
Paguen llorando mis ojos
Hasta cegarme y perderme.
Verme y no verme es ponerme
En ocasion de matarme;
Tú no quieres perdonarme,
Y yo pienso, con morirme,
Hacer que me llores firme
Cuando no puedas mirarme.

FEDERICO.

Hay una fiera que tiene
Rostro humano, y esta llora
Como mujer, y traidora,
Los que caminan detiene,
Y al que enternecido viene
Le suele despedazar;
Vase á una fuente á lavar,
Y como su rostro mira
Como el que mató, suspira,
Y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste,
Como al espejo te viste,
Y la traicion conociste,
Que en tu semejanza hallaste;
Viendo que es el que mataste
El mismo de quien tenias
El alma, que no sabias,
Quieres echarte en la mar
De tus lágrimas, y dar
Triste principio á las mias.
Ya es tarde para no ver
Lo que viste, ya por mí
Sucedió lo que temí,
Ni puede dejar de ser.
Sujetó Dios la mujer
Al hombre; mas causa enojos
Ver que para ver antojos,
Parece, ya que esto ha sido,
Que ella sacó de partido
La libertad de los ojos.
Vive tú para que Oton

Viva (que al imperio importa);
Y en esta merced reporta
Tus lágrimas, si lo son.
Baste por satisfacion
Mi desdicha y tu porfía.
Vive tú; que si este dia
A los dos nos dividió,
No quiero deberte yo
Tu muerte, sino la mia.
Este título contiene
Que eres condesa de Prado:
Villa que el César te ha dado,
Con otras muchas que tiene.
Mira, Isabela, á qué viene
Federico, puesta en calma
La vida que me desalma;
Pero puédote afirmar
Que no te ha dado lugar
Como el que te di en el alma.

ISABELA.

Si mas que letras tuviera
Este título ciudades,
Para mis firmes verdades
Menos que un átomo fuera.
Y que vienes considera
(Cosa que amor te defiende,
Aunque el César la pretende),
Si me has de vender así,
A poner cédula en mí
Como en casa que se vende.

FLORA.

¡El César, Señora!

ISABELA.

¿Quién?

FLORA.

El Emperador.

ISABELA.

¿Él mismo?

TRISTAN.

Con solo Alejandro viene.

FEDERICO.

Retirarme es desvarío.

ISABELA.

Yo me holgaré de que veas
Mi verdad.

FEDERICO.

Yo te suplico
Por los años de mi amor,
De mis deseos los siglos,
La eternidad de mi fe,
Lo inmortal de mis suspiros,
Que sepas disimular;
Que es hombre tan entendido,
Que con cualquiera sospecha
Hará de mi amor júicio;
Y es tan soldado y tan hombre,
Que está mi vida en peligro.

ESCENA X.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO. — DICHOS.

EMPERADOR.

Quédate afuera, Alejandro.
(*Vase Alejandro.*)
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.

ISABELA.

Es tan grande, que remito
Al silencio lo que callo,
Y á la verdad lo que digo.
Esta silla habia de ser (*Llégale la silla.*)
De mil mundos, y este un rico
Dosel de estrellas del cielo.

EMPERADOR.

Sentáos, Señora, conmigo,
Y será del mismo sol.

ISABELA.

Cuando da el sol en un vidrio,
Resulta dél otro sol:
Y así, siendo vos sol vivo,
Lo soy yo, porque os retrato;
Pero no soy el sol mismo.

EMPERADOR.

Al contrario, está mejor,
Pues yo soy el que recibo
Los rayos de vuestra luz,
Que resulta en Federico,
En Tristan, en Flora... — Y vos
¿Quién sois? (*A Belardo.*)

BELARDO.

¿No me ha conocido?
Belardo, Señor, á quien
Dió su merced el anillo
Cuando andaba por el monte;
Sino que me han vestido
Estas bragas, que se acuerdan
Del tiempo del rey Perico,
Y esta gorra, que parece
Suelo de pastel hechizo.

ISABELA.

Beso á vuestra majestad
La mano, Príncipe invicto,
Por el título y las villas.

FEDERICO.

Y al traerle no le quiso.
¿Qué te parece, Tristan? (*Ap. á él.*)

TRISTAN.

Que hay aquí grande artificio.
Mira, toma, y despues llora.

EMPERADOR.

Este, Señora, es principio,
Que introduce solamente
La voluntad de serviros.
Estoy tal despues que os vi,
Que no pienso ni imagino
Cosa que en amor no sea;
De amor son hasta los libros
Que leo, si bien soy yo
El *Arte de amar* de Ovidio.
He hecho que mi aposento
Esté todo guarnecido
De fábulas, y he mandado
Que no haya criado mio
Sin amor: tanto, que ya
Hice amar á Federico,
Que por mí ha buscado dama;
Y esta mañana me dijo
Señas de su buena cara,
Lo que de su gusto fio,
Aunque el amor ha de ser
A gusto del dueño mismo;
Y que la quiere en extremo,
Aunque há poco que la ha visto;
Y que me la ha de enseñar.

ISABELA.

Pues yo siempre le he tenido
Por galan.

EMPERADOR.

Él me ha jurado
Que á nadie en su vida quiso,
Sino es en esta ocasion. —
¿No es esto así, Federico?

FEDERICO.

Nunca, Señor, quise tanto;
Pero estoy medio reñido
Con mi dama.

EMPERADOR.

Serán celos.

FEDERICO.

Tengo el mayor enemigo
Que pudo hallar mi desdicha,
Discreto, galan, altivo,
Soldado, en fin, con las partes
Que reconozco y envidio.

EMPERADOR.

No lo creas; que los celos
Hacen discretos y lindos
A muchos que no lo son,
Porque es del temor oficio
Hacer las cosas mayores,
Y así te habrá sucedido.
Tú tienes partes amables,
Gentil talle, buen júicio,
Discrecion, gracia, donaire,
No hay fiesta ni regocijo,
Que no te lleves los ojos
De la corte: y así, digo
Que aun yo, con ser lo que soy,
No compitiera contigo.
Solo á mí temer pudieras,
Porque en la mano me pinto
Con el mundo; que si no,
Del mundo abajo, te rindo
El talle, el entendimiento.

FEDERICO.

Mil veces los piés te pido.

EMPERADOR.

Es un sugeto, Isabela,
Federico, que yo estimo
Como mi propria persona.
Una falta he conocido
Sola en él, que es no querer:
Con que todo cuanto he dicho
Echa á perder su tibieza.

ISABELA.

En eso se contradijo
Vuestra majestad, pues dice
Que ya tiene dama.

EMPERADOR.

Ha sido
Este pensamiento en él
Despues que del monte vino.

TRISTAN. (*Ap. á su amo.*)

¿Oyes aquello?

FEDERICO.

Estoy loco,
Pues lo que de burlas digo
Al César por cumplimiento,
Con tantas veras le ha dicho.

TRISTAN.

Isabela disimula;
Mas bien se ve que ha sentido
Los celos en la inquietud,
Y en que ya los tiene escritos
En las rosas de la cara.

FEDERICO.

Tú verás que el desatino
Me cuesta mas de un pesar.

TRISTAN.

Cuanto es el amor mas limpio,
Mas se mancha con los celos.

FEDERICO.

Todo este necio peligro
Nació de querer mirar.

TRISTAN.

Pues ¿hubiera paraiso
De los ojos, si no viera
Aqueste animal divino?
¿Hubiera criado el cielo,
Del mar español al indio,
Cosa mas bella y mas linda,
Para las almas hechizo,
Como una mujer hermosa
Desde quince á veinte y cinco,
Si no deseara ver?

FEDERICO.

Llévame á mí por testigo
De esa verdad, y verás
Si lo que dices confirmo.

EMPERADOR.

Este diamante, en razon
De su fineza, apetece

Vuestra mano, si merece
Tanto favor mi aficion;
Pero ha de ser condicion,
Que os le tengo de poner.

FEDERICO. (*Ap.*)

Si ella se deja vencer
De lo que el César la pide,
Con dura venganza mide
Sus celos; pero es mujer.

ISABELA.

En obedeceros gano
Una merced y un favor:
Darme el diamante, Señor,
Y ponerle vuestra mano.
A un príncipe soberano,
Siendo el anillo prision,
Reconozco sujecion.

EMPERADOR.

No hay en amor majestad.

FEDERICO. (*Ap. á Tristan.*)

¡Quítase el guante!

EMPERADOR.

Mostrad
El dedo del corazon.

TRISTAN.

De eso, Señor, no te espantes;
Que hay mujer que se quitara
Un zapato, si se usara
Traer en los piés diamantes.

EMPERADOR.

Ahora sí que estos guantes
Se llamarán de jazmines.

TRISTAN. (*Ap. á su amo.*)

Señor, no te desatines.

FEDERICO.

Mal pensaron mis engaños
Que principios tan extraños
Tuviesen mejores fines.

EMPERADOR.

Dos ferias haciendo estoy
Con vos, Isabela, aquí:
Que me deis el guante á mí
Por el diamante que os doy.

ISABELA.

Dichosa en las ferias soy.

FEDERICO. (*Ap.*)

Y yo soy tan desdichado,
Que en las ferias me ha tocado
Parte, aunque no del diamante;
Pues lleva el César el guante,
Y yo llevo lo picado.

EMPERADOR.

Con este favor, pues gano,
Me levanto. (*Levántase.*)

FEDERICO. (*Ap.*)

Y yo me asiento
En el mas grave tormento
Que dió á preso juez tirano.

EMPERADOR.

Perdonad que vuestra mano
Quede sin guante; mas rico
Os le traerá Federico,
Pero no de mas valor.

FEDERICO. (*Ap.*)

Asentóme el guante amor:
Era dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
Rompan tu cristal los cielos.
Vengar pudieras tus celos,
Pero no con tanto mal.

EMPERADOR.

Federico...

FEDERICO. (*Ap.*)

Estoy mortal.

EMPERADOR.

Acuérdame este favor.

FEDERICO.

No le olvidaré, Señor.

ISABELA. (*Ap.*)

¡Que bien salió mi venganza!

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Cómo se fué mi esperanza,
Si se ha quedado mi amor?

ESCENA XI.

EL DUQUE, FABIO, RODULFO, ALEJANDRO.—DICHOS.

ISABELA.

Mi padre viene.

OTAVIO.

No puedo
Pagar, Señor, con palabras
Tanta merced, tanto honor.
Honren vuestros piés mis canas:
Será el favor de este dia
Mayorazgo de mi casa,
Alto blason de sus puertas,
Timbre de sus nobles armas.
Hanme dicho que habeis dado,
Despues de mercedes tantas,
Título y tierra á Isabela,
Con que ya puedo casarla;
Porque de mi pobre hacienda
No le quedaba esperanza,
Respecto de tantas guerras:
De suerte que solo falta
Que le deis tambien marido,
Con que á mi vejez cansada
Daréis vida y sucesion.

EMPERADOR.

Duque, no vengo sin causa;
Vuestro descanso deseo.
Los que ahora os acompañan
Son de mi casa, lo noble
Y lo mejor de Alemania.
Haga eleccion Isabela
De quien de todos le agrada;
Que desde aquí la confirmo.

TRISTAN. (*Ap. á su amo.*)

¡Brava ocasion! Hoy te casas.

FEDERICO.

No sé, Tristan; mucho temo
El suceso, porque andan
Encontradas estos dias
Mi fortuna y mi esperanza

EMPERADOR.

¿No tomais resolucion?

OTAVIO.

Señor, Isabela calla
Con razon; de su silencio
Seré intérprete, si mandas.
Fabio, Alejandro y Rodulfo
Son el honor de su patria;
Finalmente, invicto César,
Digo que en cualquiera estaba
Bien empleada Isabela;
Pero el tener de tu gracia
Tantas prendas Federico,
Me obliga á pedir que hagas
A los tres esta merced.

EMPERADOR.

Por mí no puedo excusarla.
¿Qué respondes, Isabela?

ISABELA.

Que mis méritos no alcanzan
A los que tiene persona
Que mereció tu privanza;
Y fuera de esto, Señor,
Federico tiene dama,
Que quiere, como tú sabes,
Y ningun hombre se casa,
Enamorado de otra,
De olvidar en confianza,
Que no se vuelva á su gusto.

EMPERADOR.

Otavio, aquí no hay forzarla.
Tratemos esto despacio,
Y venidme á ver mañana.
(*Vanse el Emperador, el Duque, Fabio, Rodulfo, Alejandro y Belardo.*)

ESCENA XII.

FEDERICO, TRISTAN, ISABELA, FLORA.

FEDERICO.

No sé cómo pueda hablarte.

ISABELA.

Ni yo mirarte á la cara.

FEDERICO.

¿Estas las lágrimas eran?
Mas si serán, si eran falsas.
¿Ves cómo yo te decia
Que, si liviana mirabas,
Era fuerza que despues
Salieses tambien liviana?

ISABELA.

¿En qué liviandad me has visto?

FEDERICO.

¿Darle la mano no basta
A un hombre, aunque César sea
Y Emperador de Alemania,
En mis ojos; y sin esto,
Con resolucion tan clara,
Cuando ya tomaba puerto
La nave de mi esperanza,
Volverla con tal desprecio
Al golfo, donde no aguarda
Mas remedio que la muerte?

ISABELA.

¡Oh, Federico, que hablas
Con celos del César! Véte
A llevar esas palabras
A la dama que le enseñas;
Que no es poca confianza
De su gracia y hermosura.

FEDERICO.

Tú te engañas y él se engaña,
Mientes tú y el César miente;
Porque ni yo tengo dama,
Ni ha sido mas que engañarle,
El decir que la buscaba.
Pero, ya que le dijiste,
Tomando tan fria causa,
Que no era yo para tí,
Bien se ve que le agradabas,
Y por hacerle lisonja
(Si con esperanzas vanas
Te sueñas emperatriz,
Mas que compuesta, bizarra),
Me despreciaste: y así,
Prometo al cielo que cuantas
Veces oyere tu nombre,
O pasare por tu casa,
O viere criado tuyo,
O retrato, prenda ó carta,
Tantas maldiga el amor
Que te tuve; y si me trata
El alma de tí en mi vida,
Tengo de sacarme el alma.

ISABELA.

Paso, Federico, paso,
Y guárdese quien agravia
A mujer, aunque le adore,
Porque ha de tomar venganza.
No quiero al César, ni quiero
Riquezas, solo estimaba
Tu amor; fuisteme traidor:
Aquí mi amor se remata;
No porque le compre Oton

n diamantes; que son bajas
das las piedras del mundo
ra que se vendan almas.—
ma, Tristan, ese anillo.

TRISTAN.

ara qué?

ISABELA.

Para que vayas
venderle para tí.

TRISTAN.

ñora...

ISABELA.

No hables palabra.—
, Flora, cierra desde hoy
losías y ventanas;
entre el sol, por lo que tiene
n el César semejanza,
r emperador de estrellas.

FLORA.

ñora, ¿por qué le tratas
Federico tan mal?

ISABELA.

lla, necia.

FLORA.

Escucha.

ISABELA.

Calla.

FEDERICO.

h ingrata! que no te creo.

ISABELA.

llá verás lo que pasa.

FEDERICO.

me matares, no importa;
s tu hermosura me matas.

ISABELA.

jalá fuera veneno!

FEDERICO.

ué mas, pues muero de rabia?

ISABELA.

isiera ser basilisco.

FEDERICO.

quien primero mirara.

ISABELA.

atarme querias?

FEDERICO.

Sí,
acar con esta daga
s ojos, porque no vieras.

ISABELA.

sé cuándo los llamabas
trellas.

FEDERICO.

Ya son infiernos,
pues que miran y engañan.

ISABELA.

víame mis papeles.

FEDERICO.

eno fuera que guardara
ntiras!

ISABELA.

Verdades eran.

FEDERICO.

no tus palabras falsas.

ISABELA.

h traidor!

FEDERICO.

¡Ah fiera!

ISABELA.

¡Ah loco!

FEDERICO.

h injusta!

ISABELA.

¡Ah tirano!

FEDERICO.

¡Ah ingrata!

ISABELA.

Yo me vengaré de tí.

FEDERICO.

Con los muertos no hay venganza.

ACTO TERCERO.

Sala del palacio imperial.

ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTAN, ALEJANDRO.

FEDERICO.

Todo está á punto, como tú mandaste.

EMPERADOR.

¿Parécete presente, Federico,
Digno de un César?

FEDERICO.

Tú le imaginaste
Admirable, galan, curioso y rico.

EMPERADOR.

Si yo pudiera hacer al guante engaste,
No de las piedras que al presente aplico,
Sino de las estrellas de los cielos,
Rotos dejara sus azules velos.
¡Oh mano de cristal! ¿Qué nieve pura
En las cumbres del alto Pirineo
Mas intacta se vió, pues fuera escura
Con los marfiles que en tus manos veo?
Un diamante que puse en tu hermosura,
Siendo el vencido yo, será trofeo
De mi vitoria; que en amor ha sido [do.
Siempre el mas vencedor el mas venci-
Si todo el ámbar, de la mar espuma,
Si todo aquel metal donde retrata
Su rostro el sol ó la luciente suma,
Que da cabellos á la tierra en plata;
Si aquella fénix de purpúrea pluma,
Y todas cuantas lágrimas dilata
Entre dorados nácares la aurora,
Que llora risa cuando flores dora;
Si cuanta grana el tirio y seda el persa
Y el chino joyas de diamantes y oro;
Si aquella perla union, lustrosa y tersa,
Que de Cleopatra fué mayor tesoro;
Si toda la riqueza que la adversa
Fortuna sepultó del indio al moro,
En las arenas de la mar tuviera,
Para servirte, precio humilde fuera.

FEDERICO. (*Ap.*)

Quien esto escucha y esperanza tiene,
Alabe su locura por extraña.

TRISTAN. (*Ap. á su amo.*)

Señor, dejar la empresa te conviene;
Que seguir lo imposible no es hazaña.

FEDERICO.

Ver á Isabela siento.

TRISTAN.

Antes previene
Tu remedio, si así te desengaña.

FEDERICO.

No pienso hablarla dos palabras.

TRISTAN.

Mira
Que es la mayor señal de amor la ira.

(*Vanse Federico y Tristan.*)

ESCENA II.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO.

EMPERADOR.

Movióse entre filósofos de Grecia
Cuestion controvertida, cuál seria
La riqueza mayor que ser podia [cia):
De las que el hombre humanamente pre-
Si el oro (aunque hay virtud que le
[desprecia),
La fama, la salud, la monarquía...
Y díjoles Platon, porque tenia
La fácil duda por ociosa y necia:
«Dejando los antiguos pareceres,
Escuela ilustre, porque no te asombres;
Si al apetito la razon prefieres,
Para laurel de sus gloriosos nombres,
La hermosura y la fama en las mujeres
Es la mayor riqueza de los hombres.»

ALEJANDRO.

Con poco gusto, Señor,
Federico te obedece
En regalar á Isabela.

EMPERADOR.

¿Por qué, Alejandro, no tiene
Despues que yo le advertí,
La condicion diferente?
¿En qué, dime, la virtud
Y los estudios ofende
Amor, pues puede una dama
Honestamente quererse?
No siempre la caza agrada,
Y con relámpago breve
Dar al jabalí cerdoso
Rayo de plomo la muerte;
No siempre jugar las armas,
No siempre el bridon valiente
Hacer sudar con la vara
Desde el codon al copete.
El descanso de los hombres,
O labradores ó reyes,
Fué siempre la compañía
De las honestas mujeres;
Y yo sé que Federico
Ya lo conoce y ya quiere.

ALEJANDRO.

Bien dices que quiere ya,
Pues Otavio le pretende
Para esposo de Isabela;
Y admira el ver que no adviertes
La tristeza con que vive.

EMPERADOR.

Mucho, Alejandro, te duele
Ver que no te quiso Otavio.

ALEJANDRO.

Antes, Señor, que supiese
Que tú amabas á Isabela,
Pudiera Otavio ofenderme.

EMPERADOR.

Federico tiene dama,
Y no es posible que piense,
Queriendo á Isabela yo,
En que Otavio le prefiere
A los nobles que me sirven.

ALEJANDRO.

¡Dama, Señor! Si él tuviere
Dama, fuera de Isabela,
Yo quiero...

EMPERADOR.

Envidia te mueve,
Pues enseñarme su dama
Esta noche me promete,
Y ya la tiene advertida.

ALEJANDRO.

Señor, engañarme puede
La lealtad, que no la envidia;
Que yo...

EMPERADOR.

Federico vuelve.

ESCENA III

FEDERICO, TRISTAN.—DICHOS.

FEDERICO.

Bañando, Señor invicto,
En pura rosa la nieve,

Donde amor tiembla de frio,
Con ser elemento ardiente,
Recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
Razones me respondió:
La primera, que agradece
Tanta merced; la segunda,
Que es tu esclava: en que resuelve
Cuanto puedes desear.

EMPERADOR.

Tan buenas nuevas merecen
Premio; mas quiero guardarle,
Y que esta noche me lleves
A ver tu dama; que á ella
Se le quiero dar, y hacerte
Esta lisonja.

FEDERICO.

Serán
En una muchas mercedes.

EMPERADOR.

Vén á desnudarme, y vamos
Donde tu buen gusto apruebe;
Que dar parte á los amigos
Hace mayores los bienes.
(*Vanse el Emperador y Alejandro.*)

ESCENA IV.

FEDERICO, TRISTAN.

FEDERICO.

¡Qué gran confusion, Tristan!

TRISTAN.

Adonde yo estoy ¿qué temes?
Yo te sacaré de todo.

FEDERICO.

Si ver á mi dama quiere,
Mire á Isabela, si ya
Tiene dama quien la pierde.

TRISTAN.

Yo he prevenido á Fenisa,
Y seguramente puede
Entrar el Emperador.
La sala un jardin parece:
Bravo estrado, suelo turco,
Escritorios y bufetes,
Pastilla de cuatro calles,
Y por dueñas cuatro sierpes.

FEDERICO.

Triste voy: no me verás,
Tristan, en tu vida alegre.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

OTAVIO, BELARDO.

OTAVIO.

Aquel ¿no era Federico?

BELARDO.

Y su escudero Tristan.

OTAVIO.

Verle aguardé mas galan.
¿Que, por mas que signifìco
Al César lo que deseo
El remedio de Isabela,
No es posible que se duela
De la edad en que me veo?
A hablarle vengo.

BELARDO.

Es muy tarde,
Y pienso que va secreto
A cierta visita.

OTAVIO.

Inquieto,
Suspenso, triste y cobarde
Me tiene la dilacion
Del tratado casamiento.
Ya, Belardo, me arrepiento,
Y no con poca razon,
De haber venido á la corte.

BELARDO.

Bien estabas en tu aldea.

OTAVIO.

Quien esta inquietud desea,
Su vida en la corte acorte.
Aires me han dado que Oton
Impide, y no favorece,
Lo que Isabela merece,
O ha sido imaginacion.
Mas quisiera mi destierro
Con quietud, que aquí salud.

BELARDO.

¡Ah, Señor, que esta inquietud
Mas es que de oro, de hierro!
Bien estábamos allá.

OTAVIO.

Cuando estas grandezas miro,
Por mi soledad suspiro.

BELARDO.

Pues dejarlas.

OTAVIO.

Tarde es ya.
¡Cuánto mejor, arrojado,
Belardo, en el verde suelo
Miraba el sereno cielo,
Libre de tanto cuidado!
Allí, sin ver ceños graves,
Que la autoridad enseña,
Via bajar de una peña
El agua al son de las aves.
Ya vine; más de importancia
Que la queja es la paciencia.

BELARDO.

¿Qué puede á tanta prudencia
Decir mi ruda ignorancia?

OTAVIO.

El César, Belardo, crea
Que á Isabel ha de casar,
O vuélvame á desterrar;
Que yo lo soy en mi aldea.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VI.

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTAN, FABIO Y RODULFO, *de noche.*

EMPERADOR.

Muriéndome voy de risa.

FEDERICO.

Y yo de pena, Señor,
De ver el poco favor
Que has hecho á doña Fenisa.
¿No has entrado, y ya te vas?

TRISTAN. (*Ap.*)

Por Dios, que tiene razon;
Que fué terrible vision.

EMPERADOR.

¿De esto enamorado estás?
¿Esto me trujiste á ver?

FEDERICO.

Que es mi luz te certifico.

EMPERADOR.

¿Es posible, Federico,
Que quieres bien tal mujer?

RODULFO.

Harto desvié las velas
Por encubrir su figura.

FEDERICO.

¿Piensas, Señor, por ventura
Que son todas Isabelas?

EMPERADOR.

¡Jesus! qué cara! Espantado
Vengo de ver tal vision.

TRISTAN.

Pues á fe que hay un baron
A quien le cuesta cuidado.

EMPERADOR.

Menester es que lo sea
Para mujer semejante;
Porque mas varon que amante,
Cuando la goce, la vea.
¿Fenisa es su nombre en fin?
No debe de ser eterno,
Si hay fénix en el infierno.

FEDERICO.

Para mí fué serafin.

EMPERADOR.

¿Quién te enseñó tal mujer?

FEDERICO.

Tristan.

EMPERADOR.

¡Qué cosa tan suya!
Dásela, por vida tuya,
Y no la vuelvas á ver.

FEDERICO.

Retratarla presumia,
Y por tí mudo intencion.

EMPERADOR.

Bien puedes, con un carbon.

TRISTAN.

¿Qué dijeras de la mia?

EMPERADOR.

Enséñamela tambien,
Y diréte la verdad.

TRISTAN.

Si esto llamaste fealdad,
No ha de parecerte bien;
Mas mostraréte un retrato
Suyo.

EMPERADOR.

Muestra.

TRISTAN.

En verso es.

EMPERADOR.

Dile, á ver.

TRISTAN.

Escucha pues.
Admírome cuando veo
Lo que ha menester cualquiera
Oficio ó arte en su esfera
Para ejercitar su empleo,
Y las musas soberanas
Lo poco que han menester.

EMPERADOR.

Pues bien, Tristan, ¿qué ha de ser?

TRISTAN.

Papel y tinta y mañanas.

EMPERADOR.

¿No libros? no ciencias?

TRISTAN.

Sí,
Y algun poco de humildad;
Que es locura y necedad
Alabarse un hombre á sí.
Pero escucha el retrato
Del bien que adoro,
Que á Tristan favorece
Por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
Su gracia aumentan:
Una tiene en el pelo,
Dos en las cejas.
Sus ojuelos azules
Son tan serenos,
Que me da romadizo
De solo verlos.

a nariz, que del rostro
os campos parte,
filada, parece
abon de sastre.
o son pues sus mejillas
olor de Tiro,
ero fueron de España
apeles finos.
Ni claveles ni rosas,
al boca tiene,
ue parece cachorro
e cuatro meses.
n lunar noguerado
iene por orla,
ue cuantos se le miran,
iensan que es mosca.
e apartados los dientes,
iden divorcio;
ue no quieren morderse
nos á otros.
olo tiene una gracia,
a boca bella:
ue comiendo ó pidiendo,
amás se cierra.
unca acierto los puntos
e su zapato,
orque calza catorce,
idiendo cuatro.
e ser bella le viene
er tan vellosa;
ue, sin ser ermitaña,
a cubre toda.
l que sea entendida
o es testimonio,
orque cuando da voces,
a entienden todos.
unca sale de casa
i no hay carroza,
orque tiene una pierna
las larga que otra.
las con todas las faltas
ue aquí refiero,
lgo tiene que callo,
ues que la quiero.

EMPERADOR.

Lindamente la has pintado!
a de Federico pinta,
daréte para tinta.

TRISTAN.

Soy buen pintor?

EMPERADOR.

Extremado.
Mañana te doy...

TRISTAN.

¿Te doy?
iempre esta mañana es vana:
o habrá dia con mañana,
i siempre mañana es hoy.
u grandeza soberana
ierde en hacer esperar;
ue es madrugar á no dar
rometer para mañana.
iama Dios á quien da el bien
legremente, Señor,
uita á Dios; que es rigor
ar tarde, aunque el mundo dén.

EMPERADOR.

uitame aquesta cadena.

TRISTAN.

scuchaba un labrador
n papagayo hablador,
ue estaba con linda vena,
e una dama á la ventana,
iciendo aquesto de *Loro,*
Cómo estás? y al perro moro
on su media lengua indiana;
dijo á la dama: «Quien
ste á su tierra llevara,
ravo dinero ganara.»
a dama, sabiendo bien
La condicion del buen loro,
Dijo: «Haréisme gran placer
En llevarle, por no ver
Tanto loro y tanto moro;
Que me quiebra la cabeza.»
Y como alargó la mano
Para tomarle el villano,
Con notable ligereza,
Convertido el pico en rayo,
Tal lancetada le dió,
Que muchos dias lloró
El canto del papagayo.

EMPERADOR.

Pues ¿yo habia de burlarte?
Toma; y pues la reja es esta
De Isabela, llega y llama.

TRISTAN.

Podrá ser, Señor, que duerma.

EMPERADOR.

Bien podrá ser, y tambien
Podrá ser que esté despierta. —
Llega, Federico, tú.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡En qué pasos, en qué penas
Traen mi amor mis desdichas,
Y mis desdichas mis quejas!
¡Oh, reja! ¿no me respondes? (*Llama.*)

ESCENA VII.

FLORA, *á una reja baja.*—DICHOS.

FLORA.

¿Es Federico?

FEDERICO.

¡Qué reja
Tan piadosa!

FLORA.

Pues ¿qué quieres?

FEDERICO.

Dirásle, Flora, á Isabela
Que está aquí el César.

FLORA.

Yo voy. (*Vase.*)

FEDERICO.

(*Ap.* Pensé que me respondiera
Que era imposible salir,
Y respondió: «Voy por ella.»
¡Ah, cielos! Quien esto mira
Con tanto amor, si no es piedra,
¿Qué piensa de sus agravios?
Mas no es posible que piensa.)
Llegue vuestra majestad.

ESCENA VIII.

ISABELA, *á la reja.* — EL EMPERADOR, FEDERICO, FABIO, RODULFO, TRISTAN.

EMPERADOR.

Como las aves despiertan
A los celajes del alba,
Cuando con piés de azucena
De los orientales montes
Baja á las escuras selvas;
Así yo del triste sueño
De vuestra ausencia, Isabela,
Despierto; y como ellas cantan,
Y el verla salir celebran,
Doy gracias á vuestros ojos,
De cuya divina esfera
Toman luz mis esperanzas,
Y mis cuidados se alientan.

ISABELA.

Bien templado de requiebros
Y comparaciones tiernas
Viene vuestra majestad
A las horas mas suspensas
Del silencio de la noche.
Habrále dado materia
Para tan altos conceptos
Alguna dama discreta
De las que en la calle agora
De lo bien dicho se precian.

EMPERADOR.

Antes si con vos, Señora,
Decir necedades fuera
Posible, me la habia dado
La mujer mas necia y fea
Que pienso que hay en el mundo;
Pues tengo por cosa cierta
Que de haberla hecho tú
Corrida naturaleza.

ISABELA.

Fea y necia en tanto extremo,
Y ¡fuisteis, Señor, á verla!

EMPERADOR.

Es dama de Federico,
Que no pensé que tuviera
Tan mal gusto. Vengo muerto
De risa.

ISABELA.

No es cosa nueva
Gozar de los mas galanes,
Señor, las mujeres feas,
Y los feos las hermosas.

EMPERADOR.

Dices bien, siempre se truecan.
¡Qué cosa es ver un marido
Feo, con mujer tan bella,
Que todos se la codician!
Yo pienso que esta influencia
Dió á entender la antigüedad,
Cuando casó la belleza
De Vénus con la fealdad
De Vulcano, en competencia
Del sol, por quien sucedió
El hacerle Marte afrenta,
Con tal risa de los dioses.

ISABELA.

¡Quién á Federico diera
Vaya! Llamadle; que quiero
Correrle.

EMPERADOR.

Tendrá vergüenza. —
¡Ah, Federico!

FEDERICO.

Señor...

EMPERADOR.

Hele contado á Isabela
Que vengo de ver tu dama.

FEDERICO.

Diríasle, cosa es cierta,
Mi mal gusto.

ISABELA.

No me admiro,
Federico, de que quieras
Mujer fea, porque suelen
Ser graciosas y discretas;
Pero ¡necia!... No es posible
Que tu entendimiento pueda
Sufrir tan grande tormento,
Que por el mayor se cuenta.
¡En esto para tu gusto,
Tu melindre, tu lindeza,
Tu gala, tu aseo, tu gracia,
Tu olor, tu pluma, tu lengua!
Asco tendré de mirarte
De aquí adelante.

FEDERICO.

No entiendas
Que soy en esto culpado;
Que, como es cosa tan nueva
Para mí tratar de amor,
Presumí que todas eran
Mujeres, y merecian
Amor; que naturaleza,

Si las feas para feos
Hiciera, sin que tuvieran
A las hermosas accion,
En poco tiempo viniera
A tanta fealdad el mundo,
Que resultara en su mengua.
Y así, está puesto en razon
Que, haciendo discreta mezcla
De los feos y las lindas,
De los lindos y las feas,
Ni todo sea fealdad,
Ni todo hermosura sea.

EMPERADOR.

Bien dice.

ISABELA.

No dice bien;
Que si fuera así, no hiciera
Los negros en Etiopia,
Que tanto se diferencian
De los blancos.

FEDERICO.

Pues por eso
Vemos que la mezcla emienda
Lo negro, y á pocos lances
Hace que en blanco se vuelva.

ISABELA.

De lástima os quiero dar
Dama, que mostreis al César
Sin vergüenza.

FEDERICO.

No la quiero.
Guardadla para quien tenga
Mas dicha; que yo he buscado
Mujer que nadie apetezca;
Que si es fuerza que ellas miren,
Y poderosos las vean,
Fea la quiero y segura;
Que no hay fea que no tenga
Algo por que ser querida,
Ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve;
Esta pide, aquella ruega;
Una regala, otra agravia;
Una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama;
Que el trato y correspondencia
Hace hermoso lo mas feo.

ISABELA.

¡Qué cosa, Señor, tan necia!
Mande vuestra majestad
Que, no solo de la reja,
Mas de la calle se vaya.

EMPERADOR.

Véte, y por Dios que me pesa
De que vayas enojado;
Véte, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo.

FEDERICO.

Señores,
Que me vaya manda el César.
Obedezco. — Vén, Tristan.

TRISTAN. (*Ap. á su amo.*)

¿Qué tenemos?

FEDERICO.

Cosas nuevas,
Muy proprias de mi fortuna.

TRISTAN.

Temo que en esta tormenta
Se ha de anegar tu privanza.

FEDERICO.

Si ya lo está, no lo temas.

(*Vanse Federico y Tristan.*)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, RODULFO Y FABIO, *en la calle;* ISABELA, *en la reja.*

ISABELA.

¡Qué propria cosa, qué cierta
Es, que no hay hombre tan sabio
Y discreto, que no tenga
Alguna falta notable!

EMPERADOR.

Cuando los discretos yerran,
No iguala á su necedad
La del mas necio.

ISABELA.

Ya suena
Gente en casa, y viene el dia.
No es justo que se detenga
Aquí vuestra majestad.

EMPERADOR.

No hay en el imperio fuerza
Para dilatar la noche.
El cielo os guarde.

ISABELA.

Quisiera
Responder: «Para serviros,»
Y como es precisa deuda,
No viene á ser cortesía. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL EMPERADOR, RODULFO, FABIO.

EMPERADOR.

¿Qué hay, caballeros?

RODULFO.

Que vuela
Por los amantes el tiempo
Con notable ligereza.
¿No habrás sentido las horas?

EMPERADOR.

La mas graciosa pendencia
Han tenido en la ventana
Federico y Isabela,
Por la fealdad de su dama,
Que vi en mi vida.

RODULFO.

Es discreta.

EMPERADOR.

Túvole perdido. Vamos;
Que no es justo que amanezca
En tales pasos el sol
A la majestad suprema.

(*Vanse.*)

—

Sala de palacio.

ESCENA XI.

FEDERICO, TRISTAN.

FEDERICO.

Tristan, yo vengo muerto.

TRISTAN.

No permitas
Tanta rienda al dolor.

FEDERICO.

No es en mi mano.

TRISTAN.

Al César soberano
Contra tí solicitas.

FEDERICO.

Cuando yo tengo de perder la vida,
¿Qué importa la privanza ó la caida?
¿No escuchaste, Tristan, las libertades
De Isabela conmigo?

TRISTAN.

Tú le diste
La causa, pues quisiste
Hacer necias verdades
Las mentiras y engaños de Fenisa,
Y con tanta fealdad moverle á risa.

FEDERICO.

Dos cosas intenté (de entrambas muero)
Con mostrarle, Tristan, mujer tan fe
Hacer que el César crea
Que en otra parte quiero,
Y que Isabela no se persuadiese
Que la pude querer, si lo supiese.
Pero ¿quién sospechara que dijera
Que de verla venia? ¿Qué disculpa
Daré de tanta culpa?
O ¿quién ¡ay Dios! pudiera,
Como quiso, olvidarla? Mas ¡ay, ciel
Que es accidente amor, y olvido cel

TRISTAN.

Descansa de la noche que has pasad

FEDERICO.

No puedo; que aun es noche todavía,
Que no amanece el dia
A quien es desdichado,
Pues no es posible que su lumbre ve
Los ojos que no ven lo que desean.

ESCENA XII.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

El villano de Isabela,
Que se convirtió á escudero,
Quiere hablarte.

FEDERICO.

Yo no quiero,
Por lo que el alma recela,
Escucharle, si aun saber
Que se acuerde que nací.

CRIADO.

Pues ya ha entrado. (Vase.)

ESCENA XIII.

BELARDO — DICHOS.

BELARDO.

Para mí,
¡Licencias son menester!
Solia su señoría
Hacerme á mí mas favor;
Pero en cesando el amor,
Se acaba la cortesía.
Casa y criados enfadan,
En sucediendo el desden;
Que cuando se quiere bien,
Hasta los perros agradan.
Yo os vi abrazar un lebrel
Del Duque, y ¡agora á mí
Aun no me hablais! Pues aquí
Os traigo cierto papel,
Que fuera de oro algun dia.

FEDERICO.

Los que me dió pedirá.
Mostrad.

BELARDO.

Luego ¿no me da
Albricias su señoría?

FEDERICO.

Pues yo ¿qué dichas aguardo?
¡Ay, Tristan! Llégate acá.

BELARDO.

Bien me dijeron allá:
«¿A la corte vais, Belardo?
Los cortesanos harán
Rica la pobreza vuestra:
Ya son relojes de muestra,
Que señalan y no dan.»

FEDERICO. (*Lee.*)

«Perro...»

TRISTAN.

¿*Perro* dice?

FEDERICO.

Sí.

TRISTAN.

Mira que *pero* dirá.

FEDERICO.

Si con dos erres está,
¿Qué quieres?

TRISTAN.

Pues ¡*perro* á tí!

FEDERICO. (*Lee.*)

«Perro, el de la dama fea:
»Aunque esto fuera venganza
»Para mi loca esperanza,
»No quiere amor que lo sea.
»Dos cosas dice mi amor
»Que aquí pueden remediarme.»

TRISTAN.

¿De qué te turbas?

FEDERICO. (*Lee.*)

«Matarme
»O darme al Emperador:
»Y así, despues de llorar
»El ver que sin honra muero,
»Ser suya esta noche quiero,
»Porque me quiero vengar.»
—¡Jesus!

BELARDO.

¡San Pablo! San Lúcas!
(*Cáese.*)

FEDERICO.

No era mi sospecha en vano.
¿Esto trujiste, villano,
Traidor?

BELARDO.

Et ne nos inducas.

FEDERICO.

Mátale.

TRISTAN.

Deten, Señor,
La furia.

BELARDO.

Tenle, Tristan.
¡San Cosme! San Preste Juan!

TRISTAN.

Este pobre labrador,
¿Qué culpa tiene, si viene
A traer lo que le dan?

BELARDO.

Quien me quitó mi gaban,
En malos infiernos pene
Las bragas, pues valen tanto,
Que, segun me vengo á ver,
Temo que me han de poner
Por Júdas un Juéves Santo.

FEDERICO.

¡Perro, el de la dama fea!—
Pues, Isabela, ¿tú eres
Fea? y ¿que yo quiera quieres
Cosa que tuya no sea?
Tú sola vives en mí,
Tu hermosura, tu valor;
Que aun es hermoso mi amor
Porque se transforma en tí.
Dió tu rostro celestial
Cuidado á naturaleza,
Porque sacó tu belleza
De su belleza ideal.
Pues ¿por qué tanta hermosura
Me trata con tal rigor?

TRISTAN.

Sosiega, escucha, Señor.

FEDERICO.

El alma no está segura;
Que un hombre tan desdichado,
Aun alma no ha menester,
Porque tener alma es ser,
Y no siendo, no hay cuidado.
¡Esta noche! Pues ¡tan presto!
Pues ¡sin mas informacion!

TRISTAN.

Señor, ten mas atencion
Al lugar en que te ha puesto
El César.

FEDERICO.

Mujer tan bella,
Una dama, una doncella,
¡Hace á su amor tanto agravio!
La hija del duque Otavio
¡Se entrega al Emperador!
La que tuvo tanto amor
A Federico, y que ayer
Se llamaba mi mujer,
¡Hoy hace tal desatino!
Si es ángel, cielo divino,
De vuestro imperio arrojaldo.

BELARDO.

Déle unos tragos de caldo,
Tristan, así Dios le guarde.

FEDERICO.

Fuiste en matarme cobarde,
Y en infamarte animosa.
Campos, llorad por la rosa,
Que se marchita de celos;
Llorad por la aurora, cielos,
Que llena de sombra está;
Fuentes, no corrais; que ya
Se ha vuelto en llanto la risa;
O para correr aprisa,
De mis desdichas tomad
El ejemplo. ¡Qué lealtad!
Qué amor! Isabela, ¡ay Dios!
¡Quién dijera que los dos
Nos halláramos así,
Yo sin alma, tú sin mí,
Que lo fuí tuyo tambien?

BELARDO.

Cierto, Señor, que no es bien
Quejarse con tal rigor;
Que el señor Emperador
Se la volverá mañana.

FEDERICO.

¡Tanto amor, dulce tirana,
Isabela, despreciaste!
¿Qué mucho? Viste, miraste;
Que el ser yo tan desdichado,
El ver tú y haber mirado
Al César, lo ha producido.
Pues ¡tan presto tanto olvido,
Y con tan infames nombres!
¡Dichosos fueran los hombres,
Si no vieran las mujeres!
Perdona, si tú lo eres.

TRISTAN. (*Viendo venir al Emperador.*)

Huye, corre, véte, vuela.

BELARDO.

Voy á decirlo á Isabela. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL EMPERADOR. — FEDERICO, TRISTAN.

EMPERADOR.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

¿Quién lo pregunta?

EMPERADOR.

¿Es Federico?

FEDERICO.

No sé;
Mas lo que es y lo que fué
En mí sugeto se junta.
De una esperanza difunta
Soy un necio pretendiente;
Soy un ser que no se siente,
Pues siendo el alma inmortal
Una forma sustancial,
La tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
Y memoria sensitiva,
Me ha dado la intelectiva
Mas alto conocimiento;
Y conociendo que siento
La ofensa, á vengarla voy;
Pero, como viendo estoy
El valor del que me ofende,
Por no ser el que lo entiende,
Dejo de ser lo que soy.
Que no siento es verdadera
Proposicion, pues no siento
Que no siento; y sentimiento
De que no siento tuviera;
Que si el no sentir sintiera,
Viera yo que el no sentir
Era dejar de vivir,
Y no viniera á tener
Sentimiento de no ser,
Que debe de ser morir.
El alma con que viví,
Y que este ser animaba,
Se fué á vos cuando pensaba
Que mas la tuviera en mí;
Y que se pasaba así
Creyó la gentilidad
De un cuerpo en otro: mirad,
Si se pasa á vos la mia
Esta noche, que podria
Ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mia,
Aunque sin morir los dos,
Hará, pasándose á vos,
Tan necia filosofía.
Quién es la que yo tenía,
Esta noche lo sabréis;
Quién soy no me pregunteis,
Porque lo que voy diciendo,
Aun yo mismo no lo entiendo:
Mirad vos si lo entendeis.

EMPERADOR.

Responderte, Federico,
En seso y en tanto mal,
Fuera ser al tuyo igual,
El que á tu lástima aplico;
Que perderle un hombre noble
De las partes que hay en tí,
Tan estimado de mí,
Aumenta la pena al doble.—
Tristan, ¿qué desdicha es esta?

TRISTAN.

Haber, gran Señor, perdido
Parte del alma, el sentido,
Que esto vale y esto cuesta;
Que como tú le mandaste
Que quisiese tan aprisa,
He pensado que Fenisa,
De quien ayer te burlaste,
Le ha dado hechizos, Señor,
Que es proprio efeto de feas;
Pues las hermosas, no creas
Que quieren por fuerza amor,
Si quien tiene entendimiento,
Quiere que nadie le quiera,
Por aquello que no fuera
Su proprio merecimiento.

EMPERADOR.

Préndanla, mátenla.

TRISTAN.

Advierte...

EMPERADOR.

No hay que advertir: morirá
Fenisa; culpada está
De Federico en la muerte;
Que quien quita á un hombre el seso,
Mas le quita que la vida.

ESCENA XV.

ISABELA, OTAVIO, BELARDO y TODOS.

ISABELA. (*A su padre.*)

Lastimada y ofendida

De tan extraño suceso,
No hallé remedio mejor
Que darte de todo cuenta.

OTAVIO.

Si no es venganza, es afrenta.

BELARDO.

Aquí está el César, Señor.

OTAVIO.

Ya vengo, príncipe invicto,
Como dice que me mandas
Isabela; y ella y yo
Te damos debidas gracias,
Despues de tantas mercedes,
De que gustes de casarla
Con Federico, que tanto
Ilustra y honra mi casa.

ISABELA.

Y yo tambien por mi parte,
Como mas interesada
En este favor.

EMPERADOR.

Detente.
¿Quién os dió nueva tan falsa?
Ni he tenido pensamiento
De casarte, ni se trata
Mas que de tan gran desdicha...

ISABELA.

¿Qué desdicha?

EMPERADOR.

Que una ingrata
Mujer le ha quitado el seso,
Y que he mandado matarla.

ISABELA.

No es ingrata quien ha sido
De este suceso la causa.

EMPERADOR.

¿Sabes tú quién es? Que ya
Con muerte infame le aguarda
Mi castigo.

ISABELA.

Pues bien puedes,
Gran Señor, ejecutarla.
Yo soy: que con un papel
Que le escribí, por venganza
De los celos que me diste,
Fingí que esta noche estaba
Determinada á ser tuya,
Siendo mentira inventada
De mi amor y mi desdicha.

FEDERICO.

¡Mentira, Isabela! Aguarda,
No prosigas; que el discurso
Que hasta agora me faltaba,
Has vuelto al entendimiento,
Y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Oton,
Augusto, heróico monarca,
Como el Macedon de Grecia,
Alejandro de Alemania;
Oye á dos amantes, oye
Lo que hasta agora ignorabas,
Y te encubrieron por celos
Amor, respeto y privanza.
Dos años há que á Isabela
Sirvo, otros tantos que paga
Mi amor, y que tantas guerras
El honesto fin dilatan,
Que con casarnos tuviera
Tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
De su prado, hacienda y casa
Fuiste á cazar aquel dia,
Principio de mis desgracias...
Referirte lo que sabes
Fuera cansada ignorancia.
Mandásteme que quisiese,
Porque yo disimulaba
Querer, temiendo enojarte,
Y por no ofender la fama
De la opinion de Isabela;
Y así, dándome la traza,
O mi desdicha ó Tristan,
Fingí que á Fenisa amaba,
Concertándonos los dos
En que si por esta causa
Viniese á perder el seso,
Con las demás circunstancias
Que son peligros de amor,
Tú la palabra me dabas
De ayudarme, como espero
Que lo harás, pues empeñada
La tienes, á ser quien eres;
Que nunca á los reyes falta.
Esta es la ocasion, Señor,
Que amor y fortuna llaman,
No ya la ocasion perdida,
Sino la ocasion ganada.
Favoréceme con darme
A Isabela, así te hagan
Los cielos, como de Europa,
Señor del Africa y Asia,
Y adonde no llega el sol
En habitable distancia,
Ni en los hielos de su sombra
Vieron estampas humanas,
Lleguen las águilas negras
De tus imperiales armas,
Y el sol de envidia las siga,
Que lleguen donde él no alcanza.

EMPERADOR.

Federico, aun no presumo
(Tan difícilmente hallan
El seso los que le pierden)
Que le has cobrado, pues hablas,
No digo en tu amor y el mio,
Sino en decir que obligada
Está mi palabra aquí;
Pues es cierto que te engañas;
Que cuando yo te la di,
Era cuando te mandaba
Que quisieses y buscases
Sugeto en alguna dama.
Tú dijiste que lo harias,
Si te daba la palabra
De ayudarte, y á Fenisa
Me mostraste; si te casas
Con Fenisa, cumpliréla,
Porque yo no pude darla
Para lo que yo queria,
Y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
Mi palabra, pues fué dada
Para querer; no, queriendo.

FEDERICO.

Con justa causa me llamas
Loco, pues no conocia
Que la palabra me dabas
De ayudarme si quisiese.
Busqué dama fea y baja,
Por excusar á Isabela
Celos, y encubrir que estaba
Enamorado de quien
Tú lo estabas. Ya te sacan
De la obligacion, Señor,
Mi desdicha y mi ignorancia.
Con esto, dame licencia
Para que á Italia ó á España
Me lleven mis desventuras
A morir en tu desgracia.

EMPERADOR.

Alza del suelo.

FEDERICO.

Pues ¿darla
Rehusas?

EMPERADOR.

Oyeme atento.
No fuera grandeza tanta
Darte á Isabela, si fuera
Cumplir la palabra dada;
Cuando de ella libre estoy,
Y tú con desconfianza,
Y sin accion de pedirla,
El dártela será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

FEDERICO.

¡Vivas, invicto monarca,
Mil siglos!

ISABELA.

A tus victorias
Prevenga bronces la fama.

TRISTAN.

Una palabra, señores.
El Emperador me casa
Con Flora, aunque no lo dice
Ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora?

FLORA.

Así es.

TRISTAN.

Pues oigan, señoras damas;
Que aunque esta comedia nuestra
Su autor, como han visto, llama
Si no vieran las mujeres,
Quiere que á verla y honrarla
Vengan muchas, y que vean
Cuanto por el mundo pasa:
Muchas fiestas, muchas bodas,
Toros y juegos de cañas,
Muchos novios las solteras,
Muchos hijos las casadas,
Mucha salud, mucha vida,
Muchas joyas, muchas galas;
Y lo demás que quisieren;
Que aquí la comedia acaba.

INDICE.

ADVERTENCIAS.

Impreso este tomo, he sabido que la comedia titulada *La despreciada querida* no es de LOPE. El señor don Agustin Duran me ha facilitado el acto tercero de dicha obra, escrito y firmado por su autor, JUAN BAUTISTA DE VILLÉGAS. Despues de la firma se lee esta fecha : *En Valencia, á 15 de mayo de 1621 años. —(Siguen unas cifras.)*—A la vuelta se halla lo siguiente :

« Vea esta comedia Pedro de Várgas Machuca, intitulada *La despreciada querida*, de JUAN DE VILLÉGAS. En Madrid, á 26 de setiembre de 1621. — (*Una rúbrica.*)

» Esta comedia, cuyo título es *La despreciada querida*, su autor JUAN DE VILLÉGAS, no tiene en qué repararse, y puédese representar. En Madrid, 27 de setiembre 1621. — *Pedro de Várgas Machuca.* »

El primero y segundo acto de la comedia se han perdido.

La comedia de don Juan Ruiz de Alarcon titulada *Ganar amigos*, y la de *Cautela contra cautela*, en la cual supongo que tuvo parte, fueron representadas á la reina doña Isabel de Borbon en octubre y diciembre de 1621. Son pues anteriores á la fecha que se les señaló en el tomo XX de esta BIBLIOTECA.

A principios de 1622 se representó igualmente á la Reina, en su cuarto, la comedia de Tirso de Molina ó de Luis Vélez, titulada *La Romera de Santiago*.

TOMOS DE QUE CONSTA

LA

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Obras de Cervántes	1
Obras de don Nicolás y don Leandro Fernandez de Moratin	1
Novelistas anteriores á Cervántes	1
Novelistas posteriores á Cervántes	2
Elegías de varones ilustres de Indias, por Juan de Castellanos	1
Comedias escogidas de Fr. Gabriel Tellez (el maestro Tirso de Molina)	1
Obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada	3
Comedias de don Pedro Calderon de la Barca	4
Romancero general, de don Agustin Durán	2
Epistolario español	2
Obras escogidas del padre Isla	1
Poemas épicos	2
Obras completas de don Manuel José Quintana	1
Comedias de don Juan Ruiz de Alarcon	1
Historiadores de sucesos particulares	2
Historiadores primitivos de Indias	2
Romancero y Cancionero sagrados	1
Libros de Caballerías	1
Escritores del siglo XVI	2
Obras del padre Juan de Mariana	2
Poetas líricos de los siglos XVI y XVII	2
Obras de don Francisco de Quevedo Villegas	3
Comedias escogidas de frey Lope Félix de Vega Carpio	4
Obras no dramáticas, en prosa y verso, de frey Lope Félix de Vega Carpio	1
Obras de Saavedra Fajardo y Pedro Fernandez Navarrete	1
Curiosidades bibliográficas	1
Comedias escogidas de don Agustin Moreto y Cabaña	1
Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega	2
La Gran Conquista de Ultramar	1
Obras completas de don Gaspar Melchor de Jovellanos	2
Dramáticos posteriores á Lope de Vega	2
Escritores en prosa anteriores al siglo XV	1
Escritos de santa Teresa de Jesus	2
Comedias escogidas de don Francisco de Rojas	1
Obras escogidas del padre Feijoo	1
Poetas castellanos anteriores al siglo XV	1
Autos sacramentales	1
Obras del Conde de Floridablanca	1
Obras escogidas del padre Pedro de Rivadeneira	1
Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, por el Conde de Toreno	1
Obras escogidas de Filósofos	1
Crónicas de los Reyes de España desde Alfonso X hasta los Reyes Católicos	3
Poetas líricos del siglo XVIII	3
Índices generales	1

PRECIO, en toda España, **40** rs. cada tomo, en rústica, *suelto* ó *en coleccion.*

Se admiten suscriciones á entregar uno ó más tomos al mes, y se facilita toda la coleccion pagándola á plazos convencionales.

PUNTO DE SUSCRICION.

MADRID: Administracion, calle de la Madera Baja, núm. 8.
